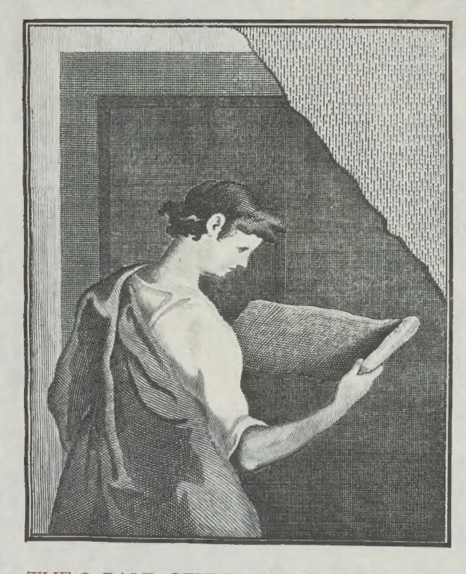
LA ILUSTRACION





THE J. PAUL GETTY MUSEUM LIBRARY



LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXIII.—AÑO 1904

NX
1
I29
v.23

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMERO 255

1904

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 1.º de enero de 1904 — Núm. 1.148

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡FELIZ AÑO!, dibujo de Mas y Fondevila



EL PASO DE LOS AÑOS Y LOS SIGLOS

En una estancia pasa la velada una familia. Es noche invernal, pero serena. En la estancia hay una chimenea grande, de hogar hondo; arden en ella troncos viejos y ramazón sarmentosa, chamarasca que al quemarse esparce fragancia de bosque y embalsama la habitación con perfume de otoño. Los troncos arden sin chisporroteo, con llamaradas humosas. Los sarmientos crujen, se retuercen, gimen al arder. Llena la estancia un calor suave y el perfume campesino de la hojarasca seca. En la dulzura del ambiente tibio se agrupa, se apiña la familia; se juntan amorosos los jóvenes y los viejos. Sobre una mesa redonda, cubierta con amplio paño verde, una lámpara da luz tranquila y escasa. La pantalla tamiza la luz y la estancia se sumerge en claridad tenue, en penumbra, que á largos intervalos se esclarece con los resplandores de la lumbre. Son llamaradas rojas, de centelleo siniestro, que iluminan los rostros y proyectan sombras misteriosas sobre los muros.

Al amortiguarse el fulgor renace la tibieza de la luz cernida, y con ella la calma, la suave placidez de la velada invernal, serena, tranquila.

Junto al hogar dormitan dos gatos: uno atigrado, otro negro. El negro está tendido y su pecho blanco rojea al fulgor de las llamas. El atigrado enrosca su cuerpo y recibe sobre el lomo la caricia de la lumbre. Los dos animalejos se acurrucan al calor del hogar y al calor de la familia.

Por una ventana grande, cuadrado panel de cristales menudos, se ve el bosque de ramaje escueto, de árboles apretados, que suben en líneas rígidas, muy juntas y que entretejen arriba sus copas desnudas. En la noche parecen árboles negros, carbonizados; con la humedad que los recubre se presentan aún más renegridos, destacando, sin embargo, aun en la lobreguez nocturna, sus troncos corpulentos y nudosos al borde mismo de la ventana. Parecen impregnados del misterio de la noche; su ramaje inmóvil, un ramaje muerto, y todo el bosque en quietud, silencioso, un bosque secular durmiendo con hondo sueño en el regazo de la noche serena y fría.

Se ven las estrellas con sus rebrilleos verdosos en las profundidades del cielo límpido, puro, á través de una atmósfera de cristal; millares de estrellas que titilan con incesante parpadeo como estremecidas por el frío y que llenan la bóveda celeste de un claror azulado haciendo más intensa la lobreguez de la tierra, la negrura del bosque, la quietud de la naturaleza. El silencio es profundo; todo duerme; sólo alguna vez se oye en el ventanal un leve restallido de cristales que se estremecen con la helada ó que tiemblan al recibir el calor de la fogata. Pero en el bosque, ni el murmullo más tenue, ni el rumor más liviano. Ni un soplo de viento mueve las hojas caídas, ni las ramas desnudas. La calma del aire, la inmovilidad del bosque se aunan con el silencio misterioso, y la quietud de la noche aquieta y serena también las almas de los que velan. La calma nocturna acrecienta la impresión del frío intenso, y los de la estancia cálida se estremecen con palpitaciones de goce íntimo al mirar hacia afuera.

Es un viejo que yace sumergido en cómodo sillón frente á la lumbrada; las llamas no logran dar calor á su faz marmórea ni á sus ojos fríos. Son cuatro muchachas: hay tres que visten trajes blancos; hay una vestida de negro. Son dos niños pequeñuelos que corretean ó se tienden soñolientos á los pies del anciano, cerca de los gatos. Es un hombre de edad madura que lee un libro viejo bajo la lámpara. Es una señora que frente al hombre del libro viejo permanece enhiesta, en quietud de esfinge, y sólo sus dedos se mueven para tejer, sobre un acerico, hilos de seda.

Hablan todos y, sin embargo, no hay conversación ninguna; son palabras sueltas, frases volanderas que nacen en los labios y mueren en las almas. De cuando en cuando, se miran los unos á los otros, se interrogan con la vista, con mirada angustiosa y vuelven al reposo, tornan á sumirse en la inacción placentera, en el goce del silencio, de la paz nocturna.

El abuelo.—El frío arrecia.

La señora.—El año muere.

El abuelo.—Y el moribundo tirita.

Las tres muchachas.—Abuelito tiene frío. ¡Pobre abuelo!

El abuelo.—No es el frío de la noche, es el frío de la vida que se acaba como se acaba el año.

Las tres muchachas.—Verás reverdecer la primavera.

El abuelo.—La primavera del nuevo año adornará mi tumba. Y vosotras..., vosotras me llevaréis flores, gavillas de flores; las más frescas, las más olorosas.

Las tres muchachas.—¡Abuelo!

El abuelo.—Las primeras que broten.

La muchacha vestida de negro.—Las primeras no serán, ni las más olorosas, ni las más frescas. Las primeras no serán, no pueden ser, abuelo.

Las tres muchachas de blanco rodean al anciano, le abrazan, le acarician y le besan en la frente.

Las tres muchachas.—No la creas. Su tristeza todo lo entristece. No la creas. Todos los años para ti las primeras.

El abuelo.—¿Siempre, Laura?

Laura.—¿Por qué dudas?

El abuelo.—¿Siempre, Gloria?

Gloria.—¿Por qué temes?

El abuelo.—¿Siempre, Celia?

Celia.—¿Por qué tiemblas?

Las tres muchachas se desvían lentamente del abuelo y junto al panel escudriñan el bosque. Cuchichean. Luego callan. Óyese el movimiento acompasado de la dama al tejer entre sus dedos pálidos las hebras de seda; óyense las hojas del libro al ser pasadas por el hombre que lee.

El abuelo.—Echad más leña al fuego; tengo frío. Mirad hacia fuera, cómo tiritan las estrellas; mirad el bosque inmóvil, helado. Echad más leña al fuego.

Las tres muchachas.—¡Vamos, vamos!

Las tres muchachas cogen brazadas de ramaje, de hojarasca seca y lo arrojan á la lumbre. Surge una llamarada roja, intensa. Los rostros de las tres muchachas se colorean, resplandecen en toda su hermosura envueltos en el nimbo de luz esplendorosa. El abuelo las mira y se sonríe. La lumbre reavivada recalienta el cuerpo del anciano. Su cabeza se inclina.

Las tres muchachas.—Silencio, silencio; dormita el abuelo.

El abuelo.—No; hoy no duermo; esta noche no se duerme; quiero sentir el paso de los años, que se deslizan en silencio para los indiferentes, para los despreocupados; el paso de los años, que misteriosamente repercute en el alma.

Todos miran al anciano. Hay un silencio largo que se funde y se auna con el silencio del bosque.

El abuelo.—Laura, Gloria, Celia, oíd la rama seca que cruje al quemarse y deshacerse en ceniza. Todo gime al morir; también los años gimen cuando mueren. ¿Nunca oisteis vosotras el liviano rumor de una hoja que se desprende del tronco, que cae y al caer murmura en el aire? Así caen los años. Se desprenden del tronco de la vida, revolotean un momento y caen con rumor suave, sólo perceptible para los que escuchan con el alma. Escuchemos; pronto va á desprenderse y caer. Escuchemos con el alma.

Los niños.—Abuelo, á nosotros nos gusta que muera el año; quisiéramos que muriesen muchos años; cada año que muere es un caballo de cartón que mamá nos regala.

Las tres muchachas.—Abuelo, para nosotras cada año que muere es una esperanza que nace.

El abuelo *(muy bajo)*.—¿Estáis enamoradas?

Las tres muchachas cogidas de la mano lanzan una carcajada que llena la estancia y que parece estremecer el bosque silencioso y obscuro. Las tres se alejan, y junto á la ventana miran la noche, sondean la lobreguez á través de los troncos negros, apretados. Sus frentes se apoyan sobre los cristales fríos, sienten en el rostro la impresión de la helada, como si la noche yerta las besase con besos mudos. Permanecen las tres juntas, prolongando el goce de aquella caricia de hielo y siempre con los ojos muy abiertos mirando hacia fuera, registrando ansiosas la obscuridad, alerta, vigilantes, inquietas. Murmuran palabras vagas, silabean frases sueltas. A través de los troncos blanquea levemente un sendero; se hace visible á la luz escasa que proyecta el ventanal, pero se pierde su rastro tortuoso. Las tres muchachas le siguen con la vista, indagan á lo largo sus revueltas, sus recodos, como si aguardasen á alguien que hubiera de venir sendero adelante.

Nadie llega.

El abuelo.—¡Cómo arde la chamarasca! Mirad las ramas, mirad las hojas que ahora nos dan calor y en el estío nos dieron frescura y sombra.

La muchacha vestida de negro.—Al amor de la lumbre nacieron muchos amores.

Laura.—Más nacieron en la primavera por los senderos llenos de matas en flor.

Gloria.—Y en el estío bajo las copas verdes del robledal.

Celia.—Y en el otoño por la alameda amarilla.

El abuelo.—¡Ja, ja, ja! El amor siempre nace.

La muchacha vestida de negro.—El amor siempre muere.

Los niños.—Abuelo, no habléis de muertes que luego soñamos cosas tristes.

El abuelo.—Pues yo hablando de cosas tristes sueño después cosas alegres. Todo es hacer del sueño vida ó de la vida sueño.

Los niños.—¿Adónde va lo que muere? ¿Tú lo sabes, abuelo?

El abuelo.—Preguntad adónde va lo que nace, y es lo mismo.

Otra vez se corta la conversación naciente, y el silencio de fuera reina dentro. La noche es larga y las horas se deslizan remorosas.

El anciano encorva su cuerpo caduco, inclina á la vez su cabeza venerable sobre el pecho; parece adormecerse.

La señora que teje.—¿Qué libro estás leyendo?

El hombre.—Un libro extraño.

La señora que teje.—¿Y trata?..

El hombre.—De la vida y de la muerte.

La señora que teje.—¿Y dice?..

El hombre.—¡Quién sabe lo que dice! Su lengua ¡es tan extraña! Y tú, ¿qué tejes?

La señora.—Tejo con los dedos estas hebras de seda, mientras tejo con el pensamiento los hilos de la vida.

El abuelo *(como si despertase de un sueño profundo)*.—El año pasado, ¿recordáis vosotros cuántos éramos en la velada?

La muchacha de negro.—Uno más, abuelo.

El abuelo.—Es verdad: uno menos.

Los niños.—Y el año que viene, ¿sabéis cuántos seremos?

El abuelo.—Uno menos.

El gato atigrado se levanta, arquea el cuerpo y con pisadas que suenan sobre las viras del suelo da una vuelta en torno de la estancia. Todos le miran, todos le siguen con la vista: el hombre que estudia, la señora que teje, los niños que juegan. El gato continúa impasible su paseo, indiferente á las miradas de todos, con gravedad de gran señor.

Aún no había terminado el animalejo de dar la vuelta á la estancia, cuando se oyó venir lejano, de la torre de la iglesia, el son hueco de una campanada y otras después, hasta doce campanadas. Vibraban solemnes y lentas en la noche fría, en el aire helado. Los cristales del panel parecían vibrar también estremecidos por el grave son de la campana.

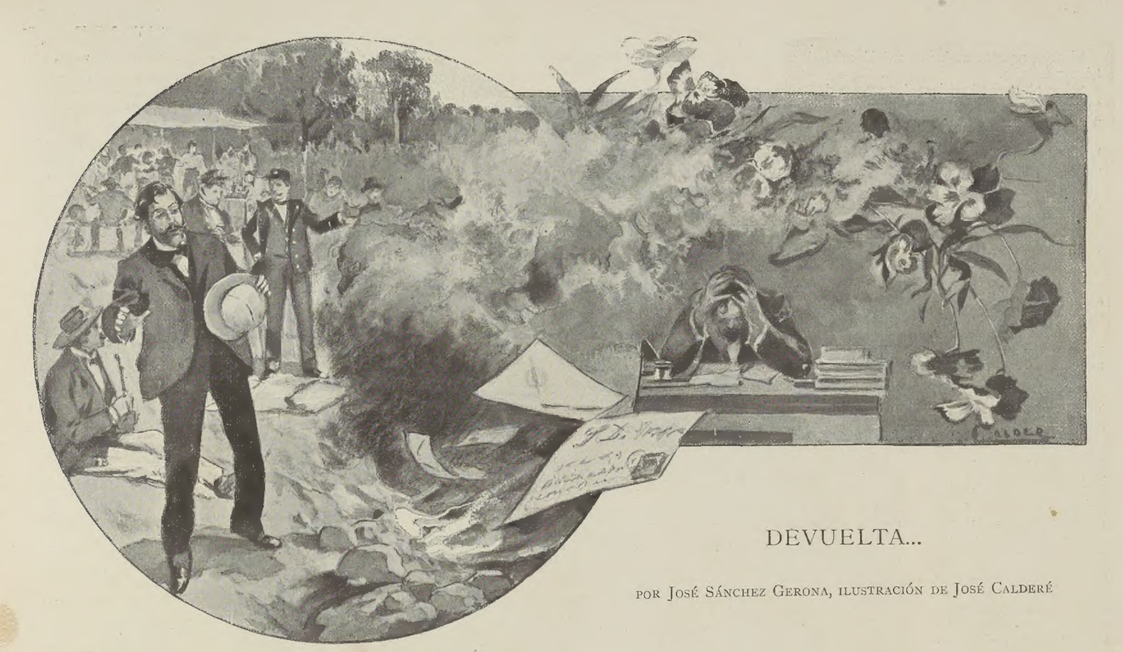
Toda la familia se puso en pie, se agolpó al ventanal, miró al bosque, miró al cielo. Todos estaban estremecidos, todos creían que los demás hablaban, y no hablaba ninguno. Miraban hacia fuera con los rostros pegados al cristal frío, y entre tanto seguían vibrantes, lentas, las doce campanadas.

Rompió en llanto uno de los pequeñuelos; la muchacha vestida de negro lanzó un gemido; las tres muchachas vestidas de blanco, cogidas de las manos, se transmitieron el estremecimiento suave de sus almas. Todos, todos sintieron palpitar algo en el aire, en el corazón, en la vida.

Enfrente estaba el bosque con sus troncos renegridos, inmóvil, quieto, sin que una ráfaga leve le estremeciese, indiferente al paso del peregrino, al deslizamiento de los años.

El abuelo.—Mirad el bosque. Miradle. ¡Pobres de nosotros que nos estremecemos, que temblamos al paso de los años! Mirad el bosque: sólo se estremece al paso de los siglos.

Francisco Acebal.



DEVUELTA...

POR JOSÉ SÁNCHEZ GERONA, ILUSTRACIÓN DE JOSÉ CALDERÉ

Todos los años quema la Administración Central de Correos millares de cartas que no han sido recogidas de la Lista ó devolvieron los carteros por no haber encontrado á los destinatarios. Este hecho destruye las presunciones de los desconfiados y cavilosos que creen que las cartas no se pierden, y toman las lamentaciones contra las deficiencias de este servicio como achaques de perezosos y camándulas de socarrones. No pretendo sostener que muchas veces no se excusen algunos con la mala organización de las Comunicaciones, echándole la culpa de la pérdida de una epístola que nunca fué escrita, porque al que estaba en el deber de dar cuenta de su persona, le faltó el tiempo, ó no le convino, ó no le dió la real gana de hacerlo.

Pero nadie negará que el almacenarse tantas misivas en un año, es un dato consolador en pro de la veracidad de los hombres... Y otro dato en favor de la veracidad de las mujeres... Lo que ya es algo.

Antes de quemar las cartas, varios empleados, elegidos para esta operación, abren los sobres y se enteran de lo que va dentro.

Cosa sencilla y corriente si las hay.

Si es dinero ó algo de interés, lo sacan, no para quedarse con ello, como podría sospechar algún malintencionado, sino para entregarlo en la Administración en unión de la carta que, después de leída, si arroja alguna luz sobre el paradero del que la escribió ó del que la debió recibir, es remitida con el adjunto contenido á cualquiera de los dos.

Cuando nada se averigua, va la carta al montón de las destinadas al fuego.

Después de meterlas en grandes sacas, son transportadas á las afueras, escoltadas por dos ó tres empleados, que aprovechan la ocasión de echar un día de campo. Por esto esperan á ejecutar el auto de fe en tiempo de sol espléndido.

A una jira de esta especie fuí cierta vez invitado por un amigo mío, oficial de la Administración de Madrid.

En tanto que se preparaba la comida, vaciáronse las sacas en un altozano próximo al Vivero, donde habíamos de pasar la tarde.

A punto de dar fuego al montón de papeles, levantóse una ráfaga de aire que arrebató algunos de ellos, transportándolos á bastante distancia.

En unión de mi amigo y sus compañeros me puse á recogerlos para arrojarlos en la llama, que amarilleaba ligeramente bajo el sol.

Una de las cartas quedó enredada en un matorral, volado sobre un corte del terreno, y no alcanzando con el brazo, tuve que empujarla con el bastón al fondo del desmonte, adonde bajé á cogerla.

Del trabajo que me costó alcanzarla, nació en mí la curiosidad de saber lo que habría escrito dentro de aquel sobre, ya abierto, estropeado y sucio, y no pude resistir á la tentación de guardarlo para enterarme de su contenido, cuando tuviere ocasión de ello, sin que me vieran mis anfitriones.

Después que hubo ardido todo aquel montecillo de escritos que representaba tantas horas de trabajo material, tantas ilusiones, tantos días de angustia aguardando una contestación que no llegaba, tanta mala nueva de la que el retraso habría prolongado durante algún tiempo la dicha de alguien, nada más que algún tiempo, porque las malas noticias siempre llegan; cuando se hubo extinguido el último rescoldo, cuando la brisa se llevó en su onda las últimas cenizas, nos dirigimos á comer, sin acordarnos para nada de aquellas cartas, entre las que habría quizá alguna *última*.

¡Qué triste es una carta última!

Y decía así la que yo guardé:

«Tokío . . . . (Aquí la fecha.)
». . . . . (Un nombre de mujer y dos ó tres palabras cariñosas): Hoy hace dos años que no nos vemos. ¡Qué recuerdos tengo del día de nuestra separación! ¿Te acuerdas tú, con la misma claridad que yo, de aquel día?

»¡Han transcurrido tantos desde entonces!

»Yo tengo presentes todos aquellos momentos que pasamos juntos, sin que me falte la memoria de uno solo. ¡Si pudiéramos volver á pasarlos!

»Todo lo daría porque se repitieran aquellas veinticuatro horas postreras..., y ¡mira que sufrimos!

»Cuando el amor nos hacía olvidar un momento la pena de la separación próxima; cuando los ojos brillaban con el fuego de los ardorosos deseos y los labios gustaban, trémulos de placer, la miel de otros labios queridos, una lágrima asomaba, apagando con su agua el fuego de los ojos primero, y amargando con su acíbar las dulzuras de los besos, al caer después entre nuestros labios unidos...

»Dices en la tuya que no me olvidas ni un momento. ¿Para qué me lo dices?

»No lo comprendo. Porque me figuro que no será como cosa rara ó digna de mención. ¿Qué te diría yo entonces, si tuviéramos que explicarnos nuestros pensamientos sobre lo que nos sucede ó describir las angustias de la ausencia, que tenemos la obligación de padecer. Este en mí es continuo; ni aun durante el sueño me libro de las garras de la pena, que me aprieta el corazón y me conturba el espíritu. Rara es la noche en que, después de dar mil vueltas en el lecho, viendo tu imagen entristecida mirándome en la sombra de la alcoba, no te me apareces nuevamente, cuando la fatiga física hace dormir mi cuerpo. Esperaría con ansia esta hora, porque durante ella te veo con más claridad aún que cuando velo, si no fuera porque casi siempre sueño de ti cosas que me hacen sufrir horriblemente.

»Después, al despertar, con darme cuenta de la ficción pasada y de la realidad presente, á veces no puedo desechar en mucho tiempo el residuo de tristeza que queda en el fondo de mi ánimo.

»De todas estas visiones, sin embargo, no se ha tardado en borrar ninguna tanto como la que hace varios días tuve. Voy á contártela, porque me impresionó de un modo, que estoy por creer que algún hecho real la motivó.

»Fué la noche del sábado al domingo 18 de mayo. Si te acuerdas de lo que hiciste esos días, quiero que me lo digas.

»Estaba yo en una calle sucia y obscura, de construcciones chatas; una calle que he visto sin duda alguna vez, porque recordaba los detalles de las casas, de las tiendas, de las rinconadas, según iba recorriéndola. No sé cuándo he podido verla. He pensado mucho sobre esto y no he conseguido sacar nada en limpio. A no ser que no fuera un recuerdo, sino un presentimiento...

»Sin saber por qué, me detuve ante un edificio de pobre aspecto y entré en un portal angosto y húmedo.

»Al entrar, me dí cuenta del motivo que me había detenido allí: iba á alguna cosa que ignoraba todavía, que pronto iba á saber, pero que me llamaba imperiosamente.

»Comencé á subir una escalera muy estrecha y resbaladiza. Sobre mi cabeza, en el tramo superior, sentía los pasos de una persona que yo conocía, que era *algo* mío.

»La escalera, como el portal y como la calle, estaba alumbrada, no por el resplandor del día, ni por luz artificial, sino por esa claridad especial que ilumina nuestros ensueños.

»Entré en un corredor y luego en una habitación pequeña, muy baja de techo.

»Allí había una mujer envuelta en un manto cuyo extremo inferior tocaba en el suelo.

»Era la persona que subía delante de mí.

»Tenía conciencia de ello, sin poder precisar, no obstante, quién era, ni por qué estaba allí, ni por qué conocía yo aquella casa y aquel cuartito.

»Todo aquello me era familiar; lo que yo ejecutaba me parecía naturalísimo, pero después de hecho. Antes no hubiera podido decir lo que luego había de hacer, ni la razón de ello.

»Antes de entrar en aquella sala, por ejemplo, no habría sabido explicar qué iba á encontrar en ella. Más tarde, al verla, no comprendía mi ignorancia anterior. Todos los muebles *me los sabía*. Como *me sabía* aquella casa y aquella calle; como debía saberme aquella mujer vuelta de espaldas.

»Aquí, la misma luz extraña que afuera. Veía las cosas como si cada una tuviera claridad propia que la hiciera perceptible por sí misma.

»No sé cómo explicártelo. Para que formes idea, figúrate que, por un don particular, pudiéramos ver los objetos en la obscuridad absoluta. Con esa *luz* era como yo veía todo.

»Perfumaba la habitación una fragancia que me era muy conocida. Olía á ti. Pero con una mezcla de otro olor acre. Parecía tu esencia enranciada por el tiempo.

»Luego, aquella mujer se volvió, mirándome con tristeza infinita.

»Eras tú. Pero tú anciana; las arrugas desfiguraban tu rostro, tus labios estaban sin sangre y tus mejillas pálidas. Mechones de cabellos grises encuadraban tu frente. Tu hermoso cuerpo se inclinaba delgado y débil por la edad. Solamente tus ojos negros no habían variado; brillaban con la misma pasión de siempre, entornándose amorosamente, como hacían cuando yo los besaba en los transportes de mi delirio.



¡Viudo!, cuadro de Antonio Coll y Pi

»Me contemplaste un momento con una mirada preñada de recuerdos, de reproches por faltas sabidas y perdonadas, y con voz dulce me dijiste:

—»Mira, niño mío, mira qué viejecita y qué sola me encuentro.

»Yo me miré al espejo y me vi lleno de arrugas el rostro y la cabeza de canas. Nada más.

»Es posible que te parezca que nada tiene de particular todo esto y que ni merece la pena hablar de ello; pero no es el sueño en sí lo que me ha llamado la atención, sino los detalles que he intentado describirte; la claridad con que te he visto vieja, desvalida; tu amarguísima pena al hablarme, y sobre todo el ambiente de adivinación que parecía rodear estas ficciones, que se han grabado en mi alma con fuerza tenacísima, como visión profética que temo ver realizada en este mundo ó quizá en otro, como castigo de nuestros pecados. No sé qué temo por ti. Te presentaste con tal realismo, que me parece imposible que siga tu ánima habitando tu cuerpo.

»Tal vez no se podrá ya realizar mi ensueño sobre la tierra.

»¿Me contestarás en seguida?»

(Cariñosas frases de despedida y un nombre.)

Si esta narración llegase á manos del que escribió la precedente carta ó á las de quien la debió recibir y quisieran poseerla como recuerdo de una época de amargura, pueden pedírmela acompañando las señas del sobre y las palabras suprimidas que indican los paréntesis, como prueba de su derecho á recogerla, con lo que me proporcionarán el placer de subsanar el error de no se sabe quién.

¡Ah! Un detalle: Escrito en el sobre con lápiz hay estas palabras, sin duda puestas por un cartero concienzudo y meticuloso:

«Devuelta por ignorarse su paradero.

»El 17 de mayo salió de su casa al obscurecer y no ha vuelto. Vivía sola.»

LA MUERTE Y LA VIDA

—Comprendo que debes sufrir mucho, Pepe mío, y que estarás anonadado al verme postrada é inútil para todo; pero ¿qué remedio?, la vida trae consigo estos dolores y hay que resignarse.

Y la enferma suspiró con angustia suprema y apretó entre las suyas, pequeñas y afiladas, las manos de Pepe, aquellas manos que tantas caricias la prodigaron, como si ellas fuesen capaces de sujetarla y hacerla permanecer en este mundo, donde gozó de tan santas y supremas alegrías.

Pepe, angustiado, quiso interrumpirla, protestando: se pondría pronto buena; él lo necesitaba mucho, mucho... ¿Qué iba á ser de ellos si no? Debía animarse y alejar de sí tristes ideas.

Sonrió melancólicamente la enferma y movió la cabeza negando. Conocía que le restaban pocos días de vida, pocas horas tal vez; la carencia de fuerzas era absoluta, y necesitaba para morir tranquila que Pepe le prometiese no entregarse al dolor desesperado.

—Siempre, agregó, te obedecí con sumisión de sierva cariñosa; siempre, hasta para lo más trivial, solicité tu consejo... Perdona si ahora te suplico, y si deseo que mi súplica tenga para ti toda la fuerza de los imperativos.

Se habló de los niños: Carmen iba á cumplir pronto los catorce años, y estaba hecha una mujercita, capaz de llevar el peso de la casa; sería buena; él, tan santo, sabría guiarla, evitando que se perdiese en el intrincado laberinto de la vida; *Tonín* era el que necesitaba más cuidados. ¡Pobre *Tonín*, tan pequeño y tan lindo!..

Lágrimas ardientes, como no las había llorado nunca, nublaron los ojos de la enferma y corrieron por sus mejillas, al pensar en aquel pedazo de sus entrañas que iba á quedar sin el regazo amoroso de la madre cuando más falta le hacía.

—Necesitas ser fuerte, muy fuerte, agregó; les haces mucha falta; ¡ellos no tendrán en el mundo á nadie más que á ti!

Cuando se hubo serenado un poco, suplicó que le llevaran á la cama á *Tonín* y que llamasen á Carmen; quería verlos una vez más, besarlos hasta caer rendida, aunque no satisfecha; cada hora, cada minuto podía ser el último, y no era cosa de desaprovechar los instantes cuando la muerte rondaba tan de cerca.

Carmen estaba acongojada, como quien prevé una desgracia horrible, y mientras besaba á su madre y recibía sus besos frenéticos de despedida, hacía grandes esfuerzos para no llorar; el padre le había recomendado mucho que no afligiese con sus lágrimas á la pobre enferma... *Tonín* reía, con la risa franca de la inocencia que desconoce los grandes dolores. Invitaba á su madre, con esa media lengua que es regocijo de los hogares felices, á que se levantase, y viendo que no lo hacía, acabó por preguntarle que si tenía sueño.

—Sí, sí; un sueño muy grande, hijo mío; muy grande y muy pesado; ¡un sueño que durará mucho!

Sacaron á los niños de la alcoba y la enferma repitió sus recomendaciones y consejos. Pepe la escuchaba, asintiendo con la cabeza; recomendándole de vez en cuando que no se fatigase; ya sabía que el médico le había prohibido hablar.

—Ese es un mal síntoma, Pepe..., un mal síntoma... Los médicos, cuando no saben ya qué mandar, lo prohiben todo.

Fué muy larga aquella noche de invierno; muy larga, muy triste y muy fría; en la casa reinaba el silencio majestuoso que precede á las grandes tragedias de la vida.

De tanto en tanto el silencio era interrumpido por los sollozos de aquel hombre; sollozos convulsivos de quien hace esfuerzos inútiles por contener un dolor que pugna por manifestarse francamente. Pepe recordaba su vida, vida apacible y serena de hombre que supo proporcionarse la felicidad: sus ilusiones de mozo, cuando trabajaba con afán para conseguir casarse con Amparo; sus amores idílicos y tiernos, sin arrebatos pasionales; el día feliz de su boda; la luna de miel, rica en ternuras, que aún duraban; el nacimiento de Carmen, que vino á ser como corona de tanta felicidad... Luego, se habían pasado muchos años deseando un niño, y *Tonín* había llegado, como una bendición del cielo, á aumentar la familia feliz... ¡Y ahora se iba á acabar todo!.. El idilio dejaba paso á la tragedia; la muerte separaría aquellos corazones que latieron al unísono durante tantos años... ¡Dios mío, Dios mío!, ¿qué había hecho él?

Sin hablar ni quejarse, sonriente y tranquila, como quien cumplió á conciencia la misión que le fué encomendada, la enferma cerró los ojos al amanecer para no volverlos á abrir. Pepe, transido de dolor, se arrojó sobre el lecho: «¡Amparo!, ¡Amparo!,» gritaba, como si con sus gritos desgarradores quisiera deshacer la obra fatal de la muerte. Y besaba con frenesí loco aquella frente por donde no pasaron nunca ideas pecaminosas.

El llanto de *Tonín* le hizo reponerse y darse cuenta de su situación, y corrió hacia la camita donde los hermanos dormían, mientras manos piadosas rendían el último tributo á su mujercita adorable.

Más tarde, apaciguando un poco su dolor, recordó las recomendaciones de Amparo, y pasó gran parte del día abrazando á Carmen, que lloraba desconsoladamente, aunque sin conocer la intensidad de su desgracia, y á *Tonín*, que con los ojos muy abiertos como si pretendiera atesorar la luz, sonreía con esa sonrisa de la inocencia, alegre como las alboradas.

Pepe sentía que aquel calor de sus hijos confortaba su corazón. Y cuando besó por última vez la frente de Amparo, juró ante la querida muerta vivir mucho tiempo, como si su vida dependiese de su voluntad, para ser el guía y apoyo de aquellos niños que acababan de perder á la mejor de las madres.

Rafael Ruiz López.



DEL NATURAL, dibujo de R. Casas



ACUMULADORES ELÉCTRICOS

En la industria, y también pudiéramos decir en la vida, y generalizando aún más, afirmaremos que en la Naturaleza, hay dos clases de elementos de inmensa importancia y de carácter distinto.

Unos que son *gérmenes* de fuerzas ó energías.

Y otros que ni engendran fuerza ni engendran energía alguna; pero que *transforman* las energías existentes que á ellos llegan.

Citemos algunos ejemplos de los primeros.

Da fuerza, ó dicho con más exactitud, trabajo disponible, ó empleando un término más general, energía, una catarata que se desprende en el seno de una montaña. Es una diferencia de nivel, y de alto á bajo, solicitada por la acción de la gravedad, cae una masa de agua. Pues aquí tendremos unos cuantos caballos de vapor dispuestos para ser utilizados por la industria. Esta catarata es una verdadera fuente de fuerza industrial, es una mina de energía, un verdadero filón de este elemento indispensable de la industria.

Al descubrir la catarata, hemos descubierto una nueva fuerza, mejor dicho, una *nueva cantidad de fuerza*.

La poderosa ondulación de la marea, que penetra en el seno de una costa, de boca estrecha y de contorno á pico, de tal suerte que pueda servir de depósito á una gran masa de agua, es otra fuerza más; porque en cerrando la boca por un muro provisto de compuertas, podemos crear una caída de agua artificial y estaremos en el caso anterior.

La atracción del sol y de la luna nos puso una masa enorme de agua á cierta altura, y las mismas atracciones celestes nos procurarán, al cabo de algunas horas, un nivel más bajo al pie del muro de cerramiento.

Al aprovechar la marea, hemos aprovechado una nueva fuerza, una *nueva energía;* hemos aumentado nuestro capital, expresado en caballos de vapor, como si hubiéramos descubierto nuevas arenas auríferas en el África ó en California.

Al observar que en determinado punto del globo soplan vientos fuertes y constantes y al establecer un molino de viento que recoja el impulso aéreo, hemos *aumentado* todavía nuestra riqueza en energías industriales.

Al explorar un terreno carbonífero y encontrar en sus entrañas enormes filones de carbón de piedra, seguimos aumentando nuestra riqueza, porque ese carbón, en el hogar de las máquinas fijas, ó de las locomotoras, ó de las máquinas marinas, y al prenderle fuego, desarrollará millares y millones de caballos de vapor por la acción química entre el carbono y el oxígeno, que al precipitarse unos sobre otros los átomos de estas dos substancias, quiero decir, los átomos de carbón y los del oxígeno del aire, constituirán pequeñas cataratas de fuego de número inmenso y cuya suma total representará inmensas energías, casi todas las que ha utilizado la industria moderna.

En términos generales, siempre que encontremos dos substancias que tengan entre sí poderosas afinidades químicas no saciadas, al saciarse darán origen á desarrollo más ó menos importante de nueva fuerza, que se encontraba en estado potencial, cuando las substancias estaban separadas, que pasarán, como decían los aristotélicos, de la potencia al acto cuando se combinen.

Y por último, para no hacer interminable esta enumeración, el día en que se descubra un receptor solar muy barato y se pueda recoger la fuerza solar en unos cuantos kilómetros cuadrados, habremos aumentado en una proporción enorme las energías de que hoy dispone la industria. Que por tal descubrimiento pudiéramos, no aumentar, meramente, las fuerzas industriales que hoy existen, sino multiplicarlas por ciento ó por mil, ó por cifras aún más elevadas. Esto sí que sería encontrar un filón de energías. Sería mucho más que encontrar toda una cordillera de montañas convertidas en oro macizo, porque el oro es elemento de circulación, mercancía útil por sí, pero útil sobre todo para el cambio; pero no fuerza, no energía, á menos que nuevos descubrimientos no encontraran en el oro energías químicas hoy desconocidas. Y claro es que aquí no hablamos de las aplicaciones medicinales del oro y de la plata, de las que hoy empieza á discutirse con gran interés.

Todos los ejemplos que hemos citado pertenecen, como queda dicho, á la primera categoría de elementos, cuyos efectos se condensan en una sola palabra, *más fuerza, más energía.*

La segunda categoría de elementos, en rigor no aumentan la estadística de esta clase de riqueza, y al pronto parece que su importancia debe ser secundaria; pero no nos apresuremos á emitir juicios que serían prematuros.

Antes de juzgar, citemos algunos ejemplos, y empecemos por establecer que en esta segunda clase de elementos industriales, no se crea ni un átomo de fuerza, más bien se pierde. No son creadores de fuerza, son *transformadores.*

Recogen fuerzas ya existentes, las reunen, las transportan, ó cambian su modalidad. Y esto de la modalidad requiere algunas explicaciones.

La palabra *fuerza*, aplicada á dicha clase de problemas, es incorrecta. Debiera decirse *energía,* ó caballo de vapor, ó trabajo, y en algún caso fuerza viva. Todos estos términos para el problema industrial son equivalentes, porque pueden medirse por la misma unidad. Pero todos son complejos, todos se componen de dos factores, y en cada uno de ellos, es decir, de dichos conceptos, pueden variar en sentido inverso ambos factores sin que el producto se altere.

Por ejemplo, en el *trabajo,* entran la fuerza en kilogramos y el camino recorrido por su punto de aplicación, y el valor total del trabajo quedará el mismo, aunque la fuerza se reduzca, pongo por caso, á la mitad, si el camino se duplica.

Estos cambios son los que llamamos cambios de modalidad, que es como decir de *modo de ser.*

Más aún, las energías naturales se presentan bajo diversas formas; unas veces es una masa de agua que cae con cierta velocidad; otras veces, una masa de aire que sopla con mayor ó menor ímpetu; otras, el calor solar ó el calor de la combustión de la hulla. Todas estas son también *modalidades* de la energía universal, y gracias á los prodigiosos adelantos de la ciencia moderna, pueden convertirse en corriente eléctrica, la cual, á su vez, puede actuar como trabajo industrial.

Cerrando aquí el paréntesis y volviendo al punto de partida, repetiremos lo que antes decíamos: la segunda categoría de elementos industriales no es una categoría creadora de fuerza, no nos hace más ricos de lo que éramos, en cuanto al caudal de energía, porque no aporta energías nuevas al gran mercado de la industria, y esto parece que disminuye la importancia de tales elementos. Pues sin embargo, son importantísimos, son trascendentales y dan un impulso titánico á la civilización.

No son creadores, son meramente transformadores; ¡pero el transformar las cosas vale tanto! Una transformación equivale muchas veces á una verdadera creación.

Casi todas las máquinas de los talleres, con sus ruedas, sus palancas, sus complicados é ingeniosos mecanismos, no hacen más que transformar la fuerza en el sentido que antes indicábamos, es decir, que cambian esfuerzos por caminos; y así, por ejemplo, en la prensa hidráulica se multiplica por ciento y por mil el esfuerzo inicial, obteniendo presiones colosales, ca

paces de mover toda la torre Eiffel; como realmente se ha movido, ni más ni menos que se mueve y se nivela un teodolito dando vuelta á los tornillos de la base.

Así dijo Arquímedes que, como le dieran una palanca tan larga como él pidiese y un punto fijo en el espacio, él con su mezquina fuerza de hombre mortal, movería la Tierra. Podría, en efecto, multiplicar la fuerza; lo que no multiplicaría ó transformaría es el *trabajo*.

Al género de los transformadores, no de los creadores, pertenece la dínamo, invención prodigiosa, que yo creo que no tiene superior en todas las invenciones humanas.

No crea energía, pero las transforma todas en corriente eléctrica; es decir, las unifica, y unificadas las transporta por un hilo á centenares de kilómetros, para transformar de nuevo al llegar á los talleres la corriente transportada en trabajo industrial.

Si existía, por ejemplo, una catarata perdida en los repliegues de una montaña, y recoge su energía una turbina, y una dínamo la transforma en electricidad y de este modo llega la energía antes perezosa á 200 kilómetros de distancia, á trabajar en el centro de una fábrica, para la Naturaleza no habrá creación de energía; para el hombre, para sus industrias, es tanto como si la hubiera. A la Naturaleza no la enriquece; al hombre, sí.

Ahora se comprenderá la inmensa influencia que económica y socialmente tienen todos los transformadores de energía. A esta categoría pertenecen los *acumuladores* eléctricos.

No engendran fuerza; pero como su nombre lo indica, la acumulan, y la acumulan transformándola, y la conservan más ó menos tiempo; de suerte que vienen á ser transformadores en el tiempo, como la dínamo pudiera decirse que es un transformador en el espacio.

Gran invención fué esta de los acumuladores: eran una nueva maravilla, y siguen siéndolo; pero hasta hoy, puede decirse que los acumuladores eléctricos se parecen á ciertos niños precoces: á los cinco años asombran, á los diez asombran menos, á los veinte valen mucho, pero no todo lo que se esperaba que valiesen.

Los acumuladores, á pesar de todo lo que se han perfeccionado, distan mucho de una perfección siquiera sea relativa.

Los acumuladores son muy *pesados*, defecto grave, así en las máquinas como en las personas. Si el acumulador fuese mucho más ligero, sería de un uso constante, y su utilidad extraordinaria. Lo cual no quiere decir que hoy no se utilicen, y con ventaja en muchos casos; pero continúan siendo el niño precoz.

La teoría completa de los acumuladores eléctricos es más complicada de lo que se creyó en un principio; pero su teoría elemental, la puramente necesaria para formarse en globo una idea de cómo funcionan estos aparatos de la Física, es sumamente sencilla.

Acudamos á un ejemplo vulgar.

Supongamos una balanza; en cada platillo hay una pesa de plomo, y las dos son perfectamente iguales.

Además, sobre las pesas hemos esparcido dos montones exactamente iguales de limaduras metálicas.

La balanza, claro es, que estará en equilibrio.

Pues si cogemos la mitad de uno de los montones ó todo el montón y lo llevamos al otro platillo, el equilibrio se romperá en favor del platillo más cargado.

Al deshacer lo hecho y volver la limadura excedente á su primer platillo, se volverá á restablecer el equilibrio. Algo de esto sucede en los acumuladores.

La comparación ya sabemos que no es completamente exacta; pero ahora procuraremos precisar las ideas.

Un acumulador elemental se compone de dos planchas de plomo colocadas frente á frente en una vasija, y sumergidas en un líquido ácido conductor de la electricidad.

Además, las dos superficies de las dos planchas de plomo que se hacen frente están oxidadas en el mismo grado de oxidación; lo cual significa que una y otra masa de plomo tienen en combinación la misma cantidad de oxígeno.

Y el sistema, por su propia simetría, está en equilibrio. Es como la balanza de nuestro ejemplo.

De una y otra parte hay masas iguales de plomo, y sobre ambas están esparcidos el mismo número de átomos de oxígeno, como en nuestro ejemplo la misma cantidad de limaduras. Que en vez de limaduras metálicas fuese polvo de oxígeno solidificado, y la semejanza entre los acumuladores y la balanza sería aún mayor. Mayor decimos, no completa, porque en el ejemplo las masas están superpuestas, y en el acumulador el oxígeno está combinado con el plomo.

Hasta aquí, el acumulador es un sistema inerte, hasta donde puede ser inerte un sistema material, que nunca lo es; mas para nuestro caso, como inerte podemos considerarlo.

La primera operación para aprovechar los efectos de un acumulador, es *cargarlo*, para lo cual se hace que una corriente eléctrica pase por uno de los plomos y salga por el otro, utilizando la conductibilidad del líquido ácido en que los plomos están sumergidos.

Prescindiendo de sutilezas químicas, que no son del caso, lo que sucede al cargar un acumulador es una cosa muy sencilla.

La corriente eléctrica arranca materialmente el oxígeno de la lámina de plomo por donde dicha corriente penetra, es decir, lo desoxida; reduce toda la superficie á plomo puro en estado esponjoso, y al oxígeno se lo lleva á la otra lámina, caminando en el sentido de la corriente, y la sobreoxida.

Ni más ni menos que en nuestro ejemplo cogíamos toda la limadura de un platillo ó una parte de ella y la echábamos en el otro.

Allí desequilibrábamos la balanza, aquí hemos desequilibrado el acumulador; hemos roto su simetría: de un lado tenemos plomo puro, de otro lado plomo sobreoxidado.

Procurar en la Naturaleza desequilibrios, es preparar fuerzas. La fuerza nace siempre del desequilibrio, de la desigualdad: de la igualdad, nunca. La igualdad es la muerte, el estancamiento, la charca.

Haber desequilibrado el acumulador, es como haber dado cuerda á un resorte, como haber tendido la cuerda de un arco, como haber subido un peso á cierta altura. Y obsérvese que el acumulador no va á engendrar fuerza por sí, no es de aquellos aparatos de *primera clase* de que antes hablábamos. El acumulador nos devolverá, cuando más, la energía que empleamos para cargarlo; y decimos cuando más, porque en esta evolución, siempre habremos perdido una parte de fuerza.

Así cargado el acumulador, dura muchas horas, y cuando se quiera aprovechar la energía latente que contiene, no habrá que hacer otra cosa que unir por un alambre los dos plomos.

El aparato buscará su equilibrio, como la balanza de nuestro ejemplo; buscará su simetría; tenderá á ser lo que era; á tener tanto oxígeno sobre un plomo como sobre el otro. En suma, nacerá una corriente eléctrica en cuanto se cierra el circuito, y la mitad del oxígeno del plomo sobreoxidado, volverá á su plomo primitivo, para que el oxígeno total esté repartido igualmente entre ambos.

Como esta operación la hace la corriente eléctrica, y ésta no puede circular si no hay camino cerrado, por eso es preciso unir los dos plomos por fuera del aparato con un alambre.

De lo contrario, la pista de la electricidad está, por decirlo así, cortada y no puede haber corriente, ni la electricidad puede coger al oxígeno que sobraba, para volverlo á traer, y perdóneseme la comparación, á la casa paterna; no podré decir de su padre, pero sí de su plomo.

Cargamos el acumulador haciendo pasar una corriente eléctrica y provocando de este modo una reacción química, ó sea, desoxidando un plomo y sobreoxidando el otro. Al descargarse el acumulador, al deshacer la combinación química, se engendra otra corriente que en cierto modo y para los efectos prácticos es como si hubiera estado latente y almacenada en el acumulador.

No hay, pues, creación de energía, hay verdaderamente transformación de energía en el tiempo. La corriente de hoy se utiliza muchas horas después, y á veces hasta algunos días más tarde.

Pero como el acumulador es portátil, también puede afirmarse que la energía se transforma *en el espacio*. El acumulador se carga en una fábrica, por ejemplo: se lleva cargado á un automóvil, y en él funciona como fuerza motriz. Esta es su gran ventaja.

Pero los acumuladores, entre otros inconvenientes, tienen uno gravísimo, que ha sido causa de que tan admirables aparatos no se extiendan tanto como en un principio se creyó que iban á extenderse; inconveniente que limita y entorpece sus aplicaciones.

Los acumuladores son muy pesados, defecto grave, ya lo hemos dicho. Si el acumulador pudiera reducirse á la parte verdaderamente útil, si pudiera disminuirse la mayor parte del líquido y la caja del acumulador pudiera ser muy ligera, no hay duda que este invento sería de un uso constante.

Pero el peso muerto es enorme, y aunque se han construído acumuladores de diferentes substancias, parece que hasta ahora ninguna puede substituir ventajosamente al plomo, y el peso específico del plomo es enorme; y la masa inútil de plomo que entra en los acumuladores, es más enorme todavía, á pesar de todos los inventos y de todos los adelantos.

Esto no obstante, debemos anunciar á nuestros lectores que se habla de un nuevo acumulador inventado por Edison, en que al plomo se substituye la plata. El peso de estos acumuladores se asegura que es la séptima parte del que tienen los acumuladores ordinarios, para igual cantidad de energía eléctrica acumulada.

Si esto se confirma, el nuevo invento tendrá extraordinaria importancia; porque si bien es cierto que la plata es mucho más cara que el plomo, no lo es menos que no habrá que emplear más que la séptima parte en peso, y que el exceso de gasto será inicial, y no habrá que repetirlo, porque no se consume materia en los acumuladores.

Esta sería una verdadera revolución en muchos ramos de la industria eléctrica.

Por otra parte, el precio de la plata subirá, y en España, por ejemplo, la subida podría influir beneficiosamente en los cambios: hay que aprovecharlo todo.

No ya un acumulador de plata, un acumulador de oro, en que el peso se redujese á la vigésima parte, pongo por caso, de los acumuladores actuales, sería un acumulador de aplicaciones importantísimas.

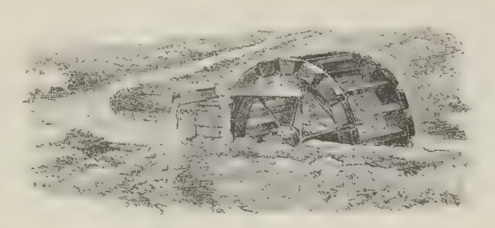
Lo malo es que todo acumulador se funda en la facilidad de las oxidaciones y desoxidaciones, y que estas acciones químicas son mucho más difíciles en la plata que en el plomo, y del oro no hay que habla[r].

Pero quién sabe si reduciendo el oro á estado coloide y empleando líquidos especiales, no se podría obtener resultados que hoy ni siquiera se sospechan.

¡La Naturaleza está tan llena de misterios!..

Estos misterios son unas veces nuestra desesperación, otras veces nuestra esperanza, no pocas nos proporcionan grandes triunfos, y descubiertos ó no descubiertos, y sobre todo en este último caso, son los estimulantes más poderosos del genio de la invención.

JOSÉ ECHEGARAY.





ESTUDIO AL PASTEL, por Carlos Vázquez



DOLOROSO RECUERDO, dibujo de Mas y Fondevila

A través de los Museos de Europa.—Estatuas de Agripina

El Museo Capitolino es uno de los más interesantes de Roma. Emplazado en la famosa colina en donde terminaban los triunfales cortejos de los vencedores á quienes la ciudad Eterna concedía el honor de la apoteosis, debe su fundación al Papa Sixto IV, que lo regaló al pueblo, juntamente con obras de arte antiguo de inapreciable valor arqueológico, artístico é histórico.

Estatua sedente de Agripina en el Museo Capitolino

Una de las joyas que contiene la sala quinta de este Museo, sala llamada *de los bustos de los Emperadores*, es la estatua sedente de *Agripina*, la madre de Nerón y última mujer del imbécil Claudio.

Pertenece esta estatua al género de las *simulacra iconica*, y como la de *Livia* y la de la *Julia de Tito*, existentes en el Vaticano, Agripina está representada en matrona.

Sabido es que el género escultórico más en auge en Roma fué el icónico. La vanidad de las grandes familias patricias por un lado y la adulación popular por otro contribuyeron á que el retrato en bulto adquiriese una importancia y un desarrollo no igualado jamás. Algunos historiadores calculan en *diez y ocho mil* las estatuas que había en la ciudad de los Césares al mediar la tercera centuria de la era cristiana; cerca de la mitad eran retratos. Mas, con ser tantos, pocos han llegado hasta nuestros días que merezcan el honor de considerárseles como obras maestras. Un valor tienen, sin embargo, casi todos los bustos y estatuas icónicas que de entonces conocemos: ese valor es el que tan interesantes hacen las estatuas encontradas en los *Mastabas* y pirámides reales de la época menfita: el realismo de la copia.

***

Pasitelés, escultor nacido en la Gran Grecia que recibió el derecho de ciudadanía el año 87 antes de Jesucristo, extendió en Roma su influencia, creando una escuela de la cual son muestras las citadas estatuas de Julia y Agripina, la de Octavio y alguna otra de este estilo. Pasitelés modelaba en cera la figura, que estudiaba directa y escrupulosamente del natural, antes de tallarla en el mármol ó fundirla en bronce. Su estilo era sencillo, y su escrupulosidad en el estudio del modelo, grande. De Pasitelés se derivó un arte que pudiéramos calificar de naturalista, por su brutal sinceridad. Este es el distintivo del verdadero arte romano. No escatimó ni una arruga, ni un repliegue de las facciones, aun el más insignificante. Realmente, nada tuvieron que agradecer á los artistas las damas y los caballeros á quienes retrataron. La lisonja no movía ni el escoplo ni el palillo.

Pero, dentro de esa sinceridad terrible, hubo algunos escultores que, dotados de imaginación y buen gusto, siguieron las huellas de los últimos helenizantes, entre los que se cuenta dicho Pasitelés, y esculpieron bustos y estatuas en los cuales á la verdad escrupulosa y á lo enérgico del modelado, supieron unir una gran distinción en los movimientos y en las líneas, acusando al propio tiempo los más salientes rasgos del carácter moral del retratado. Una de las estatuas que poseen todas esas buenas condiciones es la sedente de *Agripina* del Museo Capitolino.

La hija de Germánico era todavía físicamente una esbelta y apuesta matrona, á pesar de sus dos matrimonios, cuando se unió á su caduco tío; pero si hemos de creer á los historiadores, su ambición, su orgullo y su crueldad superaban á su belleza. En la estatua sedente del Museo Capitolino, cuya reproducción fotográfica acompaña á este artículo, puede advertirse lo primero, esto es, la elegante línea, amplia y voluptuosa, de la madre de Nerón, en la edad en que más gustaron griegos y romanos de representar á las mujeres (salvo contados y especiales casos): en el otoño de la belleza femenina. En dicha estatua el artista representó la terrible emperatriz en un momento en el que la ambición y la crueldad satisfechas, no atormentan aquella alma limpia de todo buen pensamiento y aquel corazón frío como el hielo. *Agripina* aparece en esa icónica sedente atenta tan sólo á mostrar su belleza: á ser la primera entre las hermosas, como era la primera en autoridad. Y justo es reconocer que las exuberantes líneas de su cuerpo, que se atisban al través de la túnica y del manto ó toga, merecen la admiración que produce la belleza, y que el amplio busto y los torneados cuello y brazos de la imperial matrona son un dechado de perfección.

Pero la crítica moderna ha puesto en entredicho el que esta estatua sea la de *Agripina*. Las razones en que se apoya la crítica son de gran peso. El tipo fisonómico de esta icónica difiere bastante del del busto señalado con el número 14 que de la mujer de Claudio se conserva en el mismo Museo del Capitolio. La nariz de dicho busto es ligeramente gruesa hacia su extremidad y la cara redonda; por otra parte, el peinado es de sortijas, y en la estatua es ondeado y de rodetes superpuestos. En cambio la estatua también sedente de *Agripina* que guarda el Museo de Nápoles y que reproduce otro de los grabados de esta página, parece ser de una autenticidad indiscutible. El peinado es idéntico al del busto que arriba cito, y el corte de la cara como el de la nariz son parecidísimos también y concuerdan al propio tiempo con el perfil de la Agrippina del famoso camafeo en ónice que se admira en el gabinete de antigüedades de Viena. Por último, el modelado es más franco y sencillo en la estatua de Nápoles que en la de Roma. Un detalle. La silla de las llamadas *curules* en que ambas icónicas aparecen sentadas, difieren en que en la de Nápoles las cuatro patas están al aire y en el asiento no hay almohadón, mientras que en la de Roma las patas de la silla solamente se indican en el *bloc*.

Serían insuficientes estos reparos puestos á la icónica capitolina, si no viniesen á aumentar su fuerza otros de gran importancia y que pertenecen al orden psicológico. En el rostro de la estatua del Capitolio, así como en la naturalísima y elegante posición de los brazos, no se advierte lo que pudiéramos llamar *parecido espiritual* con la Agripina histórica. En esta estatua, la fisonomía de la madre de Nerón acusa más bien dulzura que otra cosa; en el movimiento general, deseo perfectamente femenino de agradar, por la gentileza de la apostura. No así en la estatua de Nápoles: en esa icónica, la expresión del rostro es el de una persona á quien acosan las preocupaciones. Ligerísimamente inclinada hacia adelante la cabeza, con los labios fruncidos, los ojos, que parecen mirar duramente, medio entornados y contraídas las comisuras de la boca, la Agrippina cruel surge tal y como nos la pintan sus hechos y la describe la Historia. La posición de los brazos y de las manos de esta icónica concluye de darle ese carácter de dureza inflexible que se advierte en el rostro: ambos brazos descansan sobre los muslos y sus manos se juntan: la derecha aparece cerrada y la izquierda la abarca, casi la oprime.

Verdaderamente, las observaciones de la crítica son justas y de gran peso: de tanto, que entre los arqueólogos y artistas comienza á designarse la estatua del Museo del Capitolio llamándosele *estatua de dama romana*. Pero, en mi juicio, tal designación no está por completo justificada. Hay puntos obscuros que aclarar antes de dar como apócrifa la *Agripina* de Roma. A no ser que, como vengo pensando desde que he visto y estudiado ambas estatuas, sean una; la de Nápoles, la icónica de la abuela de Nerón, y la del Capitolio la de la madre; cosa que no me atrevo á afirmar rotundamente, por cuanto Pierre París en su estudio acerca de la escultura antigua, el conde Cicognara, Muntz y otros dicen textualmente: *la tête légèrement incliné, avec une expression dure et mechante de visage, la mère de Neron nous apparait telle que nous la montre l'histoire*, etc. A pesar de esto, la duda no se me desvanece, por cuanto al hacer más arriba el estudio comparativo fisonómico entre una y otra estatua, hallo las diferencias de bulto que podrá apreciar el lector en las reproducciones adjuntas.



Estatua sedente de Agripina en el Museo de Nápoles

Cierto que hay coincidencias verdaderamente singulares en dichas icónicas. En primer término, la posición (sedente) de ambas estatuas, no adoptada en aquellos días para ninguna otra, ni masculina, ni femenina, está de perfecto acuerdo con el orgullo de la hija de Germánico. En segundo término, la indumentaria de ambas estatuas es exactamente igual. En tercer término, la disposición de los paños no discrepa en un ápice. En cuarto lugar, está el movimiento de las figuras que, excepto el de los brazos, dice á voces que la misma persona sirvió de modelo para ambas icónicas. Respecto del peinado, ya sabemos la inmensa variedad de los usados por las damas romanas, quienes cambiaban cuasi diariamente la forma en que disponían sus cabellos.

¿Cómo se explica que el busto y el camafeo citados más arriba por mí, y que representan á la madre de Nerón, se parezcan á la Agripina del Museo de Nápoles y no á la de Roma? Para mí pudiera explicarse esto por la persistencia de un error arqueológico é histórico. Pero ante las afirmaciones de autoridades como Muntz y Pierre París, inclino la cabeza y me limito á exponer mis dudas.

R. Balsa de la Vega.

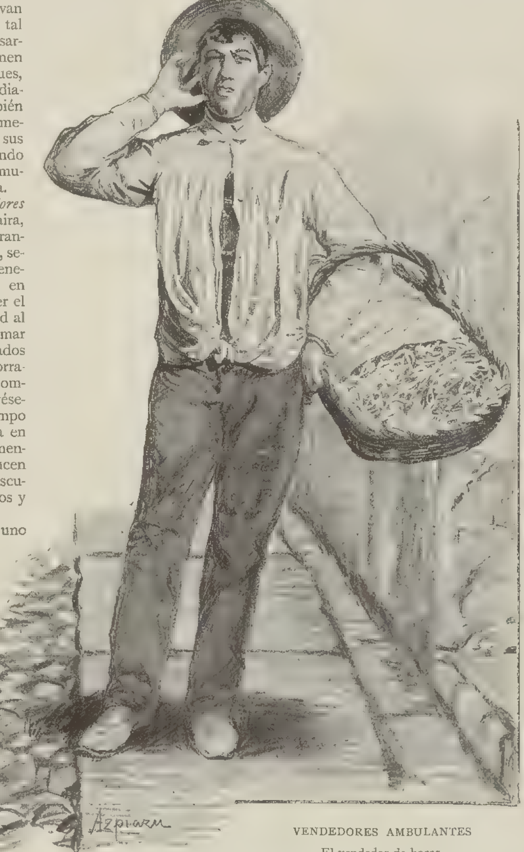
Costumbres andaluzas.—Vendedores ambulantes

Una de las plagas que pacientemente tenemos que soportar los que vivimos en las capitales andaluzas, es la de los pregones que lanzan todos aquellos que se proponen dar á conocer al público sus mercancías. Desde el amanecer comienzan con voces estentóreas á hacerse presentes; y el carbonero y el panadero y los vendedores de frutas, yendo de casa en casa y deteniéndose en cada puerta, despiertan al vecindario, que ve sacudida su pereza en términos tales, que hay que perder la esperanza de reconciliar el sueño. Y no se crea que tan abusiva costumbre es transitoria y que concluye al transcurrir las primeras horas de la mañana; sino que, por el contrario, á medida que el día va entrando se van sucediendo otros y otros vendedores, hasta tal punto que los vecinos de las calles podrían pasarse sin relojes, y para averiguar las horas no tienen más que escuchar ciertos pregones. Los hay, pues, que comienzan con el día, otros cuando va mediado, no pocos por la tarde y, finalmente, también se les encuentra por las noches. Estos son los menos escandalosos, pues escogen por teatro de sus operaciones el interior de las tabernas, ofreciendo cangrejos, camarones y mojama, grandes estimulantes del vinillo de la tierra y de la manzanilla.

Entre los que podremos llamar *despertadores* cuéntanse los panaderos de Alcalá de Guadaira, villa próxima á esta ciudad, famosa por su grandioso castillo árabe y por su pan, cuya bondad, según dicen, es debida á las aguas de sus ricos veneros y á la manera de amasarlo. Su consumo en Sevilla es tan considerable, que basta sólo ver el número de panaderos que entran en la ciudad al amanecer, haga bueno ó mal tiempo, para formar juicio de la importancia de este negocio. Montados en robustos mulos, sobre enormes angarillas forradas de lienzo interior y exteriormente, con sus sombreros de ala ancha y sus blusas de crudillo, véseles venir por el camino de la Cruz del Campo formando nutrido escuadrón, entretenidos, ya en chispeante plática, ya escuchando las coplas flamencas que alguno de ellos entona, las cuales producen melancólico efecto por su cadencioso ritmo, escuchadas en medio de la soledad de los campos y al despuntar el día.

Llegados á las puertas de la ciudad, cada uno emprende distinto derrotero y se dirige, ya á la plaza de abastos donde tiene su puesto, ya al barrio en que cuenta con parroquianos, hasta ver terminada la venta de su mercancía.

Entrada la mañana, suceden á aquéllos los de los pajaritos *pelaos* y demás vendedores de aves; los hortelanos; el *tío* de los alcauciles con sus grandes ristras de tan sabrosos vegetales; el del arrope, que añade siempre á su pregón «¡buen dulce de vendimia!..;» el pescadero, que suele ser de los más escandalosos; la gitana, que pregona caracoles burgaos, llevando con gran desenfado sobre la cabeza la humeante olla que los contiene, y tantos otros más, cuya enumeración sería enojosa.



VENDEDORES AMBULANTES

El vendedor de bocas

Párrafo aparte merecen, sin embargo, el florero, que no se limita á pregonar como los otros, sino que á los nombres de las flores acompaña larga relación en que especifica los colores y cualidades que las distinguen; tipo zumbón, maleante y galanteador de mujeres, lo mismo viejas que jovenes, pues para todas tiene, ya una frase picaresca y satírica, ya un requiebro más ó menos hiperbólico. Algunos pregones de floreros han logrado pasar á la generación actual, y todavía recuérdanse en Sevilla los del famoso Quijada, que aún no ha encontrado rival.

Hoy puede considerarse como sucesor de aquél, por su gracejo y excelente voz, el que se anuncia cantando «¡...deshollinadores y escobas y... qué buenos escobones..!,» y decimos cantando, porque de una frase tan corta saca singular partido, en fuerza de las modulaciones de voz, de los gorgoritos en que se detiene al terminar cada palabra. Más de una vez ocurre que en una misma calle encuéntranse el de los escobones y el de las bocas, y entonces es cosa de ver cómo, interesado el amor propio de ambos, establécese una rivalidad en la que interviene y de la cual es juez el sexo femenino. «¡Bocas de la Isla... como la leche qué buenas bocas!..» Así repite el vendedor del exquisito marisco, que se entona y templa su voz acercando la palma de la mano izquierda hasta taparse el oído del mismo lado. Cuando estas luchas ocurren en los barrios clásicos de la gente flamenca, en San Bernardo ó en la Macarena, llegan á formarse verdaderos bandos, dividiéndose las opiniones, y entonces no es extraño que lo que comenzó en alegría concluya en *bronca* ó mayúsculo escándalo.

Los vendedores ambulantes de bocas y demás mariscos, los floreros y otros, que suelen ser gentes maleantes, de costumbres alegres, que jamás han pensado en lo porvenir ni en las amarguras de la miseria, que viven al día y que no conocen siquiera la aspiración de mejorar sus condiciones de vida, para los cuales el ahorro es un mito, suelen desaparecer de la escena social durante algunos días, reapareciendo al cabo de ellos con su misma alegría y su misma gracia. Si se les pregunta qué ha sido de ellos, contestará alguno sin rebozo que «cansado un día, se terció una juerguesita, y vendiendo jasta la casa santa, las bocas y er canasto, se jué con unos amigos á las ventas de la Macarena, tomando una tajá tan grande, que er mundo se jundió, y emparmándola ar día siguiente, no supo más sino que despertó en la prevensión, donde los guindillas lo llevaron por mor de una bronquiya que había armao.»

Estas apariciones intermitentes repítense con bastante frecuencia, pues como todo le es igual, lo mismo le da dormir en su casa que en la prevención, comer bien ó mal; y así, tan fácilmente malgasta en un instante el fruto del trabajo de varios días, con tal de divertirse un rato.

Esta indiferencia y despego hacia las cosas de la vida, que constituyen el bienestar para la mayor parte las gentes, es uno de los caracteres distintivos de muchos andaluces, los cuales, criados en medio de las mayores privaciones, faltos de instrucción y de estímulos, conténtanse con vivir al día, atendiendo, como Dios quiere, á sus escasas necesidades.

Empiezan desde sus primeros años por desprenderse de toda autoridad de familia, y si consiguen proporcionarse un canasto, que llenan de mariscos ó de flores, dedícanse á su venta. Durante el día recorren las calles, haciendo estaciones, á veces largas, en las casas de vecinos, en los corrales de los barrios; en los cuales con gran facilidad olvídanse del interés del negocio, ya por unos ojos negros, ya por una boca fresca ó por unos labios aterciopelados, más todavía que las rosas de su canasto. Cuando se ve entre *ellas*, dejaría de ser quien es, si no se entretuviera en chicoleos con todas, que después si no le compran nada le han proporcionado un rato de alegría. ¿Y que más que alegría tiene él que buscar en el mundo?

Si á media mañana no ha entrado en su cuerpo la gracia de Dios, no hay que apurarse, ya entrará, que nunca falta el grano á los pajarillos del campo, y él sabe á qué horas y en qué tabernas están los hombres de rumbo, y conque él llegue y *eche* un pregón, en seguida le llaman, lo hacen sentar, le dan dos medias cañas y «toíto lo que se l'antoje.»

Pues si esto es de día, aún más seguridad tiene de que no ha de acostarse sin cenar, acudiendo adonde le quieren bien, donde se gastan el parné y donde no hay nunca miseria ni penas.

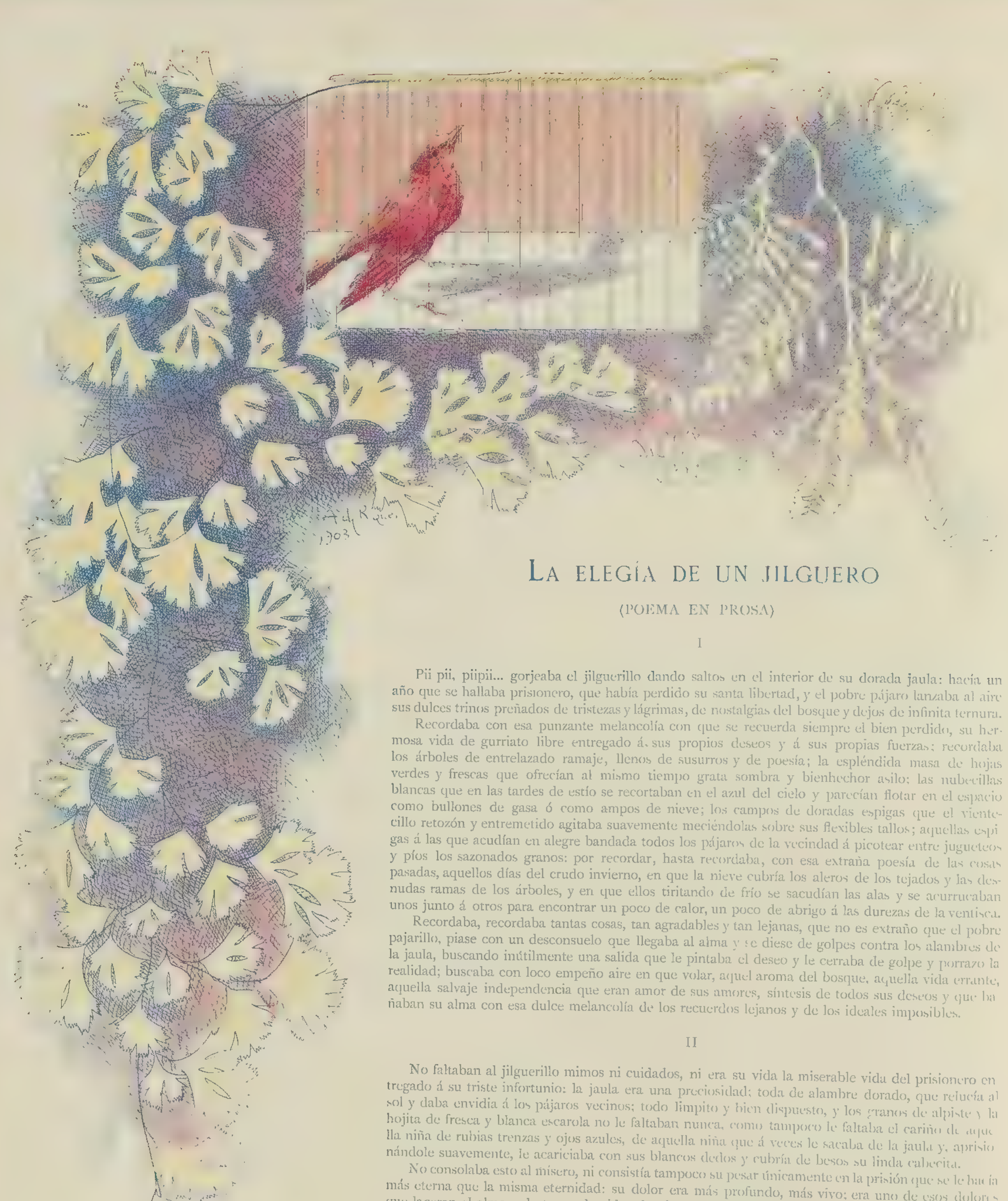
No bien aparece en la puerta del camarote de la taberna donde se derrocha el vino y se canta y se baila, y con estentórea voz dice «¡... y traigo camarones y bocas de la Isla y cangrejos vivitos!..,» que grítanle que entre, y muy poco tarda en volcar toda la mercancía contenida en el canasto sobre las blanquísimas tablas de la mesa, que no sólo le pagan espléndidamente, sino que come y bebe á costa de la alegría de sus parroquianos.

Y así un día y otro, siempre es el mismo. Como apenas tiene necesidades, todo le sobra; convencido como está de que él nació para ochavo y no llegará á cuarto, todo le es indiferente, pues si una enfermedad le agobia, para eso está el hospital, y si llega á viejo y no puede trabajar, el asilo ó el hospicio ahí está para los infelices como él.

No pasó ciertamente por su cabeza, allá en su juventud, que aprendiendo un oficio, llegando á dominarlo, con su trabajo y con sus economías podría no sólo salvarse de la miseria, sino hasta hacer fortuna bastante para tener una vejez tranquila. Este lenguaje es para él tan desconocido que nunca pudo entenderlo. Su libertad y su gusto; tales fueron los móviles de sus acciones, y fuera de ellos no concibió la vida. Ley suprema para él fueron sus deseos; y así, no es de extrañar que la contrariedad, la oposición á aquéllos le irrite, le ciegue, y que en un momento dado, atropellándolo todo, den con su cuerpo en la celda de una cárcel. Aun allí mismo se sentirá satisfecho porque hizo *lo que le dió la gana*.

Desgraciadamente, el tipo que he tratado de esbozar es muy frecuente en Andalucía, y á vendedores se meten todos los que sienten tendencias á la vagancia; advirtiendo que éstos, por lo general, dedícanse á la venta de aquellas mercancías que no son las que satisfacen las primeras necesidades, sino á las que por su índole especial los aproximan á las mujeres y á las gentes alegres.

J. GESTOSO Y PÉREZ.



La elegía de un jilguero

(POEMA EN PROSA)

I

Pii pii, piipii... gorjeaba el jilguerillo dando saltos en el interior de su dorada jaula: hacía un año que se hallaba prisionero, que había perdido su santa libertad, y el pobre pájaro lanzaba al aire sus dulces trinos preñados de tristezas y lágrimas, de nostalgias del bosque y dejos de infinita ternura.

Recordaba con esa punzante melancolía con que se recuerda siempre el bien perdido, su hermosa vida de gurriato libre entregado á sus propios deseos y á sus propias fuerzas; recordaba los árboles de entrelazado ramaje, llenos de susurros y de poesía; la espléndida masa de hojas verdes y frescas que ofrecían al mismo tiempo grata sombra y bienhechor asilo; las nubecillas blancas que en las tardes de estío se recortaban en el azul del cielo y parecían flotar en el espacio como bullones de gasa ó como ampos de nieve; los campos de doradas espigas que el vientecillo retozón y entremetido agitaba suavemente meciéndolas sobre sus flexibles tallos; aquellas espigas á las que acudían en alegre bandada todos los pájaros de la vecindad á picotear entre jugueteos y píos los sazonados granos: por recordar, hasta recordaba, con esa extraña poesía de las cosas pasadas, aquellos días del crudo invierno, en que la nieve cubría los aleros de los tejados y las desnudas ramas de los árboles, y en que ellos tiritando de frío se sacudían las alas y se acurrucaban unos junto á otros para encontrar un poco de calor, un poco de abrigo á las durezas de la ventisca.

Recordaba, recordaba tantas cosas, tan agradables y tan lejanas, que no es extraño que el pobre pajarillo, piase con un desconsuelo que llegaba al alma y se diese de golpes contra los alambres de la jaula, buscando inútilmente una salida que le pintaba el deseo y le cerraba de golpe y porrazo la realidad; buscaba con loco empeño aire en que volar, aquel aroma del bosque, aquella vida errante, aquella salvaje independencia que eran amor de sus amores, síntesis de todos sus deseos y que bañaban su alma con esa dulce melancolía de los recuerdos lejanos y de los ideales imposibles.

II

No faltaban al jilguerillo mimos ni cuidados, ni era su vida la miserable vida del prisionero entregado á su triste infortunio: la jaula era una preciosidad; toda de alambre dorado, que relucía al sol y daba envidia á los pájaros vecinos; todo limpito y bien dispuesto, y los granos de alpiste y la hojita de fresca y blanca escarola no le faltaban nunca, como tampoco le faltaba el cariño de aquella niña de rubias trenzas y ojos azules, de aquella niña que á veces le sacaba de la jaula y, aprisionándole suavemente, le acariciaba con sus blancos dedos y cubría de besos su linda cabecita.

No consolaba esto al mísero, ni consistía tampoco su pesar únicamente en la prisión que se le hacía más eterna que la misma eternidad: su dolor era más profundo, más vivo; era uno de esos dolores que laceran el alma y destrozan la vida: el pobre estaba enamorado, enamorado como un loco.

No lo dudéis; los pájaros también sienten, también lloran, también aman: de dos en dos anidan las palomas; de dos en dos emprenden las golondrinas sus largas peregrinaciones. Nada más poético que un nido, nada más hermoso que ese amor que inmoviliza al ser más movible de la creación y le sujeta á dulces deberes.

Los pájaros sienten, los pájaros lloran, los pájaros aman: por algo son las palomas el símbolo más bello de los amores puros; por algo se llama nido á la habitación conyugal; por algo el amor es gorjeo de almas, canto de ruiseñores.

El jilguero estaba enamorado, enamorado de aquella hembra que todas las mañanas, sin dejar una, venía á detenerse en los alambres de su jaula á cantarle amores con el pío más dulce que hayan podido escuchar en la vida oídos de pájaro.

III

Desesperábase el pajarillo, sosteniendo impotente lucha contra el triste destino que le encerra- [illegible] en la jaula, en vez de permitirle volar á su antojo con su hermosa compañera por esas regiones quiméricas del viento, que sólo á los pájaros les es dado franquear; pero en su misma desesperación, que se traducía en gorjeos de infinita tristeza, tenía el inefable consuelo de [illegible] que la avecilla, fiel á sus dulce[illegible]



GUARDADORA DE GANSOS, pastel de Mas y Fondevila

acudía todas las mañanas llevándole un aliento de vida, un rayo de alegría que disminuían sus amarguras y levantaban su espíritu.

El amor obra el milagro, siempre renovado, de consolar todos los dolores y despertar todas las esperanzas. Es algo inexplicable que por enmarañados senderos y por misteriosas causas penetra en el corazón, arraigando en él, robusto y poderoso, renovando sus ilusiones y poniendo en cada uno de sus latidos un germen de vida, un aliento de juventud; es algo que inunda el alma de extraña dulzura, substituyendo en ella la negra noche en que duerme por el espléndido día á que de repente amanece; es el algo que todos sienten y nadie explica, que disipa las tristezas y engrandece la vida, que redime y eleva; cadena sin fin que une á todos los seres y renueva todos los mundos.

IV

El jilguerillo enamorado soñaba, y sus sueños ni tenían límites ni reconocían obstáculos. Cuando ella acudía, siempre hermosa, siempre dulce, llevando en las temblorosas alitas la frescura y el perfume del bosque, todo se lo figuraba fácil, abandonado á esa mágica ilusión que dora los tortuosos senderos de la vida y que hace piadosamente que en el alma humana nunca se ponga el alegre sol de la esperanza ni nunca caiga por completo la triste noche del desengaño.

Soñaba con escaparse de su prisión; soñaba con el bosque; soñaba con formar en uno de sus árboles el caliente nido, cuando la primavera, renovando la savia, hinchase sus secas y desnudas ramas, haciéndolas estallar en una explosión de hojas y de flores.

Soñaba..., ¿á qué decir lo que soñaba, si el amor es siempre un sueño de color de rosa, un sueño que participa algo del éxtasis y del delirio, un hermoso sueño á que se entrega el alma con dulce abandono, pero que la mente no concibe ni la balbuciente palabra expresa?

V

El pajarillo se moría; en vano le renovaban con amorosa diligencia las hojas de escarola, el alpiste y el agua. Arrinconado, sin moverse apenas, con la mirada perdida en el espacio como si en el espacio buscase algo que le faltara, lanzaba al aire sus hondas penas; su canto era el canto del cisne, y al morir exhalaba sus notas más finas, sus gorjeos más dulces.

Acabáronse las ilusiones y acabáronse los sueños; cayó para siempre y de repente sobre su corazón la noche con su manto de tinieblas, el desengaño con sus tristes amarguras.

El pajarillo se moría; no era su forzada impotencia, no era su triste prisión, ni las nostalgias de la vida errante lo que le mataba con lentitud cruel, con una lentitud que era un sufrimiento, una amargura más.

La pajarilla no volvía; la pajarilla abandonaba á su pobre amante á todos los desalientos de la tristeza, á todas las locuras de la desesperación; en vano la llamaba con gorjeos preñados de lágrimas y de ternuras, con gorjeos en que ponía pedazos de su corazón, todas las ansias sin satisfacer, todos sus anhelos sin esperanzas, todas sus ilusiones y todos sus alientos de vida; la pajarilla, hembra al fin, sorda á sus quejas, indiferente á sus dolores, no volvía; la pajarilla abandonaba á su amante á todos los desalientos de la tristeza y á todas las locuras de la desesperación.

VI

El pajarillo moribundo levantó de repente la decaída cabecita y abrió los turbios ojos: ruido de alas, alientos de vida llegaban hasta su prisión; algo que le recordaba horas felices perdidas en las nebulosas lejanías del tiempo y que hacían revivir en su alma goces pasados. Revoloteando alegremente, avanzaban hacia el balcón, para buscar sin duda fresco asilo entre las flores que le convertían en improvisado jardín, dos jilguerillos, macho y hembra; venían contentos, abandonados á esos juegos de amor que tan dulcemente saben, que iluminan la existencia con una ráfaga de alegría y la aromatizan con misterioso perfume; esos juegos de amor á que se entrega la juventud loca, aturdida, que vive en un instante todas las venturas y todos los placeres para olvidar las horas largas, interminables de dolor y desencanto, de hastío y desilusión.

El pajarillo moribundo los vió detenerse entre las flores, gorjearse mimos con sus más dulces trinos, pisotear alegres y descuidados los alambres de la jaula en que él, maltrecho y herido, triste y desesperado, sentía concluírsele la vida en lentísima agonía y en absoluto abandono.

VII

El jilguerillo en su forzada prisión, vió lo que nunca hubiera querido ver. Aquello fué un nuevo dolor para su alma herida por tantos dolores, lacerada por tantos latigazos de la loca fortuna: la pajarilla que alegre, contenta, abandonada á todos los encantos de la vida gorjeaba mimos á su feliz compañero, era la misma ingrata, tornadiza y traidora que también á él le había mentido dulces promesas, en aquellos tiempos en que venía á detenerse en los alambres de su jaula á cantarle amores con el pío más mimoso que hayan podido escuchar en la vida oídos de pájaro.

El jilguerillo, con impotente energía, aleteando desesperadamente, quiso romper aquellos alambres, buscando una salida que le pintaba el deseo y le cerraba la realidad, hasta que, vencido por el esfuerzo y ahogado por la pena, cayó sobre el suelo de la jaula, lanzando un trino que, más que trino, era rugido, imprecación, blasfemia, mientras los felices amantes, asustados, levantaban el vuelo y se perdían en las lejanías del horizonte, alegres, abandonados á esos juegos de amor, que tan dulcemente saben, que iluminan la existencia con una ráfaga de alegría y la aromatizan con misterioso perfume.

VIII

El jilguerillo amaneció muerto. Una gotita de sangre en el pico, los ojos turbios y vidriosos, el plumaje lacio y desordenado era todo lo que revelaba la lucha sostenida, los dolores sufridos.

No lo dudéis: los pájaros sienten, los pájaros aman, los pájaros sufren, los pájaros lloran... Y ¿verdad que cuando de repente se ven disipados los sueños, derrumbados los ídolos, muerta la fe en el ser querido que comunica calor al alma y llena de vistosas imágenes la mente, es natural que se acabe lo que queda de esta pobre vida, dolorosa peregrinación en la que el alma no hace más que tejer y destejer una suprema ilusión nunca realizada y un hermoso ideal nunca conseguido?

José Toral.





EL POZO NEGRO

Era el oficio de Pedruco el más sucio, repugnante y duro que puede ofrecerse á hombre menesteroso y condenado á ganarse el pan entre la inmundicia; quiero decir, que Pedruco era pocero, de estos que en las cloacas y alcantarillas, en la propia entraña de la caverna humana, metidos hasta la cintura en el lodo nauseabundo pasan las horas de sol envenenando sus pulmones por limpiar ajenos detritos. Para apencar con oficio semejante, ya que otros no se le brindaban fáciles á su honradez y á su hambre y á las exigencias de la mujer que su mala estrella le diera, necesitaba el infeliz buen estómago, cabeza sólida, puños robustos, piernas firmes y nariz poco vigilante y nada melindrosa, dotes todas que Pedruco poseía en tal grado, que bajaba á lo profundo y subía sin bascas ni mareos, cual si acabara de recorrer encantados jardines.

Paréceme inútil apuntar que no olía á rosas Pedruco, y eso que el mozo, después de cada viaje por las espantosas regiones de la porquería, se lavaba en dos aguas y ponía la cabeza bajo el chorro de la fuente para que la *Selma*, su mujer, no hiciera aspavientos y huyera de su contacto. En esto era Pedruco tan extremoso, que no cabía más: aparte del lavatorio obligado, se mudaba la ropa interior, se frotaba la barba y las manos con una pastilla de jabón de las menos ordinarias y hasta solía rociarse con esencias baratas en que empleaba el fondo destinado á los cigarros. Pero sea que la fetidez la llevara pegada al cuerpo y no valieran las aguas del diluvio, todo era volver del trabajo y entrar en la cocina, donde ella preparaba la cena, y advertir el mal humor, el desdén y la frialdad de su Anselma.

Podrá el hombre diferenciarse de otro en la fachada; pero por dentro y en lo esencial, influya mucho ó poco la cultura, lo mismo siente Pedruco el pocero que el noble coronado de hojas de perejil. Y lo que Pedruco sentía cuando la *Selma* esquivaba sus brazos, frunciendo la nariz con asco intolerable, eran celos furiosos, celos del Juanón, el carpintero del lado, su rival en los días del noviazgo, cuando la suerte no le había hecho descender todavía al bajo oficio de ahora, y gracias á su apostura y al gato de su padre logró vencer en buena lid á sus rivales.

Qué tuviera ó dejara de tener la *Selma* con Juanón, no es cosa averiguada, y aunque lo fuese no habría para qué señalar manchas en la honra de hombre tan limpio como Pedruco; que si se lavoteaba y fregaba en dos aguas cada día, por mantener inmaculada la suya era capaz de verter la sangre de Juanón entera y la de todos los Juanones libertinos.

Celoso estaba, pues, Pedruco, con razón ó sin razón, y cada vez que la *Selma* huía, como digo, pensaba en venganza tan horrible cual la de cortarle la nariz, para que no le oliera á él y Juanón no la deseara ya, desfigurada. Destruído el órgano olfativo, parecía evidente que aquello que le separaba de su mujer y denunciaba el perverso espía, ahuecando las alas con sopliditos de alerta, quedaba disimulado, y la *Selma* (si es que la coquetería no tomaba cuenta del ultraje) vería en él al hombre enamorado que por ella y su bienestar se prestaba humilde á tan asquerosos menesteres.

Metida esta idea en la cabeza, Pedruco no perdía de vista á su enemigo. Causábale grandísima rabia observar cómo movía la puntita sonrosada y fina, antes que los ojos, sus compañeros, le descubrieran, y el que la higiene, la más pura de las esencias, no sirviera para despistarla ó calmar su irritante sensibilidad. ¡Maldita nariz!, ¡fisgona de mil demonios!, tan graciosa, sin embargo, que nadie diría estaba en guerra constante con las moléculas todas olorosas.....

***

Una mañana vió Pedruco que salía la *Selma* muy entapujadita, y allí se fué detrás, porque el serrucho de Juanón le rechinaba en las orejas á todas horas. Pisando levemente, la siguió por aquellas callejas, muy contento de que su enemigo, que asomaba moradito de frío por la puntilla del velo, no le soplara á su dueña que el hediondo marido andaba cerca; y así, la soga tras el caldero, entró la *Selma* en la iglesia y escondióse Pedruco en la obscuridad, tan bien que ni la nariz ni los ojos de su mujer podían delatarle. Seguro estaba Pedruco de lo que iba á pasar: el aparecer de Juanón, el encontronazo con la infiel, la desaparición de ambos por la puerta traviesa y el repentino y vengador navajazo suyo, que suprimía para siempre y de raíz la causa del divorcio de dos almas.

Pero no pasó nada de esto, sino que la *Selma* se arrodilló al pie de un confesonario, pegó la entapujada cabeza á la reja y contó al señor cura lo que su nariz la contaba á ella ó lo que Juanón contaba á sus oídos.

Avergonzado, Pedruco soltó el cabo de la navaja y miró al señor cura, que poquito á poco iba descendiendo al fondo de aquella alma... ¡Ay!, como él, cuando en lo más hondo del pozo no veía ya luz y le asfixiaban los miasmas, el señor cura alzaba la cabeza y los ojos, buscando aire y claridades. ¡Qué sucia, pero qué sucia debía de estar la conciencia de la *Selma!*, ¡y qué perdido iba á salir el señor cura de la inmersión en aquel lodazal!

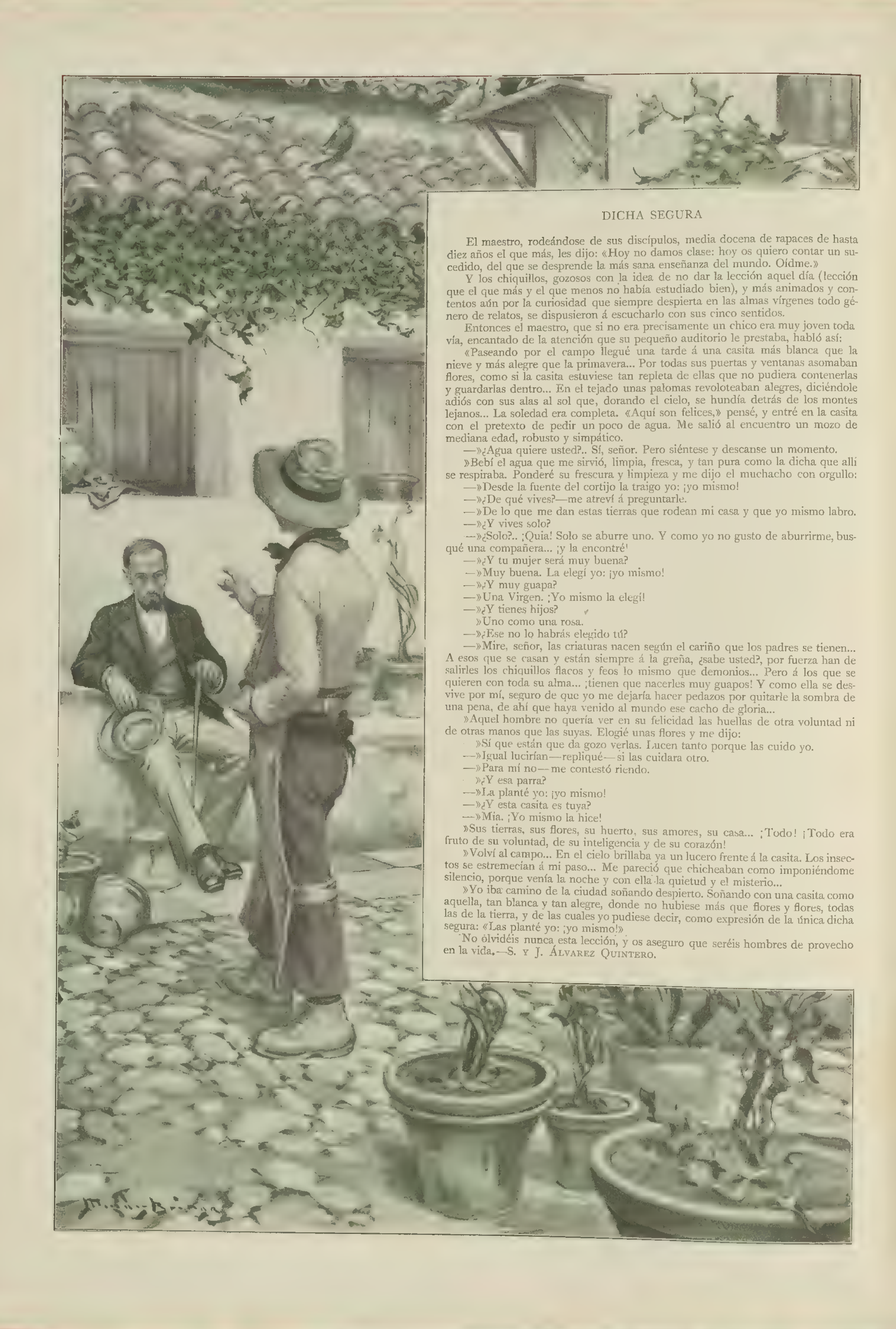
Meditabundo, se marchó Pedruco á su trabajo, y todo el día, armado del escobón y del cubo, en las profundidades de la cloaca infecta, barriendo el légamo se le figuraba barrer los malos pensamientos de la *Selma*, sus pícaras intenciones, sus hechos indecentes, todo aquel pestífero amalgama que percibía su olfato de celoso y que al señor cura le obligaba á levantar al cielo la cabeza y los ojos. No ya el corte nasal, pueril venganza é inútil, sino un chapuzón en plena corriente del río había que dar á la *Selma*, porque sin duda al confesar habíase limitado á una enjabonadura de rosarios y á dos padrenuestros de enjuague.

Volvía Pedruco á su casa, por la tarde, y en la fuente cercana en que acostumbraba á asearse vió al señor cura sentado, tan tranquilo. Ni lamparones en la sotana, ni mácula alguna en toda su persona muy lustradita y adecentada, como de quien no tiene el oficio de bajar diariamente al pozo negro de la conciencia. Olor tampoco ninguno, como no fuera el delicadísimo de santidad, un tufillo celestial que le envolvía todo y que aun á narices tan torpes como las de Pedruco hacía cosquillas, pareciendo desprenderse de sus rizos de seda blanca asomados bajo el solideo, ó de sus manos pálidas consagradas para bendecir, ó de su figura entera, de anciano que se sienta á meditar sobre las miserias del mundo, en medio de la serenidad del campo adormecido. No, ni mancha alguna, ni vaho sospechoso advertía Pedruco. ¿Se habría lavado también el señor cura, ó mudado de ropa, ó rociado con esencias costosas? ¿O no sería culpable la *Selma* y tenía la conciencia más limpia que una patena?

Pedruco metió las manazas en la fuente y el agua se enturbió, desparramando por el aire perfumes nada agradables. El señor cura se llevó el pañolón de hierbas á la cara, mientras contestaba plácidamente á su saludo brusco... «¡Apártate, que apestas!,» quería decir el ademán del hombre de Dios; pero Pedruco no se apartó y continuó soltando en la fuente toda la podre que traía. ¿Acaso el buen señor no habría hecho lo mismo al salir del confesonario, llevando pegadas en los oídos las picardías de la *Selma*, sus mentiras, sus falsedades, la historia repugnante de sus conyugales desvíos y del horrendo pecado de adulterio, del que se había aliviado la otra como de fardo insoportable? Bien que olería entonces el señor cura, bien que apestaría como él, el pocero infeliz, esclavo del trabajo.

Y se alejó, irritado, desdeñoso, chasqueando las destalonadas alpargatas, convencido de la infidelidad de la *Selma* y dispuesto firmemente, decididamente, á ahogarla en el río y á Juanón con ella; porque él no gastaba la manga ancha del señor cura, aunque allá se fueran (irreverencia aparte) su ingrato oficio y el del que á diario escarba en el pozo negro de la conciencia.

CARLOS MARÍA OCANTOS.



DICHA SEGURA

El maestro, rodeándose de sus discípulos, media docena de rapaces de hasta diez años el que más, les dijo: «Hoy no damos clase: hoy os quiero contar un sucedido, del que se desprende la más sana enseñanza del mundo. Oídme.»

Y los chiquillos, gozosos con la idea de no dar la lección aquel día (lección que el que más y el que menos no había estudiado bien), y más animados y contentos aún por la curiosidad que siempre despierta en las almas vírgenes todo género de relatos, se dispusieron á escucharlo con sus cinco sentidos.

Entonces el maestro, que si no era precisamente un chico era muy joven todavía, encantado de la atención que su pequeño auditorio le prestaba, habló así:

«Paseando por el campo llegué una tarde á una casita más blanca que la nieve y más alegre que la primavera... Por todas sus puertas y ventanas asomaban flores, como si la casita estuviese tan repleta de ellas que no pudiera contenerlas y guardarlas dentro... En el tejado unas palomas revoloteaban alegres, diciéndole adiós con sus alas al sol que, dorando el cielo, se hundía detrás de los montes lejanos... La soledad era completa. «Aquí son felices,» pensé, y entré en la casita con el pretexto de pedir un poco de agua. Me salió al encuentro un mozo de mediana edad, robusto y simpático.

—»¿Agua quiere usted?.. Sí, señor. Pero siéntese y descanse un momento.

»Bebí el agua que me sirvió, limpia, fresca, y tan pura como la dicha que allí se respiraba. Ponderé su frescura y limpieza y me dijo el muchacho con orgullo:

—»Desde la fuente del cortijo la traigo yo: ¡yo mismo!

—»¿De qué vives?—me atreví á preguntarle.

—»De lo que me dan estas tierras que rodean mi casa y que yo mismo labro.

—»¿Y vives solo?

—»¿Solo?.. ¡Quia! Solo se aburre uno. Y como yo no gusto de aburrirme, busqué una compañera... ¡y la encontré!

—»¿Y tu mujer será muy buena?

—»Muy buena. La elegí yo: ¡yo mismo!

—»¿Y muy guapa?

—»Una Virgen. ¡Yo mismo la elegí!

—»¿Y tienes hijos?

»Uno como una rosa.

—»¿Ese no lo habrás elegido tú?

—»Mire, señor, las criaturas nacen según el cariño que los padres se tienen... A esos que se casan y están siempre á la greña, ¿sabe usted?, por fuerza han de salirles los chiquillos flacos y feos lo mismo que demonios... Pero á los que se quieren con toda su alma... ¡tienen que nacerles muy guapos! Y como ella se desvive por mí, seguro de que yo me dejaría hacer pedazos por quitarle la sombra de una pena, de ahí que haya venido al mundo ese cacho de gloria...

»Aquel hombre no quería ver en su felicidad las huellas de otra voluntad ni de otras manos que las suyas. Elogié unas flores y me dijo:

»Sí que están que da gozo verlas. Lucen tanto porque las cuido yo.

—»Igual lucirían—repliqué—si las cuidara otro.

—»Para mí no—me contestó riendo.

»¿Y esa parra?

—»La planté yo: ¡yo mismo!

—»¿Y esta casita es tuya?

—»Mía. ¡Yo mismo la hice!

»Sus tierras, sus flores, su huerto, sus amores, su casa... ¡Todo! ¡Todo era fruto de su voluntad, de su inteligencia y de su corazón!

»Volví al campo... En el cielo brillaba ya un lucero frente á la casita. Los insectos se estremecían á mi paso... Me pareció que chicheaban como imponiéndome silencio, porque venía la noche y con ella la quietud y el misterio...

»Yo iba camino de la ciudad soñando despierto. Soñando con una casita como aquella, tan blanca y tan alegre, donde no hubiese más que flores y flores, todas las de la tierra, y de las cuales yo pudiese decir, como expresión de la única dicha segura: «Las planté yo: ¡yo mismo!»

No olvidéis nunca esta lección, y os aseguro que seréis hombres de provecho en la vida.—S. Y J. Álvarez Quintero.



UNA ESCENA DEL QUIJOTE, CUADRO DE JOSÉ MORENO CARBONERO

..... con tal furia descargó sobre el Vizcaíno acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó a echar sangre por las narices y por la boca y por los oídos y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera, sin duda, si no se abrazara con el cuello, ... (Capítulo IX, parte primera.)



La casa de Heiligenstadt en donde pasaba Beethoven los veranos

LOS GRANDES MAESTROS DE LA MÚSICA

BEETHOVEN

(1770-1827)



La casa de Viena en donde murió Beethoven en 26 de marzo de 1827

En la primavera de 1787, un joven de 17 años, organista de la capilla del arzobispo de Colonia, que se hallaba de paso en Viena, solicitó ser presentado á Mozart. El autor de *Don Giovanni* no era muy amante de los prodigios precoces y desconfiaba de los niños adelantados; mas á pesar de esto, escuchó al joven organista, quien le suplicó que le indicara un tema, sobre el cual bordó algunas variaciones. Cuando hubo terminado, Mozart volviéndose hacia sus invitados, les dijo:

—Señores, fíjense ustedes bien en ese muchacho, que no tardará en llenar el mundo con su fama.

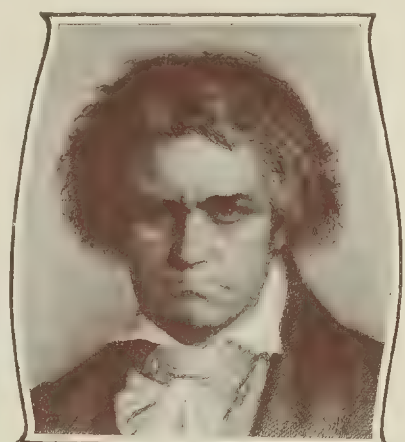
Aquel muchacho era Beethoven.

Cuando á fines de 1792 volvió éste á Viena para establecerse allí definitivamente, ya no encontró á su profeta: Mozart había muerto un año antes dejando el campo libre al que iba á recoger el cetro musical que de sus manos cayera.

Así como la juventud de Mozart fué alegre, rodeada de cariño, casi fácil, radiante y amable, la de Beethoven fué triste, penosa, solitaria y escondida.

Beethoven nació en Bonn en 16 de diciembre de 1770. En aquella ciudad, sede del arzobispado de Colonia, tenía el príncipe-obispo su corte, y como su padre, su hermano y su tío, emperadores de Alemania, preciábase de protector de las artes. Su *capilla* estaba muy bien montada y era maestro de la misma el abuelo de Beethoven; el padre de éste figuraba entre los instrumentistas.

Juan van Beethoven, el padre del ilustre Luis, era un pobre diablo, y á pesar de la elevada situación de su padre, jamás se elevó en la jerarquía musical de la corte, y había para ello una explicación: se había dado á la bebida. Beethoven, pues, fué educado por un alcohólico que le encerraba días enteros con un violín y un clavicordio; y á menudo, al regresar por la noche de la taberna borracho, el profesor despertaba al pobre niño para darle lección.



Retrato de Beethoven pintado por Luis Michalek

Los Beethoven eran flamencos, oriundos de Amberes. El anciano Luis habíase establecido en Bonn, en donde se casó; y lo poco que de él se sabe induce á creer que su nieto se le parecía mucho. Este tenía, por su sangre flamenca, un carácter reflexivo, serio, algo melancólico, que una educación ruda y violenta no hizo más que desarrollar. El alcohólico, en cuanto Luis pudo manejar un arco y tocar el clavicordio, le hizo entrar en el servicio del obispo, y así pasó Beethoven su juventud rascando el violín y tocando el órgano por un mezquino estipendio. Algunos maestros, amigos de su abuelo, comenzaron su educación de cualquier manera, y cuando tuvo 18 años encontróse al frente de su familia, pues su padre, completamente intoxicado, hubo de abandonar sus funciones.

Sentía, sin embargo, algo que le atormentaba; tenía impaciencia por dedicarse á la composición y al mismo tiempo había de atender á ganarse el sustento de él y de los suyos. Al fin, muerto su padre y desaparecida, desde hacía muchos años su madre, pudo su afición más que todo; y provisto de algunos florines que le diera el obispo y su amigo el conde de Waldstein, partió para Viena, en donde iba á entrar en la escuela del viejo Haydn.



Beethoven en Viena

El salón de Spann que el maestro frecuentaba. Schubert está sentado al piano; Beethoven de pie; detrás de Schubert el célebre poeta vienés Grillparzer

* * *

La capital de Alemania ofrecía á los músicos abundantísimos recursos, pues no sólo el emperador tenía su capilla y sus teatros, sino que además todos los grandes señores contaban en sus palacios con instrumentistas, disponiendo, según su fortuna, de un cuarteto ó de una orquesta completa. Y aun los había que se habían hecho construir teatros particulares, en donde se ejecutaban las obras de sus compositores predilectos.

Beethoven confiaba en hacer rápidos progresos en un medio semejante, pero olvidaba que el genio tarda más en imponerse que el simple talento.

¿Fueron provechosas á Beethoven las lecciones de Haydn? Este lo ha negado rotundamente, aparte de que duraron muy poco, porque el maestro fué llamado á Inglaterra. Schenk y Salieri fueron quienes enseñaron á Beethoven la ciencia musical, el primero la armonía y el segundo lo referente al teatro y á la voz.

Poco tiempo después de haber partido Haydn, Beethoven se instalaba en casa del príncipe Lichnowsky, haciéndose ya notar allí por su carácter brusco y sombrío. Su protector, sin embargo, no le guardaba rencor por ello, y poco á poco, gracias á él, introducíase el protegido en los palacios de Viena, en donde ejecutaba sus primeras composiciones, las cuales obtuvieron bastante éxito para que en 16 de mayo de 1795 publicara su primera obra, compuesta de tres tríos para piano, violín y viola, y cuya venta le produjo 1.945 francos y 60 céntimos, cantidad muy respetable para aquella época y con la que ya se contentarían muchos de los debutantes de nuestros días.

«Es preciso que este mismo año —escribía Beethoven en 1.° de enero de 1795— se revele el hombre por entero;» y si bien todavía no se reveló entonces el autor de la *Novena Sinfonía*, desde aquel día comenzó á subir el calvario de su difícil y gloriosa carrera. Rodeado de amigos, de protectores y de sus hermanos, Beethoven veía que iba poco á poco triunfando. Y triunfaba sobre todo entre las mujeres, que si se apartaban de él por las extravagancias de su carácter y por su grosería, se volvían locas con su talento. Todas las casas le abrían sus puertas y era el más solicitado compositor y pianista. Por último, Kreuzer le llevó en 1798 á la embajada de Francia, en donde Bernadotte le escuchó asombrado, y hay quien afirma que aquel futuro rey depositó en el espíritu de Beethoven los primeros gérmenes de la *Heroica* para glorificar al héroe republicano, á Bonaparte. Porque Beethoven era liberal y republicano.

* * *

El 2 de abril de 1800, Beethoven dió en el teatro imperial á beneficio suyo un concierto, en el que figuraba la *Primera Sinfonía*, que fué acogida favorablemente por un público ilustrado y dió muy pronto la vuelta á Alemania.

El editor Hofmeister, de Leipzig, la publicó con el número XXI y con la dedicatoria al barón van Swieten, que continuaba en Beethoven los favores que había prodigado á Mozart en sus últimos años.

Todo parecía sonreir á Beethoven, quien, más afortunado que Mozart, tenía asegurada la vida material, no sólo por una pensión de 600 florines que le pasaba el príncipe Lichnowsky, sino además por el producto de sus composiciones, que los editores se disputaban. Pero ¡ay! Beethoven era desgraciado, y no porque su humor le pintara la existencia con negros colores, puesto que se reconocía á sí mismo en el colmo de sus aspiraciones de artista, sino porque acababa de atacarle una enfermedad terrible, enfermedad que hará trágica la vida de este músico: Beethoven se volvía sordo.

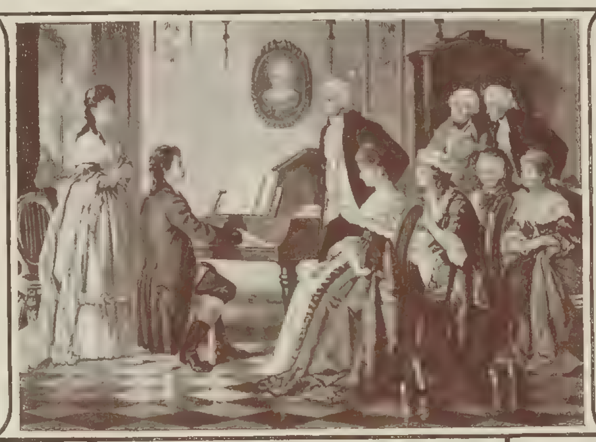
En vano había acudido á todas las celebridades médicas, quirúrgicas y hasta

empíricas; la sordera aumentaba de día en día y Beethoven veía aproximarse el momento en que la sociedad, enterada de su desgracia, se apartaría de él y negaría el arte de expresarse por los sonidos al que ya no podía oir.

Mas no fué así: Beethoven llegó al término de su carrera, pero ésta fué desde entonces emponzoñada para él, y en lo sucesivo vamos á asistir á las más desgarradoras tempestades que pueden agitar el alma de un músico ó simplemente de un hombre. El espíritu taciturno de Beethoven agrióse aún más, y aquella existencia que hubiera podido ser de alegría no fué sino una vida de amargura.

De aquella época data lo que se ha llamado el *Testamento de Heiligenstadt,* escrito durante una estancia de Beethoven en aquella aldehuela de los alrededores de Viena y que es la elegía más trágica que leerse pueda. Este documento termina así: «La última esperanza que aquí traje ha volado con las marchitas hojas del otoño... ¡Oh Providencia, haz que luzca sobre mi cabeza un último día de felicidad! ¡Hace tanto tiempo que no participo de ninguna alegría verdadera! ¡Cuándo, oh Dios mío, cuándo podré sentirme dichoso en medio de la naturaleza y de la sociedad de los hombres!..»

Beethoven nunca más volvió á ser dichoso: se alejó de la sociedad para no entristecerse cada hora de su vida con la comprobación de su impotencia para oir, y durante más de veinticinco años sufrió un martirio espantoso.



BEETHOVEN EN CASA DE MOZART

Beethoven á los 17 años desarrollando en el piano un tema indicado por Mozart, quien entonces le predijo su fama universal

* * *

De Heiligenstadt trajo Beethoven la *Sinfonía en re,* que fué ejecutada el 5 de abril de 1803. Dos años después, el maestro, cuyas obras seguían siendo aclamadas y difundiéndose, dió á conocer la *Sinfonía Heroica á la memoria de un héroe.*

Ya hemos dicho que la primera idea de esta obra le había sido inspirada por Bernadotte en 1798; Beethoven la había terminado á principios de 1804 y la había titulado *Buonaparte,* porque realmente al escribirla había pensado en el primer cónsul, queriendo hacer de ella el himno de la libertad, cuyo instaurador en el mundo debía ser, en su concepto, Bonaparte.

Pero en el transcurso del año 1804 comenzó á perder la fe en su héroe y escribió á una persona que le había pedido una sonata política: «Habríame explicado este capricho en la época en que la fiebre revolucionaria lo agostaba todo; pero hoy, cuando el mundo vuelve á la antigua doctrina y Bonaparte firma un concordato con el papa, semejante obra está fuera de lugar.» Y algún tiempo después, al saber la proclamación del Imperio, rompió en presencia de Ries la primera página de su sinfonía exclamando:

—«Ese Bonaparte no es más que un alma vulgar que pisotea todos los derechos de la humanidad y sólo escucha la voz de su ambición.»

En 1816 decía:

—Mirad: ¿no había yo previsto la catástrofe cuando escribí la marcha fúnebre de la Heroica?

De aquel mismo año data *Fidelio.* Beethoven, que en Viena había oído la ópera francesa de Paer *Leonor ó el amor conyugal,* enamoróse del asunto, y aun se dice que habiendo asistido á aquella representación al lado de Paer, quien comenzaba á sentirse halagado por la admiración que Beethoven manifestaba, éste exclamó: «¡Ah, amigo mío, es preciso que ponga yo en música vuestra ópera!»

Fidelio se representó en las condiciones más deplorables, no sólo de interpretación, sino también de circunstancias. Era en noviembre de 1805; hacía algunos días que un cuerpo de quince mil franceses habían entrado en Viena, de donde había huído la corte, y la primera representación se dió delante de franceses, quienes, como se comprenderá, no entendieron gran cosa. *Fidelio* se representó tres veces. Al año siguiente volvió á cantarse, y aunque modificada, aligerada y aumentada con una nueva obertura, no obtuvo mejor éxito (1).



RETRATO DE BEETHOVEN

pintado por Uetz

Fidelio se reprodujo en 1813, y aquella vez con el éxito más extraordinario, y hoy figura en el repertorio de todos los mejores teatros, si bien arreglado por el sabio F. A. Gevaert, director del Conservatorio de Bruselas, quien escribió algunos recitados para reemplazar el diálogo hablado.

Momentáneamente desalentado por el fracaso de 1806, no tardó Beethoven en recobrarse, y habiéndose animado con la composición de la *Appassionata* y de algunos cuartetos, compuso la *Sinfonía en si bemol,* la cuarta, y en seguida la inmortal *Sinfonía en do menor,* de la cual se ha dicho con razón que era aquella en la que había puesto más de sí mismo, de su alma grandiosa y dolorida. Algunos días después se marchaba á Heiligenstadt, en donde escribió la *Pastoral* ó *Sexta sinfonía,* que todo el mundo conoce y que es universalmente admirada por su frescura y por su gracia.

En el entretanto, las victorias de Napoleón seguían diezmando los pueblos y los tronos.

Una mañana Beethoven recibió del rey Jerónimo proposiciones para ser su maestro de capilla, y ya se disponía á aceptarlas, cuando sus amigos de Cassel se alarmaron al saberlo, y tres de ellos, que fueron el archiduque Rodolfo, el príncipe Lobkowitz y el príncipe Kinsky, se comprometieron á pasarle una pensión de 4.000 florines anuales. Beethoven se quedó en Viena hasta sú muerte.

En 1818 comenzaba Beethoven los primeros esbozos de la *Misa en re* y llevaba ya en su mente las primeras ideas de la *Sinfonía con coros.*

Aquel período culminante de su carrera había ido precedido, desde 1815 á 1818, de un período de descanso: Beethoven, afligido por la muerte de algunos individuos de su familia, entre ellos su hermano Carlos, hizo una vida retirada, correspondiendo á aquellos años cierto menosprecio que manifestaba hacia sus obras anteriores, inclusa la *Sinfonía en do menor.* Sería, sin embargo, injusto pasar en silencio el pequeño poema *La amada ausente,* colección de melodías reunidas por una misma idea, si bien conservando cada una de ellas su personalidad. El fué el inventor de este género que cultivaron Schumann, Schubert y Massenet.

Al llegar á la *Misa en re* y á la *Novena Sinfonía,* creo conveniente poner término á estas páginas narrativas. La misa fué compuesta para el archiduque Rodolfo que acababa de ser nombrado obispo de Olmutz, y Beethoven se consagró tanto más gustoso á este trabajo cuanto que ya estaba cansado de componer obras de poca importancia que los editores se disputaban.

La *Sinfonía con coros* fué ejecutada en 1823 y valió á su autor un triunfo sin igual.

Pero—se dirá —¿dónde está esa existencia desgraciada de un gran hombre de que hemos hablado al principio de esta biografía? A lo que contestaremos que aquella existencia desgraciada de Beethoven estuvo en su corazón y fué causada por el suplicio más trágico que pueda sufrir un músico, por la sordera. En realidad, Beethoven vivía apenado desde 1801; su oído se extinguía poco á poco, y aquella enfermedad se complicaba con grandes é incesantes dolores en las entrañas. Su humor volvióse cada vez más agrio y melancólico, y cuando para disimular por el mayor tiempo posible su dolencia se apartó del trato social, aumentó su misantropía al ver que su dolencia aumentaba. Se comprende que así fuera, sabiendo que Beethoven no hablaba ya con sus amigos y que éstos escribían lo que habían de decirle en unos cuadernos que llevaba él en sus bolsillos. Estos preciosos cuadernos se han conservado y publicado, y en ellos ha encontrado la posteridad datos inapreciables. Y cuando Beethoven dirigía sus obras no percibía una sola nota ni oía los aplausos: el día de la primera audición de la *Novena Sinfonía* fué preciso cogerle por los hombros y hacer que se volviera hacia la sala, que le aclamaba delirante.

El 26 de marzo de 1827, después de tres meses de enfermedad, murió en brazos de sus amigos. Viena le hizo un solemne entierro: los cantantes de la Ópera llevaron en hombros su féretro; las músicas tocaban el *Miserere;* los maestros de capilla sostenían las gasas que pendían del ataúd, y los artistas y poetas, con hachas encendidas y formados en dos filas, daban escolta al cadáver. En el cementerio, Grillparzer pronunció una oración fúnebre y Schubert lloró sobre su tumba.

¡Pobre Beethoven! Fué sin duda un mártir glorioso; pero ¡quién no sentirá oprimido el corazón al recordar el sepelio de Mozart en medio de una tempestad desencadenada y arrojado á la fosa común, sin que un solo amigo acompañara sus restos mortales!

ANDRÉS MAUREL.

(1) Sabido es que la obertura número 1 no se utilizó hasta algún tiempo después. La obertura número 2 se ejecutó en 1805 y la número 3 en 1806. La número 4 data de 1814.

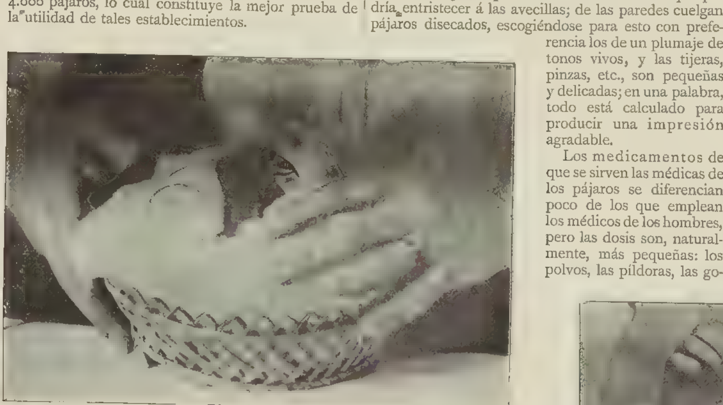
Un hospital para pájaros en Londres

Conocidos son desde hace tiempo el cariño que á los animales profesan las mujeres y sobre todo la delicada afición que sienten hacia el pequeño pueblo alado; no es, pues, de extrañar que haya sido una mujer la primera en concebir la idea de un sanatorio para pájaros enfermos, en donde encuentren éstos los



Operación de vendar una pata enferma

necesarios cuidados en sus enfermedades y los tratamientos apropiados á sus dolencias. El primer hospital para pájaros fundóse hace poco en Nueva York, y fué tal el entusiasmo que despertó el pensamiento de aquella abnegada ornitófila, que inmediatamente se establecieron en París y en Londres institutos análogos que comenzaron á funcionar inmediatamente con el más brillante éxito. El hospital inglés tiene aneja una casa de pupilaje, en donde se hospedan los pájaros durante las ausencias de sus amos, se domestican los reacios y se somete á los ignorantes á una enseñanza superior por medio del ejemplo de animales dotados de especiales condiciones. El número de acogidos en los sanatorios oscila entre 500 y 700 y en la casa de pupilaje se han albergado este último verano 4.000 pájaros, lo cual constituye la mejor prueba de la utilidad de tales establecimientos.



Un pájaro reumático

La dirección de los hospitales pajariles corre generalmente á cargo de médicas de pájaros científicamente ilustradas, que con paciencia y cariño inagotables se consagran á sus enfermos y demuestran excelentes aptitudes para tratar con esos animalitos tan fácilmente irritables; porque es de saber que entre los pájaros enfermos, como entre los hombres, los hay nerviosos y difícilmente accesibles, mansos y rebeldes, cuyos caracteres es preciso estudiar con mucha atención.

Para los profanos, que apenas tienen idea de los peligros que amenazan la existencia de los alados cantores, ofrece gran interés una visita á alguno de esos hospitales. Las jaulas y pajareras que en estos establecimientos hacen las veces de enfermerías, están construídas de un modo eminentemente práctico, y su disposición, hasta en los menores detalles, se ajusta perfectamente á las necesidades de sus pasajeros huéspedes. Casi cada jaula lleva un aparato automático por medio del cual se introduce, conforme á prescripción facultativa y según lo que se necesite, aire caliente ó frío, y en su exterior ostentan un cartelito en el que constan el nombre, la especie y la enfermedad del pájaro, el nombre de su propietario, la cura prescrita y los cuidados que deben prodigarse al paciente. Para los no iniciados no puede darse mejor medio de orientación acerca de las muchas enfermedades á que están sujetos los pájaros, que el estudio de esos cartelitos: entre esas dolencias encontramos el asma, el reumatismo, la neuralgia, la dispepsia, la pulmonía, la tisis, las afecciones del corazón, la fiebre gástrica y tifoidea, la bronquitis, las inflamaciones de todas clases y hasta los ataques epilépticos. Entre las dolencias que requieren la intervención quirúrgica vemos principalmente las fracturas, las dilataciones y las magulladuras, que las más de las veces se curan por completo, sin dejar malas consecuencias. Las fracturas de piernas y de alas se tratan por medio de férulas y apoyos hechos con palitos de madera ó cañones de pluma; pero en los casos graves hay que recurrir á las punciones con un finísimo alambre de plata ó substituir el miembro lesionado con otro artificial. Para las dilataciones y desgarros de las alas hay vendajes especiales colgantes, en los cuales descansa cómoda y seguramente el cuerpo del paciente, mientras los pies salen por unas rendijas y pueden moverse con entera libertad. En las magulladuras, la prescripción facultativa ordena el tratamiento de las compresas frías y de las envolturas, al que los enfermos se someten por lo general pacientemente.

En el hospital se emplea el cloroformo lo menos posible, y sólo se recurre á él cuando la operación es muy grave ó cuando el paciente está muy inquieto. Las operaciones se ejecutan de la manera usual y con todas las precauciones necesarias, lavándose al paciente con una solución desinfectante y esterilizando cuidadosamente los instrumentos, agujas, etc. Durante la operación el pájaro ha de ser sujetado por una segunda persona, y si se trata de animales grandes ó extraordinariamente excitados se les ata á la mesa operatoria. El local en donde las operaciones se ejecutan es alegre, supriméndose en él todo lo que podría entristecer á las avecillas; de las paredes cuelgan pájaros disecados, escogiéndose para esto con preferencia los de un plumaje de tonos vivos, y las tijeras, pinzas, etc., son pequeñas y delicadas; en una palabra, todo está calculado para producir una impresión agradable.

Los medicamentos de que se sirven las médicas de los pájaros se diferencian poco de los que emplean los médicos de los hombres, pero las dosis son, naturalmente, más pequeñas: los polvos, las píldoras, las gotas y las fricciones son los más usuales; los baños de de vapor y el masaje se usan con frecuencia y con mucho éxito. La administración de los medicamentos no es siempre cosa sencilla, y sólo se logra á veces á fuerza de toda clase de astucias: así los polvos y las píldoras se propinan por lo general metidos en pasas ó en uvas y las gotas se echan en un terroncito ó se introducen directamente con un cuentagotas en la garganta del animal. Hay, sin embargo, entre los pájaros individuos rebeldes que sólo ceden ante «la fuerza bruta» y que proporcionan muy malos ratos á los que les cuidan.

El hospital de los pájaros alberga pacientes de las más diversas clases y de los más variados tamaños, desde los humildes pájaros silvestres hasta los más preciosos ejemplares exóticos encerrados en doradas jaulas. Los más numerosos son los canarios y los papagayos, esos dos amigos amados del hombre moderno, cuyo hogar alegran; pero también proporcionan un gran contingente de enfermos las aves de corral, las cuales, sobre todo si son de razas raras, exigen cuidados muy especiales.

Las cuentas de asistencia se elevan, según los casos, á respetables sumas que pagan con gusto los propietarios de los pájaros si logran la dicha de ver salir del sanatorio á sus favoritos curados y rejuvenecidos.



Vendaje colgante

Para los pobres hay un número determinado de plazas gratuitas, para que hasta los desheredados del mundo pajaril puedan gozar de los beneficios del hospital.

La creación de pupilajes y casas de curación para pájaros ha venido á satisfacer una necesidad muy generalmente sentida; además ofrece á las mujeres un nuevo y reproductivo campo de actividad. Por esto es de desear que esta institución tan práctica y tan propia de nuestros tiempos halle eco en todas partes y encuentre en todos los países entusiastas y enérgicas defensoras.—A. RUTGER.



Propinación de una píldora á un loro enfermo

LA CONQUISTA

Novela original de May Armand Blanc. - Ilustraciones de Marchetti

PRIMERA PARTE

I

LA AUSENTE

—Es verdad, Juan: nunca he sido muy dichosa.

Y aquella mujer dijo esto con la cara levantada hacia las estrellas y sonriendo, como para hacer constar la mayor felicidad.

Su compañero le cogió una mano, que se destacaba luminosa, como una joya, sobre su traje obscuro, y se la llevó á los labios con un ademán y un beso de adoración, así como con un respetuoso, tierno y doloroso fervor por los cuidados y las penas que la joven había padecido en los tiempos en que no se conocían y estaba sola, sola en la existencia y en su corazón. Después, dijo dulcemente:

—Temo que tengas frío, querida mía. Vámonos á casa... ¿Quieres?..

—¡Oh! No, no tengo frío; sabes que soy fuerte. Pero esta humedad no es buena para ti, Juan. Vámonos.

Y la joven se levantó, fina y misteriosa, á la luz de la luna y bajo las ramas, todavía tiernas, que sacudían su ropaje de hojas nuevas.

El silencio reinó entre los dos mientras se dirigían hacia la casa, que abría en la obscuridad, como si fueran grandes ojos, dos ventanas de planta baja enrojecidas por el doble fuego del hogar y de la lámpara.

Aquellas cortas frases habían despertado en los dos el mismo pensamiento; había surgido *la ausente*, aquella á quien, como hoy á Valentina, Juan Donald había amado en otro tiempo y dádole su nombre; la pequeña criatura delicada á quien Juan había cuidado durante años y que había muerto tísica, dejándole un hijo, Remigio.

¡Cuántas veces Juan había dicho á aquella mujer, con angustia y con dulzura! «Temo que tengas frío.»

En sus cuidados é inquietudes había habido siempre una horrible evidencia, por una justa apreciación del mal; pues Juan, que era médico, se había dedicado especialmente al estudio de las enfermedades del pecho, y su ciencia prohibía á su amor la fe ciega en un «acaso» y en un «puede ser.»

Donald observaba demasiado pronto los síntomas indudables y conocía muy bien la naturaleza moral y el temperamento sin recursos vitales de su querida Elena, de aquella mujercita muñeca, de aquel adorable y frágil juguete que sonreía con la misma gracia á todo lo del mundo, hasta á los padecimientos, y que respondía á todo con aquella voz débil y velada que por sí sola denunciaba la terrible enfermedad: «No puedo... Me faltan las fuerzas...»

Tantos tormentos, aquella lucha inútil y aquel duelo profundo habían gastado cruelmente al doctor Donald; y si el contagio le había respetado, su salud, sin embargo, se había resentido seriamente.

Juan padecía frecuentes fiebres y profundas neuralgias.

Por eso, la que hoy le amaba, aquella Valentina que decía con orgullo: «¡Oh! Yo soy fuerte,» le rodeaba de una inquieta y celosa vigilancia, y hasta en aquellas miserias que le había dejado *la ausente*, quería substraerle á la dolorosa memoria de los últimos años.

¡Era tan reciente la dicha de poseerle ella sola, de cuidarle y de protegerle! ¡Apenas quince días de matrimonio!



—¡Oh! ¡Quisiera morir, morir!

¡Quince días! Ella misma se asombraba á cada instante cuando contaba ese tiempo exacto; pues, como sucede cuando todo el corazón está cogido por un huracán de emociones, el suyo había perdido la noción de los días. Aquel tiempo le parecía alternativamente más corto y más largo. Le ocurría á veces que miraba el reloj con una especie de espanto instintivo y secreto, como si las horas de su dicha estuviesen contadas y aquella esfera implacable las fuese devorando...

***

Y era que Valentina amaba á su marido con una violencia de que ella misma, tan razonable, no se hubiera creído capaz.

Valentina Marelle no siempre había sido dichosa, según ella decía, y era la verdad.

Su madre había muerto al darla á luz. Su padre, un profesor, la había educado con una dignidad severa, sin mimos; sin debilidades, según él.

Cuando Valentina tenía apenas diez años, á consecuencia de sucesos de familia y de enfermedades, los recursos del Sr. Marelle se encontraron muy mermados. Y su hija que era muy formal, había emprendido, sin brillo exterior, los difíciles oficios de ama de casa y de enfermera.

Durante las tempestuosas convalecencias que seguían á sus ataques de gota, el Sr. Marelle había emprendido la educación de su hija. Cuando, ya restablecido por completo, reanudaba sus clases y sus lecciones particulares, Valentina estudiaba sola. Pronto secundó á su padre en las lecciones y llegó á darlas ella misma en beneficio de la casa, cuyas cargas pesaron exclusivamente sobre ella en cuanto tuvo diez y siete años y estuvo avanzada en sus estudios.

Entre sus relaciones, muy limitadas y que Marelle cultivaba poco por misantropía y por frialdad natural, hubo en aquel momento de la vida de Valentina algunas señoras de edad que la compadecieron y que dijeron de ella, después de haberla visto en su casa ó en alguna visita: «¡Pobre muchacha!.. ¡Qué existencia!.. ¡Y es bonita!..»

Valentina, efectivamente, era linda, pero no lo sabía.

Cuando se miraba al espejo veía una cara larga y mate, con espeso cabello muy obscuro, peinado en medias cocas sobre una frente grave. Sus ojos grises, casi siempre entornados cuando reposaban, como si se hubieran fijado demasiado en los libros, le parecían demasiado claros; y su boca, grande y carnosa, le parecía demasiado roja. Sus labios no estaban en armonía, según ella, con la palidez extremada de su tez. Y á la joven Valentina le gustaba ante todo la armonía.

Le agradaba en las cosas y en los seres. Admiraba la belleza que resulta de muchas bellezas fundidas en líneas y en matices dulces, y por eso Valentina, con su maravilloso cutis de ámbar claro, sus ojos de aguas cambiantes y sus labios sensuales, no se encontraba bonita. Además, aun cuando hubiera tenido conciencia de sus reales encantos, se hubiera esforzado por no pensar en ellos, pues siendo pobre y el único sostén de su padre, triste y enfermo, no se creía nacida para el amor ni para la dicha. Pero á pesar de todo, estaba alegre. Estaba alegre con el valor y la cordura de una edad muy diferente de la suya, pues tenía veinte años. Y aquella alegría parecía importunar á su padre, que fruncía el ceño y decía:

—¿Pero qué diablos tienes para cantar así? ¿Qué es lo que te hace reir tanto?

Valentina respondía entonces y decía la verdad:

—Nada, papá, nada...

Y se callaba poco á poco, y se volvía cada vez más razonable.

Sin embargo, había en ella una Valentina que le hacía á veces estremecerse de sorpresa, como la brusca intrusión de una persona extraña y demasiado atrevida en la paz de la intimidad familiar.

Aquella Valentina conocía extraños movimientos de alma: un placer demasiado intenso al percibir al paso alguna música apasionada ó al olvidar todas las cosas de la vida ante el color del cielo en la rápida ojeada á uno de los maravillosos horizontes parisienses, ó al sentir una emoción celosa, no razonada y fuerte, cuando después de haber tomado más cariño del que ella creía á una discípula, la veía inconstante ó indiferente. Y Valentina encontraba aquellos celos en sus recuerdos más lejanos de la infancia, pequeños dolores, inmensos por su sinceridad... Siempre había estado más expuesta que otra alguna á esos ro-

zamientos del corazón, pues á pesar de su inteligencia y de su encanto, era demasiado seria y agreste, y aun queriéndola mucho, no era posible mostrárselo siempre, de lo que ella deducía que no debía de ser amable... Ciertamente, Valentina no tenía esa amabilidad de gracia pueril que se traduce en pequeños ademanes cariñosos y en vanas palabras vacías de sentido real, pero llenas de seducción, que conquistan á todo el mundo.

Así fué que cuando, apenas mayor de edad, se quedó sola, después de ver morir á su padre en medio de los crueles sufrimientos de una crisis más violenta que las anteriores, no tuvo á su alrededor las atenciones vulgares, pero consoladoras, de numerosos amigos. Estuvo muy *sola*, en efecto. Algunos parientes lejanos que vinieron de provincias al entierro de su padre para volver á marchar en seguida, no representaban para Valentina ningún cariño.

No tenía tampoco amistades íntimas, pues había sufrido, en la edad de las expansiones más tiernas, dos amargas decepciones con camaradas de la niñez á quienes creía seguras.

Se quedó, pues, sola... con sus libros, con su trabajo y con sus ensueños, si bien no concedía á estos últimos más que un pequeño lugar, cuando no tenía nada que hacer, lo cual era muy raro.

Cuando ya se vió libre, la familia de una de sus discípulas, Colette Allire, tuvo que ir á Argelia para cuidar la salud de la madre y de la hija, y propuso á Valentina que se fuese con ellos.

La joven no aceptó sin gran vacilación, pues sabía bien que de aquel modo abdicaría la poca libertad que le dejaban las lecciones; pero, sin embargo, se fué con los Allire. Y, en efecto, no tardó en suceder lo que había previsto. La madre de su discípula, siempre delicada, era muy nerviosa, y el Sr. Allire, una especie de tirano doméstico, no dejaba de hacer sentir su autoridad más que para mostrarse demasiado amable con la institutriz de su hija. Valentina no fué dichosa, pero tomó un profundo cariño á Colette. Era ésta á los seis años uno de esos pequeños seres preciosos y raros que, en cuanto sus pupilas se abren sobre las cosas y sus labios pronuncian palabras, poseen el don magnífico y mágico del encanto. De una belleza fina, delicada, soñadora, la niña era de una naturaleza exactamente opuesta á la de Valentina, y al vivir constantemente juntas, la discípula y la maestra se adoraron.

Pero esto no impidió que Valentina, cuando la familia volvió á París y quiso que se quedara con ellos en definitiva, insistiera en reanudar su vida solitaria y ruda, pero libre. La desesperación de Colette la conmovió, pero no pudo vencer su resistencia.

Y los años habían pasado.

Valentina Marelle tenía cerca de veintisiete cuando una tarde, en una casa amiga, conoció á Juan Donald.

Habiendo sido invitada á comer y habiendo llegado antes que los demás convidados, supo la historia de Donald antes de verle: su gran pasión por su mujer, la muerte de ésta hacía tres años, y el amor inquieto de que rodeaba al hijo que le había quedado..., una historia enteramente dedicada á otros seres y no á sí mismo, es decir, la eterna historia de los corazones tiernos... Valentina se interesó por aquel caso. Creyó encontrarle triste; pero el doctor Donald era un nervioso y además tenía una alta inteligencia y un entendimiento curioso, y sabía ocultar perfectamente la intimidad de su pensamiento. Esto fué causa, sin duda, de que aquella noche se asombrase Valentina de la animación que mostraba y del ardor con que parecía tomar parte en todas las manifestaciones de la vida.

Donald estuvo interesante, elocuente y simpático. Valentina le escuchó muy atenta y casi silenciosa. Durante la velada, Donald preguntó al dueño de la casa:

—¿Quién es esa joven morena que no habla?

—Es una muchacha que...

Y al nombre de Valentina, el interrogado añadió en pocas palabras el relato de la vida que Valentina hacía y había hecho siempre. Juan Donald movió la cabeza sin responder, y aquella noche no cruzó con ella más que unas cuantas frases insignificantes. Pero cuando volvió á su casa, en la que sólo respiraba el frágil aliento de su niño; á su casa, vacía de una presencia femenina, Juan hizo entrar en ella, por primera vez desde la muerte de Elena, la imagen y el pensamiento de otra mujer..., de aquella joven tan morena, de ojos tan vivos y tan profundos, de sonrisa silenciosa y comprensiva, de boca tan llena de expresión...

—¡Qué hermosa energía tienen algunas mujeres!, pensaba.

Porque Donald creía que la más grande energía consiste en hacer, con sencillez y serenidad, una vida de deberes continuos, una vida de esfuerzos sin triunfo, en la que se teje lentamente, con el hilo de tantas horas medianas y modestas, la hermosa y sólida trama de la dignidad y del valor.

Ahora bien: aquella misma noche y en la modesta casita que una asistenta iba á arreglar por las mañanas, Valentina tuvo que luchar contra una de sus más fuertes crisis de aflicción.

La joven se sublevaba contra aquella miseria moral, se defendía y trataba de rechazar á la Valentina demasiado violenta, á quien siempre trataba como á una extraña, como á una intrusa temida. Pero aquella noche la tal Valentina era la más fuerte y hablaba alto, para decir, precisamente, la inutilidad de la vida triste y obscura que á la misma hora estaba admirando Juan Donald.

—¿Quién te ama?, preguntaba la atrevida. ¿A quién amas tú? ¿A quién conoces? Tu tiempo, devorado por el trabajo, no te ha permitido siquiera leer todas las obras, cuyo génesis te ha hecho entrever el doctor esta noche por interesantes detalles sobre los que las escribieron, y cuyo fin te ha explicado por medio de consideraciones generales más interesantes todavía. Y ese trabajo, que te absorbe un tiempo tan precioso, ¿qué te da? Lo estrictamente necesario para vivir, pero ninguno de los atractivos de la vida. Alrededor de ti, la decoración de tu existencia es vulgar... (Valentina miraba con sufrimiento sus pobres y viejos muebles)... Llevas vestidos decentes, pero sin ningún adorno. Te dice la gente que eres inteligente... Pero te adulan sin duda para que emplees mejor tus facultades en educar á sus retoños. ¿Crees ser verdaderamente inteligente y artista cuando no tienes ni tiempo ni medios para ir á los conciertos á oir la música que adoras, ni á los teatros, donde te apasionaría la evolución del espíritu moderno, ni á las exposiciones... ni á ninguna parte, en fin?.. Estás dando vueltas, ya ciega y sorda como un viejo caballo enganchado á una noria, en un estrecho círculo, y eres bastante loca para estar generalmente contenta...

—¡Oh! Sí, ciertamente, estoy contenta y hasta soy dichosa..., exclamó Valentina casi en voz alta, como para romper el maleficio que le despedazaba el alma...

Pero, de repente, aquel pobre corazón se fundió, y levantando las dos manos con un ademán de llamamiento y de angustia, la joven rompió á llorar.

Todas las fatigas, los trabajos, los rencores, los cuidados y las lejanas heridas de su alma expansiva de otros tiempos; todo aquello contra lo cual había combatido tanto y tan victoriosamente, la asaltaba á la vez, y la razonable Valentina se vió envuelta en una oleada de emociones en la que sobrenadaba el recuerdo de una historia, recientemente oída, de inmenso amor, de un hombre apasionadamente enamorado de una mujer adorada y enferma, de ese amor continuado más allá de la muerte en la persona de un tierno niño...



... los ojos de Juan Donald fueron á posarse en un retrato colgado en la pared

En una especie de delirio, de rebelión y de angustia, Valentina hubiera querido ser aquella muerta que había sido tan amada, ó aquel hombre con todos sus recuerdos ardientes y dolorosos, ó aquel delicado niño á quien se hacía objeto de mil cuidados y caricias..., todo, menos ser ella misma. Y la joven exclamó llorando:

—¡Oh! ¡Quisiera morir, morir!

* * *

Y ahora, en el salón, impregnado de toda la frescura de aquella noche de primavera que entraba por las ventanas entornadas llena de claridades de luna y de perfumes de acacias, Valentina, con una arrebatadora expresión de vida, estaba diciendo á su marido, á su Juan, todas las miserias pasadas, y se las decía en frases sueltas, en palabras ligeras, entrecortadas de dulces silencios y de besos más dulces todavía.

De ese modo estaba tejiendo una de esas horas finas y fuertes como la más delicada y más sólida red, red adorable en la que á veces se prenden dos corazones para siempre...

Valentina preguntó, y era la primera vez que se atrevía á hacerlo, pues las más enérgicas tienen esas timideces:

—Y tú, ¿cuándo supiste que me amabas?

—¿Y si te respondiera que no lo sé?

Valentina le cogió las dos manos, en un impulso de apasionada violencia.

—¡Ah!, dijo con voz profunda; ¡cómo quisiera que fuese verdad!

—¿Por qué, querida mía?

La joven esposa vaciló un momento con una exquisita turbación. Su natural reserva se había vuelto á apoderar de ella, y su gracia, largo tiempo contenida, no se atrevía á manifestarse. Por fin dijo:

—Porque... me parece que el amor, el verdadero amor, llega sin que se conozca, y que no se puede exclamar un día «¡Le amo!» como no es posible

asombrarse de que el sol esté en el horizonte en una mañana de verano.

Juan la besó sin responder.

Recordaba haber amado así; pero no hubiera podido jurar sinceramente que su amor actual fuese idéntico al antiguo, al primero.

Tenía la cabeza de Valentina apoyada en su pecho y percibía hasta los ligeros latidos de sus sienes, hasta el roce tenue de sus cabellos en la nuca y en la frente. Y, sin embargo, por encima de aquella cabeza tan querida, los ojos de Juan Donald fueron á posarse en un retrato colgado en la pared, una cara de mujer joven, de aspecto risueño, pero enfermizo. La sonrisa de aquel retrato al pastel tenía una dulce claridad. Su cabello, ni negro ni rubio, sino de ese matiz que los ingleses llaman *auburn*, estaban levantados con negligente coquetería alrededor de las estrechas sienes. Sus cejas dibujaban un fino arco por encima de los ojos azules. Sus labios resplandecían con un color rosado menos vivo que el de los pómulos. Era aquella una imagen tan extraordinariamente joven y fresca, que no era posible mirarla sin una especie de ternura, como se mira á un precioso niño; y, sin embargo, el corazón se oprimía al verla, sin saber por qué.

Era que en aquella cara tan deliciosamente femenina, se descubría un cierto esfuerzo de expresión para sostener su apariencia dichosa. Los párpados y la nariz, ligeramente contraídos, denotaban ese esfuerzo de tal modo, que á pesar de la juvenil belleza de las pupilas y de la tez aterciopelada y casi infantil de la cara, después de haber dicho: «¡Qué linda criatura!,» había que añadir, muy bajo: «¡Qué aspecto tan enfermizo!»

Sí, Elena Donald estaba ya muy enferma cuando se hizo aquel retrato, y murió poco tiempo después.

Juan no miraba nunca aquella imagen sin que se le oprimiera el corazón. Y Valentina, que sabía cuánto había adorado Donald á su primera mujer, casada con él muy joven—apenas diez y ocho años—y con qué solicitud la había cuidado, sentía, sin querer confesárselo á sí misma, una impresión análoga en sus efectos, aùnque no en su causa, ante aquel mismo retrato.

Juan se estremeció, y Valentina exclamó en seguida:

—¡Calla! El correo ha llegado. Hay una carta encima de la chimenea... La habrán traído mientras estábamos en el jardín...

La joven se levantó, cogió la carta y se la dió á Juan:

—¡Ah!, exclamó éste, noticias de Remigio. Es la letra de la señora de Sauvel...

Remigio había sido confiado por su padre, para las primeras semanas de su segunda unión, á una familia íntimamente amiga que vivía en los alrededores de Bayona.

Valentina, sentada enfrente de Juan, con las manos cruzadas sobre las rodillas, le miraba leer.

Juan estaba enteramente absorto. Por momentos fruncía el ceño y otras veces se sonreía. La carta era larga y le daba noticias detalladas de su hijo. Donald quería que fuese así, como médico muy exigente y como padre profundamente tierno. No había llegado al final de la segunda carilla (y quedaban todavía ocho, cubiertas de una letrita fina y apretada) cuando Valentina se estremecía ya interiormente de impaciencia, víctima de un sordo sufrimiento, tan inconsciente y falto de explicación como el malestar que sentía ante el retrato de la muerta.

Valentina no experimentaba tales movimientos de ánimo sin darse cuenta de ellos y se quedaba dolorosamente asombrada.

¿Qué era, pues, aquella nueva criatura que surgía en su corazón desde que amaba á Juan? Valentina sabía que era amada profundamente; pero ¿cómo iba á ser más fuerte que aquel poderoso recuerdo, ella, que no había aportado á su marido nada del mundo más que ella misma? Tenía en *su* Juan una confianza absoluta... ¿Por qué, pues, sufría de aquel modo?.. Valentina preguntó por fin:



Era una [...]versación cándida la que se cruzaba por encima del seto blanco y verde

—¿Remigio está bueno?

Sí, querida mía, muy bueno.

Y siguió leyendo, sin que su mujer se atreviera á decirle:

—Lee en voz alta...

Puesto que Juan estaba entonces enteramente ocupado en su hijo, también ella se puso á pensar en él. Le había visto muy poco.

Las primeras veces, cuando Juan se le presentó en casa de unos amigos, había sentido en seguida una gran simpatía por aquel niño de fisonomía fina y delicada, de rizos rubios, pequeño aún para sus nueve años y muy parecido á la cara sonriente y enfermiza que vivía allá... en la pared. El niño estuvo con ella amable y cariñoso. Pero después, cuando poco tiempo antes del casamiento, le advirtieron el nuevo papel que iba á desempeñar en su vida aquella joven señora de cabello tan negro y ojos tan brillantes, Valentina le encontró cambiado; menos tierno, con cierta dureza en sus ojos azules y con cierta resistencia sorda en todo aquel cuerpecito vivo y nervioso. Valentina se había inquietado. Su vibrante sensibilidad, que ella quería siempre reprimir, se había despertado y había presentido peligros futuros. Pero pronto había dominado su razón. «¡Bah! Un niño delicado puede muy bien tener esos rasgos de humor nervioso.» Y ella era más que capaz para vencer esos movimientos pasajeros. Y Valentina puso todo su corazón en el beso de despedida que dió á Remigio al marcharse... Pero no sintió el corazón del niño en el beso que éste le devolvió...

Juan seguía leyendo, y el alma de Valentina se angustiaba más y más. Recordaba que al fin de la primera carta de los Sauvel, en una gruesa línea de una letra muy torpe, pues el niño estaba muy atrasado, Remigio había escrito estas palabras:

«*Un beso á papá... y á esa señora...*»

Esa *señora*... era ella, la extraña... Juan se había puesto triste y como enfadado, pero ni el uno ni el otro habían dicho nada.

Valentina sabía que Juan había encargado que dejasen á su hijo enteramente libre para escribir lo que quisiera al fin de las cartas y para no escribir nada si no quería, pues Donald no atribuía importancia alguna á las cosas ni á los sentimientos expresados con esfuerzo. Ahora bien: era evidente que había habido esfuerzo en las palabras *y á esa señora*, porque se veía una suspensión en la escritura. Después habían llegado otras cartas sin nada de Remigio, y Donald las había también leído para sí al principio.

De repente, Valentina vió que la cara de su marido se iluminaba.

Juan atrajo á su mujer, sonrió y le dijo dándole el último pliego:

—¡Mira!.. ¡Lee!.. ¡Lee!..

Valentina leyó:

—*Un beso á papá y á mamá Tina...*

—*¡Mamá Tina!* ¿Ves qué amable? Lo ha puesto espontáneamente, dijo Juan enternecido.

Valentina apoyó la cabeza en el hombro de su marido.

Al cabo de un instante, Donald preguntó:

—¿Qué tienes?.. ¿Estás llorando?..

—¡No! ¡Oh, no!, exclamó Valentina enseñando la cara y los ojos inundados de lágrimas. ¡Soy muy feliz!.. ¡Eres tan bueno y ese niño querido es tan cariñoso! ¡Ah! ¡Cuánto os quiero!

Y la joven sentía casi remordimientos por sus sombríos celos y sus tristezas ocultas. Entonces comprendía que Juan, al guardar para él solo la primera lectura de las cartas, había querido ahorrarle todo lo que pudiera ofenderla ó causarle pena... ¡Qué alegre se había puesto al encontrar aquella frase encantadora de su hijo para ella!

Aquella noche, en la discreta claridad del salón, Valentina no miró ya á *la ausente* de cara risueña y enfermiza. La olvidó completa y fácilmente, entregada á la felicidad de su nueva vida y de su amor, del inmenso amor que iba á reunirlos á los tres; á ella, á su marido y al hijo de aquella *ausente*, que quería hacer suyo...

II

LO QUE HACE LA FELICIDAD

En el tren que la traía de París, donde había pasado el día haciendo compras, Valentina venía pensando en la casa tranquila, sencilla y alegre que la esperaba.

Una vez escogida una casa bastante cerca de París para que el doctor Donald pudiese ir fácilmente á la capital para sus consultas, sus visitas y su clínica del hospital, Juan cedió á uno de sus colegas una parte de su clientela y la responsabilidad de los casos urgentes, á fin de proporcionarse el descanso que necesitaba. Los dos, sin embargo, habían querido que su casa estuviese bastante resguardada y aislada para no sentir en ella demasiado el aliento de la ciudad; habían querido que estuviese cerca de un bosque de saludables efluvios, algo alejada de todo pueblo y bastante rodeada de campos y praderas para que el dulce verdor y el mar reposante de las espigas les asegurasen la beneficiosa serenidad que se exhala de la próvida tierra.

Y mientras el tren pasaba por las fortificaciones de vertientes cubiertas de hierba gris y rapada, como una alfombra vieja y sucia, y recorría los alrededores de París, Valentina miraba las casas vulgares y presuntuosas, que parecían de azúcar, con sus jardincillos adornados de estatuas de escayola, y las comparaba con *su* casa, con la casa de *los dos*; un viejo edificio

sin arquitectura exterior, con una planta baja levantada sobre un terrado y más ancha que los pisos superiores, á cuyos balcones trepaban las enredaderas para darles un encantador aspecto de irregularidad y de fantasía.

El jardín era muy grande y tenía una huerta en el fondo. Unos hermosos rosales plantados al azar le llenaban con su perfume, y las calles, apenas trazadas, demostraban un abandono de larga fecha, pues la casa había estado desocupada mucho tiempo. A Valentina le gustaba pensar que aquella morada no conservaba huellas de otras existencias.

Juan Donald la había alquilado por un largo espacio de tiempo, conservando, sin embargo, su piso de París, y esto les animaba á arreglar aquel interior enteramente á su modo, sin lujo, pero con un buen gusto extremado.

Aquel día, Valentina llevaba de París unas telas, un pequeño fardo de alfombras y en su saco unos objetos de escritorio para la mesa de Juan y unos cuantos adornos para una galería que ella pensaba convertir en su estancia favorita durante el invierno.

¡El invierno! Se le presentía ya muy cerca; pronto á surgir al primer crepúsculo un poco prematuro ó un poco frio... Estaba escondido en aquel bosque, en el que el oro y el moho de octubre convertían los árboles en una decoración de cuento de hadas, y se extendía suavemente, como un gran velo, por las praderas de hierba más azulada que verde al soplo de las madrugadas precozmente frías.

Pero, al pensar en el invierno, Valentina no experimentaba más que una sensación de bienestar, en aquel otoño dorado y delicioso.

Imaginaba las íntimas veladas más largas, entre el fuego y la lámpara, entre el trabajo de Juan y el suyo propio..., un trabajo delicado y blanco, de pequeñas labores de hilo, de encaje y de ligera lana, especie de pelusa que estaba reuniendo para el nido que en la próxima primavera debía abrigar al recién venido..., al niño que esperaba, suyo, sólo suyo...

Pero, de pronto, otro pensamiento, unido por obscuros lazos á aquellas dulces ideas, echa un tenue velo sobre los grandes y húmedos ojos de la joven, mientras por la ventanilla del vagón ve huir los campos ya adormecidos bajo la fina ceniza de la noche...

Aquel pensamiento la inquieta.

¿Habrá sido prudente Remigio? ¿Le habrá cuidado bien Luisa?.. Con tal de que esté ya en casa á esta hora traidora y peligrosa del otoño, en la que tan pronto se cogen unas anginas ó un catarro...

Y Valentina hubiera querido apresurar aquel tren que se detenía con frecuencia, estar ya á la puerta de *su* jardín, de *su* casa, y saber cómo estaba su hijo... ¿*Su* hijo? Sin duda, puesto que era el hijo de aquel á quien ella amaba tan profundamente, de aquel cuyo pasado había hecho suyo al casarse... Y Valentina amaba aquel pasado en el niño de su marido. La joven esposa había encontrado en él una pesada tarea; y á pesar de toda la tierna perspicacia de su corazón y de la inteligencia de sus cuidados, aquel niño la perturbaba sin cesar con su temperamento lleno de recursos y de debilidades inesperadas, con su encanto, á veces poderoso y cortado de pronto por bruscas rebeliones, injustificadas desconfianzas y rencorosas frialdades... Valentina no le comprendía á veces, y otras temía comprenderle demasiado. Pero siempre trataba de ocultar esas dificultades á Juan ó de atenuarlas cuando surgían en su presencia. Donald le había confiado en cuerpo y alma aquel niño como si fuese hijo de los dos, y esa plenitud de poderes maternales le daba una entera responsabilidad... Pero á pesar de sus esfuerzos, no se sentía en posesión de tales poderes. Lo mismo cuando ordenaba que cuando prohibía, creía que Remigio iba á observar que su voz no era segura, y á cada rebelión y á cada muestra de indiferencia del niño, se encontraba desorientada y llena de dudas sobre sus propias decisiones. ¿Estaba acertada? ¿Debía ceder en algo, ó sería, por el contrario, una falta que pudiera traer graves consecuencias para la salud ó para la educación de Remigio?

De este modo, Valentina, tan firme hasta entonces en la vida, se encontraba de repente con una conciencia vacilante respecto de aquellos nuevos deberes, y con frecuencia su corazón escrupuloso se angustiaba ante la idea de que el pequeño y querido ser que esperaba, traería acaso un nuevo elemento de discusión entre ella y Remigio... y—no se atrevía á pensarlo todavía entre ella y Juan.

Embebida en estos pensamientos, que le eran hacía algún tiempo familiares, se encontró con sorpresa en la puerta de su casa, después de haber bajado del tren y recorrido como una sonámbula el pequeño trayecto desde la estación.

En cuanto sonó en el jardín, ya obscuro, el ruido de la campanilla de la verja, Valentina percibió un movimiento significativo, una carrera á través de las enramadas, llamadas en voz baja... Ocurría, pues, lo que estaba temiendo; Remigio se encontraba todavía en el jardín, á pesar de las órdenes dadas á Luisa, una niñera que había estado en la casa en los últimos tiempos de la primera mujer de Juan y á quien éste había vuelto á recibir hacía un año.

Valentina se detuvo y gritó:

—¡Remigio! ¡Remigio!

Por toda respuesta se oyó un cuchicheo, y después todo quedó en silencio.

La joven esposa subió la escalinata, empujó la puerta vidriera, atravesó la casa y entró en la cocina, donde no encontró más que á la cocinera, muy ocupada. Preguntó dónde estaba el niño y le respondieron que arriba, en su cuarto.

Y, en efecto, allí estaba, muy encarnado y visiblemente anheloso por una carrera reciente.

—Ven, Remigio, á ver lo que mamá trae de París.

El niño replicó con la peor voz de los peores momentos:

—No; prefiero quedarme con Luisa, que me cuenta verdaderas historias de mi verdadera mamá...

En este momento Valentina se volvió al oir un ruido en la escalera, y vió á Juan. Donald lo había oído todo; Valentina lo conoció en la expresión de su fisonomía. Se sonrió, sin embargo, y le dijo como si nada sucediese:

¡Tú! ¡Qué alegría! Creí que te quedabas en Paris esta noche, para ese banquete...

Sí, debía quedarme..., pero he preferido venir á reunirme contigo... Creo que he hecho bien... He venido en el mismo tren que tú, pero llegué un poco tarde y... Anda, espérame en tu cuarto... Yo voy en seguida.

Y empujándola suavemente, entró en la habitación de su hijo, que, acurrucado en las faldas de su antigua niñera, le miraba de reojo con expresión violenta y astuta.

Valentina, muy afligida, se quedó en el descansillo. No entendía bien las palabras de Juan, que se dirigía á Luisa; pero oyó que ésta exclamaba:

—El señor no querrá tampoco que este pequeño olvide á la pobre señora...

Y en acceso nervioso sin duda, la voz aguda y lacrimosa de Remigio apoyó aquellas palabras, gritando:

—¡Mamá!.. ¡Mamá!..

Valentina corrió á su cuarto, triste, irritada y ofendida. Y sin embargo, era cierto, era justo lo que se le recordaba: Remigio no era su hijo.

Otra mujer había sido allí amada y querida únicamente...

Cuando entró Juan, Valentina le ocultó sus recientes lágrimas. Su marido se mostró bueno y afectuoso, pero ella conocía ya muy bien aquella frente sombría y aquella mirada distraída que oprimían el corazón de la joven esposa como si se lo apretase una mano cruel.

—Siente haberse vuelto á casar... Vivía tranquilo con su hijo, y hoy...

Aquel pensamiento dominaba todavía á Valentina un poco más tarde, ante la mesa adornada de rosas y brillante de luz, cubierta de manteles de colores y de porcelanas de alegres reflejos.

Todo indicaba allí los cuidados de una mano femenina deseosa de bienestar y de contento.

Y, sin embargo, no era el contento lo que expresaban las caras de aquellos dos seres sentados frente á frente en aquel cuadro de intimidad. Por la ancha puerta de la pieza próxima, iluminada, se veía el despacho en el que hacía algún tiempo el doctor ocupaba asiduamente su puesto, con el gusto y las fuerzas necesarias para hacer los estudios preliminares de una obra proyectada de larga fecha; y en aquel mismo apacible círculo de luz se veía el silloncito bajo, lleno de almohadones, en el que la joven esposa se sentaba todas las noches entre los delicados encajes de su labor.

Aquellas imágenes eran imágenes de felicidad; pero por encima de ellas se cernía el retrato rubio y encantador; la tenue sonrisa, la mirada infantil y un poco maliciosa de *la otra*, que estaba contemplando aquella dicha.

—¿En qué pensará?.., se preguntaba Valentina ante la fisonomía grave y preocupada de su marido.

El doctor Donald pensaba que la tarea de su mujer era pesada, tratándose de una joven como ella. Inquieto, nervioso y desgraciado por las dificultades constantes que surgían entre su hijo y su mujer, Juan se preguntaba qué iba á ser de los tres en aquella existencia que él hubiera querido que fuese una existencia nueva.

Sin embargo, puesto que Valentina estaba allí, tan animada y tan tierna, con sus ojos brillantes y velados y su boca ardiente, debía dominar la hora fugitiva, apoderarse de ella y hacerla dulce. ¡Oh! Sí; en eso estaba solamente la felicidad.

III

LOS VECINOS

Era una conversación cándida la que se cruzaba por encima del seto blanco y verde. La nueva primavera que brillaba en los campos era menos fresca y menos reciente que aquellos dos personajes: Remigio y una niña un poco más alta que él. Remigio encontraba á aquella niña muy elegante, y la niña encontraba á Remigio muy guapo. Acababan de descubrir que eran de la misma edad y que ninguno de los dos tenía mamá, pero que, sin embargo, los dos tenían una. Una vez llegados á ese grado de conocimiento, se convinieron completamente, y la niña fué la primera que declaró «que serían amigos.»

Remigio respondió con cierta frialdad un poco brutal:

¿Amigos?.. Puede ser... No sé...

—¡Oh!, exclamó la niña indignada.

Pero, casi en seguida, añadió humildemente:

—Sí, comprendo; hubieras querido tener un niño por amigo... Es más alegre para jugar... Pero, qué quieres, yo no tengo ningún hermano...

Y después de esta declaración, hecha en tono desolado, añadió confidencialmente:

—Y creo que nunca lo tendré... Mamá no quiere comprar uno... Dice que es bastante un niño en una casa... Yo no pienso lo mismo.

Después de haber dado así su opinión terminante, que resultaba en concordancia con la de algunos personajes eminentes, pero en la que no entraban para nada las preocupaciones civiles y sociales, la niña tomó aliento, pues había hablado muy de prisa, y esto dió tiempo á Remigio para responder:

Yo sí tengo un hermanito...

—¡Qué feliz eres!

Pero Remigio movió la cabeza:

—No sé por qué...

La pequeña, entonces, pareció que no quería comprender á un niño tan singular. Pero Remigio se dignó explicar su pensamiento.

—¡Es tan pequeño!, dijo. Creo que no ha habido nunca un hermanito tan pequeño. Y luego... ¿sabes?.. no es lo mismo, porque este es el niño de mi segunda mamá...

—Y la segunda mamá no es nunca como la primera, dijo la niña con viveza.

Después añadió:

No quiero decir que mi segunda mamá no sea muy guapa y muy buena; pero no la veo con frecuencia... Siempre está fuera de casa... Hemos venido aquí para que ella descanse, pero descansa á caballo ó en coche y no la veo mucho más que en París... ¿Estás tú también solo mucho tiempo?

—No, no; yo estoy siempre con mamá Valentina y con Juanito, mi hermano...

La niña iba á exclamar de nuevo: «¡Qué feliz eres!» cuando dió un grito, que Remigio no comprendió, así como tampoco el impulso repentino que arrojó á aquella pequeña desconocida en los brazos de mamá Valentina, que había aparecido en la calle de árboles.

Más tarde supo que en aquella niña que quería ser su amiga, Valentina había encontrado á su discípula de otro tiempo, aquella Colette Allire, cuya madre había muerto y á quien el padre, casado de nuevo, había dado como «segunda mamá» una joven y brillante mujer.

* * *

Valentina recibió al día siguiente en su jardín á aquella señora de Allire. Gracias á los dos niños, el reconocimiento entre ella y los Allire había sido rápido:

¡Oh, señora, estoy encantada por esta coincidencia tan feliz!.. Mi marido y esta querida niña me habían hablado con frecuencia de usted y del tiempo en que disfrutaban la dicha de tenerla á su lado, cuando vivía la pobre madre de esta criatura. ¡Oh, Dios mío, sí, la vida es tan extraña! ¿Verdad? Pero ahora es una verdadera suerte el que seamos vecinos, ¿no es así?

Valentina no pudo hacer más que asentir. Todo aquel pequeño monólogo de presentación de la nueva señora de Allire había sido superiormente dicho, en el tono exacto de gracia, de melancolía y, por último, de satisfacción definitiva, que convenía á cada una de sus frases llenas de tacto. Valentina, sin embargo, veía muy bien el fondo un poco afectado é investigador de aquella brillante rubia, ligeramente pintada, que la miraba como «la antigua institutriz de Colette.» La visita se hacía en el jardín, donde la señora de Donald estaba instalada entre Remigio, ocupado en observar las hormigas, y la cuna «Moisés» en que dormía Juanito.

(Continuará.)

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 4 de enero de 1904 — Núm. 1.149



LA MAÑANA DEL DIA DE REYES, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de participar á nuestros susoriptores que hemos adquirido el derecho de publicar en LA ILUSTRACION ARTISTICA la notable colección de doce preciosas láminas que dibujó el célebre artista H. Giacomelli y que representan los doce meses del año. Estas composiciones, consagradas por la fama, las iremos reproduciendo oportunamente.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Se ha dicho que en lo tocante á literatura la luz viene del Norte. No carece de fundamento esta frase. El arte literario, tan brillante en Francia durante el último tercio del siglo XIX, decae ahora á ojos vistas. El teatro no ofrece actualmente, salvo muy raras excepciones, más que dramones cuyo principal atractivo es la *mise en scene* y la *toilette* de las actrices, ó comedias y *vaudevilles* en los que se les da cien y cien vueltas á los manoseados temas del adulterio y del divorcio. En cambio, en Noruega, en Alemania, en Rusia, los escritores se preocupan de las graves cuestiones que afectan hoy á la humanidad y las llevan á la novela y al teatro. Uno de esos grandes artistas, que ven en el arte, no un pasatiempo, no un juguete, sino un medio poderoso para difundir las ideas y para levantar el nivel social de la humanidad, es Tolstoi.

La noble figura del pensador ruso es harto conocida en España, donde sus libros cuentan con gran número de lectores. Uno de sus libros más leídos y con más justicia ensalzados es la novela que lleva por título *Resurrección*. De esta novela, teniendo á la vista el drama francés sacado de ella, han hecho uno español los Sres. Jover y Valentí. El fin del drama como el de la novela es eminentemente piadoso y consolador. Muéstrasenos en él cómo dos almas sumidas en la abyección una y la otra en la indiferencia moral, logran, merced á esfuerzos supremos de voluntad y de heroica abnegación, resucitar de entre sus culpas y pecados.

La protagonista del drama es Catalina, hermosa joven seducida y luego abandonada por el príncipe Dimitri. Catalina baja uno á uno todos los escalones de la deshonra, hasta llegar á un burdel, en donde sus compañeras de infamia la designan con el apodo de *la Maslova*. Acusada, sin culpa, de un delito de asesinato, comparece ante el tribunal: uno de los jurados es Dimitri. El príncipe comprende al verla degradada y envilecida que él es la causa de todas las desventuras que pesan sobre la desgraciada á quien sedujo, y tocado en el corazón por el remordimiento, jura enmendar el mal causado y regenerar á su víctima haciéndola su esposa. *La Maslova* rechaza las ofertas de su primer amante; prefiere el oprobio en que yace y sufrir la condena que el tribunal le ha impuesto, á unirse al hombre que la engañó y á quien sin embargo ama. Pero Dimitri no desiste de su propósito; obtiene el indulto de Catalina y acude á Siberia, en donde ella está sufriendo su pena, á ofrecerle la libertad y su amor. *La Maslova*, aunque ha perdonado á su amante, rechaza de nuevo su oferta: quiere abrazar su cruz y redimir por medio del castigo y del amor hacia los desgraciados confinados como ella en Siberia su alma manchada por el pecado. El príncipe se aleja y *la Maslova* cae de rodillas ofreciendo á Dios su expiación, mientras sus compañeros y compañeras de infortunio entonan el *Gloria in excelsis*..., himno que en aquellos momentos parece en salzar la resurrección del alma de *la Maslova*.

Este drama ha sido estrenado en la Princesa, desempeñando María Tubau el papel de la protagonista. La eminente actriz ha hecho de este personaje una verdadera creación. Todas las fases por que pasa el carácter de *la Maslova:* el candor y la inocencia en el primer acto, su cólera y su despecho ante los jueces, su abyección en la cárcel de mujeres, su regeneración en Siberia, todo fué admirablemente expresado por la primera actriz del teatro de la Princesa. El estreno de *Resurrección* ha constituído para María Tubau uno de sus mayores y más legítimos triunfos entre los muchos y muy brillantes que forman su carrera artística.

También es actualmente objeto de grandes ovaciones María Guerrero interpretando el papel de Teresina en el drama titulado *La desequilibrada*, original de José Echegaray y estrenado en el teatro Español. La insigne actriz, sobre la cual descansa todo el peso de la obra, hace en ella verdaderos prodigios. La voz, el gesto, las actitudes, los arranques de pasión y de cólera, todo es artístico, todo está en perfecta armonía con el personaje por ella representado.

En cuanto á D. José Echegaray, justo es reconocer que conserva toda la lozanía de su esclarecido ingenio. *La desequilibrada* tiene las mismas cualidades é iguales defectos que las demás obras de su autor: interés, situaciones emocionantes, energía y vehemencia en la expresión de los afectos, violencia rayana con el delirio en las pasiones, exageración en los caracteres, brillantez y á veces hinchazón en el estilo. Echegaray no busca la verosimilitud en sus dramas: imagina un conflicto, cuanto más tremendo mejor, y para llegar á la catástrofe (los conflictos de sus obras nunca se resuelven armónicamente) no se para en barras. Si tiene que forzar la realidad, la fuerza; si tiene que quebrantar las leyes de la lógica, las quebranta.

Casi nada de lo que sucede en *La desequilibrada* pasaría si los personajes que en ella intervienen perteneciesen al mundo en que vivimos. En la última obra de Echegaray, no sólo es desequilibrada la protagonista Teresina, todos son allí desequilibrados, todos medio chiflados ó chiflados por completo..., un manicomio y un *tonticomio* sueltos. No es, pues, de extrañar que sucedan en el drama cosas inauditas: que Teresina, sin por qué ni para qué, se case con Roberto, á quien no quiere; que una vez casada se pase la vida armando querellas á su marido; que aproveche una noche de recepción y baile en su casa para armarle á Roberto el gran escándalo; que se escape del domicilio conyugal; que vuelva á poco con su antiguo novio á poner de hoja de perejil á su esposo; que andando el tiempo asesine á Roberto tirándole al mar y luchando con él á brazo partido bajo el agua; que por último deje á su hijo al cuidado de Mauricio, su primer amor, y que se vaya luego en un *yate* cargado de chiflados á viajar por el Mediterráneo con el propósito de suicidarse.

De las observaciones que pudieran hacérsele se cura el autor en salud con el título que ha puesto á su drama, *La desequilibrada.* Claro es que á una mujer que no está en su sano juicio no se le puede pedir que proceda con lógica ni con sentido común. Sus actos sólo han de tener por norma la razón de la sinrazón. Cuanto más extravagantes y disparatados ellos, más desequilibrada resultará su autora.

Dentro de la dislocación de la realidad, hay que convenir en que abundan en *La desequilibrada* los rasgos verdaderamente asombrosos propios del preclaro ingenio de Echegaray, escenas admirables, hermosos pensamientos, frases de intensa fuerza dramática. Todo este resplandor que se irradia del espíritu privilegiado del gran dramaturgo, deslumbra al público y le hace aplaudir aquello mismo que después, recordado por el espectador, libre ya de la sugestión que sobre él ha ejercido el espíritu de Echegaray, le parece falso y hasta absurdo... Es uno de los poderes de los entendimientos superiores hacer, por el pronto, ver lo blanco negro.

La desequilibrada ha sido puesta en escena con lujo y propiedad superiores á todo lo que hemos visto en el teatro. Las decoraciones son de madera, los muebles de lo más elegante y costoso que se construye en los mejores talleres, los cuadros que adornan las salas verdaderas joyas de arte, y bronces, plantas, mármoles..., todo, en fin, primoroso, rico y de excelente gusto. No es posible presentar mejor la escena ni dentro ni fuera de España. De las *toilettes* que luce María Guerrero se hacen lenguas las señoras.

En otro lugar decía yo hablando de la comedia de Lavedan titulada *Catalina:* «Bueno que se traduzcan al español las comedias y dramas de mérito extraordinario; ¿pero qué necesidad hay ni qué ventajas puede ofrecer á nuestra literatura dramática la versión á nuestro idioma y la representación en nuestras escenas de comedias tan insulsas y mediocres como *Catalina?*» Los Sres. Llana y Francos Rodríguez la han traducido con esmero, los actores de la Comedia la han representado muy bien, la empresa la ha puesto en escena con gran propiedad, y á pesar de todo, la obra de Lavedan, aunque no rechazada ruidosamente, no ha despertado en lo más mínimo la curiosidad del público.

Catalina tiene lo peor que puede tener una obra de arte: es insincera. Su autor la escribió para captarse los votos de la Academia: fué una adulación á determinados prejuicios. La comedia, aunque es de ayer, resulta anticuada; á nosotros, los españoles, nos recuerda aquella literatura cursi y ñoña que tanta boga alcanzó en la segunda mitad del siglo pasado.

Catalina, que dando lecciones de piano sostiene á su inmensa familia, con su virtud y sus buenos modos encalabrina de tal manera á un duque joven y buen mozo, que éste se casa con ella. La improvisada duquesita, con su papá y sus tres hermanos, se instala en el palacio ducal. Al marido le parece muy pronto toda aquella familia demasiada carga, y em pieza á manifestarse un poco contrariado. El duque tiene además una prima algo ligera de cascos, la cual, con tanta vehemencia se insinúa á su primo, que éste está á punto de ser infiel á su esposa. Catalina, que ha presenciado entre cortinas la peligrosa escena, se presenta ante la amartelada pareja; se pone, como es natural, furiosa, y decide marcharse de la casa de su marido.

Por fortuna, todo se arregla merced á los buenos oficios de cierto joven, ex novio de Catalina, que con una abnegación á toda prueba pone en paz á los esposos.

Este final fué acogido por el público con murmullos de extrañeza.

El género chico ha entrado hace tiempo en un período de decadencia. Harta ya la gente de tanta simpleza, chocarrería y disparate como ha rodado durante años por los escenarios de los teatros por horas, muestra ahora saludable severidad. En lo que va de temporada ha habido en Apolo, en la Zarzuela, en el Moderno, muchas y bien justificadas gritas. Persistiendo el público en esta conveniente actitud, podrá verse bien pronto limpio el teatro de tanto autorzuelo chanflón que, engolonisado por fácil ganancia, «coge y se hace autor,» como D. Eleuterio Crispín de Andorra cogió y se hizo poeta.

Y no se crea que lo que digo de ciertas obras va en contra de las zarzuelas, piezas y sainetes en un acto escritos con arte y con ingenio. ¡Cuántas de estas obras valen más y revelan mayor ingenio que tan tos y tantos comediones y dramas tan pretenciosos como soporíferos! Mas para escribir buenos sainetes y zarzuelas hay ante todo que ser artistas, conocer el teatro, reunir, en una palabra, la suma de condiciones que son necesarias para merecer el nombre de autor.

Todas ellas las reunen los hermanos Alvarez Quintero, y por eso el público, que, dígase lo que se quiera, va al teatro sin prejuicios y á quien siempre complace lo que es artístico, ha aplaudido y sigue aplaudiendo la zarzuela en un acto, original el libro de los dos renombrados escritores y la música del maestro Serrano, titulada *La reina mora.* No es este sainete de lo mejor de los Quintero; pero comparado con los esperpentos que se venían estrenando en Apolo, resulta una maravilla. En *La reina mora* hay tipos, costumbres populares bien estudiadas, situaciones cómicas y un desenlace—lo mejor del sainete—gracioso, original y muy bien preparado. Todos estos méritos compensan con creces algunos defectos, como cierta languidez en algunas escenas, la poca novedad de varios tipos y lo manoseado de «la cobardía fanfarrona,» que constituye uno de los principales recursos cómicos del sainete.

El maestro Serrano, que ha compuesto para *La reina mora* dos números de música tan originales como inspirados, compartió con los Quintero los honores del triunfo.

Más burda y con sus ribetes melodramáticos, pero entretenida y á ratos chistosa, es la obrilla *Los chicos de la escuela,* original de cuatro ingenios (Arniches, Jakson, Valverde (hijo) y Torregrosa), estrenada en el Moderno, y en la que Loreto Prado hace sus acostumbrados primores.

En Lara se ha estrenado una piececilla titulada *Fresa de Aranjuez*, en la Zarzuela una revista política titulada *Nueva patria* y en Eslava *Feúcha*, parodia de *Mariúcha.* Estas obras, unidas á los melodramones representados en el teatro de la Plaza de la Cebada (*Hampa dorada, Los mineros* y *La herencia del Niño Dios*) y á las comedias de Navidad, arreglos del francés, *La calle de la Amargura,* en la Comedia, y *Rebolledo* y *El primer pleito,* en la Princesa, forman con alguna otra piececilla la serie de estrenos con que los teatros de la corte nos han obsequiado durante el mes de diciembre.

ZEDA.


... y se puso á contemplar cómo caían los copos, heladito, yerto, pensando en el niño de arriba

LOS ZAPATOS DE POLIN

El abuelo sentó á Honorín sobre sus rodillas, le dió un caramelo, y después de mirarle amorosamente, comenzó el cuento prometido.

Pues señor, era Polín un niño muy guapo que había tenido la desgracia de perder á su padre y á su madre cuando sólo tenía siete años. La noche en que se quedó huérfano, le recogieron unas vecinas caritativas; pero al poco tiempo un niño de ellas, que era muy malo, regañó con Polín, y entre otras cosas, le dijo que estaba en su casa mientras que á él le habían recogido de limosna; en fin, le dió á entender que había mucha distancia entre su posición y la de Polín..., y éste, que tenía su genio como cada *quisque*, abrió la puerta sin que le vieran y escapó corriendo por esas calles de Dios, solito, mal comido y mal vestido, pero contento de verse libre de las brutalidades del otro, que hasta le había amenazado con pegarle.

Pero ya ves, monín, esto era en el verano; y en este tiempo las noches son hermosas y agradables. No hace frío, y en cualquier rincón se puede dormir perfectamente. De manera que Polín, comía rancho de los cuarteles, vendía periódicos y por la noche se acurrucaba en cualquier parte, y dormía como un bendito. Mas el tiempo fué pasando y llegó el otoño y luego el invierno, ese castigo que Dios manda á los hombres; nuestro amiguito cuando anochecía sentía muchas ganas de llorar y se ponía muy triste, muy triste; se acordaba de su cama de otros tiempos, tan caliente, tan abrigadita, como la que tú tienes; de su madre, de su padre, y le daban deseos de morirse... ¡Pobrecito Polín!

Un día, aterido de frío y medio muerto de hambre y de cansancio, fué otra vez á la casa de donde se había escapado; pero vió todas las caras tan serias, tan enfadadas, que se marchó otra vez. Aquella noche se la pasó llorando, sin dormir, vagando por esas calles...

Y el invierno iba adelantando; las ropas del pobrecito se desgarraban y caían á pedazos; las noches eran cada vez más frías, y lo que más afligía á Polín, lo que le desesperada, era quedarse sin zapatos... El frío del cuerpo le parecía soportable comparado con ese frío terrible de los pies que anonada, que le quita á uno la ilusión de vivir, que agarrota, que hace pensar en monstruos feroces de garras yertas y heladas como la muerte que tiran de uno para meterlo en cuevas obscuras y silenciosas, para matarlo de hambre y de frío y enterrarlo en nieve.

Tan grande era el terror que sentía Polín al pensar en esto, que por el día se quitaba el calzado para no estropearlo, y sólo se lo ponía de noche para no tocar con sus piececitos las losas y los guijarros que le quemaban de puro fríos... Pero la cosa no tenía remedio y nuestro amiguito, á fines del año, se encontró completamente descalzo... Desde entonces pasaba los días buscando por las calles esteras viejas, paja y cosas análogas para poder abrigarse los pies de noche; pero como esto no le servía de nada, no hacía más que llorar...

Y ahora verás, Honorito—continuó el abuelo, como Dios no abandona nunca á los niños buenos. Pero también verás que en este mundo hay que sufrir y que Nuestro Padre que está en los cielos no nos hace ningún beneficio sin recordarnos que la tierra no se ha hecho para gozar, sino para aguantar con paciencia los dolores que El también sufrió por nosotros.

Como te iba diciendo, llegó el día de Reyes, que es el que elige Dios para dar á los niños que son buenos lo que más falta les hace ó lo que más les gusta. Polín sabía que si hubiera tenido zapatos, los Reyes no se habrían olvidado de él; pero como no los tenía ni tampoco ventana en donde colocarlos, se fué á una iglesia en donde ponían Nacimiento, se arrolló cerca de él, y en un momento en que había poca gente se acercó y les dijo á los Reyes, que iban en sus camellos á ofrecer oro, incienso y mirra á Jesús:

—Señores Reyes, yo no tengo la culpa de que se me hayan roto los zapatos; así es que esta noche pónganme ustedes algo á mi lado, sin fijarse en eso. Mi ren ustedes que lo necesito mucho; y para que no se equivoquen, dormiré debajo de los balcones de aquel niño que está allí—y señalaba á un nene que iba con su papá—calle de tal, núm. 7, primero.

Y se fué tan contento.

Los Reyes le oyeron y pidieron permiso á Dios para complacer á Polín; pero Dios les dijo:

—Dejadlo. Eso corre de mi cuenta.

Y verás tú cómo Dios se las arregló.

Cuando el papá y el niño llegaron á su casa y cenaron, lo primero que hicieron fué atar los zapatos del pequeño—unos zapatos nuevos y primorosos—á la barandilla del balcón. Después estuvieron hablando de los regalos que los Reyes pondrían, encendieron las velas del Belén hasta que se consumieron, y se fueron á la cama tan contentos y calentitos...

Mientras tanto Polín esperaba á que las calles quedaran desiertas para acurrucarse debajo de los balcones. Pero esto sucedió pronto, porque hacía una noche terrible.

Nunca ha hecho tanto frío como aquella noche en que hasta los faroles parecían helarse por lo mal que alumbraban... Todo estaba negro y silencioso; las estrellas brillaban con verdadera furia, como si quisieran calentar á la tierra que se moría de frío. La gente andaba por las calles muy envuelta en sus abrigos y muy de prisa pensando en el calor del hogar; no se veían por las vías públicas ni aun siquiera mendigos... Ya ves tú si haría frío que los Reyes dudaron, por primera vez en su vida, si venir ó quedar se en la cama...

A eso de las diez, el cielo empezó á nublarse, y la nieve, la tremenda plaga de los pobres, comenzó á caer lentamente... El piso fué cubriéndose de blanco. Polín se metió en el quicio del portal y se puso á contemplar cómo caían los copos, heladito, yerto, pensando en el niño de arriba que estaría tan á gusto, envuelto en las mantas... El frío era cada vez más grande y el pobrecito tiritaba, se frotaba las manos, se cogía los pies desnudos, como si de esa manera pudiera calentárselos, y sentía resbalar por sus mejillas lágrimas muy calientes que se helaban en seguida...

Y se durmió. En sueños vió una habitación muy calentita, con una cama en donde había una mujer. Aquella mujer—bien la conoció—era su madre que le abría los brazos amorosamente y le llamaba, invitándole á que se metiera en la cama con ella; pero un gigante, que tenía las manos muy frías, muy frías, le tiraba de los pies y le impedía acostarse. La madre y el gigante luchaban, tiraban de él cada uno por su lado y le hacían daño, muchísimo daño; sentía unos dolores inmensos en el vientre y en el pecho que le desgarraban... Pensaba en su obsesión constante, los zapatos; y se decía que si los tuviese puestos, hubiera podido desatárselos con cuidado y dejarlos en las manos del gigante que así caería de espaldas y se mataría, mientras que él se acostaba al lado de la madre...

Después soñó que los Reyes le ofrecían una manta, le vestían y le calzaban; pero alguien—otro gigante quizás—le dejaba desnudo y él no podía correr tras del infame por estar descalzo.

En esto, Dios que lo estaba viendo todo creyó que Polín había sufrido bastante, decidió hacerle feliz y desencadenó un tremendo vendaval que rompió la cuerda con que los zapatos del niño de arriba estaban atados á la barandilla del balcón y los hizo caer sobre nuestro amiguito en unión de un duro que los Reyes habían puesto dentro... Pero queriendo hacerle comprender que no hay gusto sin disgusto, los dirigió á la cabeza del niño.

Polín sintió un golpe y despertó sobresaltado... Las pálidas tintas de una aurora bellísima empezaban á esbozarse en el cielo, despejado y azul. Las nubes habían desaparecido; pero el frío era tremendo. Nuestro amigo vió los zapatos y el duro, cogiólos y salió corriendo, loco de contento y diciendo á voces:

—Señores Reyes, ¡muchas gracias!, ¡muchas gracias!

Sentía hambre y fué á un café que estaban abriendo. No había en él más que un caballero que tomaba chocolate; Polín se sentó y pidió chocolate también. El caballero, extrañándose de que un niño tan desarrapado pidiera semejante cosa y en un café, impidió que el camarero lo echara del establecimiento como intentó hacer, llamó á su lado al niño, le preguntó por qué estaba así, y cuando se enteró de todo, le dió muy bien de comer, lo vistió, lo llevó á su casa y lo adoptó por hijo. Polín fué muy dichoso, estudió mucho y llegó á ser un hombre de provecho, honra de su patria y de la familia que le había adoptado.

Y *colorín colorao*, este cuento se ha *acabao*.

—Conque, Honorito mío, ¿qué te ha parecido el cuento de Polín?, preguntó el abuelo.

El nietecito levantó sus grandes ojos, hizo un mohín picaresco y tirando de las barbas al viejo dijo:

—Que, si en vez de pedir unos zapatos, se le ocurre pedir á los Reyes un baúl con ropa, muere aplastado aquella noche.

El abuelo miró fijamente á Honorín; y seriamente, muy seriamente exclamó hablando consigo mismo:

—¡Extraño siglo éste en que hasta los niños son irónicos y volterianos!

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

LA DELEGACION COMERCIAL ESPAÑOLA

EN LA REPÚBLICA ARGENNINA

Desde que los Sres. Zulueta, Rahola, Deulofeu, Fábregas y del Corral pisaron tierra argentina, se han visto agasajados y cumplimentados por todo lo más selecto del país, nacionales, compatriotas y extranjeros.

Las autoridades superiores de la Nación y las de las ciudades y pueblos visitados se han desvivido para facilitar á los señores delegados todos los datos necesarios y todos los medios posibles de información, para que se dieran perfecta cuenta de todas las fases de la actividad humana desarrolladas en las extensas regiones cuyo conjunto forman la República Argentina. Y otro tanto podríamos agregar, de paso, de las atenciones y facilidades halladas en la vecina República Oriental del Uruguay.

Naturalmente que Buenos Aires por una orilla y Montevideo por la otra del río de la Plata, han llevado la principal parte en impresiones de cultura social, artística y monumental; amén, del movimiento mercantil acumulado en dichas capitales, tanto de importación cuanto de exportación, que expanden hacia el interior ó reparten por el mundo civilizado, según uno ú otro caso.

No es preciso ser muy optimista para creer que Buenos Aires con su grandiosidad é importante mercado, tan desconocido en España como conocido en Alemania, Inglaterra, Francia é Italia; tan digno de minucioso estudio para la lógica competencia de los artículos concurrentes extranjeros, como de las ganancias en el canje de los productos naturales tomados de primera mano, les ha sorprendido grandemente; y también lo es, que lo que les servirá de mayor ilustración á sus propósitos serán los viajes efectuados por el interior de ambas repúblicas. El realizado por el interior de la provincia de Buenos Aires, hasta Bahía Blanca, prolongado hacia el Sur en el corazón de la Pampa Central, les habrá hecho conocer las riquezas asombrosas de la parte más poblada y adelantada de la República; y el llevado á cabo por la de Santa Fe, visitando su histórica capital y la ciudad de Rosario, la segunda en importancia por su población, puerto y comercio de la república, les habrá mostrado la parte más fértil y productiva; así como la visita de algunos días á la espléndida estancia del acaudalado español D. Antonio Saralegui, modelo en su clase, les habrá servido para ver y estudiar todo lo concerniente á la vida agrícola y pecuaria del país. Las notas gráficas que publicamos pertenecen á dicho punto, «Rincón de San Antonio,» dejando para mejor ocasión la descripción de sus bellezas artísticas naturales, que son muchas y muy notables.

Después el viaje cruzando toda la provincia de Entre-Ríos; desde la capital «Paraná,» sentada vistosamente sobre la barranca á orilla izquierda del río de igual nombre, hasta el puerto de Concordia sobre el Uruguay; visitando colonias tan importantes como las hebreas, fundadas por el barón de Hirsch, y poblaciones tan pintorescas como Villaguay, complementarán el conocimiento de la parte ganadera y la de producción de cereales. Es de lamentar no visitaran la histórica ciudad de «Concepción del Uruguay,» antigua capital, y los puertos importantísimos de Gualeguay y Gualeguaychú. Cierto es que no se puede estar en todo, á todo y por todo.


BARCELONA. Regreso de la Delegación Comercial Española. – Los delegados á bordo del «Reina María Cristina» (de fotografía)

De Concordia pasaron á Salto cruzando el río que da nombre á la vecina república, hallándose en tierra oriental; yendo en ferrocarril hasta la gentil y poética Montevideo, para regresar á los pocos días á la Babel platense.

Y ahora, para terminar su cometido, están en viaje para el Oeste, estudiando las provincias de Mendoza, San Juan y Rioja, las grandes productoras de vino; visitando, de regreso, Córdoba la mística intelectual. Solo quedarán sin ver los territorios mineros y las grandes regiones forestales. Sin embargo, los dos meses de permanencia por estos «pagos» habrán sido grandemente aprovechados.

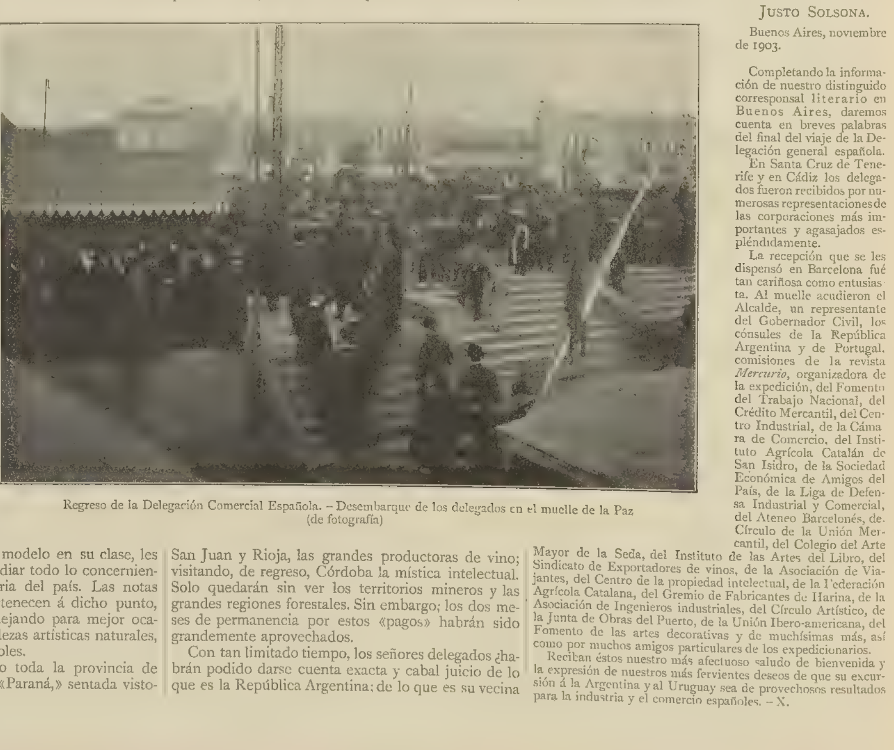
Con tan limitado tiempo, los señores delegados ¿habrán podido darse cuenta exacta y cabal juicio de lo que es la República Argentina; de lo que es su vecina la Oriental, y de la importancia social, política y comercial de entrambas? En absoluto, no; porque para ello se precisa mucho tiempo, tranquilidad y calma; lo que precisamente les ha faltado á dichos señores, siempre en continuo traqueteo de fiestas, recepciones y compromisos múltiples; pero sí, en la parte general, en la de guía á los fines primordiales, causa de un viaje no exento de peligros y fatigas, gracias á los conocimientos estadísticos, á la fina observación, á la preparación indivual y á las dotes naturales que adornan á los excursionistas españoles.

Cuando estas líneas escritas á vuela pluma vean la luz pública, posiblemente coincidirá su publicación con el regreso á la madre patria de dichos señores. A su llegada, bueno será entonces que comerciantes, productores é industriales españoles, escuchen con suma atención la autorizada palabra de quienes han traido su representación; y si, como es de esperar, publican un libro compendio de sus impresiones, notas y datos recogidos, aconsejaríamos á todos en general y á los catalanes en particular que lo estudiaran minuciosamente, lo meditaran con atención y no lo olvidaran jamás; sino viéndoles constantemente de consulta hasta que el adelanto natural y progresivo de los tiempos y la multiplicidad de viajantes y representantes le hicieran, si no inútil del todo, cuando menos poco necesario.

En tanto, reciban los señores delegados, desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nuestra cordial enhorabuena por su provechoso trabajo verdaderamente patriótico, y el deseo de felicidad y prosperidades sin cuento al pisar nuevamente el suelo de la catalana tierra.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, noviembre de 1903.

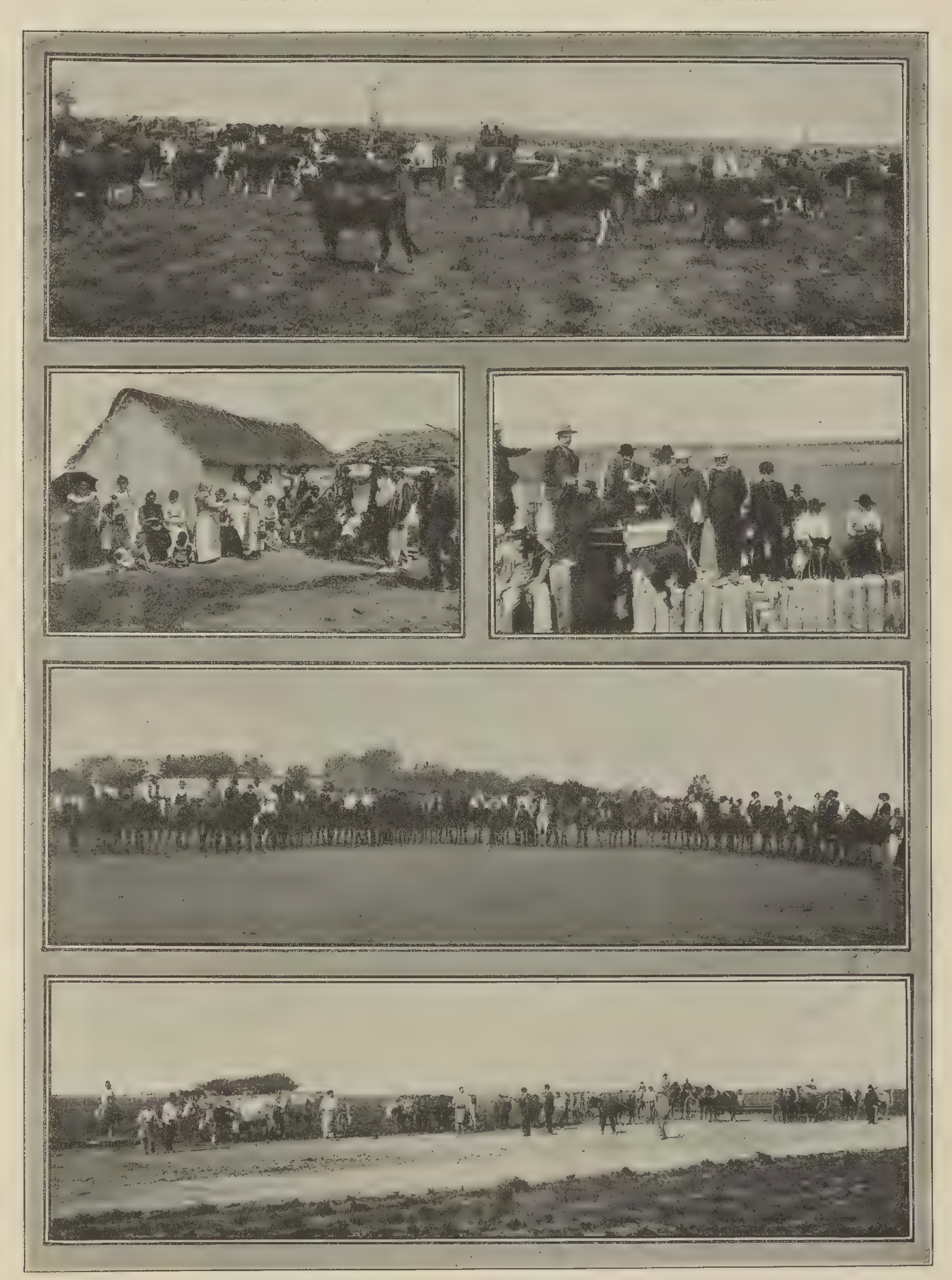

Regreso de la Delegación Comercial Española. – Desembarque de los delegados en el muelle de la Paz (de fotografía)

Completando la información de nuestro distinguido corresponsal literario en Buenos Aires, daremos cuenta en breves palabras del final del viaje de la Delegación general española.

En Santa Cruz de Tenerife y en Cádiz los delegados fueron recibidos por numerosas representaciones de las corporaciones más importantes y agasajados espléndidamente.

La recepción que se les dispensó en Barcelona fué tan cariñosa como entusiasta. Al muelle acudieron el Alcalde, un representante del Gobernador Civil, los cónsules de la República Argentina y de Portugal, comisiones de la revista *Mercurio*, organizadora de la expedición, del Fomento del Trabajo Nacional, del Crédito Mercantil, del Centro Industrial, de la Cámara de Comercio, del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la Liga de Defensa Industrial y Comercial, del Ateneo Barcelonés, del Círculo de la Unión Mercantil, del Colegio del Arte Mayor de la Seda, del Instituto de las Artes del Libro, del Sindicato de Exportadores de vinos, de la Asociación de Viajantes, del Centro de la propiedad intelectual, de la Federación Agrícola Catalana, del Gremio de Fabricantes de Harina, de la Asociación de Ingenieros industriales, del Círculo Artístico, de la Junta de Obras del Puerto, de la Unión Ibero-americana, del Fomento de las artes decorativas y de muchísimas más, así como por muchos amigos particulares de los expedicionarios.

Reciban éstos nuestro más afectuoso saludo de bienvenida y la expresión de nuestros más fervientes deseos de que su excursión á la Argentina y al Uruguay sea de provechosos resultados para la industria y el comercio españoles. – X.



En la hacienda «Rincón de San Antonio,» propiedad del Sr. Saralegui (Provincia de Santa Fe.) – «Rodev» de 5.000 vacas Hereford. – Rancho en la estancia. Los delegados visitando los corrales. - Cien jinetes en fila preparándose para una carrera en honor de los delegados. – «Revista del trabajo» en honor de los delegados, en la que desfilaron 400 arados, 1.600 bueyes de labor y 1.500 caballos (de fotografías remitidas por D. Justo Solsona).

POR LA GLORIA

Pablo y Juan llegaron juntos á Madrid, buscando desde un obscuro rincón provinciano el horizonte donde el triunfo sonríe á los artistas ambiciosos con su deslumbrante rosicler de aurora: el ensueño que les movía á trocar por la lucha la paz bucólica de la aldea, abundaba en ofrecimientos tentadores: serían ricos y famosos, sus hoteles estarían situados en la misma calle, sus libros correrían de mano en mano, meciendo la imaginación de los quimeristas y de los amantes; sus éxitos teatrales llenarían el mundo... Y más tarde veíanse muertos y recibiendo los lauros con que la posteridad inciensa á sus grandes hombres; sus tumbas atrayendo desde la sombra del mismo sauce la curiosidad del extranjero; sus nombres perpetuándose entre los apretados renglones de los diccionarios enciclopédicos; sus estatuas adornando la encrucijada de algún paseo, presidiendo durante el día los juegos de los niños, destacándose por las noches del fondo obscuro de los árboles con la inmovilidad augusta de sus blancos cuerpos lapidarios bañados por la luna...

Los primeros obstáculos rindieron la voluntad de Juan, espíritu mollar, nacido para la quietud y el ensueño: él nunca supo buscar recomendación que, aupándole, le abriese lucrativos caminos; ni arreglarse el nudo de la corbata, ni alisar los indómitos cabellos encrespados y retorcidos como condenados bajo su sombrero de fieltro, ni cumplir esos necios ritos sociales que llenan la mitad de la vida. Juan respiraba fuera de lo real; cansado de que sus versos no mereciesen el honor de pasar bajo el cilindro de las grandes rotativas, prefirió la miseria á la pelea; escribía desinteresadamente, por el único purísimo placer de escucharse, y su canción era dulce, jugosa y rica en armonías, como la canción de las alondras.

Pablo, en cambio, era hombre de presa, duro en el resistir, tenaz en la acometida, infatigable para el trabajo: su imaginación pobre no componía novelas ni hilvanaba versos, pero sus críticas punzantes le hicieron temible: los sumos pontífices del arte le llamaron compañero, los principiantes, maestro; y el dios Exito tuvo para Pablo Garcés una sonrisa.

Juan, entretanto, como nada deseaba, era feliz, limitándose á guardar en los estantes de su mesilla de noche todos sus pensamientos.

—¿Por qué no publicas?, preguntaba el crítico.

El poeta encogíase de hombros.

—¡Bah!... ¿Para qué?... ¡Cuesta tanto vencer la sordera de los envidiosos y de los vencidos!..

En sus profundos Pablo, que conocía el genio inmenso de Juan, envidiaba su pasividad y el desdén que los honores le inspiraban. Pero aquel desvío era falso; Juan adoraba la gloria, y sólo el infinito orgullo de su amor propio le permitía mostrar indiferencia hacia el objeto único de sus adoraciones; enemigo de suplicar y perezoso, se reconoció vencido y huyó de la lucha, limitándose á solazar su espíritu componiendo comedias y novelas, que luego escondía entre dos cartones cuidadosamente atados. A instancias de un amigo, el poeta decidióse á publicar unos versos que gustaron mucho. Por la noche Juan advirtió que Pablo estaba celoso de su triunfo.

—¡Todo el mundo me habla de tus *coplas!*, exclamó el crítico amohinado; y ya puedes alegrarte, porque realmente no tienen nada de particular.

La envidia de su compañero mató en Juan el último anhelo de notoriedad: algo venenoso y corrosivo debe de tener el amor á la gloria, cuando malquista á los hermanos y trueca las alianzas más firmes en inestables y quebradizas. ¿Sería cierto que el cariño á lo impalpable puede arrancar del alma todo efecto, aun aquellos de la niñez que nacieron y crecieron con nosotros?

—Está bien, pensó Juan; no escribiré.

Su suerte estaba echada; pasaría la vida cruzado de brazos, encogiéndose de hombros ante los éxitos de las vulgaridades triunfadoras: esta conducta, además, halagaría largamente la vanidad profética de los que, allá en el pueblo, le habían dicho: «Tú, por desgobernado y bohemio, no vencerás nunca.»

Pasó tiempo, y la miseria, los placeres y el alcohol hirieron de muerte á Juan. El poeta yacía en su lecho, con el busto apoyado sobre un montón de almohadas; el yerto sudor de las agonías cubría su frente; su rostro recortaba sobre el estuco de la pared un perfil inmóvil. Unicamente Pablo Garcés, ya rico y famoso, le acompañaba.

—Esto concluirá muy pronto, dijo Juan, y no quiero morir sin manifestarte mi pensamiento, sin revelarte mi gran deseo.

Un picador, cuadro de Ignacio Zuloaga

Fué una confesión general; confesión larga, tierna, entrecortada, desgarradora, como todo lo irremediable.

—He amado la gloria, prosiguió el poeta con voz entrecortada, tanto como tú, acaso más..., porque sabrás... que me mata el dolor de no conseguirla. Nunca supe luchar; además, en cierta ocasión, parecióme que mis triunfos te mortificaban. Tú eras mi amigo, mi hermano..., y renuncié á todo: ¿para qué disgustarte?.. Sin embargo, la pasión de la popularidad ardía en mí con llama devoradora, y por no escuchar la voz de mi ambición ni ver la luz pensante de mi cerebro, me adormecí en el vicio... para no desear..., para no acordarme...

Y añadió tras una breve pausa:

—Tú siempre fuiste buen compañero mío; nosotros jamás hemos reñido, ni por dinero, ni por mujeres, los dos grandes motivos que pueden enemistar á todos los hermanos. Pues bien: en nombre de ese viejo cariño..., quiero suplicarte... Ahí, en ese baúl..., hay diez ó doce novelas y varias comedias dignas de ser conocidas... Publícalas: tú, que eres famoso, puedes dejar caer sobre mi nombre un rayo inextinguible de celebridad. Procura dar este consuelo, harto tardío, á mi vida..., á mi pobre vida, miserable y obscura... Y si es cierto que hay otro mundo tras de la muerte, yo, desde allí, sabré agradecértelo...

Pablo asentía con la cabeza.

—¡Hazlo así!, prosiguió Juan; es mi última voluntad.

—Duerme tranquilo, repuso su amigo conmovido; ello será según tu deseo.

—Gracias, gracias... Ya ves, tonterías de agonizante..., pero á última hora... también me acomete el capricho de que en nuestro pueblo se acuerden de mí.

Y el poeta tosió, cerró los párpados y quedóse dormido... para siempre, entre dos sorbos de tisana.

A la noche siguiente, Pablo Garcés, encerrado en su habitación, procedió á examinar la herencia del muerto; aquellos papelotes donde su agudo instinto crítico presentía un tesoro. El escrutinio duró muchos días; Pablo se anonadaba ante la magnitud de su descubrimiento: aquellas cuartillas amarilleadas por el polvo y el tiempo, condensaban los veinte mejores años de un gran genio: ¡qué variedad de tipos, qué vigor en el bosquejo de los paisajes, qué riqueza en las descripciones, qué pujante novedad en la sencilla ilación de las fábulas!.. Y además, el estilo; limpio, fresco, rebosando originalidad y lozanía.

Pablo Garcés vió palidecer sus triunfos ante los éxitos que obtendrían las obras del muerto. ¿Quién le imponía aquel sacrificio? ¿Por qué Juan había de conquistar de sopetón más que él logró en toda su vida?.. Aquellos libros eran un misterio que, gracias á un capricho de su autor, sólo él conocía. ¿Por qué no firmar con su nombre las obras del poeta?.. Así podría hombrearse con los grandes autores, cultivando como ellos todos los géneros al añadir á sus legítimos triunfos de historiador y filósofo, los postizos de dramaturgo y novelista. ¿Y pensaba obrar mal con esto? No. ¿De qué le servirían al pobre Juan unos aplausos que sus oídos, herméticamente cerrados por la muerte, no podrían escuchar?

El, que no hubiese robado un maravedí, no vacilaba en apropiarse aquellos tesoros de popularidad. Sus antiguos ensueños juveniles renacían; veíase encumbrado, pasando las fronteras, divinizado por la adoración estruendosa de las muchedumbres, y con una calle... y una estatua...

—¿Por qué no hacerlo?, repitió.

Y lo hizo, pudiendo en su alma más el amor á la gloria que el cariño al muerto.

Poco á poco, con pausas sabiamente calculadas, fueron apareciendo por las librerías y representándose las novelas y las obras dramáticas de Pablo Garcés: el público se conmovió; la crítica, desconcertada por la inesperada resurrección y brillante florecimiento de un escritor que parecía definitivamente juzgado, estremecióse, y la Fama volvió á pregonar su nombre en sus trompetas.

Garcés, ya viejo, se despedía de la humanidad lanzando sobre ella volúmenes repletos de inspiración fresca y seductora; novelas, obras de crítica, dramas, versos... Nadie explicaba la epifanía milagrosa de aquel cerebro que ya merecía colocarse en el exigüo número de los genios enciclopédicos, y todos reconocían que la ancianidad de Garcés era como puesta de sol deslumbrante y magnífica. Los honores llovieron sobre él; fué nombrado académico; sus obras eran traducidas á todos los idiomas; tuvo una calle..., y veinte años después de su muerte una estatua...

. . . .

Los tomadores de opio, cuyos sentidos alcanzan extraordinaria agudeza, dicen que por las noches, sobre el fondo obscuro de los árboles y alrededor del mármol, bañado por la luna, que perpetúa la memoria de Pablo Garcés, ven vagar una sombra, la sombra inconsolable, eternamente llorosa, del poeta muerto...

Eduardo Zamacois.

LOS PREMIOS NOBEL EN 1903

La fundación establecida por el famoso químico sueco Alfredo Nobel, que falleció en San Remo en 10 de diciembre de 1896, es indudablemente lo más grande y lo más hermoso que en este género se ha hecho en pro de la civilización y del progreso humanos. Sabido es, en efecto, que aquel hombre, inventor de la pólvora sin humo y de la dinamita, dejó casi toda su fortuna, unos 50 millones de pesetas, para que con sus intereses se otorgaran anualmente cinco premios: tres para los que más hubiesen sobresalido durante el año en física, química y medicina y fisiología; uno para el autor de la obra literaria escrita en cualquier idioma que más se distinguiera por su tendencia ideal, y otro finalmente para quien hiciera más en favor de la fraternidad universal, de la supre-

Premios al progreso humanitario y científico.— Los favorecidos con los premios Nobel en 1903

1. MR. GUILLERMO RANDALL CREMER (Premio de la Paz)
2. NILS RYBERG FINSEN (Premio de Medicina)
4. BIORNSTJERNE BIORNSON (Premio de Literatura)

ENRIQUE BEQUEREL (Premio de Química)

M. Y MME. CURIE (Premio de Química)



SVANTE ARRHENIUS (Premio de Física)

sión de los ejércitos permanentes, y de la creación de tribunales arbitrales para dirimir las contiendas entre los Estados. Los cuatro primeros los adjudica la Academia de Estokolmo; el quinto, una comisión del Storthing noruego.

El premio de Física, que en 1901 fué otorgado á Roentgen y en 1902 á Lorentz y Zeemann, alemanes los dos primeros y holandés el último, lo ha obtenido este año el profesor Svante Arrhenius, de Estokolmo. Cuenta éste cuarenta y cinco años y ha alcanzado gran celebridad en materias de química inorgánica y física por su teoría sobre las disoluciones de sales, los ácidos y las bases, que ha sido generalmente aceptada en estos últimos años y por la cual se explican multitud de fenómenos físicos antes inexplicables.

El premio de Química, que en 1901 correspondió á Van't Hoff y en 1902 al berlinés Fischer, se ha repartido este año entre Enrique Bequerel y los esposos Curie, franceses los tres. El descubrimiento realizado por el primero tiene alguna semejanza con el de Roentgen: un cuerpo tiene durante años, sin diminución notable, la propiedad de emitir rayos que como los de Roentgen impresionan una placa fotográfica, son invisibles, traspasan numerosas materias opacas y ejercen á menudo acciones molestas. Bequerel ha cumplido en 15 de diciembre último cincuenta y un años. Los esposos Curie han estudiado las propiedades de irradiación de todos los elementos y han encontrado en el urano oxidulado un cuerpo que se halla en él en cantidad pequeñísima, que hasta ahora no se ha presentado en estado enteramente puro y que tiene una fuerza de irradiación infinitamente superior á la del urano. Casi al mismo tiempo descubrieron otro cuerpo radiante, al que han dado el nombre de *polonio*.

El premio de Medicina, que en 1901 se dió al alemán Behring, inventor del suero contra la difteria, y en 1902 al inglés Ronald Ross, ha sido otorgado ahora al médico de Copenhague Nils Ryberg Finsen, que cuenta cuarenta y tres años y es el autor del tratamiento curativo por la luz eléctrica. Tiempo hacía que se conocía la acción estimulante y vigorizante de los rayos solares sobre las capas superiores del cuerpo humano, pero como estos rayos difícilmente brillan en las altas latitudes septentrionales, ocurriósele á Finsen substituirlos con la luz eléctrica, habiendo conseguido con ello los más satisfactorios resultados. Lástima que no podrá gozar seguramente mucho tiempo de la merecida distinción de que ha sido objeto, pues se encuentra gravísimamente enfermo.

Más difícil para el jurado que en materia de ciencias exactas resulta la elección para los dos últimos premios: el de Literatura y el de la Paz. Obtuvo el primero en 1901 el poeta parisiense Sully-Prudhomme y en 1902 el sabio filósofo alemán, recientemente fallecido, Teodoro Mommsen; este año ha sido adjudicado al dramaturgo noruego Bjornstjerne Bjornson. Esta designación será de fijo universalmente aplaudida, pues las obras de Bjornstjerne Bjornson han traspasado las fronteras de su patria y han sido acogidas con entusiasmo por los más diversos públicos.

El premio de la Paz ha sido otorgado al parlamentario inglés Guillermo Randall Cremer, miembro de la Cámara de los Comunes, que ha dado nueva vida al movimiento que en pro de la paz iniciaran en otro tiempo Elihu, Burrit, Cobden, etc.; gracias á sus esfuerzos, los Congresos internacionales de la Paz acordaron la celebración de conferencias interparlamentarias para propagar los ideales pacíficos. Randall Cremer, que ha logrado ver secundadas sus iniciativas por todos los Estados de Europa, nació en 1838 en Fareham, de una familia modesta, y ha sido cuatro veces representante de su distrito electoral en la citada Cámara.

En la noche del 10 de diciembre último celebróse en el gran salón de la Academia de Música de Estokolmo la solemne distribución de los premios en presencia del rey y de muchos individuos de la familia real.—P.



LA NOCHE DE REYES, cu



o de Jorge Schuster Woldan

NUESTROS GRABADOS

La mañana del día de Reyes, dibujo de Arcadio Mas y Fondevila.—Constituye este dibujo una nueva prueba de lo que tantas veces hemos dicho al hablar de las excepcionales dotes artísticas que adornan á nuestro querido y asiduo colaborador, el tan reputado pintor Mas y Fondevila. La composición es sencillísima, no hay en ella grandes efectos de fondo ni de forma, no plantea ningún problema trascendental; apenas si tiene argumento, y sin embargo, nuestros ojos la contemplan con deleite y nos regocijamos mirándola, porque á su vista sentimos avivarse dulces recuerdos de tiempos que pasaron y que por lo felices dejaron impresas en nuestra mente y en nuestro corazon huellas que el transcurso de los años no ha podido borrar y que vivirán eternamente con nosotros. Mas y Fondevila es de los que convencen y emocionan: buscando siempre la verdad é inspirándose constantemente en el natural, se impone á nuestro entendimiento; rindiendo culto á la belleza y escogiendo siempre asuntos que responden cumplidamente á los fines del arte, logra hacer vibrar las más sensibles fibras de nuestra alma.

José S. Alvarez (Fray Mocho).—La característica de este excelente escritor argentino era la nota popular. El lenguaje, usos y costumbres de la abigarrada base social de la cosmopolita Buenos Aires le eran familiares, y las describía, detallaba y pintaba de mano maestra con verdad asombrosa, sin caer en vulgaridades, chocarrerías, desplantes ó gracias de subido color. Y este era su gran mérito.

Los diálogos puestos en boca de sus protagonistas describen magistralmente tipos y ocupaciones sin necesidad de apartes ó explicaciones detalladas, y con igual gallardía trataba el criollismo neto, que las infinitas variantes del habla de los bajos fondos, formada por las múltiples razas inmigrantes que aquí se mezclan, confunden y transforman.

Las páginas de la acreditada y popularísima revista ilustrada *Caras y Caretas*, fundada por él en sociedad con el escritor español D. Eustaquio Pellicer y el notable dibujante y superior caricaturista, también español, D. Manuel Mayol, están llenas de rasgos de verdadero ingenio humorista, en que la gracia y la filosofía van del brazo en armónica compañía, siempre risueñas, siempre alegres y regocijadas.

La muerte le sorprendió cuando, escuchando insistentes insinuaciones y ruegos de amigos y admiradores, se ocupaba en seleccionar y ordenar todo lo publicado en la mentada revista para formar uno ó varios libros.

Dióle nombre y gran fama la novela *Viaje al país de los matreros*, en la que describe admirablemente la parte de la provincia de Entre-Ríos llamada «Montiel,» el sitio más característico de aquella región y quizá de la República.

En el mar austral es otra obra, en la que pinta escenas de navegación por entre los canales magallánicos, y las penalidades, usos y costumbres de los aventureros, buscadores de oro, en aquellas desoladas playas de «Tierra del fuego,» al extremo Sur del continente americano.

Hijo de la pintoresca Gualeguaychú, ciudad de las más comerciales de Entre-Ríos, parecía como si llevara fundido en su alma el espíritu de su tierra natal, con todas sus galas maravillosas, sin que penalidades y estrecheces de un tiempo, ni sufrimientos corporales de repetidas enfermedades, ni éxitos más tarde, ni la buena fortuna postrera, ni la gloria de su larga popularidad, obscurecieran ninguna de sus virtudes del terruño. Su natural bondad, su genial franqueza, extrema sencillez de vida, risueña y amena conversación, su carácter franco y abierto para todo el mundo, sin prevenciones ni prejuicios, hacían inapreciable la amistad del culto cuanto festivo escritor D. José S. Alvarez, único en su género. Y lo mismo fué en los cargos oficiales, que desempeñó con igual idiosincrasia, aunque con poco gusto, según confesión propia.



José S. Alvarez (Fray Mocho), notable literato argentino, recientemente fallecido en Buenos Aires

«Fray Mocho» fué un archivo viviente de cuentos, anécdotas, tradiciones y sucesos, y una memoria privilegiada. Sabía más detalles históricos él, con nombres y fechas precisos, de toda la República, que todos los tratados y libros de historia argentina impresos.

Murió á los cuarenta y cinco años, en plena actividad, y cuando la felicidad le sonreía por todos lados. Y á pesar de lo apurado del trance, siempre, hasta pocos instantes antes de morir, tuvo en sus labios frases y chistes graciosísimos, como para alejar la tristeza natural en tales momentos en que el hombre pasa del ser al no ser. El acto del sepelio fué una demostración de sentimiento social. Ya «Fray Mocho» no podía regocijar á la República Argentina con nuevos escritos. La pérdida era irreparable. Justo Solsona.

Eduardo Mascheroni.—A los éxitos conseguidos por su ópera *Lorenza* en Italia, Alemania y América, puede añadir el maestro Mascheroni el alcanzado recientemente en nuestro Gran Teatro del Liceo, cuyo público, que hasta ahora le había admirado como inteligentísimo director de orquesta, ha podido aplaudirle con sincero entusiasmo como inspirado y hábil compositor. Mascheroni, en su ópera, ha prescindido por punto general de las tendencias musicales modernas y ha rendido culto á lo que fué siempre la música tradicional de su patria, es decir, esencialmente melódica, sin que esto quiera decir que no conceda á los elementos orquestales la importancia que les corresponde, que no otra cosa podía ser tratándose de quien, por razón de su carrera, conoce todos los recursos y secretos de la instrumentación. Todos los números de la partitura han producido excelente efecto; pero entre ellos merecen especial mención el fragmento musical «Susana en el baño,» del primer acto; la romanza de tenor y el dúo de tenor y soprano, del segundo; el raconto de tenor, el dúo de tenor y soprano, la romanza de soprano y la grandiosa escena pasional, del tercero. En la ejecución se han distinguido, alcanzando muchos aplausos, la señora Berlendi y el tenor Sr. Viñas; también han sido aplaudidos la señora Claessens y los Sres. Nestor de la Torre, barítono, y Torres de Luna, bajo.



El maestro Eduardo Mascheroni, autor de la ópera *Lorenza*, recientemente estrenada con gran éxito en el Gran Teatro del Liceo

La Ilustración Artística se asocia al triunfo obtenido por el maestro Mascheroni, á quien envía desde sus columnas la felicitación más sincera y entusiasta.

Un picador, cuadro de Ignacio Zuloaga.—En el número 1.142 de La Ilustración Artística publicamos el notable estudio crítico que de nuestro compatriota ha hecho el reputado publicista inglés Enrique Frantz. En él estaba admirablemente retratada la personalidad artística de Zuloaga, y se prodigaban á este pintor ilustre los más entusiastas y merecidos elogios. Reproducir hoy lo que allí se decía sería ocioso; pretender añadir por nuestra parte algo nuevo, sería, además de perseguir un imposible ó poco menos, censurable atrevimiento. Dejemos, pues, que nuestros lectores, en presencia del notable cuadro *Un picador*, saboreen por sí solos las bellezas de esta obra, hermosísima como todas las de Zuloaga, remitiéndoles, en todo caso, el antes citado artículo.

La noche de Reyes, cuadro de Jorge Schuster Woldán.—El notable pintor alemán Jorge Schuster Woldán, que ha conquistado envidiable reputación pintando asuntos tomados de los cuentos y consejas de su país, desarrolla en esta obra un asunto muy gastado, la alegoría de los Reyes Magos; pero lo hace de una manera tan original, viste la idea vieja con ropajes tan completamente nuevos, que bien puede afirmarse que su composición en nada se parece á las muchísimas que, análogas en el fondo, pero en absoluto distintas en la forma, hemos visto reproducidas centenares de veces. Y la verdad es que la innovación no puede resultar más bella ni de mejor efecto: en vez de los tres Soberanos de Oriente recorriendo las calles solitarias sin más acompañamiento que sus criados que depositan en los balcones juguetes y golosinas para los niños en aquella hora entregados al sueño, Schuster Woldán nos los presenta acompañados de alegre cortejo infantil, llevando la animación y el bullicio á la ciudad silenciosa y despertando á los niños que esperan sus presentes y que al oir el estrépito de tambores, trompetas, campanas y platillos, asoman sus cabecitas por las ventanas de sus modestas viviendas para ver pasar á los Reyes Magos, á esos dispensadores de mercedes, á esos seres á quienes su fantasía da forma y que les proporcionan algo más valioso que todos los juguetes del mundo, una ilusión que alegra sus sueños infantiles, que no les abandona durante la edad de la inocencia y que, pasada ésta, recordarán con gusto y con emoción honda mientras vivan.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – El «Circol Artístich de Sant Lluch» ha inaugurado su nuevo local con una exposición interesante, en la que figuran importantes cuadros de Llimona (Juan), Baixeras, Balcells, Llaverías, Opisso, Pascual, Viver, Domenge, Ros y Güell, Vilá, Torres García, Lleixá, Romeu, bellísimas esculturas de Llimona (José) y Clarassó, notables dibujos de Amyc y Sardá, elegantes muebles de Hoyos y Esteva y una bonita vidriera de Amigó.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Iphigenie*, tragedia en cinco actos de Juan Moreas, inspirada en la obra de Eurípides del mismo nombre, que este último verano se estrenó en el teatro al aire libre de Orange; en la Academia de Música *L'etranger*, acción musical en dos actos, poema y música de Vincent d'Indy, y *L'enlevement au Serail*, ópera bufa, traducción de Kufferat y Solvay, música de Mozart; en el teatro Sarah Bernhardt *La sorciere*, drama en cinco actos de Victoriano Sardou; y en la Comedia Francesa *Le dédale*, comedia en cinco actos de Pablo Hervieu.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Liceo *Lorenza*, ópera en tres actos del maestro Mascheroni; en el Principal *Al natural*, comedia en dos actos de Jacinto Benavente; y en el Eldorado *El chalán*, entremés de Sebastián Alonso. En el teatro de las Artes, el «Teatre Intim» ha estrenado: *L'ordinari Henschel*, drama en cinco actos de Hauptmann, traducido por A. Pi y Sunyer, que ha sido puesto en escena con bellísimas decoraciones de Moragas y Alarma y O. Junyent, y bajo la dirección acertadísima del Sr. Gual; y *Prometeu encadenat*, la famosa tragedia de Esquilo, traducida por A. Masriera, con una hermosa decoración de Moragas y Alarma. El Orfeó Catalá ha dado dos conciertos en el teatro Onofri, habiendo ejecutado por primera vez *Catalonia*, grandioso poema sinfónico de A. García Robles, y *Teresa*, delicada composición del maestro Nicolau: ambas piezas obtuvieron un éxito extraordinario, y en ellas, como en todas las demás de los programas, alcanzó entusiastas aplausos el orfeón que tan admirablemente dirige el maestro Millet.

Necrología.—Han fallecido:

Ulises Robert, inspector general de las bibliotecas francesas y autor de muchas obras históricas y filológicas.

Aquiles Adriano Proust, sabio higienista francés, profesor de la Facultad de Medicina de París, representante de Francia en la Conferencia Internacional de Sanidad.

José Sittard, escritor musical austriaco, autor de varias importantes obras histórico-musicales.

Roberto Beyschlag, pintor alemán.

Alejandro Blaikley, pintor retratista y paisista escocés.

Crescenzo Buongiorno, compositor italiano, entusiasta admirador de Wagner, autor de varias óperas.

Luis Passini, notable acuarelista alemán, miembro y profesor de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Julio Otón Grimm, compositor alemán.

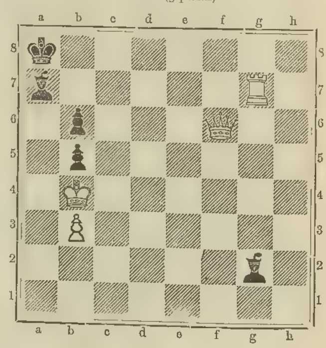
Antonio Petkiewicz, escritor polaco, autor de varias novelas de costumbres polacas.

Guillermo Polenz, novelista alemán.

AJEDREZ

Problema número 348, por S. Loyd.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 347, por F. Wardener.

Blancas.	Negras.
1. Ta5-a4	1. Cualquiera.
2. D mate.	

LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Valentina, pues, se encerró en la altiva reserva de los años pasados, del tiempo en que no era amada y no se prestaba á las intimidades, á las lástimas ni á las simpatías un poco curiosas. La conversación de la señora de Allire era una serie de exclamaciones y de interrogaciones.

—¡Oh! ¡Qué lindo! ¡Qué alhaja! (La visitante tenía al plácido y mofletudo Juanito en la esfera visual de sus «impertinentes.») ¡Qué orgullosa y qué feliz debe usted encontrarse! ¿Usted adora á los niños, verdad? Yo también... Solamente que yo tengo miedo..., un miedo terrible... Soy de una salud muy delicada, á pesar de mis apariencias; el médico no me lo oculta. Y después, ¡qué fuente de disgustos y de cuidados son los niños!.. Además, ¿no tengo ya una? ¡Esta deliciosa Colette! La quiero como si fuese mi hija. ¿Verdad que es bonita? Un poco borrosa todavía; pero, como yo le digo á su padre, ya se hará, ya se hará... Quisiera solamente que fuese un poco más alegre. En París le proporciono todas las distracciones posibles... ¿No echa usted de menos París, señora?.. Pero esta niña, ¡es tan extraña! No le gusta más que estarse en casa, leyendo... En el circo tiene miedo cuando los gimnastas vuelan en el trapecio, y se pone muy pálida... Y compadece á los animales amaestrados, que son, sin embargo, tan graciosos, sobre todo cuando los presenta una... horizontal, ¿no es verdad?



Su marido reía y hablaba sir observar, al parecer, todas aquellas necedades

Valentina hizo un ademán evasivo.

—¡Ah! Sí, sí, no me acordaba de que usted es una agreste, una adorable agreste, añadió con aquella expresión de amabilidad y de protección que ponía nerviosa á Valentina. ¿Pero qué estábamos diciendo? ¡Ah, sí! Hablábamos de Colette... Figúrese usted que á esta pequeña no le gusta nada. También en las carreras tiene siempre miedo por los caballos y por los *jockeys*. Una vez la llevé al concurso hípico, y ¡zas!, sucede precisamente un accidente... Allí ocurren con frecuencia, como usted sabe... Y vea usted esta niña que se me desmaya. ¡Figúrese usted, qué fastidio para mí!.. No sabía qué hacer. En fin, para indemnizarla, la mando tres días después al Chatelet, y ¿sabe usted lo que me dijo al volver? «¡Oh! ¡Qué cansados deben de estar todos esos niños que figuran en el baile! ¿No tienen papá y mamá, para ganar dinero para ellos y hacerles acostarse temprano?» La verdad, amiga mía, confiese usted que tales ideas no son naturales á los diez años.

—Es verdad, dijo Valentina, que entra mucho dolor en nuestras diversiones.

Pero la de Allire no escuchaba y siguió diciendo:

—Así es que ya me he desanimado y no la llevo á ninguna parte. La dejo en casa, puesto que eso es lo que le gusta... Y ahora, señora, espero que nos veremos á menudo. Tengo ganas de que me presente usted al doctor Donald, que ha tenido la dicha de encontrarla... Y dígame usted..., ¿no tiene usted penas ni dificultades con este niño de otro matrimonio?

Ninguna, respondió Valentina en un tono que no admitía réplica. No tenía más que una pena y era el verle aquí un poco aislado; pero me la quita enteramente la llegada de ustedes, que me devuelve á Colette de un modo tan inesperado. Si usted no tiene inconveniente, podrán reunirse los dos muy á menudo á mi lado. Al cuidar á uno, cuidaré bien á los tres. Como usted ha dicho, adoro á los niños.

—¡Ah! Lo comprendo, lo comprendo, susurró la de Allire.

Y con mil frases, risitas y efusiones, se marchó por fin, agitando por encima del seto de separación su sombrilla roja, sus largos guantes y los «impertinentes.»

Valentina se volvió á su frondoso y apacible sitio dando un suspiro de gozo. Ivona de Allire pertenecía á esa raza de agitadas superficiales que estorban en la existencia como una abeja extraviada llena una habitación con sus revoloteos y su zumbido.

Por la noche, sin embargo, Valentina, al hablar con su marido, no expresó un juicio definitivo.

Es, se limitó á decir, una naturaleza enteramente opuesta á la de *mi* Colette.

¡Tu Colette! ¿Tendremos que estar celosos aquí?

—No me gusta que digas eso ni en broma, dijo Valentina muy seria.

Levantó hacia Juan sus hermosos ojos obscuros llenos de luz contenida, y todo decía en su expresión:

—Yo no soy tuya, sino vuestra...

Y al mismo tiempo un dulce ademán circular de su mano envolvió á los tres seres que formaban su universo: aquel cuyo pasado había venido á consolar y aquellos á quienes debía formar el porvenir.

IV

Empezó un verano maravilloso; días brillantes y noches claras; rosarios de perlas de oro y de perlas azules desgranadas por el tiempo.

Las mananas deliciosas de florida frescura, las tardes dormidas á la sombra dorada de las arboledas y los largos crepúsculos en que el día no quiere morir revistieron la tierra de un perpetuo encanto.

En las casas se pasaba la vida al aire libre del bosque. El doctor Donald estaba de vacaciones para dedicarse por completo á su trabajo personal.

Valentina vivía casi muda á la doble sombra de los árboles y de su amor, y permanecía alejada todo lo posible de sus vecinos.

Porque todo lo que veía, sabía ú observaba de Ivona de Allire estaba lejos de hacérsela simpática y de modificar su primera impresión.

Vana, egoísta y coqueta, con su plumaje y su gorjeo de pájaro, la de Allire echaba mucho á perder el querido retiro de Valentina. Las casas estaban demasiado próximas para que lo que pasaba en una fuese extraño á la otra.

Los días en que la de Allire no iba á París, recibía numerosas visitas. Había hecho instalar un *tennis*, se merendaba en el campo, se improvisaban por la noche bailoteos, se quemaban fuegos artificiales y se alojaba á los invitados que llegaban tarde al último tren, cuando no se los llevaba á París en automóvil.

Y todo aquello resultaba muy ruidoso, con una sonoridad vacía, de cascabel.

Aquellos ecos, al llegar á Valentina, le hacían encontrar más deliciosa su propia vida. La joven madre estaba ardientemente dedicada al libro de Juan.

La obra que estaba preparando el doctor Donald y que, según su primer pensamiento, debía ser sencillamente un estudio de algunos fenómenos característicos estrechamente enlazados con ciertas consideraciones fisiológicas, había llegado, poco á poco y por lógicas deducciones, á abrazar los más complejos problemas sociales y morales, y tomado las proporciones de un libro potente y completo que exigía numerosas investigaciones, comparaciones y compulsas.

Juan se había visto obligado á modificar su forma primitiva, estrecha y cerrada, y veía ahora su obra dividida en tres partes muy distintas. Su primera idea resultaba comprendida en la segunda parte: *Del temperamento de las almas*, y procedía de una serie de observaciones presentadas en forma elegante y precisa bajo este título general: *Los Gérmenes*. En fin, Juan no había dado título todavía á la tercera parte, que debía, en su pensamiento, no concluir definitivamente esta obra, sino abrir el horizonte inmenso de las ideas preparadas por los precedentes estudios. Juan Donald tenía demasiada ciencia y demasiada conciencia para pretender resolver con sus trabajos ni una sola de las cuestiones sociales ó fisiológicas que conciernen al porvenir de las razas y de las costumbres; pero precisamente su ciencia y su conciencia le imponían el decir altamente lo que veía y lo que comprendía.

Al principio y en la primera iniciación de tal tra

bajo, Valentina se había quedado un poco confusa y como aturdida.

Toda su vida regular y monótona, cerrada á mil cosas por las que tenía el gusto innato sin tener el conocimiento experimental, le hacía estar un poco temerosa ante el vasto campo cuya exploración emprendía el doctor con una rica erudición puesta al servicio de una imaginación prodigiosa. Pero en el curso de sus conversaciones y de sus lecturas, la joven había absorbido el jugo mismo de aquella poderosa concepción, se la había apropiado y ahora colaboraba lenta y seguramente á la obra de su marido con todo el contingente de sus facultades personales y de su propia alma, que se inclinaba vigilante sobre aquella producción magnífica del pensamiento, como se inclinaba su cara sobre la cuna de su hijo. Entonces ya se atrevía á contestar á ciertas tesis:

—No, yo no creo eso...

Y se producían discusiones apasionadas, en las que no siempre era ella la vencida, porque llevaba al combate del razonamiento lógico la gran luz del sentimiento que ilumina las cosas ocultas y explica por su invencible fuerza mil turbadores misterios.

Así, poco á poco, Juan tenía que volver á empezar diversos pasajes y que asociar más estrechamente que al principio las leyes del alma y del cuerpo.

Toda aquella obra profunda nacía bañada de sol y de calor. La belleza y la bondad de la naturaleza y de la vida parecían haber querido envolver á aquellos seres, escogidos entre mil, en un haz raro y divino, para una de esas épocas de dicha única que no se atraviesan más que una vez y que muchos no conocen nunca.

Alrededor de aquella plenitud de fuerzas conscientes, revoloteaban tres criaturas débiles é inconscientes todavía: Colette, Remigio y Juanito. Y era aquella también una dulce germinación. Los dos mayores, todavía tan pequeños, hacían esa vida adorable de niños, que, según la visión y las sensaciones de su edad, podría calificarse así: el estío en una pradera.

Sí, una atmósfera embalsamada y tibia; las altas hierbas; el pueblo de los insectos; las invenciones de los pequeños cerebros que confinan con los instintos rudimentarios de los animales, carreras, saltos, astucias de niños salvajes; todo esto hacían, por fin, Remigio y Colette, de la mañana á la noche, bajo la tierna vigilancia de Valentina, después de sus largas soledades soñadoras de niños sin compañero.

Un camarada de su edad hubiera fatigado á Remigio, todavía muy delicado.

Colette, de una resistencia muy superior á sus apariencias de adorable y frágil muñeca, ejercía ya sobre Remigio una protección casi maternal y expresaba con una seriedad cómica el desprecio en que tenía á sus amiguitas de París.

—Y cuando digo «mis amigas,» explicaba, pues era muy escrupulosa en sus palabras como en sus acciones, no se trata verdaderamente de *amigas,* sino de niñas de mi edad con quienes mi madre (no decía nunca «mamá» hablando de la señora de Allire) quisiera que yo jugase... Pero no es culpa mía, ¿verdad? *Yo no puedo* divertirme con ellas.

—¿Por qué, querida mía?, le preguntaba Valentina poniendo su bella mano en aquella frente, en la que la ceniza de oro y seda del cabello parecía sólo el reflejo de una claridad interior.

Y aquella frente entonces se arrugaba un poco, como al esfuerzo de una reflexión sostenida y voluntaria.

—¿Por qué? Sí, es verdad: *hay que saber siempre por qué se quiere ó no se quiere á alguno.* ¿Por qué? Porque creo que no somos iguales ellas y yo... Y además, nuestras vidas no se parecen... Ellas no han llorado...

Aquellos lindos labios de rosa se apretaron con fuerza después de ese grito doloroso de niña, que conmovió profundamente á Valentina. La joven abrazó á Colette y la tuvo largo tiempo entre sus brazos. Cuando levantó la cabeza, sorprendida al ver una sombra en el suelo, se encontró delante de ella al señor Allire. Valentina se quedó sorprendida, pues el banquero, absorbido por sus negocios y por los placeres de su mujer, no tenía tiempo que dedicar á los vecinos.

Allire empezó precisamente por excusarse del retraso con que hacía aquella visita y mostró una amabilidad familiar que no gustó sino á medias á Valentina. El banquero le dió algunas bromas sobre sus costumbres caseras.

Una hermosa mujer como usted, estar siempre escondida entre los chiquillos y los libros... ¡Mal hecho! Es preciso dejarse ver..., salir un poco...

Valentina se defendió diciendo:

—Ya sabe usted que siempre he sido así... No me gusta la sociedad...

—Sí, sí, ya sé que es usted un poco agreste...

Allire la miraba á los ojos y Valentina se sentía molesta.

Recordaba la época, ya lejana, en que tenía en casa de aquel hombre una posición muy modesta, y en que él trató de hacerle comprender que querría verla más brillante, más coqueta... Pero el banquero se levantó en aquel momento y dijo:

—Bueno, bueno; está convenido; nos veremos en mi casa pasado mañana... Es el cumpleaños de Colette... No puede usted rehusar. He prometido á mi mujer el gusto de recibir á usted con el doctor...

Valentina sonrió débilmente al pensar en la cara que pondría su marido á la sola idea de una reunión de sociedad, él, que les tenía horror; pero no dijo ni sí ni no, de lo que se felicitó cuando, una hora después, el doctor Donald le anunció, al entrar en su casa, que había encontrado á la señora de Allire en paseo con unos amigos, entre los cuales estaba un antiguo compañero por quien tenía gran simpatía; y que, habiendo sido invitado á comer para pasado mañana, había aceptado por él y por Valentina.

Valentina disimuló su estupefacción. Además, largos años de reserva y de soledad le habían enseñado á ocultar sus sentimientos y sus sensaciones cuando temía ser mal comprendida. Así fué que experimentó un malestar indefinible cuando, en la tarde de la comida de los Allire, se encontró rodeada de una gente extraña á sus gustos y á sus ideas, y vió á Juan muy animado entre la dueña de la casa, que le había colocado á su derecha, y aquel antiguo amigo, que desagradó en seguida á Valentina, pues ésta no gustaba del género de ingenio cáustico y audaz que aquél mostraba. La de Donald se sintió de repente como borrada y perdida, ella, la mujer sencilla y nada brillante, con su traje blanco liso, que descubría un poco sus hombros.

Valentina no sospechaba que estaba singularmente seductora con sus ojos obscuros y brillantes, con su aspecto de delicadeza tan joven y tan fresca, entre aquellos trajes complicados de las otras mujeres, pintadas y rizadas, colección uniforme de muñecas almidonadas y artificiales.

Dábanle casi vergüenza sus bellas manos, un poco doradas por el sol y sin más resplandor que el de sus dos sortijas. Observaba todos aquellos amaneramientos de pajaritas, aquellas risas como arrullos y aquellas palabras como las risas, y se reconocía incapaz de imitarlas, pues se hubiera creído torpe y ridícula. Lo que más le sorprendía era el placer que Juan parecía encontrar en aquella sociedad. Su marido reía y hablaba sin observar, al parecer, todas aquellas necedades y todos aquellos absurdos.

La de Allire, más rubia que nunca, con un traje de batista color de limón, guarnecido de encajes, y con un abanico en la mano recargado de oro, seguía la conversación del doctor Donald con su acostumbrada serie de exclamaciones y de interjecciones.

—¡Esta mujer es estúpida!, pensaba Valentina con rabia.

Pero aquel pensamiento la absorbía de tal modo, que no oía siquiera lo que le decían. Así fué que, después de haberla encontrado «muy original» y «de unas líneas asombrosas,» todos estuvieron de acuerdo para declarar que era «muy colegiala» y la dejaron casi por completo entregarse á sus reflexiones. Valentina se embebió tanto en ellas, que solamente á la vuelta, en el camino blanco iluminado por la luna y en la frescura divina y pura de la noche, se dió cuenta de que estaba celosa... ¡Celosa!.. Y vió en seguida que aquello era una locura. Conocía bien á Juan, su corazón y su inteligencia, y sabía que no era una Ivona Allire la mujer que podía gustarle.

Sin embargo, cuando Juan dijo: «¡Pero qué divertida es esa mujer!,» Valentina no comprendió que si «su» Juan había reposado, durante un instante, su pensamiento con los gestos de aquella muñeca, su imagen no ocupaba en él lugar alguno. Y la pobre sufrió por ese error, lo que no contribuyó á ponerla más animada durante la noche. Juan se lo hizo observar y llegó á decirle que no había estado amable. Era la primera vez que le hacía una observación tan viva, y Valentina no pudo menos de recordar que algunos antiguos amigos de la casa le habían dicho que la primera mujer de Juan era «la amabilidad en persona.» Entonces pensó que aquella pequeña Elena, tan débil y tan graciosa, hubiera podido luchar con todas las armas de la coquetería contra las artes de semejante extraña. Porque Valentina veía muy claro que si la de Allire había deseado tanto que fueran á su casa, era porque estaba herida en su vanidad de mujer al ver á su vecino, á ese joven é interesante doctor, obstinarse en permanecer alejado de su amable trato y siempre encerrado con su mujer. Pero ¿cómo Juan no veía esto?.. Y mientras atravesaban su obscuro jardín, Valentina sintió agravarse aquella nueva herida con otras tristezas, pues Donald dijo, levantando la vista hacia la fachada de la casa:

—Hay luz en el piso de arriba... ¿Estará malo Remigio?

—Piensa en seguida en Remigio y no en Juanito, se dijo Valentina con amargura, convencida de que su marido no quería al hijo de los dos como al de la otra.

El niño ya crecido, con su pequeño cerebro despierto é investigador, interesaba más al padre, lo que era muy natural. Pero ella, la madre, encontraba razones para que esa preferencia le hiciese sufrir, pues la atribuía al recuerdo de *la otra.* Presa de esas ideas, Valentina, una vez en casa, se quedó un momento inmóvil al pie de la escalera, mirando fijamente á Juan, que había tomado una lámpara y subía delante.

¿Qué tienes?, le preguntó el doctor volviéndose.

—Nada. ¿Qué quieres que tenga?

La joven vió claramente que su marido se encogía un poco de hombros; pero como no insistió en su pregunta, subió detrás de él.

Ya en su cuarto, se miró al espejo y se encontró fea.

Juan, al salir de la pieza inmediata, le dijo al pasar que se iba á trabajar para recuperar el tiempo perdido. Valentina no se atrevió á retenerle. Pero bajó á su vez y por la galería le vió sentado en su despacho, con el codo en la mesa y la cabeza en la mano, mirando fijamente al retrato colgado en la pared...

Y el retrato sonreía con su gracia de conmovedora debilidad.

¡Oh! ¡Aquélla hubiera sabido qué era preciso hacer para reconquistarle sin tardanza á una fugitiva rival! ¡Aquélla hubiera sabido, puesto que aun estando tan lejos y habiendo sido vencida un momento por Valentina, á ella iban, en una hora triste, las miradas y el pensamiento de Juan!

—¡Ay!, pensó; no me ama como á ella...

Terrible pensamiento el de que el amor no sea siempre igual á sí mismo y pueda un ser comparar dos pasiones para decir en un momento dado: «No, no amo á ésta *como á la otra.*»

* * *

El doctor Donald había tomado la costumbre de reunirse todas las tardes con sus vecinos para dar un paseo en automóvil ó en bicicleta, y Valentina empezó á encontrar los días extraordinariamente cortos hasta las cinco de la tarde, hora fatídica del paseo.

La joven había renunciado de una vez para siempre á aquellas excursiones «á causa de los niños,» y como los paseantes volvían algunas veces muy tarde, Valentina se acostumbró á ver llegar todos los días al Sr. Allire, que volvía de París en el tren de las seis y media y entraba en casa de Donald á buscar á Colette para llevársela á la suya.

Valentina, á quien eran indiferentes aquellas visitas diarias, empezó sin embargo á temerlas, porque Remigio había tomado tirria á Allire, por una de esas antipatías tenaces, y muchas veces bien inspiradas, de los niños.

Allire lo observaba y se reía, y hasta trataba de vencer aquella frialdad del niño para con él; pero ni los juguetes ni las golosinas tenían éxito alguno.

Remigio pronunció un día esta frase desdeñosa:

—¿Pero ese señor me toma por un niño?

¡Ay! Sí; un pobre niño rebelde y que tenía frases crueles.

Para darle gusto, habían conservado en casa á Luisa. Valentina sentía la hostilidad alrededor suyo, y cuando oía, por ejemplo, estas palabras á la antigua niñera: «Si la nueva señora fuese más alegre, su papá de usted estaría más tiempo en casa,» ¿qué podía hacer ni decir? No, Valentina no era alegre, ciertamente, y muchas veces cuando, delante de Allire, esperaba la vuelta tardía de los paseantes, le costaba trabajo contener las lágrimas.

Por eso Valentina no prestaba ninguna atención á la asiduidad comprometedora del banquero para con ella.

Y fué precisa una escena decisiva para abrirle los ojos.

Era ya más tarde que de costumbre y los niños habían entrado en la casa. Valentina, que hubiera querido seguirlos, se quedó, sin embargo, en el jardín y oyó con sorpresa que Allire le decía:

—Dígame usted, ¿qué nos falta para creer que los dos hubiéramos hecho una excelente pareja?

Al ver que Allire se reía, Valentina pensó que aquella broma, aunque inoportuna, no merecía respuesta seria, y replicó con esa audaz franqueza de las naturalezas muy sencillas y muy apasionadas:

—¡Casi nada! El amor...

—¿El amor? ¿Y quién le dice á usted que no lo entiendo yo también así?

Valentina pensó que comprendía mal. No hubiera querido enfadarse y buscó una frase que pusiera naturalmente las cosas en su punto, pero el banquero continuó:

—Sí..., lo estoy pensando hace algún tiempo... Déjeme usted decírselo, señora, á quien llamé en otro tiempo señorita Valentina; no ignora usted que siempre me gustó infinitamente... Y, ¡Dios mío!, cuando veo cómo han sucedido las cosas, la vida que yo llevo con mi mujer y la que hace usted con su marido, y al ver cuánto la quiere á usted mi Colette, pienso que...

—Hace usted mal, caballero; yo le aseguro que no tiene nada que decirme. Todo está bien como está, puesto que yo soy dichosa y quiero creer que usted también. ¿No le parece á usted que hace aquí demasiado fresco? Creo que debo entrar en casa...

—Señora...

Allire se inclinó é iba á marcharse sin añadir una palabra, cuando vió un resplandor rojizo en la calle de árboles, ya obscura.

—Alguien viene..., su marido de usted, me parece...

—Y bien, dijo Valentina con un dejo de impaciencia; sin duda, mi marido... Acabo de oir el coche..., es él, en efecto.

Pero Donald había entrado á pie, hacía un instante, y había oído la última frase de su mujer. Los dos hombres cambiaron un corto saludo, y apenas desapareció Allire, el doctor cogió del brazo á Valentina.

¿Qué hay?, exclamó ésta.

—Dispensa, dijo Juan, estoy un poco nervioso; pero confieso que no esperaba encontrarte sola en el jardín con ese caballero y á estas horas.

—¡Pues te estaba esperando!

—Sin duda, pero no me gusta que me esperes así.

—¡Oh! Juan...

De repente se paró Valentina, pues mientras sostenían aquel reticente diálogo se dirigían á su casa, y dijo fijando en Juan su fisonomía pálida y apasionada:

—¡Oh! Juan... ¿Acaso estás celoso?

—No, respondió lacónicamente el doctor.

Entonces estalló todo lo que aquella mujer venía comprimiendo hacía tanto tiempo.

—¡Pues bien, yo sí! Me hace daño el ver que te vas todos los días lejos de mí con esa gente que te roba á mi cariño... Sé que esto es una locura, porque me amas...

Valentina afirmaba de este modo, en un esfuerzo desesperado, aquello de que no estaba absolutamente segura, pues era Juan quien debió hacer aquella confesión de celoso dolor si la hubiese amado como ella le amaba... ¡Pero significaba ya tanto su primer movimiento de hacía un instante, aquella toma de posesión de dueño un poco brutal!.. Valentina, que adivinaba la cara de Juan en la sombra, vió que la estaba escuchando con intensa atención y sin decir palabra. Acaso pensaba en la pequeña criatura débil y cariñosa de otro tiempo, que se dejaba adorar como un ídolo.

Y como sentía su sinrazón y algún remordimiento, y decididamente la tal Ivona se mostraba cada vez más insubstancial, Donald sintió por primera vez que su amor por la que defendía y reclamaba su derecho podría ser tan fuerte como el antiguo, á pesar de su diferencia entre uno y otro.

La señora de Allire, envuelta en una elegante y ligera bata de seda rosa guarnecida de encajes crudos y con un ramo de claveles rojos en el pecho, estaba medio echada en un *rockingchair*, y mientras fumaba un cigarrillo, decía, respondiendo á una pregunta:

—¿Mis vecinos?.. Encantadores, pero un poco... fastidiosos. Esa señora hace la vida más singular: su marido y su nene; su nene y su marido; fuera de esto ya no hay nadie para ella.

Y la de Allire se echó á reir: hasta tal punto le parecía cómica semejante concepción de la vida.



Buenas noches, ángel mío adorado...

—Sin embargo, es guapa, hizo observar el banquero.

Su mujer hizo un gesto desdeñoso.

—¡Guapa!.. Hasta cierto punto. Esas caras pálidas no dicen nada, y además ésta tiene algo de duro y severo... No, no, no es ese mi tipo.

Ivona Allire sacudió su linda cabeza de cabellera ondeada y teñida de rojo, en la que el color de las mejillas se avivaba con la animación del colorete y del *champagne*. De repente vió á Colette, que permanecía silenciosa en un rincón de la sala, después de haber ayudado á su madrastra á servir los licores, una vez terminada la comida.

—¡Cómo! ¿Estás ahí todavía sin acostarte? ¿Quieres irte más que de prisa?

Y cuando la niña, obediente y contenta por marcharse, se acercó á ella para darle las buenas noches, la de Allire le cogió con efusión la cabeza entre sus manos cargadas de sortijas, y rozándole las mejillas con besos de teatro, sin apoyar mucho los labios para no desteñírselos, acentuó aquella demostración de ternura con palabras exageradas.

—Buenas noches, ángel mío adorado... Anda, anda á dormir, rica mía, joya mía...

Y cuando la niña se alejaba, la madrastra exclamó, dirigiéndose á su círculo de fieles amigos:

—¡Oh! Estoy loca por esta criatura...

Uno de ellos se atrevió á decir:

Allire me ha dicho que no se la lleva usted á tomar baños.

—¡Dios mío! No... Hago ese sacrificio por su salud. ¡Se encuentra aquí tan bien! El aire del mar es demasiado fuerte para ella, que es muy nerviosa... Enteramente la triste salud de su pobre madre, añadió con melancolía perfecta. Yo, en cambio, necesito absolutamente este año los baños de mar... Además se queda en excelentes condiciones; su institutriz inglesa es una perla, y luego están ahí los vecinos; esa señora adora á Colette, á quien conoció en otro tiempo, y su marido es médico... No podía yo soñar nada mejor.

Unos días después, los señores de Allire dejaban la casa de campo y á Colette, y se marchaban envueltos en una gran confusión de equipajes y con efusiones, protestas y gestos exagerados. Y Colette empezó á encontrar la vida deliciosa.

—Así es como yo quisiera estar siempre, dijo una tarde á Valentina.

El día había sido abrasador, y solamente á eso de las cinco pudieron instalarse en el jardín, donde un salto de agua que regaba en forma de lluvia la pradera repartía su agradable frescura. La butaca de mimbres de Valentina, la cuna portátil de Juanito y la mesa rústica cargada con una merienda de leche, miel y empanadas, estaban en plena sombra; pero los grandes árboles servían de marco á un ancho horizonte todavía ardiente de sol, en el que el azul del cielo, el verde de las plantas y el rosa de los rosales en flor formaban un cuadro de paraíso al modo de los primitivos, lleno de finura, de precisión y de calma. Aquel esplendor apacible de los seres y de las cosas era lo que penetraba y encantaba visiblemente el alma de Colette.

La niña había apoyado la cabeza en la falda de Valentina y entonces fué cuando exclamó:

—¡Quisiera que fuese siempre así!

¡Cuánto participaba Valentina en el fondo de su corazón de aquel deseo infantilmente expresado! La joven esposa se sentía en seguridad en aquella paz y en aquel gozo y se alegraba y se estremecía al ver la creciente afección anudada entre Colette y Remigio.

De tanto quererse acababan por parecerse, rubios y delicados los dos, de la misma edad y de la misma estatura, y marcados ambos por una análoga herencia alarmante... Aquel era, en efecto, un porvenir un poco desconocido, un poco obscuro. Pero Valentina se sentía llena de fuerzas para luchar y triunfar, y desde que era madre se consideraba mucho más segura en sus responsabilidades respecto de Remigio. A la menor vacilación, no hacía más que preguntarse: ¿Qué haría yo por el *otro*, por el mío? Y ya no dudaba más.

¡El suyo!.. ¡Ah! Este no era de aquella raza frágil. ¡Qué diferencia ya! Un hermoso niño tan robusto, sin dolencias, sonrosado y moreno, como un niño Jesús de la escuela italiana. Y aquella imaginación apasionada que Valentina había tratado siempre de dominar por creerla peligrosa, se ponía á galopar á través de las llanuras del ensueño hacia el porvenir de aquella criatura. ¡Qué no hubiera querido para él! En un hermoso equilibrio físico y moral, con un corazón enteramente abierto á la ternura, él realizaría todo lo que había faltado á su madre, cuya infancia y cuya juventud habían sufrido por las medianías y los rigores de la vida.

(Continuará)

Crónica científica.—Inventos y novedades

PIEDRAS PRECIOSAS ARTIFICIALES. FABRICACIÓN DE DIAMANTES. MOISSAN Y COMBES. HORNO ELÉCTRICO DE MAICHE. EL ÁRBOL DE LA LECHE Ó PALO DE VACA. EL «ESCULTOR MECÁNICO.» EL «TELEKINO»

De los muchos é interesantes problemas cuya solución debemos al moderno horno eléctrico, uno de los más curiosos y de mayor aplicación práctica consiste en la reproducción artificial de piedras preciosas, cuyo valor en el mercado se estima generalmente por el orden que sigue: diamantes, rubíes, esmeraldas, zafiros, ópalos, turquesas, amatistas, topacios, etc.



Fig. 1. M. Moissan fabricando diamantes en su laboratorio

A excepción del diamante, que está constituído por carbono puro cristalizado, las demás piedras preciosas están formadas por compuestos cristalizados de alúmina, sílice, glucina, etc., y diversos colorantes, como óxidos de cromo, hierro, manganeso, etc., según los casos.

Al tratar de la fabricación de diamantes, varias revistas técnicas publican una sensacional noticia que ha emocionado al mundo de la Ciencia.

Un ingeniero, M. Charles Combes, siguiendo las costumbres americanas, acaba de desafiar al célebre químico Moissan, acompañando su reto de una apuesta de 5.000 francos, que está dispuesto á perder, en el caso de que aquél repita con éxito satisfactorio, delante de una comisión competente, su famosa experiencia sobre la reproducción artificial del diamante.

M. Moissan ha contestado que se ratifica en todo cuanto ha expuesto en las memorias últimamente presentadas á la Academia de Ciencias, las cuales han sido sometidas al examen y á la crítica de los sabios del mundo entero. El ilustre químico no rehuye, sin embargo, nuevas discusiones, siempre que éstas no se aparten del terreno puramente científico.

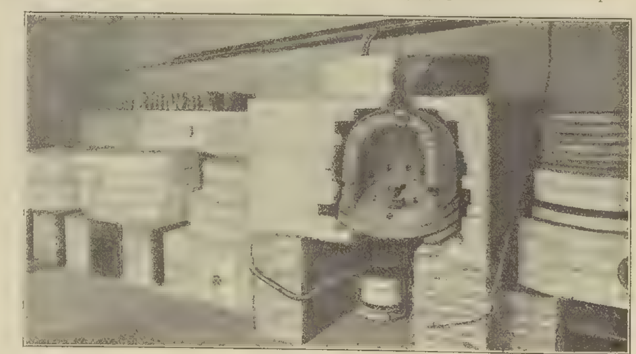
Después que Lavoisier y Dumas demostraron que el diamante no era más que carbono cristalizado, han sido muchos los químicos que han intentado realizar la hermosa *transformación* del negro carbono en el preciado cristal de purísimos reflejos.

Todas las tentativas habían resultado infructuosas cuando Moissan empezó sus experiencias apoyándose en los estudios y ensayos del ilustre Berthelot y en las modernas teorías de la formación natural del diamante. Habiendo observado que en las minas del Cabo la ganga ó *tierra azul* que contiene los diamantes va siempre acompañada de hierro, y que, por otra parte, la disposición misma de las minas indica que los terrenos diamantíferos han debido estar expuestos á formidables presiones, creyó que una gran presión acompañada de elevada temperatura, la necesaria para la fusión del carbono, habían de ser los elementos indispensables para la reproducción del diamante.

M. Moissan ha realizado sus experiencias empleando á la vez las elevadas temperaturas de su famoso horno eléctrico y la enorme presión producida por el aumento de volumen que adquiere una masa de fundición al pasar del estado líquido al sólido.

Colocó en su horno eléctrico un crisol con 200 gramos de hierro dulce: una vez fundido el hierro, introdujo en su masa líquida una pequeña cantidad de carbón de azúcar fuertemente comprimido. Llevada la mezcla á la temperatura de 3.000 grados, sacó el crisol del horno y lo introdujo bruscamente en un depósito de agua fría (fig. 1). Una vez enfriado el cascote metálico, lo rompe para observar el carbono encerrado en su interior. Gran parte del mismo se ha convertido en pequeños cristales que, aislados de su ganga férrea por medio de ácidos, permiten afirmar, tras concienzudo examen microscópico y escrupuloso análisis químico, que el observador se halla en presencia de diminutos cristales de verdadero diamante.

Prescindiendo de las condiciones económicas de los diamantes artificiales, el descubrimiento de Moissan es una de las más hermosas experiencias realizadas por la química moderna, y mientras no se demuestre lo contrario, se puede afirmar que el sabio profesor de la *Sorbonne* ha sido el primero que ha transformado en diamante un trozo de carbón de azúcar.



2. – Horno eléctrico de M. Maiche para fabricar piedras preciosas

Moissan ha fabricado igualmente en su horno eléctrico rubíes de pequeño tamaño. M. Verneuil los ha fabricado de 15 quilates por la fusión directa de la alúmina y pequeñas cantidades de óxido de cromo en el soplete oxhídrico.

Mientras estos sabios iban publicando sus trabajos y descubrimientos en diversas revistas científicas, un químico modesto, M. Maiche, efectuaba en la soledad de su laboratorio numerosísimos ensayos para obtener rubíes, utilizables en joyería, por un procedimiento prácticamente industrial.

Los ensayos, que han durado más de quince años y han costado á su autor sumas considerables, han sido coronados por un éxito sorprendente. M. Maiche posee hoy un medio seguro y práctico para obtener magníficos rubíes, de los cuales algunos han llegado á 40 quilates.

Por medio de su horno eléctrico (fig. 2) M. Maiche fabrica topacios, amatistas, zafiros y otras piedras preciosas.

El sabio inglés M. William Crookes ha tenido ocasión de visitar el laboratorio de Maiche y ha publicado el resultado de las experiencias por él presenciadas, confirmando su éxito maravilloso.

Los rubíes obtenidos por el nuevo procedimiento, verdadera síntesis por cristalización, no tienen el defecto de encerrar pequeñas burbujas de aire en su masa, como se observan en aquellos rubíes cuyo tamaño se ha aumentado por la soldadura ó fusión de otros pequeños.

El relativamente elevado precio de coste de las piedras preciosas artificiales constituye una garantía para sostener el valor de las piedras finas en el mercado.

El reino vegetal elabora la mayor parte de las substancias que acostumbran á considerarse de exclusivo origen animal.

El Papayer segrega una *pepsina:* una semilla al germinar fabrica *amilosas* y *saponasas,* semejantes á las *diastasas* del reino animal.

Arboles hay que fabrican cera tan pura como la de abejas; al *phytelephas* ó palmera-elefante se la denomina así por el marfil que forma su semilla; hasta la leche que segregan los mamíferos, se encuentra con idénticos caracteres en el jugo de diversas plantas. Una hay, en especial, que ha merecido el nombre de *árbol de la leche,* planta perteneciente á la tribu de las Artocárpeas, á la cual pertenece igualmente el *árbol del pan.*

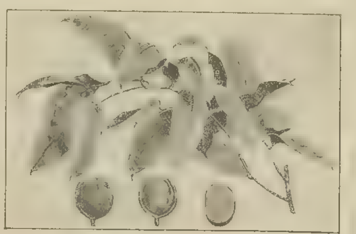


Fig. 3. El palo de vaca ó *piratinera útil*

El árbol de la leche ó Piratinera tiene ocho especies, siendo una de las más notables la *Brosimum galactodendron, Piratinera útil* ó *Palo de vaca* (fig. 3).

Esta variedad crece sobre todo en Venezuela en terrenos áridos y secos, donde durante muchos meses no recibe una sola gota de agua: el árbol parece muerto, pero si se practica en su tronco alguna incisión, fluye inmediatamente por la misma un jugo blanco, dulce y nutritivo, que tiene toda la apariencia de la leche. Su olor es ligeramente balsámico, su gusto recuerda el de la crema azucarada, es muy saludable y tiene la gran ventaja de poderse tomar á todas horas y en grandes cantidades, sin peligro de que ocasione la más ligera indisposición.

Sería conveniente ensayar la aclimatación del *Palo de vaca* en nuestras posesiones africanas y aun

en algunas provincias andaluzas para convertir en terreno productivo extensas comarcas, hoy estériles todavía por la falta de plantas que, por sus pocas exigencias nutritivas, vegeten en terrenos áridos y azotados por pertinaz sequía.

En Londres hay actualmente una máquina de esculpir que es objeto de gran curiosidad y bien merece el nombre de *escultor mecánico* (fig. 4).

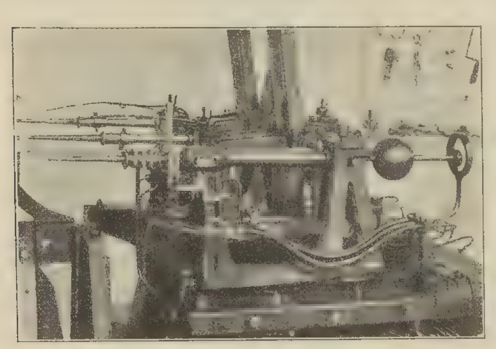


Fig. 4. La máquina de esculpir y sus estiletes

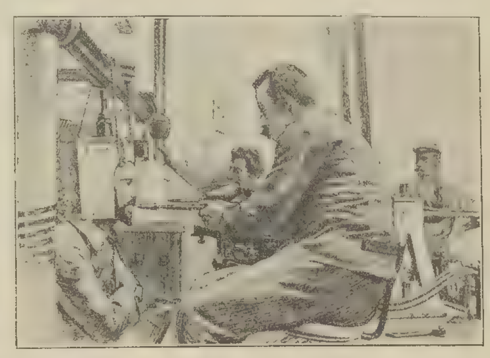


Fig. 5. La máquina de esculpir reproduciendo una cabeza del natural

El inventor de esta máquina es un oficial de la marina italiana, Sr. Bontempi, quien por no haber encontrado la protección que él esperaba de los escultores italianos, ha vendido sus patentes á los ingleses M. W. G. Jones, escultor, y Sir A. Conan Doyle, famoso en el mundo literario.

La nueva máquina se basa en el principio del pantógrafo: su empleo permite hacer en un día tres ó cuatro reproducciones de una estatua, siendo cada una de ellas copia exactísima del original.

El manejo de esta máquina es sencillísimo y no presenta dificultad de ninguna especie.

Está formada por tres barrenos especiales, tan íntimamente enlazados entre sí, que los tres ejecutan siempre los mismos movimientos. Un motor de medio caballo-vapor basta para hacer funcionar el aparato. El estilete que sigue los contornos del modelo, que lo mismo puede ser una estatua que un ser viviente (fig. 5), es de madera, mientras los dos que van entallando el mármol son de metal.

Es imposible equivocarse sacando del bloque más material del indispensable, porque los estiletes metálicos siguen exactamente el mismo curso que el de madera, que de ningún modo puede penetrar en el modelo, siguiendo tan sólo los contornos del mismo.

Algunos ingenieros de los muchos que han observado y estudiado atentamente este ingenioso mecanismo, afirman que la nueva máquina lo mismo podrá aplicarse á la piedra que á los metales y maderas.

En agosto próximo pasado, M. Appert describió en la Academia de Ciencias de París un nuevo aparato inventado por el ingeniero español Sr. Torres Quevedo, cuyo objeto es mover á distancia por medio de la telegrafía sin hilos un buque, un torpedo, un globo, etc.

El inventor ha bautizado su aparato con el nombre de *telekino*, y lo ha combinado de tal suerte, que puede desde la costa, por ejemplo, accionar el motor ó el timón de un buque para hacerlo adelantar, retroceder, virar en todas direcciones ó pararlo.

El ilustrado inventor, gloria del cuerpo á que pertenece y de la tierra que le vió nacer, hizo por sí mismo funcionar con éxito sorprendente su aparato ante la docta corporación científica antes citada.

En el aparato del Sr. Torres, los movimientos de un simple cuadrante del aparato transmisor producen en el receptor los efectos deseados.

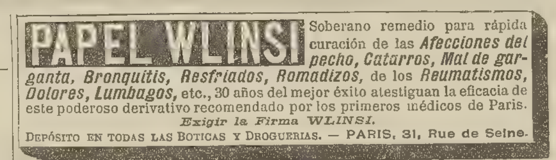
Entre las innumerables aplicaciones á que se presta el *telekino* no será seguramente la menos importante la de poder mandar, desde la costa, botes de salvamento y socorros de todas clases á un buque náufrago ó que por cualquier motivo se halle en inminente peligro de perderse.

La consignación en el presupuesto de 200.000 pesetas para que el Sr. Torres pueda continuar sus estudios y experiencias, honra tanto al inventor cuanto al Parlamento que la acaba de otorgar.

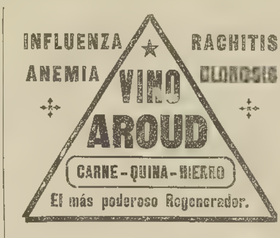
Al'ler-Will.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

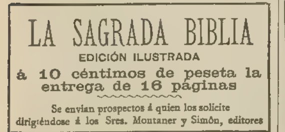
ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio.-Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.











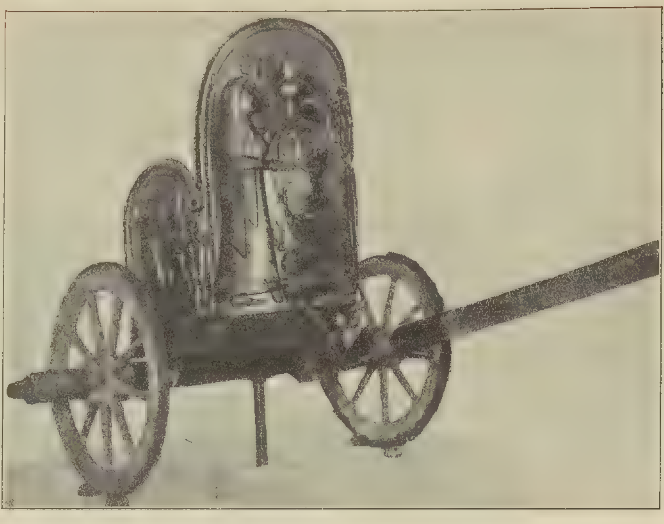


AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

UNA BIGA ETRUSCA

Hace algunos meses el director del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York, Sr. Di Cesnola, supo que en París se vendía un carro etrusco, ó biga, que había sido encontrado en unas excavaciones practicadas al pie de un monte llamado *Il Capitano*, junto á la carretera que va de Montellone á Norcia, la antigua Nursia de los etruscos. El precio que por este objeto se exigía era muy superior á lo que los presupuestos de los museos, aun de los mejor dotados, permite pagar; pero gracias á la munificencia del hoy difunto Jacobo S. Rogers, el conocido fabricante de locomotoras que tanto hizo por el citado museo neoyorkino, pudo adquirirse la preciada reliquia, que costó 250.000 francos, y que admirablemente restaurada figura actualmente en el Museo Metropolitano de Arte.

La ornamentación de esta biga es tan delicada que no es de suponer que sirviera de carro; quizás fué un *exvoto* ó un carro de ceremonia usado por su propietario en muy raras ocasiones. La altura del vehículo es de unos cuatro pies y el diámetro de las ruedas de dos; los caballos que tiraban de él debieron de ser muy pequeños, probablemente como nuestros ponies, á juzgar por la longitud de la lanza. El interior del carro iba adornado, según parece, con una orla de marfil, de la que se han encontrado algunos fragmentos en buen estado.



Carro etrusco (año 600 antes de J. C.) encontrado en Norcia (Italia) y adquirido por el Museo Metropolitano de Arte de Nueva York

Adornan la biga tres relieves perfectamente conservados, uno en el frente y dos en los costados. El del frente representa, según Alejandro Murray, que de tanta autoridad goza en Londres, á Tetis entregando un escudo y un casco á Aquiles; según el señor Di Cesnola, las dos figuras son las de Hércules y Minerva.

Los relieves laterales, según el citado Di Cesnola, representan el de la derecha la muerte de Hércules y el de la izquierda probablemente á Hércules dando muerte á un hijo de Laomedón.

Las ruedas del carro están construídas de madera recia y cada una de ellas tiene nueve radios; éstos y la llanta van forrados de bronce.

Por algunos detalles de los relieves antes citados, casi puede asegurarse que esta biga data de los siglos VII ó VI anteriores á la era cristiana. La factura en conjunto es arcaica, excelente desde el punto de vista técnico y bellísima como ornamentación: cuando nuevo, debió ser un objeto verdaderamente hermoso.

Con esta biga se encontraron también los bocados que llevaban los caballos, así como el yugo á que estaban uncidos, siendo digno de notarse que los bocados enteros, que se consideran como invento moderno, se usaban ya entre los etruscos, á juzgar por los restos que se han encontrado.

PAPEL CIGARROS ANTIASMÁTICOS BARRAL
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bin BARRAL disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES

FUMOUZE-ALBESPEYRES 78, Faub. Saint-Denis PARIS y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

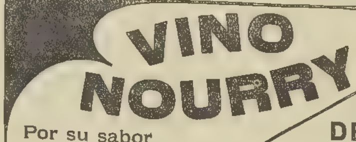
REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
FUMIGATION
MARCA DE FÁBRICA REGISTRADA.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Franco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES,
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 16

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legitima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo. la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fca PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.


VINO NOURRY
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES del PECHO
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Higado de Bacalao.
CLIN y COMAR, PARIS — y en todas las Farmacias. 652

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 11 de enero de 1904 — Núm. 1.150

MONUMENTO Á LA UNION POSTAL UNIVERSAL

Cuando en 1899 se celebró el vigésimoquinto aniversario de la fundación de la Unión Postal Universal, acordóse erigir en Berna un monumento que conmemorara tan trascendental suceso, y tres años después convocóse un concurso internacional para la realización de este laudable pensamiento. Ciento veintidós proyectos se presentaron disputándose los cuatro primeros premios y los dos segundos que en el concurso se concedían, y el jurado, reunido en septiembre del año último, otorgó uno de los primeros al boceto del escultor berlinés Jorge Morin, que al pie de estas líneas reproducimos.

Este artista, que en la actualidad cuenta treinta años, estudió en la Academia de Berlín desde 1892 hasta 1897, en que abrió su estudio, comenzando desde entonces á darse á conocer en todas las exposiciones berlinesas, y habiendo conseguido premios en varios concursos para la construcción de fuentes monumentales.

Su característica es esa noble y grandiosa simplicidad de formas, que es el verdadero distintivo de la escultura monumental y que se advierte desde luego en la obra que nos ocupa.

La altura calculada para el monumento es de veinte metros y los materiales son el granito para la escalinata, el basalto gris azulado para las partes arquitectónicas y las figuras de los Atlantes, y el bronce para el globo terráqueo, el Zodíaco y la figura que remata la obra; la inscripción y los escudos de los Estados que constituyen la Unión Postal Universal son dorados.

En esta obra todo es varonil, así la idea como la ejecución. Los tres Atlantes que sostienen el globo terráqueo personifican las fuerzas de la naturaleza, que el hombre ha dominado para ponerlas á su servicio, y el genio alado que corona el monumento personifica al genio de la Humanidad que con la antorcha encendida señala á los pueblos el camino del tráfico universal que, disipando las tinieblas é iluminando las inteligencias, derrama inmensos beneficios sobre toda la tierra.



MONUMENTO A LA UNION POSTAL UNIVERSAL QUE HA DE ERIGIRSE EN BERNA,

proyecto de J. Morin, premiado en el concurso celebrado en aquella capital

ADVERTENCIA

Tenemos el gusto de participar á nuestros suscriptores que hemos adquirido el derecho de publicar en LA ILUSTRACION ARTISTICA la notable colección de doce preciosas láminas que dibujó el célebre artista H. Giacomelli y que representan los doce meses del año. Estas composiciones, consagradas por la fama, las iremos reproduciendo oportunamente.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La idea modernista del teatro de marionetas, que empieza á tomar cuerpo en Madrid, me hace pensar en el origen y desarrollo de esta forma peculiar del arte dramático, en la cual no puede menos de descubrirse profundo simbolismo.

Como nadie ignora, las marionetas son regidas por hilos más ó menos invisibles, ó por manos fuertes y diestras que las revisten de ilusión y de movimiento espontáneo; y esta disposición de las marionetas da que reflexionar. Acaso á la humanidad, en conjunto, la sucede exactamente lo mismo. Creemos vivir, y *nos viven*, ó mejor dicho, nos comunican apariencias de vida esos cordelitos y esos dedos ocultos que agitan nuestros brazos mientras una voz finge salir de nuestra boca y realmente parte de entre bastidores. Si la marioneta pudiese hablar, protestar, ser persona, ¡qué de cosas diría; cómo desmentiría el papel que la obligan á representar mecánicamente!

***

Pero la marioneta no puede resistirse. Es de palo, cartón y retazos de tela, con talco y oropeles. Impasible, yerta, sin risas y sin lágrimas, la comedia y la tragedia pasan por ella sin penetrarla y sin conmoverla un instante. Así que los hilos se aflojan y los dedos se fatigan, la marioneta cae como un guiñapo al suelo y allí se queda difunta, hasta que la resucita á su existencia fantástica el antojo de los dedos ó de los hilos...

Ha habido marionetas desde que el hombre pudo sentir pruritos de arte, de queja, de imitación, de exteriorización de la fantasía. El juguete, en la protohistoria, se confunde con la marioneta; la muñeca articulada aparece en las viejas sepulturas, sana y entera, mientras los huesos del que con ella jugó y se entretuvo son ceniza impalpable. Las religiones—madres del teatro—también cultivaron la marioneta. El hórrido Moloch que Flaubert describe en *Salambó*, con sus brazos articulados que por medio de cadenillas recogen á la criatura ofrecida en holocausto y la elevan hasta introducirla en el candente horno de su pecho, no es sino una marioneta-ídolo. El mismo nombre de *marioneta* ó *marieta* procede de las vírgenes articuladas que á docenas se vendían en la Edad Media. En las catedrales encontramos la marioneta que no habla, pero gesticula, y es el Papamoscas de Burgos, el Moro de Barcelona, el maragato y la maragata del reloj de Astorga, figura cómica, que asumía con gesto vital la inmovilidad de la estatuaria y la gravedad de la piedra.

Cervantes—*de actualidad* ahora—nos ofrece en el *Quijote* una página de marionetas, en la cual, voluntaria ó involuntariamente, hay plétora de simbolismo. Es la del retablo de maese Pedro, y la representación de las aventuras de Gaiferos y Melisendra. Tal vez esta página del *Quijote* inspiró á Metterlinck uno de sus poemas dramáticos. Ello es que D. Quijote, confundiendo como siempre lo real con lo ideal, toma los títeres por los mismos personajes que representan, y cree que el drama pasa al pie de la letra, que Melisendra, es Melisendra; D. Gaiferos, D. Gaiferos; Marsilio, Marsilio, y Carlomagno, Carlomagno; arremete contra ellos, para defender á los enamorados, y en dos credos no deja títere con cabeza. Si D. Quijote viese claro, comprendería que todo aquel retablo eran no más que figurillas de pasta y de cartón; y si viese más claro todavía (con la dolorosa claridad que hace irreconciliables al alma y al destino), acabaría de enterarse de que tampoco el titerero maese Pedro es maese Pedro, sino el ladrón y truhán Ginés de Pasamonte, el mal agradecido á quien un día libertó de las cadenas el ingenioso hidalgo, y que en pago hurtó á Sancho Panza su rucio. Tal es el resultado de la investigación y el fruto de la penetración: los héroes, reyes y princesas son marionetas, y el que las mueve es un galeote.

***

No se crea que las marionetas carecen de historia y pergaminos literarios. Recientemente pagó tributo á la literatura de marionetas un autor tan refinado como Mauricio Metterlinck. Jorge Sand ha escrito para marionetas un sin número de obras teatrales. En una farsa popular de marionetas encontró Göethe la idea de *Fausto*. En Italia, los fantoches y los *pupazzi* constituyen el espectáculo más nacional. Nuestros toros, con su sangriento aparato, agradarían menos en Italia que esos muñecos poéticos, que se reparten trastazos inofensivos, que aman sin corazón, que odian sin hígado, que fallecen sin haber espirado nunca soplo vital. Mientras nuestro cruento realismo exige el drama que destroza, palpable y auténtico—como exigimos á las efigies color y vestiduras de tela—el elegante idealismo italiano se contenta con la ficción, la mentira de los *pupazzi*.

***

Las marionetas propiamente dichas son las manejadas por hilos; los *pupazzi* son las figurillas movidas por la mano. Estas se prestan mejor á lo cómico: las primeras, á lo dramático *irreal*. Su modo de deslizarse por el escenario, sin pisar, tiene mucho de esa sua vidad ingrávida que caracteriza á las apariciones. Si un velo transparente se interpone entre el espectador y la marioneta; si los prestigios de la luz eléctrica adoptada á lo escénico las envuelven y las desmaterializan, nos transportan fácilmente á la región de los ensueños. Tal es quizás la causa del prestigio que las marionetas ejercen hoy sobre los inclinados al modernismo. Estamos en una época en que lo demasiado verdadero abruma el alma.

***

Voy á referir aquí una anecdotilla de mi vida literaria, que podrá interesar hoy por enlazarse con el centenario del *Quijote*. En mis «Memorias literarias» hay varios casos análogos; y sirven para enseñar qué nivel intelectual alcanzan, generalmente, los que se dedican al *sport*, ya algo pasado de moda, de roerme los zancajos.

No ha muchos días, como *El Imparcial* hablase de adquisición de la casa de Argamasilla de Alba que la tradición supone prisión de Cervantes, dí la voz de alarma, advirtiendo que las más recientes investigaciones críticas van contra la autenticidad de esta tradición.

Al hacerse cargo de mis indicaciones, *El Imparcial* me dirigió una excitación para fomentar en Galicia el entusiasmo cervantino, ya que Cervantes fué oriundo de Galicia, de las montañas de la provincia de Lugo.

Cogí la pluma y escribí otra carta á Mariano de Cavia, para decirle, á riesgo de molestar y desilusionar á bastantes paisanos míos, pero en aras de la veracidad y de la buena fe, que tampoco la indagación de los más competentes escritores que tratan á Cervantes y su biografía permite creer que Galicia sea el solar del autor del *Quijote*.

Y he aquí que acabo de recibir por el correo un periodiquito de Tomelloso, donde me ponen como hoja de perejil por haber discutido la leyenda de Argamasilla de Alba, pero más todavía por «haberme empeñado en ser paisana de Cervantes.»

¿Lo oyen mis lectores? Pues es lo mismo que se lo cuento: no invento este rasgo, ni rasgos de tal naturaleza pueden inventarse. Y así, con esta información y esta probidad, he sido siempre atacada, no ya por los periodistas de Tomelloso, sino por gente que pretendía tener cartel literario.

Ello le demostrará á mi amigo Unamuno que no hay cosa más indigesta que las verdades. Si yo dejase correr lo de Argamasilla y lo de la oriundez gallega de Cervantes, á estas horas no me querrían mal ni gallegos ni manchegos. En justo honor de los de mi tierra debo decir que hasta la presente no sé que les haya parecido mal mi rectificación. Dan así una prueba de cultura, pues no son asuntos que se resuelvan ni arreglen con manotear é injuriar: sólo se esclarecen leyendo, estudiando, revolviendo papeles, y ofreciendo el fruto de las vigilias, en serena labor, á la interpretación de la historia literaria.

***

A decir verdad, no me explico el afán de los pueblos y pueblecillos en sostener, contra el dictamen de los inteligentes, que

> aquí de Elio Adriano
> de Teodorio divino,
> de Silio peregrino,
> rodaron de marfil y oro las cunas
> . . . .

Los pueblos deben interesarse muchísimo en poseer:

I.—Excelentes vías de comunicación.
II. —Establecimientos fabriles é industriales.
III.—Higiene, alcantarillado moderno, desinfección constante.
IV.—Agua, muchísima agua.
V.—Luz, mucha luz.
VI.—Escuelas en número suficiente, con profesores idóneos y celosos.
VII.—Bibliotecas, en vez de casinos con timba.
VIII. —Gente emprendedora, diputados formales y útiles, caciques (si no hay otro remedio) que al menos no pertenezcan al número de los presidiables.
IX.—Párrocos de buenas costumbres y ejemplo.
X.—Prensa que eduque, enseñe y distraiga y no habitúe á los lectores á las formas inciviles y descorteses y á la insulsez y pequeñez de espíritu, unida á la inexactitud en la información.

Todo lo cual deseo muy de veras á los habitantes de Tomelloso.

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

La religión es una boya de salvamento al alcance de los náufragos de la vida.

Angela de Camilas.

Un primer libro las más de las veces cae en el público como una piedra en el agua.

Pablo y Víctor Margueritte.

Los aplausos no son la gloria.

Lamartine.

Con frecuencia la dicha que se pretende dar á los niños hace de ellos seres desgraciados para el resto de la vida.

Jorge Sand.

La instrucción es un cultivo; la educación un injerto.

Pablo Romilly.

El norteamericano tiene la sed de la igualdad y la manía de los títulos.

Barón de Hubner.

Hay en nosotros dos seres: el actor y el espectador.

Sienkiewicz.

Una maldición es como una bala disparada al azar; nadie puede estar seguro de que no mate.

León de Tinseau.

El sentimiento de la dignidad no excluye el buen humor; un poco de sal no perjudica la razón.

Federico Solié.

En nuestros tiempos, un soberano, un gobierno, un partido, no emprenderán nunca una guerra si el comercio se opone á ello; el comercio es quien gobierna el mundo.

Jorge Collins.

Hoy en día necesitamos más de caracteres que de talentos; pero no nos está prohibida la acumulación del talento y del carácter.

Félix Hemon.

El acero de la libertad no es el puñal, sino la espada.

Chateaubriand.

El deseo de mutación, tan natural en el hombre, no produce necesariamente el progreso: volver atrás es también un cambio.

– Es tal la fuerza de la costumbre, que cuando nos vemos libres de un mal que hemos padecido durante mucho tiempo, parece que nos falta algo.

G. M. Valtour.

COMO MURIO LA PRINCESA



La princesa Eufemia apreciaba en mucho sus blondos cabellos, sus extensos dominios y preclara estirpe; pero estimaba en más aún su orgullo, que, separándola de las otras damas de la corte, la levantaba á inmensa altura, desde donde veía el mundo entero á sus pies.

Muchos la cortejaron y adularon, pero ni las alabanzas ni las amorosas súplicas conmovieron á la princesa Eufemia, quien escuchaba las palabras suaves ó enamoradas con el indiferente hastío con que oía el caer de la lluvia ó el rechinar agrio de la veleta de su castillo.

***

Al regresar la princesa Eufemia una tarde de una cacería, donde como siempre apareció hermosísima y altanera, se sintió desfallecer, y una oleada de hielo recorrió su cuerpo. Mas pensando que aquella noche se celebraba un baile en el alcázar y que al siguiente día se efectuaban justas en honor suyo, dominó el desmayo, acudió al baile, presidió el torneo, enamoró á muchos, desesperó á todas y cuando regresó á su palacio se sintió morir.

La imagen de la muerte se enseñoreó de su cerebro y quiso expirar como vivió, impasible, sin descomponer su rostro admirado con gestos inarmónicos, ni enturbiar el cristal de su voz con roncas quejas.

Dominó la angustia que se apoderaba de su alma, aprisionó el dolor dentro del cuerpo sin dejarle escapar, y sólo la palidez de sus divinas facciones reveló el sufrimiento que la atenazaba al pensar en la desaparición de su hermosura, aniquilada por el ineludible fin.

***

No se reclinó en el lecho. De pie moriría, y sólo muerta doblegaría su cabeza orgullosa, siempre erguida mientras vivió. Vestida de blanco, destrenzado el luminoso cabello, se adosó á un tapiz que cubría un muro de la estancia, y allí, apoyada sobre los cuarteles de su escudo, los ocultó con su cuerpo escultórico, que apareció sostenido por los alados leones que eran los tenantes de sus armas.

Tecla, Balbina y Agueda, las doncellas de la princesa, contemplaban con asombro aquella altiva agonía. Ninguna de las sirvientes decía palabra, ni socorría á su señora, detenidas por el respeto y el temor que la princesa inspiraba. Disimulábanse por los rincones del cuarto, cuando la moribunda habló.

—Tecla, trae la arquilla de las misivas. Balbina, acércame el cofrecillo de las joyas; Agueda, di á Fray Ulamés que me muero, que venga á ungirme.

***

Obedecieron todas. Agueda desapareció para llamar al religioso. Balbina depositó ante la princesa un cofre de ébano y nácar, y Tecla trajo una arquilla de cristal de roca donde dormían rollos de pergaminos.

—Abridlas, ordenó la agonizante; abridlas y esparcid por el suelo cuanto contienen.

Así lo hicieron las doncellas, y las misivas se amontonaron sobre el tapiz y las piedras fluyeron como agua transparente.

La orgullosa las contempló un instante y luego dijo:

—Acercadlas á mis pies.

Atendiéndola las sirvientes, aproximaron las alhajas y las cartas á los desnudos pies de la princesa Eufemia, que las contemplaba con ojos ávidos.

***

Los pergaminos finísimos manchábanse con tintas áureas y rojas que trazaban líneas menudas y apretadas, interrumpidas á trechos por grandes letras multicolores.

En ellos leía la princesa Eufemia cantos en loor suyo, súplicas, ruegos, amenazas, lisonjas, palabras amorosas, quejas desesperadas. Algunos caracteres eran familiares á los ojos de la princesa, y repetían mil y mil veces idénticas palabras; con ellos se mezclaban escrituras extrañas que sólo vió una vez, manifestaciones de amores rápidos y fugaces que huyeron ó murieron para olvidarla.

Y sobre los rollos escritos, los diamantes goteaban incandescentes y purísimos, mientras los carbunclos, los becilos, los zafiros brillaban apagados entre el oro que los engastaba. Las cadenas cinceladas anudaban y rompían sus eslabones sobre el obscuro tapiz, y de vez en vez el prisma de los esmaltes se extendía sobre las aspas de una cruz ó se combinaba en la tapa de un relicario, con lechosas perlas disformes y tersas turquesas.

La vista ya enturbiada de la moribunda se recreaba viendo á la riqueza y á la pasión rodear sumisas su agonía.

***

Conducido por Agueda, Fray Ulamés entró en la estancia. Siempre de pie, apoyada siempre en el escudo de su casa, la orgullosa dijo al sacerdote:

—Ungeme, pues voy á morir. Unge mis pies, mis manos, mis ojos.

El religioso, fascinado por aquel extraño espectáculo, no respondió. Depositando sobre el tapiz el santo vaso que traía en la mano, arrodillóse ante la princesa y se dispuso á ungir sus pies ya fríos.

Por un instante vió Eufemia sojuzgados ante sí todos los poderes del mundo. El amor, la riqueza, la misma divinidad, se humillaban, rodeando prosternadas su tremendo orgullo. En sus altaneras pupilas brilló la llamarada de su altivez satisfecha, su cuerpo se irguió majestuoso. Mas en el momento en que Fray Ulamés rozaba con los óleos sagrados la piel satinada de la princesa Eufemia, ésta dió un grito, y su cuerpo, desprendiéndose del abrazo de las heráldicas fieras, se desplomó abatido por la muerte, que le hizo rodar al suelo entre las protestas enamoradas, ya sin objeto, y las fulgentes piedras, ya sin dueña.

Mauricio López Roberts.

(Dibujo de Camps.)



ANGEL DELLA VALLE

NOTABLE PINTOR ARGENTINO

El ilustre pintor argentino cuyo nombre encabeza estas líneas bajó á la tumba ha pocos meses, á la edad de cuarenta y ocho años, cuando estaba en el período culminante de su talento, con todo el caudal de conocimientos aportados por su constante estudio, su entusiasmo y su labor jamás interrumpida. La muerte ha sido cruel con la República Argentina privándola de artista de tan superiores cualidades, constantemente desvelado para despertar las energías de la juventud porteña, con veinticinco años de continuados esfuerzos para formar un núcleo de jóvenes artistas, que en tiempo no lejano dieran días de gloria á la patria.

Apenas desaparecido, ya se está notando su falta personal, su actividad asombrosa, su gusto delicado, su tacto acertadísimo, en el «Estimulo de Bellas Artes,» academia nacional que parece haber quedado sin alma, ó como edificio del cual se ha desprendido la piedra angular.

Su afición á la pintura revelóse casi con los balbuceos de la infancia. Desde sus primeras mocedades sintió predilección avasalladora por lápices y colores; pero su padre, arquitecto distinguido, prefirió que se dedicara á la carrera de ingeniería civil.

Estudió con tal aprovechamiento, que alumno todavía de los primeros cursos, contribuyó á levantar los planos de nivelación de la capital federal para la construcción de las cloacas, obra que en pocos años transformó Buenos Aires en una de las ciudades más sanas del mundo. Con todo, seguía estudiando dibujo del natural y pintura, siendo su maestro el notable pintor gallego D. José Buchet, quien veía en el mozo una brillante esperanza para el arte. Sólo contaba diez y siete años á la muerte de su padre y su vocación fué expresada entonces resuelta é irrevocablemente.

Poco después marchó á Florencia, y aprovechando la estancia en aquella encantadora ciudad italiana de su primer maestro, el ya citado Sr. Buchet, alcanzó, por su intermedio, ser aceptado en el estudio del afamado pintor Ciceri, quien distinguióle desde un principio haciéndolo su discípulo predilecto.

Algo más de siete años pasó en Italia dedicado con afán, con apasionamiento, á la investigación de todos los misterios y secretos del arte pictórico.

Revelóse á sus connacionales en la «Exposición Continental» que en el año 1882 se celebró en Buenos Aires. Envió varios cuadros, entre ellos el *Prometeo,* que mereció un primer premio, y diferentes cabezas de estudio de tal factura y ejecución, que se dudó fueran del joven della Valle. Pronto desvanecieron las dudas las nuevas producciones que fueron llegando, de concepción cada día más acertada y de ejecución cada vez más feliz.

Regresó á su patria hecho hombre y hecho artista con nombre y fama; pero sencillo, modesto, retraído, tan enemigo de exhibiciones cuanto amante del trabajo. En cuantas exposiciones tomó parte alcanzó premios valiosos, y con su cuadro célebre *La vuelta del malón* ganó medalla de oro en la universal de Chicago.

Fué el pintor nacional por excelencia. Todas sus obras de composición, así históricas como de costumbres y paisaje, están inspiradas en asuntos y lugares netamente argentinos, y pocos le han igualado en verdad, en dibujo y en exactitud de color.

Jamás enamoróse de ninguna de sus obras: era el primero en criticarlas y hasta complacíase en señalar los errores, confesando no haberlos salvado por no encontrar modo de vencer las dificultades presentadas.

Della Valle era de los autores que veía sus cuadros tan pronto terminados como adquiridos. Causa por la que, á su muerte, sólo quedaron algunos bocetos en poder de la familia y los pocos cuadros á ella dedicados.

Los más conocidos y celebrados fueron: *La corrida de sortija, El gaucho malo, El matrero, Indio arrojando el lazo, En el rodeo, La mazamorra, La taba, Huyendo del incendio, La esquila, La trilla, El arreo, Banda lisa, Idilio gaucho, En el fogón, Tropa de carretas,* episodios de las guerras del Paraguay é Independencia, amén de *La vuelta del malón* y *Prometeo,* ya mentados, y los preciosos paisajes y escenas campestres argentinas.

También fué un retratista afortunadísimo por la exactitud del parecido y por la vida y el alma que sabía dar á sus retratos, y cultivó la decoración mural sin desdeñar tampoco la naturaleza muerta.

Difícil nos ha sido alcanzar fotografías de algunas de sus obras, por estar en poder de particulares dentro y fuera de la nación; pero gracias al patriotismo y desinterés del joven fotógrafo Sr. A. G. Reffo, que tomó con empeño tan ímprobo trabajo expresamente para La Ilustración Artística, podemos rendir nuestro tributo de justa admiración al genial pintor, por lo que damos al Sr. Reffo nuestras más expresivas gracias.

Justo Solsona.



La vuelta del malón, cuadro de Angel della Valle (de fotografía de A. G. Reffo)



Indio arrojando el lazo. – En el rodeo. Huyendo del incendio. – Carga de los granaderos de San Martín. – Episodio de la guerra del Paraguay (boceto)
Banda lisa. En la estancia. Cuadros de Angel della Valle (de fotografías de A. G. Reffo)



Paseaban cogidas del brazo, taconeando menudamente

«LA EMBAJADA CHINA»

¡Pobrecitas!

Aún me parece estarlas viendo: las tres iguales, con sus ojitos alegres de diminuta pupila, las cejas altas como hechas á pincel en medio de la frente, sus boquitas pequeñas de morros coloraditos, el pelo muy tirante peinado hacia atrás y las tres vistiendo trajes de colorines los más chillones...

No podía decirse de ellas que fuesen feas absolutamente; pero ¡ay!, tampoco era nadie capaz de afirmar que fuesen bonitas. Tenían la peor de las cualidades que pueden tener las mujeres: había presidido su nacimiento el Hada de la Ridiculez.

Paseaban cogidas del brazo, taconeando menudamente, prodigando sonrisas á todo el mundo y volviendo las tres á un mismo tiempo la cabeza para cerciorarse de que la mamá las seguía, una pobre burguesa que caminaba detrás, llevando, todo lo más tristemente posible, la majestad de sus sesenta y tantos años.

Y ¡cómo agradecían con toda el alma el más insignificante saludo, sin comprender las pobres lo irónico de aquellas cortesías que les hacíamos!

Entre la juventud de entonces, y en la capital de segundo orden donde esto ocurría, las conocíamos, no por sus nombres y apellidos precisamente, sino por el gráfico apodo colectivo de *la embajada china* con que tuvieron á bien bautizarlas.

Y efectivamente, no pudo ser más feliz la ocurrencia: parecían, propiamente, tres figuras arrancadas de un mantón filipino ó despegadas de un juego de te de porcelana china; con la agravante de que al pasear siempre solas y como abriéndose camino para lucir los colorines de sus trajes y sus caritas de muñecas, resultaban figuras exóticas como los enviados del Celeste Imperio que vemos por esas calles.

Y ellas, ignorantes del apodo y del efecto que producían, seguían mirándonos á todos amabilísimamente...

¡Pobrecitas!

***

La juventud, en sus locuras y diversiones, llega, á veces, hasta la crueldad.

No sé cuál de nosotros tuvo aquella idea loca: el hecho fué que una noche de broma y de jarana, después de haber cometido una porción de disparates y agotada ya la vena de nuestras diabluras, nos sorteamos para enamorar tres de nosotros á *la embajada china*.

Al día siguiente nos declaramos á ellas y las pobrecitas nos «aceptaron» *incontinenti:* cada una nos dió un *sí* que le salió de lo más profundo del alma, y aquella misma tarde paseamos ya los seis juntos, en parejas de á dos, con la mamá á la cola y llamando la atención de todo el mundo, como no podía menos de ocurrir en una capital de segundo orden donde se sabe y se comenta todo.

Nadie puso en duda que se trataba de un bromazo á *la embajada,* y todo el mundo colaboró á gusto en la comedia que representábamos.

Las llevamos al teatro, á los toros, á los bailes del casino, y los seis dábamos la nota en todas partes, siendo ellas el hazmerreir de las gentes y ufanándonos nosotros de aquel rasgo de ingenio que habíamos tenido y que nos acreditaba de chicos de buen humor y de calaverones empedernidos.

Todas las noches hablábamos por la reja con ellas, y eran de oir aquellos idilios en los cuales poníamos nosotros toda la cursilería posible de frases románticas hasta la estupidez, y ellas nos oían con una delectación y un arrobamiento que daba pena, verdaderamente.

Pero aquello era poco aún: ya nos íbamos hartando de repetir la misma escena, y hacíase preciso llegar á lo último combinando alguna cosa que llamase la atención de todo el mundo y que fuese un verdadero golpe de efecto.

¿Qué hacer?.. Imaginamos infinidad de planes, todos ellos de la peor intención posible, y tras una discusión seria y acalorada que los tres tuvimos, ni más ni menos que si se tratase de resolver un problema verdaderamente arduo, por fin convinimos en la más cruel de las soluciones que pudieron ocurrírsenos: la de *casarnos.*

No faltó ni uno de los preliminares consiguientes: pedimos á la pobre madre la mano de las tres niñas; la buena señora estuvo á punto de desmayarse ante aquella *felicidad* imprevista y le faltó tiempo para publicar la noticia á tambor batiente.

Combinados con un amigo nuestro, curial y empleado en la Vicaría, simulamos la toma de dichos en la misma casa de ellas y después de habernos gastado el dinero tan á gusto en partidas de bautismo y demás documentos que daban carácter de verdad á la cosa.

Aquello marchaba á las mil maravillas: hasta un periódico de la localidad llegó á dar la noticia, que cayó como una bomba.

Todo el mundo nos asediaba con preguntas y todo el mundo nos admiraba por nuestro buen humor y por el tesón que habíamos puesto en llevar la broma adelante.

La *embajada china* comenzó á recibir regalos; pero ¡qué regalos!

Un juego de cacerolas de á seis pesetas, tres plumeros magníficos, una docena de paños para la cocina, tres cubos para fregar, un gato negro..., ¡qué sé yo! Todo lo más enrevesado y de peor gusto posible.

Pero las pobres no se daban cuenta del ridículo y seguían firmes en sus ilusiones de boda.

. . . .

Declaro honradamente que yo no pude ya más.

Aquellas criaturas, llenas de una ingenuidad y una inocencia admirables, habían llegado á vencer en mí todo instinto de maldad: no tuve otro remedio que rendirme al enemigo.

La que me había tocado en suerte logró transfigurarse á los ojos de mi espíritu, y ya no ví en ella la *pobrecita cursi* que sirvió de *ánima vili* para una broma tan pesada como aquella: la bondad llegó á imponerse, y fuí, desde aquel instante, el defensor más decidido de ella.

La víspera de la boda figurada, planteé la cuestión resueltamente ante mis compañeros:

—Yo no paso de aquí, les dije.

Pero ¿vamos á dejar sin remate una broma que nos ha salido tan bien?

No, señor; el remate lo tengo.

—¿Cuál?, preguntaron asombrados mis dos amigos.

—¡Casarme!, les contesté. Y si vosotros os oponéis, soy capaz de casarme ¡con las tres!

***

Y como lo dije lo hice.

Mis dos amigos me tacharon de loco, de imbécil...

Pero yo no me arrepiento.

Como mis dos cuñadas han permanecido solteras, viven conmigo, y mi casa es, verdaderamente, *la embajada china*.

Declaro á ustedes que soy completamente feliz en clase de *mandarín*.

Félix Limendoux.

(Dibujo de Medina Vera.)

CÍRCULO DE BELLAS ARTES DE VALENCIA

EXPOSICIÓN DE RETRATOS ORIGINALES

DE D. IGNACIO PINAZO

Mi amigo el pintor Mongrell me dió la noticia y me presentó al Sr. Pinazo. El nombre de Pinazo me era familiar, pero desconocía sus obras; tal vez admiré alguna en ocasión de ignorar que fuese suya. «Es una lástima—me decía Mongrell—que genios como Pinazo se hallen tan ocultos fuera de Valencia.» Y tuve más tarde la evidencia de que mi amigo razonaba justamente, al admirar en el «Círculo de Bellas Artes» la exposición de retratos al óleo de aquel pintor.

Los modelos retratados en sus lienzos no son altos relieves acertadamente iluminados y ricos de color, como la mayoría de los que hoy se reputan por excelentes retratos; en este orden, Pinazo alcanzó en España una ventaja de consideración sobre los demás pintores contemporáneos, porque en sus copias del natural se encuentra al individuo sorprendido en un momento de inmovilidad, pero que deja observar, entre las capas de pintura, la vida orgánica que palpita fingida magistralmente por el pincel.

Lástima que la exposición no se completase con algunos retratos, que hubiesen dado mayor variedad é importancia al salón, pero sus dueños se excusaron de cederlos para un acto tan noble.

Las fotografías que acompañan al presente trabajo dan una idea de las obras expuestas, aunque en realidad no pueden competir con los cuadros originales por pertenecer á otro orden diferente.

Como no soy técnico en esta materia, debo apartarme de la crítica, aunque no haya de ser censurable, ya que la discreción así me lo aconseja, y si apunté en cierto modo datos psicológicos, fué porque en



Retrato pintado por EUGENIO PINAZO



Interior de la exposición de obras de PINAZO celebrada en Valencia



Retrato pintado por EUGENIO PINAZO

los lienzos de Pinazo hay mucho del alma personal y del alma oculta de las cosas.

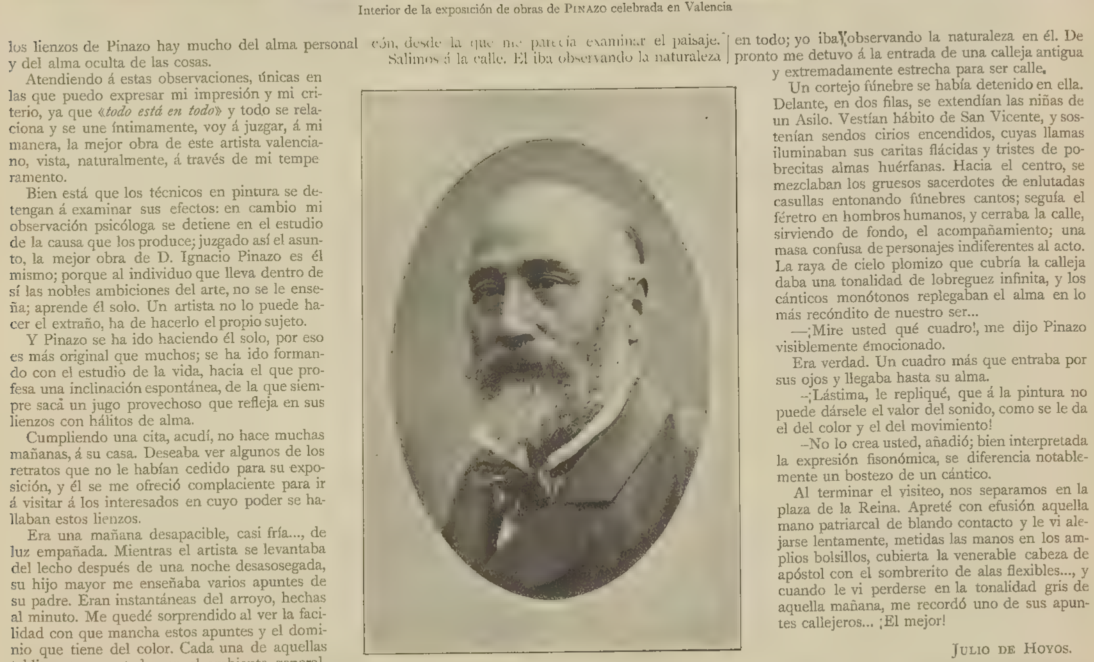
Atendiendo á estas observaciones, únicas en las que puedo expresar mi impresión y mi criterio, ya que «*todo está en todo*» y todo se relaciona y se une íntimamente, voy á juzgar, á mi manera, la mejor obra de este artista valenciano, vista, naturalmente, á través de mi temperamento.

Bien está que los técnicos en pintura se detengan á examinar sus efectos: en cambio mi observación psicóloga se detiene en el estudio de la causa que los produce; juzgado así el asunto, la mejor obra de D. Ignacio Pinazo es él mismo; porque al individuo que lleva dentro de sí las nobles ambiciones del arte, no se le enseña; aprende él solo. Un artista no lo puede hacer el extraño, ha de hacerlo el propio sujeto.

Y Pinazo se ha ido haciendo él solo, por eso es más original que muchos; se ha ido formando con el estudio de la vida, hacia el que profesa una inclinación espontánea, de la que siempre sacá un jugo provechoso que refleja en sus lienzos con hálitos de alma.

Cumpliendo una cita, acudí, no hace muchas mañanas, á su casa. Deseaba ver algunos de los retratos que no le habían cedido para su exposición, y él se me ofreció complaciente para ir á visitar á los interesados en cuyo poder se hallaban estos lienzos.

Era una mañana desapacible, casi fría..., de luz empañada. Mientras el artista se levantaba del lecho después de una noche desasosegada, su hijo mayor me enseñaba varios apuntes de su padre. Eran instantáneas del arroyo, hechas al minuto. Me quedé sorprendido al ver la facilidad con que mancha estos apuntes y el dominio que tiene del color. Cada una de aquellas tablitas, tan acertadas en el ambiente general, me transportaban á la plataforma de un balcón, desde la que me parecía examinar el paisaje. Salimos á la calle. El iba observando la naturaleza en todo; yo iba observando la naturaleza en él. De pronto me detuvo á la entrada de una calleja antigua y extremadamente estrecha para ser calle.



D. EUGENIO PINAZO, notable pintor valenciano

Un cortejo fúnebre se había detenido en ella. Delante, en dos filas, se extendían las niñas de un Asilo. Vestían hábito de San Vicente, y sostenían sendos cirios encendidos, cuyas llamas iluminaban sus caritas flácidas y tristes de pobrecitas almas huérfanas. Hacia el centro, se mezclaban los gruesos sacerdotes de enlutadas casullas entonando fúnebres cantos; seguía el féretro en hombros humanos, y cerraba la calle, sirviendo de fondo, el acompañamiento; una masa confusa de personajes indiferentes al acto. La raya de cielo plomizo que cubría la calleja daba una tonalidad de lobreguez infinita, y los cánticos monótonos replegaban el alma en lo más recóndito de nuestro ser...

—¡Mire usted qué cuadro!, me dijo Pinazo visiblemente émocionado.

Era verdad. Un cuadro más que entraba por sus ojos y llegaba hasta su alma.

—¡Lástima, le repliqué, que á la pintura no puede dársele el valor del sonido, como se le da el del color y el del movimiento!

—No lo crea usted, añadió; bien interpretada la expresión fisonómica, se diferencia notablemente un bostezo de un cántico.

Al terminar el visiteo, nos separamos en la plaza de la Reina. Apreté con efusión aquella mano patriarcal de blando contacto y le vi alejarse lentamente, metidas las manos en los amplios bolsillos, cubierta la venerable cabeza de apóstol con el sombrerito de alas flexibles..., y cuando le vi perderse en la tonalidad gris de aquella mañana, me recordó uno de sus apuntes callejeros... ¡El mejor!

JULIO DE HOYOS.

(Fotografías de la fotografía «Parisién,» de Valencia.)



GRUPO DE CONCURRENTES AL BANQUETE CELEBRADO EN HONOR DE PINAZO, ENTRE LOS QUE SE HALLAN LOS SRES. BENLLIURE (D. JOSÉ), MUÑOZ DUEÑAS, MONGRELL AGRASSOT, BENAVENT, BAÑÓ, SIGÜENZA, etc. (fotografía impresionada en la playa)



GIL BLAS DE SANTILLANA EN COMPAÑÍA DE

«Entretanto el coche y los caballeros se nos venían acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veían, se pararon á tiro de fusil.»

(*Gil Blas de Santillana*, lib. primero, cap. IX.)



LOS BANDIDOS, CUADRO DE JOSÉ MORENO CARBONERO

NUESTROS GRABADOS

Pompeyana en la fuente, obra de Felipe Moratilla. — Es el distinguido artista y notable escultor Felipe Moratilla, el último representante de aquel grupo de artistas



POMPEYANA EN LA FUENTE, obra de Felipe Moratilla

españoles que allá, en los comienzos del último tercio del pasado siglo, recabaron para nuestra patria y por medio de sus obras un lugar preeminente en el concierto artístico de los demás pueblos. Establecido en la Ciudad Eterna, ha continuado Moratilla la tradición de los que fueran sus compañeros, y hoy, convertido en decano de los artistas españoles, prosigue incansable su labor, sin que los años que transcurren mitiguen sus energías ni aminoren sus aptitudes. Muestra de ello es la hermosa estatua que reproducimos, concebida y ejecutada con verdadero acierto é inspirada en las magistrales obras del arte helénico. Bien haya el distinguido artista por su entusiasmo y por la galana muestra que nos ofrece. Acepte nuestro aplauso y vea en estos renglones el testimonio de la afectuosa consideración que nos merece.

La princesa Matilde. Hija del rey Jerónimo, el hermano menor de Napoleón, y de la princesa Carlota de Wurtemberg, Matilde Guillermina Bonaparte, que ha fallecido en París el día 2 de los corrientes, nació en 27 de mayo de 1820 en Trieste, en donde pasó su primera infancia. A la edad de tres años la llevaron á Roma, y allí estuvo bajo el cuidado de su tía la condesa de Survilliers, esposa de José Bonaparte, hasta 1831, en que sus padres se establecieron con ella en Florencia, en donde adquirió aquel gusto por las artes y por las bellas letras que andando el tiempo había de desarrollar sus felices disposiciones naturales. Al morir su madre en 1835, trasladóse á la corte de Wurtemberg, en donde cautivó á todos con su belleza y su talento; pero cuatro años después, sintiendo la nostalgia de Florencia, regresó á la ciudad de los Médicis y se dedicó enteramente al estudio de la pintura. Prometióse entonces con su primo, el príncipe Luis Napoleón; pero abandonado poco después este proyecto de matrimonio, casóse en 1840 con el conde Anatolio Demidoff, que la llevó á Rusia, siendo cariñosamente acogida por el tsar Nicolás I, primo hermano de su madre. No fué dichosa con el conde, su marido, y el emperador de Rusia decretó su divorcio, obligando al esposo á pasarle una pensión de 200.000 rublos al año. La princesa se estableció definitivamente en París, creándose allí una corte de literatos y de artistas, y cuando su primo fué nombrado presidente de la República, ella fué quien hizo los honores del Elíseo y quien dirigió la casa del príncipe presidente. Durante el Imperio, consagróse á sus estudios favoritos y sus salones estuvieron abiertos á todas las celebridades de la época, y á la caída de aquél, retiróse á Bélgica hasta después de la guerra franco-prusiana, terminada la cual volvió á París y de nuevo abrió su salón, en el que volvieron á reunirse la aristocracia de la sangre y las eminencias artísticas y literarias. Con razón se la ha llamado la «buena princesa,» título que le conquistaron sus obras filantrópicas, entre las cuales merece ser citado especialmente el asilo de su nombre, en donde son asistidas cuidadosamente trescientas jovenes pobres y enfermas incurables.

Gil Blas de Santillana en compañía de los bandidos, cuadro de José Moreno Carbonero. — Hace pocos meses que al ocuparnos de la notabilísima y copiosa labor realizada por el excelente artista José Moreno Carbonero, hicimos constar que en la magistral representación de cuadros, tipos y escenas de nuestra antigua y clásica literatura, es en donde se manifiesta gallardamente la personalidad del pintor malagueño, en donde aparecen sus inimitables cualidades de colorista y de discretísimo dibujante, así como su buen gusto é inteligencia para dar forma precisa á las creaciones de aquellos á quienes consideramos como astros de primera magnitud en el cielo de las letras patrias. Los cuadros del *Quijote* y del *Gil Blas de Santillana*, que hemos dado á conocer á nuestros lectores, se completan hoy con la reproducción del hermoso lienzo representando á *Gil Blas con los bandidos*. Vivo está todavía el recuerdo del buen efecto que produjo en la Exposición Nacional de 1892 y de los justos elogios que de la crítica mereció. En ella muéstrase el pintor y el artista, puesto que la ejecución es irreprochable, sea cual fuese el aspecto en que se estudie, corriendo con ella parejas la inteligente y acertada interpretación del pasaje de la obra en que se inspira. Al reproducirle en estas páginas, no nos guía otro propósito que el de dar á conocer á nuestros lectores una producción de reconocida importancia y el de dar al artista, por este medio, una muestra de la consideración que nos merece.

José Zanardelli. — En la noche del 26 de diciembre último falleció en su quinta de Maderno este eminente hombre público, cuyo nombre va íntimamente unido á la historia contemporánea de Italia. José Zanardelli había nacido en Brescia en 29 de octubre de 1826, hizo sus estudios en Pavía, recibió el grado de doctor en 1848 y después de haber tomado parte en el movimiento revolucionario de aquel año y del siguiente y tras un corto destierro regresó á su ciudad natal, dedicándose á la enseñanza del derecho y á escribir artículos de Economía política para el diario milanés *Crepuscolo*. En 1859 confióle Garibaldi la dirección de la insurrección en Brescia; terminada ésta, fué elegido en 1860 diputado en el Parlamento de Turín; y en 1866 el ministro Ricasoli le envió de comisario regio á Belluno. Después de diez años de luchas parlamentarias, que sostuvo desde los bancos de la izquierda constitucional, confióle Depretis la cartera de Obras Públicas que hubo de abandonar al año siguiente por discrepar de la opinión del presidente en la cuestión de los ferrocarriles. En 1878 fué ministro del Interior en el gabinete Cairoli, hasta después del atentado de Pasanante contra el rey Humberto, y desde 1881 á 1883 desempeñó la cartera de Justicia, que volvió á desempeñar con Crispi en 1877, redactando entonces el Código que fué aprobado en 1890. Nombrado presidente del Congreso de los Diputados en 1891, dió muestras de una imparcialidad digna del mayor encomio, volviendo al ministerio de Justicia bajo la presidencia de Rudini. En 1901, al retirarse Saracco, confióle el rey el encargo de formar ministerio, cuya presidencia ha desempeñado hasta hace dos meses, en que, á poco de regresar el monarca italiano de su viaje á París, escribió á éste una carta manifestándole que el mal estado de su salud no le permitía desempeñar los deberes de su cargo con la asiduidad que quería, por lo que se veía obligado á presentar la dimisión, la cual fué aceptada por el soberano, cuando se convenció de que eran, por desgracia, ciertas las razones que invocaba. Zanardelli, después de haber expuesto su vida como voluntario en 1848, consagró sus días á la obra de la libertad de su patria. Escritor, jurisconsulto, abogado, diputado, presidente de la Cámara, ministro y presidente del Consejo, ha dedicado á Italia más de cincuenta años de una existencia pública sin tacha.

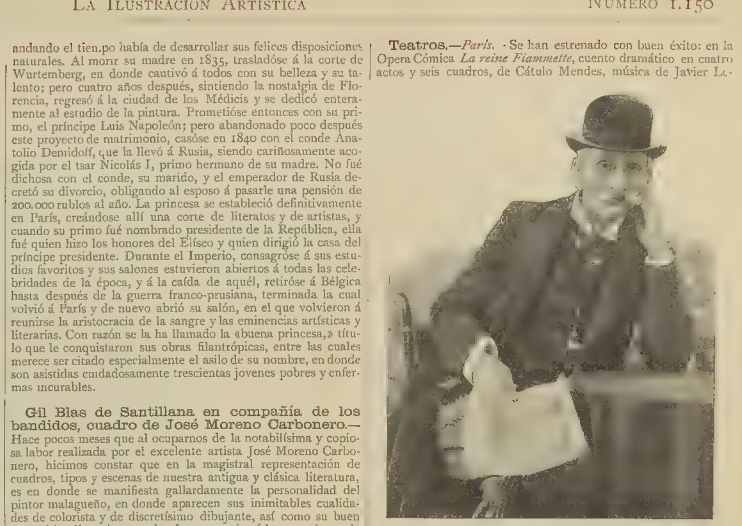
LA PRINCESA MATILDE BONAPARTE, fallecida en París el día 2 de los corrientes



MISCELANEA

Bellas Artes. — KIEL. — Una señora que recientemente ha fallecido en Kiel ha legado á la Universidad de esa ciudad una magnífica casa, cuyo valor se estima en 600.000 marcos (750.000 pesetas) con la condición de que se establezca en ella, dentro de un plazo de cinco años, un Museo de Bellas Artes.

Teatros. — *París.* - Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *La reine Fiammette*, cuento dramático en cuatro actos y seis cuadros, de Cátulo Mendes, música de Javier Leroux, y en la Opera Municipal de la Gaité *Messaline*, drama lírico en cuatro actos y cinco cuadros de Armando Silvestre y Eugenio Morand, música de Isidoro de Lara.



EL ILUSTRE ESTADISTA ITALIANO JOSÉ ZANARDELLI, fallecido en Maderno en 26 de diciembre de 1903

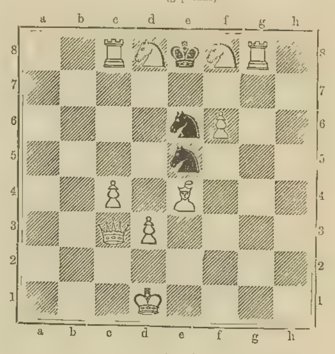
Barcelona. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *De tren á tren*, comedia en dos actos de D. Joaquín Dicenta, y en el Eldorado *La inclusera*, zarzuela en un acto y cinco cuadros, letra de D. Luis de Larra y música de los maestros Caballero y Valverde (hijo). En el Liceo ha dado tres representaciones el notable tenor Alejandro Bonci, que ha cantado admirablemente las óperas de Donizetti *L'elissir d'amore* y *La Favorita*, habiendo alcanzado entusiastas aplausos.

Necrología. — Han fallecido:
Enrique Seton Merriman, novelista norteamericano.
Pedro Michis, notable pintor italiano.
José Stallaert, pintor de historia y de decoración, ex director de la Academia de Bellas Artes de Bruselas.
Alejandro de Wahl, escultor y pintor alemán.
Kornel Abranyi, compositor húngaro, profesor de la Academia de Música Provincial de Budapest.
Dr. Sofus Ruge, notable etnógrafo alemán.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 349, POR E. FERBER.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 348, POR S. LOYD.

Blancas.	Negras.
1. Tg7 f7	1. Ag2-h1
2. Df6-h8 jaque	2. Aa7-b8
3. Dh8×h1 mate.	

VARIANTES.

1..... Ag2-f3;	2. Df6×f3 jaque, etc.
1.... Ag2 e4;	2. Df6-e7, etc.
1..... Ag2-d5;	2. Df6-d8 jaque, etc.
1..... Ag2-c6;	2. Df6×c6 jaque, etc.
1..... Ag2 b7;	2. Df6-e7, etc.
1..... Ag2-f1óh3;	2. Df6 c6óf3 jaque, etc.
1..... Aa7-b8;	2. Df6-a1 jaque, etc.

LA CONQUISTA

Novela original de May Armand-Blanc. - Ilustraciones de Marchetti

(continuación)



. . . ..bajo la incesante vigilancia de Valentina y Juan

En el fondo de su escrupulosa conciencia, temía un poco que Juan le preguntase algún día: «¿Es ese el que prefieres?,» porque sincera y lealmente no podría menos de responder: «Sí,» y la confesión de ese sentimiento, justo y natural sin embargo, podría disgustar á su marido.

V

LA GRAN SOMBRA

Miss, «la perla,» juzgó conveniente, una mañana, llevar á Colette á París.

La institutriz pretextó que Colette tenía que ir á probarse unos trajes, por orden de su madre, pues estaba sin nada que ponerse.

En efecto, á la vuelta, Colette contó que Miss la había dejado en poder de la modista durante más de dos horas, mientras ella se iba á hacer unas pequeñas comisiones personales.

—Tendré un bonito vestido gris, con encajes, explicó la niña á Valentina, y un abrigo encarnado.

La señora de Donald no hizo ninguna reflexión, pues no tenía derecho para ello, pero deploró solamente que Miss, puesto que tenía que hacer en París, no le hubiera rogado que se encargase por completo de Colette durante el día. Pero sin duda no se había atrevido, y después de todo no había en ello un mal tan grande, pues, seguramente, en la vida que hacía Colette en París, estaba expuesta á menudo á vigilancias muy poco celosas.

Tres días después, se presentó la niña á Valentina con una expresión de tristeza que chocó á la joven. La de Donald la interrogó tiernamente.

-No sé lo que tengo, respondió la niña; estoy cansada y tengo ganas de llorar.

El tiempo era tempestuoso, el calor sofocante, y el cielo estaba cubierto de nubes cobrizas que subían al horizonte y le invadían como un pesado rebaño. Valentina pensó que la atmósfera influía en los sensibles nervios de la niña y dispuso que así ella como Remigio se estuviesen en la galería en vez de bajar al jardín, ya sacudido por las ráfagas del viento Sur.

El doctor se había marchado precisamente á París aquella mañana y Valentina empezaba á preocuparse por su ausencia. ¡Si pudiera acabar temprano sus negocios y volver á casa antes de que estallase la tormenta!

Valentina, pues, miraba con frecuencia por la ancha ventana hacia el camino, esperando ver la silueta de Juan y un poco menos atenta que de costumbre á lo que pasaba á su alrededor. Tuvo, sin embargo, que notar el malestar creciente de Colette, que no quiso merendar; pero no se inquietó mucho, pues todos sufrían más ó menos por aquella temperatura anormal. A eso de las cinco y media resonó un violento trueno, y en menos de un minuto un verdadero huracán hizo inclinarse los árboles. Todas las puertas y ventanas de la casa golpearon y se produjo un repentino pánico. Valentina, muy angustiada, mandó cerrarlo todo y se puso á mirar con impaciencia si llegaba Juan. Un momento después le vió luchando contra el viento. La joven esposa corrió á abrir la puerta del vestíbulo.

—¡Ah! ¡Gracias á Dios!, exclamó al recibirle; tenía un miedo horroroso.

—Pero vamos á ver, querida, ¿por qué? Se trata de una sencilla tormenta. Sin embargo, sospechaba que estarías con cuidado y me he apresurado más de lo que pensaba, pues por poco me detienen importantes quehaceres. Hay en París una recrudescencia de la escarlatina; casi una epidemia. Tengo los clientes atacados y se señalan ya dos focos bastante alarmantes.

Mientras hablaba siguió á su mujer y ambos llegaron á la galería donde estaba Luisa al cuidado de los niños. Juan vió al entrar que Colette estaba echada en el diván, con la cara oculta por un almohadón.

—¿Cómo es eso?, preguntó bromeando; ¿tiene miedo de la tempestad esa niña?

Después de dar un beso á Remigio, que había corrido hacia él, el doctor se inclinó hacia la pequeña.

—¿Pero no quiere mirarme esta señorita?, continuó diciendo en tono de broma.

Mas de pronto frunció el ceño.

—¿Qué es lo que tiene? Esta niña está mala. Su piel arde.

—Ha estado nerviosa todo el día, dijo Valentina.

Colette sonreía y aprobaba.

—Sí, no es nada. No tengo más que dolor de cabeza y mucha sed... ¡Hace tanto calor!

—Hay demasiada gente aquí, dijo Juan. Luisa, llévese usted al pequeño, y tú, Remigio, vete también con ellos.

Pero al oir un trueno más violento que los anteriores, Remigio se resistió y no quería marcharse.

Entonces se produjo una escena un poco viva, que sorprendió á Valentina, dada la pequeña importancia que ella atribuía al incidente.

El doctor, sin embargo, redujo á su hijo á la obediencia y su mujer observó con qué cuidado examinaba á Colette.

La pobre señora, inmóvil y mirando á todos lados, mientras fuera soplaba el huracán, sentía de repente el aliento de otra tempestad posible. Juan sospechaba una enfermedad grave de Colette, acaso aquella de que hablaba hacía un momento. Valentina sintió un estremecimiento de inquietud... ¡El contagio! ¡Ah! ¡Aquel día entero durante el cual había tenido á los niños encerrados juntos!...

Juan se volvió hacia ella y le hizo una pregunta precisa respecto de eso. Al oir su respuesta, levantó las cejas y guardó silencio.

* * *

Toda la belleza triunfal del verano reinaba de nuevo. El cielo, barrido de nubes, ostentábase azul, de un azul como lavado, delicado y fresco; de un azul casi blanco, de reflejos cambiantes de piedra preciosa. Un soplo ligero levantaba las flores, inclinadas al peso del agua, y sin las ramas quebradas y las hojas caídas en los caminos y en las calles de árboles, hubiérase podido creer que sólo había sido una pesadilla el huracán del día anterior. Valentina, sin embargo, no sentía su corazón levantarse al soplo de la esperanza, como las flores que la tormenta había inclinado en sus tallos. Entre ella y el mundo exterior se interponía algo obscuro.

Ni ella ni el doctor habían podido dormir: él, vigilando á Colette, á la que instaló provisionalmente en el mismo sitio en que la había encontrado, pues no se podía pensar en llevarla á su casa con tal tiempo; y ella, levantándose á cada momento para asegurarse de que sus hijos dormían tranquilamente. El doctor, después de minuciosas precauciones, prohibió á Valentina la entrada donde estaba Colette.

Por la mañana no había duda posible; la niña presentaba todos los síntomas de la escarlatina, con una violencia alarmante. El doctor Donald telegrafió en seguida á los padres y pidió con urgencia á París una enfermera.

Durante el día se trasladó á la pequeña enferma á su casa. La enfermera llegó de París y se recibió respuesta de los Allire: el señor llegaría el día siguiente; la señora estaba un poco delicada y no podía viajar por el momento...

Pasaron tres días, y como al cabo de ese tiempo se notaba cierta mejoría en Colette, cuya enfermedad se desarrollaba normalmente, y Remigio y Juanito no presentaban ningún síntoma, Valentina empezó á recobrar ese equilibrio interior del alma, que permite mirar sin turbación excesiva los acontecimientos posibles.

Por otra parte, todo á su alrededor era propio para tranquilizarla. La presencia constante de Juan, su previsión y sus cuidados le hacían mirar valerosamente hasta la eventualidad de una enfermedad de los niños.

A la noche del cuarto día, se presentó Valentina en el despacho de su marido cuando éste acababa de instalarse á trabajar, después de haber hecho su visita habitual á la pequeña enferma de la casa vecina. Era la primera vez, después de los recientes acontecimientos, que Valentina dejaba á los niños, una vez acostados, para ir á reunirse con su marido. Juan le dijo sonriendo:

-¿Y bien, querida mía?..

Valentina, sin hablar, fué á estrecharse contra él y apoyó la cabeza en su hombro. Juan acarició con dulzura aquella cabeza inclinada, y después la levantó y miró tierna y profundamenre á su mujer.

Habían hablado muy poco los dos de sus ansiedades comunes; Valentina por miedo de suscitar la realidad que estaba temiendo; y Juan porque, más acostumbrado á aquellos temores, sabía que el engolfarse en ellos es estéril, vano y algunas veces deprimente. Pero el doctor adivinaba por entero á su mujer, á la que conocía tan bien. La compadecía por haber conocido los terrores de la ternura, y comprendía la pregunta que había surgido, artera y obscura, pero dominante. ¿Qué debía hacer Valentina? ¿Qué haría si alguno de los niños era atacado, el suyo ó el otro?

El *suyo*, su hijo, á quien adoraba con más pasión de lo que dejaba ver, á causa del otro, el hijo de la ausente... ¡Ah! Ninguna voluntad del mundo puede prevalecer contra lo que ha existido; ni el amor nuevo, ni la nobleza y la ternura de Valentina podían crear en el alma de los dos esposos, ante los casos graves, la igualdad absoluta, la absoluta unidad.

Por encima de aquella cabeza morena anegada en el pesado raudal de sus cabellos negros, la mirada de Juan iba al retrato sonriente y encantador...

¡Cómo se parecía Remigio á aquel retrato! El niño vivo y la madre muerta eran dos imágenes gemelas.

¡Cuánto quería Juan Donald á aquel niño, á quien había creído perder veinte veces en la primera infancia y al que había salvado otras tantas á fuerza de amor y de inteligentes cuidados!

Y sin embargo, hasta el momento en que vino Valentina, con su gracia tan diferente de la de la *otra*, á animar de nuevo el hogar y á ocupar el puesto vacío, Juan había estado siempre inquieto por la salud de aquel niño. Pero desde que la joven estaba allí, le parecía, por el contrario, que la casa estaba llena de una atmósfera de serenidad y que aquella hermosa fuerza de vida era capaz de aniquilar todos los gérmenes morbosos hereditarios que amenazaban á su hijo...

Donald se daba cuenta de que su segundo hijo, que crecía como una robusta planta, no le inspiraba el mismo interés que el mayor... Amaba, naturalmente, á aquel pequeño ser débil, pero no frágil; mas no creía que aquel niño tenía tanta necesidad de él como el otro la tuvo á su edad; y su ternura paternal esperaba, para ser igual á la que le inspiraba Remigio, á que Juanito llegase á ser un personaje en el que se revelase la fuerza de atracción que la madre había ejercido sobre él...

Valentina seguía apoyada en Juan y con el corazón tan henchido de sentimientos diversos y violentos, que no podía hablar.

Los dos, á pesar de su estrecha unión, sentían entre ellos una especie de barrera. Sus pensamientos no tenían un objeto único ni aun en los momentos de terror.

Donald tenía conciencia de ello y lo observaba con melancolía; pero Valentina sufría más que él, pues para la joven no había empezado realmente la vida hasta el día en que se unió con Donald.

Por mucho que Valentina pensaba que en ella consistía el hacer todos los esfuerzos necesarios para allanar el obstáculo, se encontraba siempre impotente para realizar ese esfuerzo y obtener de Juan que la amase como había amado á la *otra*, lo que abría más dolorosamente que nunca la secreta herida de los primeros tiempos de matrimonio. Valentina había creído que aquella herida podría cerrarse con el nacimiento de Juanito. Esperaba que Juan estaría tan orgulloso de aquel hijo como del mayor, y que ella sería así más fuerte para la conquista completa del padre.

* * *

Veinticuatro horas después, Remigio y Juanito eran simultáneamente atacados por la escarlatina. No se trataba ya de dilemas, de preguntas ni de comparaciones. Ante la amenazadora realidad, Valentina recobró toda su calma y toda su firmeza.

Pasaron unos días y unas noches sin mejoría ni agravación de la enfermedad.

En la casa vecina, Colette había entrado en convalecencia, y aunque lejos de estar curada, había desaparecido todo peligro.

El señor Allire, después de haberse deshecho en excusas y de haber deplorado que su hija fuese causa de los cuidados presentes de los Donald, había puesto en la calle á Miss, á quien nunca se había autorizado para llevar la niña á París, y había hecho venir para cuidar á Colette una de esas parientas de cierta edad y pobres, de la que se echaba mano generalmente en las circunstancias fastidiosas ó complicadas de la vida.

Y á los primeros síntomas de mejoría, Allire se volvió á marchar, á condición de que se le telegrafiase tres veces cada veinticuatro horas.

El doctor Donald, compadecido por aquel abandono, consagraba á Colette minuciosos cuidados, y tuvo la suerte de encontrar en la prima Rosa una auxiliar inteligente y no desprovista de corazón, á pesar de cierta sequedad aparente, debida á una experiencia desgraciada de la vida y á una natural timidez.

Como los dos niños habían caído enfermos juntos, no se los había separado y ambos estaban en el cuarto de Remigio, contiguo al de sus padres, bajo la incesante vigilancia de Valentina y Juan, que se relevaban por las noches.

* * *

Valentina salió del profundo sueño en que la había sumido el cansancio, al oir pronunciar repetidamente su nombre.

Y con ese instinto de la preocupación que tiene despiertas á todas las facultades del ser, hasta en la apariencia inconsciente del reposo físico, la madre sintió el corazón oprimido, aun antes de abrir los ojos, por la rápida percepción de todas las siniestras amenazas que se cernían sobre aquellas cabecitas queridas. Se levantó bruscamente y vió á Juan al pie de la cama y con la cara profundamente alterada.

—¡Pronto!.. Te necesito... Es...

En este momento se oyó en el cuarto contiguo una queja ronca, que no tenía nada de humano.

Valentina, que se estaba ya envolviendo en un peinador, quiso pasar antes que su marido á aquella habitación, pero Juan la contuvo... Paralizada por el terror, la madre no reconocía en aquel quejido una voz de niño.

¿Era un estertor, un ladrido? ¿Qué tortura arrancaba un suspiro semejante?

—Sí, dijo Juan, un ataque de difteria...

Valentina no pronunció la palabra que, desde el pecho, oprimido por indecible angustia, le subía á los labios: *¿Cuál?*

Y antes de que Juan pudiera contenerla, se acercó á la puerta y vió que en el cuarto no había más que una cama. Se habían llevado la cuna.

¡El niño amenazado no era el suyo!

En menos de un segundo y como en delirio, los sentimientos más violentos y más contrarios se sucedieron y se chocaron en ella: el terror, la alegría, y por último, un dolor agudo que le desgarraba el corazón.

A la luz de la lámpara, que le iluminaba violentamente, el pobre Remigio, con su carita enflaquecida y quemada por la fiebre de los últimos días, estaba desconocido y con las facciones alteradas y contraídas por un esfuerzo de lucha contra el sufrimiento. Y, sin embargo, el momento máximo del primer acceso fulminante había pasado, según explicó rápidamente Donald á Valentina.

El doctor había empleado los reactivos habituales y aislado inmediatamente á Juanito, que fué confiado al cuidado de Luisa. En los ojos de Valentina apareció una interrogación muda y suplicante. Juan afirmó que, por el momento, el estado del pequeño era normal.

—Y ahora, añadió, debemos separarnos rigurosamente. Valentina hizo un movimiento de protesta.

—Es preciso, dijo Juan.

Le prohibió hasta la entrada en aquel cuarto; y dándole en breves y precisas palabras las indicaciones necesarias, rehusó con un ademán brusco las manos que ella quería cogerle como para un adiós.

—No..., no...; acabo de tocar al niño...

—¡Oh! ¡Juan! ¡Juan!

Valentina se dominó ante la mirada de tierna piedad que su marido fijaba en ella.

La mirada permanecía todavía entre ellos intacta y pura. La joven quería hacer una pregunta, pero la voz se negaba á salir.

—Júrame, pudo al fin murmurar, que si hay otro acceso... más grave... lo sabré...

Donald dijo sí con la cabeza y añadió después dulcemente:

—Y ahora, vete...

Valentina pasó, como en una horrible pesadilla, á la otra habitación, donde en seguida la absorbieron mil detalles materiales de instalación y de asistencia, que al ocupar su mente, le aliviaron por el momento el corazón del peso horrible que se le oprimía.

¡Ay! Todo lo que la joven amaba en el mundo estaba sufriendo. A cualquier lado que se volviera no encontraba más que la casa sombría y amenazadora del dolor. Por la mañana, cuando, todo estuvo arreglado, no tuvo más que permanecer vigilante al lado de la cuna de su hijo; en aquella hora pálida y dorada fué cuando, al mirar por los cristales el esplendor nacarado del cielo, todo su ser se sumió en una angustia sin nombre. Era ya el mes de septiembre, la estación vibrante y atractiva, en la que el ardor del estío que muere se mezcla con el primer escalofrío de los mojadas brumas. La luz era más dulce y más discreta, y Valentina sentía violenta y profundamente, por primera vez, que no hay nada que valga en este mundo ante lo único irreparable: la muerte...

—¡Oh! ¡Eso no! ¡Eso no! exclamó, sin atreverse siquiera á precisar por cuál de aquellos seres amados temía á esa potencia inflexible que acechaba alrededor de ellos como una bestia feroz.

Porque era, realmente, la primera vez que Valentina la encontraba en el camino de su vida. Cuando murió su padre, la abnegación de que le rodeó no había encontrado en él una tierna acogida. Al perderle, no sintió romperse una verdadera comunión de corazón y de espíritu, y lloró más bien lo que había podido ser que lo que había sido.

Pero ahora... ¡Ahora!.. Toda su carne sangraba con su corazón... ¡Oh! ¿Cuánto tiempo hacía que Colette, en un hermoso día, había dicho, llena de cariño: «Quisiera que fuese siempre así!» ¿Cuánto tiempo?.. ¡Dos semanas! ¿Era posible?.. ¡Y el sol seguía su curso, implacable y sereno, y subía majestuoso por encima de la colina rosada, para bajar con la tarde al valle violado!.. ¿Qué iba á traer el nuevo día? Valentina juntó fuertemente las manos en un ademán de ruego y de defensa. ¡Cómo temía al tiempo, tan lento y tan seguro! Y, sin embargo, no esperaba más que en él.

El tiempo pasó...

Valentina espiaba la cara de su hijo con una mirada que hubiera querido penetrar más allá de la carne. No se notaba en él nada anormal. La enfermedad se desarrollaba hasta entonces sin complicaciones. Aunque pequeño, el niño era fuerte y oponía bastante resistencia.

Después, la madre acechaba todos los ruidos de la casa.

Por tres veces recibió de Juan noticias por escrito: «Estado estacionario.» Supo que su marido había mandado venir un interno de París para las noches. Y de repente, al caer la tarde y antes de que hubiese llegado el ayudante, observó en la casa un movimiento inusitado, como si hubiese pasado un viento de tempestad brutal y mortífero.

Valentina escuchaba y esperaba en pie al lado de la puerta cerrada y con la vista fija en la cuna... Aquella puerta daba á la escalera, enfrente de la del cuarto de Remigio, y el doctor había prohibido que se abriera.

Pasado ese momento de locura, no volvió á oir nada, y aquel silencio repentino le produjo un terror más grande todavía. Llamó y no respondió nada. Fué á la otra puerta, atravesó corriendo la habitación en que debía velar Luisa, y la habitación estaba desierta. Llamó por una ventana que caía encima de la cocina, y no obtuvo respuesta. Entonces volvió al cuarto de su hijo, que parecía estar todo lo bien que era posible, después de tomar la leche y las medicinas. La madre no podía hacer más que velarle el sueño en la inacción. En el silencio de la estancia, su corazón latía más fuerte que el reloj de pared. Por fin, y después de un campanillazo prolongado, apareció en el umbral de la puerta la cara alterada de la cocinera.

Valentina se levantó y fué hacia ella sin poder pronunciar una palabra. Pero aquella mujer habló en seguida.

—¡Ah, señora, el pobre señorito Remigio!..

—¡Ha muerto!, exclamó Valentina.

Y cayó en una silla al lado de la puerta.

¡Oh! ¿Pero era posible que ella estuviera allí, lejos de Juan, de su marido, en aquella hora de angustia, y que este fuera su deber?

Pero la cocinera respondió rápidamente:

—No, señora, no. Pero el pobre ángel ha estado á punto de marcharse..., y si no hubiera sido por la operación... No sé lo que me ha dicho Luisa... Yo estaba entonces en el telégrafo, á pedir unas cosas que el señor había escrito.

¡La traqueotomía!.. Sí, eso era... El niño estaba salvado... ¡Pero el padre!.. Valentina sabía lo que esa operación horrible lleva consigo, sabía todo lo que Juan había tenido que hacer: dar su propio aliento, su vida...

¡Y ella estaba lejos de Juan! ¿Era posible? Y mirando fijamente, sin verla, á la cocinera, que estaba delante, repetía á media voz:

—¡No es posible!.. ¡No es posible!

Un quejido ligero, apenas perceptible, se oyó en la habitación, y Valentina se acercó de un salto á la cuna, sin oir apenas lo que decía aquella muchacha.

—El señor me ha encargado que diga á la señora que vendrá alguien para velar con ella esta noche. El señor escribirá á la señora dentro de un momento...

Inclinada sobre su hijo, que no parecía estar peor, aunque se quejaba un poco, Valentina se representa-

ba á Juan delante de aquel niño con la garganta abierta...

¡Qué horror! ¡Qué horror!, murmuraba.

Después de enviar á Juan unas líneas llenas de ternura, Valentina cayó de rodillas con la frente apoyada en el hierro de la cuna. El niño se había vuelto á dormir y la madre permaneció así mucho tiempo..., mucho tiempo. No se oía ruido alguno en la pieza contigua, ni venía de ella ningún mensaje. La impotencia á que Valentina se veía reducida llegó á serle intolerable. Era cierto que de este modo obedecía á Juan y que era en aquel momento la sola protectora de su hijo. Pero consultando su corazón, en aquel crepúsculo desolado, la madre se preguntó qué hubiera pasado si el otro, que estaba, acaso, agonizando á dos pasos de ella, le hubiera también pertenecido... ¿Hubiera habido alguna fuerza en el mundo que le impidiera correr á él para defenderle, para salvarle, puesto que el pequeño parecía fuera de peligro?

Valentina no sabía ya dónde estaba el deber ni dónde la verdad. ¿Había aceptado al hijo de su marido como igual á los que pudieran nacer de ella? Sin duda... Y sin embargo, en las horas más terribles y decisivas no obraba según esa ley. ¡Oh! ¿Para qué la reflexión y la conciencia? ¿Por qué no abandonarse como una ciega instintiva á aquella potencia irracional del fondo de su ser, que la mantenía al lado de la cuna en que estaba sufriendo el tierno niño al que se sentía estrechamente ligada?

***

El tren de las seis y diez pasó sin traer al interno ni á la enfermera pedidos á París, y ya no podían llegar hasta el tren de las siete y media. A eso de las seis y media, Valentina recibió una esquela de Juan, dándole instrucciones médicas sobre Juanito, y añadiendo:

«Todo va mejor... Espero y te amo... Valor, querida mia...»

Poco tiempo después de recibir este billete, Valentina oyó llamar y hablar bajo. Cuando preguntó qué pasaba, supo que habían venido corriendo de casa de Allire. Después de la visita del médico de París que iba todos los días á reemplazar á Juan, la fiebre de Colette se había recrudecido y presentaba accidentes alarmantes contra los cuales la enfermera había tratado en vano de luchar sola. Pero unas horas después, asustada y no queriendo asumir la responsabilidad, había hecho llamar con insistencia al doctor Donald.

Juan no creyó posible el negarse, aunque el dejar solo un momento á su hijo en tales circunstancias fuese causa de crueles y trágicas vacilaciones. Había además la grave cuestión del contagio diftérico. Hubiera, pues, querido enviar en su lugar al interno, pero recibió de éste un telegrama diciendo que no podría llegar sino en el tren de las nueve, y en el mismo instante se presentó enloquecida la prima Rosa á decirle que Colette deliraba y que nunca había estado tan mal. Juan se decidió, y después de dar á Luisa, muy adicta al niño, las instrucciones esenciales y el encargo de llamarle á la menor novedad, dejó el cuarto de su hijo y se fué á hacerse las abluciones antisépticas indispensables.

En la mirada con que examinó y envolvió á su hijo al salir, puso Juan todo el amor y toda la energía que puede contener un corazón humano. En el momento de marcharse escribió á Valentina:

«Me llaman con urgencia á ver á Colette. Volveré dentro de un cuarto de hora.»

El papel tembló en las manos de la joven. ¡Era muy largo un cuarto de hora!..

La casa estaba tranquila, y Juanito, por primera vez después de una semana, estaba echando un largo sueño.

—¡Dios mío!, pensaba Valentina, ¿estará salvado? ¿Será esto la curación?

Y rezó con esperanza.

Pero la oprimía el corazón el pensar en Colette. Y además seguía viendo á través de las paredes á Remigio echado en su camita.

Al principio de la fiebre le habían cortado los rizos rubios y su carita había tomado un extraño y lastimoso aspecto de seriedad. Cuando tenía los ojos cerrados no se parecía al retrato de su madre. No existía el parecido sino cuando abría aquellos ojazos dorados de luz y llenos de encantadora gracia, que se reflejaba sobre la cara flaca y lívida, en la que apenas se dibujaban los labios descoloridos.



El papel tembló en las manos de la joven

Al figurarse claramente aquella imagen, Valentina no pudo contener las lágrimas.

Cerró la noche y trajeron la lámpara. Un vientecillo de otoño, tibio y dulce, soplaba entre las ramas ligeramente doradas de los árboles.

Valentina miró el reloj. ¡Cómo! ¡Cinco minutos solamente desde que se marchó Juan!

Casi enseguida oyó abrirse la puerta del cuarto contiguo, un campanillazo y voces confusas.

Una voz gritaba:

—¡Id á buscar al señor!.. ¡Pronto! ¡Pronto!.. ¡El pequeño se ahoga!

Valentina creyó por un segundo que iba á caerse. Pero abrió la puerta y llamó:

—¡Luisa! ¡Luisa!

Nadie respondió.

Y de repente salió un quejido del cuarto de Remigio; un angustioso clamor de agonía.

Valentina miró otra vez á la cuna de su hijo, que seguía durmiendo tranquilamente. Se inclinó sobre él, y no atreviéndose á darle un beso por no despertarle, extendió solamente las manos por encima de su cabecita, en un ademán de caricia y de protección infinita.

Después corrió al otro, que se agitaba solo, pues la vista de aquella lucha con la muerte había aterrorizado á Luisa, á la que el miedo y la pena no hacían más que arrancar palabras y lágrimas inútiles.

La criada trató, sin embargo, de explicar cómo había ocurrido de pronto el incidente.

—Ha abierto los ojos y los ha puesto en blanco... Después se ha llevado las manos á la garganta...

Valentina adivinó: el niño se había movido y había variado de sitio el aparato. La mujer de Donald se inclinó hacia aquella garganta abierta, por la que se escapaba la vida y entraba ya la muerte, é introdujo en ella su propio aliento, comprendiendo que no había otro medio de salvación y que era preciso obrar sin tardanza. Y Juan Donald, al entrar en el cuarto, vió aquel beso mortal y sublime de la vida á la muerte.

***

Valentina estaba acostada, blanca en su blanca cama. ¿Cuánto tiempo hacía? ¡Qué tranquilidad, qué dulzura alrededor de ella!.. Ciertamente, había soñado todas aquellas cosas horribles... Pálida y dolorida, tenía una respiración corta, como la de un niño... ¡Un niño! Valentina sonrió. La primera imagen que surgió en su mente fué la de su hijo, su Juanito, dormido, muy tranquilo, en el cuarto en que..., pero de repente lo recuerda todo... ¡Oh! ¡Qué angustia! Fué ayer, ayer noche... ¿Qué ha sucedido después?

En el momento en que va á llamar, dice una vocecita débil:

-Papá, cuéntame otra vez esa historia, ¿quieres?

Es Remigio el que habla. Acaso hace mucho tiempo que estuvo enfermo... Está curado; la horrible herida de la garganta se ha cicatrizado... Valentina sigue recordándolo todo. Mueve la cabeza suavemente y dice «¡Ah!,» muy bajo, como si se respondiese á sí misma. La joven se siente feliz y tranquila.

Pero sigue escuchando. Quisiera oir algo más; una vocecita más pequeña, que no dice palabras, sino que profiere ligeros gritos y lindas risas como arrullos... Valentina murmura:

¡Oh! ¡Juanito mío!

Y reuniendo sus fuerzas, aún quebrantadas y esparcidas á su alrededor, logra al fin llamar:

—¡Juan!.. ¡Juan!..

Porque está allí, muy cerca, puesto que Remigio le habla. Valentina quiere que se acerque, que se lo diga todo y que él mismo le traiga los niños.

Temblando de debilidad y de impaciencia, sonríe sola y Juan recoge esa sonrisa como un resplandor, cuando aparece apresurado en el umbral de la habitación. ¡Qué dulzura y qué fuerza en el abrazo en que de nuevo se juntan!

Juan, entretanto, mira á su mujer con atención.

—¿Cómo te sientes, querida? ¿Te ha reposado tu sueño? Ayer noche, cuando la fiebre cedió completamente y te dormiste, presentí que te encontraría al despertar como ahora estás.

Valentina preguntó con presteza:

—¿Y los niños? Al despertarme he oído á Remigio... ¿Está ya bueno Juanito?

—Ya no tiene fiebre.

—Entonces, se acabó... ¿Ya no está malo?

· No; ya no está malo...

—No le he oído... Debe de estar durmiendo todavía... ¡Ah! ¡Qué feliz soy!.. Pero, dímelo todo; ¿cuánto tiempo he estado así? Yo no sentía nada más que un peso enorme en todos mis miembros y un invencible sueño...

Juan sonrió á su mujer tristemente, y ella lo notó.

—¡Pobre amigo mío!.. Te he dado una pena sin querer, poniéndome enferma... ¡Estabas ya tan preocupado!.. Pero dime, ¿cómo has salvado á este niño?

Valentina recordaba solamente que en el instante en que ella ponía toda la fuerza de su voluntad en una lucha desesperada contra la muerte que se llevaba á Remigio, había sentido de repente que aquel pequeño cuerpo se aflojaba entre sus brazos y que aquellos ojos dilatados se cerraban.

(Continuará)

CUADROS CONFECCIONADOS

CON SELLOS POSTALES

Múltiples son los usos á que se destinan los sellos de correos que sólo tienen valor para la venta en



Fig. 1. – Sellos para la venta al peso ó en montón ó en paquetes debidamente clasificados por colores

montón y á peso, y cuyo precio en estas condiciones oscila entre dos y tres libras esterlinas el millón. Su variadísima aplicación abarca desde servir para forrar las paredes de las habitaciones, hasta proveer al sostenimiento de Asilos y Escuelas para la infancia. Aprovéchanlos también los vendedores, seleccionándolos inteligentemente, para ofrecerlos al público en pequeños paquetes por unos cuantos céntimos, lo grando así enorme ganancia y atraer á la juventud.

Pero además, manejados con cuidado é ingeniosidad, esos pedacitos de papel sin valor pueden utilizarse en la producción, no sólo de dibujos artísticos, sino también de hermosos cuadros ó composiciones pictóricas.

Tanto ha aumentado recientemente la demanda de cuadros hechos con sellos y tanto se ha desarrollado la afición de hacerlos entre aquellas personas que tienen tiempo sobrante para dedicarlo á este capricho, que los vendedores se preocupan ya de las necesidades del artista en sellos y preparan para su uso paquetes surtidos de todos los colores que juzgan más apropiados para la composición de sus cuadros.

La producción de cuadros y diseños decorativos hechos con sellos, de algunos de los cuales dan idea las figuras 2 y 3, ha creado un arte nuevo, en el que los sellos no se emplean enteros y pegados uno encima de otro de cualquier manera, sino que se cortan con mucho esmero en la forma que más conviene y se colocan debidamente, atendiendo mucho á la combinación de los colores. Así se obtienen verdaderas pinturas que tienen toda la apariencia de obras á la acuarela ó al óleo, y casi se confunden con éstas miradas desde alguna distancia. Y tratándose de platos decorados con insectos y flores, y hasta de un diseño tan complicado como un escudo de armas reales, su aspecto es el de un mosaico primorosamente ejecutado.

Uno de los artistas en sellos de más talento en París es Mr. A. Bayle, á quien debemos muchos y valiosos datos respecto al asunto de que venimos ocupándonos, no siendo el menos interesante el de que, por extraño que parezca, cada artista en sellos tiene su estilo propio, que se manifiesta tan marcadamente en sus producciones como en las pictóricas el de los artistas á la acuarela ó al óleo.

Como se comprende, la condición más esencial del artista en sellos ha de ser la que lo es también de todos los pintores: ha de tener el sentimiento de los colores y de sus gradaciones. Y tanto más ha de poseerlo cuanto que trabajando con material sólido, y no líquido, no le es dable proporcionarse determinado color mediante la mezcla de otros. No son únicamente los varios tonos de distintos sellos los que ha de saber apreciar y utilizar, sino que también los contenidos en un mismo sello. Es, por lo mismo, evidente que en su trabajo lucha con dificultades que son desconocidas al pintor, y que si no parece cosa difícil pegar pedacitos de sellos en una placa ó en un cartón, no es dado á cualquiera hacerlo en forma artística.

Después de esas aptitudes personales, lo primero que necesita el artista es abundante surtido de sellos de distintos colores, cuidadosamente seleccionados según las facilidades que pueden ofrecer para cambiar gradualmente los tonos. Los sellos los tiene al alcance de su mano en cajitas de cartón, y sus herramientas consisten sencillamente en un par de buenas y afiladas tijeras, goma muy fluida y muy adhesiva, y un paño para secar. Si los sellos han sido comprados á peso, tendrán pegados restos del sobre, y entonces habrán de ser remojados en agua tibia para separar el papel adherido; esta operación exige algún cuidado para conservar el color primitivo del sello, colocando luego éste entre dos hojas de papel secante, muy limpio, bajo la presión de peso regular y habiendo de aguardar á que esté bien seco para servirse de él.

Al aficionado que no sepa ó no acierte á hacer un croquis original –paisaje, marina, etc., –que le sirva de base para su composición, le aconsejamos que saque copias al lápiz de los libros ó álbums que contienen dibujos por el estilo ó de antiguos grabados; y si no se considera dotado de suficiente sentimiento de los colores, puede tomar por modelo ó muestra un original en color. En cuanto á la manera como se han de cortar los sellos y la combinación de los colores, no es fácil dar consejo alguno. Los pedacitos se cortan en el tamaño y forma más adecuados á esa combinación. Tampoco es dable ofrecer indicaciones precisas respecto al método de unir los trocitos de sellos, trabajo que requiere bastante estudio y depende mucho de las condiciones de la composición; sin embargo, podemos decir que, por lo general, se encontrará que es más conveniente pegar los pedacitos de modo que el borde de uno cubra un poco el del anterior, que ponerlos juntos uno al lado de otro.



Fig. 4. – Selección y clasificación de sellos por colores

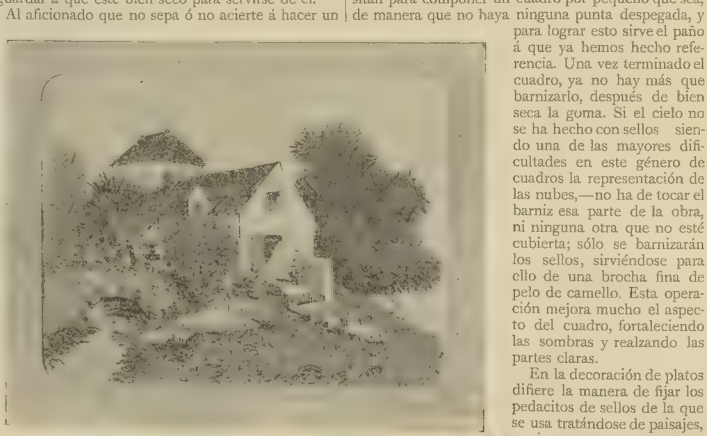


Fig. 3. Paisaje confeccionado con sellos de correos

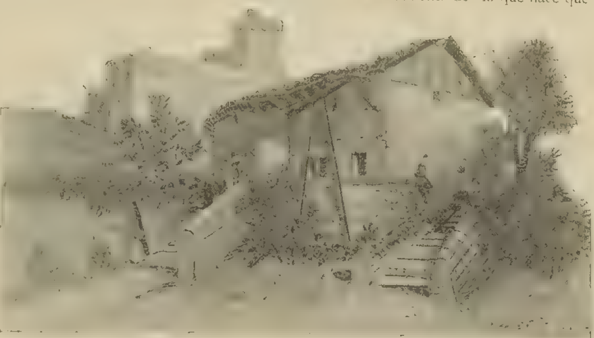


Fig. 2. Paisaje confeccionado con sellos de correos

Se cuidará mucho de que queden perfectamente adheridos al cartón los miles de trocitos que se necesitan para componer un cuadro por pequeño que sea, de manera que no haya ninguna punta despegada, y para lograr esto sirve el paño á que ya hemos hecho referencia. Una vez terminado el cuadro, ya no hay más que barnizarlo, después de bien seca la goma. Si el cielo no se ha hecho con sellos siendo una de las mayores dificultades en este género de cuadros la representación de las nubes,—no ha de tocar el barniz esa parte de la obra, ni ninguna otra que no esté cubierta; sólo se barnizarán los sellos, sirviéndose para ello de una brocha fina de pelo de camello. Esta operación mejora mucho el aspecto del cuadro, fortaleciendo las sombras y realzando las partes claras.

En la decoración de platos difiere la manera de fijar los pedacitos de sellos de la que se usa tratándose de paisajes, marinas, etc., en que no se colocan aquéllos en forma que los bordes de uno descansen sobre los de otros, sino que se disponen uno al lado de otro, ya tocándose los bordes, ya dejando un poquito de espacio entre ellos. Esto es lo que da al diseño la apariencia de obra de mosaico, y también lo que hace que esta labor sea mucho más entretenida y molesta que la empleada en la composición de imitaciones de cuadros.

Algunos de los pedacitos de sellos que se ven en esos platos son delgaditos como un hilo y otros apenas tienen el tamaño de una cabeza de alfiler.

Los contornos del dibujo original se trasladan al plato por medio de papel de carbón y un estilo ó lápiz duro, siendo esta la parte más sencilla del trabajo. Para cortar un sello se coloca del revés debajo del diseño original, y con un punzón se marca en su reverso la forma que ha de tener el trocito. Son indispensables unas diminutas pinzas para manejar los recortes de sellos demasiado pequeños para ser cogidos con los dedos.

Como con los cuadros, aquí también la última operación es el barnizaje, cuidando igualmente que sólo alcance éste á los sellos.

Eduardo Charles.

EXPLOTACION DEL GAS NATURAL EN INGLATERRA

Sabido es cuánta riqueza representan para los Estados Unidos el petróleo y el gas natural; el valor de este último consumido en 1901 fué de 27 millones de dólars, y sólo en la ciudad de Pittsburgo hay 7.000 habitantes y 400 fábricas que lo utilizan para el alumbrado y la calefacción.

El suelo de Inglaterra, ya tan rico en carbón y en hierro, ha de proporcionar, según parece, este mismo gas natural en abundancia y en condiciones de explotación aún más ventajosas, por lo menos así se asegura, que en los Estados Unidos.

Hace seis años, no se sospechaba siquiera la presencia del gas natural en Inglaterra, y sólo á una casualidad se debe su descubrimiento.


Explotación del gas natural en la estación de Heathfield (Inglaterra)

En 1897, en la pequeña estación de Heathfield, de la línea férrea London Brighton y South Coast, que carecía de agua para la alimentación de las locomotoras, se abrió un pozo en el mismo terreno del ferrocarril; pero habiendo alcanzado la sonda una profundidad de 120 metros sin que se encontrase agua, renuncióse á la operación y se suspendieron las obras. Los obreros, sin embargo, habían observado que del pozo se exhalaba un fuerte olor á petróleo y á gas, y uno de ellos tuvo la idea de aproximar un fósforo al orificio superior; inmediatamente se produjo una explosión y á duras penas pudo extinguirse la enorme llama que se había formado.

La Compañía del ferrocarril, en vista de esto, hizo estudiar atentamente el terreno, y después de haber practicado algunos pozos en la región, se vió que aquel suelo contenía gas natural en gran abundancia, y no tardaron en utilizarlo para el alumbrado de la estación y las casas inmediatas á la misma. Formóse luego una compañía, «The natural gas fields of England Limited,» la cual emprendió la explotación práctica de esa riqueza natural y que ahora se propone hacer canalizaciones importantes para facilitar en condiciones ventajosas á las poblaciones vecinas luz, calor y fuerza motriz.

En la actualidad, el pozo principal de la Compañía tiene una profundidad de 130 metros y la presión del gas en el orificio es de 15 atmósferas: esta presión muy considerable constituye una gran ventaja para el transporte del gas á distancia y permitiría la utilización de éste en sitios muy apartados.

Este pozo puede dar 500.000 metros cúbicos de gas diarios, ó sea la octava parte del consumo cotidiano en Londres, y todo hace creer, según se desprende de los sondeos, que otros pozos practicados en la misma región podrían proporcionar igual cantidad cada uno.

Así como el gas natural de los Estados Unidos da una luz muy débil cuando arde en mecheros ordinarios, el de Heathfield, en iguales condiciones, alumbra casi tanto como el de Londres.

La composición de este gas, según el análisis ha demostrado, es la siguiente: metano, 93'4; etano, 3'0; ázoe, 2'7; ácido carbónico, 0'9.

«The Natural gas fields of England Limited» alimenta ya los motores de gas de varias fábricas de Heathfield, y sus resultados son excelentes si se considera que sólo se consumen 420 litros de gas por caballo hora. Dado el precio reducido á que puede facilitarse á la industria, parece que este gas ha de ser un recurso importante para el Sur de Inglaterra.

En Francia hay también varias «fuentes ardientes,» especie de pozos naturales de los que se desprende á intervalos un gas inflamable; uno de ellos, situado entre Monestier de-Clermont y Grenoble, es muy conocido de los excursionistas.

¿Serán acaso estas fuentes ardientes indicio de un gas natural que podría explotarse con gran ventaja para aquella región? — H. DE THIERSANT.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas**, y compremeten á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.
65




ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

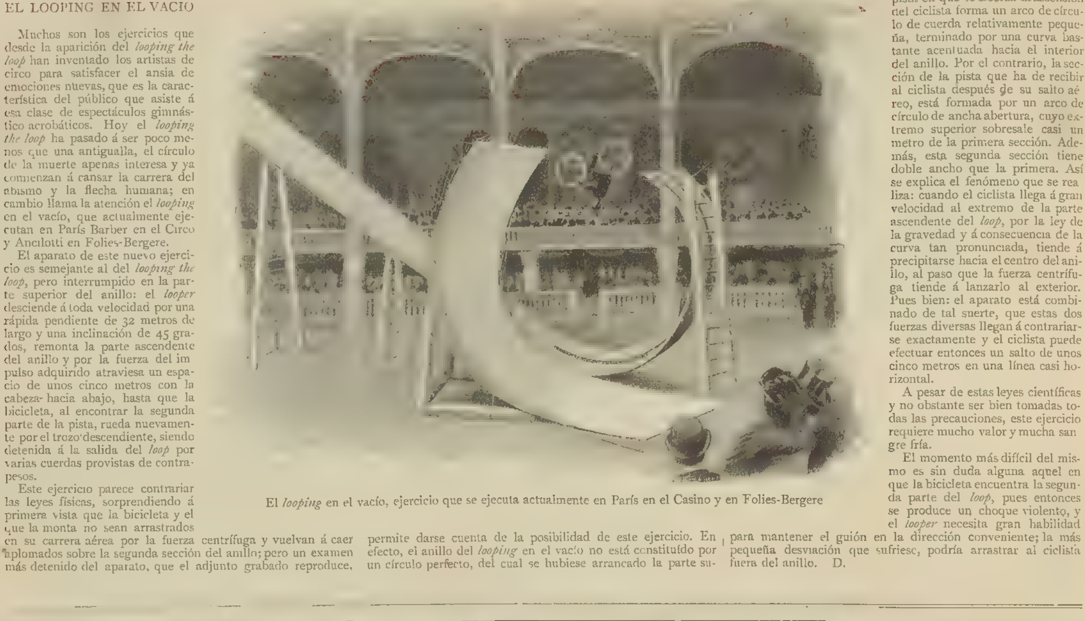
ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. — PRECIO : 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

EL LOOPING EN EL VACIO

Muchos son los ejercicios que desde la aparición del *looping the loop* han inventado los artistas de circo para satisfacer el ansia de emociones nuevas, que es la característica del público que asiste á esa clase de espectáculos gimnástico acrobáticos. Hoy el *looping the loop* ha pasado á ser poco menos que una antigualla, el círculo de la muerte apenas interesa y ya comienzan á cansar la carrera del abismo y la flecha humana; en cambio llama la atención el *looping* en el vacío, que actualmente ejecutan en París Barber en el Circo y Ancilotti en Folies-Bergere.

El aparato de este nuevo ejercicio es semejante al del *looping the loop*, pero interrumpido en la parte superior del anillo: el *looper* desciende á toda velocidad por una rápida pendiente de 32 metros de largo y una inclinación de 45 grados, remonta la parte ascendente del anillo y por la fuerza del impulso adquirido atraviesa un espacio de unos cinco metros con la cabeza hacia abajo, hasta que la bicicleta, al encontrar la segunda parte de la pista, rueda nuevamente por el trozo descendiente, siendo detenida á la salida del *loop* por varias cuerdas provistas de contrapesos.



El *looping* en el vacío, ejercicio que se ejecuta actualmente en París en el Casino y en Folies-Bergere

Este ejercicio parece contrariar las leyes físicas, sorprendiendo á primera vista que la bicicleta y el que la monta no sean arrastrados en su carrera aérea por la fuerza centrífuga y vuelvan á caer aplomados sobre la segunda sección del anillo; pero un examen más detenido del aparato, que el adjunto grabado reproduce, permite darse cuenta de la posibilidad de este ejercicio. En efecto, el anillo del *looping* en el vacío no está constituído por un círculo perfecto, del cual se hubiese arrancado la parte superior, sino que la sección de la pista en que se efectúa la ascensión del ciclista forma un arco de círculo de cuerda relativamente pequeña, terminado por una curva bastante acentuada hacia el interior del anillo. Por el contrario, la sección de la pista que ha de recibir al ciclista después de su salto aéreo, está formada por un arco de círculo de ancha abertura, cuyo extremo superior sobresale casi un metro de la primera sección. Además, esta segunda sección tiene doble ancho que la primera. Así se explica el fenómeno que se realiza: cuando el ciclista llega á gran velocidad al extremo de la parte ascendente del *loop*, por la ley de la gravedad y á consecuencia de la curva tan pronunciada, tiende á precipitarse hacia el centro del anillo, al paso que la fuerza centrífuga tiende á lanzarlo al exterior. Pues bien: el aparato está combinado de tal suerte, que estas dos fuerzas diversas llegan á contrariarse exactamente y el ciclista puede efectuar entonces un salto de unos cinco metros en una línea casi horizontal.

A pesar de estas leyes científicas y no obstante ser bien tomadas todas las precauciones, este ejercicio requiere mucho valor y mucha sangre fría.

El momento más difícil del mismo es sin duda alguna aquel en que la bicicleta encuentra la segunda parte del *loop*, pues entonces se produce un choque violento, y el *looper* necesita gran habilidad para mantener el guión en la dirección conveniente; la más pequeña desviación que sufriese, podría arrastrar al ciclista fuera del anillo. D.

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CÉLEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bon BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Franco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 16

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Fcis PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.



AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literar...

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 18 de enero de 1904 — Núm. 1.151

LECTURA GRATA

Hay cuadros que nos cautivan por la corrección del dibujo y del colorido; otros que nos encantan por el acierto con que el pintor ha sabido exteriorizar los sentimientos de los personajes á quienes su pincel dió vida: los primeros halagan nuestros ojos, los segundos nos llegan directamente al alma, y unos y otros, con más ó menos intensidad, nos hacen sentir esa emoción estética que es el supremo fin que debe perseguir el arte.

Pero hay también lienzos en los cuales las bellezas de forma se aúnan con las de fondo, compenetrándose de tal manera unas y otras que la contemplación de la obra pictórica produce en nosotros una impresión hondísima, porque á la vez resultan gratamente excitados nuestros sentidos y nuestro corazón.

A este género pertenece el cuadro del notable pintor francés Armando Bertón, que al pie de estas líneas reproducimos: por poco que en él se fijen nuestros lectores, admirarán la perfección con que está ejecutado; pero admirarán asimismo el sentimiento tan bien exteriorizado, que sin el menor esfuerzo, sin necesidad de explicación alguna, podemos apreciar la índole de las sensaciones que experimenta la linda lectora y adivinar que el libro en que ésta se entretiene no es uno de esos libros picarescos que hacen sonreir maliciosamente, sino que es una obra de grata lectura que hace asomar á los labios una ligera sonrisa, revelación de un placer inocente cuya pureza no turba ningún pensamiento pecaminoso.

El lienzo es bajo todos conceptos hermoso. Hermoso es igualmente el grabado de Baude que lo reproduce y que permite apreciar todas las delicadezas de factura de la obra de Bertón.



LECTURA GRATA,

cuadro de Armando Bertón, grabado por Baude



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba: el tratado de reciprocidad comercial con los Estados Unidos. – *República dominicana:* el presidente Wos y Gil: sus aspiraciones: otra revolución y otro gobierno provisional. – *El Salvador:* ratificación del convenio para el arreglo de la cuestión Burrell. - *Colombia:* la cuestión de Panamá: preparativos militares de colombianos y yanquis: gestiones del Centro Colombiano en París y del general Reyes en Wáshington: protestas en el Senado yanqui contra los actos de Roosevelt.

En diciembre de 1902 se había pactado el convenio de reciprocidad comercial entre Cuba y los Estados Unidos. Lo aprobaron los presidentes de ambas Repúblicas y el Senado cubano, y se canjearon las ratificaciones el 31 de marzo de 1903.

Faltaba la aprobación del Congreso yanqui. Este, reunido en sesión extraordinaria, lo aceptó el 19 de noviembre por 335 votos contra 21. El Senado dejó en suspenso la ley hasta el 16 de diciembre, á fin de que cualquier senador pudiere aún hacer observaciones. El 17 quedó aprobado definitivamente.

Aparte las mercancías de uno y otro país que ya gozaban y conservarán franquicia en la respectiva importación, se conceden aquéllos mutuamente una rebaja del 20 por 100 en los derechos de las tarifas actuales ó las que pudieran establecerse en lo sucesivo. Se consignan reducciones del 25 al 40 por 100 á favor de numerosos artículos de la producción é industrias yanquis, con lo cual casi por completo se cierra el mercado de Cuba á Europa y especialmente á España.

El tratado, como se ve, á quien principalmente beneficia es á los Estados Unidos. No obstante, el presidente Roosevelt adoptó la actitud que siempre toman en estos casos los políticos yanquis: la de protector del pueblo á quien pretenden explotar. Todo se había hecho en obsequio de Cuba. «El honor nacional —decía poco más ó menos en su discurso del 10 de noviembre—exige que los Estados Unidos hagan concesiones arancelarias á Cuba. Esta cumple fielmente sus compromisos con nosotros, lo que le da derecho á que la hagamos concesiones fiscales tan grandes como las que nos otorga. Como prueba de buena fe respecto á nuestra joven hermana, cuya suerte debe estar estrecha y eternamente unida á la de los Estados Unidos, debemos procurar su prosperidad, y al hacerlo así, nos ayudamos á nosotros mismos.»

La tal ayuda—mediante la cual los tejidos de toda clase, la maquinaria, los aguardientes, las conservas, los vidrios y cristales, el papel, el calzado, el jabón, el ganado, las harinas, el arroz, los vinos, etc., etcétera, disfrutan del 25 al 40 por 100 de reducción en las aduanas de Cuba—bien valía la pena de otorgar á ésta la limosna del 20 por 100 en las aduanas de los Estados Unidos

Ahora, en la isla, donde hay almacenadas grandes cantidades de azúcar, podrán hacerse buenas ventas; pero en los próximos años es muy de temer que los hechos den la razón á los que pedían mayor rebaja en beneficio del azúcar y el tabaco cubanos, como necesaria para poder competir en los Estados Unidos con el azúcar en ellos producido. En realidad, ni falta hace que los hechos confirmen ese temor. Seguramente, si fuera muy temible la competencia cubana, los hacendados de la Luisiana y los remolacheros de los Estados del Oeste ya hubieran hallado medio de oponerse con mayor empuje, y no hubiese quedado reducida la oposición á 21 votos.

La dependencia económica de Cuba á los Estados Unidos que implica el tratado, dió motivo á que algunos senadores yanquis, con ocasión del debate, insistieran en la conveniencia para Cuba de pedir su ingreso entre los Estados de la Unión. La anexión, según Mr. Newlands, podría hacerse ahora en condiciones más ventajosas para los cubanos. Los 35 millones de pesos de la Deuda del empréstito se convertirían en bonos de los Estados Unidos. Puerto Rico podría ser una provincia del Estado de Cuba. Previendo que la anexión pudiese contrariar á los actuales funcionarios electivos de la isla, propuso que siguieran en sus cargos hasta la expiración de su mandato. La guardia rural se incorporaría al ejército de la Unión.

* * *

En la República dominicana parecía que, bajo la presidencia de D. Alejandro Wos y Gil, iba á afianzarse el orden, y se esperaba que el nuevo presidente, bien conceptuado, lograría imponerse á los partidos políticos Agobiado, no obstante, por las imposiciones de los yanquis, que no perdonaban medio de hacer efectivos los créditos que tenían á su favor por virtud de los contratos á que dió lugar el arreglo con la «Santo Domingo Improvement Company,» buscó el medio de substraer á su país de la acción preponderante de aquéllos, procurando que pudieran crearse intereses suficientemente poderosos para compensar ó equilibrar, por lo menos, la influencia que han llegado á ejercer allí los yanquis.

Como ya indicamos, proponíase decretar la absoluta neutralización de las aguas de la República y declarar puertos francos á Samaná y Manzanillo. De esta suerte á condición, por supuesto, de garantir la paz pública—Santo Domingo podría llegar á representar papel importantísimo en el comercio internacional, sobre todo si llega á abrirse el canal de Panamá y se desarrolla, en consecuencia, mayor movimiento marítimo entre Europa y el Pacífico.

Los Estados Unidos se opusieron, según ya también se dijo, al propósito de Wos y Gil, y los enemigos de éste no vacilaron en aprovechar la ocasión para derribarle del poder. Al gobierno de Wáshington no podía convenir que siguiera en él un hombre que reunía circunstancias de inteligencia y de carácter suficientes para robustecer las decaídas fuerzas de la República, y necesariamente vió con simpatía, y aun alentó, la rebelión. Los revolucionarios, en el manifiesto que dieron, acusaban á Wos de haber ideado el *antipatriótico* proyecto de neutralizar las aguas y los puertos de la República y de haber entablado negociaciones con una Compañía de navegación alemana para obtener un anticipo de los derechos de puerto que los buques de aquélla debían satisfacer durante cierto número de años. Lo antipatriótico, pues, era entenderse con empresas ó capitalistas europeos, fomentar relaciones con las principales plazas mercantiles de Europa, suscitar, en suma, competencias molestas y perjudiciales á los yanquis.

A fines de octubre los revolucionarios habían conseguido dominar en varias poblaciones. En Puerto Plata comandaba á los rebeldes el general Morales, de acuerdo, al parecer, con los ex presidentes Jiménez y Vázquez. Tomaron después á Santiago de los Caballeros, y pronto acometieron á la capital, que tras algunos días de brava resistencia tuvo que capitular.

Wos y Gil se embarcó en un buque extranjero, y el partido triunfante constituyó gobierno provisional, comprometiéndose con los ministros ó cónsules de España, Bélgica, Haití y Estados Unidos —que habían intervenido en la capitulación—á convocar el cuerpo electoral para elegir presidente en el plazo de tres meses. El nuevo gobierno debía quedar instalado el 27 de febrero de 1904.

Entretanto, el gobierno provisional que dirige el general Morales no disfruta tranquilamente del poder. El telégrafo nos transmitía en diciembre la noticia de que Jiménez, fiando poco de aquél, se hacía fuerte en Montecristi, y que en la zona del Sur imperaba con sus partidarios otro general.

* * *

La Asamblea nacional de El Salvador ratificó ya el convenio pactado para el arreglo de la cuestión Burrell; mas no lo ha hecho sin protestar una vez más contra la injusticia de obligar á la República al pago de una cantidad que no debe.

En uno de los considerandos del correspondiente decreto legislativo, se declara que El Salvador accede á la injusta é ilegal reclamación en vista de la actitud oficial y hostil del gobierno yanqui, que ha mandado cumplir aquella sentencia inicua, y para evitar al país mayor humillación y más graves perjuicios. Y en el texto del decreto, en el artículo 4.°, se recomienda al Poder Ejecutivo que se dirija á los gobiernos de las Repúblicas latino-americanas, historiando ese escandaloso negocio, por medio de una exposición razonada de las causas que originaron la reclamación, de la conducta irregular y anómala de los jueces árbitros y la observada por el gobierno de los Estados Unidos, con la consiguiente protesta de la violación de los derechos de El Salvador, por si alguna vez puede reivindicarlos.

* * *

En diciembre último había ya noticias más precisas de la actitud y propósitos de Colombia Antes, los despachos recibidos de Panamá y Wáshington daban á entender que en algunos departamentos de aquella República se simpatizaba con la revolución de Panamá, y que los partidos políticos opuestos al gobierno de Bogotá preparaban nuevas agitaciones y desprendimientos. Ahora se sabe que aquéllos se han ofrecido incondicionalmente al gobierno, que hay unanimidad en la protesta contra los Estados Unidos, que se han abierto suscripciones públicas para los gastos de la guerra con los panameños y que se ha llamado á las armas á todos los hombres de diez y ocho á cincuenta años, á fin de elevar las fuerzas militares hasta 100.000 soldados

Los yanquis también se aperciben en previsión de un conflicto, y sus buques de guerra van y vienen por las aguas próximas al istmo, desembarcan tropas y provisiones de boca y guerra, y ponen gran diligencia en vigilar los movimientos de las fuerzas colombianas. A mediados de diciembre algunas de éstas se hallaban acampadas al Oeste del río Atrato y en disposición de ir avanzando hacia Panamá.

Propónese Colombia agotar todos los recursos que puedan utilizarse para evitar la guerra. En París (Avenue Marceau, 61) se ha constituído un Centro para la defensa de los derechos é intereses de Colombia y para atraer hacia ese país las simpatías de Europa Pretende hacer valer lo convenido por el tratado de 1846, y si esto no se logra, llevar la cuestión al Tribunal de La Haya. Iguales gestiones lleva á cabo el general Reyes en Wáshington.

Seguramente, las grandes potencias europeas han de hacer por Colombia lo mismo que por España hicieron en 1898. Toman por pretexto para no contrariar á los yanquis el interés que todos tienen en que se construya el canal interoceánico.

Mayor apoyo encuentra Reyes en los mismos Estados Unidos. Siempre los presidentes de esta República tuvieron más iniciativas y atribuciones que los monarcas constitucionales, y ahora, en los tiempos *imperiales* de Mackinley y Roosevelt, se usa y abusa de ellas en forma y términos no conocidos ni practicados antes Le plugo al actual presidente que se hiciera el canal por Panamá, consideró preciso para ello arrebatar á Colombia ese territorio, y surgió la República del istmo.

Al país y á las Cámaras no se dió cuenta de nada; todo se lo encontraron hecho. Por esto, las reclamaciones de Reyes tienen eco en la opinión, es decir, en la opinión de los adversarios políticos de Roosevelt, y los demócratas del Senado afirman que se han infringido el tratado de 1846, las leyes de neutralidad y los usos internacionales.

Impedir á Colombia que reprima la sedición del istmo es hacerle indirectamente la guerra, y el presidente carece de facultades para hacer la guerra á un país que está en paz con los Estados Unidos.

Entre los senadores del partido republicano hay también quien alza la voz contra el gobierno de Roosevelt, y declara que los Estados Unidos quieren el canal, «pero sin mengua para el honor de la nación.» Lo que aquél ha hecho deshonra á los Estados Unidos; es sentar el principio de que las Repúblicas hispano-americanas sólo poseen sus tierras hasta donde lo consienta el derecho de dominio eminente que sobre América se atribuyen los Estados Unidos.

Por esas razones, el nuevo tratado convenido por Hay y Varilla para la construcción del canal encuentra oposición en el Senado. Se pacta con los representantes de una provincia rebelde, á cuya rebelión ha contribuído la otra parte contratante. Si el canal conviene á los Estados Unidos, que se proceda—dicen—con menos hipocresía y doblez, y que se anexione el istmo á la Unión. Entonces, el presidente y la nación podrán hacer en lo suyo lo que mejor les cuadre.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Le escuchaba atenta, ervorosa, gozando lo indecible

SU RIVAL, POR NOGUERAS OLLER

Era una pasión ferviente en que tomaban parte todas las potencias exageradamente sensibles de un alma. Así describo el amor de lady Hilda.

Dentro de la suavidad de su voz, vibraban todos los matices, todos los sones de un himno de adoración, quieto y profundo. Y en la claridad de sus ojos soñolientos brotaban fosforescencias de un deseo inabordable.

Beber, beber continuamente frases balbucientes, aliento tibio, suspiros profundos; esto quería. Aspirar amor, bañarse, iluminarse de amor constantemente.

Su alma, fantasiosa é insaciable, habíase embebido en la luz del amor y estaba deslumbrada.

Miraba los ojos del esposo y no los veía. Su mirada, se hundía en las niñas y seguía hundiéndose, como si quisiera abrazarse y fundirse en la esencia del amado.

Era fuego que quería unirse á otro fuego para formar una sola llama.

Ese deseo inaccesible es lo que observé en el gesto de aquella adoradora.

Sir George Herbert, su marido, amaba más hondamente. Su amor no aburría, vivificaba.

Casi todas las noches se deslizaban para ellos igualmente tibias, con su monótona placidez.

Ignorando lo que es aburrirse gozaban plenamente de la noche; el silencio de las cosas les acercaba más.

¡Cómo amaban la noche! Sir Herbert tocaba admirablemente el violoncelo. Pero aquel hombre era un terrible é inconsciente egoísta. Hacía arte únicamente para exteriorizar todo lo sublime de su alma. Su alma pertenecía por entero á Hilda, y la lady era el único ser que percibía por completo sus esplendentes manifestaciones. Le escuchaba atenta, fervorosa, gozando lo indecible.

Y él tocaba, tocaba intensamente, cada vez con mayor entusiasmo. Y acontecía una cosa extraordinaria: se inflamaba su frente, su nariz se endurecía y brillaba en sus ojos, algo más que la creación del autor, que interpretaba con dedos nerviosos, que alargaba y encogía, juntaba y separaba, sobre las cuerdas vibrantes. Iba y venía el arco, seguro de sí, lento ó rápido, saltando sobre las cuerdas como un atolondrado ó paseándose sobre ellas con la gravedad de un genio potente que despertara ayes profundos, gritos y cantos de salvaje majestad. Y acontecía que aquel algo que flameaba en sus ojos encendía otra voluntad en el arco, y en los dedos incansables del artista, y el arco movido por un nuevo impulso, obedecía ciego sobre la caja de música, sin seguir en nada á la partitura, abierta inútilmente sobre el atril. ¡Creaba!

Hay seres en el mundo que, sin ser artistas, poseen el instinto de lo hermoso. Estos seres, estériles de fuerza creadora, dotados de una fantasía tremenda, arden en constante entusiasmo y su alma sumamente sensible percibe á veces, con más exaltación que un artista, el dolor ó la alegría más sutil, y á menudo, en su cerebro exaltado, toman cuerpo y carácter cosas inanimadas. Lady Hilda era uno de estos seres.

Cierta noche, sin duda en la que sir Herbert creaba con más fiebre y entusiasmo su más hermosa melodía, Hilda sintió nacer en las fibras de su alma una queja sorda y terrible. Un frío extraño apoderóse de ella, y el corazón, aquel corazón débil é impresionable, hizo un esfuerzo colosal para seguir latiendo.

Había sorprendido á su esposo completamente subyugado por la inspiración, envolviendo con una mirada intensa y acariciadora á su brillante caja de música, que vibraba en sus manos, dulce y apasionada, con voz de mujer...

¡Oh, sí!.. Aquella caja cobraba una vida extraña, incomprensible!.. Ya no sonaba como siempre: hacía lo que nunca; ¡hablaba!.., y la sonoridad de sus cuerdas era igual á la de una garganta femenina.

—No toques más, George, rogó débil y dolorosamente Hilda.

Era la primera vez que profería semejante frase y era también la primera en que sir Herbert no oía á su esposa.

Estaba absolutamente abstraído en su obra, la cabeza inclinada sobre el humanizado instrumento: sus dedos acariciaban las cuerdas, el arco arrancaba la vida y la voz, aquella prodigiosa, dulce y apasionada voz de mujer, crecía, intrusa, provocadora...

Lady Hilda levantóse para ocultar las lágrimas que le hinchaban los ojos. Andando levemente, se dirigió á la puerta.

—¿Te vas, Hilda? Levantóse el artista y la miró con ansia. Temía que se hallara enferma.

La mujer se abandonó en los brazos del esposo, sonriéndole en un profundo mirar de adorada.

¿Por qué razón, la mayoría de las veces, nuestro mayor enemigo debe nacer y morar en nosotros mismos?

He ahí, que es alma y sangre de nuestra sangre, y alma que conspira bárbaramente contra la propia felicidad.

Le confiamos nuestro espanto, nuestras dudas, desahogamos en llanto nuestras quimeras y pesadumbres, y él, que está oculto en la esencia de nuestro ser, lo recoge y abulta todo, convirtiéndolo en armas que pronto nos librarán combate, mientras nos embriaga de dolor para que seamos menos fuertes. ¡Con qué torpeza andamos equivocados!

Creemos conocer al enemigo, trazaríamos su nombre y sus líneas, abrimos con desmesura los ojos y juramos, por esta razón, que lo tenemos delante, iracundo, inflexible, levantando la mole que nos va á aplastar. Y sin embargo, muy á menudo, el enemigo no existe. No es más que un caso de espejismo que sobrecoge á nuestra alma insensata. La fantasía, con sus exaltaciones endémicas, cuida de dar relieve á la cosa, y la debilidad que nos acobarda, de hacerla invencible y cruel.

¡Ah, si en vez de abrir los ojos, cerrásemos los párpados para mirar adentro!..

Son muchos, infinitos los seres que contraen enfermedades y tristezas y dolores inauditos por echar en olvido tan gran remedio.

—¡He de morirme!, dicen. Y reunen toda su fuerza para creer que deben morirse. La muerte estaba lejos, muy lejos; pero la llaman con tanto empeño, que al fin se acerca.

Era imprescindible que Hilda, por ser tan impresionable y aprensible y exagerada en todo, tuviera este carácter.

Así es que desde aquella noche que ella titulaba de *mi desgracia,* se consideraba la más infeliz de las mujeres. Y realmente, sobre su alma pesaba la más negra y cruel de las desdichas.

Afuera, en la realidad de las cosas, no ocurría nada; todo andaba igual que siempre.

El dolor, la tristeza, el único enemigo, estaba en ella y con ella. Era un drama profundo y oculto, que no trascendía en nada al exterior. Lady Hilda enflaquecía visiblemente; pero tenía la misma sonrisa, la misma suavidad de voz, aquel gesto de mujer feliz, amadora y amada.

Nadie, ni sir Herbert que leía tanto en sus ojos, dióse cuenta del cambio. Su cuidado mayor era el de ocultar su pesadumbre; creía firmemente que su deber consistía en no mortificar al esposo, y se esforzaba representando su papel como una actriz consumada. No obstante, el hecho de que sir George no adivinara sus tristezas, era para ella, que había soñado en la eterna y sublime fusión de sus almas, el más cruel de los desencantos. ¿No la amaba ya?

Hilda se hundía en lo acerbo, en lo desesperante. Lloraba á lágrima ardiente, y llamaba á la muerte lo mismo que si se hubiera desvanecido todo el encanto de su vida.

Tiraba de sus cabellos delirante, ó bien se pasaba horas con la mirada fija en la negra senda de su dolor tremendo; borracha de pena, extraviada la razón y el alma agonizando.

Desde aquella *noche maldita*, algo crecía y tomaba forma en su fantasía enferma, algo cruel, enorme y desconocido para ella, la asesinaba.

Poco tardó en conocer su enemigo. Sir Herbert tocaba con más fiebre é intensidad que nunca.

Eran muchos los días que robaba tiempo á sus negocios para consagrarlo á su arte. No interpretaba ya las creaciones de otros maestros: se interpretaba á sí mismo. Nervioso, abstraído completamente en la sensibilidad creadora de su alma, exteriorizaba sus profundas melodías.

Entregado de esta suerte á sus creaciones, hablaba con gran entusiasmo de su violoncelo. Y éste, hermoso y brillante, se abandonaba á la voluntad del artista como una esclava; diríais que absorbía el aliento de su dueño para que el alma de éste corriera por sus cuerdas con espasmos de gloria.

Y lady Hilda lo observaba, lo abultaba todo. Nació en ella, una profunda aversión para el violoncelo y poco después unos celos atroces la devoraban. Pues el violoncelo, aquella caja que vibraba al mismo son con el alma de su George, en su fantasía exaltada y enferma cobró un relieve extraordinario: vivía en ella, cual si fuera una mujer ligera y tentadora que con voz dulce y pasional le robase al marido.

Y aquella voz femenina, cada vez más humana, crecía en vigor; educábase... Fundiéndose en otra voz muy varonil y alegre y en una risa infantil, juguetona y suave; brillando como la espuma de sublimes cascadas de notas luminosas, elevábase como un canto de plenitud de amor, delicioso y natural... Era un poema espléndido, de estío y felicidad; un himno fecundo de voces conocidas... Herbert é Hilda mecían al fruto del amor; se besaban y cantaban...



La predilecta, cuadro de Luis Jiménez

Pero Hilda nada trascendental hallaba en la obra; la odió secretamente, hasta que hallándose próxima á ser madre resonó en su espíritu como un grito de resurrección. Entonces aquellas voces brotaron claras y seguras como las suyas.

He dicho que nada trascendental hallaba en ella y la odiaba dominándose. Sonreía, sonreía mucho; pero ¡ah!.. que cuando sir Herbert bajaba la frente sobre la caja vibrante, aquella mujer herida en lo más hondo, erguida ante la elegante chimenea, cerraba los puños con fuerza, abría los ojos desmesuradamente y en su terrible inmovilidad algo destructor flameaba en sus pupilas azules.

Contemplaba á su rival y maldecía con labios cerrados y su maldición era más intensa.

¡Cuántas veces habíase inflamado de venganza al ausentarse su esposo! Cerraba las puertas y como una loca recorría las salas interiores. Sentábase en las butacas y en los sofás magníficos y sus uñas destrozaban la seda.

Por su cerebro ardiente, que amenazaba estallar, perfidiosa y horrible pasaba la idea del asesinato.

Un día, se acercó al violoncelo. Su rival, cuidadosamente abrigado en su funda de verde paño, dormía profundamente, como si soñara en las caricias de su dueño.

La despojó del vestido, tendida en el suelo, desnuda sobre la alfombra, y se sentó encima, haciendo fuerza, igual que si quisiera reventarla. La caja crujió sordamente y lady Hilda levantóse con espanto. Volvió á sentarse luego, y con ceño terrible miróla en el cuello, en aquel cuello largo y prodigioso que vibraba como una garganta femenina. Y le asaltó el deseo de destrozarlo.

Hundiéronse sus dedos y tiraron con furor... Las cuerdas resistieron, pero sonó una, la más delgada, la que cantaba más dulce y tentadora...



Planchadoras sevillanas, cuadro de Ricardo Brugada



EL GENERAL VARA DE REY, grupo en bronce, obra del escultor Eduardo B. Alentorn,

fundido en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, que decora el monumento erigido en Ibiza

Estaba sentada Hilda en el extremo de la caja, de manera que á cada tirón levantábase y volvía á caer el cuello del violoncelo como si agonizando se estremeciera...

Hilda, furiosa y loca, dobló una rodilla sobre el pecho de la caja y tiró de nuevo desesperadamente ..

Cedió la cuerda, al fin, profiriendo un grito desgarrador; rompióse, hiriendo y ensangrentando á Hilda en la articulación de los dedos.

Y la infeliz esposa de sir George Herbert huyó espantada, lívida, temblando como un asesino.

. . . .

(Dibujo de F. Williams.)



MONUMENTO Á D. VÍCTOR CHÁVARRI, obra del escultor Miguel Blay

LA FAMA, estatua que figura en el monumento á D. VÍCTOR CHÁVARRI, obra del escultor Miguel Blay, fundida en bronce por los Sres. Masriera y Campins

LA EXPEDICION NORDENSKJOLD.

Antes de relatar el salvamento y el regreso de la expedición Nordenskjold, que constituyen indudablemente el acontecimiento geográfico más importante del año pasado, creemos oportuno referir á grandes rasgos la historia de la misma.

Concebida y dirigida por el doctor Otón Nordenskjold, que se había rodeado de un brillante estado mayor científico, la expedición antártica sueca salía de Goeteborg en octubre de 1900 á bordo de un viejo buque ballenero, el *Antartic,* mandado por el capitán Larsen, uno de los más hábiles capitanes balleneros noruegos que precisamente había realizado un viaje á la región que Nordenskjold se proponía visitar, por lo cual parecía perfectamente indicado para el puesto que se le confiaba. En Buenos Aires unióse á la expedición el Sr. Sobral, teniente de la armada argentina.

Después de una última escala en la isla de los Estados, en donde el gobierno argentino sostiene una estación meteorológica y magnética, hízose el *Antartic* á la mar, llegando en 11 de enero de 1901 á la vista del archipiélago de las Shetlandias meridionales, y después de pasar al Oeste de la isla Nelson, atravesó el estrecho de Bransfield y penetró en el canal de Orleáns. Sin detenerse en aquellos lugares, los exploradores suecos navegaron hacia el Este de la Tierra de Luis Felipe, para precisar los descubrimientos realizados en aquella región y más hacia el Sur por Larsen durante su campaña ballenera antártica de 1893. Aquel era, en efecto, el principal objetivo de la expedición, y la isla de Seymour, en donde Larsen había reconocido la existencia de un yacimiento fosilífero, atraía especialmente la atención de Nordenskjold, que es un apasionado geólogo. El *Antartic* atravesó el estrecho que separa la isla de Joinville de la Tierra de Luis Felipe, y luego hizo rumbo hacia el Sur hasta el paralelo 66; mas habiéndoles opuesto allí los hielos un obstáculo insuperable, replegóse la expedición al Norte, no sin antes hacer numerosas observaciones oceanográficas (sondeos, mediciones de temperaturas á diversas profundidades, etc.)

Después, Nordenskjold, el doctor Bodman, M. Ekelof, el teniente Sobral y dos marineros desembarcaron en la costa Oeste de la isla Seymour y se instalaron en ella, al pie del Snow hill, á los 64° 30' de latitud Sur, para pasar allí el invierno.

Una vez establecida y aprovisionada aquella estación, el *Antartic* marchó á las islas Maluinas (Falklands) emprendiendo luego, bajo la dirección científica del doctor J. G. Anderson, que se había quedado á bordo, un crucero hacia Nueva Georgia del Sur, adonde se puede llegar en pleno invierno.

A principios del verano siguiente, es decir, á fines de 1902, el *Antartic* se dirigía á la estación de invernada para reembarcar á Nordenskjold y á sus compañeros, conviniéndose en que si en 15 de abril de 1903 no reaparecía la expedición en tierra habitada, habría motivo para inquietarse por su suerte y para organizar una expedición de socorro.

Ahora bien: pasó todo el mes de abril de 1903 sin que desde el extremo de la América meridional se anunciara el regreso del *Antartic,* lo que dió lugar á muy fundada alarma.

Varios generosos compatriotas de Nordenskjold reunieron en pocos días 50.000 coronas, y muy pronto el voto del Parlamento autorizó al gobierno para que tomara la iniciativa de la organización de una expedición de socorro. Poco después fletóse un ballenero, el *Frithjof,* cuyo mando fué confiado al capitán Gylden, de la marina real.

A su vez, la expedición antártica francesa que por aquel entonces se organizaba, inscribió al frente de su programa el salvamento de Nordenskjold.

Pero al lado de todos estos proyectos, surgió otro completamente inesperado.

El día 6 de mayo, el sabio director del Museo de La Plata, el doctor D. Francisco P. Moreno, hombre de grandes é inteligentes iniciativas, preconizaba en el diario *La Nación,* de Buenos Aires, la organización urgente de una expedición argentina de socorro, y su excitación estaba hecha en términos tan elocuentes, que inmediatamente comenzaron los trabajos para la realización de aquella idea, decidiendo el gobierno destinar á esa expedición la corbeta *Uruguay,* que fué debidamente reformado para llevar á cabo aquella misión en las debidas condiciones.

El teniente de navío Julián Irízar, agregado naval en Londres, á quien el gobierno argentino confió el mando de aquella expedición, trasladóse á Escandinavia á fin de comprar todo el material necesario, que sólo allí se encuentra, y escuchar los consejos de los hombres competentes, mientras en Buenos Aires el ministro de Marina, el capitán de navío D. Onofre Betbeder, dirigía personalmente los preparativos con especial solicitud.

El cañonero argentino salió del dique, en donde había sido objeto de importantes transformaciones, y se hizo á la mar, saliendo de Buenos Aires el 8 de octubre; y seis semanas después, en 22 de noviembre, un telegrama anunciaba su feliz llegada á Santa Cruz (Patagonia austral), con todo el personal de la expedición antártica sueca, excepción hecha de un marinero que había fallecido durante el invierno. Aquella noticia, que causó gran impresión en todo el mundo, determinó en toda la República Argentina una violenta explosión de alegría, que llegó materialmente al delirio cuando en 2 de diciembre último entró triunfalmente la *Uruguay* en el puerto de Buenos Aires.

La *Uruguay* había salido de la Tierra del Fuego en 1.° de noviembre y el día 6 llegaba sin novedad á la vista de la isla de Seymour; al día siguiente, dos grupos exploraron los alrededores, y el día 8 encontraron en la costa Sur de la isla á dos marineros suecos que habían ido allí á proveerse de huevos de ánades silvestres en previsión del próximo invierno.

Guiados por aquellos hombres, cuya alegría fácilmente se comprenderá, el teniente Irízar y uno de los oficiales á sus órdenes se dirigieron por tierra á la estación de invernada, adonde llegaban casi al mismo tiempo que Larsen y en donde tuvieron la clave del misterio que desde hacía tantos meses tenía alarmados á los centros geográficos: el *Antartic* se había perdido, pero afortunadamente todos los exploradores estaban sanos y salvos, excepción hecha del marinero Wenesgaard que, como hemos dicho, había fallecido durante el invierno anterior.

Desde el principio de su viaje de regreso á la isla Seymour, comprendió Larsen que para llevar á cabo su misión tendría que vencer muchísimas y grandes dificultades. El golfo Erebus-et-Terror estaba cubierto de hielos, razón por la cual decidieron los expedicionarios que el doctor Anderson, el teniente Duse y el marinero Grunden procurasen llegar por tierra á la estación de invernada para ponerse en contacto con Nordenskjold y sus compañeros; á este efecto, los desembarcaron en la tierra de Luis Felipe, al Sur del monte Bransfield, entregándoles un trineo, varios *skis* y provisiones para tres ó cuatro semanas, y dejando un importante depósito de víveres en el sitio en donde los habían desembarcado. En aquel lugar debían reunirse los dos grupos Nordenskjold y Anderson el día 10 de febrero, en el caso de que el *Antartic* no hubiese podido avistar la isla de Seymour. Entonces, también trataría de llegar allí el buque. Larsen prosiguió su navegación, pero el barco quedó muy pronto aprisionado entre los hielos y en 31 de diciembre de 1902 estaba definitivamente bloqueado, comenzando entonces para la pobre embarcación y para sus valerosos tripulantes una serie de pruebas terribles. La noche del 11 al 12 de febrero fué espantosa, y desde la mañana del 12 hubieron los expedicionarios de disponerse á abandonar el barco, que ya sólo por milagro se mantenía á flote.

Izóse la bandera nacional en el palo mayor y con la mayor sangre fría y en buen orden desembarcaron los exploradores en el hielo embarcaciones, víveres, tablas, etc.: á la una menos cuarto hundíase el *Antartic*, sepultándose en el mar cuyo nombre llevaba, á unas veinte millas al Sur de la isla Paulet. Larsen y los suyos trataron de llegar hasta la isla, para lograr lo cual hubieron de hacer esfuerzos sobrehumanos, atravesando los témpanos cargados con todos los víveres que habían de llevarse y con todos los materiales que habían de servirles para construir su cabaña de invierno. Después de una marcha lenta y penosa, llegaron por fin á la costa de la isla Paulet, en donde se instalaron como pudieron para pasar el invierno.



DR. OTTO NORDENSKJOLD, el atrevido expedicionario polar

Sólo los que han invernado en las regiones polares en circunstancias más ó menos normales podrán formarse idea de los sufrimientos por que hubieron de pasar los infortunados náufragos en la miserable choza de piedra que se habían construído. Como al abandonar el *Antartic* no habían podido llevar consigo más que una cantidad de víveres muy reducida, hubieron de alimentarse principalmente de carne de foca y de ánade. Allí fué donde murió el marinero Wenersgaad.

Anderson, por su parte, vióse obligado á invernar en la Tierra de Luis Felipe y no llegó al campamento de Snow-hill hasta el 16 de octubre, es decir, tres semanas antes de la llegada del teniente Irízar.

En la primavera, Larsen, acompañado de cinco hombres, emprendió la marcha por los témpanos y por tierra firme hacia la estación de invernada de Nordenskjold, adonde llegó casi al mismo tiempo que los oficiales argentinos.

El 9 de noviembre, Nordenskjold y todos los hombres de su expedición, que entonces se hallaban reunidos en su campamento, embarcáronse en la *Uruguay*, y en la madrugada del 10 el cañonero argentino recogía á los náufragos de la isla Paulet.

La llegada de los intrépidos marinos argentinos al puerto de Buenos Aires á últimos de noviembre fué un verdadero acontecimiento al que se asociaron con telegramas de felicitaciones todos los países civilizados. Durante los días que permanecieron en la capital argentina los ilustres expedicionarios del *Antartic*, fueron cumplidamente agasajados, en particular el jefe de la arriesgada empresa científica, del sabio doctor Nordenskjold, quien dió en el Politeama una conferencia importantísima, encaminada á demostrar el éxito indudable de la expedición. El 10 de diciembre, y á bordo del vapor alemán *Tijuca*, partieron con rumbo á Hamburgo los exploradores suecos, habiendo acudido á despedirles las primeras autoridades y las personalidades de mayor representación social, la oficialidad y la tripulación de la *Uruguay*, el cónsul de Suecia y Noruega Sr. Christophersen, los miembros de la comisión popular, el Dr. Charcot, que se está disponiendo para una expedición semejante, y una multitud in-



MIEMBROS DE LA EXPEDICIÓN SUECA AL POLO SUR



SALIDA DE VISPERAS, cuadro de V. de Paredes



COQUETERIA INFANTIL, cuadro de Elena Geyer

mensa, que se estrujaba por despedir cariñosamente á los que han motivado que se escribiera una página de oro en el libro de honor de la Marina argentina. Nordenskjold y sus compañeros de expedición llegaron el día 14 á Estocolmo, siendo objeto de una recepción brillante y entusiasta.

A pesar de la pérdida del *Antartic* y de los materiales científicos que con este barco se hundieron en el mar, la expedición antártica sueca, organizada con recursos limitados, habrá sido una de las más fecundas de cuantas han explorado el polo Sur.

Nordenskjold y sus compañeros no se han concretado á acumular observaciones meteorológicas y magnéticas, sino que además traen indicaciones preciosas y numerosos materiales obtenidos en las varias expediciones que realizaron en canoa y en trineos á lo largo de las costas ó hacia el interior de la Tierra del rey Oscar II. Entre otros, han recogido en la Tierra de Luis Felipe y en la isla de Seymour muchos fósiles, de los cuales parece deducirse que esas tierras hoy cubiertas de nieve y de hielo y en donde la temperatura desciende á veces á 40° bajo cero, disfrutaban en otro tiempo de un clima menos rudo y estaban cubiertas de una hermosa vegetación.—S.

NUESTROS GRABADOS

Retablo proyectado y ejecutado por Dionisio Renart.—El hermoso retablo que reproducimos, obra del distinguido artista Dionisio Renart, adquirido por D. Fausto Dalmases para la capilla de Claut, es una de las obras de este género que honran á su autor, puesto que así la estructura general, como la pintura, dorado y elementos decorativos, revelan perfecto conocimiento de esta clase de producciones, inspirada en las de la mejor época.

***

La predilecta, cuadro de Luis Jiménez.—Es Luis Jiménez uno de los artistas españoles contemporáneos que más universal y legítima fama han alcanzado, y esto es tanto más de admirar, ya que su actividad artística se dedica con igual fortuna á varios géneros completamente diversos, produciendo en todos ellos obras que bien puede aplicárseles el calificativo de notables. Sin salirnos de los cuadros que ha reproducido LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, recordamos en este momento cuatro ó cinco que con el que hoy publicamos justifican nuestro aserto: *El minué, La visita en una sala del hospital, Confesión amorosa* y *Las dos hermanas*. La elegancia y finura del primero truécanse en el segundo en concepción vigorosa para representar con trazos enérgicos una hermosa página de la escuela realista, y en los dos últimos se convierten en encantador idilio campestre, llenos de sentimiento é inspirados en el más puro naturalismo. Cuanto á *La predilecta*, es una bellísima nota que ha de agregarse al extenso catálogo que ha formado tan meritísimo artista: aquel hermoso paisaje sembrado de plantas silvestres en el período de su florescencia, limitado en el fondo por espeso bosque en el que se destacan las dos figuras, respira esa poesía especial, ese encanto peculiar y distintivo de las producciones de un artista de valía, en cuya ejecutoria cuéntanse señalados é indiscutibles triunfos.

***

Planchadoras sevillanas, cuadro de Ricardo Brugada.—Bien puede envanecerse nuestro querido amigo Brugada de haber producido una nueva y bellísima página de su ya copiosa serie de cuadros de costumbres sevillanas. Ha poco tiempo nos cupo la suerte de reproducir su sentido cuadro titulado *Despedida*, que tan justamente llamó la atención en la última Exposición Nacional de Bellas Artes: hoy podemos dar á conocer á nuestros lectores otro lienzo, que retrata fidelísimamente un taller de planchadora en la reina del Guadalquivir. Las figuras hállanse bien agrupadas y dispuestas, y así en los pormenores como en el conjunto, adivínase el resultado de la observación y del estudio del artista, que ha logrado dar á su obra animación y vida y con ella la verdadera expresión del natural. Nuestros plácemes al amigo y al artista, así como la felicitación más cumplida.

***

El general Vara de Rey, grupo en bronce, obra del escultor Eduardo B. Alentorn.—Vivo está todavía el recuerdo del heroico esfuerzo de los valerosos soldados que intentaron repeler en las alturas del Caney el rudo ataque de los invasores de Santiago de Cuba. No se ha olvidado el cruento sacrificio realizado por aquel puñado de héroes y menos á su malogrado caudillo, el general Vara de Rey, que impuesto de la misión que se le confiara, tan alto ejemplo dió de patriotismo y de virtudes militares. España no podía en manera alguna permanecer indiferente ante el recuerdo de un hecho de armas que aun nuestros enemigos ensalzaron. Precisaba perpetuar su recuerdo, ofreciéndolo como ejemplo á la consideración de las venideras generaciones. De ahí el plausible proyecto de dedicar al infortunado general, que sacrificó su vida en aras de la patria y en cumplimiento de su deber, un monumento que honrase su memoria y la de sus compañeros. Ibiza podrá envanecerse con ser la guardadora del monumento, cuya ejecución ha sido confiada al inteligente escultor Sr. Alentorn, quien ha representado al héroe del Caney en la actitud de dirigir la defensa, resultando la figura enérgica y vigorosa, cual la situación reclama, y las dos figuras modeladas con amplitud, de tal suerte que entendemos es una de las obras que más honran al escultor catalán Sr. Alentorn. La fundición ha sido pulcramente ejecutada en los talleres de los Sres. Masriera y Campins, quienes han acreditado una vez más la importancia de su establecimiento, hoy perfectamente organizado para tales trabajos, obras de tan reconocida valía.



Retablo, proyectado y ejecutado por Dionisio Renart. (Salón Parés.)

***

Monumento á D. Víctor Chávarri.—La Fama, obras de Miguel Blay.—Recientemente nos cupo la suerte de reproducir en las páginas de esta Revista el magistral grupo constituído por las hermosas estatuas de un fundidor y un barrenero, que se destacan en uno de los frentes del panteón erigido en Portugalete para honrar la memoria del ilustre patricio D. Víctor Chávarri. Hoy, gracias también á la galantería del autor de tan notable obra, podemos dar á conocer á nuestros lectores la estatua de la Fama, que embellece otro de los frentes del monumento, representada por medio de una bellísima matrona en la actitud de coronar con laurel la inscripción en que se consignan las más importantes empresas realizadas por el ilustre bilbaíno, y otra general de dicho monumento, cuya solemne inauguración tuvo lugar el 23 de diciembre último. Bien puede envanecerse el distinguido escultor catalán Miguel Blay por haber ejecutado una obra de tan indiscutible mérito, que tiene el privilegio de obtener los unánimes aplausos de la crítica y que constituye la demostración evidente de su valía.

***

Salida de vísperas, cuadro de V. de Paredes.—Corresponde el cuadro del Sr. Paredes á un género especial que revela un período de producción artística. Durante él lograron singularizarse algunos de aquellos artistas que han alcanzado justísima celebridad, manifestándose dueños absolutos de la paleta como peritísimos coloristas. El pintor á que nos referimos podía figurar dignamente entre los que se distinguieron cultivando este género, puesto que admíranse en el cuadro circunstancias muy apreciables, entre ellas el deseo de representar un cuadro de costumbres de una época que tantos atractivos ofrece por la riqueza de los trajes y la brillantez de las coloraciones.

***

Coquetería infantil, cuadro de Elena Gevers.—La celebrada pintora alemana Elena Gevers, que tanto ha logrado distinguirse por sus cuadros de representaciones de niños, ofrece nueva ocasión de aplaudirla por la bonita y delicada composición que reproducimos en estas páginas. Podrá ser trivial el asunto, pero atrae y seduce como todos aquellos que tienen por objetivo las representaciones infantiles. La actitud de la niña, su expresión y todos los elementos que constituyen la obra dan á conocer la inteligencia y habilidad de la artista, que bien merece figurar en primera línea entre las cultivadoras del arte pictórico.

***

Paisaje, cuadro de José M. Marqués.—Otra vez nos ofrece ocasión este distinguido pintor para ocuparnos de sus obras. Dos hermosos paisajes acuáticos acaba de producir, que han sido ventajosamente adquiridos por un inteligente coleccionista y que patentizan una vez más las cualidades que posee el artista. Uno y otro son dignos compañeros de los que reportaron al pintor catalán merecida nombradía, puesto que aparte de los efectos que determina su brillante paleta, avalóranse por esa vaguedad que les presta poético encanto y que revela el sentimiento que el artista imprime en sus producciones. Bien merece Marqués un aplauso y sin reserva se lo tributamos, haciendo votos para que prosiga por igual camino, en la seguridad de que ha de lograr, cual en años anteriores, honra y provecho.

Teatros.—El notable compositor Humperdinck, autor de la popular ópera *Hansel y Gretel*, cuya 200.ª representación se ha verificado recientemente en el teatro Real de la Opera de Berlín, ha terminado una nueva obra, *El matrimonio por fuerza*, que se estrenará en el próximo otoño.

***

Barcelona. Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Pepita Reyes*, comedia en dos actos de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero; y en el Principal *¡Que viene el coco!*, comedia en dos actos de los Sres. Sánchez Calvo y Luque. En el Liceo ha dado tres representaciones el eminente tenor Alejandro Bonci, que ha cantado con gran aplauso las óperas de Donizetti *L' elissir d' amore* y *La Favorita*. En Novedades han dado dos conciertos la señora Pichot de Gay y el notable pianista suizo M. Cortot: la primera cantó admirablemente canciones de Haendel, Beethoven, Wagner, Brahms, Schuber, Schumann, Gay y algunas composiciones catalanas, que interpretó con una delicadeza, un sentimiento y un estilo incomparables, habiendo alcanzado entusiastas ovaciones. También obtuvo muchos aplausos M. Cortot, el cual tocó con gran maestría el *Preludio y fuga*, de Bach; las *Variaciones en do menor*, de Beehoven; la *Leyenda* y la *Undécima Rapsodia*, de Liszt; la *Bercense*, de Chopin; las *Scenes d' enfant*, de Schumann, y *La muerte de Isolda* y el preludio de *Los maestros cantores*, de Wagner.

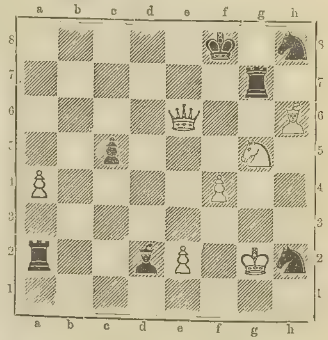
Necrología.—Ha fallecido:

D. Urbano González Serrano, notable filósofo español, catedrático del Instituto de San Isidro de Madrid.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 350, POR S. LOYD.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 349, POR E. FERBER.

Blancas.	Negras.
1. Dc3-e1	1. Cualquiera
2. A mate.	



Remigio, entonces, sin vacilar, se levantó con un movimiento encantador..

LA CONQUISTA

Novela original de May Armand-Blanc. - Ilustraciones de Marchetti

(continuación)

En aquel momento, Juan se había aparecido ante ella, con qué miradas..., con qué palabras... Y ella entonces se había, sin duda, desmayado.

Donald le dijo:

—Eres tú la que le ha salvado...

Y apoyando la frente en la mano de Valentina, se echó á llorar.

Valentina exclamó en un acceso de alegría inexpresable:

—¡Ah! Queridos míos... ¡Cuánto os quiero!

Así, pues, era cierto... Había hecho suyo á aquel niño, que era ya de los dos... Nada podía en adelante aminorar su dicha... Y Valentina se abandonaba á la paz deliciosa de aquella convalecencia de cuerpo y alma.

—Perdóname, dijo Juan; te estoy agitando y no conviene... No hablemos más... Quisiera que volvieses á dormirte.

Y el doctor miraba con un amor infinito aquella cabeza morena y pálida que se había agitado durante ocho días en la almohada con los espasmos de la fiebre, porque había pasado una semana entera. El contagio había respetado á Valentina y el doctor había podido atajar las consecuencias de aquella profunda conmoción nerviosa que la hizo caer quebrantada y perdida. Pero hacían falta todavía muchas precauciones. Juan repitió:

—Descansa... y bebe esto.

La enferma bebió dócilmente, pero dijo en tono suplicante:

—¡Oh! Juan.., quisiera verlos... Tráeme á mi Juanito solamente un minuto...

—Juanito está durmiendo, querida, respondió el doctor.

Juan dijo aquellas palabras con firme tranquilidad y después se volvió un poco para arreglar los pliegues de la cortina. Valentina le estaba mirando y su marido no podía soportar aquella mirada.

—Pero, dijo la madre, cogiéndole con mucho cuidado, ¿crees que se despertará?

¡Ah! ¡Si Juan hubiera podido imponerle silencio y no oirla hablar con aquella voz tan dulce y aquella cara llena de esperanza y de alegría!

Donald tuvo que responder otra vez:

—No, acaso no se despertara..., pero debes ser razonable... Temo que no sea prudente sacarle de la cuna... Hace casi frío esta noche... El tiempo ha cambiado mucho en ocho días...

—¡Ah!.., dijo Valentina.

Y volviéndose hacia la pared añadió:

—Tienes razón; voy á tratar de dormir... Vete; yo te llamaré.

Juan se dirigía hacia la puerta y la enferma le llamó:

—Dame un beso, le dijo.

El marido volvió, y cuando hubo besado en la frente á Valentina, dijo ésta:

—Bésalos en mi nombre en tanto que yo no puedo hacerlo...

Juan dijo sí con la cabeza, salió por fin, y en cuanto cerró la puerta se apoyó un momento en la pared como si le acometiese un vértigo...

Valentina no podía dormir. «Hace casi frío; el tiempo ha cambiado mucho en ocho días,» repetía. Sí, mucho debía de haber cambiado, pues hasta en su cuarto bien cerrado, en su cama tibia y en la atmósfera dulce de la casa, sentía que ese frío súbito y precoz se apoderaba de su corazón. Aquel corazón, hace un momento consolado y caldeado por una especie de florescencia, parecía que se helaba al contacto de una nieve oculta.

La enferma esperó mucho tiempo, con el propósito de oir algo. La casa estaba perfectamente tranquila. De la pieza próxima venía un ligero rumor, compuesto de las voces de Juan y de Remigio, que hablaban bajito para no incomodarla. Pero no oyó ningún eco de lo que más deseaba. Conocía muy bien el ruido de la puerta del cuarto en que estaba su hijo; aquella puerta rechinaba siempre un poco y el picaporte, al cerrarse, producía un pequeño ruido seco. Ni una vez se abrió ni se cerró. «Se conoce que pasan aún por el otro lado, pensó Valentina, pues en dos horas han debido ir á ver al niño.»

Cuando abría los ojos los posaba en cosas familiares.

Las paredes estaban tapizadas de una tela persa gris y rosa con medallones y guirnaldas. Ella misma la había colocado entre unas medias cañas de cobre dorado. Pálidos rayos de sol proyectaban su luz sobre los sencillos muebles de fresno claro, á través de los cristales velados con visillos de tul. Una rama de acacia, ya casi deshojada, sacudía su fina lluvia en los cristales al mecerse lentamente.

De todas aquellas cosas se desprendía una paz que recordaba los días felices.

Valentina cerraba los ojos, con la voluntad intensa de ser razonable y de dormir. Pero entonces veía claramente en la imaginación al niño dormido, como le había visto la última vez, con los colores de la fiebre confundiéndose con los de la salud, con su carita adelgazada, pero todavía redonda, con la frente ancha y envuelta en las oleadas de oro del cabello, que parecía de seda deshilachada, y con la señal apenas indicada de unas cejas de fina pelusilla. «Una minia-

tura,» como dice de los niños bonitos la gente del pueblo

Un niñito se transforma muy de prisa y ocho días son un largo plazo en esa edad. Valentina pensaba que seguramente iba á encontrarle cambiado.

De repente, no pudo contenerse; tenía que verle en seguida... Quiso primero llamar á Juan é insistir en que se lo trajese ó la llevase á ella á verle..

Pero por fin se decidió á ir sola Era una locura sin duda, y hubo un momento en que estuvo á punto de contenerla la idea de que Juan se iba á enfadar. Pero experimentó de pronto con más intensidad aquella sensación de frío en el corazón y sintió que era precisa, para disiparla, la vista de aquella cuna que la esperaba tan cerca. Por otra parte, todo se hacía en un segundo: ver á Juanito, darle un beso y volverse en seguida á descansar, para ser ya siempre más razonable.

Muy débil y vacilante, pero sostenida por su idea fija, se envuelve en un peinador de franela blanca, pone toda su astucia en no hacer más ruido que un ratoncillo y atraviesa el descanso de la escalera con un ligero escalofrío, pero con una sonrisa incierta y casi temerosa

Abre la puerta de enfrente, que rechina como siempre y cuyo picaporte hace su ruido acostumbrado, y de repente la sonrisa muere en la cara de Valentina.

En el cuarto no hay nadie, pero en un rincón, en el fondo, ve una cosa horrible: la cuna tapada, completamente tapada. Las cortinas de tul y el lazo blanco que la adornaban están doblados al lado sobre una mesa... La cuna está vacía...

Valentina oye correr detrás de ella y no puede volverse. Un brazo la rodea y la sostiene. La pobre madre no tiene fuerza para moverse ni para llorar, y dice solamente muy bajo, moviendo la cabeza:

—¡Mi niño..., mi niño... ha muerto!..

Era verdad. Cuatro días antes, una convulsión se lo había llevado al cielo.

SEGUNDA PARTE

I

CÓMO SE ENCUENTRAN LAS PERSONAS

Una pequeña hada; el hada *Crisantema*, envuelta en un vestido de seda de color de rosa festoneada y en cada festón rizos de seda y pluma, con aquellos hombros tan finos y de una delgadez exquisita de juventud, y aquellos bracitos menudos en sus mangas perdidas; con aquel talle ligero ceñido de una cinta amarilla y blanca, arrugada y formando dos enormes lazos delante y detrás, que figuraban el corazón de la flor; tal resultaba aquella niña casi fantástica, como una acuarela ideal escapada del más maravilloso y más japonés de los abanicos.

Su cara deliciosa y blanca, bajo el oro del cabello rizado y entrelazado con los pétalos de una gran flor, parecía el alma misma de aquel crisantemo extraño, fresco y adorable. Estaba sentada é inmóvil y tenía bien cruzados los dos piececitos, en los que se ostentaban, como enormes pompones, sobre los zapatos de seda verde, dos crisantemos. Tenía en la mano otra flor igual de largo tallo, y esto le daba un aspecto tan poético y melancólico, que todo el mundo la miraba y hablaba de ella á la dueña de la casa, la baronesa de Cilly.

—¿Quién es?

—¡Cómo! ¿No la conocen ustedes? Es la hija de Allire.., ya saben ustedes, el banquero..

—¡Ah!. Sí, sí...

Porque si no conocían á Colette, todo el mundo había encontrado en todas partes á la señora de Allire. De este modo, Colette, que era hada aquella noche, resultaba igualmente reina; pero ella no parecía notarlo.

Había muchas lindas criaturas é ingeniosos disfraces en aquella fiesta tradicional de la baronesa de Cilly. El día 6 de enero, la baronesa reunía en sus salones la más tierna juventud de sus numerosos amigos, desde tres años á diez y siete. Había allí niños pequeños, que parecían salir de un libro de estampas, y primaveras de gracia casi de mujer, como la de Colette: quince años. Colette miraba con ojos más asombrados que divertidos aquel conjunto abigarrado, aquella orgía de colores, aquel vértigo de movimientos; en el que se confundían en armónico conjunto los cascabeles dorados de los Polichinelas, el blanco deslumbrador de los Pierrots, los sables de madera de los Arlequines, los cetros de oro de las Reinas y las medias lunas de plata de las Noches.

Colette sentía intensamente la armonía de los tonos y saboreaba aquel cuadro como si fuese un fresco alegre y atrevido.

De repente, una plácida sonrisa levantó las lindas comisuras de sus rojos labios al ver pasar dos preciosas niñas gemelas, de unos seis años, deliciosamente vestidas de gatitas, con su cabeza felina á guisa de sombrero, su larga cola y sus garras sonrosadas á modo de suaves guantes.

Marqueses, pajes y hasta reyes se acercaban con seriedad cómica al hada Crisantema y ensayaban el arte complicado de la galantería mundana, con frases estereotipadas y una cierta expresión de indiferencia que debía de ser copiada de sus hermanos mayores, ya gastados en bailes y fiestas.

Y aunque la sencilla y linda Colette fuese una personilla nada gastada, respondía en el mismo tono, y al echar á andar seriamente del brazo de un caballero, miraba con sorpresa, y acaso con envidia, las caras sonrosadas y vivas y los movimientos desordenados de los más pequeños. La niña conocía á todo el mundo y había entre ella y sus camaradas los lazos de la costumbre; pero, en realidad, no encontraba nada que decirles para que no fuese siempre lo mismo Un instinto de observación precoz y justa le hacía encontrar ridículas las frases de Raúl de Sanvray, por ejemplo, que á los quince años hablaba de carreras y de caballos como un *sportman* hecho y derecho.

Colette le respondió brevemente:

—No me gustan las carreras y nunca voy.

Y desde entonces, el joven Raúl no supo ya qué decir. Sin embargo, en el grupo, ya numeroso, de sus admiradores, había dos que le interesaban más: uno era Luis Mollier, hijo de un compositor bastante célebre que había consagrado la infancia de Luis al estudio encarnizado de la música A los diez y seis años tocaba el muchacho con igual talento el piano y el violín Era alto, de rostro pálido y pensativo, y hablaba despacio. El otro se contentaba con ser encantador, pero lo era como un querubín. Evidentemente nacido para hacerse adorar, el joven Adolfo de Fressuire tenía, á los catorce años, una gracia enteramente desusada en esa edad ingrata.

Aquella noche, con su traje de abate de corte, y de una corte italiana, muy «renacimiento» y enteramente «vuelillos de encaje», estaba Adolfo adorable, y no abandonaba al hada Crisantema, la cual, más mujer que hada, acabó por deshelarse enteramente ante aquellas maneras y aquel cortejo divertido, y por preferir el lindo abate de cara y alma de querubín, á los discursos un poco pesados del joven Luis sobre la música de Wagner.

La sonrisa pone tonos de rosa en las caras más paliduchas de quince años, y Colette tenía el color cada vez más sonrosado y el aire cada vez más crisantemo, en el vuelo de sus sayas rizadas, á medida que la velada iba avanzando. Con la agitación del baile, había perdido uno de los pompones de los zapatos y roto el tallo de la flor que llevaba en la mano; y el joven abate se había adornado audazmente el alzacuello con aquella flor. En aquel momento se parecía Colette á la pequeña niña que corría en otro tiempo con Remigio por las praderas, jugando «á los salvajes»

En un momento en que se sentó, por fin, para respirar y arreglarse un poco los bullones del vestido, oyó que le decían dulcemente:

—¡Colette! ¿No me conoce usted ya?

La joven levantó la vista y vió delante de ella un muchacho de cara singularmente fina y dulce. Llevaba un traje negro ajustado que sentaba muy bien á su cuerpo largo, flexible y nervioso. El jubón, bordado de marta, se abría sobre una gola de viejo encaje. Tenía en la cabeza un birrete de terciopelo negro echado hacia atrás sobre el cabello castaño cortado en línea recta en la frente y rizado en redondo alrededor del cuello Colette le miró haciendo un esfuerzo de memoria y le reconoció de repente.

—¡Remigio!, exclamó

Y añadió vivamente, haciéndole sitio á su lado:

—¡Oh! ¡Cuánto me alegro!.. ¿Pero qué es de usted? ¡Y decir que hace tanto tiempo que no nos hemos visto!.. ¡Oh! Remigio...

Colette repetía ese nombre con visible y franca alegría. Remigio se sentó. Y de repente, al volverse á mirar, los dos se callaron, como poseídos de cierta sorpresa, de cierto malestar, al encontrarse tan crecidos y tan diferentes...

Un poco separados y muy curiosos, los adoradores de Colette miraban con extrañeza á aquel recién venido, extraño á su círculo, que los suplantaba brusca y completamente. Porque era evidente que ellos no existían ya para el hada Crisantema, de corazón tierno y fiel, que había encontrado en Remigio Donald toda una época de la niñez, luminosa en su memoria Remigio le dijo:

—Yo la he conocido á usted en seguida.

—¿Sí?. Pues, sin embargo, he cambiado mucho. ¡He crecido tanto!

—Yo también he crecido, respondió el muchacho irguiéndose y ensanchando los hombros.

Colette repetía riéndose:

—¡Qué contenta estoy!.. ¡Pero qué contenta! No puede usted imaginárselo... Porque no le he olvidado á usted, ni á mamá Valentina... ¡Ah! ¡Cuántas veces he querido ir á verla ó escribirle!.. Pero nunca me he atrevido..., ¿sabe usted..., á causa del pobre niño... ¡Tuvo tanta pena! Y acaso le hubiera hecho mal efecto el verme...

Colette dijo esto muy bajo y con un acento sentimental y sincero.

—Al contrario, respondió Remigio en el mismo tono; creo que hubiera tenido un placer.

Y los dos jóvenes volvieron á quedarse en silencio. En medio de la animación y de la ruidosa locura del baile, los dos sentían con gozo revivir y caldearse su antiguo y gran cariño de niños en una misma atmósfera de recuerdos.

Colette fué la primera en reanudar el diálogo.

—Es chistoso, ¿verdad?, que se pueda vivir en París sin encontrarse nunca.

—Es que nosotros no hemos vivido siempre en París, sino que hemos viajado. En la primavera del año en que nos conocimos, mi padre tuvo que ir á Berlín á un congreso médico, y nos llevó á mamá y á mí. Después, pasamos el verano en Ischl, en Austria Estuvimos luego algún tiempo en París, pero al año siguiente pasé yo seis meses en Inglaterra.

—¿Solo?

—En casa de unos amigos de mi padre, donde había varios muchachos. Estaba allí bastante contento.

—¡Oh! Pero, con todo, estar solo lejos de su casa y de su país debe de ser triste...

La sensible Colette no admitía muy bien esos trasplantes, pues si bien su casa no tenía mucho de un hogar y su país no estaba representado más que por la agitación perpetua de París ó por las perspectivas, siempre iguales, de las eternas estaciones de aguas elegidas por una moda invariable, la niña se sentía unida á todo eso por mil lazos del corazón.

Remigio no se atrevió á confesar á aquella dulce niña que había sido una cierta recrudescencia de su mal carácter lo que decidió entonces á su padre á tenerle alejado por algún tiempo

Colette preguntó:

—Pero esta noche, ¿con quién ha venido usted?

—Solo... Mamá sale muy poco. Quería, sin embargo, venir; pero se lo ha impedido papá, porque la necesitaba para ayudarle á corregir las pruebas de su libro. Sí, papá ha escrito un libro muy hermoso... No lo he leído todavía, pero sé que es muy hermoso... Ha trabajado en él años y años y ahora lo va á publicar. Pero le da todavía mucho trabajo, porque hay que hacer mil correcciones y...

Colette hizo signos afirmativos con aire convencido, seria y respetuosamente; pero, á decir verdad, no comprendía gran cosa de todos aquellos términos del oficio de escritor.

Remigio añadió:

—Mi padre tenía empeño en que yo viniese... Conoce mucho á la señora de Cilly... ¡Y yo que no quería venir! ¡No la hubiese encontrado á usted!

—¡Calla! Como yo... Yo no quería tampoco salir... Me aburre mucho el ir á todas partes...

—¡Y á mí!

Los dos se miraron sonriendo y encantados. Como en otro tiempo, cuando su primera entrevista á través del seto medianero de sus jardines, reconocían entre ellos importantes puntos de simpatía.

Pero la multitud invadía su retiro y la baronesa de Cilly los había descubierto.

—¡Cómo! ¿Os conocíais? ¡Magnífico! ¡Ea! Vamos á cenar. Es la hora de los reyes.

Y llena de animación, la dueña de la casa organizaba en grupos y en parejas á sus convidados. Con su cabello enteramente blanco, su cara redonda y colorada y su alta estatura, la baronesa quería á toda costa que todo el mundo se divirtiese en su casa y lo conseguía siempre, gracias á su tacto y á su buen gusto

De una rápida ojeada observó el acuerdo que existía entre el hada Crisantema y el joven señor del Renacimiento, y los puso juntos, encantada al ver la armoniosa pareja que formaban Colette y Remigio se encontraron, pues, del brazo para ir á cenar, y después, sentados juntos á la mesa.

Innumerables bujías, una profusión de rosas, anchos lazos de seda clara en los ángulos de la mesa y muchas frutas en el cestillo de mimbres dorados; tal era el decorado exquisito para aquel pueblo de caballeros y de pastores de todas las épocas y de todas las fantasías, que después de empujarse con mil saltos y risotadas, acabó por instalarse.

Una colosal torta dorada, hinchada y reluciente, fué depositada solemnemente en el centro de la mesa

y produjo una impresión de relativo silencio. En la presidencia había vacías dos altas sillas de terciopelo rojo con franjas doradas para el futuro rey y la futura reina, pues la baronesa quería conservar ese aparato y esa etiqueta de la fiesta tradicional.

Todos los ojos iban alternativamente de aquellos tronos de una hora á la misteriosa torta, y cada cual, preparándose á ser el favorecido, hacía de antemano su elección y formulaba el edicto de feliz advenimiento que reclamarían de él después del brindis de honor.

Solamente, acaso, Colette y Remigio no pensaban en aquellas niñerías. Se divertían, sí, con todo su corazón, pero no veían ni oían más que á ellos mismos y hablaban de prisa ahora, recordando mil detalles del estío ya lejano... Los dos recibieron, pues, con cierta indiferencia su parte del hojaldre; pero, de pronto, Remigio hizo un gesto.

—¡Ay!

—¿Qué?

El joven había mordido el haba de porcelana y se la enseñó sonriendo á Colette. Después dijo en alta voz:

—¡Yo la tengo!

Todos prorrumpieron en aclamaciones y en gritos de envidia, y hubo pequeñuelos que lloraron. Por fin, la baronesa, que estaba en pie detrás de los dos sitios vacíos, dijo al agraciado:

—Pues bien, elija usted su reina.

Remigio, entonces, sin vacilar, se levantó con un movimiento encantador, se inclinó hacia su vecina, le cogió ambas manos, y volviéndose hacia la mesa, la presentó sonriendo

El pobre abate de corte, que estaba meditando un desquite brillante, sintió el corazón mordido por la envidia; pero tuvo que poner buena cara ante aquel doloroso espectáculo

Entretanto, el rey Remigio y la reina Colette, lejos de apreciar su triunfo, encontraban desolador que el fausto de su repentino poder hubiera interrumpido su charla.

Colette, coronada con una diadema de perlas, tomó en seguida cierta expresión de cansancio enteramente real, pero Remigio sufría inconscientemente el encanto pueril de la envidiada dominación y se alegraba de que la fortuna le hubiera permitido proclamar reina á la amiga escogida hacía tanto tiempo.

—Ahora, el rey debe dictar su ley.., dijo la baronesa en el momento en que el festín terminaba en un alegre desorden.

Remigio, que conservaba todavía timideces nerviosas de hijo único y delicado, se ruborizó ligeramente.

¿Qué debía decir?

Los súbditos esperaban... y él se irritaba contra sí mismo al ver que le habían cogido de improviso Pero oyó á su lado que la voz de su reina murmuraba:

—Diles: «Quiero que todo el mundo se ame y sea dichoso.»

Y dócilmente repitió el rey:

—Quiero que todo el mundo se ame y sea dichoso

Deseo temerario y encantador, ley inaplicable por excelencia, pero cuya promulgación tuvo un éxito loco, como todas las bellas y cándidas utopías.

***

—¿Eres tú, Remigio?

Valentina salió al encuentro del joven.

—¡Cómo! ¿Todavía no estáis acostados?.. ¿Pues qué hora es?

—Van á dar las dos. Estamos trabajando. Ven por aquí. ¿Te has divertido? ¿No estás muy cansado?

—¡Oh, no!, exclamó Remigio con los ojos brillantes. ¿A que no sabéis á quién he encontrado?.. ¡A Colette! Yo he sido el rey y ella la reina, naturalmente. Y luego...

Entraron en el despacho del doctor, que levantó la cabeza, apartó los papeles y se volvió hacia su hijo, al que Valentina estaba quitando el abrigo y abrazando tiernamente Y los dos, él y ella, miraron con sonrisa de orgullo á *su* hijo. Remigio parecía hecho para llevar aquel traje de discreta elegancia. La animación de la fiesta hacía brillar sus ojos llenos de inteligencia é iluminaba aquella fina cara de adolescente. Tenía tanta prisa por contarlo todo, que embrollaba los detalles de los sucesos recientes

—¡Mi pequeña Colette!, dijo Valentina ¡Cómo me alegraría de volverla á ver!

—Sí, mamá, ¿no es verdad? Pero vendrá; me lo ha prometido ¡Si vieras qué alta está! Está casi tan alta como yo, y yo casi tanto como tú.

Remigio se levantó, obligó á Valentina á levantarse también y ambos se pusieron juntos delante del espejo. El joven decía la verdad. Si no hubiera habido entre ellos tanta desemejanza en la expresión, en el tono del cutis y en el color del cabello, se los hubiera tomado por hermanos, tan bien se conservaba la juventud de Valentina. Solamente sus ojos se habían velado un poco por los insomnios y las lágrimas.

Aquella noche le costó trabajo dormirse á Remigio, y cuando al fin lo consiguió, vió mil pequeñas hadas Crisantemas bailando alrededor suyo una danza loca.

Por la mañana tenía mucho dolor de cabeza y una especie de tristeza vaga. Dos compañeros fueron á verle á la salida del liceo para saber por qué no había ido á clase, y aunque Remigio no quería hablar de Colette, no pudo contenerse, y al contar los detalles de la fiesta, describió con lirismo la persona de la reina

Pero ocurrió que uno de los amigos la conocía.

—¿La pequeña Allire? Sí, mi padre está en relaciones de negocios con el suyo...

A Remigio le chocó en su interior aquella familiaridad: «¡La pequeña Allire!,» y se calló brusca y torpemente, porque los dos muchachos notaron aquel cambio repentino y empezaron á darle broma sobre su «pasión» Remigio, poco paciente, montó en cólera, lo que no arregló las cosas, y los dos amigos, muchachos sencillos, algo ordinarios y desprovistos de sensibilidad de delicadeza, según Remigio — se marcharon sin enfadarse Una vez solo, Remigio pensó en su lastimosa actitud y se encontró miserable. Sentía vivamente haber hablado. Aquellos groseros muchachos le echaban á perder la imagen ideal de su hada, de su reina, á la que ellos se permitían llamar «la pequeña Allire.» Hubiera llorado por haberse defendido tan mal, porque por un impulso de su alma tan absurdo como común, quería con entusiasmo á la imagen de Colette y deseaba á toda costa ocultar aquel sentimiento á los demás. Al considerar el triste programa del día siguiente y de los demás días, Remigio se encontraba profundamente hastiado de la vida.

Ir á clase, estudiar, ¡qué menguada suerte! Aunque muy inteligente, no era todavía capaz de comprender la necesidad de los estudios metódicos y tenía horror á las clases del liceo, á que su padre le hacía asistir, aunque no aprobase enteramente su régimen, para que se acostumbrase á tratar con la ruda humanidad, que se encuentra allí representada como en boceto

En aquel corto crepúsculo de invierno, Remigio, que tenía imaginación, deseó ardientemente vivir en un país suntuoso y estar siempre vestido con su sombrío y elegante traje de la noche anterior, entre exquisitas y adornadas damas; pasearse por salones dorados y por jardines poblados de estatuas de mármol y de saltos de agua, y pasar la vida declamando versos, cantando canciones, sonriendo y suspirando...

A falta de tales sueños, se hubiera contentado con la realidad de la noche anterior; pero la baronesa de Cilly no daba diariamente sus recepciones. Remigio, que no había sido hasta la fecha muy aficionado á reuniones y bailes, se puso entonces á pasar revista á las relaciones de su padre y á calcular las probabilidades que él tenía de participar de las invitaciones. Pero tuvo que reconocer con humillación y despecho que aquellas probabilidades eran muy débiles Remigio no era admisible todavía —¡oh vergüenza! —más que en los bailes de niños. Entonces, la imagen de aquella hada encantadora reaparecida deliciosamente en el horizonte de sus pensamientos, se desvaneció en definitiva, como el sol desaparece del horizonte del cielo. Colette había prometido ir á verlos; pero ¿iría? Además se la representaba mal en traje de calle; no la concebía de aquel modo La joven no tenía ningún puesto en su existencia real, pero, en menos de veinticuatro horas, había tomado uno enorme en su vida imaginativa

Cuando Valentina volvió de la calle y entró en el cuarto del muchacho, le encontró pálido y desolado.

Al principio, como no había encendido la lámpara, creyó que estaba durmiendo, é iba á retirarse despacito cuando vió su silueta de codos en la mesa y destacándose vagamente sobre la ventana, iluminada por un farol de la calle

—¿No duermes?, le dijo aproximándose. ¿Por qué no me decías nada? ¿Cómo estás, querido? ¿Te sientes mejor?

Valentina le besó en la frente y le cogió las manos

—¡Estás helado! Y has dejado apagar el fuego... ¿Por qué estás así sin luz?

—No lo sé.., me es igual...

A Valentina le chocó la entonación de aquella voz triste que expresaba la profunda nada que eran entonces para Remigio los seres y las cosas... «¡Una lámpara! ¡El fuego! ¡Leer ó dormir!, ¿qué importa todo eso en la vida?,» parecía decir.

La madre se le llevó con ella á su cuarto, después de una corta resistencia de la que triunfó, como siempre, diciéndole que le necesitaba

Además, fué aquella una dulce violencia, pues la presencia de «mamá Valentina,» tan dulce y tan cariñosa, era ciertamente un bálsamo para los dolores del pobre muchacho. Valentina le consultó, sin parecer que notaba su visible indiferencia, sobre la colocación de un estante de libros y de pequeños objetos artísticos que había encargado para ponerlos en su saloncillo.

—Mira... ¿Ves ese hueco?.. ¿Crees que el estante estará bien ahí?.. Sí, ¿verdad? Nosotros mismos lo arreglaremos; tú me ayudarás.

Ella misma preguntaba y se contestaba. Remigio era su ayudante habitual en todos aquellos arreglos decorativos que ella imaginaba con su buen gusto femenino, y de ese modo había desarrollado en él la afición al orden y á la armonía del hogar, que le retenía invenciblemente por mil lazos invisibles, á fin de que siempre se refugiase en él mejor que en otra parte

Al cabo de unos minutos, viendo que no tenía éxito alguno con su estante, Valentina se puso muy naturalmente á hablar de Colette, y Remigio, desconfiado al principio, permaneció silencioso; pero tuvo, por fin, que responder á las mil preguntas que ella le hacía sobre la joven.

Remigio echó á su madre una mirada investigadora y juzgó, por la sencillez de su expresión, «que no sabía nada» de sus sentimientos secretos, tan exaltados hacía un momento Aquello le tranquilizó completamente, y pronto se puso á hablar con locuacidad siempre sobre el mismo asunto: Colette.

Valentina le oía con sonrisa simpática y se limitaba á introducir en aquel monólogo simples exclamaciones: «¡Oh!.. ¡Ah!.. ¿Sí, eh?..» Lo que no podía tener consecuencias y permitía á Remigio desahogarse libremente.

Cuando se calló un poco cansado, al cabo de una hora, no sentía ya dolor de cabeza y había vuelto á tomarle gusto á la vida.

II

QUE TRATA DEL PORVENIR..

Hay mañanas de primavera muy crueles para el estío de ciertas mujeres Por mucha que fuese la confianza que Ivona Allire tenía en su propia persona, se vió precisada á reconocer esa verdad, en un hermoso mediodía de marzo, en el momento en que, después de levantarse con grandes desperezos y bostezos desmesurados, se estaba mirando, según costumbre, en el espejo ovalado de su tocador

—¡Dios mío!. ¡Qué mala cara tengo!, exclamó.

Lo que era un verdadero eufemismo, pues despojada de afeites y de adornos, «la hermosa señora de Allire» era fea. A la luz artificial y una vez la cara «hecha,» Ivona pasaba todavía por una guapa mujer; pero por la mañana, antes de estar rizada, pintada y aterciopelada, tenía la fisonomía ajada y deslucida. Su cutis, ya descolorido y seco, presentaba terribles patas de gallo en los ángulos de los ojos y en las comisuras de los labios, y sus párpados, enrojecidos por las largas veladas en salones caldeados y cargados de luces, no estaban ya sombreados por espesas pestañas.

Por último, no había que disimulárselo; estaba engordando, y engordar, á su edad y con las redondeces que siempre había tenido, era volverse jamona, lo que ella trataba de evitar con toda la energía de que era capaz En aquel momento estaba esperando á la *masseuse;* pero se sentía muy cansada y tenía el estómago estragado y dolorido

Se puso á arreglarse un poco, y mientras procedía á aquella primera operación, llamaron discretamente á la puerta.

—Adelante, dijo, creyendo que era la doncella

Pero fué Colette la que se presentó, y la de Allire le dirigió una mirada muy poco benévola. Estaba la muchacha adorablemente linda aquella mañana. Esbelta y alta, con su traje azul obscuro; con el cabello de oro escapándose como espuma en rizos naturales del sombrerito á la marinera, del que parecía surgir un pájaro; con las mejillas de una palidez sonrosada, y los ojos puros como el agua, Colette presentaba la deliciosa frescura de un ramillete viviente.

La joven presentó la frente á su madrastra y le devolvió su beso con precaución, acostumbrada á los «¡Cuidado!» que detenían siempre sus ímpetus Colette había olvidado hacía mucho tiempo las expansiones; pero aquel día, sin embargo, sus palabras eran más francas que de ordinario

—Vengo del Bosque con papá

—¡Cómo! ¿Tu padre ha tenido tiempo de ir de paseo esta mañana?

(Continuará)

NUEVO BUQUE AÉREO

DEL PROFESOR LANGLEY

El famoso físico norteamericano profesor S. P. Langley, que con infatigable constancia persigue desde hace tiempo la solución del problema de la navegación aérea, trabaja actualmente en Widewater, cerca de Wáshington, en la terminación de un nuevo buque aéreo, construído según los planos por él trazados, y que en breve se ensayará prácticamente. Antes de las pruebas definitivas, y con el objeto de aclarar debidamente algunos puntos fundamentales respecto del equilibrio del aparato en el aire, ha hecho, con muy buen acuerdo, el profesor citado algunos experimentos con un modelo grande de su buque aéreo. Este modelo, llamado «aerodromo,» es el aparato más pesado de los construídos por la mano del hombre, que sin auxilio de un globo y sólo por su propia fuerza ha podido recorrer libremente un largo espacio en el aire. El peso del aerodromo completamente montado es igual al de las mayores aves, es decir, de 13'6 kilogramos. La longitud de los dos pares de alas es de cuatro metros cada uno y su anchura de 60 centímetros. Las cuatro alas van fijadas en un tubo que constituye, por decirlo así, la columna vertebral del aparato y que está colocado horizontalmente en sentido del vuelo, y se abren en dirección casi horizontal, como las de un pájaro cuando se cierne en los aires.



Fig. 1. Nuevo aparato volador de Langley

La longitud total del aerodromo, desde la punta de la proa hasta el borde posterior del timón, es de cinco metros. Las alas son inmóviles y no tienen más objeto que mantener el aparato en suspensión en el aire. El aerodromo es impulsado por dos hélices de un metro de diámetro cada una, situadas una junto á otra entre los dos pares de alas de manera que sus ejes sean horizontales y paralelos á la dirección del vuelo, y movidas por un pequeño motor de vapor que les hace dar de 800 á 1.000 revoluciones por minuto. Este motor es una verdadera maravilla por su ligereza, puesto que con todos sus accesorios, hogar y caldera sólo pesa tres kilogramos, pudiendo desarrollar una fuerza de 1'25 caballos. El motor, la caldera y el hogar van encerrados en una caja en forma de bote á fin de disminuir todo lo posible la presión del viento sobre el casco del aparato. Esta caja, en forma de bote, sirve además para impedir la inmersión del aerodromo en caso de caer en el mar.

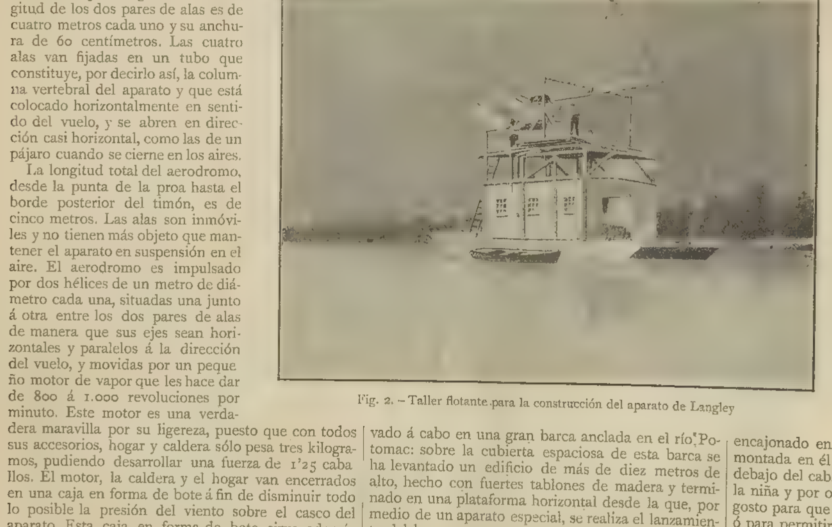


Fig. 2. – Taller flotante para la construcción del aparato de Langley

Con este modelo que acabamos de describir pudo recorrer el profesor Langley, hace poco tiempo, un espacio de 550 metros: el aparato permaneció en el aire tres cuartos de minuto y describió un semicírculo, verificándose el descenso, según se había previsto, en el río Potomac.

El día 8 de octubre último verificóse la prueba con el buque aéreo, que es una reproducción exacta del aerodromo, pero en proporciones mayores. Por defectos de estabilidad no fué posible hacer emprender al aparato un vuelo regular, y el buque, poco después de lanzado, perdió el equilibrio, yendo á caer en el río Potomac y sufriendo algunas averías las alas y las hélices: el motor quedó intacto. También salió ileso el profesor Carlos M. Manly, que tripulaba el buque aéreo.

El profesor Langley, que se propone reanudar sus experimentos en la próxima primavera, ha construído por encargo y cuenta del Ministerio de la Guerra de los Estados Unidos un gran buque aéreo del mismo tipo que su aerodromo, la cual construcción se ha llevado á cabo en una gran barca anclada en el río Potomac: sobre la cubierta espaciosa de esta barca se ha levantado un edificio de más de diez metros de alto, hecho con fuertes tablones de madera y terminado en una plataforma horizontal desde la que, por medio de un aparato especial, se realiza el lanzamiento del buque.

El vuelo del aparato se verifica del modo siguiente. Primeramente se coloca el buque sobre una armazón á modo de carro que rueda sobre rieles y al cual se imprime una velocidad inicial moderada, mediante unos muelles de acero; y cuando el carro ha llegado al borde de la plataforma, queda frenado automáticamente, mientras el buque aéreo se separa de él y comienza á volar libremente. Si el aparato está bien equilibrado, desciende, sin caer, en una dirección ligeramente inclinada, hasta que alcanza la llamada velocidad de suspensión, y conseguida ésta, se mueve á impulso de las hélices en sentido horizontal y á veces ligeramente ascendente, tanto tiempo cuanto funciona el motor. Cuando éste deja de funcionar, el aparato se inclina constante y lentamente y al cabo de un rato toca suavemente en tierra.

No puede negarse que el procedimiento descrito para el lanzamiento del buque aéreo es propio para inspirar ciertos temores y casi parece imposible que tal operación pueda realizarse felizmente, sobre todo teniendo en cuenta las dificultades prácticas casi invencibles para conseguir un equilibrio seguro; pero considerando que el profesor Langley ha demostrado hasta ahora gran energía y perseverancia en sus investigaciones técnicas sobre la navegación aérea, y atendiendo además á que dispone de cuantiosos recursos pecuniarios, cabe esperar algunas sorpresas; de aquí que en los círculos especialistas se miren con mucho interés los ensayos que se anuncian de su aparato.—N.

***

LA INTELIGENCIA

DE LOS ANIMALES

En distintas ocasiones nos hemos ocupado de la «inteligencia de los animales;» los siguientes casos confirman lo que otras veces hemos dicho.

«Mi padre—dice un corresponsal de la revista francesa *La Nature*—tenía en Vincennes dos caballos, tan ardientes cuando se les montaba como mansos en la cuadra. Un día que uno de ellos regresaba de paseo, seguía un camino estrecho, encajonado entre dos paredes; mi hermana, que iba montada en él agarrada á las crines, cayóse al suelo debajo del caballo. Este no podía avanzar sin pisar á la niña y por otra parte el sendero era demasiado angosto para que el animal pudiera apartarse á un lado ó para permitir que un hombre pasara entre la pared y el caballo para sacar á la muchacha de aquella situación peligrosa. El animal se paró en seco con la pata levantada para no aplastar con su casco á mi

hermana y se estuvo en esta postura incómoda hasta que acudió una persona y salvó á la niña.» ¿No es este acaso un hermoso ejemplo de mansedumbre y de inteligencia?

Otro caso más notable es el que cita M. Ponet, abogado de Thonón: «Tengo un perro llamado Pornic. Los domingos y días de fiesta por la mañana cierro mi despacho á las diez y me voy á misa. Pornic no deja nunca de ir á esperarme á la salida de la iglesia, delante de la escalera. Hasta aquí no hay nada extraordinario. Pero el 14 de julio último (fiesta nacional en Francia) cerré el despacho sin preocuparme de Pornic, á quien con gran sorpresa encontré á las once delante del templo esperando mi salida y al parecer sumamente desorientado al observar la falta de los grupos que allí se forman todos los domingos á la hora de misa. El perro, viendo que mis pasantes cerraban los postigos, dedujo de ello que era día de fiesta, como en realidad lo era, y que yo iría á misa, en lo cual se equivocaba. Pornic no había seguido á nadie, sino que se había formulado un razonamiento, falso en las premisas, pero muy lógico y perfectamente deducido.» De este relato se desprende además que el animal debe de tener la noción de la hora desde el momento en que espera á su amo á la salida de misa.

Otro ejemplo para terminar.

Refiere un labriego que tenía en su granja una clueca que acostumbraba llevar sus polluelos á un estercolero separado de la casa por un corral. Una mañana oyó á la gallina cloquear como si estuviese encolerizada y vió que juntaba sus pequeñuelos; miró el hombre en torno suyo y pudo ver en el aire y no á mucha altura un águila que se cernía y que se disponía evidentemente á arrojarse sobre los polluelos. La clueca, comprendiendo que no tenía tiempo de atravesar el corral con toda su cría para resguardarse en la granja, y que de intentar esto se exponía á que el águila le arrebatase alguno de los polluelos, reunió á éstos junto al estercolero, los escondió uno á uno debajo de la paja y los cubrió de estiércol, hecho lo cual, y á fin de llamar ella sola la atención del ave de presa, cruzó el corral haciendo ver que picoteaba y llegó al gallinero, en la seguridad de que el águila, no pudiendo distinguir á los polluelos en su improvisado escondrijo, no tardaría en alejarse, como así fué, en efecto. Este caso demuestra, no sólo la inteligencia de la madre, sino también el instinto de los polluelos que, como si comprendieran el peligro que les amenazaba, no piaron una sola vez desde que los reunió su madre para esconderlos, ni hicieron el menor movimiento dentro del escondrijo. —J.



La amazona Teresa Renz ejecutando los ejercicios de la serpentina á caballo

***

LA SERPENTINA Á CABALLO

Entre todos los ejercicios de esta índole que se ejecutan en los circos, cafés conciertos, etcétera, llama preferentemente la atención el que realiza actualmente en Berlín la bella y elegante amazona Teresa Renz.

En un escenario completamente tapizado de negro, preséntase vestida con un traje de serpentina blanco y montada en un caballo de este mismo color, que por sus majestuosos movimientos es muy á propósito para esta clase de espectáculo.

La amazona verifica sus evoluciones sobre una pequeña plataforma siguiendo los acompasados movimientos del animal, y el efecto que producen los fantásticos giros de las ligeras telas iluminadas por reflectores de luz eléctrica es realmente maravilloso: cuando las faldas de la amazona se alzan en movimientos ondulantes y rápidos, forman como unas alas del caballo y se produce la ilusión de que éste va á lanzarse á los aires.

La habilidad con que está adiestrado el animal, la seguridad y la gracia de la amazona y la originalidad del ejercicio hacen de éste uno de los números más interesantes del repertorio de los teatros de variedades.—X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona







LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores



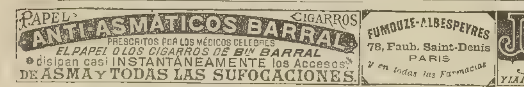
ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

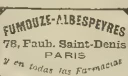
PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Paisaje, cuadro de José María Marqués





JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER Los SUFRIMENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

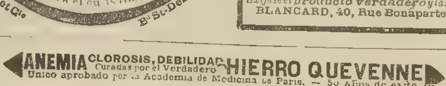
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

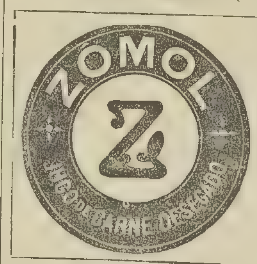
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDES et Cie Bd St-Denis, 16



Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



ZÔMOTERAPIA
EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la NEURASTENIA,
la CLOROSIS, la ANEMIA,
la CONVALECENCIA, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio.-Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII ·· Barcelona 25 de enero de 1904 ·· Núm. 1.152

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EL MEJOR DESCANSO

La escultura que el grabado de esta página reproduce es obra del celebrado profesor de la Academia de Bellas Artes de Dusseldorf Carlos Janssen. Siete años estudió este artista en aquella capital bajo la dirección de Wittig, pasando después á Roma, en donde durante tres años perfeccionó sus estudios, formándose allí su verdadera personalidad. De regreso en su ciudad natal dióse á conocer por vez primera en 1884 improvisando en pocas semanas, con motivo de unas fiestas que la provincia celebró en honor del emperador Guillermo I, una fuente monumental, *El Padre Rhin y sus hijas*, que causó general admiración, hasta el punto de que se acordó encargarle, por cuenta del Estado y del municipio, la reproducción de la misma en bronce.

Posteriormente ejecutó el hermoso monumento dedicado al emperador que se alza en una de las avenidas de Dusseldorf y en el cual la distribución y agrupación de escudos, guirnaldas, geniecillos y otros elementos decorativos ejecutados en bronce que adornan el pedestal de granito, revelan un sentimiento profundo de la armonía y un conocimiento completo de la técnica escultórica.

Las obras que expuso en la última Exposición de Bellas Artes de Dusseldorf pertenecen á un género distinto, pero no son menos notables que las anteriores. Entre ellas llamó principalmente la atención la que reproducimos al pie de estas líneas, en la que el artista ha sabido armonizar admirablemente el idealismo del asunto con el realismo de la forma. *El mejor descanso* se titula esta escultura, y en verdad que la obra responde al pensamiento del autor: basta fijarse en la expresión con que esa madre contempla á su pequeñuelo, para comprender que la sonrisa de su hijo la compensa de todas sus fatigas y le da fuerzas para proseguir su rudo trabajo.



EL MEJOR DESCANSO, grupo escultórico de Carlos Janssen

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si yo fuese gobernante . . . .
Prolonguen ustedes esta línea de puntos suspensivos hasta donde quieran y transfórmenlos en letras y que esas letras compongan palabras y esas palabras expresen una opinión. ¿Verdad que la opinión ya la han adivinado? ¿Verdad que, por la lectura de mis crónicas, los que las hayan leído honrándome con su atención, conocen lo bastante mi criterio? Pues hagan cuenta que he expuesto detenidamente este criterio en lo que concierne á la cuestión más llevada y traída ahora..., y ahórrenme la contrariedad de hablar de ella: porque á mí no me atraen ciertos asuntos sino cuando ya son *históricos.*

***

La guerra entre japoneses y rusos parece inminente, porque los intereses de estas dos grandes naciones estaban en lucha, en el territorio coreano, antes de que pensasen en estarlo sus armas. Las guerras reconocen generalmente causas económicas, aunque la leyenda y la poesía hayan sabido darles otra explicación. Desde la expedición famosa de los argonautas, que tenía por objeto conquistar el vellocino de oro, está encontrado el símbolo de la guerra. La de Troya, atribuída á la belleza de Elena y á los celos de Menelao, probablemente sería en su origen alguna diferencia comercial—del comercio de entonces, en el cual los troyanos se ejercitaban no menos que los tirios. Porque siendo necesidad pasajera y lírica el amor, necesidad permanente y épica el sustento, hay que confesar que ésta mueve á los hombres á lo que nunca les movería aquélla. Jasón es el personaje más simbólico-real de cuantos nos legó la tragedia griega, y me sorprende que ya no le hayan sacado el redaño los modernos dramaturgos.

***

En la Sociedad Ginecológica española ha leído el discurso inaugural una doctora, doña Concepción Aleixandre. Conozco á esta valerosa médica, y he oído de sus labios el relato de las dificultades con que hubo de luchar para conseguir el fin honrado que se proponía: ejercer una profesión y deber á su labor científica el sustento y el decoro de una vida útil á sus semejantes. Lo que para el varón es apenas tropiezo, fué para Concepción Aleixandre, mujer, una montaña infranqueable; debiera suceder exactamente lo contrario, si existiesen nociones de justicia —porque al débil, no al fuerte, es á quien conviene socorrer y alentar,—pero es lo cierto que á la mujer no solamente no se la ayuda, sino que se la excluye y cierra el camino por todos los medios y en todas las esferas. Por eso, cuando una mujer que ha desplegado tales condiciones de voluntad para un fin como el que perseguía Concepción Aleixandre llega á realizarlo, cumple las funciones á que se ha consagrado como las cumpliría el varón más estudioso, y demuestra sus aptitudes en ocasión solemne uniendo á la acción la palabra escrita, hemos de ver su triunfo con alegría y aplauso.

Y el discurso de Concepción Aleixandre me trae de la mano á consagrar algunas líneas al movimiento feminista, la única conquista totalmente pacífica que lleva trazas de obtener la humanidad. El mejoramiento de la condición de la mujer ofrece estas dos notas que conviene no perder nunca de vista:—*a:* que no cuesta ni puede costar una gota de sangre: —*b:* que coincide estrictamente su incremento con la prosperidad y grandeza de las naciones donde se desenvuelve. Ejemplo: el Japón, Rusia, Inglaterra, Suecia, Noruega, Dinamarca, Estados Unidos. En todos estos pueblos, que por un concepto ó por otro progresan y se fortalecen (no comparo *calidades,* comparo *cantidades),* la situación de la mujer ha mejorado mucho durante el último cuarto de siglo. En cambio, en los países que se califican por ahí fuera de decadentes (Turquía, España), la causa de la mujer no progresa, sobre todo en las costumbres, pues en la ley no faltan amplitudes y concesiones que no se han aprovechado. Lo demuestra el ejemplo de la Aleixandre. Ahí tenemos una mujer ejerciendo, legalmente, una profesión científica. Si pudiésemos unir al nombre de la Aleixandre una docena, dos docenas de nombres, el caso constituiría un síntoma muy favorable á España. Por desgracia hay que reconocer que se trata de un hecho aislado, sin imitadoras, y por consiguiente, honroso tan sólo para el individuo.

***

Una de las señales más claras, más expresivas, en el sentido del adelanto que observo en favor de la mujer, fuera de España, es el lenguaje y el criterio de una publicación francesa que acabo de recibir, que trata de feminismo y está redactada en gran parte por eclesiásticos. Cuando me acuerdo de algunas ideas y conversaciones con sacerdotes españoles, por otra parte respetables, y las comparo á esto que leyendo voy, no puedo menos de repetir para mis adentros: «¡El mundo da vueltas, pero el espíritu camina!»

Esta publicación católica reconoce que la cuestión feminista es una cuestión libre; que la Iglesia en nada se opone al progreso de la mujer. Distingue después entre el sentido judaico y el sentido evangélico de la Biblia, y dice que no debemos sorprendernos si, en ciertas cuestiones, como esta de la mujer, el libro santo propone soluciones orientales, y refleja, en su modo de hablar de las mujeres, las ideas semíticas corrientes en su tiempo. «Hay que olvidar la Eva hebraica y mirar á la Eva católica, la Virgen María...» Debemos condenar también—sigo expresando el criterio de la publicación á que me refiero, *La femme contemporaine*—las burlas insípidas, las fáciles caricaturas que han hecho de la tendencia feminista los bufones de la pluma. El feminismo, no puede negarse, responde á una verdadera necesidad social; las mujeres que han reivindicado sus derechos tenían razón, y se les ha contestado con guasas ó con injusticias. En el mismo hogar, conviene que se especifiquen los derechos y los deberes de la mujer, que se le reconozca su iniciativa, que no sea sólo el ser obediente y sujeto, la primer criada. ¡Sombra de Eguilaz, moraleja turca de la *Cruz del matrimonio,* que aquí nos sirvieron con disfraz cristiano! ¡Dónde os arrumba el catolicismo ilustrado, que tiene oídos y oye!

De acuerdo con el nuevo sentido, el abate Jorge Frémont indica la conveniencia de reforzar la enseñanza científica de la mujer (¡oh tiempos, en que parecía diabólico en la mujer saber que Rusia es una potencia del Norte!) y también la enseñanza religiosa (¡falta hace!) con el conocimiento razonado de los dogmas. Hasta sería útil que la mujer asistiese á las aulas de la Sorbona. Sólo uniendo á la religión la ciencia podrán las mujeres dar á sus hijos una primer educación religiosa sólida, sin mancha de supersticiones.

Tal lenguaje es sencillamente conforme á la razón; pero aquí nos hemos pasado lo mejor de nuestra vida oyendo condenar los intentos de instrucción y de personalidad en la mujer, y encontrando en periódicos que llevaban el rótulo oficial de católicos el eco anticuado de las pullas de José de Maistre, que comparaba con el mono á las mujeres estudiosas. No han penetrado aún en nuestro ambiente estas opiniones que leo con sorpresa grata. Muchas escandalizarían. No faltaría quien se persignase como si hubiese visto al diablo. ¡Vade retro! Y no se crea, no, que los *cangrejos* (empleemos este substantivo, que adjetiva, y que se nos impone por su actualidad aplastante), que los *cangrejos,* digo, en la cuestión feminista, se pescan sólo en las filas de la gente que profesa ideas reaccionarias, políticamente hablando. La evolución social es una cosa y las ideas políticas otra. En lo social, he comprobado muy á menudo, sin extrañeza, que no son los más rezagados los conservadores. Cuecen el *potage bisque* en todas partes.

***

¿Qué importa además la etiqueta, el número de orden político que un hombre lleva en la frente, como, si los partidos adoptasen uniforme, lo llevaría en la gorra? Lo único valedero, en cuestiones sociales, no es la opinión política; es el grado de cultura; aquí está el busilis. ¿Quieren ustedes decirme si no es igual que sean más liberales que Riego ó más reaccionarios que Calomarde los cafres á que se refiere la noticia que reproduzco exactamente de un periódico?

«Los médicos encargados de la vacunación á domicilio en el distrito de la Latina, han comunicado al alcalde que al ir el martes á practicar su cometido en la calle del Aguila, fueron atacados por una turba que les agredió obligándoles á retirarse.

»Los citados médicos solicitan de la autoridad que se les proteja por la fuerza pública para poder continuar las operaciones de vacunación y revacunación en la Latina, donde como saben los lectores se registró en diciembre último una cifra de mortalidad por viruela superior á la de todos los demás distritos de Madrid juntos.»

***

El doctor Ulecia y Cardona nos informa, en folletos interesantes, de cómo la mortalidad de los niños de pecho es mayor en Madrid que en ninguna capital. España se despuebla, no por escasez de natalidad, sino porque el niño no vive. En Madrid muere más gente de la que nace: hecho casi increíble, aterrador.

La mortalidad de los niños se debe al mal cuidado y á la miseria. A veces el niño sucumbe porque le atracan; porque le indigestan; otras, porque le extenúan. El remedio está en la higiene y en la inteligencia; en los *Consultorios de niños de pecho* y en la persecución implacable de la leche adulterada.

Uno de estos *Consultorios* acaba de fundarse en Madrid, bajo la protección de la reina madre y con el auxilio de los marqueses de Casa-Torre, que saben hacer buen uso de su caudal y entender excelentemente los deberes de los poderosos cristianos en estos tiempos difíciles. Cuando visite el nuevo establecimiento diré algo más de tan buena obra; por ahora me limito á transcribir lo que escribe el doctor Ulecia en el primer capítulo de su libro *Los consultorios de niños de pecho.* «Los marqueses de Casa-Torre (don José María de Lizana y doña Dolores Chávarri) se brindaron á proporcionarme todos los recursos necesarios para la instalación del Consultorio.» No ha resonado con gran estrépito este rasgo de los marqueses; lo envuelve, por ahora, cierta discreta penumbra. Y es que los marqueses de Casa-Torre son de suyo modestos, sencillos, reservados, enemigos de bambolla y de exhibición, aunque comprendan que la caridad *social* no puede ser secreta ni ignorada, porque también tiene su contagio. La noble pareja bilbaína ha realizado un bien y presentado un modelo de acción católica, tal cual hoy la necesitamos y comprendemos, al impulso de las repetidas enseñanzas de León XIII, de la marcha general de una Iglesia que percibe, en los costados de la nave de Pedro, el embate más que nunca furioso de las olas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

Es una ley del progreso del bienestar multiplicar las necesidades más de prisa que los medios de satisfacerlas.

G. M. VALTOUR.

Es preciso querer vivir y saber morir.

NAPOLEÓN.

El mejor sistema de defensa es el ataque.

MOLTKE.

Se mima con frecuencia á los niños, lo que es peligroso para ellos; y muy raras veces á los viejos, lo que no entrañaría peligro alguno.

G. TOURNADE.

Nos dejamos llevar demasiado de la manía de erigir estatuas y monumentos á nuestros grandes hombres; pero de todos modos, más vale esto que darles al olvido.

En concepto de los partidos, el que deja de ser esclavo se convierte en desertor.

JULIO SIMÓN.

Un cuadro está terminado cuando ha desaparecido toda señal de los medios empleados para obtener el resultado: el trabajo borra las huellas del trabajo.

J. MAC NEIL WHISTTER.



ORIGEN DE LOS MUSEOS. – EL FORO ROMANO

ORIGEN DE LOS MUSEOS

Carece de todo fundamento la pretensión de ciertos escritores de que los museos han sido obra de los modernos y de que los antiguos no tuvieran idea alguna de formar colecciones públicas de objetos de arte. En Atenas en la hermosa sala de mármol, que era una de las dependencias de los Propyleos, habíanse reunido obras de varios pintores célebres; el viajero Pausanias en sus memorias dice que á esta sala se le dió el nombre de Pinacoteca (galería de cuadros).



LA FORTUNA
Una de las esculturas más celebradas en el Museo del Vaticano

En la ciudad de Roma, varias obras maestras sacadas de Grecia fueron colocadas en los lugares expuestos al público. M. de Zobry, en su obra titulada *Roma en el siglo de Augusto* (t. II, p. 240), hace constar este hecho, que por lo demás se encuentra ya confirmado en Ovidio, en Suetonio, en Tácito y en otros autores latinos.

En la primera antigüedad no se exhibían los cuadros más que en los templos, y más bien en el concepto de rendir culto á la divinidad que como cuestión de exhibición, de decoración ó de ornato. Pero á impulsos de lo que habían hecho los griegos, pronto no existió lugar en el que no se tropezara con obras pictóricas, ya no tan sólo en los templos y en los edificios públicos, sino en lo más recóndito de las casas particulares. Así hubo galerías tales como la Curia Juliana, uno de los puntos de reunión del Senado, y hasta se instalaron en las murallas exteriores, al aire libre y á la luz del día.

Roma vino á ser toda ella una verdadera pinacoteca; el Foro de Augusto resplandeció por el número de sus cuadros; y lo mismo el Foro de César y el Foro romano, el peristilo de muchos templos, y particularmente los pórticos destinados á público paseo.

Los tres edificios más célebres de este género son los pórticos de Octavia, de Filipo y de Pompeyo, que estaban literalmente llenos de pinturas.

A pesar del elevado precio en que se evaluaban las más delicadas obras pictóricas, los romanos no tenían reparo alguno en colocarlas á la intemperie; lo suave del clima y la sequedad de la atmósfera creyeron ellos que eran más que suficientes para preservarlas de la alteración producida por el transcurso de los tiempos. De este modo todo el mundo podía aprovecharse y recrearse constantemente en admirar las obras expuestas. A pesar de lo que asevera el autor francés M. Le Gaulois, en su obra titulada *Roma en el siglo de Augusto,* no se puede negar que estos *museos,* al aire libre, debían ser muy contrarios á la conservación de los cuadros que se exponían; pero este inconveniente era de poca monta ante la gran ventaja de poder hacer admirar continuamente á todo el pueblo romano las obras de mayor mérito.

Los hombres eminentes que vivieron en las postrimerías de la república romana comprendieron que no le bastaba á Roma con la gloria de haber conquistado el mundo por la fuerza de las armas, y aspiraron á convertirla en una metrópoli de cultura y civilización superior, embelleciéndola al efecto con todo el lujo que ofrecen las artes. César desarrolló notablemente el impulso iniciado por los últimos republicanos, tanto que á él se le debe la fama de que hoy goza la pintura en Roma. (Plinio, XXXVIII, 9.)

En la época de su dictadura inauguró públicamente en la fachada del templo (ante ædem) de la Venus Genitrix, dos cuadros debidos al pincel del pintor griego Timonaco, un *Ayax* y una *Medea,* que los había adquirido por la suma de 80 talentos (cerca de 373.500 pesetas de nuestra moneda). El mismo Plinio nos refiere que Agripa, hombre de costumbres más bien rústicas que delicadas, pero dotado al mismo tiempo de mucho talento, pronunció un discurso muy notable respecto á la publicidad que se debía dar á las obras esculturales y pictóricas. *(De tabulis omnibus signisque publicandis):* este gran ciudadano, uniendo el ejemplo á la palabra, no titubeó en pagar 300.000 dineros (prox. 228.450 pesetas) por un *Ayax* y una *Venus* que le fueron cedidos por la villa de Císica. Asimismo ordenó colocar algunos cuadros en una de las salas de las termas que había mandado construir y que luego dejó en su testamento al pueblo romano.

Augusto no se limitó á atesorar pinturas en el interior de varios templos y otros edificios públicos de Roma; sino que adornó la parte más visible de su Foro con dos obras maestras de Apeles, la *Guerra* y el *Triunfo de Alejandro.*

Más tarde y cuando el emperador Constantino había hecho de Bizancio la capital de su imperio, reunió las estatuas de todos los países que pudo hallar y las pinturas más hermosas de los maestros más eminentes, teniendo la buena idea de no aglomerarlas en un solo local; destinándolas á la decoración de varios edificios y paseos de la ciudad, transformándola así, á semejanza de Roma, en un vasto *museo.*

También es muy probable que en Constantinopla como en Italia y primitivamente en Grecia, los príncipes y los ricos formaron colecciones particulares de cuadros y obras de arte.

Por lo que toca á la Edad Media, podemos decir que durante este período no existió ningún verdadero *museo:* sólo viniéronlo á ser en cierto modo las iglesias, desplegándose un lujo inusitado de pinturas y esculturas en el interior y en el exterior de los templos, tanto que en algunos, preciso es confesarlo, más bien sirvieron para estimular la pública curiosidad y deleitar la vista del espectador que para enaltecer la piedad. Las poderosas cofradías poseían desde tiempo muchos tesoros artísticos, particularmente grabados sobre piedras preciosas que tenían un origen pagano y de este modo se conservaron hasta la época moderna.

Los reyes y los príncipes tuvieron también en las catedrales y capillas sus colecciones más ó menos importantes.

A partir del siglo XV empezaron ya á coleccionar en sus palacios, y estas colecciones han servido, muchas de ellas para formar la base de la mayor parte de nuestros grandes *museos* contemporáneos. De este modo las colecciones de los Médicis han originado los *museos* de Florencia; las colecciones de los papas crearon el *museo del Vaticano;* la de Farnesio constituyó un punto de partida para el *museo* de los Studii, y los despojos del monasterio del Escorial y las armaduras de los reyes y grandes personajes enriquecieron la Armería de Madrid. En cuanto al museo del Louvre ha sido formado por las colecciones de Francisco I, de Luis XIV y de otros monarcas.

Durante todo el tiempo que las colecciones fueron exclusiva propiedad de los reyes y príncipes, estas galerías estuvieron abiertas á los artistas y á los admiradores; pero fácilmente se comprenderá las muchas vicisitudes que éstas sufrieron. El capricho de sus dueños podía retirarlas á su antojo y privar con esto el que los aficionados á las obras artísticas pudieran admirarlas, como también podían ser arrebatadas ó substraídas á consecuencia de cualquier revolución política, lo que precisamente sucedió con la



Roma. – Plaza y Basílica de San Pedro y Palacio del Vaticano, donde está instalado el Museo



Roma. – Vista interior de la Biblioteca Vaticana

magnífica colección de Carlos I, rey de Inglaterra, después de la decapitación de este príncipe.

Sólo los *museos* tuvieron verdadero carácter de instituciones públicas desde los comienzos de la Revolución francesa; y aunque en algunos países continuaron siendo patrimonio de la corona, desde las constituciones modernas fueron considerados nacionales y ya no podían sufrir modificación alguna sin el previo consentimiento de los representantes de la nación.

A la iniciativa de la Francia republicana fué debido este gran paso, la cual tuvo la gloria de dar el ejemplo á las demás naciones, siendo el Louvre el primer *museo* que con el verdadero carácter de nacional se fundó en Europa.

Como orden de fundación siguen el germánico de Nuremberg, el Museo de Bellas Artes de Madrid, la Armería real, el de Bruselas, el de pinturas de Amberes, el Arsenal de Viena y otros.

La edad moderna ha vuelto á emprender la tarea de las antiguas.

Los estados modernos han comprendido que sin tener un arsenal de la cultura de otras épocas á la disposición del pueblo, la cultura de éste era imposible, pues la inteligencia humana necesita una tradición, ya que toda ella no es más que trabajo acumulado.

Así han votado grandes sumas anuales para la adquisición de antigüedades artísticas de todos los tiempos. Sólo España se ha mostrado algo refractaria á dar incremento á los *museos*.

Barcelona no los tuvo hasta que el que suscribe, junto con D. Francisco Miquel y Badía, tomaron la iniciativa y consiguieron del Ayuntamiento que les dedicara los edificios vacíos del parque.

Y luego las consignaciones han sido exiguas, tan exiguas que apenas si se han conseguido algunos objetos de valor escaso.

En el próximo artículo nos ocuparemos del Museo de Londres.

Pompeyo Gener.

EL DOCTOR VIVES

El afamado doctor vivía satisfecho; no tenía queja de la suerte. Veía crecer su renombre, ganaba un dineral, tenía una esposa adorable y una hija que era un encanto. Amaba su carrera, para la cual excusado es decir que tuvo gran vocación, y amaba á los suyos con toda el alma. Era amado también. Su talento, su gloria, si le ufanaban, era por el bien de aquellas dos delicias que le concediera el cielo.



El cántaro roto, cuadro de Modesto Urgell

A su esposa, ¡cuántas veces la hacía ruborizar ponderando la hermosura de Marcela, la niña, vivo retrato de la madre!.. Hecho á contemplar dolores y lacerias, diríase que toda la ternura guardábala para su casa, y todas las sonrisas también.

Eran felices, muy felices.

Pero la suerte no es muy constante; se cansa con frecuencia de ir apartando abrojos en el camino que el favorecido recorre. Á lo mejor huye, ó da un rodeo... y ¡zás!, cátate un pinchazo. Súbita dolencia arrebató á la vida á la esposa amante y madre cariñosísima.

El doctor Vives soportó el rudo golpe..., pero llegó á dudar de su suficiencia como médico. El hábito de la contemplación de la muerte no impidió que el doctor se asombrara ante la misma.

La afección se reconcentró en la niña; su cariño, su amor de padre, que era grande, fué inmenso. La tiranuela de la casa le embobaba cuanto quería, le tenía abotagado de orgullo. Pensó en retirarse de su ejercicio, consagrarse exclusivamente á su hija... La idea de perderla también le ponía inquieto... Por ella, no obstante, no se apartó del social bullicio. ¿Iba por ventura á encerrar aquella joya en rústico estuche, y á sus quince años desterrarla del mundo?

Marcela frecuentó la sociedad, la alta sociedad..., triunfando á las primeras. Al poco tiempo, ella, que jamás tuvo secretillos para su padre, anduvo mohina y recelosa ocultando algo. El doctor Vives la vió desmejorar, y se alarmó. ¿Qué tendría? Y el caso era que, á las interrogaciones del autor de sus días, en realidad no sabía ella qué responder. Sólo sabía que desde cierta noche, en cierto baile y ante ciertas miradas, algo se pegó á su imaginación, que bien podría ser la figura de apuesto joven de linajuda ascendencia.



MADRID. - SALÓN AMARÉ. - Exposición de las obras donadas por artistas españoles á beneficio de la subscripción nacional del monumento á Castelar



Despacho de la Secretaría de la Comisión Ejecutiva para la erección de un monumento á Castelar. - El secretario D. Rafael del Val y sus dos auxiliares D. Fernando Morero y D. Mariano Carrero.

EL MONUMENTO A CASTELAR

A raíz de la muerte del elocuente tribuno y estadista eminente D. Emilio Castelar, concibieron muchos de sus admiradores la idea de erigir por subscripción nacional un monumento que perpetuara su memoria. El pensamiento halló en todas partes entusiasta acogida, y para llevarlo á la práctica constituyóse una Comisión Ejecutiva, cuya presidencia se confió al Excelentísimo Sr. Capitán general D. José López Domínguez y de la que formaron parte personalidades ilustres en todos los ramos del saber humano.



El capitán general Excmo. Sr. D. José López Domínguez, presidente de la Comisión Ejecutiva para la erección de un monumento á Castelar.

Comenzó esta comisión sus trabajos, y desde un principio el mayor éxito coronó sus esfuerzos: todas las regiones de España y muchas naciones extranjeras, especialmente las repúblicas latino-americanas, respondieron á su llamamiento contribuyendo á la subscripción nacional que se abrió y que alcanza en la actualidad la cifra de 154.000 pesetas.

Tratándose de un monumento á Castelar, al fundador de la Academia Española en Roma, no podían menos de aportar su valioso concurso los artistas españoles. Los pensionados de la Academia, deseando rendir de algún modo tributo de respeto y cariño al que, en medio de las dificultades y preocupaciones de su corto y tormentoso gobierno, no olvidó la importancia que para un pueblo tiene lo que se refiere al arte, se brindaron á contribuir á la subscripción enviando algunas obras para que la comisión dispusiera de ellas en la forma que más conveniente estimara. Y siguiendo tan hermoso ejemplo, los pintores y escultores de mayor nombradía ofrecieron cuadros y esculturas, cuyo producto engrosase la cantidad recaudada.

Con todas estas obras, la comisión ha organizado una exposición notabilísima, que se ha instalado en los magníficos salones que para la venta de toda clase de objetos de arte tienen en Madrid los Sres. Amaré, el cual establecimiento, dispuesto con el más exquisito gusto y lleno de preciosidades artísticas, es indudablemente uno de los más importantes y dignos de ser visitados de la corte.

Bajo la dirección del ilustre pintor José Villegas, director del Museo Nacional, se han dispuesto con gran acierto en dos grandes salas las 150 obras recibidas por la comisión, entre las cuales las hay firmadas por el citado Sr. Villegas, por Garnelo (M.), Parada Santín, Francés, Farreras (Antonia), Agrassot, Lhardy, Benlliure (Blas), Nin y Tudó, Bent, Saint-Aubin, Benlliure (José), Benedito, Morera, Alvarez Dumont, Martínez Abades, Medina Vera, Pla y Rubio, Sala, Pradilla, Martínez Cubells, Lezcano, Pla, Bilbao, Jiménez Aranda, Llaneces, Vinegra, Moreno Carbonero, Ruiz Luna, Andrade, Domingo, Ferrant, Garnelo (J.), Checa, Domínguez, Parladé, Cabrera Cantó, Marqués, Muriel, Bauzá, Marín, Caviedes, Pulido, Maura, Trilles, Blay, Querol, Alcoverro, Benlliure (M.), Marinas y otros muchos.

Todas estas obras se adjudicarán al mejor postor, para lo cual, mientras la exposición se ha celebrado, se han ido admitiendo pujas que se hacían públicas mediante tarjetas que se colocaban al lado del cuadro ó escultura correspondiente y en las que se consignaba la cantidad ofrecida.

En esta página y en las siguientes reproducimos alguna de las principales obras que en la exposición han figurado. También publicamos la vista de una de las salas de la casa Amaré y los retratos del general López Domínguez y de D. Rafael del Val, de quien puede decirse que ha sido el alma de la comisión, de la que es secretario.

Las fotografías de donde están tomadas las reproducciones que publicamos son del reputado fotógrafo madrileño Sr. Cifuentes.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que durante tantos años se honró con la colaboración de D. Emilio Castelar, rinde este humilde homenaje á su memoria y felicita con entusiasmo á cuantos han contribuído á que el preclaro repúblico, el orador sin par, tenga un monumento digno de sus merecimientos. - M.



MAÑANA DE VERANO EN LOS ALGÁLIDES (PIEDRA), cuadro de Francisco Pradilla, para la subscripción del monumento á Castelar

Subscripción nacional para el monumento á Castelar



Alegoría á Castelar, escultura en bronce de Mariano Benlliure



Puenteviesgo. El balcón de enfrente, cuadro de José Moreno Carbonero



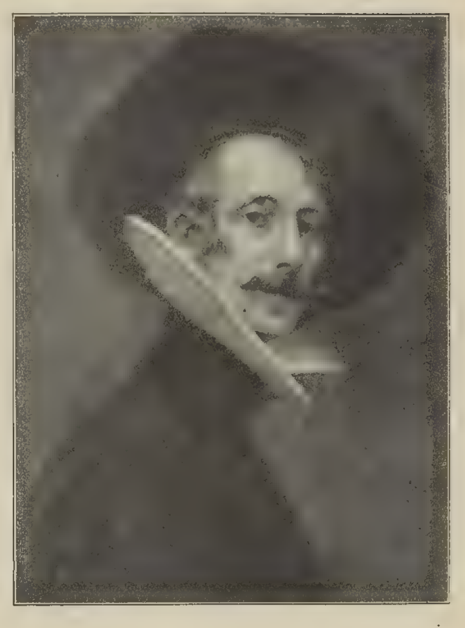
Pequeño accidente, cuadro de Cecilio Plá

MADRID. SALÓN AMARÉ. – Exposición de obras donadas por artistas españoles

Subscripción nacional para el monumento á Castelar



En el tocador, cuadro de Gonzalo Bilbao



Caballero del siglo XVII, cuadro de José Llaneces



Recuerdo de la Granja, cuadro de José Villegas

MADRID. SALÓN AMARÉ. – Exposición de obras donadas por artistas españoles

SALÓN PARÉS

EXPOSICIÓN DE OBJETOS DE ARTE

A semejanza de otras ciudades del extranjero, cuenta Barcelona con un magnífico Salón de vastas dimensiones y perfectamente dispuesto, debido á la inteligente iniciativa del Sr. Parés,



BARCELONA. – SALÓN PARÉS. – Exposición de objetos de arte

en el que los artistas exponen sus obras, hallando medio seguro para darse á conocer y los aficionados ocasión en que poder adquirirlas, circunstancias que contribuyen poderosamente á las brillantes manifestaciones artísticas que tan alto han colocado y colocan el buen nombre de nuestra ciudad, contribuyendo á que se le asigne el concepto del primer centro artístico peninsular.

El Salón Parés asume, pues, el carácter de una exposición permanente, en la que se renuevan de continuo los lienzos y las esculturas, con la misma rapidez con que se producen y enajenan. En ella pueden admirarse las producciones de los artistas de indiscutible mérito y apreciarse los adelantos de aquellos que, impulsados por su entusiasmo, persiguen los lauros y recompensas alcanzados por los primeros.

Fundóse la Casa Parés en 1840, dedicándose durante algunos años solamente á la venta de grabados, litografías, fotografías, marcos y artículos para la pintura y el dibujo; pero en 1878 se ensanchó el local que fué el primer salón de exposiciones, figurando en éstas cuadros de Vayreda, Urgell, Masriera, E. Serra, Tusquets, Tapiró, Tamburini, Galofre, Gómez, Riquer, Fabrés, Rigalt, Pradilla, Caba, Planella y Rodríguez, Lorenzale, Martí y Alsina, en una palabra, de los más conocidos artistas españoles y de muchos extranjeros de gran reputación. En aquella época se organizaron también en él dos tómbolas á beneficio de los hijos del eminente y malogrado dibujante Tomás Padró y de la familia del notabilísimo pintor Simón Gómez.

En 1884 construyóse el gran salón actual, de 260 metros de superficie por 10 de altura, cubierto de cristales, construído expresamente para exposición de bellas artes, con un vestíbulo con grandes escaparates para la exposición y venta de objetos suntuarios, bronces, porcelanas, muebles de fantasía, etc., etc. Fué inaugurado este salón en el mes de enero del citado año por los Príncipes de Baviera, habiendo asistido á aquel acto las primeras autoridades, comisiones de la Universidad, de la Academia y del Ayuntamiento y gran número de reputados artistas. En aquella primera exposición figuraron obras de artistas nacionales y extranjeros, entre los que recordamos á Armet, Agrassot, Atché, Baixeras, Benlliure, Casas, Cusachs, Caba, Casanovas, Estorach, Echena, Fabrés, Galofre, Gessa, Gómez, Llimona, Llovera, Mas y Fondevila, Masriera, Marqués, Muñoz Degrain, Morera, Nobas, Rusiñol, Ribera, Reynés, Sans-Seiquer, Serra, Senet, Tamburini, Tapiró, Tusquets, Tasso, Villegas, Vayreda. El número de obras expuestas fué de 237.

En diciembre del mismo año se organizó la segunda exposición, y desde entonces se han venido celebrando anualmente las extraordinarias y semanalmente las ordinarias.

De ahí que el Salón Parés tenga una hermosa significación, puesto que en sus paramentos se ha operado la evolución artística y la manifestación gallarda y completa del progreso que en las artes ha realizado nuestra ciudad. Bajo este concepto, mucho se debe al iniciador entusiasta de tal forma de exhibición, cuya influencia es tan notoria, puesto que ha llegado á convertir en una necesidad del espíritu para los barceloneses la periódica visita al Salón, verdadero centro fomentador del buen gusto y de la cultura artística.

También se han celebrado en el Salón Parés multitud de tómbolas benéficas y se han organizado notables conciertos por renombrados artistas españoles y extranjeros.

Recientemente, y sin renunciar en lo más mínimo á su tradicional abolengo, organizó el Sr. Parés, con motivo de las festividades que conmemoran los comienzos del año, una exhibición importantísima, sin precedente, de objetos suntuarios y obras de arte, hábilmente combinados y dispuestos, causa de admiración y aplauso de los visitantes. En el centro de los paramentos destacábanse el hermoso retrato de tamaño natural de la marquesa de Leyden, obra digna del mayor encomio, ejecutada por Carlos Pellicer, así como el retrato del primer marqués de Alella, y varios cuadros de flores, ejecutados á la acuarela por la señorita Josefina Texidor, distinguidos todos ellos por su belleza y brillantez de tonos, trasunto del natural.

Combinados con las obras de arte que enumeramos, figuraban magníficos tapices, historiados, con asuntos característicos de los reinados de Luis XIV y Luis XV, propios para servir de preciado adorno y complemento de decoración de suntuosos salones; notables reproducciones de obras de autores extranjeros;



BARCELONA. – SALÓN PARÉS. – Exposición de objetos de arte

encuadradas en artísticos marcos de estilo moderno; una valiosa colección de bronces, hermosos jarrones, porcelanas, platos decorativos, vitrinas conteniendo mil objetos del mejor gusto y muebles de elegantísima forma y esmerada ejecución.

Los grabados que publicamos darán á conocer á nuestros lectores la importancia que revistió la exhibición, y la justicia y sinceridad de los plácemes que tributamos por tal motivo á su iniciador el Sr. Parés.

NUESTROS GRABADOS

El cántaro roto, cuadro de Antonio Urgell.—Curiosa en extremo es la personalidad de este distinguido pintor catalán, en la que se hallan confundidas armónicamente las cualidades del artista y los alientos del autor dramático. En uno y otro campo ha logrado singularizarse, y aunque le han dado notoriedad sus admirables paisajes, solitarios y preñados de melancolía, rebosa en su espíritu la nota de un sano humorismo, que se traduce en hermosos dibujos ó en simpáticas y agradables composiciones cual la que figura en estas páginas.

Paisaje, cuadro de José María Marqués.—Digno compañero del hermoso paisaje que reprodujimos ha poco en las páginas de esta revista es el que hoy damos también á conocer á nuestros lectores. En éste como en el otro manifiéstanse las aptitudes del distinguido cuanto laborioso artista señor Marqués para el cultivo de este género que exige circunstancias especialísimas. Estas las ha demostrado repetidas veces nuestro amigo, á quien le cabe la satisfacción de haber obtenido aplausos y que muchas de sus obras figuren como preciado adorno en los salones de suntuosas moradas.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—SALÓN PARÉS. – Interesante es á todas luces la exposición de producciones artísticas que ocupan los paramentos del Salón Parés. Prosigue y continúa la manifestación de las producciones de nuestros artistas, y así los aficionados como el público en general tienen nueva ocasión para satisfacer una de las manifestaciones del espíritu que contribuyen á divulgar el buen gusto y la cultura.

Tres pintores ya conocidos y con merecimientos para que sus nombres tengan el privilegio de despertar el deseo de examinar sus obras, exhiben varias producciones dignas verdaderamente de encomio. El pintor-poeta Juan Brull ha presentado un crecido número de cuadros, que constituyen dos grupos motivados por la variedad del concepto que los informa, cuales son, las representaciones idealistas, soñadoras, producto de su fantasía, y una colección de cabecitas de niña, dignas parejas y compañeras de las que le han asignado notoriedad, delicadas y sentidas, que revelan sentimiento y producen un encanto indefinible.

A su vez Juan Llaverías, exhibe una serie de acuarelas, vigorosas, repletas de luz y de tal intensidad y firmeza que todas y cada una de ellas sirven para atribuir á su autor un concepto tan lisonjero como merecido. Todas ó la mayor parte de ellas son producto ó resultado de su última excursión artística, y reproducen con notable fidelidad temas y asuntos de nuestra costa y pormenores del puerto de Barcelona.

Cuanto á Alejandro Riquer, sólo consignaremos que próximamente nos ocuparemos de los interesantes ex-libris, que ocupan uno de los lienzos del Salón.

***

Teatros.—*París.* – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro del Vaudeville *Frere Jacques*, comedia en cuatro actos de Enrique Bernstein y Pedro Veber.

Barcelona. – En el teatro de Las Artes el «Teatre Intim» ha representado con gran éxito la bellísima comedia en cuatro actos de Shakespeare *La festa dels Reys ó lo que volgueu*, traducida por C. Capdevila, y *Misteri de dolor*, interesante drama en tres actos de A. Gual: ambas obras han sido puestas en escena con gran inteligencia y exquisito esmero, habiéndose estrenado para la primera una decoración de los Sres. Brunet y Pons y para la segunda otra de los Sres. Moragas y Alarma.

***

Necrología.—Han fallecido:

Roberto Etheridge, paleontólogo inglés, director de la sección de fósiles del British Museum, profesor de la Escuela Real de Minas.

Arturo Olivieri di San Giacomo, novelista italiano.

Jorge Sissing, novelista inglés, á quien se había dado el nombre de Zolá inglés.

Sofía Perejasslawzewa, doctora rusa, eminente zoóloga, directora de la estación zoológica de Sebastopol.

Teodoro Souchay, poeta lírico alemán.

Dr. Wassili Afanassjew, ilustre médico ruso, profesor de Anatomía patológica de la Academia Médica Militar de San Petersburgo.

Federico A. Coudett, eminente jurisconsulto norteamericano, una de las primeras autoridades en materia de derecho internacional.

Dr. Federico Jolly, célebre psiquiatra, profesor de la Clínica de Psiquiatría y enfermedades nerviosas de Berlín, decano de la facultad de Medicina de la Universidad Federico Guillermo.

Félix Kanitz, notable etnógrafo y arqueólogo alemán, autor de varias importantes obras sobre los pueblos balcánicos.

Dmitri Andrejewitch Koropschewski, antropólogo y etnógrafo ruso, autor de muchas obras sobre leyendas, cuentos y fábulas de pueblos salvajes, sobre los polinesios, etc.

Hipólito Marinoni, editor del popular periódico parisiense *Petit Journal*, perfeccionador de las máquinas de imprimir é inventor de la de su nombre.

LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

—Sí, me encontró en el momento en que yo salía con miss (la última de las *miss* variadas que se habían sucedido en casa de los Allire era una simpática solterona de unos treinta y cinco años), y dijo: «Hace una hermosa mañana; ya me esperarán los negocios una hora. Voy á llevarla yo á paseo.» Y añadió, dijo Colette con una linda risa: «Cuando se tiene una guapa chica como tú, hay que enseñarla.»

Colette se ruborizó, visiblemente dichosa por el orgullo que inspiraba á su padre.

La de Allire dijo en tono gruñón:

—Muy mal hecho, muy mal hecho, decir esas cosas á las niñas. Es una costumbre tonta.

Colette se mordió los labios y sintió haber cedido á aquel natural movimiento de expansión. La joven había echado de ver que, justamente, su madrastra empezaba á encontrar molesto que ella se hiciese una muchachona, porque iba sucediendo una cosa que la de Allire no había previsto en los primeros tiempos de su matrimonio, y era que muchas personas empezaban á olvidar el vago recuerdo de la primitiva señora de Allire, y tenían la inoportunidad de creer á Ivona madre de Colette.

En algunos era ese un error de buena fe, motivado por la edad dudosa de Ivona en plena luz; pero en otros era malicia premeditada.

—¡Cómo, querida! ¿Es de usted esta mujerona? ¡Dios mío! ¡Cómo nos hacen viejos los hijos! ¿Verdad?.. ¡Y es muy linda!

Y después de un corto examen, daban hábilmente un arañazo:

—Pero no se parece á usted en nada...

Entonces Ivona, pálida de rabia, decía en tono de protesta:

—No es mi hija; es hija de mi marido.

Y seguían unas minuciosas explicaciones, que, naturalmente, nadie creía, sobre sus respectivas edades.

Colette, que había ido á ver á su madrastra con una intención particular, siguió hablando:

—Hemos encontrado mucha gente en el Bosque: las de Sevreuse, los de Avrard, la de Solly, á caballo...

—Y á los Brissac, ¿los habéis visto?, preguntó Ivona, cediendo á pesar suyo al interés que le inspiraban todos aquellos comparsas de su vida ficticia.

—No... A los que hemos encontrado ha sido á los Donald...

—¡Donald!.. ¿Quién es Donald?.. ¡Ah, sí! El médico...

—Y su mujer. Se han mostrado muy amables. Hemos estado hablando mucho tiempo y la señora de Donald me ha pedido que fuese á comer con ellos el domingo. Papá no tiene inconveniente y vengo á preguntarte si tú también quieres... Di, mamá, ¿puedo ir?..

—¿A casa de los Donald?.. ¿Una comida? ¡Qué chusca idea! ¿Hay acaso reunión después? Me parece singular esa invitación á ti sola...

—¡Oh! No, no hay reunión..., que yo sepa, al menos. No se ha hablado de eso... ¿Puedo aceptar? Tengo que escribirles dos letras...

En este momento se presentó una doncella.

—Señora, traen el peinador que la señora ha encargado...

—¡Ah! Está bien... Que entren.

Ivona se levantó, echándose una mirada poco satisfecha en el espejo, y dijo á Colette:

—Anda, veve, vete; ya ves que estoy ocupada... Es horriblemente tarde... ¿Va á venir tu padre á almorzar?

—Creo que sí... Pero, dime, ¿qué respondo?

—Que sí, naturalmente. La cosa no tiene importancia y el domingo no te necesito.

Colette, que sabía muy bien que su madrastra no la necesitaba nunca, y que en otros momentos hubiera suspirado ante esa afirmación, se fué encantada y escribió una amable y afectuosa carta á «mamá Valentina,» como seguía llamando en sus recuerdos á la de Donald, aunque aquella mañana la hubiese llamado respetuosamente «señora.»

Desde el primer encuentro con Remigio, los dos jóvenes no habían logrado volverse á ver. Colette había obtenido diplomáticamente de su madrastra, un día en que pasaban cerca del parque Monceau, que hicieran una visita á la avenida de Villiers, á casa de los Donald; pero no los habían encontrado.

Quince días después, Valentina y Remigio devolvieron correctamente la visita, con el mismo resultado negativo.

Estas vanas tentativas habían producido en el joven una recrudescencia de mal humor y una agravación de malas notas en el liceo... «Discípulo inteligente, pero sin aplicación alguna al trabajo.»

El doctor Donald se mostraba muy afectado por ello.

—No veo qué porvenir va á ser el de este muchacho, decía á su mujer.

Pero Valentina tenía más confianza, y esperaba que una vez franqueado el escollo del inútil bachillerato, Remigio manifestaría un gusto sincero por alguna carrera y la voluntad decidida de seguirla.

Esperaba de aquella naturaleza un poco quebrantada alguna orientación benéfica, después de que terminasen las inquietas indecisiones del periodo de transición.

Y era que aquel niño inspiraba á Valentina una doble ternura. Con los años se había cerrado la herida de su corazón. Su hijo perdido no le inspiraba ya más que el recuerdo triste y dulce de un pajarillo abrigado un día bajo su ala maternal y volado después hacia el horizonte puro y claro de que había venido en una mañana de primavera. Y se había acostumbrado á referir al otro todos sus sueños y toda su solicitud. Estaba orgullosa de aquel mocetón, cada día más robusto y que manifestaba un espíritu curioso, aunque un poco negligente; y temiendo precisamente aquella negligencia que podía serle fatal, la combatía con toda su voluntad y por todos los medios.

Había adivinado que una de las causas de la actual crisis de pereza y de indiferencia de Remigio provenía de aquella nostalgia sentimental respecto de su amiga de la infancia, á quien había vuelto á encontrar en un medio ambiente que había excitado su imaginación. Y no creía imprudente que aquella ligera exaltación se pusiese en contacto con la realidad. Por eso había manifestado empeño en que Colette fuese á verlos, en la intimidad sencilla y afectuosa de otro tiempo, un domingo por la tarde.

Los domingos recibían los Donald después de la comida, á la que ese día convidaban á sus verdaderos amigos, nunca más de ocho ó diez. Sus recepciones tenían el carácter de la más amplia hospitalidad al mismo tiempo que de la mayor sencillez. Las cuatro piezas principales de que se componía la casa, excepto el gabinete de consulta, se abrían en hilera, alegremente alumbradas. Además se instalaba un ambigú muy sencillo, pero abundantemente provisto, en el que el fácil acceso hacía inútiles las complicaciones y el ceremonial del servicio doméstico. El piano, siempre dispuesto, solicitaba á los artistas músicos, pero nunca había programa fijado de antemano. Algunas noches había cincuenta ó sesenta personas y otras no se formaba más que un pequeño círculo de doce ó catorce agrupadas en el foco principal, centro ó irradiación de toda la casa: el despacho. No eran aquellas las discusiones menos animadas. El doctor adoraba la discusión, la paradoja, el duelo rápido y brillante en que se cruzan y se chocan las ideas contrarias.

Con frecuencia le decían:

—Usted había nacido para orador. ¡Qué excelente tribuno hubiera usted hecho!

Donald sonreía. En otro tiempo había estado ten-

—¡Dios mío!.. ¡Qué mala cara tengo! (pág. 69)

tado, en efecto, por la vida militante y la lucha oratoria; pero pronto su existencia se había orientado hacia un objeto más obscuro acaso, pero seguramente más útil, que ahora veía al terminar la obra á que consagraba su trabajo.

Aquellas horas eran siempre beneficiosas y agradables. Y muchos que, fuera de allí, se agitaban en la fiebre diaria de la acción, parecían olvidar, en la atmósfera de alta inteligencia de casa de Donald, el antagonismo de las pasiones rivales y el rencor de las agudas polémicas, para aprender allí á conocerse mejor y á apreciarse los unos á los otros.

Aunque Juan Donald era muy escrupuloso en la elección de sus verdaderos amigos, tenía el eclecticismo de los camaradas. La flexibilidad de su entendimiento hacía que le inspirasen el gusto de la curiosidad los jóvenes espíritus todavía no formados é inclinados por sus tendencias naturales, bien á las violencias revolucionarias, ó bien á los refinamientos de un decadentismo más ó menos ingenuo. Juan los escuchaba á todos sin burlarse y se tomaba el trabajo de responderles seriamente; y le ocurría así el convertir en discípulos á sus adversarios.

En fin, para dar á aquellas reuniones el encanto de la armonía, estaba Valentina, siempre amable y discreta y cuya belleza, en otro tiempo un poco dura, se había refinado con un sello deliciosamente femenino de bondad y de delicadeza.

A pesar de esa belleza y á pesar de su dicha, Valentina no tenía enemigas. La de Donald, apartada por sistema de las que pretendían penetrar el secreto de su felicidad, que no era otro que el amor, se había creado seguras amistades de inteligencia, pero nunca había admitido intimidades del corazón con nadie más que con Juan. El espectáculo, pues, de tal unión no podía despertar ninguna baja envidia y sólo provocaba cierta admiración melancólica á los que llevaban una vida incompleta y desordenada.

En aquella primavera, los domingos de los Donald estaban muy concurridos y muy animados.

Acababa de publicarse la obra de Juan Donald, titulada *De la vitalidad física y psíquica de las razas,* y había causado una verdadera revolución en los centros científicos y socialistas, para llegar poco á poco á los cenáculos, donde levantaba apasionadas discusiones.

Aunque la obra hubiese estado concebida y desarrollada lenta y cuidadosamente y con todo el esfuerzo de una convicción absoluta, el doctor estaba un poco sorprendido por aquella marcha rápida hacia la notoriedad universal. Había siempre deseado ardientemente llevar su palabra sincera, y que él juzgaba útil, al corazón mismo de las multitudes, pero jamás había soñado con la gloria.

No podía, sin embargo, impedir que la gloria rondase á su alrededor y subiese como una ola á buscarle hasta en su querido retiro.

Valentina participaba de su sorpresa, pero con más orgullo que él. Para vulgarizar entre la masa popular la obra ya propagada al exterior por traducciones en diversas lenguas, algunos jóvenes, fervientes amigos de Donald, querían hacerla objeto de una serie de conferencias y de lecturas en algún gran local de uno de los barrios de obreros. La organización de esas reuniones, la adopción de un plan general y la elección de textos necesitaban una seria preparación previa. Y aquel era un nuevo elemento de vida y de hermosa fiebre de trabajo en las veladas del domingo.

Remigio podía llevar á esas veladas á sus camaradas, algunos de los cuales no volvían, pero otros se hacían asiduos concurrentes y tomaban un creciente interés en aquella fermentación de ideas amplias y generosas.

Cuando la conversación se hacía un poco vidriosa por tocar demasiado de cerca á la realidad de la vida, Valentina se llevaba á los jóvenes á disfrutar otras delicadas distracciones de arte, como la música y las colecciones de grabados. Y si los muchachos llevaban á sus hermanas, se bailaba algunas veces.

A aquel medio se encontró transplantada Colette.

Las primeras horas de reunión fueron muy dulces y apacibles, «enteramente como en otro tiempo,» como ella dijo entusiasmada.

La comida fué íntima y alegre. Juan Donald disimulaba su penetrante espíritu de observación dando á su conversación un sesgo particular, de una malicia infinitamente amable. Colette y Remigio se sentían completamente felices. Pero cuando, entrada la noche, los salones empezaron á llenarse de un rumor de conversaciones y éstas tocaban ó profundizaban mil asuntos de un interés palpitante, y cuando Colette vió que cualquiera de esos asuntos, la última comedia, el traje de una mujer, el arreglo de unas flores, suscitaba observaciones generales sobre las costumbres, discusiones artísticas ó citas de exquisitas poesías, se quedó muy sorprendida al comparar la forma de aquellas conversaciones con las que oía diariamente sobre asuntos análogos. Le parecía que estaban hablando alrededor de ella una lengua extranjera de la que saboreaba la armonía sin percibir su sentido exacto.

Aunque Remigio era habitualmente silencioso, aquella noche, animado por la presencia de Colette, intervino dos ó tres veces en la conversación con amable y justa sencillez.

La joven, entonces, experimentó un singular malestar.

Se sentía como abandonada y sola en un país desconocido al que nadie se tomaba el trabajo de aclimatarla.

Y aquella opresión continuó, aun en el momento en que su compañero de la niñez fué á dedicarse por completo á ella y Colette pudo ejercer sobre él y sus amigos su habitual encanto de fascinación.

Con su traje gris pálido, la joven se parecía mucho á un pájaro asustado.

Hubo alguien que, cuando oyó pronunciar su nombre, dijo muy bajo:

—¡Allire!.. Sí, un insaciable... En las últimas jugadas de Bolsa ha realizado beneficios fabulosos...

Valentina se acercó á Colette, sonriendo y sin decir nada, y la joven respondió con una franca y clara sonrisa, como quien recibe una protección y un auxilio.

Mientras la señora de Donald le tenía cogida una mano y se la acariciaba dulcemente, como cuando era pequeña, le pareció á Colette que empezaba á comprender mejor lo que se decía alrededor de ella.

Muchas cosas, sin embargo, seguían siendo obscuras, especialmente todo lo que se refería al libro de Donald y á las próximas conferencias. Oía repetir las palabras: obrero, trabajo, fábrica, proletariado y discutir la elección de barrios populosos; Belleville, Ménilmontant, Montrouge, y el espíritu de sus habitantes. Eran aquellos unos confines de la población, especies de zonas peligrosas que se atravesaban en el tren á todo vapor al salir de París ó al volver á él. Pero ir á ellos de paseo, como parecían querer hacerlo los presentes, para dar una especie de representación popular dedicada al verdadero pueblo, el que huele mal y tiene los ojos feroces, era un pensamiento horrible para Colette, acostumbrada á oir tratar á ese pueblo de mala semilla y de brutos perversos que quieren matar á todo el mundo.

¿Iban á hacer lecturas para aquella gente?

La joven preguntó tímidamente á Remigio:

—¿No tendrán miedo de ir á esos sitios?

—¿A cuáles?, respondió Remigio asombrado.

Colette se explicó, un poco confusa, y designó á los jóvenes que estaban hablando. Y Remigio, por muy deferente adoración que profesase á Colette, no pudo menos de echarse á reir.

—¿Miedo? ¡Qué chistosa idea! ¿Por qué? Iremos todos; mamá, mi padre, yo..., usted...

—¡Oh! No, exclamó la pobre Colette espantada.

Valentina lo había oído y comprendido todo y su corazón se oprimió. La vida que hacía Colette había levantado á su alrededor las barreras que engendra el odio entre dos partidos que ignoran sus mutuas cualidades.

¡Tan pueril, tan frágil, especie de muñeca lujosa y exquisita, defendida por los cristales de su berlina al pasar por las calles, como una joya en escaparate, y tan inofensiva, sin embargo!.. ¡Pobre niña! De un corazón puro y generoso, había ya sido objeto, seguramente, de miradas de codicia y de odio terrible por todo aquel lujo que no le daba la felicidad... Y sin saber de qué ni por qué, tenía miedo.

Un intento de explicación en cinco minutos no hubiera bastado para cambiar su modo de ver las cosas. Por el momento, no había nada que decir.

***

Cuando por la mañana, en la mesa, Colette trató de contar cómo había pasado la velada, se vió en un verdadero apuro.

—Se ha hablado mucho, dijo, del libro del doctor Donald.

—¡Naturalmente! Esas casas son siempre unas sociedades de admiración mutua, dijo la de Allire en tono burlón.

Colette, algo picada, no respondió.

Allire dijo:

—La verdad es que no sé cómo se arreglan esos Donald para conservarse así. La tal Valentina es asombrosa, palabra de honor. Cuando la encontré en el bosque la otra mañana, en pleno sol, se hubiera dicho que tenía veinte años. Estaba lo mismo que el día en que entró en casa como institutriz de Colette.

—¡Vamos, amigo mío!.. ¡Veinte años!.. ¿Por qué no quince? Siempre tienes la manía de exagerar.

Allire miró á su mujer y no insistió. Era un hombre bien educado y acababa de observar, no por primera vez, los desperfectos y los artificios que se distribuían en leal rivalidad la cara de Ivona. El almuerzo acabó en silencio; pero al levantarse de la mesa, la de Allire llamó aparte á su marido.

—No sé si á ti te conviene reanudar la amistad con los Donald; pero te advierto que á mí no me hace gracia ninguna y encontraría peligroso y fuera de lugar que vieran mucho á Colette en esa casa. Es una sociedad extravagante y no creo que convenga crear entre ella y ese joven Remigio relaciones que pudieran dañar al porvenir de nuestra hija.

Allire se echó á reir.

—¡Bah! Querida, ¿qué te sucede? ¡Qué absurdo! El porvenir de Colette... Puedes estar tranquila... Yo me encargo de eso.

Y su tono se hizo casi solemne. Hacía mucho tiempo que el banquero soñaba con prepararse, á fuerza de millones, la entrada en un mundo que no estaba para él más que entreabierto, por la alianza de su hija con algún título auténtico.

Unos días después, la de Allire, que había comprado y cortado ostensiblemente las hojas del libro de Donald, exclamó con desprecio delante de Colette:

—¡Qué fárrago, el tal librote!.. ¡Y qué pesado!.. ¡Y qué pedante!..

Colette le hojeó en un día de soledad y tuvo que confesarse que no comprendía gran cosa de él.

La joven se quedó perpleja, ante el recuerdo que conservaba de la velada del domingo en casa de los Donald.

Para distraerse, pensó en el porvenir... El porvenir era para ella, en fecha más ó menos próxima, el matrimonio con alguno muy rico y muy «chic,» como decía siempre su madrastra, puesto que también Colette era muy «chic» y muy rica. La joven deseaba vivamente amar á aquel «alguno» que tomaba á veces, como imagen fugitiva, la cara de su pequeño adorador del baile de la Epifanía.

Una vez casada, las cosas marcharían lo mismo. una linda casa, espléndidos trajes, preciosos coches y después comidas y bailes, y bailes y comidas... Colette se sentía anticipadamente cansada de todo eso. Acaso tendría también algún bonito niño... La joven recordaba al pobre Juanito, tan pequeño y tan gracioso... Era casi el único niño que había visto sano y bueno, y el solo de que se había ocupado.

Porque á su alrededor no había niños visibles. Las amigas de su madrastra que los tenían, contaban interminables historias de nodrizas y de canastillas, y después, surgía de vez en cuando de una cuna de encajes ó de un coche atestado de pieles algún pequeño paquete de seda y de tul, con una carita minúscula casi nunca linda, y siempre con un color de cera, ojos tristes y labios pálidos... Y en seguida: «Ande usted, ama, lléveselo usted...»

Colette, que tenía un tierno corazón, se proponía de antemano no hacer lo mismo con el niño que pudiera tener.

¡Pero faltaba todavía tanto tiempo para tan dulce ocupación! Y todo lo que Colette veía hasta entonces, le parecía horriblemente aburrido.

III

EN CAMINOS DIFERENTES

La avenida de los Campos Elíseos, con su triple vía dorada de sol y sus dobles calles de árboles frescos y relucientes bajo su cubierta de botones nuevos, como los árboles de una caja de juguetes, desarrollaba ante Remigio la curva armoniosa de su cuesta hasta el horizonte, que formaba el Bosque, como si fuera una ancha puerta abierta hacia las vivificantes bellezas de la naturaleza.

El joven respiraba fuerte y deliciosamente el aire tibio y ligero y se sentía lleno de vida, con ese divino impulso del corazón que, al llegar á los veinte años, se lanza hacia lo desconocido, transportado por mil deseos y mil esperanzas.

¿Es, acaso, posible expresar esos triunfos inmateriales de la imaginación, que, en la magia de su poder, posee realmente todo lo que sueña?

Al seguir rápidamente el magnífico camino del Bosque, Remigio creía marchar por la senda de la gloria.

Sí, de la gloria... Porque de todas sus vagas y malsanas nostalgias de la infancia y de la juventud, se había por fin desprendido una sola: la ambición. Remigio quería obtener lo que ignoraba la noble y nutrida inteligencia de su padre, es decir, la fiebre de una dominación aunque fuese solamente moral. Había sido necesaria aquella palanca para vencer la resistencia de su natural pereza. Su temperamento no

hubiera sabido practicar las obras de larga paciencia ni contentarse con el mérito obscuro. Necesitaba en seguida el brillo, aunque sólo fuese superficial.

¡Qué lejano consideraba Remigio, y qué extraño á sí mismo, al adolescente de hacía cuatro años!

Recordaba sus primeras intentonas de arte, á los diez y seis años, por que era el arte lo que le atraía, mucho más que los estudios á que su padre hubiera querido verle dedicado.

Y el joven pensaba con enternecido agradecimiento en la ayuda que le había prestado entonces su madrastra.

Valentina había comprendido que aquella inteligencia viva, flexible, exaltada y rica en variados recursos, no podría plegarse á una carrera que no halagase á su imaginación.

Remigio no sabía las largas conversaciones que Valentina había tenido sobre ese asunto con Donald.

Juan decía siempre:

—¡Un artista! El muchacho escribe, pinta y compone música, pero todo eso no prueba hasta ahora más que gusto. ¿Querrás hacer de él una medianía, cuando hemos empleado todo nuestro amor y todo nuestro cuidado en procurar que sea un hombre?

Valentina replicaba:

—No será medianía en lo que él elija; pero es preciso que le guste lo que deba hacer. Es incapaz de fijarse en una tarea que no le inspire pasión... Además, todavía es muy joven; déjale probar.

—Ahí tienes una palabra peligrosa. Probar es el punto de partida de todos los talentos fracasados.

—Y de todos los genios, respondía Valentina.

Y al ver una sonrisa en su marido, añadía, sonriendo también:

—Puedes estar tranquilo; no estoy ciega ni loca. No hace falta que creamos á Remigio un genio para que le permitamos elegir su camino.

Mientras la señora de Donald le tenía cogida una mano y se la acariciaba dulcemente

Juan Donald suspiraba, porque había soñado cosa muy diferente. Sin embargo, la conciencia escrupulosa de sus propias teorías le hacía reconocer la justicia de lo que decía Valentina. Pero temía sobre todo que su amor paternal le impidiese ver claramente las dotes naturales de Remigio. Además, sabía que su hijo era heredero de la encantodora, pero débil naturaleza de su madre. ¡Ah! Si hubiera sido hijo de Valentina, de aquella compañera de una inteligencia tan firme y de un alma tan sólida, hubiera tenido Juan más confianza.

Su suspiro tenía además otra causa. Hacía mucho tiempo que no miraba ya al retrato sonriente y dolorido colgado en la pared, sin un extraño sentimiento. Juan estaba asombrado por su antiguo amor á aquella frágil y pequeña criatura y le extrañaba sobre todo que aquel amor hubiese sido tan fuerte. Conservaba, ciertamente, para ella un sentimiento de tierna piedad; pero hacía mucho tiempo que la ausente había desaparecido por completo y que estaba desterrada de su corazón, conquistado definitivamente por Valentina.

En medio de sus tareas y trabajos de médico ya célebre, Donald se quedaba pensativo ante la misteriosa obra de sugestión que Valentina realizaba en su hijo á fuerza de tenaz voluntad. Estaba como «volviendo á crear» aquella naturaleza física y moral, insuflándole su alma enérgica y sonriente, como en otro tiempo le había insuflado con sublime sencillez la vida de su respiración y de su boca. No contenta con haber obtenido para Remigio una entera libertad en la elección de sus estudios preferidos, ponía en sus trabajos el mismo interés y la misma pasión que él. Era su camarada entusiasta, más aún que una directora maternal.

Remigio no encontraba en otra parte parecidos estímulos. Acostumbrado á una atmósfera de arte y de comprensión superior, no dejó que ejerciesen influencia sobre él las preocupaciones más ó menos exageradas y extravagantes que le esperaban en el estudio del pintor G..., donde entró en cuanto su padre le dió permiso. Trabajó allí asiduamente, pero sin gran empeño, pues Valentina le puso al mismo tiempo bajo el patronato del gran paisajista H..., uno de los más íntimos amigos de Donald; y aquel artista, con la benevolencia y la bondad que le caracterizaban, tomó un gran cariño al principiante. H... se lo llevaba al campo para enseñarle á «ver,» y aquellas lecciones no tenían precio para el joven, pues en ellas se desarrollaba todo su ser, su cuerpo y su alma. Un día, el paisajista dijo á Donald:

—¿Sabes, Juan? Ese chiquillo es de buena madera.

Dos años después, Remigio expuso dos lienzos: un estudio al aire libre y un perfil de mujer. Y aquella fué su primera etapa. Después dejó el estudio de G... y se puso á trabajar solo, bajo la dirección intermitente de algunos artistas amigos de su padre. Pero la pintura no le ocupaba todo su tiempo y Remigio escribía. Profundas lecturas le habían preparado á purgar su estilo de lo que Flaubert llamaba «la inmundicia de la lengua francesa.»

Remigio tenía una forma clara, precisa y un poco brutal, al servicio de una imaginación acaso demasiado brillante.

Después del primer volumen, que no fué el de «los primeros versos» (pues éstos los conservó preciosamente Valentina y le aconsejó que no los publicara), sino un tomito con dos novelas de una estructura diestra y atrevida, Remigio emprendió una obra para el teatro. Mientras trabajaba en ella y discutía con Valentina su tesis, sus personajes y sus peripecias, el joven experimentaba ya las sensaciones de la noche del ensayo general, su fiebre, su dicha, sus angustias, y veía con gran riqueza de detalles las decoraciones y los menores efectos de escena y de trajes. Su imaginación estaba haciendo de él un notable director de escena.

Valentina se asustaba algunas veces por aquella explosión de dotes naturales, que parecían germinar demasiado bruscamente. Pero la salud de Remigio se consolidaba de día en día, equilibrada por la acción de sus fuerzas nerviosas, bien repartidas entre el trabajo y el ejercicio al aire libre.

Y después de pasar dos años todavía, hete aquí que, en aquel día de primavera, Remigio saboreaba alegre y legítimamente el gozo de sus sueños, puesto que el día anterior había tocado la dicha bajo la forma de dos realidades: la admisión de su comedia en uno de los mejores teatros y la obtención de una medalla en la Exposición anual de pinturas.

No sabía lo que le reservaba el porvenir, pero sí que durante toda su vida, por larga que fuera, recordaría la entrada en su casa el día en que París le había otorgado aquellas dos recompensas, y el minuto en que, después de haber dicho á voces aquellas dos noticias á Valentina, cayó á sus pies, como un niño, murmurando con infinito y tierno agradecimiento:

—¡Oh! Mamá..., mamá...

Valentina, entonces, se había echado á llorar. ¡Aquel era, en efecto, su hijo! Había querido que fuese dichoso y que su padre estuviese orgulloso de él... Aquella era la victoria de todo el esfuerzo de su amor.

Aquella mañana había tenide Remigio una conversación con su padre. Donald deseaba que su hijo descansase completamente una temporada, pero á fin de que ese descanso fuese rico y fecundo en sensaciones y recuerdos para sus obras futuras, le aconsejaba que viajase, y que viajase solo, de modo que se formase por completo su personalidad. Con la cándida ingratitud de la edad juvenil y á pesar del profundo cariño que profesaba á los suyos, Remigio se alegró extraordinariamente al hallar aquella ocasión de conquistar su libertad.

(Continuará)

EN LOS FERROCARRILES NORTEAMERICANOS

Si un hombre hay digno de ser perpetuado en bronces ó en mármoles por sus servicios prestados á la humanidad, este hombre es Jorge Pullman, el inventor de los coches-camas. ¡Qué serían los viajes en Norte América sin estos vagones, sin los Pullman! Dados los inmensos trayectos que allí recorren los ferrocarriles, un viaje, por ejemplo, de Nueva York á San Francisco, constituiría un verdadero tormento. Y



Cocina del Ferrocarril del Sur del Pacífico

no han parado en los Pullman las comodidades para los viajeros, sino que además encontramos en los trenes americanos vagones-restaurants, *buffet-cars, reclining chair cars,* vagones-salones, vagones observatorios, etc. Las empresas europeas van siguiendo, aunque muy lentamente, el ejemplo de los yanquis, y ya tenemos coches-camas y vagones restaurants, siendo de esperar que poco á poco irán introduciendo las demás mejoras que hacen que en los Estados Unidos sea un placer el viajar, cuando aquí es todavía una molestia, aun en los trenes de lujo y en los grandes expresos.

Lo que en primer término contribuye á que se hagan tan cómodamente y con tan poca fatiga los largos viajes por América, es la disposición de los vagones: los viajeros no están instalados en un compartimiento reducido, sino en coches grandes, con pasillo en el centro y dobles asientos á cada lado, que se comunican unos con otros, pudiendo gracias á esto los pasajeros recorrer todo el tren y estirar, como vulgarmente se dice, las piernas. El que viaja en Pullman, para lo cual se paga naturalmente un suplemento, dispone de dos asientos, lo que le permite instalarse con toda comodidad y llevar consigo muchos bultos; por la noche, dispone de una buena cama, en la que se duerme perfectamente.

El que sólo quiere pasar bien la noche, sin pagar los dos dólars que cuesta una cama, tiene á su disposición los vagones dotados de *reclining chairs,* que pueden utilizar todos los viajeros. Estos asientos son algo parecidos á los sillones de los dentistas: son giratorios, pueden inclinarse hacia atrás y están provistos de una banqueta para los pies. Con esto y con una almohada que se alquila por 25 centavos, se duerme admirablemente.

Hay trenes que llevan vagones-salones con comodísimas butacas, unas fijas y giratorias y otras sueltas que pueden trasladarse de un lado á otro del vagón. Todos los coches tienen dos lavabos con toallas, jabón, cepillos, etc., y un depósito de agua helada.

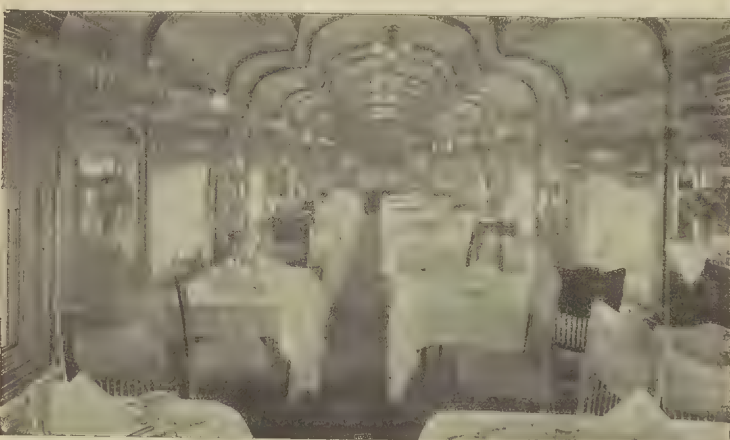
En ninguno de estos vagones se puede fumar; para los fumadores hay coches especiales, cómodamente dispuestos, generalmente con sillones de mimbres, en los cuales se encuentra también á menudo el *buffet* abundantemente surtido con los comestibles y bebidas más apetecibles y que está abierto de día y de noche.



Vagón para fumadores en un tren norteamericano

El que viajando ha de atravesar alguno de los Estados en donde rigen las leyes llamadas de templanza, por ejemplo, el de Kansas, y desea beber algo más fuerte que te ó café, ha de hacer su provisión de vino ó de cerveza antes de entrar en el territorio del mismo. El negro encargado del *buffet* ya se cuida oportunamente de advertirlo y además se encarga de guardar las bebidas que los pasajeros han comprado; porque en tales Estados puede cualquiera beber lo que tenga por conveniente, lo que no se puede es vender bebidas alcohólicas, excepción hecha de los boticarios, y aun éstos sólo mediante receta del médico.

En todos los trenes hay vagones-restaurants perfectamente servidos, cuyas listas de manjares contienen lo que puede desear el más exigente. Por lo general, la comida del mediodía se sirve á cubiertos y la de la noche á la carta; el desayuno cuesta lo mismo que la comida, es decir, un dólar, tanto si se toma simplemente una taza de café ó te y pan con manteca, como si se hace un almuerzo formal compuesto de ostras, biftec y un plato dulce. El que no quiere desayunarse con todo esto, se hace servir en el vagón una taza de café ó te con su panecillo y se ahorra medio dólar.



Interior de un vagón-restaurant en un tren norteamericano

Los criados, así del vagón-restaurant como de los demás vagones, son casi todos negros, muy atentos y serviciales y siempre con el cepillo en la mano dispuestos á quitarle el polvo al pasajero que baja del tren..., por supuesto, si antes le ha dado una propina.

Así como en los trenes no falta comodidad alguna, las estaciones de los ferrocarriles norteamericanos no sólo no están á la altura de aquéllos, sino que distan mucho de poder compararse, por regla general, con las de Europa. Unicamente en las grandes capitales son como las nuestras; las estaciones pequeñas consisten simplemente en unas chozas de tablas en donde el viajero no encuentra apenas otra cosa que un panecillo duro como una piedra y una taza de café,



Cocineros y camareros del vagón-restaurant de un tren norteamericano

lo cual demuestra que los muchos viajeros que no utilizan los trenes de lujo son más sobrios que nosotros, pues, de lo contrario, la administración de los ferrocarriles habría tenido buen cuidado de dotar á aquellas estaciones de buenos restaurants ó de bien provistos bars.—R.

***

LAS AGENCIAS DE DIRECCIONES

EN ALEMANIA

Existe en Alemania una institución floreciente y fuera de allí poco conocida, cuya organización ha sido objeto de una memoria recientemente escrita por el cónsul de Francia en Danzig.

Las «agencias de direcciones,» que no deben confundirse son las agencias de informaciones, merecen bajo todos conceptos llamar la atención de los comerciantes, á quienes pueden prestar grandes servicios, puesto que les proporcionan un medio muy práctico de hacer ofertas directamente, creándose de esta manera con pocos gastos y sin intermediarios una clientela.

La más antigua é importante de estas agencias fué

fundada en 1878 en Berlín por Roberto Tessmer; empezó con un solo empleado; en 1881 tenía 20; en 1891, 70, y actualmente cuenta más de 300. Su primer catálogo comprendía muy pocos números impresos en una sola hoja de papel; el décimo se componía de 900 números; el vigésimo de 1.200, y el cuadragésimo primero y último, 7.000. Estos 7.000 números abarcan la casi totalidad de la actividad humana. Puede pedirse á la agencia cualquiera dirección; basta indicarle la índole del dato que se desea para tener la seguridad de ser servido: la agencia tiene respuesta para todo y sus fichas están clasificadas tan cuidadosamente, que nada se le escapa.

Si un comerciante de juguetes quiere conocer las direcciones de las familias alemanas ricas y prolíficas, la agencia le indicará en seguida un grupo en el que cada familia acomodada tiene por lo menos ocho hijos. Si alguien desea colocar artículos que puedan convenir á recién casados y necesita conocer los nombres de los novios que están para contraer matrimonio, la agencia se apresurará á comunicarle sus listas. Del mismo modo indica los nombres de los grandes y pequeños rentistas de una provincia, los de las personas que van á pasar el verano en Suiza, los de las que viajan por mar, los de los aficionados á la caza, á la pesca, etc. Está tan al corriente de todas las especialidades, que puede facilitar al público hasta las informaciones al parecer más insignificantes.

Montada de esta suerte y considerando que no se concreta á Alemania solamente, sino que comienza á conquistar el resto del mundo, la agencia de direcciones de Roberto Tessmer es un Bottin colosal puesto siempre al día.

El primer año de su existencia, la agencia no facilitó más que algunos millares de direcciones; el año pasado proporcionó más de 36 millones y dió al Estado, en concepto de franqueo de la correspondencia, dos millones y medio de francos.

Estas direcciones son expedidas en forma de fajas engomadas é impresas ó de sobres con las señas manuscritas ó en listas formadas por ciudades ó regiones que pueden también servir de guía á los viajantes de comercio.

Las fichas de la agencia nacen, viven y mueren como las personas y las casas, y están al corriente merced á un trabajo incesante. En la agencia Tessmer, de los 36 millones de direcciones facilitadas durante el año último, el 98'75 por 100 han resultado buenas y sólo el 1'75 por 100 han sido devueltas por no haber sido hallados los destinatarios.

Además, para comprobar la realidad de las calificaciones que dan de sí mismos los interesados (pues los hay que quieren hacerse pasar por comerciantes al por mayor siendo simples intermediarios ó por fabricantes siendo sólo comerciantes), las agencias de direcciones están asociadas con las agencias de informes, y este sentimiento de mutualidad es una de las mayores fuerzas de la Alemania moderna.

Por los servicios que prestan, pueden las agencias de direcciones vanagloriarse con razón de trabajar admirablemente por la extensión de la industria y del comercio alemanes.—S.



Asas en bronce modeladas por Ingram Taylor. (Reproducción autorizada por los Sres. Ismay Imrie Co.)



Busto en barro cocido dibujado por el profesor R. Hamel y ejecutado por Francisco Sthal

Asas en bronce, modeladas por Ingram Taylor.—Busto en barro cocido dibujado por R. Hammel y ejecutado por Francisco Stahl.

Los dos objetos artísticos que adjuntos reproducimos están ejecutados dentro de tendencias distintas, pero son igualmente bellos. Las asas modeladas por el artista inglés Ingram Taylor recuerdan las labores análogas de los artistas del Renacimiento y cautivan por la finura del modelado, por la elegancia de la composición y por la gracia de las líneas: la ejecución revela la mano de un cincelador habilísimo, circunstancia tanto más digna de encomio cuanto que su autor se ha dedicado siempre especialmente á la pintura.

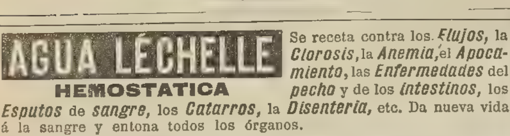
El busto de barro cocido pertenece al género mal llamado modernista, y tiene toda la severidad y sencillez que caracteriza á las producciones de los artistas que se inspiran en los cánones del prerrafaelismo, esa escuela que tantos prosélitos ha hecho en Inglaterra y que desde allí se ha extendido por las demás naciones.—X.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

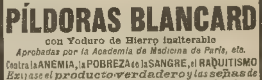
INFLUENZA RACHITIS ANEMIA CLOROSIS VINO AROUD CARNE-QUINA-HIERRO El más poderoso Regenerador.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—Precio: 12 Reales. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.







PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



Paisaje, cuadro de José María Marqués



QUINA-LAROCHE

Premio de 16.600 francos — Siete Medallas de ORO

EL MISMO FERRUGINOSO — Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.

Paris, 20 c. 22, rue Drouot y farmacias

EL MISMO FOSFATADO — Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO

PASTILLAS y POLVOS PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA

EDICIÓN ILUSTRADA

á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas

Se envian prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

SOBERANO CONTRA

CATARRO — ASMA — OPRESIÓN

30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!

Tratad de curaros con la Legítima

PISTOIA PLANCHE

(Dos Siglos de Éxito)

No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.

CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.

Fca PLANCHE en Marsella (*Francia*).

En todas las Farmacias bien surtidas.

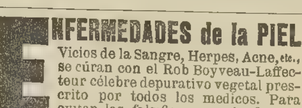


PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine





PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 1.º de Febrero de 1904 — Núm. 1.153



S. S. EL PAPA PIO X

Reproducción de una fotografía tomada recientemente y remitida por Carlos Abeniacar

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Sigue la Comedia buscando su repertorio en las obras del teatro francés. En noviembre se estrenó en París *L'adversaire*, y á primeros de enero ya estaba traducida, ensayada y en disposición de representarse en Madrid la aplaudida obra de Capus y Arene. Púsose en escena, la recibió con palmas el público de los estrenos, la elogió la prensa; pero la gente no acude á verla. ¿Por qué este desvío? Yo me lo explico; por lo que *El adversario* tiene para nosotros de exótico. No basta que una comedia esté bien compuesta, como lo está la de Capus, para interesar á un público determinado; es menester que retrate costumbres, sentimientos y preocupaciones que ese público conozca y comprenda. Por esta razón ha sido forzoso siempre, y yo creo que lo es ahora, arreglar, adaptar ó refundir aquellas obras que se escriben ó se escribieron para otras sociedades distintas de la nuestra.

El adversario es un golpe más dado á la debatida y manoseada cuestión del adulterio, complicada más bien que resuelta en Francia con la ley del divorcio. Mariana quiere á Darlay, su marido, y sin embargo le engaña, caso verdaderamente curioso de psicología conyugal. El esposo engañado está resuelto á divorciarse: el hombre no toma las cosas en trágico; es un cerebral, que somete sus pasiones, sin duda porque es incapaz de sentirlas, á los fríos procedimientos de la reflexión. La mujer infiel pide perdón, ofrece no volver á pecar, explica á su modo cómo engañó á su marido amándole, pero éste no cede. En tal momento se presenta la madre de Mariana, señora de muy buen sentido, que representa el criterio de la sociedad. Darlay se atribuye á sí mismo la falta; él es el adúltero, su mujer la víctima. Entonces la sensata suegra, dirigiéndose á su hija, le dice sobre poco más ó menos: «Hija mía, en los hombres esa clase de faltas son pecados veniales; debes por lo tanto olvidar el desliz de tu esposo. En cambio el adulterio en la mujer no merece perdón.» Después de lanzar esta sentencia la madre de Mariana se retira y Darlay deja á su esposa, resuelto á divorciarse.

Si los hombres no tuvieran corazón, ni nervios, ni pasiones, nada habría que pedir á este desenlace silogístico. Mas para el hombre apasionado, para el que ve traicionado su amor y pisoteada su dignidad, la solución ideada por Capus y Arene nada resuelve. La lógica de las pasiones es muy distinta de la lógica de la razón. No es posible reducir las complicadas cuestiones del alma á teoremas algebraicos. Y véase cómo una obra que satisface al entendimiento deja frío al público, no compuesto de entidades abstractas, sino de hombres y mujeres de carne y hueso.

También la Princesa cultiva el género extranjero, particularmente el francés. Su último estreno ha sido el de una comedia de Delpit, que cuenta ya cerca de treinta años de existencia, y cuyo título es *El hijo de Coralia*. Pertenece esta obra al género folletinesco que pudiéramos llamar fino y que tan en moda puso Octavio Feuillet. El principal atractivo de esta clase de comedias es el interés: el espectador está durante cuatro ó cinco actos sin saber si el galán joven se casará ó no con la ingenua criatura que le ama con todo su corazón. Al cabo los obstáculos que se oponían al enlace de los dos enamorados desaparecen y la comedia termina en boda, con gran contentamiento del público «sano.»

Muchas obras se han escrito por tal patrón y una de ellas es *El hijo de Coralia*. En esta comedia lo que impide que el galán, bravo capitán de artillería, se case con su prometida, angelical muchacha perteneciente á una respetable familia, es el origen de aquél, hijo natural de una aventurera llamada Coralia. El noble mozo, al reconocer á su madre, lejos de rechazarla, le abre con cariño filial sus brazos, no obstante ser ella la causa de que su boda se deshaga; pero Coralia, arrepentida de sus pasados extravíos y no queriendo ser obstáculo á la felicidad de su hijo, resuelve encerrarse en un convento, con lo cual el padre de la novia transige con que su hija se case con el capitán, y el conflicto se resuelve, como se ve, de la mejor manera posible.

Sin negar yo que esta comedia, muy bien arreglada á la escena española por los Sres. Catarineu y don Pedro Gil, seudónimo de Ceferino Palencia, resulta en su estructura y procedimientos un tanto anticuada, he de decir también que desde el punto de vista social aventaja mucho al género pesimista y deprimente que tan en boga está ahora en el teatro.

Los autores del día ponen su mayor empeño en hacernos ver que no tiene el diablo por dónde desechar á los humanos, que la sociedad es un amasijo de miserias y de infamias, que la virtud es cursi y la elevación y nobleza de sentimientos sueños de poetas chirles. Este concepto de la vida humana, presentado bajo mil diversos aspectos en el libro y en el teatro, achica y deprime el espíritu. Además es falso. Sinceramente creo que tales pesimismos tienen mucho de afectado y no poco de calumnioso. Ni el hombre ni la sociedad son tan malos como creen, ó dicen que creen, esos pintores de miserias. Para convencerse de ello basta extender la vista en derredor nuestro y encontraremos virtudes acendradas, heroicos aunque obscuros sacrificios, actos de bondad y ejemplos de resignación.

Por esto, cuando vemos una comedia como *El hijo de Coralia*, que á vueltas de ciertos recursos anticuados nos presenta lo que hay de noble y generoso en el corazón del hombre y exalta los sentimientos tiernos, delicados y bellos, experimentamos íntima satisfacción, semejante á la que siente una mujer cuando ve un retrato suyo en que el pintor no la «ha desfavorecido.»

Mucho más importante que los dos estrenos á que se refieren las anteriores líneas ha sido el de la *Zagala*, comedia de los Sres. Alvarez Quintero, verificado noches pasadas en el Español.

Son los dos aplaudidos hermanos de los pocos autores contemporáneos que cultivan el arte castizo, sin mezcla de extranjerismo alguno. Los asuntos por ellos elegidos son genuinamente españoles, españoles los tipos de sus comedias, españolas las sales y donaires con que saben sazonar sus obras. Los Quintero además copian directamente de la realidad, y en sus obras ya numerosas encuéntranse, aun en las más endebles, rasgos de admirable verdad.

Empezaron los dos ingeniosísimos escritores por escribir sainetes, género que, como es sabido, tiene por objeto pintar tipos y costumbres, y no caracteres y sentimientos, misión propia de la comedia y del drama; y sin duda, habituados á escribir aquella especie de producciones escénicas, no logran en sus «obras grandes» apartarse por completo de lo que es exclusivo del sainete. En todas sus comedias hay siempre algo de sainetesco.

No es la *Zagala* una excepción de lo que acabo de decir: en ella es fácil señalar, al lado de escenas y personajes de verdadera comedia, figuras caricaturescas, chistes y «salidas» que huelen al aceite. Sin ir más lejos, D. Baltasar de Quiñones, figura principal de la obra, es lo que se llamaba antes un personaje de figurón, de la misma familia que el D. Lucas del Cigarral de Rojas. Lo caricaturesco de aquel personaje comunica á toda la obra cierto carácter, que sin ser completamente bufo, no está dentro de lo cómico propiamente dicho.

El Sr. de Quiñones es un rico y noble hacendado de un pueblo de Andalucía; sus lecturas y aficiones literarias han adulterado su clara inteligencia hasta el punto de que en toda ocasión y momento habla en enfático y cursicastizo estilo. Este buen señor es viudo y tiene dos hijas, una ausente, en Suiza, á causa de su delicada salud, y otra en vísperas de casarse con un joven que al día siguiente de la boda se irá con su esposa á Madrid, en donde tiene su residencia. D. Baltasar de Quiñones va á quedarse sin más compañía que la de sus criados. En la casa hace falta una sirviente, y á pretender este puesto preséntase una moza garrida, sana y apetitosa de cuerpo, querenciosa de condición y un tantico taimada como buena campesina. La escena en que ella y su padre se presentan en casa de Quiñones es lindísima, y María Guerrero (la zagala), Díaz (el padre) y Díaz de Mendoza (D. Baltasar) la ejecutan de un modo primoroso.

En el acto segundo echamos de ver que al hidalgo andaluz no le parece costal de paja la zagala. Por su parte ella, que como he dicho ya, aunque rústica no tiene pelo de tonta, se ha hecho cargo del efecto que ha producido en su amo, y se vale de cuantas coqueterías le sugiere su instinto femenino para encalabrinarle y volverle, como suele decirse, tarumba. La escena en que la avisada moza *sirve de yantar* al señor de Quiñones, es un verdadero primor: gracia, observación del natural, ingenio fino, de todo ello hay mucho en aquel encantador diálogo.

D. Baltasar, como es natural, dada su situación, pierde los estribos, y al terminar el segundo acto daría al traste con su seriedad, robando un beso á la zagala dormida, á no caerse en aquel momento, con artificiosa puntualidad, el retrato de la difunta esposa del hidalgo.

En el tercer acto la zagala reina ya como soberana en el corazón de Quiñones. La moza está segura de su triunfo, y los vecinos y criados murmuran de aquel amor que consideran ridículo y censurable, aunque las cosas no hayan pasado á mayores. Pero ¿qué le importan á D. Baltasar las murmuraciones de sus convecinos y sirvientes? El quiere á la zagala con amor vehemente, y no sólo pone en la calle á los que vienen á darle oficiosos consejos, sino que deja marchar de la casa á una anciana criada que no puede tolerar el encumbramiento de la moza advenediza.

Y así las cosas llegamos al cuarto acto, el más endeble de la comedia, y á todas luces falso.

D. Baltasar de Quiñones se ha casado en secreto con la criada; pero cátate que lo que pudiera ser un idilio, un poco cocineril, pero idilio al cabo, se convierte en un patético conflicto. Es el caso que las dos hijas de D. Baltasar, la casada y la que estaba en el extranjero, á la cual se le ha ocultado, hasta poco antes de presentarse en escena, la muerte de su madre, vuelven á la casa paterna, llena para ellas del recuerdo de la muerta. ¿Cómo decirles que la difunta esposa del Sr. Quiñones ha sido substituída por la rústica zagaleja? El hidalgo no sabe qué partido tomar. De un lado le tira el amor de su nueva esposa; de otro, su cariño hacia sus dos hijas. ¿Qué hacer ante esta dolorosa disyuntiva? Por su parte, Encarna, que este es el nombre de la zagala, ha experimentado, sin que sepamos por qué, una radical transformación. No es ya la ambiciosilla campesina, un tanto taimada, de los actos anteriores, sino una mujer tan complicada como las heroínas de Ibsen, dispuesta á sacrificar su bienestar, sus ambiciones y su felicidad en aras de un sentimiento que se quiebra de puro sutil y delicado. La presencia de las dos hijas de Quiñones, entristecidas, como es natural, por el recuerdo de su madre, determina en el alma de Encarna aquella evolución psicológica, que á mí me parece de todo punto falsa. En virtud de ella, la zagala, creyéndose una usurpadora en la casa de Quiñones, huye, sin que se sepa adónde, y cuando las hijas del hidalgo se alejan también del lado de D. Baltasar, éste, buscando consuelo en el amor de su zagala, ve con espanto que Encarna también le ha abandonado.

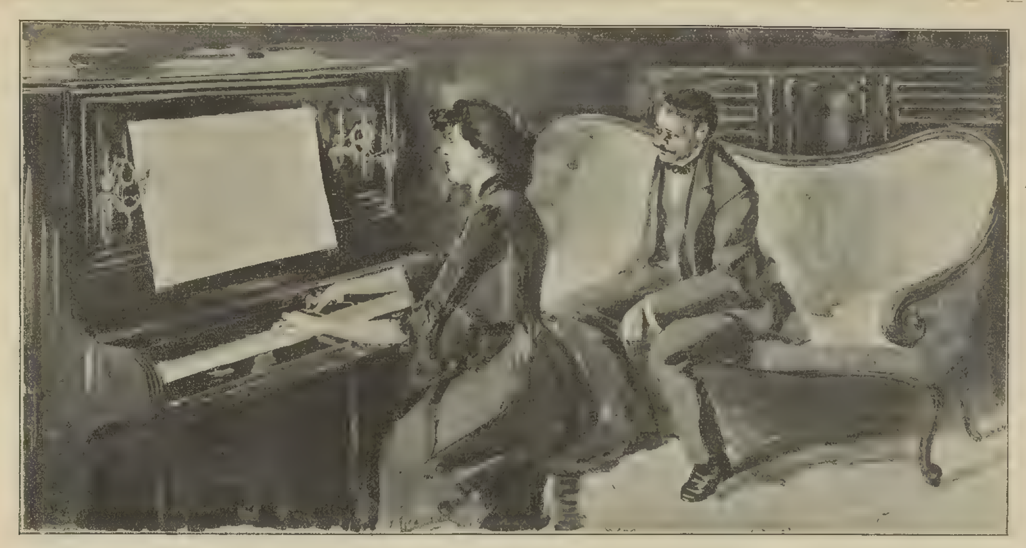
La conducta de la moza quebranta por completo la lógica de su carácter. Durante toda la obra la hemos visto dirigiendo sus esfuerzos á pescar á su amo; en una conversación con su padre nos revela toda su alma, que nada tiene á la verdad de poética y soñadora; sabe además que Quiñones tiene dos hijas que veneran la memoria de su madre. Siendo esto así, ¿cómo explicarnos la determinación de huir de *su* casa —ya es suya, puesto que se ha casado—solamente porque ve tristes y acongojadas á las hijas de su marido?

No; dentro de la lógica, Encarna, la Encarna de los tres actos anteriores, podría, porque no es mala, sentir algo de pena ante la tristeza de sus hijastras; pero esta pena no sólo no la impulsaría á tomar una decisión heroica, sino que por el contrario, bien pronto disipada, no le impediría pasearse, hecha un brazo de mar, orgullosa y satisfecha del brazo de su esposo para hacer tragar quina á las envidiosas de Pinares, pueblo en que pasa la acción de la comedia.

Este final, unido al carácter algo asainetado de algunas escenas y á ciertos episodios de relleno á fin de hinchar un argumento que quizás hubiera podido desarrollarse íntegramente en un par de actos, son los defectos más salientes que creo advertir en la última comedia de los Quintero.

De otras novedades teatrales poco hay que decir. Se reducen á un melodrama antijesuítico estrenado en Novedades y titulado *Los vampiros del pueblo*, ahogado como quien dice en su cuna por el gobernador de Madrid, que prohibió la representación á la noche siguiente del estreno, y á una piececilla arreglada del francés, estrenada hace treinta años con el título de *Very Wel* y reestrenada ahora en Lara con el de *Hotel inglés*.

ZEDA.



... y una atmósfera tristísima me envolvía mientras sentado en una butaca escuchaba el gorjeo de un arpegio ó el desgranar de una escala

Las manos de mi prima, por Mauricio López Roberts

DIBUJO DE NICOLÁS SIERRA

Al extremo de aquel triste pueblo, en un palacio antiguo y sombrío, vivía mi prima con su madre, pobre señora medio loca. Aquella muchacha extraña pasaba allí su vida, alejada del mundo, leyendo mucho, pintando algo y tocando el piano maravillosamente.

Desde el fallecimiento de Miss Kate, la vieja inglesa que la instruyó, no se trataba con nadie, y sólo su figura delgada y alta pasaba por los salones desiertos del vetusto caserón. Pálida, casi lívida, de ojos profundos y obscuros que parecían contemplar objetos misteriosos, siempre vestida de negro, era mi prima una criatura atrayente. Sus manos sobre todo detenían la vista, finísimas, muy blancas, de dedos afilados, sin ofrecer á la luz un solo matiz rosáceo, ni vetearse de azul por el serpentear de una vena, no semejaban aquellas manos las de una persona viva. Prodigiosamente bellas, parecidas al mármol en blancura y frialdad, hubiesen hallado colocación adecuada sobre el pecho alabastrino de alguna estatua funeraria.

A su aspecto respondía su conversación. La institutriz muerta habíale imbuído á mi prima ideas extrañas sobre los tenebrosos misterios de la muerte, y así creía posibles las comunicaciones entre las almas de los vivientes y las de los que fueron. Hablaba de ello como pudiera hacerlo de un suceso ordinario, y sostenía su tesis con ejemplos y datos que prestaban á cuanto decía carácter de aterradora posibilidad. El medio en que su vida deslizábase, aquella morada siniestra, entenebrecida, donde resonaban los gritos de la loca, la soledad de las largas noches invernales, el misterio de los crepúsculos, todo excitaba más y más la imaginación enferma de mi prima.

Yo era el único que la visitaba. Retenido en aquel poblachón por enojosos asuntos, la veía al atardecer. Nuestras conversaciones edificarían al más escrupuloso. La pintura y sobre todo la música formaban la base de aquellas pláticas. Mi prima, que era entusiasta de los maestros del siglo XVIII, sentábase muchas tardes al piano, y bajo la presión de sus dedos exangües sonaban andantes y scherzos, sinfonías y gavotas. La música alegre y melancólica á la vez evocaba fiestas pastoriles, bailes campestres, diosas empolvadas, y las notas nacían, susurrando cánticos entonados por labios que murieron, danzas trenzadas por bailarines desaparecidos. El salón, con sus muebles viejos y sus retratos antiguos, era cuadro á propósito para tales conciertos, y una atmósfera tristísima me envolvía mientras sentado en una butaca escuchaba el gorjeo de un arpegio ó el desgranar de una escala.

* * *

Una sonata escrita por un maestro de capilla alemán que murió desconocido nos cautivaba entre todas. Componíase de tres tiempos, los dos primeros apacibles, llenos de encantadora melancolía. El tercero era un minueto, alegre, juguetón, que después de sacudir con sus notas risueñas el enervamiento producido por la tristeza tranquila de sus predecesores, concluía disminuyendo poco á poco, perdiendo fuerza insensiblemente, quedando luego reducido al canto solo que la mano derecha repetía cada vez más alejado, más tenue, más lento, hasta extinguirse en un suspiro. Este final ejecutábalo mi prima de manera portentosa, y la mano purísima, inmaterial, se alzaba y descendía suavemente, reflejándose sobre la tersa superficie del tablero pulimentado del piano como una mariposa sobre el agua.

Sin embargo, no siempre tocaba mi prima el piano, pues alguna tarde encontrábala desasosegada. Sin atender á mis palabras, sus ojos inquietos sondeaban ansiosamente los ángulos sombríos del salón, donde los muebles se envolvían en penumbra. Estremecida al menor ruido, volvía de pronto la cabeza cual si quisiese sorprender tras sí á algún enemigo en acecho. Mis frases tranquilizadoras la calmaban algo, y entonces decíame sus terrores, producidos por las apariencias fugitivas de fantasmas imprecisos que deslizábanse furtivos á su lado cuando pasaba por algunos lugares de la casa. Creía escuchar murmullos agoreros que en su oído dejaba caer una boca invisible, á veces parecíale entrever manos marmóreas que en lo obscuro la llamaban. Temblorosa, rendida ante las manifestaciones sobrenaturales, reclinaba su cabeza pálida en mi hombro, pidiéndome auxilio con voz trémula, hablando bajo, como si temiese ser escuchada por alguien.

Así la amé, sin que jamás pueda decir en qué instante nació nuestro cariño. Mi amor pareció devolverla algo de vida y su rostro coloreó tenuamente su inverosímil palidez. En todos nuestros coloquios me pedía la sacase de allí. Obedeciéndola, preparé la boda; pero antes, como el arreglo de unos papeles hiciera imprescindible mi presencia en la ciudad, tuve que disponerme á partir.

* * *

La tarde anterior á mi viaje, fuí como siempre á visitarla. La hallé hundida en profunda tristeza. «¡No te vayas!, exclamó, ¡no te vayas! Anoche en la capilla alguien me dijo: «No le verás volver.» Sus manos me sujetaban convulsivas diciendo esto, en tanto que las pupilas profundas dilatábanse espantadas. Traté de tranquilizar su espíritu medroso. Pero fué inútil; movía tristemente la cabeza diciendo: «No te veré volver, no te veré volver.»

Para confortarla acudí á la música y pedíle tocara nuestra sonata favorita. Accedió, y las notas sonaron, repitiendo una tras otra las melancolías de los tiempos primeros, el juguetear picaresco del minué. Llegaba éste á su término. Los sonidos se extinguían pausadamente, cuando un grito me arrancó del ensimismamiento tranquilo que la música creó en torno mío. Viendo á mi prima en pie, demudada, estremecida, abiertos de horror los ojos y la boca, corrí en su auxilio, la conduje á un sofá y allí con palabras cariñosas traté de averiguar lo ocurrido. Poco á poco, en frases entrecortadas, me habló de una mano reproducida en el reflejo brillante de la caoba del piano, mano que no era la de mi prima y que le hizo un gesto de llamada, desvaneciéndose luego. «No te vayas, volvió á repetirme llena de angustia, quédate, no te vayas.» Traté de convencerla de lo imaginario de su susto, la hablé de nuestra futura dicha que exigía mi viaje, mas no pude lograrlo del todo, y dejándola resignada, pero no convencida, me despedí de ella.

Ya en la calle miré como siempre hacia su balcón y la vi recostada en el marco, esclarecida por la última luz crepuscular, agitando su pañuelo en signo de adiós. Anduve algunos pasos, y cuando volví la cabeza para verla una vez más, las tinieblas habían hundido todo en la noche. Partí triste.

* * *

A los dos días me avisaron que mi prima había muerto casi de repente.

Me puse en camino y llegué al pueblo cuando ya estaba enterrada. Mis preguntas averiguaron que nadie supo cuál fué la enfermedad matadora, y lloré, lloré mucho, al saber que en su corta agonía no cesó de llamarme.

Abrumado por la pena, me refugié en el salón. La tarde moría como cuando vi á la muerta por última vez. Recordaba su miedo, sus presentimientos, todo cuanto pasó. La evocación de aquellos instantes reprodujo en mi cerebro la música del minué. Sumíame en un dolor aletargado, cuando de pronto la cadencia que se repetía en mi memoria pareció tomar vida exterior. Del piano, sí, del piano brotó un sonido dulce, melancólico, y el final de la danza continuó, escapándose la armonía del teclado desierto.

Lleno de pavor me acerqué al instrumento. El minué expiraba entonces, y al mismo tiempo que oía la última nota, vi, vi claramente flotar en la madera pulimentada el reflejo de la mano de mi prima que parecía alzarse de las teclas, decirme adiós y evaporarse rápido.

Enloquecido, huí de aquella casa y de aquel pueblo. Mucho tiempo después supe que mi tía murió loca á poco de salir yo de allí y que el palacio estaba cerrado y sin habitar, pues se aseguraba que tenía duende.

El *Antartic*, buque en que realizó su expedición al Polo Sur el explorador Nordenskjold (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados).

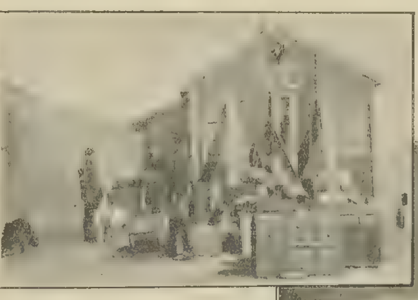
REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

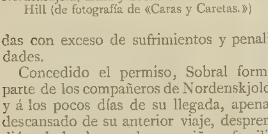
EXPEDICIÓN DE LA CORBETA «URUGUAY» (1)

Cuando el célebre explorador polar barón de Nordenskjold hacía sus últimos preparativos y alistaba en sus menores detalles al *Antartic* para emprender viaje á los mares polares del Sur, llegó la fragata *Sarmiento* de regreso de su primer viaje de circunnavegación, habiendo sido Barcelona uno de los puertos visitados. El entonces guardia marina D. José M.ª Sobral, entusiasta de su honrosa carrera y anhelando ver y saber, pidió permiso al gobierno argentino para formar parte de la tripulación del buque sueco que, gallardo en el puerto, esperaba orden del jefe para levar anclas y hacer rumbo hacia los inhospitalarios mares antárticos en busca de gloria y ciencia, paga

D. José M.ª Sobral, teniente de fragata de la armada argentina que se agregó á la expedición de Nordenskjold (de fotografía de «Caras y Caretas»).



Nordenskjold, Irízar y Sobral en la casa de Snow Hill (de fotografía de «Caras y Caretas.»)



das con exceso de sufrimientos y penalidades.

Concedido el permiso, Sobral formó parte de los compañeros de Nordenskjold; y á los pocos días de su llegada, apenas descansado de su anterior viaje, desprendióse de los brazos de su cariñosa familia para emprender, lleno de entusiasmo, expedición al polo.

Nordenskjold aceptóle como á hijo, y vió en él un lazo vivo de unión y fraternidad con la República Argentina, y presintiendo los peligros graves á que se exponían, dejó un pliego explicando la ruta que debía seguirse en caso de que no volviesen en el término de dos años, tiempo calculado para la duración del viaje y de las provisiones, pues sería señal cierta de pérdida ó prisión completa entre los hielos.

La previsión de Nordenskjold y la exactitud de sus informes fueron la salvación de



La tripulación del *Antartic* (de fotografía de la galería de «La Nación»)

todos los individuos que formaban expedición tan importante. Digo mal: murió de afección cardíaca el marinero Wennesgaard, mozo de veinte años, noruego. Allí quedó sepultado bajo tierra fría, á los 64° de latitud, en la isla Paulet. Esta vez el espíritu de los desiertos helados también quiso su víctima.

Habían pasado los dos años prescritos sin la menor noticia, y se acercaba ya la terminación del tercero cuando apareció un artículo del perito y gran geógrafo argentino D. Francisco P. Moreno llamando la atención del gobierno sobre la expedición mentada, y el compromiso moral y humano en que estaba la República Argentina de socorrer al *Antartic*. Inmediatamente empezóse la transformación de la cañonera *Uruguay* en corbeta, dejándola, al parecer, apta para la navegación en los mares de aquellas latitudes. Se nombró al teniente de navío D. Julián Irízar jefe de la expedición, que hizo un viaje á Europa en busca de los elementos necesarios para el mejor éxito posible.

Cariñosa y conmovedora fué la despedida que se hizo al mentado buque y á su tripulación. Se tuvieron noticias de su escala en Punta Arenas, y después nada.

Iceberg que ocasionó la pérdida del *Antartic* de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados

Pasado poco más de un mes y cuando nadie pensaba en la *Uruguay* más que para hacer *in mente* comentarios de su situación entre hielos, se recibió un telegrama del último punto de escala en el que, concisamente, su comandante comunicaba su llegada de feliz regreso con todos los tripulantes del *Antartic*.

Las expediciones del *Frithjof* y del *France*, que en aquel entonces se preparaban, resultaban inútiles si no perseguían otro fin que el de auxiliar á Nordenskjold y compañeros.

La *Uruguay*, en su viaje de ida, hizo rumbo á la isla de Año Nuevo, donde la República Argentina tiene un observatorio meteorológico de mucha importancia; tomó datos y de allí dirigióse á la isla Paulet. La nave fondeó cerca de la punta Este del golfo Erebus y Terror, desde cuyo punto divisaron la casita de piedra cubierta con cueros de foca en la que se abrigaba parte de la tripulación, que dormía todavía. Eran las cinco de la mañana. ¡Qué hermoso despertar!

El teniente de navío de la armada argentina, jefe de la expedición que salvó á Nordenskjold y á sus compañeros (de fotografía).

La noche antes, desesperados, medio muertos de hambre, habían hecho el proyecto de dejar aquel punto, embarcándose en dos canoas que les quedaban desde la pérdida del *Antartic* y navegar hasta Tierra del Fuego, ya que el mar empezaba á estar libre. Hubiera sido una demencia, un suicidio.

Al oir la sirena de la *Uruguay* pusiéronse de pie como por resorte, y casi sin dar crédito á sus oídos, salieron al aire libre. Cuando vieron el buque y el pabellón que flotaba en el pico de la mesana, sintieron como un frenesí de alegría, dando repetidos saltos, gritos y vivas á la República Argentina.



En la isla de Seymour (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)

(1) Aunque en el número 1.151 publicamos un artículo y algunos grabados referentes á este asunto, no por esto ha perdido su interés la excelente información que nos ha remitido nuestro activo é inteligente corresponsal literario en Buenos Aires Sr. Solsona que en el presente reproducimos.



La corbeta *Uruguay* en demanda del puerto de Buenos Aires, escoltada por la escuadrilla de vapores de D. Nicolás Mihanovich que salió á recibirla (de fotografía de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados)

Entonces se supo la pérdida total del *Antartic*. Estando ya preso entre hielos todavía blandos, la corriente llevó un enorme iceberg de gran altura y mole, y con el choque y después apretándolo en terrible abrazo, lo destruyó paulatinamente su poderosa é irresistible presión, hasta sepultarlo del todo. Sin embargo, dió tiempo de salvar colecciones, instrumentos, víveres, ropas, etc., si bien cuando fueron encontrados los exploradores estaban poco menos que desnudos.

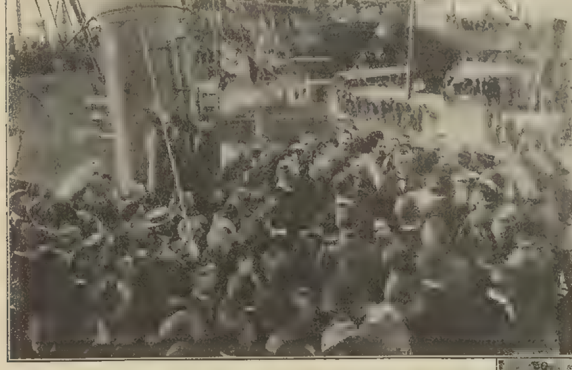
Con las noticias allí obtenidas y embarcados náufragos y objetos, dirigióse la *Uruguaya* á Snow Hill, donde Irizar y algunos compañeros, á poco de introducirse tierra adentro, encontraron á Nordenskjold, Sobral y algunos marineros, que sintieron las mismas emociones descritas, aunque con mayor intensidad, por ver venir de lejos á bultos extraños que resultaron ser sus salvadores.

De allí pasaron á la parte oriental de la isla Seymour y encontraron á los demás expedicionarios, Larsen, Andersen, Duse, etc.

* * *

Antes de cumplirse dos meses de ausencia, la *Uruguay* llegaba al estuario del Río de la Plata. Pero ¡en qué estado!

A causa de un fuerte temporal desarboló del palo mayor y trinquete desde encapilladuras, ó sea perdiendo los masteleros de gabias y juanetes. Sola mente quedaron los palos reales. Fué preciso picar, y así, lisiada, con las vergas embicadas entró en el puerto.



Llegada de la *Uruguay* á Buenos Aires. La comisión de recepción á bordo de la corbeta dando la bienvenida á los expedicionarios (de fotografía de la galería de «La Nación.»)

La recepción revistió todos los caracteres de entrada triunfal. Una escuadrilla compuesta de más de cincuenta vapores empavesados, de grande y pequeño tonelaje, casi todos pertenecientes á la poderosa casa naviera de D. Nicolás Mihanovich, atestados de familias, salieron hasta la rada exterior, escoltándola, rodeándola, como en amoroso abrazo, conmoviendo la gritería, los saludos, los cohetes, las músicas, los silbatos y sirenas, formando una escena llena de color y vida, colosal nota que subió de punto dentro del puerto, por cuyas avenidas difícilmente transitara el enorme gentío.

Imposible es describir con exactitud el desfile por las avenidas Cangallo, Rosales, Plaza Mayo y calle Florida hasta llegar al «Centro Naval;» sólo se puede dar de ello pálida idea. Allí estaba todo Buenos Aires, grande y pequeño, rico y pobre, tomando principal parte las damas más encopetadas de la sociedad porteña. Las calles mencionadas quedaron alfombradas de la más vistosa variedad de flores naturales.



La corbeta *Uruguay* entrando en el puerto de Buenos Aires (de fotografía de la galería de «La Nación»)

Los banquetes y las fiestas se han sucedido por espacio de ocho días, hasta la partida de Nordenskjold y compañeros para su patria.

El teniente Sobral ha sido el más festejado.

Las conferencias dadas con proyecciones luminosas han sido interesantísimas. La concurrencia, colosal y muy distinguida.

Desde que se supo la noticia del éxito de la expedición argentina, las corporaciones científicas del país y el gobierno han recibido los telegramas de felicitación por millares de todas las naciones del mundo.

De la estancia en Buenos Aires llévanse Nordenskjold y sus compañeros un recuerdo gratísimo, y así lo expresó el ilustre sabio, quien, refiriéndose á los agasajos de que han sido objeto, exclamó: «No encuentro la expresión fiel de mi agradecimiento profundo; si ustedes encuentran palabras muy hondas, muy sinceras, amables, eternas, escríbanlas, que ellas serán las mías.»

Los expedicionarios salieron de aquí el día 10 á bordo del *Tijuca* con rumbo á Hamburgo.

Una anécdota final. Nordenskjold llevó perros groenlandeses y malvinenses. Convencidos unos y otros de su origen, formaron dos bandos. Si un perro de Groenlandia, por ejemplo, atacaba ó era atacado por uno de las Malvinas, todos sus compatriotas le defendían desesperadamente, por lo que resultaba que á poco la batalla se hacía general, costando un triunfo el hacerles cesar. Si en la contienda había algún muerto, todos juntos se lo comían en santa paz y con buen apetito.

Y una frase. Una noche Nordenskjold, de regreso de una de las tantas fiestas oficiales, con banquete y pluralidad de discursos más ó menos cursis y largos, al penetrar en su cuarto hallóse con la mesa cubierta de tarjetas postales pidiéndole una frase ó simplemente su autógrafo: tres ó cuatrocientas por lo menos. Displicente tiró el sombrero, exclamando: «Si sé esto me quedo solo en los hielos.» Pero se sentó en la silla y fué condescendiente.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, diciembre de 1903.



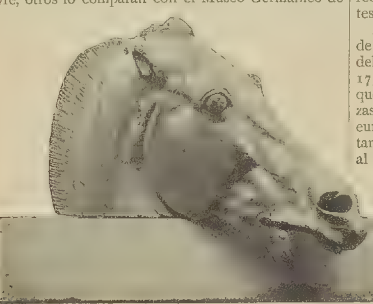
Recepción en Buenos Aires de la corbeta *Uruguay* á su regreso de la afortunada expedición en busca de Nordenskjold y demás tripulantes del *Antartic*. Aspecto de las avenidas de la dársena Norte y del dique N.º 4 del puerto (de fotografía de la galería de «La Nación.»)



El British Museum de Londres

Museos de Europa.—El British Museum de Londres

Es el British Museum uno de los primeros del mundo; hay quien pretende compararlo con el Louvre, otros lo comparan con el Museo Germánico de Nuremberg, otros con el Trippenhuis de Amsterdam unido á la pinacoteca de Munich. Otros dicen de él que equivale á todos los Museos de Italia reunidos. Nada más inexacto. Entre dos ó varios museos no hay comparación posible. Uno puede poseer una obra maestra que no posea otro y que valga más que seis museos juntos. El valor de un museo no se mide por el número de sus obras, ni por lo que costaron unas cuantas de ellas aisladas.



Cabeza de caballo dicho de la Noche ó Selene del Partenón, existente en el Museo Británico (copia de una fotografía)

Pero de todos modos, el Museo Británico es uno de los primeros del mundo, y esto es lo que nadie podrá nunca negar.

El edificio en que está instalado el Museo Británico es un verdadero palacio, uno de los más grandes de Londres, y por lo que toca á su contenido, una verdadera maravilla por la riqueza de sus colecciones, objetos de arte y de ciencias. El British Museum no cuenta mucho más de un siglo de existencia. Debe su origen á la reunión de tres colecciones de Sir Hans Sloane, de Sir Robert Cotton y de Sir W. Harley, que fueron adquiridas por el Parlamento. Sir Hans Sloane falleció en 1753, dejando en testamento su gabinete de historia natural y su biblioteca de 50.000 volúmenes (rica en manuscritos preciosos) á la ciudad de Londres, mediante la indemnización á sus herederos de una suma de 20.000 libras á repartirse entre todos ellos. El Parlamento votó la suma, y el antiguo palacio del duque de Montague, en Great-Russell Street, adquirido por la cantidad de 10.250 libras, recibió, casi como ganga y sin pensarlo siquiera, los tesoros amontonados tan laboriosamente por Sloane.

Poco preocupada hasta entonces de los intereses de la ciencia y de las artes, según cuenta el *Monitor* del 14 de julio de 1860, Inglaterra no poseía aún en 1755 ninguno de estos arsenales de la inteligencia que desde mucho tiempo constituían, por sus riquezas artísticas y literarias, la gloria de varias naciones europeas. Como ella llegaba la última y á grande distancia de la mayoría de las naciones del continente al reconocimiento de las bellas artes, le era preciso obrar con actividad para recuperar el tiempo perdido.

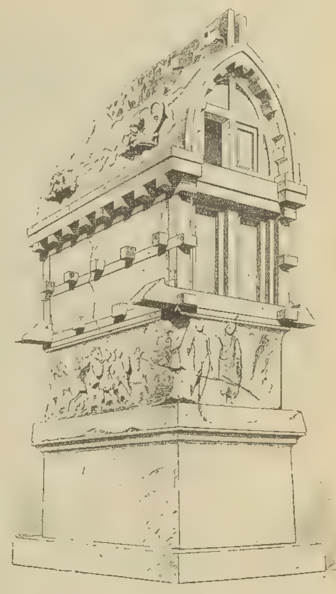
Adquirió, pues, á la mayor brevedad todo cuanto se le ofrecía á mano, de tal suerte que su Museo está compuesto de los más variados elementos, como libros, dibujos, láminas, medallas y de algunas estatuas, muestras de mineralogía, herbarios, objetos etnográficos, animales embalsamados, y hasta vestidos de esquimales y de salvajes. Así fueron improvisados en un solo museo una biblioteca, un museo de antigüedades y un museo de historia natural.

***

Apenas fundado, el British Museum se desarrolló rápidamente con legados, compras y donativos. Su primera compra fué la de adquirir los manuscritos de Harley, siendo luego enriquecida por la biblioteca de Cotton. En menos de diez años, si damos fe á Mr. Lavoix, sólo el gabinete de medallas, muy pobre en su origen, vió ingresar en sus compartimientos seis colecciones particulares formadas por embajadores y cónsules ingleses durante su permanencia en Italia ó en algunas ciudades de Sicilia ó de Grecia. Bronces, jarros, tierras cocidas, provenientes de las mismas procedencias, se juntaron en los salones de las antigüedades. Los fondos de los impresos y el de los manuscritos multiplicáronse aún con mayor incremento. Por lo demás, en cada viaje cada comandante de marina inglés aportaba un nuevo tributo por encargo del Estado á la Zoological Gallery, y Montague House hacíase cada vez más insuficiente para contener este cúmulo anual de riquezas.

Cuando el Estado adquirió los célebres mármoles que Lord William Hamilton había traído al regresar de su embajada de Nápoles, y luego los más numerosos aún de la colección Cownley, á las dependencias del hotel fué preciso añadir otras, construyéndose al efecto una sala contigua para admitir los mármoles procedentes del antiguo templo de Apolo de Phigalia, y otra en 1816 para dar cabida á las estatuas y bajos relieves del Partenón, que lord Elgin, embajador en Constantinopla, traía desde Atenas.

Por último, cuando en 1823 el rey Jorge IV ofreció como regalo á la nación la biblioteca de Jorge III, su predecesor, que acababa de fenecer, faltaba aún espacio para recoger este cuantioso legado. Fué preciso entonces renunciar á este sistema de extensión sucesiva en las construcciones de edificios á medida que se aumentaba el número de colecciones, sistema invasor que poco á poco amenazaba con la expropiación á todo el vecindario. El Parlamento decidió en-



Sarcófago licio hallado en Xanthos. (Museo Británico.)

tonces la construcción de un gran edificio á propósito para contener las riquezas que ya poseía el Museo y las que se reunieran en lo venidero.

No iba errado en sus previsiones; efectivamente, en estos últimos treinta años Londres ha visto doblados los tesoros de su museo nacional. No hablemos de la sección de impresos, la cual por sus adquisiciones anuales y por los libros que recibe del depósito legal, aumenta cada año en proporción asombrosa, sin contar con la biblioteca de Tomás Grenvelle que recibió como donativo. La sección de antigüedades también ha tomado un desarrollo más que notable. Desde 1835 hasta 1848, la colección Egipcia, que no contaba hasta entonces sino con unas esculturas tomadas por Nelson al ejército francés en Egipto, y algunos fragmentos de procedencia particular, hase aumentado, ó mejor dicho, creado, con las colecciones Salt, James Halliburton, Anastasi, Belmore y Andrew. Ya en 1842, Sir James Fellows, después de haber explorado la Lycia en dos viajes sucesivos, enviaba á Londres la tumba de Harpies y los mármoles de Xanthus. Cinco años después M. Layard enviaba á su gobierno los prodigiosos descubrimientos de los monumentos sirios realizados en la cercanía de la antigua Nínive bajo la dirección de Sir H. C. Rawlinson. MM. Rassam y Loftus habían sido á su vez tan afortunados como sus antecesores en las excavaciones emprendidas en las mismas regiones; los restos de los edificios en ruinas de Nemrod, de Khorsabad y de Kouyanjik han llenado en el espacio de cuarenta años las inmensas galerías sirias. Por último, un arqueólogo lleno de ánimo y de saber, M. Ch. E. Newton, añadió en 1860 otras riquezas á todas estas, extrayendo los mármoles de Boudroun y enviando á Inglaterra la estatua de Mausoleo y los bajos relieves que adornaban esta tumba, una de las siete maravillas del mundo antiguo, como es bien sabido.

***

La misma actividad prodigiosa, la misma voluntad perseverante fueron puestas al servicio de las ocho secciones que componen el British Museum. Un siglo bastó á Inglaterra para erigir á las letras, á las ciencias y artes este espléndido monumento. Imposible nos sería en un trabajo forzosamente limitado dar cabida, aunque fuera de una manera abreviada, á cada una de las divisiones de este inmenso establecimiento, el cual por sí solo representa para Londres lo que son para nosotros la Biblioteca Nacional de Madrid, el Museo del Prado, el Arqueológico, la Armería Real y todo lo que hay en el Escorial y Toledo.

M. Merimée dijo en uno de sus importantes trabajos que después de investigar con la mayor minuciosidad en este Museo la sección de impresos, y en particular la nueva sala de lectura, que debieran estas secciones servir de modelo á todas las salas de bibliotecas públicas, pues en ellas más de 300 lectores encuentran á la vez todos los recursos de una gran biblioteca y todas las comodidades del gabinete de trabajo que se pueden desear. La forma de esta magnífica sala es circular, alcanza un diámetro de 140 pies ingleses y está coronada por una cúpula que se eleva hasta 106 pies desde el nivel del suelo. Esta cúpula es casi igual en altura á la del Panteón de Roma y más alta que la de la catedral de San Pablo de Londres. La sala recibe la luz por veinte ventanas grandes abiertas en su alrededor, sin contar la luz cenital que desciende de lo alto por una linterna ó minarete de cristales implantado en la parte superior de la cúpula.

***

Entre las riquezas del British Museum llaman la atención la notable colección de dibujos en la cual Italia se halla tan dignamente representada, el gabinete de estampas, la galería de cuadros y la sección de medallas. El British Museum se enorgullece con razón de su *jarrón Portland,* jarrón único en su clase, tesoro intasable, compuesto en pasta de vidrio, hallado en una cámara sepulcral poco distante del camino de Roma á Frascati, y el cual llevó por largo tiempo el nombre de la familia que lo poseyó por vez primera, la familia Barberini. Sus bronces, sus jarros y sus barros cocidos están colocados con sumo gusto; las antigüedades etruscas, griegas y romanas, los marfiles, los esmaltes, las cerámicas de Italia, los cristales de Venecia, cuentan con piezas muy notables que sería prolijo describir.



Estatua colosal de Mausoleo, existente en el Museo Británico

Los manuscritos, los libros y las colecciones arqueológicas ocupan el entresuelo del Museo. Los manuscritos, que ascendían ya en 1848 á treinta y un mil, están colocados á la derecha en el ala oriental. Un catálogo sistemático ha sido redactado en parte por el Sr. de J. Forshall y por el orientalista Rosen bajo el siguiente título: *Catalogus codicum manuscriptorum orientalium qui in British Museum asservantur.* La primera y la segunda parte de este catálogo comprenden los manuscritos sirios, así como una parte de los manuscritos árabes. Los manuscritos de Burney han sido asimismo catalogados en el *Catalogue of manuscripts in the British Museum new series.* La biblioteca viene después de los manuscritos. El legado de Grenville cuenta 20.240 volúmenes; el legado de Jorge III, 80.000; el de José Banks, 16.000; el de Sloane, 50.000 volúmenes. Éstos, como ya queda dicho más arriba, han compuesto los primeros materiales de esta extensa colección, que hoy enumera más de 1.300.000 volúmenes. En 1851 contábanse ya 460.000 volúmenes. (V. PANIZZI. *British Museum: A Short guide to that portion of the library of printed book now open to the public.)* A la extremidad oriental y en una parte del cuerpo del edificio Norte, se hallan las salas de lectura, en las cuales los lectores están instalados convenientemente y hallan á su disposición todo lo que han de menester, plumas, tinta, etc. Las colecciones de objetos de arte llenan el entresuelo del ala izquierda occidental. Los objetos más importantes están enumerados en varias obras, entre los cuales citaremos: *Ancient marbles of the collections of ancient Terracotta in the British Museum.*

En dos de las salas externas de esta parte del edificio se distinguen, en medio de los monumentos del arte griego, los mármoles de Elgin, adquiridos por Inglaterra desde 1801; los *monumentos liccenses* cedidos por Sir James Fellows; la tumba de Harpies y los mármoles de Xanthus, ya citados, del más puro y noble estilo. Los salones interiores encierran la galería de Cownley al Oeste, y los monumentos egipcios de Alejandría, arrebatados en su mayor parte á los franceses por Nelson. Se notan entre estas antigüedades de incalculable valor la célebre inscripción de Rosette y el papyrus de Sallier. (Consúltese *Select papyrus in the hieratic character from the collections of the British Museum. Londres,* 1842.) Al lado de la sala que encierra estas riquezas enviadas por los sabios, se hallan los bronces, las tierras cocidas, las medallas antiguas, orientales y modernas, en cantidades enormes, procedentes de los gabinetes de Sloane, Cotton, Jorge IV, Cracherode, Knit Lady Banks, Marsden. Respecto á las colecciones de historia natural, ocupan los pisos superiores; la zoológica llena cinco salas y la mineralógica, clasificada por Berzelius, sesenta armarios.

En 1885 se añadieron á la sala de la galería de estampas dos salas de estudio; y en 1886 se sacó el museo Zoológico de las galerías del ala occidental que antes ocupaban y en las cuales se admiran actualmente una magnífica colección de objetos de arte orientales, las colecciones etnográficas y la famosa colección prehistórica legada á la nación británica por Christy en 1865.

***

El público puede visitar el British Museum los lunes, miércoles y viernes, de diez á cuatro en invierno y de diez á siete en verano. Los hombres de estudios pueden entrar todos los días á las salas de nueve á seis. El museo queda cerrado desde el 1.° hasta el 7 de enero, del 1.° hasta el 7 de mayo y del 1.° hasta el 7 de septiembre, así como los días festivos. Los ingresos del British Museum, sin la dotación del Estado, ascienden por término medio á 60.000 libras esterlinas por año; los gastos de conservación y administración á 50.000 libras, cuya mitad casi es para la administración; el sobrante destínase á restauraciones, reparaciones, armarios, otros trabajos y encuadernaciones de libros. Las adquisiciones suben á 200.000 libras, ó sea la dotación del Estado. El número de los visitantes puede calcularse en dos millones aproximadamente por año.

El British Museum hace algunos años comenzó á formar é imprimir el catálogo de los innumerables libros que contiene, publicando unos quince tomos del mismo anualmente. Para dar una idea de las increíbles proporciones en que el British Museum aumenta diariamente sus tesoros, bastará decir que ha habido año en el cual se ha enriquecido con más de 30.000 volúmenes, la mitad por compra y el resto por donación ó en calidad de depósito: todos los libros que en el museo ingresan son inmediatamente marcados y catalogados. Ocioso es añadir que entre los tales libros hay muchos raros, que son verdaderas joyas bibliográficas. Y en la misma proporción aumentan continuamente las colecciones de mapas, estampas, grabados, etc. En medio de tan numerosas y variadas adquisiciones realízase sin descanso el colosal trabajo que supone la clasificación y numeración de cada objeto y su descripción en los respectivos catálogos especiales que se llevan al día.

POMPEYO GENER.



EN VENECIA EN EL SIGLO XV, cuadro de Santiago Wagrez [illegible]



AZUCENAS, cuadro de F. Wobring

EL ARPA CROMÁTICA SIN PEDALES

El director de la notable revista musical parisiense «Musica,» deseoso de comunicar á los lectores de la misma algunos detalles sobre el arpa cromática, instrumento de reciente invención que ha poco ha sido admitido oficialmente en el Conservatorio Nacional de Música de París, dirigióse á la profesora de la nueva clase creada por el Ministro de Instrucción Pública y de Bellas Artes de Francia, Mme. Tassu-Spencer, la cual le ha contestado con la siguiente carta:

«Señor Director: antes de explicar á usted cómo he llegado á ser una ardiente partidaria del arpa cromática sin pedales, permítame que le dé las gracias por haberse dirigido á la profesora de la nueva clase de arpa á fin de dar á sus lectores algunos detalles sobre el instrumento cuya enseñanza acaba de ser oficialmente admitida en el Conservatorio de Música de París.

»Después de haber obtenido un primer premio en la clase de mi excelente maestro M. Hasselmans, esforcéme en completar el repertorio asaz especial del arpa con pedales, añadiendo á él el estudio de las obras de nuestros grandes clásicos y de nuestros maestros modernos. Algunas veces logré mi propósito, pero con harta frecuencia obligáronme á desistir de mis proyectos las dificultades de ejecución, hijas del mecanismo del instrumento. Ardía yo en deseos de que un perfeccionamiento introducido en el arpa permitiera vencer estos obstáculos puramente materiales, cuando M. Gustavo Lyon, director de la casa Pleyel, me hizo conocer la nueva arpa que acababa de construir.

»Desde el primer momento sorprendiéronme la ingeniosidad y la sencillez resultantes de la supresión de todo mecanismo, y para confirmar mi primera opinión, resolví consagrarme al estudio del instrumento; y en poco tiempo adquirí la certeza de que el arpa sin pedales era el arpa del porvenir.

»Con ella, el ejecutante no se halla obsesionado por la preocupación de los cambios de pedal necesarios para cada modulación; como consta de tantas cuerdas como notas, el instrumento se ajusta perfectamente á la técnica lógica del teclado y lo hace absolutamente cromático; de donde la posibilidad de ejecutar, fuera del repertorio limitadísimo hasta ahora del arpa, casi todas las obras escritas para piano.

»Otra ventaja de la supresión de los pedales es la estabilidad del acorde, de modo que en lo sucesivo no veremos, como sucede siempre con el arpa de pedales, que los artistas hayan de echar mano del templador para afinar, aun en medio de una pieza, alguna cuerda.

»He tenido el gusto de hacer oir la nueva arpa en Francia y en el extranjero, y en todas partes ha sido acogida del modo más lisonjero. ¿No es esta una prueba de la superioridad de un instrumento cuyo éxito he sido la primera en predecir?

»En el concurso de admisión que acaba de celebrarse en el Conservatorio Nacional de Música, tuve el gusto de ver que se habían matriculado 15 alumnos, y los 10 discípulos designados por el Jurado para entrar en mi clase sabrán demostrar indudablemente, en el concurso público que cerrará el curso, las innegables cualidades del arpa cromática sin pedales.

»Dígnese admitir, señor Director, el testimonio de mi consideración distinguida.

»T. Tassu-Spencer.»



Mme. Tassu-Spencer, profesora de arpa cromática, sin pedales, nuevo instrumento para el que se ha creado una cátedra especial en el Conservatorio Nacional de Música de París (de fotografía de Reutlinger)

NUESTROS GRABADOS

S. S. el papa Pío X. — Oportunamente publicamos la biografía del sabio y virtuoso pontífice que por muerte del preclaro León XIII ha pasado á ocupar la Silla de San Pedro. En el corto tiempo que lleva de pontificado, sus actos van justificando las cualidades que al ser elevado al solio pontificio se señalaban como características del que hasta entonces fué cardenal José Sarto y que pueden sintetizarse en estos términos: inteligencia clara, voluntad firme, bondad suma. En el retrato que reproducimos y que ha sido hecho recientemente, el rostro de Pío X refleja por modo admirable estas dotes de su alma y de su inteligencia: su espaciosa frente, su bien conformado cráneo, revelan un cerebro bien organizado y equilibrado; su mirada profunda y escrutadora y la forma de sus labios, tienen toda la expresión que comunican á las facciones la energía, la firmeza de carácter; y en todo su semblante se advierte ese aire bondadoso que le conquistó en Venecia la adoración de todos sus diocesanos y le conquista hoy, en el más alto puesto de la Iglesia, las simpatías de cuantos tienen la honra de ser por él recibidos.

***

En Venecia en el siglo XV, cuadro de Santiago Wagrez. — Quien visite la interesante ciudad de las lagunas sin llevar en su mente algo de los recuerdos de su historia y en su alma algo de la poesía que de su pasado se emana, difícilmente podrá apreciar todas las bellezas que atesora; y aun pudiera darse el caso de que se lamentara de la suciedad de sus edificios y de sus canales y del ambiente de tristeza que en toda la población se respira. En cambio, el que con la imaginación haga revivir á los antiguos habitantes de aquellos palacios; el que con los ojos de la fantasía vea reproducidas las fiestas que en ellos se celebraron y los dramas que allí ocurrieron, y repueble los canales con las suntuosas góndolas que fueron mudos testigos de tantos idilios y de crímenes tantos; el que reconstituya con el pensamiento los pintorescos espectáculos de la plaza de San Marcos, en donde se congregaban gentes de los más diversos países que con sus trajes exóticos formaban notas de color brillantísimo; el que, pensando y sintiendo todo esto, recorra la actual Venecia, hallará en ella tales atractivos que jamás verá borradas las impresiones que recorriéndola experimentara. Y si el visitante es un artista, la intensidad de estas impresiones subirá de punto y le permitirá reconstituir en la tela escenas que, como la del notable cuadro de Wagrez, que tan justamente celebrado fué en París en el último Salón de la Sociedad de Artistas franceses, nos transportan á la Venecia de otros tiempos, la Venecia rica, esplendorosa, potente, poética.

***

Azucenas, cuadro de F. Wobring. — Goza fama este artista en Berlín, de donde es hijo y en donde vive, de ser uno de los que mejor reproducen en la tela las bellezas femeninas, así los que suelen calificarse de vaporosos, ideales, de blondos cabellos, blanca tez y azules ojos de expresión dulcísima, como aquellos otros de rostro moreno, de negros y ondulados cabellos y de obscuros ojos de ardiente mirada. En los primeros, su lápiz traza suaves contornos y su pincel combina en la paleta colores delicados; en los segundos todo es energía, así en la línea como el color; los unos tienen el encanto de una poesía tranquila, de un idilio, de un madrigal; los otros todo el fuego de un alma ardorosa, todo el vigor de lo épico, de lo trágico. La figura que en el cuadro *Azucenas* nos ofrece pertenece á este segundo grupo y justifica plenamente lo que dejamos dicho: esa mujer, impulsada por sus pasiones ha de ser forzosamente grande, lo mismo en su amor que en su odio; por el amor es capaz de llegar hasta el heroísmo, por el odio acaso no retrocedería ante el crimen.

***

Grupo para una fuente, obra de José Heu. — Desde los tiempos más antiguos, uno de los signos característicos de la civilización de un pueblo ha sido su amor á las bellas artes, pero el amor que consiste no en encerrar los tesoros artísticos reservándolos únicamente para los escogidos, sino en popularizarlos, en ostentarlos en sitios públicos para que el vulgo se familiarice con ellos y se eduque, de este modo, insensiblemente en el culto de la belleza, que no deja también de ser un medio para que se eduque indirectamente en el conocimiento y en la práctica de la verdad y de la bondad. Entre las naciones modernas, las que más han contribuído de esta manera á la difusión del arte son sin ninguna duda Alemania y Austria, en cuyas principales ciudades, y hasta en las poblaciones de escasa importancia, abundan los monumentos de todas clases debidos á los escultores y arquitectos más notables, y en donde de continuo se anuncian concursos para la ejecución, sobre todo de fuentes monumentales. El grupo que en la última página de este número publicamos, debido al escultor vienés José Heu, es una prueba del criterio que en esta clase de trabajos preside en aquellos países: como pueden ver nuestros lectores, no se trata de una escultura vulgar, adocenada, sino de una obra perteneciente al arte serio, al único que puede encauzar el gusto de las multitudes, desviándolas de todo cuanto pudiera pervertírselo y haciéndoles comprender y sentir la verdadera emoción estética.

MISCELANEA

Bellas Artes. — Barcelona. — *Salón Parés.* — Han expuesto durante la última semana en este Salón: Domenge, el notable paisista oletense, una colección de hermosos paisajes, tan poéticos en su concepción como sólidos en su factura; Opisso, varios dibujos de costumbres y tipos barceloneses que demuestran la percepción justa que de la vida local contemporánea posee el autor, así como el dominio que tiene de la técnica modernista; Junyer, varias vistas de Mallorca que reproducen admirablemente las intensidades de color de los paisajes de aquella isla; Valhonrat, un grupo de retratos llenos de expresión y de verdad, y Torné Esquius algunas testas femeninas ejecutas con gran acierto.

Círculo Artístico de San Lucas. — Torres García ha expuesto una notable colección de paisajes que representan bosques de carácter un tanto arcaico y jardines del estilo de principios del pasado siglo; é Ivo Pascual una serie de estudios de paisaje que patentizan el talento con que sabe interpretar los más variados aspectos de la naturaleza.

Berlín. — El emperador de Alemania ha regalado al Museo de los Hohenzollern, instalado en el palacio de Monbijou de Berlín, una rica colección de objetos artísticos de cuero con aplicaciones de oro, que son los estuches de las insignias de la corona de 1700; otra colección de diademas, collares y otras joyas de la reina Isabel de Prusia, y treinta hermosas tabaqueras de Federico el Grande.

***

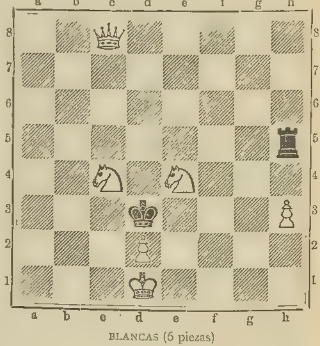
Teatros. — *Barcelona.* — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Paraula de rey*, comedia en tres actos de D. Ramón Bordas; y en el Eldorado *Los chicos de la escuela*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Arniches y Jacson Veyan, música de los maestros Valverde (hijo) y Torregrossa.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Víctor Hugo *Le droits des vierges*, comedia dramática en tres actos de Pablo Jacinto Loyson; y en el Palais Royal *Les dragées d' Hercule*, comedia en tres actos de Pablo Bilhaud y Mauricio Hannequin.

AJEDREZ

Problema número 351, por J. Dobrusky.

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 350, por S. Loyd.

Blancas.	Negras.
1. e 2 e 3	1. A juega (jaque)
2. R g 2 – h 3	2. Cualquiera.
3. C ó D mate.	

VARIANTES.

1.... T a 2 – a 3; R g 2 × h 2, etc.
1.... T a 2 – a 1; R g 2 – h 3, etc.
1..... C h 2 – f 3; R g 2 × f 3, etc.
1..... C h 2 – f 1; R g 2 – h 3, etc.
1..... Otra jugada; R g 2 – h 3, etc.

LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Joven, ardiente, sin preocupaciones materiales, dejando detrás la seguridad de infinitas ternuras—puerto tranquilo y seguro que esperaría su regreso—y acompañado de vivas satisfacciones de amor propio, Remigio entraba en la vida al mismo paso ligero, rápido y firme con que se encaminaba hacia el horizonte, conocido y próximo, del bosque...

Aquel coche estaba ocupado por dos mujeres

Mientras andaba, iba proyectando el itinerario de su viaje. En primer lugar visitaría el Tirol y Alemania, por la que no había hecho más que pasar con sus padres unos cuantos años antes. Después, en el otoño, iría á Italia. ¿Cuánto tiempo permanecería allí? No lo sabía. No ignoraba, sin embargo, que á principios de invierno, en el momento en que el pueblo del trabajo y de la inteligencia reanuda sus tareas y sus luchas, París le llamaría y se volvería á apoderar de él... Porque Remigio pertenecía ya á aquella ciudad potente, terrible y deliciosa, y era uno de sus hijos, que todo lo esperan de su fuerza, de su gusto y de su capricho. El joven pretendía que entre la masa enorme de nombres de sus tres millones y medio de habitantes, París distinguiese las dos sílabas de su apellido y las fijase en las plazas públicas como las estrellas que iluminan las noches de bruma... ¡Cuántos héroes románticos habían recorrido antes que él todo París con sueños y palabras de conquistadores! Muchos, sin duda, habían mordido el polvo y dormían debajo de tierra un sueño ignorado, como su corta vida de ilusoria ambición; pero otros habían logrado su objeto, y Remigio, trémulo de emoción, pensaba:

—¿Por qué no he de ser yo como éstos?

Remigio había llegado al Bosque. En aquella hora, todavía temprana, se cruzaban escasos coches por los paseos, húmedos por el riego, y todos se dirigían, cargados de niños y de amas de cría, hacia el prado Catalán ó hacia la Puerta de Madrid.

Nuestro joven, para quien no existía en aquel momento el mundo exterior, se sintió, sin embargo, llamado á la realidad de las cosas por un amable y gracioso saludo que venía de uno de aquellos carruajes y que llegaba á él como un ligero vientecillo.

Aquel coche estaba ocupado por dos mujeres: la una empenachada y como enterrada en rizados de tul y en un velo de encaje; la otra, por el contrario, ostentando una cara fresca como una flor, una hermosa cabellera rubia y un sombrero color de rosa. El coche estaba ya lejos, arrastrado al trote largo por dos magníficos caballos, cuando Remigio exclamó casi en alta voz:

—¡Colette!

Sí, Colette, á la que no había visto hacía mucho tiempo y á la que debía confesar que había olvidado por completo.

Como una aparición graciosa y fugitiva, Colette se había atravesado dos veces en su vida, y esas dos veces—sus recuerdos lo atestiguaban—Remigio la había amado.

¡Amado! El joven no pudo menos de sonreir. ¡Le parecía aquello tan lejano y tan infantil!.. Seguramente, no hubiera conocido á Colette si ella no le hubiese llamado la atención al pasar.

Entonces Remigio precisó la rápida aparición de aquel coche lujosamente enganchado, de aquella señora de elegancia excesiva y de aquella joven encantadora.

Una verdadera muñeca, pensó; pero aquella muñeca había mostrado en otro tiempo un corazón de oro; en la aurora de su adolescencia le había mirado con tiernos ojos, y el joven recordaba la ley que Colette le apuntó en una noche de efímera realeza: «Quiero que todo el mundo se ame y sea dichoso.»

Remigio había sabido entonces por Valentina que Colette no era feliz en el seno de su sociedad, pues no pertenecía á aquella raza ávida de placeres, de ruido y de dinero. Pero ya debía de serlo y de estar enteramente identificada con su gente. Sus débiles instintos naturales habrían desaparecido hacía mucho tiempo, y seguramente tenía ya el alma que aparentaba, esto es, seductora, brillante é inútil.

Remigio suspiró. ¿Por qué? ¿Qué le importaba la suerte de aquella niña completamente extraña á él por sus costumbres, por sus relaciones y por sus gustos?

Sin embargo, distraido un instante por aquel encuentro del pensamiento de su propio porvenir, Remigio sintió una especie de melancolía, casi de pena, como si hubiera exclamado «¡Qué lástima!» ante una cosa muy bella estúpidamente destruída.

* * *

Aquella misma noche leyó Remigio en un periódico muy bien informado de los asuntos del gran mundo:

«Se anuncia el próximo matrimonio de la señorita Colette Allire, hija única del conocido banquero de ese nombre, con el conde Huberto de Sirlac. Anoche se verificó en los suntuosos salones del hotel que hizo edificar el año pasado el Sr. Allire en la avenida del Bosque, una brillante reunión para festejar ese proyecto de boda, que supone una nueva alianza de un nombre de la alta banca con una de las más grandes casas de la aristocracia francesa. Sabido es que el conde de Sirlac ocupó un asiento en la Cámara como miembro de la derecha legitimista y que sus discursos se hicieron célebres.»

Remigió se echó á reir al leer aquel suelto tan incorrecto como presuntuoso en el que estaban comprendidos todos los pequeños reclamos de la vanidad, y al dar el periódico á su padre se burló de aquella prosa con cierta acritud. Valentina se le quedó mirando.

El joven no observó aquella mirada y contó su encuentro de por la mañana. Después dijo tiernamente, volviéndose hacia su madre con cierta expresión de desafío, como si hubiera querido burlarse de sí mismo:

—Ya lo ves, mamá; tu pequeña Colette es como las demás, una muñeca entre todos esos «Juan de las Viñas.» Estoy seguro de que sigue teniendo aquel miedo del «pueblo» que mostraba tan cándidamente hace años.

—¡Pobre muchacha!, dijo Valentina. Créeme, hijo mío; su corazón valdrá siempre más que su vida. Había en ella dos cosas que no engañan ni se acaban: el calor sentimental y la sinceridad del pensamiento, lo bastante para hacer sufrir á la que era ya capaz de sufrimiento á los diez años...

Remigio escuchaba y sentía convertirse su brusca acrimonia en una lástima que no carecía de dulzura. Juan Donald no dijo nada, pero habló después de aquel asunto con su mujer.

—Puede que tengas razón, le dijo; esa niña, á la que todos hemos querido, era y es, acaso, todavía, más interesante que muchas. Pero no importa; celebro mucho que las circunstancias no hayan favorecido nuestras relaciones con los Allire. Acuérdate de cómo seducía á Remigio la tal Colette, que tenía, lo confieso, todo lo necesario para ello. Pero confesemos también que hubiera sido una gran desdicha el que nuestro hijo se hubiese enamorado seriamente. Nada común podía aproximarlos, fuera de un atractivo apasionado ó sentimental. Sin contar la profunda diferencia de sociedad, de educación y de costumbres, había la de fortunas, que es un obstáculo insuperable. Figúrate, añadió sonriendo, la cara del buen Allire, que destinaba á su hija una corona de oro—no sé si muy puro—al oir que Remigio le respondía, después de haber pedido la mano de Colette: «Señor Allire, mi padre no puede asegurarme más que una modesta renta de doce mil francos; pero tengo mi pluma y mis pinceles y pienso ser célebre un día. Entonces seré rico.» Piensa en los guiños de ojos del suegro calculando la fecha de ese día lejano... No, no; aun admitiendo, como en una novela, que hubiera consentido, no es una mujer educada como Colette lo que hace falta á un hombre como Remigio. Las cosas están, pues, muy bien así, querida mía. Remigio ha mirado esta noche esos románticos recuerdos como se mira á las flores secas y olvidadas largo tiempo entre las páginas de un libro. Esas flores están convertidas en polvo, y ya el viento de la vida

las reduce á la nada... Ya le encontraremos una compañera *que se parezca á ti.*

Donald dijo aquella frase con acento de adoración. Once años de unión no habían disminuído á sus ojos la belleza exterior de Valentina, que fué lo que Juan amó en ella, antes de amar mucho y para siempre la belleza interior de su alma.

—Y por otra parte, añadió, tenemos tiempo para pensar en todo esto. Remigio está en este momento absorbido por su trabajo cerebral y su imaginación llena su universo. El corazón no perderá nada por eso más adelante. Dejémosle establecer su existencia y su porvenir, en pensamiento al menos. Así no será tan de temer una fiebre fugitiva que él pudiera creer durable...

Tres semanas después, emprendió Remigio su viaje. Como el joven conocía algunos periodistas y su partida coincidió con la de una de las celebridades teatrales, se habló del viaje de Remigio Donald en un periódico, que cayó en manos de Colette. En aquel suelto se recordaban sus recientes éxitos en la exposición de pinturas y la admisión de su comedia en el teatro, todo lo cual constituía, en suma, un amable «bombo» administrado por un buen amigo á la vanidad del joven autor. Pero la noticia tomó á los ojos de Colette un interés particular; primero por los recuerdos de intimidad infantil con el «joven autor» de que se trataba, y después porque todo lo que pertenecía á aquel mundo artístico, literario y vibrante que ella no había hecho más que entrever, le parecía lleno de un misterioso atractivo.

Después de un corto rato de reflexiones, Colette suspiró. ¡Qué lejos estaban ya el uno del otro!

La joven tuvo intención—inocente pretexto de su verdadero deseo—de escribir dos letras á la señora de Donald para felicitarla por los éxitos de Remigio; pero no se atrevió, y su vida habitual se volvió á apoderar de ella por entero.



Las flores blancas brillaban como una dulce luz [illegible] la h[illegible]...

IV

NAUFRAGIO

Colette esperaba con paciencia que se fijase la fecha de su matrimonio, muy próximo de todos modos, pues debía verificarse á fin de la estación y corría ya el mes de mayo.

Su vida estaba enteramente ocupada por los preparativos de la boda. Toda la existencia de su madrastra, y hacía algún tiempo también la suya, estaban encarnadas en esos cuidados: pruebas de trajes, elección de telas y de alhajas, discusiones sobre los menores detalles de la ropa blanca y del mueblaje. A pesar de esa costumbre, Colette se sentía cansada y hasta se asombraba ingenuamente al ver cuántas cosas eran necesarias, indispensables, para una joven pareja. «La joven pareja,» no oía decir más que esto, y era ella la que iba á formarla con Huberto de Sirlac... Ocurría frecuentemente en aquella época que la joven caía en profundas meditaciones, aunque forzosamente cortas, pues casi nunca estaba sola. Por otra parte, lo prefería así entonces; el reflexionar le hubiera resultado desagradable y quería mejor aquel movimiento de torbellino.

A los veinte años había ya rechazado media docena de pretendientes «de alto coturno,» como decía su madrastra; pero Colette comprendía que le era ya imposible decir «no» á la petición del conde de Sirlac. Su padre había hasta entonces admitido sus negativas, pero no su madrastra, que le guardaba un rencor terrible por «sus manías románticas.»

Además, aun sin tener en cuenta el nombre de Sirlac, cuyo prestigio excedía á las esperanzas ambiciosas de Allire, ni la fortuna del conde, menos importante, acaso, que la de Colette, pero muy considerable, Huberto era un muchacho encantador.

Tenía veintisiete años y era alto y de elegante figura. Su cara, más que agradable, era acaso demasiado plácida, por efecto, sin duda, de la regularidad de sus facciones. Incomparable en el vals, excelente jinete, buen músico con una voz de barítono que manejaba con bastante talento, y en fin, de una conversación viva y animada, ¿cómo motivar razonablemente una negativa? Después de todo, puesto que había de casarse en un plazo breve, lo mismo le daba aquel que otro cualquiera de los que conocía. Es verdad que nunca hubiera pensado particularmente en él, pero no le disgustaba en absoluto y tenía esperanza de infundirle sus aficiones á la tranquilidad, á la lectura y al campo, que había tenido que sacrificar hasta entonces. Colette se esforzaba por aparecer enteramente natural ante su prometido, para que no le reprochase después el haber ocultado sus verdaderas inclinaciones. Pero cuando trataba de mantener con él conversaciones formales y serias, Huberto respondía sonriendo:

—¿Leer? Sin duda. Tenemos una biblioteca sin rival, me atrevo á decirlo, pero supongo que no es usted de las que se casan para poder leerlo todo...

—No, no me ha comprendido usted, exclamaba Colette.

Otras veces decía el novio:

—¿El campo?.. Ya verá usted qué hermoso es Sirlac en la estación de la caza. Es muy alegre. Muchísima gente... Se baila todas las noches; pero nos levantamos, sin embargo, con el alba, y á caballo... Eso sí, después de almorzar se duerme la siesta y se descansa... Tiene usted razón; no hay nada tan tranquilo como el campo en esas condiciones.

Colette pensaba humildemente que no sabía hacerse entender, por explicarse mal, sin duda.

Cuando el conde se marchaba, la de Allire echaba á Colette fuertes reprimendas.

—¿Estás loca, con tus aires de seriedad? ¿Quieres poner una cara más graciosa y más amable?..

—¡Ah! ¡Estoy cansada de sonreir siempre!, exclamó un día Colette al salir del salón.

Y la de Allire se quedó asombrada. Al fin, á Dios gracias, iba á salir de aquella muchacha que se empeñaba en mirar la vida con la misma extravagancia que mostraba de niña ante las variadas distracciones que se le ofrecían.

La exclamación de Colette había sido muy sincera. Le parecía que estaba representando eternamente un papel en un escenario cuyas decoraciones eran siempre las mismas y en una comedia que era, sin duda, muy interesante para los demás, puesto que todos la hacían el objeto único de su vida, pero que á ella, por su parte, no le gustaba sino muy medianamente. Su instinto y su sencillez natural se sublevaban contra esa eterna y fastidiosa representación. Pero como no veía medio alguno de substraerse á ella, Colette llegó á pensar que era una excepción anormal, una «rara,» como decía su madrastra, y que su actitud era desagradable y hasta chocante en una joven.

Desde aquel momento, pues, se aplicó sinceramente á llegar á ser como las demás y á estudiar á las muchachas que la rodeaban, y llegó á admirar en ellas aquella ligereza descuidada que les daba un aspecto deliciosamente pueril y una gracia frívola de pájaro. ¡Qué felices debían de ser! Colette hubiera querido ardientemente no reflexionar más, tomar la vida hora por hora tal como se desarrollaba, y pasarla en movimientos casi mecánicos; levantarse, contestar á las invitaciones, salir, elegir objetos preciosos, ver cien personas indiferentes y cambiar con ellas siempre las mismas frases estereotipadas de saludo y de despedida, vestirse y desnudarse, recibir, hacerse ver en el teatro, en el baile, en el concierto, responder á los cumplimientos, á las adulaciones, al amor mismo, pues la corte que le hacía su prometido debía ser para ella el amor, y en fin, realizar todos

esos aspectos invariables de su vida sin preguntarse nunca, como lo hacía con frecuencia: «¿Por qué todo esto?; ¿con qué objeto?,» preguntas á las que nunca sabía qué respuesta dar.

Y sin embargo, aquellas interrogaciones mudas de su corazón eran cada día más apremiantes. Colette sufría al mentirse á sí misma y al ver que pronto iba á comprometer definitivamente su vida en aquel camino; pero le daba más pena todavía el pensar que fuera de aquel engranaje, por mucho que le disgustase, no conocía nada de la existencia ni sabría qué hacer.

Aquella franqueza consigo misma la ponía en un estado agudo de malestar que casi llegaba á ser físico.

Sin embargo, su mucha costumbre de estar en sociedad y su gracia natural le permitían ocultar bastante bien aquella inquietud á sus amigos y á su prometido, y todos creían que era una muchacha feliz y que miraba con satisfacción su próximo casamiento.

Había resuelto no intentar ninguna conversación seria con Huberto, pensando que lo haría más á sus anchas cuando fuese su marido, pues entonces se sentiría más libre, más sincera y más firme ante él. Y aquella vaga esperanza, á la que se agarraba obstinadamente, bastaba algunas veces para que su robusta juventud se sobrepusiese á su corazón.

De este modo había ocasiones en que Colette se mostraba alegre como una niña y se abandonaba sencillamente al placer, muy natural en el fondo, de ser por el momento la reina de la casa.

En una tarde de junio, Colette acababa de volver en coche con su madrastra y de subir alegre y ligera como nunca á su habitación, donde encontró, como de costumbre, el gran ramo de flores de todos los días, acompañado esta vez de una amable esquela de Huberto, al que en todo el día no había visto.

Las flores blancas brillaban como una dulce luz en la habitación de color de rosa. Por las ventanas se veía el paseo, dorado por los rayos del sol poniente y desarrollando su torrente de elegancia y de lujo entre dos cortinajes de árboles verdes que se estremecían al soplo de la brisa; y de las praderas, recién regadas, subía una exquisita frescura mezclada con el aire tibio del verano.

Mientras Colette se dejaba desnudar por sus doncellas, sentía una especie de embriaguez ante aquel espectáculo. La sensación no era nueva para ella, pero había en aquella tarde una verdadera armonía entre la serena naturaleza y la gracia suave de todos los objetos que rodeaban á la joven. Sobre los muebles Luis XV, cincelados como joyas, se ostentaban los vestidos y los encajes traídos durante el día. Y mientras, delante del espejo del tocador, la doncella anudaba con mano experta la fina espuma de sus cabellos, Colette observó que estaba muy hermosa y que la flor de su juventud resplandeciente se destacaba de un modo armonioso sobre la frágil suntuosidad del decorado. Decididamente, Colette cedía á las dulces potencias coligadas, y pronto, acaso, se apoderaría de ella también el gusto de vivir tan sólo para su belleza y para su lujo.

La joven experimentó en vestirse un placer particular y nuevo en ella. Aquella noche debía ir con sus padres á reunirse con Huberto en una comida que daba en honor suyo uno de los miembros de su nueva familia. Cuando estuvo dispuesta, se dirigió una última mirada en el espejo y bajó á reunirse con su madrastra.

También la de Allire estaba ya vestida y de muy buen humor, porque aquella tarde la habían «arreglado» con tal arte, que á cinco pasos se asemejaba todavía mucho á la mujer joven y guapa de hacía diez años. Un poco gruesa, sin duda, y algo abultada de caderas, pero con unos hombres y unos brazos magníficos y divinamente entallada en un precioso vestido de color de llama de gas, bordado de perlas y con una profusión de encajes y de violetas de Parma alrededor del escote.

—¿No ha vuelto todavía papá?, preguntó Colette.

-No; no sé en qué está pensando que se retarda de ese modo... Son las siete y necesitamos por lo menos veinte minutos para ir á la calle de Grenelle... Vamos á tener que irnos sin él... ¡Es insoportable! ¡Y yo, que me he dado tanta prisa para ser puntual! Porque parece que esa gente es intratable en la cuestión de hora... He encargado la carretela, porque me parecía más correcto que fuésemos los tres juntos... Ya sé que siempre hay el pretexto de los negocios urgentes, y supongo que el retraso de tu padre no será mayor que el cuarto de hora de tolerancia reglamentaria... Pero no importa; es fastidioso... ¡No! Celina, no me apriete usted más el talle, porque ya me estoy ahogando...



¡No!.. ¡No!, exclamó el mensajero al verla acercars: á la ventana

Colette había escuchado sin decir nada aquel chaparrón de palabras, pues conocía por experiencia los interminables é incoherentes monólogos de su madrastra. De repente exclamó:

—¡Un coche! Ahí está papá. Voy á decirle que se dé prisa y aún podremos ir juntos.

Colette se puso un chal de encajes en los hombros medio desnudos y se asomó al balcón. En el jardín que separaba el hotel de la calle, vió, en efecto, un coche, pero no era de los de su casa.

-¡Qué fastidio!, pensó. Papá ha venido con algunos y le van á entretener hablando mientras se viste...

Después abrió la puerta de la escalera y oyó hablar en la planta baja, pero no era la voz de su padre.

El criado, con arreglo á las órdenes recibidas, estaba respondiendo al portero por el tubo acústico:

—Las señoras no reciben...

—¡Una visita á estas horas!, pensó Colette.

El criado volvió á responder, probablemente ante la insistencia del visitante.

—El señor no ha vuelto todavía...

Pero casi inmediatamente añadió, después de haber comprendido bien, sin duda:

-¡Ah! ¿Dice usted que de parte del señor? Bueno... Voy á avisar.

Colette le oyó subir y salió á su encuentro.

-Es un caballero que viene de parte del señor y quiere hablar con la señora.

Colette se quedó muy extrañada. Si su padre tenía algún impedimento serio para ir á buscarlas, ¿por qué no había telefonado desde su despacho de la calle Laffite ó enviado un telegrama desde donde estuviera?

Pero el criado estaba esperando y la joven le dijo:

—Está bien; voy á avisar á mamá, que se está vistiendo.

Colette encontró á su madrastra muy ocupada y otra vez medio desnuda.

—Una hombrera de flores que me estaba aserrando el brazo, querida; un verdadero martirio... Pero estoy pronta en seguida... Mientras se viste tu padre...

Colette explicó á su madrastra que no era su marido el que había llegado, sino un enviado suyo que quería hablar con ella.

Al repetir aquel mensaje, la joven sintió una ligera angustia, pues se daba cuenta de lo extraño del caso.

Pero su madrastra, muy ocupada con su charretera, que dos doncellas estaban arreglando á toda prisa, se limitó á decir:

—Tu padre es insoportable con sus eternos recados y contratiempos. En fin, recíbele tú; ya veo que á mí me es imposible.

Colette obedeció y bajó al salón, donde encontró, en pie y muy grave, un caballero al que no conocía. La joven creyó que aquel hombre había hecho, al verla, un movimiento de contrariedad y de embarazo; pero la doble luz del crepúsculo pálido y dorado y de la electricidad que se acababa de encender, formaba una claridad mixta y extraña.

El desconocido dijo:

—Ruego á usted que me dispense, señora..., señorita...

—Soy la hija del señor Allire, caballero, y mi madre me envía en su lugar, pues se está vistiendo. Estamos, precisamente, esperando á papá para ir á una comida y...

Colette mostró una sonrisa un poco extrañada, pero de exquisita gracia, é invitó al desconocido á sentarse.

-Acabo de ver á su papá de usted, dijo aquel hombre, y me ha rogado que...

—¿No puede venir con nosotras? Estaba segura... Alguna cita..., algún negocio urgente...

Colette se calló, sin atreverse á añadir: «¿Por qué le ha enviado á usted en lugar de un telegrama para explicárnoslo?..» Aquel señor tenía un aspecto muy distinguido, á pesar de su timidez.

—Un negocio..., sí, señorita; y yo debía haber hablado con la señora de Allire..., pero como está, según dice usted..., y yo tengo prisa..., así como usted, sin duda...

Colette se inclinó sonriendo, á pesar de la vaga angustia que se iba apoderando de ella.

En aquel momento se oyó el ruido de otro coche y la joven miró hacia la ventana, preguntándose quién podría ser todavía. Pero al fijar los ojos en su interlocutor vió con sorpresa que estaba muy pálido y que había hecho un movimiento como para levantarse. Entonces se levantó ella también, sin reflexionar. Le parecía oir un vago rumor en el patio.

—¡No!.. ¡No!, exclamó el mensajero al verla acercarse á la ventana. ¡No mire usted, se lo ruego!..

—¡Ah!, exclamó Colette, mi padre... ¡Es él!..

Miró y vió delante de la puerta un carruaje de ambulancias rodeado de gente, que lanzaba sordas exclamaciones.

—¡Está muerto!, gritó la pobre niña.

—No..., no..., se lo juro á usted..., está enfermo..., herido... ¡Ah! Estoy desesperado, porque no he sabido preparar á usted... El carruaje me seguía... No había pensado ver á usted...

Y el desgraciado joven, un médico de barrio llamado apresuradamente á asistir á Allire y que había tenido que echar sobre sí la dura misión de prevenir á la familia, no sabía qué decir, pues la realidad era todavía más cruel que la apariencia.

(Continuará)

AUTOMÓVILES EN LAS VÍAS FÉRREAS

La Compañía del Gran Oeste, en Inglaterra, acaba de inaugurar, hace pocas semanas, en su línea del Valle de Stroud, entre Chalford y Stonehouse, pintoresco distrito densamente poblado y centro manufacturero muy importante, un servicio especial que nos parece podría tener conveniente aplicación en España y muy particularmente en nuestra región.

Trátase de un servicio de «automóviles ferroviarios,» así los llaman los ingleses *(Railway motor-cars)*, ó sea de coches de gran capacidad que llevan en la parte delantera su correspondiente máquina ó locomotora.

La idea no es una verdadera novedad, pues hace ya bastantes años que preocupa á ingenieros y directores de vías férreas, así en Inglaterra como en nuestro continente, y más aún en estos últimos tiempos, dado el extraordinario aumento que en área y población han tenido las grandes capitales y aun ciudades de segundo orden, absorbiendo unas y otras sus antiguos suburbios y en muchos casos las poblaciones inmediatas, de modo que gran parte de las estaciones ferroviarias, situadas cuando su creación en los extremos de la urbe y hasta extramuros, hoy se encuentran en el centro de las nuevas aglomeraciones urbanas. El tráfico de pasajeros es cada día mayor y á todas horas, pero sin que siempre resulte conveniente, ni siquiera asaz remunerativo para las empresas establecer con tal objeto grandes trenes, los que sólo pueden tener verdadera utilidad en las horas de mayor movimiento, como por la mañana y á la caída de la tarde.



Fig. 1. – Interior de un vagón automóvil de la línea férrea inglesa «Great Western»



Fig. 2. – El vagón automóvil de la línea férrea inglesa «Great Western»

Y en muchos distritos rurales, exceptuando los días de mercado y grandes festividades, no hay duda que reportarían mayor ventaja á las empresas y mayor comodidad al público frecuentes expediciones de un solo coche de bastante capacidad, llevando su propio motor, que un restringido número de ellas al día de largos trenes con su correspondiente locomotora de gran potencia.

Hemos dicho que el pensamiento no es nuevo. Ya en 1848 Mr. W. Bridges Adams, ingeniero jefe de máquinas al servicio de la Compañía de los ferrocarriles de los Condados del Este (Inglaterra), proyectó é hizo construir en los talleres de Fairfield en Bow una pequeña combinación de locomotora y coche para el transporte de pasajeros en los ramales de las vías principales. Como la empresa á cuyo sueldo estaba no se mostraba dispuesta á adoptar el nuevo sistema, Mr. Adams vendió su máquina á la Compañía del Gran Oeste, que la hizo funcionar durante algunos años en su ramal de Bristol á Exeter, hasta que tomando mayor incremento el tráfico en aquella línea, se hizo todo el servicio por medio de trenes ordinarios. Desde entonces varias han sido las tentativas hechas, con mayor ó menor éxito, así en Inglaterra como en otros países, para introducir esas combinaciones de coche y locomotora en una pieza; pero hase de reconocer que el verdadero precursor, ó mejor dicho, el primer ejemplar del moderno «automóvil ferroviario» es el *automobile postal* que posee la Compañía del Norte de Francia. Este vehículo descansa sobre cuatro ruedas de 3 pies y 1 pulgada de diámetro, y se compone de un salón y el compartimiento del motor, consistiendo éste en una máquina Gardiner-Spollet que puede desarrollar una fuerza de 70 caballos y proporcionar una velocidad de 45 millas por hora al poco tiempo de haber emprendido la marcha. El peso total del automóvil, en disposición de funcionar, es de 15 toneladas y media. Desde 1900 está destinado este vehículo exclusivamente al servicio postal entre Creil y Beauvais, ó sea un recorrido de 23 millas; pero siempre que no se entorpezca con ello las tareas de los empleados de Correos, se admite un número limitado de pasajeros, á los que se cobra billete de segunda clase. El gran éxito que con esta innovación ha logrado la Compañía del Norte ha decidido á varias otras empresas francesas á mandar construir algunos coches similares y hasta sugerido el proyecto más ambicioso de establecer un servicio «expréss» de «automóviles ferroviarios» entre París y Dijón.

Con referencia á los vehículos que acaba de poner en circulación la Compañía inglesa del Gran Oeste en el indicado trayecto de Chalford á Stonehouse y de cuyo aspecto exterior é interior dan cabal idea los grabados que acompañamos, diremos que su motor á vapor tiene una caldera vertical y tubular (477 tubos) de 9 pies y medio de altura; los cilindros miden 12 pulgadas de diámetro por 16 de curva y van fijados horizontalmente en el armazón del juego de ruedas, teniendo éstas 3 pies y 8 pulgadas de diámetro. El *tank* ó depósito de agua (450 galones) está situado debajo del coche. Este tiene una longitud total de 57 pies por 8 y medio de ancho con una alzada interior de 8 pies y 2 pulgadas. El armazón inferior, que es de acero, descansa sobre dos juegos articulados y de suspensión (uno á cada extremo) de dos pares de ruedas. El interior del conjunto se divide en los siguientes compartimientos: salón para pasajeros, 39 pies de longitud; cámara del motor, 12 pies y 9 pulgadas, y vestíbulo ó plataforma, 4 pies.

El salón ó coche propiamente dicho tiene capacidad para 52 pasajeros: 16 en asientos tranversales en el centro y 36 en asientos longitudinales en los extremos. La expendición de billetes corre á cargo del conductor.—X.

LA EXPOSICIÓN DE LA HABITACIÓN

Y LAS CONSTRUCCIONES HIGIÉNICAS Y ECONÓMICAS

La exposición de la habitación recientemente celebrada en París ha tenido un éxito grandísimo. Desde hace más de veinte años la capital de Francia sufre las consecuencias de un cambio que se afirma de día en día entre los habitantes de los barrios populosos. Trátase de una verdadera emigración, que si bien se opera lentamente, se acentúa sobre todo desde la creación de los tranvías y especialmente del Metropolitano, que facilitan el acceso á los barrios próximos á las fortificaciones y aun más allá.

Las personas de la clase media, los empleados con sueldos modestos, los obreros parisienses, renuncian á vivir en el centro de la capital porque al fin se han convencido de que, aun pagándolas caras, sus viviendas carecen las más de las veces de toda comodidad y hasta de aire; y todos comienzan á preferir buscar lejos una instalación más sana y más agradable mediante un precio moderado. Es el sistema norteamericano: en los Estados Unidos, la gente se va por la mañana, por ejemplo, á Nueva York, la gran ciudad de *business*, como allí se dice, para ocuparse de sus negocios y ganarse la vida, y por la tarde todos regresan á sus hogares á vivir tranquilos en familia, utilizando para ello los más distintos medios de comunicación, el *elevated railway*, los tranvías ó los *ferry-boats*. Lo mismo quieren hacer ahora los franceses, y de aquí los excelentes resultados de las viviendas cómodas y alegres de las afueras de París.

La exposición de la habitación ha dado á conocer un gran número de muestras de estas viviendas cuya baratura era realmente asombrosa. En los alrededores de París se han creado numerosas sociedades y asociaciones obreras cuyo objeto es facilitar habitaciones buenas y baratas, entre las cuales podemos citar la Sociedad de la llanura de Vanves, la de la propiedad particular, la de las habitaciones obreras de Passy fundada en 1882, la de asociaciones obreras de producción, etc., etc., todas las cuales cuentan con la dirección de hábiles arquitectos, contratistas expertos que con sus esfuerzos comunes han llegado á obtener resultados inesperados.

No se trata de las ciudades obreras de otro tiempo con su aspecto monótono y su molesta promiscuidad que tanto habían de asustar á sus habitantes, sino de casitas aisladas, embellecidas con flores y arbustos que parecen pequeñas y lindas quintas que cualquiera habitaría con gusto.



Fig. 1. – Casa de 7.000 francos

Las pocas habitaciones cuyas vistas reproducimos en esta página y en la siguiente darán una idea de

estas elegantes construcciones: la figura 4 es un pabellón obrero cuyos planos son del arquitecto M. Lavirotte; su precio vendría á ser de unos 3.500 francos y sería á propósito para un joven matrimonio. Otra (fig. 2), construída por las asociaciones obreras de producción, sería buena para una familia: tiene sótanos, planta baja con la cocina y el comedor, un piso alto con tres dormitorios y buhardilla. Su coste sería de unos 12.000 francos. Las figuras 1 y 3 reproducen dos casas pequeñas: ésta, de 5.000 francos, se compone, en la planta baja, de cocina, comedor y water-closet, y en el primer piso, de dos dormitorios con chimenea; la primera, de 7.000 francos, consta, en el piso bajo, de un vestíbulo, cocina, comedor y water-closet, y en el piso alto, de dos dormitorios con chimenea, y tiene además buhardilla.

Fig. 2. – Casa de familia



Fig. 3. Casa de 5.000 francos

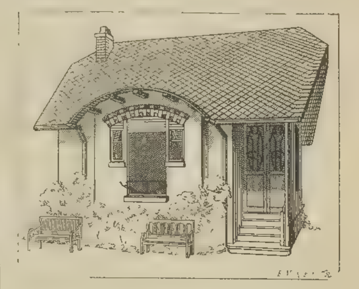


Fig. 4. – Pabellón obrero

Estas dos últimas casas pueden también adquirirse pagando el precio de alquiler durante veinte años consecutivos.

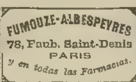
Pero además de las sociedades, son muchos los arquitectos inteligentes que se ocupan en construir casitas baratas en los alrededores de París. En la galería del primer piso de la citada exposición había multitud de planos y dibujos de M. Guillemin, quien ha sabido crear tipos de viviendas que pueden verse construidas en Boulogne-Sur-Seine. Su grupo de casas de 4.500 francos una, tiene un bonito aspecto, lo propio que las pequeñas quintas que edifica en Issy les-Moulineaux y en Vanves: estas quintas están agrupadas ó aisladas, y su precio varía entre 7.000, 8.000 y 10.000 francos.

También son cómodas y bien distribuídas las casas construídas por M. Monod en Clamart y por M. Jardel en Suresnes.

ALBERTO TISSANDIER.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona





PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyento prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.



Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.


ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVORE*. DUSSER, 1 rue J.-J.-Rousseau, Paris

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Compendio de la Gramática castellana, por *P. Sanmartí.* – En otras ocasiones nos hemos ocupado con el elogio que merecen de los trabajos de este mismo género debidos al Sr. Sanmartí: el *Compendio de la Gramática castellana* es una nueva prueba de los profundos conocimientos que en esta materia tiene el autor, puesto que es una obra sólidamente pensada y desarrollada con método y acierto dignos del mayor encomio. No es un libro rutinario: nada hay en él que no esté explicado de un modo lógico, y así los conocimientos que en él se aprenden resultan firmes é inolvidables. Forma un volumen de 450 páginas que ha sido editado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos.

***

Nuevo diccionario enciclopédico ilustrado de la lengua castellana, por *Miguel Toro y Gómez.* – El conocido editor D. Gustavo Gili acaba de publicar esta interesantísima obra, manual y portátil, que está destinada á prestar señalados y útiles servicios, puesto que además de contener un vocabulario completo de la última edición del Diccionario de la Academia Española, se halla enriquecido con gran número de frases, modismos, verbos irregulares, biografías, etc., etc., é ilustrado con numerosos grabados, retratos y láminas en color. Véndese en todas las librerías al precio de 8 pesetas el ejemplar.

***

Bibliografía. – Quinto Anuario de los Juegos Florales de Colonia. – Á la galantería del eminente hispanófilo y distinguido colaborador de esta revista Dr. D. Juan Fastenrath debemos el hermoso volumen destinado á recordar los Juegos Florales de Colonia, celebrados por quinta vez y arraigados ya en la bella ciudad del Rhin. Tan pulcramente editado como los anteriores, contiene una minuciosa reseña de la fiesta y las composiciones premiadas, así como las descripciones que de ella publicaron los periódicos de todos los países y los mensajes que recibió nuestro excelente amigo, fundador y mantenedor de tan brillante certamen, cuya celebración reviste los caracteres de un verdadero acontecimiento literario. Basta examinar el libro para formar juicio de la simpatía que la obra del Dr. Fastenrath merece en todas partes. Embellecen el volumen varios grabados, entre ellos los retratos de la baronesa Gertrudis de Althaus, Reina de la Fiesta; el precioso grupo de las señoritas que formaron su Corte, así como el de los poetas premiados. Bien merece el noble fundador de tan interesante institución el aplauso que le dedican todos aquellos que se inspiran en tan elevados ideales, cual los representados por la Patria, la Fe y el Honor.

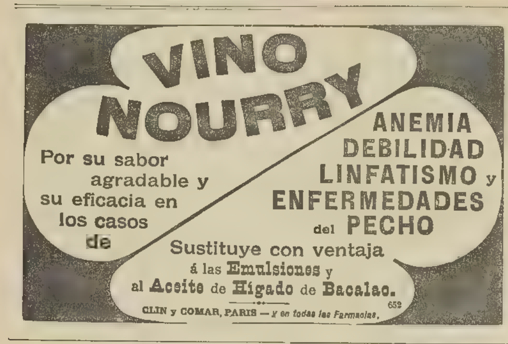


Grupo para una fuente, obra de José Heu

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Pel y Ploma, revista mensual ilustrada; *Hojas sueltas*, revista mensual ilustrada; *Revista Musical Catalana*, boletín mensual del «Orfeó Catalá;» *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *La Medicina Científica en España*, revista mensual; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, revista mensual (Villanueva y Geltrú); *La Mujer moderna*, revista quincenal (Manresa); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado; *Alma Española*, semanario ilustrado; *La Mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Revista Escolar de Medicina y Cirugía*, bi-mensual; *Cosmopolita*, revista mensual ilustrada (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín del Colegio de Médicos y Farmacéuticos de la Provincia de Castellón*, quincenal; *Prácticas modernas*, revista quincenal ilustrada (La Coruña); *Chile Ilustrado*, revista mensual (Santiago de Chile); *La Miscelánea*, revista mensual (Medellín, Colombia); *El Trabajo*, semanario (Popayán, Colombia); *El Lucero*, revista semanal ilustrada (Lima, Perú); *La Razón*, diario (Trujillo, Perú); *Anales del Museo Nacional* (San Salvador).









PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LECHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

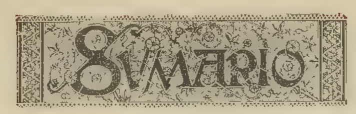
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 8 de febrero de 1904 — Núm. 1.154



BAILE DE MASCARAS, dibujo de A. Mas y Fondevila



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

El *Consultorio de niños de pecho*—el primero que se ha fundado en Madrid se inauguró solemnemente, hace pocos días, en mi calle, con asistencia de la Reina Madre, de los príncipes de Asturias y Baviera, de la infanta Isabel, y de un concurso numeroso, entre el cual dijérase que se confundían y ocultaban, en vez de ostentarse, los fundadores, marqueses de Casa Torre, como siempre reservados y en actitud del mejor gusto, poco habitual en casos análogos, no sólo aquí, sino dondequiera. La obra no es, sin embargo, cosa baladí, y vale mucho más de la respetable suma que cuesta, en cuanto representa una iniciativa de seguro resultado. Aunque en Barcelona existe ya uno de estos Consultorios, lo cual no me maravilla, porque Barcelona va siempre delante en este género de actividades y en otras muchas, no me parece inoportuno dar algunos detalles y noticias sobre la fundación digna de todo encomio de los marqueses de Casa Torre (1).

* * *

Para reseñar la historia de estos establecimientos, me sirve de guía el librito del doctor D. Rafael Ulecia y Cardona, director actual del Consultorio de Madrid. Reciben el expresivo nombre de *Gotas de leche,* y son, efectivamente, una gota, no más que una gota!, pero con esa gota se salvan muchas vidas.

El doctor Ulecia está casado con una Salazar, de los Salazares *estrellados* de Vizcaya: hay en las venas de la señora de Ulecia una gota de sangre que corre también por las de los marqueses de Casa Torre y por las de quien esto escribe.—La relación y el parentesco con el ilustrado médico fueron causa ocasional -la causa determinante hay que buscarla en la generosidad del ánimo—para que los marqueses, leyendo los notables estudios del doctor Ulecia sobre la mortalidad infantil en Madrid, se resolviesen á aplicar el remedio á plaga tan triste, ó al menos á plantar el primer jalón del camino por donde el remedio venga.—Antes de plantear el establecimiento en Madrid, el doctor recorrió los del extranjero, y nos comunica sus impresiones en un libro nutrido de hechos y datos interesantes, que revelan la eficacia con que este género de obras se emprenden en Europa.

Las *Gotas de leche* tienen dos objetos: dar consejos á las madres acerca de la lactancia de sus hijos, y suministrarles leche de buena calidad. La primer *Gota de leche* tuvo derecho á la primer visita del doctor Ulecia: es la de Fécamp, puertecillo normando donde se elabora el famoso licor conocido por *Benedictino.* La fundó y dirige—con auxilio del Ayuntamiento y vecindario—el doctor Dufour, y en ella, al lado de las secciones de suministro de leche mediante pago, hay una sección casi gratuita para los pobres. Esto mismo se hace en Madrid, á pesar de que en Madrid la leche es cara y el doctor Ulecia nos informa de lo baratísima que cuesta en Fécamp.

* * *

Por la explicación sucinta del programa de las *Gotas de leche* parecerá sencilla su organización. No lo es, sin embargo: ofrece dificultades y exige minuciosa atención en quien se encargue de hacer funcionar el mecanismo. Sobre el modelo de Fécamp está principalmente calcado el Consultorio madrileño.

En él se entrega diariamente á las madres que no pueden criar ó necesitan ayuda, una cestita con cierto número de biberones, que contienen la cantidad de leche correspondiente á cada vez que ha de mamar la criatura. Un día por semana es pesado el niño en la basculita en forma de batea, revestida de blanco y azul, adornada de encaje—coquetería de la caridad.—Se dan á la madre los consejos médicos é higiénicos que el estado del niño requiere, en presencia de las otras madres asistentes á la consulta, y á quienes este curso de puericultura conviene mucho.

La leche que se suministra en el Consultorio está perfectamente esterilizada y maternizada; y digo que á los pobres se les da casi de balde, pues la copiosa ración diaria sólo cuesta diez céntimos. Ved ahí una forma ingeniosa de substituir, en el presupuesto de socorros, el limosneo callejero, ineficaz y detestable costumbre de nuestra patria, por algo útil y positivamente caritativo. ¿Quién, en las calles de Madrid, no invierte al día diez, quince, veinte, veinticinco céntimos en el chorreo de la limosna anónima, que va á parar á manos de vagos profesionales, de borrachos, de perdidos, de gente que busca en la mendicidad un arbitrio para vivir sin molestarse en trabajar? ¿Quién ignora que se alquilan, como puede alquilarse un puesto bien situado para expender verdura, los rincones á la puerta de las iglesias? ¿Quién no ha leído historias de niños explotados, de pordioseros muriendo con el jergón relleno de billetes de Banco y monedas de oro? ¿Quién desconoce la estrecha relación entre esa mendicidad callejera con el hampa y con todas las formas del delito? Y al lado de esta mendicidad en la vía pública, ¿no subsiste, no florece, no nos invade la mendicidad por carta, la impostura llamada *sablazo,* merced á esa pereza de la voluntad que tan severamente estigmatiza Heriberto Spéncer en su tratado *De las instituciones benéficas?* «Hay siempre—escribe el eminente filósofo inglés – una porción de gente que, al recibir la carta, cree que se trata de diestros embaucadores, pero cede antes de tomarse el trabajo de una comprobación, pensando quizás los que así proceden que son virtuosos al hacer una cosa que parece buena, en vez de ser, como son, viciosos, al no cuidarse de evitar un daño. Cualquiera sabe que al obrar así se mantiene vivo un núcleo de bribones y estafadores, y sin duda de aquí se deriva considerable perjuicio á la beneficencia individual.»

Si los que por pereza, por «quitarse» al que les acosa en la calle ó á domicilio, con plañideras retahilas ó con lastimosas esquelas, dedicasen lo que gastan inconscientemente á la obra consciente y regularizada de los Consultorios de niños de pecho ó á otros afines, ¡cuánto ganarían la salubridad, la higiene, la beneficencia, en suma!

Y que se da abundante limosna al menudeo, pruébalo el hecho de que aumenten los mendigos y los industriales de la epístola-petitorio. No perderían éstos tiempo, tinta y papel, no tardarían aquéllos en procurarse labor, si sus respectivas profesiones no les produjesen lo bastante para arreglarse la existencia con cierta relativa comodidad. No son millonarios los que le acosan sin tregua al transeunte en Madrid, ni lo serán tampoco los que agotan la retórica del petardo: es fácil, no obstante, que se vea reducida á más estrechez la lavandera que os trae limpia vuestra ropa, la costurera que os la zurce, la castañera que vende en la esquina de la manzana, el sastrecillo y el zapatero en tiempo de *cebolla,* el humilde escribiente, el obrero á quien la lluvia deja sin ocupación... Para la chiquillería de estos verdaderos pobres que no piden se fundan los Consultorios y se preparan los limpios biberones en la cesta de alambre.

* * *

La idea moderna, tan contraria á dar á la beneficencia carácter de *limosna,* es la que ha influído para que no se suministren raciones de leche enteramente gratuitas; para que se sostenga el recargo de *diez céntimos* en las más baratas. «El doctor Dufour—dice el doctor Ulecia—no quiere que la madre pierda la noción del deber que tiene de alimentar á su hijo, y que su manutención le cueste, aunque poco, alguna cantidad. Realmente, parece imposible que haya madres que no puedan disponer de diez céntimos para la manutención de su hijo.» Y sin embargo, las hay. Las hay en gran número, no entre las mendigas, sino especialmente entre las trabajadoras. Sé de una obrera á quien el médico había ordenado dar á su niño, diariamente, cocida en leche, una sopa de tapioca. Gracias á una señora compasiva, tuvo la leche; pero la tapioca—diez céntimos—no la pudo comprar muchos días. Diez céntimos, en el menaje de un pobre, se necesitan para mil atenciones: el carbón, el aceite, los garbanzos, el mineral, los fósforos, las astillas, el jabón. No hablemos del casero, no hablemos de la ropita, á menudo empeñada... La tapioca era *el lujo.* Y *el lujo* será también, en muchos humildes hogares, esos biberones tan aseados y bonitos que por diez céntimos ofrece el Consultorio.

* * *

De estos Consultorios, ha dicho la reina madre, se necesita uno en cada distrito de Madrid. La prueba de que en efecto es así, la da la concurrencia, el apuro que en el único por ahora instalado se advierte. No hay manos, ni ciencia, ni tiempo, ni leche para tanto niño como sería preciso atender. La *gota* debiera convertirse en río. Que la gente entregue para esta obra la cuarta parte de lo que da sin mirar en la calle, á la puerta de iglesias y teatros, en las mil ocasiones que solicitan la fácil compasión semejante á indiferencia y holgazanería *del espíritu*... y se logrará salvar de morir en flor á miles de criaturas, dar á otras innumerables elementos de vida y de salud que formen generaciones robustas, útiles á la patria.

* * *

Los marqueses de Casa Torre han hecho lo principal: fundar y establecer. Por ancho que sea su corazón, por hondo que sea su bolsillo, la *Gota de leche* no puede sostenerla un individuo: es empresa social. Numerosas subscripciones pequeñas, al tipo de cinco ó diez céntimos diarios, es lo que piden el Consultorio ya instalado y los que deben instalarse á su ejemplo.

Temo que pasado el día brillante de la inauguración; olvidados los artículos de la prensa, la costra de indiferencia social vuelva á consolidarse, porque es más arduo—lo he observado—obtener del público una modesta y constante cooperación, que un donativo fuerte, de pronto.

EMILIA PARDO BAZÁN.

(1) En efecto, en Barcelona funciona desde hace más de medio año esta institución benéfica cuyo reciente establecimiento en la capital de España ha inspirado á doña Emilia Pardo Bazán la presente crónica, hondamente sentida y bellísima como todas las con que honra las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nuestra distinguida y estimada colaboradora. Por iniciativa del teniente de alcalde, entonces alcalde interino, D. Julio Marial, y con el valioso concurso del decano del Cuerpo médico municipal doctor Macaya, fundóse, en el mes de agosto último, el Consultorio de la calle de Sepúlveda, que desde entonces viene prestando, por cuenta del Ayuntamiento, valiosos servicios á multitud de familias pobres, proporcionándoles *gratuitamente* la leche esterilizada y pasteurizada en la misma forma que describe la señora Pardo Bazán, dando saludables consejos á las madres y practicando todas las operaciones que constituyen la misión de la *Gota de leche.*

Como en el número 1.136 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, correspondiente al día 5 de octubre del año próximo pasado, nos ocupamos extensamente de este asunto, dedicándole un artículo ilustrado con varios grabados, omitimos en el presente entrar en mayores detalles.

(*N. de la R.*)

PENSAMIENTOS

En historia todo puede demostrarse y nada puede negarse.

G. LENOTRE.

La razón no dice que la guerra deba desaparecer, pero sí que es preciso obrar como si hubiera de desaparecer.

KANT.

Un pueblo libre sería aquel que se desembarazara de los déspotas sin convertirse en opresor.

AQUILES TOURNIER.

Nada hace tantos incrédulos como los malos argumentos en apoyo de la verdad.

A. DE GASPARIN.

Gracias á las maravillas de los modernos inventos, la realidad sigue de cerca á las previsiones de la ciencia y deja atrás las ficciones de la novela.

G. M. VALTOUR.



Se arrellanó en un sillón, dispuesto á pasar la mejor velada de su vida

IR POR LANA...

(CUENTO DE CARNAVAL)

†

«EL EXCMO. SR. D. PATRICIO VILLALONGA Y MONTEVIRGEN, *Senador del Reino, Jefe de Administración civil, Académico de Bellas Artes, de Ciencias morales y políticas, Gran Cruz de Isabel la Católica, ex Gobernador civil, etc., etc.*

»Ha fallecido el día 13 de febrero de 1900, á las siete de la mañana, después de recibir los Santos Sacramentos y la bendición de S. S.

»El Presidente del Senado y el Ministro de Instrucción Pública, jefes y sus albaceas testamentarios ruegan á usted se sirva encomendarle á Dios y asistir á la conducción del cadáver, que tendrá lugar el día 14, á las diez de la mañana, desde la casa mortuoria, Carretas, 107, al cementerio de la Sacramental de San Isidro, por cuyo favor le quedarán agradecidos.

»*El duelo se despide en el cementerio. — Se suplica el coche.*»

Esta esquela, lujosamente orlada de luto y envuelta en elegantísimo sobre, hizo repartir D. Patricio entre sus íntimos que lo eran todos cuantos representaban algo en las distintas aristocracias, de la sangre, del dinero, etc., un domingo de Carnaval que se levantó de buen humor.

Lo pensó, y como lo pensó lo hizo. «Así -se dijo —doy una broma original á todo el mundo, y mañana, cuando vengan al entierro, me los llevo á Fornos ó al Inglés y allí en espléndido banquete celebramos mi resurrección. Al mismo tiempo y esta era la clave de todo veo esta noche y mañana lo que la prensa dice de *mi muerte*... ¡Cómo me voy á reir! Lo menos, lo menos, me dedican el fondo cuatro ó cinco periódicos: arriba, en letras muy grandes, mi nombre debajo de una banda negra; después, en sendas columnas de prosa cerrada, mi biografía, con el relato de mis triunfos académicos y políticos; luego las alabanzas consabidas, sin faltar aquello de «el entierro promete ser un acontecimiento: todo el Madrid que vale y representa algo se congregará á rendir el último homenaje al ilustre finado,» etc., etc.

«Y pasado mañana—seguía pensando los mismos periódicos celebrarán mi ocurrencia, reseñarán el banquete y publicarán los brindis... Porque ¡es claro!, habrá brindis... Ya se va haciendo esto algo cursi, pero en un caso así y en Carnaval, todo pasa... Luego vendrán los sobrinos de provincias, ávidos de repartirse el botín..., y me harán la rueda, celebrando mis bromas, pero de dientes afuera, aunque por dentro se mueran de rabia...»

Ni la impaciencia del preso por que llegue el día de su libertad, ni la del enfermo por el de su salud, pueden compararse á la que se apoderó de nuestro héroe desde el momento en que uno de sus criados —un aragonés muy bruto que estaba en el secreto volvió diciendo que las esquelas habían quedado repartidas.

Los minutos se le hacían siglos: no podía salir de casa por si le veía alguien; quería leer y las letras parecían salirse de sus sitios respectivos para ponerse en correcta formación y construir la ansiada biografía ó el deseado elogio... Por fin y á fuerza de pasteles y cognac, pudo adormecerse en un diván de su despacho, y ¡oh dicha!, cuando despertó era bien entrada la noche.

Encendió luz, llamó á un criado y le dijo:

—Vete á la Puerta del Sol y compras todos, absolutamente todos los periódicos que hayan salido esta noche: ¿lo oyes bien?, ¡todos! Si te dejas alguno, te despido mañana.

Y le dió un montón de calderilla.

—¡Ah! Y mientras vienes, que me sirvan la cena.

D. Patricio cenó muy poco, y en cuanto vió entrar al criado con un maremágnum de papel impreso, colocado en dorada bandeja, se levantó de la mesa, y encendiendo un habano, se arrellanó en un sillón, dispuesto á pasar la mejor velada de su vida...

Cogió uno de los periódicos, cualquiera, el que tenía más cerca: lo desdobló un poco y... el fondo se titulaba *¡Quien mal anda!..* Se refería al gobierno y hablaba «de su desdichada gestión,» «de su próximo fin,» «de la crisis que se acercaba á pasos agigantados» y otros lugares comunes de los diarios políticos de oposición. Y... ni una palabra de D. Patricio que, con los ojos muy abiertos y temblando de emoción, se leyó de cabo á rabo el artículo, retardando el momento del placer supremo... Así fué leyendo el segundo fondo, el comentario político y acabó la primera plana sin ver su nombre... Al desdoblar el diario la emoción subió de punto: esperaba con fruición las bandas negras, la necrología, etc.: recorrió con avidez las dos caras... y nada. Ni una mala gacetilla, ni una noticia, nada que á él se refiriera.

Con enojo mal reprimido cogió otro periódico... y lo mismo, y en una palabra, no consiguió ver en ninguno la menor alusión: su muerte había pasado inadvertida; la prensa de la noche no tenía ni un recuerdo para él...

Imposible sería pintar la desesperación de aquel hombre: apretaba los dientes y rasgaba los periódicos, los partía á mordiscos, los pateaba lleno de furor y los iba echando á la chimenea, viendo con placer infinito cómo ardían, retorciéndose entre las llamas...

No salía de su asombro. «¿Tan poco represento? ¿No soy yo mucho más que cualquiera de esos percebes cuyas necrologías vemos en los periódicos?.. ¡Muérete y verás! En cuanto vea á un periodista le escupo la cara y le abofeteo...»

Pero todavía le quedaban sorpresas mayores y más desagradables: la prensa de la mañana, que leyó desanimado y triste después de una noche de insomnio, no decía nada tampoco; y lo peor es que dieron las nueve y las nueve y media, y las diez y las diez y media, y ni nadie vino ni oyó pararse un coche á su puerta... Sólo el *guirigay* de las máscaras sonaba en sus oídos como tremendo sarcasmo de aquel triste y lluvioso lunes de Carnaval...

Desesperado, rabioso, frenético, cogió un revólver y diciendo:

—Pues que tan poco represento, ¿para qué vivir?

Se lo acercó á la sien y emprendió veloz carrera por sus habitaciones, se puso un gabán, bajó las escaleras de cuatro en cuatro y se metió en el primer coche de punto diciendo:

—¡Al cementerio de San Isidro!

«Para matarse—pensó siempre hay tiempo: voy á ver si allí hay gente.»

Pero... nada. El cementerio estaba solo, triste; don Patricio se acercó á una fosa, y ya le estaban entrando deseos de meterse en ella y suicidarse allí, cuando vió venir muy sofocados dos jóvenes y oyó decir á uno de ellos:

—¿Lo ves? Hemos llegado tarde...

Se acercaron á la fosa que miraba nuestro héroe, y el que habia hablado continuó:

—Aquí debe de haber sido: está la tierra reciente...

—¿Nos hace usted el favor de decir si ha sido ya el entierro de D. Patricio Villalonga?, preguntaron al pobre señor.

—Creo que sí...

—El caso es que yo tenía interés en saberlo positivamente.

—Pues... haga usted el favor de venir conmigo y lo sabrá. Afuera tengo un coche esperándome...

El joven le miró fijamente..., dijo dos palabras al oído de su acompañante, disculpándose sin duda, y contestó:

—¡Vamos!

Cuando llegaron á casa del Senador que allí fueron á parar con sus huesos,—D. Patricio sacó el revólver y apuntando al joven exclamó:

—O me dice usted categóricamente la causa del interés que tiene por saber si han enterrado al señor Villalonga, ó le levanto la tapa de los sesos...

Y viendo que el joven vacilaba y sintiendo una especie de ternura hacia él, ya que había sido el único que no le olvidara en el día de su muerte, dulcificó el tono y le contó punto por punto las penalidades por que había pasado desde que tuvo la desgraciada ocurrencia de fingir su propia muerte...

—¿Me promete V. E. que no se enfadará conmigo si le digo la verdad?, contestó por fin el joven.

—¡Lo juro!

—Pues bien, es muy sencillo. Yo tengo novia: nos queremos muchísimo y estamos deseando casarnos; pero para ello se necesita que yo tenga un sueldo. Ahora bien: V. E. tiene un protegido en el Ministerio que ocupa una plaza que yo quisiera para mí; y el Sr. X me la ha prometido para cuando V. E. dejara de proteger con su influencia á mi rival, y es claro que habiéndose V. E. muerto...

-Ya, ya comprendo; pues para que no tenga usted que desear mi muerte, venga mañana por la credencial y cásese usted con mil demonios. Y ahora, ¡largo de aquí, cuervo!

D. Patricio se quedó solo, apretó furiosamente un timbre y llamó al aragonés.

-Vamos á ver, le dijo no bien le tuvo en su presencia, ¿tú entregaste ayer las esquelas? Mira que si me mientes te mato aquí mismo...

—¿Se va á enfadar V. E. si le digo la verdad?

—¡Otro que tal baila! ¡No!

-Pus, otra que Dios, como todos se ponían tan tristes al leerlo..., pus les dije: «*No se apuren ustés..., es una broma del señorito.*»

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)



BARCELONA. – Ceremonia de la colocación de la primera piedra del monumento al Dr. Robert, celebrada el día 31 de enero último
(De fotografía de A. Merletti)



BARCELONA. – Gran festival celebrado en el teatro del Liceo en la noche del 28 de enero último. – Vista del escenario
(De fotografía de A. Merletti)



BARCELONA. - Gran festival celebrado en el teatro del Liceo en la noche del 28 de enero último, composición y dibujo de J. Passos

El Museo Postal de Berlín. – Vista exterior

EL MUSEO POSTAL DE BERLÍN

Una grandiosa síntesis de la humanidad; todo el desenvolvimiento de la civilización en sus progresivas evoluciones, que paso á paso puede estudiar el curioso visitante, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días; esto es el Museo Postal de Berlín.

Entre los muchos museos que solicitan la atención en la suntuosa capital, acaso no hay ninguno más instructivo que éste, muy visitado por los alemanes y poco conocido por los extranjeros.

Allí, histórica y científicamente coleccionados, aparecen á los ojos del que recorra las salas y galerías del Museo todos los recuerdos, todos los objetos que han servido al hombre en su vida de relación de unos con otros pueblos; y como estos medios de comunicación están siempre en razón directa de la cultura, de aquí que la inteligencia pueda abarcar en estas soberbias colecciones toda la historia del progreso humano.

Encuéntrase instalado el Museo en un magnífico edificio en la calle de Leipzig, número 15, en el Hotel Central de Postas, y conviene recordar que cuando se fundó, hace poco más de treinta años, en 1871, sólo ocupaba un salón y una galería, y sus objetos estaban catalogados en un folleto de 51 páginas. Y hoy las colecciones llenan por entero todas las salas y galerías de los tres pisos de que consta el hermoso palacio destinado á su instalación, y es el Catálogo un libro de 575 páginas.

Tres grandes puertas dan acceso á un vestíbulo, que á su vez sirve de entrada á un artístico patio semicircular, adornado con esbeltas columnas y elegantes zócalos de mármol de diferentes clases. En su centro, sobre sencillo pedestal, y en mármol también, se levanta majestuosa la estatua en tamaño natural de Von Stephan. Digno tributo rendido al patricio ilustre, que por espacio de más de treinta años fué ministro de Correos del Imperio alemán. A él se debe la fundación del Museo; á él la Unión Postal Universal, que tantos beneficios viene prestando á la civilización del mundo todo, y él ha sido, en fin, el reformador, el alma de los servicios postales en la mitad del siglo XIX, contribuyendo á la multiplicación de las relaciones entre los pueblos y facilitando así el prodigioso desarrollo del comercio y la industria en Alemania. Su patria le rinde homenaje de gratitud. El mundo civilizado saluda su memoria con respeto. De este eminente estadista decía el emperador Guillermo que era uno de los hombres que más habían cooperado á la grandeza de su imperio, más acaso que el mismo Bismark, aunque por medios distintos.

Reproducción de un skytala griego

Y evocado este recuerdo que involuntariamente acude á la memoria de todo aquel que conoce la sabia y fructífera labor que realizó en vida Von Stephan, paso á describir las maravillas que encierran las salas de este Museo,

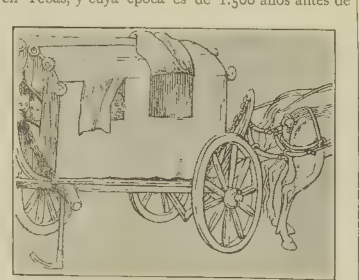


El Museo Postal de Berlín. – El vestíbulo

nutrido de preciosas curiosidades en el orden histórico, si bien he de hacerlo ligeramente por ser empresa imposible y ardua la de analizar detalles, si ha de circunscribirse la tarea á los límites de un artículo. He de concretarme, pues, al relato de lo más notable de las numerosas colecciones ó á los objetos de mayor interés para los visitantes.

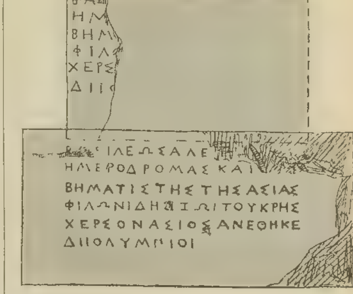
Reproducción en yeso de una lápida conmemorativa, que se conserva en el convento de monjas de María Saal, en Carinthia, y que representa una *rheda meritoria* ó *rheda cursualis*.

Al comenzar el estudio del Museo por las instalaciones de la planta baja, lo primero que cautiva la atención son los útiles de escribir que usaban los pueblos de la más remota antigüedad, egipcios, asirios, persas y hebreos, y las reproducciones gráficas ó plásticas de sus caracteres de escritura, cuando no es posible exhibir los originales por encontrarse en otros Museos. Entre esos objetos curiosos recuerdo los siguientes: una tableta de piedra de las que usaban para escribir los egipcios 1.600 años antes de J. C. y que acostumbraban á depositar en los féretros al proceder al enterramiento, llenas de bendiciones para que acompañaran al muerto en su tumba. Un trozo de una paleta de escribir con hierogramas encontrada en Tebas, y cuya época es de 1.500 años antes de



Coche cubierto de fines del siglo XV

J. C. El fragmento de un papiro, con inscripción hierográfica, y el encabezamiento del *Libro de los muertos del nuevo reino*, que pertenecía al escribiente real y también escribiente del ejército llamado *Psir*, cuya mujer tenía el nombre de *Ruca*. ¡A través de los siglos llegan estos nombres hasta nosotros! Varias tablas de madera, del tiempo de la XVIII dinastía egipcia (1.400 años antes de J. C.), encontradas en el cuello de algunas momias, y que tenían por objeto que en el cementerio pudieran ser identificados los cadáveres: estas tabletas contienen las inscripciones de las vendas, los nombres de los muertos y su procedencia casi siempre. Las inscripciones están escritas en caracteres demóticos y griegos á la vez. Un trozo de venda, de una momia de mujer, encontrada



Inscripción griega procedente del templo de Zeus en Olimpia, cuya traducción es: «Ofrenda votiva hecha á Júpiter Olímpico por Philonidas, hijo de Zoito, de Quersoneso, en Creta, correo de Alejandro, que ha recorrido todo el Asia á caballo.» (Reproducción en yeso del original existente en Atenas.)

en Achmin, en la cual, además del nombre de la muerta, en letra demótica, se lee una inscripción que traducida dice así: *Su alma vive ante Osiris Socario el gran Dios.* Trozos de vasijas de barro, con inscripciones demóticas, que servían á los egipcios para sus recibos y apuntaciones, con texto hierático, encontradas en Tebas. Tabletas en barro cocido, con inscripciones asirias, entre ellas una que contiene una *carta* escrita 657 años antes de J. C. por un rey de Siria á un sujeto llamado *Sim-abla-utsur-ummanigas,* y otra que contiene una súplica de los habitantes de la villa de Darate. La inscripción griega de un pedestal encontrado en el templo de Zeus en Olimpia, que sostuvo la estatua de Philonidas, uno de los hemorodromos ó correos diarios de Alejandro el Grande. Traducida esta inscripción, dice: «Ofrenda votiva hecha á Júpiter Olímpico por Philonidas, hijo de Zoito, de Chersoneso, en Creta, correo de Alejandro, que ha recorrido todo el Asia á caballo.» El modelo de un *skytala* (σκυτάλη) griego (cilindro carta) del que se servían los *Sphoros* lacedemonios para dirigir un despacho ó mensaje secreto á un funcionario público ó

general ausente del país. Estos personajes, cuando se alejaban de Esparta, llevaban siempre uno de estos cilindros, conservando los *Sphoros* otro igual. El uso de este aparato es en verdad curioso. Cuando uno de los ausentes tenía que dirigir un despacho á otro, arrollaba en espiral una tira larga de pergamino alrededor del cilindro y escribía allí un despacho transversalmente; enviaba el pergamino al destinatario, y éste, para descifrar su contenido, lo colocaba en su cilindro de igual forma.

En estas mismas salas existen también objetos muy notables del *Cursus publicus* ó correo de los romanos; entre ellos una conmemorativa que representa una *rheda cursualis*, coche de cuatro ruedas del que se servían en sus viajes, lo mismo los correos que los funcionarios públicos y los particulares autorizados al efecto. Un carro de dos caballos y cuatro ruedas llamado *benna*, de los que se empleaban en el transporte de viajeros y mercancías. Un bajo relieve, que representa un *Cisium*, coche ligero, parecido á un tílburi de nuestros tiempos, y en el que sólo podían viajar el conductor del carruaje y otra persona. Una piedra votiva con esta inscripción: *Jul. Paternus. Tavelarius.* El Tavelarius venía á ser el correo postal romano.


Vista de una de las salas del Museo Postal de Berlín

Además de los enumerados, se ven en estas salas otros muchos objetos pertenecientes á los correos romanos, á la República y al Imperio, que hacen formar idea clara y precisa de sus adelantos, y que demuestran cómo en aquella Roma, que civilizó al mundo, se concedió ya verdadera importancia á este servicio, que sintetiza la vida de relación de los pueblos.

A esta organización de las postas en la Edad Antigua, sigue en el Museo el estudio de la Edad Media, harto deficiente, en verdad, por lo que hace referencia al servicio de transportes. Si esta Edad de la Historia representa un retroceso, ó por lo menos un descanso, una parada en las conquistas de la inteligencia, no podía menos de reflejarse también en estos medios de la vida de relación.

Allí están reproducidas la pesada carreta alsaciana del siglo XII, el coche francés á *fourchette* del siglo XIII, el carro de Santa Odilia del siglo XIV y multitud de estampas y grabados representando viajes en coche durante el siglo XV y los tres anteriores, siendo muy notable y curiosa, por demostrar los incidentes y peligros de estos viajes, una lámina que nos presenta al papa Juan XXII en el momento de volcar el pesado vehículo que lo conducía, al atravesar la montaña de Alberg, cuando se dirigía el Pontífice al concilio de Constanza.

También se encuentra en la misma sala la reproducción de un sentido recuerdo consagrado á un humilde mártir de su deber. He aquí la historia. Corría el siglo XV, y la ciudad de Strasburgo quiso comunicar á Basilea una noticia cuyo inmediato conocimiento era de gran importancia para esta población, y confiaron el despacho á un mensajero, que desempeñó el encargo con tal diligencia, que al entregar el mensaje cayó muerto de fatiga. Este momento es el que representa la reproducción que en el Museo se exhibe, y cuyo original se encuentra en la casa comunal de Basilea.

Llegamos por fin á la Edad Moderna, y paso á paso se siguen las huellas del progreso y la transformación sucesiva y cada vez más rápida de los medios de transporte. El mensajero comienza á desaparecer y es substituído por las Postas del Estado. Multitud de grabados de los siglos XVI y XVII nos demuestran cómo se fueron desarrollando estas Postas, hasta que llegamos por último á la época en que vino á monopolizarlas la casa de los Tour y Taxis, que las extendió por toda Europa, comenzando por Alemania en el reinado de Federico III, siendo España objeto de su preferente atención por haber otorgado Felipe el Hermoso á principios del siglo XVI el privilegio de este servicio á uno de los hermanos Taxis, Simón, que vino con él de Alemania desempeñando el cargo de Correo mayor, y cuyos descendientes fueron los fundadores del condado de Villamediana.

En esta rápida cuanto instructiva excursión á través de las edades de la Historia, se han podido seguir paso á paso hasta ahora los progresos de la civilización; pero ya en adelante se presentan estos mismos progresos desenvolviéndose de una manera vertiginosa.

Lámina que representa el vuelco del coche que conducía al papa Juan XXII, cuando éste atravesaba la montaña de Alberg para dirigirse al concilio de Constanza.


Casa de correos francesa del tiempo de Luis XV (1715-1774), reproducción de un antiguo grabado

Aquí encontramos una notabilísima colección de sellos postales de Alemania desde época remota hasta hoy, como también están coleccionados y expuestos los uniformes de carteros, postillones y funcionarios de la Administración postal alemana antiguos y modernos; y sorprende, en verdad, su buen estado de conservación, siendo así que algunos cuentan de vida centenares de años.

Un anchuroso departamento está destinado exclusivamente á los modelos en tamaño natural de las diligencias y coches diversos, algunos con caballos y atalajes, usados por las postas alemanas en los tres últimos siglos; y en otro departamento se admiran los modelos en escala reducida de las principales Casas de Correos de Alemania, construídos con tan admirable precisión, que hacen formar idea exacta de sus más pequeños detalles, y vienen á ser clara demostración del celo con que los gobiernos de este país han velado siempre por el servicio público.

Y se entra de lleno después en el siglo de los adelantos rápidos, en el siglo del vapor y la electricidad, esos elementos que han transformado las sociedades al centuplicar sus elementos de vida; y se ven los amplios salones ocupados por vagones correos de todos los países civilizados, desde los primeros que se usaron hasta los últimos franceses, que miden 17 metros de largo y se alumbran con luz eléctrica. Vemos también modelos acabados de vapores correos, entre los que descuellan el *Elbe*, del Lloid alemán, el *Augusta Victoria* y otros de diferentes empresas, reproducidos con tal lujo de detalles, que dejan comprender la suma de comodidades que ofrecen al viajero y la vertiginosa rapidez con que es transportada la correspondencia á través de los mares á los más lejanos países, acortando las distancias y multiplicando las relaciones de los pueblos, bello ideal de la civilización moderna.

Más adelante, y es también curiosa la exposición, se encuentran los modelos de buzones, sacas, marchamos, valijas, sellos y cuantos objetos accesorios usan las oficinas de la mayor parte de los países que forman la Unión Postal para su mejor funcionamiento y para llenar su misión civilizadora con la perfección posible. Pero además de este material moderno, fijo y móvil, presentan los distintos países grabados, fotografías y modelos en relieve de sus medios de transporte en anteriores épocas. Y llaman la atención el cartero con zancos de las Landas; el coche redondo de Dinamarca, coche que tiene la caja en forma de globo y servía para recoger la correspondencia de las aldeas en la época de las nieves; las canoas ó lanchas á remo ó á vela, con la proa en forma de cisne, usadas en Noruega para repartir la correspondencia entre los habitantes de la costa, embarcaciones de construcción especial para la navegación entre los arrecifes de sus innumerables golfos, y las diferentes clases de trineos usados en los países del Norte. Un curioso modelo en relieve nos da á conocer cómo transportan en Siberia la correspondencia los peatones correos: envuelta en sacos impermeables la cargan en sus espaldas, y apoyándose en un grueso bastón suben las ásperas montañas cubiertas de nieve acompañados por vigilantes. Completan esta exposición los numerosos modelos de los funcionarios postales y medios de transporte de la India inglesa y de la Indo China; el correo en elefantes de Siam; los adelantos del Japón, que hoy compite y aun aventaja á algunos países europeos; el correo en camello de la Arabia y Abisinia, y tantos y tantos modelos de todos los países del mundo, que hacen formar idea de sus progresos, demostrándose aquí la verdad de que el correo nos revela el grado de cultura de cada uno.

España, en este universal concierto, sólo presenta algunos grabados y fotografías donados por particulares, y que representan los viajes de las antiguas diligencias, la carroza regalada por Napoleón I á Carlos IV, la carroza de concha de Fernando VII y la mayoría de los antiguos coches que todavía se conservan en las



DESDEMONA cuadro de Juana Romani



ALEGORIA DEL CARNAVAL, dibujo de Carlos Vázquez

Caballerizas Reales. Y nada de material moderno.

No podía faltar como complemento de estas varias instalaciones una riquísima colección de sellos de franqueo de todos los países, que contemplan con admiración y entusiasmo los filatelistas, y otra colección de bustos que representan algunos príncipes de la Casa de Taxis y á elevados funcionarios de Correos de Alemania y otras naciones.

También es digna de estudio la Biblioteca y Archivo del Museo, donde se conservan preciados libros y manuscritos referentes á Correos, antiguos y modernos.

Por último, en el piso alto se encuentran las instalaciones de Telégrafos, sorprendentes por su riqueza. No falta aquí ni un detalle, y puede seguirse la historia de las transmisiones telegráficas, desde el primer aparato que se usó, hasta los más perfeccionados de nuestros días.

Tal es, en rápido bosquejo, el Museo Postal de Berlín, que en síntesis, á la vez que grandiosa pintoresca, nos da trazada la historia de la vida de relación de la humanidad.

Eduardo Verdegay.

NUESTROS GRABADOS

Baile de máscaras, dibujo de A. Mas y Fondevila. Tantas veces hemos tenido ocasión de encomiar el talento de nuestro asiduo y querido colaborador Sr. Mas y Fondevila, que nos parece ocioso repetir los elogios que con motivo de la reproducción de sus obras le hemos dedicado. Se trata además de un artista cuya fama es bien conocida, y á quien con justicia se considera aquí y fuera de aquí como uno de nuestros primeros pintores y sobre todo como uno de nuestros mejores dibujantes: dotado de un profundo espíritu de observación, asimílase fácilmente los más variados asuntos; y el dominio absoluto que tiene de la técnica le permite cultivar con igual maestría los más diversos géneros. *Baile de Máscaras* es una nota que se aparta de lo que generalmente hace Mas y Fondevila; y sin embargo, en en ella encontramos las mismas notables cualidades que siempre hemos admirado en sus trabajos, y entre las cuales descuellan la exacta expresión de la verdad fielmente observada, la elegancia de la composición y la soltura y solidez del dibujo.

Colocación de la primera piedra del monumento al Dr. Robert.—Solemnísima fué la ceremonia celebrada el día 31 de enero último para la colocación de la primera piedra del monumento que con fondos recaudados por subscripción pública ha de erigirse al inolvidable Dr. Robert. Una multitud inmensa llenaba la gran plaza de la Universidad, en donde aquélla se verificaba; y los balcones, engalanados con colgaduras, y las azoteas que dan á la plaza, hallábanse también atestados de espectadores, deseosos de contribuir con su presencia al tributo de admiración y agradecimiento al sabio eminente, al ilustre filántropo, al insigne patriota. En la tribuna oficial, adornada con escudos, banderas, gallardetes y estandartes de varias sociedades, estaban, además de la Junta del monumento, Su Emma. Rdma. el Cardenal Casañas, obispo de esta diócesis, el Gobernador Civil, los presidentes de la Audiencia y de la Diputación provincial, el Alcalde acompañado de una nutrida comisión del Ayuntamiento, representaciones de las facultades de Ciencias, Derecho, Filosofía y Letras, Farmacia y Medicina, de la Cámara de Comercio, del Fomento del Trabajo Nacional, del Instituto Catalán de San Isidro, del Ateneo Barcelonés, de la Sociedad Económica de Amigos del País, de la Asociación de Arquitectos, de la Real Academia y Laboratorio de Ciencias Médicas, del cuerpo médico del Hospital de la Santa Cruz, del de la Beneficencia Municipal, de la Liga de Defensa Industrial, del Colegio de Médicos, del Colegio de Abogados, de multitud de asociaciones regionalistas; en una palabra, de las más importantes entidades científicas, artísticas, literarias y económicas de Barcelona y de toda Cataluña. Después de leída por el Secretario de la Junta del monumento señor Marqués de Alfarrás el acta que después de subscrita por las autoridades y otras personas fué colocada en el hueco de la primera piedra, previamente bendecida por el cardenal, el presidente de aquélla D. Alberto Rusiñol pronunció un corto y elocuente discurso de tonos patrióticos, ensalzando la memoria del Dr. Robert y explicando la significación y trascendencia del acto que se estaba celebrando. El discurso del Sr. Rusiñol fué interrumpido varias veces por grandes salvas de aplausos que se reprodujeron más vivas al final, acompañadas de entusiastas aclamaciones. Después bajóse la piedra al sitio que definitivamente ha de ocupar, y el Sr. Rusiñol dió en breves y sentidas frases las gracias á las autoridades y demás personas que habían asistido al acto, el cual terminó repitiéndose las aclamaciones y los aplausos con que el pueblo de Barcelona celebraba la inauguración de las obras del monumento que ha de perpetuar la memoria de uno de sus más preclaros conciudadanos.

Roberto Comtesse.—El actual presidente de la Confederación Helvética nació en 14 de agosto de 1847 en Cernier (cantón de Neuchatel), y después de haber hecho sus primeros estudios en su patria, completó sus estudios jurídicos en las universidades de Heidelberg y de París. En 1874 fué nombrado juez de instrucción, dedicándose desde entonces á la política y siendo elegido miembro del Gran Consejo Cantonal. En 1877 entró á formar parte del gobierno del cantón de Neuchatel como jefe del departamento del Interior y de Agricultura; en 1883 fué elegido para el Consejo Nacional, cuyo presidente fué en 1894-95. Dotado de un temperamento activo y de grandes conocimientos, intervino en todas las discusiones de los asuntos más importantes, especialmente en el de la ley de Seguros. En 1899 la Asamblea Federal eligióle para el Consejo Federal, en el que desempeñó la cartera de Justicia y Policía, y en la elección verificada en 17 de diciembre último fué elevado á la suprema magistratura por 165 votos entre 178 votantes: el día anterior, en la sección del Consejo Nacional, declaró solemnemente que en la cuestión del tratado celebrado con Italia sobre el túnel del Simplón, el Consejo Federal había estado siempre unánime y que no merecía los ataques apasionados que se le dirigían, demostrando con documentos que el Consejo no se había mostrado débil y que habría sido imposible lograr condiciones mejores que las que se habían conseguido. Comtesse y el entonces presidente Deucher se pusieron resueltamente enfrente de las reuniones que contra el tratado protestaban, y éste fué aprobado por el Consejo Nacional. Esta actitud enérgica contra la democracia socialista internacional cosmopolita ha sido muy aplaudida por el pueblo suizo.



Roberto Comtesse,
Presidente de la Confederación Helvética para el año 1904

Gran festival celebrado en el teatro del Liceo. – La Junta del teatro del Liceo, que tantos plácemes ha merecido por las reformas recientemente introducidas en el mismo, ha tenido el buen acierto de disponer una fiesta digna bajo todos conceptos del aplauso de cuantos por el esplendor de nuestro coliseo se interesan. El festival por ella organizado y á cuyo buen éxito han contribuído los círculos más aristocráticos de Barcelona, ha recordado por su esplendidez y por su originalidad las fiestas más suntuosas del mismo género en nuestra capital celebradas. El escenario y la platea del Liceo ofrecían magnífico aspecto: figuraba aquél un frondoso jardín, cubierto de parterres, con una gran cascada natural á un lado y á otro una amplia escalinata rematada por un templete griego en el que se veía el busto de Wagner; la platea estaba adornada con infinidad de guirnaldas de flores naturales que decoraban también las líneas de los palcos y pendían de los aparatos de luz. La profusa iluminación de la sala realzaba el efecto de la decoración. Ocupaban los palcos y las butacas del anfiteatro las familias más distinguidas de nuestra ciudad, y circulaba por el salón una multitud no menos escogida, pudiendo decirse sin exageración que se dió cita aquella noche en el teatro lo que, tomándolo del conocido modismo parisiense, podemos llamar el *todo Barcelona*, luciendo las señoras riquísimos y elegantes trajes y preciosas joyas, y vistiendo todos los caballeros de rigurosa etiqueta. Los espectáculos que constituían el programa del festival fueron muy del agrado de la concurrencia: el original *Cake-Wall* y el elegante *Tourbillon*, bailados por parejas expresamente venidas de París; la típica sardana, que bailaron sardanistas ampurdaneses á los acordes de la famosa copla de La Bisbal; el minué, ejecutado por un numeroso cuerpo de baile; y la cabalgata alegórica de todas las principales óperas que en el Liceo se han ejecutado desde su reconstrucción en 1862, merecieron los aplausos de la concurrencia. Pero lo que constituyó el *clou* del festival fué la batalla de flores, serpentinas y *confetti*, que se dispararon con verdadera profusión, resultando un espectáculo hermosísimo.

La fiesta ha tenido un éxito completo y de ella se conservará en Barcelona durante mucho tiempo grato recuerdo. Satisfechos pueden estar sus organizadores, quienes se han hecho acreedores del aplauso del público, no sólo por el buen gusto de que han dado pruebas con el festival, sino además por sus provechosas iniciativas para realzar nuestro primer teatro lírico.

Desdémona, cuadro de Juana Romaní.—Desde que se dió á conocer en el Salón de París de 1888, cuando sólo contaba diez y siete años, esta notable pintora se ha ido creciendo de tal manera, que hoy su nombre se cita entre los de los más notables artistas que en París residen. Sus figuras de mujer, pues casi exclusivamente á este género se dedica, tienen un vigor y una vida extraordinarios; las carnes son de hermosa transparencia y bajo ellas se adivina la sangre que circula; los ojos miran de verdad, y de verdad respiran las bocas. Y en cuanto á la factura, admíranse en sus obras una corrección de dibujo, una seguridad y al mismo tiempo una delicadeza de pinceladas, que sólo los grandes maestros poseen. Véase en demostración de lo que decimos el hermoso cuadro *Desdémona* que reproducimos y en el cual aparecen evidentes las notables cualidades que dejamos indicadas.

Alegoría del Carnaval, dibujo de Carlos Vázquez.—Pocos temas pueden ofrecerse al artista tan agotados como los que con el Carnaval se relacionan, pues en todas formas han explotado dibujantes, pintores y escultores las fiestas carnavalescas que la diosa Locura preside. De aquí, mayores dificultades para quien quiere una vez más tratar este asunto; pero de aquí también mayores méritos para el que logra dar con una nota que se salga más ó menos del camino trillado. Y esta nota la ha encontrado el notable dibujante Carlos Vázquez, cuyo talento han tenido ocasiones frecuentes de admirar los lectores de La Ilustración Artística: la figura que simbolizando el Carnaval nos presenta, no aparece en salón espléndidamente dispuesto, rodeada de máscaras que le rinden vasallaje, en una atmósfera caldeada por el calor de las luces y el vaho de la multitud, es decir, en un medio que por sí solo incita á la diversión, á la alegría, al bullicio; sino sola y en un paisaje nevado y triste, y á pesar de ello empuñando con una mano los emblemas de las Carnestolendas y con la otra la copa de espumoso champaña, insensible á las inclemencias del cielo, dominada enteramente por gratas sensaciones, como indicando que contra su reinado, aun siendo tan efímero, nada pueden las mayores contrariedades, que su imperio hace olvidar las más graves preocupaciones, que el placer que brinda á sus vasallos tiene el poder mágico de infundir en ellos una nueva vida, haciéndolos insensibles al dolor y al sufrimiento.

Una boda en Valencia á principios del siglo XIX, cuadro de V. G. de Paredes.—Varios son los cuadros de este mismo autor que hemos reproducido en las páginas de La Ilustración Artística, y en todos ellos hemos podido admirar el talento con que hace revivir ante nuestros ojos los tipos y las costumbres de tiempos pasados, que si no fueron mejores que los actuales bajo muchos conceptos, diga lo que quiera el poeta, fueron infinitamente más pintorescos. Esta circunstancia explica la predilección que por los asuntos de esta índole sienten muchos artistas; y ciertamente merecen por ello aplausos cuando los tratan de un modo tan concienzudo como el pintor español Vicente G. de Paredes, de quien puede decirse que parece dotado del mágico poder de hacer resurgir ante nuestros ojos escenas por nosotros no presenciadas, y á las que la imaginación del artista, completada por el estudio, sabe prestar todo el vigor de la realidad.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Milán. Un marsellés, Casimiro Sipriot, ha dejado en testamento al Museo Brera de Milán su importante galería de cuadros, en la que están muy bien representadas, entre otras, las escuelas umbría, lombarda y piamontesa, figurando en ella hermosas obras de Gaudencio Ferrari, Nicolás de Cremona, Bernardino Luini, Borgognone, Benozzo Cozzoli, J. Bassano y sobre todo Lucas Signorelli.

Louvre. El barón Arturo Rothschild, recientemente fallecido en Monte Carlo, ha legado su galería de cuadros al Museo del Louvre de París; hay en ella gran número de obras de la escuela holandesa, especialmente algunos de los mejores lienzos de Greuze. También le ha legado su colección de sortijas antiguas.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Nouveau Theatre *Les petits pieds*, comedia en un acto de Enrique de Saussines, y *Le message*, comedia en tres actos de Eduardo Flog.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *El flechazo*, entremés de los hermanos Quintero; en Romea *Lo dinar de boda*, sainete en un acto de D. Jacinto Capella y D. Santiago Boy; y en el Teatre Intim la bellísima comedia en cinco actos de Hauphmann *Els teixidors de Silesia*, traducción de los Sres. Jordá y Costa, para la cual han pintado hermosas decoraciones los reputados escenógrafos O. Junyent y N. Brunet y que ha sido muy bien puesta en escena bajo la dirección del Sr. Gual. En Novedades ha dado un notable concierto el «Orfeó Catalá,» el cual cantó con su acostumbrada maestría, bajo la dirección del Sr. Millet, composiciones de Victoria, Brudieu, Clavé, García Robles, Nicolau, Millet, Pujol y Gibert, habiendo obtenido en todas ellas entusiastas aplausos.

AJEDREZ

Problema número 352, por W. Lubcke.

NEGRAS (6 piezas)

BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 351, por J. Dobrusky.

Blancas.	Negras.
1. Dc8 – c6	1. Th5 – b5
2. Ce4 – f2 jaque	2. Rd3 – d4
3. Dc6 – e4 jaque	3. Rd4 – c5
4. Cf2 – d3 mate.	

VARIANTES.

1.... Th5 f5; 2. Cc4 – b2jaq., Rd3 – d4; 3. Dc6 – c4 jaq., etc.
1.... Th5 – a5; 2. Cc4 × a5, Rd3 – d4; 3. Ca5 – c4, etc.
1.... Th5 – g5; 2. Ce4 × g5, Rd3 – d4; 3. Cg5 – e4, etc.
1.... Th5 – c5; 2. Dc6 × c5, Rd3 × e4; 3. Rd1 – e2, etc.
1.... Th5 – e5; 2. Cc4 – b2jaq., Rd3 – d4; 3. Dc6 – c4 mate.
1.... Rd3 – d4; 2. Ce4 – c3, Th5 – e5; 3. Rd1 – c2, etc.
2.................. Th5 – g5; 3. Cc3 – e2 jaq., etc.
2.................. Th5 – b5; 3. Cc3 × b5 jaq., etc.

LA CONQUISTA

NOVELA ORIGINAL DE MAY ARMAND-BLANC. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

El médico y Colette salieron del salón, y aquél suplicó á la joven que fuese á prevenir á su madre mientras él ayudaba á los enfermeros. Colette comprendió que, en efecto, ese era su deber.

Unos minutos después, entre las dos mujeres espléndidamente ataviadas y en medio de un gran desorden de muebles blancos y dorados, se colocaba en el salón, en unas angarillas, el cuerpo de Allire, que á las cinco de la tarde, en su despacho y por razones que nadie conocía, se había disparado dos tiros de revólver en la región del corazón.

A las doce de la noche murió sin haber recobrado la palabra. Se pudo creer, sin embargo, que por unos instantes había tenido todo su conocimiento, pues miró largo rato á su hija. Nunca olvidó Colette la horrible angustia pintada en aquellos ojos.

La de Allire, caída en un sillón, no tenía fuerza más que para lanzar gemidos entrecortados. Y fué Colette la que, sobreponiéndose á su dolor, tuvo que ocuparse en los penosos preparativos de las ceremonias fúnebres.

Al día siguiente, todo París supo con estupor que Allire, enredado hacía mucho tiempo en especulaciones desgraciadas y en vísperas de una quiebra ruidosa, había preferido el suicidio al combate y no dejaba al morir más que una maraña inextricable de negocios y de deudas, que sólo había podido ir sosteniendo y renovando gracias á su lujo y á su reputación de acróbata de la especulación.

Y todavía no se había enterrado al muerto, cuando todos los acreedores, como bandada de aves de rapiña, cayeron sobre el hotel, en el que las dos mujeres, apenas conscientes del desastre, estaban llorando, la una con ruidosos sollozos, la otra con silenciosas lágrimas.

Yo tampoco oía sus palabras; pero de repente les vi cogerse las manos

V

DOS CARTAS

Era noviembre, pero adornado todavía con una luz brillante y envuelto en una dulce atmósfera; otoño de mujer hermosa cuya coquetería no quiere morir y que conserva todos los reflejos de su belleza deslumbradora y un encanto que no morirá sino con ella.

La señora de Donald prolongaba su paseo por el parque Monceau. La arquitectura aérea de los árboles se destacaba sobre la palidez del cielo. Sin las ramas despojadas y sin el dorado ramillete de otras que agitaban sus ligeros penachos, se hubiera creído estar en primavera ó en un estío naciente, más bien que en la entrada del invierno. El crepúsculo, ya próximo, no se anunciaba más que por una caricia de sombra violada, tenue gasa que flotaba en el horizonte de los paseos. El aire estaba inmóvil y tibio.

Valentina suspiró, porque echaba de menos el campo, donde acababa de pasar con Juan cuatro meses, después de un viaje á la frontera de España, necesario para que Donald hiciese en país vascongado ciertas investigaciones destinadas á una obra que tenía en estudio. La ausencia de Remigio había hecho un poco melancólica la calma de aquel delicioso verano. ¡Pero habían recibido de él cartas tan vividas y tan felices!

Valentina había sentido volverse á París, pero no había querido darlo á entender, porque Juan hubiera asegurado en seguida que no era indispensable volver todavía y ella sabía que era urgente su presencia en la capital. Además, Remigio no tardaría, acaso, en volver, y era necesario que lo encontrase todo dispuesto y bien arreglado para ponerse á trabajar con la colaboración utilísima de su madre.

A Valentina le entusiasmaba la idea de esa colaboración. Era la consejera discreta y segura, la secretaria infatigable y la primera oyente de sus ensayos. Entre aquellas dos grandes ternuras, su marido y su hijo; entre la ciencia del uno y la imaginación del otro, Valentina vivía una doble vida, realzada por el amor y por la inteligencia hasta más allá de la existencia material, que ella arreglaba y ordenaba también para hacerla más cómoda y agradable. De este modo, mientras paseaba, se puso á pensar en mil pequeños detalles de mueblaje para el estudio de Remigio. Por una feliz casualidad, habían podido alquilar un local en la casa contigua á la en que vivían hacía muchos años, en la avenida de Villiers. Y como las dos casas eran del mismo dueño y comunicaban por el jardín, se pensó en instalar por completo á Remigio en su estudio, pues á pesar de su profunda unión y puede ser que á causa de ella, el doctor creía necesario y bueno que su hijo gozase de una independencia completa, y Valentina era del mismo parecer. De aquel modo, Remigio seguiría estando á su lado, sin dejar de tener su casa. El joven no sabía aún ese proyecto y Valentina sonreía al pensar en su gozo cuando se lo dijeran.

Cuando entró en su casa, el portero le entregó una carta de Remigio precisamente. Subió de prisa, y como no estaba su marido, quiso leer sin tardanza la querida misiva. En cuanto la abrió se quedó extrañada por el lugar en que estaba escrita. ¡Turín! ¡Tan cerca ya, cuando se le creía en el Sur de Italia todavía por muchos días!.. Las últimas cartas rebosaban de entusiasmo, ésta empezaba en un tono más tranquilo:

«Querida mamá: te escribo hoy, no á ti sola, pero sí en particular. Que papá no me guarde rencor, pues no sé explicarme, pero me parece que me encuentro como cuando era pequeño, un poco débil y un poco miedoso...»

Valentina dió un suspiro y sonrió dulcemente. Recordaba que Remigio no le manifestaba de pequeño una confianza tan tierna y exclusiva. Sabía que la memoria del corazón tiene sus espejismos como la otra, y un ser de imaginación tan viva como Remigio podía no recordar haber tenido respecto de ella otros sentimientos que los actuales. ¿Qué importaba, pues-

to que era sincero?.. Valentina continuó su lectura.

«¿Miedoso de qué? ¡Mi vida es tan feliz! ¿Por qué débil? Me siento robusto y en buena salud. Y, sin embargo, es así. Empezó á sucederme esto un poco después de haberos escrito mi última carta. Estaba en Pisa, la ciudad rojiza y dormida, que tiene sus tres bellezas de mármol, de recuerdos tan vivientes, en una plaza casi estrecha, en la que una hierba corta y abrasada enmohece las desiguales piedras del suelo. Al sentirme un día cierta especie de cansancio moral parecido á la melancolía, pensé que Pisa era una población triste, y la fantasía de cambiar de aire y de alma me condujo á una aldea antigua y silvestre, cuyo nombre, leído recientemente en un libro, me daba vueltas en la memoria: Volterra...

»¡Y qué digna es de su nombre mi pequeña aldea etrusca! Pero después de haberos aburrido con tantas descripciones de guía, no quiero haceros esta. La he encontrado bella y helada: bella porque está impregnada de historia y de arte; helada porque está hundida como una espada en el costado de la montaña y sopla en ella un viento rabioso. Y á pesar de eso, el cielo estaba azul, muy azul. No se puede dar una idea de ese color azul duro, un azul de añil y sin embargo diáfano y fluido. Ante aquel cielo pensé ante todo con desesperación que jamás se llegará á pintarlo igual. Después miré al suelo, por el cual, con ese aire armonioso propio de esta Italia á la que no sé si odiar ó querer, de tal modo me saca de quicio, iban unas mujeres con un receptáculo de barro lleno de ascuas, llamado *scaldino,* en el que se calentaban las manos con un ademán arrecido y acariciador.

»Pasaron, y una de ellas, que se había quedado rezagada, se apoyó en el brocal de un pozo, en la esquina de una calle. Era morena, alta y esbelta. A poco, un joven se reunió con ella y la italiana se puso á mirarle con expresión distraída y apasionada, como si, no pensando más que en él, no oyese lo que le decía.

»Yo tampoco oía sus palabras; pero de repente les vi cogerse las manos, sin hablar y con tal viveza, que el *scaldino* se cayó al suelo, se rompió en mil pedazos y derramó las rojas ascuas á los pies de los enamorados, que apenas parecieron darse cuenta de ello.

»Entonces me sentí poseído de una tristeza extraña y profunda, que parecía una enfermedad. ¿Qué quería? ¿Qué deseaba? Desde luego creo que hubiera querido pintar aquella escena ó escribirla con tales trazos y tales palabras, que los demás, la multitud, los que no la habían visto, sintieran la misma impresión ardiente y dolorosa que yo. Pero no, en el fondo no era eso. En cuanto volví á mi cuarto reflexioné, y estoy reflexionando desde aquel día, en aquella singular dominación del arte que se apoderó de mí por entero hace unos años; en la ambición, en la sed de gloria, en la fiebre del trabajo, que me encantaban. Y de repente, como si se hubiera roto un velo, he sentido que todo eso no existía ya para mí como en otro tiempo... ¡En otro tiempo! Hace apenas unos meses..., ¿qué digo?.., unos días...

»Desde entonces soy presa de este cansancio, de esta debilidad, de este temor. Y de prisa y corriendo he dejado mi linda ciudad, donde me parece haber perdido aquella alegre y ligera paz que tan agradable me hacía la vida. Me he venido hacia la frontera, hacia Francia, con el deseo de acercarme á París y á vosotros. ¿Y quieres que te diga una cosa? Me parece que se ha apoderado de mí una especie de nostalgia. Tengo un deseo atroz, en cuanto he cerrado esta carta, de cerrar también el baúl y meterme en un vagón para llegar á casa en el primer tren...

»Recibid los dos un abrazo muy apretado.

»REMIGIO.»

Al leer estas últimas líneas, Valentina, que conocía á su hijo, exclamó:

—¡Mañana está aquí!

—¿Quién? ¿Remigio?, preguntó el doctor al entrar.

—Sí, toma, lee...

Mientras Juan leía, Valentina no podía estarse quieta, como si el querido viajero fuese á entrar de un momento á otro.

—¡Qué suyo es todo esto!, dijo Donald en cuanto leyó la carta.

Y miró á su mujer con tierna sonrisa, dirigida tanto á ella como al ausente.

Valentina sonrió también y declaró su impaciencia por verle de vuelta.

—Un ser como ese, dijo, no puede estar mucho tiempo solo. Le falta este calor, esta ternura...

—¡Le falta el amor!, dijo Juan.

Valentina se quedó silenciosa y grave. Recordaba su propio acceso de desesperación del día en que conoció á Juan, cuando, al volver á su casa, sintió todo el horror de la soledad y el temor angustioso de que nunca cesase.

Ciertamente, la existencia mimada de Remigio no se parecía á la suya de aquel tiempo. Pero era el mismo sentimiento el que se había apoderado de él en tierra extranjera, en una de esas horas críticas en que se orienta el corazón. Ante la más vulgar imagen de eterna humanidad, el joven había sentido de repente una conciencia más amplia de las fuerzas misteriosas que impulsan á los seres á aproximarse.

Valentina era feliz al verle confiarse á ella con aquella ingenuidad casi infantil. Remigio, su Remigio, era en efecto un niño, como lo son todos los artistas de imaginación viva y devoradora.

En el momento de sentarse á la mesa, dijo el doctor:

—Toma, aquí tienes una carta para ti, que me acaban de dar al entrar.

Y entregó á Valentina un sobre pesado, con dos sellos y una ancha franja de luto. En cuanto la señora de Donald vió la firma, exclamó:

¡Ah! Es de la pobre Colette Allire...

Valentina había sabido como todo el mundo la doble catástrofe: la muerte y la ruina. Pero estando ausente de París en aquel momento, había recibido la noticia con retraso por los periódicos.

Escribió en seguida á la joven, pero no tuvo respuesta. Al volver á París, supo que aquellas señoras estaban en provincias. Pero ¿dónde? No se sabía y solamente se hacían suposiciones. Valentina había pensado muchas veces en aquella niña á la que tanto quería y que había sido tan brutalmente herida por la desgracia. ¿Cómo vivía? ¿Qué era de ella? Aquella larga carta debía contener la respuesta á todas esas preguntas. Valentina, en efecto, leyó inmediatamente:

«Querida señora y amiga mía:

»Déjeme usted llamarla así, ¿quiere usted?, ya que en otro tiempo me llamaba su pequeña Colette. ¡Me parece tan bueno pensar que hay en el mundo una persona á la que puedo llamar amiga sin mentir ni ser desmentida! ¡Ah! ¡Cómo se ha encargado la vida de probrarme claramente todo lo que yo había presentido sin poder expresarlo! ¡Si usted supiera!.. Pero ya conoce usted los acontecimientos. No los contaré, pues, aunque con usted, con usted sola, siento que podría hablar de ellos sin esta amargura horrible que se ha mezclado con todas nuestras desgracias y que me ha envenenado el corazón en los primeros tiempos, cuando tuve que conocer á aquellos con quienes creía poder contar. Le escribo á usted todo esto casi secamente y sin lágrimas. He llorado tanto, que creo que ya no puedo llorar más. Solamente podría si sintiera su mano de usted sobre mi frente, si oyera que usted me hablaba con dulzura, como en aquel tiempo en que vivía á su lado... Ya lo recuerda usted; no siempre estaba yo contenta con la vida que hacía; no siempre era feliz en mi casa, donde, sin embargo, era mimada por mi pobre padre, donde todo el mundo estaba amable conmigo, de tal modo que yo me creía querida y trataba sinceramente de querer á mi vez...

»¡Ay! No ha bastado la muerte horrorosa de mi padre y el trastorno de nuestra existencia; era preciso que me aniquilase la desdicha de dudar de todo el mundo de la noche á la mañana, porque todo el mundo ha hecho el vacío alrededor de nosotras y de nuestro desastre.

¿Pero á qué volver á hablar de esto? Se trata de una realidad definitiva, pero ya pasada, y me he jurado ser fuerte y valiente porque me he acordado de usted.

»Cuando somos pequeños no comprendemos muchas cosas que se van después aclarando. ¿No estaba usted sola también cuando vino á mi lado siendo yo niña? Y era usted tan amable, tan alegre, tan buena... Todo el mundo la quería á usted tanto... Ahora comprendo que si nadie me amaba sinceramente era porque yo vivía mal, y quiero que ahora sea de otro modo. Ha habido personas, sin embargo, que me han dicho frases de simpatía; pero, no sé por qué, tenía la impresión de que les costaba trabajo. Ha habido, en fin, mi tía Rosa, en cuya casa estoy en este momento, que se ha mostrado sinceramente cariñosa conmigo.

»Pero la pobre señora, á la que quiero mucho, no pierde ocasión de decir: «¡Ah! ¡Si mi pobre cuñado me hubiese hecho caso! Mi pobre cuñado era un loco; siempre le había dicho que todo aquello acababa mal...»

»Sé que papá había sido siempre autoritario con ella y que mi tía le guardaba rencor por haberse vuelto á casar, pero ya comprende usted por qué... ¡Dios mío! Aquellas horas de pesadilla no pueden borrarse de mi mente. ¡Qué daño me hace el oir hablar así á mi tía! Un día se lo dije y se quedó muy admirada. «No puedo, sin embargo, me respondió, decir lo contrario delante de ti, que eres la primera víctima y que estás arruinada y deshonrada á causa de ese...» Y mi tía volvió á empezar.

»Así he pasado seis meses largos, interminables, pero ahora me voy tranquilizando un poco. Es verdad que estoy arruinada. Se ha vendido todo lo que nos pertenecía y la liquidación no podrá terminarse hasta que se haya vendido también el hotel.

»No puedo explicar á usted todos estos asuntos que he tratado de comprender lo mejor posible; ello es que, por consecuencia de ciertos arreglos, debe correspondernos una pequeña suma, de la cual he cedido ya la mayor parte á mi madrastra. La pobre ha caído seriamente enferma después de nuestras desgracias y ha envejecido de repente de un modo horrible y que me da lástima. Actualmente está en la Turena, en casa de unos parientes suyos.

»Yo, querida amiga mía, lo que quisiera hacer es trabajar, dar lecciones de música y de dibujo, que es lo que sé mejor. Temo que aquí no haya grandes recursos en ese concepto, porque esta es una población pequeña, pero estoy dispuesta á hacer una prueba para empezar.

»Dentro de unos meses, cuando sea mayor de edad, quiero volver á París. Otras han logrado crearse allí una posición; ¿por qué no he de hacerlo yo también? Creo tener toda la paciencia y toda la voluntad que son necesarias. ¿No lo cree usted también, usted, mi mejor amiga y que me conoce más que nadie?

»Estoy tan segura de su cariño de usted, aunque mil causas nos hayan tenido separadas tantos años, que ni siquiera le pido que me dispense por el tiempo que le hago perder con esta larga carta, en la que, sin embargo, no he conseguido decir á usted todo... Pero usted me comprende sin que yo hable, como en otro tiempo. Era preciso que supiera usted todo esto para responderme. ¿Verdad que tengo razón y que debo tratar de rehacer mi porvenir, que dicen perdido? ¡Perdido! ¿Por qué? Porque no tengo dinero; porque he podido conocer que he estado á punto de casarme con un hombre que no era á mí á quien quería, sino á las ventajas de mi posición... Se dice, en fin, que mi nombre está deshonrado. ¡Ay! No tengo valor para discutir este punto... Pero ¿cuántos llevan un nombre sin tacha en este mundo tan severo? ¡Si hubiera usted visto la última mirada que me dirigió mi padre! ¡Qué pena! ¡Qué horror!

»Siento, amiga querida, que ahora puedo llorar. Estoy llorando; y es que, por primera vez después de la catástrofe, he dejado hablar á mi corazón, sabiendo que seré comprendida.

»Respóndame usted en seguida, ¿verdad?

»Su pequeña Colette, que la quiere tiernamente.

»P. S. Ruego á usted que dé mis afectuosos recuerdos al doctor y á Remigio.»

—¡Bueno! ¿Ahora estás llorando tú también?, dijo Donald á su mujer.

—¡Pobre niña!, respondió Valentina dirigiendo á Juan los ojos llenos de lágrimas. ¡Es tan conmovedora y tan sencilla! ¡Ah! ¡Bien sabía yo lo que había en el corazón de mi pobre Colette!

—En efecto, la habías juzgado mejor que yo. ¿Quién sabe? Acaso sea más feliz que si hubiera seguido el curso de su vida.

Valentina no respondió. Estaba mirando los dos sobres de las cartas recibidas, juntas sobre la mesa; cartas venidas de dos puntos diferentes y que contenían por entero dos corazones jóvenes é inquietos que se reunían allí, ante sus ojos, como por un mismo y mudo llamamiento.

Al cabo de un instante, dijo:

—Sí, tienes razón; acaso sea más dichosa.

El doctor había cogido la carta y estaba volviendo á leer ciertos pasajes.

—¡Qué cándido es esto! ¡Qué hermosa indignación hacia «el mundo!» ¡Qué irreflexión ante el grave proyecto de instalarse aquí sola para vivir de su trabajo! ¡Pobre niña! Cree saber ahora muchas cosas y se expone á choques inevitables... ¿Qué vas á decirle?

—Sí, es cándida sin duda, dijo Valentina; pero si piensas en su situación, verás que lo que dice es firme y justo. Le responderé como corresponde á la opinión que tengo de ella. Creo que tiene fuerza para sufrir y que vencerá mejor el sufrimiento activo que la atonía y la inercia que arrastraría de otro modo durante sus años más hermosos y más robustos. Se lo diré sin ocultarle lo que le espera; pero, si viene, no estará aquí sola. Cuenta con mi amistad y tendrá la de nosotros dos, ¿verdad?..

Juan respondió con sonrisa grave y tierna:

—Sí, querida mía.

Valentina le dió un beso y después reunió las dos cartas y las estrechó preciosamente. ¿No era un dul-

ce tesoro aquel doble impulso de confianza absoluta en ella?

La señora de Donald respondió largamente á Colette.

Y al día siguiente llegó Remigio.

VI

En la puerta de un cuartito interior, en un piso quinto del boulevard de Batignoles.

—¿A qué hora volverás, Colette?

—No lo sé, prima; en cuanto pueda; pero tengo muchas cosas que hacer.

Y Colette bajó la escalera encerada, obscura y muy limpia, pero sin embargo llena de ese mal olor especial de los sitios privados de aire y de sol.

Y pronto estuvo en la calle para empezar sus gestiones, como todos los días desde hacía cerca de un año.

Colette vivía en París en casa de unos primos de su tía Rosa, parientes lejanos de la joven, buenas personas, muy sencillos y de poca fortuna. Colette los indemnizaba de los gastos que ocasionaba su presencia dándoles casi entera la pequeña renta que le había quedado después de la liquidación de los asuntos de su padre, y encargándose de la educación musical de una niña de doce años, tristona, corta de entendimiento y muy poco interesante.

La mayor parte del día se pasaba para Colette en pasos y visitas. Estaba haciendo el duro aprendizaje de la lucha por la existencia, y se preguntaba algunas veces si no hubiera hecho mejor resignándose á permanecer en la estrecha y dormida provincia, al lado de la tía Rosa, dando lecciones ridículamente pagadas y teniendo la posibilidad de hacer algún casamiento de «razón» con algún funcionario de la localidad que la quisiera por sus bellos ojos, ó la de resignarse á envejecer sola, siempre sola, como su tía. Pero al pensar en aquel porvenir toda su juventud y toda su alma se sublevaban.

¿Qué haría? ¿Qué podía hacer aquí? No lo sabía en realidad. Deseaba ardientemente emplear las fuerzas vivas de su ser, crearse ella misma y crear su vida. A pesar de sus rencores y de sus trabajos diarios, ponía tan buena cara y era tan amable y hasta tan alegre á veces, que empezaban á adorarla los que la rodeaban, lo que era para ella un consuelo. Sin embargo, su mente era más animosa que su corazón y éste se sentía cansado de ir y venir, de trabajar y hasta de vivir. Colette luchaba enérgicamente contra esa desanimación interior, y sus esfuerzos producían lentamente un resultado que, aunque modesto, correspondía á sus primeros proyectos.

Pero, cosa extraña, la joven sentía más resignación que gusto al realizar aquellos proyectos, concebidos en el primer impulso de reacción, y por decirlo así, al sentir el latigazo del infortunio. Se parecía á un convaleciente que, al salir de grave enfermedad, cuenta con los placeres y con el descanso que le esperan en la vida normal, y después echa de ver que sus fuerzas le engañan y no encuentra en la existencia el sabor que de ella esperaba.

La joven sufría particularmente ese malestar en aquella triste y helada mañana de febrero, en la que las nubes parecían correr al nivel de los tejados y caer en forma de hollín y de humo hasta el suelo, para mezclarse con el lodo; una de esas mañanas en que la vida, cuando no es dichosa ni fácil, aparece más desesperadamente fea, complicada y dolorosa.

Hacía un año que Colette creía haber aprendido de repente la vida y la humanidad, y ahora echaba de ver que aquella visión había sido incompleta y demasiado brutal en unos detalles, mientras que no llegaba en otros á la altura de la realidad. De lejos había sido muy sencillo hacer un plan de su futura existencia, dividido desde luego en dos partes; la una consagrada á las crueles decepciones y á la ingrata tarea de dar lecciones á domicilio; la otra, más risueña, dedicada á encontrar á sus antiguos y queridos amigos, con quienes le unía una secreta comunidad de gustos, que iba á despertarse y á desenvolverse á su contacto.

Ahora bien, como siempre sucede, ninguna de esas dos partes se realizó según sus esperanzas. Colette se encontró sorprendida al hallar en el mundo de humilde burguesía una acogida más favorable y más simpática de lo que había creído, y al obtener bastante pronto algún resultado práctico de sus gestiones. Pero el otro lado de la vida, aquel que le parecía un goce en perspectiva, se presentó desde luego bajo un aspecto de tristeza y de desengaño.

Valentina la acogió calurosamente y la invitó á asistir á las veladas de los domingos. La joven, en efecto, se apresuró á ir á la primera, en la que no vió á Remigio, ocupado aquel día en otra parte. Colette oyó hablar de aquella comedia suya que se iba á representar, y de nuevo, después de diez años, se encontró extraña á aquel círculo, en el que todo era para ella desconocido y estaba cerrado á su corazón ya desconfiado por la desgracia. Además, la conocieron algunas personas y le pareció que era objeto de una curiosidad indiscreta...

Ante la animación inteligente de aquellas existencias, la huérfana se sentía invadida por un malestar que le paralizaba el uso de la palabra como si fuera una niña tímida y torpe. Su costumbre de la sociedad no la ayudaba, y aquella impotencia para expresar sus ideas y para traducirse á sí misma llegó á ser tan dolorosa, que resolvió no volver los domingos á casa de los Donald y no ver á Valentina más que privadamente.

Volvió, sin embargo, y vió á Remigio, que estuvo infinitamente amable y cariñoso con ella; pero su malestar, lejos de atenuarse, aumentó. Miraba á Remigio con una especie de espanto y de envidia. ¡Hablaba el joven con tan alegre animación! Y era que su vida estaba llena con un nuevo elemento de actividad.

Su padre, para combatir aquella especie de crisis moral en que el joven amenazaba caer, le había asociado en lo posible á sus ocupaciones. Remigio, en efecto, había comprendido que la obra más artística y más literaria no puede ser completa más que cuando es «humana,» y que para serlo es preciso no contentarse con imaginar la vida, sino conocerla hasta en sus detalles más ínfimos, de los que surgen á veces los más grandes movimientos que agitan á la humanidad. Por eso, sin abandonar sus primeras ocupaciones, Remigio tomaba parte entonces en la obra de las lecturas y hasta había mostrado, como conferenciante, un verdadero don de la palabra. Su auditorio, un poco rudo, sufría la influencia de su fogosa juventud.

Cuando Remigio exponía sus ideas en la intimidad, Colette le escuchaba ávidamente.

—¿Comprende usted?, le preguntaba el joven.

Y ella decía que sí con la cabeza, pero le parecía que existían abismos entre ella y su amigo de la infancia.

Cuando se marchaba, le dijo Remigio:

—Volverá usted á menudo, ¿verdad?

—Sí, sí, respondió Colette.

Pero se abstuvo de volver, porque sufría demasiado en casa de Remigio.

Valentina fué á verla muchas veces y la rodeó de solicitud maternal. Colette encontró excelentes razones para explicar su ausencia de las veladas de los domingos, y Valentina, entonces, la invitó á almorzar.

—Estaremos las dos solas, le dijo, y podremos hablar.

Colette se alegró mucho y fué al almuerzo, pensando que, en efecto, le sería muy fácil y muy agradable hablar libremente con su gran amiga de otro tiempo.

Valentina habló en seguida de Remigio y de sus éxitos, llena de orgullo.

—Conmueve el corazón y la inteligencia de nuestro público, sabe entrar en comunicación directa con él y sostener la discusión contra su adversario hostil á nuestras ideas, sea por cálculo, sea por falta de comprensión. Pero, añadió Valentina riendo, yo no soy conferenciante y me contento con preparar las notas de esos señores... Tienes que venir á oir á Remigio.

La joven oía con interés apasionado todo lo que le decía su amiga y la envidiaba por aquella colaboración íntima con los seres amados. Valentina le dió los libros de su marido y la joven los devoró. Aquellas cosas eran las que decía Remigio, y al leerlas le parecía estarle oyendo.

Mientras tanto Remigio, como otra vez le había sucedido después de una fase de actividad febril, se encontró de repente como replegado en sí mismo, pero no dejó ver aquella nueva crisis de desencanto. Valentina, sin embargo, conoció pronto la verdad y no tuvo que esperar mucho tiempo para saberla por su mismo hijo. Un día en que estaba solo con ella, Remigio volvió á decirle las quejas mismas de la carta de Italia. ¿Para qué tanto movimiento y tanta actividad? ¿Para qué ocuparse tanto de las cosas exteriores?

Valentina miró con tierna indulgencia á aquel gran niño de corazón ávido de ternura, pero al que no bastaba ya la de su madre y su hogar... Y por un momento sintió la mordedura de esos celos extraños que experimentan todas las madres á quienes trata de escaparse un hijo único, para pertenecer á otra mujer. Pero Valentina no debía ceder á ese sentimiento egoísta, porque quería que Remigio fuera dichoso. ¿No le conocía bastante para saber cómo había de conseguirlo? ¿No tenía bastante poder sobre él para hacer que concentrase sus sueños en una imagen de mujer?..

—Me gustaría que Remigio se casase con la hija de mi colega Serigny, dijo el doctor á Valentina.

Ésta no respondió.

—¿Qué te parece?, insistió Juan.

—¿La ama Remigio?

—Le gusta mucho y es una muchacha muy inteligente.

—Sí..., puede que demasiado.

El doctor se echó á reir.

—Pero eso no le impide ser guapa, y además conozco otras como ella... Usted, por ejemplo, señora, añadió Donald al ver que su mujer fijaba los ojos en él.

—¡Oh! Yo... Pero ¿por qué esa idea repentina de casar á Remigio? Apenas tiene veintitrés años.

—¡Como si no te hubiera ocurrido á ti la misma idea!

—Y bien, sí, es verdad, he pensado en ello.

—¿Lo ves?

—Pero no había pensado en la hija de Serigny.

—Sin embargo, se ven con frecuencia y hasta hay entre ellos una verdadera intimidad... Es una encantadora criatura, educada por un hombre á quien admiro y estimo profundamente.

—Sí, sí..., decía Valentina con la cabeza á cada una de las palabras. ¿Pero la crees capaz de sacrificar su personalidad á la de su marido? Tiene un ingenio muy original, es verdad; pero...

—¿Pero qué? Di lo que piensas.

—Pero no la encuentro bastante mujer.

—¡Bah! Ya pareció aquello...

El doctor, que se estaba paseando por la habitación, se paró de repente delante de Valentina y dijo:

—Ese es el eterno argumento cuando dos personas no pueden ó no quieren entenderse respecto de una mujer. Vamos á ver, nosotros no estamos en ese caso, ¿verdad? Hablemos, pues, francamente. ¿Tienes alguna otra en la cabeza?

—Sí, es cierto, dijo Valentina con sencillez.

—¡Ah! ¿Y quién es?

—Adivínalo, respondió Valentina con cierto dejo de malicia.

—¿Como en los juegos de prendas? Convenido. ¿La conozco?

—Naturalmente.

—¿Mucho?

—No lo bastante todavía para...

—Basta; ya sé quien es.

Y Donald volvió á pasearse con una expresión algo brusca é impaciente.

El corazón de Valentina se oprimió un poco. Conocía muy bien aquel movimiento nervioso de todo el ser, aquel entrecejo que denotaba en su marido una oposición obstinada. Lo había visto cuando se trató de decidir la carrera de Remigio. Pero el recuerdo de la victoria que entonces obtuvo le devolvió todo su valor, pues los sucesos le habían dado la razón.

La señora de Donald se levantó, se cogió del brazo de su marido y arregló el paso al suyo en una actitud de muda y cariñosa súplica.

Sabía que Juan, como muchos grandes entendimientos enteramente consagrados al trabajo, parece que no tienen lucidez ni lógica más que para ese trabajo, y en la vida privada se aferran á ideas antiguas que no se han tomado la molestia de modificar á medida que se han desarrollado los acontecimientos. En este caso hace falta, y no es mucho, toda su bondad y toda su inteligencia para desarraigarse esa idea. Valentina sabía esto y tenía guardado el secreto de esa debilidad de un carácter por otra parte tan elevado y tan perfecto. ¿Por qué tenía Juan aquella ya lejana desconfianza y aquel sentimiento de repulsión respecto de Colette? Valentina no podía explicárselo. Si hubiera insistido para que Juan se lo explicase, éste le hubiera, sin duda, repetido su profunda aversión hacia el medio en que aquella niña había vivido y sus temores por la doble herencia, moral del padre y física de la madre, y hubiera resultado esclavo de su teoría, como todos los sabios que no cuentan con los efectos de lo desconocido.

Así pues, Valentina se guardó bien de discutir; no por astucia, sino por instinto. Veía que el primer movimiento de Juan era de defensa y de desconfianza, y era preciso encontrar un argumento supremo que arrancara á su corazón lo que su entendimiento se negaba á aprobar.

De repente exclamó el doctor:

—En primer lugar te responderé con tu misma pregunta de hace un momento: ¿Remigio la ama?

—Puede ser.

—¡Cómo! No piensa en ella jamás; apenas la ve y nunca habla de ella...

(Continuará)

EL TREN PARA CARRETERAS

DEL CORONEL RENARD

El tren automóvil para carreteras inventado por el coronel Renard y que tanto ha llamado la atención en el Salón del Automóvil de 1903, pone en práctica dos principios originales que permiten suprimir los dos inconvenientes capitales ante los cuales se había estrellado hasta ahora esta clase de tracción de cargas pesadas.

En los trenes automóviles ensayados anteriormente, la locomóvil ó el vehículo de arrastre son los únicos que arrastran la masa total de carros enganchados á ellos; de lo cual resulta que aquel vehículo ha de ofrecer por sí solo toda la adherencia necesaria para la tracción de toda la carga, y por consiguiente es preciso darle un peso muerto considerable, sin beneficiarse del aligeramiento que se ha logrado realizar en el establecimiento de los motores. Remolcar un peso muerto inútil significa un aumento de los gastos de tracción; pero además el movimiento de vehículos de un peso excesivo exige carreteras muy buenas, y aun así este sistema de locomoción las estropea considerablemente, con grave perjuicio del presupuesto de obras públicas.



Fig. 1. – Tren automóvil Renard. Locomotora

A este primer inconveniente se agrega otro, cual es que, cualquiera que sea el artificio empleado, es imposible conseguir que todos los vehículos den la vuelta siguiendo exactamente las huellas de la primera: á medida que la cabeza del tren se aleja, la curva se abre y la cola del mismo tiende á la línea recta, de manera que cuando el número de coches es importante, es imposible dar una vuelta demasiado cerrada en una carretera estrecha y á una velocidad regular, y más imposible aún describir una S algo pronunciada.

Para suprimir el primer inconveniente, el coronel Renard ha hecho que todos los vehículos participen de la adherencia haciéndolos automóviles, lo que permite no dar á la locomotora mayor peso que á los demás vehículos. La locomotora no es más que una fábrica de fuerza, y esta fuerza, mediante una conveniente transmisión, se distribuye sucesivamente á cada vehículo, el cual participa de la propulsión «por delegación,» según la pintoresca frase del inventor, que ha dado á este sistema motor el nombre de «propulsión continua,» por analogía con los frenos continuos de los ferrocarriles que operan individualmente sobre cada coche, pero bajo la dirección única del maquinista.

Pueden inventarse varios sistemas de transmisión que llenen las condiciones que acabamos de indicar: el que se ha aplicado al tren construído por M. Surcouf es puramente cinemático y consiste en un árbol que corre por debajo de los vehículos desde un extremo á otro del tren y que gira bajo la acción del motor. Esto sentado, es fácil formarse idea de los mecanismos que transmiten una parte de la fuerza á los aparatos diferenciales montados sobre el eje que hay en la parte trasera de cada vehículo.

Fig. 2 – El tren Renard completo recorriendo la Avenida Rapp, en París

El árbol es necesariamente articulado, á fin de permitir que el tren describa las curvas; la primera dificultad que había para ello consistía en disponer la articulación de tal manera que el movimiento no cesara de propagarse en esta línea interrumpida y que además este movimiento no se alterara al pasar de un vehículo á otro. Este resultado se ha conseguido por la interposición de una biela entre los tubos fijados en dos vehículos consecutivos. Cierto que el movimiento se altera al pasar del tubo del primer vehículo al del segundo, pero la modificación que se produce entre la biela y el tubo siguiente es exactamente inversa, de modo què los árboles de dos vehículos se mueven de una manera idéntica.

Logrado esto, era preciso asegurar la dirección, es decir, que un vehículo rodara exactamente por las huellas del anterior y describiera una curva del mismo radio, que es lo que denomina el inventor «vuelta correcta;» para conseguir este resultado, los vehículos van unidos entre sí por un «enganche de dirección» compuesto de un timón que se comunica por una parte con el eje delantero de cada vehículo y por otra con la trasera del vehículo precedente. Existe una relación geométrica muy sencilla entre las dimensiones del timón y la distancia de sus extremos á los ejes motores de los dos vehículos, para que las curvas descritas tengan el mismo radio. En cuanto á la disposición cinemática que permite dar á las ruedas directrices la oblicuidad conveniente, varía según el sistema de juego de ruedas delantero adoptado: sabido es que éste puede girar de una pieza, alrededor de una clavija maestra, como en los coches ordinarios, y que en los actuales automóviles se prefiere que cada rueda gire individualmente alrededor de un eje independiente. Este último caso exige un sistema de palancas análogo á la dirección usada en los automóviles, pero cuyas proporciones van enlazadas con la condición de la «vuelta correcta.»

Como se ve, los diversos vehículos que componen un tren van unidos por dos enganches, el de potencia y el de dirección; los dos son necesarios y se completan para formar un conjunto cinemático perfecto.

Pero queda por vencer una gran dificultad. Cuando el tren está en línea recta, su longitud es la suma de todas las ramas que componen su árbol; en cuanto describe una curva, este árbol forma un polígono, y la longitud del tren, medida según la curva descrita en este polígono, es más corta que en línea recta. Ahora bien: ¿cómo podrían aproximarse los vehículos desde el momento en que marchan rigurosamente con la misma velocidad? Habrá deslizamiento, pérdida de fuerza, tal vez parada y acaso algo peor, es decir, que cuando el tren, volviendo á tomar la línea recta, habrá de alargarse, los vehículos se atravesarán y volcarán, como lo ha demostrado la experiencia.

Es menester, pues, interponer un enlace elástico que permita á las ruedas girar en la cantidad necesaria en los cambios de longitud, y á este objeto cada una de ellas va fijada en un eje por la mediación de un tambor que contiene un fuerte muelle espiral, que es lo que se llama «el compensador.»

Tales son las partes esenciales del tren Renard, que además consta de varios órganos de detalle muy ingeniosos. Entre éstos citaremos los cambios de velocidad: el motor va provisto de aparatos que permiten variar la velocidad desde 16 á 72 kilómetros por hora y que son análogos á los ya aplicados á los automóviles; pero el coronel Renard, comprendiendo que un tren, por su misma composición, tiene un régimen de velocidad necesario, ha inventado un aparato de regulación inicial llamado «variador,» que desde el momento de la salida fija los límites, entre los cuales el conductor, que maniobra siempre sobre la palanca del cambio de velocidad, podrá modificar su marcha. Viene á ser, en cierto modo, un aparato reductor.

Si el tren es muy pesado, será preciso contentarse con una velocidad pequeña, que será el ¼ de la máxima, 4 á 18 kilómetros; para un tren de viajeros se reducirá sólo á ½ al medio variador, 8 á 36 kilómetros; y finalmente la locomotora, utilizada solamente como automóvil ordinario, podrá correr á razón de 72 kilómetros por hora. Todo este conjunto de disposiciones es susceptible de constituir trenes para carreteras ligeros, ya que cada vehículo es ligero y puede pasar por los desfiladeros más difíciles y subir pendientes de 10 por 100.

Nada impide aplicar el principio de la propulsión continua á los trenes sobre rieles, en los cuales, naturalmente, sería inútil instalar el enganche de dirección. Si se aplicara, las locomotoras podrían ser más ligeras, y gracias á la adherencia producida por la totalidad del tren, puede preverse que este género de tracción permitiría suprimirá veces la cremallera de los ferrocarriles de montaña.

No menos importantes son las aplicaciones militares; precisamente son éstas las que en primer término tuvo el coronel Renard en cuenta cuando inventó su sistema, y el primer tren de ensayo construído tenía como objetivo estas aplicaciones.

Pero aun limitándonos á la organización de los servicios de transporte y acarreo en las regiones no dotadas de ferrocarriles, es evidente que el nuevo sistema daría excelentes resultados. El tren para carreteras tiene sobre los tranvías la gran ventaja de no ocasionar los gastos considerables que supone el establecimiento de la vía y de no estar obligado á seguir un itinerario invariable. – G. ESPITALIER.

***

EL TÚNEL DEL FERROCARRIL

DE PENSYLVANIA EN NUEVA YORK

Véase el grabado de la página 119

Muy adelantados están ya los trabajos preparatorios para realizar el grandioso proyecto de dotar á la vía de Pensylvania de una estación de término en la isla de Manhattan y unirla á la red ferroviaria de Long Island. El derribo de los edificios que ocupan las cuatro grandes manzanas donde ha de construirse la estación para pasajeros, progresa activamente; dos de ellas, en una longitud de un tercio de milla, están ya en disposición de poderse comenzar las excavaciones. Los pozos de minas, para empezar los trabajos de la perforación del túnel, están ya abiertos; y en corto plazo estará cubierto de trabajadores todo el trayecto desde la entrada de Jersey á la de Long Island.

Dos vías entrarán por la extremidad occidental del túnel, llamada entrada de Hackensack, frente á la colina de Bergen, que se extiende paralela al río Hudson. Desde esa entrada á la salida, en Long Island, la distancia será poco menos de seis millas. Las dos vías cruzarán la colina en dos túneles separados, que llegarán hasta el pozo de Weehacoken, á poco más de una milla. Hasta ese punto los túneles serán de construcción ordinaria; pero desde allí al pozo situado en la playa occidental de la isla de Manhattan, unos 6.000 pies, las dos vías irán por unos tubos circulares, de construcción especial. La línea bajará, desde la entrada de Hackensack hasta el punto más profundo, debajo del río del Norte, con una inclinación de un 1'3 por 100 y en su nivel más inferior, el piso de los túneles estará á unos 90 pies más bajo que el nivel, término medio, de las aguas del río del Norte. Desde allí irá subiendo la vía, con una inclinación de 0'53 por 100 durante un trayecto de 2.000 pies y después con otra de 2 por 100 otros 3.000. Al llegar al pozo de mina de Manhattan cesa

el sistema tubular y las dos vías continúan hacia el Este, separándose y penetrando en dos distintos túneles, con tres vías cada uno. Estos túneles de tres vías se extienden unos 1.700 pies, viniendo ambos á desembocar en un solo túnel, con cuatro vías, de 605 pies de largo, que llega hasta el extremo occidental de la estación de término, que será la mayor de su clase que habrá en todo el mundo, pues ocupará un paralelogramo que mide 460 pies de Norte á Sur y 1.800 de Este á Oeste. No se han hecho todavía públicos los detalles ni estilo arquitectónico del edificio, que será probablemente una modificación del clásico, con cierto carácter monumental.

La construcción de toda la obra, así bajo tierra como bajo el río, no se cree que tropiece con obstáculos tales que requieran construcciones especiales, sino que el trabajo podrá hacerse fácilmente y sin interrupciones. Las perforaciones han demostrado que, bajo la tierra firme, los túneles habrán de practicarse en la roca y bajo el río á través de capas de arena fina y gruesa y grava.

Esta vía, especialmente en la parte comprendida bajo las aguas de los ríos Norte y Este, ha sido proyectada teniendo presente el modo de evitar siniestros á los trenes y de aminorar sus consecuencias si ocurrieran. En primer lugar, los costados del túnel van cubiertos por un macizo de tierra hasta la altura de las ventanillas de los coches, lo que reducirá á mínimas proporciones el daño ocasionado por descarrilamiento ó choque y proporcionará un medio de salir del túnel en caso de ocurrir un accidente. Si, por cualquier motivo, quedara detenido un tren, podrían los pasajeros subir sobre esa especie de pretil y marchar por él hasta encontrar una salida. Además si un coche llegara á salirse de los rieles, no podría hacer descarrilar á los siguientes, pues es lo probable que pudiera detenerse todo el tren, sin más desperfectos que la rotura de los cristales de las ventanillas. Los cables eléctricos irán dentro de sus cañerías especiales y embebidos en las tierras de los macizos laterales, en los que, de distancia en distancia, habrá huecos para refugiarse los empleados y obreros, y por último, estará de un extremo á otro el túnel perfectamente iluminado. —R.



Una boda en Valencia á principios del siglo xix, cuadro de V. G. de Paredes

* * *

LOS FERROCARRILES VECINALES EN BÉLGICA

En 1885 fundóse en Bélgica, bajo los auspicios del gobierno, una sociedad para la construcción y explotación de los llamados «ferrocarriles vecinales,» líneas férreas de vía estrecha que vienen á ser las intermediarias entre el ferrocarril propiamente dicho y los tranvías y que prestan inmensos servicios. Las más de las veces están establecidas en las mismas carreteras, y como su nombre indica, facilitan las relaciones vecinales de ciudad á ciudad ó irradian de los grandes centros industriales.

En la mayoría de los países de Europa y de América existen muchas líneas análogas, pero en ninguno ofrecen un conjunto tan completo ni tan apropiado á las necesidades que han de satisfacer como en Bélgica, pudiendo afirmarse que no existe actualmente en aquella nación una sola carretera de alguna importancia sobre la cual no se encuentren los rieles del vecinal.

La red explotada comprende ya 101 líneas de una longitud total de 2.080 kilómetros. La tracción se efectúa generalmente por medio de locomotoras de vapor, y los trenes formados con varios vagones y un furgón son análogos al pequeño ferrocarril que va desde la plaza de la Estrella, de París, á Saint-Germain en Laye. En las líneas nuevas se ha comenzado á emplear la tracción eléctrica por trole. La red vecinal corresponde con los ferrocarriles ordinarios en 97 estaciones.

Además del transporte de viajeros, los ferrocarriles vecinales belgas hacen el de mercancías y productos agrícolas, para lo cual hay 250 ramales que comunican 170 con fábricas y 80 con granjas.

El material móvil se compone de 408 locomotoras, 1.068 vagones para pasajeros, y 3.550 furgones y vagones de mercancías. Las estaciones y los apeaderos son por lo general rudimentarios: una casilla, un poste indicador y en las poblaciones más importantes una posada ó una cantina. Las tarifas son baratas, y la velocidad es de 25 á 40 kilómetros por hora.

Además de los servicios que prestan á la industria, al comercio y á la agricultura, los ferrocarriles vecinales son más á propósito que los ferrocarriles ordinarios para las excursiones en aquel interesante país.

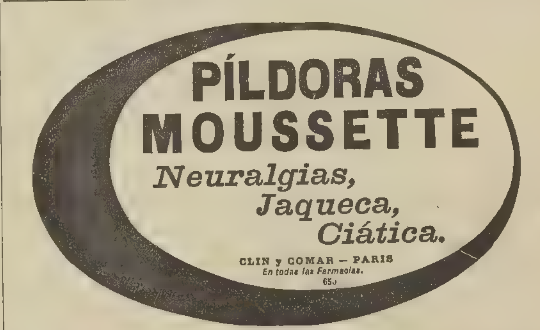
El conjunto de la red vecinal belga representa un capital de 156 millones de francos.

Los ingresos totales han sido en 1903 de francos 11.600.000 y los gastos se han elevado á 7.900.000; estas cifras dan una idea de la importancia que en menos de veinte años han adquirido esos ferrocarriles secundarios en un país ya admirablemente dotado de ferrocarriles y vías navegables.—R.

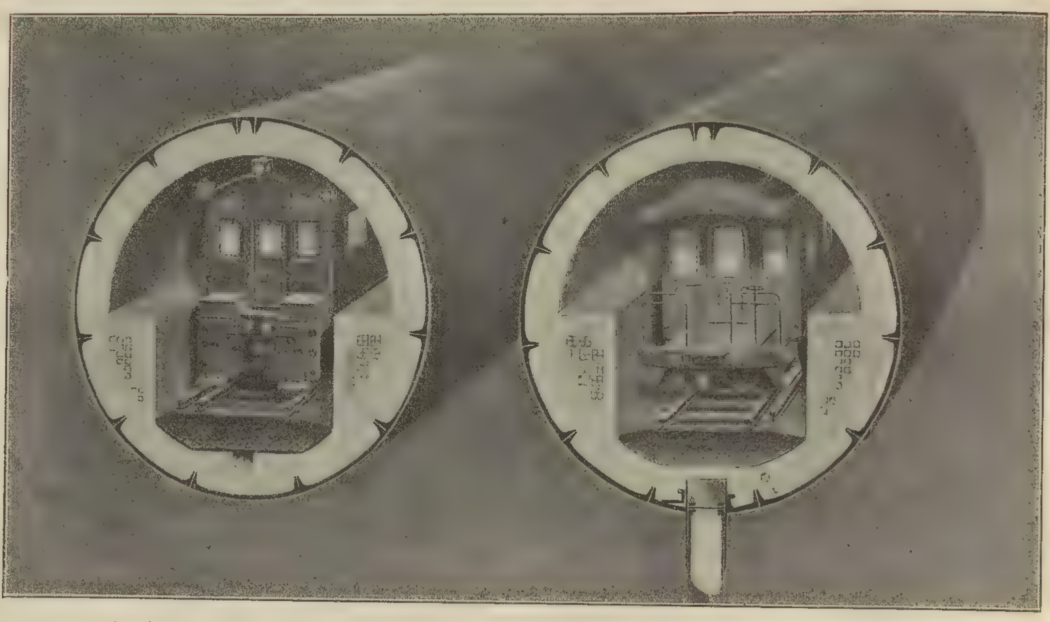
Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.



PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el ***PILIVORE***. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**



Sección del túnel del ferrocarril de Pensylvania en construcción bajo el río Hudson. (Véase el artículo de la página 118.)
Longitud total desde Nueva Jersey á Long Island, seis millas. Diámetro exterior de la cubierta circular del túnel, 23 pies

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CÉLEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE BLN BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

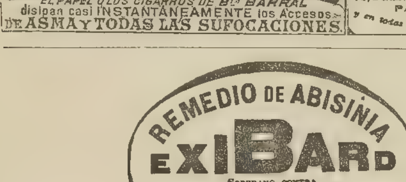
FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICIÓN
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

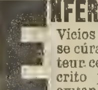
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris



Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.



NFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célèbre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

Franco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDES et Cie Bd St-Denis, 16



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. — Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedías, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disentería,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 15 de febrero de 1904 — Núm. 1 155



SANTA MAGDALENA,

relieve en mármol de Enrique Clarasó

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Uruguay: revolución y guerra civil: colorados y blancos. Necesidad de transacciones y pactos para garantir la paz pública. – *Panamá* y *Colombia:* el tratado Hay-Varilla: reconocimiento de la República de Panamá por las demás naciones: criterio para este reconocimiento: situación económica del nuevo Estado: la discusión sobre el tratado en el Senado yanqui: opinión contraria á la guerra: las consecuencias de la hostilidad de Colombia, según el Sr. Vélez.

Mal ha empezado el año en la República oriental del Uruguay. La revolución que se inició al subir al poder el actual presidente Sr. Batlle Ordóñez, y que sin gran esfuerzo pudo contenerse, resurge ahora con caracteres de suma gravedad.

Pretensiones exageradas de los blancos ó nacionalistas, ó intransigencias de los colorados, han venido á romper el pacto convenido entre los partidos como garantía de paz pública. La política de transacción ha fracasado una vez más.

El 3 de enero se libró el primer combate entre colorados y blancos, entre las fuerzas del gobierno y las del bando de oposición. Díjose que éstas habían sido derrotadas cerca de Trinidad. Sin embargo, á mediados de mes el jefe de los blancos, Saravia, avanzaba hacia el Sur de la República. El general Muñiz procuró cerrarle el paso, y hubo acciones de guerra en los departamentos de Minas y de Florida. Según despachos de Montevideo, los revolucionarios fueron vencidos; pero al mismo tiempo se acusaba un estado de gran intranquilidad en la capital, donde había temores de que se alterase el orden.

Los triunfos de los gubernamentales no debieron ser muy eficaces, puesto que en los últimos días de enero el general Muñiz era derrotado en San Ramón, en los confines de Florida y Canelones, es decir, ya muy cerca de Montevideo.

El gobierno, ante la gravedad de la situación, echaba mano de todas las fuerzas disponibles, disolvía batallones que no le inspiraban confianza y apelaba á severas medidas de represión. En el Brasil y en la Argentina tratábase ya de intervenir amistosamente para restablecer la paz.

La frecuencia de estas guerras civiles es la mayor calamidad que pesa sobre algunos Estados americanos. Acabar para siempre con ellas debe ser el ideal de los hombres que, por sus merecimientos y consiguientes prestigios, están en condiciones de dirigir la cosa pública. No hay allí diferencia esencial de principios entre los partidos, y para mantener la concordia basta procurar que todos intervengan en la administración, ya turnando en el poder, ya confiando puestos importantes á las personalidades más significadas del partido que directamente no gobierna. Así se procedió, con acierto, en el Uruguay, mediante los pactos entre blancos y colorados, y si el Sr. Batlle, por imposiciones ó intransigencias del directorio del del bando colorado, ha pretendido restringir la influencia que los nacionalistas tenían en varios departamentos, suya habrá de ser toda la responsabilidad de la guerra.

Ceder y transigir es el único camino para consolidar la paz, y con ella robustecer todas las fuerzas productoras del país. Después, cuando éste prospere y se enriquezca, habrá ya medios de vivir y valer socialmente sin necesidad de satisfacer halagos de la vanidad con puestos oficiales. Entonces se limitará el campo y el número de los que luchan por el poder, porque en el funcionario público se verá más al servidor del Estado que á la persona que ejerce autoridad y dispensa mercedes. Donde para valer y figurar se ponga preferente empeño en conseguir posiciones oficiales, bien puede afirmarse que hay atraso, incultura y pobreza.

* * *

El tratado Hay-Varilla, al que me referí en la *Revista* anterior, es, en realidad, un contrato de compraventa mediante el cual los Estados Unidos adquieren, á título de alquiler á perpetuidad, la plena propiedad y soberanía de parte del territorio panameño. Terminantemente se consigna que dentro de la zona del territorio necesaria para el canal, los Estados Unidos tendrán todos los derechos, poder y autoridad, de cuyo ejercicio habrá de abstenerse Panamá. Por si hubiese lugar á duda, se añade que los Estados Unidos podrán, siempre que las circunstancias lo exijan, mandar fuerzas al istmo y establecer fortificaciones, y además que, sin consentimiento de los Estados Unidos, las estipulaciones convenidas no podrán sufrir alteración ninguna por cambio de gobierno, reforma en la legislación ó nuevos tratados que concierte la República de Panamá. De modo que aunque ésta entrase á formar parte de otro Estado ó confederación, los derechos de los Estados Unidos quedarán intactos.

En virtud del contrato, la República de Panamá vende á los Estados Unidos:

1.° El uso perpetuo y absoluto dominio de una zona de 10 millas (5 á cada lado del canal) á través del istmo, es decir, lo mejor y más poblado de éste.

2.° El uso, ocupación y dominio de otros terrenos y aguas fuera de dicha zona que puedan ser convenientes para el canal ó para canales auxiliares ú obras que la empresa exija.

3.° El uso, ocupación y dominio de todas las islas situadas dentro de los límites de aquella zona.

4.° El derecho de usar de ríos, corrientes, lagos y presas dentro de los límites de la nueva República.

5.° El monopolio para la construcción y operaciones de todo sistema de comunicación por el canal ó por ferrocarril á través del territorio entre el mar Caribe y el Océano Pacífico.

Todas estas concesiones son, como el alquiler, á perpetuidad.

6.° Dentro de los límites de las ciudades de Panamá y Colón y de sus bahías adyacentes, el derecho de adquirir terrenos, edificios, manantiales y otras propiedades necesarias y convenientes á la construcción, fomento y protección del canal.

7.° El derecho y autoridad de mantener el orden público, caso de que Panamá no pudiera hacerlo, en Panamá y Colón.

8.° Todos los derechos para negociar el traspaso de las concesiones de las Compañías del Canal y del ferrocarril de Panamá.

9.° El uso de todos los puertos de la República abiertos al comercio como sitios de refugio para los buques empleados en las obras del canal, sin pagar derechos de tonelaje.

La República de los Estados Unidos da ó paga á la de Panamá:

1.° La garantía para el mantenimiento de la independencia de la República de Panamá, es decir, las fuerzas marítimas y terrestres necesarias para impedir que Colombia recupere su departamento.

2.° Diez millones de pesos oro al sancionarse el convenio, y anualmente, nueve años después de la fecha de aquél, 250.000 pesos.

En el tratado ó contrato se consigna también que el canal será neutral, libre su tránsito al comercio de todas las naciones y libres los puertos de Panamá y Colón.

Los Estados Unidos y Francia, es decir, las potencias á quienes ó á cuyos ciudadanos interesa más, como negocio en que han invertido capitales, la construcción del canal, fueron las primeras en reconocer á la República de Panamá. Las demás quedaron á la expectativa; algunas, especialmente Inglaterra y Holanda, donde hay tenedores de la Deuda exterior de Colombia, esperaron á que el nuevo Estado asumiese la obligación de satisfacer parte proporcional de aquélla.

Con los 50 millones de francos que dan los Estados Unidos y lo que puedan valer los terrenos adyacentes á la zona del canal vendidos á los yanquis, Panamá estará en mejores condiciones que Colombia para satisfacer réditos y amortizar deuda. Gracias al dinero de los yanquis, Panamá podrá alcanzar mayor crédito y solvencia que Colombia, circunstancia muy digna de tenerse en cuenta, dado el criterio ó sentido económico que hoy predomina en las relaciones internacionales. Según ese criterio, que hace mangas y capirotes de la moral y del derecho, la República de Panamá merece ser reconocida si paga ó garantiza á los acreedores un tanto por ciento de la deuda colombiana.

Dispuestos se hallaban los panameños á comprar el derecho á ese reconocimiento; al terminar el año 1903 había ya pedidos y ofertas y los regateos consiguientes, y la nueva República estaba reconocida por Inglaterra, Holanda, Italia, Alemania, Austria-Hungría, Rusia, Suecia y Noruega, Dinamarca, Cuba, Nicaragua, Costa Rica, Perú, China y Japón. Después, durante el mes de enero, la reconocieron Persia y Guatemala.

El 15 del citado mes se reunió la Asamblea constituyente de Panamá. Ante ella dió cuenta de su gestión la Junta de Gobierno provisional, y entre otros datos hizo constar que los ingresos eran muy inferiores á los gastos. La aprobación del tratado Hay-Varilla se impone, pues, como condición indispensable para que el nuevo Estado pueda vivir. Sin los millones de los yanquis no habría República de Panamá. Sin ellos y sin el concurso de la Compañía del canal tampoco se hubiera proclamado la independencia. Según las informaciones del *World*, de Nueva York, un sindicato dirigido por Mr. Varilla proporcionó cien mil pesos para ganar adeptos en el istmo. Ese sindicato fué el que hizo entrar en el negocio á Roosevelt y al ministro Hay, y el tal negocio parece que empezó con muy buenos auspicios, pues su primer efecto, la consecuencia inmediata, fué que las acciones de la Compañía subieran desde 67 á 115.

Continuó en el Senado yanqui la discusión sobre el tratado y sobre la parte que el presidente y su gobierno habían tomado en el asunto de Panamá. Uno de los senadores, el Sr. Carmack, tuvo la ocurrencia de decir que Panamá era «un sucio aborto en la obscuridad de la noche,» y que el engendrador del aborto había sido Roosevelt, cuya desatentada política puede comprometer al país en guerras, no sólo con los hispano-americanos, sino con naciones europeas. Otro senador, Morgan, consideraba como una vergüenza que el gobierno de los Estados Unidos se rebajara á tratar con la Compañía francesa, y propuso que se abriera el canal por Nicaragua. El Sr. Scott pidió que se nombrara una comisión técnica para estudiar el trazado del canal, con túnel, por la vía de San Blas, al Este del Colón-Panamá; dicho senador es contrario á todo canal, y trataba así de crear dificultades y aplazar resoluciones.

Fuera de la Cámara también se oyen protestas contra la conducta del gobierno. Los catedráticos de la Universidad de Yale, en New-Haven, envían exposiciones pidiendo que el canal se haga en condiciones honrosas para los Estados Unidos, y que no se niegue justicia á los que carecen de medios de fuerza para exigirla. Hay un gran núcleo de opinión que quiere que á todo trance se evite la guerra con Colombia. Que se indemnice á esta República, exclaman, por el perjuicio que la hemos causado, privándola del canal; pero que no se dé el espectáculo de esa guerra, «que nos deshonrará ante el mundo civilizado.»

Rechazadas todas las soluciones de concordia que propuso el general Reyes, Colombia está ya en el caso de doblegarse, con indemnización ó sin ella, á la voluntad imperiosa de Roosevelt, ó de lanzar al istmo numerosas partidas de guerrilleros que no dejen momento de sosiego á panameños y yanquis.

De las dificultades que pueden sobrevenir para el canal si dura la hostilidad de Colombia, daba clara idea el colombiano D. Pedro Vélez en la carta que dirigió á Mr. William Nelson Cromwell, agente de la Compañía francesa de Panamá en los Estados Unidos.

«Si el desmembramiento de nuestro territorio, decía el Sr. Vélez, ha de ser definitivo, con violación de todas las leyes divinas y humanas, tendrán ustedes un contrato de canal barato, y tendrán un satélite más en la constelación de colonias microscópicas que están formando; pero para la misma obra les faltará el inapreciable y necesario apoyo del honrado brazo del trabajador colombiano, único que resiste la influencia mortífera de aquel clima y único cuyos músculos no se relajan y aflojan bajo los ardores de nuestro sol; les faltará lo que siempre fué el granero del istmo y, ó tendrán que destruir nuestros puertos indefensos, cubriéndose de vergüenza y de ignominia, ó vivir siempre con el arma al brazo en toda la línea de sus trabajos, porque el clarín de guerra suena ya de un extremo al otro del país, y los batallones brotan de la tierra como nuestra vegetación tropical, y no hay nadie ni nada que pueda contener este movimiento, porque Colombia está resuelta á no sobrevivir al ultraje. ¡A destruirnos, pues, y caiga sobre la cabeza de ustedes la gloria y la recompensa de tan espléndida hazaña!»

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Las dos amigas se hallaban en el gran patio-terraza del castillo

EL HALCÓN

El sol hunde triunfalmente sus luminosas lanzas en la niebla, y la blanca, la llorosa niebla, huye trepando por las peñas, destrozándose entre las copas de los manzanos, cargadas de fruto primaveral...

Y aparece el camino riente de victoria, serpeando desde las verdes é ilimitadas llanuras hasta el elevado castillo de Lorry. Cuatro aldeanos suben una litera; dos ojos serenos florecen como dos violetas en un rostro ovalado y fino y se encantan en la lucha del sol...

Huye la niebla hacia las agrestes cimas del Cumberland, depositando en los rubios cabellos de la joven noble menudas gotas de lluvia que rien como perlas al brillo de su peineta de marfil y oro...

Avanzan lentamente los cuatro hombres, y aunque la carga es preciosa y la mañana fría, sudan y descansan á trechos.

A lo lejos, muy arriba del monte, cerca del castillo casi, un paje les precede, y Sydney, el viejo mayordomo, muy abrigado sobre su caballo, habla calmosamente con la vaporosa Emma y les acompaña.

—Así es, milady.

—¿Y cómo llamáis al nuevo huésped?

—Cheviot, milady.

—Cheviot..., Cheviot... ¿De qué conozco este nombre?.. Sí, sí, eso es; Cheviot, pero...

—Tal vez, milady, recordáis ahora los montes de Escocia...

—Los conozco: figuraos que mi aya era del Highland; pero no es eso, no... Yo he oído hablar otras veces de este criminal Cheviot.

—A lo que veo, milady, no os gustan mucho los halcones...

—Mirad si me gustan, amable Sydney, que si yo hubiera de subir al trono en vez de María Tudor, no quedaría un halcón en todo el reino... Se persigue á los ladrones y fomentamos y tenemos en gran estima á estos odiosos rapaces... ¿No os parece así, Sydney?

El bueno del mayordomo sacó primeramente su nariz amoratada y redonda, sus labios carnosos y siempre sonrientes del embozo de su capa y contestó luego:

—Así es, milady. ¿Mas qué le vais á hacer?.. Está tan sola y tan abandonada mi señora condesa, que tiene gran suerte de este género de caza. Se distrae y esto es bueno... Vos, gentil milady, bien sabéis la historia; el señor conde delira por la guerra, y ¡qué le vais á hacer!.. La política, los intereses del reino... ¡Suerte tiene mi señora condesa de los halcones!..

Las dos amigas se hallaban en el gran patio-terraza del castillo: Emma, sentada en el banco de piedra bajo la sombra del viejo árbol, y la condesa Margarita, al sol, rodeada de sus amigos, los halcones. Uno de ellos, el más soberbio y rapaz de todos, estufábase orgullosamente en la diestra de su dueña.

Y ella le miraba con ojos abstraídos; diríais que el gallardo halcón le robaba el alma y echaba á volar por espacios desconocidos de nueva y extraña luz.

—¡Cheviot, oh, mi hermoso Cheviot!

Y Emma se reía y bromeaba.

—Preveo, querida Meg, que tu esposo va á cortarle el pico cuando vuelva...

Margarita no la hacía caso. Con razón la llamaban Dama de los halcones; su entusiasmo por este género de aves y por todo lo concerniente á la cetrería era popular como su gran belleza.

Cheviot era el ejemplar más rico de su colección. James Milner, el elegante y apuesto Milner, se lo había regalado. ¿Y quién era Milner?

Un cortés caballero, amigo de su esposo, que poseía un caballo magnífico y un gran perro de caza. Swift volaba como el viento y Talker era sagaz y no perdía pieza: dos animales que honraban á su señor.

Una mañana llamó James Milner á la puerta del castillo, montado en el brioso Swift, con su soberbio Cheviot en la mano. Volvía de la guerra y traía noticias del señor de Lorry. A más, gozaba de grandes conocimientos sobre cetrería y todo esto bastaba.

Cada dos ó tres días visitaba á Margarita con marcado interés, y al mes de relacionarse con ella le regaló el halcón. Era en verdad un galante caballero.

Y Emma se reía; la cosa le daba gracia, y por sus labios jugueteaba la picardía.

—¿Y cómo no vienes más á menudo á verme?, preguntó la condesa para cortar el hilo de la conversación. ¿Será que algo pasional te aprisiona en Carlisle? (1)

—Realmente, dice Emma con su acostumbrada franqueza, alguien intenta hacer eso en mí... Es alto, de mirada altanera y espeso bigote, pero... ¡Es muy inconsecuente el tal William!.. Se ausenta á menudo y se esfuerza en darme á entender que yo no haga lo mismo... ¡Y esto no es justo por más que jure cien veces sobre mil que me adora!..

Llegó un criado:

—Señora, sir James Milner pide vuestra venia...

—Es él, Emma. Que pase.

Marchóse el criado, y Emma fijó distraídamente sus ojos en la pequeña puerta del jardín. A poco aparece Milner hablando con el mayordomo, y la joven, ahogando un grito en su garganta, se levantó.

—¿Y por qué te levantas?.. Quédate, Emma, dijo Margarita.

—¡Pst!.., contestó la joven con misterio. ¿Comprendes?.. Yo no estoy en el castillo.

Y retiróse convulsa.

El pie derecho sobre el banco de piedra, apoyando una mano en el muslo y con la otra atusándose el bigote, habla Milner cadenciosamente:

¡Sola, siempre sola!.. Vuestra juventud se marchita entre esas piedras como la parietaria!.. Os hablo con todo el corazón: si no conociera á Lorry, si no fuera mi amigo, diría que vuestro esposo es ingrato y cruel... Y á volver atrás, si pudiera deshacer lo hecho, no solamente á Cheviot os diera, hay algo más humano, más sensible y dulce, algo más infinitamente apreciable que alegraría vuestra soledad...

Y apareció Emma y dijo con sorna y sonriendo:

—Habéis de saber, sir William Brown, que Emma Hamley ignoraba que en el torneo del amor fueseis un gran combatiente, pero habéis de aceptar que esta vez os he derrotado.

Y andando, con la mayor gravedad inglesa, se acercó al gran mirador de la muralla.

El sol triunfaba. La niebla, acosada por el viento recio, abandonaba las verdes praderas del Cumberland, precipitándose negra y espesa sobre los lejanos montes... Y bajo el amable y alegre sol de primavera reían los grandes lagos, pastos y villorrios, y más allá, mucho más allá, reía también el golfo de Solway...

Decía Emma á la condesa de Lorry:

—¿Te sabe mal lo que ha ocurrido? En cuanto á mí, me alegro... Tal vez con el tiempo me hubiese enamorado. ¡Pillastre!.. Bien decía yo á tu mayordomo, que ese nombre de Cheviot me era conocido... Pero, vaya, que el verdadero halcón no era Cheviot..

Margarita estaba triste; de pronto fijó sus ojos en la serenidad del cielo, y como despertando dijo:

—Al fin y al cabo, ¡qué me importa Milner ó Brown ó el diablo!.. ¡Ese maldito halcón me subyugaba!.. ¡Eh, Cheviot!..

A la orden de su dueña el animal partió como una flecha. Era un punto negro en el espacio azul.

Mas al mismo tiempo otro cuerpo hendió los aires, y Margarita, desde el alto mirador con el arma en la mano aguardó que el ave de rapiña cayera rápida cual una masa de plomo...

NOGUERAS OLLER.

(Dibujo de G. Wilmshurst.)

(1) Capital del Cumberland.

Artistas españoles en Roma.—El escultor Mogrobejo

Mogrobejo es algo exótico en la legión de gente nueva que trabaja por el Arte. Quien no le conozca á fondo ni le haya estudiado en los detalles de su vida artística, hallará en el notable escultor pensionado por Bilbao una inexplicable paradoja. Y es



Figura en mármol en que remata un monumento sepulcral del cementerio de Bilbao, obra de Mogrobejo

que en él hay dos naturalezas artísticas; ó si se quiere, un temperamento que se manifiesta de dos modos absolutamente contrarios: los que le hemos visto en Roma modelar una estatua, su primer envío á la Diputación de Bilbao, hemos observado que Mogrobejo sueña con la perfección de la forma clásica; pero al ver muchos de sus trabajos anteriores, en que predomina el pensamiento simbólico, hemos notado que el artista es un acabado ejemplo y una gráfica representación del modernismo.

La contradicción parece evidente; sin embargo, no hay tal contradicción: el secreto está en que Mogrobejo posee un gusto delicado y un talento flexible que se adapta con naturalidad á las condiciones de la obra que ejecuta ó de la producción que contempla. Una estatua, por ejemplo, no es un vaso de flores. En éste campea la imaginación, limitada únicamente por el gusto, y la realidad y la fantasía se abrazan en la voluntad del que crea; de modo que se apoyan y hasta se confunden sin menoscabo alguno de la fuerza ni del valor artísticos. En la estatua tiene la voluntad su limitación en la propia realidad de la vida, y es preciso una pasmosa fuerza de ejecución para rebasar este límite sin despeñarse en lo monstruoso ó lo ridículo. Esta flexibilidad del temperamento de Mogrobejo es lo que permite á éste modelar naturalmente obras en que predominan tan opuestas tendencias; por esta razón le enamoran el admirable torso de Belvedere, el irreprochable y bellísimo acéfalo de Subiaco; y por eso siente una profunda admiración ante la obra revolucionaria de Rodin.

Formado el gusto y fijas las ideas, Mogrobejo se aparta de la tendencia actual hacia la expresión de una masa determinada, y se esfuerza por conseguir la expresión total dentro de la relativa perfección de la línea. Este maridaje entre la expresión y la forma, síntesis de ambas inclinaciones artísticas y unión del disciplinado mundo griego con la desbocada sociedad moderna, constituye, tácitamente, el ideal del artista bilbaíno; ideal que en gran parte realiza el *San Juan* acéfalo de Rodin.

Mogrobejo no desconoce la extraordinaria fuerza que tiene la expresión en la escultura; pero cree que las energías del artista deben encaminarse á realizar la indicada síntesis, norma racional de todo escultor que se sienta espoleado por los nobles afanes á que encadena el amor artístico. Acaso este modo de sentir arrastre á Mogrobejo á ser en ocasiones intransigente con la mayoría de los artistas nuevos, sobre todo con muchos de los que viven y trabajan en Roma (españoles, italianos, alemanes, etc.), los cuales malgastan buena parte del tiempo en soñar con ideales inverosímiles y en buscar novedades opuestas á sus propias facultades, en vez de consumir la actividad en obras que positivamente respondieran á la disposición y aptitudes de cada uno.

Este fenómeno, que se observa mucho (singularmente en pintura) en las grandes poblaciones donde se estudia el Arte, halla su natural explicación después de la revolución operada por Segantino y de las novedades y aspiraciones del divisionismo, que traen revueltos á los pintores italianos y franceses. Mogrobejo, firme de voluntad y de convicciones en materia de arte, presencia la decantada revolución y la discute; pero no se deja arrollar por ella: aferrado en este punto á lo clásico (lo cual es una exageración), niega eficacia y vitalidad al movimiento presente, considerando perdidas las fuerzas que no se consagren á reflejar las impresiones personalísimas del artista.

A este artículo acompañan algunas reproducciones de obras modernistas de Mogrobejo, y en ellas se ve á menudo gusto delicado, bastante originalidad y una fuerte inclinación al simbolismo.

El grotesco *Pierrot*, que, mirado á cierta distancia, parece hallarse en actitud tranquila, se presenta violento y extraño cuando lo tenemos cerca. La exagerada dimensión de sus miembros le aleja un tanto de la realidad de la forma; pero en la cruel amargura que revela el gesto vemos palpitar hondamente la vida: la forma grotesca, que representa exteriormente al payaso, contrasta de un modo original con la expresión, en que vibran los dolores humanos; y en este curioso contraste descansa la chocante belleza de la figura, de la cual afirma un encumbrado crítico alemán que es obra artística extraña, pero notable por su originalidad y su fuerza.

Florero en yeso, obra de Mogrobejo

Puede ser que en tales producciones del escultor bilbaíno resulte la verdad falseada en parte; pero en esa ficción de la forma existe un fondo de realismo innegable: el payaso no es más que la caricatura del hombre. Y vemos mejor expresado aún el pensamiento de Mogrobejo en un busto de oficial austriaco, al cual sirve de asiento un cráneo de caballo excesivamente grotesco. Al hacérsele al artista la observación de que tal cráneo no era verdad, respondió el autor que tratándose de un cráneo le había venido en voluntad darle aquella forma: un caballo vivo es vida; un cráneo representa la descomposición y la muerte; y ésta es una feroz y palpitante ironía de la vida. Por esto dice otro renombrado crítico austriaco que cuando Mogrobejo ejecuta un pensamiento simbólico, el símbolo se cristaliza en el barro de tal modo, que éste parece como que se espiritualiza en el símbolo.

El modernismo de que el artista hace gala en sus asuntos simbólicos, y de que es vivo ejemplo la original tumba del cementerio de Gratz, desaparece por completo cuando la obra es una estatua. Entonces se muestra el escultor enamorado de lo clásico: estudia infatigablemente el modelo; detalla con cachazuda pulcritud hasta los más leves respiros de la vida; cuida la forma con esmero y tenacidad incansables, y es sincerísimo en la reproducción de la naturaleza.



Busto en yeso, obra de Mogrobejo

A Mogrobejo, estudiado ya por los críticos franceses, alemanes y austriacos, no se le conoce todavía en España, pero no tardarán los españoles en conocerle y admirarle, si él continúa trabajando con la fe robusta é inquebrantable de que le han visto animado siempre cuantos le conocen.



Pierrot, escultura en bronce, obra de Mogrobejo

Pelayo Vizuete.

EL POEMA DEL AÑO

FEBRERO. DIBUJO DE GIACOMELLI

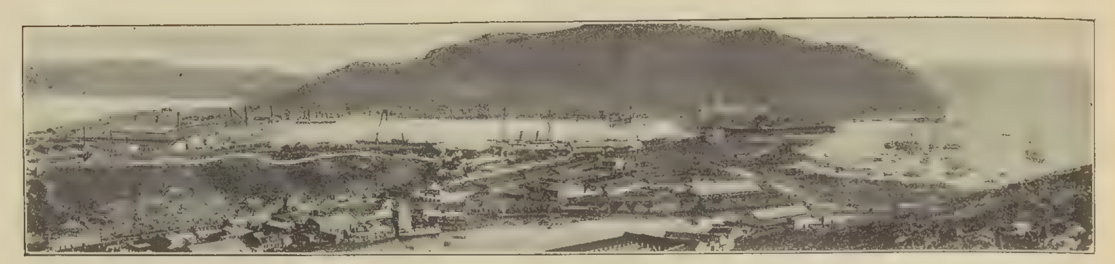
Han empezado los días claros, los días radiantes, los días de cielo azul y de espléndido sol. Es la primer sonrisa del buen tiempo, una promesa de primavera. Pero todas las promesas son iguales: ilusiones prematuras, impaciencias de una ventura anhelada y que se retarda. No hay que fiarse de las precocidades del mes menor de edad, voluntarioso como todos los niños. Después de dorar y aun calentar la tierra, desata de pronto todos los turbiones y vuelca á veces en veinticuatro horas y revueltas en montón lluvias, ventiscas, nieves y heladas. ¡Oh! La naturaleza ya sabe lo que se hace con no entusiasmarse antes de sazón. Por dentro de los troncos sube ya la savia nueva, pero las ramas desnudas esconden todavía prudentemente sus hojas.

¡Sólo los pájaros! Los pájaros son poetas, son idealistas, son unos soñadores deseando siempre escaparse y volar. En cuanto les da en la cabecita el primer rayo de sol de febrero, allá van por los aires sin parar mientes en que todavía la nieve cubre las frondas del bosque y alfombra los prados. Ved, si no, esa pareja loca, desatentada, sin cordura. Pero ¿cómo? Las dos avecillas que picoteaban aquí y allí se meten súbitamente, con la velocidad de saetas, bajo un montón de troncos revestidos de hielo. ¡Oh! ¡Esconden un nido! Ahora se comprende la imprudencia de los pájaros. ¡Son padres y van á buscar el pan de sus hijos!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



Crónica de la guerra ruso-japonesa



Vista de Puerto Arthur, en donde se ha trabado el primer combate entre las escuadras rusa y japonesa y en donde han pretendido desembarcar los japoneses, habiendo sido rechazados por los rusos

Al fin ha estallado el conflicto que la diplomacia no ha podido evitar, y en las regiones del Extremo Oriente ha comenzado una lucha cuyos resultados y cuyas consecuencias es difícil prever. ¿Se limitará la guerra á las dos naciones que hoy se disputan el predominio en aquellos territorios? He aquí lo que en la actualidad preocupa á las cancillerías de todo el mundo, porque la más pequeña intervención por parte de cualquiera de las potencias motivaría la intervención de algunas otras, y en tal caso, ¡quién es capaz de profetizar lo que pueda suceder en lo porvenir!

Nicolás II, emperador de Rusia

Las causas de la guerra, aunque en apariencia recientes, arrancan de muy lejana fecha, y son, por decirlo así, la manifestación de la política tradicional japonesa. El imperio del Sol Naciente cuenta con una población excesiva, dada la extensión de su territorio, y esta circunstancia y la fertilidad del suelo de Corea hacen que todos los años aumente la emigración de japoneses á esta península. Mas el Japón no se contenta con esto, sino que quiere hacer de Corea la fortaleza central y natural del Extremo Oriente; de aquí que mire desde hace tiempo con recelo cómo los rusos se establecen sólidamente en la Mandchuria y que para contrarrestar esta situación privilegiada del imperio moscovita en aquellas latitudes, solicitara del gobierno de San Petersburgo que dejase de combatir contra su influencia en la citada península. Rusia, que no puede consentir una Corea japonesa, que sería como una cuña entre sus posesiones del Extremo Oriente, contestó al Japón ofreciéndole una especie de protectorado de la Corea meridional, pero á condición: 1.°, de que se mantendría la neutralidad del estrecho de Corea; 2.°, de que el Japón renunciaría á toda situación privilegiada en la Corea septentrional; 3.°, de que consentiría en el establecimiento de una zona neutral de 50 kilómetros en la frontera que separa á la Corea de la Mandchuria; y 4.°, de que renunciaría á toda discusión relativa á esta última.

El Japón, que lo que desea es una situación privilegiada en toda la península, no aceptó las concesiones de Rusia, y en una nota de 13 de enero último formuló en términos concretos sus pretensiones, pidiendo al gobierno ruso que le enviara una respuesta á la mayor brevedad posible. Pero esta respuesta, á pesar de las continuas excitaciones que el embajador del Japón en San Petersburgo dirigía al ministro de Negocios Extranjeros del tsar, se retrasaba más de lo que al gobierno del Mikado convenía; en vista de lo cual el Japón rompió el día 5 de este mes las negociaciones diplomáticas, retirando su embajada en la corte rusa, y en la noche del 8, sin previa declaración de guerra, su escuadra atacaba á los barcos de guerra enemigos en Puerto Arthur.

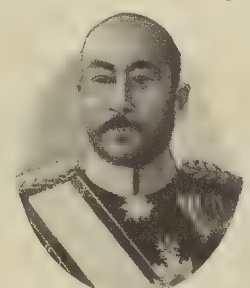
¿Sobre quién debe hacerse recaer la responsabilidad de esta lucha?

Oigamos lo que en descargo propio dice cada una de las potencias beligerantes por boca de sus respectivos embajadores en París. Las opiniones de estos diplomáticos, recogidas por los más importantes periódicos franceses, bien pueden considerarse como expresión fiel de lo que piensan las naciones y los gobiernos á quienes representan.

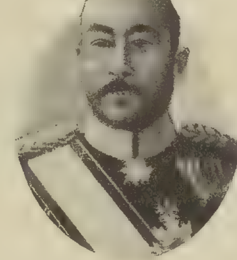
«Rusia—ha dicho el Sr. Motono, ministro del Japón en la capital de Francia—ha esperado demasiado y ha hecho cuanto ha podido para provocar el rompimiento. Mi gobierno no podía esperar más, pues toda paciencia tiene sus límites. Ya sé que Rusia quiere arrojar sobre nosotros la responsabilidad de la guerra, pero la opinión que nos juzga no se dejará engañar; además, algún día se sabrá el espíritu que por una y otra parte ha presidido en las negociaciones y se verán las concesiones importantes, sí, importantes, que el Japón ha hecho. Hemos ido tan lejos como podíamos; nuestro deseo era solucionar pacíficamente la cuestión del Extremo Oriente y vivir en lo sucesivo en paz, como buenos vecinos. No me es posible todavía entrar en el detalle de las negociaciones, pero sí puedo asegurar que la nota de mi gobierno de 13 de enero último no contenía nada que Rusia no pudiera aceptar. ¿Puede decirse que Rusia ha hecho algo para evitar el rompimiento? ¿A qué esa lentitud en la entrega de la nota? ¿A qué valerse de un medio indirecto para entregarla? Dícese que esta nota ha sido expedida al almirante Alexeief y transmitida por éste al barón Rosen. ¿Por qué no fué comunicada directamente al representante del Japón en San Petersburgo? Con ello se habría ganado tiempo y se habría tenido la seguridad de que llegaría la respuesta. El Japón ha esperado la respuesta rusa más del tiempo normal y esta situación no podía prolongarse; mi gobierno, al recobrar su libertad de acción, ejercita el derecho de legítima defensa, puesto que Rusia, mientras prolongaba las negociaciones, concentraba sus fuerzas terrestres y navales hacia Corea; es una medida de precaución que se imponía á nuestra dignidad.»



Mutsuhito, emperador del Japón



El general Kouropatkin, ministro de la Guerra ruso



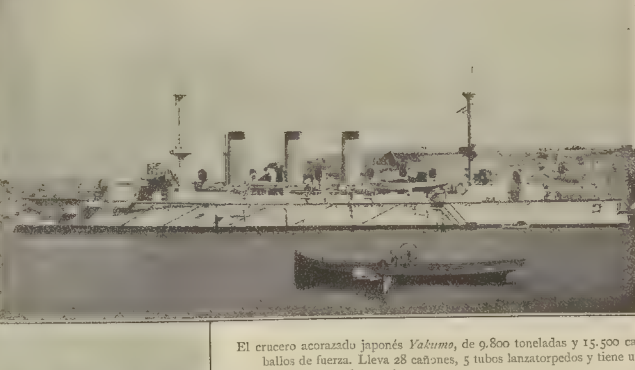
El general Terauchi, ministro de la Guerra japonés

Por su parte, el embajador ruso en París se ha expresado en los siguientes términos:

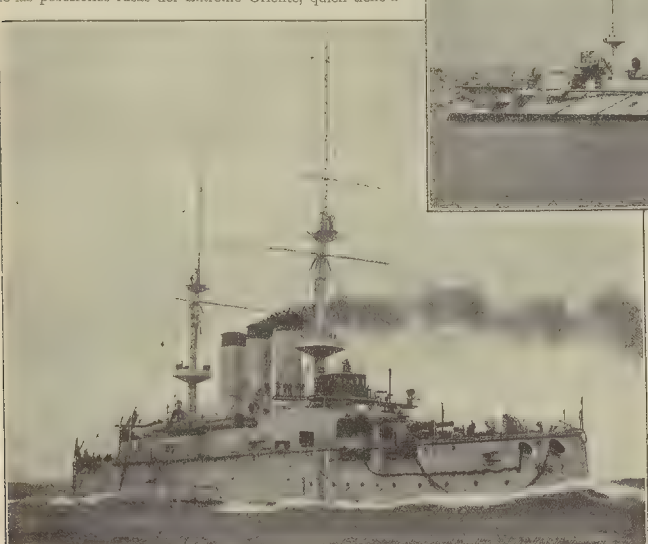
«Lo que ha hecho el Japón es una locura; no de otro modo puede calificarse el acto de negarse el gobierno del Mikado á recibir la nota rusa. Esta nota salió de San Petersburgo el día 4 y debía haber sido entregada al barón de Komura el 6, á lo sumo; pues bien, el día antes, es decir, el 5, el Japón resolvió retirar su embajador. ¿Cabe después de esto decir que el gobierno japonés no ha buscado la guerra y no ha hecho imposible toda negociación? Y esta actitud es tanto más sensible cuanto que Rusia hacía grandes concesiones, más de las que se ha dejado suponer. La nota que enviaba á Tokío estaba concebida dentro de un espíritu tan conciliador, que el Japón necesariamente habría tenido que aceptarla; el Japón lo sabía, y al precipitar el rompimiento se ha evitado una contestación á las últimas proposiciones que desde San Petersburgo se le hacían... Digan lo que quieran los japoneses, la opinión sabe ya á qué atenerse y nadie ignora que querían la guerra, que sólo buscaban una ocasión para declararla y que si entablaron negociaciones fué únicamente para mejor disimular sus propósitos... La guerra ha estallado; los japoneses la habrán querido. La historia dirá que Rusia ha llegado hasta donde le permitía su dignidad para evitar al mundo la irremediable catástrofe.»

Rusia al comenzar las hostilidades tenía en Puerto

Arthur una escuadra compuesta de 7 acorazados, 14 cruceros, 12 contratorpederos, unos 30 torpederos, 7 cañoneros, 6 buques transportes y 2 cruceros torpederos; en el mar Rojo había además 1 acorazado, 2 cruceros y 11 torpederos, que se han puesto en camino para unirse á la escuadra de Puerto Arthur, objeto que tal vez no puedan conseguir por oponerse á ello los barcos japoneses. Todas las fuerzas navales rusas están bajo el mando supremo del almirante Alexeief, virrey de las posesiones rusas del Extremo Oriente, quien tiene á sus órdenes al almirante Stack, comandante de la escuadra, y á los contraalmirantes Stackelberg y príncipe Ouktomski.



El crucero acorazado japonés *Yakumo*, de 9.800 toneladas y 15.500 caballos de fuerza. Lleva 28 cañones, 5 tubos lanzatorpedos y tiene un andar de 20 nudos por hora.



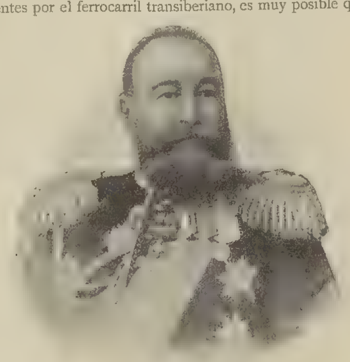
El acorazado japonés *Shikisima*, de 15.088 toneladas y 14.700 caballos de fuerza. Lleva 38 cañones y 5 tubos lanzatorpedos y tiene un andar de 18 nudos por hora



El vicealmirante japonés IJUIN

A estas fuerzas pueden oponer los japoneses 8 acorazados, todos de construcción moderna, puesto que el más antiguo data de 1896, 19 cruceros, 16 cañoneros, 20 destroyers, 78 torpederos, 10 guardacostas y 4 transportes.

En cuanto al ejército de tierra, Rusia podía disponer hace pocas semanas de unos 250.000 hombres en los territorios militares del Amur y de la Mandchuria: pero como incesantemente ha ido enviando nuevos contingentes por el ferrocarril transiberiano, es muy posible que tengan allí dentro de poco 300.000 soldados.



El almirante ruso ALEXEIEF, virrey de las posesiones de Rusia y general en jefe de las fuerzas de mar y tierra del Extremo Oriente.

El Japón, lo mismo si quiere invadir la Mandchuria que si se limita á la ocupación de Corea, habrá de movilizar y enviar al continente un ejército sensiblemente igual; de modo que habrá de poner en pie de guerra 200.000 hombres por lo menos, y aunque á éstos podría agregar otros 150.000, no es de suponer que se atreva á desguarnecer completamente las islas que componen su imperio.



El acorazado ruso *Pobieda*, de 12.674 toneladas y 14.500 caballos de fuerza. Lleva 65 cañones y 6 tubos lanzatorpedos y tiene un andar de 18 nudos por hora.



El acorazado ruso *Tsarevitch*, de 13.100 toneladas y 10.600 caballos de fuerza. Lleva 36 cañones y 6 tubos lanzatorpedos y tiene un andar de 18 nudos por hora

El total de las fuerzas de que el Japón puede disponer se elevan á unos 700.000 hombres; en las mismas condiciones, Rusia dispondría de más de 3.600.000.

Para terminar diremos algo de las operaciones que en el teatro de la guerra se han realizado desde que se rompieron las hostilidades.

En la noche del día 8, varios torpederos japoneses entraron sigilosamente en la rada de Puerto Arthur, intentando volar los barcos de la escuadra rusa, y si bien no lograron completamente su objeto, causaron averías en los acorazados *Revitsan* y *Tsarevitch* y en el crucero *Pallada*.

Al día siguiente, quince buques de guerra japoneses, man-



CUENTO CELESTIAL, tríptico de José M. Tamburini (Salón Parés)



EL PARAÍSO PERDIDO, cuadro de Pablo Rieth

dados por el almirante Togo, atacaron Puerto Arthur, y habiendo contestado á sus fuegos la escuadra rusa, retiráronse aquéllos después de una hora de bombardeo, habiendo sido insignificantes los daños materiales causados en los buques y en los fuertes y escasas las bajas sufridas por ambos combatientes.

Otro combate naval trabóse á la vista de Chemulpo, habiendo perdido en él los rusos dos buques, cuyas tripulaciones se refugiaron en el crucero francés *Pascal*.

Los japoneses han desembarcado en Corea y han ocupado la capital, Seul: el monarca coreano se ha refugiado, según se dice, en la legación francesa.



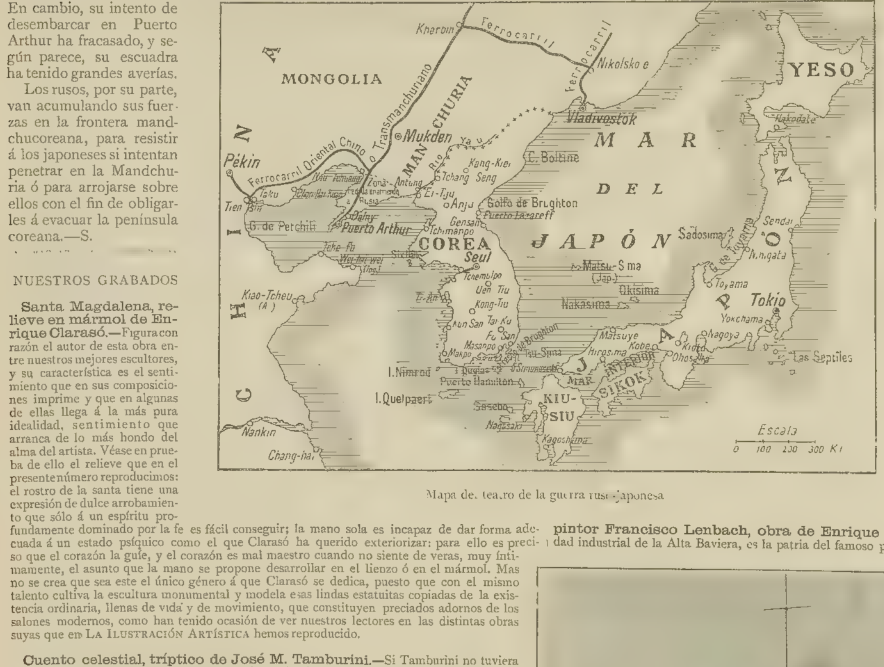
El cañonero ruso *Rossia*, de 12.130 toneladas y 18.000 caballos de fuerza. Lleva 64 cañones y 6 tubos lanzatorpedos y tiene un andar de 20 nudos por hora



El acorazado ruso *Revitsan*, de 12.700 toneladas y 16.300 caballos de fuerza. Lleva 36 cañones y 6 tubos lanzatorpedos y tiene un andar de 18 nudos por hora

En cambio, su intento de desembarcar en Puerto Arthur ha fracasado, y según parece, su escuadra ha tenido grandes averías.

Los rusos, por su parte, van acumulando sus fuerzas en la frontera mandchucoreana, para resistir á los japoneses si intentan penetrar en la Mandchuria ó para arrojarse sobre ellos con el fin de obligarles á evacuar la península coreana.—S.



Mapa del teatro de la guerra ruso-japonesa

NUESTROS GRABADOS

Santa Magdalena, relieve en mármol de Enrique Clarasó.—Figura con razón el autor de esta obra entre nuestros mejores escultores, y su característica es el sentimiento que en sus composiciones imprime y que en algunas de ellas llega á la más pura idealidad, sentimiento que arranca de lo más hondo del alma del artista. Véase en prueba de ello el relieve que en el presente número reproducimos: el rostro de la santa tiene una expresión de dulce arrobamiento que sólo á un espíritu profundamente dominado por la fe es fácil conseguir; la mano sola es incapaz de dar forma adecuada á un estado psíquico como el que Clarasó ha querido exteriorizar: para ello es preciso que el corazón la guíe, y el corazón es mal maestro cuando no siente de veras, muy íntimamente, el asunto que la mano se propone desarrollar en el lienzo ó en el mármol. Mas no se crea que sea este el único género á que Clarasó se dedica, puesto que con el mismo talento cultiva la escultura monumental y modela esas lindas estatuitas copiadas de la existencia ordinaria, llenas de vida y de movimiento, que constituyen preciados adornos de los salones modernos, como han tenido ocasión de ver nuestros lectores en las distintas obras suyas que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido.

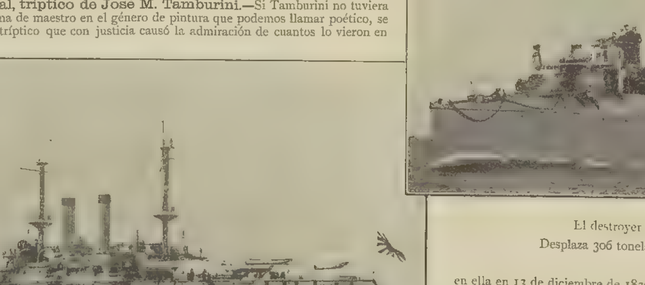
Cuento celestial, tríptico de José M. Tamburini.—Si Tamburini no tuviera conquistada ya la fama de maestro en el género de pintura que podemos llamar poético, se la diera el bellísimo tríptico que con justicia causó la admiración de cuantos lo vieron en el Salón Parés, en donde recientemente estuvo expuesto. *Cuento celestial* es, en efecto, una obra de encantadora poesía; todo en ella habla más que á nuestros sentidos á nuestra alma; contemplándola nos sentimos dulcemente conmovidos al considerar la inocencia de esa niña, que pretende entrar en el cielo sin separarse de la muñeca que fué en la tierra su cariñosa compañera y fiel amiga. Contribuyen poderosamente al buen efecto de la composición la hermosa figura de San Pedro, que con bondadosa atención escucha la extraña petición de aquella linda criatura, y la de los ángeles, que presencian con interés la escena. Aparte de estas bellezas intrínsecas avaloran el cuadro una factura inmejorable y una entonación suavísima que armoniza admirablemente con el asunto.

El Paraíso perdido, cuadro de Pablo Rieth. Pablo Rieth no reproduce en este cuadro un momento concreto de la narración bíblica, sino que sintetiza, por decirlo así, sin precisarlo, el pecado de nuestros primeros padres. Adán y Eva vivían en completa inocencia en el Paraíso, poblado de hermosos árboles llenos de frutas donde encontraban cuanto podía satisfacer sus deseos; pero pecaron y desaparecieron inmediatamente todas las maravillas que les rodeaban: el cielo, antes límpido y esplendente, se cubrió de tinieblas, palideció el brillo de las estrellas, entre las nubes tempestuosas sonó la voz colérica de Dios, y los primeros hombres viéronse arrojados á un lugar desierto, triste y lloraron su culpa. Tal es la escena que representa el hermoso lienzo del pintor muniquense, lienzo grandiosamente concebido y no menos grandiosamente ejecutado, en el que por un lado admiramos la firmeza, la corrección, la valentía con que están trazadas las figuras, y por otro sentimos una impresión hondísima en presencia del tétrico paisaje.

Plancha de plata regalada por la ciudad de Schrobenhausen al pintor Francisco Lenbach, obra de Enrique Rautsch.—Schrobenhausen, ciudad industrial de la Alta Baviera, es la patria del famoso pintor Francisco Lenbach, que nació en ella en 13 de diciembre de 1836, y que siempre se ha mostrado dispuesto á contribuir á todas las obras benéficas ó de interés general que en ella se realizan. Recientemente, con ocasión de renovarse el decorado interior y exterior de la antigua Casa Consistorial, costeó la reconstrucción de uno de los salones de la misma y pintó para ella varios lienzos, entre ellos un magnífico retrato del príncipe regente, y la ciudad, agradecida á este y otros beneficios del artista recibidos, le ha regalado la plancha de plata que en la última página de este número reproducimos, muy bien modelada por el artista vienés Enrique Rautsch, residente en París, en una de cuyas caras se ve el retrato de Lenbach y en la otra una alegoría de la pintura y el fondo de la misma la ciudad de Schrobenhausen.



El destroyer japonés *Akebono*, construído en 1899. Desplaza 306 toneladas y tiene un andar de 32 nudos por hora



El acorazado japonés *Fuji*, de 12.649 toneladas y 13.687 caballos de fuerza. Lleva 30 cañones y 5 tubos lanzatorpedos y tiene un andar de 18 nudos por hora



–Y bien, preguntó, ¿no tiene usted ya miedo, Colette?

LA CONQUISTA

Novela original de May Armand-Blanc.–Ilustraciones de Marchetti

(conclusión)

—Acaso ese sentimiento duerme en él, Juan, y el muchacho se agita alrededor de ese sueño con todo el ardor de su juventud... El día en que esté cansado de las cosas exteriores, ¡cómo se conmoverá con ese dulce recuerdo y qué dichoso será al despertarle!

—¡Ah, romántica!, exclamó el doctor abrazando á su mujer. Pues bien, ese día, si es así, ya lo veremos. Pero no te oculto que tendré una gran decepción, pues había soñado para mi Remigio...

—¿Qué?

—¡Oh! Una cosa muy diferente.

—No puedes, sin embargo, decirme ahora que no te gusta la situación actual de Colette, puesto que así me lo dijiste cuando esa situación era justamente la contraria, y siendo así que la presente es idéntica á la mía cuando me conociste y me amaste.

El golpe no podía ser más certero. El doctor, sin embargo, la besó sin responder y los dos esposos no siguieron hablando de ese asunto.

* * *

Estaba Colette una mañana mirándose al espejo y murmuró:

—¡Qué fea me he puesto!

La joven pensaba eso con convicción y experimentaba una pena mucho mayor de lo que hubiera pensado, porque, después de todo, ¿qué importaba que fuese fea ó bonita? Sabía muy bien que tenía que arrastrar por mucho tiempo, si no para siempre, aquella vida triste y obscura.

Colette lo pensaba así seriamente y con el absolutismo de la juventud. Y esta triste y desesperada opinión de sí misma se basaba también en la de sus parientes, que le hacían observar cariñosamente que trabajaba demasiado y que tenía «mala cara.»

Y en efecto, su fisonomía se había alargado y no estaba ya sonrosada como en otro tiempo. De vez en cuando solamente una llamarada de sangre animaba sus mejillas casi nacaradas y de una rubia palidez bajo el sol resplandeciente de sus cabellos. Pero sus ojos, sus grandes ojos azules, se habían velado y brillaban con una claridad refleja como la de un agua tranquila, y no con rayos quebrados en vivas flechas, como en otro tiempo.

Por eso opinaban todos que Colette tenía mala cara y ella misma se juzgaba fea. La joven no sabía que en sus carreras por París dejaba absortos de admiración á los artistas y á los soñadores, que la comparaban con los eternos símbolos de la belleza y la tenían por modelo de legendarias encantadoras de hombres. No sabía tampoco que al cruzar, en aquella misma mañana, la plaza Clichy, cuidando de que no la salpicaran de barro los coches, lo que le impedía mirar á su alrededor, Remigio Donald la había conocido y sentido el corazón todo alterado al compararla con la Colette juguete de lujo y admirablemente disfrazada que fué el sueño de su adolescencia, y retrocediendo, en sus recuerdos, con la niña triste y abandonada, de frente grave, ojos tiernos y pensativos y hablar sincero y cariñoso, que fué su compañera en la niñez...

Ahora... estaba también abandonada, sola en la vida y animosa en la lucha...

Remigio conservó aquella imagen en los ojos todo el día.

Al llegar la noche, observó que había hablado y hecho su vida habitual maquinalmente, pero que en realidad había seguido á Colette en sus excursiones por mil calles desconocidas. Y Remigio consideró absurda aquella distancia que la vida establecía entre él y «ella,» su amiga de la infancia. Le parecía que sería dulcísima una renovación de intimidad y sentía un gran deseo de comunicar á su amiga Colette su existencia actual, sus planes, sus trabajos, sus alegrías y sus penas.

¿Por qué? ¿Y si la joven no le comprendía?

En otro tiempo había parecido casi asustada y más curiosamente sorprendida que inclinada á descubrir sus gustos habituales. ¿No tenía á su alrededor entendimientos más semejantes al suyo? Sin hablar de su madre, pues Remigio se daba cuenta en el fondo de que el pensar en una simple comunidad de ideas era una astucia de su espíritu para ocultar una inclinación más concreta, ¿no tenía en Ivette Serigny una mujer digna de ser la compañera de un hombre inteligente?

Precisamente aquella noche tuvo Remigio ocasión de apreciar una vez más á Ivette Serigny. Los dos jóvenes se veían con frecuencia, pues sus padres eran antiguos é íntimos amigos. Ivette era una linda muchacha de cara sonriente y regular, cuya expresión, demasiado atrevida acaso, estaba dulcificada por su gracia. Hablaba libremente y con mucho fuego; era entusiasta, aunque muy cauta, y tenía convicciones apasionadas. Remigio y ella podían discutir hasta cansarse, pues casi nunca estaban de acuerdo, y el joven Donald adoraba aquellas discusiones con tan seductora criatura. Pero aquel placer era tan diferente de la secreta y fugitiva emoción que había sentido aquella mañana al ver á Colette, que se echó á reir al pensar lo que sería una conversación suya con su amiga de la niñez. No podía imaginar en modo alguno á la pequeña Colette entusiasmada en elocuentes períodos y oponiéndole un haz de ingeniosos argumentos. No, lo que concebía en ella era una dulce y conocida sonrisa y unos ojos pensativos en los que se descubría un alma divina...

—¡Ah! ¡Qué linda es!, pensaba. ¡Y qué buena y qué tierna era en aquel tiempo!

Y después de un silencio interior, espacio necesario para la reflexión, añadía:

—¡En aquel tiempo!.. ¿Y por qué no ha de serlo ahora? No sólo ha mostrado dulzura después de la muerte de su padre, sino una verdadera fuerza. Ha sido generosa con su madrastra, á la que nunca quiso... ¿Pero qué es lo que piensa? ¿Cómo vive? ¿Qué hace?

En las sombras del sueño, en la obscuridad y en el silencio de la noche, Remigio siguió viendo á Colette atravesar con agilidad felina la plaza Clichy convertida en un lago de lodo. Y al mismo tiempo acudían confusamente á su pensamiento fragmentos de conversación, en los que Valentina había contado delante de él las penas, las dificultades y el valor sencillo é inteligente de Colette.

Aquella mañana había sentido un deseo irresistible de acercarse á la joven y de ofrecerle el brazo para aquella travesía peligrosa; pero no se acercó por miedo de turbarla y á causa también de su propia turbación, que le hizo vacilar sin razón aparente. Pero Remigio experimentó de repente una especie de fiebre de tierna protección, un sentimiento dulce y delicioso hasta tal punto, que por la mañana, al despertar, se sintió poseído por una especie de alegría de vivir que nunca le habían dado los goces de la inteligencia...

—¿Qué es lo que yo tengo?, pensó. ¡Ah! Sí, Colette...

Salió á la misma hora que el día anterior y se fué á la plaza Clichy con la vaga idea de que dos personas pueden muy bien pasar dos días seguidos por el mismo sitio y á la misma hora. Pero no vió más que mucha gente apresurada é indiferente, y en el terraplén del monumento central, la linda cosecha habitual de rosas y de violetas. Remigio compró unas cuantas para Valentina, que le dijo al recibirlas:

—Acabo de enviar dos letras á Colette para anunciarle la conferencia del lunes, que promete ser interesante. Creo que vendrá, porque le digo que nosotros la acompañaremos á su casa.

VII

Al salir de aquella sala caldeada, Colette sintió vivamente la frescura de la noche en el *boulevard*, por el que se deslizaba la multitud como un río negro y murmurador. La joven salía como aturdida y embriagada y oía en torno suyo conversaciones que indicaban hasta qué punto la conferencia había impresionado á aquella gente, á la que Colette no miraba ya con el asombro temeroso de otro tiempo, sino con un interés de nueva simpatía. Y era que había encontrado á aquel público muy diferente de lo que ella creía.

En aquella atmósfera mezclada de trabajo y de miseria había respirado un aire que imprimía á su corazón latidos más fuertes y más anchos que los que nunca había sentido.

Perdida en la multitud, donde su silueta menuda pasaba inadvertida, Colette pudo observar alrededor de sí y darse cuenta del efecto que producía la enseñanza que Juan Donald y uno ó dos jóvenes daban tan sencillamente. De pronto vió á Remigio aparecer solo en el estrado y dominar con su alta estatura á todo aquel pueblo que le estaba mirando.

Y ¡cosa extraña! Colette, que le esperaba y que sólo había ido para oirle, se quedó sorprendida al verle, como si nada en el mundo hubiera sido más inesperado para ella que aquella aparición. Y en aquel momento le afluyó al corazón toda su sangre.

La joven le miraba como había mirado á los otros oradores, pero le veía muy mal, sin saber que él, por el contrario, la veía muy bien á ella.

Hacia un rato que desde el estrado, donde estaba oculto por sus compañeros, había visto la llama de oro de la cabellera de Colette y el brillo rosado de su cara entre la sombría ondulación de las fisonomías pálidas y rudas reunidas delante de él.

Y á aquella llama y á aquel esplendor se dirigió el discurso de Remigio, más brillante y más fogoso que nunca.

El joven se entusiasmó más de lo que tenía por costumbre y usó imágenes atrevidas y perífrasis apropiadas á un auditorio de letrados y de artistas. Pero bien fuera porque aquella concurrencia estaba ya muy educada, bien porque de su persona y de su palabra se desprendiese ese magnetismo que influye sobre la comprensión, nunca Remigio electrizó tanto á su público ni arrancó de él aplausos más entusiastas.

Solamente Colette permanecía inmóvil, muda y como petrificada; y Remigio, que la estaba observando, la quería más así. Le hubiera desagradado ver levantarse sus manitas para aplaudirle como los demás y que hubiese ido á felicitarle á la salida con unas cuantas frases hechas.

En ella pensaba, sin embargo, mientras cambiaba los últimos apretones de manos y fijaba citas á las que corría gran riesgo de faltar, porque no oía nada de lo que se le decía.

Valentina, que observó aquella actitud, dijo por lo bajo á Juan:

—Espérame aquí; voy á hablar con una amiga que he visto en el salón.

Y se escapó por una puerta accesoria para llegar antes que nadie á la salida del público. Pronto vió entre la gente á la persona á quien buscaba y que, según sus previsiones, no se atrevía á ir á reunirse con sus amigos. Colette, muy indecisa, se había parado un momento en la calle, cuando oyó que le decía una voz conocida y amada:

—Y bien, querida Colette, le estamos á usted esperando para acompañarla como habíamos prometido. Gracias que he encontrado á usted entre tanta gente. Venga, venga usted por aquí...

Valentina dijo así una porción de palabras inútiles para permitir á Colette que se callara, y se la llevó á una pieza en que Juan, Remigio y algunos amigos estaban preparándose para salir.

—Aquí tenéis á Colette, dijo Valentina; le he dicho que la acompañaríamos á su casa.

Y viendo que su marido fruncía ligeramente el entrecejo, añadió:

—Tú, Juan, te encargarás de acompañarla, porque no cabemos cuatro en un coche.

—¿Y tú?, dijo el doctor.

—Yo tengo á mi hijo.

Y se volvió hacia el joven.

Remigio y Colette estaban enfrente el uno del otro y mirándose. Ambos comprendían que era absolutamente preciso que se dijesen algo; pero lo mismo al flamante orador que á la altiva joven del gran mundo que había sido Colette, les parecía que es dificilísimo, en ciertos casos, encontrar una frase inteligente y apropiada á las circunstancias.

—Debe de estar tomándome por un imbécil, pensaba Remigio con rabia.

—El, que ya me creía una tonta, debe de estar cierto ahora de que lo soy, se decía la pobre Colette.

Pero tonta ó no, estaba extraordinariamente bonita, y tan joven, tan infantil y tan seductora, que Remigio se creyó transportado á los años de la adolescencia en que una noche le había preguntado ingenuamente, en su casa, si no tenía miedo en las reuniones populares.

Y aquel recuerdo acudió á su mente con tal fuerza, que Remigio creyó muy oportuno repetir la frase á Colette, que precisamente se había reprochado con frecuencia el haber estado absurda aquella noche.

—Y bien, preguntó, ¿no tiene usted ya miedo, Colette?

Su voz era dulce y no muy segura, pero á Colette le pareció terriblemente burlona.

De este modo, la frase, lejos de romper el hielo, no hizo más que turbar á Colette más de lo que estaba. Por fortuna se aproximó Valentina diciendo que iban á cerrar el local y habia que marcharse, y Colette tuvo valor para responder:

—Sí, Remigio..., todavía tengo miedo algunas veces..., pero no es de la gente, sino de la soledad... Ya sabe usted que ahora estoy sola en el mundo...

Colette dijo estas palabras muy bajo y sólo Remigio pudo oirlas. Nada podía conmoverle más, y el nervioso y sensible joven hubiese llorado acaso delante de ella si no hubiese habido testigos.

¡Ay! No solamente los estaban mirando, sino que iban á separarlos. El doctor se llevaba ya á Colette y Valentina se apoyaba con orgullo en el brazo de su hijo.

Muy pronto, en dos coches que rodaban á pocos metros el uno del otro y en la misma dirección, se establecía un doble acuerdo.

Valentina sabía muy bien lo que había hecho confiando á Colette á su marido. Sabía cuán bueno era Juan y que tenía el don de inspirar confianza cuando quería, así como estaba cierta de que se enternecería un poco por la situación de aquella niña, á la que conocía hacía tanto tiempo, y de que no dejaría de hacerle hablar un poco de su vida actual. Y en efecto, aquella alma, que se manifestó en sencillas palabras, conquistó al doctor, que encontró franca, enérgica é inteligente á aquella muchacha á quien en otro tiempo trató de muñeca.

—¿De modo, preguntó, que está usted contenta con esas resoluciones?

Colette se quedó un momento silenciosa, y Juan



... al cruzar, en aquella misma mañana, la plaza Clichy, cuidando de que no la salpicaran de barro los coches

pudo ver, á la luz de un farol que pasó como un relámpago por el coche, que su cara estaba contraída y sus ojos húmedos.

Pero en seguida se repuso y dijo con voz casi firme:

—¡Contenta!.. Sí; más que al principio... Pero hay momentos en que se desea ser feliz...

—¡Pobre niña!, pensó el doctor. ¡Qué feroz soy!

En lo cual exageraba.

La cuestión entre Remigio y Valentina era mucho más sencilla. Apenas en el coche, el joven exclamó:

—¡Ah!, mamá... ¡La amo! Amo á mi pequeña Colette, pero ella á mí no...

En lo que también él exageraba, que fué de lo que Valentina trató de convencerle.

No lo logró fácilmente, pues los enamorados son muy tozudos, y además Remigio, lejos de escuchar lo que le decía «mamá Valentina,» no hacía más que hablar solo y repetir cosas que su madre sabía tan bien como él.

«La amo desde niño,» era el estribillo, y Valentina no dudaba de la sinceridad de ese sentimiento. La pequeña hada, la compañera de su infancia, la dulce amada de sus quince años, dormía en su corazón como en un palacio encantado y se despertaba definitivamente para conquistarle.

¡Conquistarle!.. Sí; y el corazón de Valentina se oprimía un poco. También ella remontaba el curso de sus recuerdos, y precisamente los de las épocas evocadas por Remigio no dejaban de ser dolorosos. Recordaba la frágil y fugitiva imagen de su niño muerto y el tiempo durante el cual no podía menos de pensar que si no se hubiera alejado de él para atender al hijo de la otra, acaso le hubiese salvado por el poder de su voluntad y de su amor. Pero todo aquello estaba lejos, muy lejos y como envuelto en una pesada y densa nube. ¿No fué entonces cuando hizo suyo á su hijo actual?

Valentina recordaba las penas que aquel niño tan rebelde al principio, y hoy tan querido, le había dado en el tiempo que Remigio estaba evocando con su interminable discurso sobre los encantos de su Colette. ¡Qué lejanas estaban también aquellas penas!

—¡Cómo! ¿Estás llorando?

Juan Donald se extrañaba al ver á Valentina sonreir á través de las lágrimas cuando entró en el despacho, al volver él de acompañar á Colette, y se quedó parada delante de su marido con la cara iluminada por la viva luz de la alta lámpara.

Pero la sonrisa pudo más que el llanto, y en la larga velada que ambos esposos pasaron juntos, Valentina se sintió más feliz que en aquella noche lejana de los primeros días de su unión, cuando se cernía sobre su alma apasionada la sombra de la ausente, á quien tenía que vencer.

. . . .

Un dulce crepúsculo en la luz rosada de una tibia primavera.

«Los muchachos» habían querido volver á ver el sitio de su primera entrevista, y reinaba allí de tal modo el alma de su infancia, que los dos reían y mostraban una alegría de niños.

Y sin embargo de aquellas risas, podían decir con gravedad:

«¡Hace... un mes que estamos casados!»

—Me parece, decía Colette, que una hada benéfica me ha seguido en mi vida á través de las penas y de las tristezas, para guardarme una gran parte de dicha llevándome á ti.

—Sí, Colette, ha sido una hada, y los dos la conocemos.

—Creo que sabía antes que nosotros que nos amábamos.

Y toda la fuerza, toda la magia de esa benéfica hada, consistió precisamente en esto, en esto tan sólo:

«¡Amar!..»

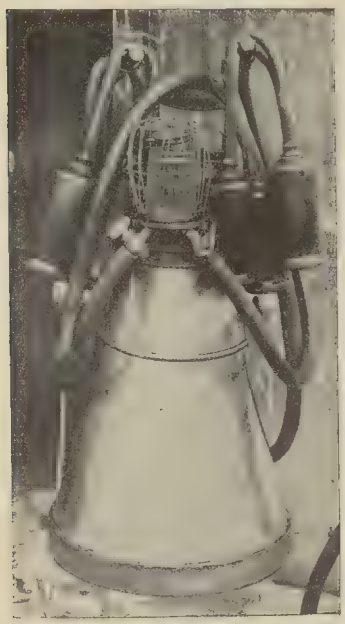
Y cuando el dulce crepúsculo, en la luz rosada de la tibia primavera, se moría entre los árboles, los dos jóvenes se sintieron invadidos por una felicidad tan grande, que ya no se atrevieron á hablar más que muy bajito..., muy bajito...

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

SISTEMA DE ORDEÑAR VACAS

POR MEDIO DE LA ELECTRICIDAD

En toda Europa, á causa de la carestía cada día mayor del carbón, se ha extendido de modo notable la aplicación de la electricidad á los usos comunes de la existencia. Habíamos ya oído hablar de aparatos eléctricos para segar y picar el forraje para el ganado, pero recientemente nos llega de Francia la noticia de que uno de esos aparatos ha venido á substituir á la clásica lechera de sonrosadas mejillas, extrayendo la leche de la ubre de las vacas de un modo perfectamente cómodo para el animal y mas limpio y ventajoso para el dueño que el antiguo.



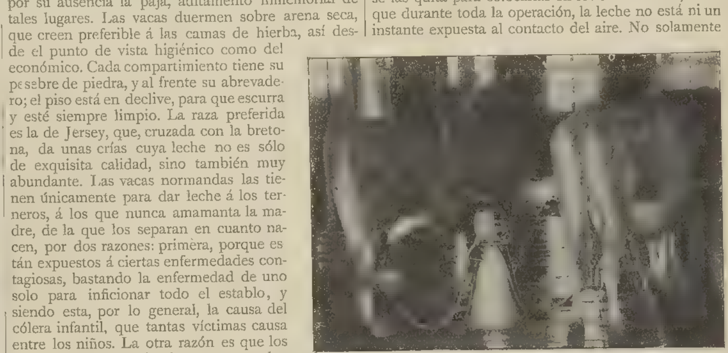
Aparato para ordeñar las vacas por medio de la electricidad

En la isla de la Loge, cerca de Port Marly, en el Sena, M. V. Hugot ha aprovechado una corriente de agua para producir fuerza eléctrica, haciendo que su granja sea la más adelantada que se conoce.

Mide la finca 3 kilómetros de largo y una extensión superficial de 74 acres (medida inglesa), y casi toda está dedicada á prados, pero tiene también su jardín y huerta.

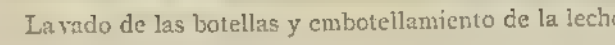
En los establos, que alojan de ciento á doscientas vacas, de raza Jersey, Bretona y Normanda, brilla por su ausencia la paja, aditamento inmemorial de tales lugares. Las vacas duermen sobre arena seca, que creen preferible á las camas de hierba, así desde el punto de vista higiénico como del económico. Cada compartimiento tiene su pesebre de piedra, y al frente su abrevadero; el piso está en declive, para que escurra y esté siempre limpio. La raza preferida es la de Jersey, que, cruzada con la bretona, da unas crías cuya leche no es sólo de exquisita calidad, sino también muy abundante. Las vacas normandas las tienen únicamente para dar leche á los terneros, á los que nunca amamanta la madre, de la que los separan en cuanto nacen, por dos razones: primera, porque es tán expuestos á ciertas enfermedades contagiosas, bastando la enfermedad de uno solo para inficionar todo el establo, y siendo esta, por lo general, la causa del cólera infantil, que tantas víctimas causa entre los niños. La otra razón es que los terneros, en su ansia de mamar, suelen con frecuencia estropear bastante la ubre de la madre.

Pero lo más interesante que puede verse en dicha granja es el ordeñar las vacas por medio de la electricidad. El aparato es conocido bajo el nombre de ordeñador de Lawrence Kennedy, y se dice que es el único que existe movido por fuerza eléctrica. Está dispuesto de un modo que imita el chupar de un ternero, y funciona por medio de una bomba ordinaria, puesta en acción por cualquier motor. La fuerza motriz se distribuye en los diversos compartimientos por una serie de conductos que corren por todo el establo, más altos que las vacas, y que bajan, entre cada dos de éstas, á un pulsador colocado en lo alto de un soporte de forma cónica, del cual parte, á cada lado, un tubo provisto de cuatro caperuzas, que se adaptan á los pezones del animal. Cuando se da vuelta á la llave que ha de producir el vacío, el pulsador comienza á funcionar, haciendo que las caperuzas de gutapercha se ensanchen y encojan alternativamente. El número de pulsaciones por minuto, así como la intensidad de cada una, puede regularse con la mayor perfección por medio de tornillos de ajuste que permiten adaptar el aparato á la configuración de cada vaca. La leche, en su curso desde el pezón al recipiente, corre por un tubo de cristal, protegido por un enrejado de alambre. Tan pronto como cesa de correr, se cierra la llave que produce el vacío; pero las caperuzas permanecen en los pezones, hasta que se las quita para colocarlas en los de otra vaca; así es que durante toda la operación, la leche no está ni un instante expuesta al contacto del aire. No solamente queda así libre por completo de las impurezas de la atmósfera y de la mano de los ordeñadores, sino que, según las pruebas practicadas, es mayor la cantidad de leche obtenida que cuando se ordeña con la mano, y se dice que se conserva fresca por más tiempo.



Operación de ordeñar las vacas por medio de la electricidad

Preguntado el administrador de la granja si los animales se prestaban dócilmente á este nuevo procedimiento, contestó: «Al principio dudaba mucho de que fuera posible aplicar un procedimiento mecánico á las vacas de raza Jersey, que son de genio muy vivo; pero no nos han dado ningún quehacer, y no solamente no se oponen á la aplicación de este sistema, sino que no hacen el menor caso del aparato y continúan comiendo con más indiferencia aún que con el método ordinario.»



Lavado de las botellas y embotellamiento de la leche

Antes de ordeñar se lavan perfectamente, frotan y secan las caperuzas de caucho, empleando agua con una solución antiséptica, con la que también se lavan los pezones de las vacas. Se envía la leche á los consumidores en botellas de á litro, lavadas cuidadosamente, dándoseles tres enjuagues por medio de un procedimiento mecánico. Existe allí también un laboratorio científico donde se analizan y estudian las condiciones de la leche en todas sus fases y los diversos métodos para conseguir su completa pureza.—X.



Empleado subalterno de correos de la ciudad de Berlín



Furgón del correo de Berlín para repartir paquetes postales

LAS CABALLERIZAS Y COCHERAS

DEL MINISTERIO DE CORREOS DE BERLÍN

Sabido es el desarrollo y el grado de perfeccionamiento que ha conseguido en Alemania el servicio de Correos, merced á la preferente atención que le presta el Estado, celoso de facilitar al país este valiosísimo elemento de civilización y de vida.

No me propongo hoy estudiar en su conjunto el mecanismo de tan complicada máquina, y sí sólo fijarme en datos y detalles de un servicio auxiliar, que son por todo extremo curiosos y dignos de atención.

Tal es el llamado por los alemanes *Postfuhram*, y que nosotros podríamos llamar *servicio de postas*, para el interior de Berlín.

Y en efecto, á todas horas y por todas partes se encuentran en la capital del Imperio alemán coches y furgones del Correo, reveladores de un movimiento vertiginoso, de una verdadera exuberancia de vida. Para formar exacta idea de la importancia y de la organización de este servicio, no hay más que examinar los datos que arroja y visitar uno de los tres magníficos departamentos, dependientes del Ministerio de Correos y destinados á dar alojamiento á carruajes y caballos y al numeroso personal que en ellos se emplea.

Y conviene ante todo consignar estos datos. El número de coches se eleva á 1.052, con 1.246 caballos, y prestan el servicio 917 postillones.

Todo este material y este numeroso personal son indispensables para el movimiento del Correo en el interior de Berlín, pues todo ello se destina á recoger de las estaciones las verdaderas montañas de periódicos y correspondencia que á cada momento depositan los trenes, para su transporte á las distintas administraciones y viceversa, y al reparto á domicilio de los paquetes postales en la populosa ciudad. Hay además que tener en cuenta que todo particular que haya de remitir uno de estos paquetes, sea cualquiera su destino, hasta 50 kilos de peso, y carezca de medios para enviarlo á la oficina de Correos más cercana, previo aviso y sin otro gravamen que una sobretasa de diez céntimos, tiene derecho á que uno de estos carruajes pase á recoger el encargo á su domicilio.

A tal punto llegan las facilidades que al comercio de Alemania y al público en general proporciona el Correo.

Consignados los curiosos datos que anteceden y que nos dan una idea de lo que es en Berlín el servicio de Correo interior, voy á describir uno de los tres departamentos á que me he referido, denominados en alemán *Posthalterei* y que se encuentran situados en *Kocpenickerstrasse*, *Orienburgerstrasse* y en la *Moeckernstrasse*. Es el primero de ellos, de moderna construcción y con arreglo á los últimos adelantos, el que descuella por su magnificencia, y en él vamos á fijarnos.

Mide este departamento 10.000 metros cuadrados de superficie, y en torno de su inmenso patio central, que más parece anchurosa plaza, se elevan diferentes pabellones, sólidos, de agradable aspecto, destinados á caballerizas, cocheras, viviendas para los postillones, oficinas y almacenes.

Quince amplias cuadras, con pesebres de hierro fundido, convenientemente separados unos de otros, dispuestos como exigen los modernos adelantos de la higiene, sirven de alojamiento á 598 caballos. Abundante el agua, cuidada la ventilación, bien calculada la capacidad y la limpieza escrupulosa, todo responde á lo que aquella ciencia preceptúa.

Caballerizas especiales están destinadas á los caballos aún no educados para el servicio, y otra con las convenientes condiciones de salubridad sirve de enfermería, y es visitada con la frecuencia necesaria por el veterinario que presta sus servicios en el departamento. Esta enfermería se destina sólo á casos eventuales, á enfermedades ó accidentes del momento, y existe otra, situada en la campiña, rodeada por un extenso prado, á la que se envían los caballos cuando la debilidad de sus remos exige descanso ó reparación de fuerzas.

Atendido como se ve de una manera escrupulosa el alojamiento del ganado, con el mismo celo ha sido estudiada su alimentación, que consiste, para cada caballo sano, por día, en cinco kilos y medio de avena, dos de maíz triturado y mezclado con medio de guisantes, tres y medio de heno y tres y medio de paja, de la que se destina á pajaza la mitad. Así la adquisición de paja como de granos se hace por medio de contratas; pero la compra del ganado corre directamente á cargo de la Administración, que da la preferencia á los de raza de la Prusia Oriental ó del Meklemburgo, que á su hermosa estampa reunen las convenientes condiciones de fuerza y resistencia, y cuyo precio medio es de 800 marcos (1.000 pesetas oro).

De la exquisita limpieza de las caballerizas están encargados los postillones, que la hacen ordinariamente con agua, pero añadiendo la necesaria desinfección en casos de epidemia. De los solícitos cuidados de que los caballos son objeto, nos hará formar idea un solo detalle, que constituye á la vez un curioso y singular espectáculo. Cuando terminado el servicio de la mañana, llegan los coches al gran patio central y vienen los caballos fatigados y cubiertos de polvo, son desenganchados, y en el acto, sin que nadie los guíe, se dirigen á la fuente, donde reciben, diríase que con fruición, las duchas que los postillones les aplican. Ya frescos y limpios, cada caballo se dirige á su cuadra y ocupa su pesebre.

Todas estas solícitas y necesarias atenciones se prestan por una bien entendida Administración á la higiene de las caballerías y á la alimentación y salud de los caballos, elementos valiosos del importante servicio á que se destinan.

Si pasamos ahora de las caballerizas á las cocheras, las encontramos asimismo bien ventiladas y espaciosas para contener con holgura 353 coches y furgones aquí destinados, y que forman parte de los 1.052 que, como antes he dicho, posee el Ministerio de Correos.

Los coches que aquí se ven son de clases, formas y tamaños distintos, y su coste, por término medio, es de 800 marcos los de un caballo y 1.200 los de dos. En España costarían el doble.

Estos carruajes, por regla general, en su servicio ordinario de entrega y recogida de sacas de correspondencia, paquetes de periódicos y paquetes postales, van dirigidos por un solo postillón; pero en los casos en que es preciso repartir objetos con reembolso, ó hay que hacer entrega de valores, es aquél acompañado por un conductor, funcionario de la oficina de donde arranca el coche que ha de distribuir los valores ó paquetes.

El entretenimiento y limpieza de estos coches está contratado por un particular, como también el servicio de monturas y arreos, para el cual hay establecido un taller en el departamento de *Oranienburgerstrasse*. Ya dije que el mismo sistema se sigue para el suministro de granos; pero aquí conviene fijar la atención en que se tiene el cuidado de no contratar más que los detalles accesorios, no esenciales á la ordenada marcha del servicio en general, detalles que á la simple vista y á todas horas pueden ser inspeccionados; pero no contrata nunca la Administración nada de lo que pueda constituir la esencialidad de los servicios.

Estudiados estos detalles, relativos á lo material, réstame exponer algo de lo que al personal se refiere. Para el cuidado, limpieza y conducciones de estos 353 carruajes y 598 caballos, hay consignados á este departamento 413 postillones á los que se les proporciona uniforme gratis, y un sueldo término medio de dos marcos ochenta céntimos por día (3'50 pesetas oro). Los solteros disfrutan de alojamiento en las dependencias de la Casa de Postas, y los casados sólo tienen obligación de asistir durante las horas de trabajo.

La organización de este personal de postillones es también digna de estudio. Después de nueve años de servicio, en los que se incluyen los dos años del militar, son nombrados carteros, ordenanzas, ó para cualquier otro cargo subalterno análogo. También tienen derecho á disfrutar de una licencia anual.

Pero no es este personal de postillones el único que presta aquí sus servicios, pues existe también el de herradores, compuesto de ocho individuos que tienen dentro del departamento su taller. Y por cierto que son muy notables las herraduras que en este taller se construyen, y que van provistas en su centro de una especie de almohadillado de cáñamo, dispuesto de tal forma que el caballo pise siempre en blando y no pueda lastimarse.

Continuando la visita á otras dependencias de este departamento, se ve que todas ellas responden, como las que descritas quedan, á los refinamientos de las modernas necesidades.

En el piso principal de uno de los pabellones, al terminar la escalera, encuéntrase una amplia habitación destinada á baños y duchas que toman los postillones al volver de su trabajo de la mañana, dominando siempre, como se ve, la nota de la higiene y de la más exquisita limpieza.

Después, en anchurosos y ventilados salones, se ven los dormitorios. En el centro de cada salón, alineadas y superpuestas en dos órdenes, como las cá-

maras de los barcos, están las literas, dejando dos anchos pasillos laterales, cuyos muros ocupan los armarios, donde se guardan las ropas y objetos de limpieza, lo mismo de los solteros que de los casados, pues éstos dejan aquí su uniforme.

Aún hay otros pisos superiores que se destinan á almacenes de granos con repuesto para quince días; y allí se ven también máquinas eléctricas para triturar los granos y cortar paja, y en otros departamentos del edificio se encuentran instaladas las dinamos para la producción de la luz que ha de alumbrar todos los pabellones y dependencias y han de suministrar la fuerza motriz de las máquinas y del ascensor eléctrico.

Doy aquí por terminada mi visita, con la cual se habrán podido convencer mis lectores de la perfección con que funciona este servicio, así en su conjunto como en sus múltiples detalles. Pero aún debo añadir que la Administración y Dirección de los tres departamentos, ó sea de la *Postfuhram*, tiene su residencia en el situado en *Oranienburgertrasse*, y corren á cargo de un director, 14 empleados y 50 agentes subalternos. Ya ha podido verse el material de que disponen, y sin embargo, en circunstancias excepcionales, como por Navidad, Pascua y Pentecostés, el servicio sufre recargo tan considerable, que se hace preciso alquilar mayor número de caballos. En el año último se alquilaron 160 por espacio de seis semanas, pagándolos á ocho marcos por día.

Tal es en Berlín un departamento de la *Postfuhram*, y por esta ligera descripción y por los datos apuntados, cabe formar idea del movimiento asombroso que desenvuelve allí la vida del Correo, vida vigorosa, íntimamente enlazada á todos los intereses sociales, en el orden material y en el orden intelectual, á cuyo desenvolvimiento contribuye, como auxiliar poderoso del progreso.

Dan una idea del enorme movimiento postal de Alemania las siguientes cifras entresacadas de una completa estadística hecha en 1902.

Existían entonces en Alemania 38.086 oficinas postales, 126.481 buzones; 240.456 empleados que manipularon 5.998.152.038 cartas, impresos, muestras, periódicos, paquetes postales, etc., alcanzando la cifra de 29.287.954.718 marcos el importe del dinero circulado por el correo.

EDUARDO VERDEGAY.

***

LA NAFTALINA NO ES INSECTICIDA

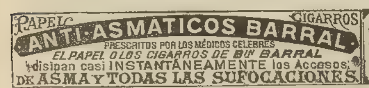
Desde hace muchos años y bajo la fe de experimentos que sin duda no se habían verificado jamás, los coleccionistas y los naturalistas se condenaban á sí mismos á vivir en sitios más ó menos apestados por los vapores de la naftalina; y aun el mismo público, convencido de que estos vapores tan mal olientes debían molestar á los insectos, tanto, por lo menos, como molestan á las personas, los empleaba lleno de confianza para los usos domésticos, por ejemplo, para preservar de la polilla los vestidos, las pieles, las alfombras, etc.

Pues bien, M. Berthelot, el célebre químico francés, que ha realizado recientemente algunas investigaciones para comparar la sensibilidad de los microbios y de los insectos nocivos á la acción de los vapores de diferentes compuestos orgánicos, ha podido comprobar el hecho inesperado de que la naftalina es impotente para alejar á los insectos. En una habitación alta de la Estación de química vegetal de Meudón, centenares de dípteros depositan sus huevos á pesar de estar el aire saturado de los vapores de naftalina.

En cambio, los vapores de las esencias de trementina, de sérpol y de espliego son muy eficaces para la destrucción de insectos, y el alcanfor posee en grado máximo esta misma propiedad maravillosa, bien conocida desde los tiempos de Raspail, y que la gente estaba á punto de olvidar algo, injustamente por cierto.

Esta descalificación de la naftalina es tanto más beneficiosa cuanto que los vapores de esta substancia distan mucho de ser inofensivos para las personas que, por razón de sus ocupaciones, han de estar habitualmente expuestas á ellos.—X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona





JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dᴿ DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dʀᴇs JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fᴵᴬ G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. — Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedías, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Algunas consideraciones históricas sobre España y el Ejército, por *D. Federico Pita*. – La «Revista de Infantería» ha publicado en folleto la conferencia dada por nuestro distinguido colaborador el segundo teniente D. Federico Pita en 24 de marzo de 1902, ante los Sres. Jefes y Oficiales del Regimiento de Infantería N.º 2. Es un trabajo notable en que se revelan la inteligencia del hombre estudioso y los levantados ideales de un buen patriota. Ha sido impreso en Madrid en la imprenta del Cuerpo de Artillería.

Memorias íntimas, por *Eusebio Blasco*. – Forma parte este tomo de la colección de obras completas de Eusebio Blasco, que rindiendo piadoso culto á la memoria de su padre publican los hijos del ilustre y popular escritor con cuya colaboración se honró durante largo tiempo La Ilustración Artística. En veinte artículos, á cual más interesantes, el autor, con la gracia, la elegancia y la facilidad de estilo que le eran características, narra sucesos políticos, describe costumbres sociales, refiere acontecimientos literarios, retrata en admirables semblanzas á varios hombres eminentes, amigos y contemporáneos suyos; en una palabra, hace una historia anecdótica de la vida matritense, que comprende desde 1862 hasta septiembre de 1868. Es un libro vivido, una serie de notas tomadas por un observador profundo y ampliadas por un literato culto, castizo, que supo dar á sus trabajos un carácter de amenidad que hace que se lean con verdadero deleite. La obra, de la que se han hecho ya dos ediciones, por haberse agotado la primera á los pocos días de ser puesta á la venta, ha sido publicada en Madrid, en la librería editorial de Leopoldo Martínez, y se vende á 3'50 pesetas en Madrid y 4 en provincias.

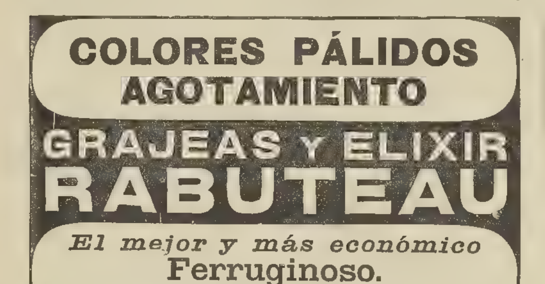
Plancha de plata que la ciudad de Schrobenhausen (Alta Baviera) ha regalado al eminente pintor Francisco de Lenbach, hijo de la misma, en testimonio de gratitud por las pinturas por él ejecutadas para las Casas Consistoriales, obra de Enrique Rautsch

Nueva Historia y Monografías geográficas de España. – Se han publicado varios cuadernos de esta obra, de la que oportunamente nos ocupamos y que con tanto éxito edita en Madrid la casa A. Pérez Asensio. El objeto de esta publicación es dar á conocer la historia y la geografía patrias por tres procedimientos simultáneos; 1.º, historia y geografía nacionales, esto es, de todo el país; 2.º, historia y geografía de las provincias; y 3.º, historia y geografía locales, es decir, de las capitales, ciudades, villas, aldeas, pueblos, lugares, etc. La obra, que va ilustrada con varias vistas, retratos de reyes, apuntes de hechos históricos, etc., se publica por cuadernos semanales de 16 páginas, al precio de 50 céntimos la edición de lujo, y 30 la corriente.

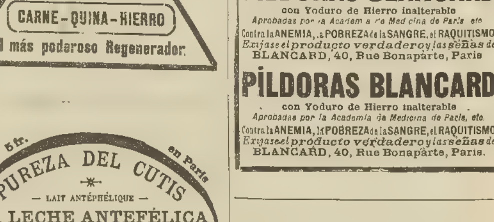
Manual práctico de confitería, repostería y pastelería. Elaboración de bebidas de todas clases, por *Roberto Visconti*. – Contiene este libro centenares de recetas para confeccionar toda clase de dulces y bebidas: cuanto puede apetecer la persona más golosa, los artículos más variados del arte del confitero y repostero, las bebidas más agradables, todo está reducido á fórmulas sencillas, claras, de facilísima ejecución. No es, pues, exagerado decir que se trata de una obra de grandísima utilidad para las familias é indispensable á todos los que se dedican á la fabricación de dulces, á los jefes de cocina, de fondas y cafés, á los dueños de despachos de bebidas, horchaterías, restaurants, chocolaterías, etc. Forma un tomo de 473 páginas, editado en Barcelona por D. Francisco Puig, y se vende á 6 pesetas.

Nebulosa, por *Carlos María Ocantos*. – Forma esta obra el tomo IX de la colección de Novelas Argentinas del reputado escritor Sr. Ocantos, y como todas las anteriores, algunas de las cuales han podido admirar los subscriptores á nuestra Biblioteca Universal, ofrece el atractivo de un argumento interesante y admirablemente conducido, avalorado por una exacta descripción de aquellas pintorescas costumbres, por la presentación de tipos perfectamente estudiados y por un estilo elegante y castizo. *Nebulosa* ha sido impresa en Madrid, en la tipografía de I. Moreno, y se vende á 3'50 pesetas.

Fernando VII, por *D. Manuel Lorenzo D'Ayot*. – En los cinco actos de este drama se describen los principales acontecimientos de la vida de Fernando VII, desde sus primeras conspiraciones contra su padre hasta su muerte. Tienen las escenas un interés histórico en el fondo y anecdótico en la forma. Editado en Madrid por la Reforma Literaria, véndese á 2 pesetas.







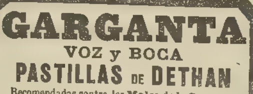
PAPEL WLINSI Soberano remedio para la rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. – PARIS, 31, Rue de Seine.



LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ZÔMOTERAPIA
ZÔMOL
JUGO DE CARNE DESECADO
EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda.
Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la *NEURASTENIA*,
la *CLOROSIS*, la *ANEMIA*,
la *CONVALECENCIA*, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.







Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 22 de febrero de 1904 — Núm. 1.156

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

CAÍN, ESTATUA EN BRONCE DE FEDERICO HEINEMANN

El escultor berlinés Federico Heinemann comenzó su carrera artística esculpiendo madera, es decir, dedicándose á trabajos menos académicos que decorativos, y esta circunstancia, tratándose de un talento natural como el suyo, más bien hubo de favorecerle que perjudicarle, pues sus dotes innatas se desenvolvieron, en sus primeros tiempos, libres de trabas que á veces malogran las más felices disposiciones.

Hizo sus primeros estudios en la Escuela de Bellas Artes de Nuremberga, los prosiguió durante tres años en Berlín y fué nombrado profesor de la Real Escuela del Museo de Industrias Artísticas de la capital de Alemania.

Mas no tardó en consagrarse al arte propiamente dicho, produciendo obras notabilísimas, á las cuales ha sobrepujado la que al pie de estas líneas reproducimos y en la cual se presenta como escultor de alto vuelo, dotado de una concepción potente y de un talento de ejecución vigoroso. En esta soberbia figura, la culpa pesa con fuerza enorme sobre el primer fratricida, dobla con irresistible impulso su cuerpo hercúleo y contrae en violento esfuerzo sus enervados músculos. Delante de él se abre la sima de la muerte; sus rodillas flaquean, y mientras con la mano izquierda busca un apoyo que no encuentra para no caer en el abismo, oprímese con la diestra la frente, debajo de la cual adivinamos un mundo de horribles pensamientos y un infierno de sufrimientos espantosos.

Este momento es el que ha tratado admirablemente el artista: ese hombre, antes fuerte, de gigantesca estatura, de hermosas proporciones, está á punto de caer rendido, extenuado, para no levantarse más. Y esta situación grandiosamente concebida, nos la presenta el escultor en una forma no menos grandiosa, verdaderamente monumental, con un poder de expresión superior á todo encomio; los movimientos del cuerpo, no obstante el desfallecimiento de éste, son realmente estatuarios, y en su rostro se reflejan por modo admirable las primeras ansias de la muerte, y sobre todo los terrores de la culpa.

La estatua es de bronce mate: sólo en los ojos y en los dientes conserva su brillo natural, contribuyendo esto á hacer más intensa la impresión que la contemplación de esta obra produce.



CAIN,

estatua en bronce de Federico Heinemann



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Sería curioso averiguar qué relación existe entre ciertos estados de ánimo en los pueblos, y el incremento de las públicas distracciones. Que nos domina el pesimismo no puede negarse; que las circunstancias no son rientes, con la depreciación de la moneda, las amenazas de la guerra extranjera y sus probables *salpicaduras* y las inquietudes interiores (no les demos más nombre que este eufemismo), tampoco me parece discutible; y al mismo tiempo ningún año los cascabeles del Carnaval han sonajeado con mayor viveza, ni una muchedumbre más compacta se ha estrujado á la puerta de los bailes públicos, cuyo número aumenta todos los días en proporciones sorprendentes.

Allá por los años primeros de la Regencia, el único baile de máscaras algo animado y de cierto buen tono en medio de la inevitable mezcolanza característica de este género de diversiones, era el baile de Escritores y Artistas. Sólo á éste podía ir de tapadillo la curiosa dama partidaria de *verlo todo*, ó la celosa furibunda sedienta de apurar hieles y acíbares de desengaño. Sólo allí se esperaba regalar el oído con la ingeniosa broma ó inquietar el corazón con el vivo impensado galanteo. Sólo allí no corría grotesco bromazo infaliblemente el incauto que pasándose de fino invitaba á cenar á la del azul dominó, para encontrarse, al caer el antifaz, con la cónyuge ó la madre política, episodio de la vida burguesa del cual han usado y abusado los saineteros. Hoy se pierde la cuenta de los bailes caros, revueltos y con posdata de cena más ó menos neroniana que alborotan á Madrid en tiempo de Carnestolendas. Baile de Escritores; baile de la Caridad; baile del Centro gallego; baile del Círculo de Bellas Artes; baile de la Prensa; baile Azul, y cito los más sonados. Claro que no los confundo: en todo hay matices, clases, categorías sociales, y en nada tan marcados y significativos como en lo que al parecer se asemeja como dos idénticas gotas del torrente de la locura.

***

Comparad el baile caritativo, ostentosa revista de joyas, trajes y caras conocidas de damas auténticas, á otros donde el antifaz oculta semblantes que no habrían menester cubrirse porque nadie les pondría encima un nombre. Con los ojos cerrados y sólo por el olor podrían diferenciarse estas asambleas de gente de buen humor y dispuesta á pasar el rato. Cada clase social tiene su aroma, su emanación propia; y si fuésemos tan sutiles de sentidos como los perros de caza, no necesitaríamos fijarnos en la ropa: el rastro bastaría.

***

¡El rastro! De todo lo que revela nuestra personalidad, lo más delator es esa imperceptible emisión de corpúsculos, estela que el salvaje sigue y que denuncia á su animosidad el enemigo cercano. Una de las inferioridades de la civilización es no oler el peligro, no rastrear la emboscada. El instinto, lo profundo y espontáneo de nuestra percepción, se adormece y embota entre las múltiples excitaciones de la cultura cerebral y la vida civilizada. A medida que desarrollamos el hombre pensante, debilitamos al robusto y hercúleo centauro cuya sabiduría nace del instinto infalible.

***

Volviendo al fenómeno del incremento de los bailes públicos en tiempos de francos á 40, de huelgas, de escasez y crisis, de conflictos políticos y avance de las ideas intranquilizadoras..., acaso se deba á esto mismo el afán de echar canas al aire. La historia ofrece reiterados ejemplos de esta combinación de alarma y gaudeamus. Después de la peste negra de Florencia, les entró á los florentinos un afán desmedido de gozar y reunirse en banquetes y fiestas, y sobre todo de amar, que representaba el desquite de la vida sobre la muerte. A las degollinas de la Revolución Francesa—que es la revolución por antonomasia—siguieron las lupercales del Directorio, y nunca más locas gasas danzaron en torno de cuerpos más agitados por la fiebre del placer. En el individuo y en la sociedad prodúcense tales acciones y reacciones porque la continua depresión del ánimo sería letal.

***

Existe en mi tierra una costa brava que recibe, en el lenguaje popular, el nombre de *Costa de la muerte.* Cada año la marina inglesa paga su tributo á los bajíos, escollos y arrecifes de la temible orilla. Allí, como en las costas de Bretaña, la niebla se condensa y espesa de tal modo, que el marino más experimentado corre al naufragio sin advertirlo. Dos cosas compiten para impresionar el ánimo: el riesgo espantoso y la perseverancia con que los ingleses lo afrontan. Han puesto en el mar su grandeza y se dan cuenta exacta de que en todo lo que nos engrandece precede lucha mortal. El telégrafo nos dice que acaba de perderse un vapor inglés, quizás el *Oravia*, procedente de la América del Sur. La costa se halla desguarnecida de faros y señales, y la prensa regional riñe una campaña para que esta necesidad sea atendida. ¿Nos lo agradecerán los ingleses? ¿Verán en ello un indicio de nuestro «saneamiento» como nación?

No rondan los ingleses nuestra costa fatal de Galicia sólo por el atractivo del peligro, que embriaga á los fuertes. Giran en derredor de lo que ven en sueños; y al decir sueños no quiero expresar, ¡ojalá!, imposibilidades. Nunca galán de comedia de capa y espada, nunca codicioso de comedia de Molière, nunca pretendiente cesante en acecho de la reposición ansiada puso al servicio de su deseo una voluntad más firme. Gracias á recientes estudios son conocidos los progresos de la catequesis protestante en los pueblecillos de la costa gallega. La ría de Arosa y el pueblecillo de Marín están invadidos por los misioneros de la religión reformada.

Esto parece á primera vista cuestión espiritual y no es sino política exterior, de la muy peliaguda. Los ingleses, creyentes, sí, señor, y observantísimos, y cuanto ustedes gusten; pero á Dios rogando y con el mazo—un mazo que semeja la clava de Hércules—dando á diestro y siniestro. Donde haya un ciudadano inglés hay un agente activo y leal... de Inglaterra, por supuesto. ¡Así pudiéramos decir lo mismo de los españoles!

***

Vanamente se pretende relegar al panteón de los dioses muertos al patriotismo. Hoy caracteriza á las naciones superiores, igual que las caracterizaba en tiempo de Pericles y Alejandro.

Se ha abierto una información en extremo curiosa acerca de si el patriotismo es compatible con el amor de la humanidad—lo cual no me parece un problema ciertamente, —y merecen la pena de ser notadas algunas opiniones que en la lista figuran.

Denis Cochin: No cree que desaparezcan la idea y la necesidad de la patria mientras no entremos en comunicación y por ende en rivalidad con algún otro planeta—Marte, verbigracia.—La humanidad es algo abstracto y la patria concreta nuestro sentimiento, elevándolo por cima del egoísmo individual.

Pablo Deroulede exclama: «Si debemos amar á nuestros semejantes, nadie tan semejante á mí como el francés.»

De Dion: «Quien afirma que ama á todos los hombres de igual modo, en realidad sólo se ama á sí mismo.»

Urbano Gohier: «Los sentimientos humanitarios aparentemente se afirman: en la realidad, es otra cosa. La guerra del Transvaal, la de Filipinas, etcétera, nos desengañan. La idea de patria podrá modificarse, pero es físicamente imposible su desaparición.»

Goyau: «El compatriota es el prójimo visible.»

Lepelletier: «La misma brutalidad del sentimiento patrio parece necesaria.»

Lockroy: «Los hombres no son hermanos sino en teoría.»

Poincaré: «Lo que más coopera al adelanto del espíritu humano es el afán de cada pueblo por acrecentar su poderío.»

Lord Avebury: «No cabe dudar que el patriotismo es sentimiento de altura.»

Barzellotti: «No conseguirán los colectivistas que la patria se desvanezca y pierda en la humanidad.»

Enrico Ferri: «Aunque ardiente socialista, soy profundamente patriota. Es la perversión del patriotismo lo inconciliable con el amor de la humanidad.»

Ernesto Haeckel: «El patriotismo es tan legítimo como el humanitarismo, aunque parezcan contradecirse.»

Luis Kossuth: «En el corazón del hombre no cabe el mundo entero.»

César Lombroso: «Conservemos el patriotismo, al servicio de generosos ideales.»

Mommsen: «El género humano no puede arreglarse si suprime el patriotismo.»

Max Nordau: «Desconfío de los hombres que protestan amor á la humanidad, y empiezan por volver la espalda á lo que tienen más cerca, que es su patria.»

Novicow: «La existencia simultánea de las patrias es tan necesaria como la existencia simultánea de los individuos.»

Verga: «El patriotismo es indispensable, porque la humanidad se compone de hombres y no de filósofos humanitarios.»

Nótese que estos son pareceres de intelectuales, de aquellos en quienes el sentimiento de patria está enflaquecido... Si preguntásemos á gente instintiva, no respondería de otro modo en la esencia, cualquiera que fuese la forma.

***

Es tan agradable poder felicitar á los gobernantes por algo, que no suelo desperdiciar la infrecuente ocasión. La idea de conceder á la mujer algunas modestas plazas en el Banco de España me dicen que ha nacido del Sr. Maura. Cuando vea el eminente orador el apremio de solicitudes y recomendaciones que con tal motivo se ha producido; cuando considere la avidez con que se han arrojado á ese pedazo de pan, acaso se despierte en su mente otra idea feliz y busque nuevas formas de abrir á la mujer otros caminos de vida honrada é independiente. El Estado protege al varón, á su trabajo, no pocas veces á su holgazanería (véanse las oficinas á todas horas). Si se permitiese á la mujer hacer oposiciones á las mismas plazas que el hombre desempeña; si en esta materia la concurrencia se autorizase, la mujer ganaría, y el servicio público también.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

La historia es una buena consejera porque es la experiencia comprobada y condensada.

C. DE MAZADE.

Los pueblos jóvenes sólo ven lo que pueden ganar; las naciones viejas piensan en lo que pueden perder.

GROSCLAUDE.

El teatro es la literatura de las personas de mundo que no tienen tiempo de leer.

SAINTE-BEUVE.

La crítica es el arte de pasar por hombre de gusto á fuerza de hacerse el melindroso.

ADRIANO DE COURCELLE.

No te quejes de tu tiempo: si te parece malo, pregúntate que has hecho para que sea mejor.

TOMÁS CARLYLE.

Hay momentos en que la mejor manera de amar á la humanidad es amar á la patria.

VICTOR HUGO.

Las revoluciones nacen de causas pequeñas y responden á intereses grandes.

CHALLEMEL-LACOUR.

Nuestros progresos nos cuestan caros: los del arte militar no tienen otro objetivo que la destrucción; los de las artes, que sirven para nuestros intereses ó para nuestros placeres, se pagan á menudo con hecatombes.

No siempre somos artífices de nuestra suerte; pero siempre podemos ser colaboradores de la misma.

G. M. VALTOUR.



El león quiere devorarlo

LA BALADA DE HAJEM-AL-ADAR

LEYENDA ÁRABE PREISLAMITA

Hajem-Al-Adar era apuesto y gentil, bravo y leal, poeta y guerrero, y además hijo de uno de la noble raza de los Beni Adar, originarios de Medina. Su abuelo Khalá-Adar era un hombre virtuoso que poseía un talismán, que obraba en razón directa de la virtud que tenía el que lo llevaba encima. Y este talismán le hacía invulnerable. También le permitía en caso de necesidad suprema el adoptar todas las formas de los animales y hasta le volvía invisible si era preciso. Y este talismán era una espada.

Hajem era noble, bello y generoso y tenía todas las grandes cualidades necesarias para reinar; pero su padre, que era rey de los Beni-Isul, murió cuando él era niño y su tío Aben-Muza le robó el trono. Aben-Muza busca la manera de hacerlo morir sin que se sepa.

Pero Hajem se escapa y anda día y noche acompañado de su fiel espada, que lleva pendiente de un talí incrustado de placas de oro. Todo el mundo le ha abandonado. No le acompañan más que su perro, un esclavo fiel y su espada, en cuya hoja hay damasquinado este lema: «*Conmigo y un buen corazón tienes bastante.*»

Hajem llega al campo del rey de los Beni-Huandé en Israim Damga; allí se da á conocer y es colmado de fiestas.

Pero su tío es muy poderoso, y el rey de los Beni-Huandé es débil, tanto, que no puede esperar socorros de hombres en armas. Hajem hace venir á su madre y á sus hermanas y las pone bajo la protección del rey de los Huandé. Y se marcha.

Y Hajem marcha montado en su caballo, con su espada; su perro y su esclavo le siguen, y atraviesa ríos y llanuras hasta que llega á encontrar en Africa á El Kebir, el gran caudillo de los moros, que tiene siempre diez mil guerreros prontos á entrar en combate. El Kebir está en su campo rodeado de las mujeres más hermosas, de los rebaños y de los camellos.

—Yo soy Hajem, le dice, á quien mi tío Muza ha desposeído. Dame un ejército para combatirle y reconquistar mi trono. Así habrás defendido la justicia, dando auxilio al débil contra el opresor, y todo el mundo dirá que eres un gran Cadí, bravo, noble, justiciero.

El Kebir le dijo:

—Seas bien venido.

Y le da hospitalidad en tienda magnífica y le regala una lanza. Pero no quiere probar fortuna contra Muza, que es muy poderoso. Y Hajem quiere vengarse.

Hajem come el *cus-cus* en su tienda y no sale de ella; y bebe agua del desierto, infecta y salobre. Un sirio le ofrece vino, y lo rehusa.

Hajem dice á una esclava de El Kebir:

—Dame agua dulce y fresca como la que yo bebía en mis tierras.

—Con mucho gusto lo haría, le responde la cautiva, pero para dártela tendría que morir en busca de ella, pues la fuente de esta preciosa agua está guardada por el león Bardidolo, y no deja sacar ni una sola gota á los que no consienten darle una doncella al menos; cada año para que la devore. Si se acerca una esclava, al momento la destroza.

Hajem se entera de dónde se halla el monstruo. Toma un odre y se va derecho á la fuente. El león quiere devorarlo, pero Hajem desmonta su caballo y se le hace invisible; al blandir su espada encantada, el león no veía más que una espada que volteaba por el aire. El león, lleno de heridas, lanzaba rugidos que sembraban el terror en el desierto. Los moros no se atrevían á salir de sus tiendas. Por fin, de un tajo la espada de Hajem degolló al león.

Entonces, dirigiéndose al caballo, plantó su lanza cerca de la fuente. Ató á ella su perro y dejó al lado uno de sus acicates, y volviendo á montar, partió con el odre lleno de agua, reuniéndose con su esclavo, que le esperaba allí cerca.

La nueva del combate conmovió todo el campo moro. Todos quisieron ver al monstruo degollado. Y todas las doncellas, inclusas las hijas de El Kebir, están radiantes de alegría por tal proeza. El Kebir no sabe quién lo ha muerto, y El Kebir dice:

—Que el vencedor se dé á conocer, que quiero premiarlo para que todos lo admiren.

Y la esclava exclama, ella que de lejos siguió al caballero Hajem:

—El que lo ha vencido será el que sepa desatar el perro de la lanza, desclavar la lanza del suelo y ceñirse al pie el acicate.

Todos los guerreros de El Kebir se atribuyen la victoria; todos quieren desatar el perro, pero el perro les muerde; todos quieren desclavar la lanza, pero la lanza no se desclava de la tierra; todos quieren calzar el acicate, pero el acicate les quema el talón y han de soltarlo.

—¿Cuál es, pues, el que ha vencido al león?, El Kebir exclama.

Y Hajem se aproxima. El perro le llena de caricias, la lanza cede y el acicate calza su pie, igual al del otro pie, que llevaba puesto. Todos le admiran. Las doncellas le bendicen. Y El Kebir le dice:

—Tú eres el más valiente entre todos los valientes. Mi hija y mis tesoros te pertenecen.

Pero Hajem tiene sólo una idea, la de castigar á su tío, y exclama:

—Acepto, pero á condición de que me dés tu ejército.

El Kebir duda. Y pide á Hajem otras proezas. El rey de los etíopes tiene muchos bueyes blancos, que jamás nadie más que él ha poseído.

—Hajem, tráeme los bueyes blancos.

Y Hajem parte á Etiopía.

Hajem no es un ladrón. Hajem se presenta al rey de Etiopía y le pide los bueyes, pero el rey se los niega y amenaza con cortarle la cabeza; entonces Hajem saca su espada. Los etíopes quieren prenderle y se hace invisible y la espada voltea por los aires. Los que quieren cogérsela se cortan las manos. Entonces vuelve á aparecerse al rey de los etíopes y le pide los bueyes.

Este, espantado, le dice que sí, pero que no le arruine, que le cuestan á peso de oro. Y Hajem da dos tajos á una roca enorme y se convierte en oro toda ella. Entonces el rey de Etiopía le da sus bueyes blancos, pero Hajem es generoso y sólo toma cien. Que van siguiendo á su caballo por allí donde él marca con la punta de su espada, dóciles como carneros.

Los moros, ladrones que eran, habían partido algo después para robar lo que quedara á continuación del combate, y tienen que volverse con las manos vacías.

Entonces le acusan ante El Kebir, y le dicen que es un traidor, que podía llevarse más de mil bueyes blancos y sólo se ha traído cien, á cambio de una alianza concluída con los etíopes. Y El Kebir condena á muerte á Hajem, cuya cabeza ha de caer sobre la arena.

Pero las doncellas no quieren que el que las ha libertado del león muera. Y ensillan los caballos y le dicen:

—Nosotras te seguerimos. Huye y ábrenos paso con tu espada.

Y con ellas está la esclava, y su esclavo, y su perro. Y Hajem parte, y su espada derriba á todo el que se le opone. Y El Kebir dice:

—Con él se va la esperanza de los míos. Se acabó ya la descendencia.

Y hace que le sigan y le digan:

—Ven, ven en seguida; ¿dónde vas con estas locas que te siguen? Si no vuelves, se acabó la raza. Vuelve, que yo te colmaré de honores y tú mandarás mi ejército.

Y Hajem, que es bueno, vuelve al campo y le dice á El Kebir:

—Dame el ejército para ir contra mi tío.

El Kebir esta vez cumple su palabra. Suenan añafiles, los guerreros se reunen.

Las voces de venganza de Hajem han sido escuchadas. Y todos parten, y él delante de todos.

Los capitanes se agrupan al lado de Hajem. Las cimitarras relucen al sol como sus cascos. La gritería de las mujeres les acompaña.

Antes quiere pasar á saludar al viejo rey de los Huandé, y á ver á su madre y á sus hermanas.

Por el camino encuentra una viejecita, que le suplica que se detenga. Hajem con dulzura le dice:

—¡Dejadme pasar, buena mujer, que voy á ver á mi madre y á mis hermanas!

Pero la vieja le responde:

—Yo soy tu madre, Hajem, ¿no me reconoces? Si me ves tan pobre, tan miserable y tan envejecida, es que el rey de los Beni-Huandé ha sido un malvado. Por miedo á tu tío me echó de sus dominios. Tus hermanas cayeron cautivas y yo ando mendigando en busca tuya.

Hajem salta del caballo, abraza á su madre y llora. Llora y le dice:

—¡Madre, tú serás vengada!

Los guerreros pasan el río á nado y el país de los Beni Huandé es conquistado, y la madre de Hajem puesta en el trono, rodeada de sus hijas, que fueron descubiertas por el esclavo. Hajem le casa con la mayor y le dice:

—Yo te hago libre.

Y le da mil caballos.

Y Hajem continúa y llega á los Estados que fueron de su padre. Muza el usurpador se dispone á re-

sistirle; pero de repente se le presenta un águila negra que baja por los aires.

—¡Aguila, exclama, dime si eres ave ó un genio, y desaparece; si no, teme mi cólera!

Y empuña el arco y le apunta una flecha, y el águila se desvanece; pero al desvanecerse, por un momento, Muza cree haber visto la cara irritada de Hajem y haber oído estas palabras: «Vengo para castigar tu acción infame.»

Aquella misma noche el ejército sitiador toma la ciudad por sorpresa, y al entrar él desaparece; sólo su espada voltea sola en el aire. Y entrando en el palacio, de un tajo cortó la cabeza del tirano Muza, cabeza que es mordida y arrastrada por el perro.

Y Hajem victorioso se da á conocer á sus vasallos, que le aclaman con entusiasmo como soberano del país, y Hajem hace la felicidad de su pueblo.

Y mil cantores cantan por toda la Arabia su leyenda.

Pompeyo Gener.

(Dibujo de Triadó.)

RETRATO
DE MARÍA ANTONIETA
PINTADO POR JACOBO LUIS DAVID

Sabíase que cuando el famoso pintor David pintó el célebre cuadro *Llegada de Luis XV á la Asamblea Nacional* había hecho también un busto de la infortunada reina María Antonieta; pero no se tenía más noticia de este retrato y se suponía con fundamento que los revolucionarios, en su odio feroz á todo cuanto se refería á la familia real, habrían destruido esta obra de arte, como tantas otras preciosidades artísticas que no fueron respetadas por aquellas hordas sanguinarias.

Busto de María Antonieta, pintado por Jacobo Luis David, cuyo paradero se ignoraba y que ha sido encontrado recientemente

Por fortuna no ha sido así, y recientemente se ha averiguado que el busto pintado por David lo poseía una familia westfaliana; seguramente algunos emigrados se lo llevaron consigo y lo regalaron luego en prueba de agradecimiento á los que les dieron hospitalidad durante el tiempo del destierro. Lo sorprendente es que la existencia de esta obra era conocida en aquel país hasta el punto de que en un libro sobre los monumentos y obras de arte de Westfalia se hace mención de ella, aunque sin indicar el nombre del lugar en que se conservaba ni el de su poseedor; esto no obstante, la noticia no se difundió, á pesar de que hacía tiempo que se practicaban investigaciones, sobre todo por parte de los franceses, para averiguar el paradero de tal retrato. El interés que en Francia despertaba este cuadro se comprende teniendo en cuenta que ni el Louvre posee otro análogo de la desdichada esposa de Luis XVI.

Quien ha descubierto esta joya ha sido un médico de Wiesbaden, gran aficionado á las bellas artes, el doctor Gustavo Hulsemann; cuando lo encontró, el cuadro estaba en un estado deplorable; pero después de haberlo limpiado apareció en toda su belleza: la reina lleva un traje verde muy descotado con un magnífico broche; va sencillamente peinada y ostenta una rosa en su cabeza.

El valor del cuadro es inmenso; si atendemos á que las obras de ese pintor se llegaron á pagar, ya en vida suya, á más de 100.000 francos, no es aventurado afirmar que la que nos ocupa y que adjunta reproducimos, por las circunstancias especiales que en ella concurren se venderá en algunos centenares de miles de francos.—X.



Tarde de verano, cuadro de Carlos Vázquez



EL CEMENTERIO DE LOS PERROS EN PARÍS

(Véase la descripción de «Nuestros grabados»)



Grupo de soldados japoneses



Soldados japoneses de infantería en uniforme de verano y de invierno

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Aun cuando la prensa diaria llena sus columnas con noticias sensacionales, la verdad es que desde nuestra última crónica no se ha librado ninguna acción verdaderamente importante en el teatro de la guerra. Si fuéramos á contar los buques, tanto rusos como japoneses, que se han ido á pique ó han sufrido graves averías, al decir de las agencias telegráficas, casi podría afirmarse que las escuadras de ambas potencias han quedado reducidas á su mínima expresión; por fortuna tales desastres sólo están, por lo menos hasta ahora, en la imaginación de corresponsales más ó menos interesados.

Orientarse en medio del cúmulo de noticias contradictorias que del Extremo Oriente nos llegan es tarea en extremo difícil; saber la verdad, cuando casi todas estas noticias son al día siguiente desmentidas para ser afirmadas de nuevo al otro y así sucesivamente, es más que difícil imposible. Y esta dificultad y esta imposibilidad, características de todos los casos de guerra, sube de punto en el presente, en que uno de los beligerantes tiene especial empeño en ocultar rigurosamente todo lo que le es desfavorable y en poner á los corresponsales tantas trabas en el ejercicio de su misión, que sólo pueden éstos decir lo que á aquél conviene, sea verdad sea mentira: tal es, en efecto, el procedimiento que siguen los japoneses, de quienes no se puede saber de una manera exacta ni siquiera las bajas que han tenido en las acciones en que hasta el presente han resultado vencedores. Y á todo esto hemos de añadir que la prensa inglesa, una de las principales fuentes de información en Europa, está dando pruebas de una parcialidad tan grande, que no hay modo de dar crédito á lo que en sus columnas se inserta.

Con posterioridad á nuestra anterior crónica, se ha sabido que los japoneses experimentaron considerables bajas en el combate naval de Puerto Arthur, habiendo sufrido algunas averías tres de sus grandes buques de guerra.



Una calle de Mukden, capital de la Mandchuria

Los detalles que se han ido recibiendo del combate naval de Chemulpo, del que nos ocupábamos en la crónica anterior, demuestran que la victoria de los japoneses, aun siendo innegable, no fué brillante ni mucho menos. En el puerto neutral de Chemulpo (Corea) hallábanse fondeados dos buques rusos, el crucero *Varyag* y el cañonero *Koreets;* una escuadra japonesa les intimó en la mañana del día 9 que antes del mediodía salieran del puerto, pues de lo contrario les atacarían dentro de éste. Salieron en efecto los dos barcos y se batieron heroicamente contra fuerzas tan superiores, que no tardaron en ser echados á pique.

Este hecho es, de todos modos, tanto más lamentable cuanto que demuestra cierto descuido de parte del almirante ruso, en no haber ordenado, así que supo el rompimiento de las hostilidades, que dichos dos buques se replegaran sobre Puerto Arthur.

La noticia de la tentativa de desembarco de los japoneses en Puerto Arthur, de que también hablábamos en nuestra última crónica, ha sido categóricamente desmentida por los centros oficiales rusos.

Lo que sí se ha confirmado es la ocupación de Corea por los japoneses, quienes han desembarcado numerosas fuerzas en Chemulpo, Masampo y Gensán: según parece, se proponen hacer de este último puerto el centro de sus operaciones militares y navales, lo que se explica perfectamente por ser este uno de los puntos más relativamente próximos al Yalú, río que seguramente habrá de ser el objetivo del esfuerzo decisivo de los japoneses.

Cuatro cruceros rusos, el *Rossia,* el *Rurik,* el *Bogatyr* y el *Gromoboi,* salidos de Vladivostok, bombardearon la ciudad de Hakodaté, importante puerto de la isla de Yeso.

El *Ienisei,* buque transporte ruso que se dedicaba á colocar minas para cerrar la bahía de Talien-Wan, chocó con una de ellas y se fué á pique, pereciendo el comandante Stepanof, dos guardias marinas y noventa y dos marineros.

Tales son los únicos sucesos militares ocurridos últimamente.

Las potencias han declarado oficialmente su neutralidad en la guerra ruso-japonesa, con lo que la lucha quedará limitada á las dos naciones beligerantes. Sin embargo, en punto á neutralidad no parece que rijan hoy los mismos principios que en otro tiempo. Así, por ejemplo, el empe-

Soldado japonés del tren é individuo de la policía militar



Soldados japoneses de caballería en uniforme de invierno y de verano

rador de Corea proclamóse neutral desde el primer día, lo cual no ha sido obstáculo para que los japoneses hayan violado su territorio en distintos puntos cardinales, hayan ocupado la capital estableciéndose en ella como señores y dueños, y hasta hayan trabado allí combates sin preocuparse en lo más mínimo de las prescripciones del derecho de gentes.

Y no ha sido esta la única violación cometida por las fuerzas del Mikado contra las reglas que hasta ahora habían sido respetadas siempre por los pueblos civilizados. En efecto, ya hemos visto cómo atacaron á los dos buques rusos que se hallaban en el puerto neutral de Chemulpo; además han apresado barcos mercantes que ignoraban la declaración de guerra. Y por si esto no fuese bastante, asegúrase, con muchos visos de certeza, que el éxito que tuvo el ataque de los torpederos japoneses contra la escuadra rusa en Puerto Arthur, en la noche del 8, se debió á que se valieron de señales rusas. Y los que así obran se quejan de que los buques rusos que bombardearon Hakodaté no hicieran antes las intimaciones que son de uso tratándose de una plaza no fortificada.

Mas no son los japoneses los únicos que entienden de este modo el derecho de gentes y la neutralidad, según se desprende de la protesta de Rusia contra la conducta de Inglaterra que, á lo que parece, consiente que el puerto de Wei-hai-Wei, arrendado por la nación inglesa á China y que, por consiguiente, debía ser neutral, sirva de base á las operaciones navales de los japoneses.

Una de las cosas que más preocupan actualmente es la actitud que guardará la China en vista de los acontecimientos hasta ahora desarrollados tan cerca de ella y de los que en breve se desarrollarán probablemente en su propia casa, en la Mandchuria. El Japón dice haber aconsejado al gobierno del Celeste Imperio la más estricta neutralidad, y si fuesen ciertas las razones contenidas en una nota que el ministro japonés en París ha comunicado á la prensa, bien merecía el Mikado un aplauso por el sentido profundamente moral que revelan sus consejos á su imperial colega de Pekín: según dicha nota, el Japón, aun conociendo todas las ventajas inmensas que podría sacar de una alianza con China, aconseja á ésta que permanezca neutral: primero, por la obligación de todo beligerante de reducir al mínimo los males de la guerra y por ende de limitar todo lo más posible la extensión del teatro de la lucha á fin de que resulte menos perjudicado el comercio de las potencias neutrales; segundo, por la necesidad de reducir el número de las potencias beligerantes, que en el caso presente han de ser únicamente Rusia y el Japón; y tercero, por la importancia que tiene, en una guerra entre estas dos potencias, el mantenimiento riguroso del orden, así en el interior de la China como en los puertos abiertos al comercio. La nota termina con las siguientes palabras: «En el caso en que el gobierno chino comparta los puntos de vista que acabamos de exponerle, el gobierno japonés respetará la neutralidad de China *siempre y cuando Rusia respete á su vez esta neutralidad.*» Hemos subrayado la última frase porque quizás tiene más intención de lo que á primera vista parece, teniendo en cuenta que los rusos ocupan la Mandchuria, en donde han concentrado todas sus fuerzas de tierra, y que la Mandchuria es una provincia china, sobre la cual no posee Rusia sino derechos precarios y muy limitados.



Consejo de hombres de Estado coreanos

Lo mismo puede decirse respecto de la nota de los Estados Unidos poniendo gran empeño en hacer declarar á las potencias que reconocen y harán respetar la neutralidad del Imperio chino.

Los gobiernos ruso y japonés han publicado sendos manifiestos explicando, cada uno á su manera, naturalmente, las causas inmediatas de la guerra: como los conceptos en dichos manifiestos contenidos coinciden en el fondo y hasta casi en los detalles con las opiniones de los respectivos embajadores en París que publicamos en nuestra crónica anterior, nos abstenemos de ocuparnos detenidamente de ellos. Diremos únicamente que el de Rusia es conciso y está redactado en términos muy mesurados y dignos; y que el del Japón hace la historia minuciosa de todas las negociaciones seguidas antes de la ruptura de hostilidades y procura justificar con largos razonamientos su resolución de poner fin á las gestiones diplomáticas y de declarar la guerra.

Terminaremos esta crónica copiando una frase del ministro del Japón en Wáshington, que tiene aplicación á las actuales circunstancias, dado que hace ya varios días que nada nuevo ha ocurrido en el Extremo Oriente: «Cuando no se tengan noticias de la guerra, parece que ha dicho el mencionado diplomá-



Tren cargado con refuerzos rusos que se dirigen á Puerto-Arthur, pasando un puente provisional en el ferrocarril de la Mandchuria



ENTIERRO DE UN NIÑO E



N UNA ALDEA DE ITALIA

Nono, grabado por Ricardo Bong

tico, puede tenerse la seguridad de que algo importante se prepara, pues el principio fundamental de la estrategia japonesa es obrar como una flecha.»

Pronto hemos de ver si la realidad confirma estas palabras.—X.



SIAO-YANG, estación del ferrocarril de la Mandchuria



Una calle de Masampo (Corea)

NUESTROS GRABADOS

Tarde de verano, cuadro de Carlos Vázquez. – Basta comparar este cuadro con el dibujo del mismo autor que publicamos en el número 1.154 para hacerse cargo de la diversidad de aptitudes de Carlos Vázquez: en el uno, la imaginación del artista encontró en el tema del Carnaval ancho espacio para volar libremente y ejecutar una composición cuyo elemento principal es la fantasía; en el otro, el pintor se ha ceñido á la observación directa del natural, escogiendo, sin embargo, un asunto tan altamente poético, que el realismo casi desaparece en el ambiente ideal que lo envuelve. Obra trazada á grandes pinceladas, de una factura amplia y vigorosa, no es de aquellas que han de apreciarse por la minuciosidad de los detalles, sino por el efecto de conjunto; y desde este punto de vista hay que confesar que *Tarde de verano* es de sugestiva belleza. En efecto, contemplándolo nos parece respirar el aire pesado de las calurosas horas de la siesta, y nos sentimos deslumbrados por los rayos del sol, cuyo brillo apenas mitiga el follaje por entre el cual se filtran para dibujar en el suelo manchas de color y de sombra.

El cementerio de los perros en París.—Hállase situado este cementerio en una isla del Sena, entre Clichy y Asnieres, y apenas se entra en él, mediante el pago de 50 céntimos, quédase el visitante sorprendido ante la multitud, variedad y riqueza de monumentos funerarios que llenan aquel recinto. La sorpresa sube de punto al ver los epitafios que ostentan casi todas esas sepulturas; al leerlos, nadie diría que se trata de homenajes rendidos á animales, sino á seres dotados de razón, á personas queridas que la muerte arrancó de nuestro lado. Comprendemos que es una crueldad y á veces una ingratitud arrojar á un muladar el cadáver del perro que ha sido nuestro fiel compañero y que tal vez con su lealtad, con su instinto y con sus esfuerzos nos ha prestado grandes servicios; nos explicamos, por lo mismo, que se haya pensado en un cementerio para perros; pero de esto á que se erijan á su memoria costosos monumentos y á que se le consagren frases tan sentidas como pudiera ponerlas una madre en la tumba de su hijo, hay una distancia enorme que sólo espíritus desequilibrados pueden salvar. Cuando tantos infelices seres racionales van á parar á la fosa común sin que nada recuerde su paso por este mundo, su existencia llena de privaciones y de actos meritorios, tal vez heroicos, resulta repulsivo que los restos de un animal descansen en una sepultura cubierta de flores, artísticamente adornada con esculturas y lápidas en las que se han esculpido al lado de su nombre tiernas dedicatorias.

Los diversos grabados que constituyen la lámina de la página 141 representan: 1. Monumentos que figuraron en sepulturas cuyo plazo de arrendamiento ha terminado; 2. Entrada al cementerio; 3. Vista general del cementerio; 4. Una sepultura inglesa; 5. Tumba cuyo epitafio dice: «Demasiado sensible para vivir;» 6. Tumba de la perra *Emma*, de la princesa Pignatelli, cuyo epitafio dice: «La única amiga de una existencia errante;» 7. Monumento á Jorge Harmois, fundador del cementerio; 8. Otra vista del cementerio; 9. Tumba del famoso perro de San Bernardo *Barry*, que salvó cuarenta vidas y murió al intentar salvar la cuadragésima primera; 10. Tumbas de los perros del literato Tola Dorian, *Safo* y *Djerid*; 11. Tumba de un perro llamado *Bijou*, que salvó á su ama de un atentado criminal: el epitafio dice: «Era pequeño, pero tenía buenos dientes;» 12. Tumba de la perra *Follete*; 13. «A nuestra buena y fiel *Tosca*;» 14. Damas arreglando las tumbas de sus perros.

Entierro de un niño en una aldea de Italia, cuadro de Luis Nono.—La mayoría de los cuadros de este notable pintor italiano, de quien hemos reproducido varias obras en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, se caracterizan por una intensidad de sentimiento que causa en el ánimo una impresión profunda, difícil de olvidar. Y este efecto lo consigue el artista no recurriendo á asuntos terroríficos, antes al contrario, trasladando al lienzo escenas de sencillez admirable, pero tan sentidas y con tanto acierto expresadas, que necesariamente establecen entre el que las mira y el que las produjo esa comunicación espiritual que acaba por hacer latir al unísono los corazones de uno y de otro. Véase, en prueba de ello, el cuadro suyo que en el presente número publicamos: la tristeza que su contemplación despierta no emana de ninguno de los elementos aislados que integran la composición; el paisaje es risueño, claro, alegrado por el sol, animado por los encantos de la primavera, y en ninguna de las figuras que forman el fúnebre cortejo vemos esa expresión desesperada que la presencia de la muerte determina; y sin embargo, el conjunto tiene una melancolía que hace presa en nuestra alma y llega á lo más hondo de ella, haciendo asomar á nuestros ojos las lágrimas y engendrando en nuestra mente tristes pensamientos.

La sultana favorita, cuadro de Joaquín Agrasot.— Agradabilísima variante de sus cuadros de costumbres valencianas, que tanta celebridad han dado al distinguido pintor Sr. Agrasot, es «La sultana favorita,» que reproducimos en estas páginas. Vese en ella la experta mano del maestro que sabe por igual obtener resultados, sea cual fuere el tema ó el asunto que interprete. Siempre será justificada la consideración que merece el excelente pintor valenciano, pues aparte de sus méritos personales, débele Valencia la copiosa colección de sus cuadros de costumbres y la circunstancia de haber contribuído con su ejemplo y enseñanzas á formar el núcleo artístico que tanto honra á la reina del Turia.

Un remendón, cuadro de Juan Pinós. – Fué parte Juan Pinós de aquel grupo de inteligentes y entusiastas pintores que formaron la llamada escuela de Olot, á cuyo frente se destacaba la figura del malogrado Vayreda, y á quienes debe el arte catalán ese movimiento que traduce el modo de ser de la región y expresa uno de los aspectos más razonados de la pintura de nuestro país. Pinós ha sido uno de los más consecuentes, y sus numerosas producciones representan paisajes, tipos y costumbres saturados del sabor de la tierra, bien estudiados é interpretados con acierto y sinceridad dignos de aplauso. A este género corresponde el lienzo que reproducimos en estas páginas, trasunto fidelísimo de un remendón olotense, tipo popular y tan característico cual lo es todo cuanto le rodea, resultando en su conjunto una de las obras más interesantes de cuantas han brotado de la paleta de tan laborioso artista.

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés. – Exposición Graner.* – Decíamos hace dos años al ocuparnos de las varias obras que en este mismo Salón exhibió este distinguido pintor, que ha sido tan rápida y sazonada la transformación artística de Luis Graner, que cada una de las exposiciones que nos ofrece revelan un notable avance, manifiestan la confirmación de una nobilísima tendencia y expresan clara y evidentemente un temperamento de artista que sólo puede apreciarse en quien reuna á las envidiables cualidades del pintor el sentimiento del artista. Graner, durante el transcurso de algunos años, ha producido febrilmente; pero en la diversidad, en la multiplicidad de su portentosa labor, ha resaltado siempre una nota, una tendencia y un concepto. La sólida gama que el pintor ha amasado en su paleta le ha permitido obtener esos admirables efectos de luz y con ellos interpretar la nota de su sentimiento, de ese concepto social que, como las producciones de otros artistas meritísimos de Bélgica y Alemania, retratan la época en que vivimos y exponen vicios y defectos, situaciones y estados de ánimo de gran interés social. Graner ha circunscrito el concepto concretándolo á nuestro país, cual lo ha hecho siempre con todas sus producciones; y así como en su anterior exposición nos dió á conocer en sus admirables lienzos el modo de ser, la vida íntima de ese factor importantísimo del llamado cuarto estado, en los grandes centros de población, hoy nos lo presenta en situación más simpática y más noble, ó sea en el acto de desplegar sus energías, entregado al trabajo, precisamente teniendo por escenario la naturaleza en toda su ruda grandeza, cual si tratara de simbolizar la dignificación. Tal es, á nuestro juicio, la verdadera significación del hermoso lienzo *La pesca*, en el que todo aparece tan robusto y elevado cual el tema que ha perseguido el artista y las pinceladas con que ha sabido traducir su pensamiento.

Cuanto á los demás lienzos, sólo hemos de decir que bien pueden ostentar su firma, pues dignos son de su buen nombre, representando el conjunto un nuevo timbre de gloria á la ya alcanzada por Luis Graner.

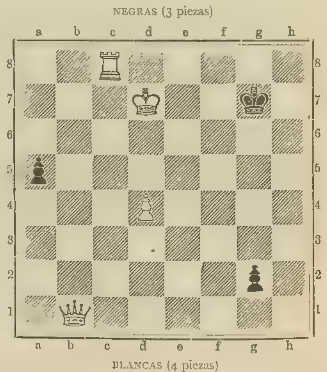
Que nuestras manifestaciones no son hijas de la exageración y sí derivadas de la justificación, demuéstralo el hecho de haber sido obsequiado el artista, por un crecido número de amigos y compañeros de esta capital, con un banquete en el Hotel Colón con el propósito de tributarle un testimonio de simpatía y un homenaje de consideración al artista eminente que, gracias á su inteligencia y personal esfuerzo, ha logrado alcanzar una reputación envidiable y honrar al arte patrio.

Por nuestra parte nos asociamos sinceramente al homenaje y hacemos votos para que prosiga Graner su fructífera labor, en honra propia y en provecho del arte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 353, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 352, POR W. LUBCKE.

Blancas.	Negras.
1. e 2 – e 3	1. Cualquiera.
2. D ó C mate.	



El dócil *Celesio* prosiguió su viaje

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

I

De cómo el lector, transportado al teatro de los sucesos, traba conocimiento con un santo y tropieza con un enigma

No puedo asegurar si hacía ocho ó diez días que me encontraba en Lugnano; lo que sí sé es que cuando recibí aquella carta rayaba el alba de un hermoso domingo de agosto, y que precisamente en aquel momento salía yo de casa para gozar del fresco matutino.

La susodicha carta, verdadero modelo de concisión espartana, decía lo siguiente:

«Nos sentaremos á la mesa á las doce en punto.

»RICARDO.—PRÓSPERO.

»*Bissone, el día de San Carpóforo,* 186...»

El cual lacónico lenguaje, juiciosamente glosado, quería decir:

«Hoy se celebra la fiesta del santo patrón de Bissone; estamos aquí ociosos, no en muy buena armonía con el paraíso, pero en perfecto acuerdo con el párroco y con su cocina. Siguiendo la costumbre de años anteriores, después de los solemnes oficios se procederá á una celebración no menos solemne, y tú solamente faltas para completar la solemnidad. Ven, y encontrarás brazos abiertos para recibirte y estómagos hambrientos.»

Ahora convendrá decir que aquella mañana me había yo despertado de mal humor; que había abierto las ventanas de mi cuarto y puéstome á contemplar el soberbio panorama del lago con esa mirada entre estúpida y ceñuda que es la señal más positiva del tedio y del disgusto.

Jamás me entretengo en transigir con el miserable estado de mi ánimo, y si puedo agarrar á mi ángel malo por los cuernos, no le doy gusto perdiendo el tiempo en divagaciones; así, pues, apenas hube leído la carta y recorrido con la imaginación, para subyugarla, todo el jubiloso y grato conjunto de promesas que en aquella invitación me sonreían, resolví ir á comer á Bissone.

A repentina determinación, rápida ejecución; esto es, créame el lector, casi siempre un buen partido, y tal fué el mío; apenas me repetí: «Iré á Bissone,» cuando ya estaba en marcha hacia la playa. A los diez minutos me hallaba á bordo del *Celesio,* modesto vaporcillo que hace muchos años se pasea solitario por las severas aguas de aquel lago.

Aún no había dado el primer toque la campana de la partida; mas por ponerme con un principio de ejecución en la imposibilidad de retroceder, fuí el primero en pasar á bordo del vapor y en arrellanarme en los asientos de popa con la desenvoltura del hombre que ha jurado divertirse.

Y parece que puse verdaderamente toda mi buena voluntad en ello y que la fortuna me secundara dócilmente, porque el tiempo se me pasó sin sentir, y cuando el sonido de la campana vino á sacarme de mi éxtasis, y noté que á mi alrededor se habían agrupado algunos pasajeros, y que la chimenea empezaba á resollar ruidosamente, despidiendo intermitentes bocanadas de humo, aquel olvido de mí mismo me pareció un buen indicio, que me regocijó el corazón como alegra todo agüero feliz.

A decir verdad, me sentía otro hombre; la naturaleza, para la cual mi ánimo conturbado por el mal humor no había tenido poco antes el más insignificante tributo de admiración, despertaba ahora en mí ese entusiasmo jactancioso que bebe en todas las fuentes, que se alimenta de ilusiones, que sonríe á todas las cosas creadas y se arroja ávidamente en busca del dolor—entusiasmo virginal de los diez y seis años que todo hombre pierde irreparablemente á los diez y seis años.

No podré decir cuánto tiempo hacía que yo lo había perdido; pero sepa el que esto lea que lo encontré aquel día, y que mi corazón no estaba todavía tan cambiado que no lo conociera y no lo recibiese con agasajo como á un amigo.

Cuando el sol, que remontaba por el horizonte tiñendo de púrpura las cimas de los montes, y el medio disco de la luna que aparecía al lado opuesto como una azulada mancha, y la obscura vegetación de la campiña circunvecina hubieron mitigado las procelosas ondas por las que navegaba mi corazón á todo trapo, me dediqué á otra ocupación que debía hacer que me pareciera más breve el cortísimo viaje y me puse á estudiar á mis compañeros de viaje.

Media docena de ingleses y otros tantos curas componían el pasaje de popa del *Celesio* en la mañana de aquel domingo de agosto.

Los ingleses, fáciles de conocer por su sombrero rodeado de un velo verde, por su modo de hablar sibilante y cortado y por su inevitable libro de memorias, tenían esculpido en la cara su itinerario. «De Lugnano á Capolago, de Capolago á Camerlata, de Camerlata á Milán, de Milán á Roma.»

Los curas no decían ni hacían nada; miraban acá y acullá, á los montes, al agua, á los pasajeros, con ciertos ojos y ciertos rostros serenos que daba gusto verlos. No sé cómo, acudió á mi mente San Carpóforo que dirigía mis pasos, y la doble celebración y la cocina del párroco, y dije para mis adentros: «Estos son mis verdaderos compañeros de viaje, y que los manjares de Próspero se echen á perder si me equivoco.» Pero en esto volví la cabeza y vi á mi lado... No acierto á comprender por qué irresistible impulso me sentí atraído á él; pero lo cierto fué que apenas le vi, me pareció quererle al punto.

Era de aventajada estatura y bien proporcionado, de facciones regulares, pero las meditaciones ó el dolor habían surcado su ancha frente de arrugas precoces. Tendría unos treinta años, pero tan pronto me parecía que no debía haberlos cumplido, como que pasaba de ellos. La naturaleza y los disgustos se deleitan á veces en semejantes falacias.

Tenía la cara apoyada en la palma de la mano y el codo en la borda, y tenía la vista fija ante sí, allá á lo lejos y con gran atención, como quien mira más allá de la tierra.

Seguí casi sin notarlo la dirección de su pupila, miré las sonrosadas nubecillas que se dilataban lentamente presentando nuevos perfiles, la doble fila de montañas que flanqueaban el seno del lago que conduce á Porlezza y que parecen hundirse bajo la superficie tersa y tranquila de las aguas, y luego rehice aquel largo camino y volví al rostro triste y pensativo de mi compañero de viaje.

¡Cuánto habría dado por leer en el pensamiento de aquel hombre!

Iba ya á dirigirle la palabra, cuando se apartó bruscamente de mi lado, y dando algunos pasos lentos por la toldilla, fué á sentarse al extremo opuesto de la popa.

—¡Vete al diantre!, exclamé, y volví la cabeza á otro lado con despecho.

Pero no me fué tan fácil volver á otro lado mi pensamiento, y después de un momento de débil lucha, busqué de nuevo á mi desconocido y le seguí con la vista. Sin embargo, estaba decidido á no hacer más. Y entonces noté una particularidad en la que al pronto no me había fijado: que iba vestido de negro de pies á cabeza.

Vamos á ver, me dije enfrascándome en mi análisis; eso no es un pasajero como todos los demás, y si lo es, ¿cómo no lleva alguna maleta? Tampoco es un aburrido que vaya en busca de distracciones, porque si así fuera pondría un poco de buena voluntad en distraerse, y parecería tener empeño en ello, y pasearía y bromearía con los demás, en vez de esquivarlos y de irse como un hurón á un banco solitario. El aburrimiento tampoco imprime surcos tan profundos en el rostro de un hombre bien nacido, ni obliga á vestirse de luto... ¡Ah! La campana da la señal de llegada: ¿cómo tan pronto?

Y volviendo á ocuparme de mí mismo, eché una mirada alrededor.

¡Cáspita!, exclamé en voz baja.

—¡Cáspita!, repitió como un eco uno de los curas que estaban cerca de mí.

—¡Cáspita!, volví á exclamar. Aquí hay brujería ó engaño. Esas casitas, esos campanarios, esta rada, no son las casas y los campanarios y la rada de Bissone. Ese pueblo no es Bissone.

—No, no es Bissone, aseveró mi compañero de viaje.

—*Campione,* gritó el conductor á nuestro lado.

¿De cuándo acá para el *Celesio* en Campione?

—Eso mismo digo yo, contestó el cura. El itinerario no marca escala en Campione.

—¡El itinerario!, dijo D. Pedro. No hay itinerarios que valgan cuando se trata de San Carpóforo: ¿Le extraña á usted esto? Otras muchas cosas se han visto en otros tiempos. Lo cierto es que hoy el *Celesio* hace escala en Campione para tomar á bordo á algún pasajero.

—¿Usted aquí, D. Pedro?, dije. ¿De dónde sale usted que no le he visto hasta ahora?

—De allá, contestó indicándome el departamento de proa; un pobre cura de aldea se ve en la precisión de hacer economías... para la vejez.

—¡Bah! La vejez está aún lejos.

—A Dios gracias, sí; pero los años se vienen encima como los achaques; ¡pobre del que no piensa en ellos oportunamente!..

Yo no escuchaba ya las palabras del reverendo.

—¿Qué mira usted con tanta atención? ¡Ah! Un pasajero que desembarca. ¿Quién es?

En tanto mi desconocido se marchaba. Le vi bajar á la lancha que se separó del vapor á fuerza de remos; le vi acomodarse lentamente en el banco con el mismo aire triste y pensativo..., luego la campana dió la señal de partida, la chimenea volvió á despedir humo y el dócil *Celesio* prosiguió su viaje momentáneamente interrumpido.

Un cuarto de hora después me encontraba enfrente de dos campanarios, y de una fila de alegres casitas, de una ancha rada y de dos olmos gigantescos... Aquellos campanarios, aquellas casas, aquella rada, aquellos olmos, los tenía yo esculpidos en el corazón.

Y la voz del conductor resonó en aquel momento, gritando: *Bissone*.

* * *

—¿Qué hacemos? ¿A qué aguardamos?, preguntó de pronto Ricardo. Hace ya mucho rato que han dado las doce.

—Tu estómago adelanta, contestó Próspero después de mirar con gravedad su reloj. No son más que las doce, siete minutos y veinticinco segundos.

—Siete minutos y veinticinco segundos robados al programa, replicó Ricardo. Lo que es yo, protesto.

—Siete minutos y veinticinco segundos robados á la mesa, dijo Anselmo desde el rincón á que se había retirado; también yo protesto.

—He ahí otro que todavía no ha pronunciado una palabra y que abre la boca para decir que tiene hambre, observó Próspero dirigiéndose á mí; ¿y tú, qué dices?

—Que si el protestar puede servir para que pasemos cuanto antes al comedor, también protesto.

—Vamos á ver. ¿Por qué esperamos?

—Ahí está el *quid*.

—¿No quieres decirlo?

—Es un secreto de Estado.

Al oir esto, salió Anselmo de la sombra amiga de sus castillos en el aire y se adelantó con ademán solemne.

—¿A quién esperamos?, preguntó con el mismo acento con que hubiera dicho: ¡La bolsa ó la vida!

Una carcajada acogió aquella pregunta; pero Anselmo, sin descomponerse, repitió en el mismo tono:

—¿A quién esperamos?

—Voy á deciros algo, contestó Próspero.

—Enhorabuena. ¿A quién esperamos?

—A un forastero.

—¿Inglés, americano, alemán?

—Nada de eso.

—¿Ruso?

—Luego lo sabréis.

—¿Conque es ruso? ¿Y cuándo llegará?

—Ya debería haber llegado.

—Se hace esperar demasiado.

—¿Y no sabe que hace ya veinte minutos largos que estamos en brasas?

—¡Será un gran personaje!

El buen Próspero, acometido por aquella trinidad turbulenta y famélica, no se defendió; pero recogiéndose en un tranquilo silencio, sostuvo el choque con sonrisa maliciosa.

Próspero era lo que se llama un hombre de experiencia; tendría media docena de años más que cada uno de nosotros, pero parecía de más edad por cierta indiferencia filosófica que lo engrandecía á nuestros ojos; había renunciado muy pronto á las dulzuras (él decía *á las miserias*) de la vida desarreglada, y recluídose en su pueblo natal, viviendo junto á su lago y sus montañas y con sus costumbres patriarcales. Tenía ya el acento, los modales, la serenidad de un hombre maduro; su filosofía de treinta años, le servía á maravilla, y expresaba con complacencia la jactancia de haberse despojado de todo.

Sin embargo, en aquella solemne apostasía de la juventud, Próspero había hecho una excepción en favor de sus antiguos amigos, de los compañeros de sus primeras calaveradas, á los que conservaba particular cariño. Además había conservado en el fondo de su pecho un culto á la más generosa divinidad del Olimpo, á la cual sacrificaba con frecuencia excelentes vinos que se mandaba traer del Monferrato; la pipa y su perro, viejo perdiguero de pelaje leonado, que atendía al nombre de *Reverendo*, completaban su existencia. A juzgar por lo que exteriormente parecía, no ha habido en el mundo un hombre más feliz que Próspero.

Ricardo era el reverso de la medalla; impaciente, descontentadizo siempre; alegre, pero con esa alegría convulsiva y espasmódica que llega á malhumorar á los demás; locuaz y ameno en su conversación, pero á menudo maldiciente y sarcástico. Era feo, pero no se preocupaba por ello; había logrado convencerse de que la fealdad es indicio de gran talento, y con frecuencia intentaba persuadir también á los demás con circunloquios que hacían sonreir por su pequeñez. A pesar de esto, Próspero le profesaba mucha amistad, y salía siempre á su defensa diciendo que en el fondo era hombre de buen corazón. Tal cual parecía, Ricardo no me gustó nunca; él lo sabía y procuraba vencer mi repugnancia hacia él, lo cual le valía mi indulgencia, ya que no mi cariño.

Anselmo era muy diferente. Habíamos sido compañeros de colegio en esa edad que está tan próxima á la juventud que casi se confunde con ella, pero que conserva todavía la jactancia de la adolescencia; nos habíamos mirado con recelo y nos habíamos jurado cada cual de por sí sentir mutua antipatía; andando el tiempo, la casualidad nos acercó, y nuestros corazones juveniles habían notado cierta mancomunidad de latidos que debía estrechar indisolublemente los lazos de la amistad. Fuimos inseparables, en la escuela, en la calle, en el campo en el campo, unidos, solos, con el corazón lleno de afectos sencillos, los labios abundosos en ingenuas confesiones, de propósitos elevados... Nos separábamos besándonos como dos enamorados al llegar á nuestras casas, y nuestras últimas palabras eran: *Hasta mañana*. Aquel tiempo pasó rápidamente; transcurrieron algunos años; la suerte, que se había complacido en reunir nuestras existencias, aflojó bruscamente los vínculos que las enlazaban; separados por la fuerza de los acontecimientos en diferentes países, seguimos sin embargo queriéndonos, haciendo revivir en nosotros el pasado, recordándonos y recordando. En cierta ocasión anduvimos las leguas que nos separaban para abrazarnos, y visitamos todos los sitios que habían sido testigos de nuestros primeros entusiasmos. Mas ¡ay!, ¡cómo había cambiado ya entonces nuestro corazón! Pero en nuestro cariño no había mudanza. Yo consideraba con dolor la transformación sobrevenida en mí, é interrogaba en el rostro de mi amigo aquellas arrugas precoces que la soledad y la tristeza habían impreso en él. ¡Ah! ¡Por qué no habré estado siempre á su lado!

Transcurrieron más años: Aselmo vino á verme con motivo de estar de paso para Suiza, adonde iba á pasar una temporada.

—¿Solo?

—Solo.

Jamás había turbado la imagen de una mujer el cariño que me tenía.

—No estarás solo, le dije; te acompañaré.

Y así lo hice.

Había comprado una pequeña quinta en un collado á dos millas de Lugnano y allí pasamos unos cuantos días. Cuando volví á Milán, llevaba la íntima convicción de que Anselmo estaba enfermo, y así se lo escribí.

«Necesitas un afecto, una pasión; tu apatía te mata.»

Contestóme bromeando que su apatía procedía del vientre, y que se proponía emprender excursiones alpestres para contener la tendencia adiposa de su temperamento.

Cuando volví á Lugnano dos años después con ánimo de pasar allí algunas semanas, encontré á Anselmo y me pareció algo cambiado. A su hipocondria había sucedido una dulce tristeza; era más cariñoso, más sereno, más bello. Había vendido su quinta, en la que, según decía, se había aburrido hasta la desesperación, y se había dedicado un poco á frecuentar la sociedad.

—Perfectamente, le dije; no te falta más que un amor.

Se encogió de hombros y se sonrió.

La víspera de San Carpóforo me había dejado y trepó por las colinas con su escopeta sin decirme adónde iba ni invitarme á acompañarle; satisfecho con la feliz transformación sobrevenida en su espíritu, ni siquiera había puesto mientes en ciertas vacilaciones que no debían carecer de significación en un alma cándida y abierta como la suya.

Cuando le encontré en casa de Próspero, la alegría inesperada me sirvió de compensación de la contrariedad sufrida la noche anterior; se lo dije así y me contestó apretándome en silencio la mano.

—En verdad, dijo Próspero contestando á la pregunta que se le había dirigido, es un gran personaje.

—Algún gran dignatario, ¿eh?

—El primero en su tierra.

—Algún rico propietario que se distrae viajando.

—El más rico de su tierra, y precisamente viene á distraerse.

—Un capitalista.

—O quizá un magistrado.

—Lo uno y lo otro, contestó Próspero sonriendo con la misma sonrisa de malicia.

En esto resonaron pasos mesurados, abrióse con ruido la puerta de la sala y en el umbral apareció erguida una mole enorme.

—¡Sempronio!, exclamé conociendo al coloso.

—¡Sempronio!, repitieron dos voces como un eco, mientras Próspero, saliendo al encuentro del recién llegado, le tendía la mano riéndose de nuestra sorpresa.

—¡Bien venido, Sempronio!, gritamos todos á una.

—Un momento, dijo Sempronio con su voz estentórea.

Y volviéndose á Próspero y á Ricardo añadió:

—He traído un antiguo conocido, á quien corresponden por derecho los honores de la hospitalidad.

Y dando un paso en la sala, mostró detrás de sí á su compañero.

Una leve exclamación de asombro acudió á los labios de todos.

—¿Le conoces?, me preguntó Ricardo que estaba á mi lado.

—Sí..., es decir, creía que...

—Lo conocerás, me susurró al oído con su inflexible acento de sarcasmo; Sempronio nos ha hecho un buen regalo por cierto, y no podríamos estar mejor servidos para celebrar la fiesta de San Carpóforo.

Oí estas palabras sin hacer caso de ellas; mis ojos, mi pensamiento estaban exclusivamente fijos en el inesperado comensal. Aquel traje negro, aquel rostro joven todavía, aquellos labios sonrientes con sonrisa impregnada de melancolía... ¡Era él, el meditabundo compañero de viaje encontrado por la mañana en la toldilla del *Celesio!*

* * *

Permaneció un breve rato erguido é inmóvil; luego se adelantó con desenvoltura, y cuando hubo estrechado la mano á los amigos y pronunciado con cierta parsimonia los cumplidos de costumbre, se retiró al hueco de una ventana, donde Ricardo se acercó á hablarle.

El sentimiento profundo que poco antes me inspirara aquel hombre, se había debilitado mucho al volverle á ver. La caprichosa veleidad de la suerte que presentaba de nuevo ante mis ojos á aquel enigma viviente, me hacía más exigente. «No dejará de darse á conocer—me repetía la razón.—Al fin y al cabo no es otra cosa sino un hombre como tú, como Sempronio y como Ricardo; un hombre que siente y habla y come como todos los demás..., pronto lo verás. ¡Qué extrañas majaderías eran las tuyas! A poco más te imaginabas ver en él un héroe de novela. Pues has de saber que tu taciturno compañero era uno que se aburría como tú; y sus labios desdeñosos, como los de un hombre á quien cruzan por la mente mil tétricos pensamientos, ocultaban una serie de dientes afilados, y su traje negro abotonado, un estómago como el tuyo, que muy luego verás en ejercicio...»

Todo esto me decía la razón, aunque no puedo asegurar si entraba en ello por algo el despecho. Conviene saber que mi desconocido me había saludado al verme con un ademán de cabeza, cortesía imprescindible entre desconocidos; pero no para mí, que al menos me creía en el derecho de ser *reconocido*.

Ricardo había entablado en tanto la conversación con el incógnito, el cual no parecía prestarle gran atención; pero él había dado rienda suelta á su locuacidad y proseguía sin detenerse.

—De seguro que habla mal de alguien, pensé.

Y me acerqué inconsideradamente á la ventana. Al llegar junto á Ricardo, fingí no dirigirme más que á él.

—Decía al Sr. Castelli...

Lo que Ricardo acababa de decir al Sr. Castelli me tenía sin cuidado; mas como el Sr. Castelli estaba allí, á mi lado, parecióme un deber de urbanidad volverme hacia él y saludarlo.

—No quisiera equivocarme, pero me parece que ya nos conocemos, dijo contestando á mi saludo.

Estuve por soltar una herejía.

Si una mujer hermosa me hubiese dicho de repente: «Sepa usted que le amo,» la noticia no me hubiera embarazado tanto como me embarazaron aquellas sencillas palabras.

—Me parece..., es verdad...

—Hemos viajado juntos, añadió el señor Castelli, y no dijo más.

Próspero se acercó á nosotros, y dándome familiarmente golpecitos en el hombro, anunció que íbamos á sentarnos á la mesa.

* * *

Poco antes, no podía resignarme á creer que el señor Castelli fuese un hombre como todos los demás; sin embargo, desde que ya no era para mí un desconocido, su novela (porque se me había metido en la cabeza que había de tener una novela) había desmerecido mucho.

Me había sentado precisamente enfrente de él, y á fuer de observador escrupuloso y diligente, conté los bocados que había comido y sabía con exactitud cuántas veces había dicho «gracias» á Sempronio que estaba á su lado y le servía de beber con una regularidad llena de cortesía. De mis observaciones deduje que el señor Castelli había comido poquísimo y bebido mucho; que no había tomado parte alguna en la conversación, la cual no languideció un momento, gracias á Ricardo, que, á tuerto ó á derecho, hallaba siempre modo de decir algo.

En tal estado se hallaban las cosas, cuando yo, recorriendo mentalmente todas las tonterías de aquella mañana, torturaba mi cerebro para completar el estudio psicológico que tan ocupado me tenía.

«No cabe duda, decía para mí; este no es un hombre vulgar; ese labio superior contraído, esa frente dilatada y esas arrugas que se juntan en una faja horizontal en el punto de unión de los arcos superciliares, indican índole melancólica y pensativa, ánimo suave y benigno. Juro que si la ciencia de Lavater tuviese aún algún incrédulo, tomaría sobre mí el trabajo de hacerlo creyente con este solo ejemplo. Ahora, quién sea el Sr. Castelli y qué clase de misterio oculta, eso no puede decirlo la ciencia de Lavater, pero no dejaré de averiguarlo. Porque no puedo dudar un punto que oculta un misterio, pues con esa cara y con esos modales entre finos y selváticos, y con esa taciturnidad con que está comiendo, me parece más bien un héroe de leyenda que un digno admirador de San Carpóforo... Por lo demás, ha apurado bastantes copas, y esto creo que le ha de granjear el aprecio del santo.»

Al llegar á este punto de mi monólogo, Ricardo, que estaba sentado á mi lado, me tocó con el codo guiñando los ojos del modo truhanesco y lleno de expresión que le era propio. Miré alrededor, y no viendo nada de particular, volvíme á Ricardo, que ni momentáneamente había cortado el hilo interminable de su charla.

—Ya estamos, me dijo en voz baja.

Y continuó á más y mejor en la argumentación que sostenía con Sempronio.

Sin hacerle más caso, volví á mis primeras indagaciones.

El Sr. Castelli se había puesto ceñudo; era un comensal bastante raro; tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y la vista fija en la mesa, y parecía enteramente ajeno á cuanto se decía en torno suyo.

Picóse más y más mi curiosidad; examinando atentamente su rostro, veía ó me parecía ver en él las huellas de un dolor inmenso, y entonces se me hacía ostensible una visible contracción de los labios que se traslucía entre la sonrisa y la mueca, y quizás era la una y la otra. ¿A quién sonreía de tal modo?

Sempronio, Próspero, Anselmo y Ricardo, este último sobre todo, continuaban en tanto cuestionando; la comida llegaba á ese punto en que la lengua prorrumpe en el himno del estómago lleno; los chistes brotaban de los labios de cada cual como fuegos artificiales, y las copas rebosantes de vino de Jerez brillaban como lucientes topacios...

De pronto sentí otra vez el contacto del codo de Ricardo.

Ya estamos, me repitió de pasada.

Y en verdad, parecía haberse obscurecido más el rostro del Sr. Castelli, y su vista vagaba extraviada. Sempronio, que estaba á su lado, le miraba de vez en cuando á hurtadillas, y á la cara de nuestro coloso traslucía una cariñosa y compasiva tristeza.

Después de titubear un tanto, le vi inclinarse hacia el Sr. Castelli y hablarle en voz baja al oído.

—Ya estamos, me dijo Ricardo por tercera vez.

«Vete al diablo,» pensé.

El Sr. Castelli levantó la cabeza, miró con calma alrededor, y en seguida se levantó y salió del comedor sin decir una palabra.

Sempronio salió tras él después de dirigir á Próspero una mirada de inteligencia.

La orgía quedó un rato silenciosa. Parecía que aquel caso sencillísimo hubiera disipado de repente las imágenes del vaso.

Mis compañeros debían estar más enterados que yo de lo relativo al Sr. Castelli, y sin embargo, no fuí yo el último en conmoverme por las ignotas pesadumbres que trabajaban el ánimo de aquel hombre.

Proseguir la vana charla de antes sin aludir de algún modo á mi desconocido, no era posible después de tanto silencio. Próspero, que á fuer de buen anfitrió debía sentir más que nadie aquel incidente, fué el primero en hablar.

—¡Pobre joven!, exclamó con acento de profundo disgusto.

—¡Pobre joven!, repitió Anselmo llenándose la copa.

Esta acción de Anselmo me llegó al alma: él, tan bueno, había pronunciado aquellas compasivas palabras con tanta indiferencia, que me sublevó. ¿Se había vuelto egoísta durante el año que pasé últimamente sin verle? No era creíble. Y sin embargo, había ocurrido una gran mudanza en su porte, en sus hábitos y hasta en su carácter. Tenía ademanes, distracciones, silencios nuevos; vacilaciones y sonrojos, desconocidos hasta entonces de su alma sencilla; su melancolía era todavía profunda, mas parecía menos vaga, había adquirido contornos más marcados; hubiérase dicho que estaba triste, no ya por naturaleza, sino por algún motivo oculto. ¿Tenía ante mí, en mi antiguo amigo de la infancia, otro secreto que leer, otro dolor que sanar? Pero ¿contaba yo aún con mi antiguo amigo de la infancia?



Y dando un paso en la sala, mostró detrás de sí á su compañer

—¡Pobre joven!, añadió Ricardo con acento irónico; el Jerez se le sube á la cabeza...

Y se echó á reir con esa risa seca que lastima el oído sin comunicarse al alma. Nadie hizo eco á tan inoportuna hilaridad, y Ricardo, que notó su mal resultado, se apresuró á añadir:

—No he conocido criatura más extraña que ese señor Castelli; palabra de honor.

—¿Y quién es ese señor Castelli?, pregunté dirigiéndome á Próspero.

—¿Quién es?, replicó Ricardo; voy á decírtelo; es un hombre que se aburre y aburre á los demás...

—Es un infeliz, interrumpió Próspero con dulzura.

—Sí, si los locos son infelices, porque es un loco

—Es sencillamente un hombre melancólico.

—¡Brava melancolía, que corre de banquete en banquete é interroga treinta veces en una misma comida el fondo del vaso! Créeme, Próspero, yo entiendo bastante de estas cosas, y puedo decirte que el señor Castelli es un loco, y lo que es peor, un loco que se embriaga

—Pero, en resumidas cuentas, objeté; todo eso no me explica quién es el señor Castelli.

—Voy á decírtelo, voy á decírtelo... El señor Castelli es un hombre sobre cuya conciencia pesan dos graves culpas; la primera, haberse casado; la segunda, llorar la muerte de su mujer. Convendrás conmigo en que cuando uno reniega del sentido común y de la suerte hasta tal punto, es loco de atar.

—No te entiendo.

—Pues hablaré con más claridad: el señor Castelli tiene treinta años y hace seis meses que se ha quedado viudo. En vez de alegrarse de su buena suerte, pasa gimiendo día y noche, porque de seguro no hay noche que no gima; no parece sino que su difunta esposa se complace en visitar en la hora del silencio el tálamo nupcial, y que se le aparece en sueños como una visión. Cierto que el viudo ha procurado distraerse, y pone todavía buena voluntad en ello; es comensal de todas las orgías, y se ha entregado á la buena vida del soltero; pero aún apesta á marido... Añade á esto que para distraerse mejor, recurre á la bebida, el mejor medio para todo hombre de bien, mas para él, ¡ya, ya! El vino le pone tenebroso, y adiós buenos propósitos.

En esto Sempronio volvió á entrar en el comedor. Pero entró solo. ¿Dónde se había quedado el señor Castelli?

—¡Ah! Aquí tienes quién podrá darte más detalles, añadió Ricardo.

Sempronio meneó la cabeza con ademán de desaliento y volvió á sentarse en su sitio.

—¿Se encuentra mal?, pregunté. ¿Podemos servirle de algo?

—Gracias, me contestó Sempronio, no necesita nada.

—Bien lo decía yo. No necesita nada. ¿A qué adivino lo que hace en este momento?

—¿Qué hace?

—Llorar, desahogarse, deshacerse en lágrimas como un becerro.

Estas palabras, pronunciadas con tanta ligereza, penetraron dolorosamente en mi corazón. En aquel acento de mofa estaba retratada la indiferencia de la humanidad por las miserias del prójimo. Dirigí á Ricardo una mirada desdeñosa y guardé silencio.

Durante aquel diálogo, Anselmo había permanecido callado. ¿Qué pensaba?

Poco á poco se fué reanimando la conversación, los tapones saltaban al aire, las copas llenas chocaban...

Tres horas después todavía estábamos sentados á la mesa; Anselmo se había recostado en el respaldo de la silla; Próspero y Sempronio discutían fervorosamente; yo pensaba en mi desconocido, y de vez en cuando echaba una ojeada á la puerta por donde había salido, esperando verlo entrar de nuevo.

Y la voz ronca de Ricardo se elevaba sobre las demás cantando himnos en honor del patrón del pueblo.

II

El Sr. Castelli habla

Cuando Próspero, queriendo calmar nuestra impaciencia y mantener al mismo tiempo viva nuestra curiosidad, nos anunció la llegada de un forastero rico, gran dignatario y capitalista á la par, no mintió. Sempronio, el gigantesco Sempronio, era precisamente todo esto.

Es por cierto rara condición la del pueblo natal de Sempronio.

Figúrese el lector que la noche menos pensada se les ocurriera á todos los habitantes de una aldea del lago de Como cruzar la montaña, bajar á la orilla del lago de Lugnano é instalarse allí sin dárseles un ardite de las miserias del derecho de gentes, y tendrá una idea de lo que es Campione con sus cuatro palmos de territorio y con su población de doscientas almas entre ancianos, mujeres y niños. ¡Y en esta tierra italiana, rodeada por todas partes de agua y de montañas republicanas, es donde Sempronio mantiene incólume el honor de la bandera y del gobierno monárquico-constitucional. Alcalde, recaudador de contribuciones, administrador de correos, juez de paz, capitalista, industrial, es, en nombre de S. M. el rey de Italia, el alma, la vida, el sostén de aquel pequeño mundo.

Tomábamos á fuerza de remos la vuelta de Campione en una pesada lancha, y Sempronio, que iba sentado á mi lado, me contaba que en tiempos pasados las aguas y la montaña opuesta á Campione formaban también parte del territorio italiano, que esto le había ocasionado muchas contiendas y disgustos, y que por último un convenio entre los dos gobiernos había dirimido satisfactoriamente el antiguo litigio.

Había cerrado la noche, llena de susurros y de estrellas, una de esas noches tan frecuentes en el mes de agosto; el lago reflejaba en largas oscilaciones las mil luminarias del cielo: Lugnano escalonaba enfrente de nosotros sus trémulas lucecillas que con dificultad rompían el espesor de las tinieblas: una paz infinita reinaba en torno; desde la vecina orilla llegaba hasta nosotros la prolongada estridulación de los insectos, y la sumersión acompasada de los remos y el murmullo plácido de la onda abierta por la proa completaban el acorde sublime de la naturaleza.

Pero yo no paraba mientes en ello; y aun cuando Sempronio hubiera accedido á hacerme gracia de la narración de las prácticas internacionales de los dos gobiernos, creo que tampoco habría fijado mi atención en aquella armonía.

Conviene saber que muy cerca de mí, y precisamente en el mismo extremo de la proa, estaba sentado el Sr. Castelli, que levantada la cabeza, interrogaba hacía rato los astros.

(Continuará)

LAS MARAVILLAS DE LA CIRUGIA MODERNA

Antes de tratar de describir las más recientes y sensacionales proezas de la cirugía moderna, tales como operaciones en el cerebro, en la medula espinal y en el corazón, ha de decirse algo de las conquistas anteriores de la ciencia, sin las que esas y otras operaciones de menor importancia no hubieran podido llevarse á cabo.

Habían los cirujanos, después de siglos de observaciones y experiencias en los animales, adquirido un considerable caudal de conocimientos anatómicos y fisiológicos. Podían amputar un miembro estropeado, sabiendo qué arterias debían ligarse y dónde estaban. Ambrosio Paré, el gran cirujano francés, substituyó al cauterio la ligadura. Pero la cirugía del tronco y de la cabeza, es decir, de las partes principales del cuerpo, no existía, porque el dolor, sin mencionar otras importantes consecuencias, la hacía imposible. Vino primero á combatirlo el dentista americano Morton con el éter, y luego, en 1847, Sir Jaime Simpson, de Edimburgo, después de una larga serie de atrevidas experiencias en sí mismo, descubrió la propiedad anestésica del cloroformo, descubrimiento que suscitó en el clero y entre los mismos médicos violenta oposición. La reina Victoria, con su característico valor, consintió en que se le administrase el cloroformo al dar á luz, y desde aquel momento la anestesia obtuvo la victoria. Hoy es una de las más importantes funciones de la cirugía; muchos especialistas se dedican exclusivamente á ella, y pueden los cirujanos de Viena jactarse de que en 30.000 operaciones sólo dos pacientes sucumbieron á causa de la anestesia.

Fig. 1. – Tratamiento de una enfermedad maligna de la piel por las aplicaciones del radium

Tratemos ahora de la bacteriología aplicada á la cirugía. Si Pasteur no hubiera vivido, la cirugía moderna no existiría. Demostró la conexión que hay entre las bacterias y la fermentación, que hasta entonces se creía producida por el oxígeno del aire. Mr. José Lister añadió á los de Pasteur nuevos experimentos hechos en los animales, y continuó luego haciéndolos en sus enfermos. Sabiendo que el ácido carbónico mataba las bacterias, lo empleó en la curación de las heridas, y cuando era de temerse que, con arreglo á las ideas reinantes, sucumbieran los pacientes, se les vió curarse. Hoy el tratamiento antiséptico es el alma de la cirugía y de la obstetricia. En esta última, especialmente, la aplicación de ese sistema ha disminuído en tanto grado los peligros del parto, que la mujer tiene hoy más probabilidades de vida que el hombre, justamente lo contrario de lo que ocurría hace treinta años, que viene á ser la edad que tiene ese tratamiento, nacido en Edimburgo en el período de 1869-1877.


Fig. 2. – Aplicación de los rayos Roentgen á la cirugía

Entrando á especificar algunas operaciones recientes, principiaremos por una que salva dos existencias. Me refiero á las varias formas de la operación cesárea, llamada así porque, según se dice, hubo que recurrir á ella para que César viniese al mundo. Baste decir que esta operación, á la que antes sólo se recurría en casos extremos y casi siempre implicaba la muerte de la madre, se ha efectuado hasta tres veces en una misma persona y salvando en ellas también á la criatura. Hasta hace pocos años, la manera usual de practicar esa operación era tal, que imposilitaba de todo punto que una misma persona la sufriese dos veces; hoy, el operador hábil puede repetirla indefinidamente en la misma paciente.

La cirugía del corazón está aún en un estado embrionario, pero la relación de un caso operado recientemente en Alemania indicará suficientemente de cuánto es capaz la cirugía moderna. Cuando, tres cuartos de hora después de recibida la herida, vieron los médicos al paciente, estaba moribundo. La herida había perforado la aurícula derecha y su situación estaba claramente indicada por un chorro de sangre, que forzosamente saltaba á cada contracción cardíaca. Hízose una sutura á través de la gruesa masa muscular que constituye el vértice del corazón y pudo así traerse hacia fuera todo él, pudiendo el atrevido operador cerrar la herida con tres puntos de seda.

Al poco tiempo, el cirujano Schwerin presentaba á la Asociación quirúrgica alemana al hombre del corazón atravesado, completamente restablecido y dedicado á su profesión de carnicero. Así es que hoy pueden los cirujanos asegurar que salvan la vida á pesar de que el acero homicida haya penetrado hasta el interior del corazón.

Una de las más recientes é interesantes aplicaciones de los descubrimientos científicos á la cirugía ha sido la de los rayos Roentgen (fig 2) como medio de diagnosticar. Se cuentan varios casos de haberse podido averiguar la situación exacta de un tumor intracranial situado de tal modo, que ni aun la fisiología moderna podía localizarlo por la sombra proyectada en una pantalla colocando la cabeza en la trayectoria de dichos rayos. Suponiendo haberse hallado el tumor, puede éste ser grande y necesitarse gran abertura para extraerlo. Es expuesto abrir en el cráneo un boquete de nueve pulgadas cuadradas, por ejemplo; pues bien, últimamente, Mr. Colterill, cirujano de Edimburgo, ha ideado un sistema ingenioso por medio del cual un cirujano puede levantar un trozo, no sólo del cuero cabelludo, sino del hueso subyacente, del tamaño que se quiera y sin que se altere la nutrición sanguínea del hueso. Hecha la operación, se pone en su sitio la tapa levantada y á los pocos días está ya el cráneo tan sólido como antes. Este sistema es lo mismo que proceder deliberadamente á efectuar una fractura complicada del cráneo, y antes de Lister, la fractura complicada de un brazo ó de una pierna significaba pérdida del miembro ó de la vida, pues nada había más favorable á las bacterias. Ese mismo cirujano en una operación causó al paciente cuatro fracturas complicadas, con los más felices resultados. Era un muchacho raquítico, con ambas rodillas deformadas. Rompió cada pierna por dos partes, puso en línea recta los dos pedazos, curóse la deformidad, el joven pudo andar, aumentó su estatura en algunas pulgadas y todo esto por medio de una operación que, cuarenta años antes, le hubiera ocasionado infaliblemente la muerte.

Citaremos otro caso que demuestra cuánto debe la cirugía á la fisiología experimental. Un paciente consultó á un neurólogo de Edimburgo sobre una parálisis de las piernas y varios otros síntomas, entre ellos la pérdida de la sensibilidad en determinada extensión de la piel. El médico diagnosticó una neuritis alcohólica, con alguna otra cosa más, porque la pérdida de la sensibilidad no suele ser síntoma de esa enfermedad. El enfermo, después de un largo período de abstención de bebidas alcohólicas, volvió á consultar, pues aún le quedaba la parálisis de un pie y la referida pérdida de sensibilidad. El médico consultó las enseñanzas fisiológicas y vió, por la especial combinación de síntomas, que la causa podía ser únicamente una presión en sitio determinado de la medula espinal. Y conociendo qué punto determinado de determinada vértebra de la espina dorsal correspondía exactamente al sitio indicado de la medula, hizo que un cirujano extrajera la parte correspondiente de dicho hueso, y se vió que el pedacito de éste estaba más abultado de lo natural y oprimía la medula. Al día siguiente el paciente movía el pie y había recobrado la sensibilidad perdida.

Respecto á la cirugía del sistema digestivo, la operación más perfecta reciente es la de la gastrotomía, que consiste en establecer una boca artificial en el estómago del enfermo, por medio de la cual puede alimentarse por largo tiempo cuando está obstruído el conducto ordinario.

Por otra parte, se ha extirpado ya con frecuencia y con éxito favorable el estómago por completo, aumentando en peso el paciente después de haber perdido un órgano que el público continúa aún creyendo equivocadamente que es el principal, si no el único, de la digestión. En realidad, el proceso esencial

de la digestión se efectúa más allá del estómago; éste es probablemente más bien un depósito que otra cosa. El que ha perdido el estómago tiene, pues, que someterse á la regla de comer poco y con frecuencia.

La más reciente novedad en el campo de la cirugía es el uso del radium, que aún no se halla bien definido, pero que ya ha logrado notables resultados.

En todas partes se está ensayando este nuevo elemento, principalmente en Viena, cerca del lugar de su origen, y en Glasgow; pero habiendo prohibido su exportación el gobierno austriaco, son muchos los cirujanos jóvenes que no pueden emplearlo por no haberse provisto de él á tiempo.

Es indudable que con el radium se han obtenido ya curaciones en varios casos de lupus (tuberculosis de la piel) y de otras formas de afecciones malignas de la misma. En el grabado figura 1 se ve á un cirujano aplicando un tubo de cristal, que contiene diez milígramos de radium bromido, que valen doce libras esterlinas, al brazo de un enfermo de una afección maligna de la piel, que está ya en vías de curación. Un pedazo de papel de plomo está colocado entre las vueltas del vendaje, sobre el que sostiene el tubo el opera dor; de otro modo se lastimaría los dedos. Las emanaciones radio-activas del radium serán muy pronto ensayadas en forma de inhalaciones en casos de enfermedades de los pulmones; pero eso será una aplicación médica más bien que quirúrgica.



La sultana favorita, cuadro de Joaquín Agrasot

Por lo que hasta hoy sabemos, aparece bastante probable que los usos terapéuticos del radium consisten en una acción antiséptica contraria á las bacterias y otros parásitos, origen de las enfermedades que cura.—C. W.

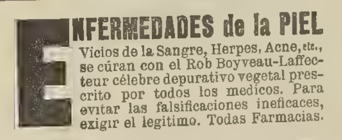
EL SILENCIO ES ORO

El proverbio afirma que el silencio es oro; pero según un moderno cirujano, es algo más. Así se desprende de la comunicación que hace poco ha dirigido á la Sociedad de Ginecología holandesa un distinguido ginecólogo, M. Mendes de Leon. Según éste, la palabra es séptica, y es muy peligroso hablar durante una operación quirúrgica; y la razón es evidente: hablar es correr el riesgo de arrojar sobre la herida microbios con algunas partículas de saliva, y por ende, de infestarla, haciendo inútiles todas las minuciosas precauciones de asepsia que los cirujanos se imponen á sí mismos é imponen á sus ayudantes. Este riesgo no es imaginario, y de ello ha hecho la prueba M. Mendes Leon pronunciando 300 palabras delante de una plancha de agar agar; puesta luego esta plancha en condiciones favorables á la multiplicación de los microbios, ha encontrado en ella 250.000 de éstos, entre ellos estreptococos y estafilococos.

Por esto, después de esta prueba, el médico holandés ha adoptado la costumbre de no operar sino con una máscara en la boca, máscara de algodón que permite el paso del aire y dé la palabra y retiene los microbios. —R.

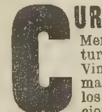
Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS *no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*



NFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.





URACIÒN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.



Reumáticos y Gotosos!



Tratad de curaros con la Legítima PISTOIA PLANCHE (DOS SIGLOS DE ÉXITO) No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa. CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones. Fcia PLANCHE en Marsella (Francia). En todas las Farmacias bien surtidas.

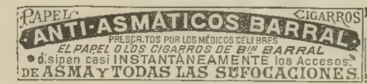
PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. *Exíjase el producto verdadero y las señas de* BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. *Exíjase el producto verdadero y las señas de* BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

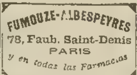
PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. *Exíjase el producto verdadero y las señas de* BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
LA SAGRADA BIBLIA EDICIÓN ILUSTRADA á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas. Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Un remendón, cuadro de Juan Pinós





JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr. DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. — Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 29 de febrero de 1904 — Núm. 1.157



Bendición del ejército ruso al salir para la guerra del Extremo Oriente. (Reproducción autorizada



CRÓNICA DE TEATROS

Entre la gente joven del teatro, esto es, entre los actores y actrices de «la última promoción,» no se echan de ver todavía quiénes han de substituir á los que ahora ocupan los primeros puestos. En rigor, por lo que á mí se me alcanza, no acierto á distinguir la actriz que ha de suceder en las tablas de nuestros escenarios á María Tubau, á María Guerrero y á Carmen Cobeña, ni veo tampoco, por ninguna parte, los herederos de Fernando Mendoza y Thuiller.

Por esta razón y por el deseo de vislumbrar la aparición de algún comediante para el porvenir, asistí con verdadero interés á la representación del drama de Lope de Vega *Fuente-Ovejuna*, refundido por los Sres. Bueno y Valle Inclán, que bajo la dirección de Díaz de Mendoza dieron en el Español los alumnos del Conservatorio. La obra inmortal del Fénix de los ingenios había sido ensayada con gran esmero: los alumnos y alumnas de la Sección de Declamación representaban los principales papeles, y los actores de la compañía, y entre ellos la Guerrero y Mendoza, hacían de comparsas. No hay que decir que los jóvenes artistas trabajaron con toda su alma, mostrando no sólo su entusiasmo por el difícil arte de la escena, sino la inteligencia y celo con que habían sido dirigidos y enseñados por su profesor.

De todos los alumnos, el más aplaudido y el que reveló mayores dotes para el teatro fué un joven de apellido Rivero, que hizo en la comedia el papel principal con un aplomo, un brío y una intención artística, que ya los quisieran para sí algunos de los primeros actores que andan dando gritos y manoteando por los escenarios de España.

Con generoso y buen acuerdo, Mendoza ha concedido un puesto, con su sueldo correspondiente, al Sr. Rivero en la compañía del Español. De ese modo se protege y fomenta el arte.

***

Con muy distinta fortuna se han verificado en lo que hemos dado en llamar «clásico coliseo,» durante el período comprendido entre esta y mi última crónica, dos estrenos, uno el del drama de Guimerá *Agua que corre* y otro el de *El abuelo*, de Galdós.

El drama de Guimerá no gustó y sólo á duras penas se sostuvo tres ó cuatro noches en el cartel. En cambio *El abuelo* ha sido el mayor éxito de la temporada y el más grande que su insigne autor ha obtenido en el teatro.

Sabido es que el drama está sacado de la novela del mismo título, cuyo argumento era conocido de casi todo el público que asistió al estreno, en su mayor parte perteneciente al mundo intelectual. La acción de la obra se basa en las dudas que combaten el espíritu del viejo y arruinado conde de Albrit acerca de la legitimidad de su nieta. Dolly y Nell, niñas encantadoras, son hijas de la nuera del conde; pero él sabe á ciencia cierta que una de ellas es adulterina. ¿Cuál es la legítima y cuál la falsa? Albrit interroga en vano á la madre de las niñas: quiere averiguar la verdad, estudiando el carácter de sus nietas, examinando sus rasgos fisionómicos y sus cualidades espirituales; pero los datos que le proporcionan sus investigaciones, lejos de aclarar sus dudas, cada vez le sumen en mayor obscuridad y confusión.

Hay que advertir que el conde tiene fanatismo por el honor de su raza, y que para él es el primero y mayor de los deberes velar por la pureza de su sangre é impedir que su nombre sea llevado por la nieta que el adulterio ha ingerido en la linajuda casa de Albrit.

Al fin el velo que envolvía el enigma se descorre: el anciano, por confesión de su nuera, sabe que Dolly es la hija del pecado y Nell la hija legítima. Mas ¡oh dolor!, Nell, la nieta verdadera, cediendo á sentimientos egoístas, se despide del anciano, en tanto que Dolly, la nieta falsa, corre á su lado, le acaricia, le consuela y le promete no abandonarle nunca. El conde de Albrit comprende entonces que sobre todos sus prejuicios y sobre todas sus preocupaciones está la ley divina del amor... «El amor—exclama el pobre anciano abrazando á Dolly es la suprema verdad de la vida.»

Ante la grandiosidad de aquella creación, que en los dos últimos actos llega á las alturas á que solamente pueden subir las águilas del pensamiento humano, el espectador olvida los lunares que en los anteriores puede advertir una crítica minuciosa y exigente. ¿Qué importa, por ejemplo, la lentitud, más propia de la novela que del drama, con que camina la acción? ¿Qué significa ante la belleza de la obra la inverosimilitud que se advierte en la conducta de los colonos de La Pardina? Quizás también sean innecesarias las picardías de Genen, supuesto que Albrit descubre la verdad por la confesión de su nuera... Pero tales reparos, vuelvo á decirlo, serían pueriles al lado de la belleza de *El abuelo;* como son pueriles y hasta ruines los que, verbigracia, Moratín puso en sus notas al *Hámlet* de Shakespeare.

El último drama de Galdós tiene, por decirlo así, reflejos de dos dramas inmortales: el de Calderón *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* y el de Shakespeare *El rey Lear.* Pero estos reflejos no desvirtúan la originalidad de *El abuelo*, como la influencia del teatro español no amengua la originalidad de Corneille.

Las dudas y vacilaciones de Albrit para averiguar cuál de las dos niñas es su nieta legítima, recuerdan las incertidumbres en el drama calderoniano—de Focas ignorante de quién de los dos jóvenes, Heraclio ó Leónido, es su hijo, y por lo tanto, heredero de su corona. Insisto en que no digo esto como censura; al contrario, mérito grande me parece continuar, en la forma que lo hace Galdós (como lo hizo Hartzenbusch en *Los amantes de Teruel* y Zorrilla en *Don Juan Tenorio*), las grandes tradiciones dramáticas de nuestro teatro. Buscar inspiración en las hermosas creaciones de nuestra literatura es cosa digna de aplauso. ¡Ojalá nacieran en ella nuevas flores, nutridas, como el drama de Galdós, por la savia del frondoso árbol de la dramática española!

También parece pasar por la obra de nuestro gran escritor la trágica sombra del infortunado Lear. Viendo á Dolly, se piensa en Cordelia; oyendo los apóstrofes de Albrit, se cree oir un eco de los desesperados lamentos del viejo monarca, y al escuchar el diálogo del conde y D. Pío, diálogo empapado de humorismo, bajo cuya risa aparente se sienten correr las lágrimas, no puede menos de recordarse el diálogo de Edgardo y el rey Lear en el erial. Esta escena, en que D. Pío, el pobre de espíritu, expone mansamente la teoría de la resignación, es de lo más hermoso que entre sus muchas bellezas contiene *El abuelo.* En los labios del humilde entre los humildes pone Galdós con arte exquisito la tesis consoladora de su drama.

De todas las obras dramáticas escritas por el autor de «Los episodios nacionales,» es sin duda la mejor la que vimos representar en el teatro Español la noche del primer día de Carnaval. Sinceramente creo que *El abuelo* puede competir, sin desventaja, con lo más hermoso del teatro contemporáneo.

***

Gracias al distinguido escritor Emilio Fernández Vaamonde, conocido ya del público como inspirado poeta, hemos podido conocer y aplaudir una ingeniosa comedia titulada *Pascual Cordero.* Esta obra es lo que los franceses llaman un *vaudeville.* Todo el enredo está basado, como suele suceder en tales comedias, en un *quid pro quo.* El público admitió de buen grado el que da origen á las malandanzas de Cordero y no cesó de reir durante todo el tiempo que duró el espectáculo.

Es de notar también que, no obstante lo caricaturesco del personaje, no faltan en su carácter rasgos que prueban en el autor observación no superficial y que son realmente cómicos, en el verdadero sentido de la palabra. La escena, por ejemplo, en que Pascual Cordero, incapaz de toda infidelidad, acaba por confesarse infiel á su esposa, es una pincelada de verdadera *vis cómica.*

Además, en la comedia arreglada por Vaamonde nada hay que pueda sonrojar á la más pudibunda espectadora. Es graciosa sin ser atrevida.

***

La misma cualidad es de advertir en la comedia en dos actos de Manuel Linares Astray recientemente estrenada en Lara y cuyo título es *El abolengo.*

Ya creo haber dicho en alguna de mis crónicas que el teatro de la Corredera es entre todos los de Madrid el más favorecido por la clase media acomodada. A excepción de los lunes, día allí de moda, y por consiguiente, de público aristocrático, los espectadores pertenecen á la burguesía madrileña, gente que busca, más que hondas emociones artísticas, distracción y pasatiempo, y que se complace en ver retratadas en el escenario sus costumbres, sus sentimientos y sus ideas.

El abolengo es una obra pintiparada para ese público: tiene su poquito de lección moral, rasgos satíricos, personajes que son copia del mundo á que pertenecen los espectadores, y todo esto bien presentado, merced á una fábula interesante, es más que suficiente para llenar todas las noches la «bombonera» de Lara.

El argumento merece contarse, en comprobación de lo que acabo de decir.

Pilar es una muchacha muy mal educada, perteneciente á una familia de aristocrático abolengo, pero tronada como arpa vieja; se ha casado con un joven de origen humilde, pero muy rico y de carácter formal y enérgico. Pilar y Andrés no congenian; él quiere á su esposa, pero no transige con sus caprichos; ella, enorgullecida con la nobleza de su origen, no se aviene con los gustos de su marido. La familia de Pilar se compone de la mamá Gertrudis, llena de ridículas ideas de grandeza, del papá Jorge, buena persona, pero débil, y de una hermanita, Laura, que sólo piensa en emperejilarse y en pescar esposo.

Pilar, aguijoneada por su madre y alborotada por sus consejos, quiere en vano imponer su voluntad á Andrés. Los esposos riñen, se dicen una porción de cosas desagradables, y por último, Pilar decide separarse de su esposo y éste se dispone á conducirla á casa de los padres de ella. Y con esto termina el primer acto.

El segundo se desarrolla en la casa de los padres de Pilar. Gertrudis y Laura, puestas de veinticinco alfileres, están esperando á la marquesa de Fuenteseca, su parienta, para ir al teatro Real. En este momento se presenta Andrés, que viene á entregar á su esposa en el hogar paterno, y en él la deja confiada á los autores de sus días.

La madre y la hermana de Pilar reciben malamente á la mal aconsejada joven, y en vez de consolarla, se van tranquilamente al teatro con la marquesa de Fuenteseca. Por fortuna, los consejos de Jorge —el papá de Pilar—y las reprensiones de una hermana de Andrés hacen entrar en vereda á la fugitiva, y ya arrepentida de su ligereza, vuélvese á su casa con su maridito, reconociendo que el deber de la mujer casada es obedecer á su esposo.

Esta comedia, ejecutada primorosamente por la compañía de Lara, encantó al respetable senado.

***

El teatro de la Comedia sigue teniendo el santo de espalda. Su último quebranto se lo ha ocasionado el estreno de una *cosa* titulada *Monte Esquinza,* 15. Desde la famosa representación de *El garbanzo negro,* que en los anales del teatro moderno representa el *súmmum* de los fracasos ruidosos, no se ha dado, en los teatros grandes, ejemplo de grita más ruidosa que la propinada á *Monte Esquinza,* 15. Hasta las señoras taconeaban.

Es verdaderamente inexplicable que una empresa como la de la Comedia, que tantas pruebas tiene dadas de su esmero artístico, admitiera tan disparatada obra. Es además triste que existiendo, como existen, autores que en vano llaman con sus obras á las puertas de los teatros, se les postergue para conceder los honores de la representación á desatinos como el que sirvió al público la empresa de la Comedia.

Es de suponer que la dura lección dada por el público no caerá en saco roto.

ZEDA.



Museos de Europa.—Palacio de la Biblioteca y Museos nacionales de Madrid

PALACIO DE LA BIBLIOTECA

Y MUSEOS NACIONALES DE MADRID

Cincuenta años, año más, año menos, duró la construcción y decoración de este edificio, uno de los mayores que cuenta Madrid. Pudo haber sido una

Lámpara de la mezquita de la Alhambra, procedente del Museo arqueológico nacional

obra de arte y resultó un edificio monótono, con detalles incongruentes y mezquindades de decoración y de estilo lamentables.

Por una de esas casualidades accidentales que tan á menudo vienen á interrumpir la marcha regular y monótona de la vida de los individuos, me vi obligado á intervenir en el reparto de las obras decorativas de estatuaria que avaloran este palacio, logrando hacer triunfar la justicia después de una batalla terrible con los elementos oficiales y muy poderosos particulares, que pretendían hacer valer su criterio. Hoy, al cabo de catorce años, confieso que siento remordimientos por mi victoria.

Dos atrios con dobles pórticos superpuestos son los únicos detalles artísticos seudo-clásicos que rompen la monotonía de las fachadas oriental y occidental del palacio de la Biblioteca y Museos nacionales. El frontón occidental tiene un alto relieve de Querol; en la escalinata y bajo el pórtico de esta misma fachada vense varias estatuas de hombres ilustres en las letras y en las artes. En la fachada oriental, que da á la calle de Serrano (barrio de Salamanca), solamente hay cuatro estatuas, también icónicas, de hombres célebres de otros siglos. Dos esfinges guardan la entrada del edificio.

La mejor parte de este inmenso palacio lo ocupa la Biblioteca Nacional. El salón de lectura es uno de los mejores de Europa por su grandiosidad, por su *confort* y por su severo decorado. Cerca de un millón de volúmenes forma la Biblioteca Nacional; pero debo advertir que el libro del día en arte, en crítica, en literatura, en filosofía, en ciencias, en historia, escasea de un modo deplorable en la primera biblioteca de España; para enterarnos del movimiento intelectual modernísimo tenemos que recurrir á la del Ateneo. En este particular la docta casa de la calle del Prado no tiene pareja, por lo menos en Madrid.

En el mismo piso superior del palacio de la Biblioteca hállase el Museo de Arte Moderno. Largo tiempo discutieron críticos y organizadores de ese Museo si Goya debía figurar en él en concepto de *pintor moderno*. Prevaleció el criterio de considerar como antiguo al famoso autor de los *Fusilamientos del Dos de Mayo,* y allá quedó con los Velázquez, Carreño, Greco y Murillo en el Museo del Prado. En mi juicio fué tal acuerdo un buen acuerdo. *A tout seigneur tout honneur*. Goya *pesa* demasiado para que pudieran contrabalancear su peso todos los artistas españoles (y europeos) de la décimonona centuria cuyas obras se exhiben en el palacio de la Biblioteca.

Realmente, y aparte las exageraciones en que solemos caer los meridionales, ya por exceso de pesimismo, bien por un optimismo deplorable, el Museo en que me ocupo cuenta obras dignas de ponerlas en parangón con la mayor parte de las del Museo del Luxemburgo, del Moderno de Roma y de otros varios de Europa, excepción hecha de los de Holanda y del Tate de Londres. Cierto que esas obras no son muchas; á duras penas alcanzan á dos docenas, pero algo es algo; y si tenemos en cuenta la cantidad de la producción pictórica y escultórica de España en los dos primeros tercios del siglo XIX, me parecen bastantes.

Por lo pronto, el retrato tiene buena representación. Pese á cuantos reparos se le han puesto y siguen poniéndosele á las icónicas pintadas por don Vicente López, es lo cierto que á éstas las avalora un dibujo correcto y á las veces un colorido muy justo y muy sobrio. Recuérdese el retrato de Goya. Por otra parte, el notable pintor valenciano llegaba á las veces á lo hondo. De María Cristina, la última esposa de Fernando VII, hizo algún retrato que lo es más que de las bellas facciones de la soberana. Otro retratista (el último que hasta el presente puede contar la moderna pintura española) fué D. Federico Madrazo. Me refiero á los retratos que ejecutó hasta 1870. Bien valen la pena de ser admirados.

Cuadros, pueden escogerse algunos de verdadero valor por su carácter español innegable y por la intensidad de vida que tienen. Al correr de la pluma apuntaré algunos. Ahí está la tablita de Zamacois que representa á unos caballeros del siglo XVII á la puerta de una venta, saludando con gracia irónica inimitable á unos frailes franciscanos que llegan conduciendo un burro cargado de comestibles. Valeriano Bécquer tiene, entre otros cuadros de tipos y costumbres castellanos, un baile de campesinos en una aldea, maravillosamente ejecutado, dibujado y sentido. Enrique Mélida, siquiera sea un si es no es parisiense en el toque, en la traza y en el movimiento de las figuras, nos ha legado una nota muy bella en su *Almuerzo interrumpido.* De Palmaroli, de Navarrete y otros varios artistas de esa época (1865 á 1875) pueden escogerse varios lienzos, alguno muy bueno; de Vallés está en ese Museo Moderno su obra maestra, *Doña Juana la Loca,* y de Mercadé el *Entierro de San Francisco.* Por la sola cabeza de *San Lorenzo* muerto, de Vera, puede absolverse á su autor de otros deslices.

Cierto que no contamos un Delacroix, ni un Gericault, ni un Gros, ni un Millet, ni un Courbet, por no citar más que á los maestros franceses de la primera mitad del siglo XIX; pero contamos—aun cuando no lo crean así los Morise, los Alexandre, etcétera un Rosales; y frente á Meissonier, que llenó una época en Francia, quiéranlo ó no los modernos críticos, tuvimos á Fortuny; y como colorista castizo, español hasta la medula, á Domingo Marqués, ahora en el índice de la censura, ¡ay!, con razón. Y aceptando los hechos consumados y como uno de ellos las evoluciones estéticas, fuerza es que apuntemos como obras maestras de nuestro Museo Moderno el *Testamento de Isabel la Católica* y la *Muerte de Lucrecia.*

El paisaje y la marina tienen aquí también algunas notas muy acertadas. De Häes, el maestro que trajo ese género á España, del malogrado Casimiro Sanz, de Muñoz Degrain, de Fusté... Ya sé que dejo en el tintero obras y autores que merecen citarse. Plasencia, Jiménez Aranda, Benlliure (José), Garrido, Hernández (Daniel); pero este vistazo al palacio de la Biblioteca y Museos debe de ser rápido; algo así como el vistazo que da un viajero á lo más interesante de la población que visita, y algo así como una impresión del edificio y de lo que contiene; por lo tanto, huelgan el juicio crítico y el detalle.

En la planta baja hállanse instalados los Museos de *Historia Natural* y *Arqueológico*. Es este último un hermoso Museo, aun cuando no pueda compararse con los de Cluny y del Louvre y muchísimo menos con el Kensington y el British Museum; pero dentro de su modestia ofrece campo grande al estudio de los aficionados á la arqueología española sobre todo. Adolece, es cierto, de grandes lapsos en la continuidad de la historia de nuestro pasado artístico é histórico. Aun en lo que se refiere á las artes y piezas de carácter histórico y artístico de los siglos xiv, xv, xvi y xvii, nótanse lagunas que dudo que puedan llenarse ya. Realmente es doloroso pensar que hoy se estudia mejor la España artística de otros días en Inglaterra, en Alemania ó en Francia, que en nuestra patria. En vano he buscado piezas de orfebrería gótica española comparables á algunas de las que he visto en el Louvre regaladas por Rothschild y en el Kensington catalogadas en parte y estudiadas en sendas monografías por Riaño y Gayangos. En vano he buscado algunos muebles típicos, como son las varias formas de vargueños, mesas y sillas de los siglos xvi y xvii. En vano he buscado piezas de vidrio de mérito de Cadalso, de Barcelona, de Toro, etcétera... Y sin embargo, nuestro Museo arqueológico contiene preciosos ejemplares de talla, de hierros repujados y forjados, de orfebrería gótica, entre éstos, una cruz procesional, fragmentos escultóricos y de otras artes de la España fenicia, de la España romana, de la España visigótica... La cerámica de tiempos anteriores al cristianismo, la cerámica indígena, tiene representación muy interesante en este Museo; la cerámica griega y la italiota lo mismo; algunas piezas de la primera son admirables. La sección egipcia es muy curiosa y bastante nutrida; la de armas de bronce, notable. En este Museo está el embrión de tres Museos: el *etnográfico*, el verdaderamente arqueológico y el de Artes é industrias.

Por exceso de objetos, dado lo pequeño del local de que se dispone, y á pesar de la clasificación bastante acertada de aquéllos, hay alguna confusión; á lo mejor se ve un bronce clásico sobre un mueble del siglo xvi; mas no puede culparse á los encargados del Museo de tal aparente incongruencia. Desgraciadamente en Espana todo lo hacemos así, á medias.

* * *

Y aquí termino este artículo, pues confieso que no me atrevo á llevar conmigo al lector al Museo de Ciencias Naturales. Sería un *cicerone* detestable para llamar su atención acerca de minerales, fósiles, especies, familias y divisiones de los extensos reinos animal y mineral. Entre la pirita de hierro y un pedazo de cuarzo, dudo; y entre un vertebrado y un solípedo, casi dudo también. Prefiero confesar mi ignorancia, deplorable, deplorabilísima.

R. Balsa de la Vega.

LA CASA

A Manuel Ugarte.

—¡Veinte centésimos!.. ¡Veinte!, gritaba el rematador encaramado en una mesa. ¡Veinte centésimos el metro!

Pedro, el cerrajero, sentía que el corazón le palpitaba con fuerza, estaba realmente emocionado. Pero de pronto se resolvió y levantando la cabeza dijo tímidamente:

—¡Veinticinco!..

—¡Veinticinco!.. ¡Veinticinco!.., repitió el rematador.

Y casi en seguida bajó el martillo de madera, dándose un golpe en la palma de una mano.

Llamaron á Pedro, que tuvo que atravesar por entre la multitud que presenciaba el remate, y cuando estuvo delante de un jovencito que escribía en una libreta, dijo su nombre y abonó la primera mensualidad de tres pesos. El pequeño solar era suyo desde aquel momento.

El cerrajero se marchó en seguida. Estaba un poco aturdido por las emociones experimentadas durante el remate. Y mientras caminaba aprisa por las calles llenas de sol de un hermoso día de domingo, iba pensando en la impresión que causaría en su mujer y en sus hijos la noticia de que había comprado un terreno.

Cuando llegó á su casa no encontró á nadie. Las dos míseras habitaciones del *conventillo* (1) estaban solitarias, y Pedro las miró con un poco de desprecio pensando en la futura casita que haría él construir en el solar adquirido. Después, sentándose junto á la mesa donde comía la familia, empezó á reflexionar en la forma que debía hacer ahorros para cumplir el contrato de compra.

Cuando ya de noche llegó su mujer con los tres hijos, Pedro estaba muy contento, y cogiendo al menor, un chicuelo de tres años, lo sentó en sus rodillas y lo hizo bailar y reir mucho. Claudia, la hija mayor, de diez y nueve años, dispuso la mesa y todos se sentaron á comer. Cuando se sirvió la sopa, Pedro habló por fin: no podía callar ni un segundo más su secreto.

—Tengo una gran noticia, dijo levantando en alto la cuchara.

Todos le miraron sorprendidos, hubo un instante de silencio, y en seguida Pedro contó todo lo que había pasado en el remate. Su mujer, una pobre mujer de obrero, flaca, amarilla, de pelo rojo, casi lloraba de alegría; Claudia palmoteaba y derramó un vaso de agua, y los dos pequeños, sin comprender nada, chillaban también al ver la alegría de sus padres.

Pero de pronto la madre se puso seria, y con mucha inquietud preguntó:

—Pero... ¿podremos pagar todo?..

—Sí, respondió Pedro.

Y explicó sus cálculos, sus ahorros, juntando su jornal y el de Claudia, que trabajaba en una fábrica de fósforos.

Y alegres, completamente dichosos, se olvidaban de la sopa, que se enfriaba en los platos, y con los codos sobre la mesa oían á Pedro, que hablaba y hablaba incesantemente, explicando proyectos y hacien do cuentas con ayuda de los dedos. Cuando fueron á dormir aún conversaban, y todavía en la cama cambiaron ideas, mientras los dos pequeños dormían plácidamente en su camita, soñando quizá con los árboles de la plaza donde habían ido á pasear aquel día.

Y pasaron los días y los meses, y al cabo de dos años de ansias y de privaciones, el cerrajero y su familia tuvieron otra alegría: fueron todos á ver colocar la primera piedra del cimiento de las dos habitaciones que habían mandado construir en el solar comprado en el remate. Pedro y su hija Claudia pidieron licencia en los talleres donde trabajaban, y el día señalado todos se levantaron muy temprano, contentos, muy contentos. Era un día de otoño, de sol pálido y viento tempestuoso que levantaba nubes de polvo. Después de desayunarse de prisa, salieron. Pedro iba junto á su mujer, que llevaba al hijo más pequeño de la mano, y Claudia caminaba delante con su otro hermanito. El obrero estaba vestido de fiesta y su cabeza ruda, pero noble, se erguía sobre sus hombros robustos, agrandados por el trabajo constante. Era un hombre de cuarenta años, de pelo negro, bigote grueso y ojos de mirada profunda. Claudia era rubia como su madre, pero enfermiza, anémica, de piel azulada, como si el fósforo que manejaba á diario se hubiese mezclado con su sangre.

Cuando llegaron al solar, vieron á los dos albañiles que se disponían á trabajar. Pedro los saludó, conversaron un instante, porque eran amigos, y después empezaron la obra. El cerrajero, su mujer y Claudia los contemplaban en silencio, mientras los dos chicos saltaban y se revolcaban en un montón de arena. Los albañiles colocaban las piedras, las asentaban con un martillo y de cuando en cuando hablaban con Pedro explicando el trabajo. Y así pasaron algunas horas.

Al regresar al conventillo todos estaban silenciosos, caminaban en el mismo orden, y sólo los dos pequeños hablaban y preguntaban algo que nadie contestaba. Pedro era el que estaba más pensativo. Por su imaginación pasaron los dos años de esfuerzos continuos para ahorrar el dinero necesario para pagar el terreno y construir la pequeña casa. Dos años de privaciones, de sobresaltos, de ansias, de fatigas, de extraordinaria constancia en el trabajo del taller. Había tenido que dejar los vicios inocentes del cigarro y de la copita de vino en los días de fiesta, mientras jugaba con algunos amigos en la taberna próxima. Los paseos habían sido suprimidos, y hasta en la comida se ahorraba, pues lo que sobraba se comía después frío ó recalentado, á veces con mal gusto. Pero los tres, él, su mujer y Claudia, no se habían quejado nunca. «Es para la casa,» decían, y se conformaban comiendo un pedazo de pan duro y bebiendo siempre agua. Claudia no se había hecho un solo vestido en los dos años. Con los pocos trapitos que tenía había ido pasando, remendándolos cuando se rompían y no fregándolos mucho cuando los lavaba y planchaba por temor de gastarlos demasiado. Y la pobre madre, aquella mujer rubia y flaca, después de limpiar la casa y cuidar á los chicos todavía encontraba tiempo y fuerzas para lavar la ropa de una familia muy rica que vivía en la vecindad. Eran días de privaciones sin cuento, de cálculos continuos, de temores incesantes. La casa, la casa, siempre estaba la sombra de aquella casa en proyecto interponiéndose entre ellos y las más insignificantes satisfacciones de su vida miserable.

Y aquel día por fin respiraban, y pensando en todo lo que habían tenido que luchar para construirse aquel hogar propio—donde el casero no vendría á exigirles el odioso alquiler, y donde podrían hacer todo lo que quisieran, porque era de ellos, todo de ellos, únicamente de ellos,—marchaban en silencio, abatidos por el inmenso esfuerzo realizado.

Durante el almuerzo, Pedro tuvo una idea. Se levantó antes de terminar la comida y salió diciendo:

—Vuelvo en seguida.

Cuando volvió, traía una botella con vino, y vaciando en los vasos exclamó alegremente:

—Hay que festejar, ¡qué diablo!.. Bastante hemos deseado esto durante dos años...

Y todos bebieron riendo.

Pasaron aún algunos meses, al cabo de los cuales estuvo concluída la casa. Las dos piezas y la cocina se elevaban en el centro del solar, blancas, muy blancas, húmedas todavía por el agua de la argamasa. El día que el carpintero la entregó con todas sus puertas nuevecitas, Pedro fué á recibir la llave. Dos días después la familia se mudó. Fué en un día de invierno, gris y lluvioso. El frío hacía lagrimear los ojos; una tormenta terrible se preparaba. Muy aprisa fueron llevados en un carrito los pocos muebles, y el cerrajero y su familia quedaron instalados en la nueva casa. Claudia se afanó por colocar los muebles con toda coquetería, y hubo discusiones cuando se trató de clavar un clavo para colgar un cuadro. Pedro no quería, porque decía que se estropeaba la pared.

Cuando llegó la noche, la tormenta que amenazó durante el día se desencadenó con gran violencia. Pedro, en la cama, escuchaba el estrépito del viento y del agua muy inquieto. Las puertas se sacudían con rudeza, y llegó un momento en que el cerrajero no pudo estarse quieto y se levantó. Cuando encendió un fósforo, vió que el agua invadía su cuarto. Muy sobresaltado, temiendo por su querida casita, exclamó:

—¡Se ha tapado el caño!

Y mientras su mujer y Claudia se levantaban también, él se puso rápidamente los botines y salió al patio. Un minuto bastó para que se mojara completamente. Destapó el desagüe, y cuando entró de nuevo en el dormitorio, temblaba como una hoja. Se cambió de ropa, su mujer lo arropó, pero el frío no se le quitaba. Al día siguiente ardía de fiebre. Se llamó al médico, y cuando lo examinó, declaró que tenía pulmonía. Aquel organismo de obrero robusto estaba minado, tronchado como un roble por la polilla. Pasaron algunos días crueles; en la casita nueva se lloraba mucho. Hasta los pequeños estaban silenciosos en un rincón. Pedro, hundido en la cama, miraba tristemente las paredes blancas y casi no hablaba. Un día vino el médico y no recetó nada más que reposo. Y pasaron veinticinco días. Pedro tosía mucho y manchaba los pañuelos de sangre, cuando escupía la saliva era roja.

Una mañana el sol penetró en la habitación por la puerta entreabierta. Era un rayito amarillo y templado que hacía bailar los átomos de polvo con rápidos movimientos. Pedro se sentía algo mejor y se incorporó en la cama. Su mujer estaba sentada á su lado, más pálida y más flaca, con el pelo rojo recogido con desaliño. Claudia había ido á la fábrica. El silencio era completo. De pronto un pajarillo se paró en el alero del tejado, sobre la puerta, y cantó alegremente. Pedro levantó los ojos. Su mujer, que lo observaba, dijo:

—Están haciendo un nido.

Pedro quedó pensativo un instante. Toda su vida de trabajos pasó ante sus ojos, toda su vida de obrero, tronchada tan despiadadamente cuando se preparaba á ser un poco feliz. Contemplaba aquella casita que era suya y que había adquirido á costa de grandes fatigas, de heroicas privaciones, y una tristeza infinita, una tristeza de muerte le empujaba un sollozo en la garganta. Después, siguiendo el curso de sus ideas, murmuró levemente:

—¡A los pájaros no les cuesta casi nada una casa!

Y pocos momentos después, mientras seguía pensando en su desgracia, murió sin violencia alguna, sin convulsiones, dulcemente, sin darse cuenta de que abandonaba la vida.

Al día siguiente, cuando sacaron el cadáver, el sol alegraba la casita nueva, que parecía más blanca y más risueña. Y Pedro se iba, se iba para siempre, para siempre...

Enrique Crosa.

(1) Casa con muchas habitaciones, donde se alquilan por separado una por una.



Se olvidaban de la sopa, que se enfriaba en los platos, dibujo de Carlos Vázquez. (Véase el artículo *La casa* de la pág. 156.)



El almirante ruso Skrydloff

Crónica de la Guerra

Ruso-Japonesa



Puente de piedra en el Ferrocarril mandchuriano



El vicealmirante japonés Togo

La lucha que con tanto ímpetu habían comenzado los japoneses se ha encalmado por completo. Hace muchos días que ni siquiera se reciben las noticias sensacionales de que hablábamos en nuestra crónica anterior; se conoce que las agencias y los corresponsales se han convencido de que el sistema por ellos seguido en un principio no daba todos los resultados que se esperaban, y de aquí que reduzcan ahora su información á darnos detalles de los primeros combates, únicos que en realidad se han librado en el Extremo Oriente desde que comenzó la guerra.

¿Quiere esto decir que ha disminuído la actividad de los beligerantes? En modo alguno. En efecto, los japoneses siguen sus desembarcos en Corea y van amontonando en esa península las fuerzas con que seguramente se proponen atacar á los rusos en Mandchuria. Los rusos, por su parte, han completado la movilización de sus tropas y ahora se dedican á la concentración de las mismas, lo que exigirá bastante tiempo. Las distancias que para ello han de recorrer por tierra los distintos contingentes son considerables y para los transportes por ferrocarril sólo puede utilizarse una línea de una sola vía. En estas condiciones sería muy peligrosa una concentración demasiado cerca del río Yalu, pues ello expondría á los rusos á ser atacados antes de haber reunido todas sus fuerzas y á serlo en detalle, como desgraciadamente les ha sucedido ya por mar; por esto han resuelto muy prudentemente tomar una zona de concentración bastante apartada para que pueda estar durante algunas semanas al abrigo de las incursiones del adversario. La región que á este efecto han escogido es la de Mukden, en donde el ejército ruso se encuentra próximo al ferrocarril que le lleva todas sus provisiones y á más de 200 kilómetros de los límites septentrionales de la Corea.

Un general italiano, militar competentísimo y muy estudioso, ha publicado algunas apreciaciones interesantes sobre la actual guerra. Según él, después de algunos encuentros parciales á lo largo del litoral y en las orillas del Yalu, se producirá el choque decisivo en el interior de la Mandchuria, en la línea férrea; de aquí que los japoneses tengan interés en llegar allí antes de que la ocupación rusa sea invencible, dependiendo el éxito final de la habilidad técnica con que los dos beligerantes sepan aprovecharse de aquel ferrocarril.

Terminábamos la crónica anterior citando una frase del ministro del Japón en Wáshington sobre lo que en el fondo constituye la estrategia japonesa. Como *pendant* á la misma, creemos interesante reproducir las siguientes palabras de un importante hombre de Estado ruso: «Rusia se mueve lentamente, pero cuando se mueve lo hace con todo su peso; y ya se verá de lo que es capaz. Irá hasta el fin, sin precipitación, pero con la seguridad que le dan la certidumbre de su derecho y la confianza en la fuerza de sus armas.» El propio personaje, hablando del curso de la guerra, ha dicho: «La verdadera campaña para Rusia será por tierra. La lucha puede ser larga, porque ambas naciones necesitarán tiempo para transportar sus tropas y ponerlas en contacto; pero las nuestras pueden ser reforzadas incesantemente, al paso que las de los japoneses, pronto fatigadas, se agotarán también muy pronto hasta sus últimas reservas.»



Destacamento de cazadores exploradores rusos practicando un reconocimiento nocturno

El punto confuso que en nuestra última crónica señalábamos en lo referente á la neutralidad de China, ha quedado perfectamente aclarado. La Mandchuria queda excluída de la neutralidad, con lo que se desvanecen todas las suspicacias que pudo haber despertado la nota de los Estados Unidos aceptada por las potencias.

Son interesantes los detalles que se van recibiendo del combate de Chemulpo; por esto, á falta de otros asuntos de verdadera actualidad nos parece oportuno reproducirlos.

Hecha la intimación por la escuadra japonesa, pusiéronse en movimiento el *Varyac* y el *Koreetz:* las tripulaciones y las bandas entonaron el himno ruso, terminado el cual prorrumpieron en entusiastas hurras. Los oficiales y tripulantes de los buques de guerra inglés, francés é italiano anclados en Chemulpo, desde los puentes de sus barcos saludaron á los rusos, que con tanta serenidad iban en busca de la muerte. Al mediodía, el crucero japonés *Asama* rompió el fuego contra los buques rusos, los cuales contestaron siete minutos después; al poco rato, toda la escuadra japonesa entró en combate, lanzando sus proyectiles especialmente sobre el *Varyag*. Los rusos maniobraban con rapidez para evitar el fuego, pero los efectos de éste eran terribles y causaban innumerables bajas en aquellas tripulaciones; al fin, el *Varyag* y el *Koreetz,* completamente destrozados, regresaron al puerto, en donde fueron echados á pique, siendo recogidos los sobrevivientes por los buques extranjeros.

Por más que los japoneses han procurado ocultar cuidadosamente sus pérdi-

das, sábese que en aquel combate sufrieron gravísimas averías los cruceros *Asama* y *Takachiho;* este último, sobre todo, puede considerarse perdido.

Ninguna noticia posterior ha venido á confirmar el bombardeo de Hakodaté por la escuadra rusa de Vladivostok, lo que permite suponer que tal bombardeo sólo existió en la imaginación de algunos corresponsales.

El crucero ruso *Boyarin* ha sufrido graves daños á consecuencia de la explosión de uno de los torpedos por él mismo colocados en el puerto de Dalny.

El entusiasmo que en toda Rusia se observa no se limita á manifestaciones por las calles y á ruidosas aclamaciones delante del palacio del zar, sino que se revela en obras más positivas: el Consejo municipal de San Petersburgo ha votado 1.500.000 rublos para los heridos; el de Moscou, 2.000.000; el comercio de San Petersburgo, 500.000; el Santo Sínodo, 100.000. Además, la Cruz Roja recibe cuantiosos donativos en objetos, y en el propio palacio imperial, bajo la dirección de la emperatriz madre, las damas de la aristocracia rusa trabajan varias horas al día en la confección de materiales de curación que de continuo se envían al teatro de la guerra.

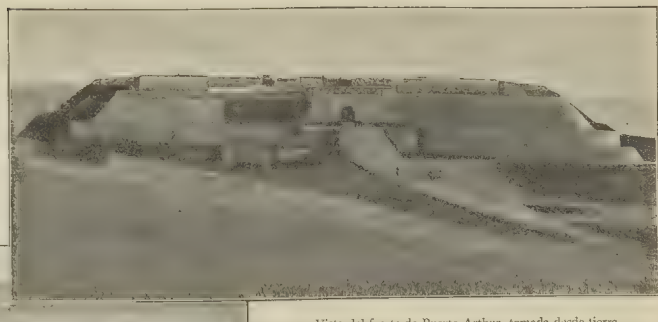
La proclama que el almirante ruso Alexief ha dirigido á las tropas de mar y tierra es un documento digno de ser reproducido. Helo aquí:

«Al valeroso ejército; á la valerosa marina. Ahora que las miradas de nuestro adorado soberano, de toda Rusia y de todo el universo están fijas en nosotros, hemos de acordarnos de que tenemos el deber sagrado de defender al zar y á la patria y de mantener á Rusia en su rango de gran potencia.

»Si nuestro enemigo es fuerte, esto debe infundirnos nueva energía para combatirlo, porque la abnegación del soldado y del marino ruso es grande. Nuestro ejército y nuestra marina cuentan muchos nombres célebres que al presente deben servirnos de ejemplo.

»El dios de la patria rusa, que siempre ha protegido las causas justas, también nos protegerá al presente. Unámonos, pues, para continuar la lucha. Que cada uno de nosotros conserve la tranquilidad de espíritu necesaria para cumplir mejor su deber, y con la ayuda del Todopoderoso, cumpla cada uno su misión, acordándose de que la oración á Dios y los servicios prestados al zar, no son jamás perdidos.

»¡Viva el emperador! ¡Viva Rusia! ¡Que Dios sea con nosotros! ¡Hurra!»—X.



Vista del fuerte de Puerto Arthur, tomada desde tierra

Vista del fuerte de Puerto Arthur, tomada desde la isla Cola de Tigre



Carga de infantería japonesa después de un fuego aislado

GENTES Y COSAS DE MÉXICO

GUANAJUATO. INAUGURACIÓN DE OBRAS PÚBLICAS FIESTAS SOLEMNES

La nota por excelencia ha sido la inauguración solemnísima del teatro Juárez de Guanajuato y de otros monumentos y edificios en la misma ciudad, inauguración hecha por el presidente de la República, circunstancia que, dado el inmenso prestigio de nuestro Jefe de Estado, dió á las fiestas el carácter de solemnidad excepcional que da á todo la presencia del general Díaz, carácter que por otra parte no desmintieron ni el fausto de aquéllas ni la belleza é importancia de los monumentos.

El solo nombre de Guanajuato evoca viejas bonanzas coloniales, opulencias mineras sólo igualadas por Potosí. Sus minas cargaron de plata los galeones reales y hay quien dice que la tercera parte del metal blanco producido en el mundo ha salido de México y que la mitad de la plata que ha producido México ha salido de las vetas inmensas de Guanajuato.

La ciudad no está fundada: está salpicada, esta es la palabra, sobre las mil arrugas de una tierra atormentada por la fuerza misteriosa que modeló el planeta. Es una ciudad más pintoresca que Berna, que blasona tanto de serlo, por su topografía, y una de las capitales más populosas y florecientes de la República.

Ostentosa, como todos los países jóvenes y ricos, tiene edificios, monumentos y obras de ingeniería que podría envidiarle la propia capital de la República—ejemplos el teatro que acaba de inaugurarse, la presa Esperanza, la presa de San Renovato y el monumento á la Paz, igualmente inaugurado en estos días,—y ha sabido agasajar á todos los invitados de México, que esta vez eran legión, con un garbo, una suntuosidad y una prodigalidad reales.

El teatro constituye el meollo de las inauguraciones y es un edificio de veras elegante y gracioso. He aquí algunas cifras, algunos datos y algunas descripciones recientes. Este edificio se comenzó á construir en 1872, siendo gobernador del Estado el general Antillón. Interrumpidas las obras á los pocos meses y cuando ya se habían gastado más de 140.000 pesos en adquirir el terreno en que se levanta y en los cimientos, el general Manuel González, después presidente de la República, las prosiguió en



MEXICO.—Guanajuato. – Vista exterior del Teatro Juárez. – Presa de la Esperanza. – Interior del teatro Juárez. – Monumento á la Paz
Estatua de Hidalgo (de fotografías remitidas por nuestro corresponsal en México D. Ramón de S. N. Araluce)



SEVILLANA acuarela de Camilo Innocenti

1892, encargándose entonces de la dirección de los trabajos los arquitectos D. Antonio Rivas Mercado y D. Alberto Malo, quienes hicieron en los Estados Unidos compras de materiales para el edificio por valor de ciento catorce mil pesos en números redondos.

A la muerte del general González se suspendieron otra vez los trabajos, hasta que el gobernador Licenciado Obregón González acordó se reanudaran, llegando á la terminación definitiva del teatro. Más de doscientos cuarenta mil pesos se invirtieron en la obra bajo el gobierno actual, teniendo el edificio un coste exacto de 444.220'50 pesos.

El teatro es hermosísimo: el pórtico consta de una soberbia escalinata dividida en dos tramos, á cuyos lados se ven dos candelabros de hierro y dos pedestales que sustentan sendos leones vaciados en bronce; de doce grandes columnas estriadas y de un cornisamento decorado con guirnaldas y mascarones de bronce, sobre el cual se asientan ocho estatuas de tres y medio metros de altura, que representan á Terpsícore, Polimnia, Talía, Caliope, Clío, Melpómene, Euterpe y Urania. Siete puertas, en forma de arco, que corresponden á otros tantos balcones cuadrilongos, abiertos en el segundo piso, dan acceso al vestíbulo, donde se encuentran los departamentos de expendición de boletos, contaduría y cantina. Tanto el piso como el techo del vestíbulo son verdaderamente dignos de ser admirados: tal es el lujo que se observa hasta en sus más pequeños detalles.

La escalera de honor, que arranca del vestíbulo, construída con riquísimos materiales, conduce á otras dos escaleras que terminan á la entrada del «foyer» y cuyos barandales de hierro están adornados con exquisito primor.

El «foyer,» que protege una cúpula de hierro y cristales, es una maravilla: su estilo es Renacimiento y su mobiliario es riquísimo. Distribuídas en este departamento se encuentran las estatuas en bronce de Beethoven, Goethe, Virgilio, Mozart y Shakespeare.

En cuanto al salón se divide en seis localidades: patio, plateas, tertulias, palcos primeros, segundos y galería. Los pasillos que los circundan están pintados al óleo, y en la ornamentación general domina el estilo oriental. El foro es de una capacidad para doscientas personas. Las decoraciones son magníficas.

Por lo que toca á la función inaugural, sólo diremos que se vió concurrida por lo mejor de Guanajuato y por lo mejor de México y de los Estados, que fueron invitados á la fiesta. Una comisión especial recibió al presidente de la República, conduciéndolo hasta el palco de honor, desde donde presenció el espectáculo. La obra puesta en escena fué *Aída*.

Pero más que la prolijidad de las notas y de las fechas, sirva esta vez la prolijidad de las ilustraciones que envío. Ellas dirán lo que es y lo que vale la ciudad de las minas, cuyo nombre evoca tantas imágenes de maravillosas opulencias lejanas.

AMADO NERVO.

NUESTROS GRABADOS

Medalla de la Asociación de viajantes, proyecto de Dionisio Renart.—Conocido es el nombre de Renart por lo que significa en el cuadro de la producción artística. Sus obras, inspiradas y concebidas con sinceridad, pregonan los méritos del artista á que nos referimos. Prueba de ello son el hermoso tríptico que ha poco dimos á conocer á nuestros lectores y el proyecto de medalla que hoy reproducimos, que simboliza perfectamente el fin de la Asociación á que se dedica.



Medalla de la Asociación de viajantes del Comercio y de la Industria de Barcelona, premiada en concurso. Proyecto y ejecución de D. Renart.

Lápida sepulcral, modelada por Juan Carreras.—Justo es convenir que el Sr. Carreras ha dado, con la obra cuya copia figura en esta página, muestra evidente de sus recomendables aptitudes y de su buen gusto y sentimiento. Expresa con señalado acierto el pensamiento á que obedece su ejecución por medio de las dos hermosas figuras en relieve, tratadas con amplitud y sencillez, tal y como aconsejan esta clase de producciones. Bien hayan el Sr. Carreras por su nueva obra y los Sres. Masriera y Campins por la pulcritud con que la han ejecutado.



Lápida sepulcral destinada al panteón de la familia Carles, de Valencia, modelada por Juan Carreras, fundida por los Sres. Masriera y Campins

* * *

Guerra ruso-japonesa.—De entre los grabados con que ilustramos la crónica de la guerra ruso-japonesa, tres de ellos merecen que les dediquemos algunas líneas. Representa el de la primera página el acto de bendecir el metropolitano de San Petersburgo, en presencia del zar, á las tropas rusas antes de partir para el Extremo Oriente. El cuerpo del ejército ruso llamado de cazadores de Ochota, del que se representa un destacamento en la página 158, no tiene parecido en ningún otro ejército. Los individuos que lo componen sôn escogidos de un regimiento de infantería, y formados en grupos de diez y seis hombres por batallón, estando cada grupo á las órdenes de uno ó más oficiales. Los cazadores de Ochota están destinados especialmente á la vigilancia nocturna, y las leyes les obligan á tener constantemente armada la bayoneta. La infantería del Mikado está destinada á dar ataques á la bayoneta de irresistible empuje. Durante un avance gradual en orden abierto, fogoneando independientemente desde una estrecha posición, sus individuos, agachados, arman la bayoneta tan pronto como creen propicia la ocasión, y sin esperar la orden del jefe superior, los oficiales se adelantan de repente, los hombres se ponen en pie, y formando dos alas, avanzan corriendo con rapidez extraordinaria, practicando una maniobra con que fácilmente penetran en el nervio del enemigo.

* * *

Sevillana, acuarela de Camilo Innocenti.—La hermosa acuarela del distinguido pintor italiano que reproducimos en estas páginas es una bellísima copia del natural, llena de sentimiento y de verdad, de entre las muchas que en su excursión artística por nuestra tierra inspiraron á aquel artista, ora la gracia y hermosura de nuestras mujeres, ora lo pintoresco y típico de nuestras costumbres y trajes. Innocenti, que vino á España á estudiar nuestros grandes pintores, reproduciendo de ellos, en especial de Velázquez, las obras más notables, merece, por la perfección con que ha sabido trasladar al papel, no sólo los encantos, sino el alma de la apasionada andaluza, un sitio de honor entre los buenos acuarelistas contemporáneos.

* * *

Paisaje, cuadro de José María Marqués.—Nueva ocasión nos ofrece hoy el distinguido pintor catalán Sr. Marqués para aplaudirle, pues digno de encomio es el bonito paisaje que reproducimos en estas páginas, cuya frescura y brillantez recuerdan aquellos que le dieron notoriedad y que el público acogió tan favorablemente, figurando muchos de ellos como preciado adorno de algunas suntuosas mansiones de nuestra ciudad. Bien hace nuestro amigo en anudar la tarea que emprendiera hace algunos años, puesto que si entonces logró singularizarse, hoy podrá atestiguar con mayor motivo su competencia, logrando como merecida recompensa honra y provecho.

Teatros.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Romea *El camí del sol*, tragedia en tres actos y cuatro cuadros de Angel Guimerá, muy bien puesta en escena con magníficas decoraciones de Moragas, Alarma y Vilumara, y trajes muy propios confeccionados según figurines de Labarta; y en el Eldorado *Feúcha*, parodia en un acto y cinco cuadros de la comedia de Pérez Galdós *Marïúcha*, escrita por los Sres. Casero y Larrubiera. En el teatro Principal ha dado algunas representaciones la eminente actriz italiana Italia Vitaliani. El Tívoli ha dejado de ser Circo ecuestre para convertirse en teatro, en donde se reanudarán las representaciones de *Los dos pilletes*.

* * *

ASSOCIACIÓ WAGNERIANA. El notable pianista Enrique Granados ha dado un interesantísimo concierto cuyo programa se componía exclusivamente de obras de Chopin, que fueron magistralmente ejecutadas. La «Associació Wagneriana,» cuyos esfuerzos en pro de la propagación y perfecto conocimiento de la buena música nunca serán bastante agradecidos por los verdaderos filarmónicos, ha organizado cinco conciertos dedicados á Beethoven, de los cuales se han celebrado ya con gran éxito los dos primeros, cuyos programas comprenden nueve tríos para piano, violín y violoncelo; dos variaciones para piano, violín y violoncelo; un trío para piano, clarinete y violoncelo; una sonata para piano y trompa; y un septimino para violín, viola, trompa, clarinete, fagot, violoncelo y contrabajo. Los profesores encargados de la ejecución de estos conciertos son los Sres. Doménech Español, presidente de la «Associació» (piano), Munner (violín), Valls (contrabajo), Estera (viola), Dini (violoncelo), Richart (trompa), Nori (clarinete) y Sadurní (fagot). Además se darán varias conferencias sobre la ópera *Luisa*, de Charpentier; audiciones completas en el piano de esta obra y de *El holandés volante*, de Wagner; una audición de Schúbert, compuesta de un trío y de un gran octeto. Más adelante se celebrarán varias sesiones dedicadas al estudio literario-musical de la ópera de Wagner *Siegfried*, por los Sres. Pena y Doménech Español.

La actividad y el buen acierto que en sus trabajos imprime la «Associació Wagneriana» son dignos de los más entusiastas y sinceros aplausos.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 354, POR S. LOYD.

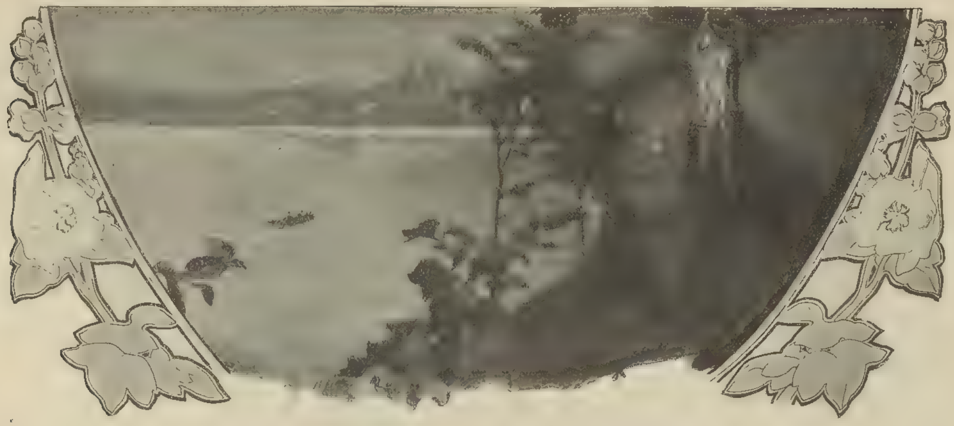
NEGRAS (7 piezas)

BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 353, POR W. A. SHINKMAN.

Blancas.	Negras.
1. Tc8 - c2	1. Cualquiera.
2. Tc2×g2	2. Cualquiera.
3. Db1 - h1 mate.	



Sí; han querido la Madonna, y no ha faltado un hombre amable que ha consentido en trazar...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Mi curiosidad, si no era otra cosa mejor, por saber lo que tenía relación con aquel hombre, había crecido con lo poco que acerca de él había oído, por lo cual no hay para qué decir si apelaría á todos los recursos para entablar conversación con él; pero era de una taciturnidad feroz, y no pude conseguir sacarle una palabra del cuerpo durante todo el trayecto.

—Ahí está la frontera, me dijo Sempronio señalándome una pared que blanqueaba en el fondo negro; ni barreras, ni gendarmes, ni aduanas, ni pasaportes; la Virgen basta para todo.

—¿La Virgen?

—Sí; han querido la Madonna, y no ha faltado un hombre amable que ha consentido en trazar sobre un fondo blanco una cosa encarnada y azul que parece una Madonna. Ese es el límite de mi paseo habitual. Cuando venga usted á pasar un día conmigo lo daremos juntos; veinte buenos minutos en línea recta sin salir de los límites del terrrtorio del Estado.

A pesar de la buena voluntad de Sempronio, la conversación languidecía.

En tanto Anselmo, que se había tendido boca arriba descansando la cabeza en la vela plegada en muchos dobleces, seguía fumando tranquilamente, y Paulino Gaggini, nuestro barquero, acompañaba una de las cantilenas favoritas con los empujes vigorosos y acompasados de los remos.

Nos rodeaba una obscuridad profunda; nuestros rostros se perdían en la sombra; á intervalos iguales, la punta del cigarro de Anselmo brillaba un instante en el vacío y desaparecía...

Llegamos á Campione silenciosos y graves como una tripulación de espectros.

Sempronio fué el primero en saltar á tierra; el señor Castelli le siguió.

—Buenas noches, dijo Anselmo sin moverse de su sitio.

—Buen viaje, contestó Sempronio, y alegre, si es posible.

Y tendiéndome la mano añadió en tono de broma:

—Tenéis los dos un aire tan raro... ¡Por vida de!.., ¿á qué estar tristes? La vida es breve, y no tiene cuenta pasarla estando de mal humor.

—¿Qué se ha de hacer?, respondí. El alma del hombre tiene siempre propensión á la tristeza.

Al decir esto, miré al Sr. Castelli. Sonrió con esa sonrisa dulce que me llegaba al corazón, y creyéndose por vez primera obligado á salir de su mutismo:

—Es verdad, dijo con voz serena; el alma del hombre es triste. En todas las obras humanas hay algo de fatalmente tétrico; la risa y el llanto emanan de un mismo dolor. Y el mundo es triste, añadió con acento que quería parecer despreocupado, hasta en sus alegrías.

Me separé de aquel hombre con el corazón agitado por un inexplicable sentimiento de compasión y de angustia.

—¡Pobre diablo!, dijo Paulino Gaggini.

—¿Quién?, pregunté por no desperdiciar la ocasión y entablar naturalmente la conversación.

—El Sr. Luciano.

—¿Y quién es el Sr. Luciano?

—Yo le llamo así: el Sr. Castelli.

—¿Sabes algo de su vida?

—Sé lo que sabe todo el mundo; no es un misterio. El Sr. Luciano es desgraciado, pero bueno..., ¡oh bueno! Yo le quiero mucho porque hace muchos años que le conozco; le paseaba por el lago junto con la señora Leticia, mujer excelente también. Ella tenía miedo del agua, y no se fiaba de nadie sino de mí. Yo he enseñado á remar al Sr. Luciano. ¡Si lo viera usted cuando rema! En Lugnano no hay barquero que pueda ponerse con él.

Hablaba en alta voz, y de vez en cuando se paraba para dar con el amplio tórax un impulso más vigoroso á los remos.

—Parece muy triste tu Sr. Luciano, dije porque no terminara aquí la conversación.

—¡Sí lo está!.. Dios le perdone, pero no parece sino que haya perdido su parte de paraíso desde que ha perdido á su mujer. ¡Si hubiese usted conocido á la señora Leticia!.. Aquella bendita mujer era tan buena como hermosa y más bien ángel que mujer. Si llamaba un pobre en casa del Sr. Luciano, podía asegurarse que no se retiraba nunca con las manos vacías.

El malhadado Paulino parecía burlarse de mi curiosidad porque á cada momento se detenía; era como esas cajas de música á las que hay que dar cuerda de vez en cuando para oir las tocatas que encierran.

Le pregunté, por más que ya lo supiera, cuánto tiempo hacía que la señora Leticia había muerto; y como di así oportunamente cuerda, la música de Paulino Gaggini volvió á sonar en estos términos:

—Aún no hace seis meses que la pobrecilla duerme allá abajo, y alargaba el brazo indicando la playa de Lugnano. Fué aquel un día muy triste; lo recuerdo como si fuese ayer; la acompañó mucha gente y yo también quise ir..., *él* no estaba; se lo habían impedido casi á la fuerza... Verdad es que estaba muy *mortificado* aquella mañana. ¡Pobre Sr. Luciano!

¡Mortificado!

Había querido decir *exhausto de fuerzas.*

Pero los vocablos habían conservado en su boca la eficacia primitiva; y al paso que yo hubiera dicho por lo menos *quebrantado* y habría creído no expresar con precisión la idea, él decía sencillamente *mortificado* y resultaba más elocuente.

—Quince días después, siguió diciendo Paulino, se le puso una lápida de mármol blanco con palabras negras que no recuerdo; y así acabó el asunto para todos, pero no para *él*, no para *él*. Y todavía no ha acabado..., demasiado lo sé yo, y además basta mirarle la cara. Andan por ahí diciendo que se ha dado á la bebida. Yo sé lo que pasa, y apuesto cualquier cosa á que el Sr. Luciano piensa todavía en su difunta Leticia.

—Y es justo que piense en ella si la ha querido mucho; sin embargo, seis meses son mucho tiempo, y reducirse á ese estado... ¿No le parece que en todo esto hay algo más?

—¿Y qué más quiere usted que haya?, preguntó Paulino.

Y en su ingenua sorpresa cortó bruscamente el movimiento regular de los remos.

—Seis meses son mucho tiempo, repetí.

—¿Que son mucho tiempo? Si se ha de medir con el corazón, es muy poco. ¿Es usted casado?

—No, á Dios gracias.

Paulino meneó la cabeza.

—Pues no puede usted saber nada del caso.

—¿Y tú tienes mujer?

—La tengo, la tengo, mi Anita, y me ha regalado un par de hijos, dos capullitos de rosa.

—Tienes motivo para saber más que yo, repliqué sonriendo.

—Y lo que decía, yo sé lo que es esto. ¿Y qué se figura usted? Pues soy feliz; no hay en todo el lago pescador más feliz que yo. Mi Anita es guapa; no puedo negar que desde el día de la boda ha perdido algo; se abandona algo porque dice que mientras tenga marido no le importa agradar á los demás; pero á pesar de ello, es agradable; vivimos en paz y en gracia de Dios; yo tengo buenos brazos y buenos remos, ella cuida y remienda mi ropa; los dos chiquillos meten bulla por diez y nunca falta la polenta. Todo esto, añadió, bien compensa la falta de las fiestas y jaranas de la vida desarreglada y de las alegrías del buen vino.

—Poco á poco, del buen vino no, Paulino; aventuras demasiado.

Paulino comprendió la broma, y abandonando su seriedad, soltó una sonora carcajada.

—Dice usted muy bien; el buen vino, cuando es bueno, gusta á todos.

—Hablas en plata y así me agrada.

—Decía, pues, prosiguió Paulino alentado por mi aprobación; decía, pues, que el Sr. Luciano piensa todavía en su mujer.

—También voy creyéndolo.

—Créalo usted. Lo que es yo, aunque lo hubiera visto con mis propios ojos caerse de puro borracho, diré que piensa.

—Supón que lo has visto con tus propios ojos.

—¿Lo dice usted formalmente? Pues bien, eso no quita ni pone á lo que he dicho... Pero ¿es verdad?

—Creo que sí..., pero en fin, tú acabas de afirmar que el buen vino gusta á todos.

Pero no al Sr. Luciano. Y atienda usted á lo que digo: si se emborracha, sus razones tendrá para hacerlo.

—Todos cuantos se embriagan tienen para ello razones excelentes.

Paulino no hizo caso de mis palabras y siguió adelante.

—Porque la verdad es que al Sr. Luciano no le gustaba el vino; y si ahora recurre á él, lo hace con algún objeto, por desesperación, casi casi como quien toma un veneno para irse al otro mundo.

—Casi, casi... Sólo que tu Sr. Luciano sabe escoger muy bien sus venenos, y no se muestra escrupuloso con la dosis.

Paulino no respondió: el acento sarcástico de mis palabras le molestaba.

La barca surcaba el agua como un pez; el silencio era profundo en torno, y el medio disco de la luna difundía una luz fantástica sobre el encantador panorama del lago. Desde la opuesta popa, el cigarro de Anselmo continuaba lanzando al cielo espiras de humo llenas de fantasmas y de melancolía.

III

Donde el narrador abre una especie de paréntesis para fabricar una especie de castillo

«Vamos á cuentas, me dije á mí mismo; Paulino Gaggini habla con juicio, y tú no eres ya hombre competente para poder emitir un dictamen autorizado en esta materia. Interroga tu corazón, piensa por un momento en los desvaríos de tu mente irreflexiva, en las ansias falaces de tu corazón vacío, en los devaneos de tu vida de soltero; ¿no ves, en el fondo de este infinito olvido de todo, un vacío, una obscuridad? ¿Qué te falta? No lo sabes porque te falta todo. ¡Ah! ¡Si pudieses comprender cuánta parte de ti mismo te es todavía desconocida! ¡Y cuán diferente de la verdadera es esa existencia que arrastras entre el tedio de la soledad y el tedio de las malas compañías! Todo te falta: un afecto sereno y robusto que conforte tu espíritu y lo temple de nuevo en la virtud, un rostro jovial y hermoso que se refleje en tus ojos enamorados, dos manecitas sonrosadas y mórbidas que se posen en tu hombro, y una palabra dulce que repercuta con prolongados ecos en tu corazón... ¿Qué te falta, en fin? La mujer; pero no una criatura insana, irreflexiva, fácil, como las que conoces; no una mujer, sino tu mujer, juguetona, sonriente, compasiva, mas para ti sólo; austera y tímida á la vez para con los demás. Así la ha soñado tu corazón, y así debe ser, y así la tendrás con tal que la busques con el corazón.

»Prosigamos: ella es tuya y ya no estás solo; está á tu lado ó te espera. Cose á la luz de tu lámpara, no te habla por no distraerte, pero de vez en cuando alza los ojos de la labor y te mira á hurtadillas. Tú lo ves; pero estás muy ocupado, no te fijas en ello, no te vuelves, ni siquiera sonríes; pero tu corazón, ¡tu corazón! Llegas á casa tarde; los quehaceres te han entretenido; ella está en la escalera esperándote, te pone mala cara; le das un beso, no basta; otro y otro... Pero en tanto la sopa se ha enfriado y ella sabe que no te gusta la sopa recalentada... ¡El apuro no es pequeño! ¿Qué hacer? ¡Qué hacer, qué hacer! Venir antes. Es verdad, pero tú no tienes la culpa. Puede ser, pero como suceda otra vez... Otra vez no volverás á hacerlo. Y la paz queda ajustada.

»En tu casa ha sucedido un milagro; tu ropa, tan descuidada en otro tiempo, está ahora muy arregladita, y limpia; la disciplina doméstica ha penetrado por todas partes. Hasta tienes pájaros, que antes no tenías, y un hermoso gato que se pasea por la cocina con la gravedad de un déspota y que se refriega por tus piernas para pedirte un caricia.

»Tedio, disgusto del mundo..., ¿te acuerdas de ellos? Ahora ya no los tienes: pero sí tienes otro mundo que realiza tus ensueños juveniles, sin iras, sin disputas, sin engaños, sin torpes venalidades ni envidias bajas y más bajas adulaciones. Tienes razón de mostrarte orgulloso; hazte desdeñoso, y deja á los hombres con sus grandes cuidados, que los cuidados pequeños de tu casa son más dulces. Has adquirido otras costumbres, otros modales, otro porte; no está de más un poco de sosiego en vísperas de ser *papá*. ¡Papá! ¿Qué te parece? ¿Sientes, te penetras de toda la dulzura de esta palabra? Haces bien en estar solo, porque tus amigos no te comprenderían: dicen que te has vuelto un *oso*; mejor; y luego, aunque parezcas aislado, no estás solo; tienes una casa, tienes un porvenir...

»¡Un porvenir!.. Una nidada de amorcillos que correrán á tu encuentro, llenando las habitaciones con el clamor de sus vocecitas... ¡Qué algazara! Déjalos: ¿no ves que te festejan? ¿Has traído dulces, buen papá? Regístrate los bolsillos; piensa que los primeros dulces hacen al papá, como el primer fuego hace al soldado. Mira esas caras infantiles que te sonríen, esos ojazos que te miran llenos de curiosidad, que espían todos tus movimientos para repetirlos en sus juegos. *¡En sus juegos! En los nuestros* puedes decir; tú te has entretenido quizás con ellos con sus juguetes, los has llevado uno tras otro en tus brazos y les has hecho dar saltos milagrosos. Tú eres fuerte; te lo han dicho; y ellos ¡son tan débiles! ¡Tu porvenir! Y ¿cuál es tu porvenir sino ellos? ¿No te parece ver reflejada en ellos tu imagen, tus pasiones, tu alma? ¿Y no los has sorprendido nunca esforzándose en dar grandes pasos y en ahuecar la voz para imitar al papá?..

»Piensa ahora lo que te sucedería si todo este edificio llegara á derrumbarse, si tu compañera enfermase, si tú, espiando con temerosa mirada sus acciones, la vieses poco á poco debilitarse, desmedrar; y si un día, un triste día de invierno, mientras la nieve blanquea los tejados, te dijera ella por fin que se encontraba peor, que necesitaba guardar cama, y te lo dijera con voz apagada, acariciándote el rostro con sus descarnadas manos y sonriéndote todavía en su dolor para consolarte..., y si el médico, llamado á la cabecera de tu enferma, te llamase aparte para decirte que no hay remedio, que tu pobre compañera debe abandonarte, que tu pobre corazón debe destrozarse...

»Y piensa en las interminables horas nocturnas pasadas junto á su lecho, y en el último destello de esperanza que no ha abandonado aún las tinieblas de tu mente; y en las miradas semiapagadas de la pobrecilla que buscan tus miradas, que te dan las gracias, que te anuncian silenciosamente toda la pérdida que vas á sufrir..., y finalmente en una prolongada agonía, en una lágrima, en un apretón de manos tenaz, postrero, y en cien besos dados en tu rostro cubierto de horrible palidez..., y luego...

»Y luego, nada; se te la han llevado; nieva; el viento pasa silbando cual plañidero eco de tu dolor; ¡estás solo, estás solo! Contempla sus vestidos, las hermosas y ricas joyas que le habías regalado y que tanto contento le produjeron; mira, esas son sus pantoflas. ¿Recuerdas qué pie tan pequeño tenía tu pobre amiga? Reproduce mentalmente los principales episodios de su vida: allí la viste por primera vez y allí te sonrió por vez primera y tú le declaraste tu amor; y luego el día de la boda, y luego... te detienes, te faltan las fuerzas, tu corazón se hincha de lágrimas, no puedes proseguir: ¡Oh sí!, no tienes fuerza porque ella no está ya á tu lado sonriéndote, porque te ves solo...

»¿Qué te queda ahora? Reune á tu alrededor á tus pequeñuelos, que te sirven de consuelo; siempre te queda algo de ella; éste tiene su misma boca, aquél sus negrísimos ojos, y tu última hijita sonríe como ella... Te sirven de consuelo, no lo has perdido todo, aún tienes un porvenir...

»Pero ¿y si no tienes hijos? ¿Y si al perder tu compañera has perdido también tu porvenir? Prueba á remontar la corriente de los años: ¿que tenías antes de tenerla á *ella?* ¿Amigos? Pues vuelve con ellos: vuelve á tu pasado, entrégate á la orgía, y en el fondo de todo esto encontrarás tal vez el olvido. ¡Olvidarla! ¡Olvidar al ángel de tu casa! No quieres, y aunque quisieras, no podrías. Regresas á hora avanzada de la noche á tus habitaciones solitarias; miras en torno; enciendes una luz; todos los objetos conocidos están todavía en su sitio, pero ella no, ella no. Los muebles crujen de un modo extraño sin que nadie los toque; los espejos reflejan tu imagen; todo es silencio; te detienes conmovido, ansioso: ¡oh al menos se te aparece su espíritu!, porque tú no dudas ya de la vida de ultratumba: ¿acaso puedes dudar?, ¿puedes renunciar á esta fe? Ella te espera todavía como te esperaba antes; piensa en ti como antes; tú tienes algunas cosas que arreglar, pero acabarás presto, volverás á ella: ella te espera...»

Una sacudida repentina me sacó bruscamente de mis meditaciones. La barca había tocado en la ribera de Lugnano.

¡Me alegro!, dije para mí; porque mis ideas no tenían nada de halagüeñas.

Y de un salto pasé á tierra. Paulino Gaggini me siguió y amarró la lancha con la cadena: Anselmo fué el último.

—¿Conque, dije volviéndome á Anselmo, conque queda demostrado que no es más que un marido que llora á su mujer?

—¿Quién?

El Sr. Castelli.

—Sí, contestóme Anselmo con glacial laconismo.

—Con todo, ese hombre tiene un aspecto tan singular.. ¿No te parece?

Sí..., pero ¿de quién hablas?

—Hombre, del Sr. Castelli.

—¿Y qué decías?

—Decía que eres un distraído

—Ya..., repitió Anselmo con el mismo acento.

Al llegar á casa, encontré una carta que me llamaba con urgencia á Milán, y al otro día salí, no de muy buen grado, de Lugnano, ocupada mi imaginación con el recuerdo de Anselmo y con la imagen triste y meditabunda del Sr. Castelli.

IV

Lo que puede haber en un morral vacío.
Lo que el lector había previsto.

Al siguiente mes de noviembre volví á Lugnano. Esta vez tenía el propósito de pasar allí una temporada, y así se lo dije á Anselmo, quien pareció alegrarse mucho de ello.

—¿Conque no he perdido á mi amigo?, le pregunté estrechándole la mano.

-¿Y has podido creerlo, Jorge?, me contestó con voz trémula de emoción.

—Sí por cierto; hubo un momento en que lo creí. Has cambiado mucho...

—Puede ser; los años...

—Ya es sabido que los años y las pasiones transforman á los hombres; pero la desconfianza mata las amistades más íntimas. ¿Te acuerdas de aquella acacia al pie de la cual nos comunicábamos diariamente nuestras ilusiones, nuestros designios para el porvenir y nuestros versos? Pues bien, dime: ¿tienes en mí la plena y tranquila confianza de entonces?

Guardó silencio, miró al cielo, me estrechó la mano con más fuerza y sonrió.

Aquel día no quise ir más adelante.

A la mañana siguiente, fuí á su casa, creía tener tantas cosas que decirle, tantos gratos fantasmas que evocar con él, tantos consuelos que pedir á su amistad... Y luego aquella noche se me había ocurrido una idea.

Anselmo no estaba en casa; había salido con su escopeta y su perro antes de amanecer, y debía regresar para almorzar.

—Le aguardaré, dije al criado.

Y me senté á la chimenea, en la cual chisporroteaba alegremente un buen fuego.

—¿De cuándo acá, pensé, Anselmo se ha hecho cazador? ¡Su escopeta y su perro! ¡Y qué madrugador se ha vuelto!

Por no ceder á la tentación de interrogar al criado, me puse á arreglar los tizones con las tenazas, cuando de pronto se abrió la puerta y un hermoso perdiguero corrió hacia mí meneando la cola y ladrando de alegría. Casi en seguida llegó Anselmo: me vió, se detuvo un momento en el umbral como maravillado de verme, y luego se acercó á mí afectuosamente.

—¿Tú aquí?

—Hace un cuarto de hora; he querido esperarte para ver tu morral: ¿qué traes en él?

Anselmo no pareció descomponerse por mi acento burlón, y con la gravedad de un cazador sacó del morral los residuos de un pan negro.

—Es el almuerzo de mi perro; pero, vamos, hazle una caricia, ingrato; ¿no ves que te conoce y que te agasaja como á un amigo?

—Es verdad.

—Enhorabuena: es el perro de Próspero, quien me lo ha regalado. Ven acá, *Reverendo*.

Y *Reverendo*, docilísimo, abandonó mis pantorrillas y fué á restregar el hocico contra las de Anselmo.

-¿Y de cuándo acá te ha dado la tontería de la caza?, le pregunté.

—Hace algún tiempo: voy á cazar todas las mañanas.

-¿Según eso, es una verdadera pasión?

—Poco menos, respondió Anselmo mirándome con fijeza.

—¿Y hacia dónde has ido?

—A mi antigua quinta. Conozco perfectamente aquellos sitios, á los que tengo gran cariño.

-¿Y está todavía deshabitada tu quinta?

No lo creo.

—¿Quién la ha comprado?

Anselmo me había contestado con desenvoltura, casi negligentemente, pero mi última pregunta pareció turbarle.

-Un tal Albruzzi, contestó.

Y se bajó á acariciar al perro.

Cambié de conversación. Pero al salir de casa de Anselmo, iba yo dando vueltas en mi cabeza á una idea fija... Y aquella tarde creí haber resuelto el problema, y sabía precisamente que con el Sr. Albruzzi, nuevo propietario de la quinta de Anselmo, vivía una señora Albruzzi, la cual, además de tener la mitad de

la edad de su marido, poseía magníficos cabellos, magníficos dientes y otra porción de cosas magníficas.

***

Aún no había pronunciado yo la gran palabra; sin embargo, reflexionando en la mudanza ocurrida en la conducta de Anselmo, no pude dudar ya más tiempo, y se me metió en la cabeza que estaba enamorado. Puesta esta primera piedra, el edificio de mis presunciones quedó elevado en un abrir y cerrar de ojos. Era indudable: ¿cómo no caí antes en ello? Y sin embargo... ¡Anselmo enamorado! ¡Mi Anselmo, aquel Anselmo severo y taciturno que no se había enamorado nunca de nadie... sino de mí!

El amor es aficionado á tales sorpresas, y si de un Xenócrates puede hacer un Meandro, se sale doblemente con la suya.

Así, pues, Anselmo estaba enamorado.

Se me había quitado un gran peso del corazón al adquirir esta certidumbre, y sin embargo, había algo dentro de mí que se rebelaba contra ello, y aun admitiendo que era así, no quería que así fuese. Hasta entonces Anselmo había sido todo mío, y así lo creía yo; en adelante ya no lo será; una parte, la mayor, la mejor parte de él era de una mujer.

¡Una mujer! ¡Una mujer hermosa!.. Yo había deseado, en bien de Anselmo, que no llegase á suceder esto; pero jamás me pasó por la imaginación que pudiera tener celos. ¿Y quién sabe si esa mujer le amaba y si era digna de su amor? ¿Era tan bella como me habían asegurado?.. No cabía duda; yo estaba celoso de ella. Además, yo no pensaba en el marido, y eso que si logré saber algo de la señora Albruzzi hube de empezar mis indagaciones preguntando por él. Pero siempre ha sucedido lo mismo: las mujeres han hecho siempre olvidar á los maridos. «Pero no á Anselmo; es imposible; es hombre de corazón, de buenos principios.»

—Los principios, me susurraba al oído mi ángel malo, los principios sirven para la lucha...

—Es que Anselmo luchará.

—...Como las dificultades para avivar el deseo...

—Pero Anselmo luchará.

—Para caer exhausto de fuerzas, ó lo que es lo mismo, sin remedio.

V

En el lago

Era el crepúsculo de un día hermosísimo; el cielo había estado despejado hasta entonces y el sol reflejado todo el día en las aguas tranquilas del lago: Anselmo y yo, siguiendo nuestra costumbre, nos habíamos sentado en un banco de piedra adonde acudían á aquella hora algunos pescadores con los cuales habíamos trabado amistad. La playa estaba desierta; acá y allá, á lo largo de la orilla opuesta del lago, se veían algunas barcas dedicadas á la *pequeña pesca*. Las montañas iban perdiendo en la sombra sus contornos y adquirían aspectos severos; algunas velas lejanas parecían fantasmas que vagaban silenciosos por la superficie del lago.

Un soplo impetuoso y repentino de viento nos rodeó de una nube de polvo.

—¡Diantre!, exclamó un viejo pescador que estaba sentado con nosotros. La cosa va á ponerse seria; este es *porlezzina;* lo conozco en el modo de avisar.

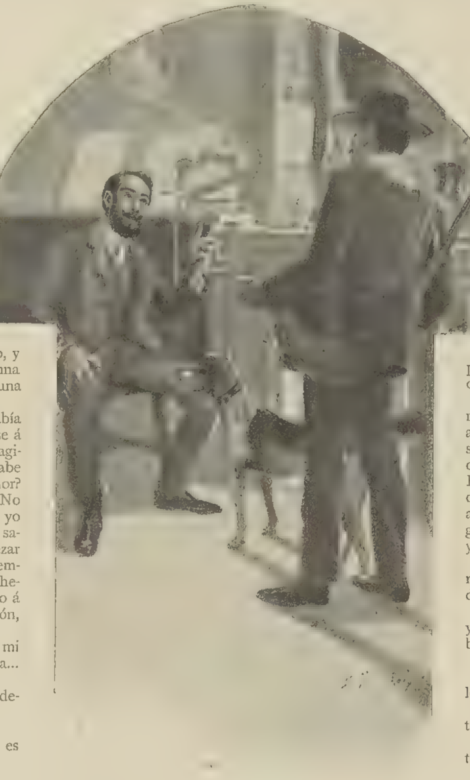
—*¿Porlezzina?*, pregunté.

—Es viento que sopla de la parte de Porlezza, me explicó un mozalbete que estaba cerca de mí.

Sopló otra ráfaga de viento más impetuosa que la primera: en un instante la naturaleza cambió de aspecto. Las ondas del lago, ligeramente encrespadas, habían adquirido un color plomizo y llegaban con más rapidez á la playa; se había encapotado el cielo y las cumbres de las montañas parecían rodeadas de una niebla sutil. Las barcas pescadoras arribaron presurosas á la orilla, y las que se hallaban en medio del lago recogieron velas y á fuerza de remos se esforzaban por acercarse cuanto antes á tierra. Algunos blancos mergos revolaban rápidamente por el aire mezclando con el tétrico silbido del viento su estridulante graznido.

—La cosa se pone seria, se pone seria, repetía entre dientes el viejo pescador meneando la cabeza.

Y en efecto, no pasó mucho tiempo sin que la naturaleza presentase un aspecto amenazador; el cielo tenía el mismo color que el agua; densos y negros nubarrones cruzaban velozmente el espacio á guisa de fantásticas embarcaciones; de los montes circunvecinos se elevaba, cual sordo lamento, un inmenso rumor de frondes de abetos y de castaños; las olas eran cada vez más rápidas y frecuentes; veíanse á lo lejos cándidas y espumosas, como escalonadas, se acercaban, parecían perseguirse, se alcanzaban, se empinaban hasta montarse unas sobre otras..., lucha de un momento..., luego todo desaparecía y las iras de los misteriosos atletas de las ondas se estrellaban contra el granito de la playa. Donde ésta se hallaba descubierta, aquéllas penetraban audazmente y se retiraban, renovando con espantosa frecuencia los asaltos y las fugas. Las numerosas barcas amarradas en la orilla chocaban entre sí y se levantaban y bajaban haciendo crujir las cadenas. La noche avanzaba á grandes pasos.



Casi en seguida llegó Anselmo, me vió, se detuvo un momento en el umbral como maravillado de verme

—Allá abajo se divisa una barca, dije.

—Es verdad, contestó el viejo pescador. Su señoría tiene buena vista. Es un bote, el *Batallador*.

Mirando con más atención, parecióme que el bote se dirigía hacia Lugnano y así se lo hice observar al viejo.

—De seguro que es el bote del *Sr. Luciano*.

¿Del Sr. Luciano?

—Castelli.

—¿Y cree usted que llegará á tierra sin riesgo?

—Si la cosa no se pone más fea, estoy seguro: el Sr. Luciano maneja bastante bien los remos.

«¡El Sr. Luciano estaba en peligro!» Yo no tenía ya otra idea. No sé de donde me procedía tanto cariño hacia aquel hombre desconocido, pero me parecía que una parte de mí mismo estaba en el frágil esquife luchando con las olas, y sentí un deseo vehementísimo de acudir en su socorro. Con la mirada inmóvilmente fija para vencer la obscuridad cada vez mayor, observaba ansioso todos los movimientos del bote, que se balanceaba sobre el agua como una cáscara de nuez. Noté que el Sr. Luciano ganaba camino; avanzaba lentamente, pero avanzaba; sus dos remos, que veía ya distintamente, entraban y salían en el agua con acompasada calma. Pero el viento arreciaba azotando las olas que respondían bramando, y hubo un momento en que creí perdido al Sr. Luciano.

—¿Hay alguno de vosotros que quiera ir en auxilio de aquel bote?, pregunté volviéndome.

—Aquí, como usted ve, no hay nadie más que yo, me contestó el viejo.

—¿Y los demás?

—Se han ido á sus casas; pero estoy seguro de que nadie querrá correr ese peligro.

—¿Y usted?

—¡Yo!, respondió sonriendo; tengo ya setenta años; mire usted.

Y arremangándose la camiseta me enseñó sus brazos descarnados.

—Pues entonces iré yo, iremos nosotros, añadí dando con el codo á Anselmo.

—¿Estás loco?

—Si no quieres acompañarme, iré yo solo.

—Que el señor le ayude, exclamó el viejo viendo que no era posible hacerme desistir de mi propósito.

—¿Puede usted proporcionarme una barca fuerte?

—Sí, señor; mírela usted allí y estoy dispuesto á prestársela; bien puedo yo arriesgarme á perder una barca, puesto que usted arriesga la vida.

¡Arriesgar la vida! ¡Y aquel viejo hablaba formalmente! ¡Arriesgar la vida á los veinticuatro años! No se me había ocurrido, y miré en torno sin decir una palabra, y miré el rostro impasible de Anselmo, y miré las ondas amenazadoras... Pero ya no era posible retroceder sin parecer cobarde y fanfarrón; y con paso firme seguí al anciano barquero. Y esta vez la vanidad fué más generosa que el corazón, como sucede en la mayor parte de las acciones de los hombres.

La barca que el pescador me proporcionaba no era nueva, y me pareció más ancha y pesada de lo conveniente.

—Fíese usted en mí; las olas no la volcarán; y si quisiera usted seguir mi consejo, no se embarcaría, pero ya que se empeña...

Sí, me empeño.

Anselmo me miraba con cierta sonrisita burlona que me sonrojaba.

Ayudé al viejo á botar al agua la barca, y entré en ella de un salto. Anselmo entró tras de mí.

—¿Tú también?, dije conmovido: ¡cuán mal te había juzgado, pobre amigo!

—Porque tú estés loco no debes creer que yo también he perdido todo mi juicio...

—¿Pero vienes conmigo?

—Voy contigo, pero no por ti... ni por nadie...; voy..., voy... ni yo mismo lo sé: porque con este lanchón no podrías separarte un palmo de la orilla: en suma, voy porque no tienes más que dos brazos y aquí hay cuatro remos...

Y así diciendo, cogió uno, lo apuntaló en la orilla con todas sus fuerzas, y empujó la barca en plena efervescencia de las olas.

—¡Que Dios los salve!, exclamó el viejo barquero.

Y quitándose el gorro con ademán que parecía participar de saludo y de invocación, repitió:

—¡Que Dios los salve!

—Ante todo, dijo Anselmo, ayúdame á quitar el timón; no podemos valernos de él porque necesitamos nuestros cuatro remos, y ya verás como no serán demasiados.

Como en confirmación de sus palabras, una furiosa oleada cogió de través en aquel momento la barca y nos empujó hasta la orilla. Anselmo no pestañeó; yo no pude menos de echar una mirada á la tierra que estaba tan próxima.

—Ahora, prosiguió mi amigo con su calma inalterable, manos á la obra; veo allá un punto negro y debe ser el bote de tu Sr. Luciano.

Ansalmo, dotado de más entereza, se puso á cantar entre dientes; yo no encontraba en mí otra fuerza que la del silencio. Nos sentamos en dos bancos, yo á proa, Anselmo á popa, y nos encomendamos á los brazos y á los remos.

El cielo estaba negrísimo; la noche cerraba rápidamente; las cimas de los montes desaparecían ya de nuestras miradas: á trechos iban encendiéndose las luces tranquilas del hogar doméstico; el viento arreciaba cada vez con más furia, las olas chocaban con nuestra barca y se rompían en la proa; y nosotros remábamos silenciosos.

(Continuará)

ALGUNAS INNOVACIONES NOTABLES

EN LAS CONSTRUCCIONES NAVALES

Los norteamericanos asombraron al mundo con su famoso *Monitor* y ahora quiere hacer otro tanto un inventor de Nueva York con el extraño buque de combate que representan nuestros dos primeros grabados. Es difícil decir si el *Tridente,* que es el nombre puesto á esa proyectada construcción por Mr. Stokes, su inventor, es un fuerte movible ó un barco semi inmóvil. Tiene la forma de una esfera, á la que falta un trozo en la parte superior y otro mayor en la inferior, pues el fondo es completamente plano. Estará protegida por planchas de 12 pulgadas de espesor hasta la galería circular que le da vuelta, y debajo de ella, hasta alguna distancia bajo la línea de flotación, por otras de 18 pulgadas. Las tres torres fijas, cada una de las cuales llevará un cañón de 8 pulgadas, tendrán una coraza de 12 pulgadas de espesor, como también la torre cónica central. Los dos cañones de gran calibre que lleva apareados en el centro del buque son mucho más largos de lo que pudiera creerse, pues poco más de las bocas salen fuera del costado del *Tridente,* que desplazará once mil toneladas.



Batería naval esférica

Interior de la batería naval esférica

El buque de guerra inglés de primera clase y de doble hélice *Nueva Zelanda,* representado en el tercero de nuestros grabados tal como será cuando esté concluído, y que fué botado al agua en el astillero de Portsmouth el 4 de febrero último, es el buque mayor que se ha construído en dicho astillero, desplaza 16.350 toneladas y tiene una fuerza nominal de 18.000 caballos.

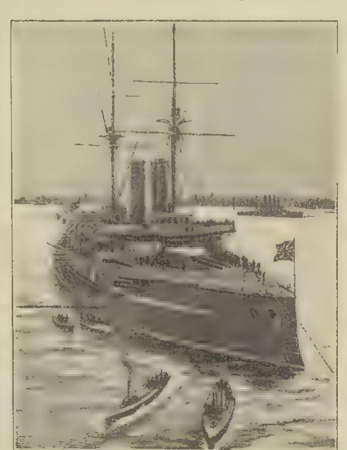
Finalmente, el *Amatista,* crucero de tercera clase, que fué botado al agua el 5 de noviembre último desde el astillero de Armstrong, en Elswich, está en la actualidad recibiendo sus máquinas, del tipo de turbinas *compound* de Passons; será el primer crucero que llevará turbinas y el mayor de los buques que hasta ahora las tienen. Las dimensiones de ese barco son las siguientes: eslora entre puntales, 360 pies; manga, 40 pies; mínimo de calado, 14 pies, 6 pulgadas; desplazamiento, 3.000 toneladas. Su armamento consistirá en doce cañones de tiro rápido de cuatro pulgadas, otros ocho de tres libras, dos cañones Maxim y dos tubos para torpedos de 18 pulgadas de superficie. Tiene la cubierta protegida por una plancha de dos pulgadas y tres hélices. Se pondrán á este crucero turbinas especiales que le permitan marchar hacia atrás.—R.

***

AGUAS MAGNETICAS

La prensa científica se ha ocupado repetidas veces de los manantiales que poseen propiedades magnéticas y que, por lo tanto, convierten el hierro en magnético.

Esto no obstante, y aunque los físicos y los químicos han demostrado su escepticismo, preciso es convenir, en vista de los antecedentes adquiridos acerca de los manantiales magnéticos descubiertos, que éstos ascienden á tres actualmente en la Indiana de los Estados Unidos de la América del Norte. Hay que advertir que los referidos manantiales han sido determinados, con singular propiedad, por Mr. O. Leighton, hidrógrafo del servicio hidrológico de Indianópolis, y por Mr. J. N. Hurby, adscrito á su vez al servicio de sanidad. M. Leighton, que antes se había mostrado indiferente y hasta escéptico, prestóse después á examinar el manantial de Cartersburg, en donde pudo comprobar lo erróneo de su prevención. Al efecto, sumergió en el agua la hoja de acero de un cuchillo, que previamente pudo observar que no atraía á las limaduras de hierro, ni á los alfileres, clavos, etc., retirándola á los cinco minutos, secándola con el mayor cuidado, convenciéndose entonces de que había quedado perfectamente imanada, puesto que á ella se adherían las limaduras, etc. De suerte



El buque de guerra inglés *Nueva Zelanda,* una vez terminado

que resultó evidenciado que las aguas de Cartersburg imanan el hierro. Este descubrimiento será causa, seguramente, de sorpresa para los físicos, puesto que afirman que el agua no puede ser magnetizada y no se comprende que el agua pueda transmitir una propiedad de la cual aquélla carece.

Mas, aunque no se comprenda el fenómeno, forzoso es hacer constar su existencia. El misterio no existe. El agua de los manantiales magnéticos contiene óxido de hierro magnético, y este óxido, disuelto en las aguas muy saturadas de ácido carbónico, se precipita á medida que el ácido se separa. ¿Es probable que una pequeña parte de este óxido se adhiera á la hoja de acero? Este es el problema que queda á resolver.

Hay que observar que la imanación producida por la inmersión en el agua magnética es de corta duración, pues cuando ha sido por espacio de cinco minutos desaparece á las treinta horas. Afírmase que el manantial de Fort-Wayne es mucho más magnético que el de Cartersburg.

***

LA VELOCIDAD DE LAS LOCOMOTORAS

Las grandes velocidades alcanzadas por las nuevas locomotoras alemanas de la Compañía Siemens-Halske las ha rebasado una locomotora construída por la Allgemeine Electkricitets Gesellschaft. Sabemos que el éxito correspondía á la locomotora Siemens, que llegó á recorrer 201 kilómetros por hora; pero la cifra que podemos hoy señalar excede á la anterior en más de nueve kilómetros. Esta «locomotora-bólido» es un invento formidable; pesa más de 93 toneladas y produce una trepidación tan extraordinaria sobre los rieles, que ha sido preciso adicionar un nuevo riel para afirmar la vía. Está provista de frenos sistema Vestinghouse, que en el último ensayo practicado dieron excelentes resultados, deteniendo el tren al entrar en la estación á pesar de llevar una velocidad superior á 60 kilómetros por hora. Las velocidades sucesivamente alcanzadas fueron de 145 kilómetros por hora durante los cinco primeros kilómetros recorridos, de 201 kilómetros durante los 13 siguientes, y el resto fué aumentando hasta llegar á 210'770 kilómetros, que se sostuvo por espacio de diez segundos. La potencia de la locomotora á que nos referimos varía de 1.000 á 2.500 kilovats y la tensión de 10.000 á 14.000 volts. Estos resultados, que son ya á todas luces sorprendentes, se rebasarán dentro de poco. ¿Pero después?, preguntamos. ¡Qué derroches de energía! ¡2.500 kilovats para arrastrar cien toneladas!

***

EL COMERCIO DE LECHE

EN NUEVA YORK

Según consigna «La unión médica del Canadá,» Nueva York recibe diariamente 1.143.000 litros de leche y nata para el consumo de sus tres millones y medio de habitantes.

Esta cantidad enorme de leche es transportada en su mayor parte por ferrocarril, puesto que la conducción por la vía marítima sólo alcanza á 38.000 litros.



El nuevo crucero inglés *Amatista,* movido por turbinas

Mas como quiera que la leche procede de las provincias más lejanas, los vagones frigoríficos que la conducen están dispuestos de un modo especial. Las estaciones de embarque están provistas de grandes recipientes llenos de hielo, dentro de los cuales colocan los campesinos los cántaros de leche. Instalaciones especiales garantizan el lavado perfecto de los objetos y aparatos destinados á este servicio especial, observándose la más escrupulosa limpieza. Los recipientes lávanse con agua salada primero, con agua fría después y sométense por último á un chorro de vapor antes de secarlos.

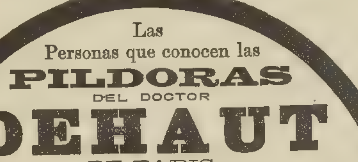
En fin, 23.200 vacas están sometidas á la inspección sanitaria regular de los veterinarios de Nueva York y de sus contornos.



Paisaje, cuadro de José María Marqués

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las Personas que conocen las



no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.









HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.



Las minas en una guerra naval. - Explosión de una serie de minas. (Fotografía de Symonds.)

Es esta una de las máquinas más terribles en la guerra por mar, mucho más poderosa que los torpedos, y de ella ha sido víctima durante la presente lucha ruso japonesa el buque *Yenisei* que al chocar con una de las minas que él mismo acababa de instalar se fué inmediatamente á pique.

Cada mina va provista de una batería eléctrica que por medio de dos alambres prende fuego á la carga y la hace volar cuando algún buque tropieza con ella.

De los efectos de la explosión de una serie de estas minas puede juzgarse por el grabado que en esta página publicamos y que permite formarse fácilmente idea de los efectos desastrosos que esta arma puede producir.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Aire y luz, por *Edmundo de Amicis*. – Con este título ha publicado el editor barcelonés D. Antonio López, en su «Colección Diamante,» cinco narraciones del célebre literato italiano Edmundo de Amicis, interesantes y bien escritas como todas las del popular escritor. La versión castellana está correctamente hecha por D. Germán Flórez Llamas. Precio, cincuenta céntimos.

De mi cosecha, por *V. Nicolau Roig*. - La lectura de las poesías festivas que contiene este tomo justifica los elogios que á su autor dedica en un bien escrito prólogo Moisés Numa Castellano y los que le ha prodigado la prensa bonaerense. Las composiciones están escritas en diversos metros, con mucho gracejo y con gran facilidad, y su lectura hace asomar á los labios una franca sonrisa que constituye la mejor prueba de que el poeta ha logrado cumplidamente el fin que se proponía. El libro, con una bonita cubierta de Tasso y varias ilustraciones de Caraffa, Fortuny, Ferrer, Giménez, Navarrete, Nicolau Cotanda, Pla y Valor, ha sido impreso en Buenos Aires en la imprenta Kraft y se vende á dos pesos.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL Ó LOS CIGARROS DE Bin BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

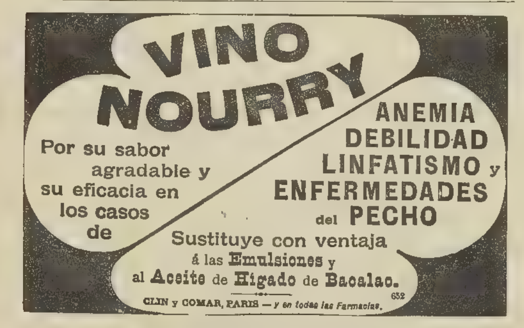


JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE
DEL Dr DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio.- Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 7 de marzo de 1904 — Núm. 1.158

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALÓN PARES. ARTE MODERNO

Exposición de obras pictóricas originales de Luis Masriera y Rosés



La brisa del bosque, cuadro de L. Masriera y Rosés



La brisa del río, cuadro de L. Masriera y Rosés



Almirante MAKHAROF, jefe de la escuadra rusa

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Para aficionado á contrastes, salir del Congreso en estos días de sesión borrascosa y pasarse un par de horas en un laboratorio como el del doctor Decref, donde se practican experimentos de radiografía y electroterapia.—Alrededor del santuario de las Leyes, una muchedumbre inquieta hierve y se apiña esperando la salida de algún diputado de la minoría republicana para seguirle y ovacionarle; óyense vocear «las nuevas aleluyas políticas» y corre de mano en mano un papel amarillo, exornado con monos de lo más chabacano, que pretenden tener intención y sólo tienen escatología burda; los agentes de orden público, erizados de bigote, torpes de gesto y huraños de actitud, dan vueltas y más vueltas á la manzana, preparándose á repartir leña; todos los que discurren por la vía pública quisieran estar allá dentro, donde se fragua el rayo; quisieran encontrarse envueltos en la caldeada atmósfera de las tribunas, donde sin cesar, bajo la amenaza de un *¡despejen!*, se expresa con rumores y frases á media voz y hasta polémicas la impresión que el debate va suscitando, se enzarzan reprimidas discusiones, se manifiestan simpatías y antipatías, se echa fuera el torso para comerse con la vista á un orador de cartel.—No todo el mundo ha logrado la fortuna de obtener una papeleta; no todo el mundo tiene un diputado amigo, ó un amigo amigo de un diputado; y los que se quedan sin penetrar, sienten la inquietud de la curiosidad y el hormiguillo de la impaciencia. La vibración de los ánimos dentro se comunica á la calle, porque en el recinto no cabe ya; cual sucede en los Altos Hornos de Bilbao, el aire se enciende en radio mucho más extenso que el horno mismo; la multitud se agolpa en torno del sitio donde suceden las cosas, como si fuesen de vidrio las paredes. Esperan que la efervescencia de la Cámara se transmita á la plazuela; que se grite al aire libre lo mismo que se gritó dentro del mal llamado hemiciclo; que al terminar la sesión venga el epílogo dramático y tal vez sangriento...

***

Os habéis pasado allí, en la abarrotada tribuna, la primera mitad de una de estas tardes ya de primavera, ya tan largas, que despiertan ansias de campo y de reposo; tenéis la ropa impregnada de olor á tabaco—porque se fuma á tutiplén en cada rincón del santuario, y hasta en el propio salón de sesiones, detrás de los biombos;—en la boca se os disuelve el último caramelo; en el cerebro os flotan cláusulas del último discurso; la fiera invectiva, la réplica intencionada, todavía suenan en los oídos; aún veis el gesto trivial ó noble, mezquino ó grandioso, elegante ó grosero, del que estaba en el uso... ó en el abuso de la palabra; el tilinteo de la campanilla presidencial os persigue todavía al través de los pasillos, y no estáis seguros de no oirla mientras bajáis la alfombrada escalera; al poner el pie en la calle encontráis el tumulto, la ansiedad de las caras que parecen preguntaros qué ocurre y si arde de una vez, incendiado por la elocuencia, el gran templo de la burguesía triunfante... Pero ya el coche arranca y se interna por la red de callejas entretejida á espaldas del edificio de las Cortes; ya nos encontramos en otro Madrid silencioso, ó por lo menos normal en su tráfago, con transeuntes de capita ó blusa en las aceras, que requiebran á las modistillas y se paran ante las administraciones de loterías soñando y eligiendo el bonito número; con carretas descomunales que obstruyen el arroyo y os detienen cinco minutos en contemplación forzosa de un ensangrentado costillar de vaca ó de un ternero sacrificado; con mendigos tercos, que os refieren una historia de lágrimas, y si no soltáis los cinco céntimos, os hartan de maldiciones; con guindillas refugiándose en el más próximo *establecimiento*, á fin de disfrutar una miaja de descanso, que no es de hierro el hombre; con chulas de mantón y cursis de abrigo guarnecido de piel de gato; con niñeras á quienes siguen los pasos desmedrados soldadillos; con algún tío de manta llegado ayer de Tierra de Brutos de Arriba, y á quien acecha el avispado timador; con el aspecto, en una palabra, peculiarísimo de la capital... El coche revuelve y se interna en la calle del Barquillo, á trozos ahogada y estrecha, á trozos de mejor respiración; y donde se prolonga, convirtiéndose por rebautizo en calle de Fernando VI, al lado de un palacio en construcción que da, entre la edificación sin carácter y sin tendencias de Madrid, la nota de un modernismo alegre y refinado, se para el vehículo y dentro de breves instantes nos encontramos en el gabinete del conocido médico.

***

En un ángulo del despacho aguarda un hombre. Viste humilde traje de obrero—de obrero casi en la miseria.—Es pequeño de cuerpo, feo de rostro; lleva la barba descuidada y apagado y triste el mirar. Es un abrumado por el peso de la suerte. Cuando se incorpora, veo que cojea, de una de esas cojeras inutilizadoras, absolutas, que no parecen defecto de una pierna, sino de todo el organismo. Renquea, se arrastra. Con él ha venido el médico forense, para confirmar, por medio de la radiografía, un diagnóstico, del cual depende que la lesión del obrero sea ó no considerada accidente del trabajo y se le otorgue ó no la indemnización que señala la ley. Y al salirme al paso este episodio aislado y sencillo de la lucha económica, se me viene á los labios una frase de la novela *Resurrección:* «Este sí que es el mundo, el verdadero mundo.»

En efecto, la realidad de un sufrimiento ignorado y en el cual nadie para mientes, de una existencia rota y destruída, de un ser que no puede ya ni demandar al trabajo el duro pan, obliga á pensar no poco y remueve capas de sensibilidad dormida. ¿Dónde queda el vocerío del Congreso? ¿Qué dolores ó qué daños gritaban por boca de los oradores? Bajo aquella cólera centelleante en los escaños, tan presto extinguida en los pasillos, ¿qué carne de verdad palpitaba y sangraba? ¿A qué respondían los encuentros entre unos hombres que se sientan á la izquierda del presidente y otros que se sitúan á su derecha, detrás del banco azul? En el destino del obrero á quien acaban de extender sobre el lecho de operaciones radiográficas, colocándole bajo la pierna enferma la caja de madera con fondo de plomo que encierra el cliché, ¿qué influencia pueden ejercer las brillanteces de palabra del uno, las habilidades de consumado actor del otro, las flechas aceradas de aquél y los disparos con bala rasa de éste? Si la ciencia no interviene y no toma cartas en el asunto, el obrero inválido no tendría más remedio que echarse á la calle, no al olfato de la revolución, sino aceptando la degradación moral que con tanta frecuencia determina el pordioseo.

***

Cinco minutos después—el tiempo que tarda en impresionarse la placa,—en la de mi mente se cambiaron las imágenes y se transformaron los pensamientos. El dolor que tenía presente y que acaso únicamente por eso me conmovía, fué á sumirse, á desaparecer entre la enorme extensión árida del dolor universal. Y el mismo dolor, en aquella forma, dejó de parecerme tan terrible. Fértil como ninguna la cosecha de males y tribulaciones que agobian al género humano, la ciencia recoge y destruye algunas espigas malditas, el arte vela y encubre con su red de perlas el resto. El que ha conseguido escuchar en el Congreso palabras mágicas y períodos rotundos, ó siquiera imprecaciones artísticamente dichas, no recuerda el mal durante una hora.

***

Por ahí repiten que el espectáculo de la Cámara ha sido estos días escandaloso. Todo es relativo, que decía el gracioso pedantón de Moratín. Se ha gritado, sí, señor, se ha gritado, y fuerte; pero á mí me aseguró gente que ha asistido á la Cámara francesa y al Parlamento inglés, que allí se gastan puños como mientes. Me refirieron que un inglés, desconocedor por completo de nuestro idioma, quiso no obstante presenciar una sesión del Congreso. Diéronle su correspondiente papeleta, y el britano, enemigo de hacer á medias las cosas, entró cuando en el recinto no había una mosca y salió cuando volvía el recinto á quedarse en la misma soledad por retirarse el último diputado. Preguntáronle después si no se había aburrido oyendo hablar y discutir tanto sin entender jota. «Nada de eso—respondió. Al contrario: me he divertido muchísimo y he pasado un rato delicioso. Para ello me ha bastado mirar cómo accionan y gesticulan vuestros oradores. En el Parlamento inglés se habla sin mover el cuerpo ni desenfundar las manos de los bolsillos, como no sea para pegar un puñetazo. Aquí expresan tanto con la mímica, que yo, si no he comprendido exactamente cuanto se dijo, por lo menos me forjo la ilusión de entenderlo y hasta de saborearlo.»

Así opinaba este extranjero, más indulgente con nosotros que nosotros mismos; caso frecuente y en especial cuando se trata de aspectos peculiares de nuestra nacionalidad y nuestra raza. Del cuadro de nuestro Congreso extrajo el benévolo insular la particularidad más simpática y bella: el arte en el gesto. Si entendiese, alabaría otras muchas cosas que, estéticamente entendidas, también merecen loor.

***

La oratoria política, sin embargo, se transforma. De aquellos magnos discursos de otros días sólo queda el recuerdo. Eran arengas que consumían una tarde y á veces quedaban en suspenso hasta la siguiente. En mitad de su tarea, el orador se interrumpía, pidiendo se le otorgasen diez minutos ó un cuarto de hora de bien ganado descanso. Mientras, entre apretones de mano y felicitaciones, se enjugaba el sudor de la frente—sombra ilustre de Castelar, ¡cómo te alzas en mi memoria!,—la Cámara, recobrando el aliento interrumpido y suspenso momentos antes para no perder sílaba de la peroración, rompía en alto murmullo formado de mil conversaciones, y era su zumbido el de la colmena arremolinada. Transcurrido el tiempo reglamentario, como por virtud de un conjuro—el conjuro de Orfeo—aquietábanse de golpe las discusiones, ocupaba su escaño cada cual, y el discurso reanudaba su esplendorosa cinta flexible recamada de pedrería. Actualmente, si los corifeos se creen en el caso de endilgar su discurso por temporada, hay que convenir en que procuran abreviar lo posible. Sienten—con su instinto de artistas, más certero que el de gobernantes—que estamos en la época de las guerrillas: que las ligeras escaramuzas y los movimientos dedicados á molestar al adversario y á quebrantarle cada día un poco, son la táctica de moda, y que en la oratoria se ha infiltrado el género chico también.

EMILIA PARDO BAZÁN.



De cuando en cuando se acerca de puntillas á la puerta de la alcoba...

Cuentos del día.—La mujer fuerte, por Alfonso Pérez Nieva

I

Junto á una ventana, gozando de la vista que ofrece el jardín de un hotel de enfrente, sentada en un viejo butacón de gutapercha, una señora entrada en años. Tiene un brazo en cabestrillo y una pierna estirada, rigidez que no deja lugar á dudas: está paralítica de un lado. La estancia es modesta de mueblaje, pero muy aseada. La campanilla suena y entra una joven sonrosada y recia, de rostro abierto y decidido. Acaba de caer un chaparrón y trae el impermeable empapado. Desde luego se adivina en el porte extranjerado de la muchacha á la institutriz.

SEÑORA.—Por la hora que ha caído ese chubasco me figuré que te había cogido, Luisa.

LUISA.—Antes calculé yo que me mojaba. La mañana ha estado cubiertísima y con las nubes encima de los tejados *(quitándose distraídamente el impermeable)*.

SEÑORA *(mirando con interés á su hija)*.—Mala cara traes hoy.

LUISA.—Calcúlate lo que significa en nuestra situación quedarse sin dos lecciones. Una de las niñas se marcha de Madrid y la otra ingresa interna en un colegio. Pensaba ocultarte la mala noticia, pero como á la postre el día del cobro habrías de haberlo advertido, he preferido dártela ya que se presentó ocasión.

SEÑORA.—¡Pero dos lecciones menos para nosotros es la ruina! *(Con angustioso acento.)*

LUISA *(con desenfado)*.—¡No te apures! Ya vendrán otras. Dios aprieta, pero no ahoga. *(Reparando en un papel blanco garrapateado que hay sobre la camillita de la habitación.)* ¿Qué es eso? ¿Ha venido el médico? Un tónico específico que costará un dineral.

SEÑORA. ¡Bah! No lo compres.

LUISA.—¿Que no lo compre tratándose de ti, madre? Esta misma tarde lo tienes en tu poder. Trabajaré más. Por fortuna, la vida que llevo de trotar por las calles será muy perra, pero me sienta divinamente. ¿Y no ha venido nadie más?

SEÑORA.—Unicamente...

LUISA *(con tristeza)*. D. Jerónimo, el agente de negocios.

SEÑORA.—Lo has acertado. Ha venido á hablarme para que yo interponga mi influencia para contigo y le hagas caso. ¿Querrás creer que me ha pedido solemnemente tu mano?

LUISA.—De sobra sabes cómo pienso.

SEÑORA.—Pues es para él una puñalada. En fin, no pretendo en modo alguno contrariar tu inclinación. Cuando me pregunte si te hablé, le participaré tu negativa. Sobre simpatías no hay nada escrito.

LUISA.—Antipático no me es; sólo indiferente. ¡Luego me dobla en edad! *(Coge la receta, que dobla y guarda en un tarjetero de piel obscura.)*

SEÑORA *(incorporándose)*.—¡Ay! No encuentro ya postura. El tiempo húmedo me sienta peor. El médico me lo ha dicho: «El clima de Andalucía la probaría maravillosamente.» ¡Disparate! Es como cuando aconsejan á un albañil que coma carne. *(El rostro de la enferma se contrae con un exacerbamiento de dolor.)*

LUISA. ¡Pobre mamá!

II

Luisa escribiendo una carta en su cuarto, ante un veladorcito con tapete. De cuando en cuando se acerca de puntillas á la puerta de la alcoba, escucha un instante y vuelve á tomar la pluma. Son las ocho de la mañana de un día de invierno.

LUISA.—Duerme tranquila *(cambiando el sentido de la frase)* ¡y duerme tranquila, madre mía! En mi mano está tu alivio, tu reposo, y no ha de faltarte. ¡Bien sabe Dios que no hay en mi decisión ni sombra de egoísmo! Dura, durísima es la vida que llevo soportando por esas calles el frío y el agua, mas no me pesa. ¡Pero si hasta eso se acaba, Virgen Santa! ¿Qué hago yo con una impedida que tantos cuidados necesita y una sola lección de francés que no nos da ni para comer? *(Pausa. Esconde el rostro entre las manos, llorando en silencio. Al cabo de unos minutos seca su llanto y prosigue la carta empezada.)*

«Se lo repito. A usted debo de hablarle como no hablaría á otro, por lo mismo que creo en la sinceridad de sus pensamientos y por lo mismo de mi situación excepcional. Me debo á mi madre impedida, que necesita de todos mis cuidados, de mi vida entera, y sería en mí un egoísmo inmenso ligar una persona más á nuestro infortunio. He ahí mi última y definitiva palabra. No puedo casarme con usted.»

(Arrecia su angustia, entre la que firma y cierra su carta, poniendo al sobre la dirección. Un instante permanece inmóvil.)

Y sin embargo, amo á este hombre con todo mi corazón. ¡Pero si el infeliz es tan pobre como nosotras! No hay más remedio. Esta misma noche contesto á D. Jerónimo concediéndole mi mano. ¡Que sufra yo, pero que no sufra mi madre! *(Coge el sombrero de sobre una cómoda, se acerca otra vez á la alcoba acechando un segundo si su madre descansa, y requiriendo la carta, se marcha á cumplir su obligación.)*

III

Ha transcurrido un año. Luisa es ya la señora de D. Jerónimo López, el agente de negocios, y pasa el invierno en Málaga, en un hotelito á la orilla del mar, del camino del Salo, rodeado de flores abiertas en pleno invierno. Acompañando á su madre lleva dos ó tres meses en la dulce ciudad, que sienta á maravilla á la enferma.

LUISA *(cuidando de que la criada que empuja el cochecito de su madre lo deje bien al sol, abrigado de la brisa y sin embargo á la vista de la playa)*.—¿Aquí?

MADRE *(bebiendo con delicia el aire de la mañana)*.—¡Aquí! ¡Sí! ¡Qué día tan espléndido y qué clima tan hermoso!

LUISA. Superior al de Niza. Y que te ha sentado admirablemente.

MADRE.—¡Gracias á tu abnegación! *(Enterneciéndose.)*

LUISA *(ahogando á su vez su emoción repentina)*.—¿A que se van á volver las tornas riñendo la hija á la madre? No faltaba más sino que fueras á entriste-

cierte ahora en medio de esta inmensa alegría.

MADRE.—Has nacido para ángel.

LUISA *(sonriendo)*.—Sólo que me he quedado á la mitad del camino. ¡Vaya, hablemos de otra cosa! Mira esa nube de humo en lontananza. Es un vapor que pasa. *(Suena el timbre de la puerta del jardín.)* Debe de ser el cartero. *(La doncella trae, en efecto, una carta, que Luisa abre y lee.)* Es de Jerónimo y cariñosa como todas las suyas. ¡Es bonísimo!

IV

La dicha es breve. Ya lo dijo el poeta francés: el espacio de una mañana. Dos años han pasado, habiendo muerto en su intervalo la madre de Luisa de una complicación cardíaca cuando menos podía esperarse, por extraño sarcasmo de la suerte, en pleno contento. Pero estaba escrito que la pobre muchacha no se quitara nunca la toca de hermana de la caridad. Ella y su marido salen de ver á un especialista en enfermedades de los riñones.

JERÓNIMO *(llamando á un simón, al que sube con Luisa después de darle las señas de su casa)*. -Ya lo has oído. Esto es largo, muy largo, y necesita unos cuidados exquisitos.

LUISA.—Pero no es grave.

JERÓNIMO.—También lo oiste. ¡Por ahora no! Ese por ahora es sencillamente un atenuante compasivo. ¡Quiere decir que la enfermedad continuará su obra destructora! No lo dijo, no, es decir, no lo dijo con la lengua, pero lo expresó con la cara, á la que creo más.

LUISA. —¿Pero por qué esos pesimismos? Las enfermedades de las vísceras se curan acudiendo á tiempo.

JERÓNIMO.—Y eso es lo que yo precisamente no sé, ni con fijeza lo sabe nunca el médico; créelo. Juzga por inducciones. La medicina es un puro instinto.

LUISA.—No hay forma de convencerte. Lo que es que, á pesar de tus pretensiones de hombre despreocupado, eres un aprensivo terrible.

JERÓNIMO.—El tiempo dirá quién se equivoca. Mientras, agradezco tu buen deseo. Hemos llegado.

V

En Recoletos. Luisa de medio luto, resaltando su delicada figura de aristocrática distinción su vestido de primavera. Bajos los ojos, escucha á un joven de barba negra que la habla con animación, pero con respeto, andando á su lado.



Estudio, escultura de E. Clarasó

LUISA *(con timidez)*.—Por Dios, sea usted breve. No me gusta llamar la atención, Juan.

JUAN.—Brevísimo. Tengo la creencia de que cuando se siente mucho se habla poco. Pues bien, Luisa. Hace seis años respondió usted á la declaración de mi cariño con una nobilísima carta que me sé de memoria, tanto la he leído. En ella adiviné, á través de su repulsa, que mi amor no había dejado de repercutir en usted. Pero su madre impedida necesitaba lo que yo no podía proporcionarle y se casó usted con otro. Hizo lo que debía. Conozco á fondo lo que usted ha pasado. Hoy es usted libre y yo soy abogado y gano dinero con mi bufete. ¿Quiere usted ser mi esposa?

Luisa se estremece al oir esta brusca proposición y mira un instante la leal fisonomía de quien le dirige la palabra, y en seguida, decidiéndose, contesta con agradecido acento, tendiendo la mano al joven:

LUISA. —Mañana á las dos vaya usted á hacerme esa misma petición delante de mi cuñada, con quien vivo. Y ahora separémonos.

VI

Luisa y Juan efectuando su viaje de novios en un departamento de primera.

JUAN.—Todo te lo mereces, porque has sido la mujer fuerte de la Sagrada Escritura.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

ESTUDIO

ESCULTURA DE ENRIQUE CLARASÓ

El bellísimo estudio en mármol ejecutado por Enrique Clarasó, es otra galana muestra de las aptitudes de este distinguido escultor, cuya característica es hoy el sentimiento y el desarrollo de temas y asuntos que entrañan un concepto que dignifique la obra, ya responda á la creencia ó bien á la manifestación de nobilísimos afectos que radican en el hogar y en la familia. Bien haya el artista que en tales ideales se inspira para producir obras tan bellas cual la que reproducimos.

EL PAN DE CADA DIA,

CUADRO DE DIONISIO BAIXERAS

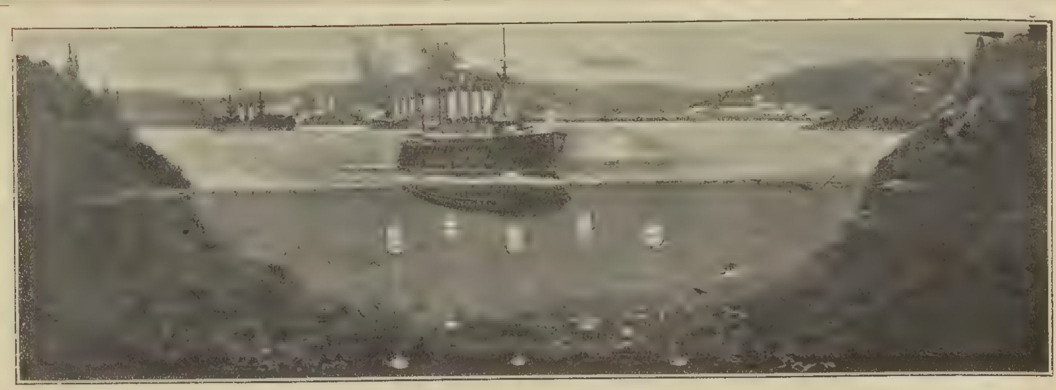
Si pudiéramos ver reunidos los cuadros que ha producido este laborioso pintor catalán, tendríamos bellamente representados los tipos, costumbres y situaciones de los pescadores y gente de mar de nuestras costas, con tal fidelidad y exactitud que puede afirmarse son trasunto del natural. Bajo este concepto es uno de los artistas á quien más debe Cataluña, y como pintor, uno de aquellos que con sus obras honra á la tierra que le vió nacer.


El pan de cada dia, cuadro de Dionisio Baixeras



JAPÓN PINTORESCO.—Músicos peregrinos en Nikko, dibujo de F. Hohenberger

Estos peregrinos hacen voto de pasar la vida errando por las ciudades santas del Japón y se sostienen tocando la flauta y el *samisen*. Es de notarse el extraño y tupido velo que desciende de su peinado en forma de columna



UN GRUPO DE MINAS SUBMARINAS DEFENDIENDO LA ENTRADA DE UNA BAHÍA

La entrada de los puertos militares se defiende casi siempre hoy en día por medio de grupos de minas ó torpedos fijos, que son unos receptáculos metálicos, propios para contener una gran cantidad de materias explosivas. Generalmente llevan lo que se llama cabeza de contacto. Si un barco que trata de penetrar en un puerto toca con esa cabeza de contacto, la carga del torpedo explota. Otras veces se les descarga desde tierra por medio de alambres eléctricos. Ve, el que está de guardia, que el buque que se aproxima se halla ya sobre ó muy inmediato al torpedo, pero sin tocarlo; oprime un botón y la mina estalla, sin necesidad de que se haya tropezado con la cabeza de contacto.

LA GUERRA RUSO-JAPONESA

De poca monta son los acontecimientos ocurridos desde nuestra crónica anterior. No ha variado en lo esencial la situación de los beligerantes. Los japoneses procuran acrecentar los desembarcos, inutilizar los elementos navales de que disponen los rusos y afirmarse en Corea, sin perdonar medio para atraerse á los chinos con el propósito de hacer difícil la dominación de los moscovitas en la Mandchuria. A contrarrestar tales manejos tienden los esfuerzos de los rusos, según lo atestigua la proclama del almirante Alexeief, que, redactada en idioma chino, se ha fijado profusamente en todas las ciudades y villorrios de la región mandchuriana. Oportuna ha sido la resolución adoptada, puesto que además de explicar clara y concisamente las causas originarias del conflicto, determina los beneficios y ventajas que para aquel país representa la existencia del ferrocarril transiberiano como elemento importantísimo para el desarrollo comercial y fomento de la agricultura, invitando á todos los habitantes á procurar su conservación.

El procedimiento adoptado por el delegado imperial es de indiscutible utilidad, puesto que ha de influir necesariamente en la masa del pueblo á pesar de su atraso, simplificando á las tropas rusas el difícil cometido de defender una vía tan extensa cual lo es la del ferrocarril. Esto no obstante, preciso será que el ejército ruso destine un numeroso contingente á su defensa, ya que además de las irrupciones de los boxers, han de precaverse los ataques de las partidas mandchús, fomentadas asimismo por los agentes japoneses, interesados en quitar á los rusos el lazo que los une á la metrópoli y por el cual reciben diariamente refuerzos, recursos y elementos de todo género.

Chemulpo y Gensán, puertos coreanos, continúan recibiendo los batallones del ejército territorial japonés, que rápidamente ha invadido Corea, se ha hecho dueño de la dirección de aquel Estado y en él domina cual si fuera una de las provincias del imperio del Sol naciente. De suerte que, sin autorización ni asentimiento del soberano de aquel país, han prescindido de su condición neutral y se organizan y solidan cual si se tratara de un territorio conquistado.

BUQUES ROMPEHIELOS SISTEMA RUSO PARA SALIR DE LOS PUERTOS HELADOS

1. Barca de vapor rompehielos, en que cruza el tren del ferrocarril el lago Baikal. El tren penetra atrevidamente á bordo del vapor ocupando el sitio bajo la cubierta. El área, relativamente pequeña, de hielo fracturado está señalada en el grabado por la gran proximidad á que con toda confianza está situado el trineo tirado por un caballo. – 2. El buque más potente del mundo, el vapor rompehielos ruso *Ermack*, funcionando. – 3. Lo que vale el *Ermack:* buques detenidos por los hielos, navegando por un canal abierto por dicho rompehielos. – 4. Rompiendo el hielo: la proa de la barca en que cruza el lago Baikal el tren del ferrocarril durante su tránsito por el lago helado. – 5. Barca de vapor rompehielos americana en Sault Sta. María. – 6. Modelo del *Ermack*, en el que se ve la colocación de sus motores, uno á proa y tres á popa.

A la confianza de que dieron muestra los rusos ha substituído la actividad y la previsión. Diariamente transporta el ferrocarril transiberiano tres mil soldados que van á engrosar los cuerpos de ejército que se encuentran en Karbin, Mundkden y á orillas del Yalu. Los víveres y municiones, material sanitario y todos los recursos que precisa un ejército compuesto de más de trescientos mil hombres, que á tal número asciende el que han reunido en la Mandchuria, llegan de continuo, ya enviados por el gobierno imperial, ya por los particulares. El entusiasmo crece en todo el imperio, y todas las clases muestran especial empeño en dar fehaciente testimonio de su patriotismo, alistándose como voluntarios ó engrosando las suscripciones con importantes donativos. Asaz interesante es la lectura de las noticias procedentes de las grandes ciudades moscovitas, puesto que todas ellas reflejan el levantado espíritu que anima al pueblo ruso, atento en estas circunstancias á cuanto pueda contribuir al bien de la patria.

En la noche del 23 al 24 del actual, sigilosamente y en igual forma que la empleada hasta el presente, intentó la escuadra japonesa una nueva sorpresa atacando á Puerto Arthur, que no pudo realizar gracias á la vigilancia ejercida por los rusos y á la energía con que repelieron la agresión. El ya famoso acorazado *Revitzan*, que al romperse las hostilidades se supuso había quedado inutilizado por los torpedos lanzados por los buques japoneses, fué el primero en darse cuenta del peligro y el primero también en romper el fuego, secundado inmediatamente por el *Novick*, el *Diana*, el *Pallada*, el *Askold* y el *Petropaulovsk* y las baterías de la plaza. Parece ser que el almirante japonés Togo se propuso inutilizar la acción de la escuadra rusa cegando la entrada del puerto con el mismo ó análogo procedimiento que el que emplearon los norteamericanos en Santiago de Cuba. A este propósito destacó cinco grandes transportes cargados de materias explosivas, que convoyados por la escuadrilla de torpederos, se dirigieron á la boca del puerto y á los grandes buques anclados en la rada para lograr incendiarlos, sin perjuicio de hundirse en el lugar indicado para interceptar el paso. A juzgar por el contexto de los despachos oficiales publicados por el gobierno, no logró el enemigo realizar el proyecto, ya que los proyectiles rusos acribillaron sus barcos y se sumergieron antes de llegar á la entrada. Parte de las tripulaciones se salvaron en las chalupas, después de sufrir grandes penalidades, retirándose los torpederos, que se unieron al grueso de la escuadra, que á gran distancia aguardaba el resultado de la operación. En los primeros momentos afirmó el gobierno del Mikado haber logrado cuanto se proponían; pero las noticias posteriores, aun aquellas que proceden de Tokío, dan lugar á comprender que la intentona no ha sido cuando menos tan provechosa como esperaban. Se trata, pues, de un mero incidente, que no ha tenido otras consecuencias que las relatadas, sin que haya influído en la situación de los beligerantes, ni haya quebrantado sus fuerzas. De todo ello se deduce una sola consecuencia por lo que atañe á los japoneses, cual es la de procurar la inacción de la escuadra rusa y poder operar libremente en el mar, conduciendo tropas y material á los puertos

coreanos. Mas como hasta este momento desconócense los propósitos que persiguen los rusos, entregados actualmente á la defensiva, difícil es adivinar si los caudillos japoneses desarrollan un plan que pueda reportarles la victoria. Esto no obstante, y sea cual fuere el de unos ú otros, los repetidos ataques de que es objeto Puerto Arthur han de aleccionar á los rusos, pues podría darse el caso de que el almirante Togo lograra interceptar la entrada del puerto, y entonces sería un hecho el embotellamiento de la escuadra rusa.

Las afirmaciones del gobierno de Tokío han de modificarse con motivo de las noticias que van recibiéndose del teatro de la guerra, puesto que el mar ha arrojado á las playas de Chefú un considerable número de cadáveres de soldados japoneses, víctimas seguramente del último ataque de Puerto Arthur. Asimismo se asegura que el barco-hospital *Kobe* ha desembarcado en Sasebo muchos heridos, y que han sido remolcados hasta Nagasaki, para sufrir las necesarias reparaciones por las averías tenidas en el combate á que nos referimos, el acorazado *Fushima* y los cruceros *Osaka* y *Takiva*. De suerte que resulta exacta la apreciación emitida por los técnicos respecto de la indiscutible superioridad de la artillería de costa sobre la naval. La estabilidad de las baterías de los fuertes permite fijar la puntería, en tanto que el obligado movimiento de los buques ocasiona la pérdida de la mayor parte de los disparos. Y tan exacto es el criterio sustentado, que á falta de otros antecedentes nos bastaría recordar lo ocurrido en Santiago de Cuba durante la guerra contra los yanquis. La artillería de los fuertes estaba constituída por veintidós cañones de sistema anticuado y dos piezas modernas, que bastaron para tener á raya á la escuadra americana y la obligaron á situarse á gran distancia para librarse de los efectos de las dos mencionadas piezas, sin que los cinco mil proyectiles que lanzaron los buques produjeran grandes daños, puesto que sólo ocasionaron la pérdida de siete hombres y la destrucción de una cureña. Estas observaciones pueden aplicarse seguramente á la situación actual, con tanto mayor motivo cuanto que las fortificaciones de Puerto Arthur se hallan perfectamente artilladas con cañones modernos de gran calibre, las baterías elévanse á más de cuarenta metros sobre el nivel del mar y cuentan con grandes aprovisionamientos de municiones, que á la escuadra japonesa no ha de ser tan fácil reponer.

Cuanto á los medios ó elementos de defensa que posee la plaza, afírmase que su guarnición asciende ya á más de veinte mil soldados, que pueden desde luego repeler un ataque terrestre, caso de que el enemigo lograse desembarcar un numeroso contingente en las inmediaciones.

Rusia considera necesario el sostenimiento de la plaza, y si los elementos que ha acumulado no lo demostraran, bastaría para convencerse de ello la lectura de la orden del día que ha dictado el gobernador de Puerto Arthur, general Stoessel. En dicho documento, después de consignar que el honor nacional exige la defensa de la plaza, asegura que todos los defensores sucumbirán antes que rendirla. Algunas escaramuzas sin importancia han tenido ya lugar en la frontera de Corea. Una avanzada de cosacos derrotó á una sección de caballería japonesa, apoderándose de cien caballos. Poco ó nada significan estos hechos citados, puesto que, según parece, no se desarrollará el plan adoptado por el generalísimo Koratpulkine hasta que llegue al centro de operaciones, que será en la segunda quincena del presente mes, concentrándose ínterin las divisiones en Karbin. Varios príncipes de la familia imperial dispónense á marchar al Extremo Oriente, habiendo salido ya de San Petersburgo el Gran Duque, á quien el pueblo ha despedido con grandes muestras de simpatía y entusiasmo.

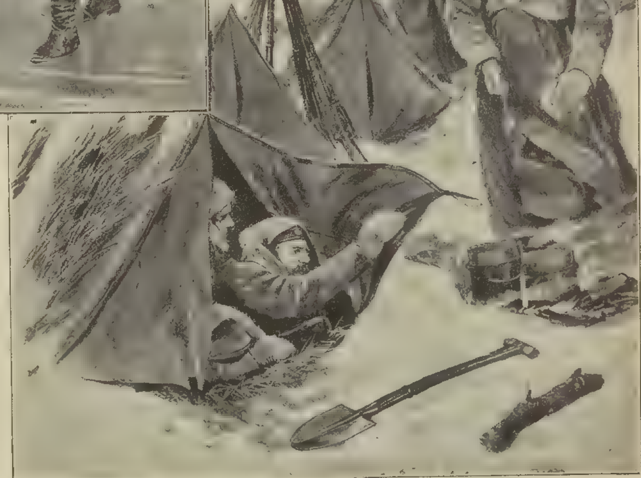
Los últimos telegramas informan haber llegado á Puerto Arthur el almirante Makarof, que se ha hecho cargo en seguida del mando de la escuadra. Los grandes prestigios de que goza este ilustre marino y su reconocida competencia hacen esperar que su presencia en el teatro de la guerra sea provechosa para Rusia. Y tan necesaria se ha creído la dirección naval del almirante, que el gobierno moscovita ha puesto de su parte todos los medios, efectuando tan largo viaje en tren especial, que sólo ha invertido nueve días en recorrer la enorme distancia que media entre San Petersburgo y Puerto Arthur.

Gran actividad desarrollan los rusos para concentrar su poderío naval, puesto que además de la escuadra situada en Vladivostok y en Puerto Arthur y de concentrar otra escuadra en el mar Rojo, trabajan sin descanso en los arsenales de Cronstadt, en donde hállanse próximos á terminarse los acorazados *Alejandro III*, *Ovel*, *Suvarof* y *Borodino*, y los cruceros *Oleg*, *Ijunrud* y *Temtchug*, que formarán á su vez otra escuadra respetable.

Al terminar esta crónica haremos mención de que el crucero ruso *Dmitri-Douskvi* ha apresado en el mar Rojo á tres buques mercantes con bandera inglesa, que conducían á Nagasaki quince mil toneladas de carbón para la escua-

UN FERROCARRIL DE CAMPAÑA RUSO CRUZANDO UN RÍO HELADO

El ferrocarril militar de campaña, de vía estrecha, puede con gran facilidad ser colocado y quitado y es muy á propósito para ponerlo sobre el hielo, en cuyo caso las traviesas son de extraordinaria longitud para distribuir bien el peso. Todos los años se coloca una de esas vías provisionales sobre el helado Neva en San Petersburgo.



BAJO NIEVE, TIERRA Y LIENZO

Los soldados rusos se guarecen de las inclemencias del tiempo en tiendas de campaña y excavaciones. Cada tres soldados rusos llevan una pequeña tienda de campaña, dividida en tres partes para albergarse y que se levanta unos tres pies y seis pulgadas del suelo, sostenida por tres palos que pueden doblarse como una caña de pescar. Con frecuencia los soldados colocan la tienda sobre una excavación que han hecho en el terreno y que rellenan de paja, y para calentarse mejor arrojan la tierra excavada sobre la parte exterior de la tienda, colocando luego encima una capa de nieve.



EN FAMILIA, CUADRO DE L. S



MUTZLER, grabado por R. Bong

dra japonesa; que en la primera sesión celebrada por el Comité central de la suscripción nacional para los gastos de la guerra, el zarevitch se ha suscrito por la cantidad de cien mil rublos, y que el conde de Tolstoi ha ofrecido mil cajas de sus obras completas para que puedan servir de lectura á los soldados heridos.

Por último, los marinos rusos que después del combate de Chemulpo fueron recogidos por los buques de guerra de varios países, fueron recibidos en Saigón con grandes muestras de simpatía, demostrando este hecho la actitud adoptada por Inglaterra en vista de la marcha de los acontecimientos y de las manifestaciones de las demás potencias.

Réstanos agregar que los últimos telegramas anuncian haberse embarcado en Tokío los regimientos que constituyen la división de la Guardia imperial y el Estado Mayor general japonés con destino á uno de los puertos situados en la costa del Oeste de Corea, que se supone sea Chemulpo. Asimismo hemos de consignar que los informes que hasta nosotros llegan dan lugar á que presumamos que el ejército del Mikado se dispone á efectuar un movimiento de avance hacia el Norte del país coreano, si bien tropezarán con el cuerpo de ejército que los rusos han situado en las riberas del Yalu, compuesto de un contingente numeroso y aguerrido y protegido por importantes obras de atrincheramiento, sin perjuicio de que las avanzadas, compuestas de cosacos, que han penetrado ya en Corea, han de entorpecer el avance del enemigo y molestarle rudamente en su marcha.

Por otra parte, el deshielo produce graves dificultades para efectuar toda clase de operaciones, determinando los rigores de la temperatura muchas bajas en las filas japonesas, producidas por el tifus, que, según parece, se ha presentado con carácter epidémico.

Contra las exageraciones publicadas por algunos corresponsales respecto de las tropas japonesas desembarcadas en Corea, ofrece el inteligente redactor militar del *Daily Telegraph* los siguientes datos. Desde el 10 de febrero han salido del puerto de Nagasaki cuarenta buques transportando tropas, y en el supuesto de que en cada uno de ellos se hayan hacinado dos mil hombres, ó sea el doble del número que podrían conducir, resultaría un total de ochenta á cien mil soldados, que sin comodidad alguna, antes al contrario, han debido cruzar una distancia de más de mil kilómetros.

Conócese el texto del Tratado que el Japón ha concertado con Corea, cuyo documento da la medida de los propósitos que persigue el imperio del Sol naciente. La diplomacia japonesa procura obtener de China igual asentimiento, para poder de esta suerte constituir la alianza de la raza amarilla, cuya dirección se reservaría el Japón.—X.

NUESTROS GRABADOS

Fiesta de la Sociedad Colombófila en el Tibidabo.—El día 28 de febrero último tuvo lugar en la cúspide del Tibidabo la hermosa fiesta organizada por la Sociedad Colombófila, á la que concurrió numeroso y escogido público. Agradable en extremo fué el espectáculo que ofrecía la montaña é imponente el acto de la celebración de la misa de campaña, á la que asistió el Capitán General acompañado de sus ayudantes y lucida escolta. Terminó la fiesta con la suelta de palomas, que á pesar de ser asaz interesante por lo copiosa, no ha sido posible reproducir con exactitud por hallarse el cielo muy encapotado, viéndose los numerosos fotógrafos y aficionados que se proponían obtener interesantes vistas privados de obtener una sola con las condiciones apetecibles.



Fiesta de la Sociedad Colombófila en el Tibidabo

En familia, cuadro de L. Schmutzler.—El cuadro titulado *En familia*, obra del distinguido artista L. Schmutzler, pertenece á ese género especialísimo que ha servido á algunos pintores para dar evidente prueba de su habilidad y buen gusto. Los trajes, vistosos y efectistas, y hasta los pormenores han sido elementos que han podido utilizar para obtener contrastes y para hacer gala de coloristas. De ahí que en determinado período fueran los tipos y cuadros de costumbres, de comienzos del pasado siglo, el tema obligado para aquellos que poseían condiciones para manifestar brillantemente sus aptitudes. Aun hoy existen artistas de tanto mérito como el á que nos referimos, que cultivan esta clase de pintura con tanto lucimiento como el autor del cuadro *En familia*, cuya maestría es justo reconocer.

SALÓN PARÉS.—ARTE MODERNO

EXPOSICIÓN DE OBRAS ARTÍSTICAS DE LUIS MASRIERA

Galano, verdaderamente interesante, es el acopio de obras que exhibe en el Salón Parés el ya distinguido artista Luis Masriera. Su presentación en aquel centro do se realizan las exposiciones, puesto que es la primera vez que se manifiesta, en forma tan amplia como variada, significa un plausible esfuerzo y representa una á modo de revelación. Los que no conozcan á Luis Masriera en la intimidad han podido juzgarle hasta ahora por alguna de sus recomendables producciones. Hoy nos ofrece el medio para que podamos conocerle y aquilatar sus méritos y aptitudes. Y cuenta que si tal ha sido el propósito del artista, lo ha llevado á cabo cumplidamente, tal es la variedad de concepto y aun de procedimiento que se manifiesta en las obras á que nos referimos, si bien en todas ellas rebosa la nota razonada de la moderna evolución, tan perfectamente aplicada cual correspondía utilizarla en quien tan provechosas enseñanzas ha recibido y cuya característica, el timbre de su blasón familiar y artístico, es la cultura y la discreción.

En diversos grupos pueden subdividirse las obras expuestas, puesto que en ellas figuran composiciones esencialmente decorativas, tan bien concebidas y desarrolladas como lo son *La brisa del río* y *La brisa del bosque*, que reproducimos en nuestra primera página; otras marcadamente simbolistas, como *El hombre de oro* y *La guerra*, paisajes, interiores, retratos y notables proyectos de orfebrería. Como de todas ellas hemos de ocuparnos, pues á la galantería del artista deberemos la ocasión de poderlas dar á conocer á nuestros lectores, nos limitaremos hoy á hacer mención de las dos que figuran reproducidas en la primera página de esta Revista, puramente decorativas, ajustadas á los cánones modernos, pero razonadas y exentas de efectismo y exageración, obedeciendo á un concepto noble y elevado y subordinadas á una técnica que coordina y armoniza con el medio en que han de destacarse, determinando una gradación simpática y agradable.

El proyecto de hebilla, que también reproducimos, es otra demostración de la importancia y el interés que reviste la agrupación de los proyectos de orfebrería. Produce verdadero encanto la sencillez y originalidad de las composiciones, su atinado desarrollo y la inteligencia que revela la asociación de diversos elementos que contribuyen á convertir cada joya en una obra artística, puesto que tal encanto asumen y tal filiación ha de tener quien las concibe, modela y ejecuta.



Exposición Parés.—Hebilla proyectada y modelada por Luis Masriera

Digno continuador de su señor padre y maestro D. José Masriera, bien puede ostentar un nombre ya ilustre, puesto que al seguir por la senda trazada, contribuirá á perpetuar un concepto de seriedad y distinción, y con él la consideración de todos los verdaderos amantes del arte.

Teatros.—Barcelona. *Conciertos Crickboom.*—Grato recuerdo conservarán los amantes de la música del concierto en que se dió á conocer en el teatro Principal la notable violoncelista señorita Elsa Ruegger. La simpática artista sorprendió á los concurrentes por la seguridad de su mecanismo, por el sentimiento y por la inteligencia que revela la interpretación de las obras que ejecutó, en todas las cuales demostró seguridad é indiscutible maestría, especialmente en la interpretación de *Le Cigne*, de Saint-Saens, que puede citarse como un modelo de elegancia, y en la *Danse des Elfes*, de Popper, que resultó una manifestación de destreza y agilidad.

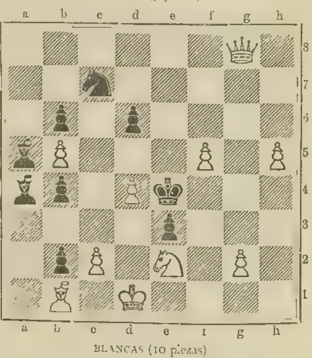
La orquesta de La Filarmónica, dirigida por el maestro Crickboom, interpretó á su vez la quinta sinfonía de Beethoven, un fragmento del *Follet*, de Granados, y el poema sinfónico *Zoraiaa*, del músico noruego Svendsen.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

Problema número 355, por N. Maximow.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

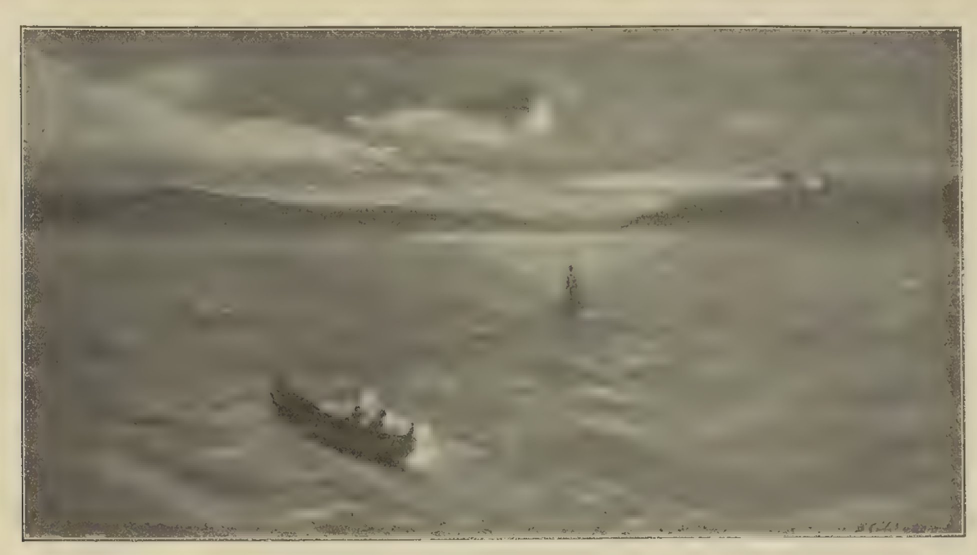
Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 354, por S. Loyl.

Blancas.	Negras.
1. b5-b6	1. Ad5-b7
2. Af1-a6	2. Ab7-d5
3. Th8-a8	3. Ad5×a8
4. b6-b7	4. Cuaquiera.
5. Aa6×b7 ó b7×a8 (D) mate.	

VARIANTES.

3............. Ad5-c6; 4. Aa6-b7, etc.
2..... Ab7×a6; 3. Th8-a8, h4 h3; 4. Ta8×a6, etc.



El señor Luciano estaba de pie, descubierto, con los cabellos agitados por el viento, firme y sereno como el dios de las aguas...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. — ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Nuestras fuerzas estuvieron luchando animosamente algún tiempo con las ondas, pero con menguado éxito; á cada empuje veía yo avanzar la barca con ímpetu dejando atrás los pequeños remolinos que en el agua formaban los remos; mas antes que otro impulso de nuestros brazos llegase á vencer la resistencia de las aguas que nos eran contrarias, habíamos perdido casi todo el fruto de nuestras fatigas; á veces, á una racha de viento, las olas se alzaban amenazadoras ante nosotros y nos empujaban hacia atrás con violencia, y entonces, en la negra superficie del lago, al trémulo reflejo de las pobres luces circunstantes, yo divisaba los últimos remolinos abiertos por mi remo.

Con todo, no cejábamos de remar y seguíamos adelante. Una vez aventurados en nuestra lucha con las olas, había al menos una cosa de bueno, que no era ya ocasión de vacilar ni de atender á las pusilanimidades de la prudencia; lo hecho, hecho estaba, y si pensábamos en el peligro que corríamos era sólo para ingeniarnos en el modo de salir de él, y como el bote del Sr. Luciano estaba ya muy cerca, y al fin y al cabo el no hacer una buena obra no habría mejorado mucho nuestra situación, bogábamos con creciente energía para acortar la breve distancia que de él nos separaba. Y digo esto para que el lector sepa dos cosas que mi conciencia no me permite callar: que el deseo de socorrer al Sr. Luciano se había abierto paso también en el ánimo de Anselmo, y que mi fervor había disminuido precisamente al abrirse paso aquel deseo en el ánimo de Anselmo.

No distábamos ya más que unas diez veces la longitud de un remo del bote del Sr. Luciano; por lo cual, suponiendo (y así lo suponía yo) que el cansancio se repartiese en tres partes y que Luciano, apelando á todas sus fuerzas, pudiese ganar un tercio de la distancia y nosotros los otros dos, estaba próximo el momento en que, amarrado el frágil bote á la popa de nuestra barca, pudiéramos dirigir la proa hacia Lugnano. Y desechada toda otra idea, me congratulaba ya del buen resultado, cuando una exclamación poco jovial de Anselmo y cierta sensación poco grata de frío en la parte del cuerpo que no es ya la espalda, me obligaron á hacer bruscamente consideraciones menos lisonjeras. Una oleada había cogido la barca de costado, pasado por encima de la borda, seguido como un pequeño canal de riego la línea que le marcaban los bancos y detenídose ante un estorbo natural.

Me apresuré á quitar el estorbo, volvíme y vi que á Anselmo le había ocurrido el mismo percance, y que tenía las manos precisamente donde yo las tenía. Aunque me dieron ganas de reir, no lo hice porque no tuve tiempo. La barca, abandonada un momento á sí misma, cedía á todos los caprichos del agua y había comenzado un movimiento rotatorio que no nos llevaba por cierto adelante; cogimos otra vez los remos, y manteniéndonos de pie por razones de higiene, volvimos con nuevo vigor á nuestra fatigosa tarea. Pero en aquel punto otra ola nos asaltó de costado, y en seguida otra y otra. La barca se iba llenando de agua; solté los remos, y mientras Anselmo cifraba todo su cuidado en tener derecha la barca, yo procuraba achicar el agua con la pala.

Pero nuestra audacia á la vez que nuestras fuerzas habían venido á menos, y el frío de la noche nos entumecía los miembros. Juro que en aquel momento no me acordé del Sr. Luciano, y por primera vez desde que nos habíamos separado de la orilla, acudieron á mi mente las palabras del viejo barquero: «Bien puedo yo arriesgarme á perder una barca, puesto que usted arriesga la vida.»

Este pensamiento hizo renacer mi vigor; y al ver que otra serie de oleadas se acercaba amenazadora, me acordé de un consejo de Paulino Gaggini, y cogiendo un remo, lo presenté al ímpetu de aquellas ondas procelosas que, rotas por el obstáculo, pasaron mugientes á uno y otro lado de la barca sin causarnos nuevos daños. Pero el remedio era efímero en medio de tan gran peligro; en breve hubieran sucedido nuevos acometedores á los primeros, y nuestras quebrantadas fuerzas hubieran tenido siempre incansables enemigos de refresco á quienes combatir. En tanto, el manejo de los remos, ya fuese por impericia ó por otra causa, resultaba estéril; la barca vagaba casi sin rumbo ni dirección, teniendo la proa vuelta al viento por sumo favor de la suerte y por mérito de Anselmo que consumía en ello todas sus fuerzas. Comprendí que estaba á punto de cumplirse el vaticinio del barquero; él perdería su barca, pero nosotros...

—Anselmo, dije volviéndome á mi compañero y dando un paso atrás para acercarme á él.

—Jorge, me contestó con voz sorda á causa de la desesperación.

Y me estrechó la mano sin añadir otra palabra.

Alcé la vista al cielo y vi trazada en el tenebroso espacio, cual espectro gigantesco, la altísima cumbre del San Salvador, donde cierta mañana de buen humor habíamos almorzado juntos, después de una caminata fatigosísima, cinco lonjas de jamón salvadas de la voracidad de un inglés que nos había precedido. Aquella cumbre, tan desierta y escuálida, estaba tristísima á aquella hora, y sin embargo, yo la suponía mentalmente un Edén, y no hubiera tenido entonces inconveniente en pasar en ella la vida.

En esto la luna, rompiendo el espesor de las nubes, alumbró la desolación de la naturaleza: Anselmo y yo nos interrogamos con la vista. Asustado por la amenaza del peligro que nos vencía, miré en torno mío con ojos extraviados. En la dilatada extensión de agua que nos rodeaba no se veía más que un impetuoso amontonamiento de olas sobre olas y un blanquear de crestas espumosas que parecían surgir del abismo para hundirse en seguida en él. La luna, como horrorizada ante aquel espectáculo, se ocultó en las nubes; pero aquel momento de claridad había bastado para que divisáramos, como á un tiro de piedra de nosotros, el bote del Sr. Luciano; había bastado para hacernos recordar que en aquella peligrosa lucha no estábamos solos. Esta idea nos infundió nuevo valor, y cogimos con ardor los remos á pesar del cansancio. ¿Qué nos proponíamos? ¿Prestar auxilio al Sr. Luciano? Hubiera sido ya un propósito tan necio como inútil, pues tan mala era nuestra situación como la suya, si no peor; estábamos, pues, á punto de enderezar la proa hacia Lugnano, cuando el bote nos alcanzó. El Sr. Luciano estaba de pie, descubierto, con los cabellos agitados por el viento, firme y sereno como el dios de las aguas; su frágil esquife hendía las aguas fatigosamente, pero con seguridad.

—Los tres reunidos conseguiremos más, dijo al pasar tocando á nuestra barca; y sin aguardar respuesta, echó dentro de ella la cadena de su bote.

—Amárrenla ustedes de cualquier modo, añadió, y al decir esto, de un salto se reunió con nosotros.

La barca, al recibir aquel nuevo peso, osciló un rato y pareció á punto de hundirse; mas tan luego como el Sr. Luciano empuñó los remos y se puso á manejarlos, comprendimos que su llegada era nuestra salvación.

Por ese respeto que inspira en el peligro la sangre fría y por esa seguridad que da la costumbre del peligro, nos sujetamos, casi sin notarlo, á la dirección del Sr. Luciano, que de este modo se convirtió en capitán de la reducida tripulación. La esperanza renació en nuestro pecho: callados, serenos, esforzados

cual marinos veteranos, seguíamos con nuestros remos los remos del inesperado salvador.

Y una hora después, jadeantes, quebrantados de cansancio, nos estrechábamos conmovidos la mano en la playa de Lugnano, en donde el viejo barquero volvía á saludar, saltándosele las lágrimas, á sus *buenos señores* y á su vieja barca.

Buenas noches, nos dijo el Sr. Luciano.

Yo me creía en el deber de darle las gracias por cuanto acababa de hacer por nosotros, y sin embargo, pensando que habíamos arrostrado aquel peligro por salvarlo, y que él lo ignoraba, no supe qué decirle. Y me parece que si en aquel momento se me hubiera ocurrido alguna frase elegante para expresarle cuáles habían sido nuestros intentos, lo habría hecho, eso sí, poniéndome colorado, pero lo habría hecho.

Buenas noches, contesté, y gracias; y añadí casi balbuceando: nos ha salvado V. la vida.

—Nos la hemos salvado mutuamente, replicó sonriendo; buenas noches.

. . . .

Anselmo caminaba á mi lado, taciturno. En aquel momento acudió á mi mente otra pregunta: ¿cómo Anselmo, á quien yo creía enamorado y por consiguiente egoista, había querido afrontar conmigo el riesgo de perder la vida y por añadidura su felicidad?

—¿En qué piensas?, le pregunté.

—En el peligro que hemos corrido.

—¿Y no habías pensado antes en él?

—No, porque no temía nada.

—¿Y por qué no temías nada?

—Porque confiaba en mi buena estrella.

Como únicamente los enamorados son los que tienen confianza en su buena estrella, me ratifiqué más en la idea de que Anselmo estaba enamorado.

VI

En casa del Sr. Luciano

A la mañana siguiente, mientras me paseaba por la playa, vi venir hacia mí al Sr. Luciano.

Notábase en sus labios una dulce sonrisa; me dió la mano y me preguntó por mi salud de un modo entre embarazado y afectuoso, como quien desea pagar una deuda de gratitud.

¿Acaso había llegado á conocer el propósito que nos indujo á arrostrar la tempestad? Lo ignoro, pero lo cierto fué que desde aquel día las atenciones que tuve para con él á fin de granjearme su benevolencia tuvieron mejor resultado.

Poco á poco se fué mostrando más tratable, conversaba conmigo más de lo que lo hacía con otros, contrariaba sus costumbres y cada día me revelaba, casi sin echarlo de ver, una página de su corazón.

De este modo llegué á conocer su hermosa alma; pero no el misterio de su vida. Muchas veces su boca se había abierto para hacerme alguna confianza, y otras tantas se había cerrado sin decir una palabra. Pude conocer sus muchas virtudes y sus muchas debilidades; pero seguía ignorando su pasado, sus alegrías, sus dolores, sus culpas.

¡Sus culpas! Se me había metido en la cabeza que ocultaba alguna, y que el aguijón del remordimiento era la causa de aquel melancólico y constante recuerdo que consagraba al pasado.

A pesar de todo, mi curiosidad, que había ido creciendo cada vez más, se mitigó así que hube conocido el inestimable tesoro de su corazón; ante aquel hombre profundamente dolorido, que iba dejando poco á poco su reserva para abandonarse á la amistad, parecióme culpable mi curiosidad, y la depuse como una flaqueza indigna de mí. Me habría parecido ofender, hacer traición á su confianza, provocándola.

Aparte de esto, me sentía de día en día dominado por un sentimiento mucho más firme y duradero que la vaga simpatía que en un principio me había arrastrado tras las huellas de aquel hombre. Yo sabía que era un desgraciado; la compasión engendró el afecto y quise á Luciano como á un hermano. Lo notó, me lo agradeció, permitió á sus palabras mayor abandono; pero se detuvo siempre en el momento de confiarse á mí, como en el umbral de un templo inviolable. Su dolor era toda su vida: compartiéndolo con alguien se habría matado á medias; las almas débiles se afanan tras la quimera de los tibios consuelos; las grandes saben callar, saben recogerse desdeñosas en el egoismo del dolor.

Acostumbrábamos pasear por la playa á esa hora de suave recogimiento que precede al crepúsculo. A veces él era el primero en hacerme ciertas preguntas vagas; otras veces guardaba silencio largo rato y yo lo respetaba. Hablábamos con la mirada y con el corazón; él me entendía y yo á él. Con frecuencia me decía al separarnos: *Adiós, mi buen amigo*, y nada más; pero el acento de aquella afectuosa despedida estaba impregnado de tan suave y profunda tristeza, que yo le estrechaba la mano con más fuerza, y por mis labios corría una oleada de cariño.

Jamás ha habido amistad que se estrechara más firme ni más repentinamente que la nuestra. Yo no tenía secretos para él, y si él los tenía para mí, esto no obstante, me quería; para mí, era la imagen del dolor que yo apenas había tenido ocasión de conocer, y lo veneraba como tal; yo era para él un buen hijo, nada más que un buen hijo, que tenía un poco de corazón, y que le recordaba un tiempo quizás no lejano y feliz. No me quejaba por ello; yo mismo había escogido espontáneamente esta parte, porque si Luciano apenas tenía media docena de años más que yo, el dolor había estampado en su rostro y en su corazón las huellas de una vejez prematura.

Así transcurrieron algunas semanas. Cierta tarde del mes de diciembre, estábamos sentados sobre un montón de piedras aglomeradas á la orilla del lago; la hora, el sitio, el espectáculo de las ondas levemente agitadas por la brisa, nos infundieron un mismo pensamiento.

—¿En qué piensa usted?, me preguntó saliendo de pronto de su meditación.

—Pienso en que en una tarde como esta...

—También yo, interrumpió con acento conmovido.

Y pasándose la mano por la frente como para dar otro rumbo á sus ideas, añadió:

Hace frío.

Se levantó, le imité, preguntándome por qué no quería que se le recordase la noche en que Anselmo y yo arriesgamos la vida por él.

Anduvimos largo trecho sin decir una palabra.

—¿Cree usted en otra vida?, me preguntó de pronto.

Creo, le contesté sin maravillarme de semejante pregunta.

—¿Y por qué cree usted en ella?

—Porque necesito creer.

—También yo necesito creer, dijo como hablando consigo mismo.

Luego, sin volverse á mí, añadió en voz más alta:

—¡Necesidad' ¡Necesidad! Siempre esta palabra. ¿Y quién nos dice que esta necesidad no sea un pretexto, una mentira del corazón para disimular nuestra flaqueza? ¡Nos asusta la nada! ¡Necios! La nada es la tranquilidad y el olvido. Se pide un pretexto para ser virtuosos, una esperanza para ser honrados: seamos fuertes; desechemos esa fantástica quimera de otro mundo y seamos honrados y virtuosos únicamente por el placer de serlo.

—Y de parecerlo, añadí interrumpiéndole con dulzura.

—Y de parecerlo, repitió, puesto que el parecer equivale á veces al ser.

Calló, me miró, y viendo que yo guardaba silencio, me cogió la mano y la estrechó entre las suyas.

—Soy un insensato, prosiguió, no haga V. caso de mis palabras. Los hombres han hecho todo lo posible por arrancarme del pecho esta pobre fe; dondequiera que he buscado neciamente el olvido del dolor, he encontrado el olvido del deber; quise beber en las jubilosas copas de los hombres; pero los hombres me cerraron las puertas de sus banquetes porque yo no estaba corrompido como ellos. Los más tristes se mofaron de mi miseria, los más buenos lamentaron mi locura; por todas partes vi ojos curiosos, labios abiertos para la befa, acentos que cuchicheaban en secreto... ¡No era de los suyos! Me retraje, me recogí en aquella soledad que no hubiera debido abandonar jamás...

Interrumpióse, pareció arrepentirse, y por no darme tiempo para contestar, me señaló el lago en cuyas ondas espumosas se mecían dos barcas, á corta distancia una de otra.

—Esas barcas han husmeado el peligro, y se apresuran á llegar á tierra; siempre hay buenas gentes en este mundo para quienes la vida es tan hermosa que tienen miedo de perderla.

—Si no me engaño, contesté, conozco una de esas barcas, y en ella va un joven que sabe desafiar la muerte con la mayor indiferencia.

—¿Quién?

—Mi amigo Anselmo.

Desde este momento el Sr. Luciano no pronunció una palabra.

Ibamos uno junto á otro callados, pensativos; yo recordando una por una las palabras con que mi compañero se había expresado de un modo tan extraño, y dirigiendo de vez en cuando la vista al lago, donde las dos barcas seguían bogando y acercándose á tierra.

En tanto iba obscureciendo.

Llegamos á la orilla del puerto precisamente en el momento en que las dos barcas arribaban.

No me había equivocado; de la una desembarcó Anselmo; de la otra un caballero muy grueso acompañado de una señora graciosísima.

A la luz de un farol que alumbraba la calle desierta, nos encontramos frente á frente con los pasajeros de las dos barcas.

Anselmo nos vió y nos saludó turbado, saludo al que respondió Luciano con frialdad. La hermosa dama también nos vió, nos dirigió una mirada que decía mil cosas, y se alejó rápidamente, seguida del corpulento personaje que la acompañaba.

Anselmo se separó de nosotros á los pocos pasos; yo me volví á mirar á Luciano y noté que tenía el rostro más pálido que de costumbre y como contraído por una profunda expresión de amargura.

Preguntéle si tenía algo.

No me contestó; pero á los pocos momentos me cogió de la mano y me dijo con voz que procuraba hacer entera:

—Necesito estar solo, quizás nos veremos mañana.

Y sin darme tiempo para recobrarme de mi asombro, se alejó dejándome en medio de la calle.

¿Cuál sería el secreto de su angustia?

¿Y Anselmo? ¿Cuál era la causa de la invencible repugnancia que lo mantenía apartado de Luciano? ¿Qué podía haber de común entre aquellos dos hombres, tan bueno y generoso el uno como el otro?

¿Y aquella mujer de ojos de sirena?..

Y en toda esta serie de preguntas, una sola se me había olvidado:

¿Quién era el corpulento personaje que acompañaba á la señora?

Pero, según me contesté á mí mismo, así también el discreto lector se lo habrá contestado antes:

Aquel obeso personaje no podía ser sino un marido.

***

Al otro día no vi á Luciano: una zozobra secreta é invencible me tuvo todo el día lleno de angustiosa intranquilidad, y como al anochecer no le viera acudir á nuestro acostumbrado punto de reunión, me encaminé sin pensar en lo que hacía hacia su casa y me puse á dar vueltas alrededor de ella sin decidirme á transponer el umbral.

En las relaciones que á aquel hombre me unían había algo que se sustraía á todas las reglas de las amistades vulgares: la nuestra era muy diferente de todas las demás, una mezcla de confianzas, de abandonos y de reservas regulada por leyes propias; por cierto concepto éramos más que hermanos; por otro, todo menos amigos. Habíamos saltado las barreras más difíciles que existen entre hombre y hombre y nos quedábamos detenidos ante deleznables obstáculos; quizás la culpa de todo esto la tuviera la casualidad más bien que nuestro deliberado propósito.

Ignoro si otro ha conocido alguna vez vínculos de tal naturaleza; lo cierto es que mi familiaridad con Luciano se había contenido siempre á la puerta de su casa y que ni por casualidad me atreví una vez siquiera á franquear aquel paso. Aquella noche me sucedió lo mismo, y después de algunas idas y venidas, me volví como había llegado.

A la mañana siguiente mi propósito fué más afortunado. Me encaminé también á casa de Luciano y penetré en ella sin detenerme: un criado salió á recibirme, y me dijo que su amo no solía recibir á aquella hora; insistí y dije mi nombre; el criado volvió al poco rato y me introdujo sin decir una palabra en un gabinete bastante abrigado. En la chimenea chisporroteaba un alegre fuego, y una oleada de luz, que penetraba por una ventana, regocijaba la habitación; con todo, aquel sitio me parecía triste.

Durante los pocos instantes que permanecí solo esperando, eché una ojeada en torno como para interrogar los objetos que me rodeaban. Los muebles que alhajaban aquella estancia eran sencillos, pero de buen gusto; una escribanía de madera negra sin ningún adorno ni obra de taracea, una butaca, unas cuantas sillas y un diván forrados de seda amarilla, dos taquillas colgadas en los ángulos de las paredes y un gran espejo con marco negro. En la elección, en la disposición, en los colores, en la sobriedad de aquellos objetos, se notaba, ó me parecía notar, un extraño lenguaje, una especie de misterio susurrado en voz muy baja, y una melancolía profunda, un luto infinito. Pero quizás mi mente, ávida de ilusiones, entraba por mucho en ello.

En aquel solo, que duró pocos instantes, casi olvidé el objeto de mi visita, ó hablando con más propiedad, no pensé en que era preciso que me llevase allí algún objeto.

Abrióse una puerta y Luciano se presentó en el umbral.

Al verme se detuvo un momento, luego se dirigió

á mí y me llevó al diván, mientras yo, sin encontrar palabras qué decirle, con la imaginación abrumada de ideas, interrogaba su rostro. Estaba más pálido que de costumbre y parecía más flaco; tenía los ojos hundidos y rodeados de un cerco lívido; su frente se arrugaba y desarrugaba alternativamente, pasando de pronto de la expresión de un intenso dolor á la de una serenidad infinita. En su paso, en su actitud, en sus palabras entrecortadas por el ansia se echaba de ver un abandono, una fatiga, una opresión desgarradores. Instintivamente me acerqué más á él como para prestarle auxilio, y le pregunté con voz trémula de conmoción:

—¿Ha estado usted enfermo?

A sus labios asomó una amarga sonrisa.

—No, me contestó pasándose la mano por la frente como para desechar una imagen importuna; ¿por qué me hace usted esa pregunta?

—Porque hace dos días que no le veo ..

No me dejó concluir.

—¿Conque se ocupa usted de mí?, preguntó pesando las palabras una por una. ¿Y qué siente usted por este desdichado al que da el nombre de amigo?

No le contesté: había en mi interior algo que se rebelaba á dar una respuesta; yo mismo no me había hecho jamás aquella pregunta.

—Compasión, repuso Luciano después de una breve pausa; compasión y nada más. No trate usted de negarlo, es inútil; la compasión es lo mejor que se puede ofrecer á un desconocido, y yo lo soy para usted. No me hable usted de afecto: me engañaría ó se engañaría; no puede usted sentirlo por mí. A un mendigo que se nos presenta en la esquina de una calle, le damos quizás la limosna de una moneda, rara vez la limosna de una lágrima; nunca le damos nuestro afecto, nunca ..

Y como hiciera yo ademán de interrumpirlo, repitió otra vez con firme acento: «Nunca.»

—Porque el afecto es cosa del corazón, es su patrimonio, y el corazón no es justamente avaro. Desconfíe usted de los que quieren, ó dicen que quieren, á todo el mundo. Los afectos no se fraccionan hasta lo infinito sin perder su esencia. Y además los hombres, con cien partes de bajezas, de orgullos y de odios, sólo tuvieron una de amor, mezquino capital que conviene emplear con usura, al ciento por ciento, y aun esto no basta, pues se desearía más. ¡La familia! Ese es el único manantial de ganancias vistosas y seguras; la mujer, los hijos, tal vez un amigo, casi nunca dos, y todo el corazón queda absorbido en ellos. El que crea que aún le sobra es un pobre calculador que ha sacado mal sus cuentas; y se verá obligado á acuñar moneda falsa.

Inclinó la cabeza y permaneció un rato inmóvil; levantó luego los ojos y los clavó en los míos, repitiendo con voz apagada:

—¡La familia!, ¡la esposa!, ¡los hijos!, ¡un amigo! Lo demás es nada: todos los demás afectos son falsos.

Pronunció estas palabras con tal convicción y con tanta laxitud y melancolía en su actitud y en su mirada, que me sentí el corazón lleno de piedad. Yo pensaba en el pasado de aquel hombre con una especie de temerosa reverencia; adivinaba sus ansias, sus luchas secretas, sus tormentosas victorias y sus fatales postraciones; hojeaba con osada fantasía todo el libro sagrado del dolor...

Comprendí que la tristeza del pobre Luciano no tenía remedio. Y sin embargo aún era joven; estaba en la flor de su edad, y aún podía sonreirle el porvenir con sus mil promesas, y el placer labraba todavía para él sus tentaciones.

—Doy á usted muchas gracias, me dijo sin apartar su mirada de la mía; muchas gracias; sea cualquiera el sentimiento que le guía, sé que su corazón de usted es generoso.

Callóse, se levantó de pronto como movido de una determinación repentina, estuvo un rato mirándome con fijeza, y volvió á sentarse en el diván.

—Hábleme usted de sus asuntos, añadió cambiando de acento; hay una edad en la vida en que se tiene el derecho de hablar á los demás de sí mismo, y esa edad es la que usted tiene.

—Los disgustos, las desventuras tienen también ese triste privilegio.

—No tal, me contestó con dulzura; no tal. Los hombres ya no tienen lágrimas; el egoísmo ha apurado su amargo manantial. Y además, aunque las tuvieran, les faltaría tiempo... Es una generación demasiado atareada la actual. ¿Es usted desgraciado? Pues debe usted tener la energía suficiente para ahorrar á los demás el espectáculo de sus miserias; la vida no debe ya transcurrir en un estéril cambio de lamentos y consuelos. Cuando la desventura ha llamado á la puerta de su casa, no salga usted de ella si le es posible; sepúltese usted en ella; el espectáculo de la indiferencia del prójimo no es el último ni el menos amargo de los frutos del dolor de usted. Caminará



—Yo debo á usted una confesión

usted entre la muchedumbre, solo, con el corazón lleno de angustia...

Al llegar aquí se interrumpió bruscamente.

—¿Conque usted no cree en la sensibilidad?

—Sí, creo en ella..., pero Dios le libre de los hombres que se llaman sensibles. Esos se retraen á la vista del dolor como si vieran una serpiente. No quieren pesadumbres, no quieren conmociones..., padecerían demasiado, tienen las fibras muy delicadas, se les alteran los nervios y están perpetuamente enfermos; su temperamento les impone contemplaciones, cuidados; les aconseja hábitos de vida plácidos y serenos; esos no son hombres, porque nunca han visto otra cosa sino el lado indiferente del mundo; desconocen por completo los grandes dolores y las grandes alegrías; viven en continuo temor por su vida. Esa especie de sensibilidad vale bastante menos que la indiferencia.

—¿Acaso la hay de otra especie?

—Sí, la de los desdichados; esos se consuelan recíprocamente; dan con una mano y reciben con la otra; tienen perpetuamente una sonrisa en los labios y una serpiente enroscada en el corazón. Créame usted; se tienen sobradas cosas importantes en la cabeza, y no se puede perder el tiempo en tales miserias. Es lógico: necio es quien pide al mundo lo que el mundo no puede dar. Pero á la edad de usted ya es otra cosa; usted es joven y la juventud se impone con sus entusiasmos. Los hombres, indiferentes á todo, no lo son sin embargo al espectáculo de las ilusiones que han perdido irreparablemente. A un joven se le escucha siempre, se le aconseja, se le protege, porque no habla sino de propósitos audaces, porque tiene ante sí lo que los otros no tienen ya, el tiempo. Un hombre nunca es más que un hombre; un joven es algo mejor, es la vida. Y luego, ¿quién sabe? ¿Quién puede leer en el misterio del destino? Quizás llegue un día, allá en la tarde vejez, cuando el abandono y la soledad sigan nuestros pasos, en que el joven á quien hemos auxiliado con nuestros consejos, alentado con nuestro estímulo, podrá devolvernos ciento por uno. El egoísmo está en el fondo de todo, y el pedestal sobre el que se eleva la pirámide social...

Luciano hablaba, pero yo no prestaba atención á sus palabras: en aquel momento me preocupaba otra cosa.

—¿Es usted joven?

Era la segunda vez que repetía estas palabras, y la centésima que yo me las repetía. Y le miraba de vez en cuando de soslayo, é interrogaba la palidez de su rostro, y juraba en mi interior que si nos hubiéramos conocido veinte años antes, habríamos jugado á esconder la cabeza, y palmada más ó menos, nos hubiéramos tratado como iguales. «¿Y qué? ¿Por ventura han pasado para él solo los años?, me decía mi vanidad al oído. ¡Es usted joven!» No desagrada oirse decir esto á los veinticuatro años, con tal que quien lo dice apenas tenga treinta; porque en este caso vemos en él arrogancia, presunción...

Pero á fe mía que no se notaba una ni otra en el rostro ni en la voz de Luciano, y sus modales habrían desarmado al más rebelde. Pero á mí se me había metido en la cabeza decir á todo trance lo que se me ocurría, y lo dije:

—¿Y hace mucho tiempo que ha pasado usted de mi edad?

—Sí, hace mucho, contestó sonriendo melancólicamente, si es que el tiempo deba medirse por el dolor mejor que por los años, y á mí me parece que sí. Usted mismo me ha tomado por confidente de los sucesos de su vida, y de esa narración de su pasado no he sacado en consecuencia otra cosa sino que no ha vivido usted todavía. ¡Oh, sí! Una gran distancia de tiempo nos separa; usted espera aún su parte de dolor; yo aguardo el reposo que no tiene límite. Tal vez dentro de algunos años llegue usted á comprender cuán verdadero es mi presente lenguaje; y entonces dirá usted si, para afirmar que se ha vivido, basta haber visto el fondo de la copa del placer, sin haber vislumbrado la más profunda del dolor. ¿Le duele á usted ser joven? ¡Ojalá le conservara Dios siempre así! Pero el cielo es inexorable. Cuanto más tarde mejor, y no le duela á usted que sea así. Cierto es que hay quien llega á desgastar su cuerpo sin poner á prueba siquiera el alma; eternos chiquillos que han llegado á la vejez sin pasar por la edad del juicio, los ve usted encorvados bajo el peso de su septuagenaria infancia, pasando de banquete en banquete y pidiendo á la orgía lo que la orgía, antes que el tiempo, les ha arrebatado. ¡Qué tristemente dichosos son esos hombres! Tienen canas, pero conservan el rostro saludable; andan con trabajo, pero no están sujetos á dolencias de corazón; tienen los nervios agitados y el estómago débil, pero no se nutren de melancolías. Esos son los grandes apóstoles de la vida; han columbrado el dolor y se han apresurado á apartar de él la vista; podían haber tenido afectos, pero como donde había un afecto había también un deber, y donde había un deber podía surgir un remordimiento ó un dolor, rechazaron los afectos. Para ellos vivir no ha sido sino olvidarse; y en ello han cifrado todos sus conatos; envejecidos ya, se asustan de la soledad y del vacío que se han hecho en torno; y vuelven la cabeza atrás y con afanosa mirada quieren interrogar el tiempo que ya pasó... ¿Qué les ha quedado de tantos fantasmas acariciados en la orgía? Recogen con descarnadas manos las migajas de los clamorosos banquetes..., ¿qué les ha quedado? Nada, nada. La muerte les llega siempre demasiado pronto. Y sin embargo, á veces son felices, y se consuelan de su miseria, de la indiferencia que los rodea y de la indiferencia que vela á la cabecera de su lecho contando los minutos de su existencia, con la idea de los grandes dolores que se han ahorrado. En fin, si jamás han confiado á otros su vida, su porvenir, si no han unido nunca su destino al de una mujer, si jamás probaron los dulces consuelos de la paternidad, tampoco tuvieron preocupaciones, ni afanes, ni temores, ni ansias crueles; no perdieron noches velando á la cabecera de un enfermo querido, no vieron á la muerte extender los brazos para lacerar sus afectos; y no sintieron destrozarse su corazón en un último beso, en un postrer adiós. Están solos, como solos estuvieron; pero así escaparon á las mil seducciones del delito; podían tener tentaciones y no contar con bastante fuerza para resistir, y caer... Permanecieron solos, pero puros, honrados... ¡Y se jactan de ser honrados! Como que no han hecho daño á nadie... Han conservado el noble orgullo de su virtud...

Al decir estas palabras, el Sr. Castelli se había puesto sumamente pálido, y su voz había pasado poco á poco de la placidez al ímpetu afanoso...

De pronto calló, echó alrededor una mirada vaga, pareció reflexionar un momento en lo que había dicho, y me miró á la cara con mirada fría y escudriñadora.

No pestañeé, no dije nada; comprendí que un ademán ó una palabra habría roto la ilación de sus ideas.

(Continuará)

La pesquería y el comercio de perlas

Desde los tiempos más antiguos han sido las perlas consideradas como las joyas más notables en el



La flotilla de barcos pescadores preparándose para partir

mundo conocidas. La estimación en que hoy se tienen es tal, que cualquier precio, por exorbitante que sea, no parece inverosímil, y ha ido aumentando en estos últimos cien años hasta el punto de figurar como el más valioso adorno del género humano.

El favor de que gozan es universal, así en el Oriente como en el Occidente, entre los salvajes más ignorantes como entre las naciones más civilizadas. Y no es este un capricho ó moda pasajera; mucho antes de la era cristiana se mencionaban las perlas entre los objetos de gran valor.

De las más conocidas de la antigüedad son, sin duda, las de Cleopatra, de quien se cuenta que deseando sobrepujar en fausto á su amante Marco Antonio, le convidó á un banquete, á cuyo final, arrancándose de uno de sus pendientes una perla de extraordinaria belleza, la echó en una copa de vinagre de gran fortaleza, bebiéndose después el vinagre en el que la perla se había disuelto, provocando con ello la cólera de Antonio. Como prueba del gran valor de aquella perla, se afirma que la compañera del otro pendiente vino más tarde á poder de Agripa, que la hizo aserrar por la mitad para dar un par de aretes á la estatua de Venus, en el Panteón. El hecho de haberse disuelto la perla en el vinagre es muy dudoso; un conocido joyero francés probó hacerlo y se convenció de que el vinagre, por muy fuerte que sea, sólo afecta á la capa exterior, pero que el interior permanece intacto.

El delicado trabajo de perforar una perla se hace siempre á mano

El año 44 antes de J. C., Julio César regaló la perla llamada Servilia, que valía más de 35.000 libras esterlinas, á la madre de Bruto, que fué luego el asesino de su bienhechor.

Esta suma, aunque enorme, no llega á las que se han dado por otras perlas históricas; en 1693, el chah de Persia pagó 64.000 libras esterlinas por una sola, de hermoso lustre y de una pulgada de diámetro.

La que se conoce con el nombre de Perla Rusa, que hoy se halla en el tesoro imperial de aquella nación, fué propiedad de un comerciante que había viajado mucho y que se retiró á hacer vida contemplativa á un establecimiento religioso, adonde de cuando en cuando invitaba á sus amigos para que vieran su inapreciable joya. Su culto hacia ella era tan grande, que al morir la tenía fuertemente apretada en la mano, de la que costó mucho poder sacarla.

Las perlas están formadas principalmente de cal, que excretan de sí algunos moluscos bajo la forma que se llama nácar, sacándose generalmente de la ostra perlífera marina y de la almeja perlífera de agua dulce; estas últimas carecen del brillo y pureza de las marinas y tienen un aspecto mate y plomizo. Sir David Brewster ha demostrado que la irisación peculiar del nácar es debida á la interferencia de la luz, reflejada por microscópicas corrugaciones de su superficie.

La forma que la perla asume, al terminar su desarrollo, tiene gran influencia en su precio; las más valiosas y buscadas son sin duda las perfectamente redondas, que se forman en los tejidos blandos del bivalvo. La teoría generalmente adoptada respecto á su formación es la de que un grano de arena ó de otra materia irritante penetra dentro de la concha del molusco, al que va cubriendo con capas sucesivas de nácar hasta formar la perla. Comprueba esta teoría el hecho de que, cualquiera que sea su forma, el nácar ha sido producido por el molusco al tratar de preservarse de un cuerpo extraño, acción que se descubre en todas las formaciones de perlas.

La perla más perfecta en forma y lustre se dice que es la del museo Zosima de Moscou, que pesa 28 granos; pero el famoso perito en perlas Mr. E. W. Streeter menciona una de forma perfecta, de 40 granos, hallada en Australia, y dice que cree que se han hallado otras todavía más hermosas.

Los barruecos, ó perlas no redondas, se forman indudablemente por el mismo procedimiento, pero en estos casos el cuerpo extraño que produce la irritación es de forma irregular, como una piedrecilla, pedazo de madera ó de otra substancia, por lo que la perla resulta también de forma irregular. Los barruecos son mucho más comunes que las perlas redondas y en forma de gotas; una de las de esta última clase es la mayor que se conoce. Formaba parte de la universalmente conocida colección Beresford-Hope, y data del año 1839. La perla Hope, así se la llama, es una perla oriental de forma de pera irregular, de dos pulgadas de largo y de cuatro y media de circunferencia en su parte más ancha. Es de varios matices; la parte superior de un oriente hermoso y brillante y la inferior de un tinte verdeobscuro y bronceado.

Esta joya pesa 1.800 granos, es decir, seis veces más de lo que pesaba la ostra que la produjo, está montada en un broche, teniendo sobrepuesta una corona de oro esmaltado y cincelado, siendo una de las alhajas más costosas que existen.

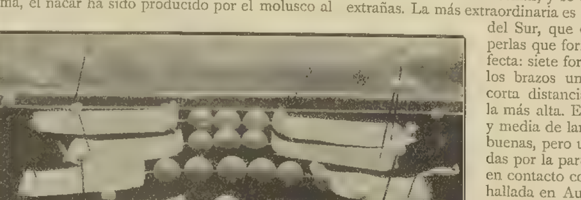
Otra forma de las perlas es la de botón, de formación semiesférica, redondas por una parte y planas por aquella por donde estaban adheridas á la concha.



Un pequeño montón de medio millón de ostras, parte del producto de una abundante pesquería. Las ostras están expuestas al sol para que entren en putrefacción, siendo entonces fácil extraer las perlas

Hay también perlas huecas, que son en realidad unas capas de nácar puestas para tapar un agujero hecho por algún parásito horadador, y que valen mucho menos que las anteriores.

Hablando en términos generales, el nácar puede asumir toda clase de formas, y se citan algunas muy extrañas. La más extraordinaria es la de la Gran Cruz del Sur, que consiste en nueve perlas que forman una cruz perfecta: siete forman el cuerpo, y los brazos una á cada lado, á corta distancia del extremo de la más alta. Es de una pulgada y media de largo; las perlas son buenas, pero un poco desfiguradas por la parte en que estaban en contacto con la concha. Fué hallada en Australia en 1874, y á pesar de haber sido examinada con poderosos lentes y con luz intensa, no se ha podido descubrir la menor huella de que la mano del hombre haya intervenido en ella en lo más mínimo; está apreciada en 10.000 libras esterlinas.



El comienzo de un collar de perlas. Esas perlas valen 14 000 libras esterlinas

Una perla de una forma de corazón perfecta, de 672 granos de peso, se vendió en 56.000 libras esterlinas.

Otra de las cualidades que

influyen en gran manera en el precio de las perlas es el color; las más apreciadas, sin disputa, son las de un color casi blanco, de brillo irisado, y redondas ó de forma perfecta de pera.

Hay, sin embargo, perlas de todos los matices, y dicen los inteligentes en la materia que eso depende de su estado sanitario. Las perlas blancas son producto de las ostras sanas, las rosadas de las afectadas por la bilis, y de las que padecen fiebre las negras.

Estas últimas han alcanzado gran estimación, y se dice que las puso en boga la emperatriz Eugenia, que las poseía soberbias, y á la caída del imperio el joyero Christie, de Londres, vendió un collar en más de 4.000 libras esterlinas.

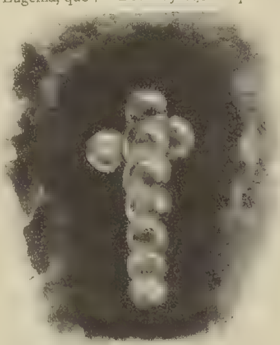
Ultimamente las perlas rosadas han perdido algo de su valor; pero, á pesar de ello, los ejemplares de hermosa película y buena forma valen á razón de 50 libras esterlinas por grano, cuando pesan de 30 á 40.

Las antiguas pesquerías de perlas estaban situadas principalmente en el Océano Indico y Golfo Pérsico; pero ahora se verifican en otras muchas partes. Los criaderos de Australia han proporcionado algunas muy hermosas. La América Central las tiene en el golfo de California y bahía de Panamá, y hay pesquerías en grande escala en Ceilán, en las inmediaciones de la isla de Manaar y en Jutscosin, por la parte de Madrás. En realidad los Océanos Indico y Pacífico están sembrados de pesquerías de perlas.

Las perlas de agua dulce se encuentran en el hemisferio Norte, en Escocia, Principado de Gales, Laponia, Canadá y Sajonia. Las pesquerías escocesas fueron importantes durante muchos años; pero han disminuído mucho por haberse agotado los criaderos por exceso de pesca; las más considerables hoy son las de Sajonia, que están bajo la dirección del gobierno, y sólo se permite la pesca en épocas determinadas, dejando que transcurran diez ó quince años antes de que se vuelva á pescar en el mismo yacimiento, á fin de que las perlas adquieran todo su desarrollo.

Las perlas fluviales de Escocia fueron famosas en la antigüedad, y se cuenta que Julio César regaló una coraza adornada con perlas á Venus Genitrix.

Por muy buenas que sean las perlas de río, carecen del lustre y belleza de las del mar y son comparativamente de escaso valor, y es muy raro que una de esa clase llegue al precio de 10 libras esterlinas.


La cruz del Sur, extraordinaria agrupación natural de nueve perlas

La perla mayor que existe en el mundo, de forma de pera y conocida por la perla Hope.

En Ceilán el gobierno monopoliza las pesquerías, y sus empleados deciden qué yacimientos han de explotarse en cada estación. Por regla general es en marzo cuando la flotilla de barcas pescadoras se dirige al sitio indicado, llevando cada una de 20 á 30 buzos, acompañado cada cual por dos mandaks ó ayudantes.

Al llegar al sitio designado se echan anclas y se arrían las velas, y los vaporcitos del gobierno comienzan á patrullar, á fin de que ninguna barca se aparte del sitio que se le ha marcado. Suena un cañonazo, que indica el principio de la faena, y de los costados de los botes se lanzan al mar los buzos, de los que los mejores son los árabes. Para más fácilmente llegar al fondo, átanse al pie trozos de granito de más de 40 libras de peso. No llevan más aparatos que un cesto para poner las ostras y una lanza para espantar los tiburones ú otro enemigo que se presente, lo que rara vez sucede.

El tiempo que por regla general permanecen bajo el agua es de 60 á 80 segundos; pero se ha dado el caso de permanecer hasta seis minutos.

Terminada la pesca, se forman con su producto tres montones, de los que dos son para el gobierno y el otro para los buzos, vendiéndose luego en pública subasta las ostras en lotes de mil.

La mayor pesca hecha en una sola noche ha sido de 1.867.600 ostras.

Desde allí marchan las perlas para ser distribuídas por todos los mercados del mundo. Algunas de las más pequeñas van á parar á los palacios de los príncipes de la India para ser molidas y mezcladas con el betel, que chupan aquellos indolentes magnates como prueba de su fausto y riqueza.

Hace muy poco se puso á la venta en Londres una perla de la famosa colección de Lady Dudley, periforme y de 206 granos de peso, vendiéndose á los pocos días en 16.000 libras esterlinas.—R.



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Franco. 5 fr. PUREZA DEL CUTIS en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie. B^d St-Denis, 48

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS





LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES



NFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

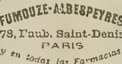
PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



Una máquina de volar, que lo ha efectuado contra el viento

Dos hermanos, de apellido Wright, de Dayton, Ohio, E. U., que hace tiempo se dedicaban á hacer experiencias con cometas y globos aerostáticos, los han hecho recientemente con una nueva máquina de volar, en la que va tendido por completo el viajero y que tiene la forma de una cometa, llevando un timón en vez de cola. La armazón está recubierta de paño, así en la parte superior como en la inferior. Es bastante ligera para poder sostener en el aire su peso y el de una persona. La máquina es lanzada al aire meramente empujándola desde una altura. Puede dirigirse en la dirección que se quiera y bajar á tierra á voluntad. Es lo bastante fuerte para resistir repetidos viajes y las alas han sido probadas con un peso seis veces mayor de el que sostuvieron el mes pasado en las experiencias hechas en Kitty Hawk, Carolina del Norte, en cuyas cercanías fué lanzada al aire la máquina desde la cima de una colina de arena. El aeroplano al principio descendió, pero á medida que el motor, colocado en la parte inferior, fué aumentando el número de sus revoluciones, comenzó á subir lentamente y sin balances por los aires. Cuando estuvo á sesenta pies de altura, el motor posterior principió á funcionar, impulsando á la máquina voladora en sentido contrario á la dirección del viento. Después de haber recorrido una distancia de tres millas Mr. Wright la hizo descender suavemente hasta el suelo, sin dificultad ni tropiezo alguno.





JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
y Todas Farmacias y Droguerias

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.





ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 14 de marzo de 1904 — Núm. 1.159

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



VIUDA, busto modelado por Adolfo Wildt

ADVERTENCIA

Está encuadernándose y próximamente lo repartiremos á los señores Suscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Honduras: gobierno del general Bonilla: el Mensaje de 1.° de enero de 1904: reclamaciones de acreedores extranjeros: trabajos agrícolas: la Deuda interior: persecuciones ó procesos por causa política. – *Panamá:* el presidente y sus primeros actos. – *Colombia:* designación de nuevo presidente: propósitos de reforma constitucional. – *Uruguay:* la guerra civil y el estado económico y financiero del país: las obras del puerto de Montevideo. – *República Argentina:* desarrollo de la producción y del comercio. *Chile:* situación política interior: las crisis ministeriales.

En Honduras, el general Bonilla, después de haber conquistado el poder por la fuerza de las armas, hizo que el Congreso nacional declarase la nulidad de todos los actos de la Asamblea reunida entre el 13 de febrero y el 21 de marzo de 1903. Posteriormente, por decreto de 28 de octubre, mandó crear una Junta para el examen de las cuentas que llevaron los empleados del orden civil y militar electos por aquella Asamblea y, en general, de las de todos los que por algún concepto manejaron fondos públicos desde el 31 de enero al 13 de abril. Entretanto, funcionaban los tribunales de justicia para aplicar severamente la ley á los que la hubieran infringido durante el período de la guerra civil.

No es, pues, el actual presidente de Honduras de los caudillos vencedores que transigen ó perdonan, y por consiguiente, los vencidos ó humillados por él mantienen vivo su resentimiento, se agitan y conspiran, y ya los periódicos oficiosos ó semioficiales de Tegucigalpa anunciaban á fin de noviembre que era preciso tomar medidas enérgicas para asegurar la tranquilidad pública amenazada.

El 8 de diciembre se alteró el orden en Santa Bárbara; hubo vivas al Dr. Arias y mueras al general Bonilla, y se cruzaron disparos de arma de fuego entre los revoltosos y la policía. En el motín murió el diputado D. Pedro A. Trejo, enemigo declarado del presidente.

El gobierno manteníase firme y dispuesto á reprimir con dureza toda tentativa revolucionaria, y en el Mensaje que el 1.° de enero de 1904, en la solemne instalación del Soberano Congreso Nacional, leyó el Sr. Bonilla, pudo éste declarar que el país disfrutaba de tranquilidad interna y de paz exterior, que la acción administrativa ha entrado en período normal y que el gobierno se consagra á los trabajos de reorganización que exigen los acontecimientos pasados.

Entre otros asuntos, se alude en el Mensaje á la reclamación que los tenedores de bonos del ferrocarril interoceánico hicieron á la nación por medio de su apoderado Mr. Blain. El gobierno se ocupa en el esclarecimiento de esta delicada cuestión, y al efecto ha nombrado un agente que reside en Londres, á quien se dieron las instrucciones convenientes á fin de acumular todos los datos que deben tomarse en cuenta para la mejor solución.

Hay otra reclamación del «Honduras Syndicate,» que no cumplió varias de las estipulaciones expresadas en el contrato de arrendamiento del ferrocarril de Puerto Cortés á La Pimienta. Rescindido aquél, el gobierno se encargó de explotar por sí mismo dicho ferrocarril.

Los trabajos agrícolas de la Costa Norte cobran de día en día mayor importancia. Ese territorio puede llegar á ser, en no lejano tiempo, el emporio de la riqueza de Honduras. Naturales y extranjeros se consagran con ardor á diversas empresas, contando con la fecundidad de los elementos que en aquellos lugares les ofrece la naturaleza y con las favorables circunstancias que allí concurren para facilitar la exportación.

La fuerte deuda contraída para los gastos de la última guerra civil está ya casi del todo satisfecha y sigue amortizándose la deuda pública interna. Por acuerdo gubernativo del 3 de diciembre se está procediendo al estudio detenido y minucioso de todas las cuentas que constituyen dicha deuda interior, que consisten, en su mayor parte, en sueldos atrasados de las administraciones pasadas, en el importe de pérdidas sufridas durante las guerras civiles, reconocidas por los gobiernos, en montepíos no pagados, en los billetes del Tesoro y algunos otros valores cuyo monto no se conoce aún y que representan el trabajo del empleado y el sudor del labriego que vió perderse con sus ganados ó sus siembras el esfuerzo de largo tiempo. Se calcula que estas deudas importan unos tres millones de pesos.

Afirmaba el general Bonilla en el Mensaje que no había un solo ciudadano en prisión ó extrañado del suelo de la patria por causas políticas, y declaraba su firme propósito de procurar la conciliación de todos los hondureños. Sin embargo, la afirmación del presidente no está muy de acuerdo con la realidad de los hechos. En la sesión del Congreso de 23 de enero se leyó un voto particular del diputado D. P. Bonilla que disentía de sus colegas de la Comisión encargada de formular el proyecto de contestación al Mensaje, y en ese voto se pedía una amnistía para los delitos que, aunque caen bajo la acción de los tribunales comunes, están relacionados directamente con la política ó tienen su origen en ella. «Esa amnistía —decíase en el documento á que me refiero permitirá vivir tranquilamente en su país á millares de hondureños que hoy están privados de la libertad ó se hallan lejos de sus hogares por tales motivos, y dará lugar á la extinción de los rencores que creó la última lucha electoral y agravó la guerra civil.»

El presidente de la nueva República de Panamá es D. Manuel Amador. Ya ha constituido gabinete, con cuatro ministros. No hay ministro de la Guerra, porque no hay ejército; la fuerza armada se reducirá á un cuerpo de policía, con cien hombres. Y no hay ejército, porque no es necesario, pues á propuesta del mismo Sr. Amador la Asamblea constituyente aprobó un artículo de la Constitución facultando al gobierno de Wáshington para intervenir siempre que fuere preciso restablecer el orden. El ejército de Panamá será, pues, el ejército yanqui.

Según plantilla hecha por el presidente, el total de funcionarios de la administración panameña no pasa de 80. Esto ha motivado vivas protestas, porque los aspirantes á destinos públicos son muchos más. Pero hay que economizar, pues desde el 3 de noviembre, ó sea desde el día de la independencia, se han gastado ya 3.500.000 francos, y los ingresos no llegan á la mitad de esta suma.

El 2 de febrero, en reunión del Colegio electoral en Bogotá, fué designado para la presidencia de Colombia el general D. Rafael Reyes.

Con motivo de la secesión de Panamá y de amagos separatistas que se notaron en el departamento del Cauca, habíase iniciado la idea de modificar el régimen constitucional de la República, volviendo al sistema federativo. La prensa y los políticos discuten con gran interés este asunto. Quieren unos que se restablezcan los «Estados Unidos de Colombia,» limítanse otros á pedir una gran descentralización administrativa, y no faltan defensores de la actual Constitución.

El Consejo municipal y los periódicos de Cartagena creen inútil y aun peligrosa la reforma. «Hablamos de reformas constitucionales, decía *El Porvenir*, como remedio contra los gérmenes de la disolución nacional, sin comprender que esas reformas son inútiles, porque el defecto no está en la Constitución, sino en los encargados de velar por ella. Colombia ha tenido muchas constituciones, y á cada cambio ha habido una revolución, lo que prueba que no es la Constitución lo que debe reformarse.»

Continúa la guerra civil en el Uruguay, y ahora parece que son los blancos los que llevan la peor parte. Si la contienda no cesa pronto, ya por nuevo pacto, ya por imposición de un partido sobre el otro, habrá de paralizarse, con grave daño general, el movimiento progresivo que venía señalándose en el estado económico y financiero del país. En 1903 hubo buena cosecha de trigos, muchas ventas de ganado y mucho dinero disponible para industrias. Los gastos de la brevísima guerra sostenida en marzo se habían cubierto con los recursos ordinarios, y no fué preciso apelar al millón de pesos del empréstito votado para atender á dichos gastos. Con esa cantidad se proponía el gobierno dar gran impulso á las obras públicas.

Mal y despacio van las del puerto de Montevideo. Se construyen escolleras que se hunden, se reparan y vuelven á hundirse. Cúlpase de ello al ingeniero director. Es asunto este que puede ocasionar alguna contrariedad á la República, porque el ex presidente Cuestas, al hacer el contrato, consintió en que las diferencias que surgieran entre el gobierno uruguayo y la empresa concesionaria se decidiesen, no por los tribunales nacionales, sino por árbitros extranjeros.

Prosigue en la República Argentina el desarrollo de la producción agrícola y de la ganadería, y consiguientemente el del comercio de exportación. En 1902 se exportó por valor de 179 millones de pesos oro; en los nueve primeros meses de 1903 el valor de este comercio fué de 176 millones, y agregando el tanto por ciento proporcional para los doce meses, resultan 234 millones. Casi toda la exportación consiste en productos de la agricultura y de la ganadería.

La exportación de trigo ha tomado proporciones considerables. En el quinquenio 1895-99 se ha exportado *diez mil veces más* trigo que en el de 1870-74.

La importación ha aumentado también; pero mucho menos. En 1903 hay unos *cien millones* de pesos oro á favor de la exportación. Es, pues, enorme el desequilibrio de la balanza comercial.

El comercio sufre ahora grandes quebrantos, ocasionados por una persistente huelga de los trabajadores dedicados al servicio marítimo y al acarreo de mercancías.

La situación política interior de Chile es poco satisfactoria. Los ministerios de coalición formados por consecuencia del pacto de noviembre de 1902 duran días, y toda la labor parlamentaria y administrativa está desorganizada.

Sin temor ya de guerra con la Argentina, pareció que había llegado la ocasión de restablecer el crédito, de normalizar la Hacienda y de fomentar los intereses materiales. La instabilidad ministerial y el parlamentarismo, éste causa de aquélla, lo impiden. En las sesiones del Congreso, unos á otros se suceden los debates estériles que sólo interesan á la personalidad de tal ó cual diputado ó á tal ó cual partido, grupo ó fracción.

Piérdese el tiempo lastimosamente en discutir actas y crisis, y en el abandono quedan todos esos proyectos de ley cuya importancia tanto encarecen los mensajes presidenciales y los programas de cada gobierno, y cuya aprobación se considera necesaria para nivelar los presupuestos, para establecer plan de economías y de orden en los gastos, para activar las obras públicas y la colonización.

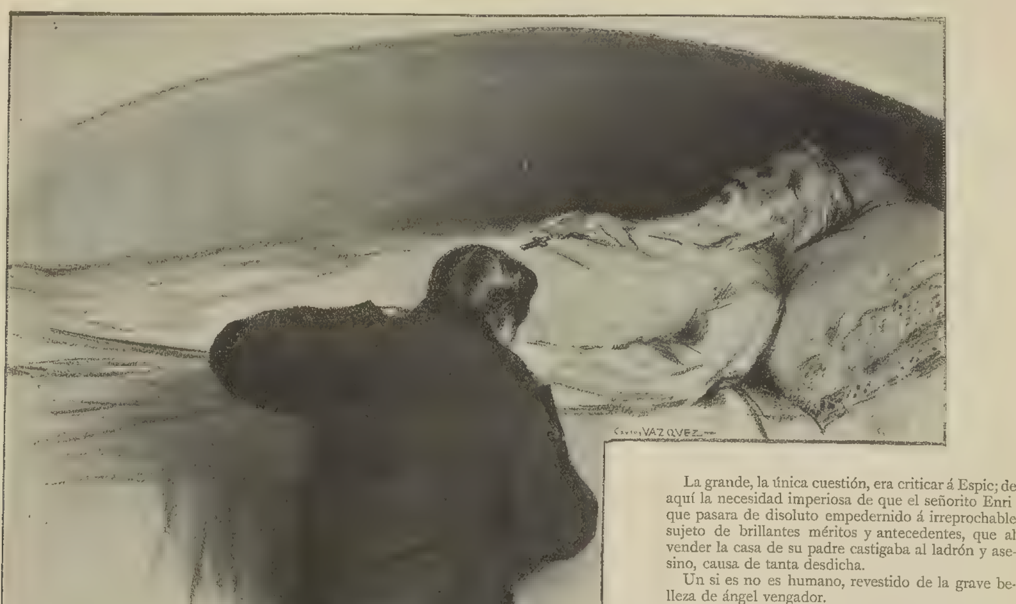
Una simple cuestión de actas desavenía en el Congreso á los partidos coligados, y esa desavenencia provocaba una crisis. Así cayó el 31 de octubre el ministerio que trabajosamente había organizado don Arturo Besa el 22.

A los últimos días del año correspondió otra de las crisis ministeriales. Los liberales demócratas se habían negado á seguir en el gobierno, y en los intentos para constituir otro fracasaron Besa, el senador Latorre, D. Ventura Blanco y D. Miguel Cruchaga. Por fin, el 11 de enero de 1904, logró formarlo D. Rafael Errazúriz; en él había dos conservadores, dos liberales demócratas y dos liberales moderados.

De vez en cuando, por caso excepcional, salía algo bueno del Congreso; por ejemplo, la aprobación, en noviembre, de los pactos entre Chile y la Argentina sobre comunicaciones telegráficas y sobre ejercicio de profesiones, parte del vasto programa de confraternidad que ahora están realizando ambas Repúblicas.

La situación financiera no ha empeorado, gracias á la venta de los acorazados y al empréstito de 1.500.000 libras esterlinas que se contrató en junio último con la casa Rothschild.

R. Beltrán Rózpide.



Y dominado por una fuerza invencible, dobló una rodilla y besó aquella mano...

Una existencia, por Nogueras Oller

. . . .

—Es inútil; no quiere marcharse...

El Sr. Ferri, procurador de fincas muy acreditado, verdadero lince en la materia, lo daba por perdido.

D. Lorenzo estaba irritadísimo. Quería transformar la casa en suntuoso palacio para vivir á su gusto en él: las obras estaban principiadas, todos los pisos desalquilados y aquel intruso de viejo no cedía en su loca pretensión.

Justamente el trozo que habitaba era un gran estorbo para la construcción de la soberbia escalera.

—Esto ya pasa el límite de lo extravagante, decía. ¡Este hombre debe aguardar que le eche de mi casa como á los perros!.. ¡Canario, y cosa es esta que aún no ha sabido usted hacer!.. Me extraña, en verdad que me extraña.

Irritóse el amor propio de Ferri, que contestó acentuando las palabras:

—Es que ni usted ni nadie de este mundo puede echar á ese hombre...

D. Lorenzo, montado en sus nervios, recorría la sala. Paróse en seco, y mirando á su procurador igual que si descubriera la culpa de todo, vociferó:

—¿Cómo? ¿Quizá en mi casa no puedo hacer lo que me da la gana?..

—Claro que sí; pero por esta misma, única y omnímoda razón, el viejo Blas está en su derecho... No abandona el cuarto, sencillamente porque está en su casa.

. . . .

Y así era, mal que pesara á D. Lorenzo.

Se debatió el asunto en los tribunales y resultó que Blas Espic era dueño absoluto de parte de su finca por extraña ocurrencia del primer posesor.

El caso, pues, no era únicamente extraño; tenía todo el aspecto de incomprensible.

¿Quién tiene el seso lo bastante loco para formar un amo dentro de su propiedad?

Lógico sería que D. Miguel Argente, al morirse, hubiera legado no una respetable cantidad á su fiel Espic, sino toda una fortuna, si tan largamente quería compensar sus servicios; pero de ningún modo se explicaba que en vida le elevara al rango de propietario de una parte del mismo piso que habitaba.

Debía de estar muy seguro y agradecido de su criado para realizar tamaña donación.

¿Qué clase de servicios había prestado Blas á tan generoso amo? Grandes debían ser cuando éste le elevó á su propia altura. Lo que es altamente peligroso, pues transformar á un criado en amo equivale á veces á crear un amo para el amo.

¿Qué filosofía tenía de la vida? ¿Fué un excéntrico ó bien un hombre de rara y delicadísima conciencia?

Hay más aún. Bueno es razonar que D. Miguel Argente, ya que hizo tanto por su criado, legara al mismo cierta suma para que transcurrieran de un modo decente los años que le quedaran de existencia.

Si fué así, ¿cómo se explica que Blas Espic, desde la muerte de su amo, llevara una vida de privación, por no decir de miseria? Envejecía notablemente, su carne cobraba un tinte amarillento, sus ojos languidecían en un brillo fatal, y aquel Blas tan complaciente y aseado se volvía astroso y meditabundo.

Era la comidilla del barrio. Las mujeres curioseaban día y noche, y no seré ciertamente quien las critique desde el momento, apreciables lectores, que al ocuparme de Blas Espic armo también mi corrillo.

Acontecía, pues, que la existencia del viejo en cuestión era la política de ilustres porteras y fregonas; la idea en auge que se debatía en esquinas y portales y principalmente en los ultramarinos de Pascualín, pequeña tienda atiborrada de comestibles que hacía las veces de mercado y de Congreso.

Había entre las diversas, dos opiniones que se disputaban las más insignes habladoras.

La que triunfaba era la creencia de que Blas era muy rico, posesor de una fortuna colosal, de leyenda casi, y que á medida que aparecían canas y más canas en su luenga barba, el hombre en cuestión se volvía avaro, avaro, pero muy avaro.

La otra opinión, completamente opuesta, era más audaz aún.

Aseguraban sus defensoras—había que ver cómo defendían su tesis aquellas charlatanas—que el tal Espic era el causante de la muerte de su señor. El muy ruin, una vez había conseguido el premio, trocó sus papeles y le mató á disgustos.

¿Faltaban pruebas? Pruebas había, y una de ellas, de gran fuerza sin duda, era el caso de que el hijo, el virtuoso hijo del difunto Argente, abandonara y pusiera en venta la casa.

Poco importaba que, antes de la muerte, aquellas mismas mujeres las cargaran contra el señorito, que no había por donde cogerlo de libertino y vicioso que era.

Lo olvidaban todo, como también olvidaban que la casa había sido vendida por deudas á los tres años de la citada muerte de su padre.

La grande, la única cuestión, era criticar á Espic; de aquí la necesidad imperiosa de que el señorito Enrique pasara de disoluto empedernido á irreprochable sujeto de brillantes méritos y antecedentes, que al vender la casa de su padre castigaba al ladrón y asesino, causa de tanta desdicha.

Un si es no es humano, revestido de la grave belleza de ángel vengador.

¡Oh! ¡La fantasía popular es prodigiosa!..

La casa está vendida; el nuevo propietario es un señor muy poderoso, muy amigo del gobierno y que no está para bromas. «¡Ya veréis, ya veréis cómo las va á pagar ese tunante Espic!..»

. . . .

He tomado por héroe de mi narración á un pobre y odiado viejo que se va del mundo.

En poco tiempo ha enflaquecido mucho. De su cabeza, en nítida blancor, cae su pelo por las sienes, por las mejillas y la barba, como avalancha de nieve que se precipitase sobre su corazón...

Mas su alma es joven y enérgica, y lucha, lucha todavía por sus derechos con una tenacidad admirable.

Le han intimado á la rendición: ¡y nada!

Se le ha ofrecido dinero; más, mucho más, tres veces más, pues la soberbia, la monumental escalera no puede llevarse á cabo, y sin ella, ¿cómo van á ultimarse las obras?

¿Se instalará D. Lorenzo en el fastuoso palacio mientras exista un intruso en él?

¡Oh, aquella existencia tan debilitada y enferma, tan poquita cosa, era invencible, fuerte como el muro de un castillo que alguien soñaba asaltar!..

Parecía como si el alma de su primer propietario morara aún en la casa y en el único cuerpo vivo que amaba y contemplaba las viejas paredes que había visto alzar, piedra sobre piedra...

Y ante la firme negativa de aquel hombre misterioso, la rabia de la impotencia fué feroz.

Levantaron una pared enorme ante la ventana más pequeña, taparon las otras y la habitación quedó sumida en fúnebre y eterna tiniebla. Era la más húmeda, triste é infecta covacha que yo he podido imaginar: un largo y estrecho corredor, lo peormente construído, daba acceso á la calle.

Así encerrado, pudriéndose en aquella cárcel voluntaria, ¿qué aguardaba Espic?

Falto de recursos para cuidar de su persona, ¿cómo no aceptaba cualquiera de las proposiciones de Ferri bajo todo punto ventajosas?

Se trataba de un loco ó bien existía un misterio que le retenía allí.

La tenacidad de aquel hombre muy pronto cobró el carácter de heroicidad.

Todas las opiniones se fundieron en una sola y Blas Espic llegó á ser el santo del barrio.

Y una vez cambiada la moda, D. Lorenzo fué carne de todos los odios, sus supuestas relaciones con el gobierno causa de burla, y suprimióse el ángel vengador.

El señorito Enrique era un canalla y atroz calavera que á los tres años de la muerte de su padre vendió la casa para mantener el tren de cierta cortesana célebre, causa de la muerte de su esposa y perdición de su hijo.

Enrique, realmente, una vez liquidada la herencia, había semi-desaparecido, marchándose al extranjero

con su hijo, el tierno y desventurado Luis, niño de dos años, y con la perversa aunque hermosa Henriette.

Pero con todo esto nada se ponía en claro.

Espic continuaba muriéndose de hambre, envuelto en el misterio más original, estando en sus manos vivir holgadamente.

¿Por qué no hablaba Espic?

El héroe se debe al público y debe hacer siempre lo que al público entusiasma.

. . . .

En la calle, un día preguntaba un joven por la casa de D. Miguel Argente.

—D. Miguel Argente hace mucho que murió, le contestaron varias mujeres á la vez. En la actualidad pertenece indebidamente á D. Lorenzo Zoiro y á Blas Espic, que es el verdadero propietario, pues hace lo que quiere de la casa. Si necesitáis datos del antiguo posesor ó de su hijo Enrique, venid y os presentaremos á Blas, que sabe toda la historia.

Una luz miserable se difundía en las húmedas tinieblas.

El anciano estaba enfermo, se sentía morir. La luz languidecía sobre su rostro, sobre las blancas ropas de la cama, de manera que costaba adivinar dónde acababa la barba y dónde principiaban las sábanas.

Nadie se interesaba por él en la cabecera del lecho, y era tan triste y solemne su inmovilidad, que el joven desconocido le tomó por la idea de la muerte esculpida en mármol para una tumba.

Pero los ojos de Espic vigilaban y no tardó en proferir un grito. Se incorporó tendiéndole los brazos.

—¡Luis!.. ¡Ah!.. ¿Eres tú?.. ¡Al fin puedo morir contento!.. Ven, acércate más... Más aún, quiero verte... ¡He de besarte!.. ¿Te acuerdas, de cuando niño, que te besaba un hombre alto y fuerte, haciéndote cosquillas con su barba, que era negra aún? Era yo; yo que te enseñé á andar y á querer al sol... Yo que te he aguardado en la sombra, pudriéndome en la humedad de las últimas ruinas de la casa de tu abuelo... ¡Mírame bien, contémplame agonizante y lleno de alegría!.. Abrázame y estrecharás entre tus brazos jóvenes la idea de veneración hacia tu abuelo, idea que en vez de morir en mí como temía, germinará en tu corazón para que florezca en tus hijos...

Abatido, dejó caer su venerable cabeza en la almohada.

—Y tu padre, ¿qué se ha hecho de tu padre?

—¿Mi padre?, yo no he tenido padre, contestóle Luis amargamente. El que me dió la existencia, aquel pobre degenerado que me llevó al mundo para no cuidarse de mí, se suicidó en París hace diez años. Estaba arruinado y enfermo. Henriette, que aún tenía precio en el mercado, le abandonó y esto motivó sin duda el suicidio... Yo entonces nada comprendí de cuanto ocurría... A más, tenía siete años y nada llegaba al interior del colegio en el que yo estaba á pensión. He pasado hambre, mucha hambre. Solo, sin familia, en la inmensa, estrepitosa ciudad... ¡Sin ni siquiera el bendito recuerdo de una madre que me animara sonriéndome en las tinieblas de mis noches horribles!.. Un frío atroz, espantable, ha sacudido mi alma... Y vengo, vengo cansado en busca de un poco de calor, de un hogar en mi patria, por miserable que sea... Pero no queda nadie de mi familia, y á no ser vos, ni hubiera tenido el consuelo de besar estas paredes venerables...



Estudio, por S. Sánchez Barbudo

Espic lloraba, lloraba y reía. Aquella escena, esperada á través de tantos años y sufrimientos, era demasiado intensa para su enfermo corazón.

—¡Así, así te creía!.. He agotado todos mis recursos para saber dónde te hallabas: las listas de censo municipal de todos los países algo importantes del mundo me han sido enviadas, y el nombre de tu padre...

—Es que mi padre, completamente perdido, huyendo de las cárceles de todos los países, renegó á menudo de su sangre y de sus nombres, pues el blasón de mi padre tenía muchos nombres y cada uno de ellos era un timbre de innobleza...

Suspiró profundamente y miró al anciano.

Blas Espic tenía los ojos fijos y anegados.

En la pared del fondo, un busto en yeso se llenaba de claridad y de sombra.

La triste llama de la vela temblaba como una lágrima.

—Murióse á tiempo, balbuceó el anciano con piedad. ¡Qué hijo tu padre y qué padre tu abuelo!.. «Tengo puesta en ti mi confianza—me dijo mucho antes de morir.—Te doy parte de mi casa para que seas el fiel guardador de mi memoria y de mi busto. Enrique no me ama, lo sé. Cuando yo muera, sólo se acordará de mis riquezas; poco le importará poseer el retrato de su padre, y en esto encontrará su castigo. He dividido mi fortuna en tres partes. La primera es para el hijo, sin condiciones, pues un padre debe de hacer bien á sus hijos por ingratos que sean. La segunda para el hijo también, si éste venera la memoria de su padre. Y la tercera para ti. Si Enrique quisiera venerar la memoria de su padre, te pediría mi busto dentro del mismo año de mi muerte, pues no ignora que es mi único retrato. Si esto acontece, si te lo pide, dáselo. Pero si transcurre este tiempo sin acordarse de él, es tuyo; ¿lo oyes?, te lo mando: es tuyo absolutamente.» Si D. Miguel, al morirse, ya hubiese sido abuelo, habría añadido: «Y si Enrique no te lo pidiera y un día Luis me besara en el rostro, dáselo en seguida...» Pero tú no estabas en el mundo entonces..., y yo... yo te lo he guardado... El busto de tu abuelo atesora una nueva fortuna...

Mientras hablaba Blas Espic, su corazón latía con violencia, saltando entre las paredes de su pecho como si fuera un loco que intentara estrellarse contra las piedras de su cárcel... Dió un salto más y paróse en seco.

Blas Espic, inmóvil, con la mano en el pecho, resumía toda una existencia de verdadero amor.

Su carne completamente amarilla, rodeada de la blancor brillante de las ropas de la cama, parecía la cera desprendida de una mecha que se había consumido en luz de veneración entre montañas de nieve...

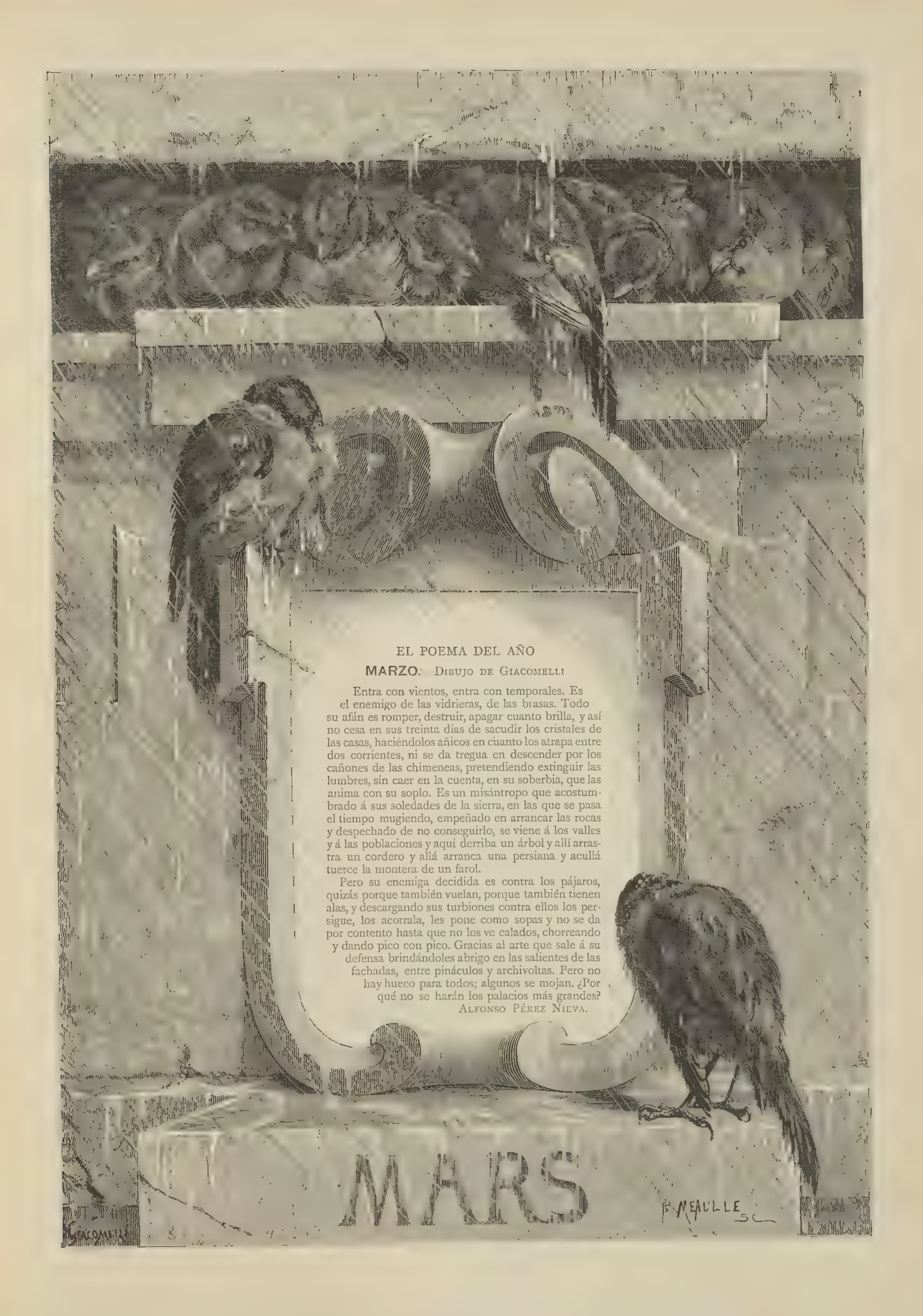
Luis fué presa del vértigo. Era demasiado extraño lo que ocurría.

Bamboleó como una hoja al paso del vendabal y se agarró para no caerse... Tumultuosas ideas invadían su cerebro... Y dominado por una fuerza invencible, dobló una rodilla y besó aquella mano amarilla, descarnada, rugosa... Aquella mano tan débil que había hecho el colosal esfuerzo de mantenerse abierta sobre su cabeza, firme como un ala de protección...

(Dibujo de Carlos Vázquez.)



La sobrinita, cuadro de Salvador Sánchez Barbudo



EL POEMA DEL AÑO

MARZO. Dibujo de Giacomelli

Entra con vientos, entra con temporales. Es el enemigo de las vidrieras, de las brasas. Todo su afán es romper, destruir, apagar cuanto brilla, y así no cesa en sus treinta días de sacudir los cristales de las casas, haciéndolos añicos en cuanto los atrapa entre dos corrientes, ni se da tregua en descender por los cañones de las chimeneas, pretendiendo extinguir las lumbres, sin caer en la cuenta, en su soberbia, que las anima con su soplo. Es un misántropo que acostumbrado á sus soledades de la sierra, en las que se pasa el tiempo mugiendo, empeñado en arrancar las rocas y despechado de no conseguirlo, se viene á los valles y á las poblaciones y aquí derriba un árbol y allí arrastra un cordero y allá arranca una persiana y acullá tuerce la montera de un farol.

Pero su enemiga decidida es contra los pájaros, quizás porque también vuelan, porque también tienen alas, y descargando sus turbiones contra ellos los persigue, los acorrala, les pone como sopas y no se da por contento hasta que no los ve calados, chorreando y dando pico con pico. Gracias al arte que sale á su defensa brindándoles abrigo en las salientes de las fachadas, entre pináculos y archivoltas. Pero no hay hueco para todos; algunos se mojan. ¿Por qué no se harán los palacios más grandes?

Alfonso Pérez Nieva.



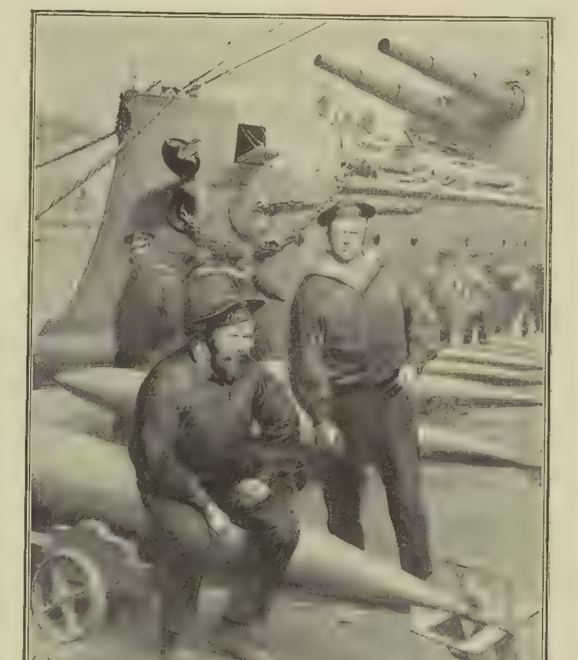
Guerra ruso-japonesa. – La concentración de los rusos en Yalu. Paso de tropas y conducción de bagajes al través de un territorio hostil
Dibujo de G. Bigot

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La única acción de guerra ocurrida desde nuestra última crónica ha sido el ataque de la escuadra japonesa contra el puerto de Vladivostok, operación de escasa importancia y de ninguna consecuencia. El día 6, á la una y media de la tarde, cinco acorazados y dos cruceros japoneses se situaron á diez kilómetros de distancia de aquella plaza, retirándose después de cincuenta y cinco minutos de un bombardeo que no causó baja alguna en la guarnición, y sí únicamente algunos ligeros desperfectos en la ciudad, pues aparte de la distancia á que se hacían los disparos, la mayoría de los proyectiles que llegaron á la costa no hicieron explosión. Los rusos no contestaron ni siquiera con un disparo á esa agresión, que habrá costado á los japoneses cerca de un millón de pesetas, y cuyo objeto no ha podido aún explicarse satisfactoriamente.

El nombramiento del general Kuropatkine para el mando supremo del ejército terrestre en el Extremo Oriente ha sido acogido en Rusia con gran entusiasmo; todo el mundo espera de él grandes cosas y el ejército tiene en él una confianza absoluta.

Un oficial que ha servido á sus órdenes y que será en esta campaña uno de sus más inmediatos colaboradores, ha dicho de él lo siguiente: «Este es el jefe que esperábamos; todos los oficiales le quieren porque es bueno y le respetan porque es un verdadero jefe. Sabe lo que quiere y lo quiere sin desfallecimientos; juzga con rapidez y se decide en seguida. Cuando da una orden, ésta es clara, concisa, sin réplica. Con él se sabe adónde se va. No es solamente enérgico, sino que lo es con tranquilidad; no es hombre de palabras inútiles, ni de precipitaciones; tiene un golpe de vista seguro y un alma fogosa, pero siempre dueña de sí misma. Es joven, vigoroso y sufrido; no hay quien inspire más confianza que él en punto á consejo, y quien, al mismo tiempo, sea capaz de enardecer á un ejército y de obtener de él sacrificios extraordinarios. Hará de nosotros lo que quiera.»



Guerra ruso-japonesa. - Marineros rusos embarcando torpedos en el *Tsarevitch*, ocho horas antes de la ruptura de hostilidades, dibujo de L. Sabattier

Durante este compás de espera de las operaciones lo que inspira más interés son los movimientos de las tropas rusas y japonesas que van tomando posiciones para cuando llegue el momento decisivo de lanzarse unas contra otras.

La concentración de las fuerzas rusas en la Mandchuria se verifica con la mayor regularidad. Diariamente salen de San Petersburgo trenes militares; pero el verdadero centro de este movimiento es Moscou, de donde parten todos los días las más importantes expediciones, así de soldados, como de víveres, municiones y material sanitario: en la actualidad, el número de trenes diarios es de siete. La movilización del ejército se realiza, pues, sin cesar y con toda la rapidez necesaria. En cuanto á la artillería, sólo hay que transportar la ligera de los cuerpos de ejército, ya que la gruesa está toda, desde hace tiempo, en el teatro de la guerra; y por lo que toca á la caballería, el gobierno ruso ha hecho en Siberia gran des compras de excelentes caballos que al llegar allí encontrarán dispuestos los soldados.

Una de las cosas que más preocupan á los que siguen con interés el curso de la presente lucha es cómo podrá Rusia aprovisionar un ejército de dos ó trescientos mil hombres, situado á tan enorme distancia. Si el aprovisionamiento se hace por el ferrocarril de una sola vía, ¿cómo se podrán expedir nuevas tropas cuando todos los trenes estén cargados de subsistencias? Además los japoneses son osados, y en el caso de que por una serie de golpes de mano lograsen apoderarse de una parte de la vía férrea ó destruirla, ¿cómo viviría el ejército de esta suerte incomunicado?

Parece, sin embargo, que ninguna de estas cuestiones preocupa al Estado mayor ruso, el cual considera imposible la interrupción del ferrocarril que va de San Petersburgo á Puerto Arthur y tiene la certeza absoluta de que no han de faltarle al ejército en campaña las necesarias provisiones. En primer lugar, existen grandes rebaños en la Mandchuria; y en segundo, hay á todo lo



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PATRULLA DE COSACOS EN PERSECUCIÓN DE UN BANDIDO MANDCHÚ, dibujo de G. Montbard

Los japoneses han encontrado en los bandidos mandchúes unos grandes auxiliares para la destrucción del ferrocarril, que es de tan vital interés para los rusos en la presente guerra

largo de la vía férrea grandes almacenes de trigo y de latas de conservas, suficientes para mantener á un ejército, por numeroso que sea, y por tiempo indefinido. Además en todos los centros mineros de Siberia hay también almacenes inmensos en los cuales se guarda una reserva de víveres para muchos meses, á veces hasta para dos años, víveres de que en caso necesario podría echar mano la administración militar.

En cuanto á la interrupción del ferrocarril por parte de los japoneses, es tan extremada la vigilancia que sobre la vía se ejerce, que, aun suponiendo que aquéllos lograsen producir en ella algún destrozo, éste sería parcial y podría repararse fácilmente. No hace mucho intentaron algunos espías japoneses un golpe de mano, pero fueron cogidos antes de que pudieran lograr su intento y ejecutados en el acto.

Los japoneses, por su parte, prosiguen sus desembarcos en Corea, pero su concentración y su avance se hacen sumamente difíciles á causa del mal estado de los caminos, poco menos que impracticables á consecuencia del deshielo. Bien lo demuestra el hecho de que, á pesar de haber transcurrido más de un mes desde su desembarco en Chemulpo, sus avanzadas apenas han podido llegar á Pyng-Yang, que está á menos de mitad del camino del punto más próximo de la frontera mandchú-coreana.

Como es natural, los inteligentes en el arte de la guerra y aun los simplemente aficionados á estas cosas hacen cálculos acerca de las posibles contingencias de la lucha. Veamos lo que acerca de este particular se dice en los centros rusos bien informados.

El primer contacto entre los dos ejércitos beligerantes se verificará en las inmediaciones del río Yalu, en la frontera mandchú-coreana, pero no antes de algunas semanas. El interés de los rusos está en mantenerse á la defensiva, esperar, prolongar la guerra, pues cada día que pasa es una probabilidad más en su favor. «El ejército japonés, ha dicho un importante militar de los que rodean al nuevo generalísimo, es un ejército que da el asalto y que fía su suerte en un golpe de audacia, pero al que cada tentativa fracasada debilita un poco; en cambio, nosotros somos una gran fortaleza, paciente y resistente, y nuestra fuerza está en la duración de nuestros esfuerzos. Podemos enviar tropas á la Mandchuria indefinidamente y estamos en condiciones de expedir allí, durante meses y sin interrupción, todos los refuerzos necesarios. ¿Pueden luchar los japoneses contra nuestra masa? Desde un principio han dado el máximo de su esfuerzo, lo cual les ha permitido obtener de momento algunas ventajas; pero cuando hayan desembarcado 200 ó 250.000 hombres, habrán agotado todo su contingente, y entonces veremos de quién es la victoria. Los japoneses son ciertamente buenos soldados, fogosos y atrevidos, pero inquietos, nerviosos; en cambio los nuestros son pacientes, resignados, resistentes á la fatiga, al frío y al hambre, inaccesibles á la desmoralización: ya veréis cómo tranquilamente cansarán y gastarán á los japoneses y de pronto darán buena cuenta de ellos.»



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Patrulla de cosacos procediendo al arresto de dos japoneses sospechosos disfrazados sorprendidos en las inmediaciones del ferrocarril, dibujo de R. Catón Woodville.

Veamos ahora cuáles pueden ser los proyectos de los japoneses. Siguen éstos desembarcando sus fuerzas en Corea, pero estos desembarcos se efectúan con gran lentitud, calculándose que hasta mediados de abril no tendrán en el continente sus trece divisiones. Todas las fuerzas desembarcadas se dirigen por ahora á Pyng-Yang, en donde, según parece, quieren establecer una base sólida de operaciones y una gran plaza de depósito, como han hecho los rusos con Kharbine, á cual efecto han construido en sus inmediaciones grandes obras de fortificación y han acumulado allí provisiones de toda clase. Cuando tengan reunidas fuerzas suficientes, los japoneses se dirigirán probablemente al Yalu, y una vez allí, ó se establecerán en una fuerte posición defensiva en la orilla izquierda del río, ó atravesarán éste é irán al encuentro de los rusos. Lo más verosímil es que adopten esta segunda solución, primero porque cuadra mejor á su temperamento, y segundo porque es la que responde al fin que se proponen con la guerra, á saber: arrojar á los rusos de la Mandchuria, sin lo cual la ocupación de Corea no les reporta-



LECCION DE BAILE, cuadro de Eduardo León Garrido



EN EL JARDÍN DE ARMIDA, cuadro de Juan Collier



Nun-Ung-Nyol, ministro de la Guerra de Corea



Chin-Pom-Pi, embajador de Corea en San Petersburgo

ría más que ventajas negativas. Ahora bien, esta solución ofrece grandes inconvenientes, ya que para tomar la línea del Yalu se requiere mucho tiempo y considerables esfuerzos; y aun después, el ejército japonés habrá de cruzar toda la Mandchuria meridional, es decir, un trayecto de 170 kilómetros casi sin caminos, para llegar á Mukden-Leao-Yang, en donde se concentra el grueso de las fuerzas rusas. Y si al llegar allí los japoneses, no se consideran los rusos suficientemente preparados, todavía podrán éstos replegarse sobre Kharbine, engrosando en la retirada sus contingentes, al paso que las fuerzas japonesas se irán debilitando á medida que efectúen su movimiento de avance.

Estas hipótesis se hallan justificadas, en cierto modo, por la actitud en que hasta ahora se mantienen respectivamente los beligerantes: los japoneses moviéndose con ímpetu como para ir al encuentro de los rusos; éstos organizándose y concentrándose tranquilamente y permaneciendo en una prudente defensiva.



El marqués Ito,
presidente del Consejo Privado del Japón

A pesar de la reserva que guardan los japoneses acerca de las pérdidas por ellos sufridas en los combates hasta ahora librados, sábese por conducto tan poco sospechoso como es el de la prensa inglesa, que han perdido un crucero y un contratorpedero y que además han resultado con graves averías otros dos cruceros.

En Rusia continúan aumentando en proporciones extraordinarias los donativos para la guerra: el conde Orloff, que actualmente se encuentra en Roma y que había dado ya un millón de rublos para la Cruz Roja, ha telegrafiado recientemente á su intendente que ponga tres millones á la disposición del Comité de la escuadra. El emperador, por su parte, ha decidido costear de su peculio la reconstrucción de los buques *Varyag* y *Koreets*, perdidos en el combate de Chemulpo, el primero de los cuales costó 12 millones de rublos.—X.

NUESTROS GRABADOS

Viuda, busto modelado por Adolfo Wildt.—La característica de este escultor italiano es la maestría con que sabe fundir en sus obras el espíritu moderno con la simplicidad del arte antiguo, la expresión del elemento psicológico con la severidad de la forma clásica. Únase á esto el gran dominio que tiene de la técnica y su conocimiento profundo de la anatomía humana, y se comprenderá el efecto que causan sus producciones, y del que puede juzgarse por el bellísimo busto que en la primera página de este número reproducimos. Adolfo Wildt nació en 1868 en Milán, y la modesta posición de sus padres le obligó á ganarse el sustento desde la edad de nueve años, haciendo el aprendizaje de varios oficios y entrando por fin en el taller del escultor Villa, en donde estuvo hasta los diez y seis años. El tiempo que le dejaba libre su trabajo dedicábalo al estudio, logrando hacerse con un caudal de conocimientos que más adelante habían de impulsarle al cultivo del arte. En 1888 se asoció con un escultor de Milán, y poco después comenzó á darse á conocer como artista, habiendo desde entonces producido sin descanso multitud de obras, casi todas ellas para un mecenas alemán que le protegió desde los comienzos de su carrera, y una de las cuales, titulada *Una mártir*, obtuvo hace algunos años la medalla de oro en la exposición de Munich.

Estudio.—La sobrinita, cuadros de Salvador Sánchez Barbudo.—Varias veces nos hemos ocupado en las columnas de esta Revista de las obras de Salvador Sánchez Barbudo y de los merecimientos y estimables cualidades de este distinguido artista. A su galantería debemos hoy la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores dos de sus últimas producciones, dignas de su buen nombre, puesto que llevan en sí impreso el sello del buen gusto y de la maestría, cualidades que se observan en todas sus obras. Las raras aptitudes que posee nuestro amigo y su indiscutible habilidad manifiéstanse evidentemente en las obras á que nos referimos, puesto que el desarrollo de la composición y la riqueza de los pormenores que la completan y avaloran, revelan el dominio y la seguridad, así como la riquísima gama que se amasa en su paleta. El celebrado autor de *El salón de esgrima*, *Hamlet* y *La Puérpera*, ha adquirido sobrados timbres para obtener siempre el aplauso y la consideración á que tiene derecho.

Lección de baile, cuadro de Eduardo León Garrido.—El género que cultiva este celebrado pintor es bien conocido de nuestros lectores, puesto que son varios los cuadros suyos que en La Ilustración Artística hemos publicado. En todas sus obras campean la elegancia, la delicadeza, así en lo que se refiere al fondo de los asuntos, como en punto á la forma con que los reviste. Las figuras que pinta son deliciosas, sus rostros son de una belleza encantadora, graciosas sus actitudes, y de tal modo están combinadas, que la reunión de todas ellas constituye un conjunto de líneas y colores de admirable armonía. Contribuyen poderosamente á este efecto los accesorios que hay en sus lienzos, distribuídos con tanto acierto que no sólo no distraen la atención de lo esencial de la composición, sino que, por el contrario, ésta resulta con ellos redondeada.

En el jardín de Armida, cuadro de Juan Collier. – En un episodio de *La Jerusalén libertada*, de Tasso, se ha inspirado el genial pintor londinense para trazar el bellísimo cuadro que reproducimos, modernizando, por supuesto, el asunto, convirtiendo en irreprochable *gentleman* al cruzado Reinaldo, en elegantes damas de nuestros días á las seductoras hembras de la isla Fortunada, y en poético parque de cualquier castillo inglés el jardín encantado de Armida. La idea de la seducción está admirablemente expresada: el joven se resiste, vacila, como si algún deber poderoso le llamara fuera de allí. ¿Logrará romper los lazos que empiezan á estrecharle? ¿Habrá dos caballeros cristianos que, como en el inmortal poema, logren substraerle al hechizo y llevarlo á la conquista de Jerusalén?

Juan Collier, que nació en 1850, figura hoy entre los primeros artistas de Inglaterra. Desde que su amor al arte le hizo abandonar el comercio á que en su juventud se dedicara, ha cultivado todos los géneros pictóricos, historia, paisaje, retrato, pintura de género y de imaginación, y en todos ellos ha producido obras notabilísimas que figuran en los principales museos públicos y galerías particulares de su patria. Su educación artística es vasta y profunda: conoce perfectamente las pinturas extranjeras, sobre todo la alemana y la francesa, de las cuales se ha asimilado las cualidades más salientes, sin renunciar por esto nunca á los principios aprendidos en la Academia de Londres. Hállase actualmente en el apogeo de su talento y en la plenitud de sus facultades, y ha llegado á la meta, tan codiciada por los artistas, de ver sus composiciones ensalzadas por la más exigente crítica, admiradas por el público inteligente y adquiridas por los más ricos aficionados.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *La seconde Madame Tanqueray*, comedia en cuatro actos de Arturo Pinero, adaptada del inglés por Roberto d'Humieres, y *L'ame du passé*, comedia en un acto y en verso de León Sonolet; en Folies Dramatiques *Une nuit de noces*, vaudeville en tres actos de Keroul y Barré; en el Vaudeville *Decadence*, comedia en cuatro actos de Alberto Guinon; y en el teatro Víctor Hugo *Les bantins*, comedia en tres actos de Gustavo Grillet.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Els punxa-sarrias*, sainete en un acto de Santiago Rusiñol; y en el Eldorado *La reina mora*, sainete en un acto y tres cuadros de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero, música del maestro Serrano. En el Principal ha dado tres funciones la compañía del teatro Maeterlinck, habiendo puesto en escena cuatro de las principales obras del célebre dramaturgo belga, *Monna Vanna*, *Joyzelle*, *Aglavaine et Selysette* y *L'Intruse*, en cuya ejecución sobresalieron la señora Leblanc-Maeterlinck y el actor M. Darmont. En el propio teatro ha dado otro concierto la sociedad Filarmónica con el concurso de la eminente pianista Clotilde Kleeberg, habiendo obtenido grandes aplausos tanto esta concertista como la orquesta dirigida por el maestro Crickboom. En el teatro de Novedades, la Sociedad Barcelonesa de Conciertos, que tan acertadamente dirige el maestro Goberna, ha dado el cuarto concierto clásico, en el que se ejecutaron composiciones de Mozart, Haydn, Bach, Boely, Schúbert y Beethoven, que fueron muy aplaudidas.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B.d Italiens, Paris.

AJEDREZ

Problema número 356, por J. Hanc.

NEGRAS (6 piezas)

BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 355, por N. Maximow.

Blancas.	Negras.
1. Rd1-e1	1. Cualquiera
2. A ó D mate.	



La familia de que debía yo formar parte en lo sucesivo se componía de cuatro personas...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

VII

Luciano levanta una punta del velo

—«Ha ya mucho tiempo que me lo vengo diciendo á mí mismo: la amistad y la simpatía tienen sus derechos y la gratitud sus deberes; yo debo á usted una confesión. Y sin embargo sé que cuando este triste secreto de mi pasado no sea mío por completo, me parecerá que ese mismo pasado tampoco me ha de pertenecer enteramente.

»Esta aprensión es la que me ha contenido hasta hoy. Antes de ahora, cuando su corazón de usted se abrió á la confianza para conmigo, conocí que contraía yo una deuda; conocí que, dando oídos al entusiasta lenguaje de su corazón, no me sería posible guardar mucho tiempo el silencio del mío. No supe, ni quise, alejarme de usted. Desde aquel día he visto muchas veces en usted un acreedor benigno que está penetrado de sus derechos, pero que no abusa de ellos y aguarda con paciencia. Jamás ha proferido usted una palabra para recordarme mi deuda; pero para mí es lo mismo que si la hubiera pronunciado; sé que debo pagar á usted.

»No le duela á usted mi lenguaje sincero; la idea incesante de mi deuda ha transformado la pena de pagar en necesidad de hacerlo; además, mi alma es cobarde y hay momentos en que pienso que mi pesadumbre llegue á hacerse superior á mi entereza y que mis fuerzas no han de bastar para soportarla. Hase dicho, y se sigue diciendo, que estoy loco, y no falta quien lo crea... Pues bien, tengo miedo, tengo miedo... He pensado en la amistad, he pensado en usted; necesito de usted, déme fuerzas, inspíreme ese ánimo que procede de una conciencia tranquila, vigorice mi valor vacilante. Lo necesito para vivir, y tengo necesidad de vivir...»

Pronunció estas palabras con voz sofocada por la angustia, echó una mirada distraída por la habitación y se recogió un momento apoyando la cabeza en las manos. Rehízose bruscamente y dió principio al relato de sus pesares.

—«En mi naturaleza, y en la de todos los hombres, hay dos fuerzas que se disputan el dominio de la voluntad, el bien y el mal. La mayoría de los hombres sabe acomodarse entre las dos, sabe retirarse aparte y pactar con ellas, y defenderse débilmente y rendirse ó resistir, sin tener para nada en cuenta la conciencia. Su vida es una serie de culpas sin remordimientos y de triunfos sin orgullo; pasan del bien al mal dando al uno y quitando al otro, sin ser nunca en demasía víctimas ni ser tampoco sobradamente héroes. Por lo común, esos hombres son felices.

»Hay otros pocos que practican el bien y perseveran en él, sin gran necesidad de luchas ni de sacrificios; sus fuerzas guardan exacta proporción con la del choque; ni fatigas, ni desconsuelos, ni zozobras; resisten de por sí, casi sin notarlo; si llegara un momento en que la violencia del choque fuese mayor de lo acostumbrado, se doblegarían; pero como tienen sus pasiones disciplinadas, esto no sucede nunca. Para éstos la virtud es cuestión de temperamento.

«Otros, los más desdichados, venidos al mundo con el instinto generoso del bien, hallan apostados á sus pasos gran número de desapiadados agresores. Por todas partes se les tienden asechanzas, siempre hay alguna insidia preparada para ellos; necesitan luchar desde el principio hasta el fin, dar y aceptar la batalla, combatir de continuo sin tregua ni cuartel, consumidas ya las fuerzas, y devorarse el corazón en una continua fiebre de triunfo y en el pasmo causado por el temor de una nueva lucha. Entregados á merced del mal, no tienen en torno suyo más que enemigos; su sangre, sus nervios, sus músculos, su fantasía están ligados por un solo pacto y á un solo objeto, la culpa.

»A mí me tocó esta suerte. Nacido con buenos instintos, dado por mi índole melancólica y por mi precocidad á la reflexión, desde la infancia me entregué yo mismo y entregué mi corazón á afanosos estudios. Abrí prematuramente los ojos á la contemplación de mis miserias, y comencé á pedirme cuenta de la vida á esa edad en que no se sabe otra cosa sino olvidar: por doquiera escudriñé con pueril insistencia, y en breve llegué á poner la primera piedra del encantado y fatal edificio: la ciencia de mí mismo.

»El primer paso dado me estimuló para dar el segundo y caminar suelto y libre por aquel sendero erizado de amarguras y desalientos. Guiado por la ingenua inexperiencia de los años y por el profundo sentimiento de lo bueno, fuí severo y cruel para conmigo; estudié detenidamente mi corazón, analicé sus fibras una por una; donde había una debilidad vi una falta, donde advertí una propensión culpable contemplé un abismo abierto á mis pies. No me retraje: me propuse desde aquel punto corregir mi naturaleza y apercibí al efecto todas las armas que me sugería la razón. Luché vigorosamente; perseguí sin tregua los fantasmas que obscurecían mi conciencia. Esta lucha emprendida y proseguida en secreto llegó á inducirme en error con respecto á mí mismo; creíme fuerte y me regocijé, cuando, por el contrario, era muy débil, y lo que hacía era reunir prematuramente todas mis fuerzas para contrastar los ímpetus de las pasiones, que estaban todavía en su infancia. Era instinto y prudencia, pero yo por un momento atribuí todo el mérito á la energía de mi voluntad.

»Pero no me hice mucho tiempo ilusiones. Más adelante, cuando llegó la hora de las grandes pruebas, la de presentar el pecho á enemigos verdaderos, pareció que de pronto me faltaban las fuerzas.

»Pero también entonces el instinto fué más poderoso que la voluntad, y combatí hasta el extremo. En esta lucha incesante, encarnizada, entre el sentimiento del bien y las seducciones del mal, pasé míseramente los mejores años de mi adolescencia. La transformación que yo había anhelado como premio de la victoria se realizó, pero en mi daño. Mi melancolía se había convertido en tristeza, mi prudencia en circunspección, mi mansedumbre en timidez invencible. Fuerte, severo, inexorable con mis pasiones, era débil como un niño delante de los hombres; habilísimo para adivinar los movimientos más secretos de mi corazón, me presentaba en el mundo, que no conocía, con encogimiento y confusión. Mi ciencia prematura era onerosa para mí; creíame perspicaz, y si en efecto lo era tal vez para las indagaciones, pecaba de ilógico para las consecuencias. Mis juicios eran prontos, absolutos; lo generalizaba todo; formaba una opinión de los hombres á primera vista, y todos eran muy buenos ó muy malos: buenos los que no me mostraban los vicios que había combatido en mí mismo, malos los demás.

»Era esta una complacencia naturalísima después de tantas fatigas; pero más que complacencia era una de las muchas armas de que me valía en la lucha emprendida contra mí mismo. Mi fantasía era en esto fecunda é ingeniosa y á cada paso sugería nuevos remedios á mis males. Un ejemplo, una frase, una argucia, toda cosa encontraba en mi mente un rincón donde refugiarse, y aguzándose en ella con la reflexión, se convertía en arma.

»Pero donde mi imaginación no encontraba límites era en la elección de medios para reforzar mis propósitos. Juramentos extraños, pactos solemnes y raros, violados cada día y renovados diariamente á costa de afanes y sinsabores, todo adquiría valor á mis ojos. Para no recaer en ciertas debilidades, había discurrido, entre otros, dos remedios curiosos; había hecho un anillo de hilo que me puse en el dedo índice y llevaba como perpetuo *memento;* pero poco á poco me acostumbré á él, tanto que tuve necesidad de quitármelo para acordarme. Este era un remedio *preventivo;* pero también tenía uno *represivo,* que consistía en un espejito, al que me impuse la obligación de añadir una cruz á cada recaída. Aquel espejito adquirió en breve el aspecto de un cementerio, y mis desolaciones y mis lágrimas adquirían nuevo alimento en él.

»Todo esto era pueril y ridículo, y sin embargo es lo más y lo mejor que el hombre pueda hacer contra sí mismo. Hoy me sonrío al recordarlo; pero entonces laceraba mi corazón...

»¿De qué me valió mi precoz cordura? ¿Qué frutos maduró en mi provecho? Lo ignoro. Lo que sí sé es que me anticipé los terrores de la conciencia, los desánimos y el veneno de los remordimientos; sé el vacío que se hizo en torno mío, la soledad en que

todos me dejaron. Mis compañeros, aquellos con los que me unía la igualdad de edad, de estudios, de esperanzas, me parecían muy rezagados en la vida; ni ellos se encontraban bien conmigo, ni yo con ellos.

»Por otra parte, aquellos con los que hubiera contraído de buen grado alguna familiaridad, alegando el pretexto de tener media docena de años más, se mostraban muy serios y reservados conmigo, teniéndome ó pareciendo tenerme por un chiquillo.

»Habría podido encontrar en la familia los consuelos que en todas partes se me negaban, pero no tenía en el mundo más parientes que mi padre, hombre de carácter llano y honrado, que me quería mucho, pero cuyas ocupaciones no le dejaban tiempo para demostrármelo.

»Permanecí solo, y á la soledad debo el rumbo que tomó mi mente. Mis estudios, las observaciones que hacía sobre mí mismo, y las comparaciones y aplicaciones con que afirmaba, desarrollaba ó extendía el círculo de mis ideas, bastaron por espacio de algunos años para llenar toda mi existencia.

»A decir verdad, no era feliz, pero tampoco me aburría, y jamás me parecieron largas las veinticuatro horas del día. Pero llegó uno en que el corazón, abrasado por la fiebre continua de la lucha, sintió la necesidad de buscar reposo en un afecto, de sacar de otro corazón nuevo consuelo, nueva fuerza. Entonces, y fué la primera vez, miré en torno mío como asustado, busqué á mi lado el rostro sereno de un amigo, y me vi solo. Acaricié mentalmente la idea de una de esas amistades fuertes, sinceras, que se contraen en la infancia y duran siempre jóvenes en la vejez, una de esas amistades que desafían el egoismo y lo doman, que engendran la mancomunidad de dos existencias, que de dos seres, de dos pensamientos, de dos corazones no hacen más que uno. Pero se me había pasado el tiempo sin advertirlo, y la ocasión huido irreparablemente.

»¡Era ya tarde! Y sin embargo, no tenía más que diez y ocho años, y mi cuerpo enjuto, largo, y mis mejillas pálidas me hacían parecer de diez y seis. Pero mi corazón era viejo, yo al menos así me lo decía, y me reconcentré en el desconsuelo de mi soledad sin pensar en poblarla con un afecto.

* * *

»Hasta entonces había vivido, parte en Bovegno y parte en Brescia. En Bovegno, pueblo grande del Bresciano, donde mi padre dirigía los trabajos de una mina de hierro, vi la primera luz y allí viví hasta los doce años. No he conservado más memoria de aquellos lugares que la de las montañas que rodeaban al pueblo, altas, severas, amenazadoras, que forman extraño contraste con la amenidad de Val Trompia. Niño aún, trepaba por las alturas de las *Colombinas* para ir á ver los pozos de mina y gozar desde arriba del encantador espectáculo de la naturaleza subyacente.

»Creo que á la circunstancia de haber nacido en aquel nido tranquilo de la industria debo el respeto á la humanidad que me hizo descontentadizo de mí mismo.

»A la edad de doce años lleváronme á Brescia para estudiar; mi padre me acompañó, pero obligado por sus ocupaciones, se ausentaba muchas veces por largo tiempo, y por lo general me dejaba solo en compañía de una ama de llaves, vieja, excelente mujer, pero que no sabía hablar más que de su rosario y de los santos de su devoción.

»A los diez y ocho años acabé la segunda enseñanza, y me fué preciso ir á la universidad para estudiar matemáticas, dejar Brescia por Pavía.

»¡La universidad! Esta palabra hizo palpitar mi corazón de alegría. Para mí la universidad era todo lo cognoscible, y Pavía la ciudad santa. Llegué una noche á fines de octubre, y la impresión que me causó correspondió á mi expectación. El aspecto severo de sus calles, de sus torres antiguas, de su río, de su puente, de su castillo, de sus alamedas, se apoderó hasta tal punto de mi ánimo en favor de la vetusta ciudad, que creí haber renacido á nueva vida. ¡Aquello era para mí el país del pensamiento! Por entonces las vacaciones duraban todavía y los estudiantes estaban aún en sus casas; la ciudad desierta, silenciosa, melancólica, parecía de luto, y yo que no echaba de ver la causa, tenía doble motivo para alegrarme de mi nueva residencia. Más adelante, cuando los estudiantes acudieron de todas partes y se desparramaron por las calles llenando el aire con su ronco vocerío, cuando comenzaron las ensordecedoras algazaras de las rondas nocturnas, y vi salir de las tabernas, vacilantes, descamisados, beodos, á los que debían ser los severos sacerdotes de la ciencia, juzgué de muy distinto modo de mis nuevos compañeros y de mi nueva morada.

»Habíame quedado enteramente solo, porque mi padre no pudo estar más tiempo lejos del centro de sus negocios y hubo de regresar á Bovegno; viví de huésped un año en una casa solitaria, dividiendo el tiempo entre mis estudios y el aula. Esta asiduidad, mis hábitos de aislamiento y sobre todo mi repugnancia á concurrir á la taberna, me hicieron enojoso á mis compañeros, que me calificaron de raro y se vengaron de mi desprecio con sus burlas. Como estas burlas no me herían, los dejé hacer.

»Pero al año siguiente sentí que las fuerzas me faltaban: el verme siempre solo, en mi cuartito lleno de silencio, ó por las calles en medio de la bulliciosa muchedumbre de mis condiscípulos, rompió poco á poco mi firmeza. Sentí necesidad de encontrar, al regresar de noche á mi casa, las huellas de un cuidado afectuoso y un semblante risueño que me diese las buenas noches, de sentarme á la mesa en compañía de una familia tranquila, y no oir ya junto á mí los gritos de la orgía que se mofaban de mi soledad; comprendí en suma que mi apostasía de las costumbres del estudiante debía ser completa; no pudiendo, ó no queriendo ser como todos los demás, debía separarme de ellos del todo.

»Yo no tenía aún veinte años, y sin embargo ya pensaba en la alegría de ser esposo, padre: los obstáculos no me desalentaban (hacía mucho tiempo que estaba avezado á la lucha) y acariciaba formalmente la idea del matrimonio. También por este lado, los instintos, los impulsos del corazón se manifestaron al contrario de lo que debían; yo pensaba ya en los afectos domésticos, sin haber pensado todavía en el amor.

»Pero no fuí tan necio que me enfrascara ciegamente en aquella quimera. Me contenté con haber leído en mi corazón, con haber conocido la necesidad y adivinado el remedio. Conquisté la idea del matrimonio y la coloqué en mi mente, elevándola un altar al cual debía tributar en adelante un culto sereno y consagrar todas mis luchas, todas mis aspiraciones. Aquella fué para mí la meta de mis estudios, de mis fatigas, y para hacerme digno de llegar á ella, juzgué que antes debía terminar la obra comenzada de mi perfeccionamiento moral.

»Y vea usted cómo, á los veinte años, con más experiencia de la que los hombres suelen tener á esa edad, conservé la obstinación, la ingenuidad y todos los instintos de mi niñez.

»Empecé por querer volver á disfrutar de la vida doméstica, de cuyos goces más serenos había estado privado desde mi infancia á causa del fallecimiento de mi madre; de la vida doméstica, cual yo no la había conocido nunca y como mi mente la imaginaba. Mi padre, que en todo me secundaba, acogió con estupor mi determinación y consintió en ella con júbilo; la fortuna me favoreció desde las primeras pesquisas y al empezar el nuevo año académico encontré la *casa de familia* tan deseada donde hospedarme.

* * *

»La familia de que debía yo formar parte en lo sucesivo se componía de cuatro personas: el Sr. Pantaleón, viejo capitán retirado, hombre muy taciturno, que no salía de su reserva por nadie y que, á despecho de sus sesenta años cumplidos, hacía mucho honor á la mesa; la señora Ersilia, su digna consorte, envidiable tesoro de bondad y buen humor, la cual tenía cincuenta años y parecía sólo de cuarenta, de lo que se mostraba orgullosa, siendo ella la que llevaba el gobierno de la casa, la que presidía y proveía á todo, la que combinaba desde la víspera la comida del día siguiente, de acuerdo con Serafina, mujer larga y enjuta, ya entrada en años, pero ágil y dispuesta, que lo hacía todo y jamás decía nada, y por último, una jovencita que á primera vista no la hubiera echado doce años, pero que tenía ya quince. La llamaban Ticia, nombre por cierto no muy bonito, pero la muchacha era una perla. Tenía los ojos negros, grandes, brillantes, el cabello rizado y negrísimo, el color de las mejillas de ese sonrosado virginal que es el reflejo de la inocencia. No poseía enteramente esa belleza estatuaria de que hablan muchos con falso entusiasmo, pero tenía el atractivo, la gracia, que hablan desde luego al corazón y más al corazón que á los ojos. Su nariz algo arremangadita, su estatura baja, su esbeltez, su vivacidad, su modo de expresarse, mezcla de doblez y de ingenuidad, substituían con ventaja á las líneas correctas del rostro. Su belleza estaba toda en la mirada y en la sonrisa, sonrisa dulce, afectuosa, donosamente impregnada de algo que quería ser malicia—inocente coquetería de aquella edad,—sonrisa que revelaba un alma. No sé si naturalmente, ó por instinto ó por complacencia, el caso es que Ticia sonreía siempre; donde ella estaba no se veía otra cosa sino su sonrisa.

»Aquella criatura de quince años era el alma de la casa. La madre, que la había tenido en edad ya madura, como un consuelo enviado por el cielo para su vejez, estaba enamorada de ella; el veterano capitán encontraba sus ternos y votos dejados juntamente con el pulgar de la mano izquierda en el campo de batalla de Novara, cuando hablaba de «su criatura,» y ¡vive Cristo!, era preciso saber cómo se había ganado aquel pimpollo, y cómo antes de ser padre había pasado sus disgustos, y cuántas balas enemigas habían encontrado el camino de su pecho y cuántos filos de sable surcado su pellejo antes que la Providencia se hubiese dignado concederle aquella cabecita rizada que debía cicatrizar todas las heridas, hacer olvidar todas las penas, compensar todo lo pasado con su sonrisa. Era preciso saber, era preciso saber... y lo cierto era que jamás se podía saber nada.

»El Sr. Pantaleón parecía entregarse un momento al entusiasmo de sus recuerdos, daba vueltas alrededor de ellos prorrumpiendo rápidamente en palabras incoherentes, y en seguida volvía á su habitual mutismo. Cien veces había empezado á referir el hecho de armas fatal á la causa de la libertad italiana y fatalísimo al pulgar de su mano izquierda; pero á la mitad del camino, después de trazar en el aire con la mano lisiada muchas curvas estratégicas, se detenía y no había modo de hacerle seguir adelante. Aquel ademán le era habitual, y sus gesticulaciones extrañas, especie de reto lanzado á un enemigo invisible, parecían más formidables y más elocuentes á causa de la falta del pulgar. Cierto que aquellas gesticulaciones tenían un gran significado, y para quien hubiese podido comprenderlas, la relación de la batalla de Novara habría pasado de ser un deseo: no sé lo que les sucedería á los demás, pero lo que es yo no entendía absolutamente nada.

»En aquella casa sencilla y modesta todo cedía á la tiranía de la pequeña Ticia, tirana inocente que no tan sólo no abusaba de su poder, sino que casi le pasaba inadvertido. Y á la verdad, ¿por qué habría de haber abusado de él? No se hacía nada sin consultar su gusto, se la quería mucho, demostrándoselo demasiado con toda suerte de mimos, de caricias, de cuidados, y de aquí resultaba que sus mismos caprichos la cansaban, le eran enojosos, le molestaban; pesábale su ilimitada autoridad; poco á poco, sin notarlo, había abdicado su despótico reinado, y al paso que su voluntad hubiera podido bastar para todos, ella se sujetaba sin violencia á la de los demás. Su opinión, su gusto, su deseo eran leyes; pero su opinión, su gusto, su deseo, eran ante todo la opinión, el gusto y el deseo de los demás. De esta suerte el abuso había reprimido el abuso.

»El yugo infantil de aquella ingenua criatura no me disgustó; su rostro, todo luz, todo olvido, colorado á fuerza de correr locamente persiguiendo á las mariposas y que procuraba en vano poner grave y formal cuando de pronto la llamaban para consultarla acerca de las graves ocupaciones de la comida y de la cena, tenía impreso un conjunto tan raro de ingenuidad, de malicia y de impaciencia, que no podía menos de hacerme sonreir y de obligarme de vez en cuando á mirarlo curiosamente.

»No tanto mis miradas cuanto su expresión la causaban cierto embarazo: yo la veía agitarse, menear la cabeza y luego encogerse de hombros y echar á correr más ligera que las mariposas que le revolaban en torno.

»Aquella jovencita era para todos un amor; para mí no era más que una sonrisa, una imagen serena, alegre, que representaba en la vida una edad por la que yo no había pasado, una dulzura concedida á todos y que yo me había dado prisa en destruir desde muy niño, una flor que crece al paso de la generación blonda y rizada y que yo había arrancado de mi camino el olvido.

»Al contemplarla, yo retejía mentalmente la tela penosa de mi vida, colocaba de otro modo los hilos, ponía en ella tramas resplandecientes de entusiasmo y de ilusiones, imaginaba deseos sin torturas y flaquezas sin remordimientos, me reconstruía á mí mismo, y me forjaba de otro modo, juntamente con la vida, el objeto de la vida.

»Aquella felicidad en flor me hacía pensar en la felicidad en germen que yo había arrojado tras de mí, y por una ilusión pueril me complacía en imaginar que Ticia me pertenecía de algún modo, que alguna parte de su presente venturoso estaba compuesta de un porvenir mío venturoso, del cual yo había apartado desdeñosamente la mirada.

»Ticia no había cumplido aún diez y seis años; yo tenía veintiuno; Ticia era á mis ojos una niña; yo, á mis ojos, un hombre de experiencia, grave, severo. La miraba con esa cariñosa condescendencia que inspira la belleza, pero nada más; no la dirigía sino alguna que otra sonrisa, á mi modo, una de esas son-

risas benignas que los hombres dejan asomar á sus labios cuando presencian los juegos de la infancia; jamás le decía una palabra; si hubiese abierto la boca delante de ella, creo que no lo habría hecho sino para darle buenos consejos.

»Ticia lo echaba de ver, pero no se apuraba; su pueril irreflexión la ponía muy por encima de una vergüenza pueril; cuando yo la miraba con esa mirada que me era peculiar, prolongada, insistente, ligeramente provocativa, se volvía hacia mí, y fijaba sus grandes ojos serenos y brillantes en los míos como para desafiarme; yo me sonreía y ella se encogía de hombros con un graciosísimo mohín.

»Se reía de mí, estaba seguro de ello, pero no me daba por ofendido. Antes que el trato me hubiese hecho intimar con la familia en cuyo seno vivía, Ticia pasaba todas las penas del mundo para contener la gran gana de reir que le causaba mi seriedad; pero cuando se familiarizó más conmigo, no disimuló ya, me motejó abiertamente, y se burló de mí con la exquisita finura con que lo hacía todo, sin traspasar jamás los límites de la urbanidad.

»Incansable ella en sus acometidas y yo pacienzudo en mi defensa, aquella contienda creó poco á poco el trato y fomentó la familiaridad. Era un vínculo extraño, pero era un vínculo. Yo le era necesario para divertirla; ella me era necesaria no sé por qué, tal vez por saber yo que la divertía. De este inextricable maridaje de sentimientos vi surgir muy luego uno más definido, más temido y más caro al mismo tiempo; mi alma, que hasta entonces había vagado entre tinieblas, acostumbrándose á la obscuridad, adivinó el amor:—yo amaba á Ticia.

»No bien conocí lo que pasaba en mi corazón, cuando el deseo me llevó más lejos y quise saber si Ticia me amaba; parecióme que no: siempre era con respecto á mí la inexperta criatura que corría tras las mariposas, y no me consideraba sino como un objeto curioso, que se contempla por pasatiempo, poniendo en la boca y en los ojos todo lo que hay en el corazón.

»En cambio yo guardaba lo mejor dentro del mío, estaba celoso y avergonzado, temía darlo á conocer y me devoraba el deseo de revelarlo; y sin querer, me parecía á un niño á quien se ha confiado un secreto que le abrasa los labios.

»Pero no había cuidado de que se me escapase; por este concepto, mi timidez era inexorable y mi filosofía de veinte años la apoyaba mostrándome el ridículo. No dije una palabra de mi amor. Sin embargo, desde aquel día los resultados de las contiendas entre Ticia y yo fueron decisivas, siempre salía ella ganando, y no porque sus burlas me hiriesen, pues antes al contrario las provocaba y me agradaban, sino porque me volví más torpe para defenderme y más temeroso de repeler la agresión por miedo de herir.

»En vez de abusar de mi debilidad, como hubiera hecho una criatura vulgar, Ticia mostró haberla notado y no querer valerse de ella, y sus aguijonazos fueron más leves y menos frecuentes. No era esto lo que yo pedía; sin embargo, se lo agradecí y me dije á mí mismo que aquella locuela que se había impuesto á mi corazón tenía un corazón, y que sólo me restaba encontrar el camino para llegar á él.»

VIII

Un capítulo bueno para los enamorados

«Si había de ser lógico con todo mi pasado, con todas las luchas soportadas para vigorizar mi corazón, con todos los disgustos sufridos para llegar á ser algo mejor de lo que era y un poco diferente de mis semejantes, no podía estar mucho tiempo titubeando sobre la elección de los medios para revelar mi llama. A decir verdad, yo no veía más que uno; hacer una confesión plena, absoluta, franca, sin vacilación ni rubor: un «te amo» sonoro, disparado á quemarropa, cara á cara, como una bomba. Ni siquiera se me ocurría que pudiera haber otros medios, ó al menos no podía imaginar alguno más sencillo ni más fácil que éste.

»No me faltaba ocasión oportuna para realizar mi designio: Ticia bajaba todas las tardes al jardín, y su madre, y su padre, y yo, todos la seguíamos. Poco antes de ponerse el sol, el miedo de resfriarse ahuyentaba al capitán y á su digna consorte, y Ticia y yo nos quedábamos solos.

»Aquella tarde me pareció que el sol tardaba más que de costumbre en marcharse al otro hemisferio, y de vez en cuando le echaba miradas tan ceñudas que hubieran puesto en fuga á un sol menos descarado. Ticia se paseaba por las calles de árboles, se inclinaba sobre esta ó la otra flor, miraba acá y allá con la superficialidad de sus pocos años, y yo la seguía con la vista.


El verderón dejó la magnolia y volvió al hombro de la linda criatura...

»Por fin el sol se puso.

»El capitán fué el primero en levantarse, la señora Ersilia hizo otro tanto, y recomendando á su hija que no se dejase sorprender por el frío, subieron los dos escalones de piedra que había á la puerta de la casa.

»Las grandes determinaciones y las grandes ideas son repentinas. Mientras el extremo de la falda de la señora desaparecía detrás de la puerta del comedor, se me ocurrió una gran idea que fué seguida de una gran determinación: la idea de que aquel «te amo,» seco, pretencioso, arrogante, expresión tomada á préstamo de todos los amores de comedia y de novela, no respondía claramente á la índole sencilla y sincera de mi afecto; la determinación consistía en substituir el insulso *te amo* con el modesto *te quiero.*

»Ticia se había inclinado sobre un arriate y me volvía la espalda; yo eché á andar hacia ella. Al ruido de mis pasos volvió la cabeza, y yo, al ver su cara, me detuve algo desconcertado, y no sabiendo qué hacer, me puse á examinar las campanillas de color de leche de una mata de lirios de los valles que llenaba el aire de su perfume.

»Ignoro qué significado atribuye al lirio de los valles la ciencia de los enamorados: á mí aquellas campanillas olorosas me decían que una declaración de amor no es la cosa más fácil de este mundo.

»Ticia dejó su arriate antes que yo dejase mi lirio, y apenas se alejó un tanto, sentí renacer mi valor y el deseo de estar junto á ella. La seguí y la alcancé delante de la jaula de su verderón, avecilla muy amable y muy amada. Aquella vez no menguó mi valor; me dije á mí mismo que había estado cien veces á su lado y le había hablado sin tartamudear, que sería una cosa vergonzosa no saber entonces hacer otro tanto, y me puse junto á ella.

»Tenía en la punta de la lengua mi *te quiero;* pero pensé que al soltarlo allí sin más preámbulos, como había sido mi intención, no obtendría otra respuesta sino una carcajada. Para no dejar una escapatoria á mi timidez, quise cerrarle desde luego toda salida y dije á Ticia con voz trémula que necesitaba hablarla. Miróme sin asombro y se dejó caer sonriendo en un banco de piedra; en aquel banco había sitio para dos; y yo, haciendo un esfuerzo sobrehumano, conseguí sentarme á su lado, aplaudiendo interiormente mi valor por haber sabido hacer en aquella ocasión lo que por espacio de seis meses venía haciendo todas las tardes sin tenerme por un héroe...

»Al verla junto á mí sonriente, más dócil que de costumbre, me pareció que había comprendido lo que quería decirle, lo cual era una buena razón para que yo no le dijese nada. Cuando mi silencio hubo durado un rato, eché raíces y no supe romperlo; mil veces me asaltó la tentación de decir que hacía una tarde magnífica, que el espectáculo de la naturaleza era encantador y que el día había sido muy caluroso, pero supe resistir como un valiente.

»Mi situación era insoportable; era preciso salir de ella. Ticia se me anticipó.

—»¿Es todo eso lo que tenía usted que decirme, Sr. Luciano?

—»Todo eso, contesté esforzándome por sonreir.

—»Pues no es mucho.

—»No lo es en verdad, pero cuando estoy junto á usted...

—»¿Qué?

»No sé lo que estuve á punto de contestar; solo sé que aquel *¿Qué?* fué pronunciado con un acento que me obligó á tragarme las palabras. ¿Era coquetería? No podré afirmarlo; pero de todos modos, en lugar de alentarme, aquella pregunta dió al traste con mis designios, y bastó la idea de que Ticia quisiera provocar ó ayudar mi confesión para que sintiese sellados mis labios como con un sello de plomo.

—»Cuando estoy junto á usted, repuse tartamudeando, no encuentro palabras que decirla.

—»Pues búsquelas usted, contestó encogiéndose ligeramente de hombros; é incorporándose á medias, alargó una mano á la jaula llamando al verderón, que acudió dulcemente á picarle los dedos.

»Al notar que no me hacía caso, le pregunté:

—»¿Quiere usted mucho á su verderón?

—»Mucho.

—»Y él ¿la quiere á usted?

—»¡Ya lo creo!

—»¿Está usted segura?

—»Mire usted, me dijo con una gravedad que contrastaba con su tono acostumbrado; y abriendo la jaula, llamó al verderón para que saliese de ella. El pequeño prisionero no se hizo de rogar; se posó primero en la mano de Ticia, y luego saltó á su hombro aleteando.

»La niña estaba triunfante.

—»¿Qué le parece á usted?, me preguntó.

»A mí me parecía que hubiera deseado estar en las plumas de aquella avecilla; pero no lo dí á entender y no sé qué dije acerca de la *libertad* y del *hábito de la servidumbre.*

—»Ese verderón ha nacido esclavo, afirmé; nunca ha medido el espacio con las alas, ignora lo que son las hojas hospitalarias, las acariciadoras ondulaciones del aire, el rocío y los perfumes de los cálices de las flores...

(Continuará)

Los grandes maestros de la música

MOZART (1756-1791)



Medallón de Mozart, modelado por Artaria



Mozart, cuadro de Bellvard



Mozart, niño, en el piano



Retrato de Mozart, pintado por Haussam

MOZART

Wolfgang Mozart nació en Salzburgo el 27 de enero de 1756 á las ocho de la noche. Ninguna ciudad como esta, patria de Mozart, puede justificar mejor la teoría de Taine. Situada al pie de los Alpes, en el sitio en que empieza el gran valle del Danubio, cruzada por un río, el Salza, que parece un torrente, rodeada de montañas contra las cuales se aplasta y que escala alegremente, embellecida por alegres campanarios, barrida siempre por un viento huracanado, bañada unas veces por un sol tórrido, inundada otras por torrenciales lluvias, Salzburgo, de aspecto italiano, es verdaderamente la ciudad de aquel genio impetuoso, claro, límpido, inagotable y alegre. Salzburgo, que tuvo durante mucho tiempo en Alemania la misma reputación que la Campania y la Beocia en la época de los Gracos y de Pericles, no podía tomar mejor venganza de ello que dándonos á Mozart. Los músicos que han visitado Salzburgo han podido comprender ciertamente el lazo íntimo que une el genio de Mozart al espectáculo que sus primeras miradas contemplaron.

Era hijo de un maestro de capilla, músico inteligente y hábil, y desde la edad de tres años se encaramaba al piano, no para limpiar las teclas, sino para hacer terceras. A los cuatro, su padre le enseñaba á tocar algunas piececillas, y á los cinco ya compuso algunas, que su padre copiaba en el papel mientras el niño dictaba. Cuéntase también que todos sus gestos iban acompañados de tarareos y que nunca pasaba de una habitación á otra, con sus juguetes debajo del brazo, sin componer para estas mudanzas una marcha de circunstancias. En fin, un día se encargó Mozart de la parte del segundo violín en un trío y la descifró sin haber aprendido cómo se tocaba aquel instrumento.

Tenía entonces seis años. Se comprende que su padre, Leopoldo, pensara en cultivar estas disposiciones y hasta se le ha acusado de haberse aprovechado de ellas, lo cual es juzgar con sobrada severidad. Leopoldo facilitó á su hijo los medios de difundir el torrente que de él se desbordaba, y si de ello obtuvo beneficio, nadie puede echarle en cara el que enseñase á su hijo á ganarse el pan, tanto más cuanto que los Mozart eran pobres. En 1762, Wolfgang comenzó su vuelta al mundo musical, que no debía terminar hasta treinta años después en el cementerio.

Mozart, acompañado de su hermana, que era una excelente clavicordista, tocó por vez primera en público en Munich, y desde allí fué á Passau, cuyo obispo le dió once francos, á Linz, á Ischl y finalmente á Viena, en donde el emperador, gran aficionado á la música, le recibió con los brazos abiertos. En aquella capital permaneció varios meses, consiguiendo grandes triunfos y no escaso provecho. En los primeros días de 1763, Leopoldo regresó á Salzburgo con sus hijos para preparar un nuevo viaje, cuyas primeras etapas habían de ser París y Londres.

⁂

Poco tiempo después, en 9 de junio de 1763, la familia Mozart, padre, madre, Mariana y Wolfgang, dirigióse á París, y en todas las ciudades del camino en donde se detuvieron, en la corte del elector de Baviera, en la del duque de Wurtemberg, en la del elector palatino, en Francfort, en donde encontró por única vez en su vida á Goethe, niño también, en Maguncia, en Bruselas, en todas partes tuvo el joven prodigio una acogida entusiasta. El 18 de noviembre llegó á París, en donde una recomendación para Grimm le abrió todas las puertas. Presentado en la corte de Luis XV, éste le agasajó en extremo, y los conciertos que dió en aquella ocasión estuvieron muy concurridos. Esta primera estancia en París tiene cierta importancia, puesto que entonces fué cuando Mozart publicó sus dos primeras obras grabadas, cuatro sonatas para clavicordio.

En Londres, Mozart fué acogido por el hijo de Bach, que presintió su genio y se complació en desarrollar sus talentos, pudiendo decirse que aquella temporada que estuvo en la capital inglesa fué decisiva para la carrera de Mozart, pues además de lo que le estimulaba el favor de un hombre que llevaba el gran nombre de Bach, allí oyó por vez primera los oratorios de Haendel y vió representar óperas. Y si Haendel escapó á su sentido crítico, por lo menos halló en él medios de expresión que ignoraba. Manzuoli le inició en el arte del canto. Finalmente, en Londres están fechadas sus primeras sinfonías.

La familia Mozart regresó á Salzburgo por La Haya, Amsterdam, Lilla, en donde estuvo Wolfgang varias semanas enfermo, Flandes, Picardía, París, Suiza y Munich, llegando al fin la pequeña caravana á Salzburgo, después de tres años y medio de ausencia.

Leopoldo Mozart no acariciaba más que una ilusión: visitar Italia, patria de la música en aquella época y lugar de peregrinación de todos los amantes del divino arte. Y allá fueron padre é hijo á principios de 1768.



La familia de Mozart

Mozart está sentado al piano. A su derecha está su hermana; á su izquierda, su padre

Fácil es comprender el recibimiento que en Italia tuvo Wolfgang y aun se comprenderá mejor conociendo la siguiente anécdota. Mozart, después de haber oído en la capilla Sixtina el famoso coro *Miserere* de Allegri, del que el papa tenía prohibido facilitar copias, lo escribió de memoria al salir de la audición, hecho que produjo gran sensación en Roma. Su permanencia en esta ciudad fué fecundísima, no sólo para la bolsa de Leopoldo, sino además para el genio de Wolfgang, pues oyó todas las óperas y á todos los autores célebres de la época. Su educación se fortificó, aumentó su confianza, y retirado en Bolonia, escribió allí su primera ópera, *Mitrídates*, que se estrenó en Milán el 26 de diciembre de 1770 con el mayor éxito. Tenía entonces Mozart quince años.

Después regresó á Salzburgo, en donde estuvo poco tiempo; volvió luego á Italia, en donde compuso é hizo representar su segunda ópera, *Lucio Silla*, y finalmente, en 15 de marzo de 1777 salió de Italia para no volver más á ella.

⁂

Transcurrieron cuatro años, que Mozart pasó en Salzburgo, en donde su entusiasmo artístico le hizo de todo punto insoportable la vida en aquella pequeña población prosaica; hasta que, perdida al fin la paciencia, se fué de allí en compañía de su madre con objeto de recorrer el mundo.

La primera etapa fué Munich, ciudad predestinada; allí Mozart formó el proyecto de fundar la ópera nacional alemana, pero á poco desistió de él por no haberlo comprendido las personas á quienes lo comunicó. No había pasado aún un siglo y otro músico realizó en la misma Munich el sueño de Mozart.

De la capital de Baviera pasó éste á Mannheim, en donde tuvo un encantador idilio con Eloísa Weber, hermana del gran compositor, y en 23 de marzo de 1778, acompañado siempre de su madre, desembarcaba por segunda vez en París.

Allí encontró á Noverre, director de baile de la Opera, y de este encuentro resultó *Les petits riens*, cuya paternidad conservó celosamente Noverre y que permaneció encerrada en los archivos del teatro hasta que Víctor Wilder los descubrió.

La estancia de Mozart en París, como la de Wagner más tarde, fué una serie de contratiempos y tribulaciones. La muerte de su madre, la dureza de Grimm, que de protector se había convertido en tirano, no tardaron en arrojar de la capital de Francia á Mozart, el cual regresó á Salzburgo descorazonado, tanto más cuanto que á su paso por Munich la coqueta Eloísa, que cantaba en el teatro de primera tiple, le trató con gran indiferencia.

La compañía de su padre y de su hermana le consoló, y poniéndose á trabajar nuevamente de firme, compuso para el teatro de Munich *Idomenea*, que es, por decirlo así, el verdadero punto de partida de su carrera dramática. Pocos días después, Mozart, en compañía del arzobispo de Salzburgo, llegaba á Viena, en donde había de establecerse definitivamente: allí se afirmó su arte y le coronó la gloria; allí también había de sorprenderle poco después la muerte.

⁂

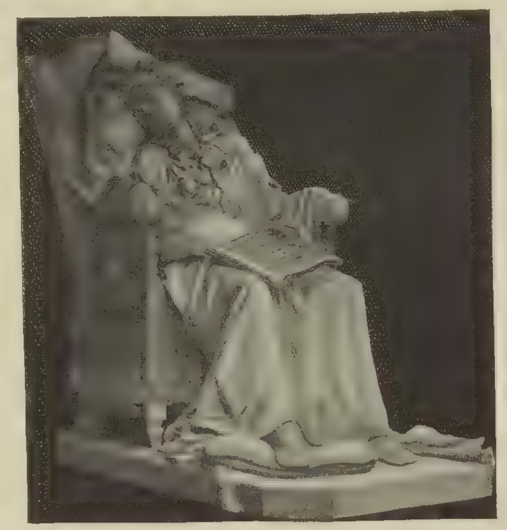
En Viena trabajó para ganar su sustento y el de su esposa, Constanza Weber, hermana de Eloísa; dió lecciones y conciertos y compuso óperas inmortales, y su vida fué la vida de lucha, de triunfos y de desengaños de todos los músicos. He aquí los hechos salientes de esta última etapa de su existencia:

la amistad de Swieten, que fué para Mozart el amigo más precioso y el protector más ilustrado; la amistad de Haydn, que dijo de él: «Es el genio más grande de todos los tiempos;» la amistad de Paisiello; la representación delirante y triunfal de *Las bodas de Fígaro*, en Praga, después del buen éxito de Viena; el afortunado casamiento de su hermana Mariana, que vivió hasta 1829; la muerte del anciano Leopoldo; la representación en Praga de *Don Juan*, aún más triunfal que la de *Las bodas de Fígaro;* el regreso de Mozart á Viena, en donde sucede á Gluck en el puesto de compositor de cámara imperial; el fracaso de *Don Juan* en Viena; el viaje á Alemania, en donde dió una serie de conciertos; algunos meses de suma miseria; el desdén de Viena para su gran compatriota, desdén que se modificó algo con el éxito de *La flauta mágica*, éxito que llegó demasiado tarde. Mozart, extenuado, vencido, moría en 5 de diciembre de 1791, teniendo aún entre sus manos la partitura de su *Requiem* inmortal.

⁂

La obra de Mozart es una eterna sonrisa, un manantial abundante y puro; para caracterizar su genio hay que recurrir siempre á las fuentes murmuradoras y límpidas. Cuando escuchamos al Wálter de *Los maestros cantores*, en quien Wagner ha resumido su teoría del arte sencillo, salido de la naturaleza y cuya inspiración brota por entero del corazón y de las armonías esparcidas en los bosques y en las llanuras; cuando leemos la leyenda de Wálter de la Vogelweide, que hizo abrir en la piedra de su tumba un pequeño cubo para que á él fuesen á beber los pájaros del cielo, pensamos siempre en Mozart. ¿Acaso Wagner no pensó en el arte de Mozart al pintar la frescura inocente de Eva y de su amante?

Mozart, al morir, no contaba aún treinta y seis años. Gracias al caballero de Koechel, tenemos un catálogo completo de sus obras, que se formó teniendo á la vista los mismos originales comprados por el consejero Andrés de Offenbach á la viuda del maestro por mil ducados y hoy existentes en su mayor parte en la Biblioteca de Berlín.



MOZART MORIBUNDO, célebre escultura de Carnielo

Según Koechel, que cuenta hasta las obras perdidas, incompletas ó dudosas, la obra de Mozart se descompone en la siguiente forma:

Veinte obras dramáticas, entre ellas *El rapto en el serrallo*, *La flauta mágica*, *Las bodas de Fígaro* y *Don Juan*.

Dos oratorios.

Un himno funerario.

Tres cantatas, y además la reinstrumentación de algunos oratorios de Haendel.

Sesenta y seis piezas con acompañamiento de orquesta.

Veintitrés cánones y algunos liéders.

Cuarenta y ocho piezas religiosas.

Veinte misas, entre ellas ese *Requiem* que todavía hoy pretenden algunos disputarle, pero que lleva su sello característico, aparte de las pruebas materiales de que es realmente suyo.

Veintidós sonatas y fantasías.

Diez y siete sonatas para órgano.

Diez y seis variaciones para clarín y piano.

Veintitrés piececitas.

Once sonatas á cuatro manos.

Cincuenta y seis piezas para piano é instrumentos de cuerda.

Veinticinco piezas para instrumentos de cuerda solos.

Cuatro para instrumentos diversos.

Ciento noventa y dos danzas.

Un baile, descubierto hace sólo cuarenta años en París por Víctor Wilder.

Sesenta y tres piezas de música instrumental, como marchas, serenatas, etc.

Cuarenta y nueve sinfonías.

Es decir, un total de 779 obras, que llevan todas impresa la marca inolvidable de su genio. – A. M.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.







GUERRA RUSO-JAPONESA. – UNA PATRULLA NOCTURNA EN EL FERROCARRIL TRANSMANDCHURIANO, dibujo de F. de Haenen

Grandísima importancia tiene para los rusos mantener expedita la línea del ferrocarril transmandchuriano que establece la comunicación directa con Puerto Artur. Por esto la vigilancia de la vía es extraordinaria, sobre todo en los territorios cercanos al teatro de la guerra, á cual fin la recorren patrullas de cosacos que de noche llevan unos potentes reflectores eléctricos, alimentados por acumuladores portátiles, que les permiten descubrir fácilmente cualquier obstáculo que se haya puesto en la vía para producir un descarrilamiento.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. – PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. – Todas Farmacias.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
F^cia PLANCHE
en Marsella (*Francia*).
En todas las Farmacias bien surtidas.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. – *En todas las Farmacias.* 654



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. – PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 21 de marzo de 1904 — Núm. 1.160

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Mme. GEORGETTE LEBLANC MÆTERLINCK,

primera actriz del Teatro Mæterlinck, que recientemente ha dado algunas representaciones en esta capital

ADVERTENCIA

Está encuadernándose y próximamente lo repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se espera como un acontecimiento mitad mundano, mitad artístico, la presentación de la compañía de Mæterlinck en el escenario de la Comedia.

Mæterlinck es una reputación: yo hablo de él, desde mi gabinete; otros lo harán atendiendo al efecto teatral que produzcan sus obras. El teatro Mæterlinck—á la lectura—no parece de los más representables. Su misma delicadeza y vaguedad tienen poco de dramático, según las fórmulas consagradas, que requieren acción y movimiento, unidos á cierta claridad y precisión que permitan al público apoderarse del pensamiento del autor y del asunto de la obra. El simbolismo siempre será enigmático cuando no vaya tan vestido de carne como en el *Quijote*, donde acaso es involuntario. El de Mæterlinck no está en el caso de Cervantes: aparece desencarnado, abstracto, como categoría mental.

***

Aquí en España, Mæterlinck, admirado por la nueva generación, no es conocido de la mayoría del público, ni su fama ha corrido como la de un Zola, un Sienkiewicz ó un Tolstoy. Ni aun se ha repetido su nombre como el de un D'Annunzio. Seguramente, si Mæterlinck no tiene la buena idea de servir su literatura en las tablas, con actividad y decisión; si se limita á presentarla en las páginas del libro, hubiese llegado á Madrid pasando inadvertido, como casi pasó inadvertido Brunetiére, y sin casi Mauricio Barrés. Sabríamos su llegada—si es que la sabíamos—los que le hubiésemos leído, interesados por la originalidad de su talento y por el sabor á fruto nuevo de su inmaterial y soñada concepción del mundo y de la vida; pero la multitud, ¿qué hubiese sospechado de *Monna Vanna*, de *Joyzelle*, del repertorio que tan nutrido abono lleva al teatro de la Comedia, á no ser por el recurso escénico, el atractivo de curiosidad y de fiesta que reviste la presentación de una compañía extranjera, precedida de fama y aplaudida al través de Europa?

***

Lo más conocido de Mæterlinck en España es *La intrusa*, por haberla representado en Sitges, hace bastante tiempo, algunos entusiastas del autor; lo menos leído y seguramente casi no manejado, el tratadito de filosofía que se titula *La sabiduría y el destino*. Dejando á mi amigo el sagaz y entendidísimo Villegas que desempeñe su cometido juzgando aquí lo teatral de Mæterlinck, me entretendré en recoger algo del pensamiento filosófico del autor de *La intrusa*. Este tratadito está dedicado á Georgette Leblanc, la compañera del poeta.

La filosofía de Mæterlinck es el estoicismo. El primer nombre que aparece en las páginas del libro que encierra su concepción de la vida, es el Epicteto. Es, pues, una concepción ética, una regla de pensamiento y de vida, y no una metafísica, lo que Mæterlinck nos ofrece. ¿Qué debemos hacer? ¿Cuál es nuestra misión en el mundo? ¿A qué venimos á él, y cómo afrontaremos la batalla de la existencia?

La respuesta de Mæterlinck es que debemos tener confianza en el amor como debemos tenerla en la vida, porque para confiar hemos sido hechos, y porque el más funesto pensamiento es el que impulsa á desconfiar de la realidad. Esto solo nos muestra en Mæterlinck al optimista, y no sorprende poco el contraste entre la serenidad del pensador y la ansiedad inquieta—la trágica angustia que pesa sobre la obra del dramaturgo.—En ésta el destino lleva y arrastra á los personajes como briznas de paja que arrebata el viento; en el tratado filosófico, el hombre se coloca frente al destino, y desplegando la energía y la fuerza interior de la voluntad, lo reta y lo vence. En los dramas de Mæterlinck se diría que un soplo huracanado dobla las cabezas, que una irresistible tromba de fuego abrasa los corazones; los sucesos se desarrollan sin que los héroes puedan modificarlos, sin que el sentido que imprime la reflexión á las determinaciones humanas actúe en lo más mínimo, adelante ó retrase la catástrofe, contenga ó precipite la tragedia. Es el teatro de la inconciencia, y en él todo parece acaecer en esos estados intermedios entre el sueño y la vigilia, en que no reaccionamos contra lo exterior ni enfrenamos lo ciego del instinto.—Y por el contrario, en el tratado de filosofía estoica vemos resurgir la sabiduría antigua, por la cual el individuo era poderoso contra el universo.

***

Algunas sentencias del tratado á que me refiero son bellas. «Hoy la miseria es una enfermedad de la humanidad, y la enfermedad una miseria del hombre.»—«De la tristeza á la alegría no va más diferencia que la aceptación del destino.»—«Es sabio pensar y proceder como si todo lo que nos sucede fuera inevitable.»—«No estamos al abrigo de los caprichos del acaso, no somos fuertes y felices sino en el recinto de nuestra conciencia.»—«Los grandes hombres tienen confianza en el destino, conocen parte de su porvenir, porque son parte de su porvenir ellos mismos.»—«Los sucesos, en sí mismos, son como el agua: no tienen olor, color ni sabor. Adquieren propiedades según el alma donde recaen.»—«Nada nos sucede que no sea de nuestra misma esencia. No se presenta ninguna ocasión heroica sino á quien ya era desde hacia tiempo un héroe obscuro y desconocido.»—«Ascended por la montaña ó descended á la aldea; id al fin del mundo ó pasad en torno de vuestra casa; no encontraréis sino á vosotros mismos.»—«A medida que ganamos en sabiduría, nos guarecemos contra nuestro destino instintivo.»—«No hay verdadera fatalidad sino en ciertos males exteriores, como enfermedades, accidentes, muerte inopinada; pero la fatalidad interior no existe.»—«La parte más activa de lo que nos complacemos en nombrar fatalidad, es una fuerza creada por el hombre.»—«Ser un genio, es casi un deber cuando tenemos á nuestro cargo el destino de muchos semejantes nuestros.»—«Juana de Arco oye que la llaman las santas y Macbeth oye que le llaman las brujas; y es siempre la misma voz.»—«No todas las almas pueden resistir el contenido de la felicidad.»—«Un pensamiento puede ser cosa excelente; pero la realidad principia en la acción.»—«El primero de nuestros deberes es poner en claro nuestra idea del deber.»—«Nuestra felicidad depende, en suma, de nuestra libertad interior.»—«Para el sabio, ninguna verdad es amarga.»—«No hay vidas pequeñas; cuando la miramos de cerca, toda vida es grande.»

En estas pocas máximas se contiene toda la filosofía de Mæterlinck; es, como puede notarse, enteramente opuesta á la de Nietzsche. Enseña, si no la resignación, al menos la conformidad, y predica, en vez del sacrificio, la actividad y la traducción en fuerza de todas las energías interiores. Yo no sé por qué, estos libros de optimismo, obra de un hombre de elevado pensamiento, me dejan una impresión tal vez más pesimista que los del loco Zaratustra. Se descubre, en ese mismo afán de abrazar sonriendo ó al menos con frente serena la cruz de la vida, un sufrimiento inmenso, aceptado y llevado con esa dignidad de la sabiduría que es un espectáculo tan interesante.

***

Dejemos al autor de *La intrusa* y fijémonos en la visita del Kaiser, no á nuestro suelo, sino á nuestras costas. No pone el pie en tierra española el soberano alemán. Triste es también, con la gran tristeza de las miserias humanas, al pesar sobre las cabezas más altivas y ceñidas con más insigne diadema, este viaje del Kaiser. Le han ordenado los médicos que pasee por mar su dolencia, la terrible dolencia que le acecha, según dicen: la que sufrió su padre, estranguladora y asfixiadora, mano de acero que se agarra á la garganta y aprieta, aprieta, hasta que con cerrar paso al aire respirable arranca la vida. Es posible que el viaje por mar sea, más que remedio, distracción á la abrumadora labor que gravita sobre este hombre fuerte y grande; uno de los últimos soberanos convencidos de su papel y su obligación en el mundo. Mientras navega, espaciando su vista y ensanchando sus pulmones con el horizonte y la brisa de los mares, no le agobia tanto la infinita conciencia de su responsabilidad, la ley de sus deberes de vigilante y pastor de pueblos. Mientras navega, no recibe papeles ni noticias, y por un momento sacude el peso de su destino. Este hombre penetrado de su deber, esclavo de su función; este hombre que no pierde de vista los rincones más distantes de su imperio, hasta el punto de que me decia un cónsul alemán: «Nunca estamos libres de que el Kaiser sepa mejor que nosotros lo que hacemos y cómo nos portamos, en detalles mínimos;» este hombre que tan cumplidamente ha aceptado su destino y practicado la filosofía de Mæterlinck anteponiendo á todo la acción, descansa un momento al arrullo del mar, entre brumas y olas, logrando, como premio á su actividad, el olvidar transitoriamente su alto puesto. En el puerto de Vigo le aguardan numerosos pliegos, la vida y sus tiranías, para interrumpir la breve escapatoria al país del sueño plácido, y sentimos ilimitada compasión hacia el emperador enfermo, que ha querido evadirse de la vida y no ha podido.

***

En París hállase gravemente enferma, según noticias, la duquesa de Alba, doña María del Rosario Falcó. Es esta gran señora de las que en su esfera pueden ser comparadas al ilustre viajero que aguardan en Vigo. También doña Rosario Falcó tuvo conciencia de su cargo y de su especial obligación en el mundo. Enlazada por el matrimonio á una casa histórica tan alta y tan poderosa, prefirió sostenerla á quemarla en función de fuegos artificiales, de vanidades y esplendores de un día. Comprendió que no basta tampoco sostener ciertas grandezas de linaje, sino que es preciso refrescar su recuerdo antes que el tiempo las borre, y en libros lujosamente editados hizo del dominio público papeles de su archivo que eternizan lo pasado. Con mano piadosa recogió todo lo que en el arte se enlaza con la figura, ingrata á los herejes flamencos, del terrible duque de Alba, y en el palacio de Liria formó una especie de Museo, no de lo que cualquiera puede adquirir mediante dinero en casa de un anticuario, sino de esos objetos inestimables porque son de familia, que compenetran el alma de los que fueron con el alma de los que son, y quizás despiertan en la de los descendientes el ansia de escribir, también ellos, su página en los modernos fastos, donde las rigideces de los antiguos se conviertan en actos de humanidad y de amor. Tal fué la obra de la noble mujer que hoy lucha en París con un horrible padecimiento, cuya sola descripción crispa los nervios y estremece las fibras. En una persona todavía joven, que podía prometerse aún los años de vida suficientes para dar remate á su constante labor de restauración de ese monumento del siglo XVI que se llama casa ducal de Berwick y Alba, esta enfermedad que nadie preveía, que nos sorprende, dada la apariencia de vigor de la duquesa, parece una de las burlas que prepara el azar á los seres á quienes por su alta situación creyéramos invulnerables. Ni siquiera ha sobrecogido la afección á la duquesa en su magnífica residencia de Madrid; es en un hotel de la gran capital donde lucha con la Intrusa, que se acerca difundiendo en torno suyo el espanto frío de lo que ninguna fuerza humana—ni la riqueza, ni el nacimiento, ni la inteligencia, ni el valor del ánimo—puede contrastar ni evitar.—No quiera Dios que estas líneas tengan carácter de recuerdo necrológico dedicado á la buena memoria de la duquesa de Alba. ¡Ojalá las deletree en las horas ociosas de su feliz convalecencia!

***

Por diez céntimos mató un hombre á otro. Por diez céntimos—sobre quién los había de pagar,—se suscitó la riña, en un baile de poblachón, y uno cayó con el corazón atravesado y otro va á cadena perpetua. Fin de crónica...

EMILIA PARDO BAZÁN.



Se quedó un momento parado con la moneda en la palma de la mano

El toque de Gloria, por A. Sánchez Ramón

Pelegrín andaba sin sombra, dando vueltas por las calles como un sonámbulo, alelado, entontecido, sin saber qué hacer ni á qué santo encomendarse para sacar aquellas *perrillas* que sin falta, sin falta, necesitaba para el domingo.

Las voces que le daba su estómago no le preocupaban. ¡Bah! Estaba acostumbrado á ello, y después de todo, aquella mañana había comido como un príncipe. En una casa á la que había llevado una esportilla de arena de San Isidro, le dieron un plato de cocido sobrante del día anterior. ¡Así todos los días!

Pelegrín, el golfo, el granuja desarrapado, paseaba su desnudez por las calles de Madrid, pensando en la corrida del próximo domingo de Pascua y maldiciendo su mala estrella, que no le permitía ni aun la remota esperanza de ver al *Pipi*, el torero de moda, echar un capote. ¡Suerte más perra! El *Pelos*, otro colega en golfería, asiduo concurrente á la tertulia al aire libre de los desmontes de la Moncloa y á la partida de chapas del Dos de Mayo, no faltaba á una corrida. ¿Cómo se las arreglaba para entrar en la plaza? El *Pelos* lo atribuía á su valimiento y antigua amistad con un *mono sabio*, pero esto era mentira y pura vanidad, porque Pelegrín sabía de sobra que aquel otro golfo no estaba tan bien relacionado.

Cuanto á confundirse entre la multitud que invadiera la plaza ó aprovechar un descuido de los encargados de la puerta de caballos para deslizarse en el redondel, no había que pensar en ello. Dos veces que Pelegrín lo había intentado, el éxito fué deplorable, porque las dos veces salió con la cabeza rota.

No se resignaba, sin embargo, á renunciar al espectáculo, porque le atormentaba la nostalgia de las corridas desde el día memorable en que un becerro de tres hierbas le hizo medir con las costillas el suelo de la plaza de Carabanchel. Pelegrín se devanaba los sesos en vano buscando el modo de resolver aquel problema.

Era Viernes Santo, y los establecimientos, los restaurants, los teatros, estaban cerrados.

Los coches no circulaban. Otras noches, abriendo y cerrando portezuelas delante de Apolo, del Español ó de la Comedia, se solía sacar algunas *perras;* pero aquella noche no había medio ni de pedir ni de ganar un cuarto.

A las puertas de las iglesias la gente se agolpaba, entraba y salía, codeándose, empujándose en remolino, para visitar los monumentos. Pelegrín se dejó llevar por la corriente y confundido con la multitud entró también en una iglesia, y en otra y en otra. Así transcurrieron dos horas. Ya estaba deslumbrado de tantas luces; aturdido, mareado con el incesante y monótono zumbido de aquella colmena humana...

El hambre, el cansancio, el sueño, lo vencían. Pelegrín decidió retirarse á su dormitorio, el escalón de una de las puertas del ministerio de Hacienda, donde todas las noches formaba racimo con otros capitalistas de su laya.

Empujando, dando y recibiendo pisotones, manejando los codos para abrirse paso á manera de cuñas, escurriéndose como una anguila por entre las piernas de los concurrentes, Pelegrín logró salir de la iglesia de Santa María, encontrándose en la calle del Sacramento.

Delante de él, entre la muchedumbre que principiaba á desgranarse tomando distintas direcciones, destacábase un grupo numeroso compuesto de varias señoras y un caballero que las acompañaba.

Pelegrín vió de pronto, al escaso reflejo de una luz próxima, una cosa brillante que se deslizaba á lo largo de una falda negra y que caía sobre las losas, despidiendo un ruido metálico.

El golfo se arrojó sobre aquel objeto y lo levantó. Era una cosa redonda, dorada y con un círculo y una cruz de cristalitos que despedían luces. Pendía además de aquel juguete un trozo de cadena también dorada. Pelegrín se fijó en el grupo que, sin notar la pérdida del objeto, caminaba ya á bastante distancia y echó á correr para alcanzarlo.

—¡Señora!.. ¡Señora!.., gritó cuando estuvo cerca.

El caballero que acompañaba á las señoras se volvió bruscamente, y con malos modos dijo:

—¿Quieres dejarnos en paz? Dios te ampare.

—Es que á esa señora, replicó el golfo, he visto yo que se le ha caído esto.

—A ver, ¿qué es eso?, dijo el caballero tomando la alhaja que le presentaba Pelegrín.

—¡Ay!.. ¡Mi medallón!, exclamó al mismo tiempo una de las señoras.

—¿Pero tú sabes lo que es esto, chiquillo?, preguntó aquel señor.

—Pues es una cosa que debe valer mucho dinero, porque relumbra como el oro.

—¿Y por qué no te has quedado con ello?

—Porque no es mío, dijo ingenuamente el chico.

El caballero se quedó mirando fijamente á Pelegrín.

—¡Estos granujas tienen á veces unas cosas!.., murmuró. ¡Toma!

Y le dió un duro.

Pelegrín se quedó un momento parado con la moneda en la palma de la mano. Luego se acercó á una luz y la estuvo mirando. Le parecía un sueño. ¡En su vida había sentido el contacto de una moneda como aquella! Apretó el duro en el puño, dió una cabriola y salió disparado por la calle Mayor, hacia la Puerta del Sol, diciendo:

—¡Para tomar café en el puesto del *Lechuza!*.. ¡Para ver el domingo al *Pipi!*..

***

Conforme avanzaba, Pelegrín iba olvidándose del sueño y del cansancio y del *Pipi* y hasta de que en aquel momento era capitalista, para no acordarse más que de la Pura, por mal nombre la *Ojazos*, que debía estar allí, vendiendo «La Corres» en la esquina de la calle del Correo.

Purilla era una golfa como él, pero más aristocrática, más distinguida. Tenía falda casi nueva y mantón casi nuevo también, y usaba zapatos y ¡hasta se lavaba la cara algunas veces! Tenía, sobre todo, una posición..., ¡era *periodista!*, y tenía casa y madre, á la que por cierto cuidaba con mucho cariño.

Purilla contaría, poco más ó menos, catorce años, la misma edad que Pelegrín, y era una morenilla graciosa, de nariz respingada, que le daba un aire picaresco, y unos ojos negros, hermosísimos, á los que asomaba el alma ardiente de una andaluza.

Pelegrín avanzó anhelante hacia el sitio en que debía estar la muchacha, extrañándose de no oir su voz, aquella voz cristalina que le removía las entrañas, pregonando los periódicos.

—Es ya tarde, pensó, y se habrá marchado.

Pero no. La *Ojazos* estaba allí, junto á la esquina, gateando por el suelo, yendo de un lado á otro muy afanosa.

—¿Pero qué haces, Purilla?, preguntó el golfo. ¿Qué te sa perdío?

—Se man perdío las perras, toas, toas, contestó lloriqueando la chica, y me paece que san dío por la alcantarilla.

Pelegrín se echó también al suelo, ayudando á Purilla á buscar los cuartos, pero las pesquisas de ambos resultaron infructuosas.

—Pus no hay na, dijo Pelegrín.

La *Ojazos* principió á llorar desconsoladamente y aquel llanto parecíale al granuja que le caía en la garganta, ahogándolo.

—Cálmate, mujer, exclamó, que no es pa tanto.

—¡Pus no ha de ser', replicó la chica sacando un papel. ¡Si mi madre está mala y tengo que llevarle esta receta!

Pelegrín se tiró de los pelos, para lo cual ni siquiera tuvo que quitarse aquel vestigio de gorra que llevaba en la cabeza.

Luego quedó un instante perplejo; fué á decir algo y se atragantó; cogió, por último, la mano de Purilla y puso en ella el duro que su puño cerrado había guardado hasta entonces cuidadosamente.

—Toma, le dijo, y no llores. Too lo que yo tengo es pa ti.

La *Ojazos* lo miró sorprendida; lanzó una risotada, luego echó un baile, y sin decirle una palabra y saltando como una corza, emprendió la carrera por la calle del Correo adelante.

* * *

Al día siguiente, Sábado Santo, bien temprano, Pelegrín llenaba de arena su esportilla en la ribera del Manzanares, más allá del Pontón.

Estaba triste y alegre al mismo tiempo. No tomaría aquella mañana el café y el panecillo en el puesto del *Lechuza*, ni iría al día siguiente á la corrida á ver al *Pipí*; pero la madre de la Pura tenía su *melecina*, y la *Ojazos*, á quien él quería con toda su alma, aunque sin decírselo, porque ella era casi una señorita y él un golfo sin vergüenza, tendría algo que agradecerle.

Pelegrín se limpió una lágrima con el dorso de la mano y principió á silbar el *Morrongo*... De pronto, al inclinarse para levantar su esportilla, alguien, que muy calladamente se le había acercado por detrás, le tapó los ojos con las manos.

—Estate quieto, *Pelos*, dijo Pelegrín, que no estoy pa bromas.

Sonó una alegre carcajada y las manos que le impedían ver se retiraron.

Pelegrín se volvió rápidamente y quedó aturdido de sorpresa y de alegría.

No era el *Pelos*, el arenillero, el que estaba delante de él, sino la *Ojazos*.

—¡Tú aquí!, exclamó el golfo. ¿Pus á qué has venío?

—He venío á buscarte, contestó la chica.

—¿Y pa qué?

—Pa decirte que te quiero.

Y espontáneamente, ingenuamente, con una gran decisión, húmeda y brillante la mirada de sus ojazos negros, la Purilla le echó los brazos al cuello, lo atrajo á sí y clavó sus labios encendidos en la boca del golfo.

Pelegrín sintió un desvanecimiento; se abrieron para él los cielos, deslumbrándolo, le zumbaron los oídos...

En aquel momento, todas las campanas de Madrid tocaban á Gloria.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

MAURICIO MÆTERLINCK

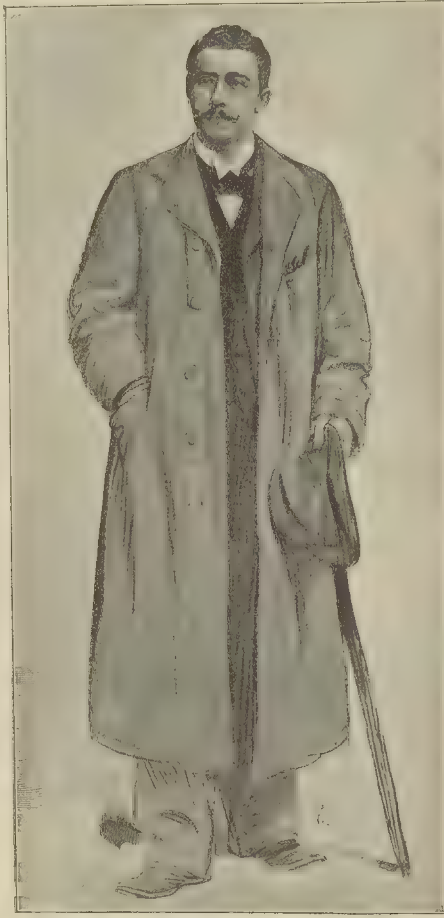
Mauricio Mæterlinck, el eminente literato belga cuyo teatro señala una nueva orientación en el arte dramático, nació en 1862 en Gante, en donde cursó la carrera de Derecho. Sin embargo, atrajéronle más las letras que la jurisprudencia, y á poco de terminar sus estudios publicó una colección de poesías, de extraña factura y abstrusos conceptos, al que sucedieron sus primeras composiciones dramáticas, *Los legos* y *La intrusa*, que llamaron poderosamente la atención por su originalidad y por su intensidad dramática.

Algún tiempo después escribió *La princesse Meleine*, que se considera como la mejor de sus obras, y de la cual ha dicho otro escritor no menos eminente, Octavio Mirbeau, que era superior á cualquiera de las que han inmortalizado á Shakespeare.

Dió luego á la escena *Les sept princesses* y *Pelleas et Melisande*, que si no obtuvieron el éxito de la anterior, contribuyeron á afirmar la fama que en todo el mundo se había conquistado Mæterlinck.

Siguieron á éstas otras obras pertenecientes á distintos géneros, como *Les abeilles*, *Le tresor des humbles*, *Douze chansons*, los tres dramas para «marionettes» *Alladine et Palomides*, *Interieur* y *La mort de Tintageles*, y finalmente los dramas *Monna Vanna*, *Joyzelle* y *Aglavaine et Selisette*.

Pocos autores dramáticos contemporáneos han sido discutidos con más apasionamiento que Mauricio Mæterlinck, y este hecho por sí solo demuestra palpablemente que no se trata de un escritor vulgar, ni siquiera de un gran dramaturgo que sigue la senda que otros antes que él trazaran. En punto á juicios sobre su obra no hay términos medios; sus admiradores le presentan como genial revelador de un arte nuevo, como descubridor de una nueva faz de la belleza que nadie antes que él sintió ni hizo sentir; sus detractores le consideran como poeta extravagante, como un visionario ó poco menos, sin la menor noción de lo que son la verdadera poesía y el verdadero arte escénico.



Mauricio Mæterlinck, célebre dramaturgo belga

Y se comprende que así sea: sus teorías estéticas y sus procedimientos teatrales de tal modo rompen, no sólo con las tradiciones, sino hasta con las evoluciones modernas de la dramaturgia, que ó se aceptan con entusiasmo ó se rechazan con indignación. Lo que no cabe en la crítica de Mæterlinck es la indiferencia.

Se ha dicho que Mæterlinck es fatalista; pero esto sólo en parte es verdad. Su fatalismo no es el fatalismo pasivo que los griegos y los romanos denominaron *ananké* y *fatum*; no es el fatalismo que sin protesta y sin lucha deja que los hechos sucedan sólo porque han de suceder. El autor de *La intrusa* no se contenta con aceptar la fatalidad, sino que además trata de explicársela, de razonarla, buscando para ello las relaciones que, según él, existen entre el mundo real y el suprasensible, el enlace misterioso que une los espíritus al través del tiempo y del espacio.

Oigamos sus propias palabras reproducidas por un célebre crítico parisiense al dar cuenta de una entrevista que con el famoso dramaturgo celebró no hace mucho tiempo:

«Cada vez que entro en un teatro, me anima la esperanza de ver algo de la vida enlazada con sus fuentes y sus misterios, de entrever por un momento la belleza, la grandeza y la gravedad de mi humilde existencia diaria. Y lo que me refieren son historietas infantiles basadas en sentimientos de excepción, y lo que me muestran son héroes, cuando yo quisiera ver hombres. No hemos avanzado un paso; somos inferiores á los poetas de la antigüedad, que mezclaban en sus ficciones una preocupación metafísica, que ponían en escena la lucha del hombre contra los dioses, es decir, el problema del destino terreno. Estas nobles inquietudes han desaparecido; el teatro muere á manos de los vaudevillistas; es la más atrasada de todas las artes y ha llegado la hora de regenerarla.»

Según Mæterlinck se está realizando un movimiento que sólo los ciegos se empeñan en no ver; el alma se despierta y con ella todo cuanto de ella depende; comenzamos á comprender que por encima de la existencia vulgar hay una existencia superior cuya esencia no ha podido hasta ahora penetrarse, pero que se revela por medio de innegables manifestaciones, y nuestras miradas se dirigen hacia este lado; las ciencias ocultas, el magnetismo, los fenómenos de hipnotismo y de sugestión excitan ardientes curiosidades y sólo se explican por la necesidad que nos domina de sondar las tinieblas que nos rodean. Quisiéramos descifrar el irritante enigma; lo desconocido nos envuelve y el acto menos importante que realizamos está sometido á influencias que la razón es impotente para explicar. ¿Qué son la simpatía y la antipatía que nos acercan ó nos apartan invenciblemente de ciertos individuos? ¿A qué leyes obedecen estas afinidades electivas ó instintivas? Hay aquí un campo de estudio algo más interesante, según Mæterlinck, que el análisis de algunos casos pasionales: la verdadera psicología es la psicología trascendental que se ocupa de las relaciones de las almas entre sí, y esta psicología nada tiene de común con la psicología elemental cuyo reinado está á punto de terminar.

«Tiempo vendrá, y no tardará mucho, en que nuestras almas se percibirán sin la mediación de nuestros sentidos.»

Una de las cosas que caracterizan su estilo son las repeticiones de las mismas palabras, de las mismas sílabas, lo cual da á veces á sus diálogos cierta monotonía y cierta primitiva ingenuidad.

Preguntado por el crítico á quien antes nos hemos referido acerca de qué razón artística le había determinado á emplear con tanta frecuencia ese extraño procedimiento, contestó:

«Ninguna. Los aldeanos de mi país, cuya inteligencia es perezosa, tienen la costumbre de pronunciar repetidas veces los mismos epítetos ó los mismos verbos, costumbre que da á sus palabras un carácter de gravedad pueril al par que sentencioso. En ella me he inspirado, considerando que un personaje de leyenda tiene cierta afinidad con un campesino y puede hablar el mismo lenguaje... Me he sentido impulsado por una especie de instinto de imitación, no por el deseo de singularizarme.»

El teatro de Mæterlinck requiere actores especialmente educados para un género escénico que se sale por completo de lo ordinario; actores que se identifiquen con esa psicología extraña de las concepciones mæterlinckianas, que penetren hasta lo más hondo de los personajes que han de representar y que al propio tiempo les den todo el vigor plástico con que el poeta-artista los ha ideado. Desde este punto de vista, difícilmente se encontraría una actriz que, en la interpretación de las heroínas de este teatro, igualara á Mme. Georgette Leblanc-Mæterlinck, que como ella sintiera en toda su intensidad el ideal en que se inpiran y á que tienden todas las obras de su esposo, que como ella imprimiera en todas sus creaciones ese carácter vago, poético, misterioso, con que las ha concebido el filósofo-dramaturgo.

Mæterlinck y Georgette Leblanc constituyen la fusión más perfecta que puede imaginarse entre el autor y su intérprete; el amor los ha unido en la más absoluta comunión de almas, y acaso el poeta, pensando en la esposa, sintiendo con ella y como ella, ha trazado más de una de esas hermosas figuras que en sus dramas se admiran; como la actriz, pensando en el marido, conviviendo con él espiritualmente, ha logrado asimilarse el modo de ser más íntimo de esas figuras y de hacerlas vivir en escena con una maestría imponderable.—R.



BATALLA DEL CERRO DE GUADALUPE, cuadro de José Cusachs

La batalla ocurrida el 5 de mayo de 1862 en las cercanías de Puebla (México), llena una de las páginas de la historia de la ocupación francesa, que tuvo como principal objetivo la transformación del territorio mejicano en imperio y terminó en Querétaro con el fusilamiento del infortunado Maximiliano. Los famosos zuavos y los cazadores de Vicennes se estrellaron contra la inquebrantable energía de las divisiones mexicanas, y hubieron de ceder, ante el empuje de la brigada de Oaxaca, mandada por el entonces joven general Porfirio Díaz, que desde hace algunos años rige los destinos de México y que está representado en el centro del lienzo en el acto de apoderarse de un guión francés. El cuadro de Cusachs embellece el salón de actos del Palacio de la Presidencia, en México.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Las dificultades de los transportes rusos. Transporte de cañones de gran calibre por el ferrocarril mandchuriano en medio de una nevasca, dibujo de Carlos Dicon (Reproducción autorizada)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Los japoneses no cejan en su empeño de apoderarse de Puerto Arthur, ó por lo menos de hostilizar la plaza y la escuadra rusa que en su puerto está anclada.

El último ataque fué el día 10 y tuvo relativa importancia. En la madrugada de dicho día, seis torpederos rusos salieron fuera de la rada, y al encontrarse en alta mar, topáronse con la escuadra japonesa, compuesta de varios torpederos y cruceros. Trabóse inmediatameente entre ambas fuerzas un combate, durante el cual el cañonero ruso *Vlastny* lanzó un torpedo contra un torpedero japonés, que se fué á pique. Mientras los barcos rusos regresaban á Puerto Arthur, el *Steregoutchy* sufrió grandes averías, dejando de funcionar su máquina, en vista de lo cual el almirante Makarof salió á socorrerlo con los buques *Novik* y *Bayan*, pero hubo de desistir de su intento porque cinco cruceros enemigos rodeaban al torpedero y además se aproximaba la escuadra de acorazados japoneses. El *Steregoutchy* se fué á pique, pereciendo parte de su tripulación y siendo hecho prisionero el resto de la misma. Las bajas de los rusos en esta acción fueron dos marineros muertos, y cuatro oficiales y 18 marineros heridos. A las nueve de la mañana presentáronse delante de Puerto Arthur 14 buques japoneses, que comenzaron á bombardear la plaza desde gran distancia; el bombardeó duró hasta la una, y durante él lanzáronse contra las fortificaciones unos 200 proyectiles de grueso calibre que apenas causaron daño alguno en los barcos y en los fuertes rusos: las bajas fueron un soldado muerto, y un oficial y cuatro soldados heridos; hubo también algunas, aunque muy pocas, en la población civil. Los fuertes de Puerto Arthur respondieron al fuego del enemigo, ocasionando, según parece, importantes averías al crucero japonés *Takassago*.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – La escuadra rusa en la rada de Puerto Arthur, de fotografía tomada el día antes del primer ataque de los japoneses (Reproducción autorizada)

Estas noticias las tomamos de los partes oficiales dirigidos al tsar por el general Alexeieff, y en el fondo coinciden con ellas las contenidas en el parte oficial del almirante japonés Togo. Hay, sin embargo, entre ambos documentos alguna diferencia, debida á que así como los rusos han sido siempre sinceros en sus comunicaciones en cuanto á las pérdidas por ellos sufridas, los japoneses se han propuesto, según se va viendo, ocultar cuidadosamente en los documentos oficiales las suyas, que no han llegado á conocerse sino por medios indirectos y por ende con retraso. Así el parte á que nos referimos, si bien confiesa que los japoneses tuvieron siete muertos y ocho heridos, afirma que ninguno de los buques de su escuadra quedó fuera de combate.

Otro hecho de armas ocurrido desde que escribimos nuestra última crónica es el bombardeo de Vladivostok.

El día 6, la escuadra japonesa, á cosa de las dos de la tarde, comenzó á bombardear aquella plaza, lanzando contra ella unos 200 proyectiles de grueso calibre que casi no causaron daño alguno, lo cual se explica perfectamente teniendo en cuenta que los disparos se hacían desde una distancia de ocho ó diez kilómetros y que la ciudad se halla resguardada del lado del mar por una serie de colinas de 150 á 180 metros de alto. Los fuertes de tierra no contestaron, dejando que el enemigo gastara municiones inútilmente. Al fin los japoneses se retiraron, sin que hasta ahora se haya podido saber qué idea les impulsó á realizar este ataque de todo punto infructuoso, á pesar de no haber encontrado resistencia alguna de parte del adversario.

Esta táctica de los japoneses de consumir energías en esfuerzos que á nada conducen resulta incomprensible; esos bombardeos de Puerto Arthur y Vladivostok á distancias desde las cuales es muy difícil, si no imposible, no ya hacer blanco, pero ni siquiera conseguir que los proyectiles lanzados desde los buques puedan llegar á tierra, podrían ser estratagemas más ó menos justificadas si se tratara de un adversario impresionable é impaciente; mas tratándose de los rusos, de cuya serenidad, calma y sangre fría pueden estar más que convencidos los japoneses, son sencillamente pueriles y justifican hasta cierto punto las insinuaciones de ciertos corresponsales, que pretenden que todos estos combates y bombardeos sin trascendeccia alguna no tienen más objeto que deslumbrar al pueblo japonés y contrarrestar la influencia del partido contrario á la guerra que existe en el Japón, como ha existido casi siempre en todas las naciones que por causas más ó menos justas se ven empujadas á la lucha armada.

Y á todo esto, ¿dónde está la llamada escuadra rusa de Vladivostok? Afírmase que ya no se encuentra en ese puerto y que recorre las aguas inmediatas á Gensán, en la costa Esté de Corea, en donde dificulta grandemente los desembarcos de los japoneses. Añádese que una parte de la escuadra japonesa permanece en las cercanías de Vladivostok á fin de evitar el regreso de los barcos rusos para proveerse de carbón, contingencia que no habrá de realizarse por estar aquéllos provistos para mucho tiempo. Pero todas estas noticias no han sido oficialmente confirmadas, y hasta tanto que esto suceda es preciso ponerlas en duda. En cuanto á la plaza de Vladivostok, los rusos la consideran inexpugnable, no sólo por sus fortificaciones y por las fuerzas que la guarnecen, sino que también á causa de sus defensas naturales, que obligarían á los barcos japoneses á desfilar uno á uno por la estrecha entrada del puerto.

Otra escuadra que podrá influir tal vez de un modo decisivo en la guerra es la del Báltico, compuesta de nueve acorazados y de gran número de cruceros y torpederos. En Cronstadt se trabaja activamente para que esté dispuesta á fines de julio y se dirigirá al



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Desembarco de tropas japonesas en las inmediaciones de Fusán, dibujo de Carlos Padday, de una fotografía (Reproducción autorizada)

teatro de la guerra probablemente por el mar Blanco, para lo cual se enviarán varios buques rompehielos que al comenzar el deshielo comprobarán si es posible verificar el viaje por el paso del Nordeste señalado por Nordenskjold. En este caso llegaría aquélla al teatro de la guerra en agosto y septiembre y podría equilibrar las fuerzas navales beligerantes, con la ventaja de que los buques que la forman no estarían fatigados como los japoneses, después de tantos meses de operaciones.

Aunque se refieren á un hecho tan atrasado como el primer ataque de los japoneses contra Puerto Arthur, creemos interesantes algunas noticias que acerca del mismo han dado dos contramaestres de las «Forges et Chantiers de la Mediterranée» recientemente llegados á Marsella, que se encontraban á bordo del *Tsarevitch*, cuando aquél ocurrió. Según ellos, rusos se dieron cuenta de la agresión de los japoneses, que en manera alguna esperaban, afirman que en seguida se produjo un movimiento en todos los buques, las dotaciones se apercibieron con el mayor orden y sangre fría al combate y todos los artilleros estaban en sus puestos cuando estalló el primer torpedo. Y después de explicar las peripecias de la lucha, las disposiciones que se adoptaron para proceder al salvamento de los buques averiados y conducirlos al puerto, terminan diciendo: «Los marineros y los oficiales rusos dieron pruebas de una disciplina admirable y de una resolución firme y valerosa. Cuando las tripulaciones supieron lo que ocurría, cada hombre ocupó su puesto de combate con orden y sin vacilación; los oficiales se mostraron á la altura de su misión, y su conducta era la más á propósito para inspirar á sus subordinados la necesaria confianza.»

go y Moscou, las poblaciones en masa, á pesar de la hora intempestiva, acudieron á vitorear á Kuropatkine. Llegó éste á Moscou, en donde le esperaba una multitud enorme, y desde la estación y en tren especial dirigióse al célebre monasterio de Troitsa, en el que se conservan el cuerpo y la milagrosa imagen de San Sergio, su fundador, que el general ha querido besar antes de marchar al teatro de la guerra. Esperábanle allí más de veinte mil personas, que le recibieron entonando el himno nacional y lanzando frenéticos vivas, y le acompañaron hasta la iglesia del monasterio. Terminado el oficio divino, el archimandrita le dirigió una salutación y le bendijo, después de lo cual Kuropatkine besó fervorosamente los restos y la imagen del Santo. A la una estaba de regreso en Moscou, y después de haber visitado el palacio del gran duque Sergio, se dirigió al palacio de la Nobleza, en cuyos magníficos salones verificóse una suntuosa recepción, á la que concurrieron los mariscales, los miembros de la nobleza de Moscou y de los alrededores, la Duma, el Zemstvo, los representantes de los municipios suburbanos, grandes señores, oficiales, comerciantes, menestrales, gente del pueblo, aldeanos; en una palabra, toda la región moscovita. Después de la ceremonia religiosa, celebrada



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Vista panorámica de la bahía de Vladivostok ó Cuerno de Oro (Reproducción autorizada)

es injusta la acusación lanzada contra los marinos rusos de que no habían tomado las precauciones debidas que imponían las circunstancias y de que en el momento de la sorpresa estaban en tierra, asistiendo á un baile en casa de la esposa del almirante Stark; por el contrario, todos se hallaban á bordo, incluso el almirante, y el servicio de los barcos se hacía como de costumbre. En cuanto á lo que ocurrió así que los

La despedida que en San Petersburgo y en Moscou se ha hecho al general Kuropatkine ha sido entusiasta, delirante: en la primera de estas dos capitales una muchedumbre inmensa acudió á la estación del ferrocarril y no cesó de aclamar con formidables hurras al que Rusia entera considera desde ahora como indiscutible triunfador en la actual guerra. En todas las estaciones del trayecto entre San Petersbur-



LA MALDICION DEL PADRE, notable cuadro de GREUZE



que se conserva en el Museo Nacional del Louvre, de París

por cinco arzobispos, multitud de diáconos y niños de coro, entregáronse al general siete iconos ó imágenes santas que le regalaban la nobleza de Moscou, la Duma, el Zemstvo, la Bolsa, los comerciantes, los menestrales y los obreros, y un estandarte bendecido por el arzobispo, que Kuropatkine besó puesto de rodillas. A los discursos que le dirigieron contestó el



GUSTAVO SALVINI, notable actor dramático italiano que actualmente representa en el teatro de Novedades de Barcelona

general con otro que estimamos digno de ser reproducido:

«Rusia ha pasado por pruebas más duras que la presente y de todas ha salido triunfante. Sin tratar de disminuir las dificultades que nos esperan ni de rebajar las fuerzas y el valor de nuestro enemigo, también ahora esperamos con calma imperturbable y confianza absoluta el resultado definitivo y victorioso de esta lucha que no hemos provocado.

»Por voluntad del emperador se ha concentrado en el Extremo Oriente un ejército poderoso; si éste no es suficiente, será reforzado con nuevas tropas; y cualesquiera que sean las pruebas que nos esperan, siempre sentiremos los vínculos íntimos é indisolubles que nos unen á toda la Rusia y á su corazón, la ciudad de Moscou.

»Las oraciones de Moscou y de toda Rusia nos sostendrán en la lucha por la buena causa que Rusia defiende en el Extremo Oriente, y por la que combatiremos en cumplimiento de nuestro deber y de nuestro juramento. Estas oraciones nos darán las energías necesarias para cumplir nuestro deber para con el tsar y la patria, sin economizar nuestras fuerzas ni nuestra vida.

»¡Hágase la voluntad de Dios! Delante de todos vosotros, representantes de Moscou, me prosterno en nombre de todo el ejército de Mandchuria. Acepto los votos, los iconos y las oraciones, no para mí, sino para el ejército. Cuando llegue al Extremo Oriente, tendré el derecho de transmitir al virrey y al ejército las calurosas y conmovedoras despedidas de que he sido objeto por parte de Moscou y de toda Rusia.

»Permitidme que termine expresando un sentimiento que seguramente llena vuestros corazones y vuestros sentimientos. ¡Un hurra ruso por la salud y larga vida de nuestro gran emperador!»

Esta peroración fué saludada con frenéticas aclamaciones.

A las diez y cuarenta, el tren que conducía al general abandonaba la estación de Moscou, entre los aplausos y vivas entusiastas de un público innumerable.—R.

NUESTROS GRABADOS

Gustavo Salvini.—La fama de que venía precedido este notable actor no ha resultado exagerada: en las representaciones que está dando Gustavo Salvini en el teatro de Novedades, ha demostrado ser artista de excepcionales condiciones. Es un continuador del género clásico; su voz, su figura, sus actitudes, todo en él revela al devoto de la tradición que tantos y tan gloriosos nombres ha inscrito en los anales del arte dramático italiano. Su repertorio, al par que demostración de sus aficiones y de sus tendencias, lo es de la diversidad de sus aptitudes, que le permiten interpretar con igual maestría los protagonistas de obras tan distintas como *Edipo Rey*, de Sófocles; *Otelo*, de Shakespeare, y *Tartuffe*, de Moliere. Hijo del gran actor Tomás Salvini, de quien tan gratos recuerdos se conservan en Barcelona, hace honor al nombre que lleva. El público barcelonés le ha recibido con entusiasmo, y en cuantas obras ha puesto en escena le ha tributado calurosas ovaciones.

Ramón Tusquets.—Otro artista meritísimo, otro pintor español de reconocida valía, ha dejado de existir lejos de la patria, después de haber dado constantes pruebas de sus recomendables aptitudes y condiciones y de su laboriosidad y devoción por el arte que con tanto aprovechamiento cultivara. Ramón Tusquets, que nació en Barcelona, ha fallecido recientemente en la Ciudad Eterna, en donde desde hace muchos años residía y adonde se encaminó afanoso de completar su educación, formando parte de aquella pléyade de artistas, los cuales representan y significan el renacimiento artístico contemporáneo español. Allí ó desde allí obtuvo, como sus malogrados compañeros, sus primeros triunfos, y allí ha sucumbido, después de haber recorrido gloriosamente la senda que se trazara en los comienzos de su carrera, sin que el transcurso de los años aminorase su entusiasmo por el arte, ni la distancia entibiara su amor á Cataluña y á la patria española.

Considerable es la labor realizada por Tusquets y tan varia como diversas fueron sus aptitudes, ya que su producción abarca todos los géneros. Basta para convencerse de ello recordar sus principales obras. Al *Estudio del natural*, que después de haber obtenido merecida recompensa en la Exposición Nacional de 1866 fué adquirido por el Estado, sucedieron *La campiña romana*, premiado asimismo en la de 1871; *La muerte de Sisara*, *Aldeanos*, *Plaza de Amalfi*, *Portón romano*, *La recolección del cáñamo*, *Un cortijo*, *Efecto de niebla*, *Una lección de canto llano*, *Argelina*, que figuró en una de las exposiciones de Bellas Artes celebrada en ésta, y el retrato de S. M. la reina Doña María Cristina, que posee nuestro Ayuntamiento, aparte de otros y otros verdaderamente recomendables, algunos de los cuales expusiéronse hace pocos meses en el Salón Parés. Mas en donde se adivina la personalidad de Tusquets y el cariñoso recuerdo que dedicaba á su país es en los cuatro lienzos que sintetizan hechos gloriosos para la patria historia: *El conceller Fivaller en su querella con Fernando de Antequera*, *La proclamación del príncipe de Viana como lugarteniente de Cataluña*, *Pedro el Grande en la liza de Burdeos* y *El embarque del rey D. Jaime para la conquista de Mallorca*.

Ramón Tusquets ha sido el último representante de un período artístico que enaltece, permaneciendo siempre fiel á sus tradiciones de escuela. Bien merece que se enaltezca su memoria, y que al escribir estos renglones dediquemos al artista que tanto logró distinguirse y al amigo consecuente y perfecto caballero un tributo de respetuosa consideración y de sincero afecto.

La maldición del padre, cuadro de Greuze.—Juan Bautista Greuze, que nació en Tournus (Francia) en 1726 y murió en París en 1805, fué uno de los mejores pintores de género del siglo XVIII. No tiene rival en las escenas de familia, y sus composiciones de esta clase son pequeños dramas íntimos que cautivan por su fin moral, por la conmovedora expresión de las figuras y por la admirable agrupación de los personajes, cualidades que se advierten en *La maldición del padre*. Fué asimismo un gran retratista, y sus retratos respiran vida y sentimiento y sus bustos femeninos tienen una suavidad, una gracia y una frescura extraordinarias. Uno de los mayores méritos de Greuze fué el haber prescindido del aparato mitológico de los pintores de moda en su tiempo: sus escenas familiares, sus lienzos tomados de la vida privada de la clase media, fueron el primer golpe asestado á los procedimientos rutinarios. Los últimos años de su vida fueron sumamente penosos; pero gracias á su buen humor y á su carácter prácticamente filosófico, pudo soportar las contrariedades que sobre él pesaron. Perdidos todos sus ahorros, que tenía colocados en casas de banca que hicieron malos negocios, encontróse sumido en la miseria, viéndose obligado á aceptar el alojamiento gratuito que le ofreció la Convención en el Louvre, en donde murió casi indigente. El cuadro suyo que reproducimos formaba parte de la colección de Luis XVIII y fué vendido en 1820 por la cantidad de 10.000 francos; en la actualidad figura en el Museo del Louvre.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – El «Círcol Artístich de Sant Lluch,» con el propósito de conmemorar el quincuagésimo aniversario de la declaración dogmática de la Concepción Inmaculada de la Virgen María, abre un concurso de obras de arte plástico, dedicadas á María Inmaculada; el asunto habrá de ser la Virgen María, proponiéndose la letanía como fuente preferente de inspiración; las obras presentadas habrán de ser de pintura, escultura, dibujo, arquitectura, arte decorativo ó industrial, etc.; las pinturas y dibujos se presentarán con marco y cristal, y con pedestal las esculturas; las obras se enviarán al local del «Círcol» (Montesión, 3 bis, bajos), donde se entregará un recibo que dará derecho á la elección del Jurado calificador; el plazo de admisión terminará el día 31 de octubre próximo; el «Círcol» ofrece mil quinientas pesetas de premio en metálico, que quedarán en depósito en la casa de banca del tesorero de la Comisión ejecutiva D. Agustín Valls y Vicens; compondrán el Jurado: el presidente del «Círcol» y el consiliario, dos pintores, dos escultores, dos arquitectos, dos artistas decoradores ó industriales; de éstos, uno por cada grupo será nombrado por el «Círcol» y el otro por sufragio entre los concurrentes.

Teatros.—En Monte Carlo se ha estrenado con éxito grandísimo la última obra de Saint-Saens *Helene*, poema lírico en cuatro cuadros, de gran inspiración y magistral factura, que ha sido puesto en escena con extraordinario lujo.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Noveautés *La main passe*, comedia vaudeville en cuatro actos de Jorge Feydeau; y en el teatro Antoine *Oiseaux de passage*, comedia en cuatro actos de Mauricio Donnay y Luciano Descaves.

Barcelona. – En Romea se ha reproducido la hermosa tragedia de Angel Guimerá *Jesús de Nazareth*, con nuevo decorado de los reputados escenógrafos Sres. Moragas y Alarma. En Novedades está dando una serie de representaciones el notable actor italiano Gustavo Salvini, de quien nos ocupamos en esta misma página. En el Principal ha dado dos conciertos el eminente pianista austriaco Emilio Sauer, quien ha interpretado de un modo maravilloso composiciones de Bach, Beethoven, Schuber, Schumann, Chopin, Listz, Rameau, Brahms, Rubinstein, Sgambati y varias originales suyas, habiendo sido en todas ellas aplaudido con delirante entusiasmo. En la «Associació Wagneriana» se han dado otros dos conciertos del ciclo de Beethoven por los Sres. Doménech Español, Dini y Munner, que obtuvieron muchos y merecidos aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

Augusto Discheiner, pintor austriaco.

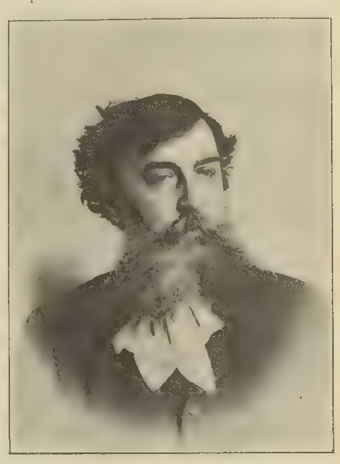
Conrado Grob, pintor muniquense.

Enrique Keppel, el decano de los almirantes de la armada inglesa.

Eduardo Lassen, compositor alemán.

Enrique Vogel, pintor alemán que ha dejado un millón de marcos (1.250.000 pesetas) para ser destinados á fines artísticos.

Fernando Mannlicher, austriaco, inventor del fusil de repetición que lleva su nombre.



RAMÓN TUSQUETS Y MAIGNÓN, notable pintor español fallecido en Roma el día 11 de los corrientes

Rodolfo Maison, escultor muniquense, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Carlos Eugenio Ujfalvy, filólogo, antropólogo y explorador austriaco.

Manuel Rodis, novelista griego, éforo de la Biblioteca Nacional de Atenas hasta 1903.

BOUQUET FARNESE 29, B^d des Italiens. VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 357, POR S. LOYD.

NEGRAS (5 piezas)

BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 356, POR J. HANC.

Blancas.	Negras.
1. Rg8 – g7	1. Re6 – e5
2. Rg7 – g6 jaque	2. Re5 – e4
3. Rg6 – g5 jaque	3. Re4 – e3
4. Rg5 – h4 mate.	

VARIANTES.

1.... Cd8 – c6; 2. Dh8 – e8 jaq., Cc6 – e7; 3. De8 – f7 jaq., etc.
1.... Re6 – e7; 2. Dh8 – f8 jaq., Re7 – e6; 3. Df8 – e8 mate.
1.... Otra jug.ª; 2. Dh8 – e8 mate.



El primo Fernando llegó al mediodía, era un muchacho de estatura regular

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»No sé dónde habría ido á parar; aquel arranque lírico me habría llevado sin duda muy cerca de mi *te quiero,* si Ticia me hubiese dado tiempo. Pero sin cuidarse de refutar mis palabras, se puso el verderón en el índice, lo levantó dos ó tres veces, para que abriese las alas y lo abandonó á sí mismo. El verderón cruzó el aire como una flecha y fué á posarse en la rama más alta de una magnolia; yo miré á Ticia, no comprendiendo nada de aquella súbita determinación, y vi que sonreía.

—»Ha sido usted generosa, le dije, y me disponía á reanudar el elogio de la libertad.

»Pero Ticia se encogió de hombros con aquel movimiento habitual lleno de gracia, y llamó al fugitivo haciendo con los labios una especie de reclamo. El verderón dejó la magnolia y volvió al hombro de la linda criatura, que lo acogió con muchas fiestas, le hizo mil caricias y lo volvió á meter en la jaula.

—»¿Se ha convencido usted ya?

—»¿De qué?, pregunté sin saber lo que decía.

—»De que mi verderón me ama.

—»¿Y quién no la amaría á usted?, balbuceé reuniendo en un esfuerzo supremo todo el vigor de mi voluntad.

»El énfasis de mi acento, de mi mirada, de mi ademán, debía ser sin duda muy ridículo, porque Ticia me miró maravillada, soltó una carcajada y se metió en la casa.

»Menos avergonzado de aquella risa que de mi timidez, volví á sentarme en el banco para meditar en mi desdicha.

* * *

»Al entrar en la casa para cenar, encontré á toda la familia reunida en la sala. Parece que mi presencia no debió ser muy oportuna, porque la charla de la señora Ersilia, que me había parecido animadísima, cesó de pronto. Maravillado de aquel repentino silencio, busqué con los ojos los ojos de Ticia, pero ella los tenía vueltos hacia otra parte; seguí la dirección de su mirada y vi un personaje en el que hasta entonces no me había fijado y que estaba de pie en el hueco de la puerta, con el sombrero entre las manos y los ojos bajos, en actitud de humildad mezclada de vergüenza. Aquel hombre parecía aún joven, pero los largos cabellos que caían en desorden sobre su frente y la extraordinaria demacración de su cara le hacían parecer de más edad que la que en realidad tenía.

»La señora Ersilia parecía muy embarazada á causa de mi presencia; el capitán probó á toser dos ó tres veces para romper aquel silencio penoso, mientras Ticia se mantenía enteramente aparte clavando en el desconocido una mirada en la que me parecía ver retratada la compasión.

»Yo me daba á los demonios por ser causa de aquella turbación, y hubiera deseado hallar un pretexto para volver al jardín y dar tiempo á mis buenos amigos y á aquel desconocido para recobrarse de su estupor; pero el pretexto no se me ocurrió, y permanecí también inmóvil aparentando concienzudamente mi papel de importuno.

»Semejante situación duró dos minutos, es decir, dos siglos, hasta que la señora Ersilia, repuesta de su turbación, pudo reunir toda su presencia de ánimo.

—»Dispense usted, querido Luciano, me dijo en tono de broma; pero estaba tan ocupada hablando con este *caballero,* que no le he visto á usted entrar.

»Yo sonreí sin contestar y fuí á sentarme en un rincón, procurando en lo posible dar á entender que no me ocupaba de lo que sucedía. Al ademán que hizo la señora Ersilia, el *caballero* se inclinó levemente, y la buena señora siguió dirigiéndole directamente la palabra.

—»¿Conque va usted á establecerse en Perusa, para donde saldrá usted mañana por la noche, no es así? Tengo un amigo en Perusa, y puesto que usted tiene la amabilidad de ofrecerme sus servicios para aquella ciudad, me aprovecharé de ella como ya le he dicho.

»Nueva inclinación del silencioso *caballero,* y la señora añadió:

—»No necesita usted molestarse; mañana le enviaré á decir lo que se me ofrece.

»Yo no creía una palabra de cuanto iba diciendo la señora Ersilia, y por más que lo hubiese indicado, aquel *caballero* no tenía traza de haberse presentado para *ofrecerle sus propios servicios.*

»No sin cierta apariencia de razón, los hombres suelen mostrarse incrédulos de la virtud de la miseria y mirar con suspicacia la moneda del pobre, lo cual, más que una injuria á la pobreza es un varapalo á la riqueza, y la franca convicción de que la virtud entra, como los castillos, como los parques, como los campos, en el patrimonio de los ricos, en tanto cuanto los ricos la pagan con dinero contante y sonante, como los campos, los parques y los castillos. Dudar del pobre equivale ante todo á dudar de sí propio y atribuir al dinero lo que debería ser mérito del alma.

—»Parece muy afligido por tener que ausentarse de Pavía, dijo la señora Ersilia fingiendo volverse al capitán, cuando el desconocido se hubo marchado.

»El capitán esquivó la mirada de su mujer y contestó con un gruñido.

* * *

»Si yo no hubiese tenido otro escozor en la conciencia, la imagen de aquel *caballero* habría turbado quizás mis sueños; pero la idea de Ticia y el recuerdo de aquella carcajada que tan míseramente había dado al traste con mis ilusiones, bastaban para impedirme pegar los ojos.

»De todos modos, Ticia conocía mi amor, y esto hacía menos amarga mi angustia. La compasión de la mujer amada nos es casi tan grata como el amor. *¡Compasión!* ¡Compadecer, sufrir juntos! ¿Qué es el amor sino esto?

»Un poco á causa del insomnio y otro poco por efecto de la ansiedad de volver á ver á Ticia, era natural que me levantase al amanecer.

»Al entrar en el jardín, abrumada la mente de mil encontradas ideas, oí que me llamaban. ¡Era ella, Ticia! En vez de acudir prontamente á su llamamiento, me quedé como clavado en el suelo.

—»Sr. Luciano, repitió la jovencita acercándose á mí.

—»Buenos días, señorita, dije apelando á toda mi dignidad de amante no correspondido.

—»Estaba esperando á usted, añadió ella sonriendo.

»Toda mi estupidez volvió á surgir al oir aquella palabra. ¡Me esperaba! ¡Dios mío! ¿Sería posible?

»En un santiamén labré todo el hermoso edificio de mi felicidad. Supuse que Ticia había pasado toda la noche sin dormir como yo, repetido cien veces á su corazón mis palabras, acariciado cien fantasías y compuesto de cien modos su porvenir y colocado mi imagen en su mundo, en su porvenir, en su vida. Y mientras mi mente vagaba en estas delicias, el corazón, susultando en secreto, repetía jubiloso: «¡Te ama! ¡Te ama!»

»¡Me esperaba! ¿Qué podía decirle? Que era una fortuna para mí, que es una verdad que la ventura no viene durmiendo y que yo había obrado perfectamente en no dormir en toda la noche y levantarme con el alba... Confieso formalmente que por un momento tuve la tentación de decirlo, y hubiera sido una punible ingratitud contestar con una vaciedad á aquella franca manifestación de un corazón inocente. Nadie se limitaría á dar simplemente las gracias al que pusiera en su mano su felicidad completa. ¿Qué diría cualquiera? Yo no dije nada: incliné la cabeza,

poniéndome colorado de placer y de vergüenza, y Ticia continuó:

—»Le necesito á usted.

»La respuesta á esta frase era de cajón, y contesté que estaba dispuesto á servirla.

—»Quisiera pedir á usted un favor.

»El «le necesito á usted» me había causado ya el efecto de un obstáculo atravesado en el camino de mi entusiasmo; pero el «quisiera pedir á usted un favor» dió conmigo en el suelo. Y cuando Ticia, estimulada por mi silencio, me preguntó si en su obsequio estaba dispuesto á ir hasta la plaza del Lino, yo, que por ella iría al fin del mundo, no me mostré muy solícito por complacerla. Era otra cosa muy diferente lo que yo esperaba.

—»¿A la plaza del Lino?, repetí por decir algo.

»Si no le sirve á usted de molestia...

—»Pues no faltaba más... Iré á la plaza del Lino.

»¡Qué bueno es usted! Pero será preciso que vaya usted pronto, antes que él se marche, y entregarle este dinero sin decirle quién se lo manda. ¿Lo hará usted?

»Lo haré, si me dice usted á quién he de entregar el dinero.

—»A aquel hombre..., á aquel *caballero* que vió usted aquí anoche, antes de cenar.

—»Y ese... *caballero*, ¿cómo se llama?

—»Se llama el Sr. Martín, maestro de escuela.

—»¿Y dónde vive?

—»En la posada que hay enfrente del cuartel; como no hay más que una, no tiene pérdida. Pero será menester darse prisa, porque, según oyó usted, debe salir hoy mismo para Perusa

—»Voy al punto.

—»Y cuidado con pronunciar mi nombre, y sobre todo no decir una palabra á mamá.

—»Pero ¿y si él me lo pregunta?

—»Dígale que es un donativo de usted.

»Me dió esta especie de orden con voz tan cariñosa, que no me atreví á replicar, y eché á correr en busca del Sr. Martín.

***

»La admiración por aquella jovencita que dedicaba sus ahorros á obras benéficas sin querer ejercerlas personalmente por huir de la gratitud, corría en mí parejas con la complacencia, con el orgullo, con la felicidad de haber sido elegido por confidente de aquel pequeño misterio.

»Más adelante, pensándolo mejor, convine conmigo mismo en que la piedad de Ticia debía ser forzosamente afectación, y el pudor de la buena acción un refinamiento de coquetería á la vez que un pretexto para dar verosimilitud á la cosa. Y he aquí cómo yo razonaba:

»La señora Ersilia es una buena mujer, muy dadivosa con los pobres, y además de enamorada de su hija é incapaz de contradecirla, envanecida de los buenos sentimientos que está persuadida de haberle inspirado. La misma actitud de la excelente señora en presencia del Sr. Martín es una prueba de delicadeza exquisita; así, pues, si Ticia no podía temer que su madre fuera un obstáculo á su caridad, el hecho de recurrir al misterio no tenía otro objeto sino poner en evidencia la benignidad de su corazón y la grandeza de su alma—inocente malicia que debía remachar mis cadenas y meterme hasta el cuello en mi amor.

»En lugar de ofenderme por el engaño, bendecía interiormente aquella cara perfidia. ¿No me hacía así creer que aceptaba mi amor? Tal es la lógica del corazón.

»Había pasado una semana desde la partida del Sr. Martín, cuando una noche vi que Ticia se acercaba á mí con el semblante ceñudo, con la mirada grave, casi seria, con la boca semiabierta como si contuviese una reconvención. Preguntéle qué tenía.

—»¡Malo!, me dijo.

»Y siguió adelante.

»Fuí tras ella y repetí la pregunta.

—»¿Qué tengo? ¿Qué tengo? ¿Y usted me lo pregunta? Lo que tengo es que me ha engañado usted, que he hecho mal en fiarme de usted y que otra vez sabré á quién confiar mis secretos prescindiendo de usted.

—»Explíquese...

—»Dígame; ¿no ha hablado usted á mamá de mí?

—»¿De usted?

—»No se haga usted ahora el desmemoriado: ¿no ha contado usted á mamá el encargo que le dí para el Sr. Martín?

—»Juro que...

—»¿De veras?, preguntó irónicamente.

—»No acostumbro mentir, repliqué con toda seriedad,

»La gravedad de mis palabras hizo asomar el color á las mejillas de Ticia.

—»Le creo á usted; quiero creerle; pero ¿tampoco ha dicho usted nada al Sr. Martín?

—»¿Al Sr. Martín?..., murmuré.

—»¡Ah, sí! Me lo había figurado.

»Era la verdad: á pesar de mi promesa, en el momento de recibir como cosa mía las gracias y las lágrimas de aquel pobre hombre, se rebeló mi conciencia en términos que me creí obligado á revelarle el nombre de su bienhechora, y vaciar mi bolsillo en manos del desdichado como para pagar la parte de gratitud que había usurpado involuntariamente.

—»¿Conque no lo niega usted?

—»No lo niego.

—»¡Si lo decía yo! Ya queda aclarado todo: mamá recibió anteayer noticias del Sr. Martín, el cual la habrá informado del asunto.

—»¿Y qué importa?

—»¿Que qué importa? Pues ahí es nada: mire usted, aquí está mi dinero, todo mi dinero, en junto una bagatela de diez liras. ¿Y sabe usted quién lo ha repuesto á escondidas en mi cajón? Mi mamá, mi pícara mamá, que jamás quiere dejarme la satisfacción completa de haber hecho una buena obra; no parece sino que tiene envidia del bien que hago, del bien que hacen los demás, y que quisiera hacerlo todo por sí sola. Pero quien tiene la culpa principal es la desobediencia de usted.

—»Perdóneme usted, dije menos encantado de su ingenua delicadeza que avergonzado de la sospecha concebida.

—»No, señor, no hay perdón; no quiero perdonar.

—»Vamos á ver; quizá haya remedio: ¿quiere usted enviarle su dinero á Perusa? Le diré que se lo mando yo.

—»Ya no estamos á tiempo. No lo necesita; ha encontrado en Perusa un empleo de ochocientas liras anuales; se considera rico y con el tiempo quiere devolvernos todo cuanto le hemos dado.

—»¡Pobre hombre! Pero ochocientas liras son una miseria.

—»No importa, no aceptará; es pobre, pero altivo.

—»La altivez es la fortaleza del pobre, dije. ¿Me perdona usted?, añadí lleno de entusiasmo.

—»Veremos, contestó.

»Y huyó, como si temiese perdonarme demasiado pronto.

***

»Ticia tenía un gran corazón. Huelga aquí decir que sentí crecer el mío en mi pecho y que me pareció amarla mucho más. La consecuencia inevitable de todo esto fué que no me atreví á aventurar una declaración y que mi pasión se tornó muda como una tumba. Las miradas, la turbación, el anhelo, los suspiros se ingeniaban por burlarse de mi silencio, pero con poco fruto.

»Ticia ó no entendía aquel lenguaje ó fingía no entenderlo. ¿Qué no habría yo dado al que me hubiese desatado la lengua?

»Transcurrieron así unos cuantos meses sin que mi amor avanzara un paso; al contrario, la dulce intimidad que la costumbre había establecido en un principio entre mí y la ingenua doncella se fué haciendo poco á poco más retraída hasta adquirir apariencias pavorosas y hostiles: su nombre mismo, aquel nombre querido que yo repetía en secreto á mi corazón como una dulcísima promesa, se corrompió en mis labios: Ticia se convirtió en la señorita Ticia.

»Para mayor desventura, ella no parecía notar tal mudanza en mi conducta, y me trataba con su acostumbrada familiaridad bromista, contrastando su sonrisa, su aspecto, sus palabras, con mi seriedad.

»Sus adorables impertinencias no me mortificaban; pero sí su indiferencia, su irreflexión, su frivolidad. Si se hubiera fijado un poco más en mi nuevo modo de ser, todo lo demás se lo habría perdonado de buen grado; pero ocuparse tan poco de mí hasta el punto de no advertir que me ocupaba de ella...

»Llegó el mes de julio; terminados los exámenes, mi padre, á quien sus negocios tenían ausente de Brescia, consintió en que yo pasase las vacaciones en Pavía, y comuniqué á la familia en cuya casa me hospedaba aquella determinación que me hacía feliz.

»Iremos juntos al campo, me dijo la señora Ersilia.

—»Iremos juntos al campo, refunfuñó el viejo capitán.

»Ticia no dijo nada: su mirada, su rostro, su continente nada dijeron.

—»¡No me ama!, exclamé en mi interior suspirando.

»Que no me amaba era cosa evidente, pero había algo peor: «que no me tomaba en serio.»

IX

Donde se vislumbra un primo

«La casa de campo, en que el capitán y su familia solían pasar los meses de agosto y septiembre, estaba á la orilla derecha del Tesino en una situación amenísima; se podía ir á ella á pie cruzando el puente y encaminándose por una senda lamida por el río; mas por lo regular, á fin de acortar la distancia y ahorrar cansancio, se iba en una barca remontando la corriente á fuerza de remos.

»Una casita de planta baja, con un ancho patio delante, algunos metros de terreno destinado á huerto y á jardín y una dilatada pradera alrededor: tal era la quinta del veterano.

»Desde los primeros días la novedad del sitio me agradó: la idea de vivir en el campo, en medio de la verdura de los prados, del perfume de las flores y del susurro de los insectos, me alivió afortunadamente de la melancolía que iba apoderándose de mí cada día con más fuerza.

»En el jardín había poca variedad de flores y de las menos apreciadas: muchos dientes de león, algunas hortensias, unas cuantas violetas y pocas especies de la numerosa familia de los geranios componían la flora más escogida; también había habido, á juzgar por los vestigios, pensamientos y cinerarias, pero entonces ya no echaban flores. La pobreza de aquel rincón de terreno no me disgustó; por otra parte, si faltaban las flores más raras, había en cambio gran riqueza en rosas, madreselva, jazmines amarillos y enredaderas de campanillas, esas flores del pobre. Aunque sólo hubiese habido una brizna de hierba, la idea de poder cultivarla yo, de poder dar al olvido dos meses las ocupaciones de la Universidad, y sobre todo la de vivir con Ticia, apartados de todos los hombres, me habría hecho encariñarme con aquel suelo como si fuera un nido de delicias.

»La soledad me hizo más audaz, y mi audacia pareció reanudar los antiguos vínculos de familiaridad que me unían á Ticia; yo seguía amándola, pero ya no tenía aquel afán de aventurar la confesión de mi amor; fuí más comunicativo con ella y ella conmigo.

»Pero no le hablaba de amor; todo mi cuidado, todos mis conatos se cifraban en hacerla adquirir esa seriedad de conducta que debía alentar mis confidencias. Vanos esfuerzos; su naturaleza alegre me resbalaba entre las manos como una lagartija, y cuando yo creía haberme impuesto por un momento á su irreflexiva hilaridad, una repentina carcajada daba al traste con todas mis esperanzas.

»Todavía no hacía un mes que estábamos en el campo, cuando una noche, mientras cenábamos, la mamá Ersilia anunció de pronto la llegada de un sobrino suyo llamado Fernando.

—»¿De veras?, preguntó Ticia con expresión de contento.

—»En su carta me dice que llegará mañana.

—»¿Ha salido bien en los exámenes?

—»Dice que ha sacado la nota de sobresaliente.

»Lo dice, lo dice..., repitió entre dientes el capitán.

—»Es un calavera, pero muy despejado, repuso la señora Ersilia volviéndose á mí. ¿No le conoce usted? ¿No ha oído hablar de él? Pues en la Universidad de Pavía es muy conocido.

—»¡Muy conocido!.., repitió el capitán como un eco.

—»Es el estudiante á la moda, el *lion* de la Universidad, y si es verdad lo que dicen, ha hecho tantas de las suyas...

—»Ha hecho tantas..., ha hecho tantas...

—»Pero siempre honradamente, según creo: ya se sabe, son jóvenes, tienen la sangre ardorosa, los nervios agitados... Hace tiempo que no le hemos visto: ¿cuánto tiempo hace, Ticia?

»Un año.

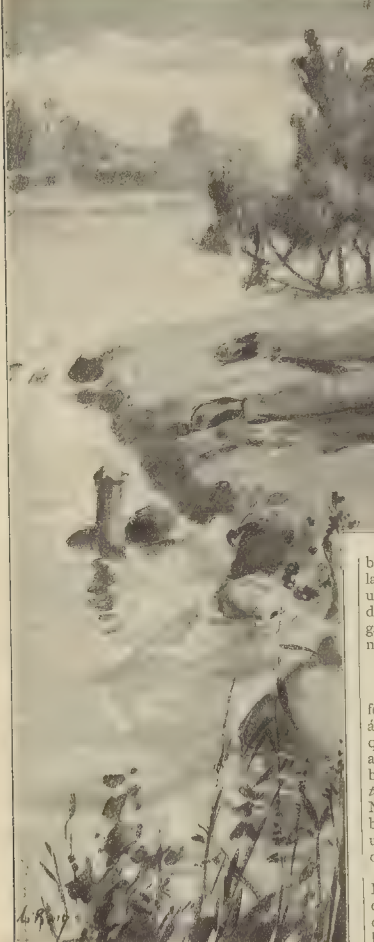
—»¿Pero no estaba en Pavía?, pregunté.

—»Sí que estaba, pero sólo vino á vernos dos veces por junto; debe usted haberlo visto, aunque tal vez no estuviese usted en casa: ¡dos veces en un año! Habrá que reñirle. ¿Estás segura, Ticia, de que sólo vino dos veces?

—»Sí, mamá, una en noviembre y otra en mayo...

»Yo empezaba á pensar que se hablaba más de lo necesario de aquel malhadado sobrino, y me parecía que la señora Ersilia se entusiasmaba en demasía y que Ticia tenía una memoria sobrado fiel para las fechas. Una sola cosa me consolaba, y era el saber que en un año, y en Pavía, aquel *lion* de la Universidad sólo había tenido tiempo para ir á ver dos veces á sus tíos y á la familia.

—»¡Y qué talento! ¡Cómo habla! No en vano estudia leyes. Solamente le falta un año para tomar el grado de doctor.



Fernando respiraba todavía

—»¡De doctor!, añadió el capitán con intraducible acento de ironía y de incredulidad.

»Un enjambre de malos pensamientos asediaba mi cabeza en aquel instante; no podía decirme por qué, pero de buen grado habría dado un beso al capitán.

* * *

»El primo Fernando llegó al mediodía, era un individuo de estatura regular, cara adocenada y bigote y mosca nacientes y rubios. Una sola cosa, aparte de su expresión altanera, llamaba en él desde luego la atención, y era su irreprochable y correcto peinado y la hechura elegante de su traje que le habían granjeado en el ánimo de la tía el elogio de ser el *lion* de la Universidad.

»Al verlo, sentí subir á mi rostro la llama del despecho; era lo que comúnmente se llama un guapo mozo, y cuando se le oía hablar, lo que se ha convenido en llamar un muchacho de chispa. Recordé haberle visto más de una vez á la puerta del café del *Fénix*, peripuesto, atildado, bullicioso, impertinente, tal cual á la sazón lo veía, y había concebido interiormente una antipatía invencible hacia él.

»La fama que había adquirido entre los estudiantes proclamaba que era gran jugador de billar y además un tenorio, que conocía la buena sociedad, que frecuentaba los salones aristocráticos y otras ventajas por el estilo.

»Con estos dos últimos pecados en la conciencia, era natural que, aparte mi inocua antipatía, hubiese sembrado muchos odios entre sus compañeros. En Pavía, donde el verdadero estudiante vive en la taberna y va sin camisa, petulante y alborotador por las calles, basta vestir como es debido y mantenerse un poco aparte, para que le señalen á uno con el dedo. Para un estudiante de Pavía la sociedad elegante empieza donde acaba la taberna, y todo el que no bebe, canta y blasfema, es un aristócrata.

»El Sr. Fernando era un *aristócrata*.

—»¿Eres ya doctor?, le preguntó Ticia.

—»Lo seré dentro de un año, contestó con indiferencia; pero conviene acostumbrar desde luego á los hombres á darnos nuestros títulos; es cosa que aprenden á regañadientes, y hasta los que más aprecio hacen de sus títulos, si los tienen, ó que ambicionarían tenerlos, creen humillarse llamando *doctor* á aquel á quien antes han llamado *señor* á secas. No es que yo tenga empeño en que me den el nombre de doctor, pero ya comprenderás que no estudia uno cinco años para que luego le llame *señor* cualquier advenedizo.

»El capitán meneaba la cabeza en silencio; la tía Ersilia abría mucho los ojos, mirándome de vez en cuando como para tomarme por testigo del ingenio de su sobrino; Ticia escuchaba sonriendo con malicia.

»Yo estaba en ascuas; pero no sé qué sentimiento de justicia me hablaba en favor de Fernando. No podía persuadirme de que aquel mozalbete fuese una criatura sumamente ridícula; había en su ser, en su porte, en su afectada suficiencia y en el desparpajo de su conversación cierta práctica, no diré de la vida, pero sí de las apariencias de la vida, la cual es la que más utilidad proporciona en el mundo.

»Yo me consideraba empequeñecido en su presencia, pero era por comprender instintivamente que su fatuidad le servía para con los hombres de mucho más que á mí mi filosofía. Su modo de hablar era fácil y pronto; no decía cosas admirables, pero se expresaba con ese aplomo y esa gravedad que cautivan siempre la atención y á menudo se conquistan la aprobación; y yo que, por miedo de decir una tontería, aceptaba buenamente la parte ridícula de un hombre de poco más ó menos, acataba sin querer su superioridad.

»Es un defecto de los jóvenes que han pensado demasiado, y se sienten con algunos años más de los que en realidad tienen, el pretender que los hombres deban tomar por lo serio su filosofía juvenil, sucediendo muchas veces, y yo lo he experimentado, que no siendo todavía hombre, tiene uno miedo de parecer niño aún. No se violan fácilmente las leyes de la naturaleza: la precocidad es el secreto de los grandes dolores.

»Cuanto más desenvuelto se mostraba Fernando, mayor encogimiento parecía enseñorearse de mí. No sabiendo hacer otra cosa, me mostré malhumorado en la comida. La señora Ersilia me preguntó qué tenía, y yo me disculpé diciendo que me dolía la cabeza.

»Ticia estaba pendiente de los labios del primo, á quien tenía á su lado, y no me hacía caso.

»Por la tarde, para evitar el embarazo de tener que contestar á nuevas preguntas y casi por vengarme de la indiferencia de Ticia, salí al jardín y fingí cuidar las flores. Fernando y Ticia pasaron junto á mí, me miraron, pero no me dirigieron la palabra.

—»Ven conmigo, dijo poco después el primo, salgamos al campo un rato.

»Ticia pareció vacilar.

—»Sr. Luciano, me preguntó como titubeando, ¿no viene usted con nosotros?

»Quise decir *voy*, pero dije *me quedo*. Y me quedé, abrasándome en silencio de celos y de despecho.

* * *

»Hacía ya tiempo que se había hecho de noche, y aún continuaba yo sentado en una piedra, con los codos apoyados en las rodillas, y la cara oculta entre las palmas de las manos.

—»Sr. Luciano, dijo de pronto una voz á mi lado.

»Era Ticia.

—»Señorita...

—»Es hora de cenar.

—»Gracias, no tengo apetito.

—»¿Está usted quizás indispuesto?

»Y al decir esto, me pareció que su voz no tenía la acostumbrada firmeza. No contesté: me levanté y la seguí.

»¿Era piedad? ¿Era coquetería? ¿Había adivinado mi disgusto ó temía mi indiferencia?

»Toda la noche estuve discurriendo sobre ello; pero á la mañana siguiente Ticia se me presentó con la fatua sonrisa de la indiferencia en los labios, junto á aquel malhadado primo que á cada momento hallaba modo de hacerla reir.

X

Conducta del primo

»Fernando pasó ocho días con nosotros, ocho días interminables de continua y mal disimulada tortura para mi corazón de enamorado. Es inútil que encarezca á usted cuánto me hicieron sufrir entonces los celos, y cuánto sufrí más adelante por la indiferencia invencible de Ticia y por mi invencible timidez.

»Tristes de aquellos hombres á quienes les cupo en suerte una naturaleza blanda y benigna; la timidez es un pecado original que se paga con moneda menuda de amarguras y desconsuelos. Los hombres, en sentir de los hombres, jamás son iguales á sí mismos; son en más ó en menos; desdichados de aquellos á quienes su timidez coloca en grado inferior.

»A mí se me había metido en la cabeza que, puesto que Ticia era sabedora de mi amor, toda nueva declaración por mi parte debía ser, no sólo inútil, sino ridícula. ¿Qué podía yo esperar del tiempo? Ni yo esperaba, ni mi razón tampoco, pero sí mi amor.

»Corrían los últimos días de septiembre, y se hablaba ya de regresar á Pavía, cuando una noche después de cenar vimos entrar á Fernando, á quien no se esperaba.

»Un grito de despecho hizo eco en mi corazón á la exclamación de sorpresa de los demás. Se le recibió con alegría, se le hizo sitio en la mesa y se aplaudió la buena idea que había tenido; y el malhadado, implacable en su fortuna, volviéndose á mí, me preguntó por mis flores, como si estuviese persuadido de que, durante su ausencia, no había podido ocuparme de otra cosa.

—»También á mí me han gustado mucho las flores, pero cuando era muchacho, añadió.

»Un estremecimiento de ira me recorrió todo el cuerpo.

—»¿Y cuántas semanas hace que han dejado de gustarle á usted las pobres flores?, pregunté reprimiéndome á duras penas.

»Ticia se echó á reir y Fernando se mordió los labios.

»Era la víspera del regreso á Pavía; las mujeres se habían quedado en la casa arreglando el equipaje, y el capitán, temeroso del frío húmedo de la noche, se había retirado poco antes y fumaba para calentarse apoyando el codo en el antepecho de la ventana.

»Sin quererlo, Fernando y yo nos encontramos solos.

»A los pocos instantes de silencio, me dijo:

—»¿Sabe usted, Sr. Luciano, lo que pienso en este momento?

»Y como yo no le contestara al punto, añadió en tono confidencial:

—»Pues pienso que está usted enamorado.

—»¿De veras?, dije. Usted se burla.

—»Nada de eso: y pienso además que está usted enamorado de mi prima.

(Continuará)

Un cementerio en el mar.— Naufragios y salvamentos en las costas de Terranova

El cabo más importante del mundo es el de Race, que forma la extremidad Sudeste de Terranova y cuya fama es bien poco envidiable. Nace su importancia de su situación geográfica; su mala reputación, de la larga y horrible serie de naufragios en él ocurridos. Mucho se ha hablado, en estos tiempos de viajes rápidos, del cabo Race y de la importancia que tiene en los problemas de la navegación transatlántica.

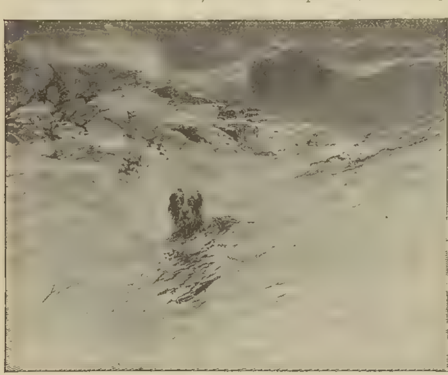


Fig. 1. – En el naufragio del *Harpooner*, en el que perecieron 306 personas, un perro de Terranova, nadando, llevó con gran trabajo y exposición una cuerda desde el barco á unas rocas, pudiendo de este modo salvarse varias vidas.

Hasta hace cinco años pasaban junto á él los vapores de las líneas de Nueva York; pero el temor de chocar con los hielos flotantes, de echar á pique los barcos pescadores ó de irse á tierra ha sido tal, que les ha hecho adoptar otras rutas. Pero todos los demás buques que cruzan el Océano tienen que darle vista y muchos han sido los que allí han hallado su tumba.

Fig. 2. – Modo de salvar náufragos por medio de un cable que pone en comunicación la tierra con el buque perdido

El camino más corto entre los puertos del Norte de América y los del de Europa pasa junto á dicho promontorio, cuyos vigías avistan cada año unos tres mil barcos.

Algunas de las tragedias más terribles que recuerdan los anales marítimos han sucedido en esa escarpada y peligrosa costa.

En el espacio de cuarenta años, según datos oficiales, ocurrieron 94 naufragios completos, sin incluir los buques encallados y puestos luego á flote, pereciendo en ellos cerca de 2.000 personas y perdiéndose seis millones de libras esterlinas, valor de los buques y de su carga. Solamente en el año 1902, ocho vapores y dos buques de vela naufragaron, ahogándose 35 personas y desapareciendo un valor total de 400.000 libras esterlinas.

Débense esos desastres á dos causas: las nieblas y las corrientes. Todos los armadores quieren hoy que sus buques efectúen viajes rápidos, que impliquen menores gastos, y el capitán que anda despacio pronto pierde su colocación, por lo que todos toman el camino más corto, aun á riesgo de tener choques ó de embarrancarse, y el más corto de todos es pasando junto al cabo Race, y casi toda aquella región del Océano está por lo regular envuelta en la espesa niebla, originada por el contacto de las aguas calientes del Gulf Stream con las heladas corrientes que bajan del polo Artico, y ese encuentro de las aguas de tan distintas temperaturas forma un remolino que perturba todo el mar cercano, formando una corriente que se dirige al Norte, avanzando hacia el cabo Race, donde se divide en dos, subiendo una por la costa oriental, hacia San Juan, y penetrando la otra en la bahía de Santa María.

Estas corrientes son variables y no pueden señalarse en los mapas, cambiando su fuerza y dirección según el viento que sopla, é infunden gran temor á los navegantes prácticos en aquellas costas; los que no las conocen son los que no hallan motivo para alarmarse hasta que se ven atraídos hacia su pérdida como por un imán. El barco que se dirige al Oeste principia á sentir la influencia de la corriente oriental varias horas antes de llegar al cabo, y su proa comienza á desviarse insensible y constantemente del rumbo verdadero, hasta que, si no se advierte á tiempo, va á dar contra las rocas. El que marcha al Este encuentra los mismos peligros en la corriente que penetra en la bahía de Santa María.

Claro está que estas desgracias ocurren en días de niebla, y entonces el capitán ó tiene que moderar su andar y perder por lo tanto mucho tiempo, ó continuar con la misma velocidad confiando en sus vigías para que le adviertan el peligro; pero muchas veces falta esa confianza, y la primera noticia que del peligro tienen los de á bordo es cuando el barco toca el fondo y se estrella contra las rocas. La zona peligrosa abraza un radio de 30 millas.

Sin embargo, por un barco que se pierde, centenares pasan con toda seguridad, debido en gran parte á los botes pescadores que ejercen su industria á pocas millas de la costa, y cuyas bocinas de día y luces de noche advierten el peligro á los buques que cruzan en tiempo neblinoso; pero este saludable aviso falta en los tempestuosos, en que no pueden los pescadores hacerse á la mar, y por este motivo, en 1899 tres buques naufragaron en la costa Norte del cabo Race, en veinticuatro horas y en el espacio de dos millas.

Todos esos pescadores sacan gran provecho de los naufragios, teniendo gran habilidad y presteza para descargar en poco tiempo los buques que naufragan. Cuando es de presumir, por el estado del tiempo, que hayan de ocurrir naufragios que no les es dable evitar, corren los pescadores á las playas, donde permanecen en espera, prontos, primero, á salvar vidas, luego á desbalijar los barcos.

Sobre todo los de la costa Sur de Terranova confían en que unos cuantos siniestros vengan á ayudarles á sostener las familias.

El difunto obispo católico de San Juan Monseñor Power preguntaba, cerca del cabo Race, al reverendo padre Hennesbury, cura de Frepassey, con quien estaba comiendo, cómo lo pasaban sus fieles aquel invierno. «Muy bien, monseñor —contestó el cura,— con la ayuda de Dios y de unos cuantos naufragios.»

Pero al mismo tiempo esos hombres están siempre dispuestos á arriesgar su vida por salvar la de los náufragos, y combatiendo una y otra vez las encrespadas olas en sus resistentes lanchas, son muchos los infelices que substraen á las garras de la muerte, prodigándoles luego toda clase de caritativos socorros y brindándoles cumplida hospitalidad. Muchos poseen medallas de la sociedad de salvamento de náufragos y raro es el que no ha contribuído á la salvación de sus semejantes. Se cuenta de uno que ha recogido, para que recibieran cristiana sepultura, 229 cadáveres de ahogados, descompuestos y mutilados, sin haber jamás recibido un céntimo ni del gobierno ni de los armadores. A veces puede establecerse una comunicación entre tierra y el buque náufrago por medio de una fuerte soga, y mientras ésta no se rompe se procede á salvar las personas del modo que representa el grabado fig. 2. Otras, después de inauditos esfuerzos para descolgarse hasta el mar desde lo alto de las inaccesibles rocas, sólo halla el atrevido marinero un cadáver, al que recoge para darle cristiana sepultura (fig. 3).



Fig. 3. – Después de inauditos esfuerzos para descolgarse hasta el mar desde lo alto de las inaccesibles rocas, sólo halla el intrépido marinero un cadáver, al que recoge para darle cristiana sepultura.

Una de las más terribles catástrofes que en aquellos parajes han tenido lugar ha sido la del transporte inglés *Harpooner*, el 10 de noviembre de 1816, en la que perecieron 306 personas. Llevaba de Quebec á Inglaterra soldados con sus familias, ascendiendo á 380 el número de los que iban á bordo.

Después de varios días de nieblas y tempestades, encalló en un arrecife cerca del cabo Pine, poco antes de media noche, desarrollándose una horrorosa escena á medida que los asustados pasajeros abandonaban corriendo y á medio vestir sus lechos, precipitándose sobre la cubierta. Trataron algunos de echar al agua los botes, pero ó bien fueron barridos por las olas ó se sumergieron con ellos en cuanto al agua llegaron.

El choque contra las rocas hizo saltar los mástiles de su lugar, matando á muchos en su caída. Otros quedaron asfixiados y aplastados antes de llegar á la cubierta, ó estrellados contra la obra muerta.

Después de una noche horrible, vino el día. A popa colgaba aún un bote, que pudo echarse al mar, y el piloto y cuatro marineros se embarcaron en él para ir á pedir socorro; pero antes de llegar á tierra embistió el bote contra unas rocas y escaparon con vida por milagro, pudiendo con dificultad subir sobre las piedras, desde donde ningún auxilio podían prestar á los del barco.

El capitán traía á bordo un hermoso perro de Terranova; arrojóle al mar, atada á su cuerpo una cuerda, y el sagaz animal nadó hacia las rocas, adonde llegó después de penosísimos esfuerzos (fig. 1). Por medio de aquélla hízose llegar á las rocas otra cuerda más gruesa, que quedó bien sujeta, y dióse principio al salvamento de los que en el buque quedaban. Pero al mediodía, cuando ya habían pasado unos 30, la soga, gastada por el roce con las piedras, se rompió, quedando sin esperanza de salvación los que aún no habían salido del barco. Algunos se arrojaron al mar, otros se amarraron á tablas y maderos, otros construyeron balsas, pero casi ninguno se salvó, pereciendo en su mayor parte estrellados por las olas contra las rocas. Por la tarde destrozóse por completo el casco, pereciendo los últimos que aún en él se guarecían. Los que habían logrado escalar las rocas pasaron en ellas una noche cruel y fueron al otro día salvados por algunos pescadores. Caso extraño: la esposa de un soldado dió á luz un niño aquella noche sobre las piedras, y madre é hijo se salvaron.

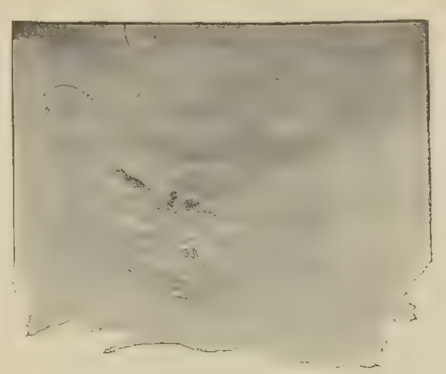


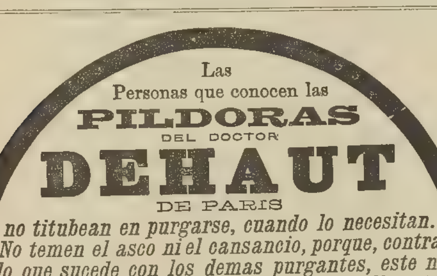
Fig. 4. – Nadie se salvó del naufragio del *Helgoland* en 1900. El último sobreviviente hizo inauditos esfuerzos para coger el extremo de una soga que le habían arrojado, pero todo fué en vano.

Una de las catástrofes más patéticas y conmovedoras fué la pérdida del vapor *Helgoland* en las cercanías de Shotts el 10 de enero de 1900. Iba de Filadelfia á Hamburgo cargado de petróleo, y en medio de una fuerte nevada chocó con la roca llamada de Gull, aguja de granito de 250 pies de altura, separada de la costa por un canal de 50 varas de ancho, por donde el mar se precipita con gran fuerza y velocidad. La carga del *Helgoland* debió inflamarse al chocar el barco, porque las llamas reflejadas en el cielo á media noche llevaron la nueva á los habitantes de Río de Pedso, distante unas 15 millas. Era este el sitio habitado más próximo, y aunque en pleno invierno y sin caminos, pusiéronse en seguida en marcha en medio de la nieve, llevando á cuestas los aparejos de salvamento. Era el amanecer cuando llegaron al sitio del desastre, presentándose á su vista un triste espectáculo. El buque estaba encallado en un arrecife, con el casco casi sumergido, y en todo el mar adyacente, en algunas millas de extensión, ardía el petróleo que sobrenadaba.

Amarrados á la vergas más altas estaban tres marineros, únicos supervivientes; cuando vieron á los que llegaban á la costa les gritaron pidiendo socorro que éstos no podían prestarles. Toda aquella costa, por espacio de muchas millas, es una inmensa muralla de rocas donde nadie habita ni existen botes y aunque los hubiera habido no era posible que navegasen en aquella mar. Nadie podía bajar por el acantilado; las olas los hubieran estrellado contra las piedras. El canal no permitía el paso á la roca Gull y los espectadores se hallaban en la imposibilidad de hacer otra cosa más que ver cómo sus semejantes perecían. Uno de los tres marineros se desató, se arrojó al mar y nadó hacia la costa, arrastróle la corriente y á los pocos minutos le vieron estrellarse contra las rocas. Dos horas después caía otro de ellos, junto con la verga á que estaba sujeto, á impulso de las olas, y desaparecía entre la espuma para no volver á salir más.

Por último, el único que quedaba, de barba blanca y reluciente calva, viendo que el casco se hacía pedazos, se desató, sacó un pedazo de tabaco de mascar del bolsillo de su blusa, mordió un trozo de él y con toda resolución se arrojó al mar, tratando de ganar á nado la base del promontorio, hasta donde pendía el extremo de una cuerda lanzada desde lo alto. Pero las olas eran demasiado fuertes; por tres veces intentó coger la cuerda, pero no pudo (fig. 4). Viendo la inutilidad de sus esfuerzos, volvióse atrás, subió otra vez á la verga, saludó con la mano á los que llenos de emoción le contemplaban, volvió á atarse y esperó resignado la muerte, que no tardó en llegar. Era en lo crudo del invierno, la temperatura glacial: pronto echó hacia atrás la cabeza, el cuerpo desplomóse y todos comprendieron que la sangre se había helado en sus venas.

Se preguntará, sin duda, por qué no se hace algo para impedir que tantos desastres ocurran en el cabo Race. La contestación es que sería necesario establecer á todo lo largo de la costa torres que dieran la señal de alarma durante las nieblas, y que su erección y sostenimiento serían demasiado costosas para el gobierno de Terranova. Pero como los buques del Canadá son los que más peligro corren, es de esperar que antes que pasen muchos años su gobierno y la compañía del Lloyd, que tantas pérdidas experimenta, se pondrán de acuerdo para levantarlas y hacer que las terribles desgracias que tanta notoriedad han dado al cabo Race pasen á la categoría de las cosas desaparecidas y que puedan los buques aproximarse al temido promontorio sin temor á hallar también su tumba en aquel cementerio del Océano. —P. T.



AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.





LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris


Inauguración del puente de San Baudilio de Llobregat (Barcelona). — La procesión dirigiéndose al puente para la ceremonia de la bendición é inauguración.

EL NUEVO PUENTE CONSTRUÍDO SOBRE EL LLOBREGAT

Hace pocos días se inauguró este puente. Asistieron al acto el Ilmo. Sr. Obispo auxiliar de esta diócesis, el Excmo. Sr. Gobernador Civil de la Provincia, el Excmo. Sr. Presidente de la Diputación Provincial, el ayuntamiento de San Baudilio, representaciones de varias sociedades y un público inmenso.

Después del solemne oficio que se celebró en la iglesia parroquial de San Baudilio, organizóse la procesión que debía trasladarse al puente para la bendición é inauguración del mismo.

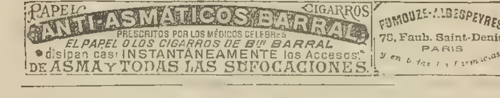
Llegada la comitiva al puente, el señor obispo, revestido de capa pluvial y mitra, lo bendijo, después de las preces de rúbrica, y lo recorrió de un extremo á otro.

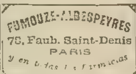
Las autoridades invitadas se dirigieron al Centro Samboyense, en donde se les sirvió un banquete, terminado el cual el secretario de la comisión de propietarios Sr. Aleu dió las gracias al gobierno por haber costeado el puente y á las autoridades é invitados por haber asistido al acto. Hablaron luego el alcalde de San Baudilio Sr. Valls, el vicario D. Baudilio Cardona, el Dr. Estebanell, el diputado provincial Sr. Sostres, el Sr. Cornet y Mas, director de la Maquinista Terrestre y Marítima, constructora de las obras, el presidente de la Diputación Provincial Sr. Espinós y el señor Gonzalez Rothwos, gobernador civil de esta provincia.

El nuevo puente de San Boy se halla emplazado á un kilómetro de distancia antes de llegar á San Boy y está unido á la carretera por una nueva sección construída por los propietarios. Tiene 150 metros de longitud por 7 de ancho. La altura de los pilares es de 7 metros desde el nivel del río y de 15 desde el fondo, ó sean 8 metros empotrados: es de siete tramos y su peso total es de 264 toneladas. Probado en carga estática á razón de 300 kilogramos por metro cuadrado y carga en movimiento, resiste dos carromatos de 12 toneladas y cuatro carros de 9. La construcción del puente la inició el general Prim en 1869, habiendo comenzado las obras en junio de 1901 y terminado en 1903. Conforme al contrato celebrado entre el gobierno y la casa constructora, el puente no debía quedar terminado hasta 1906: ha sido, pues, entregado al servicio público dos años antes de la fecha convenida.

Las fotografías que adjuntas reproducimos nos han sido facilitadas por el Sr. Castells y Vidal, á quien damos las más expresivas gracias por su atención.


Vista del puente durante la ceremonia de la bendición é inauguración (de fotografías de Pedro L. Castells Vidal)





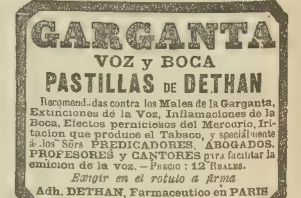
JARABE DE DENTICIÓN
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR DELABARRE

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.









ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 28 de marzo de 1904 — Núm. 1.161

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

ARTE RELIGIOSO



¡PIETÁ!, cuadro de Lamberto Goria. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Roma.)

El artista que logra producir una impresión profunda tratando un tema gastado, que ha inspirado hermosas obras á los más grandes maestros de la pintura, bien puede alabarse de haber logrado un éxito que se sale de lo normal y corriente. El grupo que con el nombre de *Pietá* se conoce ha sido representado millares de veces en el lienzo y en el mármol, y no es aventurado afirmar que los artistas más famosos han consagrado por lo menos uno de sus cuadros ó de sus esculturas á reproducir la conmovedora escena de la Virgen Madre abrazada al cadáver de su Divino Hijo. Sin embargo de ello, el notable pintor italiano Lamberto Goria no ha vacilado en tratar este mismo asunto, y justo es reconocer que lo ha hecho con verdadero talento, pues así la figura de la Virgen como el cuerpo de Jesucristo yacente están admirablemente trazados, y por su expresión y por su ejecución revelan la mano de un artista de mérito.

ADVERTENCIA

Está encuadernándose y próximamente lo repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Hazte cuenta, lector, que por arte de encantamiento un mágico prodigioso te traslada á las orillas del Ganges, y que guiado por el tal mágico, penetras en las intrincadas selvas que se extienden al pie del Himalaya ó paseas por las calles de Calcuta ó asistes á fiestas y ceremonias regias en algunos de aquellos palaciones que describen los poemas orientales... Si tu fantasía evoca y finge todo este mundo exótico y deslumbrante, tendrás idea de la asombrosa creación que han sabido realizar María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza al poner en escena *El dragón de fuego*.

Magnífico es el decorado, pero con mucho le superan en magnificencia los muebles y los trajes. Ni en unos ni en otros hay nada de guardarropía: cada cosa ha sido construída ó confeccionada ad hoc en los mejores talleres y por los más hábiles artífices. Tapices, túnicas, mantos, plumeros y joyeles, todo es lujoso, todo artístico, todo rico...

Y sin embargo, *El dragón de fuego*, aunque adornado y defendido con tan esplendorosas é inusitadas galas, sólo á duras penas pudo obtener la noche de su estreno lo que los franceses llaman un *succès d'estime:* las artes escénicas, que deben ser lo secundario ó más bien lo accesorio en la obra dramática, convirtiéronse en lo principal en la comedia de Benavente: el maquinista, el pintor escenógrafo, el mueblista y el sastre eclipsaron al autor. Quizás Benavente no se propuso al escribir su *Dragón de fuego* hacer servir el arte literario de pretexto para una exhibición de trajes y telones; pero es lo cierto que este ha sido el resultado, aunque fuese otro el propósito.

Y no quiere decir lo anterior que *El dragón de fuego* no contenga grandes bellezas literarias. Estoy por asegurar que ninguna de las obras de Benavente tiene tantos primores de detalle, conceptos tan altos ni frases tan felices como su última producción escénica; pero en ella faltan aquel vigor y relieve de los caracteres, aquella rápida y enérgica expresión de las pasiones, aquella cohesión é interés, sin cuyas cualidades la obra dramática no puede cautivar la atención de los espectadores. No bastan unas cuantas perlas para formar un collar; es necesario ante todo que estén convenientemente ensartadas.

En *El dragón de fuego* se pintan, á la verdad con muy negros colores, los procedimientos perversos con que la astuta Silandia —que es sin duda «la pérfida Albión»—logra apoderarse del Nirvan (un país cualquiera de las orillas del Ganges). Los procedimientos silandeses consisten en sembrar el odio y la desconfianza en el país apetecido, fomentando las divisiones en la familia reinante y la revuelta en los pueblos á fin de justificar la intervención, y por consiguiente, la conquista.

Al cabo esta política astuta da el resultado previsto, y tras una tragedia espantosa en el palacio real y una sublevación sofocada á tiros en el país, el reino del Nirvan queda de hecho sometido á Silandia y el rey nirvanés Danizar convertido en súbdito coronado de aquella poderosa nación.

Ni la lucha entre los dos pueblos, ni las desventuras de Danizar, ni el trágico desmoronamiento de la real familia lograron avivar, ni fijar siquiera, el interés del público, que salió del teatro haciéndose, sí, lenguas del lujo y riqueza desplegados en la *mise en scene* y el atrezzo, pero fatigado de los episodios un tanto incoherentes y de la tristona monotonía de la obra.

* * *

El lujo con que, según queda dicho, ha sido presentado *El dragón de fuego* en el Español, forma violentísimo contraste con la manera miserable y ruin con que la *troupe* Leblanc ha ejecutado en la Comedia unas cuantas obras de Mæterlinck. Ni decorado, ni vestuario, ni nada verdaderamente artístico—en lo tocante á la representación traía la susodicha compañía. Los dramas del escritor belga han sido torpemente mutilados por sus intérpretes y arregladores, ó mejor dicho, desarregladores. Ellos han suprimido personajes, cercenado actos, cambiado escenas, convertido, en fin, en merienda de negros las quinta esenciadas producciones del autor de *Monna Vanna.*

Tan graves atentados contra el arte no han sido obstáculo para que el público que por aquí llamamos selecto, y que lo es desde el punto de vista de la indumentaria, llenase las tres noches en que la tropa Leblanc ha funcionado el teatro de la Comedia, pagando las localidades á precios fabulosos.

Y no hay que decir que la elegante concurrencia perdonaba el coscorrón por el bollo, quiero decir que por el contentamiento y deleite estético de saborear las bellezas de los dramas de Mæterlinck pasaba por alto lo desatinado de la ejecución. Nada de eso: al público, en general, le aburría soberanamente la poesía etérea y quebradiza de puro sutil del escritor belga.

Cuatro obras han sido las ejecutadas: *Monna Vanna*, *Joycelle*, *Aglavaine y Selisette* y *La intrusa*. De todas ellas, la primera es la que más se acerca al patrón dramático corriente. Su argumento, sugerido, sin duda, por la historia de Judith, tiene bastante parecido con la escena capital de *Salambó*. Monna Vanna ó María Juana es la esposa del caudillo principal de los pisanos. Pisa está sitiada por los florentinos, mandados por un condottiero llamado Prinzivalle. La situación de los pisanos es tan desesperada que hasta se disputan, para comerla, la hierba que nace entre las losas de las calles. En tal extremidad se recibe un mensaje del campo enemigo: Prinzivalle levantará el cerco de la ciudad y mandará á ella cuantiosos víveres, siempre que Monna vaya sola y desnuda, envuelta en un manto, á pasar la noche en la tienda del condottiero. Guido, el esposo de Vanna, recibe el mensaje con la indignación que es de suponer en un marido enamorado; pero Vanna, sobreponiendo á su castidad el amor á la patria y su deseo de salvar de los horrores del hambre y del saqueo á los pisanos, decide someterse á la imposición de Prinzivalle.

En el segundo acto el mercenario de Florencia espera en su tienda la llegada de Monna Vanna. No se hace ésta esperar: envuelta en el manto que cubre su desnudez, preséntase ante el exigente caudillo. Afortunadamente, Prinzivalle no es un malvado: ama con pasión violenta á Monna Vanna, á quien conoció en época remota; pero cuando la ve en su poder y á merced de su voluntad, pórtase con ella, no como injusto forzador, sino como respetuoso y rendido caballero. Pisa, pues, será salvada sin detrimento de la honra de Vanna. En efecto, á una señal del condottiero, los sitiadores levantan el cerco de la ciudad, mientras un convoy de víveres preparado por Prinzivalle entra por las puertas de Pisa. Tan generosa conducta ha de ser castigada duramente por Florencia, que se considerará traicionada por el condottiero; pero Monna dice á éste: «Tú has salvado á Pisa; yo te salvaré á ti. Ven conmigo.»

Y juntos Monna y Prinzivalle entran en la ciudad, que delirante de alegría al verse libre de sus pasados males, aclama con entusiasmo á su salvadora. El único que no participa de tal entusiasmo es Guido: al contrario, arde en deseos de venganza contra el hombre á quien supone autor de su deshonra. En vano Monna jura y perjura que ha sido respetada; Guido no da crédito á tales juramentos; quiere dar muerte á Prinzivalle, y declara con toda solemnidad que solamente le concederá la vida si Monna Vanna confiesa que ha pertenecido al condottiero. Monna entonces, en parte porque le indignan las dudas de su esposo, en parte porque su corazón no ha sido insensible al amor abnegado de Prinzivalle, declara cuanto Guido quiere, y pide que se le entregue al prisionero para vengarse—dice—de él, cosa que el esposo, encantado, concede á Vanna, la cual da á entender bien claro su propósito de huir con el generoso condottiero.

Más originales y de mayor encanto que *Monna Vanna*, verdaderos poemas llenos de misteriosa vaguedad, son *Joycelle*, paráfrasis en cinco actos de la repetida afirmación cuyo origen arranca de las *Sagradas Escrituras* «El amor es más poderoso que la muerte,» y *Aglavaine y Selisette*, en que el autor se propone demostrar que el amor verdadero es aquel que, libre de celos y de toda pasión baja, encuentra su supremo deleite en el sacrificio.

Pero ninguno de estos poemas representables es tan emocionante y sugestivo como el tétrico cuadro titulado *La intrusa*, en el cual Mæterlinck logra hacer sentir al público el invisible paso de la muerte por la escena. De todas las obras representadas por la compañía Leblanc, sólo *La intrusa* llegó á interesar y á conmover al público.

* * *

Días antes de la llegada á Madrid de la compañía Leblanc, y con motivo del beneficio de María Tubau, en el teatro de la Princesa se estrenó un diálogo de Doña Emilia Pardo Bazán, titulado *La suerte*. El público escogidísimo que llenaba aquella elegante sala, y del cual formaba parte la familia real, tributó á la insigne escritora una ovación entusiasta.

Al diálogo de la señora Pardo Bazán puede aplicársele aquello de *Maximus in minimis:* lo reducido de sus proporciones no es obstáculo para la grandeza de su mérito, antes bien avalórase éste por la dificultad que supone desarrollar en tan breve tiempo (20 minutos) una verdadera tragedia, con sus caracteres vigorosamente trazados, su interés gradual, su lógica y conmovedora catástrofe.

Ña Bárbara es una anciana gallega que allá en sus lejanas mocedades ha recogido á costa de inaudito trabajo una buena porción de arenillas de oro, de las que arrastra el Sil en su corriente. Aquel oro tan ruda y fatigosamente ganado, escondido ahora en el fondo de viejo arcón, constituye para la pobre vieja algo así como la substancia de toda su vida de trabajo, la sangre, como ella dice, de su mocedad. Con Ña Bárbara vive Payo, mozo sacado por la anciana del Hospicio. Es el tal Payo tan tímido y para poco como la más asustadiza muchachuela. Mas á pesar de su timidez y apocamiento, las burlas del novio de Margarida, moza á quien Payo quiere con toda su alma, le sacan de tino y le encienden la sangre.

Todo esto se lo cuenta el muchacho á su protectora, después de decirle que acaba de salir soldado. La vieja, conmovida por el relato de Payo, abre el arca en donde guarda el oro del Sil y se lo entrega al joven para que se libre del servicio militar. «Toma —le dice.—Ese mal hombre que te echa en cara que no tienes madre, verá que tienes aquí en Ña Bárbara una mujer que como á hijo te quiere.»

En este momento, y al salir Payo de la cabaña con el saquito de las arenillas de oro, encuéntrase con Margarida y su novio, los cuales, como de costumbre, se burlan de él. El muchacho, furioso, lánzase sobre su rival, la moza huye asustada, luchan encarnizadamente los dos hombres y el pobre Payo cae en el río con el tesoro de la anciana. Ña Bárbara, que aterrada ha presenciado esta escena, exclama con supersticiosa resignación: «¡La suerte!»

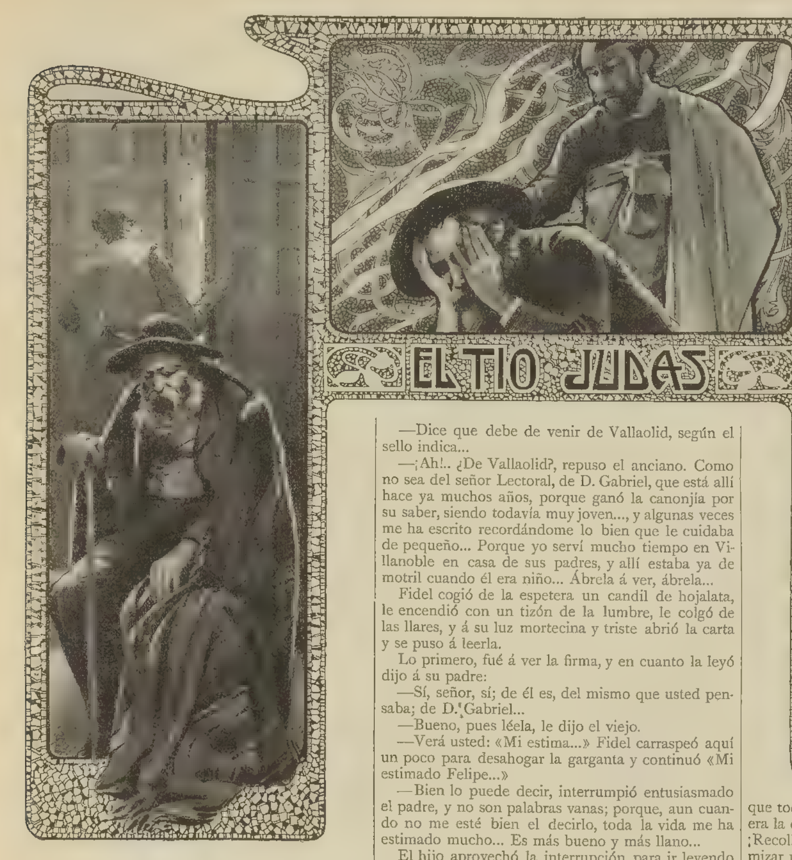
Tal es, mal contado, el argumento de esta conmovedora tragedia, que su autora llama modestamente *diálogo*, y que en mi entender es lo más acabado y perfecto de cuantas obras se han estrenado este año en los teatros madrileños.

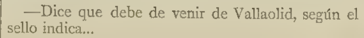
* * *

El género llamado chico sigue de mal en peor. En Apolo, «la catedral del susodicho género,» venía anunciándose con bombo y platillos una zarzuela de los Sres. Arniches y Caballero, titulada *El día de San Eugenio*. Llegó la noche de tal día, y el público, que está ya harto de melodramas comprimidos, chulas sensibles y chulos románticos, armó en la *catedral* un escándalo como el que suele armarse en las catedrales de verdad los días de tinieblas.

Ha sido esta grita una advertencia que sin duda no ha caído en saco roto, porque es lo cierto que las empresas de los teatros por horas se muestran muy parcas en estrenos.

Zeda.





Llegó la carta del señor Lectoral un domingo al obscurecer, á la hora y en el día en que solían llegar á Vallejín las cartas, porque las traía de la Llosa el individuo de Ayuntamiento cuando volvía de la sesión, que se celebraba siempre los domingos por la tarde.

A la Llosa, que era la capital, venía un peatón lo menos dos veces á la semana, y hasta tres en buen tiempo; pero las cartas que había para los otros pueblos del Municipio, que no solían ser muchas, aun cuando llegaran el lunes, allí se tenían que estar en la *estafeta*, que era la cocina del secretario, rodando por encima de la trébede, hasta el domingo.

El de Ramos, señaladamente, al entrar en Vallejín ya casi de noche el concejal, que era por entonces un vecino á quien llamaban Maturrangas, porque en realidad sabía muchas, se cruzó en la calle junto á la casa bajera con una mujer que desde la última quinta tenía un hijo al servicio.

—¿No me traes carta?, le preguntó al pasar.

—No, la contestó él; no traigo más que una para el tío Felipe.

—¿Para el tío Felipe?.. Pues ¿quién le escribirá?, replicó ella.

—No sé... De Vallaolid me parece que viene, la dijo Maturrangas.

Y siguió por la calle arriba.

Al llegar á la casa del tío Felipe se ladeó hacia la puerta, llamó y salió en seguida Fidel, su hijo.

—Toma, una carta para tu padre, le dijo el regidor alargándosela.

—¡Colle!, ¿para mi padre?, dijo Fidel maravillado, ¿De quién demóginos será?..

—No sé... De Vallaolid es el sello que trae; pero de quién sea no es fácil saberlo... no abriéndola.

—Pues si quieres entrar, pronto lo averiguamos.

Y con la curiosidad de saber de quién era la carta, entró Maturrangas tras de Fidel hasta la cocina.

Allí estaba el tío Felipe bien abrigado tras de los tizones, y también se extrañó bastante cuando Fidel le anunció el suceso diciéndole:

—Trae Dionisio una carta para usted, padre.

—¿Una carta para mí?.. ¡Pero, hombre!.. ¿Pues quién se habrá acordado á estas horas de este pobre viejo?

—Dice que debe de venir de Vallaolid, según el sello indica...

—¡Ah!.. ¿De Vallaolid?, repuso el anciano. Como no sea del señor Lectoral, de D. Gabriel, que está allí hace ya muchos años, porque ganó la canonjía por su saber, siendo todavía muy joven..., y algunas veces me ha escrito recordándome lo bien que le cuidaba de pequeño... Porque yo serví mucho tiempo en Villanoble en casa de sus padres, y allí estaba ya de motril cuando él era niño... Ábrela á ver, ábrela...

Fidel cogió de la espetera un candil de hojalata, le encendió con un tizón de la lumbre, le colgó de las llares, y á su luz mortecina y triste abrió la carta y se puso á leerla.

Lo primero, fué á ver la firma, y en cuanto la leyó dijo á su padre:

—Sí, señor, sí; de él es, del mismo que usted pensaba; de D. Gabriel...

—Bueno, pues léela, le dijo el viejo.

—Verá usted: «Mi estima...» Fidel carraspeó aquí un poco para desahogar la garganta y continuó «Mi estimado Felipe...»

—Bien lo puede decir, interrumpió entusiasmado el padre, y no son palabras vanas; porque, aun cuando no me esté bien el decirlo, toda la vida me ha estimado mucho... Es más bueno y más llano...

El hijo aprovechó la interrupción para ir leyendo la carta en silencio, por si decía alguna cosa que no debiera oir Maturrangas, y cuando se convenció de que no había peligro ninguno, volvió á leer alto. La carta decía:

«Mi estimado Felipe: Como no me olvido nunca de ti, ni de tus buenos servicios en casa de mis padres, y me acuerdo especialmente del cariño con que me tratabas cuando me ibas á llevar á la escuela, he pensado que te convendría una plaza de *apóstol* en León en esta Semana Santa, y habiendo escrito al vuestro señor obispo pidiéndosela para ti, me la ha concedido. De modo que el Lunes Santo por la mañana te pones en camino para dicha ciudad, acompañándote tu hijo ó tu yerno, porque ya, á la edad en que estás, no debes viajar solo. Llegas á León, Dios mediante, el martes por la tarde; te presentas luego al secretario de Cámara de Su Ilustrísima diciéndole que eres mi recomendado, y ya no tienes que hacer más que lo que él te mande. Así recibirás lo primero no poco provecho espiritual meditando en los misterios sublimes de nuestra redención, al tomar parte en su representación augusta, y además te darán bien de comer, te vestirán de nuevo de pies á cabeza, pantalón, chaleco y chaqueta de paño de Prádanos decente, sombrero y zapatos, y te darán una onza de oro, que no te vendrá mal para ayuda de vivir, según lo contrarias que se van poniendo las cosas.

»Que Dios te conserve en gracia y en salud, como lo desea y se lo pide tu afectísimo

»Gabriel de Viana.»

No es cosa fácil, ni posible siquiera, pintar con palabras la alegría que se apoderó del tío Felipe al verse tratar con tanta amabilidad por persona tan ilustre, y al considerar la fortuna que se le venía encima... Un vestido nuevo de arriba á abajo cambiar su ropa de sayal vieja y remendada por otra nueva de paño recién salido de la tienda..., y como si esto no fuera bastante, una onza de oro por añadidura... Todo ello aparte del honor de que le lavara los pies el señor obispo y de que le hablara y conversara con él, que seguramente lo haría muy afable, por consideración á la persona que le recomendaba...

También Fidel se puso contento; pero á éste, aunque todo le parecía bien, lo que más gracia le hacía era la onza... Una onza así, como llovida del cielo... ¡Recolle!.. Tanto como había que trabajar y economizar para que, después de pagar el tercio de contribución, quedara de repuesto siquiera un duro..., y encontrarse con dieciséis de un golpe...

Como la llegada de una carta á Vallejín era casi un acontecimiento, y más viniendo dirigida á un pobre viejo y retirado del mundo como el tío Felipe, la mujer con quien primero había hablado el concejal portador contó en seguida el caso á otra, esta otra se lo dijo á otras varias; así fué que pronto cundió la noticia por el lugar, y las personas curiosas, mujeres la mayor parte, unas á título de parientas, otras de vecinas, fueron desfilando hacia casa del tío Felipe á ver de quién era la carta y qué traía de bueno; de manera que al cuarto de hora ó poco más, estaba ya llena de gente la cocina.

La primera que llegó fué Marcela, una hermana del cuñado de Fidel, y nada más entrar, preguntó á éste llanamente:

—¿De quién es la carta, niño?

—De un señor canónigo de Vallaolid, la contestó él; del señor Lectoral..., un señor muy sabio y muy bueno, que es amigo de mi padre...

—Y qué dice, volvió á preguntar ella.

—Que tiene que ir mi padre á León á ser apóstol.

—¡Jesús! ¿Ahora otra vez?.., dijo una rapazona que había entrado detrás de Marcela.

—¿Cómo que otra vez?, la replicó Fidel. Mi padre no ha sido todavía ninguna vez apóstol.

—Pero digo que si otra vez va á haber apóstoles ahora, replicó ella, como cuando Nuestro Señor andaba por el mundo.

—No, mujer no, la dijo el tío Felipe; los apóstoles de ahora son figurados, vamos al decir; son una representación de aquéllos...

—Justo, añadió Maturrangas, queriendo meter su cucharada y lucir su saber; son doce pobres, á quienes el Jueves Santo da de comer el señor obispo y les lava los pies en memoria de que lo hizo Jesucristo con los doce apóstoles; y uno de esos doce pobres va á ser este año el tío Felipe.

—Eso de pobres, dijo Fidel, será según se entienda; porque mi padre verdad es que no es rico, pero tampoco anda ni anduvo nunca pordioseando, ni querrá Dios que llegue á pordiosear, mientras yo tenga manos para manejar la esteva y la azada y el hacha...

Bueno, rectificó Maturrangas: lo mismo es doce ancianos; pero quiere decirse que aquí en este pueblo nadie debe darse por ofendido de que le llamen pobre, pues el que más y el que menos...

A todo esto iba entrando gente en la cocina, y cada persona que entraba hacía las mismas preguntas: «¿de quién es la carta?.. ¿qué dice?»

Repetían con agrado el padre ó el hijo á cada interrogante las mismas contestaciones; pero algunas mujeres seguían haciendo preguntas y más preguntas, dejando entrever que no quedaban satisfechas si no se las leía la carta; y no tuvo Fidel más remedio que volver á leerla cuando una moza, menos disimulada que las demás, se lo suplicó expresamente.

—Léela otra vez, chacho, ¿qué te cuesta?..

—Bueno; pues coge tú el candil y alúmbrame bien, que allí colgado de los llares, con el humo que sube del hogar, apenas luce.

Cogió el candil la moza y comenzó Fidel á leer de nuevo la carta, rodeándole la concurrencia y empinándose las mujeres unas por detrás de las otras para verle bien, porque se las figuraba que, aun cuando oyeran la lectura, si no veían al lector no quedaban bien enteradas.

Cuando acabó de leer se multiplicaron los parabienes de los circunstantes al futuro apóstol y á su familia, que estaban llenos de satisfacción; pero no faltó quien se encargara de aguarles el vino.

¿Y qué apóstol va á ser el tío Felipe?, preguntó una anciana que pasaba por algo sabihonda.

—¡Toma! Pues un apóstol cualquiera, dijo Maturrangas.

—Es que no consiste en decir cualquiera, replicó ella, porque tendrá que representar á uno determinado, tendrá que ser San Juan, ó San Pedro, es un suponer..., y lo malo será si le toca ser Judas.

—Eso sí que no me gustaría á mí, dijo Fidel.

—No, ni á mi tampoco, añadió su padre.

—Lo digo, continuó la autora de la observación, porque un tío de Valnegro creo que fué apóstol en Palencia, como lo va á ser ahora en León el tío Felipe, y diz que *fué Judas*, vamos que representó á Judas, y con eso todos le llamaban después *el tío Judas*, y á la postre concluyó, como el otro, por ahorcarse.

—¡Jesús! ¡Ave María Purísima!, dijeron asustadas las mujeres, casi todas á un tiempo.

—Sí, sí: continuó la que estaba hablando, diz que se ahorcó un domingo mientras misa, y cuando salió la gente, le vieron á la puerta de su casa colgado del cumbral... Todavía creo que vive un nieto y le llaman *el nieto del tío Judas*.

—No, pues lo que es mi padre no será Judas, dijo Fidel impresionado: que sea San Juan, ó San Pedro, ó Santiago...

—O San Felipe, le interrumpió Maturrangas, ya que se llama así...

—Bueno, que sea San Felipe, continuó Fidel; pero Judas, de ningún modo... Primero nos volvemos para casa... No quiero yo que luego llamen á mi padre *el tío Judas*, ni que me llamen á mí *el hijo del tío Judas* ni á mis hijos *los nietos del tío Judas*...

. . . .

A otro día muy temprano, despedidos por toda la gente del pueblo, salían para la ciudad el tío Felipe y su hijo, el primero montado en una yegua vieja, algo ranga del cadril izquierdo, y el segundo de espolista.

Al pasar por Villanoble fueron á ver á los hermanos del Lectoral para darles noticia del beneficio que acababa de hacerles y manifestar su agradecimiento. Pero como Fidel iba tan preocupado con la representación apostólica que pudiera corresponder á su padre, insinuó bien pronto sus temores de que le tocara ser Judas, por las malas consecuencias que eso podría traer, contando la historia de Valnegro, y manifestando por último su resolución de perderlo todo antes que consentir en tal infamia.

—No hagas caso de paparruchas, le dijo un hermano de D. Gabriel, que nada de eso tiene fundamento. Allí ninguno es Judas ni representa á ningún apóstol determinado: son doce ancianos que representan á los doce apóstoles y nada más. En Valnegro es verdad que se ahorcó hace muchos años un hombre, pero no es verdad que hubiera representado á Judas, ni que hubiera sido apóstol. Se ahorcó, según oí decir á mi padre, porque siempre había sido malo, y el demonio le cogió por su cuenta, y le hizo cometer aquella atrocidad; y si le llamaron después *el tío Judas* era porque se había ahorcado...

Tranquilizados con esta explicación Fidel y el tío Felipe siguieron su camino.

Estaba un día espléndido: uno de esos hermosos días del mes de abril que convidan á alabar á Dios en sus obras. Cruzando la hermosa vega de Villanoble, á la izquierda verdegueaban los prados como lujosa alfombra de esmeralda dividida en desiguales trozos por cintas de plata, que tales parecían las presas de regar, y festoneada de claveles y minutisas. A la derecha amarilleaban los trigos salpicados de amapolas. En los árboles de las selvas cantaban los jilgueros, los mirlos y los ruiseñores, y mezclándose con sus trinos alegres sonaba en el lejano monte el perezoso canto del cuco...



Jesucristo en la Cruz, escultura en madera de Jerónimo Suñol

Cuando les pareció á los viajeros que era mediodía se ladearon hacia una campera á orilla del camino, se apeó el anciano, tendió Fidel su chaqueta del lado del revés ó sea con el forro para arriba, echó sobre ella tres murciadas de cebada de la que llevaban en las alforjas para pienso de la yegua, y la aproximó á comerlo. Sentándose luego ellos sobre el césped, confortaron sus estómagos con una tortilla de jamón y chorizo que sacaron de una fiambrera de madera y con buenos tragos de un boto de vino tinto que llevaban también en las alforjas.

Después continuaron la marcha, yendo á dormir aquella noche á la taberna de Dos-Ríos, donde la tabernera, comunicativa y afable como todas sus paisanas, tramó pronto conversación con ellos mediante el exordio acostumbrado.

—¿De dónde son ustedes, aunque sea mala pregunta?

—De Vallejín, para servir á usted.

—Para servir á Dios, y que sea por muchos años. Y usted los vea.

—Van ustedes hacia la ciudad, ¿eh?

—Sí, señora, allá vamos, si Dios quiere.

—¿Van acaso á consultar con algún médico?

—No, señora; vamos á...

—Lo decía porque como *el señor* trae la cara encañada...

—No, señora, no es encañada: ese pañuelo que trae mi padre puesto por debajo de la barba y atado en el alto de la cabeza, es para que no le lleve el sombrero el aire... A lo que vamos es á...

Y la dijeron el objeto de su viaje y la leyeron de pe á pa la carta del señor Lectoral de Valladolid y la contaron la historia de éste y de los servicios del tío Felipe en casa de sus padres, con otras muchas cosas que la tabernera seguramente no había pensado saber en su vida, sin ocultarla tampoco los temores que abrigaba Fidel de que á su padre quisieran hacerle representar á Judas, temores que se le habían recrudecido durante el día y que la tabernera no supo desvanecerle.

A otro día al rayar el sol siguieron el viaje, y antes de media tarde llegaban á su término.

Alojáronse en uno de los mesones más humildes del barrio de la Serna, y fueron en seguida á presentarse al secretario del señor obispo, que, enterado de que eran los recomendados del Lectoral, los recibió amable y afectuoso. Mandó llamar al sastre que había hecho los trajes, para que, tomando medida al tío Felipe, le escogiese el que pudiera sentarle mejor. Vino el sastre y en un instante acertó á probarle uno que le estaba pintiparado, con el cual y después de calzarse los zapatos y ponerse el sombrero ancho de ala, quedó el tío Felipe hecho un apóstol en toda regla.

—¿Hace mucho que no le ha visto á usted D. Gabriel?, le preguntó el secretario.

—Sí, señor, ya hace bastantes años que no nos vemos, contestó el tío Felipe.

—Pues ahora le dirá el señor obispo cuando le escriba que le hemos visto á usted muy bueno y muy guapo.

—Tanta amabilidad y llaneza por parte del secretario animó á Fidel á consultarle sobre sus temores, y comenzó con esta pregunta:

—Dígame usted, señor, y usted me perdone, ¿qué apóstol va á ser mi padre, si se puede saber?

—¿Cómo que qué apóstol?.. Cualquiera; uno de los doce indistintamente.

—¡Ah! ¿Conque no tiene que representar cada uno de estos apóstoles de ahora á un apóstol fijo de los de antiguamente?

—No, no es necesario.

—Pues había allá quien decía que sí, que uno tenía que ser San Pedro, otro San Juan, y así sucesivamente; y en ese caso tenía yo que pedirle á usted una gracia; la de que mi padre no fuera Judas; porque, la verdad, yo no quisiera que mi padre fuera Judas por nada del mundo, porque Judas fué muy mala persona, y luego allá, que son muy amigos de poner motes, si se llegaba á saber, qué sí se sabría, porque todo se sabe, que mi padre había sido Judas, le iban á dar en llamarle el tío Judas, y á mí el hijo del tío Judas y á los mis hijos los nietos del tío Judas...

—Pues mira, le interrumpió el secretario riéndose, que no haría mal Judas tu padre, porque algo rojo tiene el pelo.

—No, señor, usted perdone; no le tiene rojo; le tiene cano y un poco ahumado de allá de la cocina de casa, que es muy humosa...

—Bien, bien..., ya veremos de arreglar eso...

—Es que mire usted, continuó Fidel, yo, hablándole á usted con franqueza, venía decidido á que si me decían que mi padre tenía que ser Judas ó que había peligro de que fuera Judas, se volviese conmigo para casa sin ser apóstol.

—¡Pero, hombre!.. ¿Y te había de dar tan fuerte?

—Sí, señor, sí, decía Fidel muy resuelto. Y lo mismo le dirá á usted mi padre.

—Verdad es, señor, dijo el tío Felipe.

—Bueno, pues no tengas miedo, que no será Judas tu padre, le dijo el secretario reprimiendo la risa.



¡PIETÁ!, grupo escultórico en mármol de Venancio Vallmitjana

Y despidió á los dos hasta el Jueves Santo.

Después contó al señor obispo toda la entrevista que con el tío Felipe y su hijo había tenido y el temor y la repugnancia de Fidel y de su padre á que éste tuviera que representar al apóstol traidor, cosa que al prelado le hizo mucha gracia.

El Jueves Santo al servir la comida á los apóstoles se acordó del caso y preguntó al secretario:

—¿Cuál es el que no quería ser Judas?

—Este, dijo el secretario señalando al tío Felipe, el recomendado del señor Lectoral.

—Bien, bien, le dijo el señor obispo, dándole unas palmadas en el hombro: hace usted bien, que demasiados Judas hay por el mundo todavía.

De este modo se enteraron también los demás *apóstoles* de que el tío Felipe no quería ser Judas, y esto les sirvió de motivo de bromas.

Después cuando llegó la ceremonia principal del *apostolado*, la de irles lavando el señor obispo los pies á todos, uno por uno, en una palancana de plata y enjugárselos con una toalla de seda, todos estaban muy serios y muy poseídos del sagrado papel que representaban, pero más que todos el tío Felipe, que tenía una actitud de verdadera devoción, no exenta de temor de que el señor obispo volviera allí á decirle algo de Judas... Pero no; el prelado al llegar á él hizo lo mismo que con los demás, sin distinción alguna.

Al despedirse al día siguiente del señor obispo y del secretario para volverse á Vallejín, ya fué otra cosa: ya les embromaron á él y á su hijo con los temores que habían tenido de que le tocara representar á Judas.

Y otro tanto le pasó al despedirse de los otros *apóstoles*, con quienes se trataba ya fraternalmente, pues varios le decían estrechándole la mano: «Adiós, el que no quería ser Judas,» y hasta hubo alguno que le dijo: «Adiós, Judas.»

En el viaje de vuelta, en la posada de Dos-Ríos y en casa de los hermanos de D. Gabriel, al pasar por Villanoble, también les recibieron con este saludo: «¡Hola! el que no quería ser Judas.»

Y por último, llegados á Vallejín, Fidel se esmeró en hacer entender á todos los vecinos del pueblo que su padre no había sido Judas; pero por eso mismo, todos, al hablar de él, decían: «el tío Felipe, el que no quería ser Judas,» «el tío que no quiso ser Judas.»

Y como este mote de «el tío que no quiso ser Judas» resultaba demasiado largo, pronto se le abreviaron llamándole sencillamente *el tío Judas*, y á Fidel *el hijo del tío Judas* y á los hijos de Fidel *los nietos del tío Judas*.

De manera que por huir demasiado del apodo, les cayó encima.

Que es lo que había ya dicho Horacio.

In vitium ducit culpæ fuga, si caret arte.

ANTONIO DE VALBUENA.

(Dibujo de Camps.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. — Coreanos leyendo en Séul la noticia de la declaración de guerra de los japoneses contra los rusos
Dibujo hecho según un croquis trazado por un corresponsal en el teatro de la guerra. (Reproducción autorizada.)

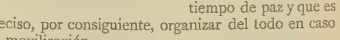
CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Estamos en un período de calma absoluta, que en la última semana no ha sido interrumpida ni siquiera por las escaramuzas navales á que tan aficionados se mostraron en un principio los japoneses. Sin duda han comprendido éstos que el procedimiento de atacar sin ton ni son á los barcos rusos y de bombardear las plazas de Puerto Arthur y Vladivostok desde distancias inverosímiles, no podía conducir á otra cosa que á gastar inútilmente fuerzas y proyectiles.

Un marino inglés, Mr. Jane, que es considerado como uno de los más inteligentes críticos en materias navales y que conoce perfectamente al comandante en jefe de la escuadra por haber sido compañero suyo en la Escuela naval inglesa, ha dicho en el periódico londinense *Daily Chronicle*, á propósito de esos ataques y bombardeos dispuestos por el almirante Togo: «Con otras tres ó cuatro experiencias como estas, los cañones, que ya no son nuevos, no valdrán nada absolutamente. Además, el gasto es enorme y los resultados son nulos. En una guerra de torpederos á la Makarof (el almirante ruso), un crucero rápido como el *Takasago* vale más que un acorazado, y es una locura haberlo dejado penetrar bajo el fuego de los fuertes. Es indudable que los japoneses, poniéndose al alcance de éstos, se exponen á peligros de todo punto inútiles, y si Togo no se quema en ello los dedos, tendrá más suerte de la que merece. En la historia naval nada hay que justifique lo que está haciendo, y si su táctica era posible con el almirante Stark, con Makarof es jugar con fuego; ahora bien, si el jugar con fuego no es siempre peligroso, por lo menos no es nunca prudente.»

A falta de noticias sensacionales, creemos interesantes algunos datos acerca de la movilización del ejército japonés.

En 25 de enero, ó sea algunos días antes del rompimiento de las negociaciones, el gobierno del Mikado había ordenado á ciertas unidades de tropas que estuvieran dispuestas á embarcarse al primer aviso, y las medidas al efecto adoptadas lo fueron en el mayor secreto. Pocos días después, deseando tener una base para sus desembarcos y creyendo que la ocupación de Corea sería un golpe de efecto que intimidaría al adversario y entusiasmaría á los japoneses, determinó transportar inmediatamente á Fusán, Masampo, Chemulpo y Gensán las tres divisiones que estaban prontas á partir, tales como se hallaban, es decir, organizadas en pie de guerra. Las otras diez divisiones, que con aquéllas completan el efectivo del ejército japonés, efectuaron su movilización en las condiciones normales; y para que se comprenda el esfuerzo que esto significa, bastará decir que una división, que en pie de paz comprende 11.000 hombres y 1.300 caballos, ha de tener en pie de guerra 21.000 hombres y 5.300 caballos, sin contar las tropas de reemplazo y las de depósito, cuya formación ha de asegurar. No hay que perder de vista tampoco que entre las unidades de que se compone la división movilizada las hay, como las columnas de víveres, las de municiones, los destacamentos sanitarios, etc., que no existen en tiempo de paz y que es preciso, por consiguiente, organizar del todo en caso de movilización.



Algunos periódicos ingleses dan á entender que el Japón podrá oponer á los rusos un total de 500.000 hombres, pero esta cifra es evidentemente exagerada. Cierto que en el papel el ejército japonés completamente movilizado comprende un efectivo de 520.000 hombres, pero de este número sólo están debidamente organizados y tienen verdadero valor militar el ejército activo, de 265.000 hombres, y las tropas de reemplazo, que ascienden á 60.000. En cuanto á las fuerzas de depósito y al ejército territorial, no han recibido, en su mayor parte, ninguna instrucción; además, los cuadros de oficiales son incompletos y muy inferiores á lo que sería necesario.

Finalmente ha de tenerse en cuenta que sólo las tropas activas y de reemplazo disponen de armas, efectos, víveres y municiones suficientes, y que por falta de medios nada se ha preparado hasta ahora para los depósitos y para el ejército territorial; de suerte que en mucho tiempo el Japón no podrá contar más que con aquéllas.

Aparte de todo esto, la movilización de las fuerzas activas se hace con gran lentitud á causa de la escasez de vías férreas, las más de ellas de una sola vía, de la poca velocidad de los trenes y de las deficiencias del material.

Los japoneses se han instalado en Corea como en país conquistado; los empleados nombrados desde hace tiempo por el Japón no han tenido que hacer al llegar allí otra cosa que tomar posesión de sus destinos. Los coreanos, convencidos de su impotencia, nada dicen hasta ahora, pero según el corresponsal del *Times*, comienza á cundir en aquella península el descontento y aun parece que la poderosa corporación de los buhoneros ha tramado un complot; si los japoneses sufren algún contratiempo, este descontento pudiera ser para ellos de consecuencias fatales.



El capitán REITZENSTEIN, comandante de la escuadra de Vladivostok

La concentración de los rusos en Mandchuria sigue verificándose metódicamente, con un orden y una tranquilidad admirables; y aunque son grandes las dificultades que se oponen á los movimientos de las tropas por aquellos caminos cubiertos de hielo, los soldados no se desaniman y su moral sigue siendo excelente.

El almirante Stark, comandante de la escuadra de Puerto Arthur, atacada por los japoneses, ha sido destituido; y aunque el decreto de destitución dice que ésta obedece á motivos de salud, la opinión general cree que la verdadera causa es el haber caído en desgracia por el resultado de aquel primer ataque.

El espectáculo que desde el comienzo de la guerra ofrece el Palacio de Invierno de San Petersburgo, residencia de los tsares, es verdaderamente hermoso: por iniciativa de la tsarina se han instalado en sus inmensos salones oficinas y talleres adonde acuden desde la más aristocrática dama á la menestrala más humilde á trabajar para los soldados que están en el teatro de la guerra. Unas se ocupan en cortar y coser prendas de vestir; otras en preparar paquetes de algodón hidrófilo, vendas de gasa y tafetán aislador, que contienen los elementos necesarios para una primera cura; otras en disponer saquitos con te, tabaco, etcétera. El número de señoras que diariamente trabajan en el palacio es de 1.000 á 1.200, siendo la que da mayor ejemplo de actividad la propia tsarina, que dedica gran parte de su tiempo á tan meritoria obra.



El general GREKOFF, jefe de la brigada de cosacos

Estos trabajos se realizan con gran método, gracias á lo cual no se observa el menor desorden, á pesar de la diversidad de cosas á que allí hay que atender. Para conseguir este objeto, todas las colaboradoras han sido distribuidas en nueve secciones, cuyas presidentas ha designado la emperatriz. Estas secciones son: 1.ª Recepción de donativos en dinero y en géneros; 2.ª Comprobación general y compra de primeras materias; 3.ª Cancillería; inscripción de las señoras solicitantes y entrega de los billetes de trabajo; 4.ª Entrega de las primeras materias para los trabajos á domicilio; 5.ª Distribución de los trabajos en el palacio; 6.ª Corte de telas y efectos; 7.ª Víveres; 8.ª Medicina, y 9.ª Envío de los efectos completamente dispuestos. Estas secciones están dirigidas por las damas más ilustres de la corte.



El almirante STARK, jefe de la escuadra de Puerto Arthur al romperse las hostilidades

La Cruz Roja, á la cual están afectos los trabajos que se ejecutan en el Palacio de Invierno, cuenta actualmente con un capital de reserva de cinco millones de rublos, aparte de los donativos que á diario se reciben. Gracias á estos recursos, la Comisión ejecutiva, presidida por el conde Vorontsov-Dashkof, multiplica las iniciativas, habiendo podido en el primer momento constituir 26 ambulancias para 5.000 heridos, proveerse de medicamentos y de sueros de todas clases para 30.000 enfermos y adquirir materiales para las curas de heridas por valor de 70.000 rublos. Además, destina dos millones á la constitu-



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Tropas japonesas dirigiéndose á la estación del ferrocarril de Tokío para marchar al teatro de la guerra, dibujo de Francisco Dadd, hecho según un croquis de Lionel James. (Reproducción autorizada.)



JESUCRISTO Y LOS APÓSTOLES, cuadro de J. R. Wehle. (Reproducción autorizada por la Sociedad Fotográfica de Munich.)



¿QUO VADIS, DOMINE?, cuadro de R. Maluta

ción de una reserva de los objetos necesarios y á la compra de géneros alimenticios, organiza en todas partes depósitos de dichos géneros, y hospitales de campaña, expide trenes y moviliza á las enfermeras.

Hace pocos días, con ocasión de despedir á un destacamento que salió de Kolpino (pueblo distante una hora de San Petersburgo) para el teatro de la guerra, el general Batianof, presidente del Consejo superior del ejército, dirigió á los expedicionarios la siguiente alocución, que reproducimos porque, aparte de su hermosa elocuencia, en medio de su sobriedad, es una nueva demostración de los sentimientos que imperan en Rusia: «Tened valor, tened confianza, mis buenos soldados. El hombre sólo nace una vez y sólo una vez muere, pero ¡qué importa morir! En lo que hay que pensar es en emplear bien el intervalo. Acordaos de la frase de la Escritura: «La palabra sin obra no es nada.» Habéis de cumplir ahora una grande obra que la patria os confía. Vais á batiros; batíos bien. El emperador os manda que arrojéis al mar á todos los japoneses: no descanséis hasta que hayáis obedecido la orden del emperador y la exigencia de la patria.»

A su vez el pope, que había bendecido á los soldados, les dijo: «Vais á derramar vuestra sangre, ya que es preciso; pero acordaos, hijos míos, que si sois ardientes en la batalla habéis de ser compasivos en la victoria y caritativos con el vencido. Sed enérgicos y valientes; pero sed también buenos.»

Y puesto que de discursos hablamos, no nos parece fuera de lugar reproducir el que ha pronunciado el Mikado en la reciente inauguración de la Dieta japonesa:

«Por la presente inauguramos nuestra Dieta imperial, y dirigiéndonos á todos los miembros de las Cámaras de los pares y de los representantes, anunciamos con gran satisfacción que las relaciones con las potencias con las que tenemos tratados aumentan sin cesar en puntualidad y buena inteligencia. Animado de un sincero deseo de mantener una paz permanente en el Extremo Oriente, nuestro gobierno, por orden nuestra, entró en negociaciones con Rusia; pero sentimos que por una falta de sinceridad de parte de ésta en sus manifestaciones pacíficas, nos hayamos visto obligados á apelar á las armas. Y después de haber adoptado tal resolución, no podemos vacilar hasta que se haya conseguido el objeto de la guerra. Nuestras fuerzas, en presencia de fatigas y de privaciones excepcionales, despliegan actualmente su lealtad y su valor inquebrantable, y esperamos que todos nuestros súbditos cooperarán, con unidad perfecta, á aumentar la gloria del imperio.»—R.

NUESTROS GRABADOS

Jesucristo en la Cruz, escultura de Jerónimo Suñol.—El celebrado escultor catalán que la muerte nos arrebató hace poco más de un año, fué de los que á mayor altura elevaron el arte escultórico español contemporáneo, ya que no se limitó á seguir las huellas que la tradición dejara trazadas, sino que, sintiéndose con alientos bastantes, atrevióse á romper con los antiguos moldes y á entrar resueltamente en la nueva senda. Sus obras han sido unánime y entusiastamente ensalzadas y muchas de ellas le valieron además honrosísimas recompensas. La que en el presente número reproducimos es digna compañera de las que en otras ocasiones hemos publicado: modelada con vigor y corrección extraordinarios, cautiva además por la expresión que el artista ha sabido imprimir en el rostro de Jesús crucificado y por el conocimiento anatómico que toda la figura revela. Esta escultura forma parte de la notable galería que en esta ciudad posee el inteligente aficionado D. Enrique Batlló.

Cristo, escultura de José Llimona.—Llimona es un gran escultor; es también un verdadero creyente. Sólo así se comprende que sus esculturas religiosas sean algo más que obras plásticamente bellas; que tengan esa expresión especial que el talento más profundo y la mano más hábil son impotentes para imprimir en la materia cuando no se hallan estimulado el uno y movida la otra por la fe. Esta fe la posee en alto grado el eminente artista catalán, y gracias á ella puede producir creaciones tan hermosas como el Cristo que en esta página reproducimos, que si por su corrección admirable revela en su autor un completo dominio de la técnica, por su expresión sublime demuestra la intensidad de sus sentimientos religiosos.

Cristo, escultura de José Llimona

¡Pietá!, grupo escultórico en mármol de Venancio Vallmitjana.—El nombre de este artista, el decano de los escultores catalanes, es sobrado conocido, no sólo en España, sino también fuera de ella, para que sea necesario ensalzar sus méritos y señalar la influencia que en nuestro arte escultórico ha ejercido. Caracterízanse sus obras por su severidad, por la vida que en ellas palpita, por la corrección y armonía de líneas y proporciones que en todas se admiran, cualidades que fácilmente pueden comprobarse en la *¡Pietá!* que reproducimos en la página 221: las dos figuras que forman el grupo están admirablemente modeladas; la del Cristo tiene toda la pesadez de un cuerpo muerto; la de la Virgen refleja todo el dolor físico y moral de la Madre que ha presenciado los tormentos de la pasión y muerte del Hijo, cuyo cadáver sostiene en su regazo.

Jesucristo y los apóstoles, cuadro de J. R. Wehle.—Las Sagradas Escrituras han sido fuente de inspiración para los artistas de todos los tiempos; y si bien es cierto que las modernas tendencias van por muy distintos derroteros, hay todavía quienes apartando por un momento sus ojos de los espectáculos que les rodean, los vuelven hacia aquellos asuntos que no por pasados de moda, en sentir de algunos, dejan de encerrar elementos de belleza más que suficientes. El celebrado pintor alemán R. Wehle es uno de ellos, y su bellísimo cuadro constituye una palpable prueba de que también en este género puede un pintor de valía conseguir éxitos señalados; ese campo de doradas mieses limitado por una serie de colinas, y esas figuras de Jesús y sus apóstoles, interesantes cada una de por sí y perfectamente distribuídas, forman un conjunto de encantadora poesía y eminentemente humano, á pesar de la índole del tema.

¿Quo vadis, Domine?, cuadro de R. Maluta.—Refiere la tradición que cuando más violenta era la persecución neroniana contra los cristianos, San Pedro, por consejo de éstos, decidió abandonar la capital del Imperio para que la verdad no pereciese con él. Y en efecto, salió un día muy de madrugada dirigiéndose por la vía Apia hacia la Campania sin otra compañía que un neófito, cuando al llegar al sitio en que hoy se levanta la capilla conmemorativa del *Quo vadis?*, cayó postrado en tierra ante la aparición de su Divino Maestro. «¿Adónde vas, Señor?, exclamó el apóstol después de largo silencio. — A Roma, para ser otra vez crucificado,» contestó una voz misteriosa. San Pedro, tomando aquellas palabras por una orden y por una recriminación, levantóse, y con gran sorpresa del neófito, ajeno á cuanto había pasado, se volvió silencioso hacia las siete colinas de Roma, en donde sufrió igual martirio que Jesucristo. En esta tradición, que ha vulgarizado la popular obra de Enrique Sienkiewicz, está inspirado el cuadro de Maluta, en el cual flota un ambiente de misterio que armoniza perfectamente con el carácter de la escena por el pintor reproducida. Avaloran además el lienzo otras bellezas de factura, que se admiran en el trazado del paisaje y en la actitud y expresión de los personajes, no siendo una de las menores la sobriedad de que el artista ha hecho gala en su composición.

San Lucas.—San Juan Evangelista, cuadros de E. T. van Hove.—Nació el autor de estos cuadros en Brujas en 1851, y después de haber estudiado en la Real Academia de su ciudad natal y de haber trabajado en el taller de un pintor de cristales, trasladóse á París y entró en la Escuela de Bellas Artes y en el estudio de Cabanel. Algunos años más tarde regresó á Brujas, habiendo obtenido el gran premio de Roma, y allí pudo estudiar á su sabor las obras de Memling y de los Van Eyck, maestros que han ejercido gran influencia en el arte de van Hove. El primer cuadro pintado por él, *Cabeza de San Juan Bautista*, fué adquirido por el museo de Amberes, y varios otros que pintó luego fueron vendidos en Inglaterra. En el Salón de París expuso un tríptico, *Alquimia, Brujería, Escolástica*, que hoy figura en una importante colección berlinesa, y en otras exposiciones varias otras obras que le valieron honrosas recompensas. En Barcelona obtuvo también una primera medalla. El género á que principalmente se dedica es el religioso, debiendo citarse, entre las muchas pinturas de esta clase, como las más notables, *La última cena, Aparición de Jesús á Santo Tomás y á los demás Discípulos, Mater Amabilis, Mater Admirabilis, Mater Salvatoris*, y *San Lucas* y *San Juan Evangelista*, que en el presente número reproducimos. Van Hove es en la actualidad presidente de la Real Academia de Brujas y caballero de la orden de Leopoldo.

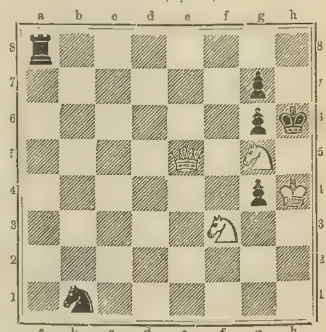
Teatros.—*Barcelona.* – En la «Associació Wagneriana» se ha dado el quinto y último concierto del ciclo de Beethoven, habiéndose ejecutado en él el Trío cuarto en si bemol, para piano, clarinete y violoncelo; la Sonata en fa mayor, para piano y trompa, y el hermoso Septimino, que interpretaron con verdadero cariño los Sres. Doménech Español, Munner, Dini, Estera, Richart, Novi, Sadurní y Valls. La empresa del Liceo ha publicado el cartel para la próxima temporada de Primavera: en la lista de artistas figuran, como primeras partes, los directores Barone y Goula Fité; las sopranos Krusceniski, Claessens, Ferrani y Minotti; las contraltos Borlinetto y Claessens; los tenores Caruso, Cossira, Ischierdo y Ravazzolo; los barítonos Blanchart, Berriel y Mentasti, y los bajos Mugnoz y Torres de Luna. Durante esta temporada se estrenará la celebrada ópera *Louise*, letra y música de Gustavo Charpentier, y se pondrán además en escena *La Gioconda, Aida, La Boheme, Mefistófele, La Traviatta, Rigoletto, Manón Lescaut* y *Lohengrin.*

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris

AJEDREZ

Problema número 358, por S. Loyd.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 357, por S. Loyd.

Blancas.	Negras.
1. Df3–a8	1. Cualquiera.
2. T ó D mate.	



– Es la mujer de un tal Albruzzi

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—»¿Y si así fuese?

—»Suponga usted que también lo estoy yo.

»Los celos me roían el corazón.

—»¿Y qué?

—»Que en ese caso, como los amores guisados entre dos no pueden durar, será menester que nos batamos.

—»¿Que nos batamos?

—»¿No se batiría usted conmigo?

—»No me batiría con usted; pero le apalearía.

»Pronuncié esta amenaza con tanta firmeza, que Fernando perdió el color.

»En esto Ticia se acercó á nosotros.

—»Siento mucho que no hayas llegado antes, prima, le dijo Fernando, porque habrías oído las proezas del Sr. Luciano y te habrías prendado de ellas. ¡Qué lástima que no estés enamorada de él!

»Dicho esto, ofreció el brazo á Ticia; pero ésta se retiró bruscamente, encendido el rostro de vergüenza, y volvió á meterse en la casa.

»En la mirada rápida y fulminante que dirigí á Fernando, puse todo el rencor de que mi alma era capaz.

* * *

»Al amanecer del día siguiente, estábamos todos dispuestos para la marcha; era una mañana de octubre, fría y melancólica; la noche anterior había llovido y la humedad penetraba hasta los huesos; el capitán y su esposa estaban embozados hasta los ojos en los holgados pliegues de sus abrigos y no cesaban de recomendar á los jóvenes que anduvieran por el terreno seco.

»Ticia me parecía más bella que nunca; su mal humor de la víspera se había disipado, como esas nubecillas de primavera sobre las cuales extiende el sol la paleta de sus colores y que se desvanecen insensiblemente en el espacio.

»La querida jovencita se mostraba contenta por estar de marcha, contenta al oir los pajarillos que cantaban á orillas del río, al ver las alondras que revoloteaban por los aires, el rocío que goteaba de las ramitas de los arbustos, de los limbos de las hojas, de las briznas de hierba, húmeda alfombra en la que ella hundía los pies con maliciosa irreflexión para sacar humedecidos sus zapatos y reirse, á pesar del enojo del capitán, que creía en los reumas más que en el Evangelio.

»El camino que recorríamos debía conducirnos, por un sendero que costeaba el río, á un pueblecillo cercano donde hubiéramos podido alquilar un carruaje; un aldeano nos seguía cargado con los pocos bultos que contenían nuestra ropa.

»A nuestra derecha se extendía un plantío de fresnos enanos; plantío silencioso y triste, solamente visitado por algún gorrión ó alguna libélula, y nido de millares de luciérnagas que en una tarde de julio habían saludado nuestra llegada con los destellos de sus amorosas danzas.

»Habríamos dado un centenar de pasos, cuando se ofreció á nuestros ojos un espectáculo que nos llenó de estupor y que hizo palmotear de alegría á Ticia.

»La lluvia de la noche, y quizás otras lluvias caídas más lejos en días anteriores, habían producido una avenida, y el Tesino había salido de madre. Esto sucede allí con mucha frecuencia; pero no por ello pareció menos desagradable al capitán, quien por lo común no era muy sufrido en presencia de los obstáculos.

—»¡Qué hermoso! ¡Qué hermoso!, exclamaba Ticia con ingenua maravilla.

»La verdad es que el espectáculo era maravilloso; las aguas del río habían rebasado la orilla, invadido el sendero y metídose en los bosquecillos, que aparecían como por encanto convertidos en un vasto lago sobre cuya superficie asomaban la cabeza los fresnos menos pigmeos como para mirarse en el líquido espejo.

»Las ninfas de las aguas han arrojado de sus nidos á las ninfas de los bosques, dijo Fernando.

—»Tus ninfas hubieran hecho mejor en estarse quietas en su casa, dijo el capitán entre serio y jocoso.

—»El espectáculo es encantador.

»Soberbio, pero nos corta el camino.

—»Para obligarnos á admirarlo.

—»¡Un demonio!..

»El apuro no tenía remedio, porque el sendero había desaparecido debajo del agua. Entre resolverse á desandar lo andado y volver á la quinta ó tomar otro camino más largo, lo más expedito era bajar á la orilla del río, que distaba unos cuantos pasos, meternos en alguna barca é ir por agua á Pavía. La proposición no desagradó y bajamos á la orilla.

»Dos barcas parecían esperarnos; la una sólida y capaz para muchas personas; la otra ligera, frágil, casi privada de bordas, y en la que á lo sumo cabían dos personas. Sólo faltaba una cosa insignificante: los remos y el barquero.

»Fernando quería á todo trance cortar dos ramas en el bosque vecino, desatracar la barca y guiarnos él mismo. Era muy hábil, según decía, y según los cálculos, no podían meterse en la barca grande más de seis personas y éramos precisamente seis. A pesar de la seguridad de tales aseveraciones, nadie pareció dar crédito á su valentía y nos pusimos á buscar al barquero.

»En una casucha poco distante dimos con el dueño de las barcas, un viejecillo que consintió en llevarnos á Pavía, jurando que lo hacía por sacarnos del apuro, pero que las aguas estaban muy feas y que el remontar la corriente para volver á su casa sería un trabajo fatigosísimo.

—»Traiga usted cuatro remos, dijo Fernando al barquero.

—»¿Qué piensas hacer?, le preguntó su tía.

»Pero no contestó y repitió la orden con acento misterioso.

»Fernando, enojado porque no se hubiera dado crédito á su pericia en guiar una barca, quería tomar el desquite y darnos una prueba de ello; sin embargo, al llegar á la orilla, protestó que no podían ir siete en una barca; que ya lo había advertido de antemano; que seis eran ya demasiado, y que, por consiguiente, él haría las veces de piloto de la barca pequeña é invitaba á quien quisiera acompañarlo á embarcarse con él.

»El capitán refunfuñó algo que no se pudo oir, la tía Ersilia apeló á toda clase de argumentos para disuadir á su sobrino y Ticia unió sus ruegos á los de su madre.

»Pero Fernando, cuanto más demostraban todos temer por él, más se obstinaba hasta el heroísmo.

»En tanto el infeliz barquero protestaba inútilmente de que la lancha era demasiado endeble para aventurarla en aquel río tan crecido, y que al regreso tendría que llevarla á remolque, cosa penosa para él, viejo y enfermizo.

»No hubo remedio: Fernando había empuñado los remos y separádose de la orilla, dando á entender con su silencio cuán injuriosos le parecían los temores.

»Entramos en la barca y partimos. El trabajo de los remos era más aparente que real, tanto era el ímpetu de la corriente. Las dos barcas surcaban la corriente con una rapidez espantosa, flotando como pajas. No había, sin embargo, peligro, y empezábamos á tranquilizarnos con respecto á la audacia de Fernando. Su lancha oscilaba y de vez en cuando embarcaba un poco de agua; pero siempre que le ocurría este contratiempo, tenía más prudencia y se mantenía inmóvil; de este modo todo quedaba reducido á tomar un pediluvio.

»Mas, al parecer, nuestra admiración no debió bastarle y hubo de desear más, porque, cobrando audacia con la impunidad, trató de avanzar hasta en medio del río. Algunos golpes de remo, que no manejaba del todo mal, le bastaron para virar la lancha; era un triunfo y nos lo anunció con énfasis.

—»¡Cuidado!, le gritó el capitán.

—»¡Cuidado!, repitió el barquero sobresaltado.

»Fué cosa de un minuto; la lancha, embestida de través por las ondas, volcó, y el temerario remero desapareció debajo del agua.

»Un grito unánime de angustia siguió á aquella catástrofe, y nos miramos unos á otros. Ticia tenía los ojos fijos en los míos, su mano se había puesto instintivamente en mi brazo y en su inocente rostro se veía retratada una mortal congoja.

»¡Conque le amaba! ¡Qué idea tan cruel!

»Y sin embargo supe sacar de ella una fuerza superior á mi voluntad, superior á mi misma naturaleza. ¿Qué me importaba la vida si ella no me amaba? ¡Morir en su presencia, llorado por ella! Mi mente no pidió más; no buscó otra cosa: me quité furiosamente parte de la ropa y estuve á punto de arrojarme al río; pero en aquel momento el instinto de la vida reclamó con más fuerza sus derechos, me contuve y miré alrededor.

»El barquero juraba, porque echándose á nado temía causar nuestra pérdida, y no echándose, dejaba perecer al otro; y en tanto miraba de soslayo con ojos lagrimosos á su lancha, que se alejaba vertiginosamente, zambulléndose y volviendo á asomar como un monstruo que luchase con las olas; Ticia, el capitán y su mujer me miraban azorados, no atreviéndose á estimularme ni á contenerme.

»Miré al río para adivinar en sus remolinos el punto adónde debía dirigirme. Un instante, un solo instante asomó el náufrago á la superficie de las aguas á poca distancia de nosotros, y entonces otro grito de compasión y de horror resonó en mis oídos; luego, no oí más, y antes que el cuerpo del desdichado hubiera desaparecido de nuevo, las olas se habían cerrado mugiendo sobre mi cabeza.

»Después de muchos esfuerzos para cortar la corriente, logré asir un extremo de la levita del náufrago y salir á flote con él; yo había medido la magnitud del peligro y me decidí á arrostrar la muerte; mas al volver á ver el cielo, al respirar el aire con todos mis pulmones, al oir las voces de mis amigos que me animaban, sentí renacer en mí más poderoso el deseo y el amor de la vida.

»En poco estuvo que no me faltaran las fuerzas para hender las olas, en poco que el grave peso que arrastraba tras mí no me sepultara en el agua con tanto agitarse.

»Mas de pronto noté que el cuerpo del desgraciado se hacía más leve y más dócil y que cesaba todo movimiento. ¿Había muerto? La desesperación contrajo mis músculos; y reuniendo en un esfuerzo supremo todo mi vigor, crucé de una brazada la distancia que me separaba de la barca y conseguí agarrarme desesperadamente con una mano á su borda.

»Estaba en salvo.

»Fernando respiraba todavía.

* * *

»Aquella tarde, ya fuese por la conmoción experimentada ó por aquel baño intempestivo, caí enfermo. En recompensa de mi acción, Ticia pasó mucho tiempo á la cabecera de mi cama: mirándola con ojos abrasados por la fiebre, la veía como la había pintado el deseo, triste y cariñosa. Cuando se hizo de noche, se inclinó sobre mi almohada, me miró amorosamente, sonrió y me dijo en voz baja:

—»Cúrese usted: ¡le amo!

* * *

»Al día siguiente estaba curado.

»¿Qué puedo añadir? Mi felicidad era tan grande que apenas podía contenerla mi corazón. ¡Ticia me amaba! El amor había comenzado en ella esa misteriosa transformación en que agoniza la niña y se forma la mujer. Aquellos ojos inquietos y centelleantes habían cobrado fijeza, profundidad; aquella frente serena, límpida, llena de luz, se tornó más grave al albergar el primer pensamiento; sus labios me sonreían con esa languidez dulce y melancólica que yo había colocado tanto tiempo en el puesto de su bulliciosa hilaridad.

»Aquella transformación era obra del amor, era obra mía, y yo estaba orgulloso de ello. Ticia venía á mí y yo iba á ella: lo que Ticia perdía de su primera naturaleza se agregaba á la mía; depusimos un poco de nosotros mismos para ser mejores el uno por el otro. El abismo que en otro tiempo separaba nuestras almas se colmó con la ruina de nuestras almas.

»Una competencia de dulzuras, de esperanzas, de propósitos, de juramentos siempre repetidos y siempre nuevos, de aspiraciones puras y suaves, me hizo pasar rápidamente el tiempo que me faltaba para doctorarme en ciencias.

»Poblar otra vez mi mente de aquellos queridos fantasmas de una felicidad sin nubes, es cosa que hace mucho tiempo no puedo lograr. La alegría pasa y se olvida; sólo el dolor dura en el pecho del hombre; los ecos del corazón no responden más que al dolor.

»Dos años después Ticia era mi mujer.

»Con motivo de la boda supe una cosa que me fué muy grata: el nombre *Ticia* era una abreviatura cariñosa, pero desgraciada, de *Leticia*. Parecióme como si la revelación de aquella especie de misterio sancionase en cierto modo nuestros vínculos y mis derechos. Yo podía en adelante llamarla con un nombre con el que jamás la había llamado nadie; aquel nombre era cosa mía; al bautizarla de nuevo de tal modo me parecía sentir mejor la dulce autoridad que mi nueva condición me daba sobre ella.

»La felicidad, tras la cual se afanan los hombres toda su vida y á menudo en vano, había entrado en mi casa. La confianza en el corazón, una sonrisa de la mujer amada, el porvenir que se presenta á los ojos como una promesa y un objeto que guíe la vida —esta es la felicidad.

»Pero pregunte usted por ella á los hombres, y le dirán que los afectos de la familia son reliquias de la herencia de los patriarcas; que por gran fortuna la generación actual las ha reemplazado con las grandes pasiones; que las grandes pasiones son la obra impulsiva del genio y la fuerza impulsiva del progreso. Dirán á usted que han abandonado muy luego la casa paterna como los aguiluchos abandonan el nido, y que, semejantes á los aguiluchos, han dado muy pronto principio á su vida de rapiña; escúchelos, y observará que ellos, los hombres graves, cuentan por los dedos sus presas, se jactan de ellas, las ostentan tan orgullosamente como los salvajes vencedores se forman trofeos con las cabelleras de los vencidos; y así como los salvajes cuelgan del cuello de sus mujeres un collar de dientes arrancados al cadáver del enemigo, ellos componen una gargantilla de preciosos amuletos, y la cuelgan, bostezando, en el seno desnudo de su única reina, la náusea.

»El hombre no tiene ya nada sagrado para el hombre; del hogar doméstico ha hecho una cárcel ó un asilo donde la licencia está en lugar seguro; el ara de la familia se ha convertido en llama del suplicio ó en tea de la discordia, y el tálamo en lecho de vergüenza. El adulterio es el dueño de la posada y la befa la muestra, y ellos, los hombres fuertes, son los huéspedes... Y donde no penetra la infamia, penetra la calumnia, y donde no entra la calumnia, entra el ridículo, porque el hombre no tiene ya nada sagrado para el hombre.»

XI

Vuelve á correrse el velo

Luciano se detuvo turbado, y su mirada interrogó furtivamente la mía. Desde aquel momento me pareció que sus palabras eran más frías, más calculadas, y que su actitud revelaba cierta desconfianza.

Después de una pausa, prosiguió en estos términos:

—«¡Fuí feliz! Si el pasado bastase á los corazones que han cesado de latir ardorosamente, mi corazón no sería digno de lástima.

»¿Conoce usted alguna palabra que exprese lo que es una verdadera felicidad? Yo conozco mil, mas para mí solo; para usted ninguna. Si hay algo que los hombres no llegan á comprender, es la felicidad ajena; por eso se nos puede arrebatar la verdadera felicidad, porque no nos puede ser envidiada. El número de los felices es mayor de lo que generalmente se cree; los busca usted en medio de la muchedumbre, cubiertos de oro, de grandezas y de pompa vana, y se lamenta de no encontrarlos; pero descienda usted más; escudriñe las calles desiertas, las casitas escondidas; la felicidad no crece como los girasoles en los caminos reales, sino que es una planta que vive á la sombra, que no tiene esplendores, porque no quiere tener enemigos. ¡Pobre felicidad la que se ostenta, triste del hombre que camina con su tesoro en la mano en medio de una multitud de rateros!

»Y sin embargo... ¡Oh, sí! Aprenda usted, ahora que es joven, á conocerlo, y mírele bien á la cara para no olvidarlo: el verdadero enemigo, el único, el grande y formidable enemigo del hombre feliz es su misma felicidad. Así como el niño rompe sus juguetes, así también el hombre despedaza su corazón. Desconfíe usted de los hombres, pero ante todo desconfíe usted de sí mismo.»

. . . .

—¡Mi Leticia ha muerto!, exclamó poco después lentamente.

Y como si un eco lo repitiese á su corazón, añadió con voz sorda y más débil:

—¡Oh, sí, mi *Leticia* ha muerto!

No dijo más: con la vista inmóvilmente fija en el suelo, parecía medir la profundidad de su dolor.

Embarazado por aquel silencio, intenté reanudar con alguna palabra de consuelo el hilo de su narración; pero él lo advirtió, volvió á levantar la cabeza, y con voz entrecortada, que revelaba una angustia secreta, me dijo:

—¿Es una pobre historia, verdad? Ahora que se ha asomado usted á la puerta del arcano, dígame: ¿no es cierto que es un pobre arcano?

Yo no daba crédito alguno á sus palabras, y evité responderle directamente; puesto que él parecía querer esquivar mi curiosidad importuna, el insistir hubiera demostrado poca delicadeza.

Pero en mi imaginación no cesé un punto de dar vueltas á aquel enigma; y una hora después, en el momento de despedirme de él, yo me preguntaba todavía, sin esperanza de obtener respuesta, cómo podía conciliarse, en la narración de Luciano, tan minuciosa exactitud de descripción respecto de su felicidad, y tan brusco laconismo para referir su propio dolor.

¿Se habría arrepentido de haberme tomado por confidente? ¿O las cosas que aún tenía que contarme eran de tal naturaleza que le obligaran á detenerse temeroso ante una confesión? ¿Temeroso ó avergonzado?..

XII

La señora Albruzzi vista de cerca

Si Luciano no me lo había revelado todo—y así estaba yo pronto á jurarlo, Anselmo, mi buen Anselmo, mi amigo de la infancia, no me había dicho nada.

Cierto día paseábamos por una calle del Parque, hablando con la franqueza de dos hombres que no tienen nada que ocultarse; el bravo *Reverendo* nos precedía, entregándose á esos escarceos inocentes á los que suelen entregarse los perros dichosos, olfateando acá y allá, parándose de vez en cuando y volviéndose á mirarnos con ojos brillantes de impaciencia caballerescamente disimulada.

Hacía rato que tenía fijo mi pensamiento en el nuevo acertijo que se me proponía en el corazón de mi amigo, y mi mente se fatigaba en recoger los indicios que estaban por el enamoramiento, en medir su gravedad y en deducir de ellos pronósticos; pero toda mi solicitud se estrellaba contra un escollo.

¿Por qué no me confiaba Anselmo sus cuitas?

Y esto me llevaba naturalmente á inferir que del conocimiento de la mujer que había inspirado aquel amor, dependía el conocimiento de la naturaleza íntima de aquel amor.

Todo este trabajo de mi mente se efectuaba á hurtadillas, disimulándolo con una vana charla.

Era mediodía, el cielo estaba sereno; un límpido sol caldeaba aquel día de diciembre, y los forasteros del Parque acudían en pequeños grupos á disfrutar como nosotros de aquel espectáculo de luz y de aquel grato calor.

Hacía un rato que Anselmo respondía más distraído á mis preguntas, y hubo un momento en que sorprendí en su rostro las señales de una turbación manifiesta.

Miré delante de mí, y vi á pocos pasos á aquel caballero corpulento y macizo á quien había visto desembarcar de una lancha pocas tardes antes. La *señora* iba á su lado; pero como estaba muy abrigada con pieles, no la conocí al pronto y me pareció más alta y más matronal. Sin embargo, era ella, y cuando estuvo más cerca, reconocí su mirada fulgurante, llena de provocaciones y de lisonjas, y su altanero porte de Palas desdeñada, formando marcado contraste con la jovial sonrisa que jugueteaba en sus labios.

Aquella mujer era verdaderamente hermosa; su nariz aguileña, que por un momento podía parecer en contradicción con las demás facciones, mirada mejor armonizaba con ellas de un modo singular y nuevo; reunía así la doble belleza de la mujer: la belleza correcta y clásica que inspiró el cincel de Fidias, belleza de vírgenes y de reinas, y la belleza picaresca y coquetona que revela mejor la hembra en la mujer.

Anselmo conocía á aquella señora y la saludó poniéndose colorado.

—¡Hola!, dije en alta voz; ¿conoces á esa señora? Es una mujer muy guapa.

—Sí, la conozco.

—¿Y cómo se llama?

—Es la mujer de un tal Albruzzi.

—¿Es decir, *una tal* señora Albruzzi?

—Naturalmente.

—Y el Sr. Albruzzi, ¿no es el actual propietario de tu quinta?

—Pues por eso precisamente le conozco.

Anselmo, expuesto al sarcasmo de su amigo de infancia, no sabía cómo estar. Le vi dos ó tres veces ponerse encendido y palidecer rápidamente, y mirar alrededor como si buscase una senda excusada para escapar, y no ocurriéndosele otra cosa mejor, llamó á *Reverendo*, que se acercó dócilmente á plantarle las patas en el pecho, prueba de cariño que concedía únicamente á su amo.

—Paréceme haber visto en otra parte á ese señor Albruzzi, añadí sonriendo.

—Bien puede ser.

—Debe ser, y deberías recordarlo: la otra tarde, en la playa..., y la señora Albruzzi iba con él, ¡oh sí!, iba con él.

Anselmo se bajó á acariciar á *Reverendo*, y *Reverendo*, criatura bonachona y sin doblez, no sospechando la perfidia, tomó aquellas caricias y aquellas alisaduras de pelo por verdaderas caricias y verdaderas alisaduras, y las tuvo por cosa suya y siguió meneando la cola de contento y llenando el aire de alegres ladridos.

* * *

Quince días después, «el Sr. Albruzzi y su esposa tenían el honor de invitar á una velada en su casa.»

Sabíase que habían regresado hacía pocos días del campo, y se esperaba con impaciencia aquella primera velada; por esto toda la juventud de Lugnano acudió á los salones de los señores Albruzzi.

Yo, que asistía á ellos por vez primera, merecí de la dueña de la casa particulares muestras de simpatía y de aprecio que debían halagar mi amor propio y hacerme creer que en ellas ejercían particular influencia mis peinadas patillas ó la hechura elegante de mi traje; mas por fortuna el infeliz Anselmo me acompañaba. Al verle á mi lado, pálido, trémulo, con la llama del deseo, del amor y de los celos en los ojos, un inexplicable sentimiento de compasión dió al traste con los halagos de mi amor propio.

Por más que hacía todo lo posible por ocultar su turbación y vencer su timidez, le vi ruborizarse de contento al tomar con la punta de los dedos la mano que la hermosa dama le presentaba con gracia llena de coquetería, balbucear y confundirse al dirigirle la palabra, y al mismo tiempo—inexplicable antítesis de temor y de audacia,—como atraído por una fascinación, clavar miradas apasionadas é insistentes en los grandes ojos lánguidos y luminosos de aquella sirena.

Para devolver á Anselmo su soltura, me retiré á un lado, pero no le perdí de vista desde lejos.

No sé por qué su felicidad me llenó el alma de tristeza.

Había algo de febril, de impaciente y de no satisfecho en su rostro, antes melancólico, pero tranquilo.

Yo había pensado con frecuencia y con disgusto en la melancolía de Anselmo: había visto en la mujer el remedio de su mal, y aconsejado y anhelado y esperado para él un amor piadoso y benéfico; pero ahora lo temía. El nuevo sentimiento había penetrado en su pecho, virgen todavía, con el ímpetu irresistible del primer amor; sólo que, en lugar de encontrar las aspiraciones indeterminadas de la fantasía y las vagas satisfacciones del amor propio, había encontrado el vigoroso impulso de un corazón ganoso de dar y aceptar la batalla del cariño y de la culpa; aquel amor, entrado niño en su pecho, había hallado en él la cuna de un gigante.

No podía caberme duda; su reserva, su silencio, aquella nueva desconfianza que le hacía temer los consuelos de la amistad, procedían sin duda en él de la conciencia de un peligro, del pacto, sancionado en otro tiempo, de sacrificarlo todo á su amor, y en el temor de encontrar en el consejo y en las reconvenciones del amigo un freno al arrebato vigoroso del amante.

¡Oh, sí! Debía ser feliz, pero tristemente feliz. Su alma, que se iniciaba entonces en el misterio de la vida, no toleraba obstáculos, no admitía sombras; quería caminar en derechura, suelta, en pleno mediodía, por el camino real del amor.

Incapaz de preparar, de disimular, de esperar para lograr artificiosamente el allanamiento rápido de cuanto las mujeres suelen interponer entre la vanidosa complacencia de ser amadas y su corazón, ignaro y desdeñoso de esa estrategia de guerra que avanza con cautela y simula asaltos imprevistos y repentinas fugas para constreñir á la mujer á abandonar su propia desconfianza y salir á campo abierto, Anselmo se impacientaba, se mostraba despechado y daba claras muestras de su amor, de su impaciencia y de su despecho.

Entre el primer sentimiento de vanidad—imperceptible brecha por la que se introduce el amor—y las batallas extremas de una noche insomne que obligan á rendirse, hay una serie de cien nonadas, solamente de los enamorados comprendidas, una competencia de retos, pruebas, pequeñas concesiones y pequeñas victorias.

Anselmo no sabía nada de todo esto: quería el amor tal como lo había concebido, poderoso, intolerante.

La actitud de la señora Albruzzi era la de una mujer hermosa y aburrida, que se deja amar por exceso de benignidad. El desgraciado Anselmo, que probablemente se creía muy adelantado y que pugnaba por adelantar más, se aprovechaba ampliamente de esta concesión; sus ojos, centelleantes de pasión, seguían todo movimiento, todo ademán de la bella dama, pidiendo, cual dos mendigos importunos, la limosna de una mirada. Parecióme que esta limosna no se la concedía con frecuencia; sin embargo, cuando se ponía cerca de la sirena, ésta tenía para acogerlo aquella sonrisa acariciadora que poco antes había rozado la epidermis de mi amor propio; sonrisa impregnada de voluptuosa languidez que reproducía á cada paso con precisión admirable, del mismo modo que los petimetres se atan y desatan el lazo de la corbata.



—¿Y también es usted amigo del Sr. Castelli?

Contemplada por segunda vez con ojos indiferentes, si es que la belleza se puede mirar con indiferencia, aquella sonrisa tenía algo de artificiosa, de calculada, de fría; pero ¿con qué ojos la veía el pobre Anselmo?

Aquella mujer era en verdad la más á propósito para hacerle perder la razón. Más Venus que mujer, asediada de continuo por la adulación y las lisonjas, mal podía consagrarse enteramente á un hombre, y aunque hubiese amado á Anselmo, su fatal belleza la hacía pertenecer á la admiración de todos.

Si aquella mujer amaba, debía amar como una reina, llevando en el éxtasis de la pasión la conciencia de su propio poder: ese abandono confiado, humilde, casi temeroso, ese *soy tuya* que los labios de la mujer susurran siempre más sinceramente que el hombre, ese voluntario reclinarse á los pies del hombre amado, posando la cabeza sobre sus rodillas y levantando los ojos hasta sus ojos, todo ese imperio de tirana que se oculta bajo la sumisión de la esclava, todo esto no podía darlo la señora Albruzzi. Sus triunfos debían seguirla por doquiera; la misma pupila del enamorado debía reflejar su suprema belleza.

No, el amor de aquella mujer no podía hacer feliz á Anselmo.

Pero ella no le amaba. Aun entre los halagos de la vanidad, en medio de los inciensos de un tropel absorto de cortesanos, la mujer que ama, y ama verdaderamente, sabe hacer salir del corazón algo encerrado en él, algo adonde no llegan la caricia de la adulación ni la embriaguez del incienso, una sonrisa que no es la sonrisa de triunfo, una mirada diferente de la mirada con que contempla la plebe de los admiradores.

Anselmo se afanaba en vano buscando, tras aquel lujo de formas, de adornos y de coqueterías, el corazón de su dama; hubiera querido oponerse á la desatentada orgía de cumplimientos y de adulaciones que se la prodigaban, y salvar en el pecho de aquella mujer el sentimiento que anegaba en una oleada de fatuidad. Pero ¿le era posible? El instinto, que le daba á conocer su propia miseria, luchaba en vano con el amor. Por tal manera sufría el mísero todas las pesadumbres de unos celos insensatos, sin tener los dulces consuelos del amor correspondido; sobrado viril para lamentarse por ello, era sin embargo débil en demasía para reconcentrarse en el desprecio. Y su mente tejía un día y otro día, con la trama del deseo y del amor, la efímera tela de esperanzas y de ilusiones.

Hasta algún tiempo después no conocí esta tarea desesperada de su corazón, cuando él, rotas las fibras del alma por una aspiración no satisfecha, sintió necesidad de buscar consuelo en la amistad.

* * *

Cuando las mujeres como la señora Albruzzi se casan, lo hacen con un hombre como el Sr. Albruzzi: aquella mujer no podía tener más que aquel marido.

Albruzzi debió haber sido en su tiempo un hombrecillo agradable: á la sazón sólo conservaba cierta jovialidad y alguna ligereza en su porte, lo cual no impedía que se creyese plenamente dotado de ingenio y de brío. Era uno de esos seres vacíos de sentido, especuladores en parte y en parte hombres á la moda, que suelen formarse un capital y casarse con una mujer guapa. La riqueza de Albruzzi era de reciente fecha; había empezado por ser dependiente de un agente de cambio, y luego se había metido en la Bolsa, donde encontró su Eldorado. Jugando á la alza y á la baja, el hombre honrado que puede arruinarse se arruina; Albruzzi no podía arruinarse é hizo una fortuna.

Levantado milagrosamente aquel edificio, convenía hacer ostentación de él: el oro no brilla sino al sol: una mujer, una muestra hermosa, se hacía indispensable. A un soltero rico no se le llama sino don *fulano de tal;* cuando se casa se dice *la familia del señor tal*, ó mejor aún, *la casa*.

Pero Albruzzi fué un poco más allá sin saberlo: al dar su nombre á una mujer hermosa, lo perdió para sí: para todos, excepto para la esposa, él no fué ya sino *el marido de la señora Albruzzi;* para ésta siguió siendo el Sr. Albruzzi, esto es, un hombre que, poniendo en común cuarenta mil libras de renta, había comprado su fe, su vida y la esperanza de tener hijos legítimos. Esta desaparición de su propia persona en la persona de su mujer no le era desagradable al Sr. Albruzzi; al contrario, le complacía el que no se le pudiese recordar sin recordar al propio tiempo á la hermosa mujer que le pertenecía, y hasta sentía esa orgullosa satisfacción que deben experimentar los castellanos de nuestros tiempos poco caballerescos—tratantes en vino ó tenores célebres,—cuando oyen que los llaman «el propietario del castillo.»

Alguien se había sentado al piano, y de pronto cesaron todas las conversaciones; en aquel momento, Anselmo, separado de la señora de su corazón por una turba de pisaverdes, recordó tal vez que me era deudor de un poco de amistad, y vino silenciosamente á ponerse á mi lado.

Cuando acabaron de tocar, me volví á él y le dije:

—¡Bonita pieza, eh?

—Archibellísima, contestó una voz junto á nosotros.

Nos volvimos y vimos el rubicundo rostro del señor Albruzzi.

—¡Caramba!, añadió alargando la mano á Anselmo, que éste apenas tocó con la punta de los dedos como si tomara agua bendita; ¡caramba! Hace un buen rato que le estoy á usted mirando, *querido* Anselmo. ¿Sabe usted que se vuelve de día en día más arisco? Casi, casi, al verme, no me pregunta usted «por mi preciosa salud.» Mal hecho, muy mal hecho, señor mío; venga usted á vernos de vez en cuando, ahora que estamos en Lugnano. Cualquiera creería que el comprador de su preciosa quinta no supone nada para usted, ó que le haya obligado á hacer una venta ruinosa...

(Continuará)

EMILIO SAUER

No puede decirse de este pianista fenomenal lo que de la inmensa mayoría de artistas se dice, á saber, que desde su niñez mostró felicísimas disposiciones y vocación decidida para el arte en el que más tarde había de conquistar tan grande y merecida fama.

En efecto, contaba catorce años y apenas si tocaba medianamente el piano, que le enseñaba su madre, habilísima profesora. Su familia le destinaba al foro. Pero un día asistió en Hamburgo á un concierto de Rubinstein, y tal efecto produjo la labor del gran coloso en el joven Sauer, que terminada la audición fuése éste á su casa, sentóse al piano y se estuvo tocando hasta la mañana siguiente, sin descansar.

Poco después quiso consultar la opinión del famoso pianista ruso, que le fué favorable; y siguiendo sus consejos se trasladó á Moscou, en donde fué discípulo de un hermano de aquél, consiguiendo en poco tiempo alcanzar la magistral ejecución que hoy sorprende á cuantos le oyen. Y lo más raro del caso es que el que en su niñez había demostrado tan escasas aptitudes, no necesitó más que cuatro horas diarias de trabajo sobre el teclado para llegar á un grado de perfección que otros talentos, al parecer más precoces, no han logrado sino á fuerza de pasarse en el piano, durante el período de estudio, la mitad del día.

Desde Moscou fuése á Londres, en donde fué muy admirado, á pesar de lo cual se vió obligado á dar lecciones para ganarse el sustento. La ayuda de un protector que allí le deparó la Providencia sacóle de aquella vida obscura, comenzando desde entonces su carrera de concertista. Acompañado de aquél vino á España, coincidiendo su viaje con el del entonces kronprinz de Alemania, el que luego fué emperador Federico III, quien, habiéndole oído en Madrid, interesóse por él y le otorgó su protección. Después de una excursión por Andalucía, Africa é Italia, pasó á Weimar, y allí, al lado de Liszt, sus geniales dotes se completaron y perfeccionaron, pudiendo en 1885 dar en Berlín su primer concierto, á partir del cual su maestría quedó consagrada y su nombre figuró entre los de los más célebres pianistas.



El eminente pianista EMILIO SAUER

Sauer es un artista completo: no se distingue por tal ó cual cualidad de las que por lo general suelen caracterizar aisladamente aun á los pianistas más renombrados, sino que las reune todas; su ejecución prodigiosa asombra; su estilo elegante cautiva; su sentimiento emociona hondamente. Interpreta de un modo magistral las más distintas obras, identificándose por completo con el pensamiento de sus autores, y de sus dedos brotan con igual claridad las sublimes melodías de Beethoven, que las sentidas notas de Chopin, que las complicadas creaciones de Liszt, arrancando del piano unas veces sonoridades verdaderamente orquestales y otras leves murmullos apenas perceptibles.

Es, además, notabilísimo compositor; su Sonata en Re mayor, entre otras, bastaría para reputarle como músico de alto vuelo y de grandes conocimientos.

Barcelona, en donde á tantas celebridades hemos aplaudido, conservará imperecedero recuerdo de los dos conciertos de Sauer. El público le ha acogido con delirante entusiasmo, y la crítica, sin excepción, le ha tributado incondicionales elogios. Cuantos han podido oirle convienen en que es un coloso del piano, una estrella de primera magnitud en el cielo del arte que cultiva, y en que para hallar con quien compararle es preciso recordar á los más grandes pianistas.—S.

PAISAJE,

CUADRO DE JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Ya hemos dicho en varias ocasiones que Marqués es de los artistas que mejor sienten la naturaleza. La poesía de los floridos campos, de los lagos tranquilos, de las umbrosas arboledas, encuentra en él un intérprete admirable que no se limita á copiar lo que materialmente ven sus ojos, sino que ahonda en los espectáculos naturales buscando, por decirlo así, el alma de los mismos. Sus cuadros ofrecen todas las bellezas del paisaje real, pero hay en ellos algo más, que escapa á la contemplación de los que sólo miran la materialidad de las cosas y que únicamente pueden apreciar los espíritus dotados de esa percepción exquisita que pone de manifiesto al lado de lo real aquello que propiamente despierta la emoción estética. Nadie podrá decir, sin embargo, que Marqués sea un idealista, un soñador; sus lienzos se ajustan á la realidad; pero aparte del gusto que demuestra en la elección de los asuntos, sabe envolver sus producciones en un ambiente poético que constituye uno de los mayores encantos de sus obras.



Paisaje, cuadro de José M.ª Marqués

ISLAS CANARIAS. – SANTA CRUZ DE TENERIFE. VOLADURA DE UNA CANTERA



La cantera antes de la voladura



La cantera después de la voladuia

(Fotografías remitidas por D. Elicio Lecuona, de Santa Cruz de Tenerife)

Bien merece ser calificada de magna la operación recientemente llevada á cabo en la capital de la provincia de Canarias á fin de extraer de una cantera la piedra necesaria para las obras del puerto que allí se están ejecutando. A este objeto, construyéronse 200 metros de galería y nueve hornillos; se colocaron en ellos sesenta toneladas de pólvora y dinamita y se dispuso la conveniente instalación eléctrica, todo ello bajo la dirección del Ayudante de Obras Públicas D. Antonio Alarcó y Asnar. La operación de la voladura se realizó con el mayor éxito, y de la importancia de la misma puede juzgarse sabiendo que como resultado de ella se obtuvieron más de 300.000 toneladas de piedra basáltica.

Las fotografías que al frente de estas líneas reproducimos nos han sido remitidas por D. Elicio Lecuona, á quien damos por su atención las más expresivas gracias.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

MAPAS DE LAS 49 PROVINCIAS ESPAÑOLAS. – Los mapas contenidos en este atlas que acaba de publicar la casa Bailly-Bailliere é Hijos, de Madrid, están trazados con suma precisión y en ellos se marcan perfectamente los pueblos que cada provincia comprende, las carreteras, los ferrocarriles, los ríos, y se distinguen con suma claridad los signos que determinan la cabeza de partido, el límite, el ayuntamiento, la aldea, etc. Además cada mapa va acompañado de una descripción en la que se da á conocer el número de habitantes, superficie, partidos judiciales, ayuntamientos de la provincia, distrito militar y obispado á que pertenece, producción agrícola, importancia industrial y comercial, ferias y todos los detalles necesarios. Véndese el atlas á 1'50 peseta.

ALMANAQUE BASTINOS. – Además del calendario y de algunos anuncios de la casa editorial barcelonesa cuyo nombre lleva el almanaque, contiene éste varios artículos y poesías, profusamente ilustrados, de Federico Schwartz, Sixto Celorrio, R. Pomés, Antonio Royo y Villanova, Antonio J. Bastinos y T. Avila.

LUCHA ETERNA, por *H. de Balsac*. – BRAND, por *E. Ibsen*. – La biblioteca «Teatro Antiguo y Moderno» ha publicado estas dos obras, *Lucha eterna*, drama en cinco actos y un prólogo del ilustre literato francés, y *Brand*, poema dramático en cinco actos del celebrado dramaturgo noruego. Los nombres de sus respectivos autores son el mejor elogio que de estas obras puede hacerse: cada una en su género merece el calificativo de maestra. Editadas en Barcelona por D. Antonio López, véndese cada tomo á una peseta.

PAPEL CIGARROS
ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTÁNEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
Y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
Y LA FIRMA DELABARRE
DEL Dr DELABARRE

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. — Todas Farmacias.

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.



San Lucas, cuadro de E. T. van Hove



San Juan Evangelista, cuadro de E. T. van Hove

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ZOMOL
JUGO DE CARNE DESECADO
ZÔMOTERAPIA
EL ZÔMOL *PLASMA MUSCULAR* (Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la *NEURASTENIA*,
la *CLOROSIS*, la *ANEMIA*,
la *CONVALECENCIA*, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA



Marca de Fabrica Registrada.
CATARRO. OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

VINO NOURRY
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
ANEMIA
DEBILIDAD
LINFATISMO y
ENFERMEDADES del PECHO
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Higado de Bacalao.
CLIN y COMAR, PARIS — *y en todas las Farmacias.* 652

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima



PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (*Francia*).
En todas las Farmacias bien surtidas.



PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 4 de abril de 1904 — Núm. 1.162



EN TOKÍO.—¡La victoria de la escuadra japonesa en Puerto Arthur!, dibujo de J. Waugh, según croquis de Lionel James

Los vendedores de periódicos japoneses indican la importancia de las noticias contenidas en los diarios que venden por el número de campanitas que llevan colgadas del cinturón, siendo el máximo seis. El grabado que publicamos representa á un muchacho que vende en Tokío una hoja anunciando el ataque y la victoria de los japoneses contra Puerto Arthur. Esta noticia requiere naturalmente el máximo de las seis campanitas, que son efectivamente las que el chico lleva.

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Si se supiese cuánto trabajo representa establecer... cualquier cosa, se respetaría el esfuerzo humano, y se comprendería la vitalidad que representa, en ciertos países, esa abundancia de establecimientos benéficos, donde se ha invertido, antes que sumas de dinero, energías y voluntad.—Esta reflexión me la sugiere la corta experiencia que voy adquiriendo en la labor de contribuir á instalar la Casa de Salud «La Gallega,» modesta policlínica operatoria que, modesta y todo, no ha nacido de suyo, se lo puedo asegurar á ustedes.

***

Y ante todo, debo decir, muy aprisa, que esta Institución tampoco la traje yo al mundo: nace, en primer término, de la generosidad de un capitalista gallego que ha sabido granjearse una fortuna y ahora sabe gastársela, dando su parte á los enfermos y á los pobres. D. Joaquín Santamarina es el verdadero patrono de la Casa de Salud, que recuerda, en su dulce nombre, la tierra materna, y declara el móvil de sentimiento que nos une al fundar un albergue transitorio para las muchas desdichas y naufragios de la salud, para esos conflictos aterradores que origina en los hogares pobres la aparición de la enfermedad crónica con su séquito de inutilización del trabajador y de dispendios imposibles de afrontar. Así es que, al lado del desprendido filántropo, debemos considerar como grandes patronos de la Casa de Salud á los médicos que capitaneados por D. Aurelio Enríquez, Director del Balneario de Cestona, desempeñarán en este Establecimiento gratuitamente las funciones de su profesión, y darán consulta y operarán á los que lo necesiten, limitándose, huelga advertirlo, á los medios y á la capacidad de la Casa.

No hay como ver estas cosas de cerca para experimentar dos sentimientos: el primero, ya lo dije, de respeto á toda iniciativa y á todo buen propósito; el segundo, de lo que llamaríamos inquietud y descontento benéfico; el dolor de no poder hacer mucho, mucho, ya que la suma de males y tribulaciones humanas es tan enorme. Equivalen siempre estas instituciones á un sorbo de agua en el desierto. Además, al considerar lo emprendido, un miraje nos figura lo que podríamos emprender, si la colonia gallega de Madrid se estrechase para lo que nunca es asequible á la acción de un particular, por más decidida que la supongamos. Las obras sociales se hacen social, no individualmente. El óbolo de cada uno es una fuerza inmensa.

Nadie sabe lo que cuesta instalar uno de estos centros, sobre todo en países como España, donde no los ha asimilado aún la vida colectiva, y donde, por consecuencia, ni las edificaciones ni el personal ni los varios elementos requeridos se encuentran en lo que pudiéramos llamar relación corriente. Hace algunos días, hablando del *Dispensario para niños de pecho* fundado por los marqueses de Casa Torre, decíame una señora conocida por sus obras benéficas: «Para fundar otro se necesita tener disponible otro doctor Ulecia.» Aunque no sea fatal la cooperación de nadie en nada, hay fondo de verdad en lo que afirmaba la señora, dada la falta de hábito de estas cosas, su exotismo. No estamos hechos á la labor colectiva, á nada que signifique unión de voluntades para obra social. Así se lo he indicado siempre á las feministas extranjeras que suelen interpelarme respecto á posibles intentos de reformas y mejoras por medio de Ligas, Asociaciones, Comités internacionales y otros sistemas análogos, que dan mucho gusto en tierras de allende el Pirineo.

***

A bien que no nos tiene mimados Europa, ni suele guardarnos grandes consideraciones, y á bien que tampoco nosotros nos preocupamos mucho de los *aires de fuera;* pero si nos entregásemos á cultivar ilusiones, menudo jarro de agua el que nos echaba el Kaiser con su desembarco en Gibraltar y su retraimiento y claustración á bordo en Vigo.

El hijo del soberano—creo que uno de los chicos mayores, de esos príncipes guapos y fuertes que aseguran la dinastía de los Hohenzollern—no fué tan desdeñoso con nuestras orillas como su padre. Saltó á tierra en la Coruña, visitó el Consulado alemán, recorrió la ciudad alegremente, adquirió en las tiendas mil chucherías, especialmente panderetas y abanicos, y nos dejó el recuerdo de una cara juvenil, animada por la salud y un tanto bronceada por el aire del mar. ¿Qué dura razón de Estado ó qué severidades de protocolo y de consejo serán las que impidieron al padre hacer lo que el hijo? ¿Qué conveniencias, qué etiquetas, qué cálculos le salieron al paso y le bloquearon en su yate imperial? ¿Qué combinaciones europeas son las que ponen á España en parangón con ciertas casas adonde no se va nunca... en segundo lugar, porque se tiene un pie enfermo?

No es verosímil que nadie lo sepa, al menos aquí (justamente donde importaría averiguarlo). Lo que sí puede asegurarse, es que no se deberá esta abstención del emperador á que sea apremiante ganar nuestras simpatías y á que sin nosotros no se arregle el cotarro. Más bien parece que de nosotros se piensa que «amigo que no sirve y cuchillo que no corta...,» etc.

***

No sería justo prescindir de consagrar elogios á los viajes del rey. Ensalcemos que el rey viaje, y viaje mucho; si algo cabe objetar, es que se detiene en cada punto corto tiempo. Es evidente que en Barcelona no son quince días, no es siquiera un mes, lo que el monarca debe permanecer cada año —por mil razones que cualquiera adivina,—y el presidente que le aconseje muy largas visitas á Barcelona, le querrá bien y querrá bien á España. El amable carácter del rey, su simpática franqueza, le ganarán amigos y le conquistarán popularidad segura; él, á su vez, podrá apreciar, mejor que en Madrid, el valor del trabajo, el precio de las grandes actividades aplicadas á la industria y al tráfico, ocupaciones de los pueblos de vanguardia. En Barcelona tiene el monarca magnífico palacio. Puede estar en su casa, con todo decoro. Puede demorarse, dedicarse á conocer despacio la colmena catalana. Yo, por puro diletantismo, gasté un mes en ver algo, en traerme superficial idea de ese movimiento; y me pasaba el día recorriendo fábricas, en compañía de mi amigo Sánchez de Toledo, á la sazón gobernador civil de Barcelona. Las múltiples cuestiones relacionadas con la vida y necesidades de la clase obrera, no pueden ser indiferentes al jefe de Estado.

Una de las cosas más sabias y prácticas que realizó Isabel la Católica, fué aquella incesante serie de viajes al través de su reino, sin perdonar villas y aldehuelas trasconejadas. Hartas privaciones sufriría y con no pocas molestias se habrá encontrado, en épocas tan atrasadas y en países á veces asolados por la guerra; por mucho que la atendiesen, el rigor de las intemperies y la escasez ó mejor dicho la miseria del solar castellano, se echarían de ver durante la jornada, que en ocasiones cogió á la reina en meses mayores. Pero todo podía darse por bien empleado, por ser insubstituíble el conocimiento que al través de los propios ojos gana la razón. Nótese que en nuestro teatro antiguo siempre que aparece el rey viajando y llega á un pueblo, es para reparar alguna injusticia, para castigar desmanes de comendadores, capitanes y ricoshombres, para reencarnar ante sus vasallos la rectitud y el bien. Desde que los reyes austriacos se estacionan en sus palacios, en sus sitios de recreo y en sus cazaderos, descuidando aquella grave responsabilidad que les incumbe en manos de validos y de intrigantes; desde que los Austrias se inmovilizan como el sol en el centro del sistema planetario, comienza verdaderamente la decadencia española. La vida se retira de las extremidades y el corazón late débilmente. Perdemos á Portugal de un modo ya definitivo; perdemos poco á poco aquel deslumbrador patrimonio de conquista, la posesión de un continente, que aventureros y viajeros habían ganado para nosotros con el arranque de su temerario valor. Nunca un retoño de la sangre real cruzó los mares para conocer aquellas tierras legendarias. ¿Quién sabe lo que hubiese sucedido si en vez de virreyes enviásemos á América infantes, ó si el mismo rey se hubiese determinado á cruzar el Atlántico y conocer la riquísima herencia de sus mayores?

***

¿Qué se come en la casa de los pobres? Esta pregunta me la he dirigido á mí misma sin encontrar respuesta satisfactoria infinitas veces. ¿Qué comen los pobres? Es decir, ¿qué artículo de los que se expenden en mercados, plazuelas y tiendas está al alcance, no precisamente de las bolsas vacías, de las pequeñas bolsas?

Esto que me preocupaba hace años, ahora empieza á preocupar á todo el mundo... No: por desgracia, no á todo el mundo; pues á pesar del clamoreo de la prensa y de los apuros de las amas de casa, nada eficaz se hace para atajar la pavorosa, espantable *suba* de los artículos de primera necesidad.

Las patatas, que son la carne del pobre; el bacalao, que es su salmón, su lenguado y sus langostinos, van poniéndose al nivel de las chuletas y de las perdices. No por eso se crea que van á comer perdices y chuletas los necesitados; lo que pasará sencillamente será que no podrán comer ni bacalao ni patatas ni cosa alguna; y que el hambre descarnada, auténtica, se enseñoreará de Madrid.

¿Sólo de Madrid? En los pueblos de provincia y en las mismas aldeas han encarecido los alimentos hasta un límite que debe alarmar, porque la población rural es la reserva de la patria y de la raza, y cuando no se come lo suficiente no hay labradores ni hay soldados.

Ya la carestía ha aguzado el ingenio, y funcionan los mataderos clandestinos y despachos públicos de carne de caballo —bajo el nombre de vaca,—ni más ni menos que si estuviésemos sitiados, sufriendo estrecho cerco de ejército enemigo. Esta clase de vianda dulzona, con dominó de tripa y en forma de embuchado, me figuro que no habrá madrileño que no esté familiarizado con ella, y por lo tanto no hay que asustarse; lo inédito es presentarla enmascarada de *beefsteak*. En París, como nadie ignora, ya se permite su expendición, previo un reconocimiento escrupuloso de veterinario. ¿Comer caballo? Es cuestión de gustos...

***

No me parece mal síntoma que se empiece á divulgar la idea de que la endemia del tifus, que de tiempo en tiempo adquiere carácter de epidemia, se puede combatir y se puede desterrar. Cuando pende de la desinfección y del saneamiento el que se corrija uno de estos tristes fenómenos, es indudable que hay tifus y hasta viruela... porque se quiere que los haya. El tifus no es enfermedad fatal; no es enfermedad que resista á la observancia y cumplimiento de las leyes de la naturaleza reconocidas por la ciencia. Dadle á Madrid limpieza, agua, alimentación, aire puro, desinfección, y en Madrid no existirá el tifus, ó por lo menos sus explosiones se habrán contenido.

La viruela—ya se sabe —no hace estragos donde la vacuna es obligatoria y general. Lo malo es que la desinfección y la vacuna tienen enemigos jurados y escépticos infinitos, no solamente entre la gente humilde, sino entre las legiones en ese vulgo de levita de que hablaba Feijóo.

He oído á un señor que exclamaba:

—¡En mis tiempos no había microbios *(sic)* y vivíamos más años que ahora!

EMILIA PARDO BAZÁN.



Hilandera, escultura de Maturino Moreau

Tarciso, mártir cristiano, escultura de J. A. José Falguiere, existente en el Museo del Luxemburgo

El Museo del Luxemburgo

El Museo del Luxemburgo, destinado á las obras de pintores y escultores contemporáneos y formando en la época actual la continuación lógica de las galerías de la Escuela Francesa del Louvre, no fué en su origen más que una mera decoración ó un legado de riquezas para el palacio que lleva este nombre.

El palacio de María de Médicis fué, en efecto, desde su fundación un continuo santuario del arte. La reina regente, que en todo se desinteresaba por proteger á los artistas, había nombrado para su decoración á Duchesne, Jean Mosnier, á Quentin Varin y Ph. de Champaigne.

Poussin fué encargado en su juventud de las obras de poca importancia y de algunos decorados para los cuartos ó habitaciones particulares. Rubens pintó para la galería de los Médicis veinticuatro telas notables, las que durante más de dos siglos fueron la escuela más ejemplar de los pintores franceses.

En las postrimerías del año de 1779, cedido el palacio del Luxemburgo al conde de Provenza, se retiró del palacio lo que pertenecía al soberano, es decir, los cuadros de su gabinete y las grandes telas de Rubens, siendo destinadas á formar parte de la colección que enriqueció luego al Museo del Louvre.

Veinte años transcurrieron cuando el palacio, sumido en la mayor decadencia, fué primeramente restaurado por el Directorio y luego por el Senado. El arquitecto Chalgrin no terminó sus trabajos hasta el año de 1804; pero desde 1801 en adelante, siendo Chaptal ministro de la Gobernación, decidió la creación del *Museo del Luxemburgo*. Naigeon, quien había prestado señalados servicios en calidad de miembro de la Comisión de artes en 1802, fué nombrado conservador del mismo. Aún no había transcurrido esta fecha, cuando ya Naigeon había reunido los elementos de su Museo, y por cierto con muy acertado criterio. Los Rubens figuraban en primer lugar, eligiendo luego cinco cuadros del mencionado Philippe de Champaigne, que tanto había trabajado en la decoración del palacio. Trasladóse luego á Versailles para hacerse cargo de la colección de cuadros que representaban la vida de San Bruno, debidos al pincel de Le Sueur para decorar el claustro de los Cartujos, vecinos muy próximos del Luxemburgo, hallando después en el mismo claustro otros dos cuadros de Le Sueur, y además veinte paisajes pintados sobre postigos destinados á proteger de la intemperie los cuadros de Le Sueur. Por último, solicitó del ministerio de Marina la colección de los puertos de Francia por Jos. Vernet y por Hue. Naigeon recolectó en todas partes, reuniendo cuadros de Rafael, Poussin, Rembrandt, Ticiano, Ruysdael, Terburg, Van der Velde, y por este orden la colección continuó aumentando hasta el año de 1815.

En 1815, los huecos que en el Louvre dejaron las reclamaciones de los aliados, se llenaron con la cooperación de las colecciones del Luxemburgo, en cuyas paredes pronto no quedaron sino 17 cuadros antiguos, los cuales reingresaron en 1821 en el Museo Real.

No obstante, la *Galería de la Cámara de los Pares* no podía quedar desprovista de cuadros, y desde aquella fecha comienza la verdadera creación del actual Museo. Luis XVIII mandó que esta galería fuese exclusivamente dedicada para las obras de los artistas nacionales contemporáneos, y en 14 de abril de 1818 aparecía nuevamente ostentando 74 cuadros de la escuela francesa contemporánea. Desde aquella época se crearon nuevas salas para la sección de pinturas, cuyas puertas se abrían frecuentemente, siendo luego punto de exposición asimismo para la escultura, grabado y litografía, dibujos y acuarelas.

Tocante á su nuevo destino, el Luxemburgo ha sido siempre un Museo de tránsito; en los últimos veinte años ha tomado asimismo cierto carácter de depósito de las mejores obras adquiridas por la dirección de Bellas Artes. Las obras que por él han pasado fueron á parar al Louvre ó bien á las grandes residencias del Estado al fallecer sus autores. Una tradición no confirmada por decisión oficial alguna, y que por lo contrario es violada al morir cualquier artista de alguna nombradía en nuestro siglo, pretendía «que tan sólo á los diez años de fallecidos sus autores, las obras más notables adquiridas para el Luxemburgo por pública subscripción y por el Estado serían elegidas para figurar en las galerías del Louvre, las cuales irían á ocupar un lugar al lado de sus ilustres antecesores y á continuar la historia del arte francés.» Esta tradición era hija sólo de un deseo muy laudable, pero pecaba de exageración, pues no se fundaba en un sentimiento de escrupulosa justicia. Diez años no son más que un brevísimo plazo cuando se trata de emitir un recto juicio que ha de prevalecer en la posteridad; y dominando aún influencias de época, se podía así sofisticar con obras medianas la moderna escuela del Louvre, que cuenta con obras maestras del Renacimiento hasta fines del siglo actual.

En 1885, á causa de las decisiones del Senado, que reclamó la libre disposición de las salas ocupadas por las obras de los artistas contemporáneos, el Museo del Luxemburgo fué trasladado al pabellón del jardín del palacio, preparado á este propósito y aumentado con una doble ala hacia la calle de Vaugirard.

Allí es donde figuran las obras de los pintores franceses más notables en nuestro siglo, entre los cuales podemos citar á Horacio Vernet, Delacroix, Bastien Lepage, Diaz, Carpeau, que tiene allí la *Ejecución árabe*, la *Judit* y el *Retrato del general Prim*, el cual es una síntesis genial de nuestra Revolución de Septiembre.

La entrada del nuevo Museo es por la calle Vaugirard: después de atravesar un pequeño patio y de subir algunos escalones, se penetra en un estrecho vestíbulo, al que sigue la galería de escultura, de 432 metros de superficie. Al extremo de ésta están las salas destinadas á la pintura, con una superficie mural de 2.177 metros.

En el exterior del Museo hay una terraza paralela á la galería de escultura, en la que se ven varias estatuas de bronce y de mármol.

En estos últimos años se han introducido algunas modificaciones en el reglamento del Museo de los artistas contemporáneos. Dada la exigüidad de los locales, el comité consultivo de los museos nacionales ha dispuesto que no admitiría como máximo más que tres obras firmadas con el mismo nombre: «Esta medida, dice acertadamente Esteban Arago, se presenta como una esperanza y un motivo de estímulo para los jóvenes artistas que por falta de sitio, y no de talento reconocido, no han sido admitidos todavía en el Museo del Luxemburgo.»

Este Museo tiene de dotación 100.000 francos anuales para la adquisición de obras de arte, pagándose su administración de los gastos generales de Bellas Artes. Lo rige un solo director, y las adquisiciones las determina un Jurado.

Pompeyo Gener.

El Artista Amado, por Carlos de Bussy

Ilustraciones de Cyrus Cuneo

En un papel escrito en lengua extranjera encontré el singular pensamiento de un cuento. He aquí, tal como puede relatarse, la fantástica historia.

Vivía en un país imaginario un pintor, cuyo talento, si no alcanzaba á igualar al de otros colegas suyos, en cambio gustaba á la multitud de mujeres sensibles, razón por la cual le envidiaban aun aquellos mismos que valían más que él.

Muchos otros pintaban, empleaban en ellos tintas raras, lienzos más magistrales que los suyos; pero sus cuadritos, en los que brillaban claridades suavísimas ó resplandecía una divina luz, lograban cautivar siempre.

Había un color, que incesantemente reaparecía en sus pinturas, un rojo de intensidad sorprendente que se veía en todas sus obras y que parecía iluminarlas. Ora pintase un interior, ora un paisaje ó bien figuras, cada rostro, cada brizna de hierba, cada objeto se animaba se àclaraba bajo la caricia de aquel rojo maravilloso.

* * *

Aquel artista agradaba á la multitud impresionable de las mujeres, y por esto más de una le llamaba el Artista Amado. Y todos los que le envidiaban se decían:

—Pintemos también con rojo como color predominante; y como tenemos más talento que ese hombre, pronto conseguiremos sepultarle en el olvido.

Efectivamente, tenían más talento que aquel hombre, y sin embargo, por más que empleaban el rojo con preferencia y que llegaban en su empeño á audacias que tal vez habrían sido consideradas como geniales si no hubiesen parecido ridículas, la multitud de las mujeres no se dejó en modo alguno cautivar por aquellas pinturas.

Mi secreto, les respondió sonriendo de un modo extraño, lo llevo en mí mismo; no me pidáis que lo descubra

Y la gente se preguntaba:

—¿De dónde saca ese artista un tal color? Nadie puede igualarle. Verdaderamente el color que posee es único.

-Es preciso que encontremos uno semejante, dijeron los envidiosos y se pusieron á buscar.

* * *

Uno partió en una galera hacia lejanas regiones de los países por donde el sol sale, y no tardó en regresar trayendo pulpas, conchas y flores marinas, de las cuales extrajo un rojo cuya belleza igualaba á la de la púrpura oriental; otro descubrió entre antiquísimos y empolvados pergaminos.las fórmulas que empleaban los maestros difuntos para sus materias colorantes; pero uno y otro, cuando utilizaron sus nuevas preparaciones, sufrieron un terrible desencanto.

Y no fueron estos dos los únicos desengañados.

Sin embargo, el color deseado existía, y por consiguiente era preciso proseguir, sin cansarse, las investigaciones. Muchos que en planchas de hierro habían robado al fuego la señal de sus huellas abrasadoras, perdieron la vista en las fraguas, sin que de todos sus trabajos quedara otra cosa que un enfriado metal.

Entonces, algunos amigos del pintor amado, á quienes inspiraban lástima todos aquellos que se desesperaban buscando en vano la solución del enigma, le preguntaron si algún día descubriría su secreto á sus rivales.

—Mi secreto, les respondió sonriendo de un modo extraño, lo llevo en mí mismo; no me pidáis que os lo descubra. Además, ¿qué os importa, ni qué les importa á mis rivales que tienen más talento que yo? Conocer semejante secreto de nada les serviría...

Dichas estas palabras entregóse de nuevo á su labor.

* * *

Cuanto más iba entrando en años, tanto más agradaban á la multitud sensible de las mujeres las rojas claridades de sus pequeños cuadros; pero también á medida que envejecía, poníase más pálido, tan pálido que hubiera podido dudarse de que estuviera vivo, de no haber sido por la fiebre ardiente que brillaba en sus ojos.

Desde hacía algún tiempo, trabajaba sin descanso en una obra en la que, según él mismo aseguraba, consumiría sus últimas fuerzas.

Esta afirmación sorprendió á todos; y cuando agregó que todos sus cuadritos no habían sido sino la *expresión íntima de su vida* y que si pronto había de morir la causa de ello estaba en sus cuadritos, con lo cual quedaba descubierto á sus rivales el secreto de aquel color sangriento, muchos sospecharon que había perdido la razón.

* * *

Una mañana le encontraron inanimado y lívido; y como no tenía familia, varias de las mujeres que le admiraban acudieron presurosas á su casa y cuidaron de darle sepultura.

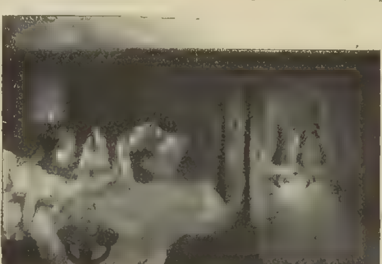
Entretanto, sus rivales anhelantes invadieron sin pudor la sala en donde el artista tenía costumbre de pintar, y se arrojaron unos sobre los crisoles y los hornos, otros sobre los armarios, frascos, vasijas, paletas, cajas, y registraron hasta debajo de los muebles á fin de conocer aquella materia misteriosa que durante tanto tiempo habían buscado en vano.

Pero nada descubrieron que se saliera de lo ordinario.

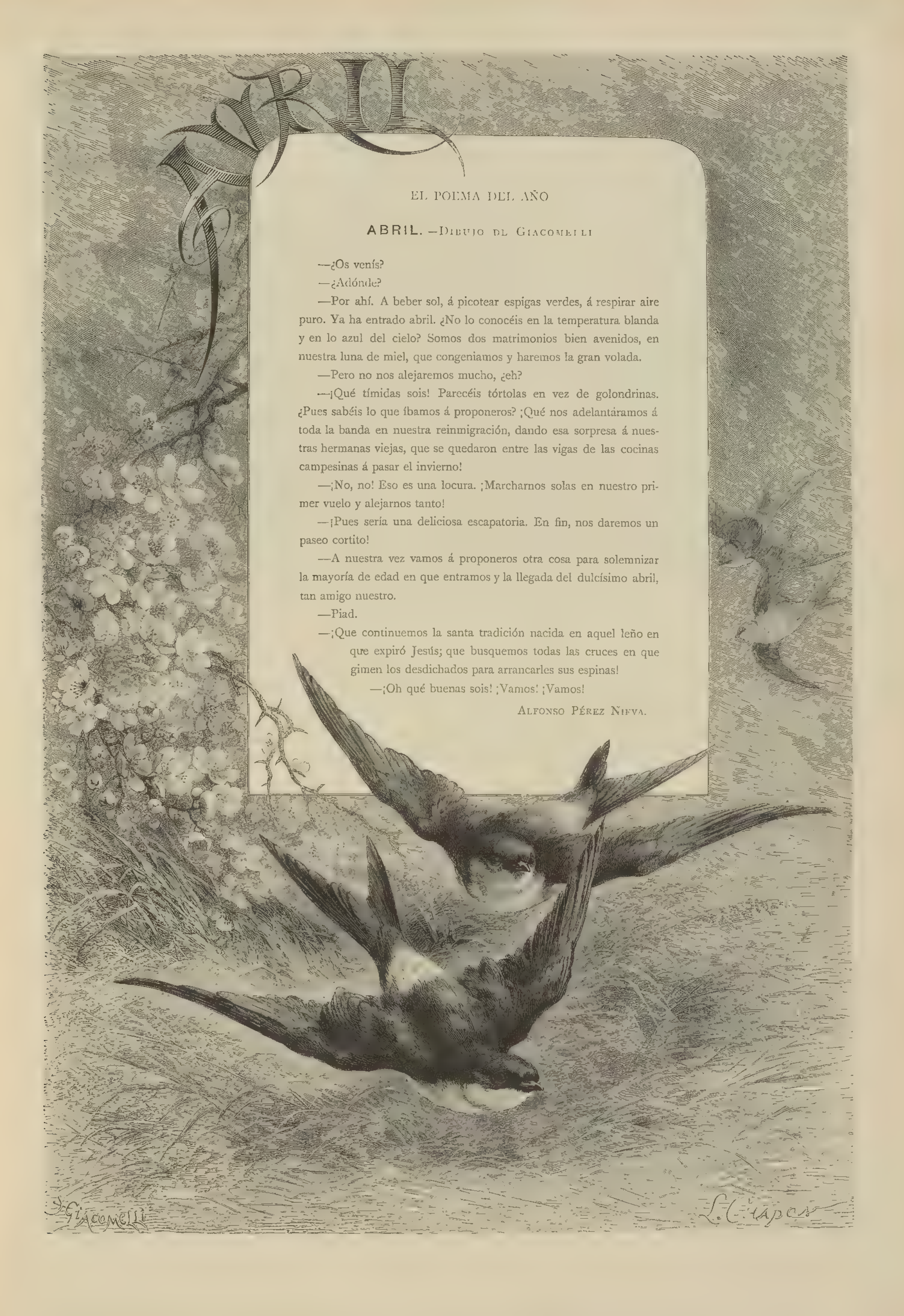
¡Nada que fuese extraordinario había en aquel taller!

Sin decir palabra, interrogábanse con la mirada unos á otros, cuando oyeron un rumor de asombro que salía de la habitación inmediata.

Las mujeres que amortajaban al Artista Amado acababan de descubrir en el pecho de éste una herida muy profunda y muy antigua, que sin duda tuvo abierta durante toda su vida y cuyos bordes, entonces negros á á causa de la sangre coagulada, jamás habían podido juntarse.



Las mujeres que amortajaban al Artista Amado acababan de descubrir en el pecho de éste una herida muy profunda



EL POEMA DEL AÑO

ABRIL. —Dibujo de Giacomelli

—¿Os venís?

—¿Adónde?

—Por ahí. A beber sol, á picotear espigas verdes, á respirar aire puro. Ya ha entrado abril. ¿No lo conocéis en la temperatura blanda y en lo azul del cielo? Somos dos matrimonios bien avenidos, en nuestra luna de miel, que congeniamos y haremos la gran volada.

—Pero no nos alejaremos mucho, ¿eh?

—¡Qué tímidas sois! Parecéis tórtolas en vez de golondrinas. ¿Pues sabéis lo que íbamos á proponeros? ¡Qué nos adelantáramos á toda la banda en nuestra reinmigración, dando esa sorpresa á nuestras hermanas viejas, que se quedaron entre las vigas de las cocinas campesinas á pasar el invierno!

—¡No, no! Eso es una locura. ¡Marcharnos solas en nuestro primer vuelo y alejarnos tanto!

—¡Pues sería una deliciosa escapatoria. En fin, nos daremos un paseo cortito!

—A nuestra vez vamos á proponeros otra cosa para solemnizar la mayoría de edad en que entramos y la llegada del dulcísimo abril, tan amigo nuestro.

—Piad.

—¡Que continuemos la santa tradición nacida en aquel leño en que expiró Jesús; que busquemos todas las cruces en que gimen los desdichados para arrancarles sus espinas!

—¡Oh qué buenas sois! ¡Vamos! ¡Vamos!

Alfonso Pérez Nieva.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – «¡Por el tsar y por la patria!» – La población de San Petersburgo despidiendo con entusiasmo á los batallones expedicionarios que marchan hacia el extremo Oriente, dibujo de Jorge Scott. (Reproducción autorizada.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Desde nuestra crónica anterior, Puerto Arthur ha sido objeto de dos nuevos ataques, uno el día 22 y otro el 27 de marzo último. En el primero, la escuadra japonesa, compuesta de seis acorazados, doce cruceros y ocho torpederos, atacó, desde media noche hasta las once, la plaza y la escuadra rusa, que al mando del almirante Makarof salió á su encuentro, sin que ni por una ni por otra parte se registrase pérdida alguna, á pesar del fuego vivísimo durante once horas. En el segundo, los japoneses se proponían obstruir la entrada del puerto, para lo cual enviaron cuatro grandes vapores mercantes, acompañados de seis torpederos, con intento de hacer naufragar los primeros en la boca de la rada; mas advertida á tiempo la maniobra por los rusos, gracias á los proyectores eléctricos, las baterías de la plaza dispararon contra aquellos buques, mientras el torpedero *Ssilny*, al mando del teniente Krinizki, se lanzaba contra ellos y lograba destruir con un torpedo la proa del barco mercante que iba al frente de los otros. Este barco y dos más se dirigieron entonces hacia la montaña de Oro, en donde encallaron, en tanto que el cuarto se hundía á su vez á un lado del canal de paso. Poco después apareció la escuadra japonesa, que no tardó en alejarse así que vió que salía á su encuentro la rusa y que comenzaban á hacer fuego las baterías de la plaza.

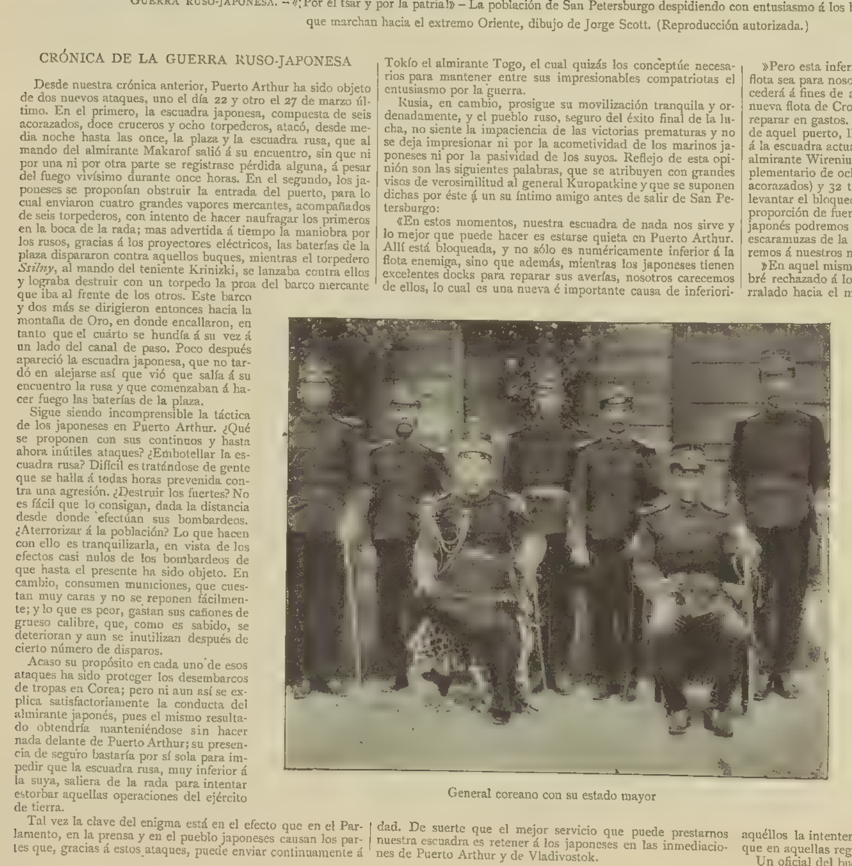
Sigue siendo incomprensible la táctica de los japoneses en Puerto Arthur. ¿Qué se proponen con sus continuos y hasta ahora inútiles ataques? ¿Embotellar la escuadra rusa? Difícil es tratándose de gente que se halla á todas horas prevenida contra una agresión. ¿Destruir los fuertes? No es fácil que lo consigan, dada la distancia desde donde efectúan sus bombardeos. ¿Aterrorizar á la población? Lo que hacen con ello es tranquilizarla, en vista de los efectos casi nulos de los bombardeos de que hasta el presente ha sido objeto. En cambio, consumen municiones, que cuestan muy caras y no se reponen fácilmente; y lo que es peor, gastan sus cañones de grueso calibre, que, como es sabido, se deterioran y aun se inutilizan después de cierto número de disparos.

Acaso su propósito en cada uno de esos ataques ha sido proteger los desembarcos de tropas en Corea; pero ni aun así se explica satisfactoriamente la conducta del almirante japonés, pues el mismo resultado obtendría manteniéndose sin hacer nada delante de Puerto Arthur; su presencia de seguro bastaría por sí sola para impedir que la escuadra rusa, muy inferior á la suya, saliera de la rada para intentar estorbar aquellas operaciones del ejército de tierra.

Tal vez la clave del enigma está en el efecto que en el Parlamento, en la prensa y en el pueblo japoneses causan los partes que, gracias á estos ataques, puede enviar continuamente á Tokío el almirante Togo, el cual quizás los conceptúe necesarios para mantener entre sus impresionables compatriotas el entusiasmo por la guerra.

Rusia, en cambio, prosigue su movilización tranquila y ordenadamente, y el pueblo ruso, seguro del éxito final de la lucha, no siente la impaciencia de las victorias prematuras y no se deja impresionar ni por la acometividad de los marinos japoneses ni por la pasividad de los suyos. Reflejo de esta opinión son las siguientes palabras, que se atribuyen con grandes visos de verosimilitud al general Kuropatkine y que se suponen dichas por éste á un su íntimo amigo antes de salir de San Petersburgo:

«En estos momentos, nuestra escuadra de nada nos sirve y lo mejor que puede hacer es estarse quieta en Puerto Arthur. Allí está bloqueada, y no sólo es numéricamente inferior á la flota enemiga, sino que además, mientras los japoneses tienen excelentes docks para reparar sus averías, nosotros carecemos de ellos, lo cual es una nueva é importante causa de inferioridad. De suerte que el mejor servicio que puede prestarnos nuestra escuadra es retener á los japoneses en las inmediaciones de Puerto Arthur y de Vladivostok.



General coreano con su estado mayor

»Pero esta inferioridad no será eterna, y día vendrá en que la flota sea para nosotros una poderosa ayuda. Creo que esto sucederá á fines de agosto: entonces estará en aquellos mares la nueva flota de Cronstadt, en la cual se trabaja noche y día sin reparar en gastos. A fines de mayo ó principios de junio saldrá de aquel puerto, llevando consigo buques carboneros, y unida á la escuadra actualmente inútil que en el mar Rojo manda el almirante Wirenius, nos llevará al Pacífico un contingente suplementario de ocho acorazados, siete cruceros (cuatro de ellos acorazados) y 32 torpederos de alta mar. Estas fuerzas harán levantar el bloqueo de Puerto Arthur, y cuando esto suceda, la proporción de fuerzas navales quedará invertida y á cada buque japonés podremos oponer uno y medio: entonces terminarán las escaramuzas de la escuadra japonesa, y entonces también exigiremos á nuestros marinos un trabajo importante y decisivo.

»En aquel mismo momento, espero, Dios mediante, que habré rechazado á los japoneses del continente y los habré acorralado hacia el mar, y llegado este caso, necesitaré de la escuadra dos cosas: primera, que eche á pique todos los transportes japoneses que traten de reembarcar á los regimientos dispersos; y segunda, que proteja nuestros propios transportes llenos de tropas rusas de desembarco...»

Al oir esto, parece que el amigo del general le interrumpió diciéndole:

– «Pero qué, ¿iréis al Japón?

– »Iremos al Japón, respondió Kuropatkine. Recordad bien lo que voy á deciros. Europa podrá intervenir, hablar, entrometerse en nuestros asuntos y obrar como se le antoje; pero nosotros no le haremos ningún caso. En Tokío y sólo en Tokío firmaremos la paz.»

Tal vez estos últimos conceptos sean un poco aventurados; pero de todos modos, el espíritu que informa los párrafos transcritos demuestra lo que antes decimos acerca de la serenidad y seguridad con que Rusia espera el natural desarrollo de los sucesos.

Los japoneses prosiguen lentamente su movimiento de avance en Corea y construyen á toda prisa el ferrocarril de Seúl á Gensán. Sus avanzadas han llegado á Andjú, y basta mirar el mapa de la guerra para ver el mucho camino que les falta recorrer todavía para llegar á la frontera mandchuriana, que es en donde seguramente se realizarán los hechos de armas decisivos.

Los rusos se atrincheran fuertemente en las cercanías de An-Tung, junto á la desembocadura del río Yalu, en la creencia de que los japoneses intentarán desembarcar por aquella parte y remontar el río con sus cañoneros; pero esta operación es sumamente peligrosa y es difícil que aquéllos la intenten, sabiendo como han de saber las fuerzas que en aquellas regiones tiene concentradas su enemigo.

Un oficial del buque de guerra francés *Pascal*, que presenció



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Tropas rusas marchando hacia la frontera mandchú-coreana. - Tren militar que cruza el lago Baikal, dibujo de F. de Haenen (Reproducción autorizada)

el combate (?) de Chemulpo del día 9 de febrero, ha publicado en un periódico chino un interesante relato de aquella acción. Tratándose de un marino francés pudiera creerse parcial su descripción; mas como ésta se ajusta en un todo á la realidad de los hechos, á los partes oficiales ruso y japonés y á cuanto han dicho los marinos de otras naciones, entre ellos ingleses, que fueron testigos oculares de la hazaña japonesa, hemos de prestarle entero crédito. Y como en ella hay detalles tan curiosos como conmovedores, no creemos fuera de lugar, dado el carácter de estas crónicas, que no pueden ser de actualidad palpitante, reproducir algo de lo que el citado oficial escribe.

A las siete de la mañana del referido día, el almirante japonés Uriu envió á los comandantes del *Pascal*, del *Talbot*, del *Elba* y del *Vicksburg* una carta anunciándoles que á las cuatro de la tarde atacaría á los buques de guerra rusos *Koreetz* y *Varyag*, anclados en Chemulpo, si éstos no abandonaban la rada antes del mediodía, y suplicándoles que pusieran sus barcos fuera de la zona de combate. Sorprendidos ante tal notificación, cuando aún no tenían noticia oficial de la declaración de guerra, los comandantes de aquellos tres buques conferenciaron á bordo del *Talbot* y redactaron una protesta enérgica contra la conducta del almirante japonés, avisando al propio tiempo al comandante del *Varyag*, que ignoraba las intenciones de Uriu, pues el mensajero que éste le enviara con una carta notificándole su resolución, no cumplió el encargo de entregársela inmediata y directamente.

El comandante del *Varyag* se avistó con los comandantes del *Pascal*, del *Talbot* y del *Elba* y les pidió que acompañaran á los dos barcos rusos hasta que estuvieran en alta mar, petición á la cual no pudieron naturalmente acceder aquéllos.

El mariscal NOZU,
jefe del primer cuerpo de ejército japonés en Corea

– Está bien, exclamó entonces el marino ruso. Nos envían al sacrificio, pues iremos á él.

Después que sus colegas conmovidos le hubieron abrazado efusivamente, el comandante volvió á bordo del *Varyag*, reunió á la tripulación y le dijo que era preciso combatir. Con un hurra inmenso fueron acogidas sus palabras, y momentos después los dos buques se apercibían al combate y se disponían á salir del puerto. La banda del *Varyag*, reunida en el puente, tocó la Marsellesa, el *God save the king* y el himno nacional italiano, saludando así á los buques extranjeros, cuyas tripulaciones desde las vergas aclamaban á aquellos hombres que iban impasibles á una muerta segura.



El combate naval de Chemulpo (9 de febrero). – Plano que indica la situación de la escuadra japonesa y el camino que siguieron los buques rusos *Varvag* y *Koreetz*.

K. *Koreetz*, cañonero ruso.
S. *Sungari*, barco mercante ruso.
V. *Varyag*, crucero ruso.
P. *Pascal*, crucero francés.
T. *Talbot*, crucero inglés.
E. *Elba*, aviso italiano.
W. *Wicksburg*, aviso norteamericano.
Ph. Islote con faro.
I. Pequeña isla que divide en dos el paso de la rada.

As. *Asama*, acorazado japonés.
Na. *Narriwa*, crucero „
Ta. *Takoshiho*, „ „
Ak. *Akashi*, „ „
Ch. *Chigoya*, „ „
N. *Nickota*, „ „

NOTA. – El *Chigoya* fué el único que persiguió al *Varyag*, después que éste hubo zozobrado.

El *Varyag* y el *Koreetz*, para salir de la rada de Chemulpo habían de pasar necesariamente (según puede verse en el plano que en esta página publicamos) por entre la escuadra japonesa, que se componía de un acorozado, cinco cruceros y ocho torpederos. En estas condiciones parecía que los barcos rusos habían de ser echados á pique inmediatamente; sin embargo, no fué así, sino que el combate duró cerca de una hora: el puente del *Varyag* vióse inundado de metralla, una á una fueron inutilizadas sus piezas de artillería y un proyectil causó graves averías á su timón; entonces, cuando ya no era posible disparar un solo cañonazo, su comandante regresó al puerto. Durante esta maniobra, dificilísima por la falta de gobernalle, recibió el barco otros tres proyectiles en la línea de flotación que le hicieron inclinarse hasta el punto de que los que desde Chemulpo contemplaban el combate creyeron imposible que pudiera seguir



El general OTUBO,
jefe de la 6.ª división del ejército japonés

navegando. Esto no obstante, el *Varyag* llegó al puerto á cosa de la una. El espectáculo que ofrecía el puente era horrible; sangre y restos humanos en todas partes, una carnicería jamás vista por ninguno de los presentes; y por añadidura, el incendio que había estallado desde el principio del combate. A las cinco, el crucero ruso se hundía, después que el resto de su tripulación hubo sido salvado por el *Pascal*.

El *Koreetz*, á pesar de encontrarse durante el combate sólo á 200 metros del *Varyag*, no recibió un solo proyectil y regresó á Chemulpo sin una sola baja: su comandante, convencido de que la lucha era imposible, había adoptado las disposiciones necesarias para echar á pique su barco en medio de la pelea.



MARINA, cuadro de María Wambach



EN LA TABERNA, cuadro de Edmundo Harburger

Pocos minutos después de su regreso al puerto, y una vez en seguridad su tripulación, el buque volaba tras dos formidables detonaciones y entre los hurras de los marinos extranjeros, espectadores de tanto heroísmo.

Los rusos, no queriendo dejar nada en poder de los japoneses, incendiaron el buque mercante *Sungari*, cuya tripulación fué también recogida por el *Pascal*.

Aunque pasaron los tiempos caballerescos y hoy en la guerra todos los medios se consideran buenos si pueden conducir al fin que se persigue, hay que confesar que la victoria de Chemulpo, tan cacareada por los japoneses, no constituirá ninguna página gloriosa para la historia del Imperio del Sol Naciente.

Otro rasgo de heroísmo de la marina rusa es el de dos tripulantes del torpedero *Sterecguchti*, que se perdió en el combate de Puerto Arthur del día 10 de marzo, según dijimos en nuestra penúltima crónica. Cuando este barco, por haber sufrido una gran avería, hubo de quedarse rezagado del resto de la escuadra rusa, vióse rodeado por varios buques japoneses, uno de los cuales le abordó. Un oficial japonés saltó á bordo del torpedero para amarrar un cable á fin de remolcarlo; allí pudo presenciar un espectáculo horrible: el puente estaba lleno de muertos y heridos, y de toda la tripulación sólo quedaban ilesos dos marineros, que al ver al oficial desaparecieron en el interior del barco, y encerrándose en él, se negaron á contestar á las intimaciones que aquél les dirigía. De pronto, el torpedero comenzó á hundirse: los dos marineros acababan de abrir las escotillas, prefiriendo sepultarse en el mar con su buque á que éste cayera en poder del enemigo. Tan brusca fué aquella operación, que el barco remolcador apenas tuvo tiempo de cortar el cable para no ser arrastrado por el torpedero al fondo del mar.

Hay en Tokío una catedral rusa y un obispo ruso, Nicolai, que ha convertido á muchos japoneses á la religión ortodoxa. Cuatro días después de la ruptura de hostilidades, Nicolai reunió á los más notables de sus fieles y les habló en estos términos: «No puedo resolverme á separarme de vosotros y no saldré del Japón, á menos que este sea vuestro deseo. Soy súbdito del tsar y particularmente rogaré por mi emperador, como vosotros, que sois japoneses, rogaréis en público por la patria japonesa. Y si recibís la noticia de una victoria de vuestras armas, celebraréis en la iglesia vuestras acciones de gracias. Nuestro Señor nos enseña el patriotismo y la lealtad. El Dios Justo juzgará de nuestras causas y dará la victoria á la que la merezca.»



Estatuita modelada por Miss Effie Stillman

Difícil es ciertamente la situación de este obispo, pero más aún lo es sin duda la de los ortodoxos japoneses en presencia de esta guerra entre su soberano legítimo y su jefe espiritual, entre el Mikado, encarnación secular de la patria y el Tsar de Rusia que es para ellos el vicario de Jesucristo en la tierra. – R.

NUESTROS GRABADOS

Manila. Traslación de los restos de los héroes de Cavite y de Baler.—Solemnes fueron los actos que el día 14 de febrero último se verificaron en Manila en honor de los héroes que en Baler y en Cavite perdieron gloriosamente sus vidas en defensa de la patria. Poco después de las ocho de la mañana, atracó al muelle de Anda la lancha que conducía los restos de los marinos muertos en Cavite y que, puesta en un armón de artillería y escoltada por fuerzas de marinería é infantería de marina yanquis, fué llevada á la iglesia de San Agustín, en donde estaban ya reunidas todas las autoridades de Manila, la población española, la colonia extranjera, muchos significados filipinos y multitud de personas de todas clases. Allí fué colocada la urna sobre sencillo y severo catafalco, al lado de otra que encerraba los restos de los militares que murieron en Baler; el túmulo, adornado con innumerables coronas de flores naturales y artificiales, estaba rodeado de blandones y de lámparas funerarias. Después de celebrada una misa y de cantados unos responsos por el señor Deán de la Catedral de Manila, asistido de dos sacerdotes regulares, los féretros fueron colocados en sendos armones de artillería y conducidos al muelle de Anda, precedidos y escoltados por fuerzas del ejército yanqui, por la colonia española y extranjera y por una muchedumbre de filipinos. Después fueron embarcados en la lancha *Comillas* y desde ésta trasbordados al vapor *Isla de Panay*, que los ha traído á España. En Barcelona y en Madrid, los restos de los héroes de Baler han sido recibidos con respetuosas manifestaciones de duelo, á las que se asociaron los elementos civiles y militares, particulares y oficiales y el pueblo, rindiendo un último y piadoso testimonio de admiración á los que sucumbieron en lejanas tierras defendiendo el honor de la bandera española.

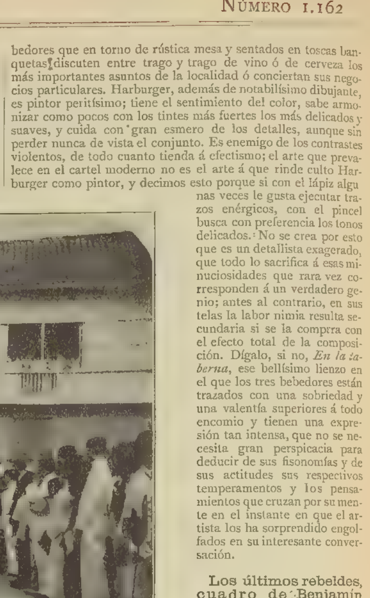


Manila. – Traslación de los restos de los héroes de Cavite y de Baler (de fotografía remitida por D. Vicente Arias y Fernández)

Estatuita modelada por Miss Effie Stillman. – Cada día van siendo más las mujeres que cultivan las bellas artes; pero la mayoría de ellas se dedican á la pintura, siendo muy pocas las que se inclinan á la estatuaria. Por esto son más dignas de aplauso las que arrostrando las dificultades especiales que al temperamento femenino ofrece la plástica, llegan á producir obras que llaman la atención de la crítica y del público. La notable artista inglesa Miss Effie Stillman se encuentra en este caso: su bellísima estatuita, que figuró en una exposición celebrada recientemente en Brighton, merece incondicionales elogios por la naturalidad de su actitud, por la corrección de sus líneas, por la armonía de sus proporciones y sobre todo por la sobriedad y soltura que en ella campean.

Marina, cuadro de María Wambach.—Es este un género de pintura poco cultivado por las mujeres que al arte se dedican; sin embargo, la pintora belga María Wambach es en él una maestra en toda la extensión de la palabra. Esposa de un notable compositor, no ha necesitado la fama de su marido para ocupar una posición elevada en su ciudad natal, Amberes; aun sin esta circunstancia se la habrían conquistado sus preciosas marinas, que el público admira con entusiasmo, la crítica aplaude sin reservas y los aficionados compran á buen precio, y que figuran en la mayoría de las colecciones particulares y en los salones de las familias más pudientes de aquella rica capital. Sus obras suelen tener reservado un puesto en las salas de honor de las exposiciones que cada tres años se celebran sucesivamente en Bruselas, en Amberes y en Gante, y en una de las últimamente verificadas, el rey de Bélgica Leopoldo II quiso que le presentaran á la autora de aquellos cuadros que tanto le habían cautivado. El que en el presente número reproducimos es buena muestra del talento de tan notable artista, así por la grandiosidad de su concepción como por la amplitud y firmeza con que está pintada.

En la taberna, cuadro de Edmundo Harburger.—El celebrado artista muniquense cuyo nombre ha popularizado la tan conocida revista alemana «*Fliegende Blaeter*,» es un gran observador y un excelente dibujante; su lápiz hábil y seguro reproduce en un sencillo perfil lo esencial de una figura, no sólo con exactitud irreprochable, sino también con vida y expresión extraordinarias. Su especialidad son los tipos y escenas de las tabernas y cervecerías bávaras, esos grupos de bebedores que en torno de rústica mesa y sentados en toscas banquetas discuten entre trago y trago de vino ó de cerveza los más importantes asuntos de la localidad ó conciertan sus negocios particulares. Harburger, además de notabilísimo dibujante, es pintor peritísimo; tiene el sentimiento del color, sabe armonizar como pocos con los tintes más fuertes los más delicados y suaves, y cuida con gran esmero de los detalles, aunque sin perder nunca de vista el conjunto. Es enemigo de los contrastes violentos, de todo cuanto tienda á efectismo; el arte que prevalece en el cartel moderno no es el arte á que rinde culto Harburger como pintor, y decimos esto porque si con el lápiz algunas veces le gusta ejecutar trazos enérgicos, con el pincel busca con preferencia los tonos delicados. No se crea por esto que es un detallista exagerado, que todo lo sacrifica á esas minuciosidades que rara vez corresponden á un verdadero genio; antes al contrario, en sus telas la labor nimia resulta secundaria si se la compara con el efecto total de la composición. Dígalo, si no, *En la taberna*, ese bellísimo lienzo en el que los tres bebedores están trazados con una sobriedad y una valentía superiores á todo encomio y tienen una expresión tan intensa, que no se necesita gran perspicacia para deducir de sus fisonomías y de sus actitudes sus respectivos temperamentos y los pensamientos que cruzan por su mente en el instante en que el artista los ha sorprendido engolfados en su interesante conversación.



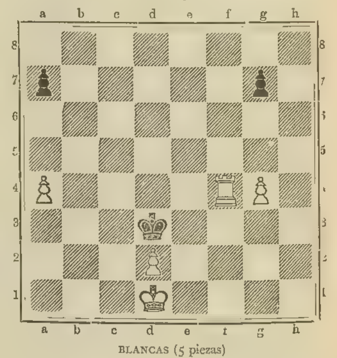
Los últimos rebeldes, cuadro de Benjamín Constant.—Delante de una muralla de rojos ladrillos en la que se abre una puerta ojival de pesado estilo, que sirve de entrada á la ciudad de Marruecos, se extiende una arenosa llanura en la que están tendidos, alineados simétricamente, los jefes de las tribus rebeldes que, muertos ó vivos, son llevados á la presencia del sultán. Este, montado á caballo y rodeado de oficiales y portaestandartes magníficamente vestidos, pasa revista de aquellos cadáveres y de aquellos prisioneros cuya suerte está en sus manos, mientras la multitud, agrupada á lo largo de la muralla, contempla la escena que ante sus ojos se desarrolla. El carácter siniestro del asunto forma singular contraste con la brillantez de los trajes y con los colores deslumbrantes que ha tenido que emplear el artista para ajustarse á la realidad. Este cuadro, uno de los más hermosos sin duda que ha producido el pincel del tan justamente renombrado pintor francés, figuró en el Salón de París de 1880 y fué adquirido por el Estado, que lo instaló en el Museo del Luxemburgo.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 359, POR W. PAULY.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en seis jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 358, POR S. LOYD.

Blancas.	Negras.
1. De5–b8	1. Ta8×b8
2. Cf3–e5	2. Cualquiera.
3. C mate.	

VARIANTES.

1..... Cb1–d2; 2. Cg5–f7 jaque, etc.
1..... g4×f3; 2. Db8×a8, etc.
1..... Otra jug.ª; 2. Db8×a8 ó Cg5–f7 jaq., etc



Se permitió recordar á aquella señora que tenía comprometido con él el vals número 2

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Y sin dar tiempo á Anselmo para contestarle, se echó á reir clamorosamente de su propia argucia.

Al hombre que es el primero en reir de lo que dice, lo menos que puede concedérsele es una sonrisa, y yo me sonreí; Anselmo se creyó obligado á dar alguna disculpa que el otro, por fortuna, interrumpió diciendo:

—No admito disculpas: ¿es usted ó no un amigo de la casa? Pues si lo es usted, venga mañana á tomar te con nosotros..., y usted también, añadió dirigiéndose á mí; me complacerá en extremo estrechar más nuestra amistad, aparte de que los amigos de los amigos... ¡Ja, ja! Siempre así, siempre así; ustedes me verán constantemente alegre; el buen humor me transpira por todos los poros; mi alegría es, por decirlo así, contagiosa, y los hocicos de dos varas tienen que habérselas conmigo. ¡Ja, ja, ja!

Aquella vez lo menos que se podía hacer era reir con él. Pero también era todo lo más, porque, como todos los hombres persuadidos de que tienen gracia, Albruzzi llevaba siempre la palabra, sin tolerar interrupciones, é interrumpiendo con los labios, con el ademán y con la sonrisa, al interruptor.

—Siento mucho no poder estar más tiempo con ustedes; pero los deberes de un amo de casa son, ¿qué diré?, son deberes: hay una señorita que ha de cantar..., ¡ya, ya oirán ustedes!; pero tengo que dejarles, por más que su compañía me sea gratísima... Con permiso... Dentro de una hora cuando más empezará el baile: ¿usted bailará, no es verdad, amigo Anselmo? ¡Ah! Allí veo á mi señora que mira hacia aquí; quizás me necesite... Con permiso...

Y se marchó andando á saltitos como de costumbre, moviendo la cabeza á derecha é izquierda para mirar en los espejos el efecto de su propia persona.

Las palabras de aquel hombre habían perturbado el ánimo de Anselmo; le miré, me miró de soslayo y no dijo una palabra.

Yo no pude menos de pensar que entre el hombre insubstancial, ligero y vanidoso, y mi Anselmo, lleno de corazón, rico de entusiasmo y de ingenio, mediaba una distancia enorme, la distancia que va de la confianza á la doblez, del hombre honrado que duerme plácidamente en su lecho y el ladrón que escucha á la puerta de su casa.

XIII

Otra extravagancia de Luciano

Un confuso murmullo surgió en un punto del salón y se comunicó rápidamente á la muchedumbre de los convidados. Busqué con la vista la causa de aquel murmullo, y vi un hombre alto y bien formado, de maneras sueltas, sonriente, que cruzaba el salón con paso rápido, dirigiéndose á saludar á la señora Albruzzi, la cual estaba sentada en un diván, rodeada de un grupo de aduladores.

Creía soñar al ver á aquel hombre, y sin embargo, no cabía duda: era él, el Sr. Luciano Castelli.

Su traje irreprochable, la elegante desenvoltura de su porte, lo transformaban hasta hacerlo casi desconocido.

El retraimiento, mejor dicho, la *extravagancia* del Sr. Luciano era ya proverbial en Lugnano; por esto aquella aparición repentina en medio de una fiesta excitaba la curiosidad general.

—Mira, mira, decía á mi derecha un jovenzuelo á su vecino; ¡cuando yo te lo decía! Esos misántropos acaban siempre así; si el dolor matase, hace tiempo que ese hombre estaría enterrado; pero, según parece, nadie se muere de dolor, y el que no muere, se cura.

—¡Morir por una mujer! ¡Morir por su mujer! ¡Bah!, decía otro, hombre de experiencia que aún no había cumplido diez y nueve años, con treinta dientes en la boca y treinta y dos pelos en el labio; ¡bah!, son cosas que no suceden ya en *nuestro* tiempo...

—¿Y estáis seguros de que la muerte de su mujer fué lo único que le trastornó el juicio?, añadió un tercero. Me dijeron que había también de por medio otro intríngulis, algo así como un patrimonio consumido en el juego.

Mi vecino de la izquierda era un viejecillo enjuto de carnes, con dos patillas canosas que, con el auxilio de una pomada especial, lograban parecer verdes: tenía los lentes en la mano y no se los acercaba á los ojos sin protestar antes de que veía muy bien sin ellos.

—¿Quién es ese Sr. Castelli?, le preguntaba uno que por su pronunciación parecía forastero.

Un desgraciado, un loco, un hombre de quien se habla mucho: entre otras cosas se dice que su difunta esposa le había hecho ver..., en fin, esos benditos maridos se creen con derecho de secuestrar exclusivamente para sí á una mujer guapa; ¿le parece á usted? ¿Qué se haría en el mundo si no se hiciese la corte á las mujeres ajenas? Nosotros los solteros...

—Es un guapo mozo, interrumpió otro, y no tiene trazas de loco.

—Sí, no lo parece...

—Mire usted: está hablando con la señora Albruzzi..., observe usted qué colorada se ha puesto ella.

—Se ha puesto como una grana: lo veo muy bien sin necesidad de los lentes.

—Le sonríe y él la sonríe... ¡Sabe Dios lo que le estará diciendo! ¿Qué le dirá?

El caballero de las patillas verdes se resignó á valerse de los lentes, que separó al punto de los ojos como si tuviese miedo de adquirir mala fama.

—Sí, lo veo muy bien..., le sonríe.

Picóme la curiosidad hasta tal punto, que instintivamente me acerqué á Luciano, confundiéndome entre la concurrencia.

La bella dama había acogido á Castelli con un movimiento de sorpresa, no sé si agradable ó desagradable, pero intensa á no dudarlo; sus mejillas sonrosadas se pusieron del color de la fresa silvestre, y sus ojos, muy abiertos y fijos, decían todo lo que la boca se resistía á expresar.

Aquel estupor fué cosa de un momento; la mujer se acordó de la dama hermosa, y de aquel fugaz abandono salió con la acostumbrada sonrisa de triunfo en los labios, con el relampagueo de la lisonja en la mirada, más bella y más tentadora que nunca.

Pero Castelli parecía insensible á tan pomposa exhibición de encantos; contemplaba sin pestañear aquel rostro incomparablemente bello, con la suprema indiferencia del hombre que no es ya de este mundo, sin desviar temerosamente la mirada, sin la fiebre de la admiración y del deseo.

Si la señora Albruzzi se proponía encadenar á su yugo un admirador más, su esperanza debía frustrarse aquella vez; Luciano era capaz de decirle muchas galanterías, como en efecto se las decía, pero seguramente sin sentir ninguna; sus adulaciones, sus piro-

pos fluctuaban sobre un fondo de ironía, que parecía un vicio natural del alma, de modo que no se sabía si debían tomarse en serio ó no.

Las frases de Luciano no eran esa necia charla, aderezada con lisonjas y figuras retóricas, á que la tenían acostumbrada los galanteadores vulgares; eran una alabanza seria, grave, mesurada, pronunciada entre sonrisas, con la despreocupación de un naturalista que se halla en presencia de un fenómeno observado otras veces; una alabanza que imponía la modestia y el rubor, truncando en los labios la respuesta de la coquetería y de la vanidad.

Fácil era advertir que el lenguaje de Castelli cohibía á la bella dama; sus armas se le quebraban á ésta en la mano; y rápidos sonrojos y palideces rápidas alternaban cual relámpagos en su hermoso rostro.

La aparición de Luciano Castelli en aquella fiesta, y más que todo su modo de presentarse, engendraban en mi mente cien fantásticas suposiciones. ¿Aquel retorno al mundo de las cosas era en efecto indicio de verdadero alejamiento del mundo de las imágenes? ¿Se había desprendido absoluta y enteramente del pasado? ¿Se sentía preparado á aceptar la vida frívola y despreocupada del hombre sin afectos, sin vínculos, sin recuerdos? ¿Y tan completa transformación podía haberse efectuado de golpe, sin dejar huella alguna en su rostro, ni siquiera á los ojos piadosamente escudriñadores de la amistad? ¿Y era, y podía ser, firme, incontrastable, duradera?

Yo buscaba una respuesta á todas estas preguntas en el semblante de aquel á quien me obstinaba en llamar «mi pobre amigo.» La observación es de efecto seguro, porque no es posible que con un poco de buena voluntad no se logre discernir en la nariz ó en los ojos ó en la frente de un hombre bien nacido lo que á toda costa se quiere que haya en ellos.

Habíaseme metido en la cabeza que la cara de Luciano debía revelarme algo, y he aquí, sucintamente expuesto, el resultado de mis indagaciones.

Su frente, surcada por lo común de arrugas horizontales (las arrugas de la meditación y de la melancolía), presentaba á modo de nublados breves y repentinos, como ciertos días estivales en que el sol juega al escondite; estos nublados parecían vagar un instante y se reunían en un hacecillo de arrugas verticales (las arrugas del mal humor y del enojo) en el vértico nasal: los ojos hundidos despedían relámpagos lívidos, miradas atravesadas, sospechosas, y las cejas (arco iris de la faz, como las llama David) parecían más bien en ciertos momentos arcos de salvajes, y tenían contracciones bruscas como si se tendieran para disparar flechas envenenadas; los labios, ora sonrientes, ora fruncidos por la ironía, disimulaban con trabajo una profunda amargura; solamente la nariz, satisfecha de servir de pedestal á aquellos hacecillos de tempestades, no tomaba parte activa y era testigo indiferente de lo que pasaba.

Con todos estos datos en la mano, era fácil dar rienda suelta á la imaginación; pero en aquel momento me pareció que Luciano se volvía á mirar hacia donde yo estaba y que desviaba la vista como turbado, y que á aquella mirada y aquella turbación sucediese en el rostro un leve rubor.

Al poco rato saludó cortésmente á la señora Albruzzi y vino á buscarme. Preguntóme por mi salud y yo le pregunté por la suya.

—Estoy perfectamente, como ve usted, contestó procurando no mirarme á la cara.

—Es una velada agradable, le dije.

—Muy agradable, me contestó.

Y estrechándome la mano con fuerza, me dejó para irse al extremo opuesto del salón.

Mientras Castelli hablaba conmigo, me pareció notar que la señora Albruzzi nos miraba; pero no había podido sincerar la cosa sin demostrar «á mi pobre amigo» las nuevas sospechas que me pasaban por la cabeza.

Apenas se separó de mí, miré á la señora Albruzzi, luego á él, y en seguida otra vez á la bella dama. Un jovencillo había ocupado el puesto que quedó desocupado junto á esta señora, á la cual hablaba con vivacidad; pero ella le contestaba distraídamente y miraba á hurtadillas á Luciano; él—«mi pobre amigo»—se alejaba sin volver la cabeza, saludando á derecha é izquierda con el aire de un hombre que, al dignarse volver á entrar en el mundo, entra en él como conquistador.

* * *

Luciano me había hecho olvidar á Anselmo.

—¿Ha visto usted á Anselmo?, me preguntó el señor Albruzzi.

En lugar de contestar, miré á mi alrededor.

—Hace media hora que lo ando buscando. Se le necesita: es el cuarto caballero de un rigodón, y en seguida se va á dar la señal... ¿Sabe usted bailar rigodones?

—Un poco.

—¡Bravo! Pues venga usted á ocupar el puesto de su amigo; le presentaré á su pareja, es decir, á la que debía ser su pareja, y le quedará á usted agradecida.

Así diciendo, me cogió de la mano y me llevó, sin ocurrírseme siquiera oponer resistencia, á presentarme á su consorte, la adorable señora Laura Albruzzi.

Ella aceptó el cambio sonriendo y me dió las gracias; yo solté á media voz una de esas sandeces que pasan por rasgos de ingenio, tomé posesión de una silla que había quedado vacía y me senté á su izquierda.

La conversación, que empezó por lugares comunes, vino á parar en una especie de intimidad que tuve la precaución de considerar con alguna suspicacia.

Concluído el rigodón, en vez de dejarme retirar, la señora Albruzzi me preguntó, con su más halagadora mirada y con la indiferencia del que, para entablar la conversación, atrapa al vuelo la primera idea que le viene á las mientes:

—Es usted amigo del Sr. Anselmo, ¿no es cierto?

—Somos amigos de la infancia, le contesté empezando á creer á Anselmo más afortunado quizás de lo que él mismo se figuraba.

Desgraciadamente aquella pregunta no era más que un puente para pasar á esta otra, hecha con la misma inflexión de voz:

—¿Y también es usted amigo del Sr. Castelli?

—Sí, señora.

—¿Tiene usted mucha intimidad con él?

Para explicar la especie de intimidad que tenía «con él,» hube menester de muchas palabras.

—¿Conque es un hombre muy raro?

—Hasta ahora ha pasado por misántropo; pero yo siempre lo he tenido por melancólico.

—¿Por qué dice usted hasta ahora?

—Porque probablemente mañana no se dirá que es misántropo el hombre que ha asistido á una fiesta.

—¿Y qué se dirá?

—Señora, el mundo no se corrige de pronto: seguirá diciendo que es un loco; buscará las causas de su nueva conducta, y si no las encuentra, las inventará.

La bella dama no contestó; yo seguí la dirección de sus miradas, y vi en un corrillo compuesto de hombres y mujeres á Luciano, que, con la frente serenamente hermosa, con noble actitud, dominaba y entretenía á las personas que lo rodeaban. Sus palabras, animadas de insólito fervor, llegaban débilmente hasta nosotros.

—Parece que allí se divierten, dijo la señora Albruzzi haciendo un leve movimiento de despecho.

Y poniéndose en pie, pareció invitarme con la mirada á seguirla.

Yo pensé que, puesto que no la divertía, podía quedarme donde estaba, y fingiendo no haber comprendido su deseo, la saludé cortésmente y no me moví.

En aquel momento vi de pie en el hueco de una ventana con los labios contraídos de amargura, los ojos clavados en el suelo, al desdichado Anselmo. Me acerqué á él cariñosamente y le interrogué; guardó silencio, luego se excusó, y por último una confesión penosa, amarga, desesperada, surgió de su pecho mezclada con sollozos.

Anselmo amaba á aquella mujer, la amaba perdidamente y estaba celoso.

En pocas palabras me dió á conocer todo el fondo de su corazón: estaba celoso de Castelli, á quien tenía por rival; el amor no le cegaba; había visto que *su rival* era ó estaba á punto de ser preferido, que quizás era amado; la sangre se le subió á la cabeza, y había huído de aquella casa resuelto á no volver á ella; mas no bien estuvo en la calle, los celos lo contuvieron; semejante á un perro atado á la cadena, no podía alejarse de la casa donde otro sondeaba en aquel momento, con mejor fortuna, el corazón de la sirena; luchó en vano, y poco después, dócil al dolor como un esclavo, volvía á saborear todo el amargo deleite del amor no correspondido.

XIV

La fortuna amorosa de Anselmo

Pocos días después recibí una carta de Bissone. Anselmo, con el cual había yo pasado la noche anterior entre copa y copa, me escribía desde casa de Próspero lo siguiente:

«Querido amigo: Perdóname si te he engañado, si he fingido contigo una fuerza de voluntad que estoy lejos de tener, si ni siquiera por ti me he quitado esta máscara de indiferencia y de hilaridad que hace algunos días llevo en público como una librea.

»No es verdad, no, que la haya olvidado; no es verdad que no pienso en esa mujer, que no la amo ya. No se rebela únicamente mi corazón contra ello, sino también mi voluntad; y aunque pudiera arrancarme este afecto y arrojarlo lejos, no lo haría, no quisiera hacerlo. Hay algo de fatal en este amor impotente que me destroza. ¿Qué puedo yo, qué puedes tú hacer para curarme de él, si la idea de la culpa no ha sabido contener el delito?

»Tú conoces mi pasado; tú sabes cómo vivía, cómo sufría sin advertirlo; todas mis facultades estaban como dormidas; mi corazón, mi pensamiento, mi voluntad estaban supeditados por un pacto de indolencia. Y tú me escribías estas palabras que me han llegado al corazón: «Desecha esa inercia que te mata; tu juventud esta en su ocaso, y tú no has sido nunca joven, tú no has vivido nunca. ¡Animo! El mundo tiene su fango, pero también tiene sus perlas; procura recoger una y habrás vivido.» He podido encontrar con el tiempo mi pensamiento y el mundo de que me hablabas; hoy he encontrado los afanes, he encontrado mi corazón.

»Mas por lo mismo que lo he encontrado, no puedo hacerme ya sordo á su voz; mi afecto me es grato, mi mismo dolor lo es. Si no puedo extinguir la sed de felicidad que me devora, me embriagaré con el dolor, con el frenesí de la lucha, con las seducciones de una esperanza culpable. La apatía, la resignación, la calma, me son ahora enojosas; sé que me matarían; era menester no salir de ellas nunca ó salir para siempre.

»Me he dicho á mí mismo: «El amor de esa mujer me es necesario,» y á cada momento de mi vida, entre las angustias del afán, entre las torturas de los celos, en los arrebatos del odio y del amor, oigo siempre dentro de mí el eco de estas palabras. «El amor de esa mujer me es necesario.»

»He allanado todas las vallas que podían separarme de ella: he dicho á la conciencia «calla» y al corazón «late más fuerte,» y he pasado con los ojos cerrados para no ver el peligro. En mi propósito, esa mujer es mía; ninguno puede disputármela; ella misma no lo puede sin remordimientos. Porque mi amor es cosa suya, porque ella lo ha querido, lo ha provocado, porque su maravillosa belleza nunca hubiera podido nada contra mi corazón si no hubiese agregado á ella las insinuaciones encantadoras de la sirena. Otras cien mujeres tan hermosas como ella, y aun algunas más hermosas, no habrían suscitado en mí más que una fría admiración; pero la fiebre que siento hoy por vez primera y tal vez por la última, me la ha infundido ella misma en las venas. Ha hecho de mí otro hombre; ha querido que yo sacrificase en un voto culpable mi conciencia, mi honor, mi dignidad de hombre honrado, de la cual había conservado intacto el orgullo, y lo he sacrificado todo.

»Todo esto es una deuda que se paga; ella debe devolverme una por una las luchas que he reñido, las torturas que he soportado. Después de haberme llenado de pasmo el corazón, no puede permanecer indiferente á mi quebranto; no puede agregar la befa, no puede añadir el insulto, y su indiferencia es una befa y un insulto.

»El corazón de esa mujer me pertenece, porque lo he pagado muy caro.

»Bien lo sabes: hace quince días que devoro en secreto mi dolor, que persigo desatentado la quimera del olvido; bien lo sabes: la indiferencia que aparecía en mi rostro, no estaba, no, en el corazón, y sin embargo, el deseo de volverme indiferente se había aferrado á él con la obstinación puntillosa de un loco. Esta misma mañana, al dejar á Luciano, tenía el propósito de no volver en mucho tiempo; pero había medido mal mis fuerzas; ahora conozco que no me es posible pasar una sola hora lejos de ella sin que me abrase el deseo de estar á su lado. Había escogido mal el remedio: no podría llegar á la indiferencia sino por el camino del desprecio, y jamás se desprecia sinceramente á una persona lejana.

»Por otra parte, mis sentimientos se han modificado mucho en esta jornada de reflexión; soy joven, me siento fuerte y animoso: ¿por qué he de aceptar una vergonzosa resignación... y por quién?.. Puedo luchar, puedo defender mi felicidad, puedo arrancar la mano del ladrón que se extiende sobre mi corazón. ¿Tengo verdaderamente un rival? No lo sé, pero mis celos me hacen temer uno en cada hombre: ¡oh!, si me amase, ¡cuán altivo y desdeñoso me sentiría ante sus inciensos vulgares! Pero ¿quién me dará fuerza para combatir ese espectro que se ha lanzado de improviso á través de mis afectos? Lo presiento: ese hombre el el déspota de mi destino, y tiene en la mano todos los hilos de mi corazón. Laura me habría amado quizás algún día, tal vez ese día no estuviese lejano, y

mi ventura estaba ya preparada... Cuando él se ha presentado la he visto palidecer, y al oir sus primeras palabras, ponerse encarnada de placer y sonreir como poco antes me había sonreído; desde aquel día yo no he sido nada para ella, mis asiduidades la molestan, y mi amor, tratado como un objeto sin valor, sólo es bueno para provocar una mirada de coqueta ó un chiste vulgar.

»¿Quién es ese hombre? ¿Qué representa en la vida de Laura? ¿Qué vínculos existen entre ellos? No me he hecho hoy solamente estas preguntas; cuando tú no veías en tu «pobre Luciano» más que un hombre desventurado, un instinto secreto me había dicho hacía tiempo que tenía en él un enemigo, y á no dudarlo, si el pasado de ese hombre esconde un dolor grande ó una gran alegría, ese dolor ó esa alegría tienen conexión con Laura. No es cosa de hoy el encontrarlo en mi camino: al separarse del mundo ha dejado tras de sí algo de sí mismo; antes de presentárseme personalmente, me ha hecho luchar con su fantasma.

»El buen Próspero, que me ha recibido con los brazos abiertos, que me ha dado su corazón y su casa, lo ignora todo. Tú eres el único que ve la lucha trabada en mi pecho; te debía una explicación de cuanto he hecho, de cuanto me resta que hacer...

»Mañana marcharé de aquí; mi destino, sea cual fuere, está ligado al destino de Laura. Quiero que me vea á su lado; que el reproche de mis miradas turbe una felicidad que debía ser obra mía; quiero que esa sirena absorba el veneno que ha derramado en mi corazón.»

* * *

El mismo día en que recibí aquella carta encontré á Anselmo. Apenas me vió, corrió á mi encuentro tendiéndome los brazos; yo hice lo mismo, y nos abrazamos estrechamente.

—¡Pobre Anselmo!, exclamé en voz baja, y meneé la cabeza melancólicamente, suspiré mirando al cielo y repetí con sincera conmoción: ¡Pobre Anselmo!

El pobre Anselmo se desprendió de mis brazos, me cogió las manos, me las sacudió con toda su fuerza, y clavándome en la cara dos ojazos de espiritado, me dijo con ansia febril:

—¡No digas pobre, sino feliz! ¡Feliz! ¡Yo estaba loco, loco de remate!

A mí me parecía que aún lo estaba, y le miré de soslayo.

-Sí, estaba loco, prosiguió Anselmo; hazte cuenta de que no has leído aquella carta; todo ha pasado...

¿Hablas formalmente?

—Hablo con el mejor juicio de que soy capaz.

Yo pensé que en ciertos casos el mejor juicio puede ser muy poco bueno.

—¿Conque ha pasado todo? Perfectamente. Según eso, estás ya en vías de curación?

—Mejor..., mucho mejor.

—¿Estás curado?

—¡Soy feliz!

—¡Ah!

-Laura me ama.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—¿Te lo ha dicho con su propia boca?

—Me lo ha dicho con los ojos.

—¡Ya!

—Con la sonrisa, con un apretón de mano muy prolongado, con el alma...

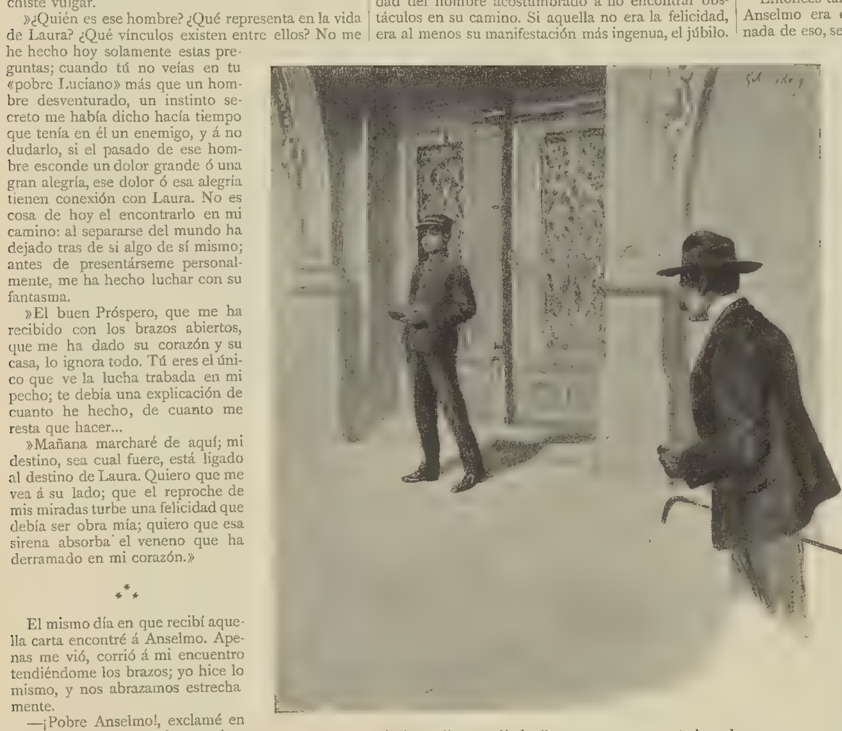
—¡Esa mujer es un ángel!, dije por contener la burla en los labios.

* * *

Las veladas de *casa de Albruzzi* habían adquirido gran boga y estaban cada vez más concurridas; pero todos habían notado que Luciano hacía dos semanas que no había asistido á ellas; cosa que me daba mucho en qué pensar.

Anselmo en tanto no perdía el tiempo y se insinuaba con nuevo ardimiento para resarcirse de las ocasiones perdidas.

Una noche, al entrar en el salón un poco más tarde que de costumbre, le vi sentado al lado de la bella Laura en el mismo diván, en actitud de cariño sa intimidad. La satisfacción da sí mismo y el orgullo del amor le brillaban en la frente como una aureola. Sus ojos despedían ardorosos destellos, sus labios sonreían, sus ademanes tenían la firmeza y la vivacidad del hombre acostumbrado á no encontrar obstáculos en su camino. Si aquella no era la felicidad, era al menos su manifestación más ingenua, el júbilo.



un criado de aquella casa salía de ella con una carta y un estuche en la mano

—Mejor, pensé; el huracán ha pasado.

Y me acerqué á saludar á la dueña de la casa.

La hermosa dama hizo un movimiento de grata sorpresa; pero mi ilusión duró poco, pues la dirección de la mirada de la señora Albruzzi y la distracción con que recibía mi saludo me hicieron notar mi error. Alguien se acercaba detrás de mí, y este *alguien* era el Sr. Castelli.

Anselmo se puso blanco como el papel; caía bruscamente del paraíso en su miseria.

Luciano saludó sin afectación á la señora Albruzzi; luego se volvió á mí y me estrechó la mano silencioso. Anselmo tenía obstinadamente la vista vuelta á otra parte.

Laura y Luciano entablaron una conversación animada, en la cual no tomé parte; la primera hacía gala de todo su despejo, y lo tenía ni más ni menos que cualquiera otra mujer hermosa: Castelli hablaba poco, pero en compensación se le escuchaba mucho; cuando hablaba, Laura fijaba en su rostro dos grandes ojos azules, brillantes como dos zafiros, y parecía contener el aliento para oir mejor. Anselmo intentó dos ó tres veces llamar hacia sí la atención con alguna frase aguda, pero en vano; Laura volvía la cabeza un momento, sonreía fingiendo por cortesía haber comprendido y se ponía de nuevo á escuchar á Luciano.

Yo, en lugar de Anselmo, me habría marchado diez veces; pero el desdichado no sabía resolverse á abandonar su puesto junto á Laura, aquel puesto del que poco antes se había mostrado tan orgulloso como de un trono.

—Sr. Castelli, dijo Laura con voz de falsete y mirando á su alrededor con estudiada distracción, siéntese usted á mi lado.

Al decir esto, la señora Albruzzi fijó, así como furtivamente, una mirada en Anselmo. El pobre enamorado comprendió, se sonrojó, pero no se movió. Laura se mordió levemente los labios y se abanicó con fuerza.

—Hace calor, añadió: querido Anselmo, hágame usted el favor de decir que me traigan un vaso de agua con azúcar.

No era posible negarse; Anselmo abandonó con visible disgusto el puesto que ocupaba al lado de la mujer amada.

Huelga decir que cuando volvió acompañado de un criado portador de una bandeja de refrescos, aquel puesto envidiable estaba ocupado por el señor Castelli.

Entonces también lo mejor que pudo haber hecho Anselmo era dar media vuelta y marcharse; pero nada de eso, se quedó al lado de Laura y de Castelli.

En aquel momento se oyeron las alegres notas de un vals, y Anselmo pareció respirar con más libertad; se inclinó ceremonioso ante la dama de su corazón, y con toda la galantería que le concedía el disimulo, «se permitió recordar á aquella señora que tenía comprometido con él el vals número 2.»

Pero ¡qué desgracia!, la señora estaba tan cansada, tan cansada...

—Es usted tan bueno, añadió sonriendo, que me perdonará...

Anselmo no tuvo el espíritu y la ingenuidad de salir del paso con un cumplido, sino que se inclinó fríamente y se alejó con la cabeza muy levantada.

Mi corazón aplaudió y dijo: «¡Bravo!» Sin embargo, ignorando los secretos vínculos que ligaban á Luciano con la señora Albruzzi, me desagradaba en extremo la conducta de esta mujer que empezaba á parecerme demasiado hermosa, pero nada más que hermosa.

Hacía ya rato que tenía vivos deseos de coger del brazo á Anselmo y llevármelo á otra parte; en vista de que él se retiraba espontáneamente, le seguí.

Luciano se había puesto algo pálido al observar el acto brusco de Anselmo, y al poco rato se levantó, saludó gentilmente á la bella Laura y se alejó. Entonces fué la sirena la que perdió el color, y mi corazón aplaudió y dijo «¡Bravo!» como antes.

Contra lo que yo esperaba, Anselmo no se había retirado enteramente, sino que se había detenido en un rincón contemplando con furiosas miradas la perfidia de la mujer amada. Abandonar la propia amante en compañía de un rival, además de ser imprudente, es cosa superior á las fuerzas de un enamorado, y he aquí por qué mientras Luciano estuvo al lado de Laura, Anselmo se quedó; y cuando aquél hubo dejado la envidiada porción de trono, Anselmo quiso ocuparla y se acercó de nuevo á su reina.

El resultado, pensándolo bien, no debía maravillarme.

La señora Albruzzi acogió á Anselmo con una sonrisa irónica, lo miró de pies á cabeza enojada, y con la actitud de una Juno desdeñada, se levantó del diván.

XV

En que se da una mala idea del talento de los amantes no correspondidos

El estupor del enamorado dura poco rato; sucediéndole esa especie de fiebre que da el insensato anhelo de tomar un desquite -necio remedio únicamente bueno para agravar la enfermedad.

Yo vi á Anselmo levantarse bruscamente del diván como si cediera á un propósito repentino, pasarse con rapidez la mano por los cabellos y salir en seguida de la sala.

Un secreto instinto me indujo á seguirle.

Pasando por una larga serie de habitaciones, llegó á una sala casi desierta, desde la cual apenas se oía el alegre eco de los instrumentos. Un candelabro de muchas bujías alumbraba la estancia; ante una ancha mesa en la cual había algunos libros y periódicos estaban sentados dos ó tres convidados, hombres de edad madura que parecían embebidos en su lectura; y en el fondo, arrellanado en una butaca, veíase al Sr. Castelli. Tenía éste la cabeza apoyada en el respaldo y un libro en la mano; pero la mano estaba caída y el libro casi tocaba el suelo, mientras la vista, fija en lo alto, de seguro creía ver algo más allá del techo.

(Continuará)

LOS TORPEDOS

El éxito que obtuvieron los torpedos la noche del 8 de febrero último, causando graves averías en pocos segundos á dos de los mejores buques de combate y á un buen crucero de la escuadra rusa, ha motivado que en ellos se haya fijado mucho la atención en estos días. Existe el peligro, y peligro serio, de que al examinar los efectos, no tengamos en cuenta la causa. Fácilmente dejamos pasar inadvertido el factor principal en aquel suceso, que fué el descuido de que dió pruebas el almirante ruso, exponiendo su escuadra al riesgo de recibir un ataque semejante. Port Arthur ha evidenciado la eficacia de los torpedos, pero está lejos de haber demostrado que hayan de ser el primer elemento de las fuerzas del porvenir. Puede que así suceda y que, más ó menos pronto, llegue á ser un arma superior á todas las demás; pero hasta ahora, no ha destronado al cañón, como primer elemento de combate de los buques de guerra. Únicamente los profanos pueden creerlo así. Los oficiales de los torpederos, por más entusiastas que sean, de fijo no opinan de ese modo, y la facilidad con que confiesan sus defectos, es una razón en contra de su venidera superioridad.

En un artículo circunscrito como el presente, es imposible hacer otra cosa que trazar su historia á grandes rasgos y descibrir muy someramente su mecanismo. El primer torpedo automóvil, pisciforme, fué el Whitehead, que hizo su aparición en la guerra ruso-turca. Rusia fué la primera nación que lo empleó, y lo empleó con buen éxito. Desde entonces ha ido continuamente perfeccionándose; pero durante estos últimos diez ó doce años, sus progresos han sido pocos, si exceptuamos el giroscopio, del que luego hablaremos.

Desde la guerra civil de los Estados Unidos existían los torpedos; pero en definitiva, eran tan sólo minas, que hacían explosión por el contacto, descendientes en línea recta de los antiguos petardos. El torpedo en forma de pez, tal como los rusos lo emplearon en 1877, era una cosa completamente nueva, y aunque en la actualidad los hay de muchos tipos y tamaños y aunque en ellos se han introducido infinitas mejoras, los profanos no acertarán á distinguir ninguna sensible diferencia entre los primitivos Whitehead y los que hace tan poco causaron averías en el *Tsarevitch* y del *Retvisan*. La punta es más obtusa y el cuerpo más largo, pero conservando siempre su forma esencial de cigarro. Tal vez el único cambio que se echaría de ver es que con la edad le han salido las barbas. Barbas es el término técnico con que designan los ingleses el mecanismo que rodea la cabeza de combate del torpedo, formado por proyecciones curvas y radiadas, para determinar la explosión del torpedo, en caso de chocar de soslayo.

Describamos antes el torpedo, empleando los menos términos técnicos posibles.

La longitud generalmente es de 17 pies y su mayor diámetro 18 pulgadas, y las partes que lo componen son las siguientes:

1.° La cabeza de combate, que contiene una carga de 175 á 200 libras de algodón pólvora húmedo. En la punta está el percutor, colocado hoy en día de tal modo que no puede funcionar hasta que el torpedo haya sido disparado y se halle ya á cierta distancia del buque, hasta que los hélices se pongan en movimiento. Es completamente imposible que un torpedo estalle estando aún en el tubo. El percutor obra por contacto; al chocar con algo retrocede y hace estallar el fulminante, que á su vez hace estallar el algodón pólvora. Las barbas, de que antes hemos hablado, constituyen únicamente otros tantos percutores de repuesto y son cuatro.

2.° La cámara de aire va llena de aire comprimido, que es la fuerza motriz. Recientemente, en la marina francesa, han ocurrido algunos graves accidentes por haber reventado la cámara de aire, lo que nunca ha sucedido en la inglesa, cuyos torpedos están construídos más sólidamente. El peligro que ofrecen en un combate los tubos lanzatorpedos colocados sobre la línea de flotación, si es que en realidad ofrecen alguno, es el de que, por cualquier accidente ocurrido al receptáculo, haga explosión el aire comprimido á tan altas presiones.

3.° La cámara de profundidades, que contiene los mecanismos secretos para regular la profundidad á que debe navegar el torpedo, que puede ser la que se quiera y á la que bajará tan pronto como llegue al agua.

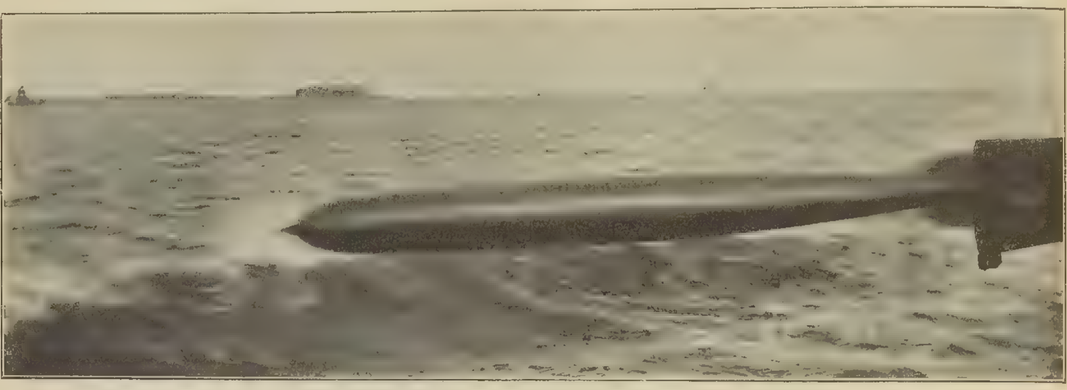
4.° La máquina y una variedad de ingeniosos mecanismos, válvulas, etc.

5.° La cámara de flotación, que, como su nombre indica, tiene por objeto la flotación del torpedo.

6.° La cola, que contiene el mecanismo para darle dirección, los timones horizontales y las hélices.

Según se desprende del breve resumen hecho, el torpedo, en realidad, no es otra cosa que un bote submarino, en el que aparatos automáticos hacen las veces de tripulación. La concepción toda del torpedo pisciforme proviene de los primeros submarinos y es, en cierto sentido, un perfeccionamiento del submarino, nacido demasiado pronto. Los recientes submarinos son, en cierto modo, retrocesos, á pesar de llevar como armamento torpedos.

Hemos ya mencionado el giroscopio. Es el adelanto que el siglo XX ha aportado al torpedo para darle más eficacia. Como la mayor parte de los grandes



Un torpedo en el momento de salir del tubo



Un torpedo en el momento de sumergirse en el agua después de disparado por el tubo

inventos, está fundado en un hecho de los más sencillos: la tendencia de una rueda pesada cuando gira ó continúa girando en un plano determinado. Esta tendencia se utiliza para que el torpedo conserve constantemente la misma dirección, pues toda influencia que tienda á desviarla queda anulada por el giroscopio. Antes de su invención, mil varas era la distancia máxima á que podía dispararse un torpedo. No había dificultad en que fuera más lejos, pero no se conocía el modo de hacer que continuase en una dirección determinada en el momento que se gastaba su fuerza primera y su energía mayor quedaba aminorada en cualquier sentido. Con el giroscopio se han hecho blancos á una milla de distancia y también se han obtenido á milla y media. No es ya tampoco un imposible hacerlo á dos; y se ha hecho andar á un torpedo muy despacio hasta diez millas, siguiendo una línea bastante recta.

El haber tenido conocimiento de estos detalles, es lo que ha hecho creer al público que el torpedo tiene una importancia mayor de la que en realidad posee. Hay en su contra dos grandes reparos. Uno es lo poco uniforme de la velocidad. Un torpedo moderno anda media milla en un minuto, pero no anda una en dos; necesitará para efectuarlo tres ó cuatro, y para andar milla y media, ó tres mil varas, tardará por lo menos seis y probablemente siete. Y así sucesivamente, hasta que para recorrer diez millas necesite como hora y media. La razón es que su fuerza es limitada; el aire comprimido puede impulsarlo muy de prisa á una corta distancia; pero si ha de ir lejos, hay que economizar el aire y la velocidad disminuye.

Puede apuntarse un torpedo con bastante exactitud á una distancia de mil varas, porque no es difícil calcular dónde se hallará un enemigo en movimiento un minuto después. Calcular dónde estará á los tres ó cuatro, ya no es tan fácil, y pasado ese límite, es obra de la casualidad hacer blanco. Claro está que si los barcos enemigos están inmóviles, como los rusos en Puerto Arthur, varía la cosa por completo, y los japoneses pudieron ofenderles desde cualquier distancia. Uno ó dos torpedos no darían en el blanco, pero es casi seguro que lo harían los demás. Pero es ese un caso excepcional, que no es de esperar vuelva á ocurrir en ninguna guerra.

El segundo inconveniente del torpedo no es tan conocido: consiste en que las buenas cualidades del giroscopio pueden tornarse malas con facilidad. Si no se le maneja con cuidado, si penetra un poco de polvo en su mecanismo, ya no girará en el debido plano, sino en otro, y se ha visto, cuando así ha sucedido, que el torpedo, como un boomerang, ha descrito un círculo y vuelto al buque que lo había disparado. Contra este peligro hay que tener mucho cuidado. Además de eso, suele el giroscopio permitirse inesperados caprichos y no puede compararse en fijeza y exactitud con el cañón.

Dispáranse los torpedos desde unos tubos llamados lanzatorpedos, que son muy sencillos, bien se hallen colocados sobre la línea de flotación ó bajo ella, y difieren muy poco entre sí; los sumergidos tienen una barra corrediza para apartar el torpedo del buque en movimiento. Una carga de aire comprimido ó de cordita dispara al torpedo del tubo, y después sigue su curso con su propio automotor.

Se apuntan los torpedos por medio del instrumento llamado director. Este se halla dispuesto de modo que pueda calcularse, dada la velocidad conocida del barco que dispara y la supuesta de aquel á quien hace fuego, de manera que el blanco y el torpedo lleguen en un mismo momento á un punto determinado.

La única cantidad variable es la velocidad del enemigo. Si ésta se ha calculado mal ó si el enemigo varía su velocidad ó dirección mientras el torpedo navega, es casi seguro que éste no dará en el blanco. El modo más fácil de lograr que el torpedo choque con el barco enemigo, es navegar de costado con el mismo rumbo é igual velocidad. De ese modo permanecen ambos barcos relativamente inmóviles y presentará el enemigo un buen blanco. El único inconveniente es que también á su vez lo presentará el agresor. Hay que tener en cuenta también que la intención de disparar torpedos es tan visible, que es casi seguro que el enemigo ha de variar de dirección frecuente y repentinamente. Esto y no ningún defecto de mecánica es lo que hace que el torpedo sea un arma tan poco segura. Su mayor velocidad es sesenta y hasta cien veces menor que la de la bala de cañón. El cañón es más difícil de apuntar que el torpedo; pero por lo mismo que el hombre nada puede hacer para evitar su proyectil, tiene éste más probabilidades de dar en el blanco.

Aún no se ha demostrado en la guerra cuál es el verdadero papel del torpedo. Quedaría demostrado si los torpederos rusos atacaran con buen éxito á la escuadra japonesa, pero no es probable que eso suceda. Las escuadras bien preparadas se rodean de torpederos, y lo probable es que los de uno y otro bando se destruyan mutuamente.

FRED T. JANE.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

SANTA, por *Federico Gamboa*. – El autor de esta novela figura con razón entre los primeros literatos americanos, y su fama se halla cimentada por una porción de obras de varios géneros que han merecido el favor del público y el aplauso de la crítica. *Santa* es una novela al estilo de las de Zola, sin que esto signifique en manera alguna que el autor ha copiado al célebre novelista francés; antes al contrario, su obra se distingue principalmente por su color local y por la verdad con que en ella se describen los tipos y las costumbres mexicanas. Esto, unido al interés del argumento, algo crudo, sin embargo, y á la elegancia del lenguaje, hacen que *Santa* se lea con gusto. Editada en Barcelona por D. Ramón de S. N. Araluce, se vende á 3'50 pesetas.

BOCETOS VULGARES, por *Manuel Valera García*. – Colección de artículos de distintos géneros, desde el satírico al hondamente pensado y sentido; en todos ellos campea un estilo fácil y en muchos se encierran una idea elevada y una lección digna de ser meditada. El libro, editado en Sevilla por Francisco Leal y C.ª, se vende á una peseta.

DOÑA PERFECTA, por *B. Pérez Galdós*. – LE SEDUCTEUR, por *Eduardo Zamacois*. – La «Colección Cosmópolis,» que se edita en Madrid y se propone publicar traducciones francesas de nuestras mejores novelas contemporáneas, ha puesto á la venta estas dos cuyos títulos van al frente de estas líneas. Como se trata de dos obras muy conocidas en España, nada hemos de decir acerca de ellas; nos limitaremos, pues, á consignar que las traducciones están muy bien hechas por Julien Lugol y Charles Docteur respectivamente, y á felicitar á los editores por su laudable pensamiento de divulgar en el extranjero las creaciones más notables de los actuales novelistas españoles. Cada tomo se vende á 3'50 francos.

IDEAL DE AMOR, por *Jacinto Isern*. – El objeto del autor, al escribir este libro, es demostrar que con el amor á todo lo existente se consigue la mejor existencia posible de la humanidad, y que el delito humano, origen del dolor, con el ideal de amor se cura. Conforme con este pensamiento, divide la obra en tres partes que comprenden la vida ideal, la vida del delito y la redención, en todas las cuales encontramos muy atinadas observaciones inspiradas en el más puro altruismo. El libro ha sido impreso en Rosario de Santa Fe, en el establecimiento gráfico de Woelflin y C.ª

PLANTAS MEDICINALES, por el *Dr. D. Blas Lázaro Ibiza*. – Esta obra, original del distinguido catedrático de Botánica descriptiva de la Universidad Central, que forma parte de la importante colección de manuales que publica en Barcelona la casa Sucesores de Manuel Soler, explica las propiedades medicinales de las especies vegetales de nuestro país y de las pertenecientes á floras exóticas que hoy tienen mayor interés, señalándolas con sus nombres vulgares y científicos, y explicando sus caracteres distintivos, la época de su floración, el area de vegetación, etc. Este manual está escrito en lenguaje fácil de comprender aun por las personas no iniciadas en las ciencias naturales y médicas, y ordenado en forma de diccionario con arreglo á los nombres vulgares de las especies, y va ilustrado con numerosas figuras. Véndese á 2'50 pesetas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las ***Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,*** de los ***Reumatismos, Dolores, Lumbagos,*** etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. *Exigir la Firma WLINSI.* DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES de la PIEL Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Los últimos rebeldes, cuadro de Benjamin Constant, existente en el Museo del Luxemburgo (París)



FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICIÓN
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL Dr DELABARRE

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.



ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDES et Cie Bd St-Denis, 16



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. — Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 11 de abril de 1904 — Núm. 1.163



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cosacos rezando ante la tumba de un compañero

Dibujo de W. Dewar. (Reproducción autorizada.)

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la presente serie, que es el primero de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Cuba: los vetos del presidente: el empréstito. – *República Dominicana:* la revolución. – *México:* reforma de la Constitución: el período presidencial y el vicepresidente: situación financiera: el azufre y el ferrocarril proyectado del Popocatepetl. – *Guatemala:* la convención liberal: las vías férreas. – *El Salvador:* la Exposición nacional: economías. – *Venezuela:* la sentencia del Tribunal internacional de La Haya: fracaso de la diplomacia yanqui: motivo probable del fallo: cómo ha sido acogido en Venezuela.

El presidente de la República de Cuba ha hecho ya uso del derecho de veto que le confiere la Constitución.

Allí, como en otros Estados constitucionales, los diputados y senadores gozan de inmunidad por las opiniones y votos emitidos en el ejercicio de sus cargos, y no pueden ser procesados por delitos comunes sin previa autorización del Cuerpo respectivo.

Pero los senadores y diputados cubanos quieren mayor privilegio aún, y discutieron y aprobaron en los últimos días de 1903 una ley que establecía procedimiento especial en los juicios contra ellos cuando fueren acusados de la comisión de algún delito, substrayéndolos á la jurisdicción de los tribunales ordinarios.

El Sr. Estrada Palma se opuso á que prosperase semejante fuero, que no se aviene con la letra ni con el espíritu de la Constitución cubana ni de ninguna constitución democrática, y devolvió el proyecto á las Cámaras.

Poco después negábase también á sancionar el proyecto de Lotería nacional, aprobado por la Cámara de Diputados el 5 de enero. El mensaje que con este motivo subscribió es una razonada y enérgica protesta contra el juego. Según recordó el Sr. Sanguili, no pensaba lo mismo Estrada hace algunos años, cuando en Cayo Hueso se aprovechaba del juego de la lotería, como medio de arbitrar fondos para hacer la guerra á España.

El 4 de enero había aprobado el Senado el proyecto de ley para el empréstito de los 35 millones de dólars. Los veteranos del ejército libertador apremiaban con insistencia en reclamación de los haberes que les fueron reconocidos, y urgía resolver en breve plazo.

A principios de febrero se temió que la guerra ruso-japonesa dificultara ó impidiese la emisión del empréstito. Pero á mediados de mes la operación estaba hecha; la tomó á su cargo la casa Speyer y Compañía, de Nueva York. Se emitieron bonos al 90,50 por 100 con interés del 5 por 100, garantidos con el 15 por 100 de la renta de aduanas. El prestamista no interviene en ésta; el gobierno recauda y se compromete á situar oportunamente fondos para el pago de capital é intereses. El plazo de amortización es de 40 años. En todo el presente año deben entregarse los 35 millones, cobrándose la casa Speyer el 9,50 por 100 de comisión. Pocos días después, los banqueros E. Upman y Compañía, agentes del empréstito, vendían los bonos á 96,50 por 100, ó sea con un 6 por 100 sobre el tipo de emisión.

* * *

La República Dominicana sigue en plena revolución. Morales y Jiménez dispútanse el poder, y también echa su cuarto á espadas el general Wos y Gil. Se cierran los puertos al comercio, no hay seguridad en ninguno, Santo Domingo, Puerto Plata, San Pedro de Macoris sufren bombardeos, los proyectiles alcanzan á las legaciones extranjeras y los cruceros y cañoneros yanquis van y vienen por aquellas aguas en espera de ocasión oportuna ó conveniente para tomar buenas posiciones en la isla.

* * *

Se han reformado algunos artículos de la Constitución federal mexicana, ampliando el período presidencial y creando el cargo de vicepresidente.

Presidente y vicepresidente entrarán á ejercer sus funciones, como antes, el 1.° de diciembre, y durarán en ellas seis años en vez de cuatro.

Los electores que designen al presidente de la República elegirán también el mismo día y de igual modo, en calidad de vicepresidente, á un ciudadano en quien concurran las condiciones exigidas para la presidencia. El vicepresidente será presidente nato del Senado, con voz, pero sin voto, á no ser en caso de empate. Podrá, sin embargo, desempeñar algún cargo de nombramiento del Ejecutivo, y en tal caso se le nombrará substituto en la presidencia del Senado. Por ministerio de la ley asumirá el ejercicio del poder ejecutivo cuando el presidente no tome posesión de su cargo el día designado, cuando ya en él ocurra su falta absoluta, ó cuando se le conceda licencia para separarse de sus funciones. Si la falta de presidente fuere absoluta, el vicepresidente le substituirá hasta el fin del período para el que fué electo, y en los demás casos hasta que el presidente se presente á desempeñar sus funciones.

Se indica como candidato para la vicepresidencia al actual ministro ó secretario de Hacienda Sr. Ives Limantour.

Según informe que dicho señor ministro ha presentado, relativo al estado del Tesoro público, la situación financiera es satisfactoria. En el último año fiscal (1902-1903) los ingresos fueron de 76.000.000 de pesos, y los gastos de 68.200.000. Hubo, pues, superavit de 7.800.000 pesos.

Una empresa yanqui, con capital de 5.000.000 de dólars, se propone explotar los depósitos de azufre del Popocatepetl. Los soldados de Hernán Cortés fueron los primeros europeos que recogieron azufre en el cráter de este volcán. Después, muy contados han sido los que lograron llegar al cráter y á las cumbres (5.240 metros de altitud el Espinazo del Diablo y 5.420 el Pico Mayor). Si la citada empresa realiza sus planes, se podrá ir en ferrocarril desde la misma ciudad de México hasta lo más alto de la gran montaña; en ferrocarril de vapor hasta el pie de ésta; en ferrocarril eléctrico hasta el límite de las nieves (de 3.700 á 4.500 metros, según los meses); en ferrocarril funicular hasta el borde del cráter. En la mayor altura posible se construirá un hotel para que los viajeros puedan pasar en él la noche, y admirar al siguiente día la salida del sol, que es uno de los espectáculos más maravillosos que se presencian desde el volcán y nevado de Popocatepetl.

* * *

Por virtud del decreto que promulgó la Asamblea Nacional de Guatemala, reformando el artículo 66 de la Constitución, el período presidencial durará seis años, y el presidente puede ser ó no reelegido, según sus méritos y procedimientos en el ejercicio del poder.

Desde fines del pasado año, los clubs y las sociedades políticas están en plena actividad, y la Convención liberal que preside el ex ministro Sr. Anguiano no omite esfuerzo ni medio para conseguir la reelección de D. Manuel Estrada Cabrera.

La fiesta onomástica del presidente coincidió con la inauguración del ferrocarril de Cocales á Mazatenango. Las vías férreas van tomando gran incremento en esta República; unen entre sí los principales centros de población y cruzan ricas zonas agrícolas, y recientemente se han concedido á un sindicato yanqui las obras del ferrocarril del Norte, cuyas dos terceras partes ya están construídas. Se dice que la misma empresa se encargará de los ferrocarriles del Centro y del Sur. Así, una vez enlazada Guatemala con México y con El Salvador, podrá viajarse sobre vía férrea desde Nueva York hasta los principales centros de población de la América Central.

* * *

El gobierno salvadoreño, con propósito de estimular en sus empresas á todas las clases trabajadoras del país, ha dispuesto llevar á cabo una Exposición nacional que, al mismo tiempo que llene dicho objeto, contribuya á la celebración de las fiestas del Salvador y de la Independencia patria. La Exposición, que comprenderá productos agrícolas, industriales y artísticos, se abrirá el día 1.° de agosto de 1904 en la «Finca Modelo» de San Salvador, y se cerrará con la distribución de premios el día 15 de septiembre. Destínanse para premios 16.000 pesos, y ha sido nombrado director general de la Exposición una de las personalidades más eminentes de Centro América, el autor de los «Apuntamientos sobre la Topografía física de la República del Salvador,» don David J. Guzmán.

El famoso negocio Burrell, que ha impuesto á esta pequeña República una carga extraordinaria de 50.000 pesos oro anuales para ir pagando á banqueros y agiotistas yanquis lo que en realidad no se les debe, obliga al gobierno á grandes economías y á prescindir de servicios que, aunque de indiscutible utilidad, pueden reservarse para cuando mejore la situación rentística. Se han suprimido el cuerpo de caballería y la compañía de infantería de la capital, el Conservatorio nacional de Música y las Escuelas normales de Santa Ana y San Miguel, cuyos alumnos podrán continuar sus estudios en la Normal central.

* * *

La resolución del Tribunal de La Haya en el pleito pendiente entre Venezuela y las potencias que reclamaban créditos, ha puesto más en evidencia el fracaso de la política *monroista* de los yanquis. Puede Europa, si no apoderarse de tierras americanas, tomar á viva fuerza las rentas de Estados americanos. Creyóse que la intervención de aquéllos obedecía al propósito de buscar medios hábiles de satisfacer el amor propio de los venezolanos, dejando malparados los intereses de ingleses y alemanes. No se atrevieron á impedir la agresión de las escuadras europeas, presentáronse á última hora como mediadores, movieron á las demás potencias acreedoras, y pareció que buscaban modo indirecto de castigar la audacia de Alemania, Inglaterra é Italia, poniéndolas en pie de igualdad con las otras, con lo que hubiera venido á resultar que aquéllas habían hecho gastos considerables con muy escaso resultado práctico, y se demostraba que la diplomacia, cuando no las armas de los yanquis, sabe proteger contra Europa los intereses de los pueblos americanos.

Mas por esta vez la diplomacia yanqui ha tenido poca fortuna. El Tribunal internacional declaró el 22 de febrero último que el acreedor que pega cobra antes. Las tres potencias bloqueadoras tienen prioridad sobre las demás, y ellas, pues, han de tomar primeramente su parte en el 30 por 100 de la recaudación de las aduanas de La Guaira y Puerto Cabello.

Ciertamente, no se presumía tal sentencia. El presidente y uno de los vocales del Tribunal, Muravief y Martens, eran rusos; habíase iniciado ya el conflicto ruso-japonés. ¿Habrá influído en el fallo el deseo de Rusia de congraciarse con alemanes é ingleses, el propósito de estrechar amistades entre las potencias que tienen intereses en el Asia oriental, de no crear nuevo motivo de discordia que pudiera sumarse con los que hacían temer entonces que se generalizase la guerra, interviniendo en ella los Estados europeos?

El total de las reclamaciones á Venezuela ha venido á quedar reducido á unos 10.000.000 de pesos; la mitad, próximamente, corresponde á las potencias bloqueadoras. Se calcula que el 30 por 100 de la recaudación de las dos aduanas importa 400.000 pesos al año. Las demás naciones empezarán, pues, á cobrar dentro de doce años. Y entretanto, tienen que contribuir con su cuota á las costas del Tribunal y pagar sus propios gastos.

En suma, el Tribunal internacional de la *Paz* ha sentado el principio de que tiene situación privilegiada quien apela á la *Guerra* para defender sus intereses ó reclamar sus derechos. La sentencia ha causado en Venezuela muy desagradable impresión entre los partidarios de Castro. En cambio, ha complacido á los enemigos de éste, porque con ella sufre el prestigio moral del presidente ó dictador. Algunos le odian tanto, que se dice que están dispuestos á provocar un movimiento separatista en la zona oriental del país.

R. BELTRÁN RÓZPIDE



acuden en torno del dornillo, provistos de sendas cucharas de madera ó de cuerno, todos los segadores

CRÓNICAS ANDALUZAS

EL GAZPACHO

Líbreme Dios, lector amigo, de incurrir en esta crónica en la fatal manía de aventurarme y penetrar en la confusa maraña de la historia antigua, para esclarecer los orígenes de la famosa sopa fría andaluza, trayendo á colación en prueba de mi doctrina un sin número de textos de los sagrados libros, con otros tantos dichos y sentencias de filósofos y autoridades, para probarte que no debió ser desconocida en el Paraíso, cuyo intento, si no puedo conseguirlo, no por eso dejaré de pasar ante tus ojos por muy versado en las creencias sagradas y profanas, convenciéndote de paso de lo familiares que me son las lenguas muertas, aunque por desgracia mía sólo las conozco de vista y de lejos. No seguiré, pues, el ejemplo de nuestros escritores de los siglos XVII y XVIII, que por baladí que fuera el asunto, remontábanse *ab ovo* para venir después al conocimiento de la gallina; y cuenta que quizás en el caso presente no me faltarían deseos de echar mi cuarto á espadas, é intentar inquirir los orígenes del gazpacho, pues tengo mis recelos de que ha de perderse en la obscuridad de los siglos. Si en Andalucía hizo el mismo sofocante calor en aquellos remotísimos tiempos, en que nos engañaban como á chinos los fenicios y egipcios y griegos, que el que hoy experimentamos; si como es cierto se sembró trigo y de éste se hizo pan, ¿por qué no aceptar que combinados el aceite, el vinagre, el tomate y la sal hubiesen nuestros abuelos remojado el gaznate con sendos platos de gazpacho? Pero dejemos aparte estas deducciones tan expuestas á errores; no pretendamos sacar por el hilo el ovillo, y vengamos á épocas más recientes, donde nos sea fácil averiguar el verdadero origen de la sabrosa sopa andaluza, pues basta que consideremos la sencillez de su confección y la de los utensilios con que se adereza, para asegurar, que si no data de los patriarcales tiempos, debe asignársele remota antigüedad.

Bien merece por lo desconocida y curiosa ser copiada en este lugar la descripción que del gazpacho se contiene en el *Vocabulario arábigo cristiano* del P. Guadix, cuyo único manuscrito se conserva en esta Biblioteca Colombina, pues no deja de ser peregrina por más de un concepto. Dice así:

«*Gazpacho* ó *gaspacho* llaman en España á ciertas migas ó sopas que usan comer los labradores á el tiempo de segar y cojer los panes, que como son hechas en agua envinagrada ó saboreada y azedada de vinagre, vale para refrescarles los estómagos contra el grandísimo calor que en aquel tiempo y en aquel exercicio padecen. Consta de *haç* que en arábigo significa lechugas, y de *ba* que significa con, y de *choa* que significa hambre; assi que todo junto *haçbachoa* significa lechugas con hambre y comer lechugas quien tiene buena hambre, que demás de mojar las lechugas en el vinagre y comer, también moja en el vinagre algunas sopas de pan, y aun también da algún sorvillo en el vinagre; assi que este modo de comer lechugas con hambre, mojándolas con vinagre, lo más dello es sopas, y sorver, pues por el nombre desta comida quiso el vulgo llamar á las dichas migas ó sopas hechas en agua envinagrada ó azedada con vinagre, y corrompido dizen gazpacho...»

No nos dice el buen padre franciscano, como reparará el lector que sea andaluz, que en el gazpacho de su tiempo se emplease el tomate, que es fundamento *sine qua non* de la celebrada sopa fría, limitándose á hallar su origen en los trozos de pan que se echan en remojo en el caldo de la ensalada de lechugas, el cual como sólo se compone de aceite, vinagre y sal le llamamos por aquí *aguadillo*. La verdadera y genuina receta del gazpacho, tal como se hace en esta Andalucía, nos la da una autoridad en muchas materias, y también en la culinaria, el Dr. Thebussem, en una sabrosísima carta dirigida á D. José M. Ortega Morejón, que copiada dice así: «Májese sal con un diente de ajo, pimiento verde y tomate, todo crudo: agréguesele una gran miga remojada y aceite. Trábese todo muy bien en el dornillo; póngasele vinagre y un litro de agua fresca; cuélese por un pasador claro, échense las migas y á los cinco minutos se puede servir.»

Así es, en efecto, como se hace y se ha venido haciendo desde sabe Dios cuándo, pues nuestro querido amigo también hace constar en su escrito que no sabe palabra de su origen; y si él no ha podido inquirirlo, ¿había yo de pretenderlo? No deja de llamar la atención la circunstancia, como el mismo asegura, que ni Nola, ni Granados ni Motiño ni Altimiras ni otros clásicos de la cocina española hablan del gazpacho: tal vez, diré yo, porque no lo consideraron digno de sus personas como alimento de gente pobre, por más que también con él se chupan los dedos de gusto próceres y acaudalados personajes en aquellas ocasiones, de campestres jiras, de cacerías, de largos paseos por las dehesas, olivares y cortijos andaluces en los meses del verano, cuando el calor nos hace sentir á todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, los efectos abrasadores de sus rayos.

Entonces están de más perdices y conejos, gallinas y pavos, y con más ansia se apetece la llegada á la mesa, ó sobre el blanco mantel tendido encima de la hierba, del enorme dornillo, repleto hasta sus bordes del rojizo caldo en que se empapan los trozos de pan, que los más exquisitos *timbales* y *vol-au-vents*, los pasteles de *foiegras* y las lonjas de la galantina aderezada con trufas. Advierte el Dr. Thebussem que, según los gustos de cada uno, así se agregan al gazpacho cebolla, pepino, manzanas, peras, orégano, granadas, uvas, aceitunas, carne, sardinas, huevos duros, cavias, etc., pues el gazpacho admite, como el arroz, cuantas añadiduras se le antojan al individuo; y si bien es perfectamente cierta esta doctrina, diré que de todas las dichas legumbres, las usuales y corrientes entre los campesinos andaluces son la cebolla y el pepino, bien menudamente picados, bien cortados á ruedas.

Si durante los días de la siega llegamos á la pobre choza donde los trabajadores tienen sus hatos, veremos pendiente de los rústicos ganchos de madera sendas parejas de cuernos de toro ó de novillo, unidas entre sí por negra correa y cerrados cada uno de aquéllos con tapadera de corcho, á que llaman *liaras*; donde se contienen, separadamente, el aceite y el vinagre, mientras que en tosca caja de corcho se guarda la sal.

La ristra de ajos, la cebolla, el pepino, los pimientos y la maja llenan el gran dornillo de madera comprado á los sorianos en la última feria, y el montón de panes y los cántaros de barro descúbrense en un rincón del miserable albergue, cuidadosamente ocultos para librarlos en lo posible de los efectos del sol abrasador.

Llegada la hora del descanso, dispónese todo, y el labriego más reputado entre los demás como maestro de cocina, arremangadas las mangas de la camisa por encima de los codos, corta pimientos y tomates, mientras la gran miga de pan se esponja; vierte luego de las liaras el aceite y el vinagre, echa un puñado de sal, todo ello sin medida alguna, á ojo; soba con la maja dichos componentes y miga los trozos de pan en el caldo, echándole por contera, si lo hay, todo un pepino picado y unas cuantas cabezas de cebolla. En esto, como en todo, hay especialidades, y no deja de ser un don de la Providencia el que algunos campesinos tienen para confeccionar el gazpacho, lo mismo para muchos que para pocos, sin echarlo á perder por

falta ó sobra de ingredientes y por el punto que ha de darse al sobado de la miga de pan, con el cual han de trabarse perfectamente pimientos y tomates, aceite, vinagre y sal, todo tan bien calculado y medido, que no haya que añadirle la más mínima porción de algunos de dichos componentes, pues corre como axioma entre nuestros labriegos el refrán que dice: «ni gazpacho añadido, ni mujer de otro mando.» Una vez hecho el gazpacho, acuden en torno del dornillo, provistos de sendas cucharas de madera ó de cuerno, todos los segadores, que van por su turno tomando cucharadas, sin importárseles la falta de primor que forzosamente tiene que seguirse al comer de esta suerte, que no se queda á la zaga de como acostumbran á hacerlo con el alcuzcuz nuestros vecinos del Africa. Con sólo este sencillo alimento soportan nuestros campesinos las penosísimas labores del verano, bastándoles dos gazpachos al día para vigorizarlos y sustentarlos en la mejor salud; pues salvo algún que otro tabardillo, y á veces, pasando á mayores, agudas congestiones cerebrales, por lo general estas gentes disfrutan de envidiable salud, son robustos y ágiles y cuando termina la siega todos llevan ahorrados para sus casas unos cuantos duros que les ponen á cubierto de las escaceses del invierno.

Cuanto he dicho refiérese al gazpacho *neto* de esta tierra, al clásico, al genuino; pues por exótico no me parece que debe ser mencionado el llamado *blanco,* que se hace con almendras, el cual, si bien lo comen algunas personas acomodadas, no ha tomado ni tomará carta de naturaleza entre los andaluces, que siempre preferirán seguir apegados á las antiguas tradiciones.

(Dibujos de Azpiazu.) J. GESTOSO Y PÉREZ.



... soba con la maja dichos componentes...

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Ya se van acortando las distancias que separan á las fuerzas de tierra de los beligerantes: los japoneses desembarcados en Corea van avanzando hacia el Norte y los rusos procedentes de la Mandchuria descienden hacia el Sur, habiendo resultado de estos respectivos movimientos el encuentro de Tyentkjiu, que si no merece el nombre de batalla, tiene cierta importancia por haber sido la primera acción algo formal librada en el continente, y por significar el primer contacto directo de los dos adversarios.

Seis sotnias de cosacos se aproximaron el 28 de marzo último á Tyentkjiu, siendo recibidos por los japoneses con un fuego nutrido que obligó á dos sotnias á echar pie á tierra y á tomar posiciones en una colina inmediata, comenzando en seguida el combate á 600 pasos. Los japoneses se resistieron valerosamente; pero al cabo de media hora cesaron el fuego y se replegaron en algunas cabañas, enarbolando en dos sitios distintos la bandera de la Cruz Roja. No tardaron en aparecer por la carretera de Kassán tres escuadrones japoneses, dos de los cuales lograron penetrar en la población; el tercero huyó en desorden ante el fuego vivo y certero de los rusos. Estos tuvieron bloqueado al enemigo por espacio de una hora, hasta que la llegada de cuatro nuevas compañías japonesas les obligó á retirarse ordenadamente, pudiendo llevarse todos sus heridos y hasta curarlos tranquilamente durante la retirada, pues los japoneses no intentaron siquiera perseguirles. Este último detalle quita mucha importancia á este hecho de armas que los japoneses dan como gran victoria, sin tener en cuenta que no pudieron apoderarse de las provisiones abandonadas por los rusos ni que éstos se proponían otra cosa que reconocer la situación del enemigo y recoger datos suficientes para formarse concepto de las fuerzas del adversario en aquel territorio. Las pérdidas de los rusos fueron tres oficiales gravemente heridos, tres soldados muertos y 12 heridos. Las de los japoneses, confesadas por ellos mismos, fueron cinco muertos, entre ellos un oficial, y 11 heridos; pero según noticias de procedencia coreana, ascendieron á unos 50 muertos y 120 heridos.

Este combate demuestra que los japoneses tienen ya considerables fuerzas al Norte de Corea; según un periódico inglés ascienden á 100.000 hombres los que actualmente se encuentran en Pachkin y en Antjú, que es en donde se verifica la concentración de tropas.

El almirante Togo, al dar cuenta al gobierno del Mikado del combate naval de Puerto Arthur del 27 de marzo, del que nos ocupamos en nuestra crónica anterior, considera el resultado del mismo como una victoria relativa, si bien lamenta que la circunstancia de haber quedado un intervalo entre dos de los buques mercantes que se hundieron en el canal impida que el bloqueo sea completo. En cambio el almirante Makarof, en un parte oficial al Tsar, después de consignar que uno de los cuatro vapores mercantes estaba provisto de una máquina infernal, añade: «Inspeccionados debidamente los vapores mercantes que los japoneses querían utilizar como brulotes, se ha visto que no eran barcos viejos. Desplazan unas 2.000 toneladas cada uno y estaban armados de artillería de pequeño calibre. *Los utilizaré para las necesidades del puerto.*»

Esta última frase es la demostración más palpable del fracaso del intento de los japoneses: los cuatro barcos, no sólo no obstruyen poco ni mucho la entrada del canal de Puerto Arthur, sino que los rusos se aprovecharán de ellos. Además, con posterioridad al referido ataque, todos los buques de la escuadra bajo el mando de Makarof salieron del puerto sin la menor dificultad, á pesar de que en Inglaterra había circulado la noticia de que el paso había quedado impracticable para las grandes unidades navales.

Es posible y aun probable que el almirante Togo intentará por tercera vez el «embotellamiento» de la escuadra rusa; pero esta operación (bien se ha visto en las dos veces anteriores) es sumamente difícil de realizar bajo el fuego enemigo. Cerrar el paso del canal que forma la entrada de aquel puerto no es cosa teóricamente muy fácil, puesto que la anchura del mismo es sólo de 150 metros y bastaría por consiguiente para lograr aquel objeto hundir un vapor de regular tonelaje en sentido transversal; pero el *quid* está en hacer que el barco se sumerja precisamente en estas condiciones, cuando se trata, como en Puerto Arthur, de una plaza que cuenta con varios fuertes y con una poderosa escuadra que no se descuida ni un momento.

La opinión va siendo cada vez menos optimista para los japoneses en Inglaterra. El importante diario londinense *The Times* les aconsejaba hace pocos días que no se muevan de Corea si no quieren sufrir un desastre; y el no menos importante *Standard* cree que el desastre es para ellos poco menos que inevitable.

Hay, sin embargo, en esta guerra una incógnita que según como se despejara podría favorecer de momento á los japoneses, y esta incógnita es la actitud que en definitiva adoptará China. Es evidente que el Celeste Imperio arde en deseos de intervenir en la lucha en favor de sus hermanos de raza amarilla, y de ello es indicio la conducta del virrey del Petchili que organiza en la misma Mandchuria *patrullas* de algunos miles de hombres, con el pretexto de velar por la neutralidad del territorio chino. Pero si bien esto podría, de momento, crear alguna dificultad á los rusos, á la postre, dada la organización de su ejército, es muy probable que China pagase caro su atrevimiento, en lo que nada saldrían ganando tampoco los japoneses.

Así lo reconoce el periódico *North Herald China,* el cual, después de afirmar que la intervención china sería más perjudicial al Japón que su neutralidad, y que el apoyo material que el ejército chino prestaría al Japón se vería contrabalanceado por las desventajas que de ello resultarían, pues en tal caso Rusia no vacilaría en invadir la Mongolia, añade: «Rusia espera un pretexto para enviar tropas á Pekín; es menester, pues, evitar que lo encuentre.»

Un diario de Varsovia, el *Privislinski Kray,* publica la lista de los donativos más importantes hechos para atender á los gastos de la guerra. San Petersburgo ha reunido 6.394.786 rublos; Moscou 5.026.560; Helsingfors 1.010.800; Kazán, 448.000; Saratof, 397.620. La suma total recaudada hasta ahora asciende á 27.000.000 de rublos.

También en el Japón abundan los donativos, sobre todo de parte de la gente del pueblo: los más humildes son los que demuestran más ardiente patriotismo, y cada cual aporta su óbalo á la subscripción patriótica, habiéndose recogido hasta el presente unos dos millones de yen. Los que no dan dinero entregan colchones, objetos diversos, y algunos ofrecen, á falta de otros bienes, su trabajo personal, y lo más admirable es que todo esto lo hacen sin alardes patrioteros, como la cosa más natural del mundo. El emperador, á su vez, ha hecho donación de su colección de medallas y monedas; la emperatriz ha dado una parte de sus joyas y las familias japonesas más ilustres han hecho también importantes donativos.

El corresponsal de un diario parisiense en Tokío da la curiosa noticia de que el actor Kawakami y su esposa la celebrada actriz Sada Yako se disponen á partir con su compañía dramática para el teatro de la guerra, no para tomar parte en la lucha, sino como artistas y á fin de estudiar del natural los episodios heroicos que en ella ocurran y que luego ellos reproducirán en las tablas ante los asombrados ojos y entre los entusiastas aplausos de sus compatriotas.

El general Kuropatkine llegó el día 28 de marzo último á Mukden, habiéndose hecho cargo inmediatamente del mando supremo del ejército de tierra. Según parece, establecerá su cuartel general en Liao-Yang, en la línea del ferrocarril de Mukden á Puerto Arthur; el almirante Alexeief trasladará el suyo á Kharbine.

De un estado que el estado mayor ruso redactó en Kharbine el día 28 de marzo último, resulta que en aquella fecha había en la Mandchuria 170.000 hombres de infantería, 17.000 de caballería y 256 cañones, en baterías de seis á ocho piezas. De estas fuerzas, 20.000 infantes, 5.000 caballos y 4 baterías de ocho piezas están destinadas exclusivamente á la vigilancia del ferrocarril.

Además de las fuerzas que dejamos indicadas, á fines de junio Rusia habrá enviado otros dos cuerpos de ejército de 65.000 hombres cada uno, ó sean 130.000, 30.000 jinetes y 250 cañones. De modo que no faltará mucho para que se reunan en el teatro de la guerra los 400.000 soldados rusos prometidos por el ministerio de la guerra.

El recibimiento que la ciudad de Odessa ha dispensado á una parte de los marinos sobrevivientes del *Varyag* y del *Koreetz* que tan heroicamente se batieron en Chemulpo, ha sido una manifestación de delirante entusiasmo. Apenas se divisó el vapor *Malaya* que los conducía, las baterías del parque Alexandra hicieron una salva que después se repitió otras dos veces, la última cuando los 6 oficiales y los 268 marineros del *Varyag* desembarcaron; multitud de embarcaciones, adornadas con banderas y llevando á bordo varias orquestas que ejecutaban el himno nacional ruso, salieron á recibirles fuera del puerto.

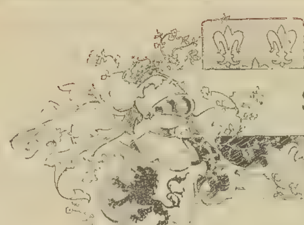
Al desembarcar, fueron saludados los expedicionarios por el general Kaulbars, jefe del ejército del distrito militar de Odessa, y luego se dirigieron entre las continuas y delirantes aclamaciones del pueblo, á la iglesia de San Nicolás, pasando por entre un doble cordón que formaban soldados, marinos y los alumnos de todos los establecimientos escolares; después, los marineros y los oficiales fueron acompañados á su alojamiento y los heridos transportados al hospital militar con una escolta de honor. El comandante del puerto entregó á aquellos héroes cruces de San Jorge y al pope del *Varyag* una cruz pastoral de oro con las cintas de la citada orden.

El resto de los héroes de Chemulpo llegará á Odessa dentro de unos días, y entonces se dirigirán juntos por Moscou á San Petersburgo, en donde se les prepara una recepción tan bien merecida como digna de los que tan alto sostuvieron el honor de la marina rusa. —R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.— Una ambulancia rusa: curioso procedimiento para el transporte de heridos por medio de trineos improvisados con «skis» (largos palos planos algo encorvados en los extremos, que se sujetan á los pies para deslizarse por la nieve.) (Dibujo de H. W. Koekkoek, de una fotografía de L. de St. Fegor.)

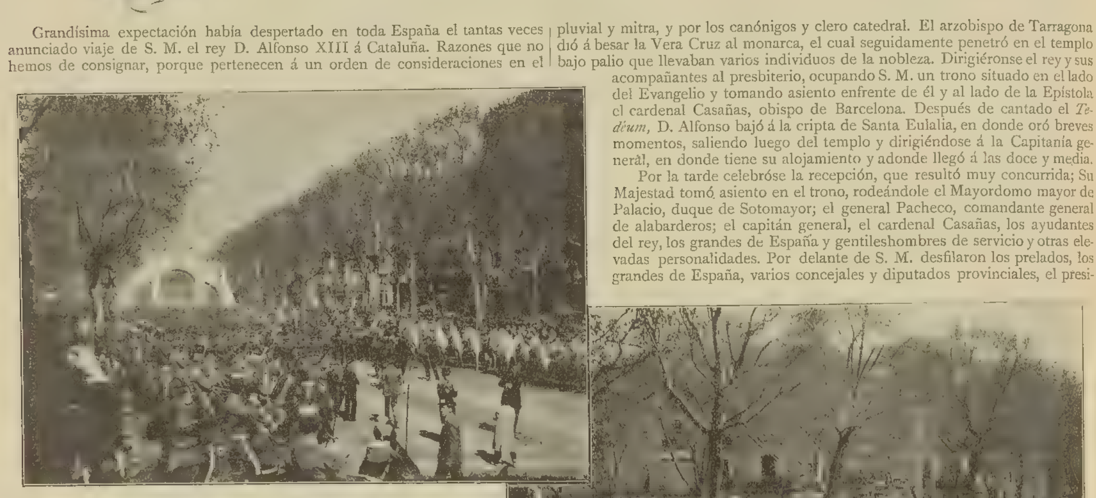
Los rusos tienen un cuerpo sanitario acostumbrado al uso de los *skis*. Para transportar heridos se construyen toscos trineos con media docena de *skis* atados y cubiertos con una ligera capa de paja o de mimbres. Estos trineos son arrastrados por medio de fuertes correas atadas á los cinturones de dos sanitarios, y están dispuestos de manera que el cuerpo del herido se mueva lo menos posible y que los *skis* no se hundan demasiado en la nieve.



S. M. el rey Don Alfonso XIII en Barcelona

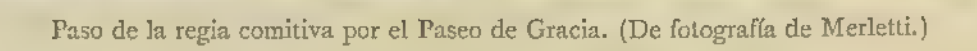
Abril de 1904

Grandísima expectación había despertado en toda España el tantas veces anunciado viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Cataluña. Razones que no hemos de consignar, porque pertenecen á un orden de consideraciones en el cual no puede entrar La Ilustración Artística, engendraban en el ánimo de algunos el temor de que el recibimiento que á S. M. dispensara nuestra capital no fuese todo lo entusiasta que la realeza merece; pero afortunadamente, más que estos temores han podido, al fin, las esperanzas de los que conociendo al pueblo catalán comprendieron que la presencia de un soberano joven, ilustrado y deseoso de ponerse en contacto con sus súbditos, había de ser aquí acogida con entusiasmo por unos, y por los demás con respeto y deferencia.



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona
La comitiva regia á la salida del arco de triunfo. (De fotografía de Merletti.)

Paso de la regia comitiva por el Paseo de Gracia. (De fotografía de Merletti.)



D. Alfonso XIII, prosiguiendo sus viajes por las distintas regiones de su reino, ha visitado Cataluña, comenzando su excursión por Barcelona; y la recepción que Barcelona le ha dispensado ha venido á demostrar por modo elocuente cuán infundados eran aquellos temores y cuán justificadas, en cambio, estaban aquellas esperanzas.

Desde las primeras horas de la mañana del día 6 reinaba en las calles de nuestra ciudad animación extraordinaria; las casas de las vías por donde había de pasar la regia comitiva aparecieron engalanadas con colgaduras, y en los balcones, como en todas partes, apiñábase una multitud inmensa. Antes de las nueve empezaron las tropas á formar el cordón, y poco después el elemento oficial y las personas invitadas comenzaron á acudir al apeadero del Paseo de Gracia, que ofrecía hermoso aspecto. A las diez y cuarto en punto llegó el tren regio, y al apearse el rey sonaron grandes vivas y aplausos que se confundieron con los acordes de la marcha real. Inmediatamente salió S. M. al Paseo de Gracia y subió á caballo entre las aclamaciones de la multitud y los saludos de las señoras, que desde los balcones agitaban los pañuelos, aclamaciones y saludos que se reprodujeron á cada paso durante toda la carrera que siguió el cortejo.

Al llegar á la Catedral fué recibido por el arzobispo de Tarragona y por los obispos de Solsona, la Seo, Vich, Lérida y auxiliar de esta diócesis, todos con capa pluvial y mitra, y por los canónigos y clero catedral. El arzobispo de Tarragona dió á besar la Vera Cruz al monarca, el cual seguidamente penetró en el templo bajo palio que llevaban varios individuos de la nobleza. Dirigiéronse el rey y sus acompañantes al presbiterio, ocupando S. M. un trono situado en el lado del Evangelio y tomando asiento enfrente de él y al lado de la Epístola el cardenal Casañas, obispo de Barcelona. Después de cantado el *Tedéum,* D. Alfonso bajó á la cripta de Santa Eulalia, en donde oró breves momentos, saliendo luego del templo y dirigiéndose á la Capitanía general, en donde tiene su alojamiento y adonde llegó á las doce y media.

Por la tarde celebróse la recepción, que resultó muy concurrida; Su Majestad tomó asiento en el trono, rodeándole el Mayordomo mayor de Palacio, duque de Sotomayor; el general Pacheco, comandante general de alabarderos; el capitán general, el cardenal Casañas, los ayudantes del rey, los grandes de España y gentileshombres de servicio y otras elevadas personalidades. Por delante de S. M. desfilaron los prelados, los grandes de España, varios concejales y diputados provinciales, el presidente de la Audiencia con todos los magistrados y el fiscal de S. M.; el cuerpo consular, los jefes y oficiales de los buques de guerra extranjeros anclados en el puerto, representaciones de las facultades de la Universidad presididas por el rector, comisiones de los distintos cuerpos del ejército, de varias corporaciones y sociedades y multitud de particulares.

Después de la recepción salió el rey á dar un paseo por la ciudad, asistiendo luego á la Salve que se cantó en la iglesia de la Merced y visitando el camarín de la Virgen.

Por la noche, terminado el banquete que se verificó en el palacio de la Capitanía general, dirigióse S. M. al Fomento de la Producción Nacional, en cuyos salones se ha organizado en cinco días una exposición de productos manufacturados. D. Alfonso fué recibido con aclamaciones entusiastas y pasó á ocupar el sitial que en el salón de actos se le había destinado, y el presidente de la corporación D. Luis Ferrer-Vidal leyó un discurso en el que trazaba á grandes rasgos la historia del Fomento y expuso en términos concisos las principales necesidades de la industria, los males que actualmente la aquejan y los remedios que



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona. – El público en el Paseo de Colón delante de la Capitanía general en donde se aloja S. M. (De fotografía de Merletti.)



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona. – La comitiva regia en la Rambla del Centro. (De fotografía de Laureano.)

podrían poner término á la crisis por que hoy atravie sa. A este discurso contestó con otro lleno de bellísimos conceptos el presidente del Consejo de Ministros Sr. Maura. El rey recorrió la exposición y se retiró, siendo nuevamente aclamado por los socios del Fomento y por el público que á la salida le esperaba.

El día 7, S. M. visitó por la mañana las bodegas del Sr. Maristany, la fábrica de los señores Sert y el estudio y taller de los Sres. Masriera, en donde la Academia de Bellas Artes había improvisado una exposición de obras de artistas catalanes contemporáneos, en la que figuraban cuadros de Baixeras, Mas y Fondevila, Casas, Rusiñol, Masriera (José, Francisco y Luis), Urgell, Cusachs, Mir, Cusí, Galwey, Balcells, Riquer, Graner, Xiró, Tamburini, Soler de las Casas, Feliu de Lemus y Rodríguez Codolá, y esculturas de Blay, Llimona, Vallmitjana, Clarasó, Reynés, Arnau, Montserrat y Escaler.

Desde allí se dirigió el monarca á la fundición artística de los Sres. Santamaría, en donde presenció la fundición de una pila de agua bendita, que le fué ofrecida como regalo para su augusta madre; se encaminó luego al templo en construcción de la Sagrada Familia, admirando la grandiosidad y belleza de las obras construídas y muy especialmente la hermosa puerta del Rosario y la parte de claustro terminada; y finalmente visitó la fundición de los Sres. Masriera y Campins, en donde pudo ver la estatua ecuestre en yeso de su padre D. Alfonso XII, modelo de la que fundida en bronce ha de figurar en el monumento que actualmente se está levantando en Madrid á la memoria del malogrado monarca. Allí presenció la fundición de una parte de dicha estatua y de una plancha dedicada á él como recuerdo de su visita.

A las dos y media llegó S. M. al palacio de la Diputación Provincial para asistir á la recepción de alcaldes de la provincia que se verificó en el Salón de San Jorge y terminada la cual pasó al Salón de Sesiones, retirándose luego entre aplausos y vítores generales. Desde la Diputación dirigióse el rey á las Casas Consistoriales, siendo recibido por el Alcalde y varios concejales monárquicos y regionalistas y visitando el Salón de Ciento y el Nuevo Consistorio.



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona
S. M. asomándose al mirador de la Capitanía general. (De fotografía de M...)

Seguidamente emprendió don Alfonso XIII la excursión al Tibidabo, que seguramente habrá sido una de las fiestas que mejor le habrán impresionado. En el sitio denominado «Frare Blanch» celebróse la fiesta del árbol, que fué presidida por S. M. y á la cual asistieron los alumnos de las escuelas municipales con sus estandartes y de varios colegios particulares, que en dos filas ocupaban toda la avenida hasta la estación inferior del funicular. Visitó el rey el despacho y la estación del tranvía, y subiendo al funicular, ascendió á la cumbre de la montaña. El espectáculo que ofrecía ésta, la plazoleta de la estación inferior y el trayecto que el funicular recorre no podía ser más grandioso ni más pintoresco: coches, automóviles, jinetes, ciclistas, llenaban por completo los caminos que allí conducen, y por toda la montaña una multitud inmensa se estrujaba materialmente para poder contemplar de cerca al rey, á quien se hizo una ovación ni un momento interrumpida mientras permaneció en el Tibidabo. Visitó el monarca la instalación de la Colombófila y la capilla que se alza en la cumbre de la montaña, y á su regreso descendió en el apeadero y en coche se dirigió el Observatorio que, gracias á la munificencia del primer marqués de Alella, ha erigido en la montaña la Real Academia de Ciencias. Allí recibieron á D. Alfonso el presidente de ésta con muchos académicos y la familia del marqués. El presidente leyó un dis-



LA RECOLECCIÓN DEL MAÍZ, cuadro de A Salinas



EL DESPERTAR DE LA PRIMAVERA, cuadro de Arpad de Migl



El autor y los intérpretes de la ópera «Louise» en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona

Cesira Ferrani *(Luisa)*. – Gustavo Charpentier, autor de la ópera. – Erina Borlinetto *(La madre)*. – Alejandro Ravazzolo *(Julián)*. – Srta. Casals *(Irma)*. – Enrique Berriel *(El padre)*

curso, al que en nombre de S. M. contestó el señor Maura con otro, terminado el cual declaró inaugurado el Observatorio, cuyas dependencias recorrió el rey, mostrándose muy complacido, y regresando luego á la ciudad.

Por la noche asistió á la función que se daba en su honor en el teatro Principal, en donde la compañía de María A. Tubau puso en escena *La Charra*. S. M. fué recibido en el vestíbulo por la Junta del Hospital, el empresario Sr. Palencia y otras varias personas, y al entrar en la sala de espectáculos fué objeto de una ovación indescriptible que se prolongó durante algunos minutos.

Cuando escribimos estas líneas, D. Alfonso XIII está realizando su anunciada excursión á la provincia de Gerona, en donde habrá permanecido parte de los días 8 y 9.—S.

NUESTROS GRABADOS

La recolección del maíz, cuadro de A. Salinas. – Sin olvidarse de su patria, y de ello nos ha dado continuas muestras con sus cuadros de asuntos españoles, dedica el celebrado pintor Salinas una parte de su actividad á reproducir las escenas de costumbres italianas que por lo pintorescas y típicas impresionan su imaginación. Varias son las obras suyas de este género que hemos publicado en La Ilustración Artística, y en todas ellas hemos podido admirar la verdad con que reproducen el hermoso cielo de Italia, los tipos de aquellos labriegos y los pintorescos episodios de la vida campestre de aquel bellísimo país. Estas cualidades brillan también en grado sumo en el cuadro que en el presente número publicamos: esas mujeres de faz morena, de ojos ardientes, de negra cabellera, de esbeltas formas, de voluptuosas actitudes; ese mozo de tez curtida por el sol, de gallarda apostura y de rostro expresivo; ese paisaje en que se ve una exuberación de vida y de luz, proclaman el talento con que el artista ha sabido observarlos y trasladarlos al lienzo, no limitándose á copiar servilmente sus líneas y sus notas de color, sino dando á los personajes esa vida, esa animación que son reflejo del alma, y al ambiente ese tinte poético que, sin apartarse un punto de la realidad, tanto embellece las obras de arte y demuestra que el pintor es algo más que simple artífice del lápiz y del pincel, que arde en su cerebro y en su corazón la llama del verdadero sentimiento artístico.

El despertar de la Primavera, cuadro de Arpad de Migl.—La alegoría moderna se distingue fundamentalmente de la que privó en otros tiempos. No diremos que sea mejor ni peor, pues en materias de arte son expuestas las opiniones absolutas; sólo indicaremos que la mayoría de los artistas de nuestros tiempos, cuando se trata de representar en el lienzo una idea abstracta, emplean, por lo general, un procedimiento muy distinto del que, por lo general también, emplearon los maestros de pasadas épocas. Hoy el pintor procura dar la mayor realidad posible á ese género de concepciones que, al parecer, no pueden tener una forma adaptable á las exigencias del realismo, y prescinden de las clásicas figuras y de los atributos simbólicos con que antes se las representaba. Sin embargo, el efecto conseguido por estos medios puede ser tan completo como el que con los otros se obtenía, y si no, véase el cuadro de Arpad Migl y dígase si no responde perfectamente al pensamiento que el pintor ha querido expresar. Esa hermosa joven, cuyo rostro lleno de frescura respira juventud, cuyo busto esbelto aparece envuelto en tenues gasas y sobre cuya falda reposa un ramo de las primeras flores con que se cubre la naturaleza, es una representación hermosísima de la vida que resurge tras la muerte del invierno, encarna de manera admirable la estación primaveral que viste de gala los campos, que llena de luces el cielo y que embalsama el aire con los más deliciosos y penetrantes perfumes.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Roma. – En breve se construirá en la iglesia de San Juan de Letrán el mausoleo en donde ha de ser definitivamente sepultado el cadáver de León XIII. El monumento, cuyo boceto aprobó ya en vida el propio papa, representa á éste sentado con las manos extendidas en ademán de bendecir al pueblo; á sus pies hay dos ángeles que contienen la inscripción y á los lados se levantan las estatuas de San Francisco de Asís y de Santo Tomás de Aquino. El coste de la obra ascenderá á 165.000 liras; la ejecución de la misma corre á cargo del escultor Luchetti de Perugia, autor del monumento á Inocencio III, que para la citada iglesia le encargó León XIII.

Teatros.—*París*. – Se han estrenado con buen éxito: en la Renaissance *Le mannequin d'ossier*, comedia en cuatro actos de Anatolio France; en la Gaité *La Montansier*, comedia en tres actos y un prólogo de Gastón de Caillavet, Roberto de Flers é Ibels Joffrin; en el Ambigu Comique *La baillonnée*, melodrama en dos partes y ocho cuadros de Pedro Decourcelles y Pablo Rouget; y en el Vaudeville *L'Esbroufe*, comedia en tres actos de Abel Hermant.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito en el Eldorado *La perla negra*, zarzuela en tres cuadros, letra de Fiacro Irayzoz y música del maestro Torregrosa, y *Zaragatas*, sainete en dos cuadros de los hermanos S. y J. Álvarez Quintero. En el Principal actúa la compañía dramática que dirige la aplaudida actriz María A. Tubau de Palencia. La «Associació Wagneriana» ha dado una interesante audición dedicada á Schubert y compuesta del cuarteto en *si bemol mayor* (op. 168) para instrumentos de cuerda, y el octeto (op. 166) para dos violines, viola, violoncelo, contrabajo, trompa, clarinete y fagot, en cuya ejecución fueron muy aplaudidos los Sres. Munner, Marcet, Estera, Dini, Valls, Richart, Nori y Sadurní.

Necrología.—Han fallecido:

Mistress Benham Hay, pintora inglesa.

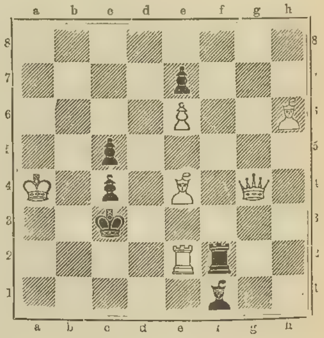
Adam Münchheimer, compositor polaco, autor de varias óperas, entre ellas *Mazeppa*, que obtuvo gran éxito.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.

AJEDREZ

Problema número 360, por A. Steif.

negras (6 piezas)



blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 359, por W. Pauly.

Blancas.	Negras.
1. a4 – a5	1. a7 – a6 ó g7 – g6
2. g4 – g5	2. g7 – g6 ó a7 – a6
3. Rd1 – c1	3. Rd3 – e2
4. Rc1 – c2	4. Re2 – e1
5. Rc2 – d3	5. Re1 – d1
6. Tf4 – f1 mate.	

VARIANTE.

1.... g7 – g5; 2. Tf4 – b4, a7 – a6; 3. Rd1 – e1, Rd3 – c2 4. Re1 – e2, Rc2 – c1; 5. Re2 – d3, Rc1 – d1; 6. Tb4 – b1 mate.



... mas aún no habíamos dado dos pasos fuera de la habitación...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. – ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Al encontrarlo allí, parecióme adivinar las intenciones de Anselmo, y á fin de evitar un escándalo, sin darle tiempo de salir de esa vacilación que precede á la ejecución de una acción desagradable, le pasé delante y me senté antes que él junto á Castelli, el cual no nos había visto y así lo dijo cortésmente, casi disculpándose.

—¿Qué estaba usted leyendo?, le pregunté.

—No leía: la lectura era un pretexto para la soledad.

—Es decir, que le molestamos á usted, dijo Anselmo en tono provocativo.

—No he dicho eso, contestó Luciano con dulzura.

—No lo ha dicho usted, pero lo piensa.

—Está usted muy equivocado.

Y volviéndose directamente á mí añadió:

—A usted no necesito decirle más.

A Anselmo le temblaban los labios; pero la firmeza dulce y suave á la vez de las palabras del Sr. Castelli hizo que expirara la respuesta en su boca. Apresuréme á oponer un dique á los instintos belicosos de Anselmo haciendo otra pregunta, la primera que se me ocurrió, y debo confesar que no se me ocurrió sino la más elemental.

—¿Se divierte usted esta noche?

—¡Oh! Este caballero debe divertirse mucho, dijo arrogantemente Anselmo.

—Me divierto siempre que me veo entre buena compañía.

Estas palabras encerraban un reproche, pero fueron pronunciadas con un acento que no lo dejaban traslucir.

—Sí, las recepciones del Sr. Albruzzi (adrede no dije de «la señora») son muy alegres.

—Mucho, contestó Castelli dejando distraídamente sobre la mesa el libro que tenía en la mano.

Anselmo lo cogió y hojeó las primeras páginas.

—«El arte del perfecto caballero, explicado en diez capítulos,» leyó en alta voz en tono declamatorio.

Se detuvo como acometido de una gana de reir irresistible y prosiguió con énfasis creciente:

—«Aumentada con notas y aclaraciones, y con un ejemplo teórico-práctico de buena conversación.»

Aquí la hilaridad de Anselmo fué tan sonora, que despertó los ecos del aposento é hizo levantar la cabeza de sus periódicos á los tres imperturbables lectores.

—He aquí un libro curioso, á propósito para consultar, y quizás útil, añadió Anselmo con acento de amarga ironía; magnífica lectura para las horas de soledad... ¿Le gusta á usted este libro, Sr. Castelli?

Semejante familiaridad, vecina á la insolencia, era tan contraria á la índole de Anselmo, que vi el escándalo inminente, y miré á Luciano, seguro de que su contestación debía dar la señal del escándalo.

Pero Castelli no pareció tomar á mala parte la ligereza burlona de aquellas palabras.

—Es usted muy severo: si el desgraciado autor de ese libro le oyese, ¿qué diría?

—No me asombra, replicó Anselmo amansado, sin quererlo, pero tenaz en su propósito, no me asombra que haya quien escriba esa clase de libros, sino quien los lea y medite.

—Y sin embargo, bien es menester que haya quien los lea, si no falta quien se ha resuelto á escribirlos; no es el escritor el que crea al público, sino el público quien crea al escritor.

—Esa es una paradoja. Según usted, no fué Juan Jacobo quien creó sus lectores, sino nosotros los que hemos hecho á Juan Jacobo; no es Dante quien ha hecho á sus comentadores, sino los comentadores los que han hecho á Dante, y nosotros, comentadores ó lectores, los que fabricamos en el transcurso de los siglos...

—En rigor, somos nosotros, contestó Luciano riendo, los que fabricamos á nuestro modo los siglos: nosotros hemos hecho los grandes hombres que por nosotros existen; todo siglo tiene sus ídolos, todo hombre tiene los suyos, y los hombres ilustres, como los valores de Bolsa, están sujetos al *alza* y á la *baja* en el mercado del mundo; la inmortalidad es una especie de sábana casi siempre escasa que el Tiempo, su enemigo, tira un poco hacia un lado ó hacia otro; cuando no se rompe en jirones y resiste, es gran suerte; pero hay momentos en que esa inmortalidad está más muerta que el cadáver cubierto por ella. Fuera de esto, añadió sonriendo, si Dante hizo los comentadores, ó los comentadores rehicieron á Dante, es cosa discutible.

—Plantea usted la cuestión en otros términos, dando un significado muy diferente á mis palabras.

—Pues eso ni más ni menos es lo que ha hecho usted: por lo demás, estoy persuadido de que en todo lo que usted dice hay algo de verdad, y si se empeña usted en convencerme de que su opinión es la más acertada, no me encontrará obstinado en rechazarla: pruebe usted, le escucho.

El acento con que Castelli hablaba era bromista por no parecer pedantesco, y mitigaba ó disfrazaba el significado de las palabras, que podían parecer inoportunamente graves.

Anselmo se vió bastante embarazado ante aquella docilidad: tomar el asunto por lo serio y ceñirse concienzudamente á echar la red de sus silogismos sobre la opinión de Luciano era cosa pueril, en la que toda la parte ridícula recaería sobre él, y para defenderse tratando la cuestión en tono de broma, se requería otra disposición de ánimo muy distinta de la suya.

En este caso, era indispensable una interrupción.

—Creo que al menos me permitirán ustedes ponerme en salvo, dije riendo. Una discusión filosófico literaria, mientras toda la generación que tiene nuestra edad baila y se divierte, me parece algo así como un sermón el último día de Carnaval.

Así diciendo me levanté; Anselmo, que no deseaba otra cosa, se levantó también y Luciano siguió nuestro ejemplo.

Al atravesar la sala de juego, vimos á la señora Albruzzi erguida, arrogante como una matrona. Quizás no le agradaba el vernos juntos, porque la sonrisa con que nos acogió fué más fría que de costumbre; cruzadas las primeras frases vulgares, afectó dirigir la palabra únicamente á Luciano y querer ocuparse de él tan sólo.

—He perdido un medallón, dijo, un medallón que quería mucho, un recuerdo: habrá que buscarlo.

El lenguaje de la señora Albruzzi tenía cierta tinta de misterio confidencial y levemente embarazado, que ponía nervioso á Anselmo.

—Lo buscaremos, contestó con fría cortesía Castelli; ¿no es verdad, señores?

La señora Albruzzi nos dirigió por vez primera á Anselmo y á mí una mirada benigna.

—Lo buscaremos, dijo Anselmo con el mismo entusiasmo con que hubiera dicho: «¡Yo lo encontraré!»

Y sin aguardar á más empezó á registrar los rincones, mientras la señora Albruzzi se entretenía en indicarnos las habitaciones en que era más probable que hubiese perdido el medallón; para mí, desconocedor de la nomenclatura y de la topografía de la casa, aquellas indicaciones eran inútiles; por lo cual, después de echar una ojeada por debajo de las sillas, seguí distraídamente á mis dos amigos, no sin pensar allá para mis adentros, y con monstruosa ingratitud, por qué no habría esperado la señora Albruzzi á que sus criados buscaran el medallón.

Como he dicho, para Anselmo el *lo buscaremos* significaba *lo encontraré;* pero el *lo encontraré* estaba sujeto ante todo á una condición: la de que no lo encontrase otro, la de que no lo encontrase Luciano. Era, pues, natural que en Anselmo el temor de la fortuna de su rival se sobrepusiese á la confianza en la propia, y que la competencia en las pesquisas se convirtiese en una lucha.

En vez de buscar por su propia cuenta, no supo separarse de los faldones de Castelli; le seguía paso á paso, espiaba con inquietos ojos todos sus movimientos, todas sus miradas, estremeciéndose á la idea de verle dueño de aquel tesoro, dispuesto á contenerlo, á echarse sobre él para apoderarse de la alhaja,

y si menester fuese, á arrancársela de la mano valiéndose de la fuerza.

Toda su buena voluntad dió por resultado final que Luciano encontró el medallón.

—¿Lo tiene usted?, le preguntó palideciendo: yo lo había visto antes que usted.

—Y yo lo he cogido, contestó Luciano no pudiendo menos de sonreir.

No se necesitaba más para que Anselmo montase en cólera.

—Repito que lo he visto antes que usted, dijo con voz de despecho.

—Es cosa difícil de probar, replicó Luciano, mientras que yo puedo probar que lo he cogido antes y que lo tengo.

—¡Pretenderá usted burlarse de mí!, gritó Anselmo furioso.

—Dios me libre; pero siempre he creído que la mejor contestación á una broma era otra broma.

La calma de Luciano le daba la ventaja sobre su contrincante.

—En fin, ya es tiempo de acabar de una vez, exclamó éste fuera de sí.

Y acercándose y bajando la voz añadió:

—¿De qué derechos presume usted sobre?..

Luciano no le dejó terminar la frase.

—Aquí viene una persona que tiene derechos y puede presumir de ellos.

Al decir esto, designaba con el dedo al Sr. Albruzzi, que se acercaba á nosotros contoneándose jovialmente en su obesidad.

Anselmo se puso encendido como un ascua: el aspecto de aquel hombre gordinflón le conturbaba como un reproche.

—¡Gracias á Dios que les encuentro á ustedes!, decía el Sr. Albruzzi. ¿Alguno de ustedes sabe jugar al ajedrez? He de confesar que estoy aburrido: á mi edad ya no se baila ni se hace la corte á las mujeres, y me fastidio. Pero ¿qué diantre hacían ustedes en esta sala, mientras allá se baila..., á la edad de ustedes, digo yo, á la edad de ustedes...

—Estábamos disputando, contestó Castelli.

Anselmo me miró de soslayo; yo comprendí su temor y en parte lo tuve también. ¿Qué iba á decir Luciano?

—¡Qué dice usted! ¿Y por qué causa? ¿Se puede saber? Supongo que andará de por medio alguna mujer; ya, ya sé lo que es eso; en las cuestiones de los hombres, como en todas las desventuras, pongo por caso, de la vida, hay que buscar siempre una mujer... No sé quién lo ha dicho así, pero no hace al caso...

—Pues la mujer que anda de por medio en este asunto... es la de usted.

Hubo un momento de silencio: Albruzzi parecía extático; Anselmo se había puesto lívido y tenía los ojos bajos; Luciano sonreía.

A aquel silencio sucedió la carcajada más alegre y más sonora que ha salido jamás de boca de un marido. En aquella risa había cierta buena voluntad que quería significar cien cosas: la bonachonería complaciente, la indulgencia filosófica, la incuria del hombre de mundo, todo esto había en aquella carcajada, y ante todo y sobre todo la ingenuidad del que no ha comprendido nada y quiere demostrar que ha comprendido.

Anselmo respiró como un fuelle.

—Puesto que entra en ello mi mujer, dijo Albruzzi, corro á avisarla; esa disputa, pongo por caso, la hará reir.

Y se marchó como había venido, contoneándose y felicitándose de su ingenio.

Cuando nos quedamos solos, Luciano se volvió á Anselmo y le dijo:

—Decía usted que ha sido el primero en ver el medallón: ¿está usted seguro de no equivocarse?

Anselmo no contestó.

—Tómelo usted: lléveselo á la señora Albruzzi y dígale también, si le parece, que soy yo quien se lo he cedido: esto me hará perder su gracia.

Dichas estas palabras, Luciano se marchó presuroso, dejando en manos de Anselmo el suspirado medallón.

***

Dad á un ladrón la llave de vuestra gaveta, y estimuladlo á abrirla, y apartad los ojos, ó idos -que es lo mejor;—se puede apostar ciento contra uno á que, si no os habéis equivocado de llave, el ladrón abrirá.

Anselmo no vaciló un momento en si debía ó no repetir á Laura las palabras de Luciano, y se las repitió al pie de la letra.

Pero lo que debía abrirle el corazón de la mujer adorada, produjo únicamente el despecho y la ironía. Probablemente Luciano se había equivocado de llave.

En cuanto á mí, comparando el aspecto enojado de Laura y la benignidad de Luciano, acabé por deducir tres cosas, tal vez sin sentido común, pero tan calumniosas que merecían ser verdad: la primera, que la hermosa dama había perdido el medallón sólo porque lo encontrara Luciano; la segunda, que éste había preferido que Anselmo entregara la alhaja á devolverla él en persona; y la tercera, consecuencia de las otras dos, que al explicar el enamorado á Laura el modo como el medallón estaba en sus manos, había favorecido los ocultos designios de Castelli más bien que su propio amor.

Por supuesto, que de estas y otras cosas, no dije una palabra á Anselmo.

XVI

Una comedia en cuatro actos y lo que sucedía en la calle en los entreactos

La historia del medallón no ha concluído todavía. La continúan cuatro cartas, de las que no tuve noticia hasta más adelante, pero que conviene copiar por tener su puesto natural aquí.

La señora Albruzzi al apreciable Sr. Castelli

12 de la tarde.

«No debe causar á usted extrañeza esta carta; tal vez es un paso que esperaba usted de mí ha largo tiempo, paso que con tanta verosimilitud ha provocado usted.

»Conozco que debí haberle devuelto mucho antes de lo que lo hago el medallón que me regaló usted en cierta ocasión; pero un falso concepto de las consideraciones que debo á usted y á mí misma me ha detenido siempre. He hecho mal: la conducta observada por usted anoche me ha sacado de mi error.

»Consérveme usted su amistad y su aprecio, único sentimiento que he procurado siempre mantener con usted y para usted inalterable.»

El Sr. Castelli á la distinguida señora Albruzzi

Las 12 y media de la tarde.

«No está usted en lo cierto juzgando tan severamente un hecho sin la menor importancia. Para suponer que yo haya querido eximirme de entregar á usted por mi propia mano el medallón perdido, sería necesario creer que yo atribuía á esa devolución un significado que no se suele dar á esta palabra. Crea usted que la circunstancia de que ese medallón fuese en su origen un presente mío, no alteraba á mis ojos la naturaleza de un hecho sencillísimo. Por lo demás, como conoce usted las circunstancias que acompañaron á aquel regalo, no puede usted vituperarse por nada.

»Lo que llama usted *mi conducta de anoche* tiene su explicación en el deseo de evitar un escándalo con una persona á la que concedería de buen grado mi afecto en cambio del celoso rencor que ella cree ingenuamente deberme tener. Según parece, esa persona tenía especiales derechos para mostrarse celosa de la gratitud de usted.

»Permítame usted que le envíe de nuevo el medallón.»

Laura al estimado Sr. Luciano

La una y media de la tarde.

«Las palabras de usted disipan mis dudas, y se las agradezco de todo corazón. Puesto que así lo quiere conservaré este medallón que me recuerda días serenos y dulces y despierta el eco de una parte de mi pasado. El pasado de una mujer virtuosa es una pobre tela tejida de sueños, de aspiraciones con frecuencia no comprendidas, de sacrificios consumados á la sombra; la memoria pierde el tiempo en querer mirar atrás, en empujar la mirada por las tinieblas donde viven los fugaces fantasmas que han acompañado un día nuestra existencia; y por esto, nosotras las mujeres necesitamos á las veces dar cuerpo á nuestros recuerdos, adherirlos á algo, escribirlos como en un diario para releerlos, para revivirlos más adelante. Y por esto especialmente es caro para mí ese medallón; y mayor será el cariño que le tengo ahora que sé que este sentimiento no le ofende. El deseo de olvidar enteramente no se alimenta sino con remordimientos, y nosotros no los tenemos; es lícito absorber de nuevo con el pensamiento toda la dulzura que los engaños inocentes del corazón derraman por el sendero de la vida, porque esa dulzura es pura, y no ha sembrado tras sí el remordimiento.

»Me acusa usted, al parecer, por haber concedido derechos á un hombre, cuya ceguedad sólo puede compararse con su obstinación; no me conoce usted ó me conoce mal. La dignidad de mujer me impide insistir en una disculpa á que me llevaría mi calidad de amiga. Más adelante me hará usted la debida justicia.

»Permítame usted, sin embargo, decirlo con noble orgullo: si alguna vez en mi vida pude abrigar algún sentimiento peligroso, la entereza en la lucha compensó aquel momento de debilidad. Puedo mirar de frente mi conciencia; me he ahorrado grandes amarguras y quizás tengo el consuelo de haberlas ahorrado á los demás.»

. . . .

Esta tercera carta no concluía tan bruscamente; se hablaba también en ella, con un candor adorable, de deberes, de virtud, de sacrificio y de remordimiento, y además de la dulzura sin mancha de los recuerdos y del sentimiento puro de la amistad, y por último, se hacía la recomendación, con escrúpulo enteramente virginal, de destruir la carta inocente.

El Sr. Castelli á la apreciadísima señora Albruzzi

Las dos y media de la tarde.

«Todo cuanto me dice usted está muy puesto en razón, pero es demasiado lisonjero para mí; y mi amor propio corre peligro de contaminarse. Aun cuando los años y los sucesos de la vida me hayan asegurado ya contra toda nueva locura, no oculto á usted que la amistad que me ofrece me deja un poco dudoso y me da miedo. Prométame usted ser tan generosa como bella, prometa usted hacer caso omiso de mí, y en cambio seré para usted todo cuanto puedo ser todavía para una mujer hermosa: un admirador inofensivo.»

***

Mientras la señora Albruzzi y Luciano estaban entretenidos en redactar estas epístolas, Anselmo sostenía una lucha ruda con su celoso despecho.

He aquí en breves palabras lo que sucedió.

Poco después del mediodía, Anselmo, que había esperado una hora conveniente, trasponía el umbral de la casa de Albruzzi; y en el mismo instante, un criado de aquella casa salía de ella con una carta y un estuche en la mano. Anselmo le preguntó si el Sr. Albruzzi estaba en casa, y el criado le contestó que sí, pero que se disponía á salir, y Anselmo, que no había ido ciertamente por el Sr. Albruzzi, se marchó, proponiéndose volver más tarde.

No sabiendo adónde ir, siguió distraídamente los pasos del criado, que se encaminó á casa de Castelli.

¿Qué podía hacer en aquella casa un criado de Albruzzi con una carta y un estuche?

Anselmo sintió vértigos todo el rato que el servidor permaneció en la casa susodicha; y cuando le vió salir con el mismo estuche y con una carta, que debía ser la contestación, dió un salto para alcanzarlo con la honrada intención de sujetarlo á un interrogatorio, pero un destello de razón y de prudencia lo contuvo.

El criado entró en casa de sus amos y Anselmo detrás de él; el servidor subió las escaleras y Anselmo también, decidido á rasgar el velo de su propia desventura; el criado atravesó la antecámara echando el picaporte, y Anselmo, no atreviéndose á hacer otro tanto, tiró con resolución del botón de la campanilla.

—¿La señora Albruzzi está en casa?

—Sí, señor, pero no recibe; está indispuesta.

Las llamaradas de cólera que subieron al rostro de Anselmo no le hicieron adelantar un paso. Casi en aquel mismo instante la bella Laura borraba de una plumada los derechos concedidos á un hombre «cuya ceguedad sólo podía compararse con su obstinación.»

Anselmo bajó la escalera y volvió sobre sus pasos hasta la vivienda de Castelli, y luego otra vez hasta casa de Albruzzi, semejante á una fiera que pasea por su jaula. En una de estas idas y venidas encontró de nuevo al mismo criado que marchaba con su paso acostumbrado y con la carta acostumbrada, pero entonces sin el estuche.

—¿Es verdad que tu señora está indispuesta?, le preguntó Anselmo reuniendo todo su valor y componiendo su rostro para afectar una sonrisa benévola.

—Lo ignoro; lo que sí sé es que viajo...

—Sí, ya hace rato que viajas: ¿y qué llevas ahí?

—¿Qué sé yo?

Así diciendo el servidor daba vueltas á la carta que tenía en la mano. Un *estimado Sr. Luciano Cas-*

telli perfectamente trazado se ofreció á los ojos de Anselmo.

Aquel mismo día, después de anochecer, un hombre y una cosa que parecía su sombra y lo seguía á diez pasos de distancia llegaron delante de casa de Albruzzi. El hombre entró sin detenerse; la sombra se paró como vacilante, luego entró también, para salir al poco rato echando sapos y culebras por la boca.

Aquella sombra era mi amigo Anselmo, á quien acababan de decir que la señora Albruzzi seguía indispuesta y sentía mucho no poder recibirle.

El cuerpo que había precedido á la sombra era el Sr. Castelli, para quien la señora Albruzzi no estaba indispuesta.

* * *

Desde la primera presentación de Luciano en casa de Albruzzi, mis vínculos con él, que se habían estrechado un tanto á causa de la intimidad, se aflojaron bastante. Aquel ser extraño, alrededor del cual había dado vueltas mi mente como en torno de un enigma, perdió á mis ojos gran parte de su prestigio al mezclarse con la turba indiferente que puebla los salones de una mujer hermosa. No había descendido hasta el nivel de los galanteadores vulgares, pero su sello especial parecía haberse borrado al aceptar en parte los procederes y las apariencias de la muchedumbre, y además de esto, aquel Luciano, que antes me pertenecía aunque en pequeñísima parte, se me escapaba de las manos entregándose á todos.

Sin embargo, pensando muchas veces en semejante mudanza, estuve á punto de creer que su nueva actitud fuese una máscara, y que tras esta máscara se agitaba más severo el misterio, y que bajo la fatua apariencia del hombre indiferente, palpitaba el dolor con ansia más cruel, por lo mismo que estaba más oculto. Pero este mismo cambio, en vez de excitar mi curiosidad, me había cansado desde mis primeras pesquisas; la fantasía, jamás saciada, había muerto de hambre; y sin echarlo de ver había dejado de ocuparme de cuanto se refería á Castelli.

A la mañana que siguió al día en que Anselmo se había presentado dos veces inútilmente á la puerta de la casa de Albruzzi, vino á buscarme con rostro desencajado, ojos que revelaban no haberse cerrado en toda la noche y tez biliosa.

La noche anterior había ocurrido una escena desagradable entre él y Luciano.

Al ver que se le vedaba la entrada en casa de la señora Albruzzi, Anselmo esperó en la calle á su rival hasta hora bastante avanzada, con fiebre en las venas y estremecimiento en los nervios, y cuando Luciano, embozado en su capa, con la cabeza baja, lento paso y sin esa varonil jactancia del amante que sale embriagado y feliz de los brazos de su amada, se encaminaba á su casa, Anselmo le cortó el paso y le desafió brutalmente.

Luciano se mostró al pronto impasible; luego se conmovió y respondió con voz trémula:

—Compadezco á usted; créame, huya de esa mujer, resista á la fascinación que ejerce sobre usted; bajo el bello fantasma que anhela, se oculta el engaño, la vergüenza.

Entonces Anselmo montó otra vez en cólera y levantó la mano para descargarla sobre su supuesto rival.

Por fortuna se contuvo á tiempo; Luciano se separó de él recomendándole sin ironía que lo pensase mejor aquella noche, pero añadiendo que estaba á sus órdenes para el día siguiente si persistía en el mismo propósito.

El día siguiente era hoy, y Anselmo el mismo loco furioso de la víspera. Quería mandar á Castelli sus padrinos.

XVII

Donde Luciano reanuda el hilo

Apelaba yo á toda mi elocuencia para disuadir á Anselmo de su propósito insensato, cuando recibí una carta. No conocí la letra, y el portero me aseguró que debía ser cosa muy urgente. Un presentimiento vago me decía de lo que se trataba.

Hubiera dado cualquier cosa por que Anselmo no estuviese allí, mirándome con los ojos echando chispas y con la boca contraída por una amarga sonrisa. Abrí, sin embargo, la carta, y vi que no me había engañado: era de Luciano, que invocaba de mi *amistad* el favor supremo de ir al punto á verle.

—¿Quién te escribe?, me preguntó Anselmo.

Si se me hubiese ocurrido alguna mentira, habría mentido, pero no se me ocurrió.

—El Sr. Castelli, contesté gravemente.

—¿Y qué te dice?

—Lee.

Anselmo rechazó la carta con un ademán.

—Me ruega que vaya á verle en seguida.

—Querrá de ti lo que quisiera yo, dijo con amargura, pero veo que es imposible.

—Luciano se ha mostrado siempre amigo mío, contesté.

Y añadí con severidad:

—Por otra parte, no apruebo tu determinación y no quiero hacerme cómplice de ella.

—Está bien, replicó.

Y volviéndome bruscamente la espalda, salió sin saludarme.

Castelli me aguardaba con impaciencia; me cogió de la mano y me llevó á su gabinete sin decir una palabra. Estaba pálido, más abatido que de costumbre, y en la movilidad de su mirada se rebelaba la tumultuosa agitación de su alma.



Temo no ser bastante para tu felicidad

Explicóme brevemente, con la mayor sencillez y sin baladronadas, lo que Anselmo me había dicho con frases entrecortadas, jadeante y disgustado por su dificultad en expresarse.

—¿Qué opina usted?, me preguntó cuando hubo terminado. ¿Que Anselmo se empeñará en exigir una satisfacción?

—El desdichado ha perdido el juicio.

Luciano pareció profundamente afligido de mis palabras, y apoyó la cabeza en el respaldo de su sillón como quien ve desvanecerse la postrera esperanza; luego se levantó agitado y se puso á pasear por la estancia, pronunciando en voz baja palabras incoherentes.

—Es imposible, dijo al poco rato parándose de pronto delante de mí; es imposible; ¿no es verdad que es imposible? No puedo batirme con ese hombre, no quiero; no me ha hecho nada. Sé que es infeliz; nadie mejor que yo puede comprender lo inmensamente atroz de sus torturas; conozco su dolor, le he visto de frente, le he mirado con atención, y llevo su imagen en el pecho: su desdicha me hace llorar y estremecerme á la vez y pesa sobre mi corazón; es un martillo que aguza un odio. Porque yo quiero á ese hombre, porque ha mucho tiempo que sus cuitas me lo han hecho simpático; y hubiera deseado correr á él y abrazarle y palpitar y llorar con él, y prestar á su abatido espíritu la fuerza que proviene en mí de su mismo quebranto. Conozco esa desesperación; también yo he sentido ese frenesí; sí, también yo, doblemente desdichado, porque he sido doblemente culpable, también yo he amado á esa mujer.

Luciano se detuvo anhelante; mientras hablaba, sus labios parecían agitados de un temblor nervioso y sus ojos despedían frecuentes relámpagos que iluminaban la tempestad pintada en su noble rostro.

—Yo también he amado á esa mujer, repitió con amargura; por ella renuncié á mi sosiego, á los goces de mi hogar, á la sonrisa de mi porvenir; mi mente, cerrada á toda otra imagen, sólo pensó en su amor; todas mis fibras, abrasadas de un solo deseo, no pedían, no exigían más que la culpa. He amado á esa mujer, y por lo mismo sé cuántas tinieblas envuelven su mezquino corazón.

Y adoptando un tono confidencial, casi sin advertirlo, añadió:

—Ya es tiempo de que conozca usted al hombre á quien ha concedido su amistad. Me siento ya con fuerzas para acometer una confesión penosa, ante la cual ha cejado más de una vez mi pensamiento. Es necesario que lo sepa usted todo, que *él* lo sepa todo: así obtendrá usted de él el juramento de no oponer obstáculos á mis designios y de no intentar nada para conocerlos. Dígale usted que huya, que se desprenda de los anillos que le atan desesperadamente á esa sirena; que pida á otra mujer, á otro corazón, lo que esa no puede darle; que busque en un cariño honrado y sereno el olvido de un deseo punible... Y al alejarse del hombre á quien ha aborrecido, sepa que mi odio vengará á su odio.

* * *

«Apenas tenía veintitrés años cuando contraje matrimonio y mi esposa no había cumplido diez y ocho. Los primeros meses de mi nueva vida fueron una serie no interrumpida de días plácidos y felices, todos absorbidos por el placer de amarnos y de podérnoslo repetir y por los pequeños cuidados de la casa.

»El amor era la alegría del presente, la casa la alegría del porvenir, y daba á nuestros afectos la seguridad de las cosas que desafían al tiempo. Leticia me decía á menudo: «En nuestra cocina, en nuestra despensa, en nuestra sala, falta esto ó lo otro; habrá que comprar...» Yo sonreía, la estrechaba contra mi corazón, y repetía: «Sí, habrá que comprar.» Si el asunto era grave, afectábamos una gravedad propia del caso, y discutíamos detenidamente sobre lo que se debía hacer; en aquel momento dejábamos de ser amantes para saborear la dulzura de ser cabezas de familia, para medir mentalmente la amplitud del porvenir, é interrogar con ingenua confianza la familia menuda que nos aguardaba.

»Nos habíamos quedado en Pavía por no separarnos de los padres de mi esposa; pero queriendo tener *nuestra casa*, habíamos alquilado un piso de seis piezas, lleno de aire y de sol. Nos proponíamos, por de contado, buscar más adelante una habitación más capaz; pero mientras sólo fuéramos dos, aquellas seis estancias constituían un nido desahogado que satisfacía todas nuestras aspiraciones, y tal vez no hubiéramos estado tan á gusto si hubiesen sido en mayor número.

»Aún me parece estar viendo aquellos seis cuartitos con sus techos pintados, sus muebles, cuya elección, cuya colocación nos habían costado tantas conversaciones; allí presté fe á la felicidad, y entre aquellas paredes, bajo el techo de *mi casa*, abrigué la íntima seguridad del tesoro de amor que había depositado allí con el afán temeroso del avaro.

»La intimidad nos revelaba más y más cada día hasta qué punto habían sido hechas nuestras almas para amarse; en nuestros largos y dulces coloquios descubríamos nuevas afinidades, nuevas armonías de nuestra índole y carácter; nuestros gustos y opiniones estaban tan de acuerdo como nuestros corazones.

»Yo daba fervorosas gracias á Dios por haberme concedido aquel ángel para compañero de mi vida.

—»Eres la bondad personificada, eres la dulzura, eres la belleza y la gracia, le decía estrechándola contra mi pecho; ¿eres verdaderamente mía?, ¿de veras puedes amarme?, ¿qué he hecho yo para merecer tanta ventura?

—»Vaya, no digas eso, me contestaba; tú sí que eres bueno, guapo y generoso; yo no soy otra cosa sino una parte de ti mismo.

»Cuando uno es feliz, el tiempo vuela; había transcurrido un año desde el día de nuestra boda sin que ni por un momento se nos hubiese ocurrido que no éramos ya recién casados. De aquel tiempo tan plácidamente pasado, sin que yo sepa decirme cómo, sólo ha quedado una dulce memoria: los días y los meses se han borrado de mi mente; todo se ha confundido en un solo recuerdo de tiempo y de lugar, y ya es mucho que pueda decir: «En aquel tiempo y en aquel lugar fuí dichoso.»

»El hombre mide mal la felicidad; el cielo es el que la mide, pero avaramente.

»Nuestro amor era un poco egoísta, un poco celoso de todo cuanto pretendía ser algo sin tener conexión con nuestro corazón, y sucedió que llegamos á atrincherarnos en casa para ser más íntima y largamente el uno del otro.

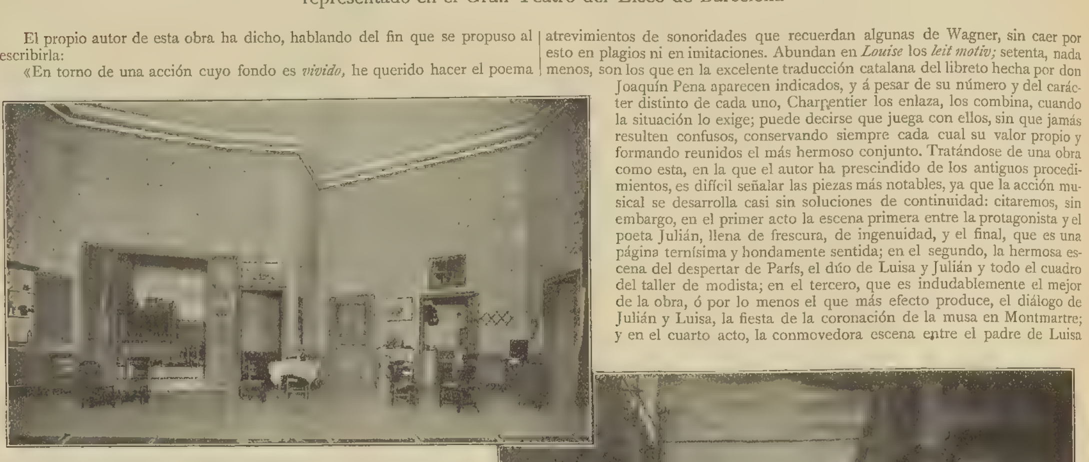
(Continuará)

«Louise,» drama lírico, letra y música de Gustavo Charpentier,

representado en el Gran Teatro del Liceo de Barcelona

El propio autor de esta obra ha dicho, hablando del fin que se propuso al escribirla:

«En torno de una acción cuyo fondo es *vivido,* he querido hacer el poema de nuestra juventud, de la juventud de todos nosotros, poetas y artistas; pintar los deseos, los entusiasmos de nuestros veinte años, cuando soñamos la conquista de la Ciudad inmensa y el corazón de la vecinita que á veces entreabre las cortinillas de su ventana para dejar paso á una sonrisa. *Luisa* es el pequeño mundo de los humildes, de los que sufren, de los que trabajan, vistos al paso, la mirada de envidia de los miserables que escuchan el estrépito de la Ciudad entregada á la alegría... *Luisa* es el corazón de los hijos á quienes el primer desconocido les hace olvidar el afecto de los padres... Es también el corazón de los padres que no pueden resolverse á ver en su hija á una mujer, un ser que no es de su propiedad, á quien ellos solos no bastan y que reclama el derecho de escoger libremente su parte de sol, su parte de amor... *Luisa* es además y sobre todo la ciudad esplendente, mágica, la gran ciudad que fascina á Luisa y á Julián con todas sus promesas de felicidad ignorada. La ciudad destructora del hogar, que con sus simbólicos gritos callejeros celebra sucesivamente las esperanzas, la aflicción, el triunfo del Amor, crea la atmósfera del drama, interviene directamente en la acción, alucina á Luisa y vence á la familia...»



La ópera «Louise» en el Liceo. – Decoración del primer acto, pintada por don Francisco Chía. (De fotografía de A. Merletti, tomada durante la representación.)

La ópera «Louise» en el Liceo. – Decoración del primer cuadro del segundo acto, pintada por D. Mauricio Vilomara. (De fotografía de A. Merletti, tomada durante la representación.)

Esta es la síntesis del argumento de la obra, y aunque Charpentier en los anteriores conceptos ha sabido poetizarlo, no ha logrado disfrazar el fondo de crudeza del mismo, que difícilmente aceptarán, á pesar de todas las salvedades, ciertos públicos como el nuestro, por ejemplo, y cierta crítica que no se deja seducir por razones más ó menos capciosas y en cuyo sentir no bastan los ropajes modernistas para hacer admitir como buenas las transgresiones de principios morales considerados inmutables.

Aparte de esto, el argumento es tan esencialmente parisiense (y esto precisamente es lo que el autor ha querido), que fuera de París, fuera del ambiente especial que allí se respira, el poema *Louise* ha de ser poco comprendido, y ha de resultar, por ende, más difícil de admitir lo que sin dificultad alguna pasará como cosa corriente entre los que han vivido íntimamente la vida de la llamada *Ville lumière*.

Pero dejemos este orden de consideraciones y digamos algo de la música que, al fin y al cabo, es lo principal tratándose de una ópera, sin que esto signifique que rechacemos ni mucho menos las admirables teorías lírico-dramáticas del coloso de Bayreuth.



La ópera «Louise» en el Liceo. – Decoración del segundo cuadro del segundo acto, pintada por D. Mauricio Vilomara y D. Olegario Junyent. (De fotografía de A. Merletti, tomada durante la representación.)

Y en cuanto á la música, sí que la obra de Charpentier merece los más incondicionales aplausos; en ella se ha mostrado el autor maestro de altos vuelos, digno de codearse con los mejores maestros contemporáneos. De factura modernista, su ópera está exenta de la vaguedad que caracteriza á las composiciones de muchos de sus paisanos; es más clara y más precisa, pero al propio tiempo contiene atrevimientos de sonoridades que recuerdan algunas de Wagner, sin caer por esto en plagios ni en imitaciones. Abundan en *Louise* los *leit motiv;* setenta, nada menos, son los que en la excelente traducción catalana del libreto hecha por don Joaquín Pena aparecen indicados, y á pesar de su número y del carácter distinto de cada uno, Charpentier los enlaza, los combina, cuando la situación lo exige; puede decirse que juega con ellos, sin que jamás resulten confusos, conservando siempre cada cual su valor propio y formando reunidos el más hermoso conjunto. Tratándose de una obra como esta, en la que el autor ha prescindido de los antiguos procedimientos, es difícil señalar las piezas más notables, ya que la acción musical se desarrolla casi sin soluciones de continuidad: citaremos, sin embargo, en el primer acto la escena primera entre la protagonista y el poeta Julián, llena de frescura, de ingenuidad, y el final, que es una página ternísima y hondamente sentida; en el segundo, la hermosa escena del despertar de París, el dúo de Luisa y Julián y todo el cuadro del taller de modista; en el tercero, que es indudablemente el mejor de la obra, ó por lo menos el que más efecto produce, el diálogo de Julián y Luisa, la fiesta de la coronación de la musa en Montmartre; y en el cuarto acto, la conmovedora escena entre el padre de Luisa y ésta, y el final del mismo, que es de una intensidad dramática extraordinaria.

Louise ha sido puesta en escena en nuestro Gran Teatro del Liceo con verdadero cariño: la ejecución ha sido excelente, habiendo sobresalido en ella las señoras Ferrani *(Luisa)*, Borlinetto *(madre)*, Ravazzolo *(Julián)* y Berriel *(padre)*, que han sido muy apudidos. También ha obtenido muchos y merecidos aplausos el maestro Sr. Barone, que con gran talento ha concertado y dirigido la difícil partitura de Charpentier.

Las decoraciones son todas notables y han sido pintadas, la del primero y cuarto actos, que representa una habitación en las buhardillas de una casa de obreros, por D. Francisco Chía; la del cuadro primero del segundo acto, una encrucijada en la parte baja de la colina de Montmartre, por D. Mauricio Vilomara; la del cuadro segundo, un taller de modista, por D. Mauricio Vilomara y D. Olegario Junyent; y la del tercer acto, un jardincillo en lo alto de la colina de Montmartre, desde donde se descubre un hermoso panorama de París, por D. Olegario Junyent.

Gustavo Charpentier, que en la actualidad cuenta cuarenta y un años, es uno de los músicos más interesantes de nuestra época. Nació en Tourcoing, y después de haber hecho allí sus primeros estudios musicales, fuése á París y entró en el Conservatorio en la clase de violín de Massard. Terminado su servicio militar, estudió armonía con Pessard y luego con Massenet, haciendo bajo la dirección de este último tales progresos, que cuando en 1887 acudió al concurso de Roma, admiró á los jueces que formaban el tribunal, así por su superioridad técnica

como por la novedad de los medios empleados, y obtuvo por unanimidad el premio; y aun hoy en día se recuerda con admiración la cantata premiada, tan por encima estaba de lo que suele presentarse en tales certámenes.

Partió Charpentier para Roma y su primer envío reglamentario causó sorpresa enorme: era una sinfonía titulada *La vida del poeta*, y cuando todos esperaban una obra de factura clásica, un trabajo recomendable de un alumno que conoce á fondo á los antiguos maestros y que se dedica á trabajar ateniéndose á los principios de éstos, sin perjuicio de mostrar de cuando en cuando alguna audacia un tanto comprometedora para demostrar algo de temperamento propio, se encontraron con una obra que desde los primeros compases se revelaba como eminentemente personal, potente, llena de color, sensual y en alto grado lírica, con acentos sublimes y fulgores canallescos.

No era la tradicional sinfonía con solos y coros; era un drama sinfónico completo en el que el poeta vivía toda una vida de esperanzas frustradas y de ilusiones desvanecidas: primeramente, animado por noble ambición y deseoso de alcanzar las grandes alturas, se lanzaba con toda la energía de su alma virgen hacia la Idea esplendente que le atraía; pero de pronto surgían obstáculos, luego aparecía la duda y al fin sobrevenía el dolor de la fe perdida; y el poeta desesperado se hundía en el fango, se embriagaba de malsano tumulto y de grosero sensualismo y acababa por sucumbir, llena el alma de asco y de rencor. En torno de este drama intenso, el músico, dotado de un gran sentido descriptivo, evocaba con una instrumentación excelente una decoración exacta y muy minuciosa.



LA ÓPERA «LOUISE» EN EL LICEO. Decoración del tercer acto, pintada por D. Olegario Junyent
(De fotografía de A. Merletti, tomada durante la representación.)

Se comprende que una obra semejante, que surgía en medio de la trivialidad de las producciones corrientes, fuese muy discutida; pero el resultado de la discusión fué reconocer que tenía un valor indiscutible y que su autor era un músico con quien debía contarse en lo porvenir. Charpentier demostró posteriormente que no eran infundadas las esperanzas que había hecho concebir. Sus *Impresiones de Italia* (*suite* de orquesta traída de Roma); sus *Impresiones falsas* (sobre los poemas de Verlaine) y otras sinfonías y algunas melodías que se salían de lo vulgar, constituyeron muy pronto un bagaje artístico suficiente para darle derecho á ser proclamado maestro.

Con la *Serenata á Watteau*, ejecutada en el jardín del Luxemburgo ante el busto del pintor galante, quiso renovar los espectáculos al aire libre de la antigüedad; y entonces fué cuando concibió el proyecto que pudo ponerle á él músico, en contacto con el pueblo en el cual tan á menudo había encontrado inspiración.

Charpentier terminó la ópera *Louise* en 1897 y la entregó al director de la Opera Cómica M. Carvalho, quien la conservó en cartera, en donde la encontró su sucesor M. Alberto Carré. Este, después de haberla estudiado, dispuso que fuese puesta inmediatamente en escena, habiéndose estrenado en 1.° de febrero de 1900 con un éxito realmente extraordinario.—S.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.


MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165.
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Guerra ruso-japonesa. – Los estudiantes de Tokío celebrando el bombardeo de Puerto Arthur. Dibujo de F. Haenen según un croquis de Laura N. Bovill. (Reproducción autorizada.)

Cuando llegó á Tokío la noticia del bombardeo de Puerto Arthur por la escuadra japonesa, la población hizo grandes manifestaciones de regocijo. Una de las principales fué la que organizaron los estudiantes de la Universidad y de las escuelas, que en número de mil recorrieron las calles de la ciudad llevando faroles de colores, cantando el himno nacional y gritando sin cesar «¡Banzai! ¡Banzai!» (¡Hurra! ¡Hurra!)

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los **retrasos** y **supresiones** así como los **dolores** y **cólicos** que suelen coincidir con las **épocas**, y compremeten á menudo la salud de las Señoras.

PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



Franco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDES et Cie Bd St-Denis, 16

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. – *En todas las Farmacias.* 654

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII · Barcelona 18 de abril de 1904 · Núm. 1.164



S. M. EL REY DON ALFONSO XIII. Retrato pintado por José Cusachs,
propiedad del primer Regimiento de Artillería de montaña, de guarnición en Barcelona

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Se han realizado los favorables augurios que hacía en mi última crónica acerca del viaje del rey á esa Barcelona tan temida por los apocados y pobres de espíritu, que son legión. –Eran ellos quienes sustentaban la peregrina teoría de que en un Estado cabe que existan regiones y ciudades á las cuales el jefe de dicho Estado no puede, no se atreve el Gobierno á creer que pueda ir. Situación tan anómala sería la condenación de un régimen. Sería además un diploma de impotencia y de miedo. Y la política del miedo ha sido siempre de funestos resultados. En las cuestiones políticas, como en las militares, el miedo es ya la derrota.

A un rey joven más bien suele ser necesario contenerle en su ardimiento, que estimularle; la tarea, pues, de un Gobierno que aconseja á un mozo en los albores de la vida, es fácil y brillante: lleva encadenada á la fortuna y presa á la simpatía en lazos estrechos. Hay ocasiones y circunstancias que en buena política no deben desperdiciarse. No es fácil calcular lo que hubiese representado para España, en otras épocas, antes de que se derrumbase nuestro imperio, un viaje regio á México, al Perú. Los reyes aprenden con sólo airearse; y más aprenderían, y cosas más provechosas, si tuviese su visita carácter de residencia, por tiempo más ó menos largo; si no la acompañase la anormalidad de festejos, regocijos y bullicio que la acompaña siempre. Se atribuyen á Alfonso XIII proyectos de viajes frecuentes y sin tanto aparato oficial por diversas regiones; no cabe más sano propósito. De su veraneo también se espera que algunas comarcas españolas tan hermosas como pacíficas - por ejemplo, la gallega—compartan con las provincias vascongadas el honor reproductivo de ofrecer al jefe del Estado playas y costas donde respirar aire marino y seguir el régimen balneario. Para que Galicia disfrute de esta ventaja necesita otra: que su línea férrea se iguale en condiciones de comodidad á las demás de la Península. Sería bien justo, encontrándose, como se encuentran, enclavados en territorio galaico los balnearios más afamados de la Península, al frente de los cuales marcha Mondariz, y siguiéndose tan graves perjuicios á la salud pública y á la industria de las deficiencias de esa línea, más de una vez lamentadas por mí en este sitio y en otros. Si el tren real no cabe por nuestros túneles gallegos, ¿quién duda que esa región puede ser retratada con el símbolo siempre interesante de la bella y abandonada Cenicienta? Los reyes viajan á gusto en sus yates; pero la gente que atraen á una región los reyes cuando la visitan y permanecen en ella algún tiempo; esa estela de oro y de brillantes que dejan tras de sí y que es para los países incalculable bien, requiere fáciles comunicaciones y trenes que enlacen oportunamente y vayan aprisa. Todo lo que falta en la línea á que me estoy refiriendo.

El Circo de caballos (Parish) es, desde que aprieta un poco el calor y las campanas dan el toque de Resurrección, el espectáculo *smart.* No acierto yo á explicarme satisfactoriamente el intríngulis de la estrecha relación entre el ascenso de la temperatura y la popularidad repentina de perros, caballos, monos amaestrados, acróbatas y gimnastas. No comprendo por qué una ópera de verano, en un teatro ventilado y bien acondicionado, no interesaría igualmente, si no más. Tampoco entiendo la razón de que los dramas y comedias sean (según el gracioso personaje de Moratín) como los besugos, que valen más y saben mejor cuando hiela. Es posible que el calor enerve y embote el entendimiento, adormezca las facultades, y sólo permita atención para el salto mortal, la cabriola doble, el alambre, la batuda y otras destrezas y gracias del mismo jaez. Lo cierto es que ni en el segundo del Real, ni en los miércoles del Español, ni en ningún turno de moda, se ha visto el apuro y el «darse de puñaladas á la puerta»—según la frase estereotipada—que se ven en estos jueves del Circo de Parish. Ya el año pasado fué preciso agregar una hilada de palcos, robada sabe Dios cómo á las sillas, para satisfacer las peticiones de algunos entre los muchos que deseaban abonarse; este año se pensó en otros palcos escamoteados á la parte fronteriza del escenario, y si no se hizo, fué sin duda porque serían demasiado malos los tales palquitos, y apenas se disfrutaría de la función. Prosiguiendo la demanda de palcos y su escasez, ahora se agita la idea de organizar otro turno de moda, ó sea otro lleno hasta el techo, otro día en que, si se tercia, se acabarán en la taquilla las entradas, como sucede ahora los jueves.

Y ¡qué derroche, qué lujo y gentileza en estos jueves de Parish! Los trajes y galas de primavera, aquí vienen á ostentarse, especialmente los enormes sombreros de velete, que acaban de hacer triunfal irrupción por los dominios de la moda -tan triunfal, que se les augura corta vida, pues en breve los lucirán «hasta los gatos.»—Las costumbres, en lo referente á indumentaria, han cambiado mucho de diez años acá. Entonces se diferenciaba bastante el atavío de baile y soirée y el de calle y teatro; entonces el único espectáculo para el cual se descotaban las señoras era el Real, y allí aprovechaban económicamente y daban los últimos golpes á los trajes ya *défraîchis* de la anterior temporada. A los demás teatros se iba de alto, con un lacito, una flor, un broche, algo para animar la *toilette.*

Ved actualmente cualquier teatro, no ya tan sólo en sus días privilegiados y señalados, sino entre semana. Escotes hasta lo vedado, sartas de perlas, riachuelos de diamantes, sedas claras, encajes, ropa rica y flamante, abrigos suntuosos, plumas, adornos caros, todo lo que pide una fiesta de repique recio. Antes, en las bajadas de escalera de teatro—yo me había fijado; me interesaba, á título de ser, como novelista, algo observadora de las costumbres –por rara casualidad asomaba la puntita de un pie calzado de seda. Hoy, ese lujo del calzado, delator de otros íntimos, se ha propagado como los demás, y las bajadas de escalera y subidas á coches muestran mil puntitas rosa, blancas, negras, donde brilla el característico toque de luz del rasolis.

No cabe duda: se gasta más; va ganando el productor. Por este camino la nivelación avanza. Por este camino también las bodas, en las clases de mediano estado de fortuna, se hacen cada día más escasas y difíciles. Ciertos sombreros que el jueves he visto en Parish, y que van cuchicheando, entre el susurro suave de sus *amazonas,* «costamos treinta duros y duramos tres meses,» son para hacer meditar al soltero.

Al ver aquella concurrencia refulgente y *very select,* se percibía el contraste con lo menos que mediano de la compañía que funciona en el Circo. El espectáculo parecía encaminado á demostrar una tesis curiosa: la superioridad de las especies animales sobre la humana.

En efecto, los clowns y equilibristas, las *ecuyéres* y funámbulas, no hacían cosa que mereciese llamar la atención, mientras los elefantes y las mulas demostraban una maestría sorprendente y prestigiosa. No es posible ver sin risa la escenilla del elefante afeitando á otro con los aires y los retoques de un Fígaro experto, sin perdonar la nube de jabón, los limpiones de la navaja contra el paño, la espurriadura del perfume con el pulverizador, y por parte del cliente, el pago al contado en buena moneda, que extrae pulcramente del bolsillo. En cuanto á la mula—un primor de bicho, con unas formas airosas y cenceñas que merecen el modelado en barro de un Benlliure y después la fundición por Masriera,—he notado en ella una cosa más interesante aún que lo que se llama habilidad. Y es el sentido de lo cómico, la conciencia del corcobo ó de la defensa en broma, que conviene ejecutar para divertir al público.

En este respecto, no se extrañe que veamos en el animal un verdadero actor cómico, un bufo si se quiere, y que la imitación, base, según Aristóteles, del arte, nos parezca concedida á los irracionales en grado artístico.

El telégrafo acaba de traernos la noticia del fallecimiento de la reina Isabel II.

Ha muerto en el destierro, donde se hallaba, dígase la verdad, muy á gusto, como la inmensa mayoría de las testas coronadas sin corona se encuentran en la republicana capital francesa. El reposo y la libertad, bienes apetecidos en el ocaso de la vida, compensaban á la ex reina de las Españas (que ya no lo son, sino á lo sumo *España* en singular) de todo lo perdido al perder su trono. Lo que Isabel II prefería y estimaba, era seguramente más positivo, como elemento de vida dichosa, que lo que se había dejado atrás al cruzar, mal aconsejada, la frontera. Acaso la aquiescencia al consejo del miedo fué hija de la indiferencia que la reina experimentaba ante el poder. Más de una vez el aro real había pesado á sus sienes, tan mórbidas en los días de la juventud.

La conocí en París, en la época de mi conferencia en la Salle Charras. Todavía entonces estaba fuerte y animosa, á pesar de los crónicos achaques que la obligaban á andar apoyada en su muletita de ébano y plata. Su conversación era viva, espontánea y llana, á lo castizo; París no había entrado en su espíritu; ¡era demasiado tarde cuando atravesó el Bidasoa! No cabía en ella más adaptación que la de sentirse gratamente aliviada de fastidios de etiqueta y complicaciones de responsabilidad política, para las cuales no la había hecho Dios.

Al nacer, nació jovial, franca, naturalísima, mujer en todo, á quien preocupaban poco las ideas y los intereses generales de la gran lucha entre dos bandos, uno de los cuales aclamaba é invocaba, como grito de combate, su nombre. El destino colocó á Isabel II en situación que requería las condiciones viriles y las extraordinarias dotes de mando de una Semíramis ó una Cristina de Suecia, la mirada serena y previsora de un grande hombre de Estado, y el tino y el conocimiento de caracteres y condiciones personales de una Maintenon, discreta, reservada, hasta hipócrita, defecto ó virtud que Isabel II no tuvo jamás. Cada beneficio de los que la hija de Fernando VII sembró con larga mano, en vez de ganarle un agradecido, la dió motivo para averiguar á ciencia cierta cuán hondo arraiga la humana ingratitud; porque los beneficios no son para arrojados por la ventana, y siempre conviene ver dónde cae semilla tan preciosa. En su bondad, Isabel dió á los más pedigüeños ó á los más osados, á los más capaces de olvidar y de renegar de la que fué su protectora; y si por cada rasgo generoso de Isabel II hubiese adquirido un partidario, la Restauración estaría hecha, reponiéndola en el trono á los dos meses de su caída.

Para los españoles que van á París—si bien en estos últimos años la reina no recibía apenas,—es un vacío el que deja su muerte. En aquel palacio hospitalario de la Avenida Kleber encontraban la reminiscencia de la patria, un españolismo sin afectación, una acogida llena de sencillez y de afecto. Reducida á un tren relativamente modesto y sin fausto—aquella soberana que jamás había contado lo que gastaba y á quien D. Martín de Los Heros tuvo que presentar en duros apilados una cantidad que había mandado entregar como donativo, para que viese el bulto que hacía y se asustase,—la reina vivía retirada, con sus antesalas desiertas, satisfecha con su comida neta, de cocido, leyendo ó haciendo que la refiriesen lo que en nuestra tierra sucedía (como se leen, después de un viaje por mar en que se ha corrido tormenta, noticias del mismo barco y de sus travesías azarosas). Con interés y dejos de malicia se informaba de los políticos, escuchaba lo que de ellos se dijese, y cuando iba tal vez á emitir un juicio refrendado por la experiencia, deteníase, sonreía y murmuraba: «Ya ves... Yo en eso, ni entro ni salgo.»

Era una de sus inofensivas costumbres, resto de los hábitos del tiempo en que rodeaba su frente la diadema, tutear á todos los españoles que la visitaban. Pedía permiso con infinita gracia, y no sé si alguien habrá tenido el pedantismo de negársele; lo cierto es que en su boca el tú sonaba infinitamente mejor que el usted. Había en su trato una mezcla rara de dignidad y campechana lisura, que evocaban, en la sexagenaria casi baldada, de peluca de onditas y traje sin adornos, á la brillante y magnífica soberana de los tiempos románticos, de los veraneos en la Granja y Aranjuez, de los grandes bailes en el palacio de la Plaza de Oriente, por ella misma tan chuscamente calificados de «el Prado con techo.»

Creía verla, como nunca la vi, en efecto, sino en retratos de Madrazo y López, en grabados y litografías: sonriente, fresca, luciendo el opulento busto sobre el cual se aduermen las enormes perillas del soberbio collar, adornado el traje con bordados á realce de hilo de oro, sedosas las cocas del peinado, un velo de gasa deslizándose por los hombros, el pecho cruzado por bandas y condecoraciones de pedrería. Y su expresión, la de sus azules ojos, es maternal, venturosa, como de quien á su paso escucha alzarse un murmullo de adoración y fanatismo, y tiene en los oídos el eco de aquel «Viva Isabel segunda!,» repetido por tantos en los fragores de la lid mortal ó ante los cañones de los fusiles del pelotón...

Y mirando á la encorvada anciana, se me ocurría la vulgaridad eterna:

—¡Cómo cambian los tiempos!

EMILIA PARDO BAZÁN.



... creyó oir una especie de alarido y detuvo el paso

EL ALMA EN PENA

I

Juanito Lumbreras era un joven de veinticinco años, guapo, bueno, serio para su edad, y desocupado, porque se concretaba á vivir de una renta de tres mil pesetas anuales. Habíase contaminado de las ideas modernas, y era intelectual, *sprit fort*, y por lo tanto incrédulo en materias religiosas. Gustaba de las lecturas serias, había leído á los enciclopedistas franceses, admiraba á Renan, pero su ídolo era Voltaire, el gran filósofo, el redentor de la humanidad, supuesto que habíala emancipado de errores y fanatismos.

Juan tenía por único pariente en Madrid á un tío suyo, muy patriota, que terminada la guerra de España y los Estados Unidos, no queriendo someterse al dominio de los americanos, había liquidado una buena fortuna, adquirida en Cuba, volviendo á la villa y corte, de donde era natural. Se estableció en una casa de la calle de Segovia, pues aunque el barrio es excéntrico, D. Celestino Ansotegui (que así se llama el repatriado) le prefería por varias razones. En primer lugar, había nacido y vivido, hasta que se fué á América, en la calle de la Pasa, además en este barrio habitaban los dos ó tres amigos antiguos que le quedaban, y además en la calle de Segovia encontró y compró una casa espaciosa, con solos dos pisos y un gran patio que él se propuso transformar en jardín cuando llegase la época oportuna de las plantaciones.

D. Celestino rayaba en los cincuenta años de edad, estaba casado con una señora habanera, llamada doña Virtudes, y tenía una hija de diez y siete años, linda, fina y atractiva, como suelen serlo las cubanas.

D. Celestino, bajo todos conceptos, era un indiano, tal como se denominaba á los que volvían de ultramar con capital, para descansar de sus fatigas en el seno de la patria. Cómodo, y no aficionado á la ostentación, hacía una vida retraída y sólo se permitía el esparcimiento de tener tertulia íntima. Así, pues, á las ocho de la noche, ó cosa así, reuníanse en su casa D. Jerónimo Molañas, comerciante en ferretería, presidente de una cofradía; D. Lesmes Salcedo, farmacéutico establecido en Puerta Cerrada, madrileño, pero de origen andaluz y por lo tanto chistoso, y Juanito Lumbreras, el joven volteriano, atraído por la querencia de su bella primita Inés. Este último estaba algo desplazado en aquella tertulia por su edad y por sus ideas, puesto que allí se respiraba una atmósfera de creencias y supersticiones, pero él lo sufría con paciencia porque ¡era tan seductora la joven americana, enseñaba unos piececitos tan monos, cuando se balanceaba en su silla mecedora!

En este conato de tertulia se tomaban chocolate y dulces, se comentaban las noticias del día, y se leían algunos trozos de periódicos, hasta bien entrada la noche, porque á la familia del indiano gustábale trasnochar.

II

En este estado las cosas, llegó el día 21 de enero, y con él la fiesta onomástica de la bella Inés. Su padre, como es natural quiso celebrarla invitando á Juan y demás contertulios, á los que agregó al cura párroco de la antigua iglesia de San Andrés, el cual en la mañana de dicho día había enviado á su joven feligresa una preciosa medalla de la santa y un rosario de filigrana.

Aunque D. Celestino acostumbraba á comer á las dos de la tarde, convínose en que el banquete de aquel día se celebraría á las seis de la noche, á fin de no perturbar en sus diversas ocupaciones á los comensales. Juan regaló á su amada prima un abanico chinesco con varillaje de concha y clavillos de oro, lo cual, á mi modo de ver, fué un obsequio algo extemporáneo, estando en enero. Quizá el joven supuso que su bien amada hallábase tan sofocada de amor como él, y con pretexto de la solemnidad del día, se le pasó casi todo en casa de su tío.

Llegó la hora de la comida, que fué sabrosa y alegre, especialmente para el joven volteriano, pues notoria es la satisfacción que produce el comer bien, sentado *cabe* la novia. El párroco de San Andrés era un sacerdote amable, que se expresaba muy bien, y el boticario derrochó aquella noche un caudal de chistes y dicharachos.

Con tales alicientes, y con sentir tan próxima á su prima, Juan estaba encantado, y él y todos los demás hicieron (con moderación) honor á los buenos vinos con que les obsequió el indiano, así como también á las clásicas natillas con bizcochos.

Estando tomando café, doña Virtudes, que era creyente y hasta supersticiosa, como buena habanera, espetó á boca de jarro la siguiente pregunta al cura párroco:

—Diga usted, señor cura, ¿hay también aquí almas en pena?

—Aquí y en todas partes, contestó el místico don Jerónimo, aunque no iba dirigida á él la pregunta. La historia sagrada está llena de apariciones.

—Y además, reforzó el boticario con leve acento socarrón, si no hubiera aparecidos, almas en pena, espectros y visiones, ¿de qué servirían los exorcismos que la iglesia recomienda en tales casos?

Juanito iba á desbordarse, pero por un supremo esfuerzo de voluntad se contuvo.

—Pregunto esto, prosiguió diciendo doña Virtudes, porque yo he visto una alma en pena en la Habana, sobre un tejado de la calle del Obispo; arrastraba una cadena que metía mucho ruido.

—Pues entonces, señora, observó el cura párroco, debía pertenecer á la clase de mixtos, que son los que aunque espectros tienen algo de corpóreos, pues de no haber sido así, no podría soportar la cadena que llevaba.

Juan, á pesar suyo, iba prestando atención á estas disertaciones fantásticas. Parecíale imposible que el buen sacerdote, que demostraba tener excelente juicio, y los demás, que no le tenían huero, desbarrasen hasta el punto de irse á las Batuecas.

Tal vez los horrores de la digestión influían en él y en ellos.

Al salir á las once de casa de su tío, el fresco de la noche devolvióle su fuerza de raciocinio y se dijo que sólo existía un fantasma muy lindo, cuyas suaves manecitas no arrastraban más cadenas que las del amor. «¡Ah! Voltaire—pensaba subiendo lentamente por el hoy derribado pretil de Santisteban. ¡Hace muchos años que tú naciste, y aún se reproducen los fantasmas que barriste á escobazos!»

Pensando en su prima y en el filósofo francés, desembocó Juan en la calle del Almendro, que estaba obscura como boca de lobo; cuando sintió un leve ruido que parecía provenir del pretil, supuso que sería producido por algún transeunte, y siguió andando.

Al torcer el recoveco que hace la susodicha calle, creyó oir una especie de alarido y detuvo el paso.

Luego oyó como el ruido de una cadena que arrastrase por el suelo, y retrocedió hacia el pretil para ver si era seguido por alguien.

No vió nada, ni oyó ruido alguno.

Entonces prosiguió el camino que seguía, pensando en si aquellos rumores eran sólo imaginarios, ó si la excitación de los vinos de la comida habíanle hecho efecto.

La noche estaba obscurísima. Juan casi palpando las tinieblas llegó á la plaza de San Andrés, encaminándose á la de Puerta de Moros.

No había vuelto á oir nada y estaba tranquilo, aunque algo nervioso; pero al pasar por frente á una pastelería (entonces, por supuesto, cerrada) oyó en lo alto el ruido metálico que antes habíale sorprendido y que parecía sonar en la muestra muy saliente de la tienda.

Detúvose sobresaltado. La cosa iba siendo grave: no había medio de creer que aquel ruido era ilusorio.

Al fin era hombre, y un punto temblaron
Los nervios del hombre, y un punto temió,

como ha dicho Espronceda.

Encendió un fósforo y miró á lo alto, tratando de examinar la muestra; pero desistió de su propósito porque una ráfaga de aire apagó aquella tenue luminaria, y además porque el ruido del hierro sonaba hacia la esquina de Puerta de Moros.

Ibansele poniendo á Juan los pelos de punta y comenzaba á sentir escalofríos; pues aunque *sprit fort* por fuera, como valeroso por dentro dejaba mucho que desear.

Prosiguió andando, no me atreveré á asegurar que sin tambaleos.

Mientras desembocaba en la plaza de Puerta de Moros, receloso y mirando hacia todas partes, ocurriósele una idea: él, á solas con D. Lesmes el boticario, había asomado la oreja de librepensador; ¿no

podía ser aquello una chanza del farmacéutico, que era muy bromista?

Al atravesar la Plaza dióse á sí propio la contestación, pues al entrarse pensativo por la calle del Humilladero, en vez de por la de las Tabernillas, que era la suya, volvió á oir el ruido metálico sobre un arca de agua monumental que hay á la entrada de la antedicha calle.

¿Cómo, pues, suponer que un boticario viejo, de siete arrobas de peso, podía encaramarse á aquellas alturas?

No cabía duda: aquel incidente era sobrenatural.

Admitido esto, forzoso era admitir por engranaje filosófico todo lo que negaban y escarnecían Voltaire y sus secuaces.

Entonces bulló en la mente del joven descreído la levadura de su educación cristiana y recordó con respetuosa fruición los tiempos en que ayudaba diariamente á dos ó tres misas.

Continuó andando, y como no volviera á sentir rumor alguno, ibase reponiendo de su susto; pero al llegar al fin de la calle de Luciente, por la que se había metido para tomar la de las Tabernillas, volvió á oir el temeroso ruido sobre la cornisa de la tapia de la Escuela de las doctrinas.

Desde entonces el paso de Juan fué casi de fuga.

Llegó á su casa, abrió la puerta de la calle y luego la de su cuarto; azorado y trémulo encendió luz y dejóse caer en una silla.

Después que húbose serenado un tanto, se acostó, y el calor y reposo de la cama apaciguaron un poco la tensión de sus nervios. Sin embargo, no podía dormirse, y su imaginación, combatida por mil ideas opuestas, era una jaula de grillos.

Por fin, el dios Morfeo ó el dios de Voltaire comenzaba á cerrar sus ojos, cuando súbito oyó ruido en su balcón, cuyas maderas estaban entornadas. Parecía como que una mano impaciente golpeaba los cristales.

III

Entonces el miedo dióle valor á medias; no se atrevió á salir al balcón, pero sí á levantarse y á cerrar con falleba las maderas, volviendo á la cama tiritando.

¡Qué noche pasó el pobre Juanito! El ruido no volvió á sonar, pero él no pudo dormir. Hubo una tempestad de ideas opuestas en su pensamiento. Se levantó temprano, hizo que su criadito abriese las maderas y registrara el balcón, sin hallar nada de particular, vistióse y aseóse lentamente y pensativo, y á juzgar por sus actos posteriores, suponiendo que Dios le había dado un aviso para llegar á su corazón.

Se embozó en su capa, salió á la calle y encaminóse derechamente á la iglesia de San Andrés. Se entró en la capilla de San Isidro, arrodillóse en un rincón y trató de recordar las oraciones que había recitado en su infancia.

Permaneció así bastante tiempo. Besó los pies de un crucifijo que había en la iglesia y salió de ésta cabizbajo y ensimismado.

Fué á casa de su tío y no le encontró, ni tampoco á las señoras. Esperó y á poco se presentaron éstas. Doña Virtudes le saludó con mucho afecto diciéndole:

—Déme usted esa mano.

El joven ex volteriano extrañó esta inusitada manifestación de afecto, hasta que la señora habanera prosiguió diciendo:



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. – Visita de S. M. á la exposición organizada por el Fomento de la Producción Nacional. (Fotografía instantánea tomada de noche por el Cosmos Fotográfico.)

—Francamente, Juanito, yo lo suponía á usted algo descreído, pero hoy mismo Inés y yo hemos visto en San Andrés que es usted un buen cristiano.

Juan, poniéndose muy encarnado, iba á contestar, pero en aquel momento entró D. Celestino.

—¿Has puesto á Oscar en el diario?, le preguntó doña Virtudes.

—Ahora mismo vengo de la Redacción; no sólo le he puesto, sino que he ofrecido cincuenta pesos de gratificación al que nos le traiga.

—¿Pues qué ha pasado con Oscar?, preguntó Juanito muy sorprendido.

—Pues nada, contestó Inés, que se escapó anoche. No se sabe cómo ha roto la cadena; sólo ha quedado la argolla clavada á la pared. ¡Qué lástima si no parece! ¡Es tan gracioso, tan inteligente!

—¿Se ha escapado con cadena?

—Sí, saltando las tapias del patio.

Juanito se dejó caer en una silla; hubo una ebullición en su mente y empezó á comprender. Oscar, el mono de D. Celestino, debía ser el alma en pena de la noche anterior. Todo se explicaba fácilmente; el mono se escaparía al punto de salir los tertuliantes del indiano, seguiría á Juanito, que jugueteaba mucho con él, no atreviéndose á acercársele por recelo, y dándole el gran susto del siglo.

El joven intelectual no podía reponerse de su sorpresa. Sentía vergüenza por el miedo que había pasado, y resquemores en la conciencia por haber, hasta cierto punto, renegado de Voltaire.

«¡Oh! ¡Voltaire, Voltaire -pensó en su fuero interno,—tú solo eres el milagroso, el aparecido para bien de la humanidad; no hay más *almas en pena* que las que tú has redimido de la rutina, de la barbarie y de la superstición!..»

Y... sin embargo...

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Azpiazu.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Continuando el relato que dejamos interrumpido en el número anterior, comenzaremos el presente ocupándonos de la excursión á Gerona, Figueras, Rosas y San Feliu de Guíxols.

Emprendió S. M. el viaje á las siete y media de la mañana del día 8, y todas las poblaciones de nuestra pintoresca costa, que se hallaban engalanadas, acudieron á las respectivas estaciones del ferrocarril para saludar con aclamaciones y aplausos al monarca. El tren real se detuvo en Masnou, en Premiá de Mar, en Mataró, en Arenys, en Canet, en Calella, en Malgrat y en el Empalme, siendo en todas partes saludado el rey por las autoridades y aclamado por el público que llenaba los andenes.

A las once llegó S. M. á Gerona, y subiendo á un coche tirado por cuatro caballos, dirigióse á la catedral, en donde fué recibido por el obispo y cabildo catedral, penetrando en el templo bajo palio, cuyas varas sostenían seis concejales. Después del *Tedéum* visitó la Sala Capitular, admirando las joyas, objetos artísticos y manuscritos de gran valor que allí se conservan, y en seguida visitó la iglesia de San Félix, en donde adoró la cabeza de este santo y el cuerpo de San Narciso, y el monumento á Alvarez de Castro. Luego hubo recepción en las Casas Consistoriales y banquete organizado por la Diputación en el teatro Principal. Terminado éste, don Alfonso presenció desde los balcones de la casa de los señores de Carles las sardanas que se bailaron en la plaza. A las dos de la tarde el regio cortejo se encaminó á la estación del ferrocarril, emprendiendo el viaje á Figueras.

En Figueras visitó S. M. el fuerte de San Fernando, la Cámara Agrícola y la exposición de instrumentos agrícolas, saliendo en seguida para Rosas, en donde se embarcó en el *Giralda*, que allí le esperaba con el crucero *Río de la Plata* y el cañonero *Temerario* y los transatlánticos *Joaquín del Piélago* y *Patricio de Satrústegui*.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. – Expedición al Tibidabo. Llegada de S. M. á la plazoleta de la estación inferior del funicular. (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona.—Las iluminaciones

Diputación Provincial. – Casas Consistoriales. – Palacio del marqués de Comillas. – Monumento á Colón. – Banco de Barcelona. El puerto. - Edificio del diario «La Vanguardia.» Arco de triunfo del Paseo de Gracia. – Obelisco dedicado á S. M. por el ejército. (Composición y dibujo de N. Vázquez.)

Los expedicionarios desembarcaron á las nueve y media en San Feliu de Guíxols, siendo escoltado el bote que conducía á S. M. por una multitud de embarcaciones empavesadas con banderas y gallardetes.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. - Desembarco de S. M. en el muelle de la Paz de regreso de su expedición á la provincia de Gerona (De fotografía de A. Merletti.)

El rey se dirigió á la iglesia parroquial, en donde se cantó un *Tedéum*, visitando luego la fábrica de tapones de D. Tomás Brugada, las Casas Consistoriales y las obras del puerto, en las que se verificó solemnemente la colocación de la primera piedra; y en seguida se embarcó nuevamente, haciendo rumbo la escuadrilla á Barcelona, adonde llegó á las primeras horas de la tarde del día 9.

En todas las citadas poblaciones S. M. ha sido recibido con gran entusiasmo.

Poco antes de desembarcar en esta ciudad, comunicóse á D. Alfonso XIII la triste noticia del fallecimiento de su augusta abuela D.ª Isabel II; por este motivo se han aplazado algunas de las ceremonias y visitas proyectadas, han cesado las iluminaciones y se han suprimido todos los festejos que en honor de S. M. se habían organizado, entre ellos las funciones de gala en los teatros Romea y Liceo, que prometían ser deslumbradoras, sobre todo la última, á juzgar por los preparativos hechos por toda la alta sociedad barcelonesa.

La expedición á Montserrat, verificada el día 10, fué un espectáculo de una grandiosidad que excede á toda ponderación. El rey, que salió de Barcelona á las siete, llegó á las diez al recinto del histórico monasterio, que presentaba un aspecto indescriptible, siendo recibido por el arzobispo de Tarragona, los obispos de Lérida y Seo de Urgel, el comandante general de los somatenes y varias autoridades. Bajo palio se dirigió á la basílica, entre los somatenes que en columna de honor se extendían desde la estación á la puerta del templo, en donde el abad mitrado del monasterio, acompañado de los obispos de Barcelona, Vich, Tortosa, Solsona y auxiliar de esta diócesis, le dió á besar la Vera Cruz, cantándose acto seguido el *Tedéum* y pasando luego S. M. al camarín, en donde adoró á la Patrona de Cataluña, á cuyos pies depositó un rico bastón de mando.

Terminado el oficio que celebró el Excmo. señor Cardenal Casañas, trasladóse S. M. al sitio en donde ha de levantarse el monumento conmemorativo de la gloriosa jornada del Bruch, para proceder á la ceremonia de la colocación de la primera piedra del mismo; y seguidamente verificó análoga ceremonia en el que las Asociaciones de Hijas de María de toda España erigen en la plaza que hay contigua al monasterio, para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la declaración del dogma de la Inmaculada.

Después fué obsequiado el monarca por la Diputación Provincial, organizadora de la expedición, con un banquete, concluído el cual verificóse la revista de los somatenes, que resultó un acto hermoso, pintoresco, imponente. Celebraban los somatenes la proclamación de la Virgen de Montserrat como patrona del cuerpo, y habiendo coincidido su fiesta con la estancia de S. M., quiso D. Alfonso XIII revistar esas fuerzas que constituyen una de las más gloriosas instituciones de Cataluña. Jamás se habían visto reunidos tantos individuos del somatén: más de 16.000 hombres se extendieron en correcta formación á lo largo de la carretera, figurando al lado del acaudalado aristócrata el modesto obrero, junto al rico propietario el humilde payés; el rey, á pie y acompañado de su cuarto militar, jefe del Gobierno y ministro de la Guerra, pasó la revista, conversando afablemente con ellos y con varios individuos del cuerpo; los somatenes, al paso de Su Majestad, presentaban armas y prorrumpían en atronadores vivas.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN MONTSERRAT
Llegada á Montserrat de S. M. en el ferrocarril de cremallera. (De fotografía de A. Merletti.)

A poco más de las cinco, emprendió Su Majestad el regreso á esta ciudad.

Por razón de la muerte de doña Isabel II, D. Alfonso ha permanecido los días 11 y 12 sin salir de su alojamiento más que este último para visitar el Restaurant obrero de Santa Madrona y al Sr. Maura, después del atentado de que éste fué objeto y del que por fortuna salió casi ileso. La protesta de Barcelona contra este acto criminal ha sido unánime, habiéndose unido todos los elementos valiosos, sin distinción de clase ni de partidos, para hacer al señor Maura una de las manifestaciones de simpatía más grandiosa que nuestra capital ha presenciado.—S.

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Tal vez sea este el primer ejemplo en la historia de una guerra en la que, á los dos meses de rotas las hostilidades, no ha ocurrido todavía ningún hecho de armas de verdadera importancia. Tiene el hecho, sin embargo, una explicación sencilla: la lucha ha de entablarse en un territorio que no pertenece á ninguno de los beligerantes, y para llegar al cual han de vencer rusos y japoneses grandísimas dificultades.



Últimos restos visibles del crucero ruso *Koreetz*, echado á pique por su tripulación después del combate de Chemulpo, de 9 de febrero último. (De fotografía.)



El transporte ruso *Sungari*, echado á pique por sus tripulantes después del combate de Chemulpo (De fotografía.)



Hospital de la Cruz Roja japonesa en Chemulpo. (De fotografía.)

Todo hace creer que el teatro de las operaciones ha de ser la frontera mandchú coreana; pues bien, para llegar allí tienen los japoneses que desembarcar sus fuerzas en Corea, empresa que exige mucho tiempo y poderosos recursos de toda clase, y atravesar aquella península que no se distingue ciertamente por la abundancia de vías de comunicación ni por la bondad de las pocas que allí existen. Esto aparte de que el deshielo propio de la presente estación pone intransitables aquellos caminos y dificulta enormemente los transportes de hombres y material. Rusia, á su vez, no cuenta con otro medio para concentrar sus tropas en la citada frontera que el ferrocarril transiberiano, y por muy perfecta que sea la organización de los servicios en esta línea y por considerable que sea el material móvil de que dispone, es imposible, dada la enorme distancia que ha de recorrer y las extraordinarias necesidades á que ha de satisfacer, conseguir la rapidez de los transportes que la urgencia del caso requiere. Esta dificultad ha aumentado de algunos días acá, á consecuencia del deshielo que se inicia en el lago Baikal. En este punto la línea férrea no está terminada ni lo estará probablemente hasta el verano, y esta solución de continuidad, que hasta hace poco había podido salvarse tendiendo una vía provisional sobre la helada superficie de aquel lago, hoy constituye un obstáculo serio para la concentración.

Por ahora los beligerantes siguen el mismo plan que desde un principio se trazaron: los japoneses avanzan por la península coreana, habiendo ocupado ya diversos puntos de la orilla izquierda del Yalu, no sólo en la parte Oeste, sino en el Nordeste, á fin de envolver á los rusos por su flanco izquierdo. Los rusos, que sólo como medio de exploración habían destacado algunos escuadrones de cosacos á la orilla izquierda del mencionado río, las han replegado y han establecido definitivamente su base de operaciones en la orilla derecha, especialmente en An-Tung, á la desembocadura de aquél, y en Kin-Lien-Tcheng, que dista de Antung unos treinta kilómetros.

Las distancias, pues, se van estrechando, y antes de poco han de encontrarse rusos y japoneses separados solamente por el Yalu. ¿Comenzarán entonces inmediatamente las operaciones decisivas? No es probable, ya que ninguno de los dos adversarios contará aún con fuerzas suficientes para arriesgar el éxito de una lucha de tan inmensa trascendencia en una ofensiva prematura; y uno y otro esperarán á tener reunidos sus ejércitos para empeñar la partida con verdaderas probabilidades de éxito.

Continúa preocupando á los que siguen con algún interés el curso de esta lucha lo que hará la llamada escuadra del Báltico, que está terminando sus preparativos para dirigirse á los mares del Extremo Oriente. Mucho se discute sobre la ruta que pueda seguir, suponiendo unos que irá por el canal de Suez y otros que emprenderá el viaje por los mares árticos. Respecto de este asunto, una importante revista inglesa ha publicado un notable artículo, titulado «¿Utilizará Rusia el paso del Nordeste?,» original de Fred T. Jane, tan conocido por sus interesantes estudios sobre cuestiones navales, del que estimamos oportuno entresacar algunos párrafos.

«Cuando se dijo por primera vez que Rusia pensaba enviar sus buques por el paso del Nordeste, la noticia fué acogida con risas generales, tan descabellada parecía la idea. Descabellada sería indudablemente si se tratase de otra marina que no fuera la rusa, que cuenta con el famoso buque rompehielos *Ermak*, construido bajo la dirección del almirante Makharoff, precisamente para facilitar la navegación por los mares que bañan las costas septentrionales de Rusia.

»Hace pocos años, la escuadra del Báltico quedaba inmovilizada durante el invierno; en cambio, el año pasado pudo el crucero *Aurora* navegar por el helado mar de Cronstadt á razón de veinte nudos por hora, gracias á que el *Ermak* iba delante de él abriendo un canal en el hielo.

»No hace mucho que el *Ermak* efectuó una expedición por los mares árticos; muy poco se ha hablado después de los resultados de esta expedición, que llegó hasta el paralelo 80, pero sin duda debió recoger datos preciosos para la solución del actual problema.

»Hay que tener en cuenta que la temperatura media al Sur de Spitzberg es más alta que en otras latitudes inferiores, pero situadas más hacia el Este. El *Ermak* navegó más al Norte de estas latitudes sin ninguna dificultad, y su tripulación, compuesta exclusivamente de rusos acostumbrados á temperaturas muy frías, soportó algunas que habrían sido intolerables para los naturales de climas más templados.

»Durante el verano, el mar de Kara está casi libre de hielos, y la escuadra no tropezará probablemente con ningún obstáculo hasta llegar al cabo Chelyuskin, que es la punta más septentrional de Siberia, y desde allí habría de navegar muy despacio hasta el sitio en donde el Lena desemboca en el Océano Artico. Después, ya no encontraría serios obstáculos. Todo consiste, pues, en que la escuadra no tarde en doblar el citado cabo, ya que, de lo contrario, los hielos la detendrían antes de llegar al estrecho de Behring; entonces presentaríase un grave problema cuya solución dependería únicamente de los datos aportados por el *Ermak*, de su antes citada expedición polar, datos que sólo los centros oficiales rusos conocen.

»Veamos las probabilidades de éxito que ofrecen las dos vías que existen para llegar al Extremo Oriente. Yendo por el paso del Nordeste, los rusos se exponen á quedar detenidos por los hielos, pero en cambio tendrían la ventaja de que cualquier tentativa hecha por los japoneses para salirles al paso traería como consecuencia inmediata el que la escuadra rusa de Puerto Arthur se viese libre de enemigos; además habrían de batirse en mares desconocidos, lejos de sus bases de operaciones y soportando fríos á que no están acostumbrados.

»Siguiendo la ruta ordinaria, es decir, el canal de Suez, llegarían sin dificultad hasta Saigón en donde encontrarían una benévola neutralidad; pero desde allí á Puerto Arthur, el camino estaría sembrado de peligros, con la agravante de tener los japoneses sus



S. M. colocando la primera piedra del monumento conmemorativo de la gloriosa jornada del Bruch, que ha de levantarse frente á los claustros del monasterio
(De fotografía de A. Merletti.)



S. M. inaugurando el monumento que se erige en la plazoleta del monasterio, dedicado á la Virgen de Montserrat por las Asociaciones de las Hijas de María de toda España para conmemorar el quincuagésimo aniversario de la proclamación del dogma de la Inmaculada. (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. pasando revista de los somatenes que en numero de más de 16.000 hombres se reunieron en Montserrat para celebrar la proclamación de la Virgen como Patrona del Cuerpo de Somatenes de Cataluña. (De fotografía de A. Merletti.)

bases de operaciones muy inmediatas. Una escuadra que hubiese de combatir en estas condiciones, fatigada por un largo viaje al través de medio mundo, es casi seguro que sufriría un descalabro.

»Todas las probabilidades están, pues, á favor del viaje por el Norte, ya que en caso de una batalla las fuerzas estarían más equilibradas y podrían los rusos reparar cómodamente en Vladivostok las averías que pudiera sufrir cualquiera de sus buques.

. . . .

»Respecto del aprovisionamiento de carbón, los rusos, sea cual fuere la ruta que escojan, necesitan llevar consigo vapores carboneros; y el conseguirlos en número suficiente no es una de las menores dificultades que tendrán que vencer.»

El tsar ha conferido al vicealmirante Stark las insignias de la cruz de San Uladimiro de segunda clase, y le ha regalado además una espada de honor. Esta es la mejor respuesta que puede darse á los que decían que el ex jefe de la escuadra rusa había caído en desgracia y que su dimisión por motivos de salud no era en el fondo más que una destitución.

La emperatriz de Rusia, deseando hacer llegar á los soldados rusos del Extremo Oriente un recuerdo personal suyo, ha dirigido al barón Fredericks, ayudante del emperador, el siguiente rescripto:

«En virtud de la orden soberana de S. M. el emperador, una parte de nuestras valientes tropas ha sido llamada á realizar la gloriosa misión de defender el honor de nuestra querida patria.

»En nuestra solicitud por las dificultades de la vida del soldado en tiempo de guerra; vistas las privaciones que de ello resultan para él y las condiciones difíciles de la guerra actual en Extremo Oriente, he deseado aliviar todo lo posible para nuestras valientes tropas, con el concurso de la administración militar, los rigores de una campaña en país extranjero, enviándoles los objetos que el hombre necesita y cuyo uso es precioso, puesto que contribuye á conservar la buena salud de las tropas.

»Los recursos necesarios para la ejecución de mi deseo han sido puestos á mi disposición por mi muy querido esposo, S. M. el emperador.

»Os encargo que vigiléis la ejecución de mis planes y de las disposiciones que adoptaré más adelante, y estoy firmemente convencida de que, por vuestra parte, consagraréis todos vuestros esfuerzos á asegurar lo más rápidamente posible y del mejor modo el éxito de una obra tan cara á mi corazón.

»Que esta obra sea expresión de mi amor sincero á nuestro querido y valiente ejército ruso; y que el Señor nos permita llevarle un verdadero socorro.

»Soy vuestra invariablemente benévola.

ALEJANDRA.»

. . . .

Aquí llegábamos de nuestra crónica cuando la prensa nos trae gravísimas noticias de Puerto Arthur, en cuyas aguas se ha librado al parecer un terrible combate entre las escuadras rusa y japonesa. No se conocen todavía detalles de esta acción naval, pero sí los resultados de la misma, que han sido fatales para los rusos: en efecto, éstos han perdido al almirante Makharoff, en quien tantas y tan justificadas esperanzas tenían puestas, y han perdido también el magnífico acorazado *Petropawloski* y un torpedero, habiendo además sufrido grandes averías el acorazado *Pobieda*. Con el almirante murieron todo su estado mayor y casi toda la tripulación del buque, de la que sólo se salvaron el comandante del acorazado, tres tenientes, dos guardias marinas y setenta y tres marineros. También se salvó el gran duque Cirilo, tío del tsar, que iba en el *Petropawlosky*, y que resultó con heridas graves, según unos, y según otros, leves.

La noticia de este desastre ha causado profunda sensación en Rusia y se comprende, pues aparte del efecto moral que ha de producir necesariamente semejante derrota y de lo que significa para una escuadra reducida como la de Puerto Arthur la baja de dos ó tres unidades de combate, la muerte del almirante Makharoff es una pérdida en concepto de muchos irreparable.—R.

S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

Con razón se ha llamado á la augusta soberana que acaba de fallecer en París la reina de los tristes destinos. Pocos monarcas han subido al trono en medio de tantas explosiones de alegría como doña Isabel II, que al ceñir la corona en 1833, cuando sólo contaba tres años, apareció ante todos los españoles como una esperanza de que en ella habían de hallar la redención del estado de opresión y decadencia en que los sumiera el ominoso reinado de Fernando VII; pocos han sido tan queridos de sus súbditos, á quienes dispensaba pródigamente sus bondades; pocos han visto morir con más entusiasmo en su defensa á tantos héroes que gritando ¡viva la reina! se cubrían de gloria luchando en España contra las huestes del pretendiente D. Carlos, y en Africa contra las hordas marroquíes.



S. M. la reina D.ª ISABEL II, † en París el día 9 de los corrientes

Y sin embargo, la que tantas esperanzas había despertado, la que había conquistado tantas simpatías, la que había engendrado tantos entusiasmos, fué destronada violentamente, vióse objeto de los más procaces insultos y aun después de restaurada su dinastía vivió poco menos que olvidada en el extranjero, en apariencia voluntariamente alejada de su patria, á la que tanto había siempre querido, pero en realidad desterrada por esa implacable y en tantos casos incomprensible ley que se llama la razón de Estado.

Y padeció todas estas amarguras, no por sus propias culpas, sino por las de aquellos á quienes la Constitución hace únicos responsables de los actos de gobierno del soberano; porque con doña Isabel se ha dado el raro caso de que siempre, aun en los momentos de mayor efervescencia revolucionaria, el mismo pueblo que del trono arrojaba á la reina, recordaba conmovido los hermosos actos de la mujer que tantas veces había con sus rasgos generosos enjugado sus lágrimas.

Nació doña Isabel II en 10 de octubre de 1830, y en 29 de septiembre de 1833 sucedió á su padre bajo la tutela de su madre doña María Cristina, estallando poco después la guerra civil, que terminó en 1839 en las provincias del Norte y á mediados de 1840 en Cataluña. Los sucesos más notables de su menor edad fueron, además de aquella lucha, la proclamación del Estatuto Real en 1834, la matanza de frailes de 1835, la sublevación militar de la Granja en 1836, que obligó á la regente á aceptar la Constitución de 1812, la promulgación de la Constitución de 1837, la proclamación de la regencia del general Espartero en 1840 y la formación en 1843 del gobierno provisional presidido por D. Joaquín M.ª López, el cual convocó Cortes, que declararon en aquel mismo año mayor de edad á doña Isabel II. Dos partidos se disputaron entonces el poder, el progresista y el moderado, dirigidos respectivamente por Olózaga y por Narváez; venció este último, que en 1845 dió una nueva Constitución. Durante su gobierno, España intervino en la revolución y guerra civil de Portugal y se sofocaron una insurrección en Filipinas y otra en Cuba y un nuevo levantamiento carlista en Cataluña, que terminó con la huída del conde de Montemolín. Triunfante la revolución de 1854, ocupó otra vez el poder Espartero; dos años después, volvieron al gobierno los moderados, que lo ocuparon hasta 1858, en que fueron substituídos por el partido llamado de la Unión liberal creado por el general O'Donnell. Desde entonces, moderados y unionistas turnaron en el poder hasta que estalló la revolución de 1868. Los hechos más importantes acaecidos durante este último período del reinado de doña Isabel II fueron: la guerra de Africa, en la que España se cubrió de gloria, pero no pudo obtener todas las ventajas que de su triunfo debían esperarse; la intentona carlista de San Carlos de la Rápita, la expedición á México, la guerra de Santo Domingo, la expedición naval á Chile y al Perú y las varias sublevaciones que precedieron á la citada revolución. Triunfante ésta, refugióse doña Isabel en Francia, abdicando en 25 de junio de 1870 la corona en su hijo Alfonso.

Desde su destronamiento, vivió constantemente en París, en donde ni un momento dejó de pensar en su querida España, á la que apenas pudo hacer pocos y cortos viajes. En la capital de Francia fué siempre la providencia de cuantos españoles á ella recurrieron: allí ha muerto rodeada de sus hijas, entre las bendiciones de cuantos merecieron sus bondades, pero sin tener el consuelo que había constituído el supremo deseo de su vejez, el de ver y abrazar á su nieto, al joven monarca que hoy ciñe la corona que un día ornó sus sienes.

¡Descanse en paz la infortunada reina!

Teatros.— *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Víctor Hugo *Don Quichotte*, comedia heroica en cuatro actos y seis cuadros, en verso, de Jacobo Le Lorrain, y *L' Amour vole*, comedia en un acto en verso de Luis Payen.

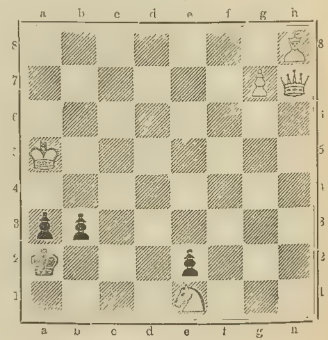
Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El crim del carrer de las Moscas*, comedia en tres actos de D. Antonio Ferrer y Codina, y *Lo forn de 'n Pere Pastera*, sainete en un acto de D. Ramón Ramón; en el Principal *El hijo de Coralia*, comedia en cuatro actos arreglada del francés por Pedro Gil y Ricardo J. Catarineu; y en el Eldorado *El trébol*, zarzuela en un acto y tres cuadros de los Sres. Paso y Abati, música de los maestros Valverde (hijo) y Serrano. La «Associació Wagneriana» anuncia para el día 20 un concierto por el célebre Cuarteto Tcheque, del que tan buenos recuerdos guarda nuestro público; el programa lo forman las siguientes piezas: *Quarteto*, de Suk (segundo violín del cuarteto); *Nocturno*, de Borodine; *Vals triste*, de Nebdal (viola del cuarteto); *Presto*, de Haydn; y *Gran cuarteto* n.º XIV (op. 131), de Beethoven.

BOUQUET FARNESE VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 361, POR F. V. HOLZHAUSEN.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 360, POR A. STEIF.

Blancas.	Negras.
1. D g 4 – g 1	1. Cualquiera.
2. D ó T mate.	



... cuando de pronto sentí que dos manos afiladas me tapaban los ojos.

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. - ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»Opuestos por naturaleza á contraer esas relaciones que sólo sirven para abrumar la vida de cuidados enojosos y vivir á gusto de los demás, sólo tratábamos al capitán y á mamá Ersilia, alguna que otra vez al primo Fernando, que después de su proeza del Tesino se había creído en la obligación de mostrárseme agradecido ofreciéndome solemnemente su amistad, y á dos ó tres amigas de Leticia, las cuales iban á visitarla de cuando en cuando para hablar de modas.

»La mamá Ersilia era siempre la misma excelente mujer; alegre y parlera como una vieja cotorra, al dar consejos á su hija sobre el modo de llevar la casa, hallaba siempre ocasión de decirme, entre broma y queja, que yo le había robado todo el cariño de su hija. Leticia sostenía que no era verdad, y yo también lo sostenía; pero allá en mi interior estaba persuadido de que la queja de la buena señora era fundada, y que Leticia, al casarse, había privado á sus padres de una buena parte de sí misma.

»La transformación de la doncella en mujer, de la hija en madre, se efectúa de golpe; el abandono que de ello resulta es repentino: un hombre, un ser casi desconocido, ocupará en adelante en el corazón de aquella criatura inexperta el puesto de los afectos de la infancia: toda la vida pasada se borra en un día; al salir del tálamo nupcial se presenta á los ojos el porvenir, luminoso, deslumbrador; el primer sueño de la esposa es la copa del olvido en que se pierde la memoria de la virgen.

»¡Idea dolorosa para una madre! ¡Idea dulce, pero de una dulzura mezclada de terror y de zozobra, para el hombre llamado á ser guía y amigo de aquella criatura á quien la nueva revelación ha conmovido, á quien la nueva misión ha hecho latir el corazón de anhelo, de aquella pobre paloma asustada que apenas empieza ahora á vivir, que lo ha dejado todo y se refugia confiada bajo el ala de su compañero!

»¡Desdichado el hombre que no sabe devolver á la mujer que ha unido á su existencia cuanto le ha quitado; que en su cariño, en su protección, en sus cuidados y atenciones no sabe hacerla encontrar de nuevo el cariño, los cuidados y la protección de una madre!

»Esto me dió mucho en que pensar la víspera de nuestra boda, pero salí de mi preocupación más sereno y más fuerte, y me encaminé á la felicidad con la conciencia de merecerla y de saberla merecer siempre.

»Un accidente funesto vino á hacerme sentir más profundamente los deberes de mi estado, al cabo de un año de matrimonio; y fué la primera nube en toda la serena extensión del horizonte.

»Érase una cruda noche de invierno, y habíamos ido á pasarla á casa de la mamá Ersilia; allí, entre las bromas y el calor de la chimenea nos habíamos entretenido agradablemente hasta muy tarde con sumo contento del anciano capitán, que lo atribuía ingenuamente á sus historietas belicosas; y como se puede suponer, no dejó de referir también aquella noche la famosa jornada de Novara, de describir aquellos campos fatales á Italia, donde los piamonteses habían sufrido la derrota postrera y decisiva y donde él había sepultado el dedo pulgar de su mano derecha. A pesar de los tormentos de un reuma pertinaz que le privaba del libre uso del brazo, llevado del entusiasmo con que hacía su relato, había trazado en el aire con la mano lisiada las líneas de un formidable plan estratégico, interrumpiéndose de vez en cuando para dar á todos los demonios la dolencia que mortificaba su ardor con punzadas inoportunas.

»Ya cerca de las doce de la noche, maravillados de la rapidez con que se nos había pasado el tiempo, nos levantamos para marcharnos. El capitán quiso acompañarnos hasta la puerta, pero al intentar ponerse en pie, sintió tales dolores que no pudo lograr lo y se disculpó riendo por no alarmarnos. Y en efecto, no suponíamos que estuviese peor que de costumbre, y salimos seguidos de la mamá Ersilia; mas aún no habíamos dado dos pasos fuera de la habitación, cuando oímos un grito agudo, y al entrar de nuevo, sobresaltados, vimos al capitán tendido en su sillón en el cual se agitaba presa de un temblor nervioso; tenía la cara pálida y desencajada, y de la frente le brotaba un sudor copioso.

»La desesperación quitó á Leticia toda su energía; pero su madre se acercó animosamente á su marido y le llamó muchas veces; el pobre capitán movió los labios como para decir algo, pero no pudo articular ni una palabra; un ataque de gota le había quitado el habla.

»A los dos días estaba muerto.

* * *

»Pocos meses después de tan triste suceso recibí la noticia de la muerte de mi padre.

»La coincidencia de estas dos desgracias me hizo pensar en que hay una edad en la vida en la cual nos encontramos solos en el mundo, en que el pasado se desprende de nosotros, y en la que los canosos testigos de nuestra infancia bajan uno tras otro á la tumba, donde nos aguardan y donde nosotros aguardaremos á nuestros hijos.

»Este triste pensamiento estrechó aún más los vínculos que me unían á mi Leticia; en adelante ella lo era todo para mí; la vida de mi corazón empezaba y concluía en ella; el porvenir me sonreía en sus labios.

»El fallecimiento de mi padre me dió á conocer el estado de mi fortuna, cosa que yo había ignorado hasta entonces, indagación dolorosa que hice bien á pesar mío como una profanación necesaria. Yo no era rico: mi padre, á fuerza de trabajo y de economía, había reunido un capital insignificante; reducido á lo que únicamente me producía aquel capital, no podía atender á las necesidades de mi familia; fuéme, pues, preciso renunciar al ocio estudioso en que había pasado los dos últimos años, y buscar una ocupación lucrativa. Hacía muy poco tiempo que se me había ofrecido una plaza de ingeniero auxiliar en una vía férrea que se estaba construyendo en el cantón del Tesino para unir á Lugnano con el territorio lombardo; la había rehusado, pero me desdije y acepté.

»Fué forzoso marchar de Pavía á Lugnano; lo cual no nos hubiera sido sensible, puesto que nos acompañaban nuestra felicidad y todos nuestros afectos; pero la mamá Ersilia se negó á ir con nosotros y se obstinó en quedarse en su casa, en su país, al parecer por tenaz encariñamiento á sus costumbres; pero en realidad, á mi juicio, por no separarse totalmente del que había sido el compañero de toda su vida y recibir sepultura á su lado.

»Inútil fué cuanto hicimos por disuadirla de su propósito; harto conocía yo que, no obstante su cariño maternal, los años la hacían pertenecer á la tumba más bien que á sus hijos.

»Como era natural, nos separamos derramando muchas lágrimas.

»Lugnano era una población que yo veía por primera vez y que me gustó. Leticia estaba encantada de su golfo, de sus casas blancas, limpias, situadas semicircularmente en la playa, de sus lomas amenas, de los montes que la rodeaban y del aspecto grave y severo de su lago. Figúrese usted la alegría de una joven de veinte años que no había visto un lago en toda su vida.

»No tuvimos que buscar mucho para encontrar una habitación que nos conviniera.

»Todo nos sonreía; el empleo que yo había obtenido en el ferrocarril en construcción estaba muy bien retribuído; las comodidades que podía proporcionar á mi buena compañera me eran doblemente gratas porque procedían de mi trabajo. La única contrariedad era que mis ocupaciones me tenían separado de Leticia gran parte del día, y á veces el día entero sin poder vernos un momento hasta la noche.

»Aconsejé á Leticia que se entretuviera en el jardinillo unido á nuestra casita; me obedeció, pero como estábamos en otoño, todas sus ocupaciones se reducían á sembrar las simientes de algunas flores primaverales y á recoger las de las plantitas anuales. Al llegar la primavera siguiente me enseñó, palmoteando de alegría, varias primaveras en flor nacidas de sus semillas y una bellísima mata de lirio de los valles, cuyo bulbo había enterrado sin decírmelo.

»Las obras de la vía férrea se efectuaban con actividad; la sociedad que las había emprendido quería terminarlas en el más breve espacio de tiempo posible para no tener sus capitales improductivos; mas por desgracia no bastaba la buena voluntad y llegó un día nefasto en que la sociedad se presentó en quiebra.

»Apenas había transcurrido un año de mi nueva vida, cuando se dió la orden de suspender las obras. A consecuencia de esta catástrofe imprevista me quedé otra vez reducido á la renta de nuestro pequeño patrimonio, pero nos conformamos á ella sin dolor. En todos los pequeños quebrantos económicos que yo había sufrido hasta entonces, siempre me fué muy bien con mi filosofía; esa clase de disgustos es para mí de un carácter tan determinado, toca tan poco mi corazón, que casi no la comprendo; la reflexión me hace ver más arduas las consecuencias de una desventura, sin que la desventura misma haya tenido tiempo de arrancar de mi corazón una queja. No cesaba de pensar un instante en Leticia; ella había aprendido á juzgar con mi juicio, á alegrarme de lo que me alegraba, á tener lágrimas por lo que me entristecía.

»En aquella ocasión nuestra irreflexiva conformidad fué tan allá, que donde otros hubieran encontrado fundados motivos de pesadumbre, nosotros los encontramos de satisfacción; yo dí riendo á mi mujer la noticia de la suspensión de los trabajos, y ella la escuchó riendo también; y una hora después nos habíamos olvidado de aquel contratiempo hasta tal punto, que no veíamos en él más que una cosa: la dicha de poder pasar los días juntos.

***

»Leticia quiso celebrar con una fiestecilla el primero de aquellos días, y desde muy temprano me dijo que me preparase á estar alegre porque ella quería estarlo también.

»El programa era muy bonito y estaba ya hecho; á mí me incumbía aceptarlo sin discusión.

»Ante todo un paseo en barca hasta Campione para pedir de almorzar á nuestro amigo Sempronio, al cual había conocido con motivo de ciertas compras de terreno para la vía férrea; y después... nada más. La casualidad completaría el programa; la casualidad nos proporcionaría la comida, y ella cuidaría de nuestro regreso.

—»Y recorreremos el lago á nuestro capricho.

—»Lo recorreremos.

—»Iremos á Porlezza.

»O á Capolago...

—»O á Morcote.

»Una carcajada, luego otra, y luego un beso, y otro...

—»Pero hay un contratiempo, dije dándome una palmada en la frente.

—»No es verdad, no es verdad, no hay contratiempos..., no puede haberlos.

—»Y sin embargo, lo hay.

—»¿Lo hay?

—»Sí; nos falta el barquero; Paulino Gaggini no estará hoy en Lugnano, pues ya sabes que sólo viene tres veces por semana.

—»Es verdad; no habíamos caído en ello.

—»Pero podemos tomar otro barquero, si te parece.

—»¡Otro! No; Paulino es de los nuestros, otro sería un extraño; y además ya sabes que tendría miedo de ir por el agua con cualquier otro.

—»Remaré yo.

—»Ni por pienso. ¡Pues no faltaba más! No podrías ir sentado á mi lado; tendría que ver cómo te cansas y estarme sin hacer nada; y además no quiero que te salgan vejigas en las manos como la otra vez.

—»Entonces...

»Entonces..., ¿qué sé yo? ¡Qué desgraciada soy! ¡Un proyecto tan agradable! ¡Nada menos que un viaje al extranjero!, dijo entre broma y despecho.

—»¡Qué lástima! ¡Un proyecto tan agradable! Pero se me ocurre una idea...

—»¿Cuál?

—»Almorzaremos huevos frescos y todo cuanto prefieras en gratísima compañía y en el sitio más delicioso de la tierra. ¿Aceptas?

—»Acepto.

—»Pues entonces quedémonos en casa, solos. Después de almorzar, en lugar de tu viaje al extranjero, daremos la vuelta al mundo alrededor de tu jardín; miraremos tus flores, los insectos que han escogido en ellas su vivienda, perseguiremos tus libélulas y haremos salir de su nido á tu hormiga-león.

»Leticia me echó los brazos al cuello llena de contento.

—»¿De veras? ¡Cuán feliz soy! ¡Y qué loca era! Teníamos la alegría en casa y te quería sacar de ella para irla á buscar en casa ajena; y la verdad es que hace tiempo que te quería enseñar mis flores...

»Y tu hormiga-león...

—»También mi hormiga-león; ¡pero estabas siempre tan ocupado! Hoy no te suelto.

»Cumplióse el programa al pie de la letra, y aquel fué un día verdaderamente feliz. ¡Tristes de los hombres que mueren sin haber disfrutado uno parecido en su vida! A mí me prometía mil el porvenir; pero la felicidad duradera no es cosa de este mundo; el hombre que puede estrecharla entre sus brazos la rechaza, y á aquel que no la rechaza se la arrebatan.

»Al anochecer estábamos todavía en el jardín, sentados bajo un cenador cubierto de una parra cuyas hojas, vestidas de púrpura por el otoño, resplandecían á los rayos del ocaso; un olmo elevaba sus brazos desnudos á poca distancia; pero una campanilla se había enredado alrededor de su tronco y ostentaba sus últimas flores sonrosadas entre aquellos miembros descarnados; algunos pajarillos vagabundos revoloteaban por allí buscando un lecho donde pasar la noche; algún insecto prorrumpía de vez en cuando en sus estridentes notas y el cielo parecía una paleta manchada de cien colores.

»La mano de Leticia estaba en la mía estrechándola instintivamente; mi brazo circundaba su cuello; ella apoyaba la cabeza en mi pecho y callaba.

—»¡Qué felices hemos sido!, me dijo al poco rato suspirando.

—»¿Por qué no dices somos?

»Es verdad; pero ¿quién sabe si será duradera esta felicidad?

»¡Qué idea!

—»Sí, una idea muy desagradable; y no sé por qué se me ha ocurrido ni quién me la susurra al oído. Pero no quiero escucharla; nadie podrá arrebatarnos ya nuestro amor, al menos estamos seguros de esto, y de nosotros depende el poder ser siempre tan venturosos como hoy, de ti depende que todos los días se asemejen al presente. Vamos á ver, prosiguió con acento cariñoso, ¿por qué no hemos de poder vivir siempre juntos y renunciar á las ocupaciones que te obligan á estar fuera de casa?

»La razón consiste...

»No prosigas; sé que no somos ricos, pero no nos falta una renta, una renta que... ¿A cuánto asciende?

—»A tres mil liras.

—»¡Tres mil liras! ¡Entonces somos ricos!

»Casi, casi.

—»Dejemos á un lado las bromas; con tres mil liras se debe poder vivir, debemos poder vivir; economizaremos. Ante todo nuestra casa es muy grande: ¿para qué necesitamos seis habitaciones? Escúchame con atención: «una alcoba,» esta es indispensable; «una antesala, un despacho para ti,» estas también son indispensables.

»Y van tres: «una sala para recibir,» cuatro; «un cuarto para la criada,» cinco.

—«Y un comedor,» seis. Es verdad, no sobra ninguna.

—»Te has olvidado de la cocina, dije riendo, pero ésta no es indispensable.

»Leticia me dió un beso y no se habló más de semejantes economías, pero aún no se dió por vencida, y merced á ciertos cálculos me probó matemáticamente que con tres mil liras todavía teníamos para lo superfluo.

—»¿Qué te parece?

—»Muy bien.

—»¿De modo que renuncias?

—»Todo lo que quieras; ya volveremos á hablar de esto.

—»No, señor; hay que hablar en seguida.

»Entonces me creí en el deber de apelar á mi seriedad, y dije gravemente algunas palabras acerca del porvenir, de los deberes de un jefe de familia que de un momento á otro podía ser padre de familia.

»Leticia no me escuchaba ya; cuando cesó de hablar, y le levanté la frente, que había apoyado sobre mi pecho, vi que tenía el rostro bañado en llanto. Preguntéle afanoso qué le pasaba; no me contestó y me sonrió sin dejar de verter lágrimas. Insistí porque me dijese en qué la había afligido, y ella se excusó asegurándome que no la había hecho nada, hasta que por último, vencida por mis tiernas frases y mis ruegos, se echó en mis brazos y me dijo con quejumbroso acento:

»Temo no ser bastante para tu felicidad, no poder darte lo que te falta para completarla.

XVIII

La señora Albruzzi

»Yo había pensado mucho en ello otras veces, y aquellas palabras sólo sirvieron para despertar un antiguo deseo.

»Leticia lo acababa de decir; una cosa faltaba para completar mi felicidad: un hijo, un ser que llevase escrito en el rostro nuestro amor, que me diese á conocer un nuevo cariño, un nuevo orgullo, la paternidad.

»En los tres años que llevaba casado con Leticia, esta esperanza me había hecho parecer muchas veces más risueño el porvenir; pero la exuberancia de los afectos que llenaban mi corazón, no me había hecho sentir ardorosamente su necesidad. Sin embargo, poco á poco la expectativa se convirtió en anhelo, y el anhelo en resignación casi desesperada.

»Mas aun cuando apreciase todo el valor del sacrificio que la naturaleza imponía á mi corazón ávido de las dulzuras de la paternidad, no hubiera podido imaginar entonces que más adelante, en un día de cobardía y de bajeza, me hubiese faltado la más vigorosa defensa para librarme de la vergüenza y de la culpa, defensa que habría sido mi hijo, mi orgullo.

»La Providencia, que me infundió por igual el instinto del bien y la sensual tendencia al mal, dejó á cargo de mi voluntad todas las peripecias de la lucha. Si yo hubiese tenido un hijo, un aliado, habría mirado frente á frente á la seducción con el fácil desdén de un guerrero invulnerable.

»La modesta soledad en que vivíamos no había bastado para alejar las ocasiones de contraer relaciones con la sociedad; la curiosidad está siempre á la puerta del prójimo atisbando el momento de introducirse en su casa, y ¡ay del que no se presta á ello y no muestra por completo su felicidad!

»Obligados, pues, por la necesidad, habíamos trabado conocimiento con varias familias lombardas residentes en Lugnano, las cuales, por un motivo ó por otro, se decían en relación con mi familia ó con la de Leticia.

»Ese yugo que consiste en hacer y devolver visitas pesaba sobre mi cerviz como si fuese de hierro, y más de una vez amenacé con romperlo bruscamente; pero Leticia me había disuadido y conformado á soportar aquel fastidio, diciéndome que éste era también necesario para realzar la suavidad de nuestro amor y la tranquilidad de nuestro hogar.

—»¿A que no aciertas, me dijo un día, quién ha venido á verme mientras tú estabas fuera?

—»No puedo adivinarlo.

—»Mi amiga Luisa, aquella Luisita á quien más de una vez viste en mi casa; ¡si vieras cómo ha crecido y qué guapa está! Ha pasado dos meses en las cercanías de Lugnano sin que lo sospecháramos siquiera; ahora vuelve á Milán, donde debe casarse con un oficial. Pero ¿qué tienes que no me contestas? ¿Te disgusta que haya vuelto á ver á mi amiga de infancia?

—»No en verdad; sería cruel é injusto, puesto que te ha causado alegría.

—»¡Si me la ha causado!.. ¿Sabes que hacía cuatro años que no la veía? La pobrecilla se había quedado huérfana de padre dos años antes que yo, y en realidad era una huérfana, porque su madre apenas se cuidaba de ella; entonces hubo de marcharse á Milán á vivir con su tutor y tío el Sr. Albruzzi, que es un banquero. Desde entonces no la había vuelto á ver, y quién sabe si la veré más, porque mañana parte. Me ha hecho prometer que iré á visitarla...

—»¿A Milán?

—»Algo más cerca; en casa de Albruzzi, aquí en frente, antes de su partida. Es esa casa que hemos visto siempre deshabitada.

»Preciso fué darla gusto y acompañarla al día siguiente á casa de Albruzzi, y me recompensó con un beso.

—»Verás á la señora Albruzzi, una mujer bellísima.

—»¿Cómo lo sabes?

—»¿No te lo he dicho? También ella ha venido acompañando á Luisa; es una señora de muy buen trato.

—»¿De veras?, dije en tono de burla. ¿Conque mi señora esposa se permite recibir?..

—»Justamente.

—»¿Y qué te ha dicho esa señora Albruzzi de tan buen trato?

—»Muchas cosas de que no me acuerdo, y ha acabado por decirme que *había tenido mucho gusto en conocerme.*

—»¿Y á que acierto lo que le has contestado?

—»¿Qué?

—»Que *el gusto era más bien tuyo.*

—»Precisamente.

»Dos carcajadas, interrumpidas por un largo beso, y por aquella noche no se habló más del asunto.

* * *

»La señora Albruzzi era en verdad lo que se puede llamar una mujer hermosa, algo fatua, un poco pagada de sí misma, como todas las mujeres que están persuadidas de ser bellas.

»Había dejado pasar un buen rato antes de presentarse, dejando que Luisa hiciese los honores de la casa á su amiga, y probablemente por dar golpe, y al entrar se hizo preceder de un roce de vestido, especie de aviso para que la admiración estuviese preparada.

»Poco familiar con los hombres, y menos aún con las mujeres, fuí siempre severo y frío con la vanidad de esas reinas de la belleza; por esto la señora Albruzzi no debió quedar muy envanecida de mi incienso. Me mantuve en su presencia en los límites más estrictos de la educación, por miedo de que un ademán, una palabra sugerida por la cortesía cobrasen á sus ojos apariencias de admiración.

»La vanidad siempre ha tenido en mí un enemigo inexorable, y como no me la perdono á mí mismo, tampoco estoy dispuesto á perdonársela á los demás. Ajeno por naturaleza al vituperio, me he hecho por principio sobrio en alabanzas; y ahora comprenderá usted por qué los que se me parecen están mejor en la soledad que en medio de los hombres, para con los cuales sólo tienen mérito la arrogancia ó la adulación.

»La señora Albruzzi pareció no notar mi proceder; me dirigió la palabra cortésmente, me miró fijamente y con dulzura, me interrogó detenidamente acerca de la suspensión de las obras del ferrocarril, y afectó escucharme con tanta y tan benévola atención, que me sentí desarmado y acabé por deducir que las prevenciones nos conducen casi siempre á la injusticia y que debía una satisfacción á la señora Albruzzi.

»Además, ésta se mostraba tan cumplida y atenta con Leticia y le hablaba con acento tan cariñoso y le expresaba tan abiertamente su simpatía, que la gratitud arrancaba sonrisas á mis labios.

»Estas ideas me hicieron más indulgente respecto de su belleza, y entonces me digné reparar en ella.

»He dicho ya, y bien lo sabe usted, que aquella mujer era hermosa. Sus facciones, la arrogante morbidez de sus formas, todo en ella formaba marcado contraste con mi Leticia. La belleza de la señora Albruzzi, más osada, más provocadora, más fascinadora, hablaba á los sentidos; la belleza de mi Leticia hablaba al corazón. Y aquella comparación y aquel contraste me indujeron á formular en estos términos el último resultado de mis pensamientos:

«La belleza de las mujeres como la señora Albruzzi es belleza mundana, de la que el mundo quiere tener su parte; la de Leticia es esa belleza que fomenta la alegría de la casa y no sirve más que para el amor legítimo.»

»A pesar de toda mi buena voluntad por reconciliarme con la señora Albruzzi, aquella visita me pareció sumamente larga, y saludé con agrado al señor Albruzzi cuando entró á avisar que todo estaba dispuesto para la marcha.

»Las dos amigas se separaron deseándose toda suerte de prosperidades y la bella dama estrechó afectuosamente la mano de Leticia, diciendo que á su regreso á Lugnano vendría á solicitar el honor de nuestra amistad.

»Al salir de aquella casa me dijo Leticia:

—»¿Qué te ha parecido la señora Albruzzi?

—»Que es una mujer muy guapa.

—»¿Y qué me dices de su trato, de su talento?

—»Que es una mujer guapa.



Entonces abrí el paraguas, que era tan grande que á entrambos nos cobijaba

—»Me ha dicho tantas ternezas: ¿debo creerla sincera? ¿Crees que esa mujer tiene corazón?

—»Es una mujer guapa.

—»Poco á poco: ¿acaso yo soy fea?, preguntó en tono de broma.

—»Tú eres un ángel.

—»¿La calidad de ángel excluye la de mujer guapa?

—»La hermosura de las mujeres como la señora Albruzzi, contesté con gravedad, es hermosura mundana de la que el mundo quiere tener su parte; la de mi Leticia es esa hermosura que fomenta la alegría de la casa y no sirve sino para el amor legítimo. .

»Mi esposa me interrumpió tapándome la boca con la mano.

—»Tu Leticia, dijo, cree que eres un loco adorable.

—»Y á tu loco le parece adorable tu locura.

* * *

»Quince días después, la señora Albruzzi, de regreso en Lugnano, vino á visitarnos.

»En aquella ocasión mostró tanta cordialidad, tanta franqueza, hizo tantas caricias á Leticia y la besó con tanta ternura, que mi buena esposa, lisonjeada de haber inspirado un sentimiento tan repentino y temerosa de mostrarse ingrata, entregó su ingenuo corazón.

»Las visitas fueron en breve más frecuentes por una y otra parte, y se pasó á la más estrecha intimidad. La proximidad de las casas favorecía aquella frecuencia que la diferente índole de ambas mujeres hacía agradable; cada día establecía una nueva familiaridad adquirida para el patrimonio común, y cada nueva familiaridad era un tesoro inextinguible del que se hacía verdadero despilfarro. La proposición procedía siempre de la señora Albruzzi; por lo común era un rasgo de confianza que se le escapaba involuntariamente, una palabra, una acción no contenida á tiempo, á la cual seguía un arrepentimiento entre serio y bromista, y una franca carcajada que estimulaba la proposición de regularizar en el terreno de la práctica lo que había sido accidental. Leticia consentía siempre, palmoteando de alegría: verdad es que no se habría atrevido á negarse ó á oponer reparos, aun cuando lo quisiera; pero era preciso creerla cuando decía que «si se hubiese atrevido habría sido la primera en hacer la proposición.»

»Este proceder de mi esposa contribuyó á revelarme la transformación ocurrida en su carácter desde que nos casamos; aquella criatura aturdida que corría tras las mariposas en su jardín, al contraer matrimonio se había vuelto tímida y reflexiva; había violentado su propia índole para amoldarse á la mía, y este es un homenaje que el amor de la mujer tributa tácitamente y sin notarlo al hombre amado.

»La timidez no es otra cosa sino el fruto de la bondad de ánimo y de la benignidad; y á muchos hombres que parecen audaces y arrogantes no les falta más que la costumbre de pensar para tornarse tímidos. Contra lo que se opina de muchos, que no piensan nunca, existe en ellos una timidez que es un sentimiento exquisito del alma, en el cual no entra bajeza alguna, en el cual no concurre otro temor sino el de afligir al prójimo.

»Dispuesta siempre á suponer en el corazón de los demás la franqueza que había en el suyo, Leticia no pudo pasar mucho tiempo sin corresponder á los sentimientos que creía haber engendrado, y quiso muy de veras á su buena Laura.

»Pero la buena Laura estaba muy lejos de sentir verdaderamente cuanto demostraba á su nueva amiga; á mí, práctico en las cosas del corazón y no cegado por pasión alguna, no se me ocultaba nada de lo artificioso que había en su conducta; en aquel tiempo yo tenía la vista perspicaz y justo criterio, porque mi corazón también era justo. Yo conocía perfectamente cuánto valían los mimos y ternezas prodigados por la «buena Laura» á su *pequeña* Leticia; pero no viendo en ellos gran mal, lo dejaba pasar todo sin cuidarme de precaver la obra del tiempo, arrancando á Leticia una ilusión de la que parecía gozar. Sin embargo, la pobrecilla era más tenaz de lo que yo mismo me figuraba; y como á pesar de mi silencio, ó precisamente por mi silencio, advertía que yo no estaba encantado, ni mucho menos, de su amistad con la señora Albruzzi, procuraba concienzudamente modificar mi opinión y defender á su amiga, lo cual ocurría tácitamente, porque no recuerdo haberle dicho nunca una palabra para suscitar tal cuestión.

»Recuerdo que un día estando en casa de Albruzzi entró una señora, y la buena Laura la besó dos veces en nuestra presencia, al recibirla y al despedirla. Yo miré á Leticia sin decir palabra; ella me miró también, y al salir de aquella casa me dijo sin que yo le preguntase:

—»La señora Bianchini es una amiga de infancia de Laura.

»En otra ocasión presenciamos una escena semejante; sino que entonces no era una amiga de la infancia, sino simplemente una *amiga* que regresaba de un viaje de una semana hecho á Milán. De todos modos, la frecueecia y la facilidad no eran las más á propósito para dar crédito á la sinceridad de aquellos besos, y aun noté que á mi esposa la tuvieron muy preocupada.

»Enemigo por naturaleza de todo disimulo, no se me ocurrió ni un momento velar lo que pasaba en mi ánimo, y así lo demostré á la señora Albruzzi con mi actitud y mis palabras, y en más de una ocasión, abiertamente. Pero la hermosa dama fingió no echarlo de ver, y habría continuado en tan digno propósito por ver si conseguía hacerme rabiar, á no haber sobrevenido cierta frialdad por parte de Leticia, frialdad de que me echó la culpa.

—»Tenemos que ajustar unas cuentas, querido señor Luciano, me dijo con la franqueza de que solía hacer gala un día que nos quedamos solos.

—»¿De veras?

—»De veras; y ya hace tiempo que debería haberlo hecho, para lo cual me da derecho nuestra amistad, ó al menos la que le profeso á usted.

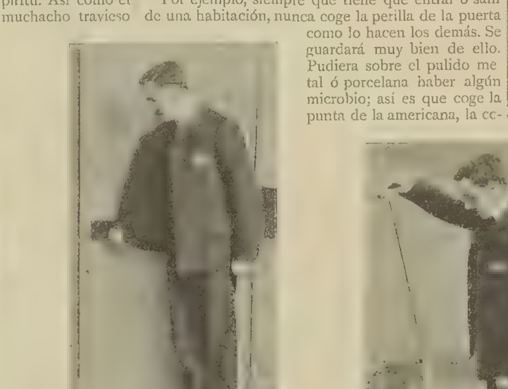
—»El preámbulo me desconcierta.

(Continuará)

La manía de los microbios, por Lewis Perry

¿Quién no conoce á alguno de esos microbiófobos, que son una de las mayores calamidades de nuestros días?

No se da tregua ni reposo. No puede tolerar que sus amigos y conocidos disfruten de las dulzuras de la tranquilidad de espíritu. Así como el muchacho travieso de la fábula gritaba: «¡El lobo!,» él grita: «¡Los microbios!,» y se desespera cuando se responde con una sonrisa á su grito de alarma.



Sacará ostensiblemente el pañuelo y sacudirá con cuidado un poco de polvo que se ha imaginado ver.

Coge la punta de la americana, la coloca con cuidado sobre la perilla y luego da la vuelta.

Parece que no se propone tener en su vida otro objetivo que el de ser el peor enemigo de los universales bacilos, á los que persigue sin descanso. ¡Pobres animalejos! Pero en fin, no es eso lo peor, sino que al mismo tiempo se convierte en un azote para todos sus conocidos, á quienes trata poco menos mal. No se da cuenta de que casi todos tienen en este mundo trabajos y molestias bastantes para que todavía vayan á echarse encima otra carga más: la de exterminar metódicamente á los infelices microbios. Goza, por lo visto, en esa continua matanza, y el que no participa de ese goce queda, en su opinión, relegado á la categoría de criminal de la peor especie.



Nunca deja de proveerse de un velo, que coloca sobre la boca y nariz con objeto de no aspirar el aire de la calle

Con tal de llevar á cabo su campaña, poco le importa ofender el amor propio de los demás. Convídele usted á almorzar; antes de sentarse á la mesa sacará ostensiblemente el pañuelo y sacudirá con cuidado un poco de polvo que se ha imaginado ver.

«¡Donde hay polvo hay microbios!,» dirá en tono sentencioso á los circunstantes mientras limpia la silla.

«Para esto no se fíe usted nunca de las criadas,» añade con aire de sabiduría.

Lo que luego hace es coger el limpio cubierto y mirar cuidadosamente primero el tenedor, después el cuchillo y frotarlos fuertemente con la servilleta.

«Conocí á uno—sigue diciendo—que enfermó de fiebre tifoidea por haber comido con un tenedor, que no tuvo cuidado de limpiar antes, en uno de los mejores restaurants. Los gérmenes de la fiebre tifoidea son muy difíciles de extirpar.»

Durante toda la comida no cesa de hablar de los microbios. No es, pues, de extrañar que no se vuelva á invitar á un comensal tan entretenido y agradable.

Se pasa la vida inventando sistemas y fijándose reglas de conducta á fin de desbaratar las asechanzas de sus mortales enemigos.

Por ejemplo, siempre que tiene que entrar ó salir de una habitación, nunca coge la perilla de la puerta como lo hacen los demás. Se guardará muy bien de ello. Pudiera sobre el pulido metal ó porcelana haber algún microbio; así es que coge la punta de la americana, la coloca con cuidado sobre la perilla y luego da la vuelta.

Lo primero que hace es colocar el bastón en el receptáculo de metal

Ocurriósele una vez á un burlón decirle que si hubiera habido paseándose por la perilla un microbio solitario, con sus precauciones lo que hubiera conseguido era quitarlo de la puerta para llevárselo en la americana, donde más á sus anchas podría trasladarse á su persona cuando lo tuviera á bien.

Dirigió el destructor de microbios al incrédulo una mirada compasiva.

«Amigo mío—díjole despacio y solemnemente,—todo organismo que pueda vivir más de cinco segundos entre el paño de mi americana, queda autorizado para hacerme el daño que quiera. No soy tan loco que ande por el mundo sin llevar defendidas las prendas de vestir que uso. Todas las mañanas rocío la ropa que me pongo con el germinicida Rotall, que mata en el acto infaliblemente todos los bacilos.»

Ese señor tan especial toma invariablemente otra precaución muy característica; nunca coge con la mano el dinero que le dan. Va provisto de una especie de cuchara, que saca de un bolsillo ad hoc cuando tiene que recibir alguno y en ella ha de depositar el dinero la persona que se lo entrega, y antes de que el microbicida toque ni con la punta de los dedos las monedas recibidas, las hace hervir en agua á 240° Fahrenheit. No hay palabras con qué pintar la cara que ponen los cocheros de alquiler y conductores de tranvías cuando les presenta la cuchara para recoger la vuelta que han de darle, y como la palabra es la válvula que tenemos para no morir de apoplejía después de una gran indignación, excuso decir á ustedes lo que le dicen los que reciben aquella que estiman ofensa.

«Después de todo, no me da ningún cuidado lo que digan; no me ofenden sus palabras—suele decir cuando tales percances le suceden.—En cambio, su dinero sí que podría causarme daño si yo no tomara las precauciones que la generalidad no toma. Pocos se dan cuenta de los innumerables peligros á que, por ese motivo, se exponen todos los días. Imposible es calcular las enfermedades que se contraen recibiendo, de manos de cualquiera, céntimos y plata menuda. Por eso yo hago hervir antes de tocarlo todo el dinero que recibo. Lo cojo con la cuchara, lo meto en un bolsillo á propósito, y en cuanto llego á casa, ¡zas!, á la caldera.»

Cuando viaja por ferrocarril, ya sea corto ó largo el viaje, se envuelve materialmente en un periódico. Antes de entrar en un vagón, se gasta sus diez céntimos en el periódico de mayores dimensiones que encuentra; en cuanto se sienta, lo abre y se forra en él tan completamente, que sólo deja la nariz al descubierto.

Asegura que los periódicos son un gran preservativo contra los microbios, cuyos ataques desafía parapetado tras el diario como si fuera tras una coraza de acero.

«Los vagones de los trenes—dice con mucha formalidad—están plagados de bacilos mortíferos; al entrar en uno, nos jugamos la vida. Por mi parte, cumpliendo con lo que á mí mismo me debo, me defiendo contra ellos todo lo que puedo. Un especialista en las enfermedades modernas fué quien me recomendó el abroquelarme con periódicos.»

Cuando tiene que salir de su casa en tiempo ventoso y hay en el aire mucho polvo, nunca deja de proveerse de un velo, doblado en varios dobleces, que coloca sobre la boca y nariz con objeto de no aspirar el aire de la calle, que, como todos los sabios están contestes en afirmar, contiene millones de microbios, capaces de destruir incalculables existencias. Grande es su extrañeza al ver que los demás no adoptan igual método defensivo contra las terribles enfermedades que les acechan desde el piso de la calle, dispuestas á lanzárseles al rostro al menor soplo de viento que se levante.



En el bolsillo interior de la americana lleva un pomo lleno de un líquido desinfectante.

Por si tuviera que hablar con alguno, bien en la calle ó en un establecimiento público, ya va preparado, contra el peligro de contraer una infección, de un modo muy original, invención suya que trata de hacer adoptar á los demás á fuerza de razones persuasivas.

En el bolsillo interior de la americana lleva un pomo lleno de un fuerte líquido desinfectante, que comunica por medio de un delgado tubo de goma con un pequeño pulverizador pendiente de un ojal. Hace funcionar con cautela el mecanismo, y una finísima y menuda lluvia se interpone entre él y su interlocutor, á través de la cual no es posible que pase ningún microbio sin hallar muerte instantánea. Falta saber si su interlocutor queda tan satisfecho como él de su ingeniosa precaución.

El antimicrobista nunca pasa por encima de las alfombrillas colocadas ante una puerta sin antes haberse asegurado bien de que en ello no hay peligro; y para convencerse emplea el siguiente procedimiento: siempre lleva consigo, á todas partes, una botella grande del líquido antiséptico más fuerte que puede procurarse. Antes de entrar en una casa, pone una rodilla en tierra, saca su botella microbicida y rocía bien el felpudo, y á veces no se contenta con ese solo, sino que le da vuelta y también lo rocía por el otro lado. Suele á veces resentirse el dueño de esa desconfianza, pero pronto le convence el exterminador de microbios con su elocuencia de que debe agradecerle lo hecho, pues con ello le ha salvado la vida y la de su familia.

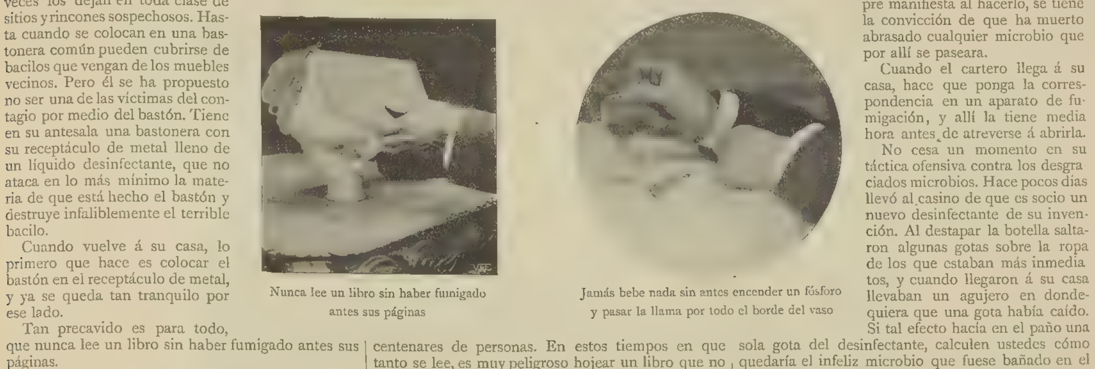
Uno de sus temas favoritos es probar que un bastón puede introducir la muerte en una casa, pues á veces los dejan en toda clase de sitios y rincones sospechosos. Hasta cuando se colocan en una bastonera común pueden cubrirse de bacilos que vengan de los muebles vecinos. Pero él se ha propuesto no ser una de las víctimas del contagio por medio del bastón. Tiene en su antesala una bastonera con su receptáculo de metal lleno de un líquido desinfectante, que no ataca en lo más mínimo la materia de que está hecho el bastón y destruye infaliblemente el terrible bacilo.

Cuando vuelve á su casa, lo primero que hace es colocar el bastón en el receptáculo de metal, y ya se queda tan tranquilo por ese lado.

Tan precavido es para todo, que nunca lee un libro sin haber fumigado antes sus páginas.

Sostiene con calor la tesis de que los gabinetes públicos de lectura son los responsables de muchas epidemias, cuyas causas no han podido averiguarse. Solo un tomo puede haber ocasionado la muerte á centenares de personas. En estos tiempos en que tanto se lee, es muy peligroso hojear un libro que no se sepa de dónde procede.

Otra de las manías de ese señor es que jamás bebe nada sin antes encender un fósforo y pasar la llama por todo el borde del vaso; pues así, según siempre manifiesta al hacerlo, se tiene la convicción de que ha muerto abrasado cualquier microbio que por allí se paseara.



Nunca lee un libro sin haber fumigado antes sus páginas

Jamás bebe nada sin antes encender un fósforo y pasar la llama por todo el borde del vaso

Cuando el cartero llega á su casa, hace que ponga la correspondencia en un aparato de fumigación, y allí la tiene media hora antes de atreverse á abrirla.

No cesa un momento en su táctica ofensiva contra los desgraciados microbios. Hace pocos días llevó al casino de que es socio un nuevo desinfectante de su invención. Al destapar la botella saltaron algunas gotas sobre la ropa de los que estaban más inmediatos, y cuando llegaron á su casa llevaban un agujero en dondequiera que una gota había caído. Si tal efecto hacía en el paño una sola gota del desinfectante, calculen ustedes cómo quedaría el infeliz microbio que fuese bañado en el mismo.

LEWIS PERRY.

PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACION, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Muestra de los grabados de la obra. – Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada d egran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad*, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. Á la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE** Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO : 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

El Crédito agrícola. Cajas rurales de préstamos, por *D. Rafael Ramos.* – El simple enunciado de esta obra demuestra su importancia; el nombre de su autor, Registrador de la Propiedad de Elche, tan conocido por sus numerosos y notables estudios jurídicos, constituye la mejor garantía de la bondad de la misma. Dada la índole de esta sección, nos es imposible ocuparnos del libro con la extensión que merece, debiendo limitarnos á elogiar incondicionalmente todos los capítulos que contiene, y entre los cuales merecen atención preferente los dedicados al arrendamiento, á la prenda agrícola, á la usura, á los impuestos, á la enseñanza agrícola, al absentismo, al caciquismo, á las Cajas rurales, á los Pósitos, á las Cámaras y Sindicatos agrícolas y á la comunidad de labradores. El Sr. Ramos, que predicando con el ejemplo, ha organizado de una manera admirable la Caja rural del Campo de Elche, ha prestado un gran servicio á nuestra patria con su trabajo, que debieran leer y estudiar á fondo cuantos se interesan por el progreso y desarrollo de la agricultura, una de las principales fuentes de riqueza de los pueblos. La obra, impresa en Cartagena, en la imprenta de «El porvenir de San Francisco», forma dos tomos y se vende á 6 pesetas.



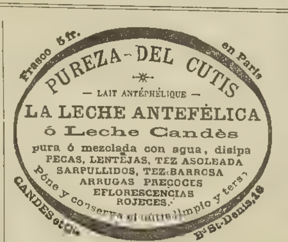
S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona. – Expedición al Tibidabo. S. M. dirigiéndose á la estación inferior del funicular. (De fotografía de A. Merletti.)

Lluisa, drama lírico de *Gustavo Charpentier*, traducción de *Joaquín Pena.* – El Sr. Pena, prosiguiendo la serie de sus interesantísimos trabajos lírico-dramáticos, ha hecho en este que nos ocupa algo más que una traducción del libreto de Charpentier: su versión catalana, además de ser reproducción fidelísima del original francés, se adapta tan admirablemente á la partitura, que puede cantarse sin que en lo más mínimo haya de forzarse el ritmo ó la acentuación de la música. Además, al lado del texto van indicados de una manera tan original como clara los temas que á la letra corresponden, los cuales están reunidos al final en una especie de cuadro sinóptico. *Lluisa* es un trabajo bajo todos conceptos notabilísimo. Impreso en Barcelona por Fidel Giró, véndese á dos pesetas.



ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.



REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO – ASMA – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 25 de abril de 1904 — Núm. 1.165

S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona



S. M. dirigiéndose al dique flotante para presenciar la emersión del transatlántico «Miguel Jover.» (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. colocando en el Puerto la primera piedra del edificio para el embarque de viajeros. (De fotografía de A. Merletti.)

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Al terminar, la noche del estreno, en el teatro Español, la representación del primer acto de la comedia de Manuel Linares titulada *María Victoria*, ya hubo el autor de salir á la escena á recibir los aplausos del público. El Sr. Linares pudo decir como César: *Veni, vidi, vici.*

La costumbre de pedir que los autores se presenten ante el público, practicábase antes al acabarse la obra: ahora se les hace salir á cada triquitraque. Sainetes he visto estrenar en los cuales ha bastado que un personaje dijese un chiste, que á veces era una grosería, para que el público pidiese la presentación en escena de los tres ó cuatro ingenios enjaretadores de la obrilla.

Hablando de esto, dice con mucha razón Felipe Pérez en su ameno libro *Teatralerías* que «de vez en cuando autores sensatos protestan, sin eco, de tal costumbre, y proponen, sin resultado, acabar con ella, suprimiendo las salidas á escena, que pueden figurar por lo ridículas al lado de las salidas de tono, de las salidas de pavana y de las salidas de pie de banco.»

No es siempre culpa de los autores semejante exhibición: las empresas creen que con ella la obra estrenada adquiere fuerza, y sacan al autor, muchas veces, poco menos que á la rastra para ver las espaldas de los espectadores, ó para oir, entre los aplausos de la claque, los siseos y hasta los silbidos de una buena parte del público pagano... De todas maneras, aunque se conserve la costumbre de premiar el trabajo del autor, llamándole á escena para recibir las halagadoras felicitaciones de la concurrencia, tal práctica debe reservarse para cuando la obra esté terminada; porque acontece á menudo que un drama ó una comedia que empezaron muy bien acaban como el rosario de la aurora. En esto, como en otras muchas cosas, hasta el fin nadie es dichoso.

Y dicho esto, vuelvo á *María Victoria*, cuyo éxito, justo es decirlo, correspondió en conjunto á la impresión producida por el primer acto.

La última obra de Linares aspira á ser una comedia de costumbres de la alta sociedad. Como todos los escritores que actualmente se ocupan en pintar la vida y milagros de la gente aristócrata, el autor de *María Victoria* pone al mundo elegante como digan dueñas. A casi todos los personajes que intervienen en la comedia no tiene el diablo por dónde cogerlos: son holgazanes, viciosos y faltos de sentido moral. Sin embargo, en un medio tan corrompido vive sin contaminarse María Victoria. Hija de padres aristocráticos, fué, al quedar huérfana, recogida por sus tíos los marqueses de Monteclaro, matrimonio que vive de la trampa y de la protección de cierto amigo íntimo de la marquesa.

María Victoria tiene novio: es éste un guapo mozo, conde por añadidura, pero sin más recursos para vivir que su sueldo de tercer secretario de embajada, quinientas pesetas mensuales; suma, según él, mezquina é insuficiente para atender á los gastos de la vida matrimonial. Victoria, que lleva ya con Juan, el nombre del diplomático, la friolera de ocho años de relaciones, á trueco de casarse con el hombre á quien ama, está dispuesta á apechugar con las quinientas pesetas; pero el conde de Sierra Quebrada, que conoce la vida mejor que su novia, se niega á pedir, hasta que no mejore de fortuna, la blanca mano de María Victoria.

Como la muchacha no puede ó no quiere esperar, las relaciones quedan rotas, y la hermosa joven se casa con un banquero opulento llamado Urbieta.

Pasa tiempo y acontece lo que ya, sin duda, habrá sospechado el discreto lector: María Victoria no quiere á su marido, el cual ni por sus cualidades ni por su conducta merece ser amado, y en cambio sigue alimentando en su pecho su apasionado afecto por el conde de Sierra Quebrada. Este y su antigua novia tienen una entrevista, y en ella, á pesar de los reproches que mutuamente se dirigen, échase bien claro de ver el amor cada vez más grande que ambos se profesan. Es una hermosa escena esta en que los dos expresan su mutua pasión con la hostilidad de sus palabras. ¡Cuántas veces también en la vida un reproche expresa más amor que una caricia!

Así debe de comprenderlo Juan, cuando al avistarse de nuevo con María Victoria la expone toda la fuerza de su pasión, la ruega y, por último, logra casi que la enamorada joven olvide sus deberes de esposa. Afortunadamente para la moral, María Victoria es un espíritu recto, y rápidamente repuesta de su momentáneo desfallecimiento, rechaza á su antiguo novio y reconoce y proclama que la tranquilidad de la conciencia constituye una felicidad superior á lo que llamó el poeta

«los dulces goces del amor cumplidos.»

El argumento que brevemente dejo contado se desarrolla con artística sencillez, aunque en ocasiones se detiene un tanto con episodios agradables, si, pero casi totalmente desligados de la acción principal. El diálogo es vivo, ingenioso y á menudo epigramático: los personajes rivalizan en lo de decir agudezas y chistes. Este prurito que todos tienen de mostrar ingenio quita en mi concepto naturalidad á la obra. Parece que en vez de proponerse expresar sus ideas y sentimientos, atienden á pasar plaza de satíricos y mordaces.

Por su estructura, por su plan y por su estilo, *María Victoria*, más que en la manera castizamente española, parece inspirada en las comedias francesas del corte de las de Lavedan y Capus.

María Guerrero ha tenido el buen acuerdo de elegir para la función de su beneficio el hermoso drama de D. Manuel Tamayo y Baus titulado *Locura de amor.*

Pocos autores del siglo XIX poseyeron, en el grado en que Tamayo la tuvo, la fuerza genial que es menester para producir en las almas de los espectadores las grandes emociones estéticas. Nadie como él, entre los escritores españoles de dicha centuria, supo encontrar los vigorosos acentos de la pasión, la frase concisa *shakesperiana*, semejante al resplandor del relámpago que ilumina con vivísima luz las profundidades del alma.

Tampoco hay entre los dramaturgos modernos quien le aventaje, ni quien le iguale siquiera, en el conocimiento del corazón humano, y menos aún en el arte de manejar los resortes del teatro. En la composición de sus comedias, en la manera de desarrollar la acción, en el enérgico trazado de los caracteres, en la gradación del interés, en el modo de preparar las situaciones y de sorprender, sin quebranto de la lógica, las suposiciones de los espectadores, nadie como el autor de *Un drama nuevo.*

Nada tan verdadero como el final del tercer acto de *Locura de amor;* nada tampoco tan imprevisto. Cuando el público espera que doña Juana, al ver que sus más fieles servidores la juzgan loca, se ha de desesperar y espantar, ella, que antes que reina es mujer, y mujer apasionada, da gracias al cielo por haberla privado de razón... Si está loca, sus cavilaciones, sus sospechas, su incertidumbre acerca de la traición del esposo infiel, todo es hijo de su delirio. Si está demente, sus celos son infundados. «¡Dios mío—exclama la reina,—qué alegría! Creí que era desgraciada, que me traicionaba mi esposo; y no era eso: era que estaba loca.»

Para encontrar algo semejante á este rasgo de inspiración, á esta clara visión de los senos profundos de un alma, hay que buscarlo en *Otelo* ó en *El Tetrarca de Jerusalén.* El alma de *Doña Juana la Loca* está estudiada en el drama de Tamayo con tal clarividencia, con tan seguro análisis, con delicadezas de sentimiento tan exquisitas, como si el cuerpo del personaje histórico fuese transparente y al través de él viésemos las inquietudes, las esperanzas, los anhelos, las congojas, ilusiones y desengaños que agitaron con inaudita violencia aquel corazón abrasado en las llamas de amor.

Y este amor, que raya en el delirio y acaba en la locura; este amor, del que nació el alma gigante de Carlos V, como de otro amor exaltado por los celos nació el alma de Lope, confirmándose así las frases del bastardo Edmundo en *El rey Lear,* resplandece en medio del período más castizo de nuestra historia y entre las grandezas que la católica Isabel había derramado sobre nuestra patria. El alma de España, antes de ser adulterada, ó por lo menos radicalmente modificada por la influencia austriaca, está, por decirlo así, infiltrada de tal modo en el drama de Tamayo, que cada uno de los personajes, valiéndome de la frase de un crítico de Shakespeare, «refracta, según su posición, de diferente manera el mismo rayo de luz.»

El ánimo de los espectadores se sumerge, viendo *Locura de amor*, en el más puro españolismo. Las glorias que allí se evocan, los sentimientos que allí se exponen, los caracteres, la hermosa habla en que los personajes se expresan, hasta los vestidos con que próceres, magnates y villanos se atavían, todo tiene el sello de nuestra raza y de las antiguas costumbres nacionales. Es el drama reproducción artística de un pedazo de nuestra historia, la resurrección de un período de la vida nacional.

Y comprendiéndolo así, y con el amor apasionado que por el arte sienten María Guerrero y su esposo, han logrado secundar el pensamiento del autor de tal suerte, que á vivir Tamayo no hubiera podido menos de exclamar al ver la representación de su obra: «De ese mismo modo imaginé yo la interpretación de mi drama.»

Para dar idea de lo hermoso del cuadro que contemplamos los que asistimos la noche del beneficio de María Guerrero á la representación de *Locura de amor,* he de decir que el efecto que á mi me hizo fué semejante al que me habría producido ver, ante el famoso lienzo de Pradilla, que todas las figuras creadas por el pintor tomaban repentinamente vida y movimiento; que brotaba de los labios de doña Juana angustioso sollozo, eco de los tormentos de su corazón despedazado; que los próceres que forman su séquito se agrupaban en actitudes de compasión ó de asombro; que las damas se levantaban del suelo para atender y cumplir solícitas las órdenes de su soberana; que ondulaban sayos y brioles, que flotaban al viento tocas y plumas, que resplandecían al sol bordaduras y joyeles...

¿Y qué decir que no resulte pálido de María Guerrero? No representa, vive la vida de la infortunada reina. Ternuras de esposa, arranques de soberana, ira y dolor fuerte de mujer celosa, dudas, despechos, inquietudes, toda la complejidad psicológica del alma exaltada de la esposa de Felipe I, fué expresada con rasgos de inspiración tales y con adivinaciones artísticas tan asombrosas, que el público, arrebatado por el arte de la gran actriz, prorrumpió varias veces en aclamaciones delirantes.

Viendo á María Guerrero pensaba yo: «Sí; tenemos arte, tenemos artistas que nada tienen que envidiar á los del extranjero, y que inspirándose en nuestro teatro nacional y en nuestra tradición dramática, nos hacen recordar con amor y orgullo el tesoro, un tanto olvidado, de nuestras glorias escénicas.» El espectáculo de la otra noche es de los que levantan el corazón y nos hacen creer que aún hay patria, puesto que aún hay arte.

Del beneficio de otra actriz he de hablar también en esta crónica. Me refiero al de Loreto Padro, por quien el pueblo madrileño siente verdadero entusiasmo. Así como María Guerrero no tiene rival en la expresión de las pasiones violentas, y María Tubau es extremada en lo que ahora se llama alta comedia, y Carmen Cobeña en los papeles sentimentales, y Rosario Pino en los refinamientos de los dramas psicológicos, Loreto Prado refleja, como ninguna otra actriz, la gracia y donaire del pueblo madrileño.

Las obras que Loreto representa son, por regla general, detestables desde el punto de vista artístico; pero ¿qué importa? La gente no va á su teatro por esas obrillas; va por ella, por admirar el talento, la intuición con que sabe crear lo que el autor no soñó siquiera, por saborear el gracejo que ella pone en cuanto hace ó dice.

La noche de su beneficio, el teatro Moderno, su teatro, ofrecía un aspecto originalísimo: la gente que lo llenaba de bote en bote miraba á Loreto, no sólo como á una artista cuyo arte le encantase, sino como á una persona querida á quien tratara de manifestar, por todos los medios, su cariño. Su cuarto se llenó de valiosos regalos, de palcos y plateas ofreciéronle ramos y *corbeilles*, y hasta el más humilde espectador tuvo por lo menos una flor que arrojar á los pies de la más popular de las actrices madrileñas.

Su renombre como artista corre parejas con su fama de generosidad y de nobleza de corazón. Ella, con su trabajo, es el sostén de su familia, y no hay desgraciado que acuda á Loreto que se aparte de ella con las manos vacías.

Por todo esto que el público de Madrid conoce, á Loreto Prado no sólo la admira; está enamorado de su graciosísima actriz.

ZEDA.



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BARCELONA. – Visita de S. M. á la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos. (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN REUS. – Paso de S. M. por la plaza de los Cuarteles. (De fotografía de G. Puig. Fotografía Artística. Reus.)



Y luchan, luchan á brazo partido sobre la losa fúnebre

LA MUERTE Y EL ANGEL DE LA VIDA

En el borde de aquel pozo profundo y mal oliente, én la última meseta de aquel lúgubre enroscamiento de ruinosas gradas que se hundían en eterna tiniebla viscosa, también la miserable buhardilla gozaba de los honores de piso.

Un 5 azul, pintado en la pared, sobre la húmeda y delgada capa de cal que se caía como en copos de nieve, lo notificaba á todo ser humano que saliendo de aquella asfixiante obscuridad de cuatro pisos, llegara á posar los pies en el descansillo, pálidamente iluminado por ser el último, y pisara aquel montón de astillas que unidas entre sí por gruesos y enmohecidos clavos formaba la puerta más miserable que se haya abierto á mi paso explorador.

Una pequeña pieza cuadrada, cocina y dormitorio á la vez, constituía la habitación de Eladia.

Y Eladia era una de tantas y tantas Eladias que viven tejiendo verdaderos poemas de amor, estrofas ignoradas, cantos sublimes que se apagan en la desolación de la miseria, monumentos de abnegación y heroísmo que se derrumban en quietud, sin levantar un solo grano de polvo, bajo el ensordecedor estrépito de la ciudad que ríe y llora, que ama y maldice, que lucha y vagabundea.

Su marido se ahogó en su mismá sangre: agolpóse más amenazadora que nunca en sus mejillas cadavéricas, bañándolas en un rojo mortecino, y aquella tos profunda que hacía estremecer la cavidad de la estancia no duró lo que siempre...

Y las cuatro paredes blancas, ceñidas en su base por un ancho friso azul, á la viuda le parecieron de hielo. Silenciosas sumaron una lágrima más á su desconocida y larga historia de sufrimientos, y continuaron mudas é impasibles aguantando el techo para cobijar nuevas tristezas sobre el montón del pasado.

. . . .

Duerme la casa.

Mas en la triste buhardilla vela de nuevo el dolor, erguido ante la pequeña y elevada ventana que parece un ojo de la noche... Tan inmóvil, tan impasible, diríais que aguarda á que los dedos descarnados de la Muerte llamen al exterior de los vidrios.

Tras de los vidrios de la ventana, tiemblan las estrellas en un cielo obscuro como miradas que se cierran al sueño.

Duerme la ciudad.

Mas en la helada buhardilla no penetra el sueño. Arde un candil en ella como una lágrima suspendida.

El blanco rostro de la viuda caído sobre el pecho. Enlutada y erguida en la desolación de la estancia, proyecta una sombra inmensa que oscila sobre los ladrillos, se agarra y retuerce en la pared del fondo y muerde el ocre sanguinoso de una viga del techo.

El perfil luminoso de Eladia tiene una gravedad que aterra.

Henchida la nariz, contraídos los labios, la mirada semicerrada y fija, parece que la Muerte la haya convertido en estatua del llanto.

—¡Alma de mi ser!.. ¡Vida de mi sangre!.. ¡Luz de mi razón!..

Y se desploma sobre la cuna.

Un tenue estertor desgarra la quietud solemne de las horas.

El pobre enfermito no se mueve ni llora ya; se acaba...

Y Eladia, desfallecida por continuos desvelos, anonadada por sufrimientos, sucumbe al peso de su naturaleza cansada.

Entra su cuerpo en extraño sopor que la obliga á ascender hasta el borde del abismo de su angustia.

Y su alma, libre de la idea fatal que martillea tenaz en su cerebro, sueña.

¡Sueña!.. ¡Que el soñar, á veces, es hundir la mirada más allá de lo real y de lo posible, es perforar el caos!..

Todavía su alma sabe flotar entre flores, sobre las frescas y siempre verdes llanuras de la Esperanza.

Mas el sueño es difuso.

El cerebro, receloso y escéptico por los crueles desengaños de la vida, resiste á moldear imágenes de belleza...

Los nervios, irritados, tiemblan estremadamente sensibles...

Un frío extraño y cruel muerde en los brazos de Eladia, apoyados en la cuna...

Y la impresión llega al cerebro dura y helada como el mármol.

Y empieza la pesadilla: la cuna, la miserable cuna se convierte en grande y maciza losa sepulcral.

Agonizante, la cabeza caída, los ojos cerrados, la manecita abierta como implorando un instante, un solo minuto más de vida, yace en ella el niño entre los brazos de una nueva é ignorada dolorosa.

Crece la pesadilla; va aumentando lúgubre, espantosa... Unos árboles fúnebremente se balancean bajo un cielo aterrador...

Y la Muerte se acerca, poco á poco, haciendo crujir sus huesos... Vase acercando horrible, inexorable... Ya toca el extremo de la losa... El estertor del niño aumenta. Silba el aire en la tierna garganta. Se torna lívido; se muere... Pero el alma sueña. El alma tiene fe. ¡El alma maternal espera siempre!..

El cerebro en su visión fatal va acercando á la Muerte. El alma en su sueño ideal va llamando á la Vida.

Sobre la losa fúnebre avanza el primer gusano.

De pronto, brota imponente y triunfador el Angel de la Vida, desplegando sus luminosas alas como bandera de combate.

—¡No morirá!.., clama una voz potente.

Y luchan, luchan á brazo partido sobre la losa fúnebre.

Un llanto vital estremece la cuna...

Y la madre despierta; abre los ojos á una nueva y hermosa realidad.

Ha desaparecido aquella losa sepulcral, el paisaje fúnebre, aquel cielo aterrador... Todo, todo se ha hundido en las tinieblas de una noche de angustia...

La llama del candil palidece: es una lágrima que se seca.

Los vidrios se alegran, saltan de júbilo, estremecidos por el vital ruido que despierta al fondo de la calle. La ventana ya no es un ojo de la noche: es una boca que se ofrece al sol. En el fondo infinito, dos nubes se enrojecen: ¡son los labios de la Aurora que ríe!

Y Eladia se encuentra de nuevo en su casa, en su pisito blanco y humilde, arrodillada ante la cuna de su hijo que llora. ¡Llora!.. Vino al mundo llorando...

Y al fin, dos arroyuelos de lágrimas vuelven á correr vívidos y lucientes sobre sus mejillas que recobran color... De su garganta brota la voz de nuevo... ¡Es la resurrección á la vida!..

Cerca de la cuna se halla el ángel de su existencia, majestuoso, imponente...

Huye la Muerte: se escurre entre las astillas de la puerta, animando á las carcomas, que la despedazan lentamente, y se hunde en el vacío de la escalera, en aquel pozo mal oliente y profundo.

***

Al brillar el sol, el niño ofrecerá á su madre la más admirable de las sonrisas.

Nogueras Oller.

(Dibujo de Juan Tichy.)

MAPA PARA SEGUIR EL CURSO DE LAS OPERACIONES DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA



El teatro de la guerra ruso-japonesa á vista de pájaro. – A la izquierda, China; en el centro, la península de Corea, y al Norte de la misma la Mandchuria; y á la derecha, el Japón. (De «The Graphic.» Reproducción autorizada.)



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Reus. – Salida de S. M. de la ermita de Misericordia. (De fotografía de G. Puig. Fotografía Artística. Reus.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

La falta de espacio y la sobra de materia nos obliga á ser muy breves en esta crónica, última del viaje de S. M. por Cataluña.

En la mañana del 13 embarcóse el rey en el *Giralda* con rumbo á Tarragona, adonde llegó á poco más de mediodía, dirigiéndose acto seguido á la Catedral y de allí á las Casas Consistoriales y al Puerto, para la colocación de la primera piedra del dique que se ha de construir. Terminado el banquete con que la Junta de aquellas obras le obsequió, hubo recepción de alcaldes de la provincia en el Ayuntamiento. Después visitó los museos, las antiguas murallas, la Cámara Agrícola y el convento de los cartujos, retirándose luego al *Giralda*.

A las diez y media de la mañana del día 14 llegó el tren real á Reus y S. M. se dirigió á las Casas Consistoriales, en donde se verificó la recepción, visitando luego la ermita de la Misericordia y algunas fábricas. Después del banquete del Ayuntamiento, visitó don Alfonso XIII el Centro de Lectura, el Patronato Obrero y la Cámara de Comercio, y á las seis regresó á Tarragona.

A las doce del día 15 entrabá S. M. en Lérida, y después del correspondiente *Tedéum* en la Catedral, visitó la Casa de Misericordia, la provincial de Beneficencia, el Seminario y las Casas Consistoriales, saliendo á las dos y media para Manresa, en donde permaneció hasta las siete y media, visitando las Casas Consistoriales, la Seo, dos fábricas, la Escuela de Artes y Oficios y la Cueva de San Ignacio, y regresando luego á Barcelona.

En la mañana del 16 fué S. M. á los talleres de la Maquinista Terrestre y Marítima, presidió el acto de la colocación de la primera piedra del edificio para el embarque de viajeros que se ha de construir en la Puerta de la Paz, visitó el Asilo Naval, el Club de Regatas y el Dique. Por la tarde estuvo en la España Industrial, en la Casa Provincial de Maternidad y Expósitos y en el Hospital Clínico, y por la noche asistió al Palacio de Bellas Artes, en donde se verificó la recepción de Asociaciones obreras.

El día 17 verificóse la excursión á Villafranca y á San Sadurní de Noya. En la primera de estas dos poblaciones, S. M., después de haber oído misa en la iglesia parroquial, dirigióse al Ayuntamiento, en donde se celebró la recepción, visitó el Centro Agrícola del Panadés, la Estación Enológica, y las bodegas de la casa Cortina y Compañía.

En San Sadurní de Noya, el Sr. Raventós, propietario de la grandiosa finca en donde se elabora el Champagne Codorniu, obsequió á S. M. y á todos los que formaban la comitiva regia con un espléndido almuerzo, terminado el cual recorrió el rey detenidamente los inmensos almacenes, bodegas y cuevas de la casa, viendo funcionar todas las secciones de la misma y mostrando su admiración por la importancia de la industria y por el estado de progreso y prosperidad á que el Sr. Raventós ha sabido elevarla. Por la noche, S. M., después del banquete dado en obsequio de las autoridades militares y primeros jefes de la guarnición, asistió á la recepción que en su honor había dispuesto el Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, que fué un acto brillantísimo y bajo todos conceptos importante.

El día 18, después de presidir la colocación de la primera piedra del edificio que ha de construirse en San Andrés de Palomar para el Ateneo Obrero, marchó S. M. á Sabadell, en cuyas Casas Consistoriales se verificó la recepción de autoridades, corporaciones y personas notables, terminada la cual procedióse, bajo la presidencia del Rey, á la colocación de la primera piedra del nuevo edificio destinado á Caja de Ahorros. Visitó luego S. M. el Centro de Fabricantes, en donde se había organizado una exposición de tejidos fabricados en la localidad, y algunas fábricas, saliendo á las tres y media para Tarrasa. Desde la estación se dirigió á la iglesia, en donde se cantó un *Tedéum*, y después de la recepción verificada en el Ayuntamiento, visitó el Colegio de los Reverendos PP. Escolapios, varias fábricas, la Escuela Industrial y el Círculo Egarense, regresando á las seis y media á Barcelona. Por la noche, en el grandioso salón de contrataciones de la Casa Lonja del Mar, que estaba artística y espléndidamente adornado y lleno completamente de distinguida concurrencia, celebróse la recepción de los representantes de la agricultura, del comercio, de la industria y de la navegación de nuestra capital, que fué un hermoso coronamiento de los festejos y solemnidades organizados en honor de D. Alfonso XIII.

A fin de evitar repeticiones, hemos dejado para el final consignar que en todas las localidades que dejamos mencionadas, el Rey fué recibido con grandes demostraciones de cariño y de entusiasmo.

En la mañana del 19 abandonó S. M. nuestra ciudad, embarcándose en el *Giralda* con rumbo á Mahón. La despedida que le ha tributado la población de Barcelona ha sido tan grandiosa como fué el recibimiento, y el espectáculo que en el acto de embarcarse el Rey ofrecían los muelles y el puerto era realmente indescriptible.

El viaje y estancia de S. M. en Cataluña se presta á muchas consideraciones que la falta de espacio y la índole de nuestro periódico nos impiden hacer; ello, empero, no ha de ser óbice para que tomemos nota de dos hechos evidentes y de importancia y trascendencia innegables: en primer lugar, la acogida que aquí se ha dispensado al joven soberano que ocupa el trono de España, habrá desvanecido recelos y prevenciones suscitados por quienes, obedeciendo á móviles que no hemos de discutir, pusieron especial empeño en presentar á los ojos del resto de la nación las legítimas aspiraciones del pueblo catalán como incompatibles con los sagrados principios á que todos rendimos culto; en segundo, Cataluña, por boca de los representantes de cuanto en ella vale y significa, ha podido hacer llegar directamente á oídos del monarca, en lenguaje franco y respetuoso, sus quejas, sus deseos y sus esperanzas, que S. M. se ha dignado escuchar con la mayor benevolencia.

¡Lástima que la premura del viaje haya impedido á S. M. apreciar á fondo lo que valen las localidades que ha visitado y otras muchas que por falta de tiempo no ha podido conocer!

Mas si, como es de esperar, vuelve pronto á visitarnos, si sus estancias en las provincias catalanas son frecuentes y prolongadas, podrá identificarse con nuestro modo de pensar y de sentir, y entonces verá cada vez más confirmado lo que ya ha podido comprender en su rápida excursión: que Cataluña cuenta con poderosos elementos de vida y de progreso; que cifra todo su bienestar en el trabajo intenso y continuado; que ama todo lo grande, todo lo levantado, todo lo noble, y que tanto ó más que ninguna otra región de España desea la prosperidad y el engrandecimiento de la patria común española.— S.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Conócense ya los detalles de la catástrofe del *Petropawlosk*, y de las noticias, así de origen ruso como de procedencia japonesa, resulta que la pérdida de ese acorazado fué independiente del combate naval que la precedió y ocurrió cuando éste había terminado con la retirada de los rusos.

He aquí el relato de lo sucedido, según los informes enviados al gobierno de San Petersburgo por el almirante Alexeief:

En la noche del 12 al 13, una división de torpederos rusos se encontró con otros torpederos japoneses, trabándose un combate que duró hasta las siete de la mañana. El torpedero ruso *Bezstrachny*, atacado por tres torpederos enemigos, se fué á pique, sin que pudiera llegar á tiempo de salvarlo el crucero *Bayan*, que salió de Puerto Arthur para acudir en su auxilio. Retiráronse los barcos japoneses al tiempo que se presentaba su escuadra y que abandonaba el citado puerto la flota rusa; simuló aquélla una retirada y persiguióla la del almirante Makharof; pero habiendo éste visto que el enemigo recibía poderosos refuerzos, replegóse en la rada para situarse en posición de combate protegida por los fuertes. En aquel momento, el acorazado *Pobieda* chocó con un torpedo, cuya explosión le causó una grave avería, á pesar de lo cual pudo llegar al interior del puerto, y poco después el *Petropawlosk* se hundía con gran estrépito, sepultando consigo al almirante, á su estado mayor y á casi todos sus tripulantes.

El almirante Togo, á su vez, ha enviado al Mikado el parte oficial que á continuación extractamos:

«A media noche del 12 llegaron hasta la entrada de Puerto Arthur la cuarta y quinta escuadrillas de destroyers, la décimacuarta escuadrilla de torpederos y el vapor *Koyo-Maru* que, á pesar de los proyectores enemigos, colocaron varios torpedos en distintos sitios de la rada. En la madrugada del 13 la segunda escuadrilla de destroyers echó á pique á un destroyer y persiguió á otro que pudo refugiarse en el puerto. Cuando la tercera escuadra llegaba al puerto exterior, la flota rusa comenzó un ataque ofensivo, ante el cual retiróse aquélla lentamente, atrayendo al enemigo á 15 millas fuera del puerto; en aquel momento, la primera escuadra japonesa, que se encontraba á treinta millas de distancia oculta por la niebla, advertida por el telégrafo sin hilos de la primera, apareció repentinamente delante de la flota rusa y la atacó. Mientras los buques rusos trataban de ganar el puerto, un acorazado del tipo del *Petropawlosk* chocó con uno de los torpedos que habíamos colocado la noche antes y se fué á pique.»



El capitán HIROSE, de la marina de guerra japonesa. Murió heroicamente en el ataque contra Puerto Arthur del 27 de marzo, mandando la escuadrilla de buques incendiarios enviada para cerrar la entrada del puerto, y después de haber trabajado animosamente por el salvamento de las tripulaciones de aquéllos.

El resto del parte se refiere al bombardeo del día 15, del que luego nos ocuparemos.

Completaremos los datos relativos á la pérdida del *Petropawlosk* con lo que un maquinista de este buque ha manifestado al corresponsal del diario ruso «Novoie Vremia» en el Extremo Oriente.

«Cuando el acorazado regresaba al puerto, oí de pronto en el puente tres detonaciones formidables. Una gran llamarada subió por los aires y todo se hundió con estrépito. El almirante Makharof yacía en sangrentado en el puesto de guardia; acerquéme á él para socorrerle, pero era demasiado tarde; el buque zozobraba y fuí lanzado al agua.»

Estas tres detonaciones de que habla este maquinista demuestran que el *Petropawlosk* chocó, no con un torpedo, sino con lo que se llama un rosario de torpedos. Sólo así se explica también que un buque de menor porte, como es el *Pobieda*, no sufriera más que una avería á pesar de haber chocado también con una de esas máquinas de guerra.

Sea de ello lo que fuere, las consecuencias del combate del día 13 son fatales para los rusos, cuya escuadra forzosamente quedará inmovilizada en Puerto Arthur, dejando á los japoneses dueños absolutos de aquellos mares. Cierto que en un gran Consejo de guerra celebrado en San Petersburgo y presidido por el emperador se ha juzgado por unanimidad que á pesar de las dolorosas pérdidas sufridas por la escuadra rusa en Puerto Arthur, la situación general de las fuerzas rusas en el Extremo Oriente no ha experimentado cambio alguno, puesto que las defensas de la plaza, unidas á la poderosa artillería de los acorazados y de los cruceros, le dan una fuerza de resistencia considerable; pero la verdad es que, aparte de las pérdidas materiales, el efecto moral producido en Rusia ha sido grandísimo, y sabido es cuánto influyen en la guerra los estados anímicos de los pueblos beligerantes.

Como sucede siempre en tales casos, á los pesimismos exagerados de los unos, que ven en la jornada del 13 un golpe de muerte para los rusos, se oponen los optimismos exagerados también de los otros, que estiman aquel combate como un hecho lamentable, sí, pero sin ninguna importancia. Creemos que en esto, como en todo, la verdad está en el justo medio, y que ni los rusos pueden mirar con indiferencia la adversidad sufrida, ni los japoneses envalentonarse excesivamente por la victoria alcanzada; que al fin y al cabo no por ello ha de costarles menos apoderarse de Puerto Arthur, si es que tal es su propósito, ni verán disminuirse las dificultades con que han de luchar por tierra, no sólo para llegar al que probablemente será el verdadero teatro de las operaciones, sino además para entablar allí la lucha con los ejércitos acumulados por los rusos.

El día 15, á poco más de las nueve de la mañana,



GUERRA RUSO-JAPONESA. – AVANCE DE LOS JAPONESES EN COREA. FUERZAS JAPONESAS PASANDO EL VADO DE UN RÍO

Dibujo de Michael, tomado de una fotografía de un oficial japonés. (Reproducción autorizada.)





PIERRETTE, cuadro de Conrado Kiesel.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El acorazado ruso *Petropawlosk*, destruído por un torpedo submarino el día 13 de los corrientes en aguas de Puerto Arthur. – Era uno de los mejores buques de la marina de guerra rusa; había sido botado al agua en 1894, tenía 112 metros de eslora, 21 de manga y 8'20 de puntal, y llevaba 57 cañones y cuatro tubos lanzatorpedos

la escuadra japonesa, compuesta de 14 buques, distribuídos en dos divisiones, bombardeó Puerto Arthur desde Liao-Te-Schan, habiendo disparado 185 proyectiles que causaron á los rusos cinco heridos y no ocasionaron daño alguno á la flota ni á la ciudad. Desde la rada y desde los fuertes los rusos contestaron al fuego enemigo, habiendo causado, según se dice, algunas averías en un buque japonés. Este ataque estaba previsto, porque era de suponer que el almirante Togo querría completar la victoria del día 13 asestando el golpe de gracia á la flota rusa; pero, en cambio, no se explica que, teniendo tal propósito, efectuara el bombardeo desde una distancia de doce kilómetros, que es la que media entre Liao-Te-Schan y Puerto Arthur.

Los rusos han ido evacuando paulatinamente toda la región situada al Oeste del curso inferior del Yalu, no conservando ni siquiera la plaza de Witjiú, porque han considerado con razón que la defensa de esta plaza, situada en la orilla izquierda de aquel río, ofrecería grandes peligros, no compensados por la importancia que pueda tener su posesión. La ocupación de Witjiú por los japoneses no tiene sino un interés relativo, pues los rusos, bien fortificados, como están, en Antung, siguen obstruyendo el único camino bueno que conduce de Corea á Mandchuria, y ocupan además fuertes posiciones en toda la margen derecha del Yalu. Por otra parte, y para evitar un posible desembarco de los japoneses en la desembocadura del Liao, tienen perfectamente artillados los fuertes de Newchang, cuentan con fuerzas suficientes para defender la plaza y han sembrado de torpedos la desembocadura del río y una parte del litoral.

Suponen algunos que los japoneses se detendrán en Corea y se fortificarán en esta península, comprendiendo al fin las dificultades de la guerra que han emprendido; pero no es de creer que puedan permanecer mucho tiempo en tal actitud, porque no se lo consentirán la situación política ni la situación económica de su país. Lo más probable es que, después de una parada en el Yalu para concentrar sus fuerzas, seguirán en su movimiento de avance para encontrarse lo más pronto posible con los rusos; y acaso en vez de atravesar el Yalu á viva fuerza, lo que les costaría grandes sacrificios, procurarán envolver á los rusos por el Norte. Y como los rusos no pueden, con las fuerzas de que disponen en la frontera mandchú-coreana, cubrir todos los puntos de paso del río en una longitud tan considerable, es seguro que los japoneses lo pasarán más ó menos tarde. El mal estado de los caminos, sin embargo, hará perder mucho tiempo á los japoneses, y esta es la circunstancia que más favorece á los rusos, para quienes el tiempo tiene excepcional importancia; en efecto, lo que más les conviene es ganar las pocas semanas que necesitan para disponer en el teatro de la guerra de una superioridad numérica indiscutible.

El palacio imperial de Seúl ha quedado destruído por un incendio, habiendo sido pasto de las llamas innumerables riquezas; el valor de las pérdidas sufridas es de quince millones de francos. El siniestro se cree que fué intencionado y ha producido gran impresión en el ánimo del emperador. Muchos coreanos atribuyen al accidente cierta significación política y creen que tiene por objeto obligar á su soberano á que vaya á habitar el palacio de Kyun-Buk, á lo que el monarca se resiste por temor de verse allí perseguido por el fantasma de la reina asesinada.

La actitud de China inspira ciertos cuidados, pues la manera como esta potencia observa la neutralidad no es la más á propósito para tranquilizar los ánimos. Las correspondencias de Pekín hablan de preparativos precipitados y de movimientos de tropas hacia la frontera de la Mandchuria y dicen que en todas partes aumenta la agitación popular, excitada sobre todo por los desastres sufridos por la escuadra rusa. Por este lado podrían surgir complicaciones de incalculable trascendencia. – R.

NUESTROS GRABADOS

Pierrette, cuadro de Conrado Kiesel.—Es este un pintor conocido de antiguo de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en cuyas páginas hemos publicado varios de sus cuadros que componen la más admirable colección de bellezas. Conrado Kiesel ha hecho un estudio profundo de los tipos femeninos y su gusto exquisito le lleva á reproducir sólo aquellos cuya contemplación pueda ser grata á los ojos de los más exigentes; todas sus figuras se distinguen, no sólo por la hermosura de sus facciones, sino también por la gracia de sus actitudes, por la flexibilidad de sus cuerpos, en una palabra, por todos aquellos atractivos que en la mujer más se admiran. *Pierrette* no es mejor ni peor que sus demás obras; es como todas y por ende bellísima. De la ejecución nada hay que decir, que no en vano se ha conquistado el artista el título de maestro.

* * *

El hombre de oro.—Mariposas, cuadros de Luis Masriera.—Pertenece el lienzo titulado *Mariposas* al grupo de composiciones de carácter decorativo que tan justos elogios merecieron de la crítica y del público al efectuar este distinguido artista la variada y copiosa exhibición de sus obras en el Salón Parés. Entonces, y con motivo de dar á conocer á nuestros lectores los cuadros denominados *La brisa del bosque* y *La brisa del río*, consignamos el lisonjero juicio que nos merecían é hicimos constar la tendencia razonada que observábamos en aquellas producciones. Al mismo género pertenece la que hoy reproducimos en estas páginas, distinguiéndose asimismo por el buen gusto que revela y por la fusión armónica de la fantasía con la realidad, subordinado el todo á una gradación justificada, que completa el concepto decorativo. De un género muy distinto es *El hombre de oro:* aquí la fantasía del artista, abandonando los dulces ensueños poéticos, ha trazado una página de un vigor y de una fuerza sugestiva extraordinarios. El símbolo de la riqueza hállase admirablemente figurado por ese hombre de maciza corpulencia, de faz embrutecida, de miembros sin gracia, de pesada actitud; y la multitud de adoradores que acuden humildemente á rendirle tributo, expresa de una manera acabada la sed de oro que á la humanidad abrasa y que á tantos impulsa á cometer bajezas cuando no crímenes.

MISCELÁNEA

Teatros.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Via-crucis*, drama en cuatro actos de Ignacio Iglesias, y *La morta*, cuadro dramático en un acto de Pompeyo Crehuet; en el Principal *Pascual Cordero*, comedia en tres actos arreglada del francés por el Sr. Fernández Vahamonde; y en el Eldorado *La última copla*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Jackson Veyan y Plaza, música del maestro D. Pascual Marquina. En el Liceo ha dado dos representaciones el celebrado tenor Sr. Caruso, cantando en ambas la ópera de Verdi *Rigoletto*, en la que ha obtenido muchos aplausos. En la «Associació Wagneriana» se ha celebrado el concierto del famoso «Cuarteto tcheque» que anunciamos en el número anterior, y cuyo programa ha sido ejecutado de una manera irreprochable, habiendo valido á los concertistas grandes ovaciones.

Necrología.—Han fallecido:

Gustavo Adolfo Heinze, compositor alemán, autor de las óperas *Lorelei* y *Las ruinas de Tharandt* y de varios oratorios, misas, cantatas, himnos, sinfonías, etc.

F. A. Smitt, naturalista sueco, director del Museo de Historia Natural de Estockolmo, y compañero de Torell y de Nordenskjold en las expediciones polares por éstos realizadas en 1861 y 1868 respectivamente.

María Stüler-Walde, pintora alemana.

Leslie Stephen, célebre crítico y filosófo inglés, profesor de la Universidad de Cambridge y autor de varias obras importantes.

Alfredo, conde de Waldersee, uno de los más ilustres generales alemanes.

Moisés Bianchi, pintor italiano, profesor hasta 1900 de la Academia de Bellas Artes de Verona.

Luis Geiger, escultor bávaro.

Rodolfo Müller, pintor austriaco, conservador de la Comisión central de Monumentos artísticos é históricos.

Herminia Wunsch, pintora austriaca.

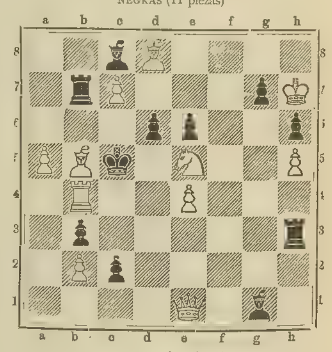
Dr. Alejandro Stuart Murray, arqueólogo escocés, conservador de las antigüedades griegas y romanas del «British Museum,» autor de una *Historia de la Escultura griega* y de un *Manual de Arqueología griega.*

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 362, POR F. MÖLLER.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 361, POR F. V. HOLZHAUSEN.

Blancas.	Negras.
1. Dh7-g8	1. Ra2-b2
2. Dg8×b3 jaque	2. Cualquiera.
3. g7-g8 (D) ó Db3-c2 mate.	

VARIANTES.

1..... Ra2-a1; 2. Dg8×b3, etc.
1..... Ra2-b1; 2. Dg8×b3 jaq., etc.



Como lo digo; allí la tiene usted; mire usted al Sr. D... cómo le va alrededor

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA. – ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—»Búrlese usted cuanto le plazca, pero si quisiera usted ser franco conmigo, no me contestaría con bromas.

—»Pues pregunte usted: la escucho.

»¿Me promete usted ser sincero?, dijo después de una pausa, mudando rápidamente de actitud y de acento con la volubilidad llena de gracia que le era propia.

—»Lo prometo.

—»Leticia tiene algo conmigo.

—»Que yo sepa, no.

—»Pues debe usted saberlo, porque es usted precisamente la causa de ello.

—»He dicho á usted que no sé nada: debe usted creerme.

—»Entonces es usted la causa sin saberlo.

—»Me da usted miedo.

—»¡Vuelta á las bromas! ¿Se atreverá usted á negar que me aborrece, que le soy antipática, que no puede usted sufrir mi presencia?

»Me quedé tan aturdido al oir aquel lenguaje inesperado, pronunciado entre broma y veras, que no supe qué contestar.

»La miré sonriendo; sus miradas me interrogaban, destellando una luz llena de malicia; sus labios entreabiertos sonreían con sonrisa provocadora que contrastaba con el acento de dulce reproche con que había pronunciado sus palabras.

—»Ya ve usted cómo no lo niega, cómo no puede negarlo; pero yo quisiera que lo confesara usted claramente, tal como se lo pregunto.

—»¿Qué quiere usted que confiese?

»Que le soy antipática, que no me puede usted sufrir, que turbo su tranquilidad, que no me puede usted perdonar lo que quiero á Leticia, porque se cree usted en el derecho exclusivo de quererla, y porque está usted celoso de que ella corresponda á mi cariño. Confiese usted que es verdad todo esto.

»Todo eso era verdad; pero no lo era en modo alguno el que me fuese antipática, y en aquel momento sus atractivos adquirían de su dulce y justo enojo un aspecto tan simpático á mis ojos, que yo podía jurar con la conciencia tranquila que no había nada de verdad en lo que me decía. Así lo hice, y con tanta franqueza, que la bella dama quedó satisfecha.

—»Le creo á usted; quiero creerle; quiero ser su amiga, como quiero que sea usted mi amigo.

»Y cogiéndome una mano y estrechándola entre las suyas añadió:

—»Queda firmado el pacto; quiérame usted como yo le quiero.

»Luego prorrumpió en una leve carcajada y me volvió las espaldas con un movimiento lleno de coquetería.

»Yo la contemplaba sin ocurrírseme una palabra: aquel espectáculo de lánguida afabilidad y de gracia cariñosa me hacía parecer tan seductora la amistosa familiaridad que se me proponía, que no supe qué contestar.

»La hermosa señora advirtió quizás mi embarazo, porque se volvió, estuvo un momento como vacilante, y luego, encogiéndose de hombros, se acercó á mí y me dijo á media voz:

—»En confianza, no se ofenda usted: tenía necesidad de decirle cuanto le he dicho, no por usted, que no me importa nada, sino por mi pequeña Leticia, cuyo cariño me importa muchísimo.

»Laura me devolvía con aquellas palabras mi imperio sobre mí mismo.

—»Muchas gracias, le dije en tono de broma.

—»Lo ha merecido usted.

»Es cierto, lo he merecido.

»En aquel momento entró Leticia: ¡cuánto más bella me pareció la tímida dulzura de su rostro infantil!

* * *

»Aquella franqueza, no obstante, me había vencido; y desde aquel día la señora Albruzzi no hubo de temer en mí el celoso rencor de un rival poco sufrido. Resignado á pasar por su amistad y casi dispuesto á compartirla, me preparé á aceptar sus consecuencias; de antemano sabía lo que me esperaba, y á la verdad, me atemoricé; nuestra venturosa soledad, la grata sencillez de nuestras costumbres, la inalterable parsimonia de nuestras necesidades, que jamás traspasaban el límite de nuestros medios, la intimidad conyugal nunca interrumpida por conveniencias importunas, todo esto, si no era destruído, era amenazado por la amistad de la *buena* Laura.

»No pasó mucho tiempo sin que viera realizados mis temores uno por uno; hubo *tertulias familiares* en casa de Albruzzi, á las cuales no se podía dejar de concurrir sin faltar á los deberes de la amistad; luego hubo que contraer nuevas relaciones *por casualidad,* que recibir y devolver visitas so pena de parecer osos mal criados, y á continuación de esto venían los trajes, los adornos y otras cien majaderías que se conjuraban para violar en nuestra casa la ley del equilibrio de los ingresos y los gastos.

»Leticia no lo notó al principio; decía que no se trataba sino de su buena Laura; y cuando lo echó de ver, ya no era tiempo de arrepentirse.

»Por fortuna, yo había tomado mi resolución; y cuando mi esposa me habló por primera vez, asustada de la gravedad de los gastos de que Laura había sido causa inocente, yo la tranquilicé diciéndole que en adelante volvería á ejercer mi profesión para ganar algún dinero, pues ya era tiempo de salir de la ociosidad.

»Yo decía «de la ociosidad» y pensaba «de la tranquilidad.»

»Pronto encontré ocupación en las cercanías de Lugnano como ingeniero-arquitecto, y empecé mi vida anterior sin entusiasmo, pero con un valor melancólico, hijo de la conciencia de cumplir con mi deber.

»En las largas horas de ausencia de mi casa, exigida por mis ocupaciones, me acompañaba – gran consuelo para la pena de una separación insólita—la idea de que Leticia no se quedaba enteramente sola, que tenía á su lado una amiga y que la expectación le parecería menos larga; pero estos mismos pensamientos me privaban de gran parte del contento del regreso, y me decía con tristeza que tal vez ella no me aguardase ya con la ansiedad de otras veces, y que no habría estado pensando siempre en mí, en mí solo.

»La necesaria frecuencia de aquellas separaciones dolorosas engendró la costumbre, y la costumbre nos fué quitando poco á poco el disgusto. Así, pues, como primera prenda de su fatal amistad aquella mujer había logrado separar lo inseparable, á dividir en dos partes el tiempo de nuestra existencia, una para la vida y otra para nuestro amor.

»Nuestras necesidades aumentaban de día en día, y naturalmente, la parte de tiempo dejada para nuestro amor se reducía diariamente. Mas á pesar de las contrariedades de las ocupaciones y de las que nos causaba la nueva amiga, nunca dejábamos de disponer de un cuarto de hora de absoluta intimidad para revivir con deleite en nuestro pasado y representarnos la imagen viva de nuestra felicidad, á la cual sentíamos instintivamente la necesidad de aferrarnos para resistir al mundo que quería el diezmo de nuestro amor.

»Pero el mundo se había introducido entre nosotros; el vacío del corazón producido por la separación se había ido llenando insensiblemente de una porción de pequeños cuidados y de pobres vanidades que imperaban como tiranuelos y á los cuales era forzoso obedecer en obsequio del mundo. El altar de nuestro amor estaba intacto todavía, pero la profanación había penetrado en el altar de la familia.

»Así lo veíamos sin atrevernos á confesarlo á nosotros mismos; algo de nosotros, algo de nuestro corazón había quedado en manos de los sacrílegos. Nuestro horizonte se había dilatado, rebasando las paredes de nuestro templo; pero nuestro corazón se había empequeñecido á la idea de que en la vida pudiera haber algo que no fuese nuestro amor.

«A consecuencia de la conversación sostenida con la señora Albruzzi, nuestras relaciones adquirieron un carácter de familiaridad placentera y burlona, de que ella hacia gran uso, como para reivindicar la parte de familiaridad que yo le había cercenado hasta aquel día.

»Mi proceder frío y severo había herido en su cuerda más sensible, en su amor propio de mujer; le era necesario tomar un desquite, y para ello se valía de todas las astucias y coqueterías femeniles. Yo lo advertía, pero sin atribuirle otra causa que el deseo inocente de agradar por todas sus dotes de alma y cuerpo. Hasta entonces yo solo no había reparado, ó había fingido no reparar, en que era hermosa; le era preciso hacerme reconocer ostensiblemente mi ceguedad, obligarme á pagar también mi tributo de admiración; era lo más y lo menos que podía hacer mi rudeza para darse por vencida, y Laura tenía empeño en conseguirlo.

»Así lo reflexionaba yo muchas veces, y en tanto, sin notarlo, iba cediendo á la lisonjera consideración de verme objeto de tantas tretas.

»En cierta ocasión, me dijo bromeando:

—»Por más que se defienda usted, estoy empeñada en que acabe usted por quererme un poco, por ser mi amigo sincero.

—»Hasta ahora lo soy.

—»No es cierto; deje usted á un lado las hipocresías; no es cierto: demasiado sé con qué ojos me mira usted.

—»No tiene usted razón, y esas sospechas son una ofensa hasta para usted misma.

—»Buenas palabras no le faltan: míreme usted bien cara á cara.

»La miré riendo.

»Prométame que el día que haya cesado de ser para usted lo que soy, me lo dirá francamente.

—»Siempre será usted la misma para mí.

—»Si se empeña usted en ser terco, desde ahora le digo que es usted injusto.

—»No es terquedad; pero siempre será usted la misma.

—»Es un cumplimiento; dígalo usted francamente de una vez.

—»No, no es cumplimiento.

—»Pues yo creo que sí.

—»Quiero decir que nunca dejará usted de ser para mí la amiga de Leticia y por consiguiente la mía.

—»¿Por eso?.. Está bien; pero por más que diga usted, todavía no soy una amiga para usted, y si quiere usted ser franco, confesaré que media una circunstancia que me hace antipática para con usted y es...

—»¿Cuál?

—»El cariño que me tiene la pequeña Leticia.

»La pequeña Leticia (me expreso así porque la señora Albruzzi no la llamaba de otro modo) solía ponerse de parte de su amiga más bien que de la mía, cosa natural porque á sus ojos yo era injusto y la buena Laura generosa.

»Recuerdo que un día en que estábamos los tres reunidos en la salita que daba al jardín, después de versar la conversación sobre varios asuntos, tomó un giro en que no siempre se dejaba bien parado al prójimo; la señora Albruzzi fué pasando con gracia revista á todas sus conocidas y de cada una tenía algo que decir; Leticia la escuchaba interrumpiéndola de vez en cuando con una alegre carcajada, y yo me mantenía aparte fingiendo leer un periódico.

—»Te olvidas de hablar mal de mí, dijo Leticia con la franqueza bromista que le era natural.

»La observación me pareció tan oportuna y tan merecida, que levanté la vista y sorprendí en el rostro de mi esposa un sonrojo fugitivo.

—»Tú tienes una falta más fea que todas, respondió la hermosa dama sin rencor, una de esas faltas que la maledicencia no sabe perdonar, y es que á ti no se te puede censurar por nada. No, de ti no se puede hablar mal, amiguita mía, añadió con voz cariñosa.

»Y echándole los brazos al cuello, le dió un beso en la frente.

»Aquella ternura tenía tales apariencias de sinceridad y me tocaba tan de cerca, que me conmovió; y la vista, respondiendo al impulso del corazón, se fijó en el rostro de aquella mujer, cuya maravillosa belleza me había hecho desconfiar hasta entonces de su corazón.

»Aquellas dos caras juveniles, sonrosadas, que se sonreían una á otra, presentaban un contraste tan marcado, que la mirada tenía forzosamente que fijarse en ellas, comparándolas. Eran dos bellezas antitéticas que se favorecían, se mejoraban mutuamente. Leticia no era en absoluto pequeña, pero se convertía verdaderamente en la «pequeña Leticia,» comparada con la señora Albruzzi, la cual tenía algo de las matronas romanas. El rostro soberbiamente bello de Laura hacía parecer más infantiles las facciones de Leticia, y la fascinadora languidez de sus grandes ojos azules añadía luz á los negros ojos brillantes de su amiga.

»Este tácito estudio de ambas hizo que me fijara más de lo que hasta entonces lo había hecho en la belleza estatuaria de las formas de la señora Albruzzi. ¡Era hermosa, verdaderamente hermosa!

—»Ya que me mira usted con tanta insistencia, me dijo Laura de pronto, ¿con qué ojos me mira usted hoy?

»Cogido de improviso, me puse colorado como si me hubieran sorprendido cometiendo una falta, y me vi muy apurado para contestar.

—»¿No me lo quiere usted decir? Veo que es usted muy obstinado, y esa obstinación es poco lisonjera para mí.

»Respondí algo contrariado que toda la obstinación estaba de su parte por el empeño de que le guardase un rencor nada razonable; y como estaba convencido de lo que decía, deseché mi acostumbrada timidez y hablé con acento firme que daba á mis palabras el vigor del reproche.

»Entonces fué ella la que se ruborizó.

—»Sois dos locuelos, dijo Leticia riendo; ¡ea!, no hay que hablar más de eso.

»La conversación languidecía; dejé el periódico y me asomé á la ventana, y luego, casi inadvertidamente, salí de la sala y bajé al jardín.

»Bullían en mi cabeza cien ideas novísimas. Empezaba á comentar la extraña conducta observada por la señora Albruzzi conmigo y su proceder hostil y agasajador al mismo tiempo; un envanecimiento, desechado en vano, se abría paso á través de mi vanidad.

»Sentéme en un banco, bajé la vista al suelo y me puse á trazar semicírculos en la arena con una varita.

»Me había embebido tanto en mis fantásticos pensamientos, que no advertí que anochecía, cuando de pronto sentí que dos manos afiladas me tapaban los ojos. Estremeciéronse todos mis miembros; busqué con las manos detrás de mí y tropecé con dos brazos mórbidos y frescos; adiviné quién era, pero no tuve ánimo para decirlo, y mi turbación era tan grande y tan nueva, que temía revelarla si pronunciaba una sola palabra; una sensación de amarga voluptuosidad me agitaba todas las fibras; mi estado era penoso y dulce á la vez; me infundía miedo aquella sensación y casi inconscientemente prolongaba su dulzura y su disgusto.

—»¡Leticia!, exclamé poco después, equivocándome á sabiendas.

»Dos carcajadas me respondieron y mis ojos quedaron libres. Volvíme: la señora Albruzzi estaba detrás de mí y Leticia á su lado...

»Yo no había pensado en la complicidad de mi esposa en aquella broma: al verla, se me encendieron las mejillas de rubor.

***

»Este hecho insignificante presentó á mis ojos un aspecto gravísimo; pues por él, las dudas y los temores que creía haber sepultado para siempre en la calma de mi corazón, sacaron la cabeza de su sepulcro.

»Una idea insistente aparecía á cada momento abriéndose paso al través de la obscuridad de mi pensamiento sin que me atreviera á mirarla de frente y arrostrarla con ánimo resuelto, rompiendo su pavorosa fascinación: aquella mujer, aquella bellísima mujer, ¿estaría enamorada de mí?

»Esta idea era tan nueva, tan inverosímil, que me parecía sugerida por una vanidad culpable, haciendo que la conciencia me remordiera acerbamente. Yo no abrigaba la seguridad de que un deseo disimulado no me presentase aquella imagen, no estaba cierto de que mis sentidos no fuesen cómplices de aquella primera tentación del pensamiento. De suerte que, en vez de responder á aquella pregunta, de analizar sus consecuencias y de consultar desapasionadamente mis fuerzas, creí más prudente apartar la vista de ella y echar toda la culpa á mi vanidad.

»Era un sentimiento virtuoso que servía de disfraz á una debilidad; entonces no echaba de ver que, precisamente porque la vanidad había concebido aquella sospecha, me encontraba ya á medias en brazos de la culpa, y desde entonces necesitaba todo mi vigor para resistir.

»Pero ¿cómo advertir todo esto? ¿Cómo concebir mi debilidad sin profanar con el pensamiento el amor de mi pobre Leticia?

»A fuerza de no querer pensar en la señora Albruzzi, pensaba siempre en ella; á veces, después de un largo olvido de mí mismo, me sorprendía frente á frente de aquella imagen, y me apartaba de ella con una especie de horror, sin saber resolverme á arrancar la máscara de mis sentidos cobardes. Me separaba de ella con ímpetu, volviendo las espaldas bruscamente á mi demonio, y tornaba á él sin notarlo; los tortuosos senderos de aquel laberinto me hacían ir á parar siempre á la misma idea.

»A mi obstinación en querer cerrar los ojos para no ver el mal, se sobreponía el instinto que me sugería los remedios. Empecé naturalmente por huir de las ocasiones de encontrarme con la señora Albruzzi, por mostrarme más frío en su presencia; pero las ocasiones eran demasiado frecuentes, y observé que, queriendo parecer frío, corría gran riesgo de no saber cómo portarme.

»El único antídoto de aquel veneno que empezaba á circular por mis venas, lo llevaba en mí; el amor de Leticia era mi defensa natural y le entregué confiado mi corazón.»

XIX

El marido. Borrasca

«Aún no le he hablado á usted del Sr. Albruzzi; su natural ligereza me lo había hecho muy enojoso, y como no me gusta ocultar mis sentimientos, probablemente le mostré con bastante claridad el efecto que me producía; pero él nunca lo notó, y había continuado con su jubilosa ingenuidad diciéndose amigo mío y asegurándome que le era muy simpático.

»Como tenía muchos negocios en la Bolsa, se ausentaba de Lugnano con frecuencia y á veces por bastante tiempo, cosa de la que nadie se cuidaba. Su mujer le mostraba marcada indiferencia, y hablaba de él con desdén ó no hablaba, que era lo más regular.

»El Sr. Albruzzi era esclavo de las exigencias de su mujer; pero observando que esto no le dejaba en muy buen lugar ante la gente, afectaba ser hombre de aventuras, y por no mostrarse nulo se decía libre, suelto, «sobre todo suelto.»

»Más de una vez me había dicho:

—»Querido Sr. Luciano, debe usted venir con más frecuencia á mi casa; sé muy bien que su carácter es muy diferente del mío, que nuestros gustos son opuestos; pero los hombres de talento lo concilian todo, y no hay obstáculo que no sepan allanar cuando se trata de cimentar, digo yo, una amistad duradera. Aquí me tiene usted: me ofrezco en cuanto valgo; también tengo mis defectillos; pero la juventud sabe perdonar, y además el fondo es bueno, sólido.

»Yo estaba dispuesto á creer que tenía un fondo excelente; pero aquellos discursos llenos de palabras huecas, y sobre todo su fatuidad, que tan mal se avenía con su aspecto exterior, me eran absolutamente insoportables, por lo cual no pudo estrecharse mucho nuestra intimidad.

»El continuaba, á pesar de todo, apelando á nuestra amistad y haciendo gala de una familiaridad para la que yo no le había autorizado. Una cosa me había pasado inadvertida en él, y era su excesiva galantería para con mi Leticia.

»Cierto día, con motivo del tercer aniversario de nuestra boda, Leticia quiso convidar á su buena Laura á pasar el día con nosotros. La hermosa dama vino antes del mediodía y obsequió á su amiga con un beso y un ramillete de flores; un cuarto de hora después se presentó un criado trayendo, de parte del Sr. Albruzzi, un enorme ramo y un medallón de oro, en el cual estaban grabadas las iniciales entrelazadas de nuestros nombres.

—»¿Está tu marido en Lugnano?, preguntó Leticia confusa.

—»Ha llegado esta mañana de Milán, contestó la señora Albruzzi riendo; traía un cesto misterioso, y no ha habido modo de que yo pudiera enterarme de lo que contenía.

»Yo estaba cohibido y no sabía cómo contenerme, cuando oímos en la habitación contigua pasos como de quien anda á saltitos y una voz que pedía permiso para entrar.

—»¡Mi marido! Lo habría jurado: lo mejor que puedes hacer, pequeñita mía, es mandar añadir un cubierto, porque mi marido tiene galanterías feroces y se convidará á almorzar.

»El Sr. Albruzzi entró con aire de triunfo y de propia satisfacción que le rejuvenecía en diez años: ¿cómo no agasajar al hombre que se cree de tanto valer? Le rogué que se quedara á almorzar con nosotros, y se quedó.

»Aquel aniversario empezaba mal á mis ojos; yo recordaba con envidia el del año anterior, en cuyo día nos habíamos sentado íntimamente á la mesa Leticia, la mamá Ersilia, yo y nadie más.

»A pesar de mis escrúpulos y de mi mala voluntad.

se pasó el día alegremente; Laura se reía de su marido y comunicaba su hilaridad á Leticia, y el señor Albruzzi aplaudía sus propias ocurrencias y su ingenio, cuya vena, digo yo, le parecía inagotable.

»Durante el almuerzo, mis miradas se habían encontrado muchas veces con las de Laura, pero supe sostener su fuego sin vacilar; tenía cerca los ojos serenos de mi Leticia que me hablaban del pasado, y evocaban los fantasmas que habían habitado en nuestra casa y me hacían una promesa indefinida de amor.

»A los postres, el pie de la bella dama tropezó con el mío; no lo retiró, y temeroso de ofenderla, tampoco lo retiré. ¿Era descuido? ¿Era propósito deliberado? La miré á hurtadillas y vi que me miraba.

—»Cuidado, querido Luciano, mucho cuidado, me dijo sonriendo, que mi marido está galanteando á su mujer de usted; mi marido es hombre peligroso; merecería que nos vengásemos; ¡ea, Luciano, hágame usted la corte; venguémonos!

—»¡Ja, ja! ¡Magnífico..., buena idea!, exclamó el Sr. Albruzzi riendo.

»Y todos nos echamos también á reir.

—»Bebo á la salud de los esposos, dijo en seguida el Sr. Albruzzi apurando la copa, y también á la nuestra; pero nuestro tálamo no celebra ya fiestas, nuestro casamiento no tiene aniversario, ¿verdad, Laura? No somos dos palomitas como vosotros; seguimos la corriente del mundo; vivimos sueltos, sobre todo sueltos.

»Y reía.

»Cuando acabamos de almorzar se le ocurrió á Laura proponer un paseo por el lago. Leticia accedió al punto, y el Sr. Albruzzi se manifestó enteramente dispuesto á todo, con tal que se le permitiese llevar su famosa escopeta de caza que se cargaba por la recámara.

—»¿Para cazar peces?, preguntó Laura riendo.

—»No sería la primera vez; he matado carpas á dos palmos de profundidad; pero no es por eso, sino que se me ha metido en la cabeza cortar el vuelo á dos pares de gaviotas.

—»¿Qué son gaviotas?, preguntó Leticia.

—»Aves acuáticas que viven de pesca.

—»¿Esos pajarracos blancos que revolotean al sol y que se zambullen en el agua como cuerpos muertos?

—»Los mismos.

—»¡Pobres animales!

»El Sr. Albruzzi pareció acoger esta exclamación como si fuera el epitafio de sus futuras víctimas, y con aire marcial se armó de su escopeta de retrocarga; las dos mujeres cogieron sus sombrillas y sus chales y bajamos á la playa.

»Aquel día Paulino Gaggini estaba en Lugnano; apenas nos vió, vino á nosotros, é informado de nuestro propósito, corrió á preparar su barca. Un cuarto de hora después nos alejábamos de la ribera de Lugnano.

»El lago estaba tranquilo y el cielo sereno; los rayos del sol próximo á su ocaso trasponían poco á poco las cumbres de las montañas opuestas, á cuyos pies una faja de negras sombras avanzaba por momentos hacia el lago.

»Corría á la sazón el mes de julio. El día había sido caluroso y una blanda brisa acariciaba nuestras mejillas. Yo contemplaba el espectáculo siempre nuevo que la naturaleza compone cada día con el mismo cielo, las mismas aguas y los mismos montes, y guardaba silencio; Laura y Leticia conversaban; el Sr. Albruzzi, con la nariz al aire y escopeta en mano, esperaba las gaviotas, y Paulino Gaggini, con su punta de cigarro en la boca y su sempiterna sonrisa en los labios, empujaba vigorosamente los remos sin decir una palabra.

»Llegados en poco más de una hora á las cantinas de Melide, saltamos á tierra para que Paulino descansara un rato.

»El Sr. Albruzzi había dejado de mala gana la escopeta y la idea de cortar el vuelo á las gaviotas, y nos siguió á una de aquellas frescas *cantinas* abiertas en la montaña, donde, abrasados de sed, íbamos á pedir, burlándonos de las exigencias de la etiqueta, un jarro de lo bueno.

»Laura y Leticia, por la novedad del caso, se reían; Paulino Gaggini vació dos escudillas de vino una tras otra, acompañándolas de un suspiro que valía por cien acciones de gracias, y el Sr. Albruzzi, chocando mi vaso, repitió su brindis por la felicidad de los esposos.

»Cuando salimos para ponernos otra vez en marcha, el horizonte se había transformado como por arte mágica; el sol se había ocultado detrás de los montes, el cielo estaba salpicado de blancas nubecillas, indicio de próxima lluvia, y un viento fresco encrespaba las aguas del lago.

—»¿Hay peligro?, preguntaron las dos mujeres asustadas.

—»Por ahora no, contestó Paulino; confíen ustedes en mí y dentro de una hora estaremos en Lugnano. El viento sopla de Capolago y favorece nuestro viaje.



Aquella estancia era todo un nido de gracias y amores

»A pesar de las seguridades de Paulino, no hubo medio de lograr que Laura y Leticia se aventuraran en el agua. ¿Qué hacer en este caso?

—»Oye, dije á Paulino, vuelve á amarrar tu barca á la orilla y ve en seguida á Bissone á buscarnos un coche.

—»No amarraré mi barca para tener que andar doble camino á pie; pero atravesaré el lago y dentro de media hora estaré de vuelta.

»Y apenas hubo dicho estas palabras, de dos remadas se separó de la orilla.

»Entre tanto el cielo iba obscureciéndose más y más, y el Sr. Albruzzi juró que le había caído una gota en la nariz, á Leticia y á Laura les pareció poco después lo mismo, y para sacarnos pronto de dudas llegó á nuestros oidos el sordo fragor de un trueno lejano.

»Cuando Paulino estuvo de vuelta, le preguntamos á coro por el carruaje; hizo un gesto de contrariedad y dijo que de los dos carruajes que había en Bissone uno había ido á Capolago y el otro no podía salir porque el caballo cojeaba.

—»Pero á falta de coche, añadió sacando de la barca dos objetos negros á modo de paraguas, que agitó al aire, he aquí todo lo que he podido proporcionarme; son un poco pesados para ustedes, pero siempre servirán para resguardarse de la lluvia.

—»¡Dios te lo pague! ¿Te parece que lloverá?

—»Estoy seguro de ello: el San Jorge está encapuchado.

»En efecto, algunas nubes obscuras cubrían la cumbre de aquella montaña, señal infalible para los pescadores del lago.

»No nos quedaban más que dos caminos: ó arrostrar el peligro del agua é ir en la barca sin cansancio y á cubierto de la lluvia, ó arrostrar el cansancio y la lluvia y viajar por tierra sin peligro. Como la caminata no era muy larga y los paraguas proporcionados por Paulino nos deparaban un reparo bueno ó malo, se tomó este último partido. Paulino Gaggini, cargado con la escopeta del Sr. Albruzzi, rompió la marcha; siguióle éste dando el brazo á Leticia, y yo iba detrás con Laura, que se había cogido á mi brazo.

»Avanzamos algún tiempo alegremente; el camino estaba obscuro, pero no había obstáculos ni peligros; se bromeaba, se reía, y aquella pequeña aventura nos había puesto de tan buen humor, que casi no reparábamos en la amenaza de la lluvia que podía cogernos de un momento á otro. Sin embargo, á cada trueno que se oía apretábamos el paso y guardábamos silencio. Entonces sentía que el brazo de Laura estrechaba con más fuerza el mío y que ella se juntaba más á mí; cierta turbación se enseñoreaba de mi ánimo; la miraba de soslayo, y al través de la obscuridad veía sus ojos volverse rápidamente buscando los míos.

»Para salir de aquel estado violento y embarazoso, procuraba reanudar la conversación con el Sr. Albruzzi; pero muy en breve la imaginación abandonaba la palabra, y yo volvía á enmudecer sin advertirlo.

»Por el cielo se habían extendido negros nubarrones y la noche estaba tan tenebrosa, que ya no nos veíamos unos á otros; el viento, dándonos con violencia en la cara, casi nos privaba de respirar; el eco de nuestros pasos se confundía con el rumor de los castaños que descendía de la montaña y con los mugidos del agua y del viento.

»Un relámpago iluminó aquella escena nocturna y nos permitió ver las crestas espumosas del lago á nuestros pies y las cumbres de los montes que se erguían sobre nuestras cabezas cual fantasmas gigantes.

»Entonces Laura me apretó el brazo con tanta fuerza, que le pregunté con voz trémula si le daban miedo los relámpagos. Contestóme poniendo su mano sobre la mía.

»Mis nervios se estremecieron como al contacto de una pila eléctrica; lo que pasó, con la rapidez del rayo, por mi mente era tan nuevo, tan audaz, tan halagüeño y tan horriblemente destrozador en su mismo halago, que sentí necesidad de auxilio, y llamé en voz alta á Leticia.

»Una racha impetuosa de viento me apagó la palabra en los labios; mi pobre esposa, que iba algunos pasos delante de mí, no me oyó y no me contestó.

»Pero me oyó Laura, y sin decir nada se soltó de mi brazo.

»¿Era un reproche? ¿Se había ofendido por aquella súbita llamada mía á Leticia? Ya no me quedaba duda. Y sin embargo, ¿qué decirle? ¿Cómo mostrar que había comprendido el significado de su acción sin inferirle una nueva ofensa, sin provocar tal vez una explicación penosa?

—»He temido que Leticia tuviera frío, le dije procurando dar á mis palabras un acento de sencillez y de calma que no estaban por cierto en mi ánimo; ¿y usted no tiene frío?

»Fijó en mí sus grandes ojos, é indicándome que la estorbaba la sombrilla que llevaba en la mano, me contestó:

—»Ya ve usted; quería abrigarme bien con el chal y no lo consigo: tome usted la sombrilla un momento.

»Lo hice así, y se rodeó mejor al cuerpo aquel ligero abrigo, y en seguida volvió á cogerse de mi brazo sin añadir otra palabra.

—»¿No se tapa usted la cabeza?, le pregunté.

—»Me gusta la brisa, respondió.

»Y después de una pausa, denunciadora de palabras más premeditadas, añadió:

—»Su mujer de usted también lleva chal y habrá hecho otro tanto.

(Continuará)

EL NIÑO HÉRCULES

Juan Trundley, hijo de un obrero, de cinco años de edad, pues, según su certificado de nacimiento, nació el 14 de octubre de 1898, pesa 144 libras. Al nacer nada de particular se le notó; pero creciendo con extraordinaria rapidez, á los siete meses pesaba 48 libras.

Sus padres no son de gran estatura; su padre más bien es bajo, pero entre sus ascendientes ha habido algunos muy corpulentos.



Fig. 1. – El niño hércules Juan Trundley y su padre

Toma para comer dos grandes platos de carne y legumbres; más de lo que su padre come aun des pués de haberse pasado todo el día trabajando. Todo le agrada y de todo come con apetito.

Parece lo natural que un niño tan gordo fuera débil y enfermizo, pero es todo lo contrario; nunca ha estado enfermo, exceptuando una vez que tuvo una fuerte bronquitis, pero que le pasó pronto.

Su gran peso hace que se canse con facilidad, así es que no pasea á pie; todos los días le sacan en un carrito á dar un paseo.

No vaya á creerse que su gordura es toda grasa, pues tiene mucho músculo. Una de sus proezas es levantar en peso á su padre; le agarra por encima de las rodillas y sin gran esfuerzo le sostiene algunos momentos en el aire.

Ha habido necesidad de hacerle ex profeso un banquillo sólido y fuerte en que sentarse, puesto que destrozaba en seguida con su peso los asientos ordinarios.

Juan Trundley es tal vez el único niño á quien los inspectores de instrucción primaria han dispensado de asistir á la escuela por demasiado desarrollo, puesto que en las que le corresponde ir por su edad, no hay pupitre ni asientos á propósito, y además se considera peligroso el dejarle en compañía de los otros niños, pues jugando en el patio ó andando por entre las mesas, haría probablemente los mismos destrozos que un elefante moviéndose y jugando con unas cuantas docenas de gatitos. Mucho le gusta jugar con los otros muchachos, pero nunca se le permite hacerlo sino á presencia y bajo la vigilancia de una persona mayor.

Es lo probable que cuando comience á recibir instrucción, demuestre tener muchas disposiciones, pues su desarrollo intelectual es poco menor que el físico. Es mucho más inteligente que la mayoría de los niños de su edad; habla con perfecta claridad y pronunciación. Su memoria es excelente y repite sin ninguna dificultad los versos y cuentos que oye unas cuantas veces.

Como es natural en un niño que crece tanto, Juan duerme mucho. Se va temprano á la cama y no despierta hasta el mediodía siguiente, y después come con un apetito devorador, dando cuenta en el acto de un desayuno más que regular.

Su carácter por lo general es bueno, alegre y dócil; pero á veces se encoleriza, y en ese caso se torna terco é intratable y hay que poner algún cuidado para aproximarse á él, pues se tumba en el suelo boca arriba y comienza á dar patadas con furia. Felizmente eso ocurre raras veces.

Su corpulencia no le molesta y dice que quisiera engordar más todavía.

Sus dimensiones son las siguientes: cabeza, 28 pulgadas; pecho, 44; brazo, 12 ½; cintura, 42, y piernas 16 y ½. Su estatura es de cerca de 4 pies y 2 pulgadas.

Cuál será su porvenir, no puede decirse; pero así como su extraordinario crecimiento no le deja ir á la escuela, así también será lo probable que le inhabilite luego para ejercer ninguna profesión ú oficio y le obligue á ganarse la vida exhibiéndose. Ya ha comenzado á hacerlo así, pues le han pagado 40 libras esterlinas por semana en un café cantante por presentarse en la escena durante diez minutos. No creemos que ningún niño de su edad haya jamás ganado tanto.

A. H.

***

LA TELEGRAFÍA Y LA TELEFONÍA

EN EL JAPÓN

La introducción del telégrafo en el Japón data de 1869, fecha en que el gobierno contrató con unos ingenieros ingleses la instalación de la primera línea telegráfica, entre Tokío y Yokohama. Desde entonces, el aumento del número de redes ha progresado de una manera continua.

Hasta el año 1877, la construcción de las líneas se realizaba bajo la vigilancia de los ingenieros ingleses, pero durante este tiempo los alumnos del colegio de ingenieros se habían iniciado en esta técnica especial, y desde 1879 estuvieron en condiciones de dirigir los trabajos, de tal manera que en 1890 instalaban con éxito sus primeros cables submarinos, sin ayuda de sus profesores, cuya misión quedó, por consiguiente, terminada. Y lo propio sucedió con las fábricas. Los aisladores, que antes se compraban en Europa, hoy los fabrica de porcelana blanca la industria local: los alambres, los cables y hasta los mismos aparatos han dado origen á establecimientos dirigidos en un principio por extranjeros y ahora exclusivamente por ingenieros japoneses. Una de las principales preocupaciones del gobierno del Mikado fué verse libre lo más pronto posible del tributo europeo, y los jóvenes ingenieros han respondido á sus esperanzas en condiciones asombrosas; ya en 1878 se fabricaban en el Japón aparatos Morse y en la actualidad se construyen allí los aparatos más complicados, como los Hugues y Wheatstone.

Fig. 2. – Juan Trundley y otro niño de su misma edad. Esta fotografía permite comparar las piernas de ambos niños

La red telegráfica japonesa comprende actualmente 30.449 kilómetros de líneas con un desarrollo de 132.876 kilómetros de hilos, es decir, casi tanto como Italia. Hay 2.192 estaciones que en el año 1902 transmitieron 15.373.946 telegramas: en Italia, durante el mismo período sólo se transmitieron 9.851.659. Y si á aquella cifra añadimos el número de telegramas internacionales, tendremos un total de 18.027.806.

Aun reconociendo la indiscutible utilidad de la telefonía, el gobierno japonés esperó para adoptarla que este nuevo sistema de comunicación hubiese hecho los suficientes progresos. Hasta 1890 no se estableció la primera instalación entre Tokío y Yokohama. El público acogió esta novedad con alguna reserva, de modo que transcurrieron tres años antes de que se instalara la segunda línea entre Osaka y Kobé; pero la influencia europea se dejó sentir fuertemente, y á partir de 1895, adoptaba el gobierno un proyecto de desarrollo considerable, estableciendo estaciones centrales é inaugurando en 1899 la línea á larga distancia entre Tokío y Osaka. El Japón posee unos 3.000 kilómetros de redes urbanas y 80 interurbanos que comprenden 160.000 kilómetros de alambres conductores. En 1902 hubo 26.000 abonados y 90 millones de conferencias.



Fig. 4. – El niño hércules Juan Trundley levantando en brazos á su padre

Los gastos ocasionados por las instalaciones ascienden aproximadamente á 35 millones, y los ingresos anuales, unos cinco millones, no cubren todavía los gastos que las demandas de abonos exigen.

***

LAS CASAS INCOMBUSTIBLES

EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los grandes incendios ocurridos recientemente en los Estados Unidos, y en particular el de Baltimore, han demostrado que las construcciones metálicas, tal como se entendían no hace aún muchos años, no están libres de la destrucción por el fuego: en efecto, las columnas de hierro fundido estallan y los techos de hierro se tuercen bajo la acción del calor, y su caída, aun siendo parcial, arrastra toda la armazón metálica de que forman parte y la obra de mampostería que sostienen.



Fig. 3. – Juan Trundley y otro niño de su misma edad. Esta fotografía permite comparar la corpulencia de ambos niños

De aquí que los últimos reglamentos de policía, como los que están vigentes en Nueva York desde 1900, ordenan que todos los edificios de más de 23 metros de altura y destinados al uso público (hoteles, escuelas, teatros, etc.) han de estar construídos con materiales incombustibles, es decir, han de tener paredes, techos, tejados, de piedra, betún ó de hierro revestido de una materia aisladora, que generalmente es cemento Portland ó tierra cocida. El cemento tiene la ventaja de adaptarse á todo y de constituir una excelente protección contra el frío y contra el calor.

Este nuevo sistema de construcción se presta á una rapidez de ejecución realmente prodigiosa en la edificación de casas gigantes; en Chicago ha podido terminarse en once meses la grande obra del «Auditorium,» que tiene 90 metros de altura, está dividido en 19 pisos y cubre una superficie de 5.750 metros cuadrados, y en su construcción se han empleado 17 millones de ladrillos, 6.000 toneladas de hierro, 25.000 toneladas de granito, 5.600 metros de vidrio, etc.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA CUESTIÓN DE LA ESCUADRA, por el *Dr. Madrazo* y el *general Bruna*. – Obra de indiscutible importancia es la que bajo el título lo que apuntamos han publicado el Dr. Madrazo y el general Bruna. En ella se demuestra con gran copia de datos y razonamientos la situación actual de nuestra marina de guerra y lo que debiera ser. Prescíndese de quiméricos ensueños, y con la rudeza que impone la realidad, analizan y estudian el estado actual del país y los medios que deben implantarse para acometer, en la forma racional que los hechos y la experiencia aconsejan, la organización del poder naval. Gran servicio entendemos que han prestado los autores del libro, á quienes han aconsejado publicarlo su patriotismo y su indiscutible competencia. Forma un volumen de más de 300 páginas, elegantemente impreso en la tipografía de Blanchard, de Santander.

LA RENDICIÓN, por *Antonio Jiménez Pastor*.—Tal se denomina la novela que acaba de publicar el conocido escritor uruguayo señor Jiménez Pastor, quien ha logrado expresar en pocas páginas trozos de la vida real en su vulgar y natural aspecto, con todas sus crueldades, señalando las torturas, las sacudidas que experimenta un espíritu sin orientación ni finalidad determinada. Avaloran el libro, que ha sido pulcramente impreso en Montevideo, varias ilustraciones de Aurelio Jiménez y una bien escrita semblanza del autor por Eduardo Ferreira.

ZOLA, por *Víctor Pérez Petit*. – Se ha publicado en Montevideo en forma de tomo la conferencia que sobre Zola dió hace algún tiempo en el Club «Vida Nueva» el conocido literato uruguayo Sr. Pérez Petit. Es un trabajo concienzudo de un entusiasta del célebre novelista francés, en el que se estudia al hombre, la teoría naturalista y la obra del autor de *Les Rougon-Macquart*. El libro ha sido impreso en la Imprenta Artística.



El hombre de oro, cuadro de Luis Masriera. (Exposición Parés.)

LOS MODERNISTAS, por *Víctor Pérez Petit*. —Este distinguido escritor uruguayo ha publicado otra edición de su valioso libro, que contiene una serie de estudios y semblanzas de aquellos que como Tolstoi, Verlaine, Nietzsche, Hauptmann y otros más figuran á la cabeza del movimiento literario moderno. Al dar cuenta del libro del Sr. Pérez Petit hemos de repetir lo que ya dijimos al publicarse la primera edición, esto es, que es una obra altamente recomendable, que revela en su autor condiciones no comunes.

APUNTES PARA LA HISTORIA DEL LICEO DE LA SERENA. – El laborioso é ilustrado profesor de tan importante Institución señor Vera Yanattiz ha publicado, con motivo de la celebración del Congreso de Enseñanza Pública celebrado en Santiago de Chile, una curiosísima é interesante monografía del Liceo de la Serena, que modestamente titula apuntes, cuando por sí solos constituyen la historia minuciosa y explicada de aquel centro docente. Penosa ha sido la labor realizada, pero á su autor le cabrá la satisfacción de haber logrado coadyuvar cumplidamente á dar cuerpo al proyecto concebido de conocer la situación y antecedentes de los centros de enseñanza chilenos.

FULLS DEL MEU ALBUM, por *J. Vidal y Jumbert*.—Bajo este título ha publicado el escritor catalán que mencionamos una serie de cuadros tan galanamente descritos como fielmente observados. Revélase en ellos el señor Vidal como un discretísimo narrador, fácil, sin recurrir á efectismos ni rebuscamientos, pero con la exactitud del cuadro y de la escena estudiada del natural. El libro consta de 200 páginas, ha sido impreso en la tipografía Ausetana, de Vich, y se vende á dos pesetas.

PASIONALES, por *Francisco de Arce*.—Colección de cuentos, galanamente narrados, con fácil y elegante estilo, que despiertan el mayor interés, distinguiéndose algunos de ellos por ser verdaderos estudios, cuadros reales de la sociedad en que vivimos, pintados y descritos con los vivos colores de la verdad. El libro á que nos referimos véndese al precio de dos pesetas en las principales librerías.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO : 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.



MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu.— Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de : Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

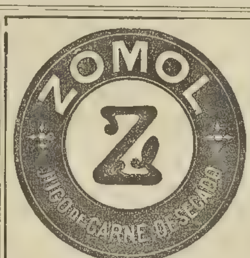
AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disentería, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Mariposas, cuadro de Luis Masriera. (Exposición Parés.)

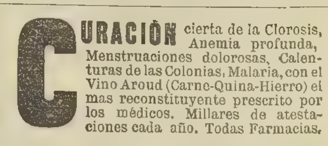
PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.



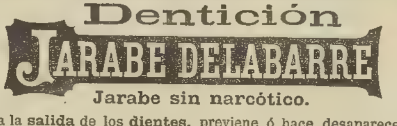
ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL *PLASMA MUSCULAR* (Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la *TUBERCULOSIS,* la *NEURASTENIA,* la *CLOROSIS,* la *ANEMIA,* la *CONVALECENCIA,* etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.





Dentición



Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, y en todas las Farmacias del Globo.





ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas,** para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER,** 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 2 de mayo de 1904 — Núm. 1.166

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EXCMO. SR. D. ANTONIO MAURA, Presidente del Consejo de Ministros

(Último retrato, hecho en Barcelona por los fotógrafos Sres. A. y E. F., dits Napoleón.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Tengo que dar una óptima noticia á las dueñas quintañonas que conservan ilusiones tenaces: tengo que enterarlas de que la hermosura se vende, y que relativamente por poco dinero pueden salir al redondel frescas y rozagantes como en sus treinta.

Algo parecido á lo que voy á contar ya se practicaba, con el brillante resultado que nadie ignora; sólo que en todo se progresa, todo lo transforma la ciencia, llamada á disipar las tinieblas, á revelar los arcanos, á dar solución á problemas tenidos equivocadamente por insolubles. La madre Celestina, de clásica memoria, de literaria tradición, conocía infinidad de mudas, cosméticos, aguas olorosas, tatarretes de destilaciones é infusiones, colirios, pomadas, aderezos para el rostro y para otras facciones del cuerpo; sabía de drogas y adobos la madre Celestina, encubridora, zurcidora y embaidora profesional; pero al cabo, aquello era ingenuo, la infancia de un sistema; ahora las cosas van por lo serio, por lo profundo y lo que ostenta el marchamo de la Facultad. Dulcamara ha ascendido y se adorna con el birrete y borla de auténtico doctor.

***

Por correo se están recibiendo en los tocadores de Madrid los anuncios del «Instituto de Belleza.» Al frente figura una circular que nos informa de que este Instituto es sucursal ó apéndice del existente en París.

Trátase de un servicio montado y organizado para el cuidado y conservación de la susodicha belleza mediante abonos mensuales.

Se promete á las parroquianas que encontrarán en el Instituto una dirección competentísima, un personal serio, competente también y discreto por añadidura, y que los procedimientos empleados son, qué caramba, altamente científicos. ¡Cómo no! Y se apremia á las damas para que se precipiten á cubrir el boletín de adhesión, porque sólo cincuenta pueden admitir, y la que se descuide, sin abono y sin belleza se queda; eso.

Por el módico dispendio de 75 pesetas mensuales se tiene á domicilio á los magos, que se encargan de dispensar los siguientes beneficios:

Cuidar y conservar la belleza, según el sistema del doctor... (Suprimo el nombre, porque esto no es reclamo, sino exclamo.)

Cuidar pies y manos, cortar uñas, extirpar excrecencias, bruñir, pulir, tijeretear...

Dar consulta sobre estética ó *(sic)* última moda en peinado, tocado, etc. (el *etc.* es muy sugestivo).

«¿Y puede saberse—preguntará una discreta lectora—en qué consiste ese cuidado y conservación de la belleza?» ¡Ah, lectora amiga... de saber! Algo, aunque no mucho, rastreamos los profanos de tal intríngulis. En el fondo de ese misterio vemos delinearse la silueta archiclásica de la madre Celestina consabida; y guardadas las distancias que el curso del tiempo obliga á guardar, no parece sino que revive la buena bruja, con su variado surtido de ungüentos, aguillas, cocimientos y afeites. Ahora se llaman «saquillos de belleza, de frescura, de blancura ó concentrados, según la piel de la persona;» «agua de juventud, para empleo diario;» «agua vegetal, para cortar el agua de lavarse;» «*manos de prelado*, producto especial para blanquear y suavizar las manos,» y amén de estas blandurillas y recetas, «baño facial, tres veces por semana;» «sesión de masaje, diaria,» y no sé si algo más de secretos maravillosos.

Lo del masaje como recurso estético, me hace pensar si deberíamos ser más indulgentes aún de lo que lo somos con los maridos que administran pescozones, coces y puñadas á sus mitades. De hoy más pueden escudarse, justificar sus procederes, con la protesta de que ellos se limitan á cuidar y conservar la belleza de sus consortes, mediante un procedimiento análogo, pero infinitamente más económico que el del doctor... Nada de nombres, nada de reclamos; que á estas horas (yo conozco, no á la mujer, sino á la humanidad) entre las que me leen, más de una arde en deseos de abonarse al estétito Instituto.

***

Y ya que he aludido á los maridos que presintieron el método del doctor X..., no quiero pasar en silencio que estos días, como sabrán cuantos leen periódicos, se ha visto la causa de «la esposa martirizada,» y el reo, el interesante González Maestre, salió sentenciado á veintidós años de presidio, amén de los que le cayeron de propina por el medallón de la duquesa de Bailén; y en un diario encuentro comentada así la sentencia: «Bien vengada queda la esposa mártir.»

¡Bien vengada! Pero ¿se trata de venganza? Los que no somos esa esposa infelicísima; los que somos sencillamente la conciencia pública sublevada y en estado de exasperación, ¿quedamos satisfechos? Sí, á la fuerza, porque acaso la ley no nos da otra solución; la ley, el formulismo de lo legal. Nos satisfacemos, ¡qué remedio! Dentro, en nuestra alma, protestamos. La pena impuesta á ese hombre es manteca; y debiera, en razón, imponérsele las más duras que se consignan en el Código. Si á alguien deben imponerse, es á él.

***

No acierto á decir cuánto más benigno y simpático encuentro al ladrón que penetra en una casa, que mata de una vez; al asesino emboscado detrás de una esquina, en acecho; al criminal más caracterizado, que á ese siniestro atormentador, que ejerce de verdugo tantos años, á la sordina, en la sombra sagrada de los lares domésticos, al amparo de la sociedad que entrega la esposa al esposo suponiendo, dando por hecho, que la entrega á un protector, á un compañero, y que sancionado el matrimonio no se atreve á asomarse siquiera á la puerta del domicilio, dentro del cual, sobre seguro y en secreto, se consuma diariamente el atentado infame. ¡Veintidós años de presidio! En todo ese espacio no cabe el dolor, no cabe el horrible suplicio impuesto en un solo día por el cónyuge-verdugo á la esposa mártir, y confieso que no me satisface la ley porque calza unos guantes tan gruesos, que no tiene tacto, no mide la pena, distribuyéndola de tal modo, que lejos de dar satisfacción á nuestra sed de justicia, la exalta y la convierte en frenesí.

***

Un periodista, por un delito de imprenta, sufrirá presidio doce años. Un burgués pacífico, una persona decente, que ve cometer demasías á un agente de la autoridad y lo reprende en tonos más ó menos violentos, se expone á no sé cuántos años de presidio, por desacato. Y al marqués de Sade, casero, que antes de compartir el tálamo con su esposa la ataba á los travesaños de hierro y la cruzaba á vergajazos ó la aplicaba á las carnes la badila incandescente; el que—¡oh ultrajada naturaleza!—llamaba á inocente criatura y exigía que sobre la frente materna, en lugar del beso de amor, imprimiese el estigma de una herida que hiciese brotar la sangre; á ese hombre que se dedicaba á discurrir, como si estuviésemos en el siglo XII, arbitrios para encerrar é incomunicar á una mujer en una habitación de ventanas clavadas, semejante al trágico aposento donde por orden de Felipe II se vió recluída la princesa de Eboli; ese torcionario que todas las noches repetía, al oído de su esclava: «Tienes de vida hasta tal fecha, prepárate,» se le da por bien castigado con veintidós años de presidio, probablemente recortados por algún indulto que gestionará algún cacique, y que costará la vida á la esposa, pues la libertad del criminal es para el inocente decreto de muerte.

Quien gestione el indulto de ese hombre, cooperará á la obra del atormentador casero. La víctima despertará de su intranquilo sueño evocando todos los sufrimientos pasados, reviviendo la atroz vida y creyendo ver entrar por la puerta á su verdugo. Será, cada mañana, el despertar del sentenciado, que cree que van á decirle: «Ármate de valor, ha llegado la hora.»

Si yo hubiese podido meterme en el cuerpo del fiscal, diría á los encargados de aplicar la pena lo que dijo Víctor Hugo en un verso célebre:

«Tu peux tuer cet homme avec tranquillité.»

***

He visitado ayer el taller de Sorolla en su nuevo estudio de la calle de Miguel Angel.

Sorolla es un infatigable luchador y un artífice de sí mismo, un labrador de sus admirables facultades. He notado que en nuestro ambiente es común la disposición y raras la constancia y voluntad de sacar partido de ella. No digo que abunden artistas dotados como Sorolla, ni que sea fácil siquiera contarlos por los dedos de la mano; pero es muy cierto que, reuniendo verdaderas dotes, muchos artistas, en vez de desarrollar lo que llevan dentro, se diría que se han agotado al exprimir el jugo con que hicieron su primer obra.

Sorolla prefiere á todo el paisaje, la amplitud de la naturaleza, que tantas veces ha interpretado del modo magistral que sabemos. Imposiciones del ambiente le obligan á dedicarse á otro género, al retrato. La sociedad cría retratistas, aun hoy, en estos tiempos de platinotipias y postales. La demanda de retratos ha estimulado á Sorolla, y le ha descubierto á él mismo—acaso no lo supiese—que es retratista, como es paisajista, que tiene para el retrato la capacidad, la fuerza, el músculo, y que llegar á dominar, en sus artificios, ese aspecto del arte, es cuestión de proponérselo. Si prosigue subiendo como este año ha subido, acabará por ser retratista incontestable, á su manera, castizo y fuerte.

En el taller, terminados ó próximos á terminarse, y sin saber todavía si figurarán en la Exposición ó serán remitidos á los Estados Unidos para exponerlos también, he visto los retratos de Aureliano Beruete, padre (el eminente paisajista), y de Aureliano Beruete, hijo; el del conde de Casal; el de Mélida el arqueólogo; el de Franzen el fotógrafo; el de la actriz señorita Brú; el de la esposa del autor; tres grupos de sus niños (uno de ellos el llamado de «la familia,» donde figuran hijos y padres, y la cabeza de Sorolla se refleja en un espejo, con graciosa triquiñuela artística que recuerda las Meninas). En todos estos retratos, la genialidad de Sorolla se manifiesta brava y ardiente, enemiga de convencionalismos, buscando la dificultad de la luz para vencerla y tragársela, si así puede decirse. En algunos, como el del joven Aureliano Beruete, se observa mayor transigencia con los gustos del público; en el de la esposa del autor se nota una evolución hacia la poesía y la delicadeza que no sospecharíamos en el Sorolla violenta y crudamente realista de hace dos ó tres años; pero en el de Mélida, á mi ver el más hermoso y recio de toda la serie, se afirma la personalidad de Sorolla, y se sacia su anhelo de verdad, hasta un punto que hace de tan breve página un tesoro.

***

En cada uno de estos retratos que acabo de nombrar, hay algo que sorprende, considerado como trozo de pintura. En el de Beruete padre, la cabeza; en el del hijo, la ropa; en el del conde de Casal, una mano que recoge amplia capa de uniforme palatino; en el de la señora de Sorolla, una mano también, bañada de luz y ensortijada, una monería; en el de Mélida, otra mano (las manos son el escollo de los retratistas y aquí son un triunfo); en el de los hijos del pintor, una figurita entera de niño, asombrosa, que se dirige hacia el espectador con el aspecto de vida que sólo presta un pincel maestro; en el de Franzen, una expresión que habla.

En el fondo del taller, el grupo de dos retratos más, de fiel parecido y aparatosos: el de la reina madre y el del rey, en pie, de cuerpo entero y cogidos. Creo que al Ministerio de Estado se destina este grupo, y llena perfectamente la indicación del género: es espléndido y grave; la posición de los dos regios modelos respira la dignidad del rango y esa rigidez afable que se adopta en besamanos y audiencias: la vestidura de la reina es de una elegancia severa, de un gris luminoso; y la nota fastuosa del trono, flanqueado de sus dos leones, completa el conjunto.

Siempre en arte la psicología del individuo dará base para el estudio más hondo; y sea en el busto de mármol, sea en el retrato, sea en el diseño dramático de un carácter, sea en la honda queja personal de una poesía lírica, se podrá colmar la medida de la belleza y llegar á cuanto se llegaría por otros caminos.

EMILIA PARDO BAZÁN.



– Allí, allí se vive...

ENTRE DOS CIMAS

I

Crióse Gabrielito en pleno monte, bajo la inspección amante de toda su familia, que por fuerza debió ver en aquel retoño á un nuevo Mesías portador de grandes venturas, según la solicitud con que de día y de noche le vigilaban y atendían, siempre al acecho del más leve síntoma de enfermedad. El chico, por su parte, era bueno, cariñoso y listo; nunca dió disgustos á nadie, ni apedreó á los perros, ni merodeó por los huertos vecinos en busca de fruta. Humilde, serio y pensador, fué desde pequeño un modelo de ciudadanos, en el cual casi casi se hubiera podido columbrar al hombre de genio, al grande hombre destinado á la inmortalidad. Sin ser precoz, prematuro desarrollo que suele dar funestos resultados, estudiaba con facilidad, comprendía las cosas en la primera explicación y observaba mucho, con una atención callada y sencilla que movía á respeto. A los doce años era la enciclopedia del pueblo, el sabio, hasta el juez; y como las consultas llovían á cualquier momento, sin orden ni consideración á la tierna edad del muchacho, fué preciso señalar horas de audiencia, durante las cuales recibía Gabrielito en su despacho, rodeado de libros y mapas, á todos los que deseaban hablarle. A éste le aconsejaba que comprase fosfatos para robustecer sus prados anémicos; al otro le redactaba una solicitud dirigida al ministro de Hacienda para la pronta resolución de un complicado expediente; al de más allá le advertía que no tomase vinagre en las comidas por ser cosa indigesta y á la postre inútil, y afable con todos, infantil á pesar de su sabiduría, despedíase de sus clientes dejándose besar en ambos carrillos.

Todos los meses iba Gabrielito á Teruel, la capital cercana, á comprar libros. Acompañábale el padre ó la madre, según las ocupaciones de uno y otro. Un librero que le conocía íbale indicando las obras que debía comprar: pocas novelas y mucha física, química y matemáticas. «Las ciencias nunca son inútiles —decía el avisado industrial.—En cambio la literatura es un lujo casi siempre nocivo.» Y Gabrielito fué atestando la casa de libros útiles, extensos y laberínticos los unos, compendiados los otros, todos ceñudos, austeros, incorruptibles. Nombres ilustres decoraban los lomos en pergamino y observaban con su helada severidad de esfinges cuanto ocurría en el despacho, colocados en metódica fila, limpios é intachables; y cada vez que Gabrielito echaba mano á uno de ellos, temblaba y se ponía rojo, como si le avergonzase aquella intimidad con sabios tan empingorotados, entre los cuales había muchos ya fallecidos, que eran precisamente los que más azorado le ponían por creer que le estaban mirando al través de las hojas del libro, de sus cálculos y problemas.

Poco á poco se familiarizó con ellos y con la familiaridad vino la calma. Los leía sin miedo ni rubor, pero ¡ay!, tardaba en hallar la justificación de su fama, la substancia sabrosa de que los suponía repletos. ¿Por qué serían inmortales todos aquellos señores?.. Una tarde, cansado de estudiar sin provecho, se quedó dormido sobre el binomio de Newton.

II

Pinarzuelo estaba asentado en la cima de una montaña siempre verde y florida, rodeada de bosques, amparada de los vientos por otro cerro enorme que coronaban tremendos bloques de granito. Por la parte meridional todo eran también cadenas de montañas formando colosal gradería de piedra, como un anfiteatro interminable. Manchas obscuras que debían ser pinares llenaban sus vertientes y daban al contor no una plácida suavidad de líneas; otras manchas blancas parecían caseríos; el ferrocarril se deslizaba entre ellos representado por una nube gris y un bulto negro del tamaño de un escarabajo; de diciembre á febrero les cubría la nieve. Bosques y caseríos desaparecían entonces bajo la densa sábana, y los torrentes empezaban á llorar sobre el valle con un perenne rumor de truenos lejanos.

A Pinarzuelo no llegaron jamás ni el frío ni la nieve. Como desde las altas regiones septentrionales donde el invierno les daba suelta hasta la florida montaña de este relato la distancia era inmensa y los obstáculos se sucedían sin descanso, cada roca, cada barranco y cada pinar quedábanse con un poco de frío, con un puñado de nieve, con un trozo de invierno, y claro está, á Pinarzuelo no le tocaba nada de los rigores invernales, lo que quiere decir que vivía en una eterna y alegre primavera.

Cuando Gabrielito llegó á los quince años y comenzó á darle por las excursiones solitarias, cómo cumplía á su temperamento reflexivo, eligió como lugar de meditación diaria, especie de retiro voluntario y apetitoso, una meseta que á dos kilómetros del pueblo se alzaba y á la cual se subía por una rampa medio oculta detrás de un grupo de castaños. Desde allí se dominaban completamente todos los alrededores de Pinarzuelo, sus bosques, sus caminos, la polvoriente carretera que bajaba en espiral hasta el valle y luego se perdía en la sombra de una estrecha cañada que más parecía túnel; y por encima de la gradería de montañas, confundiéndose con el cielo bajo la forma de una niebla levísima, veíase también, aunque mejor será decir que se adivinaba, otra cima, la capital del reino, la urbe todopoderosa, de la que hablaban en Pinarzuelo como de las maravillas de un cuento de hadas, apostólico el narrador y boquiabiertos los oyentes.

Bueno, pues en aquel lugar comenzó Gabrielito á estudiar grandes y aun divinas cosas. Sirvióle de libro la inimitable Naturaleza, arrogante, gentil, con su cabellera de huertos y selvas tendida al viento; con la purísima mirada de sus ojos, que son los ríos; con la vida inagotable de sus senos, que son los campos; y día tras día, á fuerza de observar y de recibir intensas emociones, fuése acostumbrando á aquel sosiego virginal, como la belleza de un cielo sin nubes, y acabó por declararse á sí propio que sólo allí era posible la verdadera dicha, la dicha sencilla de los que no se queman en la fiebre de la ambición, la dicha de los parcos, de los buenos, de los espíritus superiores.

¿Sólo allí?.. ¿Y aquella otra cima que se vislumbraba como una niebla en el horizonte? ¿Qué era? ¿Qué significaba? ¿Tenía allí el cielo igual diafanidad? ¿Oreaba el ambiente igual brisa templada y llena de aromas? ¿Estaba aquella cima más alta que la de Pinarzuelo, con sus bosques eternamente verdes? ¿Qué fondo de amarga verdad había en el fondo de aquellos relatos fantásticos que se hacían de la vasta urbe en el pueblo de Gabrielito?.. Puede que todo fuese igual y que también la verdadera dicha se aposentase en aquella niebla lejana. Pensándolo bien, no tenía nuestro mozalbete ningún motivo para creer otra cosa. El mismo cielo cobijaba á las dos cimas.

III

D. Eduardo Gómez del Molar era un buen mozo robusto, barbudo é imponente, que más parecía capitán de húsares que artista, si bien esto no quiere decir que los capitanes tengan la exclusiva de la robustez y de la barba. Este noble señor escribía magníficas novelas sensuales, llenas de vida calenturienta, de placeres endemoniados y de mujeres que ni con tenazas podían cogerse por lo sucias y perdidas que las pobrecitas estaban. Las páginas de sus libros evocaban el recuerdo de las más grandes porquerías que se han escrito con pretensiones de obras de arte y, lo que es más peregrino, con arrogancias de fiel copia de la realidad. Como si en la realidad no hubiese cosas que de puro líricas parecen celestiales.

Una vez decidió este caballero retirarse temporalmente al campo, á un rincón ignorado y agreste, donde las cabras ramoneasen con la idílica tranquilidad de los viejos poemas; y busca por aquí, busca por allá en un descomunal mapa de España que en su estudio tenía, con objeto sin duda de dar más realidad á sus novelas, topó con el pueblo de Gabrielito, representado por un punto casi imperceptible en lo más intrincado del Albarracín.

La entrada del Sr. Gómez del Molar, con sus maletas elegantes, sus baúles enfundados, su luenga barba y demás accesorios, en el tranquilo Pinarzuelo, produjo la consiguiente sensación y en poco estuvo que tocaran á Gloria las campanas y se disparasen cohetes. Afortunadamente, el ilustre artista era modesto y no consintió en que por su culpa pesasen sobre el erario municipal gastos imprevistos y además superfluos. Eso sí, pidió que le pusiesen en relaciones con las principales familias del lugar, y como entre ellas se incluía siempre á la de Gabrielito, he aquí por dónde entabló amistad con un grande hombre nuestro barbilampio pensador.

Una tarde, después de varias disquisiciones de índole vulgar en las cuales estuvo Gabrielito muy oportuno, disparóle el otro á quemarropa la siguiente pregunta:

—¿Y qué opina usted del mundo, mi joven amigo?

Gabrielito se puso pálido, abrió la boca y no atinó á contestar. ¡Qué iba á saber del mundo aquel pobre muchacho! De Pinarzuelo sí que sabía mucho, quizás demasiado; pero del mundo... ¡Ay! Pinarzuelo no era el mundo, era un puntito casi imperceptible perdido entre los vericuetos del Albarracín, que á su vez resultaba una cordillera de juguete al lado del Himalaya y los Andes. El mundo era otra cosa, de la que podía dar una idea aproximada aquella otra cima lejana que con el horizonte se confundía.

ni siquiera armas son, y estoy viendo que van á pasar todos sobre ti pisoteándote á su gusto para quitarse de encima un competidor. Sí, Gabrielito de mis culpas, te hablo llena de amor y de lástima. No es que te quiera para mí sola, ni que tema el olvido de la promesa que me hiciste... Es que me causas mucha pena, como me la causan los pobres cieguecitos que no saben dónde ponen el pie y á lo mejor lo ponen en el vacío y se estrellan. Como soy mujer, me negarás competencia en estos asuntos... Claro está.

existencia le brindaba el humilde Pinarzuelo, con su eterna y simbólica primavera? Luego que cedieron el terror y el frío, surgió en su lugar un alto anhelo, el de salvar á Gabrielito convirtiéndole de nuevo á la vida del campo, echándole otra vez en los brazos amantes de la Naturaleza, principio y fin de la belleza y la felicidad. Y aquella misma tarde le llevó de paseo, no á la tentadora meseta desde la cual se veía el mundo, sino al valle, donde los hombres trabajaban la tierra y los árboles daban sus mejores frutos.

TOKÍO DURANTE LA GUERRA.—Croquis de Melton Prior,

dibujante de la ilustración inglesa «The Illustrated London News» en el Extremo Oriente



El comienzo de una misión diplomática afortunada: salida del marqués Ito, llamado «el Bismark japonés,» de Tokío para dirigir las negociaciones diplomáticas cerca del gobierno de Corea. (Reproducción autorizada.)

Una buena parte del éxito de las operaciones del ejército japonés en Corea se debe á la habilidad con que el Japón se ha asegurado la preponderancia en aquella península. La diplomacia del marqués Ito ha conseguido que el emperador coreano consintiera en aceptar el protectorado japonés, gracias á lo cual las fuerzas del Mikado han podido moverse libremente en Corea.

Gabrielito habló de ella y el novelador invitóle á subir á contemplarla. Aquel día estaba el cielo limpísimo, transparente, y lo que otras veces parecía una nube, mostraba entonces las líneas perfectamente apreciables de una montaña real. En su falda, no apoyándose, sino sosteniéndola, estaba la capital del reino, la urbe todopoderosa, una reducción fotográfica del mundo.

—¡Ah, si usted supiese lo que es aquello!, exclamó el Sr. del Molar con un magnífico gesto de comediante. Allí, allí se vive, allí se padece la fiebre de la vida, con sus ratos de estúpido decrecimiento y sus horas de radiante delirio. La tranquilidad de estos sitios es allí cosa anormal, inverosímil, y las gentes se ponen tristes y temerosas el día que no ambicionan nada, el día que no luchan, que no se queman en la fiebre general. La carrera es loca, impía, cruel; pero el premio lo indemniza, lo justifica todo. ¡Ah, qué premio! El cielo en la tierra.

Gabrielito soñaba despierto. Aquella noche soñó dormido y entrámbos sueños le transformaron.

IV

«Estoy muy triste, Gabrielito. Se me figura que esa enorme población te va á tragar ó á dejarte por lo menos cojo ó manco. No sé qué demonio maldito te inspiró la idea de salir de Pinarzuelo y meterte en estos trotes de escribir libros y echar discursos que después de todo no te servirán de nada, porque tú no eres entrometido ni audaz, y me da el corazón que estas dos cosas son imprescindibles para conseguir lo que deseas. Eres un tontín si te figuras que la laboriosidad y la buena fe son armas bien templadas, ¡Qué sabemos nosotras de esas luchas por la gloria! Nada, ¿verdad? Pues mira, estoy conforme. Carezco de competencia para darte consejos, no entiendo nada de la lucha en que te has metido; pero presiento que saldrás derrotado. En esto de presentir somos maestras las mujeres, y cuanto más enamoradas, más maestras. Tu *Lola*.»

V

Regresó Gabrielito á Pinarzuelo, no vencido precisamente, pero sí muy cansado. Tenía el rostro cejijunto y sombrío, impresas en él las huellas de la terrible fiebre, que agosta las mejillas, quema los labios y dobla la espalda. Sus manos temblaban y sus piernas no podían estarse quietas, síntomas ambos de grande excitación nerviosa; y al hablar, brillábanle inquietos los ojos, como acostumbrados á la perenne investigación, al azoramiento y al recelo. No eran ya los ojos del hombre fuerte, tranquilo y satisfecho siempre de sí mismo, sin locas ambiciones ni sueños de grandeza... Gabrielito se había transformado. ¡Oh, la urbe todopoderosa!

Cuando entró en su casa y sentóse en el antiguo comedor, cerca del hogar, en el que ardía un verdadero montón de leña, cuéntase que suspiró larga y profundamente y respondió á las preguntas de su padre con estas frases amarguísimas:

—Sí, tiene usted razón; aquí se vive muy bien, envidiablemente bien; pero una vez empezada la lucha hay que proseguirla hasta vencer. ¡Ay de los que se retiran á mitad de jornada!

La dulce Lola oyó también estas palabras y no pudo por menos de estremecerse de frío y terror. ¿Para qué suicidarse cuando tan risueña y apacible

Sentáronse á la sombra de un castaño secular. A pocos pasos, cantaba un arroyo su eterna y dormilona canción; más lejos, chirriaba una noria; á la derecha, laboraban pacientemente dos yuntas; á la izquierda, dormía un rebaño de cabras. Todo era paz sobre aquel rincón del planeta, la paz de la dicha y del sosiego. Vivamos en reposo y viviremos bien... Pero Gabrielito seguía soñando, indiferente y mudo ante la plácida hermosura del paisaje... Al cabo de un rato se levantó sin decir palabra y emprendieron juntos el regreso á Pinarzuelo.

Después, durante varios días, viósele seguir humildemente á Lola, dejándose llevar por ella á cuantos sitios se proponía, y empezando á participar poco á poco de su admiración por aquellas perspectivas lozanas en las cuales se iba prolongando la vida con ardorosos y sucesivos rejuvenecimientos. Quedábase ensimismado á ratos y de pronto rompía á charlar sin tino, lleno de alborozo, pegado á Lola, que parecía simbolizar en aquellos instantes á la Ventura encarnada en el Amor, con los ojos deslumbradores y los rojos labios ofreciendo mieles sin cuento.

Y vean ustedes cómo ocurren las grandes conversiones. Una pareja de palomas, cosa sencillísima y vulgar, acabó con las dudas de Gabrielito y sus peligrosos volatines en la cuerda floja de la vacilación. Sin duda debió ver algo sublime en aquel idilio al aire libre, por cuanto alzándose brioso y decidido, exclamó así ante la estupefacta Lolita:

—Abrázame, muchacha. Has triunfado. Entre las dos cimas, me quedo con ésta, menos elevada, pero sin tempestades.

J. Menéndez Agusty.

(Dibujo de Azpiazu.)

LOS JAPONESES DUEÑOS DE COREA.—AVANCE DEL EJÉRCITO JAPONÉS HACIA EL RÍO YALU

Fotografías de K. Yoshida, uno de los corresponsales de la ilustración inglesa «The Illustrated London News» que acompañan al ejército japonés



LLEGADA DE TROPAS JAPONESAS Á LA ESTACIÓN DEL FERROCARRIL DE SEÚL. (Reproducción autorizada.)



UN REGIMIENTO JAPONÉS DIRIGIÉNDOSE Á ICHÓN. (Reproducción autorizada.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

No menos entusiasmo que en Cataluña ha despertado en las Islas Baleares la presencia de S. M. el rey D. Alfonso XIII. Todas las principales poblaciones de aquel hermoso archipiélago, tan espléndidamente favorecido por la naturaleza, se han engalanado para recibir la visita del joven monarca, todas han organizado brillantes festejos para obsequiarle; todas han acudido á saludarle con aplausos y aclamaciones delirantes.

Dicho esto, que nos evitará incurrir en continuas repeticiones, vamos á hacer una ligera descripción del viaje de S. M. en aquellas islas.

Llegó el rey á Ciudadela á las seis de la tarde del 19, y después del *Tedéum* en la Catedral, presenció el desfile de las tropas, presidió la recepción, visitó la exposición de industrias locales y regresó al *Giralda*, en donde pernoctó.

En la mañana del 20 desembarcó en Mahón, visitó la Catedral, desde allí se dirigió á las Casas Consistoriales, en donde se celebró la recepción, y luego á los establecimientos de beneficencia, regresando después al *Giralda*. Por la tarde estuvo en el crucero *Lepanto*, en el fuerte de Isabel II y en el puerto de Fornells; por la noche se celebró en el puerto una fiesta marítima que resultó magnífica.

A las cuatro de la tarde del 21 llegó S. M. á Palma, desembarcando en el Club de Regatas, y entró en la ciudad dirigiéndose á la Catedral, en donde se cantó un *Tedéum*, y de allí al histórico palacio de la Almudaina, que hoy ocupa la Capitanía general. Inmediatamente verificóse la recepción, terminada la cual puso la primera piedra del edificio destinado á Monte de Piedad y Caja de Ahorros; después presenció el desfile de las tropas desde una tribuna levantada por la Diputación Provincial en la explanada de la Lonja, y se retiró al *Giralda*. Por la noche visitó el Centro Militar y el Círculo Mallorquín.

La mañana del 22 la dedicó S. M. á la visita de las defensas de costa y de la bahía, y por la tarde desembarcó el rey en el sitio llamado «Cas Catalá,» y en coche se dirigió, pasando por los pintorescos caseríos de Port-Pi y el Terreno, al castillo de Bellver, y desde allí á Palma, en donde visitó el campamento militar, la fábrica de alfombras de D. Juan Vidal, la Casa de Misericordia, el cuartel del Carmen y el precioso edificio de la Lonja. Por la noche el rey invitó á las autoridades, diputados y senadores á presenciar la iluminación y los fuegos artificiales desde el *Giralda*.

El día 23 verificóse la visita á las incomparables cuevas de Artá, que causaron profunda impresión en el rey; en la cueva denominada «Cuarto de las banderas» S. M. resbaló y cayó sufriendo algunas contusiones, por fortuna leves. Por la tarde el *Giralda* fondeó en el puerto de Alcudia, en donde S. M. no pudo desembarcar á causa del fuerte temporal que en aquellas aguas reinaba, haciendo luego rumbo á Pollensa. En la tarde del 24 visitó esta población; y por la noche, después de haber presenciado la iluminación de la bahía, el yate real marchó á Ibiza, adonde llegó en la mañana del 25. El rey se dirigió á la Catedral, inspeccionó la batería de Santa Tecla, celebró en las Casas Consistoriales la recepción de autoridades y corporaciones, y después de inaugurar el monumento dedicado al general Vara de Rey, se embarcó de nuevo en el *Giralda*, quedando en este punto terminada la expedición regia á las Islas Baleares.—S.

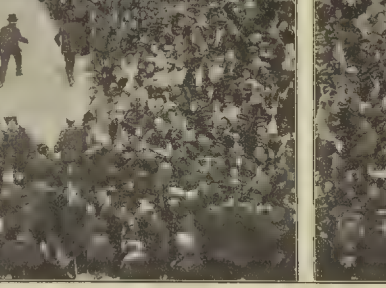


S. M. dirigiéndose desde el desembarcadero del muelle de costa á la plaza de Olózaga

S. M. pasando por el arco de triunfo levantado en la plaza de Olózaga por la Junta de Obras del puerto

S. M. el rey D. Alfonso XIII en Tarragona. – (Fotografías de D. Sebastián Cardona.)





Llegada de S. M. á la Catedral



Salida de S. M. de la Catedral

S. M. el rey D. Alfonso XIII en Tarragona. – (Fotografías de D. Sebastián Cardona.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Inmovilizada la escuadra de Puerto Arthur, toda la atención se concentra en las operaciones terrestres que se realizan en la frontera mandchú-coreana, en preparación de las que han de constituir las acciones de verdadera importancia, decisivas para la lucha entre Rusia y el Japón.

Las fuerzas que los japoneses tienen actualmente en la península de Corea se componen de un cuerpo expedicionario y otro de ocupación: el primero, de 45.000 hombres, avanza hacia el Yalu; el segundo, compuesto de 15.000 reservistas, asegura las comunicaciones.

S. M. el rey D. Alfonso XIII en Palma de Mallorca



Aspecto del puerto pocos momentos antes de la llegada de S. M.



Entrada de S. M. en Palma



Edificio de la nueva Caja de Ahorros (proyecto de D. Gaspar Benasar)



S. M. colocando la primera piedra del nuevo edificio de la Caja de Ahorros. (Fotografías de A. Merletti)



¡PRISIONERO!, cuadro de L. A. Tessier



EL TRAGO DE DESPEDIDA, cuadro de H. Umbricht

El cuartel general está en Seúl, cuya guarnición cuenta 4.000 hombres.

Según noticias oficiales rusas, los japoneses concentran al Norte de Witjiú, es decir, en la orilla meridional del Yalu, considerables fuerzas y un abundante material de pontones para atravesar el río; los rusos, por su parte, tienen el grueso de las suyas en Antung, población situada en la orilla opuesta, en frente de Witjiú, y el general Kashtalinski, que manda las tropas del Yalu, guarda la carretera de Seúl á Mukden y puede oponerse á un desembarque de los japoneses en Ta-Ku-Chan.

El efectivo del ejército ruso en Mandchuria consta de unos 300.000 hombres, de los cuales 200.000 constituyen el ejército de campaña, 55.000 las guarniciones de las plazas fuertes y el resto las tropas encargadas de la vigilancia del transiberiano. En vista de esto, y considerando por ahora suficiente el número de estas fuerzas, el gobierno ruso ha acordado suspender momentáneamente los nuevos envíos de tropas.

El almirante Alexeief ha dictado una proclama diciendo que serán capturados los buques neutrales que empleen la telegrafía sin hilos en las costas de Kuang-Tung ó en el radio de acción de las fuerzas navales rusas, siendo considerados como espías los corresponsales que empleen este sistema de comunicación. Esta rigurosa medida se explica desde el momento en que recientes hechos han demostrado que el Japón cuenta con un excelente servicio de espionaje. En efecto, hace poco fueron detenidos en la Mandchuria y fusilados dos oficiales japoneses á quienes se les encontraron útiles y explosivos con los cuales se proponían destruir la vía férrea. Posteriormente han sido también detenidos otros dos que se proponían atentar contra el general Kuropatkine. Más grave es lo ocurrido en Cronstadt, en donde se han lanzado, ignórase por quién, contra los dos nuevos cruceros *Izumriud* y *Iemtchug*, recientemente botados al agua, algunos torpedos que afortunadamente pudieron ser recogidos antes de que chocaran con dichos buques.

Y por si todo esto fuese poco, ábrese paso en los centros oficiales rusos la creencia de que la voladura del *Petropawlosk* fué debida á la explosión, no de una mina ó de un torpedo japoneses, sino de una máquina infernal. Fúndase esta creencia en el relato de algunos testigos oculares: refieren éstos que al ponerse el buque almirante al frente de la escuadra para regresar á Puerto Arthur, viéronse á bordo del mismo algunas nubes de humo y se oyó una pequeña detonación; inmediatamente surgieron entre las dos chimeneas una columna de humo y una gran llamarada y se produjo otra explosión más fuerte que la primera. Estas dos explosiones y la circunstancia de que, según el parte de Alexeief, la columna de humo era de color verde y amarillo (que son los del humo que desprenden los picratos con que se cargan las máquinas infernales), hace sospechar que la catástrofe del *Petropawlosk* fué consecuencia, no de una desgracia, sino de un acto criminal.

La escuadra rusa de Puerto Arthur ha tenido una nueva pérdida: una chalupa de vapor que colocaba minas, chocó con un torpedo, yéndose á pique y pereciendo su tripulación.

A pesar de todas estas contrariedades, el nuevo jefe de las fuerzas navales rusas en el Extremo Oriente, el almirante Skrydlof, cuyo retrato publicamos en el número 1157, se manifiesta muy esperanzado. «Espero—dijo antes de ser recibido por el emperador—que aún podré inquietar á los japoneses; la situación de las escuadras de Vladivostok y de Puerto Arthur permite todavía emprender operaciones serias, y por otra parte, cuento con la flota del Báltico para tomar con ella la ofensiva.»

Esta escuadra del Báltico, que se compondrá de catorce acorazados y cruceros y seis submarinos, no estará lista, según parece, hasta mediados de agosto, y por consiguiente, no podrá encontrarse en el teatro de la guerra hasta mediados de octubre. Acaso en aquel entonces ya se haya solucionado definitivamente por tierra la lucha entre Rusia y el Japón.—R.



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Palma de Mallorca
S. M. desembarcando en «Cas Catalá.» (De fotografía de A. Merletti.)



S. M. el rey D. Alfonso XIII en Palma de Mallorca
S. M. revistando el campamento de Santa Catalina. (De fotografía de A. Merletti.)

NUESTROS GRABADOS

Excmo. Sr. don Antonio Maura. Nació en Palma de Mallorca en 1853, estudió Derecho en la Universidad de Madrid y bien pronto se distinguió por su talento y por su elocuencia, logrando en poco tiempo constituir un buen bufete de abogado, que hoy es uno de los primeros de la corte. No menos brillante ha sido su carrera política: afiliado al partido fusionista, fué elegido por vez primera diputado en 1881 por su ciudad natal, cuya representación ha ostentado desde entonces sin interrupción, conquistándose desde luego merecida fama de gran parlamentario. Fué con Sagasta ministro de Ultramar y de Gracia y Justicia; pero en 1898 separóse con su cuñado Gamazo del partido en que hasta entonces había militado, si bien manteniéndose siempre adicto á los principios liberales. Muerto Gamazo, Maura fué el jefe de aquella disidencia, que al fin se fusionó con el partido conservador, que le reconoció como jefe cuando Silvela se retiró de la política. Actualmente desempeña la Presidencia del Consejo de Ministros. Como diputado y como ministro ha contribuído á la formación de importantes leyes y ha demostrado vastos y sólidos conocimientos en materias económicas y de marina de guerra. En el puesto que hoy ocupa ha demostrado condiciones de verdadero hombre de gobierno, que parecen indicar que á poco que le ayuden el Parlamento y el país, podrá realizar beneficiosas reformas. El reciente viaje del rey á Cataluña ha sido indirectamente un éxito para el señor Maura, que tuvo el buen sentido de considerar como suceso natural y lógico lo que otros presidentes del Consejo estimaban difícil y arriesgado. El atentado de que fué objeto en Barcelona proporcionó al Sr. Maura una de las manifestaciones de simpatía más grande que en nuestra capital se han tributado á un hombre público. Los hechos incalificables ocurridos á su salida de Alicante, después de haberse separado del rey, le conquistarán seguramente nuevas simpatías.

¡Prisionero!, cuadro de L. A. Tessier.—Mucho trabajo costó cogerlo, pues el hermoso gallo, viéndose perseguido, hizo proezas de agilidad que obligaron á la chicuela á echar los bofes dando saltos y carreras; pero al fin logró lo que se proponía, y sudorosa, jadeante, con el pelo desgreñado, ostenta triunfalmente entre sus brazos al prisionero, que en vano forcejea por librarse de aquellas manecitas que tan bien sujeto le tienen. El cuadro de Tessier que reproduce esta escena resulta altamente simpático; no se ha propuesto el pintor emocionar con un asunto trascendental; ha querido únicamente recrear los ojos y hasta el ánimo sin interesar al corazón ni á la cabeza. Y ha conseguido plenamente su objeto, pues contemplando su obra sentimos una impresión agradable y al mismo tiempo admiramos sus excelentes condiciones técnicas.

El trago de despedida, cuadro de H. Umbricht.—No hay en esta pintura un solo detalle que no revele la mano de un pintor peritísimo: el dibujo es de una corrección irreprochable, y aun cuando por la reproducción no podemos apreciar todas las bellezas del colorido, el hermoso grabado de Baude permite formarse idea de la suavidad de los tonos, de la armonía de colores, del arte exquisito con que están trazados los contrastes de luz y de sombra. Es, en suma, una obra que honra á su autor, y que sin ser en modo alguno efectista, halaga la vista, es decir, llena por completo uno de los fines del arte pictórico.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. *Salón Parés.* – Causa de agradabilísima sorpresa ha sido para nosotros la exhibición que de algunas de sus producciones ha organizado en el Salón Parés el joven artista Sr. Sardá. Y así lo decimos porque, aun conociendo sus aptitudes y excelentes condiciones, no pudimos suponer que en un período relativamente breve realizara tan señalados progresos como los representados por todos y cada uno de los varios retratos pintados al óleo y los hermosos dibujos que constituyen la exposición. Unos y otros han de estimarse como estudios, pues á no dudar, el artista se ha propuesto vencer escollos y dificultades, no limitándose, por lo tanto, á la reproducción del modelo, sino á dar el valor real y efectivo á cuanto había de contribuir á avalorar la obra. En este caso hállase el notabilísimo retrato de una niña, que por sí solo honra á nuestro amigo y basta, por sí solo, para hacer concebir gratas esperanzas para lo porvenir. Cuanto á los dibujos, bien merece otro aplauso. Trazados con seguridad y sin rebuscamientos, revelan la sinceridad y el propósito que persiguiera su autor. Algunos de ellos son verdaderamente recomendables.

Necrología.—Han fallecido:

C. W. Bunt, compositor inglés, autor de multitud de cantos populares, entre ellos de una balada que ha dado origen al vocablo *jingoísmo*, que equivale á ardiente patriotismo inglés.

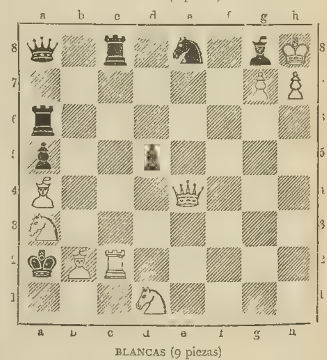
Sir Edwin Arnold, poeta y periodista inglés, ex director del Colegio Sánscrita de Puno (India).

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.

AJEDREZ

Problema número 363, por S. Loyd.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 362, por F. Möller.

Blancas.	Negras.
1. De1 – d2	1. Th3 – f3
2. Ad8 – g5	2. h6 × g5
3. Dd2 × g5	3. Cualquiera.
4. C, D ó T mate.	

VARIANTES.

2................ c2 – c1(D); 3. Ag5 – e3 jaq., etc.
1.. Tb7 – b6; 2. Ce5 – d7jaq., Ac8 × d7; 3. c7 – c8(D)jaq., etc.
1.. Tb7 × c7; 2. Ad8 × c7, etc.
1.. Otra jug.ª; 2. Dd2 × d6jaq., Rc5 × d6; 3. Ce5 – f7 jaq., etc.

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»Con aquella mujer estaba yo siempre destinado á forjarme ilusiones que no duraban un minuto y á experimentar temores que se tornaban al breve rato en la más absoluta confianza. No cabía duda en que yo me había engañado, atribuyendo á las acciones más inocentes un significado culpable. No era, pues, ella la halagadora, sino mis sentidos los que se abandonaban á un necio halago.

»Los relámpagos eran cada vez más frecuentes y parecían envolvernos por completo: el huracán, por largo tiempo suspendido sobre nuestras cabezas, se desencadenó de pronto; el horrible estampido de un trueno fué la señal de su violencia y acto continuo empezó á caer un furioso aguacero.

»La señora Albruzzi dió un grito y se estrechó llena de miedo contra mí en términos que yo percibía los latidos presurosos de su seno apoyado en mi brazo. Entonces abrí el paraguas, que era tan grande que á entrambos nos cobijaba perfectamente.

»Al instintivo grito que se le había escapado, la hermosa dama replicó con una hilaridad insensata; ella, poco antes tan tímida como una criatura, manifestaba una alegría infantil por aquel turbión, por aquellos relámpagos y por aquel vendaval.

»Aquella mezcla de audacia y de miedo tenía algo de fascinador.

»A la lluvia, que iba arreciando, se agregó poco después, para hacer más desastrosa nuestra marcha, el obstáculo del barro.

»Laura fué la primera en lamentarse de ello, y del mejor modo que pudo se levantó con una mano el vestido que le arrastraba. En aquel apuro, una parte de su cabellera se le había salido de la redecilla que la sujetaba, y agitada por el viento, me daba en la cara. La sensación que experimenté era la de una molicie próxima á la languidez, que me ofuscaba el pensamiento y acallaba la conciencia. Sentía que una fiebre nueva, pero no desconocida, me circulaba por las venas.

»Mi pobre Leticia estaba allí, á cincuenta pasos de mí, en los mismos apuros, luchando con la humedad, con las tinieblas, con el frío y con el lodo; pero yo no pensaba ya en ella.

»La bella dama estaba casi en mis brazos; sentía el contacto de sus formas y la imaginación me las representaba tales cuales debían ser; mi pensamiento llegaba á concebir la culpa. Tuve, sin embargo, un instante de vigor en que la conciencia tascó su freno; por todo mi cuerpo corrió un calofrío á la idea de lo que me había atrevido á imaginar, y como si el contacto de nuestros cuerpos pusiese también en contacto nuestras sensaciones, percibí el mismo calofrío en el cuerpo de Laura.

—»¿Qué tiene usted?, le pregunté haciendo un esfuerzo.

—»Tengo frío, me contestó sencillamente.

—»Debe usted taparse la cabeza.

—»Sí, pero no puedo; sólo tengo una mano libre.

»¿Quiere usted que la ayude?

—»Con mucho gusto.

—»Es que tampoco yo tengo más que una mano libre.

—»Déme usted el paraguas y le quedarán libres las dos.

»Obedecí; ella me indicó, con gracia llena de coquetería, cuanto debía hacer, y mis manos seguían sus indicaciones; le levanté el chal que tenía apuntado en el pecho y le cubrí la cabeza con él.

—»Muy bien, dijo riendo de mi torpeza; pero ahora me queda el cuello descubierto; tome usted mi pañuelo y póngamelo alrededor del cuello.

»Me daba estas órdenes con ligero acento de mando lleno de gracia; me temblaban las manos al rodear con ellas aquel cuello modelado como el de una Venus, al sentir el contacto de aquellas carnes mórbidas y frescas. Fué un pasmo dulce que prolongué sin advertirlo, pero no en verdad sin dar á conocer mi debilidad.

»Seguía lloviendo con más fuerza, y el agua rebotaba á nuestros pies con tanta violencia, que parecía una barrera viviente que retrocedía amenazadora ante nosotros. Yo estaba empapado de agua y lodo, y sentía una humedad fría que me penetraba hasta los huesos; continuos torbellinos de lluvia empujados por el viento nos daban en las manos y en la cara, y para guarecernos de ellos necesitaba llevar el paraguas tan bajo como lo permitía mi estatura: Laura se unió más á mí y apoyó la cabeza en mi hombro, de suerte que sus mejillas casi rozaban las mías... Mi corazón no luchaba ya, y mientras mi imaginación se prostituía bajamente ante la fuerza del deseo, mi conciencia callaba.

»Llegamos, casi sin notarlo y sin dirigirnos la palabra, al horno que hay á medio camino entre Melide y Lugnano. Leticia y el Sr. Albruzzi se habían refugiado en él, y nosotros entramos también.

»Yo esperaba ver, á la viva claridad de aquel sitio, en el rostro de mi compañera de viaje las huellas de la misma tormenta que acababa de pasar por mi corazón; pero observé que su mirada serena se fijaba con indiferencia en mi semblante. ¿Era la mirada de la inocencia ó de la provocación? Sintiéndome el pecho abrumado bajo el peso de la culpa, esquivé aquella mirada cuyo brillo no podía resistir.

»Mi pobre Leticia, ignorante de todo, acudió á mí y me echó los brazos al cuello delante de todos. Por primera vez, sin atreverme á rechazar aquella prueba de ternura, cometí la cobardía de ruborizarme.

***

»Aquella primera ingratitud fué para mi más amarga que el mismo peso de mi falta, porque era el primer fruto visible de ella. Mi conciencia se aterró, y el terror me comunicó una fuerza ficticia que me libró del yugo de los sentidos.

»Al ponernos de nuevo en marcha cuando cesó la lluvia, había ya recobrado el imperio sobre mí mismo en presencia de Laura, y los estímulos de su belleza me encontraron casi hostil.

»¿Advertía ella esta mudanza en mi proceder?

»Hacía ya rato que íbamos andando juntos y silenciosos; ella se había soltado un momento de mi brazo y yo no me daba prisa á ofrecérselo; miraba al cielo buscando una estrella; la calma volvía poco á poco á la naturaleza y á mi espíritu; Leticia iba delante de mí, y de vez en cuando su inocente sonrisa venía á sacarme de mi abstracción y á decirme que mi horizonte era todavía luminoso.

—»¿En qué piensa usted?, me dijo Laura tocándome el codo antes de llegar á la puerta de mi casa.

—»En nada.

—»Pues yo sé demasiado en lo que piensa usted, añadió con melancólica suavidad.

»Leticia y el Sr. Albruzzi se reunieron con nosotros y no se pudo decir más; las dos amigas se despidieron besándose, Albruzzi me dió la mano diciendo que iba á tomar un baño caliente y Paulino Gaggini dió á todos las buenas noches.

»Nos separamos.

»Cuando me quedé solo con Leticia, sentí que su presencia me embarazaba; la lucha de mi corazón con mis sentidos no había concluído aún; la conciencia debía pronunciar la última acusación; necesitaba estar solo para recogerme, para sondar las tinieblas de mi alma, para escudriñar todos sus rincones, para conocer mis fuerzas y vigorizarlas.

»Leticia era en aquel momento un reproche viviente para mí; y aunque mi voluntad no hubiera tomado parte en aquella momentánea relajación de las fibras, comprendía sin embargo que me bastaba haber pensado en delinquir para no ser ya digno de besar el rostro inocente de mi compañera y que tenía que recurrir al disimulo para contestar con la sonrisa á su sonrisa.

»Hubiera querido huir de su vista para no volver á presentarme ante ella sino purificado por la conciencia de mis fuerzas y por el arrepentimiento.

»Obligado á recibir sus caricias y á corresponder á ellas, sin haber acallado de antemano aquella voz que me vituperaba secretamente, fuí brusco de palabras y de modales, cosa que jamás me había sucedido hasta aquel día.

—»¿Qué tienes?, me preguntó mi esposa muchas veces.

—»Nada.

»Ella insistía.

—»¿Te sientes mal?

»Y animó sus facciones y su acento un temor tan compasivo, que cualquiera se habría conmovido. Pero yo no.

—»No tengo nada, contesté contrariado por aquella insistencia.

»Y volví las espaldas por no revelar mi turbación.

—»¡Luciano mío!, exclamó Leticia melancólicamente. ¡Luciano mío!

»Era un lamento, que me llegó al corazón como un reproche. Me volví, me acerqué á ella, la estreché contra mi pecho palpitante, le pedí por piedad que me perdonase, que me dijese que me amaba.

»Me obedeció como una niña.

»Pero ¿qué tienes? ¿Qué te ha sucedido?

»¿Qué tengo? Pensamientos tristes, desalientos invencibles; tengo miedo por nuestra felicidad. ¿No echas de ver cuán celoso de nuestro amor se muestra el mundo?, ¿cómo todos se conjuran para dividirnos, para separarnos? ¿Cómo hemos pasado hoy el aniversario de nuestro casamiento? Este día, que debía serlo de fiesta para nosotros, no ha sido más que un día de insípida alegría; á nuestra mesa se han sentado dos extraños, casi dos desconocidos, que se han interpuesto entre nosotros; no nos han dejado un momento para dedicárnoslo completamente; todo lo han violado, todo lo han profanado; su falsa amistad nos ha obligado á mostrarnos reservados, ha obscurecido la transparencia de nuestro amor.

»Aquel ángel me dejó hablar, y me contestó con un beso.

—»¿Era todo eso lo que tenías conmigo? ¿Era todo eso lo que me ocultabas? ¿Nada más?.. Pues bien: has de saber que tu pequeña Leticia ha estado pensando siempre en ti; ¿te atreverías á dudarlo?

»¡Te creo, te creo!

—»Pues entonces, pídeme perdón, porque has ofendido mucho á tu mujercita.

. . . .

»Me dormí más consolado, casi en paz conmigo mismo; pero durante el sueño la imagen lisonjera de Laura volvió á aparecérseme, y el delito me sonrió en los ojos de la sirena.

»Desperté conturbado; era el alba, me volví y vi á Leticia que se había despertado antes que yo y me miraba con ojos enamorados... ¡Ah! ¡Todavía tenía yo un ángel que velaba á la cabecera de mi lecho!

XX

Empieza la tortura

»Aquella mañana me separé de Leticia sin pesadumbre, en apariencia para ir á mis acostumbradas ocupaciones, en realidad para encontrarme solo, frente á frente de mi ángel malo, donde nadie pudiera turbar mis afanosos pensamientos y la conciencia pudiese hablarme en alta voz con su inexorable lenguaje.

»Yo no dudaba de mi corazón, tan lleno del amor de Leticia que no podía dar cabida á otro amor, pero recelaba de mis sentidos.

»Reproducíase en mi mente la voluptuosa fiebre del día anterior, y me hacía latir las sienes y estremecerme de espanto. Aquí estaba el peligro, aquí debía estar la lucha: mi pasado no estaba borrado enteramente en la historia de mi vida; aquel enemigo formidable con el que había combatido cuerpo á cuerpo lacerando las fibras juveniles, no estaba vencido del todo, y ahora surgía ante mí amenazador como un espectro pidiéndome un desquite. Mi naturaleza, sojuzgada por mi voluntad, se rebelaba otra vez; los años no habían sabido convertirla de esclava en amiga; eran todavía las mismas carnes, la misma sangre, los mismos nervios,—eran todavía los mismos enemigos.

»¿Qué había sacado de todo el sufrimiento soportado para domar mis fibras, si la primera provocación del delito las agitaba tumultuosamente? ¿Y estaba yo seguro de ser provocado? ¿Tenía la certeza de que aquella creencia no ocultaba un engaño de los sentidos? ¡Oh sí!, mi conciencia se sublevaba altivamente ante esta acusación; yo había visto cien mujeres más hermosas que Laura, y su belleza no había podido dar en tierra con mi indiferencia, y pude pasar junto

á la pompa de sus atractivos sin deseo y sin admiración. ¿Podía algo el mundo sobre mí? ¿Habría yo ido á mendigar su moneda falsa cuando guardaba en mi casa un tesoro? ¿Habría envidiado los mentidos halagos de los hombres, si poseía una felicidad tan verdadera que bastaba para que ellos me perdonaran? No, mi corazón no era cómplice de mis sentidos; únicamente la coquetería de aquella mujer fatal había interrumpido su sueño indiferente.

»Pero ¿aquella mujer me amaba? Un sentimiento secreto ó quizás una secreta debilidad, me hacía desechar instintivamente esta idea. A aquella pregunta contestaba interrogando el amor de mi Leticia; entonces sentía una dulzura inefable en el corazón, y como si una suave frescura orease mi frente.

»La comparación de aquellos dos afectos tan desemejantes me llevaba naturalmente á establecer la de aquellas dos almas tan desemejantes también; pero llegaba un momento en que ya no veía más que dos mujeres, y poco á poco pasaba á pesar mío á comparar su belleza corporal.

»Cuando yo advertía aquel olvido de mí mismo, me arrancaba de él con ímpetu; pero las ilusiones acariciadas me seguían como sirenas lascivas.

»Empecé á asustarme de mi mismo, á considerarme más débil de lo que era en realidad, á suponerme entregado por completo al albedrío de aquella mujer. Los anhelos, los afanes, las invocaciones, los juramentos hechos al cielo, no eran sino pruebas cada vez más patentes de mi debilidad, y motivo de nuevos desalientos y de nueva desconfianza.

»La idea de la lucha que se preparaba á mi alma abatía mi espíritu; no era ya la escaramuza enojosa trabada en mi juventud contra los primeros conatos de la falta, no era aquella sucesión de desconfianzas y entusiasmos, de caídas y de propósitos renovados diariamente con horrible tortura de la que debía salir, cual trofeo final de la victoria, un alma desdeñosa y un cuerpo sojuzgado; era una batalla tremenda que tenía por objeto el honor, la paz, el aprecio de mí mismo; era una lucha de la que yo debía resultar vencedor ó vencido en el primer encuentro, en la que un revés me habría arrojado en brazos de la vergüenza; era una lucha de la cual me era forzoso salir sin mancilla, no ya en el cuerpo, sino en el alma, porque la sola flaqueza de la imaginación y del pensamiento era á mis ojos una prostitución. Yo no debía solamente conservarme ileso para cumplir mis deberes, sino sobre todo para mi conciencia, para mi propia estimación: sin ella mi paz, la paz de mi hogar, quedaba destruida.

»Pero ¿podía? ¿Tenía bastante fuerza para ello? Sí, la tenía.

»Abandonado á mí mismo, en íntimo recogimiento y alentado por el amor de mi Leticia, aún podía reconstruir mi porvenir y sofocar la naciente tempestad de los sentidos bajo un cúmulo de felicidad y de amor.

* * *

»Cuando volví al lado de Leticia, tenía tomada mi resolución; yo no habría vacilado un momento más en remover del umbral de mi casa el obstáculo que turbaba nuestra intimidad; pero en vez de reunir todo mi valor y todas mis fuerzas para entrar temerariamente en la liza, determiné rehuir la lucha y recogerme enteramente en mi nido como quien se agacha para dejar pasar un conflicto.

»Leticia salió á recibirme festiva; había pasado el día con Laura y estaba de muy buen humor; le parecía que yo estaba triste, me preguntaba si había pensado en ella, si la había querido durante mi ausencia; y yo le contestaba disgustado pensando con despecho en aquella mujer que la había halagado mientras amenazaba herirla en el corazón.

»La ceguedad de Leticia era indicio de su franca confianza, y sin embargo esta franqueza me lastimaba el corazón como si tuviese parte en mi engaño.

»¿La señora Albruzzi ha venido?, le pregunté bruscamente.

»Por el tono de mi pregunta comprendió que estaba disgustado, y no me contestó.

—»Está bien, proseguí, está bien; esa mujer ha echado raíces en mi casa; esa mujer ha metido las manos en mi tesoro y se ha quedado con la mitad; en lo sucesivo ya no imperaré yo solo en tu corazón.

»Leticia me escuchaba sin replicar, mirándome con ojos suplicantes. Pero mi enojo, acallando la voz de la conciencia, me parecía tan generoso y tan noble, que no supe refrenarlo.

—»Lo ves, lo sabes; no me gusta esa mujer; me es insoportable. Créeme; á nuestra tranquilidad y á nuestro amor les interesa mucho que seamos solos á amarnos. Recobra poco á poco de ella cuanto te ha tomado para devolvérmelo á mí, que quiero ser exclusivo en tu cariño.

»Estaba hablándole así con acento más cariñoso, cuando se abrió de pronto una puerta y apareció Laura en persona.

»La hermosa dama pareció notar el embarazo que me causaba su inoportuna confianza, y nos pidió perdón con un gracioso mohín.

—»¿He interrumpido un coloquio íntimo?, preguntó á Leticia.

»La pobrecilla me miró á hurtadillas y procuró responder sonriendo con su acostumbrada bondad; yo guardé obstinado silencio.

»La señora Albruzzi me miró y se encogió de hombros, guiñando los ojos á Leticia; pero ésta fingió no advertirlo y permaneció impasible.

—»¿Pero aún no has empezado á arreglarte? ¿No te has peinado todavía?

»Leticia se puso colorada.

—»Por esta vez me has de perdonar: no me encuentro bien.

—»¿Perdonarte? ¡Ni por pienso! Has de venir: ¿no es verdad, Luciano, que debe venir?

—»No sé de qué se trata.

—»No he tenido tiempo de decírtelo, dijo Leticia; casi se me había olvidado. Laura da esta noche una velada sin pretensiones y ha venido á convidarme; le he dicho que te hablaría de ello y...

—»Y Luciano es tan amable que no querrá privarme de ese gusto. Es la última velada de este año; dentro de dos días nos iremos al campo... ¿Verdad que la dejará usted venir?

»Y al decir esto, Laura se acercó á mí y me puso familiar y cariñosamente las manos sobre los hombros.

—»Nunca he pensado en oponerme, dije; pero si Leticia no se encuentra bien...

—»Se le pasará..., ya se le ha pasado..., ¿no es verdad, Leticia?

—»Sí, creo que se me pasará.

»La señora Albruzzi palmoteó de contento y llamó aparte á mi esposa para hablarla del traje.

—»Ha de ser una velada íntima, sin ceremonias; por eso no te has de vestir con lujo.

»Cuando quedamos solos, Leticia me abrazó, temerosa de haberme disgustado, y me miró con ojos melancólicamente amorosos; yo me conmoví y la estreché entre mis brazos sin decir una palabra.

»No tengo yo la culpa, créelo; ha sido ella la que ha venido á rogarme; no he sabido negarme; pero tampoco le he dicho que sí; y aún estoy á tiempo si tú quieres..., me pondré mala y le enviaré á decir que me disculpe.

»E insistía con candorosa franqueza, con vivo deseo de hacer lo que yo quisiera ..

—»Tontuela, contesté; ya está hecho y no hay remedio; hace tiempo que tengo ganada la fama de adusto y no es necesario añadir esta nueva confirmación..., iremos á la velada de casa de Albruzzi.

* * *

»Aquella noche se había reunido mucha gente en casa de Albruzzi; las señoras lucían ricos trajes; los mozalbetes andaban prodigando cumplidos y frases galantes, el Sr. Albruzzi se multiplicaba para atender á todos, y la bella Laura hacía ostentación de toda la pompa de sus encantos y de sus coqueterías.

»Mi Leticia iba vestida con la mayor sencillez; un vestido de muselina blanca con cola y una flor azul en la cabeza, y nada más; su buena amiga la había engañado; pero no por esto estaba Leticia menos linda.

»Apenas pusimos el pie en el salón, nos separó Albruzzi, que acudió á dar el brazo á mi mujer. Me acerqué á Laura: ¡con qué sonrisa me recibió! ¡Qué incitante era su mirada!

»¡Cuánto gusto tengo en verle, querido Luciano!

»Y me pareció tan sincera, que sentí quebrantarse mis propósitos. Reuní, sin embargo, toda mi entereza para no venderme, quise parecer frío y sólo supe mostrarme desdeñoso.

»Laura fingió no advertirlo y me dejó para ir á saludar á Leticia; yo me retiré á un lado.

»Entretanto iba reinando alegre bullicio en las salas.

»Busqué con los ojos á Leticia y la vi sentada en un diván rodeada de media docena de petimetres que la hacían reir; ¿por qué no se rompió mi corazón en aquel momento? Al lado de mi mujer estaba Laura, con el relámpago de la felicidad en la mirada. ¡Qué triste me parecía su felicidad! Salí de la sala turbado.

»Al poco rato vino á buscarme Laura: empezaban los bailes.

—»Bailará usted conmigo, me dijo pasando su brazo desnudo por el mío.

»Perdone usted, no bailo nunca...

—»Hará usted una excepción por mí.

—»Lo siento mucho...

»Entonces pasearemos.

»Y sin darme tiempo para decir más, me llevó consigo.

»Estaba bellísima con su traje, que dejaba descubiertos los hombros y el seno, capaces por su blancura de deslumbrar los sentidos, y con su collar de perlas negras que resaltaban en la torneada garganta.

-»¿Ha visto usted á su mujer?

»Como no dijo *á mi pequeña Leticia* la miré fijamente para adivinar en su rostro el objeto de aquella pregunta; pero sostuvo impasible mi mirada.

-»¿No ha reparado usted en ello? Pues es la reina de mi fiesta; una reinecita muy adorada...

»A pesar de los esfuerzos que hizo por disimular, iba envuelto cierto despecho en estas últimas palabras.

—»¿De veras?, pregunté sintiéndome más fuerte ante su debilidad.

—»Como lo digo: allí la tiene usted; mire al Sr. D... como le va alrededor. Ese Sr. D... hace la corte á todas las mujeres.

—»También se la habrá hecho á usted.

»Ruborizóse ligeramente y en seguida prorrumpió en una carcajada.

»Es verdad..., á mí también .. ¡Ja, ja! ¿Tiene usted celos?

-»¿De quién?

—»Del Sr. D...

»Aquella pregunta me desconcertó: no podía dar crédito á tanta desfachatez.

—»¿Por qué debería tener celos?, le pregunté.

—»Porque hace la corte á su mujer de usted.

»La miré de reojo; su mirada de sirena encadenó la mía.

»Laura tuvo la bondad y el acierto de separarse poco después de mí para hacerme menos penoso el ridículo de mi silencio.

»Me pareció que se me quitaba del corazón un peso abrumador cuando se soltó de mi brazo; llena la mente de mil pavorosos fantasmas, me retiré al hueco de una ventana y me apoyé en el antepecho. Los postigos estaban entornados, y la brisa nocturna vino á refrescar mi frente abrasada por la fiebre de un pensamiento culpable.

»Pasé abstraído gran tiempo en la misma postura; los ecos de la danza llegaban á mi oído como si procedieran de lejos, y al través de las cortinas que me ocultaban, las parejas risueñas de bailarines pasaban ante mis ojos como en un sueño.

»De pronto un cuerpo opaco interceptó mis miradas; el baile había cesado; un grupo de jóvenes formaba corro delante de la ventana donde me encontraba. En aquel grupo se pronunció mi nombre; me acerqué y me puse á escuchar.

—»Tiene suerte en verdad ese Sr. Castelli: una mujer que parece una ninfa y una enamorada que semeja una diosa del Olimpo, decía uno.

—»¿Acaso crees que la señora Albruzzi está enamorada de él?, preguntaba otro.

—»¡Vaya si lo creo! Esa pobre mujer lleva escrito su mal en la frente. ¿No has visto cómo iba siempre á su lado?

—»Artificios de coqueta: lo mismo hace con todos.

—»Podrá ser, pero yo sé lo que me digo.

»De aquel cínico lenguaje no salía una voz para vituperarme, para unirse á mi remordimiento, para darme fuerzas; aquellos hombres fatuos y viciosos sólo sabían envidiarme; no comprendían ni veían otra cosa sino el cebo ofrecido á la brutal lascivia de mis sentidos, no podían suponer que yo sufriera.

»Los latidos de mi corazón parecían martillazos; hubiera deseado estar lejos para no oir aquella conversación, huir sin ser visto para substraerme á aquella vergüenza. Pero mi flaqueza fué mayor que mi remordimiento; y me adosé á la pared temiendo que me descubriesen.

—»¿Y *él*?, preguntó un tercero.

—»El hará lo que haría usted y yo si una mujer hermosa se enamorase de nosotros; la corresponderá ó fingirá corresponderla.

—»Entretanto, proseguía el otro, no falta quien se prepara á consolar á su mujer.

—»¿Quién?

—»El Sr. D...

—»Querrá perder el tiempo; esa señora es una *virtud probada*.

—»También la señora Albruzzi es una *virtud probada;* todas las mujeres lo son mientras no han *probado* nada. Donde empieza la Mesalina acaba la Lucrecia.

—»¡Gran mujer!, exclamó el primero que había hablado.

—»¿Quién? ¿Mesalina?

—»No, Lucrecia, la señora Castelli.

—»A mí me gusta más la señora Albruzzi; esa es toda una belleza clásica; hay algo de matrona y de sirena en ella: ¡qué formas!, ¡qué apostura!, ¡qué mirada!

—»No me habléis de matronas; yo prefiero las cositas delicadas, que parece que se han de deshacer en las manos y sin embargo están llenas de vida y os prodigan sus caricias de fuego como pequeñas tigres.

»¡Qué grito exhaló mi conciencia! ¡Cuán empequeñecido me sentía al ver reproducida ante mí la imagen brutal de mi delirio, teniendo que presenciar semejante profanación de mis afectos y hacerme cómplice de ella con la debilidad aconsejada por la vergüenza!

»Hubiera querido salir de mi escondite y confundir con una mirada desdeñosa á los sacrílegos; pero ¿acaso podía? ¿Podía mi conciencia consentir la librea de la dignidad ofendida en quien se envolvía en las ropas de la culpa? Entonces comprendí que la impureza de mi pensamiento había profanado ya el altar de mi casa y despojádome del sacerdocio.

»Escuché y callé; pude escuchar y callar; la vergüenza me tenía clavado en mi puesto.

»Cuando volvieron á resonar los instrumentos, aquellos jóvenes que tanto daño me habían causado sin saberlo se alejaron. Recobré las fuerzas de repente y salí de mi escondite, agitado, convulso; fuí en busca de Leticia, y sin decirle una palabra, le hice una seña; me miró, comprendió por la expresión de mi rostro que me encontraba allí violento y se acercó á mí alarmada.

—»Vámonos, le dije con voz apagada, vámonos.

»No replicó; se despidió de Laura, volvió con su abrigo á reunirse conmigo y nos marchamos, llamando la atención de la concurrencia estupefacta.

»Y mi conciencia, irguiéndose otra vez sobre las ruinas de mi corazón, me gritaba: «Agradece á esos hombres el mal que te han hecho; porque sin saberlo te han hecho mucho bien.»

»Leticia no se atrevió á preguntarme el motivo de tan brusca partida; pero su silencio no hacía menos necesario ó menos penoso mi deber. Era inevitable una explicación; pero ¿debía yo darla completa, sincera? Sí, debía, y no lo hice, no pude hacerlo; me faltó ánimo.

—»¿Quién es ese Sr. D... que andaba siempre á tu alrededor?, le pregunté con brusquedad.

»Me miró y se sonrió para desarmarme; mi cólera había cedido, pero mi hipocresía se mantuvo firme.

—»Tú lo has dicho, me contestó; es el Sr. D...

—»¿Y qué te decía?

—»Las tonterías de costumbre.

»Había tanto candor en su actitud y en sus palabras y tan ingenua sorpresa en sus miradas, que me conmoví, y me separé de ella para ocultar mi vergüenza. Pero me siguió cariñosa; creía que estaba celoso y derramaba lágrimas de ternura. Yo callaba: la muda desesperación se había enseñoreado por completo de mi corazón, arrojando de él hasta el remordimiento.

* * *

»A la mañana siguiente recibimos una carta de Pavía dándonos una mala noticia: la mamá Ersilia estaba gravemente enferma. Al saberlo, Leticia perdió el color y me miró con ojos extraviados.

»Comprendí lo que quería significarme.

—»Irás, si quieres, le dije.

—»¿Por qué no dices *iremos?*

»Ya sabes que mis ocupaciones...

—»Al menos por unos días.

—»Pues bien, sí, iremos.

»Esta promesa, que se me escapó casi á pesar mío, tenía sus inconvenientes á causa de los trabajos que debía suspender de pronto, pero iba acompañada de un grande, de un inestimable consuelo.

»Contemplé la soledad amenazadora de mi corazón, y me asusté. Tomé resueltamente mi determinación; mi puesto estaba al lado de la compañera de mi vida.

»Partimos aquel mismo día.

»Llena de regocijo al vernos, la mamá Ersilia, que estaba bastante mal, pareció mejorar un tanto; á los dos días de nuestra llegada se había animado mucho y una semana después le desapareció la calentura. Su restablecimiento parecía ya seguro. Comprendiendo que mi ausencia de Lugnano no podía prolongarse más sin graves perjuicios, se lo dije á Leticia, la cual dándome un beso y levantando los ojos al cielo me contestó:

—»Vete, yo me quedo; este sacrificio es necesario.

»La angustia me quitaba el habla: un no sé qué de profundamente triste habló á mi corazón en aquellas sencillas palabras; le dí un *adiós* prolongado, supremo, desesperado... y partí.

»Apenas me encontré solo entre las paredes desiertas de mi morada, mi corazón volvió á su suplicio, mi mente encontró la insidia de su afanoso pensamiento. Era una inexplicable sensación de miedo y de angustia, un terror misterioso, un tormento sin nombre; mi soledad me asustaba; veía surgir en ella más amenazadores, más gigantescos, los fantasmas del delito; me consideraba como un guerrero que hubiese perdido el escudo y la coraza; mi única defensa era ya el valor, y de este solo trozo de arma dependía mi salvación.

»Una idea á la que me era imposible resistir, una idea importuna, halagueña como caricia de mujer amada, atrayente como un abismo, acudía sin tregua á mi mente; Laura, la hermosa Laura, la deseada por cien corazones, me amaba. No era yo, no era mi necia vanidad quien lo decía, sino la gente; ante aquel afecto había caído la máscara de la coquetería de la mujer; no cabía ya duda: me amaba.

»¿Comprende usted todo lo terrible que se encierra en esta palabra que me abrasa los labios? ¿Puede usted imaginarse el suave deliquio del deseo, el ansia de la expectación, el estremecimiento del pavor y de la vergüenza, el agudo acicate de la conciencia, toda esa rabiosa lucha de sensaciones y sentimientos que debía estallar en torno á mi pobre vida?

»La vista de mi casa me hacía daño; salí, pasé todo el día vagando por las campiñas vecinas y trepando á las cumbres de los collados para huir de los hombres.

»Era la hora del ocaso, y yo, solo sobre una cima, veía el lago, la ciudad, el campo, las colinas circunstantes, el sol que se ocultaba detrás de las montañas; y todo esto mudo, indiferente, tranquilo, no decía una palabra á mi dolor.

»Unos ladridos repentinos interrumpieron el curso de mis ideas; experimenté como una sacudida, volvíme y vi á pocos pasos al Sr. Albruzzi, precedido de su podenco que se había detenido ladrándome y meneando la cola.

»Apenas me vió el Sr. Albruzzi, se echó al hombro su escopeta de retrocarga, y corrió á mí con su acostumbrada amabilidad.

—»Lléveme el diablo si me figuraba encontrarle á usted aquí, siguiendo los pasos de Fido; casi casi había creído tropezar con una fiera..., ¡ja, ja! ¿Y qué buen viento le trae á usted por acá? ¿Tiene usted alguna ocupación por esta parte?

—»Como ve usted, estaba contemplando el panorama de la ciudad. ¿Y qué tal la caza?

—»No me hable usted: si he querido disparar un tiro, he tenido que habérmelas con una golondrina que, á Dios gracias, no ha pasado más que el susto. ¡Cuánto me alegro de haber encontrado á usted! Lo menos hace una semana que no nos veíamos: ¿ha estado usted ausente?

—»Sí, he tenido que ir á Pavía, donde he dejado á mi mujer y he debido volver por exigirlo mis quehaceres.

—»¿Conque está usted viudo, es decir, soltero, libre? Pues aquí donde usted me ve, me hallo en la misma condición que usted; mi mujer se ha quedado en la quinta y yo voy á dormir á Lugnano... Haremos el camino juntos. ¡Qué fortuna! A mí me gusta verme libre de vez en cuando..., digo digo yo... de los fastidios del matrimonio; yo soy así, las *justas bodas* no han podido cambiarme; ante todo y sobre todo suelto..., ¡ja, ja!

»Dicho esto, se cogió de mi brazo y me llevó hacia Lugnano. Le seguí de mal grado. Por el camino me manifestó el oculto y gran designio que le inducía á posponer las delicias de su *quinta* (que todavía no era suya, pero que deseaba adquirir á todo trance) á las mefíticas emanaciones de la ciudad; se trataba de celebrar el santo de la señora Albruzzi y de un enorme ramo que aguardaba de Génova.

—»¡De Génova! ¿No está un poco lejos? Las flores no podrán estar muy frescas.

—»¿Qué quiere usted? Tal es la costumbre: el ramo, viniendo de Génova, parecerá más fresco que si acabaran de hacerlo en un jardín de Lugnano. La moda, digo yo, tiraniza también á las flores. Como usted ve, esta misión galante me ha proporcionado la ocasión de encontrarle aquí; conviene que uno se muestre complaciente con su propia mujer á lo menos una vez al año. ¡Já, já! Ya, ya sé que hablo con la Penélope del sexo masculino; por este concepto estamos usted y yo en los antípodas; á mí me gusta vivir independiente...

—»Y suelto, sobre todo suelto...

—»¡Bravo! Veo que está usted de buen humor, al momento lo he conocido; pero oiga usted, se me ocurre un proyecto: ¿me promete usted aceptarlo?

—»Dígame antes cuál es.

—»Venga usted á celebrar con nosotros el santo de mi mujer; nos divertiremos juntos; saldremos de Lugnano mañana por la tarde, pasará usted la noche del sábado y todo el domingo en mi quinta..., y digo mía porque me he jurado á mí mismo que ha de ser mía..., y se marchará usted el lunes por la mañana.

»En esto llegamos á Lugnano y faltaban pocos pasos para estar en mi casa; la charla de aquel hombre no me había hecho salir enteramente de mi preocupación, é iba pensando en Laura, en Leticia, en mi porvenir.

—»¿Conque acepta usted?

—»¡Ah! Sí..., es decir..., mañana hablaremos; no lo dude usted, mañana nos ocuparemos de ello.

XXI

La quinta Albruzzi

»Estuve pensando en ello casi toda la noche; volver á ver á Laura mientras duraba la batalla de mi corazón, era ponerme de nuevo en un trance que podía serme fatal. Convenía encontrar un pretexto y no aceptar la invitación.

»Me levanté de la cama muy temprano y abrí la ventana que daba á la casa del Sr. Albruzzi; y precisamente en la ventana que había enfrente de la mía estaba mi jovial vecino, puesto de bata y con los codos apoyados en el antepecho. Su eterna sonrisa le iluminaba el rostro; ¡qué serenos horizontes tenía la vida de aquel hombre?

—»Buenos días.

—»Buenos días.

»Conque ¿lo ha pensado usted ya?

—»Verdaderamente... no; pero temo que no haremos nada.

—»¡Diantre, diantre! Mi mujer lo sentirá mucho.

—»¡Su mujer de usted!

—»Justamente: como que me había dicho que le sabía muy mal que pasáramos su santo solos como dos gatos; me encargó que los convidara á ustedes..., á Leticia y á usted..., quería celebrar esa fiesta con los amigos, pasar un día como el del aniversario del casamiento de usted, dejando aparte los relámpagos y la lluvia, ¿se acuerda usted?

»¡Qué recuerdo! Acudieron á mi memoria las galanterías de que Leticia había sido objeto aquel día, el ramo de flores, el medallón, y no pude encontrar palabras para insistir en la negativa; por todo lo cual acepté.

»Fuí á casa de un joyero para comprar alguna pequeña alhaja que regalar á Laura; era una necesidad, una especie de deuda que estaba en el caso de pagar, y sin embargo me estremecía la idea de que se me pudiese atribuir otra intención.

»El medio de que me valí para hacer bien patente mi propósito fué vulgar en demasía, y no debía dar una idea muy favorable de mi inventiva; pero no era esto lo que me importaba. Escogí un medallón muy parecido al que el Sr. Albruzzi había regalado á mi mujer y un ramo de flores.

»La imitación, que debía ser prueba de indiferencia, hacía más ostensible mi debilidad; y la sonrisa con que la bella dama recibió mi presente, no me dejó la menor duda acerca de ello. ¿Me había vendido yo mismo? Esta duda aumentaba mi afán; sin embargo, supe disimular mi turbación en presencia de Laura, la cual me acogió con alegría y me agasajó como se agasaja á un amigo.

»Era el mediodía de un caluroso día de agosto y el sol nos lanzaba sus rayos de fuego; á aquella hora y en aquel sitio todo estaba en silencio; los pájaros, escondidos en la frondosidad de los árboles, callaban; la naturaleza parecía deslumbrada por aquel piélago de luz.

»Por una prolongada calle de abetos pasamos á la casita pequeña, pero alegre con sus persianas verdes, floridos arriates que se extendían delante de ella, y con el sol cuyos rayos se quebraban en las vidrieras.

»Laura nos había visto llegar y salió á recibirnos hasta el principio de la alameda, donde nos habíamos apeado del carruaje; el calor y el polvo nos habían sofocado, por lo cual, al entrar en la sala, Albruzzi se dejó caer con todo su peso en un sillón, y estimulado por el ejemplo, le imité riendo. Laura no dijo una palabra y se retiró: al cabo de un cuarto de hora volvió y nos dijo en tono de broma:

—»Las habitaciones de los señores están preparadas; Luciano, haga usted el favor de darme el brazo y le acompañaré á las suyas.

»Subimos unos cuantos escalones y pasamos á una sala espaciosa: Laura me señaló una puerta y me dijo:

—»Aquí se encuentra usted en su casa en todas partes; pero esas son las habitaciones destinadas para usted; necesitará usted descansar; son las dos y no comemos hasta las cinco; la campana le avisará.

»No sé lo que contesté, y entré en mis habitaciones.

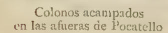
(Continuará)

En las reservas indias, por R. S.

Hace mucho tiempo, cuando la corriente de la inmigración comenzó á invadir, en tortuoso curso, las tierras del extremo Oeste de los Estados Unidos, el codicioso anglo-sajón tuvo á bien señalar ciertos lugares donde pudieran morar en paz, durante el curso de los siglos, los primitivos poseedores de aquellas tierras. Eligió, en el inmenso desierto, determinados valles y montañas; limitóles en forma cuadrangular, colocó soldados que no permitieran traspasar esos límites, y en esas extensas reservas, que así se llamaron esas porciones del país, vivieron los indios.

«Nos quitaron nuestras tierras y en cambio nos dieron camisas, decían los indios Bannock.»

Diéronles camisas y ganados y libros para que leyeran aquellos niños semisalvajes. Vagaban, pues, los indios por aquellas tierras de millones de acres de extensión, comían y en su mayoría estaban contentos. Pero el destino de los anglo sajones es ir siempre adelante sin detenerse, propagando la civilización, cultivando las tierras, abriendo caminos, fundando ciudades; por esto se extendieron como una inundación por todo el Oeste, y las reservas semejaban islas estériles en medio del mar del progreso.


Colonos acampados en las afueras de Pocatello

Vieron los anglo sajones aquellos terrenos no cultivados y afligiéronse de tal estado de cosas. ¡Cuánto mejor no sería que aquellas extensas llanuras de los indios se dividiesen en parcelas y se convirtiesen en verdes campos de alfalfa y trigo! ¿Y las montañas? ¿Qué tesoros de oro, plata y cobre no estarían tal vez ocultos en sus entrañas?

Sucedió lo que tenía que suceder. Hace años que los anglo-sajones comenzaron á traspasar los límites que ellos mismos habían fijado y á apoderarse de las tierras de los indios. Diéronles dinero; pero el indio estaba cien veces mejor sin él; diéronles ropas que fueron nuevos manantiales de rápidas y mortales dolencias, y alimentos, que el indio devoró volviendo á quedar hambriento. Con aparente honradez diéronles cuanto tenían que darles; el indio voluntariamente aceptó un contrato en que salía perdiendo, y el anglo-sajón, como siempre, adquirió terrenos y más terrenos.

Así es que la invasión de las reservas de los indios, consecuencia de la devoradora civilización de la raza blanca, ha sido un episodio frecuente y dramático del progreso del Oeste. Apenas transcurre un año sin que pierdan los indios algo de sus dominios; reserva tras reserva, en todo ó en parte, se han ido abriendo á la colonización y continúan abriéndose hoy día. Todo el territorio de Oklahoma, que pronto será un Estado, ha sido de ese modo arrebatado á los indios.

Hace treinta y cinco años, las tribus guerreras de los Shoshones y de los Bannock hicieron un tratado solemne con el Abuelo Blanco del Este, como llaman los indios al presidente de los Estados Unidos, en virtud del cual un territorio despoblado, en el extremo Sudeste de Idaho, debía servir de morada á aquellos indios y sus descendientes para siempre. Era casi un cuadrado de 40 millas de lado y recibió el nombre de Reserva india de Fort Hall. Aquellas dos tribus se conformaron con abandonar todos sus territorios, situados en la vertiente occidental de las montañas Rocosas, de 800 millas de extensión, y se resignaron á vivir en aquella reserva. Cuando intencionalmente ó por error cruzaban sus límites trazados sobre el papel, los soldados les obligaban á retroceder.

Pero los blancos continuaban implacables su marcha hacia el Oeste, y para llegar al Mar Pacífico, trazaron un ferrocarril á través de la reserva. Pudo haberse dado un rodeo, pero eso hubiera sido perder tiempo, y después de todo, ¿qué consideración había de guardárseles á unos cuantos indios? Después de tener ferrocarril necesitaba fundar una ciudad, y para ello eligieron el sitio mejor de la reserva.

Nació el pueblo de Pocatello y creció, y desde él partió un ramal de ferrocarril, cruzando la reserva en otra dirección. De todas partes acudieron luego pobladores, que principiaron á establecerse en la reserva, y los soldados, que tanto cuidado habían tenido de que no salieran los indios, ninguno pusieron para que no entraran los blancos.

Extendióse el rumor de que en las montañas había minas de oro y cobre. ¿Para qué querían minas los indios?, se dijo el anglo-sajón con su inflexible lógica; ellos no necesitan el oro ni el cobre, ellos no gustan de trabajar, luego esas tierras deben ser nuestras, y en el acto comenzaron á dirigir peticiones á Wáshington. Los representantes del pueblo opinaban que no debían detenerse las ruedas del carro del progreso, que á los indios se les había dado tiempo para que cultivaran las tierras y no lo habían hecho, y que por lo tanto debían ser arrojados de ellas. Y continuaron las peticiones para que se repartieran y siguieron los indios impasibles, sin preocuparse del mañana, hasta que llegó el día en que se les presentaron los comisionados del gobierno proponiéndoles la venta de su territorio. Negáronse al principio; pero tanto insistieron los comisionados, que al fin se cerró el trato el 5 de febrero de 1898, firmándole, con una cruz toscamente trazada, 244 guerreros de las tribus.


Llegada del tren á Blackfoot

Salida de los corredores de Pocatello

El tesoro público debía pagar 600.000 duros, de los que 75.000 se invertirían en una escuela, que ninguna falta les hacía á los indios, y el resto se repartiría en partes iguales entre todos los hombres, mujeres y niños de la reserva, 100.000 en el acto y los demás á plazos, durante nueve años.

El americano es por naturaleza hombre de negocios; su gobierno había comprado 418.000 acres de terreno por aquella cantidad, resultando que cada uno le había costado un duro y 45 centavos; pues bien, púsolos á la venta en las siguientes condiciones: á 10 duros el acre situado á menos de 5 millas de Pocatello, á 2'50 los demás laborables y de riego, y los restantes á 1'25. En resumen, pagó 600.000 duros, de los que sólo entregó á los indios 525.000, el resto quedó para la escuela que había de crearse, y la venta de los terrenos á los precios fijados importaba 1.172.000 duros; quedaba, pues, una ganancia líquida de 572.000.

Cuatro años se pasaron en preparativos y formalidades burocráticas; pero llegó al fin el gran día en que habían de tomar posesión de las parcelas, el 18 de junio de 1902, los que las habían adquirido.

En Pocatello hacía aquel día mucho calor, y el aire se hallaba impregnado de polvo fino que el viento trae del desierto.

Toda la semana anterior habían estado los trenes trayendo pasajeros; la ciudad estaba llena y muchos forasteros acampaban en las cercanías.

De todas partes habían acudido gentes atraídas por el juego que se preparaba; recorrían las calles de Pocatello, llevando en las manos diversos objetos, conferenciando en voz baja, conjeturando, haciendo proyectos, preparándose. Llegaron otros corriendo, á caballo, desmontaron, volvieron á montar y de nuevo salieron corriendo. Algunos venían de las montañas del Trueno, en Idaho, contentos, á pesar de no haber encontrado allí las minas de oro que buscaban, é impacientes por ver si ahora la fortuna les era más propicia. Otros eran veteranos que habían tomado parte en todas las carreras que se habían celebrado en Oklahoma y que daban consejos á los novatos. El humo salía de las chimeneas de la oficina de ensayos, y en ella había jóvenes rojos y sudando á fuerza de trabajar, ensayando algunos pedruscos que lograran traer de las montañas, á pesar de estar prohibido penetrar en la reserva, y esperaban con ansiedad el resultado de los experimentos hechos en retortas y crisoles.

El ruido, la confusión y el movimiento eran extraordinarios, y á pesar de ello los indios recorrían la ciudad impasibles, dignos, con lentitud, sin comprender nada de lo que pasaba y sin ser comprendidos.

Las reglas del juego eran perfectamente conocidas, sencillas como el volver de una carta. Hasta las doce del día en punto no se podía entrar en la reserva. Cada cual podía situarse donde quisiera en la ciudad de Pocatello ó en sus inmediaciones, y en el momento en que sonaron las doce, echaban todos á correr, cada cual en dirección á la parcela que deseaba, fijaban en ella el anuncio de haber tomado posesión y en seguida regresaban corriendo para marchar á caballo, en bicicleta ó por el ferrocarril á la oficina de terrenos de los Estados Unidos



La plaza de Pocatello el día antes de las carreras

situada en Blackfoot. El que primero llegaba á la oficina y hacía su petición de una parcela determinada, la obtenía á los precios ya fijados por el gobierno. Si se trataba de una parcela de tierras de primera calidad, muchos eran los que corrían para lograrla y el que más pronto llegaba la obtenía. Pero no siempre sucedía así, porque había muchos que no aguardaron al mediodía para penetrar en la reserva, fijar su toma de posesión y adelantarse á los de buena fe en el camino de Blackfoot. Sólo había para vigilar los límites de la reserva, que abraza 350 millas cuadradas, 35 policías montados. Por esa causa fueron muchas las disputas que surgieron y los revólvers que se dispararon, y muchos los abogados que acudieron para hacer con la lengua las ganancias que los otros lograban con los pies. Allí se hallaban todos congregados, recibiendo los rayos de un sol abrasador y enterrados los pies en la ardiente arena, esperando con impaciencia el silbido, que había de sonar al mediodía en punto. Allí estaban todos los habitantes de la ciudad y todos cuantos vehículos en ella existían. Allí estaban alegres, excitados, contemplando el árido desierto que ante ellos se extendía y que pronto habían de hollar sus pies y los cascos de sus caballos. Algunos habíanse quitado los zapatos y montaban sus caballos en pelo para ir más ligeros; unos iban en carros, otros en bicicletas; los unos hablaban, otros permanecían silenciosos. A cada minuto salían á relucir los relojes; otros miraban al sol, esperando todos, nerviosos é impacientes, la señal de la partida. Al cabo de algunos minutos, que parecieron una eternidad, sonó el pito de la fábrica inmediata, y todos partieron á escape, hundiendo las espuelas en los ijares de sus monturas, encorvado hacia adelante el cuerpo, saltando por encima de los matorrales, todos juntos y confundidos, jinetes, carros y bicicletas. Todos al principio marchaban unidos, en una misma dirección, levantando tras sí inmensa nube de polvo, semejando una formidable carga de caballería; luego iban adelantándose al grueso de la columna los más fuertes y ligeros. Algún tiempo después sólo se distinguía, alejándose cada vez más, una tromba de polvo y arena.

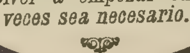
Aún quedaba por hacer la segunda etapa, desde las tierras de la reserva hasta las oficinas de Blackfoot. En ella entraba un nuevo factor, el ferrocarril que cruza por aquellos terrenos. A algunos se les ocurrió la idea de emplear el vapor en competencia con los caballos y alquilaron una locomotora, pero fueron tantos los que pensaron eso mismo, que la empresa dispuso preparar un tren especial que partiría de la estación de Maclammon á la una y media, dando así á los corredores hora y media de tiempo para volver de sus parcelas.

Imposible describir la confusión, el ruido, los empellones, gritos y vociferaciones con que aquella multitud frenética se precipitó fuera de los vagones, invadió las calles y tomó por asalto las oficinas donde había de procederse al reparto de las parcelas tan solicitadas.

De ese modo desapareció la reserva india de Foot Hall, los blancos transformaron por completo el aspecto de aquellos terrenos en poco tiempo y los infelices indios han ido á establecerse aún más al Oeste, de donde á su vez, más tarde ó más temprano, serán también arrojados. R. S.

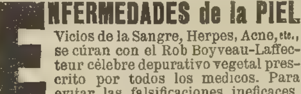
(Dibujos de E. Blumenschein.)

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.



ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII. El yate real *Giralda* saliendo del puerto de Barcelona. (De fotografía del Cosmos Fotográfico.)

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (*Francia*).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

Franco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 16

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Todas Farmacias y Droguerias

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, *Rue Saint-Honoré, 165.* — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
Soberano contra
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 9 de mayo de 1904 — Núm. 1.167



Viaje del Presidente de la República Francesa á Italia.—Llegada de M. Loubet á Roma. Dibujo del natural de F. Matania

En la tarde del domingo 24 de abril llegó á Roma el tren que conducía á M. Loubet y á su séquito. Esperábale en la estación S. M. el Rey de Italia, acompañado del conde de Turín, del duque de Génova y un brillante estado mayor. El Rey y el Presidente se saludaron muy cordialmente, y subiendo al mismo coche dirigiéronse al Quirinal, seguido de una interminable fila de carruajes, en el primero de los cuales iban los Sres. Delcassé, Barrere, Giolitti y Tittoni.



REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: extraordinario desarrollo de la riqueza natural: la inmigración: los ferrocarriles: elección de diputados y preparativos para la elección presidencial. *Chile:* las crisis ministeriales: los territorios de Tacna y Arica: propósitos de formar una nueva República. – El Cristo de los Andes. – *Perú:* el presidente: el terremoto de 4 de marzo. – *Ecuador:* la cuestión de límites con el Perú: el arbitraje de España: el protocolo de 19 de febrero: el conflicto de Angotera y su solución. *Honduras:* la dictadura de Bonilla.

Difícil será, seguramente, encontrar en la historia económica de nación alguna —como no sea en ciertos períodos de la del pueblo yanqui— casos de mayor y más rápido y sorprendente desarrollo de la riqueza natural que el que ahora se viene realizando en la República Argentina.

En la *Revista* de marzo consignamos ya datos que daban idea de las proporciones considerables que toma allí el comercio exterior, sobre todo el de exportación.

El año 1904 se anuncia con mejores auspicios todavía. Aumenta la producción de cereales y mejoran los precios como consecuencia del conflicto ruso-japonés. Hay quien supone que, colocada en los puertos de embarque, la cosecha de 1903-1904 de trigo, lino y maíz producirá la suma de *trescientos millones de pesos.*

Conviene tener en cuenta que el aumento de la producción argentina no coincide con el de la inmigración. Antes al contrario, ésta permanece estacionaria, y aun durante el primer semestre de 1903 la emigración excedió á la inmigración. Considérese, pues, lo que puede dar el suelo argentino el día en que acuda á él la inmensa población necesaria para poner en cultivo las vastísimas extensiones de terreno que todavía esperan la fecunda y potente acción del trabajo.

De los 76.000 inmigrantes que recibió la República en 1903, 40.000 eran italianos y algo más de 20.000 españoles. Eran agricultores 24.000, jornaleros 15.000, comerciantes 4.000, sirvientes otros 4.000. Los demás, niños (11.000) y dedicados á industrias y profesiones varias.

Las comunicaciones y el tráfico en el interior confirman la prosperidad material del país. Los ferrocarriles han transportado en 1903 tres millones más de toneladas que en 1902, lo que representa un aumento del 20 por 100. Se han abierto al servicio público durante el año 1.000 kilómetros de vía férrea, cuyo coste ascendió á 22.000.000 de pesos oro. Los beneficios han excedido de 6.000.000, y con ellos se aproxima ya al 5 por 100 el término medio de utilidad sobre el capital total invertido en los ferrocarriles.

En marzo se hicieron las elecciones para renovar la mitad de la Cámara de Diputados, conforme á la nueva ley electoral, que estableció el escrutinio impersonal por circunscripciones en vez de escrutinio general por provincias. Triunfó el partido nacional. Por primera vez va á estar representado en la Cámara, con un diputado, el partido socialista.

Después, el 10 de abril, se efectuó la elección de los delegados que en junio próximo designarán al nuevo presidente que debe tomar posesión del poder el 12 de octubre. Obtuvieron mayoría en las provincias los partidarios de D. Manuel Quintana, candidato del partido nacional, ó sea del general Roca, actual presidente. En Buenos Aires vencieron los de la oposición. Sin embargo, aún no puede darse por segura la elección de Quintana. Trabajan mucho los amigos del Sr. Uruburu, del partido republicano, y hay un candidato de transacción muy bien conceptuado, D. Marcos Avellaneda, ministro de Hacienda, autor de importantes proyectos de ley sobre unificación de la deuda exterior y conversión gradual del papel moneda.

En Chile continúan á la orden del día las crisis ministeriales. El período presidencial de Riesco dejará memoria por la instabilidad de sus gobiernos. El predominio del militarismo dió apariencias de engrandecimiento á esta República, y se creyó que sus hombres de Estado tenían un gran sentido político y que Chile iba á ejercer por derecho propio la hegemonía en la América del Sur. Ahora se va viendo que los que supieron organizar escuadras y ejércitos para ganar victorias en mar y tierra, no saben gobernarse. Puede decirse que Chile es un país sin gobierno, un Estado anárquico. El presidente actual carece, por lo visto, de autoridad moral y de energía, y si pronto no se pone remedio á tal situación, de temer es que sobrevengan acontecimientos de extrema gravedad.

Ni los presupuestos pueden regir oportunamente. El de 1904 se ha votado con gran retraso, porque no hay medio de que senadores ni diputados se entiendan con esa inacabable serie de crisis ministeriales y el consiguiente desorden y confusión en los partidos políticos.

En abril se formó ministerio nuevo; no sabemos si el centésimo de los de Riesco, porque ya se pierde la cuenta. Lo formaron prohombres del partido liberal, que al día siguiente de constituirse sintieron la necesidad, para poder vivir, de avenirse con los conservadores.

En tal situación, compréndese que no pueda haber política bien definida respecto de los asuntos de carácter internacional, ni mucho menos acierto ni perseverancia para llegar á soluciones que satisfagan convenientemente á problemas de vital interés nacional. Se trató de incorporar definitivamente á Chile los territorios de Tacna y Arica, haciendo caso omiso del pacto de Ancón y de posteriores convenios con el Perú. En otras circunstancias no hubiera sido difícil realizar tales propósitos. Ahora, los mismos habitantes de esos territorios se sienten con fuerzas para librar batalla á los efímeros gobiernos de Chile y tratan de formar nueva República en unión con la provincia de Tarapacá.

El caso de Panamá pudiera reproducirse, y como los yanquis intervienen, con daño de las Repúblicas hispano-americanas, en todo cuanto pueda debilitarlas, se recela que estimulen y favorezcan el movimiento separatista.

Sobre una de las cumbres de la cordillera de los Andes, á 6.500 metros sobre el nivel del mar, en la frontera chileno-argentina, álzase monumental estatua del Salvador de los hombres, allí erigida, el 13 de marzo, para perpetuar la memoria de los famosos pactos que impidieron lucha fratricida entre dos Repúblicas del Sur de América.

Hermoso discurso pronunció, al inaugurarse el monumento, el ministro argentino de Relaciones exteriores Sr. Terry. «Nuestra obra humana, dijo, queda bajo los auspicios del Hombre-Dios, que desde lo alto de su gloria nos dice: «Venid á mí, porque yo soy la resurrección y la vida; venid á mí, pueblos hermanos, porque yo conservaré durante los siglos de los siglos la paz en vuestras fronteras...» Nuestro programa para lo porvenir debe ser de trabajo, de progreso y de fiel observancia de los deberes internacionales, porque los pueblos, como los hombres pertenecientes á sociedades cultas, se hacen respetar *más por la corrección de su conducta que por su fuerza.* Al trabajo, al progreso y á la fiel observancia de los deberes internacionales agreguemos la unión cimentada, no tan sólo en tratados de alianza, sino en el respeto y la estimación nacidos del trato continuo y amistoso de pueblos y gobiernos. La unidad de raza, la comunidad de religión, la situación geográfica de estas naciones, su vecindad que constituye manantial inagotable de deberes y de derechos comunes, así como la semejanza de aspiraciones y de intereses, son elementos que forman una entidad bien definida. Con la paz en el interior y en el exterior, con el progreso y la unión, esta entidad sudamericana será grande, poderosa y respetada.»

Cartas de Lima, recibidas en Madrid en los primeros días de abril, daban ya noticia del mal estado de la salud del presidente Sr. Candamo. Un telegrama del 3 del mismo mes nos hizo saber que había tenido que abandonar las tareas de su cargo, y otros posteriores consignan la esperanza de que en breve pueda restablecerse y tomar de nuevo parte activa en la dirección de los asuntos públicos.

El 4 de marzo, en las primeras horas del día, se sintió en Lima y en otras localidades del Perú violento temblor de tierra. Las desgracias personales fueron pocas; pero el fenómeno causó grandes daños en los edificios públicos y particulares. La hermosa Casa de Correos perdió su fachada, sufrió desperfectos considerables el muelle del Callao, el ferrocarril de la Oroya tuvo que suspender su servicio, cerráronse varias fábricas por la imposibilidad de continuar los trabajos, y en Tambo de Mora se desbordó el río y las aguas arrasaron los campos y destruyeron las casas.

Por el tratado Espinosa-Bonifar de 1887, Perú y Ecuador sometieron el arreglo de sus fronteras al arbitraje de España. Dichos gobiernos ajustaron después entre sí un tratado de límites que fué rechazado por el Congreso del Perú. Intervino posteriormente Colombia en 1894, y se subscribió un convenio *tripartito,* sometiendo de nuevo la cuestión de fronteras al arbitraje de España. Pero este convenio tampoco llegó á aprobarse definitivamente.

Como el tratado Espinosa-Bonifar quedó firme, el Ecuador dirigió en mayo de 1901 un memorándum á España para que trocase sus funciones de árbitro por las de amigable componedor. Después, en enero de 1902, Colombia firmó con Chile un convenio para que ambos países gestionasen de España la renuncia á su papel de árbitro. Aislado el gobierno del Perú, insistía en el arbitraje español como única garantía para él.

La tal controversia de límites, que data casi de los días de la independencia, ocasionaba ya cierta tirantez de relaciones entre las dos Repúblicas vecinas. Afortunadamente, han venido éstas á nuevo acuerdo por virtud del protocolo que el 19 de febrero último subscribieron el ministro de Relaciones exteriores del Ecuador D. Miguel Valverde y el enviado extraordinario del Perú Dr. D. Mariano H. Cornejo.

Se ha acordado solicitar del rey de España el envío de un comisario real, con objeto de estudiar en Lima y en Quito los documentos que encierran los archivos respectivos, recoger en un mismo centro todas las informaciones precisas y apreciar los altos intereses que envuelve la controversia. De esta suerte puede haber absoluta confianza de que el fallo de S. M. no pecará por falta de informes de toda especie.

Este acuerdo no implica alteración ninguna en las condiciones establecidas por el tratado de 1887, y menos la renuncia ó la modificación de los títulos y de los alegatos presentados ante el real árbitro por una y otra parte.

Los emolumentos del comisario serán pagados por el Ecuador y el Perú. Se fijó en 2.000 libras esterlinas el coste aproximado de la comisión; cada uno de los gobiernos debe poner en Madrid 1.000 libras, con la expresión de que si hubiera exceso de gastos se pagará en igual forma.

La cuestión de límites á que nos referimos había ya originado, en junio de 1903, en Angotera, violento choque entre peruanos y ecuatorianos con motivo del derecho que unos y otros suponen tener á la posesión de determinada zona de terreno en la cuenca del Amazonas. La prudencia se impuso, y en enero último se convino en someter la reclamación que el gobierno del Ecuador tenía presentada por aquel suceso y sus resultados al fallo definitivo é inapelable de un agente diplomático de nación amiga. El árbitro designado ha sido D. Ramiro Gil de Uribarri, ministro de España ante ambos gobiernos.

El general D. Manuel Bonilla, presidente de la República de Honduras, no ceja en su actitud firme y enérgica contra los que conspiran y pretenden derribarle del poder. El Dr. Policarpo Bonilla y otros, á quienes se atribuyó el incendio de la Escuela de Artes y Oficios y una tentativa de asesinato contra la persona del presidente, fueron presos y sometidos al procedimiento militar, é inmediatamente, el 12 de febrero, dictóse decreto por el cual, considerando que la tranquilidad pública se hallaba seriamente amenazada y que era urgente prevenir la anarquía y sus funestas consecuencias, se convocaba asamblea constituyente, y en tanto que comenzase el nuevo régimen constitucional, el presidente de la República asumía todos los poderes del Estado, los cuales ejercerá discrecionalmente, quedando suspenso el imperio de la Constitución.

Para las elecciones de diputados á la constituyente se señalaron los días 24 á 26 de abril.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



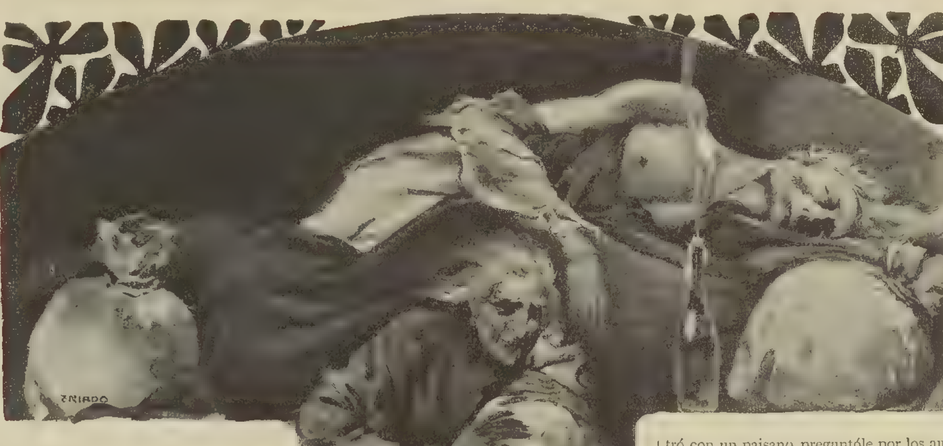
ROMA.—Aspecto de la Plaza Termini y de la Vía Nazionale momentos antes del paso del cortejo. (De fotografía de León Bouet, de París.)

El recibimiento dispensado á M. Loubet por la ciudad de Roma ha excedido á toda ponderación. Las principales calles y plazas de la capital de Italia estaban ricamente engalanadas; en todas partes se veían banderas francesas; y la población, que llenaba las calles por donde pasó la comitiva, aclamó con delirante entusiasmo al Presidente de la República, dando continuos vivas á Loubet y á Francia.



Visita de M. Loubet al Forum y á las excavaciones de la antigua Roma. (De fotografía de León Bouet, de París.)

M. Loubet, acompañado del Rey de Italia, visitó el Forum, contemplando las bóvedas del palacio de los Césares, el templo de Cástor y Pollux, el de Vesta y los restos del convento de las Vestales, las tres bóvedas enormes del palacio de Constantino y los demás monumentos que van dejando al descubierto las recientes excavaciones y acerca de los cuales el sabio director de éstas Sr. Boni le dió multitud de explicaciones. Además bajó á la tumba de Rómulo y presenció el descubrimiento de nuevos sepulcros.



D. Dimas fué hallado muerto en el lecho

LA LIMOSNA DEL AVARO

(CUENTO)

Jamás se había podido conocer un hombre más raro ni extravagante que D. Dimas. Por su aspecto parecía extranjero, y por el acento de las contadas palabras que pronunciaba, andaluz; por su manera especial de vestir, un pobretón ó un maniático, y por la gruesa cadena de oro de su reloj, un potentado; por sus gruesos lentes, un miope, casi un ciego; por su vista, cuando se los quitaba, un lince. Desarreglado en su indumentaria y en su aseo, era en cambio un cronómetro viviente para sus operaciones; y, metódico como pocos, en verano é invierno, igual que hiciera un frío que helase los huesos que un calor que los derritiese, él siempre se acostaba y se levantaba á la misma hora; advirtiendo que, gran madrugador, hacía ambas cosas muy temprano; iba indefectiblemente á sus horas fijas al Banco y á la Bolsa, y tomaba una botella pequeña de cerveza de la más barata en el café de..., todas las tardes invariablemente, de cinco á seis, no por afán de beber, sino por asistir á la tertulia donde se enteraba de las últimas cotizaciones y de los despachos telegráficos de las Bolsas de provincias y del extranjero, sin perjuicio de endosar el importe de su botellita al primero que se descuidase.

Sí, porque D. Dimas era todo lo que se llama un avaro, pero avaro á la moderna, era mil veces más peligroso que aquellos que todas las noches contaban sus doblones á la luz de una vela de sebo y los escondían en la carbonera, porque nuestro personaje, lejos de tener ocioso su dinero, procuraba emplearlo á costa y en perjuicio del de otros, en sacarle un increíble interés, y si algo le quedaba por colocar, no se preocupaba con tomarse la molestia de meterlo bajo siete estados de tierra, bastábale con llenar los estaditos de dos facturas, para que el Banco ó cualquier casa de banca se lo guardase con mayor seguridad y hasta le rentase algo si á mano venía.

Su fama de avaro teníala bien sentada; y aun cuando la voz pública no podía estar al tanto de algunos actos de D. Dimas, y otros que se le conocían eran tachados por algunos como de exagerados ó de falsos, ello es que de hipócrita, ganguero y avaro pasaba plaza entre sus conocidos.

Amigos no tenía, y familia tampoco, ni se le conoció jamás: solterón incorregible, vivía solo en una modestísima habitación, yendo á comer á un *restaurant*, donde le llevaban doce duros al mes por las dos comidas diarias, que eran las que hacía en toda época; y en cuanto á necesitar quien le cuidase, como él nunca había estado enfermo, ni tenido el menor dolor de cabeza, debido sin duda á su idea de economizar hasta el médico y ahorrar las medicinas, nunca había pensado en asistentas ni criados, cosas además siempre costosas y hasta expuestas.

El origen de la fortuna de D. Dimas, que se consideraba muy cuantiosa, se desconocía, como asimismo los antecedentes de su familia y de sus padres, sin que él, por su parte, hubiese hecho la menor referencia de ellos, lo que no era de extrañar, dado su carácter suspicaz, receloso y reservado.

Haciendo siempre el mismo género de vida que indicado queda, pasaron muchos años sin que el protagonista de nuestra historia cambiase en lo más mínimo. El decorado del café de... ya había cambiado muchas veces desde el estilo pompeyano al churrigueresco; los dueños de aquel establecimiento también eran otros; la tertulia que se formaba alrededor de los veladores donde D. Dimas tomaba su cerveza, también se había transformado por ausencias, defunciones y traslados de sus miembros, y por ella había visto desfilar el vejete un sin fin de personas de edades muy diversas. Sólo él, impasible, como siempre, seguía concurriendo á su hora fija á ocupar su puesto acostumbrado, sin cambiar la expresión de su fisonomía ni el decorado exterior de su indumentaria.

Un día, sin embargo, echósele de menos; dijo al siguiente que había estado delicado; volvió unos cuantos seguidos, y luego sus ausencias se hicieron más repetidas.

Extrañados de ellas algunos viejos de la reunión, hablaron de D. Dimas, y entonces un joven agente de Bolsa terció en la conversación diciendo:

—Pues no debe de estar malo, porque anoche y anteanoche le he visto á la misma hora y en el mismo sitio, en la calle de Espoz y Mina, dando limosna á una pobre que se pone á la puerta del bazar.

La mayoría de los oyentes no quiso dar crédito á quien tal decía; se habría equivocado confundiendo al contertulio ausente con otra persona; porque ¿don Dimas salir á la calle y faltar al café?... Imposible. ¿D. Dimas dar una limosna, y dos noches seguidas? ¡Imposible de los imposibles!

Así era, no obstante; nosotros estamos en el secreto de este aparente milagro, y vamos á explicarlo con la posible brevedad.

D. Dimas, como tantos otros, siendo un chiquillo de unos doce años escapóse de su casa sin llevarse más que lo puesto y unas cuantas monedas de cobre. Sus padres le buscaron durante algún tiempo, pues aparte de que el rapaz indómito y díscolo les daba muchos disgustos, al fin y al cabo era su hijo; pero desistieron de seguir buscándole, en vista de lo infructuoso de sus gestiones y seguros también de que no era la criatura, á pesar de su poca edad, de las que fácilmente se perdían.

No se equivocaron los padres en sus cálculos, pues no se sabe cómo el chico se las arregló, que después de estar en Madrid y Barcelona, marchó á París, donde en seguida aprendió el francés, se ocupó en varios oficios y logró por fin tener un buen jornal como sombrerero. Con aquella base y sus privaciones y economías, logró reunir un pequeño capital, con el que se vino á Madrid y comenzó á especular en jugadas de Bolsa, con tan asombrosa suerte que al poco tiempo había triplicado el capital y al año poseía una cuantiosa renta.

Él, descastado é ingrato, no había vuelto á escribir á su pueblo desde que salió de allí, ni á tener noticias de sus padres; pero una tarde en que se encontró con un paisano, preguntóle por los autores de sus días: su padre había muerto y su madre hallábase en la miseria. «No le faltan allí amigos que la saquen de ella,» pensó para sí nuestro hombre, y no dió gran importancia á la noticia aquel desgraciado cargado de miles de duros.

Un día D. Dimas recibió una carta; era de su madre, y en aquella epístola, tan sentida como cariñosa, sin un reproche ni una queja á su mal hijo, la infeliz le pintaba lo horrible de su situación y le pedía algún dinero, ¡casi una limosna!

Indudablemente su paisano era quien había dado las señas de su casa en el pueblo, y D. Dimas se limitó á decir: «¡Bah! Socaliñas. Ese demonio de González me ha partido.»

El avaro no contestó. Pasó el tiempo, y el párroco del lugar le telegrafió desde la estación más próxima que su madre agonizaba... Dimas se puso precipitadamente en viaje, tomando el primer tren que salía.

Cuando llegó, su madre ya había sido enterrada; no pudo ni aun posar sus delgados y trémulos labios de vampiro sobre el escuálido semblante de la muerta. Sí, porque aquella mujer había muerto de hambre y de pena.

Dimas volvió silencioso y algo contrariado á Madrid y arreció en sus avaricias, como si ya en él se hubiese roto el último vestigio de afecto y de caridad

Ya podían pedirle un favor ó una limosna, ¡á él que no se la había dado á la que le llevó en sus entrañas! Había jurado no socorrer jamás á nadie.

Pero he aquí que una noche de invierno en que D. Dimas, tiritando bajo un raído gabán, se dirigía rápidamente á su casa, oyó tras de sí una voz que le hizo estremecerse: «¡Una limosna, por amor de Dios!.., ¡que no he comido!.. ¡Por la gloria de su madre!» Y aquella voz era la misma que D. Dimas recordaba perfectamente, en aquel momento, de su madre.

No se atrevía á volverse; apretó el paso; pero la voz, cada vez más lastimera, seguía sonando. Volvióse D. Dimas y trató en seguida de huir; pero una fuerza misteriosa, después de hacerle tambalear un instante, le dejó como clavado en el suelo.

Aquella mendiga, aunque más vieja que su madre, se parecía á ella tanto, que la confusión era fácil, aun para el mismo D. Dimas. El avaro vació un bolsillo de plata, y dejando unos cuantos duros que contenía en manos de la pobre, salió corriendo como alma que lleva el diablo, que á pesar de todo, era quien se la había de llevar.

Desde aquella noche, en que ya no pudo D. Dimas reconciliar el sueño, comenzó á estar malucho y á faltar al café.

A la noche siguiente, ya más sosegado, interrogó á la mendiga, quien le relató una historia terrible y vulgar, resultando que su parecido era no más que una sencilla coincidencia. Convencido de ello D. Dimas, hizo el voto de dar todas las noches limosna á la pobre, sí, pero sólo diez céntimos.

Hará unos tres meses que falleció D. Dimas, el cual fué hallado muerto en el lecho.

Abierto el testamento, se vió que de su gran fortuna hacía tres partes: una para la mendiga á quien dió la primera limosna que hizo en su vida; la otra para sufragios por el alma de su madre y la tercera para sufragios por la suya.

Esta última manda tememos que no baste para salvar el alma de D. Dimas.

¡Cuánto se reirá el diablo de las limosnas del avaro!

(Dibujo de Triadó.) P. Gómez Candela.

S. M. el rey D. Alfonso XIII en Barcelona



1. Último retrato de S. M. el rey D. Alfonso XIII hecho en Barcelona por los Sres. A. y E. Fernández, dits Napoleón. – 2. Despacho de S. M. en la Capitanía general, de fotografía de A. Merletti. 3. Comedor, de fotografía del «Cosmos Fotográfico.» – 4. Salón del trono, de fotografía del «Cosmos Fotográfico.» – 5 y 6. Dormitorio y cama, de fotografías de Audouard. (La instalación de las habitaciones ocupadas por S. M. corrió á cargo de los reputados mueblistas de esta ciudad Sres. Busquets, padre é hijo.)



NUESTROS MAESTROS (1)

D. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

Nuestras personalidades literarias han sido sometidas, en estos últimos tiempos, á un fallo poco justiciero, debido sobre todo al poco tino y á la limitada experiencia de los críticos incipientes.

Su dominio no ha alcanzado por esto á empañar el hielo de aquéllas.

Si han sido y son discutidas, con más ó menos calor, estos juicios más bien fueron hijos de pasiones, que no la opinión razonada y tranquila de los inspirados en sentimientos de equidad y buen sentido. Esa racha personal de ilegítimas aspiraciones, alejó del escenario intelectual á muchos escritores y poetas cuya virtualidad de sentimientos en nada pudo oponerse á la buena reputación de que hoy gozan en nuestro pequeño ambiente literario. Las pasiones, lo mismo que los juicios personales, nada valen cuando se trata de ingenios que han sabido substraerse con vigor á toda eventualidad, oponiendo como única resistencia el culto de la verdad y el caudal de conocimientos adquiridos por medio de la experiencia, patentizados en sus obras. Pero esta tendencia, profundamente arraigada en la masa del pueblo, precisamente vive también en las inteligencias jovenes de América, sin que á ninguna le sea dado penetrar suficientemente este error.

Es indudable que el talento, para desarrollarse, no exige de ninguna manera edad; pero, en cambio, si la juventud posee relámpagos de inteligencia, no debe nunca consagrar el odio insano que demuestra contra nuestros maestros, que fueron los primeros que iniciaron un movimiento reaccionario á favor del cultivo de las letras nacionales. Por esto es por lo que algunos de nuestros talentos se han visto muchas veces perseguidos por los gobiernos personales y en distintas ocasiones olvidados por la juventud y por el pueblo, que siempre tiene sus veleidades de mujer romántica ó coqueta.

En cambio hoy se da reputación á jovenes recién iniciados en el cultivo de las letras, y se relega al olvido á personalidades literarias de los méritos del doctor D. Juan Zorrilla de San Martín, que posee títulos adquiridos en buena lid con obras de valor que lo colocan al lado de los primeros cerebros de América. Su personalidad literaria, posee relieves que se substraen fácilmente á toda superioridad, porque su saber se impuso y sus obras atestiguan claramente su inteligencia robusta.

Son pocos los que, como él, pueden ostentar un caudal más rico en conocimientos, y los libros producidos por este distinguido poeta nos demuestran evidentemente su talento bien probado, que nadie puede desconocer sin exponerse á un fallo esencialmente condenatorio.

A D. Juan Zorrilla de San Martín, al igual que á D. Aurelio Berro, creador en el Plata de la poesía clásica, y que á D. Alejandro Magariños Cervantes, fundador de una poesía esencialmente nuestra, débese la iniciación en el verso heroico; y todos ellos más tarde, al lado del astro luminoso de D. Olegario V. Andrade, resurgieron poderosos como los progenitores ó fundadores, más bien dicho, de la poesía eminentemente americana de los modernos tiempos.

Como poeta de elevado vuelo, no se había iniciado ni destacado en grandes relieves, hasta que su canto bravío la *Leyenda Patria* dejó sorprendidos y admirados á todos, dando renombre á su autor y colocándole á la par de los más grandes poetas sudamericanos.

Después consagróse por entero á la creación de su gran poema *Tabaré*, obra cuyo alcance aún la crítica no ha definido suficientemente, porque dada su magnitud revelaba Zorrilla una potencia poética sobrehumanamente excepcional. Como la *Leyenda Patria*, *Tabaré* contiene alientos poderosos, arrancados á una lira que vibra con la elocuencia altiva del guerrero y con la entonación y resonancia de los espíritus fuertes. Su preciosa *Leyenda Patria*, hoy universalmente conocida, en nuestro concepto es la nota más saliente de la poesía contemporánea uruguaya y uno de los mejores cantos del habla española, pues como canto épico entre nosotros no ha tenido rivales y mucho menos quien le aventajase.

«La *Leyenda Patria*, dice en refuerzo de nuestras opiniones el ilustrado compatriota D. Víctor Aguerrine, escrita para un certamen con ocasión de inaugurarse en la Florida el monumento conmemorativo de la independencia nacional, en mi sentir es, con el *Canto de Junín*, de Olmedo, lo único que de realmente épico tiene la poesía en América. El premio que en aquella ocasión debía discernirse al poeta que mejor cantase la epopeya de los 33, no correspondió á Zorrilla de San Martín. Pero una vez leída por el autor, que, dicho sea de paso, es uno de los mejores oradores del país y un lector sin rival, admirado en la misma España, inflamó de tal modo el patriotismo de los circunstantes, que el premiado D. Aurelio Berro, excelente y castizo escritor, arrancó de su pecho la medalla y fué á colocarla en el del joven competidor, que indiscutiblemente la merecía, á pesar de haberse considerado su trabajo como fuera de concurso por su extensión.»

* * *

Hecha así su reputación literaria, el doctor D. Juan Zorrilla de San Martín consagróse á la prensa, redactando el diario católico *El Bien*, y desde sus columnas ha obtenido importantes conquistas, combatiendo enérgicamente á los gobiernos de fuerza y proclamando la verdad y el culto de sus convicciones como católico ferviente, con una constancia de Sisifo y sin nunca desalentarse ni en los momentos más difíciles y de mayor prueba.

En el Club Católico de Montevideo y desde la tribuna de ese centro destacábase su personalidad literaria, sin que su voz vibrante y elocuentísima dejara de oirse con el respeto que inspira comúnmente la inteligencia.

Su labor periodística y literaria tuvo un momento de descanso allá por el año 1896, época en que el gobierno de su patria le confirió el delicado cargo de Ministro plenipotenciario y Encargado de negocios ante los Estados de España y Francia. En este puesto hizo merecido honor á su país, representándolo con el acierto que era dable esperar de un hombre de sus condiciones.

En los momentos que las tareas diplomáticas le permitieron, escribió su interesante libro *Resonancias del camino*. Narra en esas páginas sus impresiones de viaje, con notas delicadas que revelan la plétora intelectual, inagotable, de su imaginación.

En España dióse á conocer en una fiesta en el Ateneo de Madrid, en la cual dió lectura á su importante trabajo sobre el descubrimiento de América, relacionado con el Río de la Plata.

* * *

De regreso á la patria, otra vez la pluma del periodista reclamó sus servicios y de nuevo lo vemos dirigir el diario de sus simpatías, *El Bien*, desde cuyas columnas prosigue su propaganda anterior, ó sea su apostolado de fe religiosa.

Por este tiempo publicó su libro *Huerto Cerrado*, libro en el cual, como en los anteriores, campea la fe de sus creencias, y sus páginas se hallan impregnadas de un estilo brillante, consagrado esencialmente al culto de sus convicciones de católico ferviente.

Publicó además Zorrilla de San Martín, en su juventud, durante su estancia en Santjago de Chile, ciudad donde educóse y recibió el título de abogado, un libro de versos, titulado *Notas de un himno*.

* * *

Zorrilla de San Martín es el cantor de los héroes de la patria, y cuando en las grandes solemnidades se necesita hacer revivir la imagen de los guerreros, se va en busca del poeta, para que su lira arranque sonoridades elocuentes, ecos vibrantes consagrados á la adoración de los viejos luchadores sacrificados en defensa de la integridad nacional.

Zorrilla representa hoy la poesía lírica ajustada á un medio propio, sin amoldarse á escuelas viciosas, robustecida esta opinión por el Sr. Pompeyo Gener, autoridad crítica bien conocida, que en su reciente libro publicado con el título de *Historia de la literatura* expresa que el *Tabaré*, de Zorrilla de San Martín, es un poema indio que honra á Montevideo.

Le sobra plétora para inspirar su lira, que posee grandes alientos en medio de un desconcierto sobrehumano de esfuerzos por hacer revivir tendencias malsanas, donde generalmente se pierden aquellos que desean asimilarse á la verdadera poesía, que no gusta ni necesita de propagadores de ideas extrañas á su desenvolvimiento.

América tiene derecho á aspirar á una poesía propia, hija legítima de ella. Le sobra talento y posee ingenios de mérito, y por esto precisamente rechaza tutelas bastardas y redentores que nada tienen que ver con sus tradiciones conquistadas en el torneo de la inteligencia, con el esfuerzo propio de su savia y de su intelecto generador.

* * *

Zorrilla nació en Montevideo el 28 de diciembre de 1855. Ha sido profesor de literatura en la Universidad Mayor de la República y diputado. Ha ocupado en distintas ocasiones el puesto de presidente del Club Católico. A más es socio honorario de infinidad de corporaciones y sociedades literarias y científicas.

Montevideo, 1904. Norberto Estrada.

(1) Fragmentos de un libro próximo á publicarse.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – COREA EN PODER DEL JAPÓN. – Un regimiento japonés atravesando la capital de Corea, Seúl, en su movimiento de avance hacia el Norte en dirección al Yalú. (De fotografía de K. Yoshida.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Han comenzado las grandes operaciones por tierra, en territorio mandchuriano, y á la primera batalla formal nos encontramos ya con lo que es tan frecuente, por no decir general, tratándose de sucesos ocurridos á largas distancias; es decir, que no sabemos á qué atenernos ni acerca de la importancia de la acción, ni del número de bajas, ni del verdadero resultado definitivo de la misma.

Expongamos los hechos tales como resultan de las noticias hasta ahora recibidas, y luego haremos algunas consideraciones en confirmación de lo que al principio decimos.

El día 26 de abril último, una división de la guardia imperial japonesa se apoderó de la isla de Kuvito, en el Yalú, más arriba de Witjiú, y un destacamento de la segunda división ocupó la isla de Kinteito, más abajo de aquella población; el 27 prosiguieron los combates parciales y los preparativos de los japoneses para pasar el río; el 28 los rusos bombardearon las posiciones del enemigo y dos compañías atravesaron el Yalú para reconocer las de los rusos; el 29 reanudaron éstos el bombardeo y la 12.ª división japonesa comenzó á desalojar á sus adversarios y construyó con gran rapidez un puente de barcas; y el 30 por la tarde pasaron los japoneses el río y ocuparon en la orilla derecha las posiciones que les habían sido señaladas para el combate del día siguiente, cubriendo los movimientos de la división citada el segundo regimiento de artillería de campaña. El propio día 30 atravesaron el Yalú el regimiento de la guardia imperial y la segunda división japonesa, reduciendo al silencio el fuego de las baterías rusas. El domingo, día 1.° del corriente, comenzó el general Kuroki el ataque, al que opusieron los rusos enérgica resistencia; poco después, acallados los fuegos de la artillería rusa, los japoneses cargaron á la bayoneta, atravesaron con agua hasta el pecho el río Aija y asaltaron las alturas en que se había hecho fuerte el enemigo, obligándole á abandonar sus posiciones de Kailieu-Tse, con lo que terminó la batalla.

Hasta aquí los hechos, que hemos descrito extractando el parte que al Mikado envió al general Kuroki, pues en el momento en que escribimos esta crónica, aún no se conocen las noticias detalladas que á su gobierno ha remitido el general Kuropatkine.

De ellos se desprende, y esto lo confirman todas las informaciones, que los rusos hubieron de abandonar la primera línea de posiciones de la orilla derecha del Yalú; pero en lo que discrepan los datos hasta ahora conocidos es en el número de fuerzas que en la acción intervinieron, en el número de bajas sufridas por ambas partes y en la trascendencia del combate. Los japoneses, ó las agencias favorables á ellos, afirman que lucharon contra fuerzas rusas muy superiores; que los rusos tuvieron más de 800 bajas, no llegando las suyas á 700; que hicieron gran número de prisioneros y se apoderaron de 28 cañones y de abundantes fusiles y municiones, y que la victoria conseguida ha sido tan grande como importante. Los rusos, en cambio, dicen que los japoneses eran 100.000 y ellos solamente 25.000 dispersados en una distancia de 150 verstas; que sólo en los combates del 29 y del 30 los japoneses tuvieron más de 1.200 bajas, al paso que las suyas no pasaron de 150; que sus fuerzas se retiraron en perfecto orden, y que la batalla del Yalú nada significa, pues el general Kuropatkine no se proponía oponerse seriamente al paso del río por los japoneses, sino que su plan consiste en causarle las mayores bajas posibles y en irles atrayendo hacia el interior de la Mandchuria para debilitarles y batirlos luego, si bien no aceptará ninguna batalla formal hasta que disponga de 500.000 hombres, es decir, hasta fines de este mes ó mediados del que viene.

Resulta, pues, que no se sabe á punto fijo lo ocurrido en este primer encuentro, y es fácil que lo propio ocurra en lo sucesivo, porque los informes que á Europa llegan adolecen todos de pasión y de parcialidad en favor de uno ú otro de los beligerantes.

El almirante Togo no ceja en sus ataques contra Puerto Arthur: en la noche del 27 y en la mañana del 28 del próximo pasado, diez cruceros y seis torpederos bombardearon la plaza sin consecuencias, y el día 2 intentó la escuadra japonesa obstruir la entrada del puerto, pero los fuertes echaron á pique los ocho buques destinados á este objeto y además dos torpederos.

A pesar de estos continuos ataques y del peligro de verse sitiada por tierra, reina en Puerto Arthur la mayor tranquilidad, si hemos de dar crédito á una correspondencia telegráfica que inserta un periódico extranjero y que dice así: «Las tropas de tierra, los marinos y la población soportan el estado de sitio con una calma y un valor extraordinarios. La pérdida del *Petropawlosk* y la muerte del almirante Makharof y de todo su estado mayor no han quebrantado el firme convencimiento de que la plaza es inexpugnable. Se considera como seguro que los japoneses serán vencidos en breve... Durante el día, nada indica que Puerto Arthur se encuentra en estado de sitio: en los bulevares, en donde toca la música, hay un público elegante que se pasea y muchos niños que juegan; de noche, en cambio, la ciudad está completamente á obscuras y únicamente la rada aparece iluminada por los proyectores. De día, los restaurants y las tiendas se ven muy concurridos.»

La escuadra rusa de Vladivostok efectuó una salida el día 25 de abril dirigiéndose hacia Gensán, en donde echó á pique un buque mercante japonés; el mismo día hizo volar otro vapor, y á la noche siguiente destruyó un transporte militar de 400 toneladas, cargado de arroz y de otros víveres y de unas 1.500 toneladas de carbón y armado con cuatro cañones Hotchkiss, de 45 milímetros. Los marinos rusos recogieron 17 oficiales, 20 soldados, 85 *coolies* (faquines) y 65 tripulantes que se rindieron; los demás hombres que el buque conducía se negaron á rendirse é hicieron fuego contra los rusos, y esta circunstancia y la de haber éstos interceptado un despacho de telegrafía sin hilo por el que supieron que se aproximaba una fuerte escuadra japonesa, les obligó á echar á pique el barco con los que dentro de él se resistían á entregarse, contrariamente á sus deseos, que eran remolcar el transporte hasta Vladivostok, en donde habría podido prestarles buenos servicios.

¿Intervendrá China en la actual guerra? Si hemos de dar crédito á lo manifestado por Sueng Paa Ki, embajador del Celeste Imperio en Francia, á un redactor de un importante periódico parisiense, nada más lejos del ánimo del gobierno chino que esta intervención. Este diplomático ha dicho que aunque China no puede ver con buenos ojos la ocupación indefinida de la Mandchuria por Rusia, ha mantenido y sigue manteniendo buenas relaciones con el tsar y no tiene interés alguno en atacar á los rusos, porque sabe que su intervención en el actual conflicto podría traer terribles complicaciones, acaso funestas para ella misma. «Somos una nación pacífica, ha añadido, y sean cuales fueren nuestras simpatías, no lanzaremos á nuestro país á una aventura de tan dudosos resultados. Además, la reorganización militar de nuestra patria apenas está iniciada; las tropas reorganizadas que hay en la gran muralla no pasan de veinte mil hombres, y con un efectivo como este no podemos esperar vencer al ejército ruso. Cierto

GUERRA RUSO-JAPONESA.—LA OBRA DE LA CRUZ ROJA EN TOKÍO

(Croquis del natural de Melton Prior, dibujante de la ilustración inglesa «The Illustrated London News» en el Extremo Oriente)



El Occidente y el Oriente unidos para una obra benéfica.—Damas y señoritas europeas y japonesas confeccionando vendajes para los heridos

En estas reuniones benéficas que actualmente se han generalizado en todo el Japón, las damas usan la toca adoptada por las enfermeras de la Cruz Roja japonesa

GUERRA RUSO-JAPONESA. VÍCTIMAS INOCENTES DE LA GUERRA

Dibujo de W. Hatherell, según croquis del natural de G. T. Poole



Los fugitivos de Puerto Arthur, que en número de 2.500, en su mayoría mujeres y niños, abandonaron la ciudad después del primer bombardeo por los buques japoneses, hubieron de permanecer tres días en la estación de Karbin (frontera de la Mandchuria) á causa de estar el servicio ferroviario dedicado exclusivamente al transporte de tropas. El hambre y el frío causaron algunas víctimas, terminando los sufrimientos de aquellos desdichados cuando en virtud de órdenes terminantes del Ministro de Comunicaciones, el príncipe Khilkoff, se imprimió mayor actividad á los servicios del ferrocarril transbaikaliano.

que éste ha de defenderse y ha de atacar al ejército japonés, pero dispone de muchos hombres. El concurso japonés no podría sernos de gran utilidad, y en la corte de Pekín no se piensa en introducir á las tropas japonesas en China, ni siquiera para defenderla. ¿Por ventura los defensores no tienen á menudo la pretensión de convertirse en amos?» Dijo también el embajador que toda la preocupación del gobierno chino consiste ahora en contener la efervescencia popular, para lo cual se han comunicado severas órdenes á los virreyes, gobernadores y prefectos, facultándoles para emplear medidas de rigor inusitadas á fin de impedir cualquier sublevación. Pero después de todas estas declaraciones tranquilizadoras, hizo esta salvedad, que no lo es tanto: «¿Bastarán estas precauciones para producir el efecto deseado en caso de que los japoneses obtengan una victoria sobre los rusos? Así lo creo, pero es preciso tener en cuenta que nuestra administración local es muy paternal y que nuestros prefectos disponen de escasos medios para hacerse obedecer. En los tiempos normales, el respeto del pueblo á la autoridad es suficiente para asegurar la tranquilidad general; mas en períodos como el que atravesamos, es mucho más difícil contener á las masas, excitadas por los jefes de las sociedades secretas y por la proximidad de una gran guerra. De modo que el peligro de complicaciones está solamente en un levantamiento espontáneo con carácter de rebeldía contra la autoridad.»

En cuanto á la intervención, de muy distinto género, de las demás potencias, Rusia rechaza en absoluto la idea de la misma. Recientemente el *Mensajero del Gobierno*, de San Petersburgo, ha publicado la siguiente circular, dirigida con fecha de 27 de abril último por el ministro de Negocios Extranjeros á los representantes de Rusia en el extranjero, á propósito de la noticia de una mediación:

«Estáis autorizado para desmentir del modo más formal esta noticia. Rusia no desea la guerra, y ha hecho todo cuanto estaba en los límites de lo posible para resolver amistosamente las complicaciones surgidas en el Extremo Oriente; pero después de la agresión pérfida de parte del Japón, que obligó á Rusia á empuñar las armas, una mediación pacífica, fuese cual fuere, no tendría evidentemente ninguna probabilidad de éxito. El gobierno no admitirá tampoco que ninguna potencia se inmiscuya en las negocia ciones directas que entablarán Rusia y el Japón, después de terminadas las operaciones de guerra, para establecer las condiciones de la paz.»

A título de documento curioso reproducimos, para cerrar esta crónica, un bando que la Sociedad de Socorros de un barrio de Tokío publicó al poco tiempo de comenzada la guerra:

«Artículo 1.° Esta guerra será la más larga de cuantas el Japón habrá sostenido; por consiguiente, es preciso hacer todas las economías posibles.

Artículo 2.°—Aunque lleguen noticias de sucesivas victorias de japoneses, no os regocijéis, pues no habrá victoria mientras la guerra no haya concluído.

»Artículo 3.°—Salvo los gastos de la guerra, nos privaremos de todo.

»Artículo 4.°—Es conveniente suspender la construcción de casas y no hacer ningún gasto con ocasión de bodas, entierros y otras ceremonias.

»Artículo 5.°—Si se presenta alguna enfermedad contagiosa, habría que gastar mucho para contener su propagación. Conviene, por consiguiente, que todo el mundo tenga mucho cuidado con su salud.»—R.



El primer hijo, escultura decorativa de Reynolds-Stephens
(Reproducción autorizada por Sir A. Henderson)

NUESTROS GRABADOS

El primer hijo, escultura decorativa de Reynolds-Stephens.—Este notable artista inglés es de los que mejor han comprendido el verdadero carácter del arte decorativo y de los que con mayor acierto combinan los distintos elementos que lo integran para formar con ellos un conjunto armónico, en el que lo puramente artístico y lo genuinamente ornamental se completan, sin que ni lo uno ni lo otro pierdan su valor respectivo. El hermoso grupo *El primer hijo* es buena prueba de nuestro aserto: la escultura propiamente dicha y el pedestal que la sostiene armonizan de tal manera, que trabajo costaría resolver cuál de estas dos cosas resulta principal, es decir, cuál ha sido en la mente del artista la que ha servido de primordial motivo y cuál de pretexto accesorio para dar á la otra mayor realce. Escultor habilísimo, Reynolds-Stephens no limita su actividad á la plástica, sino que cultiva al propio tiempo, y no con poco éxito, la pintura; dedícase además á proyectar y ejecutar decorados de habitaciones, demostrando también en esta especialidad una habilidad admirable para fundir en un solo pensamiento los diversos componentes, desde el mueble más suntuoso hasta la lámpara más sencilla, desde la obra escultórica de mayor empuje hasta el más lindo *bibelot*.

Jarrón decorativo, original de C. Bernewitz.—Al lado de las más celebradas manufacturas de porcelanas puede figurar la de Berlín, que puesta bajo la dirección de químicos y artistas competentísimos, ha realizado en pocos años grandes progresos. Hace cincuenta años, se empleaban en ella un solo material, un procedimiento único y un solo estilo, al paso que hoy se utilizan materiales, procedimientos y estilos variados. Desde el punto de vista artístico de sus productos, la Real Fábrica de Porcelanas berlinesa ha rendido siempre culto á la belleza en sus diversas manifestaciones, reflejando así el arte antiguo como el más moderno, sin estancarse nunca, pero también sin sujetarse ciegamente á los momentáneos y fugaces caprichos de la moda. Antes de adoptar una tendencia nueva, la aquilata concienzudamente, y únicamente después de este previo estudio la acepta como buena si en realidad responde á los verdaderos fines del arte. Gracias á esto, el estudio de los productos de esta manufactura salidos constituye, en cierto modo, una síntesis de la historia artística de estos últimos tiempos. En cuanto á los procedimientos, hoy salen de la manufactura las obras más perfectas con barnices de distintos colores, merced á los cuales se obtienen efectos bellísimos. El jarrón decorativo que reproducimos, ejecutado dentro del estilo moderno más puro, es una hermosa muestra de lo que la fábrica produce y justifica la fama de que ésta goza.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—París. – El Museo del Louvre ha adquirido por 150.000 francos dos importantes obras de maestros ingleses: una de ellas es el retrato de una señora joven con su hijo, pintado por John Hoppner; la otra es el retrato de la primera esposa de lor Meadowbank, debido al pincel de H. Raeburn.

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera *Le fils de l' Etoile*, drama musical en cinco actos de Cátulo Mendes, música de Camilo Erlanger; en la Comedia Francesa *La plus faible*, comedia en cuatro actos de Marcelo Prevost; en el Odeón *Roi galant*, comedia dramática en cuatro actos y en verso de Luis Monsolleau y Mauricio Soulié; en el teatro Sarah Bernhardt *Varennes*, drama en seis cuadros de E. Lavedán y G. Lenotre; en el Palais Royal *L'escapade*, comedia en tres actos de Jorge Berr; en Varietés *La chauve-souris*, opereta en tres actos, letra de Gustavo Ferrier, música de Juan Strauss; y en la Renaissance *Les Malefilatre*, comedia en dos actos de Jorge de Porto-Riche, y *Amoreuse*, comedia en tres actos del mismo autor.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El bombero*, monólogo en un acto de Santiago Rusiñol, y *Lo mosso de la esquadra*, cuadro de costumbres en un acto de Pablo Parellada; en el Principal *Marion Delorme*, drama en cuatro actos de Víctor Hugo, muy bien traducido por D. Francisco F. Villegas; en el Eldorado *La molinera de Campiel*, zarzuela cómico-dramática de costumbres aragonesas en un acto y tres cuadros, letra de Eusebio Blasco y música del maestro Pérez Soriano; y en el teatro de la Granvía la zarzuela *Bohemios*, letra de los Sres. Perrín y Palacios y música del maestro Vives. En el Círculo Artístico ha dado un notable concierto la señorita doña Dolores Ferré, discípula del maestro Sr. Vidiella, que tocó admirablemente piezas de Weber, Scarlatti, Mendelssohn. Brahms, Schumann, Chopin y Liszt, siendo en todas ellas aplaudida con entusiasmo. En el teatro de Novedades ha dado el Orfeó Catalá un concierto dedicado á la memoria del malogrado compositor mallorquín D. Antonio Nogueras, habiendo ejecutado, entre otras, dos preciosas composiciones de este inspirado musico, que como todas las demás del escogido programa fueron aplaudidísimas. También obtuvo muchos aplausos el notable pianista Sr. Granados, que tocó admirablemente algunas piezas del Sr. Nogueras.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. Jerónimo Boccardo, economista italiano, profesor de la Universidad de Génova.

Bernardo Fiedler, pintor alemán.

Fernando Pauwels, pintor alemán, ex profesor de las Academias de Bellas Artes de Dresde y de Weimar.

José Rebicek, notable director de orquesta bohemio, director desde 1897 hasta 1903 de la Filarmónica de Berlín.

Andrés Hannebicq, pintor inglés, miembro de la Academia de Bruselas.

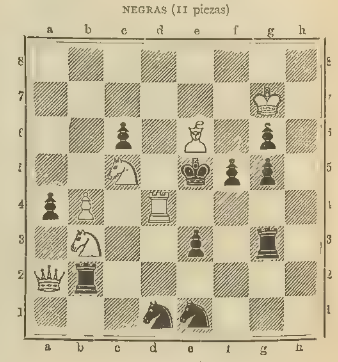
Huberto Sattler, pintor de cosmoramas que había viajado por toda Europa y por una gran parte de Asia, Africa y América.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.

AJEDREZ

Problema número 364, por J. Berger.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 363, por S. Loyd.

Blancas.	Negras.
1. Tc2-c6	1. Cualquiera.
2. Ph7×g8 (D) ó Db1 mate.	



Ante mis ojos tenía a Laura. Reclinada en un diván oculto en la sombra...

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»Eran dos piezas muy bonitas, llenas de silencio y de perfumes; las alfombras amortiguaban el ruido de los pasos, y delante de los postigos de las ventanas entornados había transparentes con pájaros y flores pintados y al través de los cuales penetraba la luz del mediodía, suave como la del crepúsculo; en la primera estancia había un tocador de mármol lleno de frascos de aguas de olor, de polvos de arroz, de cosméticos, de cepillitos, todo el aparato íntimo de una mujer elegante y hermosa; en un florero con agua había un ramillete de jazmines, altarreinas y heliotropos; en un rincón, sepultada casi en la obscuridad, una maceta de hortensia de la especie más hermosa ostentaba sus pomos de azuladas flores; en suma, aquella estancia era todo un nido de gracias y de amores.

»En la otra había un lecho, un ancho lecho con cortinas blancas, una mesa de escribir de palo de rosa con filetes de palisandra, un diván y un estante con muchos libros en desorden.

»Aquellas dos habitaciones tenían el aspecto de los sitios habitados: no eran por cierto dos de esos aposentos que se suelen dejar para los casos extraordinarios; aún conservaban el sello de la vida, aún respiraban como cosas animadas; callaban con el mismo silencio con que estaban acostumbradas á alimentar el pensamiento del que solía habitarlas, y casi no cabía duda de que ambas habían estado habitadas hasta aquella mañana. ¿Por quién? Si hubiese podido dudarlo un momento, lo que vi al pie del lecho me habría sacado de dudas. ¿Y qué vi? Una de esas horquillas con que las mujeres se sujetan los cabellos. ¿Por qué corrió un escalofrío por mis venas? ¿Debo decirlo? Una sensación de irresistible voluptuosidad se apoderó de mí á la idea de que me encontraba en la cámara habitada por la bella Laura, de que respiraba los mismos perfumes, de que debía dormir en el mismo lecho, contemplar en los objetos que me rodeaban las huellas de aquella soberbia beldad.

»Pero ¿por qué me alojaba ella en sus habitaciones? ¿Era una atención, una hospitalidad exquisita? ¿Era una insidia? ¡Triste de mí, que veía asechanzas en todas partes porque mi corazón era débil y mi pensamiento cobarde!

»La reflexión dió pavoroso cuerpo á aquellas imágenes; yo no estaba solo; Laura estaba conmigo, la veía girar en torno atareada, sentarse á mi lado; la veía mirándose al espejo, con la cabellera suelta y sonriendo á su belleza...

»Si aquella era una asechanza, estaba admirablemente preparada y era de resultado seguro. En aquellas estancias, yo no podía ser dueño de mi imaginación; me era preciso correr en pos de las coqueterías de aquella mujer, interrogar sus costumbres; representármela viva, palpitante, enamorada, en el cristal de un espejo; buscar por doquiera el sello de sus formas encantadoras.

»Permanecí dos horas en una especie de delirio. Mi pasado, mis flaquezas, mis torturas, Leticia, Laura, la fascinación del delito, y sobre todo esto un deseo intenso y una voluntad imperiosa, tales fueron las imágenes que me tuvieron preocupado todo aquel tiempo.

»Salí de esta lucha quebrantado y lleno de temor. Todavía me quedaba una hora de soledad; una secreta curiosidad me mantenía en los linderos de la culpa; registré el estante, la mesa, el tocador; los libros que Laura solía leer, las cien fruslerías que servían para su adorno me tenían ocupado de ella, de sus costumbres; y sin que me lo confesara á mí mismo, sin casi advertirlo, torturaba mi imaginación para hacerla leer en el pensamiento de aquella mujer fatal.

* * *

»La campana que anunciaba la comida me sacó de mis penosas cavilaciones; poco después apareció una sombra delante de mi ventana y resonaron golpecitos en los cristales. Abrí la vidriera y vi subido en una escalera de mano al Sr. Albruzzi, que con la cara más tranquila del mundo se divertía en *tocarme á diana*.

»Laura, al pie de la ventana, sujetaba la escalera y reía de todo corazón. Más allá, en medio de un espacio umbroso rodeado de planteles de flores, estaba puesta la mesa.

—»Aquí estoy, dije.

—»Ha dormido usted más que yo, me dijo Albruzzi desde lo alto de su escalera cuando estuve en el jardín. Hágame usted también el favor de sujetar la escalera, pues no me fío mucho de mi mujer, y soy menos ligero para bajar que para subir.

»Me acerqué saludando con una sonrisa á Laura, la cual fijó en mí una mirada sostenida sin contestar á mi sonrisa.

»Cuando Albruzzi llegó al suelo se irguió cuanto pudo.

—»Ahí arriba me parecía ser un gigante, dijo: ¡cuánto me gustaría ser un gigante!.. ¡Pobre Sr. Castelli! Tiene usted la cara desencajada y los ojos adormilados; apuesto á que le hemos despertado á lo mejor de su sueño. ¿Y qué tal estamos de apetito?

—»Bastante bien, según creo.

—»Ahora lo veremos..., ahora lo veremos...

»Laura, que se había marchado sin decir nada, volvió y nos invitó á sentarnos á la mesa.

»Observando la actitud de Laura, parecióme que la preocupaba algún pensamiento oculto; á su acostumbrada coquetería había sucedido una especie de distracción. ¿Podía yo, en mi estulticia, dudar del significado de aquella actitud?

»Empecé á creer que había hecho mal en aceptar la invitación, y que al someterme á una prueba tan penosa, no cedí tanto á la necesidad ó á un impulso virtuoso cuanto á un secreto arrebato del delito.

»Como Laura hablaba poco y yo sólo tenía deseos de callar, la comida hubiera estado muy desanimada si Albruzzi, que estaba ganoso de charlar, no se hubiese tomado el trabajo de hacerlo por todos. Hubo, sin embargo, un momento de silencio casi absoluto, durante el cual, casi sin querer, Laura y yo cambiamos una mirada; á fin de salir de aquella embarazosa situación, me violenté para decir algo, pero Laura se me anticipó.

—»¿Qué habrá sido del Sr. Anselmo?, preguntó volviéndose á su marido.

»Aquel «Sr. Anselmo» lanzado en medio del silencio, sin otras indicaciones, con el acento de confianza con que se alude á un antiguo amigo, suscitó una tempestad en mi corazón. «¡Cobarde! ¿Qué te importaba á ti aquel hombre, quienquiera que fuese?» No, mi conciencia no podía hablarme de tal modo; mi máscara había caído inexorablemente, hasta para mí.

—»Creo que nos había prometido venir, contestó Albruzzi sin levantar la cabeza del plato.

»Yo no sabía aún quién era el Sr. Anselmo, y Laura esperaba sin duda que se lo preguntase, porque dejó pasar un rato antes de volverse á mí para decirme con la mayor naturalidad:

—»El Sr. Anselmo es el dueño de esta quinta, un excelente sujeto.

»Yo incliné levemente la cabeza.

—»Un joven apreciable, añadió Albruzzi blandiendo el tenedor; un joven á quien quiero mucho y que no tiene otro defecto sino ser dueño de una quinta que desearía para mí; además es un buen muchacho, y no desespero de lograr persuadirle de que entre las calaveradas que se hacen á su edad, una de ellas es la de ser propietario de una quinta...

»Yo sentía, sin verla, la mirada de Laura fija en mí; una palabra, un ademán podían vender mi secreto y perderme sin remedio; no me moví; callé: ¡cuántas torturas había en aquel silencio!

»La conversación volvió á decaer; y entonces me tocaba á mí reanimarla; dije algo acerca de la belleza de aquel sitio, del agrado con que se comía al aire libre, y creí haber fijado la planta en terreno seguro.

—»No olvidaré, dijo Laura con acento melancólico, no olvidaré el agradabilísimo día que pasé en casa de usted, y luego aquel paseo en barca...

—»Y aquel chubasco, y aquellos relámpagos, y mi pobre escopeta de retrocarga enmohecida, y el barro hasta más arriba de las rodillas..., interrumpió Albruzzi riendo.

-»Todo aquello era hermoso, ¿no es verdad, Luciano?, preguntó Laura.

»Y como no le contestara añadió:

—»Sólo falta una cosa para la satisfacción del día de hoy.

—»¿Cuál?

—»Pregúntaselo á Luciano, que no es tan olvidadizo como tú; á él y á mí nos falta una satisfacción; la de tener aquí á su mujer, á mi amiga Leticia... ¿No es verdad, Luciano?

—»¡Y mi amiga también!, interrumpió Albruzzi. ¡Diantre! También quiero yo tener mi parte, y bebo á la salud de mi querida amiga Leticia.

»Los ojos de la hermosa dama me asaeteaban despiadadamente; el rubor me subía á las mejillas.

***

»Nos habíamos quedado en el jardín tomando el fresco, y la noche, cerrando casi de pronto, nos sorprendió en animada conversación; cuando la obscuridad fué tanta que casi no nos veíamos uno á otro, enmudecí sin saber por qué. Entonces Albruzzi entró en la casa para dar algunas órdenes, y Laura y yo quedamos solos.

»Estábamos muy próximos, y en la calma de la noche percibíamos nuestra respiración; las estrellas iban brillando en el cielo y las luciérnagas en la espesura.

»En medio de aquellas tinieblas y de aquel silencio mi corazón latía con más fuerza, y las ideas cruzaban por la mente más excitadas.

—»Luciano, me dijo Laura en voz muy baja.

—»¿Qué?

—»Quisiera hacer á usted una pregunta, pero me ha de prometer decirme la verdad.

»Se lo prometí.

—»¿Ha dejado usted de odiarme?

—»¡De odiarla á usted! ¡Pero si nunca la he odiado!

—»Veo que me engaña usted.

»No la engaño: ¡si pudiera usted leer en mi corazón!..

—»¿Qué?

»Mi acento estaba á punto de venderme, pero me sobrepuse á tiempo.

—»Vería usted que yo nunca engaño. ¿Cree usted de veras que la odio?

—»Hace tiempo que lo creo.

—»¿Y hoy qué motivos la he dado para creerlo?

»¿Quiere usted que se lo diga?

—»Si la amistad impone algún deber, debe usted hacerlo.

—»Pues bien; seré franca hasta el extremo. Me ha regalado usted un medallón y un ramo de flores con motivo de mi santo: hubiera preferido el ramo sin el medallón.

—»¿Por qué?

—»No me lo pregunte usted; demasiado lo ha comprendido.

—»Lo he comprendido; pero se equivoca usted: las flores se marchitan y el medallón dura, y el recuerdo sobrevive.

—»¿Es ese el significado que da usted á su regalo?

—»Ese y ninguno más.

»Pronuncié estas últimas palabras con firmeza, reuniendo toda mi energía. Pareció comprenderme y calló. Poco después, cambiando de tono, me preguntó:

—»¿Qué tal se ha encontrado usted en sus habitaciones?

—»Perfectamente.

—»Ya; estaba usted muy cansado; el cansancio y el sueño hacen que uno sea fácil de contentar. ¿Ha dormido usted bien?

»No he dormido.

—»Lo sé.

»¿Lo sabía usted?

—»Sí, he entrado en esas habitaciones con la camarera y he visto la cama intacta; y como no es de suponer que después de un viaje, y pudiendo descansar bien, haya quien prefiera dormir de pie ó sentado...

—»Las habitaciones de usted me han entretenido agradablemente.

—»¿Cómo sabe usted que son las mías?

—»Tenía mis dudas, pero usted acaba de decírmelo.

—»¿Y por qué no preguntármelo?

—»¿Me lo habría usted dicho?

—»A la verdad... no. Son los aposentos más independientes; al privarme de ellos, he hecho naturalmente un pequeñísimo sacrificio, pero que bastaría para que usted supusiera haber contraído una deuda enorme; no quiero hacer pagar tan caros mis favores; pero ¿cómo ha conocido usted que esas habitaciones eran las mías?

—»Porque la he sentido á usted, la he visto.

—»Es un cumplimiento.

—»No, no es un cumplimiento; pagaría mal mi deuda de gratitud con una majadería. Pero ya que hablamos de gratitud, haga usted el favor de decirme cuánto la debo: ¿destina usted sus habitaciones á todos los forasteros que recibe?

—»Es usted el primer forastero que recibimos, ya que así se califica usted.

—»¿Acaso no viene nadie á visitar á ustedes?

»Sólo hace ocho días que vivimos aquí, y hasta ahora no hemos visto más que al propietario de esta casa.

—»¿Al Sr. Anselmo?

»Al Sr. Anselmo.

—»¿Un joven?

—»Sí, un joven.

—»¿Soltero?

—»Creo que sí.

»¿No está usted segura?

»¿Por qué esa pregunta?

»Dijo estas palabras con tal viveza, que me contuvo á tiempo.

»El grillo lanzaba sus estridentes notas poco lejos: yo oí por un momento la respiración afanosa de Laura unirse al ansia de mi pecho.

—»Lo cierto es, dijo ella poco después con acento más amable, que sin notarlo, me estaba usted haciendo sufrir un interrogatorio.

-»Es verdad, contesté con frialdad; perdóneme usted.

***

»Después de pasar toda la noche agitado y sin dormir, logré conciliar un sueño profundo al amanecer, y cuando me levanté, encontré á mis huéspedes en el jardín. Con ellos estaba un desconocido; de una sola ojeada le examiné de pies á cabeza; era un arrogante joven de unos veinticinco años, de aspecto grave y melancólico; era (bien me lo decía el corazón) el Sr. Anselmo.

—»El Sr. Anselmo, dueño de esta casa; el señor Luciano Castelli, nuestro buen amigo, dijo la bella Laura volviéndose sucesivamente á cada uno de nos otros con sonrisa maliciosa.

»Nos saludamos fríamente, cambiando una mirada desconfiada y escudriñadora.

»¡Desdichado de mí! Ya no me interrogaba á mí mismo para saber si estaba celoso, sino que todas mis indagaciones se encaminaban á averiguar los motivos que tenía para alimentar mis celos. Todo mi anhelo se cifraba ya en contestar á esta pregunta: «¿El Sr. Anselmo es mi rival?»

»¡Rival!

»Yo pronunciaba tan horrible palabra; y por tanto las barreras habían caído, como había caído la máscara del simulacro de mi virtud. ¡Un rival! Un enemigo, un ladrón que alarga la mano para apoderarse de mi tesoro, que me disputa mi rayo de sol. ¿Existía, pues, otro tesoro además del que yo había poseído hasta aquel día? ¿Existía, pues, otro sol diferente del que había iluminado las paredes de mi casa?

»Sí, Anselmo era mi rival; mis ojos no podían engañarme; él me había comprendido, y yo á él.

»Desde el primer momento medió entre ambos algo así como un rencor instintivo; él estaba pertinazmente callado, y yo, que lo era por naturaleza, me volví locuaz para tomar una ventaja fácil sobre él. Hubo un instante en que el Sr. Albruzzi, queriendo aproximarnos, se tomó la pena de hacer separadamente al uno el panegírico del otro. No oí bien lo que me dijo de Anselmo; tampoco oí lo que le dijo de mí; lo único que sé es que después de aquel aparte, Anselmo pareció totalmente cambiado, se acercó á mí con desenvoltura, me habló con expansión, con entusiasmo, y que se trocaron los papeles, él se tornó locuaz y yo enmudecí.

»Más adelante averigüé el secreto de aquella mudanza; Anselmo había sabido que yo estaba casado.

»¡Qué herida asestada á mi corazón! Para engañar su propio deseo, aquel hombre me hacía mejor de lo que en realidad era; él mismo, hallándose al borde de la culpa, se resistía á dar crédito á una culpa; tenía ante los ojos la traición y no se atrevía á creer en una traición. ¡Aquel hombre era por consiguiente mejor que yo! Sólo era culpable á medias, y en mi lugar tal vez hubiera retrocedido.

»Durante aquel larguísimo día me sentí abrasado de unos celos que procuré á toda costa disimular, pero que no pude enteramente ocultar á las miradas inquisidoras de Laura.

»Anselmo no era muy atrevido; pero iba dejando poco á poco su encogimiento con respecto á mí; era indudable que no temía mi rivalidad; mi crimen era tan monstruoso que causaba horror al mismo crimen.

»Laura se mostraba afable con él como se había mostrado conmigo, le sonreía como me había sonreído, le envolvía con sus ojeadas de fuego, con las mismas artes, con las mismas provocaciones de que se había valido para conmigo.

»La hora del almuerzo fué una hora de sufrimiento. ¿Leía la hermosa dama mi desesperación y se complacía en prolongarla? Hubo un momento en que así lo creí y en mi rostro brilló un relámpago de ira; quise levantarme de la mesa y huir, pero en aquel punto mi mirada se encontró con la fascinación de la lánguida mirada de Laura; me quedé y apuré hasta las heces la acre mezcla del remordimiento y de los celos.

»Al terminar el almuerzo se generalizó el buen humor; Laura, Anselmo, y Albruzzi más que todos, reían. Me levanté de la mesa antes que nadie; aquella alegría me hacía daño: tenía necesidad de estar solo, de llorar; ¡oh, si hubiese podido llorar!

»Aún no había pasado un cuarto de hora cuando Laura se me acercó; no se veía ya en sus ojos aquella fatua alegría que tanto me había lastimado, y se llegó á mí cariñosamente.

—»¿Qué tiene usted?, me dijo con acento de triste reproche; ¿por qué nos ha dejado usted?

»Levanté los ojos y desafié su mirada; parecíame que comprendía mi debilidad y que quería abusar de ella para obligarme á declararme.

—»No tengo nada.

—»No es cierto, y tenga usted en cuenta que ese silencio no es generoso; me hace usted temer más tal vez de lo que sea en realidad. ¿Qué le hemos hecho á usted?

»El corazón me latía presuroso; no me fué posible contestar.

—»¿Qué le he hecho á usted?, me preguntó bajando ligeramente la voz hasta el tono de la intimidad.

»¿Qué me había hecho? Y ella me lo preguntaba..., ¡ella! No sé cómo me contuve al oir aquellas palabras, cómo no me postré á sus plantas, cómo no la estreché rabiosamente contra mi pecho palpitante.

»Mire usted, le dije fríamente; estoy febril.

»Cogió entre sus dedos mi muñeca y exclamó con melancólico estupor:

—»¡Y es verdad, pobre Luciano!

»¡Pobre Luciano! No, toda su compasión no podía equivaler para mí á un instante de su amor; me levanté de golpe con ademán resuelto que debió extrañarla y dije:

—»Pasará..., es necesario que pase.

»Y me alejé rápidamente por una calle de árboles.

XXII

El espíritu de la mujer y el del marido

»¿Qué me proponía hacer? Ni siquiera lo sabía; seguía inconscientemente el instinto que dictaba la fuga á mi flaqueza; si hubiese tenido delante el camino de Lugnano me habría ido por él sin volver la vista atrás.

»La calle de árboles por la que me metí, después de dar un gran rodeo, iba á parar á la casa; cuando estuve á un centenar de pasos de su patio anterior, quise retroceder; pero una inmensa desconfianza se apoderó de mí y me arrojé al suelo sin saber lo que hacía, sin lágrimas, con la desesperación en el alma.

»Estaba como atontado: arrancaba matas de hierba y contemplaba los tallos; recogía en el hueco de mi mano los insectos que las habían elegido por morada y los veía correr sobrecogidos de misterioso terror; no podía fijar mi imaginación en otra cosa, no comprendía, no veía más que aquello; parecíame ser otro hombre, y creía y esperaba haberme vuelto loco.

»Permanecí en aquel estado largo rato; cuando me levanté vi pasar por delante de mí, como á un tiro de piedra, á Laura, Anselmo y Albruzzi; me bajé rápidamente y no me vieron.

»Un cuarto de hora después, Laura volvió á pasar sola por el mismo sitio; parecía pensativa y andaba despacio sacudiendo los tallos de las plantas con la punta de la sombrilla cerrada.

»¡Con qué miradas la seguí!

»Llegó la hora del crepúsculo; la calma de la noche descendía poco á poco hasta penetrar también en mi alma; con la luz del día se extinguían los re-

lampagueos de mi conciencia; una sensación de débil melancolía, á la cual no oponía ninguna resistencia, me indujo, casi sin advertirlo, á seguir los pasos de Laura.

»Penetré en el jardín y me asomé á la entrada de la salita de la planta baja; todo estaba silencioso en torno mío; dí un paso y me detuve turbado..., ante mis ojos tenía á Laura. Reclinada en un diván oculto en la sombra, con los brazos echados con muelle abandono sobre el respaldo, parecía absorta en profunda meditación.

»No se movió al oir el rumor de mis pisadas; me acerqué más y más, llegué junto á ella..., nada, estaba dormida: la claridad del sol poniente le daba en el rostro, y la brisa crepuscular jugueteaba entre sus cabellos de oro.

»¡Qué infierno se abrió ante mí á aquella vista! Miré á mi alrededor como un ladrón que teme ser descubierto... ¡Oh! ¡Estaba solo, fatalmente solo!.. ¿Qué fué de mí, de mi corazón, de mi razón en aquel momento?.. Una tentación casi magnética, un infinito olvido de mí mismo, un pensamiento rápido como un relámpago y un afán intenso... No hubo lucha, sino un pavoroso impulso de los sentidos, del que salí vencido; me incliné sobre aquel gracioso cuerpo y acerqué los labios á sus labios para respirar su respiración. Al sentir su tibio aliento en la cara, todo mi cuerpo tembló, se me veló la vista, se me obscureció la mente, y sin fuerzas ya para resistir en aquel doloroso combate, rocé con un leve beso sus mejillas.

»Hice todo aquello en silencio y tan rápidamente que Laura no tuvo medio de defenderse; me miraba con ojos inmóviles, más atónitos que asustados, y á las primeras palabras que murmuré para implorar su compasión hizo ademán de levantarse; se lo impedí; quiso empujarme, é insistí abrazándome á sus rodillas y sollozando.

»Mi indómita rudeza estaba domada; mi frágil naturaleza, quebrantada.

—»Escúcheme usted, le dije con voz sofocada por el ansia de la desesperación, escúcheme: sé que mañana podrá usted sonrojarme con una mirada; y sé que su desprecio nunca llegará á igualar al desprecio que más adelante me inspirará mi alma cobarde; lo sé, lo siento; pues bien, no obstante la vergüenza que me aguarda, quiero pronunciar esta palabra de fuego que hace ya una eternidad está en mis labios: la amo á usted. Mi vida, mi porvenir, el mundo y el cielo mismo no bastan para contenerme; he luchado, he sufrido... mucho..., demasiado...

—»Silencio, interrumpió en voz muy baja, y desprendiéndose de mí me obligó á levantarme; ocupe usted mi sitio y finja dormir.

»Apenas tuve tiempo de obedecerla, cuando vi una sombra en el hueco de la puerta. Laura se alejó de puntillas, acercóse al recién llegado y le dijo muy quedo llevándose el índice á los labios:

—»Duerme, no lo despiertes.

—»¿Que duerme?, repitió la voz de Albruzzi: ¿quién?

—»Luciano, á quien he estado buscando hasta ahora por todo el jardín.

—»Y yo también, contestó Albruzzi; ¡ja, ja!

»Y entrando en la habitación empezó á gritar:

—»¡Sr. Luciano, Sr. Luciano!

»Entonces fingí despertarme y acudí al encuentro de mi huésped; la obscuridad ocultaba apenas mi turbación.

—»Querido Sr. Luciano, me dijo Albruzzi, le hemos estado buscando á usted por todas partes: ¿quién habría podido suponer que estaba usted aquí?

—»Yo lo he supuesto, contestó Laura sin inmutarse.

»Por muy angustiosa que aquella revelación pudiera serme andando el tiempo, me había deparado por un momento grande alivio, librándome de la angustia del temor y del remordimiento. Desde aquel punto reinó un profundo silencio en mi conciencia.

»Las palabras escapadas de mis labios hacían necesaria una entrevista secreta con Laura: espiaba el momento de tenerla con febril impaciencia, buscaba una oportunidad con todas las manías insidiosas del ladrón y en toda aquella noche separé la vista de la que era objeto de mi ciega pasión.

»En cambio Laura parecía esquivarme, con lo cual, en vez de frustrar mi propósito, le daba creciente pábulo; la especie de retraimiento de aquella mujer me parecía encantadora, y para mí valía mucho más que la indiferencia fría ó casquivana.

»Hasta aquel día no eché de ver que entre Laura y yo había un obstáculo que no provenía de mi conciencia, que había otra conciencia. ¿Quería Laura hacérmelo entender? Lo ignoro, pero lo que sí sé es que contra su costumbre no se separó un momento de su marido.

»Llegó la noche sin que hubiera podido decirle una palabra; mis deberes, mi porvenir, todo estaba olvidado, todo sacrificado al delirio de los sentidos: no me guiaba más que un solo objeto: extinguir el fuego que me devoraba, ni quería ver la felicidad en otra parte más que en brazos de aquella mujer fatal.

»El dolor sofocado me laceraba el pecho; quería gritar, quería llorar, y callaba; sentía necesidad absoluta de soledad, y una fuerza superior á mi voluntad me contenía saboreando mi propio tormento.



y se recostó, riendo estúpidamente, en el respaldo de la silla

»Laura, Albruzzi y yo estábamos sentados alrededor de una mesa; habían servido el te y lo habíamos tomado en silencio. Albruzzi empezaba á dejarse vencer por el sueño; yo seguía las miradas fugitivas de Laura; aquella posición era penosa y precisaba salir de ella, pero no pude resolverme. Laura tuvo esta resolución; se levantó, llamó á la camarera, y saludando con ceremoniosa urbanidad, nos dió las buenas noches.

—»Buenas noches, contestó Albruzzi como si despertara de un sueño.

»Nos quedamos solos.

»Perdóneme usted, me dijo mi huésped; pero ¡por vida de Satanás!, me ha faltado poco para dormirme. Efecto de la costumbre, porque aquí nos acostamos con las gallinas, y la verdad, ¿qué se hará? Pero se me ocurre una idea luminosa...

—»¿De veras?

—»Déjeme usted hacer: estaremos despiertos.

»Llamó á un criado y le mandó traer unas botellas.

—»Es lácrima-cristi; ya verá usted qué bueno.

—»La idea es magnífica, dije interrumpiendo bruscamente el curso de mis fantásticas ideas: bebo á la salud de usted.

—»Y yo á la de usted y á la de su buena esposa... y de la mia, porque ha tenido el buen acuerdo de acostarse y dejarnos solos. Con respecto á esto, ¡benditas sean las mujeres inglesas! Bebo á la salud de las mujeres inglesas.

—»Y á la de los maridos de esas mujeres.

—»Y á la de los maridos de esas mujeres... ¡Ja, ja! ¡Bravísimo! He conocido más de uno y puedo asegurar á usted que los maridos ingleses están llenos de sentido práctico, digo yo. Sir Wilvert..., ¿ha conocido usted al baronet sir Wilvert?

—»No he tenido ese gusto.

—»¡Qué hombre! ¡Qué hombre! Jamás he oído palabras tan juiciosas como las suyas..., él me hablaba y yo me veía retratado..., digo yo..., me parecía ver retratadas mis ideas; mi pensamiento seguía al suyo, y llegaba siempre tarde, pero su pensamiento era mío.

—»¿Y qué decía el baronet sir Wilvert?

—»Pregunte usted más bien qué hacía; sé que usted y yo navegamos por el mismo mar con vientos contrarios, y por eso no puede usted apreciar las ideas del inglés.

—»Que son las de usted.

—»Precisamente... A la salud de usted.

—»Y á la de usted.

—»Conviene saber que tenía una mujer bellísima, la cual lo adoraba. El también la quería mucho, no lo negaba; mas acerca de esto tenía sus opiniones, y el yugo nupcial le pesaba, y el tálamo sobre todo... Adivine usted lo que discurrió para librarse de la tiranía del tálamo.

—»No doy en ello.

—»Pues se emborrachaba cuando comía y se quedaba dormido debajo de la mesa. ¡Ja, ja, ja!

—»Ese baronet no era por cierto muy fecundo en expedientes.

—»¿Que no era fecundo cuando tenía media docena de hijos y solía decir que si Malthus viviera lo habría apaleado?

»¿Ha adoptado usted su sistema?, me atreví á preguntar con la osadía que me daban los vapores del vino.

—»¿Qué sistema?

—»El de quedarse dormido debajo de la mesa.

—»¡Pues no faltaba más! Eso queda bueno para los ingleses que siempre están llenos de escrúpulos; pero un italiano hace su gusto sin tantos miramientos. Mi mujer conoce mis ideas y las respeta; verdad es que el tiempo de la adoración ha pasado... y no me va mal. A la salud de usted.

»A la de usted.

»El Sr. Albruzzi había vaciado un par de botellas y destapaba la tercera; el lácrima-cristi, que á él le desataba la lengua, á mí me ponía taciturno. Sus últimas palabras me hicieron volver á mis ideas; pero no era aquel el momento más oportuno de fantasear, ni mi huésped hombre de soltarme así como así.

—»¿En qué está usted pensando?, me preguntó extendiendo la mano sobre la mesa y cogiéndome la mano con ademán de confianza; ¿en qué está usted pensando? Apuesto á que lo acierto.

»Y me miraba con ojillos chispeantes y con placentera sonrisa.

»Yo apuré de un trago la copa y no contesté.

—»¡Bravo!, dijo. Elocuente, elocuentísimo; así me gusta; filósofo cuando le conviene, pero teniendo delante la copa, la alegría ante todo. Lo que es yo, cuando he bebido media docena de copas, daría quince y raya á un abogado. Choque usted y que el vino nos comunique su ardor.

—»Y que el Cicerón de la botella le conserve á usted su elocuencia.

—»A la salud de usted.

—»A la de usted.

»La faz rubicunda del Sr. Albruzzi respiraba un buen humor creciente; sus ojos echaban chispas; su locuacidad era cada vez más fácil y expansiva.

—»¿Sabe usted que es usted un hombre raro?, me dijo mirándome fijamente.

—»¿Lo cree usted así?

—»¡Si lo creo! Hace un rato que lo estoy pensando: ha bebido usted su parte, contra lo cual no hay nada que decir, y sin embargo, está usted ahí pensativo, taciturno... Yo bien sé en lo que piensa usted, y á pesar de ello, juro que no lo entiendo. Bien puede uno amar á su mujer, pero sin ver su imagen hasta en el fondo del vaso.

—»Sí, en efecto, puede ser.

—»Dejemos las bromas; preséntenme usted media docena de maridos de su calibre, y me convierto.

—»¡Dios me libre!

—»¿Por qué?

»Porque parece usted tan feliz que no sabría qué darle en cambio; cada cual se satisface con su propio estado, cuando es dueño de sí mismo.

»Mi estado..., mi estado es el de la naturaleza misma..., amo á mi mujer, no digo lo contrario, pero...

—»Pero le pesa á usted el yugo nupcial.

—»Tampoco digo eso, pero en fin, ya me comprende usted, el hombre siempre es hombre, querido Luciano; me explicaré con un ejemplo: las trufas son tubérculos que me gustan en extremo, pero no las como todos los días..., ¡ja, ja! ¿Me explico mal, no es cierto?

—»No mucho.

—»Mejor: ¿ha estado usted en Turquía?

—»No.

—»Yo tampoco; pero he estado en sueños; brava cosa las sultanitas, las odaliscas..., ¿quiere usted que le diga una cosa?

—»Dígala usted.

(Continuará)



Jaulas para la exposición de palomas mensajeras

EL SPORTSMEN'S CLUB DE BARCELONA

El desarrollo grandísimo que en nuestra ciudad ha adquirido de algunos años á esta parte la afición deportiva, exigía imperiosamente la creación de un centro que reuniera todas las manifestaciones de esta índole y aunara todas las iniciativas y todos los esfuerzos para el fomento de los deportes.

Este centro existe desde hace algunos meses, gracias al entusiasmo de los buenos aficionados, que sin economizar sacrificios han logrado fundar con el *Sportsmen's Club* una institución que puede competir con las mejores de su índole del extranjero.

Hállase instalado el club en un espacioso terreno del Salón de San Juan, y en sus distintos pabellones y locales están dispuestas las diferentes secciones en que aquél se divide, todas dotadas de los elementos necesarios para llenar cumplidamente sus fines respectivos, según veremos en la descripción somera que de ellas vamos á hacer.

Disponen los ciclistas de un elegante pabellón capaz para cincuenta bicicletas, con sus vestuarios, taller de reparaciones, sala de baño y ducha, salón y terraza, y de una pista de asfalto muy á propósito para concursos de velocidad, agilidad, destreza, carreras de lentitud, etc.

El campo destinado al *lawn-tennis*, uno de los mejores entre los varios que en Barcelona existen, es completamente liso y se halla rodeado de una faja de césped y de una red para evitar que las pelotas vayan á parar á la calle. Hay además cómodo sitio para los espectadores. El *Sportsmen's Club* se propone celebrar concursos periódicos en los cuales no dejarán de tomar parte varias señoritas.

El local del croquet está situado junto á la rotonda de que luego hablaremos y es uno de los más concurridos, hasta el punto de que en muchas ocasiones los croquetistas han de esperar turno. Próximamente se celebrará un gran concurso con premios.

El *stand* para el tiro es amplio y está acertadamente combinado, así para los tiradores como para los espectadores. Los blancos están á 25 metros de distancia, pudiendo disparar á la vez dos ó tres tiradores. Las armas que á su disposición tienen los socios son carabinas Búffalo, Gras, Lebel, Martini, Winchéster, y pistolas Flambert, Francotte y Tira Palme. Diariamente se efectúan concursos con valiosos premios, y en la actualidad se disputa la copa Mercier, que se adjudicará al que la gane durante tres meses seguidos. Aparte del tiro al blanco, hay tiro de pichón y de conejos.



Entrada al Club, adornada con motivo de la proyectada visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII.

La gimnasia ha merecido preferente atención de los organizadores del *Sportsmen's Club*, quienes no sólo la han dotado de los más perfeccionados aparatos, sino que han confiado la dirección técnica de la misma al conocido atleta M. Marteau, el cual, además de la gimnasia propiamente dicha, enseña los ejercicios de la lucha greco-romana y el boxeo. En esta sección se concede especial importancia á los saltos, organizándose concursos de longitud, altura y de otras clases.

En el *Skating-ring* pueden patinar cómodamente 150 personas. El local primeramente destinado á este ejercicio se juzgó en seguida deficiente, dadas las inscripciones hechas y las demandas formuladas, y fué preciso arrendar otro que reune excelentes condiciones para el objeto á que se le destina y que ha sido decorado bajo la dirección del reputado artista Sr. Utrillo. De noche lo iluminan doscientas bombillas eléctricas de diferentes colores que producen bellísimo efecto.



Administración y *garage* de bicicletas, adornados con motivo de la proyectada visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII

El *Kegelbhan*, ó sea el juego de bolos, tiene su instalación especial dispuesta con mucho acierto.

En el *Sportsmen's Club* se ha concedido especial atención á la colombofilia, cuya importancia es universalmente reconocida, gracias á los inestimables servicios que prestan las palomas mensajeras. Las jaulas á éstas destinadas hállanse adosadas á la rotonda y son en número de 32, que pueden contener hasta un millar de palomas. Anualmente se celebrarán concursos de velocidad y resistencia, bajo la inmediata inspección de los ministerios de Agricultura y de la Guerra.

Otra de las secciones que figuran en el club es la de esgrima, cuya afición se propone fomentar instituyendo una sala de armas permanente, adonde puedan acudir como en terreno neutral los tiradores procedentes de todas las salas particulares, promoviendo concursos y campeonatos y organizando fiestas en que tomen parte los más célebres maestros extranjeros.

Completan la lista de los deportes que en el club se cultivan las riñas de gallos y la sección de *fox-terriers*, diversión esta que en poco tiempo se ha aclimatado admirablemente en Barcelona, siendo innumerables los aficionados á ella.

Los ejercicios de esgrima y de boxeo, las riñas de gallos y las luchas de los *fox-terriers* se verifican en la rotonda, que es uno de los pabellones más importantes del club. Es de forma circular, con cuatro gradas que dejan en el centro un espacio de cuatro metros, en donde se coloca la jaula para los *fox-terriers* y que fácilmente se transforma en pista para los demás ejercicios.

Los grabados que en esta y en la siguiente página publicamos representan algunas de las principales secciones del club, tal como habían sido adornadas para recibir la visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII durante su reciente viaje á esta capital. Por ellos puede formarse idea de la importancia de los locales, del acierto con que han sido dispuestos y del buen gusto que ha presidido en su instalación.



Pista del *lawn-tennis*, adornada con motivo de la proyectada visita de S. M. el rey D. Alfonso XIII



Sección de tiro

Ya lo hemos dicho al principio: el *Sportsmen's Club* ha venido á satisfacer una necesidad que hace mucho tiempo se sentía en Barcelona, y ha venido á satisfacerla de la manera más cumplida, atendiendo con especial cuidado á la educación física, que hoy miran con tanto interés las naciones más civilizadas, y á esas distracciones deportivas que tanto contribuyen á la vigorización, no sólo del cuerpo, sino también del espíritu.

Por ello merecen sus organizadores felicitaciones sinceras y aplausos entusiastas, que gustosos les enviamos desde LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. P.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDES et Cie Bd St-Denis, 16

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. — PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EX-LIBRIS, por *A. de Riquer*. – Reunidos en un magnífico y artístico tomo, ha publicado el tan reputado artista Alejandro de Riquer 63 ex-libris originales suyos, cada uno de los cuales constituye una hermosa obra de arte y el conjunto de todos ellos una colección de valor inestimable. Los hay de todos los géneros, pero en todos prevalece ese ambiente de poesía que tienen las composiciones de Riquer, que es de los dibujantes que al par que ejecutan con elegancia y corrección irreprochables, sienten más hondo y piensan más alto. Si su fama no fuera tan universalmente reconocida, bastaría á dársela esa obra bajo todos conceptos bellísima, y por la cual le enviamos nuestros más entusiastas plácemes. Sus ex-libris contenidos en el tomo han sido admirablemente grabados é impresos en esta ciudad por J. Thomas; los grabados en dulce ejecutados por Riquer han sido impresos por J. Furnó, en Barcelona, y Giesche y Devrient, de Leipzig.

ANUARIO DE BAILLY-BAILLIERE. Tratándose de una publicación tan acreditada como esta, resultan inútiles los elogios, y basta anunciar que se pone á la venta para que el éxito de la misma sea seguro. El *Anuario Bailly-Bailliere*, que cada año se completa y contiene nuevos datos, presta un inmenso servicio á todos los que trabajan, pues contiene cuantas noticias pueden interesar en toda España y en toda América. Esta obra representa un trabajo colosal y puede consultarse con facilidad suma, gracias al orden y al método que en ella han presidido. Los tres voluminosos tomos del Anuario se venden á 25 pesetas.

MEMORIA PRESENTADA AL ORFEÓN PAMPLONÉS por la Junta Directiva en la junta particular celebrada el 4 de enero de 1904. Se detallan en esta memoria todos los actos en que ha tomado parte este notabilísimo orfeón durante el año 1903, las principales piezas que ha ejecutado; contiene además el Balance y las listas de los socios honorarios, protectores y fundadores. Ha sido impreso en Pamplona en la imprenta de N. Aramburu.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS EXISTENTES EN LA BIBLIOTECA DE LA «SOCIEDAD BILBAO.» – Tiene este catálogo verdadera importancia, no sólo por el número de obras en él registradas y por el método y clasificación que en él han presidido, sino además por las tendencias que revela y que son gallarda manifestación de cultura. Forma un volumen de 473 páginas esmeradamente impreso en la tipografía de la Casa de Misericordia de Bilbao.

EL PATO SILVESTRE, por *E. Ibsen*. – La biblioteca «Teatro antiguo y moderno» ha publicado la versión castellana de este interesante drama del eminente autor noruego. El teatro de Ibsen es bastante conocido para que no sea necesario hacer el elogio de esta obra. La traducción, de Manuel M. Blanqué y Puig, está correctamente hecha. Véndese á una peseta

LA EDUCACIÓN MUSICAL, por *Alberto Lavignac*, traducción de *Felipe Pedrell*. – Esta obra, de la que se han hecho numerosas ediciones en Francia, Inglaterra y Alemania, está destinada á vulgarizar la enseñanza de la música dentro de un método razonado y en forma amena, elementos ambos importantísimos para el buen éxito del estudio de esta arte bella. La traducción está hecha con el mayor esmero y es digna del nombre del celebrado maestro Sr. Pedrell. El libro, editado en Barcelona por D. Gustavo Gili, se vende á cinco pesetas.



JARRÓN DECORATIVO, original de C. Bernewitz, fabricado en la Real Manufactura de Porcelanas de Berlín

ROMANCES, por *Aquileo J. Echeverría*. – Las poesías que contiene esta colección son bellas bajo dos conceptos: por su forma y por el color local que encierran. El autor, notable poeta costarricense, se ha inspirado generalmente en la naturaleza, que desde niño aprendió á amar, y en las costumbres y tipos de su tierra; y así sus composiciones resultan espontáneas, frescas y originales, cualidades que avaloran la naturalidad y armonía de la versificación. El tomo ha sido impreso en San José de Costa Rica, en la imprenta de Avelino Alsina.

LA ANTROPOFAGÍA EN AMÉRICA, por *José María Monzón*. – Folleto en el que su autor, profesor de Historia y Geografía en la Escuela Normal mixta de Esperanza (Santa Fe, R. A.), demuestra con abundancia de datos y contradiciendo lo afirmado por muchos historiadores y viajeros, que en América no existió el hábito de comer carne humana como alimento y que la antropofagía fué allí unas veces sacrificio religioso y otras práctica supersticiosa ejercida sobre ciertos prisioneros. Impreso en Santa Fe en la imprenta y librería «La Unión.»

MIS CUENTOS, por *Carlos María Ocantos*. – El notable novelista argentino ha coleccionado en un elegante tomito doce cuentos, acerca de cuyas bellezas de fondo y de forma nada hemos de decir porque, aparte de la fama que su autor se ha conquistado en el mundo de las letras, los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA han podido apreciar en varias ocasiones lo que valen, así por su interés como por sus méritos literarios, las composiciones de esta índole del Sr. Ocantos. El tomo ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Idamor Moreno.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, revista mensual ilustrada; *Mercurio*, revista comercial ibero-americana, mensual ilustrada; *Hojas Selectas*, revista mensual ilustrada; *El Trabajo Nacional*, revista quincenal; *Revista Gráfica*, publicación trimestral del Instituto Catalán de las Artes del Libro; *Revista Frenopática Española*, mensual ilustrada, órgano científico del Manicomio de San Baudilio de Llobregat; *El Filatélico Español*, revista mensual; *Vida*, publicación quincenal, órgano de la Academia de Higiene de Cataluña; *La Ilustración Obrera*, semanario ilustrado (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada de Ciencias y de Artes; *Helios*, revista mensual; *La mujer en su casa*, revista mensual; *Cosmopolita*, revista mensual ilustrada de Literatura, Ciencias, Política y Arte; *Sol y Sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid); *La Medicina Valenciana*, revista mensual (Valencia); *Gaceta Médica de Granada*, publicación mensual; *La Razón*, diario radical (Trujillo, Perú); *El Trabajo*, diario (Popayán, Colombia); *El Tribuno*, diario (Belgrano, R. Argentina); *El Republicano*, trisemanario semi-oficial (Tegucigalpa, Honduras); *Anales del Museo Nacional*, órgano oficial del Instituto del mismo nombre, publicación mensual (San Salvador); *El Lucero*, revista semanal ilustrada (Lima, Perú); *Lumen*, revista bimensual (Montevideo, Uruguay); *La Libertad*, semanario (Zacatecas, México); *Revista Agrícola é Industrial* (Guayaquil, Ecuador); *Chile ilustrado*, revista mensual ilustrada (Santiago de Chile).

APIOLINA CHAPOTEAUT
SALUD DE LAS SEÑORAS
(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)
Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.
PARIS, 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. – PARIS, 31, Rue de Seine.


OB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. – Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISIMIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.


MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. – Todas Farmacias.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. – *En todas las Farmacias.* 654

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. – 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 16 de mayo de 1904 — Núm. 1.168

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONTRASTE, dibujo original de Vicente Cutanda

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Como yo he transportado á la América española todas las ilusiones perdidas en España—¡y no es flojo capital negativo!,—confieso que me desazono cada vez que veo demostrado que esa América se nos parece extraordinariamente en muchas cosas. Esta semejanza psíquica la había echado de ver en la interesante novela *Nebulosa*, de Carlos María Ocantos: la novela es argentina, argentino el autor; pero todo aquello no se dijera sino que sucede aquí, en nuestras playas, en nuestros balnearios elegantes. Si aquello, como supongo, es la misma verdad, nos reconocemos y nos sentimos tan idénticos á nuestros hermanos de allende los mares, que no merece la pena de cruzarlos para encontrarnos, al punto de desembarcar, en nuestra calle y á la puerta de nuestra casa.

Impresión muy parecida á la que me dejó la lectura de *Nebulosa*, experimento al recibir un elegante y bonito prospecto en cartulina gris *camaïeu*, realzada con oro, en cuyo frontispicio gallardo heraldo, tremolando el pendón de la liza y haciendo resonar la trompeta, anuncia á voz en cuello y pregona estrepitosamente los *Juegos Florales* que el 12 de octubre celebrará la Asociación patriótica de Buenos Aires *¡Patria, fides, amor!*

Dentro, la convocatoria y el cartel de temas y premios. Antes de entrar á examinarlo, me apresuro á adelantar una rectificación: estos Juegos Florales son más bien obra española que americana: entre los que dirigen la convocatoria se cuentan compatriotas amigos míos, que supongo no llevarán á mal las observaciones que voy á dirigirles.

Sepan, además, que de ningún cartel de Juegos Florales he solido yo quedar lo que se dice encantada. No: encantada no: seamos francos. No discuto la institución; venga de Clemencia Isaura, y avancen las sombras de Macías, Guillén de Cavestany y cuantos trovadores en el mundo han sido, y no digo serán, ¡porque... *pa mí* que no serán!, la casta se ha concluído. Admito, corriente, los Juegos Florales; pero voy á explicar cómo.

En primer término, recordemos que los Juegos Florales, ó mienten á su origen y tradiciones, ó se reducen á justa poética. Los temas útiles (gramaticales, históricos, pedagógicos, bibliográficos, y más aún comerciales, bancarios y sabihondos) les están á los manes de Clemencia Isaura como á un grillo unas botas de montar. O son Juegos Florales, de poesía, ó Certamen general de cultura. Yo me inclinaría á preferir este nombre, en casos como el que me dicta lo que voy escribiendo. Admitiendo, pues, que el heraldo gris lo que anuncia es un certamen de cultura, mis observaciones revisten, ó revestirían, otro carácter. Entonces yo me fijaría en dos cosas: si el tiempo concedido es suficiente: si el premio ofrecido compensa el trabajo que se deberá invertir, para hacer algo que algo valga. Y con arreglo á este criterio, que no tengo por elementalmente justo, critico el programa del consabido Certamen.

Mi crítica (no se diga que ando por las ramas) se dirige principalmente á los premios de la Academia de la Historia, Academia de la Lengua, Ateneo de Madrid, Ayuntamiento de Barcelona, Ayuntamiento de Zaragoza..., ya ven que á nadie perdono. En cambio, mis elogios cumplidos al *Centre Catalá* de Buenos Aires, y al Club Español, de Buenos Aires también. Estas dos colectividades, dando prueba de buen sentido, han designado premios en dinero, cantida des respetables. Gracias á Dios que alguien se pone en lo racional.

Siempre cabrá censurar que trabajos de los cuales la mayor parte implican estudio y acopio de noticias, tengan que estar en poder de sus jueces el 31 de agosto de 1904, habiéndose anunciado el Certamen el 21 de marzo del mismo año. Cinco meses, de los cuales habrá que desquitar, para los concurrentes españoles, más de un mes que tarde en llegar aquí la noticia y allá el manuscrito. No cabe mayor instigación á las improvisaciones, que en verso pueden ser muy buenas, pero en prosa son una peste.

Y al apremio del tiempo que vuela, ¿qué ánimos tendrá un escritor á quien se le ofrecen, como recompensa á sus fatigas, alguna medalla, un objeto de arte (¡es tan vago y tan elástico esto del objeto de arte, Dios mío!), un ejemplar de las *Leyendas* de José Zorrilla, ó un ejemplar del *Quijote*? (¡Vaya unas rarezas bibliográficas!)

Se me dirá que tales trabajos se emprenden por la honra y por la gloria. ¡A perro viejo no hay tus tus! ¿Jugamos á engañarnos? De sobra sabemos que ni mucha honra ni mucha gloria suelen reportar los premios de Juegos Florales. Generalmente, con excepciones que podrían señalarse en Cataluña, los poetas laureados de los Juegos se quedan tan en la sombra como estaban antes de designar reina. Más obscurecidos aún los prosistas. Al otro día de la ceremonia, si te he visto no me acuerdo. Quien afirme lo contrario, pruébelo, por su vida. Ofrezco un termómetro «de arte» á quien en el plazo de un año entero escriba la mejor Memoria sobre las reputaciones literarias basadas en esta clase de lauros florales ó floríficos.

Ni gloria, ni provecho: prisa y pie forzado: competencia, la incertidumbre hasta de tan modesto triunfo. No es tentador, y la calidad de los envíos tendrá que resentirse de la índole de los alicientes.

Por un ejemplar de las *Leyendas* de Zorrilla quiere el Ateneo de Madrid un «Estudio sobre la influencia de Zorrilla en la literatura americana.» Rectifico: no quiere uno: quiere varios, porque uno solo no implica certamen. Con un premio de niño aplicado en la escuela, piensa estimular á un trabajo de crítica el Ateneo de la capital.

Por un ejemplar de la edición de las *Cantigas*, hermosa por cierto, pero ¡qué demonio!, solicita la Academia que se le presente un «Indice de palabras, frases y modismos, propios *en* (sic) la República Argentina, con los equivalentes en castellano, según el Diccionario de la Academia, y noticias acerca de su origen y formación.» A fe que no se pierde la Academia de la Lengua.

Y la Academia de la Historia, por otro librito, pide un «Estudio histórico del fundador de Buenos Aires,» y acaso que Garay resucite y funde otros pueblos.

Nada: para aprovechados, las corporaciones españolas premiando en Juegos Florales.

Si yo fuese americano, hombre nuevo de una raza vieja, salido de un viejo solar, pero orientado á lo joven y fresco de la edad presente, mal año si no rompía con rutinas y amaneramientos, y si no imponía mi espíritu, en vez de recibirlo ya manido del propio Antiguo Continente. Hijo de un país laborioso, engrandecido por el trabajo, mi primer convencimiento sería el de que el trabajo es un valor, y el trabajo intelectual no por intelectual está desvaluado en la balanza. Mi deseo sería dar también á la labor del cerebro su compensación en elementos para la vida, y no se me ocurrirían certámenes donde se remunerara con un libro un manuscrito, si el manuscrito encerrase algo, ideas, belleza, datos, enseñanza. El talento royéndose los codos y echando al puchero aguanoso las hojas de laurel de Clemencia Isaura, me sonaría á la leyenda de país decaído, no de nación fuerte donde se cotiza lo que se admira y donde se concibe la vida intelectual como la más alta expresión de la funcionalidad humana. De mi patria de origen tomaría quizás otras cosas, que algunas tiene buenas; pero nunca eso de la literatura escatimada, pobretona, barata y ocasional. Al anunciar un Certamen de cultura, ofrecería alicientes que resolviesen para el escritor afortunado, para el vencedor, el problema de la subsistencia, siquiera por algún tiempo, siquiera por un año. Me inspiraría en el europeo premio Nobel, no en los moldes de nuestras justas in cruentísimas. Esto hiciera yo, á ser americano.

Estos días se ha presentado en la Secretaría de la Audiencia de mi pueblo una causa formada sobre el hurto de una camelia. Y un periódico regional dice con razón que somos el país más romántico del mundo.

¿Quién duda que una camelia, una rosa, un clavel, pueden representar valor inmenso para un alma, para una vida? El que hurta una camelia, puede también proceder guiado por los móviles más delicados y puros. Satisfacer un capricho de su *sweet heart*, que dicen en Inglaterra; llevarla la flor que deseó; presentársela victorioso, exclamando: «Por ti nada me parece imposible...;» en suma, el argumento del *Puñao de rosas*, que tanto efecto produce en Apolo á los archirrománticos de la cazuela... Yo, jurado, ¿cómo no había de absolver á ese delincuente?

Somos, es cierto, románticos todavía. He notado que el pueblo envidia y solicita más las flores que el pan. Cruzad las calles de Madrid en coche, comiendo dulces ó picando bombones de un cucurucho, y nadie os pedirá que repartáis; pero llevad en la mano el ramillete, y con verdadero afán, con voz que implora, con ansia de embarazada que se siente presa del antojo, chiquillería, muchachos, hasta hombres barbudos os pedirán «una rosita.»

¡Una rosita! Es decir, una sonrisa, un perfume, un rayo de alegría, un poco de primavera y de sol... No lo necesario, que de eso cabe prescindir; lo superfluo, mucho más importante, mucho más indispensable que lo necesario. Se puede ir por la acera con las botas rotas, el estómago vacío, la camisa de veinte días, el bolsillo vuelto para fuera por inutilidad de llevarlo para dentro; pero con todo eso, es fácil que la sensación de la rosa en la mano, de la rosa arrima da á los ojos, metiendo su aroma por todas las puertas de los sentidos, compense, aunque no sea sino un minuto, lo que la existencia tiene de madrastra. Si un día se hiciesen distribuciones de bonos de flores y otro de bonos de pan, la gente menuda, la mozallonería y golfería de callejones y plazuelas antes se precipitaría á la primera que á la segunda.

La mayor parte de las noticias y sucesos que promueven algaradas en la opinión, me hacen el efecto de caras conocidas. ¡Bah! ¿Y de eso se sorprenden? ¿Es posible que ignorasen?..

Tal me ha sucedido con el drama del loco muerto en el Hospital general de Madrid. Que los loqueros pegan á los locos furiosos, para reducirles, cada paliza que tiembla el misterio, no sé yo cómo les coge de susto á los periódicos ni á nadie. Lo único que ha pasado esta vez, es que se les ha ido un poco la mano, ó que el sujeto tenía escasa resistencia y las costillas blanduchas.

El horror que inspira á las familias enviar á un ser querido á manicomios y hospitales, no reconoce otro origen.

Me apresuro á decir que esto no es acusar á ninguno de los respetables Doctores que dirigen establecimientos de tal índole, ni siquiera formular un cargo concreto contra el personal subalterno: líbreme Dios. No sería quizás justo, y por otra parte, pudiera ser buscar pan de trastrigo. Aquí, donde la censura difusa lo llena todo, no hay cosa más peligrosa y desairada que concretar una censura. Quédase el acusador corrido y avergonzado, y los que acusó con alitas y aureola.

Me reduzco á insinuar—y quiera el cielo no sea exceso de audacia—que lo ocurrido con el loco del hospital viene de la tradición, de la costumbre y de la inveterada creencia de que al loco, al delincuente, al niño, á la mujer, al recluta, al amotinado, al infractor de un simple bando de policía, hay derecho á hartarle de coces, palos y puñadas.

Estamos oyendo decir á cada paso que á tal ó cual sujeto se le propinó, en los sótanos de la Delegación H. ó del Gobierno B, una ración de leña que le ardían las espaldas. Los consumeros, según refieren los periódicos, apalean con gentil denuedo. El orden público se restablece á linternazos, á sablazos de plano ó de corte, y en calles y plazas el garrote funciona. El garrote es el arma *pour rire*, la patada pertenece á la musa cómica. Sin embargo, de un garrotazo se muere, de una patada se aborta, de una mano de coces se hunden las costillas y se detiene el péndulo del corazón...

Por eso la bárbara escena del Hospital general yo la hubiese adivinado, y sin gran derroche de perspicacia. A esta escena habrán precedido otras no menos primitivas y crueles; con la mera diferencia de que ó los tacones no habrán tenido fuerza bastante para magullar y triturar costillajes, ó la lesión habrá pasado inadvertida. El tratar benignamente á los enfermos, á los locos, á los pobres, á los mismos criminales; el contener la impulsión violenta (criminal ella también) y no abusar de la superioridad material..., ¡qué signo profundo de cultura! ¿Cómo vamos á suponer esa virtud singularísima en el personal de enfermeros de un hospital español, personal enganchado entre clases no muy provistas de finura en el sentir y de piedad cristiana, y acaso tampoco de ese hidalgo é instintivo arranque de generosidad que impide hacer daño á los infelices?

Emilia Pardo Bazán.



y rabiando de coraje y despecho quedé en la acera

EN EL VIADUCTO

(CUENTO)

I

Aprovechando un momento en que los guardias de Orden Público parecieron olvidarse de impedir que por aquel hermoso viaducto tirase nadie su vida al empedrado de la calle de Segovia, subió Mauricio con presteza los hierros de la baranda, y sueltas las manos, imprimía el postrer impulso á su desmayado cuerpo, cuando se sintió sujeto por el faldón de la levita, atraído con suavidad al suelo y puesto de pie en la acera, vióse frente á frente de un personaje, llegado en tan feliz momento por obra y gracia de milagrosa oportunidad.

Mauricio miró estúpidamente á su salvador. Llevaba éste uniforme de guardia; pero la suavidad de sus modales, la hermosura de su rostro, el perfume exhalado por su cuerpo y cierta aureola luminosa que escapaba de su quepis hacían dudar de que tan apuesto mancebo perteneciese al prosaico instituto de seguridad.

—¿Qué pretendes, desdichado?, preguntó con melodioso acento al suicida.

Subyugado Mauricio por la voz y la mirada del desconocido, guardó silencio; pero á la vez sintióse deseoso de expansionarse con aquel personaje aparecido por arte de encantamiento, de contarle el sinnúmero de errores que habíanle puesto en tan triste estado, y que justificaban, ¡ya lo creo que justificaban!, la fatal determinación de acabar allí mismo con su vida.

Leyó el guardia en el pensamiento de Mauricio, y asiéndole de la mano dijo:

—Sígueme.

Y juntos fueron á la solitaria plaza de Oriente, en uno de cuyos bancos se sentaron, cobijados por la sombra de un rey godo.

—Y ahora, cuéntame tu vida, prosiguió el mancebo, las causas de tu desesperación, los motivos que te traen á tan lastimoso estado. Eres joven, inteligente, no mal parecido, y yo, que puedo muchas cosas, tal vez pueda hacerte querer esa vida de que tan despegado te muestras.

—Si así lo queréis, sea, dijo Mauricio.

Y tras breve pausa añadió:

—La historia de mis desdichas puede encerrarse en esta sola frase: «yo soy un hombre que ha debido hacer todo lo contrario de lo que ha hecho.»

—Como tú hay muchos, replicó el guardia; tantos, que á suicidarse todos los que así son, estuviera relleno de cadáveres el foso de la calle de Segovia.

—Pero ninguno ha sufrido tanto como yo, nadie ha sido blanco de tantas asechanzas, víctima de tantos errores...

—Cuenta.

—Hijo único de padres ricos, todos los caprichos de mi niñez viéronse cumplidos apenas esbozados. Jamás maestro alguno consiguió domar la soberbia é indocilidad de mi carácter. Llegado el momento de elegir carrera, decidióse mi natural vagabundo por la de letrado, y los muchos años de Universidad corrieron tumultuosos entre juegos y amoríos. Terminados mis estudios, no acierto á comprender de qué manera, y dueño, por muerte de mis padres, de una considerable fortuna, entreguéme, para matar el aburrimiento, en brazos de amigos especuladores, que poco á poco fueron arañando en mis arcas hasta casi rascar en el fondo. Hastiado de la vida de soltero, ó deseoso tal vez de nuevas emociones, pensé en la conveniencia de casarme; y tomada tal determinación, díme á buscar, con el mayor ahinco, una mujer que cumpliese á mi propósito. No dejé casa por inquirir, calle por recorrer, teatro por visitar, y nunca daba con el objeto perseguido, porque todas las mujeres me parecieron muy altas ó muy bajas, muy delgadas ó muy gruesas, muy fáciles ó muy sosas; sosas, sosas sobre todo; eso de responder con monosílabos, de pintar en el rostro colores de rubor, se me hacía insoportable. Yo buscaba una mujer que avivase mis adormilados sentidos, que sacudiese mis nervios, que...

—¿Y la encontraste?

—La encontré. Iba por la calle pensando que para un hombre aburrido no podía haber mujer alguna en el mundo, y miraba á los balcones más altos con la esperanza de hallarla lejos de este suelo, cuando, poniendo el pie en una de esas zanjas tan frecuentes en las calles de Madrid, dí con el cuerpo de bruces en ella. Al levantarme presuroso, oí detrás una carcajada fresca, juvenil, sonora. «Esa mujer se ha reído de mí,» pensé, y sin sacudir la ropa seguí sus pasos. Volvió el rostro, un rostro divino; vióme con el polvo de la zanja, el sombrero aplastado, la cara cómicamente indignada, y rió de nuevo, con más frescura, con más sonoridad que la vez primera. «Señorita,» dije entre colérico y avergonzado, y rióse por tercera vez, y riendo entró en el portal de su casa, y rabiando de coraje y despecho quedé en la acera, pensando que la única mujer bonita que encontré en Madrid se había reído en mis narices y de mis narices. Aquello pedía pronta venganza, y me vengué. A los dos meses de la caída, Lola era mía, era mi mujer.

Al llegar Mauricio á este punto guardó silencio, dando muestras de la mayor desesperación, en tanto que el misterioso guardia sonreía dulce y beatíficamente.

—Continúa. Lola era tu mujer...

—Sí, señor; mi mujer, á la que quiero, mejor dicho, á la que quise con toda mi alma, porque ya todo acabó entre nosotros; mi mujer, á la que perdoné pasados extravíos en gracia á lo jovial de su carácter; mi mujer, sí, señor, que se rió de mí al verme por vez primera, y todavía sigue riéndose y... haciendo que se ría de este desgraciado la humanidad entera. Dígame, señor desconocido, si tengo razón al querer acabar con esta vida horrible, y si la tengo todavía más grande al decir que soy un hombre que ha debido hacer todo lo contrario de lo que ha hecho.

—¿De modo que si volvieras á nacer harías todo lo contrario de lo que hiciste hasta ahora?

—Todo.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

—Pues bien, mírame.

Levantó Mauricio los ojos, y vió ante sí un ser celestial, resplandeciente de luz, que con melodioso acento le dijo:

—Yo soy tu ángel bueno. Tengo, por gracia especial, poder bastante para satisfacer tu deseo. Vas á empezar á vivir (porque oficialmente has muerto estrellado en las losas de la calle de Segovia), aleccionado con la experiencia de la vida que acabaste. Pero no olvides que has de hacer todo lo contrario de lo que hiciste hasta hoy, en la inteligencia de que si faltas al compromiso contraído, en el momento en que tal suceda volverás á verte encaramado en los hierros del Viaducto y sin que haya un guardia providencial que te tire de la levita. ¿Aceptas?

—Acepto, murmuró Mauricio.

Y en aquel instante vióse éste convertido en niño tierno y sonrosado que lloraba á lágrima viva al encontrarse solo y perdido en el laberinto de estatuas de la plaza de Oriente. A sus lloros acudieron los guardias, lleváronlo á la delegación, circularon órdenes, y á las pocas horas hallóse el pequeño en los brazos de una madre cariñosa, que con besos y lágrimas borraba del angelical rostro del niño extraviado las huellas del susto sufrido.

II

Todo Madrid se ocupó en lo mismo. La procacidad del niño Mauricio fué sorprendente; su afán por el estudio, estupendo. Los maestros lo presentaron como modelo, los periódicos lo ofrecieron como prodigio. Pareció imposible que en cerebro tan diminuto cupiera inteligencia tan grande.

Creció el niño, y á tenor de su cuerpo aumentaron sus talentos. Ya no fué sólo en el estudio donde se manifestaron su memoria é inventiva; en el trato con los mayores, en la elección de compañeros, en todo, absolutamente en todo, apareció el ser superior, estupendamente inverosímil.

Muertos sus padres, y dueño de cuantiosa herencia, administróla con tal cuidado, que en sus manos, y haciendo alarde de conocimientos que nadie supo cómo pudo adquirir, vió duplicarse y triplicarse el capital heredado.

La corte entera hacíase lenguas de las virtudes del joven Mauricio, que, al decir de muchos, era el reverso de otro del mismo nombre, y sumamente parecido en lo físico, que algunos años atrás habíase suicidado, dejando como rastro un reguero de escándalos y equivocaciones, y una viuda joven y guapa llamada Lola, famosa antes y ahora por las explosiones de su natural risueño y encantador.

Con tales antecedentes, natural fué que Mauricio viérase disputado por todas las hembras casaderas, sin que ninguna de ellas pudiese alabarse de haber conseguido del joven la más ligerísima muestra de afecto. Su sistemática indiferencia llegó á ser la pesadilla de muchas mujeres, que vieron en Mauricio un ente raro, en el que el amor á la ciencia absorbiera



por completo todos los amores. Y sin embargo no había tal absorción.

Celebrábase en Madrid uno de esos Congresos científicos que tanto gusto suelen dar á fondistas y patronas. Eminencias extranjeras, de apellidos ilegibles é impronunciables, daban mayor realce al espectáculo. El ministro de Fomento ocupó su sitial á compás de una marcha alemana, y contempló con orgullo el concurso femenino que, luciendo espléndidos atavíos, se disponía á soportar resignadamente el chaparrón de discursos anunciado en el programa.

De pronto el ministro agitó la campanilla; de un rincón del estrado adelantóse un orador, á quien la concurrencia saludó con murmullos de simpatía. Era Mauricio, que con un legajo de papeles en la mano y correctamente vestido de etiqueta, se disponía á leer el discurso presentación de las notabilidades nacionales y extranjeras allí congregadas.

A la palabra «¡Señores!,» pronunciada con acento varonil, sucedió un siseo imponiendo silencio en los concurrentes. Mauricio empezó la lectura de un discurso elocuente, profundo, dicho con majestuosa lentitud y acogido con visible complacencia. El orador llegaba á la parte culminante de su trabajo meritísimo, su voz adquirió más potencia, su accionado más vivacidad; hablaba de la sublime hermandad de los sabios, de la unión de todos los pueblos en el ideal científico, y en su entusiasmo creciente adelantóse hasta los mismos límites del estrado, pronunció un «¡ah, señores!» admirable, avanzó el pie derecho, quiso posarlo, pisó en el vacío y toda la concurrencia levantóse al ver al eximio orador rodar las escaleras del estrado, cubierta su gran cabeza por los faldones del frac y envuelto en las blancas cuartillas que antes oprimía con sus nerviosas manos.

Extranjeros y nacionales, hombres y mujeres, corrieron á levantar al caído; pero éste, rojo de vergüenza, encaramóse en el estrado y rebuscaba en las revueltas cuartillas el punto en que iba de disertación al ocurrirle el malhadado accidente, cuando, dominando el coro de lamentos y exclamaciones á que diera lugar la extemporánea caída, oyó una carcajada alegre y burlona que sonó en sus oídos con ecos de muy triste recordación.

Dominóse como pudo, dió con el hilo del discurso, continuó éste y continuó también aquella risita mal contenida; y cuando, terminada su difícil peroración y al recibir con modestia los ruidosos plácemes del público, quiso conocer la caja productora de aquella musiquilla impertinente, vió en un rincón de la sala una mujer muy hermosa y algo jamona que, sin quitar sus deliciosos y burlones ojos del eximio sabio, procuraba sofocar otra explosión de risa encerrando en la boca el encaje del pañuelo.

—Yo conozco á esa mujer, díjose Mauricio; conozco á esa mujer que tiene valor bastante para burlarse de mí en tan solemne momento. ¡Y yo que presumía de no haber sido jamás objeto de burla alguna! ¡Mujerzuela indecente, ya verás quién es Mauricio!

Y para que lo fuese viendo, no quitó ojo nuestro sabio del picaresco rostro de la burlona espectadora, olvidando por completo el lugar en que se hallaba, la solemnidad del acto y los raudales de ciencia salidos de los labios de los ilustres congreguistas.

Terminaron por fin los discursos; pronunció las últimas y rituales palabras el ministro presidente, y al salir el primer espectador vió en el dintel de la puerta, estirado y grave, al ilustre Mauricio formando en primera fila en ese público bullicioso y alegre, prolongación callejera de todo espectáculo religioso ó profano; ese público eternamente dedicado á «verlas salir.» Mauricio esperaba á alguien, y ese alguien debía ser una mujer, que á la vista del sabio no pudo sofocar una carcajada ruidosa. Verde nuestro hombre, de rabia y vergüenza, siguió los pasos de la desconocida, sintiendo impulsos agresivos cada vez que la taimada, mirando atrás con el rabillo del ojo, dibujaba en la boca una nueva explosión de risa.

Mauricio sintióse hombre por primera vez en la vida. Aceleró el paso, dispuesto á exigir y recabar una explicación.

—Señora, ó señorita, ó lo que seáis...

Por toda respuesta, la desconocida penetró en un portal, y en él quedó el malhumorado interpelante oyendo la centésima risotada y murmurando para sus adentros: «Me vengaré.»



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á ANDALUCÍA. – Málaga. Arco de triunfo levantado por el Ayuntamiento en la plaza de la Constitución. (De fotografía de Felipe Giménez Lucena.)

III

Decididamente el sabio Mauricio era uno de esos seres destinados á llamar sobre sí la atención pública. Célebre por su ciencia y por sus virtudes, modelo de ciudadanos, espejo de la juventud, hízose más notable todavía con su inesperado matrimonio con la hermosa Lola, la jovial viuda de un homónimo del retumbante novio.

Llegó el día feliz. Un predicador y académico unió para siempre, en las primeras horas de la noche, aquellas dos voluntades. Festejóse el suceso con espléndida cena. Desfilaron discretamente los invitados. «Por fin,» dijeron á dúo Lola y Mauricio.

En aquel momento sintió éste una fuerza sobrenatural que le empujaba hacia fuera. Quiso Lola detenerle, pero fué en vano. El novio, loco, frenético, corría escaleras abajo, con velocidad increíble, no cesando en su vertiginosa carrera hasta que dió de bruces con la fría barandilla del viaducto.

Allí lo esperaba un guardia, rubio, perfumado, luminoso, que con voz resuelta y armoniosa le dijo:

—Te tiras ó te tiro. Acuérdate. Hace muchos años, y en este mismo sitio, te concedí nueva vida á condición de que hicieras en ella todo lo contrario de lo que hiciste hasta entonces...

—Recuerdo, balbuceó Mauricio, y creo haber cumplido la promesa.

—¡Imbécil! ¡Acabas de casarte con tu viuda!

M. TURMO.

(Dibujo de Pedrero.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Á ANDALUCÍA. – (MÁLAGA.-GRANADA.)

Las mismas aclamaciones, los mismos aplausos que escuchó en su excursión por Cataluña y por las Islas Baleares, han saludado á S. M. en la región andaluza, en donde actualmente se encuentra.

En la mañana del 28 de abril último llegó el rey á Málaga, dirigiéndose á la catedral para asistir al *Tedeum* y de allí á la Diputación Provincial, en cuyo salón del trono se verificó una recepción brillantísima. Terminada ésta, presidió la inauguración de las obras de demolición de los edificios militares, cuyo derribo se ha concedido á fin de que pueda ser ensanchado el hermoso parque. Después de almorzar en el *Giralda*, trasladóse al Campo de Tiro Nacional, presenciando los concursos de tiro que en él se celebraron y que fueron uno para clases é individuos de tropa, otro para jefes y oficiales y el tercero para paisanos. Visitó luego la fábrica de azúcar de los Sres. Larios, la destilería de los Sres. Jiménez y Lamothe y la Fundición de Altos Hornos.

Por la noche hubo hermosas iluminaciones, llamando especialmente la atención las del parque, puerto, Ayuntamiento, Aduana, catedral, palacio episcopal, Cámara de Comercio, Círculo Mercantil, Círculo Malagueño y Liceo.

A las siete y media de la mañana del 29 salió S. M. para Granada, adonde llegó á las tres y media. Su primera visita fué á la catedral, yendo luego á la iglesia de la Virgen de las Angustias y de allí á las Casas Consistoriales, en las que se le había dispuesto magnífico alojamiento. Visitó después la fábrica de pólvora del Fargue y por la noche presidió el banquete que se celebró en el Ayuntamiento. También en Granada fueron magníficas las iluminaciones, sobresaliendo las de las Casas Consistoriales, Diputación, catedral, Casino, Círculo Granadino, Liceo, Cámara de Comercio, Sociedad Económica, redacción de *El Defensor* y palacio de Abrantes.

El día 30 visitó el Rey la Alhambra, la abadía y las cuevas del Sacro Monte, las famosas Escuelas del Ave María, fundadas por el ilustre padre Manjón, inauguró las obras del nuevo Instituto, asistió al tiro de pichón y á la corrida de toros. Por la noche hubo banquete de gala.

A las nueve de la mañana siguiente regresó S. M. á Málaga, visitando por la tarde la iglesia de la Virgen de la Victoria y el convento de la Asunción, y asistiendo por la noche al banqueté de la Diputación, después del cual zarpó el *Giralda* para Melilla. – S.



GRANADA. – Casas Consistoriales, en donde se alojó S. M. el Rey. (De fotografía de los Sres. Señán y González.



GRANADA. – Arco levantado por la Cámara de Comercio



GRANADA. – Arco levantado por el pueblo. (De fotografía de Señán y González.)



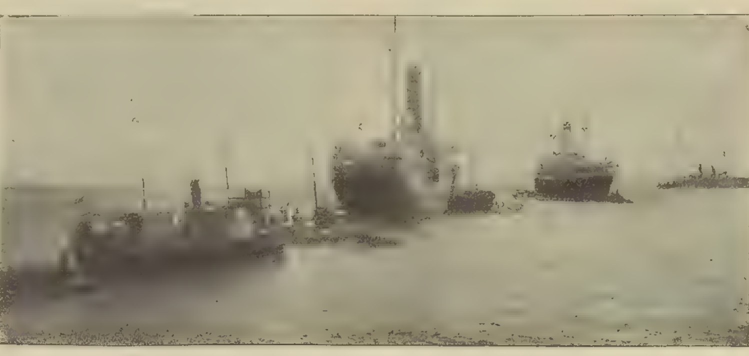
MÁLAGA. – ARCO LEVANTADO POR EL CUERPO DE BOMBEROS Á LA ENTRADA DE LA CALLE DEL MARQUÉS DE LARIOS. (De fotografía de Felipe Giménez Lucena.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Se van conociendo algunos detalles del combate de 1.° de mayo: así, por ejemplo, se sabe que las bajas de los rusos fueron 590 muertos, 1.121 heridos y 676 desaparecidos, y las de los japoneses 185 muertos y 715 heridos: entre las bajas de los rusos no figura ninguno de los generales que según el parte del general Kuroki habían resultado heridos.

Acerca de esta batalla afirman informes de origen autorizado que el general Zassulicht la libró contra las órdenes del general Kuropatkine. Dícese que éste le había mandado telegráficamente que dificultara el paso del Yalú por el ejército enemigo, pero que no aceptara un combate después que los japoneses hubiesen pasado el río. Desgraciadamente este telegrama fué interceptado por los japoneses, y el general Zassulicht, por consiguiente, creyó que era su deber resistir con toda la energía posible y oponerse tenazmente á la marcha de avance del cuerpo de ejército del general Kuroki, á pesar de la notoria inferioridad numérica de sus efectivos en hombres y en artillería. En esta lucha de uno contra cinco los regimientos rusos se batieron heroicamente.

El general Kuroki, vencedor en esta batalla que, dígase lo que se quiera, tiene verdadera importancia, cuenta en la actualidad sesenta y un años y goza en el Japón de gran fama por su talento, por su energía y por su valor, rayano en audacia. Nacido en una época en que la población japonesa, no modernizada todavía, estaba dividida en castas, el hoy general Kuroki, que pertenecía á una familia militar, preparóse desde muy joven para la carrera de las armas, y el papel que desempeñó en los sucesos de 1868 á 1877 le valió avanzar rápidamente. Es general desde 1885, y en 1894, después de haber dirigido la movilización del ejército contra China, mandó una de las divisiones del cuerpo de ejército que se apoderó de Wei-Hai-Wei.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Transportes japoneses en la bahía de Chemulpo. (De fotografía.)

Hemos expuesto en otras ocasiones lo difícil que es orientarse en medio de las noticias contradictorias y apasionadas que del teatro de la guerra remiten corresponsales de periódicos y agencias de información. En nuestra última crónica dábamos como fracasada la tentativa realizada por los japoneses en la noche del 2 al 3 para cerrar la boca del puerto de Puerto Arthur; es más, posteriormente un parte oficial enviado desde aquella plaza al ministro de Marina ruso por el almirante Gregorovitch decía textualmente: «La última tentativa japonesa del 3 de mayo para obstruir el paso de Puerto Arthur ha fracasado por completo, gracias á la vigilancia de los torpederos de guardia y á la eficacia del fuego de los fuertes. *El paso continúa enteramente libre.*» Y añadía el propio almirante que dos contratorpederos enemigos habían sido echados á pique, lo mismo que los ocho buques brulotes (de 2.000 á 3.000 toneladas cada uno); que un contratorpedero y dos torpederos habían sufrido grandes averías, y que, según afirmaban los tres oficiales y 35 marineros salvados y hechos prisioneros, habían muerto 300 hombres entre marineros y oficiales.

Sin embargo de tan categóricas afirmaciones, el almirante Togo insiste en afirmar que la entrada del puerto está cerrada, que ninguno de sus buques fué echado á pique ni sufrió grandes averías y que sus pérdidas en hombres no pasaron de 150.

Por otra parte, un reciente telegrama procedente de San Petersburgo decía: «Aunque no se reconozca así oficialmente, créese que la obstrucción del paso de Puerto Arthur es suficiente para impedir la salida de los buques de guerra de gran porte.»

Continuamos, pues, en la misma incertidumbre acerca de un hecho que tiene gran trascendencia en la actual fase de la guerra; pero todo hace creer que el *embotellamiento* de la escuadra rusa del citado puerto es una realidad.

El día 5 desembarcaron numerosas fuerzas japonesas en la pequeña bahía de Pi-Tse-Uo (ó Pitsewo), en la costa oriental de la península de Liao-Tung, en cuyo extremo está situada Puerto Arthur. En el mismo sitio desembarcó en 1894, cuando la guerra contra China, una parte del ejército del mariscal Oyama que se apoderó de aquella plaza. Pitsewo se halla á la entrada de un camino que en 30 kilómetros conduce á Po-Lan-Po, estación del ferrocarril de Mukden á Puerto Arthur. Al mismo tiempo decíase que otros contingentes japoneses habían desembarcado en la costa opuesta, en Puerto Adams; pero esta noticia no se ha confirmado. En cambio resulta cierto que la línea férrea ha sido cortada en varios puntos y que han sido destruídas las comunicaciones telegráficas; si bien un telegrama publicado por los periódicos el día en que escribimos esta crónica afirma que el día 9 quedó restablecido el movimiento ferroviario y que se estaba reparando el telégrafo. También parece cierto que los japoneses se apoderaron el día 8 de Dalny.

De todos estos movimientos se desprende evidentemente el propósito de los japoneses de poner sitio á Puerto Arthur. De ello está convencido el general Stoëssel, comandante de la plaza, el cual publicó el 6 una orden del día concebida en los siguientes términos:



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El 14.° regimiento de infantería japonesa acampado enfrente de Pingyang, esperando que se termine la construcción de un puente para pasar el río Yalú (De fotografía.)

«El día 30 de abril y el 1.° de mayo, el enemigo pasó el Yalú con fuerzas considerables. Nuestras tropas se retiraron á las posiciones que previamente habían escogido. Ayer, el enemigo realizó un importante desembarco al Sur de Pi-Tse-Uo. Se avecinan momentos de prueba para nosotros. El enemigo interrumpirá naturalmente el servicio del ferrocarril y se esforzará en rechazar nuestras tropas hasta Puerto Arthur y en sitiar esta plaza, que es el baluarte de Rusia en el Extremo Oriente. Defendedla hasta la llegada de las tropas que vendrán á libertarnos. Considero como un deber haceros observar que debéis estar continuamente alerta, ser muy prudentes y encontraros dispuestos á resistir en todas partes al enemigo de una manera digna del glorioso ejército ruso, y suceda lo que suceda debéis mostraros serenos. Acordaos de que en la guerra todo es posible, y decíos que, con ayuda de Dios, nos encontraremos en estado de cumplir la misión que nos incumbe.»

El día antes había salido de Puerto Arthur el almirante Alexeief en cumplimiento de un ukase imperial que le ordenaba incorporarse al ejército activo; sin que hasta ahora se haya podido explicar satisfactoriamente el motivo determinante de esta orden y de la marcha precipitada de aquél, como no sea por el temor del tsar de que, una vez sitiada la plaza, pueda caer en poder de los japoneses su virrey en el Extremo Oriente. Otra versión de este viaje de Alexeief es que el emperador le ha encargado que abra una información sobre los sucesos del Yalú y sobre los defectos de mando que puedan haberlos ocasionado y le envíe sobre todo ello una memoria detallada.

Otro detalle significativo: afírmase que el almirante Skrydlof, sucesor de Makharof en el mando de la escuadra, no irá á Puerto Arthur, sino á Vladivostok.

Si realmente el ejército japonés pone sitio á Puerto Arthur, y esta plaza, con una guarnición que no excede, según dicen, de 10.000 hombres y con una escuadra inmovilizada, cae en poder del enemigo, el efecto moral que este hecho produzca será tremendo, no sólo por la importancia que pueda aquella posición tener en sí misma, sino además por el empeño que han puesto los japoneses en tomarla y los rusos en defenderla.



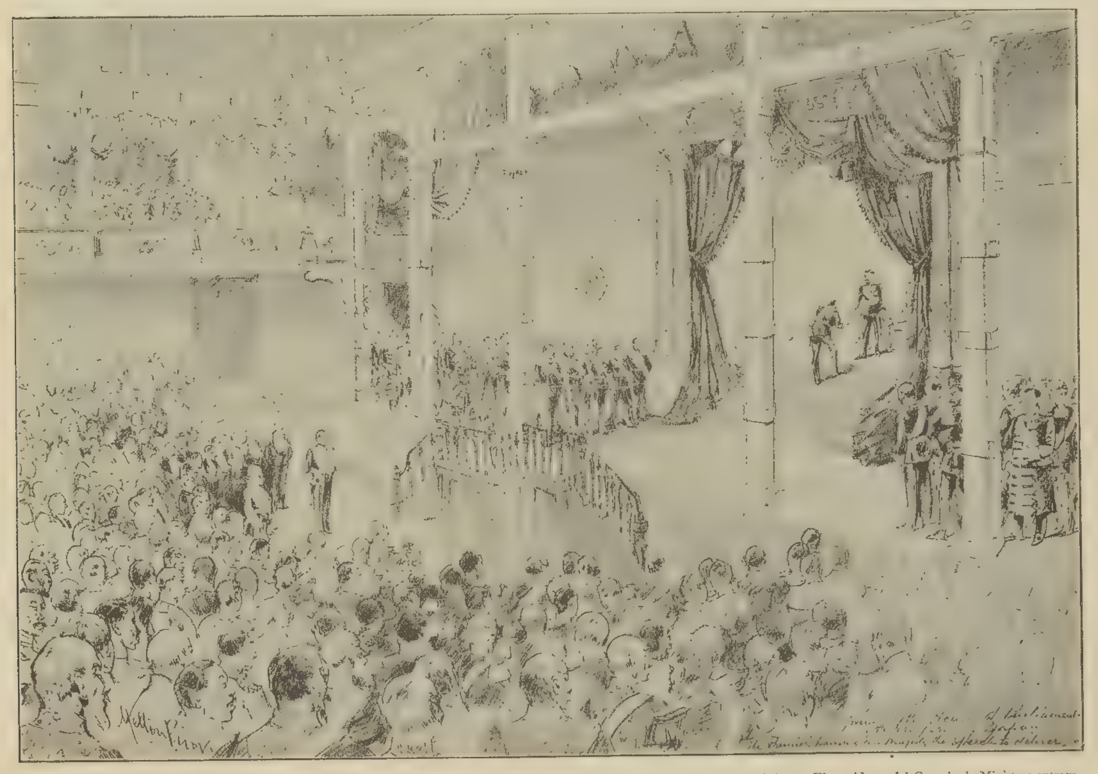
GUERRA RUSO-JAPONESA. El general japonés Kuroki, vencedor en la batalla de Kiu-Lien-Cheng. (1.° de mayo.)

Los japoneses siguen avanzando en la Mandchuria sin que los rusos opongan gran resistencia: el día 5 abandonaron éstos la ciudad de Feng-Hoang Cheng, que el día 6 fué tomada por aquéllos. Habíase dicho, sin embargo, que el general Kuropatkine no abandonaría de ningún modo esa posición; y sin embargo, no sólo la ha evacuado, sino que, según parece, las fuerzas que la guarnecían quemaron, antes de marcharse, todos los víveres y municiones, lo cual indica que no tuvieron tiempo para poner á salvo estos elementos de lucha. La plaza de Feng-Hoang-Cheng está situada á 60 kilómetros al Norte del Yalú y es una posición estratégica importante, puesto que domina la carretera de Witjiú á Liao-Yang y Mukden.

En la actualidad el almirante Alexeief tiene su cuartel general en Kharbine; el del general Kuropatkine está en Liao-Yang.

En China reina alguna agitación, promovida por los propagandistas que recorren los pueblos dando noticias exageradas ó falsas de las victorias de los japoneses y pintando con los colores más negros las intenciones de los rusos respecto del Celeste Imperio. Las poblaciones comienzan á mostrarse en extremo excitadas contra Rusia, y aun se habla de la posibilidad de un levantamiento popular que obligue al gobierno de Pekín á intervenir en la lucha poniéndose al lado del Japón. Si esto sucede ahora, ¿qué será si los japoneses, como es de creer, llegan hasta la región de Liao-Yang y de Mukden? Por otra parte el general chino Ma, que manda las fuerzas que guarnecen la frontera de Mandchuria, ha pedido al gobierno chino permiso para atacar á los rusos que de continuo violan el territorio neutral situado al Oeste del Liao-Ho; y aunque el ministro de Negocios Extranjeros le ha aconsejado que tenga paciencia, susúrrase que el gobierno ha dado órdenes secretas para que un ejército importante esté dispuesto á marchar hacia el Este, es decir, hacia las provincias limítrofes del teatro de la guerra.

Todos estos rumores son sumamente alarmantes, y aunque el ministro de China en San Petersburgo los ha desmentido afirmando que su país no abandonará su neutralidad, ¿quién puede fiarse de tales seguridades viniendo de una nación astuta por excelencia y de un gobierno que puede el mejor día verse compelido por un movimiento nacional á modificar la actitud en que hasta ahora se ha mantenido?—S.



GUERRA RUSO-JAPONESA. — El sistema parlamentario japonés. — El emperador del Japón abriendo el Parlamento en 20 de marzo último. — El presidente del Consejo de Ministros entrega á S. M. el mensaje que ha de leer. (Croquis del natural de Melton Prior, dibujante especial de la ilustración inglesa «The Illustrated London News» en el Extremo Oriente.)



CONFERENCIA INTERESANTE, cuadro de Frank Dadd

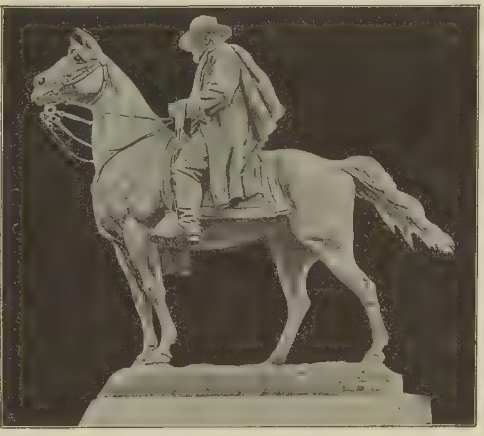


LA GALLINA CIEGA, cuadro de F. Roybet

NUESTROS GRABADOS

Monumento erigido al general Grant en Brooklyn, escultura de W. O. Partridge. — El momento culminante de la vida del general Grant, fué indudablemente aquel en que al frente de los ejércitos federales venció á los secesionistas del Sur. Aquella memorable campaña que constituye una de las páginas más interesantes de la historia de los Estados Unidos, es para el que á raíz de ella fué nombrado Presidente de la República, un timbre de gloria que no pudieron empañar sus posteriores desgracias en el orden económico, ni las ingratitudes del gobierno, que amargaron los últimos días de su existencia. El notable escultor yanqui W. O. Partridge ha tenido el buen acierto de escoger aquel momento para la estatua ecuestre que Brooklyn ha erigido á la memoria del ilustre caudillo: en ella aparece la figura ruda del general admirablemente modelada, lo propio que la del caballo que monta, y formando una y otro un conjunto lleno de naturalidad y de vigor, en el que se adivina la mano de un consumado artista.

Castillos en el aire, escultura decorativa de Reynolds-Stephens. — En el número último reprodujimos otra escultura de este mismo autor y dijimos algo de las cualidades notabilísimas que á Reynolds-Stephens adornan. *Castillos en el aire* es digna pareja de aquélla, y si hermoso es el grupo que en *El primer hijo* forman los dos jóvenes esposos acariciando á su pequeñuelo, no es menos bella la figura de esta niña que suspende por un momento la lectura del libro de cuentos, para dejar que su imaginación vuele por las regiones de las princesas encantadas, de los príncipes libertadores, de las misteriosas selvas, de los poéticos jardines, de los palacios de oro y pedrería, en una palabra, por el país de las hadas y de los sueños de color de rosa.



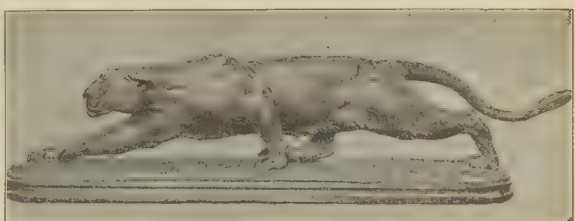
MONUMENTO ERIGIDO AL GENERAL GRANT EN BROOKLYN (Estados Unidos)

Una pantera, escultura de A. P. Proctor. — La plástica de los animales es indudablemente uno de los géneros más difíciles del arte escultórico; y se comprende que así sea porque de ellos es imposible obtener la inmovilidad que en momentos dados necesita el artista lograr del modelo para fijar en el barro ó en el yeso la figura que se propone reproducir. El escultor que á esta especialidad se dedica, ha de trabajar bajo la inspiración única de impresiones fugaces, de movimientos casualmente sorprendidos, si quiere que su obra respire vida y verdad, pues el modelo muerto, por muy bien preparado que esté, nunca producirá en el artista esa sensación de realidad vívida tan indispensable para que la escultura exprese algo más que un trozo de materia más ó menos correctamente esculpido. La pantera de Proctor nada deja que desear desde este punto de vista, ya que sus miembros tienen toda la elasticidad que á esa fiera caracteriza y en su cabeza se reflejan la traidora astucia, el ansia de carne del felino cuando siente aproximarse la codiciada presa.



CASTILLOS EN EL AIRE, escultura decorativa de Reynolds-Stephens

Contraste, dibujo original de Vicente Cutanda. — Conocidas son de nuestros lectores algunas producciones de este distinguido artista de igual género y tendencia que la reproducida en estas páginas. Los cuadros y tipos de obreros representados en su vida íntima y en la actividad del trabajo á que se dedican, han servido á Vicente Cutanda para alcanzar justificada notoriedad, puesto que ha podido manifestarse como pintor y como concienzudo observador. Los grandes centros industriales de las provincias del Norte le han ofrecido variadísimos temas, cuya finalidad es la dignificación del obrero por medio del trabajo y los tranquilos cuanto seguros goces del hogar y de la familia. A esta clase de composiciones pertenece el interesante dibujo que motiva estos renglones, en el cual el artista presenta el contraste que ofrece el robusto obrero, rodeado de los férreos artefactos y de cuanto revela la violencia de la labor á que se dedica, acariciando á uno de sus pequeñuelos, trocándose sus energías en manantial de ternura.



UNA PANTERA, escultura de A. P. Proctor

Conferencia interesante, cuadro de Frank Dadd. — No era necesario que el pintor pusiera el título al pie del cuadro, pues basta contemplar la expresión y la actitud de los tres personajes que en él figuran para comprender la importancia del negocio ó de la empresa que se proponen llevar á cabo: la viveza con que uno de ellos se explica á fin de acabar de rendir el ánimo de su compañero; la atención con que éste le escucha, cual si necesitase vencer un último y ligero escrúpulo para otorgar su asentimiento á lo que aquél le propone, y el interés con que el tercer individuo asiste á este pugilato entre el que quiere convencer y el que desea ser convencido, demuestran que de algo muy grave se trata.

La gallina ciega, cuadro de F. Roybet. — Las obras de este pintor tienen un sello y una técnica que no permiten confundirlas con las de ningún otro artista. Si nuestros lectores recuerdan las varias obras suyas que en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos publicado, convendrán con nosotros en que Roybet ha logrado tener una verdadera personalidad, no sólo por lo que al fondo de sus cuadros se refiere, sino además por lo que respecta á la forma: en el fondo, todos ellos presentan un carácter picaresco; en la forma, se admira en todos una ejecución correctísima y minuciosa.

Labores campestres, cuadro de Rosa Bonheur. — El nombre de esta famosa pintora francesa es harto conocido para que sea menester elogiar sus composiciones: la que en la última página del presente número publicamos es una nueva prueba del dominio que la celebrada artista tenía de la técnica y del cariño con que trataba los asuntos de la naturaleza, de su pasión por la poesía que emana de la vida rural en sus varias manifestaciones.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. - *Salón Parés.* — Como verdadero acontecimiento artístico califícase por los inteligentes la exposición de un considerable número de producciones del que fué excelente artista y cumplido caballero D. José Jiménez Aranda que se ha organizado en el Salón Parés. Que el calificativo es exacto demuéstranlo las obras y los elogios que sin reservas merecen del público. Allí puede estudiarse y conocerse al pintor. Allí, ante la variedad de los cuadros y dibujos, puede adivinarse la valía de la cuantiosa labor que realizara, destacándose los tipos y cuadros inspirados en los de comienzos de la pasada centuria, que evocan el recuerdo de aquella sociedad típica española, así como las producciones ajustadas á la técnica y al concepto moderno.

Entre la confusa amalgama de asuntos y conceptos, de obras terminadas y simples esbozos, de estudios que representan la intimidad del artista, llaman justamente la atención algunos dibujos que forman parte de la copiosa serie que había ejecutado y que no pudo terminar y que habían de constituir una nueva, interesantísima y original edición del *Quijote*, puesto que se había propuesto dibujar tantas cuantas producciones le sugiriese la lectura de cada párrafo de la inmortal obra de Cervantes. A nosotros nos cupo la suerte de poder dar á conocer, hace algunos años, algunas de dichas producciones, gracias á la galantería del artista y á la buena amistad que con él nos unía. Con ser tan excelentes sus obras, las posponemos á esta serie de dibujos. En ellos es en donde se manifiesta su valía, y de desear fuera que pudieran conservarse reunidos para enseñanza de todos y como verdadero monumento de su gloria.

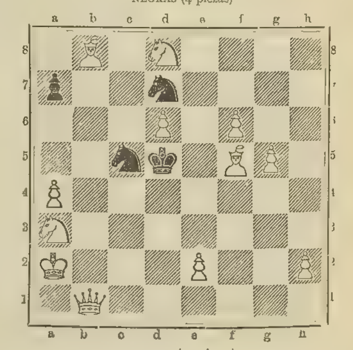
Teatros. — *Barcelona.* - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El primer pleito*, comedia en tres actos arreglada del francés; y en el Eldorado *El abolengo*, comedia en dos actos de D. Manuel Linares Astray. En el teatro de Novedades ha dado una velada musical el Orfeón Zaragozano, acompañado de la rondalla de guitarras y bandurrias, habiendo ejecutado el primero, bajo la inteligente dirección del maestro Borabia, composiciones de Retana, Saint-Saens, Massenet y Grieg, y la segunda la *Marcha húngara* de Kovalski, una *Reverie* de Borabia y un *potpourri* de aires nacionales. Terminó la velada con la fiesta de la Jota. Todas las piezas fueron muy aplaudidas, habiendo reinado en la velada gran entusiasmo. En la Academia Granados se ha celebrado una notable sesión musical dedicada á Schumann, en la que tomaron parte el notable pianista director de la Academia, la Sra. Vidal, la Srta. Amat, y los Sres. Huguet y Marshall, todos los cuales cosecharon grandes y merecidos aplausos, lo propio que el Sr. Montoliu, que puso fin á la sesión con una notable conferencia sobre la vida y la obra de aquel gran músico. En el local de la Colonia Germandense dió un concierto la orquesta Juventut Philarmónica, que ejecutó con gran acierto composiciones de Gáde, Bach, Cramer, Wagner, Llobera, Schumann, Burges y Rubinstein.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Bd des Italiens.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 365, POR J. DOBRUSKY.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 364, POR J. BERGER.

Blancas.	Negras.
1. Rg7–f8	1. Tb2×b3
2. Da2–h2	2. Cualquiera.
3. Dh2–h8 mate.	

VARIANTES.

1...... a4×b3; 2. Da2–a7, etc.
1...... f5–f4; 2. Rf8–e7, etc.
1...... Otra jug.; 2. Cc5 d7 jaq., etc.

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

—»Pues es que la naturaleza y el instinto requieren la poligamia. A la salud de usted.

—»A la de usted.

»La lengua del Sr. Albruzzi empezaba á rebelarse contra su dueño, y sin embargo éste continuaba más enfrascado en su argumentación, con un vigor digno de un adversario más elocuente que mi silencio.

»El desdichado filósofo, al llevarse por última vez la copa á los labios, se derramó todo el líquido por la pechera y se recostó, riendo estúpidamente, en el respaldo de la silla.

»Al poco rato roncaba. Yo me separé de él lleno de confusión y sin tener la seguridad de que una parte de aquel lodo no hubiese ensuciado, sin que yo lo advirtiera, mi conciencia y mi corazón.

* * *

»Una niebla había ofuscado mi mente. Fuí al jardín; la noche estaba bastante avanzada, el silencio era profundo, solamente interrumpido por el leve rumor de las hojas de los árboles agitadas por la brisa; levanté la vista y observé que todavía había luz en las ventanas de la habitación inmedita á las mías. ¿Quién velaba á aquella hora? No podía dudarlo: era Laura.

»¡Ella estaba allí, á pocos pasos, y pensando tal vez en mí!

»Miré alrededor buscando la escalera que el día anterior había servido al señor Albruzzi para llegar hasta la ventana de mi cuarto. La divisé en un rincón junto á la pared de cerca; la cogí y la apoyé sin vacilar en el antepecho de la ventana iluminada.

»Subí, y cuando estuve á punto de tocar el antepecho, me detuve; sólo en aquel momento advertí lo mucho que sufría. Sin embargo, puse el pie en el último peldaño, apoyé la ardorosa frente en los vidrios y vi...

»¿Era visión de mi delirio? Tenía frío, temblaba... No sé cuánto tiempo permanecí en aquella postura; al fin se apagó la luz, y yo no cesaba de mirar, procurando reconstituir la visión en aquella profunda obscuridad.

»Cuando volví á entrar en la casa, la luz que había sobre la mesa estaba agonizando y Albruzzi seguía roncando recostado en su silla.

* * *

»No puede usted tener una idea del insomnio y del desasosiego de aquella terrible noche. Convencíme de que en lo sucesivo me hallaba en brazos del delito; no veía ya salida alguna, ni tampoco la buscaba; mientras pude ocultar mi debilidad, me consideré fuerte; pero ya no lo era: mi confesión había abierto una brecha por la cual se derramaba la oleada de mis pasiones. La traición había encontrado el camino de mi corazón y se enseñoreó de él.

»El alba tardó mucho en despuntar aquel día; anticipéme á ella y salté de la cama agitado; salí de mi cuarto y espié con ojo pavoroso y ávido la obscuridad del corredor; no se oía el más leve ruido; me acerqué á la puerta que supuse ser la del cuarto de Laura y apliqué el oído: nada.

»Salí de la casa: en el extremo límite del horizonte una faja sonrosada anunciaba la próxima salida del sol; el aire fresco de la mañana pasaba por la naturaleza y la susurraba palabras misteriosas. Mil memorias olvidadas se despertaban atropelladamente en mi pensamiento; metíme por un sendero del jardín y eché á correr por huir de ellas; las ramas agitadas me daban en la cara: la naturaleza me abofeteaba.

»Amaneció y entré en la casa: los criados estaban ya levantados y se dedicaban á sus acostumbrados quehaceres; no me atreví á preguntar por el señor Albruzzi y aguardé.

»Por último, alguien abrió la puerta de la sala: era él, el marido.

»Tenía el semblante descompuesto, los ojos que parecían querer saltar de sus órbitas, y una sonrisa estúpida en los labios.

»Llegóse á mí, me dió la mano y gastó una broma sobre su aventura de la pasada noche.

»Yo miraba ávidamente la puerta; pero Laura no parecía; pensaba en cómo podría preparar la ocasión de encontrarme á solas con ella, y aunque no sabía de qué medio me valdría para desembarazarme de Albruzzi, había resuelto hablarla á toda costa.

—»¿Conque está usted resuelto á marcharse hoy?, me preguntó mi huésped.



¡No subas, no quiero que subas!, gritaba la pobrecilla...

—»Sí.

—»No insisto, la obligación ante todo; le acompañaré á usted hasta Lugnano. ¿A qué hora quiere usted partir? Mandaré disponer el coche, y puesto que hemos de marchar, valdrá más que nos apresuremos para no tomar tanto sol.

»Fuése, dejándome solo; aquel era el instante propicio; pero el tiempo pasaba y Laura no venía.

»Volví á mis habitaciones con la esperanza de encontrarla; pero el corredor estaba desierto; escuché, no se oía rumor alguno; bajé otra vez agitado y tropecé de nuevo con Albruzzi que subía la escalera.

—»Ha de saber usted, me dijo, que mi mujer está indispuesta; ha pasado mala noche y yo no sabía nada; dispénseme usted, voy á ver cómo se encuentra.

»Y me dejó en el rellano de la escalera. Al poco rato volvió.

—»No es cosa de cuidado, me dijo; ya sé lo que tiene; una de las acostumbradas jaquecas de las mujeres; de todos modos, iré á Lugnano con usted. ¡Ah! No debo olvidarme de decir á usted que «mi señora siente mucho no poder saludarle antes de su partida...;» estas cosas se debieran suponer sin necesidad de decirlas. El coche está listo: ¿quiere usted que echemos á andar?

»Partimos.

* * *

»Yo no podía forjarme ilusiones sobre el proceder de Laura; su fingida indisposición me decía claramente que estaba ó quería parecer ofendida por mi audacia; pero no era esto lo que me afligía, sino el convencimiento de su indiferencia, que la permitía desempeñar un papel de comedia, mientras á mí me devoraba el anhelo de repetirle la confesión de mi estupidez.

»El despecho y el bochorno pudieron en mí más que el remordimiento; me refugié en el desconsuelo, decidido á no dar un paso para volver á ver á la mujer que tanta amargura había derramado en mi existencia.

»Escribí á Leticia: sentía necesidad de romper la complicidad del silencio, de decirla lo que me quería decir á mi mismo, de recordar mis afectos, de confesar mis deberes, de elevar ante mis ojos la imagen de la traición para horrorizarme de ella.

»Habían transcurrido cinco días cuando recibí carta de Leticia.

»Me escribía pocas y sencillas palabras.

»Helas aquí:

«Tu carta me ha hecho mucho bien: ¡cuántos días la he estado esperando! Hoy tengo la cabeza llena de ideas melancólicas y tú no estás aquí para acariciarme. Mamá no ha mejorado desde tu partida; siento que tiene el pulso siempre agitado y la frente siempre ardiente; el médico no dice nada, quizás por temor de afligirme. Esta tenaz inmovilidad de la dolencia me da en qué pensar; á veces abrigo esperanzas, y me complazco en imaginar lo felices que seremos cuando estemos los tres reunidos en nuestro jardinito de Lugnano; pero otras veces tengo miedo... Mamá ha dormido hoy más que de costumbre; no sé, pero me parece que ha dormido demasiado, y ahora mismo sigue durmiendo; ¡si al menos este sopor le hiciese bien! Casi tengo intenciones de despertarla, pero no me atrevo; ¡tiene la cara tan tranquila cuando duerme y la respiración tan suave!..

»Son las tres de la tarde; á las cuatro debe venir el médico; le preguntaré lo que haya de cierto y esperaré á echar esta carta al correo para poder escribirte lo que me diga. Pienso siempre en ti y me parecen los días muy largos, y este es el único modo de que me parezcan más cortos. Quiere siempre á tu *Leticia*.

»P. D. El médico me ha dicho que la enfermedad de mamá *está pasando por una crisis*. Es preciso que vengas; esta soledad me hace daño; tengo miedo... Ven pronto.»

»No vacilé un instante en acudir á aquel llamamiento; preparé al punto lo necesario para la marcha, y una hora después estaba dispuesto.

»Al salir de casa levanté la vista distraídamente hacia las ventanas de la casa de Albruzzi y vi á Laura asomada á una de ellas.

»Por rápida que fuese mi mirada, no dejé de ver sus ojos de sirena fijos en mí; la saludé con frialdad, me saludó cortésmente; á pesar de la turbación que me causó aquel encuentro inesperado, proseguí mi camino sin detenerme, hacia el mismo punto, con el mismo paso presuroso, pero ya no con la misma firmeza de propósito en el corazón. A la primera revuelta del camino acorté el paso casi sin notarlo, pensé... Y un cuarto de hora después volvía á entrar como un delincuente en mi casa.

»¡Ah! ¿Por qué no se alzó amenazador el espectro de mi padre cuando llegué de nuevo al umbral de mi pobre morada?

* * *

»Aún no sabía lo que quería hacer; sabía que Laura estaba á muy corta distancia de mí y que no me era posible alejarme.

»Pasé dudoso y agitado la mayor parte del día; y al fin, rompiendo bruscamente los últimos nudos de mi conciencia, me lancé fuera de mi habitación y fuí á casa de Albruzzi.

»No esperaba mayor fortuna ni más fatal: Laura estaba sola.

»Me recibió como de costumbre y no pareció extrañada de mi presencia: ¿acaso me había visto regresar á mi casa?

—»¿Qué buen viento le trae á usted por aquí?, me dijo con sencillez. Al verle salir de su casa con la maleta, creí que iba usted de viaje.

—»No se ha equivocado usted, contesté con melancólica firmeza; estaba á punto de partir.

—»¿Y se ha quedado usted?

—»Por usted.

»La indiferencia con que ella se escudaba, no la ponía á cubierto de mi audacia inesperada; traslució á su rostro una leve turbación; y se vengó lanzándome una de sus miradas prolongadas, insistentes, fríamente desapiadadas, que me partían el corazón.

»Pero yo no tenía ya nada que temer de mi conciencia; y en mi rostro y en mi actitud se veía la procacidad que nace de la vergüenza.

—»¡Por mí!, exclamó Laura con acento intraducible de indiferencia y de satisfacción.

—»Sí, por usted. No finja que no me comprende; desista usted de una tortura inútil; demasiado he sufrido...

—»¿También por mí?

—»Bien lo sabe usted.

—»Veo, pues, dijo dejando un tanto su frialdad, veo, pues, pobre Luciano, que lo que usted se atrevió á hacer y lo que he tenido á bien perdonarle, es aún más grave de lo que me figuraba. En este caso hace usted mal en volver á empezar.

»Aquella frialdad, aquel dominio de sí misma, me roían las entrañas; mi mente se sublevaba al imaginar tantas artes de seducción y de halagos olvidadas tras una sensibilidad hipócrita.

—»Escuche usted. No quiero desempeñar el papel de un galanteador vulgar; aquí dentro tengo un corazón que sufre y mi pensamiento ha ya tiempo desvaría; tengo una casa, una familia, un afecto santo y honesto que exige mi afecto; tengo un porvenir, una fe; creo en que hay algo más allá de esta vida; por todo esto comprenderá usted que no es solamente el amor, sino también el dolor el que habla por mi boca. Pues bien: mi tranquilidad está en manos de usted, disponga de ella: déme usted el olvido del amor ó devuélvame cuanto me ha arrebatado: con una palabra puede usted hacerlo. Prométame decirla.

»Está usted delirando, contestó Laura oponiendo al fuego de mi lenguaje una dulzura casi cariñosa; está usted loco y no advierte que sus palabras son injuriosas para mí, y que no puedo contestar á usted sin hacerme cómplice de la ofensa que infiere á mi dignidad de mujer y de esposa. Dice usted que su tranquilidad está en mis manos, porque se la he arrebatado... Es usted cruel é injusto; tal vez más adelante lo reconozca usted así.

—»¡Más adelante! No, es inútil; yo no puedo estar siempre pendiente sobre el abismo que usted, sólo usted, ha abierto á mis pies: haga usted que me se pare de él ó que me despeñe con los ojos cerrados. No renuncie usted á su parte de culpa para hacerla recaer toda sobre mí; esto no sería compasivo ni justo. ¿Qué no ha hecho usted por conquistar mi corazón resistente? ¿Y es posible deponer respecto á usted una dolorosa frialdad sin adorarla? Me pidió usted amistad, pero ¿podía yo darle algo que participando del amor no fuese el amor por completo? Casi la he odiado á usted no lo ignora, —he dejado de odiarla y la amo. He impuesto silencio á mi conciencia, he sofocado el sentimiento de la virtud; he apartado los ojos de mi miseria para no ver más que el rostro de usted, para no pensar más que en usted, para no soñar más que con usted. Y á pesar de todo, aún siento fuerza en mí para huir de usted, para renunciar por siempre á usted, para aborrecerla otra vez: con una palabra puede usted despertar esta fuerza adormecida; prométame, pues, decirla.

—»La diré.

—»Sin vacilación, sin temor, sin falacia; clara y francamente como yo hablo, y cuenta que una mentira compasiva no serviría de nada, y cuando yo pudiera leer en su semblante de usted, en su mirada, un mentís á lo afirmado, la compasión de usted sería tan falsa como inútil... Pues bien: diga usted que no me ama, añadí después de una ligera pausa con voz trémula de emoción.

—»No le amo á usted.

—»Repítalo.

—»No le amo á usted.

—»Júrelo usted.

»Lo juro.

—»¡No es verdad!, grité con alegría convulsiva y feroz; no es verdad; usted me ama.

»Laura parecía conmovida: yo proseguí diciendo con desesperación:

—»¡Fuera fingimiento! Tenga usted piedad de mí. Si no ha conocido usted el prolongado suplicio que he procurado disimular hasta hoy, léalo usted ahora en mi cara; míreme, míreme.

—»Basta ya, demasiado le he escuchado; mis deberes no me permiten dar oídos á ese lenguaje.

—»¡Sus deberes! ¿Por ventura no los tengo también? ¿Y no he pasado por encima de ellos para llegar hasta usted? ¡Sus deberes! No reconozco en usted más que uno: darme su amor en cambio de mi sosiego. No me hable usted de virtud: yo sí que la conozco y puedo hablar de ella; yo, que he mirado la traición cara á cara, sin hipocresía. Lo que puede usted y debe hacer por mí es muy poco en comparación de cuanto he hecho por usted, y harto le consta: mida usted con el pensamiento el horror de mi apostasía; para darle mi afecto lo he apartado de un corazón que latía á la par del mío; he lacerado, juntamente con mi tranquilidad y mi porvenir, el porvenir y la tranquilidad de una criatura que me ama; por ser de usted he inmolado todo cuanto me era querido en la tierra; mientras que usted no está ligada sino á un hombre...

—»Cuidado, que va usted á cometer una mala acción, dijo Laura interrumpiéndome.

—»Lo sé, pero ¿qué me importa? Estoy en mi derecho; no pida usted generosidad á quien quiere darle amor. Además, no tiendo una asechanza, sino que desenmascaro un engaño que se opone á mi felicidad: ¡otros obstáculos mucho mayores he allanado! Sépalo usted, Laura: ese hombre que se jacta de tener derechos sobre usted no merece nada, porque no la ama.

—»Lo sé.

—»Es incapaz de cariño...

—»Basta, dijo Laura gravemente; todo cuanto pueda usted decirme lo sé ya, y con tal de rebajarle se rebaja usted á sí mismo. Por otra parte, si estuviese usted menos ciego, no trataría de lograr el amor de una mujer que le habla de su honradez pretendiendo asustarla con la idea de la venganza...

»Su lenguaje mesurado me ponía fuera de mí; empezaba á leer en la tenebrosa profundidad de su corazón, y temía adivinar su naturaleza.

—»Oiga usted, la dije con ímpetu; creo que ha querido usted triunfar de mí y proporcionarse el espectáculo que debía ofrecerla una virtud hecha pedazos; queda ya satisfecha su vanidad de mujer; me ha vencido usted; ahora puede usted prolongar cuanto le plazca su horrible satisfacción; pero arranque usted este velo que ofusca mi razón; dígame que no soy un insensato, que no he sido víctima de una ilusión; que esos ojos que ahora me miran fríos y despiadados son los mismos que me han hecho caer en las redes de su fascinación; que ha habido al menos un instante en la vida, rápido camo el pensamiento, fugitivo como el relámpago, en que ha sentido usted algo por mí; dígame que lo que veo, que lo que siento de usted no es un mármol, que tiene usted un corazón que late.

»La desesperación de mi acento se deshizo en un sollozo; por vez primera la hermosa dama me miró con ojos en los que vi brillar un rayo de compasión, pero no dijo nada.

—»Contésteme usted, contésteme.

»No puedo, exclamó Laura con voz débil.

»Y se llevó la mano al corazón como para sofocar un impulso irresistible.

»Parecióme como si se abriera el cielo á mi vista; y me arrojé á sus plantas, prorrumpiendo en palabras de gratitud. No dudaba ya de que me amaba.

—»No me exija usted más, añadió Laura; no insista usted, déjeme, huya, olvide...

»Y cogiendo el cordón de la campanilla me dijo con frialdad:

—»Si se acerca usted, llamo; evite usted un escándalo, y evite á entrambos una vergüenza.

»Su impasibilidad, más bien que su amenaza, me llegó al corazón, dejándome aturdido.

—»Ha abusado usted de mi bondad, añadió con voz más suave; pero le perdono; en parte yo me tengo la culpa.

»Y calló aguardando una respuesta.

—»Es indispensable que se retire usted, prosiguió. Separémonos como buenos amigos.

»Y se acercó á mí, casi cariñosa, tendiéndome la mano.

»Pero la vergüenza me había dejado sin fuerzas; apenas toqué con la punta de los dedos aquella mano y salí lentamente, sin volver la cara, sin decir una sola palabra.

»Y al entrar en mi casa, al volver á ver mis habitaciones, aquellos sitios conocidos, en otro tiempo poblados de tanta multitud de gozosas imágenes, un grito desesperado salió de mi pecho y se me llenaron los ojos de lágrimas.

»¡Mi conciencia había encontrado un remordimiento!

XXIII

El ángel bueno y el ángel malo

»Aquella misma noche recibí un telegrama anunciándome que la mamá Ersilia estaba agonizando. La pesadumbre que me causó aquella noticia no dió lugar en mi mente más que á un solo pensamiento: correr al punto á Pavía.

»Estaba muy avanzada la noche y no sabía á quién dirigirme á aquellas horras para obtener un carruaje cualquiera: tomé un partido que no era nuevo en mí: ir á pie hasta Capolago. Emprendí en seguida la marcha, solo, con el remordimiento en el corazón, precedido por las desoladas imágenes de mi porvenir, que parecían esbozarse ante mis ojos en las tinieblas. Llegué á Capolago antes de amanecer; cansado, pero sin notarlo; encontré un carruaje, y salí á toda prisa. A las diez de la mañana estaba en Pavía.

»En mi impaciencia por llegar, no me detuve un momento en el camino; al poner el pie en la puerta de la casa me detuvo una especie de desconsuelo indefinible.

»Entré; Leticia, mi pobre Leticia me vió, lanzó un sollozo, y corrió á mi encuentro llorosa; por todos mis miembros corrió un escalofrío; lo comprendí todo: ¡la anciana Ersilia había muerto!

»No dije una palabra, ni derramé una lágrima.

. . . .

»Tres días después regresábamos á Lugnano, descorazonados, meditabundos: Leticia buscaba en silencio mis caricias, sin sospechar siquiera cuánto mayor era mi desconsuelo que el suyo y cuán diferente; yo desvariaba dolorosamente tras una imagen halagadora.

»Cuando llegamos á nuestra casita, Leticia rompió su prolongado silencio y vertió copioso llanto; yo la estreché contra mi pecho y me sentí enternecido, y obedeciendo á una necesidad irresistible, mezclé mis lágrimas con las suyas. La pobrecilla no suponía que hubiera otra causa para mi llanto sino la suya, y echándome los brazos al cuello, acercó su boca al oído, y entre un beso y un sollozo, me dijo estas palabras que me hicieron patente todo el inconcebible horror de mi falsía:

—»Tú eres bueno, ¡tú también querías mucho á mi pobre mamá!

»Aquel día transcurrió en una soledad poblada únicamente de nuestras fantasías.

»Leticia me hablaba de su infancia, de nuestra infancia, y traía á la memoria los recuerdos más lejanos que tenían relación con su difunta madre.

—»Y ahora, ya se acabó todo eso, me dijo por último con voz débil; el pasado ha muerto para siempre, sepultado con ella; yo estoy sola en la tierra; tú también estás solo; todo cuanto resta de nosotros somos nosotros mismos; lo demás está allí, bajo tierra... ¡Luciano mío! ¿Qué sería de nosotros si no nos amásemos, si nosotros..., si tú cesaras de amarme?

»Ante esta idea, que por vez primera cruzaba por su mente; al eco de sus palabras, que le revelaba todo el horror de semejante recelo, se puso pálida, tembló y me miró con fijeza como asustada por un temor involuntario.

»Yo me levanté acongojado, la tomé una mano y la puse sobre mi agitado corazón sin hablar. La pobrecilla se ruborizó, y ocultó la faz en mi seno, diciendo con la confianza de una fe indestructible:

—»¡Oh sí! ¡Tú me amarás, y yo te amaré siempre!

* * *

»Aquel era el momento de sacudirme con todas mis fuerzas y de desprenderme de una vez, sólo con un enérgico impulso de mi voluntad, de las ligaduras del delito; aquel era el momento de huir á un lugar solitario para ocultar mi vergüenza, educar de nuevo mi corazón en la virtud y aguardar los generosos frutos del arrepentimiento.

»Mas para ello era menester buscar un pretexto, responder á las preguntas de Leticia, justificar con un designio plausible mi repentina determinación; desconfiado, inerte, me atemoricé ante los obstáculos, y el propósito murió al nacer, dejando en mi corazón las últimas cenizas de la postrera chispa generosa.

»Permanecer todavía en Lugnano era, no ya aceptar la lucha, sino aceptar la culpa; era entregarse por completo al frenesí del deseo, era inmolar mi corazón y mi albedrío á un amor punible. Yo estaba persuadido de ello, y sin embargo no huí.

»Involuntariamente acudía á mi cerebro la imagen de Laura; soñaba en ella con los ojos abiertos, sin procurar desechar con horror aquella idea, sin experimentar siquiera esa sensación misteriosa de pudor

alimentada por la conciencia del hombre que se respeta. A mí, vencido en la lucha, el recuerdo me daba una nueva naturaleza; el altar, que por mucho tiempo erigí en mi corazón á la virtud, se había derrumbado enteramente, y empezaba á comprender ese falso culto que todo hombre corrompido dedica á sí propio: el cinismo.

»Quise volver á Laura, pero Leticia se me anticipó: ¡hacía tanto tiempo que no había visto á su buena amiga!

«Propuse á Leticia que fuésemos á ver á nuestros vecinos al campo, sin rubor y sin turbación aparente.

»Leticia accedió gozosa y determinamos ir á la quinta Albruzzi.

»Las fiestas que Laura hizo á su pequeña amiga son indecibles: en el egoísmo de la alegría que parecía transpirar por toda su persona, hasta se olvidó de mí, y sólo tuvo una tardía sonrisa para darme las gracias por el *obsequio que la había hecho.*

»Durante el primer día que pasamos en la quinta, las dos amigas no se separaron un momento; corrían juntas por los prados, se perdían juntas por las alamedas... ¡tenían tantas cosas que decirse!

»La indiferencia de Laura después de lo que había pasado entre nosotros me parecía una ingratitud; yo le había mostrado todo el horrible desconsuelo de mi corazón, y al menos debía haberse compadecido de mí.

»Seguí á las dos amigas obstinadamente como si fuera su sombra, pero el Sr. Albruzzi se pegaba á mí con no menor obstinación; todo el día estuve luchando por sacudir aquel yugo importuno sin conseguirlo hasta que llegó la hora de comer.

»Laura parecía haberlo olvidado todo; mientras estuvimos sentados á la mesa uno junto á otro, no tuvo para mí una sonrisa, una mirada, en la que yo pudiera leer el más leve indicio de complicidad.

»Aquel proceder me desesperaba: por la noche espié la ocasión de encontrarme solo con ella un momento para obligarla á explicarse; más parecía adivinar mi designio y procuraba rehuir toda conversación.

»No me pasó inadvertido este artificio; supuse que temía encontrarse á solas conmigo, y esto me hizo más osado. No tardó la ocasión en presentárseme; estábamos en el jardín sentados alrededor de una mesita de mármol, cuando el Sr. Albruzzi entró en la casa para dar algunas órdenes.

—»Siento frío, dije: Leticia, ¿no tienes algún mantón en la maleta?

—»Sí, voy á buscarlo.

—»¡Ah pícaro!, dijo Laura; molestar á Leticia cuando podía ir usted.

—»Es verdad, contesté.

—»No lo es; replicó mi esposa: Laura no tiene razón.

»Y nos dejó solos.

—»Me hace usted sufrir mucho, le dije á Laura con voz sorda.

—»Y yo me avergüenzo por usted, contestó con acritud; lo que acaba usted de hacer con Leticia es odioso.

—»Ufánese usted porque es obra suya; no me ha dirigido usted una mirada en todo el día; ¿acaso no ve usted mi corazón?

—»Lo que veo son mis deberes de mujer y de esposa, dijo con voz más suave, y también veo los de usted. Leticia...

—»No la nombre usted, no la nombre, repliqué interrumpiéndola; no tiene usted derecho para torturarme así. Demasiado sé lo que pisoteo para llegar hasta usted...

—»Silencio, *ella* vuelve.

»No se había atrevido á decir *Leticia,* y mi corazón se regocijó como de un triunfo.

—»Necesito hablar con usted, le dije rápidamente; ¿dónde podré verla á solas?

»En lugar de contestarme se levantó, y adelantándose hacia Leticia le dijo en tono de broma:

»¿Sabes que has echado á perder á tu marido?

—»¿De veras?

—»Sí; adivina lo que ha hecho.

—»¿Qué?

—»Me ha dirigido un cumplimiento y me ha amenazado con otro.

—»¿Y tú qué has hecho?

»Imponerle silencio al primero: ¿no es verdad, Luciano?

—»Es muy cierto.

»Reí para sofocar un gemido.

* * *

»Sí, mi conducta era odiosa; pero ¿con qué derecho me censuraba Laura por ella? ¿Creía poder conseguir de mí lo que no había podido mi conciencia? Toda la noche estuve pensando en ello; pero en vez de sentir á aquella idea el acicate del remordimiento, sentí mayor necesidad de cerrar la boca á la censura con la complicidad.

»La acusación en labios de Laura era un castigo, y yo conocía que todo podía ser posible aún, menos un arrepentimiento aconsejado por aquella mujer. ¿Cómo no lo comprendía ella así como yo?

»A la mañana siguiente se mostró más cortés conmigo y yo más frío con ella.

»Así pasó la mayor parte de la mañana; al mediodía, mientras yo paseaba por una calle de árboles, sentí pasos detrás de mí, pero no volví la cabeza.

—»Luciano...

»Era Laura.

»Latióme el corazón agitado y al instante lo olvidé todo. Volvíme y me acerqué á ella con la gratitud retratada en el semblante.

»Atajó las palabras que iban á escapárseme dándome el brazo y mandándome callar.

»Luego añadió con acento grave:

—»Ayer le ofendí á usted: ¿me perdona?

»Quise decirle que...

—»¿Me perdona usted?, repitió.

—»Sí; la perdono.

—»Está bien, y ahora hágame usted un ramillete; ponga usted en él lirios..., allá, al pie de aquellos árboles los encontrará.

»Y echó á correr sin darme siquiera tiempo para decirle una palabra.

»El yugo de aquella pasión estaba ya inexorablemente atado á mi destino; fuí á coger lirios é hice con ellos un ramillete con la dócil obediencia del que ha renunciado á su voluntad; bramaban en mi corazón mil tempestades, levantaban mi pecho mil ímpetus; pero eran tempestades de corazón cobarde, eran ímpetus de esclavo, que hacían resonar mis cadenas.

»Me encaminé poco á poco hacia la casa; Laura acudía á mi encuentro y Leticia detrás de ella; mi primer movimiento fué esconder el ramo.

—»¿Lo trae usted?, me preguntó Laura desde lejos.

—»Sí, lo traigo, respondí vacilando.

»Y enseñé las flores.

—»¡Qué hermosos lirios!, exclamó Leticia acercándose.

—»¿No ha cogido usted también para su mujer?, preguntó la hermosa dama con mal disimulada complacencia. ¡Ah, qué mal marido! Todos son así, mi pequeña Leticia; estos benditos maridos son todos así.

—»Mi Luciano no es como los demás, dijo Leticia sin enojo; además, á mí no me gustan las galanterías; prefiero sus caricias á sus flores.

»Y así diciendo, me echó los brazos al cuello, se empinó un poco, me hizo inclinar con leve violencia, me dió un beso sonoro y echó á correr palmoteando.

—»¿Adónde vas?, le gritó Laura.

—»A coger lirios, contestó mi esposa sin volver la cabeza.

»Una insistente mirada de la hermosa dama no tuvo poder suficiente para sacarme de mi atonía; me llevé la mano á la cabeza y me alejé, procurando en vano sofocar los sollozos.

»Pero á los pocos pasos me paré y me volví: una sombra blanca pasaba entre las plantas bajándose y levantándose á cada momento, y Laura, que se había quedado sola, se acercaba despacio á aquel sitio.

* * *

»Aquella fué la señal de un nuevo tormento. Laura no tenía corazón, pero gozaba con su triunfo; y para que su satisfacción de mujer fuese completa, era preciso que apareciese enteramente todo mi escarnio.

»Todo el tiempo que pasamos en la quinta, Laura no perdió ocasión de cerciorarse de su poder sobre mí y de medirlo con el poder de que me había arrancado. Leticia, su pequeña amiga, fué la piedra de toque de sus gracias, y yo me acomodaba á la prueba de mis ligaduras con la pusilánime docilidad de un prisionero.

»Ya eran insignificantes competencias ávidamente buscadas y seguidas de leves triunfos, ya preferencias obtenidas y pagadas con una sonrisa, y todo esto mezclado con una cordialidad afectada, con una franqueza hipócrita.

»Leticia no lo advertía, ni reparaba en ello. Su confiada lealtad aguzaba mis remordimientos, pero la servía de antemural contra la injuria.

»Uno de los muchos episodios baladíes que han impreso en mi mente el recuerdo, de por sí indeleble, de los días pasados en la quinta de Albruzzi, le dirá á usted cuál era el estado de mi alma.

»Habíamos salido á pasear las dos mujeres, Albruzzi y yo, y bajamos la cuesta que iba á parar al valle; había hecho un día magnífico, y á la puesta del sol soplaba una leve brisa.

—»No quisiera estar en el lago, dijo Albruzzi.

—»¿Por qué?

—»Suba usted esa cuesta y lo sabrá. Demasiado lo conozco: está soplando el Porlezza; suba usted un poco y verá que lo que aquí parece brisa es allá vendaval.

—»Leticia, dijo Laura con vivacidad, ponte un pañuelo á la cabeza y subamos á esa eminencia.

»Y ambas echaron á correr; los alegres ecos de su risa llegaban á nosotros entrecortados por el cansancio y el viento, y veíamos sus blancos pañuelos ondear á impulsos del viento sobre sus cabezas.

»También subimos nosotros despacio la empinada cuesta, y cuando estuvimos cerca de ellas, Laura despidió un leve grito... El viento le había arrebatado el pañuelo de la mano y se lo llevaba de risco en risco. Albruzzi y yo corríamos en vano detrás del fugitivo, que se detenía un momento y volvía á volar burlándose de nuestro afán, hasta que por último un soplo más impetuoso lo llevó á la cumbre de un montón de pedruscos puesto á la entrada de una cueva. Volví la cabeza: Laura y Leticia nos seguían riendo.

—»¿Qué hacemos?, preguntó Albruzzi.

»Ir adelante, contestó Laura; no debe dejarse una galantería á medio hacer.

»Leticia cesó de pronto de reir y preguntó con seriedad:

—»¿Hay peligro?

—»¡Válgame Dios! ¡Si nos oyesen los abuelos de nuestros abuelos!, exclamó Laura.

Y al decir esto, la hermosa dama me asaeteaba con una mirada de fuego.

»Miré hacia arriba: el pañuelo no se movía ya y parecía desafiarnos con la inmovilidad: Albruzzi miraba alternativamente el pañuelo y su calzado; queriendo dar á entender que el único temor que le contenía para subir era el de comprometer el brillo de aquella parte de su vestimenta. Yo sentía las miradas de Leticia y de Laura fijas en mí.

»Mi esposa tenía razón; la empresa no estaba exenta de peligro. Figúrese usted un montón de escombros sostenido por pedruscos que tenía cinco ó seis metros de altura, presentando por todas partes una pendiente rígida y resbaladiza; era preciso encaramarse á la cima de aquella deleznable altura. A pesar de esto, no vacilé y me lancé á intentarlo.

»Oí detrás de mí un grito y la voz lastimera de Leticia que me llamaba.

—»¡No subas, no quiero que subas!, gritaba la pobrecilla mientras Laura se reía de su temor.

»Fingí no oir y subí: hube de trepar á cuatro pies para ofrecer con todo el cuerpo un asidero suficiente á sujetarme; á cada movimiento sentía bajo pies y manos que se abrían hoyos y que los escombros rodaban con ruido sordo. El polvo que levantaba me obligaba á cerrar los ojos y hacía más difícil mi fatiga; á veces, durante los esfuerzos de la subida, el terreno cedía de pronto y me arrastraba consigo haciéndome perder en un instante lo que había ganado á costa de tanto trabajo: entonces oía un grito y me detenía jadeante; y la voz de Leticia seguía rogándome que bajara; pero yo empezaba otra vez á encaramarme y reinaba de nuevo un profundo silencio.

»Todo el peligro consistía en ciertas piedras que amenazaban desprenderse sobre mi cabeza y derribarme. Después de un largo cuarto de hora de esfuerzos, llegué finalmente al vértice del altozano, y al empuje que dí para vencer el último obstáculo, se abrió una ancha grieta detrás de mí y gran número de aquellas piedras rodaron hasta abajo; pero yo tenía ya el pañuelo de Laura.

La bajada era fácil; me dejé ir por una pendiente libre de piedras y en un momento llegué adonde estaban mis compañeros.

»Leticia, al verme bañado de sudor y lleno de polvo, corrió á mí y me estrechó entre sus brazos: aún me parece estar viendo su rostro lacrimoso. Tan compasiva ternura me llegó al corazón; ¿de qué modo pagaba yo tanto cariño? Me quitó el pañuelo que llevaba en la mano y se lo entregó á su amiga sin decir una palabra; en seguida se acercó otra vez á mí y se cogió de mi brazo.

»Regresamos silenciosos: nuestra alegría se había extinguido; iba obscureciendo y el viento azotaba con más fuerza los árboles de la colina.

»Al llegar á casa, Laura se acercó á Leticia en actitud cariñosa; pero la pobrecilla no supo ó no quiso disimular su rencor, y recibió con frialdad aquellas caricias.

»Las dejé solas para que se reconciliasen; mas al alejarme oí á Laura que decía con cierto mal humor:

—»Pero ¿yo qué te he hecho?

(Continuará)

La tragedia «Hámlet,» de Shakespeare, en el Japón

El Oriente y el Occidente se dan las manos. No bastaba que la compañía de Sada Yacco, la Duse japonesa, la actriz tan celebrada aun por los públicos europeos, hubiese representado hace algún tiempo el *Otello,* de Shakespeare, sino que recientemente se ha estrenado en el teatro Meijiza de Tokío la tragedia del mismo gran dramaturgo *Hámlet.*

Sada Yacco y su esposo Otogiro Kawakami dieron á conocer en varios teatros de Europa, hace poco tiempo, el arte dramático japonés; ahora, de regreso en el Japón, muestran á sus compatriotas las impresiones que el arte del teatro europeo produjo en ellos.

Sada Yacco, de esbelta y flexible figura, de agradable rostro ovalado y de abundante y negrísima cabellera, apareciése ante nuestros ojos como la personificación más graciosa y encantadora del tipo de mujer japonesa. Esa lindísima geisha parecía una hermosa flor de loto cuando representaba el papel de Katsuraghi en el drama *La geisha y el caballero,* de final tan trágico; semejaba una figurita hechicera, delicada; y sin embargo, ¡cómo nos cautivaba esa muñequita en el baile y en la pantomima!, ¡de qué modo tan maravilloso recorría con el canto y con la palabra toda la escala de las pasiones!, ¡cuán bella era la muerte de aquella Katsuraghi en medio del prodigioso realismo con que fingía los últimos espasmos de la vida!

En otra obra representaba el papel de una muñeca de madera (el mismo tema de la bella Galatea): un escultor ha tallado en madera una hermosa figura de mujer que de pronto comienza á cobrar vida. Nada más admirable que el estilo con que Sada Yacco desempeñó este papel, la frescura que imprimió á su pantomima, y la gracia y la delicadeza con que supo expresar esos matices, esos encantos íntimos del color y de la línea que explican la influencia que el arte japonés ha ejercido sobre el nuestro. Y luego cantó con voz melodiosa y conmovedora, dulce como la de un pájaro, canciones que todos entendimos y á todos nos emocionaron profundamente.

La actriz Sada Yacco en el papel de Ofelia



El actor M. Fukui en el papel de Polonio

Sada Yacco posee, pues, artística é individualmente todas las cualidades que se requieren para interpretar el personaje de Ofelia. En el grabado que reproducimos y que la representa en este papel, su figura resulta sumamente simpática; además, vemos por él que la artista ha hecho muy pocas concesiones al gusto de su país. Más honda es, si cabe, la impresión que causa Kawakami, que desempeña el papel de sombra del padre de Hámlet: este actor es un artista en extremo caprichoso, en quien aparece expresado de una manera rudimentaria lo primitivo de un arte cerrado á toda influencia extranjera. Así pudimos apreciarlo en la escena del tribunal de *El mercader de Venecia,* obra de la que nos dió á conocer en Europa una versión japonesa, y en la que interpretaba el personaje del pescador que siente hacia su deudor un odio profundo que desde tiempo inmemorial alimenta su familia contra la del otro. Kawakami hizo gala de una grandiosidad de expresión y de un naturalismo elemental. En los movimientos convulsivos, casi incesantes, de su boca, en la agitación febril de su barba, en el temblor que sacudía todo su cuerpo, en el acento apagado de su voz, en la precipitación con que mostraba el documento que acreditaba la deuda, en su afonía, en todo había tal vigor, tanta fuerza de persuasión, que llegaba á sobrecoger el ánimo de los espectadores. Y la emoción de éstos llegaba á su colmo cuando el actor entre rugientes carcajadas medía las seis pulgadas en cuadro en el pecho del deudor, cuando con furor bestial se arrojaba sobre el infeliz, cuando abatido por la sentencia quedaba inmóvil y cuando caía desplomado después de haber roto con desaliento el papel y arrojado maquinalmente al suelo los fragmentos del mismo.

No es, por consiguiente, de extrañar que un actor dotado de tan excepcionales aptitudes pueda interpretar de una manera notable el papel que en la tragedia de Shakespeare ha escogido, aunque seguramente su interpretación será algo distinta de la que estamos acostumbrados á ver en los actores europeos. Lo que sí resulta en extremo chocante es el traje que viste Kawakami: ese uniforme de general á la moderna, con sus charreteras, su espadín al cinto y su condecoración en el pecho, no son los más propios del personaje de la tragedia shakespeariana, del legendario é infortunado rey de Dinamarca. Esta misma anomalía se observa, según puede verse en los grabados de esta página, en los vestidos de los actores que desempeñan los papeles de Hámlet y Polonio, siendo el contraste tanto más de notar cuanto que Sada Yacco y los que representan los de los cómicos que ante la corte ponen en escena la muerte del rey Gonzaga, visten de modo más ajustado á lo que es costumbre en nuestros teatros.

Los demás intérpretes son menos conocidos en Europa que Kawakami y su esposa. Fujilana, encargado del papel de Hámlet, ha logrado comprender bien el modo de ser del melancólico príncipe, y á juzgar por el retrato que reproducimos, la expresión de su rostro en uno de los momentos más interesantes de la obra, el del célebre monólogo, es muy acertada. En cambio Fukui no parece haber entendido el verdadero carácter del viejo Polonio: la expresión casi de estupidez que en su cara se refleja, no es la que corresponde al padre de Ofelia.

La escena de los cómicos, tal como la reproduce la fotografía que publicamos, es un cuadro muy bien presentado: así el rey que durme, como la hipócrita y criminal reina, como el amante de ésta que arranca la corona de la cabeza del monarca después de haber derramado en su oído el mortal licor envenenado, están perfectamente en situación y forman un grupo de gran efecto desde el punto de vista plástico.

La representación de *Hámlet* en la capital del Japón y el éxito que en aquel público ha tenido demuestran un gran progreso, no sólo en el arte dramático, sino además en la intelectualidad del pueblo japonés, que ha recibido con aplauso al inmortal poeta inglés que, á pesar de haber sido consagrado por la fama, no ha logrado todavía ser apreciado en toda su valía por más de un pueblo que se precia de culto.

Hasta ahora sabíamos que el Imperio del Mikado había conseguido asimilarse muchas de las instituciones que la civilización europea ha creado; y el espectáculo que en la actual guerra con Rusia nos dan la marina y el ejército japoneses, la admirable organización que en una y en otro se patentiza, el talento que en la concepción de sus planes revelan los generales y almirantes, y el método, acierto y perseverancia que presiden á la ejecución de los mismos, demuestran que no han sido desaprovechadas ni mucho menos las enseñanzas que los japoneses han ido á buscar fuera de su patria.

Si en otro orden de ideas realizan los mismos progresos que en materias militares han realizado, no



El actor A. Fujilana en el papel de Hámlet



La escena de la representación teatral: Kojima *(reina Baptismo)*, Tsusaka *(rey Gonzaga)*, Yamamoto *(Rujanas.)*

sería difícil que antes de poco recorriesen las principales capitales de Europa compañías dramáticas que nos asombraran por su admirable interpretación de las obras engendradas por los más grandes genios de las diversas literaturas europeas.

De una raza como esa todo puede esperarse; que si hoy posee ya caudillos de mar y tierra que tienen algo de Nelson y de Moltke, mañana podrá contar con actores que emulen las glorias de un Talma ó de un Romea.—P.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

PROPAGANDA HOMEOPÁTICA, por *Javier de Benavent de Camón*. – Se ha publicado la segunda edición del folleto que contiene los notables trabajos leídos por el señor Benavent en la Academia Médico-homeopática de Barcelona en mayo de 1896 y junio de 1897. Se titulan «Crítica de los sistemas de curación que más se practican en el presente siglo» y «El método Hahnemanniano. ¿Es racional?,» y son dos estudios concienzudos en los que su autor explica con abundancia de datos y argumentos las ventajas de la homeopatía. Ha sido impreso en la tipografía de Inglada.

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE SOCORROS MUTUOS EN BUENOS AIRES. - Se han publicado la memoria y las cuentas generales de esta benéfica asociación correspondientes al año 1903. En ellas se demuestra el estado floreciente de dicha sociedad, que contaba á fines de aquel año 11.198 socios adultos y 419 niños y con un capital de 573.199'73 pesos. El folleto ha sido impreso en Buenos Aires en la tipografía de «El Correo Español.»

FRASES Y REFRANES EN ACCIÓN. - Forman los tomos 3.º y 4.º de la Colección Cuesta, que publica en Madrid la casa Bailly-Bailliere, y contienen cinco interesantes narraciones cada uno: las del primero, originales de Ciro Bayo, Mario Garnier, Juan de Granada, Arturo Cifuentes y R. Leza; y las del segundo, de J. María Sbarbi, J. Sánchez Gerona, Simón Sánchez, Manuel J. García y Nicolás Rosstowf. El precio de cada tomo es de 1'50 pesetas.

GUÍA DIAMANTE. BARCELONA. – Se ha publicado la tercera edición de esta guía, editada por D. Francisco Puig, que contiene, en texto castellano y francés, una descripción metódica y completa de nuestra ciudad y sus alrededores y multitud de datos é informaciones de gran utilidad para los forasteros. Va ilustrada con varios grabados y un magnífico plano de Barcelona y sus inmediaciones, y se vende á tres pesetas.

EL DULCE ENEMIGO, por *Alejandro Larrubiera*. – El nombre del Sr. Larrubiera es de antiguo conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; no necesitamos, por consiguiente, decirles lo que vale como escritor en general y en particular como cuentista. El tomo que recientemente ha publicado contiene dos docenas de cuentos á cual mejor; todos son interesantes, todos están galanamente escritos y muchos encierran profundos pensamientos ó provechosas enseñanzas, y estas cualidades auguran al libro el mismo excelente éxito que han tenido cuantos ha dado á la estampa nuestro querido colaborador.



El actor Kawakami, en el papel de sombra del padre de Hámlet

El tomo, impreso en Madrid por los «Sucesores de Rivadeneyra,» se vende á tres pesetas.

OBSEQUIO DE LA CASA EXPORTADORA DE VINOS CORTINA Y C.ª, S. EN C. – Esta casa de Villafranca del Panadés ha publicado una colección de vistas de sus grandiosos almacenes acompañadas de algunas explicaciones que demuestran la importancia de los negocios que realiza.

EPÍSTOLAS Y SÁTIRAS, por *Luis Cánovas*. – Seis composiciones contiene este libro, y en todas ellas abundan los pensamientos nobles y levantados y resplandece el más imparcial criterio para fustigar algunas de las muchas cosas de este mundo dignas de censuras. Avaloran estas excelencias de fondo las bellezas de forma, pues *Epístolas y sátiras* están escritas en versos fáciles y armoniosos. Bajo ambos conceptos, por consiguiente, se leen con gusto estas producciones, que acreditan á su autor de poeta notabilísimo. El tomo, impreso en Alicante, en la imprenta de Such, Serra y C.ª, se vende á 1'50 pesetas.

LOS UNIVERSITARIOS, por el *Dr. J. Esteban de Marchamalo*. – Se ha publicado la segunda edición de esta obra que, aunque escrita en forma de interesante novela, encierra un fondo de grandísima trascendencia desde el punto de vista de la educación universitaria. Editada en Barcelona por la casa Toledano, López y C.ª, se vende á tres pesetas.

LA GALVANOPLASTIA AL ALCANCE DE TODOS, por *P. Laurencin*, traducción de *D. Francisco Novellas*. – Explícanse en este tratado, en forma sencilla y perfectamente inteligible aun para los meros aficionados, los principios de la galvanoplastia, las operaciones preliminares y todos los procedimientos del dorado, plateado, niquela dura y fotograbado sobre cinc y cobre. La mejor recomendación de esta obra es decir que ha sido traducida de la quinta edición francesa. La traducción es muy esmerada. El tomo, ilustrado con 35 grabados, ha sido editado en Barcelona por los Sres. Ribó y Marín.

VIDA DE MELCHOR PACHECO Y OBES, por *Leogardo Miguel Torterolo*. – Digna de encomio es la labor realizada por el autor de este libro, ya que al escribir la biografía del caudillo uruguayo no incurre en el defecto de aumentar los méritos del personaje, sugestionado por su gloriosa aureola. No desconoce sus relevantes condiciones, antes al contrario, da á conocer los grandes servicios que prestó á su país, mas ha sabido rehuir la lisonja. Forma un volumen de cien páginas, precedido de un bien escrito prólogo de Daniel Martínez Vigil, y ha sido impreso en los talleres de Barreiro y Ramos, de Montevideo.

VARIA, por *Adriano M. Aguiar*. – De amena y agradable lectura es el libro que conteniendo un acopio de cuentos, tradiciones y leyendas, ha publicado en Montevideo el distinguido escritor Sr. Aguiar bajo el título de *Varia*. La brillantez y casticidad del lenguaje y estilo contribuyen á la grata impresión que producen los cuadros descritos con vivos colores y con tal intensidad, que impresionan y subyugan el espíritu. El libro ha sido impreso en la tipografía de Constantino Becchi, de Montevideo, y se vende al precio de 30 centésimos cada ejemplar.

MEMORÁNDUM SOBRE LOS EMPRÉSTITOS DE HONDURAS. – Folleto en el que D. Angel Ugarte demuestra los esfuerzos hechos por el gobierno hondureño para llegar á un arreglo equitativo y posible de la antigua deuda de Honduras. Ha sido impreso en Tegucigalpa, en la Imprenta Nacional.

LA PRIMA BEL. – HISTORIA DE LOS TRECE, por *H. de Balzac*. – Forman parte estas dos preciosas novelas de la biblioteca económica que con tanto éxito publica el inteligente editor barcelonés D. Luis Tasso; su elogio es innecesario, pues el nombre del gran novelista francés constituye su mejor alabanza. La traducción castellana de ambas está concienzudamente hecha por D. Joaquín García Bravo. Véndese cada tomo á una peseta.

BOYRA Y SOL, por *Ramón Suriñach Baell*. – Monólogo en el que con delicadeza y habilidad sumas expresa el autor los más variados sentimientos y los más marcados contrastes; encierra además un bellísimo pensamiento y está escrito con gran facilidad y en lenguaje muy apropiado á las diversas situaciones por que pasa el personaje. Estrenóse hace algunos meses con muy buen éxito en el teatro Circo Barcelonés.



no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES





ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris.

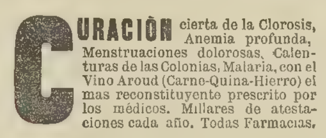


Labores campestres, cuadro de Rosa Bonheur

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona







PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

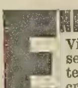
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.




ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 23 de mayo de 1904 — Núm. 1.169



DON QUIJOTE EN LA VENTA, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge, fallecido en París



CRÓNICA DE TEATROS

Se acabaron los días de moda del Español, se acabaron los de Lara, y el mundo aristocrático que tenía sus tertulias periódicas en el clásico coliseo y en la acreditada bombonera, se da cita todos los jueves en el circo de Price para admirar allí las gracias de los elefantes amaestrados ó las atléticas formas de los saltimbanquis.

Para los circos, como para los teatros, sigue imperando la costumbre de los días de moda. Hay en la aristocracia señoras que tienen la especialidad de los abonos. Los empresarios ya lo saben: en vísperas de comenzar sus operaciones dirígense á una de esas damas que llevan la batuta en fiestas y diversiones. «Señora, por caridad, dígnese usted señalar un día de abono.» La dama suele acceder á la petición del empresario; señala el día, y todas las señoras y señoritas de la alta sociedad, como mansas corderillas, siguen á la directora del abono.

Hace algunos años, la empresa del circo de Colón pasaba por una crisis terrible. La más espantosa soledad reinaba en aquel local, hoy destruído. Ni las excentricidades de los clowns, ni las piruetas de los gimnastas, ni las habilidades de perros y gatos sabios, ni las escultóricas formas de los gimnastas llevaban un perro chico siquiera á la desierta taquilla.

El empresario del circo tuvo una idea. Acudió á casa de una de las marquesas del abono, la señora se compadeció del empresario y decretó un jueves de moda.

Los jueves del Circo fueron aquella primavera el non plus ultra de la elegancia, del buen gusto y de los escotes atrevidos. El empresario salió de su lacería y su protectora se ganó el nombre de Isabel la Católica.

—¿Por qué el de Isabel la Católica?, preguntará acaso el curioso lector.

—Pues por protectora de Colón.

* * *

Las compañías extranjeras no tienen necesidad de protección: el solo anuncio de que *Mme. de la Pilongue* ó *M. Chulette* se dignan venir con media docena de cómicos trashumantes á lucir sus talentos artísticos en tal ó cual teatro de la corte, es ya bastante para que la gente distinguida acuda en masa al teatro abierto al extranjero.

Vino á últimos del pasado abril la Bartet, acompañada de un cómico rígido como una barra de hierro y lúgubre como un empleado de la funeraria, llamado Duffos, y no hay que decir que las dos funciones dadas por los artistas franceses en el teatro de la Zarzuela fueron dos grandes fiestas aristocráticas.

Representáronse las obras *L' autre danger*, comedia en cuatro actos original de M. Donnay y *Le dédale*, de Paul Hervieux. Ambas comedias versan sobre las infidelidades conyugales, tema inagotable para los escritores de más allá del Pirineo.

L' autre danger, en castellano *El otro peligro*, consiste en el que corre una mujer infiel, si tiene una hija casadera y de buen ver, de que su amante, cansado de la madre, se enamore de la muchacha.

Este escabroso asunto tiene poca novedad. Entre los escritores que recientemente lo han aprovechado recuerdo á Enrique Gaspar en su comedia *Huelga de hijos*, á Guy de Maupassant en *Plus fort que la mort*, á Bourget en *El fantasma* y á Zola en uno de los episodios de *París*. Es el caso que Clara Jadain tiene, desde hace una porción de años, amores ilícitos con M. Freydières. El marido de Clara nada sabe. En cambio, su hija, la inocente Magdalena, un ángel de candor, según están obligadas á serlo las ingenuas de las comedias al uso, oye en un baile cierta conversación de la cual sale malparada la honra de su mamá. Y lo que es aún peor, los maldicientes escuchados por la ingenua han hablado de las relaciones de Clara con Freydières, de Freydières, á quien Magdalena ama con toda su alma.

Las palabras oídas por la joven han destrozado su corazón: no come, no duerme, no sosiega. El médico no acierta á averiguar de qué enfermedad adolece la pobre niña. Su madre está angustiada. Magdalena, que era la alegría de la casa, ¿cómo de repente se ha trocado en un ser triste y silencioso? Y Clara, para descifrar aquel enigma, busca el diario en que la joven consigna sus impresiones, y ve con horror que Magdalena está enamorada de Freydières.

¿Qué hará Clara en tan terrible situación? ¿Confesar su deshonra á su propia hija, haciéndola además desgraciada para siempre, ó consentir en que Magdalena se case con Freydières, único medio de borrar del corazón de la inocente joven la negra sospecha sugerida por la conversación del baile? Tal es el conflicto. Ninguno de los dos amantes tiene valor para despedazar el corazón de Magdalena, y la comedia termina con la esperanza, para la enamorada joven, de que se casará con el hombre á quien ama.

La lógica de la acción se cumple: dadas las posiciones de las diferentes piezas, que el autor ha colocado á su gusto, con prolijo y minucioso cuidado, el desenlace de la comedia es el que debe ser.

Pero la vida no es un tablero de ajedrez, ni se rige por procedimientos mecánicos como los empleados por Donnay. Hay leyes espirituales que están muy por encima de la dialéctica artificiosa de un autor de ingenio, enderezada á demostrar una paradoja, y esas leyes, que tienen por fundamento las decisiones del juez solitario que en nosotros reside y que se llama conciencia, se revolverá siempre indignada contra la especie de incesto que nos presenta como solución al conflicto susodicho el ingenio del escritor francés. Doloroso es, sí, destrozar el corazón de una niña inocente; pero es peor que doloroso, es repugnante, arrojarla en brazos del amante de su madre...

L' autre danger es, vuelvo á decirlo, una paradoja que revela agudísimo ingenio en su autor, pero no la resolución de un problema psicológico.

* * *

El problema que se plantea en *Le dedale* es el del divorcio. Paul Hervieux opina que el matrimonio es un laberinto sin salida; el divorcio, lejos de solucionar el problema conyugal, lo hace más difícil y embrollado.

Mariana se ha divorciado de su primer marido Max de Pogis, por infidelidad de éste, y se ha casado con un excelente sujeto llamado Villard. Mariana tiene de su primer marido un hijo; este hijo enferma gravemente, y cátate á los antiguos esposos velando juntos á la cabecera del niño enfermo. Mariana y Max sienten que el antiguo amor renace con fuerza en sus corazones, y al cabo vuelven las aguas por do solían ir...

Pero Mariana es una mujer de espíritu recto, incapaz de pertenecer á dos hombres, y declara valerosamente su falta á su segundo marido, el cual ardiendo en rabiosa cólera corre á buscar á Max de Pogis.

Los dos hombres se encuentran, se insultan, luchan y se precipitan en un torrente. Mariana, que ha resuelto romper para siempre con su segundo esposo y no ver jamás á su primer marido, y que no se ha enterado del fin trágico de los dos rivales, termina la obra yendo al encuentro de su hijo gritando: «Ven, vida mía; ven, amor mío.»

El drama de Hervieux está admirablemente construído: nada en él se encuentra fuera de su lugar, nada huelga. Los argumentos en pro y en contra del divorcio se presentan con absoluta buena fe, y sin embargo, á pesar de tanto esmero artístico y del talento empleado en la obra, no logra el autor despojarla de cierta rigidez más propia de una demostración matemática que del libre juego de los personajes por él creados.

Además, advierto un error fundamental en la concepción de este drama. El divorcio legal sólo tiene razón de ser cuando las almas de los cónyuges están divorciadas; esto es, cuando los cónyuges no se aman. Esta debiera ser la verdadera posición del problema. Amándose como Max y Mariana se aman, separarse legalmente no es una necesidad, sino una ligereza. Como se ve, lo que en el último extremo viene á probar Hervieux, no es que el divorcio sea malo, sino el divorciarse cuando entre los esposos existe el amor, del cual dice uno de nuestros místicos, Fray Diego de Estella, que no hay cola ni engrudo que pegue tanto como él.

* * *

La compañía del Español puso fin á la serie de estrenos de la última temporada con el del drama *La Montálvez*, sacado de la novela de Pereda de aquel título.

Con tal motivo se habló una vez más de si se puede ó no sacar una comedia de una novela. A esta pregunta dieron mucho ha contestación afirmativa desde Shakespeare hasta Dumas hijo. Lo que hay es que no basta para hacer una comedia hilvanar unos cuantos capítulos de una novela. Para labrar una estatua—se ha dicho—no *hay más* que quitarle al bloque lo que sobra. El Sr. Quintanilla, que es el autor de *La Montálvez*, no ha acertado á quitarle al bloque facilitado por Pereda lo que le sobra para ser comedia. Esto explica el fracaso de *La Montálvez.*

Inmediatamente después de la partida de María Guerrero y Fernando Mendoza, han ocupado el teatro Español el Sr. Hompanera y la señora Mesa. Estos dos apreciables artistas empezaron su campaña primaveral con el estreno de una traducción de *La Tosca*, hecha por los Sres. Llana y Francos-Rodríguez.

Este dramón espeluznante en el cual hay suicidios, asesinatos, tormentos y ejecuciones de pena capital, había sido ya representado en España por Sarah Bernhardt y la Mariani. Gracias al arte de estas dos actrices, se puede tolerar lo truculento del drama de Sardou.

En la representación dada por el Sr. Hompanera y la Sra. Mesa fué de aplaudir la intención de los dos actores.

También es excelente la que están demostrando en el teatro Lara Francisco Morano y Matilde Moreno. Jóvenes ambos y entusiastas por su arte, se proponen dar á conocer en castellano muchas de las obras del teatro moderno que ya han representado en Madrid las compañías extranjeras. Así, por ejemplo, *I desonesti* fué aquí puesta en escena por Zacconi, y con *I desonesti*, traducida al castellano por Pérez Seoane, ha comenzado Morano la serie de los estrenos prometidos.

Sobre odioso sería ridículo establecer aquí comparaciones. Morano hizo cuanto pudo en el desempeño del papel de protagonista en el drama de Rovetta, y en esto como en todo, el que hace lo que puede no está obligado á más.

A la Srta. Moreno, muy linda y muy joven, hacía tiempo que no la veíamos en Madrid. El público la ha acogido con mucho aplauso. Con gran acierto hizo su papel, revelando cualidades artísticas muy recomendables: su naturalidad, su gesto, sus ademanes, su sobriedad en la expresión de los afectos, revelan una excelente orientación artística.

Falta hace que vayan apareciendo sucesores de los artistas que ahora están en el apogeo de su celebridad.

* * *

Los demás teatros apenas ofrecen algún que otro sainete insignificante, que mantienen, á la verdad, con cierta languidez, la afición ya bastante decaída de la gente al género chico.

El público suele ir á estos teatros con las de Caín; de modo que puede decirse que en las gacetillas teatrales se lee ya, casi irremisiblemente, á la noche siguiente de un estreno, el consabido suelto: «La obra estrenada anoche en Apolo, el Cómico, etc., etc., no fué del agrado del público.»

El único teatro por horas que hasta ahora va sorteando los furores de los morenos es el Moderno. Milagro es éste hecho por Loreto Prado.

La incomparable actriz tiene decretada la victoria.

Zeda.

Aceitunas y aceituneros, por J. Gestoso y Pérez

Sabido es que la producción de la aceituna en Andalucía es una de las mayores fuentes de riquezas de esta feraz región, y ciertamente, sorprende al que procedente de las del Norte atraviesa por vez primera los campos de Sevilla y de Córdoba apreciar por sí el aspecto de las magníficas haciendas de olivar que, sucediéndose unas á otras, limitan la vista en los confines del horizonte.



ACEITUNAS Y ACEITUNEROS. – La recolección

Verdad que su aspecto es monótono, pues el verdor grisiento de los copudos árboles, sus retorcidos y añosos troncos y la falta de verdura del cultivado suelo cansan los ojos ofreciendo siempre el mismo cuadro, en que ni por la variedad de formas ni por la de proporciones ó de colores encuentran amenidad ni recreo. Sólo de vez en cuando altérase el cansado panorama al ver sobresalir entre las masas de arboleda la blanca torre del molino con su chapitel de azulejos, su veleta de hierro y sus remates, ya de ladrillo cortado, ya de barro vidriado, ó por los rojizos tejados de los grandes caseríos, en que se comprenden las múltiples dependencias indispensables de toda rica hacienda de olivar. En ellos se contienen, además de la casa vivienda para los dueños, que suelen ser por sus vastas proporciones verdaderos palacios, la capilla, el molino y las prensas, almacenes y trojes, casas para capataces y guardas, cuadras y cocheras, y las habitaciones destinadas al albergue de las numerosas familias que acuden á la cogida cuando llega su tiempo.

Toda esta gran masa de construcciones, exceptuando la morada de los dueños, no tienen, generalmente, más que planta baja, con sus muros exteriores blanqueados de cal de Morón, y sus ventanas, ventanillos y aspilleras pintadas sus rejas de rabioso color verde, ó ya negras porque nunca se pintaron.

Todavía quedan en muchas partes de Andalucía caseríos de los edificados por poderosos magnates ó por corporaciones religiosas, y éstos bien merecen ser visitados, pues nos dan á conocer á maravilla el espíritu que animó á sus dueños, los cuales no sólo no omitieron nada de lo necesario, sino que atendieron á todos los menesteres con verdadera esplendidez, y sobre todo con un concepto de las proporciones que habían de tener todas las oficinas, que bien puede ser calificado de grandioso. A primera vista, pues, échase de ver el poderío de los antiguos señores, que consumían una fortuna sólo en la construcción de sus caseríos, desatendiendo en cambio, y al contrario de lo que hoy se hace, la manipulación de la industria, que se efectúa con tal refinamiento de pulcritud y limpieza como no concibieron nunca nuestros abuelos.

La rutina y la tradición era la guía de aquéllos, y la elaboración del aceite efectuábase como siglos atrás, porque sin duda para aquellos paladares era indiferente que el caldo fuese más ó menos amargo, transparente y fino. Los gustos modernos van por otros caminos, y nuestros cosecheros de aceite, estudiando los medios para perfeccionar su industria, lo han conseguido tan bien, que hoy los de muchos de aquéllos compiten ó sobrepujan á los más renombrados de Italia. La potencia de las prensas que se emplean, la exagerada limpieza que preside en todas las operaciones, el esmero con que se efectúan, el primor de los locales, llegan hasta tal punto, que en los molinos bien organizados ni aun se permite á los trabajadores que fumen ni anden con zapatos, con otros pormenores que nuestros antepasados habrían reputado como inútiles é impertinentes.

En Morón, Ecija, Carmona, Utrera y Lora del Río, pueblos de la provincia de Sevilla, y en muchos de la de Córdoba, existen hoy molinos que pueden ser estudiados como modelos entre los de su clase.

La cogida de la aceituna para molienda efectúase entre los primeros días de noviembre á los últimos de enero, verificándose entonces la de las tres clases llamadas manzanilla, zorzaleña y verdial. Las dos primeras son las que sazonan antes, siendo la tercera la que más tarda en madurar. En cuanto á la gordal, destínase exclusivamente para endulzarla, habiendo alcanzado precios verdaderamente fabulosos por el considerable consumo que de ella se hace en el extranjero. Además de las clases de fruto que acabamos de mencionar, hay tantas, que pasan de cuarenta diferentes vidueños, como son las nombradas picuda, real, etc.

De dos maneras procédese á su recolección, que llaman *á vareo* y *á ordeño*. Aquél era el antiguo sistema, el que podríamos llamar primitivo, que por los perjuicios que sufre el árbol va cayendo en desuso y del cual da exacta idea el dibujo que acompaña; en cuanto al segundo, compréndese que consiste en ir cogiendo á mano la aceituna, para lo cual, subidos los cogedores en escaleras, la van echando en cestillos llamados macacos, que sostienen las mujeres que ayudan á la faena. Las que caen en el suelo las recogen también aquéllas, limpiándolas de la tierra y de las hojas y reuniéndolas en las mantas, que es el sitio destinado á efectuar la medida del fruto recolectado. Efectúase esta operación por el capataz encargado de las cuadrillas.

En algunas partes de esta región, como en Carmona, Ecija, Utrera y otras, las mujeres acuden á la cogida vistiendo el traje de hombres, según se representa en el adjunto dibujo, cubriendo sus cabezas, ora con pañuelos de abigarrados colores, ó con sombreros de palma de anchas alas. Las hay que llevan encima de los pantalones recogidas las faldas del vestido.

Cuando se aproxima la época de la recolección, los capataces contratan las cuadrillas que calculan que van á necesitar, que se componen de un matrimonio con dos ó tres hijos pequeños, ó bien de mozos, que unidos á muchachas, á veces sus prometidas, constituyen lo que en el lenguaje del campo andaluz llaman «una escalera» ó «una casa.» El jefe de las casas se nombra manijero, el cual, después de conocido el fruto pendiente, ajusta la cogida por un tanto alzado, según el precio que anualmente tiene la fanega de aceituna, que varía, como es consiguiente, en relación con la mayor ó menor cosecha.

Una vez comenzada la recolección, á cada cogedor se le entrega su media taja ó sea la mitad de un palo, cuya otra parte queda en poder del capataz; y á medida que aquél va entregando canastas, señala una por una, por rayas ó cortes que hace en la taja, el número de fanegas que cada cual entrega. Así fácilmente ajústase luego la cuenta entre el capataz y los cogedores.

Después de esto, los acarreadores, ya en carretas, ya á lomo de bestias, trasladan el fruto al molino para proceder á la molienda.

Ya dijimos que en todos los caseríos de haciendas había locales destinados para albergar por la noche á los cogedores y cogedoras, que suelen ser grandes departamentos, en uno de cuyos extremos hállase el hogar, alrededor de cuyos encendidos troncos establécese alegre y abigarrada reunión de hombres y mujeres de todas edades, en la cual, mientras las casadas ocúpanse en los menesteres de su familia, en coser y arreglar sus trapos unas, y otras en disponer la cena, no faltan las parejas de enamorados que pelan la pava, ó el grupo más animado que se forma en torno de algún muchacho que cogiendo el guitarrillo entona coplas de soleares y malagueñas, ó bien acompaña á alguna moza que canta seguidillas, á cuyos sones las demás no permanecen sentadas, antes bien, brincando de sus sillas, pronto organizan alegre fiesta, olvidándose del cansancio del día.



Cogedoras de aceitunas en los alrededores de Sevilla

Cuando llegan los días de Pascua de Navidad ofrecen todos los molinos por las noches los más pintorescos y alegres cuadros, pues los dueños, llegada la Nochebuena, y una vez que todos han asistido á la Misa del Gallo, obsequian espléndidamente á aquel enjambre de criaturas, y el vino y el aguardiente y las tortas y polvorones corren de mano en mano, y la guitarra no cesa, el cante no para, las palmas atruenan y las parejas de seguidillas van remudándose incesantemente en una parte, mientras que en otra al ronco y monótono son de la zambomba ó al alegre de la pandereta acompañan á los que bailan la *carrasquilla*, la *tumba* ú otros bailes propios solamente para solemnizar las Pascuas. Pueden, pues, imaginarse los lectores el aspecto que ofrecerá la gañanía alumbrada por las luces de los enormes candiles que despiden columnas de espeso humo, la diversidad y el número de gentes allí reunidas, el estrépito de voces, cantos, guitarras y demás instrumentos, juntamente con los vertiginosos bailes, el olor del vino y del aguardiente, todo lo cual dura hasta que poco á poco la fatiga y el cansancio, con los estímulos de las bebidas, van causando víctimas, esto es, van quitando energías, y ahora cae una pareja, y luego otra y otras, hasta que todos dan con sus cuerpos en los miserables petates, cuando los primeros rayos del alba penetran por las ventanas ó por la puerta de la vasta y sombría sala, sorprendiéndolos ya sumergidos en profundísimo sueño.

Otra de las fiestas que ocurren en las haciendas es la que consiste en prender al amo. Con efecto, una vez que saben el día que por primera vez ha de llegar aquél á visitar su propiedad, las muchachas más jóvenes salen á su encuentro, y llevando una faja lo prenden, como ellas dicen, esto es, lo sujetan con ella hasta tanto que él ofrece el precio de su rescate, que consiste en darles uno ó dos carneros y un barril de vino, que se comen y se beben en medio de la mayor alegría.

Una poética costumbre hubo entre los cogedores de aceituna de Andalucía hasta hace poco, la cual ha ido desapareciendo á medida que las doctrinas modernas han cambiado por completo el carácter de nuestros labriegos.

No ha muchos años que al dar de mano en el trabajo, á la puesta del sol, el manijero avisaba á la gente el momento de la parada dando la voz de «¡Ave María!» Al escucharla, todos, hombres, mujeres y niños, parábanse. Los primeros, con el sombrero en la mano, recitaban la oración á la Virgen en medio del más profundo silencio, y una vez concluída trocábase aquél en la alegría de la gente joven, que gozosos dirigíanse al caserío en busca del anhelado descanso.

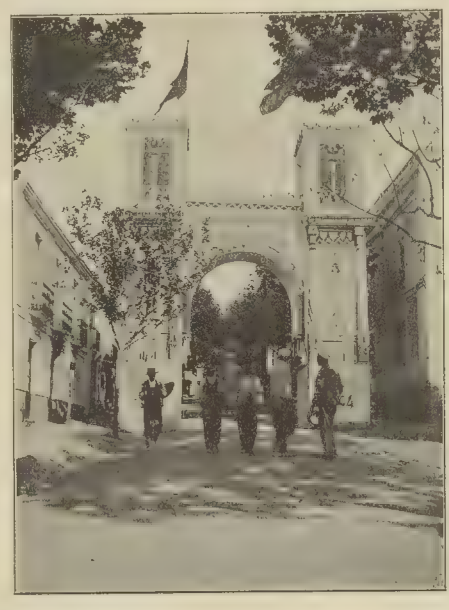
Entre los vendedores que recorren nuestras calles, también hay uno que constituye tipo, por decirlo así, y que es el aceitunero. Pregona éste su mercancía de esta suerte: «¡Aceitunas verdes y aliñás..., alcaparrones!,» ó bien dice: «¡Aceitunas verdes y morás!..» Las distintas clases de fruto que pregona llévalas en pequeños barriles contenidos en unos serrones de esparto que conduce un borriquillo, y con efecto él vende las dos clases de que gusta más este pueblo, la manzanilla y las llamadas negras ó moradas, que se aliñan echándolas en salmuera después de machacadas y aderezándolas con ruedas de naranja agria, tomillo y orégano.

El aceitunero tiene su principal parroquia en las casas de vecinos, pues hay gentes que con un pedazo de pan y cinco céntimos de aceitunas tienen suficiente almuerzo ó comida.

Las aceitunas de cualquier clase que sean, así como los sabrosos alcaparrones, sean buenas ó malas aquéllas, son el estimulante preferido por los bebedores de vino, y así no se concibe que en taberna ó ventorrillo se pida de beber sin que como adehala deje de servirse un platito con tres ó cuatro aceitunas, que á veces tienen la culpa de que el parroquiano, sintiendo el incentivo de aquéllas, pida de nuevo y lleve sus libaciones hasta caer en tierra como cuerpo muerto.

J. Gestoso y Pérez.

(Dibujos de Azpiazu.)



Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII. – Ceuta. Arco de la colonia hebrea en honor de S. M. (De fotografía de Luis Arbona.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

CEUTA

El día 3 llegó S. M. á Ceuta, siendo recibido á su entrada en el puerto por gran número de vapores engalanados, que con los silbatos de sus sirenas saludaban al yate regio. A poco de fondear el *Giralda*, desembarcó el rey, á quien esperaban en el muelle las autoridades, comisiones oficiales y una multitud que le aclamó con entusiasmo, dirigiéndose á la catedral, en donde se cantó un solemne *Tedéum*. La muchedumbre que llenaba las calles y de la cual formaban parte muchos moros y hebreos vestidos con sus típicos trajes, no cesó de vitorear al monarca, mientras las señoras arrojaban desde los balcones de las casas una lluvia de flores á su paso.

Después del *Tedéum* presenció S. M. el desfile de las tropas, habiéndole llamado especialmente la atención la compañía de moros de rey, que iban muy bien vestidos y armados. Terminado el desfile, encaminóse D. Alfonso al campo exterior de la plaza, en donde le cumplimentó el Kaíd de la línea fronteriza; y al subir á las alturas del campo fortificado, un grupo de jóvenes y lindas moras, luciendo ricos trajes, le ofrecieron un ramo de flores y le entregaron una solicitud en que se pedía la libertad de dos moros de rey que dentro del territorio español mataron á un moro desafecto á España. El curioso documento estaba encabezado en los siguientes términos: «Loor al Dios único. Nada hay más eterno que su bendito rostro. Dios haga feliz la venida del sabio jinete, famoso guerrero, amado de sus súbditos, poderoso rey de España,» y terminaba pidiendo á Dios que le libre de todo mal y prolongue su preciosa vida para felicidad de la amable y noble nación española.

Visitó luego el rey el fuerte central, denominado Fuerte del Serrallo, cuya guarnición le tributó los debidos honores, y en la mezquita del Campo se presentó el jefe de la línea marroquí con 80 moros armados, 40 á caballo y 40 de á pie. D. Alfonso revistó aquellas fuerzas que constituían un grupo en extremo pintoresco. Vió luego S. M. el fuerte de Isabel II, en donde fué obsequiado con un *lunch* por el comandante general de la plaza, y el fuerte del Renegado, regresando después al *Giralda* para almorzar.

A las cinco de la tarde desembarcó nuevamente el rey dirigiéndose á la comandancia general, en donde se celebró la recepción, y cuya galería y patio de entrada estaban llenos de señoras que arrojaron flores y palomas al entrar S. M. Terminada la recepción, á la que concurrieron todos los elementos oficiales y el Kaíd del campo fronterizo y durante la cual se entregaron al monarca varios memoriales en solicitud de indulto, dirigióse D. Alfonso á visitar los cuarteles y la fortaleza del Hacho, tributándosele en las calles una gran ovación. Fué tal la cantidad de flores que al rey se arrojaron, que el coche real iba lleno de ellas y fué necesario quitarlas al llegar á la subida de la fortaleza.

Después visitó S. M. la quinta de San Antonio, donde se sirvió el *lunch* costeado por los jefes y oficiales de la guarnición, y el cuartel del regimiento de Ceuta número 2, dirigiéndose luego al muelle para embarcar, siendo ovacionado por el inmenso gentío que llenaba las calles.

Al embarcar, la plaza hizo salvas, disparándose multitud de cohetes y encendiéndose las iluminaciones. En el *Giralda* se celebró la comida en honor de las autoridades, á la que asistieron el comandante general Sr. Bernal, el ex ministro de Marina señor Auñón y el director general de penales conde de San Simón.



Viaje de S. M. el rey D. Alfonso XIII. Ceuta. Comisión de moros notables de Tánger dirigiéndose al castillo del Acho. (De fotografía de Luis Arbona.)

Por la noche lucieron todas las iluminaciones, entre las que sobresalían las de la comandancia general, y ofreciendo la ciudad brillantísimo aspecto. La retreta marítima fué muy notable, habiendo desfilado por delante del *Giralda* muchos vapores y pequeñas embarcaciones que estaban espléndidamente iluminadas y algunas de las cuales llevaban músicas á bordo. Desde muchos de los buques se disparaban cohetes y en las cimas de los vecinos montes se destacaban grandes letreros de fuego que decían «¡Viva Alfonso XIII!»

El rey presenció la retreta desde el *Giralda*, acompañado de las personas de su comitiva y de las que habían sido invitadas á comer.

En la madrugada del 4 zarpó el yate regio con rumbo á Cádiz, habiendo quedado S. M. sumamente complacido del entusiasta recibimiento que tuvo en aquella plaza africana.

Entusiasta ha sido también el que ha obtenido en todas las ciudades andaluzas que posteriormente ha visitado, y el que en Madrid, adonde regresó el día 16, puso digno remate á ese viaje del joven monarca, que bien puede llamarse viaje triunfal, por algunas de las principales provincias españolas. —S.



CEUTA. – Vista general del muelle en el momento de la llegada de S. M. – Caseta erigida por el Ayuntamiento, en donde le fueron entregadas á S. M. las llaves de la plaza
Arco levantado por la guarnición. (De fotografía de Luis Arbona.)



CEUTA. – S. M. presenciando el desfile de las tropas de la guarnición desde la tribuna regia levantada por el Ayuntamiento. (De fotografía de Luis Arbona.)

DANIEL URRABIETA VIERGE

Este famoso artista, tan grande como personal, y al que se ha dado con tanta razón el nombre de «padre de la ilustración moderna,» había nacido en Madrid en 1851. El ejemplo de su padre, notable dibujante, y su imperiosa vocación moviéronle desde su primera infancia á dedicarse al estudio de las bellas artes, para lo cual entró en 1863 en la Academia de San Fernando, obteniendo las mejores notas durante los cinco años que cursó en aquel centro docente. En 1869 fuése á París, y á pesar de su condición de extranjero, muy pronto figuró á la cabeza del movimiento artístico en las mejores publicaciones ilustradas de la capital de Francia, abarcando su talento lo mismo la historia que el paisaje, el género que las actualidades. En 1881, un ataque de hemiplejia le imposibilitó el uso del brazo derecho; este desgraciado suceso, que para otro artista habría sido la muerte moral, para Vierge fué estímulo poderoso de su voluntad y medio de confirmar la fuerza de su genio, puesto que aprendió á trabajar con la mano izquierda, y tres años después dibujaba con ella mejor si cabe que antes de sufrir aquel ataque, habiendo sido prodigioso el número de dibujos por su lápiz producidos.

Vierge, que á su llegada á París entró á colaborar en *Le Monde Ilustré*, una de las más antiguas y acreditadas ilustraciones parisienses, transformó, por decirlo así, el dibujo de actualidad, dándole lo que hasta entonces no había tenido, es decir, vida y movimiento, elevándolo á la categoría de cuadro por su ordenación, por su sentido y por sus efectos, reemplazando los muñecos informes por seres humanos, las figuras triviales por tipos característicos; en suma, llevando á la ilustración la lucha de la escuela moderna en favor de la verdad y de la expresión. Pero no pidió á la naturaleza y á la fotografía más que elementos de información; no fué esclavo del documento, sino que, dotado de un espíritu privilegiado, supo generalizar, eliminar, exagerar ó atenuar, según las necesidades de la composición, lo que el documento le ofrecía. Si pasamos revista de los dibujos por él publicados en el periódico antes citado, veremos que difícilmente puede encontrarse en otro artista un poder creador, una fecundidad, una variedad como las que en él admiramos.

Pero Vierge ha hecho más que reproducir lo que sus ojos vieron, pues ha sabido evocar á su antojo aun los espectáculos por él no presenciados, lo mismo los lejanos que los próximos, los presentes que los futuros, los reales que los fantásticos, y con maestría sin igual ha logrado dar vida á las creaciones de los poetas, de los novelistas y de los historiadores. Por esto supo interpretar de un modo tan acabado la obra de Víctor Hugo; sólo él podía ilustrar el ciclo de las novelas del gran escritor, pasar de lo natural á lo maravilloso, de lo sencillo á lo tierno y patético, de lo extraño y horrible á lo gracioso. Vierge poseía asimismo en grado sumo la facultad de sugerir la idea del conjunto por el fragmento, de la muchedumbre por el grupo, de un estado anímico general por un accidente particular; de aquí que el artista se identificara de una manera tan perfecta con Michelet, que, como historiador, da también valor sugestivo á los episodios significativos: además, el artista y el escritor tienen de común que ambos ven en la historia una resurrección; y así Vierge, con intuición prodigiosa, reconstituye las épocas desaparecidas sin que la exactitud menoscabe la impresión, sin que la decoración domine sobre el drama, preocupándose de la fisonomía moral tanto como de la verosimilitud de los aspectos y dotando instintivamente cada visión de una intensidad de vida tal, que parece surgir del fondo del pasado como una verdadera aparición.



Daniel Urrabieta Vierge,
célebre dibujante español fallecido en París el día 11 de los corrientes

Vierge, al mismo tiempo que consagraba su talento á las glorias de un Víctor Hugo y de un Michelet, conservaba para España la preferencia de un cariño filial; y aun parece como que la ausencia avivara en él el culto por el color local de su patria y le hiciera saborear su singularismo sin rival. Sus recientes creaciones tienen un estilo exclusivamente indígena, y en sus ilustraciones de *D. Pablo de Segovia (El gran tacaño)*, *La Española* y *El último Abencerraje* se revela el placer que experimentó el artista en revivir la vida del país natal, en poner de manifiesto lo pintoresco de su suelo y de sus costumbres.

Su última obra, todavía inédita, pero que sin duda ha de ser digno remate de su gloriosa carrera, es la ilustración de *Don Quijote* que, afortunadamente para el arte, ha dejado terminada por completo. Para llevar á cabo esta empresa, que es de gran compromiso aun para los artistas más renombrados, rehizo, por decirlo así, la odisea del *ingenioso hidalgo*, recorriendo las llanuras de la Mancha y las asperezas de Sierra Morena, llenando la cartera de apuntes en los que palpitaba el alma de aquellas regiones inmortalizadas por Cervantes.

Entre las principales creaciones de Vierge, merecen citarse *El lazarillo de Tormes*, *El bachiller de Salamanca* y *La Taberna de las Tres Virtudes*, publicada hace algunos años en La Ilustración Artística.—R.



Juego del morrillo en Castilla, dibujo de Daniel Urrabieta Vierge. (Museo Municipal de Bellas Artes de Barcelona.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Los informes que del teatro de la guerra llegan á Europa son cada día más contradictorios y es cada vez mayor la confusión de los que quieren seguir la marcha de las operaciones y estar al corriente de los sucesos que en el Extremo Oriente se desarrollan. Así por ejemplo, no se sabe todavía si está obstruída ó no la entrada del puerto de Puerto Arthur, pues mientras los japoneses afirman rotundamente que sí, los rusos lo niegan no menos rotundamente. Y si esto sucede con un detalle de tanta importancia, ¿qué no será tratándose de otros menos interesantes. Lo que sí resulta, al parecer, cierto es que la plaza se halla enteramente aislada, pues aunque momentáneamente se restableció la comunicación ferroviaria, según decíamos en nuestra anterior crónica, volvió á quedar poco después interrumpida, y por esta vez definitivamente.

Si los japoneses le ponen sitio en regla, ¿podrá resistir mucho tiempo la plaza? Tampoco puede preverse nada con certeza sobre este particular, pues mientras unas noticias aseguran que hay en ella víveres para un año, afirman otras que las provisiones allí reunidas apenas bastan para cinco meses.

Unas formidables explosiones que hace algunos días se oyeron en Puerto Arthur han dado origen á las más extrañas suposiciones, habiendo algunos llegado á decir que aquellas eran debidas á la voladura de los buques rusos, producida intencionadamente para evitar que éstos cayeran en poder de los japoneses. Pero ahora resulta que fueron causadas por la destrucción por medio de torpedos de los restos de los barcos japoneses hundidos cerca de la entrada del puerto.

Dalny ha sido bombardeada, y todo permite creer que la plaza caerá en breve en poder de los japoneses.

Es imposible seguir en detalle el movimiento de avance de los japoneses en la Mandchuria; y esta imposibilidad es hija no sólo de la confusión y deficiencia de los informes, sino de la dificultad de encontrar en los mapas la mayoría de los lugares que aquéllos van ocupando. Considerando en globo las operaciones que allí se realizan, puede decirse que los japoneses siguen avanzando hacia la línea de Hai-Tcheng á Liao-Yang, en donde es probable que ocurra el primer choque serio entre los dos adversarios. Confírmase que dos ejércitos japoneses se dirigen contra las fuerzas del general Kuropatkine: uno, el del general Kuroki, que se ha concentrado en Feng-Hoang-Cheng, y otro, el del general Oku, que desembarcó parte en Pitsewo y parte en Ta Ku-Chan, puerto situado en la costa occidental de la Mandchuria, en el fondo de la bahía de Corea.

Se ha dicho, pero la noticia no se ha confirmado (lo cual, dado lo que pasa con los informes de la guerra, no quiere decir que no sea exacto), que varios torpederos y transportes japoneses se presentaron en la noche del 13 en la rada de Pallada, en la costa oriental de Corea, al Norte de Gensán. Esto, de ser cierto, indicaría el propósito de desembarcar allí un ejército destinado á operar contra Vladivostok.

Los japoneses han perdido en estos días dos torpederos: uno de ellos en la bahía de Kerr, al Norte de Talien-Wan, y el otro cerca de este mismo sitio. Ambos volaron mientras se dedicaban á la operación de limpiar aquellos parajes de los torpedos colocados por los rusos.

Según el corresponsal del *New-York-Herald*, las bajas sufridas por el ejército del general Kuroki en la batalla de Kiu-Lieng-Cheng, ó del Yalú, ascendieron á 3.000; y después de dar esta noticia añade: «No me fué posible telegrafiar estos detalles, porque la censura disminuye siempre en dos tercios la cifra de las pérdidas sufridas por los japoneses.» Esta afirmación no puede ser sospechosa, dada su procedencia.

Los representantes de China cerca de las potencias europeas continúan dando las mayores seguridades de que su nación no se apartará de la más estricta neutralidad; y sin embargo, los hechos no parecen muy conformes con estas afirmaciones. En efecto, el gobernador de Fu-Tcheú ha publicado una proclama amenazando con la muerte á todo chino que ayude á los rusos; por otra parte, un destacamento de chinos armados atacó el día 14 el parque de carbón del ferrocarril de Puerto Adam, arrojando de él á la guarnición rusa que lo custodiaba; los empleados hubieron de huir á toda prisa para no morir asesinados, y los agresores se retiraron después de saquearlo todo. El gobierno de San Petersburgo no deja de abrigar ciertos temores acerca de la hostilidad de los chinos en la Mandchuria y fuera de ésta, y en los centros rusos no falta quien afirma que China ha prometido su cooperación á los japoneses en las siguientes condiciones: el ejército japonés rechazará á las fuerzas del general Kuropatkine hasta la Mongolia, y una vez allí los rusos, convertidos de este modo en invasores del territorio neutral, serían atacados por el ejército del general Ma, que á este efecto permanece en aquella región. De este modo salvarán los chinos toda apariencia de violación de la neutralidad.

El día antes, ó sea el 13, 350 kunguses, envalentonados por los éxitos de los japoneses y quizás instigados por éstos, habían atacado las minas de carbón de Yantai, que son las que proporcionan casi todo el combustible para la vía férrea. Tras un empeñado combate con un destacamento de 200 infantes y 100 cosacos, se refugiaron en las aldeas vecinas, en donde se defendieron desesperadamente, dejando 50 muertos y 17 prisioneros; entre éstos han sido reconocidos dos oficiales japoneses.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – TOKÍO. – Entierro de los restos del capitán Hirose, que murió heroicamente en el ataque del 27 de mayo contra Puerto Arthur mandando la escuadrilla de buques incendiarios (croquis del natural de Melton Prior)

Un redactor de un importante diario francés que ha permanecido una larga temporada en Rusia, desde donde ha enviado al periódico interesantes correspondencias acerca de la guerra, ha publicado un notable artículo destinado á destruir el mal efecto que han producido entre las gentes impresionables los primeros contratiempos sufridos por los rusos en la Mandchuria: en él demuestra, fundándose en las noticias que sucesivamente fué enviando de San Petersburgo y que estaban tomadas de buenas fuentes, que todo lo que ha sucedido estaba previsto y en nada contraría ni dificulta los planes del general Kuropatkine. Este, como caudillo prudente, quiere mantenerse, y así lo dijo desde un principio, en la defensiva y no tomar la ofensiva hasta que cuente con elementos bastantes para rechazar enérgicamente á los japoneses; para ello ha de atraer al enemigo al interior de la Mandchuria, lo más adentro posible, á fin de alejarlo de sus bases de operaciones y de obligarle á disminuir su contingente por la necesidad de ir dejando fuerzas suficientes que protejan su retaguardia. El bloqueo de Puerto Arthur fué previsto por Kuropatkine; y tanto es así, que en el mapa de la guerra que tenía en su despacho de San Petersburgo había trazado dos gruesas rayas azules al Norte de aquella plaza y en el sitio en que se estrecha el promontorio en que se halla situado, como indicando la interrupción eventual de las comunicaciones. Recuerda también el corresponsal las palabras pronunciadas por el general al despedirse de uno de sus amigos y que él transmitió en 23 de marzo: «Sí, dijo, sé que el país tiene confianza en mí, demasiada confianza; esperan de mí demasiado. Mi vida se desarrolla como una línea horizontal, á cuyo alrededor traza el destino algunos arabescos. En este momento, estoy en un punto muy elevado sobre la línea; luego, mi curva descenderá y llegará á estar debajo de esta línea: sucederá esto cuando permaneceré inmóvil allá abajo, esperando mis tropas, imposibilitado de obrar; y entonces la opinión pública se preguntará si se ha equivocado fiándose de mí. Después mi curva volverá á subir, pasará nuevamente de la línea y tomaré mi desquite; pero de todos modos habré de soportar un período de prueba algo duro.»

En realidad, pues, Kuropatkine había pronosticado todo lo que está sucediendo; lo que no había



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Ingenioros militares japoneses construyendo un camino de maderos en los arrozales de Corea. (Dibujo de H. W. Koekkoek.)

El éxito de la campaña de Corea ha sido debido en buena parte á la rápida construcción de los caminos y puentes que facilitan el avance y aseguran además una línea de retirada en caso de necesidad. Durante la marcha hacia el Yalu, los ingenieros japoneses han demostrado su habilidad en el arte de improvisar vías de comunicación. Los arrozales inundados no son dificultad para ello, pues con troncos de árboles construyen caminos en el terreno que indica este grabado.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—La piedad de los rusos en la guerra.—La plegaria antes del combate. (Dibujo de R. Catón Woodville.)

La notoria religiosidad del pueblo ruso se manifiesta más en las ocasiones solemnes de la vida. El general en jefe Kuropatkine y el almirante Skrydlof, antes de partir para ponerse al frente del ejército de tierra y de la escuadra, visitaron los monasterios más venerados y adoraron las reliquias de los santos que son objeto de mayor devoción; los cuerpos expedicionarios reciben, al ponerse en camino, la bendición del pope; antes de entrar en acción, las tropas imploran la ayuda del cielo para conseguir la victoria

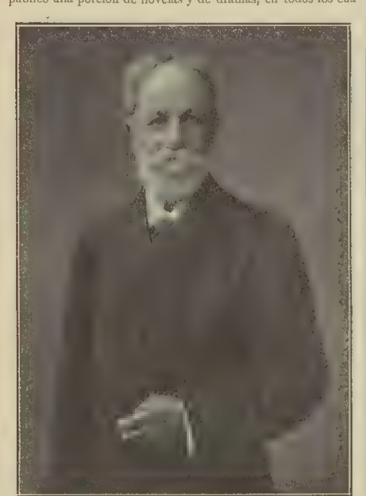
podido prever era la sangrienta batalla del Yalú. El general Zassulicht tenía orden de no defender el Yalú, sino de hostilizar á los japoneses dificultándoles todo lo posible el paso del río; pero sin duda se vió acometido del delirio de gloria, y en vez de retirarse, como se le había mandado, ordenadamente y por etapas, quiso hacerse célebre, y con solos 10.000 hombres y unos cuantos cañones malos, se lanzó temerariamente sobre 45.000 japoneses provistos de excelente artillería. A este propósito cita también la frase del general Batianof, que hablando de Kuropatkine y de algunos de sus colegas exclamaba: «¡Con tal que no les dé por distinguirse!,» y añadía: «El talento de un jefe está en la reflexión, en el método, en la preparación laboriosa de sus movimientos, y el éxito no ha de ser sino la conclusión de una serie de medidas concebidas lentamente. En la guerra, el heroísmo ha de ser sólo el accidente; el heroísmo es cosa que corresponde á las tropas; los jefes han de echar sus cálculos sin contar con él. ¡Desgraciado del ejército cuyos jefes piensan en brillar y en distinguirse con hechos extraordinarios!»

La última noticia recibida del teatro de la guerra es desfavorable á los japoneses. Durante el bombardeo de Puerto Arthur del día 16, perdieron éstos un acorazado, el *Hatsuse*, y un crucero, el *Yoshino:* según el parte oficial del almirante Togo, este último se fué á pique por haber chocado con otro crucero, el *Kasuga*, á causa de la niebla, y el acorazado, por haber chocado con un torpedo ruso. Según parece, de las dotaciones de ambos barcos sólo se salvaron 90 hombres. -S.

NUESTROS GRABADOS

La Música lírica.—La Música religiosa, grupos escultóricos decorativos de J. Konti.—Las cualidades características de este escultor norteamericano, discípulo del vienés Carlos Kundmann, son un sentimiento extraordinario de la forma y una facilidad y gracia notables en el modelado. Bien se advierten estas condiciones en los dos grupos que en la última página del presente número reproducimos y que han de figurar en el templo de la Música de la Exposición Panamericana de Búfalo: ambos están hermosamente concebidos, expresando perfectamente las elevadas ideas que en su composición han presidido; y en punto á ejecución admiramos en ellos la corrección de líneas, la belleza de proporciones y la armonía del conjunto.

Mauricio Jokai.—El famoso novelista húngaro Mauricio Jokai, fallecido en Budapest el día 6 de los corrientes, nació en Komorn en 1825 y cursó la carrera de abogado, que no tardó en abandonar para dedicarse á la literatura. Veinte años contaba cuando publicó su primera novela, titulada *Los días de trabajo*, que obtuvo un gran éxito; mas á pesar de este y de otros triunfos, su temperamento y su vocación le lanzaron á la política y le impulsaron á tomar parte en el movimiento revolucionario de 1848, habiendo sido él quien leyó ante el pueblo la famosa proclama del Gran Consejo de los Diez. Condenado á muerte, logró escaparse merced á un disfraz, y en la emigración publicó una porción de novelas y de dramas, en todos los cuales palpitaba el espíritu revolucionario. De regreso en Budapest, la emperatriz Isabel mostró por él gran predilección. Posteriormente fué elegido diputado y en 1897 miembro de la alta Cámara de los Magnates, y se vió colmado de honores y mercedes, lo que le hizo decir en cierta ocasión: «He tenido anudada al cuello la cuerda de la horca y las cintas de las órdenes reales.» Como escritor, gozó de gran popularidad, no sólo en su patria, sino también en el extranjero; su obra literaria comprende de 130 volúmenes, y en ella resplandecen un estilo lleno de color y una imaginación potente.



MAURICIO JOKAI, famoso novelista húngaro fallecido en Budapest el 6 de los corrientes



El eminente pintor alemán FRANCISCO LENBACH, fallecido en Munich el día 6 de los corrientes. Retrato pintado por él mismo

Francisco Lenbach.—Acaba de morir en Munich este artista, una de las glorias más grandes y legítimas de la pintura alemana contemporánea. Había nacido en Schrobenhausen (Baviera) en 13 de diciembre de 1836, y después de haber aprendido el oficio de albañil, dedicóse, por consejo del pintor Hofner, al arte, habiendo estudiado con Geyer en Augsburgo, después en la Academia de Munich y finalmente en el taller de Grafle. Desde 1855 hasta 1857 vivió retirado en su ciudad natal, en donde pintó retratos, paisajes y animales, y en 1857 tomó lecciones de Piloty, con quien hizo un viaje á Roma, en donde pudo admirar y estudiar á los grandes maestros de la antigüedad. Fué en 1860 profesor de la Escuela de Bellas Artes de Weimar, regresando al poco tiempo á Munich: allí llamó la atención del barón Schak, el cual le envió en 1863 á Italia y en 1867 á España, con encargo de copiar para él las principales obras de Giorgione, Velázquez, Ticiano y Rubens. Este trabajo sirvióle de provechosa enseñanza, pues estudiando á fondo á estos clásicos del arte pictórico, adquirió un estilo propio y se afirmó en los principios artísticos que han sido la base más sólida de su fama. Desde entonces cultivó Lenbach casi exclusivamente el género del retrato, en el que ha producido tantas maravillas, que con razón ha podido decirse de él «que era el príncipe de los retratistas y el retratista de los príncipes.»

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—LONDRES.—Con el nombre de Fondo Nacional para Colecciones Artísticas se ha constituído en la capital de Inglaterra una asociación de amantes de las bellas artes, que tiene por objeto adquirir y conservar para los museos públicos las obras artísticas importantes é impedir su venta en el extranjero. Actualmente consta la asociación de cuatrocientos miembros Uno de los artículos del Reglamento dispone que, para evitar las discusiones y dilaciones que el nombramiento de comisiones trae consigo, las compras se harán por una sola persona, á la que se dará los poderes necesarios.

VENECIA.—El Ayuntamiento veneciano, después de nuevas y minuciosas investigaciones técnicas, ha desmentido rotundamente los rumores que se habían hecho circular de que la reconstrucción del Campanile era imposible á causa de la poca solidez de los cimientos sobre los cuales debía construirse. En efecto, á pesar del mal tiempo que últimamente ha reinado, está á punto de quedar completamente terminada la obra de pilotaje. En cuanto á los recursos necesarios para la reedificación, el Parlamento italiano ha votado recientemente la suma de 500.000 liras que faltaban para cubrir los gastos presupuestos.

ROMA.—En las excavaciones que se practican en el Foro romano se han descubierto hace poco los cimientos del colosal monumento ecuestre que se hizo erigir el emperador Domiciano para conmemorar su triunfo sobre los germanos. A juzgar por dichos cimientos, al monumento, que representaba al emperador á caballo pisoteando una figura que simbolizaba al Rhin, debió ser de un tamaño seis veces mayor que el natural. Debajo de los cimientos y en un subterráneo se han encontrado cinco ánforas de barro con trozos del metal en que fué construída la estatua, lo que se considera como una prueba de que la ceremonia de la colocación de la primera piedra tiene un origen muy antiguo.

Teatros.—*París.*—Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica *Le Jongleur de Notre Dame*, milagro en tres actos, poema de Mauricio Lema, música de Massenet, y *Cœur fleuri*, fantasía lírica en un acto, letra de Efraím Mikhael y Fernando Herold, música de Fernando Halphen; en el Vaudeville *La troisieme Lune*, comedia china en cuatro partes, de Mme. Fred Greseu y Pablo Fournier, música de Carlos Cuvillier; y en L'Oeuvre *Philippe II*, tragedia en tres actos de Emilio Verhaeren, y *Polypheme*, comedia en dos actos de Alberto Samain.

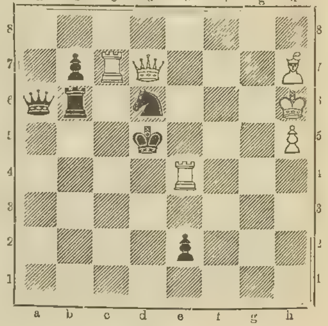
Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La alquería*, comedia de costumbres salmantinas en tres actos, original de nuestro distinguido colaborador D. Francisco Villegas *(Zeda)*, y el juguete cómico en un acto *Fruta prohibida*, original de D. Francisco Alfonso. El notable violinista catalán Sr. Pinell, que fué pensionado por el Ayuntamiento de Barcelona, ha dado un concierto en el teatro de Novedades, habiendo alcanzado grandes y merecidos aplausos en la ejecución de las piezas de Haydn, Paganini, Vieuxtems y Chopin, que interpretó admirablemente; también los obtuvieron el violoncelista señor Huguet y el pianista Sr. Noguera, que con el Sr. Pinell tocaron con gran ajuste y hermosa expresión el primer trío en *Sol mayor* de Haydn, y la Srta. Pinell, que cantó con excelente estilo y agradable voz dos fragmentos de *La reine de Saba*, de Gounod, y de *Ifigenia en Aulida*, de Gluck. La Asociación Musical de Barcelona ha inaugurado una nueva serie de conciertos con una sesión musical encomendada al cuarteto de cuerda que forma parte de la misma: el programa constaba de dos cuartetos de Mendelssohn y de Beethoven, que fueron perfectamente interpretados por los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas y Raventós.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 366, POR R. BRAUNE.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 365, POR J. DOBRUSKY.

Blancas.	Negras.
1. A b8 × a 7	1. C d 7 - b 8
2. C d 8 - f 7	2. C b 8 - c 6
3. D b 1 - b 3 jaque	3. Cualquiera.
4. P ó D mate.	

VARIANTES.

2.................. Rd5 - c6; 3. Db1 - b6jaq., etc.
2.................. Cb8 - a6; 3. Db1 - d1jaq., etc.
1..... Rd5 × d6; 2. Ca3 - c4jaq., Rd6 - c7; 3. Db1 - b8jaq., etc.
Rd6 - d5; 3. Db1 - e4jaq., etc.
1..... Cd7 - e5; 2. Db1 - e4jaq., Cc5 × e4; 3. A f5 - e6jaq., etc.
1..... Cd7 × f6óf8; 2. Ca3 - c4, Cf6óf8j.ª; 3. Db1 - e4jaq., etc.
Rd5 × c 4; 3. Db1 - c2jaq., etc.
1..... Rd5 - e5; 2. Ca3 - c4jaq., Re5 - f4; 3. Cd8 - e6jaq., etc.
Re5 - d5; 3. Db1 - c4jaq., etc.
1..... Cd7 - b6; 2. Db1 × b6, Rd5 - e5; 3. Db6 × c5jaq., etc.
Cc5 - b3; 3. Db6 - b5jaq., etc.
1..... Cc5 - d3; 2. Db1 × d3jaq., Rd5 - e5; 3. C jaque, etc.
1..... Rd5 - d4; 2. Db1 - e4jaq., Rd4 - c3; 3. Ca3 - b1 mate.
1..... Cc5 - b7; 2. Db1 - e4jaq., Rd5 × d6; 3. Ca3 - b5 mate.



Diga usted todo eso á mi marido que se acerca, me contestó sin dejar de reir

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

»Me has enseñado á ver mejor tu corazón, respondió Leticia sin despego, pero con severidad.

—»¿Y qué has visto en él?

»Que tiene su parte de egoísmo.

—»Muchas gracias.

»Al poco rato, mi esposa se reunió conmigo.

»Mañana nos iremos, ¿no es verdad?

—»Sí, nos iremos.

. . . .

»Por la noche, cuando me retiraba á mis habitaciones, me encontré con Laura en el vestíbulo apenas alumbrado por una lamparilla que agonizaba en lo alto de la escalera; semejante encuentro á aquella hora me dejó estupefacto y turbado.

»Laura fué la primera en romper el silencio, y me dijo en voz baja y con acento algo jovial:

»Me acabo de separar de ella; hemos hecho las paces y me ha prometido quedarse mañana..., si usted consiente.

»Y tocándome familiarmente el brazo con un dedo, añadió con coquetería:

—»¿No es verdad que consiente usted?

»Aquel acento halagador, aquella soledad, aquel silencio, aquella penumbra que nos rodeaba hicieron palpitar con más fuerza mi corazón.

—»Ya lo sabe usted, dije con voz agitada; diga usted una sola palabra y me tiene usted rendido como un esclavo.

—»¡Ah, pícaro!, me contestó con una especie de melancolía llena de gracia; demasiado sabe usted que no puedo decir esa palabra.

—»Pues la diré yo, sí, la diré yo; la amo á usted, la amo, la amo, y es preciso que me ame usted.

»Y al decir esto quise cogerla, pero ella se defendió, se soltó con leve violencia y huyó dejándome embriagado en mi vergonzosa felicidad.

. . . .

—»Mañana partiremos, ¿no es verdad?, me dijo Leticia apenas me vió.

—»Como quieras, respondí disimulando á duras penas mi estupor.

—»Laura ha estado aquí, y le he prometido quedarme si tú accedías.

—»Accedo.

—»No lo hagas por mí; no puedo continuar aquí; estoy á disgusto, no sé por qué, pero estoy á disgusto; necesito estar sola contigo. Dirás que tus ocupaciones exigen inmediatamente tu presencia en Lugnano.

—»¿Conque guardas rencor á Laura por lo que ha sucedido esta tarde?

—»Ni siquiera lo sé; creo que no, pero ya no la quiero tanto ni puedo quererla como antes; le he prometido quedarme por no pagar su hospitalidad con un desaire.

»No me atreví á decirle que había hecho á Laura la misma promesa, y callé.

»A la mañana siguiente, cerca ya del mediodía, mientras subíamos al coche para partir, Laura se acercó á Leticia, le dió un beso y le dijo con plácida ironía:

—»He comprendido y te perdono: procura hacer justicia á tu egoísmo como yo la he hecho á tu pequeña hipocresía.

»Yo vi entonces en el rostro de Leticia el reflejo de su corazón enternecido.

XXIV

Demasiado tarde

»Hasta aquel día el corazón de Leticia había permanecido abierto á la confianza, y ni la sombra de una idea sospechosa había obscurecido su serenidad. Estaba tan embebida su mente en la imagen de nuestro amor, que ni siquiera podía suponer la posibilidad, no ya del delito, sino de un sentimiento diferente. No temía la amenaza porque no vislumbraba el peligro; en esto la debilidad había sido su fuerza y la desnudez su coraza.

»Esta plena confianza, que la ponía por encima de la misma desventura, procedía, no del mayor ó menor aprecio de sí misma, sino de su profundo aprecio de mi corazón. Me había encontrado en los linderos de la infancia, había emprendido el camino de la juventud—la verdadera vida—á mi lado, había visto el mundo al través de nuestro amor; mi experiencia bastó á la suya, su pensamiento se confundió con el mío y su alma se enlazó tenazmente con la mía; en la inconsciente ternura que hizo palpitar por vez primera su corazón, me atribuyó todas las perfecciones que se sueñan á los quince años, y aquel sueño había subsistido bajo la égida del amor.

»Pero desde aquel día no volví á ver en el rostro de mi pobre compañera aquella expresión de felicidad que había sido antes mi orgullo. ¿Acaso había fijado la mirada en las tinieblas que envolvían mi conciencia? Su proceder, su lenguaje, me libraron en breve de la tortura de semejante temor; un solo escepticismo había herido su alma inocente, el escepticismo de la amistad: para ella, Laura era una ilusión perdida, la primera, la más grata ilusión que, al salir de su casa, ligaba en cierto modo su corazón con el mundo.

»Disipadas estas incertidumbres, estas dudas, volví otra vez mi pensamiento á Laura; el agrado con que había respondido á mi frenético olvido de mi mismo, me permitía alimentar esperanzas y deseos: mi cerebro meditaba nuevas audacias y soñaba nuevas dulzuras.

»A los tres días de nuestro regreso á Lugnano, me sentí abrasado con tal fuerza de la fiebre de la impaciencia, que no pude resistir y fuí á la quinta de Albruzzi; volví al otro día, y al otro, vi á Laura, mendigué sus miradas, sus sonrisas y me encenagué en mi lodo. Laura me preguntaba siempre por Leticia, pero con un acento intraducible de lástima y de complacencia: el corazón de aquella mujer desconocía la caridad del triunfo.

»Albruzzi se manifestaba agradablemente maravillado de la frecuencia de mis visitas, pero le dije que como tenía algunas ocupaciones en las cercanías, podía ir á ver á los amigos.

»Cierto día, al entrar en mi casa, le encontré en la escalera.

»He venido á hacer una visita á su mujer de usted y me vuelvo á la quinta, me dijo.

—»Pues buen viaje.

»La visita de aquel hombre fué un rayo para mi mente; si Leticia se había enterado de mis idas á la quinta de Albruzzi, ¿cómo se las explicaría, cómo podría justificar mi reserva? Parecíame ver escrita mi sentencia en la puerta de mi casa; me retiré de ella, y me fuí á pasear un rato á la orilla del lago antes de entrar.

»Procuré leer con una rápida mirada en el alma de la pobrecilla: parecía tranquila y no me hablaba de nada.

—»¿Ha venido alguien durante mi ausencia?

—»Nadie..., es decir, ha venido el Sr. Albruzzi, me respondió distraídamente.

—»¿El Sr. Albruzzi? Ayer le vi; tuve que ir por aquellos sitios.

»No era ya el disimulo, sino el engaño, la mentira, la máscara del hipócrita lo que yo había cosido á mi cara.

»Por la noche todavía estuve dudando si el señor Albruzzi había hablado ó no.

***

»La sombra que había velado la frente de mi Leticia se fué obscureciendo cada vez más: yo veía á la infeliz en torno mío, taciturna y pensativa, y no me atrevía á mirarla por temor de descubrir en su rostro las huellas del dolor, ni me aventuraba á interrogarla claramente, no tanto por miedo de sus reproches cuanto por la inexplicable repugnancia que me inspiraba mi propia vergüenza.

»Pasaron días monótonos, y Leticia no exhaló una queja; aparte de su melancolía, cada vez más profunda, era para mí la misma de siempre; amorosa, cariñosa, dulce. Pero llegó un día en que la pregunté qué tenía.

»Me contestó, mirándome con ojos serenos, que no tenía nada.

—»¿En qué piensas?, insistí disgustado.

—»¡En mi madre!, me contestó melancólicamente y volvió la cabeza para ocultar su emoción.

»Pero la conciencia no podía hacerse por más tiempo cómplice de mi ceguedad; demasiado sabía yo cuál era la causa de la melancolía de Leticia.

»Mi casa llegó á convertirse para mí en un lugar de tormento; huía de ella horrorizado como de un templo profanado, tenía necesidad de salir fuera de mí mismo, de olvidar, de olvidarme. ¡Si hubiera podido encontrar en los brazos de aquella mujer, que había labrado con tanto arte mi desventura, una caricia, un consuelo, un latido tan sólo en compensación!

»Corrían los primeros días de octubre; frecuentes y copiosas lluvias entristecían también el espectáculo de la naturaleza, por lo cual la familia Albruzzi no tardó en regresar á Lugnano.

»Volví á ver á Laura, y su sonrisa me dió á conocer cuán remachada estaba mi cadena.

»Pero ya no era ocasión de vacilaciones ni demoras: aquella mano que me arrojaba del umbral de mi casa, como de un Edén perdido para siempre, aquella misma mano me empujaba hacia la mujer que compartía la responsabilidad de mi delito. Semejante estado no podía durar mucho.

»Un día, en que espié el momento oportuno, fuí á casa de Albruzzi sabiendo que encontraría sola á Laura: la conversación que tuve con ella fué larga y desgarradora; cuantas seducciones puede haber en la palabra, en la mirada, en el ademán, cuantos latidos pueda dar un corazón que sufre y cuantas tempestades pueden estallar en un corazón que se agita en el umbral del pecado, á todo apelé, aunque en vano, para conmover el corazón de aquella mujer. Pisoteé cuanto puede pisotear un alma para llegar hasta otra alma, sin abrirme paso hasta la de Laura. Aquel coloso de hielo se derretía superficialmente por efecto del ansia febril de mi pecho, pero nunca dejaba de ser hielo.

»Y sin embargo, cuando salí de aquella casa lleno de desesperación, mi mente veía, junto con la imagen de mi oprobio, la de una sonrisa, la de un apretón de manos, la de una postrera y fugitiva mirada, la de una incitación que me mostraba, al través de un resquicio, la felicidad tan suspirada.

* * *

»Laura había afectado afligirse mucho de la frialdad de Leticia, é hizo cuanto pudo por disipar con frecuentes mimos el retraimiento de su amiguita, que al fin no pudo resistir á las caricias y depuso todo rencor.

»De suerte que, en la apariencia, las dos amigas no habían dejado de ser una para otra lo que antes habían sido, y Albruzzi, con tal que se «dejase decir,» era de opinión de que no podían darse dos mujeres unidas por vínculos más estrechos ni más sinceros.

»A las lluvias de octubre habían seguido los primeros fríos de noviembre y no pasó mucho tiempo sin que Laura nos convidase á la primera velada dada en su casa. Leticia se había prometido tantas veces á sí misma no asistir á ninguna, que á pesar de no encontrarse bien al llegar el día, se creyó obligada á ir porque no se supusiera que aún guardaba rencor.

»Después de haber pasado mucho tiempo entre dudas y cavilaciones, sin poderme explicar la verdadera actitud de mi esposa, acabé por tranquilizarme del todo. Todavía duraba su tristeza; pero era tan dulce, que más bien revelaba una preocupación fantástica que una sospecha; además, cuando yo la veía meditabunda y le preguntaba la causa, me respondía «Pienso en mi madre,» con tanta sencillez, que yo, que no deseaba otra cosa sino creerla, no podía abrigar ningún recelo.

»Una vez resuelta á asistir á la velada de casa de Albruzzi, Leticia pareció desechar con un esfuerzo su acostumbrada melancolía, y volvió á estar contenta y hasta bromista; su verdadero carácter, olvidado hacía tiempo bajo el peso de la tristeza, aparecía de nuevo más jovial, más encantador que nunca; tenía para mí sonrisas y palabras y ternezas que me hacían pensar en los primeros años de nuestra ventura.

»Cuando nos sentamos á la mesa, se puso junto á mí, me prodigó mil atenciones y finezas con la gracia peculiar que en todo la distinguía; me enterneció, me conmovió con su inocente coquetería, me hizo jurar que seguía amándola, y yo lo juré, y bien sabe Dios que no mentía.

»Por la noche se vistió con gusto, con más arte de lo que solía, y se llegó á mí sonriente, enamorada.

»Me he engalanado por agradarte.

»El corazón me latió con violencia al oir estas palabras, pero la razón no me reveló nada; en aquella transformación rápida é inexplicable de Leticia, en su jovialidad, en su despreocupación cariñosa, no supe ver entonces más que una cosa: la impunidad de mi delito.

»Al entrar en las salas, donde estaba congregada ya la turbamulta de galanteadores de profesión, percibí ese leve murmullo que ocasiona la llegada de una mujer hermosa.

»A la belleza de Leticia le faltaba solamente la conciencia de sí misma, y aquella noche la tenía; el esplendor que por lo general se advertía en el rostro de Laura, adornaba soberbiamente el de mi esposa. Todos los ojos se fijaron en ella; yo era el único que no tenía miradas sino para Laura.

»En el saludo de las dos amigas advertí una frialdad insólita, y la insistente mirada que acompañó á la glacial sonrisa de ambas, tenía algo de la desconfianza escudriñadora de dos atletas que calculan sus respectivas fuerzas. Pero entonces no me fijé en ello: Leticia se vió al punto rodeada, como una pequeña reina, de sus cortesanos, y yo fuí á aumentar el número de los de Laura, la cual pareció complacerse de ello y me dió las gracias con su sonrisa más dulce.

»Por dos ó tres veces vi la mirada de Leticia clavada en mí, y me pareció como una reconvención; procuré huir de ella como de la asechanza de un enemigo, cuando vi que se acercaba á mí un joven apuesto y arrogante en el cual reconocí al punto con despecho al Sr. Anselmo.

»El agasajo con que Laura acogió al recién llegado fué la primera prueba de una horrible tortura: casi al mismo tiempo la hermosa dama se volvió á mí, é indicándome con un movimiento de cabeza á Leticia me dijo:

»Su mujer de usted le busca.

»Mordíme los labios con enojo y fuí á reunirme con mi esposa.

—»¿Qué tienes?, le pregunté.

»Mi acento y la expresión de mi rostro revelaban mi cólera; la pobrecilla me sonrió sin lograr suavizarme, y me contestó en voz muy baja:

—»Nada.

—»Creía que me buscabas..., dije en tono más dulce.

»E hice ademán de marcharme.

»Pero Leticia me detuvo.

—»No te vayas, me dijo suplicante.

»Me quedé.

»Las personas que nos rodeaban se fueron retirando.

—»Pero ¿qué quieres?, la pregunté cuando estuvimos solos.

—»Necesitaba que me librases un poco de esos importunos, los cuales no hacen más que repetir las mismas sandeces; necesitaba sentir que soy tuya, sentir que eres mío; me parecía que la gente se interponía en nuestro amor: ahora estoy contenta.

»Entretanto, en el ángulo opuesto de la espaciosa sala, Anselmo ocupaba mi lugar junto á Laura con la misma fortuna. Los celos llamaban desesperadamente á mi pecho.

»Aquel desconsuelo atroz duró una eternidad; contestaba á Leticia sin saber lo que decía, sin más idea que la de substraerme á su cariño importuno.

»Se oyeron los acordes de la música, y un desconocido vino á sacar á bailar á Leticia; aproveché al punto la ocasión para acercarme á Laura, que continuaba en compañía del Sr. Anselmo.

»La mirada impertinente que dirigí á mi rival imposibilitaba nuestra intimidad; él lo comprendió y se alejó, acompañado de una mirada de secreta inteligencia de Laura.

»¿Qué hay de común entre usted y ese hombre?, la pregunté bruscamente cuando quedamos solos.

—»Nada que le importe á usted, contestó la señora Albruzzi con mal humor.

—»Perdóneme usted, soy un insensato; dígame usted también que lo soy, pero apiádese de mi dolor.

—»No le comprendo á usted, replicó con altanería agitando el abanico. El Sr. Anselmo me ha invitado á bailar con él.

—»Y yo no quiero que baile usted con el señor Anselmo, dije con voz sorda y temblorosa.

»¡Si hubiera usted visto la mirada de irónica compasión con que Laura contestó á mis palabras!..

»Se levantó y salió de la sala; ciego de desesperación la seguí á la próxima sala de juego y la alcancé.

»Tanta obstinación es ya un suplicio, me dijo con severidad.

—»Más cruel es aún tanta frialdad; ¿no está usted viendo lo que sufro?

—»¿Y acaso puedo remediarlo?

—»Déme usted una prueba de que ese Sr. Anselmo no tiene predominio alguno sobre usted; busque usted un pretexto para no bailar con él.

»¿Y por qué he de hacer todo eso?, me preguntó parándose de pronto y mirándome de hito en hito.

—»Porque lo quiero.

»Una carcajada interrumpió mis palabras.

—»Diga usted todo eso á mi marido que se acerca, me contestó sin dejar de reir.

»Y volviéndose á Albruzzi, que se había acercado y nos miraba con estupor, añadió:

—»El Sr. Luciano está de buen humor; le oirás buenas cosas.

»Y sin dignarse mirarme, entró en el salón.

»La seguí ávidamente con los ojos, la vi juntarse con Anselmo; vi que éste le ofrecía el brazo y se lanzaba en el torbellino de la danza con ella...

»Albruzzi no hacía más que darme con el codo y preguntarme:

—»¿Pero qué cosas eran esas que decía usted á mi mujer?

* * *

»En mi rabioso arrebato hubiera querido correr tras los pasos de Laura y desenmascarar públicamente su hipocresía y mi ludibrio, sin que me pasara por la imaginación insultar á Anselmo, pues el instinto, más bien que la razón, me decía que empezaba ya la desventura para aquel hombre á quien hubiera querido odiar como á un rival: entre los cien propósitos de venganza que concebí en aquel instante, fué uno de ellos el de huir de Laura, y no volver á verla hasta que me fuera dable pagar con el desprecio su perversa acción. Acerca de este punto, una luz repentina alumbró mi inteligencia; desde aquel momento ya no me era posible incurrir en error juzgando la conducta de la bella dama.

»Formado este propósito, el mejor entre ciento, me lancé á llevarlo á cabo como un autómata; me arranqué de mi inercia, esquivándome de las importunidades del Sr. Albruzzi, y fuí en busca de Leticia.

»Había cesado el baile; se volvían á formar corrillos de señoras y caballeros, pero en ninguno de ellos vi á mi esposa. Este leve obstáculo vigorizó mi determinación y me comunicó la fiebre de la impaciencia; parecíame que la atmósfera de aquellos salones me sofocaba. Entré en la sala de juego, donde había bastantes jugadores silenciosos: Leticia tampoco estaba allí. Iba ya á retroceder, cuando me pareció divisar una sombra blanca á través de unas cortinas que ocultaban el hueco de una ventana. Me acerqué con el corazón palpitante y... era ella, mi pobre compañera.

»Aquella vista fué un puñal para mi conciencia. ¿Cómo estaba Leticia en aquel sitio y cuánto tiempo hacía? ¿Había sido testigo de mi coloquio con Laura? ¿Había adquirido la certeza de mi traición? Todas estas preguntas acudieron á la vez á mi mente, y se repitieron una por una, desordenadas, en tropel, tormentosas, en un solo instante.

»Leticia levantó con una mano la cortina y entonces pude ver su rostro palidísimo.

»¿Me buscabas?, me preguntó con voz débil.

—»Sí.

—»Estaba sofocada; ahí dentro hace mucho calor y he venido aquí á tomar un poco el fresco.

»Al decir esto se retiró de aquel sitio, en donde penetraba algún aire por las vidrieras entreabiertas, y se cogió de mi brazo.

»Atravesamos el salón sin decir una palabra.

—»De buena gana me iría, le dije al poco rato.

—»Yo también.

»No dijo más: fué á buscar á Laura, se despidió de ella y en seguida volvió á reunirse conmigo.

»Laura la seguía.

—»¿Se van ustedes ya?, preguntó muy admirada.

—»Leticia no se encuentra bien, contesté con glacial cortesía.

* * *

»Aquella noche fué una prolongada tortura para mi espíritu. Me había quedado en mi gabinete con el pretexto de trabajar, y de vez en cuando me asomaba á la puerta entornada para cerciorarme de que Leticia dormía.

»Y en efecto, parecía dormir tranquilamente, mientras yo velaba con mis remordimientos. ¡Si mi vergüenza hubiera quedado siquiera secreta para el corazón inocente de mi compañera!

»El silencio de Leticia, único argumento que mi miseria sabía invocar para sosegar la tempestad de mi alma, lo desmentía abiertamente su tristeza. Su misma jovialidad durante todo aquel día, jovialidad que me había parecido tranquilizadora, aparecía de muy diversa manera á mi mente iluminada por los primeros destellos del arrepentimiento. Donde me había parecido ver la fatuidad inconsciente de la mujer, veía entonces la energía desesperada de la esposa y de la amante que se prepara á jugar su felicidad y sus afectos, que reune todas sus fuerzas para arrancar la victoria de manos de su rival, que quiere parecer bella una vez más, porque su belleza es el arma con que debe combatir.

»La lámpara chisporroteaba despidiendo repentinos resplandores que poblaban de sombras mi cuarto; el negro silencio de la noche transpiraba al través de los rojizos reflejos de la vidriera, y Leticia seguía durmiendo profundamente.

»Yo espiaba su sueño con el receloso afán del culpable que aguarda su sentencia.

»Miraba á mi alrededor; y al fijar la vista en los objetos que me circundaban, reconstituía mentalmente toda mi felicidad de otro tiempo; las huellas de esta dicha perdida estaban impresas en todas partes menos en mi corazón. Entonces pensaba yo:

»Ese semblante sereno, que parece sonreir en sueños á su propia inocencia, sonreía también así en otro tiempo á mis caricias; esa mano, que se agita como para detener un fantasma querido, descansaba confiada en mi mano, renovando todas las mañanas, todas las noches, á todas horas, el pacto sagrado de nuestro amor.

—»Tal vez estoy aún á tiempo, me dije después de titubear largo rato; quizás no sabe todavía nada, y el temor del castigo es lo único que me hace temer mi sentencia; puedo volver á ella purificado por el remordimiento, reanudar el culto abandonado, olvidar en sus brazos hasta la imagen de mi falta.

»Pero la angustia interrumpió mis palabras, y las sombras de mi estancia y las sombras de mi conciencia me susurraron á la vez al oído. No, ya no estás á tiempo, Leticia lo sabe todo...

»Entonces me detuve sin poder seguir pensando; en seguida me asomé de nuevo á la puerta entornada, y contemplé otra vez el semblante sereno de mi esposa.

—»Ese ángel puede perdonarme todavía y amar, exclamé entre sollozos; y como impelido por una fuerza invisible, me acerqué á su lecho, me arrodillé á su cabecera, escondí la cara entre las manos y vertí silenciosas lágrimas.

»Al levantar la cabeza, ví á Leticia que me miraba con dulzura infinita y mezclaba su llanto con el mío.

—»¡Lo sabe todo!, gritó dentro de mí una voz desesperada.

»Leticia me atrajo á sí con leve violencia, me besó en la frente y me dijo con voz apagada:

—»¡Luciano mío!

»No lloraba ya, y mi nombre, pronunciado por sus labios con acento de inefable ternura, vibró largo en mi pecho y mil ecos repitieron en él:

—»¡Ella te ama, te perdona; aún no es tarde para ser felices!

* * *

»¡Pero estaba equivocado: era demasiado tarde! ¡Triste de aquel que debe volver sobre sus pasos buscando la felicidad que ha abandonado por el camino!

»Hay apostasías que se purgan con el arrepentimiento; pero las apostasías de la felicidad no se purgan sino con el dolor.

»Yo me había engañado: creí poder entrar de nuevo en mi nido y encontrar otra vez en él la paz que había dejado; conté con la timidez del corazón de Leticia, con lo profundo de su cariño, con la sinceridad de mis remordimientos, y me forjé la ilusión de que todo esto formaba mi casa y mi familia. También me cegaba en esto el egoísmo; sólo me había cuidado de mí mismo; no miré de cerca el destrozo que el dolor debía de haber causado en el corazón de Leticia; antes al contrario, dí acogida á la débil incertidumbre que aún duraba en mi ánimo acerca de la actitud de mi compañera. Ni ella me habló ni yo le hablé de Laura.

»Le prodigué caricias y cuidados, le repetí de varios modos los nuevos votos que yo hacía por nuestra felicidad, le expresé con palabras mi amor, le dije con los ojos cuán grande era mi remordimiento; me daba oídos, me lo agradecía, parecía contenta.

»Pero en vano era que yo anhelase ver de nuevo en la dulzura de su sonrisa algo que de ella había desaparecido; leer en su semblante una expresión que se había borrado para siempre.

»¡Ah! Podía devolverle todo mi cariño; pero la plena confianza, la fe, la estimación que me profesó en otro tiempo, todo cuanto le había arrancado del corazón, eso no se lo podía devolver.

»Comprendía que por más que hiciese, no volvería á ser á sus ojos su antiguo Luciano; más aún, conocía yo que había usurpado con el fraude y la falsía una parte del cariño y del aprecio del pasado; sí, con las malas artes de un hipócrita y de un ladrón!

»Yo había sido para Leticia un hombre singular, algo muy diferente de los demás hombres y mejor que todos; pero bajo las singularidades aparentes, asomaba ahora la vulgaridad; la mano del artífice que me había hecho, había hecho también los centenares de semejantes míos; y en resumen, no valía más que los otros.

»Tales eran las ilusiones con que ella había vivido, y tal la herida que debía causarle la muerte.

»Hacía algún tiempo que no se encontraba bien; un día enfermó, guardó cama, y no volvió á levantarse...

»En una callada noche de invierno, mientras los copos de nieve se adherían á los cristales de la ventana adquiriendo un color rojizo á los reflejos de una lámpara nocturna, me incliné, lleno de desesperación, sobre aquel rostro bello todavía, pero lacerado ya por la garra de la muerte, para implorar su perdón y suplicarle que se quedase, que no me dejase solo... Entonces ella puso una mano en mi boca, me indicó el cielo con la mirada, sonrióme con una sonrisa postrera... y luego nada..., nada excepto los gritos y las imprecaciones de un demente, el trémulo resplandor de la lámpara, la nieve que golpeaba los cristales y aquella interminable sonrisa en los labios de una pobre difunta...»

XXV

Vuelta al presente

Los sollozos impidieron proseguir hablando á Luciano, que se quedó inmóvil, con la vista fija, las manos extendidas, con intraducible expresión de lástima y de súplica en la mirada, como si un querido fantasma, evocado por el eco de sus últimas palabras, se le hubiese aparecido un momento y se fuera alejando poco á poco de sus ojos, ávidos de detenerlo.

—¡Mucho ha sufrido usted!, le dije después de una pausa tendiéndole la mano.

—No basta, respondió levantándose, no basta (y al decir esto, su voz y su rostro parecieron anublarse como para recuperar una fuerza salvaje abandonada entre las lágrimas); no le he hablado aún del horror de la soledad, de los terrores de la conciencia, del dolor de los inútiles remordimientos; no le he dicho á usted que una noche -noche larguísima de insomnio—acudieron á mi mente todas las memorias del pasado cual ceñudos fantasmas, y no le he descrito á usted el escalofrío que me heló la sangre en las venas, ni le he confesado que tuve miedo..., sí, que tuve miedo de ella..., de mi pobre difunta, y que huí horrorizado de aquellas paredes que aún me conservaban una parte de ella como con vida... Andando el tiempo, cuando quise ver otra vez la casa donde tanto había amado y sufrido, hube de mendigar un pretexto para que se me recibiera como á un extraño...

En la detenida narración que acababa de hacerme, sin pararse un momento, sin vacilar un instante, con el impulso irresistible del que se ve perseguido por un temor ó por un remordimiento, no invirtió ni siquiera la centésima parte del tiempo que yo he empleado en transcribirla.

-Es tarde, añadió Luciano, podría ser tarde; no hay tiempo que perder. Ruego á usted encarecidamente que vaya ahora mismo á ver á su amigo; dígale usted lo que ha podido leer en mi corazón; hágale desistir de un propósito insensato. Abrale usted los ojos para que conozca bien el miserable estado á que se le quiere reducir.

Y como yo no me movía, añadió con desesperado acento:

—Pero que no se figure que puede desviarme del camino que sigo; esto no es posible.

En esto dieron las once, y casi al mismo tiempo sonó la campanilla. Luciano se puso pálido, llevóse una mano al corazón, y exclamó como hablando consigo mismo:

—¡Es tarde; demasiado tarde!

No se equivocaba: dos desconocidos preguntaban por el Sr. Castelli.

¡Ellos son!, dijo Luciano turbado; no puedo verlos, no podría contestar; recíbalos usted por mí. ¿Cree usted que no querrá desistir?

La mirada que le dirigí no le dejó la menor esperanza; exhaló un suspiro, se llevó las manos á la frente, y añadió mudando de tono:

—Ese hombre no puede desear mi muerte; conozco que no puede desearla; pero si yo estuviese equivocado, si mi vida le hiciese sombra, usted mismo puede decirle que esto no durará mucho tiempo...

Interrumpióse.

—No puede durar mucho, repitió convencido; procure usted obtener condiciones suaves para un moribundo.

El acento con que dijo estas palabras disipaba toda sospecha de cobardía.

—Necesito vivir, añadió poco después como para expresar mejor su pensamiento; tengo absoluta precisión de vivir.

Iba yo á salir de la habitación, cuando me detuvo.

—Lo tomará usted con todo interés, ¿no es cierto?

-Cuente usted con ello, respondí con firmeza.

* * *

Todas mis tentativas de conciliación se estrellaron contra la terquedad de Anselmo, y quedó resuelto el duelo para la mañana siguiente.

Apenas amaneció fuí á casa de Anselmo, y le encontré escribiendo cartas. Su rostro macilento, sus ojos hinchados y una luz encendida todavía, aun cuando la del día inundaba la habitación, me dieron á entender cómo había pasado la noche.

—No has dormido, le dije.

—Es verdad, no he dormido, me contestó sin disimular el desagrado que le causaba mi pregunta.

Como cualquier insistencia tocante á este punto habría sido inoportuna, callé y me senté aparte, aguardando á que acabase de escribir.

Pero noté que mi presencia le contrariaba, porque me miró muchas veces de reojo sin interrumpir su tarea. Por último se levantó y se llegó á mí.

—¿Qué buen viento te trae por aquí?, me preguntó esforzándose por dar á su acento cierta expresión de indiferencia.

No le contesté.

—Creí que fueras padrino... del otro.

—Ante todo soy amigo de ambos, respondí con severidad; y quisiera, mientras estemos á tiempo...

—Es que no estamos ya á tiempo, dijo interrumpiéndome bruscamente.

—Siempre hay tiempo de evitar que se cometa una mala acción.

—Di más bien que siempre lo hay para una cobardía: ¿es el Sr. Castelli quien te envía?

—No es él; pero yo sé que no te aborrece.

—¿Y él sabe que yo le aborrezco?

—Ese odio es injusto, es el delirio de un alma enferma. ¿Sabes por qué y por quién arriesgas tu vida y atentas á la de un caballero? Por una mujer despreciable, por una forma sin vida, por un ídolo de piedra que se hace adorar de los tontos...

—Calla, calla, dijo Anselmo con el carmín del enojo en las mejillas.

Pero su acento revelaba un dolor tan cruel, que me conmoví, y me acerqué á mi amigo con cariño.

—Tienes fiebre, le dije cogiéndole una mano; has hecho mal en no dormir.

—¿Qué te importa?, me contestó bruscamente; ¿no haces votos por él?

—Hago votos por los dos, repliqué con blandura.

Y como Anselmo guardara silencio y se obstinara en no mirarme, le apreté la mano y añadí melancólicamente:

—Adiós.

Ni dijo nada, ni se movió; yo me alejaba con paso lento. Al llegar á la puerta, volví la cabeza para mirarle por última vez; él me miró, me extendió las manos suplicante... y yo me eché en sus brazos.

—¡Anselmo mío!

—Perdóname, perdóname, dijo con los ojos preñados de lágrimas; he insultado nuestra amistad.

Quise hablar; pero él adivinó mi intención y me hizo ademán de callar; me dió un beso, me volvió á apretar la mano y dijo con entereza:

—¡Adiós!

—¡Adiós!, repetí con el corazón lleno de angustia.

De casa de Anselmo pasé á la de Luciano.

Este parecía esperarme y acudió á mi encuentro con esa expresión atónita que dan las grandes desventuras; también él sufría á juzgar por su aspecto; también él llevaba estampadas en el rostro las huellas de la vigilia y de la angustia.

Sus miradas semiapagadas se fijaron con insistencia en las mías, su mano buscó trémula mi mano, y su pecho contuvo la respiración para dar mayor fuerza á aquella tácita pregunta.

Comprendí y meneé la cabeza con ademán de disgusto; la postrera esperanza que iluminaba su noble rostro desapareció con un suspiro; su frente se obscureció como si el huracán la hubiese ceñido de negros nubarrones.

—Está bien, dijo como para sí, está bien.

Mientras estuvimos solos, evitó hablarme del duelo; sin embargo, cuando llegaron su padrino y el médico noté en su cara una palidez pasajera, y en el momento de salir para dirigirse al terreno del combate, sentí que su mano temblorosa se apoyaba en mi brazo.

—¿Qué tiene usted?, le pregunté en voz baja.

—¡Miedo!, me contestó sin reparo, pero con voz débil.

Le miré de soslayo; una profunda amargura contraía sus labios palidísimos.

(Continuará)

LA SEXTA CELEBRACIÓN

DE LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA

(1.º DE MAYO DE 1904)

Cuando el rey mayo asoma, el Gürzenich rejuvenece y se atavía con sus mejores galas, convirtiéndose en jardín de perfumadas rosas para celebrar la fiesta de las flores y de la poesía, los *Jochs Florals* que Colonia debe á la Ciudad Condal.

Aunque el día 1.º de mayo es el día festivo para los trabajadores de todo el mundo y aunque el día 1.º de mayo de 1904 era un día de fiesta para varias ciudades del Rhin y los comarcanos pueblos, celebrándose en Maguncia la vuelta feliz del emperador Guillermo II de su viaje triunfal á Vigo y por el Mediterráneo, descubriéndose en Strasburgo la estatua del joven Goethe é inaugurándose en Düsseldorf el certamen artístico internacional en que al lado de los más célebres artistas de Alemania, Austria-Hungría, Francia, Italia, Inglaterra, Holanda, Suiza, Dinamarca y Noruega, brillan Pradilla, Moreno Carbonero, Villegas, José Benlliure, los hermanos Salinas, Alcalá Galiano, Barbudo, Enrique Serra, Gallegos, Bilbao y Zuloaga y los escultores Mariano Benlliure y Agustín Querol, *Colonia*, la hija predilecta del Rhin, Colonia, con el interesante espectáculo de sus Juegos Florales, era centro de anhelos, fervores y entusiasmos, centro de atracción para los poetas, los músicos, los artistas, los intelectuales, demostrándose una vez más que sobre las turbias aguas del positivismo de nuestra época sobrevive y flota el amor á lo bello, el culto á la poesía inmortal, al lema de los Juegos Florales: «Patria, Fides, Amor.»

Goza ya de tanta fama la fiesta de la luz, de la poesía, de la primavera, establecida en Colonia en 1899, que este año acudió de Barcelona el médico de Verdaguer doctor Benet Roura y Barrios, y de Stockolmo el miembro de la ilustre Academia Nobel doctor Göran Björkman, autor distinguidísimo de acertadas versiones suecas de composiciones españolas, catalanas, portuguesas y alemanas.

No vieron defraudadas sus esperanzas al presenciar la fiesta del gay saber que les ofrecía Colonia, pues la solemnidad del 1.º de mayo ha resultado brillante como nunca: flotaba sobre ella el genio de *Weimar*, la ciudad de la luz y la poesía, el genio de los Goethe y Schiller que parecía que bendijeran la fiesta de rosas que ha tenido por reinas á la genial Carmen Sylva, á la caballeresca princesa Victoria de Prusia, á la infanta siempre española y siempre generosa la poetisa doña Paz, á la princesa gentil Adelaida de Sajonia-Meiningen y á la poética esposa del príncipe de Bentheim y Steinfurt. La sexta reina era la joven y hermosísima gran duquesa Carolina de Sajonia, que nos había enviado como representante



S. A. R. LA GRAN DUQUESA CAROLINA DE SAJONIA,
reina de los Juegos Florales celebrados en Colonia el día 1.º de los corrientes

en nuestra fiesta la hada de la casa del nieto de Schiller, la perla de Weimar, la Excma. Sra. Luisa Rothe, encarnación de la gracia y amabilidad. Fué ovacionada por la concurrencia. Los poetas la ofrecieron sus inspiradas rimas, los músicos la armonía de sus bellos cánticos. Lo merecía todo, apreciándose en la elegantísima dama también á su egregio padre el profesor Eggeling, que con motivo del centenario de Herder dió en la Sociedad Literaria de Colonia una hermosa conferencia acerca del que fué teólogo y poeta, traductor del Cid y maestro de Goethe. No pronunciaba ningún discurso nuestra reina, pero su sonrisa era más elocuente que las palabras.

Tribunas y butacas del Gürzenich, la Lonja de Colonia, se hallaban ocupadas por lo más selecto de la sociedad coloñesa, viéndose en aquéllas la distinguida señora del popular alcalde presidente Sr. Becker, los bizarros generales Wierzbowski y Blanquet, el benemérito cónsul de España Nicasio Moral y Cañete y el distinguido cónsul general de Bélgica Sr. Cartuyvels.

Si hubiera en nuestra tierra la dignidad de maestre en gay saber, la hubiese alcanzado el doctor Guillermo Schneider-Clauss, natural de Colonia, con haber obtenido ya tres premios y dos á la par en el último certamen. Y ya por segunda vez recogió la flor natural el joven trovador de Leipzig Edwin Apitz, viéndose coronado en Colonia como Juan Maragall en Barcelona.

Esta nos dió pruebas de afecto singular telegrafiando á Colonia en alemán el señor Riera y Bertrán, que presidió el acto de la tradicional fiesta catalana.

El director del teatro de Colonia señor Othon Purschian se reveló verdadero artista al leer los trabajos premiados. Lo mismo hizo el joven actor Jorge Kiesau, que recitó su propia poesía, una bella composición bucólica, premiando la concurrencia á uno y otro con estruendosos y bien ganados aplausos.

Recogió el lirio dorado de S. M. el rey de España el poeta de Silesia Jorge Muschner-Niedenführ con un hermoso canto inspirado en la naturaleza.

El premio para la mejor novela se disputaban una señorita rhiniana y una señora aristocrática natural de la ciudad anseática Lübeck, alcanzando Nann y Lambrecht la rosa de oro otorgada por el fundador de los Jochs Florals de Colonia, y la condesa Eva de Baudissin el bellísimo premio de la infanta doña Paz, una magnífica copa dorada, mientras que Elena Görcke salió airosa con su composición religiosa, é Isabel de Weitra se regocijaba al recibir el retrato de la reina de Rumanía en premio á su linda composición titulada «Un cuento de cielo.» La señora Elsa Galen Gube nos deleitaba otra vez con la armonía de sus versos y la vehemencia de sus afectos.

El premio para la mejor fábula, consistente en una copa de plata, fué concedido á una joven poetisa de



GRUPO DE SEÑORITAS QUE FORMARON LA CORTE DE AMOR EN LOS JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN COLONIA EL DÍA 1.º DE LOS CORRIENTES

Düsseldorf, residente en Colonia, la señora Leonor Deilers de Niessen, que tiene en sus venas sangre de artistas y que acaba de subir al Tibidabo y al Montserrat, de respirar los aires embalsamados del bosque de la Alhambra y de recrearse en la labor maravillosa de sus alcázares.

De la parte musical de la fiesta se encargaron eminentes organistas, arpistas y violinistas, figurando entre las bellas arpistas la eminente escritora y poetisa Elsa Glas de Emanuel.

En el banquete que siguió al acto, y que embellecía con su gracia la reina de la fiesta en unión de sus 24 damas de honor y con su presencia la amable esposa del alcalde-presidente, sucedió una cosa memorable: en vista de la delegada de Weimar y de tantos vates reunidos en el Gürzenich, hablaba en *verso*, en representación de su jefe, el alcalde de Colonia Sr. Desse.

Los loores de su adorada patria Colonia los cantaba un joven vicario católico, de nombre Carlos Pagés, cuyos abuelos, por haber sido hugonotes, fueron expulsados de España.

* * *

«Jamás he visto fiesta tan poética,» exclamaba entusiasta la hija de Weimar para regocijo de todos los coloñeses.

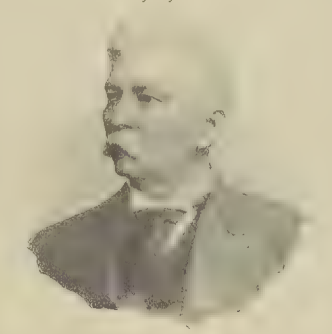
Jamás—decimos nosotros con la mayor sinceridad y poseídos de verdadera satisfacción—se borrará de nuestra memoria la fiesta enaltecida por los genios tutelares de Weimar, la sexta celebración de los Juegos Florales de Colonia, ese sexto anillo en la cadena de amor que nos une á *Barcelona* y á *España*.

JUAN FASTENRATH.

Colonia, 11 de mayo de 1904.

ENRIQUE STANLEY

Este célebre explorador, que falleció en Londres el día 10 de los corrientes y cuyo verdadero nombre era



El famoso explorador ENRIQUE STANLEY, fallecido en Londres el día 10 de los corrientes

Juan Rowland, había nacido en Denbigh, país de Gales, en 28 de enero de 1841. Hizo sus primeros estudios en el Asilo de pobres de Saint Assaph, y á la edad de quince años embarcóse para Nueva Orleáns como empleado de máquinas del vapor, siendo á poco de llegar allí adoptado por un comerciante apellidado Stanley, de quien, por haber muerto sin testamento, sólo heredó el nombre.

Durante la guerra de secesión sirvió primero en el ejército de los confederados y luego por fuerza en la marina de los federales, que le habían hecho prisionero, y al terminar aquella lucha viajó por Turquía y Asia Menor, y como corresponsal del *New York Herald* acompañó á los ingleses en su expedición á Abisinia. Hallándose en Madrid en 1869 fué llamado á París por Mr. Bennet, propietario de aquel periódico, quien le propuso un viaje á Egipto para asistir á la inauguración del canal de Suez, y otro al Africa para buscar á Livingstone, cuyo paradero se ignoraba desde hacía algunos años. Realizó felizmente ambas expediciones, habiendo tenido la suerte de encontrar en noviembre de 1871 al célebre explorador inglés, con quien hizo algunas interesantes excursiones por el territorio del Tangañika septentrional y de quien se separó al año siguiente por haberse negado Livingstone á regresar á Europa.

En 1874, después de una expedición á Guinea y de haber asistido á la guerra de los ingleses contra los achantis, emprendió por cuenta del *New York Herald* y del *Daily Telegraph* un viaje de exploración al centro del Africa, en donde, en medio de las mayores penalidades, recorrió los lagos Victoria Nyanza y Alberto Nyanza, descubrió varias montañas cubiertas de nieve, cerca del Ecuador, y el lago Costa Nzige, dió la vuelta al Tangañika, siguió el Lonkonga por el alto Congo, pasó las cataratas de su nombre, y después de otros descubrimientos y estudios interesantísimos regresó á Londres en 1878, publicando su famosa obra *Al través del continente negro*.

En 1879, por encargo del rey de Bélgica, hizo un viaje por el Congo y contribuyó poderosamente á la fundación del Estado libre de este nombre, y en 1887 dirigió la atrevida expedición para libertar á Emín Bajá, expedición llevada á feliz término y al regreso de la cual fué recibido en Londres con honores excepcionales.

En 1889 se estableció definitivamente en Inglaterra, en donde se casó, renunciando á los viajes y consagrándose á la vida de reposo y de familia.—X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona



AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.





VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.



ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

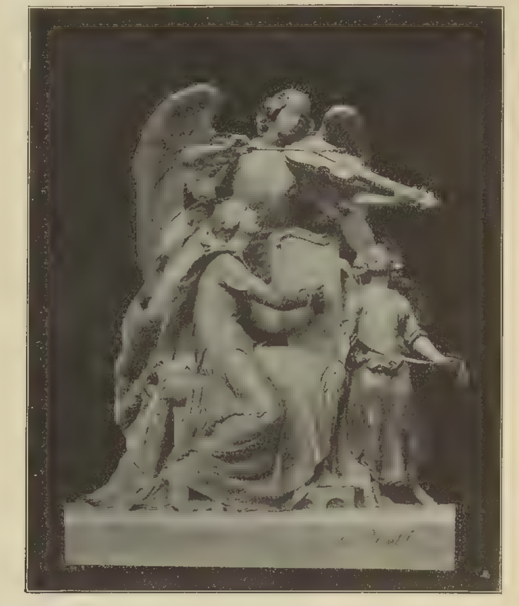
ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.



PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



La Música lírica



La Música religiosa

Grupos decorativos de J. Konti, para el Templo de la Música de la Exposición Pan-Americana de Buffalo



ZÔMOTERAPIA

EL ZÔMOL PLASMA MUSCULAR (Jugo de carne desecado)
PREPARADO EN FRIO, encierra los preciosos elementos reconstituyentes de la carne cruda. Prescrito en la
TUBERCULOSIS, la *NEURASTENIA*,
la *CLOROSIS*, la *ANEMIA*,
la *CONVALECENCIA*, etc.
Tres cucharaditas de café de Zômol representan
EL JUGO DE 200 GRAMOS DE CARNE CRUDA.
PARIS, 8, rue Vivienne y en todas las Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.



AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo à firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
Marca de Fabrica Registrada.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 30 de mayo de 1904 — Núm. 1.170

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

PARÍS.—Museo del Luxemburgo



LA SIESTA, cuadro de Bastien Lepage

(De fotografía de la Compañía Fotográfica de Berlín)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

En Morella (México) hay una persona curiosa que pregunta –y quiere que le contesten—lo que no contestara el mismo enemigo.

Acabo de recibir su Cuestionario, y todavía estoy bajo la impresión verdaderamente terrorífica de que fuese preciso, de que solamente fuese cortés, pagar con franca respuesta semejantes interrogaciones.

Afortunadamente, en boca cerrada no entran moscas, al buen callar llaman Sancho, quien tenga la mano llena de verdades apriete el puño, en lo callado nunca mal procurado, silencio me llamo, y para saber, á Salamanca.

Vuelvo á fijar los ojos en el peligroso Cuestionario..., y ya no me parece tan arduo el contestar, siempre que se me permita hacer buen acopio de reservas mentales.

No: el Cuestionario no es ninguna bomba de dinamita: lo que me extraña es su incoherencia, que responderá, seguramente, á razones conocidas del preguntón, para nosotros insospechables.

Voy á intentar, con el fin de entretener á mis amabilísimos lectores de América, que tan inmerecidas lisonjas me escriben, responder algo por el mismo orden en que se me interroga.

—¿Cómo entiende usted el amor y cómo lo define?

—Ni lo entiendo ni lo defino. Palabra que no. Podemos entender lo intelectual; pero lo sentimental, por muchas entendederas que el Señor nos haya dado...

—¿Qué persona cree usted que vale más en España (en la actualidad, por supuesto) intelectualmente?

—Emilia Pardo Bazán. Con ninguna estoy tan conforme. Ninguna ejerce sobre mí tan poderosa sugestión. Ninguna me impone su manera de ver con tal eficacia. No acertaría á preferir otra, y no sería verídica si no lo declarase.

—¿Qué concepto se ha formado usted de Rubén Darío, el poeta americano?

-Me gustan mucho sus versos y bastante su prosa. (La respuesta va en el mismo llano y desafeitado estilo de la pregunta.)

—¿Qué opinión tiene usted del general Díaz, presidente de México?

—Mi opinión sobre los políticos y hombres de Estado es muy sencilla de formular. Si el país que rigen progresa y se engrandece, los doy por excelentes gobernantes; si el país decae, por lo contrario. México ha adelantado y prosperado bajo el general Díaz: no tengo nada que añadir.

-¿Qué prefiere usted, el chocolate ó el café?

—Si no hubiese leído á Solís y á Bernal Díaz, me sorprendería más el salto desde la gobernación de México al soconusco. Pero recordando que Moctezuma era aficionado al chocolate, me ocurre si lo será también el presidente de México, sucesor de Moctezuma y de Guatimozín (con mejor sombra que estos infortunados emperadores), y renunciando á indagaciones más complicadas, voy al grano, al grano de cacao y de café. A la verdad, los dos reunen cualidades que me ponen en confusión. El chocolate es muy estomacal, y con bizcochos, debe recomendarse á las personas de buen gusto, sobre todo si los bizcochos son de espumilla, acaban de salir del horno y crocan en los dientes. Tampoco deben desdeñarse los picatostes para esto del remojón en el Caracas, debidamente adicionado de vainilla y azúcar; y en cuanto á las clásicas ensaimadas, no creo que las proscriba nadie inteligente en golosina.

Sin embargo, el café, cargadito, caliente (ó helado), en taza de Sajonia, merece otro himno, aun después del bellísimo que le dedicó Campoamor. El haba insomnífera (así me parece que dijo un poeta americano) no es sólo un despertador de estudiantes en vísperas de exámenes, ni un excitante del cerebro, clasificado por consiguiente entre los venenos intelectuales, que dan ficticio vigor seguido de postración y marasmo; es, para los españoles, el gran elemento de sociabilidad; reemplaza ventajosamente á aquellas basílicas donde los romanos trataban, en el período de su decadencia, todos los asuntos: de diez cosas que en nuestra patria se combinan, nueve y media salen combinadas del café. En el café se conocen los que luego han de ser amigos; en el café se forjan las popularidades y las impopularidades; en el café se hacen rajas las honras; en el café se despedazan y trituran las glorias literarias ó artísticas; en el café se falla de todo, se averigua todo, se discute todo, se fantastiquea todo; en el café se escribe la carta á la novia, el sablazo adobado con desesperación, el anónimo infame, la circular de reclamo, el cartel de desafío; en el café se concierta la cita y se piden á tiros celosas satisfacciones; en el café se imponen los guapos, se lucen los *solistas*, echan el anzuelo las buscona, acechan la ocasión los cómicos sin contrata y los toreros de invierno... En el café está el completo cinematógrafo de nuestra vida nacional.

Y por eso, si me apura mucho el preguntante de Morella, daré al café la primacía, considerando que el chocolate tiene algo de significación retrógrada, de los tiempos...

La última pregunta es casi tan embarazosa como la del chocolate y el café. «¿Le parece á usted mejor orador Castelar que Donoso Cortés?» En primer lugar, para juzgar con conocimiento de causa á un orador, hay que oirle: en la oratoria propiamente dicha, el gesto, el tono, la manera de emitir la voz revisten importancia inmensa; y cuando el ilustre marqués de Valdegamas pronunciaba sus discursos, yo tal vez, y sin tal vez, no había nacido. A Castelar le alcancé, y pude juzgarle: era un orador que subyugaba, cualesquiera que fuesen las ideas de quien le escuchase. De Valdegamas, á la distancia que nos separa, sólo puede afirmarse que es un astro extinguido.

Y ya no van más preguntas: ahí termina el Cuestionario. ¿Por qué estas y no otras? Vaya usted á adivinar.

Ahora se me ocurre á mí que si el Sr. Elguero—así se llama el preguntón—publica el álbum que anuncia, con todas las respuestas, debe remitirme un ejemplar. No hay cosa tan curiosa como ver las desviaciones que sufre una idea al tamizarse por varios cerebros.

No vale negarlo: en ciertos aspectos, el progreso se nos está colando en casa. Hablábamos en una de las anteriores crónicas de un Instituto de belleza, alta novedad implantada en Madrid, á imitación de los de París, Viena, etc. Hoy, procedente de ese mismo establecimiento kaleotécnico, recibo un folletito primoroso, una monada de impresión, que á primera vista no parece tener más objeto que explicarnos cómo se pescan las perlas en el golfo Pérsico, el país de los cuentos de las Mil y una Noches. Fijándose mejor, resulta que es anuncio de unos polvos y una pintura para la tez, productos fabricados, según el anuncio, con perlas trituradas. Así, ni más ni menos. Aunque el folletista nos entera de que es con raeduras, sobras y retales de perlas con los que se obtiene el artículo de tocador, no por eso deja de hacérseme cuesta arriba que entre en él algo más que carbonato de calcio, nácar molido, concha de ostra ú otra materia análoga. Y puesto caso que la primera materia de ese menjurje fuese legítima perla, ¿reunirá por eso condiciones superiores para refrescar y hermosear la tez? Es posible que tampoco. Habrá que decir de esos polvos *cleopatrescos* lo que el gallo hambriento que se encontró un saco lleno de perlas magníficas: «Más me hubiese convenido un grano de cebada.»

Ello es que aquí, en la tierra del garbanzo campechano y sencillo, estos Institutos de belleza y estos cosméticos á lo reina decadentista de Egipto indican cómo nos va gangrenando París y cómo se nos infiltra la elegante perversión de las razas latinas moribundas. Así lo cree, por lo menos, el buen D. Severo Antaño, censor agrio de las costumbres y concurrente asiduo á las funcioncitas por horas en que hay brochazos verdes. De algún modo se ha de espantar el mal humor, ¡qué caramba!

Estuve en la Exposición el día del barnizado, cuando ya declinaba la tarde larga y lenta de mayo y empezaba á verse mal en los amplios y destartalados salones. La luz se retiraba del recinto, poco á poco, avisando, y el ambiente olía á espliego, á aguarrás, á gomas y esencias pictóricas, á resina de maderas recién labradas y aserradas.

Confieso que lo más emocionante para mí en las Exposiciones es pensar en la suma de deseos, de afanes, de angustias y dolores de alma que representan. Porque el esfuerzo artístico no es alegre ni sano: tiene mucho de sufrimiento. Hay en él tal desproporción entre lo que se sueña y lo que se obtiene, y es tan severo juez de sí mismo, en el fondo, el más vanidoso artista, que se les debe tener tanta lástima como á esos condenados del Dante, que en uno de los más celebrados lienzos aquí expuestos ruedan peñascos que les vuelven á caer sobre el pecho eternamente. En el revuelo de conjeturas acerca de los premios; en el ansia inmensa de triunfo que palpita en esta suma de trabajo humano, siempre se me ocurre que el vencedor, después de su momentáneo goce, percibirá, gravitando sobre su torso, la peña formidable de la obligación de sostener la victoria.

Es de las más tristes ironías del destino humano, que los mismos golpes felices traigan tal reato de miseria y de añoranza. Haber vencido crea la necesidad de seguir venciendo, la desesperación de aparecer menos fuerte, y el castigo de ese certificado de agotamiento que con tanta facilidad se expide aquí. Por lo cual, en las Exposiciones, compadezcamos á los que caen, y también, también, á los gladiadores que van á salir por la puerta *Sanavivaria.*

Esta Exposición me parece, y es opinión muy general, superior en conjunto á las anteriores. Sin que exista en ella uno de esos cuadros indiscutibles, que se imponen á todos, inteligentes y profanos (me refiero á cuadros de composición, *de totalidad)*, se ve mucho bueno, realidades, promesas, un nivel común que empieza á satisfacer exigencias legítimas. No ha desaparecido del todo, sin embargo, ese aspecto de improvisación, de cosa hecha á empujones, poco pensada y poco ejecutada, que es á mi ver el sello distintivo de las Exposiciones españolas y del arte español moderno en su manifestación colectiva.

Un médico alemán me decía en París, en una casa donde comíamos, que la mitad más una de las enfermedades del estómago se curarían sin más que comer despacio, masticando muy bien é insalivando mejor. Como yo le contestase que para eso hace falta excelente dentadura, murmuró en tono reflexivo: «Es cierto, y me han dicho que en su país de usted se hace poco uso del dentista, con relación á otras naciones.» Recuerdo siempre al médico alemán cuando pienso en nuestra labor artística. La literaria, aunque también se resienta forzosamente de la precipitación, puede resistirla mejor que artes como la pintura y la escultura, donde tanta importancia reviste la técnica.

Y entre paréntesis, diré que la preponderancia relativa de la escultura es quizás lo que distingue á esta Exposición de las anteriores. En efecto, de escultura andábamos muy mal generalmente; carecíamos de tradición, en el sentido riguroso y moderno de la palabra.

En este Salón figuran 222 obras escultóricas, y no es tan respetable cifra lo que más puede convencernos de que hay adelanto: es, antes que la cantidad, la calidad de lo expuesto. Blay no ha dado un mentís (que sería involuntario siempre) á los que, ante sus envíos á la Exposición Universal de París, nos sentimos llenos de esperanza. Aquí se presenta con catorce trabajos nada menos, y con nueve Mariano Benlliure. Hay nombres nuevos que despuntan, hay otros ya conocidos, no célebres, que vienen pidiendo luz.

Nadie negará á esta Exposición la nota de la fertilidad. Los cuadros expuestos son nada menos que 1.866, las obras de arte decorativo 224, las de arquitectura 25. Realmente sorprende, dentro del escaso papel que en la vida social desempeña, por desgracia, el arte (debido á mil razones que fuera muy largo apuntar), que tantos jóvenes se consagren á él y le fíen su porvenir. Hay una *enquête* que está por hacer y que acaso sería difícil en extremo: la referente á cómo viven los artistas, en los primeros tiempos de su lucha, y aun después de lo que se llama salir de la obscuridad. La bohemia no tiene ya carácter pintoresco; ocúltase más bien que se ostenta, burlando al filisteo y riendo con la risa luminosa del dios mientras desuella el sátiro; pero existe; los comienzos deben de ser duros, y detrás de estos pintados lienzos y estas masas de yeso y barro, se esconden de fijo mil esfuerzos que nada tienen que ver con la inspiración...

No estoy convencida de que tampoco hayan descubierto minas de oro los reconocidos como maestros. La protección oficial es intermitente; los mercados extranjeros están asediados, la competencia es explotada por negociantes. Al compás de los ditirambos de los críticos de arte insertos en la primera plana, periódicos de gran circulación publican estos días anuncios de ventas en almoneda pública de las mejores firmas, á precios muy baratos...

EMILIA PARDO BAZÁN.

Redención, por Juan Téllez y López

I

Cuando me dijeron que mi amigo Julián del Arco se había hecho hombre formal y arreglado, no trasnochaba, ni jugaba y vivía feliz con su mujer, con aquella pobre Mariana que le quería con delirio y sufría con paciencia la parte de sinsabores que en la vida de su marido la tocara en suerte, solté la carcajada.

La noticia me pareció algo así como si me hubieran dicho que alguien había llegado en globo hasta el sol; ¡aquel calavera empedernido para quien la ciencia y el arte eran cosas ridículas y pasadas de moda; que se mofaba del amor y de la familia; que llamaba al trabajo la preocupación de los tontos; que se levantaba á las dos de la tarde y se acostaba á las cuatro de la mañana, no podía cambiar así de buenas á primeras!



En aquel momento sentí dentro de mis entrañas algo muy nuevo, pero muy dulce y muy hermoso

Y sin embargo, nada más cierto; todos los informes que pude adquirir sobre el asunto coincidieron en que el hecho se había realizado, y yo mismo lo vi por mis propios ojos.

Como yo tengo con él la confianza suficiente para preguntarle sus más recónditos secretos, procuré verle á solas, é interrogándole sobre las causas que le hubieran inducido á cambiar tan súbitamente su género de vida, se sonrió, me ofreció un cigarro, é invitándome á que nos sentáramos en sendos butacones, cruzó una pierna sobre otra, siguiendo en esto su inveterada costumbre, y me habló de la manera siguiente:

II

—Conque ¿quieres que te refiera qué causas han podido influir en mi ánimo para convertirme de un calavera vicioso que era en una persona decente?.. Psch... Cosas de la vida, chico... Es una historia sencilla, cuento mejor dicho, como verás después, con sus puntas y ribetes de tragedia ó de melodrama espeluznante... y que *acaba bien*, como las novelas de folletín.

El invierno pasado fué de prueba para mí; hasta tal punto abusé del juego, de la bebida y de todo lo *abusable*, que pasado el Carnaval y hechos los sacrificos consiguientes á la categoría del dios Momo, juzgué prudente marchar á mis posesiones de Villafría, en medio de una sierra que no tiene más que rocas cortadas á pico, lobos y nieve, á restaurar en parte mi salud y mi bolsillo, un tanto averiados ambos por... la misma causa.

Mi tío Basilio—que como sabes vive allí—me recibió con los brazos abiertos, y pronto me acostumbré á sus mismos hábitos.

Madrugábamos relativamente, leíamos el periódico en la cocina al amor de la lumbre, comíamos después, charlábamos más tarde é íbamos á tomar el sol un rato por aquellos vericuetos.

Un día paseábamos por una de las posesiones de mi tío: una casita rodeada de un patio que quiere ser jardín, por detrás de la cual pasa el camino á medio metro de un abismo espantable y desde cuyas ventanas se divisa todo el valle, un valle alegre y risueño que consuela el ánimo de la contemplación de aquellos riscos pelados y secos...

En el mismo borde del abismo, frente por frente de la puerta trasera del jardinillo—de algún modo hay que llamarle,—me chocó ver una cruz de madera.

Supuse que alguien se había tirado ó caído por allí; pero lo extraño del caso es que la cruz era flamante, nuevecita y muy cuidadosamente colocada.

Tuve la debilidad de preguntar á mi buen tío el origen de aquella cruz; y él, enjugándose una lágrima con el revés de la manga, me contó una historia muy larga que, acortada prudencialmente por mí, te voy á endosar para tu solaz y entretenimiento y para que no ignores las causas que me han traído al presente estado.

III

—Paca y Manuel se llamaban, comenzó mi tío; bien me acuerdo... ¡Pobrecicos! Daba gloria el verlos. El madrileño y ella madrileña...; el año pasado hubo aquí una boda y vinieron convidados con los padres de ella.

Eran novios; se querían con delirio, con frenesí, con locura; yo les vi en el baile apretándose, formando un solo cuerpo, unidos por el amor que hace una sola persona de un hombre y una mujer..., y sus ojos

brillaban de pasión, y sus bocas modulaban sonidos que eran caricias, y sus manos se retorcían casi en fuerza de apretarlas, y todo su ser exhalaba un perfume inefable de dicha, de felicidad...

Y aquí, en Villafría, en este mísero pueblo, aquellos que desde Madrid vinieran dichosos encontraron su desgracia...

Un ricacho de la aldea—no te lo nombro porque ya no conoces á nadie—vió á Paca en el baile, se enamoró de ella, y con el brutal cinismo que da el dinero en manos groseras y sin cultura, se dirigió á los padres de la chica y les planteó el caso...

A los dos meses, la boda; á ellos les daría para vivir con holgura; la muchacha sería rica y no tendría que trabajar más... En fin, una venta en regla, ante notario.

Se le objetó con la presencia de Manuel y con el cariño y el *aquel* que se tenían los chicos; pero él no creyó posible, ni cabía en su magín, que un albañil sin un cuarto ni donde caerse muerto pudiera servir de estorbo á sus planes, á los planes del amo de una labor con diez y seis parejas de mulas y otras tantas de bueyes... ¡Qué! ¡Que Paca quería á Manuel! Ya le olvidaría... No viéndole...

En fin, que medio se concertó la boda, que cuando ya en Madrid se lo dijeron á la muchacha se echó á reir primero, se tornó seria más tarde, puso como ropa de pascua á los autores de sus días, habló con su novio y en un santiamén se casaron Manuel y Paca con grandes protestas de parte de los padres de la muchacha, que, sin embargo, no se atrevieron á negarle su consentimiento, vista su resuelta actitud y la fortaleza de los puños del que desde entonces fué su marido.

La felicidad se albergó durante un año, completa é inefable, en aquel nido de amor; pero voluble é inconstante, se cansó de habitar en un mismo sitio tanto tiempo, y un día se marchó para no volver más.

Manuel cayó de un andamio, se estrelló contra el empedrado de la calle y Paca quedó sola..., es decir, sola no: hacía un mes poco más ó menos que había tenido un niño...

Como ves, esto es muy vulgar, continuó mi tío; pero ahora viene lo tremendo, lo que me ha quitado el sueño más de una vez.

Y el anciano lloraba al decir esto, enterneciéndome á mi pesar.

Cuando la pobre viuda llamó á la puerta de casa de sus padres—¿qué iba á hacer la infeliz?—se encontró con un *ultimátum* espantoso. El ricacho de aquí, enterado de la muerte de Manuel, había renovado sus pretensiones, poniendo como única condición que, en el momento de casarse, Paca había de separarse del niño, al cual pondría él una buena ama de cría que viviría en Madrid con los padres de la pretendida.

Al oir esto, Paca, encendida de coraje, juró y perjuró que no sería infiel al recuerdo de su Manolo y mucho menos se separaría de su hijo adorado, los padres la pusieron de patitas en la calle y se acabó la cuestión.

Volvió á los pocos días y se encontró á los viejos llorando: á él le habían echado de la fábrica por inútil y ante ellos se presentaba la miseria con todos sus horrores; la dijeron que únicamente ella podía salvarles con aquella boda; ella se resistió heroicamente...; pero la instaron y suplicaron tanto, que acabó por ceder, poniendo como última condición que la boda fuese en el pueblo y que no se separaría de su hijo hasta que no saliera de casa para ir á la Iglesia.

El ricacho aceptó y se fijó el matrimonio para Nochebuena.



Manuel cayó de un andamio, se estrelló contra el empedrado de la calle y Paca quedó sola...

IV

Después no me preguntes nada, Julián querido; y si deduces algo, guárdalo para ti... y para tu Mariana, si es que le refieres esta triste historia... Aquel día, el día que llegaron, había una ventisca horrible; los lobos tenían hambre y más de uno tuvo que matar el dichoso novio...

Muy cerca del sitio donde estamos sorprendieron una escena inaudita; un lobo terrible, espantoso, se acercó á un rebaño; el perro luchó desesperadamente, pero sucumbió...; y al abalanzarse el lobo á un corderillo que estaba al lado de su madre, ésta, la tímida oveja, se dispuso á defenderle... y le defendió, perdiendo la vida en la demanda, pero no abandonando á su hijo...

Lo que pasó después, ¿quién es capaz de saberlo? ¡No se sabrá nunca!

Paca, asustada de la escena que acababa de presenciar, fuése derecha hacia el ama de cría y le arrancó violentamente de sus brazos al hijo de su amor..., y al pasar por ahí, por el sitio donde está esa cruz de madera, resbaló y cayó al abismo...

No me preguntes nada..., piensa lo que quieras..., yo de mi parte tengo una fe inmensa, ciega, en que Paca y Manuel estarán juntos. El amor los unió formando úno solo de los dos.

¡Bendito sea el amor, más verdadero que la ciencia, más bello que el arte, tan bueno como la moral y la religión!

¡Felices el hombre y la mujer que se aman y saben gozar de su amor!

V

¿Sería la hora? ¿Sería el sitio? ¡Quién sabe!

Lo cierto es, continuó mi amigo Julián, que en aquel momento sentí dentro de mis entrañas algo muy nuevo, pero muy dulce y muy hermoso... La necesidad de amar á mi Mariana, á mi esposa, tan buena, tan santa, tan adorable...

Entonces conocí que ella y yo debíamos ser uno solo y gozar de nuestro amor; al día siguiente me presenté en Madrid sin previo aviso; y... ya puedes suponer lo demás.

Y ahora, como epílogo, lee esta carta que he recibido ayer de Villafría:

«Querido sobrino: no puedes imaginarte el placer con que he oído decir que has cambiado tu modo de vivir, haciéndote hombre formal, trabajando y dando á tu mujer toda la dicha que merece. Ya sabía yo que tu corazón era bueno y que solamente el contagio y la atmósfera de perdición que se respira en las grandes capitales pudo torcer tus buenas inclinaciones induciéndote á obrar mal.

Te doy mi más cordial enhorabuena.

Ahora voy á sincerarme de un pecado que contigo he cometido. Sí, sobrino mío, he faltado al octavo mandamiento.

Enterado de tu vida desarreglada y aprovechando el cansancio moral que á mi casa te trajo, quise ver si te podía traer á buen camino impresionando tu alma con una historia en que pudieras ver toda la felicidad que desperdiciabas teniéndola al alcance de la mano... Para ello inventé todo aquel relato de Paca y Manuel, en que no hay una sola palabra de cierto afortunadamente.

La cruz que viste, la puse yo mismo aquella mañana mientras tú dormías... Por eso estaba tan nueva.

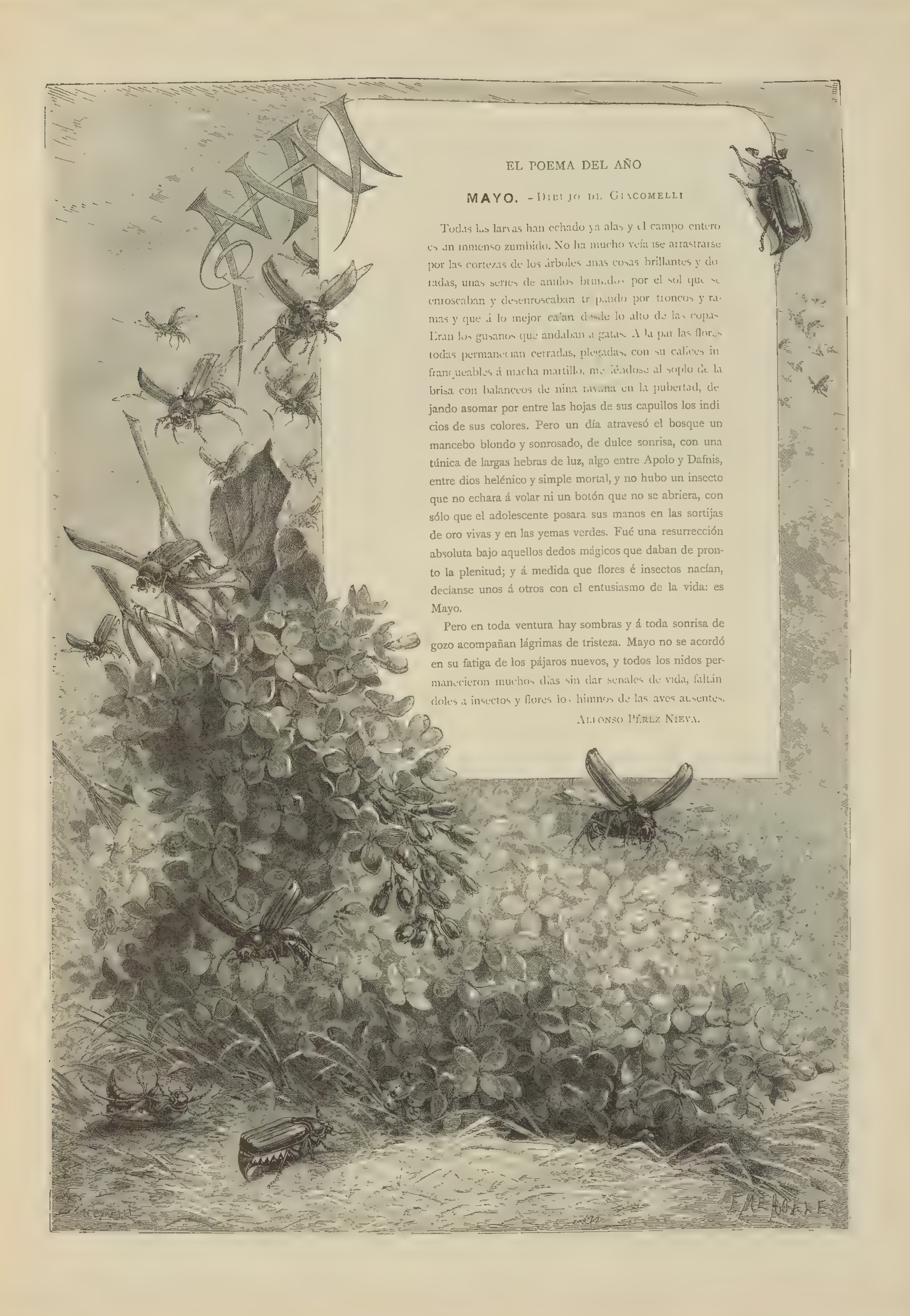
Quería redimirte y me valí del signo de nuestra redención..., de una cruz.

Recibe un cariñoso abrazo de tu tío

»Basilio.»

«P. S.—No digas en ningún sitio que las ovejas defienden á sus hijos de los ataques del lobo: se reirían de ti. El cariño maternal es grande; pero no llega á tanto...»

(Dibujos de Camps y Espinal.)



EL POEMA DEL AÑO

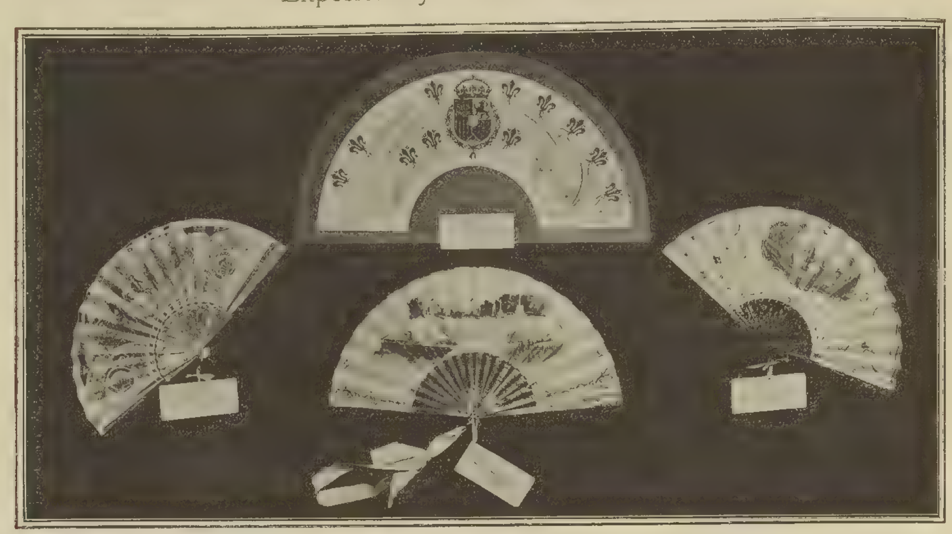
MAYO. – DIBUJO DE GIACOMELLI

Todas las larvas han echado ya alas y el campo entero es un inmenso zumbido. No ha mucho veíase arrastrarse por las cortezas de los árboles unas cosas brillantes y doradas, unas series de anillos bruñidos por el sol que se enroscaban y desenroscaban trepando por troncos y ramas y que á lo mejor caían desde lo alto de las copas. Eran los gusanos que andaban á gatas. A la par las flores todas permanecían cerradas, plegadas, con sus cálices infranqueables á macha martillo, meciéndose al soplo de la brisa con balanceos de niña [illegible] en la pubertad, dejando asomar por entre las hojas de sus capullos los indicios de sus colores. Pero un día atravesó el bosque un mancebo blondo y sonrosado, de dulce sonrisa, con una túnica de largas hebras de luz, algo entre Apolo y Dafnis, entre dios helénico y simple mortal, y no hubo un insecto que no echara á volar ni un botón que no se abriera, con sólo que el adolescente posara sus manos en las sortijas de oro vivas y en las yemas verdes. Fué una resurrección absoluta bajo aquellos dedos mágicos que daban de pronto la plenitud; y á medida que flores é insectos nacían, decíanse unos á otros con el entusiasmo de la vida: es Mayo.

Pero en toda ventura hay sombras y á toda sonrisa de gozo acompañan lágrimas de tristeza. Mayo no se acordó en su fatiga de los pájaros nuevos, y todos los nidos permanecieron muchos días sin dar señales de vida, faltándoles á insectos y flores los himnos de las aves ausentes.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

Exposición y tómbola de abanicos



Abanicos regalados por S. M. el rey D. Alfonso XIII, por S. M. la reina D.ª María Cristina, por S. A. R. la Infanta Isabel, y por SS. AA. RR. los Príncipes de Asturias

La Junta de damas del Asilo Naval Español de esta ciudad, con el objeto de allegar fondos con que atender á las necesidades de tan benéfica institución, ha organizado la exposición y tómbola de abanicos que actualmente se celebra en el Palacio de Bellas Artes.

La noble iniciativa de la citada Junta se ha visto coronada por un éxito brillantísimo, que se manifiesta en los cuatro mil abanicos que en la exposición figuran y entre los cuales se ven ejemplares de todas clases, desde el más humilde al más rico, de hermosas telas y preciosos varillajes unos, otros con valiosísimos autógrafos, y muchos con versos y pinturas de los más reputados literatos y artistas.

Los salones en donde la exposición se verifica y cuyo decorado ha corrido á cargo del notable artista Sr. Utrillo, están adornados en su parte alta con banderas, guirnaldas y grupos de remos y de salvavidas; y en la parte baja de los muros y en varias vitrinas hay los abanicos, colocados con exquisito gusto.

Entre los que más llaman la atención merecen citarse en primera línea los enviados por la familia real, colocados en vitrina aparte, que la adjunta fotografía reproduce. El de S. M. el rey es de cabritilla y está pintado por Pascó, destacándose en él los escudos de España y de la casa de Borbón; en un ángulo se lee el siguiente autógrafo: «Nada para mí más grato que el que los huérfanos me llamen padre. – Alfonso R. H. – Barcelona, 12 de abril de 1904.».

El de S. M. la reina madre es también de cabritilla y tiene pintados los palacios de Riofrío y de Aranjuez.

Los de SS. AA. RR. los príncipes de Asturias é infanta Isabel son igualmente de cabritilla con primorosas pinturas.

Se esperan otros de otras personas reales, como S. M. el rey de Portugal y S. A. la infanta doña Paz.

Notables son también los regalados por el señor presidente del Consejo de Ministros D. Antonio Maura, por el Sr. Fastenrath, por los círculos aristocráticos de Barcelona, los pintados por Antonio Utrillo, Dumont y Vehil, Soler y Rovirosa, Carlos Vázquez, José Navarro, A. Tolosa, Visitación Ubach, J. Vancells, A. Ferreras, J. Fortuny, Luis Labarta, José Cusachs, Luis Masriera, Dionisio Baixeras, J. Pahisa, José María Marqués, C. Hoyos, Mas y Fondevila, los enviados por el pintor Sorolla, por D. Juan Valera, por la Sra. Tubau de Palencia y otros muchos que sería prolijo enumerar.

La tómbola se ve concurridísima todas las tardes, dándose cita en ella la mejor sociedad barcelonesa y un numeroso público que coadyuva con su óbolo á esa obra filantrópica, cuyos resultados, á juzgar por los obtenidos hasta ahora, serán á no dudarlo brillantísimos, justificándose así una vez más que todas nuestras clases sociales responden solícitas á cuantos llamamientos en nombre de la caridad se les dirigen.

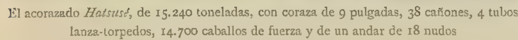
Las señoras que componen la Junta de damas del Asilo Naval merecen un aplauso entusiasta por la empresa benéfica que con tanto éxito han realizado, aplauso que se complace en tributarles desde sus columnas La Ilustración Artística. – X.



Las señoras de la Junta de damas del Asilo despachando papeletas de la tómbola

Crónica de la guerra ruso-japonesa




El acorazado *Hatsusé*, de 15.240 toneladas, con coraza de 9 pulgadas, 38 cañones, 4 tubos lanza-torpedos, 14.700 caballos de fuerza y de un andar de 18 nudos


El crucero *Yoshino*, de 4.225 toneladas, con 12 cañones, 5 tubos lanza-torpedos, 15.967 caballos de fuerza y de un andar de 23 nudos

BUQUES DE GUERRA JAPONESES QUE SE FUERON Á PIQUE EN EL ATAQUE DE PUERTO ARTHUR DEL 16 DE LOS CORRIENTES

El impetuoso movimiento de avance por la Mandchuria, que tan brillantemente iniciaron los japoneses el día 1.° de este mes y que parecía habría de proseguir en lo sucesivo, si no de una manera tan rápida, por lo menos de un modo continuado, está actualmente en suspenso, no siendo esta suspensión consecuencia del plan de sus generales (en cual caso no tendría importancia alguna), sino, por el contrario, impuesta por las circunstancias y por la actitud de los rusos, que de algunos días á esta parte han abandonado, al parecer, su actitud extremadamente defensiva y su, para ciertos espíritus demasiado impresionables, alarmante pasividad.

El día 18 de mayo, en efecto, los cosacos atacaron á los destacamentos japoneses que habían sido enviados al Norte de Feng-Hoang-Cheng, desalojándolos sucesivamente de todas sus posiciones después de seis horas de combate. A consecuencia de esta acción que, por otra parte, fué poco sangrienta, todos los efectivos sueltos del ejército del general Kuroki y una columna que se dirigía hacia el Liao-Yang por el Norte y el Oeste de Feng Hoang-Cheng, que se hallaban amenazados de ver cortadas sus comunicaciones con el grueso de sus fuerzas, han tenido que replegarse en la plaza últimamente citada. Esta ha sido fortificada sólidamente por los japoneses, que harán de ella la base de sus ulteriores operaciones. Dícese que el cuerpo principal japonés consta de 80.000 hombres, pero se cree que en breve será reforzado con las tropas que han desembarcado en Ta-Ku-Chan, al Oeste de la Mandchuria, no lejos de la desembocadura del Yalú.

Un destacamento de cosacos de la brigada de Transbaikalia salió el día 20 al encuentro de los japoneses que acababan de desembarcar en Ta-Ku-Chan, y les presentó combate sin tener en cuenta la superioridad numérica del enemigo; y en la región del Sur del Yalú, otro destacamento también de cosacos, perteneciente sin duda al cuerpo cuya presencia se ha señalado en Corea, ha capturado un convoy japonés de víveres y municiones.

Además, todos los días hay encuentros entre los 4.000 cosacos que al mando del general Mitchenko se encuentran delante de Liao-Yang, para estar en contacto con las avanzadas del ejército japonés.

Todos estos hechos carecen ciertamente de importancia, pero son síntomas muy significativos, pues parecen iniciar un nuevo rumbo en el curso de las operaciones, y cuando menos, indican que la marcha de los japoneses empieza á tropezar con obstáculos que hasta ahora no se habían presentado, no siendo de los menores la persistencia de las lluvias que ponen intransitables los caminos, dificultando sus movimientos y sobre todo el transporte de la artillería. Además, téngase en cuenta que los japoneses, á medida que avanzan se van debilitando, á causa de las fuerzas que detrás de ellos han de dejar para mantener expeditas sus comunicaciones, cada vez más extensas; al paso que los rusos ven aumentar las suyas, no sólo con los refuerzos que diariamente les lleva el ferrocarril transiberiano, sino también con los contingentes que van desalojando los territorios de la Mandchuria, antes ocupados por ellos y ahora por las tropas de Kuroki.

No deja de ser asimismo significativa la actividad de las fuerzas de tierra y navales encerradas en Puerto Arthur. La guarnición de esta plaza realizó hace algunos días una salida, logrando romper la línea de los japoneses y rechazándoles á alguna distancia de la ciudad. También han salido de la rada, cuya entrada no estará, por consiguiente, tan obstruída como los japoneses suponen, el crucero *Novik* y 16 torpederos, que el mismo día en que perdió la escuadra del almirante Togo el acorazado *Hatsusé* y el crucero *Yoshino*, fueron en persecución de los buques enemigos, los cuales emprendieron la retirada, no sin hacer varios disparos contra sus perseguidores. La flotilla rusa regresó al puerto sin haber experimentado ninguna baja.

Las informaciones relativas á los víveres reunidos en Puerto Arthur son contradictorias, pero por la bahía del Pigeon reciben continuamente los sitiados gran cantidad de ellos, conducidos en juncos chinos. Lo que escasea, al parecer, en la plaza es el carbón, si bien esto no constituye una gran contrariedad desde el momento en que la actividad de la escuadra es muy limitada.

Los trabajos de reparación de los buques que han sufrido averías en los distintos combates navales adelantan tan rápidamente, que salvo el *Tsarevitch* y el *Retvisán*, que estarán listos para el 1.° de junio, todos los demás están dispuestos para entrar en acción. Los fuertes de la parte de tierra están terminados y en estado de resistir los más violentos ataques.

En Dalny quedan muy pocos soldados, pues casi toda la guarnición ha sido trasladada á Puerto Arthur, no quedando más medio de defensa en aquella plaza que los torpedos flotantes y de otros sistemas colocados en el puerto.

También ha sido reforzado Puerto Arthur con las guarniciones de Talien-Wan y King-Cheu. Entre la plaza y las tropas rusas se ha establecido un servicio de estafetas, gracias al cual el general Kuropatkine recibe constantemente noticias de aquélla.

Según parece, en el ataque del día 16 contra Puerto Arthur, en el que los japoneses perdieron el acorazado *Hatsusé* y el crucero *Yoshino*, sufrió graves averías otro crucero acorazado, el *Kasuga*, que ha tenido que ser remolcado hasta Sasebo, en cuyo arsenal se le harán las reparaciones necesarias.

El contraalmirante Togo, hermano del vicealmirante, comandante en jefe de la escuadra japonesa, después de haber destruído varios torpedos, entró el 17 en la bahía de King-Cheu, bombardeando la ciudad y causando en ella algunos daños, aunque de escasa consideración. King-Cheu está situada en la costa occidental de la península de Liao-Tung, á poca distancia de Puerto Arthur; y la presencia en su bahía de la escuadra del contraalmirante Togo se relaciona con el sitio de aquella importante plaza rusa.

Los rusos han tenido un nuevo contratiempo: el crucero protegido *Bogatyr*, uno de los cuatro buques que componen la escuadra de Vladivostok, encalló á causa de la niebla en unas rocas próximas al puerto, habiendo resultado inútiles, según parece, todos los trabajos intentados para ponerlo nuevamente á flote, en vista de lo cual ha sido volado después de haber sacado de él toda la artillería. La pérdida de este buque reduce á tres el número de los que componían aquella escuadrilla. El *Bogatyr* era un crucero no acorazado, de un andar de 23 nudos y muy parecido al *Varyag*, echado á pique en Chemulpo en 9 de febrero.

El general Zassulicht, á quien se atribuye buena parte de culpa de la derrota que sufrieron los rusos el día 1.° por no haber obedecido las órdenes de Kuropatkine, ha sido destituído por el tsar y reemplazado por el general Keller, ex gobernador de Ekaterinoslav.

Los japoneses no cejan en su sistema de espionaje: hace pocos días fueron detenidos en Cronstadt, en un buque carbonero inglés, varios japoneses alistados como tripulantes, y uno de los cuales resultó ser un coronel. Posteriormente lo fueron en Vorogda, en la línea férrea de Moscou á Iaroslav, dos espías que confesaron su propósito de destruir los trenes de municiones en el itinerario ordinario del Extremo Oriente. Y se dice que también lo han sido otros varios en las islas del golfo de Finlandia.

Varias correspondencias publicadas en los periódicos rusos dan curiosos detalles acerca de la sorprendente organización del espionaje japonés. Un ruso, en el momento de embarcarse en Nagasaki á raíz de la ruptura de hostilidades, encontró en el muelle á un oficial japonés, á quien reconoció en seguida por haberle visto de mayordomo á bordo de un acorazado ruso hasta últimos del año pasado. Otra carta refiere que varios ingenieros que habían servido en el ferrocarril de la Mandchuria eran agentes del ministerio de la guerra japonés, que apenas regresados á su país fueron á ocupar sus destinos en el ejército y en la marina. Dícese también que entre los chinos empleados en las obras de las fortificaciones de Puerto Arthur había una porción de oficiales japoneses.

Según un telegrama de Londres, los contratiempos últimamente sufridos por los japoneses han producido en aquella capital honda impresión; una parte de la prensa londinense comienza á sentir cierta alarma ante las consecuencias posibles de los reveses del Japón, y periódico hay, como la *Pall Mall Gazette*, que trata de hacer comprender al gobierno inglés que no puede, sin quebrantar la neutralidad, permitir el paso de la escuadra rusa del Báltico por los Dardanelos, imponiéndose al Sultán, si es preciso, y dejándose de protestas platónicas que de nada servirían.

A propósito de Turquía, consignaremos el rumor de que se han hecho eco algunos periódicos y según el cual la Sublime Puerta había encargado en el extranjero la construcción de varios buques de guerra con el propósito de auxiliar á Rusia contra el Japón; pero tales rumores han sido categóricamente desmentidos. —R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. AVANCE DE LOS JAPONESES HACIA LA MANDCHURIA. La guardia imperial japonesa pasando un vado del Yalú con agua hasta la cintura



GUERRA RUSO-JAPONESA. — AVANCE DE LOS JAPONESES HACIA LA MANDCHURIA. Infantería y transportes japoneses pasando el río Yalú por un puente de barcas



GUERRA RUSO-JAPONESA. – AVANCE DE LOS JAPONESES HACIA LA MANDCHURIA. (Fotografías de R. L. Dunn.)

1. Tropas japonesas marchando hacia el río Yalú. – 2. Una acémila recalcitrante. – 3. Infantería japonesa dirigiéndose á Ping-Yang

NUESTROS GRABADOS

La siesta, cuadro de Bastien Lepage.—Han trabajado rudamente toda la mañana, y á la hora de la siesta, terminada la frugal comida, él se tendió sobre la hierba recién segada, mientras su compañera vela, entregada tal vez, aunque despierta, á dulces ensueños. En el fondo álzanse los montones de heno y se distingue la aldea, todo ello cobijado por un cielo de diafanidad purísima é iluminado por el radiante sol de estío. Cuando se expuso este lienzo, que hoy figura en el museo parisiense del Louvre, en el Salón de París de 1878, fué una verdadera revelación del artista. «Ese horizonte - dijo de él un eminente crítico - inundado por las claridades iguales de un hermoso día, es realmente admirable, y de todos los cuadros del Salón, inclusos los religiosos, esta composición es seguramente la que encierra más hondo pensamiento.» Otro crítico, no menos eminente, dijo á su vez: «Nunca había logrado Bastien Lepage un tono tan fino, tan justo; hay en este lienzo una armonía de valores y de colores á la que parece difícil poder añadir nada. Es un verdadero encanto para los ojos, y desde este punto de vista, el paisaje no vale menos que las figuras. El modelado á plena luz es de un vigor sorprendente; la cabeza y los brazos sobre todo de la mujer son de una ejecución maravillosa, y la estructura de su cuerpo está admirablemente observada, adivinándose sus líneas al través de las ropas.» Bastien Lapage murió joven, á la edad de treinta y seis años, y su carrera artística fué cortísima, puesto que propiamente sólo abarcó el período de 1874 á 1884; pero fué también brillante, tanto que aun hoy día, cuando se trata de precisar el carácter de la escuela que ha puesto su ideal en el estudio de la naturaleza y que quiere al propio tiempo emocionar con la realidad del espectáculo, su nombre acude á los labios para ser pronunciado con respeto y admiración, como el de un maestro y un precursor.

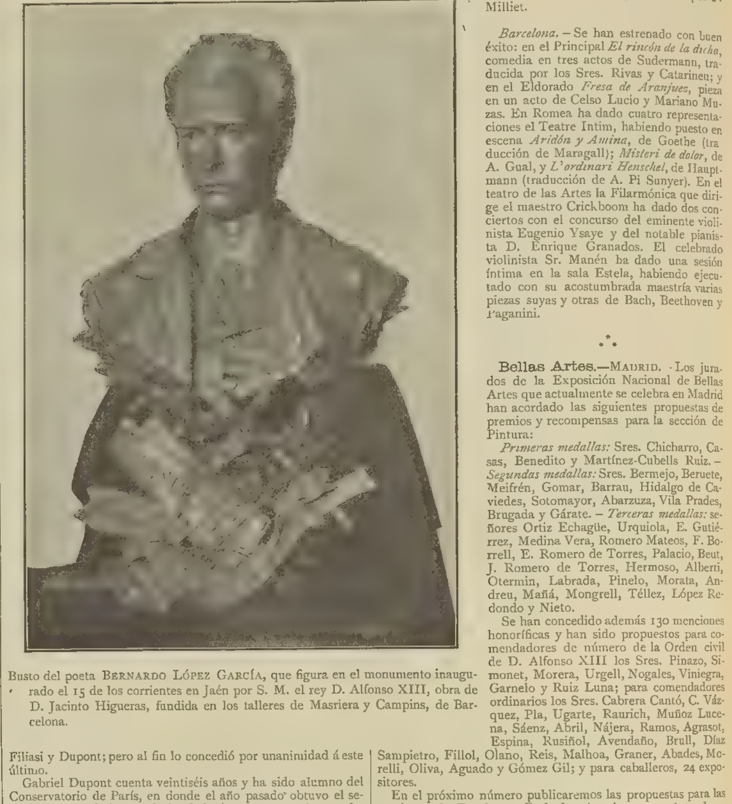
***

El compositor Gabriel Dupont.—Desde hace algún tiempo, la conocida casa editorial de música Sonzogno, de Milán, organiza á intervalos de cuatro ó cinco años concursos de óperas en un acto, en uno de los cuales, como se recordará, fué premiada *Cavalleria rusticana*, del maestro Mascagni, que ha dado, por decirlo así, la vuelta al mundo. Hasta ahora, sin embargo, estos concursos eran exclusivamente para compositores italianos; pero el verificado últimamente, y cuyo fallo se ha emitido el día 20 de los corrientes, tenía carácter internacional. El reglamento del mismo se publicó en diciembre de 1901 y el plazo para la admisión de las partituras terminó en 30 de junio de 1903. El jurado se compuso de los siguientes maestros: Massenet, presidente, representante de Francia; Humperdinck, de Alemania; Jan Blockx, de Bélgica y de los Países Bajos; Hameric, de Escandinavia; Bretón, de España; Cilea, Campanini y Galli, profesor del Conservatorio de Milán y secretario general del Concurso, en representación de Italia. El número de composiciones recibidas ascendió á 237, cuya lectura se repartieron los ocho miembros del jurado, los cuales habían de escoger las tres mejores, en su concepto, de las que les habían correspondido. Reunidos los jurados en octubre último en Milán, procedieron á un trabajo de selección entre las veinticuatro obras así escogidas para designar de común acuerdo las tres que merecían los honores de la representación, habiendo al fin sido elegidas: *Il domino azzurro*, de Franco da Venezia, de Venecia;



El compositor francés GABRIEL DUPONT, autor de la ópera en un acto *La Cabrera*, que ha obtenido el premio de 50.000 francos en el último concurso celebrado por la casa editorial de música Sonzogno, de Milán.

Manuel Menéndez, de Lorenzo Filiaso, de Nápoles; y *La Cabrera*, de Gabriel Dupont, de París. Por este mismo orden fueron puestas en escena, primero en un ensayo general, todas en un mismo día, y luego sucesivamente en los días 14, 15, 16, 17, 18 y 19 de este mes. Desde el ensayo general, la lucha quedó circunscrita entre *Manuel Menéndez* y *La Cabrera*: en la primera se aplaudieron sobre todo los efectos musicales, los conjuntos ruidosos y las cualidades teatrales; en la segunda vió el público una obra dramática de un orden más elevado, más poética, más profundamente musical. Según parece, el jurado estuvo vacilante antes de emitir su fallo, y aun se dijo que el premio de 50.000 francos se repartiría por igual entre los señores



Busto del poeta BERNARDO LÓPEZ GARCÍA, que figura en el monumento inaugurado el 15 de los corrientes en Jaén por S. M. el rey D. Alfonso XIII, obra de D. Jacinto Higueras, fundida en los talleres de Masriera y Campins, de Barcelona.

Filiasi y Dupont; pero al fin lo concedió por unanimidad á este último.

Gabriel Dupont cuenta veintiséis años y ha sido alumno del Conservatorio de París, en donde el año pasado obtuvo el segundo premio de Roma. Se ha dado á conocer con algunas delicadas composiciones sinfónicas, tituladas *Poeme d' automme*, *Jour de Eté*, *Heures dolentes*. Actualmente se encuentra gravísimamente enfermo en la isla Hyeres.

El libreto de *La Cabrera* es de Enrique Caín, el autor de los libretos de las óperas *La Navarraise*, *Cendrillon* y *Saffo*, de Massenet; está escrito en prosa y desenvuelve un argumento español de asunto sencillo é interesante.

***

Busto de Bernardo López García, obra de Jacinto Higueras.—Durante su estancia en Jaén, inauguró S. M. el rey D. Alfonso XIII el monumento que aquella ciudad andaluza ha erigido á la memoria de su hijo preclaro, el inspirado poeta Bernardo López García. El busto que en dicho monumento figura, original del joven escultor D. Jacinto Higueras, es una obra digna de alabanza bajo todos conceptos, así por la expresión que ha sabido imprimir en el rostro y que sintetiza el vigor, la fogosidad del ilustre autor de *El Dos de Mayo*, como por la corrección y clásica severidad del modelado y por el acierto en combinar los atributos accesorios que al pie del busto figuran. Jacinto Higueras, que en la actualidad cuenta sólo veinticinco años, nació de familia humilde en Santisteban del Puerto (provincia de Jaén), y desde muy niño demostró aficiones y aptitudes artísticas. A fuerza de sacrificios logró trasladarse á Madrid, en donde tuvo por maestro á Mariano Benlliure, que le profesa especial afecto y tiene cifradas en él grandes esperanzas. En 1899 obtuvo un premio en la Exposición Nacional de Bellas Artes. Está subvencionado por la Diputación Provincial de Jaén, pero con subvención tan exigua que muchas veces tiene que trasladarse á su pueblo natal porque la escasez de sus recursos no le permite vivir en la corte. En su estudio se ven numerosos trabajos, bustos, medallones, relieves, bocetos, etc., todos los cuales revelan el talento de un artista á quien está de seguro reservado un brillante porvenir.

El monumento á López García se debe en gran parte á los esfuerzos entusiastas de D. Eduardo Claver y Nieto, notable periodista y catedrático de la Escuela Normal de Maestros de Jaén.

***

Recuerdo del Cantábrico, cuadro de Andrés Larraga.—Nueva ocasión nos ofrece el laborioso pintor Andrés Larraga para que al reproducir una de sus obras consignemos el lisonjero concepto que nos merece. Trátase de un paisaje acuático de nuestras provincias del Norte, recuerdo de una de sus artísticas excursiones, fresco y jugoso cual todos los que produce, y agradable y simpático por su singular entonación, que le presta poético encanto.

MISCELÁNEA

Teatros.—*París.* - En el teatro de la Renaissance se ha estrenado con muy escaso éxito el drama de Pérez Galdós *Electra*, traducido por P. Milliet.

Barcelona. - Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El rincón de la dicha*, comedia en tres actos de Sudermann, traducida por los Sres. Rivas y Catarineu; y en el Eldorado *Fresa de Aranjuez*, pieza en un acto de Celso Lucio y Mariano Muzas. En Romea ha dado cuatro representaciones el Teatre Intim, habiendo puesto en escena *Aridón y Amina*, de Goethe (traducción de Maragall); *Misteri de dolor*, de A. Gual, y *L'ordinari Henschel*, de Hauptmann (traducción de A. Pi Sunyer). En el teatro de las Artes la Filarmónica que dirige el maestro Crickboom ha dado dos conciertos con el concurso del eminente violinista Eugenio Ysaye y del notable pianista D. Enrique Granados. El celebrado violinista Sr. Manén ha dado una sesión íntima en la sala Estela, habiendo ejecutado con su acostumbrada maestría varias piezas suyas y otras de Bach, Beethoven y Paganini.

***

Bellas Artes.—MADRID. - Los jurados de la Exposición Nacional de Bellas Artes que actualmente se celebra en Madrid han acordado las siguientes propuestas de premios y recompensas para la sección de Pintura:

Primeras medallas: Sres. Chicharro, Casas, Benedito y Martínez-Cubells Ruiz. - *Segundas medallas:* Sres. Bermejo, Beruete, Meifrén, Gomar, Barrau, Hidalgo de Caviedes, Sotomayor, Abarzuza, Vila Prades, Brugada y Gárate. - *Terceras medallas:* señores Ortiz Echagüe, Urquiola, E. Gutiérrez, Medina Vera, Romero Mateos, F. Borrell, E. Romero de Torres, Palacio, Beut, J. Romero de Torres, Hermoso, Alberti, Otermin, Labrada, Pinelo, Morata, Andreu, Mañá, Mongrell, Téllez, López Redondo y Nieto.

Se han concedido además 130 menciones honoríficas y han sido propuestos para comendadores de número de la Orden civil de D. Alfonso XIII los Sres. Pinazo, Simonet, Morera, Urgell, Nogales, Viniegra, Garnelo y Ruiz Luna; para comendadores ordinarios los Sres. Cabrera Cantó, C. Vázquez, Pla, Ugarte, Raurich, Muñoz Lucena, Sáenz, Abril, Nájera, Ramos, Agrasot, Espina, Rusiñol, Avendaño, Brull, Díaz Sampietro, Fillol, Olano, Reis, Malhoa, Graner, Abades, Morelli, Oliva, Aguado y Gómez Gil; y para caballeros, 24 expositores.

En el próximo número publicaremos las propuestas para las secciones de Escultura, Grabado, Arquitectura y Arte decorativo.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 367, POR F. DUBBE.

NEGRAS (13 piezas)

BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 366, POR R. BRAUNE.

Blancas.	Negras.
1. D d 7 - d 8	1. D a 6 - a 1
2. D d 8 - g 8 jaq.	2. C d 6 - f 7 mate.

VARIANTE.

1..... Otra jugada; 2. D d 8 - g 5 jaq., C d 6 - f 5 mate.



La hermosa dama se arrodilló

LA NOVELA DE UN VIUDO

DE SALVADOR FARINA

ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONTINUACIÓN)

Cuando llegamos á una pequeña explanada detrás del Parque, que había sido escogida para el lance, Luciano se apoyó en mí al bajar del coche como para desentumecerse, y me repitió aquella frase que yo no me había podido explicar todavía: «Tengo miedo.»

Le miré con fijeza; sostuvo mi mirada sin ruborizarse, sonrió con sonrisa desgarradora, y señalando á Anselmo, que estaba algo retirado con sus padrinos, dijo:

—Necesito vivir, y ese hombre no me ha hecho nada.

«Necesito vivir:» no era esta la primera vez que pronunciaba tan misteriosas palabras.

Anselmo parecía poner un cuidado especial en no encontrar mi mirada. También estaba pálido, pero no tenía esa expresión de disgusto y de dolor que daba á las severas líneas del rostro de Luciano un sello tan singular.

Colocáronse los adversarios frente á frente; se les entregaron los sables y se dió la señal... Anselmo no aguardó un momento, y arremetiendo con repentino ímpetu á su rival, comenzó á asestasle ciegamente golpes formidables: al choque, Luciano dió un paso atrás, y en seguida fué parando con admirable sangre fría aquel diluvio de sablazos. Cesado el primer impulso de Anselmo, los combatientes se quedaron breve rato inmóviles para empezar de nuevo la lucha.

La mañana estaba fría y brumosa; el hálito de aquellos dos cuerpos hechos para amarse y que, sin embargo, estaban á punto de arrancarse la vida, se confundía en el helado ambiente.

Desde el primer asalto observé que Luciano era mucho mejor tirador que Anselmo; pero que éste reemplazaba la seguridad del golpe de vista con la fuerza hercúlea del brazo, y el ímpetu con que atacaba le hacía sumamente peligroso.

Anselmo atacaba y Luciano se defendía, tan indomable el uno como el otro. Este terrible juego duró algunos minutos; si el intento de Luciano consistía, según me parecía, en cansar con la defensiva á su adversario, no podía fallar. Anselmo pareció también repararlo, porque hubo un momento en que vagó por sus labios una horrible sonrisa como el relámpago que precede á la nueva furia de la tempestad, y en seguida sus golpes fueron más frecuentes y vigorosos.

Luciano volvió á dar otro paso atrás para afirmarse en la defensiva, pero no con la rapidez suficiente para evitar que la punta del sable de Anselmo le rozase levemente el brazo. Al sentirse herido dió un ligero grito y respondió rápidamente, y entonces Anselmo, que, ciego de rabia, había avanzado, se detuvo y vaciló, mientras Luciano, sumamente pálido, apoyaba su arma en el suelo.

Fué cosa de un momento: Anselmo se pasó la mano por la frente, la retiró ensangrentada y gritó:

—No es nada; prosigamos.

Pero la sangre que le brotaba de la herida le obscureció la vista y le obligó á detenerse.

Mucho antes de que ninguno de nosotros hubiese podido acudir en auxilio del herido, Luciano arrojó el sable lejos de sí, corrió á su adversario y logró sostenerlo en sus propios brazos, denotando en su faz entristecida la compasiva solicitud de un hermano. Pareciónos tan grande, tan noble, tan bello en aquel instante, que la admiración fué mayor que la piedad y nos quedamos momentáneamente inmóviles contemplándole.

Transportamos al herido al coche, donde el médico le vendó la frente y después el brazo de Luciano.

—¿Es grave la herida?, preguntó éste sin apartar la vista del rostro de Anselmo.

—No, no es grave.

Luciano levantó los ojos al cielo sin hablar, fijólos después distraídamente en su brazo y puso su mano temblorosa en la mía.

Nos retiramos de aquel sitio y por el camino Anselmo se desmayó.

—¿Adónde lo llevamos?, preguntó el médico.

—A mi casa, contestó Luciano.

Nadie se opuso: comprendíamos y respetábamos el derecho que le daba lo profundo de su aflicción.

XXVI

El último acto del drama

Luciano y yo permanecimos todo aquel día á la cabecera del lecho de Anselmo.

Al desmayo que le causó la pérdida de sangre había sucedido poco después una calentura intensísima, acompañada de desvarío.

De nosotros dos no era yo ciertamente el más disgustado, y aunque el médico nos tranquilizó con respecto al estado de nuestro pobre amigo (ya podía yo decir *nuestro)*, todavía nos quedaba un desconsuelo, un malestar que aumentaba al oir las frases incoherentes en que prorrumpía Anselmo en su delirio.

Estábamos á uno y otro lado de la cama inmóviles y callados, nos dirigíamos insistentes miradas llenas de angustia, como pidiéndonos mutuamente la seguridad que dudábamos en abrigar.

Transcurridas algunas horas cesó la fiebre; la cara encendida del herido tornóse pálida en extremo, y un sueño profundo, que duró más de una hora, cerró sus ojos. Cuando se despertó, Anselmo vió todavía, inclinados sobre él, dos rostros afanosos, que espiaban atenta y cariñosamente un síntoma tranquilizador.

Su primer movimiento fué llevarse las manos á la frente para arrancarse la venda, pero yo lo impedí; entonces me miró por vez primera, echó una ojeada fugitiva alrededor como para pedirse cuenta de lo que había sucedido, y luego cerró los ojos.

Como yo observaba con atención todas las contracciones de su cara, me pareció que en aquel momento teñía sus mejillas un leve color; pero él no dijo nada, y nosotros, impulsados por un mismo sentimiento, nos apartamos en silencio de su lecho.

El médico, que volvió á las pocas horas, nos tranquilizó completamente: vió que la calentura había desaparecido y recomendó un reposo absoluto.

Llegada la hora de comer, Luciano quiso que le acompañase á la mesa. Tranquilizado con respecto al estado de Anselmo, me dediqué con nueva insistencia á estudiar el carácter de aquel hombre, cuyos sinsabores pasados me eran ya conocidos, pero cuyos propósitos continuaban siendo un misterio impenetrable para mí. La comida no ofreció á mi curiosidad, más hambrienta que mi estómago, otro pasto que una serie de monosílabos y de pausas; advertí, sin embargo, que al concluir mi anfitrión interrumpía con más frecuencia las pausas para vaciar el vaso como hombre distraído ó que quiere distraerse. Parecíame leer en su frente una idea importuna, pero no sabía cuál era ni me atrevía á preguntársela.

Volvimos á la habitación del enfermo, el cual conservaba la misma postura.

—¿Le parece á usted que duerme?, me preguntó Luciano en voz muy baja.

Antes de contestar me hice también la misma pregunta y contesté:

—Creo que sí.

Entonces Luciano se retiró á un rincón, y yo apoyé con precaución el codo en el borde de la cama.

Era el mes de enero y había ya anochecido. La habitación estaba obscura y silenciosa, cuando de pronto resonaron dos golpes en la puerta. Luciano salió de su rincón con la callada prontitud de un espectro, y fué á abrir, mientras mi mente reunía en un momento mil hilos de una trama interrumpida.

Entró un criado, el cual anunció en voz baja á su amo que una señora deseaba hablarle.

Vi que Luciano perdía el color al oir estas palabras y le oí contestar con voz trémula de emoción «Dile que espere,» sin comprender nada de su misteriosa actitud; en seguida salió de la habitación, haciéndome seña de que le siguiera.

Al ir á hacerlo así, miré de reojo á Anselmo, á quien creía dormido, y le vi con los ojos muy abiertos y clavados en mí. Me acerqué á él, le pregunté qué tenía, me respondió con un gemido, y en seguida cerró los ojos y movió los labios como hablando para sí. Observé todavía breve rato las contracciones de su rostro, y como me pareciera que se serenaba poco á poco, salí de puntillas.

En la sala contigua estaba Luciano esperándome; al verme, me echó los brazos al cuello y prorrumpió en sollozos.

El estupor que me causó aquel repentino movimiento cesó tan luego como le oí decirme al oído:

—¡Es ella, es ella!

Me desprendí de sus brazos, le puse una mano en el hombro y le miré con fijeza como para alentarle. El prosiguió diciendo con acento desesperado:

—¡Es ella! ¡Es mi venganza! ¡Es el sueño de todas mis noches que se realiza, más aún de lo que podía esperar, más de lo que podía desear! Habría dado todos los días que me quedan de vida por este momento; habría dado todas mis alegrías por esta alegría; habría esperado, sufrido, tenido la fuerza de sufrir y de esperar un año, diez, y ¡ahora me siento débil!

Algo de cruel, de inicuo, traslució á su mirada; se llevó una mano al pecho para comprimir su anhelo, y luego añadió con amargura designándome una puerta:

—Está ahí, me espera, es hermosa, y todo cuanto ve usted en mí es lodo. Necesito saber que está usted cerca; aguárdeme usted aquí, amigo mío.

Era la primera vez que me daba este cariñoso nombre.

Penetró en la estancia inmediata y yo me quedé inmóvil junto á la puerta; pero casi al mismo tiempo oí un paso vacilante detrás de mí, y al volverme, presencié un espectáculo horrible: vi á Anselmo, casi desnudo, con el pecho descubierto, los pies descalzos, la frente vendada, una mortal palidez en las mejillas y una amarga sonrisa en los labios.

Corrí á él, le estreché contra mi pecho, pero se desprendió de mis brazos y se encaminó tambaleando hacia la otra puerta; entonces le sujeté con todas mis fuerzas.

—¡Es ella, no me engañes!, dijo con voz afanosa: ¡quiero verla!

Y empujándome se acercó hasta el umbral.

En aquel instante llegó hasta nosotros la voz de Luciano con toda claridad, y nosotros, atisbando por un pequeño resquicio dejado por la puerta entreabierta, vimos á Luciano y á la señora Albruzzi á la luz de dos candelabros y de los leños que ardían en la chimenea.

Al oir aquella voz, al ver á entrambas personas, el celoso arrebato de Anselmo fué tan violento que se habría lanzado de un salto en la sala si mis brazos no le hubieran ceñido el cuerpo sin que lo advirtiese. Este obstáculo inesperado le quitó la fuerza de la voluntad; volvió la cabeza, me miró con expresión de angustia, y sin tratar de soltarse de mis brazos, apoyó la frente herida en la pared. Quise intentar un último esfuerzo para llevármelo de allí; pero se resistió y con ademán suplicante me indicó que guardara silencio.

* * *

Luciano estaba de pie en medio de la sala y de espaldas á nosotros; Laura tomaba asiento en aquel instante en un diván mirando con indiferencia en torno.

—¿A qué debo el honor de esta visita?, preguntó Luciano con voz algo trémula.

—Vengo á verle á usted como amiga, contestó la dama sin desconcertarse; hubo un tiempo en que éramos amigos, y desearía, siquiera por un instante, volver á aquel tiempo.

Luciano no contestó: Laura prosiguió diciendo:

—Obedeciendo á un sentimiento de compasión he venido á ver á usted: me han dicho que le habían traído á su casa gravemente herido en desafío.

—Pues la han engañado á usted.

—¿No está usted herido?

—Lo estoy, pero no gravemente.

—El cielo ha escuchado mis votos.

—Y también los míos.

Al oir estas palabras, Laura levantó sus grandes ojos y miró con cierto estupor á Luciano, que continuaba de pie é inmóvil en la actitud de un juez.

La señora Albruzzi prosiguió, sin dejar de mirarle:

—Sé por quién se ha batido usted, sé por quién ha arriesgado su vida, lo sé todo: por consiguiente, mi presencia en este sitio no debe extrañarle.

—Esperaba á usted.

¡Que me esperaba!.. La verdad es que este paso que mañana podrá parecerme sobrado ligero, hoy era para mi casi un deber. Sé todo cuanto ha padecido usted, y he contraído una deuda con usted.

El acento de Laura iba siendo más cariñoso; en sus ojos, siempre fijos, destellaba ya un incentivo.

Sentí que el cuerpo de Anselmo se estremecía en mis brazos; pero Luciano no se movió.

He contraído una deuda con usted, como causa involuntaria de su dolor, como ciego motivo del peligro que ha corrido usted, siendo yo también víctima, ¡oh sí!, víctima de mi razón.

Este arrebato de pasión sopló en el corazón de Anselmo como un huracán, pero dejó frío é impasible á aquel á quien iba dirigido.

La hermosa dama continuó:

—Me he dicho á mí misma que no puede deslizarse mi vida sin remordimientos si no obtenía el perdón de usted; que el orgullo mismo de mi conciencia debe trocarse en desaliento si no lo ha comprendido usted antes; que mi virtud no puede dedicar una palabra de consuelo á mi corazón si no se la sugiere usted, y he venido.

—¿Todo eso se ha dicho usted á sí misma?, preguntó Luciano con amargura. Pues bien: ha mentido usted una vez más: no debe usted hablarme de su virtud ni del orgullo de su conciencia, sino de su delito, de la inmundicia que mancha ese mezquino corazón. ¿Qué ha venido usted á hacer en esta casa? Tenga usted la franqueza de decirlo; responda usted: ¿qué ha venido á hacer en esta casa?.. ¡Yo se lo diré, yo!, gritó viendo que Laura vacilaba en contestar. Ahórrese usted una mentira. Ha venido usted á representar un papel aprendido de memoria, á ganar una apuesta que ha hecho usted consigo misma.

Este lenguaje impetuoso coloreó por un momento las mejillas de la hermosa dama; pero este fué el solo indicio de debilidad, y se disipó como se disipa el surco abierto por un remo en la fría superficie del agua.

—Le creía á usted más generoso, dijo meneando la cabeza melancólicamente; pero veo que me he equivocado.

Y se equivoca usted, porque en este mismo instante sigue usted contando con mi generosidad. ¿No ha pensado usted, al entrar en mi casa, donde ha hecho germinar la vergüenza y la infamia, que podría usted recoger lo que ha sembrado, la vergüenza y la infamia? ¿No ha pensado usted que el hombre á quien venía á visitar era el mismo que había usted condenado al oprobio atormentador del deseo, y no le ha pasado por la imaginación la idea de que ese hombre pudiera vengarse y apagar brutalmente su prolongada sed? Y en este mismo momento, ¿no piensa usted que está sola, en casa del hombre que ha mendigado inútilmente su amor, del hombre que ha padecido tanto, que tantas lágrimas tiene que enjugar, tantos remordimientos que sofocar? Mire usted á su alrededor; estamos solos, es usted mía y nadie podrá arrancarla de mis brazos.

Laura, después de escuchar anhelante el lenguaje impetuoso de Luciano, á quien la pasión parecía comunicar una belleza salvaje, al oir las últimas palabras se levantó con los brazos extendidos. Luciano, al observar este movimiento, corrió á la puerta de entrada, la cerró con ímpetu y se guardó la llave en el bolsillo.

—¡Y qué me importa, si te amo!, exclamó Laura.

Luciano volvió la cabeza, y la sonrisa sarcástica que le contraía los labios desapareció ante el inesperado espectáculo que se ofreció á su vista.

La bella dama, á quien se figuraba ver aterrada y temblorosa en actitud de súplica, alargaba los brazos hacia él como sirena enamorada.

Al reparar en semejante actitud se detuvo vacilante; en seguida avanzó con lentitud, mientras Laura, no viendo ó no queriendo ver aquella frialdad, repetía:

—¡Y qué me importa, si te amo y quiero pagar uno por uno tus dolores!

Una sonrisa de triunfo vagó en los labios de Luciano, aunque sin dejar en ellos rastro alguno; acercóse éste á la hermosa dama envolviéndola en una mirada amenazadora, y la obligó á retroceder algunos pasos, hasta que tropezando con el diván del que se había levantado, se dejó caer en él.

¿Qué no le importa á usted?, dijo Luciano con sordo acento. Me alegro, porque si la virtud de usted no fuese una hipocresía, sería una injuria á mi abyección, que es obra suya. ¿Qué quiere usted pagar uno por uno mis dolores? Ya era tiempo. Pero ¿los ha sufrido usted? ¿Sabe usted con cuanta voluptuosidad se paga una lágrima, con cuánto amor se ahoga un remordimiento, con cuánta vergüenza se lava una vergüenza?

¡Yo te amo!, repitió Laura temblando.

Luciano no la oyó.

¿Ha calculado usted lo que estaba á punto de hacer comparándolo con todo lo que ha hecho? Antes de fijar la mirada en el porvenir que quiere usted poner á mis pies, ¿ha vuelto atrás la vista para escudriñar las tinieblas de que ha salido usted honrada y bella, y yo contaminado, culpable, con las precoces arrugas de la vejez en las mejillas y con la garra del remordimiento en el corazón?.. Y si lo ha hecho usted, ¿cree que basta responder á todo esto: «Soy hermosa, puedo ser tuya?» ¿Lo cree usted?

—¡Yo te amo!

—¡Y yo soy un miserable!, replicó Luciano pasando de pronto de su impetuoso lenguaje á otro más sosegado y solemne. Soy un miserable, y en ningún instante de mi vida me he disimulado tan poco el horror que á mí mismo me inspiro como en el presente, y sin embargo, por debajo de mi corazón cobarde y de mi mente extraviada tras una apariencia de felicidad, está el glacial corazón de usted, está su mente que ha urdido la asechanza; por debajo de mi mancilla, hay una mancilla mas inmunda, la virtud de usted.

Anselmo, cuyas fuerzas centuplicaba el estremecimiento de la ira, se irguió en aquel punto como impulsado por un resorte, se desasió de mí mostrándome su rostro ceñudo y pareció agarrarse con las manos á la pared.

La hermosa dama sollozaba en silencio, y Luciano proseguía sin hacerle caso:

—Ser bella, ser adorada y conservarse honrada; provocar y refugiarse tras un escudo invulnerable, ¡esto es grande, es generoso! ¡Puede usted enumerar sus trofeos! ¡Puede usted llevar cuenta de las virtudes que se han inmolado á la suya, de los afectos honrados que se han extinguido por ir en pos del fantasma de su afecto, de los corazones que se han quebrantado buscando un corazón bajo esa dura epidermis!.. Hogar, cariño, familia, porvenir; yo tenía todo eso; pero ha lanzado usted su soplo letal sobre ese mundo encantado, y el encanto ha desaparecido. Una mañana me alumbró el primer rayo del sol mientras yo estaba con los brazos sobre su cadáver, con los labios sobre dos labios helados, con el corazón sobre un pecho inmóvil y mudo, y la naturaleza indiferente me dijo que me despertaba entonces de un largo sueño, que el pasado había sido una ilusión. Luego, por espacio de un año interminable, mientras todas las demás voces parecían haber enmudecido y no existían, una voz rugía de continuo dentro de mí, voz que era mi odio, y entonces, como hoy, me decía: «Has caído, eres culpable; *ella* se ha conservado pura, *ella* ha continuado siendo virtuosa!» Por espacio de mucho tiempo he creído que podía añadir algo al desprecio que siento por usted, arrancándole á la fuerza lo que constituye la hipocresía de su orgullo, por vituperarla á usted me habría rebajado hasta vituperarme; pero he abierto los ojos y cambiado de propósito; la dejo libre; ¡no sé qué hacer de usted!

Así diciendo y sin dejar pasar un momento entre la palabra y la acción, Luciano abrió la puerta que había cerrado con llave.

Hasta entonces Laura no había hecho más que llorar; pero al oir la última ofensa, lanzó un grito y se puso pálida de vergüenza.

—¡Piedad, piedad, Luciano!, exclamó conmovida; no te lo he dicho todo, no te he dicho que padezco, que estoy dispuesta á aceptar todo cuanto proceda de ti, hasta tu desprecio, con tal que me dejes la esperanza de poder llegar hasta tu corazón; te he dicho que te amo, pero no te he dicho todavía cuánto te amo.

—¡Miente usted!, contestó Luciano bruscamente: ¡no es el amor el que habla en usted, sino la vergüenza!

La voz de Luciano, al decir estas palabras, no tenía ya la anterior firmeza; se despejó su rostro y adquirió poco á poco una expresión extática; yo, que le miraba con atención, temí que se dejase llevar de alguna debilidad.

Laura debió sin duda pensar lo mismo, porque se levantó, dejando caer el manto que la cubría, y se acercó á Luciano, bella con todas las seducciones de las formas y de la pasión.

Luciano la detuvo extendiendo el brazo, sin mirarla y con el ademán tranquilo y solemne de un fantasma. La hermosa dama se arrodilló y clavó los ojos en él.

Luciano apartó los ojos con horror, y como ella hiciera un movimiento para levantarse, le gritó con acento imperioso:

—¡No se acerque usted á mí! ¿Acaso no la ve usted entre los dos, no advierte usted su presencia en el aire que respira? No se acerque usted; su víctima está aquí y la mira; yo la veo... ¡Leticia, Leticia mía!

Imposible es describir el terror que se pintó en el rostro de Laura al oir aquel nombre; yo mismo contuve la respiración como si esperase ver aparecer en el espacio vacío las formas fantásticas de una visión.

Por el movimiento que hizo Laura al levantarse, comprendí que aquel sitio le causaba horror; cruzó la habitación con vacilante paso, cogió el manto con una mano y salió mirando atrás medrosamente.

Anselmo, adivinando su intención, se arrancó del sitio en que estaba sin darme tiempo para contenerlo; corrí tras él; atravesó dos habitaciones con el ímpetu de un tigre que se arroja sobre su presa, y llegó á la antecámara en el momento en que Laura llegaba también á ella por la parte opuesta.

Laura, al verle, dió un grito y vaciló como si le faltasen las fuerzas; pero se recobró en seguida, y

ahogando un gemido, abrió la puerta de entrada y huyó con la cabeza baja.

Al mismo tiempo desfalleció la energía que hasta entonces había sostenido á Anselmo, que cayó sin sentido en mis brazos.

XXVII

¡Rivales!

Más terrible que el afán que calcula y mide es la desconfianza que olvida.

Siguióse una serie de días tristes y de noches en vela cuyo número no puedo recordar y cuya desesperadora monotonía no reaparece en mi mente sino como me pareció atravesarla, entera en el espacio y en el tiempo.

Eran días tristes y noches en vela; pero esta separación que hoy hago con la imaginación, se confundía entonces en una alternación siempre igual, siempre nueva, siempre afanosa de fantasías desesperadas, no interrumpidas siquiera por las comidas melancólicas y por los sueños brevísimos, y á las que hacían más desconsoladoras los escasos intervalos de una esperanza postrera.

Los mismos sueños que me era dado conciliar no hacían más que colorear con tintas pavorosas la causa de mi duelo, y tan luego como cerraba los ojos al espectáculo doloroso de la realidad, mi mente, acostumbrada á aquellas imágenes, reproducía sus contornos, y me mostraba, dentro del mismo marco de sombras y de silencio, un lecho contiguo al mío y en aquel lecho las facciones desencajadas y los brazos descarnados de un enfermo, y en aquel enfermo las ruinas del que había sido mi amigo Anselmo.

Mientras el dolor de la herida y el más atroz del corazón lo tuvieron en una postración física y moral, dí fe á las palabras del médico, que nos decía que estaba próxima la reacción de la naturaleza; pero cuando, cicatrizada ya la herida de la frente, tuve la certidumbre de que la naturaleza, para sacar al enfermo de aquel sopor, no había encontrado otra cosa mejor que el desvarío y el delirio, mi confianza se trocó en desconsuelo.

Muchas veces, durante aquellas horas interminables en que, inclinado sobre la almohada de Anselmo, procuraba escuchar sus frases incoherentes para descubrir en ellas un destello de razón, mi oído, avezado al silencio, percibía en la estancia contigua rumor de leves pasos que se acercaban hasta el umbral y se alejaban inmediatamente después, y mi corazón angustiado apreciaba con lástima la angustia de otro corazón puesto á prueba con bastante más dureza que el mío. Y á veces, mientras yo analizaba las señales que un enemigo desconocido imprimía en el rostro del pobre enfermo, otra figura de hombre, pálida, desmedrada, macilenta, asomaba por un momento en el hueco de una puerta, dirigía una mirada á aquella desolación y elevaba los brazos al cielo. Y yo me separaba de la cabecera del enfermo y me acercaba á aquel hombre para decirle al oído, sin esperanza: «Esperemos, Luciano, esperemos.»

El desdichado no me oía, y sin desviar los temerosos ojos del lecho de Anselmo, me preguntaba con voz ahogada: «¿Cree usted que me conocerá?,» y como mi respuesta no le daba una seguridad completa, bajaba la cabeza y permanecía largo rato inmóvil en la puerta, y luego se retiraba sin decir una palabra.

Transcurrieron días tristes y noches en vela, y continuaban las sombras que se prolongaban en el pavimento y trepaban por las paredes de una cámara melancólica; y los tétricos silencios de la noche, cuyo horror interrumpían y acrecían las descompuestas frases del delirio; y las abrumadoras pesadillas, y las fantasías pavorosas, y las agonías del espíritu intranquilo, y en medio de todo esto, la imagen espantada de Luciano, que semejaba un espectro agitado de remordimientos.

Aun cuando se mantenía aparte y no me hablaba de su pena y se esforzaba por disimularla para no afligirme, demasiado comprendía yo lo que pasaba en su corazón y compartía en gran parte su tormento.

A veces se acusaba abiertamente de haber sido causa de la desventura de Anselmo, de haberle arrancado, junto con el vigor del cuerpo y quizás con la vida misma, el vigor del alma, de haber mutilado en su espíritu una ilusión, de haberlo sacrificado al egoísmo de su propia venganza. Y como es muy raro que, en los grandes desfallecimientos del corazón, la razón no se haga cómplice de la tortura, se había inducido poco á poco á destruir con la reflexión los argumentos que el corazón le había sugerido para mantenerlo en su propósito.



Anselmo no aguardó un momento, y arremetiendo con repentino ímpetu á su rival...

Una vez me dijo con el desaliento de una convicción profunda:

—Yo le he matado; yo he destruído su corazón; yo me he constituído en juez de sus sentimientos y de sus afectos, y so pretexto de defenderle del fantasma de un remordimiento, he cegado la fuente de su felicidad. ¿Qué se me alcanza de eso? ¿Qué derecho me asistía para juzgar de la moralidad de sus afectos? ¿No podía ser feliz aun en medio del delito? ¿Debía yo creer que él quisiera el delito sólo porque yo lo había querido? Y por otra parte, ¿quién sabe?, aquella mujer habría podido amarle...

Yo apelaba á toda mi elocuencia para disuadirle de semejantes ideas, pero en vano: necesitaba otro consuelo, otra convicción, y lo mismo que yo, lo esperaba todos los días de la Providencia: que Anselmo recobrara la razón. Necesitaba salir de la incertidumbre que redoblaba su desventura; saber si era odiado ó perdonado; y sin embargo, cuando el médico se aventuró por fin á decirnos que al día siguiente confiaba en que desapareciese radicalmente la fiebre de Anselmo, Luciano perdió el color al oir tan grata noticia, y cuando estuvimos solos, se echó en mis brazos diciéndome que no se sentía con fuerzas para quedarse, que le dejara marchar y le prometiera no hablar de él á Anselmo mientras éste no estuviese enteramente restablecido.

—Tengo la seguridad de que más adelante me perdonará; mañana tal vez no podría.

Yo no le respondí—¿qué podía contestarle?—y el infeliz pareció interpretar mi silencio como una aquiescencia.

Pero á las pocas horas había mudado de parecer, y en lugar de marcharse acudió con más frecuencia á la puerta de la habitación del enfermo.

Yo comprendía y sentía también aquella impaciencia; el médico había dicho «mañana,» pero nuestro anhelo decía «hoy» y esperábamos de un momento á otro ver anticipada la profecía; y por mi parte, no sólo lo esperaba, sino que, sin saber por qué, había llegado á plantearme un extraño dilema y á creer firmemente que, ó aquel vaticinio debía realizarse antes de la hora prefijada, ó salir fallido.

Todo aquel día estuvo Anselmo más callado que de costumbre y como sumido en un sopor del que no salió hasta la noche para hacerme de pronto esta pregunta que me hizo palpitar de esperanza:

—¿Dónde estamos?

¿Cómo responderle? Pero no aguardó mi contestación, porque en seguida añadió como hablando consigo: «He comprendido,» y cerró los ojos.

Me incliné sobre él procurando adivinar por la expresión de su cara el sentimiento á que respondían aquellas palabras, pero se había quedado impasible; y cuando me incorporé, vi á los pies del lecho una sombra larga, y siguiendo su dirección, me encontré con un cuerpo que interceptaba la luz que llegaba de la habitación contigua.

El corazón me latió con más fuerza.

—¿Por qué no viene?, preguntó Anselmo abriendo los ojos y mirándome fijamente; debe haberte dicho algo, debe saber lo que he sufrido, lo que sufro.., ¿por qué, pues, no viene?

Y movió la cabeza gimiendo.

Hubo un momento en que la respiración anhelante de Luciano llegó hasta mí, y entonces se me ocurrió que quizás Anselmo hubiese echado de ver su presencia. Pero me engañaba, porque al breve rato me preguntó con un cambio de tono que me pareció de buen agüero:

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

Pareció oir esta respuesta con satisfacción, y añadió:

—Es la hora convenida: dentro de poco vendrá; prepárate.

—¿Quién vendrá?, pregunté titubeante.

Anselmo hizo un gesto de impaciencia.

—Demasiado sabes quién ha de venir: ¿por qué me lo preguntas? ¡Siempre está hermosa! *Reverendo* dice que no, pero él no lo entiende.

El enfermo se sonrió ligeramente; con el pecho oprimido por la angustia puse mi mano en su frente ardorosísima; Luciano se alejó entonces ahogando un sollozo.

Poco á poco, Anselmo quedó dormido, y poco á poco las sombras se fueron condensando en la estancia y en mi corazón.

Aquella noche no dormí; la esperanza y el temor, en dolorosa alternativa, me tuvieron despierto hasta el amanecer; más de una vez creí recoger de los labios de mi pobre amigo los primeros indicios de la razón, pero siempre había sucedido el desaliento á la ilusión.

La luz del alba vino á dar á mi atribulado espíritu un poco de serenidad, y con la serenidad el alivio del sueño.

Al pronto dormí agitado y á ratos, despertándome con frecuencia sobresaltado: ignoro cuánto tiempo pasé de este modo, hasta que por último, rendido de cansancio, caí en un profundo sopor poblado de fantasmas más benignos. Soñé que la primavera sucedía al invierno, que tras la tempestad venía la calma; soñé que Anselmo estaba curado y Luciano satisfecho; soñé..., ¿pero estaba seguro de que soñaba?.., soñé que al despertar en mi lecho, mi primera mirada se fijó en el del enfermo, y vi allí, envueltos en las primeras sombras del crepúsculo, pero iluminados por una sonrisa inefable, dos rostros unidos en actitud cariñosa, y dos manos fuertemente cogidas, y que aquellos rostros eran los de mis buenos amigos Anselmo y Luciano.

Salté de mi cama... Dios había tenido compasión de nuestro dolor: yo no había soñado.

(Continuará)

Artistas españoles en Roma.—Vicente Bañuls

Bañuls no necesita que yo le presente. Los lectores de La Ilustración han visto ya en este periódico algunas obras del artista alicantino, y recientemente



El escultor español Vicente Bañuls

han tenido ocasión de conocer su última escultura: el papa León XIII.

Vino Bañuls á Roma pensionado por la Diputación de Alicante, y aquí se curtió en la lucha y aprendió bien pronto que la patria *chica*, la *sombra do pequeñuelo* se juega, es á veces muy chica, con perdón del poeta vasco; sobre todo cuando hay un incentivo que nos espolea la voluntad y un fuego que nos abrasa la cabeza.

No se ha hablado todavía, como se debe, de los mártires del Arte. En Roma hay unos cuantos -entre tantos millares que pululan por el mundo—que daré á conocer en estas notas, las cuales no serán biográficas, sino artísticas; es decir, reflejarán el carácter, el temperamento, el modo de *ponerse*, en materia de belleza, de los jóvenes á que hayan de referirse.

¿Que quiénes son los mártires del Arte? Los que trabajan sin descanso y estudian y batallan; los que son infatigables cuando se proponen *dar* con el color ó acertar con la línea; los que se sienten maravillados cuando la naturaleza los hiere con un matiz nuevo, con una imprevista y esplendorosa manifestación de su fuerza; los que viven en su obra y para su obra, y reciben 150 francos de la Diputación para trabajar y vivir; los que sienten, en fin, puñaladas en las carnes cuando el público pasa indiferente ante sus producciones y el comerciante *artístico* les vuelve la espalda porque *aquello no se vende:* esos, mártires natos, obtienen el voto de los inteligentes, más ó menos sincero; pero tal voto es excelente para seguir en aquella irritante penumbra, si no obscuridad, que no suele iluminarse más que con la adulación ó el dinero.

¿Que adónde voy á parar? Ya lo veremos. Entiende Bañuls que *Arte* es aquella fuerza cuya virtud consiste en saber representar íntegramente la naturaleza. Conviene advertir, para comprender el *modo* del escultor alicantino, que lo de *íntegramente* se refiere á lo fundamental; esto es, consiste en saber reproducir cuanto es necesario para ofrecer una ilusión completa de la realidad; y como la realidad no se nos muestra en todos sus detalles, él se atiene á las masas que en apariencia constituyen *todo* el objeto, y no da importancia á los elementos que, según la posición, la luz, etcétera, la propia naturaleza nos vela ó nos oculta.

Y aquí vengo á parar. Esto, que es la raíz de la actividad artística de Bañuls, viene á constituir naturalmente la génesis de su *martirio:* la teoría de las masas fundamentales no convence á los inhumanos explotadores que beben sin descanso la sangre del artista, ni á los hueros visitantes de las exposiciones, que prefieren recrear el ánimo con muñequitos de santero; pero Bañuls, *mártir*, continua su camino en firme; trabaja, estudia persiguiendo las gallardías de la naturaleza con tesón de aragonés y fe de musulmán; y la diputación de Barcelona, comprándole para su museo *Marianela*, aquel mármol en que desmaya, derrotado y moribundo, el espíritu de la adorable criatura en que concentró Galdós su entendimiento, le ha dado á entender al laborioso escultor que debe proseguir su lucha y sus afanes en la tarea de arrancar pedazos de vida allí donde la vida le impresione, le conmueva ó le arrastre.

Ahí está su obra; en ella vemos, como en un espejo, lo que, filosóficamente, piensa Bañuls del Arte; y lo que, artísticamente, cree que debe interpretar del modelo que nos ofrece la vida. Las masas se acusan más ó menos enérgica ó violentamente según la expresión; la línea le sirve para aprisionar el movimiento, para fijar las actitudes; pero no es atildada ni pulcra, como no lo es en la materia viva. Una de las obras en que Bañuls ha logrado imprimir con mayor fuerza su *modo* artístico es *La copla*, en la cual la expresión arrolla á la forma, y la verdad se impone á los convencionalismos que sujetan el pensamiento y



Busto en mármol de Vicente Bañuls

ponen á la voluntad cortapisas. Las reglas, las despóticas reglas salen bastante malparadas en este grupo; la idea del artista se ejecuta libremente con el gallardo *qué importa* del atrevimiento, y á la realidad se le da lo suyo sin más limitaciones que las que impone la realidad misma.

Ingratitud, aunque va por el mismo camino, no es



La niña enferma, boceto al óleo de Vicente Bañuls

tan valiente; es la predecesora de *La copla;* pero en aquélla se manifiestan asimismo las dos cualidades distintivas de Bañuls: la expresión y la realidad.

Yo no sabría afirmar si las obras de este artista son *buenas*, en el sentido absoluto de la palabra. Vivo hace tiempo entre pintores y escultores; visito sus estudios y presencio á diario sus acaloradas polémicas sobre Arte; y he llegado á tener la profunda convicción de que *arte bueno* y *arte malo* son dos ideas tan relativas, tan vagas, tan sin valor determinado y concreto, que no hay quien se atreva á sostener cualquiera de ellas con seguridad de no ser contradicho. El clima de Alicante, que es excelente, por lo templado, para los vecinos de Pamplona ó de Soria, sería malo, por lo frío, para los habitantes de Tafilete ó de Tuat: esto lo traen consigo las condiciones geográficas; y de ejemplos análogos, en distintos órdenes de ideas, se podría aducir una muchedumbre incalculable. Pues bien; si tal ocurre con cosas que tienen su fundamento en consideraciones puramente físicas, no hay que decir lo que ocurrirá tratándose de emociones y de ideas, en las cuales además del elemento físico hay que tener presente condiciones cuya variedad es inmensa (inteligencia, temperamento, educación, ambiente...). Un artista ve justeza, propiedad y armonía de color donde otro observa trozos agrios é impropios; y es que un mismo objeto de la naturaleza es azul para A., verde para B. y morado para X.; cosa, después de todo, muy razonable, porque es dificilísimo que A., B. y X. posean individualidades de condición idéntica y se ajusten á un criterio único para juzgar; aunque hayan observado el objeto á la misma hora, con la misma luz y desde el mismo punto de vista.

Análogamente podemos razonar sobre la escultura; y por eso digo que la obra de Bañuls á mí *me parece* buena, aunque no sé si lo *es*. De la obra de arte debe decidirse, además, teniendo en cuenta el propósito del artista, su modo de ver la realidad y sus ideas respecto de la interpretación del modelo. Fallar sobre el mérito de una producción ateniéndose á un tipo preconcebido de belleza, que á veces es diametralmente opuesto á la obra que se estudia, es un menguado procedimiento de crítica que suele conducir á los más graves errores; y así vemos artistas enamorados de Velázquez, que abominan de Segantini, por la razón clarísima de que para juzgar á éste llevan previamente en el bolsillo el *metro Velázquez;* vemos ardorosos amantes del modernismo literario á quienes fastidia el lenguaje y el estilo de Cervantes ó Fr. Luis de Granada, y á cada paso oímos cómo los furibundos cantores de la corrección griega se desgañitan contra lo falso é inaguantable de la escultura moderna, que no es *aquello* ni va por *aquel camino.*



MARIANELA, busto de VICENTE BAÑULS

Bañuls, que entiende que el modelo no debe reproducirse *todo*, porque la naturaleza no nos lo muestra *todo;* que prefiere la expresión de la masa al atildamiento y suavidad de la línea; que sobrepone la realidad fresca y palpitante á la realidad mutilada por las convenciones; Bañuls, digo, responde adecuadamente con su obra á las ideas y al temperamento *artísticos* que le distinguen; y á mí, que me coloco en su punto de vista para apreciar sus tendencias y sus convicciones, y que no llevo en el bolsillo patronos clásicos, la obra del escultor alicantino me parece buena, indiscutiblemente.

He hablado de ideas y temperamento *artísticos;* y he subrayado el adjetivo porque Bañuls, fuera del taller y fuera del Arte, no es Bañuls: el *hombre* y el *artista* son enteramente opuestos; las masas fundamentales, á lo Rodín, se truecan en exquisita y minuciosa representación de la línea, á lo griego; de modo que por la obra nunca conoceríais al hombre. En la vida de relación Bañuls estudia el detalle, lo ve todo, lo observa todo; es esmerado, correcto; ve bien el lado ridículo de las cosas, lo que origina sus cáusticas observaciones; es, en fin, una antítesis de sí mismo.

Bañuls también pinta; pero sus cuadros no me convencen. En el espacio *veo* y *comprendo* al artista; en el plano sólo alcanzo á *verle* cuando me esfuerzo.

PELAYO VIZUETE.

PAPEL DE RETAMA

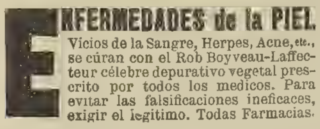
Desde hace algunos años es muy escasa la fabricación de papel por medio de trapos, puesto que se utilizan especialmente materias vegetales, como el esparto, la madera, la paja, etc., si bien no se había empleado hasta ahora la retama silvestre ó cultivada en algunas regiones de Francia, conocidas como eriales ó páramos. Mas un inventor, dice la revista titulada «El papel,» ha comprobado que la retama, convenientemente preparada, produce una pasta de papel muy blanca y muy sólida, si se la somete á la siguiente preparación: cada 1.000 kilogramos de retama verde, muy triturada, se bañan en una lejía de sosa cáustica á 30 grados, colocándola en una marmita ó caldera, cuya presión sea de 6 kilogramos, ó sea equivalente á 170 grados. Al cabo de una cocción por espacio de seis horas, lávase la pasta, adicionándola con ácido sulfúrico en cantidad prudencial, para blanquearla después con cloruro de cal, sin perjuicio de someterla á un tratamiento enérgico. Terminadas estas operaciones, puede emplearse para la fabricación de papel.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona



AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO — ASMA — OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.



ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Recuerdo del Cantábrico, cuadro de Andrés Larraga

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (*Francia*).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA — RACHITIS
ANEMIA — CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 16



PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE***. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 6 de junio de 1904 — Núm. 1.171

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AL MERCADO, escultura de José Monserrat

(Exposición general de Bellas Artes é Industrias Artísticas. Madrid, 1904)

ADVERTENCIA

En el próximo número comenzaremos la publicación de la bellísima é interesante novela de costumbres argentinas

MISSIA JEROMITA,

original del celebrado escritor D. Carlos María Ocantos, é ilustrada por el reputado artista Sr. Mas y Fondevila.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Puerto Rico: el hambre y la anemia: la peste yanqui. – *Costa Rica:* los derrumbes del Irazú y el ferrocarril interoceánico. – *Panamá:* reconocimiento de la república por España: el canal de Panamá considerado desde el punto de vista financiero: otro proyecto de canal. – *Perú:* muerte del presidente: cuestión con el Brasil. – *Paraguay:* la situación del país, según el mensaje presidencial.

Los portorriqueños siguen muriéndose de hambre. El presidente de la federación americana de obreros, que no ha mucho hizo una visita á la isla, regresó horrorizado del espectáculo que ofrecen aquellos campos y caseríos, tan florecientes y ricos antes bajo la soberanía española. Los jornales han bajado á la mitad, y los alimentos cuestan, por lo menos, el doble. El arroz es artículo de lujo, y no hay que hablar de la carne.

El cambio de la moneda, las tarifas arancelarias, las nueves leyes fiscales proporcionaron pingües negocios á los agiotistas, plantadores y usureros yanquis, que se han ido embolsando miles y miles de dólars á costa de la vida y la salud de esas pobres gentes de Puerto Rico. Pero la codicia rompe el saco, el filón se está agotando y los amos y explotadores de la isla empiezan á preocuparse ante la tremenda crisis económica que la aflige. Salvaron á Puerto Rico, como ellos dicen, de la tiranía y de la mala administración españolas, cobráronse el supuesto servicio tiranizando de veras y administrando con un fin exclusivamente mercantil, sin más idea que el lucro; y ahora, cuando ya han obtenido los mejores provechos, y las consecuencias del mal que hicieron obligan á tomar nuevos rumbos, estiman que no hay peligro en alardear de sentimientos humanitarios y acuden en ayuda de los extenuados portorriqueños, llevándoles el remedio en forma de flamante comisión técnica encargada de estudiar uno de los más difíciles problemas de la ciencia médica; averiguar la causa de la muerte por hambre.

No solamente el vulgo, sino hasta los más doctos médicos que no han tenido la suerte de nacer en el país de los yanquis, habían creído siempre que la muerte por hambre es consecuencia de la falta de alimentación, y que cuando ésta es escasa y mala sobreviene la anemia, que puede producir la muerte.

Los estudios de la comisión citada han demostrado el error de los que así pensaban. La anemia que se padece en Puerto Rico es... una epidemia. Allí no se muere de hambre ó de anemia por falta ó insuficiencia de alimentación. Los causantes del mal son unos parásitos invisibles, una especie de microbios que viven en el agua, en el aire y en la tierra, especialmente en la tierra que cultiva la población rural.

Este último dato es de una evidencia abrumadora. Precisamente donde la mortalidad es mayor, es en el campo. Mas no porque la gente del campo coma menos y peor que la de las ciudades; es porque esos microbios se encuentran más á su gusto en los terrenos dedicados á labranza ó cultivo.

Conclusión: que no hay que preocuparse en dar de comer á los portorriqueños hambrientos ó anémicos. Basta un vermífugo para expulsar á los gusanillos del cuerpo del enfermo.

Del informe de la comisión—informe no ya luminoso, sino deslumbrante —se deduce otra consecuencia: que los yanquis no tienen la culpa de la miseria y despoblación de Puerto Rico. Los responsables son esos malditos microbios que envenenan la sangre.

Según el citado informe, se padece igual epidemia en Filipinas. Ha coincidido, pues, su aparición en Puerto Rico y en el archipiélago filipino con el establecimiento en dichas islas de la soberanía de los Estados Unidos, y no sería justo negar á éstos el derecho y el honor de dar su nombre á la epidemia: se llamará la *peste yanqui.*

***

En el centro de la República de Costa Rica se alza, á 3.500 metros sobre el nivel del mar, el volcán de Irazú, en cuyas faldas se producen con relativa frecuencia grandes derrumbes.

Este fenómeno geológico puede interrumpir la normalidad del servicio por el ferrocarril interoceánico, cuya vía atraviesa la zona en que está el volcán. Así sucedió á principios del año actual; las enormes peñas que cayeron hacia el río Reventazón habían ocasionado considerables desperfectos en la línea férrea en un recorrido de 50 kilómetros.

Con tal motivo, la prensa de San José recordaba que año tras año, especialmente en los lluviosos meses de octubre y noviembre, vienen sucediéndose esos inmensos derrumbes que han causado la destrucción de enormes moles de montaña, dejando á la vista del observador escarpados precipicios de color rojizo que, á larga distancia, parecen caminos cubiertos de rojo barro.

En esta comarca, absolutamente inútil para el cultivo por lo quebrado y la mala calidad del terreno, nacen multitud de vertientes que juntas forman el río Sucio, tan notable por el color rojizo y densidad de sus aguas. Puede decirse que no es agua, sino lodo lo que arrastra; de sabor tan desagradable, que no es posible beber sin sentir náuseas. Ultimamente, y con motivo de los recientes derrumbes, el Sucio llevaba mayor cantidad de barro, que despedía un pronunciado olor de azufre.

Aparte el interés científico que pueda ofrecer el estudio del fenómeno que se repite en el Irazú, merece el hecho atención muy preferente del gobierno costarricense, puesto que se trata de la seguridad y conservación de una vía tan importante y tan decisiva para el porvenir de la República, como es el ferrocarril interoceánico.

Los ingenieros han reconocido ya la necesidad de variar, en esta zona, el trazado de la línea, pues á los inconvenientes que, en general, tiene la interrupción del servicio, se unen aquí los especiales derivados de la naturaleza del país, que es la región más elevada, abrupta é ingrata de Costa Rica.

En los días siguientes al último derrumbe, los viajeros tenían que subir á la cúspide de las montañas, cayendo y levantándose, apoyándose en las piedras y bejucos; al principio se hacía la ascensión por un suelo fangoso y bajo lluvias torrenciales; después, bajo un sol candente, que mantiene el suelo á una temperatura tan alta, que las suelas del calzado se tuestan y los pies se llenan de ampollas.

***

La nueva República de Panamá va viviendo. Ya la han reconocido casi todos los Estados, incluso España. Acaso habría sido conveniente que nuestro gobierno hubiese retardado algo más el reconocimiento hasta adoptar, aprovechando el cambio de Presidente en Colombia, una fórmula mediante la cual no pudiera estimarse el tal reconocimiento como acto de desconsideración hacia los colombianos.

Seguramente, el acuerdo del gobierno español debe haber mortificado algún tanto los sentimientos del Presidente de la Unión Ibero-Americana, á quien le ha cabido en suerte ser Ministro de Estado en esta ocasión.

El 25 de febrero el Senado de Wáshington aprobó el tratado Hay-Varilla por 66 votos contra 14 y, contando los adheridos después, por 72 contra 17.

Votaron en pro muchos senadores demócratas que habían hablado en contra, porque todo lo subordinaron á la conveniencia de tener canal. Y como el Presidente sostenía firmemente su propósito de abrir el canal por Panamá, fué preciso someterse á la voluntad de Mr. Roosevelt. En los Estados Unidos la democracia está en crisis; el poder ejecutivo se impone y el imperialismo va ganando terreno.

Inmediatamente se nombró el personal que ha de formar la comisión encargada de dirigir las obras.

Y ahora empiezan las verdaderas dificultades. Hacen falta para construir el canal muchos millones. Los yanquis los tienen. Pero no bastan millones; se necesitan hombres. Para terminar las obras en 10 ó 12 años, teniendo en cuenta los efectos de aquel clima en el organismo humano, son menester 40.000 braceros. ¿Dónde están? Se encontrarán, probablemente, pagando primas y jornales y sueldos espléndidos; pero será preciso elevar al triple ó al cuádruple lo presupuesto para trabajos, y cuando el canal se termine y entre en explotación, sus rendimientos significarán un beneficio irrisorio para el enorme capital empleado.

El fracaso financiero puede aún ser mucho mayor si prosperan proyectos de que ahora vuelve á hablarse para abrir canal por otra parte, como el ideado entre el golfo de San Blas y la costa del Pacífico frente al archipiélago de las Perlas. Es la parte más estrecha del istmo y, según los patrocinadores del proyecto, puede construirse en dos años, con un gasto de 100 millones de pesos. Sería canal á nivel, que podría pasarse en cinco horas. Allí todo es roca, y no hay que dragar. Todo se haría á fuerza de barreno, dejando un túnel de unos 10 kilómetros.

En los últimos días de abril quedó firmada la escritura del traspaso de los derechos y propiedades de la Compañía francesa de Panamá á los Estados Unidos. Esta cesión vale á los franceses, como ya es sabido, 40 millones de pesos, mucho menos, acaso la séptima ú octava parte, de lo que el ahorro francés comprometió en el negocio de Panamá.

***

El Presidente del Perú, D. Manuel Candamo, murió el 7 de mayo. Había entrado en posesión de su alto cargo el 8 de setiembre de 1903.

Los convenios entre Bolivia y Brasil respecto de los territorios del Acre han provocado algunos incidentes en la frontera peruano-brasileña. Como Bolivia cede sus derechos al Brasil, y los peruanos los alegaban también sobre gran parte de esa zona, fuerzas de estos últimos ocuparon la región del Purús superior. El gobierno del Brasil formuló protesta, hizo aprestos militares y cruzáronse notas muy vivas entre el Ministro del Perú en Río de Janeiro y el Ministro brasileño de Relaciones extranjeras.

Parece que el conflicto ha entrado en vías amistosas y hay buena disposición para resolverlo por medio de arbitraje.

***

El mensaje del presidente de la República del Paraguay, dirigido al honorable Congreso de la Nación en abril último, empieza afirmando que la situación del país es de creciente prosperidad.

Mejorada notablemente la cuestión monetaria, que viene siendo objeto de la atención preferente del gobierno, las fuerzas productoras se han desenvuelto de modo extraordinario, y el comercio y la industria toman nuevo impulso, que hace concebir esperanzas muy halagüeñas para lo porvenir.

Ninguna perturbación ha alterado el orden público en el transcurso del período á que el mensaje se refiere. La república disfruta de completa paz, y sus habitantes todos, nacionales y extranjeros, se consagran al trabajo, fuente inagotable de bienestar y progreso.

Se reorganizan los servicios de policía y se estudian los mejores sistemas penitenciarios para implantarlos en el país.

Tierras públicas y vastos terrenos expropiados, que no se cultivaban, se subdividen en lotes para entregarlos á nuevos ocupantes dispuestos á trabajar ó á dirigir personalmente las labores agrícolas ó las industrias de ellas derivadas.

Reúnense elementos para ampliar la red telegráfica nacional, prosiguen las negociaciones entabladas con los acreedores del ferrocarril central, y gracias á la nueva ley del trabajo personal obligatorio, no pocos pueblos han arreglado sus caminos y construído calzadas, puentes y malecones.

En cuanto á política exterior, los actos del gobierno paraguayo tienden principalmente á crear intereses comunes con los demás Estados de la América del Sur, de tal suerte que, si las circunstancias lo exigieran, haya posibilidad de oponerse con eficacia á la acción de cualquier otra potencia que pretendiese lesionar los derechos que aquéllos tienen como pueblos libres y soberanos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



Los alucinados. — La obsesión del techo

Desde el primer momento, en cuanto entré en aquella habitación, aquel techo demasiado bajo me causó un verdadero sufrimiento. Más que cualquier otro debía yo ser sensible á aquella fealdad, á la que no me había preparado mi existencia anterior, existencia solitaria en el fondo de una antigua casa solariega, en la inmensidad de salones que á las horas crepusculares envolvía la sombra haciendo desaparecer sus límites visibles.

¿Por qué mi médico, que era mi único visitante en aquella mansión silenciosa, vino á arrancarme á mi voluptuosidad de inercia para lanzarme en medio del torbellino parisiense, en este cuarto piso, de techo tan bajo, tan atrozmente bajo?

Porque con la mano lo toco; parece la tapadera de una caja que sobre mí se cierra y me aprisiona. De aquí que desde por la mañana en que salgo de casa recorro durante todo el día las calles, al azar, para respirar el aire libre, para substraerme al suplicio de esta estrechez que me ahoga. Quizás el médico me envió á París con el propósito de obligarme á hacer más ejercicio, á imitar la actividad ambiente; pero he de confesar que este ruido incesante me produce una gran fatiga, un sacudimiento cerebral. En el silencio de mi vivienda, la sensación persiste; es como el péndulo de un reloj que no se parara una vez recibido el impulso; y siento en mi cabeza un vaivén continuo que se repite con regular y monótona oscilación.

De día huyo de mi casa, pero por la noche no tengo más remedio que soportarla. ¡Oh, esas largas noches de insomnio, esas noches interminables que paso oyendo el tic tac del reloj y ese otro tic tac incesante en mi cerebro, esas noches que transcurren opresoras bajo el peso adivinado de este techo!

En vano apago la lamparilla, pues el techo se dibuja hasta en la obscuridad, y después de la línea de luz decreciente que todavía roza el dintel de las ventanas opone una muralla de sombra contra la cual se estrella mi exasperado pensamiento.

A las primeras pálidas claridades de la aurora, la sombra se atenúa, se borra y el techo aparece como una gran mancha blanca sobre el gris de los objetos, y á medida que los últimos girones de sombra desaparecen, sus molduras toman relieve poco á poco formando líneas cortadas, dibujos sin terminar, que en medio de esta vaguedad adquieren extrañas significaciones: en una ocasión, leí en él la palabra griega ἀνάγκη, fatalidad; otra vez distinguí perfectamente un enorme murciélago con las alas desplegadas. Después, esas formas se precisan, se completan y vuelven á ser esos arabescos, esos eternos arabescos cuya fealdad trivial detesto y que conozco hasta la repugnancia por haber observado sus menores detalles y contado todas sus espirales y todos sus rosetones. Esta obsesión me crispa los nervios y el pensamiento; me vuelvo taciturno, irritable; no como ni duermo. ¿Se puede vivir sin dormir y sin comer?

¿Por qué vine á París? ¿Por qué me metí en este piso de techo tan insoportablemente bajo? ¡Oh, ese techo! He llegado á aborrecerlo como si fuera un ser vivo, como un ser malo que contempla mis sufrimientos indiferente en su irritante blancura y que quiere domarme y aplastarme. ¡Oh! ¡Y lo logrará, lo logrará cualquier día, porque me tiene prisionero y no puedo escapar de sus garras!

La noche pasada, lo he notado bien, estando acostado tranquilamente y sin que hubiera ningún testigo ni fuera posible resistencia alguna, el techo descendió, descendió insensiblemente hasta colocarse á algunas pulgadas encima de mi cabeza.

Cierto que podría quejarme, denunciarle; pero ¿qué sacaría con ello? Nadie me creería y diría la gente que se trata de una alucinación, de un efecto de neurastenia. ¡La neurastenia! ¡Palabra científica inventada por los médicos, esos presuntuosos, para explicar lo que no comprenden!

Harto sé que los techos no obran completamente solos, que las cosas no están dotadas de voluntad como los seres; pero creo firmemente que ciertas personas están en comunión directa con los espíritus y pueden, gracias á ellos, vengarse de sus enemigos por medios misteriosos que escapan á la comprensión humana y están por encima de las leyes.

Y tengo la seguridad de que se trama contra mí una horrible venganza con ayuda de este techo.

¿A quién he podido ofender? Lo ignoro. Acaso *yo* no he ofendido á nadie; quizás es un odio no saciado que se ceba en mí al través de mis antepasados, muertos todos, ahora lo recuerdo bien, de muerte repentina é inexplicable.

¿Si dejara este piso?

¿Para qué? Dondequiera que vaya, el enemigo sabrá encontrarme.



¡Oh, qué peso sobre mi cabeza!

Puesto que he de soportar mi destino, ¿qué más da ahora ó más tarde?

Y aquí me quedo, siempre con el espanto de ese techo que cada noche desciende un poco más.

¡Oh, qué tormento tan atroz estar solo, sin defensa, en medio de las tinieblas, ensordecido por el desbocado tic tac de mi cerebro, en completa postración corporal, pero con una ultralucidez de percepción, siguiendo la caída lenta, tan horriblemente lenta de ese techo!

La noche última estaba muy cerca de mí, muy cerca; sin abandonar la posición horizontal, habría podido tocarlo con sólo alargar la mano.

Y por la mañana, cuando todo el mundo podría verlo, cuando sus tretas podrían ser manifiestas, se eleva y recobra su nivel acostumbrado.

¿Hasta cuándo durará esto?

Esta noche, apenas me hube acostado, empezó la obsesión.

La luna inundaba de claridad un gran espacio del techo y yo veía distintamente su movible blancura.

Una hora, dos, tres horas de aquel descenso insensible y seguro... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! ¿Cuándo terminará este suplicio? Cuanto más avanzan las horas, más va bajando el techo.

No es la luna la que ilumina con esos estremecimientos de luz las molduras; es el día que nace, día siniestramente pálido.

Y el techo prosigue en su implacable descenso. Ya roza mis cabellos... ¡Oh, no, no, por piedad! Sea lo que fuere lo que mis antepasados ó yo hayamos hecho, la expiación es demasiado grande... ¡Y sigue descendiendo!

¡Oh, qué peso sobre mi cabeza! ¡Mi pobre cabeza! Siento que está á punto de estallar... ¡Todo, todo, por huir de esta habitación de espanto, para no sentir más sobre mi cabeza este peso!.. ¡La ventana, la ventana!.. ¡Está muy alta, muy alta!.. Pero ¿qué importa? Voy á saltar por ella..., y una vez fuera ya no sentiré ese peso sobre mi cabeza!

TONY D'ULMES.

(Dibujos de Roncé.)

ESTUDIOS DE ANIMALES

DIBUJOS DE JACINTO ESPINAL

El nombre del artista Sr. Espinal no es desconocido para los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, quienes sin duda recordarán los tres bellísimos bustos debidos á su pincel que hace dos años reprodujimos. Entonces elogiamos como se merecían las excelentes cualidades que reunían aquellas obras y que eran patente muestra del talento de su autor, quien se revelaba en ellas como un observador profundo del natural y como notable dibujante, hábil no sólo en la parte meramente técnica, sino además en trasladar al papel ó al lienzo con vigor admirable la expresión adecuada á cada una de las cabezas por él pintadas.

Los estudios suyos que en la siguiente página publicamos pertenecen á un género muy distinto y si cabe más difícil: en efecto, el artista que quiere reproducir la figura humana, encuentra modelos en abundancia, á los cuales puede fácilmente dirigir y que saben adaptarse á las situaciones que de ellos se requieren; en cambio, los animales, y sobre todo las fieras, no pueden prestarse á la *pose*, siendo, por ende, dificilísimo tomar un apunte siquiera de una expresión ó de una actitud que en un momento dado llamaron la atención del pintor ó dibujante.

El Sr. Espinal ha logrado vencer todas estas difi-

cultades, y concentrando en su mente el recuerdo de una impresión fugaz, sorprendida en un instante, le ha dado forma en esos cinco estudios bellísimos, que le colocan á la altura de los mejores especialistas en este género artístico. X.



Estudio, dibujo de Jacinto Espinal

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

QUINTO CONCURSO DE LA SOCIEDAD FOTOGRÁFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS

Con ocasión del anterior concurso, efectuado en junio del año próximo pasado, decíamos en la revis-

Estudio, dibujo de Jacinto Espinal

ta ilustrada argentina *Letras y Colores* después de habernos ocupado detenidamente de los trabajos que habían merecido premio que, á nuestro humilde entender, el conjunto había pecado de monotonía en los asuntos. Riqueza había en detalles y procedimientos, en pulcritud y nitidez, en acierto y oportunidad; pero había escasez, hasta pobreza, de ideas y conceptos, falta de novedad en los asuntos, ausencia de creaciones en que la fantasía estuviese en amoroso maridaje con la realidad, lo cual era más de sentir porque se trataba de una entidad, como la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» que marcha á la cabeza de los cultivadores de esta nueva rama del Arte.

Esto decíamos entonces y esto repetimos hoy, porque las circunstancias son las mismas y por haber presidido idéntico plan en el concurso recientemente celebrado, que tampoco se ha distinguido por grandes novedades. Sin tema forzado para los cinco grupos en que se divide, todo ha quedado á libre elección. El tamaño de los aparatos separaba un grupo de otro. Así, al *primero* concurrieron los fototipos negativos obtenidos con aparatos planoscópicos cuyas dimensiones eran $16\frac{1}{2} \times 21\frac{1}{2}$ cts. y mayores; al *segundo,* con superiores á 8×9 cts. y menores de $16^1/_2 \times 21^1/_2$; al *tercero,* estereoscópicos entre 6×13, 9×18 y 13×18; al *cuarto,* inferiores á 8×9 y los obtenidos con estereoscópicos menores á 6×13 cts.; y al *quinto,* retratos y grupos obtenidos en la galería social sin limitación de tamaño. Este último sólo ha tenido un concurrente, ganador de segundo premio.

Esta amplitud redunda en daño del interés de los concursos; porque los socios aficionados que quieren tomar parte, se inclinan, en su gran mayoría, á preocuparse más de las operaciones de taller y de la perfecta manipulación, que de vencer dificultades de composición y presentar trabajos en que el buen gusto, el arte y el estudio sean causa y efecto primordiales del triunfo.

Sin embargo, D. Arístides Mondelli, favorecido con la más alta clasificación y adscrito á la «copa de honor,» la que ha quedado de su propiedad por ser la tercera vez que alcanza tal distinción, siempre se ha distinguido en la composición, y más en el concurso que nos ocupa. Sus trabajos resultan verdaderos cuadros y posee el secreto de saber infiltrar su buen gusto á los modelos. Véanse *Caridad* y *Hostería del Merlo,* que no vale menos, los que por sí solos son dignos del premio; sin desmerecer un ápice *Diezmos y primicias, Costumbres romanas, En la granja* y *Bandoleros de la Calabria,* que completan su hermosa serie.

D. Alfredo Quesada, con la *Escena de Grecia* y *Las japonesas,* ha seguido las huellas del Sr. Mondelli. Sin embargo, á los paisajes, aunque bien escogidos, les falta algo del ambiente que quieren representar. En cambio resulta trabajo superior *Lectura interesante,* estudio de luz hermosamente hecho y bien sentido. El Jurado ha concedido al Sr. Quesada primer premio; y en vez de medalla de plata, de oro y el diploma correspondiente.

El segundo premio lo ha ganado, con sus espléndidos y grandiosos paisajes, D. Vicente Biaggini; un tercero, del mismo grupo, D. José Guerrero, autor de la interesante fotografía *Hora de siesta,* y otro D. José Borberis. Total, cinco concurrentes al primer grupo, todos dignos de premio.



Estudio, dibujo de Jacinto Espinal

En el segundo fué ganador del primero don Aymard Wisocq, con sus fotografías *En el Puerto,* instantáneas muy hermosas é interesantes; segundos, D. Jorge Duclot con las suyas *En la estancia,* y D. Juan L. Trillia autor de *En el campo.* Siete concurrentes.

Los grupos tercero y cuarto fueron, en conjunto, favorecidos por diez y nueve aficionados con la presentación de diversidad de trabajos, todos muy recomendables.

En esta clase de certámenes, forzosamente debe imperar con todo rigor la absoluta selección de los trabajos presentados, y ver, amén de los mejores fototipos negativos—que, al fin y á la postre, pueden ser sólo producto de bondad de la máquina,—el gusto artístico, el concepto estético, la original composición en la que costumbres, paisajes, grupos, estudios y escenas estén preparados con cierta novedad, con mucho verismo, con gran conocimiento local y con algo y aun mucho de poesía, hasta conmover y entusiasmar al que lo contemple, y analice y admire el trabajo, conozca ó no los secretos de la moderna fotografía.

De fijo que si la Comisión Directiva organizara un concurso de prueba como los por nosotros indicados, tendría grandísimo éxito y mayor concurrencia, siendo pronto imitada por las sociedades similares del país y del extranjero.

De no hacerlo así, es quedar estacionaria; y una sociedad de tantos medios y recursos debe presentar nuevos problemas á sus asociados, y nuevos alicientes para la lucha pacífica del talento, la paciencia y el saber, á cuyos triunfos se asocia el público en



Estudio, dibujo de Jacinto Espinal

general con sus elogios entusiastas y con sus aplausos sinceros.

Tales esfuerzos demuestran mayor grado de cultura, más delicadeza en el sentir, creciente desarrollo en el bien apreciar y continuado perfeccionamiento del buen gusto; cualidades muy dignas de tenerse en cuenta, por redundar siempre en beneficio educativo del alma del pueblo, y ante tal trascendencia vale la pena de unir belleza, arte y trabajo con el estudio, la novedad, los grandes hechos históricos y la fantasía de escritores y poetas.

Justo Solsona.

Buenos Aires, 1904.



Estudio, dibujo de Jacinto Espinal

Buenos Aires.—Quinto concurso de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados



Escena japonesa. – Escena de la Grecia clásica. – Escena japonesa. Fotografías de D. Alfredo Quesada que han obtenido el primer premio, medalla de oro, del primer grupo.

Crónica de la guerra ruso-japonesa

El principal interés de la lucha en estos momentos está en la península de Liao-Tung, es decir, en el territorio en donde se halla situado Puerto Arthur. Los japoneses, fieles al plan que desde un principio se trazaron y del que no se han separado ni un momento, ejecutándolo con precisión matemática, han comenzado las operaciones en gran escala para poner sitio en regla y apoderarse de tan importante plaza.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Versión rusa de la batalla de Chong-Ju. – Croquis de un artista ruso, hecho en el teatro de la guerra

Las primeras batallas libradas con este objeto han sido en extremo reñidas y sangrientas y han terminado con la victoria completa de los japoneses. Estos, en número de 45.000 hombres, atacaron el 24 de mayo último las posiciones rusas de Kin-Tcheú y de Han-Shan, defendidas por 12.000 hombres. Tres días necesitaron los japoneses para desalojar al enemigo de aquellas posiciones, que se hallaban defendidas por trincheras y otras fortificaciones, por 30 cañones de grueso calibre y otras piezas menores, por minas y por fuertes alambradas. Pero todas estas defensas no fueron bastantes á contener el avance del ejército del general Okú, que, con valor admirable y con tenacidad asombrosa, supo tomarlas una á una, sufriendo naturalmente grandes pérdidas, que, según telegramas oficiales, se elevaron á 3.500, entre muertos y heridos. Donde más sangrienta resultó la acción fué en Han-Shan: los primeros batallones japoneses lanzados contra los rusos fueron totalmente aniquilados, y al mediodía, después de un combate que había comenzado á las tres de la madrugada, su infantería se aproximó hasta 200 metros de las trincheras enemigas, dando dos cargas en las que oficiales y soldados cayeron á 20 y 30 metros de aquéllas. Una nueva carga que dieron los japoneses por la tarde y que fué protegida por un vigoroso cañoneo, permitió al fin á los asaltantes abrir en aquellas posiciones una brecha que decidió el éxito definitivo de aquella jornada. Con no menos bravura pelearon los rusos, según afirma en su parte oficial el propio general Okú; sus pérdidas, que no se han detallado aún oficialmente, fueron, al parecer, mucho menores que las de sus adversarios, lo cual se explica dadas las condiciones en que unos y otros combatieron.

La escuadra del almirante Togo cooperó á esta acción con cuatro cañoneros que desde la bahía de Kin-Tcheú bombardearon diferentes puntos de ésta ocupados por los rusos.

Al decir de éstos, los combates de Kin-Tcheú y Han-Shan en nada cambian la situación: el propósito de las fuerzas moscovitas no era evitar el avance de los japoneses sobre Puerto Arthur, sino simplemente dificultarlo, causando al enemigo las mayores pérdidas posibles; en este caso, habrían conseguido lo que se proponían; pero no se compagina muy bien esto con los medios de resistencia que habían acumulado en las citadas posiciones y con el hecho de haberlas dotado de artillería gruesa, que al retirarse hubieron de abandonar á los vencedores.

De todos modos, el resultado de esos combates abre definitivamente á los japoneses el camino de Dalny primero y de Puerto Arthur después; y seguramente antes de poco las fuerzas del general Okú estarán á la vista de esta última plaza. Cierto que antes habrán de atacar una segunda línea de defensa, pero esto en nada podrá afectar al éxito de la operación, porque de antemano dicen los rusos que su plan consiste en abandonarla, en cuanto hayan logrado su objeto de causar á los japoneses el mayor número de bajas. Tomada esta segunda línea, creen los rusos que aún no podrá considerarse como irremisiblemente perdida Puerto Arthur, ya que las defensas de ésta son demasiado formidables para ser tomadas por asalto; pero es de temer que estas esperanzas resulten fallidas, desde el momento en que se ha patentizado que los japoneses no retroceden ante ningún sacrificio de hombres, por grande que sea, para conseguir el objetivo que se proponen.

Cuando las fuerzas del Japón hayan pasado esta segunda línea, si es que realmente se les opone este obstáculo, el sitio de Puerto Arthur será completo por tierra y por mar, en donde la escuadra del almirante Togo cierra toda comunicación á los sitiados, hostigándoles además de cuando en cuando. Recientemente, en la mañana del 30, envió cuatro cañoneros, dos contratorpederos y dos torpederos á efectuar un reconocimiento minucioso en las inmediaciones de la plaza; estos buques fueron recibidos por un fuego violento de las baterías de tierra, que causó ligeras averías á un cañonero, matando á un oficial é hiriendo á tres marineros.

Las noticias que llegan de la Mandchuria parecen indicar que se avecinan allí importantes acontecimientos. Los japoneses se fortifican sólidamente en Feng-Hoang-Cheng, en donde han concentrado 40.000 hombres, teniendo además cuatro regimientos de línea y 50 cañones en Piamyn. Por otra parte, un ejército, que algunos estiman en 50.000 hombres, ha desembarcado en Ta-Ku-Chan, dirigiéndose, según parece, una parte de él hacia Siu-Yen, en la dirección de Liao-Yang, y otra parte hacia Puerto Arthur. Dícese que el general Kuropatkine ha emprendido un movimiento de avance hacia el Sur con fuerzas suficientes para atacar por retaguardia al ejército sitiador de Puerto Arthur; pero esta noticia no se ha confirmado y no es muy verosímil por cuanto sería completamente opuesta al plan que hasta ahora se ha atribuído al general en jefe ruso de no tomar la ofensiva hasta tener todos los elementos necesarios que aún tardará algunas semanas en reunir.

Algunas agencias han dado cuenta de un sangriento combate entre las fuerzas de Kuropatkine y de Kuroki; sin embargo, como á pesar de los días transcurridos no ha sido esta noticia confirmada oficialmente por los japoneses ni por los rusos, debemos suponer que se trata de una de tantas invenciones sensacionales con que algunos periódicos, especialmente ingleses, mantienen el interés de sus lectores. Lo que sí es cierto es que entre las avanzadas de ambos ejércitos ha habido algunos combates parciales.

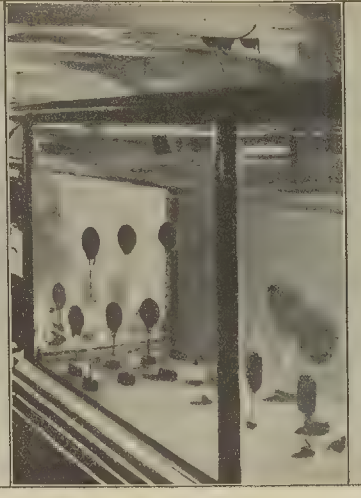
Todo, pues, induce á creer que así en la Mandchuria como en la península de Liao-Tung se desarrollarán en breve acontecimientos de importancia suma.

Dalny fué evacuada el 28 del próximo pasado por los rusos y ocupada por los japoneses el 30: aquéllos, antes de abandonar la plaza, destruyeron un dique y algunos puentes del ferrocarril y echaron á pique varios vapores para obstruir la entrada de los docks. – R.

Como en la actual guerra han desempeñado un papel importante los torpedos fijos, publicamos á continuación, á modo de complemento de la anterior crónica y como explicación de los grabados de la página siguiente, un estudio sobre aquellos destructores aparatos, que creemos interesará á nuestros lectores.



Marineros sacando el algodón pólvora para cargar los torpedos



Depósito modelo de la instalación de torpedos fijos á diversas profundidades



Oficiales sumergiendo en el mar torpedos fijos

TORPEDOS FIJOS VIGILANTES

Empléanse estos torpedos en los sitios poco profundos, y consisten en flotadores sumergidos entre dos aguas á una profundidad conveniente de modo que se obtengan los necesarios efectos destructores. Esta profundidad es de 3 metros en los puertos sin mareas, y en los que tienen mareas, de 60 centímetros debajo de la máxima bajamar. Los torpedos de esta clase son mantenidos en el fondo del agua por medio de un sistema de cabos, amarras ó gripones, y según el procedimiento de prenderles fuego se dividen en tres clases: 1.ª, torpedos vigilantes que se disparan eléctricamente; 2.ª, torpedos vigilantes electromecánicos; 3.ª, torpedos vigilantes que se disparan mecánicamente.

Colocación de los contactos eléctricos en los torpedos fijos

Torpedo vigilante que se dispara eléctricamente (Tipo francés) (fig. 1). – Llámanse también «torpedos automáticos eléctricos» ó «electro-automáticos:» en los «electro-automáticos,» un mecanismo especial permite interrumpir el circuito á voluntad haciendo «inofensivo» el torpedo; en los «automático-eléctricos» la pila eléctrica está en el gripón que sirve para aguantar el torpedo, el cual, en esta disposición, es siempre peligroso.

Los torpedos electro-automáticos no estallan sino cuando lo juzgan conveniente las personas encargadas de la defensa del paso en donde están colocados, de modo que estando la corriente abierta pueden los buques chocar con ellos impunemente; sirven para completar la defensa de un paso frecuentado por buques enemigos y su instalación no ofrece peligro alguno si el polo no está en el circuito. Estos torpedos se instalan en una línea de 100 metros de la línea de defensa de los torpedos de fondo, y la disposición teórica de su disparo puede verse en la figura 2: el fulminante *ff'* está unido por una de sus ramas al cierra-circuito; la otra rama, soldada á un conductor que desciende á lo largo del cable de amarre, pasa por el gripón y termina en uno de los polos de la pila P colocada en tierra; el otro polo de la pila está unido á una plancha de tierra *z*. Bajo la influencia del choque producido por el paso de un buque por encima del torpedo, el flotador cierra el cuito y el torpedo estalla. Si, por el contrario, las personas encargadas de la defensa no han establecido las comunicaciones eléctricas en la parte del circuito que tienen entre manos, es decir, en la pila, no hay corriente y el fulminante no se inflama.

Los «torpedos automático-eléctricos» tienen la pila en la gripón que los mantiene sumergidos, lo cual hace que una vez instalados, estallen bajo la acción de un choque bastante fuerte para hacer funcionar el cierra-circuito; de modo que son siempre peligrosos. Los torpedos automático-eléctricos son de pequeñas dimensiones y se mantienen sumergidos á una profundidad de tres metros por medio de un solo gripón; generalmente se utilizan para cerrar un canal ó un paso que no se puede vigilar. Como están destinados á funcionar por el contacto, contienen una cantidad de pólvora relativamente escasa, de 25 á 41 kilogramos, carga suficiente para causar una avería grave en la carena de los actuales acorazados.

Torpedo electro-mecánico. - Entre los torpedos de esta clase escogeremos como tipo el empleado actualmente por los rusos en el Extremo Oriente, pues es el mismo que utilizaron en su última guerra contra los turcos. Este torpedo se compone de un flotador A (fig. 3), en cuyo interior está la carga explosible. En la punta superior de este flotador hay dispuestos en forma saliente cinco tubos D, D, que pueden aplastarse al choque de la carena de los buques que se presenten para pasar por encima de ellos. Estos percutores D se componen de un pequeño tubo de plomo muy delgado *b* (fig. 3), que cubre un tubo de cristal *a* lleno de una solución de clorato de potasa y protegido por un cilindro de cobre *e* que se destornilla en el momento de la instalación del aparato. En el interior del torpedo y debajo de cada tubo hay un pequeño cilindro que contiene varios cincs y carbones dispuestos en forma de batería. Varios hilos *x*, *x* y *z*, *z*..., unidos respectivamente los primeros á los carbones y los segundos á los cincs, van á parar á la cápsula del fulminato *f*, puesta en el interior de la carga *g*, formando de este modo un circuito completo.

El funcionamiento de esta mina mecánica es muy sencillo: si un buque choca con uno cualquiera de los tubos D, D, el tubo de cristal se rompe y la mezcla que contiene penetra en el cilindro *e*, produciendo instantáneamente una corriente eléctrica suficiente para provocar el disparo de la carga. S es un pequeño mecanismo de seguridad que permite interrumpir la corriente á voluntad durante la maniobra del torpedo. Esta clase de minas submarinas pueden también dispararse á voluntad, para lo cual los tubos D, D son substituídos por fuertes tuercas y los hilos *x* y *z* están en comunicación con los puestos que vigilan el paso.

Torpedo automático-mecánico (tipo francés) (fig. 4). – Este torpedo consta de dos compartimientos, uno superior A, que recibe la carga, y otro inferior B, que contiene el mecanismo destinado á armar automáticamente el torpedo. Estos dos compartimientos de plancha de acero galvanizado están reunidos entre sí por medio de dos cantoneras circulares, entre las cuales se interpone una rodaja de plomo para formar una juntura completamente estanca. El compartimiento A contiene un cilindro C destinado á recibir la carga, compuesta de capas sobrepuestas de algodón-pólvora húmedo; en este cilindro hay un segundo cilindro de latón D que contiene la carga seca y en el centro del cual hay dos estopines *ff* destinados á inflamar esta última.

El mecanismo encerrado en el compartimiento B comprende en primer lugar un cilindro E remachado en el fondo de B y en el que se ajusta por roce suave un pistón P sujetado por el muelle R y que lleva en su parte superior una pequeña copa N y en su parte inferior una rodajita F. En el contorno de la pieza B hay remachados tres radios, *a*, *b*, *s*, que sostienen una pieza con charnela, circular en la parte inferior, y entre la cual y la pequeña copa N se coloca una bola de plomo M provista de un gancho: esta bola, en situación de reposo, va apretada entre aquellas dos piezas. El gancho está unido por medio de dos hilos de seda al estopín.

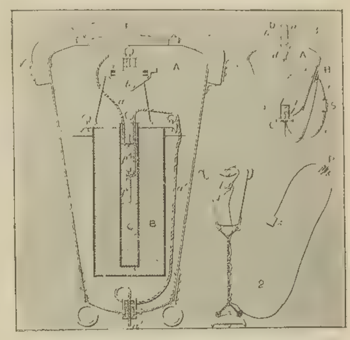


Fig. 1. – Torpedo electro-automático. A, flotador; B, carga de algodón-pólvora húmedo; C, carga fulminante de algodón-pólvora seco; P, puerta de carga; *aa'*, conductor; *b'*, bola de metal; *ff'*, fulminantes. Fig. 2. Disposición teórica del disparo del torpedo electro-automático. – Fig. 3. Torpedo electro-mecánico. Sección interior.

Manejo del torpedo. – Antes de echar al agua el torpedo, se reemplaza la rodaja F por un cilindro S, provisto de aberturas O y que contiene un bloque de sal marina comprimida, en el que se ha dejado un espacio destinado á hacer presión sobre el vástago del pistón P, de manera que la bola de plomo R se mantenga apretada entre las dos piezas antes mencionadas; de modo que el torpedo puede manejarse sin peligro. Entonces se procede á su inmersión por medio de una cabria; y á fin de que el torpedo permanezca en una posición casi vertical, se le une á un flotador.

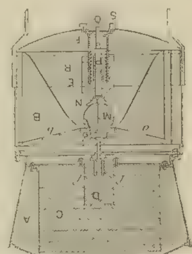


Fig. 4. – Torpedo automático-mecánico

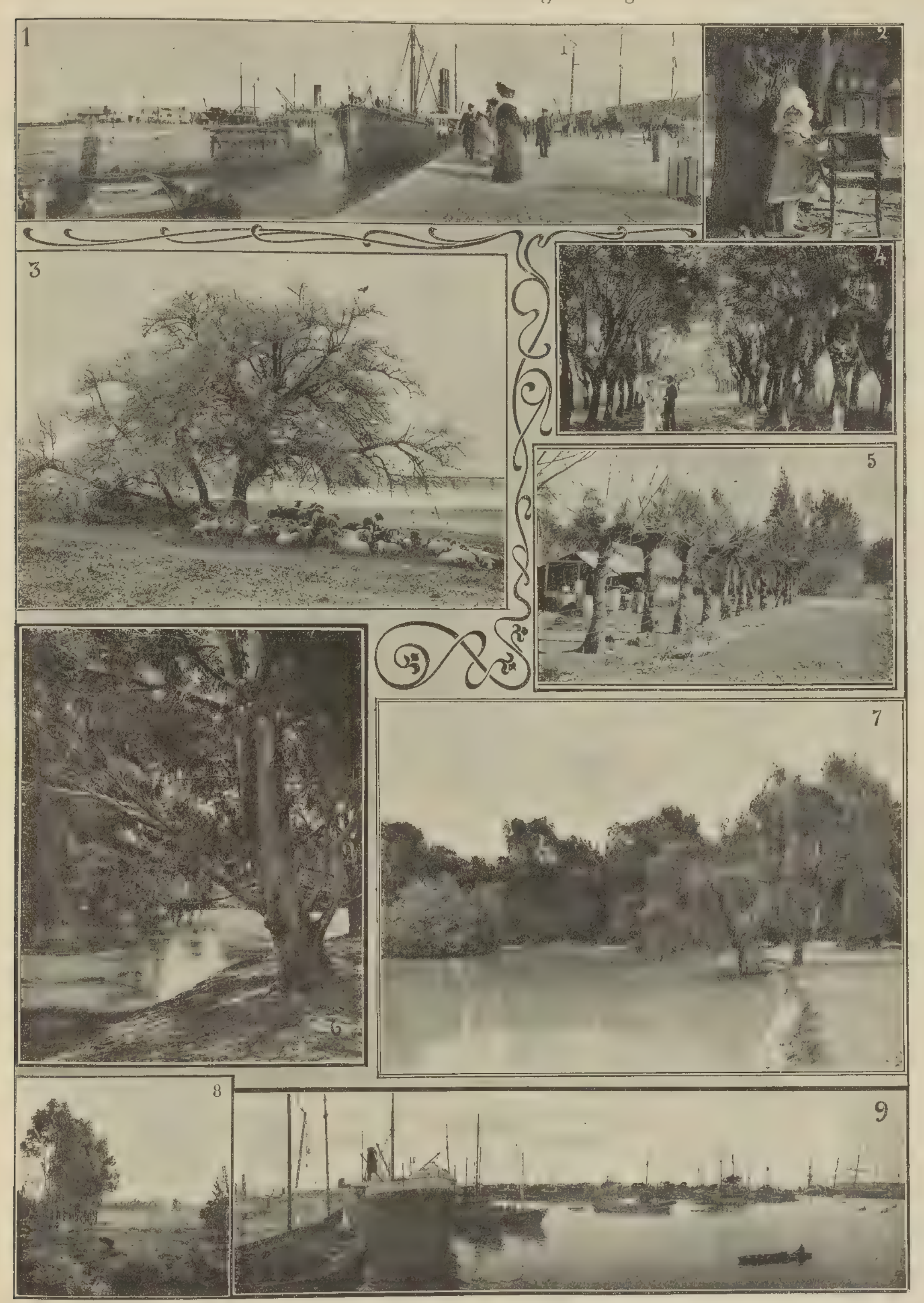
Al contacto del agua, el bloque de sal marina se disuelve y el pistón P, que ya no queda sujeto, desciende arrastrando consigo la bola de plomo que descansa sobre la copa. Si, á partir de aquel momento, el pistón sufre un choque, la bola de plomo, cuyo equilibrio es poco estable, cae al fondo del compartimiento B, tira del hilo de seda y provoca la explosión. El volumen del bloque de sal está calculado de manera que el tiempo que tarde en disolverse sea suficiente para dejar al que coloca el torpedo tiempo suficiente para ponerse á salvo de cualquier percance. Dado el equilibrio inestable de la bola de plomo, se comprende fácilmente que este torpedo, una vez colocado, no pueda ser retirado.

Como se ve, el manejo y la colocación de este aparato son muy delicados, pudiendo la menor imprudencia producir grandes catástrofes.



Costumbres romanas. – Bandoleros de la Calabria. – La Caridad. – Diezmos y primicias. – Costumbres italianas: en la granja. – Hostería del M[illegible]: músicos calabreses. Fotografías de D. Arístides Mondelli que obtuvieron el primer premio con la más alta clasificación adscrito á la Copa de honor, del primer grupo.

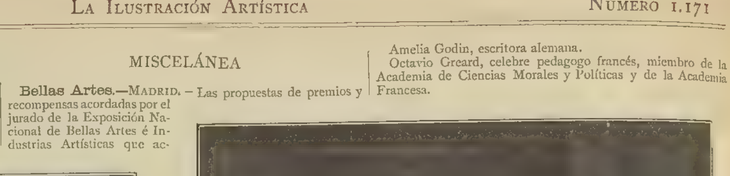
Buenos Aires.—Quinto concurso de la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados



1 y 9. En el puerto, fotografías de D. Aymard Wisocq (primer premio del segundo grupo). – 2, 5 y 8. En la estancia, fotografías de D. Jorge Duclot (segundo premio del segundo grupo). – 3. Hora de siesta, fotografía de D. José Guerrero (tercer premio del primer grupo). – 4. En el campo, fotografía de D. Juan L. Trillia (segundo premio del segundo grupo). – 6 y 7. Paisajes, fotografías de D. Vicente Biaggini (segundo premio del primer grupo).

Los rusos han podido aprenderlo recientemente por degraciada experiencia, con la pérdida del *Ienisei* y del *Boyarin* mientras trataban de colocar minas en el puerto de Dalny.

Esta última clase de torpedos sirven para proteger una retirada, retardar un desembarco ó crear estorbos momentáneos á la escuadra enemiga, la cual se verá obligada á llevar por delante barcos ordinarios de poco valor que, haciendo volar los torpedos, dejen expedito el paso. – H. N.



MISCELÁNEA

Bellas Artes.—MADRID. – Las propuestas de premios y recompensas acordadas por el jurado de la Exposición Nacional de Bellas Artes é Industrias Artísticas que actualmente se celebra en Madrid para las secciones de Grabado, Escultura, Arquitectura y Arte Decorativo, son las siguientes:

Grabado. – Segundas medallas: Sres. Verger y Lhardy. *Terceras medallas:* Sres. Fernández Guijarro, Esparza y Baguer Atienza. La primera medalla ha quedado desierta. Se proponen ocho menciones honoríficas.

Escultura. - Primeras medallas: Sr. Barrón. Sres. Trilles y Monserrat, empatados. – *Para cuatro segundas medallas:* señores Marín, Castaño, Clarasó, Quintín de Torre, Oslé y García (A.), empatados. – *Para seis terceras medallas:* Sres. García (F.), Alentorn, Cuervo, Estany, Carretero, Coullant Valera, Bassas, Basterra y Ridaura. Además se proponen 32 expositores para menciones honoríficas y 15 para condecoraciones.

Arquitectura. – Segundas medallas: Sres. Palacios, Olamendi y Sanz Barrera. – *Terceras medallas:* Sres. Cabello y Lapiedra, Gómez Acebo y Roca y Simó. La primera medalla ha quedado desierta. Se proponen cinco menciones honoríficas y dos condecoraciones.

Arte Decorativo. – Primeras medallas: Sres. Aguado, Arija, Amaré, Masriera (Víctor). – *Segundas medallas:* Sres. Cidón, Muñoz (G.), Varela, Estany, Gadea, Riera, Barrón, Urpi, Brossas, Escaler y Maumejean. – *Terceras medallas:* Sres. Pérez, Garnelo (Eloísa), Bueno, García Sampedro, Guillén, Masó, Clinillés, Díaz, Labarta (F.), Pascual, Sánchez, Vila, Avila, Sánchez Comendador y Málaga. Se han propuesto 16 menciones, nueve premios de cooperación y 12 condecoraciones. El expositor barcelonés D. Juan Busquets ha sido declarado fuera de concurso y propuesto para una condecoración por los muebles que constituyeron el dormitorio de S. M. el rey D. Alfonso XIII durante su estancia en Barcelona.

Teatros.—*Barcelona.* – Se ha estrenado con gran éxito: en el Principal *La suerte*, bellísimo diálogo dramático primorosamente escrito por D.ª Emilia Pardo Bazán. En Novedades y en el Eldorado han debutado las notables compañías de declamación castellana que dirigen respectivamente el Sr. Díaz de Mendoza y la Sra. Guerrero, y el Sr. Balaguer. Esta última, de la que forman parte la notable actriz Sra. Pino y el no menos notable actor Sr. García Ortega, ha estrenado con excelente éxito *El adversario*, comedia francesa en cuatro actos de Alfredo Capus, muy bien traducida por D. Alfonso Danvila Jaldero.

Necrología.—Han fallecido:

José Fux, pintor austriaco.

Samuel Smiles, escritor escocés, autor de importantes obras traducidas á varios idiomas.

Luis Sugana, poeta italiano, autor de varias comedias escritas en dialecto veneciano.

Wassilij Wassiljewitsch Wereschtschagin, célebre pintor ruso, fallecido en la reciente catástrofe del *Petropawlosk*.

Dr. Piot Chmielowsky, literato y crítico polaco, profesor de la Universidad de Lemberg.

Antonio Dvorak, notable compositor bohemio.

Amelia Godin, escritora alemana.

Octavio Greard, celebre pedagogo francés, miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas y de la Academia Francesa.

Enrique Leer, general ruso y notable escritor militar.

Dr. Ottokar Lorenz, historiador austriaco, profesor de la Universidad de Viena, autor de importantes obras.



EXCMO. SR. H. O'CONNOR MARTINS, pintor y diplomático



EXCMO. SR. M. DE CARVALHO Y VASCONCELLOS

Retratos pintados por el distinguido pintor Salvador Sánchez Barbudo. (Exposición anual de Roma de 1904.)

NUESTROS GRABADOS

Retratos de los Excmos. Sres. H. O'Connor Martins y M. de Carvalho Vasconcellos, obra del distinguido pintor Salvador Sánchez Barbudo.—Conocidos son los méritos del distinguido pintor español Sr. Sánchez Barbudo. Las obras que ha producido son demostración de su valía, y el buen concepto de que goza en el mundo del arte ha sido alcanzado gracias á sus indiscutibles aptitudes y á su probada maestría. Pertenece á ese grupo de artistas que desde hace algunos años contribuye á sostener el buen nombre del arte español. Sus hermosos lienzos *Hámlet* y *La procesión* atestiguan, entre otros, su facilidad para el cultivo de diversos géneros; pero confesamos que los dos notables retratos que reproducimos significan ó representan la gallarda manifestación de las cualidades estimables que atesora nuestro amigo, puesto que en uno y otro vese, adivínase, además de sus admirables condiciones pictóricas, el espíritu del personaje representado, aun con la particularidad del contraste que ambos ofrecen. No debe, pues, sorprender que llamaran la atención de los inteligentes y que merecieran distinguirse en la importante exposición de Roma celebrada recientemente.

***

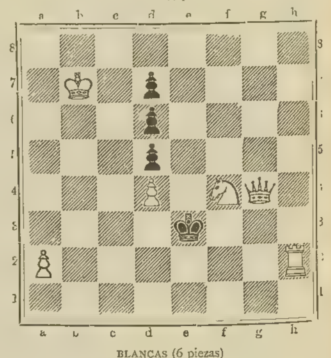
Al mercado, escultura de José Monserrat.—La evolución realizada en la pintura se ha verificado también, y en mayor grado, si cabe, en el arte escultórico. La severidad de las antiguas estatuas clásicas se ha dulcificado; al quietismo ha sucedido el movimiento y á la frialdad el calor. No discutiremos si con ello ha ganado ó perdido la plástica; si es lo de ahora ó lo de entonces lo que responde mejor al ideal estético; consignamos sencillamente un hecho, y no podemos menos de reconocer, después de haberlo consignado, que las obras ejecutadas dentro de las tendencias revolucionarias modernas, causan en nuestro ánimo una impresión agradable y no pocas de ellas nos conmueven hondamente, porque en ellas vemos palpitar la vida y reproducidas escenas de nuestros días que realmente nos interesan. El hermoso grupo de Monserrat entra de lleno en este género: el notable escultor catalán no sólo se ha preocupado de la corrección de la línea y de la armonía de las proporciones, sino que ha cuidado de animar á cada una de las figuras que del grupo forman parte de una expresión encantadora, de una viveza de actitudes que causan en quien contempla esa escultura la ilusión de que los personajes se mueven, andan, respiran, en una palabra, viven y sienten. *Al mercado* ha sido una de las composiciones que, con justicia, más han llamado la atención en la Exposición Nacional de Bellas Artes é Industrias Artísticas que actualmente se celebra en Madrid: en la propuesta de premios acordada por el jurado, resultan empatados para una primera medalla el Sr. Monserrat y D. Miguel Angel Trilles.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B.d Italiens, Paris.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 368, POR J. DOBRUSKY.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 367, POR F. DUBBE.

Blancas.	Negras.
1. T a 2 – a 3	1. R d 5 – e 4
2. D g 2 – c 2 jaque.	2. Cualquiera.
3. c 3 – c 4 ó D mate.	

VARIANTES.

1..... R d 5 – c 4; 2. D g 2 – e 2 jaq., etc.
1..... g 4 × f 3; 2. D g 2 – g 6, etc.
1..... Otra jug.ª; 2. C f 3 g 5 jaq., etc.

LA NOVELA DE UN VIUDO

ORIGINAL DE SALVADOR FARINA.—ILUSTRACIONES DE B. GILI Y ROIG

(CONCLUSIÓN)

XXVIII

Algún tiempo después

Habían transcurrido tres meses desde los últimos acontecimientos que dejo narrados; la primavera había sucedido al invierno, la calma á la tempestad, como en mi sueño, y yo, entre los bostezos de mi vida solitaria y monótona en Milán, renovaba con frecuencia en mi mente las imágenes que había dejado detrás de mí, con la satisfacción del que sabe que puede contraponer á las melancolías una idea grata.

La idea grata la constituía Anselmo; Anselmo, curado de todos sus males y rodeado de una familia patriarcal, de tíos y primos, en cuyo seno se había refugiado para templar de nuevo su corazón, sumergiéndolo en un manantial de sana alegría, para regocijar su espíritu con el espectáculo de una felicidad formada de paz campestre y de afectos caseros, para vigorizar las fibras con el aire puro y saludable de sus colinas, con los vinos puros y saludables de sus colinas y con otras muchas purezas saludables de sus colinas.

Yo pensaba también en Luciano, que hacía un par de meses viajaba por Suiza, dando muy pocas y breves noticias suyas á los amigos, sin hacer nunca alusión alguna á sus propósitos. No sabía si alegrarme ó entristecerme de semejante proceder; pues aunque se había dado á viajar por encontrarse á solas con su dolor, aún había momentos en que me complacía en suponer que saldría de esta última prueba más fuerte y mejor apercibido para la lucha de la vida que todavía le quedaba por recorrer.

Un día recibí carta de Sempronio el de Campione; me anunciaba la próxima llegada de Luciano y me fijaba la fecha, añadiendo que se proponía ir á verle á Lugnano.

Deduje que yo también debía ir á Lugnano para ser el primero en abrazar al amigo, y fuí.

La primera persona que acudió á mi encuentro apenas puse el pie en la playa de Lugnano, fué el colosal Sempronio.

—Le esperaba á usted, me dijo.

—¿Me esperaba usted?

—Sí, estaba seguro de que vendría usted.

Y así diciendo, me puso familiarmente la mano en el hombro y me condujo hacia el Parque.

A pesar de la apariencia de hilaridad y de buen humor que se esforzaba por conservar, sorprendí en su rostro señales de impaciencia y de inquietud, y más de una le vi ponerse serio y guardar repentino silencio como asaltado de un pensamiento importuno.

—¿Conque vuelve?, dije en uno de estos momentos.

—Sí, vuelve, repitió como si respondiese á su pensamiento.

Y pronunció estas palabras con un acento tan desconsolado, que no cabía duda sobre el significado que, lo mismo que yo, daba á aquel suceso.

—Dentro de media hora estará aquí, dijo volviéndose directamente á mí. Podemos estar seguros de ello: esos benditos suizos, vecinos míos, tienen un servicio de diligencias que desmienten la fama que vosotros los italianos de Italia habéis dado á las diligencias.

—¿Cómo ha sabido usted su llegada?, pregunté después de un rato de silencio que creí deber consagrar á las diligencias suizas.

—Me ha escrito... Pocas palabras en verdad, añadió respondiendo á la curiosidad que se leía en mi semblante.

—¿Alegres?

—Parece que sí; me anuncia su determinación como si se tratara de una fiesta; bien es verdad que las pocas veces que me ha escrito durante su viaje ha hecho otro tanto. Hay que creer que una feliz transformación...

Estas últimas palabras respondían tan mal á su pensamiento, que las cortó á la mitad y calló.



La barca surcaba las ondas con jubiloso impulso

—¿Ha visto usted á Próspero?, me preguntó poco después.

—Hace dos meses que no le veo; pienso visitarle á mi regreso á Milán.

—Y hará usted bien, porque le prestará un gran servicio.

—¿Cómo?

—Sí; el infeliz se aburre mortalmente; su ocicsidad, que en un principio le parecía una beatitud, se ha convertido para él en un tormento; ya sabe usted que hace mucho tiempo había renunciado á la caza, y que hasta se había desprendido de *Reverendo*, su mejor perro; ahora ha renunciado á todo, cultiva sin gusto las flores de su jardín, y casi sin notarlo, se siente oprimido por la inutilidad de su vida. La desgracia de Próspero está en ser rico; si cada día tuviese que ganarse el pan del día siguiente y el medio litro de vino de los domingos, no le parecería la vida tan difícil. Si tuviese al menos mujer é hijos, ya sería otra cosa...

—¿Y qué puedo hacer por él?

—No pido á usted que le busque una esposa, ¡Dios me libre!, pero á menudo una palabra soltada á tiempo basta para engendrar una idea ó para convertir una idea en una determinación. Próspero tiene una idea, pero le da vueltas perezosamente en su imaginación, y mucho me temo que no haga nada. Ha echado de ver que venimos á este mundo para algo, y que todos, ricos y pobres, para vivir necesitamos, no solamente pan, sino también trabajo, y se le ha ocurrido emplear parte de su capital en una empresa industrial cualquiera en que pueda ocuparse y que le ayude á hacer algún bien al prójimo. Ya sabe usted el refrán: á hierro caliente, batir de repente.

—Pues lo batiré; pero hay que advertir que Próspero siempre ha hecho bien y no hay nadie más caritativo que él.

—Hace algún tiempo se ha persuadido de que el hacer limosna no es cosa tan fácil como parece; á veces se encuentran en este mundo miserables que no la quieren recibir. Y además, quien da limosna, recoge miseria y envilecimiento, mientras quien distribuye trabajo crea hombres dignos y honrados.

—Tiene usted razón, y la causa de Próspero no puede tener mejor abogado que usted en cuanto al ejemplo: nada, le convertiremos en fabricante.

—Me parece bien, tanto más cuanto que la suerte se ha encargado de librarlo de su ángel malo...

—¿A quién se refiere usted?

—A Ricardo, á aquel hombre bueno tan sólo para hablar mal de amigos y enemigos.

—¿Pues qué le ha sucedido?

—Lo que casi siempre sucede á sus iguales; que el arma empleada contra el prójimo se volvió un día contra él y le dejó por algún tiempo sin ganas de ser maldiciente. La cosa empezó con un suizo de humor atrabiliario en un café de Lugnano, y acabó, con el mismo suizo del mismo humor, en la sala de un maestro de esgrima, donde Ricardo perdió una oreja; parece que su adversario la recogió y se la entregó con todas las reglas de la más perfecta cortesía, ó algo por el estilo. Lo cierto es que desde entonces no se le ha vuelto á ver; estoy seguro de que si volviese, lograría persuadirnos de que, con una oreja menos, el hombre se encuentra más suelto..., pero se me antoja que no volverá.

Antes de llegar á Lugnano, había pensado yo en la señora Albruzzi y en la probabilidad de un encuentro entre ella y Luciano, y no sabía á quién preguntar por ella, porque se me figuraba que Sempronio, viviendo en Campione, ni siquiera habría oído su nombre. Sin embargo, le dije:

—¿Conoce usted al Sr. Albruzzi?

—He oído alabar la belleza de la mujer más que el talento del marido, me contestó sonriendo.

—¿Conque sabe usted?..

—Las noticias de Lugnano llegan á Campione más pronto de lo que se cree, y todo cuanto penetra en Campione encuentra abierta la puerta de mi casa. Luciano no me ha dicho nada, pero no ignora que lo sé todo.

—¿Y dónde está ahora la señora Albruzzi?

—Desde que marchó á Milán hace tres meses, como sabe usted, no ha vuelto ni volverá. El Sr. Albruzzi tuvo que vender la quinta en pública subasta por dar gusto á su mujer..., en el fondo tiene muy buen sentido y sabe cuán necesaria le es su mujer...

En esto se oyó alegre rumor de cascabeles; tendimos la vista, y divisamos entre una nube de polvo la colosal diligencia de Bellinzona, tirada por cuatro robustos caballos.

Sempronio y yo nos apretamos la mano silenciosos.

Mientras los viajeros se apresuraban á apearse, me pareció ver como en una visión la imagen de Luciano; no me engañaba, era él, él en persona. Nos vió, se sonrió y se arrojó en nuestros brazos... ¡Ay! Estrechábamos contra nuestro pecho la sombra, nada más que la sombra de nuestro pobre amigo.

***

Y sin embargo, sonreía y parecía contento. La serenidad de su frente y la limpidez de su mirada contrastaba penosamente con su rostro descarnado y sus mejillas descoloridas; los cabellos, que le caían en largos mechones sobre los hombros y la barba descuidada atestiguaban un abandono y un olvido de sí mismo que reflejaban una luz pavorosa sobre aquella apariencia de felicidad.

En los dos días que pasé á su lado no le oí pronunciar ni una palabra por la que se pudiese inferir

que su pensamiento retrocedía al pasado; al contrario, pareció volver á ver su antigua morada, tan poblada para mí de recuerdos melancólicos, con mirada distraída, cual si por ensalmo se hubiera borrado de su mente y de su corazón toda su vida pasada.

La transformación no quedaba reducida á esto solo; se había hecho menos suspicaz y hablaba más que antes, es decir, que no había sabido salir de su taciturnidad sino para volverse locuaz.

Nos hablaba de sus viajes sin entusiasmo, pero con minuciosa profusión de detalles, y de vez en cuando hacía alguna indicación acerca de su porvenir, como quien cree de buena fe que aún le queda gran camino que andar.

¿Lo esperaba así? Y si no lo esperaba, ¿por qué procuraba alimentar aquella ilusión? ¿Se creía ya tan fuera de la vida que pudiese extinguir en la ficción su propia naturaleza? Yo no sabía responderme á estas preguntas con entera seguridad; lo que sí sé es que aquella charla me oprimía el corazón como el desvarío causado por la fibre, y que su felicidad me parecía don de una embriaguez imposible de curar: la embriaguez del dolor.

En contra de lo que me había figurado, durante aquellos dos días no se separó un momento de nosotros, ni buscó la soledad, y se mostró afectuoso y complaciente como nunca.

Una sola cosa me pareció que no andaba acorde con su proceder: el temor que le causaba el silencio y el afán con que se apresuraba á reanudar la conversación cuando nos veía algo pensativos. . . .

El alba melancólica anunciaba un triste día de otoño; Sempronio, Luciano y yo bajamos á la playa de Lugnano, donde Paulino Gaggini me aguardaba para llevarme en su barca á Bissone.

Luciano hablaba muy animado con Sempronio, y yo espiaba cautelosamente su rostro, afilado por el dolor, como para imprimir su melancólica imagen en mi mente. Cuando llegamos á la orilla del lago, me estrechó la mano y me deseó buen viaje, acompañando su despedida con sonrisa llena de dulzura.

—¿No te veré en Milán?

—Creo que sí y pronto; tengo que arreglar algunas cosillas allí, y esto me servirá de excelente pretexto para ver á los amigos. No he olvidado cuánto te debo...

Estas fueron las únicas palabras con que aludió al pasado, y no añadió ni una sílaba; juzgué oportuno no hacer hincapié en aquella idea, y le pregunté si le podía ser útil en Milán.

—Supongo que no, pero me serás útil si me escribes pronto.

Otra sonrisa dulce, otra mirada afectuosa, otro apretón de manos fuerte y sostenido y un prolongado beso.

—Hasta la vista.

—Hasta la vista.

—Buen viaje, me gritó agitando el pañuelo, cuando me hube separado de la orilla.

Yo pensé entonces en un viaje largo y penoso, al fin del cual todos nos volveremos á ver y encontraremos los afectos perdidos en el camino. . . . . .

Paulino Gaggini había mostrado gran alegría al verme y me ofreció su mano callosa para ayudarme á saltar á la barca.

—¿Cómo van tus asuntos?, le pregunté cuando estuvimos solos en medio del agua.

—A las mil maravillas, señorito; muy bien.

—¿Y tu Anita?

—Me ha regalado otro chiquillo hace dos semanas, y ahora está ya perfectamente.

¿Y qué se hace por Bissone?

—¡Ah!, contestó tristemente; desde la desgracia que nos ha sucedido...

—¿Qué desgracia?

—¿No lo ha reparado usted cuando pasó por allí? No.

—Una desgracia muy grave para Bissone; ¿se acuerda usted del olmo, de aquel gran olmo, de aquel hermoso olmo, el mayor y el más hermoso de los dos?

—Sí, ¿y qué?

—Que una racha de viento, un verdadero demonio desencadenado, lo derribó.

—¡Qué lástima!

—Una lástima capaz de hacer llorar á la Madonna; ¿y qué se figura usted? Pues el otro olmo tendrá el mismo fin y no tardará mucho; habían crecido juntos: ¡si oyera usted cómo gime de noche cuando sopla el viento! Lo que es yo, digo que esos dos olmos se querían mucho, y que aún no ha concluido...

De pronto Paulino cesó de remar, y bajando la voz como si tuviera que decirme un secreto, me preguntó.

—¿Le ha visto usted?

—¿A quién?

—Al Sr. Luciano... De buena gana perdería algo con tal de equivocarme; pero sucederá sin remedio lo que le digo: la racha de viento que ha de derribarlo no está lejos.

XXIX

¡A través del espacio y el tiempo.

¡No está lejos! Es verdad, pensé, no está lejos, y quizás vale más que sea así. ¿Qué le ha quedado á ese hombre generoso de las ilusiones, de los propósitos de su juventud? El delito ha pasado por el pobre campo de sus alegrías y ha depositado en el hueco dejado por los afectos arrancados el germen de una planta que arraiga en los seres vivos. ¡Ah! ¡Dése prisa á cortarla la hoz del segador!

No cabe dudar que el eterno segador comprende mejor que nosotros su ministerio de piedad.

Todavía un lapso de tiempo, ¿cuánto?, largo: el remordimiento no se mide por el tiempo. Sin embargo, transcurre; el cuerpo se lacera poco á poco; el alma que se agita afanosa dentro de él, aparece poco á poco como una llamita al través de una vasija diáfana; el trabajo del dolor es lento, pero seguro. Llega por último un día suspirado, á partir del cual no se suspirará más; las cosas de la tierra, contempladas mucho tiempo con mirada medrosa, se ven con serenidad; se reconocen las olvidadas fisonomías inocentes de la naturaleza; se vuelven á absorber con el pensamiento los antiguos entusiasmos; se bendice la brizna de hierba y el rocío; se mira la luz; se aplica el oído á un susurro que no es de la tierra; se ven en el espacio caras sonrientes y se perciben acentos conocidos; se adivina que lo que va á suceder á la vida es otra vida, y se muere... Y se muere, y se olvida, y se sana, y se reanuda eternamente el hilo roto por una aberración fatal. . . . .

Alcé los ojos y vi que Paulino me miraba con atención como si quisiera adivinar mis pensamientos, y contestó á mi mirada con una sonrisa.

¡Cuánta ingenua felicidad en aquella sonrisa! ¡Y cuánto más dulce y más pura me pareció aquella felicidad comparándola con las imágenes que acababa de desechar de mi mente!

La serenidad de un alma virgen en su rusticidad traslucía á aquella cara varonil y morena. Aquel hijo del sol y del agua, que no tenía más patrimonio que la barca y su lago, ignoraba lo que era cometer una falta. Probé á remontar con el pensamiento la corriente de su vida, á bajar de nuevo por ella hasta el momento actual y á acompañarla previendo el mañana postrero, y siempre y por doquiera vi la misma alegre fisonomía, siempre serena, porque la alegraba el mismo júbilo. Hijo, esposo, padre, no se había desviado un punto de su camino, y jamás había ido á buscar calor á otro lugar sino al de la familia.

Probé también á completar con el deseo su felicidad, á añadir un premio á su virtud; y no atiné á imaginar felicidad verdadera que él no la tuviese ya, ni supe otorgarle un premio que valiese más que el que él mismo había colocado á la puerta de su casa, á la entrada de su corazón.

La barca surcaba las ondas con jubiloso impulso. Otra vez acudieron fantasmas á mi cerebro.

—¿Qué ha sido de Laura, la hermosa dama?

Dejemos pasar el tiempo. Concédansele aún diez años de su vida efímera, quince, veinte, y cuando el artificio se haya cansado de una lucha impotente contra los estragos del tiempo, se puede preguntar qué ha sido de la hermosa dama.

Pregúntese qué frutos le ha producido su virtud, ídolo feroz que ha visto á los pies de su altar el sacrificio de tantas virtudes; pregúntese qué se ha librado de las ruinas de aquel culto febril y obsceno, qué consuelos le han quedado después de tantas jactancias de satisfacciones y orgullos, qué afectos ha alimentado su indiferencia y en qué rosas se posarán los pasos de su ancianidad...

¡Su ancianidad! ¡Palabra horrible!; Ay, sí! Hasta las mujeres hermosas envejecen; algo más tarde que las otras, es cierto; pero esta tardanza no es otra cosa sino una pesadumbre más.

¿Dónde están las vocecitas infantiles que hacen sonreír á la vejez? ¿Dónde la tranquilidad que la hermosea? Las paredes de la casa no repiten alegres ecos; pero las paredes laceradas del corazón repiten ecos pavorosos y crueles...

Cada día que pasa graba una nueva arruga, cada día que pasa produce un nuevo desconsuelo; se mira ante sí, y en el infinito que circunda á las criaturas no se acierta á discernir otra imagen sino la de la propia disolución... ¿Qué hacen esos millones de mundos que circulan por el espacio? ¿Qué dicen las calladas voces de la noche?.. Los sentidos han mentido; no hay más que un mundo; el mundo en que se sufre y se muere; más allá, el silencio horrible de la tumba...

La barca surcaba las ondas con jubiloso impulso, dejando tras sí un surco espumoso; los remos se levantaban lentamente y caían produciendo rumores que parecían carcajadas contenidas, y Paulino, de pie en la proa, sonreía á su cansancio.

De pronto apareció una visión risueña en el horizonte de mi pensamiento, Anselmo.

Paréceme verle en la casita tranquila de los parientes que le quieren, primero convaleciente, después enteramente restablecido, lanzándose, más seguro de sí mismo y más animoso, en el mundo de los afectos y bebiendo á grandes sorbos en la fuente de la vida.

Le veo salir al alba y trepar á las cumbres é interrogar con mirada serena los apartados horizontes, y soñar con los ojos abiertos en un porvenir azul como el cielo que tiene sobre su cabeza, y sentir luego la necesidad de volver á su casa, y al acercarse al conocido umbral, experimentar una dulce turbación de la que no sabe darse cuenta, mientras por entre los postigos entornados de una ventana, dos grandes ojos espían su regreso, y un rostro femenil y joven le sonríe sabiendo que no se le ve.

Le veo entrar con paso ligero y un corazón más ligero todavía en una salita de campo donde seis retratos de mujeres muy descocupadas se cambian desde sus marcos una sonrisa litográfica, al ver la mesa siempre puesta; donde una jaula dorada, colgada en el hueco de una ventana, encierra un canario que se ha despertado de buen humor y reza su oración matutina, y donde una preciosa prima, muy chiquita, acude á preguntar al huésped si ha pasado bien la noche. Le veo bajarse para darle un beso, y en tanto, con el rabillo del ojo, mira si por casualidad otra primita, menos pequeña, pero no menos preciosa, se oculta detrás de la puerta como ha hecho otra vez...

Le veo más adelante al lado de una joven modesta de ojazos negros, cabellos castaños, tez sedosa, con el rosado tinte de la salud en las mejillas y la risa de la inocencia en los labios... Se cogen de la mano, corren juntos por los prados, se detienen jadeantes, y se miran uno á otro, y por poco no se abrazan al aire libre, como dos enamorados, cuando no son sino dos esposos que se aman...

Transcurre el tiempo y cambia la escena: una casita nueva, encaramada como un nido en una loma, que blanquea entre verdura; un jardinillo que data de ayer y que está ya lleno de buenas intenciones, y un viñedo que baja hasta el llano; y una nueva familia que estrena aquella casa, y una nueva cadena de afectos, cuyo último eslabón se pierde en el cielo...

Pasa todavía más tiempo: los nuevos plantones han arraigado y echado ramas vigorosas en el jardín; la madreselva ha trepado hasta las ventanas y mira curiosamente por los cristales, y las golondrinas revolotean sin saber apartarse de aquel modesto tejadillo. ¿Qué ha sucedido?.. El eterno milagro..., la madreselva ha visto una cuna y las golondrinas han oído un vagido, el primer lloro de una criatura que ha entrado en el mundo...

Sigue pasando tiempo... Diez veces han madurado al sol los racimos; la madreselva ha perdido y recobrado diez veces sus hojas y su perfume; la esposa, joven y bella todavía, está dando con el grave cariño de la madre su alimento á una criatura de color de rosa. Anselmo la mira con ternura y mira á *los otros* que juegan en el jardín; el silencio es profundo; sólo de vez en cuando se oyen las alegres risotadas de los pequeñuelos que juegan en el jardín. . . . . .

La barca surcaba las ondas con jubiloso impulso dejando tras sí un surco espumoso; los remos se levantaban lentamente y caían produciendo rumores que parecían carcajadas contenidas, y Paulino, de pie en la proa, sonreía á su cansancio. . . . .

XXX

¡Bien venido!

Un año después recibí una carta de Anselmo concebida en estos términos:

«Ha pasado la primavera de la que tanto te hablaba en mi última carta; ha pasado el mes de mayo, y también el suspirado día; hace veintiséis horas que soy padre de un niño que se parece un poco á mi Carlota y mucho á un ángel con el que he soñado sin advertirlo durante toda mi melancólica juventud.

»De un año á esta parte me había acostumbrado de tal modo á la felicidad, que casi no notaba que era feliz. Esta criaturita, que viene á cimentar un nuevo nido, me ha sacado de mi ingratitud para con Dios y para con los amigos.

»Ven pronto. Necesito abrazarte, enseñarte dónde he puesto mi corazón; necesito que seas venturoso con mi ventura; que me prives un poco del cariño que me tienes para devolvérmelo en caricias y en besos en los mofletudos carrillos de mi pequeño... Luciano.»

Traducción de M. Aranda y Sanjuán.

Fabricación de lámparas eléctricas

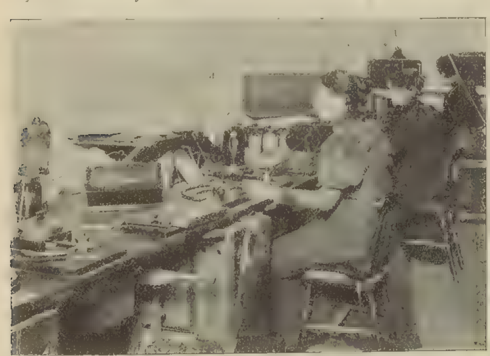
Hay muchas cosas que no son tan sencillas como parecen, y una de ellas son las lámparas eléctricas. Un pequeño globo de cristal, abierto y ligeramente



Operación de montar los filamentos en alambres de platino

apuntado, un filamento extrañamente retorcido con extremos de platino y una tapa de metal, he aquí de qué se componen. Pero hay una gran dificultad en su fabricación, y es que, como decían los libros en que aprendimos en la escuela, la naturaleza tiene horror al vacío, y para que consienta en él, hay que obligarla á la fuerza.

Las dificultades que presenta el manejo del cristal y el obtener el vacío casi perfecto son patrimonio también de otras industrias. Donde se presenta ancho campo para el estudio es en todo lo que se refiere al delgado hilo que ha de soportar el calor. Los que hayan leído los viajes de Gulliver recordarán al mugriento académico de Lugado que durante ocho años se había dedicado á la tarea de extraer de los pepinos rayos de sol; pero aun en el caso de que aquel digno sabio hubiera conseguido su intento, no hubiera sido su hazaña más maravillosa que la que hacen los electricistas de hoy día, extrayendo rayos de sol, ó su equivalente, del algodón-lana. Porque la base del radiante alambre exterior, como suelen llamarlo los que no están en el secreto, es sencillamente la fibra inofensiva del algodonero, que en vez de convertirse en telas en las fábricas del Lancashire, está destinada por el hado adverso á pasar por cerca de cuarenta y cinco procedimientos distintos en una fábrica de lámparas.



Prueba de la resistencia eléctrica de las lámparas

Hasta ahora, por alguna misteriosa razón, la fabricación de lámparas eléctricas se ha llevado á cabo con el más impenetrable secreto; pero en los Brook Green Works de la Compañía General Eléctrica Limitada de Hammersmith, en donde se construyen anualmente de tres á cuatro millones de las muy conocidas lámparas Robertson, el curioso autor de estas líneas, en vez de ser, como casi creía le iba á suceder, apedreado ó electroejecutado, fué, al contrario, perfectamente recibido. Hasta se ofrecieron los directores, con una complacencia hija de la convicción de que obraban bien, á acompañarle y explicarle todos los procedimientos, desde el principio al fin, que, en su mayoría, son muy interesantes, como verá el lector, aunque es difícil explicarlos todos exactamente, ni siquiera con la ayuda de las adjuntas fotografías.

«Este —dijo el director de los trabajos cogiendo un puñado de fino algodón-lana— es el procedimiento número uno,» y arrojó la pelota á una tina que contenía una solución parecida á la de jabón, pero que resultó ser una mezcla celulosa de lana y cloruro de cinc. Después de suficientemente cocida esta materia, se introduce á través de varios tubos de distintos tamaños dentro de unas grandes ánforas de cristal que contienen alcohol. En ese estado pudiera tomárseles por fideos y tienen el mismo aspecto apetitoso. Déjanse los mazos en el líquido tres ó cuatro días á fin de que se endurezcan, y luego se les sumerge, durante veinticuatro horas, en agua caliente á fin de hacer desaparecer todo residuo de las substancias químicas. Después se les pone á secar en grandes tambores giratorios, cada uno de los cuales puede contener un filamento de media milla de largo, y en esa fábrica se emplean cincuenta tambores diarios. Con los procedimientos para lavar y secar se encogen mucho los filamentos, que en ese estado parecen crines de caballo. Según sea la potencia lumínica de las lámparas, se emplean filamentos de gruesos diferentes.

Hasta ahora no se ha tropezado con dificultades. El hilo tiene entonces que sufrir la prueba del fuego como preparación para la aún más temible de la electrización. Después de cortados en determinados tamaños, se les coloca en los *formadores*, que son como las tenacillas de rizar que usan las señoras y que sirven para darles la forma de ojal característica, necesaria á toda buena lámpara. Terminada esa operación, los formadores se colocan cuidadosamente en unos crisoles que se ponen en unos hornos á distintas temperaturas durante veinticuatro horas. Al sacarlos, los filamentos están completamente negros y rizados y ya no vuelven nunca á perder su forma. Entonces parecen ya á los que no son del oficio iguales á los que se usan en las lámparas, salvo que son más obscuros, y podría creerse que estaba terminada su fabricación; pero hay todavía mucho que hacer antes de que el filamento esté listo para ser encerrado en la bombilla.

La operación siguiente es la de montar los dos extremos en alambres de platino, operación tan delicada, que únicamente las delicadas manos de la mujer pueden realizarla con buen éxito. Una máquina corta el alambre de platino en pedazos de la longitud necesaria, dejando en la extremidad de cada pedazo un diminuto tubo, dentro del cual hay que introducir con habilidad el filamento semejante á un cabello, apretándolo luego con las tenazas. El platino, que es uno de los metales más pesados y dúctiles, es también uno de los más caros, y á los que creen cara una lámpara que cuesta diez y ocho peniques, les sorprenderá saber que sólo los diminutos trozos de platino cuestan, según el precio corriente en la plaza, de uno á tres y medio peniques. Los trozos de platino se le dan contados escrupulosamente á cada operaria, y en este particular no se permite el menor desperdicio y hasta se vende á buen precio lo que se recoge al barrer el suelo.

Pero aún no está terminada la unión del filamento y del platino. En el siguiente taller, uno de los más interesantes de toda la fábrica, cada obrera tiene á su lado un pequeño receptáculo de hidrocarburo, provisto de una tapa con bisagras, que puede cerrarse instantáneamente si fuera preciso. Puesta en el filamento una pinza en comunicación con la fuerza eléctrica, se le sumerge en el líquido y automáticamente se transmite la corriente. Los extremos del platino llegan hasta el blanco y el carbono se deposita en las junturas, estableciendo una unión perfecta eléctrica y mecánica. Esta operación es algo peligrosa, porque es imposible impedir en absoluto que el líquido se inflame. Se toman, sin embargo, toda clase de precauciones, y cuando tal cosa ocurre, y ocurre casi á diario, todo lo que la operaria tiene que hacer es dejar caer de un golpe la tapa y no perder la serenidad. La experiencia demuestra que esto último es lo más difícil, y por eso se ejercita sistemáticamente á las trabajadoras á fin de acostumbrarlas á obrar con sangre fría en tales casos. Durante nuestra visita, se dió á propósito una falsa alarma de fuego, y en el intervalo, increíblemente corto, de un minuto y treinta y cinco segundos, las seiscientas personas que había en aquel grande edificio de cuatro pisos había salido y los bomberos tenían las mangueras y el agua á punto de funcionar.



Operación de someter los filamentos á una corriente intensa



Taller de fabricación de las bombillas de cristal

Completamente terminada la unión, falta hacer que el filamento tenga en toda su extensión una misma resistencia eléctrica y reducir esa resistencia al grado que se necesita. Pasa, pues, á otro taller, donde se le coloca bajo el recipiente de cristal de una bomba de aire. Extraído el aire, se introduce vapor de hidrocarburo, y transmitida la corriente, el filamento se pone incandescente y absorbe el carbono que le rodea. Las partes más delgadas se calientan más pronto que las otras y el carbono se deposita más rápidamente; así es que pronto queda todo de un mismo grueso. Hasta que el galvanómetro no marca que la resistencia ha llegado al grado que se desea, no se saca el filamento, y entonces se ve que durante ese procedimiento se ha vuelto pardo.



Operación de hacer el vacío en las bombillas

Ya entonces se considera el filamento en estado de ser encerrado en la bombilla, que ha de ser su mansión. No es tan fácil como á primera vista parece el colocarlo en ella. Los que trabajan en los talleres de soplar el vidrio son hombres en su mayoría. Cada obrero tiene ante sí un receptáculo giratorio de arcilla refractaria, algo parecido á los que se ponen en las mesas para colocar los huevos pasados por agua. Cada receptáculo contiene unas diez y seis bombillas. Cogiendo una bombilla de la caja en que las traen de la fábrica de cristales, el operario la derrite por la punta por medio de una llama de gas y le pega un tubo de cristal, que sirve entonces de mango y luego para extraer el aire. Se abre después la bombilla por la parte opuesta, lo suficiente para que pueda entrar el filamento, después de lo cual se cierran los bordes de la abertura por medio del soplete, dejando fuera únicamente los extremos del alambre de platino. Se une bien el cristal á su alrededor para impedir que pueda penetrar la más pequeña cantidad de aire, y se hacen también dos pequeños apéndices ó proyecciones para sujetar la tapa. Así que queda cerrada cada bombilla, se la coloca en el receptáculo para templarla con la llama hasta que esté lista la siguiente, se hace girar el receptáculo y se la deja enfriar.

Llega ahora la gran dificultad de hacer el vacío, á que aludimos al principio de este artículo. Para conseguir una buena luz, es necesario en absoluto extraer todo el aire de la bombilla. En el siguiente taller, los tubos que se habían unido á la parte saliente de las bombillas se introducen en los orificios de cristal de la campana neumática y principia á funcionar una bomba mecánica.



La prueba final

Después de hecho todo lo posible, queda todavía siempre algún aire, así es que la bombilla se somete luego, durante veinte minutos, á la acción de una bomba de mercurio para agotar el aire todo lo más posible. Algunas toneladas de mercurio están constantemente en acción en este taller. Cuando se ha hecho ya el vacío hasta donde es posible, se someten las lámparas á una corriente un cincuenta por ciento casi más fuerte que la que han de soportar luego, siendo el objeto de este exceso de corriente desalojar de los filamentos los gases que aún contuvieran. No todas las lámparas resisten este enérgico tratamiento. Desde el comienzo de su fabricación hasta la terminación, un treinta y tres por ciento se inutilizan por uno ú otro motivo. Muchos de los defectos son insignificantes, y en las fábricas del continente europeo no se fijan en ellos; pero cuando una casa tiene su reputación bien sentada, ha de procurar no menoscabarla en lo más mínimo. A las lámparas que salen ilesas de esta prueba, se les pone un sello en la punta y pasan á sufrir otras pruebas. La primera es comprobar que se ha hecho el vacío. Si la bombilla se enciende al ponerla en contacto con un carrete de inducción, el vacío es incompleto y se ha perdido el trabajo empleado. Se hace otra prueba para hacer constar la resistencia, y entonces se llevan las lámparas al fotómetro ó taller de medir la luz, donde por medio de prismas y otros aparatos se miden la intensidad lumínica y el consumo de cada una con toda exactitud. Se las clasifica luego, y después de sufrir nuevas pruebas para comprobar que no ha habido error en los datos adquiridos y que el vacío continúa siendo perfecto, pasan las lámparas al taller del cierre. Para las lámparas de poco voltaje la tapa es generalmente de metal, pero para las de mucho voltaje es de vitrita.

Puede ya considerarse que la lámpara está terminada; pero antes de que salga de la fábrica se la somete todavía á más experiencias, examinándola los más inteligentes y adelantados de los obreros. Entonces se las pone una marca con el nombre de la fábrica, su fuerza de voltaje y lumínica, y después de empaquetadas cuidadosamente, quedan listas para ir á disipar las tinieblas.

Dos noticias más serán de seguro útiles al ejército, cada día mayor, de consumidores de luz eléctrica. Ambas se refieren á la cuestión de baratura. Las lámparas de otras naciones son, por regla general, más baratas que las de fabricación inglesa.

La diferencia se explica, no tanto por la inferioridad de los materiales empleados, como por el modo escrupuloso con que los fabricantes ingleses rechazan toda lámpara que no ha soportado victoriosamente la serie de pruebas de que hemos hablado.

Una lámpara de otra procedencia, que generalmente no lleva marca de fábrica, podrá ser tan buena, pero las probabilidades son de que no lo sea. Bien merece, pues, pagarlas un poco más para tener esa seguridad.



Operación para hacer opacas las lámparas

La otra es que la duración de una lámpara buena se calcula en unas mil horas. Muchos consumidores, por una mal entendida economía, continúan usando lámparas mucho después de haberse ennegrecido y vuelto opacas. Es una tontería, porque una lámpara nueva da una luz equivalente á la de dos viejas y cuesta su corriente consumida la mitad.

Harry Golding.

LA RESERVA EN ORO

DEL BANCO DE RUSIA

No es cosa fácil visitar los subterráneos del Banco de Rusia en donde se guardan las reservas de plata y oro del Tesoro; necesítase para ello un permiso especial, que muy raras veces se concede, y el que lo obtiene ha de vencer no pocos obstáculos materiales antes de llegar al recinto en donde aquellas se custodian. Después de largos y complicados rodeos, el visitante se encuentra delante de dos puertas de hierro guardadas por un grupo de oficiales de uniforme; estas puertas tienen tres cerraduras cuyas llaves custodian otros tantos oficiales y están selladas con tres sellos que obran en poder de tres distintas personas. Junto á la puerta hay un cen-

tinela armado que tiene al alcance de su mano un botón eléctrico, oprimiendo el cual se puede en un instante poner en movimiento á la guardia militar.

Abiertas esas puertas, se penetra en un corredor que tiene á cada lado una puerta: la de la derecha comunica con una estancia cuyo piso está cubierto de sacos que contienen la reserva de plata; la de la izquierda es la del departamento de la reserva de oro. Este departamento tiene unos 45 metros de longitud por 13'50 de anchura, es muy alto de techo y recibe luz por cuatro grandes ventanas con rejas de hierro y generalmente cerradas con recios postigos de hierro. En la parte de afuera hay constantemente un centinela armado. Las paredes están cubiertas hasta la altura de unos tres metros escasos con armarios de puertas de grueso alambre, que dejan ver el interior y que están sólidamente cerradas y selladas. Cincuenta y seis de estos armarios están llenos completamente de barras de oro. Una buena parte del suelo está cubierto de hileras de talegos, de diez de éstos de alto, por dos de ancho y de quince á treinta de largo.



La reserva en oro del Banco de San Petersburgo
Mil millones de rublos (110.000.000 de libras esterlinas) en oro acuñado y en barras (de fotografía)

Según el balance de 29 de marzo último, la reserva de oro era: *Oro ruso acuñado*, 238.000.000 de rublos; *Oro extranjero acuñado*, 142.000.000; *Oro en barras*, 204.000.000. Total, 584.000.000 de rublos, equivalentes á 62.766.000 libras esterlinas.

La reserva de oro del Banco de Inglaterra es sólo de 28.000.000 de libras esterlinas.

Aquellos 584.000.000 de rublos distan mucho de ser la reserva total de oro de Rusia; son, por decirlo así, la cifra que puede consignarse en el balance como reserva propiamente dicha. Pero hay además otras varias clases de reservas de oro: la que tiene el Banco en su central y en sus centenares de sucursales á la diaria disposición del comercio y de la banca; la de tránsito entre la central y sus sucursales; la del oro que está en la Casa de Moneda para su acuñación; y la del oro que pertenece al Banco independientemente del Estado.

El oro de estas varias categorías se descompone del modo siguiente: *Oro para el servicio ordinario del Banco y de sus sucursales*, 152.000.000 de rublos; *Oro de tránsito*, 4.000.000; *Oro en la Casa de Moneda*, 28.000.000; *Oro perteneciente al Banco*, 125.000.000. Total, 309.000.000. Unida esta suma á la antes citada de 584.000.000, da un total de 893.000.000 de rublos. Y si á esta cantidad añadimos el oro que el Estado ruso tiene en depósito en Londres, París, Berlín, etc., resulta que la reserva total de oro de Rusia es de 1.000.000.000 de rublos, equivalentes á unos 110.000.000 de libras esterlinas.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sres PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*; la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

RELOJ MONSTRUO DE LA EXPOSICIÓN

DE SAN LUIS (ESTADOS UNIDOS)

Diez veces mayor que el reloj mayor del mundo, será el de flores de los jardines de la Exposición de San Luis, situado frente á la entrada Norte del palacio de la Agricultura, del que está separado por una carretera.

Aunque es lo que se conoce con el nombre de reloj de flores, marcará las horas con exactitud, porque debajo de las enredaderas y otras plantas, hábiles operarios han construído una máquina semejante á las de los relojes de bolsillo, pero guardando con ellos la misma proporción que existe entre el dinoterio que habitó en los terrenos miocenos de Europa y Asia y el ratón de nuestros días.

El disco consiste en una circunferencia de flores de ciento doce pies de diámetro, las agujas son largos punteros verdes, de los que el mayor recorre cinco pies cada minuto. En el sitio en que se juntan, en el centro, las dos agujas, puede tenderse un hombre alto y aún sobran cuatro pies.

Entre la esfera y el palacio de Agricultura hay tres pequeños y elegantes edificios; en el central está el mecanismo que, unido á la máquina subterránea, pone en movimiento los punteros y también el que hace sonar la gran campana.

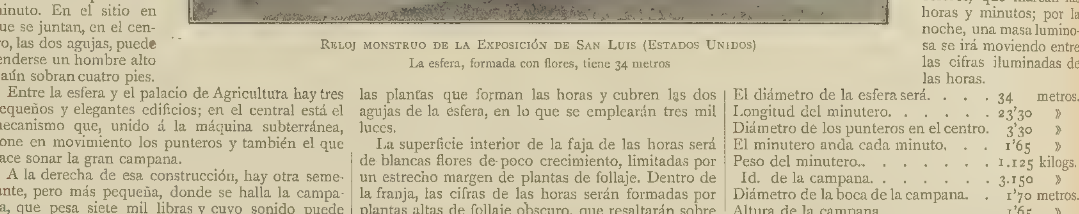
A la derecha de esa construcción, hay otra semejante, pero más pequeña, donde se halla la campana, que pesa siete mil libras y cuyo sonido puede oirse desde todos los ámbitos de la exposición.

A la izquierda hay otro edificio igual, donde está un inmenso reloj de arena que da la vuelta automáticamente cada hora.

Por la noche, estos tres edificios y la esfera serán iluminados por bombillas eléctricas colocadas bajo las plantas que forman las horas y cubren las dos agujas de la esfera, en lo que se emplearán tres mil luces.



RELOJ MONSTRUO DE LA EXPOSICIÓN DE SAN LUIS (ESTADOS UNIDOS)
La esfera, formada con flores, tiene 34 metros



La superficie interior de la faja de las horas será de blancas flores de poco crecimiento, limitadas por un estrecho margen de plantas de follaje. Dentro de la franja, las cifras de las horas serán formadas por plantas altas de follaje obscuro, que resaltarán sobre el fondo de flores blancas, iguales á las del círculo interior. El borde de la franja será una circunferencia de flores de poco tallo, y más afuera habrá macizos de plantas de follaje de color rojo, alternando con otros amarillos que indicarán los segundos, 1800 de un color y otros tantos del otro, formando un total de 3.600.

Rodeando por completo la circunferencia de la esfera, por la parte exterior, habrá un espacio de seis pies de ancho de césped y alrededor de éste un ancho sendero de tierra colorada.

El horario y minutero son de acero, ahuecados en el centro, para llenar los de tierra vegetal á fin de plantar en ella las enredaderas que han de cubrir el metal y ocultarle á la vista. El minutero pesa 2.500 libras y las enredaderas que han de cubrirlo serían bastantes para ocultar la fachada de una casa grande.

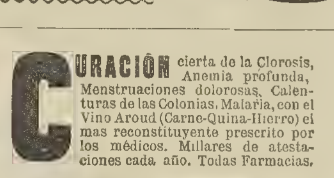
El efecto, durante el día, será el que produciría una masa verde moviéndose lentamente sobre un fondo blanco y señalando los brillantes colores, que marcan las horas y minutos; por la noche, una masa luminosa se irá moviendo entre las cifras iluminadas de las horas.

El diámetro de la esfera será. . . .	34	metros.
Longitud del minutero.	23'30	»
Diámetro de los punteros en el centro.	3'30	»
El minutero anda cada minuto. . .	1'65	»
Peso del minutero..	1.125	kilogs.
Id. de la campana.	3.150	»
Diámetro de la boca de la campana. .	1'70	metros.
Altura de la campana.	1'65	»



Franco 5 fr. — en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES,
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 16









PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN



Año XXIII — Barcelona 13 de junio de 1904 — Núm. 1.172

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL MERODEADOR, dibujo de Esteban B. de la Bere

(Reproducción autorizada por los propietarios de las Galerías Bruton, de Londres)

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo tomo de la presente serie, que es el segundo de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

No sé hasta qué punto son rigurosamente exactas las noticias de la guerra ruso japonesa; y mi duda reconoce una causa que prueba cuánto se halla arraigada en el pecho la desconfianza de lo bueno y el convencimiento de lo malo. Al considerar de cerca los actos humanos, salta á la vista la dura ley que los rige, y en la mayoría de los casos, el vaho acre de la maldad asfixia. Leed los relatos más serios, más autorizados, de alguna de las guerras que registra la moderna historia de estos últimos tiempos, cuando parece que ha realizado progresos definitivos y brillantes el espíritu humanitario y el derecho de gentes, y no registraréis sino larga serie de atropellos, de rasgos de ferocidad, de crueldad y barbarie, el instinto desatado, el brutal impulso de hacer daño, destruir, matar, unas veces por necesidad terrible, otras sencillamente porque se han desatado las inclinaciones de suyo malas de la especie, y sin freno ni valla se precipitan arrasando. De la guerra franco-prusiana se han escrito relaciones y estudios muy imparciales, documentados, que pueden hacer fe, y pone los pelos de punta comprobar qué linaje de peligrosa fiera se oculta bajo la piel blanca del hombre. Y por eso, al leer en los telegramas y correspondencias que transmite la prensa la clemencia, la consideración, la dulzura con que los japoneses tratan á sus prisioneros; cómo les curan, cómo les dan alimento, cómo les dejan libres sin exigirles (reminiscencia de otras edades) la caballeresca palabra de honor, no se me ocurre sino esta interrogación afanosa: «¿Serán exactas semejantes gratas noticias?»

Si hay algo que se haya elevado á la categoría de axioma, es la natural crueldad de la raza asiática. Dicen que, no sintiendo ellos con gran intensidad el dolor físico, han refinado las formas y modos de dar tortura, para forzar, por decirlo así, la sensibilidad, y hacer tremendo el castigo de los criminales ó la venganza que del enemigo se toma. Octavio Mirbeau, escritor francés de bastante nombre, en una de sus novelas, titulada *El jardín de los suplicios,* describe de una manera que crispa los tormentos ingeniosos, artísticos y diabólicos que se estilan en China, y que él considera especialidad delicadísima y habilidad peculiar de la raza amarilla. Hay quien cree que la imaginación de Octavio Mirbeau ha ido más allá de la realidad, y que algunos de los martirios que cuenta son pura invención suya; pero aun descontando el elemento novelesco, sabíamos ya por los relatos de viajeros y misioneros, por la misma lectura de la historia sinense, que allí se corta en diez mil pedacitos, se asierra viva á la gente, se arrancan las uñas, se devanan los intestinos, con otras varias dulces y benignas formas de abrir las puertas del reino del reposo—según ellos llaman á la muerte. El Japón no es la China; harto sabemos si ha avanzado al vapor por el camino de la civilización occidental; sin embargo, las afinidades y consanguinidades étnicas, lo reciente de la práctica de atrocidades penales (recuérdese el suplicio de los mártires cristianos, relativamente reciente; estúdiese, en el teatro japonés, que hemos visto representar á la compañía de Sada Yacco, el espíritu cruento que anima al arte, reflejo de las costumbres) nos autorizaban para creer que en un período de guerra no sería el pueblo japonés menos sanguinario de lo que han sido y son grandes naciones occidentales. Y tiene que causarnos sorpresa grata y profunda la humanidad que demuestra, el proceder absolutamente europeo, aunque no frecuente en Europa, con que aparece sellada su conducta, prueba inequívoca de que no hay progreso material divorciado del moral, y que al inventar cañones, fusiles, pólvoras, torpedos, al aprender á manejar máquinas é ingenios de destrucción y horror, también se aprende á usar todo eso como usa el bisturí el cirujano, y á respetar, pasado el momento de la conflagración, la vida y la seguridad de los contrarios.

Los rusos, en cambio, notifica el telégrafo, están ahorcando á más y mejor chinos y kunguses. La soga, que en la actualidad no se dedica á suspender y dar baño de aire á los nihilistas, ni se enrosca en forma de knut á los lomos de los reos (me advierte la memoria que el knut es generalmente de tiras de cuero, pero de cuerda los hay también, si no me engaño); la soga, digo, por no estar ociosa, ahora cuelga racimos de asiáticos. No caerán, de seguro, los japoneses, que tales indicios de cordura nos dan, en la maldita tentación de las represalias.

Una noticia que parece indiferente me ha sumido en meditaciones bastante compungidas. Es la de una venta *de oro,* de monedas de oro, que anuncia con todos los perendengues y fórmulas el Banco de España. El oro ha llegado á ser cosa tan rara, meritoria, singular, del lado acá de los Pirineos, que ya se vende en pública subasta, con pliegos de proposición, al mejor postor, como podría venderse una finca de gran rendimiento ó una joya de extraordinaria valía. Es operación comercial como otra cualquiera—me aseguran—esa venta de monedas de veinticinco. Así será, y no me alarma el hecho de vender un centén de oro, sino lo que indica del estado de una nación donde la moneda pasa por tales vicisitudes. Y no hay sanatorio que la sanee, ni aún que la alivie un poco de su dolencia. El cambio sube, sube, y la relación se hace doblemente difícil, pues á pretexto del cambio, sufren encarecimiento hasta los artículos que no dependen del cambio. Esta anomalía debiera llamar la atención de los estadistas. La carestía es otra enfermedad, otra infección como la de la moneda, sólo que todo el mundo la padece; mientras la subida de los francos puede ignorarse en las aldeas, en los pueblecillos, entre las clases modestas. La miseria es muy grande, verdaderamente aterradora, en las gentes que viven de su trabajo. Acercándose á ellas, se ve la extensión de tan devastadora plaga. En la mayor parte de las casas pobres no se respira aire, no se pone todos los días el puchero á la lumbre, no hay cama para que duerman los hijos, la substituye un rollo de trapos echado en el suelo; la ropa falta, el aseo es un bien desconocido, el alcohol reemplaza á la carne; sencillamente porque la carne no está al alcance de la bolsa.

De esta carestía que depaupera la raza, de esta carestía, queja constante de las madres de familia obreras, no son responsables solamente los cambios: no por cierto. A los consumos habría que achacar una parte de culpa; otra, á la poco inteligente organización de las Instituciones de previsión y ahorro, al completo desconocimiento de los sistemas de cooperación, en otras naciones tan beneficiosos para los trabajadores, porque suprimen intermediarios. No debe omitirse que el trabajo está paralizado, y que, habiéndose querido aquí que todo lo hiciesen los aumentos de jornal y la reducción de horas de trabajo, sin fiar nada á las fuerzas benéficas de carácter cooperativo, el capital se ha retraído tanto más gustoso cuanto que él tampoco es nada inteligente, y sólo anhela que lo dejen dormir.

¿No decíamos que en Rusia holgaba esta temporada la soga, dedicada á apretar nueces chinas? Pues me desdigo. Ahora mismo, con la bandeja del desayuno, me presentan un periódico y leo en la sección telegráfica la estremecedora nueva de que en Varsovia han sido ahorcados 600 revolucionarios y fusilados muchos más.

Y sin embargo, la paz reina en Varsovia. No es Varsovia Puerto Arthur.

El Jurado es entreverado y á listas, una negra, otra blanca. Hay ocasiones en que demuestra sensatez y misericordia en sus fallos, hay otras en que no hace sino confundir la justicia con la impunidad más absoluta.

Días atrás, en mi tierra, compareció ante el Jurado una pobre mujer, deshecha en lágrimas, acusada de haber raspado un apellido en una cédula de vecindad para eximirse de satisfacer este no muy leve impuesto. Por tal delito la querían enviar un año y varios meses á galeras, aquí donde, por habèr torturado concienzudamente toda la vida á otra mujer, pareció exceso de castigo ir á presidio veinte y pico de años. El delito de la raspadora de cédulas, á mi juicio, diga lo que diga el termómetro del Código, bien castigado iría con quince días de cárcel ó con multa, no de las más fuertes. Porque lo que se hace bajo el estímulo de la necesidad, no es asimilable á lo que se hace por maldad y depravación. El Jurado, afortunadamente, pensó como yo en este capítulo, y no pudiendo aplicar pena proporcionada, no aplicó ninguna. La mujer salió á la calle. No merece el fisco que se le defienda con tanto rigor.

Reverso de la medalla: la absolución, no menos libre, del Tetrarca, Otelo, ó como ustedes gusten llamarle, que despachó á su esposa al otro mundo de dos tiros de pistola; hecho probado hasta la saciedad, por más que, merced al, en mi concepto, absurdo sistema de preguntas y respuestas que caracteriza al enjuiciamiento por Jurado, resulte que no hubo tales disparos y que por lo visto Bernabea Iglesias se murió de la *gripe*.

Ya sé lo que significa el aparentemente anómalo *no* del Jurado; su sentido y alcance, no digo en este caso, en general, pudiera resumirse en estas palabras francas: «Nosotros, maridos, dueños, según nuestro criterio, de la vida de nuestras consortes, no queremos que este varón, que ha exterminado á una hembra porque tenía celos, y celos que tomaron forma homicida, pague su atentado como lo pagan otros criminales.» Repito que no acuso, que no personalizo, pues necesitaría para hacerlo estudiar detenidísimamente ese proceso; lo que aseguro es que de veinte juicios semejantes, en diez y nueve absuelve por boca del Jurado la idea sálica, el derecho viril. Y reclamo con urgencia, para cuando advenga un asomo de equidad social, los Jurados mixtos.

La profunda desanimación que se advierte en las Cortes, ¿será fenómeno compensador de la animación creciente de los meetings, forma de expresión de opiniones que todavía entre nosotros no ha salido de la esfera política para entrar de lleno en la utilitaria, que es la más simpática y la que prestaría verdaderos servicios?

Las Cámaras dormitan. Los maceros, soñolientos, bajo su birrete de guardarropía, dan cabezadas. El calor deja desiertas las tribunas. En los pasillos no se escucha el habitual zumbido de colmena y las pisadas precipitadas. El banco azul rara vez se ve completo. A la puerta de la calle de Floridablanca no estacionan coches. Soledad. Presupuestos, leyes sobre alcoholes, actas, incidentes sosos y fríos... Este teatro no divierte.

El sucedido siguiente demuestra que los animales poseen una sensibilidad filarmónica que para sí la quisieran algunos racionales, que ó tienen pervertido ese sentido, ó son sordos voluntarios.

Es el caso que en la calle de Calderón de la Barca, á las seis de una serena y hermosa tarde de este mes primaveral, un jinete que pasaba á trote corto se paró, tentado del demonio de la ignorancia, el que más tienta por ahí á la gente, al lado de ese instrumento de suplicio que se llama un piano de manubrio, y arrió cincuenta céntimos en concepto de retribución por el recreo de la sonata que el organillero era en deber ejecutarle. Y para que se pueda asegurar que dijo muy bien Ruiz Aguilera cuando dijo que cada hombre es autor de su destino, el temerario *gentleman ridder* encargó al atormentador que tocase justo, justo, en el mismo hueco de la oreja de su montura.

La oreja escribí, y no fuí exacta; así como del jinete podía afirmarse que sólo tenía orejas, del generoso bruto (del caballo, por si no me entienden), afirmo sin reparo que es oído lo que poseía. ¡Apenas lo ha probado el noble animal!

Como que, aun no bien arañaron el aire las primeras secas, agrias notas del tango del *Cangrejo,* se estremeció, dilató las fosas nasales, tembló con todos sus miembros, y en vista de que el martirio no llevaba trazas de cesar, se recogió, hizo partir el resorte, y arrimó al piano mecánico tan soberano par de coces, que le rompió la piel de madera y le despedazó las entrañas de metal. Después, no creyendo aún cumplida la justicia, dió un corcovo de esos que desarzonan á un centauro y envió á su jinete á dos metros de distancia, donde quedó yacente, con los desperfectos y quebrantos que es fácil presumir. El verdugo público, ó sea el organillero, echó á correr y pienso que aún corre, tal fué su terror y el grito de su conciencia cargada de remordimientos al observar cómo los animales revelan más cultura estética que las personas.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Y cuando pasa por su lado una hembra guapa y joven, extiende hacia ella los puños cerrados y la maldice

Tío Fortuna, por Alejandro Larrubiera

Miserable, astroso y derrotado como el mayor de los mendigos, tío *Fortuna* (¡ironía del mote!) paseaba su harapienta, escuálida y envejecida figura á lo largo del muelle, fisgando con apagados ojos el trajinar de los pescadores, que, descalzos de pie y pierna y desnudos los brazos, trasladaban con mareante celeridad el plateado botín de pesca que llenaba sus barcas á los capachos que les tendían las vendedoras.

Aquel pobretuco viejo, aquel popular tío *Fortuna,* fué en tiempos remotos el hombre de mayor suerte que ha regido un timón y ha hundido las redes en lo hondo del Cantábrico: ninguno como él recogió copos mejores, ni nadie le aventajó á conocer la mar: sus pronósticos cumplíanse siempre, y cuando él permanecía quieto sobre su trainera, fija la vista en el agua y en el horizonte, como si quisiera sorprender los insondables misterios de la Naturaleza, los demás pescadores le contemplaban en ansiosa expectación, y si decía «¡Adelante!..» se batían esperanzosos los remos, y si, por el contrario, gruñía secamente «¡A casa, hijos!,» se desalojaban las barcas: la experiencia les había enseñado á respetar al tío *Fortuna* como á un augur infalible.

Como la suerte le acompañaba siempre en sus empresas, pronto hízose famoso su apodo: era el patrón más rico y de mayores prestigios, y á él acudían sus compañeros si se veían necesitados de una mano protectora, de un buen consejo ó de un puñado de plata.

Al verse rico, más rico de lo que jamás soñara serlo, tío *Fortuna* realizó uno de sus más caros deseos: compró en lo alto de un picacho, que bañaba tumultuoso el mar, una casita blanca de esas cuya contemplación trae á la memoria recuerdos de idilios y amores venturosos...

* * *

Todo iba viento en popa para el Sr. Juan, el tío *Fortuna.*

A pesar de la rudeza de su carácter, propia del que á diario lucha con Adamastor, el gigante de las tempestades, vivía en lo hondo de su pecho, como vive flor delicada en la hendedura de abrupto peñasco, una ansia amorosa imponderable: á su manera, señor Juan consideraba como el complemento de su felicidad el afecto de una mujer que esperase impaciente y trémula su regreso del rudo pelear con las olas, y si la duda ó la tristeza ensombreciese su rostro, *ella* alejara las sombras con una sonrisa ó le reanimase con una frase de cariño.

¡Sí! El quería poseer lo que muchos de los que iban en sus barcas poseían: una mujer, hijos. Por éstos debe ser la lucha más ardua y el premio más hermoso. Tío *Fortuna* fingíase un hogar y se veía en él querido y respetado: aquél sería puerto amoroso, refugio santo donde arribar siempre en busca de paz para el espíritu, de reposo para el cuerpo.

Cuando doblase aquel cabo en cuya cima, como celestial promesa, erguíase la veneranda Virgen del Mar, su plegaria sería más honda y menos egoísta: pediría por su esposa, por sus chiquitines...

Aumentósele con el dinero el ansia aquella, y sin parar mientes en que la mujer es más pérfida que la onda (¿qué sabía él de tan clásicas afirmaciones?..), lanzóse á pesar de sus cuarenta cumplidos en enamoricamientos con la moza más garrida de su pueblo, cuyo modesto caserío, desde alta mar, parecía nidada de palomas descansando en la vertiente de una peña.

La moza rindió su voluntad, no al hombre, sino á su fama; no al cariño, sino al dinero de tío *Fortuna.*

* * *

Ya tenía el patrón una mujer que aguardase su regreso... Ya tenía el hogar una sombra femenina que le infundiese vida y alegría... Sr. Juan, loco de ventura, recorría ansioso el mar, y las horas hacíansele interminables lejos de su nido, de aquella casita blanca que en lo alto de un cerro alzábase como si quisiera estar más cerca del cielo que de la tierra...

¡Tenía Sr. Juan tanta hambre de caricias!..

Ya no iba á «matar el tiempo» ni á vaciar botellas de sidra en la taberna donde se reunía su gente; ya los días de fiesta, convertido en rodrigón de su costilla, entrábase en la iglesuca del pueblo; ya ponía sumo cuidado en acicalarse á lo rico; ya, en fin, tío *Fortuna* era otro hombre y hablaba del matrimonio como del estado mejor, más perfecto y conveniente que pueden apetecer los mortales.

* * *

Aquel hombre rudo de mar que en la lucha homérica contra las olas y el viento no tembló jamás ni nunca sintió el escalofrío del miedo ante los mayores peligros, sintióse cobarde y lloró al darse cuenta de que la mujer por él elegida le traicionaba.

¡Sí, le traicionaba! No le quería; le había engañado miserablemente: había caído en sus brazos atraída por su dinero, no por su cariño; el hogar que él creyó paraíso, trocábase en infierno; el ángel, en serpiente: una desilusión espantosa.

Con mortal angustia veía Sr. Juan llegar la hora de volver á su casa y encontrarse con aquella mujer que no le quería, que le odiaba, que tuvo el cinismo de desenmascararse y la poca caridad de escupirle á la cara palabrotas de esas que emplean las mujerzuelas en el colmo de la rabia y del despecho.

Había insultado á su hombre con irritante y asquerosa procacidad, y el lobo del Cantábrico calló, se sintió cordero, tartamudeó una blasfemia y fuése al mar, menos traidor que algunas mujeres.

Con sorpresa de todos los pescadores, tío *Fortuna* perdió aquella serenidad de alma que le hacía árbitro de los elementos: ya no se detenía en el puerto á sorprender el misterioso arcano de la Naturaleza: lanzábase denodado con su barca mar adentro, muy adentro, donde nadie se había atrevido á ir, y si amenazaba temporal desoía los consejos de los prudentes y en su cara reflejábase una alegría siniestra... ¿No era preferible sucumbir á arrastrar vida tan miserable como la que él arrastraba, roto el gran encanto de sus amores?..

Aquello era un afán suicida que él ocultaba á sus compañeros... ¿A qué contarles lo que á él le pasaba, si tal vez no le comprenderían bien ó acaso le aconsejaran estúpidamente que la abandonase ó la matara?

¡No! ¡Eso no!.. Ni abandono ni muerte: tenía miedo invencible á lo ridículo de su situación y al escándalo que sobrevendría en el primer caso... Para lo otro, le faltaba valor.

* * *

Al romper la aurora de aquel día de marzo, tío *Fortuna* apareció en el puerto con una cara como la de un difunto por lo pálida y desencajada y con los ojos enrojecidos.

Sin prestar atención á los escasos pescadores que había á su alrededor, Sr. Juan desatracó su lancha, sentóse en ella, empuñó los remos y rabiosamente los hundió en el agua.

¿Adónde iba tío *Fortuna* solo?.. Ni él mismo podría decirlo... Iba á ver si él y su barca se estrellaban contra las rocas... Era el epílogo preciso al drama: la noche antes había encontrado su hogar abandonado, solo...

Creyó volverse loco ante la infamia de que era víctima, y anonadado, inconsciente, pasóse la noche silenciosa, fría é interminable, abismado en uno de esos dolores infinitos que destrozan por completo una existencia...

No quiso tomar venganza ni ir en busca de la culpable...

Mejor era ir á buscar la muerte allí mismo donde tantas otras veces se defendió bravamente contra ella.

A la caída de la tarde, regresaban al puerto las barcas pescadoras: en una de ellas traían al tío *Fortuna* inanimado, como muerto: habíanle encontrado tendido en un peñasco, desangrándose: la trainera hecha añicos. . . . .

Ya no volvió más tío *Fortuna* á habitar aquella casita en otro tiempo para él nido codiciado de venturas: la malvendió en unión de sus barcas y de sus avíos de pesca; buscó en el alcohol consuelo á sus desdichas, y pasábase los días enteros rodando por las tabernas, embruteciéndose: esto mientras le duró el dinero, que, al acabársele, volvió á la mar, y volvió como uno de tantos pescadores, conformándose con la mezquina parte que en el reparto de ganancias pudiera corresponderle.

—Desde que le ocurrió lo de la mujer, me decía un camarada, el pobre tío *Fortuna* no ha vuelto á levantar cabeza, y ahí le tiene usted rondando por el puerto, muertecito de hambre, á ver si alguien quiere utilizar sus servicios por caridad... Jamás habla de lo que le ha sucedido; pero si quiere usted verle furioso y dispuesto á hacer una barrabasada, háblele usted bien de las mujeres... Las odia á muerte, y cuando pasa por su lado una hembra guapa y joven, extiende hacia ella los puños cerrados y la maldice...

(Dibujo de Triadó.)



Estío, cuadro de Pedro Sáenz. (Exposición Nacional de Bellas Artes é Industrias Artísticas. Madrid, 1904.)

LA NUEVA CÁRCEL DE BARCELONA

Es probable que la publicación de estos renglones coincidirá con la solemne inauguración de la nueva cárcel de sistema celular, que gracias al esfuerzo y buen deseo de la Junta ha podido terminarse. Barcelona contará con un edificio apropiado y con las condiciones que la ciencia y la humanidad aconsejan en substitución del caserón deficiente y defectuoso en donde hacinados, sin la separación necesaria, se retenía á los que se privaba de libertad. Ya no será posible establecer cátedras de criminalidad, ya su contacto de seres abyectos, que la sociedad repudia, no molestará ni vejará á aquellos que sufren una prisión preventiva.

El nuevo edificio á que nos referimos, acabado modelo entre los de su clase, ha sido construído bajo la inteligente dirección y con arreglo al proyecto de los distinguidos arquitectos señores D. José Doménech Estapá y D. Salvador Viñals. Ocupa una superficie de 712.556 palmos, que abraza dos manzanas, limitadas por las calles de Rosellón, Provenza, Llansá y Entenza, á cuya última vía corresponde la fachada principal y su puerta de ingreso.

Consta la nueva cárcel de un cuerpo central, del cual irradian otros seis, compuesto cada uno de ellos de planta baja y dos pisos, que contienen un total de 600 celdas, destinadas á la prisión preventiva exclusivamente de hombres, ya que todavía no está resuelto el emplazamiento que tendrá la proyectada cárcel de mujeres. Cada una de dichas celdas alcanza 4 metros de longitud por 2'40 metros de ancho y 3'40 de altura, recibiendo la luz por medio de una ventana de 1 metro de ancho por 0'70 metros de altura. Tienen además water-closet, lavabo, cama de hierro y mesa sujetas al muro, un pequeño estante y un taburete. La ventilación se establece con el auxilio de tubos inteligentemente dispuestos y la iluminación está asegurada por lámparas de incandescencia colocadas en la bóveda.

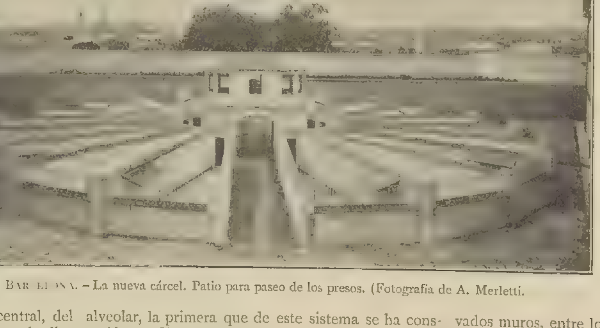
En los sótanos hállanse situadas las celdas llamadas de castigo, de casi iguales dimensiones que las demás, pero desprovistas de mueblaje.

En el cuerpo central del edificio existe la capilla alveolar, la primera que de este sistema se ha construído en España, semejante á las que poseen las cárceles de Berlín, Bruselas y Lovaina. Los presos que concurran á los divinos oficios no podrán ver á sus compañeros, viéndose obligados forzosamente á dirigir la mirada en el sentido del eje de la rotonda, ó sea en donde se halla colocado el altar.

En los locutorios se ha tenido en cuenta también el sistema á que obedece la construcción general, puesto que en los locales destinados al efecto el preso estará separado de la persona con quien hable y sujeto á la constante inspección de un vigilante, que lo conducirá desde la celda y regresará á ella por un corredor subterráneo completamente aislado.

La enfermería, instalada en un edificio separado, contiene 39 celdas perfectamente ventiladas, provista de baños, botiquín y cocina.

Pareja con el anterior forma la construcción que contiene los lavaderos, cuartos de planchado y repaso y depósito de ropa, secadero y departamento de baños.



BARCELONA. – La nueva cárcel. Patio para paseo de los presos. (Fotografía de A. Merletti.

En el cuerpo principal del edificio hállase el gabinete antropométrico, locutorios para los señores jueces y abogados, salón para vistas judiciales, locales para el reconocimiento de presos y celdas para presos políticos.

En los espacios intermedios que determinan las seis alas de edificio existen igual número de paseos asimismo celulares, de diversa extensión, en cuyo término se destaca la garita del centinela.

Las oficinas de la administración, habitaciones de los empleados, panadería, cocinas, almacenes, etc., etcétera, están emplazadas en el campo central, y el conjunto de todas las construcciones cercado por dos elevados muros, entre los cuales se desarrolla el paseo llamado de ronda, destinado á vigilancia.

Falta construir el cuerpo de edificio que se destinará á prisión correccional.

El conjunto y los detalles resultan grandiosos y perfectamente ideados, honrando á los autores del proyecto Sres. Doménech y Viñals, quienes han dado nuevo testimonio de los conocimientos que poseen. El coste asciende á la cantidad de tres millones de pesetas.—A.

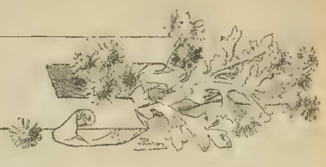
Barcelona.—La nueva cárcel inaugurada el día 9 de los corrientes



Vista panorámica del edificio. – Patio interior. – Fachada principal. – Capilla alveolar. – Una galería de celdas. – Locutorios. – Interior de una celda. – Celdas de castigo. (De fotografías de A. Merletti.)



S. y J. Álvarez Quintero



Pasaron por fortuna los tiempos en que los noveles autores, provistos de las obras con tanta ilusión y tanto trabajo elaboradas, recorrían los saloncillos de los teatros de la corte mendigando un poco de protección, solicitando unos minutos de audiencia de los directores, pidiendo unas horas de atención para escuchar la lectura del manuscrito que á todas partes les acompañaba, y sufriendo en ese doloroso calvario cuando menos disculpa el desvío con que por parte de algunos directores de teatros pudieron ser tratados en aquel entonces. Mas no debieron ser muy grandes aquellas dificultades ni muy largo el *vía crucis* que hubieron de recorrer en Madrid los simpáticos escritores sevillanos, ya que, en una edad en que para no pocos genios en ciernes el éxito no ha salido aún de la región de los ensueños, obtuvieron ellos gundo gustó, aunque no tanto; y el final fué acogido con cierta sorpresa, porque resulta para muchos poco justificado. Tal vez el público se ha mostrado más exigente por tratarse de quienes le tienen acostumbrado á verdaderos primores.

Comenzaron los Sres. Alvarez Quintero escribiendo cuadros de costumbres andaluzas arrancados de la realidad: aquellos tipos por ellos puestos en esce-





Los hermanos Serafín y Joaquín Álvarez Quintero, autores de la comedia en tres actos *La casa de García*, estrenada con buen éxito en el teatro Eldorado de esta ciudad en la noche del 8 del actual (de fotografías de A. Esplugas)

las mayores decepciones, los más tristes desencantos, que no hacían sino aumentar las amarguras de una existencia llena de privaciones, de hambres y de miseria.

No estamos ya tampoco en aquellos días en que el poeta, el novelista ó el autor dramático vendían, como vulgarmente se dice, por un pedazo de pan el producto de su ingenio, que luego, hábilmente explotado, se convertía para el editor en una verdadera mina.

Hoy, ni García Gutiérrez, ni Sanz, entre otros muchos, sufrirían los sinsabores y las humillaciones por que hubieron de pasar antes de ver puestos en escena sus hermosos dramas *El Trovador* y *Don Francisco de Quevedo*, ni Zorrilla vendería por un puñado de pesetas su popular *Don Juan Tenorio*.

Sea porque el mayor número de teatros que actualmente funcionan exige una mayor producción literaria, y por ende á más demanda corresponde mayor recompensa; sea porque el escritor ha logrado al fin hacerse estimar en lo que realmente vale; sea porque los empresarios, escarmentados por los ruidosos éxitos de obras que desechadas por uno enriquecieron á otro, proceden con mayor cuidado antes de resolverse á dar calabazas á un autor, es el caso que en los tiempos presentes son muy raros los ejemplos de genios no comprendidos, y en cambio son relativamente muchos los que al cabo del año cobran pingües sumas en concepto de derechos de representación.

Una prueba de lo que decimos la tenemos en los hermanos Serafín y Joaquín Alvarez Quintero. Cierto que en los comienzos de su carrera literaria hubieron de luchar con algunas dificultades; pero téngase en cuenta que eran entonces unos niños, por decirlo así, circunstancia que explica hasta cierto punto ó no pocos aplausos con sus lindísimas producciones *El ojito derecho* y *La reja*.

Su primer gran triunfo fué *La buena sombra*, ese hermoso apunte andaluz que, estrenado en 1898 en el teatro de la Zarzuela de la corte, ha recorrido todos los teatros de España, produciendo en todas partes verdadero entusiasmo. Siguió á éste otro triunfo no menos ruidoso, el de *La vida íntima*, juguete en dos actos que se estrenó el mismo año en Lara; y después del sainete lírico en un acto *El traje de luces*, una de sus primeras producciones que no se representó hasta 1899, de la preciosa comedia en dos actos *El patio* y de la zarzuela en cinco cuadros *El estreno*, obra admirablemente observada y no menos admirablemente reproducida, que se estrenaron en 1900, alcanzaron uno de los mayores éxitos que registra el teatro español contemporáneo con su hermosísima comedia en tres actos *Los Galeotes*.

Posteriormente han dado á la escena *El nido*, *La dicha ajena*, *Las flores*, *Pepita Reyes* y *La zagala*, obras todas ellas aplaudidísimas que han ido aumentando y consolidando progresivamente su fama, y á cada una de las cuales pueden aplicarse con justicia los calificativos más encomiásticos.

Aunque de género distinto, también han obtenido muchos aplausos *El género ínfimo*, *El amor en el teatro* y *La reina mora*.

Recientemente han estrenado en el teatro Eldorado de esta ciudad *La casa de García*, comedia en tres actos en la cual se admira una vez más el propósito de sus autores de hacer verdadera comedia española, substraída por completo á influencias extranjeras, propósito que por sí solo ha de conquistarles las simpatías de nuestros públicos. El éxito del primer acto ha sido inmenso y ha proporcionado á los Sres. Alvarez Quintero grandes ovaciones; el se-na son reproducción exacta de los que se reunen en el alegre patio andaluz, ó se enamoran junto á la enramada reja, ó desfilan por la huerta llena de flores; y los chistes que pródigamente brotan de sus labios son siempre espontáneos y sobre todo cultos, cualidad tanto más de apreciar cuanto que por desgracia son muchos los autores que no saben hacer reir sin apelar á ciertos recursos de pésimo gusto.

Mas no se han limitado á esto, sino que ensanchando su esfera de acción, después de presentar en el teatro lo que en su niñez vivieron, han llevado á la escena lo que más tarde han observado en un ambiente tan distinto del de Andalucía como es el de la corte; y si acertados estuvieron en lo uno, no menos lo han estado en lo otro, mereciendo siempre calurosos aplausos y demostrando que poseen verdadera inspiración y verdadero talento dramático.

La fortuna les ha sonreído desde sus primeros pasos; pero pocas veces ha estado más justa la ciega diosa que esta vez prodigando sus favores á quienes plenamente los merecían, no sólo por sus dotes de inteligencia, sino además por esa honradez literaria que les ha hecho apartarse de la senda seguida por esa turbamulta de escritores que, á trueque del aplauso de ciertos públicos, no ha vacilado en acanallar nuestro teatro.

Los hermanos Alvarez Quintero son todavía muy jóvenes y poseen un bagaje literario importantísimo, así por el número como por la calidad de las obras que lo componen. Hasta ahora han vencido siempre en toda la línea, y no es aventurado asegurar que la victoria seguirá premiando sus esfuerzos, pues les sobran cualidades de inteligencia y de voluntad para conservar el puesto eminentísimo que con su labor admirable han logrado conquistar en la literatura dramática castellana.—X.





El general japonés Okú, el vencedor de la batalla de Kin-Tcheú



El general ruso Sassulitch, destituído á consecuencia de la batalla de Kin-Tcheú



El general conde Killer, sucesor del general Sassulitch

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

¿Acudirá el ejército del general Kuropatkine en socorro de Puerto Arthur? Han circulado tantas noticias y tantos rumores no confirmados sobre este punto importantísimo, que es imposible, no ya descubrir, pero ni siquiera vislumbrar lo que pueda haber de cierto en todo lo que se dice y se escribe.

Mucho se viene hablando, desde hace tiempo, de disentimientos entre el virrey del Extremo Oriente Alexeief y el general en jefe del ejército ruso Kuropatkine, acerca de la dirección que se ha de imprimir á la guerra; y estos disentimientos se han concretado ahora, según parece, en lo referente á la defensa de Puerto Arthur. Sostiene Alexeief (conste que estas afirmaciones las hacemos con todas las debidas salvedades) que la pérdida de aquella plaza, aparte de ser una gran pérdida material, sería un terrible golpe moral para los rusos, y que, por consiguiente, es preciso evitar á toda costa que caiga en poder de los japoneses. En cambio Kuropatkine, que mejor que nadie sabe las fuerzas con que cuenta, considera peligrosísimo abandonar las posiciones que hoy ocupa, mientras no disponga de todos los elementos que considera indispensables.

Y es lo cierto que á primera vista ambos caudillos tienen razón, lo cual demuestra que la cuestión de la defensa y auxilio de Puerto Arthur es tal vez una de las más difíciles de resolver en la presente guerra. En efecto, malo será que los japoneses tomen la citada plaza, pues con ello se harán dueños de la península de Liao-Tung y además se apoderarán de la escuadra rusa, en cual caso la que se está aprestando en el Báltico verá aumentar los obstáculos que ya ahora se oponen á su marcha á los mares del Extremo Oriente; pero peor sería indudablemente que por evitar estos peligros se lanzara á una aventura peligrosísima la gran reserva con que cuentan los rusos para en un momento dado arrojarse con una masa formidable sobre el enemigo.

Basta examinar el mapa del teatro de operaciones, ver la distancia que habría de recorrer Kuropatkine para dirigirse á Puerto Arthur, y observar el aislamiento en que se encontraría, lejos de la única base de comunicaciones que tiene, para comprender que la empresa podría conducir fácilmente á un desastre de terribles consecuencias para el poder de Rusia.

Bueno es recordar que el general Kuropatkine, en las declaraciones que se le atribuyeron á raíz de su nombramiento, expuso la posibilidad y aun la probabilidad de que la mencionada plaza cayera en poder de los japoneses, añadiendo que este suceso, aun siendo muy lamentable, en nada perjudicaría á su plan de operaciones, que no es otro que esperar á tener el número de hombres suficientes (lo cual calculaba que sería á mediados de julio) para emprender resueltamente su marcha hacia el Sur y arrollar al enemigo, arrojándolo de los territorios que hasta ahora ha podido ocupar sin grandes esfuerzos.



Guerra ruso-japonesa.—Colíes chinos empleados por los rusos en Nieu-Chwang para el transporte de cañones de grueso calibre (dibujo hecho sobre una fotografía de J. F. J. Archibald, tomada poco antes de abandonar los rusos aquella ciudad)

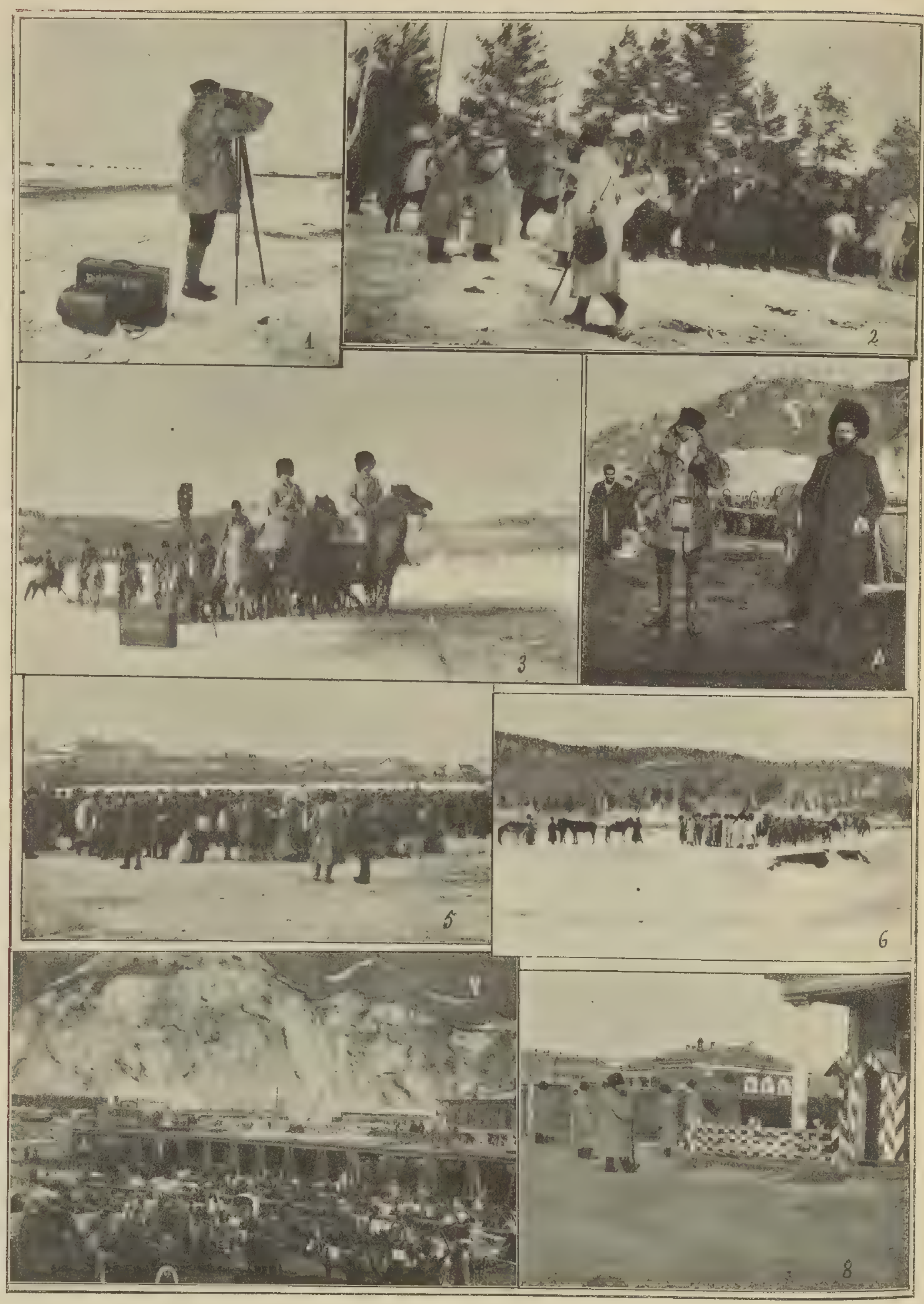
Esta cuestión de Puerto Arthur preocupa igualmente á las cortes de San Petersburgo y de Tokío, según se desprende de las noticias que con visos de certeza han publicado los periódicos: según ellas, los dos emperadores han celebrado sendos consejos con sus estados mayores. Respecto de Rusia, aunque se dijo que el resultado de las deliberaciones fué la orden enviada á Kuropatkine de intentar á todo trance la salvación de aquella plaza, parece que esta orden no ha sido tan terminante y absoluta, sino que el tsar se ha limitado á decir al generalísimo que haga lo posible para libertarla. En cuanto al Japón, asegúrase que se sometió á la aprobación del emperador un plan para apoderarse en breve tiempo de Puerto Arthur, pero que el soberano, al enterarse de las enormes pérdidas en hombres que la realización del mismo exigía, no quiso aceptarlo. Si es cierto esto, la resolución del Mikado habla mucho en favor de sus sentimientos humanitarios; pero se nos resiste creer que, tratándose de una guerra como la actual y de una operación á la que tanta importancia se atribuye por ambos beligerantes, haya sido aquella consideración, muy altruista, sí, pero poco militar, motivo bastante para hacer desechar un plan cuyo éxito se juzgaba seguro.

Lo más probable, pues, es que los japoneses irán acumulando fuerzas sobre Puerto Arthur, para lo cual verifican continuos desembarcos, hasta contar con las suficientes para dar el asalto con seguridades de éxito; que Kuropatkine permanecerá en sus posiciones de la Mandchuria, en su actitud defensiva, sin perjuicio de hostigar incesantemente á las avanzadas de Kuroki y de enviar un cuerpo de ejército más ó menos numeroso, si no para socorrer directamente á Puerto Arthur, para distraer al ejército sitiador; y que la plaza sitiada habrá de resistir el asedio con sólo sus propios recursos.

¿Cuenta Puerto Arthur con fuerzas, municiones y víveres para una larga resistencia? Dícese que un norteamericano, que hasta hace poco ha permanecido en aquella ciudad, ha manifestado que hay en ella 38.000 hombres, resueltos á defenderla hasta el último extremo; que todas las alturas de los alrededores están perfectamente fortificadas con trincheras y otras muchas obras perfectamente construídas; que los sitiados disponen de gran número de cañones y de víveres para mucho tiempo. De todo lo cual se deduce que la toma de la plaza ha de costar á los japoneses enormes sacrificios.

El día 6 cuatro cañoneros japoneses practicaron un reconocimiento delante de la entrada del puerto, y aun cuando no se dice el objeto que con ello se proponían, no sería extraño que aquellos barcos hubiesen sido enviados allí para preparar una nueva tentativa de embotellamiento, pues parece, en efecto, que el almirante Togo trata nuevamente de obstruir el paso en el momento en que el general Okú va á poner sitio á la plaza con sus fuerzas de tierra. De todos modos, los rusos no se descuidan, pues los citados cañoneros fueron vigorosamente cañoneados desde los fuertes, sufriendo uno de ellos algunas averías.

Los torpedos flotantes han causado una nueva baja



GUERRA RUSO-JAPONESA. – 1. Mr. Roger tomando una vista cinematográfica en el teatro de la guerra. – 2. El general Kuropatkine inspeccionando las tropas. – 3. Una sotnia de cosacos pasando por delante del aparato «bioscope» para ser cinematografiada. – 4. Mr. Roger y el corresponsal del «Gil Blas» de París. – 5. Llegada de los reservistas á Irkutsk. – 6. Grupos de oficiales. – 7. Vista general de los transportes en el lago Baikal. – 8. Cuerpo de guardia en Tchita (de fotografías obtenidas por el Sr. Rogers, de la casa Urban, de París y Londres).



GUERRA RUSO-JAPONESA. – 1. Una revista. – 2. Transportes militares en trineos. – 3. Desfile de cosacos en el lago Baikal. – 4. Vanguardia de cosacos. – 5. El general Grekoff y los oficiales de su estado mayor. – 6. El general Kuropatkine recibido por su estado mayor en Irkutsk. – 7. El lago Baikal y los buques rompehielos. – 8. La Cruz Roja. – 9. Vista de Onome. – 10. Una calle en Tomsk (de fotografías obtenidas por el Sr. Rogers, de la casa Urban, de París y Londres).

en la escuadra rusa: según parece, un cañonero que con otros buques de pequeño tonelaje se dedicaba á destruir aquellas máquinas de guerra puestas por los japoneses delante de Puerto Arthur, chocó con uno de ellos y quedó destruído. También se dice que uno de los torpedos instalados por los rusos en la rada de Talien-Wan alcanzó á un gran acorazado japonés (el *Shikishima* ó el *Yashima)*, echándolo á pique; pero esta noticia no se ha confirmado.

Además, se ha sabido ahora que los rusos han perdido un cañonero que, junto con otros nueve, fué enviado en la noche de 29 de mayo último contra varias chalupas japonesas que operaban en la bahía de Kin-Tcheú.

En la Mandchuria, continúan trabándose entre las avanzadas de ambos ejércitos combates parciales, en los que toman importante parte los cosacos; pero hasta ahora no se ha librado ninguna batalla de verdadera importancia.—R.

NUESTROS GRABADOS

Busto retrato, obra de Alfonso Canciani.—Aun cuando en la escultura moderna se ha realizado, según hemos hecho observar en otras ocasiones, una evolución con tendencias casi revolucionarias, hay artistas que, fieles á la tradición clásica, atienden ante todo á la pureza de líneas y á la delicadeza del modelado. Los que contemplan las obras artísticas sin ideas preconcebidas, los que las analizan desapasionadamente, los que buscan en ellas tan sólo la emoción estética, que por tantos y tan diversos modos puede producirse, no censurarán seguramente á los que, sacudiendo el yugo de los cánones impuestos por la moda en un momento dado, buscan por otros

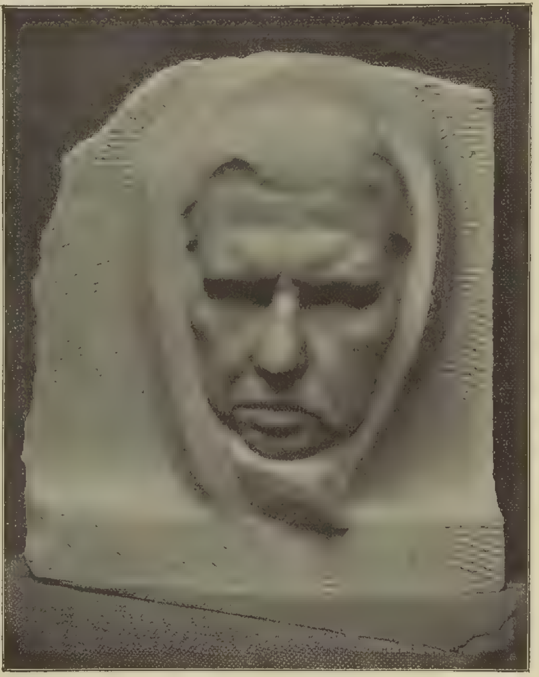


Busto-retrato, obra de Alfonso Canciani

caminos, aunque éstos sean antiguos, la expresión de la belleza. Canciani pertenece á esta clase de artistas, y su busto, de una severidad y corrección extraordinarias, merece los más incondicionales elogios, ya que su contemplación causa en nuestro ánimo una impresión gratísima que sólo el arte en su más elevado concepto puede producir.

* * *

El merodeador, dibujo de Esteban B. de la Bere.— Hace algunos meses expusiéronse en una de las galerías más importantes de Londres un centenar de dibujos, acuarelas y cuadros al óleo que llamaron poderosamente la atención: tratábase de unas obras en su mayoría de extraños asuntos y algunas de ejecución dura, pero en todas las cuales se revelaba el vigoroso talento de un verdadero artista. debidas á un joven, Esteban B. de la Bere, hace poco salido de la Escuela de Bellas Artes de Westminster, en donde estudió bajo la dirección de Mouat Loudon. De la Bere es un admirador entusiasta de la escuela francesa, y en su personalidad artística se advierte la poderosa influencia que en él ha ejercido, entre otros, Steinlen; pero hay que reconocer que al seguir los pasos de éste se ha olvidado de que el que tomara por modelo ha vivido en íntimo contacto con la humanidad, ha escuchado los latidos de ésta descubriendo algunos misterios íntimos del alma, y que aunque se ha complacido en pintar la vida de los humildes, lo ha hecho con una dignidad y un sentimiento tan refinado, que en esto precisamente se distinguen sus concepciones de las de aquellos que sólo atienden á la superficie de las cosas. Por esto las producciones de de la Bere, á pesar de su indiscutible valía, adolecen de un relativo defecto, muy común entre los jovenes, cual es el de buscar demasiado la atención del público; pero esto desaparecerá con los años, y entonces se mostrarán en todo su esplendor las excelentes cualidades que adornan al artista, sazonadas y solidadas por la experiencia.



Busto modelado por Francisco Metzner

Busto modelado por Francisco Metzner.—En bellas artes, la originalidad es una cualidad preciosa, á condición de que vaya acompañada de otras cualidades que demuestren la solidez del talento y de la educación artística. Los que se olvidan de esto y tienden sólo á ser originales, no consiguen otra cosa que ser extravagantes, y entre las burlas de los unos y los desprecios de los otros, pasan sin dejar la menor huella de su labor y desaparecen sin aportar el menor grano de arena al monumento que las generaciones de todos los tiempos van poco á poco erigiendo al arte universal. El autor de este busto que reproducimos es algo más que un escultor original, y basta mirar su obra para comprender que quien ha sabido imprimir en esa cara una expresión tan intensa y modelarla con tan vigorosos trazos es un artista de veras, dotado de gran talento y que domina por completo la técnica escultórica.

* * *

Estío, cuadro de Pedro Sáenz.—Es este uno de los cuadros con que Pedro Sáenz ha concurrido á la actual Exposición Nacional de Bellas Artes, y él solo bastaría para labrar la reputación de un pintor, si no se tratara de quien, como el celebrado artista malagueño, se ha conquistado ya desde hace tiempo un puesto importante en el arte español contemporáneo. Esta figura que representa el *Estío* está sólidamente construída, así en el busto desnudo como en el resto del cuerpo cubierto por amplio ropaje; la cara es de una frescura y de una expresión admirables, reflejándose en su vaga mirada esa dulce lasitud que en las horas de siesta estivales se apodera del alma sumiéndola en dulces ensueños; y la actitud de reposo está tan perfectamente interpretada, que sería difícil concebir otra que mejor se ajustara á la situación física y anímica que el pintor ha querido presentar, y con la cual armoniza también el trozo de paisaje que se ve en el fondo, paisaje lleno de luz y de color, con todos los esplendores de un mediodía de verano.

* * *

Desbocados, cuadro de Adolfo Schreyer.—Este notable pintor alemán ha sido considerado como uno de los que con mayor éxito cultivó en su patria la pintura de animales y especialmente de caballos; pero en sus cuadros no se concretó á pintar estos cuadrúpedos aislados ó como elemento principal de la composición, sino que supo presentarlos como uno de tantos factores de ésta, sin darles aparentemente otro valor que el que corresponde á los accesorios, aun siendo realmente importantes. Véase en prueba de ello el lienzo *Desbocados* y se observará que el artista no ha concentrado todo el interés en los caballos, maravillosamente pintados, que en desenfrenada carrera atraviesan el paisaje, sino que ha puesto de su parte verdadero empeño en que la atención se reparta por igual entre el hermoso grupo de los animales, las dos figuras que aterrorizadas tratan en vano de contenerlos y el cielo preñado de negras nubes que presagian la inminencia de una tempestad horrible.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—REICHENBERG. – El barón Liebig, recientemente fallecido en Francfort del Mein, ha dejado en testamento á su ciudad natal, Reichenberg, todas sus magníficas colecciones artísticas y además un capital de 600.000 coronas para su conservación.

PARÍS. – En la venta de la colección Binant, de París, fué adquirido por 45.000 francos, para la Galería Nacional de Dresde, el famoso cuadro de Courbet *El picapedrero*, que en cierto modo es considerado como uno de los que señalan el comienzo del desenvolvimiento artístico moderno. En Francia ha causado gran indignación que el Museo del Louvre no haya podido ofrecer más de 30.000 francos por este lienzo, siendo con ello causa de que haya ido á parar al extranjero una obra tan importante para la historia de la moderna pintura francesa.

* * *

Teatros.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Une trahison*, comedia en un acto de Jorge Vitoux; *Le demon du foyer*, comedia de George Sand, refundida en dos actos; *La divine Emilie*, comedia en dos actos de Luciano Gleize, y *La cage*, comedia en dos actos de Eugenio Delard; en L'Oeuvre *Oedipe à Colone*, tragedia de Sófocles adaptada en tres actos, por Gastambide, con escenas musicales de Francisco Thomé, y en el Cercle des Ecoliers *Le fils de Danton*, comedia en un acto de Marcelo Gerbidon, y *Les mirages*, comedia en tres actos de Enrique Cain y A. Bernede.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *La desequilibrada*, drama en cuatro actos de D. José de Echegaray; y en el Eldorado *La casa de García*, comedia en tres actos de los hermanos S. J. Álvarez Quintero, de la que nos ocupamos en otro lugar de este mismo número.

BOUQUET FARNESE 29 Bd des Italiens. VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 369, POR W. A. SHINKMAN.

NEGRAS (3 piezas)

BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 368, POR J. DOBRUSKY.

Blancas.	Negras.
1. Th2–h4	1. Re3–e4
2. Dg4–g3	2. Cualquiera.
3. Cf4–e6 ó D mate.	

VARIANTES.

1..... Re3×d4; 2. Cf4×d5 jaq., etc.
1..... Re3–d2; 2. Dg4–e2 jaq., etc.
1..... Re3–f2; 2. Dg4–e2 jaq., etc.

NOTA. – El peón negro d7 evita la solución siguiente: 1. Cf5 – e6, Re3 – d3; 2. Dg4 – f3 jaq., Rd3 – c4; 3. Df3 – e5 mate



¿Otro botón? Pero ¿quién ha de pegarlos, si no tengo mujer en casa?..

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

I

De los Pérez Orza de Catamarca tengo ya hablado á ustedes en aquella ocasión en que saqué á la luz y expuse al aplauso una de las figuras más notables de la política argentina, el doctor D. Adrián Rodríguez de Eneene, cuya dignísima esposa era una Pérez Orza catamarqueña de legítima cepa (que también las hay apócrifas, como se verá á su tiempo); pero, ni entonces por falta de espacio, ni ahora por sobra de asuntos, llegué á decir, ni podré decir, con menudos detalles, las mil y una razones que hacen á esta familia acreedora al estudio de los sabios psicólogos á la francesa, que así disecan un alma como un insecto, siquier la de ninguno de sus individuos fuese de estas cortadas á la última moda de París, enfermas de mal del siglo, que tanto gusto dan á la crítica moderna. Quédese para más adelante, cuando en los archivos de la propia Catamarca vaya á recoger, con la ayuda de Dios y de mi buen deseo, los documentos indispensables para reconstituir la historia verídica y formal de estos parásitos de provincia, adheridos al cuerpo del Estado como la hiedra al tronco por medio de sus poderosos zarcillos, que en este caso han de llamarse pensiones, jubilaciones y empleos de toda clase.

Y si no, esténme ustedes atentos y verán la prueba: el padre, el jefe y patriarca de la familia, don Jesús, pensionado como guerrero de la Independencia con grado de capitán; jubilados sus dos hermanos, D. Primitivo y D. Tadeo, y empleados los cinco hijos de D. Tadeo y los seis de D. Primitivo, estando casadas las hembras con prójimos que el que más y el que menos tenía su credencial vitalicia. Era cosa averiguada que en llegando un Pérez Orza de éstos á los cincuenta años, entraba en el descansado asilo de la jubilación, porque como le destetaban en la oficina, se hacía viejo para la ley apenas se le consideraba maduro para la vida.

Pues bien; el tal D. Jesús, el patriarca, según datos que poseo y he de comprobar oportunamente en los dichos archivos catamarqueños, aunque sean aquéllos para mí de la más grande autenticidad por habérmelos confiado el mismo D. Juan Nepomuceno Monreal, miembro de la oficinesca familia é importante personaje de esta historia..., el tal patriarca, repito, no fué en su vida militar, ni vió la guerra más que por el ojo de la llave del juzgado en que actuaba de escribiente allá por el año 13. Parece, sin embargo, que alcanzó el grado de teniente de Guardias nacionales, pero sin moverse de la oficina ni guerrear con nadie más que con su propia pereza, ni lograr más independencia que la de su persona, así que los revueltos tiempos se calmaron y pudo acogerse á la suspirada jubilación. D. Juan Nepomuceno conoce al dedillo, naturalmente, su historia estupenda, y me la ha contado con tal gracejo, que por fuerza ha de reirse quien la escuche, y hasta la mancha vinosa que afea y desfigura la cara del narrador, parece como que se borra ó disimula. Es el caso que en los famosos tiempos de la preponderancia *eneista,* ayer, como quien dice, el entusiasmo público, al que convenientemente habían preparado algunos periódicos, maestros en lo de guiarle por donde más acomoda, se desbordó por los campos de la República en busca de uno de estos gloriosos restos del gran ejército, y en la modesta casa de D. Jesús Pérez Orza penetró, por error, como un torrente, sorprendiendo al viejo, que sus ochenta años invalidaban, y elevándole sobre el pavés, héroe venerable. No sé si se corrió el don Jesús, ó si allá en su conciencia despertáronse pujos de protesta contra tamaña burla; pero, antes socarrón que cristiano, dejó muy lindamente que le pasearan en triunfo y que le consagrasen por tan guerrero, que el propio D. José de San Martín no le igualara. Advierte D. Juan Nepomuceno que esto sucedió en Buenos Aires, adonde el héroe catamarqueño se había retirado con sus dos hijas, Jerónima y Pantaleona, hacía mucho tiempo, y así pudo realizarse cosa tan fuera de la verdad, que si cualquiera de sus paisanos cayese en ello y supiera que este Pérez Orza de la apoteosis patriótica era el mismo guardia nacional del año 13, le denuncia y descubre como el más redomado embustero del mundo. Y añade Monreal, el historiador, que como él se pasmara de aquellas proezas que le atribuían, no conocidas de él ni de su familia, decía, con espartana sencillez, el don Jesús:

—¡Sí, Nepomucenito; aquí me tienes, héroe y todo, cuándo yo no lo sabía! La prensa y el público se han empeñado... ¿Qué quieres, Nepomuceno? ¿Cómo desairarles? ¡Estoy tan pobre y tan viejo!

Otorgáronle una pensión graciable, y por subscripción pública le regalaron la casa con jardín del camino del Caballito, donde vivió sus últimos años descansando sobre sus laureles. Era un vejete de facha vulgarísima, con más malicia que ingenio y más camándulas que latines; el papel que la burlona suerte le había asignado, supo encarnarlo con tanta propiedad, que oirle mentar las batallas, aventuras y lances corridos desde el año 13 hasta el veintitantos, era asistir á la viva representación de otra leyenda quijotesca; diz que, por embaucar más á sus admiradores, en la mitad del discurso arremangábase el velludo brazo y también descubría el pecho, mostrándoles cicatrices acaso de sangrías ó de sabe Dios qué operación quirúrgica; y como la mentira es á manera de veneno sutil que todo lo emponzoña, no sólo sus hijas, que nunca tuvieron noticia de tales hazañas, quedaron persuadidas de que habían pasado real y verdaderamente, sino el embustero mismo. En suma, que tanta maña se dió que no le pudo nadie descubrir el engaño y murió en su cama muy tranquilo, abrazado á su sable viejo de miliciano.

Muerto D. Jesús, pasó íntegra la pensión, creo que aumentada en tercio y quinto, á su hija mayor, la que había de disfrutarla mientras permaneciese soltera, y luego diré por qué aparecía la menor excluída de la herencia. Estas dos hijas eran como el anverso y el reverso de una misma medalla; frisaba la mayor, Jeromita, con los cincuenta años bien sazonados, y no tenía con Pantaleona (ó Leona, que así la llamaban) más parecido que el indefinible del aire de familia; muy chata y abierta de ventanas la nariz, los labios gruesos, el color amulatado, los ojos grandes y de córnea amarillosa, ceñida la frente por un cas-

quete de pelos postizos y teñidas las canas que, asomando debajo, denunciaban la mentira, de pecho generoso y cargada de carnes, fuera fea si en estos detalles, y sobre todo en los ojos negros, no atenuara defectos la simpatía, maga reparadora del clásico *irreparable ultraje*. También era Leona regordeta, pequeñita y morenilla; pero la maga que la protegía, la juventud, mucho más poderosa que la otra, encendiendo el carmín de los labios y el fuego de los ojos, tornasolando la negrísima cabellera ó adornándola con picarescos incentivos, como aquellos lunarcitos rojos, constelación de rubíes, que esmaltaban su nuca, entre los ricillos, derramaba gracia en toda su persona. La llevaba tantos años de ventaja la más vieja á la menor, que algunos afirmaban que debían pasar de veinticinco; y á la verdad, bastaba mirarlas para no haber menester de fe de bautismo, despertando sospechas, dudas y recelos tan grande diferencia de edades, no desvanecidos, con la misma franqueza, por el claro historiador D. Nepomuceno, cuya mancha vinosa, siempre que se tocaba este punto, parecía extenderse y cubrirle el rostro como un antifaz.

—Eso quien lo sabe es D. Jesús.

Pero D. Jesús no decía palabra; y como las gentes se mueren por averiguar y meterse en vidas ajenas, atando cabos, rastreando indicios y pescando datos, vinieron á caer en la cuenta de que Leona era, efectivamente, hija de D. Jesús, mas no de matrimonio, fundándose en lo siguiente: que cuando vino el don Jesús de Catamarca, vino ya viudo y acompañado de Jerónima, que estaba entonces en todo el esplendor de sus veinticinco años; sólo Jerónima le acompañaba, instalándose los dos en una casuca de los barrios del Sud, haciendo vida modesta y no recibiendo visitas, ni cartas, pues, á lo que parece, habían reñido con D. Tadeo y D. Primitivo, y su salida del pueblo tuvo señales y ribetes de fuga. Que al poco tiempo apareció un rorro en la casa, y ellos dijeron que le encontraron en el zaguán dentro de una cesta, y con la aparición coincidió la del primo y paisano don Juan Nepomuceno Monreal, empleado en Catamarca á título de hijo de una Pérez Orza y trasladado á Buenos Aires, donde le colocaron ventajosamente en Hacienda... Que el rorro creció, y como llamaba papá á D. Jesús y éste aceptaba el tratamiento con embeleso, y Jerónima, zarandeando á la niña, la decía: «¡Pobre hermanita mía, que no tiene mamá!..,» deducíase que Leoncita había sido introducida de matute en la familia, y el matutero, el calaverón, era D. Jesús, ó la lógica no merecía tal nombre.

Tercero (y va de pruebas): que ungido, por añagaza de la suerte, formidable guerrero D. Jesús, como á tal hija presentó en la nueva casa del Caballito á Pantaleona, y todos los que quisieron venerar de cerca su sable victorioso, admiraron aquella picaresca *morocha*, que dicen en la tierra, y oyeron al patriarca: «Mi hija menor...,» y á misia Jeromita: «¡Mi hermana!» Y por si quedaran dudas, al morir don Jesús y figurar de heredera única la mayor, ¿no se dejó correr la versión de que la otra no heredaba por hija natural y afecta á su hermana, con quien vivía estrechamente unida, no quería deducir la acción correspondiente? Acatemos, pues, nosotros la opinión general, al menos por ahora, y mientras á D. Nepomuceno le viene la gana de descorrer velos y aclarar misterios, si es que alguna vez ha de venirle y no nos deja á obscuras en castigo de nuestra impertinente curiosidad.

Porque, á no dudarlo, D. Nepomuceno sabía muchas cosas y las callaba, relativas á los Pérez Orza de acá; en cambio, lo que no callaba, y antes lo decía á voces, prisionero que abrazado á la reja del calabozo demanda auxilio, era su unión desgraciada con la otra primita, hija de D. Tadeo, grillete matrimonial que no le dejaba recorrer libremente su camino y alzar el vuelo á las regiones de la política... Empleado de nacimiento, jornalero de levita, criado en la holganza de la oficina y hecho á la seguridad de la mesada, no había que arrojar toda la culpa á la provinciana enteca, aquella María del Socorro, que pasaba los días de su vida como las cuentas de su rosario; aunque no impusieran el casorio exigencias de familia y la estúpida manía de atar voluntades ajenas, no llega Monreal á las alturas, y si le izan, se cae de su propio peso, porque era de la pasta de los neutros ó de los zánganos, de lacia voluntad y ambición nula, como no fuera la de alcanzar la edad de jubilado sentadito en el sillón de la oficina, entre bostezo y bostezo, cabezada va y cabezada viene, indiferente al movimiento general de progreso, que todo lo cambiaba y trastornaba en su redor, ostra humana durmiendo dentro de su concha. La grande inquina que guardaba contra María del Socorro, el rencor hacia todos los que intervinieron en aquella boda deshecha á los quince días, era la gota de limón que le despertaba y estremecía; los ojos le bailaban de coraje, la mano cerdosa corría nerviosamente por su cabeza ya gris, pelada al rape, ó por la perilla, cuya punta retorcía y levantaba para morderla.

—¿Socorrito? Estará rezando sus letanías; debe de ser buho, demonio, qué sé yo, por lo que vive. ¡Mire usted que no morirse! ¡Y tener que pasarle alimentos, cuando con el aceite de las lámparas le bastaría!

Con quien se desahogaba á sus anchas era con su prima Jerónima, en las visitas que la hacía con frecuencia desde su venida de Catamarca, á poco de quebrar los platos con Socorrito, lo mismo en la casuca del Sud que en esta que la gratitud popular consagró á D. Jesús; ya detrás de la persiana de la salita, cuando en el verano se abrían las maderas para dar libre entrada al frescor aromático de la tarde, y se distraían con el paso de los tranvías, que poco más allá de la puerta de hierro de la casa tenía su parada el de Almagro, y allí era el enganchar y desenganchar de los caballejos, el atropellarse de los pasajeros, el tocar del cuerno el mayoral, para que las criadas del barrio dejáranse ver... O también paseando el jardincillo que, entre las habitaciones en fila y la tapia, cultivaban las mujeres; algunas veces sentados debajo de la higuera añosa, viendo cavar en la huerta á Sebastiana la gringa, marimacho que para todo servía, fregaba, barría, guisaba, revuelta de pelos y sucia, cuyas manazas eran de ángel para aderezar los macarrones, tallarines, ravioles y demás pastas suculentas de la cocina italiana; viendo recogerse á las gallinas, saltar en las puercas estacas del corral, picotearse airadas, despeñar las más fuertes á las tímidas y adormecerse luego todas en la sombra, mientras los señores gatos de la casa, *Patitas blancas* y *Barcino*, y la perra de lanas *Diamela*, se disputaban el favor de acurrucarse en el regazo del ama ó restregarse en las ropas del tertuliano. Encima de la tapia, erizada de vidrios rotos, del otro lado de la calle, brillaba la suntuosa *villa* del rico alemán Franz Blumen, con trazas de castillo feudal, aplastando á su modesta vecina como una dama de copete á una pordiosera... También solían recorrer los tres la ancha calle que se llamó *Real* de Flores, y continuaría siéndolo si las sabias leyes municipales dejaran en paz á los árboles, y so pretexto de ensanches, delineaciones y desacuerdos frecuentes, no abatieran los mayores y más hermosos, hasta que daban en las mismas rejas de la casa de Dolorcitas Cadenas, la cual, sentada en la ventana baja, vestida de claro y con jazmines en el pelo, espiaba cada tranvía irguiendo el hermoso busto, poniendo en blanco los ojos, componiendo los pliegues de la falda así que sonaba el cuerno cercano. Lo mismo era aparecer al pie de la ventana los tres paseantes, que comenzar á chillar Dolorcitas, y misia Elvira, la mamá, que en el fondo de una mecedora se adormilaba, despabilábase al punto y chillaba más recio, y Leona y misia Jeromita.

¡Cuánto tiempo! ¡Qué ingratonas! ¡Si parecía que vivieran á dos leguas! Pase que en la época del luto de D. Jesús..., pero ahora. Ellas también, cuando la llorada muerte de D. Jorge Cadenas, que se les quedó en los brazos como un pajarito el día menos pensado, se encerraron de tal modo que ni las monjas... Habían de vengarse no yendo á visitarlas en un siglo... ¿Jorgito? En la ciudad; ese no regresaba sino por el último tranvía...

Llovían los *chés* y las carcajadas como pedrisco, y entraban todos á gustar con las Cadenas el bien cebado matecito, ó volvíanse paso á paso, muy preocupada Leona y en vivo secreteo D. Nepomuceno y la prima mayor, debatiendo, acaso, el asunto del noviazgo de la chica con aquel títere de Jorgito, empleado de corto sueldo en Relaciones Exteriores y picado del dandysmo y del afrancesamiento más atroces, poeta á ratos, decadente, que es lo que priva, y sin un centavo; pues bien se sabía que papá Cadenas no dejó ni para el entierro, que murió arruinado, desesperado de haber visto fundirse entre sus manos, como polvo de nieve, aquel almacén de ferretería de tan sólidos cimientos, que la nueva razón social Barbarossa, Nero y Compañía reconstruyó sin esfuerzo; bien se sabía que la madre y la hija cosían para fuera, no pasando mayores necesidades, gracias al sueldo del muchacho. Es cierto que no era Leona más rica, pero mientras viviera su hermana... y después...

Los ojos de misia Jeromita fulguraban como los verdes y redondos de *Barcino*, explicando con elocuencia las reticentes palabras, detalles sueltos de algún oculto proyecto, que obligaban á D. Juan Nepomuceno á quitarse el sombrero y rascarse la cabeza gris. La conferencia seguía luego junto al piano, que la joven manoteaba á su gusto, ejecutando la *Plegaria de una virgen* con agravio de corazones y de tímpanos sensibles...

Pantaleona quería mucho á Monreal; le consultaba, le refería sus secretitos, le descifraba los de la hermana, según el humor ó el capricho, cepillándole la ropa entre tanto, sujetándole un botón, que era él muy desidioso y nada pulcro; y él escuchaba fascinado, dejábase zarandear como un pelele; mirando los lunares rojos de su nuca, la decía con ternura:

—Sí, Leoncita, ya verás..., no hagas caso..., todo se arreglará... ¿Otro botón? Pero ¿quién ha de pegarlos, si no tengo mujer en casa?.. Mira, Leoncita, cada día te pones más mona...

El deseo de besar los lunarcitos estremecía sus labios, y se volvía, muy pálida la media cara y sumida la otra media en las sombras de la mancha vinosa, como luna en menguante. Algunas veces iba Pantaleona, acompañada de Sebastiana ó de misia Jeromita, á poner un poco de orden en las dos piezas que en la calle de Montevideo habitaba el empleado, generalmente los domingos y á hora fija, para encontrarle, y el repasar de la ropa la ocupaba mucho tiempo... Reíase de ver su retrato sobre cómodas y consolas, entre los pares de botas y las cajas de betún, colgado á la cabecera de la cama encima del crucifijo negro, ó rodando en sueltas fotografías, que hoy estaban ensartadas al canto del espejo y mañana debajo del destripado sofá de yute.

—¡Pero, Nepomuceno! ¡Qué favor me haces! Me tienes dentro de la palangana.

—El aire, hija, contestaba Monreal excusándose, que se cuela por esas ventanas y todo lo desbarata. Si yo no paro aquí más que para dormir. La oficina me roba el tiempo. Precisamente este retrato es aquel que te sacamos cuando tenías quince años. ¡Qué bien estás! ¿Y ese otro? Es el último, el del luto del tío Jesús. Si no fuera por ti y Sebastiana... La casera es una señora de estas venidas á menos, y no se la puede decir nada porque se sube al tejado. ¡Dios nos asista! Aquí hace falta una mujer, Leoncita; yo no entiendo de gobierno doméstico, y una casa sin gobierno, figúrate: la torre de Babel, esto que ves y te espanta; pero ya llegará el día.

—Qué, ¿piensas casarte, Nepomuceno?

—Cuando enviude, cuando se lleven los demonios á esa bruja maldita, bien pudiera ser, sesentón y todo. Y ya tardan.

—Pues tendrás que esperar sentado; Socorrito no se dejará llevar á tres tirones.

Descomponíale á D. Juan el coraje y había que mudar de conversación: recordar, por ejemplo, los tiempos de la niñez, las trapisondas infantiles, las aventuras de colegio de la indómita Leoncita; ¿quién la protegía del padre y de la hermana, la llevaba dulces, la acompañaba á los fuegos en los *veinticincos* y á los teatros de tarde? ¿Quién era el primero que los días de visita se presentaba en el locutorio de las hermanas? ¿Quién el más cariñoso, el más generoso, el más bueno?, pues el primo Nepomucenito. Jerónima no la ocultaba que en días de estrechez, cuando el Gobierno aún no se había acordado de los grandes servicios del padre, sendos pellizcos dió el primo á su sueldo para ayudarlas... ¡No había de quererle ella, con cariño casi filial, si se había criado sobre sus rodillas!

Enhebraba una aguja, hacía un nudo y terminaba el panegírico volcando el incensario.

—Eres un santo, Nepomuceno, y debías estar en los altares. ¡Mereces ser más feliz!

Contestaba Monreal llamándola picarona y aduladora, y llegara á enternecerse si la presencia de Sebastiana no lo estorbara y la vieja costumbre de dominación de sí mismo no contuviera los naturales arranques. Luego que ella se marchaba, paseaba como un sonámbulo, resoplando cual si le faltara el aire ó aspirar quisiera todo el aroma que Leoncita había dejado; é iracundo, de un cajón de la cómoda sacaba un retrato, el de Socorro, tocada de beata, y poniéndole de blanco le asaeteaba á navajazos, martirio que el San Sebastián de cartón sufría sin quejarse. Las soñolientas horas de oficina aumentaban la congoja de su *idea*, y en el perezoso transcurso de la semana la volvía cien veces y otras ciento...

El día que Pantaleona le confió sus primeros telégrafos con el chico de Cadenas, se quedó alelado, como si el despertar del amor en un alma juvenil fuera asombroso fenómeno y nunca visto; extraños y misteriosos celos le torturaron, que supo disimular, aunque no se cuidara de contener el desborde de su incomprensible antipatía hacia el audaz pretendiente; á ver, ¿qué prisa tenía Leoncita? Pobre y todo, ¿no encontraría más ventajosa proporción? ¡Jorgito! ¡Un mequetrefe sin porvenir! ¡Valiente pareja! ¡Se roerían las uñas, se tirarían los platos á la cabeza!.. Pero ni augurios fatales ni amargos consejos dieron juego alguno, y hubo de asistir, impasible, á la invasión de las Cadenas todas y subsiguiente triunfo del pollo, llegando á conocer sus cartas amorosas, que Panta-

leona le daba á leer para que las descifrara, pues venían en verso las más de ellas, y aquello de *Libélula gentil arcana*, ó esotro: *Del pensamiento azul la onda sonora*, y también: *Lirio de plata que de Abel la cima*..., con otros disparates, no lo entendían ella ni Monreal, ni el poeta que lo engendró.

Confidente fué, asimismo, de sus dulces regaños, en los que intervenía más para agriarlos que para apaciguarlos, con perfidia maquiavélica, y á fuerza de ver á Leoncita hablar con el otro de lejos por medio de los dedos, aprendiera el lenguaje de los sordo-mudos, si en él pudiese expresar lo que obligado estaba á guardar.

—¿Por qué no le quieres á Jorge, si es tan bueno?, decía la joven. ¡Anda, celoso! ¡Si no puedes disimularlo! ¿Crees que el querer yo á Jorge significa olvidarme de ti? ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Nepomucenito, eres un pavo.

Ocurrieron entre tanto sucesos graves que distrajeron el singular resentimiento del viejo y le alarmaron más que todas las estrofas de Jorgito: como urraca que va recogiendo cuanto encuentra y en su rincón lo amontona, con sigilo, en cada visita á la calle de Montevideo, á hurto, naturalmente, de Sebastiana, ó en discreto aparte en el Caballito, Pantaleona le aportaba un dato nuevo, producto de su inquisitorial pesquisa, y la alarma de Monreal crecía más cuanto más la noticiera ahondaba en el secreto. Hoy: «Es joven, rubio y parece italiano.» Mañana: «Seguramente es italiano.» Luego: «Juraría que viene por Jeromita.» Dos días después: «¡Que reza con ella, vaya!» Seguía ahondando la noticiera y creciendo la alarma de Monreal. «Se llama Fortunato Lucca... Le he visto hablar con ella... Todos los días en el tranvía de las doce se marcha Jeromita y no vuelve hasta las seis... Está nerviosa é insufrible... Recibe cartas, muchas cartas... Ayer me la descaré y casi me pega... Me parece que esto va á acabar mal... Puedo afirmar que se llama Lucca, y que la cosa va con Jeromita.

—¡Asómbrate, Nepomucenito!, añadió un día la inquisidora. Ha venido á casa, nos ha hecho una visita de dos horas; sí, el Sr. D. Fortunato Lucca, muy bien trajeado, muy fino, muy zalamero; lucía un alfiler de corbata de coral y diamantitos; yo he visto en alguna parte esa esfera rosada y el cintillo; los reconozco. Está empleado en la ferretería de Barbarrosa. ¡Qué peine, *ché*, qué peine!, y como buen mozo, es todo un buen mozo. Ese se cuela por el ojo de una aguja. Y Jeromita derretida, hecha un merengue... Yo les dejé plantados, y me fuí á la huerta, de rabia.

Esta vez D. Juan Nepomuceno se disparó:

—Tu hermana ha perdido el juicio, ¿sabes?, y tendremos que darla un baño frío de asiento, como á las gallinas cluecas.

No se presentó en el Caballito lo menos en un mes, y anduvo como autómata, distraído con su *idea*: el apático Monreal, de ordinario, pareció á todos, á la casera misia Mercedes, al mozo que en la *Antigua Fonda Española* le servía, á su dueña doña Manuela Romacha y á sus compañeros de oficina, próximo á despeñarse en los abismos de la chifladura, viéndole enflaquecerse, perder botones y abandonar las manchas de su ropa. Porque él no iba allí, pero tampoco venía Pantaleona; lo que le determinó al cabo á meterse en el tranvía, un jueves santo por más señas, después de vagar por calles y templos, paseando su levita raída, su chistera grasienta y su tristeza entre la muchedumbre de elegantes devotas.

Su *idea* le llenaba el cerebro, le cerraba los ojos y oídos, le iluminaba el alma toda entera. ¡Ah! Jeromita había perdido el juicio y la memoria: olvidaba el porqué de la escapatoria de Catamarca, la desesperación de D. Tadeo, la sorpresa y la furia de D. Jesús, el *maremágnum* de iras, discordias, recriminaciones y escándalos que agitó á la hasta entonces tranquila familia, dividiéndola para siempre en dos bandos irreconciliables, como el aceite y el vinagre... Sobre todo, el compromiso, aquel compromiso noblemente pactado entre los dos. Y todo esto lo olvidaba la otra, comprometiendo el porvenir de Pantaleona al declinar de la vida, ¡cuando había resistido en la juventud el cerco de más de un desocupado!.

—Si está más vieja que Matusalén, le soplaba al oído la señora Lógica; los cincuenta años la han comido sus atractivos, como los gusanos una manzana; no tiene pelo, no tiene dientes, la desfigura la grasa, la manan los ojos... ¡Qué diferencia de la Jeromita de Catamarca! ¡Si no es posible! Cosas de Leoncita, bromas de Leoncita. ¿Estará ciego el italiano guapo, el refinado y pomposo señor de Lucca? Y si el olor de los pesos le lleva, ¿no sabe que si á casarse tocan, adiós pensión? ¿No lo sabe ella también? Porque pensar en lo que el honor nos veda, es inferir agravio á Jeromita, de cuya virtud, tú mismo, ¡oh Monreal caviloso!, has sido constante guarda y mantenedor muchos años.

Pese á la señora Lógica, entre las mallas del cerebro de D. Juan Nepomuceno, raquíticos y mal nacidos pensamientos salían á rebatirla, tantos y tan furiosos, que le confundían; uno, el más fuerte de todos, era este: que Amor no respeta edad ni condición, y que si había dado en la gracia de prender fuego al medio siglo de misia Jeromita, se abrasaría ella como paja, porque la leña vieja es la que arde mejor.



... y por la avenida de acacias se fué á dar un paseíto

Este pícaro pensamiento, por ramplón y perogrullesco que parezca, venció al fin en el caletre del pobre hombre, y con el batallar interno y el traqueteo del vehículo, llegó, después de media hora, molido, á la puerta de hierro, tan fuera de sí, que preguntó á la hercúlea italiana que, armada de un cucharón salió á abrirle, si el Sr. D. Fortunato Lucca estaba en casa...

No había nadie; las señoras, poco después de comer, se marcharon á estaciones á la iglesia de San Carlos con las vecinas de Cadenas.

—Sr. Monreal, añadió Sebastiana en su jerga; sáqueme usted de una duda: los huevos ¿son plato de vigilia? Porque si provienen de las aves, las aves carne son... ¡Poco que hemos discutido hoy el asunto!

No respondió D. Juan, ni entrar quiso, y por la avenida de acacias se fué á dar un paseíto, que estaba la tarde de otoño deliciosa; cuando en esto, vió que por la misma acera venía un grupo de mujeres enlutadas, de tan rara manera y con risas tales, que los del tranvía suspendieron la operación de enganchar, y suspendió sus pasos el distraído Monreal; porque eran cuatro, al parecer, y las cuatro caminaban como si unas tiraran de las otras, singular cuerda de galeotes, y á cada tirón se oía un chillido, y todas reían locamente; delante, andando á reculones, marchaba el propio Jorgito Cadenas, el pálido, rubio y ojeroso poeta, con el bastón de caña haciendo que las azuzaba y apostrofándolas á estilo de cochero.

—¡Ay, Nepomuceno!, exclamó Leona la primera, ¡mira cómo nos han puesto en la iglesia! Nos han cosido los vestidos, pegado una con otra... ¡Los graciosos! Y ninguna lo notó; al levantarnos, ¡crac!, el vestido de Dolorcitas dió la voz de alarma, y nos encontramos todas prisioneras. Hemos tenido que venir con precaución, para no quedarnos en enaguas. ¡Estúpidos! También echaron fósforos en el suelo y gritaron: «¡Fuego!» ¡Qué indecentes! ¡Qué irrespetuosos!

—Mira, agregó misia Jeromita, y es con hilo fuerte. Estábamos en Babia, cuando no lo notamos.

—Rezábamos, amiga mía, observó misia Elvira. Quien debió notarlo, y no lo notó, es Jorgito.

—Yo también rezaba, contestó el joven disculpándose.

—Sí, á San Pantaleón, saltó la avispada Dolorcitas.

Y con esto y nuevas risas entraron todos en la casa, donde cuatro tijeretazos de Sebastiana y repetidas invocaciones á la Madona dieron suelta á las prisioneras. A la luz del gas, que encendió luego la mujerona, apareció la salita de blanqueadas paredes, sus dos espejos desdorados, los cromos y retratos, las vulgares repisas, los floreros de porcelana y los ramos de plumas ó de papel, la sillería de reps cubierta de paños de *crochet*, el negro armatoste del piano y las rinconeras cargadas de baratijas; en el sofá, dos almohadones bordados en lanas de colores por Pantaleona, que había derrochado su arte casero en la ornamentación, tal era la abundancia de plegadas pantallas, acericos de raso, tapetes y cuanto la industria femenina puede crear valiéndose de los más variados elementos, seda, estambre, canutillo, hilo de plata, abalorios y retazos de cuero y de telas, sabiamente combinados. Olía á benjuí, y unas soberbias varas de nardo, que se agrupaban en la desahogada boca de un florero panzudo, mezclando su violento perfume al del sahumerio, ponían á prueba de jaquecas los nervios mejor templados... Quitáronse las mantillas las señoras; en el hueco de la ventana buscaron refugio Leona y Jorgito, la mamá y Dolores se sentaron ni muy cerca ni muy lejos; misia Jeromita, de pie, junto al sofá, desnudaba sus manos de los mitones, algo nerviosa, mirando con disimulo y desconfianza al primo, que en aquel momento tenía el aire de juez severo, dueño ya del cómodo asiento y hundido el brazo en el almohadón, tapada la media cara blanca por la palma de la mano, de modo que la sombra de la mancha vinosa asemejaba su cabeza á estas de talla antigua, obscurecidas por los siglos; tan inmoble estaba y callado.

—Pues sí, dijo la alterada voz de la de Pérez Orza, nuestro señor primo nos ha tenido olvidadas un mes entero... Yo le dije á Leona: «No iremos nosotras tampoco; dejaremos que se lo coma la polilla y se le llene el cuarto de basura, porque esto de ejercer la caridad con ingratos...»

Tiró al aire el último mitón, y se sentó á su lado, desafiándole, provocándole á la batalla, deseosa de entrar en pelea contra aquel juez que osaba alzarse enfrente de ella.

Cuanto la señora Lógica soplara en el camino á D. Nepomuceno, lo confirmaba ahora el gas con escándalo de los ojos, aumentando defectos y denunciando los alevosos afeites de la dama.

—Jerónima, tengo que hablarte, insinuó penosamente Monreal.

—Habla cuanto quieras, si estoy rabiando por oirte, contestó agresiva la solterona.

—Es reservado...

—Mejor.

—Será largo...

—Con tal de que no me hagas dormir.

El duelo comenzó en voz baja, al compás del susurro de los dos tórtolos, de los bostezos de misia Elvira y el abaniqueo de Dolorcitas; al principio, por preguntas y respuestas breves, secas, botonazos de ensayo que, á poco, se convirtieron en serias estocadas: las cabezas de ambos combatientes se erguían, y sacudíanse como si fueran á embestirse; las manos se agitaban, se buscaban, huían al repentino contacto y de nuevo alzábanse para rechazar una acusación ó sostenerla, sofocada la señora, furiosa, revolviéndose á cada golpe; y él, implacable, cuidando sólo de que el rumor de la disputa no trascendiera: los labios blancos de cólera, dejaban caer expresiones sueltas: «Qué te habías creído...—Pues sí...—Tendría que ver... —Lo que me dé la gana...» Y el borbotón de palabras atropellábase confuso.

Se oyó decir á Pantaleona:

—¿Ve usted, Jorgito? Esto sí que se entiende: *Cadena soy que te encadena... Guárdote en la cárcel de mi pecho... Y á tu guardián, por fin, tú le aprisionas*... Muy bonito, muy conceptuoso.

(Continuará)

República Oriental del Uruguay.—Montevideo.—La Guardia Nacional



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – Montevideo. – Vivaque de los jefes y oficiales de los batallones 9.º y 12.º de Guardias Nacionales, después de oir la misa de campaña
(De fotografía remitida por los Sres. Fillat, de Montevideo.)

La República Oriental del Uruguay es actualmente víctima de los desastres de la guerra civil, producida por causas múltiples que no es del caso referir ni comentar.

País inmensamente rico, pródigamente dotado por la naturaleza; con una raza tan viril como inteligente; regido por liberales instituciones; con un suelo feraz, con un clima benigno y en una situación geográfica envidiable (pues Montevideo está llamada á ser la ciudad reina en las regiones del Plata, como será Maldonado un emporio comercial en las orillas del Atlántico), debiera desarrollar, á la sombra de una



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – Montevideo. – Función celebrada en el teatro «Casino Oriental» en honor del 4.º batallón de Guardias Nacionales
(De fotografía remitida por los Sres. Fillat, de Montevideo.)

paz fructífera, el venero de sus innúmeras é inexploradas riquezas, para consolidar su poder y cimentar las bases de su futura grandeza.

Y sin embargo, las frecuentes luchas fratricidas de que el Uruguay es teatro impiden el completo desarrollo de tantos elementos de bienestar y progreso y ensangrientan aquel suelo privilegiado, llevando la miseria y la ruina á los hogares.

Con estos sucesos bélicos se relacionan las dos fotografías que representan: la primera, el vivaque de las fuerzas de los batallones 9.° y 12.° de la Guardia Nacional después de la misa de campaña; y la segunda, la función dada en honor del batallón 4.° en el teatro «Casino Oriental.» Ambas ceremonias se celebraron para conmemorar una victoria obtenida por la Guardia Nacional sobre los insurrectos.—H.

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

«ASOCIACIÓN PATRIÓTICA ESPAÑOLA»

JUEGOS FLORALES.—CARTEL

Al buen acierto de la comisión directiva de la «Asociación Patriótica» organizando unos «Juegos Florales» con toda la importancia y amplitud requeridas para que resulte fiesta de mucho realce y obtenga gran renombre, hay que agregar el no menor de haber encargado al laureado escultor catalán D. Torcuato Tasso un artístico bajo relieve para que el facsímile, en grabado, adornara los lujosos carteles que con profusión se han repartido por toda la República y enviado á todas las naciones de habla castellana.

El mentado trabajo ha valido al señor Tasso los más entusiastas elogios de cuantos han admirado el original, resultando digna portada al espléndido cartel, en premios y temas, que á continuación transcribimos.

PREMIOS Y TEMAS

De la Asociación Patriótica Española: flor natural y una placa de oro y plata cincelada á una composición de tema y metro libres; una lira de oro y esmalte á un Canto á la Patria (metro libre). – *De S. M. D. Alfonso XIII:* un objeto de arte á una composición en verso dedicada á Juan Díaz Solís. – *Del Excelentísimo Sr. Presidente de la República Argentina:* una medalla de oro á un Canto á la Paz en América. – *Del Excelentísimo Sr. Presidente de la República de México:* un ejemplar de lujo de la obra «México al través de los siglos» á un trabajo sobre el porvenir probable del habla castellana en la América española, atendidos los elementos de vida de esta lengua y sus gérmenes de corrupción. – *De la Real Academia Española:* un ejemplar de las «Cántigas de Santa María,» de D. Alfonso el Sabio, á un índice de palabras, frases y modismos propios en la República Argentina con los equivalentes en castellano, según el Diccionario de la Academia, y noticias acerca de su origen y formación. – *De la Real Academia de la Historia:* un ejemplar de la obra «Historia general y natural de las Indias,» por Fernández de Oviedo, á un estudio histórico acerca del fundador de Buenos Aires, D. Juan de Garay. – *De la Universidad de Buenos Aires:* la «Historia Argentina,» por el Dr. V. F. López, y la «Historia de Belgrano y San Martín,» por el general Mitre, á un estudio sobre la enseñanza superior en España. – *Del Ateneo de Madrid:* un ejemplar de las «Leyendas de Zorrilla» á un estudio sobre la influencia de Zorrilla en la literatura americana. - *De la Excma. Diputación Provincial de Barcelona:* un objeto de arte á una oda á la Ciencia. – *De la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza:* una colección lujosamente encuadernada de la Biblioteca de escritores aragoneses, caso de que se consiga completar con las obras cuya edición ha sido agotada; en caso contrario, un objeto de arte, á una Crítica histórica de la intervención y participación que tuviera en el descubrimiento de las Américas Fernando V de Aragón. – *Del Ayuntamiento de Barcelona:* un objeto de arte de autor catalán á un estudio sobre la inmigración catalana en la República Argentina. – *Del Ayuntamiento de Zaragoza:* medalla de oro, á las indicaciones bibliográficas acerca de los libros y artículos publicados en América referentes á Aragón. - *Del Banco Hispano-Americano de Madrid:* un objeto de arte, impresión de la memoria (que no ha de exceder de 100 páginas en 8.°) y regalo de 500 ejemplares al autor, á un estudio sobre los medios más adecuados para fomentar el comercio hispano-argentino. *Del Banco Espanol del Río de la Plata:* un objeto de arte á un estudio sobre la influencia de las instituciones de crédito en relación con el progreso de la República Argentina. – *Del Club Español de Buenos Aires:* mil pesos en moneda nacional á una composición literaria de forma y tema libres. - *Del Orfeón Español de Buenos Aires:* una lira de oro á un estudio sobre los orfeones españoles en la República Argentina: su pasado, su presente y su porvenir. – *Del Centre Catalá de Buenos Aires:* cien pesos oro á un canto al Trabajo (metro libre). *Del Círculo Gallego de Buenos Aires:* una corona de oro y plata, y un pensamiento de oro como accésit, á una descripción histórica de Galicia, en prosa ó verso; una medalla de oro, y una rosa de plata como accésit, á la mejor descripción de Galicia y sus productos. – *De la Academia Literaria del Plata:* una medalla de oro á un fragmento épico «El genio del Atlántico.» (El genio, asombrado á la vista de las intrépidas carabelas que por vez primera surcan su seno, vaticina al gran Colón su portentoso descubrimiento y las futuras glorias del mundo nuevo.) – *Del diario «La Nación:»* una medalla de oro á un estudio sobre el intercambio comercial entre España y la República Argentina. Causas que se oponen á su mayor incremento. Medios para su fomento y completo desarrollo. – *Del diario «La Prensa:»* un objeto de arte á un estudio sobre la misión é influencia del periodismo en la educación del pueblo. – *Del diario «El Correo Español:»* un objeto de arte á un Canto á la raza latina (metro libre). – *De «Blanco y Negro» de Madrid:* un ejemplar de «Don Quijote» á un estudio sobre los medios prácticos y bases para la estipulación de un tratado de propiedad literaria entre todas las Repúblicas americanas y España. – *Del semanario «Caras y Caretas:»* un objeto de arte á una poesía festiva de cincuenta á noventa versos (tema y metro libres). – *Del periódico «El Eco de Galicia:»* una pluma de oro á una composición en verso de metro libre sobre la acción de los gallegos en América. - *Del Excelentísimo. Sr. Conde de Casa Segovia:* un ejemplar de la edición de lujo de «Don Quijote de la Mancha» con ilustraciones de Balaca á una composición en verso de metro libre sobre Cervantes y su «Quijote.» – *De D. Manuel Pla y Valor:* una acuarela del donante á un romance de tema libre. - *De D. Guillermo Parera Romero:* una colección completa de las series publicadas hasta 12 de octubre próximo de las Tarjetas Postales Artísticas de D. Antonio Cánovas, de Madrid.

Las composiciones deberán ser inéditas y escritas en lengua castellana y remitirse al «Presidente de la Comisión Organizadora de los Juegos Florales, Conde de Casa Segovia, Avenida de Mayo, 891. - Buenos Aires (República Argentina),» debiendo estar en su destino el 31 de agosto próximo.



REPÚBLICA ARGENTINA. – Cartel anunciador de los Juegos Florales organizados por la «Asociación Patriótica Española» de Buenos Aires, obra de Torcuato Tasso.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
Soberano contra
CATARRO – ASMA – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.



Franco 6 fr. — en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 16

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



Desbocados, cuadro de Adolfo Schreyer



AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE

CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
y Todas Farmacias y Droguerias

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles ó Influenza. Todas Farmac.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los **Males de la Garganta**, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmacéutico en PARIS

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII ← Barcelona 20 de junio de 1904 → Núm. 1.173

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA CENICIENTA, cuadro de M. Chretien

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el segundo tomo de la presente serie, que es el segundo de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Zeda. – *Venganza noble*, por Willis Gibson. – *La casa de García, comedia de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero.* – *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *Misia Jeromita*, novela ilustrada (continuación). – *Deporte americano. El lanzamiento del disco.* – *Libros enviados á esta Redacción.* – *Casa de lactancia. Estufa esterilizadora.*

Grabados.—*La cenicienta*, cuadro de M. Chretien. – Dibujos de F. C. Yohn que ilustran el artículo *Venganza noble.* – *Guerra ruso-japonesa. Un contraste. Llegada á Mukden de dos trenes, procedentes el uno de Moscou y el otro de Puerto Arthur*, dibujo de F. de Haenen. – Fotografías de tres escenas de *La casa de García*, comedia de los hermanos S. y J. Alvarez Quintero. – *El japonés más importante después del emperador, el feld mariscal marqués de Oyama.* – *Un general japonés que trabaja día y noche, I. Fukushima*, dibujos de Melton Prior. – *Exposición Universal de San Luis (Estados Unidos del Norte de América). Edificios principales de la Exposición.* – *Carta amorosa*, cuadro de Ricardo Martí. – *Un bautizo*, cuadro de Joaquín Agrasot. – *Deporte americano. El lanzamiento del disco.* – *La fuente de Amor*, cuadro de Juan H. Fragonard. – *Barcelona. Estufa esterilizadora de leche regalada á la Casa de lactancia por S. M. el Rey D. Alfonso XIII.*

CRÓNICA DE TEATROS

El público de Madrid ha hecho justicia al mérito de Enrique Borrás. Para el insigne actor, todas las noches que ha pasado entre nosotros han sido otros tantos triunfos. Sus verdaderas adivinaciones psicológicas, su poder asombroso para expresar todos los estados del alma y los más tenues matices del sentimiento, su voz y su gesto siempre dóciles á su voluntad, le dan el poder de despojarse de su propia persona para transformarse en tantas personalidades distintas como papeles representa. En el Manelich de *Tierra baja* es el pastor rudo de inteligencia embrionaria, cuyo espíritu, tras de moverse como á tientas en las tinieblas que le envuelven, acaba por ver clara la traición de que es víctima; en el Joan de *Els vells* se convierte en el pobre anciano que pretende luchar con la pesadumbre de su vejez. Es violento, apasionado y tierno en el arráez de *Mar y cielo*, todo bondad y altruismo en el Florenci de *La mare eterna*, un San Francisco de Asís en el *El místich*, un hombre angustiado por el remordimiento en *La morta*. Es dueño absoluto de sus músculos y de sus nervios, y tiene además esa fuerza sugestiva que convierte la ficción en realidad.

Ciertamente Borrás es hoy uno de los más grandes actores europeos. Ni á Novelli, ni al mismo Zacconi tiene nada que envidiar.

Su compañía, sin ser de primer orden, consta de actrices y actores muy estimables y perfectamente ensayados. La señora Morera es una excelente dama de carácter, el Sr. Soler es un buen actor y el señor Capdevila un notable actor cómico. Todos han oído —y con justicia—muchos aplausos.

Si grande ha sido el triunfo alcanzado por Borrás y su compañía, no debe considerarse como inferior el obtenido por los autores catalanes cuyas obras acabamos de ver representadas. Sin hablar aquí de Feliu y Codina y de Guimerá, ya estimados por el público de Madrid en lo que valen, justo será reflejar en estas cuartillas algo de la impresión que en los espectadores madrileños han causado las obras de *Serafí Pitarra*, Rusiñol, Iglesias y Crehuet.

***

De *Serafí Pitarra* nos ha dado á conocer la compañía de Borrás el drama titulado *Lo pubill.* Basada la obra del célebre dramaturgo en leyes y costumbres desconocidas del todo, ó cuando más conocidas solamente del público madrileño por referencia, no podía despertar entre nosotros el interés que de seguro tiene para espectadores catalanes. Además, la moda, que también impone sus caprichosas leyes á la literatura, y particularmente á la literatura dramática, ha cambiado mucho desde que Federico Soler escribía hasta ahora, en que domina en Cataluña, como en el resto de España, la influencia del arte septentrional. Por esta razón el drama de *Serafí Pitarra* se oyó con respeto, pero sin entusiasmo.

En cambio á Rusiñol se le han tributado tantas ovaciones como obras suyas se han representado.

En general, las comedias de Rusiñol son tristes y melancólicas. Hay en ellas algo de ese ambiente congojoso de que el mismo artista impregna los jardines abandonados que traza su originalísimo pincel. *El pati blau* y *L' alegría que passa* dejan al espectador en ese estado que alguien ha definido diciendo «que es el placer de estar triste.» Yo quisiera explicar más concretamente la impresión que me dejan las comedias de Rusiñol: es algo así como el perfume de flores marchitas, como el recuerdo de dichas desvanecidas, como el eco lejano de la canción de nuestros amores que fuera poco á poco extinguiéndose. Cosa extraña; esta poesía melancólica más propia de la lírica que de la dramática necesitada siempre ó casi siempre de los contrastes violentos y de los afectos enérgicos—acaba por cautivar al público y por emocionarle hondamente.

De más acentuadas líneas dramáticas que *El pati blau* y *L' alegría que passa* es *El místich*, drama en cuatro actos y de carácter que pudiéramos llamar biográfico. Presentanse en él todas las tribulaciones por las que pasa el alma de un sacerdote virtuoso, que, inquebrantable en su santidad, acepta amargos sacrificios antes que torcer en lo más mínimo la rectitud de su conciencia. Al final del tercer acto, cuando el protagonista del drama, abandonado de todos, cae de rodillas ante la imagen de Cristo, el público de la Comedia, arrebatado de entusiasmo, aclamó á Rusiñol y á Borrás, que ciertamente llega en el papel del místico á las más altas cumbres del arte.

Trágico es y muy triste y muy deprimente el drama de Ignacio Iglesias *Els vells.* Siempre es un espectáculo conmovedor el que ofrece la ancianidad caminando fatalmente al sepulcro; pero este espectáculo es aún más emocionante cuando la ancianidad va acompañada de la miseria. Tal es el caso que nos presenta en su obra el autor de *Los viejos.* A decir verdad, el drama está inspirado en un exagerado pesimismo. Además de que existen leyes que amparan y protegen á los ancianos, cuando después de una vida laboriosa carecen ya de fuerzas para trabajar, no están los *patronos* tan desprovistos de piedad que arrojen á la calle, como se arroja una cosa inservible, al hombre que durante cuarenta ó cincuenta años les ha estado dando día por día todo el vigor y el esfuerzo de sus músculos. Habrá amos crueles como los amos de los protagonistas de *Els vells*, mas por honra de la humanidad debemos considerarlos como excepción.

Dada la cruel despedida de los dos viejos, todo lo que el autor nos va mostrando en su obra es de una verdad tan dura, tan amarga, que acongoja el ánimo del más indiferente espectador. Aquel último jornal recibido con alegría por las esposas de los dos despedidos ancianos; aquel revolverse de Juan contra la dura ley; aquella junta de viejos enfermos, débiles impotentes para toda especie de lucha, son verdaderos aciertos y demostración evidente del talento del autor de *Els vells.*

Acaso pueda argüirse á Ignacio Iglesias que si en lo exterior los caracteres y costumbres de los personajes que figuran en *Los viejos* se ajustan á la estricta verdad, adolecen todos, artísticamente hablando, del prejuicio del autor, que ha querido presentarnos las clases obreras como una sociedad de ángeles con alpargatas, cuando lo más triste quizás de la condición del obrero es que no siendo ni mejor ni peor que los hombres de las otras clases, pues sabido es que todos los humanos allá nos andamos en vicios y virtudes, se ve á menudo corrompido, no por culpa suya, sino por el medio en que vive.

Por otra parte, la muerte de Juan corta la obra, pero no la termina. Lo terrible del drama de la miseria no es morir al llegar á los umbrales de ella: es vivirla.

Original también de Ignacio Iglesias es el drama en tres actos *La mare eterna.* El pensamiento de la obra se reduce á demostrar que lo mejor que pueden hacer una moza y un mozo que se quieren de verdad es casarse como Dios manda. Gabriel prometió á su madre moribunda hacerse sacerdote: entró en el seminario y está á punto de ordenarse; pero es el caso que se ha enamorado de Marió, muchacha guapota y fresca que tampoco mira con malos ojos al seminarista. Ni uno ni otro se han hablado palabra alguna de amor, porque la promesa que, como queda dicho, hizo cuando niño Gabriel á su madre, es la mordaza que cierra los labios de ambos enamorados.

Pero llega á la masía de Andréu, padre del seminarista y tío de Marió, Florenci, un poeta tísico, enamorado de la belleza y cantor inspirado de la vida, el cual, percatado de los mudos amores de los dos primos, hace oficios de mediador y convence á Gabriel de que es mucho mejor «casarse que abrasarse,» y á Marió de que Dios bendice el amor conyugal. No es menester mucha elocuencia para convencer á los enamorados; así no es maravilla que el aprendiz de cura se resuelva á colgar los hábitos y que Marió le otorgue el sí apetecido. Tampoco es de extrañar que Andréu, que es un buen padre, transija al fin y al cabo con los amores de su hijo y su sobrina.

Como se ve por este breve relato, no hay en *La mare eterna* ni drama ni comedia siquiera, sino á lo más un idilio, cuyo asunto, aunque tratado y desarrollado delicadamente, tiene poca ó ninguna novedad y escaso interés. Quizás hubiera podido el autor dar grandeza á su pensamiento mostrándonos la lucha interna de Gabriel entre su fe religiosa y su pasión humana; pero al seminarista le preocupaba muy poco el conflicto religioso; lo que sujeta su voluntad es la palabra infantil que dió á su madre de hacerse cura, y ciertamente, aun para la conciencia más escrupulosa, el voto hecho en la niñez obliga poco.

¿De qué medio se vale el autor para comunicar á su idilio tonos dramáticos? Pues el medio que para ello emplea Iglesias es hacer morir al pobre Florencio. Para el argumento ni para la tesis de la obra maldita la falta que hace el triste fin del poeta; pero era menester para dar carácter lúgubre al drama. Bien se advierte que el autor ha querido hacer un símbolo de aquel enfermo que en los umbrales de la muerte ensalza con entusiasmo la vida; pero esto, por probar demasiado, nada prueba. No hay tísico que no se agarre con desesperados é inútiles esfuerzos á la existencia y que no la ame y ensalce; pero, francamente, los elogios que nos hace un tísico de la *mare eterna* no nos convencen. Al ver á Florenci morir asfixiado, no pensamos en la madre, sino en la madrastra.

Triste también, deprimente y lúgubre es el cuadro dramático de Crehuet titulado *La morta.* El protagonista es un viudo que después de haber asistido al entierro de su mujer, siente remordimientos por haberla engañado con otra. Esta, la otra, se persona quizás demasiado pronto en la casa del viudo, que atormentado por su conciencia é irritado por el cinismo de la intrusa, la pone, como suele decirse, de patitas en la calle.

No obstante ser, según he oído decir, muy joven el Sr. Crehuet, su drama está compuesto de una manera magistral. El triunfo que en Madrid ha alcanzado con su obra ha sido, sin disputa, el mayor—y los ha habido muy grandes para los escritores catalanes —de cuantos ha obtenido en estos días la literatura dramática catalana.

***

El carácter dominante del teatro catalán es la tristeza. ¿Es que, en efecto, la vida es tan angustiosa como la pintan los escritores catalanes? ¿Ha desaparecido la alegría del mundo? ¿La misma primavera es tan fúnebre como esos jardines que pinta Rusiñol? Creyendo yo, como creo, que la vida es seria y que el mundo tiene no pocas leguas de mal camino, no acierto á creer que sea sincero el pesimismo que domina en la literatura catalana de última hora. Téngolo más bien como reflejo del arte noruego y alemán, que como producto espontáneo de la hermosa Cataluña.

Poco ha contemplaba yo desde las alturas del Tibidabo la extensa planicie por donde se extiende Barcelona. Mi vista extraviada pasaba del apiñado caserío de la ciudad, dominado por altas y bellas torres, á las innumerables quintas que ostentan primores arquitectónicos en el fondo de frondosos parques ó de lindos jardines, y de allí al mar, que á lo lejos junta con el cielo sus olas azuladas. El aire, saturado de los aromas de los montes, llegaba hasta mí dando vigor y fuerza á mis pulmones fatigados... Sentía en aquellos momentos el placer de vivir, aquel perfecto equilibrio de todo nuestro ser que los griegos llamaban *zenestesia;* y ahora, recordando aquel lujo de luz, de colores, de aromas, no acierto á explicarme cómo á los escritores, poetas y artistas de aquella riente región sólo se les ocurren dramas lúgubres, poesías doloridas, cuadros melancólicos.

¿Por qué extender artificialmente sobre toda aquella hermosura las lúgubres y frías brumas del Norte?

ZEDA.

Venganza noble, por Willis Gibson

I

Aún daba señales de su reciente embriaguez Mike Egan, primer maquinista del vapor *Chippewa,* al subir las escaleras de la casa en cuyo segundo piso estaban instaladas las oficinas de la compañía de navegación La Unión, en la ciudad de San Luis, una de las más importantes de los Estados Unidos.

Con paso inseguro penetró en ellas y se acercó, quitándose la gorra, á la mesa en que trabajaba el administrador Mr. Murnane. En otra, distante apenas una vara, se hallaba el director Mr. Kehoe, quien dejó por un momento la lectura del periódico que tenía en la mano para mirar á los otros dos.

Al oir los pasos sobre la alfombra, Mr. Murnane apartó sonriendo la vista del montón de cartas que ante sí tenía; pero al hacerse cargo de quién era el visitante, tornóse seria su expresión. No le invitó á que se sentara, contentándose con dirigirle una mirada severa.

—Me han dicho que quería usted hablar conmigo, dijo Egan con tono un tanto provocativo y articulando despacio las palabras.

—Sí, contestó bruscamente Murnane. No puedo, Egan, tolerar por más tiempo sus borracheras. Saque usted del *Chippewa* todos sus efectos. El cajero le entregará lo que le corresponde de la paga de este mes.

Estremecióse Egan y se apoyó vacilante sobre el escritorio, mirando fijamente á su jefe.

Volvióse hacia Kehoe á ver qué cara ponía, pero éste se hallaba absorto en la lectura del periódico y el maquinista tornó á mirar á Murnane.

—¿Conque estoy despedido?, exclamó con voz temblorosa y apretando convulsivamente los puños. ¡Después de quince años de trabajar como un esclavo en pro de esta maldita compañía!

—Nadie más que usted tiene la culpa, contestó Murnane con un poco más de dulzura. Pasan de cincuenta las veces que le he reprendido por su afición á la bebida, sin resultado alguno. Es un crimen, Egan, poner en sus manos la suerte de los barcos y las vidas de los pasajeros.

—Borracho ó no, jamás dejé de cumplir las órdenes que he recibido, contestó con firmeza Egan. Hay muchas líneas de vapores, además de la de La Unión, que sabrán agradecer mis servicios.

Así diciendo, dirigió á su alrededor una mirada colérica y salió del despacho, no sin antes lanzar una maldición á cada uno de los dos que en él se quedaban.

Después que Egan hubo cerrado la puerta con violencia, Kehoe dejó á un lado el diario y preguntó á Murnane:

—¿A quién piensa usted poner en su lugar?

El *Chippewa* debía salir á las cinco de la tarde del día siguiente para San Pablo.

—Ya tengo un maquinista de Pittsburgo que me ha pedido colocación, contestó el administrador. Le he telegrafiado que espere al *Chippewa* en San Pablo. Para el viaje de ida haré que acompañe á Jerrems el joven José Blach, que es el único maquinista que está sin colocación esta semana. Es el que estuvo en el remolcador *Arctic* hasta que se vendió.

II

Mike Egan era un americano, de origen irlandés, de unos cuarenta y cinco años de edad, de seis pies de estatura y grueso en proporción, maquinista de primera clase, que toda su vida la había pasado á bordo de los vapores; hombre poco sociable y de mal genio y sin más conocimientos que los de su profesión.

Bebía mucho y nunca terminó un viaje sin haberse emborrachado más ó menos, perjudicándose sólo á sí propio, pues no tenía padres, esposa ni hijos que sufrieran las consecuencias.

Murnane detestaba cordialmente á todos los bebedores, y no había mes en que no se propusiera despedir á Egan. Pero hasta entonces no se había decidido á hacerlo, porque á pesar de ese defecto, Egan era hombre que valía. Por mucho que bebiese, no dejaba de cumplir con su deber, que conocía perfectamente, estando familiarizado con la mecánica, la hidráulica y la electricidad.


Estremecióse Egan y se apoyó vacilante sobre el escritorio, mirando fijamente á su jefe

Era Egan un verdadero maquinista de vapor de travesía, que son mucho más inteligentes que los que tan sólo navegan en remolcadores; el que asume la responsabilidad de conducir vidas y haciendas á salvo á través de los infinitos riesgos de una navegación, adquiere una práctica que no puede lograr quien remolca balsas de madera ó barcazas de carbón por la bahía.

Por eso ni Kehoe ni Murnane estaban satisfechos con que embarcase en el *Chippewa* el antiguo maquinista del remolcador *Arctic* José Black.

En los años últimos ya había el aguardiente comenzado á malear los servicios de Egan; pero la turca, causa de su despedida, fué, en realidad, la primera que puso en peligro la seguridad del barco. En su último viaje de retorno, el *Chippewa* había tenido que detenerse toda una tarde en Davenpost en espera de unos pasajeros que debían llegar de Des Moines por el ferrocarril. Egan bajó á tierra, y á las seis, cuando ya se habían instalado á bordo los pasajeros de Des Moines y el capitán, Jorge Travers, hacía sonar el primer toque de campana, apareció tambaleándose en el muelle Egan, quien debía entrar de guardia desde dicha hora hasta media noche; pero Enrique Jerrems, el segundo maquinista, sospechando que su compañero no habría de volver en muy buen estado, había bajado á la máquina y estaba dispuesto á echarla á andar. Con paso vacilante atravesó Egan por el embarcadero, subió á bordo y se encaminó á su camarote, mientras el capitán Travers daba el último toque y gritaba al piloto que estaba todo listo. La campana advirtió á Jerrems que ciase y dió vapor á los cilindros; el *Chippewa* se separó del muelle y pronto estuvo en mitad del río. Sonó luego para que parase y pronto se detuvo la máquina, mientras el buque viraba, y al terminar dejóse oir la señal de avante. Hízolo así Jerrems, dándole mucho vapor para recuperar en parte las seis horas perdidas.

Apenas había echado á andar, cuando entró Egan en el compartimiento de las máquinas. No se había olvidado de que le tocaba entrar de guardia. Sin más preliminares cogió del yunque un grueso martillo, y adelantándose hacia donde estaba Jerrems, siniestra la mirada, le dijo con dureza: «¡Fuera de la máquina!»

Jerrems separóse y se detuvo, pero no era eso bastante. «¡Fuera, maldito!, prosiguió Egan alzando la voz. Si vuelves antes de haber terminado mi servicio, te arrojo al río de cabeza.»

Jerrems dió parte de lo ocurrido al capitán, y ambos, junto con el piloto, que era también otro gigante, bajaron para ordenar á Egan que dejara la máquina; pero cuando llegaron allí le vieron agitando sobre su cabeza desaforadamente el martillo y en el rostro pintada la expresión de estar dispuesto á cometer cualquier atrocidad.

El tratar de desarmarle hubiera podido costar la vida á alguno, así es que Travers dispuso que le dejaran solo.

Los oficiales del vapor iban muy intranquilos pensando que un borracho dirigía la máquina, llevando á bordo ciento cincuenta pasajeros y mil toneladas de carga. Jerrems no hacía otra cosa que sondar, vigilando la marcha, y desde las seis y media, á la sombra de la cocina y frente á la entrada de la máquina, se sentó el capitán, revólver en mano, dispuesto á hacer fuego sobre Egan al menor descuido que tuviera; pero éste, aunque obedecía con un poco de tardanza las órdenes de la campanilla, no se equivocó ni una vez, y sin incidente alguno terminó su guardia á las doce de la noche.

A aquella hora entró Jerrems en el departamento de la máquina, demostrando bastante atrevimiento al hacerlo así, y acercándose á Egan le dijo en tono placentero, según tenía por costumbre siempre que le iba á relevar: «Paréceme que ya me ha llegado el turno, Mike.»

Dejó su puesto Egan, diciendo algo entre dientes respecto á una válvula que necesitaba arreglo, y salió.

En cuanto el capitán y el piloto supusieron que ya estaría dormido, acercáronse de puntillas á la puerta de su camarote, abriéronla con un llavín, entraron con sigilo, y después de algún trabajo, lograron atarle sólidamente á la litera, dejándole que durmiera con tranquilidad la mona.

Jerrems, sin moverse de su puesto durante treinta horas, condujo el barco al término de su viaje.

Semejante escándalo no era posible que quedara impune, á pesar de sus quince años de servicio y del poco gasto de carbón que hacía á la compañía.

III

En cuanto salió á la calle Egan después de despedido, encaminóse directamente á buscar nueva colocación. Aquella tarde visitó las oficinas de las líneas de Nueva Orleáns y de Memphis y las de todos los vapores de San Luis. Pero su mala fama en los centros marinos, por tal vez de la que en realidad merecía, hizo que no encontrara acogida en ninguna parte. «No hay vacante ni probabilidad de que la haya en mucho tiempo,» le contestaban secamente todos los armadores.

Al día siguiente, viernes, día en que debía salir el *Chippewa,* entró Egan en el despacho de billetes de la compañía, arrojó por el ventanillo un billete de banco y pidió uno de primera cámara del *Chippewa* para Minneiska. Hallábase allí por casualidad Murnane, oyó la petición de Egan, y pensando hacerle un favor, sacó la cabeza por el ventanillo y le dijo afectuosamente:

—No necesitas billete para embarcar en el *Chippewa.*

—No le pido á usted favores, respondió el maquinista mirando de alto abajo á Murnane.

Antes de que el administrador pudiera replicar, el dependiente alargó á Egan el billete y la vuelta.

Viendo el mal talante en que se hallaba su antiguo empleado, fuése en seguida Murnane al vapor y previno al capitán que tuviese cuidado de que no se acercara Egan á la máquina y á Eddy Siver, el cantinero, que no le vendiese bebidas alcohólicas.

A la hora señalada emprendió su viaje el *Chippe-*

wa, llevando á bordo como maquinistas á Jerrems y á José Black; este último entró de guardia, y Mike Egan se instaló en un magnífico camarote de primera cámara. Por lo general, en estación tan avanzada, suelen ser pocos los pasajeros; pero aquel año los periódicos habían hablado mucho de lo hermosas que se ponían las orillas del río cuando las hojas de los árboles adquirían los matices del otoño; así es que, en aquel viaje, salía el *Chippewa* de San Luis conduciendo 310 pasajeros, 110 más de los que podía llevar cómodamente, por lo que el exceso hubo de contentarse con comer en la segunda mesa y dormir en colchonetas en la cámara, separados únicamente por cortinas los hombres de las mujeres.

Nunca hubo pasaje más alegre y bullicioso. El tiempo era espléndido, un poco caluroso al mediodía, pero fresco en las demás horas, y por la noche la luna llena lucía en todo su esplendor, iluminando el paisaje que á una y otra banda se divisaba.

El viaje era también lucrativo. Salió el vapor con mucha carga, que iba aumentando á cada parada que hacía, con gran contento del capitán, menos cuando trajeron á embarcar unas cargas de paja destinadas á Winona.

No quería Travers recibirlas por temor á un incendio; pero el sobrecargo propuso que se apilaran á popa, sobre cubierta, bien tapadas con hules para que no pudieran llegar á ellas ni las cenizas de la máquina ni las puntas de cigarros de los pasajeros, y el capitán se dejó convencer.

Con semejante carga, natural era que Travers desease llegar cuanto antes á San Pablo; pero desde el principio comenzó á flaquear la máquina, y el sábado por la mañana ya estaba poco menos que inservible. Confesóse José Black incompetente para manejarla, y tuvo Jerrems que pasarse componiendo y remendando desperfectos, no sólo el tiempo que le correspondía, sino la mitad del que le tocaba á Black estar de guardia.

Era Jerrems hombre de poca fibra y robustez, y como en el viaje anterior había trabajado treinta horas seguidas, hallóle muy endeble este nuevo exceso de fatigas; así es que el sábado por la noche tuvo que recogerse á su camarote con un fuerte acceso de fiebre, entregando la máquina á Black.

Por su parte, Egan había adoptado una táctica que no había previsto Murnane; de continuo retraído, ni una sola vez siquiera se había acercado á la máquina; una tan sólo había pedido una copa en la cantina, y como le fué negada, retiróse sin decir una palabra.

Así transcurrió todo el domingo y todo el lunes. A las ocho de la noche de este último día, dejaba atrás el *Chippewa* el desembarcadero de La Crosse, á seiscientas millas de San Luis. José Black no podía más. Dos días enteros encerrado al pie de la máquina, fija en ella la atención constantemente, habían concluído con toda su resistencia; y era lo peor que Jerrems no daba señales de mejoría y continuaba presa de la fiebre.

De muy distinto talante estaban los trescientos pasajeros que poblaban la cubierta, pues en lo menos que pensaban era en dormir. Estaba la noche tibia, clara y tranquila como pocas veces, y exceptuando unos cuantos, todos los demás contemplaban su belleza.

A las diez, el único pasajero que no contemplaba el delicioso paisaje era Egan, pues estaba bebiendo en la cantina. Durante tres días habíase mostrado el cantinero inflexible, pero en la noche del cuarto habíale preguntado casualmente el capitán si Egan tomaba mucho, prueba evidente de que Murnane nada había dicho á Travers respecto á la prohibición de venderle licores. Como Siver era hombre poco escrupuloso y sólo cumplía las órdenes recibidas cuando temía ser descubierto y castigado, díjole á eso de las nueve á Egan que quedaba levantada la prohibición.



... y haciendo un supremo esfuerzo abrió la válvula

En seguida pidió whisky. Al principio mostróse resentido con Siver; pero cuando dieron las diez ya se había ablandado, y en alta voz maldecía á Kehoe, á Murnane y á toda la compañía, excitándose más y más á cada trago.

—Tú sabes, Eddy, decía, lo esclavo que he sido de esa compañía, cuánto he remendado esas calderas podridas, cuánto he untado esas máquinas gastadas. Y ahora me despiden, me ponen en la calle y me dicen que es porque bebo, como si eso le hiciera daño á nadie.

Un ruido extraño, agudo, que venía de abajo, parecido al silbido de un cohete que asciende por los aires, cortó la palabra á Egan. Apagáronse las luces eléctricas de la cantina. Aunque tenía ya la cabeza algo perdida, bien comprendió Egan lo que aquel ruido significaba y quedóse inmóvil, con el vaso de whisky en la mano.

Instantáneamente oyeron gritos confusos en la cubierta y gran rumor de pisadas; una nube espesa de humo, sembrada de chispas, penetró por la puerta de la cantina. Siver y Egan se lanzaron juntos al pasillo. El incendio había comenzado en la paja apilada que, temiendo eso mismo, había recibido Travers con tanta repugnancia.

En aquel momento estaba Black fuera de su puesto en el compartimiento de máquinas. A la luz de aquel relámpago volvióse y corrió por entre el humo para ganar la entrada de la máquina; pero al ver la pila de paja en llamas y ante lo inminente del peligro, detúvose anonadado, vacilante y sin ánimos ni fuerza.

Cundió entre los pasajeros el pánico. Trescientos hombres y mujeres corrieron desesperadamente á proa; en menos de dos minutos toda la parte anterior del barco quedó cubierta por una apiñada multitud que se estrujaba presa de terror.

El sobrecargo, los pilotos y marineros luchaban como héroes para que funcionase la bomba de incendios y para proporcionar salvavidas á los pasajeros, pero éstos permanecían sordos á las advertencias y consejos.

El capitán Travers apareció en la puerta de su camarote en camisa y calzoncillos. Al timón estaba Carlos Bau, timonel joven, pero de mucha sangre fría. Pronto Travers tomó su partido; se lanzó sobre cubierta, y hendiendo la multitud, fuése á colocar adonde pudiera ver la caseta del timonel y comenzó á dar órdenes á grandes voces á Bau, quien no podía oir palabra por el chasquido de las llamas y rumor de la gente, pero ya sabía él qué órdenes eran las que en aquella angustiosa posición entre la vida y la muerte podían dársele; sólo podía ser una: embarrancar el barco para que pudieran saltar á tierra los pasajeros y tras ellos la tripulación.

Puso Carlos Bau el timón para que el *Chippewa* embistiese la orilla, y asiendo la cuerda de la campana, dió la señal á la máquina para que diera avante á todo vapor; pero el barco no se movió.

Por segunda y tercera vez Carlos Bau, pintada la angustia en el rostro, asió la cuerda de la campana, que sonó otra vez; pero la máquina continuaba inmóvil y el buque se columpiaba á mil pies de la orilla más próxima y las llamas se iban extendiendo por todo él. Al poco rato, sin embargo, percibióse en las chimeneas ligero soplo y la máquina se puso en movimiento.

IV

Egan salió, tras Siver, corriendo de la cantina al pasadizo, y oyendo el primer toque de Bau, aguardó con ansiedad oir el ruido de la máquina, pero nada se percibía, y Egan, sorprendido, se detuvo, comprendiendo en seguida que la máquina estaba abandonada.

Odiaba Egan á la compañía de La Unión, á sus socios, á sus empleados y á sus vapores; hacía un minuto que pedía á voces que á todos se los tragara el río, como parecía en aquel momento que se iba á tragar al *Chippewa;* pero todo lo olvidó; tan sólo se acordó de que era maquinista, y después de un instante de vacilación zambullóse en las negras olas de humo, atravesó por entre las mismas llamas y se lanzó por la escalera que conducía al departamento de máquinas. Jadeando y arastrándose sobre el vientre avanzó algunos pasos; el humo le cegaba, ahogábale el calor y en su cuerpo se clavaban las astillas de las gastadas tablas. Necesitaba orientarse, para lo cual á medida que avanzaba palpaba los objetos para encontrar alguno que le sirviera de guía; al fin llegó donde estaba la palanca y el manubrio, y haciendo un supremo esfuerzo abrió la válvula, que dió paso al vapor de cuatro calderas, y cayó desplomado, muerto sobre el pavimento.

Poco después, el *Chippewa* embarrancaba en la orilla y saltaban á tierra el pasaje y la tripulación. Todos se habían salvado; sólo Egan había perecido: así se vengaba aquel corazón noble de la Compañía que lo expulsara de su servicio.

Una hora más tarde, Black, con voz balbuciente, relataba al capitán su fuga: entonces comprendieron todos quién era el que les había salvado.

(Ilustraciones de F. C. Yohn.)



UN CONTRASTE. — **Llegada á Mukden de dos trenes, procedentes el uno de Moscou y el otro de Puerto Arthur.** (Dibujo de F. de Haenen, tomado de una fotografía.)

Continuamente llegan á Mukden trenes procedentes de Moscou conduciendo refuerzos; continuamente también llegan allí trenes procedentes del teatro de operaciones conduciendo heridos. En el momento en que está tomado el dibujo que esta lámina reproduce, llegan juntos a la estación un tren de cada uno de los extremos de la línea: las tropas de refuerzo, llenas de entusiasmo y contentas de haber terminado su largo viaje, saludan á los heridos: el contraste no puede ser más grande ni más conmovedor.

LA CASA DE GARCÍA

comedia en tres actos de los hermanos S. y J. Álvarez Quintero, estrenada con buen éxito en la noche del 8 del corriente en el teatro Eldorado

Respecto del primer acto de la nueva comedia de los Sres. Alvarez Quintero, las opiniones han coincidido: la presentación de aquella familia, compuesta de un padre sin voluntad, de tres hijos acanallados, de una esposa insubstancial, de una suegra maniática y de dos sobrinas huérfanas, almas nobles y honradas que en vano buscan en aquel hogar donde han sido recogidas un poco de calor, un poco de cariño, está hecha de mano maestra, resulta un cuadro admirablemente tomado del natural y presentado con un vigor, con un colorido, con una verdad insuperables. Aquellos tipos viven en la realidad; en ninguno de ellos se advierte la ficción escénica, y al trazarlos, han sabido los autores mantenerse en el justo medio, tan difícil de conseguir tratándose de personajes que, puestos en escena por quien no dominara el teatro, fácilmente habrían podido degenerar en caricaturas unos, y otros en seres de sentimientos falsos ó cuando menos artificiosos. La acción se desenvuelve con naturalidad suma; los chistes de la mejor ley están sembrados con mano pródiga; las situaciones cómicas se suceden continuamente sin efectos rebuscados y sin exageraciones vaudevillescas, y al final del acto se inicia el conflicto dramático, que surge espontáneo y aparece planteado de un modo magistral.



La casa de García. – Acto primero

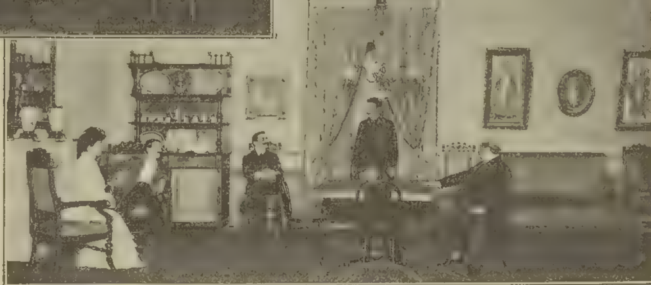
Han coincidido también las opiniones en la apreciación del acto segundo, calificándolo de muy notable, aunque no raya á tanta altura como el primero. Los caracteres siguen en él sosteniéndose con la misma lógica y solidez con que han sido presentados; el interés de la acción aumenta progresivamente; las notas cómicas abundan, y el conflicto dramático se va desarrollando naturalmente, siempre dentro del sentimiento de la realidad. Hay en él escenas primorosas, como aquella en que el padre, para salvar la honra comprometida de uno de sus hijos, propone á los otros la venta de la casa que es de todos ellos; ó aquella otra en que dos de los hermanos se enteran con fruición de que el tercero, que desdeñaba su compañía, se ha hecho culpable de un delito de robo.

Pero aquí acaba la coincidencia de opiniones: en efecto, el acto tercero ha sido discutido, y mientras unos críticos y una parte del público han censurado el procedimiento de los hermanos Quintero, ya empleado en otras obras suyas, de dejar como en suspenso la solución del conflicto, de no presentar en la escena el desenlace definitivo de la acción, otros han aplaudido sin reserva que los autores, ciñéndose á la lógica, pusieran á la obra el único final que en realidad le corresponde.

Sea por la influencia que sobre muchos ejercen aún los recuerdos de ciertos cánones que han prevalecido durante mucho tiempo en la literatura dramática y á los que todavía hoy rinden culto algunos dramaturgos; sea porque muchos también quieren que el autor se lo dé todo hecho, es lo cierto que una parte del público acogió con alguna sorpresa y hasta con algo de frialdad las últimas escenas de *La casa de García*. La fuga del culpable en el momento en que descubre el amor de su prima, resulta inexplicable para los que quisieran ver terminado el drama con la correspondiente boda concertada sobre las tablas, ó para los que en aquella fuga ven sólo la huída cobarde del que rendido por la adversidad no tiene valor para emprender una enérgica lucha regeneradora.

Pero en nuestro concepto, ni es necesario que César y María se casen á la vista del público, ni la huída del primero puede interpretarse del modo indicado. Basta estudiar los antecedentes de la acción y analizar los caracteres de los personajes para comprender que la comedia acaba como debe acabar.

César, en el fondo honrado y pundonoroso, influído por el ambiente que en su casa se respira, se ha hundido en el vicio y ha robado; para que pueda restituir la cantidad robada, su padre le propone que disponga de un depósito que á él le ha sido confiado, proposición que rechaza indignado el hijo. No ve éste más remedio á su situación que el suicidio; pero al descubrir el amor de María, siente despertarse en él un afán de regeneración y huye, obteniendo antes la promesa de su prima de que le esperará.



La casa de García. – Acto segundo

Esto sentado, ¿se necesita un gran esfuerzo de imaginación para comprender, sin que los autores lo digan expresamente, que César volverá regenerado y se casará con María? ¿Queríase que por arte de magia encontrara César la manera de borrar su delito y se hubiese consagrado tranquilamente al amor de su prima? Esto hubiera sido poco digno de la honradez dramática de que siempre han dado pruebas los Sres. Quintero y que tanto les honra. Estas concesiones al efectismo que busca el aplauso por caminos tortuosos no podían exigirse de quienes desde los comienzos de su carrera han visto en la literatura dramática algo más elevado que un medio de halagar las pasiones del vulgo ó de lucrarse á costa de la perversión del gusto de ciertas gentes.

Ellos presentan un tipo admirablemente estudiado, lo han puesto en una situación perfectamente lógica y no han querido falsear su carácter ni dislocar la acción para lograr un éxito tal vez más ruidoso, pero menos honrado: creemos que han obrado bien y que por ello merecen ser felicitados. Si así procedieran todos los autores dramáticos; si al escribir se preocuparan menos de lo que al parecer gusta, y más de lo que debiera gustar, otro sería el estado de nuestro teatro y otro también el mismo gusto del público, que, al fin y al cabo, no está probado si hay que hablarle en necio por ser él necio, ó si le han vuelto necio á fuerza de no decirle más que necedades.

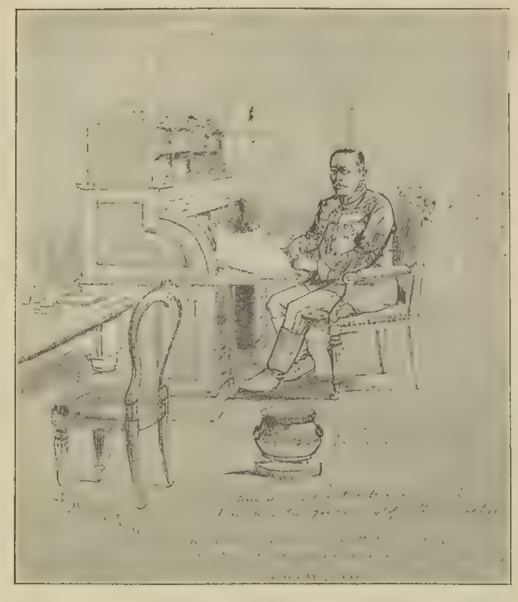


La casa de García. – Acto tercero

No terminaremos sin dedicar entusiastas aplausos á la compañía que ha estrenado la obra de los Sres. Alvarez Quintero: las señoras Pino y Alverá, las señoritas Catalá y Bremón, y los Sres. Balaguer, García Ortega, Tallaví, Mora y Manrique bordaron, como suele decirse, sus respectivos papeles. — S.



EL JAPONÉS MÁS IMPORTANTE DESPUÉS DEL EMPERADOR: el feld mariscal marqués de Oyama, presidente del Estado mayor general, en Tokío (Croquis del natural de Melton Prior)



UN GENERAL QUE TRABAJA DÍA Y NOCHE: el general I. Fukushima, en su despacho del Estado mayor general, en Tokío (Croquis del natural de Melton Prior)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

No hay modo de saber la verdad de lo que ocurre en el teatro de la guerra; tantas y tan contradictorias son las noticias que de allí se reciben y que dadas como ciertas un día son desmentidas al siguiente.

Véanse algunas muestras.

Díjose que la escuadra de Vladivostok, al mando del almirante Skrydlof, había conseguido entrar en Puerto Arthur después de un reñido combate con la del almirante Togo, en el que éste había perdido cuatro grandes buques. Sin confirmarse esta victoria de los rusos, un telegrama de San Petersburgo anunció que el almirante Skrydlof el día 7 se dirigió á Puerto Arthur, que llegó á 30 millas de esta plaza y que habiéndose visto atacado por dos acorazados y varios torpederos japoneses sin que ningún buque de los de Puerto Arthur acudiera en su auxilio, regresó á Vladivostok, adonde arribó en la mañana del 10. Pues bien: de Vladivostok á Puerto Arthur hay 1.060 millas; Skrydlof llegó á 30 millas de este último puerto, de modo que hubo de recorrer 1.030 millas, que con otras tantas para el regreso son 2.060: resulta, pues, que en tres días salvó esta distancia, lo que da á sus buques un andar de 29 *nudos por hora*, aun suponiendo que no se entretuvieron en el supuesto combate. Este dato por sí solo demuestra el caso que puede hacerse de la tal noticia.

Oportunamente dijimos que las pérdidas de los japoneses en los combates de Kin-Tcheú (21 á 26 de mayo) ascendieron, según el parte oficial del almirante Okú, á 3.500 hombres; sin embargo, un escritor militar ruso muy apreciado y que colabora en uno de los principales periódicos técnicos de San Petersburgo, asegura, fundándose en datos que dice haber recibido de una fuente auténtica japonesa, que el número de aquellas bajas se eleva á 20.000.

Finalmente, hasta aquí se había dicho que Puerto Arthur era inexpugnable, que tenía víveres y municiones para resistir mucho tiempo y que el espíritu de la guarnición era inmejorable, y ahora un espía chino detenido por los rusos dice que las provisiones de la plaza no bastan para resistir un sitio de dos meses, que los distintos bombardeos de los japoneses han causado graves daños á la ciudad y que el estado moral de los sitiados está muy abatido. Y aunque estas noticias son de origen muy dudoso, siempre resulta que es imposible saber de cierto lo que en el Extremo Oriente sucede.

Y si esto acontece tratándose de hechos tan importantes como los que dejamos consignados, ¡qué no será en punto á detalles ó á operaciones de menos trascendencia, como por ejemplo los encuentros parciales, las escaramuzas entre las avanzadas de ambos ejércitos en los distintos sitios del teatro de operaciones!

Por esto al hablar de estos combates, consignaremos las noticias que parecen más verdaderas, y aun las consignaremos con las debidas salvedades.

En la Mandchuria ha comenzado el movimiento de avance del cuerpo de ejército que manda el general Kuroki. Cuatro columnas han avanzado por los caminos de Saimatsé, de Liao-Yang, de Kai-Chang y Siú-Yen, habiendo ocupado varias poblaciones que estaban guardadas por guarniciones rusas. Los partes que de los dos campos se reciben concuerdan plenamente acerca de los resultados obtenidos; en lo único en que difieren es en que, así como los japoneses pretenden haber desalojado á los rusos después de encarnizados combates, los rusos dicen que han retrocedido lentamente ante las fuerzas superiores del enemigo.

Entre las poblaciones ocupadas por los japoneses figuran Siu-Yen y Saimatsé, á las que atribuyen aquéllos gran importancia estratégica y cuya pérdida ha causado profunda impresión en San Petersburgo. Saimatsé está situada al Norte de Feng Hoang-Tchen, casi á igual distancia de Liao-Yang y de Mukden, domina los caminos que conducen á estas dos ciudades y puede servir de punto de apoyo para envolver el ala izquierda de los rusos; y ya se dice que una columna japonesa de 25.000 hombres ha salido de Saimatsé en dirección á Mukden, mientras otra avanza sobre Liao-Yang evitando el desfiladero de Mo-Tieu-Ling, por donde pasa la carretera mandarina y que los rusos han fortificado sólidamente. En cuanto á Siu-Yen, situada á 65 kilómetros de Kai-Ping y á 70 de Hai-Tcheng, domina por completo los caminos que conducen á estas dos poblaciones. La tercera columna japonesa que se ha posesionado de Siu-Yen marcha sobre Hai-Tcheng, mientras una cuarta y una quinta columnas, cuyos movimientos están combinados con los de la tercera, se encamina hacia Kai-Ping.

Siguiendo estos movimientos con el mapa del teatro de la guerra á la vista, se comprende la impresión que han producido en San Petersburgo, en donde se entrevén grandes dificultades para el general Kuropatkine y se habla ya de la necesidad y aun de la obligación en que éste se encuentra de emprender la retirada á fin de no verse envuelto por la izquierda y de evitar que sea cortada á su retaguardia el ferrocarril, única línea de comunicación y de aprovisionamiento de que dispone.

Por la parte de Puerto Arthur han comenzado las operaciones formales. El asedio de la plaza se va efectuando poco á poco, y los japoneses van acumulando allí el material de sitio que es indispensable para dar el asalto cuando llegue el momento oportuno. Cuando escribimos esta crónica, llegan noticias telegráficas dando cuenta de reñidos combates librados en los días 14 y 15 en Vafanhoo por una columna rusa enviada con objeto de distraer una parte de las fuerzas sitiadoras de Puerto Arthur. Ignóranse todavía los detalles de estas acciones, si bien se dice que los rusos hubieron de ceder ante la gran superioridad numérica del enemigo y que las pérdidas por ambas partes fueron considerables.

Recíbense asimismo noticias que podemos considerar como fidedignas, puesto que proceden de Tokío, de haber sido echados á pique en el estrecho de Corea dos transportes japoneses, el *Sadomaru* y el *Itachimaru*, que conducían tropas. Es de suponer que fué la escuadra de Vladivostok, que manda el almirante Skrydlof, la que realizó este golpe de audacia.

A propósito de este almirante, creemos de interés reproducir lo que acerca de él ha escrito el corresponsal de un importante periódico francés que lo conoció en San Petersburgo.

Skrydlof es un jefe intrépido, atrevido en el consejo, obstinado en la acción, fértil en invenciones, audaz y astuto á la vez, un eslavo con cualidades de occidental. Tiene fe en la buena estrella rusa; no ha dudado nunca del éxito de la guerra; ha deplorado las incertidumbres, las lentitudes y las ilusiones de los primeros días de la lucha; ha preconizado desde el primer momento la acción, la energía, y ha dicho que la condición de vencer estribaba en la inmediata voluntad de acometer. El fué quien, en 15 de febrero, fué á echarse á los pies de la emperatriz María Feodorowna suplicándole ardientemente que interpusiera toda su influencia para que fuesen nombrados para el mando del ejército de tierra y de la escuadra dos jefes decididos y emprendedores.

Habiéndole preguntado el citado corresponsal cuál sería su táctica, respondió: «La ofensiva; pero la ofensiva no quiere decir imprudencia, puesto que la prudencia y la osadía pueden perfectamente armonizarse.»

Pocos días después de haberse roto las hostilidades, cuando la escuadra rusa de Puerto Arthur había ya sufrido los primeros reveses, dijo sonriente: «Nada hay irreparable. Lo importante es que el jefe supremo adopte una táctica.» Y Skrydlof tiene una táctica: si ha ido á Vladivostok, ha ido contra su voluntad, pues comprendía que su puesto estaba en Puerto Arthur, en donde se luchaba y desde donde habría podido, á poco que la suerte le ayudara, contrariar los desembarcos de los japoneses y secundar la acción terrestre de Kuropatkine. Pero el día que llegó á Kharbine estaban ya cortadas las comunicaciones

Exposición Universal de San Luis. (Estados Unidos del Norte de América.)

Edificios principales de la Exposición



Templo de la Fraternidad. – Palacio de México. – Palacio del Estado de Arkansas. – Palacio del Estado de Missouri. – Palacio del Estado de Indiana. – Palacio del Estado de Virginia Occidental. – Palacio del Estado de Nueva York. – Palacio de Manufacturas. – Palacio del Estado de Ohio. – Palacio del Estado de California. – Palacio del Estado de Pennsylvania. – Palacio del Estado del Colorado. – Pabellón restaurant del Este. – Palacio del Estado de Nueva Jersey. – Palacio de fiestas y cascada central. – Palacio de Alemania. – Palacio del Estado del Illinois. – Palacio del Estado de Iowa. – Palacio de las Artes Liberales.



EXPOSICION UNIVERSAL DE SAN LUIS. - 1. Palacio de la Educación y de la Economía Social. - 2. Cascada central. - 3. Bailarinas egipcias. - 4. La multitud presenciando el acto inaugural de la Exposición. - 5. La banda de los Cowboy. - 6. Mr. Francis, presidente de la Exposición, pronunciando su discurso inaugural. - 7. Palacio del Estado de Luisiana y Palacio de la Educación. - 8. Palacio de Manufacturas y Palacio del Estado de Luisiana. 9. Palacios de la Electricidad, de la Educación y de Manufacturas. (De fotografías de Grantham Bain.)

con Puerto Arthur; y aunque él se obstinaba en dirigirse á la citada plaza, fletando para ello un barco chino, disfrazándose, embarcándose sin ningún aparato en un punto cualquiera de la costa y desembarcando de noche en Puerto Arthur, hubo de ceder á la voluntad del virrey Alexeief, que considerando el proyecto temerario, se opuso á que lo llevara á cabo.

Si Skrydlof, mediante un golpe de audacia, lograba entrar en Puerto Arthur con los tres buques de que dispone y que son los mejores de la armada rusa, tal vez se modificaría la situación de la plaza y la guerra tomaría un nuevo sesgo.—R.

NUESTROS GRABADOS

Carta amorosa, cuadro de Ricardo Martí.—Si los cuadros de flores y paisajes que produce Ricardo Martí cautivan por la belleza y frescura de sus tonalidades, no menos interesan las obras de otros géneros que ejecuta. Discípulo de su buen padre, el que fué distinguido pintor Martí y Alsina, demuestra que su espíritu se saturó de las enseñanzas que recibiera, rindiendo al ideal artístico, la belleza, el tributo que aprendió á consagrarle, sin que por ello prescinda del estudio que el natural le ofrece. Prueba de ello el hermoso cuadro que reproducimos, perteneciente á un inteligente coleccionista de esta ciudad.

***

La Cenicienta, cuadro de M. Chretien.—¿Quién no recuerda el precioso cuento de Perrault, cuyo título ha sido adoptado por todo el mundo para designar á las niñas maltratadas por sus padres, estableciendo una diferencia repugnante entre ellas y sus hermanas colmadas de cariños y de atenciones? La Cenicienta del cuadro de Chretien no vive en el ambiente en que el célebre cuentista francés puso á la protagonista de su narración; su hogar es más humilde; sus padres y sus hermanas no han ido al sarao del príncipe; pero el abandono, la falta de calor que dé vida á su alma sensible son los mismos. Y quién sabe si también sueña la infeliz muchacha con la aparición de una hada que con su varita mágica la cubra de ricas vestiduras y haga surgir ante sus ojos la espléndida carroza tirada por briosos caballos que la conduzca al palacio en donde el baile se celebra. La imaginación, las ilusiones, los ensueños, son una de las principales riquezas del pobre, uno de los mayores consuelos del desgraciado; esa chiquilla sola, en aquella mísera vivienda, comiendo un mendrugo de pan y fijando su vista en la calle que al través de la ventana se adivina, acabaría sin duda por morirse de tristeza y de consunción, si de cuando en cuando su fantasía no le hiciera soñar y recordar aquellas pastoras de las consejas á quienes el amor de un poderoso llevó á vivir en palacios de oro y pedrería.

***

Un bautizo, cuadro de Joaquín Agrasot.—Otro cuadro de costumbres valencianas, que forma parte de la copiosa serie de producciones de este género que ha ejecutado el distinguido pintor Joaquín Agrasot, nos cabe poder dar á conocer á nuestros lectores. Entre los muchos merecimientos que enaltecen al decano y maestro de los artistas de la hermosa ciudad del Turia, figura en primer término la interesantísima labor realizada, dedicando á su pueblo natal el caudal de su inteligencia y sus aptitudes envidiables, para presentarle en su aspecto más pintoresco y agradable. El cuadro titulado *Un bautizo*, es una composición altamente simpática, ejecutada con singular acierto y trasunto fiel del natural.

***

La Exposición Universal de San Luis.—Ante un concurso de 200.000 personas inauguróse hace pocas semanas esta Exposición que permanecerá abierta siete meses y que consta de unos mil edificios y catorce magníficos palacios. De la grandiosidad de esta Exposición puede formarse idea por las láminas que en el presente número publicamos. El coste total de las obras ha sido de diez millones de libras esterlinas (250



Carta amorosa, cuadro de Ricardo Martí

millones de pesetas): dos millones han sido dados por la ciudad de San Luis, 1.400.000 fueron votados por el Congreso, otro tanto dieron los cincuenta y un Estados y territorios de la Unión, y á tres millones asciende la suma gastada por los gobiernos extranjeros. La Exposición fué inaugurada por el Presidente de la República Mr. Roosevelt, quien, desde su residencia de la Casa Blanca y oprimiendo simplemente un botón eléctrico, puso en movimiento las máquinas, abrió los juegos de aguas y cascadas y, en una palabra, comunicó la vida y el movimiento á aquel cuerpo inmenso, antes inanimado. Con esta Exposición se conmemora el centenario de la reunión á los Estados Unidos de la Luisiana, que les fué cedida por Francia, y es la más grande de cuantas hasta el presente se han celebrado: en efecto, la de Búfalo ocupaba una superficie de 120 hectáreas; la de Chicago, 260; y la última de París, 112. En ella están representados cuarenta y cuatro Estados de la Unión y cincuenta naciones extranjeras.



Un bautizo, cuadro de Joaquín Agrasot

***

La fuente de Amor, cuadro de Juan H. Fragonard.—Nació este célebre pintor francés en París en 1734 y murió en la misma ciudad en 1806. Quiso su padre que fuera notario, pero su vocación le llevó al estudio de la pintura, habiendo sido sucesivamente discípulo de Chardin, Vanloo y Boucher. Proclamado gran premio de Roma, fuése á Italia, en donde pudo perfeccionar sus aptitudes, y á su regreso pintó en 1765, para su ingreso en la Academia, el cuadro *Coreso y Calirhoa*, que fué extraordinariamente admirado. Entonces Fragonard tuvo la satisfacción de ver acudir á su taller á los más ricos aficionados. Poco después, y en vista del poco éxito que tuvo un cuadro, *La visitación de la Virgen*, que le encargara el duque de Grammont, renunció á la pintura histórica y pintó una serie de lienzos de asuntos de amor y voluptuosidad, que hicieron de él el pintor de moda, lo que le permitió juntar una gran fortuna que perdió en los días de la Revolución. La Asamblea Nacional le concedió un empleo de conservador del Museo. De sus pequeños cuadros merecen citarse *Los azares del columpio*, *Juramento de amor*, *Sacrificio de una rosa*, *El contrato* y sobre todo *La fuente de Amor*, que reproducimos en la página 423 y que figura actualmente en una de las más importantes galerías particulares de Londres.

MISCELANEA

Bellas Artes.—Florencia.—Una obra de la juventud de Miguel Angel que se consideraba perdida, un crucifijo modelado en madera entre 1492 y 1494 para la iglesia del Espíritu Santo y del cual hablan con gran elogio Condivi y Vasari, ha sido recientemente encontrada por H. Thode. Esta obra fué sacada del altar mayor de dicho templo que en otro tiempo adornaba, con motivo de una restauración, y colocada más adelante entre dos imágenes de la Virgen y de San Juan en el trascoro, en donde hasta ahora ha permanecido inadvertida.

Teatros.—*Barcelona.*—En el teatro de Novedades se ha estrenado con gran éxito *La zagala*, preciosa comedia en cuatro actos de los hermanos Alvarez Quintero, en cuya ejecución alcanzaron justos y muy entusiastas aplausos la Sra. Guerrero y el Sr. Díaz de Mendoza. Con menos éxito se ha estrenado en el propio teatro *El dragón de fuego*, obra en tres actos y un epílogo de D. Jacinto Benavente, que aunque admirablemente escrita y llena de hermosos pensamientos, no logró interesar al público: ha sido puesta en escena con un lujo y una propiedad extraordinarios. En el Eldorado se ha estrenado con poco éxito *Madame Flirt*, comedia en cuatro actos de Gavault y Berr, arreglada del francés por el Sr. González Llana. También en el Eldorado se ha celebrado una función en honor de la compañía catalana que dirige D. Enrique Borrás y de cuyos grandes éxitos en Madrid da cuenta en la crónica de este número nuestro querido colaborador *Zeda:* pusiéronse en escena *El pati blau* y *El patio*, habiendo obtenido grandes ovaciones, así los actores catalanes que desempeñaron admirablemente el hermoso idilio de Rusiñol, como los artistas de la compañía dirigida por el Sr. Balaguer, que interpretaron con su acostumbrada maestría la preciosa comedia de los señores Alvarez Quintero.

Necrología.—Han fallecido:

Fedor Alexandrovitch Bredichin, célebre astrónomo ruso, director del Observatorio y profesor de la Universidad de Moscou, miembro de la Academia de Ciencias de San Petersburgo.

D. Manuel Candamo, presidente de la República del Perú.

Esteban Julio Marey, notable fisiologo francés, miembro del Instituto de Francia, profesor del Colegio de Francia, inventor del esfigmógrafo para registrar las curvas de las pulsaciones del corazón, del pulso y de los órganos respiratorios, el primero que aplicó la fotografía instantánea á los movimientos del hombre, al vuelo de los pájaros y al galope del caballo.

Rjabuschkin, pintor de historia ruso.

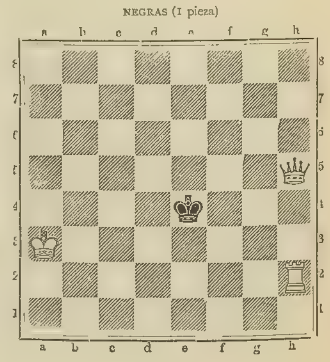
York-Powell, filólogo é historiógrafo inglés, profesor de la Universidad de Oxford.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris

AJEDREZ

Problema número 370, por W. A. Shinkman.

Negras (1 pieza)



Blancas (3 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 369, por W. A. Shinkman.

Blancas.	Negras.
1. Te2–e8	2. Cualquiera.
2. Te8–c8 mate.	



MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS M.ª OCANTOS

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—¡Psh!, hizo el poeta inflándose, los he compuesto así, al correr de la pluma, pero no me satisfacen. Los encuentro vulgares. A usted, apasionada de Becquer y de su escuela empalagosa, naturalmente, le parecerán buenos. ¡Si usted leyera el francés, y pudiera saborear á Verlaine, el dios Verlaine!, eso es poesía, eso es tener alma, eso es saber engarzar una idea en cada palabra, perla de Oriente en su montura de oro finísimo; lo demás no pasa de sensiblería, que rechaza nuestro fin de siglo. Por supuesto, que la deleitará á usted Fernando Hierro, nuestro Becquer llorón y trasnochado; ¡quite usted allá, por Dios! Hierro, el purista, el clásico... ¡No me hable usted de la escuela española! ¡El español es duro, hasta ordinario! El francés, en cambio, es la lengua por excelencia: yo, palabra de honor, no leo sino en francés, y tengo hechos algunos ensayos que se los mostraré á usted, aunque no los entienda.

—Todo lo que usted quiera, Jorgito; pero, aunque me llame usted vulgar, á mi español me atengo. *Cadena soy que te encadena*... Lea usted, Elvira, están preciosamente hechos.

—¿Qué periódico es ese?, preguntó la mamá, abriendo boca tamaña.

—*El sí de las niñas.*

—A ver, á ver, exclamó Dolorcitas, busca los noviazgos; me han dicho que salen ustedes en el último número.

—¡A ver, á ver!

Tendiéronse todas las manos al periódico, que, con las alas abiertas, reposaba en las de Leona; pero ésta no le soltó, más curiosa que las otras.

—En la sección *Marina*, apuntó Dolorcitas con el abanico.

—¿Marina?, ¿qué tiene que ver?.. ¿Será esto? *La gentil balandra P. P. O., con el bergantín J. C., de la matrícula del Caballito, se harán muy pronto á la vela, con rumbo á las costas de Himeneo*... Pero ¡qué tontos!

—¡Qué barbaridad!

La voz de D. Nepomuceno sonó como un trompetazo, y sus labios coléricos arrojaron sobre la enconada adversaria nuevo flujo de razones, como lluvia de piedra; misia Jeromita se defendía con calor, firme en su terreno, sin perder compostura, sin alzar el diapasón, manejando ya la ironía, ya el desprecio, riendo unas veces y oponiendo á las estocadas del primo el argumento poderoso: «Lo que me dé la gana...» escudo en que D. Nepomuceno se estrellaba, y contra el cual daba golpes y testarazos. «Si aunque quieras...—Si no puedes... Solamente una conciencia ciega, una cabeza destornillada...» La señora repetía: «Lo que me dé la gana...» Y el respingo hacía temblar el artefacto de su cabeza, la complicada peluca color de castaña.

¿Qué pasa?, preguntó, bajito, misia Elvira.

No sé; lunas de Jeromita, que está inaguantable, cuchicheó Pantaleona; acaso el pobre Nepomuceno, que nos quiere bien, la aconsejará algo... ¡Vaya una á saber!

Se distrajeron, porque el joven poeta, en la más graciosa galiparla, exponía sus grandes proyectos para el porvenir, sobre la base firmísima del prometido ascenso en Relaciones, que le abriría *á dos batientes* las puertas de la diplomacia. ¡A qué buenos aldabones se agarraba! Al Ministro y al Presidente los tenía en el bolsillo... ¡Oh, papá Estado cumplía dignamente su misión!, la de amparar á los huérfanos, los inválidos, los desheredados todos de la República: todos los que, por culpa de la suerte, que les negó fortuna, inteligencia ó voluntad para el trabajo, víctimas fueran del vicio y de la miseria si papá Estado no les cubriese con su manto. ¡El Estado! *pater noster*, el padre nuestro, cuyo sagrado deber es dar pan y vestidos á los que no saben ganárselo; cargar con las deudas y errores ajenos; ser el Cirineo de los ciudadanos. Ya lo dijo Rousseau: que la educación y amparo de los hijos corresponde al Estado, á cuyo efecto le cedió en la forma que ustedes saben, echándoles á la inclusa, los que Amor le dió generoso; máxima esta que, atenuada conforme la civilización exige, habían puesto en práctica muchos (sin duda aludía á los Pérez Orza de Catamarca), colocando en una oficina pública á cada vástago así que le apuntaban los dientes: «¡Anda y que te críe el Estado!..» También á él hubo de recoger el soberano protector, cuando le faltó el apoyo de su padre, D. Jorge Cadenas. ¿Y qué fuera de él si no le recoge, no habiendo nacido con alientos de ganapán, y la divina Poesía, arrebatándole á la realidad, le apartaba del surco donde el trigo germina? ¡Papá Estado, gracias! ¡Tu hijo Jorgito te saluda!

—¿Ha leído usted á Rousseau, Sr. D. Nepomuceno?, preguntó Jorgito.

D. Nepomuceno, sobresaltado, contestó:

—¿A quién? Déjeme usted en paz; yo soy criollo viejo y no leo más que *La Opinión* por la mañana y *El Cotidiano* por la tarde.

Volvióse, al mismo tiempo, y advirtió la triunfante sonrisa de misia Jeromita; la vió satisfecha de haberle vencido, resistiendo valerosamente el empuje de los argumentos de todo calibre que empleara para que imperase la razón allí donde el delirio sentaba sus reales; y aunque callada estaba, fatigada también de la batalla, le pareció escuchar el irritante estribillo: «Lo que me dé la gana...»

Misia Elvira decía:

—¿Y cuándo te ascienden, Jorgito?

—¡Oh! Cualquier día, contestó el joven, acariciando su barba amarilla como huevo hilado; precisamente espero pronto una vacante.

—¡Ah! Sí, dijo Leona riendo, debilidades de papá Estado, que desea complacer á su *enfant gaté*, como usted dice, Jorge, y le hará un huequito.

Monreal se levantó. Levantóse también misia Jeromita, midiéndose mutuamente, los ojos relampagueantes.

—¡Nepomuceno!

—¡Jerónima!

Monreal humilló la cabeza y dirigióse al grupo de la ventana, el que curiosamente le interrogaba con gesto mudo, que tradujo luego Pantaleona:

—¿Te vas ya? ¿Qué tienes?..

Él no podía hablar y la estrechó más conmovido que nunca la fría manecita. Y salió dando tropezones.

No volvería más, no volvería más. Su *idea*, su generosa idea, no se realizaría nunca, nunca.

Creyó sentir en los faldones el afrentoso contacto de una bota, la del joven y rubio italiano, muy fino y zalamero, que lucía un alfiler de corbata de coral y diamantitos; la bota, de charol seguramente, del señor D. Fortunato Lucca... Para colmo de desventuras, la perra de lanas, la blanca *Diamela*, le ladró en la puerta y le mordió los zancajos.

II

Asáltanme grandísimo temor y confusión, ahora que obligado estoy á referir la interesante conferencia de ambas hermanas, pocos días después de aquel en que D. Juan Nepomuceno Monreal fué vergonzosamente derrotado: ¿qué locuciones escoger y qué giros para expresar con fidelidad cuanto dijo misia Jeromita y contestó Pantaleona, de manera que todos los que me leyeren me entiendan? Porque desde que dí en la menguada idea de componer estas *Novelas*, ciertos críticos (que también los hay por acá, aunque parezca mentira) vienen zahiriéndome con motivo de que no escribo en el *idioma nacional* que ellos llaman y yo ignoro qué nueva lengua sea. Siempre he tenido la sana intención de hacerlo del mejor modo que mi ignorancia y el mal ejemplo me permitan; pero es tan importante la dicha conferencia, y tanta miga encierra, que no deseara yo que, por torpeza mía, dejase el lector de gustarla: así, voy á ensayar contarla en dialecto criollo, que es, á lo que se me alcanza, el *idioma nacional* de los respetables críticos citados.

«Recién se había levantado misia Jeromita y estaba de bata y pollera de lustrina negra mateando en el jardín, cuando acertó á salir Pantaleona de su cuarto con un durazno, que pelaba, sin duda para comérselo.

—»Dejate de comer duraznos en ayunas, dijo misia

Jeromita. ¿Por qué no te tomás un mate, un buen cimarrón? Me parece, ché, que del solazo de ayer en el tambo me ha venido un chavalongo: me he puesto estas papas en las sienes... Vení, hombre, sentáte y decíme lo que pensás de este proyecto que tengo y no me ha dejado pegar los ojos, ¡como sós tan letrada, vos!

»Se acercó Pantaleona, desde ya dispuesta á meterle los monos á la hermana, si ésta mentaba al gringo, por casualidad...»

¿Han comprendido ustedes? Sospecho que no, desgraciadamente. Dejo, pues, á otros la tarea de complacer á aquellos señores de la crítica, que no faltará quien lo haga mejor que yo, y proseguiré mi relato según mi leal saber y entender. Quedamos en que estaba la de Pérez Orza en el jardín muy ligeramente vestida, á pesar del fresco de la mañanita de marzo, con falda y cuerpo de alpaca negra, tomando su mate amargo, que era, sin duda, su desayuno habitual, cuando salió Pantaleona pelando el melocotón, y entonces la llamó y la instó para que se sentara, la confió el dolor de cabeza que sufría, y mostró deseos de consultarla sobre cierto proyecto que la había desvelado; acercándose, por último, Pantaleona, con bélicas disposiciones...

Sentóse, pues, la morena Leoncita en una silla baja, á la sombra del parral, y haciendo rodar entre sus dedos enmelados por el jugo la gorda y hermosa fruta que despellejaba, miró á la hermana con desconfianza. La mayor, lentamente, entre dos chupadas y un suspiro, comenzó á quejarse de los malos tiempos que corrían, de la carestía de muchos artículos, de los esfuerzos suyos para que la pensión cubriera todas las necesidades, esfuerzos inútiles, pues en poco estaba que tuvieran que coser para fuera como las Cadenas. Tan triste situación (que ella ennegreció á su gusto, de modo que Pantaleona la escuchaba alarmada, ociosa la navaja y sin catar la mondada fruta) la obligó á buscar el medio más decente de salvarla, sacando de la almohada, que es donde se esconden y maduran las ideas, esta felicísima, aquí expuesta: ceder en arrendamiento la pieza grande contigua al comedor, admitir un huésped en la casa. ¿De qué servía la pieza grande? Estaba llena de trastos, que se acomodarían en el *altillo;* por la pieza grande bien podían dar veinticinco pesos, ¡veinticinco pesos! Añadió misteriosamente, á medias palabras, como si *Barcino* y *Patitas blancas,* que enredaban cerca, pudieran comprenderlo, que corrían también el riesgo de verse con la pensión suprimida: un trazo en el presupuesto bastaba; ¿y entonces?.. Porque, la verdad, de la justicia de aquella pensión dudaba un poquillo: así se pasara recapacitando el año entero, no se acordaba de haber oído á su madre, ni á ninguno de la familia, que hubiera el padre figurado jamás en el ejército; recordaba, sí, que Adrián Eneene, por la intervención de su mujer, la tía Damiana, puso en favor de D. Jesús toda su influencia, entonces poderosísima, é hizo aprobar el proyecto sin discusión y con voto unánime. Los azares de la política desposeyeron á Eneene de su dictadura, y relegado á su provincia, en la obscuridad y el olvido, no era ya aquel árbol soberbio, la fuerte encina á cuya sombra los Pérez Orza, grandes y chicos, prosperaron milagrosamente.

Bueno. Había en el Congreso un diputado joven, Tito Barbado, que por meter ruido y conquistar popularidad, como el trapero en los recovecos andaba hurgando en los expedientes, á la pesca de chanchullos. ¡Valiente polvareda levantara si en la punta del gancho aparecía el de D. Jesús! y se ponía en claro el error, ó el engaño ó la... ¡Dios de los cielos! ¡Qué hacer, si Adrián había caído del candelero para siempre! No les quedaría entonces más que la casita y sus manos lavadas.

Pantaleona apenas chistó, sobrecogida. Sin embargo, como todo reducíase á aprensivas cavilaciones de la hermana, indicó que le parecía muy bien prevenir los males posibles; que en cuanto á los de imposible remedio... Misia Jeromita quiso dar mayor fuerza á su argumentación, mostrando nuevas razones: además, la soledad la tenía amedrentada: no eran más que tres mujeres, las paredes bajas, y por lo tanto, fáciles de escalar; cierto que hasta ahora nada había sucedido; pero el mejor día, á pesar de la buena vecindad, los Blumen de un lado, el médico inglés de enfrente y las Cadenas de más allá, podían darlas un susto. El Caballito no es la ciudad, y así como está á media hora, parecía estar á diez leguas, en pleno despoblado...

—Por mí yo no tengo miedo, dijo Leona, decidiéndose á dar un tajo al melocotón; en cuanto á alquilar la pieza grande, las primeras razones bastan para convencerme; que se alquile; hoy mismo se ponen los papeles; acaso demos con una buena señora, cuya compañía nos sea útil y agradable.

Chupó misia Jeromita la bombilla hasta agotar la calabaza.

¡Una mujer más! ¿Pues qué falta nos hace? ¡Un hombre! Los calzones inspiran respeto y temor.

—¿Piensas de veras meter un hombre en la casa?

—¡Claro! Un hombre serio, que nos defienda si el caso llega. ¡Esta muchacha parece *tilinga!* Y que ya le tenemos, á Dios gracias; de manera, que ni poner papeles necesitamos.

Echó una ojeada de soslayo á la joven, y entre los gorgoritos de la bombilla vacía, pronunció este nombre:

—D. Fortunato Lucca.

A Leona se le cayeron la navaja y el melocotón de las manos. Furiosa, se levantó para increpar á la hermana: ¿estaba en sus cinco sentidos?, ¿no comprendía el escándalo que iba á armarse en todo el barrio, cuando se supiera que con ellas vivía un hombre joven y de las buenas trazas de aquel italiano? ¿Qué dirían sus relaciones todas, qué dirían las Cadenas, qué Jorgito? Porque si su honra de cincuenta años no sufría peligro, la suya sí, y no consentiría jamás que anduviera entre lenguas. ¡Cuántas voces dieron las dos, á seguida del violento estallido de Pantaleona!, pues como Sebastiana estaba de compra, no se quedó corta misia Jeromita para replicar, y allí mismo se pusieron verdes, asustando á la gatuna pareja, que salió escapada, y á *Diamela,* que aprovechó el tiberio para llevarse en la boca el caído melocotón.

—Que te opongas ó que no, la pieza grande se alquilará al Sr. Lucca, siguió chillando la mayor después de apagar los fuegos á Leona y de obligarla á huir, llorosa y descompuesta; que digan lo que quieran las Cadenas. Y si te parece, vas á contárselo á tu primo Nepomuceno... Aquí le espero, por si la zurra de la otra noche no le ha bastado y le apetece otra. ¡Perra, desagradecida!, que si supieras lo que has dicho, te cortabas la lengua con los dientes...

Encerróse Leona en su alcoba y en la suya penetró misia Jeromita, ahogándose, derecha al tocador, para auxiliarse con el frasco de Colonia. ¡Pero, señor! ¿Qué se figuraba la chiquilla esa? ¿Qué se figuraba el primo Nepomuceno? ¡Nepomuceno! ¡Quien menos derecho tenía á alzar el gallo! ¡El zángano, el piojoso! Seguramente había soliviantado el ánimo de la muchacha, imbuyéndola desatinadas ideas de rebelión contra su santa voluntad. Bien, que se rebelaran los dos, que chillaran hasta ponerse roncos, no dejaría por eso de cumplirla; y que murmuraran las Cadenas y todas las lengüilargas del barrio, él, él entraría bajo su techo con los honores del triunfador.

Poco á poco se serenaba, sonriendo al despertar de dulces recuerdos, aplicado el frasco á las narices, balanceándose en la mecedora, mientras el áspero reclamo del tranvía sonaba en la calle. ¡El tranvía! Allí le conoció, á él, á Fortunato, aquella mañana del aguacero... ¡Ay!, sí, digan lo que quieran cuantos de corazonadas se burlan y niegan á pie juntillas que los actos humanos están fatalmente supeditados á una voluntad superior, que nos mueve y lleva como títeres á su albedrío; no cabía duda que si aquella mañana el reloj no se retrasa, y no sueltan las nubes un chaparrón, y no se la olvida á ella el paraguas (preparativos todos del Destino para facilitar el enlace de dos almas), ni conoce misia Jeromita á Fortunato, ni Fortunato cae en la tentación... ¡Ay!, sí, la lluvia la sorprendió antes de subir al tranvía, y por alcanzarle más pronto, tropezó y diera en el arroyo y se calara toda, si el brazo y el paraguas de aquel joven amable no lo impidiesen... Era hermoso como un arcángel, blanco, sonrosado y rubio, con ojos de zafir, barba dorada y guedejas sedosas, un San Gabriel miserablemente enfundado dentro de un gabán gris, y afrentado por el hongo de color y las enormes botas embarradas.

Ríanse, sí, ríanse también los que quisieran que el corazón femenino, por amojamado, fuera insensible á los varoniles atractivos. ¿Por qué injusticia tamaña? ¿Pues no anda por ahí cada prójimo, con el fardo á cuestas de los setenta, encalabrinándose y babeando al paso triunfal de una muchacha jacarandosa? ¿Qué ley ni qué pragmática otorga al hombre este derecho y á la mujer lo quita, estableciendo para la una el límite de la edad, que no rige para el otro? ¿Y por qué lo que en el uno apenas choca y es digno de consideración, en la otra ha de ser motivo de befa, chacota y regocijo sainetesco? Ríanse, digo, los tales que, por no entender de psicologías, pretenden que el amor alienta sólo en pechos juveniles, y desearan verle siempre en el libro y en el teatro de melenita rizada y tonelete color de rosa; mas no echen á broma si aquí se asegura que la vista del San Gabriel mal pergeñado á la moderna dejó absorta á la señora de Pérez Orza y removió las fibras todas de su corazón, helado casi por tantos años de virtuoso celibato. El Destino, que en aquel momento gobernaba su voluntad, la entregó desarmada al enemigo, abandonándola pérfidamente. Ella puso toda la miel de su cortesía en la palabra de gracias con que pagó el servicio recibido, y la vulgar respuesta: «No hay de qué...,» suavemente pronunciada, la confundió más y más aumentó el hechizo. ¡De qué medios tan simples y vulgares se vale el Destino para enlazar por siempre dos almas!

Era el héroe toscano, y su historia la misma de muchos otros: la escasez en la aldea natal, que obliga á expatriarse, el miraje de América que finge la ambición, la cosecha de ilusiones y desengaños, la sorpresa de la realidad fundada sobre la base del trabajo... ¡El trabajo! Dios único, á cuyas aras han de acudir forzosamente todos los que no quieran llamarse á engaño. Las manos de Fortunato Lucca eran pequeñas, limpias y lustradas como las de un príncipe, manos hechas para estar ociosas en la aristocrática prisión de los guantes de Suecia, y no para encallecerse con el mango de la azada. Hijo del maestro de escuela, con educación suficiente, llegó dos años antes al país en busca de un empleo liberal, que no encontró; sin familia, sin amigos ni apoyo, ¿qué hacer? Estaba en Flores, desempeñando un cargo ínfimo en un comercio, mientras no le saliese otro más provechoso y digno de su ambición legítima; porque, eso no, él no vino á cavar tierra, y si le dijeran que en las entrañas de ésta se hallaba el tesoro de su porvenir, mendigar prefería á ejecutar lo que sus hábitos, sus gustos y su delicada salud le prohibían y *la sua mamma,* al partir, le recomendó que no ejecutase, por todos los santos en general y la Madona en particular. ¡Con qué ternura nombraba á la madre, qué melancolía exquisita para acentuar la lamentación contra su mala estrella!..

—¡Y sin embargo, me llaman Fortunato!

La de Pérez Orza sintió maternales impulsos de proteger al hermoso arcángel descarriado, y con atropelladas palabras se le ofreció en cuanto quisiera mandarla, dió su nombre, expuso su calidad de pensionista y propietaria, y dejóse correr hasta fiar promesa de colocarle mejor, porque contaba con buenos amigos en el mundo oficial.

Y saluditos vienen y van cada mañana, y sesión de palique en cada nuevo viaje, y cartas recíprocas acerca del asunto de la colocación, acabaron de hacerles perder á ella el seso, y al toscanito la vergüenza. Para buscarle el empleo soñado, pensó misia Jeromita en Barbarossa, dueño de la antigua ferretería de Cadenas, y tal empeño mostró, que el italiano admitió al fin á su compatriota en muy buenas condiciones, llevando la señora su generosidad, porque se presentara decentemente vestido, hasta regalarle un traje completo, de casimir finísimo, y un alfiler de corbata que fué de D. Jesús, y pañuelos, camisas, calcetines... Gozaba en la satisfacción de sus impulsos maternales hacia el bonito jovenzuelo de veintidós años, se ufanaba en contemplarle tan majo y ser una segunda *mamma* suya, superior á la otra en lo previsora y en la abundancia de medios protectores; embriagada por el aroma juvenil, apegábase á él cada día la solterona, y pronto los coloquios en la tienda de Barbarossa, mostrador de por medio, fueran más frecuentes si no se opusieran razones muy graves, muy graves. Como perrillo callejero, que ha encontrado un asilo, Fortunato mostrábale su agradecimiento en formas zalameras que la entontecían: su *mille grazie* á cada nueva dádiva (más de una vez misia Jeromita volcó su bolsillo en aquella mano aristocrática), era música de ángeles para su corazón amoroso; y multiplicaba las dádivas por asegurarle mejor.

—¿Es alguna parienta tuya?, preguntábanle el colosal Barbarossa, el patrón; Nero, el segundo socio; el hijo de Nero, Felipito, un mozalbete pelinegro y burlón, y los dos dependientes, Pietro Calli y Giácomo Verola, sus compañeros.

Y Fortunato, guiñando el ojo con picardía, contestaba:

—Sí, es mi abuela.

No cayó la infeliz señora de Pérez Orza en tan peligrosos extremos sin luchar heroicamente; las razones *muy graves,* que ella misma oponía á su afición, tan pronto como se dió cuenta de ella y pudo distinguir el carácter verdadero del instinto maternal con que se disfrazaba, revestían en sueños las formas tangibles de Pantaleona y D. Juan Nepomuceno, que la acosaban furiosos y la despertaban sobresaltada; durante la vigilia, la vista de la hermana ó la visita del primo renovaban la temerosa batalla entre su deber y su capricho, y así, ni despierta ni dormida gozaba de paz alguna, presa por invisibles y misteriosas cadenas, de cuyos cabos tiraban Pantaleona y Don Juan Nepomuceno, hasta inutilizar su voluntad y ahogarla. Pero, si grande era el obstáculo, más gran-

de todavía era la pasión insana, y entre luchas, zozobras, cavilaciones y desfallecimientos, se aflojaba la resistencia, enmudecía la razón y el diablo soplaba sobre las brasas para avivar la llama en que misia Jeromita se consumía; por broma ó por cálculo (los acontecimientos posteriores prueban que fué obra de cálculo), Fortunato insinuó melosamente una tarde, en la tienda, algo que sacó toda la sangre á la cara de la solterona, y ésta, que sentía la comezón de las miradas de Nero el pequeño, contestó tartamudeando:

—¿Estás loco, hijo? El día que yo me casara me quedaba sin pensión. Estoy condenada á celibato perpetuo.

Suspiró dolorosamente, y el mozo sepultó los dedos en las doradas guedejas, buscando inspiración para conciliar tan opuestos intereses. Era preciso encontrarla, porque el doncel florentino estaba ya aburrido de la sujeción en la tienda, del obligado madrugar, de la brega diaria con parroquianos, patrones y dependientes; sus manos padecían del roce de los utensilios de hierro y los bajos menesteres; su instinto señoril de la mezquindad de la alcoba en que dormía, del cacho de espejo incapaz de reflejar su imagen y de las toallas y sábanas de lienzo, cuya aspereza le irritaba la piel; su muelle voluntad, en fin, de prestar obediencia y acatamiento á las ajenas en todo aquello que no contribuyese á la lisonja propia. La conquista de América puede intentarse por medios diversos, y no llegan sólo á alcanzarla (así se lo aseguraba á Fortunato la holgazanería) aquellos que sudan sobre la tierra. Los mimos y carantoñas de misia Jeromita sugiriéronle el que más convenía á su naturaleza, el más cómodo y descansado, y no tuvo escrúpulo en proponerlo á la *abuela*, y al proponerlo no paró mientes en las canas, arrugas y trasnochados encantos de la solterona; pensó únicamente que los labios grietados y cubiertos de carmín se abrirían para dar el sí á todos sus caprichos, la sobada cartera para derramar en sus manos todos sus billetes; pensó en el *dolce far niente* de maridito bien cebado, bien vestido, bien tratado, amable realización de sus sueños de la aldea.

—¿Casaca á mí?, repitió ella embelesada. Si no puede ser, hijo.

Como del pedernal sale la chispa, de la cabeza rubia del arcángel salió la idea conciliadora, y era tal, que ni la virtud sufría quebranto, ni la pensión menoscabo, ni la sociedad agravio, ni carga la conciencia, porque con burlar la ley..., muchos la burlan á destajo y tan campantes. ¡Ay! Misia Jeromita no la rechazó, antes la diputó por muy feliz y peregrina; mas no cedió á la habilidad italiana sin trabar nuevos combates en la sombra de la noche con los fantasmas de Pantaleona y del primo, sorprendiéndola el alba con los ojos abotargados por el insomnio; y hay que decirlo para que se la conceda el perdón que su debilidad merece: no aceptó la idea del toscanito sino cuando se sintió vencida, ya ciega y sorda á la razón y á todo miramiento.

—Haz lo que mejor te parezca, Fortunato; me someto á todo, á todo me resigno. No sé qué rara influencia tienes sobre mí, que me dominas y mareas. La dificultad está ahora en hacer pasar el trago á Pantaleona: es terca, voluntariosa, indomable; el día de tu visita te echó la vista encima con desconfianza: será tu enemiga jurada, no lo dudes. Temo que vamos á andar de zarpa á la greña... En fin, hijo, hágase tu voluntad. ¡Ah, por qué me dejaría yo el paraguas aquella mañana! No te hubiera conocido, ¡pillo!, y por querer hacer de madre tuya (que bien pudiera serlo, ó no lo ha reparado tu afecto), cayera de cabeza en esta deliciosa tentación... Otro enemigo tendrás en casa, tan furioso y más también que Pantaleona: Nepomuceno, mi primo; un mal casado á quien las penas han revuelto el geniazo, y es más agrio que el propio limón; pero, á ese le doy un par de bufidos el día que se desmande, y á volar. Tal vez, como eres tan fino y azucarado, te les cueles á los dos en la voluntad y les domestiques, ¿no se amansan con dulzura las fieras? Y entonces el Caballito se igualará al paraíso. ¿Para quién serán los primeros frutos de la huerta? ¿Para quién el mejor racimo del parral? ¿Y la gallina más gorda? Para el nene mimado de la casa. ¡Cómo te vas á poner el cuerpo, holgazán! ¡Qué cuarto voy á prepararte! Con muebles de nogal, y lindas cortinas, y una mesa de escribir, para que escribas á tu madre, á la de allá. Ya me dolía el pensar en el malísimo que ahora ocupas, y lo peor que te darán de comer: ¡pues apenas sabe Sebastiana condimentar los platos de tu tierra!, y cuando te hartes de ellos, aquí estoy yo para hacer todos los guisados criollos que quieras...

Sonreía misia Jeromita, hamacándose en la mecedora, serena ya, y con el frasco de Colonia sobre la falda. El recuerdo de la idílica residencia que á Fortunato destinaba, provocó otro, y otros más, que debían traducirse en las urgentes ocupaciones del día: ver al ebanista, al tapicero y al albañil para que diera una mano de cal á la pieza grande... ¡Ah! Y llevar los papeles á Fortunato. Se levantó, y delante del tocador, procedió á aderezar el rostro untándole de *cold-cream* casero, y almidonándole generosamente, poniendo en los labios y en los pómulos buena dedada de carmín, y con la punta de una horquilla quemada en la llama de una bujía, ennegreciendo cejas y pestañas; ahuecó la peluca de modo que no descubriera las canas auténticas, y satisfecha de su arte decorativo, buscó en el armario la sombrilla de las grandes ocasiones, la del rabo de marfil y encajes blancos, y el abanico de nácar y lentejuelas.



Era hermoso como un arcángel, blanco, sonrosado y rubio

Después del almuerzo (al que no asistió Pantaleona) salió de casa y tomó el tranvía. ¡Qué ufana iba, qué orgullosa, y cómo dejaba sentir los mil perfumes en que se había ungido, el benjuí de las ropas, el jazmín del pañuelo y el delicadísimo de la diamela y las flores del aire que, encerraditas en un cucurucho de papel, llevaba como obsequio á Fortunato! Hubieron de abrirse los cristales, y cumplido el obligado calvario de atascamientos, descarrilamientos, revolcones de caballos y cien más tropiezos, que son atributo y gloria de las calles y tranvías bonaerenses, apeóse la señora en la puerta misma de Barbarossa; que si antes no se ha dicho, enmiéndase ahora la omisión señalando que estaba la ferretería situada en la calle de Rivadavia. Entró, pues, misia Jeromita en la tienda á tiempo que tres fornidos mozallones hacían rodar sobre dos carriles una vagoneta, que llaman aquí *zorra*, no sé por qué mal motivo, la cual traían cargada de cubos de hierro y muchos líos de alambre enroscado: vestían de lienzo blanco los tres, con anchos calzoncillos y mandil ceñido á los riñones, camiseta listada, boina y alpargatas, el pecho y las pantorrillas al aire, cubiertos de sudor y de vello, y con tal furia empujaban, que á poco atropellan á la señora, si ella no chilla y detrás del mostrador no vocea el patrón, Barbarossa, hércules de rojiza y crecida barba, de miembros recios y facciones brutales, como forjado á martillazos sobre el yunque de un cíclope.

En lo más alto de la anaquelería que rodeaba el hondo almacén, sobre una escalera, Giácomo, el dependiente, escogía paquetes de clavos y dejábalos caer en una banasta que abajo sostenía Pietro Calli, gritando á cada uno que arrojaba: *due, cinque, sete*, como si jugaran ambos á la morra; los dos muy preocupados en su tarea, vigilados por el patrón y el socio Nero, un viejecito de nariz bulbosa que en el fondo se paseaba, rasca que rasca á la nariz y mira que mira el acompasado caer de los paquetes. El otro Nero, el pequeño, y el bonito Fortunato estaban junto al mostrador; volviéronse al chillido de la de Pérez Orza, y así que la reconocieron cambiaron una mirada, que de Nero pasó á Fortunato, de éste subió al techo y tropezó con el socarrón de Giácomo, bajó y sorprendió á Pietro, y buscando al viejo Nero, á quien quitó los dedos del naso irritado, fué á parar al colosal patrón, que se inclinaba cortésmente ante la señora; tras de la ojeada brotó una sonrisa, la de Fortunato cruel, la de ambos Neros burlona, despreciativa en Giácomo y Pietro y en Barbarossa de lástima, y todos contestaron á la salutación que misia Jeromita les enviaba desplegando el abanico de lentejuelas.

—¡Buenos días nos dé Dios!

—Allí le tiene usted, indicó Barbarossa maliciosamente.

Fortunato avanzó y la tendió la mano. Ella se dejó llevar hasta una silla de la trastienda y se sentó emocionada; allí no podían verlos, y debatirían el magno asunto lejos de la curiosidad de los impertinentes.

—Me encontrarás muy pálida, ¿verdad, hijo?, con ojeras tamañas: es del sofocón que me ha propinado Pantaleona, porque sabrás que ya ha roto las hostilidades esa mocosuela, esa entrometida. ¡Tiene gracia esto!, que á mis años deba dar cuenta de mis actos á una niña de colegio. ¿La he dicho yo algo de sus amores con ese Cadenitas insulso? Ni esto; ni jota. Y mira si había que decir... Pues nada, apenas le anuncié lo convenido, que tú alquilabas la pieza, se me desbocó y casi me araña, hecha un basilisco. ¡Ay! No sé cómo no me dió un accidente. No ha querido almorzar, y ahí se queda encerrada la indina... También el otro, el otro, Nepomuceno, fué con pretensiones de ajustarme cuentas y le saqué con las orejas calientes... ¡Esto clama al cielo!

Dulcemente, Fortunato trataba de calmarla en su jerga italiana, con muchos *mio Dio* melosos, y *pacienza, pacienza,* á calderadas. Era *naturale* que la *signorina* y el *vecchio* se escamaran al principio; pero la píldora estaba tan lindamente amasada, que el viejo, la niña y el mundo entero se la tragarían sin sentir.

—¡Ay, qué bien lo arreglas todo!, dijo misia Jeromita; no me extrañará que á los tres días estés con Pantaleona á partir de un confite, porque eres más fino y hábil que un diplomático; así me has embaucado á mí y me tienes chocha, florentinito diabólico. Bueno; al grano. Aquí traigo los papeles: mi fe de bautismo y los demás que hacen falta; los he sacado yo misma, pues si nos sienten las moscas estamos perdidos. ¿Han llegado los tuyos?

—Sí; están arriba, en mi baúl.

—Perfectamente; entonces...

—La semana que viene, el *giovedì*, á las tres.

—¿Qué es eso de *giovedì*? ¿El jueves? A veces me cuesta entender tus terminachos; también te costará á ti entender los míos criollos, ¿verdad? Quedamos en que el jueves, á las tres: de aquí al jueves se blanqueará tu cuarto y se amueblará. Pero dime, ¿cómo haremos? ¿Irás tú ó vendré yo?

El joven explicó su programa, con ademanes y visajes, que traducían las palabras incomprensibles, atusando las guedejas blondas ó el bigotillo de seda, mientras recorría el pequeño espacio libre que dejaban las cajas y las pilas de braseros, anafes, cubos y otros utensilios depositados en la trastienda; mareaba á la solterona con sus paseítos y su labia, y á cada número la interrogaba con un *¿capite?*, al que misia Jeromita asentía dando una cabezada.

—Sí, *capito*, digo, comprendo... Al fin, vas á hacer de mí una gringa de cuerpo entero. Pero ¡por Dios!, no te muevas tanto, hijo: estoy mareada, de tus pasos, de lo que me dices, ó del olor de estas flores. De manera que vendré yo...

¡Claro! Vendría ella sola, vestida muy sencillamente, sin decir oxte ni moxte á Pantaleona, ni darla nada que sospechar, y en la ferretería la esperaría él con los dos testigos Giácomo y Pietro: la ceremonia no tendría lugar en la iglesia, porque si había de mantenerse secreta, mejor y más seguro era verificarla en una casa particular, en la de Nero, por ejemplo, que vivía con su padre; tenía Nero un amigo cura tan influyente, que hasta de las amonestaciones en la parroquia les dispensaba, y él mismo les echaría una bendición que ni el Padre Santo de Roma.

—Bien, bien, dijo la señora; ¡pero anda el pandero en tantas manos, Fortunato! Si en una sola no está seguro un secreto, ¿qué será en poder de tus tres compañeros, que me parece gente informal y burlona? El Felipito de todo se ríe y todo se le vuelve mostrar los dientes; tu Giácomo es otro que tal, y de Pietro no se diga, pues á irrespetuoso y ordinario no le gana su compinche.

(Continuará)

Deporte americano.—El lanzamiento del disco

¡Cuán cierto es que en este mundo todo pasa y todo vuelve! Lo mismo en materia de suyo tan caprichosa como las modas de la indumentaria, que en punto á cosa tan grave como los gustos artísticos, lo que ayer parecía anticuado, ridículo y antiestético,



Para coger el disco

Debe cogerse el disco con los dedos estirados, apoyándolo en la palma de la mano y en la muñeca

Mala posición

El brazo que lanza el disco está demasiado apartado del cuerpo; el movimiento tendrá menos fuerza



Antes de lanzar el disco

Se inclina el cuerpo hacia delante; la mano derecha, que sostiene el disco, está ligeramente separada de la línea del cuerpo.

hoy se tiene por modernísimo, elegante y bello. Y así sucede con otras muchas cosas.

En efecto, esta afición á los deportes que de algunos años á esta parte se ha despertado, ¿qué es sino una reminiscencia de los ejercicios de la



Lanzamiento del disco

Se extiende el brazo deslizándolo á lo largo del cuerpo y doblándolo luego hasta la altura del hombro

antigüedad? El pugilato, las carreras, los juegos de pelota en sus variadas formas, tienen su origen en la vieja Hélade, donde tanta atención se prestaba á los ejercicios corporales y en donde se organizaban juegos solemnísimos que han dejado su nombre en la historia.

Ahora mismo está muy en boga entre las norteamericanas el juego del disco; pues bien, este ejercicio, en el que las jóvenes yanquis hacen gala de su fuerza, de su destreza y de su gracia, fué inventado, si hemos de dar crédito á la mitología, por Perseo y cultivado por Cástor y Pólux y aun por el propio Apolo, y hacía las delicias de los héroes de Homero y de Píndaro.

Los discos de que se valieron aquellos personajes fabulosos y más tarde los griegos de los tiempos históricos, eran de piedra, de hierro ó de plomo y solían estar adornados con algunas figuras.

En algunos museos, entre otros en el de Berlín y en el Británico de Londres, se conservan varios de ellos, por los cuales puede venirse en conocimiento de la forma, de las dimensiones y del peso de estos objetos, si bien el peso y las dimensiones variaban según la edad y la fuerza de los luchadores.

He aquí la descripción que de este juego hace Luciano.

El atleta discóbolo tomaba el disco, lo revolvía en arena para poder asirlo mejor, buscaba luego el sitio más á propósito para cogerlo y lo colocaba vertical entre sus dedos apoyado en el antebrazo. Situábase luego en el sitio marcado para lanzarlo, que era una pequeña eminencia donde sólo podía estar de pie un hombre, adelantaba la pierna izquierda, se inclinaba volviendo la cabeza hacia la derecha, doblaba las rodillas, levantaba el brazo hacia atrás y, dando el impulso, imprimía á la mano un movimiento de rotación y despedía el disco. En el punto en que primeramente tocaba á tierra cada disco se ponía una señal, que solía ser una flecha clavada, y el que había lanzado el disco á mayor distancia era proclamado vencedor. Discóbolo hubo, como Faylos de Crotona, que arrojaba el suyo á más de 29 metros, distancia no superada por ninguno de sus competidores.

Este juego no dejaba de ser un tanto peligroso; según la tradición mitológica, practicándolo mató Apolo á Jacinto.

Entre el ejercicio del disco tal como lo practicaban los griegos y tal como lo practican actualmente las norteamericanas, existe, como es natural, mucha diferencia, pues ni los tejos que éstas emplean tienen las dimensiones y el peso que tenían los por aquéllos usados, ni las formalidades para el lanzamiento son ahora tantas como eran antiguamente. Mas no se crea, por esto, que pueden las modernas discóbolas arrojar el disco de cualquier manera; para este como para todos los deportes hay sus reglas, que previenen cómo debe cogerse el disco, las actitudes que debe adoptar el cuerpo para lanzarlo, etc., según es de ver en los grabados que en esta página



Soltura del disco

El movimiento violento del brazo se detiene bruscamente y la mano se entreabre soltando al disco

reproducimos. La elegante señorita yanqui que en éstos figura describe el juego del disco tal como en

su país se juega, del modo siguiente: «El deporte del disco es extraordinario para desarrollar la fuerza y la destreza. Trátase de lanzar lo más lejos posible una especie de plato hueco, de algunos centenares de gramos de peso. Para ello es preciso saber cogerlo con la mano apoyándolo al mismo tiempo en la muñeca, y luego extender progresivamente el antebrazo y el brazo, haciendo fuerza con el hombro, hasta el momento de soltar el disco, que ha de hender los aires para caer lo más lejos posible.»

El ejercicio, como se ve, es de fácil práctica y resulta en extremo elegante. Bien puede asegurarse, por consiguiente, que no tardará en ser importado en el viejo mundo y que vendrá á sumarse al croquet, al *lawn-tennis* y á los demás deportes femeninos que con tantas aficionadas cuentan entre las clases elevadas de la sociedad.—X.

La fuente de Amor, cuadro de Juan H. Fragonard

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MAPA PANORÁMICO DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA. – La casa Bailly-Bailliere é Hijos, de Madrid, acaba de publicar este mapa del teatro de la guerra, que comprende la China, la Mandchuria, Corea, Rusia Asiática y el Japón y que consta de dos hojas de un metro por 55 centímetros: en la primera está representada la topografía del terreno en forma panorámica; en la segunda, que es de papel transparente, están representados en perfiles los mismos países, pero con los nombres de las poblaciones, puertos, fortalezas, ríos, mares, montañas, etc., de modo que poniendo esta segunda hoja encima de la primera se encuentra en seguida el lugar que se desea y pueden seguirse fácilmente las operaciones de los dos ejércitos beligerantes. Completa este mapa un croquis en que están numerados todos los países que se representan y un índice alfabético de los nombres de pueblos, etc. El precio de este mapa es de dos pesetas.

NUEVA GEOGRAFÍA DE COLOMBIA, por *F. J. Vergara y Velasco*. – Es esta una obra de valor grandísimo por lo completa, por lo razonada y por el excelente método científico que en ella ha presidido; y sentimos que la índole de esta sección no nos permita ocuparnos de ella con todo el detenimiento que por su importancia merece. Hasta ahora sólo se ha publicado el tomo primero, dedicado á la Geografía General, que forma un volumen de más de mil páginas, dividido en cuatro capítulos que tratan del territorio, de la capacidad productora del suelo, de la historia y de la geografía militar, y cada uno de los cuales es un verdadero arsenal de datos interesantísimos y de atinadísimas consideraciones. El tomo va profusamente ilustrado y lleva al final un índice alfabético. La obra, en suma, honra en alto grado á su autor, el Sr. Vergara y Velasco, y al presidente de aquella República, Excmo. Sr. D. José Manuel Marroquín, bajo cuyos auspicios ha sido publicado oficialmente. Ha sido impreso en Bogotá, en la imprenta del Dr. Joaquín Molino.

LOS PUEBLOS HISPANO-AMERICANOS EN EL SIGLO XX, por *Ricardo Beltrán y Rózpide*. Nuestro distinguido colaborador ha coleccionado en un tomo las «Revistas hispano-americanas» que desde 1901 ha publicado en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, refundiendo en capítulos especiales todas las noticias referentes á cada Estado americano y ampliándolas notablemente. Como nuestros lectores han podido apreciar la notable valía de los trabajos del Sr. Beltrán y como además es bien conocida la excepcional competencia de tan distinguido historiador y geógrafo, creemos excusado hacer el elogio de su obra, que aparte de su evidente importancia resulta curiosa y amena. El libro ha sido impreso en Madrid en la imprenta de Administración militar y se vende á cinco pesetas.

A. B. C. DEL INSTALADOR Y MONTADOR ELECTRICISTA, por *R. Yesares Blanco*. Esta obra, que forma parte de la acreditada biblioteca «Manuales Soler,» que editan en Barcelona los Sres. Sucesores de Manuel Soler, presenta al obrero electricista de una manera clara y precisa, huyendo del empleo de fórmulas matemáticas, todos aquellos trabajos que tiene que realizar para efectuar una instalación de alumbrado eléctrico particular ó para desempeñar un puesto en una central de electricidad. Es un libro utilísimo que viene á llenar un vacío en la bibliografía eléctrica. La obra consta de dos tomos; el primero trata de las instalaciones privadas; el segundo, de las instalaciones centrales y canalizaciones, y entre ambos contienen todo cuanto puede contribuir á formar inteligentes y hábiles operarios. Los dos tomos van ilustrados con varios grabados y se venden á 2'50 pesetas cada uno.

EL LUCERO. ALMANAQUE PARA 1904. – Contiene trabajos literarios en prosa y en verso, noticias curiosas é interesantes y algunos grabados. Ha sido editado en Lima por la tipografía «El Lucero,» que publica la revista de este mismo título.

RIMAS DE AMOR, por *G. A. Martínez Zuviría*. – Colección de poesías llenas de sentimiento, versificadas con facilidad y abundantes en brillantes pensamientos. En todas estas composiciones revélase como buen poeta el escritor Sr. Martínez, que en trabajos anteriores había demostrado sus dotes de polemista y narrador. El libro, ha sido impreso en Santa Fe (R. Argentina) por J. Benaprés.

NOCIONES Y EJERCICIOS DE ORTOLOGÍA CASTELLANA, por *Primitivo Sanmartí*. – En distintas ocasiones hemos elogiado como se merecen las obras de gramática castellana del señor Sanmartí; la que ahora nos ocupa es un excelente libro sobre ortología, ó sea el arte de pronunciar bien las palabras, y contiene, además de las reglas que deben observarse para verificar una buena pronunciación, varios ejercicios y un interesante estudio de los vicios de pronunciación. La obra ha sido editada en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos.

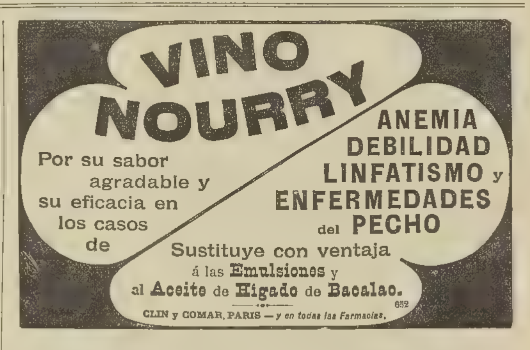
LA SUBSTANCIA UNIVERSAL, por *Alberto Bloch* y *Paraf-Javal*. Traducción española de *Anselmo Lorenzo*. – Esta obra, esencialmente racionalista, se divide en dos libros: en el primero se estudian los cuerpos y sus propiedades y la substancia, es decir, el conjunto materia-energía; en el segundo se establece cómo la substancia ha podido evolucionar hasta el estado en que constituye actualmente el Universo. Ha sido publicado en Barcelona por la Escuela Moderna y ha sido impreso en la imprenta de Antonio López.

QUIEN Á BUEN ÁRBOL SE ARRIMA... VIAJE Á LA LUNA, por *Juan Fabregues Sintes*. – Dos piezas en un acto escritas en prosa, y estrenada la primera con aplauso en el teatro Isleño de Mahón. Han sido impresas por Francisco Fabregues, en Mahón, y se venden á una peseta cada uno.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona









ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

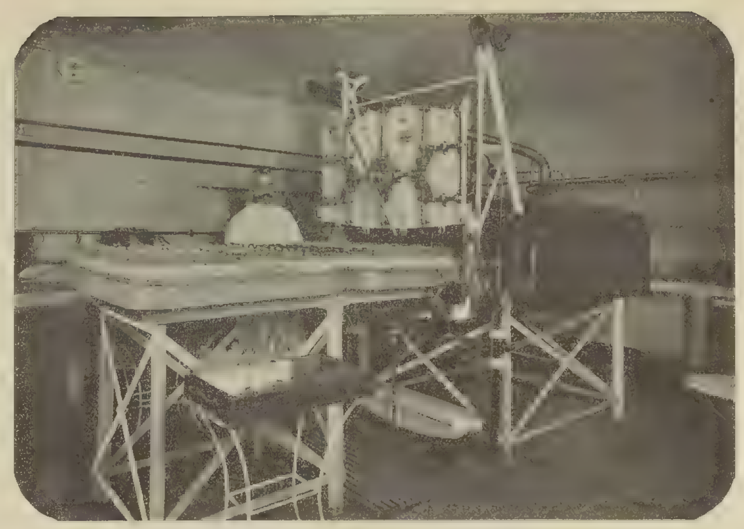
CASA DE LACTANCIA

ESTUFA ESTERILIZADORA

El importantísimo servicio de lactancia gratuita, establecido por nuestro Municipio en 14 de agosto del año último, y de cuya benéfica cuanto provechosa institución nos ocupamos con el aplauso que se merece, se ha completado, instalándose en forma más perfecta y en las condiciones requeridas, en un edificio apropiado, sito en la calle de Valldoncella, en donde se hallan armonizadas las necesidades y servicios á que responde la institución, con la comodidad y el buen gusto.

Al transponer los umbrales de la Casa de lactancia, vese que el orden y el más perfecto aseo constituyen la característica, de suerte que cuantos visitan el establecimiento llevan consigo la doble impresión que produce su agradable aspecto y la del inmenso beneficio que reporta, contribuyendo á sostener y nutrir á un considerable número de niños que, tal vez, privados del auxilio de la *gota de leche*, sucumbirían necesariamente.

Entre los aparatos y útiles que funcionan ó se utilizan en las varias dependencias, llama la aten[illegible] estufa esterilizada, [illegible] truída en esta [illegible] arreglo al proyecto del doctor Macaya, director de la Casa de Lactancia y á quien se debe en grandísima parte el desarrollo alcanzado y los resultados obtenidos. La estufa es de sistema horizontal, pudiendo esterilizar 1.500 botellas en cada operación. Este aparato, al igual que la máquina tubular generadora de vapor y la automática para la limpia de las botellas, han sido costeados por S. M. el rey D. Alfonso XIII, que al tener conocimiento de tan utilísima fundación, quiso contribuir á su fomento, convencido de las ventajas que reporta. Estas, pregónalas la estadística con sus irrebatibles guarismos. Desde el 14 de agosto de 1903 se han distribuído más de 24.000 litros de leche esterilizada, ascendiendo á 537 el número de niños inscritos, de los cuales concurren todavía 247. La leche se entrega diluída y esterilizada á los menores de seis meses y sólo esterilizada á los que pasan de dicha edad, entregándose diariamente á cada madre una cestita metálica que contiene ocho botellas con la cantidad necesaria. El cierre de cada botella es hermético por medio de presión atmosférica.



Barcelona. – Estufa esterilizadora de leche, regalada á la Casa de Lactancia por S. M. el rey D. Alfonso XIII (De fotografía de A. Merletti)

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 27 de junio de 1904 — Núm. 1.174

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Exposición Nacional de Bellas Artes é Industrias Artísticas.—Madrid. 1904

UNA BODA EN ANSÓ

CUADRO DE CARLOS VÁZQUEZ

Varios artistas meritísimos han hallado en la diversidad de tipos, trajes y costumbres que ofrecen las regiones peninsulares temas ó asuntos para sus más notables producciones, atentos al deseo de reproducir cuanto significa ó representa el modo de ser de nuestra patria. Con tal procedimiento han podido dar muestra gallarda de sus aptitudes y demostrar el amor que dedican á la tierra en que nacieron. Entre ellos hemos de citar al distinguido pintor y colaborador de esta Revista Carlos Vázquez, que con plausible acierto, en el cuadro que reproducimos, ha representado una de las regiones más típicas y dignas de estudio, cual lo es el valle de Ansó, allá en la provincia de Huesca, distintivo por las ásperas y abruptas sierras que lo circuyen y en donde desde los trajes hasta los edificios demuestran el modo de ser de un pueblo en el cual no ha influído el transcurso del tiempo. El mérito de la obra ejecutada por nuestro amigo queda confirmado por el fallo del Jurado de la actual Exposición Nacional, abierta actualmente en Madrid, que ha propuesto á Carlos Vázquez para la concesión de la Encomienda de número de la Orden Civil de Alfonso XII.



UNA BODA EN ANSÓ,

cuadro de Carlos Vázquez, reproducción directa



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ciertos dramas que no revisten belleza adaptable á la forma literaria, ni interés romántico, pasan inadvertidos; ni aun excitan la compasión. Tal sucede con esos vulgarísimos sucesos diarios, previstos por una reciente ley: los «accidentes del trabajo.»

Un ser humano viene al mundo sin más caudal que sus brazos, sus dedos, su agilidad, su fuerza. Desde niño cuenta, para subsistir, sobre ese fondo. Suele mermárselo la miseria que sufre desde la cuna, la mala alimentación, las condiciones del medio en que se va criando. Pero la buena y reparadora naturaleza triunfa de influencias perniciosas, el muchacho llega á la edad de sacar réditos á su única hacienda, y entra en la fábrica ó en el taller. Gana el pan, más ó menos escatimado, más ó menos penosamente sudado, pero gana, en fin, y el capital hombre produce su justo interés. No ha muchos días decíame un extranjero inteligente en negocios que en las naciones prósperas el nacimiento de un hombre es *un valor*, y en las que sufren decaimiento un *no valor*, un dispendio, porque el hombre probablemente no trabajará y habrá que sustentarle. No es este el caso de nuestro obrero: ya se sustenta á sí propio, produciendo á la vez riqueza.

De pronto, un movimiento torpe ó mal calculado, un paso precipitado, una distracción de las que es imposible evitar... El obrero ha sido enganchado por la máquina, la herramienta ha mordido las carnes del artesano, magullando tejidos, cortando tendones; al obrero hay que amputarle un brazo, al artesano se le cortará la mano derecha...

Detrás del sufrimiento físico, la ruina, la miseria. Quien pierde dinero podrá resarcirse; el capital del obrero ó del artesano no se recobra. El brazo que trabajaba tan activamente y que quedó sangriento sobre la mesa del anfiteatro, en el hospital, nunca más ganará el salario del cual vivía la familia.

La indemnización, la previsión legal de tamañas desventuras, es una de las más sabias entre nuestras modernas instituciones. No tiene esto, me parece á mí, nada que ver con el socialismo, al menos en el sentido de aspiración política y transformación social que encierra la palabra. Hay cosas que son naturales, y uno de los grandes motivos de extrañeza en la lectura de la historia es que no se hayan practicado toda la vida. Tal vez lo sencillamente natural y justo sea lo último que se les ocurre á los pueblos, á la humanidad toda; ó por lo menos, lo último que pone en práctica.

Los periódicos se escandalizan cada vez que refieren casos como el de la mendiga Jerónima Díaz, que pedía limosna encorvada, apoyándose trabajosamente en dos muletas, y al ser encontrada muerta en su casa, mejor dicho en su tugurio, apareció que guardaba en él tres baúles colmados de ropa blanca, por señas sin estrenar, y envueltos en trapos—habitual monedero de esta gente—trece alfonsos de oro, treinta y cinco duros en plata y varias pesetas.

Yo he dicho mil veces aquí mismo que la organización de la beneficencia es defectuosa y que el sembrar perras grandes y chicas en la calle es contraproducente; pero toda vez que no hay modo de desarraigar esa costumbre y qué la mendicidad es un oficio, quisiera saber qué ven de especialmente malo mis compañeros en que los pordioseros practiquen la virtud del ahorro, y en vez de gastarse lo recogido en la postulación tomando gotitas en la taberna, lo conserven rebujado en andrajos entre la paja de sus jergones. Sin duda sería más práctico y conveniente á sus intereses colocarlo á producir en la Caja de ahorros; pero no sé que nadie pida estas cuentas á los ricos; nadie preguntó á una marquesa muy conocida en Madrid (es decir, á su sombra, porque ya se había muerto cuando este detalle se averiguó), la razón de que buena parte de sus capitales estuviese depositada en el Banco sin redituar un céntimo, y su regio collar de perlas guardado dentro de un utensilio que no nombro ni que me hagan pedazos, por si alguna pulcra inglesa me dispensa el honor de fijar en estas Crónicas sus azules ojos.

Del pobre nos creemos tutores, por el hecho de sacar perezosamente del bolsillo una moneda de cobre y alargársela en la calle, sin otra molestia. Y parece que nos roban, que nos defraudan, cuando en el albergue de alguno de esos remendados plañideros que nos acechan á la puerta de iglesias, tiendas y cafés aparece algo más que el zurrón vacío y el mendrugo de la víspera. ¿Qué tiene de extraño que esos obscuros trabajadores (pedir limosna es género de trabajo, y también es arte, y es á veces, en la estación de invierno, ruda y peligrosa faena) rellenen su hucha y su peto y su alcancía, en el temor de una forzosa suspensión de su labor, de un período de enfermedad y reclusión, ó meramente por desquitarse, á solas, en la fría y obscura cárcel de su chiribitil, mirando á la luz de una candileja ahumada los bonitos alfonsos brillantes, cuyo reflejo convierte momentáneamente la mísera covacha en mágico palacio por la fuerza de la imaginación?

El apego á esas economías ocultas es tal, que ha llegado á inspirar rasgos de heroísmo. Hace algún tiempo, no sé si en Madrid ó en un pueblo de provincia, hubo de arder una casa de vecindad, en cuyas buhardillas, por las cuales había principiado el incendio, habitaba gente muy pobre, y entre ella una mendiga más haraposa, más pingajosa, más carcomida por años y achaques que todas las del gremio juntas. Medio tullida por el reumatismo, la infeliz no podía valerse para huir de morir abrasada. Los bomberos, los vecinos, acudieron á prestarle auxilio, con la urgencia que el caso requería. Asombrados quedaron al ver que la anciana no quería alejarse de allí. El humo asfixiante entraba por ventanas y puertas; las lenguas rojas de la llama iban á cebarse pronto en la vieja; y ella, sin consentir que de allí la arrancasen; implorando que la dejasen allí. Cansados de luchar, en momentos apremiantes, que dan poco espacio á la disputa, acabaron por cumplirla el gusto, y feneció asada y ahumada la pordiosera. Poco después el incendio era dominado, y entre el colchón de la mendiga, protegido y cubierto por su cadáver, aparecía oro, plata, billetes de Banco..., una pequeña fortuna.

Apenas se ha secado la tinta con que trazo los primeros renglones de esta Crónica, donde ensalcé la ley de accidentes del trabajo, cuando recae mi vista sobre un diario que inserta concienzuda estadística referente á la aplicación de dicha ley bienhechora en Madrid el año de 1903.

La estadística acusa aumento de accidentes registrados, no porque hayan ocurrido en 1903 más desgracias, sino porque la ley va cumpliéndose y los accidentes siendo conocidos. Pero—observa el autor—se nota que un 10 por 100 de los accidentes declarados recaen en ancianos, mujeres y niños de corta edad. Se infringen, pues, á cada momento las disposiciones reguladoras del trabajo en sentido protector para los menores y las mujeres, habiéndoseles además hecho trabajar en domingo, con jornadas de más horas de las legales. Niño hay que aparece trabajando diez y ocho horas diarias.

Es muy instructiva y curiosa esta estadística, y se lee con interés humano profundo. En muchos casos de accidente no se ha abonado ninguna indemnización. En otros la indemnización no sube de 2 pesetas; y el salario del niño que sufrió un accidente trabajando á la una de la madrugada, era de 1'50. Una de las mujeres que sufrieron accidentes estaba cargando un carro de ladrillos. Y luego dirán que la mujer, por su debilidad y cristalina contextura, no puede salir del hogar doméstico, ni optar á empleos y cargos bien retribuídos. En cambio, puede reventarse en el muelle de mi pueblo, jalando y disputando al hombre faenas de las más rudas.

Al ladrón de la Inclusa habría que darle un premio por su agudeza, en vez de enviarle á la cárcel.

Es increíble lo que se discurre y trabaja por no trabajar, y si la inteligencia y habilidad que se derrochan en robos y fraudes se desplegasen para granjear lícitas ganancias, tal vez nos cantase otro gallo.

Merece referirse la estratagema del consabido ladrón, el cual fué por lana y es fácil que salga trasquilado.

Notaban en la Inclusa que disminuía velozmente la lana de los colchones, y que al compás que los colchones adelgazaban, engordaba pasmosamente el maestro colchonero, cuyo cuerpo iba pareciéndose al de los clowns en ciertas pantomimas que solazan al público con las malaventuras de una especie de tonel humano. Sorprendido y registrado el obeso, bajo su amplia blusa se le encontraron unos pantalones-alforjas, donde embutía y carretaba diariamente, en varios viajes, un regular colchoncito, formado de pizcos de lana substraídos en esta cama y la otra.

Parece que por tal sistema el maestro se hacía su jornal de tres á cuatro duros diarios: muy bonito, como se ve.

La excusa del chupa lana es de oro, muy característica. Alega que su trabajo (llamémosle así, porque trabajo y habilidad nadie negará que sea), lo realizaba para poder comer, en atención á que el otro trabajo—el autorizado, lícito á la faz del cielo y de la tierra—no le reportaba más que el disgusto de que no se lo pagase la Excma. Diputación provincial.

El arbitrio de cobrarse en especie no deja de ser socorrido; sólo resta averiguar qué piensan de él los enfermos, que poco á poco han ido sintiendo bajo sus costillas, en vez de blandura, una dureza que ni la del fementido lecho de D. Quijote en la venta famosa.

Y otra interrogación se me ocurre: ¿es posible realizar este esquileo lento, pero continuo, con todo el aparato escénico de disfraz de gordo que su argumento requiere, sin que se haya dado cuenta de él el personal que debe ejercer la vigilancia de la Inclusa?

Ya barruntábamos que los japoneses eran capaces de inventar la pólvora—¡vaya! ¡y tan capaces!—cuando resulta que, en efecto, la han inventado. Es decir, se han inventado su pólvora, para su uso, no para andar por casa, sino para enviar recados de atención al vecino.

Lleva esta pólvora un nombre dulce: un nombre que suena musicalmente. Se llama la Shimose.

Hasta en esto diríamos que no son gascones, pues los occidentales, que solemos serlo y escupir todo por el colmillo, le hubiésemos puesto á una mixtión tan destructora la *Racataplúm* ó la *Porrontintón*, á no saber que *Shimose* es buenamente el nombre del niponés Alberto Bacón que inventó tal explosivo.

Dicen que es el más enérgico y eficaz de los conocidos hasta el día, y que hace menudo polvo de arroz de las bombas fabricadas con el mejor acero.

Y aún tiene otra gracia la Shimose: las bombas que la contienen llevan un mecanismo que las hace saltar al más insignificante contacto: al roce del ala de una mariposa ó poco menos.

Jugando con la muerte, de modo desembarazado y gentil; no retrocediendo ante el supremo espanto, llega á la victoria este pueblo verdaderamente asombroso, que así como ha revolucionado con su arte nuestra estética europea, ha trastornado con sus actos nuestras teorías, por lo visto mal fundadas, sobre superioridades étnicas, papel de la raza caucásica en el escenario de la civilización, carácter meramente científico de las guerras modernas, etc., etc. Hemos estado oyendo repetir que el valor, el heroísmo, no son ya factores importantes en los conflictos por las armas. Los boers empezaron á demostrar lo contrario, pero se alegaba el carácter especial de aquella guerra de invasión, lo cual la transformaba en guerra de guerrilla y cuerpo á cuerpo. Esta del Japón con Rusia es completamente distinta: es la magna lucha internacional, en el terreno que más se presta á aprovechar los adelantos mortíferos, el naval, la lucha en el mar principalmente. Y según van recibiéndose noticias de sus lances trágicos y terribles, crece la convicción de que, por más matemáticas, más física y más química que sepan los ingenieros japoneses, ahora lo mismo que en la Edad Media, es el corazón, la resolución, el alma, para decirlo en una palabra, quien gana las victorias. El valor no consiste en arrojarse ciegamente al peligro, en «saber morir,» como se ha repetido sin examen; eso es lo primero, pero también lo último, que es preciso estar dispuesto á hacer. El valor está en la inteligencia: hay valor enorme en el cálculo, valor en el estudio, valor en esperar, valor en acometer á tiempo, valor en el sacrificio de la tradición, por el cual el guerrero japonés se ha transformado, de pintoresco *daimio*, en el combatiente serio, culto, de hoy. Y detrás de la terrible *Shimose*, vemos el alma de una patria.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Domadura de leones, por R. Cronheim

Desde antiguo ha dado que hacer á los hombres el león, con razón calificado de «rey de los animales:» es el símbolo de la fuerza y de la majestad, y aun cuando en la fábula de la zorra nos lo pintan como versátil soberano á quien se engaña con bastante facilidad, vémosle consagrado en los más antiguos monumentos egipcios, en los cuales aparecen reproducidos leones africanos y asiáticos, fieros y domados, y representadas escenas de caza del noble cuadrúpedo.

También en el Antiguo Testamento encontramos mencionado frecuentemente al león, que, según la Sagrada Escritura, vivía especialmente en el Líbano y hasta en el Jordán; y Xenofonte, Aristóteles, Estrabón y Plinio hablan de cazas de leones que se realizaban en Siria y Arabia, en donde esos animales eran más fuertes y más numerosos que en Libia.

Durante la marcha de Jerjes al través de Macedonia, varios leones atacaron á los camellos que conducían los bagajes.

De todas estas regiones ha desaparecido el león desde hace mucho tiempo.

Quizás en ninguna parte se juntaron los leones en tan gran número como en la antigua Roma; y los juegos circenses que allí se celebraban han transmitido al través de los siglos su triste fama. La primera lucha de leones fué dispuesta por el edil Scévola el año 94 antes de J. C.; posteriormente organizó Sila una con cien lobos; Pompeyo otra con seiscientos, y César otra con cuatrocientos. Adriano mató varias veces en el circo cien leones.

Fijándonos en estas cifras y aun teniendo en cuenta las circunstancias de aquella época, involuntariamente se nos ocurre la idea de que, lo mismo que al presente, debió florecer en la antigüedad la domadura de los leones, y de que estos animales eran domados casi por los mismos procedimientos que ahora. Antiguamente los leones eran más numerosos que en nuestros días; pero en cambio estaban más atrasados los medios para cazarlos y transportarlos.

Contra lo que parece natural, los leones nacidos y criados en el cautiverio son más difíciles de domar y de adiestrar que los que nacieron libres y han sido cogidos jóvenes; parece como que los padres, privados de su libertad, transmiten á sus hijos un carácter rebelde.

La domadura del león no resulta tan difícil cuando se ha podido conocer exactamente el carácter de cada animal; y así algunos domadores expertos atribuyen los muchos accidentes desgraciados ocurridos durante el período de la domadura más á culpas propias del domador que á las mismas fieras.

Los procedimientos para domar leones son varios. Algunos domadores se valen de pedazos de carne para hacerse obedecer; pero este método se considera actualmente erróneo, porque si el animal tiene hambre va ciertamente en pos del trozo de carne, pero si está inapetente ó se encuentra mal, no hace ningún caso de él y hay que esperar á que su apetito se despierte.



La célebre domadora de leones MISS HELIOT y su león favorito

El método verdadero consiste en tratar al león por las buenas y con ayuda de la astucia y de una correa que se le pasa al cuello para llevarlo adonde se quiera. Este procedimiento no excluye, sin embargo, cierto rigor, pues conviene muchísimo no tolerar nunca una falta ó un olvido en un trabajo ya aprendido. Según sea el carácter del animal y según sea el humor en que se encuentre en un momento dado, hay que recurrir á la dulzura ó á la severidad.

Estas reglas generales no pueden naturalmente aplicarse á todos los casos sin excepción, ya que la personalidad del domador ó de la domadora constituye un factor muy digno de tenerse en cuenta, debiendo aquéllos imponerse con su individualidad á los animales y sobre todo no perdiendo nunca su presencia de espíritu, porque el león no deja adivinar sus intenciones ni su estado de ánimo y por ende es difícil prever la decisión que puede adoptar en un momento dado. Por esto el domador, en medio de su afectada indiferencia, ha de estar siempre en guardia y no debe descuidarse ni un instante de vigilar á aquellos de sus discípulos considerados como más peligrosos. El poder sugestivo que el domador ha de ejercer en todas ocasiones no basta siempre para librarle de un accidente inesperado, como tampoco ha de bastarle por sí sola la fuerza física.

Desde los tiempos más remotos, se han atribuído al león cualidades de carácter que más tienen de poéticas que de verdaderas; pero es indudable, á pesar de estas exageraciones, que es de todos los felinos el más manso y más domesticable, y con cierta razón podemos adornarlo con cualidades más ó menos humanas y hasta simpáticas, como la magnanimidad y otras virtudes caballerescas.

¿Cómo se explican, por las condiciones de existencia y por el sistema de vida, estas cualidades en parte únicas en la raza felina? El león vive indudablemente en sociedad mientras el hombre no lo persigue y no le obliga con sus cazas exterminadoras á vivir en el aislamiento. De esta vida sociable se derivan las demás particularidades del carácter de este animal. Los leones cazan en común, distribuyéndose sabiamente los papeles entre ellos, según aseguran observadores dignos de crédito; además, la existencia sociable, que trae consigo relaciones de subordinación, hace nacer en ellos la aptitud para ser educados. Todas las cualidades que ensalzamos en el león y que no vemos en los demás felinos, dimanan de este instinto de sociabilidad que nos hace simpática á esta fiera, porque nosotros, los hombres, somos también sociables y vivimos en relaciones de superioridad y de inferioridad.

Estas circunstancias explican por qué el poderoso animal se presta con tanta facilidad relativamente á ser domado.

Es realmente admirable el grado de docilidad y de resignación á que pueden llegar estos animales domesticados, y es también sorprendente que los ejemplares que se distinguen por estas cualidades no son ejemplares degenerados ni de aspecto miserable; antes al contrario, los leones, si son atendidos con solicitud y de una manera racional, prosperan admirablemente; sus crines se embellecen y aun hay quien afirma que ningún león en libertad tiene las melenas tan hermosas como en el cautiverio, merced á la influencia del clima europeo y á los buenos cuidados.

Cuando se cogen los leones muy jóvenes se domestican perfectamente; reconocen en el hombre á su bienhechor y le quieren en razón de su solicitud. Imposible figurarse nada más amable que un león domesticado de esta manera, observándose que al cabo


Cachorros de leones como animales domésticos


León haciendo rodar un cilindro de madera

de algún tiempo no sólo olvida su libertad, sino que hasta puede decirse que, olvidando su naturaleza, se entrega en cuerpo y alma á su amo.

En un Jardín Zoológico bien dirigido se propagan hoy los leones tan regular y seguramente como los perros, y hasta en las colecciones ambulantes de animales, donde éstos no tienen sino un espacio muy reducido para moverse, nacen y se crían también. La leona manifiesta la mayor ternura á sus hijos y es difícil imaginarse espectáculo más grato que el de una hembra rodeada de sus cachorros. Los pequeños y graciosísimos animales juegan como gatitos y la madre mira seriamente, pero con infinito placer, estos juegos infantiles.

Los cachorros son bastante torpes en la primera época de su vida; no aprenden á andar sino al segundo mes, ni comienzan sus juegos hasta más tarde; en los primeros tiempos mayan como los gatos, siquiera su voz sea más fuerte y llena. La madre los desteta á los seis meses, si bien antes de terminar este plazo comienzan á seguirla en la caza, adquiriendo al año las proporciones de un perro grande.

Por lo general los movimientos de los leones domesticados son un tanto pesados, y juzgando por las apariencias, diríase que estas fieras están dotadas de un temperamento tranquilo; pero quien tal pensara se engañaría, y no tardaría en mudar de opinión si los observase en los momentos en que están excitados. Cuando se encuentran en este estado reaparece en ellos su natural y originaria fiereza, y al verlos entonces, se comprende cuántos peligros entraña la profesión de domador de leones y cuántos riesgos hay que correr antes de conquistar la celebridad por este difícil camino.

Para ser domador de leones es preciso estar dotado por la naturaleza de aptitudes especiales; de lo contrario, sería imposible alcanzar una influencia dominante sobre aquellos animales salvajes y conservarla en todos los momentos.

La manutención de los leones en nuestros países resulta excesivamente cara. Así, por ejemplo, el domador Seeth, que trabaja con veinte leones, gasta para mantener á sus *discípulos* unas 190 pesetas diarias, pues además de la leche que les da, cada uno de ellos consume, por lo menos, diez kilogramos de excelente carne fresca de caballo. Por este solo dato puede venirse en conocimiento de los recursos pecuniarios con que ha de contar el domador que vaya por estos mundos con un número regular de tales fieras. Además, para el cuidado de éstas necesita el domador tener á sus órdenes un personal apto y especialmente educado para el oficio, porque los leones, como todas las fieras y aun pudiéramos decir como todos los seres de la creación, han de ser objeto naturalmente de cuidados inteligentes, y no todo el mundo es apto para vigilar, servir y limpiar y hacer la *toilette* á tales bestias.

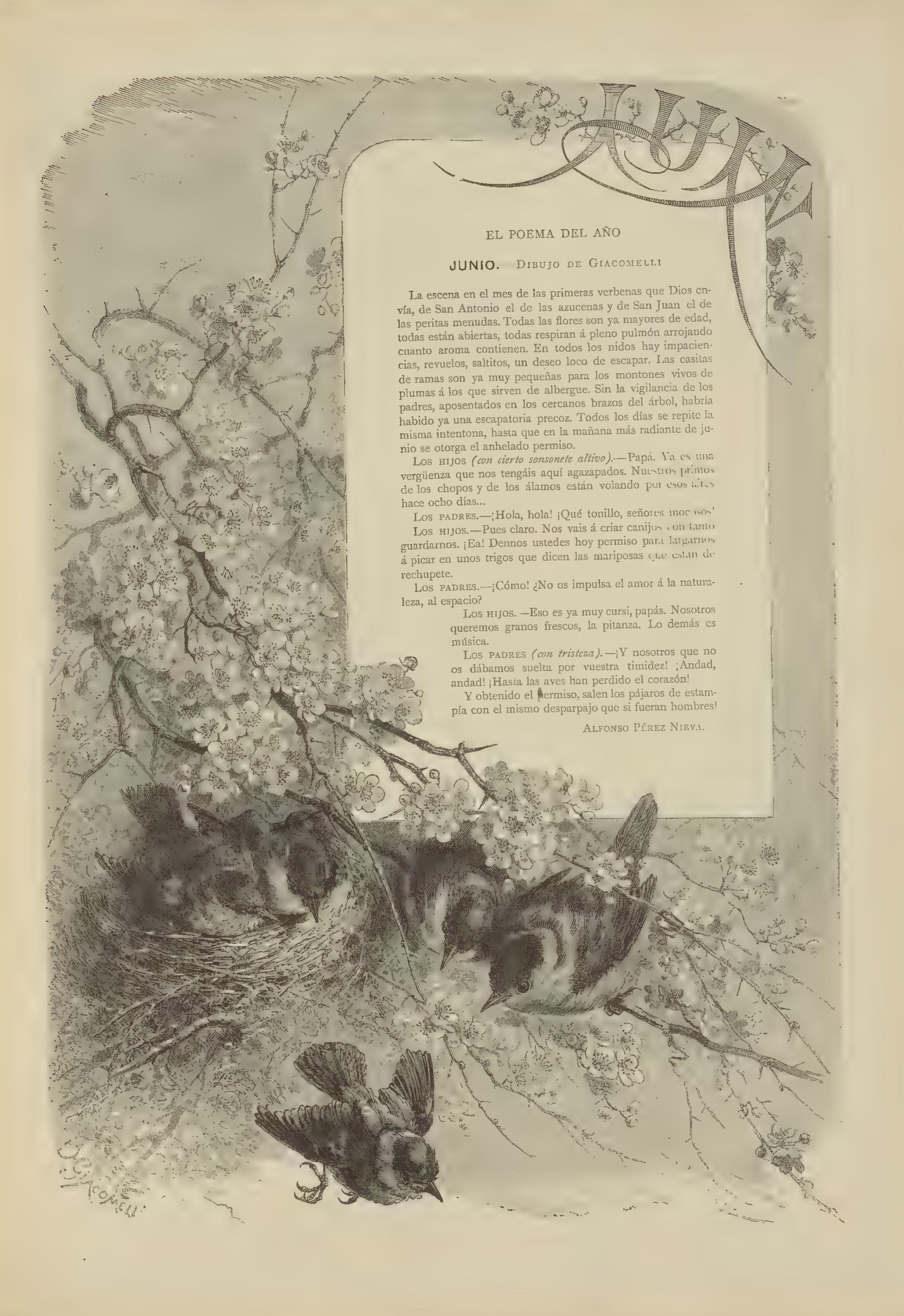

La domadora acariciando á un león

Una de las cosas á que debe darse la preferencia tratándose de leones domesticados es á la higiene y á la limpieza, único modo de prevenir en ellos las enfermedades que fácilmente contraen á causa de la falta de ejercicio al aire libre.

Entre los varios domadores de leones que en la actualidad se disputan el favor del público, ocupa uno de los primeros puestos miss Heliot, cuyo retrato publicamos en la página anterior, tomándolo de una fotografía en que está retratada en compañía de su león favorito. Miss Clara Heliot, joven, guapa, de hermosa figura y en extremo elegante, trabaja con doce leones que la obedecen sumisos como pudiera hacerlo el más manso perro faldero y que á su voz ejecutan artísticos y arriesgados ejercicios, siendo un espectáculo interesantísimo el verá esa mujer siempre con la sonrisa en los labios, moverse entre aquellas fieras, acariciarlas ó atormentarlas á su capricho sin el más pequeño temor, confiada en el ascendiente que sobre ellas ha conseguido á fuerza de habilidad y de paciencia.

Tres de los leones con que trabaja miss Heliot, los llamados *Nerón, César* y *Sultán,* le fueron regalados por unos oficiales alemanes que los habían cogido en Moschi cuando eran todavía cachorros, después de haber dado muerte á los padres.—X.


Perro saltando por encima de cuatro leones



EL POEMA DEL AÑO

JUNIO. Dibujo de Giacomelli

La escena en el mes de las primeras verbenas que Dios envía, de San Antonio el de las azucenas y de San Juan el de las peritas menudas. Todas las flores son ya mayores de edad, todas están abiertas, todas respiran á pleno pulmón arrojando cuanto aroma contienen. En todos los nidos hay impaciencias, revuelos, saltitos, un deseo loco de escapar. Las casitas de ramas son ya muy pequeñas para los montones vivos de plumas á los que sirven de albergue. Sin la vigilancia de los padres, aposentados en los cercanos brazos del árbol, habría habido ya una escapatoria precoz. Todos los días se repite la misma intentona, hasta que en la mañana más radiante de junio se otorga el anhelado permiso.

Los hijos *(con cierto sonsonete altivo)*.—Papá. Ya es una vergüenza que nos tengáis aquí agazapados. Nuestros primos de los chopos y de los álamos están volando por esos aires hace ocho días...

Los padres.—¡Hola, hola! ¡Qué tonillo, señores mocosos!

Los hijos.—Pues claro. Nos vais á criar canijos con tanto guardarnos. ¡Ea! Dennos ustedes hoy permiso para largarnos á picar en unos trigos que dicen las mariposas que están de rechupete.

Los padres.—¡Cómo! ¿No os impulsa el amor á la naturaleza, al espacio?

Los hijos.—Eso es ya muy cursi, papás. Nosotros queremos granos frescos, la pitanza. Lo demás es música.

Los padres *(con tristeza)*.—¡Y nosotros que no os dábamos suelta por vuestra timidez! ¡Andad, andad! ¡Hasta las aves han perdido el corazón!

Y obtenido el permiso, salen los pájaros de estampía con el mismo desparpajo que si fueran hombres!

Alfonso Pérez Nieva.



MANUEL DEL PALACIO

Es un representante de aquella bohemia literaria de que ya no quedan rastros. Si Manuel del Palacio, imitando á Enrique Murger, escribiese otras *Escenas de la vida de Bohemia*, sería, como éste, otro libro interesantísimo y ameno.

Manuel del Palacio empezó á darse á conocer en Granada. Allí varios jóvenes de buen humor formaron una sociedad, sin local ni reglamento, que denominaron *La Cuerda*, y tuvieron en jaque á las gentes durante mucho tiempo. Muchachos alegres, sin preocupaciones, buscaban el placer donde podían hallarle y no se detenían en contemplaciones jamás, razón por la cual las bromas que dieron alguna vez resultaron pesadas. *Manolo Palacio* era el alma de aquella *trinca;* su chispeante ingenio, la picaresca gracia de que hacía verdadero derroche, colocáronle desde luego en primera línea, y un día pensando que los límites de una capital de provincia eran harto estrechos para él, con un repleto caudal de ilusiones y un mundo de risueñas y halagadoras esperanzas se dirigió á la corte.

Maldito si se preocupó de los medios de vida que aquí necesitaría. Cuando se tiene confianza en los propios merecimientos, se sabe que tarde ó temprano todo se alcanza. Por otra parte, la lucha atrae y el palenque literario ofrece armas iguales para vencer ó ser vencidos, para salir victorioso ó derrotado, para serlo todo ó para no ser nada.

En Madrid, Manuel del Palacio formó otra especie de masonería de gente joven, muchachos de esperanzas todos, que luchaban con denuedo por la vida, escribiendo sus composiciones, haciendo sus novelas, sus obras teatrales, todo, en fin, en las mesas de los cafés y botillerías. Luis Rivera, Roberto Robert, Pedro de Alarcón, ¡qué sé yo! Todos los que hoy vemos colocados en altos puestos ganados en largos días de desfallecimiento. Ya Manuel del Palacio es uno de los pocos que quedan. Hoy es un serio y formal diplomático que impone respeto; nadie podría pensar que aquel sesudo señor fué el más alocado de los bohemios.

Nuestro poeta anduvo, como no podía menos, en aquellas épocas de revoluciones, barricadas y revueltas, mezclado en la política, tal como la sienten los jóvenes, honrada y generosa, y llevó á ella todas sus energías. Pero como quiera que entonces se hilaba más delgado, mereció D. Manuel del Palacio que en alguna ocasión lo desterraran de España, cosa que consignaba él diciendo en cierta ocasión:

«Por sobra de candidez
ó falta de picardía,
tras de mí la policía
anduvo más de una vez.»

Palacio nació en Lérida. La poesía en él es cosa añeja, los versos fueron siempre su afición y casi debemos creerle cuando dice:

«Mi vocación de poeta
es tan antigua, que infiero
solté mi verso primero
al tomar la primer teta.»

El hombre no puede ser más sencillo ni más cariñoso. Todos los poetas jóvenes encuentran en don Manuel franca acogida. Ameno en su conversación, que sabe sostener á fuerza de gracia é ingenio, cuantos le escuchan salen encantados de él, pues tiene lo que pocos hombres: don de gentes:

El mismo retrata su carácter con tal sinceridad, que me ahorra hacerlo:

«Apetito regular,
color sano, ojos azules,
envidia á cuantos gandules
comen bien sin trabajar;
carácter dulce y sencillo,
aversión hacia lo ruin,
poco dentro del magín,
nada dentro del bolsillo.»

Su modestia, otra bella cualidad que le adorna, resplandece siempre en él. Todas las cosas de la vida procura verlas á través de su humorismo especial, *sui generis*, peculiar en él nada más, humorismo que constituye el más infalsificable sello de su personalidad.

Hoy recuerda algunas veces Palacio aquellos tiempos de bohemia que tantas ilusiones traen á su memoria. Formaban la camarilla de jóvenes aficionados á las letras muchos hombres que luego han sido verdaderas glorias en ciencias, política y literatura. ¡Quién los recuerda hoy! El mismo D. Manuel debe haberlos olvidado ya.

En aquellos tiempos el poeta limitábase á decir, si alguna vez se ponía serio, que eran pocas veces:

«Buena muerte es lo que pido
que me dé la Providencia,
porque lo que es buena vida...
¡eso corre de mi cuenta!»

Hubo un tiempo en que circularon mucho ciertas improvisaciones de Palacio: se referían en las tertulias de los cafés, en los cuartos de los actores, pero nadie sabía quién era su autor. Luego se ha sabido que eran, como no podía menos, de D. Manuel... ¡Qué gentes tan torpes! No conocían la marca de fábrica.

Con cuatro versos hacía la biografía de un actor. Así, por ejemplo, al actor *Osorio* le decía:

«De los nombres *oso* y *río*
tu nombre *Osorio* se fragua;
es decir, que hasta en el agua
haces el *oso*, hijo mío.»

A un tenor de zarzuela llamado Cubero hubo de decirle:

«¡Cubero! ¡Gran zarzuelero!
¡Actor sin ningún color!
¿Quién te manda ser actor
cuando Dios te hizo... *Cubero?*»

Al actor Catalina casi le cuesta una enfermedad la biografía que llegó á sus oídos, biografía que es un primor, aparte ya de lo bien que *daba en el blanco:*

«¡Ya Catalina es galán!
¡Quiera Dios que nos le roben!
Desde los tiempos de Adán
no vi galán menos joven,
ni joven menos galán.»

Por último, á Boldún le *saludó* con el piropo siguiente:

«Boldún, pedazo de atún,
haragán de profesión:
tú debieras ser baldón
en lugar de ser Boldún.»

Su carácter enérgico y recto no podía doblegarse á las exigencias de ciertos convencionalismos políticos y sociales, existentes, por desgracia, en nuestra patria.

Nombrado presidente de un tribunal de oposiciones para ingreso en la carrera diplomática, desoyó por creer injustas las recomendaciones del ministro, y no se creyó con la suficiente *frescura* para despojar de la plaza que le correspondía á un hombre inteligente á fin de favorecer con ella á otro que en su concepto no la merecía.

Irritado el ministro, decretó la jubilación de don Manuel del Palacio, premiando así la existencia de un hombre digno, de una legítima gloria española.

Palacio, pasado el primer ímpetu, que desahogó en una carta publicada en los periódicos, carta que seguramente aquel señor ministro no ha comprendido todavía; Palacio, digo, se dedicó á practicar el socorrido derecho del pataleo, y era de verle en los días posteriores á su jubilación entrar por las tardes en el *zaguán* de la librería de Fe, y allí, ante un corro de eminentes literatos, recitar los versos compuestos durante el día, versos que no me atrevo á reproducir aquí, y que han circulado de boca en boca, de unos en otros, y que seguramente serán conocidos por mis lectores.

Posee Manuel del Palacio un lindo gabinete de trabajo. Es un museo diminuto. Allí hay de todo: estatuas, cuadros, bronces, barros cocidos, objetos caprichosos, etc. Los estantes de libros que corren á lo largo de las paredes, arrancan del suelo y tienen poco más de un metro de alto. De este modo pueden repasarse con comodidad.

La mesa de despacho del egregio poeta es un mueble caprichoso y raro. Tiene adheridos dos atriles movibles, grandes y anchos para poder servirse de ellos á fin de ver cómodamente revistas, ilustraciones, periódicos, etc.

En su hotel de la calle de Ferraz, 42, ve D. Manuel transcurrir sus días plácidamente, recibiendo á cada momento pruebas inequívocas del afecto y consideración de cuantos le conocen; sus puertas están abiertas para todos. Ya dice el poeta que es á su casa

«adonde suelen venir
los hambrientos á pedir,
los cuitados á llorar,
los amigos á reir,
los artistas á gozar,
á no dejarme vivir
el que algo espera lograr,
y el que me debe... á decir
que desista de cobrar.»

Pero lo que sí puede asegurarse es que D. Manuel habrá visto ya realizado el sueño de su vida, el delicado sueño que describía él en los versos siguientes:

«Un sueño que acariciar,
una botella que abrir,
un libro que desflorar,
y en el trance de morir
una mano que estrechar...
¡Ni más se debe pedir,
ni más se puede esperar!..»

El ilustre poeta se conserva ágil, robusto y lleno de vida. Tiene... Tiene... setenta y dos años...

¡Perdón, maestro!

JOSÉ JUAN CADENAS.


El teniente general BARÓN DE HASEGAWA, comandante de la división de la guardia japonesa


El teniente general BARÓN NISHI, comandante de la segunda división japonesa


El teniente general FUSHII, jefe de estado mayor del primer ejército japonés

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El crucero que con tan feliz éxito acaba de realizar en aguas del estrecho de Corea, por orden del almirante Skrydlof, la escuadra, ó mejor dicho la división naval de Vladivostok, mandada por el almirante Bezobrazof, ha venido á confirmar lo que en nuestra última crónica decíamos acerca de las cualidades que adornan á aquel marino y del pensamiento que tiene formado respecto del modo como debe hacerse la guerra.

Los tres cruceros acorazados que componen dicha división, el *Rossia*, el *Gromoboi* y el *Rurik*, salieron del citado puerto, y aventurándose por el mar del Japón, han logrado echar á pique, en el espacio de dos ó tres días, á tres vapores transportes y dos barcos de vela japoneses: los primeros son el *Sado-Marú*, de 6.219 toneladas, el *Hitachi Marú*, de 6.172, y el *Idzumi-Marú*, de 3.230; todos ellos conducían tropas, numerosos caballos y gran cantidad de víveres y municiones. Se ignora el número de hombres que iban á bordo de cada uno de estos buques, pero se presume que el *Sado-Marú* y el *Hitachi-Marú* llevaban entre los dos unos 3.000, de los cuales se salvaron poco más de quinientos.

En cuanto se tuvo noticia de la presencia de la división rusa en aquellas aguas, salió en su persecución una escuadra japonesa al mando del almirante Kamimura, pero la niebla y sobre todo la mayor velocidad de los buques rusos le impidió darles alcance, habiendo podido éstos regresar sanos y salvos á Vladivostok.

El efecto causado por este crucero no ha podido ser más favorable entre los rusos, ni más deplorable entre los japoneses: los primeros consideran este éxito como una compensación ó por lo menos como una atenuación de la derrota de Vafangú; en cambio en el Japón, la impresión ha sido tal, que de momento se suspendió hasta nueva orden la salida de los transportes.

Sólo este nuevo fracaso le faltaba al almirante Kamimura, para acabar de excitar en contra suya la opinión pública de su país, que aún recuerda indignada la otra hazaña que impunemente pudo realizar hace cosa de seis semanas la misma escuadra de Vladivostok, cuando echó á pique varios buques japoneses en aguas de Gensán. Y son ya muchos en el Japón los que indican al desgraciado almirante que ha llegado para él el momento de someterse á la costumbre de los jefes militares japoneses de suicidarse cuando la suerte no les acompaña. Tales censuras, sin embargo, tal vez no sean del todo justificadas; pues seguramente los barcos de que dispone deben ser los peores de aquella marina de guerra, ya que los mejores están con el almirante Togo delante de Puerto Arthur; y si esto es así, su conducta habrá sido la que aconsejaba la más vulgar prudencia, porque de atacar á los tres cruceros rusos, que son de lo más perfecto en materia de barcos de guerra, se exponía á sufrir un tremendo descalabro.

La situación de Puerto Arthur no ha variado. En la noche del 13 al 14 los torpederos japoneses avanzaron hacia la rada, consiguiendo dejar en ella algunas minas; el día 14 el crucero ruso *Novik*, acompañado de 10 contratorpederos, efectuó una salida, cruzándose algunos cañonazos sin consecuencias. Esta salida, de la que da cuenta el almirante Togo en su parte oficial, demuestra que la entrada de Puerto Arthur sigue libre, á pesar de los reiterados esfuerzos de los japoneses para cerrarla. La última tentativa realizáronla recientemente cuatro brulotes, de los cuales dos fueron echados á pique por las baterías rusas y los otros dos se retiraron.

En cuanto al estado interior de aquella plaza, continuamos sin poder deducir de las contradictorias noticias que se reciben la verdad de lo que allí sucede. Ultimamente un comerciante ruso que procedente de Puerto Arthur ha llegado á Che-fu, ha dicho que la ciudad está bien aprovisionada, que abundan en ella las conservas; que hay en sus alrededores 9.000 cabezas de ganado, y que la guarnición se compone de 50.000 hombres, es decir, 20.000 más de los que hasta ahora se había dicho. Otras noticias, de origen ruso también, añaden que el espíritu de las tropas y de la población es excelente, que los soldados arden en deseos de combatir, que la mayoría de los habitantes se han alistado como voluntarios y que más de 600 mujeres han ofrecido sus servicios al comandante de la plaza.


El vicealmirante KAMIMURA, comandante de la tercera división de la escuadra japonesa


El contraalmirante NASHIVA, comandante de la segunda división de la escuadra japonesa


El teniente general INUYE, comandante de la 12.ª división japonesa

Por otra parte, un telegrama oficial del almirante Alexeief al ministro de Marina, fechado al 16 del corriente, dice que todos los buques de la escuadra de Puerto Arthur que habían sufrido averías están ya completamente reparados y se encuentran, por consiguiente, en condiciones de hacerse á la mar.

Por lo que se refiere al asedio de la plaza, asegúrase que las avanzadas japonesas se hallan á 25 kilómetros de aquélla y á tres de las avanzadas rusas. Actualmente los japoneses se ocupan en desembarcar su artillería de sitio, de modo que no han comenzado aún el ataque en regla, limitándose hasta ahora las operaciones á frecuentes escaramuzas sin importancia.

En nuestra crónica anterior dábamos cuenta del combate que se acababa de librar en Vafanghoo ó Vafangú y cuyos detalles no se conocían entonces todavía. La importancia de esta batalla merece que dediquemos algún espacio á su descripción.

El general Kuropatkine, aunque contrario á la idea de acudir á socorrer á Puerto Arthur, creyó que no habría inconveniente en enviar algunas tropas hacia el Sur con objeto de inquietar al general Okú y obli-



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Retirada de los rusos hacia Feng-Huang-Cheng, después de la batalla de Kiu-Lien-Cheng. Dibujo de R. Catón Woodville



GUERRA RUSO-JAPONESA. — **Dificultades de los transportes en la Mandchuria. — Una batería rusa en grave aprieto.** (Dibujo de F. Matania, tomado de una fotografía.)

A medida que se acercan el frío y la época de las lluvias, el barro pone intransitables los caminos, ya de suyo mal construídos. Hacer avanzar en estas condiciones la artillería es, por consiguiente, obra dificilísima para los hombres y para los caballos

garle á distraer algunas fuerzas de las que componen el cuerpo de ejército encargado del ataque de aquella plaza. A este efecto formó un fuerte destacamento de unos 30.000 hombres al mando del general Stack-



El contraalmirante ruso BEZOBRAZOF, comandante de la escuadra de Vladivostok, que recientemente ha echado á pique varios transportes japoneses.

elberg, que á principios de junio encontró á las avanzadas del destacamento del ejército japonés que á su vez había formado, sacándolo de las fuerzas sitiadoras de Puerto Arthur, el general Okú al tener noticia del avance de los rusos. Después de algunas escaramuzas ocurridas en los primeros días de este mes, en la noche del 13 hallábanse los rusos á seis kilómetros al Sur de la estación de Vafangú, ocupando una posición cuyo frente medía doce kilómetros. En la mañana del 14 reanudaron los japoneses su movimiento ofensivo, y al mediodía atacaron la posición principal de los rusos por el frente y de flanco, no logrando desalojarlos de ella, á pesar de sus vigorosos esfuerzos y del terrible fuego de su artillería. En esta jornada entraron en acción 30.000 japoneses. El general Stackelberg decidió entonces tomar la ofensiva, para lo cual durante la noche del 14 al 15 reforzó su ala izquierda con una gran parte de su reserva, con el objeto de arrollar el ala derecha del enemigo; pero cuando había comenzado en la mañana del 15 este contraataque y la situación de los japoneses se iba haciendo crítica, recibieron éstos un refuerzo de 15.000 hombres que decidió la batalla, viéndose los rusos obligados á retirarse sin poder siquiera recoger todos sus heridos y dejando en poder del enemigo 14 cañones. Las pérdidas de los rusos, según datos oficiales fueron: 34 oficiales y 826 soldados muertos, 68 oficiales y 1.607 soldados heridos, y 13 oficiales y 835 soldados abandonados en el campo de batalla. Según noticias de otros conductos, se elevaron á 7.000. Los japoneses dicen que las suyas no pasaron de 900, pero esta cifra no parece ser la verdadera; dado lo encarnizado de aquella acción, es de suponer que sus bajas fueron mucho más importantes. Rusos y japoneses se batieron heroicamente, y momentos hubo en que la lucha fué cuerpo á cuerpo; pero lo que decidió la batalla fué la superioridad de la artillería japonesa, que funcionó con precisión maravillosa.

Ocioso es decir cuál impresión ha causado en Rusia la noticia de esta nueva derrota, en la que se ha puesto de manifiesto una vez más que los japoneses, dondequiera que se les ataque, siempre tienen á mano fuerzas más numerosas que sus adversarios y disponen de una artillería inmejorable.

Lo que ahora preocupa es la suerte que pueda caber á la división Stackelberg. Después de la jornada de Vafangú emprendió su retirada hacia el Norte, sin verse perseguida por los japoneses; pero en la noche del 16 al 17 hicieron éstos una tentativa para envolverla, obligándola á levantar á toda prisa el campamento y á realizar una marcha de noche. Mas no es esto lo verdaderamente alarmante, sino el movimiento de otro cuerpo japonés destacado por el general Kuroki desde Sin-Yen, adonde ha trasladado según se dice, su cuartel general, para cortar la retirada á las tropas de Stackelberg y cogerlas entre dos fuegos. El general Kuropatkine, previendo este movimiento, ha enviado numerosas fuerzas para proteger á éste, y toda la cuestión estriba ahora en ver si estas fuerzas podrán ponerse en contacto con las de Stackelberg, antes de que haya alcanzado á estas últimas el mencionado cuerpo enviado por Kuroki.

El corresponsal de un diario inglés dice, afirmando que lo sabe por autorizado conducto ruso, que la escuadra del Báltico no irá al Extremo Oriente. Sin dar á esta noticia más valor del que puede tener un informe periodístico, conviene tenerla en cuenta y aun puede decirse que no parece del todo descabellada. En efecto, una escuadra no puede sostenerse si no dispone de una base de operaciones y aprovisionamiento, de un puerto de refugio y de descanso. Ahora bien, ¿cuál será ese puerto para aquella escuadra? El de Puerto Arthur hállase bloqueado y está en peligro de caer en poder de los japoneses, de modo que para entrar en él dicha flota habría de librar un combate; y en caso de que éste le fuese desfavorable, ¿adónde iría luego? El puerto de Vladivostok está obstruído por los hielos durante seis meses y lo estará precisamente cuando aquella escuadra llegue al Extremo Oriente.

En tales condiciones, ¿no podría ser que realmente la escuadra de refuerzo no saliera del Báltico? Poco hemos de tardar en salir de dudas.—R.

NUESTROS GRABADOS

La Real Sociedad Filarmónica Cordobesa.—Con motivo de las fiestas del Corpus celebradas este año en Granada, la Real Sociedad Filarmónica Cordobesa dió dos notables conciertos en el Palacio de Carlos V de la Alhambra, habiendo conseguido un éxito completo. Dicha sociedad, según puede verse por la fotografía que en la última página de este número reproducimos, es muy nutrida, y se compone de valiosísimos elementos.

∴

RECTIFICACIÓN. – El cuadro *Carta amorosa*, que reprodujimos en la página 418 del número último, no es obra de don Ricardo Martí, como equivocadamente dijimos, sino de nuestro distinguido y antiguo colaborador D. José M.ª Marqués.



El mariscal MARQUÉS DE YAMAGATA, general en iefe del ejército de operaciones japonés

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Círculo Artístico. – Exposición Tusquets.* – Ha pocos meses, y al dar cuenta en las columnas de esta Revista del fallecimiento en Roma del que fué distinguido artista y cumplido caballero Ramón Tusquets, procuramos, siquier fuese someramente, dar á conocer su significación y la importancia de la labor que realizara durante el curso de su laboriosa existencia. Hoy, gracias á la nobilísima iniciativa del Círculo Artístico de esta ciudad, puede estudiarse y conocerse la valía del malogrado pintor catalán en la Exposición que ha organizado en sus salones de más de un centenar de sus obras, correspondientes á diversos períodos y á varios géneros y procedimientos. Los cuadros de costumbres romanas, que son los primeros que le dieron celebridad, los que recuerdan y retratan nuestras provincias meridionales y de carácter histórico, vense en la exhibición, siendo causa de embeleso y alabanza del público y de los inteligentes. Entre ellos figuran algunos que el artista no había dado á conocer, como el titulado *Panisars*, que evoca el recuerdo de aquella gloriosísima jornada, de aquel episodio tan interesante de la historia de Cataluña, en el cual el artista representa la escena con grandeza y sobriedad, siendo, á no dudar, una de sus más preciadas producciones. Por lo que representa y por su valía como manifestación artística, merece figurar en el Museo de Bellas Artes, para donde debería adquirirla nuestro Municipio.

Aplauso merece el Círculo Artístico por el homenaje que ha rendido á un compañero ilustre, teniendo quizás en cuenta que al dar este público testimonio de respeto y consideración, dignifica al arte y le enaltece.

En la sesión inaugural de esta exposición, nuestro querido compañero de redacción D. Antonio García Llansó leyó un trabajo crítico-biográfico de Tusquets que fué muy aplaudido y que todos los periódicos han calificado de notable é interesante.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se ha estrenado con gran éxito en el Eldorado *Don Gil de las calzas verdes*, bellísima comedia en tres actos de Tirso de Molina, muy bien refundida por D. Tomás Luceño, que interpretaron admirablemente la Sra. Pino y los Sres. García Ortega y Balaguer, á quienes secundaron con gran acierto las Srtas. Catalá y Bremón y demás actores, para todos los cuales ha habido muchos y muy justos



El contraalmirante ruso ROSCHDESTWENSKIJ, comandante de la segunda escuadra del Océano Pacífico

aplausos. La obra ha sido puesta en escena con lujo y propiedad.

La «Associació Wagneriana» ha dado una interesantísima audición Schumann, organizada por el notable maestro Enrique Granados. En ella se ejecutaron el *trío op.* 63 para piano, violín y violoncelo, por los Sres. Granados y Huguet y la señora Vidal de Montoliu; las *Escenas infantiles* por el Sr. Granados; cinco *Lieders* que cantó la Srta. D.ª Francisca Marcé; y la *Novelette op.* 21 y el *Allegro op.* 8 por el Sr. Frank Marshall. La interpretación de todas estas piezas fué admirable, habiendo merecido calurosos aplausos todos los artistas que tomaron parte en el concierto. Antes de éste, D. Manuel de Montoliu leyó un interesante estudio crítico-biográfico del gran compositor alemán.

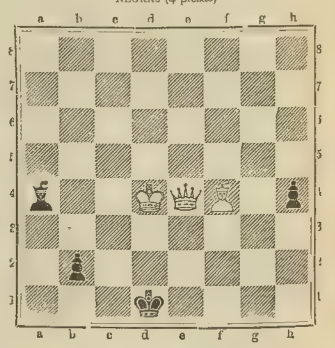
Con el nombre de «Autómatas Narbón» se ha inaugurado recientemente un curioso espectáculo, en el que figuritas automáticas muy bien dispuestas representan comedias, pantomimas, etc. La presentación escénica es notable, así por el lujo de los trajes como por las decoraciones, que son obra de los reputados escenógrafos Sres. Moragas y Alarma.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 371, POR S. GOLD.

NEGRAS (4 piezas)



BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 370, POR W. A. SHINKMAN.

Blancas.	Negras.
1. Dh5-f7	1. Rc4 c5
2. Ra3-b4	2. Re5-d6
3. Th2-h5	3. Rd6-c6
4. Th5-h6 mate.	

VARIANTES.

	2...............	Re5-e4;	3. Th2-e2j., etc.
	2...............	Re5-d4;	3. Th2-e2, etc.
1..... Rc4-d4;	2. Df7-c6,	Rd4-c5;	3. Th2-h4, etc.
		Rd4-c3;	3. De6-d7, etc.
		Rd4-d3;	3. Ra3-b4, etc.
1..... Re4-e3;	2. Ra3-b4,	Re3-e4ód4;	3. Th2-e2, etc.
		Re3-d3;	3. Df7-e6, etc.
1..... Re4 d3;	2. Ra3-b4,	Rd3-d4óe4;	3. Th2-e2, etc.
		Rd3-c3;	3. Rb4-c4, etc.



Mientras él paseaba, hacía versos ó en su biblioteca acababa de corromperse, la mamá y la hermana velaban sobre la costura

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—*Ma* no, protestaba el toscanito; no, no.

Eran los tres excelentes muchachos, serviciales y fieles á carta cabal. Guardarían el secreto como una *tomba*. Luego, ¿á quiénes de mayor confianza podía recurrirse? Y como se les gratificaría copiosamente, á Nero y al cura con bonitos regalos, y á los otros dos con buenos billetitos de Banco...

—¡Sí, sí; échale que no se derrame; si creerás que guardo un Potosí dentro del colchón! La mitad de la pensión nos la comemos Pantaleona y yo, y de mis economías, con estas andanzas no quedará migaja: te he comprado tu traje completo, las botas de charol que deseabas, la docena de camisas, la media de corbatas... ¡Los muebles! ¿Y los muebles? Mil pesos en conjunto, y aún me quedo corta. Dirás que más vales tú, y dirás verdad; pero con el poderoso don Dinero, que leí yo en un almanaque, hay que andarse con muchos miramientos. En fin, les coseremos la boca á tus compadres con una buena aguja de oro, y que *me cueste el celeste* si tanto le deseo. ¡Ay! Fortunato...

Sentado ahora sobre la caja más próxima, él sonreía; y la dama, cuya sangre criolla, mezclada de no pocas gotas de india, corría alborotada por sus venas, quemando los salientes pómulos, le alargó el ramito de diamelas y flores del aire.

—Toma, las he cortado para ti, dijo apasionada, yo misma, de mis plantas. ¡Ay, Fortunato! Tengo deseos de reir y de llorar: siento cosas muy raras y se me ocurren disparates muy grandes; no duermo, no como, no vivo... Nunca me ha pasado nada semejante: mi vida ha sido siempre tranquila y triste, lo mismo el hoy que el ayer, hasta que te conocí, ¡qué revolución! ¡Qué cambio! ¡Qué manera distinta de verlo todo, como si me hubieras puesto otros ojos, y metido otras idas, y colocado en el hueco de mi corazón otro corazón, ó tal vez inflamado el antiguo! ¡Qué sé yo! Maduro y todo no ha sabido resistir. Para mí, eres el diablo en carne y hueso. ¿Ves aquella araña de la ventana y la mosca prendida de las patas, temblando en la tela? Pues la mosca soy yo, y tú la araña pérfida... Repito que me has cambiado el corazón, porque yo antes quería mucho á Pantaleona, como hermana..., como hermana mía que es, y hoy la he tomado inquina de ver que te odia: si odia al inquilino, figúrate cuando llegara á descubrir la verdad... ¡El jueves á las tres! ¡Qué largo se me va á hacer el tiempo, Fortunato!

En la tienda se oía el vozarrón de Giácomo:

—*Trinta e tre, trinta e quatro, trinta e cinque...*

Al galán le pareció que la situación exigía una palabra siquiera de esas usuales en los lances de amor, y la dijo con mucho fuego, cual si realmente sintiese lo que decía, mirando á la puerta por temor de que el guasón de Nero le oyera; misia Jeromita contaba las lentejuelas de su abanico.

—Cállate, ¡mentiroso, falso! ¿Acaso no ves que soy una vieja? Los italianos sois todos así, buenos para cómicos.

El afirmaba que la fruta madura es la mejor, con otras galanterías de este jaez que á la solterona sabían á mieles; ¿qué importan los años, cuando el corazón se mantiene joven?, y además, no sumaban tantos: ella había cumplido, la verdad, la verdad, los treinta y nueve el 5 de febrero...

—*Trinta e nove*, gritó Giácomo desde la tienda.

—Parece que me hubiera oído y se burlara, observó alarmada la señora; cierra esa puerta, Fortunato..., no, no cierres, que á esa gentuza no se le ocurriría cosa buena. Me voy, pues he de ver todavía al mueblero. ¿No necesitas nada? ¿La ropa te cae bien? Si quieres, te compraré un buen sobretodo, porque ya está el invierno encima y el Caballito es frío..., sí, sí; no me digas, que te lo compraré con vueltas de terciopelo negro. ¡Cómo te sentará el terciopelo! ¡Cuidado con las conquistas, señor florentino! Porque te advierto que soy muy celosa, soy una *Otela*. ¡Hay que temer á las americanas!, ¿eh?

De pie uno y otro, insistían en los detalles del programa, no fuera á fallar alguno y se malograse la empresa. Nuevamente mostró la dama su miedo de confiar tan grande secreto á los dos dependientes, y convinieron en que, si bien después del jueves abandonaría Fortunato la mezquina alcoba de Barbarossa, seguiría desempeñando su empleo en la tienda, no sólo por distracción y hasta por necesidad, pues debe tener el hombre ocupación que le evite los peligros de la holganza, sino porque el roce diario de los compañeros, á quienes la fatalidad trocaba en cómplices, permitiría vigilarles y matar en flor los pujos de delación, que para guardar secretos no hay arca bastante segura. Luego, para la misma Pantaleona, cuya suspicacia era conveniente adormecer, el entra y sal de todos los días demostraría, mejor que muchos razonamientos, el apego al trabajo y la seriedad del que, para ella y para los vecinos, para la sociedad en general, y en particular para el Gobierno, había de pasar por el inquilino de las señoras de Pérez Orza. Fortunato, gravemente, manifestábase conforme con *tutto* lo que la dama expresaba, intercalando un *¡ecco!* de aprobación á cada *¿no te parece?* de duda ó desconfianza; y ella no se marchaba, vaciando el saco de advertencias hasta que se viera el fondo.

De pronto, echó mano al bolsillo y sacó dos objetos: una cartera y un estuche.

—Me olvidaba de lo principal, susurró alegremente; esta sortija que te traigo, de montura antigua: el brillante es muy bueno, mírale. Perteneció á mi madre; fué su regalo de boda. Dame la mano, que quiero ponértela yo... ¡Qué mano de príncipe tienes! ¿De príncipe? Muchos habrá por las Uropas que te la envidiarían. Te queda que ni pintada. ¡Ay! Fortunato, esta acción es simbólica, y sin duda Dios la bendice desde el cielo: representa el acto de nuestros desposorios... ¡Ya me entran ganas de llorar! Bueno, ¡serenidad, Jerónima! A ver, ¿qué otra cosa pensaba darte? Si no me acuerdo... Te lo he dado todo, Fortunato: ¡hasta el corazón! ¡Ah, sí! Esta memoria... Gastos habrá que hacer para la ceremonia, los derechos parroquiales, propinitas al sacristán, coches, algún refresquito con que obsequiar al señor cura, etcétera; toma cien pesos y sanseacabó. Que Dios nos ayude. Hasta el jueves, Fortunato.

Rendido, el toscanito la besó la mano.

—Déjame, que pueden vernos. Adiós, hasta el jueves.

Salió de la trastienda, abanicándose y fingiendo hablar de generalidades.

—¿De veras, Sr. Lucca? ¿Cree usted que tendremos cambio de tiempo? Aunque estamos en otoño, el calor es sofocante...

Barbarossa y los otros la saludaron al paso con exagerada urbanidad; pero tan pronto como se perdió en el revuelto enjambre de la acera, en los carnudos labios del patrón asomó la primitiva sonrisa que, contagiando a todos, transformóse en general carcajada; Giácomo, sobre la cúspide de la escalera, desencajaba las mandíbulas como un epiléptico; Pietro Calli, por meterse los puños en los ijares, abandonó la banasta y la tarea; el viejo Nero se despellejaba la nariz; Barbarrossa reventaba, y Nero el chico, con voz de barítono muy fuerte, haciendo piruetas delante de Fortunato, entonó la romanza aquella que empieza: *Una nuova conquista...*

¡Colombo egregio, *salute!*, vociferó Barbarossa.

—*¡E quando s'incomminciа!*, cantó Felipito Nero con música de *Mefistófeles.*

—¡Ja, ja, ja!, aullaban Pietro y Giácomo.

—*¡Signori*, silencio!, ordenó el viejo Nero haciendo sonar el badajo de una enorme campana que de un madero pendía, y destinada, sin duda, á alguna iglesia de pueblo.

El campanazo fué atroz y retumbó en la tienda como si hubieran disparado una pieza de artillería. Los que pasaban se asustaron; y los carreros que en la calle, ayudados de los tres mozallones, cargaban las mercancías, acercáronse curiosamente á la puerta, echando sobre los ojos el chambergo, con quiebros de cadera, porque *¡pucha!* parecía que los gringos estaban de *farra...*

—¡Brindo por la *fidanzata!*, gritó Giácomo asiendo un balde que había en el estante.

—*¡E viva, e viva!*, aplaudió Pietro.

Y todos rieron más alto, Barbarossa al punto de querer saltársele los ojos inyectados y lacrimosos, porque Felipito coronó á Fortunato con una rama de hierro colado, y le ofreció de cetro una pala de chimenea; y como el toscano, antes que enfadarse, saludaba al concurso dando gracias con burlesca prosopopeya, arreciaba la chacota, y Nero, el viejo, hubo de soltar otro campanazo horroroso.

Entonces el patrón, muy serio, hizo un gesto de mando, y lo mismo los mirones de la puerta que los dos risueños dependientes, prestaron de nuevo los lomos al trabajo.

Cálidas bocanadas entraban de la calle, que incendiaba el sol de marzo, y donde carros y tranvías disputábanse el estrecho paso con trompeteo incesante, latigazos, juramentos é ingrata algarabía. Fortunato había cogido de las solapas á Felipito Nero, y le hablaba vivamente, en un ángulo; y sus gestos, harto elocuentes, eran los de dos personas que en un principio disputan y al cabo se convencen y fraternizan; porque la cara morena de Felipito expresó asombro, duda, indecisión, disgusto, benevolencia y alegría franca, y conforme aparecía reflejada una de estas impresiones, manoteaba el otro, exaltábase, insistía, se enojaba y tornaba á machacar y á enojarse, hasta romper ambos en una risotada.

—¿Para el jueves, á las tres?, preguntó el joven Nero ahogándose.

—*Ecco*, eso es, respondió el toscanito haciéndole coro.

Felipe se apoyó en el mostrador, vencido por la hilaridad; Fortunato no podía hablar, amordazado por el pañuelo. Se miraban, y la nueva explosión de risa les sacudía con dolorosos esfuerzos.

—*¡Ancora!*, exclamó Barbarossa. ¿Qué estáis tramando? ¡Ah, *briganti!*

Giácomo y Pietro dejaron nuevamente paquetes y banasta, escarabajeados del deseo de tomar parte en la francachela: se volvían, con las bocazas abiertas, retozándoles en la garganta la carcajada estúpida, y también Nero, el padre, con gruñidos de curiosidad. ¿Qué sucedía? ¿De qué se burlaban los dos? *Diavolo* de chicos...

—Pregúntenselo ustedes á Fortunato, dijo Felipito casi llorando.

No, que lo diga él, indicó Fortunato, más con el ademán que con la palabra.

Y Felipe, apretándose la barriga, se acercó al oído del padre y le secreteó buen rato; luego á Barbarossa, y á Pietro y á Giácomo, que descendió de las alturas. Y todos se rieron locamente, estrepitosamente, como al principio; desplomado Barbarossa sobre el mostrador; Giácomo en brazos de Pietro; Nero, el padre, en el escritorio... Callaban y volvían á reirse, siendo todo esfuerzo inútil para detener la desbordada jarana, ni el mismo gesto del patrón, mueca de broma que no llegaba á adquirir la necesaria rigidez del mando.

Felipe, Giácomo y Pietro cantaron aquello de *Alle tre, alle tre...*, haciendo reverencias á Fortunato; y otra vez le pusieron la corona de hierro y le pasearon en triunfo. Barbarossa mismo tamborileó sobre un balde con un par de clavos largos, y el viejo Nero se colgó del badajo de la campana, *plum, plum, plum*, que no parecía sino que tocaban á fuego.

Entraban los mozos empujando la vagoneta vacía y en ella hicieron subir al alegre toscanito, proclamándole el más travieso de los traviesos del mundo. Retorciéndose de risa, Fortunato, con el dedo sobre los labios, les recomendaba discreción.

Y Barbarossa, Felipito, Nero el viejo, Giácomo y Pietro, entre el alboroto del balde aporreado y las campanadas, respondían:

—¡Ja, ja, ja!

III

Para misia Elvira, la viuda de Cadenas, era cuestión difícil *juntar los dos cabos*, que decía Jorgito, ó sea concertar la armonía en los gastos y los ingresos de manera que el presupuesto mensual quedara debidamente cubierto, sin merma de necesidades ni de intereses; porque los sueldos del chico no bastaban para todo, y la costura daba tan poco de sí, que la sobra de trabajo en unos meses apenas resarcía su falta en el resto del año, y juntando entradas vivían, ¿qué ha de llamarse holgura á la decencia con que sabían vestir la estrechez?, vivían discretamente, sin sacar pie ni mano fuera de la sábana mezquina, para no enterar al público de lo que nada le importa. Asimismo, y á pesar de que muchas noches se pasaban en blanco, sobre la máquina, no hacían vida tan aperreada que mereciera la compasión: pues, gracias sin duda al sabio administrar de misia Elvira (y sus buenas cavilaciones la costaba, sumas, restas y un tejemaneje de arbitrista sagaz), nunca escaseó el puchero, ni dejaron ellas de lucir la última moda y Jorgito de pasearse hecho un figurín.

La casa que ocupaban, una planta baja de apariencia modesta, estaba muy bien arregladita; la sala, que servía á la vez de estrado y para pruebas, ostentaba una sillería de palo santo y terciopelo de lana, que debía proceder de los buenos tiempos del difunto D. Jorge, cuando el comercio de clavos no se había contaminado todavía de la fiebre especuladora y practicaba el sano sistema de *tanto compro, tanto pago, tanto vendo, tanto cobro*, el cual no improvisará millones, pero da cimientos sólidos y pan seguro, y á la larga también prosperidad indiscutida; no fueran los maniquíes de paja, á medio vestir con las faldas hilvanadas, los patrones de transparente papel revueltos sobre la consola, la Singer junto á la ventana, en plena luz, y las láminas de colores pegadas al cristal sin visillos, estiradas muñecas pregoneras del arte modistil, esta salita burguesa chocaría por la ausencia de pretensiones y de mal gusto, adorno obligado hasta en aquellas que el dinero puede disfrazar con el lujo. Las demás habitaciones, rígidamente enfiladas según el antiguo plano de rigor, aparecían pulcras y alegres, y la mejor de todas, el despacho de Jorgito (porque Jorgito tenía despacho, ¡vaya!), con una librería de nogal, una mesa ministro, un sillón de respaldo alto y cortinas y butacas de estas que quieren ser de Persia y descubren al más ciego la mentira; todos los *casos* raros de la literatura francesa en los últimos años, engendros y abortos de la imaginación enfermiza, figuraban en la biblioteca: como en un laboratorio nadando en el alcohol dentro de frascos de cristal, tenía Jorgito los in-octavos de tapas amarillas en los estantes del armario, y sobre la mesa aquellos apenas desflorados por la plegadera de hueso, que, cruzada encima del libro abierto, marcaba la página donde la obligación hubo de disputar el espacio á la afición nociva.

Reinaba en el testero el retrato fotográfico de don Jorge, en la mala compañía de algunos de los dioses literarios objeto del culto fervoroso del poeta; y estaba el pobrete del comerciante como si quisiera salirse del cuadro, espantado acaso de verse en aquel cenáculo, donde recibía su hijo la visita de la musa histérica que le inspiraba, y flotaban los miasmas de las ideas deletéreas almacenadas en tanto libraco, pudridero donde asfixiábase el alma y languidecía. Preso por el cristal, D. Jorge había asistido al doloroso espectáculo de la lucha entre los bellos ideales, flores que engalanan la juventud, y los feos gusanos de la librería, y deshojarse una á una y marchitarse todas, allí, sobre la mesa-ministro, cayendo de la rubia cabeza de Jorgito, como del rosal cuando le sacude el viento; mientras la musa pagana, desgreñada y flaca, le estrujaba el corazón hasta secarle todo.

Así, desorientado y sin fe, vagaba el poeta á flor de tierra, dando testarazos, como pájaro al que han arrancado los ojos, y desplomábase después de revuelos inútiles, herido de impotencia en plena virilidad intelectual.

Las horas que el empleo y el amor le dejaban libres, dedicábalas al coloquio de sus amigotes de los estantes, ó al estéril ayuntamiento de la pluma con el papel, bajo la mirada del padre azorado; y decía misia Elvira que, en sumergiéndose en su ocupación favorita, no le distraían el machacar de la máquina vecina, las canciones de Agueda, la criada paraguaya, ni las jugarretas en el patio de la correntona Evangelina, la hija de Agueda; pues para traerle á la realidad y llevarle al comedor, tenía ella que cogerle de un brazo y Dolorcitas de otro, y aun así no recuperaba el sentido.

Si la viuda de Cadenas no poseyera las dotes administrativas apuntadas, ciertamente que no es Jorgito quien, con su consejo y con su ayuda, la saca de apuros; él limitábase á poner en las manos maternales las dos terceras partes del sueldo cada mes, y no se ocupaba de cuentas caseras, entrometimiento de mal gusto. Mientras él paseaba, hacía versos ó en su biblioteca acababa de corromperse, la mamá y la hermana velaban sobre la costura, y con su aguja infatigable vestían á las muchas parroquianas del barrio, y enmendaban las deficiencias que la escasez del sueldo de Jorgito producía desgraciadamente de enero á enero. ¡Ay! ¿Por qué el Estado, el padrino nacional, no se acordaba de ellas? Misia Elvira, á la muerte de D. Jorge, fundándose en que éste desempeñó de mozo un cargo en la Aduana, buscó empeños por que la concediesen viudedad, y de todas partes la despacharon con grosería. ¡Qué ingratitud! ¡Qué injusticia! Si se jubila á los válidos y se pensiona á los ricos, ¿por qué abandonar en la pobreza á la familia de un hombre honrado que dedicó tres años de su juventud al servicio público? La gruesa señora enarbolaba las tijeras abiertas, indignadísima. Gracias que le colocaron á Jorgito, y de esta manera pagó el Estado á medias, y muy cicateramente, la deuda que con los Cadenas tenía.

Una esperanza halagaba á misia Elvira, pero ¡cuán remota!: la de que les saliera á los chicos *una buena proporción:* que Jorge y Dolorcitas se casaran bien, pareciéndole el matrimonio la operación comercial de más seguros resultados; de la figura de Jorge y de su talento podía enamorarse la más pintada, y el bonito talle, la palidez romántica y las gracias todas de Dolorcitas atraer al solterón más recalcitrante; la niña, adivinando por instinto el deseo de la mamá, que era el suyo propio, aunque no lo confesara, se sentaba en la ventana todas las tardes con la paciencia de un pescador de caña, y pasaban los tranvías y los meses, sin que pez alguno, ni gordo, ni chico, cayera en la red de sus hermosas pestañas. En cuanto á Jorgito, ya sabemos que los ecos melancólicos de la *Plegaria de una virgen*, al brotar de los dedos expresivos de Pantaleona, cautivaron su musa vagabunda.

Francamente, no agradó en un principio á misia Elvira el noviazgo con la menor de Pérez Orza. Las conocía muy bien (eran sus parroquianas antiguas) y las estimaba de veras, pero ella ambicionaba para su hijo mujer de más fuste, de más jugo pecuniario, que en la *high life* abundan, y, según fama, no pecan de orgullosas ni difíciles; el aluvión de clases y nacionalidades que revuelve, socava, confunde y transforma la sociedad argentina, podía subir á Jorge á la superficie de un momento á otro; ¿á qué, pues, precipitarse y desbaratar el acuerdo probable de la suerte? En lo de inventar quimeras, no le iba ella en zaga al poeta, y dando puntadas ó tijeretazos, discurría sin concierto por los campos de la fantasía, y ya le aparecía Jorgito hecho ministro y casada Dolorcitas con un millonario, alemán ó turco; ya les tocaba el gordo de la lotería y quebraban la aguja para siempre. Cuando todo se espera de lo alto y en la eficacia de la ayuda ajena se confía á ciegas, no es raro admitir con displicencia los favores de la fortuna, mirándoles el pelo, que no luce tanto como lo pretendiera la ambición: Pantaleona no sería lo que se llama *un partido;* pero, futura heredera de la casa y de la pensión de misia Jeromita, ningún servicio la hacía el señor poeta con brindarla su mano pelada.

Acaso tuvieron sus dimes y diretes madre é hijo sobre el particular, y debió vencer la razón, porque misia Elvira estrechó su amistad con las de Pérez Orza al punto de estar siempre juntas: en una casa ó en otra armaban diariamente la tertulia, y cuando el trabajo era muy urgente en la de Cadenas, donde Leona las ayudaba, tan mañosa en lo de pespuntear, dobladillar, pegar forros y cortar nesgas, que misia Elvira y Dolorcitas, dos maestras, se maravillaban, ahuyentando á Jorge para que no la distrajera, y riéndose todas de verle por los cristales del patio atisbar como un moscón á quien echó fuera el plumero.

Igual pena sufría siempre que, instigado por sus

arranques de pollo enamoradizo, atrevíase á husmear en la sala en el crítico momento de la prueba, haciéndose el sorprendido. ¡Y cuidado que tenían las Cadenas buena parroquia! Especialmente en el verano, cuando las quintas de los alrededores se llenaban, y Agueda, la paraguaya, suspendía los viajes casi diarios á la ciudad para la entrega y recibo en los *registros* de los uniformes de tropa, último recurso á que acudían en tiempo de escasez. La tertulia entonces estaba animadísima: la pequeña Evangelina y Agueda iban y venían con el mate espumoso, y lenguas y tijeras se meneaban á más y mejor, bajo la luz de la lámpara y la caricia de los perfumes del patio; las dos de Pérez Orza, la mujer y la hija del médico inglés, la institutriz de los niños de Blümen, tres vecinas guapísimas del lado, á las que llamaban las tres Marías, y otras de la ciudad, que se renovaban cada noche... ¡Pobre de Jorgito si metía la pata en el cotarro! Le picoteaban y zaherían, consintiéndole sólo permanecer entre ellas cuando el trabajo había concluído.

Misia Elvira se vanagloriaba de ser una Prisco legítima, si bien de la rama pobre, y hallarse emparentada con los riquísimos Sangil; de esta manera excusaba ella, ó creía excusar, la situación que al oficio de modista la había arrastrado, persuadida de que si el D. Jorge viviera, á pesar de la quiebra y de los malos tiempos, rehecho, gracias al auxilio de D. Pepe Sangil, ocuparía la familia el lugar que en la alta sociedad la correspondía. A la verdad, sus relaciones eran numerosísimas y muy granadas: hoy las enviaba un billetito Graciana Sangil, la de Pozuelo, invitándolas á que la acompañaran á comer; también las llevaba con frecuencia á la *cazuela* de la Opera, y las de Paso las ofrecían el coche, enfadándose cuando no lo aceptaban. Esponjábase la viuda con tan señaladas atenciones, y en ocasión de prueba ó de tertulia se la oía decir, puesto al cuello, como una estola, el metro de seda, erizada la boca de alfileres ó hilvanando una pieza:

—No te olvides, Dolorcitas, que mañana comeremos con tu prima Gracia. La pobre es una mártir: la ha salido el marido atroz, y nosotras la distraemos mucho, la consolamos, de modo que no puede pasarse sin nosotras. ¡De algo ha de servir el parentesco! También, si te parece, Dolorcitas, nos acercaremos á ver cómo sigue Segundita Paso, que está con su pierna, tan pronto se le hincha como se le deshincha, y los médicos sin entenderlo... ¡Ah! Pero necesitamos antes concluir la *pollera* verde. ¡Jesús! No sabe una cómo cumplir con las relaciones y la obligación, esta triste obligación...

Pues, señor, ocurrió que pasaron tres días sin que las de Pérez Orza parecieran por la tertulia de Cadenas; éstas no iban tampoco á visitarlas, á causa de una labor urgente que tenían entre manos, y Jorgito, aunque paseó la acera de un cabo al otro, no logró echarle la vista á la esquiva. Fué Evangelina disparada con un recado, y trajo el de que *la niña* estaba en cama, atacada de neuralgia. La mamá y la hija se enternecieron. ¡Con neuralgia Leona! Ya irían á verla, se terminara ó no la bata de la señora de Blümen.

Aquella noche, en la sala cerrada, porque el relente de marzo empezaba á molestar, la jaqueca de la vecinita fué tema principal de conversación y motivo de que la mayor de las tres Marías soltara el siguiente disparo:

—¡Ah! Pero ¿usted no sabe? Es toda una historia eso de la enfermedad de Leona...

La imprudente recibió de las dos hermanas un pellizco y un pisotón; mas la bala había partido y no podía recogerse. La viuda y Dolorcitas se volvieron á interrogarla, en ristre las agujas, con movimientos de extrañeza: «¿El qué? ¡Una historia! ¿Qué historia?..» corriendo á la María mayor; y la segunda María y la tercera la disculpaban: «Cosas de ésta; no le haga usted caso, Elvira...» Tosió la institutriz, una señora fea, que parecía muda porque nunca hablaba, y la médica y su hija, á quien en el barrio conocían por la *Escopeta*, sin duda á causa de su estatura y de lo magra que era, sonrieron y se dijeron con los ojos:

—Ya verás la que se arma. Nos vamos á divertir.

—Si yo creí que ustedes lo sabían, insistió la bella deslenguada; no se habla de otro asunto en el barrio; ¿verdad, Emma? ¿verdad, Lili? María Tránsito y María Carmen están enteradas tan bien como yo... como todas... porque todas... ¡por Dios, si no es tapujo ni secreto!

La señorita Emma, la institutriz y Lili, la por mal nombre apellidada la *Escopeta*, eludieron discretamente el solicitado testimonio con un fruncimiento de morro, que significaba:

Con nosotros no cuentes para salir del atolladero.

En cuanto á las Marías menores, sus caritas de vírgenes bobas no expresaban nada y recibieron la alusión impasibles.

—Pues si no es tapujo, destápalo, dijo misia Elvira con impaciencia; y aunque lo fuera... Estos días he dejado de ir á casa de Jeromita por mil razones: ¡la costura la come á una el tiempo!, y ellas tampoco han venido... ¿Qué ha pasado? Venga esa historia, María Rosa; ya me pica la curiosidad.



Cuando queremos espiar algo que nos interesa...

—Y á mí, exclamó Dolores.

—Allá va la historia, repuso decidida María Rosa; y conste que en ella no hay un ápice de cuento. Empiezo: hace unos días, el lunes de Pascua...

La viuda de Cadenas se había levantado y sobre el maniquí ensayaba el corpiño de alepín recién hilvanado; prendía un alfiler, rectificaba una puntada y ofrecía un comentario á la narradora.

—¿Que las oiste dar voces esta mañana? Esto te ocurrirá á menudo; como vives frente al paredón, calle por medio... Jeromita tiene el genio fuerte... Dime, ¿no se descubre el jardín y la huerta desde tu casa?

—Sólo con subirse encima de un banco, apuntó María Tránsito, la segunda.

—Yo la oí gritar, continuó María Rosa; la oí gritar esta frase: «¡Lo que me dé la gana!»

—Lo mismo que le soltó á Monreal. ¿Te acuerdas, mamá? intervino Dolores. La noche de las estaciones estaba furiosa.

—Lo mismo, dijo la señora descosiendo de un tirón un volante; francamente hasta ahora no le encuentro yo pies ni cabeza á la historia de María Rosa.

—Espere usted, Elvira: he recordado lo de los gritos del lunes de Pascua, porque acaso pudieran tener relación con los acontecimientos posteriores. Bueno, adelante. Observen ustedes que desde el lunes no hemos vuelto á escuchar en el barrio los lamentos de la *Plegaria:* ni Leona ha tocado el piano, ni se ha puesto á la ventana, ni ha visitado á ninguna de nosotras... Usted, Elvira, opondrá el argumento de que está con jaqueca; pero esa es la disculpa conocida: á nosotras nos produce jaqueca todo lo que nos contraría. Tengan presente ustedes estos síntomas: gritos, jaqueca y encerrona, síntomas graves. Y pasemos ahora á lo sucedido después: anteayer, papá, de vuelta de su escritorio, me pregunta: «¿Se mudan las de Pérez Orza?» «¿Por qué?, le dije yo sorprendida.» «Porque ahí está un carro con muebles delante de su puerta.» Ya se sabe: cuando queremos espiar algo que nos interesa, nos subimos al banco que dice María Tránsito, y es el mejor observatorio que ustedes se imaginarían; desde la ventana no podíamos ver el carro, porque la puerta de Jeromita está en la calle Real y nosotras en el callejón, pero nosotras dominamos todo el interior: las habitaciones, el jardín, la huerta... Si lográbamos descubrir la salida de muebles, sabíamos á punto fijo lo de la mudanza. Confieso que tuve la debilidad de subirme en el banco..., y en efecto...

—¿Qué?, exclamaron misia Elvira y Dolorcitas, ¿se mudan?

—No, señor; ¿qué han de mudarse? Los muebles entraban, no salían; unos muebles de nogal, nuevos, y los metían en la pieza junto al comedor, ¿para qué?, preguntarán ustedes... Sebastiana, á quien se encontró en el almacén la mulata Aurora, asegura que sus señoras han alquilado la pieza grande...

Misia Elvira rechazó el maniquí y se sentó frente á María Rosa. No comprendía, ¡vaya!, no acababa de comprenderlo. ¡Alquilar piezas las de Pérez Orza! ¿A santo de qué? ¿Las habían suprimido la pensión? La crisis, causa funesta de tanto descalabro financiero, de lutos y de ruinas, ¿también las alcanzaba á ellas, las ahijadas del Estado? ¡Si no podía ser!, porque ni misia Jeromita, ni Pantaleona la dijeron palabra jamás que revelara temor de desahucio, apuro pecuniario ó intención de arrendar parte de la casa... ¡En fin, allá ellas! Cuando lo habían hecho, sus buenas razones tendrían; á fe que, tan meticulosa como era la señora, ocuparía la pieza *una inquilina* muy respetable... Sonrieron las tres Marías; volvió á toser la señorita alemana; la médica y la *Escopeta* carraspearon, y unas á las otras se transmitían ojeaditas burlonas: «¡Una inquilina! ¡Qué risa! ¡Pero qué inocencia angelical la de esta buena amiga!» María Rosa rectificó la primera:

—Precisamente, Elvira, eso nos confunde á todas y causa mayor asombro: ¡la inquilina no es tal inquilina, es inquilino! ¿Se espanta usted también? Pues oiga usted: y no es ningún viejo, sino un mozalbete, un joven de veinte años... Acabo de verle, le hemos visto todas, ¿verdad, Lili?, ¿verdad, Emma?

Esta vez todas confirmaron con calor lo dicho por María Rosa. Las lenguas, inquietas, rompieron las trabas de la timidez y acometieron furiosamente el sabroso manjar que se las ofrecía; las uñas apercibidas, la ponzoña á punto, la murmuración se apoderó de todas, hasta de la institutriz muda, que echó su cuarto á espadas con germánica elocuencia. ¡Era vergonzoso, era indecente! ¡Un mozalbete, sí, señor; un jovencito de veinte años, y muy guapo, muy reteguapo! María Rosa le había visto pasearse, ¡qué horror!, en mangas de camisa por la huerta; María Tránsito, afeitarse, y la tercera rizarse el bigote, un bigote rubio que parecía de oro: se pasaron el día entero en el observatorio, porque el asunto valía la pena. También la señorita Emma le vió tomar el tranvía, mientras estaba ella asomada á la ventana del cuarto de estudio con los niños de Blümen, y en igual ocasión le vieron la médica y la señorita Lili. ¡Jesús!

Todas alzaban las manos con alardes de exagerada comiquería y mutuas preguntas:

—¿Qué le parece á usted? Si parece mentira... Las de Pérez Orza deben de haber perdido el juicio.

—Y ¿saben ustedes?, exclamó María Rosa dominando el alboroto, el tal inquilino es el mismo que ha estado de plantón en la acera muchas veces; á mí no se me despinta. Por lo tanto, no hay que romperse la cabeza para descifrar el logogrifo...

La médica declaró sin ambages que ella había prohibido á Lili pusiera más los pies en casa de las de Pérez Orza; idéntica prohibición hizo el papá de las tres Marías, según afirmaba una de ellas, y la señorita Emma resumió así la opinión general:

—Estar mucho mal hecho, pero mucho malísimamente mal. ¡Oh!

Enmudecieron todas de pronto al observar la palidez de misia Elvira y el azoramiento de Dolorcitas: Ninguna de las dos hablaba, atónitas las dos. Y Agueda, presentando el mate á la médica y que reventaba de ganas de meter baza, la cobriza cara reluciente como de bruñido metal, los pómulos saltones, el pelo recio, cerdoso y negro, partido en medio de la frente y tocando casi la línea de las cejas... Agueda, la paraguaya, arrojó la última brazada de leña:

(Continuará)

VARIAS CURIOSAS NOTICIAS ILUSTRADAS

UN BANQUETE Á CABALLO

No puede imaginarse un banquete más original que el dado por Mr. Billing, millonario de Chicago.

Se verificó al aire libre y costó veinte libras esterlinas por persona.

El centro de mesa, dispuesta en el patio de la casa de Mr. Billing, consistía en un lecho de rosas rodeado de césped.

Cuando regresaron de la caza, con botas y espuelas, los treinta y seis invitados montaron en otros tantos caballos, escogidos entre los mejores que en sus cuadras tiene dicho millonario.

Todo se hizo con regia esplendidez. Las mantillas de los caballos eran de raso blanco, con el monograma bordado del Club Ecuestre.

Una pequeña mesa, de dos pies cuadrados, estaba firmemente asegurada con correas á cada silla de montar, y al lado de cada caballo había un *groom* encargado de vigilarlo.

Inútil es decir que todo pasó del modo más agradable.


Un banquete á caballo

GALLINAS JAPONESAS

Estas gallinas proceden del pueblo de Shinowara, en el Japón. No se emplea ningún medio artificial para hacerles crecer las colas, que con frecuencia pasan de tres metros de largo.

Por regla general son diez y seis las plumas de la cola y tardan dos años en adquirir toda su longitud.

Dos veces al mes se bañan las gallinas en agua caliente y después se las seca cuidadosamente y se las coloca en un sitio elevado, comúnmente en una azotea, y un hombre les sostiene la cola hasta que esté completamente seca.

Los dos gallos representados en la adjunta fotografía fueron adquiridos por el Museo de Historia Natural de Nueva York.


Gallos japoneses

UN TEATRO MALAYO

Como sucede en el Japón, antes de entrar en un teatro malayo los espectadores tienen que quitarse los zapatos. No hay asientos, y por consiguiente han de sentarse en el suelo.

Merece la pena el asistir á una representación malaya, no por lo que ella valga en sí, sino por la deliciosa melodía del lenguaje. Es dulce y agradable y ha sido con justicia apellidado «el italiano del Oriente.»

Al entrar en el teatro, cada espectador recibe un anuncio, cuya traducción es la siguiente:

«¡Gran noche de gala! ¡Venid y veréis, venid y veréis! La compañía teatral de la emperatriz Victoria Jani Prana kan representará el martes. Siempre fresca, siempre nueva. La ópera más sencilla, interesante y mejor que hay en el idioma malayo. Sha-Hirjan.


Un teatro malayo

UN CURIOSO COLUMPIO DE HIELO EN EL NIÁGARA

El grabado respectivo representa los efectos causados por la nieve y la helada en un alambre de telégrafos desprendido de sus puntos de apoyo.

La acumulación del hielo en el alambre, en su punto más pesado, tiene treinta y tres centímetros de diámetro. Lo formó la fina lluvia del Niágara llevada por un viento helado á chocar contra el alambre y congelándose constantemente.

Naturalmente, ese enorme columpio de hielo llamó mucho la atención en toda la comarca y centenares de personas acudieron á contemplarlo.

Para tomar la fotografía que el grabado reproduce, fué preciso estar toda una noche observando el botón para no perder la oportunidad de hacerla.

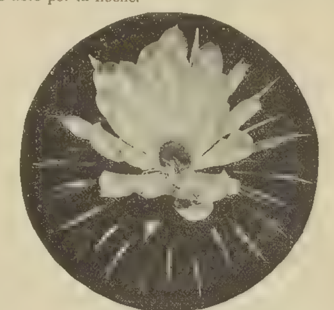
Cuando se abrió se tomó la instantánea con luz eléctrica.—X.


Un curioso columpio de hielo en el Niágara

EL CACTUS QUE FLORECE DE NOCHE

Esta linda flor pertenece á la familia de las Cactus (Ceseus grandiflora). Es una planta grande, que florece una vez cada veinte años; esto cuando está en su estado natural, porque si se la tiene en una estufa calentada con cuidado durante el invierno, florece más á menudo.

La particularidad de este cactus es que la flor sólo se abre por la noche.


El cactus que florece de noche

Durante toda una noche se la puede admirar en toda su belleza; por la mañana ya está marchita y muerta.

***

¿CUÁNTAS MUJERES

HAY EN EL MUNDO?

Es un hecho muy conocido que si vienen al mundo más niños que niñas, en cambio sobreviven más hembras que varones, de manera que á pesar de una natalidad masculina preponderante, la ventaja numérica está de parte del sexo femenino.

En París, cuando se hizo el censo de 1901, había 1.255.432 hombres por mujeres 1.401.905. Y en el conjunto de la población de Francia, las hembras están en mayoría.

Cuando en 1900 se hizo el censo general de Alemania, las mujeres resultaban ser 882.890 más que los hombres; por cada 1.000 de éstos había 1.039 de aquéllas.

En el conjunto de los países del Norte las mujeres son más numerosas y lo son en proporciones considerables: en Suecia, Noruega y en Inglaterra se cuentan 1.060 mujeres por cada 1.000 hombres.

En los países del centro de Europa, en Francia, en Bélgica, en Hungría, las hembras predominan también, aunque no tanto como en el Norte.

En los países meridionales europeos esta proporción disminuye de tal manera, que el número de hombres es superior al de mujeres.

De todos modos, Europa, en conjunto, tiene un excedente femenino de 3.400.000 individuos que no hallarán modo de contraer matrimonio mientras la bigamia constituya un delito ó una ofensa.

Pero este excedente femenino, al decir de cierto periódico alemán, es un fenómeno especial de Europa, pues en el resto del mundo predominan los hombres. Asia, con 815 millones de habitantes, tiene, según parece, un excedente de 16 millones de hombres; Africa, un excedente de un millón; Australia, de 500.000. En total, dícese que hay en el mundo 649 millones de hombres y 633 millones de mujeres, ó sea un déficit de 16 millones de hembras.

Todo esto está muy bien, pero estos cálculos deben tomarse á beneficio de inventario, hasta cierto punto. La población de Asia, por ejemplo, ha sido estimada en cifras muy diferentes, y no es prudente fundar conclusiones generales sobre datos tan inciertos como los de la demografía de Asia y de Africa. Por esto es conveniente atenerse sólo á las conclusiones que pueden fijarse respecto de ciertos países acerca de los cuales se poseen cifras exactas, y hacer constar que, si no puede conocerse todavía la población total femenina del mundo, sábese, por lo menos, que hay países en los que existe excedente de hembras y otros en que escasean, y que por consiguiente sería tal vez útil fomentar entre unos y otros ciertos cambios.—X.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MADRID HACE CINCUENTA AÑOS Á LOS OJOS DE UN DIPLOMÁTICO EXTRANJERO. – Esta obra, escrita en alemán por autor anónimo y publicada en 1854 y vertida al inglés, por traductor también anónimo, en 1856, es interesantísima, así por los sucesos que en ella se narran como por el animado y brillante cuadro que presenta de la sociedad de la corte en aquella época y por los juicios acerca de los hombres de entonces y de las costumbres del pueblo matritense. El traductor español, que se firma *Don Ramiro*, ha enriquecido el original con curiosas notas y observaciones, que contribuyen á dar mayor interés al libro. Este, que ha sido editado por la casa Bailly-Baillière é Hijos, de Madrid, consta de 500 páginas y se vende á tres pesetas en rústica y cuatro encuadernado.

GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA. 1904. – Contiene las listas oficiales de los Colegios de Procuradores, Abogados y Escribanos, los nombres y domicilios de los magistrados de las Audiencias Territorial y Provincial, las listas de los juzgados de primera instancia, de instrucción y municipales de las cuatro provincias catalanas, de las jurisdicciones especiales, y las demarcaciones de los juzgados de primera instancia y de instrucción, de los municipales y de los registros de la propiedad de Barcelona. La *Guía Judicial* ha sido impresa en esta ciudad en el establecimiento tipo-litográfico de José Cunill.

LA ENSEÑANZA DE LA GEOGRAFÍA, por *Rafael Alvarez Sereix*. – Conferencia dada en la Real Sociedad Geográfica de Madrid por el erudito ingeniero Sr. Alvarez Sereix, en la que se señalan las deficiencias de que adolece la enseñanza de tan importante ciencia en nuestros centros docentes y las reformas que en ella deberían introducirse para que esta enseñanza resultase provechosa. El folleto, que consta de cerca de 100 páginas, ha sido impreso en Madrid en la tipografía de Ricardo Rojas.

SOCIALISMO INDIVIDUALISTA, por *Felipe Trigo*. – El señor Trigo, que se había dado á conocer como novelista notabilísimo, se nos presenta en esta obra como profundo sociólogo. En la imposibilidad de analizar este libro, diremos que la síntesis del mismo es que todas las corrientes de transformación marcadas en la vida por la vida se orientan hacia el socialismo, y que el cambio de las sociedades hacia éste no depende de la voluntad humana, sino que se realiza con carácter fatal. Divídese la obra en tres partes, en las que se estudian los fundamentos del socialismo, las transformaciones previas sociales y las transformaciones consecutivas necesarias para que éste llegue á ser un hecho. El tomo, editado en Madrid por Fernando Fe, véndese á tres pesetas.

ANUARIO ESTADÍSTICO DE LA CIUDAD DE BUENOS AIRES. – La Dirección general de Estadística Municipal de la capital de la República Argentina ha publicado el anuario de 1903 que, como los anteriores, de los que en varias ocasiones nos hemos ocupado, contiene admirablemente clasificados y ordenados cuantos datos pueden exigirse en publicaciones de esta índole. Acompañan el tomo varios interesantes estados gráficos relativos al crecimiento de población, defunciones, nacimientos, alimentación pública y movimiento de tranvías y un plano de Buenos Aires en 1904. El anuario, que honra al director de la Estadística Municipal D. Alberto B. Martínez y puede ofrecerse como modelo en su género, ha sido impreso por la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco.

MATICES, por *M. Magallanes Moure*. – Isaías Gamboa, el prologuista de este tomo de poesías, dice: «La poesía de Magallanes Moure es insinuante y seductora; uno la gusta y la ve. Es para ser leída mentalmente, como se contempla en silencio un paisaje. Produce un acallado deleite, no el entusiasmo vibrante y arrebatador. Magallanes Moure huye del efecto lírico y externo y hace que todo el encanto se desprenda del asunto mismo, que él sabe mostrar desde su punto de vista de poeta y de pintor.» Conformes en un todo con estas apreciaciones, creemos que constituyen el mejor elogio de este libro, que lleva algunas ilustraciones y ha sido impreso en Santiago en la imprenta Esmeralda.

EN ARMONÍA CON EL INFINITO, por *Rodolfo Waldo Trine*, traducción de *Federico Climent*. – La «Librería Parera» de esta ciudad ha publicado correctamente traducida esta obra notable é interesante, sobre todo para los que desean llegar al conocimiento de la verdad. No es un libro marcadamente místico, sino una obra humana que ofrece una norma segura para bien vivir, fundiendo en una sola aspiración las creencias religiosas y las verdades de la ciencia. Véndese á tres pesetas.

LA BOTICA EN CASA, por *M. R. Blanco Belmonte*. – Esta obra da á conocer los auxilios precisos de la ciencia de curar, especialmente á las personas que viven alejadas de los poblados y que sintiéndose indispuestas ó sufriendo un accidente han de esperar largo tiempo la llegada del médico. También interesa á los que viven en la ciudad, porque explica la manera de formar un buen botiquín casero y los auxilios primeros que deben aplicarse en toda clase de accidentes (picaduras, mordeduras, intoxicaciones varias, asfixia, heridas, contusiones, quemaduras, etc.) Además contiene un extenso tratado de higiene y desinfección, y consejos muy interesantes para cuidar las enfermedades contagiosas. El libro, que lleva al final un índice alfabético, ha sido editado en Madrid por la casa Bailly-Baillière é Hijos, se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos pesetas encuadernado.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, revista mensual ilustrada; *Hojas sueltas*, revista mensual ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *El Trabajo Nacional*, revista quincenal; *Vida*, publicación quincenal (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado; *Gaceta Médica de Granada*, publicación quincenal; *La Medicina Valenciana*, revista mensual; *Kosmos*, revista quincenal ilustrada (Buenos Aires. – R. Argentina); *El Lucero*, revista semanal ilustrada (Lima. – Perú); *Boletín Militar de Colombia*, semanal (Bogotá. – Colombia); *La Miscelánea*, revista mensual (Medellín. – Colombia); *Anales del Museo Nacional*, publicación mensual; *Telégrafos y Teléfonos*, publicación mensual (San Salvador); *El Republicano*, diario (Tegucigalpa. – Honduras); *La Razón*, diario (Trujillo. – Perú).

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sres PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. – PRECIO: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD SOBERANO CONTRA CATARRO – ASMA – OPRESIÓN 30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata. Todas Farmacias.


CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.


ENFERMEDADES de la PIEL Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legítimo. Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Granada. – La Real Sociedad Filarmónica Cordobesa que ha dado dos conciertos en el Palacio de Carlos V (Alhambra) con motivo de las fiestas del Corpus
(De fotografía de Señán y González, de Granada)

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
CLIN y COMAR – PARIS
En todas las Farmacias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES



Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 4 de julio de 1904 — Núm. 1.175

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



A PUNTO DE PARTIR, cuadro de Federico Vallet-Bisson



REVISTA HISPANO-AMERICANA

República Argentina: crecimiento de la población: la ciudad de Buenos Aires: elección presidencial. —*Uruguay:* la guerra civil y sus consecuencias. —*Bolivia:* elección de presidente: el tratado de Petrópolis. —*Perú:* cuestión de límites con el Brasil: actitud de esta república: candidatos á la presidencia del Perú. —*Venezuela:* la dictadura de Castro y la nueva constitución federal. —*Nicaragua:* el ferrocarril interoceánico: trabajos de colonización. —La Liga federal de estudiantes en Centroamérica.

D. Gabriel Carrasco, director de la Oficina Demográfica argentina, ha presentado al 2.° Congreso médico latino-americano, reunido en Buenos Aires en abril último, un trabajo sobre el crecimiento de la población de la República Argentina, comparado con el de las principales naciones.

La conclusión del notable estudio del Sr. Carrasco es que la población del mundo sigue creciendo, y que en el último decenio su crecimiento se ha acelerado de manera tal, que puede afirmarse que en ningún período de la época de que existe historia estadística ese movimiento ha sido tan grande.

Las naciones americanas y la Australia, países de inmensa extensión territorial, físicamente ricas, poco densamente pobladas y que reciben inmigración, son las que presentan mayor crecimiento relativo, y las las que, sin duda, están llamadas á tenerlo aún más rápido en lo futuro, cuando mejoren sus condiciones políticas, únicas que, en la actualidad y en algunas de ellas, ponen obstáculo á sus progresos, porque el emigrante no va adonde la paz, el orden y la justicia no están del todo asegurados.

La República Argentina, que ha pasado ya de su período histórico de formación, y que por otra parte ofrece condiciones especialmente favorables para los inmigrantes, es en la actualidad la que presenta una ley de crecimiento más rápido, no solamente entre las de América, sino también entre todos los países de que existen estadísticas fehacientes.

De 1895 á 1903 el crecimiento medio anual de la población argentina ha sido de 33'6 por 1.000 habitantes. Siguen inmediatamente á esta República cinco Estados americanos: Costa Rica, Uruguay, Brasil, Guatemala y los Unidos del Norte. De los Estados de Europa, el de mayor crecimiento es el reino de Sajonia, con 20 por 1.000; el de menos Francia, con 1'2 por 1.000. España ocupa el 41.° lugar entre los 47 países que enumera el Sr. Carrasco, con un crecimiento medio anual de 3'2 por 1.000 (decenio 1887-1897).

El Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires correspondiente á 1903, ahora también publicado, señala el rápido é importante aumento de la población de la capital. En 31 de diciembre de 1902 tenía 870.237 habitantes; en la misma fecha de 1903, 895.381, es decir, 25.144 más. En el año nacieron 31.636 individuos; murieron 13.996, esto es, el 15'6 por 1.000, uno de los tipos más bajos que se conocen en la estadística demográfica internacional.

El 12 de junio se reunieron los colegios electorales para la votación de Presidente; resultó elegido D. Manuel Quintana, hombre de unos 65 años de edad, ex ministro del Interior, abogado y consejero de varias compañías de ferrocarriles. Su elección estaba prevista, sobre todo desde que D. Marco Avellaneda retiró su candidatura. Ha habido algunos desórdenes en las provincias; pero no tuvieron gran importancia. El nuevo Presidente entrará en funciones el 12 de octubre.

* * *

Continúa la guerra civil en el Uruguay. A mediados de febrero los blancos se batían en retirada hacia el N., y el gobierno, confiado en la victoria, adoptaba contra ellos medidas muy severas. En marzo, después de sangrienta acción en el Paso del Parque, se creyó que Saravia iba á darse por vencido y que la guerra estaba á punto de terminar. No sucedió así. Delegados argentinos presentáronse como mediadores; pero el Presidente se negó á tratar de poder á poder con los rebeldes.

El 11 de abril se reunieron en el Salón de la Cámara de Comercio de Montevideo los hacendados del país para estudiar la manera de poner remedio á los perjuicios que ocasionaba la guerra; allí estuvieron representados muchos millones de pesos de la riqueza uruguaya. Proponíanse los hacendados, más que gestionar en favor de la paz inmediata, impedir desde luego que los de uno y otro bando, los blancos y los colorados, echaran mano en los campos de cuanto les convenía ó necesitaban para las atenciones de la campaña; pidieron que se reglamentase la requisa de ganados y que se les permitiera organizar policía ó guardia rural.

Entretanto, los generales del gobierno Benavente y Muniz hostilizaban á Saravia, no tan decaído como suponían en Montevideo. Hemos llegado á fin de junio, y todavía hay empeñados combates, como el de Cerro Largo, en el que, según los partes oficiales, se causa al enemigo 600 bajas entre muertos y heridos.

Compréndese que seis meses de guerra civil tienen que hacerse sentir en la situación económica del país. El gobierno se apresura á presentar el proyecto de ley de nueva tributación, porque urge, según declara, arbitrar recursos, no sólo para hacer frente á las necesidades que sobrevengan, sino para atender á pagos en suspenso.

* * *

En mayo último fué elegido Presidente de la República de Bolivia el coronel y doctor D. Ismael Montes.

La cuestión con el Brasil está ya resuelta y, si no surge nuevo conflicto, quedan aseguradas las buenas relaciones entre ambas repúblicas. Aludiendo á este asunto, el Presidente de los Estados Unidos del Brasil, en su Mensaje de 3 de mayo, mostrábase satisfecho de la solución, puesto que por virtud del tratado de Petrópolis, que ha puesto fin á la contienda, el Brasil recupera casi todos los territorios del Purús y del Yuruá superiores, que por el tratado de 1867 habían sido implícitamente cedidos á Bolivia y en los que hay numerosa población brasileña. Conviene recordar que, según la parte contraria, era Bolivia la que había cedido territorios al Brasil por virtud del mencionado tratado. Además, el Brasil ha adquirido los derechos que alegaba Bolivia sobre la cuenca del Ucayalí, al N. del paralelo de 11° Sur, país que el Perú considera como suyo.

* * *

El tratado de Petrópolis y los preliminares del mismo fueron el origen de las desavenencias entre el Brasil y el Perú, según ya se indicó en la *Revista* anterior.

El gobierno peruano pretendió que su representante en Río de Janeiro tomara parte en las negociaciones. Propuso después—y era lo más equitativo—que las cuestiones de límites entre los tres países se sometieran al juicio de árbitro. El Brasil rechazó esas pretensiones, estimando que era más práctico y más sencillo tratar independientemente con cada uno de los interesados. Recordó el caso del mismo Perú que en 1851 negoció primero con el Brasil y después con el Ecuador y Colombia, y que en 1887 y 1890 trató también separadamente con estas dos últimas repúblicas.

Una vez suscrito el tratado, el Perú se halla—según el gobierno brasileño—en mejores condiciones para arreglar la cuestión de límites con Brasil y Bolivia. No se le niega la facultad de hacer valer los derechos que tenga, y dispuesto está el Brasil á tratar con el gobierno peruano. Pero no quería entrar en negociaciones hasta tanto que el Perú no hubiese retirado los destacamentos militares que envió al Yuruá y al Purús. El Brasil no podía tolerar que durante el curso de la negociación las autoridades peruanas imperasen sobre los brasileños que tranquilamente vivían en comarcas que tiene por suyas mientras el Perú no demuestre lo contrario.

La convención del partido civilista del Perú ha proclamado candidato á la presidencia de la República al Sr. D. José Pardo, ex ministro de Asuntos extranjeros é hijo del antiguo presidente fundador del citado partido.

En estos últimos días el telégrafo nos ha transmitido noticias poco satisfactorias; parece que hay otros candidatos y gran apasionamiento en los partidos; se teme que la elección sea reñida y provoque graves desórdenes. En las actuales circunstancias, una revolución haría mucho daño, pues habría de paralizar el desarrollo extraordinario que allí han tomado todos los elementos de la riqueza pública.

El Perú, como dice un periódico chileno, ha renacido de sus cenizas, potente y regenerado. En 6 años, desde 1896 á 1902, el comercio general de la República ha tenido un aumento del 60 por 100. En los últimos 8 años se han creado 160 sociedades de crédito, mineras, agrícolas, de locomoción, etc., con un capital total de 175 millones de pesos. Los ferrocarriles que en 1895 sumaban 1.254 kilómetros, pasan hoy de 5.000. La capital, Lima, se extiende y hermosea; tiene un kilómetro cuadrado más de superficie que en 1896. Bien es verdad que allí se ha conseguido lo que no se puede lograr en muchas poblaciones de España: expulsar de los municipios á los hombres políticos.

* * *

Desde principios de año funcionaban en Venezuela juntas políticas organizadas con el fin de hacer propaganda en favor de la reforma constitucional. Patrocinó esas juntas el presidente, que aspiraba á mandar durante nuevo período en la República y se proponía también procurar que se revisara el sistema federativo vigente en ella.

Castro, que se ha impuesto á todos los partidos y banderías del país y que hasta el día viene consiguiendo que su voluntad sea ley suprema en la República, ha logrado una vez más sus propósitos. El Congreso, actuando como Asamblea Constituyente, ha convertido el hecho en derecho. El 5 de mayo confirió á Castro plenos poderes dictatoriales por un año con el título de Presidente provisional. La misma asamblea había aprobado nueva constitución federal, quedando la República dividida en 13 Estados.

* * *

Los yanquis, tan entusiasmados hace algunos años con el canal de Nicaragua, han preferido el de Panamá. No habrá canal interoceánico por territorio nicaragüense; mas parece que sí habrá ferrocarril. Por vías ferrea y lacustre combinadas podrá pasarse desde Punta Mona, en el Atlántico, á Corinto, en el Pacífico.

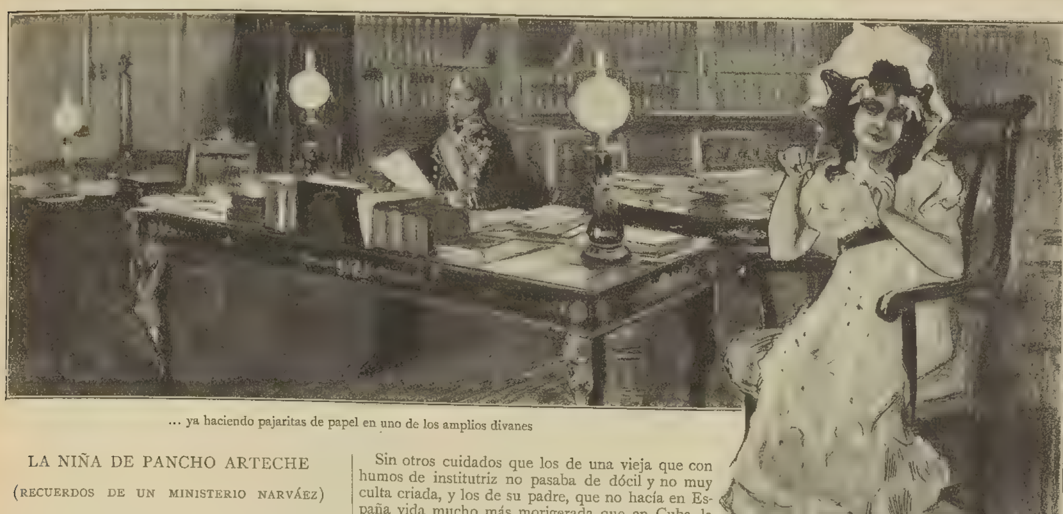
Entre el puerto de Punta Mona ó Monkey Point (nombre inglés que se piensa cambiar por otro nacional), el ferrocarril llamado del Atlántico establecerá comunicación con San Miguelito, en la orilla SE. del lago Nicaragua. Son unos 170 kilómetros. Viajeros y mercancías cruzarán el lago en vapores hasta Granada, al NO., y aquí tomarán el ferrocarril que por la orilla occidental del lago Managua va al puerto de Corinto. Dícese que el ferrocarril del Atlántico quedará terminado á fines de 1905.

Los trabajos de colonización en el departamento de Nueva Segovia, ó sea en la parte Norte de la República, prosiguen con gran actividad. El concesionario, Sr. Dietrik, ha inspeccionado detenidamente todo el país, desde Jinotega al cabo Gracias-á-Dios, y proyecta construir ferrocarril entre estos dos puntos.

* * *

En Guatemala se ha constituído la «Liga Federal de Estudiantes,» cuyo primer acto fué dirigirse á sus compañeros y á la prensa de las demás Repúblicas de la América central, invitando á todos á cooperar en la obra de reconciliación de la familia centroamericana para llegar á reconstruir la patria común. La Liga se propone publicar un periódico quincenal titulado *Patria*.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



... ya haciendo pajaritas de papel en uno de los amplios divanes

LA NIÑA DE PANCHO ARTECHE

(RECUERDOS DE UN MINISTERIO NARVÁEZ)

I

Por supuesto que Pancho Arteche no se llamaba así, ni ese es el camino. Las cosas que me propongo contar están todavía lo bastante cerca de nosotros para que me parezca bien sacar á plaza nombres verdaderos. Por eso he bautizado como me ha parecido á una de las figuras que han de danzar en este episodio. Entiéndase bien, sin embargo, que salvo el nombre, todo lo demás es tan real y positivo, que sigo temiendo que aún haya quien á pesar de mis precauciones conozca al personaje.

El Pancho Arteche que digo no era un cualquiera. Era todo un teniente coronel de nuestro ejército, y no debía ser de los más vulgares y adocenados cuando D. Ramón María Narváez, entonces presidente del Consejo y ministro de la Guerra, le había aceptado hasta gustoso como ayudante á sus órdenes.

Pancho—éste ú otro igualmente familiar era el nombre por que empezaron á designarle sus íntimos y acabó por conocerle todo el mundo,—aunque modelo de distinción y de exquisito trato social, no lo era, y sobre todo no lo había sido, en punto á costumbres morigeradas y sobrias.

Militar de pura sangre, para él no había más código ni libro de moral que la ordenanza, y todo cuanto no estuviera taxativamente prohibido en ella, le parecía natural y lógico.

Un poco aficionado á los buenos vinos, más aficionado todavía á las cartas y sobre todo apasionadísimo por las buenas mozas, su vida de subalterno había sido una continua borrasca, en que sin echar una sola mancha en su hoja de servicios, se había visto precisado en más de una ocasión á apalear á algún *inglés* demasiado exigente, á batirse con algún marido un poco quisquilloso, ó á probar la fuerza de sus puños en algún *banquero* sobrado ágil de manos para amarrar un as ó una sota.

Ni estos incidentes, ni la falta de metales preciosos de que más de una vez se veía aquejado le quitaba el buen humor, y sólo salía de una peligrosa aventura para meterse en otra.

De éstas, sin embargo, hubo una que debió tener muy otra trascendencia, cuando por consecuencia de ella Pancho Arteche, que no era hombre que se ahogara en poca agua, se decidió á dejar la capital de la Isla de Cuba, donde desde hacía largos años vivía como el pez en el agua, viniéndose á la península, gracias á la influencia de cierto capitán general, que dispensaba á Arteche decidida protección.

De la hermosa criolla, causa de su fuga de la Habana, jamás volvió á hablar Pancho, y eso que le quedó un recuerdo imperecedero de aquellos amores, que por lo visto no se parecía á los que Arteche tuvo hasta entonces.

Como fruto de ellos, el arriscado militar se trajo á España una niña, de dos años entonces, y que ya prometía todos los encantos, que no eran pocos, de su madre.

II

La educación recibida por la niña de Pancho Arteche claro está que no había de ser la más á propósito para hacer de ella un dechado de timidez y encogimiento.

Sin otros cuidados que los de una vieja que con humos de institutriz no pasaba de dócil y no muy culta criada, y los de su padre, que no hacía en España vida mucho más morigerada que en Cuba, la niña creció como planta tropical, esto es, exuberante en savia y rica en aromas y colores, pero sin que la mano hábil de un jardinero se hubiera cuidado de enderezar su tallo.

No quiere decir esto, sin embargo, que la muchacha—en los catorce años rayaba ya en la época de nuestro relato—inspirara serios temores, ni dejara de descubrir sólidas virtudes á través de su corteza desenvuelta. Sencillamente, el haberse criado mimada y sin freno, la había hecho caprichosilla y voluntariosa; pero podía tenerse la seguridad de que los ímpetus que no pudieran atajar reprimendas ó amonestaciones, los contendrían sin trabajo su natural recto y sincero y su clarísimo instinto para distinguir el bien del mal.

Además en Charito—así llamaremos á la niña de Pancho Arteche—había cierta propensión á explotar sus defectos. Comprendía que su desenfado la abría de par en par la voluntad de todos, y con lo que pudiéramos calificar de innata coquetería, lejos de disimularlo, no perdía ocasión de ponerle de manifiesto, segura de que era el mayor de sus atractivos.

Y tan grande debía ser, que uno de los cariños que primero conquistó fué el de un hombre de quien la historia cuenta muchos hechos gloriosos como militar, no pocos arranques de inconcebible entereza como hombre de Estado, pero escasos, escasísimos rasgos que dieran muestras de su blandura de corazón. Aquel hombre era D. Ramón María Narváez.

Arteche, á poco de ser ayudante del general, presentó un día á éste á su hija. Al duque de Valencia, á quien cogió sin duda en uno de sus pocos ratos de buen humor, hizo gracia aquella muñeca, de ocho años entonces, á quien no causaba miedo el entrecejo que hacía palidecer á hombres curtidos en los campos de batalla, y en vez de no volverse á acordar de la chiquilla, preguntó por ella con frecuencia á su padre, hizo que la volviera á llevar á su despacho y la sentó diversas veces á su mesa.

Charito, que desde el primer día comenzó á llamar, sin saberse por qué, padrino al general, acabó por hacerse una necesidad para éste, y el que no toleraba la menor observación á los que se creían más seguros de su confianza, dejaba que aquella chicuela desenfadada é inquieta le importunara con su charla hasta en los momentos de más honda preocupación del que dirigía los destinos de la nación, en un período en que no era fácil marcar rumbo á lo que entonces llamaban los «papeles públicos» la «nave del Estado.»

Abiertas á todas horas para la hija de Pancho Arteche las puertas del despacho del general, en él se pasaba largos ratos sin parar en parte alguna, ya haciendo pajaritas de papel en uno de los amplios divanes, ya tomando por asalto la primera mesa que encontraba vacía para dibujar con no poco gracejo la caricatura de cualquier personaje de los recibidos en audiencia, ó para imitar con la habilidad del más experto falsificador la firma con que el padrino autorizaba Reales Ordenes ó proyectos de ley.

Tales libertades dieron ocasión más de una vez á serias perturbaciones. Un día, por ejemplo, al recoger para incluirlo en la cartera de firma de la reina un Real Despacho que el presidente había hecho extender con toda urgencia, el secretario vió con verdadero terror que en la amplia margen del documento estaba trazada con la más picaresca de las intenciones la cómica silueta de un príncipe de la Iglesia que jugaba entonces muy principal papel en la política y que tenía fama, y no inmerecida, de estar mejor quisto en palacio que en la presidencia del Consejo.

Como del hecho no había más remedio que dar cuenta al general, todos temblaron. ¿Qué iba á pasar? La fiera á que bastaba una palabra para enfurecer, ¿qué haría al enterarse de un hecho capaz de sacar de quicio al varón más pacífico y sufrido?

Pues no pasó nada. El intratable D. Ramón María Narváez se contentó con lanzar dos ternos de los más redondos, y después de cortar y guardarse la caricatura, arrojó el Real Despacho á la chimenea diciendo:

—Que hagan otro, y si no se firma hoy se firmará otro día.

Y no por ello se limitaron en lo más mínimo las intrusiones de Charito, que siguió entrando en el despacho del ministro de la Guerra como en su casa.

Por cierto, que al verla con su vestidillo corto de chaconada de colores claros en aquel sitio donde con tanta frecuencia se fulminaban decretos de deportación y se daban á la policía instrucciones que por lo tenebrosas no hubiera desdeñado el mismo Consejo de los Diez, involuntariamente hacía pensar en esas mariposas que á lo mejor revolotean sobre los campos en que la guerra acaba de hacer pasar su soplo de desolación y de muerte.

III

La época en que la niña de Pancho Arteche cumplía los catorce años, fué una de las más tristes de aquel lamentable período histórico.

Movido por las delaciones de que á diario daban cuenta unas veces de reales y otras de soñadas conspiraciones, el ministerio Narváez extremó hasta tal punto su sistema de persecución, que la más leve sospecha bastaba para que cualquier pacífico ciudadano pasara de la tertulia del café ó desde su mísero lecho á las prisiones de San Francisco ó al Saladero, y de allí, sin que ni su misma familia se enterara, al primer puerto de embarque. Era el período de apogeo de las famosas «cuerdas á Filipinas.»

Un día en que Charito, á la que ciertos pudores de mujer incipiente, de que no se daba exacta cuenta, hacían que no frecuentase tanto ni con tanto desembarazo los salones del Ministerio, se hallaba sola en su casa con su aya, cuando ésta la anunció que una señora desconocida deseaba hablarle breves momentos.

La muchacha, poco acostumbrada al trato social, iba á negarse á recibir aquella visita que sin saber por qué la intimidaba, pero no tuvo tiempo. Cuando quiso recordar tenía delante de sí una mujer modestamente vestida de negro, pero cuyo porte revelaba la distinción de una dama perteneciente á clase social no por cierto de las más humildes.

—Señorita, dijo la incógnita con voz mezclada con los sollozos. Perdone que la importune; pero usted, usted sola puede salvarme. Es más, puede librar de la miseria y de la muerte quizá á mis hijos.

Charito quiso responder, pero la desconocida la atajó la palabra prosiguiendo con cierta incoherencia:

—Mi marido está preso. No sé qué empecatados papeles que le han cogido le señalan como jefe de un complot contra el gobierno; pero yo sé que es inocente, es decir, no sé si lo es, pero en adelante lo será. Si usted le salva, yo respondo de que jamás volverá á conspirar.

Charito, visiblemente afectada, había hecho sentar á la enlutada á su lado, y un tanto repuesta de su sorpresa pudo preguntar:

—¿Pero yo qué puedo hacer?

—Todo. A mi marido le espera dentro de pocas horas la deportación, tal vez la muerte. Usted es la única persona que tiene verdadera influencia sobre el general Narváez; si él quiere, mejor dicho, si quiere usted, una orden, un volante suyo bastará para parar el golpe.

—¿Y quién es capaz de abordar á mi padrino con tal pretensión?, preguntó la niña de Arteche, á quien ahogaban las lágrimas.

—Sólo usted, respondió con aplomo la incógnita.

—Se equivoca de medio á medio. Si mi padre se hubiese metido en los líos en que parece andar mezclado su esposo, no me comprometería á salvarle. Conozco demasiado á mi padrino.

La enlutada dama no se dió por vencida. Con tales colores pintó sus angustias, las buenas prendas de su marido y las tristezas que había de llevar á su hogar la falta del que era alegría y sostén de sus desventurados hijos, que Charito, acorralada en sus últimas trincheras, no supo qué responder.

Por fin, iluminándose súbitamente su rostro, como si por su mente hubiera cruzado una idea salvadora, dijo con aplomo á la desconocida:

—Voy á jugar el todo por el todo. Esta noche á primera hora véngase por aquí. Tal vez su pleito no sea cosa completamente perdida.

Y despidiendo á toda prisa á la enlutada, dijo á su aya:

—Busca un coche, que me vas á llevar al Ministerio.

IV

Aquel día en el despacho de Narváez había inusitado movimiento. Las caras preocupadas de todos revelaban que algo grave ocurría. Si esto no fuera bastante, la entrada y salida de ciertos pájaros de mal agüero, que á la legua revelaban pertenecer á la policía secreta del general, confirmaban que se trataba de prevenir algún golpe dirigido contra el gobierno y quién sabe si con alcance á otras más elevadas esferas.

Charito, cuya presencia pareció pasar poco menos que inadvertida, aparentó preocuparse poco de lo que ocurría en su alrededor, y como en los mejores días, no se dió punto de reposo á correr de mesa en mesa, en trastear con los papeles y en no darse paz á la mano en revolverlo todo con una nerviosidad que no dejaba de tener sus puntos y ribetes de febril.

Aunque en el despacho estuvo largas horas, apenas si pudo saludar á su padrino. De tal modo andaba éste zahareño y malhumorado, que ni la misma Charito se atrevió á dirigirle la palabra.

No obstante, cuando la chiquilla, á la caída de la tarde, se volvía á su casa, parecía satisfecha y risueña como si hubiera conseguido lo que se proponía.

Y ¡vaya si debía haberlo conseguido! Como que una hora después, cuando la dama del vestido negro acudía á la cita dada por Charito, ésta la recibió de tal modo alegre y expansiva, que la atribulada visitante no pudo menos de abrir por entero el pecho á la esperanza.



Salida de Gil Blas de Oviedo, cuadro de José Moreno Carbonero

Esperanza que se vió trocada en satisfactoria realidad cuando la niña, poniendo en sus manos un papel encerrado en un sobre, la dijo con el aplomo y la previsión de una mujer:

—Todo está hecho. Con esto basta para que su esposo salga de las prisiones militares. Pero es preciso no perder un minuto. Si mañana el pájaro no ha tendido el vuelo y no ha logrado ocultarse hasta que pueda salvar la frontera, nada habríamos ganado. Aproveche el tiempo y Dios la dé fortuna.

Y desatendiéndose de las frases de agradecimiento que la dama mezclaba con sus lágrimas, la empujó cariñosamente hacia la puerta.

V

La indignación que D. Ramón María Narváez sintió al día siguiente al enterarse de que el que se creía jefe y cabeza de una terrible y complicada conspiración se había fugado de las prisiones de San Francisco, no es para descrita.

Pero á aquella desbordada ira lo que no tardó en suceder fué la más inusitada de las sorpresas. A las destempladas recriminaciones del general, toda la respuesta que se dió fué poner en sus manos un volante en toda regla, en que con el auténtico sello del Ministerio y con la propia firma del presidente del Consejo se mandaba poner en libertad al temido conspirador.

—Estoy rodeado de traidores, gritó con voz de trueno el duque de Valencia. Este volante ha salido de aquí mismo y esta firma contrahecha no puede haber sido trazada sino por mano de persona muy allegada á mí.

Y convertido en un verdadero basilisco, ordenó, entre votos y ternos, por supuesto, que nadie saliera de la casa hasta que una escrupulosa indagatoria pusiera los hechos en claro y se pudiera castigar con el mayor rigor á los que en su propia casa conspiraban contra el poder.

Por suerte nada pudo averiguarse. Es decir, algo debió traslucir el general aquella noche cuando Charito, que se había convidado ella misma á comer con el malhumorado presidente del Consejo, dejando un beso en su cetrina frente le dijo al despedirse:

—Padrino, este es un adiós definitivo. Ya soy una mujercita y no está bien que de aquí en adelante ande dando vueltas en tu despacho como cuando era una chiquilla aturdida y más propensa á dejarse llevar de los arranques de su natural generoso y compasivo, que no de lo que aconsejan la prudencia y la reflexión.

Angel R. Chaves.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

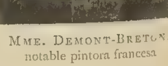
ANTES DE LA PARTIDA

CUADRO DE VIRGINIA DEMONT-BRETÓN

Esta notable pintora, cuyo nombre figura actualmente entre los de los más celebrados artistas franceses, nació en Courieres (Paso de Calais) en 26 de julio de 1859.

Descendiente de pintores, pues su padre es el famoso Julio Bretón y su abuelo materno fué el reputado artista belga Félix de Vigne, heredó de ellos el amor á las bellas artes y aptitudes excepcionales para el cultivo de la pintura, á la que se dedicó desde muy joven. Y como si el destino se complaciera en fomentar en ella aquella afición y estas disposiciones, dióle por esposo al celebrado paisista Adriano Luis Demont. Desde que en el Salón de 1880, el mismo año de su matrimonio, expuso dos pequeños cuadros, *Flor de abril* y *El arroyuelo*, que le valieron una mención honorífica, su carrera ha sido una serie no interrumpida de éxitos, entre los cuales mencionaremos los conseguidos en 1881 con su *Esposa del pescador desembarcando á sus hijos* (3.ª medalla en el Salón de París); con *La familia*, que expuso en 1882 en Amsterdam (medalla de oro) y que actualmente figura en el museo de Douai; con *La playa* (medalla de 2.ª clase en el Salón de 1883) que se conserva en el Museo del Luxemburgo, y otros muchos que sería prolijo enumerar.





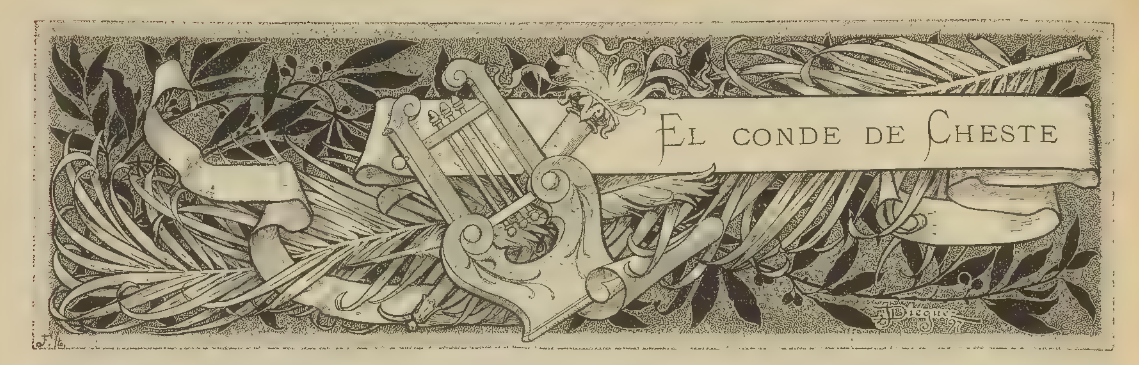
Mme. Demont-Bretón, notable pintora francesa

Mme. Demont-Bretón se dedica especialmente á pintar escenas de la vida marítima de Bretaña, su patria; sus cuadros son algo más que la reproducción exacta de los espectáculos que allí ofrece el mar y de los tipos de aquellos marinos: hay en ellos lo que presta mayor atractivo á las obras de arte, el alma de aquellos hombres que exponen á cada momento su existencia, la de aquellas mujeres que viven en continua zozobra; el espíritu, por decirlo así, que flota en aquellos sitios.—X.



ANTES DE LA PARTIDA: LA ÚLTIMA TAZA DE LECHE, cuadro de Virginia Demont-Bretón

(Salón de la Sociedad de Artistas Franceses, París, 1904)



El público que en la noche del 30 de diciembre de 1831 salía regocijado del teatro del Príncipe saboreando los primores de *Marcela ¿ó á cuál de las tres?,* la preciosa comedia de Bretón de los Herreros que se había estrenado aquella noche, hacía comentarios acerca de la obra y de los personajes que en ella intervenían, quedando como cosa cierta que los tipos no eran creación del aplaudido autor, sino que estaban tomados de la vida real.

Este fué el tema de las conversaciones del Madrid literario y elegante durante muchos días, y todos convinieron en que el taciturno y amartelado poeta don Amadeo Tristán del Valle no era otro que un noble y caballeresco capitán de caballería entregado con buen éxito al culto de las musas, y entonces, por su edad lozana, al de las bellas.

***

¿Quién era este bravo militar que emulaba á Garcilaso manejando, ora la espada, ora la pluma? Pues un apuesto joven que tenía veintiún años el 1831, que había nacido en Lima, donde su ilustre padre desempeñó las funciones de virrey, y que se llamaba entonces D. Juan de la Pezuela, ó el capitán Pezuela sencillamente, y que hoy, á la respetable edad de noventa y cuatro diciembres, es el Excmo. Sr. conde de Cheste, capitán general de los ejércitos nacionales, presidente de la Academia Española, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro, etc., etc., y el último representante en nuestros días de aquella generación gloriosa que se batió bizarramente por la libertad en la guerra civil de los siete años que siguió á la muerte de Fernando VII, que tomó parte en el movimiento romántico tan glorioso para nuestras letras y que ha figurado en primera línea en todos los sucesos culminantes del agitado reinado de doña Isabel II.

Poco tiempo después del estreno de *Marcela,* en 1834, mandaba Pezuela la caballería de Aragón, y en la guerra civil se distinguió tanto y se batió con tal bravura, que en los campos de batalla ganó por su propio esfuerzo sus grados y sus títulos, alcanzando la reputación merecida de esforzado, de entendido y de valiente.

***

Las hazañas del guerrero no hacían olvidar los lauros del antiguo alumno del colegio de San Mateo, donde fueron maestros Hermosilla y Lista, y en cuanto Pezuela envainaba la espada, no dejaba de manejar la pluma para dar expansión á las aficiones de su alma.

Ya en 1833 había escrito una comedia titulada *La gracia de la vejez,* en 1845 ingresó en la Academia Española, y su nombre ilustre va unido al *Parnasillo,* á la creación del Liceo, á la del Ateneo Artístico y Literario de Madrid y á todos los acontecimientos importantes de su época.

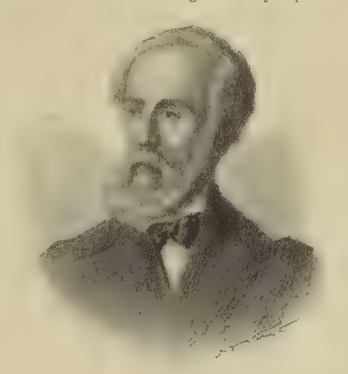
Fué de gallarda figura en su juventud, tipo eminentemente romántico como el de Espronceda, y aun hoy, en su ancianidad, conserva un sello de distinción tan elegante, que cuando con el Toisón al cuello y las bandas cruzando el pecho, sobre el que brillan multitud de condecoraciones, pregoneras de méritos y hazañas, preside las solemnidades de la Academia Española, se sienten los ánimos movidos al respeto y á la simpatía por el que tantos méritos tiene y tantas glorias representa.

Pero como al conde de Cheste le gusta más presentarse en público es envuelto en su ropa blanca de caballero Calatravo, como fué al ministerio de la Guerra en la noche célebre de la proclamación de D. Alfonso XII como rey de España.

***

Se ha unido en él en estos últimos años al romanticismo de su juventud el culto á lo caballeresco y tradicional, y el que peleó por la libertad en la aurora de su vida, parece hoy un representante del tradicionalismo.

Cuando la actual reina regente fué por primera vez con su difunto esposo á veranear en el Real Sitio de la Granja, hizo una excursión á Segovia, visitando la catedral. A la puerta del histórico templo se adelantó á ella un anciano resplandeciente de cruces y bordados con la cabeza descubierta, é hincando en tierra con caballeresco ademán la rodilla, cogió la mano de la soberana y después de poner en ella los respetuosos labios, exclamó con solemne tono:



El conde de Cheste

—¡Bien venidos sean mis reyes á la casa de mi Dios!

Aquel caballero era el conde de Cheste, y en su saludo iba expresado su pensamiento de católico fervoroso y de leal defensor de la dinastía que representaron doña Isabel II y su hijo D. Alfonso XII y representa hoy el joven D. Alfonso XIII.

***

En política sirvió al partido moderado, desempeñando bajo su mando el cargo de capitán general en varios departamentos militares, no siéndole muy propicia la fortuna. La sátira le fustigó más de una vez, y sus traducciones en verso castellano de la *Jerusalén libertada,* del *Orlando,* de la *Luisiada* y sobre todo de la *Divina Comedia,* han pagado, siendo duramente criticadas, sus violencias de capitán general perseguidor de los políticos liberales y de las ideas por ellos sustentadas y su afición á declarar en estado de guerra los departamentos en que ha ejercido mando.

En estos últimos años vive casi por completo aislado en su casa-palacio de la calle de Pizarro, de la que sólo ha salido alguna vez para ofrecer sus homenajes al rey, para presidir las solemnidades de la Academia Española ó para ir á dar fe de que vive, en alguna sesión importante del Senado.

Una vez al año se engalana su morada y visten blasonada librea de gala sus servidores: es el 28 de diciembre, en que sienta á su mesa espléndidamente servida á sus compañeros los académicos para obsequiarlos con un yantar, en el que se observan costumbres patriarcales.

Aquel día el conde de Cheste se anima y rejuvenece, rimando como en sus mejores días y dando gallardas muestras de que no han extinguido los años la luz de su ingenio.

Su puesto de presidente de la Academia Española es el que prefiere á todos sus honores, y una vez que se habló de jubilarle estuvo á las puertas de la muerte. Hoy este peligro ha desaparecido por completo, y el ilustre veterano de las armas y de las letras será respetado en su sillón presidencial, que tanto estima, hasta que Dios disponga de sus días, poniendo fin á una existencia que no deja de estar llena de merecimientos y que está unida á la mayor parte de los acontecimientos notables que han ocurrido en España desde que terminó la guerra de la Independencia hasta nuestros días.

Kasabal.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Es muy raro lo que de algún tiempo á esta parte ocurre con las noticias oficiales de la guerra de procedencia rusa. En el primer período de la lucha, los primeros partes que se recibían eran los que enviaban las autoridades militares rusas del Extremo Oriente, las cuales se apresuraban á telegrafiar al tsar y á su gobierno los sucesos, prósperos ó adversos, á las pocas horas de haber ocurrido, sin ocultar detalle alguno por desfavorable que fuese. Y el público, confiado en la veracidad de tales informes, á ellos se atenía exclusivamente y hacía poco caso de las noticias, siempre exageradas, que desde Tokío se comunicaban.

Ahora sucede todo lo contrario: los japoneses son los que, apenas terminado un hecho de armas, dan extensa cuenta del mismo, al paso que los rusos dejan transcurrir algunos días sin decir palabra, ni aun tratándose de acontecimientos de verdadera importancia. Tal sucedió después de la batalla de Vafangú, y tal sucede ahora con el combate naval que se libró el día 23 del pasado junio en aguas de Puerto Arthur y acerca del cual sólo conocemos el parte oficial del almirante Togo. Pero el mismo silencio del gobierno de San Petersburgo permite suponer que el relato del almirante japonés debe ser exacto, ya que de no ser así, no habría aquél dejado de desmentirlo; y autoriza esta suposición el hecho de que la censura rusa consienta la transmisión de telegramas en los que se habla de la profunda impresión que en Rusia ha producido este desastre.

¿A qué razones obedece esta reserva? No es fácil que nadie pueda explicársela, pues con ella se mantiene á la nación en un estado de incertidumbre y de alarma continuas, que no son los medios más convenientes para conservar la serenidad y el buen estado moral, tan necesarios á los pueblos que se encuentran en las circunstancias en que actualmente se halla el ruso.

Pero dejando á un lado estas consideraciones, relatemos el combate de que antes hablamos, tal como lo refiere el almirante japonés.

Sabedor éste, por sus buques vigías, que así se lo comunicaron por medio de la telegrafía sin hilos, de que la escuadra rusa salía de la rada de Puerto Arthur, reunió toda su flota y se dirigió allí, viendo entonces que aquélla se componía de seis acorazados,



Guerra ruso-japonesa. – Conducción de prisioneros heridos rusos que han de ser enviados al Japón. Dibujo de Ralph Cleaver, tomado de una fotografía

cinco cruceros y 14 contratorpederos. Los barcos rusos se detuvieron á poca distancia del canal, y suponiendo Togo que su propósito era lanzarse á alta mar y en dirección al Sur en cuanto anocheciera, hizo que también se detuvieran sus buques y se preparó para un ataque nocturno. Al cerrar la noche, una escuadrilla de torpederos japoneses atacó resueltamente al enemigo y consiguió echar á pique un acorazado, el *Peresviet*, según se cree, y poner fuera de combate otro acorazado y un crucero, que se supone sean el *Sebastopol* y el *Diana*. Las pérdidas de los japoneses fueron, según el parte oficial, insignificantes, reduciéndose á tres muertos y tres heridos y á ligeras averías sufridas por dos torpederos y un contratorpedero; sin embargo, noticias particulares aseguran que dos ó tres grandes buques salieron muy malparados de aquel combate.

Con el relato oficial de Togo, que hemos extractado, pueden reconstruirse de un modo bastante satisfactorio las distintas fases del combate. Cuando después de salir del puerto se hubo formado la escuadra rusa, dirigióse hacia el Sur en dos columnas. Hasta entonces sólo había sido vista por los torpederos enemigos. ¿Proponíase lanzarse á alta mar y por medio de una correría atrevida llegar á la rada de Vladivostok, dejando Puerto Arthur sin buques para el caso en que esta plaza caiga en poder de los japoneses?

Muy pronto, sin embargo, viéronse los buques rusos perseguidos por una parte de la flota japonesa, persecución que no les inquietó porque sus fuerzas eran superiores; pero cuando á cosa de las seis de la tarde observaron la presencia de otra escuadra enemiga que les acechaba y espiaba, hubieron de comprender que su tentativa había fracasado y retrocedieron en demanda otra vez del puerto, seguidos por toda la escuadra del almirante Togo. Desgraciadamente era la hora de la bajamar, y como durante ésta no hay en el canal de Puerto Arthur más que una profundidad de seis metros de agua y los acorazados rusos tienen un calado de ocho, el almirante ruso sólo pudo hacer entrar á sus pequeños cruceros, ordenando á sus acorazados que anclaran en la rada exterior bajo la protección de los fuertes.

Esta fué probablemente la causa del desastre, pues todos los torpederos y contratorpederos japoneses avanzaron silenciosamente hasta ponerse al alcance del enemigo, contra el cual dispararon sus torpedos, mientras el resto de su escuadra, ayudándose de los reflectores eléctricos, lanzaba una lluvia de proyectiles sobre los barcos rusos.

Si el combate se libró en estas condiciones, es decir, tal como refiere en su parte oficial el almirante Togo, preciso es confesar que los rusos cometieron una gran torpeza permaneciendo inmóviles en la rada exterior en vez de pasar la noche cruzando, pues en todos tiempos se ha reconocido como muy peligrosa la inmovilidad de un buque en presencia del adversario.

Esto es todo cuanto por ahora se sabe acerca de una acción naval que, de ser ciertos los detalles mencionados, constituye un nuevo golpe rudísimo para la tan desgraciada escuadra de Puerto Arthur. Esperemos ahora á ver qué dirá el parte oficial ruso; pero de todos modos no podemos menos de consignar que la falta de noticias de San Petersburgo sobre esta operación de guerra se hace bastante sospechosa, siendo por unos considerada como una confirmación de la derrota sufrida y por otros como una prueba de que el parte del almirante Togo es, cuando menos, exagerado.

Respecto del asedio de esta plaza, las noticias á él referentes continúan siendo contradictorias. Ultimamente un corresponsal de un periódico norteamericano ha telegrafiado desde Chefú que Puerto Arthur recibe continuamente víveres y que la población hace su vida normal, hasta el punto de que todos los días toca una música en el paseo, que se ve sumamente concurrido.

El almirante Skrydlof no se da punto de reposo en hostilizar á los japoneses con los elementos de que dispone en Vladivostok. Después del crucero, de cuyo feliz éxito dimos cuenta en la crónica anterior, dispuso la salida de una división de torpederos que, al mando del capitán Vinogradsky, se apoderó de varios buques mercantes y transportes que conducían pescado y arroz á Sasebo y á Simonosaki.

Los resultados conseguidos con estas correrías navales se consideran de mucha importancia, no sólo por lo que en sí son, sino por la influencia que pueden tener en el curso ulterior de la guerra. En efecto, desde el momento en que está comprometida la seguridad de las comunicaciones entre el Japón y Corea, el aprovisionamiento de las fuerzas japonesas será mucho más difícil que hasta ahora. Los tres ejércitos que operan en la Mandchuria y en el Liao-Tung comprenden un total de 240.000 hombres, y ¿qué sería de ellos el día en que no pudieran recibir con toda regularidad víveres y municiones? Se comprende, pues, la importancia de los servicios que puede prestar la escuadra de Vladivostok si la fortuna sigue favoreciéndole como hasta el presente la ha favorecido.

Los temores que inspiraba la suerte de la columna del general Stackelberg se han desvanecido por completo. Estas fuerzas, después de la derrota de Vafangú, han podido llegar felizmente á Kai-Ping sin que los japoneses hayan podido darles alcance. En Kai-Ping han sido revistadas por el general Kuropatkine, quien les arengó en términos calurosos, diciéndoles, entre otras cosas: «Pronto volveré á veros. Es preciso que antes de poco saldemos esta cuenta con los japoneses; si no lo hacemos, no podremos volver á nuestra patria.» Estas palabras produjeron en aquellas fuerzas indecible entusiasmo.

Los japoneses continúan de una manera lenta, pero no interrumpida, su movimiento de avance en la Mandchuria, ocupando las posiciones que van abandonando los rusos, los cuales han evacuado toda la península de Liao-Tung. Según parece, los ejércitos de los generales Kuroki y Okú se han reunido, y juntos marchan sobre la línea Kai-Ping y Hai-Tcheng: creíase que en ésta se libraría la gran batalla que desde hace tiempo se viene anunciando; pero la retirada de Kuropatkine demuestra que este general juzgaba que esta posición no es lo suficientemente ventajosa para aceptar un combate que ha de tener indudablemente gran trascendencia.

Aunque algunos censurarán tal vez esta decisión del general en jefe ruso, aplazando en presencia del enemigo la hora de lanzar sobre éste sus tropas, los críticos militares de San Petersburgo la aprueban, porque en su concepto Kai-Ping es un punto esencialmente desfavorable, ya que el ejército ruso allí situado tendría un flanco expuesto al general Kuroki y otro amenazado por un posible desembarco en In-Keú. Kuropatkine no quiere sacrificar inútilmente vidas humanas ni entablar una acción de tanta importancia como la que se espera, sin tener de su parte el mayor número de probabilidades de éxito. Ya lo dijo al partir para el teatro de la guerra: «Se necesita paciencia, mucha paciencia;» ténganla, pues, los impacientes y consideren que cuando ese general no quiere aceptar la lucha en las condiciones en que ahora debería entablarse, es porque entiende que así se lo impone la prudencia.

En estos momentos, en que las operaciones entran en una fase más activa, es interesante conocer cuáles



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Preparando el recibimiento de los japoneses.—Los rusos construyendo las obras de defensa de Puerto Arthur. Dibujo de F. J. Waugh, de un croquis del natural

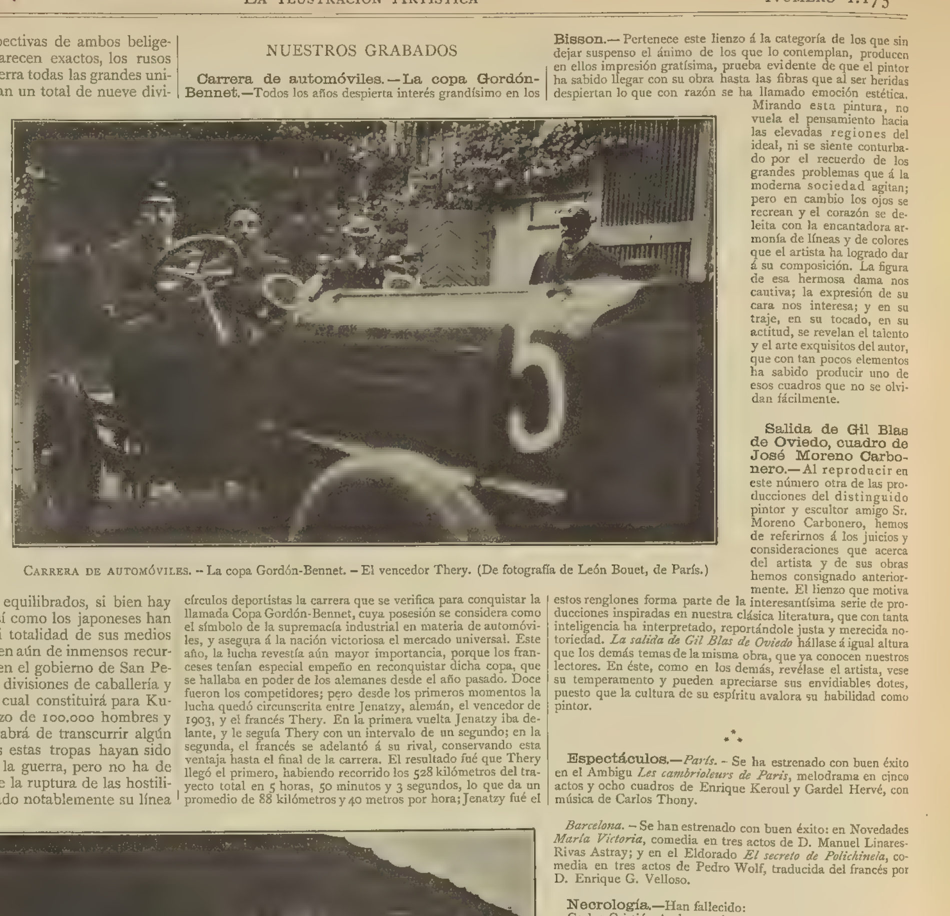
Los rusos hace tiempo que saben que habrán de defender Puerto Arthur contra los japoneses; por esto han trabajado incesantemente en aumentar las fortificaciones de aquella plaza, empleando entre otros varios elementos de defensa las vallas de alambre con que han rodeado las obras de fortificación



GUERRA RUSO-JAPONESA.— **Kuropatkine, general en jefe del ejército ruso en el Extremo Oriente.** Dibujo de H. W. Koekkoek

El general Kuropatkine fué nombrado general en jefe del ejército ruso en el Extremo Oriente en 19 de febrero último. Es el militar más distinguido y más inteligente de cuantos tiene Rusia y está educado en la escuela del famoso Skobeleff; dícese que, como este gran general, ejerce un ascendiente absoluto sobre las tropas y posee un certero golpe de vista. Anteriormente había sido Director de Administración militar. El tsar, en una carta que le dirigió, ensalza la energía y la actividad con que reorganizó y perfeccionó el ejército.

pueden ser las fuerzas respectivas de ambos beligerantes. Según datos que parecen exactos, los rusos tienen en el teatro de la guerra todas las grandes unidades siberianas, que forman un total de nueve divisiones de tiradores, tres de reserva, varios cuerpos de caballería cosaca y dos brigadas que se tomaron de Europa en 1903. De estas fuerzas, dos divisiones están en Vladivostok y otras dos en Puerto Arthur. El general Kuropatkine dispone actualmente en la Mandchuria de 124 batallones, 346 piezas de artillería y 99 escuadrones, ó sea de un total de 145.000 combatientes. El general Kuroki tiene á sus órdenes 84 batallones, 369 piezas de artillería y 35 escuadrones, es decir, 115.000 combatientes, y añadiendo á este número las tropas destacadas del ejército sitiador de Puerto Arthur que sostuvieron la batalla de Vafangú, podrá reunir un contingente de 150.000 hombres. De suerte que ambos ejércitos están casi equilibrados, si bien hay que tener en cuenta que así como los japoneses han echado ya mano de la casi totalidad de sus medios de acción, los rusos disponen aún de inmensos recursos, habiendo dado ya orden el gobierno de San Petersburgo de movilizar dos divisiones de caballería y tres cuerpos de ejército, lo cual constituirá para Kuropatkine un primer refuerzo de 100.000 hombres y 300 cañones. Cierto que habrá de transcurrir algún tiempo antes de que todas estas tropas hayan sido transportadas al teatro de la guerra, pero no ha de perderse de vista que desde la ruptura de las hostilidades los rusos han mejorado notablemente su línea de transporte, construyendo nuevos desvíos, estableciendo nuevas alimentaciones de agua, aumentando sus provisiones de combustible y reforzando su material móvil. Gracias á estas medidas, el número de trenes en movimiento en ambas direcciones, que en febrero era sólo de 10 en el trayecto anterior al lago Baikal y de 4 en el posterior, ha podido elevarse á 11 y 9 respectivamente y aún aumentará antes de poco, lo cual prueba la tenacidad extremada y la voluntad firme del gobierno ruso. Es, pues, de esperar que el transporte de los indicados refuerzos se verificará más rápidamente de lo que se ha realizado la concentración de las tropas siberianas.—R.



Carrera de automóviles. – La copa Gordón-Bennet. – El vencedor Thery. (De fotografía de León Bouet, de París.)

NUESTROS GRABADOS

Carrera de automóviles. — La copa Gordón-Bennet. — Todos los años despierta interés grandísimo en los círculos deportistas la carrera que se verifica para conquistar la llamada Copa Gordón-Bennet, cuya posesión se considera como el símbolo de la supremacía industrial en materia de automóviles, y asegura á la nación victoriosa el mercado universal. Este año, la lucha revestía aún mayor importancia, porque los franceses tenían especial empeño en reconquistar dicha copa, que se hallaba en poder de los alemanes desde el año pasado. Doce fueron los competidores; pero desde los primeros momentos la lucha quedó circunscrita entre Jenatzy, alemán, el vencedor de 1903, y el francés Thery. En la primera vuelta Jenatzy iba delante, y le seguía Thery con un intervalo de un segundo; en la segunda, el francés se adelantó á su rival, conservando esta ventaja hasta el final de la carrera. El resultado fué que Thery llegó el primero, habiendo recorrido los 528 kilómetros del trayecto total en 5 horas, 50 minutos y 3 segundos, lo que da un promedio de 88 kilómetros y 40 metros por hora; Jenatzy fué el segundo y empleó en la carrera 6 horas, 1 minuto y 28 segundos. El automóvil que montaba el vencedor es de la casa francesa de Ricardo Brasier, con neumáticos Michelin y suspensión Peugeot, ingenioso invento que amortigua los choques y aumenta la ligereza de la marcha y la producción del motor.

El emperador de Alemania quiso honrar con su asistencia la carrera, y acompañado de la emperatriz presenció toda la lucha desde una tribuna levantada cerca de Saalburg, en el punto de partida y de llegada de los carreristas. Terminada aquélla, felicitó al Sr. Brasier, constructor del automóvil vencedor y á quien, por encargo suyo, entregó el príncipe de Hesse, gran maestre de la Orden del Aguila Negra, su retrato con la siguiente dedicatoria: «Al gran ingeniero francés Brasier, en recuerdo de su victoria de 17 de junio de 1904. – Guillermo II.»



Carrera de automóviles. – La copa Gordón-Bennet. – El emperador presenciando la carrera desde su tribuna (De fotografía de León Bouet, de París.)

A punto de partir, cuadro de Federico Vallet-Bisson. — Pertenece este lienzo á la categoría de los que sin dejar suspenso el ánimo de los que lo contemplan, producen en ellos impresión gratísima, prueba evidente de que el pintor ha sabido llegar con su obra hasta las fibras que al ser heridas despiertan lo que con razón se ha llamado emoción estética. Mirando esta pintura, no vuela el pensamiento hacia las elevadas regiones del ideal, ni se siente conturbado por el recuerdo de los grandes problemas que á la moderna sociedad agitan; pero en cambio los ojos se recrean y el corazón se deleita con la encantadora armonía de líneas y de colores que el artista ha logrado dar á su composición. La figura de esa hermosa dama nos cautiva; la expresión de su cara nos interesa; y en su traje, en su tocado, en su actitud, se revelan el talento y el arte exquisitos del autor, que con tan pocos elementos ha sabido producir uno de esos cuadros que no se olvidan fácilmente.

Salida de Gil Blas de Oviedo, cuadro de José Moreno Carbonero. — Al reproducir en este número otra de las producciones del distinguido pintor y escultor amigo Sr. Moreno Carbonero, hemos de referirnos á los juicios y consideraciones que acerca del artista y de sus obras hemos consignado anteriormente. El lienzo que motiva estos renglones forma parte de la interesantísima serie de producciones inspiradas en nuestra clásica literatura, que con tanta inteligencia ha interpretado, reportándole justa y merecida notoriedad. *La salida de Gil Blas de Oviedo* hállase á igual altura que los demás temas de la misma obra, que ya conocen nuestros lectores. En éste, como en los demás, revélase el artista, vese su temperamento y pueden apreciarse sus envidiables dotes, puesto que la cultura de su espíritu avalora su habilidad como pintor.

⁂

Espectáculos. — *París.* – Se ha estrenado con buen éxito en el Ambigu *Les cambrioleurs de Paris*, melodrama en cinco actos y ocho cuadros de Enrique Keroul y Gardel Hervé, con música de Carlos Thony.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *María Victoria*, comedia en tres actos de D. Manuel Linares-Rivas Astray; y en el Eldorado *El secreto de Polichinela*, comedia en tres actos de Pedro Wolf, traducida del francés por D. Enrique G. Velloso.

Necrología. — Han fallecido:

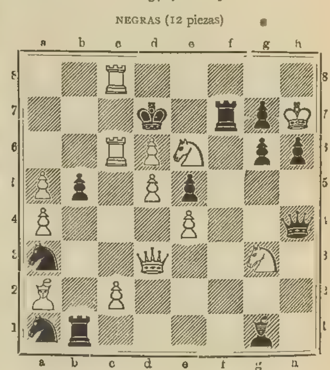
Carlos Cristián Andreae, pintor alemán.
Hermán Rollet, poeta austriaco.
Alejandro Williamson, químico inglés, profesor del University College de Londres.
Dr. Luis Federico Knapp, notable químico alemán.
Enrique Schaeffels, celebrado pintor belga.



AJEDREZ

Problema número 372, por J. G. Campbell.

NEGRAS (12 piezas)



BLANCAS (13 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema número 371, por S. Gold.

Blancas.	Negras.
1. Rd4–e3	1. Cualquiera.
2. Re3–e2 ó D mate.	



Con los dedos, ágilmente, trazó en el aire las letras...

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE C. M.ª OCANTOS

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

—Esta mañana estaba Sebastiana aquí, en el de San Carlos, en el mercado... La *niña* Jeromita acostumbra comprar en la puerta á los ambulantes la carne y la verdura, porque á desconfiada... ¡La gringa me cuenta unas cosas! Pues estaba la gringa con una canasta muy grande, que sólo ella puede llevar, y en este puesto me compró tres perdices de las primeras, y que cuestan un ojo de la cara, en este otro un lechón y morcillas... ¡Qué sé yo; si la canasta se salía de repleta! Yo le dije: «Ché, Sebastiana, ¿están de fiesta en tu casa? ¿Hay banquete?..» La gringa es muy mal hablada y me largó un ajo lo mismo que un carretero. «Lo que hay en mi casa es un convidado de piedra que debe de tener la tripa rota, según traga el maldito; ya nos ha caído que hacer; es el *alquilino* de la señora.» *Asina* me contestó, y yo pienso que eso de llamarle *de piedra* será porque parece un niño de los altares, tan sonrosado y hermoso que da gloria... También lo he visto yo, y como todo *me se* olvida no he dicho nada, pero bien que lo tenía en la punta de la lengua...

¡Ah, también comía en la casa! ¡Oh! El viento de la murmuración redobló su furia; las lenguas, como los badajos de campanas echadas á vuelo, se agitaron desordenadas, y poderosa artillería é irresistible, en un instante pusieron por los suelos la fama de las de Pérez Orza, que si fuera almenado castillo se derrumbara también al empuje de armas tan mortíferas y de tan intrépidas amazonas. Como queda en el oído el rumor de la tempestad al alejarse, y despejado el cénit, el nubarrón que huye va descargando truenos más y más débiles, luego que desfilaron las tertulianas de las Cadenas, en el zaguán y bajo las ventanas aún se escuchaba el murmullo de sus voces, el repique de sus malas lenguas, y dentro de la sala el eco de la charla venenosa.

Misia Elvira volvió á su maniquí, silenciosamente; y prendiendo ella alfileres en el corpiño y cosiendo Dolorcitas, pasaron buen espacio sin que chistaran, guardando una y otra, piadosamente, sus reflexiones amargas por vergüenza de sí mismas, por lástima de Jorgito. Una vez se encontraron sus ojos, y comprendiéndose, la viuda, con súbito enojo, apartó el maniquí, que desmayado quedó sobre el sofá, y vino hacia la hija, moviendo la cabeza:

—¿Qué te parece, Dolores?

—Mamá, ¿qué te parece?, dijo la chica en el mismo tono.

—Hay que prevenir á Jorgito.

—Sí, hay que prevenir á Jorgito.

—Afortunadamente, no tiene con ella compromiso.

—No, no tiene compromiso.

—¿Jorgito ha vuelto?

—Ya habría parecido por aquí.

—¡Claro! Como no sea día de visita de su Leona, viene á las tantas.

Decidieron esperar á Jorgito. Le esperaron mucho tiempo sin hacer cosa alguna, atentas al runrún de las hablillas que les zumbaba en los oídos, presente en la imaginación y sugestionándolas aquel personaje extraordinario que estaba á mesa y mantel con las de Pérez Orza, intimidad sospechosa, cohabitación vituperable en todos sentidos, aunque en el fondo fuera inocente. María Rosa lo dijo, con lengüetazo cruel: que no había necesidad de quebrarse los cascos para descifrar el enigma; caballero tan galán iba atraído á casa de las de Pérez Orza... ¿Por quién? ¿Por la vieja?.. Era indispensable prevenir á Jorgito. Y esperaron á Jorgito mucho tiempo. Cuando el timbre del tranvía sonó en medio del silencio nocturno, delante de la casa, las dos saltaron de sus asientos; y misia Elvira, apenas descorrió Agueda el cerrojo de la cancela de hierro, se abalanzó al joven, que entraba, le cogió de una muñeca, y tirando de él, le llevó á la sala, diciéndole con premioso acento:

—Ven acá, pánfilo; ven acá, infelizote, que mientras te estás de lectura ó te paseas por las nubes buscando consonantes, no falta quien te ponga en ridículo y te escarnezca ante el mundo entero. No lo sabes, ¿verdad? Bobo, estúpido...

—¡Ah, *tilingo*, Juan Lanas, alcornoque!, exclamó Dolorcitas sacudiendo el brazo libre del asustado mancebo.

—Pero ¿qué hay, qué?.., acertó él á mascullar.

—¿Qué hay?, ¿qué?, repitió la viuda con visajes de burla; ¿qué? Sí, grandísimo zonzo, prepárate á abrir la boca, á desmayarte... Dolores, hija, pídele un poco de vinagre á Agueda... ¿Qué hay? Que mientras su señoría ladra á la luna, la señorita Leona se ha metido á vivir con un galancete de veinte años; aquí, en las propias narices nuestras. Toma, y chúpate el dedo.

—¡Mamá!

—¡No hay mamá que valga! Nos lo acaban de decir las tres Marías...

—¡Las tres Marías son unas deslenguadas!

—Y la médica inglesa, y Lili y Emma. Pregúntaselo á Agueda, que ha sorprendido á Sebastiana comprando perdices para el que ellas disfrazan con el nombre de inquilino, como si quisieran tapar el cielo con un harnero. Sí, hijo, un galán, que según el parecer de todas estas amigas, es de *primo cartello*... ¡Toma, toma! ¡Ay, quién lo pensara! Te digo que las Pérez Orza nos han pasado el bizcocho... ¡Qué finas, qué lagartas!

Le dejaron libre, y Jorgito se desprendió el gabán claro de entretiempo, se echó á la nuca el sombrero, se atusó las patillitas rubias; atolondrado por el chaparrón de insultos y la noticia, no sabía por qué registro salir: únicamente la confianza en la inocencia de Leona brillaba, iluminando la confusión de las ideas, como estrella que asoma en noche lóbrega, y se atrevió á exponerla á las iras de la mamá y de la hermana:

—Sospecho que en todo esto existe un *mal entendido;* ¡Leona no es capaz, creo en la inocencia de Leona!

—Creo en Dios padre..., dijo misia Elvira con risa forzada. Cállate, infeliz, que si tú tienes buenas tragaderas, por aquí no pasa nada. ¡Si está instalado el buen mozo desde ayer, en la pieza grande! Y la prueba del pecado salta á los ojos: hace días que ni Jeromita ni Leona vienen á casa, ¿por qué? Pues por temor de un careo. ¿Has visto tú tampoco á Leona? ¿Por qué se encierra? ¿Por qué huye? ¡Sólo huyen los criminales!

¡Leona culpable! Jorgito rechazaba esta idea, á pesar de los cargos abrumadores. Y como dos avispas, la madre y la hermana, le picaron furiosas; después de lo ocurrido, y comprobado por todo el barrio que en casa de las Pérez Orza vivía un hombre, que no era ni hijo, ni hermano de ninguna de ellas, aun que alegar pudiera otro parentesco, hubiese ó dejara de haber sombra de trapicheo en el asunto, y estuviera Pantaleona más limpia que una patena, no lo estaba de sospechas, y en consecuencia, el rompimiento se imponía, pero en seguida, calentito, sin más trámite que el de la notificación fulminante. Para que no se escudara en el nombre honrado de Cadenas, y á su abrigo pretendiera parar los golpes de la crítica social; para que no las arrastrara en su caída vergonzosa y les cubriera á todos de porquería... ¡Ah! Con razón, en los albores de sus relaciones, la viuda se opuso á ellas: el estado civil de Pantaleona Pérez Orza ofrecía obscuridades donde la lógica, obrero que en profunda mina cava y cava sin resultado, no sacaba dato que satisficiera, ni conjetura; ¿era hija de D. Jesús?, legítima no, porque no le heredó. ¿Natural?, ¿por qué renunciaba á la parte de herencia que le correspondía si llegaba á probarlo? Y dando de barato la filiación natural, ¿quién era su madre? ¿Dama, criada, mujerzuela, qué? Injerto, al cabo, la tal Leoncita, sabe Dios de qué árbol podrido, su alianza no valía ninguna ganga para la familia honorable de Cadenas, que por el entronque de una Prisco, misia Estanisladita, con un Sangil, D. Pepe, go-

zaba del parentesco de los acaudalados Sangiles. ¡Pues bueno se pondría D. Pepe, su padrino, el protector á quien debía el empleo de Relaciones, cuando se enterase de la turbia aventura en que se mezclaba el nombre de su futura sobrina! Misia Elvira y Dolorcitas no querían ni pensarlo... Aquel suceso, confirmando los pronósticos y reforzando los argumentos expuestos, venía á punto para desatar un lazo que, felizmente, no estaba del todo anudado.

Algo más repuesto, Jorgito contestó:

—¡Lo pensaré..., digo, lo haré, lo haré después de averiguar la verdad..., *sapristi!* Eso de condenar sin oir al reo, al supuesto reo... No sean ustedes tan crueles. Eso de Leona se me antoja un disparate, una calumnia...

—¡Zonzo, babieca, adiós!, exclamó la madre, amenazándole con las uñas.

—¡Adiós, poeta!, le saludó la hermana, regalándole un pellizco.

Y se marcharon ambas, dejándole que se encerrara en su despacho y en los brazos amorosos de Polimnia, la lírica, buscase el consuelo del mal rato que le habían propinado. Parece que los espíritus superiores, devotos de las modernas escuelas filosóficas y literarias, en cuyas ondas se bañan á diario y se recrean, como en un lago de aguas milagrosas, adquiriesen fortaleza diamantina para resistir la prueba del dolor; y ó no sienten el que les hiere, por habérseles vuelto guijarro el corazón, ó no confiesan lo que sufren, por orgullo de sectarios... Jorgito encendió un cigarro, y sentándose en el sillón de la mesa, pronto el recado de escribir y apercibida la pluma, clavó los ojos en el techo. Era su manera de invocar á la musa; y para expresar el amargo sentimiento que debía de embargarle, en el almacén de sus recuerdos poéticos escarbaba, ansioso, á caza de la palabra rara, estrambótica, nunca oída, de la cuenta de cristal que en la estrofa había de substituir á la lágrima sincera; porque los espíritus superiores de la decadencia ni aman ni lloran en la forma cursi que los que no calzan tantos puntos de grandeza soberana. Batió la musa sus alas, dió el pie con la palabra deseada, y Jorgito escribió este epígrafe: *La duda*, y debajo el primer verso: *Al Styrión las cancerberas testas...*

Retorciendo conceptos, y en la búsqueda de aquellas palabrejas que mejor ocultaran el pensamiento y lastimasen el oído, entretúvose hasta la media noche, y llegó á ennegrecer dos páginas, las cuales contenían, á su juicio, la hiel toda de la duda que la brutal franqueza de su madre derramó en su pecho enamorado.

Fuése luego á acostar y durmió tranquilo, sin que celos ni dudas le desvelasen; y cuando á la mañana siguiente, los pájaros alegres, esos poetas del aire que no esclavizan su inspiración y á las leyes de escuela alguna prestan acatamiento, rompieron á gorjear, y el sol bañó el patio y entró la pequeña Evangelina con la taza de chocolate, el joven, ya vestido, recitaba los versos de la víspera: *Al Styrión las cancerberas testas...*

¿Qué sería, en suma, el lío monumental armado por la madre, la hermana y aquellas preciosas Marías, los monísimos viboreznos del barrio, descendientes directos de la serpiente abuela del Paraíso, la que debió de tener, como ellas, la piel suave, los ojos mansos, la boca risueña, la lengua afilada y los dientecitos agudos?.. ¿Qué sería, al cabo, sino un atajo de necias mentiras, ó una verdad desfigurada y contrahecha? Si tal inquilino existía, ¿á qué atribuirle el papel de galancete y colgarle á la otra un sambenito inmerecido? No que le pareciera bien á Jorgito el hecho que había soliviantado al barrio, pero ¿quién se mete á juez en la casa ajena? Probablemente, después de tanta alharaca, iba á resultar el galán convertido en un vejancón inválido, amigo y acaso pariente de D. Jesús, si no en el mismo Monreal en persona!

Tal pensaba Jorgito, mientras zabullía bizcotelas en el chocolate, abiertas las puertas de la alcoba y cara al patio, por donde acertó á pasar misia Elvira en chambra aún y pantuflos, ocupada en la matutina faena de *picanear*, como ella decía, á las criadas, ó sea meterlas prisa y azuzar la paraguaya pachorra. Detúvose la señora y muy bajo le enjaretó este parrafito:

—He encargado á Agueda que le sonsaque á Sebastiana cuanto pueda acerca del Fulano, con mucha habilidad: quién es, cómo se llama y cuántos años tiene... Y para convencerme del todo, que apenas una línea me falta, esta tarde me planto en el observatorio de las tres Marías, y hasta no conocerle no paro; además, Dolorcitas irá á hablar con la misma Leona, que entre muchachas hay confianza, y aunque no soy tan boba que crea va á confesarle la verdad, algo se sacará en limpio, y según sea ello, la relación quedará cortada para siempre... ¡Tú, por supuesto, tan fresco! Habrás compuesto tus versitos, y no pensarás sino en que te los publiquen... ¡Qué sangre de pato, señor! ¡Ay! Que si estuviera en tu pellejo, las Pérez Orza no se burlaban de mí: ¡de un par de bofetadas había mandado ya al intruso á alquilar piezas en otra parte!

—Mamá, ¿y si fuera un viejo el dichoso inquilino?

—Eso lo sabremos hoy mismo... No han de tener cataratas en los ojos cuantos afirman que es joven, rubio y bien parecido.

Pusieron punto al coloquio, y Jorgito, muy preocupado ya, salió al patio, y bajo el alero del corredor, mientras paseaba con el cigarrillo en los labios, dejaba tomar cuerpo á estas ideas desagradables:

—El asunto me parece más grave que anoche. ¡Buen papelón hago yo si el inquilino nos sale tal cual le pintan! Nada, que el carpetazo se impone ó no tengo vergüenza. ¿Querré yo de veras á Leona? Porque más me duele la ofensa que la pérdida de su amor, lo confieso... ¡Ah, Leona, Leoncita de mil demonios! ¿Qué significa eso de admitir inquilinos en tu casa, y así, de buenas á primeras?.. ¿Por necesidad? Entonces, ¿y la pensión?.. ¡Ay, Leoncita de mi vida!, culpable ó no, te vas á llevar el *bolsazo* del siglo. ¿Conque inquilinos á mí, buenos mozos y de *primo cartello*? Aguarda, que pronto te mandaré el desahucio. Mamá tiene razón; hay que romper; lo exigen las consideraciones sociales, el qué dirán, el amor propio... ¡Yo, que me había acostumbrado á verla y á darla bromas sobre los lunarcitos de la nuca, el *fresal* que yo le llamaba! Vamos, que no me esperaba esto, y maldigo de la estúpida idea de acoger inquilinos que á misia Jeromita le ha entrado. Estoy que no sé por dónde salir: si lo aguanto, el ridículo me cae encima; si protesto, la pierdo. Asunto grave, gravísimo...

En la cocina daba voces misia Elvira porque encontró las cacerolas llenas de pringue, un vaso roto, los paños sin lavar, abierta la fresquera y con un enjambre de moscas dentro, y todo en el más lamentable desorden del mundo. ¡Si á Agueda se le caía el alma y su cachaza sacaba de quicio á la paciencia misma! ¡Qué mastuerzo de mujer! ¡Qué zaña, qué marrana! ¿Y la otra, la pequeña Evangelina, la china descocada? Acababa de sorprenderla con los dedos untados de nata. ¡Ah, ladrona! ¡Ah, puerca! ¿Han visto ustedes? ¡Meter la mano en el jarro de la leche! ¡Ni que la mataran de hambre! ¡Golosa!.. Algunas gallinas, muy huecas, guiadas por el orondo gallo, escarbaban con desenfado en los arriates, y el morrongo, sobre el brocal del aljibe, se lavaba gravemente la cara, señal segura, al decir de Evangelina, que por huir del nublado escapó hacia la huerta, de que vendrían visitas. Entre los árboles se despepitaban charlando los atrevidos *chingolos* y los jilgueros, y allá en la sala sonaba la *Singer* galopando sobre la tela de alepín, haciendo curvas y rectas bajo la habilísima dirección de Dolorcitas, que hasta dos veces levantó la cabeza y dirigió á su hermano una mueca expresiva:

—¡Que te la pegan, hermanito, que te la están pegando!

El joven, aburrido, se echó á la calle con esta intención: «Si está en la ventana, la hablaré; también puedo descubrir al prójimo. De todos modos, pescaré algún dato: ¡pecho al agua!» Hasta la esquina de Pérez Orza anduvo con las manos en los bolsillos, pensando que seguramente la hallaría en la ventana, porque á esa hora acostumbraba á aviar la sala ella misma, como buena mujercita hacendosa, y sin temor de que la vieran con la escoba ó el plumero; envuelta la cabeza á la moda vascongada, barría y fregoteaba, sacudía los limpiabarros en el balconcito y se mostraba al público doncella perfecta, la que luego hacía de señorita á maravilla. Jorge sabía también que lavaba y planchaba, y de guisar entendía mejor que el practicón más sabio. ¿Cómo, con tan bellas disposiciones, daba que hablar al barrio, la que respetada fué siempre de la malicia? Porque, generalmente, no se ensaña ésta con la mujer casera, á quien poco importa tizne de más ó de menos en horas de labor, y á la coquetería no da otro espacio que el exigido por la pulcritud y la buena crianza... Cerradas aparecieron las dos ventanas, y el joven desandó el breve camino, más preocupado que antes: ancha y larguísima, la calle del hermoso arrabal bonaerense extendíase entre las dos aceras, bordeadas de árboles diversos, casi solitaria, y sólo el tropel de lecheros á caballo, de robustos vascos de boina y *chiripá*, singular maridaje de indumentaria, cómoda transacción de costumbres regionales, interrumpía el concierto de los pájaros en los jardines con el golpear de los cascos, el batir del líquido dentro de los tarros enormes, bruñidos como la plata, y la monótona canturía; ó el cascabeleo de los tranvías que bajaban repletos á la ciudad, fábrica gigantesca donde el Trabajo impera, y á cuya cita parecen todos correr, animosos. Pasaban rápidamente, y el silencio campestre renacía; tras de las verjas, que el rocío esmaltaba y lucían al sol con chispeo de diamantes, oíase vago rumor de insectos y alegres risas de niños; entre la arboleda, las casitas rústicas, los castillejos feudales de imitación, las *villas* caprichosas, abrían de par en par sus persianas y celosías al aire salutífero de la mañana, y en tanto la calzada blanca dormitaba en paz, larga larguísima, dominada por la cúpula plomiza de San José de Flores, reina y señora del contorno...

Volvióse Jorgito, y hacia la esquina de Pérez Orza de nuevo dirigió sus pasos: en el jardín de Blümen vió á Emma, la institutriz, con dos serafines de luengos cabellos rubios, persiguiendo á las mariposas, y á la *Escopeta* en el suyo, un ojo sobre el libro, que aparentaba leer, y el otro en la calle: mas, no bien llegó al callejón, descubrió la linda cabecita de María Rosa fisgoneando por la tapia, y las otras dos, que ya se ocultaban, ya aparecían, para desaparecer las tres de golpe y asomar después una á una tímidamente. Al mismo tiempo, en el hueco de la ventana abierta de Pérez Orza, se mostraron dos brazos vestidos de blanco y dos manecitas morenas, que sostenían el conocido ruedo de moqueta con el rey moro sobre el camello color de café con leche, al que sacudieron el polvo de lo lindo; pero la dueña de aquellos brazos no daba la cara á la curiosidad callejera, y Jorgito avanzó hasta encontrarla resguardada por la persiana, tan desmejorada que no le pareció la Leona alegre de otros días.

Con los dedos, ágilmente, trazó en el aire las letras que constituían esta pregunta:

—¿Es cierto que?..

La muchacha quiso contestar en el mismo lenguaje, pero no movió un solo dedo: inclinó la cabeza manifestando que sí.

—¿Es cierto que?.., insistió la mano de Jorgito.

—Sí, respondió la abrumada cabeza de Pantaleona.

Y los brazos vestidos de blanco recogieron al rey moro, corriendo la persiana en las mismas narices del chico de Cadenas.

IV

Ya se han marchado, anunció Sebastiana entrando gozosa en la alcoba de Pantaleona, el príncipe delante y ella después; salga usted, niña, de este encierro y venga á tomar el aire mientras yo la preparo el almuerzo. ¡Santa madona! Se está usted poniendo más flaca que un perro, y si tiene pensado no salir del cuarto ni sentarse á la mesa en tanto ese jilguero vive en la casa, se irá usted al cementerio en tren expreso, ¡hay *alquilino* para rato! Venga usted, niña, salga usted...

—¡Ah, Bastiana!, suspiró la muchacha, ni á la ventana ni al jardín puedo asomarme, porque me acechan Emma enfrente, la *Escopeta* en la esquina, las Marías al lado. Tú misma me cuentas que el barrio hierve en chimes y comentarios, que te asedian en el mercado á preguntas y anda mi nombre rodando por el suelo. Vergüenza me da que me vean... ¡Hasta ellas, las Cadenas, deben de dudar de mí! Jorgito me sorprendió anteayer en la ventana y me preguntó si era cierto lo del inquilino. ¿Qué había de responderle? Luego me mandó con Evangelina estos versos, que yo no entiendo, pero cuyo título basta para explicar la intención: *La duda*... Esto quiere decir que él duda también. ¡Ay, Dios mío de mi alma! ¿Qué va á ser de mí? Porque ni Jeromita cederá, ni yo tampoco, eso no; y en la lucha llevaré la peor parte. Nepomuceno, él con no venir y yo con no ir á verle, porque Jerónima te ha prohibido que me acompañes, maldito lo que el pobre puede ayudarme. Ya conoces la carta que me ha escrito, aconsejándome que aguante *en nombre de sagrados deberes*... ¡Dame algún consejo, Bastiana de mi vida!

—¿Qué mejor consejo que el de salir á tomar el aire, ahora que no hay moros en la casa? Usted dispense, pero la señora, *¡sacramento!*, no se porta como una señora... ¡Caramba!.. Pues lo primero es salir, por lo menos hasta que ellos vuelvan, y mascar alguna cosita. Entretanto discurriremos un medio... Diga usted, ¿y si yo le aburriera quemando todos los guisos y echando en las salsas ciertos polvos que yo me sé y le tuviéramos de cólico todas las noches?

¡Jesús! Te ponía en seguida Jerónima de patitas en la calle.

—O le rompiera el espejo donde se pasa mirando el bigote todo el día, ó el estuche de sus navajas, ó...

¡Ay, Bastiana! Si no se te ocurre otra cosa...

—*¡Sacramento!* Lo mejor será darle un guantazo. ¡Le parto yo por la mitad como á un muñeco, con estas manos!.. Porque le tengo sentado en la boca del estómago; la hace á usted sufrir y á mí trabajar más que á una negra: que los tallarines para *sua ecce-*

llenza, y los raviolitos, y hoy *polenta* y mañana *gnochi*, y mucho queso parmesano... Traga como un buitre y se bebe dos botellas por comida de *Chianti* especial, pues no quiere *carlón*. ¡Ah, si me dejara yo llevar de mi genio!..

Callaba la joven, y la mujerona se atrevió á cogerla de la mano:

—Vamos, niña, afuera, que la grasa se estará pasando. Para los criminales se ha hecho la cárcel.

Delante de la cocina, donde ardía la hornilla y chirriando estaba la manteca en la sartén, sentóse Leona rodeada de *Diamela* y los dos gatos, que la festejaban con arrumacos graciosos, y prestó grande atención á la obra de Sebastiana. Desde aquella mañana del escándalo que no se sentaba así, libremente, en el jardincito: reclusa voluntaria, por no tropezarse con la hermana, á quien no hablaba, ó con el otro, transcurría el día sin que saliera de su alcoba; comía después que ellos habían concluído, y oía su alegre charla de sobremesa en el comedor vecino; veíales pasar ante su puerta, misia Jeromita indiferente, él entre curioso y desconfiado: apenas tocaba á los platos, dejándose consumir de tristeza, de cólera impotente, de sofocada desesperación. Ocho días iban corridos de esta manera, ella encerrada y ellos como si estuvieran solos en la casa, ó no existieran Leonas en el mundo; ansiosa ella de saltarle á la cara y desfigurarle á arañazos cada vez que cerca de su jaula se pavoneaba, tan relamido y acicalado, ó recibía de la hermana una chinita de estas: «Cuidado, señor Lucca, que puede morderle á usted...» ¡Lo que llevaba pensado, urdido, desechado, imaginado Pantaleona en estos ocho días, convencida de la absoluta nulidad de los medios que la ofrecía su situación de mujer, y de mujer desvalida! Había asistido, en apariencia impasible, á la transformación de la pieza grande en dormitorio digno de un rey, según el juicio de Sebastiana, y á la pacífica instalación del extranjero un día que misia Jeromita se puso de tiros largos con la falda negra de moaré, la mantilla de Semana Santa y unos pendientes de perlas pocas veces sacados á relucir del estuche viejo donde los guardaba; nunca pudo averiguar Pantaleona el motivo de vestir tan ceremonioso, y cuando la vió volver en coche, traía al lado á Fortunato Lucca, y entró triunfalmente, radiante, con satisfacción y altanería que á ella, la derrotada, la crisparon los nervios y pusieron mala de verdad el alboroto de la noche, luego, en el comedor y los taponazos del Champaña corriendo en celebración de un suceso incomprensible y desconocido para Pantaleona.

Ciertamente, Pantaleona quería mucho á misia Jeromita: no conoció la infeliz otra madre que ella, y su cariño tenía algo de filial, mezcla de ternura y gratitud, si no efusivo, arraigado y firme; en vida de D. Jesús, y después de muerto, sus querellas fueron las de dos niños que disputan por un juguete, y á la verdad, la primera en ceder y en perdonar era la más vieja, y Leona la terca, la rencorosa, la indomable, más por mimo extremado que por dureza de carácter. Y así como quería Pantaleona á misia Jeromita, la respetaba en su virtud austera, de señora aprisionada en el círculo angustioso que las conveniencias trazan despóticamente á la mujer, envejeciendo con resignación, soportando las tristezas del celibato con dignidad, sin ofrecer á la malicia sombra de pretexto para disculpar una mordedura en su reputación, acaso, ¡ay, sí!, sacrificándose en aras del cariño fraternal, pues no era tarasca á quien muchos desdeñasen, y su cualidad de pensionista la aseguraba marido en la primera ocasión deseada.

No, Pantaleona no lo comprendía, ni se daba cuenta de este cambio asombroso, extraordinario, que, de golpe y porrazo, había transformado á misia Jeromita, volviéndola del revés al punto de quedar desconocida. No, la que tales desaciertos cometía, liándose la manta á la cabeza, era otra Jeromita que la reposada, amable y grave de antaño; otra, porque no distinguía lo que con los ojos cerrados el menos listo: estas dos razones, grandes como un templo, claras como la luz: primera, que el Fortunato Lucca en casa representaba el mejor incentivo para la calumnia, que hiere con más saña y acierto cuando la lógica le presta su disfraz; segunda, que la víctima propiciatoria sería ella, su Leona querida, cuyo nombre y cuya felicidad comprometía.

Pantaleona comenzó á dudar de misia Jeromita: su desatinada conducta y la dureza para tratarla hicieron que volteara cien veces la rueda de su pensamiento, y cien veces se detuviera en el mismo punto tenebroso: ¿qué clase de relaciones unía á la hermana con el joven toscano instalado en la pieza grande, contra viento y marea? Tales parecían los síntomas posteriores, como los prolegómenos del hecho inaudito, que Pantaleona, al cabo de los ocho días, no dudaba casi, y ante la supuesta evidencia retrocedía avergonzada.

—No te molestes, Bastiana, insistió suspirando; que tengo más ganas de llorar que de probar bocado... ¡Te parece que con estas cosas!.. Me doy de cabezadas en mi jaula, pretendiendo escapar por los barrotes estando abierta la puerta, como rabioso pajarraco, y me ensangriento y lastimo sin encontrar la salida. ¿Adónde he de ir? ¿Qué he de hacer? Mi protesta silenciosa de nada me vale, promover el escándalo sería dar gusto al barrio con menoscabo de la razón que me asiste y en perjuicio de mí misma: consentir, no puedo; transigir, tampoco; aguantar, como dice Nepomuceno, ¿hasta cuándo? Esta clase de situaciones no se prolongan mucho y á voluntad, revientan el mejor día, y lo arrastran todo... ¡Ay, Bastiana, déjate de hacer biftecs y dame un consejo, por tu vida!



Fué de puntillas, se arrodilló delante de la puerta y miró...

—Todo consejo que yo diera, *signorina*, contestaba la mujerona aporreando el trozo de carne y aderezándole sabiamente, maldito si le serviría á usted, porque el que no come se muere, y una vez muerto no le resucitan todos los consejos del mundo. Después que haya usted comido, le daré yo uno...

—Dámelo ahora, que te prometo devorar cuanto me pongas delante.

—Pues, verá usted; á mí, si usted no lo toma á mal, me pasó algo parecido á lo que en esta casa está ocurriendo: que el mi padre, ya viudo, se buscó mujer joven y la quiso meter conmigo, y nos pusimos á matar las dos, yo que había de echarla fuera, y ella á mí, y mi padre, naturalmente, del partido de ella, porque no hay mayor sinvergüenza, con perdón de usted, que viejo á quien le pica el amor... Pues entre ella y yo y mi padre, y todos tres, convertimos la casa en el mismo infierno: el día que no nos tirábamos los platos, nos arañámos ó nos hacíamos las más grandes perrerías, hasta que yo, cansada, una noche de gresca la pegué una tunda á la mala hembra en las nalgas desnudas, que corrió sangre ó creí verla correr; acudió el viejo á defenderla, y de un guantazo le hinché los hocicos, y á los dos les dije: «¡Abur, queda el campo libre, me voy á América!»

—¡Bastiana!.. ¿Y eso quieres que haga yo?

—Cuando á una se le acaban la paciencia y las razones, vengan moquetes, y venza el más fuerte. ¿Había yo de aguantar á la tal? Eso de aguantar, bueno está para el Sr. D. Nepomuceno, que es un bendito... ¿A que no sabe usted á qué ha ido la señora al pueblo? A comprarle unas toallas más finas á *nostro principe*, porque las de pelo ¡le estropean el cutis! Aguante usted, aguante usted... Y esta noche le guisaremos con arroz la gallina catalana, esa tan ponedora, que usted crió y sacó del huevo: aguantar, aguantar... Y más, y más, ¿le he dicho que Agueda me dijo que sus señoras *no pondrían ya los pies aquí?* ¿Y tampoco la médica, ni ninguna vecina? Aguante usted, niña... Si no habrá otro remedio: ¡con estas manos, y él que es delgaducho y finito!, si usted me autoriza, le hago picadillo.

—¡Cállate, Bastiana, no seas borrica!, que me estás friendo como la carne de esa sartén, ¡ay, Dios mío!

—Al que dará lástima de verle, es á su primo de usted, D. Nepomuceno; ¡tendrá el cuarto aquel!.., y como la señora Mercedes no toca una escoba, porque su condición de viuda de un vista de Aduana se lo prohibe... *¡Sacramento!* Yo creo que debiera usted casarse con D. Nepomuceno... ¿Y qué? ¡El la quiere á usted muchísimo, la adora, y tiene unos celos de D. Jorgito!.. ¡Parece mentira que no lo haya usted descubierto! Pues ¿qué mejor solución del *imbroglio*? Cada uno en su casa y *tutti contenti*.

—Bastiana, que desbarras. ¡Si Nepomuceno es casado!

Se levantó, disgustadísima, y fué á visitar sus plantas olvidadas, que, en la reducida lonja de terreno que la tapia y la vereda interior las concedían, vegetaban tristemente, expuestas, sin defensa, á sus minúsculos y poderosos enemigos, y así talaban las orugas los rosales; los jazmines perdían hojas y capullos, devorados por los piojos; la hormiga negra, en volantes escuadrones, asolaba el campo de batalla, y la humedad y la sombra del muro daban vida á más formidables combatientes... En el corral, gallináceas y palmípedos la saludaron con estrepitosa algarabía; dieron zapatetas los conejos y esponjóse el pavo, arqueó la cola y alargó el colorado moco más de un palmo; la triste condenada, acurrucada en el nidal, cloqueó mansamente bajo la mano del ama cariñosa. Mediaba el día, y el sol triunfante incendiaba el campo y el aire, como en las mejores mañanas de estío; las torrecillas y flechas de la quinta de Blúmen, sobre el fondo turquí del cielo, se destacaban graciosas, á semejanza de recortada estampa de colores; volteaban ruidosamente las finas y pintadas aspas de su molino, dispensador del agua beneficiosa; chispeaba la vidriosa cresta de la tapia; daban el alerta los gallos del contorno, y convidaba á sestear la tranquilidad vecinal.

Cuando Sebastiana llevó el almuerzo á la señorita, la halló de codos sobre la consola de su alcoba, donde había echado un mantelillo y colocado el cubierto; y cuanto hizo el femenino coloso para distraerla, ya con su charla pintoresca, ó con juramentos de irrespetuoso y mal contenido enfado, fué completamente inútil y hubo de tornar á la cocina, arrojando el desdeñado filete á *Diamela*, que, por no querer compartirlo con su amiga *Patitas blancas*, recibió un zarpazo de *Barcino*, armándose entre los tres una trifulca superior.

Hartóse de cavilar Pantaleona, al cabo, y la sedación la adormiló en la butaca. No oyó, pues, el violento cerrar de una sombrilla delante de la alcoba, cuya persiana dió paso á Dolorcitas, entrando ésta muy sofocada, con fingida tos de necio portador de encargo grave, mientras decía:

—¡Jesús! ¡No se ve gota! Ché, ¿dónde estás?

Acercó una butaca á la en que Pantaleona reposaba y sacudió el brazo de la durmiente. ¡Qué frescura! ¡Qué conciencia tan ancha! ¡Durmiendo, como si no hubiera roto un plato, á la vista y paciencia de todo el barrio! ¡Leona! ¡Leoncita! Cuando la otra despegó los hinchados ojos, advirtió la de Cadenas las huellas del dolor, y se echó atrás.

—Hija, ¿qué te pasa? ¿Todavía la maldita jaqueca?

Y quedó sin saber cómo soltar la bomba, que bien preparada y envuelta acababa de confiarla misia Elvira; porque, Pantaleona, al reconocerla, rompió á suspirar, y ella se enterneció al punto de titubear si la solitaria ó no, aunque la advertencia final de la mamá la sonaba en los oídos: «¡Guárdate de sus lágrimas de cocodrilo y de algún patatús de comedia!» Se compuso el pecho, mirando á la bonita alcoba tendida de cretona y adornada de mil graciosas chucherías; entretanto, renovaba la tosecilla impertinente.

—¡Por Dios! En verdad, razón no te falta para afligirte, pero... Confieso que yo no soy de las que creen, y las hay que creen horrores. ¿Acaso te conocemos de ayer? Sin embargo, hija, suceden cosas... Al más ciego se las pueden poner delante. Y en el barrio sobran ojos que vean y lenguas que corten, ¡qué lenguas! También ustedes, ¡qué poco tino! Yo se lo he dicho á mamá y á Jorgito, queriendo disculparte: es falta de tino nada más. Porque, al principio, pensábamos que el tal sería algún vejete inofensivo, á pesar de lo que en contrario afirmaban todos, y la pobre mamá ha llegado á creerlo cuando lo ha visto, *lo ha visto...*

(Continuará)

¡FUEGO!, POR EL CAPITÁN ARTURO SHEAN

INGENIERO CONSULTOR DE LA BRIGADA DE BOMBEROS

Este artículo enumera las muchas causas, al parecer insignificantes, que ocasionan los incendios; los medios de prevenirse contra ellos y la manera de escapar de un edificio presa de las llamas.

Es un hecho curioso el que, siendo los incendios el accidente que con más frecuencia suele ocurrir en



Son muy frecuentes los incendios producidos por una lámpara colocada sobre una mesa cubierta con un tapete

las casas, sea, sin embargo, aquel contra el cual no se tome, por regla general, ninguna precaución.

Se gasta el dinero en cerrojos y cerraduras para guardarse de los ladrones; se llama en seguida á los obreros respectivos para que compongan una grieta en el cielo raso ó un balaustre que falte en el pasamanos de la escalera; pero ¿quién se ocupa de los incendios? ¿Quién piensa jamás en gastarse una peseta para impedir que estalle, ó dedica un momento á determinar lo que tendría que hacer cada uno de los habitantes de la casa si llegara á estallar?

Es poco menos que incomprensible el que así suceda, pero de que así sucede no cabe duda. Responda cada cual: ¿tiene usted la más remota idea de lo que debería usted hacer si cayese al suelo en su dormitorio una lámpara encendida cuyo líquido inflamado se extendiera por el piso? Si un incendio estalla en una de las habitaciones de su casa, ¿tendrá usted que correr en busca de una vasija cualquiera, llevarla luego bajo la primer llave de agua que encuentre, darle á ésta vuelta, llenar el cacharro y volver con él ¿adonde está el fuego?, ¿ó ha pensado usted en gastarse doscientos reales en comprarse una bomba de mano portátil con que apagar las llamas en tres minutos?

Pero dejémonos de preguntas un poco embarazozas de contestar y volvamos á tratar de nuestro tema.

Primeramente tratemos de las lámparas de petróleo ó aceite, que son las que más incendios originan.

¿Qué cosa hay más común que ver una lámpara colocada sobre una mesa cubierta por un tapete? Sin embargo, es una de las cosas más peligrosas que hacerse pueden. Llega un niño jugando, resbala, se tambalea, ase instintivamente el tapete, cae y lo arrastra tras sí, é imagínese usted lo que sigue.

Otras veces una persona muy pulcra ve que el tapete cuelga más de un lado que de otro. Se olvida de la lámpara, ó si no se olvida, ha arreglado tantas veces el tapete en iguales condiciones, que le pasa la mano y da un tirón, la lámpara está cerca del borde, ó tropieza la mano con ella, ó el tirón es muy violento, y ¡zas!, cae.

«¡Ah!, dice alguien, á nosotros no se nos ocurre poner la lámpara sobre la mesa grande; vea usted, la colocamos sola sobre esta mesita; aquí sí que no hay peligro.»

Y muestran con mucho orgullo una mesita tan endeble, que el menor roce de una persona que pasa es suficiente para que se venga al suelo.

No. No. Si quiere usted no correr peligro, cuelgue usted la lámpara del techo ó puesta en un aro clavado en la pared; esto puede, sin embargo, dar lugar también á otro peligro. Las lámparas sujetas á la pared no deben serlo con clavos; el carpintero debe antes introducir unos tarugos de madera en ella y sujetar con tornillos el receptáculo para la lámpara.

Si, á pesar de todo, tiene usted una mesa sólida, sin tapete, que no sea fácil de tirar al suelo y quiere usted colocar en ella la lámpara, coloque usted debajo del pie una fuente honda, á fin de que el petróleo, si llegara á derramarse, no corra por la mesa y caiga al suelo.

Otro punto en que hay que tener mucho cuidado es en que todas las lámparas se limpien y provean de aceite durante el día. Andar con petróleo cerca de una luz artificial es el colmo de la imprudencia; hay también el peligro, después de llenar la lámpara, de dejar la lata sin tapar, pues si después de encendida la mecha se arroja el fósforo sin estar completamente apagado, puede caer dentro de la lata, produciendo una explosión.

Pero supongamos que á pesar de todas las precauciones la lámpara cae y que un río de llamas corre por la alfombra; en ese caso, lo primero es conservar la sangre fría, lo segundo no echar agua. Este segundo consejo es preciso tenerlo muy presente. El agua lo que hará será ayudar á que las llamas corran, y por ningún concepto debe usarse. Lo que procede es coger una alfombra ó felpudo, tirarlo sobre las



Para apagar una lámpara de petróleo hay que bajar la mecha y soplar de abajo arriba

llamas y pisar encima. Si así se hace en el acto, se evitará todo daño y en un momento quedará apagado el incendio.

Otra cosa mejor todavía es la arena. Si se tiene á mano un cajón de arena cerca de las habitaciones donde hay lámparas encendidas, puede evitarse en seguida el mal que pudiera causar una lámpara que se cayese á rompiese.

Por último, debemos añadir en este capítulo que hay un modo bueno y otro malo de apagar las lámparas. El bueno es bajar la mecha, y cuando la llama principia á saltar, soplar de abajo arriba. El malo, el que podría producir una explosión, es soplar hacia abajo por la boca del tubo.



Lo que procede es coger una alfombra ó felpudo, tirarlo sobre las llamas y pisar encima

Del petróleo pasemos al gas, sistema de iluminación no tan peligroso, pero que, sin embargo, exige también muchas precauciones.

Parece ridículo repetir aquí el tan conocido consejo de que no debe buscarse nunca un escape de gas con una luz encendida; pero suceden tantos incendios realmente por este motivo, que no está de más hacerlo.

Despierta una persona á media noche, siente un olor á gas, y olvidándose de ese consejo tan viejo, hace la cosa más natural y más insensata posible, enciende una luz y se pone en busca del escape. Va abriendo habitación tras habitación, introduce la cabeza y huele, hasta que al fin, al abrir una puerta, ocurre una terrible explosión, y luego las gentes, al leer la noticia en los periódicos, se admiran de que haya personas tan locas.

Y sin embargo, es esa una locura que la puede tener cualquiera si no anda con mucho cuidado. Cuando de noche se sienta olor de gas, búsquese el escape con la nariz. Si el olor no es más fuerte en un cuarto que en otro, ábranse todas las ventanas durante unos cuantos minutos. Volviéndolas luego á cerrar, es fácil averiguar en donde está el escape, y tapándole con jabón, se puede dormir tranquilo hasta que acuda al día siguiente el lampista á soldarlo.

Muchos incendios suceden á causa de los mecheros de gas que suelen tenerse en ciertas dependencias interiores de las casas, como cocinas, despensas, etcétera. Es cosa muy común que las amas de casa económicas digan: «¡Oh! Aquí no hay necesidad de poner tubos ni globos, se romperían en seguida,» y continúa ardiendo á sus anchas el mechero, hasta que un día una toalla ó paño que se balancea junto á él le toca y se prende fuego, y la casa se quema por no haber querido gastar una peseta en un globo de alambre.

Es en verdad muy extraordinario ver con qué frecuencia las gentes pierden mucho por no gastar poco.

Las chimeneas constituyen otro peligro. Muchos son los incendios que en ellas tienen origen y se producen únicamente porque el amo de casa, para economizarse el gasto de hacerla limpiar, no toma esa precaución, una de las más esenciales contra el peligro de incendio.



La costumbre de leer en la cama á la luz de una vela ha sido causa de muchos accidentes desgraciados.

El sistema más seguro para leer en la cama á la luz de una vela es poner ésta en una palangana con agua.

Y á propósito de esto, hemos de añadir que hay que vigilar la limpieza de las chimeneas.

El limpiachimeneas con frecuencia ve que el deshollinador tropieza con algún obstáculo y frota y da contra él hasta que al fin lo desprende y abajo se viene medio ladrillo, que va á parar al saco junto con el hollín, sin que ni él ni nadie ponga en ello atención.

Pero aquel ladrillo ha salido de uno de los huecos donde descansan las cabezas de las vigas y deja al descubierto un trozo de madera, que se va carbonizando más y más cada vez que se enciende el fuego, hasta que un día también se enciende y continúa ardiendo lentamente hasta que toca algo más inflamable y la casa arde por completo, sin que nadie tenga la menor idea de la causa del siniestro.

Por lo tanto debe preguntarse al limpiachimeneas si se ha desprendido algún ladrillo al limpiar; si así ha sucedido ó si por cualquier motivo se cae alguno, hay que llamar en seguida al albañil.

Cuando se prende fuego á una chimenea de la manera que es más frecuente, debe echarse al fuego de

la hornilla sal, que lo apagará y cortará la corriente de aire hacia arriba que iba á avivar las llamas.

Pero no es tan sólo á la chimenea á lo que hay que atender, sino también al fuego mismo.

Toda chimenea debe estar provista de un guardafuegos movible, que pueda ponérsele siempre que sea preciso. Y es necesario, por lo menos es lo más prudente, hacerlo así siempre que se deje fuego encendido en una habitación que se va á quedar sola. Nada hay más fácil que el que salte un carbón encendido y caiga en la alfombra; teniendo un guardafuego esto es imposible. También debe colocarse cuando se enciende el fuego por la mañana, pues todos sabemos el chisporroteo que entonces se produce y el daño que una chispa puede ocasionar.

Tampoco debe ponerse ropa á secar delante de una chimenea sin guardafuego. El secar la ropa blanca es siempre una operación peligrosa y debe dársele vueltas á menudo para convencerse de que no hay novedad.

Otra de las causas frecuentes de incendios en las casas es la costumbre de leer en la cama. Muchas son las desgracias que han resultado de quedarse el lector dormido, dejando la bujía encendida. Durante la noche cualquier movimiento brusco hace caer la vela, prendiéndose de este modo fuego á las sábanas.

Así, pues, no debe leerse en la cama; pero si fuera necesario, colóquese el candelero dentro de una palangana y á cierta distancia. Esta precaución permitirá entregarse con relativa seguridad á tan peligrosa costumbre.

Las noches de Navidad, en que están los niños vestidos con trajes ligeros é inflamables, hay que tener mucho cuidado con que no se acerquen demasiado á las luces de los Arboles de Nochebuena ni á la chimenea.

Antes de que los niños se reunan debe colocarse á mano una tina con agua y una alfombrita; si algo ocurriera se tienen ya dispuestos los medios para apagarlo en el menor tiempo posible. El no tomar esa ligera precaución podría ser causa de que se quemara un niño, cosa que ha sucedido más de una vez en esas reuniones.

Vamos ahora á hacer algunas indicaciones generales sobre el modo con que debe procederse cuando ocurre un incendio.

Cuando se advierta el fuego, hay que cerrar inmediatamente todas las puertas y ventanas para impedir las corrientes de aire, pues éstas extenderían las llamas tanto como un barril de aceite.

Luego hay que aislar el fuego, es decir, quitar todo



Si de noche se ha iniciado un incendio, lo primero que debe hacerse al saltar de la cama es calzarse.

Para poder respirar bien, átese delante de la boca un pañuelo mojado

lo inflamable, como cortinas, papeles, muebles de tapicería, etcétera, y por último apagarlo, bien echándole encima una fuerte manta y pisando, bien echándole un chorro de agua constante, exceptuando cuando se trata de aceite ardiendo.

Si se prende fuego al traje que uno lleva, echarse al suelo sobre la parte incendiada, ó envolverse en una manta ó cosa parecida, y esto último es lo que debe hacerse cuando se ve arder la ropa de alguna otra persona.

Los incendios más temibles son los que ocurren de noche. Al despertarse y encontrarse con semejante novedad, lo primero que hay que hacer es ponerse los zapatos.

Después hay que tener presente que el humo es más temible que las llamas. Es una costumbre muy conveniente poner, al acostarse, un pañuelo bajo la almohada. En caso de incendio hay que mojarlo muy bien en agua y amarrárselo delante de la boca y nariz; esto impedirá que el humo penetre y sofoque.

Si es necesario pasar á través de las llamas, hay que mojar todo lo posible la manta, envolverse bien en ella y lanzarse á toda carrera.

Cuando el humo esté á punto de asfixiar, hay que tener presente que muchas veces se puede respirar junto al suelo cuando ya no es posible hacerlo estando de pie; en ese caso debe seguir uno su camino arrastrándose con pies y manos.

Si hubiera precisión de salir por las ventanas, puede efectuarse por medio de una sábana ó de varias atadas unas á otras, como si fuera una soga, cuidando mucho cómo se atan y asegurando uno de los extremos á una de las patas de la cama.

Para terminar, no debe cerrarse nunca con llave la puerta del cuarto donde se duerme; hay que examinar antes de acostarse si todas las cerraduras y cerrojos de las puertas y ventanas están corrientes y pueden abrirse con facilidad, y tomar todas las demás precauciones á propósito para alejar todo temor de incendio.

Una palabra más, referente á los seguros contra incendios. Casi todos los propietarios de casas tienen su póliza de seguros, pero muy pocos son los que tienen un inventario completo de lo que en ellas hay. Esto es tan importante como la misma póliza, porque en caso de incendio no se paga ninguna reclamación que no vaya comprobada con una relación detallada de los efectos, muebles, ropas y demás que se han quemado, especificando su valor.

De todo lo anteriormente consignado se desprende que en caso de estallar un incendio lo primero que necesitan los habitantes del edificio incendiado es mucha serenidad. Cierto que esta es una receta más fácil de prescribir que de tomar, como vulgarmente se dice; pero si, como consignamos al principio, la gente pensara un poco más en lo que un incendio significa y adoptara oportunamente las convenientes precauciones, se evitarían muchas desgracias y se alejarían muchos peligros.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona






ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.





PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, París

UN NUEVO DEPORTE. – EL «PUSH-BALL» Á CABALLO



Una refriega general



El empuje de un equipo

UN NUEVO DEPORTE

«EL PUSH-BALL» Á CABALLO

El *push-ball*, nombre que traducido literalmente significa «empuja-pelota,» es un nuevo juego, como habrían dicho nuestros padres, ó un nuevo deporte, como decimos ahora, que los guardias de corps del rey Eduardo VII de Inglaterra juegan hoy en los céspedes del Palacio de Agricultura de Londres.

El *push-ball*, que se vió jugar por vez primera en circos alemanes, es una derivación, á la vez, del polo y del *foot-ball:* del *foot-ball* porque se trata de una pelota, pero de una pelota gigantesca (1'50 á 1'60 metros de diámetro) que hay que hacer llegar á la meta; y del polo, puesto que sólo se juega á caballo.

Los jugadores se dividen en dos campos, y, teniendo buen cuidado de no tocar la pelota con las manos ni con los pies porque está expresamente prohibido, la dirigen, la hacen avanzar y la empujan con sus caballos. Y ocurre un hecho curioso, y es que los mismos caballos acaban por interesarse en el juego tanto como los jinetes.

Nada tan divertido como ver á los tres caballos de un equipo empujar, todos perfectamente á una, la pelota gigantesca hacia el equipo contrario ó estrujarse impetuosamente todos los caballos concurrentes en una refriega, piafando y relinchando.

Los miembros de la familia real inglesa asisten con frecuencia á esas partidas de *push-ball* que les interesan de un modo extraordinario. – X.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (*Francia*).
En todas las Farmacias bien surtidas.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos*; *Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 11 de julio de 1904 — Núm. 1.176

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)



EL QUERUBÍN DE MOZART, cuadro de J. E. Blanche

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ahora resulta que la línea férrea donde ha ocurrido una catástrofe—que parece referida por San Juan en Patmos, entre las visiones de terror de la Apocalipsis,—estaba construída, como si dijéramos, con *papier mâché*, de estraza legítima, y si se quiere evitar que escenas tan espeluznadoras se reproduzcan con demasiada frecuencia, acabando con la apereada casta de los viajeros, urge cambiar el trazado completamente.

Lo que les decían los buenos viejos de la comarca, con su experiencia y sentido común aldeano, á los flamantes ingenieros franceses, belgas, ó de donde fuese, que eso no hace al caso del descarrile con añadidura y remate de incendio y asfixia por inmersión:

—Que vais mal por ay, moño... Que estáis trebajando sobre agua y no sobre tierra. ¡Que este es el ferrocarril del agua, ridiós!, y en diciendo que icen que llueve, se va á blandar, y en hinchándosele al río los morros, se vos güerve la linia lo mesmo que una bizcochá metía en el pilón de la juente!

Naturalmente, no se hizo caso de estos Nestores, y allá fué el trazado por donde dictaminó la ciencia. (Parodiemos á Madama Roland y exclamemos: ¡Oh ciencia, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!) Y la línea férrea, que debiera ser para aquellas importantes comarcas, trabajadoras, antes segregadas al parecer del resto del mundo, esperanza y realidad de progreso, convirtió en terror de los que por su mal se ven precisados á recurrir á ella; y todavía á estas alturas, cuando hasta en la Indo-China han desterrado los rieles á las carreteras, la carretera de Calatayud hace ventajosa competencia al ferrocarril Central de Aragón.

Sin duda el trazado fué obra de extranjeros, y se creerá que este hecho nos exime de toda culpa. ¡Lo hizo quien lo entiende! Digamos en este caso y en otros muchos:

Todos muy buenos en Francia...
mas no los quiero en Castilla.

En efecto, los extranjeros aquí no proceden con la circunspección y el saludable temor á la opinión y á las responsabilidades que en su tierra natal, donde el sentido público existe y es fuerza con la cual debe contarse.

No profeso yo, créase ó no se crea, el fetichismo de los extranjeros. Es una necesidad servirse de ellos, ya lo sé, en la gran industria, en infinidad de aplicaciones de adelantos é inventos cuyo manejo aquí se desconoce; y no constituye la menor de nuestras desgracias esta necesidad, porque no procedemos como los japoneses, cuyo sistema es llamar al obrero ó al instructor de fuera, enterarse y despedirle. Y en nuestro rezago los extranjeros ven materia explotable, y por lo mismo que tienen el hábito sano de la concurrencia vital, explotan. Construyen tranquilamente puentes que tienen menos luz que la anchura del río; les dan cimientos de arena, á flor de tierra, y se echan acaso esta cuenta fatalista: «Se estrellarán unos cuantos españoles quizás... ¡Bah! Si había de cogerles un tranvía ó despachurrarles un automóvil...»

A pesar de todo el vocerío de las Gacetas, será una sorpresa tan grata como despampanante el que se acuerde la variación y rectificación racional de ese trazado mortífero. No estamos hechos á ver corregir y enmendar desaciertos, siquiera vaya en ellos la existencia de la gente y la prosperidad de la región.

Y á propósito de extranjeros; estos días menudean los incautos venidos de lueñes tierras al olor y al cebo de un timo.

Los timadores españoles pueden poner cátedra; no les faltarán clientes en los dominios del Kaiser, en el país de los excelsos pensadores.

Cuando Madama de Stael descubrió y ensalzó los méritos psicológicos de Alemania, en primer término encareció el candor, la inocencia santa de aquella gente, idealista y soñadora.

No sé si será ensoñación, pero de fijo es soñar despierto lo que hicieron las dos parejas de excelentes alemanes que, con horas de diferencia, desembarcaron en la estación de Madrid, dispuestos, los dos últimos que llegaron, á arriar la no despreciable suma de 75.000 francos (ya saben que el cambio está al 39 por 100) á cambio de una maleta que encerraba esos tesoros incalculables, que no tienen más defecto sino volverse carbones cuando se abre el recipiente mágico, señuelo de bobos internacionales...

Fortuna tuvieron estos hijos de la rubia Germania, que se traían en la cartera una cantidad de marcos suficiente para encuadrar las fotografías de todos los papanatas que en el mundo han sido—y cuidado que han sido...

Fortuna, porque en la estación les recibió, en vez del interesante industrial que les había citado en corto, para banderillearles y estoquearles, un próvido inspector de policía, que les preguntaría en qué árbol tenían el nido, y les encargaría cuidado para no volver á caerse.

Y uno de los candorosos compatriotas de Bismarck, por señas tratante en ganado (el ganado que aquí pace no debe de haberlo vendido ni comprado nunca), confesó «ingenuamente, pero con gran energía» -dice un diario,—que si llega á realizarse el timo, se corta la cabeza.

¡Para lo que le sirve!

Hace algunos días hablé en *El Imparcial* de lo que me agradaría ver establecido en Madrid -y en otras ciudades españolas, por supuesto—lo que llamé «casa de aseo;» un sitio donde gratuitamente se bañase, afeitase, pelase, friccionase y hasta perfumase con su chorrillo de colonia á los pobres que, no teniendo para comer, menos tendrán para jabón. Y acabo de leer un artículo publicado en *España*, firmado por el Sr. Aurioles, acerca de los baños populares establecidos en varias poblaciones de Inglaterra, Alemania y Francia, donde las clases menesterosas, y particularmente los obreros, pueden limpiarse y bañarse por una cantidad que oscila entre 10 y 15 céntimos de peseta.

No digo que sea malo; convendría la instalación de esas termas en Madrid, en que un baño público cuesta lo menos seis reales, á pesar del magnífico caudal de agua del Lozoya; pero insisto en que la sociedad está demasiado interesada en propagar hábitos de aseo, en purificar sus capas inferiores, impregnadas de putridez, para que deba cobrar nada, ni un centimito, por los baños populares.

Sostengo que, al contrario, si fuese humanamente posible, debieran otorgarse, al principio, premios y alicientes para atraer á la humilde y sucia clientela; por ejemplo, la rifa de algunos décimos de lotería, ó de objetos útiles, como medias baratas, mantones, algo que, engañando caritativamente á los haraposos, les decidiese á soltar la mugre, victoria no tan fácil como parecerá á primera vista. Hablábase en cierta ocasión del estado no muy satisfactorio de nuestra pedagogía con relación á la de otras naciones, y decía un ilustre médico: «¿Qué quieren ustedes que suceda? Aquí discutimos aún si debe pagarse á los maestros, y por ahí se piensa ya en pagar á los discípulos.» Era verdad: en los Estados Unidos se ventilaba el problema de que, si los hijos de los obreros pierden años de labor retribuída por completar su instrucción, la sociedad, interesada en que todos se instruyan, debe abonarles esos años de trabajo perdido. Cosa análoga diría yo de la limpieza. Fray Luis de Granada incluye, entre las causas de impensada muerte, «el vaho de un enfermo.» Los adelantos de la medicina nos enseñan que tan peligroso como el vaho de un enfermo es el de un individuo procedente de un foco de suciedad. Aconseja, pues, el propio egoísmo á las clases acomodadas que fomenten instituciones de limpieza, pero gratuitas, si no con premio, según queda dicho. Yo estimaría tan obligatoria la creación de baños populares como la de Hospitales y Asilos, y la creo más barata y sencilla. ¿Que en el extranjero este servicio se cobra poco, pero se cobra? No hagamos caso. No me cansaré de repetir que el ideal no es imitar, es adelantarse. ¿Pedir dinero por el baño, al cual los miserables tanto miedo sienten? Harto será que sin desconfianza concurran á limpiarse, á que les desinfecten la ropa.

Se han declarado en huelga los poceros.

Ahí tienen ustedes á unos huelguistas á quienes no se les puede regatear el aumento del salario.

Es de tal naturaleza su oficio, que difícilmente conjeturo cuánto valdría una jornada de pocero si la huelga se hiciese crónica.

A tal extremo, que la tarea de esos desventurados ha puesto en verdadero aprieto á los teóricos del colectivismo, que construyen según su fantasía una sociedad nueva, de justicia, luz y paz, donde todo el mundo trabaja en todos los oficios de buen grado, reconociendo que el trabajo es deber y satisfacción juntamente. Cubiertas de seguro las necesidades, ¿quién se prestará á ser pocero?.. No lo saben explicar los teóricos... Sí, esos huelguistas piden en justicia. Y si lo dudáis, tened el valor de verles trabajar una vez sola...

Los dioses se van, las leyendas mueren, los edificios se derrumban, los objetos de arte pierden la pátina, todo desaparece al curso devastador del tiempo.

En el Congreso feminista de Berlín, ¿saben ustedes quién arrebató al auditorio? Una señora turca, y además de turca, parienta del Gran Turco; una princesa de la familia del Sultán. Y esta dama, sin pizca de respeto á la ley de Mahoma ni á las venerandas tradiciones, tronó contra la esclavitud femenina en su país, y maldijo de la compra-venta de mujeres en el Asia Menor, solicitando que la influencia occidental ponga fin á ese estado de cosas.

Lo que no nos dice la prensa, transmisora de esta noticia capaz de estremecer á la Puerta Otomana sobre sus seculares goznes, es si la princesa se queda en Berlín ó regresa á Constantinopla, y si al regreso su primo y emperador la regala un collar de perlas ó la envía, con los mudos del serrallo, el característico cordón de seda que fué instrumento de las justicias de los Amurates y Selines.

Porque con esa manera de ver, la princesa será un garbanzo negro en la olla turca, en la cual todavía sufren cochura los cristianos armenios, cochura de suplicios y de esterminio si las naciones no intervienen, que no intervendrán.

En Vigo deben de haber abordado, disfrazados de vigilantes de consumos, unos cuantos esguízaros del Sultán rojo.

Un carretero casi ciego pasaba por el fielato, llevando el carro vacío. Detención, cuestionario, registro, y el hombre, creyéndose libre ya, rompe á andar, deseoso de llegar á su posada.

El desacato indigna á un respetable esguízaro, digo, consumero, y como no tenía á mano el yatagán, tira de navaja y se entrega al deporte de la mechadura.

Algunos armenio-vigueses que presenciaron el lance, lo comentaron con proyección de piedras, pero otro turco acudió en ayuda del primero, argumentando con el revólver. Y casi se arma un motín.

Pero ¿qué sería de nuestra hacienda municipal si los consumeros no tuviesen derecho de vida y muerte, y hasta otros derechos que el decoro veda especificar, sobre los armenios y armenias que cruzan las puertas de las ciudades?

Prudente y avisado, Bombita —Emilio Torres—ha dado un adiós á sus glorias y fatigas, antes que un toro le obligase á darlo á eso que Homero, optimista á ratos, llama «la dulce vida.»

Diez años de retozos delante de un par de astas formidables—lo son, aunque desde el tendido parezcan chicas, si se ven tan de cerca como las tuvo que ver el joven diestro—bastan para cogerle asco al oficio.

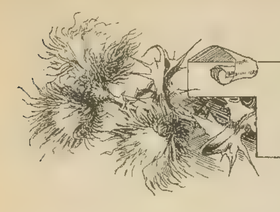
Bombita hasta se nos reviste de aureola filosófica, de prestigios de sabiduría, cuando aprendemos que ha conseguido el áurea mediocridad y que no aspira á la riqueza, contentándose con el goce, recomendado por Arturo Schopenhauer, de decir al despertarse: «El día es mío.»

Bombita acaso no haya leído «El mundo como voluntad y representación;» tanto más, cuanto que lo mismo les sucede á bastantes «intelectuales;» lo que pasa es que estas grandes enseñanzas de los hondos pensadores, á veces, por la misericordia celeste, las adivinan los sencillos concurrentes al matadero y á la dehesa boyal.

La súplica de los cristianos de antaño, la bella súplica tan olvidada «danos, Señor, una buena muerte,» sigue siendo el ideal del torero, más expuesto que nadie á morir, si no precisamente fuera de su cama, por lo menos de artificial enfermedad.

Bombita es discreto, toma el mundo como debe tomarse, y de hoy más fumará, al sol en invierno, en verano á la sombra, recordando peligros, cogidas, la ardiente puñalada del pitón que rasga las carnes, la grita del público, y mirando apaciblemente cómo se difuma la espiral de humo, emblema de nuestros afanes...

Emilia Pardo Bazán.



EL DEL PUESTO



Todas las mañanas al abrir las maderas del balcón, veía yo á la puerta del café frontero, á través de los deshojados árboles de plazuela, al vendedor de periódicos que tendía las cuerdas y colgaba en ellas la variada y fresca mercancía: los diarios populares plegados y dispuestos para que los recogiese el transeunte sin detener el paso, sin más que tender la mano y dejar una moneda; los periódicos sesudos, los semanarios satíricos, los que exhiben el retrato de una actriz en boga, picaresca, risueña y levemente vestida; los que ostentan figurones de almazarrona-do tinte, representando á nuestros políticos mediante convencionalismos groseros, y sin que faltase en el abigarrado muestrario la estampa nacional del toro y el torero.

El vendedor era un hombrazo envejecido, alto y recio, de blanco bigote, roja la tez, cano el cabello; había en su persona aire marcial, limpieza y pulcritud milicianas, melancólica reminiscencia guerrera, resaltada por la mengua de sus miembros, pues que le faltaba el brazo derecho y era de palo la pata de la misma banda.

Su pregón firme y campanudo llegó á ser sonsonete familiar á los vecinos de la apartada plazuela y á los de las calles afluentes. Yo, una vez que yacía con acerba enfermedad, recuerdo que cifraba el ansia de salud en verme sentado y arropado como un viejecito tras la vidriera de mi estudio, viendo al mutilado vendedor impasible, correcto y bonachón á la puerta del café, en donde reverberaba el pálido sol de invierno. Si una noche de fiebre ó de insomnio arrastraba ante mí sus pesadas horas, permanecía oído alerta en espera de que el veterano viniese á anunciarme la mañana con su hueca voz y sonoro clamor; hasta en mis cortas estancias fuera de la corte sentí más de una vez punzarme el deseo de comprarle la hoja recién arrojada por la rotativa, húmeda aún, fresca y olorosa, aquel papel que todas las mañanas recogía yo al emprender las tareas de la jornada y que el inválido me entregaba ceremonioso, acompañando la entrega de un saludo militar.

El recuerdo de aquel hombre se enrosca en mi vida con la adherencia, con la pegadura de la hiedra al tronco; su persona trascendía á miseria decorosa, á infortunio austero; su aire de gravedad, su compostura, esparcían tufillo de honradez, levantaban en el vecindario lástima y compasión. Algunas veces llegamos á entablar los dos breves diálogos sobre los sucesos que él mismo anunciaba á voz en cuello, atrayendo á los parroquianos con cebo de curiosidad; alguna vez, de los sucesos de la patria pasamos á los asuntos de su hogar. ¡Pobre hogar de mi vecino mercader! Por única familia una hija guapetona y bien plantada, pero ciega, y un mozallón sirviendo al rey; por único sustento, el puesto. El día en que noticias trágicas ó agitadoras estremecen al pueblo, mi vecino y su hija comen, sonríen; cuando la vida nacional se desliza mansa, en días de calma patria, sin crimen, sin crisis ó sin discurso, la ciega tal vez coma, pero el veterano ayuna.

La venta en aquel rincón, ¡es tan difícil!

No basta, como en el centro de la corte, presentar ostentosa la mercancía; si no se anuncian y vocean noticias violentas, permanece impasible el público arrabalero.

¡Pueblo feliz, que sólo aceleras la sincrónica marcha de tu vida y te agitas y te conmueves cuando un vendedor ambulante anuncia desgañitado la caída de un ministro ó la cogida de un torero!



Pregone á voz en cuello los últimos instantes del reo que van á fusilar...

Una mañana de primavera abrí de par en par mi balcón para que entrase á oleadas la luz del cielo, el aire saturado de fragancia serrana, la gregueria de pájaros que en los árboles de la plazuela posaban, y aun las agudas notas y salpicaduras de arpegios de un organillo alborotador y bullanguero. La primavera hacía irrupción violenta y ardorosa. El cielo era un pabellón azul, bruñido; la tierra transpiraba aromas y en la ramazón abrían los botones reventando al sol con brotadura fresca y lozana.

Latía el ambiente con palpitación de vida, y sin embargo me helaron la sangre estentóreos vozarrones que pregonaban los últimos momentos del reo que van á fusilar.

Era éste, según la tosca efigie con que algún periódico obsequiaba á sus lectores, un mozo fornido y de simpático rostro; su culpa no era la de un criminal, sino una escena de cuartel agria, rápida y violenta, que el código de la milicia castiga también con acritud, con rapidez y con violencia. El pueblo madrileño sintió, al despertar aquel día, el horror del trágico castigo. Hasta mi plazuela llegaba el fúnebre clamoreo, y sin duda el veterano de enfrente se había rendido á la competencia de los intrusos ambulantes, porque yo no oí su campanudo pregón aquella mañana en que el papel tendría opima venta. Quise ver si estaba en su puesto, pero el naciente verdor del arbolado me celaba la puerta del cafetín.

Los vendedores vocingleros seguían esparciendo su reclamo lúgubre; el del puesto..., nada; mudo, sin pregonar la incitante mercancía con la que él y su ciega podrían comer, sonreír...

Salí á la calle, y ya al cruzar la plazuela pude ver al marcial vendedor acurrucado, inmóvil tras la vidriera soleada del café; también él me vió á mí, pero no hizo ademán alguno para coger y doblar hábilmente, á pesar de su manquera, el diario que todos los días le compraba.

—¿Qué es eso?, le pregunté al acercarme. ¿Está usted enfermo? ¡Hoy es día de buena venta!

Nada me contestó; yo seguí espoleando su timidez:

—Estos pilluelos alborotadores vienen á quitar venta de los puestos fijos; pero veterano, ¡por Dios!, no hay que amedrentarse; tiene usted voz recia como muchacho de veinte años. ¡Anuncie, pregone á voz en cuello los últimos instantes del reo que van á fusilar..., digo..., que habrán fusilado ya!

—¡Yo, señor!.. ¡Si es mi hijo!

Francisco Acebal.

(Dibujo de Sardá.)

La educación japonesa y las fiestas escolares en el Japón

por el conde Hardenberg. Con cuatro ilustraciones

La educación infantil japonesa, como tantas otras cosas en el Imperio del Sol naciente, ha sufrido, desde la desaparición del régimen feudal, una gran transformación, y se ha ido asimilando poco á poco la mayor parte de los progresos que en esta materia se han realizado en Europa.

En los tiempos antiguos, los japoneses, siguiendo el camino que el carácter popular les trazaba, preocupábanse únicamente de infundir en el alma de los niños las ideas de honor y caballerosidad, de lealtad y obediencia, de respeto á la religión y á la autoridad familiar, de dignidad y de decoro, de disciplina y de imperio sobre sí mismo, y para infundírselas recorrían en algunos casos á los medios de que para lograr el mismo objeto se valían los espartanos. Así, por ejemplo, los llevaban á los sitios en donde se aplicaba el tormento y se verificaban las ejecuciones capitales para familiarizarlos con los espectáculos horribles; les hacían tocar la ensangrentada cabeza de un decapitado á fin de que aprendieran á dominar sus sentimientos, y les obligaban á presenciar los ejercicios de combate y aun á tomar parte en ellos desde edad temprana, con objeto de que se entusiasmaran con los actos de valor; en una palabra, hacían todo cuanto podían para educarlos en el heroísmo.

Niñas japonesas jugando al aire libre

Dentro de este mismo orden de ideas había narradores profesionales que recitaban á los pequeñuelos poesías patrióticas, mitos de héroes y acontecimientos históricos para mantener vivo en ellos el entusiasmo por las grandes hazañas.

En cambio, se daba muy poca importancia á la educación práctica: el que llegaba á saber leer y escribir; el que dominaba el complicado ceremonial del trato con las gentes, así de alta como de baja alcurnia; el que entendía los principios fundamentales del budismo, no necesitaba más para alcanzar el grado de *samurai* y tener, por consiguiente, el derecho de llevar dos espadas.

En cuanto al hijo de *haimios*, es decir, al hombre del pueblo, aún poseía menos conocimientos, contentándose con estar al corriente de la noble tradición de un oficio y de los cinco *Gorin*, en los cuales estaban contenidos todos los deberes de los hombres para con sus semejantes.

Y respecto de las muchachas, no necesitaban aprender nada; pues les bastaba saber servir y reir con gracia.

En los tiempos modernos, el programa educativo en parte ha debido ser modificado y en parte ampliado considerablemente, para que pudiera mostrarse á la altura de la civilización occidental; y fuerza es confesar que este propósito se ha logrado por completo. Mutso Hito, el Benigno, el *Tenno*, á quien tanto debe su patria, dió el impulso para la creación de un verdadero sistema escolar, y en el corto período de menos de 30 años consiguió que hubiera distribuídas en todo el Imperio más de 30.000 escuelas populares, en las cuales los pequeños nipones de rasgados ojos pudieran recibir una educación elemental fundamental, lo mismo los hijos de las familias más ilustres que los de las familias más humildes. Las antiguas ideas caballerescas han pasado á ser, por decirlo así, patrimonio de la nación, desde que los *samurais* se confundieron con el pueblo, es decir, desde que desapareció el régimen feudal, y se han convertido en un intenso amor á la patria y en un vigoroso orgullo nacional.

Las escuelas populares japonesas están organizadas, en lo fundamental, según el patrón del sistema alemán; pero han tomado también del sistema inglés la especial importancia que en éste se concede á la educación física. La enseñanza que dan maestros y maestras muy mal pagados, sea dicho de paso, apenas se diferencia de la que se da en las escuelas populares alemanas.

Sólo en una cosa son más dichosos que los niños europeos los niños japoneses: tienen muchas más fiestas y días de asueto, que pasan más alegremente que aquí en la escuela y en su casa, y esto se lo deben á su amable protector Hotei, el Pestalozzi japonés, que siempre ha profesado acendrado amor á la infancia.



Niños japoneses en marcha para la fiesta de las Banderas

Además de los domingos europeos, que se celebran allí desde que en 1873 aceptó el Japón el Calendario Gregoriano, hay una porción de días festivos que sólo se explican por la afición desmedida que los japoneses tienen á las fiestas. Citaremos entre ellas la fiesta de los Acoros, para niños, consagrada á la glorificación del espíritu guerrero; la de las Muñecas, para niñas, en la que desempeñan un gran papel las lindas muñecas japonesas; la de las Banderas, la del Dragón de papel, la de los Faroles, la de la Flor de oro, la de la Primavera, las dos del Otoño, y además una porción de fiestas patrióticas, como la de la entronización de Immu Tenno, la de la proclamación de la Constitución, que se celebra el 11 de febrero, y la del Tencho-setsu, ó cumpleaños del emperador, que se verifica el día 3 de noviembre.

De todas estas fiestas infantiles las más importantes son la de las Muñecas y la de las Banderas, por cual razón vamos á describirlas particularmente.

La fiesta de las Muñecas, que es para las niñas, se celebra el tercer día del tercer mes. En este día, no hay casi ninguna casa en el imperio del Mikado en donde no se saquen de los armarios en que están guardadas todas las muñecas, á las que se adorna y viste con las mejores galas, colocándolas en sendos pedestales para regocijo de la gente menuda. En las mansiones de los nobles se exponen á veces, en tal ocasión, centenares de muñecas, muchas de ellas heredadas de los antepasados, y que generalmente representan al emperador, á la emperatriz, á su séquito y á los altos personajes, todas ellas lujosamente ataviadas. Las niñas guisan para estas muñecas en utensilios microscópicos varios manjares y se los presentan en platos también microscópicos; además las llevan de paseo y se entretienen desnudándolas y vistiéndolas.

La fiesta de la Banderas, que es la principal fiesta de los niños, se celebra el quinto día del quinto mes: todas las familias que tienen hijos varones, disponen unos peces de papel de enorme tamaño, que puestos en unas cañas de bambú se colocan en las azoteas; el viento hincha estos peces como si fueran globos aerostáticos, y entonces por encima de los edificios de la ciudad se ven flotar millares de estos figurados animales. Los niños, vestidos muchos de ellos de soldados ó de *samurais* y llevando en las manos sendas banderas de colores, recorren la ciudad y se atiborran de golosinas.

Todas estas fiestas se celebran en las escuelas de muy variadas maneras, si bien son preferidas las excursiones á los sitios históricos ó las expediciones á lugares pintorescos. Dos de los grabados que ilustran el presente artículo representan un grupo de niños y otro de niñas, el primero dirigiéndose á la fiesta de las Banderas y el segundo emprendiendo una excursión campestre para regocijarse con el espectáculo de los jardines ó para corretear por las verdes praderas. Los niños japoneses de ambos sexos tienen gran afición á todos los juegos infantiles, como la carrera, el escondite, la pelota, etc., y hasta las niñas más talludas no reparan en quitarse las sandalias de paja y en correr, con sus escarpines blancos, tras las pelotas de varios colores, porque saben que la que logre llevar hasta la meta mayor número de éstas, obtendrá los aplausos de la numerosa concurrencia que contempla el juego.

Para los párvulos están en boga los juegos y las danzas en rueda preconizados por el sistema Froebel,

y de ello presenta una buena prueba uno de nuestros grabados. La profesora está sentada en el centro, acompañando en el armonio una canción que cantan los pequeñuelos, batiendo palmas y dando saltitos, al compás del ritmo monótono de aquélla.

Para los extranjeros constituye un gran placer presenciar esas fiestas escolares japonesas, y más de uno al asistir á ellas pensará que si en su patria hubiera muchas fiestas de esas en las cuales se cultivan y fomentan el sentimiento de la belleza ante los espectáculos naturales, el respeto y la veneración á los lugares históricos y la robustez y agilidad del cuerpo, mucho saldrían ganando con ello las pequeñas generaciones que encierran los hombres y las mujeres del porvenir.

En invierno, cuando el frío impide los ejercicios al aire libre, los niños permanecen acurrucados junto á la estufa jugando á los naipes ó escuchando de labios de su abuela ó de su tía alguno de los lindos cuentos que forman el interesante y numeroso repertorio de la literatura infantil japonesa.

El mayor placer que pueden proporcionar los padres á sus hijos es llevarlos al teatro, á una de esas funciones que empiezan por la mañana y no terminan hasta muy entrada la noche.



NIÑAS JAPONESAS EN UN PASEO ESCOLAR

El tener hijos constituye la suprema ambición de los recién casados, y cuando los tienen, los padres cifran en ellos su mayor orgullo y siguen con la más cariñosa solicitud su desarrollo. El amor entre padres é hijos es tal vez el único verdadero que conocen los japoneses, quienes vigilan y educan á sus pequeños sin apenas castigarles nunca, inspirándoles sobre todo verdadero horror á la mentira, para lo cual les dicen que si mienten, el espíritu malo Oni les arrancará la lengua.

El nacimiento de un hijo es saludado en el Japón con gran júbilo, sobre todo si es varón, porque sólo los varones pueden heredar el nombre y el patrimonio de la familia. En cuanto ocurre tan fausto suceso, los padres se apresuran á mandar recados á los parientes y á los amigos más íntimos, y en seguida se llena la casa de visitantes que acuden á felicitar á los esposos y á contemplar al recién nacido y á colmar á éste de regalos; todo son allí caras alegres, menos la del pobre chiquillo, que pasa continuamente de mano en mano recibiendo caricias que para él son tormentos.

Al séptimo día del nacimiento, su padre ó un amigo de la familia le pone un nombre, que generalmente es el paterno algo desfigurado ó el de algún ascendiente; si se trata de una niña, se la bautiza con un nombre expresivo de alguna cosa bella de la naturaleza, como Primavera, Salida del Sol, Oro, Flor de Manzano, Crisantema, Azucena, etc. Después de inscrito el nombre en el Registro Civil, se celebra una fiesta y el bautizo queda consumado. Una de las ceremonias más importantes de éste es la de afeitar la cabeza del recién nacido, al que sólo se deja un mechoncito de cabello en la coronilla.

A los treinta días de *nacida*, recibe la criatura su consagración religiosa: para ello se celebra una gran procesión familiar que se dirige á un templo con objeto de ponerla bajo la protección de los dioses. En este día, los padres devuelven los regalos que antes se hicieron al niño, enviando á cada donante una torta de arroz, ó huevos, ó alguna otra cosa por el estilo, acompañada de una carta dando las gracias.

El niño aprende poco á poco á hablar, mucho antes de que se le consienta andar solo; y las primeras palabras que pronuncia son, como entre los europeos, *mama, tata, bebe*, que tienen, sin embargo, distinto significado que entre nosotros, pues *mama* significa comer, beber; *bebe*, vestido, y *tata*, escarpines. Luego aprende á caminar, primero dentro de la casa y después en el jardín, y cuando ya sabe andar se le calzan las babuchas de madera, siendo sorprendente la facilidad con que se acostumbra á este calzado.

A los niños varones se les concede mucha mayor libertad que á las hembras. Los primeros se abrirán paso por sí solos en el mundo; son los herederos y sucesores del padre y tienen muchos medios para ganarse la vida. No así las segundas, las cuales han de aprender principalmente á cautivar á un hombre que les dé la mano de esposo, y una vez casadas á encadenarlo para siempre á su lado. La mujer no ha de tener voluntad propia, no ha de manifestar descontento ni cólera, violencia ni dolor, y ha de saber ocultar estos sentimientos bajo una sonrisa alegre, una cortés sumisión y una cierta coquetería.



JUEGOS INFANTILES JAPONESES AL AIRE LIBRE

DANZA INFERNAL

Hacía una noche horrible. ¡Qué viento!.. ¡Qué obscuridad!.. ¡Qué lluvia!.. Las gotas de agua mezcladas con el granizo hacían oir, chocando en las vidrieras del balcón, ese monótono redoble que tan agradable es cuando se está á cubierto de la intemperie; el viento gemía con lúgubre quejido, como si se descoyuntara al retorcerse en las angostas callejas de los alrededores; de vez en cuando escuchábase en la acera el presuroso taconeo de algún trasnochador que huyendo del frío se retiraba á su morada..., ¡y con qué gusto, con qué salvaje complacencia se oye ese andar precipitado del prójimo que se cala hasta los huesos y se salpica de barro hasta la frente, cuando uno está perezosamente arrellanado en su butaca, calzando cómodas pantuflas que se tuestan al dulce calor de una chimenea!.. Seamos francos: ¿cuál de mis lectores no se ha entregado en alguna ocasión á este antihumanitario sibaritismo?

Yo estaba solo... Es decir, solo no; me acompañaban dos señoras de esbelto talle, de rostro un tanto rubicundo, llenas de gracia, de coquetería, de atractivo. Sí; había colocado á mi lado, sobre el velador, dos botellas y algunas copas para pasar lo más alegremente posible aquella velada que la lluvia y el frío hacíame interminable. Habíame sentado delante de la chimenea, donde chisporroteaban algunos troncos de encina. ¡Y qué alegre chisporroteo!.. Yo tengo para mí (esta es una creencia que no trato de imponer á nadie), yo tengo para mí que en el seno de esos puntos de oro que forman los carbones encendidos se alberga una raza de geniecillos que cantan y bailan como los condenados durante la ignición. ¡Como que están en su elemento!

Cada carcajada de esos alborotadores es un estallido de la lumbre; cada salto, un movimiento de la rama seca que se retuerce; cada ondulación de la llama, cada chispa que brota, una legión de esos calaveras que abandonan su palacio de fuego y se marchan por esos mundos á efectuar sus correrías... ¿Qué hadas, qué sílfides, qué ondinas, qué peris, qué náyades ó qué driadas los esperan por esos espacios, ó por esas aguas ó por esos bosques? ¡Vaya usted á saberlo!

Reanimé la lumbre con algunos troncos para ver bailar á los geniecillos; vacié la primera copa, encendí un cigarro y adopté en la butaca una postura que, francamente, os recomiendo no uséis en visita.

Luego, entre soñador y perezoso, me dispuse á filosofar.

El viento seguía soplando por fuera y la lluvia caía á torrentes.

¡Cuántos estarían transidos de frío en aquel instante!.. Y á mí, ¡qué dulce calor me rodeaba!.. ¡Cuántos se morirían de hambre, sufriendo el helado azote del granizo!.. Y yo, ¡qué cómodamente vaciaba una botella después de cenar!

Tuve una palabra de lástima para los hambrientos, un gesto compasivo para los helados, y cumplido este deber de conciencia, me bebí seguidas otras dos copas.

Pensé luego que aquel furioso vendaval que con siniestros ruidos hacía crujir las puertas y vibrar con eco quejumbroso los canalones de los tejados, tal vez castigaría en aquel instante á algún pobre viajero extraviado en la cumbre de la sierra, próximo á morir entre torbellinos de nieve.

Pensé en el martirio de su pobre esposa, que entre dudas y sobresaltos lo esperaba; en la zozobra de sus hijos, que acaso no lo volverían á ver... Y esto pensado, observé de nuevo el ritual de los hombres que ejercen la caridad oficialmente, exclamando: «¡Pobre hombre!.. ¡Pobre familia!.. ¡Cómo ha de ser!»

Y la segunda botella tomó parte en mi duelo, quedándome yo tan consolado y tan satisfecho de mi conducta.

Había compadecido á aquel hombre, á su señora y á sus chiquitines; había bebido ron; me calentaba al lado del hogar... ¿Qué más se me podía pedir?

Volvamos al cuento.

¡Qué alegre estaba mi hogar aquella noche! ¡Cómo bullían los geniecillos entre las brasas! ¡Qué subir!.. ¡Qué bajar!.. ¡Y cómo me mareaban!

—¡Estaos quietos, malditos!, les dije riendo.

Pero nada; ellos proseguían su infernal galop. Cogí las tenazas para meterles miedo, revolví la lumbre, y ¡hurra!.., allá va por la chimenea arriba un escuadrón de diablejos encarnados.

—¡Buen viaje!, exclamé lanzando una carcajada.

No se habían marchado todos, no; ni la millonésima parte de los que todavía quedaban delante de mí, danzando, moviéndose, cantando...

—Tomad, bebed también vosotros.

Llené una copa de ron y la vacié en el fuego.

Subió entonces una llama cuyo reflejo lo envolvió todo en una atmósfera azulada... Y los geniecillos también vestidos de azul seguían bailando en medio de las llamas.

—Bailemos todos, grité yo loco de alegría.

Y principié á saltar en medio del cuarto...

¡Qué furor!.. A ver quién se cansa antes... A ver... Allá va el velador... Allá van las botellas..., las sillas..., las butacas..., los cuadros... ¡Viva el baile!.. ¡Viva el ron!

¡Chist!.. Me pareció que había sonado un gemido muy suave, y era allí, debajo de mi balcón.

—¿Quién diablo, murmuré con cierto disgusto, vendrá á interrumpir nuestra fiesta?

Abrí una hoja de la vidriera y sacando con mil precauciones la punta de la nariz pregunté:

—¿Quién anda ahí?

—Una limosna, caballero, suspiró en la calle una voz de mujer, una voz muy débil, como el último estertor de un moribundo. Tengo hambre, tengo frío...

Lancé una carcajada.

—¿Frío?, exclamé. ¡Como que sopla un viento!.. Baila, baila como yo con los geniecillos.

Cerré otra vez las maderas y proseguí mi infernal danza en torno del gabinete... Proseguí hasta que el sudor corrió por mi cuerpo como el agua por las canales; hasta que destrocé la alfombra; hasta que hice trizas los vestidos; hasta que caí jadeante, medio muerto, desplomado como una masa cerca del hogar...

¡Ah!.. Y todavía bailaban los geniecillos, todavía... Me rodearon en un momento por todas partes; saltaron sobre mis piernas, sobre mi pecho, sobre mi rostro, enredándose en mis barbas y en mis cabellos. ¡Qué saltos!.., ¡qué risas!.., ¡qué zumbidos!.. Se empujaban, cayendo los unos sobre los otros, y se amontonaban y subían, subían en torno mío por los cortinajes y por las paredes hasta el techo, y retorciéndose en larga espiral como una serpiente de escarlata, aquel enjambre de bullidores muñecos me lamían, y me besaban, y me pellizcaban las carnes, y hablándome al oído me decían:

—Se ha muerto de frío en la calle, á dos pasos de tu hogar que hubiera podido darle calor...

—¡Callaos, malditos!..

Hice un esfuerzo para desembarazarme de aquellas miriadas de enanos azules y rojos que me oprimían, que me ahogaban; pero de la chimenea, de los muebles, de las tapias, de los muros, brotaban nuevos ejércitos con saltos, con risotadas y con chasquidos, gritando:

—¡Bailemos!.. ¡Bailemos!..

¡Para bailar estaba yo!

. . . .

Los bomberos me sacaron chamuscado, medio asfixiado de entre los escombros.

Un mes entero estuve entre la vida y la muerte.

DOCTOR PÓPULUS.



Vendedor de esponjas, cuadro de E. A. Carolus Durán (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, París, 1904.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Comenzábamos nuestra última crónica extrañándonos del silencio del gobierno ruso acerca del combate naval librado el 23 del próximo pasado en aguas de Puerto Arthur; hoy debemos empezar la presente asombrándonos de la frescura del almirante Togo en telegrafiar á Tokío noticias de gran importancia que no tienen otro fundamento que el que pudo darles su soñadora fantasía. Porque, en efecto, resulta ahora, y así lo confirman los partes oficiales del cónsul ruso en In-Keú (Niu-Chuang) y del almirante Alexeief, que la escuadra rusa de Puerto Arthur regresó el 23 al puerto sin haber sufrido ninguna baja y que en el combate de torpederos que se trabó aquella noche sólo dos tuvieron ligeras averías.

¿Qué se propuso el almirante japonés al comunicar estas noticias, cuya falsedad había de comprobarse tan pronto? ¿Quiso con ello contrarrestar el mal efecto que en el Japón han producido las correrías de la escuadra de Vladivostok? Si es así, hay que confesar que el recurso es pueril; pero además es censurable, porque para engañar momentáneamente la opinión de su país, se lleva la alarma al seno de centenares de familias que durante algunos días lloran á seres queridos que sólo han muerto en la imaginación de

un caudillo poco escrupuloso. Después de esto, ¿qué crédito podremos dar á los telegramas que llegan á Europa desde Tokío? Así, por ejemplo, hasta que la nueva sea confirmada por los rusos, no tendremos por cierto otro combate naval que el que según el citado almirante se trabó el 27 de junio, también en aguas de Puerto Arthur, y en el cual fueron echados á pique dos buques rusos, un guardacostas de dos palos y tres chimeneas y un destroyer. De los detalles que da Togo se desprende que el tal guardacostas ó lo que fuere (porque de Tokío dicen que el barco parecía ser un acorazado ó un crucero de primera clase) estaba «de observación» en la rada exterior; y francamente, cuesta gran trabajo creer que el almirante ruso dejara un barco de tal importancia solo y en situación tan peligrosa durante la noche, en que la más elemental prudencia aconseja que todas las unidades navales de cierta categoría estén resguardadas dentro del puerto, es decir, á cubierto de todo ataque.

De los partes de los almirantes Togo y Alexeief se deducen dos cosas realmente importantes: primera, que el embotellamiento de la escuadra rusa no pasa de ser una ilusión de los japoneses, desde el momento en que los grandes acorazados entran y salen sin obstáculo por el canal; y segunda, que todos los barcos rusos que habían sufrido averías más ó menos graves han sido reparados y se hallan en perfecto estado de combatir, puesto que en la salida del 23 tomaron parte seis acorazados y cuatro cruceros. También se desprende de ellos otro detalle interesante: los japoneses atacaron en dicho día á los rusos con todas sus fuerzas navales, compuestas de cuatro acorazados de primera clase, uno de segunda, cuatro cruceros acorazados, siete de segunda clase, cinco de tercera y 30 torpederos. Ahora bien: la escuadra japonesa se componía, al comenzar la guerra, de seis acorazados de primera clase, ocho cruceros acorazados, siete de segunda clase y cinco de tercera. De modo que, además de las bajas conocidas, ó sean dos acorazados (el *Hatsusé*, echado á pique, y el *Fuji*, encallado), y un crucero acorazado (el *Kassuga*, que se halla reparando sus averías), faltan en la lista otros tres cruceros acorazados. ¿Qué ha sido de ellos? ¿Se encuentran en reparación en algún puerto japonés? ¿Han sido enviados como refuerzo al almirante Kamimura para perseguir, con más probabilidades de éxito que hasta ahora, á la división naval de Vladivostok? Ambas hipótesis son admisibles.

La división naval de Vladivostok continúa realizando sus correrías sin que el citado Kamimura haya podido darle alcance. Últimamente ha bombardeado el pueblo de Gensán, y aunque el almirante japonés le había preparado una emboscada y aun pudo, según parece, atacarla en la noche del 1 al 2 de este mes delante de la isla Tsu-Shima, situada en el centro del estrecho de Corea, entre Simonosaki (costa japonesa) y Fusán (costa coreana), logró regresar felizmente á Vladivostok.



El mariscal Oyama, recientemente nombrado general en jefe del ejército japonés en la Mandchuria. Dibujo de un pintor japonés

Las últimas noticias de Puerto Arthur presentan como bastante satisfactoria la situación de la plaza. Los japoneses, secundados por sus barcos, muéstranse muy activos por tierra, pero sus ataques han sido hasta ahora rechazados, excepto uno del día 26 de junio, que terminó con la retirada de dos batallones de cazadores rusos que ocupaban una colina, que hubieron de abandonar con sensibles pérdidas. Circuló hace pocos días el rumor de que los sitiadores habían conseguido apoderarse de tres fuertes del frente Este, pero tal noticia no se ha confirmado. En la plaza siguen entrando abundantes víveres conducidos en juncos chinos; esto y el hecho de haber salido el contratorpedero *Teniente Burakof* de Puerto Arthur, que pudo llegar sin contratiempo á Niu-Chuang, en donde dejó importantes despachos del general Stoessel para el general Kuropatkine, demuestran que el bloqueo no es tan riguroso como los japoneses pretenden.

En la Mandchuria, los japoneses han proseguido hasta hace poco su movimiento de avance sobre las tres posiciones importantes ocupadas por los rusos de Liao-Yang, Hai-Cheng y Kai-Ping, apoderándose de varios desfiladeros que dominan los caminos que conducen á dichas ciudades. Sin embargo, últimamente han suspendido aquel movimiento y aun en algunos puntos han retrocedido, unas veces rechazados por sus adversarios, y otras á causa de las inclemencias del tiempo, que les obligan á abandonar lugares que las lluvias han hecho inhabitables.

En efecto, ha comenzado la estación lluviosa y las llanuras de la Mandchuria están completamente inundadas; inútil es decir cuánto entorpece esta circunstancia las operaciones militares. A pesar de ello, las tropas rusas soportan con excelente espíritu todas estas dificultades.

Como se ve, el general Kuropatkine ha conseguido evitar hasta ahora la batalla general ha tanto tiempo anunciada, esperando para acometer esta acción, que puede ser decisiva, disponer del contingente necesario para asestar á sus enemigos un golpe mortal. La retirada de los rusos obedece, pues, á un plan perfectamente meditado, que consiste en ir aumentando sus propias fuerzas, ya con los refuerzos que continuamente recibe de Europa, ya con las que va recogiendo de las posiciones evacuadas, y en debilitar las de los japoneses, que cada día se hallan más lejos de sus bases de operaciones y que se ven obligados á ir dejando tropas en las posiciones conquistadas, á fin de no ver interrumpidas sus comunicaciones.

La estación de las lluvias que, como hemos dicho, ha empezado ya, favorece este plan del generalísimo ruso, pues los japoneses por fuerza habrán de suspender indefinidamente su marcha, dando con ello tiempo á que su adversario se prepare lo mejor posible y reuna todos los elementos para las ulteriores operaciones.—R.



Guerra ruso-japonesa. – Después de la batalla del Yalú. – Heridos rusos en un hospital japonés. – Los japoneses son muy escrupulosos en todo cuanto se refiere á los usos de la guerra, y á los prisioneros rusos heridos les prodigan los mismos cuidados que á sus heridos propios. Después de la batalla del Yalú se instalaron hospitales provisionales, hasta que los heridos pudieron ser enviados á sus respectivos destinos. – El grabado que publicamos está tomado de una fotografía enviada por un corresponsal.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Avance invisible del ejército japonés hacia el Yalú.—Las tropas del general Kuroki marchando á cubierto de arcos artificiales de ramaje. Dibujo de H. W. Koekkoek, hecho sobre apuntes del natural tomados por el corresponsal del «The Illustrated London News.» La ingeniosidad con que los generales japoneses han disimulado los movimientos de sus tropas durante la presente guerra, se ha visto patentizada en el avance sobre el Yalú. Delante de Wiju el camino que habían de recorrer las fuerzas del general Kuroki estaba completamente á la vista del enemigo, apostado en la orilla opuesta del río, gracias á lo cual los rusos habrían podido contar fácilmente las fuerzas japonesas. Para evitar esa contrariedad, Kuroki mandó levantar arcos de ramaje á lo largo de dicho camino, procurándose así la protección que no le facilitaba la naturaleza. Allí donde el camino se extendía por delante de las colinas, se levantaron arcos de troncos de abeto y pajas de mijo, que cubriendo el camino formaban una defensa impenetrable.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Las tropas del general Okú asaltando las trincheras rusas en Kin-Chau. Dibujo de Catón Woodville, hecho sobre un croquis de Federico Villiers, corresponsal artístico de «The Illustrated London News» en el Extremo Oriente. – La toma por las tropas del general Okú de las posiciones de Kin Chau y Nan-Shan, tan valientemente defendidas por los rusos, ha sido un brillante hecho de armas que coloca á gran altura al ejército japonés. Según el parte oficial japonés, la batalla empezó el 25 de mayo y duró desde la madrugada hasta las once del día, en que la artillería japonesa apagó los fuegos de los cañones de los rusos. Estos construyeron fortificaciones, desde las cuales rompieron nuevamente el fuego. Las tropas japonesas avanzaron valientemente logrando apoderarse de aquellas trincheras. En aquella acción prestaron gran auxilio á los japoneses los cañoneros que tenían en la bahía de Kin Chau, á pesar del fuego cruzado de uno de los cañoneros rusos que estaba en la bahía de Talien-Wan

NUESTROS GRABADOS

Barcelona.—La Fiesta de los Mercados.—El último de los festejos organizados por el Festival Barcelonés ha sido la llamada Fiesta de los Mercados, que se compuso de una cabalgata y de un baile en el Salón de Bellas Artes. La cabalgata desfiló por el Paseo de Gracia en la forma siguiente: coche japonés, coche glorieta, coche avestruz, capricho holandés, coche faisán, coche langosta, coche griego, coche romano, coche Renacimiento, coche ruso, coche condal, coche Barcelona y coche de la Sociedad del Festival. Todos estos carruajes estaban ocupados por jóvenes y lindas vendedoras de los mercados de San José, San Antonio y la Revolución, elegantemente ataviadas. El baile del Salón de Bellas Artes estuvo concurridísimo y en él fué proclamada reina de los Mercados Anita Salas, hermosa rubia cuyo retrato publicamos en esta página, siendo nombradas princesas Mercedes Sala y Jacinta Carbonell.



BARCELONA. – Fiestas organizadas por el Fomento Festival Barcelonés. – La cabalgata de los Mercados desfilando por el paseo de Gracia (Fotografía de A. Merletti)

El Querubín de Mozart, cuadro de J. E. Blanche. – Este personaje es una de las más bellas creaciones de Beaumarchais y ha servido de inspiración para una de las más encantadoras páginas de Mozart; en *Las bodas de Fígaro*, del primero, él mismo hace su retrato en los siguientes términos: «Mi corazón palpita al sólo aspecto de una mujer; las palabras *amor* y *voluptuosidad* le hacen estremecer y le conturban; y, en fin, la necesidad de decir á alguien *te amo* ha llegado á ser para mí tan apremiante, que digo estas palabras cuando estoy solo, corriendo por el parque, y se las digo á tu amante, á ti, á los árboles, á las nubes y al viento que se las lleva.» En la hermosa partitura de Mozart pone éste en boca de Querubín una deliciosa romanza que en su tiempo estuvo muy en boga y que es una de las muchas joyas



BARCELONA. – Fiestas organizadas por el Fomento Festival Barcelonés. – ANITA SALAS, proclamada reina de los Mercados. (Fotografía de A. Merletti.)

líricas del inmortal autor de *Don Giovanni*. Y por si á este personaje le faltaba la consagración del arte pictórico, el notable artista francés M. Blanche lo ha reproducido en el notable lienzo que ha expuesto en el Salón de París de la Sociedad Nacional de Bellas Artes del presente año, y en el cual el lindo pajecillo aparece esbelto, adolescente, pálido, con sonrisa lánguida y mirada triste y acariciadora, tal como lo concibieron Beaumarchais y Mozart. Los colores azul, negro y oro son los que predominan en este cuadro, admirablemente combinados para producir un conjunto de un arte exquisito, delicado, como delicadas y exquisitas son las concepciones del poeta y del músico que dieron vida á Querubín. La factura demuestra la mano del maestro dotado de excepcionales aptitudes y dueño de sí mismo; la expresión denota un espíritu penetrante que ha sabido posesionarse del carácter del simpático personaje.

Vendedor de esponjas, cuadro de E. A. Carolus-Durán.—Cuando este eminente retratista parisiense se siente cansado de pintar retratos de damas ilustres y de elevados personajes, todos los cuales tienen sus caprichos y sus exigencias, se da el gusto de pintar para sí, de escoger el modelo que más le place, de dar rienda suelta á su virtuosismo. Por esto de cuando en cuando pinta un paisaje, ó un desnudo ó un tipo popular como el *Vendedor de esponjas* que ha presentado este año en el Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. Este extraño personaje, de pronunciadas facciones, de barba y cabeza canas, con su pierna de palo y su extraño traje existe en París y todo el mundo le conoce: es, según parece, un viejo español, tal vez un emigrado de los que tomaron parte en nuestras guerras civiles y que por no reconocer el régimen imperante ni siquiera con su silenciosa aquiescencia, se refugiaron en Francia prefiriendo el pan de la emigración sin abdicar de sus arraigadas convicciones, á vivir tranquilos en su patria bajo la dominación de unos poderes que consideran ilegítimos y contra los cuales pelearon derramando su sangre. Carolus-Durán figura hoy entre las eminencias del arte pictórico francés; pero para llegar á tan alto puesto ha tenido que luchar rudamente, ya que durante mucho tiempo, aun en medio de algunos de sus ruidosos triunfos, ha sido mal comprendido por una parte del público y de la crítica.

Jardín del castillo de Penshurst (Inglaterra), cuadro de G. S. Elgood.—Comprendemos la atracción que sobre los artistas ofrece la naturaleza en sus variadas manifestaciones, y no sólo la naturaleza que ostenta libremente sus galas sin que en ella haya puesto sus manos el hombre, sino también aquella otra en la cual el poder generador de la madre tierra hállase subordinado á las exigencias del arte. Hermosos son los bosques, los campos y los prados naturales; pero hermosos son también las huertas y los jardines en donde el humano artificio forma grupos de arbustos y macizos de flores, hábilmente combinados para mayor deleitación de los ojos. Se explica, pues, perfectamente que haya pintores enamorados de estos últimos y que en ellos busquen inspiración para sus composiciones. En Cataluña tenemos al ilustre Rusiñol, cuya colección de jardines constituye una de las más brillantes manifestaciones de su genio y ha sido admirada en todas partes, así en España como en el extranjero. En Inglaterra existe también un artista notabilísimo que se dedica á esta especialidad, Elgood, de quien es el cuadro que en la última página del presente número reproducimos. Hay en las obras de este pintor, y buena prueba de ello es el *Jardín de Penshurst*, algo más que la copia exacta, hasta minuciosa, de las plantas, de las flores y demás objetos que entran en la composición; en ellas se respira el propio ambiente de la naturaleza, se advierte tanta verdad, tanta expresión, por decirlo así, que contemplándolas parece que aquellas telas inanimadas cobran vida, que la ficción artística cede su puesto á la realidad y que la mirada no se posa sobre formas y colores artificiales, sino que percibe la verdad misma recreándose con los infinitos matices de aquellas flores y perdiéndose en las lejanías de aquellas umbrosas arboledas.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *El abuelo*, comedia en cinco actos de don Benito Pérez Galdós, y *La estirpe de Júpiter*, comedia en cuatro actos de D. Manuel Linares-Rivas Astray, esta última no representada antes en ningún otro teatro y que ha valido á su autor entusiastas aplausos; y en el Eldorado *Catalina*, comedia en cuatro actos de Enrique Lavedán, adaptada á la escena española por los Sres. González Llana y Francos Rodríguez. La Plaza de Toros Nueva ha sido convertida en teatro para dar en ella algunas representaciones de ópera italiana y bailes de espectáculo bajo la dirección artística de D. Amadeo Tomba y de los maestros directores D. Güelfo Mazzi y D. Joaquín Vehils; las óperas que la empresa se propone poner en escena son *Lonhengrin*, *Hugonotes*, *Africana*, *Aida*, *Otelo*, *Ernani*, *Ballo in maschera*, *Trovatore*, *Lucrezia Borgia*, *Faust*, *Boheme*, *Mefistófele*, *Carmen* y *Gioconda*.

Necrología.—Ha fallecido:

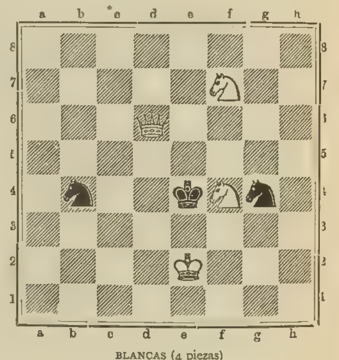
Dr. D. José Balari y Jovany, catedrático de lengua Griega de la Universidad de Barcelona, helenista eminente, profesor dotado de un temperamento didáctico excepcional, como lo prueba el hecho de que quince discípulos suyos desempeñen actualmente cátedras del Estado, autor de importantes obras, entre ellas *La poesía fósil*, *Estudio comparativo de los sufijos y partículas*, y el magistral libro *Orígenes históricos de Cataluña*, que obtuvo el premio Martorell en el concurso abierto por el Excelentísimo Ayuntamiento de esta ciudad. Actualmente se ocupaba en allegar materiales para un gran diccionario de modismos é idiotismos de las lenguas neo-latinas y con preferencia de la catalana. Pertenecía á muititud de academias y corporaciones extranjeras, era miembro correspondiente de las Reales Academias de la Lengua y de la Historia de Madrid, individuo de la de Buenas Letras de Barcelona, etc., etc.

BOUQUET FARNESE, 29, B.d des Italiens. VIOLET

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 373, POR J. L. VALLEJO.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 372, POR J. G. CAMPBELL.

Blancas.	Negras.
1. Cg3–h1	1. Tb1–b3
2. Dd3–f1	2. Tf7×f1 (*)
3. Ch1–f2	3. Cualquiera.
4. Ce6 f8 ó c5, ó Tc8–d8 mate.	

(*) Si 2... Ag1–f2; 3. Df1×f2, etc., – y si 2... Tb3 -f3, ó Dh4–f6 ú otra jug.ª; 3. Df1×g1, etc.

VARIANTES.

Con la 1.ª jugada de las blancas se inicia la amenaza siguiente: 2. Dd3–h3, y 3. Ce6–f8 ó c5 jaque doble y mate. Al contrarrestar las negras esta amenaza, se originan las siguientes variantes, además del juego principal ya visto.

1... Tf7–f5 ó f3;	2. Tc6–c7jaq.,	Rd7×d6;	3. Tc7 b7, etc.
1... Dh4–e7;	2. d6×e7,	Rd7×e7;	3. d5 - d6jaq., etc.
	2.	Tf7–f8;	3. e7×f8(D), etc.
1... Ag1–b6;	2. a5×b6,	Ca1–b3;	3. Aa2×b3, etc.
1... Ag1 e3;	2. Dd3×e3,	Ca1–b3;	3. Aa2×b3, etc.
1... Tb1–f1;	2. Dd3×f1,	Tf7×f1;	3. Ch1 - f2, etc.
1... Ca3–c4;	2. Dd3 h3,	Cc4×d6;	3. Tc6–c7 mate.
1... Dh4–f6;	2. Dd3–h3, etc.		
1... Otra jug.ª;	2 Dd3 h3, etc.		

Considérase este problema como el más difícil de resolver que se conoce entre los de cuatro jugadas.



... en ambas cabeceras, negligentemente apoyados los brazos de misia Jeromita y de Fortunato

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Apenas respondía Pantaleona, aplicado el pañuelo á la cara. Dolorcitas continuó, dejando miramientos inútiles:

—Después de esto, hija... Ponte en nuestro lugar. Tú no niegas que hayáis tomado inquilino...

Pantaleona movió la cabeza.

—No niegas que este inquilino sea joven...

Volvió Pantaleona á mover la cabeza, y Dolorcitas hizo un gesto expresivo:

—Luego...

Apartó la otra el pañuelo de la cara y la miró. Había tanta serenidad y resignada tristeza en los ojos negros de Pantaleona, que Dolorcitas quedó medianamente confusa, y como si de viva voz la acusaran, defendióse dando golpes con la sombrilla sobre la estera.

—Repito que yo no creo nada, no creo nada.

Y Pantaleona desahogaba su amargura á raudales, con atropellada exaltación. Si era cierto, ¿cómo negarlo, y para qué negarlo? Misia Jeromita había arrendado la pieza grande en uso de su perfecto derecho, sin consultar al vecindario ni darle parte de lo que ni poco ni mucho le importaba; y habíala arrendado porque los tiempos corrían muy difíciles y cada cual sabe dónde le aprieta el zapato, y más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, y así como unos se valen de la aguja para ir tirando, otras del mejor medio honrado que encuentran, etc., etc. En estas razones sanchescas y cien etcéteras de igual calibre encerrada estaba la verdad, la verdad pura y limpia de las máculas sospechosas con que la pérfida malicia pretendía agraviarla: creyéranla ó no, á despecho de apariencias y cavilaciones, ella tenía su conciencia muy tranquila, y llevaba más alta que nunca la frente. Lo que la afligía mucho, muchísimo, era que ellas, las Cadenas, la juzgaran mal, que Jorgito pudiera imaginarse... ¡Si la primera en criticar la decisión de misia Jeromita, la primera en oponerse formalmente y con todos los recursos de diplomacia y de guerra, fué ella, ella quien aconsejó, rogó, se enojó y chilló hasta poner el grito en el cielo!

—Hace ocho días que ese hombre está en casa, añadió acalorándose más; pues hace diez que no hablo yo con Jerónima ni me siento á la mesa, recluída en esta habitación, y de aquí no saldré ni haré con Jerónima las paces mientras ese hombre siga en casa. ¡Lo he jurado! Y si á ver á ustedes no he ido, atribúyanlo á la dolorosa vergüenza de saber que se me señala con el dedo... Quisiera esconderme debajo de la tierra. ¡Dolores de mi alma! ¡Soy muy desgraciada!

—Tranquilízate... Eso mismo le he dicho yo á mamá y á las que nos fueron con el cuento. Pero, hija, las apariencias, el decoro...

—Entonces, ¿ustedes también? ¿Jorgito también?

—No; ¿qué hemos de creer nosotras de ti? ¡Mujer, por Dios! Te diré... Oye: á mamá ya la conoces; tan celosa del buen nombre de su familia, exageradísima en los achaques de honor como un caballero andante; lleva sus dos apellidos de Prisco y Cadenas montados en las narices, y todo lo mira al través de ellos, agigantándose cuanto mira porque son vidrios de aumento. Pues figúrate cómo andará desde que supo... Hija, no le entran razones y exige el rompimiento absoluto. El pobre Jorgito, ¡figúrate también!, él te quiere, te adora, pero lo que dice mamá: el honor antes que el amor. Así, estos días han sido de barullo en casa: discusiones, gritos, lágrimas, soponcios; anoche Jorgito no comió, y me parece que ha velado en su despacho. El quería venir para hablar contigo, pero le disuadimos: «¿Y si tropiezas con el prójimo y se arma una cuestión?» Mamá quería venir también, pero temió un choque con Jeromita. Entonces convinimos en que viniera yo, no á pedirte explicaciones, que sobran, sino á... ¡Te aseguro que he dado una carrera!.. Está la calle más vigilada... El callejón de las tres Marías es un puesto de policía; sin embargo, supongo que no me han *pispado*.

Ahogándose, ofreciendo el seno á la estocada, Pantaleona preguntó:

—Has dicho que no vienes á pedirme explicaciones. ¿A qué vienes entonces tan medrosa de que te vean entrar en mi casa?

—Pues á eso, contestó simplemente la embajadora, á manifestarte que las relaciones con mi hermano, por causa de este suceso desagradable, no pueden continuar. Ponte en nuestro lugar, Leona, y de seguro nos darás la razón.

Calló la de Pérez Orza, intensamente pálida; tosió Dolorcitas, satisfecha de haber soltado la bomba tan fácilmente y sin que la crisis de llantos y lamentos se produjera, y entre cada je, je, de la tos fingida intercaló estas gruesas palabras: *apariencias, decoro, sociedad*, con aspavientos de los lindos ojos y golpecitos de la sombrilla, mientras decía para sí:

—La he clavado como un murciélago á la pared; apenas respira. ¡Si pensaba engatusarme con sus gazmoñerías!.. Toma y ráscate ahora... He cumplido mi misión. Y el zonzo de Jorgito que no se atrevía...

Fríamente, con desdén que encubría la honda herida, Pantaleona rechazó la ofensa. ¡Bueno! ¿A qué tantos rodeos para decirlo? Hubiera comenzado por ahí y se ahorraran palabras inútiles. ¡Triste misión la que cumplía la embajadora! ¡Y qué mayor nobleza mostrara Jorge Cadenas si él en persona, como buen caballero, se presentara á acusarla; así, frente á frente, le dijera cosas que á un tercero parecía excusado decirlas! Jorge Cadenas se había portado muy bien, de una manera digna de los Priscos y Sangiles, orgullo de su madre, misia Elvira.

—Ni anillo ni palabra de compromiso tengo que devolverle, añadió. Si acaso, sus versos y sus cartas. *(Levantándose.)* ¿Que él no lo exige? No importa. ¿Qué haría yo con ellas? ¡A él pueden hacerle falta, Dolores! Con cambiar mi nombre y el consonante, le sirven para otra... ¡Para otra tonta que crea en

que lleva corazón dentro del pecho! *(Abriendo un secreter.)* Aquí están los versos, las cartas, las flores secas..., éstas no le servirán ya, pero van tan baratas como los versos. Transmitele este buen consejo de mi parte: que á otra la hable en lengua vulgar; porque si sus versos han de ser tan expresivos como su corazón, mal éxito le auguro en sus amores: no todas son Leonas crédulas, mansas y bobas. Y con el consejo, mi profundo agradecimiento por el honroso concepto que le merezco. Toma.

Desconcertada, titubeaba Dolorcitas en tomar el paquete. Pantaleona se lo echó sobre la falda, y la dió la espalda, canturreando entre dientes.

—Supongo, amiga mía, que esto no será una razón para... Las circunstancias variarán, y entonces, toda vía..., insinuó melosamente la de Cadenas.

Y Pantaleona, súbitamente inflamada, sacó la zarpa furiosa:

—¡Nunca! ¿Lo oyes? Jamás; así me lo pidiera de rodillas. Me ha ofendido con su sospecha infame, ha lastimado mi orgullo de mujer. No se lo perdonaré nunca. Las circunstancias variarán, y brillará la verdad, ¿quién lo duda? Pero Jorge Cadenas no recuperará mi estimación, que mi amor él mismo se ha encargado de matarlo. ¡Nunca, nunca! Tendría que ver... Y si me encuentra, que no me mire, que no me salude, porque le volveré la cara.

—¡Leona, por Dios!

Se acercó á besarla, y ella se dejó besar toda erizada, temblando de indignación y de cólera. Dolorcitas se excusaba; al fin y á la postre, no tenían culpa de lo sucedido; ¿por qué habían de separarse enemigas? Y despedíase con monerías gatunas, achacando á los otros, á la mamá y al hermano, la desconfianza y la intransigencia... Al salir, el sol las deslumbró á las dos, y Dolorcitas abrió la sombrilla; pero no se marchaba, deslizando ojeadas curiosas hacia el fondo de la casa, hacia la puerta de la pieza grande, albergue del prójimo misterioso, á quien rabiaba por conocer, para decir como las otras: «¡Le he visto!» ¿Estaría ó no? Con el pretexto de admirar las uvas del parral, que ya pintaban, se acercó dando saltitos, como los gorriones... ¡Qué dicha! La puerta, de par en par, descubría la hermosa alcoba, recién aviada, amplia, limpia y bien oliente...

—¡Ay, Leona! Yo soy muy curiosa, ¿me permites?

Y entró de rondón, palpando la tela de las cortinas, los frascos de perfume del tocador, los libros de la consola, las fotografías agrupadas en las paredes. Huroneó á su antojo, mientras preguntaba á Pantaleona, que no pasó del umbral, contrariadísima:

—Dime, ¿éste es él? ¡Qué buen mozo! Y estas serán sus hermanas, porque se le parecen mucho. Aquel de los bigotazos, ya le conozco: Víctor Manuel; no se concibe italiano sin Víctor Manuel, Garibaldi y Mazzini, su trinidad política. En cambio, ningún emblema religioso para un remedio. ¡Qué bien huele! Parece cuarto de dama; no debe de fumar, que si fumara... ¡Ea, ya salí de la curiosidad; dispensa, hija, y hasta la vista!.. ¡Ay!

No fué ella sola quien chilló de sorpresa, sino también Pantaleona; porque á su espalda, la voz de Fortunato Lucca, aquella voz dulzona y odiosa, acaba de pronunciar:

—*Signorine...*

De pie, en la vereda de ladrillo, el bonito Fortunato inclinaba la blonda cabeza descubierta, muy halagado de la visita de ambas jóvenes. ¿Por dónde entró, que no le sintieron? Leona escabullóse, sin cuidarse ya de Dolorcitas, y ésta huyó también, corrida de vergüenza, las dos como palomas asustadas.

Pantaleona echó la llave á su puerta, y en la misma butaca se recogió cejijunta. Oía al otro dar órdenes á Sebastiana y alborotar en el comedor con mucho abrir de cajones y remover de botellas, platos, vasos y cubiertos; sin duda preparaba su merienda, el obligado *lunch* de la tarde; sin duda, en la ferretería de Barbarossa el trabajo no sobraba ni urgía tanto, cuando en día hábil se daba suelta á los dependientes. Oíale Pantaleona andar, hablar y disponer con arrogancias de amo que no admite réplica, ni sufre deficiencias en el servicio... Y olvidaba la irritante vecindad, señoreando su imaginación la idea del rompimiento con Jorgito; y de nuevo, la cólera, que apenas pudo refrenar delante de Dolorcitas, desatábase impetuosa, haciendo que golpeara el brazo de la butaca y arrojase palabras de desprecio: «¡Imbécil!»

Porque no era pena de amor lo que padecía, sino herida del orgullo. ¡Imbécil!, que tan gravemente la ofendía, y en forma tan descortés. ¡Imbécil!, poeta ñoño, mal caballero... ¿Qué encontró en él que la había cegado al punto de no caer en la cuenta que sacaba ahora con perfecta claridad? ¡Qué estúpidos somos, pero qué estúpidos! ¡Y qué misterio este del amor, más tenebroso, á pesar de cuanto sabios, psicólogos y moralistas de toda laya han dicho y estudiado! Véase, para muestra, lo que luego, más calmada, escribía la joven á Monreal:

«La novedad del día, Nepomucenito de mi alma, es que ha estado Dolores Cadenas á notificarme, lisa y llanamente, que su señor hermano, en vista de lo que ocurre en casa y en el barrio se murmura, ha resuelto quebrar amistades conmigo, ó sea enviarme un *bolsazo* superior. Tú creerás que yo me he desmayado, y flojos mis nervios por la guerra que sostengo, he preparado mi vasito de agua con fósforos, y estoy hecha un mar de lágrimas; pues, no, Nepomuceno, por extraordinario, inverosímil y contradictorio que te parezca. La idea de que el Sr. Cadenas llegara á sospechar de mí en la situación equívoca que la locura de Jerónima me ha creado, me arrancó más lágrimas en estos horribles días que las que vertiera Magdalena arrepentida; pero la realidad del hecho, en vez de producirme el dolor del perdido cariño, ha sublevado mi orgullo de mujer indignamente agraviada, y á estas horas no queda en mi corazón rastro alguno de que haya estimado siquiera al Sr. Cadenas. Más todavía, para que sea mayor tu extrañeza y me consideres la criatura más voluble y sin seso de la tierra: veo ahora todos los defectos, físicos y morales, del Sr. Cadenas, como los ves tú, enemigo suyo desde el primer día y opositor constante de estos amores nuestros; no disputo ya contigo que sea un títere sin carácter, un poetastro sin inspiración, un perdulario sin porvenir, tonto, vanidoso y hasta feo, con aquel rubio amarillo que gasta, los ojos descoloridos y la tonadilla que emplea para hablar... Explícame, Nepomucenito, este raro fenómeno, tú que sabes, á veces, filosofar tan bien: ¿por qué le reconozco yo al Sr. Cadenas estas cualidades, que no le reconocía (¡te juro que no!) antes de ofenderme? Si el cariño me cegaba, ¡qué cariño tan arraigado, que se deja arrancar del primer tirón!, ¿ó será que el amor propio es más fuerte que el otro, y puestos á reñir le vence sin remedio?

»En suma, que tal como lo pinto está mi ánimo, y no creo que vuelva á acordarme del Sr. Cadenas, ni del santo de su nombre, sino para execrar su villanía. Porque, ¡ay, Nepomuceno!, de su indigna sospecha participa todo el barrio, y nadie nos visita y todos huyen de la nuestra, como de casa apestada; ¿qué peste mayor que la calumnia, Nepomuceno? ¡Tampoco vienes tú, que fuiste siempre mi consuelo y mi apoyo! Ven, y no hagas caso de *él*, si le tropiezas, ni de Jerónima, si sale á desafiarte, y entra derecho en mi cuarto, que aquí te espera esta prisionera del decoro y esclava del deber; mira, Nepomuceno, que no hallo de quien valerme, y el profundo entredicho que me separa de Jerónima se ahonda por instantes y por instantes crece la insolencia del toscano, y mi prudencia sola no bastará á impedir que la mina reviente, si *ellos*, en el umbral de mi puerta, se complacen en mantener encendida la mecha. Tú me predicas la paciencia *en nombre de sagrados deberes*... ¿Qué deber más sagrado que el de salvar la propia honra? ¿Te parece que yo, después del afrentoso repudio del Sr. Cadenas y de las murmuraciones con que se me abruma, puedo seguir indefinidamente en mi actitud de protesta silenciosa, privada de aire, de libertad, de afecciones y de distracción? ¿No comprendes que no, Nepomucenito de mi vida? Doy vueltas, desesperada, en la estrechez de mi jaula, para caer en la dolorosa cuenta de que, vinieras tú decidido á sacarme de este infierno, había de estrellarse tu buen deseo en los miramientos sociales, porque fardo más pesado que mujer joven no existe, ni de colocación más difícil. ¿A quién me arrimo? ¿Dónde voy, que no me persiga la calumnia y me aceche el peligro? ¿Estaré condenada á partir el pan en la misma mesa con ese hombre, causa y motivo de mis penas? ¡Antes en un convento, Nepomuceno! ¡Mira cómo, forzosamante, ha de volverse la vista á Dios, cuando el mundo nos abandona!..

»Por las razones antedichas y estas exigencias ridículas que me prohiben vaya sola, sin perro de compañía, á visitar á un señor primo sesentón, no me verás en la calle de Montevideo hasta las calendas griegas; que si yo pudiera ir, aunque tú, por rencor contra Jerónima, no vinieras, bastante adelantaríamos en el camino de la solución. Pensamos Sebastiana y yo cómo tendrás el cuarto, Nepomucenito, de arañas y de polvo, cómo la ropa blanca, sin zurcir, y la de paño, falta de botones y bencina; cuántos pañuelos te habrán perdido y cuántos cuellos, porque misia Mercedes entiende sólo de cobrar su mes y al inquilino que le parta un rayo... Aquí suspendo este memorial, porque acaba de llegar Jerónima, y su voz, como la del otro, ¡lo confieso, Nepomuceno!, me crispa los nervios. Tengo miedo de que á ella le alcance un día el odio que al otro conservo, y el que cultivo empeñosamente. Escríbeme pronto... Pero no me hables del Sr. Cadenas, ni me recuerdes que he estado *encadenada* á su insignificancia un año corto, que mi desgracia ha hecho demasiado largo...»

Dejó la pluma, y extendió la mano hacia un mendrugo que de la cena anterior quedara sobre el secreter con la botella de vino dedicada á su servicio; y lo mordió ansiosa, pues su estómago sordamente comenzaba á quejarse de la injusta penitencia que sufría, alborotándose á causa de los efluvios culinarios procedentes del comedor, y que la nariz iba recogiendo golosamente: bebió asimismo un trago de vino, y se absorbió de nuevo en la tristeza de sus preocupaciones, de la que no saliera si la charla de los vecinos no la perturbase é irritara.

Mientras de asuntos baladíes trataron, poca atención les prestaba Pantaleona, y en la callada alcoba, que obscurecía la sombra de la persiana, estábase inmóvil, comentando sólo con un fruncir de cejas las palabras sueltas más melosas ó de ambiguo sentido; pero muy pronto bajó el diapasón la pareja, cesó el retintín de los cubiertos y el diálogo tomó tales caracteres de misterio que, lo que hasta entonces no le ocurriera, entráronle á Pantaleona desaforadas ganas de espiar por el ojo de la llave. Fué de puntillas, se arrodilló delante de la puerta y miró... ¡Oh, exquisito refinamiento de la malicia, suspicacia del pecado y astucia de la desconfianza! Misia Jeromita había opuesto á la probable curiosidad de Pantaleona una pelotilla de papel introducida en la cerradura, no tan fiel y bien colocada que pudiera resistir al ligero, sigiloso y pacienzudo empuje de una horquilla, que la mano de la muchacha escogió en el negro rodete, franqueando á la vista cuanto ésta pudo abarcar, y era, en verdad, digno de contemplarse...

Sobre la mesa tendida de un mantel adamascado, en que se combinaban los colores rojo y gris y festoneaba ancha cenefa blanca, el servicio de te, de metal, las fuentes con pastas y fiambres, la empajada botella de *Chianti*, un florido vaso en el centro, y en ambas cabeceras, negligentemente apoyados, los brazos de misia Jeromita y de Fortunato sosteniendo las caras plácidas de mortales que en amorosa paz celebran una buena digestión; no se había quitado la capota la señora, cargada de plumas y cintajos; él, de batín perla con cabos azules, se esponjaba en la silla con el pedantesco aplomo de quien conoce la importancia de sus prendas físicas. Hablaban bajito, y no de asuntos que suscitaran discusión, pues apenas si replicaba Fortunato á lo que exponía misia Jeromita, y debía de estar relacionado con Pantaleona, porque ésta, enhebrando palabras y descifrando gestos, pudo entender lo siguiente:

—¡Si acabará por cansarse, tonto! ¿Lleva ocho días? Pues antes de dos semanas la tenemos aquí, mano á mano con nosotros. ¿Quién resiste al encierro y ayuno que ella misma se ha impuesto? Dice Sebastiana que hoy tampoco ha querido almorzar; ya la obligará su estómago á ceder. Siempre fué igual: pronta en atufarse, de genio vivo, rencorosa..., hasta que se aburre de su papel. Y si no cediera, ¿qué?, peor para ella; ¿dónde irá que más valga? Pero no es mal síntoma ese de que la hayas sorprendido en la puerta de tu cuarto, mientras la desfachatada de Dolores curioseaba dentro: te digo que antes de dos semanas abandona su actitud revolucionaria.

Aquí Fortunato interpuso algo en su lengua, y Pantaleona siguió traduciendo la respuesta de la hermana mayor:

—El primo Nepomuceno, después de la tunda recibida, no vuelve aquí, porque sabe lo que le espera, ella tampoco irá, pues Sebastiana, ó cumple mis órdenes ó la pongo en la calle; y sola, ¿qué ha de salir de casa? Le escribirá, eso sí, y me tiene sin cuidado: ¡contra cien Pantaleonas y cien Nepomucenos te defendería yo!

Cogiendo una pelotilla de pan, se la arrojó, muerta de risa, y el toscanito se escudaba con la mano.

—¡Figúrate! ¡Si la dueña de la casa y de la bolsa soy yo! Además, estoy cansada de la tiranía del primo, que siempre me ha manejado de las narices... Déjales que se unan y conspiren: no podrán, ¿qué han de poder?

Otra vez dijo algo Fortunato, pero lo que contestó misia Jeromita no logró atraparlo la muchacha; sólo frases descosidas:

—Dueño y señor... Si el borrico de Barbarossa te va cargando, no vayas á la ferretería... También los otros son muy exigentes: piden y piden, y no dejan de pedir... Bien que se pagó la ceremonia... ¡Ay, Fortunato, Fortunato!..

No percibirían los oídos, al través del diminuto agujero, cuanto deseara la curiosidad insaciable; en cambio, la vista gozaba á sus anchas de la mímica de los dos actores, interpretando fácilmente sus silencios y apartes, de modo que á la espía no le que-

daba duda de lo que la cara morenota de la hermana expresaba, toda bañada en placentera alegría, chispeantes de pasión los ojillos, temblándole los labios zalameros, acariciando al otro con la mirada y la voz, y recreándose en él con orgullo... El se esponjaba desdeñoso, y hasta dos veces bostezó sin recato, atusaba las rubias guías del bigote, contemplábase las uñas rosadas... ¡Qué cosas se descubren por el ojo de la llave! Misia Jeromita le ofreció un bizcocho que él rehusó, y cortándole en pedacitos con el tenedor, se los ponía en la boca, y él no rehusaba ya, se reía, se reían los dos á carcajadas; ella le cogió la cabeza para besarle, y él se resistía; mas forcejeaba ella y más se resistía él; él se levantó para huir y ella le detuvo por la manga, corriendo ambos, él delante, ella detrás: José y la Putifar en donosa lucha, que no cesó hasta que no hundió á su antojo la dama los golosos labios en la perfumada cabellera del doncel...

Pantaleona se apartó del observatorio, y furtivamente ganó la butaca. La ira y la vergüenza la sofocaban. Y el llanto que no arrancó la insolente embajada de Cadenas, afluyó á los ojos de Pantaleona; con el pañuelo sobre ellos gimió la joven bastante rato, ahogando los sollozos, de temor que la oyeran sus vecinos. Luego acabó de desahogarse en este párrafo agregado á la epístola de Monreal:

«¡Lo que he descubierto, Nepomuceno, ahora, ahora mismo, en el espacio transcurrido desde que dejé la pluma, porque oí la voz de Jerónima, hasta que vuelvo á tomarla, más muerta que viva, después de sorprender cosas!.. No sé lo que me pasa, Nepomuceno; la vergüenza me confunde, la ira me quema y atosiga: temblando estoy, apenas puedo escribir, no distingo bien; mi letra descuidada y los borrones te demostrarán el estado de mi ánimo. ¡Qué horror! ¡A sus años! ¡Si es para no creerlo! Lo sospechaba, me lo tenía tragado, pero me decía: mientras no lo compruebe palpablemente, no, no hay que pensar mal de nadie. ¡Sí, Nepomucenito de mi vida, sí, sí; se entienden, se tutean, se besan, *se besan!*, lo he visto por el ojo de la llave, en el comedor... ¡Qué desvergüenza! ¡Qué infamia! ¿Es esta una casa honrada, Nepomuceno? Jerónima está loca, loca de atar. Dice que ni de tu oposición ni de la mía hay que temer; que á ti te desterró para siempre y á mí me doblegará con su indiferencia, segura de que cederé en plazo breve y acataré los hechos producidos... Ahora menos que antes: me colgaré de un madero, me beberé un jarro de agua de fósforos..., todo menos suscribir con mi complicidad el deshonor de la familia. ¡Qué día, Nepomuceno! ¡Día completo! ¡Después del bofetón del Sr. Cadenas, este descubrimiento espantoso! ¡No puedo más!..»

En el comedor sonaban las patadas de Sebastiana, que alzaba los manteles. Pantaleona, hecha un caos su cabeza febril, no se movía. Porque, dijera lo que dijera á Monreal, en el fondo de su almita, entre otros sentimientos en revuelta, luchaban el amor de Jorge y su propia soberbia como dos feroces combatientes.

V

Desde que la madre Eva comió la indigesta manzana del Paraíso, ha sido triste achaque humano padecer el castigo de la reflexión después de la caída, y que al recién apurado placer acompañe la náusea del remordimiento. No había de substraerse á esta ley ineludible la señora de Pérez Orza, quien antes de los quince días, con la miel en los labios aún, estaba en guerra con su conciencia, siendo inútiles cuantas componendas y transacciones forjaba para acallarla, y evidentes ya las señales de la derrota bajo la forma ingrata de ojeras profundas, que acentuaban el marchitamiento de la faz. Sobre todo, lejos de la presencia de Fortunato y de su influencia sugestiva, en la quietud de la siesta, cuando sentada repasaba la ropa oyendo cacarear á las gallinas, entapujados bajo su falda la friolera *Diamela* y los dos morrongos, el interrogatorio del juez formidable la suspendía hondamente.

Lo primero que á ella la escoció fué la intransigencia de Pantaleona, cuya fiereza creyó domar; luego, la revuelta del barrio entero, aquel cordón sanitario que en torno de su casa se formara; la fuga de sus amigas, negativa de saludos y otros síntomas de la general censura, tan elocuentes, que no se necesitaba mucha sagacidad para apreciarlos en su verdadero significado. Sebastiana la tenía al corriente del chismorreo diario, que en un principio provocó su furia, y al cabo, sintiéndose ahogada en el vacío, trajo la batalla interna que la clavaba en el sillón y hacía suspirar á la vista de Pantaleona, cuando, obligada por sus quehaceres domésticos, pasaba ésta silenciosa y severa, como una sombra acusadora.

Pero cuanto se diga del paroxismo de cólera que acometió á misia Jeromita la vez que Sebastiana la refirió la embajada de Dolores Cadenas, no dará idea que lo exprese mejor que haberla visto desencajada, echando injurias, pronta para deshacer la calumnia y castigar el agravio. No he encontrado en mis apuntes la comprobación de que fuera seguidamente á casa de misia Elvira á ajustar cuentas estrechas; y aunque el testimonio de criados sea, por lo común, sospechoso, á él habré de apelar, consignando, en prueba de imparcialidad, lo que declara Agueda la paraguaya, y es al tenor siguiente: que, entre las dos y las tres, á tiempo que en la sala, rodeando al maniquí la viuda y Dolorcitas ensayaban una prenda, como pantera furiosa se presentó la vecina de enfrente, y con voces, que más parecían aullidos, exclamó: «¡Aquí estoy yo, que vengo por mi honra y la de mi hermana!» Del susto, quedó tumbado el maniquí, y mudas la madre y la hija, sobre las cuales llovieron porción de insultos y buen puñado de verdades. ¡Malas lenguas! A ver si repetían en su cara las indignidades que en contra de ella y de Leona propalaban. Nadie tenía el derecho de hablar de la familia de Pérez Orza, y el que hablaba ¡mentía, mentía y mentía! Porque ningún Pérez Orza había sido, hasta ahora, acusado de quiebra fraudulenta como D. Jorge Cadenas; ningún Pérez Orza pescaba en los pantanos de la curia como Sangil... ¿Quiénes eran los Cadenas para rechazar una Pérez Orza? ¡Si le hicieron un favor inmerecido al poetilla del Jorgito! ¿Dónde estaba el mocoso que no salía? Que saliera, que ya le enseñaría á respetar á una señora, ¡ella era una señora!, y donde ella pisaba y donde pisaba Leona no merecía ninguna Cadenas poner el hocico. *¡Guarangas*, atrevidas, deslenguadas!



las más veces entró en la Bolsa...

Dice Agueda que temblaban los cristales con los gritos, y que á estos y otros denuestos semejantes opusieron las Cadenas vergonzoso silencio; si misia Jeromita pasara de dichos á hechos y las da la gran soba, ellas consienten de puro cobardes y espantadas que estaban por la recia é imprevista acometida; pero, según declaró, «repugnábala ensuciar en ellas sus manos,» y las dejó bien vapuleadas, sin que, por fortuna, tropezara á su vuelta con ninguna de las Marías, la *Escopeta* ó Emma la germana, pues tal venía de iracunda, que hiciera picadillo de lenguas en plena calle.

Respecto del fracasado intento de reconciliación con Pantaleona, hay indicios para creer que, sea después de la azotaina á sus ex amigas, ó porque el relato de Sebastiana la conmoviera en favor de aquella víctima de su flaqueza, llorosa, indignadísima y enternecida penetró en la jaula de la prisionera, y, antes que se pusiera en guardia, la dió mil besos, llamándola su Leona, su Leoncita, como en los buenos tiempos de su fraternal cariño.

—¡Lo sé todo, hija, pobre Leoncita de mi alma! Ese imbécil, ese pelagatos se ha atrevido... No le hagas caso, mejor; no hay mal que por bien no venga; no te merecía. Sólo siento que no hayas sido tú quien le diera el pasaporte... Deja, que él y toda la familia de Cadenas corre de mi cuenta. Tocan á cortar lenguas, hija mía, y las cortaré de raíz... Entre tanto, perdona mis arranques pasados: ya sabes que te quiero, mala, rencorosa; venga usted y abrace á su hermana vieja, señor erizo.

—Jerónima, contestó secamente Pantaleona, podré olvidar y perdonar muchas cosas, que soy tu hermana, y entre hermanos la guerra es odiosa; pero mientras *ese hombre* esté bajo nuestro techo, no esperes avenencia conmigo.

—Eres terca: tienes la cabeza de piedra.

—¡Y tú el corazón!

—¡Leona, que me faltas!

—Pues me callo.

—¿Es tu última palabra?

—La última...

Diéronse recíprocamente las espaldas, y quedó peor que estaba la situación. ¡Ese hombre! ¿Sabía la tonta quién era *ese hombre?* ¡Oh, interés menguado y dura exigencia de la ley! Con una palabra sola misia Jeromita reducía y amansaba á Pantaleona y se apagaba la alharaca del barrio, como se calman las encrespadas olas arrojando aceite sobre ellas. Pero la discreción la cosía los labios, y obligábala tiránicamente á desafiar hablillas y exponer la felicidad de su hermana menor, por conservar la pensioncita oficial de que vivían, y que en tan grande peligro había puesto la tardía pasión del hermoso toscano. ¿Qué mucho que las ojeras aparecieran más evidentes cada día, y el afán de refrescar los ajados encantos fuera ocioso, si la preocupación colaboraba con la edad en la obra destructora?

Los mismos sobresaltos que antes de echarse de cabeza en el Rubicón de su amor disparatado la torturaban ahora, pero más vivos y dolorosos; y si pudiéramos conocer lo que, oculto en secreto recoveco de su conciencia, guardaba con avaricioso cuidado, no extrañaríamos aquel abandono repentino de la media sobre la falda, el clavar de la aguja en el acerico pendiente del pecho anheloso y la dilatación de los espantados ojos, testigos de algún feo pensamiento que hubiera surgido de pronto como repugnante animalejo.

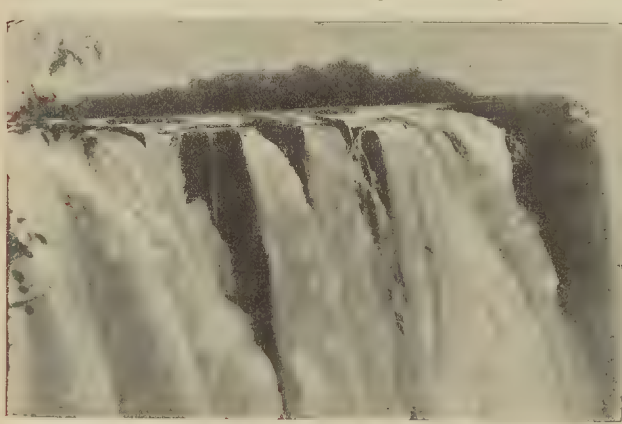
A tantos motivos de intranquilidad y desagrado que amargaban el dulzor de la deliciosa manzana, vino á sumarse uno de gravedad suma y capaz él solo de perturbar la serena paz á que la infeliz señora debía renunciar, y éste la venció en el sillón, después de volver y revolver la cartera, y en los escondrijos del armario, de su lavabo, del joyero de concha y de todos los muebles en que solía depositar dinero, buscar hasta perder la cabeza. Indudablemente, de la pensión del mes no la sobraban más que 12 pesos con 20 centavos, ¡y estaban á 18 de abril! Apenas para el gasto diario, mientras esperaba la nueva paga, demorada siempre... ¡Claro! ¡El menaje de la pieza grande, el equipo de Fortunato, los derechos parroquiales, los accesorios de la ceremonia, el impuesto del silencio á favor de los testigos Pietro Calli y Giácomo Verola, dos tunantes insaciables, todo había salido de la misma bolsa, la suya, que ella escurrió y agotó imprevisora! La miraba en sus manos vacía y decíase asombrada: «Pero, señor, ¿cómo ha podido ser esto?..» Las economías que permitió acumular la tranquila existencia que Pantaleona y ella llevaban, se habían evaporado, y en el aturdimiento febril en que hallábase ahora no lo notaron sus dedos voraces hasta dar con el fondo. Quedóse fría, pensando, con lucidez extraña en quien el amor senil trastornaba, que exhausta la bolsa, faltábale el único cebo capaz de retener al lindo Fortunato, el cual, ¡oh amarga certidumbre!, si no veía la ruina de sus atractivos, canas, arrugas, dientes postizos y carnes fofas, era porque ella le tapaba los ojos con dos monedas doradas; que el día que no pudiera tapárselos, descubriría la realidad y vendrían desvíos, surgirían regaños, y la pérdida de Fortunato en la primera disidencia conyugal.

(Continuará.)

LA CATARATA MAYOR DEL MUNDO

Decir que la catarata Victoria, en Rhodesia, es, no sólo la mayor, sino el espectáculo más sublime del mundo; decir que el río Zambese mide más de una milla de anchura en el sitio donde se arroja al precipicio, formando un atronador torrente, blanco como la nieve, cayendo de una altura de 400 pies y levantando columnas de espuma que se perciben á 50 millas de distancia, es no decir nada.

Por lo menos nada que pueda dar idea de la grandeza y hermosura de la cascada; porque ante ella, como ante las montañas elevadas ó la mar enfurecida, las palabras, la pintura ó cualquier otro arte resultan impotentes, demostrando que á la vista de las grandes obras de la naturaleza es nada el arte humano.



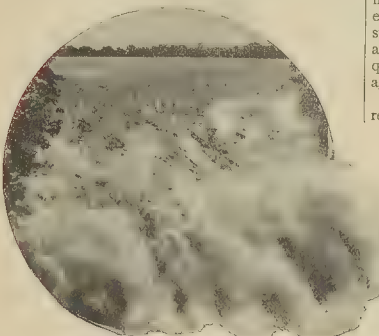
La catarata Victoria del Zambese, cuyas altura y anchura son dobles de las de la catarata del Niágara

Unicamente por medio de comparaciones puede darse alguna idea de la grandeza de la catarata del Zambese. El que haya visto el Niágara podrá formar algún concepto de su ignorado rival, imaginando algo dos veces y media más alto y de doble anchura. Y como esta es una edad práctica, será interesante comparar la fuerza que en ambos casos se pierde. Los caballos de fuerza que representa el Niágara son siete millones, y treinta los que se podrían obtener en el Zambese.

Es cosa sorprendente el hecho de que el mundo sólo haya tenido conocimiento de su existencia de mediados del siglo pasado acá. El doctor Levingstone, en el curso de una expedición al Africa del Sur en 1854, la encontró, siendo, según se cree, el primer europeo que en ella fijó los ojos, y él fué quien le puso nombre.

La primer noticia que tuvo de la cascada fué motivada por una extraña pregunta que los naturales del país dirigían con frecuencia al gran explorador.

«¿Hay en tu país humo que hace ruido?,» solían preguntarle. El nombre que la daban era «Mosioa tunga,» que significa humo que suena, aludiendo á las grandes columnas de espuma que levanta y al ruido que las aguas producen al caer. Miraban con demasiado terror á aquel humo misterioso para que se atrevieran á acercárselo y averiguar su origen.



El agua al caer en el precipicio se convierte en una masa de espuma que brilla al sol como la nieve

Así es que, despertada la curiosidad de Levingstone, decidió explorar la cascada, dejándose llevar por la corriente río abajo en una canoa.

Se embarcó en Kalai y pronto vió el humo que se elevaba á unas cinco millas á su frente, «semejante, dice, al que se levanta cuando en Africa arden grandes extensiones de hierba.» Cinco inmensas columnas se lanzaban al aire y parecían tocar las nubes.

Conducido por los naturales, que conocían los rápidos, llegó por fin, lleno de asombro, á una isla, que ahora lleva su nombre, situada en medio del río, al borde mismo de la cascada.

En esta isla fué donde Levingstone grabó, con un cuchillo, sus iniciales en el tronco de un árbol, y dice él en su obra que esta fué la primera vez en su vida que cometió ese pecado de vanidad. Las iniciales aún se conservan hoy día. Seguramente no hay otro sitio en toda el Africa más á propósito para que en él se levantara un monumento al gran explorador que esa isla desierta que domina la catarata que él descubrió.

Desembarcando en la isla, Levingstone se aproximó hasta unos cuantos pasos del lugar donde el agua desaparece. Entonces se le presentó un extraño problema que resolver. ¿Adónde iba á parar el agua? Parecía, dice él, que se la tragase la tierra.

La solución de ese problema es uno de los hechos más raros de los muchos estupendos que la catarata Victoria presenta. Aquellas aguas, de media milla de anchura, se precipitan á una profunda y estrecha cortadura, que forma ángulo recto con el cauce del río, limitada por un lado por la muralla perpendicular sobre la que salta el agua, y por el otro, por otra de casi la misma altura; toda la masa de las corrientes aguas se ve, pues, repentinamente aprisionada en aquella larga y estrecha cortadura, tan estrecha, que sus lados distan menos de cien pies; así es que, vista desde arriba, parece que la tierra se traga las impetuosas aguas.

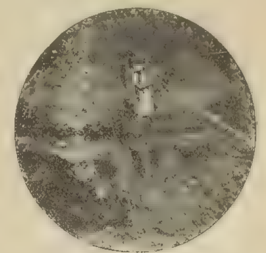
Levingstone, arrastrándose, lleno de respetuosa admiración, hasta el último extremo de la isla, pudo dirigir la vista hasta el fondo del abismo, donde hervían las aguas á través de densas y blancas nubes de espuma.

Y así fué como pudo, por último, darse cuenta de adónde iban á parar las aguas.

Sólo tiene el agua una salida, una pequeña abertura en la muralla oriental de la cortadura, cuyo ancho no es mayor de unas cien varas. A través de esa estrecha abertura sale, con increíble velocidad, el Zambese. Llámase ese lugar la olla hirviente, y ciertamente es uno de los espectáculos que más temor y admiración pueden causar.

Sólo Mr. F. W. Sykes ha explorado la cortadura por donde el Zambese, después de su caída, se abre paso con ruido atronador.

Después de salir por la estrecha abertura de la primera cortadura, el río, estrechado algunas veces hasta tener sólo cincuenta varas de anchura y con una profundidad desconocida, continúa rugiendo cerca de cincuenta millas á través de otra cortadura en ziszás por entre muros de más de 400 pies de altura, y en toda esa extensión sólo conocen los naturales cuatro entradas, tan perpendiculares son las terribles masas de negras rocas que encajonan al torrente.

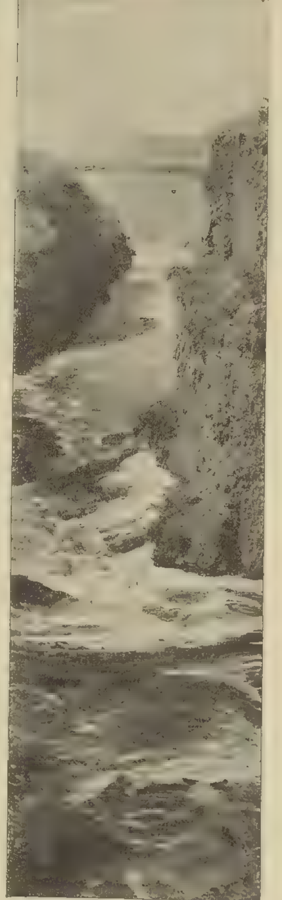


El ingeniero Mr. Fox atravesando la catarata Victoria por medio de un cable de alambre

El ferrocarril del Cairo al Cabo de Buena Esperanza ha de atravesar la península de rocas que se halla frente á la catarata, debiendo los trenes cruzar el río por un puente de cuya construcción está encargado el ingeniero Mr. Fox. El arco del puente tendrá una abertura de 500 pies y 400 de altura sobre el río, así es que será el más alto del mundo, y tendrá que ser construído desde las opuestas orillas hasta que en el centro se encuentre la obra de acero, pues no hay modo de poder levantar andamiajes.

Cuando se estaban preparando los cimientos de ese maravilloso puente, tuvo necesidad muchas veces Mr. Fox de visitar las dos orillas que ha de unir. La distancia en línea recta de una á otra orilla es de 250 varas; pero á no ser volando, para pasarlas tenía que hacer un rodeo por tierra y agua de diez millas.

Mr. Fox resolvió volar. Un cohete llevó al otro lado una cinta, á la que iba atado un cable de alambre, que quedó asegurado en la parte opuesta. Una pequeña silla formada por una tabla, suspendida por cuatro sogas, con un respaldo de lona y una traviesa para poner los pies, á la que se ató sólidamente el ingeniero por si acaso le daba algún desvanecimiento, se deslizó de una á otra banda por medio de un cable continuo, y de ese modo, en el mes de noviembre del año pasado, se cruzó por primera vez la cortadura del Zambese.



Vista del puente que se está construyendo sobre el Zambese, junto á la catarata Victoria y por el cual pasará el ferrocarril del Cairo al Cabo.

Después la ha atravesado muchas veces, y dice que se experimenta una sensación en extremo agradable. Tan escarpado es el precipicio, que á las cinco varas de la orilla la silla se columpia sobre una profundidad de 100 pies y á las 30 se ve claramente el torrente, precipitándose con furia, 420 pies más abajo.

La construcción del puente no es la única grande obra de ingeniería que los grandes proyectos de Cecilio Rhodes entrañan con relación á la catarata Victoria. Porque muy pronto los 30 millones de caballos de fuerza que hoy se pierden se aprovecharán para

el fomento de todo el país circunvecino, país más abundantemente dotado de riquezas minerales que ningún otro de igual extensión.

El aprovechamiento de la fuerza de la catarata del Niágara ha tenido, como es sabido, resultados materiales de colosal importancia. Una población de medio millón de almas gana con ello su subsistencia y se cree que muy pronto llegará á un millón. Con toda seguridad puede decirse que lo mismo sucederá en la de Victoria cuando estén las obras terminadas.

Cuando por primera vez se llevó á la práctica la idea de aprovechar la fuerza del Niágara, se consideró como cosa maravillosa el transmitir la fuerza eléctrica hasta Búffalo, á 22 millas de distancia, para que allí diera luz á todas las lámparas de todas las casas y de todas las calles de aquella ciudad y para que pusiera en movimiento todas las máquinas que allí funcionan. Hoy los directores de la compañía del Niágara tratan de transmitirla á Nueva York, Boston, Filadelfia y Chicago, es decir, á una distancia de cerca de 500 millas de la catarata.

Casi no concibe la imaginación á qué largas distancias no podrá ser transmitida la de la catarata Victoria. Una transmisión de 300 millas, que es cosa hacedera, pasaría por las grandes minas de carbón de Wankie, por la ciudad de Bulawayo y los importantes yacimientos de cobre de Barotreland (los mayores del mundo), por seis ó siete minas de oro y por ochocientas ó novecientas millas de ferrocarril.

Como es consiguiente, la superficie casi entera de este país está intacta. Las varias minas de oro, por ejemplo, descubiertas y explotadas en una extensión tan grande como la de la Europa central, no ocupan á una población mayor de la que tiene cualquier calle grande de Londres; y eso tan sólo de doce años acá.


Vista panorámica de la cortadura de 45 millas de largo por donde corren las aguas del Zambese después de haber formado la catarata

Recientemente se han descubierto grandes minas de hierro próximas á la catarata.

Como ha sucedido en el Niágara, es seguro que, atraídas por la baratura de la fuerza eléctrica, se establecerán industrias químicas y metalúrgicas y luego muchas manufacturas. También el agua de la catarata podría utilizarse para el riego y la fuerza transmitida para aserrar madera, arar y demás faenas agrícolas. Hay ahora gran necesidad de establecer fábricas, pues los varios productos que podrían obtenerse empleando la fuerza eléctrica, han de comprarse en América ó en otros países y transportarse luego á miles de millas.

Hace tiempo que se ha formado una sociedad, de acuerdo con la compañía del Africa del Sur inglesa, para explotar la inmensa potencia de la catarata. Ya se están llevando á cabo los trabajos preliminares, y aunque la empresa ha de exigir la inversión tal vez de millones de libras esterlinas, no hay temor de que falte el dinero. Se ha hecho constar en las bases establecidas que ha de conservarse intacta á toda costa la natural belleza de la cascada.

Cuando el puente esté terminado y en explotación el ferrocarril desde el Cabo á la catarata y se haga la instalación eléctrica, ¡qué porvenir tan soberbio le espera á la Rhodesia!

TURNER MORTON.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. *Exigir la Firma WLINSI.*
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.


ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES





PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris





Jardín del castillo de Penshurst (Inglaterra), notable acuarela de G. S. Elgood

AZULEJOS-VALLDECABRES ✚ Privilegiados



Son radicalmente diferentes á sus similares. Son producto de un invento notable que les ha valido á sus inventores privilegio en España y Extranjero. Son de una belleza sin igual y un 60 por 100 más baratos que sus similares. Todo constructor debe poseer el Gran Catálogo Artístico; en el primer pedido conseguirá un ahorro positivo. Tenemos 10.000 ejemplares que, en obsequio al público, los cederemos á 6 pesetas uno, en vez de 12, que es su verdadero valor.

Exportación á todos los países del mundo

Fabricantes:

ONOFRE VALLDECABRES y H.NO

VALENCIA

Dentición

JARABE DELABARRE

Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS

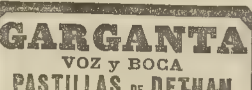
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



INFLUENZA ★ RACHITIS
ANEMIA VINO AROUD CLOROSIS
CARNE–QUINA–HIERRO
El más poderoso Regenerador.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.



PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fco PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón



AÑO XXIII — BARCELONA 18 DE JULIO DE 1904 — NÚM. 1.177

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)



MADRE É HIJA,

cuadro de A. Sohn Rathel



CRÓNICA DE TEATROS

Ni los tribunales de justicia están libres de la influencia del género chico. Días pasados, en la vista de una ruidosa causa, y tan ruidosa, como que se trataba del crimen de un organillero, el abogado defensor reforzaba su argumentación con frases y versitos de zarzuelillas y sainetes, y repetía aquello de que «también la gente del pueblo—tiene su corazoncito,» y consideraba como circunstancia no sé si atenuante ó eximente la de «los celos mal reprimidos.» Quién sabe si por este camino se llegará algún día á basar los considerandos de las sentencias en textos de López Silva ó de Jakson Veyan.

Y no se crea que esta hipótesis es infundada: el género chico se ha infiltrado, por decirlo así, de tal modo en las costumbres madrileñas, que los *timos*, frases y decires inventados por los saineteros ó recogidos por ellos del arroyo, andan en labios de todos, y lo mismo esmaltan la conversación de las damas linajudas que los diálogos vinosos de los golfos tabernarios.

Además, el romanticismo ha huído de las altas clases y se ha refugiado en la gente del pueblo. La burguesía y aristocracia modernas son esencialmente prosaicas: sólo muy de tarde en tarde se produce en ellas un suceso emocionante que revele pasiones violentas. En cambio, á cada dos por tres ocurren dramas y aun verdaderas tragedias entre personas de humilde y aun de baja condición. No pasa semana sin que la prensa, con el auxilio del fotograbado, dé á conocer con todo género de detalles los amores delirantes, terminados á puñaladas ó á tiros, ya de una modistilla sensible y un tenorio de manubrio, ó bien de una ardorosa cocinera y un cochero romántico, ó quizás de una verdulera melancólica y de un poético mozo de cordel.

En la alta clase los desafíos se reducen casi siempre á un lance cuyas consecuencias se remedian con un poco de árnica; por el contrario, cuando dos hombres del pueblo por una jugada de *mus*, ó por quien paga ó no paga unas *tintas*, ó por cualquier otro caso de honor semejante á los dos que acabo de citar, salen desafiados de la taberna, ya se sabe, uno de los contendientes queda muerto ó herido de muerte en el lugar de la pelea. Hay suicidios, es cierto, entre las personas de alto copete, pero suicidios prosaicos, motivados casi siempre por el tedio de vivir, ó por pérdida de intereses materiales, ó por falta de paciencia para sufrir enfermedades crónicas. Formando contraste con estas muertes voluntarias, ¿qué de suicidios no refieren las crónicas pasionales de nuestros días, perpetrados con poéticas circunstancias por personas de la más ínfima clase? ¿Quién no se acuerda, pongo por caso, de los amantes de las Vistillas, que se suicidaron después de pedir que los enterraran juntos, y del motín que armaron las cigarreras para que se cumpliera la última voluntad de aquella Julieta y de aquel Romeo de los barrios bajos?

Por tales razones, sin duda, los saineteros con vistas al melodrama que por aquí gastamos buscan los asuntos de sus obrillas en los conflictos de la vida popular, y sus personajes entre la gente de chaqueta corta y de *falda de percal planchá*. Como siempre sucede, la influencia entre el arte y las costumbres es mutua, y si aquél encuentra en éstas su inspiración, sobre las costumbres pesa el influjo del arte. Sinceramente creo que todos esos melodramas comprimidos, en los cuales chulas y chulos, poetizados por musas ramplonas, se aman, insultan, se pelean y se matan, tienen no poca parte en los crímenes pasionales, cuyos relatos, hinchados folletinescamente, ocupan planas enteras de los periódicos populares.

La última obra de la hornada melodramática comprimida es la zarzuela titulada *Los pícaros celos*, letra de los Sres. Arniches y Fernández Shaw y música del maestro Jiménez. Los autores del libro han sacado su sainete nada menos que del *Otello* de Shakespeare. Es algo así como la tizona del Cid convertida en asador. Y sin embargo, ¡oh poder del genio!, el del gran escritor inglés, reducido, como quien dice, á albondiguillas, aún conserva substancia artística bastante para que se chupe los dedos de gusto el pueblo soberano. Aunque tan venidos á menos Otelo, Yago y Desdémona, han proporcionado al teatro de Apolo el mayor triunfo de su temporada. De suponer es que cualquier día veamos con música más ó menos ratonera algún *Hámlet* de las Vistillas ó á algún *Lear* del barrio de las Injurias.

El éxito de *Los pícaros celos* fué seguido en el mismo teatro de Apolo por el de un sainete, también *colectivo* (pues es fruto de cuatro ingenios, Arniches, Alvarez, Valverde y Torregrosa), titulado *El pobre Valbuena*. Consiste el mayor atractivo de esta obra en un tío-vivo que da vueltas de verdad. Como hizo notar no sé qué revistero, la zarzuelilla tiene mucho *movimiento* escénico.

He calificado de obra *colectiva* á *El pobre Valbuena*, y el mismo adjetivo, casi sin excepción, puede aplicarse á todas las que se estrenan en los teatros por horas. Para dar á luz el más fútil engendro de los que abastecen los escenarios, se reunen siempre tres ó cuatro ó más ingenios. No hay sainete que salga él solito, como Minerva, de la cabeza de cualquier Júpiter de género chico. Cuando el público llama á los coautores, se llena el escenario. Al verlos no puedo menos de recordar el apólogo de los palillos.

Fué el caso que alguien que no debía de tener mucho de lo que sobraba á Salomón, se empeñaba en hacer que se sostuvieran en posición vertical varios mondadientes. Como comprenderá el discreto lector, la empresa resultaba irrealizable; á los palillos les faltaba base para sostenerse en pie.

Viendo tan inútil tarea, un hombre discreto dió al de los mondadientes el siguiente consejo:

—¿Cómo quieres que cada uno de los palillos se sostenga por sí solo? Haz con ellos un mazo, y verás entonces cómo pueden sostenerse en pie.

Tal es el procedimiento de nuestros autores: no pueden sostenerse por sí solos y se juntan en mazos.

Sin auxilio de nadie, antes bien con la enemistad de muchos, Sinesio Delgado estrenó en la Zarzuela una titulada *El placer de los dioses*. Los espectadores de aquel teatro, que tantos desatinos han aplaudido otras veces, sintiéronse la noche del estreno de la obra de Sinesio tan indignados y furiosos contra el autor, que hasta trataron de asaltar el escenario. Afortunadamente, aquella invasión que recordaba las del siglo v fué contenida por los agentes de orden público.

De este fracaso se ha desquitado la empresa del antiguo teatro de Jovellanos con el estreno de una quisicosa titulada *El ciego de Buena Vista*, escrita la letra por los Sres. Domínguez y Toral y la música por Torregrosa. El libro, como dijo el otro, está *plagado* de chistes.

Y basta y sobra con lo dicho acerca del género chico, único que ahora, si se exceptúan las zarzuelas grandes y operetas de los Jardines, entretiene las aficiones estéticas del pueblo madrileño.

***

Los Jardines del Buen Retiro están llamados á desaparecer muy pronto. Dentro de poco aquellas alamedas y bosquecillos por donde pasean tantas parejas de enamorados, tantos viejos verdes á caza de gangas, tantos mozalbetes en busca de novia y tanta muchacha casadera á caza de novio, han de verse trocados en plazo muy breve en patios y corredores por donde irán y vendrán los empleados de Correos.

Quizás esta transformación sea muy conveniente; pero es lo cierto que la gente madrileña, que no tiene otro sitio en que disfrutar un poco de fresco en estas noches de verano, ha de echar de menos con pena los Jardines del Buen Retiro. Desde hace largo tiempo, más de tres siglos, el Buen Retiro, que antes comprendía también lo que hoy es el Parque de Madrid, fué lugar destinado á hermosas fiestas. ¿Quién no ha oído hablar de las que daba allí Felipe IV? Recientemente los Jardines se han visto, como se ven ahora, favorecidos por las clases acomodadas ó que quieren parecerlo.

A decir verdad, lo de menos es allí el espectáculo. Gran parte de los concurrentes ni siquiera se asoma al teatro: prefiere el aire puro y la conversación sabrosa á los gritos que dan los cantantes en el escenario. La temporada presente, que según todos los indicios ha de ser la última, empezó con representaciones de zarzuela grande. El acontecimiento más importante de este primer *período* ha sido el estreno de la obra titulada *Los tejedores*, que nada tiene que ver con el famoso drama silesiano del mismo título original de Hauptmann. La música que á la zarzuela ha puesto el maestro San José es, aunque á ratos un poco pesada, digna de elogios.

La segunda parte de la temporada se ha inaugurado con la representación dada por la compañía Tomba de la opereta inglesa *Geisha* ó *Historia de una casa de te*, original de Howen Halle la letra y del maestro Sidney Jones la música.

El argumento de la obra es vaudevillesco. Todo él se reduce á presentar las fatigas que pasa cierta lady, la cual, para vigilar á su novio, se disfraza de geisha. (Las geishas son bailarinas, mímicas ó cosa así, cuyo trato y amistad son, según aseguran los viajeros que han visitado el Japón, por extremo agradables.) La fingida geisha se salva al fin y al cabo de las persecuciones con que la acosa el marqués Imori.

La música es alegre y juguetona y la *mise en scene* ostentosa y de gran efecto. Abundan en la compañía mujeres guapas ó que vistas desde la sala lo parecen, y unas veces los trajes y otras veces la escasez de ellos contribuyen á realzarlas.

La principal cantante es la Sra. Foffano y entre los varones citan los carteles á los Sres. Lambiase, Marangoni y Pietromorchi.

A los Jardines, Apolo y la Zarzuela (el Lírico ha vuelto á cerrarse) quedan reducidos los teatros veraniegos de Madrid. En rigor, son más que suficientes, porque la moda del veraneo de tal modo hace estragos en la coronada villa, que apenas hay en ella habitante que si tiene ó puede agenciarse, bien ó mal, un puñado de pesetas, no emigre de aquí ó en lujoso *sleeping* ó en el lento, pero sofocante *botijo*.

***

Terminaré esta crónica dedicando un recuerdo á Clotilde Lombía, actriz que en tiempo relativamente lejano alcanzó triunfos y obtuvo aplausos, y que últimamente desempeñaba en el Conservatorio la plaza de profesora de Declamación.

Consagró toda su vida al arte, y mereció el amor y el respeto de sus discípulos.

ZEDA.

PENSAMIENTOS

Las convicciones políticas son como la virginidad: una vez perdidas, no vuelven á recobrarse.

FRANCISCO PI Y MARGALL.

En todos los países la multitud es esclava de los partidos políticos.

IBSEN.

Los mejores círculos no son los mayores, sino los mejor trazados: asimismo la mejor vida no es la más larga, sino la más rica en buenas acciones.

WALTER.

El trabajo y la ciencia serán en adelante los dueños del mundo.

SALVANDY.

El que compra un empleo venderá al detalle lo que ha comprado al por mayor.

EMPERADOR SEVERO.

En literatura no existe clásico ni romántico: solamente existe verdadero ó falso, bueno ó malo.

NODIER.

La coquetería es la venganza de la debilidad.

STERN.

Vivir sin amigos no es vivir.

CICERÓN.

El hombre ha nacido libre, mas por doquiera se encuentra sujeto con cadenas.

ROUSSEAU.

El pueblo perdona á los que le oprimen, pero no perdona nunca á los que le engañan.

MONTALEMBERT.

Los juguetes de construcción complicada no hacen más que embrollar la inteligencia. El niño adora las formas sencillas y regulares que ya no gustan á los hombres.

J. MICHELET.



Continuaron descendiendo por la suave pendiente

LA BOLA DE ÉBANO

CUENTO INDIO

Por el apretado bosque de algodoneros y tamarindos, entre las junqueras que se abrían al paso de su mole, pisoteando con su ancha planta las flores y los bejucos, avanzaba majestuoso el enorme elefante.

En el havudah, magnífico y cómodo, descansaba el hermoso cuerpo de Manah Chorhy, la negra ex favorita de Nalla-Gupta, poderoso rajah de Kanudje.

Iba silenciosa, absorta en sus pensamientos, y la brisa de la noche, embalsamada con los efluvios del sándalo, de la canela, de los amatles que trepaban por los seculares troncos, besábala el rostro, sin que su linda boca correspondiera al halago entreabriéndose para inspirar deleitosamente los exquisitos aromas.

Los pájaros-moscas y los bengalis ejecutaban suave concierto desde los cálices de las rosas y las copas de los árboles, interrumpido de vez en cuando por el rugir de las fieras en el interior del bosque.

A veces brillaban en la sombra los ojos de una pantera ó de un chacal, que la presencia del elefante mantenía entre los jungles á respetuosa distancia. Mas á pesar de la protección de la gigantesca cabalgadura, el *cornac,* que iba montado sobre su cuello, no cesaba de hostigarla, deseoso de abandonar cuanto antes la peligrosa selva.

Según caminaban, iba aclarándose la espesura; quedaron atrás los bambúes y jarales, y al fin salieron á un extenso campo de vetiver, limitado en su fondo por colinas cubiertas de espesa vegetación.

A la luz de la luna llena, que iluminaba claramente el cuadro, reverberó el suntuoso atelaje, el caparazón de púrpura y piedras preciosas, los anchos aros de oro que adornaban el cuerpo del animal y el de su conductor, indicadores de que ambos pertenecían al palacio del soberano.

Continuaron descendiendo por la suave pendiente del prado, alejándose de la selva, detrás de la que se veía, destacándose sobre el cielo lechoso, la silueta de la mansión real, corona del alto cerro en cuya falda dormía la población de Kanudje.

Llegaron al final del campo, y á la vuelta de la primera colina halláronse frente á una suntuosa pagoda que parecía elevar sus cúpulas hasta las estrellas.

Deslizóse al suelo el conductor, y á una voz de éste levantó el elefante su trompa, dirigiéndola hacia atrás; Manah Chorhy apoyó en ella un pie, y agarrándose á la oreja del animal, se apeó diestramente.

El siervo se acurrucó en la gradería de piedra y la joven se alejó con rápido andar, rodeando la fachada del edificio. Apenas se hubo perdido de vista, incorporóse el esclavo; después, trepando con agilidad de mono por columnas y cornisas, consiguió subir hasta colocarse sobre la plataforma de un pabellón, desde donde se dominaba uno de los patios interiores. Bajó por la escalerilla que con él comunicaba y corrió recatadamente á todo lo largo de la columnata, hasta penetrar en el templo por una puerta de servicio.

Un silencio augusto é imponente reinaba en la inmensa nave solitaria.

El *cornac,* guiándose por una debilísima claridad transparentada por el velo gigantesco que cubría todo el fondo, avanzó con cautela. El rumor de una conversación sostenida al otro lado llegaba á sus oídos cada vez más distinto. Cuando estuvo junto á la cortina, tendióse en el suelo y miró por un agujero, apenas perceptible, practicado en la franja.

Manah Chorhy estaba de pie ante el gran sacerdote, un anciano de mirada inteligente y profunda.

—Sí, decía éste, desde que el imperio del gran Asoka fué dividido á su muerte en varios Estados, la antigua fe ha ido debilitándose por el poco celo de los rajahes. La estirpe de los Gupta se ha significado entre las otras en este sentido, y Nalla más aún que sus predecesores. Por eso los sacerdotes te ayudamos á conquistar el lugar que has ocupado junto al monarca, á cambio de la influencia que en favor de nuestra clase podías ejercer; pero desde que la israelita te substituyó en su corazón, ha vuelto á su desidia religiosa. El templo de Brahma se empobrece, disminuye el esplendor de los sacrificios y ceremonias, y el castigo de Siva no tardará en caer sobre Kanudje y sobre el reino entero.

—Asústate su actual impiedad y ahóganme los celos. Mira que remedies mi mal, que es el tuyo.

El bracmán cerró los ojos, murmurando:

—«Los hombres inteligentes y los héroes de las batallas—dice el *Pantchalantra*—se convierten junto á las mujeres en miserables criaturas.»

Estoy cierta de que no es sólo la hermosura de la hija de Israel, ni su color de nácar, lo que ha conseguido de Nalla-Gupta aquello que no pudieron alcanzar las razones de Estado, las miras de clase, la tradición de castas, los mismos libros divinos que le prohibían elevar hasta él á una mujer de piel negra. Hembras tiene en su gineceo, hijas de Circasia y de Georgia, bellas como la luna, como ella blancas, que no disminuyeron su amor ni mi poderío. Pero así como yo conté con la ayuda de Visnú, implorada por vosotros, para realizar mi encumbramiento, así ella debe de contar con algún infernal apoyo.

El anciano volvió á recitar otro proverbio del mismo libro sagrado:

—«El hombre á quien mueve la palabra de una mujer, mira como hacedero lo que no es hacedero, como de acceso fácil lo inaccesible, como comestible lo que no es comestible.»

Manah, creyendo que divagaba, interrogó impaciente:

—Di, ¿qué se ha de hacer?

Guardó silencio el bracmán durante largo rato y al fin dijo:

—«Lo que no debe suceder, no sucede; si debe acontecer una cosa, es inevitable... Pero el hombre no debe cesar de hacer esfuerzos. Sin esfuerzos no puede sacarse aceite de la semilla de sésamo.» Por esta profunda máxima, el *Hitopadesa* nos manda operar enérgicamente en la vida. Vuelve, pues, al palacio y disimula hasta mañana por la noche. A la hora en que más brillan las estrellas, entra en el camarín de la israelita, tu rival, y asesínala. Busca después el amuleto que lleve sobre sí y mandámelo al punto; lo colocaré en la falda de la excelsa Trimourti, y cuando el sol aparezca sobre el horizonte, besa á Nalla, que no podrá en adelante prescindir de ti.

—Conozco un medio, libre de traiciones. Encerraré el amuleto en una bola de marfil que me sirve de ungüentario, bajaré á los sótanos del alcázar y arrojaré la esfera por la tubería subterránea que sirve para conducir el agua del manantial, que allí nace, hasta el lago de este templo. Esta misma noche guiaré la corriente hacia el desagüe para dejar seco el camino.

—Oraré por ti entre tanto para hacerte propicias las horas.

El sacerdote pronunció las palabras del *assirvahdam,* rociando á la vez á la joven con algunas gotas de agua lustral. Terminada la bendición, Manah se despidió del sacerdote con un profundo *salam.*

El esclavo alzóse prestamente, emprendiendo la retirada por el mismo camino que antes siguiera.

Cuando la postergada favorita llegó á la escalinata, encontró al *cornac* sumido en tan profundo sueño, que tuvo que sacudirlo varias veces para despertarlo.

Volvieron á montar sobre el elefante y emprendieron el regreso al palacio; saboreando Manah Chorhy su plan de venganza, y haciendo proyectos el siervo sobre la recompensa que obtendría de Nalla-Gupta así que le descubriera la traición preparada.

A la noche siguiente, cuando más claras lucían las estrellas, el gran bracmán atravesaba el lago de la pagoda en su esquife de teck, de sicomoro y de cedro. Al llegar frente á la boca del surtidero, se detuvo y aguardó pacientemente la señal de haber sido muerta la aborrecida extranjera. Pasaba, en tanto, por los ojos de su espíritu toda aquella negra historia de que era protagonista Manah Chorhy. Conocía cuánto había faltado á las divinas leyes induciéndola al crimen y anteriormente procurando la unión, maldita por Brahma, del rajah con una mujer de casta inferior. Pero como era un mal bracmán, sonreía irónicamente.

—¡Bah!, pensaba recordando sus citas sagradas de la víspera. También hay en el *Pantchalantra* una sentencia que nos conviene á todos: «Si un hombre dice mentira, si honra á quien no debe ser honrado y si va á país extranjero, todo lo hace por su vientre.»

En aquel momento sintióse dentro de la tubería un rumor sordo que iba aumentando en intensidad. Momentos después, una bola negra salió del orificio cayendo al fondo del esquife.

Inclinóse el anciano para cogerla, á la vez que murmuraba:

—Manah debió de equivocarse; me habló de una esfera de marfil y no es sino de ébano...

Cuando buscándola bajo los bancos tropezaron sus dedos con ella, una sensación inesperada le hizo retirar la mano vivamente y enderezarse horrorizado.

Por algunos instantes permaneció inmóvil, sin facultad para coordinar sus ideas.

Al fin, haciendo un esfuerzo poderoso, recogió aquella bola negra y la examinó á la luz de la luna.

Era la cabeza de Manah Chorhy. Sobre la frente, y prendido á la piel por dos alfileres de oro, ostentaba un pedazo de pergamino, que el lodo y la sangre habían respetado, y en el que pudo leer el bracmán, escrito en caracteres hebraicos, este versículo del Eclesiastes: «Quien hoya cava, en ella caerá; y á quien vallado deshace, le morderá la serpiente.»

(Dibujo de Triadó.)

J. SÁNCHEZ GERONA.

A través de los Museos de Europa. — Goya

Con ser el autor de los *Caprichos* uno de los pintores españoles de quienes más se habla y se estudia, discute y admira en el extranjero, es lo cierto que le conocen mucho menos que á Velázquez y Murillo. En Francia, por ejemplo, y á pesar de los trabajos de Viardot, Th. Gautier, Mautz, Iriarte, Matheron y



Francisco Goya y Lucientes

Lefort acerca de la múltiple y varia obra del hijo de Fuendetodos, la mayoría de los artistas y de los críticos no le conocen más que por sus aguas fuertes, algún que otro retrato y cuadrito de pequeñas dimensiones, desperdigados estos últimos por los Museos de Europa. No digamos nada de la intención que nuestros vecinos le atribuyen en sus composiciones humorísticas y fantásticas, ni de la influencia que todavía ejercen las obras de Goya en la imaginación de los críticos franceses respecto del modo de ser de los españoles y de nuestras costumbres; sería éste un curiosísimo estudio que debiera emprender quien tuviese alientos para ello.

Pero si en Francia no conocen todavía á fondo el carácter y el valor é importancia de la obra de Goya, en Alemania es casi desconocido. No recuerdo, por lo menos en este momento, haber visto ni en el admirable Museo de Dresde ni en el de Berlín lienzo alguno de nuestro artista, como tampoco en el Museo imperial de Viena. En cambio, en la *Galería Nacional* de Londres hay tres cuadros. Uno de ellos es el retrato de doña Isabel Corbo de Porcel, admirable muestra del genio del inmortal pintor y muy superior á muchos retratos que aquí en España tenemos de mano del maestro aragonés y que diputamos como joyas. Otras dos obras de Goya guarda el Museo de Bruselas: también retrato una de éstas. En Roma, en el Colegio de España, se ha descubierto hace poco tiempo otro retrato (que no he visto), y en el Museo del Louvre se custodian, no sé á punto fijo el número, varios lienzos del autor de los *Caprichos*.

He aquí cuanto yo recuerdo ahora haber visto del ilustre hijo de Fuendetodos en el extranjero; y recuerdo más: recuerdo que el retrato de doña Isabel Corbo de Porcel no figuraba todavía en la *Galería Nacional* de Londres hace aproximadamente dos años. Dicho retrato, juntamente con el del marido de dicha señora, procedían de Granada y los tenía en su casa de Madrid el general Zayas. Por primera vez vi en el citado museo londinense dicho retrato de la dama granadina en el año actual.

* * *

La característica artística de Goya está completamente tergiversada en los estudios críticos de casi todos los escritores que del ilustre pintor se han ocupado. Realmente, para estudiarle tal y como se mostró en toda su obra, es necesario venir á Madrid. Como más arriba indico, en los museos extranjeros Goya apenas si tiene representación suficiente para que puedan juzgarle aun los críticos más perspicaces. Iriarte, que ha sido uno de los que con más ahinco estudió al gran pintor, no supo interpretar el espíritu de su obra. Achácale, juntamente con Matheron y el mismo Lefort, intenciones que no guiaron ni su pincel ni su buril. Cierto que no andan mucho más discretos ni Cruzada Villaamil en su libro *Los tapices de Goya* (edición de 1870), ni Carderera, ni aun el mismo conde de la Viñaza, si bien este último atenúa en gran parte las afirmaciones de los citados escritores. Villaamil asegura que en *Los caprichos* Goya no perdonó ni al rey, ni á la reina, ni á Godoy, ni á la duquesa de Alba, ni á la de Benavente, ni á nadie de quienes había recibido favores y muestras de afecto grandes, pues todos tienen una página en el libro terrible. Carderera dice poco más ó menos lo mismo, y claro está que los franceses citados, apoyándose en la autoridad de nuestros compatriotas, aseveraron lo propio, aumentándolo en tercio y quinto.

Un escritor concienzudo, D. Zeferino Araujo, rebate muchas de esas afirmaciones con datos irrecusables. Por ejemplo: al hablar del tapiz *Paseo en Andalucía*, en el cual la tradición popular y buen número de escritores hacen figurar á la duquesa de Alba



Caprichos de Goya. – Unos á otros

y en los amantes rivales á Costillares y Romero, prueba el Sr. Araujo que no podía ser la maja dicha duquesa, por cuanto en el año en que pintó Goya el cartón del citado tapiz, tenía aquella señora *trece años* de edad. Si no con tan irrecusable testimonio,



La procesión del Viernes Santo, cuadro de Goya que se conserva en la Real Academia de San Fernando



GRUPO DE ÁNGELES,

pintura de Goya que se conserva en la iglesia de San Antonio de la Florida de Madrid

niega también el Sr. Araujo que las figuras místicas (?) representando *Angeles femeninos*, de las admirables pinturas de San Antonio de la Florida, sean retratos de damas de la corte ó de sus amigas; y para negar tal aserto (también tradicional), dice que dado el escorzo en que están pintadas, no es posible que pueda apreciarse el parecido. En este particular, ni estoy con el Sr. Araujo ni tampoco con los que afirman lo contrario. Creo posible, pues conozco prácticamente el arte, hacer que se reconozcan personas pintadas en escorzo. Plasencia, en uno de los techos más bellos que pintó, representa la figura de *Psiquis* en un escorzo violento, y sin embargo, es un retrato del modelo. Pero, en fin, lo cierto é indudable es que gran parte de las intenciones satíricas de Goya, bien en sus *Caprichos*, bien en sus tapices y cuadros, no alcanzan *las alturas* que la leyenda popular cree: tienen, sí, carácter de protesta contra los vicios y costumbres de su época. Sin embargo, no dejo de reconocer que en ciertas y determinadas ocasiones la sátira es personal.

Pero ¡quíteles usted de la cabeza á los críticos y artistas extranjeros (y aun á buena parte de los españoles) lo de que Goya era un satírico mordaz que empleaba sus portentosas dotes contra ciertas y determinadas clases sociales y personas! ¡Quíteles usted, repito, de la mollera á las gentes que era un espadachín, un bohemio, un *toreador*, como dicen Iriarte y Matheron, que en su juventud anduvo de pueblo en pueblo corriendo toros! Naturalmente, con tal fama, los franceses especialmente cristalizaron en Goya, no tan sólo la raza, sino también las costumbres españolas. Porque pintó la famosa Rosario Fernández, conocida por *la Tirana*, y la bella *Librera* de la calle de Carretas y otras mujeres, así como algún torero amigo suyo, resulta que nuestra pintura en la actualidad no encarna ni la raza, ni las costumbres, ni los tipos, porque necesariamente los pintores de hoy deben pintar majas, majos, *toreadores* y *bailadoras*, con sus correspondientes espadas bajo las capas, ellos, y ellas con sus mantillas de blonda, alta peineta y pañuelo de talle. He aquí la influencia de la obra de Goya en el extranjero. Y nadie me negará esta afirmación si se recuerda lo que ha poco, y con motivo de haber sido reproducidas en *Figaro Illustrée* y en la revista inglesa *The Study* las obras de Ignacio Zuloaga, han estampado en sendos artículos encomiásticos (merecidísimos ciertamente) Alexandre y Frantz. Para dichos críticos, como para Geffroy y otros varios, Zuloaga es el primer pintor español (y yo lo creo así también) porque recuerda á Goya, mejor dicho, porque resucita los tipos pintados por Goya y por Velázquez, asimilándose la paleta de ambos. Cierto que no es esa la gloria de Zuloaga; Zuloaga es un gran artista y español hasta la medula, porque *siente* la vida y la raza, porque *ve* el tipo, cosa que no sienten ni ven, ¡ay!, desgraciadamente, sus colegas, y porque pinta la luz castellana. Esas son las excepcionales condiciones de Ignacio Zuloaga. Lo que deploro en mi ilustre amigo es precisamente lo que le encomian los extranjeros, lo mismo que le encomiaron á Fortuny cuando pintó *La Vicaría*, esto es, el evocar, por medio de la indumentaria y de los lugares de las escenas, el recuerdo de los tipos y costumbres de los días de Goya, afirmando una vez más el concepto que de nuestra sociedad y de nuestras costumbres se han forjado allende los Pirineos, con Velázquez y Goya á la vista. Y de ahí no los sacan ni las predicaciones de frailes descalzos.

***

Para mí, entre los ciento veinte ó ciento cuarenta retratos que pintó el autor de los *Caprichos*, descuellan como obras insuperables de color, de espontaneidad, de elegancia y de vida, el de la duquesa de Alba, de cuerpo entero, que tiene un perrillo á sus pies, y que está firmado así: *A la duquesa de Alba D. Francisco de Goya*, 1795; el de la marquesa de Lazán, ambos pertenecientes al actual duque de Alba; el de *la Tirana*, la famosa comedianta, existente en el Museo del Prado, adonde se le trasladó hace poco tiempo; el de Bayeu, también en el Museo; el del marqués de San Adrián; el famosísimo lienzo con los retratos de Carlos IV, María Luisa y demás individuos de la familia real... No prosigo enumerando los retratos que más admiración me causan; tendría que apuntar varias docenas: baste con los citados para que quien no los conozca procure verlos, pues verá algo que no superarán los más grandes artistas del porvenir. De sus pinturas de carácter religioso, la verdaderamente genial es la decoración de San Antonio de la Florida. El milagro que el santo patrono realizó de resucitar á un muerto, asunto que ocupa la media naranja del templo, es un cuadro de una realidad maravillosa. Al santo rodéanle unas piadosas mujeres que presencian el milagro; y como la escena la desarrolló el genio de Goya en un paseo, otras varias gentes, chiquillos, etc., que no se percatan del caso prodigioso del taumaturgo, se asoman á una barandilla para contemplar el paisaje ó los juegos de los muchachos. Esto es todo, y esto es un mundo de gracia, de vida, de verdad, de color. Después, aquellas lindas mujeres que *hacen* el papel de *ángeles*, vestidas con faldas de gasa y moños y fajas de colores brillantes y repartidas por arcos, lunetos y ventanas, parecen pintadas con solo el deseo, tan elegantes, tan bellas, tan suavísimas de color son. Si alguna vez hay que buscar un ejemplo para demostrar cómo el genio sabe crear figuras llenas de vida y al propio tiempo ideales, en esas lindísimas *ángelas*, como las llama Zeferino Araujo, está el ejemplo.

Pero si Goya pintó figuras y escenas llenas de la alegría de vivir, del sentimiento sano de la vida, también dió forma y vida á escenas de horror y de sangre. Nadie imaginaría viendo aquella *Merienda*, *La gallina ciega* y tantos otros lienzos pintados para la fábrica de tapices, que el mismo pincel había de trazar el cuadro de los *Fusilamientos del Dos de mayo* ó los dibujos para las planchas de las aguas-fuertes *Los desastres de la guerra*. Baste recordar la lámina que representa un campo sembrado de cadáveres, y la que representa á varios heridos; las leyendas que puso á dichas láminas son horribles: *¡Lo mismo en otras partes!*, dice en la primera; *¡Aún podrán servir!*, afirma refiriéndose á los segundos. No menos cruel es en la mayor parte de sus *caprichos*, aun cuando aquí la sátira reviste caracteres menos espeluznantes.

***

Y aquí termino este artículo que me sugirió el desconocimiento que del gran maestro tienen fuera de España, desconocimiento que comprobé en París examinando hace pocos meses con un artista francés un retrato pintado por Goya. Al gran pintor no se le conocerá nunca por ahí fuera, si no vienen á estudiar su obra, acumulada en gran parte en nuestro riquísimo Museo del Prado.

R. Balsa de la Vega.



El general D. Rafael Reyes, presidente electo de la república de Colombia (de fotografía remitida por nuestro corresponsal en México Sr. de S. N. Araluce)

EL GENERAL D. RAFAEL REYES

PRESIDENTE ELECTO DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA

Grata es siempre para nosotros la tarea de dar á conocer á aquellos que se singularizan por el esfuerzo de su inteligencia ó por sus merecimientos. Pero es doblemente agradable cuando hemos de ocuparnos de quienes han logrado realizar empresas ó actos que redundan en provecho de la generalidad, alentados por nobles ideales. Tal acontece con el general Rafael Reyes, recientemente elegido para desempeñar la presidencia de la República de Colombia.

Vivo está el recuerdo de la famosa exploración llevada á cabo en la peligrosa región bañada por el Amazonas, y no se han borrado todavía de la memoria las muestras de reconocimiento, el general tributo de respeto, simpatía y consideración que en Colombia y en todas partes se tributaron al atrevido explorador, que ansioso de procurar á su país nuevas fuentes de riqueza, medios de engrandecerse, arrostró penalidades sin cuento, invirtió cuantiosas sumas en la realización de tan extraordinaria empresa, experimentando la amargura de perder á sus dos hermanos, que le acompañaron en tan arriesgada expedición, Nestor devorado por los antropófagos y Enrique víctima de mortal dolencia. De todo ello dimos á nuestros lectores minuciosa cuenta al ocuparnos en el número 1.071 de esta Revista de la Memoria presentada por el general en la Conferencia Internacional Americana celebrada en México, así como de las conclusiones que entonces se propusieron, que fueron acogidas con general aplauso.

Si como hombre de ciencia ha prestado el general Reyes grandes servicios á su país, no son menores los que pueden atribuírsele como inteligente militar y distinguido estadista. Atento únicamente al mejoramiento de Colombia y ajeno y alejado de las luchas políticas, ha desenvainado su espada cuando las circunstancias así lo han exigido. La campaña emprendida contra los rebeldes, responsables en primer término de la desmembración del territorio, absorbido por la codicia de los yanquis, atestigua sus condiciones de excelente caudillo y pregona su acrisolado patriotismo, puesto que con escasos y deficientes elementos logró derrotar al enemigo, y hubiera recobrado el perdido territorio de Panamá á haberse inspirado el gobierno de los Estados Unidos en los nobilísimos ideales que informaban las diplomáticas gestiones del eminente estadista.

Mucho debemos agradecer al general Reyes. Sobrados títulos puede alegar al reconocimiento y simpatía de España, pues además de haber demostrado siempre y en todas ocasiones su afecto por la que fué antigua metrópoli, procurando estrechar lazos y relaciones, aprovechó la circunstancia de constituirse el II Congreso Pan-americano para dejar oir su autorizada voz en favor de España, proponiendo se dirigiera, conforme así se realizó, un mensaje cablegráfico saludando al pueblo español, representado por su gobierno, precisamente en días aciagos, en los momentos en que una injusta guerra nos había arrebatado lo que restaba de nuestro poderío colonial.

Bien haya, pues, el nuevo presidente de la República de Colombia; bien hayan sus plausibles propósitos. Unimos desde luego nuestros votos para que las energías, la inteligencia y el patriotismo del general Reyes sean provechosos para aquel hermoso país y pueda, durante el período en que ejerza el cargo, lograr su engrandecimiento y prosperidad.—Ll.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Después de la corta suspensión de que dábamos cuenta en nuestra anterior crónica, los japoneses han reanudado su movimiento de avance en la Mandchuria, habiendo trabado en estos últimos días sus avanzadas numerosos combates parciales con las avanzadas rusas. Ninguno de estos encuentros ha tenido gran importancia; sin embargo en el del día 4, en que dos batallones rusos quisieron recuperar el paso de Mo-Tien-Ling, se luchó con encarnizamiento: los rusos intentaron por tres veces tomar por asalto las posiciones japonesas, pero hubieron de retirarse ante los refuerzos que éstos recibieron, dejando en el cam-

po de batalla 53 muertos y 48 heridos; las pérdidas del enemigo fueron 19 muertos y 98 heridos.

La operación más importante en aquella parte del teatro de la guerra ha sido la toma de Kai-Ping, operación que era fácil de prever, pues era evidente que si los japoneses proseguían su marcha, aquella plaza no podría resistir, desde el momento en que podía ser atacada de frente y de flanco, á menos de disponer de fuerzas considerables. En realidad, el general Kuropatkine no pensó nunca en mantenerse en ella, así es que sólo tenía allí una retaguardia constituída por una parte del primer cuerpo de ejército que hace poco se retiró de Vafangú. Este destacamento no tenía otra misión que cubrir el grueso del ejército ruso, reconocer las fuerzas del enemigo y entretener á éste causándole el mayor número de bajas posible. En el caso de verse atacado por tropas muy superiores en número, había de replegarse sin empeñar verdadero combate; y aun cuando no se tienen todavía noticias detalladas de aquella acción, parece que el destacamento comprendió perfectamente el papel que había de representar y supo retirarse á tiempo.

Las operaciones que tenían por objeto la toma de Kai-Ping comenzaron el día 6, y en ellas tomaron parte todo el segundo ejército, el del general Okú y una gran fracción del tercero, el del general Nodzú, que el día 9 se posesionaron de aquella ciudad y de las montañas inmediatas á la misma. Las pérdidas de los rusos, que, como de costumbre, hubieron de luchar uno contra tres, fueron según parece 150 entre muertos y heridos; las de los japoneses no se han hecho públicas todavía, y aunque algunos las hacen ascender á 1.000, este número probablemente es exagerado.

Esta nueva retirada de los rusos producirá seguramente una impresión penosa en la opinión rusa, y sin embargo, dada la situación, el general Kuropatkine no podía presentar batalla á los japoneses con todas sus fuerzas en una posición tan desventajosa como la de Kai-Ping, en donde habría podido sufrir un verdadero desastre.





Papel moneda en tiempo de guerra ó billete de banco militar japonés
Su valor es de 20 sen moneda japonesa

La división naval de Vladivostok continúa sus correrías, sin que la escuadra japonesa del almirante Kamimura dedicada á su persecución haya podido darle alcance ni evitar los daños que aquélla ocasiona de continuo en las embarcaciones y en los puertos enemigos. Recientemente la escuadrilla de torpederos ha operado un importante reconocimiento: el transporte *Lena*, enviado al puerto de Gensán, después de haber comprobado que no había en él ningún buque de guerra, incendió un vapor de cabotaje y una goleta, no sin que antes desembarcaran las tripulaciones; también fueron destruídas multitud de chalanas que había en la costa. Algunos soldados japoneses que precipitadamente se reunieron en una colina, hicieron desde allí fuego sobre los torpederos, pero éstos les obligaron á retirarse y con sus granadas incendiaron los cuarteles.

Cuando la última expedición de la citada división naval al estrecho de Corea, se dijo que los cruceros mandados por el almirante Bezobrazof habían podido escapar á la escuadra de Kamimura gracias á la lluvia y á la niebla; este detalle ha sido desmentido por los oficiales rusos, quienes afirman que cuando ocurrió el encuentro hacia un tiempo magnífico, y que si sus buques pudieron salvarse fué gracias á su velocidad y á las hábiles maniobras que ejecutaron. Los japoneses habían querido atraer á la escuadra enemiga á una especie de emboscada cerca de la isla Tsu-Shima; pero el almirante Bezobrazof advirtió á tiempo el lazo que se le tendía, y en cuanto comprendió que tendría que habérselas con fuerzas muy superiores, emprendió la retirada hacia el Norte. Según ha dicho un oficial ruso, los torpederos japoneses ocupaban excelentes posiciones para cortar la retirada á la flota rusa, pero se diseminaron demasiado y los cruceros rusos pudieron pasar por entre ellos sin que el fuego de aquéllos les ocasionara ninguna baja ni la más insignificante avería. En cambio, dichos cruceros echaron á pique dos torpederos y pusieron en fuga á los demás, que buscaron el amparo de la escuadra; este incidente favoreció la retirada de los rusos, porque la escuadra japonesa, creyendo que sus propios torpederos eran enemigos, hizo fuego sobre ellos durante tres minutos.

La escuadra del almirante Togo ha perdido últimamente otro buque, el crucero de tercera clase *Kaidhon*, de 1.358 toneladas, que en la rada de Tallieu-Wan chocó con uno de los torpedos que allí habían colocado los rusos. Tratándose de un barco viejo (fué lanzado al agua en 1882) y por ende de escaso valor militar, su pérdida no ha de ser muy sensible para los japoneses; pero de todos modos, es



GUERRA RUSO-JAPONESA. – DESPUÉS DEL TERCER ATAQUE, dibujo de H. W. Hoekkoek. – Los soldados japoneses que tomaron parte en el tercer ataque de la colina de Nan-Shan, sucumbieron casi en su totalidad bajo el fuego de los rusos, y después de la calma que precedió al avance de la segunda columna japonesa, los rusos pudieron observar el resultado sangriento de aquella jornada.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Acción de Wa-Fang-Kau: retirada de los rusos ante el ejército japonés. Dibujo de F. de Haenen, hecho sobre un croquis del corresponsal del periódico «The Graphic». Wa-Fang-Kau ó Telissu, donde tuvo lugar la gran batalla del 14 de junio, está á 50 millas al NO. de Kinchau. También hubo allí un combate el 30 de mayo. Tomaron parte tres batallones de infantería japonesa, cuatro cañones de tiro rápido y alguna caballería: el cuerpo de ejército ruso lo formaban cosacos, guardias de la frontera y por lo menos una batería de artillería. El combate duró muchas horas y terminó por la retirada de los rusos hacia el Norte. El grupo que se ve en el primer término son agregados militares de naciones extranjeras.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—¡La muerte en el momento de la victoria! Dibujo de Allam Stewart, sobre un croquis de Federico Williers, corresponsal artístico de «The Illustrated London News,» en el Extremo Oriente. – Las tropas japonesas habían llegado hasta la cima de la eminencia anexa de Chu-Lien-Cheng, durante el curso de la batalla de Yalú, y en el momento de celebrar el triunfo y fijar la bandera, cayó sobre ellos una bomba disparada por uno de sus propios morteros, que produjo la muerte de diez y seis soldados, quienes sucumbieron pronunciando el *¡Buzal!* ya característico en el ejército del Mikado.

una unidad menos, y en esta guerra en que la parte marítima tiene extraordinaria importancia, una unidad naval más ó menos no es de desdeñar.

En la noche del 5 al 6, cuatro contratorpederos japoneses intentaron penetrar en el puerto de Puerto Arthur, pero fueron descubiertos por las baterías de la costa, las cuales rompieron un fuego violento contra ellos, consiguiendo echar dos á pique y causar graves averías á otro; sólo uno pudo escapar sano y salvo. Por supuesto, que de Tokío nada dicen de esta desgraciada operación, como tampoco se ha dicho nada del encuentro de la escuadra de Kamimura con la división de Vladivostok, del que anteriormente dimos cuenta. Los japoneses persisten en su sistema de no comunicar más noticias que las que les son favorables, y aun respecto de éstas hay que ir con mucho cuidado en aceptarlas como buenas, pues más de una resulta hija de la fantasía del almirante Togo ó de los que se amparan en su nombre para comunicar á las agencias victorias que sólo en su imaginación han existido.

El bloqueo de Puerto Arthur es quizás efectivo, pero no absolutamente eficaz, puesto que el contratorpedero *Teniente Burakof*, que ya lo había forzado para ir á Niu-Tchuang, ha podido forzarlo de nuevo regresando al puerto, en donde su llegada ha dado ocasión



J. PABLO KRUGER, nació en Colesberg el 10 de octubre de 1825 y murió en Clarens, Suiza, el día 14 del corriente

á grandes manifestaciones de júbilo. Según las últimas noticias, la situación de aquella plaza no ha experimentado ninguna modificación; las municiones abundan y el estado moral de los defensores es excelente. En las inmediaciones se han librado algunos reñidos combates, en los cuales toma parte la escuadra japonesa. Los sitiadores han sido reforzados por nuevos contingentes desembarcados en Dalny; estos refuerzos, según parece, consisten en dos divisiones.

Aunque el estado sanitario de las tropas rusas continúa siendo satisfactorio, el general en jefe adopta todas las medidas necesarias para combatir las enfermedades contagiosas, cosa tanto más conveniente cuanto que el teatro de la guerra es un foco de peste, de disentería, de cólera y de tifus. La Sociedad terapéutica de Moscou, que es la que ha tomado la iniciativa de esta campaña sanitaria, ha organizado destacamentos sanitarios especiales, compuestos de médicos, estudiantes y desinfectadores, y provistos de aparatos de desinfección y de los instrumentos necesarios para los estudios bacteriológicos. Estos destacamentos se instalan en los sitios en donde están concentradas las tropas y en los puntos de las ciudades en donde abunda la población. Una vez instalados en aquellos lugares, la estación bacteriológica practica todas las investigaciones que interesan á la higiene y envía á todas partes destacamentos sanitarios volantes. Los destacamentos sanitarios están en continuas relaciones con las autoridades militares y les proporcionan datos sobre la calidad de las aguas, de los alimentos, etc.

Se encuentra actualmente en Tolón para ser transformado en hospital flotante el *Orel*, buque de la escuadra voluntaria rusa que ha sido puesto á la disposición de la Cruz Roja. Es un gran vapor de 138 metros de eslora por 15 de manga y tiene un andar de 18 nudos. La instalación interior se hará en parte con fondos del Comité de las Damas rusas, que invertirá en ella los 117.000 francos puestos á su disposición por el Comité de la Prensa francesa y 17.000 facilitados por la Asociación de las Damas francesas. Además, la Sociedad de socorros á los heridos militares se ha encargado de instalar en dicho buque un hospital de 400 camas, provisto de todo el material médico y quirúrgico necesario para su funcionamiento, y que comprenderá sala de operaciones, ascensor para los heridos, farmacia, ropero, estufa de desinfección, esterilizadores, sala de fotografía y de radiografía y laboratorio para los análisis y estudios bacteriológicos.

El emperador de Alemania ha dirigido al coronel efectivo del regimiento ruso de Viborg, del cual es él coronel honorario, un telegrama felicitando á este regimiendo por haber sido llamado á combatir al enemigo: «Me siento orgulloso, dice, de que mi regimiento goce del honor de luchar por su emperador, por su patria y por la gloria del ejército ruso.» El telegrama termina con estas palabras: «Mis votos sinceros acompañan al regimiento. ¡Que Dios bendiga sus banderas!»—R.

PABLO KRUGER

El telégrafo acaba de transmitirnos la noticia de la muerte del héroe de la epopeya transvaalense. El Ex Presidente de la República sud-africana ha fallecido á consecuencia de un colapso cardíaco, en Clarens (Suiza), entre Vevey y Villeneuve, á orillas del lago Leman, adonde se había trasladado el 27 de abril último por prescripción facultativa, después de haber implorado en vano del gobierno inglés que le permitiera reponer en Pretoria su salud quebrantada.

Pablo Kruger nació en Colesberg en 1825. De humilde origen, tanto que apenas sabía leer, pasó su infancia y su juventud dedicado á la caza, á la agricultura y al pastoreo, luchando unas veces contra las fieras (á los once años mató el primer león), y otras contra los pueblos indígenas que habitaban los territorios fronterizos del Transvaal. En 1878 fué comisionado con Joubert por sus compatriotas para ir á Londres á protestar ante el gobierno inglés contra la pretendida anexión de la República del Transvaal á la Colonia del Cabo. Habiendo fracasado sus gestiones, los boers resolvieron oponer á los ingleses la resistencia de sus armas, y en caso de ser batidos, abandonar el país: resultado de esta guerra, en la que tomó importantísima parte Kruger, fué la firma del tratado de paz de 23 de marzo de 1881 que garantizaba á los boers su independencia absoluta, tratado que ratificó en 25 de octubre del mismo año el Wolksraad, que eligió á Pablo Kruger presidente de la República Sudafricana. Reelegido para el mismo cargo cuatro veces consecutivas, con su sagacidad y previsión frustró todos los planes de Inglaterra, cuyos odios y ambiciones concitaban los capitalistas de Johanesburgo. No pudiendo vencer al pueblo boer, diplomáticamente, el coloso británico, creyó vencerle con las armas. Y arrojó sobre el Transvaal más soldados que individuos contaba la república sudafricana, incluyendo mujeres y niños. En mayo de 1900, Pablo Kruger, imposibilitado por la edad de seguir á los comandos en sus continuos movimientos, y viendo al enemigo aproximarse á Pretoria, salió de esta ciudad, creyendo que de ningún modo podía servir mejor á su pueblo que viniendo á Europa á recabar de los pueblos civilizados que interviniesen para poner término á una guerra de exterminio. Los pueblos le demostraron sus simpatías, pero no le secundaron. Y los boers se vieron obligados á capitular como beligerantes, pero con condiciones.

Kruger ha sabido llevar su expatriación con dignidad. La primera noticia de la muerte se transmitió al ministro de Inglaterra en Berna con la petición, que hizo el difunto, de que sea permitido trasladar el cadáver á Pretoria, y á la que el gobierno inglés ha accedido.—C.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 374, POR H. FISCHER.

NEGRAS (4 piezas)

BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 373, POR J. L. VALLEJO.

Blancas.	Negras.
1. Cf4–e6	1. Cb4–d5
2. Dd6–e5 jaque	2. Cg4×e5
3. Cf7–d6 mate.	

VARIANTES.

1..... Re4–f5; 2. Ce6–d4 ó g7 jaq., etc.
1..... Cb4–d3; 2. Dd6×d3 mate.
1..... Cg4 juega; 2. Dd6–e5 mate.



... Fortunato acercó su boca al oído de misia Jeromita

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL

DE CARLOS MARÍA OCANTOS

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

¡Válgame Dios! ¿Por qué el corazón ha de mantenerse joven, mientras el cuerpo envejece y, privado de auxiliares y valedores, se empeña en ser el paladín de la imaginación?

Misia Jeromita estaba segura de que para conservar á Fortunato hacíase indispensable conservar también la maravillosa armadura, que reemplaza (en muchos casos con ventaja) las de la juventud y la belleza. ¿Cómo? Por el método vulgar de sumas y restas, reduciendo prudencialmente los gastos, moderando los apetitos de modo que el debe y el haber estuviesen en equilibrio, ya que pretender saldo favorable fuera exagerada ambición. Se lo diría á Fortunato, ¡vaya si se lo decía!, en forma tal que no se ofendiese ni pudiera vislumbrar la penuria de la bolsa en aquel desdichado mes de Abril; sobre todo, porque se suprimiera definitivamente el brutal saqueo de las manazas de Pietro y Giácomo, que si paraban de meterlas en ella era para preparar nueva embestida.

Y se lo dijo, con circunloquios, sonrisas y cucamonas, tirándole pellizquitos y papirotazos; de cuyo sabroso coloquio es resumen el parafillo que sigue:

—Mira, rico, ¿sabes? Nuestra pensión merece que la tratemos con más respeto; la pobre hace cuanto puede por complacernos y nos da todo lo que la exigimos, siempre que no la saquemos de quicio y la dejemos vivir el mes que la corresponde. Si la maltratamos, se nos queda en la última boqueada antes del 30, y adiós caprichos, golosinas y *tutti quanti*... ¿Qué tal, mi gringo? ¿Verdad que adelanto?.. Bueno florentinito mío, decíamos... eso, que cuidemos de su buena salud, para que acabe sus días en la fecha legal, y sin trastornos ni escaseces esperemos su resurrección, el dinero de refresco. ¿A qué declararte, si lo sabes de pe á pa, que el derecho de llamarte mío me ha costado todas mis economías? Todas hijito, ni migaja queda. La triste pensión tiene, pues, que llevarnos á cuestas... Y cuidado, que esto no va contigo: va con los desalmados de tus compañeros de la ferretería, que abusan, sí, señor, abusan; se les ha dado suficiente..., ¿qué digo para guardar un secreto?, para cien secretos, y todos los días se descuelgan con nuevas pretensiones: hoy, que la mujer de Giácomo está á punto de parir; ayer, que el hermano de Pietro se rompió un brazo, y lástimas á diario, miserias y exigencias insolentes. También al Felipito Nero se le compró el reloj con medallón... Hijo, para tantas misas se necesitaría un tesoro, y aun así, dudo que bastara para el furioso pordiosear de tus paisanos. Bien sé yo que algún sacrificio se impone, dada nuestra vidriosa situación: que abran ellos la boca y publiquen lo que está y debe estar oculto, y nos parten, nos revientan, nos dejan en la calle. Pero que miren un poco, *¡per Dio!*, como tú dices, y muestren que tienen conciencia... ¿Me das la razón, gringuito de mi vida? ¿Verdad que me la das?

Él contestó que se la daba muy á gusto; pero, en realidad, el discurso le pareció deplorable, dibujándose en su boca fina y encendida el menosprecio, y en su mirada dura la amenaza. Que los tempranos alardes de tacañería le sentaron mal, lo comprendió misia Jeromita de seguida, y decidió hacer lo que los patrones de buque que corren una borrasca: echar todo el lastre al mar, es decir, vender las últimas alhajitas de familia para que su producto rellenase el hueco que la torpe administración había dejado en el presupuesto del mes, y al próximo pedido de la voz amada contestar con el *sí* cuya dulzura alegraba los ojos del arcángel, en vez del ingrato *no*, semilla de futuras desazones y causa inicial del recelado vencimiento.

Entre tanto, Fortunato abandonó la ferretería de Barbarossa. Motivos que alegar no le faltaron, siendo todos originarios de la mala crianza y el despotismo del gigantón, que pretendía manejarle como á un muñeco y le maltrataba de palabra á todas horas. Él no estaba acostumbrado á que le sobajasen: su padre, maestro de escuela y todo, era persona cultísima y de mucha ciencia; su madre, hija del *sindaco*, pertenecía al cogollito de su pueblo; la hermana mayor estaba casada con un capitán de *bersaglieri*, y la más pequeña *fidanzata* al hijo de un *marchese*, arruinado, pero marqués de ley. En su casa no se conoció jamás el malestar pecuniario, y si él emigró fué por humor de aventuras... Pues el bruto de Barbarossa, olvidando que se las había con persona decente, vomitaba sobre su cabeza la bilis de su geniazo cada día; se complacía en humillarle, acaso envidioso de la posición conquistada, gracias á su enlace con la señora de Pérez Orza, y llevaba su osadía hasta á gastarle bromitas de muy mal gusto relativas á la edad centenaria (¡así, así se expresaba el indecente!) de su consorte. Si continuaba en la ferretería, exponíase á perecer entre las manos de aquel bárbaro, porque, acabada la paciencia, en un rapto de cólera, le arrojaba una pesa ú otro proyectil que hubiese á su alcance, y le despachurraba el gigante en seguida de un zarpazo, león que castiga la insolencia del gusano.

Con ambos Neros hacía muy buenas migas, lo mismo que con Giácomo y Pietro; pero con Barbarossa... Lo más cuerdo y previsor era dejar la plaza, y la dejó, sin que misia Jeromita se opusiera, aunque ella lamentase de veras una resolución que amenguaba el fondo conyugal, pues poco que le pagara Barbarossa á Fortunato, ese poco servía, por lo menos, para alfileres, y nunca está de más un pan con un pedazo. De esto nada dijo, pero adujo razones muy sutiles acerca del probable contagio de la malquerencia de Barbarossa en el ánimo de sus compañeros: ¿y si éstos, por congraciarse al patrón, se volvían también enemigos y le hostilizaban con las armas terribles de que disponían? ¿Y si cantaban de plano? ¡Ah! ¡Fortunato imprudente y temerario!

—*Ma* no, afirmaba él, garantizando calurosamente la lealtad y la discreción de sus compinches de la ferretería.

Y en la capuana ociosidad á que aspiraba se sumergió con delicia. Levantábase muy tarde, entreteníase en el jardín ó en el corral con los bichos domésticos, y, sentado en un sillón de paja al pie de la higuera, leía á Stechetti y á otros poetas modernos italianos, cuyos versos declamaba muy propiamente; ó con un hilo de voz abaritonada, de bonito timbre, cantaba las partituras más famosas, mostrando conocimientos de la música bastante extensos. Pintaba también acuarelitas y óleos inocentes, habilidades todas estas que asombraban y cautivaban á misia Jeromita, porque lo que apenas era fugaz llamarada de artista incipiente y falto de energía creadora, parecíale á ella prueba de talento superior y nuncio de sabe Dios qué brillantes destinos. No se movía Fortunato de la casa, entregado á tan variadas y gratas distracciones, y ella de su lado, admirándole, aplaudiéndole, cuidando de que no cogiera frío, de que le sirviera el café á punto Sebastiana y cuanto lisonjeara su capricho, esclava suya, idiotizada con la posesión del hermoso arcángel florentino: dejándose él querer, mimoso, displicente, antojadizo, iracundo á veces, y manso, dulcísimo para pedir, para sonsacar aquello que la señora deseara poder defender mejor y apenas defendía: los restos de la manoseada cartera de tafilete.

Guardado como le tenía, y tan sujeto, no padecía de celos misia Jeromita; pero, el mismo toscano, aburrido de la sujeción ó de la monotonía, insinuó que valía la pena de pensar en qué emplear algunas horas, de provecho y escaso trabajo: en un comercio, no, porque él no quería depender de patronos autoritarios, y sus instintos artísticos le inspiraban aborrecimiento al mercantilismo de baja estofa; pero dado que en la metrópoli bonaerense «comerciante serás ó no serás nada», sería de estos que van á la Bolsa, las manos en los bolsillos y con aire de rentistas desocupados, á mirar las pizarras y arriesgar un centavito al negro ó al rojo, á la baja ó á la alza. Se alarmó la señora, y pretendió disuadirle; enfadóse él, suplicó ella, tranzándose la cuestión de modo que él saliera con la suya, y ella pagara, ó prometiera pagar, la bursátil aventura.

Digo que hasta entonces no había sentido celos misia Jeromita; y de pronto, unidos á los otros sobresaltos, que la tenían en un tris, despertáronsele vivísimos al verle salir cada tarde tan guapo y cepillado, y no regresar sino muy obscuro ya, á la hora de la comida. Le esperaba en la ventana, detrás de la celosía, y el correr de los tranvías sin detenerse ante la puerta, aumentaba su desazón; con ahogadas imprecaciones saludaba á cada uno, y retorcía sus manos, murmurando: «¡Ay, Dios mío!..» Y en el cuarto de hora que entre uno y otro mediaba, contemplaba repetidas veces al espejo los deplorables estragos de sus cincuenta años, y diera, como Fausto, su alma al diablo, por recuperar las gracias perdidas. ¡Ay! Porque otras se le quitarían cualquier día; otras, jovenes y hermosas, que poseían lo que ella no poseía ya, lo que enamora y cautiva, lo que rinde y subyuga; sí, otras, otras... Poco á poco, el pretexto de la Bolsa se convirtió en pesadilla suya, y cayó vulgarmente en las garras de la enfermedad fatal: y veló, espió, registró bolsillos, adivinó señales, ó creyendo adivinarlo todo, forjó lo que acaso no existía, acabó de destruir el poco reposo y se hizo enemiga de sí misma. A Fortunato, sin embargo, cuidóse bien de molestar con quejas, porque el resto de razón que la quedaba dejábala comprender que, celos de amor sólo en bocas de estas poéticamente denominadas «de grana y perlas» tolera el desvío, ¿qué habían de sentar en la suya, que debía la grana al tocador, y las perlas al dentista? ¿Ni qué ilusión de conmover, atraer y esclavizar abrigaría por otros medios que los metálicos, ¡ay! también escasos é inseguros? Misia Jeromita reservaba su fiereza de *Otela*, que decía ella, para cuando tuviera la prueba patente del adulterio; ¡pobre arcángel florentino entonces!

De lo que daba Fortunato mayores y frecuentes pruebas, era de una mala suerte extraordinaria: no jugó una vez que no perdiera, y jugó y perdió tantas, que parco y discreto, sin embargo, en sus operaciones, el producto de las alhajitas se lo tragó la Bolsa, lo mismo que si se lo llevara la trampa. Y parezca ó no un contrasentido, hay que declarar que la señora se alegraba de verle llegar perdidoso; porque estaba segura de que en varios días no saldría del Caballito, dedicado á sus pinceles ó á sus libros, y sería su prisionero, el dócil catecúmeno á quien sermoneaba y tiraba cariñosamente de las orejas.

—Si te estuvieras aquí tranquilo, donde nada te falta, te evitarías esas pérdidas de Bolsa, verdaderamente lamentables. No quieres hacer caso...

—Sí, viejecita mía, te hago caso, contestaba Fortunato, besándole la mano; verás cómo te hago caso.

—¡Ay, y qué dulce me parece tu promesa en esa hermosa lengua tuya! ¡Si fueras capaz de cumplirla! Eso dices ahora; y hasta otra. El día que yo te cierre la cartera, florentinito perverso, me pondrás esos ojos malos que sueles, y duros, que no parecen los tuyos, y esta viejecita que hoy adulas será una tarasca digna de que la ahogues con tus dedos aristocráticos. ¡Anda, zalamero, que de ti no me fío!..

Y no se fiaba, en efecto, misia Jeromita: mucho menos desde que cazó un indicio singular, suficiente para exacerbar sus celos, un hilo tenue de araña del que no podía tirarse sin peligro de que se rompiera, y necesitábase grande astucia y paciencia para desenredarlo y hallar el ovillo. El tal indicio, si lo era en realidad, figurábalo un pedazo de cartón en el cual había esbozado el toscanito un perfil femenino, de naricilla picaresca y rizos volanderos, ojos negrísimos y adormilados, con una cadena que servía de orla al busto y una flecha que atravesaba una letra gótica, tan adornada, que no acertaba á descifrarla un calígrafo; este cartón lo encontró misia Jeromita un día de requisa en el bolsillo del conocido batín perla, y se dió calabazadas por recordar á quién se parecía el retrato, porque retrato quería ser y no uno de tantos modelos que había visto copiar á Fortunato: con alguien tenía vago parecido, muy vago y difícil de precisar, ¿con quién? La señora puso delante del morro á Sebastiana la misteriosa pintura, y la preguntó:

—Di, pronto, ¿á quién te recuerda esta cara? Así, á primera vista.

—Permítame usted... A ver... ¡Claro! Si es la niña Leona, ¡y qué propia!

—¡Qué ha de ser Leona! ¿Tiene Leona esta nariz desvergonzada? ¿Y este color de pelo? ¡Sal, torpe!

Y guardó el cartoncito, preocupada. Cuando vino Fortunato, se lo enseñó de improviso, y Fortunato cambió de color, ¡vaya!, sí, señor, cambió de color, palidecieron las rosadas chapas de sus pómulos, y se apresuró á recoger el dibujo indiscreto.

—¡Oh, *niente!*, dijo turbado. Una cabeza de mujer, un capricho.

Misia Jeromita no olvidó la palidez y la turbación del joven, la prisa en arrebatarla el retrato... Y la mujer representada, la *otra*, la rival temida y vencedora, adquirió formas tangibles en su imaginación, la veía tal cual debía de ser, pero no la reconocía, no acababa de reconocerla; convenía, sí, en que era joven y bella, y esto bastaba para que sus celos indecisos tuvieran asidero y el alimento que hasta entonces sólo les prestó la suspicacia. A la vez que la media, zurciendo iba la dama estas cavilaciones:

—Yo conozco á esa mujer, ¿quién es? No doy en el clavo, no doy... De repente, me viene como una llamarada que ilumina mis recuerdos, y cuando estoy para gritar: «¡Ah, ya sé!,» me quedo á obscuras... De todos modos, ¿qué me importa el nombre? Existe la otra, la rival, y no necesito saber más. Tenía que suceder: si soy una vieja, puedo pasar por madre suya, ¿acaso no lo comprendo? ¿Me he de engañar á mí misma? Y si lo pretendiera, ¿qué diría el espejo, el amigo francamente odioso, que me repite: «Mira que las patas de gallo aumentan, y tus carrillos se aflojan, y tus pestañas se pelan y te apunta un orzuelo?..» Pero también soy su mujer, por la Iglesia, y los derechos que me da este título valen más que todos los que formula la insulsa juventud... ¡Ah, Jerónima! ¿Para qué cediste? ¿Para qué te casaste? ¡Has caído á sabiendas, que es la peor manera de caer!

Esto, después de romper con D. Nepomuceno y de faltar á su palabra empeñada, y de alborotar el barrio y de prolongar la rebelión de Leona, que no sabía en qué iba á terminar, y hasta miedo de pensarlo la entraba, y de haber labrado acaso su infelicidad en beneficio de su capricho... ¿Qué sortilegio emplearía el pillo para engatusarla? ¡Pillo, mal hombre, florentino infernal! ¿A qué dejará Dios estos individuos sueltos por el mundo, tan peligrosos y pérfidos?.. ¡Ella también!.. ¿Qué la autorizaba á imaginar todo esto? Una pintura caprichosa. ¡Ah! Pero es que la tal pintura se la encontró luego en la cartera, y anteayer en su libro de versos favorito... Debía preparar sus uñas, aguzar su olfato..., rastrear y descubrir, y cuando hubiera descubierto, ¡zas!, con la agilidad de *Patitas blancas*, le saltaba al pescuezo y se las clavaba en su linda piel aterciopelada... ¡Infame! ¡Al mes cabal!

Admitida la existencia de *la otra*, sin mayores fundamentos y á pesar de que Fortunato con socaliñas ensayaba vencer su reserva y su tiesura, mostrábase misia Jeromita necia de verdad si no intentara, por lo menos, averiguar quién era; y para ello, lo mejor que le pareció fué seguirle los pasos muy discretamente... Detrás de él se marchaba en el tranvía inmediato, y ora oculta en un coche ó en el hueco de un portal, ya arrastrando su maciza envoltura por las calles y plazas de la ciudad, le vigilaba con tal rigor y habilidad de polizonte, que no se le escapara como no fuese volando. Y ¡rara coincidencia!, nunca le sorprendió en sitio sospechoso: las más veces entró en la Bolsa; una sola pasó dos horas en casa de Felipito Nero, donde aquel jueves de inolvidable memoria se celebró el matrimonio de tapadillo; otra fué á parar á la heterogénea barriada de la Boca, y en un bodegón de aquellos, entre marineros y gentuza, echó unas copas á la salud de antiguos camaradas ó conocidos. Desteñida, la peluca de través, sudando y derrengada, volvía al Caballito la señora, y en la desesperación de no encontrar el ovillo, sobre la inocente cabeza de *Diamela* descargaba su malísimo humor.

No se rendía, sin embargo. Las horas de plantón, aquel husmear de sabueso alarmado, distraían su doloroso cavilar; no quedaba ella tranquila si en pos de Fortunato, como la soga tras el caldero, no salía siempre que Fortunato saliera. Le seguía á distancia, le cercaba, se alejaba evitando sorpresas y volvía sigilosamente, de tal modo que él nunca pudo notar la persecución, y si le viene en mientes ejecutar cosa alguna contraria á la fe jurada, cae en la trampa con lastimoso descuido.

Una tarde, misia Jeromita se tropezó con el mismo D. Juan Nepomuceno, y vacilaron los dos si reconocerse ó fingir que no se conocían, decidiéndose la de Pérez Orza á torcer la cara, en prueba de que la querella pendiente era honda y de arreglo dificilísimo... ¡Qué flaco le pareció Monreal, y qué trazas las suyas de hombre derrotado, á quien una idea fija entontece y amilana! Llevaba el gabán con lamparones, el cuello sucio, montada sobre este la corbata y el sombrero con reflejos aceitosos; los guantes negros eran color de violeta en las palmas y en la punta rapada de los dedos. ¡Pobre hijo del Estado! ¡Y cómo se notaba la falta de la propia iniciativa, allí donde no podía alcanzar la protección del padre amoroso, y en qué altas voces proclamaba su dejadez la ausencia de la prima Pantaleona! El encontronazo disgustó grandemente á misia Jeromita, dando por terminada la pesquisa diaria y ganando el primer tranvía de Flores que apareció...

Seguramente (pensaba ella) Monreal la consideraba muy feliz en medio de su triunfo, vencida ó sofocada la rebelión casera, satisfecho el capricho y halagada la soberbia, que rechazó todo consejo. No, no, el primo se engañaba de medio á medio: ¡feliz, viviendo intranquila como vivía, sufriendo los alfilerazos de la conciencia y los tormentos de la duda! No, ¿qué había de ser ella feliz? Asomárase el primo al fondo de su alma y se desengañaría... Por ejemplo: que aquella torcedura del gesto con que acababa de saludarle, no era manifestación de encono; lo parecía, pero no lo era. La soberbia, que pronta está siempre á desbordarse, la tiró de los músculos para que le diera de lado; mas su primer impulso, profundo, realmente sincero, fué abrazarse á él y suplicarle que la amparase en aquella cuita; que olvidando pasadas ofensas, tornase á ser el consejero suyo de otro tiempo, y se aplicara á reparar los estragos hechos y los que se avecindaban, gracias á su desatinado enlace con el bello florentino.

Asimismo, conforme observó ella el lamentable empaque de D. Nepomuceno, ¿pudo él dejar de notar la tristeza, la ansiedad, el desaliento y el temor, retratados en la faz ajada de la prima? Y después de notarlo, ¿creía de veras en su felicidad?

Volvió más tarde que de costumbre Fortunato aquel día, y halló á misia Jeromita ensimismada, detrás de la ventana de la sala, esperándole; clareaba aún, y sin embargo, ya había encendido Sebastiana un pico de los tres del candelabro de gas colocado sobre el sofá, cuyo ancho testero salpicaba de irisados reflejos con sus caireles de cristal. Galantemente, besó el mancebo la mano de la dama, y ella la retiró con presteza, como si le hubiera mordido.

—¡Me asustaste, Fortunato! Estaba distraída..., dijo misia Jeromita en son de disculpa. ¡Tienes los labios más fríos! ¡Qué horas de venir, señor maridito.

El se sorprendió de la acusación, ingenuamente. Consultado el rico reloj de oro, declaró que era más ó menos la hora de siempre: las tardes de abril son muy cortas, ¡y las de mayo! Pronto se convencería que, si llegaba de noche, había que echar la culpa á la estación. Sentóse en el taburete del piano, é hizo correr los dedos sobre el teclado, se levantó tarareando, y poco á poco fué acercándose á la señora, á cuyo lado, sobre el descanso de la ventana, en el extremo de su almohadón, tomó asiento, previo el solicitado *permesso:* allí cogió la arrugada mano de misia Jeromita y se la besó de nuevo.

—¡Baboso!, exclamó ella entre seria y risueña. ¡Falso! ¡Quien no te conociera! ¡Ya sé á lo que vienes: no hay dinero, hijo, no hay dinero!

—¡Oh!, dijo el mozo con ademán cómico.

—¡Quita de acá, zalamero! ¿Acaso, porque no entienda bien tu lengua, ignoro tus mañas y tu manera de pedir? Digo que no hay ni un sucio centavo, hasta el 3 ó 4 de mayo que iré á cobrar al Ministerio. Sal. ¡Qué frialdad de labios! Tus besos parecen los de la muerte, aunque derraman luego un calorcito en las venas... ¡Déjame! ¡Si te digo que no hay, hombre! ¡Qué pesadez!

Fortunato protestó de que le llamara pedigüeño. Dos veces señaló al corazón como testigo y garantía de su sinceridad; porque, no, señora, no iba á pedirla nada, sino á hablarla de un asunto de mucha monta. Lo juraba *per la sua mamma*. Tan guapo estaba, ensartando sus razones de descargo, que misia Jeromita cerró los ojos, temblorosa...

Y con desganada curiosidad preguntaba qué magno asunto era aquel provocador de tan cariñosas expresiones... Pues... un negocio de segura *guadagnanza*, colosal, de esos de que América guarda el privilegio: Nero, el joven, decía que el acierto del golpe valdría una millonada á cada uno; porque Nero y su padre, con dos especuladores muy fuertes de la Bolsa, lo habían preparado y se mostraban tan convencidos del exitazo, que, oyéndoles, parecía no tendrían más trabajo que el del cobro á tocateja. El cual negocio se reducía á esto, simplemente: acaparar todos los trigos del mercado y venderlos al alto precio que el monopolio exigiera: chillarían los tahoneros, encarecería el pan, y los del sindicato, entre tanto, se enriquecían: hermosa muestra del poder comercial; maravillas de la especulación, que encumbra y despeña nombres, de las necesidades crea las fortunas y hace brotar de la ruina la abundancia; los Neros y Luccas obscuros de hoy se transformarían mañana en capitalistas de fuerza, respetados y temidos, ¡y de qué manera facilísima, por virtud de qué medios más inocentes! Trazado el plan, hechos los cálculos rigurosos, descartadas probables contingencias, el milloncejo le sentían ya en sus faltriqueras...

—Bueno, dijo recelosa misia Jeromita; ¿y á mí qué me cuentas? ¡Ojalá te lo ganes, y dos que fueran! Pero, ¿qué pitos tocas en ese embrollo de los Neros, que á mí se me pone son gente de poca conciencia,

y como de trigo se trata, el menor trigo limpio del mercado?

—¡*Io*?, respondió Fortunato, soy socio..., es decir, quiero serlo.

—Quieres, pero no puedes.

Dobló el mozo la rubia cabeza, suspirando. El no podía, ciertamente; pero ella, su viejecita adorada, su segunda *mamma*... Ella sí, y conforme hasta entonces nada le negara, tampoco rehusaría esta vez que se trataba de su engrandecimiento futuro. ¡A tan poca costa y en tan breve tiempo! A ver, ¿quién era su maridito cariñoso? ¿Quién el dueño de su corazón? ¿Quién por su amor, únicamente por su amor, soportaba odios y desdenes en la casa? ¿No se merecía él un pequeño sacrificio? ¡Sacrificio que había de producir la riqueza, la riqueza compartida entre los dos, gozada beatamente por los dos, mañana y siempre, siempre juntitos! ¿Y por qué llamarle sacrificio, palabra que asusta al más tímido, si el préstamo importaba apenas unos míseros diez mil pesos, que en el rinconcito del armario, bien envueltos y sahumados, guardaría la querida viejecita de su ánima?

—¡Jesús me valga!, clamó la señora. ¿Has perdido el juicio? ¿Yo diez mil pesos? ¿De dónde? ¡En el armario! Toma la llave, y regístralo: registra la casa entera; te regalo el dinero que encuentres. ¡Si pensará éste que soy alguna *Cresa!* Bien claro te hablé días pasados: que ó poníamos coto á los gastos ó nos quedaríamos por puertas; la pensión no es de goma elástica que pueda estirarse tanto. Tenemos lo suficiente para vivir con decoro, y nada más. No sueñes con esos tesoros escondidos, ni te empeñes en matar la gallina de los huevos de oro. ¡Diez mil pesos! ¡Este muchacho está loco!

—Si no en el armario, en el Banco..., refunfuñó el toscanito.

—Eso, en el banco de una plaza he de verme pidiendo limosna, si no ato yo corto á mi niño.

—Quiere decir...

—Que no cuentes con los diez mil pesos, ¡valiente locura! Renuncia á tu negocio magno, que así no te remorderá la conciencia de haber perjudicado á los pobrecitos panaderos. ¡Ave María purísima!

Sin disimular el torvo gesto de contrariedad, Fortunato abandonó el almohadón y dió cuatro paseos por la estancia, manoseando las rizadas guías del bigotito; aquel mismo gesto, que endurecía las líneas graciosas de su rostro, debió de ser el del ángel malo al sentir los primeros ímpetus de rebeldía. ¿Decía verdad la vieja? ¿Mentía? ¿Tan poco era su influjo, que había de verse derrotado? ¿Apelaría á la violencia?.. Quizás un solo grito bastara para desarmarla y matar en embrión sus pujos de cochina avaricia. ¿Sería tan estúpida que creyese que la consagraba él su juventud espléndida por el halago de su apestosa chochez? ¿No comprendía (seguramente no, cuando estrechaba los cordones de la bolsa), no comprendía que una sola caricia suya valía los diez mil pesos que rehusaba darle? ¡Oh, vejez!, si quieres amor, págalo, págalo bien, te digo, para que los Fortunatos mercenarios, los barbilindos de alquiler, engañen sus sentidos, de suerte que la ilusión, alma del deseo, se mantenga encendida; págalo sin regatear, que si él acepta, tuyo será mientras á ti te sobre con qué entretener su interesado celo...

Acaso esto mismo se le ocurría á misia Jeromita, mirando de soslayo á Fortunato, y adivinando los malos y rebeldes pensamientos que desfiguraban su bonita estampa y daban martirio á sus bigotes blondos; y no será ocioso consignar, á fin de precisar la fuerza y desatino de la pasión que á la señora de Pérez Orza avasallaba, que si á mano tuviera la suma, causa de la primera nube y triste presagio de tormenta, sin defenderla se la entrega, muy dichosa por haber desarrugado la frente del toscanito. Hizo balance mental de su haber presente y de los medios posibles de procuración de tan exorbitante cantidad metálica, y hubo de confesarse que lo mismo podía ella encontrarla, que alcanzar la luna. Entonces veló la cara con el pañuelo, por no dejar á Fortunato, libre en aquel momento de la dorada venda, que examinase las injurias de la edad, y comparándola con la rival supuesta, terminara el desprecio lo que su negativa había comenzado.

El joven atribuyó á lagrimitas oportunas y mensajeras de arreglo aquel movimiento de la dama, y volvió cariñosamente á su lado, pronto á recoger el sí con que, sin duda, le aguardaba. La obligó á que se descubriera, y teniéndola cogida de las manos susurraba:

—Estaba *sicuro:* eres *tropo* buena para negarte; á Fortunato, á este florentinito, su *mamma* no le niega nada; ¿*e vero, carina?*

—¡Ay!, suspiró ella, ¿qué había de negarte si lo tuviera? ¡Me llamas *carina!* Eso á ti, que bien caro me cuestas. Cuanto poseía te lo he dado. No me queda una hilacha, te lo juro. Toma las llaves y registra, para que te convenzas... ¡Nada, nada! ¿Qué digo yo diez mil? Veinte, cincuenta te regalaría porque me disgusta esa miradita perversa con que me amenazas, y si con dinero la cambiaba en la dulce y sumisa de siempre, bendito sea el dinero y su poder... Nada, hijo, nada. Las alhajas se fundieron en provecho tuyo. De economías..., ni polvo. Jamás tuve depósitos en el Banco; unas pocas cédulas del tiempo de mi padre las arrastró la crisis última... Esta es la pura verdad. No te engaño. Bastantes pruebas de mi cariño has recibido, para que me creas y no insistas...

Sin soltarla, pegándose á ella como la culebra, embriagándola con el aroma de su cuerpo de efebo, Fortunato acercó su boca al oído de misia Jeromita. La creía, sí, la creía... Pero había un medio para armonizarlo todo; un medio que, así, de sopetón, se le figuraría absurdo é irrealizable, aunque luego de pesado y medido, vistos los brillantes resultados del negocio magno, hallaríale fácil, más que fácil conveniente, eficacísimo. Gastaba *uno* para ganar mil, *cento mille.* ¿Cómo? Hipotecando..., hipotecando la casa. ¡Sí, señora, la casa! ¿Se asustaba? Ya sabía que iba á asustarse...

—Y á decirte que no, hoy y mañana y siempre que no, exclamó rechazándole la señora. ¡Hipotecar mi casa yo! ¡Jamás, jamás! ¡Ni por todos los Fortunatos del mundo! Arréglate en tus negocios como puedas y á mí me dejas lo mío. Has venido con las manos limpias y quieres quitarme hasta mi pobre techo paterno. Acuérdate que soy criolla, Fortunato. Si no he sabido defenderme yo de tu melosa perfidia, sabré defender mi casa, esta casa que heredé de mi padre, y que á Leona tiene que ir á parar algún día. ¡Hipotecarla! ¡Eso faltaba!..

Desconcertado, renegando de su torpeza, Fortunato se mordía los puños. Intentó hacerse oir; pero misia Jeromita, desfigurada por la cólera, le rechazó una segunda vez, loca, dispuesta á todo, y él se achicó, sumiso y cobarde, junto al piano, impetrando el perdón, convencido que por la fuerza no lograría lo que tanto le interesaba alcanzar.

Uno y otro se callaron. Sobre el almohadón, misia Jeromita, daba sendos suspiros, ayes amarguísimos; con el pañuelo enjugaba los ojos áridos, lágrimas que se sentían venir y el oprimido corazón retenía. Oyéronse en la calle, sobre la acera que alumbraban la luz vespertina y la luna en creciente, pasos juveniles, risas de muchachas alegres, y bajo las ventanas pasaron de bracero Dolorcitas y María Rosa, María del Carmen y Lili, las cuatro con toquillas blancas en la cabeza, y así parecían colegialas en tropel, que vuelven de algún honesto esparcimiento, escoltadas por la superiora que, en este caso, era la oronda misia Elvira. Dió frente la regocijada comitiva á la ventana en que se hallaba la de Pérez Orza, y todas, con siseos y codazos, la designaron á su curiosidad imprudente; Dolorcitas se alzó sobre la punta de los pies y cara á cara desafió burlona á su enemiga.

Como mira el león al perrillo que le ladra, misia Jeromita observó á la de Cadenas; y de pronto, el recuerdo del cartón misterioso, aquella cabeza picaresca de los rizos volanderos, la trastornó, al punto de que, estremeciéndose, dió un grito: la del retrato, la que ella juraba conocer, la incógnita, la rival era... ¿Dolorcitas? Corrió á Fortunato y quiso hablarle, sofocada... Las otras se alejaban: se oían sus pasos y el eco de sus risas, más débil, más débil...

—¡Fortunato! Confiésame que es Dolores la del retrato, ese que he visto en tu bolsillo. ¡Confiesa! No me engañes... ¡Es ella, la descarada, la infame!

El mozo se desprendió con enfado y se dirigió á la puerta. Misia Jeromita se le puso delante.

—¡Señora, dijo gravemente Fortunato, olvida usted que *io sono* el marido! ¿*Sapete*?

—No, no *sapote*, ó no *sapo*... Digo que no sé otra cosa sino que eres un infame.

Y franqueándole la salida generosamente, añadió en criollo:

—¡A mí, á mí no me *fumás vos!*

VI

Llegó mayo con sus fríos tempranos, sin que en la casa ocurriera más novedad que la salida brusca y estrepitosa de Sebastiana, á quien plantó en la calle misia Jeromita por descuidos francamente inaguantables y extraños, dado lo bien probadas que tenía sus aptitudes de guisandera; pues la que siempre supo fijar el necesario punto de condimento á todos los platos y preparaba los ojaldres divinamente y asaba carnes que ni el mismo Lucifer con su legión de pinches infernales, dejó varias veces que se le pegara el arroz, presentó un pastel de estos llamados *de cubilete*, que resistió, ¿qué digo los dientes?, al cuchillo y hasta el hacha, si ésta intentara partirlo, como que semejaba de cartón-piedra, y achicharró dos hermosos capones con vergonzosa ignominia. Además, antojósele á la maldita salpimentarlo todo, de manera que consumía la sal y la pimienta á carretadas, y bocado que entraba en la boca salía arrojado de seguida, ofendiendo al paladar y burlándose del estómago; y no se cuentan otros desmanes culinarios, que revelaban tenebrosas manipulaciones en el fondo de sartenes y cacerolas, por carecer de pruebas, aun que de los efectos incómodos malas noticias pudiera ofrecer Fortunato.

En suma, que se cansó de reñir la señora y la mujerona de que le zumbaran en las orejas, terminando el pleito con la destitución de la criada, después de un alboroto en que todos los cacharros de la cocina se vinieron abajo. Reemplazó á Sebastiana en su importante cargo aquella mulata Aurora, sirvienta que fué de las tres Marías y primer *reporter* que hizo circular la nueva del inquilino sospechoso albergado por las de Pérez Orza; y aunque la mulata Aurora, zarrapastrosa y sucia en grado máximo, no llegara á la suela de la chancleta de Sebastiana en ciencia gastronómica, sabía hacer sus bodrios sabrosos que, por lo menos, no comprometían la salud y la tranquilidad nocturna.

Tocante á otros sucesos que modificasen la situación, ninguno halló el glorioso sol de mayo que digno sea de referirse; quiso entrar en la alcoba de Pantaleona y dieron sus doradas narices en los cristales cerrados; el negro cavilar de misia Jeromita no disipó con sus alegres rayos, como la neblina de las mañanas, y si encontró á Fortunato risueño y gorjeador era por las dos razones fundamentales siguientes: la primera, que había dinero fresco en casa, y siquiera hasta mediados del mes sobra de alpiste, y la segunda, que sólo con el poder de la verdad confesable logró calmar los arrebatados celos de la dama, los que, de no sofocarlos á tiempo, destruyen y malogran planes hábilmente combinados y dignos de la travesura suya, encomiada y aplaudida triunfalmente en la ferretería de Barbarossa.

En el capítulo riguroso á que fué sometido, adujo el doncel pruebas tales en favor de su inculpabilidad, que misia Jeromita le absolvió, aplicándole, á guisa de correctivo, dos cariñosos bofetones y declarándole sujeto á la vigilancia de la policía. ¡Y de qué policía!, ejercida por misia Jeromita con mayor severidad que antes, pues además de andar tras de él en la calle, tomó en casa precauciones admirables; no sé si á su tiempo se dijo que la huerta tenía una puertecilla sobre el callejón, la que se dedicaba al servicio: la señora condenó esta salida falsa y escondió la llave, ordenando que la principal se la entregara noche á noche Aurora, después de cerrar la puerta de hierro. Noche hubo en que, desconfiando de la fidelidad de la mulata, cerró ella misma con dos vueltas; é imaginó poner un timbre que le advirtiera la presencia de entrantes y salientes, hizo guarnecer de afiladas púas de hierro la sobrepuerta, demasiado baja, y reforzar los temibles vidrios de la tapia. Cuando sobre la cómoda depositaba la llave de la fortaleza, sentía consolador alivio de tenerle así encerradito y libre de las asechanzas de *la otra*, que si no se llamaba Dolores, cualquier día se encarnaba en un nombre también real y positivo.

En el barrio no daba más pasos Fortunato que los necesarios para llegar al tranvía ó dejarlo, siempre en frente de la casa y á la vista de misia Jeromita; porque si se corriera algo acera arriba, sospechaba ella que le llevaba el deseo de pasearle la calle á la de Cadenas, y el tiempo se ponía muy malo, muy malo.

Del préstamo de los diez mil pesos y consiguiente propuesta de hipoteca de la casa, no se volvió á hablar; era asunto candente y peligroso, que el mismo toscanito evitaba, asustado aún del estallido que provocó la primera vez con tamaña torpeza. Mientras él excogitaba la manera de salir del apuro airosamente (porque á los Neros había confiado promesa de figurar con ellos en el negocio, y ellos se aburrían esperándole, y le tachaban cada día de mandria y poco ducho en el arte de sacar cuartos), pensaba misia Jeromita, con horror, en que se aproximaba el momento de doblar el cabo de la quincena, y que la ya mermada pensión no infundiría respetos al desdén, ni autoridad á su palabra, ni influencia á su consejo, conspirando con su rotunda negativa de marras y las demás causas fatales al terrible vencimiento que preveía. Se estremeció la infeliz, y falta de otros medios de resguardo, temiendo, acaso, un acto de violencia probable que arrancara á su debilidad lo que decidida estaba á defender de su propia pasión, ocultó en el ruedo del vestido la escritura de la casa, la partida de matrimonio y el dinero del mes, para decir á Fortunato, ofreciéndole el llavero, en la ocasión temida:

—¡Busca!

(Continuará)



LA ESTIRPE DE JÚPITER, comedia del Sr. Linares-Rivas Astray. – Escena final del acto primero

«LA ESTIRPE DE JÚPITER»

El día 7 del actual se estrenó en el teatro de Novedades, donde actúa la compañía de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, la comedia en cuatro actos titulada *La estirpe de Júpiter*, original de D. Manuel Linares-Rivas.

Afirmar que la nueva producción pertenece al número de aquellas que señalan un acontecimiento escénico, no resultaría exacto; pero sí podemos hacer constar que el público la acogió con señaladas muestras de complacencia y simpatía, que el autor demostró una vez más sus recomendables condiciones y que los actores atestiguaron cuán justificada es la consideración que merecen, singularmente María Guerrero y su esposo el Sr. Díaz de Mendoza.

El asunto, el argumento escogido por el autor de la obra, no es quizás nuevo. Pertenece á ese género que nuestros novelistas más celebrados han dado á conocer; pero aun así, justo es consignar que el señor Linares-Rivas ha estado acertadísimo en algunas escenas y ha demostrado perfecto conocimiento de la escena, suma habilidad en el diálogo y singular sentimiento dramático.

Trátase de un pintor á quien una aristócrata, tan bella como depravada, le hace recorrer difícil y peligrosa senda, hasta que lo perturba, regenerándose gracias á la nueva influencia que en su espíritu vuelve á ejercer la modelo, fuente antes para él de inspiración, permitiéndole esperar otros destinos y reco-



LA ESTIRPE DE JÚPITER, comedia del Sr. Linares-Rivas Astray – Escena final del acto segundo.



La estirpe de Júpiter, comedia del Sr. Linares Rivas Astray. – Acto tercero

brar sus olvidadas aptitudes y sus perdidos triunfos. Los personajes que entran en acción dan á conocer una sociedad poco edificante, que en su manera de expresarse y conducirse revela llagas y vicios que llevan consigo censuras y reservas. El fondo podrá aproximarse algo á la realidad, pero aun así es desconsolador.

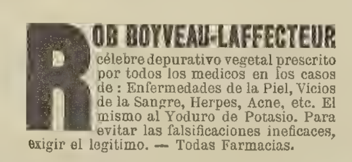
La Sra. Guerrero estuvo verdaderamente admirable y no menos acertados la Srta. Suárez y el señor Díaz de Mendoza. Aparte del mérito que tiene la obra y que desde luego reconocemos, avalóranla la perfecta interpretación de los actores, á quienes el público recompensó con sus aplausos.

La obra fué presentada con gran propiedad, debiendo citar principalmente el taller del artista, adornado con muy buen gusto, inteligencia y suntuosidad.

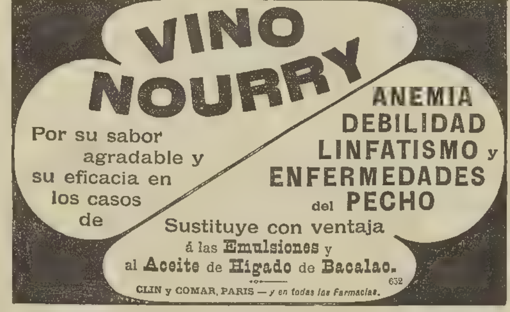
El Sr. Linares-Rivas fué llamado varias veces á la escena, tributándosele una cariñosa ovación al finalizar la obra. Por nuestra parte no titubeamos en felicitarle por el éxito alcanzado y por el ingenio de que ha dado muestra. Ll.











AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.



La estirpe de Júpiter, comedia del Sr. Linares-Rivas Astray, estrenada con notable éxito en el teatro de Novedades de Barcelona por la compañía María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Escena final de la obra

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legitima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE
en Marsella (*Francia*).
En todas las Farmacias bien surtidas.

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL APIOL DE LOS Dres JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS


URACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 25 de julio de 1904 — Núm. 1.178

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)

PAISAJES DE BRETAÑA. – CASAS AL BORDE DEL AGUA
CUADRO DE J. F. RAFFAELLI

En el último Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes ha expuesto el celebrado pintor Raffaelli una serie de Paisajes de Bretaña que han sido unánimemente admirados, no sólo por su particular belleza, sino además porque reproducen aquella famosa región francesa bajo un aspecto completamente nuevo. Hasta ahora estábamos acostumbrados á ver una Bretaña triste, árida; y sin embargo, no es este el carácter único ni siquiera el principal de aquel país, que posee paisajes encantadores y rincones pintorescos en gran número. Raffaelli ha querido demostrar que hay en Bretaña algo más que escarpadas costas, arenales quemados por el sol y tierra de vegetación miserable; y lo ha demostrado plenamente con esa colección de cuadros, de la que forma parte el que al pie de estas líneas reproducimos y en la que los ojos se recrean ante una naturaleza alegre, risueña, llena de encantadora poesía.



PAISAJES DE BRETAÑA.—CASAS AL BORDE DEL AGUA,
cuadro de J. F. Rafaelli

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ha sido capturado en la Habana el autor del espantoso asesinato de Lugo.

La policía cubana remienda la torpeza y descuido con que la nuestra procedió al no descubrir primero, al dejar después embarcarse para la Antilla, libre, tranquilo, á vista de todos, á tan sobresaliente criminal. Cometióse el hecho en circunstancias tales, que sin necesidad del sutil olfato de sabuesos que poseen los Macé, los Méténier y los Javert, debieron envolver al autor vehementes sospechas á las veinticuatro horas de saberse la desaparición de la víctima.

La voz pública, ese cavernoso rumor formado de mil susurros, que tan amenazante resuena, que es unísono en medio de su discordancia, dió al aire, al punto de notarse cómo la tierra parecía haberse tragado á Ledo, el nombre de la última persona con quien se le había visto hablar, por cierto en diálogo acaloradísimo. Desde el primer momento se debió proceder, si no á la detención de Taboada, cuando menos á interrogarle. Por el hilo del interrogatorio, un psicólogo ¡psicologías á la policía!—saca tal vez el ovillo del misterio. La policía además no puede ignorar la situación de los que, abrumados de deudas, son materia dispuesta para el crimen ó el suicidio. Quien no tiene una peseta, debe muchas y está habituado á darse vida de rico...

Nunca la policía duda de los burgueses. ¡Váyale usted á un inspector con que un teniente alcalde, un procurador, una persona de viso, sea objeto de su vigilancia cuando consta que está entrampado hasta los ojos, es vicioso y ha distraído ya fondos de la caja de un círculo! Y sin embargo, ese, ese es barril de pólvora, la mecha está arrimada y amaga la explosión. El burgués actual, terrible amasijo de vanidades y concupiscencias, guarda la *tenue* mientras no le acosan los pagarés—no la miseria, como al proletario,—pero ¡ay de quien se le acerca, si existe en casa del acorralado un sótano cómplice y al alcance de su mano un martillo!

Otra inmoralidad, burguesa también; en los puertos—por lo menos en el de Marineda—se embarca quien quiere y como quiere, previas ciertas ofrendas y ritos de sagrada trapisonda, y la gestión de ciertos corchetes, ganchos y correctores de documentación, que se dan tal arte que en dos minutos te empapelan volviéndote de viejo en muchacho y de Juan Peranzules en Perico el de los Palotes. Así permanece impune todavía, y permanecerá, el tremendo crimen «de la calle de San Andrés,» sobre el cual hasta novelas espeluznantes se han escrito é impreso.

Basta de estatuas y monumentos á D. Práxedes Mateo Sagasta. Tiene una en Logroño, bueno; tiene su mausoleo, altamente honorífico, en nuestro Panteón de hombres ilustres, que es Atocha; y todavía quieren sus amigos (hay amigos mortales de necesidad) con el retal de treinta mil duros que les sobra, cortarle otro monumento de abrigo en la misma plaza de las Cortes. Y Mariano de Cavia se incomoda, con carga de razón.

Por desgracia (no nos detengamos en depurar, aquilatar ni decantar responsabilidades), Sagasta, que era un hombre muy simpático, de dotes extraordinarias para la política en momentos normales y situaciones tranquilas, un político de horizontes serenos, un equilibrado nadador entre dos aguas, vió desencadenarse, en el último período de su vida y de su gobernación, tempestades y terremotos, luctuosos acontecimientos, trágicas desventuras de la patria, que rebasaban del límite de sus facultades de estadista y de sus bríos, ya mermados por los achaques y la edad. No hubiese salvado nuestro imperio colonial, es justo decirlo, ningún otro hombre que estuviese al frente del Gabinete; pero al que tuvo la fatalidad histórica de ver pasar el entierro de nuestra grandeza, cuantas más estatuas y columnas se le levanten, más peligro hay de que resurjan tan acerbas memorias. Las estatuas deben ser la perpetuidad de una idea de admiración que armoniza y une las conciencias. Infinitas estatuas veo por ahí—no sólo la de Sagasta—que muestran el bronce agrietado y el mármol roto.

Así hace quien puede y no quien quiere.

Los Rothschild donan, para realizar un vasto proyecto de obras de beneficencia social, la suma de diez millones de francos.

No es la primera vez que los Cresos modernos tratan de hacerse perdonar su regia fortuna. En el Louvre, donativos y legados de la familia Rothschild enriquecen salones enteros. Los Rothschild son intelectuales, muy entendidos y saben dar. Hoy no se trata de cultura estética: son viviendas obreras, una de las grandes obras de misericordia de nuestra edad, lo que los multimillonarios judíos se proponen construir. Entre las actividades sociales más eficaces, en las naciones adelantadas, cuento la que se emplea en impulsar á los ricos á que den señales de la vida sus arcas. Esto se hace con incesantes, delicadas excitaciones; no hay tanto sablazo como aquí, y hay mucha más *acción social.* Los Rothschild son los becerros de oro de un pueblo culto. Su riqueza echa ramas y hojas, y á veces, como ahora, por este donativo de los diez millones, brota de la caja de caudales un árbol corpulento.

Así como los consumeros tienen derecho de vida y muerte sobre los ciudadanos que se acercan á sus casillas, los agentes de Orden público tienen ó ejercen—para el caso es lo mismo—el derecho de aplicar diversas formas de tortura, graduadas según su entender. Leo en un diario que suele estar muy al quite, *El Nacional,* que una pareja de guardias paseó por calles céntricas de Madrid, á la pública vergüenza, á cuatro chicos de ocho ó diez años de edad, cargados con sacos de hierro que habían hurtado en la estación del Norte, y además amarrados codo con codo.

No se comprende bien cómo los chicos, amarrados, podrían llevar la carga; todo esto supone operaciones complicadas é ingeniosas. Fuese como fuese, los niños padecieron una crueldad innecesaria, una violencia ilícita, y la gente, al verlos pasar, les compadecía, lo cual habrá dado pie á los raterillos para creerse mártires.

La ley es más fuerte y edificante cuanto mejor concilia sus rigores con la humanidad.

Generalmente no se castiga aquí con suficiente energía; pero se oprime, se tira de la cuerda, hasta caída y desuelle de rótula.

El detalle más característico de la tortura de los rapaces, es el del Simón Cirineo mozo de cuerda.

Ofrecióse este caritativo mozo, y quiso pagarle el servicio un no menos piadoso caballero, á cargar él los sacos de hierro, cuerpo del delito, y portearlos hasta el Juzgado de guardia. Tan sana intención no pudo cumplirse: los guardias fueron inflexibles. El caso era llevar á los pequeños, sudando y sin aliento ya, hasta el templo de la justicia.

El obispo electo de Jaca es un literato muy distinguido, un sabio—amén de un sacerdote intachable.

Se llama D. Antolín López Peláez; no es viejo aún, y si la inteligencia y la virtud sirven de base para las altas dignidades de la Iglesia, puede pronosticarse que el prelado de Jaca llegará hasta lo más eminente. Se deben á su pluma libros de verdadero interés, de lectura amena, llenos de juiciosas observaciones y con raros aciertos de erudición y crítica. Algunos títulos: *El señorío temporal de los obispos de Lugo, Los Benedictinos de Monforte, San Capitón, Historia del Seminario de Lugo, Las poesías de Feijóo, El gran gallego, Los escritos de Sarmiento.* No han caído estas obras en el olvido que con frecuencia sufren las de la misma índole; son leídas y consultadas con fruto por los que estudian la historia literaria del siglo XVIII. Y el nuevo obispo es un espíritu de esa época tan intelectual: estudioso, apacible, libre de intransigencias, que no siempre son fruto de la sólida virtud. Mucho bueno puede hacer todavía, en favor de la civilización y de la fe, el nuevo y digno obispo de Jaca.

En vez de correr el oro para el Tesoro, el Tesoro se desprende de una regular cantidad de oro, vendiéndola en pública subasta. ¡Oro español! ¡Eres el emigrante, el desertor, la sangría de que morimos!

Los novelistas hemos influído de una manera realmente sensible y marcada en los jurisperitos, sobre todo en los penalistas. Véase, si no, la reciente causa de Luis del Río, matador de su querida Eugenia Torres. Defendió á este criminal un joven de mucho talento y muy elocuente, á quien tuve el gusto de oir en el Ateneo, terciando en un debate acalorado sobre la cuestión social: el Sr. Ruiz de Grijalba. Y en el natural deseo de salvar á su defendido, ó siquiera de aminorar su pena, dijo, según creo recordar, que había procedido bajo el impulso de fuerza irresistible, desarrollada por una frase imprudente de la víctima, al señalar á una prenda de ropa blanca. La causa giraba en derredor de esa prenda; la suerte del precoz matador pendía de un bordado canesú de camisa de mujer.

Si la víctima había pronunciado esa frase, señalado á ese canesú, era preciso reconocer que por necesidad fatal se había alzado la diestra de su amante empuñando el arma homicida. Porque ahora hemos descubierto que una palabra, un movimiento, un gesto, ejercen «fuerza irresistible,» cohiben con «miedo insuperable» y disculpan el crimen más atroz.

Pero es el caso que, después de la capital importancia atribuída á la frase del canesú..., vino á resultar que no existía tal canesú, y por consecuencia tal frase, y por ende no sabíamos á qué colgar la fuerza irresistible causante de que, en un momento dado, como rueda el peñasco al abismo, el hombre se apodera de un cuchillo bien agudo y se lo clava en la nuca á su señora accidental.

Visto que faltó la consabida fuerza, habremos de atribuir el golpe á un momento de distracción.

De una vez sepamos si se reconoce ó se niega que las gentes no pueden darse gusto matando á quien les viene en gana, sin que la ley les imponga castigo.

Luis del Río, es cierto, ha sido condenado á doce años; pero, ¡atención!, si aparece el canesú, ¡vaya usted á saber! Probablemente, libre.

Y sin embargo, no hay tal irresistible fuerza; y sin embargo, no hay tal desequilibrio, por lo general, en los criminales, ó al menos no lo hay en términos que constituya irresponsabilidad; y sin embargo, de cien veces noventa y nueve podrían sin gran esfuerzo reprimir sus instintos por medio de la voluntad, explicación vulgar, anticuada, si ustedes quieren, pero la única racional.

El inexactísimo Lombroso, *La bete humaine,* lecturas de gabinete, malas para aplicadas á la criminalogía. Un poco de observación, la más elemental, y se verá que la realidad es distinta, más vulgar, más sana. Si continúa el empeño de tender sobre todo crimen, por repugnante que sea, el manto de la irresponsabilidad, yo creo doblemente franco, hasta justo, pues así no habrá desigualdades, adoptar el criterio de Tolstoy, que no quiere cárceles, ni tribunales, ni, por supuesto, policía, ni que nadie quede encargado de cumplir este decreto.

Entre los más elocuentes signos de nuestro modo de ser, figura el que revela el hecho de la desaparición de la moneda divisionaria, que se ha dispuesto volver á acuñar, por no encontrarse ya en ninguna parte la que existía.

Las causas de esta desaparición merecen mencionarse.

Según nos informa en «*La Epoca*» *Juan de Manzanares,* responden á una especie de conspiración de mendigos y horteras para arrojar los centimitos á la alcantarilla, con el fin de que no se les pueda dar á los pobres menos de una *perra,* y á los horteras no se les pida la vuelta de las fracciones.

En suma, que los españoles, por tradición y por carácter rumbosos, no jugamos el tresillo sino á tanto alzado.

Y por las alcantarillas de Madrid hemos arrojado, según parece, diez mil duros en calderilla diminuta.

Yo doy fe, no de haber visto arrojar á los albañales esa cantidad, sino de que, en efecto, hace mil años no descubro una moneda de dos céntimos ni con microscopio, y teniéndola por objeto imaginario, ni más ni menos que las onzas de oro, juego á tanto alzado y doy 25 céntimos cuando me piden en cuenta 21. He notado siempre que la pequeña economía la despreciamos. «Por eso no voy á ser ni más rico ni más pobre.» «Eso no va á ninguna parte,» son nuestras muletillas.

Hay infinitas personas á quienes asombraríais enterándolas de que una *perra* gorda diaria son tres pesetas al mes, pasando de siete duros al año, y que con siete duros al año se puede hacer una buena obra seria y positiva. Esa *perra* gorda, «que no va á ninguna parte,» iría á salvar de la muerte á un niño, en un Dispensario como el del doctor Ulecia y los marqueses de Casa-Torre.

EMILIA PARDO BAZÁN.

Remordimiento, por A. Sánchez Ramón

Me incliné con mucho cuidado, guardando mil precauciones, sobre la enferma, y á la escasa luz de la veladora colocada en la mesilla de noche contemplé su rostro pálido, que se hundía en la almohada, entre un nimbo de cabellos de oro.

Dormía con sueño intranquilo, respirando trabajosamente. Sus labios entreabiertos se movían de un modo imperceptible, dejando escapar sonidos inarticulados; su cuerpo se agitaba con súbitos estremecimientos y sus dedos de afilado y transparente marfil bullían sin cesar oprimiendo el encaje de la cubierta.

La dí un beso en la frente y volví á ocupar mi butaca al lado del lecho.

El misterio de la soledad y de la noche, el lento transcurrir de aquellas horas de triste incertidumbre, quebrantaban mi espíritu, llenando mi imaginación de horribles presentimientos.

Sentía calor en los ojos, como si lágrimas ardientes quisieran bañarlos, y una indecible sensación de angustia oprimía mi pecho. Sumido en aquel dolor hondo y mudo, analizándolo, saboreándolo, puede decirse, con enfermizo y voluptuoso deleite, concentrando todas mis potencias y desligándolas de toda externa solicitación, á fin de juzgarme con inflexible é imparcial criterio, yo, que iba á presentarme como reo ante el tribunal de mi conciencia, principié á reconstruir mi pasado al lado de aquella mujer que agonizaba en el lecho, la dulce y leal esposa que me había deparado el destino.

Me vi artero, inconstante y vano en la expresión y aplicación de mis afectos cuanto á ella, fidelísima y amante compañera, cuya adhesión formó siempre extraño y doloroso contraste con mi mal disimulado despego. Sentí toda la pesadumbre de mi culpa, en contraposición con la celestial inocencia de aquella confiada mujer. Los lazos formados fuera del hogar, que ella había santificado con su abnegación y con su cariño, eran dogales que en aquel momento me ahogaban. Asco y repulsión experimentaba al contemplar y analizar mi vida entera. De aquellos lazos en horas de extravío forjados, aún subsistía el que encadenaba mi corazón y mi voluntad á aquella otra mujer, cuyas ardientes caricias me dieron horas de intranquila, pero embriagadora voluptuosidad.

Para que cayese una gota de agua lustral sobre el hervidero de mis culpas, purificando mi conciencia, decidí romper inmediatamente, entonces mismo, por medio de una carta, el misterioso encanto que hasta aquel instante avasalló mis sentidos...

Volví á inclinarme sobre el lecho... La pobre Angela, mi dolorida esposa, dormía al parecer con sueño tranquilo. Su respiración, aunque muy tenue, era suave y acompasada... Su cuerpo se dibujaba bajo la cubierta con la dulce inmovilidad del reposo...

Salí de puntillas de la habitación, y muy despacio, procurando no hacer ruido, atravesé el pasillo y entré en mi despacho para escribirle á Lola.

Me senté ante mi pupitre y dí comienzo á la carta:

«Querida Lola: Mucho te he amado, mucho te amo todavía, bien lo sabes, pero ha llegado el momento en que...»

Dejé de escribir un instante para pensar... ¿Cómo decirle?.. ¿Qué fórmula encontrar para el rompimiento?..

Con la pluma entre los dedos y la frente apoyada en la mano, permanecí ensimismado y pensativo buscando el concepto, la frase de que me valdría para decirle á Lola, sin despertar sus rencores, que nuestras relaciones habían terminado, que nuestro amor era imposible.

¿Pero qué es eso? Alcé la cabeza con sobresalto y me puse á escuchar... Me pareció haber oído pasos en el corredor, pasos muy ligeros, un roce apenas, que se deslizaban sobre el entarimado del pavimento, haciéndolo crujir muy levemente.

Pero era imposible. Estábamos solos en la casa la enferma y yo. ¿Podía creerse que Angela se hubiese levantado? ¡Qué disparate! Apliqué de nuevo el oído. Todo era calma y silencio á mi alrededor. Indudablemente aquello fué una alucinación de mis sentidos.

Mojé la pluma y me dispuse á proseguir la carta, cuando de pronto un estremecimiento horrible agitó mi cuerpo, como si una chispa eléctrica lo hubiese atravesado. Una mano se había posado suavemente en mi hombro. Miré y apenas si podía darme cuenta de lo que contemplaban mis ojos. Angela, mi mujer, estaba á mi lado, bañándome con la dulce serenidad de su mirada, sonriéndome tristemente...

Iba cubierta con un largo y suelto peinador blanco que le daba apariencias de estatua.

Inclinó su rostro pálido sobre la carta que tenía sin concluir sobre mi pupitre, me sonrió de nuevo muy tristemente y atravesando el despacho se perdió en la obscuridad del pasillo, donde sonaron sus pasos haciendo crujir el pavimiento.

Yo permanecí absorto, confuso, espantado, no sabiendo si soñaba ó si permanecía despierto. ¿Sería posible, Dios mío, que se hubiese levantado?

Para salir de dudas abandoné mi despacho, lanzándome á la alcoba de mi mujer. Todo estaba como yo lo había dejado momentos antes. La butaca en que yo acostumbraba á sentarme, en su sitio; el lecho, intacto; ni un pliegue ni una arruga de la colcha ni de la sábana se había descompuesto. El contorno del cuerpo de la enferma se dibujaba, como antes, bajo las mantas...

Examiné á Angela... Su rostro, muy blanco, estaba sereno. Toqué su frente, su semblante, su mano... ¡Jesús!.. ¡Muerta!

Pero ¿estoy soñando ó estoy despierto? ¡Yo la vi, la vi, la vi!.. ¿Vivía aún? ¿Estaba muerta? ¡Dios mío! ¿Qué es esto?

(Dibujo de Sardá.)



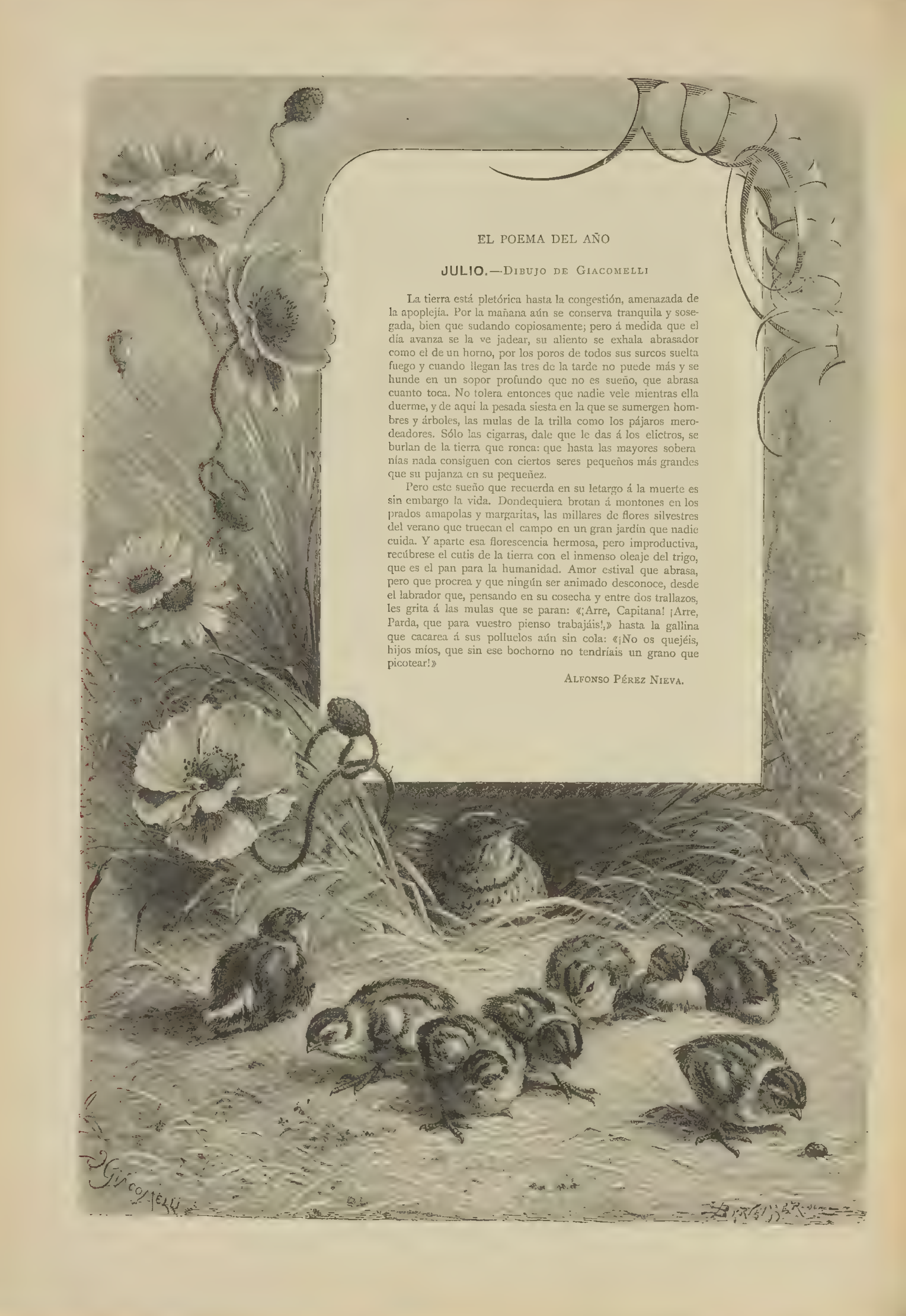
Miré y apenas si podía darme cuenta de lo que contemplaban mis ojos

EL MONASTERIO

DE TEN-TU-DÍA

Allá, en tierra de Badajoz, entre Reina y Fuente de Cantos, hállase La Calera, la antigua *Cúrica* romana y la poética *Al calxera* de los árabes, que poco interés despertaría hoy si su nombre no evocara gloriosos recuerdos, y las ruinosas construcciones que aún señalan su existencia no conmemoraran algo más que dos períodos de gran significación en la historia patria.

De la que fué octava mansión, señalada por Plinio entre Ostia-Annœ y Emerita-Augusta, sólo quedan algunas inscripciones epigráficas, y de las bellezas que encierra la villa árabe que mereció por sus encantos la denominación de *la blanca*, sólo las citas de sus cronistas. La vegetación ha conquistado paulatinamente la tierra que antes se le arrebatara, y el arado abre fructíferos surcos en donde antes se levantaron villas y palacios. Sólo en un altozano yérguense todavía dos edificios, iglesia y convento, más agobiados por la incuria y el abandono de quienes debieran procurar conservarlos, que maltrechos y ruinosos por la acción del tiempo. Allí, en aquellos campos, reunió el gran maestre de Santiago D. Pelay Pérez Correa la lucida y aguerrida hueste de caballeros que henchidos de entusiasmo uniéronse al ejército de D. Fernando para la conquista de Sevilla, venciendo antes á la morisma en los desfiladeros de Sierra Morena tras rudísimo choque, y en donde se repitió, según la leyenda, el hecho de detener su curso el día, gracias á la invocación del maestre,



EL POEMA DEL AÑO

JULIO.—Dibujo de Giacomelli

La tierra está pletórica hasta la congestión, amenazada de la apoplejía. Por la mañana aún se conserva tranquila y sosegada, bien que sudando copiosamente; pero á medida que el día avanza se la ve jadear, su aliento se exhala abrasador como el de un horno, por los poros de todos sus surcos suelta fuego y cuando llegan las tres de la tarde no puede más y se hunde en un sopor profundo que no es sueño, que abrasa cuanto toca. No tolera entonces que nadie vele mientras ella duerme, y de aquí la pesada siesta en la que se sumergen hombres y árboles, las mulas de la trilla como los pájaros merodeadores. Sólo las cigarras, dale que le das á los elictros, se burlan de la tierra que ronca: que hasta las mayores soberanías nada consiguen con ciertos seres pequeños más grandes que su pujanza en su pequeñez.

Pero este sueño que recuerda en su letargo á la muerte es sin embargo la vida. Dondequiera brotan á montones en los prados amapolas y margaritas, las millares de flores silvestres del verano que truecan el campo en un gran jardín que nadie cuida. Y aparte esa florescencia hermosa, pero improductiva, recúbrese el cutis de la tierra con el inmenso oleaje del trigo, que es el pan para la humanidad. Amor estival que abrasa, pero que procrea y que ningún ser animado desconoce, desde el labrador que, pensando en su cosecha y entre dos trallazos, les grita á las mulas que se paran: «¡Arre, Capitana! ¡Arre, Parda, que para vuestro pienso trabajáis!,» hasta la gallina que cacarea á sus polluelos aún sin cola: «¡No os quejéis, hijos míos, que sin ese bochorno no tendríais un grano que picotear!»

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



DUELO, cuadro de **A. P. Agache.** (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1904.)



¡NO SE PASA!, cuadro de **L. Jiménez.** (Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. París, 1904.)

quien viendo que la noche se aproximaba sin decidirse la victoria en favor de las armas cristianas, imitó á Josué, y blandiendo la férrea maza penetró entre los escuadrones enemigos al grito de *«Señor mi Dios, detén tu día y te ofrezco la victoria,»* siendo ésta tan completa y señalada, que en confuso tropel abandonó el campo á la desbandada el que antes presentábase como temible ejército.

Para conmemorar este glorioso hecho de armas, que constituye una de las brillantes páginas de la historia de la Orden, fundó el maestre, inmediato á La Calera el célebre monasterio de Ten-tu-día á que nos referimos, en donde, y en cumplimiento de sus deseos, reposa su cadáver, así como el de varios de los caballeros que tomaron parte en la jornada. Mas ¡cuán ajeno estuvo el famoso caudillo al suponer que su piadosa fundación había de inspirar respeto á sus sucesores!..

El que fué vicariato de la Orden, que ejercía jurisdicción sobre nueve parroquias, seis conventos y veintitrés santuarios, hállase hoy en completo abandono, confiada su custodia á un infeliz labrador, que á cambio del albergue que le ofrece el ruinoso edificio, desempeña el cargo de guardián en unión de su mujer, únicos representantes de la Corporación propietaria del histórico monasterio, que sin reparos que lo conserven va poco á poco desmoronándose y viendo desaparecer las joyas arqueológicas con que lo embellecieron la piedad y el desprendimiento de sus fundadores. Y cuenta que no le ha cabido aún la suerte que cupo al inmediato convento de La Calera, convertido hoy en depósito de un almacenista de vinos; mas á seguir en tal estado, lícito ha de sernos presumir que en breve habrán desaparecido los ejemplares que encierra, para enriquecer museos y colecciones, y la destructora acción del tiempo y la incuria de sus poseedores convertirán en informe montón de escombros las labradas piedras y los restos de los caballeros, borrando el recuerdo de un hecho glorioso y el de las bellas manifestaciones de un arte que atestiguaba la grandeza de un período de la patria historia.

Llaman la atención, en primer término, los sepulcros del maestre fundador y de su esposa, revestidos de preciosos azulejos sevillanos de estilo mudéjar, con inscripciones góticas, al igual que los que embellecen los de varios caballeros santiaguistas, emplazados en la antigua sacristía. Mas á estos ejemplares, verdaderamente notables, supera en mérito el hermoso retablo del altar mayor, obra de Niculoso, con la colaboración del maestro Juan Riero, en 1518, según reza la tarjeta que descuella al pie del primoroso cuadro de azulejos planos polícromos que representa seis pasajes de la vida de la Virgen. Conocida es la significación del célebre artista á quien se denominó el Pisano, y la provechosa influencia que ejerció en la cerámica sevillana, introduciendo el procedimiento plano en substitución del de relieve, y el gusto ó estilo del Renacimiento con la riqueza y elegancia de sus elementos decorativos, conforme puede estudiarse singularmente en el altar y retablo de la llamada capilla de los Reyes Católicos del Alcázar de Sevilla.

Ahora bien: el altar á que nos referimos hállase ya mutilado y maltrecho. La imagen de la Virgen que en su centro descollaba, obra también de barro vidriado, ha desaparecido, así como el revestimiento de la hornacina que la cobijaba, no por previsión, sino como consecuencia de un escalo llevado á cabo por gente maleante, guiada y dirigida quizás por personas inteligentes.

Sensible es que la incuria y el abandono lleguen á producir la pérdida completa de una obra ejemplarísima, que hoy, además de aportar nuevos antecedentes para el estudio de la cerámica española en los períodos de su florecimiento, serviría para que cobraran mayor relieve las figuras de algunos artífices y exponer su nombre á la consideración de la posteridad.

A la vista tenemos la extensa carta que hemos recibido de un distinguido pintor sevillano y amigo querido, dándonos á conocer la penosa impresión que ha recibido al visitar el histórico monasterio. Para satisfacción suya y nuestra escribimos estos renglones, con el propósito de que la Comisión de Monumentos de Extremadura y la Orden de Santiago tengan conocimiento de la existencia del Monasterio de Ten-tu-día, que aún posee obras dignas de conservarse, confiando procurarán evitar su desaparición en perjuicio del buen nombre de todos.

No creemos que una y otra perduren en su actitud, puesto que su significación representa en cierto modo una garantía para la conservación de las obras á que nos referimos. No estamos ya tan sobrados de ejemplares producciones para que permanezcamos inactivos y dejemos que la acción del tiempo borre lo que la codicia y la falta de patriotismo arrebata del que debiera ser vasto museo de la nación.

A. GARCÍA LLANSÓ.



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – Los jefes revolucionarios Cabrera, Saravia y Noblia, con un grupo de oficiales en el paso del Ferreyro (Santa Lucía). (De fotografía de D. Victoriano Pérez, de Montevideo, remitida por nuestros corresponsales Sres. Bertrán y Castro).



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – División revolucionaria al mando de Basilisio Muñoz (hijo), vadeando el río de Santa Lucía. (De fotografía de D. Victoriano J. Pérez, de Montevideo, remitida por nuestros corresponsales Sres. Bertrán y Castro)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Poco después de escrita la anterior crónica, llegó la noticia de que en un ataque realizado en la noche del 11 contra Puerto Arthur habían perdido los japoneses 30.000 hombres, á consecuencia de la voladura de unas minas construídas por los rusos. Díjose luego que no eran 30.000 muertos ó heridos los que habían tenido los sitiadores, sino que los sitiados les habían hecho 40.000 prisioneros; después, un corresponsal de un periódico inglés telegrafió desde Shanghai que las bajas de los japoneses habían sido 2.800; y posteriormente se afirmó que, según una comunicación oficial del cuartel general japonés, en los días 10 y 11 no había habido combate alguno en Puerto Arthur. En tanto, los centros oficiales rusos confirmaban el desastre sufrido por el enemigo, á pesar de lo cual la noticia era acogida con incredulidad en la misma Rusia. Ultimamente, el corresponsal de un diario ruso envía desde Liao-Yang algunos detalles acerca de este hecho, diciendo que los sitiadores atacaron la plaza en los días 10 y 11, habiendo sido rechazados con enormes pérdidas (que no especifica); y de Che Fu escriben que el día 11 los japoneses habían logrado apoderarse de un fuerte situado al Este de Puerto Arthur, pero que los rusos los cercaron antes de que pudieran recibir refuerzos y les hicieron perecer á todos volando unas minas.

De todas estas noticias nada puede sacarse en claro; sin embargo, en medio de tantas contradicciones parece resultar cierto que realmente hubo un empeñado combate el día 11 y que los japonesee fueron rechazados con un considerable número de bajas.

La misma confusión reina respecto del movimiento de avance de los japoneses en la Mandchuria, siendo en extremo difícil seguir sus movimientos, primero porque la mayor parte de las localidades que se mencionan en las comunicaciones oficiales y particulares no se encuentran en ningún mapa de los que hasta ahora se han publicado, y segundo porque lo que un día se da como cierto, al siguiente se niega ó rectifica, para ser al otro confirmado y así sucesivamente.

El día 9 los japoneses se apoderaron de Kai-Ping. Según el general Okú, la resistencia que opusieron los rusos fué «encarnizada,» defendiendo palmo á palmo sus líneas de defensa y no cediendo sino ante el furioso ataque de los nipones. Pero, como de costumbre, ha venido el parte oficial ruso con la rebaja, demostrando que ni hubo encarnizada resistencia ni batalla propiamente dicha, sino que los rusos, siguiendo el plan del general Kuropatkine, se limitaron á dificultar el avance del enemigo, y después de haberle entretenido durante cuatro días, se replegaron en el orden más perfecto, casi sin combatir. Que la verdad está en lo que dicen los rusos y no en lo que afirma el general Okú lo demuestra el hecho de que, según este mismo afirma, las pérdidas de los japoneses en aquellas jornadas se redujeron á 174 muertos y heridos, número que por su relativa insignificancia excluye toda posibilidad de combates reñidos y sangrientos.

Dueños ya de Kai-Ping, los japoneses avanzan sobre Ta-Chi-Kiao, distante de aquella población 30 kilómetros; pero su movimiento es en extremo lento, hasta el punto de que á pesar de los muchos días transcurridos aún se hallan bastante lejos de aquella plaza, en donde es de suponer que los rusos adoptarán la misma táctica hasta el presente seguida de contener todo lo posible á las tropas de Okú y retirarse luego sin empeñar formal lucha, que sería temeraria dada la desproporción de fuerzas entre uno y otro ejército.

El ejército del general Kuroki sigue avanzando sobre Hai-Cheng con la misma lentitud que su colega sobre Ta-Chi-Kiao, debida en parte á las continuas escaramuzas de las avanzadas y en parte á las inclemencias atmosféricas, que dificultan extraordinariamente su marcha.

Lo propio sucede en el camino de Liao-Yang, en donde los japoneses se fortifican en los desfiladeros situados entre los de Fen-Chui-Ling y de Mo-Tien-Ling. En este último punto se libró el día 17 una reñida batalla. Ignorante el general Kuropatkine de las posiciones que ocupaba el enemigo en aquellos desfiladeros y de las tropas que tenía allí concentradas, y necesitando tener informes exactos sobre tan importantes extremos, ordenó al general Keller que practicara un reconocimiento, obrando según las circunstancias y según las fuerzas que se le opusieran. Dicho general, después de haber desalojado en la noche del 16 á los japoneses de las posiciones de Sinkalin y del templo de Ufangán, encontróse en la mañana del 17 en presencia de fuerzas enemigas muy superiores, é imposibilitado de hacer funcionar su artillería de campaña (por otra parte muy escasa) á causa de la naturaleza del terreno, hubo de sostener durante quince horas un combate en condiciones sumamente desfavorables, viéndose al fin obligado á retirarse, no sin dejar en el campo de batalla más de 1.000 muertos ó heridos.

En resumen, la situación en la Mandchuria continúa respondiendo á los propósitos del general Kuropatkine de irse retirando poco á poco, dificultando lo más posible el avance de los japoneses y ganando tiempo, factor importantísimo en esta guerra para los rusos que, por razón de la enorme distancia que de su país les separa y de la dificultad de las comunicaciones, no pueden recibir los refuerzos indispensables con la rapidez necesaria para aventurarse á empresas decisivas. De todos modos, estamos ya en la época en que el citado general se proponía, según se dijo al ser nombrado, emprender la ofensiva contra los japoneses.

En Puerto Arthur, además de la acción á que al principio de esta crónica nos referimos, ha habido varios encuentros entre sitiados y sitiadores. En los días 3 y 4 disputáronse unos y otros unas posiciones situadas en el flanco derecho de la línea de defensa, habiendo perdido los japoneses varios puntos fortificados que ocuparon los rusos: las pérdidas de los primeros se calculan en unos 2.000 hombres; las de los segundos en unos 300. Recientemente han desembarcado en Dalny dos divisiones japonesas formando un total de 20.000 hombres con 50 cañones; los muelles de este puerto han sido reparados, lo propio que la estación eléctrica central, y se ha restablecido el ferrocarril en toda su extensión. El general Oyama y varios jefes y oficiales japoneses que tomaron parte en el ataque y toma de aquella plaza cuando la última guerra con China, se disponen á dirigir el ataque actual, que se supone no se hará esperar. Es de suponer, sin embargo, que no les servirá de gran cosa su anterior experiencia, porque las circunstancias son muy distintas, y ni la plaza está fortificada de una manera tan primitiva como en aquella ocasión, ni la resistencia que entonces opusieron los chinos puede compararse con la que ahora están dispuestos á oponer los rusos. El general Stoessel, gobernador de Puerto Arthur, y el general Fock, comandante de las tropas, son considerados como dos de los mejores generales del ejército ruso; el estado moral de las tropas es excelente, y los sitiados cuentan con víveres y municiones para defenderse durante mucho tiempo. Con todos estos elementos, es de esperar que la empresa en que están empeñados los japoneses ofrecerá para éstos grandísimas dificultades.

La escuadra del almirante Togo ha sido reforzada, según parece, con varios grandes buques procedentes de Sassebo, adonde habían ido á reparar averías.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Un soldado herido relatando sus hazañas en una casa de te de Tokío. (Dibujo del natural de F. Nhiting, corresponsal del periódico ilustrado «The Graphic» de Londres.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—La muerte, que reconcilia á los más mortales enemigos, los ha igualado á todos. Dibujo de W. Russell Flint. – Después de las grandes batallas libradas en la Mandchuria, se ha visto con frecuencia tendidos unos al lado de otros los cadáveres de soldados rusos y japoneses. Junto á los cadáveres de los rusos se colocan con frecuencia los icones ó imágenes sagradas.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros rusos y soldados japoneses vivaqueando después de la batalla del Yalú

Dibujo de W. Hatherell

Los buques de la flota voluntaria rusa *Smolensk* y *Petersburg* han detenido en aguas del mar Rojo á los buques *Prinz Heinrich,* alemán, y *Malacca,* inglés, ocupando los sacos de correspondencia que conducían. El primero pudo continuar su viaje y la correspondencia fué posteriormente entregada al vapor inglés *Persia,* probablemente después de haber confiscado el capitán del *Smolensk* todas las comunicaciones oficiales. En cuanto al *Malacca* ha sido apresado por llevar contrabando de guerra; los ingleses niegan esto, afirmando que las armas que iban en ese vapor estaban destinadas á su colonia de Hong-Kong.

Este acto de los rusos ha promovido las más enérgicas protestas de los gobiernos alemán é inglés, protestas fundadas: 1.°, en que los barcos rusos apresadores no pueden ser considerados como buques de guerra, desde el momento en que habiendo pasado los estrechos del Bósforo y de los Dardanelos, no podían perder el carácter de tales por el simple cambio de pabellón; 2.°, en que ni aun considerados como buques de guerra tenían derecho á apoderarse de la correspondencia conducida por buques neutrales. En cuanto á lo primero, contestan los defensores de Rusia que la oficialidad y las tripulaciones de los dos citados barcos de la flota voluntaria pertenecen á la marina de guerra rusa, y por consiguiente dichos buques han de ser considerados como de guerra. Por lo que toca á lo segundo, dicen que un tratadista inglés de derecho internacional, Mr. Hall, reconocido como autoridad en la materia, sienta el principio de que puede confiscarse la correspondencia conducida por embarcaciones neutrales «en casos excepcionales,» y que por consiguiente los capitanes del *Smolensk* y del *Petersburg* pudieron hacer lo que hicieron, entendiendo que era excepcional el caso que se les ofrecía.

Precisamente mientras la prensa y los gobiernos interesados discuten sobre esta materia, se ha recibido la noticia de que un contratorpedero de la escuadra del almirante Togo ha detenido en aguas de Puerto Arthur un junco chino, es decir, una embarcación neutral, y se ha apoderado de la correspondencia que conducía, sin que á nadie se le haya ocu-



Conversación, cuadro de Joaquín Agrasot

rrido protestar contra este hecho, tan exactamente igual al de la detención del *Prinz Heinrich* y del *Malacca.*

De todos modos, es esta una cuestión llamada á dar bastante juego y que, según el sesgo que tome, puede originar un grave conflicto. R.

NUESTROS GRABADOS

Conversación, cuadro de Joaquín Agrasot.— Gracias á la galantería del excelente pintor valenciano y distinguido amigo Joaquín Agrasot, podemos dar á conocer á nuestros lectores uno de sus cuadros de género, tan estimable como los de costumbres valencianas, algunos de los cuales nos ha cabido la suerte de reproducir en las páginas de esta revista. De ahí, pues, que nos creamos relevados de emitir apreciaciones y juicios, ya que son conocidos, como los méritos del artista á quien se considera como maestro. Sirvan, pues, estos renglones como muestra de la consideración y afecto que le dedicamos.

Paisaje del Norte, cuadro de Andrés Lárraga. – Forma parte el lienzo que reproducimos de la interesante colección de estudios de la costa cantábrica, que como recuerdo de su excursión artística á las provincias del Norte ejecutó el distinguido pintor Sr. Lárraga. Todos ellos recomiéndanse por la frescura de sus tonalidades, trasunto de aquel país en donde



Paisaje del Norte, cuadro de Andrés Lárraga

la naturaleza ofrece tan notables contrastes, propios para que los pintores puedan dar testimonio de sus aptitudes, especialmente aquellos que, cual el á quien nos referimos, rinden culto á las bellezas que el natural ofrece.

Duelo, cuadro de A. P. Agache.— Los cuadros de este notable pintor francés tienen todos un carácter especial que permite reconocerlos sin necesidad de buscar la firma del autor. Véanse las varias obras que de él hemos reproducido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y en todas ellas se encontrará un sello que las distingue y las hace inconfundibles con las de otros artistas. Agache cultiva con particular predilección el género simbólico, pero las figuras que encarnan el símbolo son eminentemente humanas y sólo hay de ideal en ellas la expresión, que refleja por modo admirable el pensamiento del pintor. Tienen además un tinte sombrío que aumenta maravillosamente el efecto que el artista quiso producir. En cuanto á la ejecución, bien merece ser calificado de irreprochable: el dibujo es correctísimo, el color tiene una intensidad extraordinaria, y la composición ofrece una armonía encantadora. El lienzo *Duelo,* que reproducimos en la página 493, figuró en el último Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes y mereció los más entusiastas elogios del público y de la crítica.

¡No se pasa!, cuadro de L. Jiménez.—No lejos de la granja, en medio de un paisaje cubierto de verdura, la vieja abuela, que regresa del bosque cargada con su haz de leña, se ve detenida por sus nietecillos que le cierran el paso, riéndose de su propia travesura y del fingido enfado de la bondadosa anciana. La escena no puede ser más sencilla, y sin embargo la composición resulta deliciosa en el fondo y en la forma: las risueñas caras de los chiquillos, sus actitudes llenas de naturalidad, la figura de la vieja sorprendida ante aquel inesperado encuentro y sobre todo el hermoso paisaje en que el suceso se desarrolla, paisaje luminoso, impregnado de poesía, son elementos de belleza que justifican la nombradía que en el mundo del arte se ha conquistado nuestro ilustre compatriota.

República Oriental del Uruguay.—Nuestro distinguido colaborador Sr. Beltrán y Rózpide ha dado cuenta en sus interesantes revistas hispano-americanas de la guerra civil promovida en la República Oriental del Uruguay por el partido llamado de los blancos, y que desde principios del presente año tan gravemente perturba la vida social y económica de aquel país. Esto nos excusa de explicar las causas y las vicisitudes de esa lucha y de comentar los dos grabados relativos á la misma que en la página 494 publicamos y que reproducen escenas tomadas en el campo revolucionario por el fotógrafo de Montevideo D. Victoriano J. Pérez. A éste y á los Sres. Beltrán y Castro, nuestros corresponsales en aquella república, por cuyo conducto hemos recibido tan interesante información gráfica, damos las gracias por la atención que con nuestro periódico han tenido.

El pabellón de Villa Palombo, acuarela de Jorge S. Elgood.— En el número 1.176 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de este notable artista inglés, señalando sus relevantes cualidades como pintor de jardines. La acuarela suya que reproducimos en la última página del presente número es una prueba más del talento que para esta especialidad posee Elgood, y á ella puede aplicarse todo lo que de éste dijimos al ocuparnos entonces de su *Jardín del castillo de Penshurst.*

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le paon,* comedia en tres actos y en verso de M. F. de Croisset, y *On n'oublie pas,* comedia en un acto de Jacobo Normand; y en Cluny *Le rabiot,* vaudeville en tres actos de Gastón Marot.

Barcelona. – Han terminado las funciones de las compañías de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza y de Rosario Pino y Juan Balaguer que actuaban en Novedades y en el Eldorado respectivamente, habiendo estrenado con buen éxito: la primera *La Montálvez,* drama en cinco actos, tomado de la novela del mismo título de D. José M.ª de Pereda, por D. José M.ª Quintanilla; *Fuente Ovejuna,* comedia en tres jornadas, de Lope de Vega, refundida por los Sres. Bueno y Valle Inclán; *Porque sí,* juguete en un acto de D. Manuel Linares Rivas Astray; *Por qué se ama,* comedia en un acto de D. Jacinto Benavente; *Sansón y Dalila,* diálogo de D. Juan de Alarzón; y *El flechazo,* diálogo de los Sres. Alvarez Quintero; y la segunda *La discreta enamorada,* comedia en cuatro actos y siete cuadros, de Lope de Vega, refundida por D. Tomás Luceño.

Las funciones de ópera que se dan en la nueva Plaza de Toros se ven concurridísimas; el espectáculo resulta completamente nuevo y agradable en extremo, y la ejecución de las óperas es muy aceptable, sobre todo teniendo en cuenta la módicidad de los precios.

En el Tívoli actúa una buena compañía de zarzuela del género chico, bajo la dirección de D. Bruno Güell y de la que forman parte, entre otros artistas, las tiples Srtas. D.ª Rosario Soler y Gabina de la Muela y los notables actores Sres. D. Pedro y D. Ernesto Ruiz de Arana.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

AJEDREZ

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 374, POR H. FISCHER.

	Blancas.		Negras.
1.	De4–e2	1.	g6–g5
2.	De2–e1	2.	g5–g4
3.	Cg3–e2	3.	g4–g3
4.	Ce2–g1	4.	g3–g2 mate.

VARIANTES.

1..... g6×f5; 2. Rf1–e1, f5–f4; 3. Cg3–f1, f4–f3;
4. De2–d1, f3–f2 mate.
1..... g6×h5; 2. Rf1–g1, h5–h4; 3. Cg3–h1, h4–h3;
4. De2–f1, h3–h2 mate.

CONCURSO DE PROBLEMAS DE AJEDREZ en tres jugadas

El Concurso internacional de problemas de ajedrez en 3 jugadas, organizado por el laureado compositor D. Valentín Marín y cuyas bases aparecieron en el semanario *Historial,* se continuará en esta sección de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, á causa de haberse suspendido la publicación de dicho periódico.

Al comunicar esta noticia á nuestros lectores, les instamos á que nos favorezcan con su cooperación, teniendo en cuenta que este concurso es el *segundo* que se celebra en España y que la reconocida competencia de los jueces del mismo, los señores D. José Tolosa y Carreras y el mencionado D. Valentín Marín, permite asegurar que el fallo se dictará inspirado en la más estricta justicia é imparcialidad.

He aquí las bases del concurso:

I. Los problemas deben ser directos, en tres jugadas, inéditos y sin condición.

II. Cada compositor puede enviar un problema solamente. Los problemas compuestos en colaboración, ó sea por más de un autor, no serán admitidos.

III. Los envíos se harán en la forma usual, esto es, la posición sobre diagrama, con un lema, y además un pliego cerrado que contenga el nombre y las señas del autor, y deberán dirigirse á D. Valentín Marín, calle Buensuceso, 13, Barcelona, antes del día 1.° de septiembre de 1904.

IV. Los problemas que se reciban para el presente Concurso, serán publicados por LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA antes de la publicación del fallo del Jurado.

V. Los premios son tres, á saber: de 75, de 50 y de 25 pesetas. Los premios no se adquirirán definitivamente por los agraciados hasta después de un mes, contado desde la publicación del fallo que el Jurado proferirá, durante cuyo plazo el resultado del Concurso podrá ser objeto de revisión.

Y VI. Formarán el Jurado los Sres. Dr. D. Jose Tolosa y Carreras y D. Valentín Marín.

En el próximo número empezaremos la publicación de los problemas recibidos para este Concurso.



Sofocada se sentó en el lecho

MISIA JEROMITA

Novela original de Carlos María Ocantos.—Ilustraciones de Mas y Fondevila

(continuación)

No se quitó ya de encima la preciosa falda, y de noche la encerraba en el armario y ponía la llave debajo de la almohada. Más la inquietaba el temor de sí misma, que la amenaza del ataque de Fortunato; y se comparaba á estas plazas fuertes, bien artilladas y municionadas, que se entregan al enemigo por cobardía de los jefes: huyeron de ella el sueño y el apetito, deserción que, alterando su salud, la precipitara luego en el delirio de las persecuciones, como no viniera de Dios el remedio.

A todo esto Fortunato, ó fingía ignorar los cambios de humor de la dama y la red de precauciones en que le aprisionaba, ó, canario inocente, hallaba muy de su gusto la jaula dorada; pues, aparte sus visitas diarias á la Bolsa, no asomaba fuera de casa, pintando, leyendo y cantando.

Hacia mediados de mes observó misia Jeromita que el ruedo de la falda apenas acusaba la existencia de un par de billetes, y la entraron grandes angustias, por figurársele próxima la crisis. Seguramente, Fortunato abriría el pico en demanda de grano, ¡insistiría en la hipoteca de la finca, se atrevería á insistir! En su desesperación, se acordó de D. Juan Nepomuno, y pensó impetrar su ayuda, á cambio del sacrificio de su soberbia..., pero ¿en qué podía ayudarla el primo? Él, tan pacato, tan débil de carácter... Con vencida de la necesidad de ampararse de alguien, de buscar un consejo superior, y á la vez disipar ciertos punzantes y misteriosos recelos que la ocurrían, se resolvió á consultar á un abogado, acudir á la ley ella que la había violado, y que vivía del producto de su engaño; así, como los pecadores que descargan sólo á medias la conciencia y esconden los fardos más pesados, no confesaría sino lo pertinente é indispensable para alcanzar la absolución, es decir, el favor de su auxilio en cuanto fuese relativo á su conveniencia.

Coincidió con este designio de la señora, una recrudescencia de amoroso afecto en el florentino, verdaderamente alarmante; y no presentándose aquello de que parecía síntoma precursor, el sablazo de *peccata minuta* para gastos de bolsillo, pensó ella que el grande, el tremendo se la venía encima, y se encomendó á la misericordia de Dios; pero, embriagada con las marrullerías de Fortunato, dejaba correr los días, y llegó el 31, fecha en que expiró la pensión...

El 31 de Mayo fué día ocupadísimo para misia Jeromita: por la mañana tuvo con Fortunato menuda bronca á causa de haberle visto en la acera hablando con un mozo de cuerda, á quien confiaba, ó parecía confiar un recado, y no dando él una explicación satisfactoria, se pusieron ambos de morros y empezó á formarse la tormenta en los ánimos y en el cielo, que se cubrió de nubarrones opacos. Después del almuerzo, armada del paraguas y de una resolución inquebrantable, salió, como de costumbre, en su seguimiento, le dejó á la puerta de la Bolsa y fué á llamar á la del doctor Barbado, en la calle Florida, en el piso principal de la conocida guantería, donde, decía la fama y él dejaba noblemente que lo dijera, amasó su familia el bienestar de que gozaba, y cuyo frente ostentaba aún el nombre de su antiguo dueño, *Barbado*, en doradas letras.

Antes olvidaría misia Jeromita el sombrero que el abanico blanco de lentejuelas, y echándose aire, como en bochornoso día de canícula, penetró en la sala de espera que le indicó un *groom* correctísimo; había otras personas sentadas en los divanes y sillones con resignación de litigantes aburridos, las caras vueltas hacia el cortinón de terciopelo verde, tras el cual sonaban voces, y que recogía, á su tiempo, una mano, cuyo dueño no se descubría, para despedir á cada cliente y recibir al que por turno riguroso de llegada le correspondiera: tres damas muy compuestas había; un caballero de patillas, á quien su pleito debía preocupar tanto que discutía sólo, y un chico, escribientillo de juzgado, con un mamotreto de mil folios, por lo menos, bajo el brazo. La obscuridad del cielo tormentoso entristecía la habitación, decorada con la severidad de un gabinete de consultas y sumida en el silencio que imponen el respeto y la curiosa revista del vecino; así, como un ruido insólito en la iglesia, sobresaltaban el palabreo incoherente del señor rezongón y los suspiritos de impaciencia de las damas, que luego de cuchichear entre sí, mirando de reojo el abanico blanco de la de Pérez Orza, bostezaban, y bostezaba el chico y también misia Jeromita, cada uno, entre tanto, ordenando en el magín el asunto que cerca del hombre de ley le llevaba, prontos á exponer la lesión de intereses, las lacras de familia, las heridas sociales que el Derecho puede curar, aliviar ó prevenir, como la medicina las enfermedades del cuerpo. Levántóse el cortinón verde, salió un hombre con trazas de cuervo de curia, y se apresuraron las tres damas á colarse en el confesonario; misia Jeromita pensaba, con desabrimiento, que el plantón duraría hasta que aquel señor y el chico del expediente fueran despachados; pero, así que las damas salieron, el de las patillas, galantemente, la cedió el turno, y ella, redoblando el abaniqueo, pasó la cortina.

—Servidora de usted, dijo misia Jeromita haciendo una reverencia.

El doctor Tito Barbado se inclinó. Parecía muy joven, mas no necesitaba que la corona de canas ciñera su frente despejada, porque el estudio la había marcado con su sello profundo: miraba fijamente, y la gravedad y corrección de su persona, sin pizca de campanuda jactancia, le representaban como á hombre maduro para el consejo. Apenas reparó la señora en estos detalles, y si la preguntaran lo que vió en el despacho, con entera certeza respondería que sólo á un amable joven, que la escuchó atentamente y cuyas advertencias la turbaron luego de modo que salió de allí trastornada; un joven, de pie ó sentado, rubio ó moreno, acaso de bigote, ó con patilla recortada,

el cual hablaba muy despacio, ¡y qué claro! ¡ay! demasiado claro. ¿Qué habitación fuera aquélla, y qué muebles tenía?.. No, misia Jeromita no sabría decirlo: sus ojos desempeñaron en la entrevista el papel de lazarillos, para evitar que tropezara con las paredes ó diera una caída en la escalera, y no percibieron más que bultos, sin precisar naturaleza ni forma; en cambio, sus oídos cumplieron su misión de transmitirle las palabras del abogado, con fidelidad tanta, que hubiera deseado ser sorda, ya que también quedada ciega.

—Señor doctor, empezó la señora con temblores de penitente; yo soy viuda, quiero decir, casada... Es decir, la casada es una amiga mía, en cuyo nombre vengo á consultar á usted. Dispénseme usted: me siento confusa y apenas atinaré á explicarme... Casada esta amiga, aunque parezca mentira..., sí, señor, porque á sus años, ¿quién dirá que es la esposa de un joven de su edad de usted?.. Disparate ó no, casada está con un hombre demasiado joven, florentino, un pillo, sí, señor doctor, que pretende hipotecar la casa que la dejó su padre, y que ella á su vez quiere dejar á una hermana menor. Bueno; mi consulta es ésta, señor doctor: ¿le acuerda la ley derecho para hipotecar ó vender la casa?

Contestó de carretilla el abogado, y misia Jeromita dió un suspiro.

—Sin su firma no puede... Lo que yo decía. Bien, doctor, ¿y si esta firma se la arranca por la violencia, que hasta ahora no ha empleado, pero empleará sin duda? ¿Será válida la firma? Aconséjeme usted, proteja á mi amiga de la perfidia florentina de su marido.

Ansiosamente esperó la respuesta; y cuanto dijo el doctor Barbado, con risueña filosofía, ella lo comentaba á su modo, repitiendo palabras, como niño que aprende la lección. ¡Sin su firma no podía! El *quid* estaba en defenderla, en no dejársela arrebatar... Más tranquila, se atrevió á exponer lo más grave de la consulta:

—Esta amiga mía, señor doctor, tiene ciertas dudas acerca de la legitimidad de su partida de matrimonio, no sabe por qué... De esas dudas que nacen así, de una nada, y aun sin fundamento molestan. Un abogado, como un médico, es un confesor: pero, por cortedad natural, y en obsequio de su marido, que pillo y todo al cabo es su marido, mi pobre amiga quiere reservar su nombre. Así, al mostrarle el documento, me va usted á permitir que sólo el pecado..., es decir, que se lo expondré á usted ocultando la parte en que está la declaración de los nombres.

Con honesto ademán, levantó el ruedo de la falda y buscó en el singular bolsillo que había fabricado, sacando un papelote, que dió á leer al doctor, puesta la mano sobre las líneas que su propio nombre denunciaban. El doctor sonreía discretamente.

Entre tanto, la señora, con un primoroso pañuelo de encaje paraguayo, ó *ñanduty* que llaman, ahogaba los suspiros, y al mismo tiempo el doctor volvió los ojos para mirarla.

—¿Qué documento me ha entregado usted, señora?

—La partida de casamiento...

—Extraña me parece, en efecto. *(Leyendo): El sacerdote que suscribe, Anselmo de Casas y Casas...* No hay sello de parroquia, ni rúbrica autorizada, ni contiene fórmula semejante á las usuales en documentos de esta clase. Tampoco aparece extendida en el papel marcado...

Aterrada, misia Jeromita balbuceó:

—¿Ve, usted? ¡Ay, Dios mío!

—Esta que llama usted partida, agregó gravemente el letrado, ó es falsa ó es un papel sin importancia legal.

—¡Falsa! Doctor... ¡Dios mío! Mi amiga está bien casada, sin embargo, bien casada; que ese padre Anselmo vive y lo atestiguará..., como también otras personas, otras personas...

Se ahogaba. El doctor Barbado la devolvió el sospechoso documento, añadiendo con galantería:

—No lo pongo yo en duda, señora... Pero bueno será que á quien ha proporcionado á su amiga de usted esa partida, llamémosla así, le pregunten de dónde la sacó y qué persona se la facilitó, porque, indudablemente, en esto hay un error ó un abuso criminal. En buena hora viene la ley de registro civil, sancionada en ambas Cámaras, á evitar este género de delitos...

Misia Jeromita se abanicó furiosamente. Le zumbaban los oídos, y escasa atención podía prestar al discurso del letrado, que mezclando citas de códigos y bondadosas razones trataba de fortalecer á su amiga supuesta contra las florentinas asechanzas, y fundaba su opinión sobre las deficiencias que, á su juicio, sujeto á error como todo juicio humano, presentaba el documento consultado... La partida se la entregó á ella Fortunato, quien, á su vez, la manifestó haberla conseguido por mediación de Felipito Nero: había que interpelar primero á Felipito, á Fortunato después... ¿Sería, en efecto, falsa la partida? Luego no estaba casada, ¡no estaba! ¿Y la ceremonia en casa de Nero? ¿Y aquel padre Anselmo, de reposado continente, de macizos y afeitados carrillos, de dulce sonrisa?.. Ya encendía la revuelta sangre su cara toda, ya se ponía amarilla, y del abanico, con su mano nerviosa, hacía crujir el armazón de nácar; tenía que ver también al padre Anselmo, y le vería, como existiera en el mundo, con hábitos ó sin ellos...

La súbita resolución la puso de pie, y se despidió bruscamente del letrado, á quién dejó poco menos que con la palabra en la boca; en la sala de espera tropezó con el chico del Juzgado, echándole á rodar su expediente por los suelos, y bajó la escalera á grandes trancos, trastornada por la horrible sospecha de que viviera en concubinato con aquel miserable arcángel de sus pecados. ¿De veras?.. Recordaba ahora que ella observó la tarde de la ceremonia (lo poco que su natural emoción la permitió observar) que el padre Anselmo pronunciaba un latín que no parecía latín, antes más bien italiano *agenovesado*, con tal cual latinajo de los corrientes; también notó que ambos Neros y Pietro y Giácomo reventaban de risa..., atribuyéndolo á indiscreto comentario de unión tan desproporcionada.

Estos recuerdos la espolearon más en dirección á la casa de Nero, que quedaba allá en la calle de la Reconquista, á la altura del Retiro; no quería ir á la ferretería de Barbarossa, donde sin duda, le encontraría, por las chungas maliciosas de que se la había hecho víctima, y prefirió buscarle en su casa, que si él no estaba, su criado la falicitaría cuantos datos deseaba acerca del padre Anselmo, pues criado de hombre solo sabe tanto como el amo, por tener metidas las narices en sus intimidades. Y de vuelta en el Caballito, tiempo había para el interrogatorio de Fortunato, y aclarar lo pavoroso de aquel misterio que el doctor Barbado acababa de revelarle.

Dando tropezones, á punto en cada esquina de que la atropellasen, llegó á la casa y subió la escalera, prendida del pasamanos. Era la de ambos Neros una casa de estas que la moderna arquitectura construye con tanto primor, muy cuca de fachada, de dos pisos, y en cuyo interior se combinaba la disposición de las viviendas europeas con el espacio, la luz y la independencia que aquí demanda la costumbre; en el recibimiento, de paredes pintadas al óleo, había hermosas palmeras y un banco de hierro, en el que se sentó misia Jeromita antes de llamar con el timbre. Dos puertas que, enfrente, aparecían cerradas eran las de la sala donde se celebró aquella ceremonia, sanción y fundamento de sus desgracias; por la galería abierta se descubría el cielo color de plomo, que rasgaban temerosamente los relámpagos, y entraba el aire en remolinos, balanceando el farol con sus colgajos de vidrio pulido y agitando las hojas de las palmeras: á modo de cantos gigantescos, que rodaran por la falda de una montaña, resonaban los truenos á intervalos. La tempestad se aproximaba... Misia Jeromita llamó y vino un criado de malas trazas, que, debido á que la señora se le quedó mirando con mucha atención y extrañeza, merece el honor de una instantánea: era grande, cabezudo, de pelos tiesos y cenicientos, los ojos engarzados debajo de unas cejas espesísimas, y tan pequeños, que sólo se distinguía de ellos la pupila, brillando como siniestra luz en lo más hondo de un matorral; de redondos cachetes afeitados, de nariz puntiaguda y finos labios de perenne sonrisa, síntoma de falsía; traía puesto un delantal de algodón azul, en el que enjugaba sus manazas velludas. Aquellos labios risueños se ensancharon hasta mostrar los dientes perdidos de tabaco, así que los ojillos de raposa se clavaron en misia Jeromita; y riendo, se inclinó delante de ella.

—¿Está el Sr. Nero?, preguntó la señora, algo escamada. D. Felipito ó el padre, lo mismo da.

—No, *mia signora*, contestó el hombre alegre, *fine* hasta las seis.

¡Qué voz! ¡Qué acento! ¿Dónde había escuchado aquella voz, de genovés legítimo, recién llegado, misia Jeromita? ¿Dónde vió, pero señor, dónde vió y en qué ocasión, aquella cara mofletuda y sonriente?

Empeñóse el hombre alegre en que pasara á la sala, y abrió la puerta con amabilidad empalagosa. ¡Ah! Allí estaba todo como en aquel jueves de ingrata memoria: en un ángulo, el velador que, vestido de blanco, con un crucifijo y dos candeleros, sirvió de altarcito... Suspirando, la señora no se atrevía á hablar. Y de repente, figurósele que, sobre el velador mismo, entre otros libros, veía aquel de bonita cubierta, en que el padre Anselmo leyó la Epístola, y abriéndolo apareció en la primera página pintada una mujer que no tenía más traje que su deliciosa envoltura carnal de pecadora; segura de haberse equivocado, lo dejó como si le quemara la mano.

—Escuche usted, dijo entonces; mi objeto, al venir acá, es para averiguar el domicilio del padre Anselmo Casas, el sacerdote que en esta misma sala me casó hará unos dos meses. Usted debe de recordarlo, si es que servía á los señores Nero... También quiero hablar con D. Felipito, pero esto lo dejaré para mañana, que volveré á las seis. Por hoy me basta con que usted me diga, si lo sabe, dónde vive el padre Anselmo.

Hizo el extraño sujeto un ronco gorgorito, como de risa imprudente que quisiera sofocar, y se pasó varias veces la manaza por la erizada testa.

—¿El padre Anselmo? ¡Je, je!.., *non sò...*, digo, el padre Anselmo; je, je, je..., ¡ah!, sí, el padre Anselmo.... *in* Italia, *ecco*, en Italia.

—¡Bendito sea Dios!, exclamó la señora; ¡nada menos que á Italia se ha marchado! Y ¿cuándo se marchó?

—*Non sò*... El padre Anselmo *in* Italia... ¡Je, je!

Desbordábale la risa al hombre alegre, y porque la escamada señora no le sorprendiera, con el delantal en la boca atajaba la descortés manifestación. Misia Jeromita pensó que, si el padre Anselmo se había marchado, sólo Nero podía sacarla de aquella espantosa duda. ¡Nero! ¡Qué poca fe la inspiraba su testimonio! Tan poca como el de Fortunato, que había de protestar con teatral arrogancia, seguramente, la mano sobre el corazón y los azules ojos en el cielo, de las afirmaciones del letrado. El padre Anselmo, por su carácter sacerdotal, era el único capaz de atestiguar la verdad...

Dijo la dama que volvería al siguiente día, y bajó despacio la escalera, mientras el estúpido *je, je* del genovés sonaba á sus espaldas francamente. Ya en la calle, no supo adónde ir, si tornar á su estación de la Bolsa ó al Caballito en el primer coche que pasara; el viento huracanado la empujó calle abajo, y ella se dejó llevar, indecisa, angustiada, tejiendo y destejiendo planes sin concierto. El sofista que hay dentro de cada uno de nosotros, y á todas horas se empeña en desorientar á la razón, obscurecerla y dominarla, abogado del capricho y portavoz del amor propio, indicó á misia Jeromita, por el camino, que lo de la falsedad de la partida, aun comprobada, no implicaba la nulidad de su matrimonio; el padre Anselmo lo había bendecido solemnemente, y un sello de menos, un error de fórmula, el olvido de un requisito legal, no eran razones bastante fuertes para desatar lo que atado quedó en el cielo aquel jueves famoso. Se enmendarían los tales yerros, cuanto antes mejor, y con la nueva partida, que se mandaría á firmar al padre Anselmo, iría á consultar al doctor Barbado. Y aquí no ha pasado nada, ¡vaya!

Como sintiera venir un coche, le cogió con mucho trabajo, y le mandó que se detuviera en la plaza de Mayo, resuelta á esperar allí á Fortunato, atraparle y llevársele consigo, para provocar, en la intimidad del vehículo, la explicación que tanto la interesaba. Corrieron los dos rocines poco menos que á galope, se plantó el carruaje en el sitio indicado, y misia Jeromita tendió su pesquisidora visual hacia la Bolsa, sin que lograra columbrar á Fortunato en las dos, en las tres horas de plantón. Cuando en el Palacio de Gobierno comenzó el desfile de empleados, entre una nube de polvo que arrastraba un grupo huyendo hacia la avenida que la piqueta abría en el flanco mismo del viejo Cabildo, reconoció la señora á don Juan Nepomuceno; le reconoció á tiempo que volvía la manchada cara, y sea que el huracán le empujaba del lado del carruaje, sea que cediera á la resolución de aproximarse y de hablarla, le vió venir como en volandas, y súbitamente, antes de sufrir la embestida, dió un abanicazo sobre el cristal, rompiendo el padrón de nácar, y con alterada voz la orden perentoria de seguir para el Caballito.

Luego, temblando, se escondió en el ángulo del coche y corrió ambas cortinillas. A no dudarlo, don Nepomuceno había intentado hablarla; su ademán resuelto, la expresión del rostro y la súplica de espera que designó con el brazo no dejaban duda ninguna; pero ella, temerosa más que nunca de aquel juez, huía vergonzosamente.

Por las calles, que barría el vendaval, escapaban las gentes azoradas; el cielo, tendido de negro, se desgarraba en ígneos resplandores. Aún no llovía, pero percibíanse ya los sanos perfumes de la tierra mojada, de hierbas y de flores, que venían de la Pampa á oxigenar los poderosos pulmones de la gran ciudad... Misia Jeromita, recelando que la sorprendiera la tormenta en el camino, miraba con miedo la desbandada de los transeuntes y en Fortunato ponía el pensamiento; y á la luz de los relámpagos y el rumor de los truenos, se despertaba el recuerdo de aquella otra tempestad, cuando el ángel malo se le

apareció por vez primera bajo la forma seductora que el enemigo usa de costumbre en sus correrías á caza de almas.

No llovía aún; eran las cinco, y por haber cerrado la noche los faroles estaban encendidos. La señora pudo llegar sin contratiempo hasta su puerta y llamar, muerta de frío y de susto. Los árboles la saludaron con forzadas reverencias, presentándose luego la mulata Aurora, que al abrir la dió la extraña noticia de que el Sr. D. Fortunato tenía de visita á un caballero llamado D. Felipito, de estos pelos y señales.

Holgaba indicarlos, pues por el nombre cayó al punto misia Jeromita en la cuenta de quién era y hasta de lo que traía á Nero el joven á conferenciar con su paisano, y se pasmó de que tan pronto hubiera vuelto Fortunato, á las tres, según la declaración de Aurora, habiendo empezado el cabildeo minutos antes de las cuatro. Sintió la señora un desagradable escalofrío, que la hizo tiritar; mandó a la criada que encendiera el gas de su alcoba, y mientras se despojaba de la capota, de los mitones y de la manteleta, Aurora la comunicó nuevos detalles de la sospechosa visita.

—Mire usted: llegó á las cuatro con mucha priesa y unos modos que se llevaba todo por delante; el otro, D. Fortunato, le oyó y salió á recibirle. Luego se encerraron en el cuarto, y ahí están hablando por los codos en su lengua del demonio. Me parece que D. Felipito (que así le llamó D. Fortunato) quiere una cosa que D. Fortunato no puede darle, y se enoja y grita diciendo: *Bisogna, bisogna*, que no sé lo que significará. Cuando fuí al comedor por el Jerez que me pidieron, á D. Fortunato le llamaba *Cobardone*... Esto sí que lo entendí. Lo menos seis copas de Jerez se ha tomado cada uno. Se lo prevengo á la señora para que no me venga después á acusarme de borracha... ¡Santa Bárbara bendita, qué *refusilos!* Voy á cerrar...

Dejó la señora que despotricara á su gusto la mulata, cuya aplastada caraza se animaba con el sabroso chismorreo; porque de los minuciosos informes que iba enredando aquella maestra en el espionaje doméstico y oficiala suya de confianza en la campaña de vigilancia que pesaba sobre el toscanito, sacaba ella muy claras consecuencias, las suficientes para ponerse en guardia y preparar su plan de defensa. Que lo que Nero exigía y Fortunato no podía darle eran los diez mil pesos, ninguna duda le quedaba á misia Jeromita; espoleado por las recriminaciones de Nero, sus insultos, la propia codicia y el licor jerezano, se determinaría al asalto, y muy pronto había de verle esgrimiendo la amenaza; pero no contaba él, sin duda, con la nueva arma que la casualidad puso en sus manos, la partida tachada de falsa, que le restregaría en los hocicos valientemente, obligándole á una justificación perentoria, arma que la salvaría también de aquella sugestión irresistible del florentino, dominadora de su voluntad y de sus potencias todas, que languidecían y entregábanse á la sola vista del mancebo.

Misteriosamente, haciendo un gesto de picardía, Aurora, la soplona, acercó los gruesos labios á la oreja de misia Jeromita.

—De lo de esta mañana tengo un dato... ¡superior! Era una carta lo que dió al *changador:* para una señora, según parece, que se llama..., no lo recuerdo bien. Me lo ha dicho el *changador* mismo...

Enmudeció la dama infeliz, ahogada por la impresión que la denuncia de su alguacil la causaba. Alzó la mano para despedirla; pero Aurora, á fuer de concienzudo agente de pesquisas, no consintió en marcharse antes de presentar el parte diario completo:

—También la niña Leona recibió una carta, con el mismito sobre de siempre.

Fuése la mulata, arrastrando los chanclos. No se movió misia Jeromita del sofá, acongojadísima. De no encontrarse Nero en el cuarto del infame, quizás va ella en seguida á abofetearle; también la vinieron ímpetus de abofetearles á los dos y deshacer á golpes aquella conspiración, rociada de Jerez, que tramando estaban contra ella, oponer la rudeza criolla á la astucia florentina, y dejando que estallase el orgullo de la sangre indígena, mostrar á los dos extranjeros que América no se conquista por malas artes.

Sin duda se las prometían ambos muy felices: los azucarados mimos y todos los recursos de confitería en que el toscanito era maestro, habían de emplearse para combatirla y vencerla; como á los niños, á los viejos la dulzura desarma, emboba y domina. ¡Qué chasco! ¡Qué sorpresa y qué susto, cuando la viejecita se irguiera, digna hija de D. Jesús, el guerrero, y de una manotada le sacara los ojos al mozalbete imprudente, aquellos ojos azules, tiernos y melancólicos, en los que dijérase un alma se reflejaba toda candidez y pureza!

Por primera vez, en aquel día aciago, sonrió misia Jeromita: de gozo cruel, de satisfacción por creerse ya vengada, destripando al hermoso arcángel como á un muñeco que dejó de agradar, y con los ojos azules, arrancándole el rubio pelo ensortijado, la lengua mentirosa..., y arrojándole fuera, en el estercolero donde iban á escarbar las gallinas. ¡Qué chasco!



—Señor doctor, empezó la señora con temblores de penitente

Ya podía venir, ¿qué esperaba?, ya podía venir, bien aleccionado por Nero, pertrechado de todos sus atractivos... Además de la partida falsa, la carta á la desconocida la serviría eficazmente, y no le daría á él tiempo á percatarse siquiera, á indicar el petitorio audaz que anhelaba; abrumado y corrido, le tendría á su merced, y le impondría las más duras condiciones que sufrió jamás un vencido. Bien á punto llegaba la ocasión de liquidar cuentas, sin un centavo el ruedo de la falda, ni alhajas por empeñar, pero fuerte el ánimo con los dos argumentos poderosos, hallados providencialmente. Ya podía venir, ¿qué esperaba?

Impaciente, la señora paseó un rato, con fuertes taconazos, á fin de que el otro la oyera y se enterase que ella estaba pronta y no le temía; preparó el llavero, tras del cual las miradas de Fortunato se escurrían golosas, como guardián de un tesoro que la codicia mira con interés profundo, y lo puso en la cerradura del armario, produciendo el chocar de unas llaves con otras alegre música y baileteo, capaz de atraerle de lejos, ratón que acude al olor del queso.

Sintió que por la vereda del jardincito venían dos personas, y entreabrió un postigo, tosió, taconeó más fuerte... Nero y Fortunato, en la puerta de hierro, se despedían afectuosamente, con misteriosos cuchicheos, últimas instrucciones y advertencias indispensables para el éxito de un plan maduramente trazado: y entre uno y otro relámpago distinguíanse sus cabezas juntas, de cómplices que redondean importante negocio. Al escucharse el lejano tintín de las colleras del tranvía, Felipe Nero saludó con la frase *A rivederci*, volviendo á su alcoba Fortunato sin advertir, seguramente de intento, la iluminación de la de misia Jeromita, y el jaleo que ésta se traía dentro.

Porque antes de proceder según lo convenido con Nero, si la especulación magna había de hacerse, deseaba Fortunato pedir refuerzos al Jerez y consultar al espejo; su temor de una nueva *plancha* era grande y necesitaba armarse de todas armas, sobre todo de aquellas probadas como francamente mortales en casos análogos, á cuyo efecto roció con agua de rosas el cabello y lo peinó con suma coquetería, se perfumó también y rizó el bigote, aseó sus blancas manos con pasta de almendras y escogió la corbata que mejor le sentaba... ¿Estaría enfadada todavía la *vecchia?* ¡Bah! Si acaso lo estuviera, como el sol derrite la nieve, en cuanto se presentase la desenojaría.

Al dar el último toque de peine, se paró algo pensativo... ¡Qué torpeza haber escamado á la *vecchia* en vísperas del gran sablazo! ¿Y si lo perdía todo, la existencia regalada, el fruto costoso de su sacrificio y astucia? ¿Valía la otra, prácticamente, lo que valía la *vecchia?* ¡Ni por pienso! Así, cuanta mayor cautela pusiera, abandonándola en caso de peligro verdadero, más seguridad tenía de conservar la conquista jugosa de la incomparable misia Jeromita.

Preguntó al espejo qué tal le hallaba, y el espejo le contestó que muy guapo. Satisfecho, se encaró con la trinidad revolucionaria que en la pared señoreaba gloriosa y la saludó canturreando... ¡Ay de la *vecchia* si le oponía los morros de la mañana ó sus furores ridículos en defensa de su bolsa! ¡A los ojos de Nero aparecer como un mandria que se deja zurrar de manos femeninas, y seniles por añadidura, no lo sufriría su orgullo... ni su interés!

Cuando abrió la puerta de misia Jeromita, ésta, en medio de la habitación, parecía esperarle; pero Fortunato no lo echó de ver, porque el llavero colgando en el armario le distrajo agradablemente. Sonriendo se acercó á ella, y con un dulcísimo *buona notte* pretendió apoderarse de su mano para besarla, como de costumbre.

—¡Quite usted allá!, chilló la señora, ¿qué se ha imaginado este gringo? ¡Ya no me compra usted con zalamerías! Te esperaba; ansiando estaba que vinieras para ahogarte; de tal modo, que si no vienes pronto voy á buscarte yo. Porque las cosas en caliente, en caliente... ¿Abres la boca, eh? ¡Te sorprendo, te asusto!.. Cierre usted esa puerta, que Leona puede oirnos, y esa niña inocente no debe oir lo que tengo que decir á usted... ¡Cosas muy graves, señor florentino! La indignación me da fuerzas con que no contaba, con que no contaría tampoco su cómplice de usted, Felipito Nero... Responda usted, Sr. Lucca, responda usted: se trata de comprobar la validez de una partida de matrimonio, que un abogado considera falsa... Esto, primero; después hablaremos de otro asunto, también importante. Le escucho á usted, Sr. de Lucca.

Espació intencionadamente las sílabas del apellido, y Fortunato, agobiado, cadavérico, no chistó. Al mismo tiempo retumbó en la alturas un espantoso trueno, como si el cielo se hundiera y se descuajara la casa...

Horrible estruendo que estremeció el Caballito entero, y en la vecina de Cadenas hizo desprender de su clavo el retrato de D. Jorge sobre la legión de poetas que presidía, volar el enjambre de vocablos que en preparación tenía Jorgito y apagó la escandalera que cierta carta levantara al pasar de manos de Evangelina á las de Agueda y de las de ésta á las de Dolorcitas, sin el correspondiente permiso de la respetable viuda.

La tormenta había estallado.

VII

Cuando sonó aquel tronitoso estampido, releía Pantaleona en su prisión, sentada delante del tocador, la epístola siguiente del primo Nepomuceno:

«Mayores novedades y más sorprendentes que las de tus últimas cartas, podría yo referirte, Leoncita querida de mi vida, si los debidos respetos me lo consintieran; porque son de tal naturaleza las que casualmente he obtenido en la ferretería de Barbarossa, que te sacarían la vergüenza á la cara y muchas lágrimas á los ojos: basta que sepas que, gracias á este descubrimiento, quedará despejada la situación bochornosa que nos ha traído la locura de nuestra desgraciada Jerónima. Sin embargo, ¿á qué ocultarlo?, le temo á Jerónima, y no sé si podremos triunfar, sin ruido, de su ciega condescendencia.

»Figúrate, Leoncita impaciente, que se trata de que yo vea á Jerónima y la ponga en autos de hecho tan extraordinario, que estallará su cólera en seguida. Te juro que, á pesar de todo, iré al Caballito mañana mismo, por el honor de la familia y los fueros de la justicia; haré de tripas corazón, arrostrando el geniazo de mi pobre prima...

(Continuará)

FLORES TODO EL AÑO

Nunca ha habido en Inglaterra tanta demanda de flores como ahora. Hoy en día su importancia, como materia de comercio, es igual á la de los objetos que se consideran como necesarios para la vida. En el mercado de Convent-Garden, que es adonde acuden en mayor escala que en los demás del mundo los productos vegetales, la compra y venta de flores iguala á la de frutas y hortalizas. Para hacer frente á esa demanda que, téngase presente, existe más ó menos durante todo el año, los floricultores modernos recurren á extraños procedimientos que hace cien años habrían asombrado á los jardineros de entonces. Uno de los más interesantes consiste en retrasar



Lilium auratum retrasado

las plantas, con lo cual se pueden tener hoy prácticamente ciertas especies de flores durante el año entero.

Plantándolas con mucha anticipación, sometiéndolas á un procedimiento especial para que arraiguen bien y exponiéndolas á un fuerte calor artificial, se ha visto que muchas cebollas y tubérculos han florecido algunos meses antes de lo que lo hacían naturalmente. Es evidente que, sea cual fuere el procedimiento empleado, ninguna planta florecerá sin haber alcanzado antes la madurez necesaria á su desarrollo en la estación anterior y tenido el suficiente intervalo de descanso. Por ejemplo: sería imposible hacer florecer los lirios del valle en agosto, aunque plantando los *cosones maduros*, según se la llama, en cuanto llegan de Alemania, á principios de noviembre, podrían hacerlo fácilmente, con calor artificial, antes de Navidad. Así es que el jardinero podía ade-



Tubérculos en el período de reposo

lantar algunos meses la época del florecimiento de una planta determinada; pero cuanto hubiera terminado el florecimiento natural, ya no le era dable hacer otra cosa que aguardar á la estación siguiente. Esto es lo que ha venido á remediar el sistema de retrasar, y aunque en la actualidad sólo puede aplicarse con éxito á un número relativamente reducido de especies de plantas, cada año se ve que es mayor la lista de las que pueden soportar el procedimiento sin peligro.

Hace tiempo que se sabe que las carnes y frutas sometidas de continuo á una baja temperatura no se descomponen y conservan su frescura durante un período considerable. Pero hace muy poco que se ha comprobado la posibilidad de retrasar el crecimiento de las plantas vivas por medio de un determinado grado de frío.

La teoría del retraso es muy sencilla. Es, en realidad, únicamente una prolongación del período anual de relativo descanso por que pasan casi todas las especies vegetales.

Muchas veces se observa en la primavera un pequeño retraso natural de los árboles y plantas debido á los vientos fríos y á las heladas nocturnas. El retraso artificial se obtiene, y puede prolongarse casi indefinidamente, conservando á las plantas que se han de someter á él en un lugar completamente obscuro y á una temperatura de cero grados ó un poco más baja. Claro está que únicamente plantas de gran resistencia pueden sufrir una temperatura que nunca ha de subir del punto de congelación.

El difunto Mr. Rochford, fundador de una conocida casa de comercio de flores, fué el primero que previó las ventajas comerciales que podrían obtenerse retrasando las flores. Después de algunos ensayos preliminares, la citada casa resolvió construir un edificio apropiado y un aparato de aire comprimido para producir el grado de frío necesario, semejante en su forma á los que se usan en Londres en los refrigeradores de carne. Comenzó por los lirios del valle, viendo los experimentadores coronadas por el éxito sus primeras tentativas; y con gran asombro de los aficionados á las flores, pudo la casa anunciar que en lo sucesivo podría proporcionar al público, durante todo el año, aquellas flores tan populares.

Al poco tiempo se vió que era posible extender el procedimiento á los lirios blancos de Pascua Florida *(Lilium longiflorum)* y más tarde se ha demostrado que muchas de las plantas de esta familia son susceptibles de soportar la dura prueba del retraso. La *Azalea mollis*, la *Spireæ japonica* y las lilas, blanca y purpúrea, también han dado buenos resultados sometidas á ese tratamiento. La mencionada casa de comercio ha visto que la demanda, no tan sólo de flores de plantas retrasadas, sino también de las plantas mismas, ha aumentado en grande escala. Todos los años, por el otoño, llegan de Alemania, del Japón y de las Bermudas cargamentos de plantas y cebollas, que se guardan en las cámaras refrigeradoras hasta la época oportuna.



Lirios retrasados al cabo de una semana de permanecer en la estufa

Lirios retrasados al cabo de dos semanas de permanecer en la estufa

Es muy interesante el visitar uno de esos almacenes frígidos. Excepto que no se ven ventanas, nada hay en el exterior de esos edificios que haga presumir lo extraño de su interior. Provisto de un farol, se pasa desde la espléndida luz del sol y por la puerta principal, á un pasillo largo y obscuro, donde á uno y otro lado están situadas las cámaras refrigeradoras. Abrese una de sus puertas, que se cierran herméticamente y que tienen cerca de un pie de grueso, y se penetra en una obscuridad que apenas puede el farol disipar y se siente la helada temperatura de una noche de invierno. Millones de cristales de hielo brillan en las paredes, heridos por la luz; tan incrustados de humedad helada están los cuatro lados de las cámaras, que parecen cubiertos de una espesa capa de sal. El techo es muy alto y alrededor de toda la parte superior hay unos ventiladores de madera, por donde penetra el aire frío. La temperatura de las cámaras se regula por medio de unas puertas pequeñas que dan al pasillo. Si se necesita más frío, se abren de par en par; si menos, se cierran. Que no haya falta de frío se comprende, sabiendo que el aire comprimido sale del aparato á una temperatura de muchos grados bajo cero.

Las cámaras tienen una estantería de madera desde el piso al techo, en cuyas tablas se colocan las cajas que contienen los dormidos tubérculos. En el compartimiento á que nos referimos sólo hay millones de coronas de lirios del valle, todas vivas, capaces de dar hojas y flores, pero dormidas, inconscientes de que la primavera está próxima á convertirse en verano y de que hace tiempo que han debido florecer. En la cámara siguiente, el piso está cubierto de lindas y pequeñas matas de lilas y de *Azalea mollis*, que, á juzgar por el aspecto de sus botones, se creen en pleno invierno. La otra de más allá está llena de cebollas de *Lilium*, muy apretadas en cajas. Allí permanecerán hasta que se las saque á disfrutar del aire y de la luz, tal vez en septiembre, y florecerán espléndidamente como si fuera en plena primavera.

Es una particularidad curiosa la de que cada especie de plantas requiere una temperatura distinta. Algunas resisten varios grados bajo cero, mientras que otras no pueden pasar del punto de congelación. Necesítanse muchas y cuidadosas experiencias para determinar con exactitud la cantidad de frío que mejor sienta á cada una. Naturalmente, cuando lo averiguan se guardan muy bien de publicarlo, y se procura que las visitas no se acerquen al rincón donde está colgado el parlanchín termómetro.

Las plantas que se retrasan no parece que sufren daño alguno por su descanso prolongado. Es un hecho que muchas mejoran, y cuando se las da calor florecen muy pronto. Por supuesto que ese reposo tiene su límite máximo, y que si se prolongara, por ejemplo, más de un año, las plantas se pudrirían probablemente.

La manera de cultivar las que han sido retrasadas es muy sencilla. Después de sacarlas de las cámaras refrigeradoras, se las tiene durante veinticuatro horas en un lugar fresco y obscuro. Se las coloca luego en las estufas y crecen como las demás. La prontitud con que se desarrollan los lirios del valle retrasados, cuando se les coloca en los invernaderos, es asombrosa. Durante los quince primeros días de su permanencia en los invernaderos, se las



Lirios retrasados en disposición de ser cogidos, al cabo de poco más de tres semanas de permanecer en la estufa

tiene á obscuras á fin de que broten largos y buenos tallos. Todos los días se las inunda de agua á la temperatura del invernadero. Al fin de la primera semana se ve que han brotado las coronas. En la segunda, se ven los botones romper la cubierta que los envuelve, y á la tercera estar completamente floridas y en disposición de ser llevadas al mercado. La enorme popularidad de estas flores puede colegirse del hecho de que una sola casa importadora trajo de Alemania, en la temporada de 1903-904, nada menos que diez millones de coronas, que se depositaron en las cámaras refrigeradoras.

No puede dudarse que se encontrarán también otras plantas susceptibles de ser retrasadas. Se sabe realmente que existen muchas especies que pudieran serlo, pero gran parte de ellas no tienen ningún valor comercial, y el someterlas á ese procedimiento sería tan sólo por mera curiosidad científica. Hasta ahora no han tenido éxito los ensayos hechos para retrasar las cebollas de los jacintos, tulipanes, narcisos, etc.

Lo que parece extraño, teniendo en cuenta que se prestan perfectamente á que se adelante su florecimiento. Una de las más interesantes cuestiones que ahora se presentan es la de saber si se podrían retrasar los árboles frutales, á fin de que no fructificaran en su época natural, sino que dieran sus flores y frutos cuando se quisiera en las estufas. La gran dificultad consiste en que, si bien es posible hacer que un manzano, por ejemplo, se retrase y florezca en otoño, la falta de luz solar durante el invierno haría casi imposible que el fruto madurara. Por mucha que sea la luz artificial que se emplee, nunca será bastante á substituir con éxito á los rayos solares. Pero se concibe fácilmente que algún día pueda descubrirse una nueva y maravillosa luz que ejerza sobre el crecimiento de los vegetales la misma influencia que la del sol. Si tal cosa sucediera, el uso de esa luz, junto con el sistema de retrasar, haría una revolución completa en el modo de cultivar las flores y los frutos en los invernaderos, y los horticultores para nada tendrían que preocuparse de las estaciones.

De todos modos, es casi seguro que dentro de muy pocos años el sistema de retrasar el florecimiento habrá adquirido considerable desarrollo.

S. L. BASTIN.



La *Azalea mollis*, planta que se presta mucho al procedimiento del retraso

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CERVANTES, por *José de Castro y Serrano*. – Sucinto, pero interesantísimo es el estudio, ó mejor dicho, homenaje á Cervantes que ha publicado el editor D. Francisco Beltrán, de Madrid. Al dar á conocer esta producción de tan distinguido publicista ha prestado un doble servicio, que han de estimarle y aplaudirle todos los amantes de las letras patrias. Ilustran el libro, que ha sido pulcramente impreso en la tipografía de Antonio Marzo, de la coronada villa, un retrato de Cervantes y dos facsímiles de las portadas de la primera edición del *Quijote*.

RUSIA CONTEMPORÁNEA, por *Julián Juderías*. – Obra de verdadera actualidad y en todos momentos útil y provechosa es la que acaba de publicarse con el título que encabeza estos renglones. La circunstancia de haber desempeñado el autor del libro un cargo oficial en el Consulado de España en Odesa, asígnale la competencia y los conocimientos para escribir acerca del modo de ser de un pueblo tan digno de estudio. La labor realizada por el Sr. Juderías es asaz interesante, bastando leer el sumario de los capítulos para apreciar la importancia del estudio que ha llevado á cabo. El libro ha sido publicado por el editor de Madrid D. Francisco Beltrán, vendiéndose al precio de 2'50 pesetas cada ejemplar.

LA FABRICANTA, por *Dolores Moncerdá de Maciá*. – Notable por más de un concepto es la preciosa novela que bajo el título que encabeza estos renglones acaba de publicar la distinguida escritora, cuyo nombre lleva consigo un concepto altamente simpático para todos los amantes de las letras patrias. La obra á que nos referimos resulta un á modo de estudio que retrata con singular exactitud el modo de ser de una de las clases sociales de nuestra ciudad en un determinado período, expuesto y desarrollado con plausible simplicidad, con un naturalismo hijo de la observación, pero en una forma culta, adaptando el lenguaje corriente á la forma literaria con la discreción peculiar y distintiva de la dama y de la escritora. Ilustran el libro, que ha sido pulcramente impreso en la tipografía de Thomas, varias portadas alegóricas, bellamente dibujadas por el conocido artista Enrique Moncerdá, y se vende cada ejemplar al precio de 5 pesetas en todas las librerías.

RASGOS, por *Mariano Riera Palmer*. – En un elegante volumen ha publicado el distinguido poeta portorriqueño un acopio de sus inspiradas composiciones, que sirven para dar á conocer sus condiciones y los sentimientos que le alientan. Fácil y sincero, sin efectismos, adapta á cada una de sus poesías el medio que la inspira sin caer en la vulgaridad, antes al contrario, teniendo por lema y norma cuanto enaltece y dignifica. El libro que mencionamos ha sido cuidadosamente impreso en la tipografía «El Progreso,» de Mayagüez.

MISTERI DE DOLOR, por *Adriano Gual*. – Tal es el título del drama catalán en tres actos que ha publicado el dibujante, poeta y director del «Teatre Intim.» De corte absolutamente moderno, se plantea en la producción de nuestro amigo un problema cuya tendencia y finalidad la juzgó la prensa al representarse. El libro, elegantemente impreso por el tipógrafo señor Sampere y embellecido con una caprichosa portada dibujada por el autor, véndese en todas las librerías.

ALMA GLAUCA, por el *Marqués de Campo*. – Bajo este título acaba de publicarse un bonito volumen que contiene un acopio de poesías, un conjunto de versos, que son á modo de cantos del Ensueño ideal que persigue el poeta y que le impulsa hacia lo vago é ignoto, huyendo de la vulgaridad. El libro á que nos referimos ha sido impreso en la tipografía de Enrique Teodoro, de Madrid, y se vende al precio de 2 pesetas.

LA REPÚBLICA DE HONDURAS. BREVE RESEÑA PARA LA EXPOSICIÓN DE SAN LUIS. – Folleto redactado por la Dirección de Estadística de Honduras, nutrido de datos geográficos é históricos y que puede ser de gran utilidad á cuantos buscan nuevos mercados. Ha sido escrito principalmente para que se formen verdadera idea de lo que es aquella república las personas que acudan á la Exposición Universal de San Luis, Missouri (E. U.) Impreso en Tegucigalpa, en la Tipografía Nacional.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona









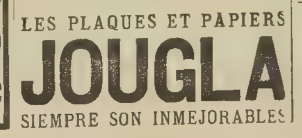
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.





GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.— PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS




ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.



El pabellón de Villa Palombo, acuarela de Jorge S. Elgood

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubᵍ St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 1.º de agosto de 1904 — Núm. 1.179

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CONCIERTO ÍNTIMO,

cuadro de Alfredo Ricardo Kemplen

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Reelecciones de Presidentes: *México* y *Guatemala.* – *Colombia:* nuevo Presidente: situación económica y política. – *Ecuador:* preparativos para la elección presidencial: candidatos: el Estado y la Iglesia. – *Cuba:* la cuestión política y el estado económico: el comercio: España en el mercado cubano: el crédito de la República: las costumbres yanquis en Cuba. – *República Dominicana:* la paz. – *Honduras:* la Asamblea constituyente.

Otra vez ha sido reelegido para la presidencia de la República mexicana el general D. Porfirio Díaz. Según la última reforma constitucional, el nuevo período será de seis años; terminará, pues, con el año 1910. Si, para fortuna del país, alcanza la vida de Díaz hasta dicho año, será entonces octogenario, y habrá gobernado durante casi un tercio de siglo.

Conforme á la reforma antes mencionada se ha designado también vicepresidente; el electo es el Dr. D. Ramón Corral, persona muy ilustrada y laboriosa, gobernador que ha sido varias veces de su Estado natal, Sonora, habiendo desempeñado también los cargos de diputado á la legislatura de Sonora y al Congreso de la Unión y el de gobernador del Distrito Federal. Actualmente es Secretario ó Ministro de Gobernación.

***

En Guatemala también ha habido elecciones presidenciales. El 15 de marzo de 1905 terminará el período constitucional para el que fué elegido el actual Presidente D. Manuel Estrada Cabrera. Por decreto de la Asamblea Legislativa se convocó ya á todos los pueblos á elección directa de Presidente para el período de 1905-1911, y como se presumía, ha sido reelegido, en los primeros días de julio, el Sr. Estrada Cabrera.

***

Por muy pocos votos triunfó en Colombia el general D. Rafael Reyes sobre D. Joaquín Vélez. El nuevo presidente es hombre aún joven, pues nació á mediados del pasado siglo, y se ha distinguido, no tan sólo como político, general y diplomático, sino también como geógrafo y explorador de la región del Amazonas y de los Andes. Pertenece al partido conservador; pero sus primeros actos indican propósitos conciliadores, sobre todo si es cierta la alianza ó avenencia, de que se habla, con el presidente de Venezuela, Castro, pactada por ambos cuando Reyes se detuvo en Caracas al regresar á su país, de vuelta de las misiones diplomáticas que desempeñó con motivo de la secesión de Panamá.

La tal avenencia es muy oportuna, pues probablemente no faltarán complicaciones durante el gobierno del general Reyes. En Colombia la situación económica es pésima; hay una deuda enorme, y hace uno ó dos meses el cambio en las plazas del departamento del Cauca estaba á *once mil por* 100. El tipo medio en el país es de diez mil por 100, no mucho, ciertamente, si se tiene en cuenta que durante la guerra hubo épocas en que llegó al *veinticinco mil.* Desde octubre de 1899 se ha venido emitiendo, sin tasa, papel moneda, cuyo valor nominal pasa algo de 140 millones de libras esterlinas, que al cambio actual no valen más que 1.500.000 libras aproximadamente. Un peso papel colombiano representa hoy menos que un *perro chico* de nuestra moneda.

Por otra parte, no solamente hay que normalizar la vida económica y las relaciones comerciales con el exterior, sino precaverse contra nuevas tentativas de los revolucionarios liberales y aun, acaso, de los partidarios de Vélez, y contra intrigas ó agresiones de los yanqui-panameños que procuran irse extendiendo hacia el S., por la zona del Atrato.

***

Ha empezado la agitación en la República del Ecuador con motivo del nuevo período presidencial. La elección ha de hacerse en enero de 1905, y el Presidente elegido entrará en funciones en septiembre inmediato. Conservadores y liberales se aprestan á la lucha. Entre los candidatos del bando conservador se citan al Dr. D. Carlos R. Tovar y á D. Lisardo García. Como radicales figuran el general D. Manuel A. Franco y D. Flavio E. Alfaro, general también, de quien se dice que trabajará para conseguir la separación de la Iglesia y el Estado, y para que se declaren bienes de éste los que aquélla posee. El partido radical encarece la importancia de esta medida, gracias á la cual se supone que el Estado podrá disponer de unos 40 millones de pesos, y con ellos llevar el ferrocarril hasta Quito y emprender otras obras de utilidad pública. Claro es que semejante propósito ha de enardecer los ánimos de los católicos ecuatorianos contra quien tal despojo, según ellos, proyecta, y pondrán resuelto empeño en impedir el triunfo de Alfaro.

***

En Cuba, la cosa política no va del todo bien. Hay demasiada intransigencia en los partidos, y la gente radical se queja del abuso que hacen de su poder ó influencia los conservadores ó gubernamentales. Asuntos personalísimos, de actas y de cargos ó destinos públicos preocupan preferentemente á senadores y diputados. «Sería muy deplorable escribía—con este motivo el *Diario de la Marina*—que cuando todo marcha bien en esta joven nación, producción material, administración pública, relaciones entre sus habitantes, crédito interior y exterior, fuese una cuestión que bien ó mal ya está resuelta, la cuestión política, la que nos pusiera en evidencia ante los pueblos civilizados del nuevo y el viejo continente, que no podrían explicarse cómo Cuba, con un gobierno honrado, con una instrucción creciente, con una gran zafra y con una salud pública inmejorable, era un país desgraciado.»

Y en efecto, desde el punto de vista económico, no puede quejarse la nueva República. La última zafra ha sido extraordinaria; ¡1.200.000 toneladas! El país se va reponiendo, mucho antes de lo que se suponía, del estado de abatimiento y miseria en que quedó después de la guerra. Las exportaciones tuvieron un alza de más de 19 millones de dólars de 1899 á 1.902; las importaciones disminuyeron, principalmente por la menor introducción de ganados en la isla, en estos últimos tiempos. A consecuencia de la guerra, quedaron casi aniquilados los ganados de toda clase que poblaban en tiempo de paz las feraces llanuras y espesos maniguales de Cuba, y á reparar esta parte tan importante de la riqueza agrícola se dedicaron y dedican aún no pocos capitalistas, realizando con ello pingües negocios. Hoy los campos de Cuba vuelven á ser recorridos por centenares de miles de cabezas de ganado de diferentes clases, y es de esperar que, en breve plazo, su riqueza pecuaria alcance la importancia que tuvo siempre.

Al aumento de las exportaciones han contribuído, en primer término, los productos mineros, tales como el hierro y el asfalto, y los productos agrícolas y ganaderos, tales como frutas, cueros crudos, miel, etc., sin contar, por supuesto, el azúcar y el tabaco. La industria agrícola ha tomado en pocos años gran incremento, y en breve tiempo será, á no dudarlo, una fuente no insignificante de riqueza para la isla. El valor de la miel exportada en 1902 ascendió ya á 681.000 dólars.

En el comercio general de Cuba corresponde á España el 16 por 100 de las importaciones. Desde 1899, Inglaterra se disputa con España el segundo lugar en las importaciones, y es de temer que si nuestros comerciantes é industriales no trabajan con tenacidad por conservar y acrecer su influencia en ese mercado, no sólo los ingleses, sino los alemanes, franceses y en especial los yanquis, irán adquiriendo lo que los nuestros pierdan.

Como escribe el cónsul de España en Cienfuegos, D. Manuel María Coll—de cuya última *Memoria Comercial* tomamos los datos que preceden,—seremos pronta é irremisiblemente vencidos en el mercado de Cuba si nuestros comerciantes no remiten *de continuo* á sus compradores catálogos y notas de precios que les permitan establecer comparaciones entre precios y precios, entre nuestros productos y los productos similares de otros países; si no atienden las indicaciones de esos mismos compradores en todo lo referente á la manufactura, acondicionamiento y presentación de los artículos; si no mandan con frecuencia viajantes inteligentes que los ilustren acerca de las alteraciones y novedades de interés que ocurran en el mercado; si, por último, no inquieren las causas, para combatirlas, á que se debe el que algunos de nuestros artículos hayan desaparecido ó estén en vías de desaparecer del comercio de esta isla.

Marcha bien, asimismo, el crédito interior y exterior de la República. Los banqueros yanquis facilitan y garantizan los empréstitos y demás operaciones financieras del gobierno, con lo que éste puede cubrir las más apremiantes necesidades, una de las cuales, y muy imperiosa, es el pago de las indemnizaciones y sueldos debidos con ocasión de la guerra de independencia.

Claro es que por este medio los Estados Unidos, principales acreedores de Cuba, afirman y robustecen su influencia en la isla, en la que pretenden imponer hasta sus costumbres, por más que algunas pugnen con el espíritu democrático y con los sentimientos humanitarios de la raza española y, en general, de la raza latina. Nos sugiere esta observación la lectura de periódicos cubanos y centroamericanos en los que se formula sentida protesta contra yanquis residentes en Cuba que se niegan á todo trato con los hombres de color, citándose especialmente el caso de un yanqui fondista ó dueño de hotel que no consiente que negros ni mulatos se hospeden ó coman en su establecimiento. «Tales desmanes—exclama uno de esos periódicos—no deben tolerarse en la tierra que regaron con su sangre los Maceos para levantar el edificio de la República democrática.»

***

Las últimas noticias de la República Dominicana son satisfactorias.

A mediados de marzo el presidente provisional Morales pudo imponerse transitoriamente á los rebeldes, recobrando á San Pedro de Macoris. No obstante, aquéllos no se dieron por vencidos, y la guerra civil continuó, con caracteres tales de gravedad, que los yanquis reforzaron su escuadrilla en las aguas de Santo Domingo para, llegado el caso de intervención, anticiparse á las potencias europeas que pudieran repetir lo de Venezuela, puesto que los cuatro quintos de la Deuda dominicana á acreedores de Europa se deben.

El gobierno yanqui creyó, sin duda, conveniente, tal vez para evitar conflictos en que su prestigio no quedara bien parado, ayudar á Morales en el restablecimiento de la paz, lo que al fin se consiguió, á principios de junio, gracias á los buenos oficios del comandante de uno de los buques norteamericanos.

El 19 se legalizó la situación política, siendo elegidos Presidente y Vicepresidente constitucionales los generales Morales y Cáceres, respectivamente.

***

En los días 24 y 25 de abril se hicieron las elecciones de diputados á las Constituyentes de Honduras. El 1.° de junio se instaló con gran solemnidad la Asamblea, ante la cual el presidente de la República, general D. Manuel Bonilla, leyó breve mensaje, explicando los motivos que le impulsaron á tomar resoluciones extraordinarias, y encareciendo la necesidad de reformar algunos artículos de la última Carta constitutiva que, aunque dictados con laudable intención, no han correspondido á su objeto, y más bien han sido perjudiciales.

Le contestó el presidente de la Constituyente, Doctor D. Fausto Dávila, con frases muy lisonjeras para el dictador, y después, á propuesta del Dr. D. Rafael Alvarado Guerrero, la Asamblea dió un voto de gracias al general Bonilla, quien, según los términos del correspondiente decreto, ha salvado de los horrores de la anarquía al país, lo conduce por las vías del progreso, del orden y la libertad, con sincero patriotismo y constante afán se empeña en mantener y afianzar la paz y armonía en Centro-América y, en suma, por sus esfuerzos en favor de la patria merece pública manifestación de gratitud.

Entre tanto, como el mismo Bonilla declaró en su mensaje, la causa que se sigue á los reos aprehendidos el 8 de febrero y que se hallan en la Penitenciaría, continúa substanciándose y, llegado el caso, el Tribunal que los juzga emitirá el fallo que estime de justicia.

R. Beltrán Rózpide.



—¡Salga usted de aquí!

El secreto, por Angel Alcalde

Entré en su *camerino*, como otras muchas noches, en un entreacto. La encontré, como siempre, tendida en una *chaisse-longue*, hábilmente colocada frente á la luna de un gran armario.

Era muy hermosa aquella mujer, y como hermosa muy apetecida. Pero me constaba que no admitía ramos de flores. Y claro está que al no admitirlos, volvían intactos á su procedencia muchos billetes amorosos.

Y me constaba algo más: yo era el único hombre que cruzaba el umbral de su nido de artista.

Una *estrella* en todo su brillo, en plena «apoteosis de la carne,» es cebo seguro para el apetito pasional. Muchas veces me pregunté un tanto alarmado si no era una vergüenza mirar con calma beatífica á quien parecía creada ex profeso para atraer el fuego de ese hornillo que se llama corazón.

Estas íntimas reconvenciones pasaban en seguida. ¿Por qué? Eso me preguntaba yo: ¿por qué?.. Allí había un secreto. ¡Un secreto! ¿Cuál podía ser?

Y ya no fué alarma, fué curiosidad invencible lo que se apoderó de mí, torturándome de continuo con esos interrogatorios mentales que acaban por ensimismar el ánimo y barajarlo á su capricho.

—¡Le esperaba á usted impaciente!, exclamó la artista, en idioma extranjero.

Aquella frase, dicha de súbito al tiempo que, sirviéndose como asidero de mi mano tendida para el saludo, se incorporaba poniendo en pie una gentileza provocativa, me cortó la respiración.

Confieso que sentí bascas, que se me estropajeó la lengua, que me tambaleé, ignoro si arrastrado por la mirada de la artista, ó por la onda de acre perfume que me envolvió de arriba abajo.

Ella abrió un cajoncito del tocador, y asaeteándome con los ojos, balbuceó dulcemente:

—Tome usted. Mi retrato.

¡Su retrato! ¿Para qué quería yo su retrato; sobre todo pudiendo admirar tan de cerca y tan impunemente el original?

Lo cogí con miedo, como si fuera de brasa; lo miré con escama, como si escondiese un filtro capaz de envenenarme el pensamiento.

La artista observó, sonrióme con afecto y volvió á adoptar su postura favorita en la *chaisse-longue*.

Hablamos de lo de costumbre; tal obra, tal autor, tal crítico; á veces este ó el otro tocado, el efecto de una *toilette* original en el público... ¡Oh, el público! ¡Qué caprichoso, qué vano, qué soez! Sobre todo ellos, con raras excepciones, entes de una generación estólida, huecos de espíritu como esos maniquíes de cartón piedra que lucen en los escaparates. Así los juzgaba mi interlocutora, pinchándoles de continuo con su frase mordaz, verdadero estilete de oro, por lo brillante y delicada.

Después de estos circunloquios solía pensar: «¿Carezco de atractivo para enamorarla? Creo que sí. ¿Me reconoce, siquiera, entendimiento para ser su compañero de excursión por las serenas regiones del arte? ¡Quizá!..»

Y perdido en el dédalo de tantas suposiciones, la realidad se imponía siempre con una sola lógica observación. ¿Por qué me *prefiere*? ¿Y lo del retrato? ¿Fué un acto de amistad? ¿Fué una genialidad ó un capricho? ¿Pudo ser... alusión embozada á posibles benevolencias en lo porvenir?

«¡Aquí hay un secreto!,» acababa diciéndome siempre. Y seguía columpiando mis ideas entre la duda y la esperanza.

Transcurrieron tres días.

Visité como de costumbre el *camerino*, pero lo visité... después de haber recibido apremiante recado por boca del avisador.

La *estrella* deseaba verme; le extrañaba mi ausencia; tenía que hablarme de cosas muy urgentes...

La encontré, ¡cómo no!, tendida perezosamente en la *chaisse longue*.

—¡Ingrato!

Este fué su saludo; y cogió mi mano entre las suyas, apretándola con efusión.

Sentí las bascas, el mareo, la lengua estropajosa y seca.

Debí palidecer mucho, porque ella lo advirtió.

—¿Está usted enfermo?

Una esposa enamorada, más aún, una madre amantísima, no hubiese impregnado de más dulzura estas palabras.

—¡Enfermo!..

Titubeé. No sabía qué contestar. Cruzó por mi mente ese relámpago de las grandes solemnidades; esa idea, fulminante, como la descarga eléctrica, que nos alumbra los senderos del discurso en momentos de tinieblas y de vacilación.

—Sí, respondí secamente. ¡Estoy enfermo!

—¿Qué le duele á usted?

—Todo y nada.

—Entonces... ya sé lo que es.

Y entre burlona y compasiva, inclinándose á mi oreja, juntando el rafe de seda de su descote á mi cuerpo, dijo quedo, quedo:

—¡Amor!..

El proyectil vino envuelto en una bocanada de aire tibio: cerré los ojos por instinto, como si llegara súbitamente al borde de una sima; como si temiera la caída en un galope atropellado...

—¡Es usted como todos!, añadió.

¡Como todos! Esta frase, pronunciada con acritud, parecía una recriminación.

—Sí, soy como todos... Mas ¿usted qué ha supuesto? No vengo á referirle cuitas ajenas. La mujer que adoro es... usted.

—¡Yo!, ¡yo!..

Arrugósele el entrecejo; tembláronle los labios como deben temblarle al que fulmina una excomunión; mudó el color de aquel semblante; sintió todo su cuerpo una sacudida trágica; crispáronse aquellas manos diminutas y blancas, cayendo al suelo un soberbio abanico de concha y gasas que intenté recoger solícito.

—¡No!... ¡Salga usted!

—¡Señora!

—¡Salga usted de aquí!

La hermosa conservaba el brazo extendido, señalándome la puerta. Cogí el bastón y el sombrero y me incliné ceremoniosamente.

—Es usted tan mediocre, tan adocenado, tan inconveniente como sus otros congéneres. ¡Me *desacredita* usted!

—¡Señora! Por lo más sagrado, por caridad en último término, una explicación, dos palabras, media palabra...

—Ha visto la excepción que hice con usted, permitiéndole la entrada en este templo. Porque este cuarto, caballero, por si usted lo ignoraba, es un templo, y yo su única diosa.

Creí haber sido adivinada; creí que sabría usted prescindir de la mujer para admirar la artista; ser el confidente que yo he soñado, un confidente discreto, generoso, leal, hombre, porque el arte necesita de la masculinidad, el más elevado, el más entusiasta, el más vigoroso; quise convivir con usted en este maridaje espiritual...

Me *desacredita* usted, confieso mi torpeza. Seguramente que en mis apretones amistosos, que en la entrega de mi retrato, simple ofrenda del culto que aquí se practica, habrá supuesto usted mezclados estímulos, adhesiones, quién sabe si torpes condescendencias... Entre las frivolidades mundanas, será usted un ortodoxo; aquí dentro, es usted un hereje. Yo me debo á mi arte: los hombres todos son una cifra negativa junto á la cifra dorada de mi reputación. Vaya usted con los catecúmenos de frac y monoclo que merodean á la puerta de mi templo invitando al placer de unas horas en un billetito cursi que para otras mujeres de mi laya suele ser un cheque de unos cientos de francos. ¡Vaya, vaya con Dios!..

Y como intentara hablarla antes de separarme de ella para siempre, me interrumpió:

—Va usted á saber del todo mi secreto: tengo también una pasión.

—¡Una pasión!

—Una sólo.

Y señaló su gentil continente reflejado en la bruñida luna del armario.

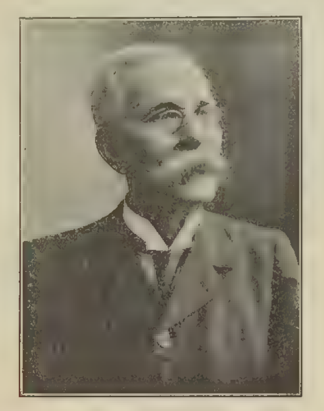
—¡Comprendo!..

—Salga usted y no lo olvide jamás... ¡Me adoro á mí misma!..

(Dibujo de Triadó.)

LA REPÚBLICA DE PANAMÁ

En las interesantes revistas hispano-americanas que mensualmente publicamos debidas á la pluma de nuestro distinguido colaborador D. Ricardo Beltrán y Rózpide, habrán podido nuestros lectores seguir el curso de los acontecimientos que han dado lugar á la creación de este nuevo Estado de la América meridional. Como se trata de hechos muy recientes, creemos ocioso repetir lo que en dichas crónicas está minuciosamente explicado, y al publicar



D. Manuel Amador, Presidente de la República de Panamá

en el presente número los retratos de los principales personajes que se hallan al frente de los destinos de la flamante República, nos limitaremos á reproducir el acta de independencia de ésta como documento histórico curioso.

Dice así:

ACTA DE INDEPENDENCIA DEL ISTMO

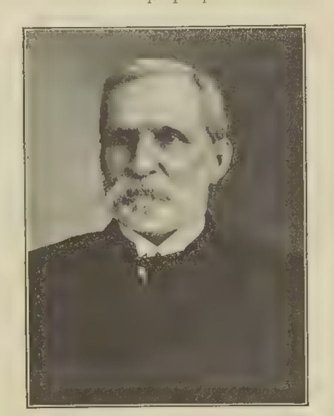
«En la ciudad de Panamá, cabecera del Distrito del mismo nombre, á las tres de la tarde del día cuatro de Noviembre de mil novecientos tres, se reunió por derecho propio el Concejo Municipal con la asistencia de los señores Concejales Aizpuru Rafael, Arango Ricardo M., Arias F. Agustín, Arosemena



El general Esteban Huertas, jefe de las tropas colombianas en el istmo de Panamá, que cooperó eficazmente á la independencia de la nueva República.

Fabio, Brid Demetrio H., Chiari R. José María, Cucalón P. Manuel J., Domínguez Alcides, Lewis Samuel, Linares Enrique, Mc Kay Oscar M., Méndez Manuel María y Vallarino Darío, el Alcalde del Distrito y el Personero Municipal, y teniendo el exclusivo propósito de deliberar respecto de la situación en que el país se encuentra y resolver sobre lo más conveniente á la tranquilidad, al desarrollo y al engrandecimiento de los pueblos que constituyen la entidad etnográfica y política denominada Istmo de Panamá, se consideraron detenidamente por los señores Concejales Arias F., Arosemena, Chiari, Brid, Cucalón P., Aizpuru, Lewis y Linares de los hechos históricos en virtud de los cuales el Istmo de Panamá, por su propio estímulo y en esperanza de procurarse los amplios beneficios del Derecho y la Libertad, desligó, el veintiocho de Noviembre de mil ochocientos veintiuno, sus destinos de los de España, y espontáneamente asoció su suerte á la de la Gran República de Colombia.

»Hiciéronse reflexiones tendientes á establecer que la unión del Istmo con la antigua y moderna Colombia no ha producido los bienes que de ese acto se aguardaron; y en extensa consideración se hizo mención particularizada de los grandes é incesantes agravios que al Istmo de Panamá le han hecho en sus intereses materiales y morales, en todo tiempo, los Gobiernos que en la Nación se han sucedido, ora en las épocas de Federación, ora en las del Centralismo; agravios que en vez de ser atendidos y patrióticamente remediados por quienes debieron serlo, cada día se aumentan en cantidad y se agravan en importancia, con persistencia y ceguedad tales que han desarraigado en los pueblos del Departamento de Panamá la inclinación que por pura voluntad tuvieron á Colombia, y demostrándoles que, colmada la medida de las querellas y perdidas las esperanzas en el futuro, es el momento de desatar unos vínculos que lo retrasan en cuanto tiende á la civilización, que pone obstáculos insuperables al progreso y que, en suma, les produce infelicidad contrariando y haciendo completamente nugatorios los fines de la sociedad política en que entraron movidos por la necesidad de satisfacer la obligación de prosperar en el seno del Derecho respetado y de la Libertad asegurada.



Dr. José Domingo Obaldía, segundo Vicepresidente de la República de Panamá y Ministro cerca del gobierno de los Estados Unidos.

»En virtud de las consideraciones expuestas, el Concejo Municipal del Distrito de Panamá, fiel intérprete de los sentimientos de sus representados, declara, en forma solemne, que los pueblos en su jurisdicción, se separan desde hoy y para lo sucesivo, de Colombia, para formar con las demás poblaciones del Departamento de Panamá, que aceptan la separación y se le unan, el Estado de Panamá, á fin de constituir una República con Gobierno independiente, democrático, representativo y responsable, que propenda á la felicidad de los nativos y de los demás habitantes del territorio del Istmo.

»Para llevar á la práctica el cumplimiento de la resolución que tienen los pueblos de Panamá, de emanciparse del Gobierno de Colombia, en uso de su autonomía y para disponer de sus destinos, fundar una nueva Nacionalidad, libre de poderes extraños, el Concejo Municipal del Distrito de Panamá, por sí y en nombre de los otros Concejos Municipales del Departamento, encomienda la administración, gestión y dirección de los negocios, transitoriamente y mientras se constituye la nueva República, á una Junta de Gobierno compuesta de los señores José



Mr. W. W. Russell, Ministro de los Estados Unidos cerca del gobierno de Panamá

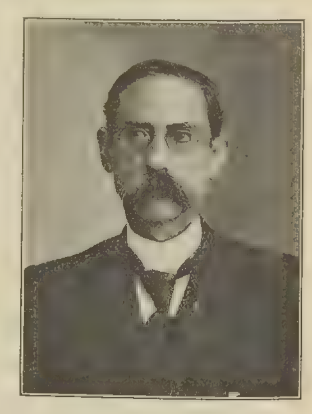
Agustín Arango, Federico Boyd y Tomás Arias, en quienes, sin reserva alguna, delega los poderes, autorizaciones y facultades necesarias, amplias y bastante para el satisfactorio cumplimiento del cometido que en nombre de la Patria se les encarga.

»Se dispuso convocar á la población de Panamá á Cabildo Abierto, para someter á su sanción el acuerdo que entraña la presente Acta, que se firmó por los Dignatarios y los miembros presentes de la Corporación.»—X.

BARCO AMARRADO

Un año apenas llevaba de navegación Venancio, piloto en el *Antzoras,* hermoso vapor de una compañía bilbaína.

No recorrían línea fija, dispuestos á todo con tal de encontrar buenos fletes. Primero llevaron á la China víveres y municiones para las fuerzas expedicionarias, después provisiones al Transvaal. A la vuelta cayó sobre ellos como una bomba la noticia de que, en plena crisis por la constante depreciación



Dr. Pablo Arosemena, primer Vicepresidente de la República de Panamá y Presidente de la Convención Nacional

de los fletes, la compañía había decidido amarrar el barco.

Con la muerte en el alma se despidieron del vapor, que parecía un inválido acometido por la parálisis en plena robustez.

Al pobre mozo, anonadado por el golpe que le

inutilizaba esterilizando su actividad, su ansia de trabajar, su afición ardiente por la vida del mar, á la cual le arrastraba su instinto aventurero, no se le ocurrió otra cosa que volver á la casería de sus padres, colgada sobre la costa brava; otro barco anclado que había llenado su infancia de afán curioso por ver lo que había tras de la línea vaga del horizonte.

El desconcierto y asombro de los viejos le oprimió el corazón. ¿No era el barco fuerte y joven como su hijo? ¿Por qué pararlo? Jamás la tierra se niega á ser fecundizada por el surco, mientras brazos vigorosos guíen la yunta. Aunque la cosecha sea problemática y escasa, no duerme la laya, ni se enmohece el arado. ¿Acaso el mar no fecunda siempre, en los surcos espumosos que en él trazan las quillas, la simiente de la energía humana?

Nada dijeron al hijo, cuya pena adivinaban. El, vestido como un señor, hecho á la vida inquieta y bullidora, ¿cómo se acostumbraría á la monotonía campesina?

Al día siguiente vieron que, como buen hijo de su raza, no daba al abatimiento el cebo de la ociosidad. Los que amarran los barcos nuevos no han de lograr que se inutilicen con la herrumbre de la holganza los brazos jóvenes. A falta de surcos de espuma hechos con la tajante proa, se abren otros en la tierra dura guiando el arado; si el mar rechaza al hombre, la tierra es madre, pobre y vieja, parsimoniosa y avara, pero madre al fin, propicia siempre á los afanes y desvelos de sus hijos.

Para dar el pobre á sus ojos el espectáculo incomparable de la llanura azul, guiaba el arado cara al mar que desde la heredad en vastos horizontes se descubría. Contemplábalo con tal embeleso, que más de una vez llegó á imaginarse que la esteva era la caña del timón y que avanzaba con lentitud por el piélago en calma.

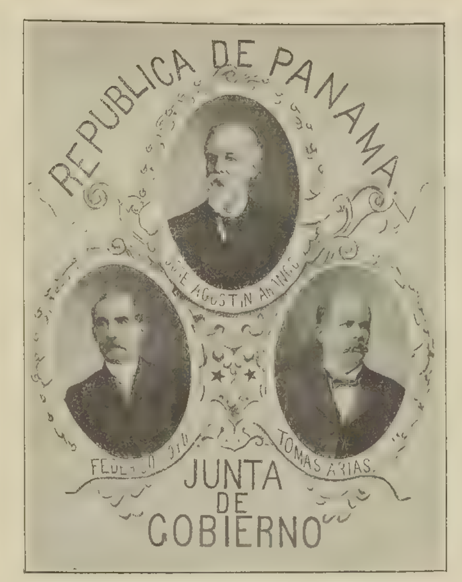
Daba descanso á los pesados bueyes cuando alcanzaba á divisar en lontananza leve columna de humo que señalaba el paso de un vapor. Con avidez ansiosa le miraba, y dando tormento á los perspicaces ojos adivinaba, por señales casi imperceptibles, cuál era... En él navegaban compañeros más dichosos. Le parecía verles en su puesto, de guardia sobre el puente, trazando el recto surco que llevara el buque á su destino, velando con atención constante para evitar uno de esos choques cuya frecuencia hace creer que el mar va resultando camino estrecho para la actividad del hombre.

Cuando se perdían detrás del cabo, continuaba él su labor lanzando un suspiro, y siguiéndoles con el pensamiento, se imaginaba la llegada al puerto, el trajín de la descarga y las rumbas luego con gente moza reunida por el azar, contándose de sobremesa estupendas maravillas y peligros, sufridos por unos en los baguíos y temblores de las islas de Oceanía, por otros entre los *ice-bergs* de las regiones polares.

¡Y él amarrado como su barco!

Un día arrancó de entre las crueles manos de unos chiquillos á un *icho-chori* al que habían cortado los vuelos, y le dió asilo en el corral de la casa.

Y con íntima simpatía le cuidaba, viendo en él á su propia imagen. También aquel hijo del mar se aburría en tierra, amortecido y melancólico. Los dos, ansiosos de volar,



Junta de gobierno de la República de Panamá nombrada por el acta de independencia de 4 de noviembre de 1903

Escudo de armas de la República de Panamá é individuos que componen la Convención Nacional de la República

tenían las alas cortadas. ¿Cuándo renacerían las plumas permitiéndoles tender el vuelo?

Hizo en sus ratos de ocio una singular veleta, á cuyos extremos dos botes con las velas desplegadas giraban por los aires, persiguiéndose veloces á cada ráfaga. En los días de calma chicha, las velas caían lacias, el *icho-chori* se adormitaba aburridísimo y él sentía un cansancio inmenso. Entre aquellos aldeanos á quienes apasionaban menudencias referentes á tierras y ganados que no lograban interesar su atención, se sentía tan fuera de su centro, tan abandonado y solitario como el ave marina entre la volatería del corral, donde las gallinas se apartaban de ella cacareando, entre asustadas y desdeñosas.

Algunas veces, para entretener su hastío, salía á pescar en un bote: llevaba consigo al *icho-chori*, que parecía otro, animado y vivo al mecerse en el agua. El también se emborrachaba de aire de mar, bebido á grandes bocanadas, y se mecía en el bote exagerando de intento las sacudidas de las olas.

Pero al poco rato la embriaguez se disipaba: aquel mar de estrecho horizonte que desde la embarcación menguada aparecía, no era el de sus recuerdos, el que veía desde el puente á través de la melena de humo y entre los cordajes de la jarcia de su vapor. Aquí el mar ondulaba con vaivén perezoso de mecedora, mientras que en la rápida carrera de su barco las ondas rizadas corrían hacia atrás, como veloz corriente de río caudaloso que el buque remontara forcejeando.

También el ave marina acababa por refugiarse en el bote, contemplando huraña y mustia la inmensidad del aire, que ya no era camino abierto para sus alas impotentes.

Los días de temporal el mar llenaba con sus rugidos de locura la casería: lanzaba el pájaro marino el agudo chillido de las tempestades, agitando las alas, electrizado y nervioso; los botes de la veleta se perseguían en desesperada carrera, haciendo gemir el eje enmohecido como queja doliente por no poder dilatar su trazado camino, y Venancio, desunciendo los bueyes, se sentaba absorto en el acantilado siguiendo con la vista las azarosas proezas de los pescadores, que sorprendidos por el huracán, luchaban por forzar la barra espumosa y penetrar en el puerto. Mar adentro un quechemarín capeaba el temporal, y él, subyugado por el espectáculo de la lucha contra los elementos, se revolvía como fiera enjaulada, vociferando consejos y órdenes de maniobras salvadoras que no podían llegar hasta el buque:

—¡Carga mesana!.. ¡Arria la cangreja!.. ¡Iza foque!..

El quechemarín desaparecía á lo lejos y el pobre *amarrado* se mordía los puños de rabia...

Con la primavera llegaron las romerías, encanto de la gente moza.

Acudía á ellas por la fuerza de la costumbre y se aburría mortalmente. Iba vestido de labrador: el traje de fino paño azul hecho en Inglaterra, las botas de piel de Rusia por las que pagó una libra esterlina en Nueva York, guardadas estaban. No se las ponía porque no eran de él: eran del *otro*, del que navegaba, ganando con su industria lucida paga; fuera engaño adornar con tales galas al labrador de ocasión que conquistaba apenas el pan de cada día.

No quería bailar porque las aldeanas se mostraban para con él acortadas y confusas, mientras las señoritas que en alegre bando paseaban entre los corros de los ciegos sus trajes claros, defendiendo del sol su fina tez con sombrillas de seda de colores vivos, se hubieran mostrado sorprendidas é inquietas ante la invitación de un aldeano.

Un día, sin embargo, invitó movido por misterioso impulso á una preciosa señorita, que accedió á su ruego con graciosa cordialidad.

Ella, adivinando con sutil instinto que el burdo traje no era el propio del gallardo mozo, descubrió el secreto y le trató con delicada consideración, que fué bálsamo reconfortante para aquel corazón desmayado. Para las heridas de amargura y desaliento de los pechos juveniles, Dios ha dado á la mujer misteriosos y eficaces remedios que ella sola sabe.

Cuando volvió aquella vez de la romería, llena su alma con la gentil imagen de Inés, llevaba erguida la cabeza y alto el pensamiento al recordar las animosas palabras de la joven.

¡Fuera desmayos! No duraría cien años aquel mal que le afligía: era pasajera enfermedad y no lesión incurable. Tiempos mejores le devolverían á su vida de actividad y de trabajo: pingües ganancias, acrecentadas en lo porvenir por economía estrecha, le permitirían más tarde ganar el dulce derecho de aspirar sin parecer soberbio á llamar suya á aquella niña que le había tratado sin orgullo, á aspirar á aquella suave mano que había curado sus heridas con sólo tocarlas.

Volvieron á verse en las romerías: él, después de muchas vacilaciones, decidió seguir vistiendo el traje de labrador, aunque adornándolo, sin darse cuenta, más de lo acostumbrado. No volvió á sacarla á bailar; pero ya las tardes le parecían cortas al emplearlas en seguir á hurtadillas á la niña, respondiendo con deliciosa confusión á su amistoso saludo y ruborizándose hasta los ojos si resultaba descubierto en su acecho de espía.

Un día, al entrar en el corral, sorprendió al *icho-chori* ensayando su vuelo.

Aquello le pareció excelente presagio: también sus alas renacerían en breve y podría volar hacia el porvenir.

Era preciso dar libertad al ave afortunada, ante la cual se abrían de nuevo los caminos del aire.

La llevó á lo más alto del acantilado, sobre un paredón de rocas cuyo pie baten las olas sin cesar. Una emoción extraña oprimió su pecho al separarse de su compañero de penas. Extendió su brazo manteniendo un momento al ave sobre el abismo, la retiró para llevársela á los labios, la soltó luego y dijo «¡Adiós!,» siguiéndola con la mirada hasta que se desvaneció en la lejanía.

Pocos días después, vestido ya para la romería, recibió la orden de incorporarse á su barco.

Sin un gesto, sin una exclamación, corrió hacia el arca donde estaban guardadados su traje azul hecho en Inglaterra, sus botas de piel de Rusia, sus galas todas de marino.

Vestido con ellas se presentó á sus padres, orgulloso y contento, abrazándolos largamente entre lágrimas de alegría de los viejos...

¡Y á la romería á escape!

Acogíanle por todas partes saludos y enhorabuenas, que él aceptaba encantado y risueño... Pero ¡qué largo es el camino de la impaciencia! Juraría que tardó un siglo en llegar. ¿Y si no estaba ella?

Sólo de pensarlo se aguó su contento y se le alargó la cara como á un niño temeroso. ¡Sí, allí estaba!.. El la vió desde lejos, la más bella del grupo de los trajes claros y las sombrillas de colores.

Puso la proa hacia ella, Norte inmutable por el que habían de guiarse ya todos los rumbos de su vida. La niña, ruborizada y confusa, le vió acercarse sin dar crédito á sus ojos, y aquella vez él fué quien tuvo que saludarla primero.

Bailaron juntos toda la tarde, sin hablarse apenas, él curado de tristezas y desalientos, pisando firme en la senda segura de la vida; ella dejando transparentar discretamente su contento, acogiendo con alegre sonrisa las bromas y plácemes de sus amigas.

El marino dirigió un aurresku, en el que hizo derroche de agilidad y brío: también á él le habían crecido las alas como al *icho-chori*...

Y sin previo acuerdo eligieron para él, como pareja, á la gentil doncella, ante la cual se deshizo en saltos, trenzados y reverencias, mientras la niña, á cuyos pies habían echado las boinas todos los bailadores, recibía ruborosa aquellos homenajes.



El emperador Carlos I, busto en bronce obra de Pompeyo Leoni. (Museo Nacional de Madrid.)



El MALACCA El ALLANTON El PRINZ HEINRICH

Buques capturados ó registrados por los rusos, dibujos de F. L. Blanchard.

El *Malacca* y el *Prinz Heinrich* fueron apresados por los cruceros de la flota voluntaria rusa en el mar Rojo. El *Allanton* lo fué por la división naval rusa de Vladivostok.

Caía la tarde: se despedían todos para emprender el regreso, cuando él dijo á la niña:

—A navegar voy otra vez... ¿Ya me esperará usted?

Ella, encendida y trémula, respondió con la mirada.

—¡Buen viaje!, le dijo.

Y añadió en voz baja:

—¡Hasta la vista!..

. . . .

El barco amarrado recobra vida nueva.

Gente presurosa sale y entra por sus escotillas, completando los preparativos de marcha. La melena de humo se riza entre la jarcia, y el vapor se escapa jadeando de los pulmones del gigante.

Ruge la sirena, se oyen los presurosos golpeteos de la hélice y la pesada mole se pone en marcha.

Venancio va sobre el puente, atento á la maniobra, recibiendo como una caricia el brisote duro que el mar le echa al rostro en aliento formidable.

Vuela hacia el Océano que adora; pero su pensamiento le lleva á pesar suyo hacia el campo en que verdea el fruto de su esfuerzo, hacia la aldea donde mora la que ama.

Piensa en que si el mar es el camino franco, en la tierra está el puerto; que si el barco joven debe trazar, mientras pueda, en los revueltos mares el surco fecundo de la humana labor, ha de ser Norte de sus afanes el tranquilo fondeadero, para cuando la vejez le haga barco amarrado para siempre.

JUAN ARZADUN.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – COCINA DE CAMPAÑA JAPONESA. COCIENDO EL ARROZ PARA EL EJÉRCITO

(Dibujo de A. Michael, de un croquis del natural de un artista japonés.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El suceso más importante ocurrido con posterioridad á nuestra anterior crónica ha sido la toma de Ta Chi-Kiao y de Niu-Tchuang por los japoneses, después de tres días de reñidos combates. El 22, por la noche, hubo los primeros encuentros y en la mañana del 23 la artillería japonesa atacó las posiciones rusas; poco después entraron en acción dos divisiones de infantería japonesas, y al anochecer las avanzadas de éstos ocuparon la posición de Tan-Tchú, en donde vivaquearon. Reanudada la batalla á las cinco de la mañana del 24, los japoneses abrieron contra los rusos un violento cañoneo que duró hasta las cuatro de la tarde, hora en que atacaron enérgicamente al centro ruso, siendo rechazados. A las nueve de la noche terminó el combate, y en la mañana del 25 los rusos evacuaron las dos poblaciones antes citadas, que ocuparon inmediatamente los japoneses.

Los rusos, siguiendo el plan trazado por Kuropatkine y al cual obedecen todas las operaciones del movimiento de retirada iniciado desde hace tiempo, consiguieron su objeto, que no era otro que retrasar todo lo posible el avance del enemigo, disputándole el terreno palmo á palmo; pero los japoneses han logrado una gran ventaja apoderándose de Ta-Chi-Kiao y de Niu-Tchuang, sobre todo con la ocupación de esta última, que les hace dueños del puerto de In-Keú, importante base de operaciones por donde podrán en lo sucesivo realizar sus desembarcos. Por delante de este puerto se ha visto ya cruzar la escuadra japonesa escoltando veinte buques que conducen tropas, las cuales no tardarán en ser desembarcadas.

También prosigue el movimiento de avance de los japoneses por la parte de Liao-Yang, si bien es difícil averiguar con certeza la verdad de las operaciones que por aquel lado se realizan, ya por lo contradictorio de las noticias, según que procedan de uno ú otro origen, ya por la imposibilidad de seguir todos los movimientos de los ejércitos, dado que casi ninguno de los nombres de lugares se encuentran en los mapas. De todos modos, se sabe que se han trabado numerosos combates, algunos de ellos bastantes sangrientos, como el del día 19, en el que se dice que los japoneses tuvieron 424 bajas y los rusos un millar, y que aquéllos han ocupado importantes líneas estratégicas en los caminos de Liao-Yang y de Mukden. Dícese asimismo que el 24 se trabó una reñida batalla en la que los rusos obligaron á los japoneses á retirarse con grandes pérdidas.

Por el lado de Mukden avanzan igualmente, aunque con mucha lentitud, los japoneses, cuyo propósito parece ser cortar la línea de comunicaciones rusas en el Norte, es decir, en las inmediaciones de aquella ciudad.

En resumen, la situación general de los beligerantes en la Mandchuria ofrece la particularidad de que rusos y japoneses continúan consiguiendo lo que desde el principio de las operaciones unos y otros se propusieron, á saber: los rusos, retardar lo más posible el avance del enemigo; y los japoneses, ir avanzando á toda costa. De ello resulta, que los primeros al evacuar sus posiciones y los segundos al ocuparlas pueden atribuirse con igual derecho la victoria, ya que la retirada de los unos y el avance de los otros responden perfectamente á los planes de los respectivos generales en jefe.

La mayor parte de las noticias que se reciben de Puerto Arthur son de procedencia china y merecen, por ende, muy poco crédito. Por otros conductos se dice que los japoneses sufren grandes pérdidas al Norte de la plaza y que habiendo intentado recientemente un ataque fueron rechazados. Dícese también que el día 20 los sitiadores bombardearon la ciudad. Los números recibidos del diario *Novi-Krai* que en Puerto Arthur se publica, que alcanzan hasta el 11 de julio, no hacen la menor alusión á la famosa acción que, según se dijo, había costado á los japoneses 30.000 hombres: de ello se deduce que no sólo no hubo tal hecatombe, sino que ni siquiera hubo batalla, y que por consiguiente los sitiadores no experimentaron las pérdidas muy inferiores que dábamos como ciertas en nuestra crónica anterior, tomándolo de noticias que tenían todos los visos de fidedignas. El propio diario dice que el día 10 verificó una salida la escuadra, obligando á los torpederos japoneses á retirarse y regresando aquélla á la rada sin contratiempo alguno. En la noche del mismo día, 16 torpederos japoneses intentaron un ataque; pero habiendo sido descubiertos por los proyectores eléctricos, los fuertes los cañonearon vigorosamente, haciendo fracasar su tentativa.

Posteriormente la escuadra del almirante Togo ha bombardeado Kuang In-Chang, pueblo de la costa situado al Este de Puerto Arthur, habiendo sido el fuego de sus buques contestado por los fuertes de la plaza. El asalto de ésta parece que se ha aplazado para el mes de agosto, á consecuencia del retraso con que los japoneses reciben la gran artillería de sitio.

La división naval rusa de Vladivostok ha comenzado una nueva correría, pero no limitada como las anteriores al mar del Japón, sino dirigida al mar Pacífico, en donde ha penetrado por el estrecho de Tsugaru, que separa la isla de Nippón de la de Yeso. Sucesivamente se la ha visto delante de Hakodaté, en aguas de la provincia de Hitachi (región central de Nippón), al Sudoeste de Yokohama, enfrente de Katsuhura (punta meridional extrema de Nippón) y al Norte de la isla de Formosa. ¿Cuál es el objeto



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Soldados japoneses reparando las tumbas de los soldados rusos.
Dibujo de Frand Dadd, tomado de una fotografía.

Los japoneses han demostrado en esta guerra sus sentimientos humanitarios, no sólo prodigando á los heridos rusos los más solícitos cuidados, sino además dando sepultura á sus enemigos muertos en el campo de batalla.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Conducción de un prisionero ruso herido á las ambulancias japonesas.
Dibujo de F. S. Spence de un croquis del natural de Walter Kirton.

Con este sistema de conducción se evita lo más posible el traqueteo, pues los bambúes cortos de los cuales cuelgan las parihuelas hacen el efecto de resortes que amortiguan los movimientos bruscos. Los japoneses tratan con el mismo cuidado que á sus propios heridos á los heridos rusos.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El sitio de Puerto Arthur. Una batería rusa. (Dibujo de Koekkoek.)

de esta expedición de los tres cruceros? No se sabe á punto fijo; unos suponen que su propósito es hostilizar las costas orientales del Japón; otros, que van á proveerse de carbón, que tomarán de varios buques que les esperan en un punto previamente convenido; otros, que se proponen apresar algunos vapores norteamericanos salidos de San Francisco con material de guerra para el Japón; y no falta quien cree que lo que intentan es unirse con la escuadra de Puerto Arthur. Pero lo que sí se sabe positivamente es que ha echado á pique varias embarcaciones y apresado otras, contándose entre las primeras el *Knight-Commander,* vapor de 4.306 toneladas, procedente de Manila y antes de Nueva York, y entre los segundos el *Arabia,* vapor alemán de 4.438 toneladas. El *Knight Commander* no obedeció la intimación que

Guzmán el Bueno, escultura de José Alcoverro

los buques rusos le hicieron hasta que éstos dispararon el cuarto cañonazo de aviso; los rusos dieron diez minutos de tiempo á la tripulación para trasladarse á los cruceros y echaron luego á pique el vapor que, según ellos, transportaba material de guerra para los japoneses. En cuanto al *Arabia* y á otro vapor inglés cuyo nombre no se conoce aún, fueron enviados á Vladivostok.

Estos incidentes vuelven á complicar la cuestión del apresamiento del *Malacca* y del registro de la correspondencia del *Prinz Heinrich* de que nos ocupábamos en la anterior crónica y que parecía en vías de resolverse amistosamente, devolviendo los rusos el *Malacca,* dando el gobierno ruso las debidas satisfacciones por lo pasado y enviando á la escuadra voluntaria nuevas órdenes para el porvenir en evitación de otros conflictos.

Los vapores alemanes vendidos á Rusia, *María Theresia, Columbia, Fürst Bismarck, Augusta Victoria* y *Belgia,* han salido de Libau completamente armados. Estos barcos tendrán el carácter de verdaderos cruceros auxiliares, y como no habrán pasado los Dardanelos, nadie podrá negarles el derecho de visitar los buques neutrales y aun de capturarlos si transportan contrabando de guerra.

Escrita la presente crónica, el telégrafo nos trae la noticia de haber sido asesinado en San Petersburgo el ministro del Interior Sr. Plehve: dirigíase éste al palacio del emperador para despachar con el soberano, cuando al llegar cerca de la estación de Varsovia un individuo lanzó contra el carruaje una bomba que al estallar causó la muerte del ministro, del cochero y de varios transeuntes, heridas más ó menos graves á varias personas y daños en algunos edificios. El asesino fué detenido inmediatamente y según parece hállase también gravemente herido á consecuencia de la explosión del proyectil por él mismo lanzado. Este suceso, aunque directamente no ha de influir en el curso de la guerra, tiene grandísima importancia porque revela una situación alarmante en el Imperio, cuyos efectos pueden dejarse sentir de rechazo en el teatro de la lucha.—R.

NUESTROS GRABADOS

Concierto íntimo, cuadro de Alfredo R. Kemplen.—No todos los pintores modernos se sienten atraídos por lo que pudiéramos llamar problemas de actualidad, ni siquiera por las escenas de la vida ordinaria que todos los días ante sus ojos se desarrollan; algunos hay, y no pocos ciertamente, que, volviendo la vista al pasado, se complacen en reproducir personajes y episodios de tiempos que fueron, unos inspirándose en los grandes hechos de la historia, otros buscando más modestos, pero no menos interesantes asuntos en las pintorescas costumbres y en el modo de ser de nuestros antepasados. Los cuadros ajustados á esta tendencia no suelen ser de aquellos cuya contemplación deja el ánimo suspenso; pero por lo general, cuando son debidos á pintores de verdadero talento, ofrecen un encanto particular que constituye apacible deleite de los sentidos. Véase en prueba de ello el lienzo de Kemplen: colocado en una exposición ó en un museo no llamaría seguramente la atención del visitante como esas otras obras que desde el primer momento se imponen á los impresionables por la originalidad ó valentía de su asunto ó por constituir una nota de color que se destaca sobre las demás pinturas que la rodean; pero cuando los ojos del observador atento se posaran en ella, de fijo experimentaría éste una sensación agradable y plácida, que no deja de ser una de las formas en que se manifiesta la admiración hacia una creación artística.

***

Guzmán el Bueno, escultura de José Alcoverro.—La legendaria representación del heroico defensor de Tarifa ha servido de tema á los artistas españoles para producir obras tan recomendables cual la que reproducimos. El distinguido cuanto laborioso escultor Alcoverro ha rendido asimismo tributo al héroe, personificación de la lealtad, que encarna en cierto modo los elevados conceptos en que se inspira el patriotismo. La hermosa estatua de Guzmán el Bueno demuestra las aptitudes del artista y los nobles ideales en que se inspira.

***

El emperador Carlos I, busto en bronce de Pompeyo Leoni.—Interesante por más de un concepto es el busto en bronce del invicto emperador, que, obra del notable escultor Pompeyo Leoni, se conserva en el Museo Nacional de Madrid, ejecutada en el siglo XVI, á raíz del fallecimiento del César, reproduce los rasgos fisonómicos del monarca, cuyo nombre lleva consigo recuerdos de grandeza y significa un período de florecimiento para el arte patrio. La obra á que nos referimos es digna compañera de las que del mismo artista figuran en el Escorial y merecedora de conservarse en un Museo. De ella poseemos una notable reproducción en el Museo Municipal de esta ciudad, ejecutada por el procedimiento llamado de cera fundida por los señores Masriera y Campins, quienes tanto han contribuído para el florecimiento de la fundición artística en Barcelona.

***

Una aficionada, cuadro de Gustavo Bacarisas. – Digna pareja de otro lienzo importante que nos cupo la suerte de dar á conocer á nuestros lectores, *El Corso de noche,* premiado en una de las Exposiciones de Bellas Artes celebradas en esta ciudad, es el lienzo titulado *Una aficionada.* En uno y otro atestigua el Sr. Bacarisas su habilidad y maestría en obtener maravillosos efectos de luz, para producir notas admirables, recurriendo á asuntos y temas de la vida moderna, sin acudir á rebuscamientos, que restarían el valor artístico de la obra. Así debió apreciarlo el Jurado de la Exposición de Venecia, puesto que distinguió al artista con merecida recompensa.

Espectáculos. – *Barcelona.* – En el teatro de Novedades y ante una escogida concurrencia que llenaba todas las localidades, se celebró el día 24 la primera «Festa de la música catalana» instituída por el Orfeó Catalá. Abrió la sesión el presidente del Orfeó, Sr. Cabot, colocando un ramo de laurel junto al busto de Clavé, que estaba situado en el escenario, en pri-



Una aficionada, cuadro de Gustavo Bacarisas, premiado en la Exposición de Venecia

mer término; á continuación, el maestro Sr. Pedrell, presidente del Jurado, pronunció un hermoso discurso sobre la polifonía y la música popular y sobre la obra meritoria del Orfeó, á la que dedicó entusiastas elogios; y por último, el Sr. Millet leyó un bellísimo trabajo explicando los móviles del certamen y la significación y trascendencia de la fiesta que se estaba celebrando, y dando cuenta de las composiciones presentadas y del fallo del Jurado.

Obtuvo la flor natural la *Cançó dels segadors,* de D. José Sancho Marraco, quien eligió reina de la fiesta á la Srta. D.ª Francisca Margarit. Los demás premios fueron concedidos á los señores D. Domingo Más y Serracant por un coro mixto, composición religiosa; D. Joaquín Grant por una colección de melodías; D. Joaquín Pecamins por una colección de canciones populares; D. José Serra por una sardana; D. Federico Alfonso por la canción *Els estudiants de Tolosa,* armonizada á seis voces; y D. José Sancho Marraco por otra canción, también armonizada á seis voces, *Montanyas regaladas.* Obtuvieron accésit D. Francisco Araso, D. José Cogul, Pbro., y D. Francisco Montserrat, y menciones honoríficas D. Federico Alfonso y D. Francisco Pujols por dos colecciones de melodías originales.

Las composiciones premiadas fueron ejecutadas por el Orfeó Catalá y por varios solistas, mereciendo todas entusiastas aplausos.

Un elocuente discurso de gracias del Sr. Cabot puso fin á tan simpática fiesta, que ha iniciado para la música catalana la trascendental y meritísima obra que con tan excelentes frutos vienen realizando para la literatura de Cataluña los Juegos Florales.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.

AJEDREZ

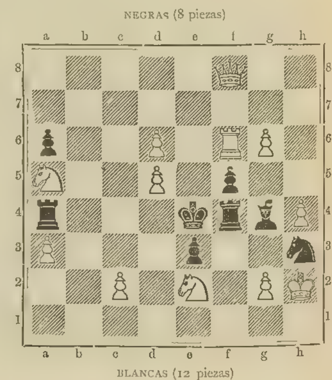
CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Se han recibido las composiciones siguientes:

ENVÍO N.º 1. - LEMA: «¡Oh, las matemáticas!» – BLANCAS: Rb1, De4, Th3, Ad1, Cd2, Ph5 (6 piezas). NEGRAS: Rd7, Th8, Af8, Pc7, d6 y h6 (6 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ENVÍO N.º 2. – LEMA: «Hiemi.»

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

(Se continuará)

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

»¡Ah, cuando la entere y se dé cuenta de todo! ¡Aún me dura á mí el efecto de la confidencia de aquellos dos truhanes de la ferretería!..

»Dime las horas de entrada y salida del pájaro italiano: es preciso y conveniente, por mil razones, que yo no me tropiece con él; ante todo, hay que evitar más historias, y yo no quiero voces ni disputas: cumplido mi penoso deber, que se arregle Jerónima como mejor le parezca... Sea este arreglo bueno ó malo, no creo equivocarme al asegurar que el italiano tendrá forzosamente que levantar el campo; porque Jerónima será maniática, y en este desdichado asunto habrá demostrado poco juicio y ni sentido común si quieres, pero es de rectas intenciones, y aunque hayas tú visto cosas que parecen reñidas con la decencia, debes disculparla: alguna razón oculta las justificaría, que ella no podía confiarte. Jerónima es honrada, á despecho de las apariencias, y debes amarla y respetarla, Leoncita, creémelo á mí, á tu viejo primo, que, casi casi, es tu padre. Yo también la he acusado y juzgado mal; ahora la compadezco y no la reprocho sino su inexcusable debilidad. ¡Desgraciada Jerónima!

»Pronto, pues, saldrás de la cárcel en que te encerró tu ofendida dignidad, y de la que no te he sacado antes, ya sabes... por eso.

»Dos noticias para concluir: que tu ex Jorgito vino á verme el domingo, no sé con qué pretexto, y castigué su audacia mandándole á paseo después de cruzarle la cara con esta frase: «Celebro muchísimo el rompimiento, y crea usted que me ha proporcionado la más grande y franca alegría, porque un tipejo de su calaña, no se merecía la joya de nuestra Leona...» Y es la verdad, hija, ¡qué alegría, qué regocijo inmenso! Para haraganes en casa, que todo lo esperan del Estado, basta y sobra conmigo. Soy modesto y lo confieso. La otra noticia es esta: que según carta de Catamarca, fecha del sábado, está Socorro en las últimas... Todavía hay justicia, Leoncita...»

Atolondrada quedó Pantaleona de las incoherencias y tapujos de la carta de Monreal, y cuanto más la releía, menos sentido la desentrañaba: ¿qué descubrimiento sería ese de la ferretería? La honradez de misia Jeromita y las cosas vistas *reñidas con la decencia*, no pegaban, á la verdad, ni con cola... Estos y todos los párrafos de la carta misteriosa, enhebrados sin lógica, la confundieron penosamente. Mientras volcaban las nubes sus cantaradas de agua, estremeciendo la puerta el viento, se afanaba por descifrar la joven el enigma de Monreal... Estaba muy flaca; los disgustos y el encierro habían apagado sus hermosos colores y acentuado sus ojeras azuladas; envuelta en un mantón de lana, recogida en la butaca, tiritaba de frío, bajo la llamita del gas, único fuego que las preocupaciones y la costumbre consentían en la alcoba.

De pronto, ayudado por Aurora, que traía el servicio, abrió el aire la puerta con grosería, intentó apagar la luz, dió un beso helado á Pantaleona, alborotó sus rizos y le arrebató la carta, que volando, se elevó hasta el techo y abatió sus blancas alas sobre el pico del gas, pereciendo abrasada con todos sus misterios... Gritó la mulata, y Pantaleona corrió á arrojar fuera al intruso, que continuó dando topetazos contra la puerta cerrada.

—¿Ha oído usted, niña?, dijo Aurora temerosamente. El trueno ha reventado en el dormitorio de la señora... ¿Oye usted? Es con el señor.

Se escuchaba, en efecto, el rumor de disputa; pero la joven, que no soltaba á la espía palabra utilizable para sus tenebrosos mensajes, se limitó á aligerarla del servicio, poniendo sobre un velador el plato de sopa, el filete, el asado, el postre, la botella de vino, el pan... Quitó luego el anillo de hueso á la servilleta, y, sentándose, la puso debajo de su barbilla. Comprendió Aurora que no estaba el ama para conversaciones, y se largó á la cocina, refunfuñando.

Pantaleona sumergió la cuchara en el plato de sopa, con evidente desgana. ¡Sí, disputaban! La voz de misia Jeromita traspasaba los tabiques, y, dominando á la tormenta, llenaba la casa como clarín de guerra: largos parlamentos sostenidos en el mismo tono agudo, que apenas terminaban, sin dar tiempo á la réplica, empezaban de nuevo forzando el diapasón; entre uno y otro, apenas lograba la vocecilla de Fortunato intercalar una piada tímida, que súbitamente sofocaba la señora. Mas ni una sola frase que diera idea del motivo del alboroto podía atraparse; y Pantaleona, asustada, abandonó la cuchara en el plato, renovándose la lucha interna que en dos meses de cavilaciones la había extenuado: ¿quién era aquel hombre? ¿Cómo debía juzgar lo que veía y lo que oía? Monreal, el bondadoso primo, apartado de la casa por la misma razón que á ella, falta de mejor recurso, la confinó en el fondo de su alcoba, acababa de proclamar la honradez y buena intención de misia Jeromita... ¡Extraño misterio! El filete se enfriaba, cuajándose la olorosa salsa en que aparecía bañado, y la joven, empuñados tenedor y cuchillo, se distraía con el bullicio de la contienda doméstica.



Misia Jeromita dormía

Sonó un portazo, y por la vereda de ladrillo, bajo la lluvia, pasó Fortunato de prisa; y á poco, en el comedor, el arrastrar de sillas y repiquetear de cubiertos anunciaron á Pantaleona que el enemigo se apercibía á comer filosóficamente. ¿Sólo? ¡Ah! Por desgracia, el tapón de papel que cerraba el ojo de la llave, tan lindamente descubierto á horquillazos, había sido reemplazado por duro yeso, imposible de desalojar... Pero ahora incitaba muy poco la curiosidad á Pantaleona, preocupada con el anunciado desenlace de una situación ya tan grave, que cuanto ocurrir pudiera serviría para el estallido de la mina. A pesar de los dos meses de desesperada resistencia que había llevado con fatiga, amenazada, sitiada, befada de mil maneras, herida en sus amores inocentes y en su felicidad, comprometidas su salud y su buena fama, estaba dispuesta á perdonar á la hermana, á disculparla también, á creer que todo lo sucedido, por singular (no quería calificarlo con término más apropiado), por singular que la pareciese, fué pesadilla suya y caprichosa fantasía: es decir, que allí no había pasado nada, según lo insinuaba Monreal en la carta enigmática; y aunque esto la costara muchos reparos y el sacrificio de su dignidad, de buen grado lo acataría siempre que el extranjero, cuyos esfuerzos por congraciarse con ella en la dolorosa temporada rechazó desdeñosamente, saliera de la casa.

Solo comía, sin duda, porque no se escuchaba más voz que la suya. Y al cabo sintió que se retiraba á su cuarto, tarareando una de esas cancioncitas pegadizas de su repertorio, que la alteraban los nervios; luego, nada más que el ruido del fregoteo de Aurora en la cocina y los azotes de la lluvia en las paredes.

A las nueve vino Aurora á recoger el servicio y anunció «que la señora no había comido, del disgusto, pero que el señor se puso á reventar, como si tal cosa.» La despidió Pantaleona, y junto al cristal quedó mirando al embalsado jardincito, cómo doblegaba el viento á los raquíticos arbustos, chapuzándoles en el lodo á su sabor, arrancándoles las hojas y maltratándoles cobardemente, y cómo se erguían ellos de nuevo y hacían frente al adversario, que otra vez les tumbaba para que volvieran á enderezarse, valiéndoles de escudo su insolente debilidad; el molino de Blümen daba volteretas rapidísimas, con lúgubre trepidar de su elevada armadura, y los giros de sus aspas blancas y rojas, en la obscuridad, fingían un ojo inmenso de algún gigantón colocado allí de centinela. El agua caía en gruesos chorros, abundantísima, con la rabia y la violencia de una catarata desbordada; en la calle formaba arroyo tumultuoso, anegaba el jardín y amenazaba inundar la habitación... A poco, resbalando en el umbral, se deslizó mansamente por las junturas bajas de la puerta, y la joven acudió con paños para contenerla, retorcidos y apretados de suerte que formaran dique; al mismo tiempo, y mientras en la puerta se atajaba la invasión, por el techo, revestido de simple lienzo blanqueado, se colaba también el agua, que en tres puntos á la vez comenzó á dejar caer goteras copiosas; aquí fué el correr de Pantaleona, con cubos y otros recipientes, ó ya apartando muebles y enjugando la alfombra, porque, mojado el dique de trapo, los delgados arroyuelos la calaban lastimosamente y se extendían á capricho: reforzó la valla primera, y con mil fatigas logró arrastrar hasta el centro de la habitación la pesada cama de bronce, cuyo inundado baldaquín dió en gotear sobre la colcha de seda. Más llovía dentro que en una mala tienda de campaña; de los bordes del cielo raso caían las chorreras libremente, y el lienzo quedó al cabo tan preñado de líquido, que la reclusa pensó si se le desplomaría encima; había sacado las estampas de las paredes y cuantas bonitas chucherías las decoraban, vuelto las cortinas y los extremos de la alfombra, haciendo el menor ruido posible entre la acompasada música de los cántaros.

Sofocada, se sentó en el lecho, único sitio donde no podía humedecerse los pies, y miró con desconsuelo la revuelta alcoba, sobre todo aquella amenazadora hinchazón de arriba, ubre repleta que el propio peso haría desgarrar y expondría al naufragio el arca de su salvación... ¡Valiente noche! Así la pasaría, vigilante, bien despabilada, envuelta en el mantoncito protector, antes que pedir asilo á la hermana Jerónima. Afortunadamente, la fuerza de la lluvia menguaba por grados y el temeroso desenfreno de la tormenta; en cambio, otros rumores se percibieron, gritos confusos de animales, angustioso mayar de gatos y alertas del gallo con aleteos de susto en el corral. ¿Qué sería?

Pantaleona se calzó unos zuecos enormes, que la servían para andar por la huerta, se ciñó á las piernas la falda, se echó el mantón á la cabeza, encendió una linternita, cogió un paraguas y salió valientemente... Eran las diez: contándolas estaba el reloj del comedor, y aunque no llovía tanto, la joven hubo de marchar con precaución chapoteando el agua del jardín, convertido en lago; sin duda, todas las habitaciones expuestas á la inclemencia, sin tejadillo de

protección ó galería, debieron ser también inundadas: al menos, la cocina, donde Aurora olvidara un cabo encendido, aparecía con el agua al nivel del fogón y flotando cacerolas, sartenes, y la fresquera como barca pronta á zozobrar. El patio interior era río, que no pudiendo desaguar por el atascado albañal, todo lo cubría y arrastraba; y aquel mayar de los gatos tenía por causa deplorable el que *Patitas Blancas* y *Barcino*, expulsados de la cocina, se habían refugiado en una rama de la higuera, donde no se hallaban á su gusto, mezclando sus quejas á las protestas de la muchedumbre gallinácea, hasta cuyas estacas llegaba la inundación. A la luz de la linterna vió Pantaleona los estragos del temporal: las hortalizas destrozadas, ahogados algunos conejos, que la corriente se llevaba, entre otros objetos, con un cajón en el cual una clueca y sus polluelos náufragos imploraban auxilio con toda la fuerza de sus picos aterrados.

¡Ah! No á humo de pajas dieron *Barcino* y el rey del gallinero sus voces de alarma. Costó á la compasiva muchacha Dios y ayuda el difícil salvataje: abandonado el paraguas, que la servía más de estorbo que de defensa, colocó un grueso madero entre la higuera y el sotechado del corral, á modo de puente, que los mininos apresuráronse á cruzar, tieso el rabo y espeluznados del susto, yendo á refugiarse en seguro recoveco; abrió luego Pantaleona la puertecilla del gallinero, porque las aguas tuvieran más ancha salida y las mismas aves en caso de peligro, y con un garfio de hierro pescó la cesta de aquellos nuevos Moisés, muchos de los cuales, empapado el amarillo plumón y ateridos, estaban á punto de fenecer miserablemente. No se mostró la faraónica princesa más tierna y conmovida en paso semejante, que Pantaleona al recoger y dar calor en su seno á los inocentes bichos, enjugándolos con cuidado, oreándolos con su aliento, mientras la clueca, debajo del delantal, roncaba, desconfiada...

A todo esto, el siniestro concierto de la tempestad y un frío intenso reinaban en el contorno; ni la misma Aurora, cuya habitación daba á la huerta, había sentido nada que pudiera enterarla de las proezas de la valerosa niña. Ni Aurora ni nadie..., es decir, ¿nadie? Cuando Pantaleona volvía camino de su alcoba, la luz del cuarto de Fortunato se apagó de pronto y giró el picaporte. Apenas tuvo ella tiempo de esconder la linterna y pegarse al muro. Sigilosamente salió Fortunato, avanzó por la vereda de ladrillo, tanteando las paredes para guiarse, avanzó un poco, avanzó más... ¿Adónde iba? ¿A la calle? Misia Jeromita guardaba la llave, y de la casa no podía salir sin su permiso. ¡A la calle, á tales horas! Echóse á temblar Pantaleona, no sabia si de emoción ó de frío. Entre tanto, Fortunato había llegado á la puerta de misia Jeromita, la empujaba, daba en ella discreto repique de nudillos.

La angustia y el asombro de Pantaleona subieron de punto. ¡Qué audacia! El infame... Seguramente la hermana no le abriría, no le abriría... Y misia Jeromita le abrió, con sigilo igual al suyo; cerróse la puerta y reinó de nuevo el silencio.

—¡Dios mío!, murmuró Pantaleona estupefacta, ¿estaré yo soñando? Y si es cierto lo que acabó de ver, ¿debo seguir creyendo, como lo ha dispuesto Nepomuceno, en la virtud de Jerónima?

Se refugió en su alcoba, acomodó á sus protegidos en sitio apropiado y caliente, se quitó los zuecos, se mudó de falda... ¡Porque pensar en dormir, revuelto todo como estaba y convertida en un avispero su cabeza! Con el gesto fruncido, echada á medias sobre el lecho, rumiaba aquello, el descubrimiento suyo, más importante, sin duda, y sorprendente que el de D. Nepomuceno. ¡Ay! El primo, de puro bueno era tonto de capirote. ¿Qué vuelta de hoja tenía el hecho de la introducción clandestina del extranjero en el cuarto de misia Jeromita á altas horas de la noche? A ver, que lo explicara el primo, que intentara disculparlo siquiera. Pretendían hacerla pasar por boba, hacerla comulgar con ruedas de molino. Y la culpa era de su débil pasividad, de su protesta silenciosa, de su reclusión voluntaria, estrategia verdaderamente infantil; bien que se habían burlado de ella. ¡Pues no! ¡Cambiaría de táctica, pondría por obra el primer disparate que se la ocurriera: ella no aguantaba aquello, no lo aguantaba!

Desgraciadamente, la ausencia de Sebastiana la privaba de un auxiliar importante; con Aurora no tenía confianza y podía venderla. Su cabecita empezó á forjar planes, muchos planes, tan desatinados los unos como los otros; cuando alguno se le venía á tierra, convencida ella misma de su inconsistencia, se mordía de ira los labios y apretaba sus menudos puños... Porque no quería aguantar más aquella abominación de la hermana; todo lo que el primo dispusiera, menos eso; y en último caso se marcharía con lo puesto, le hablaría claro á D. Nemopuceno, y ayudada de él, ó sin su ayuda, se metería en un convento: sería Hermana de la Caridad; ¿qué mejor solución?

En esto le pareció que la disputa de la tarde se renovaba en el cuarto de misia Jeromita, pero sostenida por la voz de Fortunato, la que engrosaba el enojo de tal modo, que semejaba otra que la suya; y si Pantaleona no le ve entrar, dudara quién gritaba así, con imperio tal y descomedida soberbia. No debía responder la señora cosa alguna, ó respondía con mansedumbre tan singular como la insolencia del florentino; y de pronto arreciaron los gritos, hubo carreras, abertura violenta de muebles y golpes de los mismos al ser volteados, síntomas de lucha, que asustaron á Pantaleona; escurrióse del lecho y pegó el oído á la puerta.

Esta puerta daba á lo que ellas llamaban el *costurero,* y servíales de salita de confianza y de labor; la alcoba de misia Jeromita era la pieza siguiente. Como el tumulto aumentara, Pantaleona decidióse á entrar en el costurero, y no acabó de entrar, cuando la herida voz de la hermana se elevó clamando socorro.

Como una fiera entonces, se abalanzó Pantaleona á la alcoba y cayó sobre Fortunato, á cuyos pies yacía la maltratada señora... Empuñaba el ángel malo, en la cobarde diestra, un rollo inofensivo de papeles, con que amenazaba castigar, ó había castigado ya, la resistencia á sus abominables maquinaciones, y le desfiguraba la cólera sobre toda ponderación, mostrando el lugar de la escena señales de grande y desaforado combate: por el suelo, revuelta multitud de prendas y objetos que antes guardaba el armario y una mano rabiosa había esparcido; el velador y dos butacas patas arriba; destripada la cartera y no pocas figurillas de porcelana en mil trizas, sobre el charco que la general inundación formara en mitad de aquel campo doméstico de Agramante.

Cayó, pues, Pantaleona sobre el enemigo, y le golpeó con ambas manos, abofeteándole muy á su gusto; le cogió luego por el cuello, y á empellones, que Fortunato no resistía, sin duda humillado de la pujanza criolla representada en aquel momento por tan valiente amazona, le arrojó fuera con violencia, derribándole de espaldas en el fangoso jardín. Echó seguidamente la llave, y acudió á levantar á la hermana, que no abría los ojos de dolor ó de verguenza: la palpó ansiosa, de miedo de que el bárbaro la hubiese herido, y se tiñó los dedos en la sangre que le manaba de la frente, partida por el golpetazo, y la lavó, la vendó, la condujo hasta la cama, estimulándola afectuosamente, olvidada de los agravios y de las diferencias que las desunían.

No podía hablar misia Jeromita, y lloraba en silencio, teniendo entre las suyas la mano de Pantaleona; el cariño, si enfriado jamás extinguido, la gratitud del auxilio oportuno, la sed de una explicación necesaria, de una disculpa que la devolviera algo del perdido aprecio, la hicieron incorporarse al cabo de muchos esfuerzos, y pronunciar con trabajo estas solas palabras:

—Leona, hija..., ¡es mi marido!

—¡Tu marido!, repitió Pantaleona.

Como velo negro que se rasga de súbito y descubre no sospechados horizontes, todos los misterios de aquellos dos meses, cuanto alarmó á la moral y fué piedra de escándalo y causa de ya irremediables sucesos, quedaba cumplidamente explicado; hasta la carta del primo Monreal en todas sus reconditeces y obscuridades, aparecía iluminada por la revelación... ¡Su marido! Pero ¿por qué lo ocultó entonces?, ¿por qué semejante tapujo con ella, su hermana, provocándola á pensar mal, á dudar?.. Estas preguntas se las dijo al oído, alegre de ver borrada la mancha que en el honor de los Pérez Orza creyó ella había estampado misia Jeromita, y tan desmayada estaba la hermana, que no habló más en buen rato, mientras Pantaleona se consumía en estériles preguntas:

—¿Por qué?, ¿acaso era algún pecado? Pues peor me parece haberlo ocultado de esta manera.

—¿Por qué?, suspiró la dama infeliz... ¡La pensión! Acuérdate de que sólo tengo derecho á ella permaneciendo soltera: si mi casamiento se divulgaba, nos quedábamos sin pensión, que es lo mismo que quedarnos sin pan. ¡Una indiscreción tuya bastaba!.. ¡Mejor fuera no haber caído, sí, y bien castigada estoy!.. ¿Has cerrado, Leona? ¡Que no vuelva ese hombre!

—¡No volverá!, aseguró la joven, fulgurándole los ojos.

—Quería hacerme firmar la hipoteca de la casa, y yo me negué, ¿cómo había de firmarla? Era perderla para ti; arrebatarte lo poco, lo único que he de dejarte á mi muerte. Antes me mata, que consentir yo... ¡Y me mata, Leona, me mata, si no llegas á tiempo!

Se agitaba mucho con el recuerdo de la horrible escena, sin despegarse de la mano de Pantaleona, á quien, entre suspiros y ayes, pedía perdón de los malos ratos y del pésimo ejemplo que la había dado. ¡Ah! Su destino la tenía condenada á parecer lo que no era, prendida en revuelta madeja, que, si el mismo diablo la enmarañara, no lo fuera tanto ni más difícil de desenredar; con virtuosos principios, con intenciones excelentes, hubo siempre de extraviarse en descarriados senderos: mujer de ley, la violaba, contrabandista por necesidad... Nunca deseó una cosa, que, para alcanzarla, no tuviera que acudir á otros medios que los legítimos, puestos á la disposición de todos los demás. Eran sus compañeros de camino el engaño y la mentira, y aunque ella tirara hacia el buen lado, empujábanla ellos hacia el malo. ¡Fatalidad cruel, ó debilidad de ánimo; blandura de corazón excesiva, ó falta de tino para brujulear en la vida!

Apenada, la rogó Pantaleona que se callase.

—Estás disparatando, Jerónima. ¿Qué crímenes son los tuyos? Cualquiera diría que el fardo te oprime la conciencia...

No había de aprobar ella su matrimonio entre gallos y media noche; al contrario, lo reprobaba con todas sus fuerzas, y de haberlo podido impedir, lo impide. ¡Miren ustedes que la elección! ¡Un hombre que pasaría muy bien por su hijo! No volvía del pasmo que lo que acababa de confesarle la produjo. ¡Su marido!.. Pero no era ese tan gran delito, que justificara cuanto decía... ¡Pobre Jerónima! Nada que perdonarla tenía. De Jorgito, ¿quién se acordaba ya? Era un mal caballero, y valía más conocerlo antes que después. Lo que había que pensar ahora era en volver por el buen nombre. ¿Cómo se arreglaba lo hecho, si no podía declararse la verdad? ¿Qué conducta seguir con ese Sr. Lucca, en vista de su decente comportamiento de esta noche? Había que meditarlo bien. Que contara con ella; lo pasado, pasado. Ella era la misma de siempre, su Leona invariable, que si dudó de ella, hoy la devolvía su afecto, convencida de que era una excelente hermana..., aunque un poquito débil y caprichosa también; pero ¿quién es perfecto en el mundo, verdad?

—¡Ay, Leona!, exclamó sollozando misia Jeromita, ven acá, bésame. ¡Cómo me consuela el oirte!, y sin embargo, no sabes, no sabes... ¡Tu nobleza es mi mayor castigo! Dices bien: hay que meditar. ¿Cómo desenredamos esta horrible madeja? ¡Leona, es preciso prevenir á Nepomuceno; que venga Nepomuceno!

—¡Sí, sí; que venga mañana mismo!

—Mañana mismo. Vas tú y le traes. Nada de cartitas, que se pierden ó las roban.

—Pues Nepomuceno ya está enterado, y mañana viene; pero, de todas maneras, iré yo á buscarle.

—¿Enterado de qué?

—De tu casamiento..., supongo; porque hoy me ha escrito avisándome que en la ferretería de Barbarossa ha descubierto algo tan extraordinario, que cuando lo supieras te pondrías furiosa, algo que resolvería el conflicto en que estamos y apresuraría la marcha del otro..., del Sr. Lucca.

—En la ferretería... Un descubrimiento que apresurará su marcha...

Muy pálida, repitió la señora dos ó tres veces estas palabras. La sospecha, que no lograron desvanecer sino á medias las marrullerías florentinas, en la explicación tormentosa que precedió de algunas horas á la vía de hecho, resurgía en su espíritu como si el mismo doctor Barbado la despertáse nuevamente. Porque, en realidad, Fortunato contestó á los cargos con excusas y *cuerpeadas* (que así llamaba ella al escurrir del bulto), y nada concreto sacó en limpio del interrogatorio, nada, nada... Creció la sospecha horrible, y como negro fantasma se interpuso entre ella y Pantaleona, grande, gigantesco; creció, creció, hasta ocupar la habitación entera... Era capaz, muy capaz: ¡si había querido matarla! ¿Qué extraño fuera que falsificara la partida?

—Que venga Nepomuceno, ¿eh?, mañana... El nos explicará qué es eso de la ferretería... ¡No comprendo, no comprendo!

Tampoco lo comprendía Pantaleona, ahora menos que antes, y vióse de nuevo rodeada de tinieblas, apenas el recuerdo de las palabras del primo trajo el del suceso cuyo descubrimiento fortuito sería motivo para que abandonara la casa el toscano. Esposo de su hermana, ¿quién podía arrojarle de ella? ¿Conocía Monreal esta calidad de esposo? ¿Mentía la hermana al atribuírsela?.. Se abatió Pantaleona en una silla, al pie del lecho, y misia Jeromita, que no la sentía junto á sí, la llamó con lastimera insistencia.

—¡No te vayas, Leona! ¡No me desampares!

—Aquí estoy, contestó ella, estoy recogiendo y ordenando todo; ¿sabes cómo ha puesto el cuarto tu Sr. Lucca? Mira que entre él y la inundación...

En efecto, por distraer su imaginación y evitarla el suplicio de nuevas cavilaciones, se entregó á la

siempre para ella grata faena del mangoneo doméstico, y en un decir amén borró las señales de la batalla en que fué desairado protagonista el pícaro florentino; hecho lo cual, se sentó en la misma silla, después de examinar la descalabradura de misia Jeromita y dictaminar, con perfecto aplomo, que tenía para dos días de árnica, sin ulteriores consecuencias... La señora la mandó que se acercara más, porque en estando ella á su lado veía todo más claro, como si fuera luz maravillosa...

—Si no lo haces, creeré que no me has perdonado mi mala conducta; sí, Leoncita, soy una vieja loca, digna de que me encierren en un manicomio: en esto vendré á parar. Tengo la cabeza hecha tarumba. Se me ocurren disparates, distingo muchos fantasmas... El golpe no lo he sentido en la frente, sino en el alma, en el alma. ¿Con qué me pegó? Me parece que con un palo: he visto un arma en su mano, una daga ó un puñal, no sé. Todo, porque pretendía quitarme la casa, esta casa que yo guardo para ti, Leoncita. ¡Ah, eso no! Jerónima Pérez Orza habrá perdido la chaveta, pero ¡no tanto que no le quede una ráfaga para defender los intereses de su hermana, de su..., de su hija! ¡Leona, Leona, porque tú eres como si lo fueras: yo te he criado, yo te he educado, yo te he querido... como una hija, como una hija! Acércate, ¡no te veo! ¿Estaré yo ciega? Pero no me mires; tengo vergüenza de ti, del escándalo que he dado... ¡Qué habrás pensado de esta vieja! Peor de lo que mi debilidad merece. Porque, óyeme, entiéndelo bien: yo soy una víctima de las apariencias; las apariencias, que han influído en mi destino y gobernado toda mi vida... En esta casa todo es mentira y todo es verdad. Que venga Nepomuceno: él lo sabe, él lo ha descubierto... Al otro se le obligará á confesar; pero, cierra bien, que no vuelva...

Le acometió luego grande desvarío, en que mezclaba nombres y sucesos, conocidos unos, y otros desconocidos para Pantaleona, retazos de la nebulosa historia de su pasado: Catamarca, D. Tadeo, don Jesús y Socorrito..., asociados á Barbarossa, á Nero y al padre Anselmo, vibrando sobre todos el de Fortunato, el ángel malo que la había partido el corazón de un solo golpe de su tajante espada. Asustóse la joven de oirla desatinar así, y no se atrevía á llamar, de miedo que el otro, el enemigo, se colara, pues debía de estar acechando en el jardín la ocasión de vengar su humillante derrota; y volteejaba ansiosamente, buscando la tila, el azahar, el agua de Colonia...

Sus pasos estremecían á misia Jeromita, que clamaba:

—Leona, hija, ¿quién es?, ¿vuelve?, échale, échale... ¿O es el padre Anselmo? Que entre, quiero preguntarle una cosa... No le reconozco: trae la misma cara de aquel de casa de Nero, el de la risita...

Nada de lo que buscaba había en la alcoba, y Pantaleona decidió valientemente ir al comedor, donde pensaba encontraría el azahar en algún rincón del chinero; fué sin luz, á tientas, pero no bien llegó á su alcoba, la condenada puerta le recordó que era preciso salir al jardín para entrar en el comedor, y se volvió desolada: ¿llamaría á Aurora? Por fortuna, misia Jeromita se adormecía, presa de la fiebre, y á poco cesó el incoherente balbuceo.

Pantaleona se acurrucó en la silla, después de reducir la lengüeta del gas y dejar la habitación sumida en la penumbra propia de enfermos y meditabundos. Eran tan varias las emociones sufridas, que ella también se sentía febril, inquieta, llena la cabeza de pavorosos fantasmas; perdida en el laberinto de sus reflexiones, cuanto creyó iluminado por la revelación de la hermana, más obscuro lo veía ahora, más obscuro, como si el telón hubiera caído de nuevo... Miraba á las ventanas deseosa de que apareciera la nueva luz, y ahuyentara el alba la sombra de sus temores y de sus angustias; ¿faltaría mucho aún? El reloj del comedor no se oía: sólo se oía el bramar del viento, la voz potente del pampero, que limpiaba de nubes el cielo para que ella pudiera hacer su visita al primo Monreal sin mojarse los piececitos, y estuviera encendida la gran luminaria en celebración del fin de su cautiverio.

Debía faltar mucho aún. Y se desesperaba, porque el nuevo día traería la resolución de todos los problemas, rompecabezas en que se estrellaba la lógica. D. Nepomuceno se le figuraba con una grande linterna alumbrando las profundidades del pozo donde, revueltos y enzarzados, hallábanse los Pérez Orza de la catamarqueña familia y el injerto florentino... Mi sia Jeromita dormía. Tierna conmiseración se apoderó de Pantaleona al contemplarla así, aplanada, bajo su salvaguardia y cuidado, á la que en horas de rebeldía deseara males mayores para castigo de su culpa y de los que ésta la había acarreado injustamente; flaqueza y egoísmo de que se acusaba ahora, al retoñar de aquel cariño que ella no sabía cómo llamar, cariño filial, sin duda, y de ahí la mezcla de celos y el odio contra el toscano. Era su hermana, pero de madre hizo siempre: no conoció otra, ni oyó hablar jamás de que otra hubiera tenido, ni en estampa siquiera se le reveló su figura auténtica, misterio este que la mágica linterna del primo nunca llegaría á descifrar quizá; era su hermana, pero sus sentimientos (menos en aquella aciaga temporada en que la influencia florentina nubló su razón) fueron sinceramente maternales, y si para probarlo los recuerdos de tantos años de amorosos desvelos no estuvieran patentes, bastara el hecho sólo que acababa de quebrar violentamente el lazo secreto que la unía á Fortunato: por ella, por su porvenir, por el interés y el afecto profundo que la conservaba, habían chocado ambos y la discordia estallado, y estaba ahí herida, vendada la frente y el corazón sangrando. ¡Pobre Jerónima! Sintió la joven deseo de besar á la triste vencida, y se inclinó sin ruido. Quedaban selladas las paces.

La fatiga la entornó los ojos al cabo, y se adormeció también. ¡Qué noche! Con frecuencia se irguió asustada por los bramidos del pampero y la respiración de misia Jeromita. A las cuatro de la mañana (distintamente las anunció el reloj del comedor) se oyó en la calle el tropel de los lecheros, que pasaban canturreando con desapacible monotonía, y chirriar las ruedas de las carretas perezosas, y transcurrió buen espacio aún, una hora larguísima, antes que clarearan las rendijas de ambas ventanas y sonara el cascabeleo del primer tranvía. Cantó luego el gallo alegre, y poco á poco los diversos ruidos de la vida exterior se hicieron notar; la luz pálida del alba, más intensa, amortiguó á la del gas, á pesar de las barreras que la rechazaban. Un chico voceó *La Opinión* una, dos, tres veces. Era el nuevo día. ¡Gracias á Dios!

Pantaleona, cuidadosamente, entreabrió un postigo. ¡Qué pálido brillaba el sol en medio de los estragos de la pasada borrasca! El molino de Blümen, rotas las aspas, aparecía como gigante á quien el huracán cercenara la orgullosa cabeza; los árboles con las ramas tronchadas, los eucaliptus, los pinos, magnolias y araucarias lloraban aún del mal trato y crueldad de su enemigo, soltando lágrimas innúmeras á la menor sacudida del aire... En el jardincito, las plantas abatidas se humillaban en el lodazal; un seibo, gala de las islas paranaenses, tenía partido el tronco y se doblaba en dos con doloroso desmayo; delante de la puerta podía reconocerse la huella del cuerpo del ángel malo, donde le derribó la mano vengadora de Pantaleona. Esta cerró de pronto, espantada de que el otro quisiera volver á reanudar la batalla, porque en la casa estaba y forzosamente había de tropezársele apenas saliera. La nueva luz no le traía el alivio y el consuelo que ella creía.

Cerró, pues, preocupada y temerosa, y se dirigía á su sitial de enfermera cuando llamaron á la puerta por el lado del jardín. ¿El? ¿Sería él? No contestó Pantaleona, y llamaron de nuevo. Ya misia Jeromita se había incorporado, y limpia de fiebre, al parecer, interrogaba á la muchacha con los ojos. Pantaleona dió un paso.

—¡No abras, ordenó la señora, no abras!

—¿Y si no fuera él?, preguntó indecisa la joven.

Deliberaron. Antes de abrir miraría por la rendija; si era él, aunque mostrara el arrepentimiento mayor del mundo y gastara toda la miel de su zalamera perfidia, no le daría entrada; le diría que nones, de orden de ella, de Jerónima; y si pretendía forzar la puerta pediría auxilio por la ventana. El último escándalo, el último, ya que él se empeñaba en provocarlo. Fué Pantaleona y miró recelosa.

—¡Si es Aurora!, dijo alegremente.

Dejó paso á la mulata, que entró desgreñada y sin lavarse aún, trayendo el mate cebado para misia Jeromita y en una bandeja la taza de chocolate para la *niña;* el desayuno del señor hubo de llevarlo á la cocina, «porque estaba el señor encerrado y no contestaba, lo mismo que si estuviera muerto.»

—Estará durmiendo, apuntó la joven.

—¡Qué ha de estar durmiendo!

—Pues se habrá ido de paseo...

—¿Por dónde ha de haber salido, si la llave la guarda la señora?

Misia Jeromita, más amarilla que un cirio, echó una ojeada á la mesa de noche, donde aparecía la enorme llave del portón. Pantaleona la observó también y se pasmó.

—Pongo mis manos en el fuego que algo le ha sucedido, añadió Aurora, y si por mí fuera llamaba al cerrajero en seguida.

Reparó que estaba vendada la señora, y alzó el grito lamentándose del accidente. También ella dió una costalada en el patio y casi se desnuca. ¡Bueno lo había dejado todo la inundación! En la cocina tuvo que sacar el agua con baldes, y se pasó la noche en blanco para evitar que se anegara su cuarto; el cielo raso del comedor se había desprendido, y colgando estaba una mitad y la otra mitad de la arpillera á punto de caer también; habían muerto ahogados tres conejos, dos gallinas, una de ellas la pintada cenicienta, que ya ponía la pobre, y un pato, el abuelo... ¡Qué dolor! Era preciso llamar á los albañiles, porque con otra tormenta igual se derrumbaba la casa.

Misia Jeromita se apretaba con ambas manos las sienes, del escozor de la herida ó del más hondo que la causaban tantas malas noticias juntas; rechazó el mate que la mulata, irrespetuosamente, llevó á sus labios para arrancarle una sabrosa chupada, y llamó á Pantaleona, á quien, bajito, consultó ansiosa... ¿Había oído? No lo referente á los perjuicios de la noche última, que eso, lamentable como era y seguro motivo en cualquier otra ocasión de grandísimo disgusto por los gastos que demandaba, no merecía la pena ahora de tomarse en cuenta, sino aquello de la encerrona misteriosa del otro; encerrado estaba, sin sombra de duda, porque á la calle no pudo salir. ¿Dormido? ¿Cómo no respondía al llamamiento de la criada? ¿Muerto? ¿Suicida acaso?

—¡Qué disparates los tuyos, Jerónima!, la sermoneaba la joven al oído. ¡El suicidarse! No le dará tan fuerte; atribuye más bien al Jerez, á los restos de la botellita de anoche, su sueño de plomo; porque anoche estaba *en trinquis,* apestaba á vino, y esto excusa, si hay excusa para lo que ha hecho, la escena en que te dió buena muestra de su cariño. Déjale que duerma á pierna suelta: así nos libramos de alguna nueva acometida si le viniera la gana de intentarla; contra dos mujeres indefensas todo cobarde es valiente, y mira, yo no sé si me sentiría hoy con fuerzas de repetir el guantazo que le dí anoche con tu permiso. Quieta, pues, por lo menos hasta que venga Nepomuceno, que supongo sabrá arreglarlo todo á satisfacción general. Si quieres, te dejaré encerradita con llave, para mayor seguridad tuya y tranquilidad mía.

—¡Ay, sí, sí!, lloró la señora, ¡y te la llevas, Leona; tengo miedo, me inspira horrible miedo; á qué extremo hemos llegado!

Las chupadas de la mulata las advirtieron que no debían prolongar el secreteo delante de testigo semejante, y la ordenaron que dejara entrar al sol, que asomó tristón, con mal humor, sin duda, de que le obligasen á dar luz á la desolada alcoba.

Bajo la venda, señal evidente de su infortunio, misia Jeromita seguía llorando. Acercóse Pantaleona para levantar el improvisado apósito, y ella, que la contemplaba tan flaca y ojerosa, experimentó nueva tortura, mayor dolor del que hasta entonces sintiera; recostando la cabeza sobre su hombro, murmuraba angustiosamente:

—¿De veras que me perdonas? ¡Leona, hijita mía, no tardes!.. ¡Llévate la llave! ¡Le tengo miedo, horrible miedo!

VIII

Es creencia vulgar que en los cuentos, novelas y toda clase de bonitas patrañas compuestas para distraer el ocio, la casualidad ha de tener grande parte, ayudando al autor de manera que éste deje que vaya ella tejiendo la trama y la desenrede luego, y obstáculo que encuentre, á ella acude, que le remedia al punto; mas si esto en cosas de imaginación suele ser verdadero, en la vida real pasa como indiscutible y repetido accidente, porque la susodicha casualidad, libre de las impertinencias de autorcillos caprichosos, dispone de los destinos humanos á su antojo y los enmaraña, corta, anuda, enlaza ó separa, sin que valgan las leyes del arte ó de la razón, que en cierto modo gobiernan las novelas y comedias. No se atribuya, pues, á intervención mía en los sucesos de que soy torpe cronista, el que Pantaleona se encontrara con Jorgito Cadenas al subir al tranvía, aquella mañana que fué, por encargo de la acongojada misia Jeromita, en busca de D. Juan Nepomuceno para que enderezara lo que los amores florentinos habían torcido tan miserablemente; era el tranvía el de las diez, el mismo que conducía á Jorgito todos los días laborables á la ciudad, y así se dió de narices con él, que fumando iba en la plataforma.

Cualquiera sabe el género de sentimientos que alimentan estas almas decadentes, llamadas á sí propias *fin de siglo* con galicana fatuidad. ¿Fué emoción amorosa, remordimiento, deseo de paz, galantería, acaso intención grosera (dada la fama que en el barrio gozaba la infeliz muchacha), ó también alarde de petulancia, viéndola tan desmejorada y abatida, seguramente de resultas del rompimiento?

(Continuará)

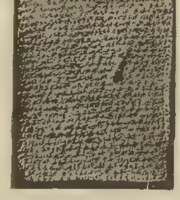
¿DICE LA BIBLIA VERDAD?

Tal vez el suceso más notable de la historia moderna del Cristianismo es la confirmación inesperada de las verdades de la Biblia por parte de quien parecía ser su más encarnizada enemiga: la ciencia moderna. Hace cincuenta años no existía nada en realidad que atestiguase ó corroborase la certeza de los hechos narrados en el Antiguo Testamento, y el teólogo y el creyente hallaban gran dificultad para contestar los argumentos de los escépticos, por la sencilla razón de que no existían otros escritos contemporáneos de aquel libro sagrado, mientras los incrédulos, con gran aparato de datos científicos, afirmaban que lo poco que se sabía estaba en completa contradicción con lo que el Antiguo Testamento decía. Pero de pronto surgió toda una ciencia nueva, y el pico y la pala de los investigadores científicos modernos han venido á demostrar la verdad. Ha vuelto á ver la luz parte del antiguo mundo bíblico, y hoy contemplamos cara á cara á los propios contemporáneos de Daniel, Moisés, José y Abraham.

Estela de Menephtah, primer monumento egipcio en que se hace mención del pueblo de Israel.

Comenzó esta obra hace poco más de un siglo, en 1802, fecha en que Grotefend, de Goettinga, hizo entonces sus famosas é ingeniosas tentativas para descifrar unas cuantas palabras escritas en caracteres cuneiformes. Algunos años después, en 1818, Champollion descifró la famosa piedra de Rosetta, clave de los jeroglíficos egipcios; y en 1835, Rawlinson, junto con Hincks, consiguió lo que no pudo lograr Grotefend por falta de antecedentes, es decir, descifrar por completo las inscripciones persas, y últimamente, á principios de la segunda mitad del siglo pasado y con ayuda de otros, las inscripciones asirias.

Entre tanto exploradores y excavadores habían logrado encontrar el sitio en que se alzaban algunas ciudades mencionadas en la Biblia; hallando entre sus ruinas inscripciones históricas de la mayor importancia, refiriendo hechos en conformidad con lo expuesto en el Antiguo Testamento y arrojando mucha luz sobre el contenido de la mayor parte de los capítulos de aquel sagrado libro. Con ayuda de ellos se ha probado que son hechos históricos muchos de los que calificaban los escépticos de cuentos, y se ha demostrado, de modo convincente, que la Biblia no es la relación legendaria de una época mitológica. Los grabados que acompañan á este artículo son reproducciones de algunas de esas inscripciones más famosas. De veinte años á esta parte, las excavaciones se prosiguen con gran actividad, descubriendo unas cuantas ciudades de la tierra de Edén, donde moraba Abraham. La Universidad de Pennsylvania excava por su cuenta la ciudad de Nippur, cuyo nombre bíblico es Calneh (*Génesis,* 10), los franceses excavan Tello, que florecía antes de nacer Abraham, y los alemanes están ocupados en sacar á luz el templo y torre de Babel, en la ciudad de Babilonia.



Ladrillo de barro del tiempo de Josué en que se relata la entrada de los hebreos en la Tierra Santa.

En esta región tuvieron origen las notables leyendas babilónicas, que tanto se parecen á las relaciones bíblicas de la Creación, el Paraíso y el Diluvio.

Gran número de los ladrillos donde aparecen estas leyendas fueron escritos en los tiempos en que Abraham vivía. A la vez que son indudablemente copias de inscripciones pertenecientes á una época mucho más antigua, tienen evidentemente un origen común con las versiones de la Biblia.

Gran número de importantes inscripciones se han encontrado en el edificio Ziggurrat Etemenauki (Torre de Babel). Prueban que lo que dice el Génesis, respecto á su erección, está en completo acuerdo con lo que se conoce de las inscripciones hechas por los antiguos pueblos que habitaron la llanura de Shinar. Por ejemplo: según el Génesis, los constructores dijeron: «Edifiquemos una ciudad y una torre cuya cabeza llegue hasta el cielo.» Nabucodonosor, en una inscripción que puede verse en el Museo de la Universidad de Pennsylvania, refiriendo su reparación de la torre, dice: que pone manos á la obra «para levantar la torre, á fin de que su cabeza llegue hasta el cielo.» Sin embargo, en su tiempo la torre sólo tenía ciento cincuenta pies de altura.

No es tan sólo que los antiguos, en sus exageradas concepciones, usasen esa expresión para significar lo que era muy elevado, sino que, como lo ha demostrado el profesor Hilprecht, esas torres eran representaciones locales de la mística montaña, donde se suponía que moraban los dioses. Sus cimientos descansaban en «el bullente mar del abismo» y sus cabezas llegaban á la región de Anú, que es el cielo.

Este es un ejemplo de cómo los resultados obtenidos por la habilidad de los descifradores vienen á esclarecer las narraciones del Antiguo Testamento.

Momia de Ramsés II, el Faraón opresor

La tierra de los Faraones ha sido, durante los últimos cincuenta años, teatro donde las excavaciones se han llevado á cabo con gran actividad. No solamente vuelven á ver la luz del día los grandes monumentos de la antigüedad, sino también los mismos hombres que los construyeron. En Babilonia se encontró el retrato, en bajo relieve, de Amraphel, el contemporáneo de Abraham; pero en Egipto podemos contemplar las facciones mismas de los Faraones que desconocieron á José y oprimieron á Israel, y de aquel que se vió obligado á libertarlo de la servidumbre. Las excavaciones han demostrado que todo cuanto dice el Pentateuco referente á Egipto está en admirable armonía con lo que ellas han revelado.



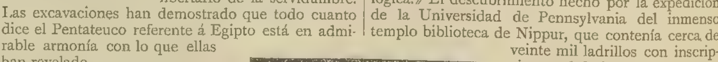
Cono de Amraphel (*Génesis* XIV), uno de los cuatro reyes contra quienes combatió Abraham.

Lo que más luz ha arrojado sobre la historia primitiva de la Palestina y que más ha influído en la crítica bíblica, ha sido el descubrimiento de más de trescientos ladrillos de barro, con inscripciones, hecho en Egipto, en un lugar llamado Tel-el-Amarna. Contienen cartas escritas por naciones amigas y vasallas de varias partes del Asia Occidental y dirigidas á los Faraones Amenophis III y IV, que reinaron hacia el siglo XV antes de Jesucristo. Así como el francés es la lengua hoy día de la diplomacia en todo el mundo, como el griego lo fué en tiempo de Cristo y el aramaico en el de Isaías, así lo era el babilónico en los días de Moisés. Las inscripciones de esos ladrillos de barro están en lengua y caracteres babilónicos en su mayor parte. Demuestran cuán extendido estaba el conocimiento y práctica de la escritura hacia la época de la conquista, con especialidad en Palestina. Esto está en contradicción completa con las teorías de los críticos, que todo lo niegan, y que alegaban, para demostrar que el Pentateuco no pudo haber sido escrito en tiempo de Moisés, que los habitantes de aquel país eran analfabetos y semibárbaros. Pero aún más importante que eso es la bienvenida luz que arrojan sobre los sucesos que entonces ocurrían en Palestina y que concuerdan de modo notable con lo que dicen el libro de Josué y el de los Jueces.

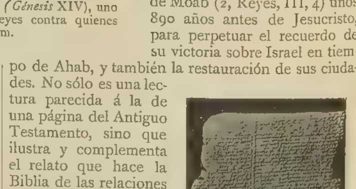
De especial interés son las cartas escritas por Abdi Hiba, de Ursalim (Jerusalén), por Rib Addí, de Gublas (Byblos), y otros, referentes á un pueblo que hacía rápidas incursiones en aquel país. «Los Habiri han saqueado todo el territorio.» «Ocupan las ciudades del rey.» «No queda ni un gobernador de los nombrados por el rey.» «Si no se envían tropas, las tierras del rey se perderán por causa de los Habiri.» Hay muy diversas opiniones respecto á quiénes eran los Habiri. Considerada filológicamente la palabra Habiri, puede ser tomada como equivalente á la de Hebreo, y como esos ladrillos corresponden á la fecha que los hebreos señalan á la entrada de Josué en Canaán, es muy posible que esas cartas se refieran á dicha conquista.

Cilindro que habla de la torre de Babel, que tenía 150 metros de alto

Parece extraño que se hayan encontrado en Palestina menos documentos que corroboren y aclaren el Antiguo Testamento, que en otros países muy conocidos por las referencias de la Sagrada Escritura. Esto es debido á que se ha llevado á cabo en la tierra de los hebreos sólo una parte muy pequeña de la importantísima empresa de practicar excavaciones en los sitios nombrados en la Biblia. El país está literalmente cubierto de ruinas, muchas de las que contienen restos de la antigua civilización israelita. Fel-el-Hesy, la antigua Lachish del Antiguo Testamento, ha sido en parte excavada por los ingleses, quienes reconocieron ocho distintas ciudades, descansando unas sobre otras. Cuando los excavadores llegaron al recinto Amorita, del siglo XV antes de Jesucristo, y precisamente en el último día en que podían trabajar, según la autorización del sultán, hallaron un ladrillo de barro babilónico. En él se menciona á Zimrida, gobernador de Lachish, ya conocido de antes por otra carta hallada en Fel-el-Amarna. A causa de las circunstancias especiales en que se verificó su descubrimiento, se le ha calificado de «una verdadera novela arqueológica.» El descubrimiento hecho por la expedición de la Universidad de Pennsylvania del inmenso templo biblioteca de Nippur, que contenía cerca de veinte mil ladrillos con inscripciones; el de los de Amarna, en Egipto, muchos de los que estaban escritos en Palestina, junto con los descubiertos en este último país, permiten esperar que algún día, cuando se excaven los lugares adecuados, se hallarán importantes inscripciones en barro y piedra del tiempo de Moisés y de Josué, algunas de las cuales puedan tal vez contener parte de los primeros capítulos del Antiguo Testamento.



En Dibán (la Dibón de la Biblia), en la tierra de Moab, se ha descubierto un monumento que contiene el escrito hebreo más antiguo que se conoce, y que fué erigido por Mesha, rey de Moab (2, Reyes, III, 4) unos 890 años antes de Jesucristo, para perpetuar el recuerdo de su victoria sobre Israel en tiempo de Ahab, y también la restauración de sus ciudades. No sólo es una lectura parecida á la de una página del Antiguo Testamento, sino que ilustra y complementa el relato que hace la Biblia de las relaciones entre Israel y Moab.



La publicación, hace unos cincuenta años, de los dos tomos de la obra de Austen Henry Layard titulada *Nínive y sus restos,* causó profunda sensación. Antes de sus descubrimientos, una pequeña vitrina del



Relato babilónico del Diluvio, que concuerda con la narración bíblica.

Museo Británico contenía todas las antigüedades traídas de Asia y Babilonia. Hoy las espaciosas salas están llenas, hasta rebosar, de grandes genios alados, monumentos, bajos relieves y antigüedades de toda especie, además de miles de inscripciones en barro y piedra procedentes de Asiria. A dicho país, con especialidad, vuelve los ojos el que se dedica á los estudios bíblicos para hallar relatos conformes á los del Antiguo Testamento, porque la mayor parte de éste pertenece á la época en que los asirios eran el pueblo preponderante de aquel antiguo mundo. Esa es la nación que representó tan importante papel en la historia del doble reino de los israelitas. Ese es el país de Salmanasar, Figlatpileser, Sargon, Senaquerib, Exarhaddon y Asuapper, nombres que hallamos en el Antiguo Testamento, y está fué, por último, la nación que redujo al cautiverio al pueblo de Israel.

En los anales de estos reyes es natural, pues, que se busquen noticias referentes á los israelitas; y no se buscan en vano, porque lo mismo que sucede con casi todos los reyes de naciones extranjeras cuyos nombres se expresan en la Biblia, por haber estado en contacto con los hebreos, se encuentran en las inscripciones asirias alusiones á los israelitas, con la única diferencia que éstas son excesivamente más numerosas, como era lógico presumir.

Citaremos un solo ejemplo, sacado de esas notables relaciones. Todos los que han estudiado la Biblia conocen la campaña de Senaquerib, rey de Asiria, el año 701 antes de Jesucristo, relatada en el 2.° de los Reyes, XVIII. Senaquerib, con el transcurso del tiempo, hizo que sus anales se inscribiesen en un cilindro de barro de forma exagonal y de catorce pulgadas de altura, donde se da cuenta de ocho campañas. La tercera es contra las ciudades de Palestina.

Primero se relatan las conquistas detalladas de varias ciudades; sigue la relación de las medidas que tomó contra las ciudades amuralladas de Judá. «Yo entré y quité á Hezekiah de Judá, que no se había sometido á mi yugo, cuarenta y seis de sus ciudades, bien muradas, junto con innumerables pequeñas poblaciones vecinas, con las acometidas de los arietes y los golpes de las máquinas de sitiar. 200.150 personas, grandes y pequeños, varones y hembras, caballos, mulos, camellos, bueyes y carneros sin número, me traje de en medio de ellos como mi botín. A él mismo (Hezekiah) lo encerré en Jerusalén, su ciudad real, como un pájaro en una jaula. Por lo que respecta al propio Hezekiah, el terror de la gloria de mi soberanía le anonadó. Hice que trajeran tras mí, á Nínive, mi ciudad real, treinta talentos de oro y ochocientos de plata.» Esta es una relación muy semejante á la bíblica de aquella célebre campaña. Algunos detalles, por ejemplo, la exacta cantidad de oro, treinta talentos de plata, que la Biblia dice que pagó Hezekiah, es la misma en ambas ocasiones.


Obelisco de Salmanasar cuya inscripción concuerda con la historia bíblica de Jehú.


Inscripción de Senaquerib que habla de la invasión narrada en el libro II de *Los Reyes*.

En muchas cosas las relaciones bíblica y asiria se complementan una á otra, así es que ha podido conocerse relativamente por completo lo sucedido en aquella invasión. La gran calamidad que durante la noche sobrevino al ejército de Senaquerib, que le obligó á retirarse inmediatamente de aquellas regiones, á saber: «Que el Angel del Señor vino y mató en el campamento de los asirios á 185.000 de ellos,» nadie creería que sería mencionada en las inscripciones asirias, pues nunca acostumbraban relatar sus derrotas. La Biblia dice: «Así, pues, Senaquerib, rey de Asiria, marchó y se fué y se volvió y moró en Nínive.»

Eso mismo dice su inscripción, y aunque vivió unos veinte años más después de aquella campaña y llevó á cabo grandes operaciones en otras comarcas, y como él dice, había aprisionado á Hezekiah como un pájaro en una jaula, nunca más volvió á penetrar en tierras de Judá. ¿Fué porque temía á Jehová, Dios de los hebreos?

Ciro nos refiere su toma de Babilonia, 539 años antes de Jesucristo. Muchas de las expresiones que emplea en su cilindro de barro son casi idénticas á algunas que se hallan en las profecías de Isaías, como, por ejemplo: cómo Dios «buscó un príncipe justo, según su propio corazón, para tomarle por la mano,» etc. Además explica cómo dió libertad á un pueblo que estaba cautivo, y también que con éste devolvió á su país las cosas sagradas que tenían; lo que concuerda de modo muy notable con lo que dice el libro de Esdras.—A. T. CLAY.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona





Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sres PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DE ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disentería, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



REPÚBLICA DE PANAMÁ. -Jura de la bandera de la República de Panamá por el ejército en la plaza de Armas

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. — *En todas las Farmacias.* 634

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.


NFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE
en Marsella (*Francia*).
En todas las Farmacias bien surtidas.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.



PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE.* DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 8 de agosto de 1904 — Núm. 1.180

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)

LA REPRENSIÓN, cuadro de F. H. Morisset

Es sin duda alguna la función más difícil y penosa de los padres la de reprender á sus hijos: el cariño paternal, que por un lado busca explicación satisfactoria á las travesuras infantiles y por otro se rebela á emplear frases más ó menos duras con aquellos pedazos de su alma, lucha con el deber de corregir á los que con tanta razón han sido comparados con tiernos arbolillos, á fin de enderezarlos desde pequeños y moldear su carácter cuando se halla en vías de formación. Se necesita, por consiguiente, un tacto exquisito para que en la reprensión la cabeza domine los impulsos del sentimiento y para que el corazón suavice las durezas del entendimiento; pues sólo así producirá aquélla el efecto deseado: aconsejar y convencer son los mejores medios para corregir; pero tratándose de niños, el consejo y el convencimiento han de ser de naturaleza especial, porque su inteligencia no se adapta á graves razonamientos, y han de dirigirse á su sensibilidad, que fácilmente responde á las excitaciones bien encaminadas.

Sugiérenos estas observaciones el bellísimo cuadro de Morisset que al pie de estas líneas reproducimos y cuyos personajes encarnan, á nuestro modo de ver, el verdadero concepto de la reprensión, tal como lo dejamos indicado: la madre que el autor nos presenta, ha sabido llegar al corazón de su hijo y reprendiéndole con dulzura ha sembrado en su alma una buena semilla que con el tiempo producirá seguramente hermosos frutos.



LA REPRENSION, cuadro de F. H. Morisset

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Julio Claretie, por otra parte muy inteligente y notable escritor, se me figura que algo peca de cándido al creer que la tarjeta postal ha matado á la carta. A pesar de la comodidad que la postal no puede menos de prestar á los muy recargados de correspondencia ó muy perezosos y enemigos de la caligrafía, sostengo que ninguna carta digna de tal nombre dejará de escribirse porque existan postales en el mundo.

Verbigracia. Doy fe de que la dilatada familia de los pedigueños, petardistas, profesores de esgrima de sable y demás cofrades de la santa hermandad de la *cuesta*, no se han enterado todavía de las ventajas que ofrece la postal. Escriben estos pacíficos industriales cartas cerradas, siempre de cuatro carillas, á menudo de dos pliegos, y manifestando una calma que contrasta con el apresuramiento postalográfico, que tanto lamenta el autor del *Príncipe Zilah*, refieren con pelos y señales toda su historia, el cúmulo de circunstancias que les han traído al caso de girar en descubierto contra los ajenos bolsillos. Mientras haya cuestores, habrá cartas largas.—Tranquilícese Claretie.

El poeta de moda es Petrarca. Con él vuelve á la superficie el soneto. ¿Pero acaso el soneto había pasado, acaso no son unos cuantos sonetos lo más perfecto y hermoso de la poesía moderna?

El amador de Laura hizo sonetos; sonetos hizo Heredia, y entre los dos grandes líricos está un mundo, no sólo de tiempo transcurrido, sino de ideales transformados; la incalculable evolución de la lírica.

Petrarca tuvo su precursor, como Heredia. El precursor de Petrarca fué el modesto y casi olvidado Cino de Pistoya. Antes que Petrarca, este jurisconsulto humanizó el amor, cantó á una mujer viva y muerta, con acentos de ternura moderna, elegíaca. No hay nadie sin raíces, sin antecedentes. Así lo ha dispuesto la naturaleza, enemiga de saltos, como nadie ignora.

Petrarca nació el 20 de julio de 1304, en Arezzo. Él mismo nos lo refiere, y añade un detalle que explica su melancolía: nació desterrado. Su padre era, como Dante Alighieri, de la facción blanca, y como él había sido expulsado de Florencia. Y siempre la sombra melancólica del destierro envolvió su destino.

Un rasgo curioso de la biografía de Petrarca, rasgo por otra parte en armonía con la índole amorosa y refinada de sus versos, es que, á los veintitrés años de edad, era lo que hoy llamaríamos *un muchacho de la goma*. En Avignon, residencia entonces de los Papas, emporio de elegancia y lujo, Petrarca se consagraba á rizarse el pelo, á adornarse con la mayor prolijidad, á perfumarse, á pavonearse así en la calle para recoger miradas de hermosas. La vocación del enamorado precedía á la del poeta, pues en aquel período Petrarca sólo había cursado Derecho: no era el *canzoniere*.

En un templo de Avignon vió por primera vez á su Musa, Laura de Noves. Dos años hacía que *la bella giovinetta*, como el poeta la nombra, estaba casada con Hugo de Sade. Y de esta unión, Laura hubo numerosos retoños. Cuando Petrarca lamenta la falta de salud de su adorada, son los achaques inherentes á la maternidad los que causan esa falta de salud.

Todavía peor que la fecundidad de Laura es lo que el mismo poeta nos dice de ella: que no la importaban un ardite las canciones ni las poesías.

Mas para aquel discípulo de Platón, de Plotino y de San Agustín, tempranamente imbuído de ideales modernos, Laura era la Belleza, y no necesitaba ser otra cosa para exaltar un espíritu y elevarlo á la región de lo suprasensible, hasta volar á la Causa primera, y, como Dante, percibir en vida los esplendores del paraíso.

Su pelo de oro, su gracioso rostro, sus dulces ojos... Ahí estaba la idealidad de la madre de familia que se llamó Laura de Noves y que (según piensan los más eruditos comentadores y críticos) nunca pagó con un latido de su corazón pasión tan elevada, expresada en tan incomparables estrofas.

A esa Laura que tal vez no se enteró, ó al menos hizo como si no se enterase, Petrarca la dedicó veintisiete canciones y trescientos diecisiete sonetos. Y mientras cincelaba el engarce de este collar magnífico abrochado al cuello de una mujer, la mujer acrecentaba el número de los ciudadanos de Avignon, y por su parte el poeta hacía otro tanto, sin que se le ocurriese regalar á la madre de sus hijos una sola rima.

Conste que nadie me ha preguntado mi opinión acerca del descanso dominical en toros y tabernas, pero esto no impide que yo la tenga, como cada quisque. Y mi opinión es completamente favorable al descanso sin excepciones.

Y si nadie descansase, y si las tiendas continuasen vendiendo, y los talleres funcionando, y las fábricas echando humo, y todas las formas del trabajo en plena actividad, continúo creyendo que debieran cerrarse las tabernas y suprimirse las corridas.

No concibo siquiera que esto se discuta, y no me importa que se afirme que desconozco las exigencias y dictados de la realidad. La realidad es como la libertad: se cometen crímenes en su nombre.

Nuestro mal, ó por lo menos gran parte de nuestro mal, viene del empleo que damos al domingo. Es el día del diablo, como diría Tolstoy. Por fin, los demás días de la semana se trabaja, y el trabajo morigera. El domingo, la barbarie se desborda.

No hay que fijarse, cuando se intentan reformas de tal trascendencia moral, cuando por fortuna se hace sentir su urgencia, en si se perjudica á Fulano ó á Perico de los Palotes; á esta clase, á este grupo, á aquella industria.

Todo eso es pasajero; la industria busca otro campo, el grupo otra labor, cada cosa vuelve á su sitio, el agua recobra su nivel. Lo que no puede calcularse es la transformación profunda de las costumbres, el efecto enorme, para el nivel moral, que el cierre produciría. Si alguien pierde en lo material, en intereses, en lucro..., no sacaré del armario el pañuelo de mayores dimensiones. ¡Ahí es nada! ¡Los domingos sin tabernas y sin toros!

Especialmente lo primero, representa la mitad del camino andado para que empiece á no ser fórmula irrisoria el bello, el admirable precepto de *santificar las fiestas*.

¡Precepto tan olvidado! ¡Precepto que parece idea de un insigne estadista y sociólogo *á lo divino!*

No se trata de rezos, no se trata de afluir á los templos; esto sería excelente, pero no á todos grato. Tratemos de concertar las voluntades: entiéndase la santificación de las fiestas en un sentido humano, hasta profano, jubiloso.

¿Quién ha dicho que la gente no se divierta los domingos? Diviértase, al contrario, cuanto pueda. ¿Acaso no hay más medio de divertirse que emborracharse ó ver tripas colgando?

Los toros, á la verdad, están tan decadentes, tan escasos de personal lucido en las cuadrillas, que no se concibe cómo no aburren á los mismos fieles de *la afición*. Ya no son más que el espectáculo sangriento, sin la excusa de la destreza y la habilidad. Acaso, cerradas en domingo las tabernas, el público de la plaza de toros disminuiría, porque estos dos estímulos, fatales á la gente laboriosa, se dan la mano.

Entre otros argumentos contra el cierre, dicen: lo que no se beba en domingo, se beberá en lunes... Extraña psicología. La bebida no es una necesidad natural, orgánica, que insatisfecha un día se impone al siguiente, acaso con más fuerza. La embriaguez es un mal hábito, un vicio, y como todo vicio, la interrupción temporal puede ayudar eficazmente á desarraigarlo. Hay otro punto en que tal vez no se fija la atención. Al trabajador, lejos de hacérsele corto el descanso, cuando dispone de un día entero discurre *cómo matarlo;* es una solución de continuidad en su existencia; tiene que rellenar ese tiempo vacío; por eso, de los domingos, nace muchas veces el hábito de la embriaguez. Vandervelde, el eminente escritor socialista, ha consignado esta observación: «desde que los obreros consagran los domingos á excursiones campestres, ha disminuído la embriaguez en sorprendente proporción.» Llenad el domingo: el pueblo no echará de menos la taberna. Cerrad la taberna: disminuirá el tropel de gente en la taquilla de la plaza de toros.

En las cercanías de mi pueblo, el mal empleo del domingo, sobre todo de la tarde del domingo, ha llegado á constituir un verdadero problema de orden público y de buen gobierno. Los caminos, encantadores, poéticos, á la orilla del mar, están orillados de madreselva... y de templos de Baco. La mozallonería de los lugares circunvecinos concurre á la taberna para calentarse bien los cascos; después, armada de garrotes, revólveres, llaves inglesas y navajas de dos mil muelles, se esparce, nuncia de civilización, por esos caminos que la madreselva embalsama, y la emprende á porrazos, cuchilladas y tiros con el lucero del alba que pase, llevando en la mano una torta. Hace pocos meses dejaron por muerto á un inofensivo señor que se paseaba admirando la puesta del sol en la ría. La Coruña es, sin embargo, una ciudad importante, culta, del litoral. Y estas cosas no ocurren en los aduares marroquíes. Son obra de la taberna, del alcohol, ofrecido á la grosera concupiscencia durante las horas de descanso, en que el trabajador no sabe cómo distraerse, y crea un vicio para tapar el agujero de su tedio no confesado. Si no cerráis el domingo la taberna, sobre todo la taberna, mejor hicierais en prescindir del descanso dominical. Lo convertís en daño. Las más sangrientas guerras, las epidemias más mortíferas, no igualan, en funestos efectos, al alcohol, único recreo de las clases pobres.

Pues, señor, ¡continúan los periódicos escribiendo sin recato *sportments* y *parisién!*

Y en cambio, los cajistas de los mismos periódicos le corrigen á uno el poco, pero honrado inglés que sabe, y le hacen escribir *I* con minúscula.

(I, nominativo del pronombre personal de primera persona: entendámonos.)

Habrá que resignarse. La palabra que en inglés equivale á *deportista*, en singular y en plural, tiene desgracia. Propuesto se han que no la conozca la madre británica que la parió... y se salen con la suya.

Por última vez: se dice así: *sportman*, deportista. *Sportmen*, deportistas.—*Parisiense* (del lat. *parisiensis)*, natural de París.—Para cerciorarse de esto último basta con abrir el Diccionario castellano.

Ha sido desinfectada convenientemente (era hora) la ropa empeñada en las infinitas casas de préstamos de Madrid, y parece que al leer esta nueva se nos tranquiliza un poco el espíritu, desasosegado ante los temores de repugnantes infecciones microbianas.

Porque es divertido recorrer las casas de préstamos, en las cuales suelen verse cosas que interesan al novelista, que hablan de historias de dolor, de conflictos morales, de grandezas fenecidas, de ese oleaje de vicisitudes sin el cual la sociedad sería como un plato de calabaza cocida sin sal; pero el terror de lo que andaba colgado por aquellas perchas, enfuñicado en aquellos obscuros gabinetes, mal preservado de la polilla por el clásico alcanfor, helaba las iniciativas y echaba á perder las descubiertas.

Tenía uno miedo á la *vecchia zimarra*, donde la peste, ni siquiera bohemia, sino burguesa ó proletaria, había sentado sus reales, y parecía resuelta á no irse.

¡Bienhayan las estufas desinfectadoras! Ellas nos permitirán escudriñar tranquilos esos establecimientos donde el mar de la vida hace remanso y deposita restos de naufragios, testimonios de amarguras, lo que suele quedar sobre el campo de batalla, en las grandes capitales encarnizada y fiera. El bordado mantón, el abanico de nácar, la mantilla de blonda, son lo más visible, pero no lo más sugestivo, de esos despojos. Un día, en una casa de préstamos, vi empeñado un cuadrito que, en marco de caoba, bajo vidrio, encerraba un ramillete de azahar. ¿Qué había valido el empeño de ese recuerdo tan íntimo? ¿Qué había dado por él el impío prestamista? ¿Qué género de necesidad remediaron esas flores de cera, á las cuales el transcurso del tiempo ha comunicado un matiz enfermizo? ¿Son prenda que conservaba un esposo, en memoria de una hora inolvidable? ¿Las guardaba la misma esposa, como signo de que eternamente pertenecía á un hombre? ¿Las trajo á la casa de empeños un heredero..., un hijo..., precisado á desprenderse de las flores que engalanaron el corpiño de su madre la mañana de sus desposorios? ¡Quién interpreta el enigma de un ramo de azahar encuadrado primero y pignorado después!

La cuestión de la desinfección de las capas viejas me sugiere la de la quema de hospitales, que está á la orden del día. Los hospitales se queman porque, al cabo de algún tiempo, sus paredes son un criadero inmundo de microbios.

¡Ya lo saben los constructores de Hospitales y Casas de salud: á la malicia, á la malicia!

EMILIA PARDO BAZÁN.



JULIO MICHELET



Cada vez que cogemos la pluma para trazar alguna semblanza, nos asalta el temor de aumentar el número de esos procesos biográficos en que se detalla la vida de los grandes hombres, desde las primeras gracias de su niñez hasta las últimas chocheces de su decrepitud.

La vida de Michelet ha sido minuciosamente referida en todas las colecciones y diccionarios biográficos de nuestros tiempos. Al trazar aquí la silueta del eminente historiador, prescindiremos de los juicios de rúbrica que se transmiten, de generación en generación, los biógrafos de oficio, con los mismos errores, con las mismas preocupaciones y aun con las mismas faltas de sentido común que la tradición perpetúa.

Nos proponemos hacer un retrato moral. Así es que de la existencia de este hombre extraordinario, únicamente recordaremos lo que contribuyó al desarrollo y determinó las evoluciones de su grande espíritu.

Michelet tuvo por abuelo paterno á un maestro de música de Laon, que en las postrimerías del Terror vendió sus escasos bienes para trasladarse á París, donde obtuvo para su hijo mayor un empleo en la imprenta de los asignados.

La República, después de haber fabricado por nueve mil millones de papel moneda, hizo bancarrota; y la prensa en que este papel se tiraba fué destruída en 1796, cuando el joven impresor picardo acababa de casarse.

Entonces se acordó en consejo de familia emplear el peculio común en la compra de una imprenta, que fué instalada en el coro de una antigua iglesia monacal.

Dos años después, el 21 de agosto de 1798, vino al mundo Julio Michelet.

El establecimiento tipográfico de su padre prosperó durante la era de libertad que tuvo fin el 18 brumario. Las luchas de los partidos, las interminables discusiones políticas, las noticias del ejército, todo contribuía á ofrecer diariamente nuevos elementos de vida á las innumerables imprentas que existían entonces. Pero éstas recibieron en 1800 un golpe mortal con la supresión de los periódicos.

Por tolerancia se dejó al padre de Michelet que imprimiese una sola gaceta; y esto porque únicamente trataba de asuntos eclesiásticos. Sostuvo la empresa á todo coste, y cuando el periódico empezaba á producir, se le retiró el privilegio para otorgárselo á un cura que Napoleón I tenía por leal y que pronto le hizo traición.

El gobierno de 1810 redujo la prensa á más estrechos límites y la organizó en monopolio en provecho de un reducido número de impresores afectos al ministerio de la policía.

Tantas vicisitudes acabaron por arruinar á nuestro impresor, cuyo establecimiento no tuvo la fortuna de figurar entre las sesenta imprentas conservadas en París por la arbitraria voluntad del emperador. La indemnización con que el gobierno pretendió reparar sus perjuicios, no excedería de la vigésima parte de su valor real. Teniendo deudas que pagar y obligaciones que cumplir, el tipógrafo se dedica á imprimir varias obras de su propiedad, ya que el decreto imperial permite aquella escapatoria.

Todo el trabajo tiene que hacerse en familia, cuyo jefe anda siempre corriendo por la ciudad para hacer frente á sus apuros, sin poder ayudar á su esposa enferma que hace de encuadernadora, ni á su hijo que apenas cumplidos doce años compone y distribuye la letra, ni á su padre que á los setenta y cinco se mete al duro manejo de la prensa á mano, recordando con amargura sus pasadas glorias de artista.

En las obras que les permiten publicar, Julio no halla gran pasto para el desarrollo de su inteligencia. Casi todas son colecciones de charadas, acrósticos y chistes, deplorables muestras de esa literatura de pacotilla, que hasta hace poco ha sido la base de la cultura literaria del bajo pueblo francés.

De pie ante su caja, el futuro historiador, cuyo trabajo automático no pone traba alguna á su imaginación, se entrega á continuas meditaciones. En tanto que sus pobres dedos de niño, llenos de sabañones en el rigor del invierno, juntan ó dispersan las letras de plomo, su cabecita piensa; y cuanto más se animan las ideas en su cerebro, más ligera anda la mano en mover la letra.

Julio nada sabe todavía, exceptuando un poco de latín que le enseña un viejo librero, ex maestro de escuela rural, gran amigo de Vaugelas y de las doctrinas del 93. Este hombre, chapado á la antigua, que con ser enemigo de los emigrados monárquicos había salvado á nueve del hacha de los terroristas, tenía que ejercer naturalmente una poderosa influencia en el desarrollo moral de su nuevo discípulo. Las horas que éste pasaba estudiando con él, eran sus horas de recreo. Terminada su lección, se volvía silencioso al taller, donde no le esperaba más compañía que la de su pobre abuelo, ocupado en hacer gemir la prensa con sus manos temblorosas.

Entonces cayeron en las de Julio tres volúmenes destinados á impresionar vivamente su espíritu: una *Mitología*, un *Boileau* y una *Imitación de Jesucristo*, obra esta última que fué toda una revelación para el muchacho, educado hasta entonces en la ignorancia más profunda de las ideas religiosas. Su padre, que conocía más á Apolo y á Júpiter que á Jesucristo, no le habló nunca de Dios, cuyo nombre substituía con el de la Providencia ó con el del Ser supremo, como Maximiliano Robespierre.



JULIO MICHELET

A través de aquellas páginas, Julio divisó de pronto al final de este mundo de tristezas la liberación de la muerte, la otra vida y la esperanza. La religión, así recibida, sin intermediario humano, fué en él muy fuerte y quedó en su alma como algo propio, vivo y libre, tan identificado con su vida, que se alimentó de todo, fortificándose con una infinidad de cosas tiernas y santas en la poesía y en el arte. No leía, sino que oía las primeras palabras de la *Imitación*, como si aquella voz dulce y paternal se dirigiese á él; y su gran cuarto desmantelado y frío le pareció lleno de una claridad misteriosa. No pudo seguir mucho la lectura, porque no comprendía á Cristo, pero sintió á Dios.

La existencia de Julio fué transcurriendo entre el laborioso trabajo de la imprenta y la robusta nutrición de su cerebro. Por las mañanas, muy temprano, antes de ir á su tarea, pasaba un par de horas en casa de su viejo maestro, que le hacía traducir algunos versos de Ovidio ó de Virgilio, y le corregía los temas ó las versiones que el muchacho escribía por la noche, después de la lección de música dada por su abuelo. Pero éste distaba mucho de mostrarse tan satisfecho de su discípulo como el profesor de latín. Julio era tan refractario á la anotación casi algebraica del lenguaje musical, que renunció al fin á vencer las dificultades que encontraba insuperables.

Mientras tanto, agotados los recursos de la indemnización, aumentaban de día en día los apuros materiales en el hogar doméstico. Para colmo de desdicha, la madre de Julio cayó gravemente enferma.

El niño no se daba ningún paseo ni distracción alguna, sino para ir de vez en cuando á recorrer las salas del *Museo de monumentos franceses*, fundado en 1794 por Alejandro Lenoir en el convento de Pequeños Agustinos, destruído por la Restauración y convertido más tarde en la actual Escuela de Bellas Artes. Allí se formó el historiador que había de asombrar al mundo con sus obras. El joven Michelet llenaba aquellas tumbas con su imaginación; sentía á los muertos á través de los mármoles, y le sobrecogía un vago terror bajo las bóvedas sombrías en que descansaban Chilperico y Fredegunda.

Un amigo de la familia propuso hacerle dar colocación en la imprenta imperial. Era asegurarle el sustento, pero probablemente era también paralizar para siempre el desarrollo de su inteligencia; y todas las facultades de su espíritu se revelaban tan activas y fecundas en promesas, que sus padres retrocedieron ante la perspectiva de reducirlo á la condición de simple operario. Y aquella familia, tan próxima á la miseria, supo imponerse aún nuevos sacrificios para meterlo en el colegio Carlomagno, donde no tardó en ser el número uno en todo el programa universitario. Pero si fué simpático á sus profesores, sus condiscípulos le hicieron pagar caros sus triunfos, con sangrientas burlas é injustos desprecios basados en la pobreza de su ropa. Esto le sumió en una precoz misantropía, que lo alejaba aún más de sus compañeros. A las horas de recreo y en los días de asueto, se encerraba en las clases para leer un libro de Tácito ó un canto de Virgilio, y hablar familiarmente con los dioses, con los héroes, con las grandes figuras de la humanidad, sintiendo crecer en su alma el amor á lo bello y el culto de lo grande.

Perdió á su madre estando todavía en el colegio, y el recuerdo cariñoso de aquella santa mujer le acompañó hasta los últimos instantes de su vida. A cada momento, en sus ideas, en sus palabras, sin hablar del gesto ni de las facciones, la sentía revivir en él.

Terminó sus estudios con gran éxito, pero había llegado el instante de decir adiós á los triunfos escolares y bajar al palenque social para conquistarse una posición. Tuvo la suerte de escapar á las dos influencias que perdían á los jóvenes de su época: la de la escuela doctrinaria, majestuosa y estéril, y la de la literatura industrial, que hallaba colocación hasta para sus más desdichados engendros en la librería apenas resucitada. No queriendo vivir de su pluma, se dedicó á la enseñanza, por considerar que era esta la profesión que más le facilitaban sus estudios. Y cada día, después de haber dado sus clases, se complacía en retirarse á su domicilio, allá, cerca del cementerio del Padre Lachaise, donde se entregaba á la lectura de los poetas clásicos, principalmente Homero, Sófocles y Teócrito, y de vez en cuando á los historiadores.

Tres años duró aquella vida de inteligente y poética pereza, sin sospechar que había de ser uno de los primeros escritores de estos tiempos. Su principal ocupación consistía en dar lecciones en casas particulares ó en colegios, enseñando todo lo que querían, idiomas, filosofía, historia, matemáticas, ciencias físicas y naturales, hasta dibujo.

La única distracción que se permitía de vez en cuando era el pasearse por el bosque de Vincennes en compañía de un amigo suyo, gran discutidor y analista sin igual. Durante horas enteras, la filosofía y las letras proporcionaban elementos inagotables á sus conversaciones.

Ganó entonces por oposición una cátedra en el colegio Sainte Barbe, y en 1825 preludia sus grandes

trabajos históricos con la publicación de dos obras elementales. Dos años después da á la estampa un compendio de historia moderna, luminoso y conciso, que marca las tendencias liberales del autor.

Toda Francia leía en aquella época la *Crítica de la razón pura*, de Kant, y Michelet la convirtió en base de sus teorías históricas y humanitarias. Aquel mismo año publicó los *Principios de la filosofía de la historia*, traducidos de la *Scienza nuova*, de Vico, con un discurso sobre el sistema y la vida del autor; obra que afirmó su reputación sobre bases más sólidas. El sabio profesor francés distaba mucho de adoptar por completo las doctrinas fatalistas del autor italiano; se separaba de él en los principales puntos, negándose á creer, entre otras cosas, que la especie humana esté invariablemente condenada á evolucionar en el mismo ciclo y á recaer de la civilización en la barbarie, después de cierto número de siglos, para elevarse de nuevo del derecho de la fuerza al derecho de la razón. También protestaba contra la conclusión del filósofo napolitano que proclamaba infalible toda idea que se presentase con el asentimiento unánime de los hombres; y su protesta se fundaba en que la historia nos prueba que los más crasos errores han sido consagrados por todas las naciones del globo, y que el testimonio universal se impregna de las preocupaciones de cada siglo.

Tan notable trabajo valió á Michelet su nombramiento de maestro de conferencias para la cátedra de historia en la Escuela normal. La enseñanza dulcificó su carácter que la terrible prueba del colegio había agriado mucho. Aquellas jóvenes generaciones, amables y confiadas, que creían en él, le reconciliaron con la humanidad. Lo que sentía era que se dispersaran cuando les había cobrado afecto.

Después de la Revolución de Julio, fué nombrado jefe de la sección histórica en los archivos del reino. En 1831 publicó la primera parte de su *Historia romana*, que abunda en críticas ingeniosas y en observaciones de una grande originalidad; y tres años después dió á la imprenta la segunda edición de su admirable *Introducción á la Historia universal*, aumentada con un discurso inaugural, pronunciado por el autor en la Facultad de letras. Casi al mismo tiempo, da el primer tomo de su monumental *Historia de Francia*, y sus obras se suceden con asombrosa rapidez y con éxito creciente. Desempeña por poco tiempo el cargo de profesor de historia de la princesa Clementina; sucede á Daunou en la cátedra de Moral é Historia del Colegio de Francia y al conde Reinhard en la Academia de Ciencias morales. Aquella cátedra se convirtió pronto en una tribuna, donde, sostenido por las simpatías de la juventud universitaria, empezó en favor de los ideales democráticos y en contra de los jesuítas una activa propaganda, que desencadenó contra él las más vivas animosidades y que dió por fruto los tres famosos libros de *Los jesuítas* (en colaboración con Quinet), *El cura, la mujer y la familia*, y *El pueblo*, obra en que su alma compasiva vertió raudales de sentimiento.

En 1847 publicó la *Historia de la Revolución*, que terminó en pocos años. El partido liberal quiso enviarlo á la Cámara de diputados, pero él declinó toda candidatura, excusándose con la necesidad de llevar á término sus grandes trabajos históricos. Como continuase su enseñanza democrática en el Colegio de Francia, el gobierno, temeroso, cerró su cátedra en marzo de 1851; y á consecuencia del 2 de diciembre abandonó los Archivos por haberse negado á prestar juramento al gobierno imperial.

Michelet, que había perdido á su primera esposa, volvió á casarse con una mujer de gran talento, que colaboró con él en varias obras llenas de delicadeza y sentimiento, tales como *El ave*, *El insecto* y *El mar*. Es interminable la lista de los libros de arte puro, de polémica y de historia que dió á luz el sabio y fecundo escritor.

Retirado á Italia durante el sitio de París, protestó contra las exigencias de los vencedores por medio de un elocuente manifiesto impreso en Florencia; angustiado por los infortunios que agobiaban á su patria, emprendió en 1872 la publicación de una *Historia del siglo* XIX, que no pudo llevar más allá de Waterloo, porque, hallándose en Hyères, donde solía invernar hacía años, sucumbió á un ataque de parálisis el día 9 de febrero de 1874.

Después de un ruidoso pleito entre la viuda y un yerno de Michelet, sobre si el cadáver de éste podía ser trasladado á París ó si había de ser enterrado en Hyères, los tribunales fallaron que se inhumase en el cementerio del Padre Lachaise, donde, en terreno cedido por el Municipio, se le erigió por subscripción nacional un mausoleo adornado con un grupo alegórico en mármol que honra al escultor Mercié.

El cuerpo del eminente historiador podrá desaparecer en virtud de la ley fatal de renovación de la materia, pero su espíritu vivirá eternamente en sus obras. En ellas se muestra grande como erudito, como pintor y como poeta. Su estilo reune la viveza espontánea de las inteligencias poderosas que todo lo abrevian y simplifican, porque todo lo abarcan con extraordinaria lucidez.

RUY BLAS.



Gente moza, cuadro de L. R. Garrido. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. París, 1904.)

PEDRITO CARNERO

(ALIAS MR. MOUTON)

Su padre Jerónimo Carnero era dueño en su pueblo natal de una tienda surtida en la que vendía toda clase de artículos y géneros, desde percales, sedas y terciopelos anticuados y fuera de moda que le enviaban de la capital por no ser vendibles ya, hasta las velas de cera y de sebo, azafrán, especias y galletas que habían sido inglesas; ayudábale en el comercio y venta su mujer Pascuala Valdeivieso, muy gruesa de carnes, no muy aguda de entendimiento, pero mujer que toda su vida había sido honrada y fiel á su marido, buena á carta cabal y que sólo tenía una debilidad: la de haber hecho un ídolo de su hijo único Pedrito.

El cual quedó huérfano de padre cuando contaba apenas diez años, siendo su madre tutora y curadora, y teniendo además desde el día en que enviudó el cargo y dirección de los *negocios* de la casa. Y á decir verdad no la iba mal, pues vendía mucho y bien, llegando á triplicar en pocos años el caudal y existencias que la dejara al morir su marido Jerónimo.

El primer cuidado de Pascuala Valdeivieso, viuda de Carnero, fué atender á la educación de su hijo Pedrito; ella hubiera deseado hacerle cuando menos abogado ó ingeniero; pero no queriendo separarse de él, se contentó con enviarle á la escuela, pagando bien para que el maestro, que no era tonto ni ignorante, le enseñase lo que el muchacho buenamente y sin esfuerzo quisiera aprender, incluso un poco de latín y algo de francés, idioma útil y necesario á su comercio.

Al cumplir Pedrito los veinte años creyóse un hombre con humos de instruído y hasta sabio, pasando por ser la lumbrera y antorcha de su pueblo, lo cual le tenía orgulloso y causaba á su madre la buena Pascuala gozo inefable cuando oía las alabanzas que prodigaban á su Pedrito.

—Señora Pascuala, decíala un día el secretario del Ayuntamiento, usted debía mandar á su hijo á Madrid por algún tiempo para que se perfeccionase en sus estudios, y al cabo de poco vería usted...

—No me hable de eso, le interrumpía Pascuala; ¡mandar mi Pedrito á Madrid!.. Calle usted. Madrid es la perdición de los jóvenes... ¡Vamos que no y no! Además no quiero separarme de mi hijo.

Pedrito, por su parte, que tenía pretensiones de ser alcalde de su pueblo algún día y hasta soñaba con ser diputado por el distrito, no pensaba ni quería ir á Madrid, primero porque le iba muy bien en su pueblo, donde era el amo puede decirse, y segundo porque empezaba á enamorarse ciegamente de Juanilla, muchacha linda y buena, hija del comerciante más rico del país. Ella al principio no hacía caso á Pedrito; tenía muchos buenos pretendientes y podía escoger á su gusto; pero el joven fué tan perseverante y se dió tan buena maña para enamorar á la muchacha, que al fin ésta cedió y le autorizó para que la señora Pascuala fuese á hablar con su padre.

Arreglóse el matrimonio á satisfacción de las dos familias y concertóse la boda, que debía efectuarse de allí á un año. La fiesta fué de todo lujo, bulliciosa y alegre; hubo *morterazos*, luces de bengala, fuegos artificiales, gran cena, baile al aire libre y limosnas para los pobres.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Combate entre la caballería cosaca y la japonesa en la batalla de Wa-Fang-Kau (30 de mayo). (Dibujo de H. W. Koekkoek.)

En lo más reñido de la batalla de Wa Fang Kau, estalló una tempestad horrible, confundiéndose durante largo rato los estampidos de los truenos con los de los cañonazos. Esta lámina representa un episodio de la batalla durante la tempestad, el combate sangriento que se trabó entre los cosacos y la caballería japonesa

Dos años pasaron sin que Pedrito pudiera tener la satisfacción de llamarse padre; y esta era la única nube que obscurecía aquel cielo matrimonial, feliz en todo lo demás.

Un día la mujer de Pedrito díjole:

—Mira, Pedrito, he oído decir que el cambio de clima y de aires suele ser un remedio para tener familia...

—Sí, tienes razón, la interrumpió Pedrito; no se me había ocurrido tal idea. Haremos un viaje á Madrid, á Barcelona y llegaremos hasta París... París, ¿qué te parece, eh?

La bruja, cuadro de Teodoro van Hove

—¡Cuánto me gustaría... ver París..., y tú que hablas francés!.. Vámonos, vámonos cuanto antes.

Pocos días después, con el bolsillo bien provisto y la bendición materna, tomaban el tren para Madrid, donde permanecieron una semana, saliendo después para Barcelona, que les gustó mucho, y donde se detuvieron más de quince días.

Fijo en la mente el viaje á París, determinaron sin más tardanza salir con destino al *foyer de deux mondes*, como llama Michelet á la capital de la vecina república. Difícil sería describir la satisfacción de los cónyuges Carnero al instalarse en el cómodo y lujoso *reservado* del Pullman, que no habían visto jamás. La señora de Carnero abrazaba y besaba á su marido llena de júbilo infantil, y Pedrito por su parte devolvía las caricias á su mujer y consultaba frecuentemente el vocabulario francés de bolsillo, comprado expresamente para la ocasión. Inútil es decir que del francés que había creído aprender apenas si recordaba algunas frases, lo cual le preocupaba, pues no quería que su mujer se percatase de su falta de memoria y aplicación... ¡Ella que creía á su marido un profesor en francés!

Llegaron á París y fueron á instalarse en el mejor hotel, el más caro, el de moda. Diéronle á Pedrito una espaciosa habitación elegante y bien amueblada, donde almorzaron, no queriendo bajar al comedor, y como la señora de Carnero sentíase algo cansada, no quiso acompañar á su marido, que debía salir en busca del banquero español para el cual traía una letra de cambio. Bajó en el ascensor, hizo llamar por señas un coche, fué á la oficina del banquero, cobró su letra y volvió al hotel, impaciente por ver á su mujer, aunque la ausencia no había llegado á una hora.

Preocupado y sin fijar la atención, se metió en el primer ascensor que halló al paso; el ascensor le condujo al piso más alto del hotel; Pedrito salió del ascensor, y aunque reconoció que no era aquel el piso en que estaba su habitación, recorrió dos veces la inmensa galería que daba vuelta al edificio, sin encontrar escalera ni salida alguna. Al fin un criado le salió al encuentro preguntándole qué buscaba, y Pedrito en un francés imposible le dijo:

—Mi mujer..., mi número..., mi cuarto.

El criado le hizo varias preguntas sin poder comprender las respuestas, y por último hizo subir el ascensor y metió dentro á Pedrito, que á los pocos segundos se halló otra vez en el vestíbulo del hotel. Indeciso y sin saber cuál ascensor debía tomar, hacía preguntas incoherentes que ningún criado entendía; dirigióse á la oficina en que había entrado al llegar donde registraron su nombre, pero tuvo la mala fortuna de no hallar el mismo empleado, que, cumplidas las horas de servicio, había sido relevado. Hízole las mismas preguntas en su incomprensible francés:

—Mi mujer..., mi número..., mi cuarto...

A todo lo cual el empleado se quedaba en ayunas, sin comprender el sentido, y sabe Dios cómo hubiera terminado á no llegar un criado que debió conocer la nacionalidad de Pedrito en su cara y le preguntó en español chapurrado lo que deseaba. Enterado de ello, y después de consultar el libro registro, le condujo á su habitación, donde la señora de Carnero le esperaba impaciente y algo inquieta por la tardanza.

Al día siguiente alquilaron un carruaje para recorrer París y fueron al correo, *Poste-restante*, en demanda de cartas que debían haber llegado. Pedrito, que consultaba á cada momento el vocabulario de bolsillo (si bien á escondidas), se acercó al encargado y le preguntó si había alguna carta para *Monsieur Mouton*, traduciendo en francés su propio apellido. El encargado, después de consultar el registro, le dijo con la mayor cortesía que no había carta alguna para *Monsieur Mouton*.

—Es extraño, dijo Pedrito á su mujer; en fin, volveremos mañana. Se habrá retrasado el correo.

Tornaron al siguiente día, hizo Pedrito la misma pregunta en idénticos términos y obtuvo igual respuesta.

Y lo mismo sucedió los dos días siguientes.

Intranquilo Pedrito por el silencio de su madre, decidióse á telegrafiarla, exigiéndola inmediata contestación y dando la dirección del hotel.

Pasó aquel día, y por la tarde del siguiente Pedrito, lleno de inquietud por no recibir contestación, fué á la oficina del hotel en demanda del telegrama. Le contestaron que procedente de España había un telegrama dirigido al hotel, pero el nombre estaba escrito así: *Monsieur Carnaireau*, y que como él preguntaba por un telegrama dirigido á *Monsieur Mouton*, decididamente no era para él y no podían entregársele.

Lleno de zozobra y de inquietud por la falta de cartas de su madre y sin respuesta telegráfica, Pedrito decidió salir en el primer tren con destino á España.

Pagó su cuenta en el hotel, que por cinco días ascendió á varios cientos de francos, quedándole sólo lo justo para volver á su país en segunda clase. ¡Triste viaje de regreso!

Cuando Pedrito hubo abrazado á su madre, á la cual halló felizmente buena y sana, si bien asombrada de la rápida é inesperada vuelta sin aviso alguno, la dijo:

—Pero, mamá querida, ¿cómo has dejado pasar cinco días sin escribirnos?

—¡Si no he dejado de escribirte ni un solo día, hijo mío!

—Pondrías mal la dirección...

—Exactamente como tú me indicabas..., á tu nombre, *Monsieur Pierre Carnero...*

—¡Ah!, exclamó Pedrito interrumpiéndola; ahora me lo explico. Yo preguntaba si había carta para *Monsieur Mouton*, que es la traducción de mi apellido, para que lo entendieran mejor... Ya ves, como estaba en Francia...

—Pero, hijo mío...

—Bien, mamá; pero ¿por qué no me contestaste al telegrama que debes haber recibido?

—Sí, hijo mío, te contesté en seguida... Mira, aquí está la copia. Por cierto que para mayor claridad y evitar errores puse tu nombre así, mira... *Monsieur Carnaireau*, que es como en francés se escribiría tu apellido para pronunciar *Carnero...* Ya ves.

—Y no quisieron entregarme el telegrama por eso mismo, porque no decía *Monsieur Mouton*. En fin, no hablemos más de esto, dijo Pedrito con tono decidido y autoritativo.

A los pocos días todo el pueblo comentaba con grandes risas lo ocurrido á Pedrito en París, y desde entonces llamaron á Pedrito Carnero «*Monsieur Mouton*.»

***

Hoy aquel Pedrito Carnero es padre de familia, rico y feliz; ha sido Director General, Diputado y Senador, tiene varias Grandes Cruces y le llaman el Excmo. é Ilmo. Sr. D. Pedro Carnero de Valdeivieso. Es hombre político de grandes influencias, vive en Madrid en un magnífico hotel de su propiedad y es en la actualidad candidato para un alto puesto diplomático...

Por lo demás, es una persona excelente y simpática.

Sí; pero en su pueblo es siempre *Monsiú Mouton*.

M. J. Quintana.



El despertar de Jesús, cuadro de Teodoro van Hove



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El vapor *Petersburg*, de la flota voluntaria rusa que en el mar Rojo ha registrado varios buques mercantes alemanes é ingleses

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Dueños los japoneses de Ta-Chi-Kiao y de Niu-Chuang, prosiguen su movimiento de avance sobre Hai-Cheng y Liao-Yang. Mientras una parte de su ejército atacaba las posiciones rusas de Ta-Chi-Kiao, otra acentuaba su movimiento ofensivo contra Hai-Cheng, habiendo comenzado por este lado las operaciones el 25 de julio último con varios combates entre las avanzadas. El 29 se libró una reñida batalla, atacando los japoneses el flanco derecho de los rusos: la acción empezó con un vivo cañoneo, después del cual la infantería avanzó á lo largo de la línea férrea, á pesar del incesante fuego del enemigo. De lo ocurrido en los días 30 y 31 todavía no se tienen detalles, y únicamente se sabe que en esta última fecha las fuerzas del flanco derecho ruso se replegaron ordenadamente sobre Hai Cheng.

Por el lado de Liao-Yang, también se han trabado sangrientos combates, en uno de los cuales (el día 31) fué muerto el general Keller, que mandaba el segundo cuerpo siberiano y estaba encargado de las operaciones dirigidas contra el ala derecha extrema del ejército del general Kuroki.

Por el interés que inspiran y por la trascendencia que pueden tener las operaciones que han de desarrollarse en esta parte del teatro de la guerra, nos parece conveniente examinar la situación que en él ocupan los dos beligerantes.

Después de los combates de Ta-Chi-Kiao (23 y 24 de julio), el frente del ejército ruso, que era de 100 kilómetros, quedó reducido á 66. La derecha de este ejército, que es la que se ha replegado sobre Hai Cheng, se compone de 56 batallones, con 128 cañones, y está mandada, según parece, por el general Sarubaieff. El centro, situado entre Hai-Cheng y Liao-Yang, consta de 24 batallones, con 32 piezas de artillería. La izquierda, que ocupa Liao-Yang, tiene 88 batallones y 256 cañones. Todo este ejército hállase apoyado al Sur por la brigada de cosacos del Ussurí, al Norte por la división de cosacos del Transbaikal y en todo el frente por las numerosas fuerzas movilizadas en Siberia ó procedentes de Europa y del Cáucaso: toda esta caballería comprende 126 escuadrones con 8 baterías montadas.

Los japoneses tienen allí tres ejércitos que forman dos grupos: uno de éstos, el del Norte, está constituído por el primer ejército, que consta de 48 batallones, 15 escuadrones y 215 piezas de artillería, y es el que opera en la región de Liao-Yang, el otro, formado por todo el segundo ejército y la mayor parte del tercero, comprende 80 batallones, 21 escuadrones y 288 cañones y se extiende en semicírculo alrededor de Hai-Cheng. En el centro, una división del tercer ejército (16 batallones, 3 escuadrones y 36 cañones) asegura la comunicación entre aquellos dos grupos.

Como se ve, el general Kuropatkine dispone en la actualidad de fuerzas equivalentes á las de su adversario, y si bien no se halla aún en condiciones de tomar la ofensiva, puede sin temor aceptar una batalla defensiva. Sin embargo, no es de suponer que acepte una gran batalla en Hai-Cheng, porque no le conviene llevar hacia el Sur fuerzas de las que guarnecen Liao-Yang, pues con ello se expondría á que el general Kuroki, que amenaza la región situada al Norte de aquella plaza, le cortara las comunicaciones con Mukden. Lo más probable, por consiguiente, es que los cuerpos que operan al Sur continúen haciendo lo que hasta ahora, oponer toda la resistencia posible al avance de los japoneses, pero sin comprometerse, antes bien replegándose sucesivamente hacia Liao-Yang que, al fin, será el punto de concentración de todo el ejército ruso y tal vez el sitio en donde se libre una gran batalla, cuyo resultado puede contribuir mucho al éxito definitivo de la guerra.

Es imposible deducir la verdad de las pérdidas sufridas por ambas partes en los combates de Ta-Chi-Kiao. Díjose primero que los rusos sólo habían tenido 87 muertos ó heridos y los japoneses 800; después el general Okú afirmó que aquéllos habían perdido 2.000 hombres, y últimamente se asegura que los japoneses tuvieron 1.043 bajas. No menos contradicción existe respecto de los detalles de la acción, pues mientras el general japonés dice, para aumentar la importancia de su victoria, que los medios de defensa de los rusos eran los mejores y más importantes de cuantos hasta entonces se habían opuesto á sus tropas, el general ruso Sakharof afirma que no habían hecho allí ningún trabajo especial de defensa, ya que nunca pensaron en defender seriamente aquella posición.

Los japoneses tienen actualmente delante de Puerto Arthur dos divisiones con dos brigadas de reserva, á las que acaso se hayan reunido ya otra división y otras dos brigadas de reserva recientemente desembarcadas en Dalny, lo que da un total de 60.000 hombres con 180 cañones de campaña. Además, otra división que ha desembarcado últimamente en Kin-Cheú permanece por de pronto en el centro de la península de Liao Tung dispuesta á reforzar el ejército del general Okú, al Norte, ó el ejército sitiador de Puerto Arthur, al Sur; y como el ejército del general Okú prosigue hasta ahora con éxito su marcha de avance, es probable que esta división vaya á la citada plaza, en cual caso los japoneses tendrán allí 80.000 hombres. Según parece, el día 24 de julio los sitiadores intentaron un ataque, trabándose con este motivo un combate reñidísimo, durante el cual una parte de la escuadra del almirante Togo atacó á varios contratorpederos rusos. Que hubo combate y que éste fué muy sangriento parecen cosas fuera de toda duda, porque un boletín oficial del estado mayor japonés publicado el día 30 en Tokío dice que los sitiadores tuvieron cinco oficiales muertos y 71 heridos; de las bajas de soldados no habla. La circunstancia de ser este el primer boletín que se publica desde que comenzó el sitio hace creer que ha empezado el ataque en regla de la plaza. Se ha dicho también que los rusos perdieron tres contratorpederos, pero esta noticia no ha sido confirmada ni siquiera en el parte oficial del almirante Togo. Un telegrama de Tokío, fechado el 1.° de este mes, dice que los japoneses intimaron á la guarnición rusa que capitulara, intimación que, como es de suponer, fué desatendida; y añade dicho telegrama que de la respuesta de los sitiados se desprende que éstos creen que el material de sitio de los japoneses, el mariscal Oyama y todo su estado mayor se hundieron en el mar con dos de los buques destruídos por los torpedos.

La cuestión de los barcos visitados, apresados ó destruídos continúa siendo objeto de discusiones y negociaciones diplomáticas. Rusia mantiene en absoluto el derecho de visita que pueden ejercitar los buques de guerra y los cruceros auxiliares; en lo único que parece ceder á las reclamaciones formuladas es en lo que se refiere al hecho de haber sido transformados en buques de guerra el *Smolensk* y el *Petersburg* después de haber pasado el Bósforo y los Dardanelos como barcos mercantes. En su consecuencia, ha ordenado á los expresados buques que en lo sucesivo se abstengan de visitar los buques neutrales sospechosos, y que regresen inmediatamente á Rusia por el Báltico. Pero los vapores mercantes que hayan sido transformados en cruceros auxiliares fuera del mar Negro, tienen y conservarán el derecho de visitar y capturar, en su caso, á los barcos neutrales: tal sucederá respecto de los vapores recientemente adquiridos, el *Don*, el *Ural*, el *Terck*, el *Koubaa*, el *Artisch*, el *Anadir* y el *Argoun*, que serán incluídos en la lista de la marina de guerra, los cuatro primeros como cruceros y los tres últimos como transportes.

En aguas de Puerto Arthur fué echado á pique el 16 de julio el vapor inglés *Hipsang*, que acababa de salir de Niu-Chuang con rumbo á Che-Fu: al pasar por delante de la bahía del Pigeon, á una distancia de menos de tres millas de la costa, los fuertes rusos dispararon los cuatro cañonazos de aviso para que se detuviera; pero lejos de hacerlo así, el vapor siguió su marcha á toda máquina, en vista de lo cual los cañones de la costa dispararon sobre él con bala. A pesar de esto, el *Hipsang*, no sólo no se detuvo, sino que contestó con fuego de fusilería, y entonces salió del puerto un torpedero que lo echó á pique, después de recoger á una parte del pasaje y de la tripulación.

La división naval rusa de Vladivostok ha terminado felizmente su excursión por las costas orientales japonesas y ha regresado á su base de operaciones sin haber sido molestada en lo más mínimo por los buques de guerra enemigos. El parte oficial del al-

GUERRA RUSO-JAPONESA. – El vapor *Smolensk*, de la flota voluntaria rusa que en el mar Rojo ha registrado varios buques mercantes alemanes é ingleses (de fotografía)



EL REY BEBE, cuadro de Jordaens que se cons



…ERVA EN EL MUSEO DEL LOUVRE, grabado por Baude

mirante Skrydlof dice que la expresada división el día 20 de julio último echó á pique el barco japonés *Okassima-Maru,* visitando luego sucesivamente el barco inglés *Camara,* el vapor japonés *Kiodunin-Maru* y dos barcos de vela japoneses: estos dos últimos fueron destruídos; los demás quedaron en libertad. El 22 detuvo al buque alemán *Arabia,* cargado de harina y de material de ferrocarril, que fué apresado y enviado á Vladivostok. El 23 fué capturado el *Knight Commander* que no se detuvo hasta el cuarto cañonazo dirigido contra él y que llevaba los papeles de á bordo incompletos, si bien de ellos se deducía que practicaba el contrabando de guerra; era, por consiguiente, buena presa; pero en vista de la imposibilidad de hacerle llegar al puerto ruso más próximo, sin peligro manifiesto para el destacamento, á causa de la insuficiencia del carbón de que iba provisto, fué echado á pique después de haber desembarcado toda la tripulación y de haberse incautado los marinos rusos de todos sus documentos. El 24 y días siguientes destruyeron dos barcos de vela japoneses y un buque alemán, el *Tea.* El 30, cuando regresaba á Vladivostok, vió algunos buques de guerra y torpederos japoneses, con un guardacostas acorazado; pero éstos no pudieron darle alcance, entrando la división en el citado puerto sin haber sufrido la menor avería ni perdido un solo hombre.

Es inexplicable lo que sucede con esta división naval y la escuadra japonesa que manda el almirante Kamimura, que hasta ahora no ha podido impedir ni castigar ninguna de las varias correrías por aquélla realizadas. Esta última vez, parecía natural, teniendo en cuenta lo mucho que se habían alejado los tres buques que componen la citada división, que el almirante japonés se apostara convenientemente (como podía hacerlo á sus anchas) cerca de Vladivostok, y al regresar los barcos rusos les impidiera la entrada en el puerto ó cuando menos les hiciera pagar caro su atrevimiento. Y sin embargo, nada de esto ha sucedido, y Kamimura, que podía escoger sus posiciones sabiendo por dónde había de volver aquella división, ha dejado escapar esta nueva y excelente ocasión que para derrotarla se le ofrecía.

Esta expedición ha sido en extremo desastrosa para los japoneses; tanto que, aparte de los barcos de vela destruídos, se calcula en 200.000 toneladas la cantidad de mercancías cuyo envío se ha retrasado y en 15 millones de yens las pérdidas en dinero.

En vista de que muchos japoneses se disfrazan de chinos para observar desde lo alto de las colinas los movimientos de las tropas rusas y hacer luego señales á sus patrullas, se ha dado orden á los soldados rusos de que hagan fuego contra los espías de esta clase á quienes vean en las alturas.—R.

NUESTROS GRABADOS

Representación de «Semíramis» en el antiguo anfiteatro de Nimes.—El corresponsal de un importante diario parisiense describe este espectáculo en los siguientes términos: «Figuraos una decoración de 30 metros de alto que representa los jardines suspendidos de Babilonia; un triple escenario reunido por dos escaleras monumentales; una música que se dice tomada de las marchas reales de Lulli; doscientos figurantes que realmente sienten y expresan el interés de la acción; una elipse de 63 metros de profundidad y dentro de ella 16.000 espectadores, y tendréis una idea incompleta, pero suficiente, de la grandiosidad de estas representaciones que son verdaderas ceremonias.» La tragedia de Peladán plantea el conflicto entre la fatalidad del amor y el deber y el destino anterior de Semíramis. Esta, después de haber paseado por todo el orbe sus legiones victoriosas, que la adoran con pasión mística y feroz, decide no combatir más, y en la languidez de su ocio se enamora del príncipe egipcio Keth-Aur, que se ha traído en rehenes de su última expedición. En vano el mago Urkam trata de destruir aquella pasión y de hacer ver á la reina el peligro á que se expone provocando la celosa cólera de las legiones, de quienes es la esposa mística; en vano el sacerdote Naram-Pin suplica á Semíramis que no exponga á su patria á una revolución militar; en vano Zakir-Iddin, jefe de los ejércitos, que más que ninguno la ama, recurre al ruego y á la amenaza. Semíramis quiere vencer por su voluntad su destino anterior y cambiar el curso de su vida; pero el destino es más fuerte y la vence á ella: Zakir-Iddin reta y mata á Keth-Aur, y la reina, decidida á abandonar una vida en que los deseos se ven siempre contrariados, venga á su amante matando á Zakir y desapareciendo á los ojos del ejército bajo la forma de una paloma. Los cinco personajes citados fueron representados admirablemente por la señora Segond-Weber y los Sres. Lambert, Darmant, Liser y Dorival, que conquistaron entusiastas aplausos.



REPRESENTACIÓN DE «SEMÍRAMIS,» drama antiguo de Josefin Peladán, en las Arenas romanas de Nimes (Fotografía de León Bouet)

Gente moza, cuadro de L. R. Garrido.—Cada edad tiene su modo de ser especial que le imprime un verdadero carácter: la juventud es alegre, descuidada; la vejez, melancólica y reflexiva. Esto no quiere decir, sin embargo, que no haya jóvenes muy graves y ancianos muy divertidos; pero estos son casos excepcionales que no hacen sino confirmar la regla general. De aquí que cuando un artista quiera personificar en las figuras por él trazadas una determinada edad, habrá de buscar la nota característica de la misma, que es lo que ha hecho Garrido en su bellísimo cuadro, pintando esa simpática pareja con toda la frescura, toda la viveza y toda la gracia propias de los que se hallan en la primavera de la vida.

La bruja.—El despertar de Jesus, cuadros de Teodoro van Hove.—En el número 1.161 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA nos ocupamos de este famoso pintor belga, publicando algunos datos de su biografía y exponiendo el alto concepto que sus obras han merecido en el mundo del arte. Inútil es, por consiguiente, repetir lo que hace tan poco tiempo dijimos, y únicamente diremos que el cuadro *El despertar de Jesús* forma con los dos lienzos *San Lucas* y *San Juan Evangelista,* que en el citado número reprodujimos, un tríptico que actualmente pertenece á la princesa de Tour y Taxis.

El rey bebe, cuadro de Jacobo Jordaens.—Nació este pintor famoso en Amberes en 1594, y muy pronto demostró excepcionales dotes para el cultivo del arte, tanto que su maestro, Adam van Oort, le dió por esposa á su hija y le facilitó los recursos para que fuera á Italia. Allí estudió Jordaens principalmente las obras del Veronese, de Caravaggio y de Ticiano, y los cuadros que pintó á su regreso causaron general admiración y entusiasmaron á Rubens, el cual trabó con él íntima amistad y quiso tenerlo como colaborador. Juntos trabajaron una temporada, pero Jordaens valía demasiado para someterse á la inspiración ajena y le faltaba tiempo para ejecutar los muchos encargos que tenía; separáronse, pues, ambos artistas, y desde entonces Jordaens, que era trabajadot infatigable y estaba dotado de una facilidad prodigiosa, pintó innumerables lienzos é hizo una fortuna considerable. En 1678 murió en la misma ciudad en donde había nacido. Este artista fué un adorador del natural; sus figuras están ampliamente tratadas y parece que respiran, hablan y se mueven; y en punto á colorido, nadie ha podido sobrepujarle en brillantez y energía. Entre sus principales obras se citan: *El rey bebe,* que reproducimos en el presente número, *Concierto, Pan y Esfinge, Retrato de un hombre armado, acompañado de sus pajes, Los Cuatro Evangelistas, Los mercaderes arrojados del templo, Una asamblea de hombres y mujeres sentados á la mesa, La huída á Egipto, El sátiro y el pasajero, Martirio de Santa Apolonia, Jesús en medio de los doctores,* etc., que figuran en los principales museos de Europa.

Jardín del hotel Faraglioni, en Capri, cuadro de J. S. Elgood.—Con aplicar á este cuadro lo que recientemente hemos dicho acerca de otros dos del mismo género y del propio autor, puede darse por emitido el juicio que nos merece el lienzo de Elgood que hoy reproducimos. Hay en este jardín luz, ambiente, perspectiva, y contemplándolo nos parece ver el hermoso sol del Mediodía de Italia y respirar las deliciosas brisas del incomparable mar latino. ¿Qué mejor elogio cabe hacer de una obra como la del celebrado pintor inglés?

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—La casa editorial «Instituto Oleográfico» ha publicado una hermosa oleografía, reproducción del magnífico retrato de S. S. Pío X tomado del natural, en el Vaticano, por el reputado pintor Antonio Utrillo. Es una obra bajo todos conceptos notable, copia fidelísima del original que tantos elogios mereció del Padre Santo.

Necrología.—Han fallecido:

El Rdo. P. Eduardo Llanas, Vicario General de las Escuelas Pías de España, eminente teólogo y hombre de ciencia, escritor y predicador notabilísimo, polemista hábil, autor de muy importantes obras, entre ellas *El laicismo, Idea verdadera de la Religión, Los seis días de la Creación* y *El Diluvio.*

Dr. Isac Roberts, fundador de la moderna fotografía celeste, que tan maravillosos descubrimientos ha permitido realizar á la astronomía.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Bd des Italiens.

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

ENVÍO N.º 3.—LEMA: «Don Eskil.»

NEGRAS (8 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8				♔				♕	8
7									7
6					♘				6
5				♚	♗		♟		5
4					♘		♙		4
3		♙			♟		♙		3
2		♟	♙				♟	♟	2
1		♜					♛		1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 1.—«¡Oh, las matemáticas!»

1. Th3-a3, Af8-g7; 2. Ad1-g4 jaq., etc.

NOTA.—Esta es la solución dada por el autor; pero hay algunas contestaciones de las negras que hacen insoluble el problema.

ENVÍO N.º 2.—«Hiemi.»

1. Df8-g7, Ta4×a5; 2. Tf6×f5, etc.
Re4×d5; 2. Ce2-c3 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Tf6-e6 jaq., etc.

(Se continuará)



... á la desembarazada acción de sentarse en el banco, junto á ella

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL

DE CARLOS MARÍA OCANTOS

ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Todas estas interpretaciones pueden darse al rápido ademán con que el Cadenitas saludó el paso de Pantaleona, muy metida ésta en su esclavina de pieles baratas, con velillo á la cara y sombrero ajustado á la moda por sus hábiles manos... y á la sonrisa amistosa, al tender la diestra, luego de arrojar el incivil cigarrillo; y rechazados sus avances, con natural dignidad, á la desembarazada acción de sentarse en el banco, junto á ella, dando á entender al público que era aquella conquista suya y segura. Pantaleona iba sola, porque más necesitada de compañía estaba la hermana enferma que su honestidad, y así se puso de mil colores y pasó angustias mortales; él la hablaba al oído, disculpándose, protestando contra la tiranía de misia Elvira y la oficiosidad incorrecta de Dolorcitas: si el pleito era entre los dos, ¿quién metía á los demás en el pandero? Él, palabra de honor, jamás creyó lo que las chismosas y calumniadoras inventaron; jamás, jamás, palabra de honor; ¡si, disgustado del paso atrevido de Dolorcitas y deseoso de arribar á un decoroso avenimiento, determinó de ir en demanda y oferta de mutuas explicaciones al Sr. Monreal!, porque olvidarla no podía, y soñaba día y noche con el delicioso *fresal* de su nuca. Lo menos tres docenas de poesías llevaba compuestas en su honor. Que le dijera, con noble franqueza, ahora que la casualidad les había reunido, qué pitos tocaba en la casa aquel condenado inquilino, que como fueran satisfactorias sus excusas, la daba á la mamá el gran disgusto haciendo las paces más sonadas que hicieron novios en el mundo.

No contestaba Pantaleona, alisando el manguito de felpa sobre la falda, y á cuanto él repitió, ya manso, enojado ú ofendido, ella no le hizo más caso que á un moscón que zumba: alisaba el manguito, miraba por la ventanilla de enfrente con afectado interés, tosía y bostezaba á posta, para enrabiarle más y darle á sentir su desprecio. Pero cuando éste quedó marcado y lo observaron los pocos viajeros que en la aburrida compañía cabeceaban, fué al presentar los billetes el mayoral: echó mano al bolsillo Jorgito y quiso pagar el suyo y el de la joven, no lo consintió ella, y como él insistiera, Pantaleona, fríamente, entregando el papelito de veinte centavos, cortó la cuestión diciendo:

—¡Caballero, muchas gracias! ¡Usted me dispensará si no acepto... ¡No tengo el honor de conocer á usted!

La cara de Jorgito mostró las mismas señales vergonzosas del que recibe una bofetada; como si, en efecto, la hubiera recibido, se corrió de manera que no volvió á chistar: mordióse el bigotillo, y no se estaba quieto, por guardar la mayor compostura que el desaire consentía: hubo un momento en que le sofocó el amor propio, y se inclinó hacia Pantaleona con ánimo de soltarla cuatro frescas, de decirle que á él, Jorgito Cadenas, ninguna *piruja* le faltaba, y menos quien daba tanto gusto á las lenguas conduciéndose como la más desenvuelta mujerzuela... Pero la *piruja* guardaba el ceño fruncido, y le pareció que no debía provocarla á una disputa en plena calle: la miró con sorna, carraspeó con insolencia y abandonó el asiento; luego, se apeó, desapareciendo ignominiosamente.

—¡Tipo!, ¡retipo!, le despidió la joven mentalmente sin inmutarse ni volver la cabeza. ¡Cobardón! ¡Que haya podido yo quererle!

Aquí vendría de perilla un discurso psicológico, bien enrevesado para que pareciese más profundo, explicando ó tratando de explicar las causas del desvío de Pantaleona, y las etapas (así creo que debe de decirse) que siguió hasta estallar en la forma que se ha visto; pero hay almas transparentes que rechazan todo estudio por inútil, y la de la cándida hermana de misia Jeromita no ocultaba que el afrentoso carpetazo de Jorgito, hiriéndola en lo más sensible, en lo que más duele, en su orgullo de mujer, mató el amor que le tenía, amor de tan escasas raíces, en verdad (y cúlpese de ello á la decadente poesía del mancebo), que más daño la hizo á Pantaleona la ofensa, que el arrancárselo. Así quedó satisfecha de haberla vengado, muy tranquila; y figurándosele por esas calles hecho un toro, se decía:

—Si no puede ser que yo haya querido á este tipejo, tan estúpido, tan desabrido... ¡Qué cara ha puesto! ¡Cuánto me alegro! ¡Toma, toma!

Es lo cierto que bajó Pantaleona en la calle de Montevideo, y con paso vivo se encaminó á la casa del primo Monreal, sabiéndole á nuevo cuanto veía, sin duda por la influencia del aire de la libertad; seguramente que estaría el primo: eran las diez y media. Pues, á las diez y media daba él su última vuelta en la alcoba y se sentaba á leer los periódicos, hasta las once, que salía á almorzar; á las doce en punto entraba en su oficina. Iba á encontrarle, pues, leyendo, y le daría un susto... Andaba la joven por la acera del sol, que calentaba poco, buscando el número, porque estas casas de planta baja todas se parecen; al fin la descubrió y no tuvo necesidad de tocar el llamador, porque misia Mercedes estaba en el patio escarpando sus tiestos. ¡Qué sorpresa y desagrado para Pantaleona cuando la comunicó misia Mercedes que el Sr. D. Nepomuceno había salido á eso de las nueve, sin dejar dicho si volvería ó no volvería!

—¿Y adónde le busco yo ahora?, exclamó la muchacha dando una patadita.

—Espérele usted aquí, mi vida, cantó la señora que era del propio Corrientes y á quien el ostracismo bonaerense no la había despegado la tonadilla ni la costumbre de los motes dulzones, puede que venga antes de media hora; pase usted á la sala, corazón: dichosos los ojos que la ven á usted, lucero...

Siguió muy contrariada Pantaleona á misia Mercedes hasta la salita en que la amable viuda del vista de Aduana la invitó á sentarse, y allí supo, entre un chaparrón de poéticos dictados, que el señor Monreal se había echado á perder de modo que nadie le conocería: el hombre tranquilo y metódico no existía ya; de dos meses á esta parte dió un cambiazo extraordinario: llegaba á deshora, trasnochaba, se levantaba tarde y andaba malhumorado; recibía cartas casi todos los días, de la ciudad, y cada carta le ponía peor... A veces escribía hasta las tantas. En fin, que era otro, enteramente.

Para darle á usted una prueba, mi vida, de cómo está el hombre, diré á usted que esta mañana, sin ir más lejos, tuvimos unas palabras... Usted sabe, mi vida, cuál ha sido mi posición, y que si mi esposo viviera no me vería yo alquilando piezas. Pues el santo varón, empeñado en que no se le limpia el cuarto... A ver, estrella mía, ¿voy yo á ponerme ahora de barrendera? Demasiado hago con arrear á Zenona, que me saca la indina canas verdes.

Las mostró la viuda, con vivo ademán, y eran verdes, en efecto, del mal tinte que les daba. Su rostro alargado, la fina piel, los ojos inmensos y el buen talle expresaban elocuentemente que las pasadas primaveras de la dama correntina debieron de ser de rechupete.

—Si hubiera dejado la llave Nepomuceno y usted me lo permitiese..., indicó Pantaleona.

—Con mucho gusto, sol mío; vamos allá.

Estaba la llave colgada de una escarpia, detrás del pintado zarzo en que se enredaba un soberbio jazmín, y misia Mercedes la cogió diciendo:

—No sé si habrá hecho la cama Zenona. ¡Ay, mi vida, estas chinas dan un trabajo!..

¡Santo cielo! Las dos habitaciones aquellas, que eran las de la calle, semejaban una perrera; tan revuelto, desordenado y sucio aparecía todo: ni escoba ni plumero entraron en los dos meses, seguramente, y si hubo manos que en algo quisieron probar que se ocupaban, fué en la correcta alineación sobre la cómoda de las fotografías de Pantaleona y el lazo fúnebre que coronaba el alanceado retrato de María del Socorro, la beata. Espantóse la muchacha á la vista de aquel nido, digno de un *carancho*, el pajarraco que por acá disfruta de mejor fama de gorrino, y pidió á voces instrumentos de limpieza: se quitó los guantes y el sombrero, se lió en la cabeza un pañuelo y á guisa de delantal una toalla...

—¡Pero, estrellita mía, se va usted á poner perdida!, exclamó horrorizada misia Mercedes.

Escoba en mano, arremetió Pantaleona contra la porquería, y la desalojó de sus posiciones, persiguiéndola en sus más recónditas guaridas: formó el polvo espesa nube; misia Mercedes huyó tosiendo lastimo-

samente, y tras de ella, á sendos plumerazos, los últimos átomos, que la corriente de ambas ventanas ayudaba á barrer; luego puso orden la muchacha en las prendas de vestir, que cepilló, limpió y dobló con mucho primor; lustró el espejo, fregó el lavabo... Y habiendo hallado una aguja mohosa, se sentó á coser unos sietes del forro del gabán, muy encarnada por la fatiga, pero satisfecha de su victoria.

Dando una puntada, sintió pasos en el zaguán, que se le figuraron ser los de D. Nepomuceno, y se escondió con infantil picardía, y le hizo *Cucú*... Así que entró el primo, sorprendido del aliño de la habitación, Pantaleona asomó la bonita cabeza por la abertura de la cortina, y repitió:

—¡Cucú! Soy yo. ¿Quién podía realizar el milagro? Buenos días, Nepomucenito.

Grandes fueron el asombro, el alborozo y el susto de Monreal. Aquel extraño impulso que sentía siempre cerca de la primita, de besarla los lunares rojos, gracioso emblema de su hermosura, y que la costumbre de dominarse contenía fácilmente, lo experimentó ahora con mayor fuerza: en medio de la pieza, los brazos extendidos, bañada la media cara en alegre luz, exclamó:

—¡Leoncita! ¿aquí? ¡Ay, qué gusto! Hoy que esperaba tu carta, antes de ir... Pero ¿ha sucedido algo? ¿Qué ha sucedido?

—Mucho y malo, contestó rápidamente Pantaleona; ya comprenderás que mi presencia no puede ser de buen agüero. Vengo á buscarte, por encargo de Jerónima... La mina reventó al fin, por donde menos se pensaba.

—Ese hombre..., insinuó Monreal tragando saliva.

—¡Su marido, Nepomuceno, su marido!, rectificó la joven con aspavientos.

—¿Te lo ha dicho ella?

—Sí, me lo ha dicho. Y me ha explicado la razón del tapujo. ¿Lo sabías tú también?

Monreal se calló. Luego, con trabajo y visible disgusto, declaró:

—Lo sabía. Es su marido. Jerónima no te ha mentido.

—Bueno; entonces ¿qué significa esa afirmación de tu carta de ayer, sobre la próxima y segura partida del Sr. Lucca? ¡Explícame, Nepomuceno, dime la verdad! Este es un enredo que no comprendo. Me dan ganas de llorar... ¡Como si no hubiera ya llorado bastante! ¡Mira qué cara traigo, y di si esta Leona es la misma del Jueves Santo, aquel de tu última visita! ¡Ay, Dios mío!

D. Juan Nepomuceno la cogió cariñosamente las manos, y sentados en el sofá, ya más tranquilo, la habló él así:

—Ante todo, hija mía, no me preguntes nada. Conténtate con lo que sabes, que es ya bastante para disculpar la conducta de Jerónima en lo tocante al agravio que se creyó hecho á la moral. Ese señor Lucca es su marido, ¿qué quieres? Extravíos injustificables, pero que no hay más remedio que perdonar... ¿Cuál es, pues, el enredo aquí? ¡La afirmación de mi carta! Ella se refiere, sencillamente, á que los informes del Sr. Lucca no son favorables: por consiguiente, si de los tales informes se entera, como ha de enterarse, Jerónima, y de eso respondo yo, la situación del Sr. Lucca quedará muy comprometida. Y será lo que Dios quiera. Nada más, hija, nada más. Hoy pensaba ir yo, sin dilación. Ayer la encontré, á Jerónima, y la hubiera hablado, si ella no lo evita. Porque tengo de hablarla de cosas muy graves, gravísimas... ¡Pobre Jerónima! ¡He pasado unas noches!.. Tus cartas me volvían loco. ¡Tu ignominiosa prisión, tu desesperada protesta, tus luchas, tus voces de auxilio! Y yo atado, Leoncita, atado, créemelo. ¿Qué adelantábamos con provocar á Jerónima? Jerónima ciega, rabiosa, loca... ¿Qué hacía yo de ti? ¿Te sacaba de casa de tu hermana para traerte conmigo? Imposible, imposible. Teníamos que esperar, y sufrir esperando... Pero ahora no hay que esperar más. Volvamos al objeto de tu venida, que me alegra, porque te veo después de tanto tiempo, y me asusta á la vez: ¿qué ha sucedido? ¡Jerónima me llama, Jerónima se ha confiado á ti! ¿Qué ocurre, Leoncita, qué ocurre?

—¿Qué? ¡Pues, nada, Nepomuceno! Figúrate...

Cada vez que Monreal quería ocultar una emoción, volvía la cara del lado que asombraba la mancha vinosa, de modo de presentar al interlocutor la media faz muda é inmoble; la relación de los inauditos sucesos de la noche anterior no reflejó nada en ella, y creyérasele indiferente si con frecuencia no levantara su mano la canosa perilla, hasta morderla en la punta.

—Figúrate..., decía Pantaleona, ¿cómo no olvidar lo todo?, ¿cómo no perdonarla?

Monreal dió una palmada.

¿Conque la ha pegado? Bien, bien. ¡No es mal castigo para ella, que se lo ha buscado ciegamente! ¡Y ahora se acuerda de mí!..

—¡Ay! ¿Te niegas á ir, Nepomucenito? No seas rencoroso: mira, que aunque sea á lazo te he de llevar.

—No, si no me niego, al contrario. Lo de anoche y la nueva actitud de Jerónima ayudarán á precipitar la solución.

—Eso es otra cosa. Y arreglarás todo muy bien...

Tan bien, que, si gracias á esos horribles informes de la ferretería, se lograba que el italiano emigrara de la casa, mejor que mejor. Porque, aun sabiéndole marido de misia Jeromita, no lo podía ella pasar, de veras, y la vida en común la repugnaba tanto ó más que antes. Luego, lo indispensable y lo urgente era mudarse, salir del Caballito, paraíso que fué de su juventud, hoy infierno de chismes: no, no quería vivir en el Caballito, no quería volver á ver á las Cadenas, tropezarse con ellas á cada rato, y con el tal Jorgito, como ahora en el tranvía... Halló alegre sonrisa para contar el paso del tranvía, y D. Nepomuceno, distraído bruscamente de sus preocupaciones, se rió también, y sufrió el nuevo acosón del deseo en los labios indiscretos.

—¡Le despediste!, dijo conteniéndose y apartándose de ella. ¡Bravo! ¡Así, así; duro con él!

—¿Y entonces? ¿Después de lo que hizo? Soy yo tan orgullosa, que aun estando enamorada de él le hubiera tratado lo mismo. Y no lo estoy, ni lo estuve, cuando por aquí no pasa un alma. Ahora, Nepomucenito, quedarás satisfecho, tú que le odiabas tanto, que le tenías celos... Y cuando enviudes, como pretendía la pobre Bastiana, podrás casarte conmigo...

—¡Qué atrocidad! ¡Leoncita!

Del respingo, Monreal se fué al extremo del sofá. Pantaleona reprimió una carcajada.

—¡Miren el vejestorio! Así te lo hicieran bueno, ché. Por lo menos, habría aquí más limpieza, orden... y etcétera, señor primo.

—Déjate de bromas, dijo D. Nepomuceno gravemente, volviendo la parte obscura del rostro, con alarmante temblorcillo de la ceja. Bastiana ha dicho un disparate y tú desbarras repitiéndolo. ¡Espantoso disparate, Leoncita! Yo te quiero..., pero no de ese modo. Y tú me quieres también...

—También, y ¿lo digo?, ¿lo digo? Pues, sin los sesenta años, me gustarías mucho, Nepomucenito.

—¡Leona, Leoncita! Cállate, que me enojaré de veras. ¿Estaremos locos todos, como Jerónima?

Se acercó á ella, y de nuevo la cogió la mano, armada todavía de la aguja. Y acariciándola suavemente, añadió:

—¿No has de quererme, si puedes y debes considerarme como á tu padre? Me contento con que me quieras así, Leoncita. Yo también, yo también te considero á ti como á una hija... Te lo he probado y te lo probaré. En verdad que cuando vienes, todo lo perfumas é iluminas: te vas y se obscurece el cuarto, pero queda embalsamado. Estos dos meses han sido de muerte para mí... ¿Y á que no has observado una cosa, Leoncita? Por algo ha salido hoy el sol y estás aquí: ¿de qué color es mi corbata? ¿y mi traje? ¿y el lazo aquel de ese retrato?

—¡Ah!, exclamó la joven, asustada. ¡Te has puesto luto, Nepomuceno! ¡Has enviudado! ¡Socorrito ha muerto!

—Ha muerto ayer. Esta mañana recibí el telegrama.

Sobrecogida, Pantaleona miraba el maltratado retrato de la beata, que entre las señales de su martirio, cortes horrendos y despellejaduras, mostraba los ojos hermosos, la boca fina, de hundidas comisuras; recordaba haber oído decir que poseía también una mata de pelo extraordinaria, que tocaba al suelo, y para peinarla hacíanla subir en una silla y tenerse tiesa una hora, mientras la alisaban y trenzaban. Nunca se enteró Pantaleona de las picardías que pudo cometer la prima Socorrito para disculpar el odio y la separación de D. Nepomuceno; no la conocía tampoco, sino de nombre: asimismo, sintió mucha pena, y suspiraba mirándola. Monreal recobraba su alegría...

Muerta, sí, señor. Bastante había tardado en entregar el alma al diablo, su padrino. Ya estaba libre de ella, y la pensión forzosa que la servía, suprimida. ¡Qué alivio! Cuando leyó el despacho, lo creyó mentiroso traductor de su deseo, y convencido al fin, se vistió de negro, decente transacción á que cedía muy á gusto, y fué á poner el pésame á uno de sus cuñados, Luis, oficial segundo de Correos en Catamarca y único de la familia con quien conservaba tibia relación; al feroz D. Tadeo ni le escribiría siquiera. ¡Buena pieza la tal Socorrito! ¡Que en paz descanse!

¡Jesús, Nepomuceno!, exclamó Pantaleona. ¡Que hables así, muerta y todo la pobre! ¿Qué te hizo, á ver?

Resopló Monreal, triturando la punta de su perilla. Y como no respondiera, la joven interpretó aquel silencio por elocuente pregón de las culpas de la difunta, las que debieron ser tales, que repugnaba la castidad de sus oídos; se ruborizó de su indiscreción, que le pareció tan grave como incómodo el recuerdo de la prima, sombra que entre los dos, en el mismo sofá, alzábase iracunda, y sintió extraña alarma de su pudor, viéndose sola en aquel cuarto, algo que jamás sintiera, vergüenza también de su abandono, de sus excesos de confianza con el que ella motejaba inocentemente de mil cariñosas maneras, de sus bromas candorosas, de todo cuanto formara hasta allí la levadura de su afecto por Monreal, el primo á quien los sesenta años no pesaban tanto, libre ya de la esclavitud de Socorrito... Se puso de pie, repentinamente, diciendo que se marchaba porque misia Jeromita estaría desesperada y sabe Dios lo que habría ocurrido; antes que Monreal indicara la idea de acompañarla, puesto que á buscarle vino, anticipóse ella á proponer que fuese después, porque los que les vieran juntos murmurarían, de seguro.

—¿El qué?, saltó el viejo descompuesto. ¿No son mis canas bastante garantía? ¡Qué inocente aprensión! Si se atrevieran... ¡No desbarres, Leoncita, por favor! Si supieras lo que dices... De todos modos, no te acompañaré; tengo antes que tomar un bocado, y pasarme luego por el Ministerio á prevenir que hoy faltaré á la oficina: los empleados, hija mía, esclavos somos de la oficina y del jefe. ¡Malhaya quien me dió el primer empleo y me inutilizó por la vida! Yo no soy un hombre, soy una máquina, una máquina con los muelles enmohecidos ya. Hasta luego, Leoncita, y muchas gracias por los escobazos y los plumerazos de tus diligentes, preciosas y adoradas manos. A Jerónima, que aguarde. Y cuidado con hacer barullo... Daría cualquier cosa por no tener que habérmelas con este desgraciadísimo asunto, que urge resolver, sin embargo. Dime, el otro, el gringo, ¿está allí?

—Si no sé...

—Pues si no está, mejor. Sería conveniente que no estuviera.

Con palabras embozadas expresó lo grave del conflicto, lo vergonzoso de la situación, el desagrado que le causaba y la poca gracia de intervenir él, hombre pacífico, en lío semejante. Sólo por el honor de la familia, por el cariño de sus dos primas. Pantaleona dijo:

—Que no te arrepientas, ¿eh? No contamos sino contigo: ignoro cómo lo arreglarán ustedes, ni qué clase de arreglo pueda tener...

—¡Ah!, contestó Monreal, amenazador. ¡En cuanto á eso, descuida! Ya verás si sirvo yo para diplomático. Pero no me preguntes nada, nada.

Y suavizando el tono, la mirada y la expresión de su fisonomía, repuso:

—¡Adiós, picarona! ¿Conque rehusas la compañía del primo viejo? ¡Ah, tonta! ¡Ah, inocente! Ya me las pagarás.

Temió la joven que se apoderase de su mano otra vez, y la singular alarma creció de modo que, por no ofenderle abiertamente, evitó la ocasión encerrándola en el manguito y salió á escape, muy turbada y hasta furiosa consigo misma de aquellas desatinadas ideas que la muerte de María del Socorro había engendrado. Nunca, nunca se la ocurrió tal cosa del primo Nepomuceno: ¿por qué ahora?, ¿por qué?.. Don Nepomuceno la despidió en el mismo portal, y se entretuvo en admirar su gracioso meneo por la acera; andaba tan de prisa que en dos minutos la perdió de vista, pero él permaneció parado, como si la distinguiera aún, atusándose la perilla. Cuando entraba en el patio, vió á misia Mercedes entre sus tiestos, la que trató de ocultar, con pudoroso movimiento, un atroz cigarro de hoja, resabio de sus malas costumbres provincianas, no tan diestramente que él no lo descubriera.

—Eche usted su cigarrito sin temor, señora, dijo D. Nepomuceno. ¿Tiene usted vergüenza de mí? ¡No es la primera vez! ¡Gran noticia, misia Mercedes, ha muerto mi mujer!

—Le felicito á usted Sr. Monreal, contestó la viuda, metiendo en la boca la tagarnina; nunca es tarde, Sr. Monreal... Ya conoce usted el refrán.

Penetró el digno empleado de Hacienda en su habitación, cogió el retrato de Socorrito y le partió en cuatro pedazos. Luego arrojó los cuatro pedazos al cubo, y sobre él la última maldición. Negras reflexiones debieron asaltarle, porque se sentó en el extremo del sofá donde Pantaleona había estado sentada, y se estuvo, las manos cruzadas, los ojos fijos, gran rato; el aroma de la joven, subiendo á sus narices, como las ondas de sagrado pebetero, ahuyentó las negras ideas, le mareó, arrancóle dulce sonrisa... Y encaminándose hacia la cómoda, uno tras otro, sobre cada fotografía, depositó largo beso, figurándo-

se, con amorosa ilusión, que no era en la fría cartulina donde pegaba sus labios, sino en la tibia y moteada nuca de Leoncita.

Dióse prisa, en seguida, por cumplir el arduo encargo que recibiera, y con la mecánica parsimonia de costumbre se puso el sombrero sin cepillar, echó la llave á la puerta y la colgó en la escarpia, detrás del zarzo, avisó á misia Mercedes que salía y se fué por la calle de Cuyo al centro, á la fonda donde era pensionista de muchos años, y que substituía más ó menos limpia, económica y acertadamente, con mayor ó menor gusto del paladar y salud del estómago, la mesa propia, siempre deseada, de que le privó su triste estado de solterón (pues por tal podía contarse), con otros goces domésticos tambien apetecidos de su carácter blando y sus morigeradas costumbres.

Creo que han derribado ya aquella casa de la calle de Cuyo, en que estuvo instalada la *Antigua Fonda Española*, de Benito Romacha. Era de las bajas, de azotea, y aparecía pintada de color de rosa, con dos banderas cruzadas debajo del letrero *Se sirven viandas á domicilio*, entre las dos puertas que, por escalones gastados y sucios, daban acceso á la sala; ésta, vestida de papel con flores amarillas y encarnadas, tenía hasta media docena de mesitas, en que lo basto del servicio no excluía la pulcritud de que se envanecía doña Manuela, la viuda de Romacha, entronizada siempre en el mostrador del fondo, tan gorda y reluciente como una manzana de su tierra, que era la propia Reinosa, para servir á ustedes. Tenía además la sala una bonita lampara de gas, envuelta casi toda ella en rosados tules por temor de moscas, y sobre las paredes una legión de grabados de la guerra de Africa, descollando el retrato de Prim en colores...

El más antiguo pensionista era Monreal. El vió morir á D. Benito, el montañés francote y bondadoso, crecer á las dos chicas, Pepita y Carmen, á Pepita casarse muy bien con un tendero acomodado, y á Carmen con un estudiante, que fué luego médico y andaba arrastrado en coche; vió Monreal refrescar la patriótica decoración de la sala cuatro veces bien contadas y conoció diez y ocho mozos y no sé cuántos parroquianos: la mesa de la derecha, junto al mostrador, se la destinaban á él, y de su aseo y buen servicio cuidaba la misma doña Manuela, que consideraba al empleado como de su familia, y á quien consolaba de sus tristezas de hombre solo con muy atinados consejos, porque era la de Reinosa de tan sano corazón, que igualaba sus propias mejillas.

Pues aquella mañana, 1.° de junio, apenas entró D. Nepomuceno, enlutado y grave, doña Manuela se asustó, creyendo que á las señoras primas del Caballito, de quienes tanto bueno le oía hablar, las hubiera ocurrido alguna desgracia; también el mozo, servilleta al hombro, le salió al encuentro, solícito y preguntón... Dió los buenos días Monreal y anunció:

—¡Mi mujer ha muerto!

—Sea enhorabuena, D. Juan, exclamó alegremente la fondista, ahora descansará usted.

—Albricias, Sr. D. Juan, dijo el mozo, por muchos años.

No había en la sala otros parroquianos, y ama y mozo se despacharon á su sabor comentando el suceso feliz que de tamaño peso libraba al pobre hombre; doña Manuela dispuso festejarlo con un Jerez abocado, de que gustaba mucho Monreal, pero él se negó con breves palabras: apenas sonrió á la ocurrencia del mozo, que no quiso traer calamares con su tinta por parecerle plato de duelo. El se sentó en su mesa taciturno, sin mostrar ganas de hablar ni de comer.

—Pero, D. Juan, observó la viuda de Romacha, está usted más triste que nunca, y lleva usted una temporadita... Cuando debiera usted bailar de cabeza..., sin agravio para la difunta, á quien no he conocido sino por los malos recuerdos que ha hecho usted siempre de ella.

—Siempre, sí, doña Manuela, dijo Monreal; pero no se saca uno un clavo sin que la fatalidad meta otro en su lugar, y clavado se vive, y clavado, entre cuatro tablas, le llevan á uno á la sepultura... ¿Qué tal va Carmencita? ¿Salió bien de su cuidado?

—Muy bien; ha parido un muchachón que espanta de grande.

Dejó desbordar doña Manuela la espita de su orgullo maternal, y entre tanto D. Nepomuceno apenas probaba los platos que el amable mozo le ponía delante, contestando con síes distraídos y mirando, como si jamás lo hubiese visto, el cuadro de enfrente.

Tenía Monreal sus secretas razones para estar pensativo. Sólo de acordarse de la prima mayor (y no se le despegaba un punto de la imaginación) se le caían las alas; esto á pesar de que, humillada y corrida, era ella quien lo solicitaba, después de quebrar con él altanera y haber hecho *lo que la daba la gana* de modo tan desastroso, y á pesar de que las estupendas declaraciones de Pietro Calli y Giácomo Verola, que le pasmaron, indignaron y encolerizaron hasta decidirle á ir al Caballito, él, el flojo, el pacato y el maula, le prestaban fuerza incontrastable y


El se sentó en su mesa taciturno, sin mostrar ganas de hablar

aseguraban el triunfo de su *idea*, puesta en peligro por la ligereza y el tardío acceso amoroso de misia Jeromita y que él juzgó perdida y por perdida la tuvo hasta su visita á la ferretería en la tarde del 30 de mayo... Cubrióse Monreal los ojos con ambas manos, sufriendo el vaho de cebolla frita que subía del plato, y reconstituyó la escena de la trastienda, el gesticular de Giácomo y sus dicterios contra el bonito Fortunato, la pasiva aquiescencia de Pietro y sus *ecco* de conformidad en todos los extremos del relato indigno, su propio enojo, sus amenazas de castigo, las súplicas de ambos en premio de su sinceridad. Luego, cuanto anduvo é imaginó para deshacer la trama sin ruido, y la valerosa resolución de presentarse en el Caballito. Indudablemente, lo que era baldón y oprobio para la prima mayor, vilmente engañada, importaba la continuación del pacto de familia, la seguridad del porvenir de Leona...

Apartó las manos D. Nepomuceno, y vió junto á sí á doña Manuela, que le interrogaba afectuosa por su desgana y sus cavilaciones. ¿Qué le pasaba al señor Monreal, que ni un grano de arroz había catado? Preocupábanle mucho las tristezas de su parroquiano, y hacía dos meses que éstas iban de mal en peor: ¿lloraba la desgracia de su mujer ó sus esperanzas de jubilado? Sentóse en una silla próxima, tejiendo con unos palillos un gorro de lana para el nieto, sin perder pisada del mozo, ni bocado de los dos pensionistas que habían entrado mientras divagaba Monreal en sus reflexiones.

—Señora doña Manuela, dijo D. Nepomuceno metiendo la enrollada servilleta en el anillo de hueso: ya comprenderá usted que cuando un hombre se olvida, como yo, de disfrazar la cara ante el público, es que muy graves cosas le pasan; si de estas cosas pudiera usted sacarme con bien, á usted acudiría, ¡porque mire usted que nos conocemos de años!, eche usted la cuenta: Pepita y Carmencita tenían seis ú ocho, y el pobre D. Benito no pensaba aún morirse de su pulmonía... Pues mientras todo se ha transformado á mi alrededor, y unos se han casado, otros han fallecido, los demás subieron ó bajaron, yo soy el mismo empleado de Hacienda, petrificado en su puesto y que sólo espera la jubilación y la muerte; el hijo del Estado sin voluntad, sin independencia y sin ilusiones de fortuna, como no sea por los caminos del prevaricato, que me veda mi limpia y honrada historia. ¿No ha de entristecerme, señora, esta inmovilidad mia, en medio del torbellino de progreso que á todos arrastra, á ustedes los Romacha los primeros, que yo les conocí pobrecitos y hoy no le cortan á usted un brazo por menos de cincuenta mil pesos..., sí, señora, sí..., esta inmovilidad, digo, y la exposición diaria á un puntapié ministerial que me arroje á la calle sin más defensa que estos dos brazos inútiles, no por enfermos, sino por perezosos? Inválido de oficina, ¿á qué asilo me acogeré? ¡Ay, doña Manuela, las abejas matan á los zánganos y hacen bien!

—Siempre ha dicho usted lo mismo, observó la fondista, que compadecía el sospechado desequilibrio del cliente; y que usted debía de ser diputado, por lo menos...

—Naturalmente, afirmó animándose Monreal; ahí está mi error, que pude meterme en política y no me metí, ¡pues no era todopoderoso mi tío Rodríguez de Eneene! Si en la época de su influencia abro yo la boca, saco lo que quiero, lo que hubiera querido, doña Manuela; pero ya me lo decía mi tía Damiana: «Hijo, ¿adónde vas con el trapo sucio de tu mujer?» Y no fuí á ninguna parte... Se ha muerto tarde, demasiado tarde.

—De todos modos, usted no es hombre de lectura ni de estudios, D. Juan, y me parece que ya nació así, destinado á no moverse, á quedarse donde le pusieran, y dé usted gracias que su tío Eneene le puso donde está y que no ha habido ministro que le tocara.

—Las doy, señora, todos los días al levantarme: Gracias, Señor, porque me conservas mi empleo y le quitas al ministro la mala idea de suprimirme... En cuanto á eso de que no soy hombre de lectura, ¿se necesita, acaso, el acreditarlo para ocupar cargos públicos? Al contrario, si creo yo que estorba. ¿Quién lee hoy día, señora, otro impreso que los periódicos?, pues ninguno más abonado que yo, que ni los avisos de mi *Opinión* y de mi *Cotidiano* perdono. En una banca del Congreso haría yo el mismo papel de muchos, y quizá más airoso... Esto de la incertidumbre del mañana carcome la vida, señora; me faltan aún dos años para alcanzar la jubilación. ¿La alcanzaré? ¡Dios sabe! Está uno á lo que Él disponga, sin que las admirables facultades que nos dió para guiarnos y ayudarnos, nos sirvan de nada á los Pérez Orza de mi clase (yo soy hijo de una Pérez Orza, Eufrasia, la hermana de D. Jesús). A veces, quisiera amputarme las dos manos para dar una disculpa decente á mi conciencia. ¿Cómo he de trabajar en esta colmena, si soy manco y no puedo valerme? Y aun así, debería trabajar con los pies, que hay quien toca instrumentos y pinta con ellos muy diestramente.

Se rió la de Romacha de aquellos resquemores que la propia inutilidad despertaba á menudo en D. Nepomuceno, y le dejó para atender su mostrador. El cayó de nuevo en su melancolía, y triturando el mondadientes y acariciando la perilla se quedara adormilado, si no sonaran las doce en el reloj que debajo de Prim marcaba el tiempo con su reluciente péndulo de metal.

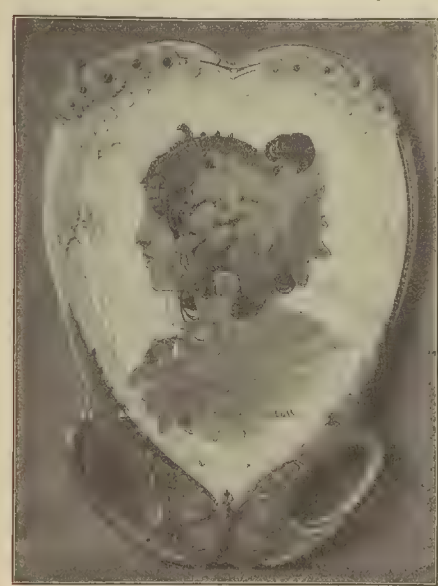
Con algún atolondramiento se levantó D. Nepomuceno, y saludando á doña Manuela y al mozo, salió de la fonda. El sol le ofuscó en la calle, y le aturdió más el ruidoso movimiento de las humanas abejas en plena labor; aquellas excusas que le sirvieron para disculpar su tristeza ante la viuda preguntona, le picotearon cual si realmente se hubieran convertido en los agentes encargados de dar muerte al zángano mayor que existió en colmena alguna, y él agachaba la cabeza de reo que á su suerte se resigna: no merecían otro premio sus sesenta años de vida vegetativa. ¿Qué le debía la patria? Unas cuantas resmas de papel, llenas de garrapatos ociosos, que la polilla tranquilamente comería en el rincón de empolvado archivo... Muchas veces, en los momentos más crueles de aplanamiento moral, sentía D. Nepomuceno el vacío de su existencia, y ciertamente si á las angustias del alma desorientada se agregan las del estómago, da con su cuerpo en el fondo del río. Es decir que, falto de sueldo, moriría como si el aire ó el alimento le faltaran, pájaro olvidado en la rama y que dejó papá Estado con tamaño pico para llenar el buche de otros tragaldabas.

(Continuará)

LA REAL FÁBRICA DE PORCELANAS

DE BERLÍN

Así como puede irse á Roma por muchas partes, así también un mismo problema puede resolverse de diversos modos.



Objeto decorativo de porcelana y oro, proyectado y ejecutado por Lorenzo Lang

Hace cincuenta años, en la Real Fábrica de porcelanas de Berlín sólo se conocían una clase de material, un procedimiento y un estilo decorativo. El material era la porcelana dura; el adorno consistía en la pintura al crisol, combinada con oro puro.

Pero de algún tiempo á esta parte, aquella manufactura, sin abandonar el procedimiento antiguo, del que ya se sabe positivamente que conduce al objeto que se desea, se dedica á buscar otros caminos que le conduzcan al mismo fin.

En 1886, todo lo referente á material y colores se puso bajo la dirección del famoso químico Heinecke, que realizó grandes progresos; y cuando se hubo conseguido esto, buscóse al artista que había de dar vida á los materiales.

Fué entonces nombrado con este carácter el profesor Alejandro Kips, comenzando con él el verdadero florecimiento de la Real manufactura.

En la Exposición Universal de Chicago celebrada en 1893 resolvióse el problema de dar forma artística á la porcelana dura, dentro del estilo *rococo*, que es el que mejor se ajusta á este material y el que se ha cultivado con preferencia en aquella fábrica hasta ahora.

Los progresos realizados ya desde el punto de vista artístico corren parejas con los conseguidos en la parte técnica; en efecto, se ha inventado una masa más blanda y que se puede modelar más fácilmente que la porcelana dura; con esta materia se fabrican preciosos objetos que son verdaderos cuadros, cuyos asuntos están tomados generalmente del mundo legendario, y otros que revisten la forma de bellísimas flores. Una capa de barniz de color cubre estos cacharros, dándoles un encanto especial.

Figura de porcelana, segun el modelo de Masch

Pero el efecto más notable es el que se consigue con la superposición en toda la superficie, ó sólo en parte de ella, de dos barnices distintos que, formando unas veces contraste y fundiéndose otras, permiten hacer combinaciones bellísimas.

Más recientemente se ha conseguido otro resultado notable dando á las formas decorativas un ligero relieve, apenas perceptible, que uniendo más íntimamente el adorno con la forma fundamental, constituye un conjunto de encantadora armonía.

La porcelana dura se utiliza ahora también para otra clase de trabajos que se ajustan mejor á las modernas tendencias, para los esmaltes de oro: estos esmaltes son muy á propósito, así para los objetos de uso corriente como para los puramente decorativos, y generalmente los motivos ornamentales que con ellos se desarrollan son flores y hojas.

La Real Fábrica de porcelanas de Berlín estudia cada día nuevos procedimientos técnicos y hace nuevas aplicaciones artísticas, merced á lo cual conserva y aumenta la justa fama que en su larga historia se ha conquistado.—S.

***

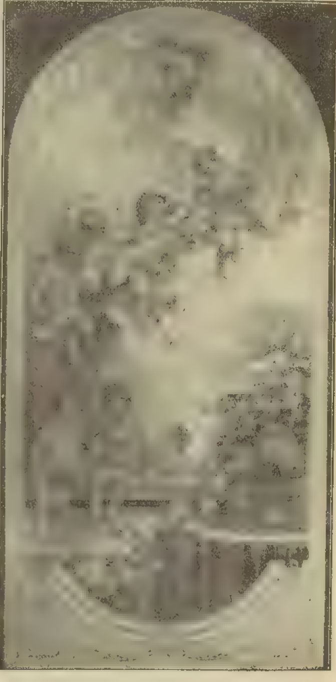
LA CURIOSIDAD EN LAS AVES

Hace algunos años, una oca excitaba con sus excentricidades la atención de los habitantes de una aldea del ducado de Baden. Cada vez que el guarda rural iba al mercado con su gran campana para leer un edicto ó un aviso, una oca blanca y negra se separaba de su manada agrupada junto al arroyo, se confundía con los aldeanos que escuchaban al guarda, y mientras éste leía permanecía inmóvil con la cabeza erguida como si quisiera parodiar la actitud atenta de los oyentes. Cuando el guarda tocaba la campana se ponía en movimiento para seguirle, y cuando aquél se paraba, parábase ella también para escucharle; y de esta manera iba detrás del pregonero recorriendo toda la población y no volvía á reunirse con sus compañeras, que continuaban en el arroyo, hasta que el hombre había terminado su cometido. El animal conservó esta costumbre durante muchos meses.

Esta anécdota, relatada por un zoólogo, demuestra, en forma algo humorística, la curiosidad, que es el pecado de casi todas las aves y que á menudo puede en ellas más que la prudencia, con ser en ellas tan grande; así es que en muchas ocasiones se acercan, con peligro de su vida, al objeto que las intriga. Los cazadores de las lagunas y de las orillas del mar lo saben perfectamente, y les basta poner un pañuelo blanco en una eminencia para ver acercarse una multitud de individuos alados, á los que pueden fusilar á mansalva, si se han situado á corta distancia, aun sin necesidad de esconderse. La curiosidad es también causa de la pérdida de las alondras, que se aproximan demasiado para contemplar los espejillos giratorios, y de las aves emigradoras, que van á estrellarse contra los faros, cuya claridad las atrae.

Los loros son en extremo curiosos. Haast nos presenta, por ejemplo, al *keanestor* como un ave dominada por una curiosidad extraordinaria que ha de examinar minuciosamente todos los objetos que encuentra á su paso. Cierto naturalista que una tarde había recorrido la montaña para herborizar y que había logrado reunir con gran trabajo un manojo de plantas alpestres muy raras, sentóse á descansar y dejó las plantas en una escarpada roca. Durante su corta ausencia, presentóse un keanestor, que se puso á estudiar detenidamente aquellos vegetales y demostró su interés por la botánica arrojándolos todos desde lo alto de la roca.

Brehm refiere que un pastor al regresar, después de dos días de ausencia, á su cabaña, quedó muy sorprendido al oir que de la choza salía un ruido singular: el que lo producía era un keanestor que había penetrado por la chimenea, y aprovehándose de no estar allí el amo, quiso poner á prueba su vigoroso pico destrozando las ropas y todo cuanto pudo servirle de presa; además, las cazuelas, los pucheros y los platos estaban revueltos por el suelo.



Plancha de porcelana que figura en el nuevo Palacio de Correos de Berlín, proyectada y ejecutada por A. Kips

El consejero Paske ha descrito las hazañas de un cuervo al que había educado y que, como sus compañeros, estaba devorado por la curiosidad. Gustábale sobre todo entrar por las ventanas abiertas en las habitaciones para entregarse en ellas á toda clase de fechorías: así, un día entró en una habitación de la casa de enfrente, y habiendo encontrado en ella una colección de recuerdos que el inquilino había colocado en un armario, destrozó la mayor parte de aquellos objetos. El juego de pelota de los niños interesábale sobre manera, y muchas veces robaba á los muchachos la pelota y la escondía. Su curiosidad dió lugar á más de un incidente cómico: un día, por ejemplo, penetró en la sala en donde se celebraba un consejo de guerra, se posó en la mesa llena de plumas, tinteros y papeles y no quiso de ningún modo salir de allí, llegando á amenazar con el pico á los que querían cogerlo. Fué preciso enviar á buscar á su propietario, que se lo llevó sin resistencia.

Pueden citarse también como aves muy curiosas el canario, el gorrión, el pitirrojo, el verderón, la urraca, el ruiseñor, las aves de presa, los abejarucos y en general todos los pájaros cantores.—H. C.

***

EL ARTE DE RESPIRAR

Sabido es que muchos niños que crecen delicados y no adquieren el desarrollo correspondiente á su edad y muchos de los cuales están atrasados, así

intelectual como físicamente, deben la insuficiencia de su desarrollo á vegetaciones de la garganta ó de las fosas nasales que se oponen al libre funcionamiento de la respiración por la nariz. Estos niños tienen las vías respiratorias obstruídas y se les reconoce por su costumbre de respirar por la boca, que tienen entreabierta, por los ruidos poco agradables que salen de su nariz y á menudo también por cierto abultamiento de los labios.

Para curarlos, para permitir que se desarrollen, se acostumbra operarles, extirpándoles las amígdalas ó las vegetaciones que obstruyen las fosas nasales; pero sucede con frecuencia que la operación no da los resultados esperados, pues el niño sigue tan desmedrado como antes, con lo cual parece haber sido la operación completamente inútil. Y es que muchas veces no basta suprimir el obstáculo, sino que se requiere que el niño recobre la respiración normal; y si no la recobra por sí mismo, como sucede muy á menudo, es preciso recurrir á la gimnasia respiratoria, pues hay que enseñar el arte de respirar á los que lo ignoran ó lo han olvidado, que no son pocos.

Además de estos individuos, hay los atacados de seudo-hipertrofia del corazón, de crecimiento; muchos anémicos, convalecientes de una larga enfermedad, los tuberculosos, los enclenques, los bronquíticos y finalmente multitud de personas á quienes una afección de abdomen impide respirar convenientemente. Pero ¿en qué consiste la gimnasia respiratoria? He aquí el método de la misma, según un interesante estudio publicado por M. Jorge Rosenthal en *La Presse médicale*.

La primera etapa comprende las respiraciones psicológicas en distintas actitudes. El individuo se echa boca arriba y respira un cierto número de veces en presencia del médico, que lleva el compás y da el ritmo; después se repite el mismo ejercicio estando el sujeto echado sobre un costado, luego sobre el otro, sentado, de pie y con los brazos extendidos. Una segunda serie de ejercicios consiste en respiraciones acompañadas de movimientos positivos de los brazos ó de todo el cuerpo: movimientos lentos, graduales, que no sean violentos ni bruscos, movimientos pasivos en los cuales el esfuerzo lo realiza el médico, que guía y levanta los miembros. En un grado más avanzado, los ejercicios respiratorios van acompañados de movimientos positivos, en los que el médico sólo interviene para guiar, siendo el sujeto el único que proporciona el esfuerzo. Como se ve, para aprender á respirar se necesita un guía competente y ponerse en manos de un médico que tenga los conocimientos especiales necesarios. El arte de respirar es indispensable á los que quieren gozar de buena salud, y sobre todo su enseñanza es esencial para los niños operados de vegetaciones de la nariz y para las personas que parecen amenazadas de tuberculosis.—X.



EL BANYAN GRANDE, árbol de Calcuta que por sí solo forma un bosque



* * *

EL BANYAN GRANDE

Nadie podría imaginarse que el extenso bosque, que incompletamente representa la adjunta fotografía, esté formado por un árbol solo, el Banyan.

Este árbol tiene, como es fácil comprender, un tamaño excepcional entre los de su especie; es un verdadero gigante, y se le conoce en Calcuta, donde todavía está creciendo, por el Banyan Grande.

Vense en la fotografía muchos troncos que, á primera vista, parecen pertenecer á otros tantos árboles; pero son únicamente ramas del tronco principal, del que forman parte, y con él están unidas.

Es muy curioso el modo como se forman esos troncos secundarios. Cuando las ramas del árbol principal adquieren todo su desarrollo, se inclinan hasta tocar la tierra, donde penetran, echan raíces y se convierten, al parecer, en troncos diferentes. De estos troncos brotan nuevas ramas, que al cabo de algunos meses también se inclinan y tocan á tierra, continuándose indefinidamente el mismo procedimiento.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona











LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

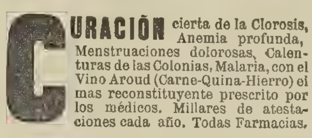




Jardín del Hotel Faraglioni, en Capri, cuadro de J. S. Elgood



AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 15 de agosto de 1904 — Núm. 1.181

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MARGARITA, escultura de Juan Dammann

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Dusseldorf)

SUMARIO

Texto.—*Crónica de teatros*, por Zeda. – *El pobre del arpa*, por Juan Téllez y López. – *Monumento á Pasteur*, por Falguiere. – *Argentinas ilustres. Albina van Praet de Sala*, por la Baronesa de Wilson. – *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *Misia Jeromita*, novela ilustrada (continuación). – *Federico Chopin*, por Enrique de Curzon. – Libros recibidos.

Grabados.—*Margarita*, escultura de Juan Dammann. – Dibujo de Sardá que ilustra el artículo *El pobre del arpa.* – *Entre abetos*, cuadro de la Srta. D.ª M. P. Carpentier. – *Monumento á Pasteur*, obra de Falguiere. – *Albina van Praet de Sala.* – *Guerra ruso-japonesa. Residencia de la Administración civil en Niu-Chuang.* – *Cuarteles rusos en Niu-Chuang.* – *El cuerpo científico japonés marchando hacia el teatro de la guerra.* – *El sitio de Puerto Arthur. Los japoneses ocupando un fuerte situado delante de dicho Puerto.* – *Ingenioso sistema de cruzar un río que en algunas ocasiones han empleado los rusos.* – *Vista de la ciudad de Liao-Yang.* – *Wenceslao Constantinovich de Plehwe. Mascarilla y retrato de Chopin.* – *Monumento á Chopin.*—*Velada agradable*, cuadro de Domingo Fernández y González. – *Junto á la chimenea*, cuadro de María Young Hunter.

CRÓNICA DE TEATROS

Estos meses estivales, de descanso para unos, de viajes y excursiones para otros, y para casi todos de vagancia y de *dolce farniente*, son también los meses de los grandes proyectos que debieran convertirse en realidades allá para el invierno y que casi siempre quedan para las calendas griegas. En España todo está en proyecto: proyectóse la reorganización del ejército y de la armada, la reforma de la enseñanza, el saneamiento de la moneda, el concordato, la gran vía de Madrid..., pero al fin y á la postre nada ó muy poco ha de hacerse. Y si no, al tiempo. En cambio se fantasea, se declama y se disparata sobre todo lo divino y lo humano..., y vamos viviendo.

Esta ley del carácter nacional se cumple también en lo relativo al arte dramático. Si las obras anunciadas en el verano se representasen en el invierno, saldrían los teatros á estreno por semana. Pregúntese á los autores más en juego si tienen escritos dramas y comedias para la próxima temporada, y doble contra sencillo apuesto á que el que más y el que menos contesta que ha acabado ya, por lo corto, media docena de obras... Lo que, en efecto, tienen acabados son los títulos. Cuando llegue la época de estrenar las comedias prometidas, los susodichos autores irán entregándolas por actos á las empresas. Ocasiones hay en que se ensayan las obras cuartilla por cuartilla conforme las van sudando los autores..., y así salen ellas. Nada improvisado suele tener consistencia artística, pero la tienen mucho menos, ó carecen completamente de ella, las obras dramáticas que se escriben por el procedimiento indicado y á salga lo que saliere. Los dramas aquellos de Lope que en veinticuatro horas pasaron de las musas al teatro, son de los que nadie lee. No obstante ser su autor el *Fénix de los ingenios*, fueron olvidados tan pronto casi como nacidos. «El tiempo—se ha dicho—sólo respeta lo que se hace con su concurso.»

Quizás un epigrama, una copla, un madrigal, hasta una oda, puedan salir perfectos, y según suele decirse, de un tirón. Al fin y al cabo tales obras, por su corta extensión, pueden nacer al calor de la inspiración, estado fugitivo del alma en que ésta se encuentra, momentáneamente, en plena posesión de sus facultades. Pero el drama, por sus dimensiones, por la suma de observación que requiere y por las exigencias de su plan, sometido á las leyes de la representación, aunque refleje inspiración en alguna escena, en algún parlamento ó réplica, es, en general, fruto de la meditación y del trabajo paciente de la inteligencia, acompañada, es claro, de las necesarias dotes artísticas.

En otro tiempo, principalmente en el período del romanticismo, el que era poeta como Zorrilla ó García Gutiérrez triunfaba del público con la magia, entonces omnipotente, de la poesía. ¿Qué espectador no se entregaba ante aquellas tiradas de hermosos versos en que desde el galán hasta el último racionista derramaban todo género de imágenes y flores poéticas? Aquello podía ser y muchas veces era improvisado. Zorrilla escribió *El puñal del godo* en una noche. Pero estos tiempos del lirismo en la escena han pasado: la producción escénica contemporánea es cada vez más tendenciosa, reflexiva y filosófica. En toda obra moderna de importancia se trata de plantear, y á veces hasta de resolver, un problema; y siendo esto así, el autor no puede abandonarse á la corriente de la inspiración, sino que ha de someterse á la lógica de la exposición y demostración de la tesis. Yo no digo que esta manera de entender el arte sea buena ni mala; pero sí que es condición de la dramática moderna.

Dado este carácter del teatro contemporáneo, no es fácil que nuestros autores, á pesar de sus promesas, tengan, como el estudiante gallego, llenas de obras dramáticas sus alforjas. Tampoco es posible, si aquéllas han de ser viables, escribirlas como á jornal para las empresas y echándolas en el tablado escena por escena. Tal modo de hacer comedias podrá ser muy industrial, pero es muy poco artístico.

Hoy, por desgracia, domina la industria sobre el arte. Muchos escritores que tienen admirables dotes para otros géneros, pero á los cuales no llama Dios por el camino del teatro, «cogen y se hacen» autores dramáticos, atraídos por el imán de la taquilla. A un autor de estos le oí decir en cierta ocasión la siguiente herejía artística: «No sabe uno qué darle al público.» Como si la producción artística hubiera de sujetarse al capricho de la muchedumbre; como si la misión del autor fuera adular las aficiones momentáneas de la multitud. No; el verdadero artista no debe pensar en lo que al público le gusta, sino en lo que le gusta á él: sus ojos deben mirar tan sólo la belleza, que como él acierte á interpretarla en sus obras, el público habrá de admirarlas y aplaudirlas. El autor debe ir delante, no detrás de la muchedumbre: él dicta la ley, no la recibe. Eso de halagar los viciados gustos de la multitud dándole lo que su paladar estragado pide, lisonjeando sus extraviadas pasiones y explotando su mal gusto, es propio de mercaderes sin conciencia, no de verdaderos artistas. Los que de tal manera prostituyen su talento se parecen á esos desalmados negociantes ingleses que venden opio á los pobres chinos, sabiendo que el opio entontece y mata.

Pero dejemos á un lado estas reflexiones, por las cuales pido perdón, y echemos una ojeada sobre la vida de los teatros, asaz trabajosa, durante la presente temporada.

Para encontrar algo que merezca la pena de ser consignado aquí, hay que apartar la vista de la corte, en donde solamente se sostiene con alguna fortuna, por razones más bien climatológicas que artísticas, la compañía de opereta de los Jardines del Buen Retiro. La poca gente á quien el calor y la moda no ahuyentan de la capital de España busca en los Jardines, más que emociones estéticas, aire fresco y respirable. Lo de menos allí es lo que pasa en el escenario. Esto lo sabe la empresa y saca de ello el mejor partido.

Los otros teatros que aún funcionan al escribir estas líneas (el Lírico y Apolo), cerrarán pronto sus puertas, y Madrid, según hace notar Alejandro Miquis en *El Diario Universal*, no tendrá más sitio de honesto recreo que los Jardines..., y eso la noche que no llueva.

Esto, en efecto, no se ha visto nunca; el año que menos, ha tenido el público madrileño para su pasatiempo y regocijo media docena de teatros abiertos, y todos, como dice el citado escritor, cubrían desahogadamente sus gastos y algunos hasta realizaban considerables ganancias.

¿De qué depende cambio tan notable? En rigor, de que el veraneo, facilitado por la relativa baratura de los trenes, es causa de que se ausenten de Madrid dos terceras partes por lo menos de las personas que asisten á los teatros. ¿Quién, teniendo ó pudiendo agenciarse mal ó bien unas cuantas pesetas, se resigna á permanecer en este pueblo, que alguien llamó Villafrita? Al ver casi vacíos los cafés, desiertos los paseos, cerrados los establecimientos de enseñanza, en cuadro las oficinas del Estado, suspendida, en una palabra, toda actividad, ¿ha de maravillarse de que falten espectadores en los teatros? Para las exigencias de la población pagana que soporta valientemente en Madrid temperaturas tropicales, basta y sobra con los Jardines del Buen Retiro. Los demás teatros, y buena prueba de ello es la anunciada clausura del Lírico, no logran atraer á los espectadores, entre otras razones por la razón aplastante de que no los hay. El dinero que pasaba antes á los bolsillos de las empresas se escapa ahora de Madrid en los trenes botijos.

Por esta razón se ven también obligados los cómicos á *veranear*, acudiendo, como es lógico, allí donde pueden conseguir honra y provecho. Las compañías que «hemos disfrutado y padecido» durante el invierno—que de ambas cosas se dan casos,—andan ahora por las playas de moda exhibiendo sus productos artísticos.

Algunas de estas compañías no limitan sus excursiones á la península: se meten en un transatlántico, como cincuenta años ha se metían en una galera acelerada, y se van á América, como entonces se iban á Guadalajara ó Toledo.

Sabido es que los de Lara, siguiendo el ejemplo dado en años anteriores por las compañías de María Tubau, María Guerrero, Carmen Cobeña y Rosario Pino, en cuanto dieron fin á la temporada de invierno, cruzaron el Atlántico y llegaron á las playas de la América del Sur. Actualmente actúan en el teatro del Odeón de Buenos Aires, en donde obtienen los aplausos y agasajos que en realidad merecen.

Quizás la única compañía de actores españoles que en su género puede competir con las mejores del extranjero, es la de Lara. Las demás que por aquí funcionan suelen tener uno ó cuando más dos artistas notables, rodeados de comparsas, cuya sola misión consiste en hacer que resalten las figuras de la actriz ó actor notable: semejante á esos grupos abocetados que forman el fondo de los cuadros. En Lara, por el contrario, cada artista es una personalidad. La Valverde, la primera característica de nuestra escena; Matilde Rodríguez, una de las mejores actrices que yo he conocido; Conchita Ruiz, graciosísima ingenua; Clotilde Domus, de tan gentil talle como artístico talento; Rubio, Santiago, Rodríguez, sin rivales los tres en lo cómico de buena ley, constituyen un conjunto excelente, una compañía admirable que honra al arte escénico español.

No es, pues, de extrañar que el público y la prensa bonaerense colmen de elogios á nuestros actores de Lara. Véase en prueba de ello lo que escribe *La Revista de la Asociación Patriótica Española*, titulada *España:* «El crédito de que venía precedida la compañía de Lara ha sido ratificado y ampliamente confirmado por el público más exigente en materia de arte representativo moderno. Los artistas pueden llevar esa íntima satisfacción como resultado de su visita á Buenos Aires. Son los suyos laureles bien ganados, porque la compañía de Lara ha actuado aquí en una época difícil, en que ha tenido que disputar á eminencias italianas en el arte lírico y dramático la presencia á sus veladas del público selecto que acude á tributar espontáneos aplausos á la elegancia y la verdad en la escena.»

Mientras las estrellas teatrales desarrollan su órbita veraniega por las playas de moda ó por las grandes ciudades de América del Sur, los cómicos sin contrata, los que forzosamente holgazanean por la calle de Sevilla con la esperanza, casi siempre engañosa, de que aparezca ante sus ojos el deseado «caballo blanco,» organizan sus expediciones, casi siempre desastrosas, por los pueblos inmediatos á Madrid, recorriéndolos ni más ni menos que la gente de la carátula que tripulaba el carro de *Las cortes de la muerte*, con la cual gente hubo de toparse D. Quijote, con no muy buen suceso ni para él ni para Sancho.

En efecto, por más que parezca extraño, aún existen los cómicos de la legua, y sus aventuras, ó mejor dicho, sus desventuras, difieren poco de las que narró Rojas en su *Viaje entretenido*. La necesidad y á veces hambre más que calagurritana reune, como en apretado haz, á unos cuantos cómicos, los cuales, puesta en Talía su confianza, se lanzan heroicamente á realizar su artística peregrinación. ¿Quién podrá referir sus malandanzas, sus ayunos forzosos, sus descalabros y hasta sus descalabraduras, ganado todo ello en buena lid en los coliseos de Zamarramala ó Villabrutanda?

No ha mucho he tenido ocasión de encontrarme en un pueblo perdido entre los riscos de la Sierra con una compañía de cómicos trashumantes: eran seis, tres hombres y tres mujeres, una de ellas en estado interesante, ó para hablar con más propiedad, interesantísimo, lo que no impedía á la pobre mujer cantar y hasta bailar los atrevidos tangos de las zarzuelillas de moda.

Y lo peor de todo era que el poco público que acudía á ver las habilidades artísticas de aquellos desventurados, en vez de dejarse amansar como las fieras por los cantos de aquellos Orfeos errantes, la emprendían con ellos á silbidos intercalados de las frases más pintorescas del vocabulario popular. Ellos es cierto que no eran grandes artistas; pero tampoco el público se componía de intelectuales.

Al fin los pobres bohemios comprendieron que no se hicieron las mieles artísticas para la boca de aquellos rústicos, y una mañana del mes de julio, bajo los rayos de un sol mucho más brillante que el de la gloria, echaron á andar por la polvorienta carretera con sus respectivos equipajes al hombro—equipajes que, por fortuna en aquel caso, cabían holgadamente en sendos pañuelos de bolsillo,—y se alejaron en busca tal vez de nuevas desdichas... Todavía al pasar junto á una viña en que cavaban algunos campesinos fueron saludados con silbidos y dicharachos.

¿Después? ¡Quién lo sabe! A vagar de aldea en aldea, comiendo por casualidad, durmiendo en los pajares, ó como dicen los franceses, *á la bella estrella*, para regresar después extenuados, pero no desengañados, á la calle de Sevilla, puerto de refugio para todos los náufragos del arte escénico, á esperar la ansiada aparición del caballo blanco.

ZEDA.



EL POBRE DEL ARPA

I

¿Por qué se detenía tanto Daniel en aquel rincón del mundo, en aquel pueblecillo de la sierra que, si no era desconocido en absoluto, tenía que agradecerlo á la casualidad de que la carretera pasara por medio de su casi única vía? Esto es lo que se preguntaba el fiel de fechos de aquel lugarejo y el problema que planteaba ante sus contertulios, de noche, en el figón, entre vaso de vino y brisca, sin que nadie pudiera descifrar el enigma.

La cosa, en efecto, no podía ser más extraña. Daniel—nadie sabía su apellido—era un pobre muchacho, flaco de cuerpo y mal vestido, que con su arpa al hombro, un instrumento desvencijado y viejo, había salido de Almería, su pueblo natal, solo y sin un céntimo para *ver mundo,* como él decía, y ganarse la vida con las melodías que arrancaba á su inseparable compañera, el arpa. De pequeño, había trabajado en las minas, recibiendo por todo salario un mendrugo de pan de cuando en cuando y algún puntapié de su padrastro que, no contento con beberse lo que Daniel y su madre ganaban, los maltrataba horriblemente, riéndose de sus gritos de dolor y burlándose de su llanto. Pero cuando quedó solo á consecuencia de un mal golpe del padrastro que le condujo á presidio y á su madre al cementerio, fué recogido por un viejo italiano que tocando el arpa pedía limosna, y que, á cambio de su ayuda en la rebusca de las almas caritativas, le enseñó á leer, á mal escribir y á tocar algunas melodías en el instrumento, que, por fin, le dejó al morir. Entonces examinó su conciencia, y viendo que en adelante no podría sujetarse á un patrono, ni á un trabajo metódico, tomó un día la carretera de Madrid, y en cuanto llegó á un pueblo, buscó la plaza y empezó á tocar; los mozos le dieron algunos cuartos, armaron baile, y al otro día se encontró Daniel con que había comido y bebido bien y tenía en el bolsillo dos pesetas.

Y esta fué su vida en adelante. Por la mañana temprano se ponía en camino, y en cuanto llegaba á un pueblo tocaba en la plaza; si no le hacían caso ó se burlaban de él—que de todo había,—se marchaba en seguida; en caso contrario, se quedaba hasta la mañana siguiente. La máxima favorita de Daniel era: «*lo primero, no abusar,*» así es que nunca prolongaba su estancia en un pueblo más de un día; la experiencia le había enseñado que si estaba más de veinticuatro horas, desaparecía el encanto de la novedad, la gente se aburría de su escaso repertorio y tenía que gastar sus ahorrillos para comer, ó pasar hambre.

Por eso el fiel de fechos de Navafría, que conocía esta circunstancia, se hacía cruces cuando consideraba que el pobre del arpa llevaba en la aldea veinte mortales días, durmiendo á campo raso, sin que nadie le diese nada, muriéndose de hambre y sin pensar en marcharse. Había llegado un día de fiesta, tocó en un baile, ¡por seis reales que le dieron!, y por la noche, gracias á la oficiosidad del secretario, fué á ejecutar algunas de sus composiciones favoritas á casa de don Felix, un cacique del pueblo que creyó pagar bien á Daniel dándole de cenar y proporcionándole la inmerecida honra de que Clarita, su hija, una morena hermosísima, se distrajese un rato con las melodías del mendigo...

II

Y de esa noche databan las desdichas de Daniel. Seguramente van ustedes á soltar la carcajada cuando les diga la causa; pero repriманse un poco, por Dios. ¡Hay que tener un poco de compasión con los pobres! Daniel, el mendigo, el hombrecillo flaco y macilento, se había enamorado como un loco de aquella mujercita deliciosa, rica, elegante, con casa en Madrid, que pasaba el verano en la aldea, languideciendo de nostalgia por el invierno de la corte, con sus bailes, sus teatros, sus paseos y sus infinitas diversiones. ¡Pues sí! Daniel estaba enamorado y no trataba siquiera de ocultarlo.

A no ser porque los paisanos circunstanciales de Clarita, y ella misma, no podían creer siquiera en la posibilidad de tan ridículo enamoramiento, se hubieran dado cuenta de aquella pasión loca que impulsaba á Daniel á ponerse, no bien amanecía, frente á la casa de D. Felix y á tocar sin descanso melodías desconocidas, salvajes, de cuyo mérito el mismo autor no se daba cuenta, pero que hubieran hablado al alma á alguien un poco más culto que aquella gente... Los aldeanos se explicaban fácilmente la insistencia del músico, porque la casa de D. Felix era la más rica del pueblo; en cuanto á Clarita, no trataba siquiera de explicárselo, atenta sólo á sus recuerdos y esperanzas y huyendo al jardín cuando el arpa la molestaba demasiado.

Ya no le daban limosna; los chiquillos le apedreaban, los criados de la casa le insultaban y hasta á veces le daban de palos; y á pesar de todo, nada le hacía desistir, ni aun la consideración de que su adorada no aparecía nunca en los balcones, mientras él se esforzaba en manifestarla su amor de la única manera que podía. No

Subió hasta una reja, trepó por ella y llegó hasta el balcón

trataba siquiera de defenderse; los insultos, las pedradas, los golpes de los criados, todo lo aguantaba en silencio, con paciencia, hasta con placer, como los mártires cristianos sufrían con gusto todas las mortificaciones, porque servían para demostrar á Cristo su inquebrantable amor... Por la noche compraba un pedazo de pan y un vaso de vino ó de leche, y así se mantenía, gastando poco á poco sus míseros ahorros, esperando, ¿qué sé yo?, un milagro, algo sobrenatural que le acercase de algún modo á su adorada...

III

Y... el milagro vino. Una noche las campanas de la iglesia comenzaron á tocar á fuego, solemnemente primero, con furia creciente después, como si quisieran llamar al mundo entero para que viniera á salvar á los que estaban en peligro. Daniel, que estaba despachando su modesta cena, salió precipitadamente de la taberna y vió que un pajar situado enfrente de la casa de D. Felix ardía con llamas voraces, que serpenteando con dantescas contorsiones, subían hasta el tejado de la casa. En los balcones de ésta, pidiendo socorro, había tres mujeres: una anciana y dos jóvenes. La anciana era la tía de Clara; una de las jóvenes era la hija de aquella señora, y la otra, ¡gran Dios!, la que más gritaba, la que pedía socorro con lamentos llenos de terror, era Clarita, la adorada, la divina, la ideal Clarita, que, por haber salido de viaje su padre, habíase quedado aquel día en casa de su tía... Los vecinos estaban consternados; pero el mismo terror que sentían les paralizaba. Frente á la casa, uniendo sus lamentos á los que exhalaban las tres mujeres, apenas se movían; y mientras, las llamas, siniestras, terribles, subían y subían lentamente, como si quisieran gozarse en el terror de las víctimas antes de aniquilarlas para siempre...

Daniel, sereno, organizó el salvamento; mandó traer escaleras, agua, todo lo necesario; empezó á dirigir los trabajos para la extinción del incendio; pero un grito supremo, horrible, espantoso, de Clara, que se había sentido tocada por las llamas, le volvió loco... Sin temor á las quemaduras y plantando una escalera al lado de aquel inmenso brasero, subió hasta una reja, trepó por ella y llegó hasta el balcón; cogió por la ropa á su adorada, la levantó en un supremo esfuerzo, y loco de alegría bajó con ella y la depositó en el suelo, triunfante, lleno de placer, que se le salía por todas partes. Después salvó á la anciana y luego á la prima de Clara; pero esta vez resbaló y cayó entre las llamas con la joven. A ella la sacaron casi ilesa; pero él salió desvanecido y con horribles quemaduras.

IV

Y llegó el gran día, el dia glorioso en que Daniel iba á ir, ya restablecido, por orden de D. Felix, á que Clarita le diera las gracias. El padre, agradecido, quería dar á la escena cierta solemnidad y había dispuesto que todas las personas de algún viso de la aldea fueran aquel día á su casa; Daniel había de ir á las cinco, cuando todos estuvieran; la deliciosa mujercita saldría á recibirlo á la puerta del salón y le presentaría como su salvador... ¡Qué hermoso, qué admirable programa para Daniel!

Pero la suerte lo dispuso de otro modo. Cuando éste llegó, era demasiado temprano; los criados le hicieron pasar á una habitación contigua para que esperara el momento de entrar en escena; y allí, anhelante, azorado, aguardando la dicha, le aplastó el rayo. Clarita hablaba en el salón y hablaba con su padre y hablaba de él, y decía, ¿qué dirán ustedes que decía? Pues esto:

—Conque, papá, quedamos en eso. Usted le paga el viaje de vuelta á su tierra y le da mil pesetas. Con eso se le paga el favor y *me evito yo la molestia de oirle todos los días tocar el arpa en el mes que nos queda de estar aquí.*

V

Daniel fué un tonto, lo comprendo; pero no quiso esperar á la fiesta á pesar de las mil pesetas. Los criados no pudieron detenerle, y al otro día un barquero se le encontró en el río, ahogado. La gente supuso que quiso bañarse y por no saber nadar bien le arrastró la corriente.

Lo que nadie se explicó, ni se explica todavía en Navafría, es que en la orilla izquierda del río se encontrara el arpa hecha trizas y con las cuerdas rotas en mil pedazos, como si se hubieran desgarrado á mordiscos...

Juan Téllez y López.

(Dibujo de Sardá.)

MONUMENTO Á PASTEUR, por Falguiere

Hasta hace poco, no había en París un monumento público que perpetuara la gloria del insigne Pasteur, el sabio eminente de fama universal á quien tanto deben la humanidad y la ciencia. Hoy al fin álzase en la plaza Breteuil este monumento, que ha sido recientemente inaugurado con gran solemnidad.

Confióse la ejecución del mismo á Falguiere, quien tuvo por colaborador al famoso arquitecto Girault, autor de los nuevos palacios de los Campos Elíseos; pero después de haber realizado su concepción en forma de modelo en yeso, no pudo aquel célebre escultor, muerto en 1900, realizar la ejecución definitiva, de la que se encargó el hábil artista Víctor Peter, bajo la dirección de M. Pablo Dubois, director de la Escuela de Bellas Artes, y de M. Thomas.

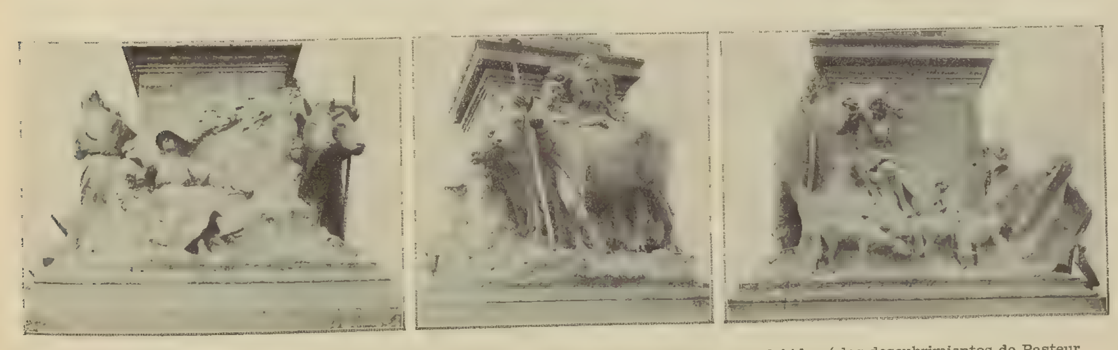
La última obra de Falguiere es importante por sus dimensiones y por su composición: su altura total es de siete metros, de los cuales cuatro corresponden al pedestal; la parte escultórica es de mármol blanco. En el pedestal se destacan en alto relieve varias hermosas figuras de un simbolismo muy artístico y muy inteligible: en la cara anterior, se ve á la Humanidad implorando á aquel que supo encontrar armas eficaces para luchar contra la muerte; en las otras tres, varios grupos de labradores gozan de la tranquilidad que les han proporcionado los admirables descubrimientos de Pasteur, librándoles de los azotes que antes destruían sus viñedos, sus cosechas y sus ganados. Sobre el pedestal está la estatua sedente del sabio, con su expresión bondadosa, en actitud meditabunda y con la mirada clavada en el infinito.

El conjunto del monumento es de un bellísimo efecto decorativo.—X.



Entre abetos, cuadro de la Srta. D.ª M. P. Carpentier. (Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, 1904.)

MONUMENTO Á PASTEUR RECIENTEMENTE INAUGURADO EN PARÍS, obra de Falguiere



Caras laterales y posterior del pedestal: los trabajadores del campo gozando de los beneficios debidos á los descubrimientos de Pasteur



ALVINA VAN PRAET DE SALA

Hay nombres que son un poema: un retrato de cuerpo entero: una página de noble ejemplo para la humanidad; síntesis de la activa labor del pensamiento, de la voluntad que no desmaya ni se achica ante los imposibles, ni por las luchas que de suyo y lógicamente se desprenden, al llevar á terreno práctico los hermosos ideales convertidos en colosal monumento de variada arquitectura, pero armónica en su conjunto.

Equivocados andaríamos si intentáramos realzar el bellísimo boceto de la argentina insigne con atavíos novelescos, que lo despojaran de su gráfica nitidez que cautiva y admira.

Alvina Van Praet de Sala es un gran carácter, con alma magnánima y corazón de oro. Tiene las energías propias en los seres de espíritu superior y ha encadenado su existencia entera á la misión sublime que desde hace años viene cumpliendo con valiente anhelo.

Mujer de alto prestigio social, por su elevada posición, por su cultura, por sus atractivos, ha consolidado su fama por la abnegación benéfica, y resplandece y sobresale en el ancho círculo de mujeres argentinas que por sus aptitudes progresistas, por las iniciativas y capacidades, atraen el aplauso nacional.

Por los años de 1882 comenzaron á definirse gráficamente las aspiraciones de la ilustre dama como socia de la Beneficencia bonaerense, y al ocupar el puesto de Secretaria, en su actividad incansable se hizo el paño de lágrimas de los desheredados.

Naturaleza sensible y delicada, lloró y sufrió, derramando en las míseras viviendas el consuelo, el amor y el óbolo de la caridad, sin arredrarse ante las dificultades, ni vacilar un instante por la magnitud de la empresa, entonces apenas iniciada y que precisaba acción y voluntad para su desarrollo.

¡Qué hermoso relieve adquirió su corazón ardiente y generoso al desempeñar los múltiples cargos de Inspectora de la casa de Huérfanas de la Merced, en el Hospital de Niños, en el de Rivadavia y en el Asilo de Hérfanos!

Su espíritu y su alma han necesitado siempre campo vastísimo, y por lo mismo en el Consejo, y más tarde como Presidenta de la Beneficencia, encauzó sus brillantes aspiraciones, ensanchó los límites de la sociedad augusta, descubrió nuevos horizontes llenos de luz, fué un astro radiante de ígneos resplandores y de estela perdurable.

Su lozana inteligencia se engrandeció más aún, y ambicionando recoger abundante cosecha en favor de los pobres, se desveló y martirizó la mente para desempeñar el cargo importantísimo y de altas responsabilidades.

Flores, aromas, ambiente purísimo de cariño, admiración de propios y de extraños, recompensaron la tarea de la filantrópica Alvina V. P. de Sala, y el triunfo mismo dió mayor vuelo á su abnegación, y en las «visitas domiciliarias» en la época luctuosa de *las insolaciones,* llevó el heroísmo hasta exponer su vida, arrostrando la terrible temperatura que hacía tantas víctimas.

Convencerla para que desistiese en su propósito era difícil, imposible; no es empresa victoriosa la de persuadir á caracteres inflamados por la piedad y por el amor á sus semejantes, y la noble argentina llegaba á los hogares como el ángel de paz y de consuelo, alentando con sus palabras, cambiando la miseria en bienestar, fortaleciendo con amplio y oportuno auxilio á los que carecían de pan para su alimento, de cama para el descanso y de vestidos para cubrir su desnudez.

Tiene galanura, facilidad de estilo; posee el secreto de conmover manejando la pluma; en sus escritos y en las memorias presentadas para dar cuenta de los diferentes cargos á su dirección encomendados, palpita su corazón.

Predomina en la insigne proteccionista el espíritu de unidad ó asociación, y por la inventiva que la caracteriza ha dado desarrollo á la pasmosa idea, inculcando en la mujer ese amor por la unidad, ese elevado pensamiento de enlazar la pobre con la rica, la aristocrática con la de humilde cuna, asociándose con todos los vigores de su carácter, con todas las potencias de su ser, á la grandiosa idea de la egregia doctora Cecilia Grierson, fundadora del «Consejo Nacional de Mujeres,» presidido hoy por Alvina V. P. de Sala.


Alvina Van Praet de Sala

Creencia suya es, y ley de sus actos, que la caridad en sus fines exclusivos es la más bella de las atribuciones en la mujer, y que su corazón debe estar siempre consagrado á la piedad y á la misericordia, por deber, por lógica y natural inclinación, por fraternidad cristiana.

Sus idealismos han tomado siempre forma real, sin que la modestia, que es la cualidad preponderante en su organismo, la permita avalorar la trascendencia de sus iniciativas.

Alvina Van Praet es madre amorosísima, ejemplo de todas las virtudes en el hogar doméstico: celosa en el cumplimiento del deber y esclava de él en los diferentes cargos que desempeña en sociedades, donde su saludable esfuerzo se traduce en beneficiosos resultados y en actividades, que estimulan y alientan á otras mujeres ya celebradas como artistas, como filósofas y como pensadoras.

Hace cuatro años, en el memorable y angustioso calor de 1900, volvía la señora de Sala á su casa después de algunas horas empleadas en recorrer suburbios, en consolar á los necesitados y en fortalecer á los enfermos, cuando una mujer pobremente vestida la rogó acudiera en socorro de una familia que á más de haber perdido al esposo y al padre víctima de insolación, carecía de todo recurso para aliviar la gravedad de la madre y el hambre de cuatro criaturas.

La señora Van Praet de Sala estaba abrumada de cansancio y bajo el peso de aquella atmósfera abrasadora; pero aun cuando hubiera sucumbido en la lucha no podía negarse al impulso generoso de su corazón.

Implorábase su auxilio y era menester otorgarlo, y esto no ignorando la gran distancia que mediaba para llegar al miserable tugurio.

¿Vendrá usted?, le preguntó la pobre mujer casi llorando.

—Iré ahora mismo, contestó con voz dulcísima y benévola: iré. Corra usted para que les lleve esa esperanza y al pasar avise á un médico para no perder tiempo. Los nuestros están todos ocupados.

Y entrando en su casa hizo provisión de algunas cosas que creyó necesarias, y sin descansar un momento volvió á salir, dirigiéndose á uno de los barrios más apartados de Buenos Aires.

La caritativa mensajera no había exagerado, y al penetrar en el hediondo albergue sintió la piadosa Alvina una impresión de pesar, de amargura intensa, de profunda misericordia por aquellos desgraciados, y tanto más cuanto que eran extranjeros, emigrados, casi recién llegados á playas argentinas, soñando con futuro bienestar, convertido en realidad tristísima.

El sol de fuego hirió como un rayo al padre infeliz, que sólo había vivido dos horas.

La madre, combatida por la pobreza y por el pesar intenso, tiritaba de fiebre en el mísero y único colchón, y los niños, de cinco, siete, nueve y diez años, estaban medio desnudos y sin más amparo que la Providencia.

Ella encarnó en Alvina Van Praet de Sala.

Los emigrados tuvieron el pan de la caridad; la enferma se salvó, y un año más tarde volvieron al hogar de su familia, en España, bendiciendo á la generosa protectora.

La casualidad me hizo conocer este episodio, que hoy sirve para dar colorido más gráfico á estas líneas y á este bosquejo; en el santuario de mi memoria aguardaba oportunidad para completar el estudio consagrado á la singular americana, que tan elevado puesto ocupa en el grandioso torneo de la asociación universal femenina.

En esa representación colectiva americana y europea vemos á la señora Van Praet de Sala rendir culto á un lema: la unión es la fuerza, el que perfeccionado en bien de la humanidad será hermosa semilla de ideas regeneradoras, cada día más brillantes, más luminosas, engarzadas en la inconmensurable cadena de la civilización.

Si en la unión se resuelve el problema del progreso, si es ley tan lógica como universal, á ella aspira también la mujer del siglo XX para prestar trascendentales beneficios en el vastísimo campo de la caridad, de la ilustración y de toda nobilísima iniciativa, como los presta la insigne dama nacida en las orillas del ancho Plata.

La grandeza de la idea realizada ya, la influencia intelectual y moral, merecen el aplauso más entusiasta.

Baronesa de Wilson.



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Residencia de la Administración civil en Niu-Chuang. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. Cuarteles rusos en Niu-Chuang. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El día 2 el general Kuropatkine mandó evacuar la plaza del Hai-Cheng, retirándose hacia Liao-Yang las cuatro divisiones que la guarnecían; el día 3 la ocuparon las fuerzas que manda el general Nodzu. Antes habíase trabado, en los días 30 y 31 de julio y 1.° de agosto, una serie de combates, en los que los japoneses dicen haber tenido 860 bajas y haberse apoderado de seis cañones; las pérdidas de los rusos, según un telegrama de San Petersburgo se elevaron á 4.000. Sigue, por consiguiente, realizándose el plan del generalísimo ruso de dificultar todo lo posible la marcha del enemigo, sin comprometerse por ahora en una acción decisiva.

La ocupación de Hai-Cheng y el consiguiente avance de los japoneses simplifica la situación general en aquella parte del teatro de la guerra y hace más fácil seguir el curso de las operaciones que allí se desarrollan. En la actualidad, la mayor parte de las fuerzas japonesas de la Mandchuria, es decir, los ejércitos mandados por los generales Oku, Nodzu y Kuroki se dirigen, el primero desde el Sur, el segundo desde el Sudeste y el tercero desde el Este, hacia Liao-Yang.

Por un momento pudo temerse que, después de la toma de Hai-Cheng, los generales Oku y Nodzu forzando sus marchas, cortaran la retirada al ejército ruso que había evacuado aquella plaza; pero los japoneses, lentos en sus movimientos, se inmovilizaron en las posiciones ocupadas el 1.° de agosto, y es casi seguro que á estas horas los rusos se hayan replegado ya en Liao-Yang, en donde actualmente deben estar concentradas todas las fuerzas al mando del general Kuropatkine. De modo que todo parece indicar, como decíamos en nuestra última crónica, que en Liao-Yang se librará antes de poco una batalla, si no decisiva, por lo menos muy importante.

Por el lado de Liao-Yang ha habido varios combates en los días 31 de julio y 1.° de agosto. El primer día, el general Kuroki atacó las posiciones rusas de Ta-Uan y Yan-Tse-Ling, siendo rechazado con grandes pérdidas; pero al siguiente, consiguió apoderarse de ellas, obligando á los rusos á retirarse sobre An Ping, que viene á ser una especie de puesto avanzado de Liao-Yang. Las pérdidas de los japoneses en estas acciones fueron de 40 oficiales y 946 soldados muertos ó heridos; la de los rusos no se conocen detalladamente; Kuroki las evalúa en 2.000. En San Petersburgo corrió el rumor de que el día 4 se había trabado en Ku-Kia-Tse una sangrienta acción en la que había tomado parte todo el ejército de Kuroki, añadiéndose que éste no había podido desalojar á los rusos de sus posiciones y había tenido que retirarse con más de 10.000 bajas; pero esta noticia no se ha confirmado; es más, se ha recibido un telegrama del general Kuropatkine, fechado el 6, que no hace mención de tal combate, y esta es la mejor prueba de que tal rumor era completamente infundado. El último parte del general Sakharof, fechado el 7, dice que no ha ocurrido cambio alguno en la situación respectiva de ambos ejércitos, lo cual demuestra que los japoneses no han sabido aprovecharse de las ventajas conseguidas en los mencionados combates de 31 de julio y 1.° de agosto.

Esta situación, en lo que se refiere á los rusos, no deja de ofrecer algunos motivos de inquietud. ¿Contará el general Kuropatkine, aun después de concentradas todas sus fuerzas en Liao-Yang, con elementos suficientes para resistir á la presión de los tres ejércitos japoneses que contra aquella plaza se dirigen? En nuestra anterior crónica expusimos varios datos, tomándolos de fuente que parecía fidedigna, de los cuales se deducía, y así lo afirmábamos, que el general ruso disponía de fuerzas equivalentes á las de sus adversarios; pero no debe de ser así, cuando él mismo, en un telegrama del día 3 dice: «Espero que nuestras tropas sostendrán con éxito la lucha contra un enemigo numéricamente superior.» Y si Kuropatkine se decide á repetir en Liao-Yang el procedimiento de retirada que ha empleado en Kai-Ping, Ta-Chi-Kiao y Hai-Cheng, ¿qué será de su ejército? Se retirará sobre Mukden, naturalmente; pero si es cierto que en Liao-Yang hay acumuladas grandes cantidades de víveres y municiones y éstas son destruídas al evacuar aquella plaza, ¿qué hará ese ejército privado de tan indispensables elementos de vida y de combate? En apoyo de la hipótesis de esta nueva retirada dícese, aunque no con carácter oficial, que desde hace días salen continuamente de Liao-Yang trenes cargados con dirección á Mukden. Y aun hay quien supone que el general Kuropatkine ha ordenado que toda la gente inútil de la población civil evacue la ciudad de Kharbine, á fin de poder establecer en ésta su cuartel general durante el próximo invierno. Esto indicaría en el generalísimo el propósito de abandonar, no sólo Liao-Yang, sino también Mukden, lo cual sería de un efecto moral desastroso; pues si bien es cierto que la obligación de un general en jefe es no aceptar una batalla que tiene seguridad de perder, no lo es menos que retirándose siempre, se acaba por proporcionar al enemigo ventajas muy parecidas á la victoria.

A propósito de Kuropatkine, es realmente interesante la siguiente opinión que le atribuye el corresponsal militar del importante diario ruso *Novoié Vremia:* «La táctica japonesa nos era completamente desconocida; hasta ahora hemos pagado el precio necesario para llegar á conocerla. Es de esperar que antes de poco sabremos hacernos reembolsar este precio con los intereses impuestos.»

Aunque con gran retraso, al fin se han recibido noticias oficiales de Puerto Arthur. El día 7 llegó, en efecto, á San Petersburgo el siguiente telegrama del general Stoessel, gobernador de aquella plaza:

«Tengo la satisfacción de comunicaros que nuestras tropas rechazaron, en los días 27 y 28 de julio, todos los ataques de los japoneses con enormes pérdidas por parte de éstos. El entusiasmo de las tropas de la guarnición es extraordinario. La escuadra ayudó á las tropas cañoneando el flanco de los japoneses. Nuestras pérdidas, durante los tres días de combate, han sido de unos 1.500 muertos ó heridos. Según informes recibidos de chinos y de prisioneros, los japoneses perdieron hasta 10.000 hombres. Estas pérdidas fueron tan sensibles para ellos, que no tuvieron tiempo de recoger sus muertos ni sus heridos.»

De modo que ha resultado cierta la noticia que como rumor había circulado de un terrible asalto intentado por los sitiadores de Puerto Arthur, que terminó con una brillante victoria de los sitiados. Por esta vez se han confirmado los informes que se habían recibido de Che-Fu por conducto de varios refugiados rusos ó chinos procedentes de Puerto Arthur.

La cooperación de la escuadra á que hace referencia el anterior telegrama del almirante Stoessel no se redujo á cañonear las posiciones del enemigo, pues si bien con este objeto salieron el 26 los cruceros *Bayan, Ascold, Pallada* y *Novick* y algunos cañoneros, hubieron éstos de sostener al mismo tiempo el ataque de una parte de la escuadra del almirante Togo, es decir, de cuatro cruceros de primera clase, dos de segunda y 30 torpederos, habiendo tenido que retirarse los barcos japoneses con tres unidades fuera de combate. Al día siguiente, la escuadra rusa pudo salir sin ser molestada, bombardear las posiciones de los japoneses y renovar los torpedos.

El almirante Togo ha telegrafiado á Tokío que en la noche del 5 dos de sus contratorpederos efectuaron un reconocimiento hacia Puerto Arthur; cuando estaban cerca de la entrada del puerto, salieron á su encuentro 14 contratorpederos rusos que intentaron cortarles la retirada; mas las dos embarcaciones japonesas consiguieron romper la línea de sus perseguidores, y ayudados por otro contratorpedero que acudió en su auxilio, tomaron la ofensiva y obligaron á los rusos á regresar á la rada.

¿Qué suerte les está reservada á los sitiados? Dado el empeño que ha puesto el Japón en apoderarse de la plaza y dada la imposibilidad en que ésta se encuentra de recibir refuerzos (al contrario de lo que sucede á los sitiadores, que de continuo los reciben), no es aventurado vaticinar que á pesar de la heroica resistencia de los rusos, más ó menos tarde Puerto Arthur caerá en poder de los japoneses. Hay además otra circunstancia desfavorable á los sitiados, y es la de que las municiones más principales han de faltarles de un momento á otro, ya que el arsenal, aunque fabrique proyectiles, no puede fabricar materias explosivas.

A propósito de este sitio, dicen los japoneses «que el mundo quedará asombrado cuando sepa con qué ciencia se han realizado los preparativos para el asalto;» y según parece, sus generales han dicho que de un momento á otro ocurrirá un suceso que causará la admiración del mundo militar, porque demostrará las extraordinarias condiciones tácticas de los caudillos del Mikado. En honra de los japoneses, que hasta ahora han demostrado valer mucho desde el punto de vista militar, nos resistimos á creer que sean ciertas estas manifestaciones que se les atribuyen y que, de ser exactas, hablarían muy poco en favor de la seriedad y de la parsimonia que tan bien sientan en hombres de su estado y en las circunstancias en que ellos se encuentran.

El tribunal de presas de Vladivostok ha declarado buena presa la del *Knight-Commander* por haberse demostrado que llevaba materiales para ferrocarril y maquinaria, que se consideran como contrabando de guerra.

En cuanto á la destrucción de este buque, las autoridades rusas dicen en su informe que si se echó el barco á pique fué porque no tenía á bordo carbón bastante para llegar á Vladivostok.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El cuerpo científico japonés marchando hacia el teatro de la guerra: Salida de Tokio de la sección de telegrafía de campaña. (Croquis del natural de Melton Prior.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El sitio de Puerto Arthur. Los japoneses ocupando un fuerte situado delante de Puerto Arthur, después del bombardeo de la escuadra del almirante Togo y del asalto de las fuerzas de infantería. (Dibujo de C. M. Sheidon, tomado de una fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Ingenioso sistema de cruzar un río que en algunas ocasiones han empleado los rusos. (Dibujo de F. de Haenen.)

Cuando un río es demasiado profundo para ser vadeado y sin embargo no es bastante hondo ni bastante caudaloso para ser cruzado en barcas, los rusos, para atravesarlo, emplean un procedimiento ingenioso, aunque algo primitivo: vacían dos troncos de árboles y poniéndolos uno al lado de otro colocan en ellos dos carros de manera que á cada tronco correspondan las ruedas y el brazo de un lado. Los caballos son desenganchados y pasan la corriente á nado. Un *coolí*, provisto de una pértiga, empuja las improvisadas balsas. Cuando éstas no transportan carros, los dos troncos se mantienen uno al lado de otro merced á unas tablas transversales que los sujetan.

Con este motivo algunos periódicos ingleses han puesto el grito en el cielo y piden que se ordene á los comandantes de los buques de guerra británicos que hagan respetar el pabellón y los derechos de los países neutrales; á lo cual contesta un periódico francés, con mucha razón, que si es cierto que los países neutrales tienen derechos, no lo es menos que también tienen deberes, siendo el primero de éstos no violar la neutralidad haciendo el transporte de contrabando de guerra.—R.



Guerra ruso-japonesa. – Vista de la ciudad de Liao-Yang, cuartel general de Kuropatkine, hacia donde se dirigen actualmente los tres ejércitos japoneses mandados por Kuroki, Nodzu y Oku. – En el fondo se ve el campamento ruso. (De fotografía.)

NUESTROS GRABADOS

Wenceslao Constantinovich de Plehwe.—El ministro ruso recientemente asesinado había nacido en 1846, y después de haber hecho sus estudios en la Universidad de Moscou, licencióse en derecho y en 1867 entró en el Ministerio de Justicia. En 1868 fué nombrado viceprocurador de Vladimir, después procurador de Vologda, posteriormente viceprocurador de Varsovia y por último procurador de San Petersburgo: á este último nombramiento debió la brillante carrera que luego hizo. Su intervención en el proceso contra los nihilistas, á raíz del atentado contra el Palacio de Invierno, le puso en relación directa con el tsar Alejandro II, y los informes por él presentados al soberano evidenciaron sus cualidades administrativas y le valieron ser designado para los más elevados cargos. En 1881, como director del departamento de policía, formó parte de una comisión reunida para elaborar una ley relativa á la seguridad del imperio, y desde entonces su influencia aumentó de día en día. En 1901 fué nombrado secretario de Estado del Gran ducado de Finlandia, y de acuerdo con el general Robrikof trabajó enérgicamente para la rusificación de aquel territorio. Ministro del Interior en 1902, representó en el Consejo del Imperio el elemento ultraconservador, combatiendo la política de tendencia liberal de Witte, al que logró hacer alejar de la vida política activa. En el actual ministerio era la personalidad más saliente, más vigorosa y de mayor influencia.



Wenceslao Constantinovich de Plehwe, ministro del Interior de Rusia, asesinado el 27 de julio último. (De fotografía.)

Margarita, escultura de Juan Dammann.—Casi todas las obras de este celebrado escultor alemán tienen una poesía, un encanto imponderables; tanto es así, que han merecido el dictado de obras ideales. Y á juzgar por *Margarita*, este es el verdadero calificativo que á sus esculturas corresponde: muy admirables son en él la corrección de líneas la armonía de proporciones; pero hay en ese busto algo más hermoso, algo cuya contemplación nos conmueve más hondamente que cualquiera belleza de forma, y es una expresión angelical que realiza, por decirlo así, el milagro de infundir en el mármol insensible, no sólo la vida física, sino también la vida del alma; de animar aquel rostro de un sentimiento de pureza inspirado en el más alto idealismo; en una palabra, de hacer que aquellos ojos miren con la dulzura de la inocencia, que en aquella frente se asomen los pensamientos más castos, que aquellos labios parezcan destinados á abrirse solamente para dar paso á conceptos candorosos.

Entre abetos, cuadro de la Srta. D.ª M. P. Carpentier.—La combinación del paisaje con la figura exige del artista un tacto especial para que ambos elementos de la composición armonicen debidamente; pues aunque en la realidad todo es posible, hasta los contrastes más crudos y extravagantes, el arte tiene el deber, si no de rectificar la verdad, por lo menos de no hacerla objeto de sus preferencias más que cuando responde á los fines realmente estéticos. La notable pintora francesa autora de *Entre abetos* ha sabido llenar perfectamente esta exigencia artística, consiguiendo que los personajes de su cuadro casen por modo admirable con el carácter misterioso del bosque y formen con él un conjunto de encantadora poesía.

Velada agradable, cuadro de Domingo Fernández y González.—El bonito cuadro que reproducimos forma parte de la agradable colección de producciones de este género, que han dado notoriedad al pintor sevillano Sr. Fernández y González, algunas de las cuales conocen nuestros lectores por habernos cabido la suerte de poder reproducirlas en esta Revista. Este, igual que los á que nos referimos, reproducen un pasado, que los artistas hábiles y los coloristas han utilizado por los elementos que les proporciona la rica indumentaria de la época, propia y adecuada para obtener efectos.

Junto á la chimenea, cuadro de María Young Hunter.—Como en el número 1.141 de La Ilustración Artística nos ocupamos, con relativa extensión, de esta notable pintora inglesa, creemos ocioso repetir hoy lo que hace tan poco tiempo expusimos, y nos limitaremos, por consiguiente, á llamar la atención de nuestros lectores sobre su lindísimo cuadro *Junto á la chimenea*, que en la página 552 reproducimos. En él se ven confirmadas las excelentes cualidades que dijimos poseía mistress Young Hunter y se revela el gusto exquisito de esta artista que, sin salirse de la mayor sencillez, sabe obtener hermosos efectos, y sin abandonar el natural envuelve sus lienzos en el idealismo sin exageraciones con que la escuela prerrafaelista moderna protesta contra los excesos de ese realismo que, olvidando los verdaderos fines del arte, ha pretendido no sólo invadir los dominios de éste, sino también arrojar de ellos á los que no comulgan en sus tendencias.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Londres. – En una subasta recientemente verificada por la casa Christie se han pagado 325.000 pesetas por un retrato de *María Walpole, duquesa de Gloucester*, pintado por Gainsborough.

Francfort del Mein. – El municipio de Francfort del Mein ha adquirido por 390.000 marcos (487.500 pesetas) una notable colección de obras de arte. La referida cantidad ha sido facilitada por terceras partes por el municipio, la Asociación de Industrias Artísticas y la Sociedad Politécnica.

Espectáculos.—El día 1.º de agosto comenzaron en Munich las representaciones en honor de Mozart. En el Teatro real de la Residencia se cantarán *Las bodas de Fígaro*, *El rapto del serrallo*, *Don Juan* y *Cosi fan tutte*, y en el Teatro de la Corte *La flauta mágica*.

Necrología.—Han fallecido:

Juan Petrowitch Cruchtchoff, historiador y literato ruso.

Dan Emmett, el más popular compositor norteamericano, autor de varias canciones populares y del himno «Dixie,» que desde la guerra de Secesión es, por decirlo así, el himno nacional de los Estados del Sur.

Nikolai Nikolaiewitch Obrutcheff, célebre general ruso y uno de los más notables escritores militares de Rusia.

Mauricio West, poeta austriaco, autor de varios libretos de aplaudidas operetas.

Antonio Tchekoff, célebre novelista y autor dramático ruso.

Antal Szecsi, escultor húngaro, autor de los monumentos á Arpad y á Barosz que hay en Budapest y de varias esculturas para el edificio de la Dieta.

Carlos Breitbach, acuarelista alemán, paisista y retratista notable.

Edmundo Kanoldt, pintor alemán que se dedicó especialmente al género mitológico.

Jorge Federico Watts, célebre pintor y escultor inglés.

Dr. Zacarías Oppenheimer, notable médico y fisiólogo alemán, profesor de la Universidad de Heidelberg y autor de importantes obras.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, B^d Italiens, Paris

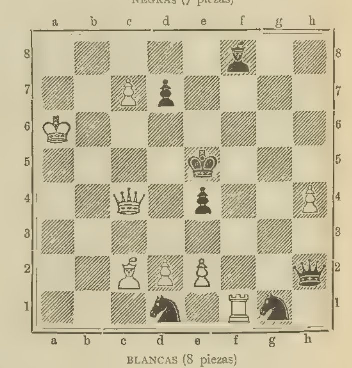
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

Envío n.º 4. – Lema: «¡Tarik es salahme!»

negras (7 piezas)



blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Envío n.º 5. – Lema: «Astutia non vi.» – Blancas: R b4, D d1, T f8, A b8, C a5, P c5 y e7 (7 piezas). Negras: R a8, C e6, P c6 y c7 (4 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 3. – «Don Eskil.»

1. Dh8–e8, e3–e2; 2. Ce6–c5, etc.
   Rd5×e4: 2. Ce6×g5 jaq., etc.
   Rd5×e5: 2. Ce6–f4 jaq., ó De8–b5 jaq., etc.
   Dg1–d1: 2. Ce6×g5, etc.
   Tb1–d1: 2. Ce6×g5, etc.
   Dg1–f1: 2. Ae5–c7 ó b8, etc.
   Otra jug.: 2. De8–b5 jaq., etc.

(Se continuará)



Incorporóse en el lecho misia Jeromita

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS MARÍA OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Zumbáronle, pues, más que otras veces, las razones que él mismo exponía, con lucidez que revelaba mediana inteligencia y no escasa delicadeza, para censurar su ingénita holgazanería, caminando maquinalmente hacia la oficina, calle del Veinticinco de Mayo abajo, entre el rumor efervescente de la gran ciudad, y el picoteo de ellas producía esta idea consoladora: la de que si por inútil le mataran, se vería libre de la entrevista con misia Jeromita, duelo ineludible y de dudosas consecuencias...

Porque, en primer lugar, misia Jeromita no se dejaría convencer, y quizá la encontraría más embrujada por el otro, precisamente en virtud de la amorosa zurra, que suele ser de admirables efectos en casos tales; luego, el otro, ¿no se defendería de la denuncia? ¿Qué pruebas materiales llevaba el desprevenido y acuitado Monreal? ¡Valiente gracia que el otro sacara los puños en su defensa, á falta de mejor disculpa! Estremecióse D. Nepomuceno. ¡Ay! Su inutilidad no era sólo relativa al buen servicio de la República y de su propia conveniencia, sino general y absoluta: era él un ser anodino, y bien hizo quien le colocó en el torno de una oficina, como engendro imperfecto que jamás sabría valerse de sus miembros: en su vida pacífica y soñolienta de molusco, no tuvo ocasión de ejercitar, si es que en realidad lo poseía, su valor personal, entumecidas como estaban sus facultades miserablemente, y aquel alarde de Quijote por fuerza le asustaba. Si no fuera por Leona, por su adorada Leoncita...

Confesábase Monreal muy por lo bajo que el trance en que la prima Jerónima se veía le interesara poco, si no comprometiera la situación de Leona, muy poco, á la verdad, á pesar de los catamarqueños recuerdos que se alzaban en el fondo de su memoria para acusarle: como que la dejaba en la estacada y no afrontaba los peligros que suponía el arreglar tan vidrioso asunto. ¡Arreglarlo! Aquí de la duda de Pantaleona, y eso que Pantaleona no estaba al cabo de la calle: ¿qué arreglo cabía? La honra es cristal, que una vez roto, las soldadas trizas, si es que soldarse pueden, muestran la indeleble huella del desperfecto sufrido. ¿Qué arreglo cabía? Desde la revelación de la antevíspera, Monreal lo preguntaba á su almohada, la más sabia consejera, y la almohada permaneció muda como un canto, muda como en las pasadas noches de insomnio que también le preguntaba acerca del medio de salvar á Pantaleona, Leona, su norte, su mundo, su cielo; Leona, joya única, desasosegado afán de su vida entera, compendio de sus aspiraciones todas... ¿No le oía nadie? Pues si no le oía nadie, y nadie había de descubrir el secreto que celoso guardaba, ¿por qué no dejar cantar dentro de su alma aquel amor purísimo, y recrearse con su música?

Se distrajo y olvidóse del motivo que á la casa de Gobierno le llevaba; ya cerca de ella, entre el enjambre de empleados, pretendientes, periodistas y ociosos, á más de un conocido, que deseó saber la causa de su riguroso luto, anunció la buena nueva, y sufrió apretones de mano, afectuosas palmadas, frases de felicitación como esta: «¡Que sea enhorabuena! ¡Al fin se salió usted con la suya!..,» y otras muy crudas que á él mismo le disgustaron. Antes de llegar, la casualidad le puso delante del negrazo que hacía de portero en su oficina, quien al verle estiró la elefantina trompa, en forma de saludo, y él se apresuró á detener al risueño orangután de librea color de café con botones amarillos.

—¿Ha venido el Subsecretario?, preguntó D. Nepomuceno.

Para contestar que no, enseñó el negro una caja de dientes amenazadores, cual si ofreciera morder, y añadió Monreal:

—Bueno; pues le dices de mi parte, cuando venga, que hoy faltaré á la oficina: ¡se ha muerto mi mujer!

—¿De veras, Sr. Monreal?, aulló el horrible mono; ¡qué *suertudo* es usted! Me alegro mucho...

Huyó D. Nepomuceno. La mirada que él arrojó al tranvía de la tablilla roja con letras blancas, que esperaba en la esquina, debía de ser la misma angustiosa de los gladiadores que á luchar con las fieras bajaban al circo. Porque fieras eran aquellas del Caballito, el criminal florentino y su formidable prima mayor...

IX

—Pasa, Nepomuceno, dijo la quebrantada voz de misia Jeromita. Entra, hombre, que no voy á comerte crudo.

Recostada estaba la señora en el lecho, ceñida la frente y sumergida en las tinieblas de la alcoba. Monreal llegó á tientas hasta la cabecera y buscó la mano de la prima para estrechársela en señal de pésame, la encontró calenturienta, y empujado por ella despóticamente se sentó á los pies en una silla, sin distinguir nada más que el bulto, que rebullía con inquietud alarmante. No abrió la boca, y se puso á la defensiva, tirando de la perilla como si quisiera arrancársela.

—Si no te mando llamar no vienes, indicó la prima disparando la primera bala.

—Dispensa, Jerónima; hoy mismo pensaba venir.

—¡Mentira! Digo que no vienes, aunque la casa se nos cayera encima. Te conozco. Eres cobarde, Nepomuceno, y soberbio al mismo tiempo. Y sin embargo, tu deber era venir, porque sí, porque sí. Tú pasas por hombre que no ha tenido debilidades en su vida; tu bendita pereza, tu sistema de dejar hacer á los otros y no hacer nada personalmente, te ha servido para engañar al público, mostrándote incapaz de todo, especialmente de lo malo. Pues no: eres perverso, Nepomuceno, y tú lo sabes mejor que yo, y por qué te lo digo hoy precisamente que te acercas á mí preparado, sin duda, para motejarme, insultarme y humillarme: sí, mis pecados serán grandes, pero los tuyos lo son más, mucho más, y no sé cómo no te aplastan. Al fin y al cabo, de esto que á mí me pasa tú tienes la culpa.

—¿Yo?, exclamó D. Nepomuceno doliéndose del recorrido.

—¡Claro! ¿Pues quién? Pon la mano en tu conciencia y mira hacia atrás, muy atrás, á aquellos lejanos y olvidados tiempos en que Jerónima no era la vieja facha de ahora... ¡Quieto! Repito que no voy á tragarte: de lo que no he de privarme es del placer de cantarte las verdades, de decirte cuántas son cinco, siquiera por aquello de que «el que da primero da dos veces.»

—Sabía que me recibirías así, Jerónima. Di lo que quieras, da cuanto quieras. Me resigno.

—¡No me provoques, Nepomuceno; mira que no podré contenerme! Durante dos meses has estado conspirando contra mí y el Sr. Lucca, alentando en numerosas cartas la estúpida resistencia de Leona; ¡sabe Dios lo que la escribías! No imaginabas que hablar mal de mí era escupir al cielo para que te cayera en la cara.

—Te equivocas, Jerónima. No he hablado mal de ti, y menos á Leona.

—Entonces, ¿cómo sostenías su resistencia y la guerra que á los dos nos ha hecho? ¿Sabes que en dos meses no me ha dirigido la palabra ni salió de su cuarto? ¿Quién, si no tú, había de darle alas? Si algo tenías que decir, más noble fuera venir aquí y entendernos, que no faltarían términos de avenencia.

—Dispénsame. Vine, antes de que llevaras á efecto tu proyecto (que renuncio á calificar), y me echaste con cajas destempladas.

—Nepomuceno, ¡tengamos la fiesta en paz!

—Tú me has llamado, Jerónima.

—Te he llamado, pero no para discutir lo que no ha de ser discutido. E indiscutible es mi derecho de hacer mi santa voluntad. No ha sido floja tiranía la que me impusiste durante veintitantos años, esterilizando mi juventud; esclava de las apariencias, en mí toda inocente expansión pareció crimen, y para asegurar mi docilidad me pusiste una argolla al pie y me diste de guardián á la mentira. De mentiras he vivido hasta el día, feliz ó desgraciado, que se cruzó el Sr. Lucca en mi camino, haciendo mi nefanda suerte que, al romper la cadena, debiera seguir mintiendo... Hoy la verdad me muerde los labios por salir, y dejaré que salga, así estalle el mundo en mil pedazos. ¡Porque me siento tan desventurada, lo que me sucede es tan horrible!

—¡Cálmate, cálmate!, dijo Monreal asustado.

—¡Que me calme!, repitió la señora con exaltación; ¿y quién me lo aconseja? ¡El verdadero culpable, el criminal, tú, Nepomuceno! Aunque te cubras la cara con esa mancha, que parece la de tu pecado mortal, veo que te pones pálido... Y es que aquí no se trata de una ligereza de vieja á quien se le calentaron los cascos, sino de algo que no da lugar á la risa: la rebelión de una víctima, de la mujer sojuzgada que recobra su libertad. Creías haber sofocado mis sentimientos, y que los años afirmaban tu victoria: ¡campaña de egoísmo feroz! Pretendiste suprimir en mí la mujer, convertirme en una *cosa* que sólo sirviera á tus fines, y te equivocaste de medio á medio; como todo está cerrado y no hay quien escuche, voy á sacar á orear tus trapitos: es conveniente, á veces, y la desesperación, si ha de reventar por algún lado, mejor que se desborde amargamente por ahí. Ya lo creo: tarea muy fácil es acusar á Jerónima, levantarla un caramillo, ahora que la han vencido; pero Jerónima sabe defenderse, y armada de una piedra en cada mano, se las tira á su acusador, diciéndole: «¡La culpa es tuya, mal hombre, hipócrita, falso, tú que me engañaste en Catamarca, que me sedujiste y me dejaste con una hija en los brazos para casarte con otra!»

Como si hubiera sentido el golpe, D. Nepomuceno se llevó las manos al rostro. Distinguía ahora perfectamente del inquieto bulto la cabeza sin peluca, el pañuelo blanco, los ojos febriles, la boca desportillada, manando hiel...

—Dirás que eso es historia antigua, prosiguió misia Jeromita, y que bastante has hecho por enmendar tu falta. ¿Qué enmienda cabe en crimen semejante? Ninguna, ninguna. Te casaste con Socorro porque te gustaba más que yo, pues (lo que yo siento es no poderlo decir á gritos) este caballero modelo enamoraba á las dos primas al mismo tiempo.

—Pero, Jerónima, ¿á qué viene eso ahora?, dijo con humilde y sentido acento Monreal.

—A qué ha de venir sino á refrescarte la memoria, hombre, y persuadirte que *la locura* de Jerónima no es tanta que iguale tu hipocresía; para probarte que procede de muy lejos la causa de cuanto ha ocurrido. Si no te casas con Socorro... Y veamos, ¿por qué te casaste? Acuérdate bien: Socorro tenía amores secretos con Márquez, el oficial del Juzgado, Acisclito Márquez; pero como se dejaba *festejar* por ti, nadie creía que estuviese enamorada de Márquez. Era tanta tu poca vergüenza, que nos engañabas á las dos, á Socorro de pico, y á mí con malas obras: sin duda te gustaba más Socorro que yo, porque más bonita era Socorro. ¿Por qué te hacía caso Socorro estando enamorada de Márquez? Pues porque Márquez era casado en Salta, donde vivía olvidada su mujer, y al saberlo Socorro, demasiado tarde, cedió á los consejos de su padre, el tío Tadeo, que te empujaba y alentaba. Rabias, ¿eh?, rabias sólo de pensar en tu luna de miel, que duró un par de semanas, al cabo de las cuales Socorrito alzó el vuelo con Márquez... Y no te acuerdas cómo quedó la otra prima, ¡la verdadera agraviada!, no te acuerdas de sus lágrimas, de su espantoso dolor, al tener que confesar al padre su triste estado, que si el valor no me falta y antes lo confieso, mejor fuera, porque no te casas. Pero, era yo tan estúpida y estaba tan ciega, que no dí por cierto lo del casamiento hasta que se realizó... Las horribles escenas que siguieron entre mi padre y tú y el tío Tadeo después de la fuga de Socorrito y que descubrí yo tu infamia, no son para referidas: la marejada envolvió á toda la familia; rompió mi padre con el hermano; te pegaste tú con el tío Tadeo; el hermano mayor de Socorro, Estanislao, casi te mata de un balazo, y de un palo en el hombro á poco más te desloma mi padre... ¡Ah, buen peine el primito Nepomuceno! Para que le canonicen, á él que venía tan campante á dispararme rayos y centellas, él, el indigno seductor... ¡Tira, tírate de los pelos y aguanta!

—¿Has acabado ya de dar gusto á la lengua?, articuló cada vez más sofocado D. Nepomuceno.

—Aún falta, falta lo mejor... Nos vinimos á Buenos Aires mi padre y yo, y tú detrás, puesto á matar con Socorrito, que se metió de beata en un convento de arrepentidas... Sí, ya sé que falleció ayer, ¡Dios la haya perdonado!.. Pues, te viniste detrás muy arrepentido tú también, ¡oh!, y bien castigado, para que luego digan que no hay Providencia... Pero ni yo ni mi padre quisimos recibirte, no te recibimos hasta que nació Leona, y por disimular mi situación, con habilidad digna de un gran intrigante, arreglaste aquello de que la niña pasara por hermana mía, y por hija natural de mi padre, que á todo se prestó... ¡Estábamos tan pobres! Yo me presté con la condición solemne que entre tú y yo no habría más relación que la del parentesco. Tú dirás si esta condición se ha cumplido, en vida y en muerte de mi padre... Estábamos pobres y tú nos ayudaste, confieso que siempre nos has ayudado...

—¿Luego?, suspiró Monreal, cobrando ánimo. Entonces, ¿por qué este furioso rencor?

—Si no me quejo por eso. ¡Bueno fuera! Leona era tu hija y no podías echarla á los perros; no podías tampoco rechazarla, pues llevaba tu marca en la nuca, la mancha de vino desparramada en mil lunarcitos. ¡Cumplías, por lo tanto, un deber vulgar, el único que has cumplido! Después que el tío Adrián hizo de mi padre un guerrero de la Independencia, para que pudiéramos comer, y el pueblo nos regaló esta finca, no necesitamos más de ti: la mentira, que era ya nuestra norma, nos sostenía, y gracias á ella salimos avante. Tú decías: ¡mentir es vivir! Y con engaños y tapujos vivimos muy bien; cada cual desempeñó admirablemente su papel en la comedia. A mí me tocó hacer el de madre y hermana de Leona y el de esclava tuya: pretendiste atarme con un compromiso...

—¡Que has violado!, resolló D. Nepomuceno.

—¡Cansada, aburridísima de ti! ¡Vamos, hombre! Veintitantos años de virtuoso encierro, de constante dedicación á mi hija, envejeciéndome como en la austeridad de un claustro, no significan nada, no disculpan y hasta autorizan lo que haya cometido posteriormente, error ó falta, ¡jamás tan graves y odiosos como los tuyos! Te digo que no te admito aquí de juez: el juez debe tener las manos limpias, y tú las traes manchadas; á una acusación tuya, te dispararé yo ciento, y te confundiré, te haré morder el polvo... Sí, pues, pretendiste atarme con un compromiso, el de que no había de casarme nunca, para que la casa y cuanto recibiera en herencia de mi padre pasara luego íntegro á Leona á mi muerte; con esto y lo que tú pudieras dejarla en testamento (que si no son trampas, no sé qué la dejarás) á la niña no la faltaría pan el día de mañana. La cláusula del traspaso de la pensión afirmó este compromiso, y me ató más que mi palabra...

—Pero saltaste por todo... Arriesgaste la pensión misma, cegada por un amor ridículo y vergonzoso á tu edad...

—¡Eh! poco á poco; no me levantes el gallo, Nepomuceno, no me irrites... Yo he luchado antes de caer, he resistido, he llorado inútilmente: lo que se creía muerto, vivo estaba y rompió vallas. ¿O piensas que el corazón es juguete, al que la voluntad domina y los años inutilizan? Tú, en cambio, con qué frescura y desparpajo me engañaste... ¡Ah! ¡Tú no luchaste, ni discutiste: la razón está siempre de parte de los hombres! Sus crímenes de seducción amorosa son caprichos juveniles, gracias y donaires de la edad; en la mujer, todo lo contrario. ¡Socorrito ha muerto en un convento, y yo lo menos que merezco es el manicomio! Bueno, allá iré, si te parece, junto contigo, verdugo, hipocritón...

—¿Has acabado, Jerónima?

—No he acabado... El mucho hablar me ha resentido la cabeza, pero necesitaba desahogarme. La verdad me amarga la boca, y me vienen mareos... ¡Quieto, no quiero nada! Quiero acabar de una vez, morirme, si es que Dios me concede la muerte como una gracia. La atmósfera de mentira en que vivo, me ahoga, me ahoga... Por conciliarlo todo, buena discípula de tus malas artes, he mentido al Sr. Lucca: el Sr. Lucca ignora todo, todo; también el matrimonio se ha mantenido en secreto: así la pensión no se perdía... ¡Mentir es vivir! Nepomuceno...

Este se irguió, ya dueño del terreno que pisaba, y preguntó con la voz más entera:

—Me has llamado, Jerónima, ¿para qué?

—¿Para qué? ¡Ay, Dios mío!, exclamó misia Jeromita abatiéndose sobre la almohada; esta venda te lo dirá, si Leona no te lo ha dicho. Estoy en medio de una horrible crisis, y á ti acudo en defensa de lo que á Leona ha de pertenecer un día y que *él* intenta arrebatarla: ¡hipotecar la casa es perderla! Ya me quitó las alhajas y cuantas economías guardaba. Nepomuceno, perdona lo que te he dicho, que no por ser justo, debí decirlo... Me figuraba que vendrías á renovar los reproches de la última vez y quise parar el golpe. Estoy nerviosa, malhumorada, disgustadísima; sufro accesos de ira, seguidos de espantoso abatimiento. Discúlpame que te haya recordado aquellos sucesos, y llamado tantas cosas feas: es cierto que no eres la persona cabal que pareces, pero ¿á qué refregártelo ahora?.. Aconséjame, Nepomuceno, defiéndeme, ¡sálvame! ¿Qué hago yo, si me abandonas? Es tu deber velar por los intereses de tu hija, á quien más quieres en el mundo, lo confieso y lo he reconocido siempre... Odiame, si te apetece, échame encima todos los cargos, que bien anchas son mis espaldas para soportar la injusticia, pero piensa en Leona: no se trata de mí, se trata de Leona. Busquemos el remedio á la situación: ¿sabes que ese hombre?.. ¿Sabes que es tal el terror que me infunde, que tiemblo de que llegue la noche y vuelva?.. ¿Salió?

—Está en su cuarto; Leona me lo ha dicho al entrar.

—¡Encerrado aún! ¡Qué extraño! A ver, Nepomuceno, acércate... Perdóname y hablemos.

—Hablemos, siempre que me prometas no insultarme y poner freno á tu lengua.

—Lo prometo. Pero, mucho cuidado con la tuya. Sobre todo no me acuses, porque entonces ya comprenderás que no había yo de callarme.

—No te acusaré, Jerónima. Y sin embargo, si me pusiera á darte el vuelto... ¡Desgraciada!

—Acabaríamos por arañarnos, pues te sacaría de nuevo á relucir tus milagros de Catamarca. Mejor será que doblemos la hoja.

—Doblémosla, Jerónima, doblémosla. Convéncete que yo no te odio, ni te quiero mal, al contrario: te compadezco, aunque esta compasión mía sea de naturaleza propia para soliviantar tu orgullo... Ya ves: mientras te has complacido en remover el pasado, me tapé con las manos la cara, porque ese lodo apestoso de mi juventud me avergüenza y humilla; si no defiendo mis errores, ni los disculpo: los juzgo y condeno más severamente que tú todavía. Así los he pagado, Jerónima, y los pago, privado del derecho de llamar *hija* á ese ángel, en obsequio de tu honra y del porvenir suyo. Ojalá esta honra la hubieras tú sabido defender tan bien ahora...

—¿Empiezas, Nepomuceno?

—Iba á decirte...

—¡No me digas nada, nada!

—Bueno, sea. Pero permíteme, al menos, hacer constar que no soy el pícaro desalmado que has pintado: soy un hombre de carne y hueso, como todos; ni mejor que los que gozan fama de buenos, y menos malo que otros. Si la ocasión fuera propicia, te explicaría en qué consiste eso que llamas mi sistema de la mentira, y por qué lo considero útil en la vida social, ya que de él formas un cargo tan grave contra mí...

—Déjalo para otro día, Nepomuceno.

—Dejado está. Para que después me salgas con que te disputo y provoco... Tú misma, Jerónima, á este mal hombre le has hecho la justicia de reconocer que nunca te abandonó; que he tratado, en lo posible, de remediar el daño, y que he sido para Leoncita, en secreto, el padre cariñosísimo que ha-

bría deseado parecer en público. Y si este cariño profundo no existiera y este interés por vuestro bienestar y felicidad, ¿me hubiera preocupado de coartar tus caprichos, de vigilarte y de aconsejarte, Jerónima? ¿Qué me daba á mí que te casaras y perdieras la pensión? ¿Por qué me opuse tenazmente desde un principio y llegué á romper contigo? ¿Por qué he sufrido tanto en estos dos meses, viendo tu desatinada conducta y los perjuicios y sinsabores que á Leona le ocasionaba? ¡Porque no tengo para amar otros seres que tú y ella, y en el derrumbamiento que me quitó familia y hogar, y que has recordado con tan mala fe, sólo me restasteis vosotras, ella sobre todo!

Ahogósele la voz á D. Nepomuceno, y misia Jeromita le oyó suspirar. No hablaron en largo rato, armisticio muy eficaz para que compusieran y serenaran el ánimo uno y otro, acometiendo valerosamente el importante asunto que les había reunido. Y dijo misia Jeromita, con flaco y compungido acento:

—Acércate, Nepomuceno: hablemos de *eso*. Ayer le escribiste á Leona no sé qué... Explícate. ¿Hay arreglo para ello? ¿Cómo salgo yo de este berenjenal?

—En verdad, Jerónima, que antes de dar mi opinión, contestó Monreal muy despacio y temeroso, deseo que me digas cuáles son tus intenciones respecto de ese hombre.

—¿Mis intenciones? Las peores, las peores. Le aborrezco. El golpe de anoche me ha servido para recuperar la razón. ¡Quiero separarme de él, arrojarle de casa!

—Perfectamente. Facilitas el camino de mis revelaciones, que me costaría mucho más hacerlas si tus ideas fueran otras; pero que, á pesar de todo, hubiera hecho. Aunque no me llamaras, iba á venir hoy, arrostrando tu cólera.

—¡Nepomuceno, por Dios! Mis sospechas son horribles... El no ha sabido excusarse... Ya me previno el doctor Barbado que...

—Te suplico que te calmes. Oigas lo que oigas, te aguantas. Nada de alborotos. Y cuando te enteres de todo, resolverás lo que la dignidad te dicte y pida la justicia. Con una advertencia más, Jerónima: que si tu resolución no es la que debe ser, yo tomo cartas en el asunto para arrancar á Leona de tu lado. ¿Estamos conformes?

Incorporóse en el lecho misia Jeromita. Monreal sintió cerca de sí su aliento febril, y sobre su mano la de ella, helada y húmeda.

—¡Habla!, murmuró la señora angustiosamente. ¡Habla de una vez! Quiero saberlo todo... Tendré calma... Aunque me partas el corazón en pedazos no gritaré, no chistaré... Estuviste en la ferretería, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno; ¿y qué?

Vaciló aún Monreal y atusó gravemente su perilla. La prima esperaba, retorciendo sobre la colcha sus dedos nerviosos.

—¿Qué?, ¿qué?, insistió, notando el paréntesis embarazoso de D. Nepomuceno. ¿Temes soltarlo? Por malo que sea, te juro que no me asustará... ¡Hiere, estoy pronta!..

—En la ferretería de Barbarossa, comenzó Monreal con apagada voz, hay dos dependientes.

—Pietro y Giácomo. Del apellido no me acuerdo. Adelante.

—Eso es: Pietro Calli y Giácomo Verola... Pues desde que tuve conocimiento de tu aventura con el caballero Lucca, pensé adquirir informes suyos que me dieran la explicación de lo que tan sospechoso y turbio me parecía. Apenas descansé en averiguar de qué casta de pájaro era este florentino, introducido con escándalo en el nido del Caballito, donde reposaba tranquilamente mi Leona..., pero sin mejor resultado que si lo preguntara á las estrellas. Nadie conocía al *signor* Fortunato Lucca, de Florencia. Dirás que lo derecho fuera avistarse con Barbarossa y los Neros, sus patrones; mas ¿qué habían ellos de declarar sino sus excelencias de carácter y de familia? Sin duda que llegaban á certificar que jamás rompió un plato ni mató una mosca. Por esto, me excusé de ir á la ferretería. Corrieron los días. tan amargos como puedes suponer, y el enigma del señor Lucca me preocupaba cada vez más; ¿quién me encontraba noticias del Sr. Lucca? Porque si eran tales cual yo sospechaba, podían arreglarse las cosas de modo de alejarle (siempre que no te opusieras, naturalmente), bien tapada la boca para que no divulgase lo del matrimonio secreto, y mantenerle alejado con una pensioncita mensual... En fin, que no recuerdo ya qué disparates imaginaba yo, hasta que el penúltimo día de mayo me levanté con la idea firmísima de ver á Barbarossa.

—¿Y viste á Barbarossa?

—Ni á Barbarossa, ni á ninguno de los Neros, que no estaban en la tienda cuando entré. Estaban solos ambos dependientes, y á uno de ellos, creo que á Giácomo, me dirigí para darle cuenta de mi embajada; apenas dije Lucca, los dos se enfurecieron y le llamaron *briganti*, embrollón, con otros motes análogos y tan honrosos. «Me hacen ustedes el favor de explicarme...,» les rogué. «Todo lo que usted quiera, me contestaron; el Fortunato es un pillo, nos ha engañado y no merece que le guardemos las espaldas. Nos prometió regalarnos mil nacionales á cada uno por nuestro silencio, y no nos ha dado más que cincuenta...»

—¡Ay!, exclamó misia Jeromita, ¡qué pícaro! ¡Bien que me los sacó con ese pretexto!

—Pues no les dió más que cincuenta y estaban los dos trinando contra él. «Venga usted á la trastienda, me dijo Pietro, y le contaré cosas que le pasmarán. ¿No es usted de la policía? Mejor, porque entonces no desembuchaba nada: si la policía mete la pata... Siendo de la familia castigará, arrancándole las orejas, al sinvergüenza de Fortunato. ¿Nos promete usted no descubrirnos?..» Les prometí cuanto pidieron y pasé con Pietro á la trastienda; Giácomo se quedó al cuidado del mostrador.

Calló de nuevo Monreal, pagando la perilla la cuenta de sus vacilaciones.

—Pasaste con Pietro á la trastienda, insistió ahogándose misia Jeromita; ¿qué te contó Pietro? No me sirvas á gotas el veneno...

—Me contó las mayores perrerías del Sr. Lucca, repuso D. Nepomuceno continuando el relato como quien recorre un pedregoso y empinado camino, que si era un tal y un cual, que si tenía ó no una querida en un café ó bodegón del paseo de Julio...

—¡Una querida! ¿De veras? ¿Una querida?

—Si empiezas á exaltarte, me callo... En el paseo de Julio, una genovesa que se llama Assunta...

—Jamás le vi bajar al paseo de Julio. Y yo le he seguido á todas partes, dejándole siempre á la puerta de la Bolsa.

—La Bolsa tiene dos puertas, Jerónima, y ha podido entrar por la de la plaza y salir por la calle de la Piedad, ó viceversa.

—Es cierto, es cierto. Bien puede ser... ¡Infame! ¡Infame!.. ¿Tendrá esa señora Assunta respingada la nariz, flequillo muy hueco y aire de descarada, como la de cierto cartón?..

—No sé; ya comprenderás que lo que menos me interesaba á mí era la nariz de esa señora Assunta. Los datos que aquel bribón iba dándome, estimulado por su despecho, eran tan importantes, que servía á mi curiosidad sin la molestia de preguntas ni rodeos: él habló por los codos y yo le escuché hasta la última sílaba, pasando de la estupefacción á la cólera y de la cólera á la amenaza... Porque ¡ay, Jerónima! ¡Desgraciada Jerónima!

—¿Quieres matarme, Nepomuceno? ¿Acabarás?

—Que me cuesta decírtelo... No te imaginas la indignidad... Pero te lo diré, que á eso he venido.

Respiró con trabajo, sin duda de la fatiga de la pendiente. Y más quedo, escogiendo las palabras, voltejeando alrededor del punto dificultoso, cosió estas nuevas frases á su relato:

—Lo de la Bolsa es otra de sus grandes mentiras: no hay tal juego de Bolsa, sino el vulgar y arrastrado de los naipes en la timba de la señora Assunta, de modo que al paseo de Julio han ido á parar tus alhajas, tus economías, y fuera á parar también la casa esta en forma de hipoteca, si el amor de Leona no te ayuda á resistir y te salva. En cuanto á la confabulación, ¡y qué tenebrosa y bien urdida!, me ha declarado Pietro que el alma de ella fué Lucca, entrando todos, los Neros y Barbarossa por burla y espíritu de broma, él y Giácomo por interés: acaso á Nero el joven le impulsara también el interés, pues contaba explotar junto con Lucca á la vieja de Pérez Orza... Así te llaman, hija, y no debes ofenderte... Otros motivos no te faltarán para ofenderte é indignarte, como yo, más que yo. ¿Con qué palabras referirte ó explicarte en qué consistía está confabulación inicua? Mejor será hacerlo con las menos posibles y las más sencillas... Llegaste tú aquel día de marzo en carruaje á la ferretería, donde recogiste á Fortunato Lucca, á Barbarossa y á Nero el viejo; Felipito, con Pietro y Giácomo, los dos obligados testigos, les esperaban á ustedes en la calle de la Reconquista. Parece que, ya en el camino, tú observaste que habían olvidado de designar una madrina, á lo que Fortunato expuso que no era indispensable llevar madrina, porque con la firma del padrino, Nero el viejo, y los otros testigos, bastaba; que, para mayor seguridad, podía firmar también Barbarossa: así, por escasez de firmas, el certificado de la ceremonia no había de ser invalidado... ¡Y mientras ibas tú cándidamente al lugar de la cita, Felipito Nero, con unos hábitos de franciscano, procurados no sé dónde..., con unos hábitos de franciscano disfrazaba á su criado..., disfrazaba á su criado de padre Anselmo!

No fué grito, sino alarido feroz el que arrojó misia Jeromita. Se desplomó en la cama con epilépticas contracciones, sin modular palabra, gimiendo de dolor, clavado el puñal en las entrañas. D. Nepomuceno decía, confuso y apenado.

—Calma, Jerónima, calma, ¡por Dios! Ya te lo advertí y tú me lo prometiste... No había más remedio que decírtelo de alguna manera, y por más vueltas que le diese... Ahora estoy satisfecho de haberlo soltado, me incomodaba como un tumor doloroso, que reclama el auxilio del cirujano. Ya reventó, ya reventó, Jerónima. Serénate. Discutamos tranquilamente lo que hacemos con ese hombre... Nada de mezclar á la justicia, que sería el gran campanazo... En silencio, Jerónima, en el más absoluto silencio. Cálmate, que no se entere nuestra Leona...

Más que á las advertencias de Monreal, se rindió misia Jeromita al cansancio de la violenta tensión en que su espíritu estuvo durante prolongado rato, y lloró, lloró su deshonra y el humillante desengaño. Dejó el contristado primo que se desahogara libremente, intercalando de tiempo en tiempo, cuando arreciaban los sollozos, breves palabras de consuelo:

—¡Calma; sobre todo, calma! Lo que tiene remedio, se remediará... El llanto alivia... Llora, hija, que te sobra razón para llorar... No quisiste escucharme, llevada de tu injusto rencor contra mí...

La señora gemía sordamente. ¡Infame! ¡Si se lo daba el corazón! Y ellos... Como á un niño de la escuela! ¡Canallas! ¡Canallas! ¡Qué castigo! ¡Bajo las garras mismas de la mentira había caído!.. ¡Sí, sí, el de la risita era el falso padre Anselmo! Lo veía todo tan claro... Las revelaciones de Pietro eran ciertas, ¡ciertas! ¿Dónde estaba el hoyo más hondo de la tierra para esconderse?

—No, no hay tal matrimonio secreto, pobre Jerónima, decía D. Nepomuceno como quien repite una letanía; ¡y ese hombre te ha engañado miserablemente!

Misia Jeromita sollozaba; y de pronto se arrojó del lecho, descompuesta toda, con la enagua y la ligera chambra que vestía, descalza y vacilante. Monreal se precipitó á detenerla.

—Jerónima, ¿adónde vas?

—¿Adónde?, dijo ella con extravío, á matarle, á descuartizarle en pedacitos menudos, que tiraré luego por la tapia. Verás, verás. Bonita venganza que concebí el día de mi primera sospecha. ¡Infame! ¡Verás, verás! ¡Oh, te juro que no se sentirá el menor ruido! Está en la ratonera...

Entre tanto se calzaba de prisa, pasaba una falda sobre la enagua, echaba un mantón sobre los hombros, y en la cabeza, que afrentaba la calvicie, un pañuelo recogido del armario con tanteos de ciego. Monreal, decididamente, se le puso delante; no, no consentiría en que saliera de la alcoba, ¿qué disparates decía? ¿Estaba en su juicio? Eso no era lo convenido: lo convenido y lo razonable era que, ahora que sabía todo, resolviera lo que debía de hacerse y la forma en que esta resolución se comunicara al otro... Le arrancó el mantón, al mismo tiempo, y forcejeó con ella, cada vez más exaltada.

—Porque si no, ¡valiente algarada en el barrio, Jerónima! Ya me parece que suben á su observatorio las vecinas, y las Cadenas se ponen á la ventana, y que todas, todo el mundo se entera de tu vergüenza. ¿Sabes cómo ese hombre va á recibirte? Se resistirá á tu orden de desalojo inmediato, lo único, en mi opinión, que debes hacer. Pero no así, con violencia. Ya encontraremos la fórmula... Hay que echar tierra á este asunto, Jerónima. Lavemos en familia esta ropa sucia. Trae acá. ¡Quieta, quieta!

Resistía misia Jeromita á las razones y á los esfuerzos de D. Nepomuceno. Este hubo de devolverla el mantón, porque ella le amenazó con golpearle si no se lo daba. Y como en la lucha se le cayera la venda, apareciendo la sangrienta herida, ella se enfureció más, pugnó con Monreal por salir.

—¡Déjame! Te digo que me dejes. Pero, ¿crees en que de veras voy á matarle? Desgraciadamente, con mis uñas no lo conseguiría, y no tengo otra cosa: mira, regístrame, no tengo otra. Déjame pasar, no seas terco, gritaré si no me dejas...

No cedían ni uno ni otro, enloquecida misia Jeromita y bramando Monreal. Y en esto, la dulce voz de Pantaleona sonó en el jardín como arpegio melodioso:

—¡Jerónima! ¡Nepomuceno! ¿Me permiten ustedes que entre?

—Entra, sí, entra, contestó Monreal, satisfecho de la celeste intervención.

Huyendo de la luz y de la vista de la joven, misia Jeromita se refugió en una butaca, tapándose toda con el mantón, y murmurando:

—¡No entres, no entres!

(Continuará)

FEDERICO CHOPIN

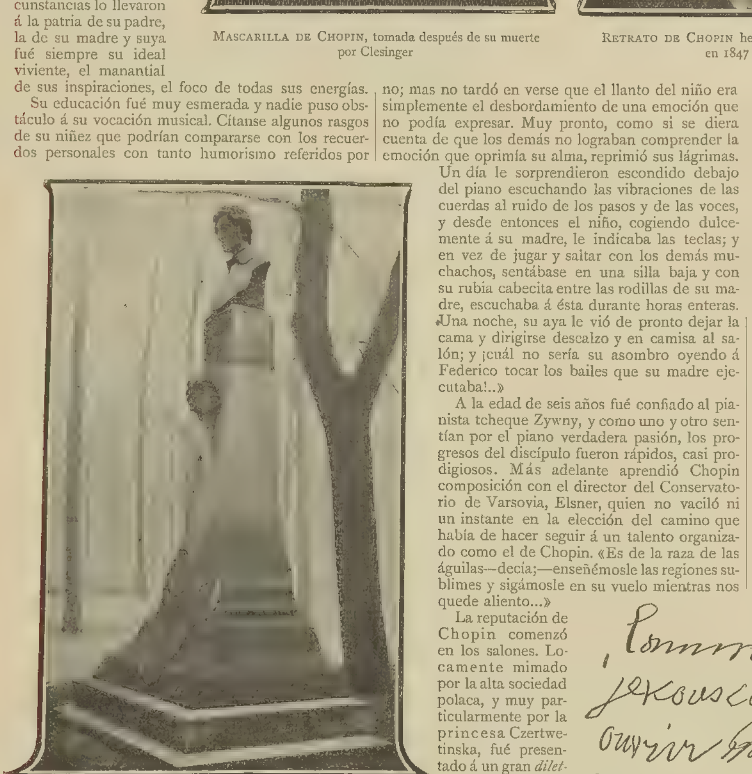
«¡Descubrirse, señores!.. ¡Un genio!» En estos términos presentó en 1831 Schumann, en los comienzos de su carrera de crítico, á Chopin al mundo musical. Roberto Schumann, como es sabido, alternó durante mucho tiempo sus composiciones con las críticas de las de sus colegas. El Chopin á quien saludó en 1831 y ante cuya «superioridad inclinó la cabeza,» era autor de las variaciones sobre el duetto de *Don Juan*, de Mozart, *La ci darem la mano,* su obra 2. «¡Una obra 2 y ya cuánta autoridad!—exclamaba Schumann.—Pero también, ¡cuánta juventud, cuánta inspiración, qué impresión de frescura y de novedad deja en el oyente!»

Federico Chopin tenía entonces veintiún años: había nacido en 22 de febrero de 1810 en Zelazowa-Wola, población distante unas veinte verstas de Varsovia, y aunque hijo de padre francés, era polaco de corazón. Por esto, si bien las circunstancias lo llevaron á la patria de su padre, la de su madre y suya fué siempre su ideal viviente, el manantial de sus inspiraciones, el foco de todas sus energías.

MASCARILLA DE CHOPIN, tomada después de su muerte por Clesinger

RETRATO DE CHOPIN hecho por Antonio Colberg en 1847 ó 1848

Su educación fué muy esmerada y nadie puso obstáculo á su vocación musical. Cítanse algunos rasgos de su niñez que podrían compararse con los recuerdos personales con tanto humorismo referidos por Hoffmann en sus Kreisleriana; pero así como Hoffmann vivía en una familia de rígidos y escolásticos magistrados protestantes, la existencia de Chopin se deslizó en una atmósfera de dulzura y de simpatía entre sus padres, sus tres hermanas y los alumnos de su padre. «Al escuchar las primeras notas que hirieron sus oidos—dice el conde Wodzinski,—estremecióse todo su ser bajo la impresión de una especie de voluptuosidad dolorosa; sus ojos se llenaron de lágrimas y su pequeño pecho apenas pudo contener los sollozos. Creyóse de pronto que Federico sentía una aversión nativa hacia la música, lo que afligió mucho á su madre, porque el amor á la melodía casi siempre revela un alma sensible y enamorada de lo bueno; mas no tardó en verse que el llanto del niño era simplemente el desbordamiento de una emoción que no podía expresar. Muy pronto, como si se diera cuenta de que los demás no lograban comprender la emoción que oprimía su alma, reprimió sus lágrimas.



MONUMENTO Á CHOPIN en el jardín del Luxemburgo de París, obra de C. Dubois

Un día le sorprendieron escondido debajo del piano escuchando las vibraciones de las cuerdas al ruido de los pasos y de las voces, y desde entonces el niño, cogiendo dulcemente á su madre, le indicaba las teclas; y en vez de jugar y saltar con los demás muchachos, sentábase en una silla baja y con su rubia cabecita entre las rodillas de su madre, escuchaba á ésta durante horas enteras. «Una noche, su aya le vió de pronto dejar la cama y dirigirse descalzo y en camisa al salón; y ¡cuál no sería su asombro oyendo á Federico tocar los bailes que su madre ejecutaba!..»

A la edad de seis años fué confiado al pianista tcheque Zywny, y como uno y otro sentían por el piano verdadera pasión, los progresos del discípulo fueron rápidos, casi prodigiosos. Más adelante aprendió Chopin composición con el director del Conservatorio de Varsovia, Elsner, quien no vaciló ni un instante en la elección del camino que había de hacer seguir á un talento organizado como el de Chopin. «Es de la raza de las águilas—decía;—enseñémosle las regiones sublimes y sigámosle en su vuelo mientras nos quede aliento...»

La reputación de Chopin comenzó en los salones. Locamente mimado por la alta sociedad polaca, y muy particularmente por la princesa Czertwetinska, fué presentado á un gran *dilettante,* Mecenas generoso y de gusto exquisito, el príncipe Radzivill, cuya influencia sobre el joven artista fué verdaderamente fecunda. También logró agradar al gran duque Constantino, de aspecto más rudo, causando gran sensación la conquista que de un hombre como él hiciera el pequeño pianista.

A pesar de todo, el niño entró en el liceo, pero estuvo allí poco tiempo, pues el régimen de colegio no se avenía ni con su carácter ni con su complexión delicada y casi femenina. Muy pronto comenzó sus excursiones artísticas: Elsner le aconsejaba que las emprendiera y la revolución de Polonia le obligó á realizarlas. En 1829, le vemos en Viena, en Teplitz y en Dresde; pero una pasión que sentía por una joven cantante, Constanza Gladkowoska, le impulsó á volver á Varsovia, de donde, sin embargo, hubo de partir de nuevo, dirigiéndose entonces á Breslau y otra vez á Dresde y á Viena.

En 1831 visitó París, y esta es una fecha memorable en la vida de Chopin. La primera impresión que en él produjo aquella capital fué de verdadero deslumbramiento; pero pronto llegaron los desengaños, y el joven pianista no tardó en encontrarse solo y extraño en la gran capital. Una visita á Kalkbrenner, que se ofreció con cierta altanería á tomarlo por discípulo, acabó de desconcertarle: el eminente maestro exigía tres años de estudio, mas claramente se veía que su propósito era imponerse como profesor á un rival peligroso. Afortunadamente Elsner pudo fácilmente convencer á Chopin de que no necesitaba lecciones de nadie.

El joven concertista que había debutado en los salones, en los salones había de conquistar su fama. Su primer concierto organizado en la casa Pleyel en 26 de febrero de 1832 tuvo muy escaso éxito; en cambio, cuando el príncipe Valentín Radziwil, á quien encontró por casualidad, le llevó á casa del barón Rothschild, la fiesta en su honor organizada fué para él un triunfo colosal. Y el desconocido de la víspera recibió al día siguiente tantas demandas de lecciones y tantas invitaciones, que no había manera de atender á todas.

El período de 1831 á 1836 es quizás el más feliz de la existencia de Chopin. El artista se encontró de pronto en su elemento, en esa atmósfera de gran mundo y de riqueza para la que parecía haber nacido. Derramando el dinero á manos llenas siempre que se trataba de servir á sus compatriotas, de alojarlos y de festejarlos, daba grandes recepciones, iba á todas partes, componía, ejecutaba, y en una palabra, se hacía célebre. Elsner hubiera querido ver algo más importante que las piezas publicadas por su antiguo discípulo, alguna obra de grandes alientos, una ópera, por ejemplo; pero ¿cómo habría podido escribirla con la vida de agitación continua que llevaba?

Por aquel entonces emprendió Chopin algunos viajes. Así en 1834 le encontramos en Aquisgrán, en donde Mendelssohn le recibe con los brazos abiertos y con una admiración cordial que se refleja en sus cartas. «Te aseguro—escribe á su hermana Fanny,—

AUTÓGRAFO DE CHOPIN

«Comme cette terre m'étouffera, je vous conjure de faire ouvrir mon corps pour (que) je (ne) sois pas enterré vif.»

que su ejecución me ha cautivado más de una vez; es profundamente original y al mismo tiempo ¡es tan artístico! No vacilo en llamarle un *virtuoso* consumado. He sentido un placer inmenso encontrando al fin un verdadero músico que sigue el camino que él mismo se ha abierto...» También fué á Karlsbad para ver á su padre, y á Leipzig para visitar á Schumann. En 1835 estuvo en Dresde y en Marienbad, de donde regresó á París con el alma dolorida á causa de no haber podido realizar su matrimonio con la bella y bondadosa María W., que había sido el amor de su niñez, por haberse opuesto á ello los padres de su amada.

Una realidad más apasionada, más absorbente, había de combatir aquel sentimiento, aunque para dejar también más adelante á Chopin desengañado, herido en lo más hondo de su corazón, desamparado. Me refiero á sus amores con Jorge Sand.

A poco de volver Chopin de Londres, en donde había buscado inútilmente distracción á su dolor, Jorge Sand, en un concierto celebrado en casa de la condesa Martiani, encontró la ocasión, durante tanto tiempo esperada, de expresar al artista su apasionada simpatía y de hablarle de su arte como nadie en el mundo le había hablado hasta entonces. Tenía la eminente escritora treinta y cuatro años, seis más que él, y se hallaba en toda la madurez de su belleza y de su elocuencia.

Aquella última novela de Chopin duró ocho años, que fueron en un principio de embriaguez y luego de enfermedad. Desde fines de 1838, fué preciso buscar los climas cálidos, y la enamorada pareja se esta bleció en la antigua Cartuja de Valldemosa, en la isla de Mallorca; mas en su breve estancia allí no mejoró la salud de Chopin, que al fin regresó á París.

Nunca estuvo más activo que en aquella época, y á pesar de sus ideas tristes, lo propio en París, que en Berri, que en Nohant, le vemos lleno de entusiasmo y de inspiración.

¿Por qué la gran Jorge, después de haber cuidado tan bien á «su querido niño,» había de contribuir á torturarle el alma? La ruptura, que otros se complacieron en agravar, fué muy pronto decisiva. Fué además punto menos que mortal para el artista, quien, después de una terrible crisis nerviosa, estuvo dos meses entre la vida y la muerte. Restablecido de su enfermedad, permaneció una temporada en Londres (1848): aquel fué el canto del cisne de su genio; allí obtuvo sus últimos triunfos, que no bastaron á disipar su negra melancolía y que agotaron sus postreras energías.



Velada agradable, cuadro de Domingo Fernández y González

De vuelta en París, en 1849, hubo de dejar todas las lecciones, y sólo pudo librarse de la miseria gracias á la abnegación de sus discípulos y de sus amigos, quienes hicieron algo más que auxiliarle pecuniariamente. En efecto, Chopin vivió hasta el último momento rodeado de profundos y delicados afectos, y su alma creyente y resignada pudo de este modo mirar tranquilamente la muerte que se acercaba. En brazos de aquellos amigos leales y cariñosos exhaló Chopin su último aliento en la madrugada del 17 de octubre de 1849.

En su tumba del cementerio del Padre Lachaise, en donde quiso que descansaran sus restos al lado de los de Bellini, echóse un poco de aquella tierra natal que se había llevado veinte años antes, como recuerdo de la patria ausente.

No hemos hablado en este sucinto estudio de la música de Chopin: es imposible en unas pocas líneas caracterizar su estilo ni decir cómo debe ser interpretado. Pocas composiciones han estado más sujetas que las suyas á las contradicciones y á los errores de criterio. Sólo ha dejado ochenta y seis y escritas únicamente para piano; pero estas ochenta y seis obras han dado más que hablar que centenares de otros compositores.

Sensible es que no produjera mayor número y sobre todo que no ensanchara su campo musical; pero, como decía Schumann, después de hacer constar esto mismo, tomémosle tal como es, que ya es bastante bello. Y digamos, para terminar, con el mismo Schumann: «Se reconoce á Chopin hasta en sus silencios, en su aliento apasionado. Es el genio poético más atrevido y altivo de la época.»

ENRIQUE DE CURZON.



ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 16

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legitima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Lecciones de Filosofía elemental, por *José Arbaiza*. – Gallarda manifestación de los conocimientos que posee es el interesante libro que ha publicado en Lima el director del notable Instituto Bolognesi, prestando un señalado servicio, que han de agradecerle, en primer término, aquellos que se dediquen al estudio de la filosofía, ya que en las doscientas veinte páginas que integran el libro se hallan comprendidas todas las enseñanzas en forma clara y precisa, propia para facilitar su estudio y comprensión.

Albores, por *Mercedes Pujato Crespo*. – Bien merecen la primorosa edición con que han visto la luz pública las poéticas composiciones de la inspirada poetisa argentina. Todas y cada una de ellas atestiguan el delicado sentimiento y los elevados ideales que imperan en el espíritu de su autora, que á falta de otras producciones demostraría con las ahora publicadas que bien merece figurar en el número de las escogidas. El libro *Albores* honra á la tipografía argentina y en particular á la de J. Benaprés, de Santa Fe.



Junto á la chimenea, cuadro de María Young Hunter

El aprendizaje, por *José M. Matheu*. – Nueva muestra de las aptitudes que posee para la descripción de cuadros y representación de tipos ofrece el ya distinguido novelista por medio de la obra que mencionamos. En ella se acredita una vez más como discretísimo observador, ameno estilista y conocedor de las bellezas del lenguaje. Las descripciones y escenas revelan ingenio y un humorismo sano que interesa y cautiva. El libro á que nos referimos ha sido impreso en Madrid en la tipografía de A. Marzo y se vende á dos pesetas cada ejemplar.

El libro de las tierras vírgenes, por *Ruydard Kipling*. – El conocido editor Gustavo Gili ha publicado la versión española, cuidadosamente llevada á cabo por el distinguido escritor Ramón D. Peris, de la celebrada producción de Kipling. El extraordinario éxito alcanzado en Inglaterra por este curiosísimo libro, nos releva hasta cierto punto de llamar la atención acerca del mérito que atesora. Bastará consignar que maravilla la fantasía del autor y tanto como ella la labor concienzuda é irreprochable del traductor. Ilustran la obra numerosos dibujos ejecutados por Triadó y véndese en todas las principales librerías.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

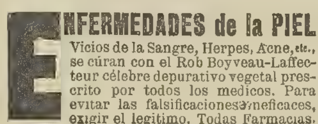
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris







AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

VINO NOURRY
Por su sabor agradable y su eficacia en los casos de
ANEMIA DEBILIDAD LINFATISMO y ENFERMEDADES del PECHO
Sustituye con ventaja á las Emulsiones y al Aceite de Higado de Bacalao.
CLIN y COMAR, PARIS — *y en todas las Farmacias.* 652

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destroye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 22 de agosto de 1904 — Núm. 1.182

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. (París, 1904.)

MUJERES DE PLOUGASTEL-DAOULAS

EN LA ROMERÍA DE SAINTE-ANNE-LA-PALUD,

CUADRO DE C. COTTET

El autor de este cuadro, á quien con razón se califica de pintor de la vieja Armórica, nos transporta al corazón de su región predilecta. Para su hermoso lienzo ha escogido la hora del mediodía, esa hora brutal y cruda que en las mañanas sin nubes, por otra parte muy raras en aquel país, transforma la Bretaña en una verdadera comarca de Oriente. Es un día excepcional, día de gran fiesta, puesto que en él se celebra la famosa romería al venerado santuario de Sainte Anne-la-Palud: á la melancolía de los días ordinarios sucede la alegría franca, algo chillona, pero soberbiamente poética, que rompe por un momento el ordinario silencio y llena de regocijo los corazones. La romería ha terminado y los romeros forman animados grupos que dan buena cuenta de las vituallas que cada cual ha llevado consigo. A los acres y vivificantes perfumes de la landa se mezclan el áspero olor de la sidra que á raudales corre debajo de las tiendas y que enardece las cabezas. Separadas del bullicio, forman el primer término del cuadro esas cinco bretonas, tocadas con sus blancas cofias y vestidas con los pintorescos trajes regionales, bellos ejemplares de una raza fuerte, indómita, que resistiendo los embates de los siglos, conserva como legado precioso las creencias, la lengua, los usos y las costumbres que heredara de sus mayores.



MUJERES DE PLOUGASTEL-DAOULAS EN LA ROMERÍA DE SAINTE-ANNE-LA-PALUD,

cuadro de C. Cottet

ADVERTENCIAS

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie del año 1904, que será VALENTINA, preciosa novela inglesa de E. C. Price, con ilustraciones hechas ex profeso para nuestra edición española por el reputado artista D. Arcadio Mas y Fondevila.

Terminando en el presente número la novela MISIA JEROMITA, en el próximo comenzaremos la publicación de la interesantísima de Pablo Bertnay LA ZARZALERA, con ilustraciones de Simont.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Ayer, en una corrida de toros, yo notaba que este espectáculo, cuyo atractivo parece demostrado hasta la saciedad, es realmente uno de los que más fatigan, no ya á la parte escogida del público, sino á la más burda, á los fanáticos del tendido, á los que por no perderlo empeñan el colchón y serían capaces de vender la camisa. Y este sentimiento especial de enervamiento, de hartura, de saturación pronta, lo revela el hecho de que toda corrida que se prolonga, todo lance de la lidia que no es rápido, altera á los espectadores, encalabrina su sistema nervioso. La pesadez, en los toros, es el mayor de los errores y se castiga con grita implacable. Al bicho que embiste pronto, al lidiador que deja rápidamente el par de banderillas ó el estoque, se le agradece como si nos dispensase favor especial. Este drama es de acción, y las digresiones, en él, no se toleran. ¡Al avío!

Eran Mazzantini y *Lagartijo minor, Lagartijo* no sé cuántos, porque me pierdo en esta dinastía. Un mocete cetrino, ojinegro, suelto y eléctrico de movimientos como el lagartijo verdoso y menudo que repta al sol entre las piedras secas y calientes. En el tronco delgado, huesoso, pero bien puesto, del torerillo, hay una vida intensa, un vigor concentrado, diferente de las rudezas y materialidades del atletismo, el vigor ágil del celtíbero, su desprecio del peligro, su temeridad serena. El *niño*—así llaman á estos mozos que en el toreo principian á despuntar juega y culebrea por entre las astas, como si no viese en ellas el horror de la muerte, sino la embriaguez ligera, espumante, de la traviesa burla. Hay en el toreo de este muchacho la alegría imprevisora, libre aún del peso del destino, que los primeros años de la existencia y de la carrera imprimen á la labor del artista. Sus movimientos para evitar la embestida ó para provocarla son elásticamente felices. Su cuerpo va adonde debe ir, impulsado por corrientes de vida nerviosa, en estricta correspondencia, instintiva, con la voluntad. Esquiva y busca; retoza graciosamente, ó se planta tranquilo, aplomado, cuando adivina que la fiera no está dispuesta á arremeter. Hay entre él y la fiera armonía, unidad de combate. Y el público, encantado de la viveza, aplaude, con el presentimiento obscuro de que un día gritará de terror, cuando el lagartijo rápido sea alzado en el sangriento pitón ardiente...

Y allí estaban, formando contraste violento, Mazzantini con su corpulencia de titán, su fuerza hercúlea, que le permite sujetar y colear un largo minuto á un toro, sin que el animal consiga desprenderse de la tenaza de aquellas manos anchas, bien cuidadas, y el menudo y delgado torerillo, deslizándose ó parándose en seco, con el donaire de una mulilla joven, antes de que la carga y el laboreo le hayan robado el esplendor de su energía salvaje.

En este que no llamaré rincón, pues ese nombre envuelve algo de minorativo, pero sí extremo de España, tenemos la satisfacción de haber visto realizada la primer Colonia Escolar *mixta* de vacaciones. Hasta el día, las Colonias Escolares se componían sólo de niños (hablo de España; supongo que en el extranjero está planteado hace años el sistema mixto).

No concibo obra benéfica que no sea mixta (siendo genérica, se entiende, como esta de las Colonias Escolares). Tratándose de evitar, en sus orígenes, la depauperación de la raza, dando á las criaturas aire, juego, cultura y hábitos de higiene y aseo, acaso se debiera haber principiado por la mujer, de la cual la raza se forma, y que ya sufre tanta injusta exclusión en otros terrenos, en infinitas relaciones de la vida. Difícilmente se concibe, pero tal es la fuerza de las preocupaciones hereditarias, que acaso los iniciadores de esta obra profundamente social y humana no pensaron al pronto en hacerla extensiva á la mujer. Los niños, cosa convenida, veraneaban; las niñas, no. Aquí, en Marineda de Cantabria, hemos sido los primeros, y es natural que de ello estemos algo envanecidos. Diez y seis niñas respiran ya al borde del mar, en una casita de campo, frente á la azul playa de la Lagoa, bajo la dirección de dos profesoras. Son chiquillas pobres, sorteadas entre las de las escuelas municipales. Su edad es esa en que un benéfico impulso dado al organismo puede hacer de una desequilibrada una hembra fuerte y sana, preparada para las fatigas de la maternidad y para la lucha económica. Corto es el plazo del veraneo; en esto, como en todo, se debe aspirar á mayor resultado; en vez de un mes, quisiéramos hacerlas veranear un trimestre, y aplazamos la extensión de la obra para cuando los recursos sean mayores; pero la temporadita que ya aprovechan puede hacerles incalculable beneficio. Es un mes de oreo, de oxigenación, de comida sana, de ejercicio y juego, de educación moral. No será perdido.

Son niñas de nueve á trece años, de sangre empobrecida, de huesos menudos, frágiles. En sus ojos, en su tez, en sus formas, hay señales inequívocas que delatan el estrago de la miseria continua, laboriosamente sufrida, de las clases humildes. No han tendido la mano en la calle, pero no han tenido todos los días en abundancia el pan. No han vestido harapos que dejen ver sus carnes, pero han aprovechado hasta el zurcido y la transparencia la ropita usada por los hermanos mayores ó la madre. Son necesitadas, no son mendigas. Van á la escuela, y esto sólo las sitúa en la vida normal, las prepara al trabajo. Pero para el trabajo se ha menester salud y cierta instrucción. Ya una obrera la necesita también.

Algunas de estas criaturas muestran los estigmas de la escrofulosis. Hay una que se arrastra con muleta sobre una pierna, encogida para siempre la compañera por la coxalgia. Otra ha sentido crecer, en uno de sus hermosos ojos azules, algo tristes, la mancha blanca, como de vidrio cuajado, que lo privará de vista. Sin embargo, las dos muchachas, al verse en el campo, se llenaron de gozo, y se dieron á correr la cojita igual que las demás por las calles enarenadas, por el parque, al través del bosque de castaños. El bullicio de su sangre joven se despertaba al estímulo del verano y de la naturaleza. El día en que se logre proporcionarles tres meses de vacaciones escolares, el problema de su vida venidera se habrá resuelto en parte: tendrán vigor y aptitudes.

A fin de allegar recursos para esta Colonia Escolar de vacaciones de Marineda, que no tiene casa propia y debe tenerla, que hace veranear á dieciséis niñas y debe hacer veranear á cien, por lo corto (pues en la Coruña la tuberculosis hace estragos en las clases pobres, y la tuberculosis se prepara en la niñez); á fin, digo, de arbitrar fondos con tal objeto, organicé, secundada por todo el mundo, y en especial por las damas y las señoritas, que no han podido mostrarse más explícitamente favorables á la idea, y auxiliada por la infatigable actividad del cónsul argentino D. Manuel Olmos, una serie de festejos, alegres, animados, agradables, porque en las campañas de beneficencia hay que aplicar á menudo la enseñanza que contienen unos versos de Tasso:

> *«Così all'egro fanciul porgiamo asperso*
> *di soave licor gl'i orli del vaso;*
> *succhi amari ingannato intanto ei bebe,*
> *e dal inganno suo vita riceve.»*

Envuelta en el dulce licor del recreo viene la tónica bebida del bien realizado, el cual no debe practicarse con tristeza y murria, sino con expansivo buen humor, con esa alacridad de espíritu que hermosea la vida interior, cuando llenamos la exterior de algo, de acciones.

Los festejos de Beneficencia, en este culto pueblo (uno de los más cultos de España), están siendo re chispeo de contento, derroche de dinero gastado con rumbo y discreción, señal de lo que puede y vale esto de que una ciudad esté conforme en un pensamiento y en un deseo, y sume sus fuerzas.

Los festejos de Beneficencia han sido tres: un gran Baile de sociedad, una Kermesse al aire libre, y un Baile infantil al aire libre también, con premios de muñecas y caballos para el niño más bonito. El baile ha sido brillante, elegante, escogidísimo, lleno de *toilettes*, de señorío, de flores, de joyas, con un cotillón de sesenta parejas, regalo del comercio de esta plaza, y que sólo puedo comparar, por lo rico y abundante en figuras, á los mejores cotillones de las casas más cogotudas de Madrid.

Celebraría que algún erudito me diese una conferencia sobre el origen del *cotillón*, porque confieso que no sé palabra de esta monería salonista, ni sospecho cómo empezó á ocurrírsele á la humanidad eso de bailar agitando panderetas ó tocando trompetas de cartón. Y ello es que un baile sin cotillón es cosa insípida; que todos esos moñitos de papel picado, esas varas doradas donde tintinean leves cascabeles y frufrutean cintas vaporosas, esos picudos gorros cómicos, que desfiguran á los bailarines, entre carcajadas plateadas de las parejas, esas condecoraciones burlescas, esas narices de cartón, bulbosas, donde se enciende un foco eléctrico, esas bandas de colorines, rematadas en sonajas, llevan al paroxismo el arremolinado júbilo de los finales de baile, en que hay dejos de fiebre carnavalesca. El Carnaval, la nota fina de la locura, eso es, durante todo el año, el cotillón.

También en las Kermesses—en la envolvente y dulce insinuación de las vendedoras, en su gentil estrategia para «comprometer» á los adinerados y á aquellos sobre quienes sospechan que es imán su encanto juvenil,—hay la alegría maliciosa y picaresca del disfraz, el goce de la princesa vestida de aldeana, de la señorita que no tiene que trabajar y por un momento se transforma en traficante, despacha géneros, objetos, y arranca—como he visto en esta Kermesse marinedina cuatro libras inglesas, cuatro monedas de oro, por un cigarro puro.

Con sus bolsas de percal rameado, de floripones, con sus lazos rosa sobre el pecho, con sus trajes veraniegos, de batistas y organdíes, sus pamelas inmensas, eran las vendedoras una especie de ejército de la juventud, de la felicidad, de la radiante animación, en contraste con ese otro «Ejército de salvación» londinense, cuya buena intención y cuyos merecimientos no niego, pero cuyas trazas son de los más tétrico y antiestético que cabe imaginar.

Hay dos ó tres (acaso muchas más) observaciones curiosas que hacer respecto á ciertas tendencias del espíritu que desarrolla esta guerra económica declarada por las hijas de los ricos al bolsillo de los ricos, en favor de los hijos de los pobres.

Es una de ellas que el saqueado experimenta cierto placer, cierto orgullo, en haberse dejado saquear y lo demuestra comentando humorísticamente el saqueo, volviendo los bolsillos del revés, enseñando el portamonedas vacío, simulando terrores, fugas, desesperaciones que acaban en rendimientos; en suma, la mímica propia del caso, donde hay un fondo de delicadeza generosa y convencida de serlo.

Otra observación es que las Kermesses, excitando la imaginación y el instinto de tentar la suerte que hay en todos nosotros, que radica en el fondo de nuestro ser, atraen de un modo eficaz á la gente del pueblo, á los niños. La chiquillería nos dió un contingente importante; los chicos acudían como moscas á la miel, al cebo de la rifa. ¡Lo que habrían importunado en sus casas para conseguir las pesetas que jugaban con tanta conciencia! Ellos eran los que verdaderamente seguían, sin perder detalle, las peripecias del sorteo público. A cada vez que uno de ellos, elegido de entre los más chiquitos, metía la mano en la bolsa para extraer un número, las caras de los otros se paralizaban en una seriedad de emoción. Sus ojos, dilatados, sus oídos, aguzados, devoraban el número feliz. Y cuando á la expectación de alguno de estos precoces jugadores correspondía la realidad de un premio, ¡qué eléctrica sacudida, qué palidez repentina, qué manos trémulas de afán extendidas hacia el objeto!

A un chico de diez años le tocó un paraguas; un buen paraguas inglés, de montaje sólido, de seda recia, uno de los lotes más útiles. El chico asió el paraguas y se sintió grandecito ya, con la posesión de un artefacto que gastan los mayores, que tanto se estima en las familias, cuya pérdida constituye un pequeño conflicto doméstico.

Me intrigó el ulterior destino del paraguas. Quisiera yo que al rapaz le fuese lícito su disfrute. Todos hemos poseído nominalmente, de niños, alguna prenda ó juguete que nos ocultaban, que nos habían recogido, lo cual amenguaba nuestra dignidad.

El chico que ganó el paraguas en la rifa creo que tampoco lo disfruta. Ha debido, con respetuosa rabia, ofrecérselo... á su abuelo.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LOS OSUNAS

En la edición del año anterior, 1903, ciento cuarenta de su publicación, da cabida el Almanaque Gotha á la filiación de la noble casa española de los Acuña Téllez Girón, conocida generalmente por la de los duques de Osuna.

Los datos los ha tomado el célebre anuario, que es autoridad en cuestiones genealógicas de las familias de reyes, príncipes y grandes señores de Europa, del tomo segundo de la *Historia genealógica y heráldica de la monarquía española,* que está publicando el académico de la Historia D. Francisco Fernández



El duque D. Pedro de Alcántara

Bethancourt, y no hay que decir que son de una gran exactitud.

La casa feudal española y católica de los Acuña Téllez Girón remonta su filiación á Fernando I, señor de Acuña Alta, unido en su origen al infante don Pelayo Fruela, llamado el *Diácono* (1032), de la antigua casa real de León.

Tomaron el nombre de Téllez Girón á consecuencia del matrimonio de Martín Vázquez de Acuña, celebrado el año 1398, con doña Teresa Téllez Girón, última de la casa de su nombre.

La historia de esta ilustre casa está tan unida á la de España, que es la una resumen y compendio de la otra, y no es trazarla objeto de estas líneas, que se reducen á apreciar las figuras de los últimos Téllez



El duque D. Mariano, hermano y sucesor de D. Pedro

Girón, ó sea de los últimos Osunas, para apreciar el papel que desempeñaron en la crónica madrileña del Madrid del siglo XIX.

Como los últimos Osunas se considera generalmente á los duques D. Pedro Alcántara y D. Mariano, por más que á la muerte de éste heredó con legítimo derecho el insigne título su primo hermano el príncipe de Anglona, noveno marqués de Javalquinto, y hoy lo lleva el primogénito del undécimo duque de Uceda, joven de nobles prendas y de reconocido mérito.

El undécimo duque de Osuna D. Pedro Alcántara y el duodécimo su hermano D. Mariano nacieron del matrimonio de su padre D. Francisco de Borja Téllez Girón, que nació en Madrid el año 1785 y murió el 21 de marzo de 1820, con la condesa María Francisca de Beaufort-Spontin, que nació en París el 7 de marzo de 1785 y murió en Madrid el 28 de enero de 1830.

El duque D. Pedro Alcántara vino al mundo en Cádiz el 10 de septiembre de 1810.

Hombre de gallarda figura, de exquisita y distinguida elegancia, fué una de las notabilidades de su tiempo, y vivió con gran esplendor en su palacio de las Vistillas de Madrid, donde recibía á los más ilustres de la corte.

Fué de los primeros, si no el primero, que se presentó en Madrid guiando un tílburi arrastrado por vigoroso y gallardo caballo, y sus trenes, como todo lo que se refería á su traje, llamaban la atención por su exquisita elegancia.

Fernández de Córdoba consagró en sus *Memorias* un recuerdo á los banquetes que se celebraban en el palacio de Osuna.

Se celebraban el único día de la semana en que al duque dejaban libre los deberes sociales y de familia á que consagraba los demás, y asistían á ellos sus tres primos hermanos, hijos del príncipe de Anglona; el marqués de Santiago y su hermano D. Pedro, que tanto se distinguieron por su ingenio; el duque de San Carlos, que compartía con el dueño de la casa el cetro de la distinción y de la elegancia masculina; el marqués de Navarrés, el de Casasola y su hermano el conde de Cumbres Altas.

Eran también comensales del duque de Osuna el veterano conde de Puñoenrostro, militar de brillante historia guerrera y hombre de superior ingenio; el príncipe de Anglona, que solía estar siempre de mal humor; el conde de Toreno, hombre de tanto talento como distinción; los de Parsent y de Oñate; el duque de Frías, cuyo mérito corría parejas con su modestia, y el general D. Luis Fernández de Córdoba, al que su gallardía, su valor, su talento y sus buenas fortunas amorosas daban tanto relieve y señalaban tan brillante porvenir.

La aristocracia española consideraba como su jefe al duque de Osuna, á pesar de la juvenil edad del que llevaba el título, y fué aquella una de las épocas de mayor esplendor de la ilustre casa, que disfrutaba por completo de sus pingues rentas, que tanto se menguaron después.

Por desgracia, aquello duró poco. Volvía un día el duque D. Pedro Alcántara á caballo de su magnífica quinta la *Manuela,* cercana á Madrid y que había heredado de la condesa duquesa de Benavente, que la había hecho construir imitando el Real Sitio del Retiro, y cogió una insolación que le produjo un ataque cerebral.

Y del ataque murió el 24 de agosto de 1844, á los treinta y cuatro años de edad.

Gozaba la casa de Osuna, al morir el año 1844 el duque D. Pedro Alcántara, de ocho millones de reales de renta, poseía la más notable biblioteca particular que ha habido en España y la más rica armería.

Tenía además palacios ricamente amueblados y con preciosas obras de arte en muchas poblaciones de España. La Alameda, próxima á Madrid, era una finca regia, enriquecida por preciosas pinturas de Goya.

Todo esto lo habían ido acumulando sus preclaros antepasados los Osunas, los Infantados y los Benavente, y todo lo heredó al morir soltero el duque don Pedro Alcántara su único hermano D. Mariano, que tenía treinta años cuando en 1844 se puso al frente de la ilustre casa.

No era de tan gallarda figura como su difunto hermano, pero podía considerársele como un buen mozo y era también muy elegante. Había seguido la carrera de las armas y se distinguió por su valor en los campos de batalla, ganando en acciones de guerra grados y cruces, y llegó hasta mariscal de campo, contando puestos en la carrera diplomática como los de embajador de España en Berlín y en San Petersburgo.

El rasgo distintivo del duque D. Mariano fué la prodigalidad. Amaba de un modo exagerado el fausto y la opulencia, y miraba con el mayor desdén la administración, que dejaba en manos mercenarias, cuidando sólo de que le diesen sin vacilaciones cuanto dinero necesitaba para satisfacer sus gastos.

Tenía, además de sus palacios de Madrid y provincias, casa puesta en París, en Londres, además de las residencias especiales cuando desempeñaba embajadas.

En su palacio de Madrid era lo mismo el servicio estuviera presente ó ausente. En sus caballerizas había siempre un coche enganchado y su silla de posta rodaba continuamente por los caminos de Europa.

En la embajada de Rusia especialmente desplegó un fausto deslumbrador é impropio del representante de una nación tan pobre como España; pero él decía que donde estaba un Osuna nadie se debía poner delante, y logró maravillar á los más poderosos magnates de aquella corte.

Para sus bailes y sus banquetes hacía llevar en pleno invierno á San Petersburgo flores y frutas de España, derrochando sumas considerables de dinero.

Sólo así se explica que desde el año 1844, en que



El marqués de Javalquinto, príncipe de Anglona, primo y sucesor del duque D. Mariano

tomó posesión del título, hasta el de 1882, en que murió en su castillo de Beauraing en Bélgica, comprometiese sus rentas y dejase su caudal empeñado.

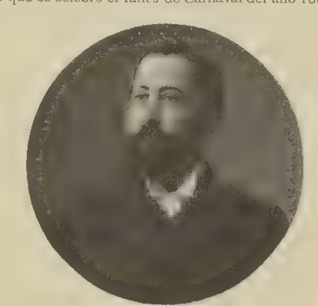
Permaneció soltero hasta el año 1866, en que contando cincuenta y dos años de edad se casó en Wisbaden con la princesa Leonor de Salm Salm, que tenía entonces veinticuatro y era de espléndida hermosura, según se puede juzgar por un retrato que hizo de ella el pintor de cámara de Isabel II don Carlos Luis de Ribera, que era también pintor pensionado de la casa de Osuna por haber pintado el célebre cuadro del origen del apellido Girón.

La nueva duquesa de Osuna pasó algunas temporadas en Madrid, y el palacio de las Vistillas recobró su pasada animación, ya que el esplendor no le había perdido aún en aquella época ni le perdió hasta mucho después de la muerte del duque.

Acaeció ésta, como ya se ha dicho, el año 1882, y la duquesa viuda, ó la duquesa Leonor, como se la llamaba generalmente, se instaló en Madrid para hacer frente á la comprometida situación financiera en que á la muerte de su esposo había quedado la opulenta casa.

Pasado el año del luto, la duquesa Leonor, que era de tanto talento como belleza, reuniendo todas las condiciones de la gran dama y que gustaba mucho de la sociedad, volvió á abrir sus salones y á dar preciosas fiestas.

La última fué un precioso baile de dominós blancos que se celebró el lunes de Carnaval del año 1884



D. Luis Téllez Girón, duque actual de Osuna

y al que asistió de incógnito el malogrado rey don Alfonso XII, que tan cerca tenía ya la muerte.

El palacio de las Vistillas no se volvió ya á abrir para fiestas, y sus ricos muebles, sus preciosas obras de arte, los primores todos que le embellecían, no volvieron á verse hasta que salieron á luz en la públi-

ca subasta celebrada por los acreedores algunos años después en el palacio de la Industria.

La duquesa Leonor casó en septiembre de aquel mismo año de 1884 en segundas nupcias con el duque de Croy-Dulmen, miembro hereditario de la Cámara de los señores de Prusia, y murió en 1898, conservando todavía rasgos de su gran belleza.

⁂

Como el duque D. Mariano murió sin hijos, pasó el ducado de Osuna á su primo hermano D. Pedro Alcántara, marqués de Javalquinto, que era hijo segundo del noveno duque de Osuna.

Era un señor de gran cultura, llegó á teniente general del ejército español, fué gobernador y capitán general de la Isla de Cuba, presidió la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y cuando avanzó en edad se retiró á vivir en un artístico palacio que se había hecho construir en Biarritz.

Heredó los ducados de Osuna, de Benavente, de Gandía y de Ureña, pero nada de las rentas de la opulenta casa.

Estuvo casado con doña Julia de Damine y Desmisieres, su sobrina, dama de gran belleza é inteligencia, muy entendida en materia de arte y de literatura, que hizo ilustre el título de marquesa de Javalquinto, con el que brilló en la sociedad de Madrid, y que murió en esta corte el 15 de diciembre de 1901.

Algunos años antes, el 3 de septiembre de 1898, había fallecido en Biarritz su esposo, el décimotercio duque de Osuna. De este matrimonio sólo ha quedado una hija, doña María de los Dolores, que heredó y lleva los títulos de condesa duquesa de Benavente, duquesa de Gandía y de Pastrana, marquesa de Javalquinto y de Lombay. Es cuatro veces Grande de España y está casada con D. Emilio Besvieres, ex diputado á cortes.

Como el ducado de Osuna no puede ser llevado por hembra, pasó á la muerte del décimotercio duque á la rama de su hermano D. Tirso Téllez Girón, duque de Uceda y conde de Peñaranda de Bracamonte, que murió en Madrid el 31 de enero de 1871.

Le sucedió su hijo don Francisco, que casó con la hija mayor de los duques de Medinaceli y murió el 8 de Julio de 1897.

De este matrimonio nació el actual duque de Osuna, décimocuarto de los que llevan el insigne título, D. Luis María Constantinopla Téllez Girón, décimoctavo conde de Ureña, duodécimo duque de Uceda, marqués de Villena, dos veces Grande de España.

Nació en Madrid el 3 de marzo de 1870, y es un joven de claro y despejado talento que ha seguido con aprovechamiento la carrera de Leyes, ha representado á su país en cortes y es presidente efectivo del Tiro Nacional.

Al heredar el glorioso título, no ha heredado ni la más mínima parte de aquellas pingües rentas de ocho millones de reales, que se desvanecieron en manos de su derrochador antepasado el duque D. Mariano, y que enriquecieron á algunos de sus administradores, conocidos en Madrid con el sobrenombre de los últimos *Girones*.

En pública subasta se vendieron para pagar á los acreedores fincas, palacios, objetos de arte y muebles que hoy se encuentran en algunas casas de la burguesía acomodada. El palacio de las Vistillas ya no existe, se deshizo la armería y la biblioteca, y de los esplendores de la casa ducal de Osuna, una de las más poderosas de la aristocracia española, no queda más que el recuerdo.

J. G. Abascal.

EL BALNEARIO DE FUENTE OLIVARES

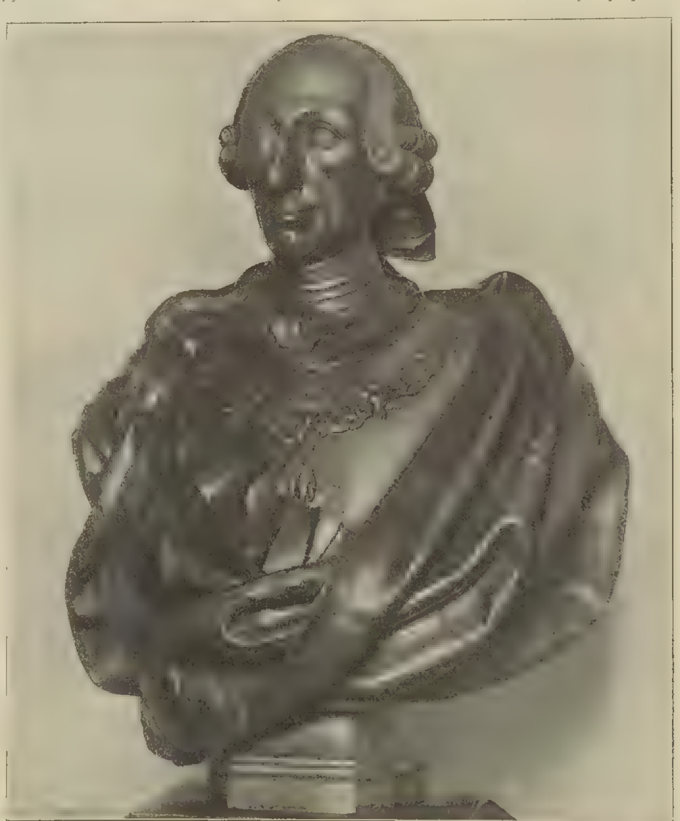
Jaime entró en la habitación del hotel donde le esperaba su amigo Lauro.

—Qué, ¿has hecho algo?, preguntó éste con impaciencia.

Jaime, sin contestarle, acercó una butaca al sofá donde estaba echado Laureano, y después de un momento de pausa dijo:

—No he hecho nada, no; pero he discurrido un plan admirable..., ¡verdaderamente admirable!

Lauro se incorporó.



Carlos III, busto en bronce, obra de Juan Pascual de Mena, existente en la Academia de San Fernando

—Habla, le dijo. ¡Esto ya es imposible!.. Hay que salir de aquí sea como sea.

—De eso se trata. Pero no sólo salir, sino de salir airosamente... Salir de tal manera, que nuestros nombres se pronuncien en esta casa con veneración y que nuestro recuerdo en ella sea eterno... Además, ¡y esto es lo importante!, saldremos de aquí con dinero...

Lauro nada dijo, nada preguntó; la esperanza y la tranquilidad volvieron á su espíritu, abatido é incrédulo momentos antes. Tenía fe en su amigo. Sabía perfecta y prácticamente que aquel melenudo bohemio era capaz de realizar los más inconcebibles proyectos, y que sobre todo en el arte de sacar dinero no tenía semejante en el mundo, donde era ya bien conocido. Este conocimiento era precisamente el que le había obligado á refugiarse en aquel balneario, escondido en una mísera aldea de la costa del Atlántico en España. En aquel solitario y novísimo establecimiento no había miedo de que le conocieran y le negaran hospedaje.

—Sí, estoy seguro, continuó Jaime. Mi idea es colosal. Sólo á un genio pudiera habérsele ocurrido... ¿No notas algo extraño, sobrenatural, alrededor de mi cabeza?

—Sí, sí; alrededor de tu cabeza y de todo tu cuerpo resplandece una aureola de purísima incandescencia. Pero, en fin, dime: ¿cuál es tu proyecto?

—Aguarda.

Jaime se levantó é hizo sonar un timbre.

Un camarero apareció en la puerta del gabinete.

—Diga usted á D. Roberto que deseo hablarle.

⁂

El criado salió, y á los pocos momentos la puerta volvía á abrirse dando entrada al dueño del hotel.

Jaime le ofreció una silla y ambos se sentaron frente á frente; Lauro quedó un poco apartado. Sin más cumplidos ni rodeos el bohemio comenzó á hablar así:

—Querido D. Roberto, ni mi amigo ni yo podemos satisfacer á usted el importe del mes y medio de hospedaje que le adeudamos.

Tan convencido estaba de ello el D. Roberto, que ni con la palabra ni con el gesto denotó la menor extrañeza.

—Nosotros, continuó Jaime, no podemos liquidar con usted; pero, en cambio, voy á tener el gusto de ofrecerle su salvación; porque usted se arruina irremisiblemente.

Una sombra de tristísimo convencimiento nubló la mirada de aquel hombre, é inconscientemente su cabeza hizo un signo de asentimiento.

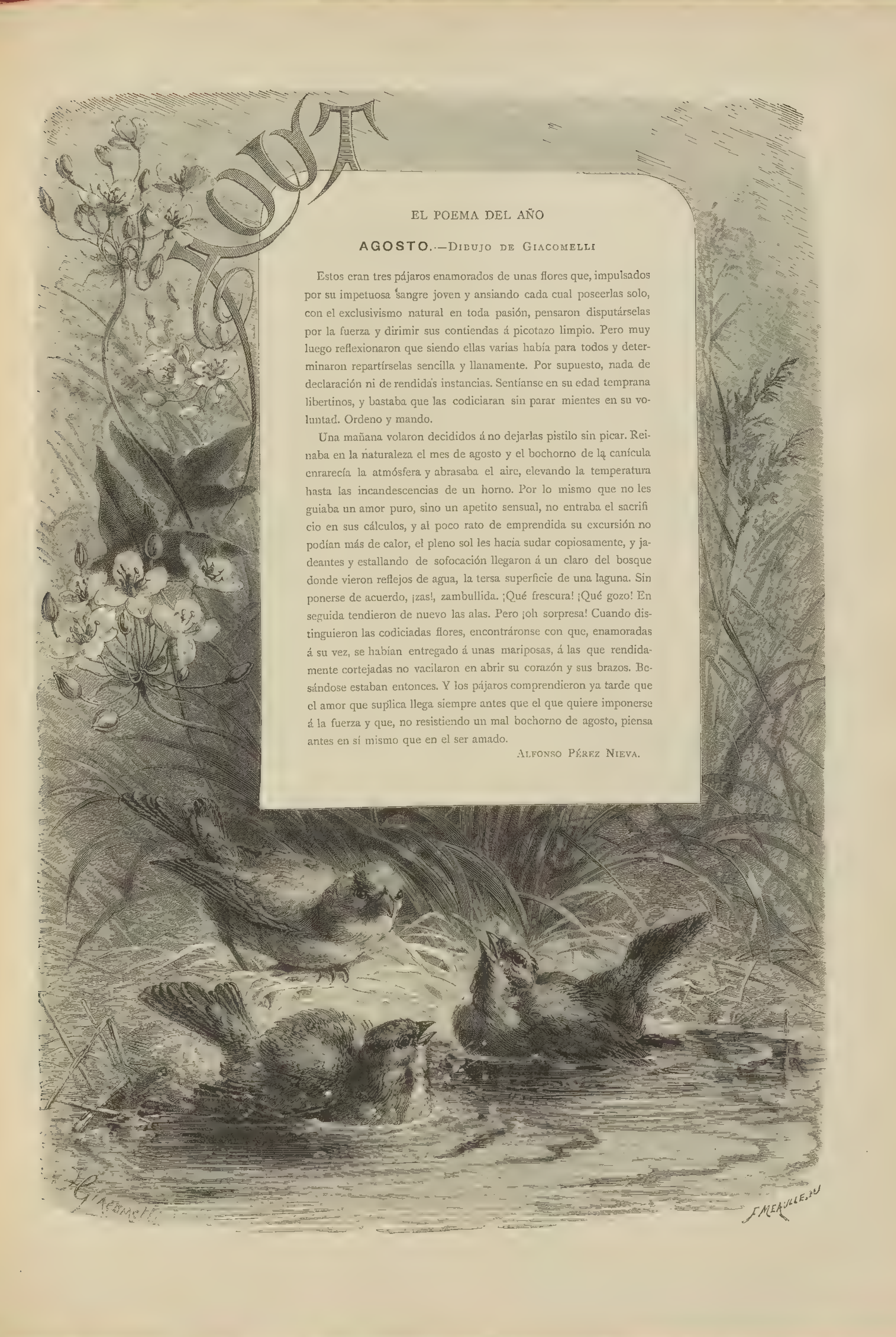
—Usted se arruina, y hago esta afirmación porque puedo hablar á usted con perfecto conocimiento de estos asuntos; he corrido más de una vez el mundo y he visto muchos casos idénticos ó parecidos. La playa de Fuente Olivares es indudablemente la más deliciosa del Atlántico... El pueblo y sus alrededores son de una belleza infinita, de inmejorables condiciones higiénicas... Apreciando todo esto, y creyendo que implantar un balneario en Fuente Olivares sería un gran negocio, ha empleado usted en ello un capital enorme. A nadie puede ocultársele, y yo juro á usted que en ninguna de las playas de moda podrán encontrar los veraneantes establecimientos mejor montados que los suyos... Pero, amigo mío, estamos á mediados de agosto, y en todo lo que va de temporada, D. Lauro y yo hemos sido sus únicos huéspedes.. Esto es terrible..., terrible. Imagino los gastos y esfuerzos realizados por usted para atraer la gente y para acreditar su casa; pero ese arte..., el arte admirable de la popularidad y de la moda, es el más difícil, el más incomprensible, el de más escondidos resortes... Es arte que depende de un secreto misterioso; de algo que no puede explicarse y que no responde á ningún plan ni estudio...

Al llegar aquí, el orador hizo una pausa solemne. D. Roberto, que le había escuchado sin pestañear, aguardaba impaciente el resultado final y práctico de aquella larga peroración. Jaime, con el mayor aplomo y con una superioridad aplastante, continuó:

—Ahora voy á proponerle mi negocio; mejor dicho, el suyo: su salvación. Mi amigo y yo debemos á usted, próximamente, unas mil quinientas pesetas, que usted va á perder. Mi proposición es esta: usted me entrega ahora mismo mil pesetas y la liquidación de nuestra cuenta, y dentro de quince días, cuando no tenga en su casa ni una sola habitación desalquilada, me entregará ocho mil francos y mi amigo y yo partiremos al extranjero.

D. Roberto se había puesto de pie.

—¡No ocho mil pesetas, veinte..., la vida doy á usted si dentro de quince días ha conseguido que yo vea ocupadas las habitaciones de mi establecimiento!



EL POEMA DEL AÑO

AGOSTO.—Dibujo de Giacomelli

Estos eran tres pájaros enamorados de unas flores que, impulsados por su impetuosa sangre joven y ansiando cada cual poseerlas solo, con el exclusivismo natural en toda pasión, pensaron disputárselas por la fuerza y dirimir sus contiendas á picotazo limpio. Pero muy luego reflexionaron que siendo ellas varias había para todos y determinaron repartírselas sencilla y llanamente. Por supuesto, nada de declaración ni de rendidas instancias. Sentíanse en su edad temprana libertinos, y bastaba que las codiciaran sin parar mientes en su voluntad. Ordeno y mando.

Una mañana volaron decididos á no dejarlas pistilo sin picar. Reinaba en la naturaleza el mes de agosto y el bochorno de la canícula enrarecía la atmósfera y abrasaba el aire, elevando la temperatura hasta las incandescencias de un horno. Por lo mismo que no les guiaba un amor puro, sino un apetito sensual, no entraba el sacrificio en sus cálculos, y al poco rato de emprendida su excursión no podían más de calor, el pleno sol les hacia sudar copiosamente, y jadeantes y estallando de sofocación llegaron á un claro del bosque donde vieron reflejos de agua, la tersa superficie de una laguna. Sin ponerse de acuerdo, ¡zas!, zambullida. ¡Qué frescura! ¡Qué gozo! En seguida tendieron de nuevo las alas. Pero ¡oh sorpresa! Cuando distinguieron las codiciadas flores, encontráronse con que, enamoradas á su vez, se habían entregado á unas mariposas, á las que rendidamente cortejadas no vacilaron en abrir su corazón y sus brazos. Besándose estaban entonces. Y los pájaros comprendieron ya tarde que el amor que suplica llega siempre antes que el que quiere imponerse á la fuerza y que, no resistiendo un mal bochorno de agosto, piensa antes en sí mismo que en el ser amado.

Alfonso Pérez Nieva.

—He dicho á usted y le repito que dentro de quince días los viajeros que lleguen no han de encontrar dónde alojarse.

Pero...

—Me anticipo á su pregunta. Nada tiene que temer. Ni su crédito, ni su nombre, ni su establecimiento sufrirán el menor tropiezo; antes bien, usted habrá conseguido su popularidad y en el mundo entero se hablará del balneario de Fuente Olivares... ¿Acepta mi proposición?

—Acepto, pero antes...

—Usted mismo lo ha de hacer todo. Primero, firmemos un compromiso de los ocho mil francos y entrégueme las mil pesetas; luego, la cosa es sencillísima. Se reduce á poner unos cuantos telegramas.



Estío, cuadro de José M.ª Marqués

* * *

D. Roberto estaba asombrado. Las razones de Jaime y la ilusión de ver su balneario concurrido, lleno de bote en bote, no le permitían ni pensar ni discurrir nada.

Salió de la habitación, y á los pocos momentos volvía, entregando el compromiso firmado y los cuatro mil reales.

—Muy bien, dijo Jaime. Siéntese y escriba.

Y comenzó á dictar así:

«Acaba de llegar al concurrido balneario de Fuente Olivares (España) el secretario de los duques de Orcagua, que viene con objeto de preparar habitaciones para sus nobilísimos dueños. Según comunica el dicho secretario, los duques llegarán á esta playa, en su yate, á fines de este mes y permanecerán en ella hasta mediados de septiembre...»

—Ahora, dijo Jaime, haga usted varias copias de este telegrama y remítalas al *Fígaro* y al *New York Herald*, en París; al *Daily Telegraph* y al *Times*, en Londres; á la *Gaceta de Colonia*, y á la *Tribuna*, en Roma... No hay que hacer nada más...

* * *

El resultado de aquellos telegramas fué de un efecto mágico.

A los ocho días de transmitidos, comenzaron á llegar al balneario de Fuente Olivares viajeros de todos los países de Europa que, no bien pisaban la puerta del hotel, preguntaban por los duques de Orcagua.

Siguiendo las instrucciones de Jaime, á todos se les respondía lo mismo:

—Los duques no han llegado aún; se les aguarda de un día á otro. El secretario partió precisamente ayer para salirles al encuentro.

Antes de la fecha convenida, el hotel estaba completamente lleno, á excepción de las habitaciones reservadas á los duques. Para que no faltara un solo ejemplar de las razas civilizadas, habían llegado á Fuente Olivares, con asombro de todos, un chino, un lapón y un armenio.

Más que un balneario, el de Fuente Olivares parecía una academia donde fuera á celebrarse un Congreso internacional.

D. Roberto estaba completamente fuera de sí, loco, así por la alegría como por la baraúnda que se había producido en su establecimiento, tan súbitamente transformado en nueva Babel.

* * *

Al cumplirse los quince días, Jaime le llamó.

—Ha llegado el momento, dijo, de satisfacer nuestro contrato. Mi profecía se ha cumplido; espero que usted me entregue los ocho mil francos estipulados, y esta misma tarde mi amigo y yo partiremos.

D. Roberto no opuso la menor resistencia y cumplió exactamente su compromiso; pero una cosa le perturbaba: el misterio encerrado en aquel fantástico telegrama. Y no pudiendo resistir al deseo de conocer la virtud misteriosa de aquella farsa, después de suplicar inútilmente á Jaime, le ofreció dos mil pesetas más si se lo descubría.

—Usted ha procedido conmigo como un perfecto caballero, dijo Jaime. No quiero estafar á usted esos dos mil francos. Yo le prometo que antes de una semana recibirá carta mía. En ella, á más de explicarle el secreto, le daré instrucciones para que sepa cómo ha de conducirse después de mi marcha.

Pocas horas pasadas, los dos amigos se despedían del fondista y de la dependencia, que los bendecía y aclamaba, y salían de Fuente Olivares.

* * *

A la mañana siguiente D. Roberto recibió una carta depositada en la estación inmediata y que decía así:

«Mi querido amigo: Cumpliendo mi promesa, voy á aclararle el enigma que se encerraba en nuestro maravilloso despacho.

»Hace años, en una de mis excursiones por Europa, conocí á los duques de Orcagua.

»Este matrimonio, del más puro linaje, corría triunfante el mundo derrochando oro. Ningún príncipe, ni rey, ni emperador, logró jamás la popularidad, el aprecio y el crédito que gozaron los duques de Orcagua.

»Pero de improviso, sin que nadie pudiera explicarse el motivo, el duque y la duquesa se separaron. A ella, que era la dueña de aquel capital fabuloso, nadie la ha vuelto á ver. El duque, durante algunos años, siguió su antigua vida de fausto; pero llegó un momento en que le fué imposible continuar en ella. Todo aquel boato conseguido por el crédito antiguo se vino al suelo. El duque no podía pisar población donde no debiera enormes cantidades.

»Perseguido y agobiado por sus infinitos acreedores, decidió ocultarse en un rincón del mundo. Yo le volví á encontrar, hace próximamente un año, en un poblacho miserable de Bolivia.

»Esta es la historia de los duques de Orcagua. Como usted puede ahora comprender, el anuncio de la nueva unión de aquel matrimonio ha hecho concebir esperanzas á los acreedores del duque, y ellos son los que en este momento ocupan las habitaciones de su hotel. Yo estaba segurísimo de que á la menor indicación todos ellos correrían al fin del mundo con el ansia de recuperar lo que consideraban perdido.

»Ahora quiero completar mi obra con usted. Dentro de ocho días le mandaré un cablegrama desde Malta avisando la salida de los duques para esa.

»Usted enseñe el telegrama á esos cuervos, que ya habrán empezado á impacientarse. Días después volveré á telegrafiar desde Argel diciendo que una repentina enfermedad de la duquesa les hace desistir del viaje.

»Cuando todos se hayan marchado, vuelva á telegrafiar á los mismos diarios diciendo:

«Acaban de llegar á este balneario los duques de Orcagua.»

»Los duques estarán representados en las personas de mi amigo el doctor Purdhon y su señora, que se detendrán unos días en esa, de paso para América.

»Con todo esto, durante varios meses el nombre de balneario de Fuente Olivares se repetirá millones de veces en el mundo entero; para confirmar la popularidad, yo publicaré en *Le Fígaro* un admirable artículo hablando de esa playa. Con este punto final habremos triunfado.

»Le estrecha la mano, hasta el año próximo, su buen amigo —*Jaime.*»

Nicolás Rostovof.

ESTÍO. OTOÑO

CUADROS DE JOSÉ MARÍA MARQUÉS

Aunque cultiva con éxito los más variados géneros y su pincel ha producido excelentes retratos y cuadros de género y de historia, hemos de confesar francamente que donde más nos cautiva el celebrado pintor barcelonés es en la pintura de paisajes.

Marqués siente como pocos la naturaleza; la poesía de los prados, de los campos y de los bosques hace vibrar intensamente las fibras de su corazón, y á impulsos de éste, su mano hábil encuentra las líneas y los colores más adecuados para trasladar al lienzo los espectáculos que le conmovieron, con la misma fuerza con que los vieron sus ojos de artista y los sintió su alma de poeta.

Por esto sus paisajes tienen, permítasenos la palabra, una expresión, ora sonriente, ora melancólica, ya dulce, ya vigorosa, según las condiciones de lugar y tiempo en que se ofrecieron á su contemplación; por esto sus árboles, sus flores, sus hierbas, sus lagos y sus cielos son algo más que copia exacta de la realidad física, y el conjunto de tales elementos produce algo más que una impresión pasajera: todos estos objetos, inanimados para el vulgo, son para los espíritus delicados y escogidos manifestaciones de distintos estados anímicos, por decirlo así, de la naturaleza. Como tales los ve Marqués y como tales los hace ver aun á los más insensibles á esta clase de bellezas.— X.



Otoño, cuadro de José M.ª Marqués



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Transportes japoneses haciendo carbón y tomando carga en el puerto de Shimonoseki. Croquis del natural de Melton Prior

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El hecho más culminante acaecido en el teatro de la guerra en estos últimos días ha sido la salida efectuada por la escuadra de Puerto Arthur, que tan fatales consecuencias ha tenido para los rusos. No se conocen todavía los móviles á que obedeció esta operación arriesgadísima, que casi puede calificarse de acto de desesperación; se ignora aún el paradero de muchos de los buques que la realizaron; y son asimismo contradictorias las noticias que se han recibido del combate naval trabado entre aquella escuadra y la del almirante Togo, que salió en su persecución.

En la imposibilidad, pues, de desentrañar la verdad entre tantas sombras y contradicciones, describiremos el suceso tal como lo refiere el contraalmirante ruso Matussevitch en telegrama oficial dirigido con fecha del 12 al emperador.

A las nueve de la mañana salió de Puerto Arthur la escuadra, compuesta de los seis acorazados *Retvisan, Tsarevitch, Pobieda, Poltawa, Sebastopol* y *Peresviet*, de los cuatro cruceros *Askold, Diana, Pallada* y *Novik*, y de ocho torpederos y contratorpederos. A las doce y cuarto, cuando se hallaba á unos 60 kilómetros al Sur de la plaza, encontróse con la escuadra japonesa, que se componía de los seis acorazados *Assaki, Mikasa, Fudji, Yashima, Shikshima* y *Tchinjea*, de los diez cruceros *Nissin, Kasuga, Yakuma, Kassaghi, Tchitoza, Takassago, Akisutchima, Idzumi, Matsushima, Itsoakushima* y *Kashidate*, y de 30 torpederos. La escuadra rusa trató de abrirse paso por entre los barcos japoneses, pero sus maniobras fueron considerablemente dificultadas por los torpederos enemigos, no obstante lo cual á cosa de la una había conseguido romper la línea japonesa y dirigirse hacia el Sur.

Inmediatamente los buques japoneses emprendieron su persecución y á las cinco lograron darle alcance, trabándose entonces un combate que duró hasta el anochecer. En un principio los dos combatientes lucharon en iguales condiciones, pero los japoneses concentraron sus fuegos contra el *Tsarevitch*, que arbolaba la insignia del contraalmirante Withoeft, comandante de la escuadra, y le causaron graves averías en la máquina y en el timón, por lo que hubo de detenerse durante cuarenta minutos, obligando con ello á los demás buques á maniobrar para protegerlo. Al propio tiempo, era gravemente herido su comandante particular y muerto el contraalmirante Withoeft, á quien reemplazó en el mando el príncipe Uchtomsky.

A partir de este punto empieza la confusión, no habiéndose recibido aún detalles concretos de lo que ocurrió después de la muerte del almirante en jefe. Es de suponer, sin embargo, que desde aquel momento los buques rusos, aprovechando la obscuridad de la noche, se dispersaron en distintas direcciones. El *Tsarevitch*, no pudiendo seguir al resto de la escuadra, prosiguió lentamente su marcha hacia el Sur (con una velocidad de cuatro nudos por hora) con el propósito de llegar á Vladivostok, y durante la noche hubo de resistir los ataques de varios torpederos que, sin embargo, no consiguieron alcanzarle; en la madrugada del 11 se hallaba á la altura de Chan-Tung, y viendo entonces su comandante que le era imposible llegar á Vladivostok, dirigióse al puerto alemán de Kiao-Cheu, adonde llegó á las nueve de la noche, encontrando allí al crucero *Novik* y al torpedero *Bezchumny*. El *Tsarevitch* tenía roto el árbol del timón, uno de sus cañones desmontado, los mástiles doblados en forma de cruz, las chimeneas llenas de agujeros y el puente torcido; además, presentaba debajo de la línea de flotación grandes agujeros que habían sido provisionalmente tapados con tablones y en su interior todo estaba devastado. Según parece, se hallan asimismo en Kiao-Cheu los torpederos *Bezposchtchadni* y *Beschasni*.

Se sabe que el crucero *Askold*, con importantes averías (pues fué alcanzado por 200 proyectiles), se refugió en Shanghai, en donde las autoridades chinas procedieron á su desarme; también se encuentra allí el contratorpedero *Grosovoi*. Sábese igualmente que el torpedero *Reshitelny*, que se había refugiado en el puerto chino de Che-Fu, ha sido apresado por los japoneses, dando lugar á un incidente que puede tener alguna trascendencia y del cual nos ocuparemos luego. Finalmente, un telegrama de Wei-Hai-Wei dice que dos contratorpederos, uno de ellos el *Boorni*, encallaron al Sur del promontorio de Chan-Tung y fueron volados por sus tripulaciones, que se dirigieron luego por tierra á Wei-Hai-Wei, adonde llegaron el 12.

Se conoce, pues, la suerte de un acorazado, dos cruceros y siete torpederos y contratorpederos; pero ¿qué ha sido de los demás buques que componían la escuadra? Supónese con fundamento que debieron regresar á Puerto Arthur, porque si hubiesen arribado á algún puerto neutral se tendrían noticias de ellos como se tienen de los refugiados en Kiao-Cheu, Che-Fu y Shanghai.

Hemos hablado antes del apresamiento por los japoneses del torpedero *Reshitelny* en el puerto chino, y por ende neutral, de Che-Fu. Constituye esto un acto tan censurable, que estimamos interesante referir cómo se realizó. Al llegar aquel buque al citado puerto, las autoridades chinas intimaron al comandante á que partiera inmediatamente ó desarmara el barco. El capitán del torpedero, viendo que las máquinas de éste no podían funcionar, desarmó el buque, arrió el pabellón ruso y se acogió á la protección de China. Dos torpederos japoneses que habían perseguido la embarcación rusa, penetraron á favor de la noche y con los fuegos apagados en el puerto, anclando á 450 metros del *Reshitelny*. Noticioso de su presencia, el almirante chino hizo á sus comandantes la misma intimación que hiciera al del torpedero ruso, habiendo aquéllos contestado que partirían al amanecer y que observarían estrictamente las leyes de neutralidad; pero en vez de cumplir su palabra, á las tres y media de la mañana enviaron un destacamento de marinos al buque ruso. Lo que sucedió á bordo de éste no se sabe á punto fijo: los japoneses dicen que fueron para decir al capitán del torpedero que saliera del puerto y aceptara un combate, á lo que replicó aquél que las máquinas no funcionaban y que las armas habían sido entregadas á los chinos. Añade esta versión que en aquel momento el intérprete que acompañaba al destacamento oyó al comandante ruso dar órdenes en voz baja, arrojándose al mismo tiempo sobre el teniente japonés, cayendo ambos al agua. Entonces se generalizó la lucha, á la que puso término una explosión que estalló en el interior del barco.

A su vez el teniente Rotchakowski, comandante del *Reshitelny*, en telegrama dirigido al emperador el día 13 dice que durante la noche del 11, mientras el cónsul ruso en Che-Fu conferenciaba con el tao-tai chino acerca de la permanencia del torpedero en aguas chinas, entraron en el puerto un crucero y dos torpederos japoneses, los cuales enviaron á su buque un destacamento á pretexto de entrar en negociaciones. Pero muy pronto pretendieron los japoneses izar su bandera en el *Reshitelny*, á lo que se opuso naturalmente Rotchakowski, entablándose entonces la lucha cuerpo á cuerpo entre ambos bandos y ocurriendo la explosión del buque.

De todos modos, sea cual fuere la versión que se acepte como buena, siempre resultará que los barcos japoneses penetraron ocultamente en un puerto neutral al que se había acogido el torpedero ruso por imposibilidad absoluta de seguir navegando; que una vez dentro de él enviaron un destacamento armado al buque enemigo que estaba desarmado y se había puesto bajo el amparo de las autoridades chinas; y que no contentos con esto, se apoderaron del torpedero y se lo llevaron á remolque. Todo esto constituye un atentado incalificable, una violación indigna de las leyes de la guerra y de las reglas de neutralidad, atentado y violación tanto más censurables cuanto que las ventajas hasta ahora conseguidas por los japoneses les imponen mayor serenidad en todos sus



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Prisioneros rusos en un templo budista de Matsuyama (Japón). (Dibujo de Koekkoek, según croquis del natural de Federico Villiers, dibujante especial de «The London News,» en el teatro de la guerra)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—La artillería japonesa en la Mandchuria. Dibujos de C. Clark, hechos sobre fotografías

1. Subiendo una cuesta empinada. – 2. Batería de montaña. – 3. Bajando una pendiente. – 4. Artillería en acción

actos y mayor respeto al derecho de gentes. La captura del *Reshitelny*, explíquese como se quiera, será una mancha vergonzosa para el Japón en la historia de la presente guerra. Además podría ser causa de serias complicaciones, porque no es de creer que las potencias neutrales consientan que los japoneses cometan actos reñidos con lo que es ley para toda nación civilizada.

Rusia, como es natural, ha presentado indirectamente, por conducto del gobierno francés, sus reclamaciones al Japón, y directamente las ha formulado también contra China acusando de cobarde y traidor al almirante chino de Che-Fu que no supo impedir el acto de bandidaje de los japoneses.

No ha sido la derrota de la escuadra de Puerto Arthur el único revés que en estos últimos días han sufrido por mar los rusos. La división naval rusa de Vladivostok, que tantos sinsabores causaba á los japoneses, acaba de sufrir un golpe terrible. En la madrugada del 14, la escuadra del almirante Kamimura, que efectuaba un reconocimiento en aguas del Ulán, divisó á los tres cruceros de aquella división, el *Rurik*, el *Rossia* y el *Gromoboi*, los cuales, al verla, trataron de escapar en dirección al Norte; pero frente á la isla Tsu-Shima, cerca del extremo meridional de Corea, los japoneses les cortaron la retirada, trabándose inmediatamente un reñido combate. La escuadra japonesa concentró sus fuegos sobre el *Rurik* que, por ser de menos andar que los otros, se quedaba rezagado, y aun cuando el *Rossia* y el *Gromoboi* intentaron valerosamente repetidas veces protegerlo, no pudieron evitar que quedara fuera de combate, y al ver que comenzaba á hundirse lo abandonaron. Una parte de la escuadra de Kamimura salió en su persecución; pero no pudiendo alcanzarles, regresó al sitio en donde quedara el *Rurik*, que en el entretanto se había hundido, salvando á 600 de sus tripulantes. Según el parte del almirante japonés, sus barcos apenas sufrieron ligeras averías.

La impresión que estos dos desastres han producido en Rusia ha sido terrible, pues además de lo que en sí mismos significan, permiten suponer que la rendición de Puerto Arthur es inevitable é inminente. La situación de esta plaza va siendo, en efecto, cada vez más insostenible; y aun cuando no se tienen

un gran movimiento en dirección á Mukden, en cual caso la situación de Kuropatkine en Liao-Yang sería muy comprometida, á causa del peligro de ver cortadas sus comunicaciones por el Norte.



M. Waldeck-Rousseau,
ex presidente del Consejo de Ministros de Francia, fallecido en Corbeil (Sena y Oise) en 10 de los corrientes

El estado sanitario de los beligerantes deja mucho que desear, siendo alarmante el número de enfermos de ambos ejércitos. El calor intenso que ha sucedido á las lluvias torrenciales ha propagado la malaria, y los casos de insolación aumentan de día en día. Los hospitales de campaña están llenos y ha sido preciso instalar hospitales provisionales en varios puntos. —R.



Monumento de Hahnemann en Wáshington, obra de C. H. Niehaus

noticias detalladas fidedignas de lo que allí ocurre, parece que los sitiadores van estrechando su cerco, á costa, es verdad, de grandes pérdidas. Los sitiados oponen una resistencia heroica, y en muchas ocasiones, como en los ataques de los días 4, 8 y 9, lograron rechazar al enemigo, causándolo un número enorme de bajas; pero estos éxitos parciales no impiden que los japoneses avancen y acerquen cada día más su artillería gruesa á las defensas de la ciudad, habiéndose apoderado el día 30, después de los combates del 26 al 28 de julio de que hablábamos en la crónica anterior, de las posiciones avanzadas de la montaña del Lobo y de la montaña Verde.

Por el lado de Liao-Yang no ha ocurrido novedad alguna desde nuestra crónica anterior. Los rusos siguen fortificándose y los japoneses han suspendido su movimiento de avance. Dícese que esta suspensión obedece al propósito de aplazar todo movimiento decisivo por aquella parte hasta que se haya consumado la toma de Puerto Arthur. No falta, sin embargo, quien supone que los japoneses no permanecen tan inactivos como parece, sino que han iniciado

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Hahnemann en Wáshington, obra de C. H. Niehaus.—Entre los escultores más notables de los Estados Unidos debe citarse á Niehaus, educado en la Academia de Bellas Artes de Munich, autor del monumento que en esta página reproducimos; es esta una obra grandiosa y severa en sus líneas arquitectónicas y muy notable en su parte escultórica. Bajo un templete, á cuyos lados se extienden dos muros en arco de círculo, se ve la estatua del fundador de la homeopatía, sentado, envuelto en amplia toga y en actitud meditabunda; en el pedestal se lee el famoso «*Similia similibus curantur*,» que es la base fundamental del sistema homeopático. En los muros laterales hay cuatro relieves que representan á Hahnemann en el colegio, en la universidad, ante sus oyentes y junto al lecho del enfermo.

* * *

M. Waldeck-Rousseau.—Este ilustre político que hace pocos días falleció en su quinta de Corbeil, después de larga y penosa enfermedad que hacía tiempo le tenía alejado de la vida activa, nació en Nantes en 2 de diciembre de 1846. En 1879 fué elegido diputado por Ille-et-Villene y figuró en el partido de la Unión Republicana, revelándose en seguida como elocuente orador parlamentario en el hermoso discurso que en 1880 pronunció sobre la ley de la magistratura. En 1881 fué ministro del Interior en el llamado «ministerio grande» que formó Gambetta, desmostrando en el ejercicio de tan importante cargo sus excepcionales aptitudes de gobernante. En 1882 fué reemplazado por Goblet; pero en 21 de febrero de 1884, después del famoso discurso contra la elección de la magistratura, confióle Ferry la misma cartera que antes había desempeñado, uniendo entonces su nombre á la ley de los sindicatos. Desde 1889 hasta 1894 permaneció alejado del Parlamento: en el último citado año el departamento del Loire le eligió senador y en 1899 encargóse de la presidencia del Consejo de Ministros que conservó hasta 1902, en que su salud, quebrantada por la dolencia que le ha llevado al sepulcro, le obligó á dimitir, habiéndose acreditado al frente del gobierno como enérgico estadista.

Francia pierde con Waldeck-Rousseau á uno de sus primeros oradores y á uno de sus más notables hombres de Estado.

* * *

Carlos III, busto en bronce de Juan Pascual de Mena.—Obra del célebre escultor español Juan Pascual de Mena es el notable busto de Carlos III, que se conserva en la Real Academia de San Fernando, de la que fué director el referido artista, á quien se deben otras producciones no menos interesantes. La notable reproducción en bronce que damos á conocer á nuestros lectores fué ejecutada por los Sres. Masriera y Campins, con destino á la Academia de Ciencias y Artes de esta ciudad, ofrecida á aquella docta corporación por D. Federico Masriera, á su ingreso en la misma.

* * *

Interior, cuadro de José Triadó.—Nuestros lectores han podido apreciar las condiciones y aptitudes que posee este distinguido artista para el cultivo del arte llamado ornamental ó decorativo, género en el que ha logrado singularizarse, adquiriendo merecida y justificada notoriedad; pero seguramente no han tenido ocasión de conocer á nuestro amigo como pintor de costumbres, como evocador de esas escenas, tipos y cuadros que tan fidelísimamente retratan el modo de ser de nuestra región. Muestra de ello ese *interior* que reproducimos, sobrio y exacto, digno del buen nombre del artista que lo ha producido.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.

AJEDREZ

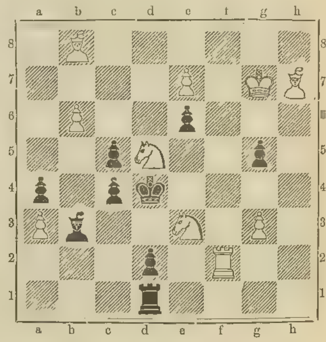
CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

Envío n.º 6.—Lema: «Attaque.»—Blancas: R a 1, T e 1, A c 7 y f 1, C e 3, P b 5, c 3, d 5, f 4 y g 4 (10 piezas). Negras: R c 5, P c 6 y e 4 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

Envío n.º 7.—«Vive le roi.»

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 4.—Lema: «¡Tarik es salahme!»

1. A c 2 - b 3, D h 2 × e 2; 2. d 2 - d 4 jaq., etc.
D h 2 - f 4 ó f 2; 2. D c 4 d 5 jaq., etc.
C g 1 - f 3; 2. D c 4 - d 5 jaq., etc.
C d 1 - c 3 ó e 3; 2. D c 4 × c 3 jaq., etc.
R c 5 - d 6; 2. c 7 - c 8 (C) jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. D c 4 - d 5 mate.

Envío n.º 5.—«Astutia non vi.»

1. D d 1 - d 8, C e 6 × d 8; 2. e 7 × d 8 (C), etc.
C e 6 × f 8; 2. D d 8 × c 7, etc.
C e 6 × c 5 ú otra; 2. A b 8 × c 7 jaq., etc.

Tiene otra solución que empieza con 1. D d 1 - d 7 amenazando 2. D d 7 × c 6 mate.

(Se continuará)



... y se hunde en la negrura de la noche

MISIA JEROMITA

NOVELA ORIGINAL DE CARLOS OCANTOS.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONCLUSIÓN)

Entró Pantaleona asustada, y comunicó sus temores de que algo hubiera ocurrido al Sr. Lucca, porque...

Cerrada permanecía la habitación, dentro no se escuchaba ruido alguno; eran pasadas las dos de la tarde; ni comió, ni llamó, ni le vió nadie... ¿Por dónde pudo salir y cuándo salió? La llave del portón la entregó ella misma á Aurora para ir á la compra, y ni ella ni Aurora sintieron el timbre de aviso: la puertecilla falsa del patio estaba condenada. Y si no salió, ¿qué significaba el silencioso recogimiento de su cuarto, mudo como una tumba?

Bruscamente, misia Jeromita se había levantado; la misma siniestra idea de la mañana la empujó fuera, y Monreal y Pantaleona, aunque intentaron contenerla, no lo lograron, siguiéndola hasta la puerta de Fortunato, á la que llamó con los nudillos y los puños. Golpeaba ella y temblaban los cristales, remedando burlonamente el eco el furioso *pam, pam:* dentro nadie respondía, ni á los porrazos ni á las voces, y el silencio puso miedo al propio D. Nepomuceno, más que si la fortaleza se abriera y armado se presentara el florentino á defenderse. Acaso iban á encontrarle colgado de un pasador, sacando la lengua toda, aquella lengua de las dulces mentiras, postrera mofa que hacía á la engañada señora... Miráronse los tres, con terror indefinible. Era preciso abrir. ¿Cómo? Por la fuerza, fracturando la cerradura. ¿Pero quién llamaba á un cerrajero, divulgador seguro en el barrio del raro suceso? Pidieron á Aurora un hierro de la cocina, y con él dió golpes inútiles D. Nepomuceno, que, dominado por la emoción, fallaba todos y hubo de ceder á la fornida mulata la improvisada palanca. Atacada vigorosamente, crujió la puerta, resistiendo siempre, defensora tenaz del secreto que la confiaran, y sudando la mulata, bregando en su ayuda Monreal, pálidas y agitadas misia Jeromita y Pantaleona y ladrando la bullanguera *Diamela,* dieran todos pábulo suficiente para la más sabrosa gacetilla chismográfica, si á cualquiera de las tres Marías se la ocurre montar en el observatorio.

Al cabo, fatigados, interrogábanse, cuando entre las matas de violetas que festoneaban la vereda columbró una llave Pantaleona. ¡Una llave! La llave de la pieza grande quizá, de la habitación misteriosa. D. Nepomuceno la zampó en la cerradura, y dócilmente la puerta se entregó... Abrieron. Y con temerosas precauciones asomaron todos la cabeza, tropezando unos con otros; misia Jeromita apoyada en el primo, al que comunicaba su temblor nervioso, escudada Pantaleona por Aurora, que tendía la movible jeta de marrano. *Diamela* se precipitó ladrando valientemente, y esta fué la señal de la irrupción: nadie, nadie había en el cuarto, ni debajo de la cama, ni detrás de los muebles; el armario, de par en par, estaba vacío, las perchas desnudas, los cajones barridos y todo con el sello del abandono apresurado y reciente. El aroma del toscanito impregnábalo todo, como el reguero de azufre que deja el diablo á su paso; los botes, sin tapón, sobre el lavabo, despedían las últimas moléculas tentadoras. En la pared, Víctor Manuel, Mazzini y Garibaldi, cruelmente olvidados, parecían mover los labios de bermellón, deseosos de contar los detalles de aquella fuga vergonzosa, que acababa de humillar á misia Jeromita y desataba en Pantaleona la curiosidad, traducida en esta pregunta muda á Monreal:

—Explícame, Nepomucenito, ¿qué piensas tú de esto? La escapatoria del Sr. Lucca me asombra. ¡Un marido que toma el portante de esta manera! Te digo que no lo entiendo.

Y D. Nepomuceno, que sentía estremecerse el brazo de la prima desventurada, con gesto sombrío expresaba la única respuesta posible:

—No sé... Conténtate con lo averiguado... Las niñas no deben ser preguntonas... Mira y calla.

Lo que Pantaleona no se atrevió á decir, lo formuló Aurora con chillidos impertinentes:

—¡Qué manera de mudarse la del señor! Se ha despedido á la francesa... Pero ¿por dónde? ¡Virgen mía de Luján!

Revolvíase como un sabueso, rastreando la huella del fugitivo, y chilló más, con palmoteos de triunfo, mostrando en las dos varas de jardín que mediaban entre la vereda y la tapia, delante de la misma pieza grande, hondas pisadas en derechura á un arbusto de *floripondio* destrozado, como si sus ramas hubieran servido de escalones, y con las enormes campanillas blancas mezcladas las punzantes agujas de vidrio que defendían la cresta del muro y que fueron arrancadas para saltar con menos peligro, no tan escaso que quien las arrancó y saltó por cima de ellas no pagara su temeridad con pinchazos, cuyas sangrientas señales quedaban aún para delatarle.

Ni misia Jeromita, ni Pantaleona, ni D. Nepomuceno pronunciaron palabra. ¡Había huído! como ladrón vulgar, llevando al hombro el lío de la última rapiña. Sin duda después de su derrota en la alcoba de misia Jeromita, considerándose descubierto y perdido, determinó escapar antes que naciera el sol y se iniciaran las ya inevitables consecuencias de su bellaquería. Figurábanselo levantarse maltrecho y embarrado del sitio donde le derribó el fiero empellón de Pantaleona, colarse en su cuarto y proceder febrilmente á amontonar en un atadijo la mejor ropa, cuanto era de su uso y podía cargar sin dificultad. ¡Lástima que el espejo no conservase la imagen del ángel malo que en aquel momento debió de reflejar, desfigurado por la rabia del vencimiento, los azules ojos torvos y amenazadores, los finos labios contraídos, el dorado cabello revuelto, las líneas todas de su cándida fisonomía endurecidas y siniestras, convulso, desesperado, escupiendo al cielo su maldición, plegadas las alas ya impotentes! Con el lío bajo el brazo, se arrastraba hasta el jardín, y allí el recuerdo del cerrado portón y de la condenada puertecilla le detenía, le trastornaba, le enfurecía: de un extremo al otro, como encerrado lobo que busca una rendija libertadora, iba del portón al corral, y acaso su blanca manecita se lastimó en los garfios protectores, y fué ofendida por las groseras defensas de la tapia; el tiempo le metía prisa, y del corral al portón seguía huroneando, cada vez más rabioso, tentando, ensayando, discurriendo, ya encaramado en una rama, ya derribado entre el lodo. Al fin decídese á desarmar la bien guarnecida crestería, y la desarma á costa de su piel, que se desgarra y sangra, y se empina, se aferra, se esfuerza, ruge, trepa, llega, salta, y se hunde en la negrura de la noche...

Misia Jeromita vaciló, embrolláronsele las ideas, se la turbó el sentido, y ante su vista, objetos y personas danzaron, se agrandaron, se confundieron y sufrieron transformaciones singulares: vió á D. Nepomuceno sin cabeza; dividida en dos, á Pantaleona; adornada á Aurora con las lanas de *Diamela,* y á ésta hablar por boca de la mulata; los tres personajes italianos saludaron desde sus marcos, animándose sus colorines de cromo, y hasta el armario se movió para enseñar la vacía entraña, y anduvo la cama sobre sus cuatro patas, y fuera los árboles corrieron como fantasmas. Creyóse ella también prisionera, en desesperada busca de luz y de aire, perseguida por la risita sardónica del padre Anselmo, que vestía sus hábitos de franciscano apócrifo, por ambos Neros y Barbarossa, por Pietro y Giácomo, mofadores é insolentes.

Huía de ellos, y con ellos tropezaba en todos lados; luego le pareció que caía de muy alto, y en vez de chocar en el duro suelo, de brazos cariñosos era recogida y cerca escuchaba voces que no figuraban ser las de sus enemigos. Y sentía en la frente algo muy fresco, lo mismo que si uno de los ángeles de

Dios, de los buenos, de los que en torno de su trono cantan y le guardan, la abanicara con el ala de plumas irisadas, y envolverla sano perfume, que arrojaba de sus fosas nasales, como enjambre de gusanos, á los que en ellas los perversos botes del toscanito habían depositado. Lleváronsela en seguida, con precauciones tan grandes y tan grande silencio, que no gastaran los demonios si se apoderasen de ella, ni sus burlones enemigos tampoco, y sabiéndolo ella vagamente, no se resistió á que la llevasen, abandonado el cuerpo y el alma insconciente casi; y cuando la dejaron sobre tibias blanduras que convidaban al reposo, se entenebreció más su cerebro y le poblaron nuevas visiones.

Desaparecieron el padre Anselmo, Barbarossa, los Neros, Pietro y Giácomo, y surgió la prima Socorrito y su padre D. Jesús con el sable guerreador y la turba toda catamarqueña. Con éstos, las dos Cadenas y el cotarro de vecinas charlatanas. Todas reían estrepitosamente, y hasta los objetos inanimados mostraban bocas enormes para reir; reíanse todos, carcajada universal que atronaba el espacio.

El frescor que oreaba su frente disipó las sombras fantasmagóricas, y á éstas sucedieron lucecitas de colores girando y girando en continuo movimiento; extinguióse el eco burlón, y alzáronse otros cercanos y reales, de pasos y sollozos. ¿Lloraba el ángel bueno de las plumas irisadas? Quiso tocar su mano, para ampararse de ella en el caos en que se hallaba, y lanzó angustioso grito al sentir que la mordían cruelmente en el brazo, mordisco atroz, por donde brotó un chorro de sangre. ¡Qué dolor! Angel no era aquel, porque los ángeles no hacen padecer; era la Mentira, con su fea catadura de vieja hipócrita; la Mentira, su madrina y obligada compañera de camino, que se rebelaba contra ella y en la carne le hincaba las garras.

Agitóse profundamente y otra vez se despeñó en el delirio. Las coloreadas lucecitas juntáronse y formaron una hermosa figura, la de Fortunato, el Fortunato de los primeros días, dulce, rendido, hipnotizador supremo de voluntades, que la seguía á ella amoroso; luego, ella le seguía á él, cambiado en otro Fortunato distinto, y él corría y ella también, y cuanto más corría él y le perseguía ella, más cambiaba y se desfiguraba y afeaba el Fortunato prófugo y más distinto aparecía del Fortunato enamorado... Y le veía saltar sobre la tapia, y á caballo sobre ella desanudar las cuatro puntas del lío, para sacar el misterioso contenido, que no era ni ropa, ni alhajas, ni dinero. Lo que se había llevado Fortunato era la honra de misia Jeromita.

X

El médico inglés (cuyo nombre no ha pasado á la historia) diagnosticó la enfermedad con un substantivo cualquiera, al que puso de cola ó sufijo el *itis* correspondiente; pero es lo cierto que misia Jeromita se moría de vergüenza (devolviendo á esta frase, que el abuso ha hecho vana, su verdadera expresión), de chafado orgullo y de amor burlado, contra los cuales ni la farmacopea ni la ciencia pueden ejercer acción defensiva ó curativa. Cuatro días y sus cuatro noches llevaba la señora en pugna con reales é imaginarios enemigos, consumida por la fiebre; y al revés de don Quijote, que al aproximarse la muerte recobró la razón, ella la perdió del todo, sin duda por causa del amor mismo, llamando en su delirio á Fortunato, y con el nombre y el recuerdo de Fortunato abrasándose más que con la calentura. Le llamaba para regañarle dulcemente, ofreciéndole perdón y olvido, cuanto él deseara y exigiera, siempre que volviese al Caballito; decía á todos, sin reconocer á ninguno: «¿Ha venido Fortunato? ¿Está Fortunato? ¡Quiero ver á Fortunato!..» tan ansiosamente, ya con lágrimas ó desesperado esfuerzo, que D. Nepomuceno se emberrinchaba, á pesar suyo, y afligíase Pantaleona de tanto desatino.

Fuera de las horas que el empleo le exigía, las dedicaba todas Monreal á la asistencia de la prima y á la compañía de la joven, que, sin él, se viera sola con Aurora, pues ninguna de las vecinas se hizo presente, ni de palabra. El día que sacramentaron á misia Jeromita acompañó á los santos óleos únicamente el monaguillo, lo que amargara aún más el alma de Pantaleona, si no pusiera toda ella en la consoladora visita que recibía y en los preparativos de religioso agasajo en obsequio de Aquel que rechazaba el estado mental de misia Jeromita; de rodillas, é inclinada la frente, contempló los detalles todos de la lúgubre ceremonia, y cuando en la boca de la moribunda trazó el sacerdote la cruz de aceite, pronunciando el nombre de Jesús, y ella, poseída del demonio, opuso al nombre divino el del toscano, hundió la cabeza entre las mantas del lecho y rezó ahogada por el llanto.

Las fatigas de la asistencia y los temores de un desenlace en que nadie dudaba ya, abrumaban á Pantaleona. ¿Qué sería de ella cuando muriera misia Jeromita? Volvíase tímidamente á D. Nepomuceno, el único arrimo posible y la sola protección con que contaba en el mundo, y aquellas ideas despertadas por la noticia de su viudez saltaban al punto, turbándola, desanimándola y haciéndola bajar los ojos, como avergonzada de un mal pensamiento: huía entonces, con el vaso de agua azucarada ó la pócima en preparación, más confusa é inquieta respecto de su destino que en los dos meses últimos de rebeldía. Pero antes de que recogiera la mirada y diese la espalda, D. Nepomuceno había pescado, si no la causa del movimiento, la brusquedad de éste y la contrariedad del gesto, y quedaba sobando la perilla mucho rato.

Porque igual reconcomio inquietaba á D. Nepomuceno: sí, ¿qué sería de Pantaleona cuando misia Jeromita muriese? ¿De qué manera podrían conciliarse los impulsos del propio afecto, los escrúpulos indudables de la joven, los deberes sociales y el interés, que exigía la perpetuidad de la mentira? Parecía todo esto de tan difícil amasijo, que el digno empleado no daba paz á la capilácea compañera. En sus paseos desde la cama de la prima á la puerta y por el triste jardín, mientras Aurora en la cocina y Pantaleona en la alcoba proveían á los menesteres del momento, añadíase á estas cavilaciones otra tan grave, formulada por una pregunta, que las manos subrayaban con golpecitos nerviosos: ¿existiría el testamento otorgado por misia Jeromita, cuando ambos acordaron el solemne compromiso en favor de la hija secreta? Y de tal pregunta se derivaban, naturalmente, estas otras: ¿habría obcecado á la prima su demencia hasta destruirlo ó anularlo para dar á Fortunato lo que quitaba á Pantaleona? Si la razón de la enferma se aclarase, con ella se despejaba también la duda, y la falta, en caso de haberla, sería de seguro remediada; pero, lejos de ofrecer esperanzas de mejoría, la locura, ó llámese inconsciencia febril de misia Jeromita, amenazaba terminar con la vida misma.

Cuando el médico le anunció, con reserva, que el fatal desenlace era ya cuestión de días, se quedó helado Monreal: la responsabilidad de sus errores juveniles, como enorme piedra, le cayó encima de golpe, haciéndole flaquear. Sí, ¿qué iba á ser de Pantaleona? Y si estaba desheredada, ¡qué porvenir el suyo! Pidió el llavero á la muchacha, y en las dos cómodas, en el armario, en un baúl y en cuanto mueble había en la casa rastreó el documento codiciado sin hallarle; varias veces renovó la pesquisa yendo del baúl al armario y de una cómoda á otra cómoda, y cada vuelta de llave estéril afirmaba en él la idea de la anulación y de la transferencia al pícaro italiano. Pantaleona le veía abrir y cerrar, muda de sorpresa, pero él poco se cuidaba de explicarle nada; al contrario, con más ardor, cuando tropezaban sus ojos, seguía husmendo por todas partes, y con voz muy baja, emocionadísimo, la preguntaba dónde tenía costumbre de guardar la prima sus valores. ¿Dónde? ¡Cualquiera lo sabía! Debajo de un ladrillo, en un hueco de la tapia, en el resquicio de una viga de la techumbre..., en sitios escondidos, donde á nadie se le ocurre llegar. Y D. Nepomuceno se desesperaba. Se marchó á su empleo, seguro de que no existía el documento, calculando las mil dificultades para reivindicar los derechos de Pantaleona y dejar tapado lo que la honra de la familia y el interés querían que continuara en secreto; el interés sobre todo, puesto ya á discurrir sutilmente cómo engañar al Estado para sacarle la transmisión de la pensión famosa, causa de tanto desacierto y malaventura.

Por la tarde volvió dispuesto á recomenzar la pesquisa; darse él á partido, abandonar la acariciada ilusión de Leoncita feliz y con suficientes recursos para vivir desahogadamente. Encontró peor á misia Jeromita, y sin contestar á las preguntas de la muchacha desolada, se fué al jardín á inspeccionar piedras y ladrillos, arrastróse bajo el cobertizo, subió á la azotea... Seguramente, el testamento no existía. Mohino y preocupado tornó á la alcoba y se apoyó en el respaldo de la cama en que la señora agonizaba; y como del boliche de bronce colgara aún la falda negra de su uso diario, la cogió para entregarla á Pantaleona. La cogió y la sintió pesada: deslizó la mano en el bolsillo, vació, y palpó el ruedo, abultado sospechosamente; entre la percalina y la lana crujieron los escondidos papeles, que descubrió temblando D. Nepomuceno, y pasó á examinar á la sala con la libertad y calma necesarias. Era el primero la escritura de la casa, otro la falsa partida de matrimonio y el último el buscado documento, intacto, el mismo hecho bajo su dictado é inspiración, con la resuelta firma de la madre á quien Amor no pudo vencer completamente.

Sucedía esto el 6 de Junio, entrada ya la noche y por lo mismo en tinieblas la sala, de modo que el mezquino resplandor de un farol de la acera fuera insuficiente para el interesante examen, si la memoria no supliera á la vista en el reconocimiento de cláusulas inolvidables. Guardó el papel en su cartera y volvió á la alcoba, más tranquilo, ensanchado el pecho, templadas las fibras del corazón y con un picor en los lagrimales que, por impropio, se empeñó en calmar contrayendo los párpados; pero no apartaba los ojos del cadavérico semblante de misia Jeromita sino para acariciar con ellos la dolorida figura de Pantaleona, arrodillada á la cabecera, y cuantos esfuerzos hacía porque se distrajera la imaginación y evitar el desbordamiento de su amargura fracasaron, cayendo gota á gota sus lágrimas, que él ocultaba con la mano. El peso de sus culpas abatió su cabeza... Vió á la abandonada prima de Catamarca luchando entre su juventud y sus deberes de madre, y por salvar la honra acogiéndose al amparo de la mentira, abdicando todos sus derechos, dejando marchitar en silencio sus hechizos y sus ilusiones. Guerra de muchos años, tanto más terrible cuanto más sofocada, y que la madurez de la edad, al debilitar las energías, como el torrente que socava la entraña de la tierra y se abre paso, dejó triunfar al cabo. El, menos que nadie, podía arrojarle la piedra de la censura.

Sintió conmiseración profunda D. Nepomuceno y grande alivio llorando las faltas de la prima, que eran las suyas propias. Pensó (porque en estas ocasiones en un solo revuelo del pensamiento se abarcan horizontes infinitos), pensó en que la muerte de la desventurada señora marcaba para él la hora de la expiación, y sería ésta completa haciendo ante la hija confesión general, que, disculpando resoluciones ulteriores y ya ineludibles, quitaba todo pretexto á repugnancias naturales que adivinaba. Pensó también que en aquella hora suprema, lo que el labio maternal no acertaba á expresar y seguramente hubiera expresado de estar la razón libre de sombras, á él tocaba descubrir, porque el primer beso de la hija borrara milagrosamente el estigma del pecado.

Le oyó agitarse Pantaleona, y le miró con el triste interés con que seguía aquellos días sus extraños manejos: y no cuidándose Monreal de mostrar sus lágrimas, la hizo señas de que se levantara, la cogió por la cintura y blandamente la empujó hacia un lado: ella, creyendo que la arrancaban del de misia Jeromita porque no asistiera á sus últimos momentos, se resistía, y desesperadamente quiso tornar á su puesto de vela; pero D. Nepomuceno la obligó á que se estuviera apartada, y sin soltarla las manos, que apretó febrilmente, la preguntó sofocado:

—Leona, hija, ¿qué vas á hacer?

A la sola luz de la lamparilla de aceite, única que alumbraba la alcoba, la media cara del primo, en que parecía reflejarse todo cuanto la otra media escondía, asustó á la joven, espántandose de lo que sospechaba iba á decírsela...

—¿Qué vas á hacer, Leona?, repitió Monreal. ¿Sabes que Jeromita se muere? ¿Sabes que quedas sola en el mundo? ¿Qué vas á hacer?

Ella resumió todos sus dolores, sus dudas y vacilaciones en esta frase desconsolada:

—¡No sé!

Juntó entonces D. Nepomuceno su cabeza con la de Leona, y reteniéndola, pues ella se esquivaba, la ofreció el asilo de su casa y la custodia de su cariño, entrecortadas las palabras, tartamudeando de emoción: no quedaba sola, no viviría sola; á su lado por siempre, en su amante compañía eternamente. La muchacha le rechazó decidida, exclamando:

—¡Nunca!

Y D. Nepomuceno lloró. Pantaleona no olvidaría jamás el eco de aquellos sollozos en la misteriosa penumbra, aliándose al rumor del palabreo febril de la enferma, ni los sacudimientos de aquel cuerpo robusto encorvado por el dolor sobre la butaca; ni el rápido movimiento con que se incorporó y vino hacia ella, que retrocedía, acercándola de nuevo la extraña faz, que le pareció toda negra. Y jamás olvidaría tampoco lo que escuchó luego, y cuanto en la breve confidencia, mientras sus manos, prisioneras en las de él, se enfriaban y sudaban de congoja, sintió y sufrió, sorprendida, espantada, absorta; poco á poco, como la luna que el nubarrón descubre, la misteriosa faz se iluminaba, resplandecía, y su mirar era otro mirar y otra sonrisa su sonrisa, cambiando de tal modo, no sabía si real ó imaginariamente, que la carátula del primo Nemopuceno cayó ante su vista y desenmascarada apareció distinta persona.

Aflojósele la voluntad, y D. Nepomuceno hubo de cogerla en sus brazos. Pantaleona ya no se resis-

tía, y sólo por instinto apartó de sí la boca pedigüeña que mendigaba una caricia. Quiso ordenar ideas, rebuscar pasadas sensaciones y recuerdos, que dieran algún fundamento á la revelación extraordinaria, y no podía, idiotizada. Turbadísima, huyó de él, y en el descompuesto semblante de la madre buscó la confirmación de la verdad. Apasionadamente la besó... Pero misia Jeromita deliraba y no la conocía. Y antes de mediar la noche lúgubre, el nombre de Fortunato se escapó con el último suspiro de su boca, sintiendo Pantaleona, abrazada á ella, y D. Nepomuceno, que la Muerte pasaba...

El estado de estupefacción en que cayera luego Pantaleona, permitió que, sin gritos ni esfuerzos, la arrancasen de la cámara mortuoria y la decidieran á recogerse en su alcoba; de nada se dió cuenta, ni del transcurso de las horas: alboreó el día, salió el sol, vino la noche y tras de ella el nuevo día, y la luz y la sombra la encontraban echada en el sofá, con la misma fijeza reflexiva en los ojos secos, que relampagueaban singularmente cada vez que Monreal se acercaba en humilde ademán. Volvíase disgustada, mordiéndose los labios, y cuando él, agobiado, se marchaba, gemía por aquella idea rencorosa que en la balumba de su cerebro sobreponíase á todas las otras. Figurábasele que odiaba á Monreal, desde que lo sabía todo. Y ella se horrorizaba de este sentimiento instintivo contra el que hasta entonces creyó su primo; mas no se paraba á analizarlo ni á combatirlo, y recibía á Monreal y le despedía en la misma actitud silenciosa que la visita de la luz y de la noche. Varias veces intentó forzar la consigna que la separaba de la muerta, pero ni su voluntad ni sus fuerzas la ayudaron.

Así no se enteró del día y la hora que enterraron á misia Jeromita, ni dónde la enterraron, ni quiénes fueron. Se lo dijo D. Nepomuceno, y este anuncio de la eterna separación tuvo la virtud de abrir la fuente de sus lágrimas, arrastrando la corriente de su dolor cuantas impurezas la obstrucción había amontonado, entre ellas el feo sentimiento rencoroso. El la preguntó de nuevo qué pensaba hacer, y ella, resignada y abatidísima, contestó que lo que él quisiera; sólo opuso recelos de que el público juzgara mal su conducta, es decir, si al público se le seguía engañando respecto de su verdadera situación.

—Al público nada le importa, replicó sombríamente D. Nepomuceno. Mi edad es la mejor garantía y suficiente para trabarle la lengua. Y si no, á ambos nos basta con la propia conciencia. Además, debemos callar, no sólo por nuestra pobre Jerónima, sino por los proyectos que guardo. Leona, hija mía, en esta semana nos mudaremos.

Pantaleona calló. Y como el horrible vacío de la casa les entristecía, dióse prisa D. Nepomuceno á buscar otra, en barrio igualmente lejano del Caballito y del Salvador, en cuyas cercanías habitaba misia Mercedes, lo que le llevó á parar al de la Concepción, en pleno Sud soñoliento, donde alquiló una en la calle de Chile, muy mona, baja, con dos patios y muchas comodidades. Los muebles del Caballito y los de la calle de Montevideo bastaron para alhajarla de manera casi lujosa; y en una mañana de niebla, que les defendía de la curiosidad de aquellas Marías, los tres diablejos soplones de la vecindad, colocados los papeles de alquiler en las ventanas, encerrados en una cesta los mininos, *Patitas blancas* y *Barcino*, sujeta *Diamela* por el cuello y despedida Aurora, cuyos servicios no convenían ya, se trasladaron á la nueva casa.

Hay que decir que todo esto lo ejecutó Pantaleona maquinalmente; obedeció y seguía á Monreal sin discusión, y mientras se ocupó en las tareas de la mudanza, los graves acontecimientos que en pocos días revolucionaron y transformaron su vida no fueron objeto del examen que merecían é imposibilitaba su estado de ánimo. Pero cuando quedó cada objeto en su sitio, puesto el último clavo y la serenidad de la nueva existencia establecida, el alma se despertó de aquel letargo; con los recuerdos de la triste noche en que murió misia Jeromita, acudieron otros más lejanos, de la época de su niñez, escenas inocentes, frases que enseñaban ahora la intención, todos en tropel para testificar de la verdad jamás sospechada, tan bien oculta que nada pudo denunciarla, á prueba de arranques, estímulos ú olvidos que la vendieran. ¡Dolorosa comedia! Comprendiendo muchas cosas que antes parecían dudosas ó inexplicables, pudo apreciar aquel primer movimiento suyo de rencor contra el padre, que la había negado su verdadera condición y causado, sin duda, la desgracia de la que en realidad no usurpó el título que por sus cuidados maternales le confirió la gratitud. Sus pasadas rebeldías la confundían y avergonzaban... Y víctima de la mentira, consumíase en el más penoso afán, cual es el de juzgar al padre y á la madre.

Con D. Nepomuceno andaba desconfiada y huraña: le quería como antes, acaso más que antes, pero le respetaba más y le temía como nunca le había temido. Mirábale á hurtadillas, le hablaba poco, y más á gusto parecía lejos de él que á su lado; las familiaridades anteriores, las donairosas salidas eran hoy comprimida reserva y miedoso silencio, que su traje de luto, su palidez y su tristeza acentuaban y hacían más patentes á cualquiera menos observador que don



Y D. Juan Nepomuceno estampó sobre la frente de Pantaleona el primer beso paternal de su vida

Nepomuceno, quien, comprendiéndolo, se callaba, aceptando el cambio como el más duro y merecido castigo.

Así, nunca, ni por incidencia, casualmente ó de propósito, se mentaron en sus escasas conversaciones los sucesos pasados, ni se explicó lo que faltaba aclarar y disculpar, sellando la boca á Pantaleona la discreción y el respeto, y á Monreal su propia conciencia.

Pero, en medio de esta tirantez inevitable, complacíase el viejo de su nueva vida, del orden que en ella reinaba, gracias á la hacendosa niña, y tomando buenamente lo que el destino le ofrecía, sentíase feliz, á pesar de todo, junto á la hija, cuyo recuerdo en la oficina y su vista en la casa le embelesaban; y cuando entraba por el patio, de vuelta de la sujeción diaria, venía alegre como chiquillo á quien espera la golosina cariñosamente guardada.

Los grandes sacudimientos morales, sólo en la comunión del alma con Dios se apaciguan; otro amor, otra confianza menos altos la reemplazarán en aquellas enfermas de tibieza ó de la despreocupación que ha impuesto la moda: fuera tibia la de Leona también (y á la verdad, ni ejemplos, ni enseñanzas labraron más que la costumbre de prácticas superficiales, cumplidas según el capricho), no contaba ella con nadie que la fortaleciera, aconsejara y consolara en la medida que sus penas y sus escrúpulos demandaban angustiosamente. En sus horas de soledad, cuando terminado el avío doméstico la ociosidad permitía el libre funcionamiento de la imaginación, el toque de la campana de la iglesia, cuyas torres con montera de azulejos distinguía desde la ventana, la recordaba que allí cerca moraba el único Amigo del desgraciado y del triste.

Pasó muchas horas en la Concepción, una de las tantas iglesias sin carácter de la capital, vulgar hacinamiento de ladrillos, cuya falta de arte la pintura mercenaria, substituyendo el oro y los colorines al humilde enjalbegado, ha pretendido disculpar con el lujo... Allá iba envuelta en sus crespones; por la mañana, luego de dar el desayuno á D. Nepomuceno y sus órdenes á la criada gallega que les servía, y por la noche, algunas veces, con el permiso de D. Nepomuceno, quien solía acompañarla. No llevaba Pantaleona en estas visitas á la divinidad libro ni rosario, que le marcaran la oración vulgar, leída de corrido ó dicha de memoria; sino que se complacía, desde el rincón más obscuro, en mantener dulce diálogo mental acerca de un proyecto que la desesperación y el dolor engendraron y se desarrollaba al influjo del ambiente místico, saturado de incienso.

Una mañana (al mes justo de la muerte de misia Jeromita, ó sea el 6 de julio), como saliera ella de la iglesia, recogido el velo, y á punto ya de atravesar para su casa, dió el gran encontronazo con aquella Sebastiana del Caballito, la que plantó seguidamente la cesta en el atrio, con tales aspavientos de regocijo y poderoso tufo de cebolla, que la muchacha retrocedió.

—¡Ay, niña de mi alma!, exclamó la mujer.

—¡Bastiana, pobre Bastiana!, murmuró Pantaleona.

—No me diga usted nada, niña, ya lo sé, ya lo sé...

Y apartándose un poco, restriega que restriega los ojos con el delantal, charló más de una hora: que esperase su ama la vuelta de la compra, ¡después de tanto tiempo que no veía á la niña de su alma! Ya lo creo que lo sabía todo: la fuga de *sua eccellenza*, el príncipe florentino, la muerte de la señora, la mudanza de casa; porque si ahora servía en el barrio á una médica criolla de muy mal genio, hasta fines de junio estuvo en el Caballito, con una familia amiga de las de Cadenas.

—¿Se acuerda usted, niña?

—Sí, sí, dijo Pantaleona poniéndose amarilla.

Pues las Cadenas, naturalmente, habían seguido las peripecias todas del famoso hospedaje de las de Pérez Orza con interés malévolo, sobre todo, la gorda misia Elvira, que, como del oficio, las cortaba unos sayos y capirotes muy reídos luego y admirados en la vecindad; Dolorcitas era la encargada de exhibirlos, yendo de casa de la *Escopeta* á la de Blümen, y de ésta al observatorio de las Marías con el consabido: «¿Pero no saben ustedes? Ahora resulta...» Al principio, Jorgito andaba de murria y no tomaba parte en la noble campaña; hasta parece que tuvo con las mujeres disputas y gritos por esta causa. Pero de buenas á primeras, se volvió tan furioso como ellas, y haciendo el mismo uso de la pluma que ellas de la lengua, dicen que en *El sí de las niñas* disparó ripios y asonantes contra Pantaleona, lo que era tirar al aire, porque ningún cristiano lo entendía.

En estas y las otras, á misia Elvira se la quitaron las ganas de despellejar á trochemoche... ¡Castigo de Dios!, según afirmaba Sebastiana sentenciosamente. Diversos rumores corrían del suceso: unos favorables, otros contrarios, mas categóricos todos respecto al hecho capital; que le pescara con caña en la ventana, ó fueran las Marías las encubridoras y en su casa le conociera y se citaran, lo indudable es que por una carta que interceptó misia Elvira, llegó á averiguar las relaciones, si honestas poco ventajosas, entre Dolorcitas y un pobrete empleadillo del gas, quien, á falta de buen nombre, ni buena figura tenía. ¡Qué ignominia! Aún resonaba en el Caballito el eco de las críticas, murmuraciones, dichos y lengüetazos profundos, que tumbaron á las Cadenas de su tribuna de censoras impecables. Suceso que las puso á mal con sus aristocráticas amistades de la ciudad, y en el que hubo de intervenir, sin resultado, su pariente Sangil. Total: que se casaban prontito, á despecho de la familia entera.

Pero misia Elvira estaba inconsolable. Y fuera de sí Jorgito que, por no sancionar alianzas que le humillaban, acudió á su papá el Estado, pidiéndole le diera fuera de la República otro empleo digno de sus recomendables servicios. Decían que el bondadoso papá se enterneció grandemente, é iba á nombrar á Jorgito secretario de legación en una corte europea, donde luciría sus exquisiteces decadentes y unas polainas color de te con leche, de lo más *fin de siglo* que el refinamiento parisiense había creado.

Es imposible copiar la manera como refería Sebastiana todo esto, en el singular caló que la mezcla del gringo y del criollo ha producido para desesperación y agravio de puristas y filólogos; el expresivo manoteo con que acompañaba cada palabra, hozando gustosamente en el lodazal de la chismografía, desagradó á Pantaleona, que apenas dijo:

—¿Has visto, Bastiana? ¿Has visto?

Distraída, miraba al cielo, dorado por el sol purísimo, pensando en cosas más altas, con impaciencia denunciadora del escaso interés que la prometían los milagros de las Cadenas. ¡Las Cadenas! ¡Cuán lejos de ella estaban ya, y el Caballito, y su pasado! ¡Tan torpe era la fregona parlanchina, que no lo comprendía, ni reconocía en su velo negro la señal de su transformación extraordinaria! Bruscamente, la italiana preguntóla dónde vivía ahora, y con quién vivía, pues acerca de este punto quedaron todos en duda; y antes de contestar, se encendió la joven de vergüenza, como si fuera reo de algún delito.

—Aquí cerca, Bastiana, en la calle de Chile, balbuceó, puedes ir á verme cuando quieras. Estoy con... el primo Nepomuceno.

—¡Hola, hola!, replicó la criada.

—Nepomuceno es aquí mi único pariente y un anciano respetable, añadió Pantaleona, rechazando con dignidad á la malicia. ¿Quién mejor para ampararme en mi orfandad? Adiós, Bastiana, y que tengas buena suerte.

La mujerona quiso abrazarla, y ella se resignó á que le rozara la mejilla su morro baboso y mal oliente. Separáronse en el mismo atrio, y cargada Sebastiana con su cesta y Pantaleona con sus pensamientos, se alejaron; Pantaleona, calle del Tacuarí arriba, muy despacio, sin que el frescor de la mañana, que era frío invernal por la acera que ella llevaba, templase el fuego encendido al choque de la mala intención de su antigua cocinera, eco inconsciente de la opinión pública, y que la quemaba aún bajo el velo. Parece que el espíritu colonial, victoriosamente desalojado del Norte, hubiérase refugiado en la parte Sud de la gran ciudad, entorpeciendo iniciativas é imponiendo el silencio, de modo que no sea turbado el sueño de este mal enemigo del progreso; cuantos pasaban andaban de puntillas, ó el rumor de sus pisadas en la calle desierta lo fingía, estremeciéndola toda el más insólito de algún carromato como en aldea tranquila, en que cualquier ruido sorprende, y así es antítesis del Norte bullicioso, donde hierve la agitada vida moderna.

Iba, pues, Pantaleona muy despacio, cuando el estrépito de un tranvía la distrajo y un fulgor repentino, de piedra que chispea al sol, la dió en los ojos, cegándola; el tranvía pasaba junto á ella, y el relampagueo de la piedra la deslumbró otra vez: ella conocía ese coral rosado con la orla de diamantitos, ese alfiler de corbata que la saludaba de lejos... Miró bien á la plataforma, al grupo de viajeros, y descubrió al ángel malo, á Fortunato Lucca, en toda la insolencia de su bellaquería impune. El espeso crespón impedía que la reconociera, y sin embargo, volvió la cara la muchacha, con angustioso temblor de todo el cuerpo y tan grande mareo, que se amparó de una reja próxima. Pasó el tranvía, desapareció la visión ingrata, y el alfiler de piedras continuaba chispeando en la obscuridad de los ojos cerrados, penoso recordatorio de sucesos no descifrados del todo é incomprensibles.

Cuando llegó Pantaleona á su puerta había resuelto irrevocablemente muchas cosas. Es á veces sorprendente cómo la voluntad, parada é indecisa largo tiempo, en un instante, aspada rueda que un golpe de aire hace girar, se mueve de pronto en determinado sentido bajo la influencia de un acontecimiento fortuito y sencillísimo; de los dos encuentros de aquella mañana, el último, sobre todo, perturbó á Pantaleona en modo tal, que en el escaso trayecto que hasta su casa faltaba, desde el sitio donde amparada quedó á la reja y desfallecida, recorrió fácilmente el de una determinación que un mes de vacilaciones le había costado. Decidió no decir nada del encuentro con Fortunato á D. Nepomuceno, pero sí hablarle de aquello otro conforme la ocasión propicia se presentase y en la forma que menos lastimara al pobre hombre.

Hallábase éste en el patio tomando el sol, y la recibió con un «Pero, hija, ¿en qué piensas? El comerte los santos te hace olvidar la hora de alimento más necesario: son las diez y media...,» que obligó á Pantaleona á excusarse y dar por único motivo de su tardanza el palique de Sebastiana en el atrio de la Concepción, sin añadir más detalles; se quitó el velo en el mismo comedor, fué á la cocina para activar el almuerzo, que debía estar listo á las once en punto, y volvió al comedor en que D. Nepomuceno la esperaba con evidentes ganas de charlar. Ella lo notó y, como de costumbre, trató de escurrirse hacia su alcoba.

—Leona, ven acá, muchacha, ¿por qué huyes?, dijo resentido Monreal.

Retrocedió lentamente Pantaleona; pero no le miró, y Monreal se acercó á ella, le cogió la barbilla y le hizo levantar la cabeza para que le mirara frente á frente... ¡Ah! ¡De veras, de veras prefería la Leona de antes, la risueña y franca del Caballito, á esta ensimismada y triste de ahora! ¿Qué tenía? ¿Qué pensaba? ¿Qué quería? Viera en él siempre al *primo Nepomuceno*, ya que el cambio de título había producido aquel otro tan doloroso. ¿Sabía que su actitud era una protesta, una queja contra él? ¿Quién autorizaba á sus pocos años para ser juez de hechos que no podía comprender? Dulcificaba el tono de suerte que más parecía lamentación su discurso que regaño; pero la joven, con los ojos bajos, semejaba una figura de piedra, por lo inmóvil.

A ver, continuó D. Nepomuceno sentándose en el sofá, con ánimo de explayarse sobre un asunto que tanto le dolía, á ver, ¿qué chismes te ha contado Sebastiana? Que si misia Elvira, que si Dolorcitas... Tonterías, tonterías. ¿Y no te ha dicho que tu ex Jorgito se marcha á Europa de Secretario de legación? ¿A que acerté? ¿Y eso es, acaso, lo que te entristece y desalienta? Lo que..., aún le guardas... *(rotundas negativas de la muchacha.)* ¿No? ¿Pues entonces?.. Las penas que son resultado de sucesos irremediables, y á que todos estamos sujetos, tienen un límite: se entibian con el tiempo y de ellas no queda



... tan grande mareo, que se amparó de una reja

más que un triste recuerdo; y aun en su mayor fuerza no conturban el ánimo, ni transforman el carácter de la manera que á ti la muerte de nuestra pobre Jerónima. ¡Ah, es que tú te encuentras, de pronto, cambiada en la hija de tu hermana y de tu primo, y en la nieta de tu padre! Horrendo y garrafal disparate, que sólo se le ocurre á un escritorzuelo de esos que inventan dramas de brocha gorda, y mal hilvanadas noveluchas. Pues no, hija mía, inocentona de mi alma; eso ocurre también en la vida, y si pudiéramos, como aquel diablo cojuelo que miraba por los tejados de las casas, ó fueran éstos de vidrio, si pudiéramos curiosear en cada una, ¿qué no descubriríamos? El que parece marido, no lo es, y tampoco esposa quien pasa por mujer, y quién por hijo, y quién por madre, y quién por hermano, no son lo que pretenden ser; las apariencias engañando siempre, y la mentira reinando en todas partes. Por generoso se empeña el mezquino que se le tenga, y por honrado el vicioso, por hermosa la fea, por robusto el flojo, por discreto el tonto, por joven el viejo. Esclavos somos de la mentira, y créeme, hija, tal cual está la vida social organizada (y ha debido estarlo antiguamente, digan lo que quieran las historias, que no he leído), no hay más remedio que mentir siempre, si queremos vivir y merecer algún respeto. Por algo nos pintan desnuda á la Verdad: la desnudez escandaliza. Yo mismo, que me considero un zángano en esta colmena inmensa, ¿no miento al fingir que trabajo, cuando lo que hago en la oficina, de doce á seis, es fumar y charlar? Y observa cómo del convencimiento de esta gran verdad nació mi oposición á tu matrimonio con Jorgito Cadenas, un pichón de zángano, y mi deseo de que á la sangre de los Pérez Orza se mezclara, para regenerarla, otra que viniera de más abajo, de donde brota el trabajo fructificador. Ahora bien...

Siguió, á este tenor, ensartando sofismas y agudezas, sin que Pantaleona se mostrara propicia á sus razones, ó al menos distinguiera alguna de ellas con señal de benévolo asentimiento; todo lo contrario: cuantas más vueltas daba él al asunto, aumentaba la tiesura de la estatua, y al cabo D. Nepomuceno temió acertar con el resorte que diera súbita salida al flujo amargo de aquella almita reconcentrada. Se retiró del palenque con visos de derrota, y ya la joven iba á hacer lo propio, satisfecha del triunfo de su silencio, cuando una nueva salida de Monreal la desconcertó.

—¿A que no sabes en qué he empleado mi mañana, dijo Monreal, mientras tú les contabas á los santos lo que á mí me ocultas? Ven acá, ven acá... Escúchame, que te interesa. Pues con el doctor Barbado. El doctor Barbado es miembro de la Comisión de Peticiones del Congreso, y era el único que me faltaba por conquistar y el más difícil, para asegurar la transferencia de la pensión de Jerónima á la hija soltera de D. Jesús Pérez Orza, la señorita Pantaleona, aquí presente. Es gran palanca este título de *guerrero de la Independencia*, y á pesar de las dificultades que ciertas circunstancias oponían, el doctor Barbado se rindió, y eso que el doctor Barbado es de los puritanos que tienen la manía de perseguir los abusos como agentes policíacos. Tengo, pues, á la Comisión en el bolsillo, que es lo mismo que tener al Congreso...

No acabó él de hablar, y ya la figura de piedra se había movido, como galvanizada, y venía á él en derechura, fulminando tremendas palabras.

—¡Jamás, Nepomuceno (no podía llamarle de otra manera), jamás me prestaré yo á eso! Lo rechazo, lo condeno. Es una estafa, un robo. Muerta de hambre me vea antes que consentir. O retiras esa indigna pretensión, ó salgo hoy mismo de esta casa. Trabajo honrado sobra para quien lo busca, y pan para quien lo pide. Aunque una Pérez Orza sea, no me asusta el trabajar. ¿Pretendes también á mí enredarme en la mentira, como á Jerónima? Te engañas, Nepomuceno; no podrás, no podrás. ¡Cuento con un recurso supremo, que me defenderá de ti y del mundo! ¡Y tal veo éste y con tales colores me lo pintas, y tan grande amargura y asco me inspira todo, que sólo entre las cuatro paredes del convento me juzgaré sana y salva!

Espantóse Monreal. Sólo con los brazos opuso resistencia á la descarga que reventó sobre su cabeza... Temblando, Pantaleona se calló. Y entre tanto recobraba Monreal la serenidad, se excusaba con balbuceos...

—¡Leona, hija, dispensa, óyeme! ¿Por qué dices eso? ¿Por qué?..

El era un hombre honrado, honradísimo. Ni en mientes le vino jamás atentar contra la hacienda del prójimo. Tampoco ejecutar acción alguna de estas que deshonran de por vida. Desde pequeño vegetaba en una oficina, porque no servía para otra cosa, ó porque las circunstancias le fueron contrarias. Pero el no saber hacerse rico, ó descollar sobre los demás, ó subir á las cumbres políticas, no es ningún crimen que merezca castigo ni desprecio. Sus jefes le querían, sus compañeros le respetaban, y todos, y todos... Bueno, ¿de qué se escandalizaba ella entonces? De que tratase de sacar una ventaja del Estado, valiéndose de estos ó de los otros medios, y que en él confiara sólo y el peso entero de su vida le echara encima. Lo que todos hacen, lo que todos hacen, siempre que pueden. El Estado es rico, y granos de arena son para él tales beneficios, debiendo tener en cuenta además que lo que unos no quieren, por timoratos ó melindrosos, otros se lo toman. Y tanto agradece el Estado á los que le respetan, como á los que le roban. A veces, más á los que le roban, á quienes celebra, mima y encumbra. ¿Por qué, pues, renunciar á la pensión de trescientos pesos mensuales, que el Estado, con muchísimo gusto de su parte, estaba dispuesto á darla? ¿A qué meterse á revolver los orígenes de tal pensión, y si era ó no legítima? Cargara con la culpa el doctor Eneene, su egregio tío, y ellos con el provecho; que si ante el público pasaba por la hija única superviviente de un guerrero de la Independencia, menguada candidez sería no aceptar la espléndida generosidad oficial.

—Si no, hija mía, Leoncita injusta de mis pecados, ¿qué harás mañana que yo falte? ¿Te bastará, para vivir, con el alquiler de la finca del Caballito? Pensión por servicios míos no te alcanzará, pues todos ignoran la verdad de nuestro parentesco, y no has de salir revelándola á última hora, con desdoro de todos nosotros; te he oído decir que no quieres casarte, por más que el enlace con un industrial de estos que tienen el porvenir en el puño, fuera seguramente provechoso... Entonces, Leoncita iracunda y desagradecida, ¿así me pagas?, ¿así retribuyes mi cariño y mis desvelos, con palabras crueles y ame-

nazas? *(Levantándose y rodeando la mesa para acercarse á ella).* Por supuesto que esas son bravatas, Leoncita perversa; ni tú me juzgas tan mal, ni tu oposición á la transferencia, ni lo del convento van en serio.

—He dicho, repitió con firmeza Pantaleona, que no sólo rechazo la pensión, porque no me corresponde y fuera indigno de mi parte el aceptarla, prestándome á una superchería, sino que decidida estoy á alejarme del mundo... ¡Poco puede preocuparme el porvenir!

—¡Ah, ah!, hizo D. Nepomuceno tartamudeando. De monjita..., de monjita, ¿eh?

—De monja, no; el rezo perpetuo, el encierro y la inacción, me matarían: de Hermana de la Caridad. Quiero servir de algo, probar que Pérez Orza y todo, puedo ser útil aún. Quiero ponerme á cubierto de la maledicencia. Además, los Pérez Orza tienen cuentas pendientes con Dios, y á mí me toca pagarlas.

—Y si yo..., ¿y si yo me opusiera?

—¡Bah, *el primo Nepomuceno* carece de todo derecho legal á oponerse!

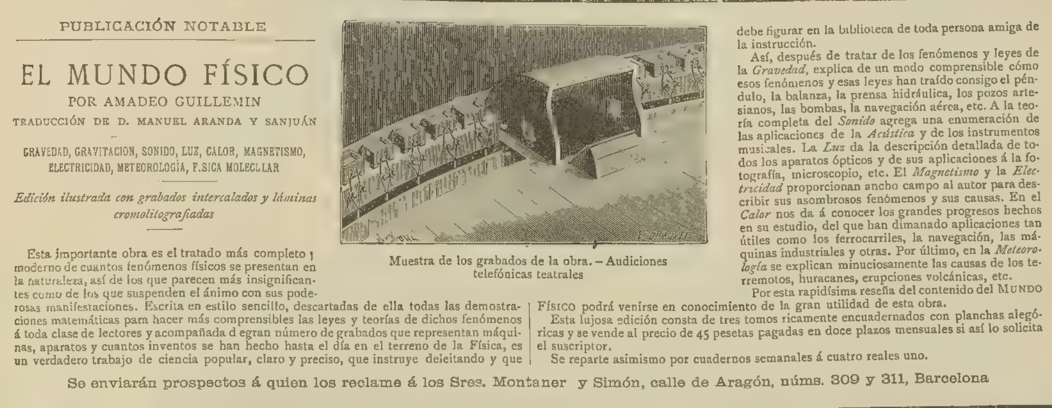
La mesa los separaba, y clavado en un extremo, no se atrevió Monreal á contestar: como las olas en la playa, se atropellaron las palabras en su boca, deshaciéndose en ronco murmullo. Buscaba en el moreno y agraciado rostro de la muchacha el leve signo que anuncia la sonrisa y atenúa la expresión, y le vió contraído como nunca le había visto: aquella figura de piedra, que decía tan duras verdades, le infundió pavor. Imaginóse que le arrojaban del paraíso y rodaba en el vacío... Se aferró á la mesa, instintivamente, mientras soltaba estas quejas, moduladas con el sentimiento de un niño que llora:

—¡Tienes razón! El *primo Nepomuceno* carece de todo derecho legal sobre ti; para ti no soy yo, no puedo pretender jamás ser otra cosa que el *primo Nepomuceno*. Hasta comprendo, para que mi castigo sea mayor, que me miras con prevención, no sé si con desconfianza ó con odio... Pues bien, Leona, Leoncita de mi alma, no lo merezco; los errores no son crímenes y los defectos de educación no son delitos. Yo no te pido á ti más que indulgencia. Si tienes memoria, convendrás en que he hecho todo lo posible por alcanzarla. Bueno. Eres libre, completamente libre. Hoy, mañana, cuando quieras puedes abandonarme. No te ocupes en lo que será de mí, solo y triste en el mundo: figúrate que vuelvo á caer en las manos de misia Mercedes y doña Manuela, manos mercenarias que no se negarán á cerrarme los ojos... Repito que eres libre. Y además, te advierto que serás obedecida; esta tarde quedará retirada del Congreso la solicitud. Otra cosa... Dispénsame si me explico tan mal... Estoy nervioso, me ahogo... Si crees que mi permanencia en la casa te perjudica, también esta tarde puedo marcharme; á un pobre viejo no le falta muladar que le recoja. Hermana, hermanita de la Caridad... ¡ay! ¿por qué no la tienes conmigo? Ya me parece verte con la toca de alas blancas; llámate sor Angélica, el nombre que mejor te cuadra. Bueno, Leona, Leoncita mía..., figúrate que sor Angélica se encuentra un día á un pobre viejo, enfermo y arrepentido, que le suplica: «¡Hermana, tú que vas curando heridas por el mundo, sana las mías; apiádate de mí, hermanita y, por lo menos, acompáñame este poco trecho que me resta hasta la puerta del cementerio, que está allí cerca, y luego que me dejes acostadito en la tumba, continúa tu camino, sor Angélica; ya el pobre viejo no te molestará más, y dos almas, que la bondad de Dios habrá perdonado, te bendecirán allá arriba!

Las últimas palabras apenas se oyeron.

La figura de piedra, conmovida intensamente, dejaba correr las lágrimas. Y D. Juan Nepomuceno estampó sobre la frente de Pantaleona el primer beso paternal de su vida.

FIN


PUBLICACIÓN NOTABLE

EL MUNDO FÍSICO

POR AMADEO GUILLEMIN

TRADUCCIÓN DE D. MANUEL ARANDA Y SANJUÁN

GRAVEDAD, GRAVITACIÓN, SONIDO, LUZ, CALOR, MAGNETISMO, ELECTRICIDAD, METEOROLOGÍA, FÍSICA MOLECULAR

Edición ilustrada con grabados intercalados y láminas cromolitografiadas

Muestra de los grabados de la obra. – Audiciones telefónicas teatrales

Esta importante obra es el tratado más completo y moderno de cuantos fenómenos físicos se presentan en la naturaleza, así de los que parecen más insignificantes como de los que suspenden el ánimo con sus poderosas manifestaciones. Escrita en estilo sencillo, descartadas de ella todas las demostraciones matemáticas para hacer más comprensibles las leyes y teorías de dichos fenómenos á toda clase de lectores y acompañada de gran número de grabados que representan máquinas, aparatos y cuantos inventos se han hecho hasta el día en el terreno de la Física, es un verdadero trabajo de ciencia popular, claro y preciso, que instruye deleitando y que debe figurar en la biblioteca de toda persona amiga de la instrucción.

Así, después de tratar de los fenómenos y leyes de la *Gravedad*, explica de un modo comprensible cómo esos fenómenos y esas leyes han traído consigo el péndulo, la balanza, la prensa hidráulica, los pozos artesianos, las bombas, la navegación aérea, etc. A la teoría completa del *Sonido* agrega una enumeración de las aplicaciones de la *Acústica* y de los instrumentos musicales. La *Luz* da la descripción detallada de todos los aparatos ópticos y de sus aplicaciones á la fotografía, microscopio, etc. El *Magnetismo* y la *Electricidad* proporcionan ancho campo al autor para describir sus asombrosos fenómenos y sus causas. En el *Calor* nos da á conocer los grandes progresos hechos en su estudio, del que han dimanado aplicaciones tan útiles como los ferrocarriles, la navegación, las máquinas industriales y otras. Por último, en la *Meteorología* se explican minuciosamente las causas de los terremotos, huracanes, erupciones volcánicas, etc.

Por esta rapidísima reseña del contenido del MUNDO FÍSICO podrá venirse en conocimiento de la gran utilidad de esta obra.

Esta lujosa edición consta de tres tomos ricamente encuadernados con planchas alegóricas y se vende al precio de 45 pesetas pagadas en doce plazos mensuales si así lo solicita el suscriptor.

Se reparte asimismo por cuadernos semanales á cuatro reales uno.

Se enviarán prospectos á quien los reclame á los Sres. Montaner y Simón, calle de Aragón, núms. 309 y 311, Barcelona

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PUREZA DEL CUTIS — LAIT ANTÉPHÉLIQUE — LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES. Póne y conserva el cútis limpio y terso. Franco 5 fr. en París. CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 16





REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD

En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar

SOBERANO contra ASMA



CATARRO, OPRESIÓN y todas *Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.*

30 AÑOS DE BUEN EXITO MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LECHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

VALENTINA, por *Laura García de Giner.* – Esta novela se lee con gusto desde las primeras páginas, y á medida que se avanza en la lectura aumenta el interés con que se va siguiendo la acción. Los personajes están bien estudiados, las escenas hábilmente dispuestas y el estilo del libro es elegante y correcto. *Valentina* forma parte de la Colección Diamante que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Antonio López, y se vende á dos reales.

DISCURSO, por el *Dr. D. J. Guzmán.* – Con motivo del aniversario de la independencia de la República de San Salvador, verificóse el día 15 de septiembre del año pasado una solemne recepción en el Teatro Nacional de la capital salvadoreña, y en ella pronunció el Sr. Guzmán, por encargo oficial del Supremo Poder Ejecutivo, un elocuente discurso patriótico, en conmemoración de aquella trascendental fecha. Este discurso, junto con una inspirada poesía de D. Vicente Acosta, leída también en aquel acto, han sido impresos en forma de folleto en la Imprenta Nacional de San Salvador.

CANSONS, por *Carmen Karr.* – Las cuatro nuevas canciones publicadas por la notable compositora Carmen Karr se titulan *Las aranyas, Non-Non, Cansó trista* y *Preludi de Primavera* y están escritas sobre bellísimas poesías de Apeles Mestres. Son cuatro melodías deliciosas, sencillas, de hermoso sabor popular, que armonizan perfectamente con la letra, formando con ella un conjunto lleno de inspiración y de sentimiento. Véndense á 1'50 pesetas.

L'HOLANDÉS ERRANT, per *Xavier Viura* y *Antoni Ribera.* La «Associació Wagneriana» de cuyas brillantes campañas musicales tantas veces nos hemos ocupado con el elogio merecido, ha publicado la traducción catalana de este libreto de Wagner, adaptada perfectamente á la música y acompañada de la exposición de temas y figuras musicales y de su correspondiente cuadro sinóptico. Es un trabajo hecho con cariño y conciencia extraordinarios, que permite llegar hasta el alma, por decirlo así, de la citada ópera y que honra á sus autores, los Sres. Viura y Ribera. Admirablemente impreso en Barcelona por Fidel Giró, se vende á dos pesetas.



Interior, cuadro de José Triadó

ESCUELA NAVAL DE COMERCIO, por *D. José Puigdollers y Maciá.* – NOTAS PEDAGÓGICAS Y PROYECTO DE UNA ESCUELA NAVAL DE COMERCIO, por *D. Juan Antonio Güell.* – En el primer Congreso Universitario Catalán, celebrado en Barcelona en 1903, presentó D. Juan Antonio Güell un proyecto de Escuela Naval de Comercio que encarnaba una nueva tendencia de la Pedagogía, y cuya realización contribuiría poderosamente al desarrollo de la riqueza española mediante el aumento de nuestras relaciones mercantiles con otros países. La prensa acogió la idea con entusiasmo y las Cortes llegaron á ocuparse de este importante asunto. El pensamiento fué singularmente acogido con entusiasmo por D. José Puigdollers y Maciá, propietario de la revista «Mercurio,» el cual en unión del Sr. Güell y del director de dicha revista, D. Federico Rahola, trabajan activamente para que el proyecto se convierta pronto en realidad. Los folletos que motivan este suelto son la condensación de lo más fundamental del proyecto y dan perfecta idea de la forma en que éste se va á llevar á cabo. Así por la elevación de miras en que están inspirados, como por la manera de desenvolver el pensamiento, los trabajos de los Sres. Güell y Puigdollers (impresos en Barcelona en la tipografía «La Académica») merecen los más entusiastas elogios.

REORGANIZACIÓN Y MEJORA DEL SERVICIO DE COMUNICACIONES. – Interesante folleto en que con verdadero conocimiento de causa se señalan los defectos de que adolece la actual organización de los Correos y Telégrafos en España, y se indican los medios de mejorar, ampliar y reorganizar tan importante servicio sin aumento del presupuesto.

GUÍA DE MADRID Y BARCELONA. – La casa de fumistería y calderería Hijos de Preckler, de esta ciudad, ha publicado, para regalarla á sus favorecedores, esta guía que contiene varios interesantes datos de Madrid y Barcelona y algunos grabados que reproducen edificios notables de ambas capitales. Ha sido impresa en la tipo-litografía de J. Casamajó.

EL CIEGO DE BUENAVISTA, por *Antonio Domínguez* y *Juan Toral.* – Sainete lírico, de costumbres madrileñas, estrenado con excelente éxito en el teatro de la Zarzuela, de Madrid, en 1.º de julio último: está bien escrito y abunda en chistes de buena ley. Ha sido editado en Madrid por la Sociedad de Autores Españoles.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. – PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE – QUINA – HIERRO
El más poderoso Regenerador.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. – 50 Años de éxito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 29 de agosto de 1904 — Núm. 1.183

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1904.)

DE VUELTA DEL TRABAJO,

CUADRO DE FEDERICO GODOY

Rendido por el cansancio de una jornada ruda, el fatigado obrero se ha dejado vencer por el sueño mientras su madre pone en la mesa la cazuela humeante, cuyo contenido ha de reparar sus fuerzas, y su esposa y sus tiernas hijas se preparan á despachar la frugal comida. Tal vez en aquellos instantes su imaginación vuela impulsada por pensamientos atrevidos, agitando fermentos malsanos que ciertos periódicos ó ciertas predicaciones depositaron en su corazón; quizás surgen en su alma sentimientos de odio y en su mente ansias de radicales reparaciones; acaso, comparando su suerte con la de otros, siente desalientos aniquiladores y maldice de la fortuna que con tanta desigualdad reparte sus dones en la tierra. Mas cuando al abrir los ojos se encuentre en aquel hogar modesto, pero no miserable, cuando respire aquella atmósfera de paz y de ventura, cuando sus miradas se fijen en la amorosa anciana que ha concentrado en él sus más tiernos afectos, en la esposa amante que sólo por él y por sus hijos vive, y en las dos angelicales criaturas cuyas alegres sonrisas son bálsamo dulcísimo para sus penas y sus contrariedades, seguramente recobrará sus energías, comprenderá que también de los pobres se acuerda la Providencia, concediéndoles esos goces íntimos de que pocos potentados disfrutan y que son la verdadera vida del espíritu, se apercibirá á continuar con nuevos bríos la lucha por la existencia, y acaso, recordando enseñanzas que en su niñez aprendiera, comprenderá que al fin y al cabo no es en este mundo en donde está reservada á los buenos y á los humildes la suprema dicha.

El bellísimo cuadro del laureado pintor gaditano Federico Godoy inspira, en nuestro concepto, las ideas y sentimientos que dejamos expuestos. ¿Qué mejor elogio podemos hacer de su obra? El artista que logra elevarnos á esas serenas regiones de lo bello y de lo bueno ha obtenido con esto solo un gran triunfo.



DE VUELTA DEL TRABAJO, cuadro de Federico Godoy

Advertencia

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el tercer tomo de la serie del año 1904, que es VALENTINA, preciosa novela inglesa de E. C. Price, con ilustraciones hechas ex profeso para nuestra edición española por el reputado artista D. Arcadio Mas y Fondevila.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. *Castillo de naipes*, por A. Sánchez Ramón, ilustración de Carlos Vázquez. – *Barcelona retrospectiva*, por Juan Valero de Tornos. – *Copa artística obra de Torcuato Tasso*, por Iusto Solsona. – *Crónica de la guerra ruso-japonesa*, por R. – *Nuestros grabados*. – *La Zarzalera*, novela original de Pablo Bertnay, con ilustraciones de Simont. – *El comercio de mariposas*, por Percy Collins. – Libros.

Grabados.—*De vuelta del trabajo*, cuadro de Federico Godoy. – *Infancia de Aquiles*, escultura de José Campeny. – *Aplicación*, pastel de María Lubbes. – *Copa artística*, obra de Torcuato Tasso. – *Después del baño*, cuadro de Joaquín Sorolla. – *Guerra ruso-japonesa. El zar Nicolás II bendiciendo á los oficiales del regimiento de infantería de Alejandro III antes de que partan para el Extremo Oriente. Coolies chinos transportando heridos después de una batalla. Episodio del combate de Telissu.* – *Barcelona. Banquete ofrecido por el Ayuntamiento á los representantes de los Ayuntamientos de Cataluña.* – Cinco grabados que ilustran el artículo *El comercio de mariposas*. – *Duetto*, cuadro de Adolfo Hengeler.

REVISTA HISPANO-AMERICANA

México: valor actual y decadencia iniciada del poder económico de los Estados Unidos en este país: relaciones comerciales con Europa: los capitales extranjeros y su tendencia á nacionalizarse: los inmigrantes yanquis, españoles, etc.: la Avenida del general Prim en la ciudad de México. – *Panamá:* conflicto con los yanquis: proyectos para la defensa del canal: posibilidad de conflictos con repúblicas centroamericanas. – *Costa Rica:* el ferrocarril interoceánico: el nuevo obispo: los extranjeros en la República. – *Perú:* nuevo presidente.

Un importante semanario de México, *El Progreso Latino*, que dirige el Sr. D. Román Rodríguez Peña, nos ha favorecido reproduciendo algunos de los datos y comentarios consignados en estas *Revistas* para demostrar que los Estados Unidos se hallan aún muy lejos de tener en América la supremacía comercial que pretenden.

De acuerdo con lo que aquí hemos escrito, el mencionado periódico declara que, aparte México, Cuba y algunos Estados de la América central, el comercio y en general la influencia económica de los yanquis en el Nuevo Mundo es insignificante, comparada con la de los pueblos europeos.

Aun respecto de México no es esa influencia tan exclusiva como suponen los que en Europa y en América escriben de estas cosas sin más fuentes de información que las exageraciones ó falsedades tan corrientes en libros y periódicos yanquis.

Las cifras y los hechos que aduce el Sr. Rodríguez Peña evidencian que los Estados Unidos, aunque muy lentamente, van perdiendo terreno en México ante los esfuerzos que hacen los europeos y ante el adelanto del país, que con sus propios elementos de prosperidad y riqueza tiende á nacionalizarlo todo.

Las últimas estadísticas demuestran que desde julio de 1903 á febrero de 1904, inclusives, el comercio de importación en México llegó á la suma de 50 millones de pesos oro, de los cuales 27 ½ son el valor de mercancías y efectos importados de los Estados Unidos. Pero de esos 27 ½ millones hay que deducir por lo menos cuatro millones, valor de mercancías ó efectos europeos que van á México por la vía de los Estados Unidos. En la exportación hay que hacer aún mayor deducción; de 130 millones plata á que llegó en esos ocho meses, corresponden á los yanquis 87 millones, y de éstos 30 pertenecen al comercio con Europa y el resto de América.

Ese comercio que México hace por intermedio de los Estados Unidos tiende á disminuir, aumentando en cambio el directo con los otros países. La Gran Bretaña y Alemania son los que más se esfuerzan en tal sentido; síguenlas Francia, España, Bélgica, Austria é Italia. La mayor parte de estas naciones procuran aumentar sus medios de comunicación con puertos mexicanos por medio de líneas directas. Encuentran, sin embargo, un inconveniente, el de que la red de vías férreas mexicanas no está completa ni llega al Pacífico, por lo que, cuando menos toda la región occidental de México, tiene que recurrir á los medios de comunicación marítimos, que están en manos de los yanquis. Cuando se complete esa red, cuando haya comunicación fácil entre los puertos mexicanos del Atlántico y del Pacífico, los buques ingleses, franceses y sudamericanos lucharán ventajosamente en ambos mares con la competencia yanqui, como ahora lo hace ya una línea alemana, única que ha quedado por el lado del Pacífico.

Por otra parte, los tratados con Cuba y la posesión de Puerto Rico y Filipinas han de proporcionar á los Estados Unidos determinados productos agrícolas en condiciones mejores que los que encuentren en México. Los azúcares mexicanos, por ejemplo, no podrán competir con los de Cuba y Hauaii en los mercados de los Estados Unidos, y lo mismo sucederá con otros productos propios de Filipinas y de Puerto Rico si los yanquis logran al fin normalizar la situación económica en dichas islas. El abacá filipino podrá ser un peligroso competidor del henequén yucateco. Los agricultores mexicanos necesitan, pues, ir buscando nuevos mercados para sus principales productos, y al encontrarlos, seguramente, en Europa y en los otros países de América, sufrirán gran quebranto las relaciones mercantiles con los Estados Unidos, y por consiguiente, la influencia y predominio económico de éstos en México.

En cuanto á los capitales extranjeros—no considerando como tales, ó sea como introducidos en el país, los representados por las fortunas que los individuos de otras nacionalidades han hecho en México—puede calcularse en 700 millones de pesos oro el de los yanquis, en 250 el de ingleses, en 200 el de alemanes, españoles y franceses. Todos estos capitales juntos no llegan á la tercera parte de la riqueza comercial—es decir, la que hoy tiene valor—de México, y todos tienden á nacionalizarse, ya sea por las uniones matrimoniales de sus dueños con hijas del país, ya por la compra de acciones que hacen los mexicanos, ya por las sucesiones, ya, en fin, por muchas otras causas, entre las cuales no es la menos importante el desarrollo del espíritu industrial y comercial de los hijos del país, que poco á poco van haciendo ventajosa competencia al extranjero en todos los ramos.

Hay además otra circunstancia que impide é impedirá el arraigo y crecimiento de la influencia angloamericana en México: la diferencia, la oposición de carácter, ideas y costumbres entre mexicanos y yanquis. Estos, salvo muy contadas excepciones, abandonan pronto el país. En cambio, la gran mayoría de los españoles se confunden con la población mexicana á la segunda generación; casi lo mismo sucede con franceses é italianos, y más aún con los procedentes de otras repúblicas hispano-americanas, la mayor parte de los cuales piden y obtienen la ciudadanía.

El 28 de julio se rindió en la capital de México homenaje solemne á la memoria de un ilustre español, D. Juan Prim. No han olvidado los mexicanos la noble conducta del ilustre caudillo en 1862, y por iniciativa del gobernador D. Guillermo de Landa y Escandón, acordaron dar el nombre de «General Prim» á la gran avenida 18 Poniente, una de las más hermosas de la ciudad. Parte esta vía del lado Oeste de la ciudadela ó fábrica de armas, cruza la avenida Bucareli y va á desembocar en el paseo de la Reforma, cerca de la glorieta Cuauhtemoc. Al acto de la colocación de la placa en que se grabó el nuevo nombre de la avenida concurrieron el presidente y los más altos funcionarios; allí se oyeron elocuentes discursos pronunciados por personalidades tan eminentes como D. Justo Sierra, el ilustre estadista, historiador y literato que representó á su patria en el Congreso ibero-americano de Madrid en 1900, el director de *El Correo Español* D. José Porrúa y el gran poeta D. Juan de Dios Peza.

***

Ya han empezado los conflictos entre yanquis y panameños. Considerándose aquéllos como soberanos de la zona que compraron para la construcción y explotación del canal, establecen en ella aduanas, aplican su arancel y disponen á su arbitrio del tráfico en los puertos de Panamá y Colón, con grave perjuicio para los intereses comerciales y financieros de la nueva república, cuyo gobierno no ha podido por menos de hacer llegar su respetuosa protesta al de Wáshington. Si se hace caso omiso de ella, la República de Panamá, perdidos los mejores ingresos de su hacienda, y puesto su comercio á merced de las autoridades yanquis, no podrá vivir y forzoso le será pedir la anexión á los Estados Unidos.

Amenaza en lo porvenir otro conflicto, no entre Panamá y los yanquis, sino entre aquélla ó ambos, por una parte, y varias repúblicas de Centroamérica, por otra.

La sentencia arbitral del presidente de la República francesa resolvió el litigio de frontera entre Colombia y Costa Rica, que precisamente se refería á esta zona de Panamá, hoy convertida en república independiente. La frontera colombiano-costarricense es ahora la frontera entre Panamá y Costa Rica, y á la República de Panamá han pasado todos los derechos territoriales adquiridos y alegados por Colombia.

Costa Rica había puesto gran empeño en poseer la laguna de Chiriquí ó bahías del Almirante, que el árbitro asignó á Colombia. Ahora se dice que los Estados Unidos proyectan construir fortificaciones en las costas de Panamá para atender mejor á la defensa del canal en caso necesario y que aspiran á crear un buen puerto y á tener depósitos de carbón en las citadas bahías.

Si tal sucede, y Costa Rica se aviene y respeta la sentencia arbitral, tendrá demasiado cerca vecinos muy molestos y peligrosos; si opone dificultades, el peligro será mucho mayor, pues Panamá, ó los Estados Unidos en su nombre, ó en nombre propio si la anexión se realiza, harán valer acaso las pretensiones de Colombia y los antecedentes y documentos en que ésta se apoyó para pedir nada menos que toda la costa del mar Caribe hasta el cabo de Gracias á Dios. No hay que decir el efecto que semejante pretensión, sostenida ó amparada por los Estados Unidos, produciría en Costa Rica, Nicaragua y aun Honduras.

Claro es que el peligro no es inminente; pero no hay que perder de vista la posibilidad de que tal acontecimiento sobrevenga. Si el canal de Panamá se construye, y en Costa Rica y Nicaragua llega á haber vías férreas que le hagan competencia, podrá convenir á los explotadores del canal apoderarse de uno de los extremos de esos ferrocarriles interoceánicos. Y sabido es que cuando los yanquis aprecian una cuestión desde el punto de vista del negocio, nada respetan, sobre todo si tienen razones más ó menos especiosas para cohonestar sus actos, como en este caso lo harían sacando el mayor partido posible de los antiguos alegatos de Colombia.

***

El actual gobierno de Costa Rica pone gran empeño en terminar el ferrocarril interoceánico, del que sólo quedan por construir unos 20 kilómetros. Por decreto de 31 de mayo último se declaró que la ciudad de Puntarenas debía ser el término del ferrocarril del Pacífico, y se autorizó al poder ejecutivo para hacer los gastos que exigiese el estudio del emplazamiento de la vía.

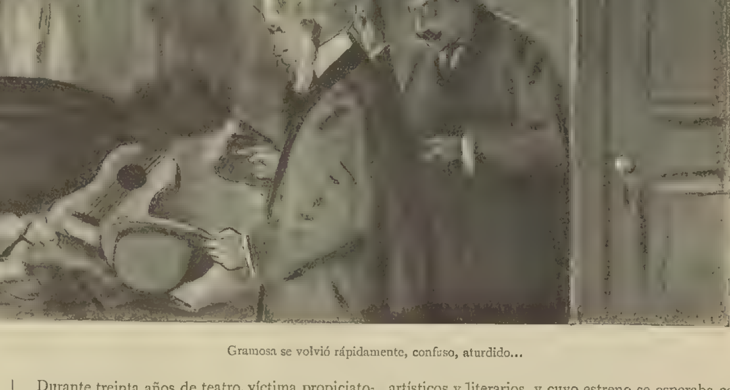
La reciente designación de obispo para San José no satisfizo á muchos costarricenses. El gobierno había propuesto en terna á Su Santidad dos naturales del país y un extranjero. Este, el P. Juan Stork, alemán, que iba en tercer lugar, fué el favorecido. El sentimiento nacional se consideró lastimado; pidieron unos que se consignara en la Constitución que para ser obispo en la República era preciso haber nacido en Costa Rica; aprovecharon otros la ocasión para dolerse del predominio que los extranjeros han alcanzado en el país. Un periódico, *La Patria*, exclamaba: «¡Oh costarricenses más chiflados y ciegos! La *United Fruit* dueña de Limón y de casi la totalidad de Guanacaste y del comercio de ganado; los alemanes, del comercio al por mayor; los españoles, del comercio al por menor, y los mejores beneficios de café, de propiedad extranjera. Y la mitra y los mejores curatos, de los alemanes. No tardará en llegar el día en que seamos extranjeros en nuestro propio suelo, y como la mendicidad callejera la prohibirán los extraños, no tendremos el consuelo siquiera de mendigar á la puerta del Palacio episcopal ó de otras puertas...»

Revelan, sin duda, cierto apasionamiento tales quejas. Los extranjeros laboriosos y honrados contribuyen con sus iniciativas, con su trabajo, con su capital, al progreso económico de la República, merecen el aprecio y la consideración de todos los costarricenses, y conviene halagarlos y procurar que no cese la corriente de la inmigración de elementos beneficiosos para el país. A los que para nada sirven, y más bien perjudican, se les puede prohibir la entrada, como se ha hecho con árabes, turcos, sirios, armenios y gitanos, según decreto publicado en la *Gaceta oficial* de la República del 15 de junio último.

***

Se ha dado cumplimiento en el Perú al decreto que el 9 de mayo expidió el segundo vicepresidente de la República convocando á los pueblos para que procedieran á elegir presidente y primer vicepresidente, de conformidad con el artículo 91 de la Constitución, y disponiendo que las elecciones se verificaran á partir del 9 de agosto. Ha sido elegido presidente D. José Pardo.

R. Beltrán Rózpide.





Gramosa se volvió rápidamente, confuso, aturdido...

CASTILLO DE NAIPES

Gramosa salió aquella noche de escena, terminado el primer acto, sombrío y malhumorado, como de costumbre, atribuyendo á intrigas miserables de sus compañeros y de la *claque*, ganada por aquéllos, el hostil silencio de los *morenos* cuando dijo su parlamento, aquel magnífico parlamento en el que había fundado todas sus esperanzas, adjudicándose anticipadamente uno de los más ruidosos triunfos de su carrera teatral.

Gramosa, que había doblado ya la cuarentena, permanecía tan inédito y tan insignificante como hacía treinta años, cuando, niño aún, desempeñaba, entre pescozones de su adusto padre, primer actor de una compañía de la legua, y pellizcos de su irascible madre, característica de la *troupe*, el papel de pastorcillo en un Nacimiento.

Atravesó dando codazos y pisotones por entre la turba de comparsas, ayudantes, maquinistas, curiosos y desocupados que se apiñaban entre bastidores y bullían por los pasillos, entró en su cuarto cerrando la puerta, y sin preocuparse de su indumentaria ni dar siquiera un vistazo al espejo para arreglarse la peluca que caía torcida sobre una oreja, se arrojó como una masa en el diván y se entregó, con la cabeza apoyada en ambas manos, á sus amargas meditaciones.

Las cosas habían llegado á tal extremo, que ya no le quedaban más que dos salidas: el asesinato ó el suicidio. El pobre Gramosa, genio ignorado, según él, que tristemente vegetaba en aquel inmundo teatrucho de tercer orden, malgastando sus portentosas facultades en divertir á un público ignaro que ni lo comprendía ni lo premiaba con arreglo á sus merecimientos, se creía víctima de una persecución sistemática, originada por la envidia de los impotentes y por los rencores y celos de los intrigantes. El primer actor, que comprendía su mérito y temía que lo anulase, no perdonaba medio ni ocasión de humillarlo y obscurecerlo; la dama era una marisabidilla ignorante, que por odio á su mujer, con quien tuvo unas palabras y algo más, conspiraba en la sombra para hacerle saltar de allí; el barba, la característica, el actor cómico, el segundo apunte, el avisador, hasta los autores de la casa, todo el mundo se había puesto de acuerdo para perseguirlo, empujarlo, obligarlo á hacer un disparate y perderlo para siempre.

Durante treinta años de teatro, víctima propiciatoria de un cruel destino, Gramosa había pensado de igual manera y había hecho á diario los mismos desesperados monólogos que el que ponía en efervescencia su imaginación aquella noche.

Gramosa se levantó pesadamente del diván con el ceño fruncido y murmurando á media voz entrecortadas frases de despecho y amenaza; se puso delante del lavabo, arrancándose la peluca y las barbas y arrojándolas sobre la tabla de mármol, y principió á embadurnarse con vaselina para arrancar el colorete y las sombras y arrugas que el corcho quemado había impreso en su rostro.

***

Sonaron dos discretos golpes en la puerta.

—Adelante, dijo Gramosa sin volver la cabeza y sin abandonar su *toilette*.

La puerta se abrió, y el cómico quedó absorto y como petrificado de sorpresa al ver reflejarse en el espejo las figuras de sus visitantes.

Eran dos señores de respetable aspecto, elegantes, distinguidos, uno de ellos de edad algo avanzada, luciendo en su barba y en su cabello las canas que aún no apuntaban en su acompañante.

Gramosa se volvió rápidamente, confuso, aturdido, con el bote de vaselina en una mano, la toalla en la otra, el rostro reluciente con el churre del cosmético.

—¡Sr. D. José!, exclamaba con los ojos muy abiertos y no sabiendo cómo arreglarse para instalar dignamente á aquellos señores en una habitación de dos metros en cuadro invadida de trapos y cachivaches, como el nido de un ropavejero. ¡Sr. D. José! ¡Usted por aquí!..

Y á brazadas desocupaba de ropas dos butacas y de un puntapié metía unos borceguíes debajo del diván.

Ya instalados, y mientras Gramosa se limpiaba la cara y las manos á toda prisa diciendo: «Soy con ustedes, soy con ustedes al momento,» D. José, el más anciano de los visitantes, principió á expresarse de esta manera:

—He venido á verlo á usted esta noche...

Gramosa creyó desvanecerse de emoción.

D. José prosiguió diciendo sin dar tiempo á que Gramosa, que ya abría los labios, le replicase:

—He venido á verlo y tengo que proponerle algo que tal vez le convenga. Como yo no tengo tiempo que perder ni usted tampoco, porque ha de entrar en escena, vamos derechos al asunto. Me hace falta un hombre de empuje, un actor de ciertas condiciones que usted posee, para mi nueva obra, cuyos ensayos en el Gran Teatro han principiado ya, como usted sabe; ¿quiere usted aceptar ese papel que le ofrezco?

A Gramosa le zumbaban los oídos y los objetos daban vueltas á su alrededor. Parecíale un sueño lo que oía. ¡D. José Campoy, el gran dramaturgo, el dictador mimado y aclamado por el público, obedecido y casi reverenciado por todos los artistas dramáticos, se dignaba solicitar su colaboración y su concurso para poner en escena una de sus creaciones, una obra que desde hacía un mes tenía monopolizada la atención de la prensa y de todos los círculos artísticos y literarios, y cuyo estreno se esperaba con ansiedad, como un acontecimiento extraordinario!

Gramosa tuvo deseos de abrazar á Campoy. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Quiso hablar, y á costa de un supremo esfuerzo sólo pudo balbucear:

—Yo... D. José... Es una honra, una gran honra para mí, pobre actor, sin méritos, sin apoyo...

—No se trata de méritos, dijo rudamente Campoy, aunque suavizó el concepto, añadiendo: por más que usted los tiene sobrados. Se trata de que no encuentro quien me haga el papel de Valentín tal y conforme lo he soñado. Me importa poco que el actor sea bueno ó malo... Es un momento, un momento nada más lo que yo quiero... Un gesto, una frase que allí he puesto... Nada más. Repito que lo demás me importa poco. Creo que es usted el hombre que necesito. ¿Acepta usted?

—¡Aceptar! ¿Cómo no?, dijo Gramosa. Pero es el caso que...

—Ya sé lo que va usted á decir. ¿El sueldo? El que usted quiera. Diez, quince, veinte duros diarios. ¿Le parece bien?

Gramosa, que en su vida había pasado de dos duros, creíase en aquel instante el protagonista de un cuento de las Mil y una noches.

—¡Oh! ¡D. José!, dijo. No es el sueldo precisamente lo que pudiera impedirme la honra de ir con usted; pero mis compromisos...

—No se ocupe usted de ello, ni se apure por tan poca cosa. Yo me encargo de desligarlo á usted de sus compromisos con esta empresa. Todo es cuestión de una indemnización.

—En ese caso...

—Todo está dicho. Mañana á las doce vaya usted por el Gran Teatro.

Aquella noche, cuando volvió á salir á escena, Gramosa miró con lástima á sus compañeros. Desde lo alto del pedestal á que súbitamente lo elevara la fortuna, toda aquella gente que bullía á su alrededor le parecía un rastro de hormigas.

El público notó que su voz era más campanuda que de costumbre y su gesto más solemne y afectado.

***

El estreno de *El abismo*, la obra tan anunciada, con tanta impaciencia esperada, del insigne dramaturgo D. José Campoy, obtuvo un éxito loco.

El autor fué aclamado entre delirantes y repetidas ovaciones, y de aquel triunfo sin precedente buena parte correspondió á los intérpretes, con especialidad á un actor desconocido, á un tal Gramosa, que en una sola escena, con una sola frase, se había revelado al público palpitante de curiosidad y de emoción como un artista de primer orden, como una estrella de primera magnitud.

Después de veinte llamadas á escena, el mismo Gramosa no podía creer en su éxito. No era el Gramosa de antes; el pobre, triste y abandonado cómico de la legua que había arrastrado su penosísima existencia, entre tropiezos, sobresaltos y privaciones, por los escenarios de los arrabales... El autor lo abrazaba, los amigos y admiradores del autor entonaban himnos en su alabanza; los periodistas entraban á saludarlo y le dirigían frases de encomio...

La obra, literariamente, había gustado, pero su

mayor éxito lo obtuvo de las alusiones con que el autor fustigaba al régimen imperante, alusiones de una crudeza comprometedora que levantaba al público en masa.

Gramosa salió aquella noche del teatro como sonámbulo. No durmió, y despierto, su febril imaginación se entretuvo en levantar verdaderos castillos de naipes, sueños de grandeza para el porvenir.

La faz de su vida había cambiado por completo. Su nombre era célebre.

* * *

Gramosa, con los ojos desmesuradamente abiertos, entrecortada la respiración, trémulos los labios, palpitante de indignación, de sorpresa y de despecho, oía al día siguiente, en la contaduría del Gran Teatro, lo que le contaban sus compañeros y lo que decían los periódicos.

La autoridad había prohibido las representaciones de *El abismo* y había mandado cerrar el teatro.

El pobre cómico oía esto y no se resignaba á creerlo. Su carrera, apenas principiada, quedaba deshecha; sus sueños se desvanecían; su nombre, una hora célebre, volvía á hundirse en la obscuridad.

No, no lo creía, no podía creerlo. No se resignaba á abdicar de todas sus grandezas en un instante conquistadas y perdidas; á bajar de la cúspide á que la casualidad lo había elevado...

Y Gramosa protestaba, gritando y gesticulando... Su exaltación iba de instante en instante en aumento... Su voz ronca, su semblante congestionado, sus ademanes inciertos, principiaron á alarmar á los que le rodeaban.

Se trató de calmarlo, y Gramosa entonces, pasando rápidamente, sin transición, de la más violenta cólera á la más ruidosa alegría, principió á recitar con voz altisonante y campanuda trozos de *El abismo*, mezclando imprecaciones con carcajadas... Luego tornó á encolerizarse y á amenazar á todo el mundo. Hubo que sujetarlo...

* * *

Gramosa, siempre grande, siempre magnífico, siempre entregado á sus sueños de ambición y de grandeza, sigue hoy recitando *El abismo* en el manicomio de Ciempozuelos.

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

(Dibujo de Carlos Vázquez.)

BARCELONA RETROSPECTIVA

Barcelona tal cual es. – La imprenta de Ramírez. – 1860. – Los Corregidores. – El Tívoli. – Santo Tomás. – Fiestas. – Antecedentes. – La Exposición.

Aunque un periódico festivo de la Ciudad Condal temía á la raíz de la publicación de mi libro «Barcelona tal cual es,» y allá por los años de 1888, si sería yo de los barberos literarios que daban mucho jabón para afeitar mejor después, he sido y continúo siendo un admirador sincero de Cataluña en general, y de Barcelona en particular, y siempre recordaré con gusto y con agradecimiento los años que he pasado en la más hermosa ciudad del Mediterráneo.

Desde mi modesta portería del Observatorio de Madrid, y en el estilo pedestre de un menestral de mi pobre fuste, en *El Liberal*, en *El Imparcial*, en el *A B C*, y en muchas ilustraciones y periódicos de España, he venido haciendo crónicas retrospectivas de lo que he visto y he observado en mi ya larga vida y en mis múltiples y variadas ocupaciones, puesto que he sido, dentro de mis oficios domésticos, servidor de muchos hombres importantes de distintas regiones de España.

Yo que he escrito crónicas retrospectivas, tantas, que no sólo por la calidad, sino por la cantidad, debo de tener fatigadísimo al lector, ¿por qué no he de hacer algo de la Barcelona antigua, que conozco desde mediados del siglo pasado, cuando fuí cajista en casa de Ramírez y allí se publicaba un periódico que me parece que dirigía D. Teodoro Baró?



Infancia de Aquiles, escultura de José Campeny

No era seguramente la Barcelona de 1860, aun siendo muy adelantada, la hermosa ciudad que es hoy. El mejor café era el de Cuyás; el mejor hotel el de Las Cuatro Naciones; la casa de Estevet una residencia de primer orden; cuando «La Criolla»—una tienda que estaba en la calle de Fernando—puso cuatro grandes espejos, se espantaban las gentes de tanto lujo; las murallas aprisionaban la ciudad; á Gracia y á Vallcarca se iba en diligencia; el ir á Pedralbes á comer requesón constituía un viaje; no se publicaban periódicos por la noche, porque las casas estaban cerradas; La Catalana y la empresa Lebón pleiteaban por cuestiones de gas, y entonces servía yo de amanuense á cierto abogado joven que iba frecuentemente á Barcelona en concepto de defensor de la empresa Lebón.

El poder central pesaba grandemente sobre el municipio catalán, en términos que el Ayuntamiento de Barcelona lo presidía un corregidor, nombrado por el rey; me parece recordar que el último fué un señor Bustamante, por cierto leonés.

Había un baile que se llamaba el Tívoli y estaba en las afueras; del ensanche sólo existía la casa de Gibert, y la Plaza de Cataluña presentaba el mismo aspecto que podría presentar una compañía de soldados haciendo cada uno un movimiento distinto.

No había coches de punto, no había tranvías; los grandes señores sólo salían en carruaje el día de Santo Tomás, y las grandes fiestas de Barcelona las constituían el Hereu y la Pubilla el día del Corpus, la castañada en Todos Santos y el día de comer el *be* por Pascua de Resurrección.

Y si Barcelona, que ha estado siempre muy adelantada, estaba así, calculen ustedes cómo andarían las demás capitales de España, Madrid inclusive, porque no hay que olvidar que Cataluña ha sido siempre la región de España que ha marchado á la vanguardia de los progresos del país.

Crean ustedes que para ser un portero tengo, efecto del roce con personas distinguidas, cierta erudición, y siempre que hablo de Cataluña recuerdo:

Que Pedro el Grande estableció en Barcelona en el siglo XIII el primer tribunal de comercio de España.

Que en 1401 se fundó en Barcelona el primer Banco de cambio que ha existido en Europa.

Que en el siglo XV se fundieron, también en Barcelona, los primeros cañones de grueso calibre.

Que la más antigua Academia de Buenas Letras de España tuvo nacimiento en Barcelona en el siglo XVIII.

En 1818 se estableció también en Cataluña, en Reus, el primer servicio de diligencias, cuyos coches tenían un letrero que decía: «Reus, París y Londres.»

Barcelona fué la primera ciudad española alumbrada por gas.

En 1828 estableció la primera Academia de Arquitectura naval.

En 1836 fué la primera que fletó el primer barco de vapor que salió de España.

El 28 de octubre de 1848 partió de Barcelona para Mataró el primer tren que recorrió tierra española.

También en 1848 se fundó el primer Instituto Agrícola é Industrial de España, y por último Barcelona ha sido la primera ciudad que ha hecho en España una Exposición Universal.

Pero no adelantemos los sucesos, como dicen los novelistas cursis, y después de esta enumeración, que prueba el adelantamiento de la tierra catalana, si ustedes las leen y LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA las publica, vendrán dos ó tres crónicas retrospectivas de Barcelona antes y después de la Exposición, y surgirán de mis recuerdos aquellas épocas de Vidal y Cuadras, López (padre), D. Ignacio Girona, Camilo Fabra, aquellos tiempos del Gavilán y la Baldufa, y más tarde Rius y Taulet, D. Manuel Girona, Durán y Bas, López Fabra, Rouviere, Pirozzini, don Elías Rogent, y muchas cosas y personas de las que intervinieron en la Exposición, acontecimiento que ha venido á marcar la nueva vida de la Barcelona moderna, que es hoy, como ya he dicho en otra parte, una ciudad incomparable.

Como en la capital del Principado he sido cajista, bañero en La Garriga, empleado en los Juzgados cuando estaban en la Plaza de Palacio, repartidor de *El Suplemento*, mozo de recados en el Edén Concert, escribiente de la sección de propaganda de la Exposición, aprendiz de tejedor en casa de Sellarés, en Sabadell, y en casa de Brujas, pulidor de metales cuando Masriera tenía su joyería en la calle de la Platería; como he conocido á Pompeyo Gener, todavía en la Jarabería, mucho antes de escribir «La



APLICACIÓN, cuadro al pastel de María Lubbes

Muerte y el Diablo;» y á Cornet y Mas haciendo las gacetillas del *Diario de Barcelona;* á Pascual, joven, cuando empezó á escribir en *La Publicidad;* á Daniel Ortiz haciendo con Lustonó *El Busilis,* y á Sánchez ídem—no Lustonó, sino Ortiz fundando *La Vanguardia;* como recuerdo cómo nació *El Noticiero Universal,* y cómo se edificó el hotel Internacional, que parece que lo regaban por la noche, tal avanzaban las obras cada día; y como á falta de otras condiciones tengo el talento de los tontos, que es la memoria, creo que mis crónicas retrospectivas sobre Barcelona pueden tener algún interés, sobre todo para la gente vieja de la capital del Principado—y no crean ustedes que esto de Gente Vieja es reclamo á cierto periódico que se publica en Madrid y en cuyas oficinas estoy encargado de pegar las fajas.

Conque—y ahora sí que termino—aguarden ustedes para juzgarme—mal, por supuesto—á que hayan aparecido en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en la que no escribo hace muchos años, dos ó tres trabajos míos.

UN PORTERO DEL OBSERVATORIO.

Por la copia,

JUAN VALERO DE TORNOS.

COPA ARTÍSTICA

OBRA DE TORCUATO TASSO

«*Qui s'y frotte s'y pique.*» Tal fué el lema del boceto ganador de la más alta distinción en el concurso abierto para la copa artística, ofrenda del ministro de la Guerra al futuro gran torneo internacional de tiro al blanco organizado por el «Tiro Federal Argentino.»

El trabajo resultó del celebrado escultor catalán D. Torcuato Tasso, recibiendo como recompensa la cantidad no despreciable de *once mil* francos.

La obra está bien pensada, siendo la única que estaba en un todo dentro de las múltiples cláusulas del concurso, sobresaliendo entre los diez bocetos presentados, algunos de carácter monumental, seis dibujos y otros deficientes que no se tuvieron en cuenta, llamando desde el primer momento la atención del numeroso público que asistió á la interesante exposición, instalada en el salón de la fotografía «Castillo,» de la aristocrática calle Florida, por su significación, ejecución, elegancia y justas proporciones.

El jurado discernióle el premio por unanimidad; y por unanimidad fueron discernidos los otros tres secundarios, con tal acierto, que toda la prensa porteña aplaudió el justísimo veredicto, dando inequívocas



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Copa artística, obra de Torcuato Tasso, que obtuvo la más alta distinción en el concurso abierto por el Ministerio de la Guerra para el premio destinado al gran concurso nacional de tiro al blanco organizado por el «Tiro Federal Argentino.» (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

pruebas de saber, de entender, de buen gusto y sobre todo de la más completa imparcialidad.

El concurso que nos ocupa fué el segundo para la citada copa. El primero quedó anulado porque el jurado no halló boceto, entre los presentados, que estuviera dentro de las bases pedidas: *motivo ó sello nacional, adornos decorativos en que entrara la flora patria,* etc., á pesar de haber concurrido buen número de artistas nacionales y extranjeros. En este último Tasso ha sido el afortunado vencedor con su preclarísimo talento. Su alegórico «cardo,» tan abundante en la flora argentina, con detalles ornamentales de gran riqueza artística, forma en conjunto una soberbia copa llena de elegancia, novedad y modernismo superiormente entendido y bien aplicado. El grabado da clara idea del relevante mérito de la obra.

La altura será de 80 centímetros poco más ó menos.

La fundición en metales preciosos—oro y plata—será dirigida por otro artista catalán, el celebrado fundidor Sr. Campins, recientemente llegado de Barcelona con el objeto de estudiar el mercado rioplatense relativo á la fundición artística en gran escala. Esta será su primera obra hecha en el recinto de la capital de la República Argentina.

En el torneo del año anterior, el premio del ministro de la Guerra fué ganado por un campeón suizo, siendo el premio más disputado por ser el más anhelado, vista su alta significación y valor.

En el presente, ¿quién se llevará la espléndida creación de nuestro compatriota Sr. Tasso? ¿A qué nación pertenecerá el nuevo vencedor? *¡Chi lo sá!*

El entusiasmo despertado es muy grande y será casi seguro asistirán excelentes tiradores, campeones de todas las naciones llamadas civilizadas, porque los premios valen la pena, y la vale la grandiosidad del acto, y también la seriedad del torneo.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, 1904.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La importancia que en sí mismo tiene y la suspensión casi absoluta de operaciones por el lado de Liao-Yang, hacen que toda la atención de los que con interés siguen esta lucha se fijen en el sitio de Puerto Arthur. El duelo que desde hace meses vienen allí sosteniendo rusos y japoneses ha llegado á su punto culminante, y á medida que redoblan los esfuerzos de los unos para apoderarse de la codiciada plaza, parece que aumenta la resistencia de los otros para defenderla.

El día 16, los sitiadores enviaron un parlamentario



Después del baño, cuadro de Joaquín Sorolla. (Exposición general de Bellas Artes. Madrid. 1904.)



Guerra ruso-japonesa. – El zar Nicolás II bendiciendo á los oficiales del regimiento de Infantería de Alejandro III antes de que partan para el Extremo Oriente
El zar lleva en la mano un icón con la efigie de Nuestro Señor, ante la cual los oficiales expedicionarios doblan la rodilla. (De una fotografía.)

á las avanzadas rusas para comunicar el ofrecimiento de su emperador permitiendo la salida de la ciudad á los no combatientes, al mismo tiempo que el mayor Yamoka intimaba la rendición de Puerto Arthur con las siguientes condiciones: 1.ª, la guarnición saldría con los honores de guerra para juntarse con el ejército de Kuropatkine; 2.ª, los buques de guerra surtos en el puerto serían entregados intactos á los japoneses; 3.ª, todos los no combatientes serían conducidos á Dalny por los japoneses, permaneciendo allí bajo la protección de la bandera blanca y siendo registrados sus equipajes. El general Stoessel contestó rechazando en absoluto estas condiciones y negándose terminantemente á rendirse: dícese que la población civil había pedido al general que le consintiera permanecer en la ciudad. El hecho de haber aquél accedido á esta petición demuestra que en la plaza no deben escasear los víveres, como algunos suponen.

A la intimación referida precedió un violento ataque general de los sitiadores en los días 14 y 15: su objeto era apoderarse de algunas alturas situadas al Sudeste de la bahía Luisa, y si bien al pronto consiguieron ocuparlas, no tardaron en ser arrojados de ellas con pérdidas enormes. Asegúrase que los japoneses perdieron, entre otras fuerzas, una batería, dos escuadrones de caballería y dos regimientos de infantería, que fueron totalmente destruídos por la explosión de varias minas. Tan grandes debieron ser estas pérdidas, que el parlamentario que llevó á Puerto Arthur las proposiciones de rendición solicitó un armisticio de tres días para enterrar á los muertos, demanda á la que no accedió el general Stoessel, quien en la mañana del 17 reanudó el bombardeo de las posiciones japonesas.

Con posterioridad á estos hechos, se ha dicho que los japoneses habían repetido sus ataques en los días 17 á 20, habiendo sido igualmente rechazados con pérdidas superiores aún á las de los combates del 14 y 15; y se añade que no sólo no pudieron apoderarse de nuevas posiciones, sino que hubieron de abandonar algunas de las que anteriormente ocupaban. Pero de todo esto no se tiene ninguna confirmación oficial.

Los japoneses creen que su superioridad física les asegura, á la larga, el triunfo, y esperan que con su tenacidad acabarán por agotar las fuerzas de los sitiados. Todas las probabilidades indican que la toma de Puerto Arthur es inevitable; pero es evidente también que los rusos están dando unas pruebas de resistencia heroica que indudablemente no esperaban sus contrarios cuando anunciaban la rendición de la plaza para los primeros días de julio. Va transcurrido desde entonces más de mes y medio, y Puerto Arthur todavía se defiende enérgicamente y lleva trazas de defenderse aún bastante tiempo. De todos modos, la toma de la ciudad habrá costado al Japón pérdidas y sacrificios inmensos y su defensa será una de las páginas más gloriosas de los anales militares rusos.

El zar ha dirigido con fecha 20 del actual el siguiente telegrama al general Stoessel: «En mi nombre y en el de Rusia entera os ruego que felicitéis á la guarnición, soldados y marinos, lo propio que á la población civil, por las victorias obtenidas en los días 26, 27 y 28 de julio. Estoy firmemente persuadido de que vuestra voluntad unánime es mantener, con vuestro valor inquebrantable, la gloria de nuestras armas; á todos os doy profundamente las gracias. ¡Que Dios bendiga vuestra misión difícil en la custodia de la fortaleza contra los asaltos del enemigo! —*Nicolás*.»

Como hemos dicho al principio, ninguna novedad ha ocurrido por la parte de Liao-Yang. Los ejércitos adversarios permanecen en sus respectivas posiciones, y si bien hay frecuentes encuentros entre las avanzadas, no tienen importancia alguna. El general Kuropatkine espera, antes de emprender operaciones decisivas, recibir los refuerzos que se le han prometido; en cuanto á los japoneses, según unos, su quietismo no es más que aparente, puesto que están operando un gran movimiento hacia el Norte, en dirección á Mukden; según otros, y esta versión es más verosímil, aguardan que se haya decidido la suerte de Puerto Arthur para disponer entonces de mayores fuerzas.

Se van recibiendo noticias de algunos de los buques que, formando parte de la escuadra de Puerto Arthur, efectuaron la desgraciada salida del día 10. El crucero *Diana* se encuentra en Saigón; en cuanto al otro crucero *Novik* fué alcanzado, cuando se dirigía á Vladivostok, por los buques enemigos *Chitosé* y *Tsuchima*, y después de un reñido combate que duró toda la tarde del 20 y la mañana del 21, fué á estrellarse en la costa.

Respecto de los dos únicos buques que, después de la pérdida del *Rurik*, quedan de la que fué división naval de Vladivostok, díjose que el *Rossia* se había ido á pique, pero esta noticia ha sido desmentida y se sabe ya que tanto él como el *Gromoboi* han regresado á dicho puerto.

De todos modos, el poder naval de Rusia en el extremo Oriente ha quedado completamente destruí do, y los japoneses serán dueños absolutos de aquellos mares hasta tanto que llegue allí la llamada escuadra del Báltico; pero ¿llegará ésta realmente? Y en caso de que llegue, ¿llegará á tiempo? Por de pronto todavía no se ha puesto en movimiento; pero aun suponiendo que pueda conseguir su propósito, si, como es probable, Puerto Arthur cae en poder de los japoneses, ¿qué hará esa flota sin más puerto de refugio que Vladivostok, el cual precisamente se hallará cerrado por los hielos cuando aquélla llegue, si llega, al mar del Japón?

Varias son las cuestiones de derecho internacional á que han dado lugar los buques de la escuadra de Puerto Arthur refugiados en distintos puertos.

El cónsul japonés en Shanghai pidió oficialmente á las autoridades chinas que hicieran abandonar el puerto al crucero *Askold* y al contratorpedero *Grozovoi* ó que procedieran á su desarme. El cónsul de Rusia, por su parte, manifestó que ambos buques antes de poder hacerse á la mar habían de ser objeto de algunas reparaciones. El tao-tai chino y su gobierno, en vista de esto, hállanse perplejos sin saber qué resolución tomar y su situación es tanto más difícil cuanto que los japoneses, sin duda con objeto de hacer presión, han enviado una escuadra á la desembocadura del Yang-Tse. Afortunadamente para ellos, los cónsules residentes en aquella ciudad se han reunido para resolver este asunto, siendo lo más probable que los dos referidos barcos rusos serán desarmados.

El acorazado *Tsarevitch* y los contratorpederos *Bezchuny, Bespotchadny* y *Bezstrashny*, refugiados en el puerto alemán de Kiao-Cheu, han sido desarmados y puestos bajo la protección de las autoridades alemanas, á las cuales se ha enviado órdenes terminantes para que hagan respetar la neutralidad. En su consecuencia, el gobernador de aquella posesión ha hecho saber á los japoneses que todo buque de guerra que penetre de noche y con las luces apagadas en el puerto, será cañoneado, á cual efecto un crucero está constantemente de guardia.

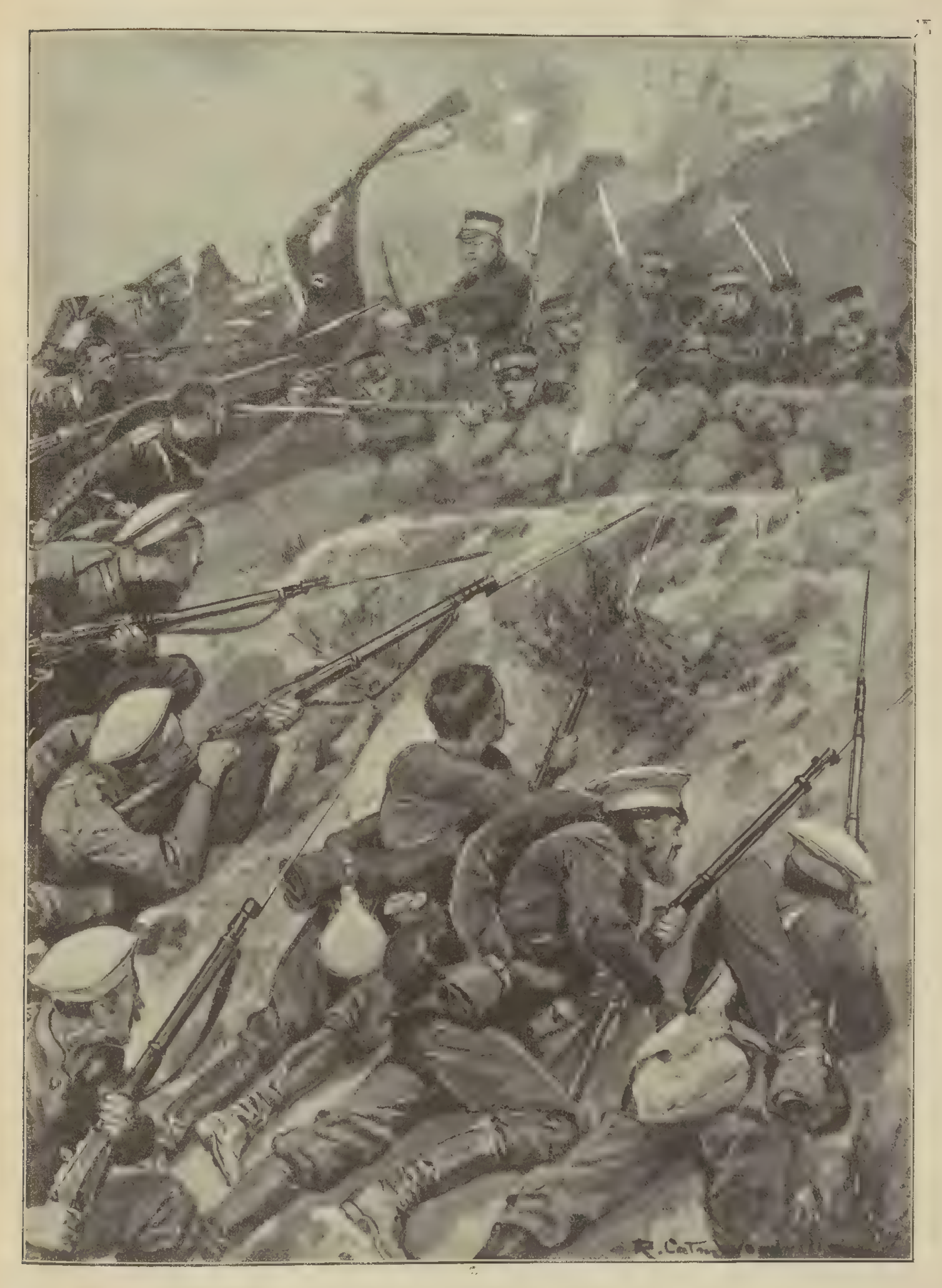
El ministro del Japón en Wáshington ha entregado á Mr. Hay una nota examinando la protesta rusa relativa al incidente del *Reshitelny* de que nos ocupamos en nuestra crónica anterior. El Japón se niega á devolver este barco fundándose en las continuas violaciones de la neutralidad de China cometidas por Rusia; en que el *Reshitelny* no sólo no estaba desarmado, sino que había renovado su provisión de carbón para salir del puerto en la primera coyuntura favorable; en que no se había escapado después del combate, sino que había ido directamente á Che-Fu para transportar pasajeros y transmitir informes militares, y en que en la colisión que á bordo del cañonero había ocurrido, la agresión partió de los marinos rusos.

Según noticias oficiales de Tokío, el Japón lleva gastados desde que empezó la guerra, 615 millones de francos.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Coolíes chinos transportando heridos después de una batalla

(Dibujo de A. Gough.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Episodio del combate de Telissu. Los rusos atacando una trinchera japonesa

(Dibujo de R. Caton Woodville.)



BARCELONA. – Banquete ofrecido por el Excmo. Ayuntamiento á los representantes de los Ayuntamientos de Cataluña, convocados por el de esta ciudad para tratar de la cuestión de los ferrocarriles transpirenaicos. (De fotografía de A. Merletti.)

NUESTROS GRABADOS

La infancia de Aquiles, escultura de José Campeny.— Si lo ingenioso y lo jovial inspira á Campeny obras tan agradables cual aquellas que han contribuido á cimentar su reputación, hallan asimismo albergue en su espíritu las que obedecen á los conceptos del clasicismo. Muestra de ello es su variadísima producción, desde sus graciosas *colombinas* y el acertadísimo grupo de chiquillos jugando á *salta cabrillas*, á la representación de *El escándalo* y *La infancia de Aquiles* que hoy damos á conocer á nuestros lectores. En unas y otras vese la fantasía del artista, su poderoso esfuerzo y el creciente afán de singularizarse, huyendo de la vulgaridad, buscando é interpretando temas ó asuntos de la vida real ó bien acudiendo á los mitos y leyendas, que tantos elementos suministran al artista que se halla en condiciones de dar prueba fehaciente de su ingenio y habilidad. La obra á que nos referimos figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes, mereciendo lisonjeros elogios de la crítica y del público.

Aplicación, cuadro al pastel de María Lubbes. – La vida infantil ofrece al artista un inmenso campo de estudio y un manantial inagotable de inspiración. Lo mismo en sus juegos que en sus ocupaciones formales, presentan los niños una serie infinita de encantadoras actitudes, de graciosos movimientos, de gestos expresivos; y el pintor ó el escultor no tienen que hacer otra cosa que mirar, observar y saber aprovechar el momento oportuno para tomarlos como modelos inconscientes. En esto estriba el talento artístico, tratándose de este género de pintura, en apreciar en toda su intensidad la imagen fugaz que la naturaleza brinda y retener los rasgos esenciales que determinan su carácter, para que quien contemple luego la obra de arte pueda inmediatamente hacerse cargo de la situación é identificarse con ella. La autora de *Aplicación* ha conseguido por completo este resultado: á poco que nos fijemos en su notable pastel, observaremos que es difícil expresar con mayor verdad la atención que pone en su tarea esa niña con la cabecita inclinada y fijos los ojos en la pizarra, en donde su mano traduce en números ó en letras los problemas ó los pensamientos que tanto la preocupan. El detalle de la muñeca tendida en el suelo contribuye á dar mayor realce á la idea de la artista, que el título del cuadro explica claramente.

Después del baño, cuadro de Joaquín Sorolla. – Hablando de este pintor á propósito de los cuadros que presentó en la última Exposición general de Bellas Artes de Madrid y entre los cuales figuraba este que reproducimos, dijo uno de los mejores críticos matritenses: «Tratándose de él no se sabe nunca adónde va á llegar, ni á qué extremos ha de conducirle el genio que le inspira. Está uno acostumbrado á decir de Sorolla todo lo imaginable, se agotan los elogios y los adjetivos, y cuando se cree haber cumplido con lo que merece su pintura, inmensa hasta en sus errores y tropiezos, pinta otro cuadro y nos encontramos con que estamos como al principio teniendo que decir de su autor algo que corresponda á una producción vertiginosa por la cantidad y la calidad.» Sintetizan tan bien estas líneas el juicio que, en nuestro concepto, merece el genial pintor valenciano, que no hemos podido resistir á la tentación de reproducirlas y no vacilamos en aceptarlas como expresión del juicio propio. *Después del baño* es una nota hermosísima; la luz que inunda el cuadro llega á deslumbrarnos; dijérase que el artista ha logrado por arte sobrenatural arrebatar sus rayo al astro del día para aprisionarlos en el lienzo. Y si, dejando aparte esta maravilla técnica, nos fijamos en la expresión de la obra, hallaremos en ella bellezas no menos sorprendentes y habremos de admirar los encantos de esta escena hondamente sentida, arrancada de la naturaleza misma y reproducida con toda la fuerza de la realidad.

Barcelona. — Banquete ofrecido por el Excelentísimo Ayuntamiento á los representantes de los Ayuntamientos de Cataluña.— Con motivo de haberse firmado entre los gobiernos español y francés el tratado internacional referente á la construcción de los ferrocarriles transpirenaicos, el Excmo. Sr. Alcalde de Barcelona, D. Gabriel Lluch, convocó á todos los Ayuntamientos de Cataluña á una reunión magna que se celebró el día 17 de los corrientes en el histórico Salón de Ciento de esta ciudad y en la que se trató de esta cuestión que tanta importancia y tanta trascendencia tiene para la región catalana, puesto que á ella corresponden dos de las tres líneas internacionales proyectadas. Con escasísimas excepciones todos los municipios respondieron al llamamiento, juntándose en el expresado día en nuestra capital la representación viva de Cataluña entera. No disponemos de espacio para ocuparnos de los entusiastas y patrióticos discursos que en aquella asamblea, que bien podemos llamar magna, se pronunciaron; por esto nos limitaremos á decir que la nota dominante en todos ellos fueron los votos fervientes de todos por la realización pronta de las dos citadas vías férreas. Después de visitar rápidamente la ciudad, ya que la falta de tiempo no permitía otra cosa, los representantes de las corporaciones municipales fueron obsequiados con un espléndido banquete que se celebró en el Hotel Colón y al cual asistieron además los Excmos. Sres. Gobernador Civil y Presidente de la Diputación Provincial y algunos senadores y diputados. En los brindis con que terminó la fiesta se reprodujeron los patrióticos conceptos emitidos poco antes en las Casas Consistoriales.

El acto de reunirse en Barcelona los representantes de todos los ayuntamientos catalanes tiene importancia suma: es el primero, después de muchos siglos, en que toda Cataluña junta en una sola sus aspiraciones y hace pública ostentación de su espíritu de hermandad; y puede tener grandísima trascendencia si, como ya se manifestó entre los reunidos, perdura el propósito de menudear esas asambleas regionales á fin de aunar los esfuerzos de todos para el bien común.

El Ayuntamiento de Barcelona y en especial su Alcalde presidente merecen sinceros plácemes por sus iniciativas en esta cuestión y su conducta merece ser imitada por cuantos se interesen por la prosperidad de las regiones españolas y por consiguiente por el bienestar de España, la patria de todos.

Duetto, cuadro de Adolfo Hengeler.—El artista, cansado á veces de los espectáculos que la vida ordinaria ofrece constantemente á sus ojos, se transporta con la imaginación á otras edades y busca en ellas asuntos para sus composiciones. A los que tales aficiones demuestran, la mitología les brinda ancho campo de inspiración: las historias de aquellos dioses, la existencia de aquellos fabulosos héroes, las aventuras de las graciosas ninfas, las liviandades de los lascivos sátiros, son temas á propósito para excitar la fantasía del pintor. Nótase, sin embargo, que los artistas modernos que en tales temas se ocupan, no pueden substraerse á la influencia de los tiempos, así es que la mayoría de ellos, si en el fondo se apartan de lo actual, en la forma se ajustan á los cánones que integran el arte de nuestros días; así es que las figuras por su pincel trazadas son personajes que, por decirlo así, viven con nosotros y con quienes á diario nos codeamos. ¿Es esto un mérito? ¿Es un defecto? No somos nosotros los llamados á contestar á estas preguntas; únicamente haremos observar que este procedimiento no es invención de los artistas contemporáneos nuestros, sino que en todos los siglos y en todos los países ha habido pintores, grandes maestros muchos de ellos, que en sus preciosos lienzos nos presentan este y otros mayores anacronismos. El cuadro del celebrado artista alemán Hengeler pertenece al género que nos ha inspirado las anteriores observaciones; esa ninfa y ese sátiro no parecen inspirados en la mitología, tal como se concibe por punto general todo lo que forma parte de esta que algunos llaman ciencia; ello no obstante, resulta una obra de arte agradable á los ojos, con lo cual el autor ha cumplido perfectamente uno de los principales fines artísticos.

Necrología.—Han fallecido:

Antonio Dietrich, pintor de historia alemán, profesor de la Real Academia de Artes Gráficas de Leipzig.

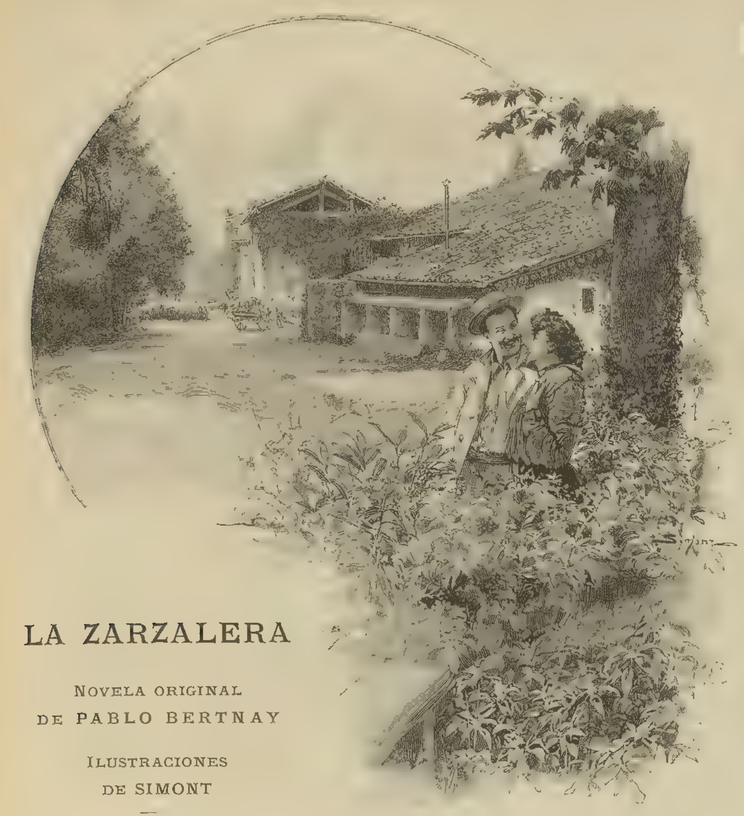
Federico Goodall, pintor inglés, que se dedicó especialmente á la acuarela y á los asuntos orientales, miembro de la Real Academia de Londres.

Eduardo Hanslick, estético y crítico musical austriaco, profesor de Estética y de Historia de la Música en la Universidad de Viena.

José Joaquim, popular escritor suizo, autor de varios notables cuentos, novelas y dramas.

Julio Johannsen, pedagogo musical oriundo de Dinamarca, profesor primero de Armonía y luego de Contrapunto, Fuga y Composición del Conservatorio de San Petersburgo, del que fué director desde 1891 á 1897.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.



LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL
DE PABLO BERTNAY

ILUSTRACIONES
DE SIMONT

El tren se detuvo en la estación de Saint-Romain.

Era de noche, una noche de mayo fría, pura y envuelta en un cielo sombrío en el que brillaban las estrellas, pequeñas y límpidas.

Al lado del andén, por el que se veía correr el farol de un mozo de estación, el tren se extendía como una bestia monstruosa que descansa respirando fuego.

La humedad de la noche rodeaba las luces reglamentarias de una bruma chispeante.

Alrededor de la estación todo era silencio y obscuridad, y los viejos nogales que marcan el camino de la aldea se destacaban pesadamente sobre el cielo sin luna como unas masas todavía más obscuras.

Dos mujeres muy tapadas acababan de apearse de un vagón de primera, una que andaba un poco delante con paso apresurado y resuelto que sonaba en el piso del andén, y otra que la seguía menos lista, más gruesa y embarazada además con los sacos de mano de que iba cargada.

A aquella hora avanzada ningún otro viajero había bajado del tren en Saint-Romain.

Las dos mujeres llegaron á la puerta de salida cuando el jefe de estación la estaba abriendo, y éste exclamó sorprendido al ver á la más esbelta, que le presentaba los billetes:

—¡Calla!.. ¿Es usted, señorita Delestang?..

—Sí, Sr. Reynaud; yo, con Marieta.

—¿Y no ha venido nadie á esperar á usted?..

—Los abuelos no saben que llego... Es una sorpresa que les preparo.

—Pero... á estas horas...

—No es culpa nuestra. Nos hemos puesto en camino prudentemente á las doce... Pero en Vienne hemos tenido un retraso de esos que no acaban nunca...

—Sí, el vagón de balaste que ha descarrilado... Me lo han prevenido. No han llegado ustedes á tiempo al empalme y han tomado el tren 17.

—De modo que en vez de llegar en pleno día, son cerca de las nueve.

—Y tenemos que andar todavía más de media hora, añadió Marieta, cargada con sus sacos y sus cajas.

—¿Quieren ustedes una linterna? La noche está muy obscura... Ó, si no, voy á decir á Bernardo que las acompañe...

—¿Para qué?, dijo la joven riendo; deje usted en paz á Bernardo, que ha acabado ya su trabajo. ¿Ha cambiado en algo el camino de la Zarzalera desde las vacaciones?

—No, respondió el jefe de estación también riendo; ni una piedra más ni un bache menos.

—Entonces estamos en país conocido y en cuanto demos tres pasos veremos muy bien. Hasta la vista, Sr. Reynaud. Mañana vendrán á buscar los equipajes.

—Expresiones al Sr. Girardot y á su señora.

—Gracias en nombre de mis abuelitos.

Después de dar los billetes, las mujeres franquearon la puerta y desaparecieron casi en seguida, perdidas en la obscuridad.

Saint-Romain es una estación de poca importancia en la línea del Delfinado, que empalma en Valence con la de París-Lyón-Mediterráneo.

La aldea, bastante lejana de la estación, se pierde en esa confusión de nogales que dan á las vegas del bajo Isere el aspecto de selvas vírgenes cuando se las mira desde la ladera en que corre la vía férrea.

Aquellos árboles gigantescos no están plantados, sin embargo, más que en las lindes de los prados y de las tierras de labor, que pierden á su opaca sombra mucha fertilidad. Pero, para los campesinos de la región, ninguna cosecha es comparable con la de ese árbol, que es para ellos lo que el olivo para los provenzales, pues les da su fruto, su aceite y, al fin de su carrera, su admirable madera de venas tornasoladas.

Cubierta con sus nogales, cuyas hojas exhalan un perfume de amargor, la aldea se agrupa alrededor de su iglesia, que no tiene nada de arquitectónica, y de su casa ayuntamiento, que hace frente á la iglesia sin tratar de eclipsarla.

Allí está «la plaza» formada por las dos ó tres tiendas y tabernas que son de rigor.

Más lejos se reparten las casas de labor y algunas grandes fincas, cuyos propietarios viven sin fausto y conservan las costumbres que antes de ellos tuvieron sus padres.

En lo alto de una colina, no más frondosa, pero cuidada á manera de parque, levanta sus pizarras azules una especie de castillo con sus garitas en las esquinas.

Y todo esto se pierde en las frondosidades de la verde llanura en que el Isere ahonda un surco de cien metros de profundidad, de bordes escarpados llenos de avellanos y de encinas, y más profundo cada día á impulsos de la corriente impetuosa que rueda por él sus ondas de estaño ennegrecido.

Las dos mujeres iban hablando por el camino, á cuya obscuridad se habían ido acostumbrando sus ojos.

—¡Oh, señorita!, á una hora semejante esto hace temblar...

—¡Cobarde! ¿De qué tienes miedo?

—¡Quién sabe!.. Algún borracho..., alguna mala persona...

—¡Bah! Somos dos... ¿Quieres que te ayude á llevar algo?

—No, ¿para qué? Lo que quiero es que vayamos de prisa... No veo el momento de llegar á casa de sus abuelos de usted.

—¡Cómo se van á sorprender!

—Y con razón... Yo misma no puedo comprenderlo... Me parece un sueño... Y cuando me dice usted que es para siempre...

—Marieta, dijo la joven con voz vibrante, estoy decidida y mi padre lo sabe. No me iré de aquí más que para ir á mi casa..., á la mía... Y ya sabes, continuó diciendo todavía más nerviosa, que la vida con mi padre no es ya posible. Hoy eras tú á quien su mujer quería despedir...

Y añadió enternecida:

—A ti, pobre Marieta, que auxiliaste á mi madre al morir...

—Es verdad que la querida señora murió en mis brazos.

—A ti, que me has criado...

—La verdad es que la he zarandeado á usted tanto como su nodriza.

—Y sobre todo, la verdad es que me quieres. Este es tu crimen, Marieta.

—Y además haber estado en la casa antes que la señora...

—Y en tiempo de mamá... Y bien, hoy eras tú, ayer fué otra cosa y mañana hubiera sido otra... Había que acabar... y papá lo ha comprendido.

—Pues yo, en su lugar, hubiera sido más hombre y hubiera dicho á la señora que no tenía razón...

La joven se encogió de hombros y dijo:

—Mi madrastra no tiene treinta años, es muy linda y papá la quiere mucho, lo que es muy natural.

En lugar de responder, Marieta hizo un ademán como para imponer silencio.

—Señorita, dijo en voz baja, ¿no ha oído usted?

—¡Cobarde! Algún animal nocturno que se ha metido en un matorral...

—No... Alguien que andaba...

—Algún transeunte retrasado... como nosotras...

—Alguien que andaba... y se ha emboscado allí... ¡Ah! Hubiéramos debido dejar que nos acompañara Bernardo...

Graciana miró en la dirección á que señalaba Marieta. Pero no vió nada.

El camino, un poco cubierto en aquel sitio, se indicaba apenas bajo los grandes árboles que tenía á ambos lados. La doble hilera de matorrales que le hacían aún más obscuro no se movía lo más mínimo.

—Ven, dijo, acabarás por hacerme creer que hay un bandido detrás de cada mata y...

La joven no acabó.

En efecto, sus ojos, acostumbrados ya á la noche, vieron salir de los matorrales, no una, sino dos formas negras, dos hombres, que se pusieron en seguida á reir y á dar traspiés.

—¡Oh, señorita!, balbuceó Marieta, no están borrachos..., lo fingen..., son dos malhechores.

En pocos pasos se acercaron aquellos merodeadores nocturnos, y uno de ellos, sin dejar de vacilar ni de reirse, alargó la mano hacia la maleta que llevaba la criada.

—¡Sigan ustedes su camino!, exclamó Marieta estrechándose contra Graciana.

El hombre no estaba borracho, ciertamente, pues respondió en seguida con voz cavernosa:

—¡Alto ahí!.. Pronto, el portamonedas, ó si no...

Pero la honrada mujer no pensaba ya sino en la joven cuya guarda le había sido confiada y se apercibía á luchar desesperadamente contra aquellos ladrones ó acaso asesinos...

—¡Socorro!.. ¡Socorro!.. ¡Corra usted, señorita!..

¡Pobres mujeres! ¡Solas en la obscuridad!.. El desalmado trataba ya de coger á Marieta por la garganta.

—¡Voy á hacer que grites por algo!, dijo.

Y añadió, animando á su compañero:

—Ocúpate tú de la otra...

Pero en este momento los dos retrocedieron. Se oía una voz que decía:

—¡Voy volando!.. ¡Ánimo!..

Y en seguida se oyeron unos pasos precipitados, los pasos de un defensor que acudía.

—¡Socorro!.. ¡Al asesino!..

El recién llegado se precipita con el bastón levantado...

Una confusión..., una refriega que dura apenas unos segundos..., juramentos y gritos arrancados, no ya á la cólera, sino á la exasperación de la carne azotada..., los dos bandidos que saltan á la espesura y que desaparecen huyendo...

Y el providencial salvador se volvió encogiéndose de hombros hacia las dos mujeres medio muertas de terror.

—Tan cobardes como pillos... No tengan ustedes miedo, señoras, porque les he quitado la gana de volver á las andadas...

—¡Ah, caballero..., caballero!..

La angustia que oprimía á Graciana y el espanto que le apretaba la garganta le impidió decir más.

Pero Marieta dijo, rompiendo á llorar al sentirse aliviada de su tensión nerviosa:

—Caballero, sin usted se había acabado..., hubiéramos sido asesinadas... Una vieja como yo, la desgracia no hubiera sido grande...; pero mi pobre señorita, una criatura que no tiene veinte años..., que es encantadora... y que tiene todo lo necesario para ser feliz... ¡Y la hubieran matado, caballero!..

Mientras todo este flujo de palabras entrecortadas, el recién llegado había mirado mejor á aquellas dos desconocidas á quienes acababa, en efecto, de arrancar á un peligro formidable.

La que hablaba era una mujer del pueblo.

Su aspecto, sus ropas y su lenguaje no daban lugar á engaño.

Pero la otra, que con las manos juntas é incapaz de manifestarle su agradecimiento más que con aquel ademán desolado, se destacaba sobre el fondo grisáceo del camino, presentaba una silueta fina y elegante. Sus manos, muy pequeñas, estaban cuidadosamente enguantadas y su abrigo de pieles exhalaba ese olor delicado propio de las peleterías de precio.

Bajo el velo se adivinaba que era linda.

El recién llegado dijo, muy conmovido á su vez:

—¡Ah, señorita, cuán feliz me siento porque la casualidad... Pero tranquilícese usted. De esta aventura no quedará más que un recuerdo desagradable.

—No, señor, dijo por fin Graciana; quedará un recuerdo de infinito agradecimiento.

Y Marieta añadió impetuosamente:

—Del agradecimiento de toda la familia. ¡Ah! ¡Pobre Sr. Girardot, cuando sepa!.. ¿Pues y la señora?..

—¿El Sr. Girardot?, repitió el salvador muy sorprendido.

—El mismo, caballero. Esta señorita es su nieta, Graciana Delestang.

—¡Ah! ¿Es posible?, dijo el joven con una expresión extraña.

Y olvidando, sin duda, el presentarse á sí mismo, anadió:

—Y bien, señorita, debe usted apresurarse á llegar á la Zarzalera. A Dios gracias, no está usted lejos.

—No, respondió Marieta, cinco ó seis minutos. ¡Y pensar que se ataca de este modo á la gente á dos pasos de las casas!

Mientras se lamentaba, la buena mujer estaba recogiendo sus objetos, esparcidos por el camino.

—Además, añadió el desconocido, voy á acompañar á ustedes durante esos dos pasos.

Y para evitar el ser interrogado, el joven se apresuró á preguntar á Graciana, señalando la maleta que tenía en la mano:

¿Llega usted por el ferrocarril?

—Sí, señor.

—Es un poco imprudente, á estas horas...

Fué preciso que Graciana le explicase, como antes al jefe de estación, el accidente causa del retraso.

Y apenas acababa de hacerlo, el joven, pues lo era, y esbelto y robusto, bajo el chaquetón de caza que le cubría, se apresuró á decir, señalando á la Zarzalera, cuyas ventanas brillaban á través del follaje:

—Por fin, su viaje de usted ha terminado...

—Mi abuelo, caballero, va á poder decir á usted personalmente...

—Dispense usted, señorita... Me están esperando y tengo prisa... Con gran sentimiento mío, me es imposible...

—Pero, en ese caso, sírvase usted decirme, al menos, á quién debo...

—Mi nombre no diría á usted nada, señorita... Soy feliz, muy feliz, al haber podido prestar á usted un servicio que cualquiera otro en mi lugar le hubiera hecho como yo... Guarde usted de este encuentro..., de esta casualidad..., un buen recuerdo, como yo le guardaré... Y adiós, Graciana Delestang..

—Pero, caballero...

El joven saludó á Graciana, y antes de que ésta hubiese vuelto de su asombro, desapareció en la obscuridad

* * *

Eran las nueve y media de la noche.

En el comedor de la casa viejísima en que ellos también habían envejecido, Girardot y su mujer estaban calentándose al lado de la chimenea.

Esas noches de mayo son todavía frescas y en el hogar se estaban consumiendo dos gruesos leños de encina que ardían con llama clara é igual.

Con sus gafas en la nariz, Girardot estaba leyendo el periódico.

Su mujer hacía media y en el tirabuzón de plata de su peinado á la antigua moda ostentaba una aguja, la que debía servir dentro de un instante para coger la nueva hilera de puntos.

Los dos estaban tranquilos y silenciosos.

A los cuarenta años de intimidad, dos personas tienen poco que decirse y se entienden muy bien sin necesidad de hablar.

De vez en cuando la anciana levantaba la vista para mirar, en su antigua butaca de tapicería, á aquel viejo gris, de cara afeitada y vista todavía viva bajo las gafas, en el que acaso la buena señora encontraba todavía algunas huellas de aquel Luis Girardot que había sido en sus tiempos un guapo moreno, delgado y ágil, con su levita ceñida al talle...

Por un magnetismo de honda afección, el lector levantaba al mismo tiempo los ojos como para asegurarse de que estaba allí, en su sitio acostumbrado, la que fué en otro tiempo joven y linda y había encanecido y engordado allí hasta convertirse en una buena viejecita rechoncha y sonrosada.

Una vaga sonrisa aparecía entonces en los labios de los dos, y ambos, sin decir palabra, volvían satisfechos, el uno á su lectura y la otra á su calceta.

El comedor estaba alumbrado por una lámpara colgante de porcelana blanca que proyectaba un gran círculo de luz sobre la mesa con correderas en que se apoyaban los respaldos de los dos sillones.

No había allí ni trinchante, bueno para la cocina, ni aparador, fantasía demasiado moderna.

Sus predecesores habían encontrado más práctico y más bello poner á los dos lados de la chimenea dos inmensos armarios, pintados, como todos los muebles de la pieza, con ese barniz de espíritu de vino que brillaba tanto y se resquebrajaba tan pronto.

Todo se había conservado piadosamente como estaba.

El barniz amarilleaba y se hendía á lo largo de las molduras, y en las paredes unos cuadros bordados y unas caligrafías recordaban los triunfos escolares de los antepasados.

En la chimenea, un Baco dorado al mercurio apoyaba su tirso en la esfera de un reloj que abrigaba bajo un fanal su eterno tic-tac.

Delante del fuego, un perrillo faldero se calentaba con el hocico entre las patas, y en la cocina contigua se oía un ruido de platos producido por Francisca, la criada, que estaba fregando.

¿Quién había de pensar que en aquella casa tan pacífica habían ocurrido dramas terribles?

Dos, por lo menos, habían dejado recuerdos apaciguados ya, pero no borrados.

Los esposos Girardot no habían tenido más que dos hijas, la segunda de las cuales había nacido diez años después que su hermana mayor.

En aquella casa vieja y patriarcal el orden y la buena administración habían aumentado una fortuna patrimonial ya considerable, y la hija mayor de los Girardot era á los veinte años un buen partido. La joven fué cortejada por un banquero de Lyón, se hizo la boda, y Angela Girardot, convertida en señora de Delestang, dejó la casa paterna para ir á habitar la ciudad de las nieblas.

Un año después daba á luz una niña: Graciana.

Pero agotada por un parto muy penoso, cayó gravemente enferma y hubo que trasladarla á la Zarzalera para que el país natal le devolviese la vida que le arrancaban poco á poco las brumas del Ródano.

Pero era ya tarde y la enferma murió allí. La madre de Graciana reposaba en el cementerio de Saint-Romain, á la sombra de la iglesia; y aquella había sido la primera pena de su pobre madre. Cuando los hijos mueren prematuramente, su casa se queda vacía para siempre.

Pero, en fin, á aquellos padres desolados les quedaba otra hija, Camila, que tenía doce años y que iba á ser objeto de todos los mimos, como hija única.

Camila estaba en el convento en que también se había educado su pobre hermana, y hubo que dejarla allí todavía unos años.

Pero en cuanto cumplió los radiantes diez y seis, se dieron mucha prisa á llamarla á su casa, donde la niña Camila, á cambio del consuelo, de la alegría y de la esperanza que llevaba, se convirtió pronto en una tiranuela ante cuyos caprichos cedían su padre, su madre y sus criados.

Con semejante régimen, las disposiciones naturales de aquella niña voluntariosa y rebelde á toda presión se desarrollaron notablemente.

Camila, por otra parte, estaba dotada de una singular belleza y tenía unos gustos refinados y unos instintos de arte desconocidos de sus padres, que la admiraban sin comprenderla.

Y véase cómo se había fraguado el otro drama, el drama terrible de la Zarzalera.

Camila, independiente, aventurera y que corría de la mañana á la noche por los admirables bosques de encinas que se extienden desde Saint-Romain hasta las escarpadas orillas del Isere, había encontrado por aquellos andurriales un artista, un pintor, que estaba haciendo estudios.

El pintor era joven, guapo y tenía un talento que debía llevarle á la celebridad; y pronto dió principio una linda novela, tan linda como absurda, entre aquellos dos seres que apenas se conocían y ya se juraban un amor eterno.

Aquel idilio no podía conducir más que á un deplorable desenlace.

Cuando Camila, llena de febril valentía, declaró á su padre estupefacto y á su madre espantada que no quería otro marido que aquel pintor, chocó por primera vez en su vida con una voluntad tan obstinada como la suya.

Los viejos habían soñado con un yerno que se instalase á su vez en la casa para rejuvenecerla y continuarla.

¡Y aquella niña hablaba de un artista!

¡Un pintor!.. ¡Un bohemio!.. Un hombre que se la llevaría á París, dejando la casa para siempre vacía y desolada, y que haría á Camila la más desgraciada de las mujeres... ¡No, no!.. ¡Mil veces no!..

El choque de aquellas dos obstinaciones fué tempestuoso, brutal y funesto.

Y unos días después, Camila se escapaba como quien se escapa de una prisión insoportable, dejando una corta esquela de despedida agriada con todos los rencores que la joven llevaba consigo.

Camila se marchaba sin decir adónde iba y sin anunciar lo que pensaba hacer, implacable con los pobres viejos á quienes su desaparición iba á desesperar.

Y desde entonces, ¡oh, niña cruel!, no había vuelto á dar señales de vida.

Habían pasado más de diez años, y ya por tenaz rebelión, ya por inflexible amor propio, ya por secreta vergüenza, la fugitiva persistía en su silencio y en su alejamiento.

Se sabía, sin embargo, lo que había sido de ella, y gracias á Dios para el honor de la familia, su historia no era de esas que no se pueden contar sin rubor.

También ella se había dedicado á la pintura y desde las primeras intentonas había revelado un admirable temperamento de artista. Después había puesto en aquel arte, que era para ella una rehabilitación, la misma voluntad obstinada que la había hecho lanzarse á la peor de las aventuras.

En la actualidad, si se ignoraba su vida privada, se sabía su trabajo de artista y se conocían sus brillantes éxitos.

Camila Girot (había tomado este apellido, que era como una abreviatura del suyo) era una celebridad, y la opulenta existencia que, según parece, había logrado, era una conquista de su trabajo y de su talento.

Pero jamás había tenido una mirada de piedad para aquella casa, más desolada aún por su fuga que por el vacío dejado por su hermana, la pobre muerta que dormía á la sombra del campanario de Saint Romain.

Diez años habían transcurrido. ¡Diez años!

Aquellos padres habían llorado mucho.

La señora de Girardot había estado enferma, muy enferma... Pero, en fin, las lágrimas acaban por agotarse. Las personas se acostumbran á la pena y la costumbre trae poco á poco el alivio.

—Esa niña no nos perdona, suspiraba el bueno del viejo.

—Jamás volverá, respondía tristemente la madre, cuyos cabellos se habían puesto blancos en pocos meses.

Y después habían dejado de hablar de esto. ¿Para qué ahondar tan cruel herida?

Cuando más, sucedía á veces que Girardot, le-

yendo el periódico, sentía de pronto un ligero rubor en la frente y un involuntario estremecimiento.

Y entonces, su mujer le preguntaba con voz llena de ansiedad:

—¿Hablan de ella?

—Sí...

—¡Pobre Camila!

Y no se decía una palabra más.

. . . .

Además, había en la actualidad otra niña en la que se reconcentraban las afecciones de que los dos ancianos tenían una necesidad cada vez más viva y más imperiosa, la hija de Ángela, Graciana.

Desde que un matrimonio en segundas nupcias de Francisco Delestang había roto casi por completo sus relaciones con los padres de su primera mujer, Graciana había llegado á ser la preocupación constante y casi única de sus abuelos, que se habían refugiado desesperadamente en el cariño de aquella niña.

Graciana vivía diez meses del año encerrada en el Sagrado Corazón de la Ferrandière y pasaba los dos de vacaciones, en el otoño, en casa de sus abuelos, acompañada de su antigua niñera Marieta, buena mujer, fiel, adicta, que había criado á Graciana y que era la única persona que la quería en aquella casa desde que el padre había entregado su corazón á una advenediza.

¡Las vacaciones! Dos meses de alegría impacientemente esperados y cuyo precio aumentaba durante los diez meses de separación.

Pero por fin Graciana había salido del colegio y héchose una deliciosa muchacha, á la que la casualidad había dado las facciones de Camila; y los dos viejos se decían guiñando los ojos:

-Ahora la tendremos más á menudo... y por más tiempo.

Bien sabían ellos por qué lo decían. Graciana no iba á ser muy mimada ni muy querida en la casa á la que volvía como una rival más joven y más linda y como un recuerdo vivo de la que había sido amada allí la primera.

—¡Bah!, decía Girardot, pasará en su casa una mala temporada y su padre se apresurará á casarla.

—¡Casarla! Es todavía muy joven...

—Tiene diez y nueve años, querida. Esa edad tenías tú...

—¡Pobre niña!

—¿Por qué? Tú no has sido desgraciada.

Y los dos viejos se sonreían ante la idea de los chiquitines que llenarían aún la casa de ruido y de alegría...

Pero en aquella noche de mayo no pensaban ni en el porvenir ni en el pasado.

Hacía algún tiempo que el periódico no había hablado de Camila Girot.

Y estaba lejos el momento en que Graciana ofrecería á los arrugados labios de los abuelos sus negros ojos y sus floridas mejillas.

La anciana dirigió una mirada al Baco, que parecía señalar con su tirso á las agujas de la esfera, y dijo:

-Luis, son las nueve y media.

—¿Ya? No creí que fuese tan tarde.

—¿Es tan interesante esta noche?

—¿El periódico?.. No, siempre lo mismo.

—¿Enciendo, entonces, la bujía?

—Sí, empieza á dar tus treinta y seis vueltas.

El ruido de exclamaciones de asombro y alegría que se oían en la cocina les hizo aguzar el oído.

—Pero... si parece la voz de...

La abuela no tuvo tiempo de acabar. Se abrió la puerta bruscamente y aquello fué un huracán de besos sonoros y de abrazos apretados, interrumpidos, á cada pregunta y á cada respuesta, por nuevas efusiones.

—¡Tú!.. ¡Eres tú!..

—Sí, abuelo.

¿A estas horas?..

—Sí, abuelita; el tren ha llegado con retraso... No he cogido el empalme...

—Pero no vienes sola...

-No, con Marieta.

-Pero ¿por qué no has escrito, hija mía?

—Porque no he tenido tiempo... Quería escaparme.

—¡Escaparte!, exclamaron á un tiempo los dos viejos con la misma expresión de espanto, como si entre ellos y aquella niña hubiera pasado la imagen de la otra..., de la otra, á la que Graciana se parecía como dos gotas de agua...

-Sí, me vengo á vivir con vosotros... completamente.

—¡Pero, desgraciada!.. ¡Tu padre!..

—Tengo su carta en el bolsillo... Papá está conforme.

—¿Te ha dado permiso?..

—Sí... Papá veía muy bien que las cosas no podían seguir así...



y aquello fué un huracán de besos sonoros y de abrazos apretados...

Y de un tirón, animada, vibrante y llena de elocuencia, les contó el incidente..., la gota que había hecho rebosar el vaso.

—Sí, para hacerme rabiar, la había tomado ahora con esta pobre Marieta, que tanto me quiere y que recuerda á mi padre el tiempo en que mi madre era también amada...

—¡Pobre..., pobre hija mía!

—Así es que he dicho á papá que no podía más y que no estaría ni un instante más en una casa donde no veo á mi alrededor sino desconfianza, celos y aversión... Y él, que ve que tengo razón, aunque no se atreve á decirlo, me ha respondido: «Haz lo que quieras, Graciana.»

—Entonces, ¿es para mucho tiempo?

—Para siempre, abuelita, si vosotros queréis tenerme...

—¡Oh! Querida...

Y ya transportada de júbilo, la mujer de Girardot decía preocupada:

—¿No has tenido frío por el camino? No, ya veo que vienes muy abrigada... Pero ¿dónde has comido? ¿No has comido?.. Espera..., espera... ¡Francisca!

Y se puso á quitar el tapete de la mesa.

—¡Las nueve y media y sin comer!.. Así es como se pierde el estómago...

Graciana dijo riendo:

—Sin contar que me acaba de ocurrir una aventura. ¡Si supieras, abuelo! Hemos sido atacadas...

—¡Aquí, en Saint-Romain!.. ¿En el camino?..

—Sí, por dos bandidos... Ya nos habían pedido la bolsa ó la vida...

—¡Dios mío! ¿Y qué?..

—Entonces un guapo mozo... Digo guapo sin haberle visto... Estaba tan obscuro... Pero, en fin, todos los salvadores son guapos... ¿Verdad, abuelita?..

—Sí..., sí... ¿Y ese joven?..

—Un héroe. Nos oyó gritar y corrió á socorrernos. No tenía más que un bastón, pero si le hubieras visto... El ángel exterminador. En menos tiempo del que empleo para contarlo, los bandidos han huído y nuestro salvador nos ha acompañado hasta aquí.

¡Cómo! Está aquí y no lo dices... Y le dejas en la cocina con Francisca...

—No, abuela, no ha querido entrar.

—¿Por qué?

—Ha dicho que no tenía tiempo..., que le estaban esperando... Pretextos; se conocía á la legua...

—¿Quién es, pues, ese joven?

-Eso es lo que me inquieta... Figúrate que no ha querido tampoco decirnos su nombre...

—¿Y él te conocía?

—Conocía al menos la casa, puesto que sabía que se llama la Zarzalera.

—Pero, en fin, ¿cómo es ese joven?.. Porque hay que encontrarle é ir á darle las gracias por el inmenso servicio que...

—¿Que cómo es? Alto, delgado, ancho de hombros, bien formado, ágil, bigote retorcido, vestido de cazador... Pero no un campesino..., un hombre bien educado...

Y Marieta, que acababa de entrar con Francisca para saludar á los señores y para meter baza en la conversación, añadió:

—Estaba condecorado, señorita Graciana... Le he visto muy bien la cinta roja...

¡Condecorado!

Los esposos Girardot repitieron esa palabra, no con asombro ó admiración, sino mirándose con expresión de inquietud y de molestia.

—Entonces...

—Pardiez, es el teniente, dijo Francisca. No puede ser otro.

—Pues bien, exclamó el abuelo; ya está hecha nuestra visita de agradecimiento...

—Sí, porque para ir allá..., añadió la abuela moviendo la cabeza.

Graciana los oía estupefacta.

—¡Pero os veo consternados!.. ¿Es algún ogro ese teniente?

—Es algo peor. ¿Cómo no lo has comprendido? ¡Es el hijo de Boissier!..

¡De Antonio Boissier, hija mía!.. Está aquí..., con licencia... ¡Qué aventura!.. ¡Qué aventura!

. . . .

El nombre de Antonio Boissier había caído como una bomba en aquel comedor.

Antonio Boissier, el vecino, el enemigo irreconciliable...

Rico también, más, acaso, que los Girardot, Boissier, á pesar de su fortuna, á pesar del colegio y á pesar de su roce con personas finas, había conservado intacta el alma de sus padres, campesinos compradores de bienes nacionales en 1793, duros para el trabajo, ambiciosos de ganancias é incapaces de resistir al humor pendenciero de su sangre delfinesa.

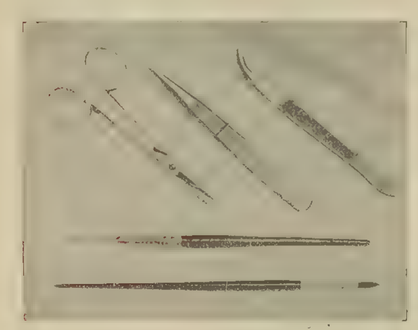
Jamás Boissier había sufrido la influencia de la mujer, ese poder de un ser débil y atractivo que establece con frecuencia su imperio sobre los más imperiosos.

Su esposa murió joven, muerta poco á poco y lentamente por el régimen implacable de aquella casa en la que la mujer del dueño no era más que su primera criada y más expuesta todavía que las demás á sus soflones y á sus rabietas.

(Continuará.)

EL COMERCIO DE MARIPOSAS

Las chifladuras y monomanías han dado origen á muchos comercios y profesiones raras, pero es dudoso que la cofradía de los coleccionistas haya producido hasta ahora un modo de ganarse la vida más extraño que el de traficar en mariposas. El hecho mismo de que tengan una demanda comercial es de por sí bien curioso, pero es poco menos que sorprendente el de que esa demanda sea lo bastante grande para que haya quien vaya hasta los confines de la tierra, exponiendo la salud y la vida, para conseguir especies nuevas y raras.



Instrumentos empleados por el entomólogo

Así sucede, sin embargo, porque en la actualidad existe un mercado de mariposas que funciona con regularidad, con sus precios corrientes, sus cotizaciones especiales y sus ventas en pública subasta.

El origen de dicho comercio es poco más ó menos el siguiente. Al principio, los administradores de Museos de Historia Natural acostumbraban comprar insectos extranjeros siempre que se presentaba ocasión. De este modo, los viajeros ó personas establecidas en lejanos países vieron que merecía la pena el traerse consigo ó remitir á su patria colecciones de insectos, sobre todo si éstos eran de brillantes colores ó de formas raras. Llegó luego el turno á los coleccionistas particulares, y ya no fueron únicamente los administradores de museos los que regulaban el mercado. D. Fulano, opulento negociante en te, retirado de los negocios y á quien le ha entrado afición por los insectos, es quien escoge primero para sí los mejores ejemplares de las partidas que van llegando. Además es público que ese caballero y sus amigos están dispuestos á pagar altos precios por los ejemplares de gran novedad. Por eso las mariposas han adquirido un valor monetario determinado y su comercio actualmente es una profesión conocida. Hoy en día los lepidopteristas, que así se han bautizado ellos mismos, prosperan. Hay muchos en Europa, principalmente en Alemania, y no son desconocidos en América. En Inglaterra hay cuatro ó cinco de verdadera importancia.

¿De dónde se procuran esos traficantes el género? Se lo traen de todo el mundo, de los cuatro puntos cardinales, pero principalmente de las regiones tropicales. Por remota y salvaje que sea una comarca, por pequeña y desierta que sea una isla, no se escapa al afán del cazador de mariposas. Efectivamente, de los países más desconocidos y menos civilizados vienen, por regla general, los ejemplares más curiosos. Así es que los que en ellos negocian están siempre alerta para acaparar las colecciones procedentes de comarcas nuevas, ó por lo menos no visitadas desde muchos años por viajeros y exploradores. Innumerables millares de mariposas llegan á Inglaterra todos los años de conocidas localidades de ambos hemisferios, pero en su inmensa mayoría son de especies comunes, que se venden por unos pocos peniques cada una. Sucede á veces que los insectos de algunas comarcas muy explotadas, de la India, por ejemplo, apenas tienen salida y casi no cubren los gastos de conducción.

La vida del cazador de mariposas de profesión, del que va á cogerlas para que el negociante luego las venda, no siempre es envidiable. Hace algunos años se descubrió una especie muy hermosa y grande en el interior de Nueva Guinea. Era un precioso animalito, ricamente adornado de verde y oro, y cada una de cuyas alas posteriores terminaba en un apéndice extraño en forma de cola.

Un coleccionista alemán fué el primer blanco que lo vió en las vertientes, cubiertas de espesos bosques, de las montañas de Finisterre, á 1.200 pies sobre el nivel del mar, y con mucho trabajo é infinita paciencia pudo conseguir algunos ejemplares muy completos. Mas no había de serle concedido á aquel desgraciado el placer de volver á su país con su rico botín. Cayó en manos de los salvajes papúes, que no sólo lo mataron, sino que se lo comieron.

Pero, de un modo ú otro, parte de su equipaje llegó al fin á la costa, y en él venían las admirables mariposas, que fueron á parar á manos del difunto Dr. Standinger, de Dresde, en aquel entonces el negociante de mariposas más en grande del mundo. Bautizólas éste con el nombre de *Ornithoptera paradisea,* que literalmente significa la mariposa de alas de pájaro del paraíso, y las vendió á precios elevados: un coleccionista pagó 25 libras esterlinas por un solo macho.

A veces se encuentran mariposas raras de un modo raro también. Hace algunos años, unos caballeros se entretenían en tirar á la pistola sobre la cubierta de un vapor que se dirigía á Sidney. De repente, uno de ellos vió una mariposa muy grande que se aproximaba al barco. Mirándola fijamente, aguardó á que pasara sobre la cubierta y entonces disparó; la bala dió en el blanco y la mariposa cayó sobre cubierta hecha una masa informe. Recogiéronse con cuidado los fragmentos, se pegaron unos á otros y se enviaron á un entomologista inglés para que los identificase. Resultó que la mariposa muerta de un pistoletazo era de una especie completamente desconocida. Ahora está en la colección del Museo Británico.

Las mariposas se importan en pequeños sobres de papel triangulares que á millares hacen los cazadores de insectos con cualquier papel un poco consistente, y cada uno de los cuales tiene una faja en blanco á fin de anotar en ella la fecha de la captura, el lugar exacto y cualquier otro dato interesante. Los sobres se colocan unos sobre otros en cajas de lata de galletas ó de madera de cigarros y se envían por el correo. Los paquetes son, por lo general, pequeños, pues se tiene en cuenta al hacerlos la economía del franqueo. El cazador de mariposas procura remitir su caza lo más pronto posible por temor á que los gusanos se la destruyan.

A su llegada sanas y salvas á Inglaterra, principia su historia de *ejemplares.* Recíbelas el comerciante, que actúa como intermediario entre el cazador de profesión de insectos y el adinerado coleccionista. Cada ejemplar sufre un tratamiento especial á fin de que los rígidos músculos se aflojen, y conseguido este objeto se atraviesa el insecto con un alfiler y se le monta con arreglo á un sistema conocido. Esta labor la hacen con frecuencia mujeres, cuyas delicadas manos las predisponen para ser hábiles montadoras de mariposas.

Cajas de mariposas preparadas para ser exportadas como paquetes postales

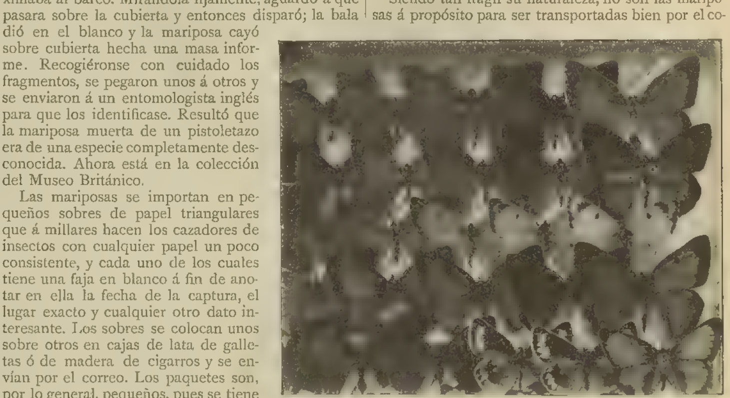
Cuando ya están así dispuestas, el comerciante las separa y clasifica y les pone las correspondientes etiquetas, quedando ya en disposición de ser vendidas á los museos ó coleccionistas particulares de las distintas localidades.

Un cierto tanto por ciento de las mariposas resulta más ó menos estropeado: si son especies vulgares, se las tira ó tal vez se las vende á los microscopistas, que emplean las partes brillantes de las alas; pero si son de especies raras pasan á la *enfermería,* en donde se las remienda de modo que resulten lo más parecidas posible á ejemplares intactos. No es necesario decir que el arte de componer mariposas es muy difícil; únicamente manos muy ejercitadas pueden hacer esos remiendos de modo que apenas sean perceptibles. Claro está que ejemplares retocados no engañan á los inteligentes, ni se hacen tampoco con esa intención. Sucede, sin embargo, con frecuencia que un coleccionista que no quiere ó no puede comprar un ejemplar perfecto de una especie rara, compra uno bien arreglado á menos precio. Por este motivo la enfermería de mariposas es una parte integrante de todo comercio bien montado.



Arreglo de los desperfectos de las mariposas

Siendo tan frágil su naturaleza, no son las mariposas á propósito para ser transportadas bien por el correo ó por ferrocarril; pero de uno ú otro modo tienen que ir, pues es evidente que el comerciante no ha de entregar personalmente á cada parroquiano su pedido. A fuerza de años de pacientes ensayos, mucho se ha adelantado en la manera de empaquetarlas. Las mariposas van clavadas con un alfiler unas encima de otras, en cajas forradas de turba de grano fino, sobre la que se extiende una capa de algodón en rama. Las arreglan de modo que cada una sujeta en su puesto á la que tiene al lado. Estas cajas son á su vez colocadas dentro de otras mayores ó de baúles, y de este modo viajan por todas partes.



Mariposas preparadas para la exportación

Cuando las mariposas han de pasar por las aduanas, se adopta con frecuencia una ingeniosa precaución. Se las empaqueta en cajas construídas expresamente, que llevan un cristal cuadrado en medio de la tapa. De ese modo los empleados de aduanas pueden examinar el contenido cuando practican su inspección en busca de contrabando, sin tener que abrir la caja, impidiendo así esos pequeños ventanillos que sufran daño los insectos transportados.

Como todo lo que se compra y vende, las mariposas alcanzan en el mercado distintos precios. En las ventas en pública subasta de la conocida casa de Stevens, se ven á veces rematar por unos cuantos chelines centenares de mariposas brillantes y vistosas. Estas son, como es consiguiente, de especies vulgares ó desechos de los importadores que compran los coleccionistas principiantes, ó los que con ellas hacen bonitos cuadritos para adornar las paredes de las habitaciones. A su vez hay otras que materialmente valen varias veces su peso en oro.

Siempre obtienen muy buenos precios los ejemplares raros que faltan en los catálogos de los museos y de las colecciones particulares, y que se disputan con ardor los negociantes, que siempre están en acecho de tales novedades.

Pero reina en el mercado de mariposas gran incertidumbre, que puede ser desastrosa para el comerciante aventurado. No hay medio de calcular el tiempo que una mariposa determinada puede escasear, pues se da el caso de que un ejemplar sea único durante veinticinco años, y luego, en pocos meses, pase á ser común. Todo depende del número de ejemplares que los cazadores de insectos puedan coger y remitir. Un ejemplo de ello es lo sucedido con una hermosa y brillante mariposa azul del Brasil: cuando llegaron á Inglaterra las primeras, se vendían fácilmente á diez libras esterlinas cada una. Desde entonces han llegado en cantidad tan enorme, que hoy ha bajado su precio á cinco chelines.

No son únicamente los coleccionistas científicos los que recurren al comerciante de mariposas; hay algunos ejemplares de tan gran belleza, que muchas personas los compran por sólo ese motivo. Por lo menos se sabe de una señora de la alta sociedad londinense que ha llenado las paredes de su *boudoir* de cuadros de mariposas, y no es tampoco cosa excepcional el que muchas adornen con ellas sus disfraces para los bailes de trajes. Además se venden ejemplares especialmente preparados, montados y reforzados para adornos de vestidos y del cabello, y en los salones de baile espléndidamente iluminados brillan y relampaguean como otras tantas joyas.



Operación de empaquetar las mariposas

No son únicamente notables las mariposas por el brillo de sus colores, sino también por lo extraño de su forma.

Tal vez sean de las más curiosas las que tienen largos apéndices en las alas posteriores en forma de cola de golondrina. Una muy escasa y extraña, del Africa Occidental, presenta extraordinariamente desarrollados esos apéndices, que son cinco veces más largos que las alas.

No son las mariposas los únicos insectos que tienen mercado. En estos últimos años se ha despertado la afición á coleccionar toda clase de bichos raros y curiosos, como avispas, escarabajos, escorpiones y arañas. Así que en las tiendas de los comerciantes de mariposas se encuentra también una terrorífica mescolanza de animales que los no aficionados calificarían de repugnantes. Sin embargo, esos animalejos se pagan desde una libra esterlina hasta diez cada uno; así es que puede decirse que el que los aplasta con el pie deja de ganar dinero. Por supuesto que no puede recomendarse como colocación segura el emplear capitales en comprar especies costosas, pues su valor es ficticio y depende de la demanda, que puede ó no ser duradera.

Pero mientras haya entomólogos coleccionistas, los comerciantes de mariposas harán negocio.

PERCY COLLINS.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTÉJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 16

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos! Tratad de curaros con la Legítima PISTOIA PLANCHE (Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (Francia). En todas las farmacias bien surtidas.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

LES PLAQUES ET PAPIERS JOUGLA SIEMPRE SON INMEJORABLES

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Vidamor, por *José Burgas*. – Así titúlase la colección de poesías que acaba de publicar el poeta catalán que firma con el seudónimo de Mayú. Todas y cada una de las composiciones son manifestación simpática y agradable del modo de ser del poeta, que con sencillez, sin rebuscamientos, vierte á raudales la ternura y el sentimiento, inspirándose en lo que enaltece y dignifica. Espíritu culto y delicado, muéstrase el autor sincero é ingenuo, aumentando de tal suerte el encanto de su forma de expresión. Avalora el libro un prólogo del artista poeta Apeles Mestres y una cubierta dibujada por Ramón Casas.

Pedro Juan y Juan Antonio, por *Modesto Hernández Villaescusa*. – En este período en que germinan y se desarrollan las tendencias llamadas sociales, que perturban y conmueven á determinadas clases, ávidas de mejoramiento, obra meritoria es la de aquellos que procuran encauzar las corrientes por medio del razonamiento, destruyendo los efectos de espejismos y de promesas incumplidas. Desde este punto de vista, aplausos merece la empresa acometida por el autor, quien por medio de la novela que acaba de publicar realiza una misión nobilísima. Véndese el libro al precio de una peseta cada ejemplar.

Manual de deberes del hombre en su vida social y política, por *Daniel Arbe y Bandris*. – Obra verdaderamente recomendable es la publicada por el conocido editor Juan Gili. Con ella ha enriquecido la ya valiosa serie de sus *Manuales*, con tanto mayor motivo cuanto que el libro á que nos referimos, inspirado en un criterio eminentemente católico, contiene sanos consejos y provechosas advertencias expuestos con acierto y claridad. Esta obra ha sido premiada en el concurso abierto por el editor.



Duetto, cuadro de Adolfo Hengeler

Medicina doméstica, por *Alfredo Opisso*. – La casa editorial Sucesores de Manuel Soler acaba de enriquecer la interesante serie de Manuales que viene publicando con el nuevo libro de vulgarización cuyo título encabeza estas líneas, obra de indiscutible utilidad y provechosa aplicación. Su autor, el ilustrado médico y distinguido publicista Sr. Opisso, ha prestado un señalado servicio que todos hemos de agradecerle, puesto que ha reunido en forma clara y precisa un acopio de consejos é indicaciones, basados en principios rigurosamente científicos, que constituyen una á modo de medicina preventiva. Elogios merecen el autor y los editores de este Manual, que forma un volumen de más de 300 páginas, y se vende en todas las librerías al precio de 2 pesetas cada ejemplar.

En la corte del Mikado, por *Francisco Reynoso*. Resultado de su prolongada estancia en el Japón, en donde desempeñó el cargo de agregado en la Legación de España, es el libro que acaban de publicar los editores Sres. Bailly-Baillière é hijos, de Madrid. Digno es de ser conocido el libro á que nos referimos, puesto que constituye un interesante estudio del Imperio del Sol Naciente, notable por las observaciones que contiene y por las acabadas y curiosas descripciones del país, de sus monumentos, costumbres, organización, etc., etc., á las que sirven de complemento exactas noticias históricas y atinadas consideraciones respecto de la moderna evolución que ha transformado la antigua Nipón, convirtiéndola en la primera potencia del Extremo Oriente. Véndese el libro al precio de 5 pesetas cada ejemplar.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris






ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Miliares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. – En todas las Farmacias. 654

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – Depósito en todas Boticas y Droguerias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

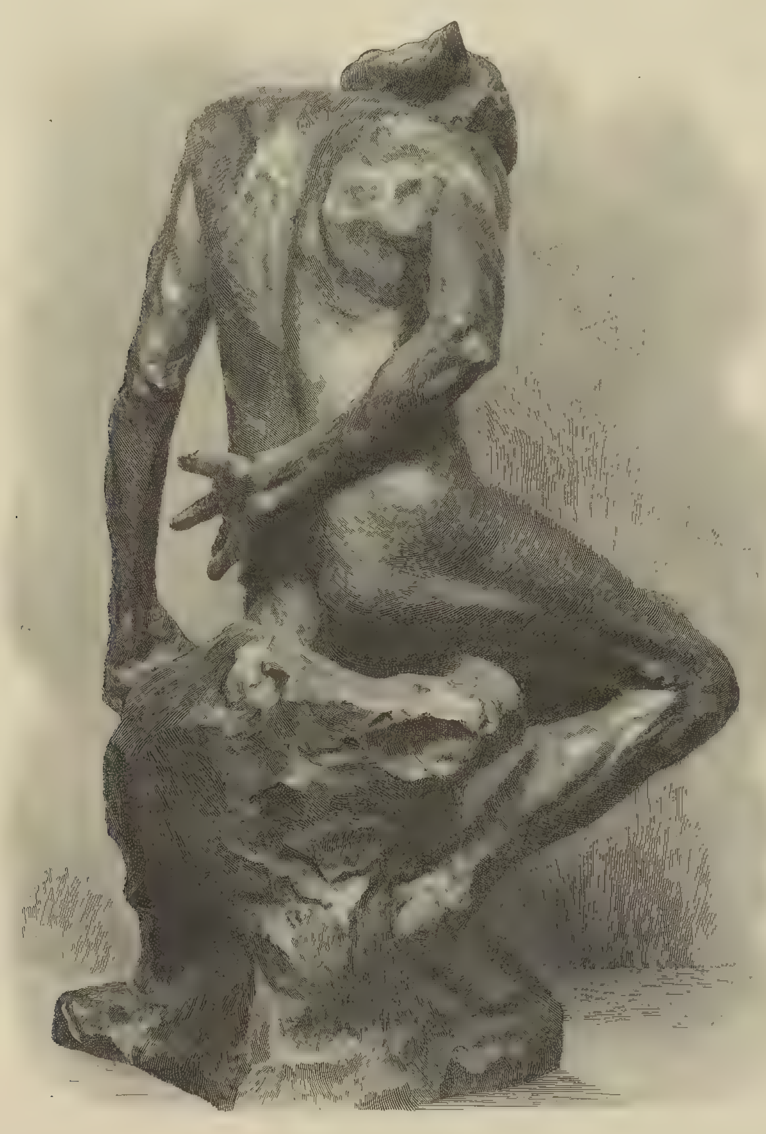
Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 5 de septiembre de 1904 — Núm. 1.184

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UNA VIEJA, escultura de Augusto Rodin

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Los piquetazos de Amsterdam no han influído poco ni mucho en que decrezca la animación de la sociedad, no interrumpida durante estos meses de verano. La sociedad se divierte, se expansiona, mientras la minan y contraminan los zapadores del socialismo, aleccionados á la prudencia por Jaurés, y que le encuentran tibio, poco radical.

Hay más todavía. La sociedad ya casi ni vuelve la vista hacia el crecer continuo, tenaz, perseverante, del socialismo. Se ha conformado á que los socialistas la destruyan, bueno, pero no á que la aburran y entristezcan. La inmensa mayoría de las gentes nada quiere saber de estos congresos como el de Amsterdam, de estos meetings, de estas Asociaciones, de estas huelgas, de esta propaganda activísima que entrefiletea los diarios. Los gobernantes tienen que hacer que se enteran, pero rara vez va su interés más allá del ineficaz paliativo y del *après moi le déluge*, y un sistema de defensa organizado, diferente de las violencias represivas ó del aplazamiento abúlico, sería sorprendente por lo inesperado y nuevo.

Mayor ansiedad que los trabajos socialistas despierta Puerto Arthur. Que esa plaza caiga ó no en poder de los sitiadores, es cuestión muy cautivadora de la atención emocional. Nadie deja de preguntarse lleno de curiosidad: «La plaza, ¿capitulará ó será tomada por asalto?» Que los nipones sean rechazados, nadie lo cree ni lo espera, por más rusófilo que se le suponga.

La señal del convencimiento de que se acerca la rendición ó toma de la plaza, es que ya se ha acordado que salgan de ella las bocas inútiles, la gente civil. Largas caravanas de mujeres, viejos, niños, se retiran silenciosos, dejando solos á los defensores. Triste emigración, triste escena, pero prevención muy humanitaria, pues un asalto es horrible cosa. Desaparecen en él los instintos humanos y sale á plaza la fiera.

La guerra desencadena esta fiera que se oculta bajo todo hombre, lo cual demuestra hasta qué punto es errónea la teoría del criminal nato, favorita de la escuela antropológica contemporánea. Criminal nato lo es casi todo el mundo, y son las circunstancias, las influencias, lo que le impide revelarse. La guerra no crea almas nuevas; se reduce á desnudar de un revés las almas.

La ley del descanso dominical ha aparecido. ¡No sirve! ¡No dispone el cierre dominical de las tabernas! Y faltando este requisito, poco ha de notarse en las costumbres la mejoría. No sé si diga que hasta es contraproducente la ley.

Empleamos obreros en el campo. Puedo observar de cerca su psicología. Desean, como es natural, el día de reposo; pero, llegado éste, se aburren, no saben qué hacerse para matar las horas. A resolverles el problema está la taberna, con sus seducciones bastas. No es que todos los obreros se emborrachen, ni está el mal en las borracheras precisamente, sino en la excitación malsana y grosera del aislamiento de los varones, encerrados en el bebedero y el jugadero, mientras la familia, las mujeres, se quedan en casa, en el abandono. Los hombres reunidos, dando al naipe, jactándose, barbarizando juntos—amén de la bebida,—¿qué va á salir de ahí? Lo que sale.

Hace pocos días, por calles céntricas de mi pueblo, una horda de bárbaros, en domingo, se las lió, navaja en ristre, con todo pacífico que encontraron. La más severa represión debiera ejercerse contra delitos de esta clase. Aquí sí que es del caso lo que llaman «ejemplaridad.» Porque tales salvajadas suelen quedar impunes, y la impunidad las cría y reproduce, como la falta de cultivo cría los cardos. Y aparte de lo que la sociedad debe hacer para castigar delitos que imposibilitan la vida en condiciones de seguridad y normalidad, el Estado debe, rápidamente, radicalmente, brutalmente, cerrar las tabernas.

Escribamos con placer el nombre de D. Abelardo Jiménez, médico de el Carpio, en la provincia de Valladolid.

En medio del terror que causa la epidemia de viruela, cuando no había quien quisiese enterrar los cadáveres, el médico abrió con sus manos la fosa, y cargando en sus propios hombros á una mujer muerta, le dió sepultura.

El gesto es hermoso; hermoso á lo cristiano ascético, y hermoso á lo humano también, sin que la fe necesite entrar en juego; el Sr. Jiménez es un hombre, podría ser un santo, y la cruz de Beneficencia no tardará, lo espero, en brillar sobre su pecho nobilísimo; pero... Siempre hay peros cuando se tiene la condición, que no llamo fortuna ni desgracia, de ser un espíritu analítico. —He aquí el pero, que no sufro se me quede entre los puntos de la pluma.—En la Edad Media, enterrar á los variolosos, á los apestados, era la *buena obra*. Hoy la *buena obra* es vacunar á los sanos, para que la viruela no llegue á invadirles. Tal es el servicio que la ciencia y la humanidad esperan de los médicos de partido. Vacunar sin tregua; que nó se les escape una rata sin vacunar. La respuesta de los hospitales y clínicas alemanas la debemos tener siempre muy presente. En Alemania no pueden darnos consejos, no pueden decirnos lo que se hace durante las epidemias de viruela... porque no existen; se han suprimido, difundiendo, universalizando la vacuna.

El comentario á la anterior noticia, ó sea á la abnegación del médico del Carpio, es la terrible escena de Linares, el arrebato de locura del varioloso don Ignacio Montero, que quiso degollar, en la accesión de su fiebre, á su familia toda.

Una difunta cuyo cuerpo nadie se atrevía á enterrar, hasta que surge un héroe: un hombre perteneciente á una clase social respetable, que intenta asesinar á sus inocentes hijos... Escenas espeluznantes, de tiempos crueles, provocan la repugnancia y el terror obscuro de la fatalidad...

Pues bien, esas dos notas trágicas las evitarían la lanceta y el tubito, ó la ternera con su rosado vientre jaspeado de pústulas.

¡A vacunar, simpático y valeroso facultativo del Carpio!

Nunca recojo aquí nada de lo que se lee en la prensa y en que intervienen sacerdotes; pero estos días corre un suceso que si tiene mucho de deplorable, tiene también bastante excusa; un movimiento natural, aunque excesivo, que los periódicos califican, á mi entender, con sobrada severidad.

Un cura párroco toma el fresco á la puerta de su casa. A sus pies está echado el perro, el compañero, el amigo de cada hora. El cura no tiene familia; el cura quiere á su perro, como se quiere á los perros que son leales. Pasa un chiquillo, y en su instinto de malevolencia, no se le ocurre nada más divertido que cerrar á palos con el can, que reposaba descuidado.

Y el cura... ¿Qué hubiesen ustedes hecho? Pues hizo lo mismo que ustedes y que yo: salió á la defensa de su perro, corrió tras el maligno rapaz, le dió un puntapié. Yo no sé qué le daría al que le pegase á un perro mío, que no hacía daño, ¡inofensivo animal!, pues esto de atormentar á un ser bueno, que no nos ataca, me parece tan repulsivo, doblemente repulsivo que algunos crímenes.

Las gentes de Robledo, donde sucedió este caso sencillo, querían nada menos que linchar al párroco. ¿Qué guardan las gentes de Robledo para ciertos asesinos, para ciertos malhechores hacia los cuales, de repente, vemos despertarse una compasión que puede confundirse con la simpatía?

La revista malagueña *Reflejos* me pregunta «qué pienso del carácter andaluz.»

¿Verdad que la respuesta es comprometida para quien se ha pasado, por junto, quince días en Sevilla, tres en Granada, dos en Córdoba, uno en Puerto Real, etc., lo menos, lo menos que se puede estar en Andalucía?

Claro es que todos conocemos andaluces, tenemos amigos nacidos en aquel país. Claro es que todos hemos leído novelas de Alarcón, Valera y Fernán Caballero, sin hablar de las de Arturo Reyes y Muñoz Pavón. Claro es que diariamente, en dramas, cuentos, historias, relatos, nos llegan series de indicios para conocer «el carácter andaluz.» Con todo eso, el carácter, mejor dicho, la psicología de una región, no se conoce así, ni su definición se hace en un par de líneas. No me atrevo á contestar á la pregunta de *Reflejos*.

De paso exclamaré: ¡qué cosas dan en preguntar los periódicos! Estoy viendo cuando dan en inquirir los años que uno cuenta y los sentimientos más ocultos que en su conciencia guarda.

Un interrogatorio he recibido hace pocos días, donde se pretendía que yo declarase: si estoy por los rusos ó por los japoneses, — si creo útil ó nocivo llevar corsé de dril,—si me gusta la sobreasada de Mallorca,—si soy entusiasta de Rodríguez San Pedro,—si considero que la Casa de Correos estará bien situada en los Jardines del Retiro, — si hago uso de la velutina marca no sé cuántos,—si soy vegetarista, —si estoy convencida de que el marqués de Casa Riera es en efecto el marqués de Casa Riera.

Ya ven ustedes que todo esto puede acarrear consecuencias más ó menos graves. No, la manía de las preguntas va siendo punto menos temible que la de las postales, que decae, según afirman, pero á mí se me figura que arrecia.

En efecto: recibo, por término medio, seis postales diarias, para que ponga en ellas un pensamiento, y hay quien añade «en verso» sin remisión.

De suerte que, por culpa de la postalomanía, he de pensar, lo menos, seis veces cada jornada, en honor de los señores, señoras y señoritas que me apostalan por correo. Y á veces he de pensar también en honor, no de los que me las expiden, sino de los que sólo me las piden, identificándome al célebre sastre del campillo, que sobre coser de balde, regalaba el hilo.

También se da el caso de que los solicitantes de postales me echen multa. Varias cartas de las que desde América me dirigen conteniendo postales que debo firmar «pensando,» traen recargos, por insuficiencia de franqueo, que oscilan entre 30 y 90 céntimos de peseta. Ya he resuelto no admitirlas, y perdónenme mis postalógrafos de allende el Atlántico, y franqueen como Dios manda, que será lo mejor.

Nada significan los céntimos una vez; el demonio es que los recarguitos menudean.

Se ha dado una batida á los expendedores de libros y estampas pornográficas. Está muy bien; está mejor todavía si á la recogida acompaña la multa.

Ciertos tráficos se hacen sin otro estímulo que el interés. Deben atacarse por el bolsillo.

El público adquiere esas estampas, esas publicaciones asquerosas... Sostengo que, después de adquirirlas y saturarse de ellas, el público, determinado público, ni es mejor ni peor, ni más culto ni más rebajado: lo positivo es que el hecho de que expender porquerías dé base á lucrativa industria, revela estados tristes, predisposiciones morbosas. Si eso se vende, es porque se compra; si el comprarlo constituyese la excepción, nadie intentaría venderlo. Lo que sostiene el escándalo son los escandalófilos.

La insidia de los pornógrafos se combate de antemano en la escuela, en el hogar, dondequiera que se forma una generación sana, no precozmente bastardeada y picardeada, como la que adquiere y esconde, para recrearse á hurtadillas, esos libros.

Y ya que hablamos de pedagogía...

Regreso de visitar la Colonia Escolar de Vacaciones, de niñas, en la bonita playa de la Lagoa.

Las que he visto hace un mes anémicas, descoloridas, desgreñadas, con sello de abatimiento en medio de la bulliciosidad infantil, están ahora, á los veinte días de residencia en la Colonia, tostadas y coloradas por el aire del mar, alegres, fuertes, aseadas de dientes, manos y pelo...

¡Ah, el pelo! ¡Si un día se hiciese obligatorio en todas partes, como la vacunación, el esquileo de las criaturas!

Casi sin excepción, las que vienen á reponerse y enderezarse en las Colonias Escolares necesitan del valor y abnegación de las profesoras... Traen el estigma; nadie había pensado en redimirlas de él...

Es preciso que os refiera un detalle muy característico. Cuando en las Escuelas de Marineda vimos reunidas á las niñas con opción á formar parte de la Colonia, hube de fijarme en una, lindísima, que lucía, alrededor de una cara pálida y fina, unas guedejas obscuras, peinadas con coquetería, adornadas con un lazo de cinta roja.

Al acercarme á ella, no pude menos de exclamar:

—¡Qué bonita es! Pero debían cortarla este pelo que la consume.

La niña oyó y calló... Designada para formar parte de la Colonia, rehusó obstinadamente. ¡Temía que la cortasen las guedejas obscuras, engalanadas con moños de cinta roja!

Cuando lo supe, pensé:

—¡Absalón!

Por los pelos empieza la vanidad, la presunción, y lo que es peor, la falta de higiene.—Esquilen y vacunen.

Emilia Pardo Bazán.



CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.—RODIN

Desde Carpeaux, tan combatido por la burguesía asustadiza y el soplado rutinarismo académico de sus contemporáneos, la escultura no sabía decirnos nada nuevo: parnasianos y románticos laboraban sin genialidades ni rebeldías, siguiendo los cómodos caminos trillados; era un decline que los triunfos de Delacroix y las aficiones pictóricas de Gautier contribuyeron también, indirectamente, á exagerar; ningún ambicioso llamaba á las puertas del templo donde las sombras augustas de Praxiteles, Donatello y Miguel Angel reposan. ¿Dónde buscar el manantial de una inspiración desconocida? ¿Cómo descubrir, en la noche de todo agotamiento, el oriente de un nuevo ideal?.. Los críticos callaban; creeríase que en el arte escultórico la última frase de la perfección estaba dicha.

Cuarenta años de trabajo solitario y heroico ha necesitado Augusto Rodin para imponerse; al principio, sus compatriotas no le comprendían; los italianos, siempre enamorados de lo impecablemente clásico, tampoco; le hallaban inconcluído, extravagante, caótico, como empeñado en traducir lo inexpresable; un revolucionario sin técnica ni brújula. Y sin embargo, Rodin era el genio que había de remediar la postración de la estatuaria, transmitiendo al mármol una vibración desconocida y triunfante; el paladín de un estilo que ya empieza á dar frutos robustos; el heraldo de una Belleza nueva. Sus estatuas sufren, codician, esperan; sus actitudes tienen una inmovilidad ardiente; el estremecimiento de la vida corre por sus epidermis de mármol. Viven... A veces esta ilusión nos sobrecoge, nos domina. Como ante los muertos, nos preguntamos: «¿Por qué no hablan?..»

El triunfo de Rodin empieza con la fabricación de su *Balzac*. Aparece éste de pie, cubierto bajo una amplia vestidura monacal: la figura del novelista, aunque maciza, quiere remontarse, subir, desprenderse del suelo; en ella, el menosprecio de los detalles es perfecto; todo parece inconcluído y sólo la cabeza ciclópea, los labios llenos de desdén, los ojos enormes, la frente levantada al cielo, sublimada por un pliegue austero de omnipotente penetración, viven con vida inmortal.

La Junta Directiva de *La Societé des Gens des Lettres* rechazó la obra de Rodin: esperaba, sin duda, un Balzac más al alcance de las inteligencias; un Balzac vulgar, «condecorado,» con brodequines, levita y sombrero de copa...

Esta derrota de Rodin constituye, no obstante, su mejor triunfo; los periódicos hablaron de él; unos le impugnaron rudamente, otros le defendieron, y el nombre del escultor llegó al vulgo y tuvo admiradores.

Para Mirbeau, Augusto Rodin es «un escultor pagano.»

No lo creo. Su espíritu fuerte y maravillosamente equilibrado en medio de las crisis tempestuosas de su concepción incesante, lo siente todo, lo anhela todo y á todo alcanza: el Dolor y el Deseo guían su mano; á ratos, como en *El beso*, es helénico y sensual; á veces es místico, y su filosofía, divagando de lo más hondo á lo más alto, retrata lo inmenso; otras obras, su grupo *Fugit Amor*, verbigracia, tienen la amargura de una rima de Heine. Enamorado fanático de la vida, oye, sin embargo, continuamente las voces que cuchichean la muerte del dios Pan, y la preocupación de la Nada le sugiere concepciones de apocalíptica magnitud. La sorpresa habita en él: es sombrío, burlesco, macabro, raro, sujeto á cegadores contrastes de sombra y de luz: es el Baudelaire de la piedra.

Se ha dicho con razón que Augusto Rodin es el escultor del movimiento. Tal es, en efecto, el gran secreto de su poderosa originalidad. Todas sus figuras respiran y se mueven porque tienen alma, porque hay en ellas verdadera *vida interior*. Su cincel, como los cinematógrafos, sabe presentarnos los seres andando. ¿Cómo puede traducir esa mutabilidad de las cosas en el espacio y en el tiempo?.. Es imposible decirlo, pero nadie negará que lo consigue en la mayor parte de las ocasiones con un simple gesto que creeríase derivado de otro anterior, ó con una línea exagerada que nos empuja, como llevándonos hacia un más allá. El desaliño de los detalles refuerza esta ilusión: los cabellos suelen estar mal peinados, las ropas no siempre caen graciosamente, aquellos labios, con otro gesto, serían más bonitos... No importa: todo ello está bien así y no puede estar mejor. Son imperfectos porque el mismo movimiento de su ademán trastorna sus expresiones y sus trajes, porque andan, porque viven; y la vida es eso: evolución, mutación, perfeccionamiento; la vida ni empieza ni concluye; cambia: lo que vive no espera: camina...

El poder taumatúrgico de exteriorización que caracteriza á Rodin resplandece en *El pensamiento:* es toda la psicología de este hombre extraordinario, el retrato de su alma.

¿Cómo expresar el pensamiento, ese aroma del cerebro, lo más sutil, lo que jamás fué objeto de medida ni ponderación, lo que, no ocupando espacio, lo llena todo?..

Sobre un bloque de mármol, Rodin ha puesto una cabeza. Nada más. Para Rodin, el pensamiento es eso...

La primera impresión que inspira esta figura es desagradable, casi repugnante: hay en ella algo de lo que tienen esas cabezas truncas que vimos en las salas de disección. Luego, un estupor angustioso va apoderándose del espectador; aquella cabeza no está muerta, sino que vive, y un magnetismo extraño emana de ella. Este encanto sobrehumano crece; la cabeza oye, ve, medita, sabe que estamos allí, es aterradora como un cuento de Hoffmann...

¿Por qué Rodin expresó el pensamiento así?

Cuantas explicaciones demos á esta pregunta son aceptables; pues que dicha figura traduce, en su extravagante originalidad, los estados anímicos más diversos. En esta ocasión Rodin, dominado, según costumbre, por la idea *esencial*, despreció el cuerpo; con el cuerpo no se piensa. Su cabeza, por tanto, es el alma; Psiquis... Las almas viven así, ahogándose en la realidad que



El eminente escultor francés AUGUSTO RODIN

las ciñe el cuello. Y también están solas. Inútilmente Amor quiere aparearlas; el Hastío, más fuerte que la Pasión, las divorcia después; además, en la lucha del fondo con la forma hay algo impenetrable que el pensamiento no acierta á decir y que le aisla de todo otro pensamiento... También es la reflexión, el vaga bundear incesante de la imaginación hacia lo inapresable; el interminable monólogo de la conciencia; esa desemejanza de los espíritus que nos condena á vivir eternamente solos. Viendo aquella cabeza compadecemos á la nuestra, soñando empotrada en el barro de nuestros hombros...

Igual simbolismo tienen *Las sombras*, que repiten con sus frentes desesperadas y juntas el *lasciate ogni* eminente, y lo que le conquistó entre los literatos tantas simpatías.

Como Puvis de Chavannes, Rops y otros, Rodin es esclavo de la emoción del pensamiento más que de la sensación plástica, lo que da á sus visiones una amplitud, un alcance filosófico, una intelectualidad, que sus compañeros de profesión no comprenden. Para ser gran artista es necesario sentir todas las bellas artes, pues la Belleza es única, y si el hombre, para expresarla, la dividió en ramas diferentes, fué por no poder reasumir en una misma obra las múltiples seducciones de la realidad. Pero Rodin, «con sus hombros macizos, su cabeza enorme y su actitud de león en reposo» -como dice Mauclair,—lo siente

Augusto Rodin no es místico ni pagano, pesimista ni optimista: el Dolor y el Deseo comparten su voluntad; es un resignado y también un fuerte. Toda la filosofía de su obra, esa obra formidable que acaso marque á la inspiración de los literatos, hoy vacilantes y desorientados, un rumbo nuevo, es su *Cariátide*.

El arte helénico presentó á las cariátides sonriendo bajo el peso que atormentaba sus sienes; en la Edad Media, las cariátides lloran; su carga es una expiación. La *Cariátide* de Augusto Rodin no ríe ni llora; se resigna: en la vida, aunque mala, siempre hay mucho bueno. ¿A qué, pues, maldecir de la vida?..

EDUARDO ZAMACOIS.



Los ciudadanos de Calais, grupo escultórico de Augusto Rodin

speranza, de Dante; *Les bourgeois de Calais*, cuyos semblantes reflejan, por modo vario, el estoicismo, la cólera y al mismo tiempo la pesadumbre y mortal abatimiento de su heroico sacrificio; *El último pensamiento*, bajo relieve de sencillez y novedad sorprendentes, y las figuras incontables que pueblan *La puerta del Infierno*.

Augusto Rodin trabaja despacio, porque quiere que los siglos respeten su labor, y cada una de sus grandes obras es resultado ó cociente de una serie incalculable de croquis, proyectos y pequeños esbozos. Así, el monumento á *Víctor Hugo*, verbigracia, que aún no está concluído, lo empezó Rodin siendo joven.

La importancia que el insigne artista concede al espíritu de sus estatuas es lo que le diferencia y aisla de los demás escultores, colocándole en lugar pre-todo: él sabe que todo es línea, colorido, ritmo, hallándose estas nociones de tal modo presas y trabadas entre sí, que el pasodoble, verbigracia, que lleva á los soldados á una revista militar, es motivo de inspiración para el pintor, á quien la brillantez de los uniformes y el refulgir de las desnudas bayonetas cautiva; y también para el literato, al que la visión de aquellas legiones equipadas y apercibidas siempre á la matanza puede sugerir páginas de largo alcance social.

Convencido de esto, Augusto Rodin no sabe ser únicamente escultor: á ratos sus esculturas tienen la palidez de la muerte; á veces, como en *El guerrero de Maratón*, sus cabezas parecen bañadas en la nube roja de la cólera: entre sus manos, la línea es color y melodía, lo macizo se alambica y sutiliza, la piedra es alma...

LA PIPA DE CINCO NUDOS

CUENTO COREANO

Los coreanos de las montañas y de los campos no creen en el Confucio de los sabios ni en el Siddarta de los emperadores. Adoran en el Ardiente Sol á la Gran Alegría Periódica, y en los Astros á los Misterios Trémulos é Intermitentes. La tierra coreana conserva el candoroso y feroz salvajismo que debió de tener toda la naturaleza en las auroras primitivas. Sus anhelos se traducen en rugidos. Mientras dura su imponente sueño los átomos flotan inanimados y las vibraciones se extinguen con suavidad infinita. Sus montañas son pirámides de oro. Sus cuevas están pobladas de ojos fosforescentes. En sus bosques moran espíritus gigantescos y monstruosos que ondulan



El pensador, escultura de Augusto Rodin

como las culebras y tejen hilos argénteos como las arañas. Sus lagos insondables se llenaron con sangre negruzca de grandes hecatombes desconocidas, y aún hoy levantan brumas fétidas y siniestras.

Los coreanos son hombres sencillos é ignorantes. Viven en un éxtasis tal vez perjudicial. Con profundo temor veneran los perfumes y los susurros, y en cambio mueren con luz y calma en los ojos. Sí, ciertamente; sus ojos, pequeñitos como el grano de mijo que crece en el País del Rocío de la Mañana, en el instante supremo de la muerte son mayores que los ojos de los hermosos europeos. Los coreanos son pacíficos, silenciosos y humildes; tienen la túnica y el alma rectas, la túnica y el alma blancas. Ensucian las túnicas más fácilmente que el alma.

Fuman los coreanos, y fuman tabaco cosechado en el país.

Sus pipas de bambú tienen cinco nudos invariablemente, y les ayudan á la serenidad y á la contemplación. El Sol Ardiente se dignó entregar á los coreanos una enorme pipa, una pipa monumental, una pipa sacrosanta, venerada con genuflexiones, ayunos, vigilias, llantos, maceraciones y efusiones de sangre en el Templo de los Carbunclos.

Voy á contaros la leyenda de la pipa, que me parece muy trascendental.

Hno, héroe legendario de la Corea, fué—según

cuentan los bonzos—cordial amigo del Sol Ardiente.

Y dijo el Sol á Hno:

—«¡Oh, Hno! Tu alma es casta como la nieve que hiela el Mi-Kiang, y tus ojos contritos están húmedos como las plantaciones de arroz.

»Eres fuerte como la lluvia torrencial y reposado como el palanquín de una mujer encinta.

»Pero he visto una virtud sobre todas tus virtudes, y es la movilidad gozosa de tu alma, que salta y se regocija entre las cosas exteriores como niño en mañana de primavera.

»Y para que tú y los tuyos conservéis la ingenuidad que me place, yo te haré un presente sobre todos los presentes.

»Y será este presente una caña de bambú de cinco nudos. En cuyo extremo superior pondrás hojas secas y desmenuzadas, aptas para arder. Y por cuyo extremo inferior sorberás el humo de las hojas encendidas. Y suavemente levantarás por los aires tenues y pasajeras neblinas.

»Y el primer nudo ó anillo del bambú será la Purificación ó Alejamiento de las ansias y congojas materiales.

»Y el segundo será la Expectación.

»Y el tercero será el Hallazgo glorioso del símbolo.

»Y el cuarto será la Comprensión del símbolo.

»Y el quinto será la total Abstracción ó la inmersión en la Síntesis.

»Y gracias á las neblinas pasajeras, que afectarán formas varias y caprichosas, tú y los tuyos alcanzaréis perdurablemente los goces del Ensueño.»

Hno cantó diez y siete alabanzas del Sol Ardiente.

Pero el Sol Ardiente dijo:

-«¡Oh, Hno! He aquí que tal vez algún pueblo, allá en las densas tinieblas del Porvenir lejano é impenetrable, tal vez obtenga los dones inferiores de la Acometividad y la Energía.

»Y entonces serán destrozadas vuestras pipas.

»Mas ved que el humo es esencia divina é imperecedera.

»Así, pues, los vientos, dóciles á mi voz, llevarán el humo de vuestras hojas secas á inefables regiones desconocidas adonde no pueden llegar los destructores de pipas.»

Estas fueron las palabras del Sol Ardiente.

***

Y he aquí por qué hombres y mujeres fuman en Corea la pipa de cinco nudos.

JOSÉ CARNER.

Dos hermanos, escultura de Gustavo Rodin

CONTRASTE

Sonaban las campanas, unas á gloria, otras á muerto. A un lado de calle, rumor funeral, murmurio triste, apagado; la compostura de los tributos póstumos, algo como efluvios de tumba, silencio respetuoso ó comentario vago, discreto, apenas perceptible. Al otro lado, casi enfrente, el rumor es otro, vibrante, sin recato, de puro holgorio, expresión de placer y eco de la alegría. En una casa lloran, en otra ríen; allí las bocas contienen á duras penas los suspiros; aquí los labios dibujan sonrisas... Una madre desolada llora junto á un ataúd pequeño; llora mucho, mucho... No la consuelan las flores que en profusión adornan aquellos restos queridos, aquella coquetona estancia, ayer rincón de paraíso, hoy templo de muerte... El cuerpecito estirado, rígido, parece figura de ángel en plácido sueño; la carita tiene tonos de alabastro y marfil; la boquita, ligeramente entreabierta, parece haber estereotipado una sonrisa algo mimosa, de aquellas que ponían loca de contento á la mujer que llora... La mortaja es rica, de un blanco purísimo; como la tez, como las manitas, aquella carne ideal que se estremecía tres días antes en bulliciosos espasmos de ternura con el bullir de la sangre...

El padre intentó consolar á la mujer que llora con frases de consuelo; ahora parece rendirse á la evidencia; hay dolores que *no oyen,* no pueden oir, toda consolación es inútil... Pero aún parece querer consolarla con la mirada, de un brillo extraño, de una intensidad grandísima. Hace tres días, todo su oro, todas sus fincas ofrecía á la ciencia por la vida de aquella infeliz criatura... Míralа ahora fijo, como ensimismado, de pie, inmóvil, con ligerísimo temblor apenas perceptible, luchando consigo mismo; una de esas batallas de la voluntad contra la emoción, indefinibles; uno de esos choques del espíritu con el entendimiento, que se traducen en callados monólogos de una fuerza emocional incalculable... Castañeteaban sus dientes como cerrando el paso á una exclamación:

—¡Todo el oro del mundo no sirve para evitar lo inevitable!..

Los coches esperaban abajo, la suntuosa morada se llenaba de gente..., la escalera también, el portal, la calle...

A pocos pasos, en otra estancia, una madre sonríe. La habitación es humilde, muy humilde... Sonríe la madre junto á una cuna; en esa cuna hay un niño. ¡Qué lástima!.. ¡Duerme ahora tan bien!.. La ropa de cristianar es casi una irrisión..., limpia, eso sí, pero no digna de cubrir á un ángel.

El padre se apoya muellemente en el hombro de la mujer, lívida aún, delicada, por el alumbramiento reciente... ¡Qué expresión en sus ojos! ¡Qué choque de miradas!.. Luego las miradas van dirigidas á la cunita de mimbres, á aquella chispa de amor hecha carne, carne sonrosada y aterciopelada, como dalia fresca de tonos carmíneos... Y cosa singular, el niño dormido parece dibujar en su rostro un mohín de desagrado, casi un gesto de dolor... Ayer, era el cuarto centro de penuria; hoy no hay riqueza, pero es emporio de ventura.

Abajo, ni un solo coche; en la casa, algunos parientes y algunos amigos. Sin embargo, las voces son frescas, las risas son francas, la alegría trasciende. Ayer, hubiera dado el buen padre cualquier cosa por un bocado; hoy no daría ese tesoro, esa criaturita, por nada del mundo. Como la madre, padece casi al pensar que han de cogerlo y llevárselo á la iglesia, que va á despertarse, ¡ahora que dormía tan bien!..

Y siguen sonando las campanas, unas á gloria, otras á muerto... En el espacio azul se confunden el rumor alegre y el rumor fúnebre, las risas y los gemidos, el son metálico que indica el natalicio y el que señala la muerte... A poco más se confundirían las comitivas que se ponen en marcha. Ved la una, selecta, en orden, mecánica, afectada, con tonos negros y manchas grises; ved la otra, desordenada, bullanguera, sencilla, abigarrada, con manchas chillonas, pero de un brillo que cosquillea el ánimo y provoca la sonrisa...

Dos padres en marcha, dos polos opuestos... ¡Con qué envidia mirará acaso el potentado al mísero!.. ¡Qué sensación le producirá á éste el motivo del dolor ajeno!.. También él es padre... ¡Si se le muriese ese hijo, ese cacho de gloria!.. Son el *amo* y el obrero, el potentado y el paria... Ni en el uno hay ya soberbia, ni en el otro encono. Se han mirado, sí; dos miradas que borran todo un pasado.

Natura ejerce de juez supremo, falla sin distinción ú obra sin miramiento. Algo se ríe de las pasiones de los humanos, de sus rebeldías, de sus soberbias. Es ley inmutable, vida y muerte, que no respeta palacios ni chamizos, que no distingue el traje del andrajo:

De esos dos seres, esos dos padres, el uno ha exclamado:

¡Pobre hombre!

El otro ha murmurado:

—¡Feliz él!..

SEBASTIÁN GOMILA.

CRÓNICA DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

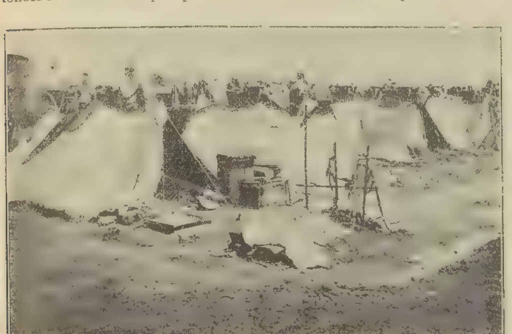
Cuando escribimos la presente crónica hace nueve días que se está librando en Liao-Yang una gran batalla que puede ser de mucha trascendencia para el curso ulterior de la guerra. En efecto, desde el día 24 de agosto hállanse luchando encarnizadamente de una parte 160.000 rusos con 600 cañones y de otra 200.000 japoneses con 700 piezas de artillería. El choque ha sido terrible, y la tenacidad y el valor heroico con que los dos ejércitos combaten permiten suponer que las pérdidas por ambas partes serán enormes.

Dada la importancia de esta acción, creemos oportuno describir, siquiera sea someramente, las diversas fases de la misma hasta este momento.

Después de algunas escaramuzas entre las avanzadas, que se verificaron el 24, el 25 una división y media del ejército del general Nodzu atacó á los rusos por Lian-Dian-Sian, á 35 kilómetros al Sudeste de Liao-Yang, intentando la infantería un movimiento envolvente que fué contenido por los cosacos y rechazado luego por la infantería y la artillería rusas. En vista de este fracaso el general Kuroki emprendió con numerosas fuerzas una enérgica ofensiva contra el flanco izquierdo, tratando de envolverle: el com

bate duró toda la noche y los japoneses avanzaron en grandes masas y se lanzaron desesperadamente contra las posiciones rusas, siendo rechazados con enormes pérdidas.

A las cuatro de la madrugada del 25 llegaron las reservas japonesas, que comenzaron el ataque apoyadas por un fuego terrible de artillería, iniciando entonces los rusos en aquel punto un movimiento de retirada protegido por una brigada de caballería del Cáucaso, que en una de sus brillantes cargas puso en desordenada fuga al enemigo. Esta orden de retirada, que se dió en la noche del 26 al 27, sorprendió desagradablemente á las tropas del ala del Este, pues las ventajas que habían conseguido rechazando los diferentes ataques de los japoneses les hacían esperar para el siguiente día éxitos más decisivos; pero estas tropas ignoraban que las fuerzas de su extrema izquierda no podían ya sostenerse en sus posiciones. La retirada fué penosa, pues los soldados hubieron de caminar sobre un mar de barro y en medio de una lluvia torrencial por un desfiladero estrecho y expuestos al fuego continuo de los japoneses, si bien éstos, extenuados sin duda por los incesantes combates, les persiguieron muy débilmente.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – La víspera de la batalla. El campamento ruso el día antes del combate de Ta-Chi-Kiao (de fotografía)

El 27 fué día de relativa calma: los japoneses no avanzaron y los rusos pudieron retirarse gradualmente á sus nuevas posiciones; en aquella jornada la lucha fué casi exclusivamente entre la artillería.

El 28 los japoneses reanudaron la ofensiva por el Sur y por el Sudeste, ocupando la posición de An-Chan Tchuang. El fuego de artillería fué terrible, y los ataques de los japoneses fueron tan furiosos como en los días anteriores, causando el asombro de los oficiales rusos el valor fanático de sus adversarios, muchos de los cuales, al verse heridos, se suicidaban para no caer en manos del enemigo. Cuéntase que un oficial japonés, herido y prisionero, pudo substraerse á la vigilancia de los que le guardaban y se rompió la cabeza contra unas piedras.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general Kuropatkine en la estación de Ta-Chi-Kiao (de fotografía)

El 29 se inició, según parece, la gran batalla en toda la línea, pero hasta el momento en que escribimos no se tienen noticias detalladas de ella y únicamente se sabe que el 31 aún duraba la acción, conservando los rusos sus posiciones y rechazando los continuados ataques de los japoneses.

Las pérdidas de estos combates deben haber sido terribles por ambas partes, dada la saña con que japoneses y rusos han luchado. Un telegrama del general Kuropatkine recibido el día 31 en San Petersburgo dice que se calcula que sólo el día 30 cada uno de los ejércitos combatientes tuvo 10.000 bajas.

Ha llegado, pues, el momento tan deseado y á la vez tan temido por los que siguen con interés la actual guerra, en que están puestas frente á frente la totalidad de las fuerzas de que en la Mandchuria disponen los dos pueblos beligerantes.

No se ha repetido en Liao-Yang la táctica hasta ahora seguida por los rusos de retirarse hacia el Norte después de haber estorbado unos días el avance de los japoneses y de haberles causado el mayor número posible de bajas. Ahora Kuropatkine ha esperado á pie firme á su adversario, y cuando este general, cuya prudencia y tenacidad son bien conocidas y que sabe perfectamente que el factor tiempo es uno de sus más poderosos auxiliares, pues le permite aumentar su ejército con los refuerzos que de continuo recibe de Rusia por el transiberiano, cuando este general, decimos, se ha resuelto á aceptar la batalla, es señal de que considera que tiene de su parte grandes probabilidades de éxito. Además, seguramente habrá pensado que una acción importante, aun en el caso de quedar indecisa la victoria, quebrantaría por algún tiempo los ímpetus de los japoneses y dejaría siempre á los rusos la posibilidad de reponer sus pérdidas y de tomar de nuevo más adelante una ofensiva que tal vez le llevara al triunfo definitivo.

Después de todo, resulta incomprensible la conducta de los japoneses: en efecto, á fines de julio habían emprendido una ofensiva vigorosa contra las fuerzas de Kuropatkine, ofensiva que había terminado con la ocupación de Hai-Cheng; y cuando parecía que iban á continuar su movimiento de avance y á obligar á sus adversarios á librar batalla en condiciones de evidente inferioridad ó á retirarse hacia Mukden, permanecieron inactivos desde el 1.° al 25 de agosto, dejando que en el entretanto los rusos fueran recibiendo refuerzos y construyendo en Liao-Yang las formidables fortificaciones ante las cuales se han estrellado sus ataques de estos últimos días.

Ocioso es decir la ansiedad con que en todo el mundo se espera el resultado de esta batalla, que indudablemente será una de las más largas y sangrientas que registra la historia.

También es empeñadísima la lucha en Puerto Arthur: los sitiadores, comprendiendo que la toma de esta plaza significa para el Japón un gran triunfo moral y la posibilidad de reforzar considerablemente los ejércitos que en la parte septentrional de la Mandchuria combaten contra Kuropatkine, redoblan sus ataques, menudeando los asaltos audaces de los fuertes y de las posiciones que defienden aquella ciudad; y los sitiadores, convencidos de que cada día de resistencia es una ventaja no sólo para ellos, sino para sus compañeros que al Norte luchan contra los ejércitos de Kuroki, Nodzu y Oku, prolongan desesperadamente la defensa de la fortaleza.

Muy vagas é incompletas son las noticias que de allí se reciben: los japoneses guardan un silencio absoluto sobre sus operaciones, y los sitiados sólo de cuando en cuando y con gran retraso pueden comunicarse con el exterior. La principal fuente de información es Che-Fu, en donde se refugian todos los que pueden escapar de la plaza; pero estos refugiados, en su mayoría chinos, son dignos de poco crédito y sus informes han resultado casi siempre falsos. Lo único que positivamente se sabe es que la lucha continúa siendo terrible; que los sitiadores han debido experimentar pérdidas enormes en sus continuos asaltos á pecho descubierto y á causa de la explosión de las minas de que está sembrado el terreno; y que á pesar de todos sus esfuerzos sólo han podido apoderarse de la montaña del Lobo, situada al Norte de Puerto Arthur.

El zar, después de haber felicitado, como dijimos, á los defensores de la plaza, ha rendido recientemente un nuevo tributo de admiración y gratitud á su valentía y á su tenacidad, otorgando al general Stoessel la cruz de San Jorge de tercera clase, y disponiendo que para los soldados de la guarnición cada mes de servicio, á partir de 1.° de julio hasta el fin del sitio, se contará como un año.

Los buques *Gromoboi* y *Rossia*, que pudieron escapar de la persecución de los japoneses después del combate de Tsu Shima, del que hablamos en nuestra anterior crónica, llegaron á Vladivostok con tan grandes averías, que su arribo á dicho puerto parece milagroso. Actualmente están en reparación, pero lo más probable es que aún tardarán mucho en poder prestar servicio. En cambio, las reparaciones del *Bogatyr*, uno de los cruceros de aquella división que hace tiempo encalló á la entrada del puerto, están casi terminadas. También ha llegado á Vladivostok la tripulación del *Novik*, destruído, como saben nuestros lectores, en el citado combate.

El conflicto de los buques rusos refugiados en Shanghai (el *Askold* y el *Grossovoi*) se ha resuelto satisfactoriamente por haber el gobierno ruso ordenado á sus comandantes que los desarmaran. En su consecuencia, dichos barcos quedarán neutralizados, y sus tripulantes, en cierto modo prisioneros bajo palabra de honor, no podrán reanudar sus servicios mientras duren las hostilidades.

El *Smolensk*, buque de la flota voluntaria que, en unión del *Petersburg*, apresó en el mar Rojo algunos vapores mercantes neutrales, se ha presentado recientemente en la costa Sudeste de Africa, frente á Natal, en donde ha detenido y registrado al *Canadian*, dejándolo después en libertad. Como es natural, la prensa inglesa ha formulado enérgicas protestas, censurando sobre todo que ocurran tales hechos después de las seguridades dadas por el gobierno ruso de que los mencionados barcos no repetirían actos como los que dieron lugar á las protestas anteriores; pero aquella prensa no tiene en cuenta que las órdenes dictadas en San Petersburgo no han podido aún llegar á conocimiento de los referidos buques por no haber éstos tocado en ningún puerto desde que abandonaron las aguas del mar Rojo. Para que puedan recibirlas, el Almirantazgo inglés, á petición de Rusia, ha ordenado á varios de los buques de guerra que



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Únicos sobrevivientes del 5.° batallón de voluntarios siberianos que tan heroicamente se batió en el combate de Telitsu (de fotografía)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Banda infantil organizada en Tokío para saludar á las tropas que parten para el teatro de la guerra.—Al frente va un hombre con la bandera japonesa y detrás de él, delante de los músicos, un niño llevando una bandera con inscripciones patrióticas. (Dibujo de S. Begg, hecho según una fotografía)

General Stoessel, comandante de la guarnición de Puerto Arthur

Mariscal Oyama, general en jefe del ejército sitiador de Puerto Arthur



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Puerto Arthur y sus fortificaciones á vista de pájaro, tomada desde el Norte, dibujo de H. C. Brewer

tiene Inglaterra en aquellos mares, que busquen al *Smolensk* y al *Petersburg* y cuando los encuentren les comuniquen las disposiciones adoptadas por su gobierno. En la actualidad dedícanse á este servicio el acorazado *Crescent* y los cruceros *Forte* y *Pearl*, que estaban en las Seychelles, el *Barrosa* y el *Partridge*, que recorren las aguas entre la bahía de Walfish y Benguela el primero, y entre la bahía de Balfish y la bahía Simón el segundo; además se ha comunicado la orden de Rusia á los comandantes de las estaciones del Sur del Atlántico para que á su vez la transmitan á los barcos de guerra ingleses *Saint-George* y *Brilliant*, que al presente se encuentran en aguas de las islas de Cabo Verde.

La escuadra rusa del Báltico, al mando del almirante Rojdesvensky, salió el 25 de agosto de Cronstadt para efectuar un crucero de maniobras que habrá de durar diez días. En Rusia se da como segura la próxima partida de esta escuadra para el teatro de la guerra, pero fuera de allí se duda mucho de que esta marcha se realice, porque todo el mundo se pregunta cuál sería su base de operaciones en aquellos mares suponiendo que Puerto Arthur caiga en poder de los japoneses y dado que á la llegada de la escuadra estará ya bloqueado por los hielos el puerto de Vladivostok.—R.

NUESTROS GRABADOS

Lavanderas, acuarela de J. Ballarini.—Es J. Ballarini uno de los artistas austriacos que más ferviente culto rinde al arte moderno. Dedicado al estudio de la pintura desde temprana edad, ha llegado á adquirir justa reputación por el sello de verdad que imprime en todas sus obras, simples en los asuntos, pero bellas por el colorido. Atento observador de cuanto le rodea, hase limitado á reproducir los cuadros, escenas y costumbres que se presentan á su vista, resultando de ahí que es un digno representante de la pintura de género.

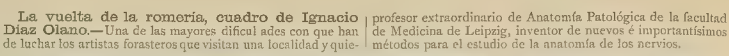
En la academia, dibujo al lápiz de Pedro Borrell.—Gracias á la galantería del distinguido pintor D. Pedro Borrell, podemos dar á conocer á nuestros lectores el interesante apunte que reproducimos. La personalidad de este artista es sobradamente conocida, notorios son sus merecimientos y muchos de los pintores que han logrado singularizarse no han



En la academia, dibujo de Pedro Borrell

olvidado que recibieron provechosas enseñanzas de tan excelente maestro. De ahí, pues, que nos creamos relevados de consignar noticias y antecedentes y que al publicar el dibujo que motiva estos renglones, lo hagamos impulsados por el deseo de expresarle el público testimonio de la consideración y de la simpatía que nos merece.

Una maja en 1800, cuadro de Joaquín Agrassot.—Ese ayer de nuestra patria, que tantos recuerdos evoca y que tantos atractivos tiene para el artista, también ha seducido varias veces al maestro y decano de los pintores valencianos. Dueño Joaquín Agrassot de su brillante paleta, inteligente colorista y hábil en la aplicación de los recursos que aquélla podía ofrecerle, ha logrado ejecutar y producir cuadros dignos del mayor encomio, retrotrayendo épocas que pasaron, presentando tipos, trajes y pormenores que producen indescriptible encanto.



La vuelta de la romería, cuadro de Ignacio Díaz Olano.—Una de las mayores dificul ades con que han de luchar los artistas forasteros que visitan una localidad y quieren pintar sus costumbres, es la de identificarse con el espíritu de ésas, percibir en ellas lo que constituye la esencia; y así sucede que los que no siendo andaluces, por ejemplo, reproducen escenas de aquella hermosa tierra, si aciertan á copiar la que podríamos llamar parte material de las mismas, nunca logran impresionar tan intensamente como un pintor, quizás de menos talento, que haya nacido y vivido en aquella región privilegiada. Nada hay que estimule tanto la inspiración como el haberse criado en el medio en donde el artista se propone buscar temas para sus composiciones, y de ello es buena prueba el cuadro de Díaz Olano que publicamos. *El regreso de la romería* es la realidad misma; está visto no sólo con los ojos del cuerpo, sino además con los del alma: observado no con la curiosidad del extraño, sino con el amor del que tiene aquellas gentes y aquellas costumbres como cosa propia; y pintado no con el interés del que se propone simplemente trasladar al lienzo una nota pintoresca que por un instante le cautivara, sino con el cariño del que quiere ante todo y sobre todo rendir culto á la tierra en que se deslizó su infancia Únicamente así puede producirse una obra tan bella, tan real, tan hondamente sentida como la del notable pintor alavés que con tanta justicia llamó la atención en la última Exposición general de Bellas Artes celebrada en Madrid.



Lavanderas, acuarela de J. Ballarini

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Dusseldorf.—En la exposición de bellas artes celebrada este año en Dusseldorf se han vendido obras por valor de 300.000 marcos (375.000 pesetas).

Teatros.—En Munich han terminado las primeras representaciones de los ciclos de óperas de Mozart y Wagner, que han obtenido, en general, una ejecución excelente y han sido puestas en escena con verdadera magnificencia. Se han cantado del primero *Las bodas de Fígaro*, *El rapto del serrallo*, *Don Juan*, *Così fan tutte* y *La flauta encantada;* y del segundo *El holandés volante (El buque fantasma)*, *Los maestros cantores de Nuremberga*, *Tristán é Isolda* y la tetralogía *El anillo del Niebelungo.* El éxito ha sido inmenso.

–En Verona se ha descombrado enteramente el antiguo anfiteatro con objeto de representar en él dramas italianos modernos.

–El notable escritor francés Juan Richepin ha terminado un drama en verso titulado *Don Quijote*, que se estrenará durante la próxima temporada en el teatro de la Comedia Francesa.

Necrología.—Han fallecido:

Dr. D. Delfín Donadiu, notable filólogo y filósofo, catedrático de las lenguas hebrea y árabe de la Universidad de Barcelona, autor de multitud de folletos y opúsculos y de algunas importantes obras, entre ellas una *Metafísica* y una *Gramática Hebrea.*

D. José Gutiérrez de Agüera, diplomático español, embajador cerca de la Santa Sede.

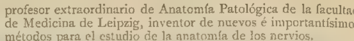
Arnoldo Krug, compositor alemán, profesor del Conservatorio de Hamburgo, director de la Academia de Canto de Altona.

Wassilij Bilbassof, célebre historiógrafo ruso, profesor de las universidades de Kiew y San Petersburgo.

Otón Brausewetter, notable pintor de historia alemán, profesor de la Escuela superior de Artes plásticas de Berlín

Gustavo Sixt, arqueólogo alemán, director de la Colección de Monedas y Medallas de Stuttgart, profesor del Gimnasio Carlos.

Carlos Weigert, célebre histólogo y bacteriólogo alemán,



profesor extraordinario de Anatomía Patológica de la facultad de Medicina de Leipzig, inventor de nuevos é importantísimos métodos para el estudio de la anatomía de los nervios.

Rodolfo Armando Philippi, célebre naturalista de origen alemán, profesor de la facultad de Ciencias Naturales de la Universidad de Chile, fundador y director del magnífico Museo de Historia natural de aquella ciudad y creador del Jardín Botánico.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Bd des Italiens.

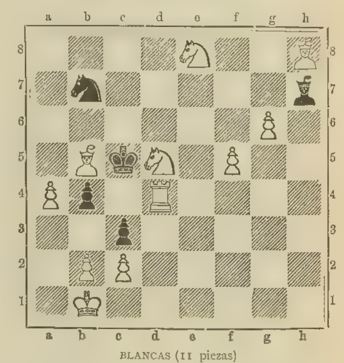
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación):*

Envío n.º 8.–Lema: «Emendatum.»

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Envío n.º 9.–Lema: «Marina.»–Blancas: R h 1, D g 8, T d 4 y f 2, C a 6 y b 7, P a 4 y e 7 (8 piezas). Negras: R e 5, T c 7, A h 4, C a 7 y e 8, P b 3, b 6, c 3, c 6, h 5 y h 7 (11 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

—

Nota.–El autor del problema cuyo lema es «Don Eskil» ha enviado una nueva forma del mismo, solicitando sea la valedera y anulando la anterior. La publicaremos en el número próximo.

SOLUCIONES

Envío n.º 6.–«Attaque.»

1. T e 1–e 2, c 6 × b 5; 2. T e 2–a 2, etc.
   c 6 × d 5; 2. T e 2–h 2, etc.
   R c 5 × b 5; 2. T e 2–a 2 jaq., etc.

Envío n.º 7.–«Vive le roi.»

1. T f 2–e 2, c 4–c 3; 2. C d 5–c 7, etc.
   e 6 × d 5; 2. A b 8–e 5 jaq., etc.
   A juega; 2. C e 3–c 2 jaq., etc.
   g 5–g 4; 2. C d 5–c 3, etc.
   e 6–e 5; 2. e 7–e 8 (D), etc.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Era su mujer una hermosa criatura á la que cogió en pleno desarrollo y que creyó realizar un sueño inesperado al convertirse en la rica señora de Boissier. Su despertar fué espantoso al día siguiente de su entrada en la casa; pero ya era tarde.

Trató entonces de conquistar á su marido por el buen humor, las atenciones y la sonriente docilidad, pero todo fué inútil.

Tenía aquella mujer una hermosa naturaleza, abierta, franca y fácil de conmover. Todo eso era para el dueño de la casa un necio sentimentalismo del que había que desembarazarse más que de prisa.

La infeliz concentró entonces todo su cariño y toda su vida en el niño que había tenido á poco tiempo de casada.

Su Pedro era su única alegría y su pasión exclusiva, y pronto vió que aquel pequeño á medida que iba creciendo la quería más y que era ella todo para él como él todo para ella. Boissier opinó que su mujer educaba muy mal al chico.

Y acaso sintió elevarse del fondo de su corazón un secreto sentimiento de celos y de rencor contra la que monopolizaba de aquel modo al muchacho.

Cuando Pedro tuvo diez años, su padre declaró que había llegado el momento de enviarle al colegio de Grenoble. La madre suplicó á su marido que se lo dejase aún algún tiempo. ¡Interno, tan joven y tan delicado! ¡Enviarle á Grenoble, tan lejos!.. Pero sus razones y su llanto fueron inútiles: Antonio siguió inflexible.

Separada de su hijo, aquella mujer se replegó en sí misma y se hizo indiferente á todo, hasta á los malos humores del que, en otro tiempo, la hacía temblar con una palabra.

Un día Boissier observó que las piernas de su mujer flaqueaban.

—¿Qué tienes?, le dijo; ¿estás mala?

—No sé, pero me parece que me voy á caer.

Al día siguiente tuvo que guardar cama y unas semanas después exhalaba el último suspiro llamando á aquel niño al que no debía ver más.

Antonio Boissier se quedó solo en la casa, encogiéndose de hombros con despreciativa compasión al recuerdo de la pobre mujer á la que, acaso inconscientemente, había martirizado durante doce años.

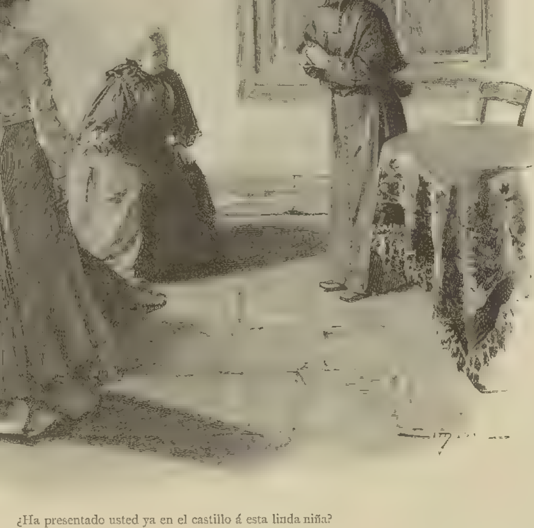
Después de todo, había realizado su función dándole un hijo.

De este modo había un heredero de Boissier y la propiedad—la finca de la Umbría—no se echaría á perder con un reparto. Las cosas estaban bien así.

Y Antonio Boissier, que no tenía aún cuarenta y cinco años, se volvió más duro para el trabajo y más avaro que nunca, mientras Pedro se instruía en el colegio para salir, ya hombre, bien armado y dispuesto á defender sus tierras y su dinero cuando le llegase la vez.

Pero, en aquel momento, Boissier había conocido otros sentimientos y otras pasiones que las del campesino encorvado hacia la tierra que es su único amor.

Le habían nombrado alcalde de Saint-Romain y aquel día se había sentido hinchado por una humareda de inmenso orgullo.



¿Ha presentado usted ya en el castillo á esta linda niña?

Era el momento en que el partido republicano llegaba al fin al poder en Francia.

Hasta entonces los alcaldes habían sido, de padres á hijos y por un derecho de tradición y de nacimiento, los barones de la Rochere, dueños del castillejo de torres puntiagudas que se levanta en la próxima colina y domina una ladera bastante escarpada.

El barón representaba, naturalmente, las ideas conservadoras, con sus ribetes de reacción monárquica, y desde 1870, Boissier le estaba haciendo una guerra astuta é implacable que le había dado en el pueblo el carácter de jefe de la oposición democrática.

Antonio, por otra parte, desempeñaba ese papel con entera convicción.

Así como el barón representaba la tradición realista, Boissier era jacobino por temperamento y como por herencia. Era de los que reclaman la igualdad á los más altos, sin perjuicio de rehusársela á los inferiores. Quería la libertad... para él; y sólo entraba en escena la fraternidad cuando le daba pretexto en sus conversaciones para quitar el pellejo al señor de la Rochere.

Cuando en unas elecciones Boissier resultó elegido á la cabeza de la lista republicana, nuestro hombre conoció la embriaguez del poder, y perfecto tirano en la alcaldía como en su casa, aterrorizó al ayuntamiento, dirigió el municipio á tambor batiente é hizo decir á los habitantes de Saint-Romain:

—Es todo un hombre, bien mirado, el señor alcalde...

Y es que los audaces y los fuertes tienen siempre razón para los tímidos y los flojos, hasta el momento en que los corderos, trasquilados con demasiada brutalidad, se vuelven rabiosos.

Pero ese momento no había llegado, y por mucho tiempo todavía se debía admirar y temer á Antonio Boissier en aquella región donde él se daba el aire de un Luis XIV enfrente del noble destronado y en la que su propiedad de la Umbría no tenía más rival que la Zarzalera, de la que era vecino medianero.

Esta circunstancia, precisamente, había dado origen á la querella de Boissier y Girardot, querella que venía de lejos, pues databa de un día en que tuvieron una violenta discusión á propósito de un poste cambiado de sitio, no se supo cómo ni por quién, y que Antonio quería colocar en un punto que pertenecía á su vecino en buena y hereditaria propiedad.

Pero el tal Boissier perdía la noción de lo justo y de lo injusto cuando se trataba de aquella tierra á la que amaba hasta la inconsciencia.

Recurrieron al juez de paz del cantón, y éste no vaciló en quitar la razón al señor alcalde de Saint-Romain.

Boissier se alzó ante el tribunal de Saint-Marcellin y perdió también el pleito, ya sin apelación posible.

Pero el alcalde tenía preparada una refinada venganza.

En el límite medianero de las dos propiedades, Girardot poseía una hilera de admirables nogales de veinticinco años, en pleno rendimiento, que sobresalían unos centímetros del espacio que se debe dejar entre los árboles corpulentos y la heredad del vecino.

Antonio Boissier le hizo notificar que debía cortarlos á la altura de dos metros ó retirarlos á la distancia reglamentaria, lo que era una ironía feroz, pues no se acortan hasta dejarlos de dos metros unos árboles cuyo tronco mide quince pies de altura hasta las primeras ramas, ni se trasplantan unos nogales de veinticinco años.

Girardot le ofreció una indemnización, pero Boissier se encogió de hombros. Tenía de su parte el *summum jus*, que es también la *summa injuria*, y Girardot tuvo que cortar sus árboles, sus cuarenta y seis árboles, lo que por poco le hace llorar.

Pero desde aquel momento el odio de los Atridas no fué más que tortas y pan pintado comparado con el de aquellos dos hombres, y Luis Girardot pensó que si su vecino había tenido el desquite, él ganaría la buena.

Girardot la estuvo buscando durante tres años.

Y acaso no la hubiera encontrado, pues era el tal un buen hombre sin hiel y sin astucias tenebrosas, si no se la hubiera presentado, apetitosa y seductora, el cura de Saint-Romain, el padre Gaindrón, alto, seco, con aspecto de campesino bonachón, pero astuto como un diplomático de la curia romana.

Poco á poco, entonces, y sin ruido, Girardot menudeó sus visitas al castillo, al que nunca había ido

mucho, pues sus gustos y los de su mujer eran muy diferentes de los del barón y la baronesa de la Rochere, que hacían en su palomar la vida fastuosa de los nobles rurales.

La influencia de Girardot en el país era la de un gran propietario que dispone, por sus arrendadores, sus criados y sus proveedores, de unos treinta votos electorales.

Se concertó una alianza secreta entre el castillo y la Zarzalera, y tres meses después, al renovarse la municipalidad, el tirano de Saint-Romain se despertaba al pie de la roca Tarpeya.

Su lista fué derrotada y el barón de la Rochere triunfó al frente de la lista contraria con cuarenta votos de mayoría entre doscientos electores. El barón, pues, volvió á tomar posesión de aquella alcaldía de la que Boissier le había expulsado en otro tiempo, y el padre Gaindrón se vió libre del procónsul que tantas veces le había buscado camorra. Aquel día dijo Luis Girardot á su mujer:

—Es la primera vez que me consuelo un poco de haber cortado mis cuarenta y seis nogales.

Antonio Boissier por poco cae enfermo. Aquella alcaldía era su orgullo y su prestigio, y además, aquel hombrecillo regordete, de hombros cuadrados, pelo gris cortado como un cepillo y cejas enmarañadas sobre unos ojillos penetrantes, tenía la megalomanía de la autoridad.

Antonio, pues, se retiró, no á sus tiendas, sino á su finca de la Umbría, más huraño y más oso que nunca, y cuando supo á quién debía su derrota se contentó con exclamar:

—Está bien. Todo se paga.

Y se fué á regañar á sus labradores.

En aquel momento, su hijo acababa sus brillantes estudios en el colegio de Grenoble.

Aquel muchacho no se parecía en nada á su padre. Durante los diez primeros años de su vida la ternura de su madre le había dejado en la mente una huella indeleble. Su madre le había iniciado en unas ideas y en unos sentimientos ignorados por Antonio Boissier y muy difíciles de desarraigar después por lo mismo que habían crecido silenciosa y libremente en un terreno reservado en el que nunca el dueño de la casa había hecho la más pequeña exploración.

En el colegio el niño se despertó al contacto de otro mundo intelectual y moral. Para esos muchachos mudos y atentos la historia de otros tiempos está llena de enseñanzas imprevistas, mientras la vida común hace nacer en ellos ideas de generosidad, de lealtad, de franqueza y de amor propio y los sentimientos de valor personal que es respetado ya por los compañeros.

Cuando Pedro Boissier, á punto de acabar sus estudios, vió el momento de volver á Saint-Romain, donde sólo había pasado hacía mucho tiempo los meses de vacaciones y éstos muy tristemente, se preguntó qué era lo que iba á hacer.

Conocía á su padre y ese conocimiento no era tranquilizador. Seguramente, no le acusaba de haber causado la muerte de su madre, á la que tanto había llorado en el dormitorio, cuando nadie le veía, oculto entre las sábanas. Pero sabía que no había sido bueno para ella. A los diez años, la vista de un niño inteligente es implacable. Pedro había visto y no podía olvidar.

Era imposible permanecer en aquella casa para sufrir continuos sofiones y vivir en una semiservidumbre en la que se aniquilarían su voluntad, su energía y su valor. Nunca estaría de acuerdo con su padre, de cuyos gustos y de cuyas ideas no participaba y que no le dejaría ni libertad ni responsabilidad ni iniciativa.

Y después de haber hecho brillantemente los exámenes del bachillerato, Pedro declaró á su padre que quería tomar parte en el concurso de Saint-Cyr, para el que estaba bastante preparado.

—¡Para hacerte militar!, exclamó Antonio estupefacto.

—Puesto que tengo que serlo durante algún tiempo, prefiero ser oficial á ser soldado.

Boissier frunció las pobladas cejas reflexionando que la razón no tenía nada de tonta.

Después de todo, los galones halagaban su manía de grandezas.

«Y después, pensó, todavía no le necesito y así verá el mundo y acaso logre de este modo una buena boda... Cuando llegue el momento, yo le haré volver á casa.»

Boissier dió su autorización, pero no debía tardar mucho en arrepentirse.

Brillante oficial, condecorado en Madagascar por un soberbio hecho de armas, enviado á Francia para restablecer su salud, algo alterada por aquel pérfido clima, y estando, naturalmente, en Saint-Romain para pasar su semestre de licencia, Pedro no había dudado en responder siempre que su padre le decía:

—Y bien, muchacho, ya tienes la cruz. Este sería el momento de hacer dimisión. Has obtenido ya de esa gente todo lo que podías esperar, y yo me voy haciendo viejo...

—¡Presentar mi dimisión! ¡Oh!, padre; tiempo tenemos de hablar de eso...

Pero cada vez que Antonio hablaba, veía más claro que chocaba con una voluntad tan obstinada y tenaz como la suya.

A Pedro le gustaba aquella carrera cuya severa disciplina se acomoda tan bien con la libertad de la mente y del alma. Además se entendía cada vez menos con aquel viejo de ideas congeladas y de carácter agrio.

Era para el joven una preocupación constante el evitar un choque entre aquellas dos lógicas y aquellas dos mentalidades tan opuestas; choque que podía provocar alguna escena penosa que el joven oficial no quería ni podía soportar.

Y Pedro pensaba:

—Seis meses, puede pasar; durante este tiempo mi padre irá por su lado y yo por el mío. Pero permanecer así toda la vida, eso no.

Y esforzándose por escudriñar su conciencia para cerciorarse de que no le acusaba de nada, añadía:

—Mi padre me quiere á su modo; es cierto. Yo también le quiero y estoy pronto á hacer por él todos los sacrificios... todos, menos el de mi dignidad y el de mi porvenir. Por otra parte, desde hace catorce años no ha sentido la necesidad de acercarse á mí. No hago falta á su corazón ni siquiera á sus intereses, sino tan sólo á su vanidad y á sus combinaciones autoritarias. Nada, pues, me impide continuar en la gran familia en que hago la vida íntima que me conviene, donde respiro libremente y donde tengo jefes, pero no amos.

He aquí por qué hacía casi un mes que el teniente Boissier estaba en su pueblo reponiendo su salud, ligeramente quebrantada por el clima de Madagascar. He aquí por qué Graciana no le había visto nunca y por qué ese nombre pronunciado por sus abuelos le produjo á ella también un inmenso asombro:

—¡El hijo de Boissier!

Pero á la joven no le habían hecho cortar cuarenta y seis nogales ni había entrado en su corazón el rencor del abuelo. Graciana no conocía á Boissier más que como un vecino de aspecto un poco huraño que la miraba de reojo cuando se encontraban en el camino.

Así fué que exclamó en un impulso de franqueza:

—Es muy posible que su padre sea un oso; pero él, abuela, es un león, un león generoso, y en cuanto le encuentre...

—Y bien, le das las gracias tú misma y se acaba esta historia.

. . . .

Habían pasado unos días.

Graciana se había instalado llena de júbilo en su cuarto, que encontraba como siempre, con su aspecto de antiguedad, su aire sonriente, su papel de ramajes pasados de moda, sus muebles de nogal de formas rectas y angulosas, sus cortinas de cretona de flores rojas, convertidas en un color de rosa muy pálida, y sobre todo, con aquella gran ventana desde la que se veían los próximos Alpes que parecían detenidos por el hondo lecho del Isère.

Aquella había sido en otro tiempo la habitación de la tía Camila, de la que nunca se hablaba y cuyo recuerdo, sin embargo, permanecía tan vivo.

Desde allí era un encanto ver, en las mañanas de sol, el aspecto de la granja, con sus vastos locales para la cría de gusanos de seda, con su pozo antiquísimo al pie de un sauce llorón y al lado de un abrevadero al que iban á beber tres veces al día los grandes bueyes de la labor.

La Zarzalera estaba muy cerca del río y la casa de los dueños se apoyaba fraternalmente en las construcciones de labor, en las que pululaban los ganados, en las que los montones de estiércol se ofrecían á los picotazos de las gallinas y en las que por todas partes se veían las carretas y los carros con sus lanzas levantadas.

Las dos construcciones estaban separadas por una tapia que formaba delante de la entrada principal un recinto sombreado por tres hileras de plátanos y continuado por una gran huerta en la que se veía algo agradable en medio de mucho útil.

En las orillas de los rectos paseos había ciertamente rosales, azucenas, geranios y violetas, pero todo esto servía de marco á grandes cuadros de árboles frutales y verduras.

Las tapias, bastante altas, estaban reservadas á los espalderas, cuyas doradas uvas moscateles atraían en septiembre enjambres de avispas, enemigas personales de la señora de Girardot. En el rincón más resguardado, una higuera resistía hacía muchos anos los hielos y las nieves del invierno.

A lo lejos se extendían las tierras de labor, rayadas de viñas y rodeadas de nogales, hasta el surco, un simple surco apenas más profundo que los otros, que separaba la Zarzalera de la Umbría.

No había en los alrededores más que un pequeño caserío que se llamaba La Espinosa, á causa sin duda de sus malezas más agrestes, y que desaparecía casi en la gran hendedura al lado del camino del vado del Isère.

Graciana organizó en seguida su nueva existencia.

Un día dijo á su abuela:

—Ya no soy aquí una señorita de la ciudad que está en vacaciones, sino una campesina en su casa. ¿Verdad, abuela, que estoy en mi casa?

—¡Ah! Hija mía, bien lo sabes.

—Entonces enséñame lo que debe hacer en su casa una campesina.

Y para la buena anciana fué un gozo casi perfecto el ver á aquella muchacha correteando á su lado, alegrándole con la música de su voz juvenil y maravillándola por su facilidad para aprender el oficio de ama de casa.

—No, hijita, le decía; no es un oficio, sino un arte, una ciencia que hacen más encantadoras y más amadas á las mujeres. Cuando yo te lo digo, Graciana, es porque lo sé.

Y desde los primeros días empezó á iniciarla y á abrirle los profundos armarios llenos de ropa blanca que olía á lirio (el lirio da al lienzo un perfume mucho más fino que el espliego), á disertar con ella sobre la próxima lejía y á calcular los más lejanos tarros de dulce...

—Y después, decía Graciana, tendré el piano, mis dibujos, mis libros...

—Tu piano y tus libros llegarán en pequeña velocidad... Tu dibujo..., tu dibujo... ¿Qué es lo que quieres dibujar aquí?..

—Cualquier cosa... tú, el abuelo, la casa, la huerta... Y, en el campo, los encinares...

Esto hacía casi fruncir las cejas á la buena señora. ¡El dibujo!.. ¡La pintura! Eso era lo que había perdido á la pobre Camila, y la anciana guardaba un rencor feroz á todas esas cosas.

Pero, en fin, la señora Girardot no podía decir á su nieta lo que pensaba de un arte de adorno que ella consideraba como una invención diabólica, y se contentó con responder:

—Todavía hace demasiado fresco en los encinares; más vale que esperes al rigor del verano.

Además, no dejaba tiempo á Graciana para pensar en esas fruslerías.

Su enseñanza doméstica era una distracción poderosa y atractiva que seducía á la joven por su novedad, por su importancia y por su actividad.

Y Graciana esperaba con paciencia el piano y los cajones de libros mientras aprendía á amasar la pasta para las tortas y visitaba el gallinero, la conejera y el frutero.

—Porque en una casa, querida mía, hay siempre qué hacer en todas partes, decía la viejecita de rosadas mejillas y cabello de plata.

Aquel día volvían las dos de los establos, en los que había, desde el día anterior, una nueva pensionista, una linda ternera blanca y bermeja, con su hocicuito de color de carne y sus ojazos negros con pestañas de albino, encaramada sobre unas patas todavía demasiado largas y á la que su madre lamía suavemente mientras ella se colgaba de la ubre y le daba frenéticas cabezadas.

Al entrar abuela y nieta en el comedor, que también servía de sala (así lo habían encontrado establecido y nunca habían pensado en modificarlo), vieron la sotana negra, la cara beatífica y sonriente y la barbilla mal afeitada del señor cura.

El padre Gaindrón iba á hacer á sus excelentes feligreses una de las visitas de las que siempre sacaba algo de provecho.

—Para los pobres, le decía discretamente la dueña de la casa.

Y el bueno del cura, que no estaba tampoco en la opulencia, no la contradecía al alargar, también discretamente, la mano izquierda, que debía ignorar el empleo que daría la derecha á las liberalidades de aquella señora.

El cura estaba en gran conversación con Girardot y dijo al ver á Graciana:

—Aquí tenemos á mi nueva feligresa... Ya sé, señorita Graciana, que ha tenido usted la buena idea de venir á traer la alegría á esta casa y que su señor padre se ha prestado á ello con toda la bondad de su corazón. Tanto mejor para todo el mundo. Mejor para la parroquia y mejor para el castillo, donde se verá con frecuencia una cara agradable más.

Y añadió después de una pausa:

—¿Ha presentado usted ya en el castillo á esta linda niña?

—Todavía no, señor cura; acaba de llegar.

—Está usted en muy buena amistad con el señor barón para que tarde mucho tiempo en hacerlo. La amistad de los padres se extenderá á los hijos y esto regocijará la vista del pastor, mi querida señora de Girardot.

Se habló de otra cosa y pronto se despidió el padre Gaindrón. Pero después de acompañarle hasta la puerta y de haberle visto desaparecer en el recodo del camino, Graciana preguntó riendo:

—¿Tan amigos somos de los barones de la Rochere?

—Sí, hija mía. Ya sabes que el barón ha vuelto á ser alcalde gracias á tu abuelo. Y dentro de tres meses le volverán á elegir gracias á él.

—¿Va á haber elecciones?

—Si; hace ya cuatro años que se hicieron las últimas.

—¿Y vais á menudo al castillo?

—Yo no; me aburro allí un poco... Pero tu abuelo va mucho. Son unos vecinos encantadores, y en efecto, esa relación será agradable para ti.

—¿Por qué?

—Porque la casa es muy alegre desde que ha vuelto Daniel.

—¿Ha acabado su carrera de Derecho?

—Hace mucho tiempo.

—¿Y ha vuelto... definitivamente?

—Dicen que sí... Fuerza será que se vuelva formal un día ú otro.

—¿Qué edad tiene?

—Veinticinco ó veintiséis años, más bien más que menos. Sin embargo, estaba en el colegio al mismo tiempo que el hijo de Boissier. Parece que los estoy viendo con sus quepis y sus levitas de botones dorados. En aquel tiempo hasta se tuteaban.

—No deben de ser ahora tan amigos...

—¡Ca!..

Pero llegaban á la casa y la abuela dijo:

—Ahora no se trata de eso. La clueca roja no ha comido hoy todavía. Ven; vamos á quitarla de encima de los huevos; sería capaz de morirse de hambre, el animalito.

. . . .

Mientras tanto, el padre Gaindrón se dirigía hacia su casa lentamente y tan preocupado, que no veía siquiera á los muchachos que corrían por los campos para salirle al encuentro en el camino y decirle, quitándose el sombrero con ostentación:

—¡Buenos días, señor cura!

El padre iba pensando en cosas que no debían de ser desagradables, pues á veces se sonreía y hacía un ademán persuasivo, como si destruyese alguna objeción con una respuesta contundente.

Hasta llegó una vez á murmurar:

—¡Buen asunto! ¡Excelente negocio!..

Y cuando llegó á su casa, en la plaza del pueblo, dijo entreabriendo la puerta:

—María, voy al castillo.

—Pero ¿vendrá usted á cenar, señor cura?

—No lo sé, hija mía; ya lo verá usted.

Y muy vivaracho, frotándose las manos con ese ademán que se puede llamar eclesiástico, hasta tal punto es peculiar de curas y religiosos, tomó el camino que sube suavemente hasta el castillo.

Tiene bastante buen aspecto, aquel castillejo de la Rochere, cuando los puntiagudos tejados de sus cuatro torrecillas brillan al sol de un hermoso día.

La colina, convertida en parque, está rodeada de una buena tapia, y la verja de entrada tiene carácter y amplitud y no huele á nueva ni á falsificada.

En efecto, los barones de la Rochere estaban ya allí hacía varias generaciones cuando, en 1793, el bisabuelo de Boissier compró sus más hermosas fincas por un puñado de asignados adquiridos por menos de la centésima parte de su valor nominal.

En aquellos tiempos el dueño del castillo había emigrado prudentemente, y cuando volvió, después de Termidor, tuvo la suerte de encontrar su castillo intacto, con gran parte de sus tierras, pues sólo Boissier había tenido la audacia de comprar algunas de ellas.

El barón, noblezuelo de provincia, cobró muy poco de la indemnización de los emigrados, pero, sin embargo, cuando murió lleno de años, legó á su hijo una propiedad todavía bastante redondeada. Este murió á su vez sin amenguarla ni aumentarla, y actualmente la tenía su hijo, esperando dejársela—lo más tarde posible á su único heredero, á aquel Daniel cuyo recuerdo acababa de evocar el cura en casa de Girardot.

¿Pensaba el padre Gaindrón en estas cosas del pasado cuando, como conocedor, hizo funcionar el secreto de un postigo que se abría en la verja?

¿Era su preocupación muy distinta cuando tomó por el paseo central que conduce al castillo?

Ello es que sin dejar de tener consigo mismo una conversación animada con enérgicos gestos, llegó á una especie de jardín inglés rodeado de una tapia á altura de hombre y adornado de tiestos, al que se llamaba pomposamente «el patio de honor» porque había que pasar por él para llegar á la escalinata de acceso al castillo.



La mirada del barón se cruzó con la del cura

Al llegar allí, el cura vió al jardinero y le dijo:

—Claudio, ¿está en casa el señor barón?

—Sí, señor cura.

—¿Tiene gente?

—No lo creo...

—Pregúntele usted si quiere hacerme el honor de recibirme.

—Ya sabe usted, señor cura, que para usted hay siempre entrada franca. Venga conmigo.

Un momento después el padre Gaindrón era introducido en una especie de despacho y biblioteca en el que se refugiaba casi siempre el barón cuando no estaba corriendo por sus tierras.

Era el tal un hombre rechoncho y sanguíneo, rubio en otro tiempo y ahora canoso, y que acogía á la gente con jovialidad y sin cumplimientos.

Aquella franqueza no era afectada, pero tenía como compensación unos ojillos azules que no podían menos de mirar á la delfinesa, es decir, hasta lo más hondo de lo que se le quisiera ocultar. En el fondo, el barón era un buen hombre, vividor y optimista, pero que no olvidaba que los negocios son los negocios.

Al ver al cura le ofreció un cigarro.

—Ande usted, padre, le dijo, estamos solos y sé que le gustan á usted.

—Usted me tienta, señor barón.

—Y así podré yo encender la pipa. ¿Qué le trae á usted por aquí?

—Vengo de casa del Sr. Girardot.

—¿Cómo está?

—Y su nieta, Graciana, es una guapa muchacha.

La mirada del barón se cruzó con la del cura.

—¿Por qué me dice usted eso?

—Porque la chica está aquí... para quedarse sin duda hasta que se case.

—¡Ah! Usted cree...

—Sí. Tiene una madrastra joven; ya lo sabe usted; y la muchacha es muy linda, como he tenido el honor de decir, muy inteligente y muy agradable. Y sin que esto sea ofender á la nueva señora de Delestang...

—Cree usted que le gusta tener lejos de ella esa belleza y esa inteligencia; ¿no es eso?

—Las cosas, por otra parte, se han arreglado de un modo enteramente amistoso. Nada más natural que confiar la chica á los pobres abuelos, tan solos y tan necesitados de cariño...

—Sí. ¿Y qué más, señor cura?

—Pues hay, señor barón, que se presenta una dote que con las esperanzas, no, me expreso mal, con las previsiones seguras, no estará lejos de quinientos ó seiscientos mil francos, ó acaso más...

—¿Tanto como eso?

—Cuente usted: la fortuna de su madre, la mitad, por lo menos, de la herencia de los abuelos, y la del padre, que no ha tenido más hijos en los diez años que hace de su segundo matrimonio.

—¡Diablo! Es verdad...

—Y yo he pensado: He aquí una joven que llega á Saint Romain. Sus primeras impresiones serán seguramente las más vivas. D. Daniel tiene todo lo necesario para agradar, y yo sería tan dichoso viendo que las dos casas más importantes de la localidad...

—¡Hombre, hombre!.. Es cosa de reflexionarlo, en efecto. Ya sabe usted mi situación..., que no tengo para qué ocultar.

—Justamente por eso pensaba yo que la pequeña desigualdad de clase...

—¡Oh! La desigualdad...

Y el barón echó al aire una bocanada de humo muy elocuente, mientras el cura seguía diciendo:

—Haciendo las cosas con prudencia y habilidad...

—Pero, ¿querrá Daniel?

—Hágale usted ver la joven, señor barón.

—¿Tan linda es?

—Señor barón, yo entiendo poco de eso y acaso me salgo un poco de mi carácter hablando de tales cosas... Pero, añadió el clérigo soltando otra bocanada igual á la del barón, D. Daniel sería muy descontentadizo..., y sé de otras que le han gustado, y mucho...

—¡Ah! El malvado...

—Y no servían ni para descalzar á Graciana Delestang. Esta es mi opinión.

—¡Diablo, diablo!.. ¿Cree usted, entonces, que convendría hablar á Daniel?

—Sin tardanza alguna, señor barón.

—Si usted le dijera dos palabritas...

—¿Yo? No; eso le haría desconfiar.

—¿Por qué?

—Porque creería en seguida que la muchacha era una..., una..., no sé cómo decir...

—Sí, dijo el barón riendo; una santurrona, y no es cosa que halagaría á mi señor hijo...

—¡Ay, no!.. Pero, en fin, para hacer que se case con una buena cristiana, poco importan los medios con tal de llegar al fin. La hija de Delestang acaba de salir del Sagrado Corazón de la Ferrandiere y ya sabe usted las opiniones y las ideas de nuestros excelentes vecinos. Es una joven sin tacha.

—Pero ¿querrán ellos á Daniel?

—¡Usted se chancea, señor barón!

—Es que... Daniel está lejos de ser «sin tacha,» en el sentido que ellos deben de comprenderlo. Es un guapo muchacho, eso sí... Pero su soltura..., sus fechorías... ¡Ah, mi pobre cura!; usted no sabe lo que ya nos ha hecho pasar... Si le dijera á usted que la semana pasada, sin ir más lejos... ¡Ah, maldito dinero!.. Y la baronesa y yo estamos obligados á andar con tiento... El gasto de la casa, las malas cosechas, los arrendadores que tardan en pagar... Y Daniel con sus bolsillos rotos, por los que se le va el dinero... Apenas nos llegan nuestros recursos. Mientras tanto, los impuestos aumentan y el capital produce cada vez menos. Con veinticinco mil francos de renta se tiene lo que hace treinta años con doce mil.

(Continuará)

EL AUTO-VOLADOR

La conquista del aire por «lo más pesado» es, en concepto de muchas personas competentes, la única solución práctica de la navegación aérea; y esta opinión ha sido confirmada por multitud de experimentos interesantes, pudiendo preverse que los que tratan de resolver este problema, que son cada día más numerosos y más convencidos, acabarán por realizar un día ú otro su sueño dorado.



Fig. 1. - El primer aparato auto-volador

En la actualidad se organiza precisamente, bajo la dirección de M. Archdeacon, una tentativa de conjunto para estimular el celo de los inventores, iniciativa tomada á consecuencia de notables resultados obtenidos por Chanute, Langley, Wright, Ferber y Archdeacon y que merece ser apoyada. En todas partes surgen nuevos proyectos que prometen para un porvenir muy próximo una serie de experimentos curiosos.

M. Félix Faure, que por modestia oculta su nombre bajo el de M. Remy, obsesionado, como tantos otros, por el deseo de aportar su piedra al naciente edificio, ha realizado varias tentativas y ensayos de los cuales vamos á ocuparnos en el presente artículo.

Partiendo del principio de que el problema de la navegación aérea no puede resolverse sino después de haber determinado sucesivamente las tres fases del mismo, «elevación,» «cernidura» y «propulsión,» el inventor se ha dedicado hasta ahora exclusivamente á buscar los medios á propósito para permitir la elevación, ensayando uno tras otro diversos sistemas de hélices cuyas transformaciones mejoraron poco á poco la producción de energía. El primer aparato, concebido en 1901, se componía de seis hélices que formaban molinete. M. Godard, el conocido aeronauta, no vaciló en poner su experiencia y sus talleres á la disposición del inventor é hizo personalmente el primer ensayo instalando debajo del aparato un juego de pedales de bicicleta á fin de calcular el aligeramiento producido por la rotación de las hélices (figura 1). Este aligeramiento fué primeramente de tres kilogramos, después aumentó hasta siete con cuatro hélices y con dos hélices solas llegó á catorce. No era, pues, necesario multiplicar las alas: el experimento demostraba la conveniencia de emplear dos solamente.

De esto á reemplazar los músculos de M. Godard por un motor de petróleo no había más que un paso, y el resultado fué obtener un aligeramiento de veinte kilogramos (fig. 2).

Entonces las hélices sufrieron una modificación basada en datos científicos, y en el mes de septiembre de 1902, el aparato, provisto de dos alas grandes y dos pequeñas, con un peso total de 72 kilogramos, pudo levantar 30.

Construyóse luego el modelo actual con un motor eléctrico de unos nueve caballos de fuerza y construído expresamente para los experimentos que había de realizar la sociedad Postel-Vinay. El eje del motor, colocado verticalmente, termina en su parte superior en dos alas de 1'10 metro de radio, cada una con una superficie de 0'40 metro cuadrado. Las dos alas grandes van montadas al extremo de un tubo que rodea al eje en cierta longitud, tienen una superficie de 0'60 metro cuadrado y reciben su movimiento por medio de engranajes de aluminio y giran en sentido contrario á las primeras y con menor velocidad media.

Para medir el aligeramiento del aparato en marcha, se le suspende por medio de un cable de acero á dos poleas clavadas en una viga del techo del sector de Levallois-Perret (fig. 3), en donde actualmente se encuentra; el extremo libre del cable lleva un rosario de pesos que equilibran el peso de la máquina. El auto-volador se ha elevado en varias ocasiones á dos metros de altura, dejando en el suelo unos 85 kilogramos aproximadamente. La hélice pequeña da unas 400 vueltas y la grande unas 200, y ambas permanecen rígidas durante la rotación mediante unas cintas de acero fijadas en el sustentáculo en vez de los cordones habituales cuya insuficiente solidez se había comprobado. Estas hélices oponen al aire una gran resistencia y provocan un remolino que no permite á los curiosos acercarse al aparato. Durante estos experimentos se comprobó que el aleteo de las alas inferiores no influye en la producción de energía.

¿Cuál es el porvenir de este aparato? Temerario sería predecirle desde ahora la conquista de la atmósfera. Es tan sólo un embrión de aviador que seguramente se completará y adquirirá, merced á serios y metódicos estudios, lo que le falta, á saber, los planos de cernidura y la propulsión. Pero está probado desde luego que el auto-volador se eleva; y mientras se realizan las otras dos condiciones mencionadas, bien merecen ser felicitados los Sres. Faure, inventor, y Godard y Perret, ingenieros de la sociedad Postel-Vinay, que han compartido sus trabajos y que parecen dispuestos á seguir prestándole su valiosa colaboración.

LUCIANO FOURNIER.

***

EL ZUMO DE LIMÓN COMO ANTISÉPTICO

Existe una opinión muy corriente que pretende que el zumo de limón añadido al agua potable basta para ejercer sobre ésta una acción antiséptica eficaz, para destruir los gérmenes que pueda contener. Recientemente se sometió esta cuestión al Consejo de higiene de Búffalo para que la resolviera de una manera definitiva, estudiándola especialmente desde el punto de vista de los gérmenes de la fiebre tifoidea. Los periódicos de gran circulación habían dicho que los bacilos de esa terrible enfermedad no podían subsistir en la limonada, tan común en los Estados Unidos, y cuya base es el ácido cítrico.

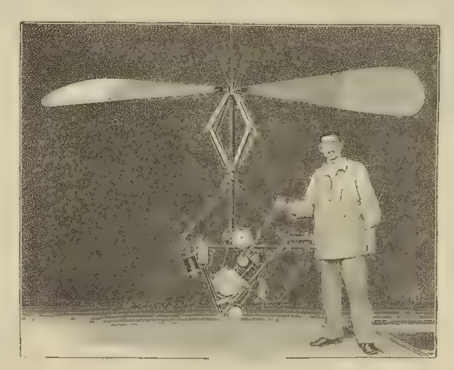


Fig. 2. - Un ensayo de aleteo con un motor de petróleo

En vista de esto, encargóse á un bacteriólogo, Mr. Guillermo G. Bissell, que estudiara el asunto y recurriera á diversos métodos para llegar á una certidumbre absoluta en uno ú otro sentido. En un primer ensayo se tomó un vaso de agua esterilizada y destilada y se le echó el zumo de medio limón grande bien estrujado, lo que venía á constituir una limonada de las más fuertes; después se introdujo en este líquido un centímetro cúbico de un cultivo de bacilos tíficos que tenía 48 horas. Al cabo de 5, 10, 15, 20 y 25 minutos respectivamente, se recogió un centímetro cúbico de la limonada sembrada de este modo y estas muestras se introdujeron en tubos que contenían caldos de agar ó de agar con lactosa ó caldo ordinario, y todos los tubos, excepto los que tenían gelatina, fueron expuestos á una temperatura de incubación igual á la del cuerpo humano. Al cabo de 24 horas, las formaciones nublosas características aparecian en todos los tubos, salvo en algunos en los que no se pudo comprobar ningún desarrollo de los cultivos de bacilos.

Desgraciadamente, este método de ensayo del poder antiséptico de la limonada no parece ser muy seguro, en el sentido de que los organismos patógenos, allí donde no pululaban, no habían sido muertos por la supuesta acción microbicida del zumo de limón, sino que el ácido libre había simplemente impedido la multiplicación de esos gérmenes.

Ensayóse entonces un segundo método. Prepiaráronse caldos de cultivo de bacilos tíficos, de 48 horas, y en cada uno se introdujo una varita de cristal esterilizada; al cabo de algunos minutos, sacáronse estas varitas y se colocaron en un tubo de ensayo, también esterilizado, de modo que se secaran todas las materias que habían podido quedar adheridas á las mismas. Se preparó entonces una mezcla de agua con zumo de limón como en el primer caso, pero sin la adición de bacilos tíficos, y en ella se sumergieron las varitas de cristal con los gérmenes, las cuales fueron retiradas al cabo de 5, 10, 15, 20, 25, 30, 35, 40 y 50 minutos y colocadas en tubos que contenían 10 centímetros cúbicos de agua esterilizada y destilada cada uno. El objeto de este procedimiento era, como se comprenderá, hacer desaparecer todo el zumo de limón que pudiera haber quedado adherido á las varitas. Después que estuvieron bien lavadas merced al contacto con aquella agua destilada, se las sumergió en un caldo de cultivos ordinario, dejando caldo y varitas á la temperatura de incubación conveniente. Al cabo de 24 horas los bacilos habían pululado.

Esto era ya una buena demostración de la poca eficacia antiséptica de la limonada.

Pero á fin de llegar á una demostración más concluyente aún, se recurrió á un tercer método. Se tomaron varios hilos de seda y se les saturó con un cultivo de bacilos tíficos de 48 horas; luego los introdujeron en la limonada y al cabo de 12 horas de inmersión se les introdujo en agua destilada y esterilizada. Después de sometidos á este lavado, se les puso en un caldo de cultivo ordinario. El experimento se hizo con 23 hilos y en ninguna de estas pruebas paralelas dejó de observarse la pululación de los bacilos.

Puede, pues, deducirse de los ensayos de los bacteriólogos de Búffalo, de una manera positiva, que es muy escasa la acción germinicida del zumo de limón en la dosis en que se emplea en la limonada, y que, por consiguiente, no hay que esperar por este medio la inmunidad del contagio de la tifoidea por el agua potable.

Hemos querido dar á conocer estas conclusiones precisamente porque están en completa contradicción con las de los bacteriólogos europeos. ¿Quién tiene razón? Antes de emitir una opinión definitiva, sería conveniente realizar nuevos experimentos de comprobación. El asunto es tanto más importante cuanto que está casi generalmente admitido que el ácido cítrico goza de propiedades bactericidas indudables.—D. B.

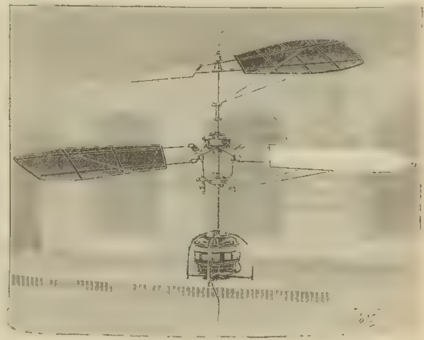


Fig. 3. - El auto-volador en el sector eléctrico de Levallois

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

CUATRE FLORS, por *Francesch Marull*. – El notable poeta Sr. Marull ha reunido en un folleto cuatro de sus poesías premiadas con la Flor natural en certámenes celebrados en San Feliu de Guíxols, Barcelona y Olot. Son composiciones inspiradísimas, fácil y armoniosamente versificadas, cualidad que está además avalorada por esa intensidad de sentimiento que caracteriza á los verdaderos poetas. El folleto ha sido impreso en Palafrugell en la tipografía de Joanola y Ribas.

⁂

EL PATRIARCA DON JUAN DE ARAGÓN. SU VIDA Y SUS OBRAS. – Tal es el título del hermoso discurso que ante la Sociedad Arqueológica de Tarragona leyó el socio de la misma D. Ignacio de Janer y de Milá de la Roca, quien ha dado muestra de sus aptitudes para llevar á cabo importantes trabajos de investigación, cual representa y significa el á que nos referimos. Noble misión se impuso nuestro amigo, puesto que indudablemente persiguió el propósito de dar á conocer la venerable y simpática personalidad del Patriarca, hijo tercero del rey D. Jaime II de Aragón y de D.ª Blanca de Anjou, y tío por lo tanto de D. Pedro el Ceremonioso. En el trabajo de nuestro amigo agrándase la figura del infante-arzobispo, puesto que las consideraciones expuestas hállanse robustecidas por los documentos que figuran en el apéndice. Bien merece un aplauso el Sr. Janer, no sólo por lo que su obra representa, sino también por la forma en que la ha publicado, ya que ha de estimarse como una gallarda y valiosa manifestación bibliográfica. Forma un volumen de 120 páginas, impreso en papel de hilo, ilustrado con dos hermosas fototipias, avalorado por una artística encuadernación proyectada por el distinguido artista Sr. Riquer, de quien es asimismo obra el ex libris que al final del libro figura.

⁂

DE ETAPA EN ETAPA. – EL CENTRO CATÓLICO ALEMÁN, por *Monseñor A. Kannengieser*. – El libro á que nos referimos, cuidadosamente vertido á nuestro idioma por el distinguido escritor D. Modesto Fernández Villaescusa, tiene antecedentes y noticias acerca de la admirable organización de aquel centro, que tan poderosa influencia ejerce en las agrupaciones obreras, según lo justifican las manifestaciones de la vida política del pueblo alemán. Véndese en las principales librerías.

⁂

EL MONASTERIO DE POBLET, por *Adolfo Alegret*. – Aplauso merece el erudito publicista por el interesantísimo estudio que acaba de publicar acerca del histórico cenobio, que condensa, en cierto modo, las gestas catalanas durante un largo período. El trabajo realizado por el Sr. Alegret, resultado de pacientes investigaciones, ha de ser de gran utilidad, pues aporta nuevos datos y antecedentes que sirven para fijar con exactitud la historia del monasterio, que nos presenta tal y como se hallaba al ocurrir su vandálica destrucción. Avalora el libro un capítulo muy curioso, dedicado á dar á conocer los signos marcados por los constructores en los sillares del monasterio y en las catedrales de Tarragona y Barcelona, figurando también un notable prólogo escrito por el distinguido académico don Eduardo Saavedra. Ilustran el libro, que ha sido pulcramente impreso en la tipografía de los Sres. Salvat y C.ª, varias vistas del monasterio, vendiéndose en todas las librerías al precio de cuatro pesetas cada ejemplar.



Una maja en 1800, cuadro de Joaquín Agrassot

⁂

RESUMEN DE LA HISTORIA DE ESPAÑA, por *Nicolás Estévanez*. – Forma parte este volumen de las publicaciones de la *Escuela Moderna* y responde, por lo tanto, á los fines que persigue dicha institución. Despojado el libro de convencionalismos, ha procurado el autor presentar lo que con carácter positivo ofrece la historia, contribuyendo á avalorar el trabajo llevado á cabo por el Sr. Estévanez las notas editoriales que completan indudablemente los conceptos. Véndese el libro al precio de dos pesetas cada ejemplar en la Librería Española, Rambla del Centro, 30.

⁂

MEMORIA DEL HOMENAJE Á D. RAMÓN BATLLE Y RIBAS. – Digno remate ó complemento del solemne y hermoso acto realizado en el Fomento del Trabajo Nacional el 14 de junio del año último, por los discípulos y admiradores del ilustre profesor de la *teoría del tejido*, es la Memoria á que nos referimos, digna á todas luces de cuantos han contribuido á enaltecer á un profesor eminente, dando así muestra de verdadero patriotismo. Forma la Memoria un folleto de más de cien páginas, esmeradamente impreso en la tipografía de L. Clavero.

⁂

PERIÓDICOS Y REVISTAS

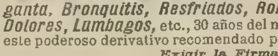
Mercurio, revista mensual ilustrada; *El Trabajo Nacional*, revista quincenal; *Hojas selectas*, revista mensual ilustrada; *Vida*, publicación quincenal (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, publicación mensual (Villanueva y Geltrú); *Gaceta de Ferrocarriles y Navegación*, revista decenal; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, publicación quincenal; *La Medicina Valenciana*, revista mensual; *El Comercio Marítimo*, revista semanal (Almería); *El Lucero*, revista semanal ilustrada; *La Razón*, diario (Lima); *Boletín Meteorológico del Observatorio Miñor. Lasagna* (Buenos Aires); *Chile Ilustrado*, revista mensual; *El Pensamiento Latino*, revista quincenal (Santiago de Chile); *Boletín Militar de Colombia*, publicación semanal (Bogotá); *Telégrafos y Teléfonos*, publicación mensual (San Salvador); *El Republicano*, diario semi-oficial (Tegucigalpa, Honduras).

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA



CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. – Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.



Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. – PARIS, 31, Rue de Seine.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz. – PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Reumáticos y Gotosos!



VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los Intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disentería, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



La vuelta de la Romería, cuadro de Ignacio Díaz Olano. (Exposición General de Bellas Artes. Madrid, 1904.)



AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165 Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDES et Cie Bd St-Denis, 16

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 12 de septiembre de 1904 — Núm. 1.185

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Exposición General de Bellas Artes. (Madrid. 1904.)



UN PRIMO DE DON GUZMÁN, Ó ASÍ SE PINTA LA HISTORIA,

cuadro de Segundo Cabello Izarra



CRÓNICA DE TEATROS

La moda, un tanto complicada con el *snobismo*, ha desarrollado en una parte del público francés la afición á las representaciones de obras pertenecientes al antiguo teatro helénico. Hace algún tiempo, Mauricio Donnay regocijó á los más refinados parisienses con un arreglo, ó cosa así, de la célebre comedia de Aristófanes titulada *Lisistrata*, en la cual comedia las mujeres atenienses se comprometen á abstenerse de todo trato con sus maridos hasta que éstos hagan las paces con los lacedemonios. La obra de Aristófanes, corregida y aumentada por Donnay, gustó mucho en París, creo yo más por lo escabroso del asunto que por las sales que hubo de poner en ella el gran cómico griego.

Después Sófocles y Eurípides, un tanto modernizados ó adaptados á los gustos actuales, han salido de sus sepulcros para divertir á los que á sí mismos se llaman modernos atenienses. *Edipo rey, Hipólito coronado, Medea, Ifigenia en Aulide* y no sé si alguna tragedia más, remozadas por inteligentes refundidores, han visto recientemente, como dicen por allá, las luces de la rampa... Digo mal: antes de ver la luz de la batería han gozado de la luz del sol, puesto que han sido representadas al aire libre de manera semejante á como se representaban en los siglos clásicos.

* * *

Una de estas representaciones, la de *Ifigenia en Aulide*, tragedia de Eurípides, arreglada por Juan Morias, muy versado, según parece, en la lengua y literatura griegas, se ha verificado en Orange. Sabido es que en esta ciudad francesa existe un teatro romano que, á pesar de las injurias del tiempo, conserva algo todavía de su pasada grandeza. Es de suponer que se habrán hecho en él algunas obras, á fin de que el público haya podido contemplar con alguna comodidad las angustias de la pobre hija de Agamemnón, condenada por su propio padre y por el egoísmo del ejército griego á ser inmolada en el altar de la vengativa Diana.

El teatro de Orange, como todos los de la antigüedad griega y romana, constaba de tres partes principales: el proscenio, la orquesta y la gradería. La gradería era para los espectadores, colocándose, como es natural, en primera fila las personas de más significación é importancia; la orquesta, que equivalía al patio de los teatros modernos, estaba reservada al coro que desde allí animaba á los héroes con sus exhortaciones, ó censuraba su conducta ó lamentaba sus desdichas. A veces tomaba parte más activa en la representación, trasladándose entonces al proscenio por dos escaleras colocadas á uno y otro lado de la escena. El fondo del teatro formábalo una gran fachada con tres puertas; la del centro se llamaba *puerta real*, y por ella hacía su entrada en escena exclusivamente el protagonista.

La capacidad de los teatros solía ser enorme; en algunos cabían hasta cincuenta mil espectadores, lo que permitía asistir á las funciones teatrales á todo un pueblo, condición que influía grandemente en el carácter de las obras escénicas. Para que fuese oída la voz de los actores desde todos los lados del teatro, la máscara que usaban los representantes tenía en la parte correspondiente á la boca una especie de bocina que aumentaba considerablemente el volumen de la voz. Además se situaban convenientemente distribuídos por las galerías vasos acústicos que daban gran sonoridad á la declamación. Con objeto de que la figura del actor fuese vista por todo el público, calzábase aquél el zapato de alta suela llamado coturno.

A las representaciones cómicas de Atenas no iban mujeres, y hacían muy bien, pues en las comedias antiguas ó aristofanescas reinaba una libertad verdaderamente cínica. En cambio, el elemento femenino formaba una gran parte del público que asistía á las tragedias. De la maquinaria del teatro griego se sabe poco, aunque se supone por el argumento de algunas de sus obras que debía ser muy complicada é ingeniosa. Lo que sí se sabe de cierto es que completaban el espectáculo, ó mejor dicho, servían de grande y hermoso marco de la obra escénica los campos, las colinas, el mar y los montes lejanos, de techumbre el cielo y de lámpara el sol. Imagínese ahora cuánto ganarían aquellas creaciones de Esquilo, Sófocles y Eurípides realzadas por el concurso de la Naturaleza, unificándose ó armonizándose en ellas la obra del artista con la obra de los dioses.

* * *

En nuestros teatros modernos todo es artificioso y convencional: el sol está figurado por la luz de baterías y candilejas, los árboles son de cartón, los muros de papel, las nubes de lienzo. Esta pueril imitación de la realidad que convierte el teatro, en muchas ocasiones, en algo parecido á esos nacimientos con que los niños solemnizan las fiestas de Navidad, quita la ilusión á los espectadores y trueca en ridícula la impresión que debiera ser trágica ó dramática. ¿Cómo es posible que ante una montaña que se bambolea oigamos sin sonreirnos aquellas hipérboles de Rosaura ante

... el monte eminente
que arruga al sol el ceño de su frente?

La hermosa escena de Justina en *El Mágico prodigioso*, cuando la inocente doncella cree oir en las voces misteriosas de la Naturaleza el himno sugestivo del amor, ¿podía producir el efecto soñado por el poeta presentada en un tablado con árboles pintados, riscos de cartón y cielo de percalina?

Si las obras de Shakespeare, Lope, Calderón y Tirso producían en la época en que se escribieron toda la emoción estética que eran capaces de producir, se debió quizás á la misma ausencia ó pobreza del decorado. La imaginación evoca fácilmente por sí misma, sin necesidad de auxiliares plásticos, cuanto le sugiere la poesía. Esta pinta con más verdad que el mejor escenógrafo. Cuando queremos sustituir á la libre y poderosa fuerza de evocación de la fantasía la representación pobre y deficiente de la realidad con procedimientos tan infantiles como los que el teatro emplea al presente, el efecto artístico se convierte en algo grotesco que excita nuestra risa.

Un ejemplo. El último acto del *Don Juan Tenorio*, leído, nos da idea grandiosa de la lucha que el alma ya desligada del cuerpo sostiene entre sus dudas y su fe: es aquello como la exteriorización de la conciencia de D. Juan; la agonía con todas sus visiones, sus terrores, sus esperanzas... Quizás es este acto el mejor del célebre drama. En cambio es desastroso el efecto que producen en el público aquellos espectros que parecen bañistas envueltos en sus sábanas, aquellos sepulcros que se abren como cajas de sorpresa, aquel Comendador enharinado, aquellos sauces y cipreses de papel... Cien veces he visto el *Don Juan Tenorio*, y cien veces he oido risas y murmullos durante la representación del último acto, y eso que el drama de Zorrilla se ha representado recientemente con esmero verdaderamente extraordinario.

* * *

De todas veras creo que el prosaismo del teatro contemporáneo y lo estrecho de sus límites tienen por causas principales la mentira infantil del decorado y de la *mise en scene*. Para dar la impresión de la verdad el drama y la comedia han tenido que encerrarse entre las cuatro paredes de una casa pobre, decente ó lujosamente amueblada. Todo esto puede imitarse con absoluta propiedad; lo otro, el cielo, el mar, el campo, á pesar de los adelantos del arte escenográfico, en vez de aumentar la ilusión de los espectadores, lo que hace es anularla por completo.

Síguese de aquí que si el teatro ha de ser, no como es ahora, una pobre intriga desarrollada prosaicamente en un interior casi siempre burgués, sino la representación de los grandes conflictos humanos, lo mismo los que nacen del antagonismo de las pasiones y caracteres que los que surgen de la oposición de los intereses colectivos ó de las luchas de los ideales, si en la escena han de representarse de un modo artístico, en el verdadero sentido de la palabra, los dramas de Shakespeare, de Lope, de Tirso, de Calderón, de Schiller, del Duque de Rivas, si la literatura dramática, en una palabra, ha de recobrar su pasado esplendor, es menester que el teatro, el escenario, el decorado y la *mise en scene* se modifiquen esencialmente. Sólo ampliando los límites materiales de la escena podrá ensancharse el campo de la literatura dramática.

Muchos de los dramas antiguos y algunos de los modernos podrían representarse mejor sin decorado que con el decorado y maquinaria que se gasta en nuestros teatros modernos. ¿En qué escenario de los que conocemos cabrían *Brand, Emperador y Galileo, Peer Gint, El rey*, de Bjornson, ó *La campana sumergida*, de Hauptmann? ¿Es posible que causen en el público el efecto apetecido, con los medios actuales, las obras de Mæterlinck? *Barba Azul*, por ejemplo, del escritor belga, ¿no nos parecería en lo relativo al decorado y *mise en scene* mucho más ridículo que lo que resultaron en Madrid las decoraciones y artificios con que se representaron el invierno pasado en la Comedia *Monna Vanna, Aglavaine y Selissete* y *Joicelle*?

Dado el estado actual del teatro, en lo referente á sus condiciones materiales, no hay más remedio que reducirlo á los límites en que lo encerrara Moratín, el cual se burlaba, olvidando, sin duda, á los mismos trágicos de Grecia, de que se hiciese una comedia del sitio de una ciudad.

Por otra parte, del teatro *serio* está en la actualidad excluído, casi totalmente, el pueblo, no porque á éste no le gusten los dramas y comedias, sino porque en las modernas salas de espectáculo se atiende más al lujo que á la capacidad, y las empresas se ven obligadas, para poder defenderse, á vender á alto precio las localidades. De aquí que en la escena moderna, en vez de triunfar la inspiración vigorosa y varonil del verdadero poeta, en cuya voz, *os magna sonaturum*, vibran las ansias, las pasiones y los sentimientos de las multitudes, adquiere aplausos el arte afeminado de *boudoir*, con su artificioso psicologismo y sus epigramas mujeriles. No; mientras el pueblo no tenga cabida en el teatro grande, el arte dramático podrá ser muy exquisito, muy quintaesenciado, pero no será el gran espejo en que la sociedad, de la cual forman parte grandes y pequeños, pueda ver retratada su fisonomía.

¿Cómo habrá de ser la reforma del teatro? ¿Será necesario que busque el aire libre y el concurso, por lo tanto, de las bellezas naturales? ¿Será menester prescindir del decorado, á fin de que la fantasía del espectador supla lo que el escenógrafo y el maquinista no pueden imitar más que de un modo inverosímil y ramplón? ¿Se conseguirá—como ahora se trata en algunos teatros extranjeros—substituir ventajosamente con efectos de luz las deficiencias de la pintura? Yo no lo sé; pero de lo que sí estoy cierto es de que con los actuales medios escénicos no podrá el arte moderno conquistar aquella grandeza que alcanzó en tiempos en que apenas existían el decorado, la maquinaria y la *mise en scene*. Hoy el arte dramático se ahoga entre bambalinas y bastidores.

* * *

Terminada ya esta crónica, llega á mis oídos la noticia de la muerte de José Vallés, actor que durante muchos años disfrutó con justicia del favor del público madrileño.

Fué discípulo del gran Romea, del cual adquirió la naturalidad, condición esencial de la declamación escénica. En el teatro de Variedades, destruído hace algunos años por el fuego, conquistó Vallés su envidiable reputación; y al lado de Mario en la Comedia y con María Tubau en la Princesa ocupó puestos distinguidos.

Los últimos aplausos, y por cierto muy calurosos y entusiastas, los oyó dos meses ha en el teatro de la Comedia representando el papel del *Cano* en *Juan José* en compañía del actor catalán Borrás. A pesar de lo quebrantado de su salud, de lo débil de sus fuerzas y de lo demacrado de su semblante, hizo Vallés su papel con la misma perfección y maestría que en la noche ya remota en que se estrenó el popular drama de Dicenta.

Los aplausos de hace dos meses fueron la cariñosa despedida del público al inteligente y laborioso artista.

Zeda.



Allí estaba ella, sola, abstraída, anhelando, riñendo tal vez en su interior...

LA FUGA DE... BACH

Sentiría mucho que mis palabras las interpretase el lector como un alarde de vanidad donjuanesca; juro á Dios que el relato de esta aventura no envuelve la más mínima petulancia, ni al referirla hoy, pasados ya los años, me guía ningún propósito malévolo ni el afán insano de que se me admire por «lo que fuí» en clase de galán irresistible y conquistador.

Ocurrió tal como voy á contarlo, y hay que rendirse á la evidencia de la verdad histórica.

* * *

Ello fué que Luisa, aquella criatura encantadora que tantos admiradores tuvo, llegó á enamorarse de mí perdidamente.

Aunque es cierto que yo, de mi parte, puse en juego toda la batería amorosa de que dispone un hombre joven y toda la estrategia de quien lleva ya reñidas infinitas batallas con el corazón femenino, no es menos cierto que mi habilidad hubiera sido totalmente nula si ella, por su parte, no hubiese abandonado la defensa de la plaza, rindiéndose muy gustosa al enemigo con armas y bagajes y llegando hasta el extremo de que éste impusiese cuantas condiciones se le antojasen.

Fué un verdadero triunfo, porque además existía el precedente de que la fortaleza había sufrido ya repetidos ataques sin que ninguno de ellos llegase á abrir la más mínima brecha en la muralla.

La belleza de Luisa y el capital de su dote eran cebo poderoso de cuantos mariposeaban á su alrededor; no es esto decir que todos pretendiesen á Luisa guiados exclusivamente por el interés mezquino; muchos lo harían seguramente impulsados por el acicate poderoso del amor; pero es lo cierto que ella medía á todos con igual rasero, y hacía tanto caso de los que la miraban con ojos de codicia como de aquellos que la envolvían en miradas de fuego parpadeantes de amor.

Yo, única y exclusivamente yo (y vuelvo á pedir perdón por la brusca rudeza con que lo digo), fuí el mortal afortunado que supo ó pudo llegar rectamente al corazón de Luisa.

La prueba más terminante de lo que digo fué su propia «declaración.»

Hablábamos una noche en su palco del Real durante uno de los entreactos de la ópera; reprochábale yo, con discreteos exquisitos, su desdén absoluto á todos cuantos la galanteaban, y en el calor de la conversación que sosteníamos sin que nadie nos oyese y poniendo sus ojos negros en los míos que la admiraban, exclamó bajando aún más la voz y atropellando las palabras que se escapaban de sus labios de rosa:

—Yo no puedo querer á ningún hombre que no tenga las cualidades de usted.

Aquella fué la rendición de la plaza: las condiciones vinieron después.

* * *

Pero nada hay completo en la vida, ni el camino que conduce á la felicidad en la tierra obedece á un trazado absolutamente recto: hay que bordear siempre dificultades, las cuales á veces se levantan á nuestro paso como muros infranqueables.

Y el obstáculo único que se nos presentó á Luisa y á mí fué la oposición ruda y tenaz de su padre, oposición que llegó á convertirse en una intransigencia feroz, manifestada por medio de amenazas terribles á Luisa.

Jamás, aunque traté de inquirirlo, pude dar con la verdadera causa de aquel odio hacia mí; quizá todo dependiese de una verdadera antipatía personal, puesto que ni mis antecedentes, ni mi fortuna, ni mi carrera, ofrecía nada vulnerable para ser reprochado tan abiertamente.

Luisa y yo necesitábamos valernos de mil argucias y sutilezas para poder entendernos, con la particularidad de que ella era siempre más hábil que yo en lo tocante á sortear dificultades y á encontrar ocasiones y momentos propicios para vernos y comunicarnos.

La privación es y será siempre causa del apetito: el conflicto estaba planteado y el drama fué desarrollándose cada vez más deprisa.

Una noche Luisa me dijo á hurtadillas:

—Fíjate en la pieza musical que voy á tocar ahora al piano; si adivinas la que es, al oirla, y aplaudes cuando yo termine, es señal de que me has entendido y en ese caso te espero mañana en el Retiro, en el banco que tú sabes, á las cinco en punto.

De momento no comprendí el alcance de lo que me decía; pero al oir los primeros acordes del piano recordé la melodía de aquella pieza musical muy conocida.

Luisa tocaba *La fuga de Bach.*

No había duda, pues, del sentido de sus palabras: me proponía la fuga como epílogo y prólogo á la vez de nuestros amores.

En aquel instante no tuve serenidad de juicio para reflexionar; sólo sé que al terminar Luisa la ejecución de aquel trozo lírico aplaudí con más entusiasmo que todos cuantos se hallaban en el salón.

* * *

¡Tardes de otoño grises y melancólicas Lleváis en vuestro ambiente la patina de tristeza que cubre como un velo los corazones enamorados.

Las alamedas del gran parque comenzaban á cubrirse de hojas secas que á impulso del viento iban rastreando por el suelo y arañando la tierra con desconsolador chirrido.

El azul opaco del cielo hacía densa la atmósfera, á través de la cual se tamizaba esa luz vaga é indefinida del crepúsculo otoñal.

Yo había salido de casa, loco de amor y de entusiasmo: refugiado en el interior del coche, saboreaba deleitosamente placeres que mi imaginación me anticipaba; el poema del amor dictaba á mi fantasía estrofas sublimes de inefable dulzura á punto de convertirse en realidad enloquecedora.

El coche dejó atrás el bullicio y la animación de la gran urbe é internóse por las avenidas del paseo.

Como si el tono gris del crepúsculo invadiese de pronto mi espíritu, una tristeza y un desasosiego inexplicables se apoderaron de mí.

Pensé entonces en lo grave del momento, en lo difícil de la situación.

Aquel arresto de Luisa, ¿no sería tal vez la determinante de su infelicidad? ¿No caerían sobre ella la maldición de su padre y el desprecio de las gentes, doble anatema para el porvenir?..

A lo lejos divisé el banco de piedra que rodeaba el tronco de añoso árbol...

Allí estaba ella, sola, abstraída, anhelando, riñendo tal vez en su interior la batalla entablada entre el amor y el deber. Pero su decisión estaba manifiesta al esperarme allí, puntual á la cita, ¡rendida á discreción!..

. . . .

El coche pasó al trote largo de los caballos que levantaron una nube de polvo á través de la cual Luisa no pudo verme.

El cochero no recibió de mí la orden de detenerse.

* * *

¿Hice bien?

Preguntádselo al marqués de Q, que es hoy feliz esposo de Luisa, la cual es seguro que no haya vuelto á tocar en su vida *La fuga de Bach*.

Félix Limendoux.

BARCELONA RETROSPECTIVA

II

Sumario: Cómo se hizo la Exposición de Barcelona. - Pensamiento de Serrano Casanova. - D. Francisco de Paula Rius y Taulet. - D. Manuel Girona. - D. Manuel Durán y Bas. - López Fabra. - Rouviere. - Pirozzini.

Barcelona, que como gran ciudad ha tenido siempre mucha importancia, en su vida cosmopolita adquirió grande y positivo desarrollo con la última Exposición; y aunque sólo han transcurrido catorce años, durante los cuales la capital ha marchado de un modo prodigioso, he de recordar en esta croniquilla algo de cómo se hizo la Exposición y de los hombres que contribuyeron á sus esplendores.

Nació el pensamiento de un Sr. Serrano Casanova, á quien, si todavía vive, saludo desde aquí cariñosamente.

Quiso el Sr. Serrano hacer una Exposición, llevada á cabo por una empresa; fué poco á poco buscando apoyo en el Municipio barcelonés y en otras entidades; y cuando la Exposición estaba anunciada y Barcelona comprometida, y Serrano no había podido dominar las dificultades financieras para su ejecución, Rius y Taulet en primer término, con una clarevidencia extraordinaria, y el Ayuntamiento después, se encargaron de llevarla á cabo.

Por aquel entonces era yo recadista y casi amanuense de cierto escritor que había representado á España en la Comisaría regia de la Exposición de 1879 en París; escritor que tomó una parte muy activa en la propaganda y en la organización de aquel certamen, y entonces conocí y traté á los que más contribuyeron á aquella gran fiesta.

Permítaseme dedicar un recuerdo á aquellos hombres, é insistir en algo de lo que he dicho en otra parte.

Si no se supiera que Rius y Taulet era alcalde y abogado, á primera vista parecería un banquero belga.

Tenía reposada la fisonomía, matemáticamente talladas las patillas y la calva más limpia y reluciente que un espejo.

No se alteraba jamás, y tenía una igualdad y una perseverancia de carácter, que se revelaban en los detalles más insignificantes. Rius *echaba* de mil á mil quinientas firmas diarias. Todas eran iguales, exactamente iguales.

Cuando pensaba, no volaba; pero estaba pensando siempre.

Al cabo del año, tenía más ideas que los que repentizan muchas.

Era un trabajador infatigable: se sentaba en el bufete y estaba ocho horas seguidas trabajando, sin fumar, sin beber, sin escupir.

Cuando le interrumpían en su trabajo, no se molestaba, no se enfadaba: recibía afable al que le interrumpía, y continuaba y continuaba como si no le hubieran interrumpido.

Hay en el mundo quien ama las mujeres, las artes, los viajes, los caballos, la política, la mesa, cualquier pasión, en fin. Rius tenía por toda distracción, por meta de su alma, el afán de engrandecer á Barcelona.

Para su querida ciudad todo le parecía pequeño. Para él todo grande.

Vivía con una modestia inexplicable, y su despacho no sólo no era elegante, sino que era humilde.

Aquellas sillas de enea, aquella estera y aquella mesa modestísima, eran un timbre de gloria para el hombre por cuyas manos han pasado los negocios más importantes de la ciudad.

Envuelto en su bata gris y con su gorro *bourgeois* en la cabeza desde las ocho de la mañana hasta las once, recibía á amigos y clientes, porque aun siendo alcalde ejercía la abogacía; y, durante las fiestas de la Exposición, entre recibir á un rey y presidir un Congreso, se le ha visto subir las escaleras de la Audiencia, repasando un rollo, para asistir como letrado á un juicio oral. Tenía muchos enemigos y no le preocupaban nada. No amaba la lisonja, pero estimaba mucho la consideración. Tenía una habilidad particularísima para aunar voluntades, y sabía sacrificar el amor propio al ideal legítimo que se proponía.

No iba nunca al teatro: no fumaba; el hombre que ha dado y presidido tantos banquetes, era sobrio en el comer.

El Champagne le servía sólo de pretexto para hablar bien de Barcelona.

Fué la piedra angular de la Exposición Universal, y aunque repito que era modesto, tengo la evidencia de que allá, en lo más recóndito de su sér, estaba persuadido de que la posteridad le reservaba una página importante en la historia. Si no hubiera conocido esto, no hubiera sido un hombre inteligente. La posteridad ha hecho justicia á aquel gran de hombre, modelo de caballeros y de alcaldes.

Don Manuel Girona, de quien decía por entonces mi amo que tenía aire entre militar retirado y obispo protestante que se había cortado la melena, fué comisario regio de aquella Exposición, y dió grandísimas pruebas de entendimiento y de patriotismo armonizando las tendencias del gobierno y de la junta.

También conocí y traté mucho entonces á D. Manuel Durán y Bas, que vino á la Exposición sin entusiasmo, por cumplir un deber con Barcelona, cuyo honor vió comprometido en aquella empresa. Pero ya dentro de la junta, hizo cuanto pudo por sacarla adelante. Vicepresidente de la Comisión ejecutiva, decano de la Facultad de Derecho, abogado en ejercicio, encontraba tiempo para todo: recibía por la mañana á sus clientes hasta las doce en punto, asistía á cuatro ó cinco juntas diarias, presidía la Comisión ejecutiva, y durante el verano aún le quedaba tiempo para pasar unas horitas por la tarde en su casa de Sarriá.

López Fabra—que santa gloria haya—fué militar y conservaba de la ordenanza admirables costumbres de orden. En cuestiones de Exposiciones era un verdadero veterano: había estado en las de París y Viena, y sido comisario de España en la de Filadelfia.

Rouviere, de quien decía mi amo que era un positivista dentro de un psicólogo, indulgente como pocos con la opinión ajena, á pesar de tener la suya sumamente arraigada, infatigable para el trabajo, fué el Delegado de aquella Exposición, y trabajó mucho en unión de Pirozzini, que era el Secretario de la Exposición y hacía de todo, escribir circulares, organizar banquetes, cuidar de los fuegos artificiales, despachar expedientes, y aunque dicen que las cantidades heterogéneas no se suman, el trabajo de Pirozzini fué de grandísimos resultados.

A todos estos ayudó grandemente D. Elías Rogent, arquitecto distinguidísimo y presidente de la Comisión de Obras, cuyo trabajo titánico bien merecía que la ciudad de Barcelona hubiera dado su nombre á alguna de sus calles.

De lo que fué aquella Exposición me ocuparé en la tercera y última crónica.

Un portero del Observatorio.

Por la copia,

Juan Valero de Tornos.



Boceto del monumento que ha de erigirse en Arezzo (Italia) á la memoria del Petrarca y cuya primera piedra se colocó recientemente, durante las fiestas celebradas en conmemoración del 600.º aniversario del nacimiento del poeta. Obra de los escultores Guerri y Romanelli.



Despacho de FRANCISCO COPPÉE

Fachada de la casa donde vive COPPÉE

FIGURAS CONTEMPORÁNEAS

COPPÉE

Cuando, con su timidez y aspecto de seminarista, recitaba sus primeros versos en las tertulias literarias de mi vieja amiga la marquesa de Ricard, el modesto autor del *Relicario* no podía imaginarse que, andando



FRANCISCO COPPÉE

el tiempo, adquiriría fama suficiente para que se le pudiese biografiar prescindiendo de su nombre de pila. Llamándole Coppée á secas, sus contemporáneos le han otorgado esa ejecutoria de grandeza de primera clase que únicamente se concede á los hombres verdaderamente ilustres.

Conocí á Francisco Coppée en los comienzos de su carrera literaria, cuando en los salones de París alternaba con Verlaine, León Dierx y otros hijos del Parnaso en la lectura de versos que se publicaban entonces en revistas de escasa circulación.

Le vi después en su casa de la calle de Oudinot, poetizada por un bonito jardín. En aquel simpático recinto, verdadero nido de poeta, se reunían de vez en cuando á pasar la velada los amigos íntimos de Coppée, y éste se mostraba entre ellos risueño y feliz, cordial y expansivo, al lado de su queridísima hermana que tuvo siempre para él cuidados asiduos y entrañable afecto, como quien suple á la madre perdida cuando aún hacía falta el calor de su regazo.

Todo respiraba arte en aquella casita llena de libros y de cuadros con dedicatorias de los autores; preciosos recuerdos amistosos y homenajes de admiración y de simpatía. Todo, allí, revelaba á un poeta artista eminentemente parisiense. Porque Coppée es de los pocos parisienses nacidos en París de padres también nacidos en la gran ciudad. Su infancia se pasó entre las luchas de una familia pobre por una vida honrada. Hay en su poema de *Olivier* conmovedores recuerdos de su triste juventud. En tanto que él estudiaba en un colegio, su padre sostenía á la familia con el modesto sueldo de empleado en las oficinas de Guerra, su madre atendía á los quehaceres de la casa y sus hermanas mayores copiaban cuadros en el museo del Louvre. Educado por mujeres en un ambiente artístico, la sensibilidad y el buen gusto de Coppée se desarrollaron muy pronto.

En un pasaje de no recuerdo qué obra suya, pinta así al muchacho parisiense impresionable y soñador: «El verdadero parisiense ama á París como á una patria; allí le sujetan las invisibles cadenas del corazón, y si se ve obligado á alejarse por algún tiempo, experimentará, como madama de Stael, la nostalgia de su querido arroyo de la calle del Bac. El que os habla es uno de esos parisienses. En esa ciudad de la cual, como se lamentaba Alfredo de Musset, conoce todos los arroyos, mil recuerdos le atraen, en los paseos, en todas las esquinas. Una tranquila calle del barrio de San Germán, cuyo silencio turba raras veces el ruido de un landó ó de un cupé de casa particular, le recuerda toda su infancia; no puede pasar por delante de cierta casa de esa calle sin mirar arriba un balcón del quinto piso, sin volver á verse chiquitín en su alta silla, sentado á aquella mesa de familia cuyos puestos ¡ay! han ido espaciándose poco á poco y donde ya no quedan hoy más comensales que él y su querida hermana, que le quiere por todos los muertos y todos los ausentes. No se detiene jamás delante de las librerías al aire libre de los pórticos del Odeón—que son, entre paréntesis, una de las amables originalidades de París,—sin acordarse de la época en que, con sus cuadernos de colegial debajo del brazo, hacía allí largas estaciones, leyendo *gratis* los libros de los poetas que ya tanto le gustaban. Hay, en fin, en cierto sitio no dirá dónde—una pequeña ventana que divisa al pasearse por cierto jardín público y que no puede mirar en otoño, á eso de las cinco de la tarde, cuando el sol poniente arroja en ella como un reflejo de incendio, sin que su corazón se ponga á palpitar, como le sentía latir, hace tiempo, mucho tiempo, pero en la misma estación y á la misma hora, cuando acudía á aquella morada con la embriaguez de los veinte años y cuando la pequeña ventana, rodeada entonces de un marco de capuchinas, se abría de pronto y dejaba ver entre el follaje y las flores una cabeza rubia que sonreía de lejos.»

¿Se enfadará Coppée si cometo la indiscreción de añadir que la calle á que se refiere es la de Monsieur le Prince, y el jardín de sus amorosos recuerdos el Luxemburgo?

Por los años de 1856, cuando él apenas contaría catorce, tuvo que privarse de la enseñanza del colegio, sin haber obtenido siquiera el grado de bachiller, porque el escaso sueldo de su padre, ya retirado de sus modestas funciones administrativas, no daba para tanto. Pero el muchacho completó por sí mismo su instrucción, estudiando asiduamente todas las noches en la biblioteca de Santa Genoveva. Fué el padre atacado de parálisis cerebral; la familia se mudó á las alturas de Montmartre, y el hijo del empleado paralítico fué durante dos años meritorio, sin sueldo alguno, en el ministerio de la Guerra. ¡Epoca de privaciones y de recuerdos tristísimos, que, sin embargo, no han dejado en esa naturaleza privilegiada más huellas ni más sentimiento que una piedad infinita por todos los sufrimientos humanos! En su bondadoso carácter y risueña filosofía, tenía á quién imitar. Su madre, modelo sublime de abnegación y confianza, daba el ejemplo, y su hermana mayor ayudaba á la familia con el escaso producto de sus restauraciones de cuadros viejos.

Murió el padre, y Francisco Coppée, jefe de familia á los veinte años, ascendió de meritorio á emplea-



Caricatura de Coppée por Leandre

Le bonheur, c'est d'en donner.

François Coppée

Autógrafo de Coppée

do con sueldo. Y continuó haciendo versos; pero aquella juventud privada de alegrías le entristeció para siempre.

A los veintitrés años contrajo amistad con Luis Xavier de Ricard, Cátulo Mendes, León Dierx y demás poetas que constituían el grupo de los *Parnassiens;* hizo un tremendo auto de fe con tres ó cuatro mil versos de su juventud, y publicó á sus expensas el *Relicario,* preciosa colección de poesías, que alcanzó gran éxito entre los literatos, pero de la cual apenas se vendieron cien ejemplares. ¡Bonito negocio para un poeta tan pobre como él! Dos años después vió publicada su segunda colección: *Intimités,* por el



MAYOR GENERAL PRÍNCIPE ORBELIANI, comandante de la brigada de caballería del Cáucaso que opera en la Mandchuria.

ilustrado y simpático editor Alfonso Lemerre, cuya actual prosperidad ha venido á recompensar los sacrificios que hizo antaño por abrir el camino de la gloria y de la fortuna á los jóvenes poetas de su tiempo. Pero tampoco esta vez conquistó Coppée la ansiada popularidad. De su nuevo libro sólo se vendieron 70 ejemplares. Lemerre hacía muchos negocios de este género; pero sabía que no se recoge sin sembrar, y, conocedor de la semilla y del terreno, continuaba sembrando sin parar mientes en los sacrificios, puesta la esperanza en un porvenir que ha colmado después sus legítimas ambiciones.

Por fin, la casualidad de trabar conocimiento con la eminente actriz Srta. Agar hizo que se representara en el Odeón la comedia en un acto titulada *Le passant.* La decoración cambió de pronto, como en las magias, para el joven poeta, que se encontró de la noche á la mañana con mucho bombo y un poco de dinero.

Desde entonces dejó de llamarse Coppée para ser «el afortunado autor del *Passant,*» con perjuicio evidente de sus demás obras. Exasperado por tan injusta parcialidad y por la repetición eterna de aquella perífrasis, llegó á trinar contra su inocente *Passant.* Pero como él no es ingrato, le ha pedido después perdón por sus impaciencias en estas sentidas palabras:

«Pobrecito *Passant,* dulce inspiración de una hora radiante de mis veinte años, perdóname los minutos de impaciencia y de mal humor que me causó á menudo tu nombre maliciosamente pronunciado para despreciar mis nuevas creaciones. No por eso has dejado de ser el hijo predilecto de mi juventud, el sueño de ideal y de amor que no se tiene más que una vez en la vida, y nunca he olvidado, gentil cantor de una clara noche de luna, que te debo esa primera recompensa del poeta, ese primer ramo de laurel que hizo llorar de alegría á mi anciana madre y me dió para siempre el valor y la esperanza.»

Desde entonces, Coppée fué célebre, y sus versos, que antes nadie compraba, corrieron pronto de mano en mano, principalmente entre la juventud. Las grandes damas le invitaban á sus fiestas para que recitase versos en sus salones. Y estimulado por el éxito, multiplicó su trabajo, dando á la escena hermosos dramas y á la estampa inspirados poemas y preciosas colecciones de poesías, cuyos títulos son: *Les poèmes modernes, Le Cahier rouge, Olivier, Les humbles, Les récits et les élégies, Deux douleurs, L'abandonnée, Le rendez-vous, Le luthier de Crémone, Le trésor, Madame de Maintenon, Une idylle pendant le siège, Le Pater, Pour la Couronne, Severo Torelli,* sin contar sus *Cuentos* en prosa y los innumerables artículos de actualidad que aparecen casi á diario en las columnas de los principales periódicos de París.

Renunció, hace muchos años, su empleo de bibliotecario del Senado en favor del poeta Leconte de Lisle, para aceptar más tarde igual cargo en la biblioteca del Teatro Francés. La Academia de la Lengua le abrió sus puertas de par en par, y hoy sería el más feliz de los inmortales, sin las graves dolencias que últimamente han puesto dos ó tres veces su vida en peligro y sin la parte que toma en los sufrimientos humanos que le rodean.

El conjunto de sus obras viene á ser la glorificación de los humildes, de los tímidos, de los desolados, de los que arrastran sin ruido y en la obscuridad las más pesadas cadenas, de los parias de la sociedad triunfante y dichosa, porque descubre en la conmovedora humildad de los pequeños la grandeza de los humanos destinos.

Su poesía, de un modernismo refinado, sin las extravagancias de los efectistas ni las inepcias de los decadentes, es nerviosa y sentida, llena de vigor y de ternura, de pasión y de gracia, sincera, animada, palpitante de interés, como reflejo clarísimo de las realidades cotidianas de la vida, idealizadas por un genio bondadoso.

RUY BLAS.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Continuando la descripción de la batalla de Liao-Yang, que dejamos interrumpida en nuestra crónica anterior, diremos algo de los combates librados desde el día 30 de agosto hasta el final de la acción que



TENIENTE GENERAL BARÓN MEYENDORF, comandante del primer cuerpo de ejército que opera en la Mandchuria

terminó con la retirada general del ejército de Kuropatkine.

El día 30 los japoneses atacaron las posiciones avanzadas rusas, especialmente el centro y el flanco derecho, pero fueron rechazados en todas partes. A media tarde, habiendo descubierto los rusos que el enemigo intentaba un movimiento envolvente contra el flanco derecho, enviaron allí algunos batallones de la reserva general que lograron, después de terrible lucha, hacer retroceder á sus contrarios. El combate terminó á las nueve de la noche.

El día 31 los japoneses, después de haber preparado su ataque con el fuego de su artillería, se lanzaron repetidas veces sobre las posiciones de los rusos, y si bien de momento consiguieron apoderarse de algunas, fueron éstas en seguida recuperadas á la bayoneta por los rusos. Hubo en aquella acción un verdadero duelo entre ambas artillerías que duró hasta las siete de la noche. A las diez se reanudó el combate, que cesó á las doce, sin resultado decisivo.

El día 1.° de septiembre, los rusos, no pudiendo ya resistir los continuados y cada vez más terribles ataques de los japoneses, comenzaron á abandonar sus posiciones avanzadas y comenzaron su retirada hacia Liao-Yang; movimiento tanto más prudente cuanto que el general Kuroki, separándose de los ejércitos de Nedzú y Okú, se dirigía hacia el Norte y atravesaba el río Tai-Tsé, con el propósito de cortar la retirada del enemigo por el lado de Mukden. Esto no obstante, Kuropatkine, con toda su reserva general, logró atajar el avance de Kuroki, y al llegar la noche su ala derecha ocupaba una serie de posiciones enfrente de los japoneses.

En la noche del 1 al 2, éstos avanzaron de nuevo y consiguieron apoderarse de aquellas posiciones que, sin embargo, hubieron de abandonar al mediodía.

En la noche del 2 al 3, el ejército de Kuroki reanudó la ofensiva en toda la línea, y dos cuerpos rusos, el 3.° y el 17.°, hubieron de replegarse, y otro, el 1.°, vióse completamente cercado, y si bien pudo escapar, retrocedió hacia el Oeste, por haber interpretado mal la orden de retirada, dejando descubierto el flanco izquierdo de la línea ocupada por los rusos.

En estas condiciones, era imposible resistir por más tiempo, y el general Kuropatkine, comprendiendo que la obstinación podría ser peligrosa, dispuso en la mañana del 3 la evacuación de Liao-Yang, que se llevó á cabo no sin antes haber destruído todas las provisiones.

La retirada de los rusos hacia Mukden se efectúa en el mayor orden, sin que ningún cuerpo de ejército haya sido copado y sin que Kuroki haya podido ocupar ninguna de las posiciones que dominan el ferrocarril; y los japoneses, al entrar en Liao-Yang, han encontrado una ciudad en ruinas é incendiada, de donde los rusos habían sacado la mayor parte de víveres y municiones en ella almacenados.

Cierto que los rusos se ven perseguidos de cerca por los japoneses, pero los ataques de éstos han fracasado hasta ahora.

En esta terrible batalla de Liao-Yang, que indudablemente será una de las más memorables de las hasta ahora registradas por la historia, los japoneses han demostrado tanto orden y método como indomable valor; pero sería injusto no reconocer que de estas mismas cualidades han dado pruebas los rusos. Tal vez pueda censurarse al general Kuropatkine por haber fiado demasiado en sus fuerzas creyendo que las ventajas de sus posiciones podían compensar su inferioridad numérica, especialmente en artillería; mas preciso es confesar que ha desplegado mucha sangre fría, mucho talento y mucha energía para evitar un descalabro que muchos daban como seguro.

No pueden todavía precisarse las pérdidas de esta batalla. Calcúlase, sin embargo, con muchos visos de certeza, que las de los rusos han sido 16.000 entre muertos y heridos y de 25.000 las de los japoneses.

El ejército ruso, al evacuar Liao-Yang, ha tenido que abandonar gran número de cañones de grueso calibre, si bien inutilizándolos antes; hácense ascender por algunos á 200 las piezas abandonadas, pero otras referencias permiten suponer que esta cifra es muy exagerada.

La noticia de la toma de Liao-Yang ha causado en todo el Japón indecible entusiasmo. En Tokío hubo grandes iluminaciones y una multitud inmensa con



TENIENTE GENERAL DEMBROWSKI, comandante del quinto cuerpo de ejército siberiano que opera en la Mandchuria

millares de faroles recorrió las calles de la ciudad aclamando los nombres de Oyama, Kuroki, Nodzú y Okú. Además para festejar la victoria de las armas japonesas celebróse un gran banquete militar al que asistieron los príncipes, los ministros y los estados mayores del ejército y de la marina.

En San Petersburgo la derrota de Kuropatkine ha producido tristeza, pero no desaliento. Los periódicos no estiman la evacuación de Liao-Yang como un desastre militar y muchos de ellos la consideran como un suceso previsto y hasta preparado



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Un combate en plena tormenta.—Los japoneses desalojando á los rusos de los desfiladeros situados al Sudeste de Kaiping. (Dibujo de R. Catón Woodwille)



NIÑOS PESCADORES, cuadro de Leonardo Bazzaro



SATURNO Y LAS CUATRO ESTACIONES, cuadro de E. Veit.

desde el mes de julio y como continuación del plan de aquel general, que consiste en atraer á los japoneses hacia el interior de la Mandchuria debilitándolos con una serie de combates sucesivos que les causen el mayor número posible de bajas, hasta el momento en que Kuropatkine pueda asestarles el golpe final y decisivo.

Continúan los asaltos en Puerto Arthur. La intrepidez de los japoneses es infatigable y sólo puede compararse con la tenacidad de los rusos. Cada día se verifica un nuevo ataque que cuesta á los sitiadores pérdidas enormes y excita el ardor de la resistencia de los sitiados. De todas las operaciones allí realizadas, la más importante ha sido el asalto general comenzado el 27 de agosto y terminado en la mañana del 31, en que los japoneses se retiraron conservando únicamente la posición de Pa-Li-Chwang, al Norte de la ciudad, y no pudiendo apoderarse de la posición de Itse-Chang, próxima á la anterior, á pesar de haberla atacado vigorosamente.—R.

NUESTROS GRABADOS

Un primo de Don Guzmán ó Así se pinta la Historia, cuadro de Segundo Cabello Izarra.—Hay en este cuadro algo más que la nota cómica que á primera vista en él resalta; y á poco que se medite sobre cuál ha sido la intención de su autor, se verá que el lienzo encierra una lección muy digna de ser aprovechada por ciertos artistas que se dedican al género histórico, creyendo que con tres ó cuatro vestiduras, armas, muebles y chirimbolos más ó menos auténticos de distintas épocas y un par de zafios modelos, pueden atreverse lo mismo con Grecia y Roma antiguas, que con los guerreros de la Edad media, y así pintan el juicio de Salomón como el sacrificio de Guzmán el Bueno. Contra éstos va dirigida la sátira del distinguido pintor leonés y ojalá ella hiciera soltar los pinceles á más de cuatro que en maltratar la Historia se empeñan, dejando esta clase de pintura, una de las más difíciles indudablemente, para aquellos que á fuerza de estudios y de visitar museos y bibliotecas, llegan á desentrañar el espíritu de una época y á dominar la arqueología, único modo de que el cuadro histórico no sea simplemente un conjunto de figuras mejor ó peor pintadas, pero sin ninguna expresión, y de objetos allí puestos sin orden ni concierto y sí únicamente para constituir otros tantos *tours de force* de dibujo ó de color que, como los espejuelos para cazar alondras, no engañan ya más que á los incautos.



El célebre pintor francés FANTIN-LATOUR fallecido en Bure (departamento del Orne) en 27 de agosto último

Fantin-Latour.—Nació este célebre pintor en Grenoble en 1836, y después de haber recibido las primeras lecciones artísticas de su padre, prosiguió sus estudios en París, con Lecoq de Boisbaudrán, luego en la Escuela de Bellas Artes y finalmente en el taller de Courbet. Residió después algún tiempo en Inglaterra, dedicándose allí casi exclusivamente á los retratos, que fueron en lo sucesivo su especialidad, complaciéndose sobre todo en agrupar en un mismo lienzo los de las eminencias en el arte y en la literatura, de quienes era amigo íntimo: pueden citarse en este género *El taller de Batignoles*, *Junto al piano* y *Un ángulo de mesa*. Pintó también admirables cuadros de naturaleza muerta y de flores, y consagró además su talento á la litografía, vendiéndose, de algunos años á esta parte, á elevados precios las estampas por él firmadas, muchas de las cuales se conservan en el Museo de Dresde. Fué tan excelente dibujante como colorista; hombre modesto, casi tímido, huyó siempre de todo lo que pudiera parecer reclamo, habiendo sido su vida modelo de dignidad personal y de probidad artística. El vulgo le conoció poco; en cambio los aficionados inteligentes se disputaron sus cuadros que hoy figuran en las principales galerías particulares y en los más famosos museos públicos.

Representación de «Armida,» de Gluck, en las Arenas de Beziers. — Continuando la serie de grandes representaciones comenzada en 1898, gracias á la inteligente iniciativa de M. Castelbon de Beauxhostes, se cantó el 28 de agosto último en las Arenas de Beziers la hermosa partitura de Gluck *Armida*, cuya ejecución estuvo confiada á Felia Litvinne, Armanda Bourgeois y Valentín Duc, de la Opera de París; á Celeste Grit y á Billot, de la Opera Cómica; y á Cazeneuve, de los Conciertos Colonne. La orquesta, compuesta de 300 profesores, estuvo dirigida por los maestros Viardot, de la Opera, y Mussy-Verdie; y además tomaron parte en la representación 250 coristas y 60 bailarinas. El decorado había corrido á cargo de los notables pintores escenógrafos Jambón y Bailly. El éxito fué colosal, habiendo sido la obra aplaudida con gran entusiasmo por los millares de espectadores que llenaron las Arenas.



Representación de la ópera «Armida» de Gluck en las Arenas de Beziers (de fotografía de León Bouet)

Boceto de monumento al Petrarca, obra de Guerri y Romanelli.—Arezzo ha celebrado últimamente grandes fiestas en conmemoración del sexto centenario del natalicio del inmortal Petrarca, que allí nació en 20 de julio de 1304. Entre las ceremonias con que se ha solemnizado esta fecha tan digna de ser recordada, figuró la colocación de la primera piedra del monumento dedicado al sublime cantor de Laura. El boceto de este monumento, que se levantará en la plaza de la catedral, uno de los más hermosos templos góticos de Italia, es obra de los celebrados escultores Guerri y Romanelli y ha sido premiado en público concurso, y en él se alza sobre artístico pedestal adornado con varios relieves la estatua del Petrarca, cubierta la cabeza con la capucha, tal como lo representan los cuadros y grabados de la época, sosteniendo en su mano derecha un libro y el brazo izquierdo extendido en ademán de recitar en alta voz.

Saturno y las cuatro Estaciones, cuadro de E. Weith.—De entre las varias significaciones que la mitología atribuye á Saturno, la más vulgarizada es la que le hace representación del tiempo; en este sentido lo han tomado casi todos los artistas que lo han reproducido en sus lienzos, presentándolo como anciano de luenga barba que empuña con una mano la guadaña y con la otra un reloj de arena, emblema de la destrucción la primera y el segundo del curso jamás interrumpido de los instantes. En esta imagen tradicional de la divinidad antigua se ha inspirado el notable pintor alemán Weith, en cuyo cuadro aparece el dios rodeado de las cuatro Estaciones en que el año, y por ende el tiempo, se divide. Acertadísimo ha estado el artista en la manera de tratar las figuras de su composición, pues en cada una de ellas se retrata perfectamente el carácter que de las demás la distingue.

Niños pescadores, cuadro de Leonardo Bazzaro.—Entre los artistas italianos que sin haber nacido en las inmediaciones de las lagunas se han inspirado más y mejor en la vida popular y en la naturaleza de Venecia y con mayor fervor han dedicado sus pinceles á estos asuntos, figura en lugar preferente Leonardo Bazzaro. Nacido en Milán en 1853, fué discípulo de Bertini y desde muy joven llamó la atención con los lienzos que expuso en los salones artísticos de Pisani, en Florencia, y de Goupil, en París, conquistando además algunos premios en varias exposiciones. En la de Venecia de 1897, su cuadro *Plegaria* causó gran admiración así por el sentimiento que todo él respiraba, como por la perfección de su parte técnica; era una composición veneciana como casi todas las suyas, y por su asunto (dos mujeres en una lancha rezando el *Angelus* á la caída de la tarde) y por el modo admirable con que en él se veía reproducido el tinte melancólico del agua y del cielo, apenas iluminados por la luz crepuscular, causaba emoción intensísima. Sus *Niños pescadores* constituyen una nota más alegre, pero no menos sugestiva.

Paisaje, cuadro de Joaquín Vayreda.—Para todos los amantes del renacimiento pictórico catalán el nombre de Vayreda inspira respeto y despierta simpatías. Todos recordamos que fué ferviente y apasionado apóstol de la evolución artística y que, arrostrando los rigores y la oposición que podía oponerle el rutinarismo, cultivó el ruralismo, rindiendo así á la época en que vivía el tributo que merecía y á su país el caudal de su sentimiento. Desde Olot, en la región pirenaica, inició el movimiento, y grato es confesar que pronto logró formar escuela, tan intensiva que á ella se debe en primer término el buen nombre alcanzado por el arte catalán. Bien haya su memoria y bien hayan los que aún hoy se enorgullecen por contarse en el número de sus amigos y aprovechados continuadores

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, B^d Italiens, Paris

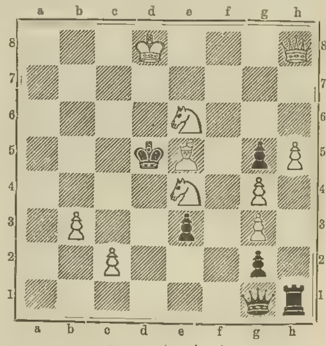
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación):*

Envío n.º 3. – Lema: «Don Eskil.» – La siguiente es la nueva forma enviada por el autor en sustitución de la publicada anteriormente.

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Envío n.º 10. – Lema: «Mane, Thecel, Phares.» – Blancas: R e 1, T h 1, A a 5 y c 8, P h 4 (5 piezas). Negras: R g 3, P h 5 y h 6 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 8. – «Emendatum.»

1. T d 4 – d 3, A h 7 × g 6; 2. A h 8 × c 3, etc.
b 4 – b 3; 2. T d 3 × c 3 jaq., etc.
C b 7 – d 6; 2. A h 8 – d 4 jaq., etc.
A h 7 – g 8; 2. A h 8 × c 3, etc.
Otra jug.ª; 2. C e 8 – f 6, etc.

Envío n.º 9. – «Marina.»

1. C a 6 – b 4, R e 5 × d 4; 2. D g 8 – c 4 jaq., etc.
T c 7 – d 7; 2. D g 8 – e 6 jaq., etc.
A h 4 × f 2; 2. D g 8 – g 5 jaq., etc.
C e 8 – f 6; 2. T f 2 – f 4, etc.
Otra jug.ª; 2. T d 4 – d 5 jaq. ó
C b 4 × c 6 jaq., etc.

Tiene otra solución que empieza con 1. T f 2 – f 4.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

Novela original de Pablo Bertnay—Ilustraciones de Simont

(CONTINUACIÓN)

—Razón de más para redondear las tierras y aumentar el capital. Tiene usted el medio á mano.

—No es seguro. Creo muy posible que Daniel guste á la muchacha, porque es bastante buen mozo, amable y brillante para impresionarla... Pero Girardot... y su mujer... Esos no se entusiasmarán y estarán por lo positivo... Si su nieta es tan buen partido, encontrarán que mi señor hijo no aporta bastante dote ni bastantes esperanzas...

—No encontrarán tal, señor barón.

—¿Por qué lo dice usted con esa certeza?

—Porque ha hablado usted de todo menos de lo principal.

—¿Qué es?

—El título de barón. La esposa de don Daniel será un día baronesa, baronesa de veras, no de la nobleza del Imperio, no de la nobleza romana, aunque yo la deba gran respeto, sino de la vieja, de la buena...

—¡Ah! En ese punto nada tengo que envidiar. Puedo justificar ocho siglos, señor cura.

—Por mucho menos que eso desembarcan en Francia con sus miles de millones las señoritas americanas. Diga usted una palabra nada más á don Daniel; muéstrele la propiedad de la Zarzalera...

—No, la mitad solamente.

Ya ve usted, Graciana, que me acuerdo bien

¿Quién sabe todavía?

—¿Y la gran artista? ¿Y Camila Girardot?

—La gran artista no se ha casado y no tiene más familia que Graciana. Además, está reñida con sus padres y no se sabe cómo testarán éstos. Puede ser muy bien que vengan á añadirse á las tierras del castillo los dos tercios de la Zarzalera. Y no hablo de la fortuna del Sr. Delestang, que será acaso al que más encante esa boda...

—Venga usted, pues, á hablar de esto con la baronesa cuando Daniel no esté presente. Y después, á comer; porque se queda usted á comer con nosotros...

—No sé si debo permitirme...

—Permítaselo usted, hombre, permítaselo usted. Y en la mesa, sin afectación...

—Sobre todo, que no parezca que sale de mí...

—Y Dios quiera que mi señor hijo sepa aprovecharse...

. . . .

Unos días después de esta conversación diplomática, Graciana vió llegar corriendo á Marieta.

—La Borel está muy mala.

—¿Qué tiene la pobre vieja?

—Tiene ante todo su edad, y hace un momento parece que le ha dado un síncope. Voy á verla.

—Me voy contigo.

No estaba lejos la pobre choza, una de las más miserables de aquel caserío de la Espinosa que se apoya en el camino del Isère.

Mientras recorrían apresuradamente la pequeña distancia, Marieta dijo á Graciana:

Por si acaso, traigo un poco de caldo y un pedazo de pan. Es posible que sea lo que más necesite.

—¡Tan miserable está!..

—Aquello da lástima. Su hijo... Felipe...

—Sí, le conozco.

—Se fué á ser barquero hace ya mucho tiempo. Debe de tener trabajo en Beaucaire, no se sabe á punto fijo, pero ello es que no ha vuelto. No es mal muchacho, pero hace como los demás, no piensa en la pobre vieja más que cuando está aquí. Mientras ella ha podido trabajar por un lado ó por otro, la cosa ha ido bien, pero hace algún tiempo le dan unos ataques... Y como no puede producir el dinero que cuesta, nadie quiere emplearla y ha caído en la última miseria.

—¡La miseria que condena á muerte!... ¡Pobre mujer! Vamos pronto, Marieta.

No tardaron en llegar y aquello era lamentable.

Dos ó tres comadres estaban charlando en el chiribitil donde, echada en un inmundo camastro, la anciana agonizaba con los ojos cerrados y el pecho agitado por una respiración corta y anhelosa, sin que nadie pareciese cuidarse siquiera de su agonía.

Cuando apareció Graciana, todas dijeron:

¡Oh! No hay nada que hacer, señorita; la pobre se muere y es una dicha para ella.

La joven, que no estaba todavía acostumbrada á esa feroz piedad que sienten los pobres unos por otros, se encogió de hombros con impaciencia.

—Ven, Marieta; empecemos por desnudarla. ¡Oh, Dios mío!, no tiene sábanas...

Y al sentir que se ocupaban de ella, la vieja abrió de repente unos ojos de ansiedad, de angustia y de hambre, removió los labios llenos de arrugas y balbuceó unas palabras ininteligibles.

Marieta, que tenía su idea, vertió una cucharada de caldo en aquella boca negruzca.

Y la boca se abrió en seguida de nuevo como para pedir más.

—¿Lo ve usted? Se está muriendo de hambre.

—Dale solamente unas cucharadas.

Y Graciana añadió, respondiendo á una mirada de la anciana:

—Hay que ir poco á poco, abuela. Mucho de una vez le haría á usted daño. Pero desde ahora no le faltará á usted nada.

—¡Quién había de pensarlo! ¡Si lo hubiéramos sabido! ¡Podía haberlo dicho!, exclamaron á coro las comadres.

Y Marieta respondió con mal humor:

—Debíais haberlo sospechado y haber hecho lo que yo.

Aquella asamblea de mujeres estorbaba á la honrada criada, que les dijo:

—Vamos, dejadme pasar al menos, ya que no servís para otra cosa que para hacer bulto.

Y hablando de este modo, pronto vió desaparecer la última cotorrona.

Graciana, mientras tanto, iba dando cucharadas de caldo á la Borel, que se reanimaba á ojos vistas.

—Ánimo, buena mujer; esto no es nada.

Pronto se oyó la voz cascada de la vieja murmurar:

¡Dios se lo pague á usted, señorita!

Sí, espero que lo hará, respondió la joven riendo, pero por el momento se trata de ayudar á Marieta.

Viendo á la honrada sirviente ocupada ya en limpiar un poco aquella pocilga, Graciana añadió:

—Espera, voy á casa á buscar algo que falta aquí.

—¿Qué es? Yo iré.

—No, es preciso que yo se lo pida á la abuela. Espérame; en seguida vuelvo, buena mujer; no tenga usted miedo.

Lo que iba á pedir á su abuela eran unas sábanas viejas de algodón, pero blancas y en buen uso.

Y volvía cargada con ellas y con un montón de paquetes de azúcar, de café, de arroz, con que había llenado una cesta, cuando dió un ligero grito de sorpresa y casi de despecho.

Precisamente en aquel momento aparecía en el recodo del camino un joven que iba hacia ella y que no era otro que el teniente Boissier.

La noche de su llegada Graciana le había visto mal, pero bastante bien para estar ahora segura de que no se engañaba.

Aquel esbelto talle, aquella anchura de hombros, aquel paso resuelto... y después, aquella manchita roja del ojal...

Sí, era guapo aquel muchacho. Moreno, con el cutis ligeramente tostado, unos ojos que parecían ya grandes aun á distancia, aunque no se distinguía su color, y unos bigotes levantados que descubrían unos labios rojos y carnosos.

También él la conoció, pues aquellos labios se contrajeron en una sonrisa que descubrió unos dientes macizos y blancos.

El joven no hizo más que llevarse la mano al sombrero y apartarse para dejar paso á Graciana.

Pero ésta se paró de repente y dijo con su más linda sonrisa:

—¡Oh!, caballero... No me pregunta usted siquiera si me he repuesto de mi emoción...

El teniente se ruborizó de asombro.

—No me atrevía, señorita, respondió con toda la sinceridad de su sorpresa. Pero, puesto que usted me autoriza, sí, sería feliz, muy feliz de saber...

Y al hablarle crecía su confusión, pues no había podido sospechar que fuese tan linda.

Aquella muchacha cuyo cabello castaño obscuro tomaba al sol reflejos metálicos, le parecía deliciosa.

Y el oficial añadió casi á pesar suyo:

-Sería dichoso sobre todo si usted me permitiera...

Graciana se echó á reir redondamente.

—Y bien, dijo, usted no es el que hizo á mi abuelo cortar sus nogales, ni yo quien ha hecho nombrar alcalde al Sr. de la Rochere. Así, puesto que los dos somos inocentes...

—Es verdad; ¿por qué hemos de tener ulcerado el corazón?, respondió Pedro contagiado por el buen humor de aquella joven encantadora.

Y siguió diciendo, deseoso de informarse:

—Supongo que aquel pequeño susto se pasaría pronto...

—No queda más que mi agradecimiento, tan vivo como en el momento de su heroica defensa.

-¡Heroica! ¿Quiere usted callar? Dos galopines que no esperaron siquiera que me acercase para escaparse como liebres... Pero realmente, señorita, no ha tenido usted suerte, pues creo que jamás se habían tenido encuentros semejantes en nuestros honrados caminos vecinales. Los mendigos van todos por la carretera de Grenoble.

Lo que no impide que haya yo resuelto no salir más que de día.

—Será lo más prudente.

En este momento Marieta se asomó á la puerta de la Borel para ver si llegaba Graciana y ésta le dijo:

-Sí, aquí estoy... Lo traigo todo.

Y añadió, respondiendo á una mirada curiosa de Pedro Boissier:

—Es para la Borel.

—¿Está enferma?

—Está, sobre todo, abandonada... Y hay que mimar un poco á la pobre vieja.

Pedro dijo de repente:

—¿Quiere usted permitirme que me asocie á su caridad con una pequeña ofrenda?

Y puso discretamente un luis en la mano de la joven.

Gracias por ella, caballero. Esto le asegura la vida por un mes, y cuando sepa que ha sido usted...

—Es inútil decírselo...

—Sí, se lo diré seguramente.

—No, no me nombre usted. No me atrevería ya á venir á informarme de su estado.

—Pero, sin embargo...

—El que acaba de contribuir á esa obra de caridad es un subscriptor anónimo y usted está obligada á recoger su óbolo sin preguntarle su nombre. Lo repito; no me atrevería á ir más á casa de la Borel y esto sería lamentable... para ella... Y hasta otra vez, señorita... Celebro de todo corazón la casualidad que me ha puesto en el camino de su caridad de usted.

—Entonces, dijo Graciana con un atrevimiento espontáneo, démonos la mano, Sr. Boissier, como dos buenos amigos.

—Lo soy de usted sinceramente, respondió Pedro con voz más profunda.

Y siguió su camino, mientras Graciana recorría los pocos pasos que la separaban de la pobre choza en que la estaba esperando Marieta.

. . . .

El teniente Boissier se dirigió muy pensativo á la casa en que, á las doce en punto, Antonio limitaba sus concesiones de cortesía á decir á la criada:

—Prevenga usted al señorito que me pongo á la mesa.

Después de lo cual se servía la primera cucharada de humeante sopa.

Porque en las casas de los campesinos del Delfinado la sopa aparece invariablemente al principio de toda comida, y Antonio Boissier, campesino en cuerpo y alma, no hubiera faltado á esa costumbre por nada del mundo.

—La sopa, decía muchas veces, es la salud del cuerpo. Eso es lo que impide á los soldados hacerse unos enclenques ó ponerse tísicos.

Cuando vió aparecer á su hijo, dirigió una astuta mirada de satisfacción y de orgullo á aquel guapo mozo de anchos hombros y condecorado, del que era padre, y le dijo:

—¡Hola, muchacho!.. ¿Vienes de dar tu paseo?

—Sí, del lado del Isere.

—Ya has visto; los trigos tienen buena cara. Habrá mucho grano y poca paja... Y con tal de que no granice en junio...

Pero Pedro, sin responder directamente y con los ojos medio cerrados, como si quisiera conservar la imagen de hacía un momento, dijo:

—Acabo de encontrar á Graciana Delestang. ¡Qué encantadora joven!

—¿La nieta de ese viejo jesuíta de Girardot? No se ve más que á ella por los caminos... La otra noche..., hoy... Antes no venía más que en las vacaciones.

—Tu arrendador Drivón me ha dicho que esa joven vive ahora con sus abuelos.

—¡Calla! ¿Si estará enferma como su madre que vino á morir á la Zarzalera?

—¡Enferma! ¡Vaya una idea! Es una primavera en todo su esplendor. Hay en su mirada, en su sonrisa y en su voz una juventud llena de gracia, de fuerza y de vida.

—Y bien, si la quieres mal, no lo dices por cierto.

—¿Por qué he de quererla mal?

—Porque es una Girardot, muchacho, y esas gentes son nuestros enemigos.

—Esa joven, sin embargo, no te ha hecho nada malo.

—No... Pero su abuelo... En fin, basta.

—¡Su abuelo! Ella tenía acaso entonces tres ó cuatro años... Te aseguro que me parece injusto y poco razonable el ver en esa muchacha una enemiga...

—No necesito saber tus ideas en este punto. Yo tengo las mías. En las familias se apoyan los unos á los otros y los hijos no tienen que criticar á sus padres. Aquí tienes mis ideas, que son las buenas. Las comprenderás mejor cuando tengas hijos á tu vez, lo que no debería tardar mucho.

Y añadió riéndose, pues había visto que Pedro se enfurruñaba y no quería realmente disgustarle:

—Solamente, tendrás que buscar mujer fuera de la Zarzalera, ¿eh?

El teniente no pudo menos de reir también.

—Con tanta mayor razón cuanto que creo que el tal Girardot debe tener exactamente las mismas ideas que tú.

-Ya ves que hay que dejar en paz á esa señorita.

—Es lástima, dijo Pedro sin dejar de sonreir, porque me parece encantadora. Cuando la encontré iba cargada de medicinas, provisiones y ropas para la Borel, que está enferma. No he visto nunca nada tan lindo como esa joven realizando tan sencillamente un acto de exquisita caridad, de esa caridad que da á los desgraciados la limosna de la sonrisa al mismo tiempo que la del pan.

Antonio Boissier se encogió de hombros con impaciencia.

—Sí, farsas para hacerse bien ver por esos mendigos y darles en seguida una papeleta electoral. Te dejas engañar y no recuerdas que dentro de tres meses son las elecciones y que el Borel dispone de los barqueros del río, que siempre han votado por la República y por mí, y con los cuales cuento cuando llegue el caso... ¡Pardiez! Querrán añadir esos votos á los del hatajo de brutos que sostienen la lista del castillo... Y bien, mejor, añadió descargando en la mesa un puñetazo que hizo temblar los vasos y los platos. Tendrán lo que merecen y verán venir el diezmo para el cura y el trabajo obligatorio para el barón... Serán conducidos á latigazos y reventarán de miseria... Mira, no me hables de esto, porque me harás decir cosas que guardo para mejor ocasión.

De este modo terminó la primera conversación en que Pedro pudo darse cuenta de los sentimientos que alimentaba su padre respecto de su linda vecina.

El joven se quedó, no desolado, pues la cosa no valía la pena, pero sí entristecido.

Aquella nueva prueba de la tenacidad de su padre, de la violencia de sus resentimientos y, sobre todo, de su obstinación autoritaria, le inspiraban reflexiones que se guardó bien de expresar. ¿Para qué?

La comida, pues, se acabó silenciosamente en aquel comedor parecido al de los Girardot en la meticulosa limpieza, pero en el que aparecía acaso más desdén todavía hacia todo lo que fuera elegancia ó comodidad.

En éste, solamente, la mesa ovalada era más grande, las sillas de paja más numerosas, y allá, en un rincón, había un escritorio de cubierta cilíndrica siempre abierto y repleto de papelotes, que le daban un aspecto casi administrativo.

En el tiempo en que Boissier era alcalde, se habían dado en aquel comedor grandes banquetes á los que asistían diputados, subprefectos y todos los concejales.

Y esto le hacía parecer más solo y más triste ahora que solamente se encontraban en él Antonio y su hijo.

Cuando acabaron de comer, Pedro encendió un cigarro.

—¿Te vas de paseo, muchacho? Bien pensado, ya que el médico dice que debes tomar el aire y echarlas de capitalista. Yo tengo que hacer.

Y le dejó solo en el vasto patio de árboles por el que se sale al camino.

Pedro hizo un ademán indefinible: cansancio..., desanimación...

«No, murmuró, nunca me acostumbraré, jamás...»

Y se puso á pensar en su regimiento, en las amistades dejadas por allá, en las ruidosas conversaciones de la fonda y en el cuartito coquetón y alegre que tenía en Aviñón antes de salir para Madagascar y al que volvería dentro de cuatro meses...

Porque Pedro era uno de los dichosos del regimiento.

El orgullo de su padre no hubiera soportado el deber nada á nadie, ni aun á su hijo.

Pedro tenía la fortuna de su madre, pero nunca había pedido cuentas. Por otra parte, toda consistía en tierras que formaban parte integrante de la propiedad de la Umbría.

Pero Antonio Boissier, que se había constituído en arrendador de su hijo, le pagaba escrupulosamente la mitad del producto de sus cosechas.

Esto representaba unos cuantos miles de francos que, unidos á su sueldo, hacían del teniente Boissier lo que se llama en el regimiento un oficial «que está bien por su casa,» casi un oficial rico.

No, seguramente, no cedería al deseo de su padre y se guardaría bien de cambiar aquella existencia por la que ya le pesaba hacía dos meses al darse cuenta de que su padre y él no estaban de acuerdo en nada y que la explosión era inevitable.

«¡Bah!, decía, todavía cuatro meses; el tiempo necesario para echar fuera completamente, con el aire natal, esta fiebre que aún me hace tiritar cuando se pone el sol, y en seguida, pronto al regimiento.»

Y aspirando á plenos pulmones el aire cargado de efluvios de mayo que le ponía fuerte y ágil, dió un suspiro de pena.

«¡El país natal! ¡El país al que estamos unidos por raíces misteriosamente profundas y en el que uno ha llorado y reído, de pequeño, en los brazos de su madre!..»

Y su pensamiento siguió vagando.

«¡El país en el que, si los hombres no fueran malos, injustos y estúpidos, encontraría, muy cerca acaso, una amiga, una compañera para hacer la vida lógica, verdadera y envidiable!»

Pero entonces añadió encogiéndose de hombros:

«Solamente que los hombres se ingenian para que la dicha sea imposible, y lo mejor que puedo hacer es olvidar pronto lo que nunca sería más que un pesar.»

. . . .

En la Zarzalera ocurrió pocos días después un gran acontecimiento.

La antevíspera, el barón de la Rochere se presentó, como siempre, sin cumplimientos. Pasaba por allí y entró, naturalmente, á saludar á aquella excelente señora de Girardot. Cuando vió la encantadora niña que le presentaba su amigo, dió un verdadero grito de sorpresa.

Nuestra nieta, señor barón, que su padre nos ha confiado por algún tiempo para que no estemos tan solos.

—¡Cómo! ¿Esta señorita es?..

-Nuestra querida Graciana, sí, la hija de la pobre Angela...

—¡No vuelvo de mi asombro! La última vez que la vi era una niña, y ahora. .

—Ahora tiene ya veinte años, señor barón.

—Me confunde usted. Bien sé que el mío tiene veintisiete. ¡Ah, amigo mío, qué viejos nos hacen estos chicos! Pero, en fin, también nos rejuvenecen con sus pocos años...

Y añadió como si le ocurriese la idea de repente:

—Pero, ahora caigo, hay que estrechar las amistades... Mi mujer se quedará encantada. Vengan ustedes á comer con nosotros..., no mañana, pues la baronesa diría que la cojo de improviso y á las amas de casa no les gusta eso, ¿verdad, señora Girardot?..; pero sí pasado mañana. ¿Conformes, eh? Sin ningún cumplido; no habrá nadie más que nosotros. A las doce; así el Sr. Girardot no se acostará tarde.

Una invitación tan espontánea y tan cordial no se rehusa.

Y he aquí por qué, dos días después, los señores de Girardot estaban sobre las armas y Graciana se presentaba con un traje que, sin gran apariencia, le sentaba á las mil maravillas.

—¡Hola, hola!, dijo Girardot; se ve que hay un buen mozo en el castillo.

—¿Por qué le dices esas cosas? Puede que ni siquiera esté allí.

—Espero que estará, abuela. Y me disgustaría que no estuviera. Prefiero verle, al tal D. Daniel..: un rubio, me acuerdo, que parecía muy dichoso de vivir. No debe de ser desagradable.

—¡Oh! En cuanto á eso, puedes estar tranquila, no lo es.

—Entonces me encantará conocerle. Y verás como él también se alegra, porque, en fin, abuela, yo tampoco soy fea...

—¡Miren la vanidosilla!..

—Tiene razón, dijo Girardot; sabe lo que vale. Dices bien, Graciana; no tienes que envidiar á nadie.

—Sí, sí, bonitas ideas le metes en la cabeza á esta muchacha...

—¡Como si tú no fueras de la misma opinión!

Cuando estuvieron dispuestos, Girardot cogió su bastón de caña con puño de marfil —un regalo hecho á su padre por un primo suyo, capitán mercante,—la señora de Girardot se llevó la mano al cuello para cerciorarse de que llevaba bien prendido el hermoso broche de brillantes, comprado en París, en el viaje de boda, y los tres echaron á andar por los sinuosos caminos en cuya rojiza arena se proyecta la sombra violeta de los vetustos nogales.

Un cuarto de hora después llegaron al castillo y en seguida empezaron los cumplimientos y las presentaciones.

La baronesa de la Rochere era una buena señora, un poco gruesa y algo subida de color, que obedecía, como la de Girardot, á ese adorable y maravilloso instinto de maternidad que hace á las mujeres tan débiles y tan indulgentes para con los hijos, siempre dispuestos á abusar de su ternura.

Cuando vió aparecer aquella linda flor de mayo, aquella morenilla de ojos negros que se inclinaba profundamente, preguntó:

—Se llama Graciana, ¿no es verdad? Vamos, déme usted un beso, linda niña. Siempre es una fortuna para una cara vieja el contacto de unos labios tan frescos.

Y mostrando á un joven alto y rubio, bastante guapo, que se adelantaba saludando, añadió:

—Mi hijo Daniel.

—Y bien, dijo jovialmente el barón; ¿no quieres creer á tus ojos? Sí, querido, es esta niña...

—... La que yo encontraba hace unos años por los caminos, con su trenza colgando, su falda corta y cierto airecito de burlarse de la gente. Ya ve usted, Graciana, que me acuerdo bien.

—Yo también me acuerdo, dijo alegremente la joven. Pasaba usted con frecuencia á caballo, y yo encontraba que un jinete con polainas amarillas y látigo de caza sin restaño, era mucho más bonito que un biciclista. No ha cambiado usted nada.

—Usted, en cambio, ha variado mucho y lo ha hecho admirablemente. Ya era usted una deliciosa niña; y ahora... Pero diciéndoselo á usted no le enseñaría nada nuevo...

—Vamos, D. Daniel, interrumpió la de Girardot, basta de piropos. Eso no es bueno para las jóvenes.

—No decía usted eso cuando se los echaba el Sr. Girardot.



Pedro empujó la puerta y se encontró con Graciana

—Hace cuarenta años de eso, dijo suspirando el aludido.

—Entonces, dentro de diez será el medio siglo.

—Perfectamente; y espero que estaremos todavía tan tiesos.

—En ese caso bailaremos. La comprometo á usted para el primer vals, señora de Girardot.

—Está convenido. Peor para usted, porque tendrá que hacerme dar vueltas. Eso le enseñará á bromear con la vejez.

Con ese tono, pronto se estableció la intimidad.

La comida pasó alegremente, en la beatitud de esas abundantes comilonas provinciales que se prolongan horas y horas, con sus tradiciones casi sagradas, sus ritos casi solemnes y la exhibición final de las obras maestras de pastelería y de repostería que son la gloria y la emulación de las amas de casa.

Daniel tenía ingenio y sobre todo buen humor.

Aquel muchachón un poco tronera, que con el pretexto de estudiar derecho había hecho locuras en el barrio latino y seguía haciéndolas en sus escapatorias á París, á Lyón y á Grenoble; aquel desocupado que valía acaso más que la vida ociosa con la que se estaba preparando, bastante mal por cierto, al oficio de propietario que explota sus bienes; aquel Daniel de la Rochere se había inflamado como un fósforo al contacto de la encantadora joven á la que se refería su padre al repetirle hacía unos días:

—Esa muchacha llevará á su marido seiscientos ú ochocientos mil francos de dote.

Al primer golpe de vista, Daniel la había diagnosticado, según él decía.

Muy bonita, muy inteligente, muy alegre, con gustos de artista, ideas propias y cierto aire de independencia y de voluntad que le sentaba perfectamente; era aquella la mujer soñada, la mujer de la que se puede ser amante al mismo tiempo que marido y camarada, para escaparse de vez en cuando á hacer una vida más divertida que la de Saint-Romain... mientras los papás cultivan las tierras cuyos productos son tan bien empleados...

De modo que al caer la tarde, cuando padre é hijo volvían de acompañar á sus convidados hasta la Zarzalera, Daniel respondió á la pregunta del barón:

¿Cómo encuentras á Graciana?

—Deliciosa, papá. Me hago formal, me caso y seré el modelo de los maridos. Pídela.

—¡Eh! ¡Eh! No tan deprisa... Si crees que no hay que hacer más que eso, te engañas, amigo. Hay que poner sitio á la plaza.

—Está bien.

Y poniéndose la mano en el corazón, dijo con solemnidad cómica, que no dejaba de tener cierto acento de sinceridad:

—Papá, voy á establecer en seguida la primera paralela, como diría nuestro vecino, el teniente Boissier.

. . . .

Al pronunciar el nombre de su antiguo compañero de colegio, Daniel no sospechaba que en aquel momento se estaba verificando en la mente de Graciana una comparación silenciosa entre aquellos dos jóvenes que tenía tan cerca y que eran tan distintos, sin embargo, y tan lejanos el uno del otro.

El cura Gaindrón, con su olfato de sacerdote y de campesino, había visto claro. Girardot y su mujer volvían del castillo llenos de entusiasmo é hinchados de orgullo.

Nunca el barón había estado tan campechano y tan franco, ni la baronesa tan familiar, ni D. Daniel tan alegre y tan amable.

Los buenos viejos no cesaban de hablar de aquella interminable conversación, con los codos sobre la mesa, en la más perfecta intimidad, en un abandono que parecía excluir todo secreto y en una confianza que era la más hábil y la más delicada adulación para con un amigo cuya importancia y, casi, cuya superioridad afirmaba así el barón.

Porque, en fin, el Sr. de la Rochere le había pedido consejos, fiado en su experiencia, y no vacilaba en proclamar que la Zarzalera era una propiedad admirable, la primera, la mejor cultivada y la más productiva de Saint-Romain.

¡Y qué buenas personas aquellos la Rochere!... ¡Cómo prescindían de las preocupaciones nobiliarias, que ya no son de esta época, en la que la sola superioridad es la de la inteligencia, la del trabajo y la de la fortuna honradamente adquirida!

Y Girardot llegó, naturalmente, á hacer á Graciana la misma pregunta que el barón había hecho á su hijo.

—¿Cómo encuentras á ese joven?

—Muy amable, respondió ella sin vacilar. Es un buen muchacho que debe de aburrirse mucho en Saint-Romain.

—Pues lo que es hoy no lo parecía.

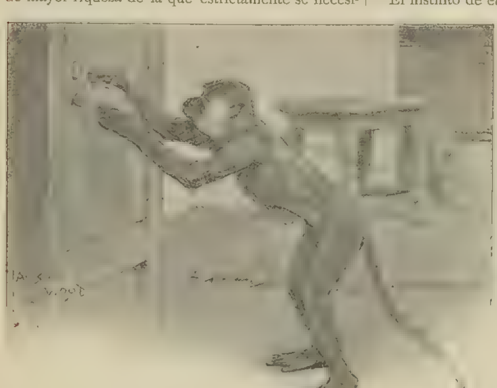
—Hoy estaba ocupado en examinarme de pies á cabeza con mucho disimulo, y en efecto, parecía que le interesaba esa ocupación. Pero no se tiene todos los días una personita como tu nieta para pasarle revista. Así es que me pregunto en qué se ocupa, pues, entre nosotros, me parece que sus preocupaciones intelectuales... ó artísticas...

(Continuará)

EL AFÁN DE PROSPERIDAD

EN LOS MONOS

El sentido literal de la palabra prosperidad es el logro de algo que se desea; implica la adquisición de mayor riqueza de la que estrictamente se necesita. El encontrar meramente el medio de vivir con alguna comodidad, puede considerarse como prosperidad en cuanto no es adversidad; pero como se supone que al hallar ese medio está al alcance de todos el remedio, y por lo tanto, que es el estado normal ó el cero desde el cual la prosperidad y la adversidad principian á contarse como cantidades positivas ó negativas, no entra propiamente dentro del significado corriente de dicha palabra.



. . sabía meterla en la cerradura. .

La idea dominante de todo sér viviente es el deseo de su propia felicidad, y la realización de ese deseo puede decirse que es la prosperidad. El objeto principal de la humanidad es adquirir riquezas como un medio para ser feliz, y la facultad que tenga cada individuo para acumularlas con exceso dará la medida de su prosperidad. El instinto de la propia conservación es el motivo primordial de la adquisición, y cuando ese deseo excede de los límites de un uso económico, se convierte en avaricia, y el estado feliz, al què tantos aspiran y tan pocos alcanzan, puede condensarse en esta sencilla fórmula: el instinto de adquirir riquezas es la codicia, la habilidad para conseguirlas es el talento y el lograrlas es la prosperidad.

Puede un individuo tener ansia de riquezas sin tener talento para conseguirlas; otro tener talento sin avaricia que le sirva de estímulo, y únicamente aquellos que tienen ambas cosas lograrán la prosperidad. Habiendo estado mucho tiempo en contacto con monos de todas las especies y hecho un estudio detenido de sus hábitos y funciones mentales, he observado en esos animales muchos rasgos y facultades que, generalmente, se tienen por propios del hombre únicamente. Como todos ellos poseen el instinto de la propia conservación, no es extraño que, dadas ciertas condiciones, se convierta en avaricia, y como muchos de ellos tienen la inteligencia bastante para realizar sus impulsos, puede decirse, con verdad, que algunos monos disfrutan cierto grado de prosperidad. La facultad de imitación, tan visible en los monos, rara vez ó nunca se pone en ejercicio sin tener un motivo. Aunque el animal no comprenda el significado exacto de lo que hace, tal como nosotros lo entendemos desde nuestro punto de vista humano; aunque el motivo que le induce á hacerlo sea completamente diferente del del hombre, no por eso lo que ejecuta es una mera reproducción mecánica de lo que imita. Por muy indefinido que sea el motivo que le obliga á obrar, no deja sin embargo de existir.

... escondía parte de la suya bajo la paja de su jaula

El instinto de emulación es, tal vez, en los monos demasiado débil para que pueda llamársele ambición; pero algunos demuestran inclinación á ejercer autoridad y tratan de adquirirla. Todas las especies que he estudiado parece que tienen una idea vaga de la propiedad y del derecho de prioridad. Algunos demuestran tener una noción rudimentaria del valor de las cosas, manifestada por su percepción de los números y de las dimensiones. Pero hay un hecho importante que no debe pasar inadvertido, y es que los monos varían tanto en sus gustos é inclinaciones como el hombre y que ningún individuo representa fielmente á toda su especie.

Hace menos de cuarenta años la isla de Santo Tomé estaba ocupada por dos especies distintas de monos. Los *Monas* vivían en las llanuras y valles, y los *Cephas* en la parte montañosa y menos fértil, y ambas especies eran muy numerosas.

Pero llegaron á la isla, por el tiempo indicado, algunos colonos con la idea de plantar palmeras de coco y principiaron á talar los espesos montes de la parte baja, declarando la guerra á los monas. Durante años prosiguió la lucha, y aumentando en número los invasores, siguieron avanzando hasta que, poco á poco, arrojaron á los monas á las montañas. Al retirarse éstos de sus dominios, declararon la guerra á los cephas y en pocos años los mataron á millares, viéndose obligados los vencidos á retirarse á los más inaccesibles peñascos, ocupando los vencedores todo el territorio. Pero los colonos comenzaron también á cultivar las montañas y hondonadas y tuvieron que buscar los monas otros domicilios; como lo único que les quedaba eran los picos y picachos adonde habían relegado á los cephas, invadiéronlos á su vez. Después de algunos años de lucha, fueron éstos exterminados por los monas y hace más de diez años que no se ha visto en la isla un solo cepha, mientras que los monas se cuentan á millares.

La historia de la humanidad nos presenta cien ejemplos de emigraciones, guerras y victorias que hicieron desaparecer pueblos enteros, sustituídos por otros nuevos. Las mismas causas que impulsaron á los arios, godos, vándalos y á otros muchos, influyeron en ese pueblo de monos para determinarlos á invadir, conquistar y apropiarse los dominios de sus vecinos.

La costumbre tan general del hurto está muy arraigada en los monos, y está en ellos originada por la avaricia y el instinto de adquisición. Su modo de vivir no permite que en ellos se desarrolle, como en el hombre, el sentimiento del honor, así es que, como el robo es el camino más corto para obtener lo que se desea, el mono recurre á él, con lo que demuestra que se forma un concepto claro de lo que es este procedimiento, siendo además evidente que lo comete con un objetivo determinado.

En una jaula donde había cinco monos, uno de ellos era un pequeño Rhesus, de inteligencia superior al término medio y de buen carácter, pero hipócrita, poco escrupuloso y ratero empedernido.

En lo alto de la jaula había tres cajones pequeños, arreglados para que en ellos durmieran los huéspedes, pero uno no lo utilizaban.

Cuando se les daba la comida, el rhesus tenía la costumbre de llenarse las bolsas laterales del hocico y la boca y llevarse algo también en las manos, y se subía tranquilamente al cajón vacío, donde todo lo depositaba. Bajaba otra vez, y repetía la operación mientras había algo que llevarse, comiendo luego de lo que había hurtado á sus compañeros; lo que comía nunca llegaba á la tercera parte de lo robado, guardando cuidadosamente el resto, sin permitir que entrara en el cajón ningún otro mono.

¿No es esto atesorar? ¿No es esto afán de prosperidad? Un mono que vi en Africa, no sólo era un hábil ratero, sino un perillán muy ingenioso. Conocía la llave de una pequeña alacena, donde su dueño guardaba el azúcar para el té. Una ó dos veces logró apoderarse de ella y le cogieron infraganti, tratando de utilizarla. Sabía meterla en la cerradura, pero no tenía la habilidad de hacerle dar vuelta y abrir.

Cuando dejaban el azúcar donde pudiera cogerle, se llenaba invariablemente ambas bolsas y lo llevaba al cajón donde dormía, metiéndolo bajo del pedazo de tela que le servía de cama, volviendo á repetir la operación mientras hubiera azúcar que llevarse. Una vez su amo encontró escondidos en el cajón una gran cantidad de palmiche, pan, azúcar y tres plátanos.

¿No es este el primer paso para ser rico? ¿No es esto el resultado del ansia de riquezas y de la inteligencia para apropiárselas? Si no es esto, ¿qué es?

Un amigo mío tenía un vivaracho mono javanés y un perro, que se hicieron grandes amigos y andaban sueltos por la casa, el jardín y huerto adyacentes.

El perro, por naturaleza carnívoro, casi no comía otra cosa que carne, al revés del mono, que se alimentaba de vegetales. El perro, siguiendo las costumbres de su especie, con frecuencia enterraba parte de su pitanza para comérsela después, y el mono, con el mismo objeto, escondía parte de la suya bajo la paja de su jaula.

Esto nada tiene de particular; pero á veces, cuando el perro había escondido un hueso en algún rincón del huerto, iba el mono, ocultándose con cuidado, apartaba la tierra que lo cubría y se llevaba el hueso á su escondite. Un robo tan hábilmente hecho y con tanta premeditación sólo podía obedecer al deseo de adquirir. Del hecho de que el mono no lo quería para comérselo, ha de deducir se que no era su objetivo el proporcionarse alimento para más adelante, y el hecho de que lo hacía siempre á escondidas, demuestra que, hasta cierto punto, tenía conciencia de que aquello era propiedad de otro.

.... apartaba la tierra que lo cubría...

Hace pocos años un médico amigo mío compró un pequeño rhesus de un organillero ambulante, quien le había enseñado á

pedir y recoger monedas de los espectadores y á guardarlas luego en una alcancía.

Después de estar en poder del doctor, solía quitarse el gorrito rojo que llevaba y alargarlo pidiendo unos céntimos, los que solía darle, y entonces, como ya no tenía alcancía, los ocultaba en las bolsas de las mejillas.

Mucho se sorprendió su dueño al hallar ocultos, en una hendedura de su jaula, hasta 38 monedas de cobre y tres de níquel.

El simple hecho de que el mono las escondiera prueba que alguna idea tenía de su valer; sería muy vaga é indefinida, pero existía. Un estudio ligero de las costumbres del hombre primitivo bastará para convencer á cualquier persona razonable de que semejantes acciones se deben al instinto de adquirir riquezas, más de las que se necesitan para cubrir las necesidades del momento, y la lógica de todos los siglos llevará á la deducción de que iguales causas é iguales medios para obtener iguales fines son equivalentes.

Es cierto que no todos los monos poseen en el mismo grado estos instintos ni los ejercitan con la misma actividad; pero también es cierto que lo mismo sucede entre los hombres. Sin embargo, considerada la especie en general, resulta que de todos los animales inferiores al hombre, los monos son los que están dotados en grado más alto del instinto de adquisición y los que con más éxito lo practican, existiendo entre ellos verdaderos tácticos y caudillos, proyectistas y usureros con todas las mañas y astucias que á estos tipos humanos caracterizan.

R. L. GARNER.

(Dibujos de Jawson Wood.)



... solía quitarse el gorrito rojo que llevaba y alargarlo pidiendo unos céntimos...

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

MIGUELÓN, por *Mariano Turmo Baselga*. – Tal es el título de la hermosa producción del distinguido literato Sr. Turmo, á la que ha cabido la honrosa distinción de ser premiada en el público concurso abierto por los Sres. Henrich y C.ª, editores de la «Biblioteca de novelistas del siglo XX,» de que forma parte la obra á que nos referimos. Si *Miguelón* es la primera novela producida por nuestro amigo, justo es consignar que comienza por donde algunos terminan. Hace mucho tiempo que no nos había cabido la suerte de leer una obra tan esencialmente humana y tan española. Es una página real y efectiva de un período preñado de angustias y crueles realidades, observado con admirable acierto y pintado y descrito con esa sencillez, con esa facilidad que le prestan los caracteres de lo que vive y se agita, de lo que retrata y reproduce el modo de ser de un pueblo, con todas sus virtudes y defectos, con sus abnegaciones y egoísmos. Bien merece un aplauso el Sr. Turmo, que ha sabido producir una obra que le enaltece y evidencia sus cualidades, y bien merece el Jurado que se aplauda su decisión, que ha permitido á los editores dar á conocer una producción que honra á las letras patrias. La novela *Miguelón* véndese en todas las librerías al precio de tres pesetas cada ejemplar.

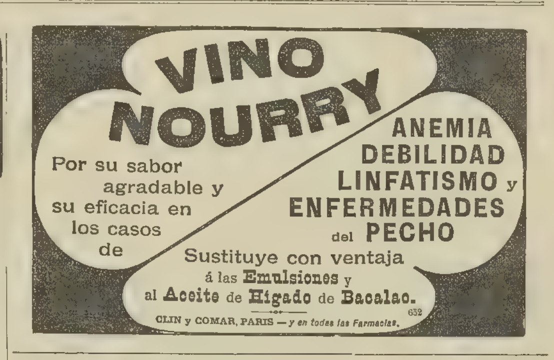
EL DESCANS DOMINICAL, por *Moss. Andrés Pont y Llodrá*. – Estudio de indiscutible actualidad es el llevado á cabo por el Sr. Pont y Llodrá, cuyo mérito tan justamente apreció el Jurado del Certamen celebrado en Palma de Mallorca con motivo de las ferias y fiestas que allí han tenido lugar, distinguiéndolo con la debida recompensa. Esta circunstancia confirma el favorable juicio que nos merece y justifica el aplauso que dedicamos á su autor. El estudio á que nos referimos ha sido publicado en forma de folleto compuesto de 55 páginas y ha sido pulcramente impreso en la tipografía de F. Soler Prats, de Palma.

FIESTAS ESCOLARES DE GUATEMALA. – Con el nobilísimo propósito de perpetuar el recuerdo de este verdadero acontecimiento, tan digno de ser imitado, acaba de publicarse un libro asaz interesante, que honra desde luego á los que han intervenido en su formación. Elogios merece el deseo de reunir en un volumen cuantos elementos intervinieron para glorificar la general cultura, dignificar la enseñanza y demostrar la estima y predilección que la enseñanza merece á los distinguidos estadistas que rigen los destinos de nuestra hermana, pero mayores han de ser nuestros elogios cuando se ha realizado la obra en forma tan cumplida, que constituye una gallarda manifestación del adelanto que ha alcanzado en aquel país la tipografía. Forma el libro un volumen en fólio de 164 páginas primorosamente impresas y exornadas con artísticas orlas en varios colores, conteniendo vistas y retratos, composiciones musicales y cuanto, según decimos, recuerda aquella grandiosa fiesta, que ha de quedar grabada indeleblemente en la memoria de los guatemaltecos y que ha producir grandísimos resultados para lo porvenir. El volumen á que nos referimos, engalanado con una portada del mejor gusto, en la que se destaca el retrato del Sr. Presidente de la República D. Manuel Estrada, ha sido impreso en la tipografía Nacional, dirigida por D. Felipe Estrada Paniagua.

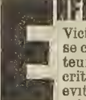
Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona



Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.







NFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.—PRECIO: 12 REALES.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine



Paisaje, cuadro de Joaquín Vayreda

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubᵍ St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

INFLUENZA — RACHITIS
ANÉMIA — CLOROSIS
VINO AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Franco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bᵈ St-Denis, 16

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES **JORET y HOMOLLE**
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fᵃ G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 19 de septiembre de 1904 — Núm. 1.186

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Salón de la Sociedad de Artistas Franceses. (París, 1904.)

VIDA CAMPESTRE, CUADRO DE A. BROUILLET

La escena campestre que el celebrado pintor francés Brouillet ha desarrollado en el cuadro que al pie de estas líneas reproducimos, es sana y vivificadora. Los haces de las segadas mieses son el símbolo de la energía creadora de la madre tierra que pródiga provee al sustento de cuantos seres sobre ella viven; el aire purísimo que en el lienzo se transparenta no em ponzoña, cual el de las grandes urbes, la sangre del que lo respira; el límpido cielo invita al alma á elevar hacia él sus ojos y á vivir la vida del espíritu; y como compendio de todo ello, el delicioso grupo con que el artista ha querido prestar mayor animación al paisaje parece decirnos que allí, en aquellos campos, aspirando aquel aire y bajo aquel cielo, se encuentran la salud y la robustez físicas, la paz y el contento morales.

Vida campestre es un hermoso himno á la naturaleza; todo en él es alegre, apacible, y pocos serán los que al contemplarlo no sientan, al par que una emoción dulcísima, la añoranza de aquella tranquila y feliz existencia, y el deseo de trocarla por las preocupaciones, los cuidados, los afanes, las luchas de las ciudades populosas que prematuramente agotan las fuerzas del cuerpo y secan la inteligencia y apenas dejan espacio para que el alma cumpla la misión que por el Hacedor le ha sido impuesta.



VIDA CAMPESTRE, cuadro de A. Brouillet

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Lo ven ustedes? Para hacer una cosa..., no hay como querer hacerla. Es probado. Y por si no entienden á qué me refiero, diré que me refiero al gobernador de Madrid, á su campaña para que los teatros se cierren á una hora racional y den las funciones puntualmente á la que de antemano señalan.

Cuando se anunció tal propósito, vaticinaron una serie de tragedias—en substitución de los sainetes—si se llevaba adelante la reforma. Los teatros cerrarían herméticamente sus puertas; sobrevendría la ruina de innumerables familias, el krach de las empresas todas. Era casi una pavorosa cuestión de orden social la que surgía, provocada por el acuerdo y disposiciones de la autoridad. Ignoro los trámites que siguió ese asunto: sin duda mediaron, es la costumbre, urgentes recomendaciones, influencias de todo género, para que «se hiciese tablas» y se desistiese del proyecto. El gobernador se mantuvo en sus trece (hora oficial) y se echó la cuenta de que no se hundiría el mundo porque él pusiese orden en el desquiciamiento de las funciones teatrales. Cuando creíamos que la protesta, á la apertura de la temporada, se acentuaría, resonaría en la prensa más alto, aturdiendo los oídos, he aquí que se abre el primer teatro, el más levantisco, el de los couplets del *Cangrejo*, la Zarzuela, y el empresario, en vez de quejarse, muestra la más absoluta conformidad y la mayor satisfacción. «Nos viene de perlas—dice.—Hay una hora en Madrid á la cual, en invierno, todavía no se cena, pero ya no se pasea; una hora que la gente no sabe cómo entretener. Esa hora, de siete á ocho de la tarde, nos compensa los beneficios de la antigua hora calaveresca de las dos de la madrugada. Nuestro público va á variar: nuestro público, antes, era el de los perdedores de tiempo, el de la gente que no sabe cómo matar la noche y convertirla en día; el público de los desocupados, de los disipados, de los galanteadores de coristas y suripantas, de los admiradores de la tiple, de los vejetes alegres á caza de aventuras. Ahora, nuestro público lo formarán honrados lonjistas que cierran temprano su establecimiento; matrimonios que de bracete echan una cana al aire; mamás de familia que cayéndoseles la baba llevan á sus retoños á divertirse, oyendo una funcioncita; sirvientes que despachada la obligación se escapan mientras sus amos están fuera; dependientes de comercio que aprovechan el cambio de las costumbres para no estar vendiendo hasta las nueve, otro mal hábito de Madrid; elementos, en fin, alegres y sanos, que después de asistir á un estreno vuelven á comentarlo al calor de la camilla, en la intimidad de la cena... No perderemos nada; la taquilla no se resentirá; el teatro «de siete á ocho,» la función «del vermouth,» no tardará en constituir el solaz favorito del pueblo madrileño.» Y la salud, la higiene, el trabajo, la moralidad, ganarán infinito. Así vendrá á ser provechoso este teatro *por horas* que sólo en España existe, y que los extranjeros encuentran tan ingeniosamente ideado.

La cuarta famosa era una institución que parecía inderrocable. Había entrado en las malas costumbres, las verdaderamente arraigadas, y debía achacársele, en gran parte, el incremento del noctambulismo en la villa y corte, opuesto á la regularidad tempranera que distingue á París, Londres, Roma, el Haya, Amsterdam, Bruselas—las grandes ciudades que conozco.—En todas ellas hay quien trasnocha; son los trasnochadores de oficio; pero en Madrid trasnochaba la ciudad, y la excepción era, y continuará acaso siendo mucho tiempo, el recogerse antes de la una.

Sí; no hay que pensar que se ha remediado el mal con el encauzamiento de los teatros, con apagar las candilejas poco después de la media noche; el hábito contraído no se quita tan pronto. Yo tuve un muy querido amigo, Luis Vidart, modelo de trasnochadores, que cuando no tenía, al parecer, más remedio que recogerse á su casa, porque se había cerrado el último café y se había retirado del Círculo el último socio, daba vueltas y vueltas por las calles ó se metía en las iglesias, que abren para la misa de alba. Era una forma de romanticismo que perduraba en el espíritu, por otra parte muy equilibrado y lleno de penetración y cordura, de aquel hombre ilustradísimo, sabio, bueno. Estaba á mal con las sábanas mientras el sol no brillaba en el horizonte.

Atacado de noctambulismo, Madrid no se corregirá en un año ni en dos. Seguirá siendo el pueblo donde nadie se escandaliza del hecho positivamente escandaloso de que un artesano, que ha de mantener á mujer é hijos con su jornal, entretenga la noche, la noche reparadora de las fuerzas, la noche que brinda intimidad en el hogar y sedación en el sueño, en ese detestable copeo, en esos periplos comprensivos de todas las tabernas del barrio, averiguando sin duda en cuál envenenan mejor. Siempre que hay un lance de navaja, una de esas quimeras de origen puramente anormal, que cuestan vidas, llanto, ruina de familias pobres, encontráis el antecedente del copeo. «Fuimos á la taberna del Hilario y tomamos unas copas... De allí pasamos al café de Gumersindo y tomamos otras copas... Luego nos dirigimos al colmado de Manolo y nos sirvieron copas... Anduvimos un poco más, penetramos en el establecimiento de Simeón, y vengan copitas... Y por último, en la casa de comidas del Bonifacio, copeamos hasta el amanecer.»

Si se trata de *echar* una copa... Pero sea de día y en un solo tabernáculo. ¿Qué refinamiento de placer habrá en esto de ir bebiendo en cada esquina, como desbeben los gozquecillos?

La información de *El Imparcial* sobre la vida del obrero en Madrid, extremadamente curiosa, se resiente de la falta de este dato importante: lo que recargan la miseria, muy verdadera, revelada, entre otros síntomas, por el incremento de las casas de empeños, los hábitos de desorden de parte de esa clase, contra los cuales, con sobra de razón, protestan los socialistas.

No cabe que viva, sea el que fuere su salario, el obrero que trasnocha y copea.

Dos defensas tiene el obrero contra la defectuosa organización del trabajo, que deja en manos de intermediarios, en perjuicio de trabajador y cliente, la grosura del beneficio. La primer defensa es la moderación de sus hábitos; la segunda, la cooperación para abaratar los artículos de primera necesidad.

«En Bélgica—dice Vandervelde—los obreros han luchado y se han defendido teniendo por municiones libretas de pan y sacos de patatas.» Significa que el obrero, al proporcionarse medios de resistencia contra la miseria, comestibles baratos y sanos, se pone en condiciones de luchar ventajosamente para adquirir bienestar, capacidad y fuerzas físicas.

La cooperación es la lucha diaria, normal, con la victoria segura. Lo contrario de la huelga, un combate á la desesperada, anormal, en la probabilidad de la derrota.

Es más factible y seguro, por otra parte, abaratar los artículos de primera necesidad, que subir y subir incesantemente los salarios, disminuyendo á la vez las horas de trabajo. Este procedimiento (obsérvese que yo no soy industrial, hablo con desinterés) se me antoja el más propenso á crear conflictos de miseria y de *chomâge*. Además, tiene un límite infranqueable. Deben preferirse remedios que están en nuestra mano, á los que dependen de los otros, acaso ni interesados en nuestro favor.

La verdad no suele decírseles á los obreros, generalmente se les adula—aunque no son monarcas—y se les salmodia aquello que puede halagarles. Se les trata como á niños, cuando debiera tratárseles como á enfermos, y enfermos cuya curación nos es indispensable á todos.

Preocupados nos tiene también otra cuestión de capital trascendencia: la aplicación de la ley de descanso dominical.

Claro que esta ley afecta esencialmente á las clases laboriosas. Las clases acomodadas, ó no trabajan, ó si trabajan, por excepción, lo hacen en condiciones no regulables mediante ninguna ley.

Me figuro, por ejemplo, que un pintor es sorprendido en domingo tomando un apunte de paisaje. ¿Hay posibilidad de multarle por infracción? Responderá que no trabaja; que se recrea y solaza con el arte y la belleza; y ¿cómo discutirlo?

Hay, no cabe duda, infinidad de excepciones que es preciso admitir, y la ley no está lo bastante mascada, cuando en ella han podido descubrirse contradicciones flagrantes, ocasionadoras de dificultades y obstáculos para su cumplimiento.

Indiscutiblemente, bajo los ataques á la ley del descanso dominical puede esconderse la mala voluntad política; mas no por eso dejan de estar allí las contradicciones, y las anomalías de saltar á cada cláusula.

Yo estoy á mal con la ley, porque si bien hay quien afirma que las manda cerrar, van á quedar abiertas y funcionando las tabernas los domingos, lo cual la hace más perjudicial que útil, convirtiendo el descanso dominical en el triunfo del copeo. No obstante, reconozco buena intención en sus artículos. No soy sospechosa; creo que se ha deseado acertar, pero no se ha acertado. *El Gráfico* escribe una crónica muy divertida, plenamente probatoria de que, según el tenor de la ley, ni los monagos pueden ayudar á misa, ni los *botones* de los Continentales llevar recados, ni las actrices y cantatrices representar y cantar en domingo...

En efecto, las excepciones del descanso dominical—dice terminantemente la ley—no son aplicables á la mujer ni á los menores de diez y ocho años. Sin duda el legislador no se acordaba de los monaguillos y las tiples, pero no deja de resultar prohibida en domingo su labor...

No hay cosa como la ciencia para sacarle á uno de angustiosas dudas. ¿Ustedes suponían, no es cierto, que los japoneses llevaban la mejor parte en la contienda? Así lo creía yo también; pero cátate que viene á mis manos el trabajo de un amigo mío, oficial de caballería, sumamente ilustrado y competente en asuntos militares, donde con copia de argumentos que siento no tener á la vista para reproducirlos, demuestra que el hecho de que un general retroceda ante el enemigo no significa sino que anda para atrás en vez de andar para adelante, y que si Kuropatkine se bate en retirada, es sencillamente que le conviene aceptar la batalla en un terreno más bien que en otro; lo cual no niego, porque no entiendo de estas mecánicas, pero me recuerda una célebre caricatura que ha dado la vuelta á la prensa internacional: el general ruso, huyendo y alabándose de su estrategia, exclama: «Han caído. Así, detrás de mí, los arrastraré hasta San Petersburgo.»

Guardémonos, pues, de llamar retirada ni derrota al movimiento de las tropas rusas. Se trata sencillamente de que aplican á su caso el consejo de Quevedo: «Si quieres que los japoneses te sigan, anda tú delante.»

Lo único que pudiera hacer dudar de si es refinada habilidad lo que inspira las maniobras de Kuropatkine, es su apremiante y angustiosa petición de refuerzos.

Los incendios, no cabe duda, escasean desde que la luz eléctrica se ha generalizando tanto; sin embargo, todavía el *lobo rojo*, así le llaman en Rusia, donde el incendio es una plaga nacional, muerde por aquí bastante.

El siniestro de la tienda número 1 de la calle del Clavel, por poco cuesta la vida á su dueño, el inteligente y laborioso D. Manuel Salvy, á quien tuve el gusto de conocer desde el punto de vista fotográfico. Con la particularidad de que las fotografías de Salvy se diferenciaban de las demás fotografías de aficionados en que llegaban á pasar al papel.

¿No habéis notado que rara vez las fotografías que hace un aficionado llegan á vuestro conocimiento, y más rara vez podéis conseguir la posesión de una copia?

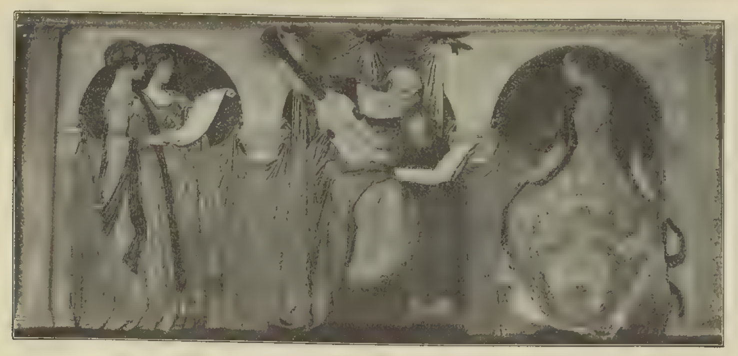
Los preparativos de las fotografías de aficionado se realizan con un entusiasmo incandescente. Se derrochan placas, se aspira á fotografiarlo todo: hasta el perrito de la casa es sorprendido en dos ó tres actitudes diferentes. Se anuncia con énfasis, al revelar, que las fotografías han salido «preciosas, sumamente artísticas.» Como es natural, rogáis que os envíen sin falta una prueba, para veros y ver á los demás de otra manera que en el clisé goteante, con la cara negra y el pelo blanco. Os la prometen efusivamente para dentro de dos ó tres días. Pasa una semana: ni rastro. Pasan quince días: ni señal. Al cabo de dos meses, os encontráis al fotógrafo aficionado, con su máquina á cuestas.

—¿Y mis pruebas? ¿Se pueden ver?

—¡Qué lástima! Se han roto las placas... Se han borrado por un descuido... No hubo tiempo de manipular... La haremos otras...

Y no se hacen nunca.

Emilia Pardo Bazán.



Música y Danza, cuadro de Anning Bell

Los modernos prerrafaelistas ingleses

En las definiciones de los actuales eruditos, el prerrafaelismo se nos presenta como un verdadero camaleón: se le caracteriza como arte primitivo, arte decorativo, arte romántico, superesteticismo, y sus colores cambian según que lo ilumine el instinto naturalista ó el idealista. Concretado desde el punto de vista histórico, significa indudablemente el romanticismo en el desenvolvimiento del arte inglés, en el cual encontramos un grupo de artistas que, dominados por el sentimiento, buscan asuntos medioevales porque en la atmósfera del misticismo y del éxtasis hallan la satisfacción de sus aspiraciones, traduciendo sus movimientos anímicos en la expresión intensa de los rostros de sus figuras y en el poético trazado de sus líneas. Los fundadores de este movimiento tomaron el nombre de un período en el que se mezclan en la pintura religiosa la simplicidad, la humildad y el realismo: «Mas no se tema—dice Dante Gabriel Rosetti en su programa «The Germ»—que este curso educativo nos conduzca á pisotear el primitivo arte italiano.» Los llamados prerrafaelistas no se propusieron resucitar á Angélico ni á Lippi; quisieron únicamente formular una protesta moral é intelectual contra la frivolidad y contra la opresión académica; quisieron, en una palabra, cultivar el gran arte.

Si es injusto rebajar en este concepto las obras de medio siglo á esta parte producidas por Madox, Brown, Rosetti, Millais, Hunt y Burne-Jones, tampoco está justificada la exageración que los presenta como los maestros de ejecución, puesto que el arte inglés, á pesar del intervalo del impresionismo de Turner, siempre se ha preocupado de lo acabado del trabajo. Los prerrafaelistas significan una gran fuerza, en cuanto al contenido del arte; pero también dieron gran impulso á la forma al establecer el culto á los trecentistas y á los cuatrocentistas. Nadie se cansó más pronto de la denominación de prerrafaelistas que los propios iniciadores de esta evolución artística. Ya en 1851, tres años después de fundada la asociación, preguntó Millais si debía conservarse aquel nombre, y el propio Rosetti, preguntado por una dama si era prerrafaelista, contestó con impaciencia: «Señora, no soy *ista* de ningún género; soy simplemente pintor.»

Aun cuando algunos caudillos del prerrafaelismo tienen marcada afición á los modelos italianos, también han adorado otros ídolos, como el antiguo arte flamenco y el de los llamados nazarenistas alemanes; pero en el fondo, después de separado lo que en sus obras revela la influencia de un Botticelli, de un Van Eyk ó de un Fuhrich, queda siempre un resto genuinamente inglés.

La corriente de sentimientos producida por los prerrafaelistas fué tan poderosa que aun en la actualidad marchan empujados por ella multitud de artistas ingleses y extranjeros. Recientemente Camilo Mauclair ha dejado sentir su influencia sobre los artistas franceses, sobre Puvis de Chavannes, Moreau, Aman-Jean, Levy-Dhurmer, Menard, Martin y otros, arraigando en ellos ese idealismo que tanto contrasta en nuestros días con la copia trivial de la naturaleza y con la estimación exagerada de la mecánica del arte. También el gran Segantini vióse iluminado por aquellos resplandores. Y aunque al presente despier tan en Inglaterra instintos naturalistas, nunca bastarán éstos para satisfacer el delicado gusto de aquel país, pudiendo con razón afirmar Muthesius, uno de los mejores conocedores del arte inglés, que el pre-



Aleluya, cuadro de T. C. Gotch

rrafaelismo es todavía allí la característica de la pintura, conservándose piadosamente las tradiciones de los temas románticos y religiosos y de las formas decorativas. De aquí que exista un grupo numeroso de los que podremos llamar prerrafaelistas modernos: á ellos pertenecen las obras que en estas tres páginas reproducimos, acerca de cuyos autores daremos algunas ligeras indicaciones.

Gotch acentúa la vertical y agrupa sus figuras, alineadas unas al lado de otras, con rectitud matemática. Su coro de niños del cuadro *Aleluya* que se destaca sobre un fondo de oro, es de una ingenuidad encantadora y está animado por un colorido armónico de tonos suaves. Todas esas figuras infantiles son modelos vivientes á los que el artista ha sabido envolver en una atmósfera de misticismo religioso.



Madonna, cuadro de Jacobo Linton

Byam Shaw, que es indudablemente el más genial de los artistas de este grupo y en quien tiene puestas sus esperanzas el nuevo arte inglés, desde muy joven causó la admiración de los inteligentes: sus composiciones, así las decorativas como las de figuras, son verdaderamente encantadoras; tiene ideas y domina el pincel y el color; interesa por sus ingeniosas y sentimentales inspiraciones, con su fidelidad naturalista deleita á los que buscan el detalle en la obra artística, y en todas sus obras se respira la frescura de su potencia creadora. Su brillante colorido demuestra que puede atreverse con todas las embriagueces del color; y sus cuadros simbólicos patentizan que huye de lo excesivamente misterioso. Es un observador profundo y un pintor franco, por decirlo así, sin ninguno de esos rasgos decadentistas que vemos en muchos de sus colegas de la misma escuela.

Waterhouse es de tendencias románticas, y su fantasía le arrastra al reino de la mitología, de las leyendas de los héroes, á la región de la fábula y á aquellos solemnes lugares en donde preside el misterio del oráculo. Es el genuino prerrafaelista de las intensas expresiones anímicas y de los gestos raros, y en sus lienzos se combinan de una manera viva, aunque un tanto fría, el azul, el morado y el verde. Como colorista es original y en sus formas no se aparta de las tradiciones del prerrafaelismo.

James Linton adolece de algo de falta de temperamento, pero se ha hecho admirar con justicia como pintor de historia por la bien calculada distribución de sus composiciones y por su ejecución en extremo cuidada. Los asuntos religiosos le atraen cada día más: el monje pintando en su celda una Madonna, y la misma Virgen con el Niño en brazos, son los temas últimamente por él tratados; pero estas imágenes están tratadas por él con cierto refinamiento, con cierto perfume mundanal. Por esto prefiere para su Madonna la pompa de una princesa reinante, y copia los tronos de Bellini, las guirnaldas de fruta de Mantegna, el rígido brocado de Crivelli, prescindiendo de la belleza espiritual íntima que tan bien supieron expresar estos antiguos maestros.

Entre los artistas decorativos del grupo llamado de Birmingham descuella José E. Southall, que domina el dibujo y la armonía de tonos, en la cual brillan en toda su pureza el rojo, el azul, el verde, el oro y las piedras preciosas. Sus fuentes de inspiración están en el pasado, siendo sus modelos Gozzoli, Pesellino y Perugino.

Anning Bell se inspira más bien que en el prerrafaelismo en los grandes maestros venecianos; en todos sus cuadros y en sus proyectos artístico-industriales se preocupa, así de la noble elevación del fondo, como del clasicismo de la forma.

Así como es imposible concretar en una fórmula la noción de los prerrafaelistas propiamente dichos, también lo es caracterizar con un solo atributo á los prerrafaelistas modernos. La tendencia de su producción es simbólica, alegórica y religiosa, y su modo de presentarla es naturalista como en los antiguos maestros; dan al sentimiento todo el valor que le dieron Rosetti y Burne-Jones, y saben armonizar este elemento con la visión sintética de los colores de Reynolds y Gainsborough.—J. J.

EL MAYOR PECADO

Hallábase D. Paco sentado en su butaca del teatro Real; eran las once de la noche y el telón estaba alzado, pero ni el buen señor oía una nota, ni la dejaba oir á los que cerca de él estaban. Un catarro pertinaz le hacía toser sin reposo; desesperado, dolorido, hecho una lástima, determinó marcharse á su casa. Abandonó su asiento, recogió el abrigo y salió á buscar su coche. Este no había llegado todavía, y un vientecillo sutil del Guadarrama, agudo como espada toledana, aprovechó el momento y se le coló en el pecho. Tiritando tomó un simón, dió las señas de su casa, y á ésta, situada en la calle de Alcalá, llegó medio exánime. El portero, asustado, le ayudó á subir la escalera, y entre él y los criados metieron á puñados á D. Paco en la cama. Cuando llegó el médico, el enfermo no le conoció; estaba delirando y decía tonterías; esto no tenía nada de particular, porque durante su larga existencia no había hecho otra cosa estando en su sano juicio. Sin estudios, sin carrera, sin más arte ni más ciencia que la de bien vestir, era un vejete solterón, teñido, acicalado, conocido por todo el Madrid elegante, muy estimado por todo el mundo, dulce, suave, inofensivo, que toda su vida se había limitado á vivir de sus rentas, que un administrador honradísimo ponía en sus manos conforme el amo las pedía.

Al amanecer del día siguiente, y en presencia del médico, que declaró que lo que el enfermo tenía era una pulmonía fulminante, D. Paco, que no había vuelto á la razón, dió un profundísimo suspiro, estiró los miembros y el alma se le salió por la boca.

D. Paco se encontró con que había muerto. Adiós Real, Casino, Retiro, viajes veraniegos... Con rapidez maravillosa se enteró de que todo eso se había acabado para siempre.

—Caramba, carambita, murmuró don Paco; la verdad es que no lo pasaba mal; ahora, ¡sabe Dios!..

Al morir experimentó una sensación extraña, como si le hubieran quitado un peso de encima; así era verdad, porque D. Paco, como todo ser racional que muere, había dejado en la tierra el peso de la carne.

El espíritu, diáfano, sutil, impalpable, conservaba, sin embargo, la figura del cuerpo en que había cruzado por el planeta. D. Paco quiso orientarse; sintióse como suspendido en el aire y un torbellino le impulsaba hacia lo alto; miró hacia atrás y experimentó un vértigo; con claridad pasmosa se ofreció á sus ojos el ancho teatro del mundo; tan lejos estaba ya, que los hombres le parecieron del tamaño de cañamones.

Mirados desde allí, no distinguió los grandes de los pequeños, los ricos de los pobres; todos eran iguales.

—¡Válgame Dios!.. ¡Y qué pequeños!, exclamó.

De pronto pisó tierra firme y se halló delante de un palacio en cuyo frontispicio leyó la palabra *Cielo* con letras doradas. Una plazoleta cubierta de árboles se alzaba delante del magnífico edificio. Chocóle la soledad que allí había. Delante de la puerta paseaba un viejo de luenga barba, en quien al punto reconoció á San Pedro. A un lado tres mujeres sentadas en sendas sillas hacían labores, y al otro tres hombres jugaban al tresillo. D. Paco, que en la tierra había sido bobo y de cortos alcances, gozaba en el nuevo medio en que se hallaba de rara sagacidad. En seguida supo lo que significaba aquello. Tres santas y tres santos, escogidos entre los bienaventurados, turnaban en el examen de los que habían de entrar en la gloria, según fueran hombres ó mujeres los que pretendieran puerta franca. D. Paco no las tenía todas consigo. Por nada le remordía la conciencia, pero un instinto secreto le advertía que colarse en el cielo después de haber pasado en el mundo vida tan regalada, era demasiada ganga. Como persona prudente, determinó sondear el terreno antes de lanzarse á la ventura.

Las mujeres que estaban de guardia y con perfecta igualdad celeste á las puertas del cielo, eran una monja, una señora y una aldeana, ó sea Santa Teresa, Santa Mónica y Santa María de la Cabeza; remendaban ropa para los santos inocentes, unos destrozones á quienes no hay medio de ver bien trajeados.

D. Paco se puso á escuchar.

—Pasan días, dijo Santa María, sin que asome por aquí alma viviente.

—Antes, repuso Santa Mónica, no venían hombres, pero venían mujeres.

—Ni siquiera llegan jovenzuelas, dijo Santa Teresa.

—¡Buenas están las chicas del día!, repuso Santa María; con los trapos les basta; si les sale un novio, en seguida preguntan cuánto tiene para que las pueda vestir con lujo. ¡Si las madres las educaran!..

—¡Las madres son peores!, exclamó Santa Mónica; comodonas, regalonas, no educan por no tomarse el trabajo de hacerlo; hasta para acompañar á las niñas á paseo buscan quien las substituya. Boato y modas...; cariño, ni pizca.

—El mundo, dijo doctoralmente Santa Teresa, es ya un infierno; tampoco en él se ama.

D. Paco se deslizó bonitamente hacia donde estaban los tresillistas. Eran un militar, un fraile y un labrador; en seguida conoció á San Martín, San Vicente Ferrer y San Isidro.

—Dos españoles, pensó D. Paco; no tengo mala suerte; dos votos para asegurarme la entrada.

Al acercarse D. Paco acababa la partida; San Martín se hallaba un poco mohino porque San Vicente acababa de darle un codillo. Entonces, y para distraer el vencimiento, habló de las fiestas del día. Por la tarde había carrera de caballos, porque él iba á montar el suyo en competencia con el de Santiago.



Santa Dorotea y sus hermanas se niegan á adorar á los ídolos cuadro de José E. Southall



Ibylas y las náyades, cuadro de J. W. Waterhouse

Por la noche David recibiría en sus aposentos, y los angelitos del continental no se daban punto de reposo para repartir las invitaciones; primero los serafines iban á entonar un coro, y luego San Juan de la Cruz recitaría poesías en unión del dueño de la casa, que haría oir más tarde un solo de arpa; Santa Cecilia había prometido tocar también, y se preparaba una velada deliciosa.

En seguida comenzaron á charlar de política mundana, y á oídos del mortal llegó el nombre de España. San Martín veía la salvación del país en las virtudes del ejército, nervio de la patria; San Vicente en la pureza del sufragio, recordando su propia imparcialidad é independencia cuando las circunstancias le llevaron á elegir un rey; San Isidro en la agricultura y el trabajo. Contra lo que sucede en las discusiones de la tierra, los tres santos, que parecían hallarse tan distantes, dieron en seguida en el punto concreto en que estaban de acuerdo. Para salvar y regenerar el país, era preciso que militares, políticos y masa general comenzasen por regenerarse á sí mismos.

Aprovechó D. Paco el término de la discusión, y se presentó al tribunal de examen que había de juzgarle. Los santos, asombrados por tener algo que hacer, le acogieron con benevolencia. San Pedro mostró desde detrás del tribunal la llave de la puerta por donde penetran en la gloria hombres y mujeres. A D. Paco le dió mala espina verla cubierta de rubio moho, señal de su poco uso.

San Vicente abrió un gran volumen, encima del cual se hallaba sentado, y buscó los antecedentes del hombre. Los otros dos santos seguían con interés la maniobra del primero; cuando éste les mostró, con el dedo extendido, la hoja correspondiente al recién llegado, profunda contrariedad turbó los semblantes; la hoja de méritos de D. Paco estaba perfectamente en blanco. En su vida había hecho nada que diese lugar á estamparse en el libro.

D. Paco, que con cierto remusguillo seguía los ademanes del fraile, se quedó hecho una pieza cuando el hijo de Valencia le dijo con exquisita finura y corrección:

—Lo siento mucho; pero como jamás ha hecho usted nada bueno, no puede usted entrar.



El cortejo del Amor, cuadro de Byam Shaw

—¡Yo no he hecho nada malo!, repuso D. Paco atontado y medio llorando.

—Eso lo sabrán en otra parte, señor mío; sin méritos no se entra en el cielo, y no tiene usted anotado ni uno solo.

—¡Pues es una gaita!, dijo D. Paco. ¿Qué hago yo ahora?

—Ya puede usted comprender lo que le espera, dijo San Martín.

Cogiéndole muy políticamente del brazo, le puso fuera de la plazoleta. Un calor como de horno y el olorcillo á azufre le indicó que la senda en cuyo principio le colocó el santo era el mismísimo camino del infierno. Quiso D. Paco hacer un movimiento, y dió tal resbalón que en un segundo recorrió una legua. Quiso parar y no pudo, porque patinaba hacia abajo con rapidez vertiginosa. Entonces comprendió que al que emprende el camino del infierno, le es muy difícil detenerse.

A D. Paco, que había visitado los altos hornos de Bilbao, le pareció que á ellos se aproximaba cuando su rápida marcha le hizo llegar á las puertas de la mansión de los réprobos. El calor, aun fuera de ella, era intolerable, y en su interior veíanse lagos de fuego en torno de enormes calderas y arroyos hirvientes que corrían por todas partes. Muchedumbre atroz de negrísimos demonios atizaba el fuego y prestaba servicio junto á las grandes calderas, achicharrando condenados como si fueran buñuelos. Las sombras de los pelos que en la tierra había poseído D. Paco se le erizaron en la cabeza. Allí el espectáculo era totalmente opuesto al del cielo. En vez de la soledad, una multitud inmensa de ambos sexos de todos los países, de todas las edades, afluía sin cesar á la enorme plaza que daba frente al infierno.

Los diablos no se daban abasto para examinar los registros y clasificar á los condenados, destinándolos al sitio en donde habían de padecer tormento en proporción á sus culpas. El clamoreo era ensordecedor y la confusión espantosa. Llegó el ruido á tal extremo, que el mismísimo Pedro Botero se asomó á la puerta de su antro.

—Esto es insoportable, exclamó con voz de trueno que dominó el tumulto; no bastan los demonios asignados á los tribunales de clasificación, y ahora tengo que desguarnecer el servicio de calderas para mandar aquí auxiliares á los examinadores.

En efecto, otra legión de diablos de feísima catadura comenzó á funcionar, examinando réprobos. A D. Paco, que temblaba como un azogado, le tocó comparecer ante uno de los nuevos tribunales. Mas cuando esperaba angustiado y medio loco de terror el tremendo fallo, vió que los diablos asombrados se agrupaban para examinar el folio en que aparecía su nombre en el libro correspondiente. El folio estaba en blanco.

—Aquí hay una equivocación, dijo el demonio más caracterizado y que presidía el tribunal; el señor, durante su vida no ha hecho mal alguno, y por lo tanto no debe entrar en el infierno.

—¡Ya lo decía yo!, exclamó D. Paco brincando de gusto.

—Sin embargo, objetó el demonio secretario, usted tampoco ha podido entrar en el cielo.

—Pase el caso á consulta de Pedro Botero, dijo el presidente.

—Me parece, dijo el secretario, que, como novatos, vamos á meter la pata con la consulta; el señor no ha hecho mal, ni tampoco ha hecho bien; el caso debe estar previsto.

Suspendido el juicio, fuése el secretario en busca de su señor y amo. No había transcurrido un minuto cuando se oyó un formidable estrépito en el interior del infierno, y el edificio se estremeció hasta los cimientos. Era que Pedro Botero bufaba de rabia por verse tan mal servido.

—¡Mal haya la gente imperita!, gritó saliendo en persona á recibir á D. Paco. Rechazaban estos imbéciles el mejor ejemplar. ¿No sabéis, condenados, que éste es el mayor criminal que existir puede en el mundo? ¿Ignoráis que la pereza, siendo el último pecado capital, es el primero, y por eso figura como corona y remate de los otros? Los demás humanos se condenan porque el aguijón de las pasiones les impulsa al mal; *quieren*, y esto es atenuante de su falta. Este jamás *quiso* nada. No *quiso* el mal, pero tampoco el bien. Materia inerte, teniendo una inteligencia y un corazón, convirtió éste en piedra y aquélla en cero. Vivió de futilidades y bagatelas. Dios le había dado un alma, y pasó por el mundo con la inconsciencia de una bestia para lo grande y lo bueno; jamás agitó su mente el ansia de saber cosa de provecho; jamás hizo latir su corazón el amor al bien, el ardor por la patria; desnuda el alma de todo adorno, poseyendo medios para el bien, sólo cuidó de vestir el cuerpo. Sin deberlo ser, vivió como un imbécil, y es grande, atroz criminal, por su falta absoluta de afectos, ni siquiera para el mal; las más feroces torturas habrán de atormentarle por una eternidad, durante la cual, para aumentar su pena, se presentará ante sus ojos la visión del bien que pudo y no quiso hacer. Servirá de ejemplo de cómo se castiga el mayor de los delitos, la innoble pereza que sume á las gentes en la degradación moral.

D. Paco, por intuición rápida, comprendió la verdad de aquellas palabras, y un dolor inmenso le atarazó el alma. Pedro Botero de una tremenda cabezada hizo volar al mísero por los aires; al caer, el desdichado sintió que se hundía en la más ardiente caldera de todos los infiernos, conociendo, aunque tarde, que el castigo era horrible, pero adecuado al mal que para los individuos, para la sociedad, para los pueblos, representa la falta de voluntad.

Enrique Corrales y Sánchez.



Caín, escultura de Federico Moratilla

BARCELONA RETROSPECTIVA

III

Sumario: Apertura de la Exposición. – La Reina Regente. – Fiestas. – La del puerto. – Un recuerdo. – Palacio de la Industria. – Los de Bellas Artes, Ciencias y Agricultura. – Bibliografía de la Exposición.

El día 8 de abril de 1888 se abrió oficialmente la Exposición Universal de Barcelona.

La Junta directiva, queriendo dar una especial prueba de su aprecio á la prensa nacional y extranjera, solemnizó con un banquete de 200 cubiertos, dedicado á la misma, este acontecimiento. Hablaron Giroud, Ríus, Sempau, Lacall, Cornet, Carreras, Peris Mencheta y varios otros.

Por la noche hubo una fiesta en el Ayuntamiento, y aquel día hasta los que más se habían opuesto á la Exposición se vanagloriaban de ser catalanes.

Ya en el mes de junio, cuando la Reina Regente fué á Barcelona, cuando en la ciudad Condal había varios soberanos y escuadras de todos los países, como toda Exposición tiene un tanto por ciento constante de espectáculo, las fiestas que en Barcelona se verificaron no habrán podido olvidarlas los que las presenciaron.

La expedición á Montserrat, la función de gala del teatro del Liceo, el indescriptible espectáculo de la visita de la reina á las escuadras, la retreta militar, las regatas en la sección marítima de la Exposición, la expedición á Badalona, y sobre todo, la fiesta marítima del puerto, constituyeron espectáculos que dieron con razón á Barcelona fama en el mundo entero de pueblo cultísimo y artista.

Fué la fiesta del puerto notabilísima.

Iluminados los barcos de guerra y los mercantes, con poderosos focos de luz eléctrica los primeros y con mucho esmero los segundos, cuajados de faroles de colores todos los muelles, llenos de vaporcitos, también iluminados, el puerto y el antepuerto, cantando desde las barcas coros catalanes y quemándose en las escolleras preciosos fuegos artificiales, aquella fiesta desarrollándose en una hermosa noche del Mediterráneo dejó entre los que la presenciaron indeleble recuerdo.

Todavía debe vivir en Barcelona una hoy respetable madre de familia que por aquel entonces era una agradable criatura recién salida de un colegio y que con toda la ingenuidad de los pocos años dijo á mi amo:

—No se concibe tanta poesía y tanta hermosura sin querer á un hombre.

Si estas líneas pasan por su vista de seguro recordará la contestación.

—Tiene usted razón, la dijo; yo soy completamente feliz, porque además de presenciar este espectáculo, la adoro á usted.

¡Qué tiempos!

Goula daba conciertos en el Lírico; se publicaba la Guía Grau, en la que se hacía minuciosa descripción de Barcelona; Mañé y Flaqué escribía artículos notabilísimos; Pitarra, el gran Pitarra, estrenaba comedias; el marqués de Alella daba fiestas en su casa; Ríus y Taulet pronunciaba discursos, y no quiero seguir esta enumeración porque es triste pensar que en un período tan corto como el de catorce años todos han muerto menos Grau, á quien he visto por ahí muy orondo, y el autor de la Guía, que aún molesta al público con sus artículos.

En mi calidad de ordenanza y portero de la Exposición me dejaban entrar por todas partes. Recuerdo el Palacio de la Industria, cuya primera nave medía 100 metros de longitud por 21 de anchura. Ocupaban esta sala China, el Japón, Portugal, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Chile y una parte de Bélgica, que también tenía otra instalación en la nave segunda. En esta segunda nave expusieron los Altos Hornos, y había también vitrinas muy notables de bronces de arte, instrumentos de acero y material de ferrocarriles.

No puedo, en estas crónicas, hacer una descripción de aquel certamen. Concurrieron todas las provincias españolas, casi todas las Repúblicas hispano-americanas, más de media Europa, y el pueblo catalán, culto como pocos, dispensó á la Reina Regente, á los monarcas extranjeros y á Castelar simpática acogida.

El Palacio de Ciencias, el de Bellas Artes, los Parques, el Palacio de Agricultura, la Sala de máquinas, todo cuanto se improvisó en aquella gran fiesta del trabajo humano, constituyó la tarjeta que Barcelona dejó en el mundo, acreditándose de pueblo á la moderna.

Barcelona, que desde la Exposición hasta ahora ha progresado mucho, no puede olvidar que la fuerza inicial de su gran desarrollo á la moderna la debe á aquel certamen, que al mismo tiempo que á la Ciudad Condal honró grandemente á toda España.

Sobre la Exposición se ha escrito poco.

D. Antonio García Llansó publicó un libro; los ilustrados redactores del *Diario Mercantil* unos estudios sobre la Exposición Universal.

El Sr. E. A. Spoll dió á la estampa en francés un notable libro, lleno de datos, no sólo relativos á la Exposición, sino á lo que era Barcelona, y principalmente á lo que interesaba á la colonia francesa establecida en aquella capital.

Esta obra estaba dedicada á la Comisión de pu-



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general Kuropatkine y su estado mayor en Liao-Yang

blicidad que componían el marqués de Comillas, D. Federico Nicolau y D. Francisco López Fabra.

Miquel y Badía, en artículos publicados en el *Diario de Barcelona,* hizo estudios muy curiosos, principalmente sobre la parte artística.

Luis Alfonso en *La Dinastía* y Sampere y Miquel en *La Publicidad* estudiaron también la Exposición.

Frontaura y Fernanflor en *La Ilustración Española y Americana* hicieron también trabajos muy brillantes sobre la materia.

En LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en donde estas crónicas se publican, se insertaron estudios muy notables del malogrado Ixart.

Un tal Garci-Fernández, á cuyo servicio he estado mucho tiempo, publicó en cincuenta periódicos de España y en sesenta de América más de cien cartas sobre la Exposición.

Todavía en los archivos del Ayuntamiento de Barcelona debe haber colecciones de estos periódicos.

Por último, otra persona *que me toca algo* redactó y publicó en castellano y en francés una guía artística sobre la Exposición.

Si algún día alguien quiere hacer una historia de lo que fué aquella fiesta del trabajo, ya sabe por estas indicaciones dónde puede encontrar los materiales.

Y perdonen ustedes que este viejo portero les haya molestado con tres crónicas, y aguarden veinte ó veinticinco años á que escriba otras sobre la Barcelona de hoy.

UN PORTERO DEL OBSERVATORIO.

Por la copia,

JUAN VALERO DE TORNOS

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Terminábamos nuestra crónica anterior en el momento en que el ejército ruso, obligado á evacuar Liao Yang, emprendía la retirada hacia el Norte, perseguido de cerca por los japoneses. Durante algunos días la suerte de las fuerzas de Kuropatkine inspiró verdadero cuidado y acerca de ella circularon los rumores más pesimistas: díjose que la retaguardia rusa había sido aniquilada y que el generalísimo corría gran peligro de verse copado; pero todos estos rumores han sido desmentidos, y en la actualidad todo el ejército ruso se encuentra concentrado en la ciudad de Mukden.

Los japoneses, halagados por la victoria obtenida en Liao-Yang y en la esperanza de asestar un golpe terrible y decisivo á su adversario, abandonaron la táctica seguida en los anteriores combates, y en vez de tomar descanso, emprendieron una persecución vigorosa; pero la retaguardia rusa les mantuvo constantemente á raya, y Kuropatkine pudo realizar felizmente, como hemos dicho, su retirada, que ha merecido los mayores elogios y ha causado general admiración, justificando el talento militar excepcional del caudillo en quien tiene puesta Rusia toda su confianza.

Viendo lo inútil de su persecución y seguramente también por la necesidad de reposar después de tantos días de lucha y de cubrir las inmensas bajas sufridas en los últimos combates, los japoneses han suspendido su movimiento de avance y se han replegado sobre Liao-Yang, dejando, sin embargo, un fuerte destacamento en Uan-Yen-Pu-Tseu, punto distante 36 kilómetros de Mukden. Es, pues, de esperar que en algún tiempo no habrá ninguna acción seria y que los rusos podrán recibir, en el entretanto, los refuerzos que ya están en camino, y que son los restos del primer cuerpo de Europa y del 5.° siberiano, parte de los cuales ya figuraron en la batalla de Liao-Yang.

La llegada de estas tropas de refresco debe ser impacientemente esperada por el generalísimo ruso, porque los cuatro primeros cuerpos siberianos que han soportado solos durante algunos meses todo el peso de la guerra, han de estar muy mermados: en efecto, según un telegrama particular enviado desde el cuartel general de Mukden á San Petersburgo, hay compañías que sólo cuentan treinta hombres, pudiendo calcularse que aquellos cuerpos sólo tienen la mitad de sus efectivos teóricos.

También necesitan reforzarse los japoneses, y ya se dice que han salido del Japón varios buques llenos de tropas destinados á Niu-Chuang. Asimismo se dice que envían grandes cantidades de víveres, municiones y cañones á Liao-Yang, plaza de la cual quieren hacer una nueva base de operaciones en substitución de Hai-Cheng y de Feng-Hoang Cheng.

Un telegrama oficial de Tokío dice que las pérdidas experimentadas por los japoneses en las sangrientas jornadas de Liao-Yang ascienden, según una primera evaluación, á 17.539 muertos y heridos: de los tres ejércitos de Kuroki, Nodzú y Okú, el que más bajas tuvo fué este último, al cual se encomendó el asalto de las posiciones enemigas.

Los detalles que se van recibiendo de aquella batalla confirman el heroísmo con que lucharon rusos y japoneses, y las grandes privaciones que unos y otros hubieron de sufrir. Por espacio de doce días, el primer ejército japonés hubo de realizar penosas marchas y continuos combates, sin apenas alimentarse, pues ni tiempo tuvieron los soldados de cocer las escasas raciones de arroz que recibían y que hubieron de comerse crudo. Así se comprende, hasta cierto punto, que al entrar en Liao-Yang olvidaran toda disciplina y se entregaran al saqueo, devastando no sólo las tiendas de los rusos, sino también las de los chinos.

Es digno de notarse el cambio operado en una gran parte de la prensa europea favorable al Japón. Los éxitos por éste obtenidos al principio de la guerra habían producido en el mundo entero una impresión tanto más viva cuanto que pocos los esperaban, y habían inducido á muchos periódicos á calificar poco menos que de ineptos á los generales rusos y de ponderar el genio de los caudillos y las excelencias del ejército japoneses. Pero al ver que, á pesar de tantas ventajas, no han podido éstos realizar los dos grandes objetivos de la actual campaña, es decir, la toma de Puerto Arthur y el aniquilamiento del ejército de Kuropatkine y que han necesitado cuatro meses para salvar los 200 kilómetros que median entre el río Yalú y Liao-Yang, aun sin haber encontrado en ninguna parte una resistencia verdaderamente enérgica, muchos de aquellos periódicos van rectificando su criterio, y así vemos que, después de las últimas operaciones, que tan caras han costado al Japón, el corresponsal del *New York Herald* ha dicho: «El resultado obtenido por los japoneses es insignificante;» y el del *Times* (á quien no se tachará seguramente de rusófilo ni mucho menos) ha telegrafiado al diario londinense: «Después de lo que había leído en los periódicos acerca de la excelente estrategia de los japoneses, he de confesar que en la práctica no he visto nada que respondiera á estas esperanzas... El general Kuropatkine puede vanagloriarse de haber burlado el plan principal de sus adversarios.»

¿Qué plan se propone seguir ahora el generalísimo ruso? Difícil es decirlo. Suponen algunos que su permanencia en Mukden se reducirá al tiempo preciso para dar descanso á sus tropas, y que en seguida proseguirá su retirada hacia Thie-Ling, población que dista 60 kilómetros de aquélla y en la cual hará Kuropatkine una vez más frente á su adversario. Añádese que con este objeto han comenzado á salir de Mukden numerosos convoyes y que se están reforzando las fortificaciones en Thie-Ling anteriormente construídas. Pero estas suposiciones, aunque muy fundadas, no pueden darse como cosa cierta; pues en el estado á que han llegado las cosas, el general en jefe ruso ha de ajustar por ahora su conducta á lo que hagan los japoneses, hasta tanto que, como hemos dicho y repetido en estas crónicas, cuen-



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Batalla de Liao-Yang.—Los japoneses asaltando una batería rusa

(Dibujo de A. Gough.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—«Hermanos de la Caridad:» Monjes rusos prestando los servicios de la Cruz Roja en el campo de batalla. (Dibujo de F. de Haenen, de un croquis de un corresponsal.)

Un grupo de monjes rusos, del monasterio de Voskresensky, se dirigieron desde Moscou al teatro de la guerra. Eran en número de veinte, y después de haber aprendido los trabajos de ambulancia, se organizaron en sociedad de la Cruz Roja, tomando el nombre de «Hermanos de la Caridad» y uniéndose al cuerpo de ambulancia. El padre Sergio, instructor de todos ellos, es médico. Además de prestar los servicios sanitarios, administran la comunión á los moribundos

te con elementos suficientes para tomar la ofensiva.

Anticipándose á los sucesos, se preguntan muchos si, en el caso de que Kuropatkine hubiera de abandonar Mukden primero y Thie-Ling después y de retirarse á Kharbin, irían á buscarle allí los japoneses. Así parece indicarlo la táctica por éstos seguida; pero téngase en cuenta que de Mukden á Kharbin hay una distancia de 500 kilómetros y que los rusos pueden perfectamente defender el territorio que separa ambas plazas durante mucho tiempo, hasta que venga en su auxilio la época de las nieves, que está próxima. ¿Qué harían entonces los japoneses, separados además por algunos centenares de kilómetros de su base de operaciones en la Mandchuria? El invierno ha de ser para ellos un enemigo terrible, y en cambio constituirá para los rusos un precioso auxiliar; se comprende, por consiguiente, su empeño de conseguir, antes de que llegue la estación fría, un éxito decisivo que hasta ahora no han logrado ni es fácil que logren en el tiempo que falta para que sobrevenga esta circunstancia que puede ser trascendental para la segunda parte de la campaña.

La situación de Puerto Arthur es la misma que exponíamos en nuestra crónica anterior. Los sitiadores siguen bombardeando la plaza, pero no han podido apoderarse más que de un pueblecillo, Pa-Li-Chuang, situado á 300 metros del fuerte Ehr-Lung y desde el cual preparan, según parece, un nuevo asalto. Dícese, sin embargo, que en vista del poco éxito de los asaltos anteriores, los japoneses se proponen cambiar de táctica y rendir la ciudad por hambre. Las pérdidas de los sitiadores durante las cinco últimas semanas, se hacen ascender á 20.000; y aunque tal vez haya alguna exageración en esta cifra, es indudable que las bajas han debido ser enormes, dado el valor y el desprecio á la muerte con que los nipones combaten á pecho descubierto, y la tenacidad heroica con que los rusos se defienden. Recientemente, la explosión de una mina preparada por éstos destruyó por completo una columna japonesa de 700 hombres.

Un crucero inglés ha encontrado al fin á los barcos de la escuadra voluntaria rusa *Smolensk* y *Petersburg* en Zanzíbar, y les ha comunicado las órdenes del gobierno moscovita para que cesen en sus visitas y registros de buques neutrales.

La escuadra del Báltico salió el día 11 del puerto de Cronstadt, al mando del almirante Roschdestvensky, con rumbo, según se cree, al Extremo Oriente.

El almirante Alexeief ha enviado al emperador su dimisión del cargo de virrey de la Mandchuria.—R.



El príncipe heredero GUILLERMO DE PRUSIA y su prometida la duquesa CECILIA DE MECKLENBURGO SCHWERIN

NUESTROS GRABADOS

Dos comadres, fotografía de Inés B. Warburg. — Sucede con las fotografías y con los cuadros algo parecido á lo que acontece con las flores artificiales y naturales: para ponderar la belleza de estas últimas, es cosa corriente decir: «parecen de porcelana;» y para encomiar la perfección de las primeras, dícese comúnmente: «parecen obra de la naturaleza.» En efecto, cuando contemplamos un paisaje, un interior admirablemente ejecutados, lo primero que se nos ocurre es pensar que no resultarían más exactos sorprendidos por la cámara fotográfica; y si queremos elogiar una fotografía, la mejor alabanza que le dedicamos es compararla con un cuadro. Esto que, á primera vista, considerarán algunos absurdo, se explica, sin embargo, perfectamente y sintetiza en cierto modo el verdadero concepto del arte, que no es otra cosa, en su esencia, que la expresión de la belleza y de la verdad íntimamente unidas. Sugiérenos las anteriores observaciones la fotografía de Inés B. Warburg, que reproducimos en esta página y que ha sido premiada en un concurso abierto por una importante revista inglesa: *Dos comadres*, en efecto, es una fotografía eminentemente artística que produce toda la impresión de una obra pictórica, lo que dice mucho en favor de su autora, que ha sabido escoger un asunto y un momento oportunos para obtener algo más que una copia exacta de la realidad.



Dos comadres, fotografía de Inés B. Warburg

El príncipe heredero Guillermo de Prusia y su prometida la duquesa Cecilia de Mecklenburgo Schwerin. — Las distinciones de que el emperador de Alemania hizo objeto á la familia reinante del gran ducado de Mecklenburgo-Schwerin durante las fiestas militares recientemente celebradas en Berlín en conmemoración del aniversario de la jornada de Sedán, fueron interpretadas por la generalidad de los alemanes como expresión del deseo de rendir homenaje de respeto y consideración á los representantes de la antigua dinastía guelfa. Pocos sospecharon la verdadera causa de tales atenciones, causa que se conoció cuando, después del banquete de gala que se celebró en Altona el día 4 de este mes, Guillermo II anunció oficialmente el próximo enlace de su primogénito el príncipe Guillermo con la duquesa Cecilia de Mecklenburgo-Schwerin. El príncipe Guillermo nació en el Palacio de Mármol, cerca de Potsdam, en 6 de mayo de 1882, y ha recibido una educación principalmente militar, sin que por esto haya dejado de dedicarse con gran provecho á otros estudios. Es excelente músico, muy aficionado á las bellas artes en general y se distingue por su carácter dulce y bondadoso; goza de grandes simpatías y popularidad en todo el imperio, y los soldados del regimiento de la guardia de á pie, del que es comandante, sienten por él cariñoso entusiasmo, en justa recompensa del amor y de la benevolencia con que él les trata. La duquesa Cecilia es hermana del gran duque reinante de Mecklenburgo-Schwerin, tiene diez y ocho años y está dotada de excelentes cualidades morales é intelectuales. Este enlace, puramente de inclinación y en el que para nada ha intervenido la razón de Estado, ha sido acogido en toda Alemania con alegría y entusiasmo grandes.

Caín, escultura de Federico Moratilla. — Hijo de un notable escultor español que desde sus mocedades reside en Roma, adonde fué oficialmente pensionado en 1848, el autor de esta escultura honra el nombre de su padre, pues figura entre los mejores artistas jóvenes de la capital de Italia. Federico Moratilla preocúpase ante todo en sus obras de la expresión, no sólo de la del rostro, sino de la del cuerpo todo, haciendo que la actitud corresponda perfectamente al semblante; mas no se crea, por esto, que descuida la corrección plástica; antes al contrario, cuida con gran esmero de la pureza de la línea y de la armonía de las proporciones. Su estatua de *Caín*, que reproducimos, es la mejor demostración de estas afirmaciones: la cara del primer fratricida revela por modo admirable su situación de ánimo; la mirada hosca, el ceño fruncido, los contraídos músculos, son otros tantos signos inconfundibles de pensamientos y propósitos criminales; y la posición de los brazos, la colocación de la mano, los gestos todos, indican, no el arrebato momentáneo, no la cólera súbitamente despertada, sino el verdadero espíritu del mal, la premeditación antes de cometer el crimen.

Monumento de la Unión Postal Universal, boceto de Renato Saint-Marceaux. — El congreso postal reunido en Berna en 1900 acordó erigir en aquella ciudad un monumento conmemorativo de la fundación de la Unión Postal Universal y encargó al mismo tiempo al Consejo federal suizo la adopción de todas las medidas necesarias para llevar á cabo el proyecto. Abierto, en su consecuencia, un concurso entre los escultores de todo el mundo, presentáronse ciento veintidós bocetos que fueron sometidos á un jurado, compuesto de artistas y administradores de diversos países, bajo la presidencia del Dr. Bluntschli, presidente de la comisión federal de Bellas Artes de Zurich. Seis de estos bocetos fueron desde luego escogidos como los más notables, y el jurado, antes de decidirse á hacer la elección definitiva, pidió á los respectivos autores que presentaran proyectos estudiados. El resultado de este concurso de segundo grado, cuyo fallo se ha publicado hace poco y ha sido ratificado por el Consejo federal helvético, ha sido favorable al eminente escultor francés Saint-Marceaux, á quien se ha confiado en definitiva la erección del monumento de Berna. La obra premiada es de encantadora elegancia; como concepción es de un simbolismo muy claro, y como composición, de una originalidad acertada. Alrededor del globo terráqueo, que flota sobre una nube, las cinco partes del mundo, personificadas por otras tantas figuras de mujer, se pasan de mano en mano varias cartas, abrazando en actitudes graciosas toda la esfera. A un lado, en la parte inferior, se ve una matrona sentada en actitud reposada y majestuosa: es la personificación de la ciudad de Berna, en donde se firmó el convenio postal y que es la residencia de la oficina internacional.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

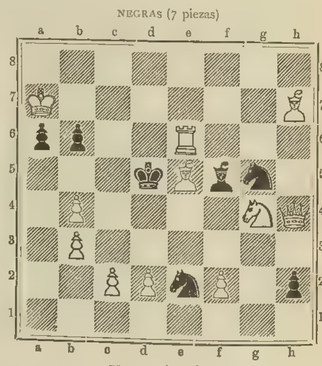
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*:

ENVÍO N.º 11. – LEMA: «Miaplaciduc.»

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 3. – «Don Eskil.» (Nueva forma.)

1. Dh8–e8, e3–e2; 2. Ce6–c5, etc.
Rd5×e5; 2. Ce6–f4 jaq. ó De8–b5 jaq., etc.
Rd5×e4; 2. Ce6×g5 jaq., etc.
Th1×h5; 2. Ae5–g7, etc.
Dg1–f1; 2. Ae5–c7 ó b8, etc.
Dg1–d1; 2. Ce6×g5, etc.
Otra jug.ª; 2 De8–b5 jaq., etc.

ENVÍO N.º 10. – «Mane, Thecel, Phares»

1. Enrocan (Rg1, Tf1), Rg3×h4; 2. Ac8–f5 ó Aa5–d2, etc.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—¡Vamos allá! ¡Qué ideas se les meten hoy en la cabeza á las muchachas! Ese joven tiene las preocupaciones de un hijo de familia que vivirá como han vivido sus padres, que se casará muy pronto...

—Y que hará á su mujer muy feliz; ya lo sé; lo ha dicho muchas veces, y hasta creo que me miraba demasiado al decirlo.

—¿Por qué demasiado?

—Porque aquello parecía una invitación.

—¡Pues mira, hija mía, peor podías caer!

—¡Oh! ¡Caer! Más vale no caer ni bien ni mal, abuelo.

—¿Qué quiere decir esa nueva malicia?

—Caer es un accidente, un azar, un signo de debilidad. Yo no quiero caer, sino elegir.

—¿Pero la estás oyendo, Enriqueta?

—Ahí tienes la consecuencia de decirle que vale tanto, respondió la abuela.

—Y además, añadió Graciana á modo de conclusión, ¿tanta prisa tenéis por desembarazaros de mí?

—¡Oh! Querida...

-Pues entonces quédense por ahora los barones en su castillo y yo en la Zarzalera.

Y desde aquel momento se estableció en la mente de Graciana una comparación obstinada entre el amable y poco discreto mozo que acababa de hacerle la corte con tan poco disimulo, y el otro, tan reservado, tan correcto, que había adquirido, más aún, conquistado valientemente el derecho de acercarse á ella, á pesar de lo cual había tenido que provocar ella misma las pocas palabras que habían cambiado; el otro, á quien, en seguida y casi involuntariamente, había ofrecido una amistad que él había aceptado con voz tan conmovida.



La primavera que le tenía encantado era la de aquella joven

Acaso Daniel de la Rochere podía pasar por mejor mozo, con sus bigotes y sus cabellos rubios, que un día se pondrían rojizos, con su admirable cutis que se llenaría con el tiempo de salpullido, como el de su padre, con su elegante esbeltez, que también se redondearía como la del barón, y sobre todo, con aquel aplomo adquirido en sus peregrinaciones á los países de fiesta y de desorden.

Seguramente, Daniel llevaba con más elegancia las ropas cortadas por un sastre parisiense, que tanto le favorecían.

Sin disputa, era amable, alegre compañero y estaba dispuesto á entusiasmarse en una nueva aventura, aunque fuese matrimonial, á falta de otras.

Era también capaz, sin duda alguna, de ser un marido no peor que la generalidad, y acaso mejor.

Pero Graciana no detallaba esta filiación física y moral más que para oponerla en seguida é invenciblemente los ojos de un azul sombrío, el cutis tostado, los labios rojos un poco levantados por el retorcido del negro bigote, el aspecto de fuerza y de resolución y el aire viril de aquel joven oficial ya condecorado por acción de guerra.

¡Aquella cruz! ¡Ah! Bien debió ganarla... Le había visto batirse y aún palidecía de emoción...

Y después aquella voz, aquella voz que se hizo tan grave al ofrecerle su amistad...

Además tenía un no sé qué, que ella no podía definir, pero que la encantaba hasta el punto de hacerle decir:

«No, entre los dos no vacilaría.»

. . . .

Unos días después volvió á encontrarla en la choza de la Borel.

La vieja estaba mucho mejor. Y además, ahora reinaba en su casa la abundancia, y cuando los pobres saben que tendrán que comer mañana, se sienten ya medio curados.

¿Por qué había ido á verla Pedro Boissier?

Ciertamente, no había sido con la esperanza de encontrar á Graciana. Pedro no especulaba con ese azar que ni siquiera se le había ocurrido. El verla no podía conducir á nada y por consecuencia nada valía.

Pero pasaba por allí y un impulso casi irreflexivo le había hecho entrar en la miserable morada en que la encantadora joven que llenaba su pensamiento había debido dejar algo de ella misma, de su perfume, de su resplandor, y en la que aquella anciana le hablaría de ella y él podría asociarse una vez más á su obra de caridad.

Pedro empujó la puerta y se encontró con Graciana.

La joven, al verle, se sonrojó, y él, también avergonzado y casi despechado contra sí mismo, balbuceó:

—¡Oh! Si hubiera sabido... Pasaba por aquí; era mi camino y quise informarme...

Pero Graciana se dominó en seguida.

—Ya ve usted, señor Boissier, que nuestra enferma está mejor... gracias á usted.

Y añadió, olvidando que se le había encargado el secreto:

—El señor es quien me dió el otro día para usted aquel hermoso luis de oro.

—¡El luis de veinte francos!, exclamó la vieja juntando las manos. ¡Ah! ¡Que Dios se lo pague á usted en felicidad en este mundo, D. Pedro, y en el paraíso!

Pedro. Era la primera vez que Graciana oía pronunciar este nombre. Pero la Borel siguió diciendo en tono llorón:

-Usted es caritativo con los pobres, como su madre, que en paz descanse, á la que tanto quería.

—Sí, lo recuerdo, dijo Pedro muy despacio. Mi madre me trajo á esta casa hace ya mucho tiempo.

—He pasado siempre tantas penas para vivir... ¡Ah! Esta vez, sin la caridad de ustedes me hubiese muerto.

—Pero su hijo de usted...

—Está en su barca. Hace ya más de tres meses

que se fué y no sé siquiera dónde trabaja ahora. De seguro no sospecha que he estado á dos dedos de la muerte.

—Pero bien sabe que no tiene usted recursos.

—Antes del ataque podía trabajar y él cree que puedo todavía. Además el pobre no tiene bastante para él. Cuando uno es viejo los hijos acaban por cansarse. Yo duro ya demasiado.

—¡Es lamentable todo eso!, murmuró Pedro.

—Vamos, dijo con dulzura Graciana; no hay que tener esas ideas. Su hijo de usted es, acaso, un poco olvidadizo, pero la quiere .. Todo el mundo quiere á su madre. Ahora, ya sabe usted que no carecerá de nada y no tiene para qué desanimarse, si no quiere que me enfade...

—Tome usted esto para aumentar su bolsa.

Y Pedro puso unas monedas de plata en la mano nudosa y curtida de la vieja, cuyos dedos se cerraron bruscamente al apoderarse de aquella ganga inesperada.

—Gracias, D. Pedro, gimió... Que Dios le dé en recompensa una mujer como usted la merece... Como esta... ¡Ah! No le deseo á usted otra como premio en la tierra. ¡Dos buenos corazones juntos! Nunca la encontrará usted mejor, D. Pedro... Jamás hallará usted un hombre así, señorita...

Los dos habían tratado de poner un dique á aquel torrente de palabras, pero era imposible hacer callar á la Borel.

No había modo de refrenar aquella exaltación que la hacía ponerse en pie, temblorosa, lloriqueando, tal vez sinceramente, pero más probablemente con emoción fingida, y adivinando con su instinto que lo que hacía huir á aquellos jovenes no era nada que pudiera indisponerles con ella.

Porque Graciana y Pedro huyeron efectivamente ante aquel torrente de palabras.

Pero, casi sin sospecharlo, riendo todavía y sin embargo algo emocionados, algo aturdidos por aquel desbordamiento que en vano habían intentado contener, se encontraron de nuevo en el camino que sube hacia la Zarzalera después de pasar por las lindes de la Umbría.

Lo que acababa de decir la Borel no eran más que adulaciones de la anciana mendiga para conmoverlos.

Pero todo aquello respondía bien, sin embargo, á lo que un día había pasado por sus pensamientos como pasan las ideas que son más bien involuntarias impresiones de la mente; á lo que había excitado su emoción y su pena y ahora surgía á la evocación de la vieja al reunirlos de nuevo la casualidad.

Un poco confusos, pues, y preocupados por el deseo de ocultarse mutuamente su confusión, ambos se pusieron á hablar afectadamente de otra cosa.

—¡Pobre mujer!, dijo Graciana; qué vida... Ha pasado trabajos sin descanso, sin haber jamás conocido ni el reposo ni el goce, hasta el momento en que ha caído como un un animal agotado que no puede ya dar un paso...

Mientras el hijo á quien ha querido—porque estas mujeres aman á sus hijos como las demás—se va por esos mundos, indiferente y feroz, sin cuidarse de la pobre vieja que se muere de miseria.

No lo sabe...

—¡Ah! Es su única excusa.

—Además, también él es, acaso, muy pobre.

—Si diese solamente á su madre la cuarta parte de lo que gasta cuando va á divertirse con los amigos...

—No sabe lo que pasa...

—Aunque lo supiera... Es como los demás y sin duda piensa como ellos. Los viejos, cuando llegan á serlo mucho, no son más que un estorbo. Peor para ellos si se obstinan en vivir. Los salvajes, según se cuenta, los matan y se los comen. Los primitivos de por aquí son menos crueles y se contentan con dejarlos morir. Ahí tiene usted á la Borel; lo sabía y se había resignado.

—¡Pero eso es abominable!

—Así es, sin embargo. Los campesinos son duros para los suyos como para sí mismos. No conozco á éste, pero me extrañaría mucho que fuese una excepción. Será, de fijo, cruel con su mujer é implacable con sus hijos, como lo es con la que él llama «la vieja.» Cuando haya usted vivido algún tiempo entre ellos, verá que, en el fondo de su alma, todos se parecen.

...«Todos,» repitió moviendo la cabeza, pensando en la vida que hubiera tenido que soportar si no se hubiera evadido de la casa paterna para entrar en la gran familia del regimiento.

—¡Pobre gente!, dijo con dulzura Graciana; eso los hace más dignos de lástima. ¡Son tan desgraciados!

Pedro respondió, sin pensar que la joven no sabía de su triste infancia:

-Es cierto también. Se debería pensar en esas existencias, ¿verdad?, cuando se sufre al pensar en las afecciones muertas que no han sido reemplazadas. Debiera uno recordar esas miserias y esas desolaciones cuando se desanima y se siente desgraciado...

—¡Usted, Sr. Boissier!, dijo Graciana en un impulso de involuntaria simpatía.

-Sí, lo mismo yo que los demás.

Y añadió dejándose llevar de la amargura de sus penas:

—¿Cree usted que no es una insoportable opresión el verse ligado y como agarrotado por una enemistad como la que nos separa?

—Es verdad.

—¿No es odioso que haya que dar las gracias á la casualidad por haber aproximado á dos hijos del mismo pueblo que hubieran debido ser compañeros de infancia y tener después derecho de hablarse libre y abiertamente en vez de hacerlo á escondidas en la choza de una mendiga, único sitio, acaso, que es para nosotros un terreno neutral y de tregua?.. ¡Una tregua! ¡Necesitamos invocar una tregua, una suspensión de hostilidades!.. ¡Es estúpido y absurdo!

Y añadió animándose más:

—Pero toda mi vida ha sido un absurdo. ¿Acaso la lógica y la verdad no hubieron debido hacer que me quedase en la casa que será mía alguna vez y en la propiedad que deberé cultivar? Pues bien, no. Me llevaron al colegio y cometieron un error, porque allí me han enseñado á respetar, á amar y admirar todo lo que en mi casa oía decir que eran necedades; porque en el colegio han acabado de ponerme en la mente y en el corazón las ideas y los sentimientos que ya me enseñaba mi pobre madre, ideas y sentimientos que en mi casa inspiran desprecio cuando no irritación. De este modo me he visto en presencia de una vida que hubiera sido un choque de todas las horas y una lucha de todos los días. Por eso me hice soldado; para marcharme. Por eso viviré lejos de aquí durante largos años; lejos de la casa en que me hubiera creado una nueva familia, en que hubiera amado...

Pedro decía todo esto en un completo olvido del lugar, del tiempo y de cuanto le rodeaba, cediendo á la imperiosa necesidad de abrir su corazón.

Y Graciana le oía sin asombro, olvidando también lo extraño de tales confidencias para tomar por ellas un interés vivísimo.

—Ya buscará usted en otra parte esa familia y esa afección. No le costará trabajo encontrarlos.

—¡Ah! Aquí la hubiera encontrado mucho mejor y más pronto. Pero esto es lo más absurdo y lo más desolador; aquí no tendría siquiera derecho de amar lealmente y de decirlo; aquí estoy en país de guerra y tengo enemigos. Lo que he encontrado más digno de inspirar un sentimiento de profundo cariño, lo que sería la dicha de mis sueños, eso es el enemigo...

Y terminó con un gran suspiro y encogiéndose de hombros:

—¡Bah! La Borel puede rezar; Dios no hace ya milagros.

Graciana le miraba, muy pálida, con las ventanas de la nariz estremecidas por una palpitación nerviosa y sin bajar los negros ojos ante el fulgor del acero de aquellos otros que se fijaban en ella.

También ella se sintió invadida por la fiebre de aquella queja de rebelión. También ella había sentido pasar por sus labios un aliento de viril dolor y leal confesión.

Y por un impulso repentino, respondió:

—¡Los milagros! ¿Acaso no los realiza todos la voluntad?

—La voluntad, respondió Pedro, cuando está sostenida por la fe.

—Y bien, dijo la joven tratando de sonreirse; hay que tenerla.

Y Pedro, que no sabía ya lo que decía, embriagado por aquellas cosas locas é imprevistas y por aquella sonrisa en flor, respondió:

—¡La fe!.. ¡Dios mío! Si yo la tuviera... Si supiese siquiera que á mi voluntad respondía otra voluntad, á mi energía otro valor aliado, á mi ternura un porvenir que quisiera confiárseme, sí, la tendría, sí, realizaría el milagro; la juventud y el amor serían más fuertes que la obstinación de esos antiguos rencores, y podríamos conquistar la felicidad...

Pedro se detuvo, trémulo. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué se atrevía á proponer á aquella joven, á quien pocos días antes no conocía?

Aquel ensueño vago é imposible que había tenido un día en el secreto de su corazón al dejar vagabundear á la loca de la casa, se reproducía ahora en alta voz y delante de la que le había inspirado...

Ya Pedro juntaba las manos en ademán suplicante para exclamar: «¡Perdóneme usted; estoy loco!»

Ya iba á añadir: «¡Jamás me atreveré á presentarme delante de usted!» y á echar á correr avergonzado y confuso, pues hay palabras que no se dicen y sentimientos que no se despiertan impunemente.

E iba á escaparse, llevando el puñal en la herida que acababa de hacerse en el mismo corazón, cuando creyó ver, cuando vió, una cosa inverosímil, inaudita, divina.

Vió aquellos labios sonrientes palidecer á causa de una emoción violenta.

Vió aquella sonrisa temblar y quedarse cautiva.

Y Graciana respondió en voz apenas perceptible:

—¿Es verdad lo que me está usted diciendo?

—Es verdad, repitió el joven en voz más alterada todavía, pero que vibraba ahora con la misma resolución que había pasado por su vista azulada. Es verdad, Graciana. ¡Juro que alcanzaré la dicha que usted me anima á conquistar!

Graciana dijo entonces, adelantando la mano que ya otra vez le había dado:

—Pedro, tenga usted confianza. Yo también sería dichosa...

Y al ver que, esta vez, la blanca mano permanecía aprisionada entre las manos febriles que la llevaban á la caricia, á la toma de posesión, al sello de los labios, la joven añadió sin tratar de retirarla:

-Ya ve usted que yo también confío.

—¡Alma mía! ¡Cómo voy á amar á usted!

—Cuento con ello, dijo la joven, retirando sólo entonces la mano un poco temblorosa, mientras su sonrisa se iluminaba con una tierna dulzura.

Al ver que Pedro iba á hablar y á decir aún lo que se escapaba de su pecho, Graciana añadió moviendo la cabeza:

—No, no, ahora no. Tenemos mucho que confiarnos y aquí no podríamos... Además, hay demasiado tumulto en mi cabeza y en mi corazón y leería mal en ellos. Debemos recogernos... ¡Es tan grave lo que nos hemos atrevido á decir!..

Y viendo el ademán de espanto y de súplica del joven, dijo aún:

—¡Cuando le digo á usted que tenga confianza!.. ¡Pero qué lucha tenemos que emprender!.. ¡Qué resoluciones que tomar!.. ¡Qué batallas que dar!..

—¡Que ganar!

—Sí, que ganar, respondieron aquellos labios de nuevo rojos. ¿Dónde nos veremos mañana?

—Yo puedo ir á buscar á usted donde me diga que vaya. Mientras que usted, Graciana...

—Sí, á mí es más difícil encontrarme por casualidad. Sin embargo, la Providencia da á veces á las muchachas un álbum y lápices que les permiten permanecer largo tiempo en los sitios pintorescos. Mañana, á las nueve, Sr. Boissier, me están dando ganas de ir á tomar un croquis del Encinar.

—¿En el claro del bosque Gentón?

—El sitio es poco frecuentado. Apoyándose en las grandes piedras que forman la linde del sendero, se debe de estar muy bien para hacer un estudio. Y un paseante, asomado á esas piedras, puede hablar de cerca y muy correctamente con la joven dibujante, separada de él por esa valla tranquilizadora.

—Hasta mañana, entonces.

Al ver que Pedro le tendía alegremente las manos, la joven dijo, abandonándole las suyas:

—Con juicio esta vez...

Pedro respondió muy conmovido:

—Nos hemos visto y nos hemos hablado tres veces, Graciana, y me parece conocer á usted como si hubiera sido siempre mi amiga adorada.

—Yo también creo encontrar en usted un antiguo y fiel amigo del corazón... Y es preciso que así sea, añadió ruborizándose; porque si no, ¿qué excusa tendría mi atrevimiento?

—No, he sido yo quien ha tenido la loca audacia...

Creo que hemos sido los dos, dijo Graciana lentamente.

Y añadió, tomando al fin la resolución ante la cual estaban el uno y el otro vacilando:

—Hasta mañana, Pedro.

Hasta mañana, Graciana.

—En el Encinar.

—En el Encinar. La adoro á usted... la adoro... la adoro...

Graciana cerró sus negros ojos para saborear aquella ardiente letanía.

Y ligera y dichosa, se alejó muy de prisa.

Pedro se quedó allí, absorto en su alegría, viéndola alejarse.

Al llegar al recodo del camino, la joven se volvió y, en un ademán de adiós, levantó su manecita hasta la cara y, acaso, hasta los labios.

Pedro regresó lentamente hacia su casa, donde Antonio Boissier no sospechaba el camino que había andado su hijo durante aquel paseo matinal de convaleciente...

. . . .

Durante todo el día estuvo Graciana pensativa y silenciosa, muy ajena á cuanto le rodeaba.

Su abuela le dijo dos ó tres veces:

—Voy á la «gusanera.» ¿Vienes conmigo?

En la vida apacible de la Zarzalera era, sin embargo, una interesante aventura la de aquellos gusanos de seda que acababan de salir del capullo y que empezaban su efímera existencia sobre unas anchas mesas cubiertas de papel gris y en un interminable festín de hojas de morera que agujereaban por los bordes, voraces y jamás repletos, mientras unos grandes braseros de cisco producían el calor seco y constante que los hace crecer y prosperar.

Pero á todas las invitaciones de la anciana Graciana había respondido.

—No, abuela, estoy ocupada en mi cuarto.

Hasta el punto de que la señora Girardot, un poco asombrada y casi inquieta, se preguntaba después de sus inútiles tentativas.

—¿Será que empieza á aburrirse con nosotros? ¿No le interesarán ya los gusanos?

Pero la buena señora no tenía razón para alarmarse.

Cuando por la noche se reunieron los tres para cenar, Graciana tenía unos ojos resplandecientes y una cara radiante y estaba animada y alegre, hablaba mucho, zalamera con el abuelo, llena de atenciones con la abuela y bonita como nunca la habían visto. Además, con cualquier pretexto, ó sin pretexto alguno, decía á cada momento lo feliz que sería no dejando jamás la Zarzalera.

—De modo, dijo Girardot con mucha inocencia ó con mucha diplomacia, que quieres casarte en Saint-Romain...

—¿Por qué no? ¿No te gustaría tener, por fin, alguien que te ayudase? Cuando pienso, abuelito, que tienes que hacerlo todo y que te cansas á veces más de lo que quisieras...

—Entonces, ¿no te importaría vivir siempre aquí? dijo el anciano siguiendo su idea.

—No deseo otra cosa.

Girardot echó una mirada á su mujer y dijo:

—Enriqueta, esta chica tiene razón, después de todo. Aquí está en su casa, puesto que la Zarzalera será suya cuando nos muramos. Hace muy bien en quererla y mirarla como la mejor parte de su dote.

Y añadió gravemente:

—Porque nuestra Zarzalera será para ti, Graciana, si la quieres, hasta el último terrón. Yo me arreglaré para que así sea.

Y dijo, respondiendo á una mirada de alarma de su mujer.

—Me arreglaré... sin perjudicar á nadie. Ya sabes que podemos hacerlo, querida.

Y muy alegre y rejuvenecido ante la idea de que Graciana aceptaba Saint-Romain, mientras esperaba aceptar al que iba á hacerla quedarse allí, siguió diciendo:

—Ahora se trata de escoger bien ese marido, porque la nieta de Luis Girardot tiene derecho á ser exigente.

—Y de casarse á su gusto, ¿verdad, abuelo?

—Evidentemente.

Escuchando la voz de su corazón.

—Es claro; de su corazón y de su razón.

—Su razón le está ya diciendo: no debes aceptar sino un marido que te ame.

—Quisiera yo saber quién no te amaría, feílla, dijo la abuela riéndose.

—Pero es también preciso que le ame yo; de otro modo no sería dichosa.

—Y bien, vamos á ver, Graciana, propuso maquiavélicamente el buen señor, un muchacho amable, joven...

—Sí, es preciso que sea joven.

—Buen jinete.

—Eso no echa á perder nada.

—Con una fortuna semejante á la tuya.

—También está eso en el programa.

—Hijo único.

—Sí.

—En cuya casa seas tan mimada como aquí.

—Eso es ya menos importante.

—¿Por qué?

—Si no estoy bien en su casa nos vendremos á vivir aquí. De este modo, abuelo, tendrás más á tu lado á tus hijos.

—¡Oh! No hay que contar con esa combinación, hija mía.

—¿Por qué?

—Porque nunca consentirá en ella el barón.

—¿Pero me estás hablando de Daniel?, preguntó Graciana con un gesto de impaciencia.

—Y tú, ¿de quién quieres hablar?

La joven tuvo un momento de vacilación. ¿Convenía... ya? No; sería acaso imprudente.

Y apagando el relámpago que había brillado en sus ojos, respondió:

¿Yo? De nadie. Me estoy representando el pretendiente de mis sueños.

—Pues, aquí, no veo otro con quien pudieras casarte, hija mía. Con él sí sería fácil.

—Sí, ya lo sé... He comprendido.

—Entonces...

—Entonces, tienes razón. Ese no podría venir á vivir en la Zarzalera. Ahí tienes el obstáculo.

—El barón y la baronesa no te dan miedo, sin embargo...

—Yo quisiera quedarme aquí, abuelo.

Y se puso á hablar de otra cosa, sin querer volver á aquel asunto á pesar de las invitaciones del buen señor.

De repente dijo:

—¿Sabes, abuela, por qué te he dejado sola todo el día con tus gusanos?

—No me lo explico, porque, verdaderamente, está muy mal hecho no haber querido ir á verlos ni una vez siquiera.

—Pues es porque estaba arreglando cosas en mi cuarto.

—¿Lo que ha llegado en pequeña velocidad? Comprendo, entonces, que estés ocupada.

—Todo, no; pero sí muchas cosas: mis libros, mi música, mi álbum...

Y añadió con perfecta indiferencia:

—¡Calla! Una idea... Tengo que estrenar el álbum... Mañana temprano, mientras tú cuidas de que no den á los gusanos hojas de morera húmedas de rocío...

—¡Cáspita! La humedad en las hojas es veneno para los gusanos, querida.

—Pues bien, está dicho. Mientras tú vigilas eso...

—¿Te irás á dibujar?

—Sí.

—¿La casa?

—No, no es divertido dibujar la casa. Me iré al bosque.

—No lejos, entonces, dijo Girardot.

—Muy cerca, abuelo. Por ejemplo..., al Encinar.

—¿Al bosque de Gentón? No sé qué tiene que hacer todo el mundo con esos grandes árboles.

—Son admirables.

La abuela, que había fruncido involuntariamente el ceño, se puso á pensar:

«Allí era donde el pintor se ponía á hacer sus cuadros cuando iba á verle mi pobre Camila. Graciana no sospecha el daño que me hace el ver ese bosque, que empezó á quitarme á mi hija.»

Y dijo en voz alta, dando un suspiro:

—Y bien, eso es, vete á dibujar el Encinar, querida.

. . . .

Si Graciana, cuando arreglaba á su modo su existencia de casada, no cometía una completa locura al jactarse de vencer la resistencia de aquellas buenas personas cuyo cariño conocía, Pedro, en cambio, hacía en el mismo momento la desoladora observación de que Antonio Boissier, enemigo irreconciliable de los Girardot, no olvidaba sus rencores ni sus resentimientos.

También ellos dos se reunían para cenar en el triste y glacial vacío del vasto comedor de la Umbría.

Pedro, poseído aún enteramente por la imagen de aquella deliciosa joven con la que acababa de concertar—acaso locamente, pero de un modo apasionado y dichoso—un pacto de alianza y de amor, con la tenaz voluntad que le venía de su padre, no había podido resistir al deseo de hablar de lo que rebosaba en su alma.

Pero sabía cuán terrible sería aquel verdadero abordaje y qué cóleras y qué violencias habría de desencadenar. Tampoco él se aventuró más que á una pequeña escaramuza; ni á eso siquiera, á un simple reconocimiento en país hostil, decidido de antemano á no entregar su secreto y á no poner en guardia á su padre en la formidable empresa que suponía el juramento hecho á Graciana de realizar un verdadero milagro de amor.

Y mientras su corazón latía febril, el joven tomó un tono indiferente para preguntar á su padre:

—¿Has estado hoy en los prados de abajo?

—Sí. Casi no vamos á tener heno. Pero ya lo sabes, muchacho: año de heno, año de nada. Esto es lo que he pensado al volver.

—Así se te habrá hecho más corto el camino. ¡Ah! Era mucho más cómodo cuando podíamos pasar por el atajo de la Zarzalera.

—Sí, aquello me economizaba, lo menos, diez días de acarreo, que, á doce francos, hacen ciento veinte francos del heno y otros tantos por el beneficio que pierdo, como si me lo robaran.

—Es, en efecto, un dinero perdido inútilmente.

—¡Bah!, dijo el viejo empezando ya á amoscarse; está previsto y no hay para qué sentirlo.

—A no ser que ocurriera algo nuevo que te volviera á poner en buena inteligencia...

—¿Con ese viejo Judas? Tú te chanceas...

—Pero, en fin, si ocurriera algo nuevo...

No te canses la imaginación, muchacho. No ocurrirá nada. Y además, las cosas están bien así. Prefiero defenderme de los golpes que de las gitanerías de mi enemigo. Él me quiere mal y yo á él. Así sabe uno á qué atenerse y está preparado.

—Pero, padre, no dura siempre la enemistad. Nada es eterno. Las rocas mismas acaban por gastarse...

—El rencor no se gasta, muchacho. Al contrario, retoña, como los nogales... Y no es posible cortar el rencor, dijo en tono sarcástico, cuando va á mirar de cerca lo que pasa en casa del vecino. Y á propósito, también yo he visto pasar esta mañana á la pequeña.

—A esa, al menos, no la odiarás. ¿Qué te ha hecho?

—Tampoco han hecho nada los lobatos cuando se los mata con la loba. Sí, también odio á esa chica, porque es de su raza, porque es linda...

—¡Oh! Padre, padre...

—Sí, porque es linda y joven y parece decirme: «A los de la Zarzalera les da gusto que yo haya venido. Cuando me ven, no piensan en usted. Soy yo más fuerte para alegrarlos que usted para fastidiarlos...» Esto es lo que parecía decirme, la desvergonzada, cuando me hizo un pequeño saludo, á modo de urbanidad. ¡Buena es esa! Un modo de burlarse de mí...

—¡No!

—¿Qué sabes tú? Yo te digo que sí. Y mejor quiero que sea de ese modo.

. . . .

En el claro del bosque Gentón, una antiquísima encina levanta por encima de los retoños, á los que parece mirar con lástima, su tronco surcado de profundas arrugas y cargado de pesadas ramas, gigante surgido del granito silíceo, lleno de majestad y de fuerza.

A sus pies y en aquel suelo poroso en el que arrojan reflejos de diamante los fragmentos de mica á los rayos oblicuos del sol, no son las cañas, como en la fábula, las que el viento hace conversar con él, sino esos brezos de color de rosa que florecen hasta en las heladas y esos grandes helechos que se desarrollan como serpientes amarillentas después de las lluvias de la primavera.

Entre esas vegetaciones del suelo y la enorme encina que retuerce sus nudosas ramas en el claro cielo, los jóvenes tallares forman por detrás una cortina de verdor más ligero.

En aquella mañana de los primeros días de junio estaba Graciana detrás de las piedras del lindero del bosque, pensando en cosa muy distinta que en dibujar la gran encina.

La joven escuchaba lo que le decía, muy bajo y muy de cerca, un joven que se había quedado en el sendero y que hablaba con ella apoyado en la valla de altas piedras.

Tampoco él miraba el paisaje primaveral que se ofrecía á sus ojos.

La primavera que le tenía encantado era la de aquella joven. Los perfumes que le embriagaban eran los de aquel cabello negro cuyos reflejos tenía tan cerca. Lo que él escuchaba no era el murmullo de la brisa matinal en las hojas de las encinas, sino la voz musical que le respondía dulcemente mientras aquellos radiantes ojos negros se encontraban con los suyos.

No era aquella la primera vez que se encontraban en el mismo sitio. En la falda de Graciana estaba el álbum abierto y lleno de estudios al lápiz más febriles que hábiles, pero que atestiguaban varios días de trabajo, sobre todo si las sesiones habían estado interrumpidas, como aquella, por interminables coloquios.

Los jóvenes no se asombraban ya por su entusiasmo ni extrañaban su atrevimiento.

Familiarizados con la idea de que se amaban y de que se habían prometido ser el uno del otro, habían llegado á ser como esos aventureros desdeñosos del peligro que corren en su aventura y que se creen más seguros á medida que se aproximan á él sin que les haya tocado todavía.

¡Habían ya conocido tanta dicha en aquel claro del Encinar!

¡Era tan delicioso el descubrimiento que hacían el uno del otro en cada nueva y furtiva entrevista!

¡La encontraba Pedro tan encantadora con su valentía de enamorada, con lo que cada día le permitía leer en su alma independiente y altiva, y sobre todo, con la temeridad que mostraba al amarle!

(Continuará)

LOS SALTEADORES

Nada tuvo de particular como tal baile el que se dió en casa de los Sres. de Jefferies, pero en mi vida me olvidaré, y creo que tampoco lo olvidarán en la suya el cochero y el lacayo de mi tío, de un suceso con él relacionado.



–Tiene usted que bajarse, señorita

En primer lugar, mi tía no quería que fuera; estaba acatarrada y decía que era sumamente impropio que una muchacha como yo corriera sola, á media noche, por esos caminos de Dios; pero yo me mantuve firme, aunque cariñosa, porque quería ir á todo trance. Al entrar en el coche, la luz del farol hirió mis joyas y me sentí orgullosa de su hermosura, porque la reflejaron con todos los colores del arco iris. Tomás, el lacayo, abrió la portezuela, y no había por qué desdeñar la admiración evidente con que me contempló, pues era un joven bastante bien parecido.

Quería ir al baile, porque á él debía concurrir también cierta persona que me gustaba algo más de lo regular. Llamábase Horacio, y yo quería aparecer á sus ojos como la muchacha más linda del universo. Ese fué el motivo por que había tardado tanto en vestirme y por que me puse todas mis mejores joyas, á fin de que se percatara agradablemente de mi buena posición social.

Mi vestido era del más delicado matiz de tórtola y á cada movimiento relucía y brillaba; y siempre que, á través de la ventanilla, penetraba un rayo de luz, era cosa admirable ver cómo lucían mis brillantes.

Yo estaba como nunca; Horacio también; pero ¡ah! había otra mujer que no he sabido nunca qué atractivo pudo tener para él; mas es lo cierto que bailó con ella siete veces, sin contar con que cenó á su lado. Conmigo sólo bailó tres, y eso por puro compromiso: la primera bailamos todo el vals; la segunda se sentó antes de terminarse; la tercera fuí yo quien quiso hacerlo, convencida de que no se me iba á declarar.

A pesar de todo, tuve la suficiente fuerza de voluntad para que no se me saltaran las lágrimas en toda la noche, y recuerdo que me prodigaron muchos cumplidos, que nada me importaban. A las dos de la madrugada me despedí de la dueña de la casa, pues ya no me quedaba que hacer más que volver á casa, meterme en la cama y olvidar.

Una vez más relampaguearon mis joyas al subir al coche, y no pude menos de notar que estaba Tomás sumamente pálido, lo que no me preocupó en lo más mínimo. ¡Ah! Todos tenemos en la vida momentos muy amargos. No sabía cómo soportar mi desengaño al recostarme sobre los cojines del carruaje, y sin duda alguna, durante muchos días, hubiera sido presa de roedora pena, si no hubiera sobrevenido repentinamente un remedio, que me curó por completo antes de llegar á casa, y tan radicalmente, que no me volví á acordar de Horacio, hasta que recordé que lo había olvidado.

Ibamos por el camino más bajo de los que atraviesan el pantano de Pinhey, cuando de repente se paró el coche, y apareció en la ventanilla el rostro pálido y bello de Tomás. Abrió la portezuela, llevó la mano al sombrero y me dijo:

—Tiene usted que bajarse, señorita.

—¡Bajarme!, repetí, ¿Qué ha ocurrido?

—Algo va á ocurrir, dijo apresuradamente. Haga usted el favor de bajar, señorita, baje usted de una vez.

Naturalmente, así lo hice en seguida.

Greg, el cochero, estaba ya desmontado y á un lado. Solía decir mi tía que Greg daba buen tono á lo que guiaba, aunque fuera un carro de basura, pero era un hombre que nunca me había sido simpático. Hacía poco que estaba en casa, y nunca me había inspirado confianza su fisonomía, sus mejillas hundidas, su mirada investigadora y sus labios delgados que denotaban mal carácter.

Se me acercó mucho y comenzó á hablar.

Escuchéle con el más profundo asombro. Decía que no se me haría daño si me portaba bien; pero que si no, no respondía de las consecuencias.

Después con mucha calma me pidió que me quitase los diamantes y se los diera. Miréle con los ojos muy abiertos y díjele únicamente:

—¿Por qué?

Respondióme que porque él y Tomás los necesitaban, y querían á toda costa tenerlos, y que si yo trataba de gritar, en primer lugar no habría nadie que me oyera, y en segundo ellos sabrían muy bien cómo hacerme callar.

Quedé indignada, pero no atemorizada; y si mi corazón comenzó á latir de prisa, fué de su espontáneo impulso.

—¡Greg!, exclamé. ¿Cómo se atreve usted?..

—Está muy bien, dijo riendo. No soy hombre asustadizo.

Volvíme hacia el lacayo y le dije con mucha dulzura:

—¡Tomás, Tomás!

—Ya no soy Tomás, me respondió con aspereza. Todo eso ha terminado, y lo que hemos principiado tenga usted la seguridad de que lo llevaremos á cabo.

Si hubieran sido unos desconocidos me hubiera desmayado de miedo, pero como sus rostros me eran familiares veía en todo aquello algo de ficticio y mi espíritu se reanimó.

—¡Greg!, exclamé, vuélvase usted al instante á su sitio, y usted, Tomás, al suyo. Ambos están ustedes locos, ó tal vez hayan bebido demasiado.

El cochero, que nunca me había hablado antes sino sombrero en mano, ahora, con gran asombro mío, me agarró con dureza por el desnudo brazo.

—No estamos para bromas, dijo con un gruñido; fuera con ellas en seguida, ó yo le ayudaré á quitárselas, señora mía.

Entonces comencé á temblar.

—¡Tomás!, dije en tono suplicante, defiéndame; no será usted tan cobarde que...

Me faltó la voz y las palabras. Miré con desesperación á mi alrededor, y me hice cargo de la profunda obscuridad que nos rodeaba.

—¡Suéltame, Greg!, grité con repentina resolución. Se las daré á Tomás; á usted, no.

Echóse á reir y me soltó. Rápida como el pensamiento dí un salto y me lancé en la obscuridad, entre la maleza. Conocía bien el pantano; pero ¡ay!, á los pocos pasos de mi huída me enredé con mi vestido y un momento después Tomás me tenía sujeta entre sus brazos.

Lo extremadamente inesperado de aquella situación acabó de hacerme perder mi serenidad, y mientras Greg se abalanzaba hacia mí amenazándome y Tomás me tenía agarrada, yo, á toda prisa, me quité las prendas, desde el radiante collar hasta los preciosos pendientes, que brillaban al meterlos Greg en un saquito de algodón.

Durante toda esta escena lloraba amargamente, y sentía penetrar el húmedo fango dentro de mis zapatos y medias de seda. No tardé diez minutos en verme despojada de todas mis prendas, y después me quedé mirando estupefacta cómo subía de un salto Greg á su asiento y cómo corría Tomás á ocupar el suyo.

—¡Qué voy á hacer!, exclamé.

Greg me miró de arriba abajo, y en tono de chanza me aconsejó que me volviera á casa lo más pronto posible y que le diera sus recuerdos á la vieja.

Fustigó luego los caballos y salieron á escape; pero antes de desaparecer el coche en la obscuridad, vi que el lacayo volvía atrás la cabeza para mirarme una vez más.

Afortunadamente era la noche tranquila y la luna logró verse libre de las nubes que la ocultaban y comenzó á brillar. Muchas veces había ido á pie desde el pantano de Pinkney hasta casa, pero nunca en aquel traje.

No había, sin embargo, más remedio que andar el camino, y mil arrebatadas ideas me empujaban hacia adelante, mientras las lágrimas me corrían por las mejillas y mis sollozos y lamentos interrumpían el silencio de la noche.

Al llegar al primer recodo que hacía el camino, vi delante de mí, en medio de él, un bulto negro que, andando unos cuantos pasos más, resultó ser un carruaje.

Era el de mi tía, inmóvil junto á la cuneta. Los caballos estaban de pie, pero uno temblaba con fuerza, como si acabara de levantarse penosamente después de una caída; en el sitio del cochero no había nadie, pero poco á poco distinguí una persona recostada contra la cerca del camino y á otra tendida en él.

Dirigíme hacia la primera; era el lacayo. Apoyaba la cabeza en la mano; el otro brazo tenía un aspecto especial, y un líquido negruzco le corría por la cara.

—¿Qué ha pasado?, dije.

Levantó la vista y se estremeció; luego volvió la cabeza y lanzó un gemido. Era evidente que el atrevido salteador de caminos había tenido un contratiempo, y comprendí que mi situación mejoraba. Dirigíme hacia donde yacía el cochero; al principio creí que estaba muerto; pero cuando Tomás, respondiendo á mi grito de horror, le hubo movido, principió á gemir y maldecir con la mayor energía.

—Tratemos de ver si le metemos en el coche, dije; no ha muerto, pero parece estar muy malo.

El lacayo me miró y sólo pudo exclamar:

—¡Oh, señorita! ¡Oh, señorita!

—Dejemos eso ahora, dije con viveza. Vamos á subirle al coche.

Pero antes que nada metió la mano Tomás en los bolsillos del levitón del cochero y me alargó el saquito de algodón. Guardélo sin decir una palabra, y ambos, con mucha dificultad, izamos á Greg dentro del carruaje y le acomodamos lo mejor posible. Cuando aún no habíamos subido al coche, vi á la luz de la luna brillar el sudor en el lívido rostro del lacayo, y



No estamos para bromas, dijo con un gruñido

entonces recordé que él también estaba magullado y dolorido.

—¿Se ha roto usted el brazo?, dije.

—Unicamente dislocado, señorita, contestó.

Luego mirándome por primera vez á la cara siguió diciendo:

—Nosotros dos debemos, sin duda alguna, ir á la cárcel. Pero si usted no tiene inconveniente en ir dentro del carruaje con él, yo la llevaré á usted á casa y luego le conduciré al hospital, y allí nos podrán prender.

—No, Tomás, le dije: no diré sino que hemos volcado. Por supuesto, tendrá usted que marcharse de casa, y todo lo que le pido es que en lo sucesivo se porte usted como hombre honrado.

El lacayo abrió la boca, que le temblaba, y la volvió á cerrar sin decir nada, hizo otro esfuerzo por hablar, apoyó la cabeza contra la caja del coche y rompió á llorar.

También lloré yo sin poderlo remediar. En medio de sus sollozos comenzó á contarme algo de juegos y de pérdidas. Perdió primero el dinero, la tranquilidad después, luego el honor, y vi con claridad que de todo tenían la culpa los malos consejos de Greg, cuya perversidad había sido la causa de lo sucedido, así como á su torpeza se había debido la catástrofe final. Puede que fuera el lacayo un pillo y yo una tonta, pero estoy cierta de que en aquel momento estaba arrepentido y yo le perdoné de corazón.

Pero bien pronto eché de ver que no podía guiar, y como era ya otra vez dueña de la situación, á pesar de sus protestas le hice meter dentro del coche junto á su compañero, y recogiendo las faldas de seda me encaminé al asiento del cochero.

Felizmente conocía muy bien á los caballos, los más tragones y holgazanes que tuvo en su vida mi tía. Sin embargo, seguí guiando con cuidado y seriamente, hasta que cruzó por mi mente lo ridículo de mi situación, y reí y reí hasta que las lágrimas volvieron á correr por mis mejillas.

El portero nos estaba aguardando, y pronto puse fin á sus exclamaciones de asombro haciéndole ocupar mi puesto y ordenándole condujese á las *desgraciadas víctimas* al hospital más próximo. Diez minutos después comparecía en presencia de mis asombrados parientes, y aunque mi vestido estaba hecho una lástima, mis diamantes relucían y centelleaban con la brillantez de siempre.

Aconsejáronme los médicos un cambio de aires para curarme el catarro que aquella noche atrapé, y cuando volví á casa de mi tía supe que Tomás se había ido de aquellas cercanías y el cochero de Inglaterra; éste tenía menos fe que aquél en la palabra de una mujer. Mi tía me ha echado en cara muchas veces mi egoísmo, que la obligó á desprenderse de dos tan buenos criados, y no he podido nunca comprender por qué conservo en mi cómoda entre mis alhajas un saquito de algodón bastante sucio.

JESSIE POPE.

(Dibujos de Carlos Horrell.)



Al principio creí que estaba muerto

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

ADMINISTRACIÓN DE ESTRADA CABRERA. – Curiosa y útil labor es la que ha llevado á cabo D. Felipe Estrada Paniagua con la publicación en un elegante volumen de los progresos alcanzados, durante un período relativamente breve, en la construcción de ferrocarriles, carreteras, puentes y en cuantos servicios precisa un estado moderno, que, como Guatemala, aspira á ocupar dignísimo lugar entre los pueblos cultos y amantes del progreso. El libro de que hacemos mérito es el resumen de una fructífera labor realizada, es el resultado de una gestión provechosa que honra al presidente de la República de Guatemala y al país que cuenta con energías y elementos para secundar la acción de sus inteligentes directores. El libro, que consta de 250 páginas, está ilustrado con varios grabados y ha sido impreso en la tipografía Nacional de Guatemala.

***

CONTABILIDAD COMERCIAL, por el *Dr. D. J. Prats y Aymerich*. – Tal es el título del nuevo Manual con que han enriquecido su ya importante colección los editores señores sucesores de Soler, que no dudamos ha de prestar un buen servicio, dada la reconocida competencia de su autor. La obra, aunque manual, es un tratado completo de contabilidad, en el que se estudian y resuelven cuestiones que hasta el presente sólo las hemos visto comprendidas en obras de gran extensión, habiéndose ajustado el autor á un plan rigurosamente científico, pero asequible para todos los que posean conocimientos de aritmética, resultando, por lo tanto, una obra de vulgarización. Véndese en todas las principales librerías.

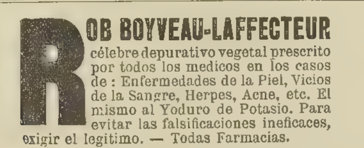
***

¡AVANTE!, por el *Conde de las Navas*. – Un argumento interesante inspirado en una idea bellísima; una colección de tipos perfectamente observados y reproducidos; una serie de cuadros llenos de color local y hermosamente descritos, y un lenguaje castizo y elegante: tales son las cualidades que se admiran en esta novela de costumbres asturianas, en la que el espíritu de observación y el sentimiento aparecen fundidos, formando juntos una obra de un realismo encantador. *¡Avante!*, editada en Madrid por D. José Manuel de la Cuesta, se vende á 2'50 pesetas.

***

RUIDOS, GRITOS Y VOCES ESPECIALES DE ALGUNOS ANIMALES, por *R. Monner Sans*. – Es este un folleto muy curioso y de verdadera utilidad para cuantos escriben y hablan en castellano: en él se encuentran las palabras con que en este idioma se expresan los gritos ó ruidos que producen los principales animales. Para mayor facilidad, están éstos ordenados alfabéticamente. Al final hay un vocabulario de todos los verbos con que el hombre puede traducir sus diversos estados anímicos. Impreso en Buenos Aires por Ivaldi y Checchi, se vende á 0'25 pesos.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona











PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Monumento á la Unión Postal Universal que se ha de erigir en Berna,
boceto de Renato Saint-Marceaux, que ha obtenido el primer premio en el concurso internacional recientemente celebrado en aquella ciudad

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS DE DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emicion de la voz.—Precio: 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ENFERMEDADES
DEL
ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero *y las señas de*
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero *y las señas de*
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero *y las señas de*
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.


CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 26 de septiembre de 1904 — Núm. 1.187

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



La canción favorita, cuadro de W. Menzler. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Munich, 1904.)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Paraguay: el Congreso pedagógico: situación económica del país: la revolución. — *Chile.* política interior: propósito de reformar el reglamento de las Cámaras: la oratoria en los Parlamentos: la inundación de Valparaíso. — *Ecuador:* el crimen de la isla Chatham y el rey de las islas Galápagos: la colonización de este archipiélago. — *Política internacional centroamericana:* el Tratado de San Salvador. — *Guatemala:* aprobación por la Asamblea nacional de la reelección de Estrada Cabrera.

«Repuesto de sus desastres y amarguras, no está lejano el tiempo en que nuestro país (Paraguay) reivindique para sí el puesto que ocupara no ha un siglo en la civilización americana. Gobierno y pueblo propenden por todos los medios á la difusión de la instrucción común, multiplican las escuelas, las dotan de edificios propios, se afanan en formar un magisterio ilustrado, para cuyo objeto no escatiman esfuerzos ni recursos, como lo prueba la convocación de este Congreso, porque empeñados en la santa tarea de la regeneración nacional, han llegado á comprender que lejos de la escuela de verdad y de trabajo, no hay fuente de prosperidad perdurable.»

Así decía no ha mucho el vicedirector general de Escuelas del Paraguay Sr. Soler, hablando en nombre del ministro de Instrucción Pública y del Consejo Nacional de Educación, al inaugurar, el 4 de febrero próximo pasado, el primer Congreso Pedagógico paraguayo. Los trabajos en él presentados, los debates mantenidos y las conclusiones aprobadas demostraron la buena preparación del personal docente de aquellas escuelas y el acertado criterio con que profesores y maestros aprecian los problemas de la pedagogía moderna y las deficiencias del actual sistema de enseñanza del país.

El éxito de este primer Congreso hizo concebir fundadas esperanzas de resultados muy halagueños para el progreso de la cultura general, resultados que podrán hacerse patentes en un segundo congreso, cuya reunión se efectuará probablemente al finalizar el curso de 1905.

Satisfactoria parecía ser también la situación de la república en el orden económico, y motivo había para suponer que el Paraguay iba robusteciendo, bajo la presidencia de Ezcurra, todas sus fuerzas sociales. La producción nacional y las rentas públicas habían aumentado; los ingresos de 1903 superaban en más de 4 millones de pesos á los de 1902; el precio del oro, que llegó á 1170 por 100 á fines de 1903, descendía hasta 875 por 100; reducíase poco á poco el déficit; importación y exportación tomaban mayor incremento, y los tenedores de la deuda exterior (4.593.000 pesos oro) mostrábanse más confiados que en años precedentes.

Ahora, la revolución ha venido á borrar las buenas impresiones que se tenían por virtud de los hechos apuntados.

Enemigos políticos de Ezcurra organizaron una expedición armada que desde la Argentina, remontando el Paraná, dirigióse al Paraguay; el vapor que la conducía logró vencer la resistencia que opuso el gobierno, y los revolucionarios, mandados por el general Ferreira, pudieron apoderarse, á principios de agosto, de Humaitá y Villa del Pilar, avanzando después por el río Paraguay hacia Villafranca, Formosa y La Asunción.

Las últimas noticias, procedentes de Buenos Aires y Montevideo, presentaban en grave peligro á la capital de la república, y nos decían que ésta pudo librarse del bombardeo, gracias á la intervención del cuerpo diplomático residente en ella. Añadíase que se habían abierto negociaciones sobre la base de concesión de puestos oficiales á los insurrectos, y que éstos pedían tres ministerios, la mitad de la representación nacional y la prefectura de policía.

Menos mal. Cuando no se lucha por ideas ó principios, sino por ambición ó codicia del poder, las revoluciones dan muy triste idea de los hombres y de los pueblos; pero duran menos y se evitan con relativa facilidad.

* * *

Pactos ó avenencias entre los partidos para turnar en el Gobierno ó gobernar varios á la vez vienen siendo el eje de la política interior chilena. La ratificación de las bases de la alianza ya concertada por delegados de los partidos liberal, liberal-democrático y radical ocasionó nueva crisis en mayo último y la formación de otro ministerio por D. Manuel Egidio Ballesteros.

Abriéronse las Cámaras el 31 del citado mes. El Presidente, en su mensaje, presentó como muy lisonjera la situación del país; cordialidad en las relaciones internacionales, esperanza de llegar á solución satisfactoria en las diferencias pendientes con Perú y Bolivia, aumento en los ingresos, proyecto de presupuesto con gran excedente que habrá de destinarse á obras públicas de reconocida importancia, etc.

Mas para que el Poder ejecutivo pueda realizar cumplidamente sus propósitos, se requiere el concurso activo y desinteresado de los representantes del país en las Cámaras. Y en éstas sigue perdiéndose el tiempo en discutir sobre actas y crisis y en debates estériles para el bien y progreso de la nación. Como medio de evitarlo, se pide y proyecta la reforma del reglamento de los cuerpos colegisladores. Todos, en principio, declaran que esa reforma es indispensable para normalizar la vida política y administrativa; pero cuando se trata de hacerla efectiva empiezan los recelos de los que temen, según ellos dicen, que la tal reforma se lleve demasiado lejos y sirva sólo para amordazar á las minorías.

Allí, como aquí y como en todos los Parlamentos, especialmente en los que suena la hermosa y rotunda habla castellana, la facundia y las galas retóricas suelen dar la patente de estadista á quien casi en absoluto carece de las dotes necesarias para serlo; con fácil palabra, con ingenio y travesura en la polémica, pueden aparentarse aptitudes y conocimientos que no se tienen y conseguir altos puestos en la administración pública. Por esto, la limitación al derecho de hablar en esos Parlamentos encuentra y encontrará siempre gran oposición; por esto también las controversias personales y los debates sobre puntos generales de política son los preferidos, y se rehuye entrar en aquellos que, por más concretos, exigen previo estudio y, por su índole, no ofrecen ocasión de lucimiento ni satisfacciones de amor propio. Lo que directamente no afecta al organismo y funcionamiento de los partidos y por tanto al especial interés de los individuos que los forman, queda relegado á segundo término y nunca llega el momento de ponerlo á la orden del día, aunque se trate de asunto de capital importancia ó de necesidad para el país.

Así, por ejemplo, pasan años y años sin que las Cámaras y, en general, los poderes públicos de Chile tomen con empeño la construcción de las obras proyectadas en el puerto de Valparaíso, y sobrevienen catástrofes como la que tantos daños causó á mediados de julio último. Tras varios días de temporal, con pertinaces lluvias torrenciales, que interrumpió todo trabajo en el puerto, el embate de las olas rompió el malecón y los diques, los cauces no soportaron el caudal de agua y la masa de arena que bajaban de los cerros, las alcantarillas se cegaron, reventaron los tranques y, desbordados los esteros, la ciudad quedó convertida en una gran laguna, y el pánico fué espantoso, porque las casas se hundían y sus moradores perecían ahogados.

* * *

El archipiélago de los Galápagos, refugio de bucaneros y piratas en pasados siglos, mansión después de empedernidos criminales allí confinados por el gobierno de Quito, teatro con frecuencia, antes y ahora, de la ferocidad humana, ha sido en nuestros mismos días escenario de sangrienta tragedia.

Según correspondencias de Guayaquil que tenemos á la vista, en la isla de Chatham ó San Cristóbal, entre corpulentos guabos y hermosos naranjos, en el centro de grandes plantaciones de café y caña se alzaba sobre una colina un pueblo de 400 individuos, operarios los más del ingenio «Progreso,» cuyo dueño, D. Manuel J. Cobos, se titulaba «Rey de Galápagos.» Aquéllos, en su mayor parte confinados y gente desalmada que para evitar cuentas con la justicia se había refugiado en la isla, llevaban muy á mal la servidumbre á que los sometía Cobos; fraguaron un complot, á cuyo frente se puso el mayordomo del ingenio, Elías Puertas, y á machetazos asesinaron á su amo y al gobernador de la isla. Consumado el crimen, 80 hombres y 8 mujeres se embarcaron en una goleta con rumbo á la costa vecina del continente. El caudillo, Elías Puertas, fué aclamado «libertador» y la pequeña embarcación recibió el nombre de «Libertad.» Mas poco gozaron de ella los criminales; aprehendidos en Tumaco, puerto colombiano, fueron enviados y entregados á las autoridades de Guayaquil.

Puertas y los suyos procuraron excusar su delito con la tiranía á que, según dijeron, los sometía Cobos, y es documento curioso el acta que levantaron después de cometidos los asesinatos. Decía así, en parte: «El pueblo de Chatham ó, mejor dicho, los esclavos del inhumano Manuel J. Cobos, cansados de tolerar tantos abusos y de trabajar años y años sin remuneración alguna, recibiendo castigos, tortura, látigo, resolvimos no continuar más bajo la opresión en que vivíamos... Todos los habitantes de Galápagos tienen conocimiento de que Cobos fusiló á cinco individuos, que seis murieron azotados, que desterró á quince hombres á las islas desiertas y algunos murieron de hambre... Las autoridades nunca castigaron crímenes de esta clase, porque todas estaban bajo el dominio de Cobos, el rey de Galápagos, el tirano del Ecuador, como se jactaba en decirlo á voz en cuello... El 14 de enero, á las cinco y media, el Sr. Cobos mandó á la cárcel á José Prieto, y bárbaramente se le puso en la barra; luego se hizo saber que al siguiente día sería castigado con 500 palos á carne desnuda: esto dió lugar á que todos los esclavos, mejor dicho, la mayoría, puestos de acuerdo, unánimemente dispusieran dar fin á la vida del tirano.»

El hecho á que nos referimos ha motivado en el Ecuador protestas contra la colonización de las islas Galápagos con criminales; se pide que vayan á ellas colonos honrados, capaces de fundar pueblos libres y prósperos, sometidos á idéntico régimen que los demás ciudadanos de la república. Es, por cierto, la ocasión muy oportuna para fomentar la población y los cultivos en ese archipiélago, que se halla precisamente en el camino que han de tomar los buques que, después de pasar el canal de Panamá, hagan rumbo al SO.

Otra circunstancia da importancia al archipiélago. Como, según se ha dicho, algunas de sus islas fueron en pasados tiempos, sobre todo en los siglos XVII y XVIII, refugio de piratas, hay tradición de que en ellas escondían éstos el fruto de sus rapiñas, y se habla de considerables tesoros ocultos. Propósito de buscarlos se atribuye á un inglés que acaba de organizar una expedición científica á esas tierras.

* * *

No cejan los gobiernos centroamericanos en la noble tarea que se han impuesto de fortalecer los vínculos de fraternidad entre las cinco repúblicas.

El 16 de junio la Asamblea Nacional constituyente de Honduras aprobó en todas sus partes el Tratado de paz centroamericano celebrado en la ciudad de San Salvador el día 2 de noviembre de 1903 por plenipotenciarios de Guatemala, Nicaragua, El Salvador y Honduras.

Según dicho tratado, las mencionadas naciones se comprometen á mantener la paz, aceptando como principio de conducta el de *no intervención* de ninguna de ellas en los asuntos de las otras; á fomentar las mutuas y buenas relaciones, acreditando recíprocamente cónsules generales con el carácter de encargados de negocios en las capitales de cada nación; á confirmar como obligatorio el principio de arbitraje para dirimir las contiendas que pudieran surgir entre las repúblicas signatarias; á solicitar la mediación amistosa de las naciones neutrales para el arreglo pacífico, en caso de dificultad grave entre una ó más repúblicas; por último, á invitar á Costa Rica, como república hermana, para que, si lo tiene á bien, acepte y suscriba el Tratado por ser de interés general para Centroamérica.

* * *

La Asamblea Nacional de Guatemala, reunida el 3 de agosto, escuchó el Mensaje que le dirigió el presidente D. Manuel Estrada Cabrera, á quien, en la sesión del 7, declaró electo popularmente para el próximo período presidencial. La Asamblea clausuró sus sesiones y quedó terminado el proceso electoral relativo al nombramiento constitucional del presidente de la República.

La solución del problema presidencial de Guatemala ha causado buen efecto en América y en Europa. Estrada Cabrera es hombre que vale y que inspira confianza.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



... y Benigno reía, reía siempre

LA ÚLTIMA PENA DE BENIGNO

Como el personaje creado por Víctor Hugo, el rostro de Benigno llevaba estereotipada la risa contagiosa é inevitable de lo grotesco, á la par que el terror y la admiración de lo espantoso.

Sólo que la risa de Benigno no tenía por origen la mutilación y deformamiento material, no era contrahecha, sino real, vivida, producto del desengaño y el escepticismo de un espíritu bondadoso, melancólico y desinteresado, vencidó tras larga lucha con los elementos destructores por excelencia: el egoísmo y la perfidia humanas.

En los veinte primeros años de su vida, había llorado mucho, mucho; las desgracias naturales y la maldad de los hombres le hicieron derramar á raudales lágrimas de sentimiento, tal vez quijotesco, pero sentido en el fondo del alma con intensidad semejante á la del dolor de un padre que sufre por los extravíos de un hijo criminal y sin entrañas: desde hacía mucho tiempo reía sin cesar, con carcajada muda y continuada que daba miedo y atraía la curiosidad incitando á reir también. A las lágrimas de sentimiento reemplazaron las muecas del sarcasmo y del desprecio, y Benigno reía, reía siempre, igual ante la agonía de un anciano, que ante la venida al mundo de un infante, ante la belleza de una mujer atrayente, que ante la monstruosidad de un enfermo de lepra, lo mismo con el espectáculo pavoroso de un incendio, que con la algazara de un pueblo en alegre fiesta.

Tenía aproximadamente cuarenta años y desde hacía más de veinte no se le conocía un amigo; jamás iba acompañado y á nadie del pueblo saludaba. Con sus ojos pardos, que al igual que los labios reían, miraba á todos con mirada fascinadora que á los más soberbios subyugaba, pero con la esclavitud ruidosamente alegre del imbécil siervo, que atado á un poste ríe á carcajadas las contorsiones de dos payasos, mientras su amo sacude de cuando en cuando sus espaldas con fuertes latigazos. Carcajadas espantosas que retuercen en convulsiones horribles el vientre y estropean la dentadura con apretujamientos infernales de dolor infinito.

. . . .

La infancia de Benigno no había sido la infancia alegre de la inocencia que goza la vida, fué la triste infancia de la precocidad que presiente la desgracia del nacer. Aquel niño siempre melancólico no jugaba como todos, no alborotaba, no sabía lo que era la risa. A la edad en que todo es bullicio, alegría, vida, en fin, en él todo era tristeza y abatimiento. Tenía un alma *fúnebre*, pero era un alma buena. La desgracia ajena que los niños aún no comprenden, era sentida por él como catástrofe propia, y no era extraño á los seis años verle correr á consolar el llanto de algún niño, mientras él se secaba las lágrimas que el dolor ajeno le arrancaba.

Con los restos bastante crecidos todavía de una fortuna espléndida en tiempos mejores, sus padres vivían en sencilla y noble holgura, y Benigno fué creciendo y educándose entre los mimos de su madre, virtuosa señora que adoraba en él al único pedazo externo de sus entrañas, y los consejos de un padre, que práctico en el arte de vivir, presagiaba funesto término al extraño carácter de su hijo, y le aconsejaba frecuentemente excitándole á preocuparse más de gozar la vida y menos de enjugar y verter lágrimas, sintiendo ajenos dolores, cosas que el buen viejo por experiencia sabía que sólo se premian con desazones é ingratitudes.

Cuando Benigno contaba diez años murió su madre. Aquella muerte agravó la melancolía de aquel niño viejo. Un día amaneció muerto su padre también. La rotura de un aneurisma privaba á aquel infantil Jeremías de los consejos y cuidados de un viejo escéptico y experimentado. En el testamento le procuraba como única herencia la tutela de un antiguo amigo del pueblo, que á la par que del niño cuidase del viejo caserón solariego y de algunos centenares de fanegas de tierra. A los dos días del fallecimiento se instalaban en casa de su ahijado el tutor y una hija de éste de la misma edad de Benigno.

Desde entonces Rosario y Benigno crecieron juntos. La compañía de aquella hermosa niña, á la que insensiblemente se fué aficionando el huérfano, amortiguaba poco á poco la tristeza de su melancolía, y al cabo de cinco años, ya en la juventud, sonreía alguna vez cuando dulcemente cogidos de la mano aspiraban el aire embalsamado del jardín ó paseaban por los alrededores accidentados del pueblo. Eran novios; renacía para Benigno la vida con su sol espléndido y la alegría de amar, pero la tormenta se columbraba sobre su felicidad naciente.

El tutor soñaba con pensamientos siniestros. Se felicitaba de la muerte de aquel amigo que le proporcionara con los restos de su fortuna el modo de aumentar la dote de Rosario, y consumado el criminal despojo á cubierto del Código, D. Pedro, que tal era el nombre del miserable, soñaba con un matrimonio más ventajoso para su hija. Esta soñaba también. El convencimiento de su belleza y el deseo de figurar y divertirse le hacía ambicionar horizontes más brillantes y alegres que los de su casamiento con aquel joven tristón y meditabundo que á su lado se crió. El golpe de gracia no debía hacerse esperar mucho tiempo.

Amaneció un día en que Benigno se encontró solo. Su tutor y Rosario habían desaparecido. En carta breve, pero expresiva, se despedían para un largo viaje. *El* no necesitaba de sus cuidados: tenía ya edad de manejarse solo.

Describir la desesperación honda del huérfano, al enterarse de aquella fuga á la que *su amor* prestara aquiescencia, es tarea para la que no sirven plumas tan mal cortadas como la mía. Baste decir que aquella desesperación sólo se exteriorizó en llanto silencioso... De repente, cuando aún con la carta en la mano procuraba á través de la niebla espesa de sus lágrimas leerla por segunda vez, la vieja criada, que de antiguo tiempo constituía la única servidumbre de aquella casa, anunció la visita del señor juez.

Entró el funcionario en la salita en que el joven se hallaba, y al observar su compunción sonrió dolorosamente. La misión nada grata que allí le llevara debía agravar aquella pena. El representante de la justicia participó á Benigno que sólo se le concedía un plazo de ocho días para abandonar aquella casa que ya no le pertenecía. Una hipoteca á *retro* había cumplido sobre las fincas que su padre le dejó al morir, y había que abandonarlo todo á sus nuevos propietarios.

Benigno escuchó todo aquello asombrado, mudo; ni una queja se escapó de sus labios, ni un relámpago de ira, al verse así despojado, relució en sus ojos; pero cuando el juez, tras de indicarle que aún podía disponer del mobiliario, hubo cesado de hablar, el rostro del desgraciado se animó, y arrojando una mirada enigmática sobre una panoplia repleta de armas de fuego, abalanzóse á un revólver con descompuesto ademán. El magistrado, comprendiendo sus intenciones, desvió arrojándose sobre Benigno la dirección del tiro, y el ruido de la detonación se confundió con el estrépito de una carcajada, terrible, angustiosa y de duración indefinida... Era la primera risa de aquel infeliz, que dejaba de ser desgraciado.

A los dos días, repuesto ya de la fiebre que á la risa siguiera, Benigno salía de la casa que le vió nacer, después de haber reducido á numerario los antiguos y ricos muebles y las alhajas de familia, únicas cosas de que no pudieron despojarle. En sus labios apuntaba la risa aquella que jamás debía abandonar. La violenta crisis de un temperamento restaba á la humanidad un hombre que llamaba á la muerte, pero daba á los hombres un payaso que, despreciando la vida, se reía de la humanidad.

En las afueras del pueblo, en un sitio árido y solitario, entre peñascos brutales, una choza, tiempo ha deshabitada, sirvió en lo sucesivo de albergue á aquel joven que en la flor de la edad renunciaba á la lucha, y las gentes del pueblo fuéronse poco á poco acostumbrando al ir y venir entre ellos de aquella máscara risueña y callada, muda mejor.

Sucediéronse los años y Benigno seguía paseando su risa por entre los patanes y los señoritos de la aldea, mientras sus cabellos encanecían y sus fuerzas iban flaqueando. Su risa continua daba miedo, pero en momentos parecía aún aumentarse... En la iglesia, cuando el cura predicaba ó los devotos se golpeaban el pecho; en la plaza, cuando se saludaban los amigos con efusivo apretón de manos y amable sonreir; cuando se lamentaba alguna muerte ó se felicitaban por un bautizo, una boda ó una herencia; cuando oía detalles de algún crimen horrendo ó se daba

cuenta de alguna acción buena, la risa de Benigno se engrandecía, y siendo más amarga, más punzante, causaba la penosa impresión que causa la verdad en el oído del que la teme. Aquella risa era todo un sistema de filosofía consoladora contra el egoísmo y la falsedad humanas.

Los lugareños extrañaron un día la ausencia de Benigno. Hacía varios que no se le veía cómo de costumbre chapoteando barro por las sucias callejas del pueblo, y la gente se preguntaba, tal vez contenta de no ver su risa, la causa que le impidiera salir de la choza. Un sentimiento de curiosidad, en el que para nada entraba el deseo de hacer bien, indujo á los más atrevidos á dirigirse, quebrantando la costumbre, á la miserable morada del que calificaban con cierto despecho de desgraciado. Llegados que fueron, en recua, como siempre van los imbéciles, observando que la puerta sólo estaba entornada, penetraron en la única habitación de la aislada casucha.

En el fondo de ella, en mísero y limpio camastro de tablas, en actitud del que no esperando ya nada se dispone á morir tranquilamente, permanecía postrado aquel hombre extraño, atacado de la *última* enfermedad.

Al ruido que los visitantes hicieron al entrar, el moribundo entreabrió los cerrados párpados, y sus ojos vidriosos se animaron con fugaz relámpago indescifrable, violenta sacudida agitó su cuerpo cual si le hubiesen aplicado una corriente eléctrica y sus labios se contrajeron sarcásticamente más que de ordinario.

—¡Qué lástima!, susurró con voz de alma en pena, ¡morir tan joven, cuando aún podía haber reído tanto!..

Y aquel hombre extraño, aquel filósofo ignorado, dió el último suspiro entre las convulsiones de una carcajada satánica.

J. Manuel Palacios.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA CAMPANA

DEL KAMI (1) DE KIOTO

(CUENTO JAPONÉS)

A fines del siglo XI, imperando en el Japón el mikado (2) Xirakawa, con residencia en Kioto, causaba grandes disturbios en el país la lucha, al principio solapada é hipócrita, después franca y sangrienta, de los Taira y los Minamoto.

Ambas familias eran de sangre imperial. Descendían los Taira del mikado Kuammu, que reinó á principios del noveno siglo, y los Minamoto, de Seiwa, emperador por el año 870.

Ambas familias habían recibido de los Fujiwara—estirpe nobilísima que gozó durante muchas generaciones del favoritismo de la casa imperial—el cargo de defender la nación contra los ataques de los tainos del Norte y de dominar los frecuentes levantamientos de los mal sometidos indígenas del Sur.

De llevar á cabo esta última empresa fueron comisionados los Taira, y de vencer á los salvajes, la familia rival.

El uno y el otro partido habían alcanzado grandes victorias, y regresaron á la capital del Japón ocultando bajo los laureles del conquistador el áspid de sus ambiciosas miras. Las dos familias aspiraban á substituir á los Fujiwara, que habían demostrado su impotencia y afeminamiento encargando á otros de los peligros y sufrimientos de la guerra para continuar desempeñando los cómodos empleos de la corte, más lucrativos y menos arriesgados.

Quedaban, ya pacificado el imperio, millares de brazos inactivos de uno y otro bando, dispuestos á secundar los soberbios proyectos de sus respectivos capitanes. Y entonces comenzó una lucha innoble de intrigas palaciegas, de asesinatos y desapariciones misteriosas en Kioto, y de escaramuzas, sorpresas y saqueos en los campos y pequeños poblados.

(1) Nombre que recibían los dioses no principales

(2) Emperador.

Era necesario que una de las dos estirpes desapareciera, para que la superviviente pudiese heredar á los Fujiwara con un golpe áulico, que arrojase á éstos para siempre de los escalones del trono, quitándole á su jefe la regencia de los Estados, cargo que había ido sucediéndose entre ellos desde Kamatara (3) y que procuraban mantener casando al *Heredero de la Luz* (4) con mujeres de su familia.

Tamamori, jefe de los Taira, era no sólo gran guerrero, sino también hombre sagaz y de mucho ingenio, que habiendo comprendido la dificultad de vencer á sus adversarios por la fuerza, discurría constantemente tratando de hallar la manera de deshacerse de ellos sin más trabajo que el de presentarlos ante el emperador como traidores, para conseguir el destierro y la muerte de los más principales y temibles.

Un día entró en el salón, donde Tamamori solía reposar después de la comida, el oficial *samurai* (5) de servicio.

—Señor, dijo respetuosamente, un *eta* (6) pretende hablarte, demostrando tal interés, que á pesar de haber prohibido que se te molestara, me he resuelto á entrar... Dice que quiere comunicarte algo relativo á los Minamoto.



Exposición Nacional de Bellas Arte. Madrid. 1904. - Nerón y Sén... grupo en yeso de Eduardo Barrón, premiado con primera medalla

—Que pase, dijo el noble con mal disimulada ansiedad.

Poco después entró un hombre harapiento y sucio.

—¿Qué tienes que decirme?, preguntó Tamamori.

—Un gran secreto, una gran idea que se me ha ocurrido...

Hablaba temblando, dirigiendo á todas partes los ojos medrosos. Por algunos instantes guardó silencio, y se oyó cómo entrechocaban sus dientes.

—¿Podrá escucharme alguien?, preguntó al fin.

—Habla.

—Una estratagema que perderá sin remedio á tus enemigos.

—Di pronto, interrumpió nervioso el *kugé* (7).

Bien sabes que en el palacio de nuestro alto señor el emperador, que los kami guarden, se conserva el tesoro divino, compuesto de la espada que Susano (8) sacó de una de las ocho colas de la gran serpiente cuando bajó al Japón; del espejo con que los demás dioses hicieron salir á Amaterasu de su caverna, y de la bola sagrada que Ninigi-no-Mikato (9)

(3) Mikado en los años 645 á 649.

(4) Primogénito del soberano.

(5) Hombre de dos sables. Llamábase así á los escuderos y mesnaderos de los señores feudales. De entre ellos salían los capitanes, sacerdotes, literatos, etc.

(6) Individuo de las más bajas capas sociales destinado á oficios viles.

(7) Cortesano descendiente de los hijos menores de los mikados.

(8) Dios que empezó á gobernar el Japón desde una de sus islas.

(9) Hermano de Amaterasu, diosa del Sol.

dejó á los que le sucedieron en el Imperio del Sol Naciente. Esas insignias son emblema del poder, y los enemigos del emperador bien podrían querer arrebatarlas para suplantarle en el trono. Los enemigos serían los Minamoto. Y el que realmente puede robar el tesoro soy yo, que conozco la entrada secreta del subterráneo donde se encierra. Yo puedo enterrar dentro del palacio de tus enemigos las sagradas insignias sin que ellos lo sepan. Tú acusas al gran mikado á los Minamoto como los ladrones del emblema divino, que pretenden apoderarse del mando supremo. Entonces se hará un registro en el palacio de los traidores, y encontrado el tesoro imperial, serán sentenciados á muerte unos, y otros transportados á las lejanas islas. Te traigo, pues, con la destrucción de los rivales, la consideración del señor magnífico, su favor y la regencia de los Estados, porque los Fujiwara serán acusados de traidores, ó por lo menos de ineptos.

Calló el *eta* y Tamamori quedó sumido en una profunda meditación. Al cabo de algunos minutos preguntó, mirando con fijeza el rostro cetrino de su interlocutor, que seguía temblando y dirigiendo á todas partes sus ojos exageradamente oblicuos:

—¿Y cómo entrarás en el sótano de las sagradas reliquias?

—El *eta* es albañil, el padre del *eta* lo era también y también el padre del padre y todos, en muchas generaciones. Uno construyó el lugar oculto y la galería que conduce al lugar oculto. El contó el secreto á su hijo y éste al suyo y así hasta mi padre, que me lo contó.

—¿De qué manera podrás esconderlo en la casa de mis rivales?

—Soy trabajador de ellos.

—Haz lo que me prometes, y cuando esté hecho permanecerás preso aquí hasta que sepa yo que has cumplido con verdad lo que me propones. Tu cabeza sería el precio de cualquier traición; pero como toda obra se ha de premiar según la obra, puedes pedir lo que quieras, si los sucesos corresponden á tus palabras. ¿Qué quieres por tu trabajo?

—El pobre *eta* nada desea, sólo se contenta con que caigan algunas cabezas de Minamoto. No quiere más que vengar una afrenta.

Desde las primeras horas de la mañana siguiente notábase en el palacio del mikado extraordinaria agitación. Murmurábase en voz baja en las antecámaras, y de vez en cuando, un *kugé*, atravesando por entre los corrillos de cortesanos con la cara fosca y la mirada desconfiada, ó un jefe de *samurai* dando á toda prisa órdenes reservadas á sus inferiores, aumentaban las hablillas palaciegas y los temores de todos los que se habían manifestado partidarios de los Minamoto.

Decíase que éstos habían intentado robar la noche anterior el tesoro divino, y que á no ser por una ronda que sorprendió á uno de los ladrones cerca de la casa de los traidores, lo hubieran conseguido.

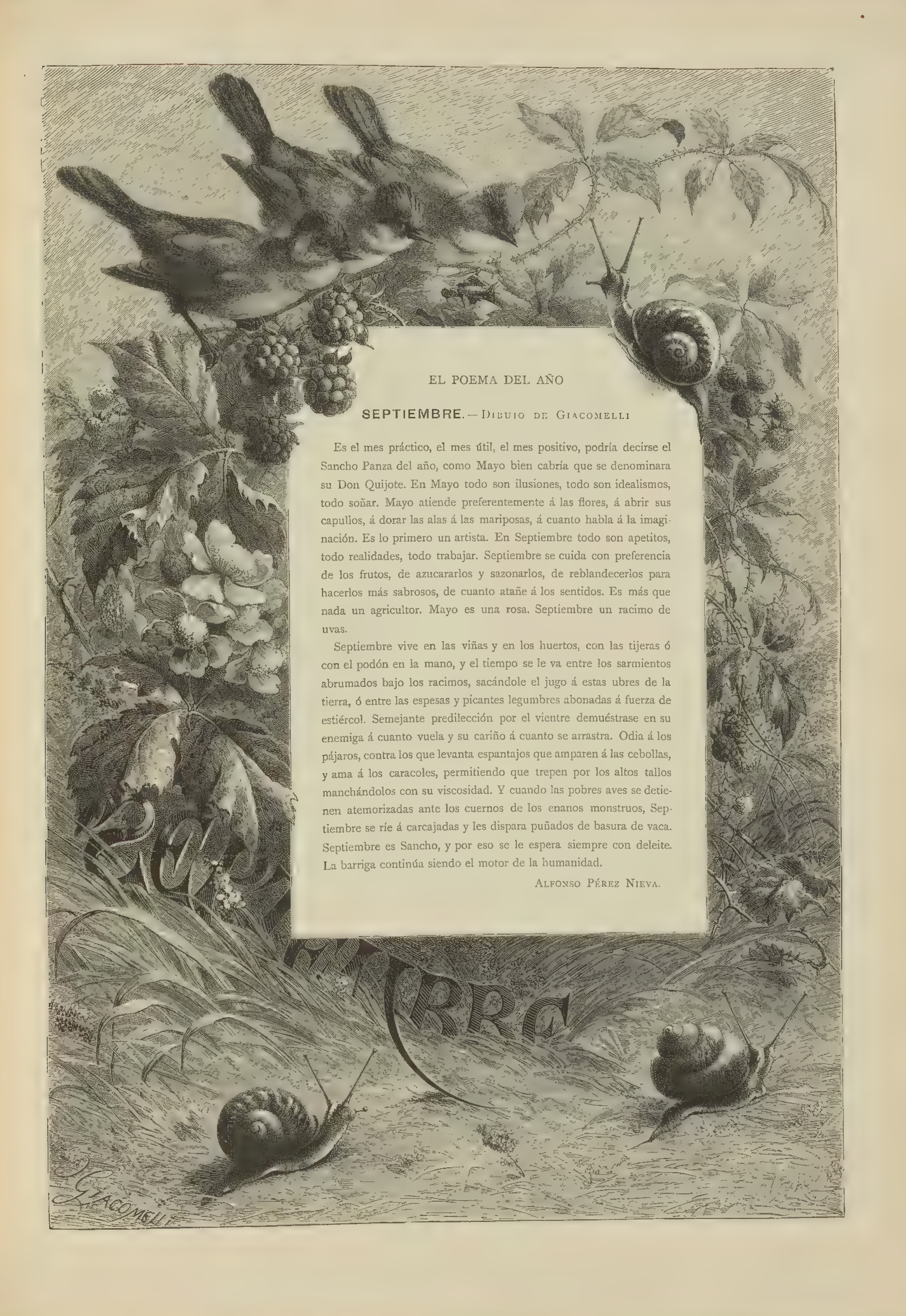
En efecto, un piquete de soldados que volvía de las puertas de Kioto, al torcer una esquina vió correr á un hombre hasta perderse en la obscuridad y que otro permanecía inmóvil junto á un costal caído en el suelo.

De este hombre, que parecía petrificado de terror, se apoderó el piquete, y una vez reconocidas las insignias imperiales, dieron aviso á Xirakawa.

La noticia había volado por la capital como una centella, llenando de consternación á los buenos japoneses y dando tiempo á los Minamoto y á sus parciales de ponerse en fuga, al saber que se les acusaba del sacrilegio.

Algunas prisiones, no obstante, habíanse practicado; pero no arrojaron luz sobre el asunto.

El hombre detenido la víspera, que decía llamarse Sawjidzu, afirmaba que nada tenía que ver con el robo, y que el hallarse junto á las reliquias fué porque, dirigiéndose de su casa á un poblado cercano de Kioto para trabajar en su oficio, que era el de carpintero, encontró á un hombre que al sentir á la



EL POEMA DEL AÑO

SEPTIEMBRE. — Dibujo de Giacomelli

Es el mes práctico, el mes útil, el mes positivo, podría decirse el Sancho Panza del año, como Mayo bien cabría que se denominara su Don Quijote. En Mayo todo son ilusiones, todo son idealismos, todo soñar. Mayo atiende preferentemente á las flores, á abrir sus capullos, á dorar las alas á las mariposas, á cuanto habla á la imaginación. Es lo primero un artista. En Septiembre todo son apetitos, todo realidades, todo trabajar. Septiembre se cuida con preferencia de los frutos, de azucararlos y sazonarlos, de reblandecerlos para hacerlos más sabrosos, de cuanto atañe á los sentidos. Es más que nada un agricultor. Mayo es una rosa. Septiembre un racimo de uvas.

Septiembre vive en las viñas y en los huertos, con las tijeras ó con el podón en la mano, y el tiempo se le va entre los sarmientos abrumados bajo los racimos, sacándole el jugo á estas ubres de la tierra, ó entre las espesas y picantes legumbres abonadas á fuerza de estiércol. Semejante predilección por el vientre demuéstrase en su enemiga á cuanto vuela y su cariño á cuanto se arrastra. Odia á los pájaros, contra los que levanta espantajos que amparen á las cebollas, y ama á los caracoles, permitiendo que trepen por los altos tallos manchándolos con su viscosidad. Y cuando las pobres aves se detienen atemorizadas ante los cuernos de los enanos monstruos, Septiembre se ríe á carcajadas y les dispara puñados de basura de vaca. Septiembre es Sancho, y por eso se le espera siempre con deleite. La barriga continúa siendo el motor de la humanidad.

Alfonso Pérez Nieva.

ronda arrojó un bulto que llevaba y huyó. El entonces, acercándose, observó que el contenido del costal era el tesoro sagrado, que conocía por haberlo oído describir muchas veces. El asombro le paralizó.

Viendo el soberano que nada más respondía, mandó que se le diera tormento; pero no pronunció una sola palabra que difiriera de su primera declaración.

Hacia el mediodía presentóse en palacio una preciosa joven como de diez y siete años diciendo ser hija del supuesto ladrón, tratando de probar la inocencia de su padre.

De nada sirvieron su desconsolado llanto, sus razones, ni sus ruegos. Tenía en contra todas las circunstancias que habían concurrido en el desgraciado encuentro de su padre con la ronda.



Retrato de Ariosto pintado por Tiziano, cuadro adquirido recientemente por la Galería Nacional de Londres, que ha pagado por él 30.000 libras esterlinas (750.000 pesetas)

Habíansele recogido á éste algunas herramientas que llevaba consigo y que debieron de servirle para llevar á cabo la substracción, por más que nadie comprendiese cómo pudo ésta verificarse á pesar de los guardias y de las puertas del sótano, en las que no se había notado señal de violencia.

Después de haberle casi deshecho los pies, prensándoselos bárbaramente para hacerle declarar quiénes le habían inducido á cometer el delito, viendo que persistía en negar su participación en él y convencidos los jueces de que su acción sacrílega merecía la pena de muerte, condenáronle á ser decapitado en la plaza que se extendía delante de la residencia de los mikados.

Cuando Kiwa, la hija de Sawjidzu, supo esta sentencia, corrió nuevamente á postrarse á los pies del emperador.

Arrastróse ante él, desesperada, mesándose el undoso cabello, jurando por Amaterasu que el autor de sus días era inocente del delito que se le imputaba, invocando el espíritu de Keiko (1) en su favor; todo en vano: Xirakawa no revocó la terrible orden, contentándose con decir á la desolada joven:

—Si Sawjidzu no ha cometido el delito de que se le acusa, los dioses lo demostrarán: dirige á ellos tus ruegos para que obren un milagro que nos evidencie su inculpabilidad, y será indultado. Pero date prisa, porque dentro de dos horas será la ejecución.

Iluminóse el rostro de Kiwa con la esperanza de una intervención sobrenatural, segura como estaba de la inocencia de su padre. Se levantó, radiante de fe, del suelo en que yacía y se encaminó á la puerta, desesperada ya de todo humano auxilio.

Después de atravesar las revueltas calles de la capital, salió al campo, dirigiéndose al templo del kami, á cuya protección estaban encomendados los destinos de Kioto.

Poco tardó en penetrar en la calle de árboles que conducía á la capilla, alrededor de la que se elevaban otras varias más pequeñas, destinadas al culto de dioses de menor importancia.

Después de purificarse, lavando su boca y manos en las piscinas colocadas para este efecto á ambos lados del largo paseo, avanzó, animada por una gran fe, pasando bajo los diversos *torii* (2) levantados antes de llegar al sagrado recinto que marcaba una glorieta de criptomerias (3).

Adelantóse por entre los *círculos* de paja de arroz que rodeaban los troncos de algunos árboles para retener al espíritu en ellos albergado, y una vez frente al templo principal, tiró de la cuerda que pendía del *gong* (4) colocado en alto y le hizo resonar con fuerza.

Cuando las vibraciones, que debían atraer al kami si se hallaba paseando por los alrededores, se apagaron, prosternóse ante el oratorio elevado cerca de la capilla y comenzó el rezo.

Después de contar sus cuitas con voz apenada, imploró ardientemente un portento que patentizara la inocencia de su padre, con tales ansias, derramando tan amargas lágrimas, que el dios debió de conmoverse viendo á aquella hermosa virgen retorciéndose las muñecas en su dolor, hundiendo el rostro en el polvo, lanzando lamentos desgarradores, volviendo algunas veces los extraviados ojos inyectados de sangre hacia Kioto y amenazando iracunda á la población con los puños cerrados, que apretaba nerviosamente hasta incrustar las uñas en la sonrosada carne.

Acercábase el momento de la ejecución y Kiwa comenzaba á dudar de la intervención del kami. Sin duda no debía de oirla cuando ningún portento se verificaba.

Volvió á repicar desatinadamente, golpeando después con la palma de la mano en la puerta del templo, orando á gritos. Todo inútil.

En su tribulación desatinada, llegó á pedir que el tifón (5) barriera la capital del imperio, castigando la injusticia del mikado, de su corte y del estúpido populacho, que pedía desaforadamente la cabeza del sacrílego.

El dios no hacía caso de sus ruegos; y los sonidos de la campana se esparcían por el aire inmóvil y tranquilo, lleno de los aromas que el calor de un sol espléndido hacía brotar de las lozanas plantas.

Al fin, extenuada, dejó la cuerda y pudieron oirse los deliciosos acordes de la música de los campos: el variado piar de las aves, los relinchos alegres de las cercanas yeguadas, regocijados ladridos, zumbar de insectos.

De repente, todos los ruidos de la fauna cesaron.

A aquella misma hora, la plaza destinada para la ejecución hallábase rebosando de gente que hablaba á gritos, que gritaba aullando, que se estrujaba en apretados remolinos, sudando, ahogándose, sufriendo, cualquiera de los que iban á darse el gusto de ver rodar una cabeza, más de lo que había de sufrir el dueño de ella cuando sintiera penetrar en la carne el azulado acero.

Desde la terraza en que se había instalado Xirakawa con sus altos dignatarios, veíase á la multitud, de la cual el vaho caliente subía hasta allí, moviéndose como cuando las mieses, agitadas por el viento, imitan las olas del mar; sólo que allí las espigas rubias eran caras rojas como la escarlata por la congestión y la asfixia. Los sombreros de laca de los espectadores brillaban al sol como un ejército de escarabajos.

Un rugido bestial, exhalado por la muchedumbre, siguió á la aparición del reo sobre el cadalso de bambúes levantado delante de palacio.

Hubo un momento de silencio solemne.

Entonces se oyó, claro y distinto, el lejano tañer de una campana. Era el *gong* del templo ante el cual lloraba Kiwa.

Sin que nadie se explicara la causa, aquel triste sonido produjo un malestar extraño en todos los presentes.

Sawjidzu paseó su vista por la plaza, escudriñando los rincones, como si esperase todavía un milagro que le salvara.

Luego fué humillando la cabeza con desaliento...

La campana repicó á lo lejos desesperada y lúgubremente. Después calló.

El verdugo, volviéndose al acusado, puso mano á la flamígera hoja y la desenvainó; pero antes de que la levantase para descargar el golpe, le detuvo un rumor subterráneo que crecía por momentos, cuyas vibraciones sentíanse bajo los pies pasando en on-

(1) Mikado por cuyo recuerdo profesábase gran respeto. Imperó en el siglo II.

(2) No se explica de un modo satisfactorio la significación ó el objeto de los *torii*, que tanto abundaban en el Imperio japonés en los alrededores de los templos. Su forma semeja el marco de una puerta en la cual el dintel estuviese prolongado por sus extremos, sobresaliendo de las jambas. Entre éstas y á alguna distancia por debajo del dintel corre otro travesaño paralelo á él. Algunos opinan que los *torii* substituían á nuestros arcos de triunfo, otros les dan un significado religioso.

(3) Arbol muy frondoso y corpulento.

(4) Campana.

(5) Terrible huracán que se presenta con alguna frecuencia en el Japón, asolando los campos, derribando edificios y causando muchas víctimas.

das, como las que produce en un estanque una piedra arrojada al centro del agua.

Todo el mundo comprendió lo que aquello anunciaba.

El *Jixin owo* (1) había sido encargado por el kami de Kioto de estorbar la ejecución de la sentencia y también de que castigase lo que, por lo visto, era una injusticia.

Segundos más tarde, la tierra temblaba con temerosas convulsiones y el ruido del espantoso tableteo aumentábase con el de los derrumbamientos, con los gritos de angustia de los habitantes, que no habían memoria de terremoto tan prolongado ni de tal violencia.

Los hombres huían al campo, sin preocuparse de las mujeres ni de los niños, que aquéllas pretendían llevar también fuera de poblado. Algunas personas se arrojaban á la calle desde las ventanas por no encontrar la puerta en su turbación ó para verse al aire libre cuanto antes.

En los pocos minutos que duró el fenómeno, vinieron al suelo con infernal estrépito cuantos edificios estaban construídos con materiales pesados.

Cesó el terremoto; pero no tardó en manifestarse con una fuerza desconocida su temible acompañante: el incendio.

Rara vez deja de producirse después de una conmoción de la tierra. Una tabla que cae sobre el hogar, una ardiente pavesa que prende en un techo de nipa, es lo bastante.

El fuego se inició á la vez en varios puntos de la ciudad, propagándose de casa en casa, de cuartel en cuartel, con la facilidad que le imprimía una brisa blanda y juguetona que, al colarse por entre las maderas de las paredes y los pies de bambú, levantaba una verdadera lluvia de chispas que caía sobre las techumbres, llevando la destrucción y la ruina por todas partes.

Cuantos esfuerzos se hicieron, encaminados á extinguir el arrasador elemento, fueron inútiles. Durante toda la tarde, una gigantesca columna de humo coronó la capital del imperio, y por espacio de bastantes horas, ya de noche, el resplandor de las llamas iluminó los campos.

Sawjidzu, encontrándose en libertad, corrió á la choza que habitaba.

Su pobre vivienda, sin duda por estar algo retirada del núcleo del incendio, fué de las pocas que se salvaron en la catástrofe.

Al llegar encontró á Kiwa desmayada ante la puerta.

Cuando el sol apareció, el padre y la hija contemplaban con lágrimas en los ojos la ligera nube de humo que, cerniéndose sobre los montones de escombros y cenizas, indicaba el lugar donde había sido Kioto (2).

J. SÁNCHEZ GERONA.

(1) *Pez de los terremotos*. Los antiguos japoneses atribuían los temblores de tierra á un gran monstruo marino que golpea las costas con su cola.

(2) Esta población ha sido varias veces destruída por el fuego.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – MUKDEN. ENTRADA DEL ANTIGUO TEMPLO CHINO (De fotografía)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Después de los combates de Liao-Yang y de la consiguiente retirada del ejército de Kuropatkine á Mukden, no ha ocurrido suceso alguno de importancia en aquella parte del teatro de la guerra. Es natural, pues así los japoneses como los rusos necesitan descansar y reponerse antes de emprender nuevas operaciones: esto es lo que unos y otros hacen, procurando establecerse del mejor modo posible en sus nuevas posiciones para la próxima batalla que, según todos los indicios, ha de ser tan reñida y sangrienta como la última. ¿Dónde se empeñará ésta? Suponen algunos que será en Tie Ling; pero otros afirman que Rusia no puede comprometer su prestigio abandonando Mukden sin combate, de lo cual deducen que aquí será donde ocurrirá el nuevo choque, no retirándose los rusos á Tie-Ling sino en caso de ser vencidos.

De todos modos, es probable que transcurran aún algunos días antes de que se empeñe la acción, pues la experiencia ha demostrado que los japoneses son muy lentos en su movimiento de avance, sea por la necesidad de aprovisionarse, sea para preparar sin precipitación, y por ende con mayor seguridad y más probabilidades de éxito, todos los elementos indispensables para la batalla próxima.

En el entretanto, sólo hay encuentros entre las avanzadas de ambos ejércitos, pero estas escaramuzas carecen de importancia; y si bien se dijo que el combate formal había ya empezado, tal rumor ha sido posteriormente desmentido.

El estado mayor ruso ha negado que sean exactas las noticias contenidas en el parte de la batalla de Liao-Yang dado por el mariscal japonés Oyama, en lo referente á las municiones de guerra y al material que cayeron en poder de los vencedores. El general Sahkarof ha telegrafiado á San Petersburgo que el enemigo sólo se apoderó de algunos furgones rotos y de unas cuantas cajas de cartuchos; en cambio el citado mariscal afirma que el ejército del general Okú se apoderó de 13 prisioneros, 30 caballos, 2.288 fusiles, 127 furgones de municiones, 5.892 proyectiles de artillería, 639.930 cartuchos, gran cantidad de cajas de harina, arroz, forraje, herramientas y prendas de vestir; el del general Kuroki, de 40 caballos, algunos furgones de municiones, 800 fusiles, 300 proyectiles de artillería, 60.000 cartuchos, un aparato telegráfico y de varias herramientas; y el del general Nodzú, de 490 fusiles, 1.164 proyectiles de artillería, 37.880 cartuchos, tres heliógrafos, teléfonos, herramientas y de gran cantidad de provisiones.

El tsar ha dirigido al general Kuropatkine el siguiente telegrama: «Veo por vuestro informe que no habéis podido sosteneros en la plaza fuerte de Liao-Yang, porque el enemigo amenazaba cortar vuestras comunicaciones. Una retirada de todo el ejército en circunstancias tan difíciles y por caminos terribles, es una operación que habéis realizado admirablemente, luchando con dificultades graves. Os doy las gracias y las doy también á las tropas por sus esfuerzos heroicos y continuados. Dios os guarde.—Nicolás.»

Por su parte, la prensa japonesa, si bien se felicita de la victoria de Liao-Yang, reconoce que las ventajas logradas son indecisas y que los rusos son enemigos muy respetables; y todos los periódicos afirman que el general Kuropatkine ha demostrado ser un estratégico hábil, pues el arte de realizar una retirada es una parte tan esencial de la ciencia militar como el arte de avanzar, y que supo prever á tiempo el movimiento envolvente de Kuroki, evitando con ello que la derrota degenerara en desastre.

De Puerto Arthur siguen recibiéndose pocas noticias directas, procediendo casi todas las que de allí nos llegan de los refugiados de Che Fu. Entre estas últimas, que como tantas veces hemos dicho merecen cuando menos ser puestas en cuarentena, mencionaremos el hallazgo por los sitiados, en un subterráneo construído en otro tiempo por los chinos, de una gran cantidad de pólvora en perfecto estado, multitud de fusiles y algunos cañones Krupp con 60.000 proyectiles. Por el mismo conducto se ha dicho que los rusos han practicado minas debajo de los edificios públicos, de los muelles, de los depósitos y de los arsenales que pudieran ser útiles á los japoneses, á fin de hacerlos volar antes de que el enemigo penetre en la ciudad; que los japoneses envían grandes refuerzos á los sitiadores por la bahía Luisa, y que habiendo el general Stoessel recibido del general Kuropatkine la orden de sostenerse hasta el mes de enero, mandó hacer un inventario, del que ha resultado que tiene municiones para cinco meses y víveres para seis.

Otro telegrama de Che-Fu relata una conversación del príncipe Radziwill, que el día 16 de este mes salió de Puerto Arthur. Según él, hay allí víveres y municiones suficientes para que la plaza resista mucho tiempo y el general Stoessel alienta grandes confianzas, habiendo conseguido con su actitud verdaderamente heroica mantener el entusiasmo de la guarnición. Dice además que en una alocución dirigida por el citado general á la guarnición manifiesta que el encarnizamiento casi feroz de los japoneses demuestra la necesidad de resistir hasta el último extremo, porque si la fortaleza es tomada por asalto, los oficiales enemigos no podrán contener á sus soldados é impedirles que se entreguen á la matanza.

El príncipe ha presenciado actos de valor admirables de ambos ejércitos, que se baten con igual desprecio de la muerte. Una compañía japonesa que ocupaba un puesto peligroso, viéndose en la imposibilidad de defender su posición envió á Stoessel la siguiente nota: «No podemos conservar la posición;» á lo que el general respondió: «Pero podéis morir.» Y en efecto, todos aquellos soldados perecieron. En los asaltos de los últimos días de agosto, dos compañías japonesas, viéndose á merced de los rusos, enarbolaron la bandera blanca; los rusos, sin hacer caso



GUERRA RUSO-JAPONESA. - MUKDEN. SEPULCRO DEL EMPERADOR (de fotografía)



Soldados japoneses haciendo fuego desde una trinchera



Reservas japonesas acudiendo á reforzar la línea de batalla

GUERRA RUSO-JAPONESA.—La batalla de Yang-Tsu-Ling (1.° de agosto), en la que murió el general ruso Keller

Fotografías del «Collier's Weekly,» de los Estados Unidos de América



UN CENTINELA JAPONÉS VIGILANDO UN DESFILADERO DESDE LO ALTO DE UNA COLINA

LÍNEA DE RESERVA JAPONESA AVANZANDO AL NORTE DE MOTIEN LING PARA ENTRAR EN ACCIÓN

SOLDADO JAPONÉS CUSTODIANDO LA BANDERA DE SU REGIMIENTO DURANTE UNA BATALLA

EN EL DESFILADERO DE YANG-TSU-LING EN DONDE MURIÓ EL GENERAL RUSO KELLER. RESERVA JAPONESA ESPERANDO LA ORDEN PARA ENTRAR EN ACCIÓN

SOLDADOS JAPONESES TRANSPORTANDO UN CARRETE DE ALAMBRE PARA EL TELÉFONO DE CAMPAÑA

GUERRA RUSO-JAPONESA.—El ejército japonés en campaña.—Fotografías del «Collier's Weekly,» de los Estados Unidos de América

de la señal, siguieron disparando, y las tropas japonesas que estaban detrás de las dos compañías, indignadas del abuso que se hacía de la bandera blanca, hicieron fuego sobre sus camaradas y entre ellos y los rusos mataron á los 600 hombres.

Las noticias recibidas directamente del general Stoessel dicen que los sitiadores fueron rechazados con grandes pérdidas el 26 de agosto y el 2 del actual,



Guerra ruso-japonesa. – El contraalmirante Viren, que ha reemplazado al príncipe Oukhtomsky en el mando de la escuadra de Puerto Arthur.

confirman la explosión de la mina de que dábamos cuenta en la crónica anterior, añaden que los japoneses han dado unas proclamas exhortando á la guarnición á que se rinda; que el enemigo, sin dejar de cañonear diariamente los fuertes, las baterías y el interior de la plaza, no manifiesta gran actividad, y que habiendo atacado el reducto que protege las conducciones de agua, fueron por dos veces rechazados con muchas bajas.

El ferrocarril transiberiano tenía hasta hace poco una solución de continuidad en la región extraordinariamente montañosa situada al Sur del lago Baikal: la construcción de largas y difíciles obras de fábrica obligaba á los trenes á detenerse á orillas del lago, que era atravesado en barcas cuando no estaba helado, ó á pie cuando la capa de hielo lo permitía. En la actualidad está completamente colocada la vía en esa región llamada transbaikalia, y en lo sucesivo no habrá trasbordos y los trenes podrán circular incesantemente, lo cual permitirá aumentar considerablemente la circulación y acelerar el envío de refuerzos.

Dícese que el Japón ha encargado á los Estados Unidos cinco submarinos del tipo *Holland*.

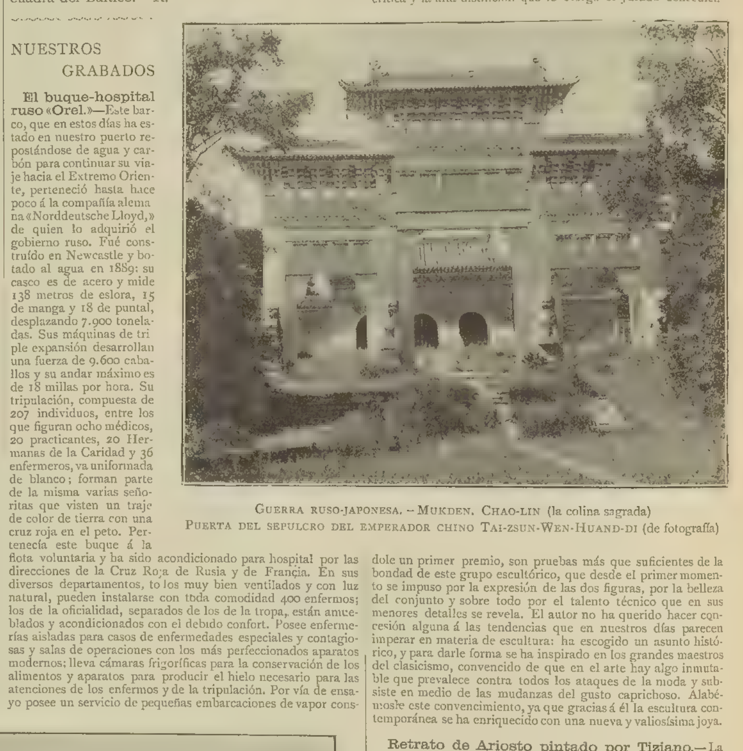
Se ha desmentido la noticia, que dimos en nuestra última crónica, de la salida de la escuadra del Báltico para el Extremo Oriente.

Telegramas de Londres dicen que el Japón ha notificado oficialmente á las potencias que considera los buques de guerra rusos refugiados en los puertos neutrales como una presa de guerra legal, y que en este sentido obrará cuando llegue el momento oportuno. Tal pretensión es, en concepto de muchos, completamente contraria á los usos y tradiciones del derecho de gentes, siendo de suponer que las potencias neutrales interesadas (Estados Unidos, Francia y Alemania) no se dejarán imponer por esta exigencia del gobierno del Mikado.

Asegúrase que se ha dado orden terminante á los almirantes jefes de las escuadras de Puerto Arthur y Vladivostok que cuando hayan de luchar nuevamente con la escuadra japonesa tengan por principal objeto, no la salvación de sus propios buques, sino la destrucción de los del enemigo, aun á costa de sacrificios que antes habrían parecido exagerados. Esta orden tiende á debilitar por mar á los japoneses, que no pueden proporcionarse nuevas unidades de combate, y á preparar de este modo el camino á la escuadra del Báltico.—R.

NUESTROS GRABADOS

El buque-hospital ruso «Orel.»—Este barco, que en estos días ha estado en nuestro puerto repostándose de agua y carbón para continuar su viaje hacia el Extremo Oriente, perteneció hasta hace poco á la compañía alemana «Norddeutsche Lloyd,» de quien lo adquirió el gobierno ruso. Fué construído en Newcastle y botado al agua en 1889: su casco es de acero y mide 138 metros de eslora, 15 de manga y 18 de puntal, desplazando 7.900 toneladas. Sus máquinas de triple expansión desarrollan una fuerza de 9.600 caballos y su andar máximo es de 18 millas por hora. Su tripulación, compuesta de 207 individuos, entre los que figuran ocho médicos, 20 practicantes, 20 Hermanas de la Caridad y 36 enfermeros, va uniformada de blanco; forman parte de la misma varias señoritas que visten un traje de color de tierra con una cruz roja en el peto. Pertenecía este buque á la flota voluntaria y ha sido acondicionado para hospital por las direcciones de la Cruz Roja de Rusia y de Francia. En sus diversos departamentos, todos muy bien ventilados y con luz natural, pueden instalarse con toda comodidad 400 enfermos; los de la oficialidad, separados de los de la tropa, están amueblados y acondicionados con el debido confort. Posee enfermerías aisladas para casos de enfermedades especiales y contagiosas y salas de operaciones con los más perfeccionados aparatos modernos; lleva cámaras frigoríficas para la conservación de los alimentos y aparatos para producir el hielo necesario para las atenciones de los enfermos y de la tripulación. Por vía de ensayo posee un servicio de pequeñas embarcaciones de vapor construídas ex profeso para recoger heridos después de un combate aunque el mar se halle agitado y trasbordarlos á otras que llevan á remolque y en las cuales pueden instalarse literas. No está dotado de armamento de ninguna clase, y sólo algunos de sus tripulantes llevan un corto machete pendiente de la cintura.



Guerra ruso-japonesa. – Mukden. Chao-lin (la colina sagrada)
Puerta del sepulcro del emperador chino Tai-zsun-Wen-Huand-di (de fotografía)



Guerra ruso-japonesa. – El buque hospital ruso *Orel*, que ha estado recientemente en el puerto de Barcelona
(De fotografía de A. Merletti)

La canción favorita, cuadro de W. Menzler.—En medio de las extravagancias y aberraciones con que algunos adeptos del impresionismo modernista, mal entendido, por supuesto, pretenden disimular, so capa de originalidad y desprecio de los procedimientos corrientes, su total desconocimiento del dibujo y de la armonía del colorido, producen grata impresión los cuadros que, como este del celebrado pintor alemán Menzler, son modelo de elegancia y de corrección y al mismo tiempo de verdad, dibujo, color y expresión: todo se halla en este lienzo cuidadosamente atendido: no hay en él atrevimientos de esos que deslumbran al pronto como los fuegos artificiales, pero que como éstos no dejan rastro alguno de sus fugaces resplandores. *La canción favorita* es una obra sólida dentro de su sencillez, y su autor merece aplausos por haberse preocupado solamente de producir algo bello sin dejarse arrastrar por corrientes que han desviado á más de un artista del verdadero camino del arte.

Nerón y Séneca, grupo en yeso de Eduardo Barrón.—Después de algunos años de voluntario retiro, ha vuelto el notable escultor Sr. Barrón al palenque, presentando en la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid la hermosa obra que reproducimos. La admiración con que la recibió el público; las alabanzas que le dedicó la crítica y la alta distinción que le otorgó el Jurado concediéndole un primer premio, son pruebas más que suficientes de la bondad de este grupo escultórico, que desde el primer momento se impuso por la expresión de las dos figuras, por la belleza del conjunto y sobre todo por el talento técnico que en sus menores detalles se revela. El autor no ha querido hacer concesión alguna á las tendencias que en nuestros días parecen imperar en materia de escultura: ha escogido un asunto histórico, y para darle forma se ha inspirado en los grandes maestros del clasicismo, convencido de que en el arte hay algo inmutable que prevalece contra todos los ataques de la moda y subsiste en medio de las mudanzas del gusto caprichoso. Alabémosle este convencimiento, ya que gracias á él la escultura contemporánea se ha enriquecido con una nueva y valiosísima joya.

Retrato de Ariosto pintado por Tiziano.—La Galería Nacional de Londres ha adquirido recientemente este cuadro, una de las mejores obras maestras de Tiziano, ejecutada por éste en su juventud, pagando por ella la importante suma de 30.000 libras esterlinas. De esta cantidad 11.000 libras han sido donadas por el Estado; las 19.000 restantes han sido generosamente regaladas por Mr. W. W. Astor, Mr. Pierpont Morgan, Lady Wantage, Lord Burton, Lord Iveagh y Mr. Alfredo Beit. Este lienzo formaba parte de la colección de Lord Darnley y había sido comprado por Sir Jorge Donaldson, que lo ha cedido á la Galería Nacional por lo mismo que le había costado.

Bellezas de Canarias. El Hotel Taoro (Orotava).—Levántase este hotel en el sitio más hermoso de Tenerife y en una altura desde la cual se domina el bellísimo valle de Orotava, y por sus vastas proporciones, por los jardines y bosques que le rodean, y por el magnífico panorama que desde él se admira, ha logrado grande y justa celebridad y merecido el favor de innumerables turistas. El lugar en donde se levanta era hasta hace poco un erial; pero la inteligencia, la energía y la perseverancia de los iniciadores de la magna obra, convirtieron aquel páramo en verdadero paraíso, é hicieron del hotel una residencia deliciosísima, así por el sitio donde está situado como por su instalación espléndida, capaz de satisfacer á los viajeros más exigentes. El nombre del Taoro va estrechamente ligado al del distinguido patricio canario Dr. D. Víctor Pérez y á los de sus compañeros de empresa, que tantos esfuerzos y sacrificios han hecho para aumentar las comodidades y los atractivos del establecimiento, uno de los mejores del mundo por su situación excepcional. Entre los ilustres huéspedes que en él se han alojado citaremos al rey de Bélgica, á los grandes duques de Mecklenburgo-Schwerin y la infanta D.ª Eulalia de Borbón, que en él estuvo cuando su viaje á los Estados Unidos.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.



Y el padre de Graciana llegó á casa de sus suegros en el momento en que iban á sentarse á la mesa

LA ZARZALERA

Novela original de Pablo Bertnay—Ilustraciones de Simont

(continuación)

Porque Graciana era una temeraria que afrontaba todos los obstáculos, decidida á superarlos.

Cuando Pedro le preguntaba, inquieto por la inflexible voluntad con la que iba á chocar:

—Pero usted prevé, ¿verdad?, usted prevé también la negativa de mi padre, la negativa inexorable, ante lo cual no tendré más que esperar á cumplir veinticinco años. A Dios gracias, será dentro de tres meses, y nadie entonces podrá impedirme que establezca mi vida como sea mi deseo.

—Yo tengo que esperar todavía cerca de un año para ser mayor de edad. Pero tengo más suerte que usted, porque me parece que en casa no serán tan terribles ni tan inexorables como en la de usted. No veo en mis abuelos lo que usted me cuenta de su padre.

—¡Ah! Mejor, si no son de la raza que ha salido de este granito. Sí, sin duda en su familia de usted hay más siglos de dulzura hereditaria. Mientras que en la mia...

—Y bien, aunque fuesen también feroces, ¿qué importa, Pedro? Nos desterrarán, pero nuestro destierro no lo será si nos vamos juntos. No seremos ricos, pero tampoco miserables, con la fortuna que nos han dejado nuestras madres. Vea usted cómo, Pedro, nuestras madres nos habrán amado y socorrido aun no estando en este mundo. Y haremos nuestro camino, mi capitán, mi bravo coronel. Cuando volvamos, usted con muchos galones, muchas cruces y mucho prestigio y yo con unos angelitos que serán su vivo retrato de usted, Pedro, verá usted cómo todo se arregla, si ya no se ha arreglado.

—Es usted adorable y la adoro á usted por su valentía, por su hermoso desinterés, por la sonrisa que asoma á sus labios cuando mira usted de frente la vida... ¡Ah!, muy modesta.

—Muy dichosa, Pedro, mientras me ame.

—¡Ah, cielo mío, entonces puedo prometer á usted la dicha!..

Pedro se interrumpió:

—¡Viene alguien!

Era muy raro que pasase nadie por el claro del Encinar.

Una ó dos veces solamente había pasado por allí algún campesino cuyos zapatones claveteados se habían oído de lejos y que ni siquiera habían visto á la joven oculta tras de las piedras.

Y sólo estaba á unos pasos cuando Pedro exclamó en voz baja:

—¡El señor cura!..

En aquel momento Graciana estaba arrodillada, detrás del muro ciclópeo, en la piedra que le había servido de asiento, y se le veía desde el camino toda la cabeza.

Bajarse y esconderse hubiera sido confesar que temía las miradas indiscretas y la joven no lo pensó siquiera.

Y cuando el padre Gaindrón, después de un movimiento de sorpresa pronto reprimido, pasó haciendo á Graciana un gran saludo, la joven se lo devolvió graciosamente:

—Buenos días, señor cura.

Pero en cuanto el padre Gaindrón desapareció, dijo la enamorada suspirando:

—Pedro, nuestro secreto está muy en peligro.

—Sí, este hombre hablará.

—Y bien, éste ú otro...

—Es verdad, era de esperar y debemos estar preparados. Por mi parte, lo estoy.

—Yo también, Pedro.

El padre Gaindrón se marchó estupefacto. ¡La nieta de Girardot y el chico de Boissier! ¡Los dos estaban allí, hablando familiarmente, como buenos amigos!

Sí, el cura estaba enterado de aquella historia de bandidos y de la intervención de Pedro el día en que llegó Graciana. Todo el mundo había hablado de eso en aquel momento.

Pero, en fin, la tal historia no explicaba el que los dos estuvieran en aquella actitud de familiar abandono y en una conversación que tenía todas las trazas de un conciliábulo y acaso de una cita.

Era posible que no hubiera más que apariencias, y el cura, con una mueca ligeramente escéptica, murmuraba, como para penetrarse bien de ella, esta frase del Evangelio: «¡Desgraciado el que se escandaliza!» Pero la verdad era que aquello era raro y un poco alarmante.

¿Pensaría acaso aquel oficialillo, á pesar de la enemistad de las dos familias?.. Y si así fuera, ¿le costaría mucho trabajo al teniente Boissier hacerse amar por aquella muchacha?

¿Quién sabe lo que puede pasar por el cerebro de una joven?

El hijo de Boissier era un buen mozo, no debía de ser tonto y tenía el prestigio de sus galones y de su cinta roja.

Y el cura añadía muy preocupado:

—Este chico será un día más rico que Daniel. Si esos jacobinos llegasen á poner la mano en la Zarzalera, la mitad del término dependería de ellos... ¡Ah! No, no hay que echar en saco roto lo que la Providencia me ha permitido atisbar.

Y se fué corriendo al castillo.

El barón estaba en el jardín hablando de asuntos municipales con el secretario del ayuntamiento.

—Buenos días, señor cura, ¿qué cuenta usted de bueno?

—Poca cosa, señor alcalde.

Y con un discreto guiño le dijo claramente:

—Vamonós adonde este hombre no pueda oirnos.

El barón, que había comprendido, dijo al secretario:

-Entonces está convenido, Moulin. A las dos iré á firmar. Buenos días, Moulin. Venga usted, señor cura; tengo que enseñarle una cosa muy curiosa.

El padre Gaindrón vió alejarse al secretario, y en cuanto estuvo á distancia dijo:

—No será tan curiosa como la que yo tengo que decir á usted.

—¿Qué es ello?

—Ante todo, ¿cómo está el asunto con los Girardot?

—No va mal. La baronesa y yo estamos conquistando á los abuelos y, mientras tanto, Daniel asedia á la muchacha. Y hasta creo que el mozo lo hace de buena gana.

—Pero, en fin, ¿no se ha dicho todavía nada positivo?

—No...

-Pues yo, en lugar de usted, marcharía un poco más de prisa.

—¿Por qué?

—Porque hay alguien que tiene todas las trazas de avanzar á paso gimnástico.

—¡Bah! ¿Quién puede ser?

—El chico de Boissier, señor barón.

—¿El teniente? ¡Usted se chancea!

—No tengo ninguna gana.

—Pero ya sabe usted cómo están los Boissier y los Girardot.

—Sí, pero he visto cómo estaban el hijo de Boissier y Graciana.

Y después de contar al barón su aventura del Encinar, terminó diciendo:

—No quisiera decir ni hacer creer más de lo que hay. Puede ser que sólo haya sido testigo de un encuentro casual y de una conversación que se explicaría por el agradecimiento de Graciana hacia ese joven... Pero puede ser también que la Providencia me haya llevado como por la mano para mostrarme algo más que un encuentro de azar. Ese chico de Boissier, que es según parece muy inteligente, ha pensado acaso que su padre hacía mal en poner mala cara á un vecino cuyas tierras, unidas á las de la Umbría, harían una soberbia propiedad.

—Ya lo creo, señor cura, la más hermosa del distrito.

—Pues bien, más vale que la Zarzalera se agregue al castillo. La propiedad será igualmente soberbia y, en todo caso, estará en mejores manos. Así pues, señor barón, ¡adelante!, como hubieran dicho sus antepasados de usted...

El barón le miró con una expresión indefinible.

-Mis antepasados... ¿Usted cree?.. Después de todo, también en tiempo da nuestros reyes se doraban los blasones. Gracias por la noticia, señor cura. Trataré de aprovecharla.

. . . .

Pasaron, sin embargo, unos días sin que se produjera el incidenre ruidoso, inesperado y previsto á la vez, que debía poner fuego á la pólvora y dar comienzo á las aventuras.

Los barones habían hecho dos visitas casi seguidas á la Zarzalera, y en las dos, como decía la de Girardot, la baronesa había estado deliciosa.

No, en los treinta años que llevaba viviendo en buena armonía, nunca la baronesa había mostrado aquella sencillez, aquella amabilidad sin cumplimientos que por poco se convertía en intimidad.

El barón, además, con un pretexto cualquiera, y no de los más hábiles, había vuelto para hablar largamente con el Sr. Girardot, y los dos habían recorrido los paseos del jardín, hablando con mucha animación y mucha complacencia.

Después habían regresado afectando con tal exageración un aire de indiferencia, que Graciana pensó: «¿Qué estarán fraguando los dos?»

Mientras aquellas conferencias diplomáticas, Daniel acampaba, propiamente hablando, entre la Zarzalera y el castillo.

No se veía más que á él por los caminos, y Graciana no podía salir sin encontrar como por casualidad á aquel paseante sonriente que, quieras ó no, se constituía en su caballero galante y amable, y que, después de cambiar las primeras frases corrientes, llegaba siempre, no sin habilidad, á hablar de sus ambiciones.

Eran éstas muy sencillas: una mujercita amada con la que él formaría una deliciosa pareja y que sería su camarada al mismo tiempo que su amante esposa.

Después de ese tema, pasaba á la variación de los programas de existencia. París en otoño y en primavera; un poco de la Cósta azul durante el rigor del invierno; en verano Saint Romain, para recibir allí á los amigos á cuyas casas irían después de temporada. Era aquello una tentación á chorro continuo.

Graciana, casi riendo, pensaba: «Me va á hacer la declaración; está madura; está al caer. Hoy va á ser.»

Pero no: después de aquel cuadro encantador, la declaración no llegaba.

Daniel, que no era tonto, tenía un juego más ceñido y veía que hasta entonces sólo le respondía la curiosidad de Graciana.

Comprendía que aquella linda joven de ojos risueños no estaba en el punto en que un galán no tiene más que decir la palabra decisiva y ofrecer su corazón y su mano para que sean aceptados con una emoción enteramente halagüeña para sus facultades de seducción.

Además, esperaba acaso la autorización de alguien que no era Graciana.

Daniel venía con el abuelo haciendo monadas

Por eso hablaba siempre de un viaje que debía hacer su padre y al regreso del cual esperaba él una gran alegría.

Pero no decía cuál, y parecía un poco despechado al ver que Graciana no se lo preguntaba.

. . . .

Durante ese tiempo Graciana y Pedro conseguían verse y la joven no podía menos de contar á su amigo la comedia que se estaba representando á su alrededor. Pero la muchacha se reía de tan buena gana, que tampoco á él le ocurría alarmarse. Su preocupación no era esa.

Y cuando Graciana, con su franca mirada, le decía: «Soy de usted para siempre...,» Pedro sentía como un remordimiento al pensar: «Yo soy quien no tiene resolución ni iniciativa, mientras ella está llena de voluntad y de valor.»

Porque Graciana se mostraba realmente valerosa para escapar á la verdadera vigilancia que se ejercía sobre ella. No podía dar un paso sin encontrarse con su abuelo, con su abuela ó con Daniel, que salían de todos los rincones para estorbarla.

Sólo lograba ver á Pedro empleando medios que hacían sonrojar á la pobre muchacha.

Había sido preciso poner á Marieta en el secreto; pero, gracias á Dios, no era aquélla una criada como las demás.

Graciana le hizo llorar de inquietud y de ternura al contarle el comienzo de su linda novela de amor, que amenazaba ahora con temerosas sombras, pero que acabaría seguramente como deben acabar todas las novelas, por una dicha sin nubes.

Además, la buena mujer guardaba también un gran reconocimiento al héroe que acaso le había salvado la vida.

Y Marieta, que nada tenía que ver con la querella de los Capuletos de la Zarzalera y los Montescos de la Umbría, y que además consideraba aquel matrimonio como muy conveniente, se había lanzado, primero con timidez y después con entusiasmo, á lo que siempre encanta á un corazón de mujer: una bella intriga de amor.

Ahora era ella la que les llevaba las cartas cuando no podían verse, y la que les indicaba alguna cabaña desierta en medio de un prado, donde podían cambiar esas palabras, siempre las mismas, que dan valor y esperanza para los días de separación.

Esta vez llegó Graciana vibrante y emocionada.

—Creí que iba á tener que enviar á Marieta. Cuando salí y estaba mirando alrededor de mí para tomar la vereda, se me presentó el Sr. de la Rochere.

—¿El barón?

—No, Daniel.

—Me empieza á atacar los nervios ese individuo.

—No tanto como á mí, si eso puede tranquilizar á usted. Daniel venía con el abuelo, haciendo monadas, y en cuanto me vieron, el abuelo nos dijo amablemente: «Hijos míos, con vosotros no tengo que andar con cumplimientos, ¿verdad? Voy á decir una cosa en casa; haz compañía á D. Daniel, Graciana... En seguida vuelvo...» Estaba cogida.

—¡Pobre amada mía! ¿Cómo ha podido usted?..

—Daniel cometió la torpeza de hablarme de una pieza de piano que acaba de recibir.

—¿Músico también?..

—Sí, y no malo. Hay que ser justo con todo el mundo, hasta con los rivales.

—¡Bah! El ser músico no vale gran cosa. ¿Me jacto yo de mi habilidad en el piano? Y sin embargo, tuve un premio por ella en el liceo, mientras que él no lo ganó aquel año. Estábamos en la misma clase. El profesor se llamaba Dubuisson y tocaba la trompa en el teatro.

Graciana se echó á reir y dijo:

– Querido Pedro, yo no dudo de los talentos músicos de usted.

Y Pedro, que también se reía, respondió con acento un poco melancólico:

—Entonces tenía yo once años. Mi pobre madre fué la que quiso que aprendiera la música, pero mi padre pensó después que era cosa inútil. Por eso el artista se ha quedado en flor. Pero no se trata ahora de la música que yo podría hacer.

—No, se trata de la que yo acabo de hacerle á D. Daniel. He sentido de pronto un deseo irresistible y loco de ver la pieza de piano; el pobre se ha echado á correr á buscarla... y aquí estoy.

¿Va á volver, entonces, á la Zarzalera?

¡Ay! Y yo también. Pero, al menos, le he visto á usted, Pedro, y he podido decirle...

El joven sintió un impulso repentino. Decididamente, aquella sonriente voluntad avergonzaba á lo que él llamaba su inercia. Y Pedro exclamó sin dejarle acabar su frase:

Nо, Graciana, soy yo quien tiene que decir á usted que haga votos por mí, por nosotros, porque hoy mismo, dentro de un momento, se verificará el ataque.

—¡Ah!, exclamó la joven palideciendo. ¿Es hoy?..

—A las doce. A esa hora es cuando me encuentro solo con mi padre unos instantes.

—¿Cuándo le veré á usted, entonces? Porque bien comprende usted, Pedro, que de aquí á ese momento voy á estar sin vida.

—A las dos y media pasaré por el camino de la Espinosa.

—Le prometo á usted estar á esa hora delante de la casa de la Borel. Si no estoy sola, hágame usted una seña; si ó no. Así comprenderé que nuestro asunto va bien... ó mal.

¡Pero suceda lo que quiera, Graciana!..

Suceda lo que quiera, Pedro, cuente usted conmigo como yo cuento con usted.

—Ruegue usted, entonces, á Dios.

—Con toda mi alma. Y usted no olvide nuestra divisa: «A pesar de todo.»

—En ella encuentro todo mi valor. A pesar de todo, Graciana.

Los dos jóvenes se estrecharon febrilmente la mano.

Graciana echó á correr.

Y Pedro se volvió lentamente á la Umbría. Dentro de un momento sería el abordaje, violento, terrible.

. . . .

Fué violento, sí, pero no terrible.

Antonio Boissier—así es como la mala suerte arregla las cosas—estaba aquel día de pésimo humor. Acababa de regañar á los mozos y á las criadas y se sentó á la mesa refunfuñando:

—No; habría que estar en todas partes á la vez: en casa para que los criados no le roben á uno, y en el campo para evitar las bribonadas de los labradores. ¡Qué ganas tengo de verte aquí casado!

Pedro cogió la pelota al vuelo.

—Casarme... En efecto, estoy pensando en ello.

—¡Ah!, exclamó el viejo, repentinamente interesado. ¿Vas pensando en eso cuando corres por los caminos?

—No pienso en otra cosa.

—Y bien, esa mujer... Ya sabes lo que yo necesito en casa... ¿Tienes alguna idea?

—Sí, hace tiempo.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Porque sé que, á primera vista, mi idea te disgustará.

—¡Oh!, exclamó Antonio, cuya mirada se hizo más dura.

Pero Pedro continuó con fría resolución:

—He pensado, con todo, y reconocerás que tengo razón, que el matrimonio es cosa grave. Cuando entre casados no hay confianza ni amistad, la vida se convierte en un infierno.

—¡Bah!, dijo el viejo. Las mujeres se quedan en su casa y los hombres se van á sus negocios. No hay más que establecer desde el principio una buena regla de conducta y lo que te preocupa toma menos importancia.

—Entonces el infierno es para ellas, y tampoco quiero eso. Cada uno tiene sus ideas.

—Sí, tú tienes las de tu madre, murmuró Antonio.

—Es posible, respondió Pedro palideciendo. Siempre me has dicho que nos parecíamos. Pues bien, no quiero que mi mujer llore como la he visto llorar á ella, y pienso elegirla de modo que no suceda tal cosa, es decir, á mi gusto ante todo.

—Y un poco también al mío, ¿no es verdad, muchacho?

—Tú eres bastante razonable para no desaprobar mi elección, que es ventajosa para nuestra casa, al mismo tiempo que dictada por un sentimiento...

—Todo eso, interrumpió Antonio, no es más que tiquismiquis de abogado y no pone ni quita nada á los hechos positivos. ¿Quién es esa chica?

—Es tan rica como yo lo seré, buena y animosa y los dos nos queremos.

—¿Y has encontrado todo eso... aquí?

—A dos pasos.

Los ojos de Boissier se pusieron más duros todavía.

—Entonces... se llama,..

—Graciana Delestang.

—La nieta de...

El viejo se quedó sin movimiento como sofocado. Pero en seguida se bebió de un trago el vino que tenía en el vaso y dijo:

—Vamos, hombre, veo que sabes dar las bromas cuando quieres. Creí que la cosa era seria y casi me has metido miedo.

—Hablo en serio, padre, y estoy conmovido, porque sé que en este momento nos jugamos los dos nuestro destino.

—¡Oh!, exclamó el viejo sin moverse. Explícame eso.

—Quiero casarme con esa joven. Te asombra que te diga «quiero» porque es la primera vez que te hablo así; pero debes comprender que si me parezco á mi madre en las aspiraciones de cariño que ella no pudo satisfacer y que la mataron, tengo como tú, padre, una voluntad que no cederá ante la de otro. Así pues, como contigo hay que hablar en razón, toda vez que las cosas de sentimiento te son indiferentes, he aquí mi proposición: si me autorizas para dar los pasos necesarios á fin de darte una nuera que es una joven encantadora que no te ha hecho nada malo y á la que no puedes odiar, tendré por ti un agradecimiento eterno del que daré en seguida una prueba material. Aunque me costará gran trabajo, renunciaré á la carrera militar, en la que puedo, sin embargo, esperar un buen porvenir; me vendré á Saint-Romain, y si quieres aprovechar mi inteligencia, mi buena voluntad y mi perseverancia, te ayudaré con todas mis fuerzas á hacer de la Umbría y de la Zarzalera, que será un día de Graciana, la propiedad mejor cultivada de la comarca. Puedes comprender que á los ojos de todo el mundo un matrimonio que ha de reunir las dos fincas sería bastante de desear para justificar, si no tu concurso, al menos tu consentimiento.

—¿Y si, con todo, no consiento?

—Ese matrimonio se hará de todos modos, padre.



¡Una Girardot aquí, en mi casa! ¡Una Girardot mi nuera!

—¡Oh! ¿A pesar mío?

—Dentro de unas semanas no podrás ya impedírmelo.

Antonio Boissier se estaba imponiendo el esfuerzo, duro para él, de escuchar aquello hasta el fin.

Cuando vió que Pedro se callaba, preguntó:

—¿Has acabado?

—Sí, padre.

—Y bien, ahora me toca á mí. Si haces tal cosa, te prometo que un mes después de tu boda me vuelvo yo á casar. No temas, Antonio Boissier tendrá donde elegir y está todavía bastante fuerte para darte más hermanitos de los que tú puedas desear. A éstos les haré todas las ventajas posibles, de modo que á ti no te quede de mis bienes más que lo que la ley me impida quitarte, y yo sé los medios de que la ley sea muy flexible en este punto... Y ahora, muchacho, ya puedes reflexionar. Si tú tienes tu voluntad, yo tengo la mía. Tú has creído que ya chocheo para proponerme semejante trato... ¡Una Girardot aquí, en mi casa!.. ¡Una Girardot mi nuera! ¿Por qué no me pides ya que vaya con ella á la alcaldía á hacer reverencias á ese otro jesuíta que me ha soplado el puesto?.. ¡Vamos, Pedro! Tú estás malo, muchacho, pero acabo de darte una buena receta. Procura aprovecharla.

Y cogiendo con brusco ademán el ancho sombrero de paja, se marchó exasperado.

. . . .

Después de un consejo de familia realizado en el castillo y siguiendo la opinión de Girardot, el barón de la Rochere se puso en camino para ir, sencillamente, á pedir al Sr. Delestang la mano de Graciana para Daniel.

Aunque el éxito estuviese casi asegurado, se había decidido guardar el secreto á fin de evitar todo riesgo de desencanto.

El barón, pues, se apeó en Lyón, se fué derecho al despacho en que sabía que estaba el banquero á aquella hora, hizo pasar su tarjeta y dijo, después de los primeros cumplimientos, con su claridad acostumbrada:

—No vengo á hablar con usted de negocios de dinero, sino de asuntos de familia. Pero quería estar solo con usted y por eso he venido aquí en vez de ir á su casa. He aquí el asunto que me trae: usted conoce mi situación y acaso conozca un poco á mi hijo... ¿No?.. Un guapo mozo que no tiene hermanos, que posee, en cambio, todo lo necesario para gustar, que gusta mucho á los Sres. de Girardot y que no desagradará á Graciana si se le autoriza para hacerle la corte. Así pues, sin preámbulos, vengo á pedir á usted esa autorización y á decirle al mismo tiempo lo que nos alegraríamos viendo entrar en nuestra familia á esa joven encantadora.

Delestang, muy halagado, pues la petición era, en efecto, halagüeña para Graciana, respondió al barón:

—Me coge usted, señor mío, enteramente desprevenido, pero mi asombro es muy agradable y creo que si los chicos se gustan y si esa boda entra en las miras de mis suegros...

—¿Sabe usted lo que estoy pensando? Que debía usted venirse conmigo á Saint-Germain.

—¡Oh! Los negocios...

—Cuarenta y ocho horas... Un día, en rigor. Ve usted á mi hijo, habla con los señores Girardot...

—Es que... Usted conoce ciertamente la situación... Estamos un poco fríos...

—No lo crea usted. Tendrán un gran placer en verle.

—¿Se lo han dicho á usted ellos?

—Le están hablando por mi boca.

—Me pone usted entonces en la imposibilidad de resistir.

A consecuencia de esta conversación, al día siguiente temprano tomaron los dos el tren en la estación de Perrache.

—El banquero había dado mil vueltas al asunto durante la noche, y cuanto más pensaba en él más excelente le parecía.

El capítulo de intereses se equilibraba muy bien.

La fortuna del barón era sólida y no había deudas. En cuanto el barón salió de su despacho, el banquero había telegrafiado al registro de hipotecas y le habían respondido inmediatamente: «Inscripciones, ninguna.»

Si el joven gustaba tanto á los Girardot, que le conocían desde niño, era que lo merecía; y si pensaban favorecer á Graciana con motivo de ese matrimonio, era que les convenía mucho. Y, en efecto, la reunión del castillo y de la Zarzalera iba á constituir una soberbia finca.

Además, Graciana iba á ser baronesa de la Rochere, y el banquero, como los abuelos, no era insensible á ese cosquilleo de amor propio.

Y en fin, aquel era un medio admirable de desenlazar una situación fastidiosa. Una vez Graciana bien casada, todo entraba en orden y no tendría él la pena de ver desterrada de su casa á aquella niña, demasiado linda para no excitar los celos de su joven madrastra.

Muy halagado ya cuando subió en el tren, estaba enteramente encantado á las pocas horas de viaje con el barón, que le seducía por su franqueza, por su cordialidad y por su confiado abandono, desmentido, sin embargo, algunas veces por la aguda mirada de sus claros ojos azules.

Pero el banquero no pensaba en observar al barón, y cuando al dar las doce llegaron á Saint-Romain, le dijo:

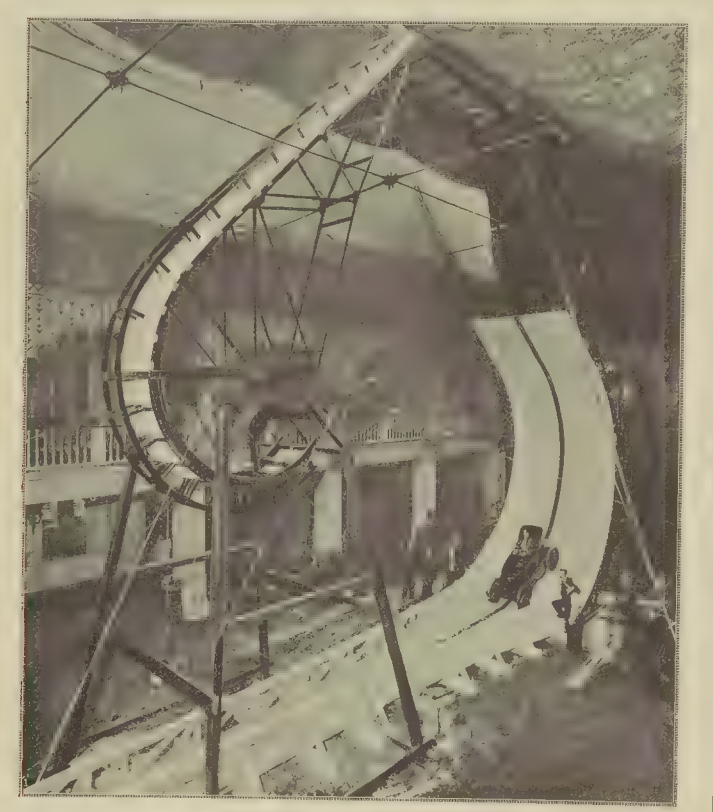
—Y bien, querido barón, me voy tranquilamente á la Zarzalera.

(Continuará)

EL AUTO-BÓLIDO

¿Dónde se detendrán la audacia y el ingenio de los acróbatas?

Después de todos los *looping the loop*, que puede decirse están ya al alcance de cualquiera, el público parisiense que acude á Folies-Bergere presencia todas las noches un espectáculo más arriesgado y terrorífico que cuantos se han visto hasta ahora, el que ejecuta en automóvil la Srta. Mauricia de Tiers, dando un salto en el vacío en la forma siguiente. El automóvil, que es de una construcción especial, es subido á una plataforma situada junto al techo, y una vez instalada en él la acróbata, el vehículo, á una señal dada, es empujado á mano y de pronto se lanza por un plano inclinado de 45 grados y de 12 metros de longitud, provisto de dos rieles en los cuales encajan las ruedas de aquél. De este modo recorre una pista en forma de J, permaneciendo durante unos instantes con la cabeza hacia abajo, y al final de la misma atraviesa como una flecha y á una velocidad de 50 kilómetros un espacio vacío, yendo á caer, gracias á un contrapeso metálico que lleva el automóvil en su parte delantera, con sus cuatro ruedas á la vez, en una segunda pista de igual forma que la primera, pero dispuesta en sentido inverso: esta pista no tiene rieles y desciende hasta el suelo. La acróbata, por consiguiente, describe una S completa y una parte de ella en el vacío.



El auto-bólido, arriesgado ejercicio en automóvil que ejecuta en Folies-Bergeres de París Mlle. de Tiers

Para comprender lo peligroso de este ejercicio, basta tener en cuenta que se trata de una masa de 400 kilogramos de peso que se lanza al espacio con su carga humana y que, después de haber atravesado el vacío, cae sobre una pista con una fuerza de 2.000 kilogramos.

Habiendo preguntado un periodista á la señorita Tiers qué impresión le produce este ejercicio, contestóle que siente una especie de conmoción que se manifiesta especialmente en el cerebelo, lo cual no es de extrañar, pues en el preciso momento de atravesar el espacio vacío, la fuerza impulsiva de la cabeza es tan enorme que equivale á diez veces el peso del cuerpo.—S.

EL COMERCIO DE PIELES EN SIBERIA

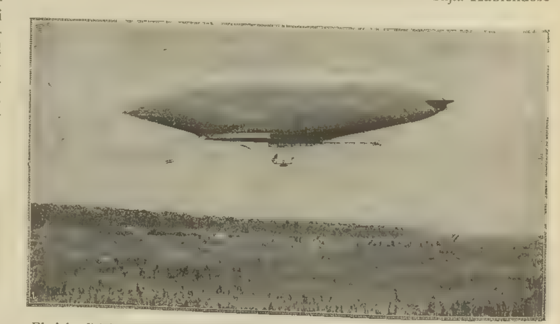
La boga que de algunos años á esta parte han alcanzado las pieles ha dado una importancia cada vez mayor al comercio de este artículo. En todos los países del mundo, todos los animales dotados por la naturaleza de un vellón cualquiera, son perseguidos implacablemente para subvenir á los pedidos de la moda, lo mismo la cebellina que el conejo, la zorra azul que el gato, porque gracias á ciertas preparaciones científicas, los despojos de los animales más humildes toman el aspecto de las pieles más preciosas. La piel de gato puede, en efecto, convertirse en cebellina, y la mejor demostración de esta posibilidad es que la caza no ha producido, según datos positivos, la enorme cantidad de pieles vendidas como cebellinas desde hace muchos años.

El comercio al por mayor de pieles está limitado á determinadas plazas, siendo Londres el principal mercado para estas transacciones. A la metrópoli inglesa convergen, por decirlo así, las pieles del mundo entero, que se adjudican allí cada tres meses. En Copenhague, la administración de la Groelandia vende en pública subasta el producto de este territorio, producto poco importante por el número, pero notable por la calidad de sus zorras. Finalmente, en la feria de Irbit (Siberia) se concentran las pieles proporcionadas por las tribus del Norte y del Nordeste del Asia. En todos tiempos, la principal industria de los indígenas diseminados por las regiones septentrionales y orientales de Siberia ha sido la caza de los animales de pieles y la pesca: el pescado constituye la mayor parte de su alimentación, y las pieles les dan el medio de pagar sus impuestos y de adquirir los géneros y los artículos manufacturados que necesitan. En el Kamtchatka todo varón mayor de veintiún años ha de pagar un impuesto de 15 rublos (40 francos), que satisface en pieles que el fisco vende en pública subasta en Vladivostok, devolviendo á los interesados el sobrante si el precio logrado es superior al importe del impuesto. La mayor parte del comercio se hace allí todavía por cambio; pero desde hace dos años los cazadores del Sur de aquella región, que han reconocido, algo tarde ciertamente, los engaños de que eran víctimas en aquellos cambios, han tomado la costumbre de hacerse pagar en dinero y de comprar ellos mismos los géneros necesarios para su vida. A pesar de esto, los comerciantes siguen comprando muy barato: con algunas botellas de aguardiente obtienen sin gran dificultad las más hermosas pieles, y haciendo algunos anticipos á los cazadores, se aseguran la mejor parte de su botín á precios que ellos mismos, por decirlo así, fijan. El comercio de pieles es la más vergonzosa explotación de que el hombre que se llama civilizado hace objeto á las poblaciones primitivas: en el Kamtchatka los tratantes adquieren por unos pocos francos una piel que en nuestros países vale centenares; por ejemplo, el armiño sólo se cotiza á 40 copeques (aproximadamente un franco), la liebre blanca á 5 (13 céntimos), el gris á 28 (75 céntimos), el oso á 10 rublos (26 francos) y la zorra azul á 15 (40 francos). Las pieles más hermosas se pagan á precios elevados; así la rarísima nutria marina alcanza un precio que oscila entre 1.550 y 2.350 francos.

Los tratantes expiden todas las pieles que han adquirido á la feria de Irbit, que se celebra en pleno invierno en la Siberia occidental y que es el gran mercado del Africa septentrional adonde acuden á proveerse las casas de Europa. Allí se encuentra concentrada la mayor parte del producto de la caza de los espacios inmensos de Siberia. La estadística formada por M. Vieillet-Dupeche, cónsul general de Francia en Moscou, de los *stocks* llevados á Irbit en el presente año, contienen cifras que parecen fabulosas: 33.000 cebellinas, de ellas sólo la décima parte de buena calidad; 4.850.000 grises, 130.000 armiños, 100.000 martas, 47.500 zorras, 200.000 marmotas de Mogolia, 750.000 liebres, 180.000 vesos y 5.000 nutrias.

En la feria de este año se han pagado: las buenas cebellinas, á 442 francos y las de calidad inferior de 47 á 57; los grises más selectos, de o'83 á o'91; los armiños, de 6'24 á 7'28; las martas, de 2'08 á 2'34. Las zorras han alcanzado precios más altos: la blanca ha variado entre 11 y 18'50 y la azul entre 263 y 580. A estos precios compran las pieles de Siberia las grandes casas de Europa, y aunque estos precios no pueden compararse con los que rigen en los establecimientos en donde son vendidas luego al detalle, hay que tener en cuenta que las pieles, antes de poder ser utilizadas como abrigo ó como adorno, requieren cuidados especiales y obreros muy hábiles.

Las pieles más preciosas, como las nutrias marinas, las cebellinas más escogidas y las zorras plateadas, se pagan siempre muy caras, puesto que ya por sí mismas tienen un gran valor; en cambio, los precios de las comunes tienen fluctuaciones enormes, hijas de las variaciones de la moda. Cada tres ó cuatro años, los peleteros «lanzan» una nueva «creación» é inmediatamente esta piel experimenta un alza considerable (100 por 100 y aun más), al paso que las pieles antes solicitadas sufren una baja. Habiéndose puesto de moda muy recientemente la cebellina, las pieles comunes de esta especie alcanzaron precios



El globo dirigible *Lebaudy* n.° 2 evolucionando sobre la planicie de Moisson (Sena y Oise)

enormes; pero decaída la moda de las mismas, han bajado este año en Irbit de 25 á 30 por 100. Igual depreciación ha tenido el gris por la misma causa. En cambio, el armiño sigue subiendo: hace cosa de quince años, los ostiakos de las orillas del Obi me ofrecían magníficas pieles de este pequeño mamífero por 25 copeques (unos 60 céntimos); y en la feria de Irbit del presente año se han pagado por ellas, como hemos dicho, 7'28 y 6'24 y por las de clase inferior 5'20 francos.

Estas variaciones de la moda son muy útiles desde el punto de vista zoológico, pues dan algún tiempo de reposo á las especies que han sido perseguidas durante muchos años y les permiten reconstituirse. Esto no obstante, ciertos distritos de Siberia han quedado ya despoblados, y las pieles más hermosas escasean; pero esta diminución no tiene importancia alguna para el consumidor, gracias á los progresos de la industria, pues el gato, el conejo y la liebre blanca constituyen reservas inagotables para fabricar todos los géneros imaginables. Este año han pasado por el mercado de Irbit 750.000 pieles de liebres blancas. ¿Qué se hace de ellas? Los catálogos no mencionan estolas ni boas de esta clase de piel. ¿Habrán sido transformadas en armiños? La mayor parte de las pieles de este nombre vendidas el invierno pasado en París y en el extranjero tenían un blanco gredoso que no se observa en el verdadero armiño y además se estropeaban muy pronto, al revés de los ejemplares auténticos, que son muy resistentes.

La falsificación de pieles, que los peleteros disimulan cuidadosamente por razones fáciles de comprender, constituiría un capítulo muy curioso de zoología amena.

Carlos Rabot.

* * *

LOS GLOBOS DIRIGIBLES

«LEBAUDY N.° 2» Y «VILLE DE SAINT-MANDÉ»

Estos globos dirigibles han sido ensayados recientemente con muy buen éxito en París. El *Lebaudy*



El globo dirigible *Ville de Saint-Mandé*, en la Galería de Máquinas de París

n.° 2 es una reproducción del *Jaune*, que el año pasado fué destruído en el parque de Meudón, pero mejorada, pues sin haber variado la longitud y la anchura del aeróstato, que continúan siendo de 58 y 9'30 metros respectivamente, se ha aumentado su volumen en 300 metros, gracias al redondeamiento de su popa.

La envoltura del globo ha cambiado de color al mismo tiempo que de forma, siendo actualmente amarilla y azul. El ingeniero Julliot, si bien ha conservado el color amarillo de mostaza para esta envoltura, compuesta de dos capas de algodón y dos de caucho alternadas, ha tendido una tela de color azul celeste entre todos los tubos de acero á fin de disminuir la resistencia del aire; de modo que debajo de la masa amarilla del aeróstato se extiende actualmente un verdadero techo azul celeste que termina en la parte de popa en la flecha de estabilización del modelo de 1902, complicada ahora con una enorme mariposa azul de ocho metros de anchura que hace perfecta la estabilidad y completa el globo, dándole el aspecto de un inmenso pájaro de plumaje azul y amarillo.

El *Lebaudy n.° 2* salió del cobertizo de Moisson á las siete de la mañana tripulado por M. Pablo Lebaudy, y después de veinte minutos de evoluciones excepcionalmente atrevidas, regresó al punto de partida, subiendo entonces en él la esposa de M. Lebaudy, el ingeniero Juchmes y el maquinista Rey. Los cuatro aeronautas descendieron felizmente media hora después delante del mencionado cobertizo de Moisson.

El *Ville de Saint-Mandé*, cuyo inventor es M. Hipólito François, tiene una cabida de 2.000 metros cúbicos y su construcción difiere esencialmente de todo lo que hasta ahora se ha hecho. Su forma es menos prolongada, menos afilada, más ovoide que la del *Lebaudy*, y lleva cuatro hélices movidas por un motor de 24 caballos, destinado á asegurar la propulsión y la dirección.

El inventor, agradecido al apoyo que en los comienzos de sus trabajos le prestó la municipalidad de Saint-Mandé, ha dado á su aeróstato el nombre de esta población.

Las pruebas que se han realizado hace poco en la Galería de Máquinas de París, estando el globo sujeto con cuerdas, han dado, al parecer, un resultado satisfactorio. —X.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

AGUA LECHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerías.







NFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se curan con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.



GARGANTA
VOZ y BOCA
PASTILLAS de DETHAN
Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iritacion que produce el Tabaco, y specialmente á los Sres PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz.— Precio : 12 Reales.
Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerías. — PARIS, 31, Rue de Seine.



Bellezas de Canarias. – El Hotel Taoro (valle de Orotava)

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ENFERMEDADES DEL ESTÓMAGO
PASTILLAS y POLVOS
PATERSON
con BISMUTHO y MAGNESIA
Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN – PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 16

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 3 de octubre de 1904 — Núm. 1.188



GOETHE MORIBUNDO, escultura de Gustavo Eberlein

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cuando les digo á ustedes que sea moderna ó sea antigua la invención de la taberna, convendría y, mejor aún, urgiría que estos establecimientos, cantados por Baltasar del Alcázar, estuviesen tan cerrados en domingo como lo está la Biblioteca Nacional toda la semana por las tardes de todo el año...

Esto sucedió la noche del domingo 18 de septiembre, y no en los ranchos de los buscadores de oro, en el Klondyke, sino en una calle de Madrid.

Entró una partida de quince salvajes sueltos ó kunguses en una casa de beber; pidió vino, se ignora si de lo nuevo ó de lo viejo; pero á diferencia del poeta, que bebía, pagaba y se iba contento, estos bebedores, como el hermano del tabernero les indicase algo relacionado con la indispensable fórmula de pagar, se concertaron para zurrarle. Apedreáronle en efecto con vasos, botellas, frascos, taburetes. Huyó, maltrecho, por una puerta de escape. Acordaron entonces proseguir el juego con el medidor, un chiquillo. Les salió la pascua en viernes: el rapaz cogió un revólver y disparó con buena puntería. Hirió á dos, mortalmente. Entre tanto, los demás malhechores rompían cuanto encontraban. El público, que se aglomeró, quería, según leo en la prensa, linchar á los kunguses..., digo, á los organilleros (pues resulta que los de la bronca pertenecían á esa categoría de *artistas* mecánicos, que cuando no pueden hacer añicos los oídos pacientes, se dedican á hacer cachos las tabernas y los taberneros); pero el público rara vez pone por obra los buenos propósitos que concibe, y á nadie se ha linchado aquí todavía por bruto. Les dejaron, pues, irse tranquilamente, al juzgado los sanos, al hospital los heridos (salvo bastantes alborotadores que se dieron á la fuga), y ahora sólo faltará que al pobre chico medidor, que en legítima defensa manejó el revólver, me le soplen en presidio, cuando merece, por templado y justiciero, una recompensa cívica.

De esta trapatiesta echan la culpa al descanso dominical. Sí; tiene la culpa el descanso dominical... con tabernas francas, y tiene también la culpa la detestable impunidad en que se dejan estos delitos (me refiero á los que cometieron los asaltantes de la casa de beber, porque el muchacho que disparó no ha cometido delito alguno).

Aquí, en el campo, todo esto y mucho más queda sin castigo absolutamente. Hace pocas noches se retiraba de nuestra casa, á las once, por la carretera, un amigo nuestro, que no llevaba armas, que no soñaba que nadie le acometiese. Cerca de Betanzos cruzó por encima de su cabeza, silbó en sus oídos, una verdadera lluvia de proyectiles. Disparaban contra él. ¿Por qué? ¿Por venganza? ¿Por odio? Nada de eso. Pura y simplemente por *sport*... Es la diversión favorita de nuestros mozalbetes aldeanos: comprar un revólver y tirar... Si hacen blanco, cobardemente negarán que fueron ellos, y entregarán á las mozas el arma, para que entre su ropa la oculten. Si no hacen más que asustar al señorito, ¡qué risa! ¡Cosa más chusca! Y, que den ó que no den, ninguna responsabilidad se les sigue: así como á nadie linchan por bruto, á nadie he visto perseguir en justicia por disparar, en el camino real, el revólver, la pistola ó la escopeta.

El sábado pasado jugábamos al tresillo, de noche, á la luz de los focos de acetileno, en la terraza de las Torres de Meirás, al aire libre. Nos recogimos, porque oímos en la carretera que los marroquíes corrían la pólvora..., digo, la bala.

No se le debe echar la culpa de todo á leyes de descanso: la indolencia en la represión de infinidad de transgresiones de la ley también se ha de tomar en cuenta. Mientras no eduquen, repriman, ¿á qué asustarse tanto de un cartucho de dinamita? Al que le clavan una bala por casualidad, por recreo, por donosa chanza, no sé yo qué podrían hacerle de peor todos los anarquistas del universo.

El maestro Domínguez, que vive de contar cuentos, ignoro si con gracia ó sin ella, pues no le he oído nunca, anda estos días por la tierra gallega refiriendo sus historietas andaluzas, y recogiendo aplausos, amén de los honorarios que se le deben, en abono de su labor artística.

Dicen que el repertorio del maestro es un tanto color del prado por abril de flores lleno (salvo las flores) y que tampoco faltan sus correspondientes escatologías, como es de rigor en esta clase de recreos para hombres solos.

El ideal de la humanidad culta es que no estén solos los hombres jamás, porque, lo mismo que los niños, en estando solos, no hacen más que cosas diabólicas... ó simplezas.

Sea como quiera, la silueta del maestro Domínguez, bordando su cuentecillo, nos retrotrae á las edades en que iban de castillo en castillo y de alquería en alquería el juglar ó el trovero cantando y diciendo *fabliaux*, no mucho más severos ni más pulcros que las historias con sal y pimiento picante de este decidor.

Sólo que hoy, en cualquier parte, se encuentra un individuo de buena sombra que haga la competencia al maestro y haga desfilar la «floresta de los chistes» entreteniendo de balde, y en el tiempo de los castillos almenados y los puentes levadizos, escaseaba la sociabilidad y al juglar errante se le recibía como caído del cielo.

Domínguez no va de castillo en castillo, sino de Casino en Casino, de timba en timba, y así sostiene su especialidad, que va teniendo pocos entusiastas.

Por fortuna, la afición á lo verde y á lo... (¿qué color diré?, más vale que el lector se lo figure), decae, disminuye. Buen síntoma. Y esto no es querer que se muera de hambre el maestro cuentista, que se escudará con aquello de

«El vulgo es necio, y pues lo paga, es justo
hablarle en necio para darle gusto.»

Viene á mis manos la biografía y estudio crítico de un excelente artista español que acaba de desaparecer, Daniel Vierge, y se evoca la figura del dibujante ilustre.

El ensayo es obra de otro español cultísimo, buen literato, exacto y verídico además, que conoció y quiso muy de veras á Urrabieta Vierge; de D. Leopoldo García Ramón, apasionado amigo del artista. Podemos aceptar este ensayo como documento y extractar de él una sucinta noticia sobre el gran dibujante.

Sabemos que era, á pesar del apellido Vierge que suena á francés, y por el cual se le suele designar, aun cuando es el materno, español por los cuatro costados, hijo del fecundo ilustrador Urrabieta, y que los modelos de su personalidad artística fueron dos genios tan españoles como Goya y Velázquez; que desde los diez y ocho años dibujó apasionadamente; que tuvo la mocedad de un exuberante y alegre bohemio, que producía y producía entre risas y explosiones de buen humor, sin agotar su vena, sin necesidad de modelo, por tanto y tanto como había estudiado el natural, y que de memoria apuntaba el escorzo más extraño, la actitud más difícil. Su facilidad era la misma de su padre, incansable trabajador en *Museos*, novelas, *Ilustraciones* y publicaciones de todo linaje; pero el hijo volaba más alto, poseía facultades superiores, y no es extraño que Edmundo de Goncourt, autoridad en estas materias, dijese un día del mozo dibujante español: «*Ce gaillard la est en train de changer la façon de dessiner.*»

Y sabemos también, y pudiéramos adivinarlo, que, como tantos otros, Vierge veía en su aptitud preferente, su aptitud de ilustrador, tarea propicia para ganarse el pan, reservando sus ensueños de hermosura y perfección para cuando, rico ya, pudiese pintar á su sabor lo que quisiera.

La ironía de la suerte hace que mientras se prepara así lo venidero, creyendo que está delante la gloria, la gloria, retozona, burlona, quede ya atrás, entre las esfumaduras del pasado.

La gloria, para Urrabieta Vierge, venía envuelta entre lo castizo de su lápiz, que hace de él el gran ilustrador de los narradores picarescos españoles y del *Quijote*, lo cual es decirlo todo tocante á casticismo y fondo nacional. Hecho curioso, nota con razón el biógrafo, si se tiene en cuenta que Vierge dejó á España á los diez y ocho años, que no volvió, y que sólo la retentiva le mostraba esos tipos de arrieros, gitanas, mozas de cántaro, paletos, gañanes, cabreros, gente popular, del terruño castellano legítimo.

Vierge trabajó principalmente para el *Monde* y *The Graphic* y en ilustrar infinitas obras, algunas verdaderamente monumentales, y prodigó su lápiz con ese derrochar impaciente de los temperamentos opulentos, de las naturalezas poderosas. Su creación era incesante, y la llevaba con alegría, porque era de los artistas equilibrados, que los hay, y son á veces los mayores, diga lo que quiera el atropellador Lombroso. Gozaba de salud y de feliz humor; la neurosis no había hecho presa en él. Era también, nos dice su biógrafo, ni gastador ni desprevenido de lo muy necesario que resulta el pícaro dinero—virtud y sensatez, no defecto reprensible en nadie, y tampoco en el artista, que puede, de la noche á la mañana, verse enfermo, sin recursos y desamparado.

Parece la biografía de Vierge la de un hombre completamente feliz; pero el desquite de la fatalidad llega más temprano ó más tarde; para él, bien temprano por cierto. Aterra leer que á los treinta años de edad, sin haber tenido vicios, sin haber cometido excesos, sin explicación por los antecedentes, se durmió sano y se despertó paralizado, hemipléjico. Por fortuna no se hizo cargo de que era incurable su mal, á pesar de habérselo sentenciado Charcot, en su misma cara, con brutal franqueza propia de una clínica, y vivió de esperanzas muchos años, repitiendo como si fuese un santo mortificado: «Paciencia.»

Afásico, habiendo olvidado, como se olvida en ese terrible padecimiento, las palabras, el lenguaje, en parte ó en todo, no había olvidado las líneas ni las formas, y para pedir algo, lo delineaba en un papel.

Dibujaba con la mano izquierda, paralizada la derecha. Poco á poco adquirió habilidad de zurdo, hasta que logró substituir la mano hábil con la inútil generalmente, con la que, por incomprensible anomalía de la educación, prohiben usar desde la escuela á los chicos—y así ganó, no sólo poder vivir, sino combatir la desesperación que en artista tan metido en su profesión había de generar el ocio forzado.

Como pintor, indicaba, según dicen, excepcionales condiciones, que su desgracia no le dió tiempo á revelar. Esperaba á ejecutar la ilustración del *Gil Blas*, espléndidamente pagada, para acometer la pintura, renunciando ya á la ilustración. La suerte quería que fuese dibujante, dibujante nada más. Y al cabo, ¿no pudiera ser un mediano pintor? Como dibujante fué una lumbrera. Basta.

Hay siempre en el destino algo que nos hace dudar de nosotros mismos, y no atribuir lo bueno ó lo malo que pueda habernos advenido, no á la fuerza poderosa y acerada de nuestra voluntad, sino á leyes secretas cuya imperiosa acción sufrimos, sin ser capaces de eludirla, entre otras razones porque, vendados, no la sospechamos siquiera. Estas reflexiones sugiere la biografía de un artista de facultades tan poco comunes como las de Vierge, poseedor además de algunas dotes que suelen salvar á los modestos burgueses de escollos en que los progenerados naufragan; y sin embargo, en plena juventud, Vierge sucumbe á la menos esperada catástrofe, á inexplicable golpe. Se saltan precipicios, se salvan y escalan montañas al parecer inaccesibles, se asciende á las nubes, se cruza el Océano..., y se tropieza en una arena, la gotita de sangre en la masa encefálica, menos aún, la presión de una membrana inflamada sobre los sesos... El atleta cae vencido para siempre. Ya no volará: se arrastrará fatigoso, en espera de la muerte, que acecha, que amenaza á cada hora. «No somos nada,» dirá el cristiano; y uniéndose á él en un profundo sentimiento, mal grado las diferencias de credo, repetirá el musulmán: «Sólo Alá es grande.»

Otro que no llegó á dar su medida, y perdónese el galicismo por lo bien que expresa la idea, es Angel Ganivet, autor de un drama que acabo de recibir, y que lleva un bello título entre calderoniano y simbolista: *El escultor de su alma.*

Ganivet tiene, no ya admiradores, fanáticos: el misterio de su desgraciada y prematura muerte, ocurrida tan lejos de España, ha contribuído quizás á rodearle de aureola. Había empezado á corresponder conmigo hacia esa época justamente: poseo una carta suya muy larga é interesante, de la semana anterior á su desaparición del mundo de los vivos, y no hay en ella nada que indique trastorno ni perturbación: al contrario, es serena y discreta.

Si algún día ocurre, hablaré de este escritor á quien eleva altares la juventud, y estudiaré las razones de tal endiosamiento. Hoy no hago sino mirar, compadecida y penetrada, esos dos libros que traen á la memoria dos nombres con halo de melancolías mayores que otras melancolías contemporáneas: la biografía de Vierge, el drama póstumo de Ganivet. *Sunt lachrimae rerum...*

EMILIA PARDO BAZÁN.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – ARSENAL DE MARINA. – VISTA PANORÁMICA

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

ARSENAL DE MARINA

En los modernos tiempos, las naciones conscientes de la capital importancia de las escuadras navales, no sólo se preocupan del estudio y perfeccionamiento de las unidades de combate, de la organización de las divisiones, del movimiento y oportuna utilidad de los distintos tipos, sino también de poseer excelentes arsenales dotados de todas las cualidades indispensables de seguridad, medios, útiles y facilidades rápidas para construir y reparar como complemento forzoso y casi primordial, para sostener y valorar constantemente el poderío marítimo, base de respeto, de temor y de derecho, ya que no de razón, de justicia y de amor entre los humanos pobladores de la superficie del terrenal planeta.

La República Argentina, como futura potencia marítima, empieza á darse cuenta de la axiomática verdad apuntada en las líneas anteriores; y si puede decirse que está todavía en los comienzos de su desarrollo económico-político-social, no descuida lo que debe ser, en no lejanos tiempos, salvaguardia de su soberanía y defensa de sus extensas costas.

Los peligros pasados en su cuestión con Chile, y los tristes ejemplos posteriores, hanle, al parecer, despertado de su apatía; y con aparente calma prepara elementos construyendo diques, arsenales y puertos militares donde reparar, defender y más tarde construir esas máquinas flotantes, pudiendo adoptar la última palabra de la arquitectura naval y del arte de la guerra, no ignorando que esa última palabra resulta vieja á los pocos años, por lo que es preciso estar siempre preparado á la evolución constante de la ciencia de matar y destruir.

El arsenal que nos ocupa es de construcción reciente. Data del año 1897, y está situado al Norte y Este de la dársena Norte del puerto de Buenos Aires, ocupando una superficie de *ciento siete mil metros cuadrados*. La situación y condiciones del terreno son admirables bajo los aspectos militar é higiénico, estando servidas todas las dependencias por abundante agua corriente, amén de la del propio río de la Plata. Su recinto no parece lugar de trabajo y de constante actividad, sino de recreo y de reposo, por estar aprovechados todos los espacios por jardines y arbolado.

Los talleres ocupan actualmente *diez y nueve* grandes galpones en almacenes, carpintería blanca y de ribera, aserradero, calderería, cobrería, herrería, fundición, montaje, mecánica, electricidad, etc., y próximos á terminarse los destinados á fundición de hierro, depósito de modelos, galvanoplastia y fotografía. Además hay los edificios para máquinas hidráulicas y de vapor, fábrica eléctrica, pruebas de electricidad, etc., y los destinados á viviendas, á oficinas y á clases.

El número de obreros en tiempo normal alcanza á 500, sin contar los aprendices mecánicos y foguistas, cuyas escuelas están en el mismo recinto, lo propio que la de náutica para aspirantes á pilotos.

Los diques de carena son dos, situados perpendicularmente al muelle de la dársena citada. El del Oeste tiene 150 metros de largo ó eslora, resultando útiles 132; el del Este, 180 y 162 respectivamente, siendo en ambos igual la luz de entrada, 20 metros, y superior, 28, de manga ó transversal; llegando la altura ó puntal, del coronamiento al piso, á 11 metros; siendo el declive de 3 por 100 y sobresaliendo los picaderos 80 centímetros, dimensiones que permiten la entrada á embarcaciones de gran porte y tonelaje. Las compuertas pesan 420.000 kilos al lastre, y el agua necesaria para moverlas 15.000.

La maquinaria para el agotamiento se compone de dos bombas centrífugas de eje vertical, movidas por dos motores de alta y baja presión, y otras dos menores para mantenerlos en seco.

No estando ocupados por buques de guerra nacionales, se permite la entrada á los de otras naciones y á los mercantes, pagando una doble tarifa en concepto de derechos de entrada y de permanencia. Rinden excelentes resultados al Estado, que casi pagan los gastos generales de conservación y mantenimiento, incluso los de las Escuelas.



CONTRAALMIRANTE D. ATILIO S. BARILARI, Director general del Arsenal de Marina

De la dirección general, con el título de «Jefe de Talleres y Arsenales de Marina,» está encargado el señor contraalmirante D. Atilio S. Barilari, alma de esta obra magna por la organización entendida y sabia administración impuesta á todas las múltiples dependencias. Las condiciones superiores como hombre de ciencia, de estudio, de mando, acompañadas de rectitud y adornadas de franca caballerosidad, forman un conjunto de cualidades que cautivan y conquistan las voluntades y afectos de sus subordinados, resultando orden y disciplina irreprochables, cumpliéndose el trabajo y la ordenanza con gusto y con amor por todos.

El contraalmirante Sr. Barilari nació en la ciudad de Bahía Blanca, sobre la costa del Atlántico, y cuenta actualmente cuarenta y siete años. A los trece entró de aspirante á guardia marina, ganando todos sus grados en acciones de guerra y en el desempeño de comisiones delicadas. En 1890 fué gravemente herido á bordo de la *Maipú*, buque que mandaba, al querer sofocar la sublevación de los tripulantes afiliados á la revolución. Pasados los luctuosos sucesos fué ascendido á capitán de fragata, y desde entonces figura en primera línea en cuanto á la marina atañe. Su opinión y consejo son siempre escuchados y atendidos.

En 1895, siendo capitán de navío, fué nombrado jefe de la escuadra con amplias atribuciones para desarrollar un programa de Instrucción, resultando tan brillante que hoy constituye el verdadero nervio y fuerza de la institución naval argentina. Actuación tan acertada llevóle á la jefatura del Estado Mayor del Ministerio de Marina, creado al hacerse cargo de la actual presidencia el teniente general D. Julio A. Roca, contribuyendo á la organización definitiva de la marina durante aquel período de tirantez con Chile. Pasó después á encargarse del mando de la división del Atlántico, compuesta de las principales naves de guerra argentinas, ascendiéndosele al cargo actual de contraalmirante. Cuando la famosa revista naval frente á «Mar del Plata,» estuvo toda la escuadra, compuesta de cinco divisiones, bajo sus órdenes, causando admiración á propios y extraños la táctica, exactas evoluciones, corrección y disciplina de todas las unidades de combate, grandes y chicas, y de todos sus tripulantes, mereciendo entusiastas felicitaciones.

Desaparecidas totalmente las diferencias con la nación vecina, desembarcó para encargarse de la organización y dirección de los «Talleres y Arsenales de Marina,» que en tan poco tiempo ha colocado á la altura de los mejores establecimientos similares.

El nombre ya preclaro del señor contraalmirante D. Atilio S. Barilari suena como candidato á la cartera de Marina en el primer ministerio del futuro presidente D. Manuel Quintana, que inaugurará su período el próximo 12 de octubre. Si resulta un hecho, la República en general y la Marina en particular estarán de enhorabuena.

No terminaremos esta reseña sin mencionar la Escuela de aprendices mecánicos y foguistas y la de pilotos, que en lo futuro constituirán un nervio poderoso de la gran familia naval argentina. Para la dirección y enseñanza, el Sr. D. Atilio S. Barilari cuenta con la plana mayor: comandante director, capitán de fragata D. Eduardo Muscari; segundo, teniente de fragata D. Miguel Ferreira, y oficial, alférez de navío D. Adrián del Busto. La sección de mecánicos está á cargo del oficial maquinista de segunda D. Emilio Baduell Mestres, paisano nuestro; y la de foguistas al de igual categoría don Antonio M. Negrette. El personal civil lo forman dos profesores diplomados, otro de dibujo, tres ayudantes, otro de máquinas, otro electricista, etc., etc., porque la enseñanza de estos aprendices—en número máximo de 80—se les da completa: gramática, aritmética, historia, álgebra, dibujo lineal y superior de máquinas y la concerniente á la práctica. Esta comprende desde los primeros trabajos de lima y cortafrío, hasta el montaje y movimiento de máquinas de distintos sistemas, pasando por la fundición, herrería, calderería, tubería, tornería, ajustaje y práctica de buzos, amén de la enseñanza militar. El Estado les da todo gratis: ropa interior, de cama, toallas, de baño, de trabajo, traje de paseo, útiles de escritorio, de dibujo, libros de enseñanza, cuadernos, etc., ma-



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. - ARSENAL DE MARINA. Escuela de aprendices mecánicos
Clases de gramática, aritmética, álgebra y geometría

nutención completa y tres pesos mensuales como remuneración para sus gastos menores.

Terminados los estudios—cinco años,—los aprobados en exámenes orales, escritos y prácticos, ingresan en la armada nacional en clase de «mecánicos maquinistas cuartos,» con sueldo mensual de 120 pesos. A los tres años, habiendo navegado 15.000 millas y previo examen, pasan á «mecánicos terceros»—oficiales de mar—aumentando el sueldo á 150 pesos. Para ascender á segundo se requieren cuatro años desempeñando el grado inmediato inferior y haber navegado 20.000 millas: sueldo, 175 pesos. Después de otros cuatro años de navegación en su cargo, desempeñando durante dos el de maquinistas en buques pequeños, ascienden á «primeros» con el sueldo de 200 pesos. Y más tarde pasarán á oficiales maquinistas cuando el crecimiento y evolución natural de la marina los haga necesarios, resultando mecánicos-maquinistas con amplia instrucción en quienes podrá confiar la Nación, sobre todo si la Escuela va adoptando los adelantos é innovaciones científicas y mecánicas, como es de esperar de dirección tan celosa, inteligente y patriótica.

Los foguistas firman compromiso de servir, cuando menos, dos años en la armada, una vez recibida su patente. La instrucción, en general, es semejante á la de los mecánicos; pero la práctica difiere, pues su principal objeto son las fogainas, calderas, tuberías, calderería, etc., etc.

Realizan la práctica en los vapores de la poderosa empresa de D. Nicolás Mihanovich y en la Compañía Hamburguesa, que efectúa la carrera á las costas del Sur. En estos vapores navegan hasta tener 400 horas de labor en los fuegos, y después de examen pasan á los transportes de la armada, donde demuestran su competencia.

La de pilotos está constituída sobre base parecida con respecto á facilidades y protección del Estado. Los estudios náuticos duran tres años, estando las clases superiores de trigonometría, cosmografía, cálculos astronómicos, maniobras, topografía, hidrografía, construcción, máquinas, etc., á cargo de oficiales de la armada, y los de gramática, aritmética, álgebra, historia, geografía, idiomas, códigos, etc., al de personal civil.

La nación argentina, conservando florecientes tales instituciones, echa cimientos ciclópeos á su futura grandeza; porque los tiempos venideros serán como los pasados: de eterna lucha.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, 1904.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. - ARSENAL DE MARINA. – Escuela de aprendices mecánicos y fogonistas para la armada. Los aprendices haciendo ejercicios militares frente la escuela

SUPERIORIDAD

Era un idilio, de escaleras abajo, pero idilio al fin. Ella, camarera de una señora encopetada; él, cabo de un batallón de cazadores de guarnición en Madrid.

Eso sí: había razones para que existiera el idilio. Martina, delgadita, de bien formado cuerpo, rubia, de ojos grandes, cuyas pupilas azules estaban rodeadas de un círculo obscuro; de color transparente y sonrosado su cara; era una mujer de tipo distinguido, de andar airoso, firme en sus resoluciones y elevada de ideas.

Hubiera podido vestir la ropa de su señorita sin que nadie adivinara su humilde condición.

—Esta chica es más fina que un coral, solía decir su ama. Lástima que no tenga instrucción.

Porque Martina tenía verdadera aversión á los libros, á los periódicos y á todo lo que tuviera garabatos en forma de letras.

Su novio, el cabo Medrano, como le conocían en el cuartel, y *Curro*, como le llamaba ella, pasaba por un buen mozo en el barrio, y no pocas muchachas de las de cesta al brazo y más de una hija de industrial enriquecido habían envidiado á Martina la suerte de tener un tan garrido novio.

Al contrario que su futura mujer, pues se tenían dada palabra de casamiento, era el cabo un muchacho muy estudioso, que había leído todas las novelas de Fernández y González y de Paul de Kock, á más del «Manual del cabo y sargento,» y de su poquito de aritmética y gramática. Sabía casi de corrido lo que sucedió la noche de San Bartolomé y que Favila murió despedazado por un oso: un verdadero sabio.

Pues bien: el cabo Medrano y Martina se querían mucho, y cuando, cada quince días, al salir ella de casa de su señora, le veía á él esperándola, parado en la esquina, erguido, con la mano derecha enganchada por el pulgar en el cinturón de correa y con la izquierda dando vueltas inútiles entre los dientes á un cigarro incombustible, le parecía que el corazón iba á salírsele del pecho y que durante el paseo que se proponían dar por la Moncloa ó por frente á San Antonio de la Florida la mirarían con celos, no sólo las humildes fregonas, sino las más empingorotadas damas de la aristocracia.

Curro marchaba á su lado muy arrimadito, poniendo muchas veces la cabeza al nivel de la de su novia y un poco hacia adelante para verla bien la cara; pero mirando también con frecuencia á los que pasaban junto á ellos como diciéndoles: «¿Eh? Vean ustedes qué mujer más guapa está loquita por mí,» como enseñan sus sortijones y cadenas de oro macizo los toreros, aun á los que no los queremos ver.

Martina, en efecto, enamorada hasta el fondo de su alma, no dejaba de mirarle con sus interesantes ojos, levantados hasta los de él, que se retorcía el negro bigotillo con jactancia de su persona.

Hablaban de cualquier cosa; pero aunque fuese de la menos parecida á galanteos amorosos, ella se



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – ARSENAL DE MARINA. – Aprendices mecánicos y foguistas. Clase de dibujo



Escuela de mecánicos. Vista general del taller. Secciones de ajustaje, tornos y montaje. Aprendices de cuarto y quinto año



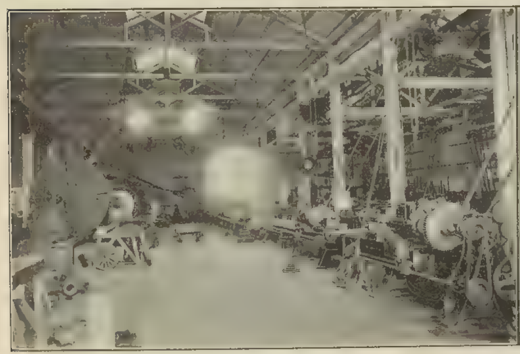
Escuela de mecánicos. Secciones de tornos y máquinas diversas y de ajustaje
Aprendices de segundo y tercer año



En la sección de ajustaje: aprendices mecánicos



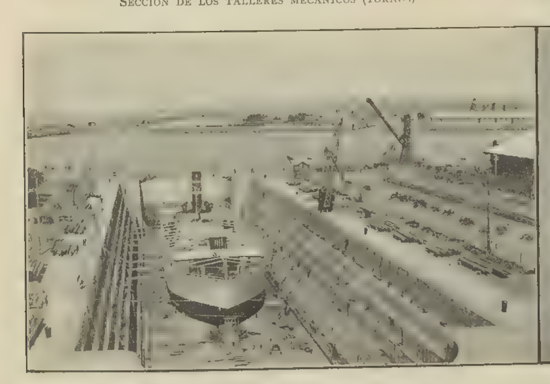
En la sección de fraguas: aprendices mecánicos



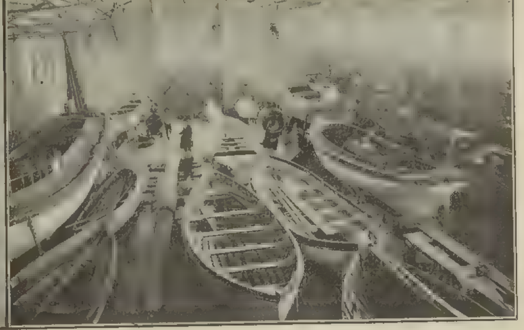
Sección de los talleres mecánicos (tornos)



Carpintería en general



Dique de carena del Oeste
Eslora 150 metros, manga 22 metros y 7'5 metros puntal



Carpinteros y calafates. — Construcción de embarcaciones menores
Carpintería de ribera

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—ARSENAL DE MARINA

reía embobada, y él guiñando los ojos, como si se tratara de algún travieso requiebro.

—¡Caramba, qué pillín es el cabo!, decían sus compañeros de cuartel cuando los encontraban.

Y esto, si llegaba á sus oídos, le llenaba de orgullo.

Un domingo se planteó una cuestión de verdadera importancia para los enamorados. *Curro* iba pronto á tomar la absoluta y tendría que marcharse á Andalucía con sus padres.

Se convino, después de algunas lágrimas de Martina, que seguirían por cartas unas relaciones que con tanto gusto habían sostenido los dos. Cuando él obtuviera la plaza de escribiente en la dirección de las minas de hierro que se explotaban cerca de su pueblo, arreglarían los papeles para casarse en seguida. La plaza era cosa hecha: se la habían prometido para cuando cumpliera el tiempo del servicio.

Esto consoló algo á la pobre chica, que soñaba con el día en que retirados de todo el mundo pudieran vivir los dos tan ricamente en su casita de aldea.

Llegó el día en que Medrano la esperó en la esquina para dar el último paseo juntos. Llevaba, asomándole por entre dos botones de la guerrera, un canuto de hoja de lata muy pintarrajeado, sujeto al cuello por un cordón de estambre rojo.

Martina le vió desde lejos y le flaquearon las piernas. Más amarilla que la cera, se acercó despacito.

—¿Cuándo te vas?, le preguntó con voz apagada.

—Mañana temprano.

Aquel paseo fué muy triste. A veces no se dejaban hablar el uno al otro, tal era la prisa que les corría comunicarse sus impresiones. A veces caminaban largo rato silenciosos y sin mirarse.

Cuando llegó la hora de darse el adiós definitivo, dijo Martina:

—Antes de separarnos el uno del otro, quiero jurarte por estas —y cruzó los dedos— que no te olvidaré un instante de mi vida. Que te llevas mi corazón y mi alma, y que aunque pasen cien años te seguiré queriendo como ahora, con todas mis fuerzas, mientras sepa que tú tampoco me olvidas un momento. También te juro por lo más sagrado que si me entero de que has mirado siquiera á otra mujer, ahogo mi cariño y se acaba todo entre los dos. Dios hay en



Plegaria, dibujo de José Juliana

el cielo y hombres de sobra en el mundo; ni el uno ni los otros me faltarían. Ten por lo tanto cuenta con lo que haces, mira que cuando tomo una resolución es porque lo he pensado todo muy bien y ya no me vuelvo atrás. ¿No te has fijado nunca en que las golondrinas, tan amantes de sus nidos, tan constantes en ocuparlos otra vez en cuanto vuelve la primavera, huyen para siempre de la casa en donde se los han destrozado? Pues yo soy como ellas, yo tengo el nido de mi querer puesto en ti; como lo eches abajo con cualquier traición, nunca volverás á verlo hecho... Acuérdate bien.

No se esperaba seguramente el cabo discurso como el que acababa de oir; ni por las ideas expresadas, ni por la entereza con que había sido pronunciado, cualidades ajenas, según él pensaba, á su inteligencia sin cultivar.

Dió mil seguridades por su parte, y después de una burda imitación de la perorata de la doncella, se despidieron apretándose mucho las manos y pretendiendo darla un beso sin poderlo conseguir.

***

Martina había escrito y recibido muchas epístolas de su novio; pero notó que los intervalos que mediaban entre las que ella enviaba y las que remitía él, eran cada vez más largos.

Una tarde, cierta compañera le enseñó una carta enviada desde el pueblo de Medrano, en la que se decía que éste preparaba su boda con la hija de un comerciante de allá.

La pobre Martina sufrió mucho, se le saltaron las lágrimas, pero no tuvo una queja ni un reproche para el hombre que tanto quería.

Aquella misma noche le escribió diciéndole únicamente lo que acababa de saber y preguntándole si era cierto.

Sí, era verdad. La desahogada posición de su paisana le había alucinado un momento y había tenido el villano pensamiento de abandonarla á ella; pero se hallaba arrepentido, avergonzado, la boda deshecha; no quería á nadie más que á su Martina y estaba dispuesto á probárselo por los medios que ella misma indicara.

No recibió Medrano contestación á esta ni á otras muchas cartas que escribió á su ofendida novia.

Por fin, al cabo de algunos días recibió un sobre con el sello de Madrid. La letra era de ella. Sin duda allí dentro venía su deseado perdón. ¡Ya se lo figu-



Carmen, cuadro de Cecilio Pla. (Exposición Nacional de Bellas Artes. Madrid. 1904.)



Guerra ruso-japonesa. – Llegada á Mukden de un tren de la Cruz Roja ruso. Dibujo de F. G. Waugh, hecho sobre una fotografía de un médico de la Cruz Roja

Los heridos son transportados en trenes construídos expresamente para este objeto. Los rusos, que ya no pueden utilizar el ferrocarril desde Liao-Yang á Mukden, han trasladado su base de comunicaciones á Kharbine

raba! Las últimas cosas que le decía la habían de trastornar el juicio y lo olvidaría todo.

Abrió el sobre y buscó dentro: ¡qué raro!, no había más que cenizas negras como de papeles quemados y una tira de cartulina con estas palabras: «Lo que queda de nuestro cariño.» Entonces fué cuando el cabo Medrano conoció á fondo el alma de Martina; entonces fué cuando se explicó el discurso de despedida que tanta admiración le causara.

El instruído, él hombre corrido, él conociendo la geografía y la gramática, él sabiendo lo que pasó la noche de San Bartolomé y que Favila murió despedazado por un oso, vió claramente que aquella mujer que aborrecía los libros y que él miraba como ser inferior, atesoraba un espíritu elevado y firme, un sentimiento de poesía y delicadeza inconsciente que tenía por esto mismo más valor, el valor de lo ingenuo. Aquella ceniza de sus cartas la guardó como reliquia; pero no volvió á escribir más á Martina, comprendiendo que valía mucho menos que ella.

Mario Garnier.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Los japoneses han arreciado durante estos últimos días sus ataques contra Puerto Arthur, y aunque el bloqueo cada día más estrecho no permite tener noticias directas de la plaza, las que se reciben de Che-Fu por diferentes conductos coinciden todas en que los sitiadores han realizado un importante avance. El último ataque comenzó, al parecer, en la madrugada del 19 con un terrible cañoneo dirigido principalmente contra la parte Norte, que duró hasta el mediodía del 20. Entonces los japoneses, saliendo de las posiciones que ocupaban, avanzaron por los dos lados de la vía férrea en medio de una terrible lluvia de proyectiles, y se apoderaron de algunos fortines y de la luneta de Kuropatkine, que en vano trataron de recuperar los rusos, cesando el combate á las cinco y media de la tarde. En la noche del 20 al 21 reanudóse el bombardeo, y en la mañana del 22, viendo los sitiadores que disminuía sensiblemente la defensa de los sitiados, comenzaron el asalto del fuerte Antseshan, pero encontraron una resistencia encarnizada. Expuestos á un terrible fuego de fusilería y de ametralladoras, hicieron desesperados esfuerzos para escalar la altura en que aquél se levanta, saltando por encima de las trincheras y de las murallas y rompiendo las alambradas. Al fin penetraron en el fuerte; pero los rusos, á pesar de su inferioridad numérica, no cedieron sino después de una lucha cuerpo á cuerpo en la que perecieron casi todos los defensores.

Algunos despachos posteriores dan á entender que el ataque prosiguió en los días 22 y 23, y un telegrama del corresponsal de un importante diario ruso dice que en este último día los japoneses intentaron un nuevo asalto, habiendo sido rechazados con grandes pérdidas.

Otras noticias, procedentes también de Che-Fu, aseguran que los japoneses tuvieron en estas últimas operaciones 7.000 bajas y que han debido abandonar las obras avanzadas de que se habían apoderado. Esto último es muy verosímil, pues en realidad dichas obras están expuestas al fuego de los fuertes principales y han de ser, por ende, insostenibles. Dicen además que los sitiadores han intimado nuevamente la rendición de la plaza al general Stoessel, ofreciéndole los honores de la guerra para la guarnición, pero no para la escuadra, intimación que aquél rechazó, amenazando con fusilar en lo sucesivo á todos los parlamentarios que se presentaran. Añaden finalmente que el mencionado general, en una carta últimamente dirigida á un amigo suyo, le ha manifestado que podía resistir todavía seis meses, aunque no recibiese socorros.

Todas estas noticias, sin embargo, no deben aceptarse sino á beneficio de inventario.

En los alrededores de Mukden, la situación continúa siendo la misma que describíamos en nuestra crónica anterior. Los dos adversarios se observan, toman posiciones y ejecutan tanteos que se traducen por escaramuzas entre las avanzadas. Los rusos, á lo que parece, fortifican las inmediaciones de aquella ciudad, en donde probablemente se librará la próxima batalla. Y la verdad es que si los japoneses permanecen todavía inactivos durante algún tiempo podría darse el caso de que Kuropatkine se hallara en condiciones, no sólo de resistir victoriosamente, sino hasta de tomar la ofensiva, porque antes de poco contará con fuerzas superiores á las de su enemigo. En realidad, éste recibe de un mes á esta parte importantes refuerzos, pero no debemos aceptar sin reserva los despachos que sobre este particular expiden las agencias, pues á pesar de que continuamente se nos habla de los cientos de miles de hombres que el Japón tiene dispuestos para hacerles intervenir en las operaciones de la Mandchuria, es lo cierto que, según datos positivos, el generalísimo Oyama no pudo poner en línea de batalla en Liao-Yang más de 160.000 combatientes. A un imperio de 45 millones de habitantes como el del Mikado, no ha de serle difícil encontrar un millón de hombres aptos para el servicio de las armas; puede también, si su hacienda lo permite, armarlos, equiparlos é instruirlos, pero siempre se encontrará con la dificultad de constituir con todos estos elementos nuevos nuevas grandes unidades, porque no le será dado improvisar los cuadros de jefes y oficiales, los estados mayores y los servicios necesarios. De suerte que se verá reducido á distribuir esas reservas entre los cuerpos ya existentes, que es, por otra parte, lo que ha hecho hasta ahora, y en cuanto al ejército territorial no se hallará en mucho tiempo en condiciones de prestar otro servicio que el de vigilar las comunicaciones y ocupar los territorios conquistados.

Esta situación, sin embargo, se modificaría sensiblemente si los japoneses se apoderaran de Puerto Arthur, porque entonces todo el ejército sitiador quedaría disponible para las operaciones de campaña y las fuerzas japonesas de la Mandchuria recibirían un

GUERRA RUSO-JAPONESA.—Culíes chinos que hacen las veces de locomotoras.—Sistema empleado por los japoneses para utilizar el ferrocarril ruso de la Mandchuria



Un tren de municiones cruzándose con otro que conduce heridos, dibujo de W. Russell Flint

Los japoneses utilizan el ferrocarril ruso para el transporte de tropas, municiones, heridos, etc. El corresponsal en Makden del «Journal» de Londres dice que los ingenieros japoneses modifican la anchura de la vía apenas se han apoderado de un trayecto. Para ello dejan un riel y modifican el otro con el fin de que pueda adaptarse al tipo más ligero de los vagones japoneses y resulte inútil para las locomotoras y vagones rusos. Al mismo tiempo acortan las traviesas, inutilizándolas para la vía ancha. Créese que la modificación de la línea llega ya hasta Liao Yang. Mientras realizan esta transformación, los japoneses, que no disponen de locomotoras á propósito, emplean culíes chinos para el arrastre de los vagones.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Homenaje á los muertos.—El general Kuroki y su estado mayor saludando los cadáveres de los que murieron en el campo de batalla. (Dibujo de W. Hatherell, sobre un croquis de Walter Kirton.)

Los japoneses observan escrupulosamente todas las ceremonias y costumbres, así en la paz como en la guerra. Uno de los principios que más constantemente repiten es que «todo debe ajustarse al libro,» refiriéndose al libro de las reglas y usos de la guerra civilizada. La escena que el dibujo representa ocurrió durante el avance de los japoneses desde el paso de Motien.

aumento de una tercera parte de su contingente actual. Véase, pues, el interés que para los rusos tiene la resistencia de aquella plaza; no se trata ya para los defensores de la misma de dar pruebas de un heroísmo estéril, de combatir sólo por la gloria, sino de sostenerse á todo trance, porque cada día que pasa es una probabilidad más para el triunfo definitivo de las armas rusas.

Rusia, aprovechando los períodos de tregua relativa que ofrece la campaña, aumenta sus medios de acción. Todo el primer cuerpo de ejército, movilizado en la región de San Petersburgo y algunos de cuyos elementos tomaron parte en la batalla de Liao-Yang, se ha reunido ya al ejército de Mandchuria; y el sexto cuerpo siberiano está en marcha, de modo que dentro de pocos días Kuropatkine dispondrá de nueve cuerpos de ejército y seis divisiones ó brigadas de caballería independiente. Si todos estos elementos estuviesen completos formarían una masa de 350.000 hombres; pero hay que tener en cuenta las bajas enormes causadas por el fuego y por las enfermedades, lo cual hace indispensable, antes de formar nuevas unidades, llenar los huecos. Para esto, el gobierno de San Petersburgo enviará inmediatamente al teatro de la guerra los hombres y oficiales necesarios para reconstituir el efectivo normal de las unidades del ejército de la Mandchuria, pudiendo calcularse que el transporte de todo este personal durará todo el mes de octubre, á fines del cual las fuerzas rusas en el Extremo Oriente se elevarán á 268 batallones de infantería de 1.000 plazas cada uno, 200 escuadrones de 150 jinetes y 900 piezas de artillería, sin contar las guarniciones de las plazas fuertes y las tropas destinadas á la vigilancia del ferrocarril.

Inmediatamente después comenzarán á llegar á la Mandchuria nuevos cuerpos de ejército destinados á constituir un segundo ejército de campaña, para cuyo mando ha sido nombrado el general Gripenberg. Este ejército comenzará á llegar al Extremo Oriente á primeros de noviembre, y á pesar de las mejores condiciones en que ahora funciona el transiberiano, se necesitarán dos meses para el transporte de 100.000 hombres.

La creación de este segundo ejército ha dado lugar á muchos comentarios y son en gran número los periódicos extranjeros que la consideran como atentatoria á la autoridad de Kuropatkine. Sin embargo, en el ministerio de la Guerra ruso se asegura que la formación del mismo era ya cosa resuelta en el mes de abril último, y que el propio general Kuropatkine, en vista de la enorme extensión del teatro de la guerra, había solicitado desde primeros de agosto que se apresurara la constitución de dicho ejército; y aun se añade que la designación del general Gripenberg ha sido sugerida por el actual comandante en jefe de las fuerzas de la Mandchuria.

Parece que en la corte y en las altas esferas militares de Rusia es cosa completamente resuelta el nombramiento de un jefe de todas las fuerzas de mar y tierra del Extremo Oriente, cargo que se confiará al gran duque Nicolás Nicolaievitch, edecán general y gran inspector de caballería, á cuyas órdenes estarán Kuropatkine y Gripenberg, así como los comandantes de las plazas fuertes y de las escuadras.

El príncipe Khilkof ha inaugurado hace pocos días oficialmente la sección del transiberiano que rodea el lago Baikal; de modo que, en lo sucesivo, los trenes podrán circular sin interrupción desde Rusia á la Mandchuria, evitándose así los grandes inconvenientes que resultaban de un doble transbordo en ambas orillas del lago, y sobre todo la interrupción completa de las comunicaciones que indefectiblemente se habría producido dentro de poco en la época en que el Baikal se hiela.

Se ha publicado ya la lista oficial de las bajas sufridas por los rusos en la batalla de Liao-Yang que fueron: 1.810 soldados, 54 oficiales y dos generales muertos; 10.811 soldados, 252 oficiales y tres generales heridos, y 1.212 soldados y cinco oficiales que quedaron sobre el campo de batalla, total, 14.194 hombres fuera de combate. Las pérdidas de los japoneses, que el mariscal Oyama ha dicho que habían ascendido á 17.000 hombres, fueron, según el corresponsal de un importante diario londinense, de 21.000.

Por decisión del general Kuropatkine, ha sido excluído del ejército de la Mandchuria y llamado á San Petersburgo el general Orloff, á quien achaca aquél la responsabilidad de la derrota de Liao-Yang.—R.

NUESTROS GRABADOS

El príncipe Herberto de Bismarck.—Herberto de Bismarck, hijo segundo del gran canciller, nació en Berlín en 28 de diciembre de 1849, pasó su infancia en Francfort y en San Petersburgo, y después de haber hecho sus primeros estudios en la capital de Prusia, fué alumno de la Universidad de Bonn. En 1869 entró en el ejército, y después de haber tomado parte en la guerra franco-prusiana, en la que fué herido y recibió la cruz de hierro de segunda clase, continuó sus estudios en Berlín y en 1874 ingresó en la carrera diplomática. En 1878 fué secretario del Congreso de Berlín; en enero de 1881 fué nombrado consejero de legación en la sección política del ministerio de Negocios Extranjeros, y en el mismo año, comisario de embajada en Londres. En 1884 desempeñó la embajada de San Petersburgo y poco después la de La Haya, y en el propio año fué elegido miembro del Reichstag por el distrito de Lauenburgo. En 1885 se le nombró subsecretario de Estado; en 1886 secretario de Estado del Exterior, y en 1888 ministro de Estado, cargo que ejerció hasta 1890, en que al retirarse su padre de la política, renunció, contra los deseos del emperador, á todos sus cargos, pudiendo en él más el amor de hijo que todas las consideraciones políticas y de conveniencia personal. Desde la muerte de su padre, toda su actividad, toda su energía se consagraron á una sola misión, la de defender las tradiciones de aquél, mantener su memoria inmaculada, recordar sus principios fundamentales, rebatir toda duda sobre la bondad de cuanto hiciera y rectificar con verdadera tenacidad toda interpretación torcida de sus palabras. La muerte de Herberto de Bismarck resulta doblemente sensible para los alemanes, en primer lugar porque sólo él podía ilustrar lo que en Alemania llaman «la investigación bismarckiana,» no solamente no terminada todavía, sino en muchos puntos ni siquiera empezada; y en segundo porque su personalidad encarnaba el lazo de unión entre la gran época de Guillermo I y de Bismarck y la generación contemporánea.



El príncipe Herberto Bismarck, fallecido en 18 de septiembre último

⁂

Goethe moribundo, escultura de Gustavo Eberlein.—Este famoso escultor alemán, que hace poco terminó el monumento á Goethe erigido en Roma, monumento en el cual aparece el inmortal poeta en la plenitud de su vida, ha querido representar al autor de *Fausto* en el momento en que, próximo á la muerte, exclamaba: «¡Más luz!» Sabido es que á estas palabras no debe dárseles un significado simbólico, sino que en realidad Goethe, sintiendo que las sombras de la muerte invadían sus ojos, ansiaba que llegara hasta éstos la claridad del sol que sus pupilas ya no percibían; á pesar de esto, la significación poética es la que ha prevalecido, porque aquella frase verdaderamente corona de una manera digna la vida del vate alemán. Eberlein ha inspirado su obra en esta interpretación ideal y todo es monumental en ella: la figura de Goethe, agarrándose con las crispadas manos á los brazos de la butaca, con el cuerpo inclinado hacia adelante, cual si quisiera incorporarse á impulso de las últimas energías vitales, con la cabeza soberbiamente erguida y los ojos muertos para la luz terrena, pero que parecen vislumbrar ya los resplandores de la eterna luz, es una creación grandiosa, avalorada por una técnica vigorosa, sobria, amplia, y responde admirablemente á la idea que guió al artista.

⁂

Plegaria, dibujo de José Juliana.—Es Juliana uno de los artistas pertenecientes á aquel grupo que en Roma tanto logró distinguirse y que tanto honró al arte patrio. Su vocación y entusiasmo le condujo á la Ciudad Eterna, en donde pronto se singularizó como hábil acuarelista. Difícil sería enumerar las obras que ha producido, por más que algunas de ellas han de ser conocidas de la mayoría de nuestros lectores, pues han figurado en el Salón Parés ó bien las han reproducido los periódicos ilustrados. Todas ellas se distinguen por la belleza del colorido que Juliana sabe amasar en su paleta, obteniendo entonaciones vigorosas y delicadas que atestiguan su buen gusto y maestría.

⁂

Carmen, cuadro de Cecilio Pla.—Inspirándose en el argumento de la popular ópera de Bizet del mismo título, ha pintado el notable artista valenciano una escena llena de expresión y de vida, que si no es reproducción exacta de una realidad vista, está formada de elementos cuya verdad á nadie se ocultará. No es necesario describir el asunto del lienzo: los personajes hablan, como vulgarmente se dice: en la cara de la amarrada gitana que lanza provocativas sonrisas y miradas incendiarias al sargento de Ingenieros que le han puesto de guardián, se revela el propósito de apelar á todos los recursos, á todas las seducciones para recuperar la libertad de que se halla privada momentáneamente; y en la actitud sombría, meditabunda y como temerosa del militar, refléjase la lucha que en su interior sostiene entre ceder á tales halagos, quebrantando la consigna recibida, y cumplir con lo que la disciplina y la ordenanza le imponen, renunciando á los encantos con que le brinda el amor. ¿Cuál de estos dos poderosos estímulos vencerá? Difícil es acertar la contestación á esta pregunta: mucho pueden, sin duda, los ojos abrasadores y la linda boca de la picaresca gitanilla; pero la plaza á que ha puesto sitio no parece de las más fáciles á rendirse. De todos modos, lo mejor que podría sucederle al sargento sería que cuanto antes lo relevaran del puesto en que le han dejado, ya que «quien quita la ocasión quita el peligro,» y además bien sabido es aquello del fuego y de la estopa y del diablo que sopla. De las condiciones técnicas del cuadro nada diremos: Cecilio Pla figura con razón entre los buenos pintores españoles contemporáneos, y *Carmen*, que, aparte de sus excelencias de expresión, contiene innumerables bellezas de forma, es una obra digna de su merecida fama.

⁂

Maniobras de caballería, cuadro de José Cusachs.—Ha logrado el Sr. Cusachs, á costa de inteligente labor, conquistar merecido renombre y figurar ventajosamente entre los cultivadores de un género ó clase de pintura llena de dificultades, cual es la de asuntos militares. Para ello son precisos, además de las aptitudes artísticas, conocimientos técnicos, sin los cuales no cabe la representación de tipos, escenas y asuntos de gentes de armas. El pintor á que nos referimos ha podido dar gallarda muestra de sus erudiciones, pues durante el transcurso de su vida artística ha producido obras que atestiguan su valía como pintor militar. Muestra de ello es el lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, digno de la fama adquirida por nuestro amigo

Bellas Artes.—Heidelberg. – El claustro universitario de Heidelberg ha elevado al gobierno alemán una enérgica protesta contra el proyecto de restauración del castillo de aquella ciudad, calificándola de acto de barbarie y de destrucción de las ruinas sin necesidad y sin beneficio para nadie, y pide en términos muy apremiantes que se ponga lo que del castillo queda intacto á cubierto de los atentados de un fanatismo restaurador antihistórico y antiartístico que ya ha substituído en una parte de aquel monumento lo que era arquitectura llena de vida con una desdichada obra de erudición arquitectónica sin alma.

A esta protesta, que ha sido acogida con entusiasmo en toda Alemania, han juntado la suya los estudiantes de aquella universidad, que con razón consideran las ruinas y los recuerdos del castillo como una herencia preciosa que cualquiera restauración destruiría.

Además se ha constituído en Heidelberg un comité general alemán para fundar una liga permanente contra la restauración del castillo, de la cual formarán parte notables arquitectos y otras personalidades distinguidas.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29. Bd des Italiens.

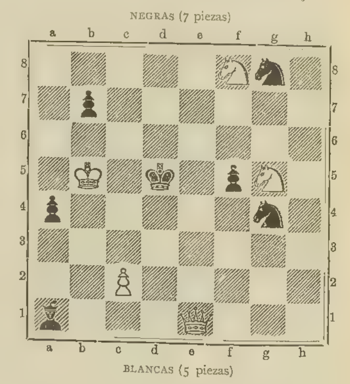
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*:

Envío n.º 12.—Lema: «Zdrava marija.»

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 11.—«Miapla iduc.»

1. Dh4–h5, Af5×h7; 2. Cg4–e3 jaq., etc.
Af5×e6; 2. Dh5–e8, etc.
Af5×g4; 2. c2–c4 jaq., etc.
Cg5×e6; 2. c2–c4 jaq., etc.
Rd5×e6; 2. Dh5–e8 jaq., etc.
Af5×g6; 2. Dh5×g6, etc.
Cg5–f7; 2. Dh5×f5, etc.
Otra jugada; 2. Cg4–f6 jaq. ó Cg4–e3 jaq., etc.

(Se continuará)



No, papá. He rehusado

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Ayer telegrafié á mi hijo nuestra entrevista, y mucho me asombrará que no le estén á usted esperando.

—¿Cuándo le veremos á usted?

—Después de comer.

—¿Con su hijo de usted?

—Por supuesto.

Y el padre de Graciana llegó á casa de sus suegros en el momento en que iban á sentarse en la mesa.

El grito de sorpresa de Graciana fué muy sincero, no mal lanzado el de Girardot y adornado el de la abuela con esta observación tranquilizadora:

—En fin, á Dios gracias, tenemos por casualidad buena comida.

El banquero dijo abrazando á su hija:

—Tenía impaciencia por verte y he tenido que venir á buscarte, puesto que tú no quieres ir á mí, niña terrible...

Y el viejo vino en su ayuda diciendo:

—Y bien, puesto que la chica está á gusto aquí, hay que dejarla.

—¿Para siempre?

—¿Por qué no?

¿Qué quiere usted que le diga? Ella es la que debe tomar una resolución.

—Creo que está decidida.

—¿Es verdad, Graciana?

—Sí, respondió la joven resueltamente.

—¿Cuáles son, entonces, tus proyectos?

—Encontrar aquí un buen muchacho que me ame y á quien ame yo, casarme con él y vivir muy dichosa cerca de los abuelos.

«La cosa marcha» pensó el banquero, y respondió:

—Por mi parte no veo inconveniente, si á tus abuelos les gusta tu elección.

Pero como estaban comiendo y las criadas no hacían más que ir y venir, y como además el banquero no quería comprometerse en el fondo del asunto demasiado íntimo, dijo tomando la tangente:

—Acabo de hacer el viaje con un agradable compañero de camino. Le conocía muy poco y hemos trabado amistad.

—¿Quién es?, preguntó la abuela tan diplomáticamente que Graciana apercibió el oído.

—Su vecino de ustedes; el barón de la Rochere.

—¡Ah!, exclamó Girardot. ¡Qué amables personas! Si conociese usted á la baronesa...

—Una gran fortuna, ¿verdad?

—Y una situación clara como el agua. No hablo de sus valores, que no deben de ser insignificantes, sino de sus tierras, cuyo producto no baja de veinte á veinticinco mil francos, un año con otro... No me engaño ni en quinientos escudos.

—Graciana llegará á ser algo más rica—esperemos, por ustedes y por mí, que lo más tarde posible;—pero, en fin, veinticinco mil francos de renta en tierras son algo sólido y real que no se encuentra todos los días...

Y el banquero añadió negligentemente:

—El barón me ha dicho que iba á venir á ver á ustedes.

—¿Hoy?

—Dentro de un momento. ¿Están ustedes bien con él?

—Divinamente.

Hacía unos instantes que Graciana estaba saltando en la silla.

Desde el primer momento había comprendido que la petición oficial, inminente hacía quince días, iba á surgir de un momento á otro.

Pero no era eso lo que ahora le preocupaba. Rechazaría categóricamente aquella petición, diciendo que estaba, sin embargo, orgullosa por el honor que el señor barón le hacía, y ahí quedaría el asunto.

Lo que la tenía febril era la esfera del reloj, á la que el Baco dorado parecía señalar con su tirso. La aguja iba pronto á marcar las dos y media y dentro de unos minutos estaría Pedro esperándola para decirle lo que la interesaba más que la comedia que se estaba representando y que ella iba á hacer cesar de un soplo, como quien apaga una llama.

Y cogiendo al vuelo el pretexto que le ofrecían las palabras de su padre, exclamó con expresión de espanto:

—¡Va á venir el barón y no me lo decías! ¡Y yo que estoy hecha una facha! En fin, ya tendré tiempo de arreglarme un poco.

Y se echó á correr.

Servido el café y después de retirarse las criadas, se habló sin reservas en el vetusto comedor.

—La cosa va á ir como una seda, dijo el banquero.

—Así lo creo.

—¿No está usted seguro?

—¿Quién lo está nunca con estas muchachas?

—Sería muy descontentadiza, porque el joven es guapo, ¿verdad?

—Un buen mozo; va usted á verle.

—¿No ha dicho Graciana que le disgusta?

—No, ciertamente; al contrario.

—Entonces, señora Girardot, haremos de ella una baronesita.

—La chica llevará el título tan bien como otra cualquiera.

—Mejor que ninguna, porque—ahora que no está se puede decir—mi señora hija es más linda que nadie.

La abuela no pudo menos de decir:

—Se parece á su pobre tía, que era muy hermosa.

El banquero la miró con verdadero asombro.

—¡Su pobre tía! Usted bromea... Confórmese de una vez con la existencia que ha querido tener Ca-

mila. Es una gran artista, una ilustración, y su celebridad le da derecho á vivir independiente y como le acomoda. No comprendo por qué no han hecho ustedes las paces con ella hace mucho tiempo.

—¡Las paces!, exclamó la buena señora con acento de desolación. Es ella la que nunca ha vuelto á dar señales de vida.

—Pues es lamentable... Comprendo que no son ustedes los que deben dar los primeros pasos, pero creo que no hay en esto más que una mala inteligencia...

—No, dijo tristemente la anciana; Camila no vuelve porque no podría confesarnos ciertas cosas...

Y añadió dando un suspiro:

—Porque no podría decirnos que fuésemos á su casa en París... Ya sabe usted que no podría...

—Es una gran artista y vive como tal. Aseguro á ustedes que nadie piensa en criticarla, mientras que todo el mundo la admira y la envidia. Cualquiera les dirá lo mismo que yo.

—En París, sí.

—¡Bah! No hay que provincializarse hasta ese punto. Si les dijera á ustedes que este enfado me pone algunas veces en situaciones violentas... La encuentro con frecuencia en sociedad cuando estoy en Paris y no me atrevo á acercarme á ella, ignorando cómo está dispuesta respecto de todos nosotros. Se sabe, sin embargo, que es mi cuñada y de aquí mi confusión.

—¿Ha cambiado mucho?, preguntó tímidamente la madre.

—No, en verdad. Está más guapa que nunca y es cierto que se parece mucho á Graciana. Camila es muy joven todavía.

—Treinta y dos años.

—Es la primera juventud, en París sobre todo. Y á propósito, si el matrimonio de Graciana se verifica, me ha dicho el barón, tienen ustedes el proyecto de...

—Sí, nos arreglaremos para que la Zarzalera sea para Graciana. También Camila tendrá lo suyo... Como nunca ha de volver por aquí, las cosas estarán así mejor.

. . . .

Durante este tiempo, Graciana, que había salido furtivamente de la casa, se dirigía con el paso febril de una fugitiva hacia el caserío de la Espinosa.

La hora avanzaba y Pedro iba á acudir de un momento á otro.

Llegaba apenas al camino que baja hasta el Isere, cuando oyó unos pasos presurosos.

Se volvió; era él.

Pedro trataba de sonreir, pero estaba pálido, y á pesar suyo sus cejas se fruncian sobre unos ojos llenos de ansiedad.

—Malas noticias, ¿eh?, dijo Graciana sonriendo también con expresión de inquietud.

Pedro hizo un ademán afirmativo, sin poder hablar.

Pero se repuso en seguida y respondió:

—Sí, malas noticias. He tenido con mi padre una conversación definitiva y se niega.

—Ya lo esperaba usted, Pedro...

—¡Oh! Tenía, con todo, alguna esperanza... Se tiene siempre...

—¿Y ahora?

—Sabe que mi voluntad será tenaz... como la suya.

—¿Qué le ha respondido á usted?

¿Qué importa su respuesta, si usted me conserva lo que es mi único porvenir, mi sola alegría. .

—Sí, Pedro, de mejor gana que nunca.

—Y sin embargo...

Pedro tuvo una vacilación, un escrúpulo.

—¿Qué más hay, Pedro?.. Dígamelo usted...

Y el joven respondió poniéndose aún más pálido:

—Sí, debo decirlo... El ocultarlo no sería leal. Si su respuesta no altera en nada mi voluntad, cambia de tal modo mi posición...

Y añadió con voz sorda:

—Hay cosas de las que hasta ahora no hablábamos..., de las cosas de dinero... Sabíamos que un día tendríamos un patrimonio casi igual y bastante para que entre nosotros no se tratase de intereses. Era una dicha el substraerse á esa preocupación y nunca se me hubieran podido atribuir cálculos bajos y mezquinos...

—¡Oh! Pedro, ¿por qué dice usted eso?

Porque ya no es así, Graciana. Mi padre me ha dicho que si me caso con usted, se vuelve á casar él en seguida, y como está bastante joven para darme hermanos, procurará desposeerme de lo que legalmente me pertenezca un día. Así lo ha dicho y así lo hará. Toda mi fortuna será, pues, la que me viene de mi madre..., muy modesta, como usted sabe... Así es que...

De nuevo su garganta se oprimió hasta impedirle hablar.

Pero Graciana dijo, despidiendo rayos de cólera por sus negros ojos:

—Así es... ¿qué? ¿Es acaso esta fortuna lo que usted echa de menos?

—¡Oh, Graciana!.. ¿Me cree usted capaz?..

Pero la joven le ofreció resueltamente las dos manos.

—No, estoy segura de usted. Pero leo en su alma el pensamiento que acaba de nacer y me humilla y me irrita. Sí, lo veo; usted se pregunta si ahora que es menos rico le amaré como antes. Hace usted mal, Pedro; es la primera pena que usted me causa.

—¡Ah!, exclamó el joven, lo que me pregunto es si tengo derecho para aprovecharme de ese adorable desinterés y para ofrecer á usted otra existencia que la que había pensado. Me pregunto cómo me juzgará su familia de usted, y veo que el maldito dinero se levanta ahora entre nosotros como un obstáculo... ¡Pero yo sentir la fortuna de mi padre! ¡Si usted supiera cómo deseaba que la gozase él mucho tiempo, aunque no fuera más que para librarme de su cuidado!

-Entonces no dude usted de mí, como yo no dudo de usted. Ni el uno ni el otro hemos pensado en las fortunas respectivas al entregarnos el corazón, ni contábamos con ellas para ser dichosos. ¿Le hará á usted desviarse de su camino la opinión de los indiferentes ó de los envidiosos? Si yo estuviera en su caso, ¿vacilaría usted?

—¡No! Hubiera respondido á usted lleno de alegría: ¡Marchémonos sin esperar nada; hagámonos nuestra vida y ganemos nuestra felicidad!

—Pues eso es lo que yo respondo. No esperemos nada más que de nosotros mismos. Preparemos la dicha que pueden retardar, pero no quitarnos. Es un año de espera, porque ahora veo que vamos á ser unos pobres enamorados muy perseguidos. Pero ese largo año pasará y la ausencia no nos hará cambiar. ¿Cuándo acaba su licencia de usted?

—¡Dentro de dos meses!..

—Pues bien, amigo querido, volverá usted á su regimiento y preparará el hogar que deberá abrigarnos al otoño siguiente...

—El nido adorado Graciana...

—Marieta será nuestro correo y, gracias á ella, podremos decirnos diariamente lo que haya en nuestro corazón. Yo contaré aquí los días con paciencia.

Y la joven añadió con graciosa sonrisa:

—Con paciencia y con fidelidad, pues puede usted suponer que no son las seducciones del hijo del barón, aunque pida apoyo á mi padre, las que...

—Su padre de usted... ¿Teme usted acaso?..

—¡Temer!.. Ni usted ni yo conocemos esa palabra, señor militar. No temo; estoy segura.

—¡Va á venir!

—Ya ha venido, acompañado por el barón de la Rochere, que ha ido, sencillamente, á buscarle á Lyón.

—Y le ha dicho á usted...

—Nada todavía. Ahora mismo, en cuanto vuelva, será cuando yo también sufra el ataque.

—¡Ah, Graciana!..

—A cada cual le llega su vez, mi pobre Pedro. No sé lo que se dirá en la Zarzalera cuando el barón y su hijo, que ya deben de estar allí, me hayan hecho oficialmente el honor de pedir mi mano á mi padre. Pero lo que sí prometo es que nada se impondrá á su esposa de usted; á su esposa, lo oye usted, Pedro.

¡Graciana adorada!

Y en un brusco ademán, cogió con ambas manos aquella cabecita morena, cuyos ojos brillaban con un fulgor febril, é imprimió en ella un casto beso.

—¡Mi esposa!, repetía Pedro olvidando al mundo entero.

Pero Graciana le rechazó con un gesto de espanto.

—¡Escuche usted!

Era verdad; se oían pasos.

Y los dos tenían aún la actitud violenta de dos cómplices sorprendidos por un testigo inesperado cuando apareció la persona que habían oido acercarse.

—¡Daniel!, exclamó la joven.

—¡Siempre él!..

Por los ojos del oficial pasó una llamarada de cólera al ver acercarse resueltamente á su antiguo compañero de colegio. Daniel se adelantó sonriendo con aire de triunfo y con una familiaridad algo impertinente para Pedro, al que afectó no ver, agravada por esta torpe frase:

A usted busco, Graciana. Me han dicho que había usted venido por aquí, y como tengo la agradable misión de acompañar á usted á la Zarzalera, donde nos esperan nuestros padres...

Y al mismo tiempo hizo un amable ademán como diciendo: «¿Viene usted?»

Pedro no pudo contenerse.

—Pero parece que no me conoces, la Rochere...

Su acento fué tan duro, que Daniel se irguió en seguida para responder:

—Te conozco perfectamente, Boissier. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque no pareces observar que esta señorita está hablando conmigo.

—¡Bah! Como con otro cualquiera. ¿Qué importancia quieres que dé á ese hecho?

—No se trata aquí de importancia, sino de simple educación.

—Supongo que no tratas de darme una lección...

—Parece, sin embargo, que la necesitas.

—Veamos eso. Delante de esta señorita, será curioso el recibir una lección del Sr. Boissier, hijo.

—¡Pedro!, exclamó Graciana con un ademán de súplica y de espanto.

Pero el oficial la separó suavemente y dijo, dando un paso hacia Daniel:

—No tema usted, señorita; sólo tengo que decirle una palabra y enseñarle una cosa.

Y añadió, en voz que azotaba:

—No hay necesidad de ser barón para saber que el que se mete en una conversación sin estar autorizado, es un indiscreto; basta estar bien educado para evitar que nadie le recuerde á uno ese precepto de urbanidad elemental.

La cara de Daniel se tiñó de púrpura.

Pero el joven barón dijo encogiéndose de hombros:

—¡Bah! Soy un loco... No somos de la misma clase y esas palabras no llegan hasta mí.

—Si usted fuera como todo el mundo, le llegarían.

—¡Pero este hombre busca un lance! Como usted quiera, querido.

Daniel tenía en la mano un elegante bastón. Las últimas palabras de Pedro le habían abofeteado con una sangrienta ironía. ¡Delante de Graciana!.. Daniel además no era cobarde, y sin pensar en el grave riesgo que corría, levantó el bastón contra su adversario.

Pero no tuvo tiempo para completar el ademán. Pedro se arrojó á él, le arrancó el bastón de la mano, lo quebró como una pajuela, y dijo con voz ronca, arrojándole los pedazos á la cara:

—Tengo por recibida la ofensa. Ahora me pertenece usted, caballero.

—Estoy á sus órdenes.

Y Daniel, que se había puesto lívido, recobró bastante sangre fría para decir á Graciana:

—Estoy realmente desolado, señorita...

Pero la joven, angustiada y también muy nerviosa, respondió:

—¡No, no! Este asunto se va á quedar aquí. Lo quiero.

Y añadió al ver que los dos hacían el mismo gesto de pena, pero de negativa silenciosa:

—Pedro, es la primera súplica que le dirijo á usted; no creo que la rechace.

—Señorita...

—Además, añadió febrilmente, no ha tenido usted razón. ¡Oh! Sé las razones de su impaciencia, así como usted sabe por qué no quiero que esta disputa tenga consecuencias.

Y sin dejarle tiempo para responder, siguió diciendo:

—Sr. de la Rochere, el Sr. Boissier está pronto á presentar á usted sus excusas.

—¡Yo!

—Sí, usted. ¿Quién puede mejor que usted reconocer sus errores sin que nadie se equivoque sobre el sentimiento á que obedece? ¿No se sabe lo que es usted y lo que vale? ¿No se sabe, dijo echando á Daniel una ardiente mirada, que el Sr. de la Rochere va á afrontar valientemente ahora un peligro terrible, un peligro que afronta como si usted no fuera un formidable adversario?

—Pero usted exagera, señorita, dijo Daniel en tono de protesta.

—Déjeme usted hablar; se lo suplico.

Daniel hizo un ademán de aquiescencia.

Tenía que reconocer que lo que decía la joven era exactamente la verdad. El no había estado muy cortés ni había resistido al deseo de humillar un poco á aquel Pedro Boissier, del que su padre le había dicho: «Desconfía del astuto que ronda á la que quiero darte.» Pero el teniente, en cambio, con sus réplicas duras y provocativas había llevado la discusión á una violencia irreparable.

Daniel tenía sangre en las venas y quería quedar en buen lugar; pero comprendía que, con aquel rabioso de músculos de acero y movimientos de huracán, iba á hacerse matar, y esto era estúpido.

La cólera de Pedro además acababa de hacerle saber más que las advertencias de su padre y que las insinuaciones del cura.

Entre Graciana y el teniente había algo más que

relaciones amistosas. Había llegado tarde y caído como un estorbo en medio de un bello idilio.

Graciana, por otra parte, seguía diciendo con animación febril:

—Lo que el Sr. de la Rochere no sabe y le hará comprender cuán excusable es la violencia de usted, es que hace mucho tiempo, desde mi llegada, he autorizado proyectos para el porvenir en los que los dos cifrarnos el mismo deseo y la misma esperanza. Cada cual busca la dicha donde cree encontrarla, y yo creo que la hallaré en el amor de este amigo con el que he cambiado promesas eternas...

—¡Oh, Graciana!.., exclamó Pedro espantado por aquella audaz franqueza.

—Sí, es preciso que lo sepa. Lo que acaba usted de oir, Daniel, iba á decirlo cuando su padre de usted formulase su petición, pues no creerá usted que no he visto claro en el misterio de su viaje y de la venida de mi padre. Usted es leal y generoso y yo quería ser su amiga. La plaza estaba tomada, Daniel, y puede usted pensar cuánto trabajo nos va á costar á Pedro y á mí el ser felices. Sea usted galante hasta el fin y no aumente nuestras dificultades, que son ya bastante grandes...

Y aprovechando la estupefacción de Pedro y su intensa emoción ante aquel raudal de palabras atrevidas y generosas, le dijo:

—Pedro, por mi amor, dé usted la mano al señor de la Rochere. Daniel, por mi amistad, tome usted la mano que le ofrecen.

Daniel, que tenía talento, dijo en tono cordial:

—¡Vamos, Fierabrás, vengan esos cinco y otra vez no seas tan duro de pelar!..

—¡Vales más que yo!, exclamó Pedro cogiéndole la mano en un impulso de gran sinceridad. Es verdad, no he tenido razón y te pido...

—¡Alto ahí! No quiero que pronuncies la palabra, que sentaría muy mal en tu boca, querido Boissier. Ya tenías una cabeza endemoniada en el colegio y sigues teniéndola; pero acabas de demostrarme que no es el peor medio para prosperar. No diré que no siento...

—Su lindo bastón, dijo vivamente Graciana. Pedro se le reemplazará á usted como regalo de boda. ¿Está convenido?

—Convenido, puesto que usted lo quiere.

—Es que, dijo Pedro sonriendo al fin, puedes tardar en tener tu bastón...

—¡Oh! Sí; vuestro negocio no va al galope. ¿Cómo toma tu padre la cosa?

—Todo lo mal posible.

—Era de suponer. Pero es que, ¡diablo!, en su casa de usted, Graciana, no me parecen bien preparados...

—No lo están ni lo más mínimo.

—Entonces...

—Y bien, ya lo he dicho, voy ahora mismo...

—¡Demonio! Espere usted que mi padre y yo nos hayamos marchado... En cuanto hagamos nuestra retirada en buen orden...

—Ya verá usted, dijo Graciana con su linda sonrisa, como resultamos los dos muy buenos amigos... No, Pedro, añadió tiernamente; los tres.

—Preciso será, dijo Daniel suspirando; es usted tan encantadora... No te amosques, Boissier; lo digo como un buen camarada. Buena suerte has tenido en llegar el primero, porque, en fin, se me debe dejar creer que si yo hubiera llegado antes... ¿Quién sabe?..

—Pero, dijo Graciana, la plaza estaba tomada, y bien.

—Demasiado lo veo. ¿Quiere usted que le diga mi opinión? Pues bien: es posible que haya usted tenido razón. Soy agradable como amigo, pero como marido hubiera sido acaso menos perfecto.

—Usted se calumnia.

—No es seguro y acaso me equivoque también. Pero ahora me interesan ustedes los dos con sus amores de la época heroica... ¡Y yo, que me consideraba ya como el mejor marido de Francia! Heme aquí otra vez soltero y dispuesto á empezar á hacer locuras. No me cogerá de nuevas, pero esta vez tendrán ustedes la culpa.

El amable calavera estaba ya resignado y consolado. ¡Parecíale tan original la aventura! Además encontraba nuevo y delicioso el ser amigo, solamente amigo, de aquella linda muchacha, y veía que Pedro tenía lleno el corazón de un inmenso amor.

—De modo, dijo, que todo queda olvidado, ¿verdad, Boissier?

—Lo que no olvidaré nunca es la manera noble que has tenido de reparar... mi sinrazón.

—Ya ves que también los barones enseñan á sus hijos á ser buenos, aunque no les enseñen otras cosas.

Y le ofreció la mano riéndose. Aquella frase fué su única venganza.

—Y ahora, dijo un tanto perplejo, ¿se queda usted aquí, Graciana, ó se viene conmigo? ¿Quiere usted que me destaque yo como vanguardia?

—No, respondió Pedro, acompáñala. Yo soy el que se va. ¡Adiós, Graciana!, murmuró dulcemente.

—¡Adiós, Pedro! Ameme usted mucho...

—Con toda mi fuerza y toda mi vida.

—¿A pesar de todo?

—A pesar de todo.

Y Pedro se alejó, mientras Daniel decía:

—Sí, tiene suerte este mozo. Nunca me han dicho á mí cosas semejantes.

—Eso es que quiere usted que yo le elogie. ¡Habrá usted oído tantas cosas halagüeñas!..

—Pero éstas no se dicen más que una vez, y la gracia no está en decirlas, sino en el tono en que se dicen. Jamás se ha empleado ese tono conmigo.

—Es que no habrá usted buscado donde era preciso.

—Y cuando caigo en donde debía, ya ve usted qué buena mano tengo.

Charlando de este modo llegaron á la Zarzalera.

—¡Ellos son!

—¡Ah, señora, qué buena pareja hacen!, decía el barón.

—¿Le parece á usted, Sr. de la Rochere?

—Mal gusto tendría si no me pareciese.

Pero, hijos míos, ¡cómo han tardado ustedes! Es casi inconveniente...

—¿Qué cosas tan interesantes tenían ustedes que decirse?

Pero mientras Graciana parecía muy ocupada quitándose el sombrero, Daniel hacía á su padre unos gestos que el barón no comprendía..

Por fin se acercó á él y le dijo en voz baja:

—Vámonos cuanto antes.

—¿Por qué?

—Ya te contaré.

El barón, muy curioso, abrevió cuanto pudo los cumplimientos y los apretones de manos y se despidió, mientras Daniel decía alegremente y con una familiaridad de buen augurio:

—¡Hasta la vista, Graciana!

—¡Hasta otro día, Daniel!, respondió la joven en el mismo tono.

El barón pensaba: «Estos chicos están bien,» y ya á unos pasos de la casa, preguntó á su hijo:

—Vamos á ver, ¿por qué me has hecho escaparme tan de prisa?

—Porque todo ha fracasado, papá.

—¡Fracasado!.. Tú pierdes la cabeza.

—No, lo que acabamos de perder es la partida.

Y le explicó la aventura.

. . . .

En la Zarzalera había empezado también la explicación tan temida como deseada por Graciana.

El Sr. Delestang fué quien inició la cuestión sin precaución diplomática alguna, mientras los abuelos aprobaban sonriendo.

—¡Qué buenas personas, estos La Rochere! El padre es muy amable y el hijo un guapo mozo, hay que reconocerlo. La raza es siempre la raza... ¿Sabes lo que han venido á pedirme, Graciana?

—Sí, papá. Daniel acaba de decírmelo.

—Está muy bien. Ha preferido hablar él mismo. ¿Y aceptas?

—No, papá... He rehusado.

—¡Has!..

A los tres se les escapó la misma exclamación, en la que no había aún más que asombro, porque no esperaban aquella respuesta después de la cordial y sonriente despedida de los dos jóvenes.

—¡Has rehusado!, dijo por fin el banquero. No hablas seriamente. Ese matrimonio nos conviene enteramente á todos. Como fortuna y como posición no puedes esperar nada mejor. Los padres son perfectos, el joven no puede desagradarte... Estáis en excelente armonía y vienes á decirnos con esa sangre fría, con esa tranquilidad... Pero, en fin, ¿por qué has rehusado?

—Porque Daniel, que me es en efecto muy simpático y que será siempre un buen amigo mío, no me conviene para marido. Así se lo he dicho, con los motivos de mi negativa, y él los ha comprendido y debe de estar haciéndoselos comprender á su padre, sin despecho alguno ni la menor sombra de rencor contra mí, como habéis podido observar al tiempo de despedirnos.

—¡Pero estoy soñando ó esta chica ha perdido el juicio!, exclamó el banquero volviéndose hacia los abuelos, tan estupefactos como él... ¡Los motivos!.. ¿Qué razones le has dado? ¿Qué absurdos le has dicho?

Había llegado el momento crítico y Graciana apeló á toda su resolución.

—Le he dicho que amo á otro y que, por consecuencia, no seríamos felices si nos casáramos. Daniel no lo ha encontrado absurdo.

Los labios de la joven habían temblado un poco mientras respondía así con voz tranquila, preparada ya á todas las tempestades.

—¡A otro! ¿Quién es?, preguntó violentamente su padre.

—Pedro Boissier.

—¡Ah! ¡Desgraciada niña!

El abuelo fué quien lanzó esta exclamación al oir aquel nombre que sonaba en sus oídos como un toque á rebato. ¡El enemigo! ¡Su nieta pretendía aliarse con el enemigo!

Delestang, que no había intervenido en aquellas historias y apenas las recordaba, preguntó:

—¡Pedro Boissier! ¿Quién es ese individuo?

—Esta chica está loca, gimió la abuela... Es el hijo de nuestro vecino..., de un hombre con quien hace muchos años estamos enemistados á muerte..., de un hombre que se ha portado con nosotros como un salvaje, como un malhechor.

Un hombre, añadió trágicamente Girardot, que no tiene el sentimiento de la justicia ni el de la humanidad. No digo esto por mis cuarenta y seis nogales, pero nunca nos hizo más que daño cuando era alcalde y nos lo haría más aún si pudiera. ¡Oh! ¡Graciana! ¡Procurarnos esta humillación, esta pena!

—No se trata de Antonio Boissier, abuelo, dijo la joven muy pálida, sino de su hijo.

—Pero, en fin, exclamó el banquero, nervioso de cólera, ¿quién es ese hijo? ¿De dónde sale? ¿Qué hace? ¿Cómo le conoces?

—Ese hijo, respondió Graciana con entusiasmo, es el más noble corazón que se conoce. Es el desinterés, la generosidad y el valor personificados. Es un oficial de los más brillantes y con el más hermoso porvenir á la edad en que otros no son más que unos ociosos y unos inútiles. No tiene veinticinco años y está condecorado; y esa nobleza vale más que la que se encuentra en la cuna. El día de mi llegada á Saint-Romain me prestó un servicio heroico... No sonreiríais al oir esta palabra si hubierais estado allí. Después le he vuelto á ver con frecuencia, con mucha frecuencia, y nos hemos conocido mejor.

—Esa es tu primera falta.

—¿Podía yo contaros eso? Sólo al oir el nombre de Boissier, os volvéis todos injustos y malos. Pero nosotros, los hijos, los nietos, que no tenemos odio en el corazón, no queremos eternizar vuestras disputas, que el tiempo hubiera debido apaciguar en vez de envenenarlas. ¡Qué son esas historias de nogales cortados y de alcaldías perdidas, para los que entonces éramos niños! Pedro y yo nos amamos y nos lo hemos dicho. Prefiero ser esposa de un oficial de hermoso porvenir que casarme con un amable desocupado á quien da lo mismo ser mi marido ó seguir soltero haciendo su vida de placeres. En vez de ese título de baronesa que os vuelve locos, quiero ser la señora de Boissier y seguir en esta clase media á la que todos nosotros pertenecemos.

—Pero, desgraciada, exclamó la abuela, aunque ese joven tuviera todos los méritos y todas las virtudes, bien sabes que jamás consentirá su padre...

—Sí, lo sabemos.

—¡Entonces!..

—Pedro no es un niño á quien se lleva de una oreja. Tiene voluntad, y si se le niega ese consentimiento, se pasará sin él.

—De modo que á pesar de su padre...

—Eso os evitará la aproximación que tanto os disgusta.

—Pero no te das cuenta de que un casamiento en esas condiciones sería un escándalo.

—¡Ah! Mucho menor que si también vosotros me causáis la inmensa pena de no aprobarle.

—¿Qué quieres decir?

—Papá, te lo suplico, escúchame sin arrebatarte..., sin que ni el uno ni el otro digamos cosas que no están en nuestro corazón ni en nuestro pensamiento. Te juro que he hecho una elección reflexiva y que Pedro Boissier es digno de mi ternura y de vuestro cariño. Te juro que, si es posible la dicha en el mundo, con él seré dichosa, y que no puedo renunciar á esa felicidad sin motivo alguno razonable.

—¡Sin motivo! La enemistad de vuestras familias, la desaprobación de tus abuelos..., la deferencia que nos debes...

—Esas son vuestras razones, papá, pero no las mías. Me caso para la dicha ó para el dolor de toda la vida, y debo pensar en mí y no en vuestros rencores, que ocupan en vuestro corazón más lugar que el cariño hacia mí.

—En resumen; si me niego, ¿qué harás?

Graciana bajó la cabeza y dijo:

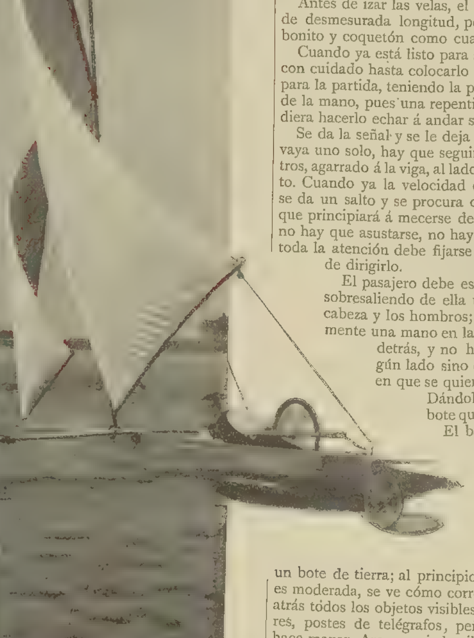
—Esperaré.

(Continuará)

BOTES DE VELA TERRESTRES

El último invento del deporte es el bote de tierra. Con unas cuantas tablas, tres ruedas y unas velas, los aficionados al deporte marítimo podrán, en lo futuro, jactarse de ser verdaderos marineros sin haber andado por el mar; porque en tierra podrán disfrutar de todos los placeres que puede proporcionar el navegar á la vela.

El bote de tierra no es uno de esos juguetes que sólo sirven para demostrar el ingenio y habilidad de los que los idean y construyen. Es un modo de locomoción enteramente nuevo, no sólo muy agradable, sino llamado á ser también dentro de poco de mucha utilidad práctica.



Navegar por tierra á la vela es un deporte sin peligro, si se va con cuidado. Las hijas pequeñas de Mr. Pedro Keary, que ha sido el primero en dedicarse á esa distracción, manejan perfectamente el bote terrestre.

El navegar por tierra á la vela reune las sensaciones y emociones que proporcionan el automóvil y el yate. Para el automovilista tiene la fascinación, siempre tan poderosa, de la velocidad, puesto que puede hacer de 30 á 50 millas por hora, si hay el viento necesario; y en cuanto al aficionado á navegar, experimenta la misma sensación placentera que si se fuera á la vela por un mar sin olas, si es que semejante cosa puede concebirse. Va reclinado á la sombra del mástil y de las velas; está á merced del viento, y experimenta la sensación de abandono y frenesí á medida que, impulsado por la fuerza del aire, va adquiriendo el bote mayor velocidad. Se ha de estar siempre ojo alerta, con una mano en la escota y la otra en la caña del timón, porque debe ser el objetivo principal correr evitando los obstáculos y las curvas demasiado pronunciadas.

El verdadero aficionado á navegar desdeña las comodidades; no vaya á creer que va á tenerlas si se dedica á hacerlo por tierra. El más espartano quedará satisfecho; no le faltarán cabeceos ni balances, alguna que otra vez se verá lanzado fuera sobre la arena y tiene siempre la constante probabilidad de tropezar con algún obstáculo imprevisto, rocas, piedras, muros y Dios sabe cuántas cosas más, con todo lo cual quedarán compensados los peligros del mar que pueda echar de menos.

El bote de tierra está construído á semejanza del de hielo que se ve con tanta frecuencia en el Hudson y en otros ríos de los Estados Unidos, sólo que en vez de correderas lleva ruedas.

Lo forman dos vigas de madera cruzadas, una de unos 21 pies de largo y otra de 12. La más corta, que forma los brazos de la cruz, va sostenida por ruedas en sus dos extremos. La tercera rueda, que sirve para gobernar, va junto á la larga tabla de atrás y está unida á ella una caña de timón.

En la cubierta se alza el mástil, de bambú, de 16 pies de altura. El espacio destinado á las personas es pequeño, pero suficiente. Es una pequeña cuna que se balancea, colocada sobre la viga como á su mitad. Dos personas pueden acurrucarse en ella con comodidad, pero hay que tener cuidado con la cabeza á causa del movimiento de la botavara.

Antes de izar las velas, el bote parece una cureña de desmesurada longitud, pero con ellas se ve tan bonito y coquetón como cualquiera de los de agua.

Cuando ya está listo para salir, hay que arrastrarlo con cuidado hasta colocarlo en un punto á propósito para la partida, teniendo la precaución de no soltarlo de la mano, pues una repentina ráfaga de viento pudiera hacerlo echar á andar sin los pasajeros.

Se da la señal y se le deja suelto. Suponiendo que vaya uno solo, hay que seguir corriendo algunos metros, agarrado á la viga, al lado del bote en movimiento. Cuando ya la velocidad comienza á ser regular, se da un salto y se procura caer dentro de la cuna, que principiará á mecerse de modo alarmante; pero no hay que asustarse, no hay tiempo para ello, pues toda la atención debe fijarse en el arte, en el modo de dirigirlo.

El pasajero debe estar tendido en la cuna, sobresaliendo de ella únicamente un poco la cabeza y los hombros; ha de llevar constantemente una mano en la caña del timón, que va detrás, y no hay que moverla á ningún lado sino en el momento preciso en que se quiera cambiar de dirección. Dándole vuelta con fuerza, el bote quedará parado en el acto. El barco obedece perfectamente al timón y navega tan ceñido al viento como cualquier bote acuático.

Tal vez no exista una sensación tan excitante como una carrera á todo escape en un bote de tierra; al principio, cuando la velocidad es moderada, se ve cómo corren furiosamente hacia atrás todos los objetos visibles, cabañas de pescadores, postes de telégrafos, peñascos, etc. Luego se hace mayor. Arena y piedrecillas de la playa le azotan á uno el rostro. Los curiosos, si los hay, miran con asombro, y tal vez se tenga tiempo de observar la mirada de taciturno desdén que dirige algún anciano pescador ó marinero. Otro grita, haciendo alguna advertencia.

Arrastrado por el viento, cuya fuerza se desconoce, con una velocidad que parece terrorífica, sin saber cuál será su suerte y sin experiencia que sirva de guía, uno se entrega al último recurso: á ver lo que salga. Si se tiene el valor de mirar hacia atrás al mismo tiempo que se vuela hacia adelante, se verá seguramente que el punto de partida está ya muy distante, que los amigos parecen casi invisibles puntos; también probablemente resultará que no se ha seguido una línea recta. El conservar la mano completamente quieta y firme en la caña del timón sólo se consigue á fuerza de práctica; así es que en el primer viaje se serpentea.

Casi siempre llega el momento de pánico, producido por diversas causas: unas veces por oir voces que recuerdan que hay gente en el mundo y que muy bien pudiera uno atropellarla; otras porque se deja la arena y se entra en un pedregal, y otras porque al sentirse mojado se recuerda que también existen charcos. Lo cierto es que se tiene conciencia de que algo grave va á ocurrir. Entonces se recuerda que orzando se detiene el bote. Puede que se haga bien y se detenga, puede que se haga mal y sólo se consiga cambiar de dirección empeorando.

No puede negarse que al bote de tierra le aguarda un brillante porvenir. En donde haya grandes extensiones de arena será un pasatiempo muy agradable. Pero su importancia será grande en donde existan extensos desiertos, pues ese será el mejor sistema de locomoción que pueda emplearse para atravesarlos. Tal sucede en California, en el desierto de Mojave, que los mineros cruzan, dos en cada bote terrestre, atravesando una distancia de 9 millas de arena para ir y volver de sus trabajos.

VIVIAN CARTER.

***

EL SALTO DE LA CUERDA Y LA NATACIÓN

COMO EJERCICIOS

Un corresponsal del *British Medical Journal* ha expuesto en esta revista médica la opinión de que ninguna gimnasia de salón es comparable con el ejercicio que se practica saltando la cuerda, como en los lejanos días de la infancia.

El salto de la cuerda, como pretexto para movimientos violentos, parece ser muy superior á cuantos medios han podido inventarse; y en realidad tiene grandes y positivas ventajas. En primer lugar, exige muy pocos gastos en concepto de instalación de aparatos, puesto que basta con disponer de un trozo de cuerda.

Cierto que para este ejercicio se necesita espacio y que en la mayoría de las casas no hay sitio para saltar libremente sin topar con algún mueble ú objeto de adorno; cierto también que el vecino del piso inferior puede quejarse si el aficionado al salto de la cuerda es pesado ó torpe, pues en este caso resulta más molesto que los que emplean los aparatos de caucho para el ejercicio del tronco y de las extremidades, que actualmente están de moda. Pero salvo estos inconvenientes, preciso es confesar que el salto de la cuerda constituye un excelente ejercicio, puesto que vigoriza las piernas, hace trabajar los músculos del abdomen, cosa muy conveniente para las personas propensas á la constipación; opera un masaje general de los órganos abdominales; hace circular la sangre en las vísceras, en donde de otro modo se entretendría fácilmente y sin provecho, retardando la eliminación de los productos de desasimilación, y finalmente ejercita los brazos y practicado con inteligencia ensancha el pecho y acelera el funcionamiento del corazón y de los pulmones.

En suma, es este un ejercicio muy completo, y en materia de ejercicios hay que dar la preferencia á los movimientos que desarrollan y hacen funcionar todas las partes del cuerpo.

¿Llegará á ocupar el salto de la cuerda en el interior de las casas el puesto que ocupa el *lawn-tennis* en los jardines? Tal vez sí: la moda tiene caprichos incomprensibles, y bien pudiera poner en boga una forma de gimnasia cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Fuerza es confesar, sin embargo, que el salto de la cuerda no da gran alimento al espíritu: el tennis, la pelota, el cricket y otros juegos ocupan la inteligencia y reclaman su intervención al mismo tiempo que la actividad de los músculos, y esta circunstancia justifica el éxito que han tenido. El salto de la



Un bote terrestre con todo su velamen, y en el que el navegante se halla en la posición de [illegible] una mano en la caña del timón, la otra en la escota

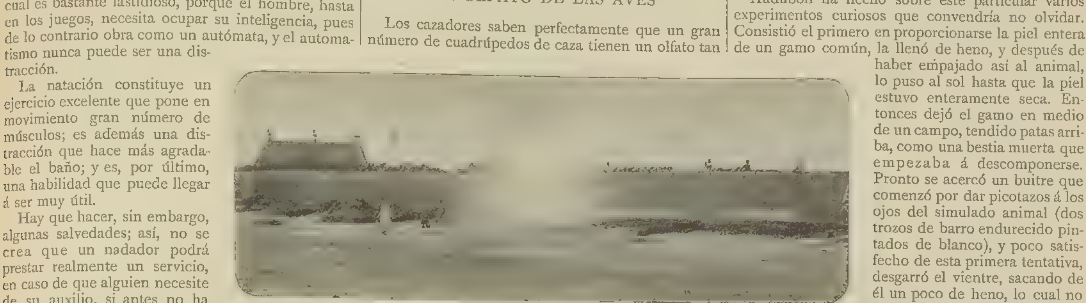
cuerda, en cambio, deja al espíritu en reposo, lo cual es bastante fastidioso, porque el hombre, hasta en los juegos, necesita ocupar su inteligencia, pues de lo contrario obra como un autómata, y el automatismo nunca puede ser una distracción.

La natación constituye un ejercicio excelente que pone en movimiento gran número de músculos; es además una distracción que hace más agradable el baño; y es, por último, una habilidad que puede llegar á ser muy útil.

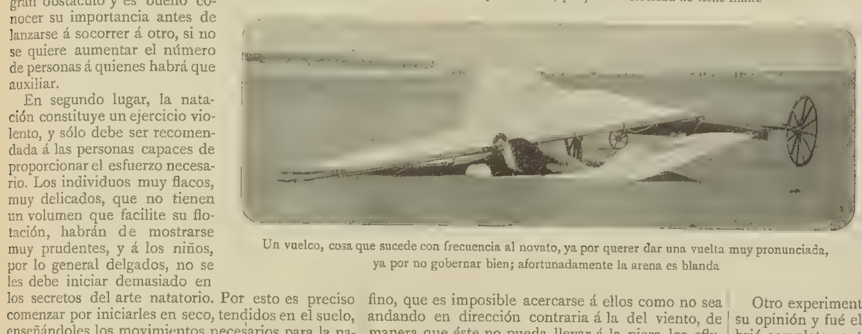
Hay que hacer, sin embargo, algunas salvedades; así, no se crea que un nadador podrá prestar realmente un servicio, en caso de que alguien necesite de su auxilio, si antes no ha aprendido á nadar vestido, porque las ropas constituyen un gran obstáculo y es bueno conocer su importancia antes de lanzarse á socorrer á otro, si no se quiere aumentar el número de personas á quienes habrá que auxiliar.

En segundo lugar, la natación constituye un ejercicio violento, y sólo debe ser recomendada á las personas capaces de proporcionar el esfuerzo necesario. Los individuos muy flacos, muy delicados, que no tienen un volumen que facilite su flotación, habrán de mostrarse muy prudentes, y á los niños, por lo general delgados, no se les debe iniciar demasiado en los secretos del arte natatorio. Por esto es preciso comenzar por iniciarles en seco, tendidos en el suelo, enseñándoles los movimientos necesarios para la natación.

El mejor nadador, de todos modos, debe mostrarse muy prudente, porque está expuesto á un peligro que nada permite prever, el calambre, que ha ocasionado muchas víctimas: este accidente unas veces produce un vahido que hace perder el conocimiento al nadador; otras le causa un dolor intenso, consecuencia de la fatiga, que paraliza los movimientos del corazón y determina un síncope fatal; y en algunas ocasiones es debido, según parecer de varios médicos, á un espasmo de la faringe, producido por la introducción en ésta de algunas gotas de agua. X.



Fotografía de un bote terrestre á toda velocidad, unas 50 millas por hora, que es la de un tren expreso
Los automovilistas deben patrocinarlo, porque su velocidad no tiene límite



Un vuelco, cosa que sucede con frecuencia al novato, ya por querer dar una vuelta muy pronunciada, ya por no gobernar bien; afortunadamente la arena es blanda

EL OLFATO DE LAS AVES

Los cazadores saben perfectamente que un gran número de cuadrúpedos de caza tienen un olfato tan fino, que es imposible acercarse á ellos como no sea andando en dirección contraria á la del viento, de manera que éste no pueda llevar á la pieza los efluvios del cazador. Por lo que toca á las aves, las opiniones están divididas: en general se les concede sólo un olfato mediano y se toman menos precauciones contra la posibilidad de que este sentido sea utilizado para descubrir la proximidad del hombre; pero hay algunas que están dotadas de un olfato extraordinario, distinguiéndose entre ellas las que comen carne de animales muertos y en descomposición. Por el olfato descubren, al parecer, los buitres y sus similares los cadáveres de animales y de hombres con que se alimentan; pero este hecho no es tan indiscutible como afirman ciertos viajeros.

Audubon ha hecho sobre este particular varios experimentos curiosos que convendría no olvidar. Consistió el primero en proporcionarse la piel entera de un gamo común, la llenó de heno, y después de haber empajado así al animal, lo puso al sol hasta que la piel estuvo enteramente seca. Entonces dejó el gamo en medio de un campo, tendido patas arriba, como una bestia muerta que empezaba á descomponerse. Pronto se acercó un buitre que comenzó por dar picotazos á los ojos del simulado animal (dos trozos de barro endurecido pintados de blanco), y poco satisfecho de esta primera tentativa, desgarró el vientre, sacando de él un poco de heno, lo cual no le hizo tampoco maldita la gracia. Prosiguió el ave sus tentativas atacando al gamo empajado por distintas partes y siempre naturalmente con el mismo resultado, es decir, sin encontrar materia en donde clavar el pico para poder saciar su hambre. Entonces remontó el vuelo, pero cuando estuvo á cierta altura, divisó una pequeña serpiente, por lo que descendió de nuevo, mató el reptil y se lo comió. Después permaneció algún tiempo volando por aquellos sitios, dando vueltas alrededor de aquella presa que parecía auténtica y sin embargo no lo era, como si aún no quedara del todo convencido de que no se trataba de un animal de carne y hueso.

Otro experimento hizo Audubon para reforzar más su opinión y fué el siguiente: mató un cerdo y lo cubrió completamente con hierbas y ramaje de manera que el cuerpo del animal quedara perfectamente oculto. Pasaron por allí varios buitres y ninguno se detuvo, ninguno fué atraído por las emanaciones que despedía el animal, emanaciones que, en cambio, percibían evidentemente los perros.

De ambos hechos y de varios otros análogos que no citamos porque bastan los explicados para el objeto que nos proponemos, dedujo Audubon que no es el olfato el sentido que hace que los buitres descubran su presa, sino la visión, que en ellos alcanza un grado de desarrollo extraordinario; y lo propio pudiera decirse de otras clases de aves de presa.—S.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona





ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.



ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disentería, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Maniobras de caballería, cuadro de José Cusachs



AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero *y las* señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero *y las* señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero *y las* señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.





Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 10 de octubre de 1904 — Núm. 1.189



De vuelta del trabajo, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)



Contrabandistas, cuadro de Luis Graner. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1904.)

ADVERTENCIA

Próximamente repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que es el tercero y último de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

La traducción de la obra ha sido hecha por D. Juan B. Enseñat, miembro correspondiente de la Real Academia de la Historia.

El tomo va ilustrado con gran número de grabados.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Todos nos quejamos en España de falta de dinero; todos hablamos de la miseria que nos corroe; todos nos complacemos en imaginar el porvenir cargado de amenazas. En este mismo momento acabo de leer la reseña de un *meeting*, en el cual, como de costumbre, se ha puesto á los burgueses lo mismo que chupa de dómine, y se ha hablado, como suave medida preventiva, de colgar á las puertas de sus respectivas tiendas á los tenderos que expenden artículos de primera necesidad. ¿Que suben los cambios, que aumenta el precio del pan, que la vida es imposible?.. Pues, á pesar de todo, la gente se divierte en grande: los teatros que ya funcionan en Madrid están constantemente llenos; se cubren los abonos para los días de moda de los «grandes coliseos» que aún no han abierto sus puertas; rebosa de espectadores la plaza de toros á pesar de celebrarse las corridas en día de trabajo, y el dinero corre en abundancia para todo lo que es diversión ó regocijo. Los españoles, ó por lo menos los madrileños, dicen algo parecido á la sentencia de cierto jugador empedernido: «El dinero se ha hecho para jugarlo; y si algo queda, para comer.»

¿Será que la misma angustiosa situación de la gran masa social obliga á mucha gente á olvidar sus penas aturdiéndose en fiestas y espectáculos, como algunos desesperados ahogan sus pesares en el vino? Será tal vez que el que más y el que menos se echa la cuenta de que «perdido por uno, perdido por ciento.» No lo sé: el hecho es que en Madrid las diversiones públicas abundan mucho más que en el mismo París, con ser la capital de Francia una ciudad cosmopolita, cuya población flotante no bajará de seguro de cien mil almas.

Estas y otras muchas consideraciones por el mismo estilo, de las cuales hago gracia á mis lectores, se me ocurrían contemplando, la tarde del 3 de septiembre, «el asalto» de la Zarzuela. Una muchedumbre de hambrientos ante las puertas de una panadería no hubiera mostrado mayor impaciencia por adquirir pan que la manifestada por aquella multitud para tomar billetes. El gran atractivo de la inauguración de dicho teatro era el estreno de una quisicosa cómico-lírico-bailable titulada *Las Bellas Artes*. La tal revista es una serie deshilvanada de escenas sin sombra de novedad ni de gracia. Allí había y hay (porque aún no ha desaparecido del cartel) de todo: comparsas de señoritas que lucen sus formas esculturales gracias á las mallas, máscaras ataviadas con trajes caprichosos, guardias de orden público á caballo, carrozas lujosas, baturros que cantan la jota, mozas de garbo que bailan tangos zoológicos, tipos callejeros, *couplets* satíricos, cuadros plásticos, ¡qué sé yo! Lo único que falta en *Bellas Artes*... es arte.

A pesar de todo esto, de la voz de Lucrecia Arana, de los esfuerzos de Pinedo y de las zapatetas de Moncayo, disfrazado de perro de lanas, *Bellas Artes* fué bastoneada, taconeada y silbada «con todo el aparato que su argumento requiere.» Lo que no ha sido obstáculo, como digo más arriba, para que se siga representando y algunas noches dos veces.

* * *

Con la función inaugural de la Zarzuela se empezó á cumplir en Madrid la orden del gobernador, que fija la hora de las doce y media de la noche como término improrrogable del espectáculo. Las empresas de género chico, á fin de cumplir dicha orden, acordaron, y así lo practican, empezar la función á las siete de la tarde. A la primera sección de los teatros por horas se le da ya por ahí, y no sin propiedad, el nombre de *vermouth*.

Al pronto esta innovación, lo mismo que la orden gubernativa, ha sido objeto de protestas y cuchufletas, como lo está siendo, verbigracia, el descanso dominical; pero al fin y al cabo, lo que ahora es chocante innovación, se convertirá en costumbre y con ella irá ganando aquella parte del público que trabaja y que, por consiguiente, no puede acostarse á las dos y media de la madrugada, hora á que—durante «el antiguo régimen»—terminaban las funciones en los teatros de género chico.

Con este *vermouth* teatral han empezado á funcionar Eslava, Apolo, el Cómico y el Moderno.

En el primero de estos teatros, ó sea en el de Eslava, triunfa hasta ahora Riquelme, rodeado de unos cuantos actores más ó menos estimables y de un grupo de muchachas muy guapas y frescachonas, cuyo mérito está más en la forma que en el fondo. El público de Eslava las absuelve de buen grado de sus pecados artísticos, por la misma razón que los jueces de Friné absolvieron de otra especie de pecados á la célebre hetaira.

La gran atracción del teatrillo del pasadizo de San Ginés la constituye el sainete titulado *El rey del valor*. No hay en esta obrilla ni tipos, ni costumbres, ni plan, ni argumento; pero en cambio tiene, aunque gorda, bastante sal, y con esto y algunos números de música no muy original, pero sí alegre y retozona, y chistes capaces de sonrojar á un guardacantón, no es extraño que el público que suele acudir al teatro de Eslava se encante y hasta se entusiasme contemplando los lances de *El rey del valor*.

Lo que á la verdad no me parece tan natural es que á ese espectáculo y á otros de la misma índole asistan niñas menos que adolescentes. Bueno que las mamás que gustan de esa clase de diversiones vayan y se recreen... Mayores son de edad y allá ellas con sus gustos y aficiones; pero á sus pobres hijas, ¿para qué irlas acostumbrando á oir frases y ver escenas que por fuerza han de pervertir sus corazones? A mí me dan verdadera lástima esas pobres chiquillas de madres mal aconsejadas solazándose con los chistes precoces de zarzuelillas sicalípticas.

De esta especie suelen ser también las obras que privan en el teatro Cómico. Allí además se cultiva el chiste político. En una cosa que lleva el culto título de *Siempre p' atrás* se cantaban unos *couplets* tan intencionados, que el gobernador se creyó en el caso de imponer á la empresa una multa de quinientas pesetas. Es de suponer que la medida gubernativa habrá aplacado algo los ímpetus aristofanescos de los autores de *Siempre p' atrás*.

Apolo, «la catedral del género chico,» como le llaman los fieles de la literatura menuda, abrió también sus puertas, con gran satisfacción de músicos, danzantes, autores de la casa, revendedores y público. Allí todo es igual que en la temporada anterior: Joaquina Pino sigue luciendo las esplendideces de su arrogante figura; la Vidal, tan robusta como siempre; Carreras, tan divertido... En fin, que no pasan días por los actores y actrices de Apolo. Las obras que allí se representan ahora y con las cuales se celebró la función inaugural, son las que formaban el cartel cuando, un mes antes, se cerró el teatro. De modo que podrán discutirse otros méritos al de la calle de Alcalá: el que no podrá negarle nadie es el de la constancia.

El último en reanudar sus tareas ha sido el teatro Moderno, en donde Loreto Prado hace ya dos años que sentó sus reales. A Loreto el público de Madrid la quiere y la admira cada vez más. Su reaparición en la escena fué la otra noche un verdadero acontecimiento. La sala estuvo llena toda la noche de público perteneciente á todas las clases sociales, porque la graciosísima actriz es admirada con igual entusiasmo por los de arriba que por los de abajo; hubo también aplausos estruendosos, flores y palomas. Bien satisfecha pudo quedar la gentil Loreto del recibimiento que le hizo el público de Madrid. Y dicho sea en verdad, merecidas tiene estas muestras de simpatía y admiración, por su talento y por su gracia inimitable.

* * *

Para que ningún género falte en Madrid, José González ha comenzado en el Circo de Price una serie de funciones pertenecientes casi todas al género melodramático. Es tenido el melodrama, y no sin fundamento, por un arte inferior; es el folletín representado, con sus lances imprevistos, sus sorpresas, sus personajes, unos buenos como ángeles y otros perversos como demonios, y su desenlace en que siempre triunfa la justicia, quedando el virtuoso con premio y duramente castigado el traidor. Esta literatura convencional y efectista es, en efecto, muy inferior al drama y la comedia, reflejo fiel de la vida, en la cual ni los caracteres son de una pieza, ni la justicia triunfa siempre y en donde, como ya dijo el poeta, las manos inicuas vibran victoriosas palmas.

Pero, siendo esto así, no es menos cierto que el melodrama, aunque falsifica la vida, presenta en cambio ante los ojos del pueblo la realización de un alto ideal de justicia. Por lo mismo que en torno nuestro vemos tan á menudo el vicio triunfante y la virtud humillada, nos complacemos en hallar, por lo menos en el teatro, un destello de aquella perpetua y alta voluntad, que al fin y á la postre ha de dar á cada uno lo suyo. Quizás en esto, más que en otra cosa, estriba la predilección que por el melodrama siente el pueblo soberano.

En lo que pudiéramos llamar mecánica del melodrama, en su trama novelesca, auxiliada ó realzada por el *atrezo* y *mise en scene*, requiérese un esmero y un lujo que rara vez se encuentran en la representación de esta clase de obras. Sinceramente creo que la empresa que se decidiera á representar melodramas, á pesar de que Fernando Díaz de Mendoza representa dramas y comedias en el Español, se llevaría, como suele decirse, de calle una gran parte del público, aquella que va al teatro, no á complacerse con el planteamiento y resolución de un problema de moral ó de filosofía, sino á buscar las emociones que produce la contemplación de la virtud perseguida por la maldad y al fin triunfante al través de complicados incidentes.

Yo no sé si José González realizará en el enorme teatro del Circo de Price todas las condiciones que exige para triunfar el género melodramático; pero como tiene talento y laboriosidad y conoce los gustos del público, no será maravilla que logre «defenderse.»

* * *

Y no será poco defenderse en una temporada como la presente, en que, forzosamente, ha de ser ruda la lucha que han de sostener los teatros grandes. Por de pronto, Borrás, que tan ruidosos triunfos alcanzó en junio último, se dispone á emprender con brío la próxima campaña en el teatro de la Comedia. La obra con que inaugurará la temporada es *Tierra baja*, drama en que el actor catalán desempeña el papel de protagonista de un modo realmente admirable.

En el Español, María Guerrero y Fernando Mendoza harán los imposibles por conservar el favor del público. Para ello cuentan con muchas obras y con su propio talento.

Por último, Thuiller, alejado de Madrid durante largos años, se presentará dentro de poco en la Princesa, acompañado de gran número de artistas ya conocidos en la corte, y de otros, como la señora Fábregas, artista mejicana á quien hay gran deseo de admirar y de aplaudir.

Distribuídas del modo que queda dicho las fuerzas artísticas, júzguese si será descaminado predecir para el próximo invierno reñida competencia entre los valiosos elementos que van á disputarse los favores del público.

Después de todo, éste es el que saldrá ganando.

ZEDA.



... tuvo que detenerse por un enorme *ballón* que rebotó á pocos pasos. (Dibujo de Mas y Fondevila.)

DOS CAMINOS

I

—Tráeme otra camisa; esta se ha arrugado y me ha deshecho los dedos. ¡Maldita sea su estampa!

—¿Qué te pasa?, preguntó Antonio entrando en el gabinete de Alfredo.

—Esas estúpidas planchadoras, que no saben lo que hacen y ponen los ojales tan duros que es imposible abrochar los botones. ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo á darte una noticia que quizá no esperes. Me caso y quiero que seas testigo.

—¡Tú! ¿Tiene *guita?*

—No.

—¿Influencia?

—Tampoco.

—Pues... no te enfades; pero haces el primo. El matrimonio como negocio, como *sociedad conyugal*, puede admitirse; pero, como matrimonio solo, es un dogal y vas á echarte encima un peso que te hará caer en medio del camino. ¡Maldita sea!

—¿Qué es eso?

—La corbata, hombre; ¿no ves qué nudo sale? ¡Hay días que debiera uno reventar!

Y Alfredo se deshizo violentamente el nudo de la corbata.

Antonio sonreía.

—Pues, chico, siguió Alfredo, perdóname la franqueza; pero lo que es casarse para mantener á la mujer y pasar privaciones, me parece una bobada. ¡Anda y que las mantengan sus padres!

—No hay que extremar las cosas. Yo tengo una base, puedo cubrir modestamente mis necesidades de ahora. Después..., con voluntad, una buena administración y trabajando, confío en salir adelante.

—No me convences. Yo si me caso será con mujer que me traiga mucho dinero ó cosa que lo valga; porque los encantos físicos son flor de un día, y después queda lo otro, el lujo, las comodidades... Para repartir con ella lo que tengo, mejor estoy soltero.

—¡Señorito!, dijo el criado de Alfredo, entrando; aquí están las violetas. He tenido que dar por este ramito cuatro pesetas; no había más, y como me dijo que no viniera sin ellas...

—¡Pues claro!, contestó Alfredo, aunque te hubieran pedido dos duros. ¡Estaría bueno que fuese sin ellas!

II

Alfredo siguió alegremente su vida de soltero, ociosa y llena de nimiedades. No punzaban su alma los grandes dolores de la lucha humana, pero tampoco llegaban á ella las vibraciones del sentimiento, la satisfacción del deber cumplido ni las claridades del ideal.

Su rumbo era incierto, como el de las mariposas que vuelan alocadas de flor en flor. Si alguien le hubiese detenido y preguntado adónde encaminaba sus pasos, le habría llenado de sorpresa.

Las grandes preocupaciones de su vida eran que le cortasen mal un traje, que no le saliese airoso el nudo ó el plastrón de la corbata, no encontrar á tiempo una flor determinada ó quedarse sin invitación para alguna fiesta.

Todas las noches á las tres ó las cuatro de la madrugada, cuando menos, pálido, estragado, con la lengua saburrosa y la cabeza abombada, volvía á su elegante pisito de la calle de Claudio Coello, en donde los muebles, aquellos muebles que no habían sido *vividos*, que no guardaban ninguna confidencia, ningún recuerdo, estaban siempre en el mismo sitio, rígidos y fríos como cosas petrificadas, como cilindros sin impresionar.

No se notaba en aquellas habitaciones la mano de la mujer que todo lo arregla ni la del niño que todo lo revuelve; no se veían detalles íntimos, notas de hogar...

La vida pasaba por allí y por el alma de Alfredo como la gota de agua por la bruñida superficie: sin dejar rastro.

Y sin embargo, Alfredo se acostaba en el solitario lecho satisfecho de sí mismo; había estado en el Casino, en cuya sala de juego le habían robado decentemente unas pesetas; paseó por el Retiro y la Castellana; estuvo al anochecer en la Carrera de San Jerónimo recostado en un farol viendo pasar las muchachas; se gastó dos duros en la cena condimentada en la misteriosa cocina del restaurant más renombrado y tres pesetas en la flor de moda; asistió después al teatro en donde actuaba la compañía francesa; y si no se enteró gran cosa de la obra representada - que para él era lo de menos,—*le vieron* allí y cumplió con esto con el buen tono; y para fin de fiesta había comprado un rato de amor por horas, insípido como el hastío.

Indudablemente estaba en lo cierto, y todas las noches, al arrebujarse entre las sábanas, pensaba con desprecio y lástima:

—¡Pobre Antonio, qué tonto ha sido!

III

Antonio entró en la vida de los hombres equilibrados y útiles, que no se consideran venidos á este mundo para emplearse en las cretinas superficialidades de los que, creyéndose prototipos del buen tono, resultan eminentemente ridículos; ni tampoco para sacrificar las dulces expansiones del alma en el altar de las vanidades humanas; ni menos para abdicar de los nobles y absolutos dictados de su conciencia ante los *dureos* atractivos de la hija más ó menos honrada de un padre ladrón.

No; el amor de Antonio, desinteresado y puro como el corazón que impulsaba todos sus actos, era dos veces sagrado, porque había sido santificado por el amor mismo, y la bendición nupcial, traspasando los límites del convencionalismo terreno, había llegado hasta Dios, á diferencia de aquellas otras que, sirviendo de pabellón á mercancías de contrabando, se pierden en el estrecho recinto de una sacristía y no salen de los repugnantes moldes de una escritura dotal.

Antonio tenía su hogar, en donde se le rendía fervoroso culto; aquello era templo de amor y taller de obrero; por allí pasaban las amarguras de la realidad, pero también las claridades del cielo; las primeras, lejos de abatirle, le daban para la lucha fuerzas extraordinarias que espoleaba constantemente el convencimiento de sus propios deberes; las segundas derramaban en su alma un placer espiritual á nada comparable, que como bálsamo santo cicatrizaba las heridas de la lucha humana.

Un tierno niño, que aún conservaba la sonrisa del cielo, fruto de sus legítimos amores, era bastante para llenar el corazón y la mente de Antonio de dulces anhelos y de nobles ideales; una esposa amante y discreta, probada y purificada por la desgracia, posesionada de una moral que no admitía los acomodaticios convencionalismos sociales, sino los absolutos dictados de la Verdad misma, era más que suficiente para que Antonio pensase con lástima en Alfredo y dijese todas las noches al acostarse:

—¡Pobre amigo, qué imbécil es!

IV

Pasó tiempo. El invierno, despiadado y frío, se llevó todas las galas de la primavera; secó las flores; petrificó la savia en las vegetales venas, y la hojarasca, pomposa y verde, palideció clorótica, languideció sin fuerzas y fué arrancada del materno tronco por el viento otoñal, que cubrió con ella de amarillenta alfombra los largos y melancólicos paseos; los árboles, antes llenos de tierna urdimbre, en la que el viento formaba misteriosos murmullos, poblada de amorosos nidos, estaban ahora escuetos, petrificados, y sus secas ramas extendidas en el espacio parecían brazos de osamentas que imploraban piedad...

Alfredo, amarillo como las hojas que se arremolinaban á su alrededor, se paseaba solo, apoyado en un bastón, por una larga alameda del Retiro. Su cuerpo se inclinaba hacia la tierra antes de tiempo; su pelo blanqueaba, no con la nieve que sobre él cayera con el transcurso de los años y por ellos consagrada, sino con la que arrojaron los temporales de su vida, disipada y necia. Un reblandecimiento medular había puesto en abierta rebelión su voluntad y sus músculos, apagando el brillo de sus ojos y la lucidez de su inteligencia.



Malas pulgas, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)

Sentíase morir en las mismas soledad é indiferencia en que había vivido, sin nadie que le cuidase, vivo, y le llorase, muerto.

Pasaron los caprichos del amor, que no suele reinar sobre las canas; pasaron las vanas diversiones, y los que en ellas fueron inseparables camaradas de Alfredo no eran capaces de perder un baile ó un turno elegante por endulzar la soledad del pobre enfermo, abandonado á los secos y deficientes servicios de gente asalariada, y el desgraciado Alfredo entraba en su casa, solitaria y silenciosa, sin que amorosos brazos rodeasen su cuello ni llegasen á su oído palabras de consuelo; y cuando en la soledad de su alcoba espaciaba el pensamiento sobre el horizonte de su vida, sólo veía la yerma llanura del desierto, donde nada había germinado.

Paseaba Alfredo ensimismado en tan tristes reflexiones, cuando tuvo que detenerse por la súbita aparición de un enorme *balon* que rebotó á pocos pasos y al que seguían tres ó cuatro niños de seis á diez años que se disputaban bulliciosos darle un enérgico puntapié.

Un hombre que se acercaba presuroso gritó á los niños:

—¡Cuidado con dar á alguien!

Aquel hombre era Antonio; aquellos chicos, coloradotes y alegres, eran sus hijos, con los que jugaba ágilmente al *foot-ball*.

Alfredo y Antonio habían tomado por caminos diferentes, y como no se habían visto, no se reconocieron.

Antonio, fuerte, alegre, satisfecho de sí mismo, rodeado de aquellos hermosos niños, reproducciones de su ser, siguió jugando con ellos, expansionándose, como si fuese otro niño, en los más sublimes goces del alma. Era la voluntad y el trabajo fecundos, la generosidad rodeada por los resplandores de sus propias obras, la vida que sufre y goza, que ama y lucha y se reproduce constantemente, triunfando de la muerte, á la que sólo deja los podridos despojos de la materia, y salvando y perpetuando su espíritu sobre la tierra.

Alfredo siguió lentamente por la alameda y por ella se perdió, solitario y triste, buscando en el bastón apoyo para su paso vacilante. Era el egoísmo humano que moría rodeado del único engendro de su miserable vida: la indiferencia.—JUAN TORAL.



Horno de vidrio, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)



Rincón de taberna, cuadro de Luis Graner (Exposición Nacional de Madrid. 1904)

CUADROS DE LUIS GRANER

Cuando hace algún tiempo se celebró en el Salón Parés de esta ciudad la exposición de obras del notable pintor Luis Graner, expusimos la hermosa impresión que en todos los inteligentes y aficionados á las bellas artes produjo aquella manifestación grandiosa del talento de uno de nuestros más geniales artistas. Muchos de aquellos cuadros han figurado luego en importantes exposiciones y en todas ellas han sido objeto de especial admiración, mereciendo su autor los más entusiastas elogios. En el presente número reproducimos los principales lienzos que en el Salón Parés se expusieron: nada hemos de decir de las innumerables bellezas que atesoran, puesto que la firma de Graner, á quien enviamos nuestra felicitación más sincera, es actualmente prenda segura de la bondad de la obra al pie de la cual se lee.—S.



La pesca á la «encesa» en Bagur, cuadro de Luis Graner (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1904)



ANHELOS, cuadro de W. Wick

MANIOBRAS DE CABALLERÍA EN ARAGÓN

El general Linares, actual ministro de la Guerra, comprendiendo la utilidad de todo aquello que en tiempo de paz puede contribuir mejor á la preparación para un caso de guerra, dispuso que se efectuaran las maniobras de caballería que en estos días se han realizado en Aragón.

El supuesto táctico de las mismas ha sido el siguiente: un ejército invasor ocupa ya el territorio nacional desde la frontera pirenaica hasta el Ebro, pero no se atreve á avanzar hacia el interior por no considerarse con fuerzas suficientes para conservar lo ocupado y á la vez resistir la acción del ejército español que se concentra en Madrid y demás provincias centrales. Este ejército, por su parte, se dispone á emprender la marcha y así lo hace destacando á la vanguardia una división de caballería con artillería montada encargada de buscar el contacto con el enemigo, el cual, encontrándose ya en condiciones de emprender el movimiento de avance, destaca también una brigada de tres regimientos de dragones que pasa el Ebro en Zaragoza y avanza hacia el Sur buscando asimismo el contacto con el bando opuesto, ocurriendo entonces el choque.

Las fuerzas del bando Norte, ó sea del supuesto ejército invasor, se componían de los regimientos de caballería del Rey, Santiago, Montesa y Numancia y una batería de artillería, de guarnición en Cataluña; el bando Sur estaba formado por los regimientos de la Princesa, del Príncipe y de Pavía y por dos baterías del 4.° ligero de caballería. Mandaba el primero el general D. Alberto M.ª de Borbón y el segundo el general Huertas.

Las etapas recorridas por el bando Norte han sido: de Martorell á Igualada (39 kilómetros), de Igualada á Cervera (35 kilómetros), de Cervera á Mollerusa (34 kilómetros), de Mollerusa á Lérida (22 kilómetros descansando un día), de Lérida á Fraga (27 kilómetros), de Fraga á Bujaraloz (43 kilómetros), de Bujaraloz á Osera (38 kilómetros), y de Osera á Puebla de Alfinden.

Las que ha recorrido el bando Sur han sido: de Guadalajara á Trijueque (22 kilómetros), de Trijueque á Algora (34 kilómetros), de Algora á Alcolea del Pinar (23 kilómetros), de Alcolea del Pinar á Somaer (31 kilómetros), de Somaer á Ariza (29 kilómetros), de Ariza á Ateca (28 kilómetros) y de Ateca á Calatayud (15 kilómetros).

A partir de Puebla de Alfinden y de Calatayud respectivamente, ambos bandos emprendieron las marchas de guerra entrando de lleno en el teatro de operaciones.

El encuentro se verificó el día 3, comenzando á las ocho de la mañana y terminando á las doce. Durante el simulacro de combate dieron las fuerzas de ambos bandos brillantes cargas y efectuaron hábiles movimientos, distinguiéndose especialmente el regimiento de Numancia, del bando Norte, y el de la Princesa, del bando Sur.



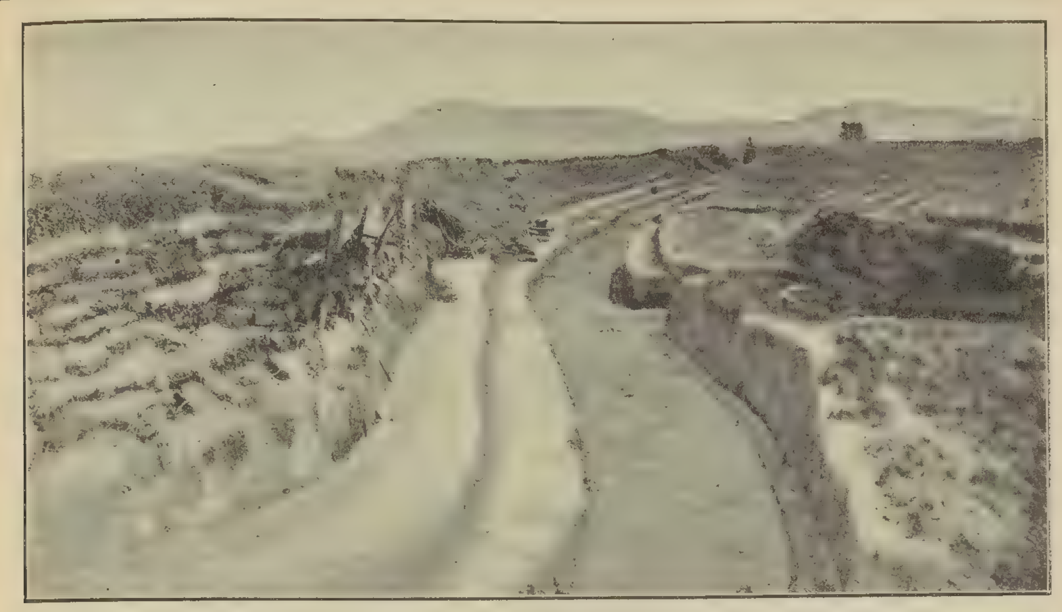
Maniobras de caballería. – Bando Norte. – D. Alberto M.ª de Borbón, general en jefe del bando Norte. – El comandante de Estado mayor D. Juan Gil (*) acompañado de algunos oficiales. – D. Germán Brandeis, coronel del regimiento de Numancia. – Soldados del regimiento de Santiago esperando la orden de subir al tren. – 1.° y 2.° escuadrones de Santiago en la estación de Francia. – D. Agustín de Laserna, coronel del regimiento de Santiago (de fotografías de A. Merletti.)

Las operaciones de aquel día fueron presenciadas por S. M. el rey, á quien acompañaban el príncipe de Asturias, el ministro de la Guerra, el comandante general de Alabarderos y los generales Bascarán y D'Harcourt, y los coroneles Milans del Bosch, Lóriga y Eloriaga.

Después de un ligero descanso, S. M. pasó revista á las tropas, que desfilaron de un modo admirable.

Las tropas que han tomado parte en las maniobras han resistido perfectamente las fatigas de las jornadas, algunas de ellas efectuadas con tiempo inclemente y por lugares de pocos recursos y de difícil tránsito.

El ensayo, á pesar de algunas deficiencias, fáciles de corregir para otra vez, ha tenido un éxito que bien puede calificarse de satisfactorio.—X.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – UNA TRINCHERA RUSA ABANDONADA DESPUÉS DE UNA BATALLA (de fotografía del «Collier's Weekly,» de los Estados Unidos de América)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Las avanzadas rusas y las japonesas siguen en contacto en el Sur, Sudeste y Este de Mukden; todos los días se libran entre ellas escaramuzas sin importancia, pero ni se ha trabado ningún combate serio ni puede predecirse cuándo ocurrirá la gran batalla, que con razón se considera inminente. En Tokio se cree que Kuropatkine sólo permanece provisionalmente en Mukden para dificultar la marcha de avance de los japoneses y que la acción que se espera se librará en los alrededores de Tie-Ling. En Mukden, en cambio, se opina que los rusos intentarán tomar la ofensiva, cosa que, de ser cierta, demostraría que aquel general ha recibido refuerzos considerables. También los han recibido los japoneses, quienes además emplean para los servicios de reconocimientos numerosas partidas de bandidos kunguses, los cuales dan pruebas de gran valor. Los tres ejércitos de Kuroki, Okú y Nodzú ocupan un frente que llega hasta 32 kilómetros al Norte de Liao-Yang.



El general GRIPPENBERG, jefe del 2.º ejército ruso que actualmente se está formando con destino á la Mandchuria (de fotografía).

Ha circulado últimamente el rumor de que el general Kuropatkine ha salido de Mukden, dejando en ella sólo 30.000 hombres al mando del general Stackelberg, y se ha dirigido á Tie-Ling, ciudad que ha sido transformada en un gran campo atrincherado con una triple línea de alambres, habiéndose construído varios fuertes en los montes del Sur y del Este y otros que protegen la vía férrea. Que Tie-Ling ha sido fortificada es indudable; lo que ya parece más dudoso es que Kuropatkine haya hecho de esta ciudad el centro de las nuevas operaciones.

Se ha recibido un despacho oficial del general Stoessel, del 23 de septiembre, que confirma las noticias que dimos en nuestra anterior crónica sobre los asaltos del 19 al 22. Los japoneses ocuparon en esta última fecha la montaña Alta, posición de gran importancia para los rusos, y el general Stoessel, en vista de los grandes peligros que ofrecía la operación, no quiso ordenar que fuese recuperada, sino que apeló para ello á los voluntarios. Todas las fuerzas de la guarnición respondieron con entusiasmo á este llamamiento, y entonces se formó una columna al mando de dos oficiales que dió el asalto á la montaña y consiguió arrojar de ella al enemigo. Los rusos calculan que durante estos cuatro días de combate tuvieron los japoneses 10.000 bajas.

Otras noticias no oficiales, sino procedentes de Che-Fu, dicen que el 26 dieron los sitiadores un nuevo asalto, con el mismo resultado que los anteriores, es decir, que después de haberse apoderado de algunas posiciones rusas, hubieron de abandonarlas; y añaden que los sitiados hicieron volar por medio de alambres eléctricos un fuerte por ellos minado que había caído en poder de los japoneses, á consecuencia de lo cual perecieron 6.000 de éstos. El 28, el 29 y el 30, según las mismas noticias, hubo otros sangrientos combates; los rusos, al parecer, querían recuperar el fuerte Kuropatkine que perdieron pocos días antes y que tiene para ellos mucha importancia, pues domina la conducción del agua potable, pero no lograron su objeto. Las pérdidas por ambas partes fueron terribles, tanto que el general Stoessel concedió á los japoneses un armisticio de algunas horas para que pudieran enterrar á sus muertos, ya que los chinos, que son los que generalmente se dedican á esta fúnebre tarea, habían huído.

Asegúrase que las pérdidas del ejército japonés sitiador de Puerto Arthur, desde el comienzo del sitio, ascienden á 30.000. En cambio, las autoridades japonesas dicen que durante el mes de septiembre sólo han tenido 2.700 bajas. Esta última cifra resulta verdaderamente irrisoria, si se tiene en cuenta que precisamente en septiembre se han trabado los combates más encarnizados, en los que se ha hablado de batallones enteros destruídos por la explosión de las minas. Quizás sea también exagerada la otra, la de 30.000; pero de fijo se aproxima ésta más á la verdad, si es cierto, como se afirma y es casi seguro, que los japoneses luchan dando pruebas de un valor rayano en temeridad y con desprecio absoluto de la muerte. No se necesitan grandes conocimientos militares para asegurar que batiéndose en estas condiciones, casi siempre á pecho descubierto y en continuos asaltos, las pérdidas de los sitiadores han debido ser enormes. Y algo debe haber de esto y algo de esto debe saberse en el Japón cuando la prensa de aquel país comienza á decir que la toma de la fortaleza á corto plazo no es necesaria y que es inútil sacrificar más existencias tratando de tomarla por asalto. Francamente, 2.700 bajas en un mes no justificarían este lenguaje.

Y ya que hablamos de pérdidas de los beligerantes, diremos que según un corresponsal británico que acompaña al primer ejército japonés, desde las batallas del Yalú y de King-Cheú (prescindiendo de las operaciones de Puerto Arthur), los rusos han perdido 50.000 hombres y los japoneses 35.000.

Un eminente diplomático, muy conocedor de los asuntos del Extremo Oriente y que ha hecho largos viajes por China y Japón, hizo hace poco á un periodista francés algunas declaraciones sobre el actual conflicto ruso-japonés que nos parecen en extremo interesantes. En su concepto, sea cual fuere el resultado definitivo de las sangrientas batallas libradas últimamente y próximas á librarse, no son sino los primeros actos del drama que en la Mandchuria se desarrollan, pudiendo los demás complicarse mucho más gravemente de lo que en general se cree.

—Es preciso, decía, tomar como punto de partida el hecho de que Rusia no estaba preparada para la guerra; pero si los efectos de esta imprevisión se traducen para ella en fracasos y derrotas, también gastan las fuerzas de su adversario, que no son inagotables. Los japoneses pagan muy caras sus victorias y día vendrá en que no podrán oponer á los batallones rusos reforzados más que efectivos diezmados; en previsión de este hecho, que la guerra, si se prolonga, ha de producir necesariamente, el Japón estudia los medios de llenar los huecos de sus ejércitos introduciendo en ellos subrepticiamente el elemento chino. Desde hace algún tiempo en el ejército chino se notan numerosas deserciones que aumentan sin cesar; y estos desertores entran al servicio del Japón, el cual tiene de este modo un depósito de soldados al que podrá recurrir mientras Europa no se oponga. No hay que exagerar este peligro; porque, después de todo, no basta disponer de hombres, sino que es preciso hacer de ellos soldados aguerridos, equiparlos, armarlos, en una palabra, ponerlos en condiciones de poder entrar en fuego, lo cual exige sacrificios pecuniarios que el Japón no podrá resistir si la guerra dura, y es indudable que Rusia la hará durar; pero de todos modos el peligro existe, y como será proporcionado á los recursos financieros de que el Japón logrará disponer, sería una insensatez no tenerlo en cuenta.

Preguntado acerca de si, en su concepto, el Japón encontrará estos recursos, respondió:

—No, no lo creo. Sus actuales victorias no aumentan su crédito, porque nadie cree en la derrota definitiva de Rusia. Por otra parte, ¿en dónde encontraría tales recursos? En Francia y en Alemania, de ningún modo; en cuanto á Inglaterra y á los Estados Unidos, en los comienzos de la guerra parecían dispuestos á proporcionárselos, pero en ambas naciones



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Una muestra de la perfecta organización administrativo-militar de los japoneses. Un convoy de víveres y municiones en la Mandchuria. Los carros están dispuestos de modo que lo mismo pueden circular por las carreteras que por las vías férreas. (Croquis del natural de Melton Prior.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El héroe de Puerto Arthur.—El general Stoessel inspeccionando las baterías de las murallas, dibujo de S. Begg

El general Stoessel, cuya heroica defensa de Puerto Arthur es objeto de universal admiración, es un trabajador infatigable, hombre de pocas palabras, poco aficionado á la sociedad. Dícese que no descansa un momento y es un problema averiguar cuándo duerme, pues de noche, cuando toda la ciudad está á obscuras, sólo se ve una luz en la residencia del cuartel general. Cuando no se ocupa de asuntos de administración, visita las obras de defensa, y con frecuencia se le ve en las líneas más avanzadas. La frase «Puerto Arthur será mi tumba» constituye su mejor retrato moral y su mayor alabanza.

el sentimiento público se modifica de día en día, y aun aquellos que deseaban el triunfo del Japón comienzan á alarmarse y se preocupan de los progresos que realizaría la influencia japonesa si el Mikado lograba proporcionarse medios pecuniarios proporcionados á sus ambiciones. No es, pues, aventurado prever que la falta de recursos paralizará las consecuencias de sus victorias; y si así no fuese, si esas victorias siguieran su curso, nacería otro peligro, el de la intervención de Europa, temerosa del porvenir, para contener la invasión amarilla. En resumen, la guerra se prolongará, y si el Japón seguía triunfando, vería formarse en contra suya la coalición del viejo mundo, ya que la situación particular de cada nación continental, por grave que sea, carecería de importancia al lado de las complicaciones que surgirían á consecuencia de este inmenso conflicto entre Europa y Asia.—R.



BARCELONA. - FIESTAS DE LA MERCED. - Partida de ajedrez viviente que se jugó en el Palacio de Bellas Artes. (De fotografía de A. Merletti.)

NUESTROS GRABADOS

Barcelona.—Fiestas de la Merced.—Partida de ajedrez viviente jugada en el Palacio de Bellas Artes.—De todos los números que componían el programa de las pasadas fiestas, ha sido este el más importante, el que más ha llamado la atención y el que ha tenido mayor éxito sin duda alguna, debido no sólo á la novedad de la idea, que se sale de lo que es tan corriente en materia de festejos, sino además á su organización irreprochable y al buen gusto y al arte que en su ejecución han presidido. El efecto del salón era sorprendente: en el centro, rodeado de grupos de plantas y flores, destacábase el grandioso tablero, de baldosas de cristal blancas y encarnadas, en donde había de jugarse la partida de ajedrez viviente; el fondo hallábase convertido en pintoresco paisaje chino formado también con plantas y flores de diversas clases, por entre las cuales brillaban centenares de luces eléctricas; y el resto de la sala estaba adornado con artísticas guirnaldas y magníficos tapices. En el jardín chino se colocaron los jugadores que habían de dirigir la partida.

A los toques de trompeta de los heraldos aparecieron las piezas vivientes de cada bando, precedidas de trompeteros y portaestandartes y seguidas de grupos de soldados armados de lanzas, y después de algunas evoluciones, situáronse en sus respectivas casillas, cruzáronse las banderas y comenzó la partida. A cada pieza que movían los jugadores en su tablero, iluminábase por su parte inferior el cuadro en que estaba la pieza que había de moverse y al mismo tiempo aquel al cual debía dirigirse: este sistema de aviso, completamente nuevo en esta clase de espectáculos, se realizó por medio de interruptores eléctricos que manejaba un electricista obedeciendo las indicaciones del director del juego. Las figuras, antes de moverse, levantaban en alto el bastón rematado por la pieza que representaban para que los espectadores pudieran perfectamente darse cuenta de cuál era la que se movía. Las piezas ganadas por cada bando eran sacadas del tablero por un paje del bando contrario, que la conducía prisionera á su campo: los jaques al rey eran avisados por medio de un toque de clarín, y las presas, con golpes de bombo y chinescos.

Las figuras estaban rica y elegantemente vestidas con trajes chinos adornados con bordados preciosos.

La primera partida fué reproducción de la famosa en 29 jugadas, que hace veinticinco años jugaron en un concurso de Nueva York los celebrados ajedrecistas Max Weiss y Pollack; la segunda, otra no menos famosa, en 18 jugadas, de Pablo Morphy.

El espectáculo resultó tan hermoso y su éxito ha sido tan grande, que ha debido repetirse otras tres veces, viéndose siempre ocupadas en su totalidad las localidades dispuestas en el inmenso salón.

Los organizadores de tan agradable fiesta han sido el concejal de este Ayuntamiento Sr. Cambó, iniciador de la idea; el reputado pintor D. Olegario Junyent, encargado de la parte artística; y D. Valentín Marín, joven notario de esta ciudad y uno de los ajedrecistas más distinguidos en todo el mundo, á cuyo cargo estuvo la dirección técnica. Todos ellos y cuantos les ayudaron en su empeño merecen los más entusiastas aplausos por haber hecho una cosa verdaderamente digna de la importancia de Barcelona.

* * *

Anhelos, cuadro de Willibaldo Winck.—¿No es verdad que, contemplando esta hermosa figura, adivinamos que en su alma se agita un mundo de deseos y de aspiraciones, y vemos cómo su pensamiento, libre de las ataduras que aprisionan sus manos, vuela por los espacios infinitos adonde ninguna sujeción llega? Pues si esto es así, ¿qué mejor elogio puede hacerse del cuadro de Winck! Cabe, sí, además señalar sus bellezas técnicas; pero éstas, con ser innumerables y descubrir la mano de un consumado artista, palidecen, en nuestro concepto, ante la intensidad de la expresión, ante el sentimiento de esta obra, que demuestra por modo evidente cómo puede el artista con medios puramente materiales crear algo espiritual, cuando guía su mano el verdadero genio.

* * *

Sobre el arroz, cuadro de Julio Vila-Prades.—Paisano y discípulo de Joaquín Sorolla, sigue Vila-Prades las huellas de su maestro; nadie le censurará por ello á buen seguro, porque cuando se trata de quien ha recorrido el camino que le ha llevado al templo de la fama, los que siguen sus pasos no merecen el nombre de imitadores, sino el de artistas ansiosos de aprovechar los hermosos ejemplos y las sabias enseñanzas de quien les inició en las bellezas del arte. Vila-Prades, como Sorolla, busca su inspiración directamente en la realidad que más conoce por ser aquella con la cual en más íntimo contacto ha vivido, y así consigue producir obras tan verdaderas, tan llenas de vida, como el cuadro *Sobre el arroz*, que con justicia fué premiado con una segunda medalla en la última Exposición Nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – La dirección de la revista artística «Forma» que se publica en esta ciudad ha organizado recientemente en el Salón Parés una exposición muy notable de obras de reputados pintores. Figuraban en ella unos plafones decorativos para comedor de José María Sert, composiciones todas de grandes alientos y con admirables detalles de ejecución; varios retratos al carbón, originales de Ramón Casas, de personajes madrileños, que son un modelo de expresión como todas las producciones análogas del genial artista; unos hermosos apuntes de Joaquín Sorolla; dos bellísimos estudios de Francisco Villegas; una bonita nota del río Piedra de Muñoz Degrain; dos notas madrileñas de Beruete muy bien concebidas y ejecutadas; algunas acuarelas de Olegario Junyent, recuerdos de sus viajes por Alemania, Bélgica, Francia é Italia, dignas de la fama del celebrado artista; varios proyectos de escenografía de Vilumara, muy hábilmente compuestos; algunos notables aguafuertes de Lhardy, Molin y Baroja; un precioso estudio de Zorn; varias marinas de Meifrén, de admirable factura; unos estudios de Benedito para el cuadro *Los avaros*; unas gitanas de Nonell de brillante colorido; una graciosa cabeza de estudio de Carlos Pellicer; unas deliciosas figuritas de Cidón; y unos originalísimos dibujos á la pluma de Torné Esquius.

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *La dame du 23*, vaudeville en tres actos de Pablo Gavault y Alberto Bourgain; en el Vaudeville *Les trois anabaptistes*, comedia en cuatro actos de Alejandro Bisson y Berr de Turique; en el Gymnase *Le Friquet*, comedia en cuatro actos tomada de la novela de Gyp, del mismo título, por Willy; y en el Odeón *Le grillon*, comedia en tres actos tomada de una novela de Dickens por M. L. de Franemesnil, con números musicales de Massenet.

Barcelona. – Han comenzado la temporada de invierno los teatros de Romea y Eldorado, habiéndose estrenado con buen éxito en el primero *L'hostal de la Guatlla*, pieza en un acto de D. Teodoro Baró; y en el segundo *Los pícaros celos*, sainete lírico en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches y Carlos Fernández Shaw y música de Jerónimo Giménez; *¡Lagarto! ¡Lagarto!*, juguete cómico en un acto de E. López Marín; *El abuelito*, sainete lírico en un acto y tres cuadros, letra de A. Fernández de la Puente, música del maestro Fernández Caballero; y *El ciego de Buenavista*, sainete lírico en un acto y tres cuadros de Antonio Domínguez y Juan Toral, música del maestro Tomás L. Torregrossa.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, B^d Italiens, Paris

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—¿Qué?

—Ya lo sabes; el momento en que tu negativa no sea un obstáculo.

—Y entonces, los dos en plena rebelión, ¿qué haréis? ¿De qué viviréis? Él tiene dos ó tres mil francos de sueldo.

—Tiene la fortuna de su madre, que ha muerto, como la mía.

Y añadió tristemente:

—Y de quien nadie se acuerda en su casa, como de mi pobre madre en la tuya.

El banquero se encabritó ante esa acusación, por lo mismo que era merecida.

—Perfectamente, dijo. Veo que todo está arreglado y combinado...

Y volviéndose hacia los abuelos, que no sabían lo que les pasaba, añadió:

—No felicito á usted, señora, por el modo que ha tenido de vigilar á esta niña...

—¡Es inaudito! ¡Es odioso!, gemía la buena anciana. ¡Esta chica habla como la otra, como la infeliz á quien tanto se parece! ¡Se subleva como ella!

—¡No!, exclamó rudamente el banquero, á quien la cólera iba ganando poco á poco. ¡Las cosas no llegarán á ese punto! Yo no soy un padre de comedia, y durante un año tengo derecho á que se respete mi autoridad.

—No pienso substraerme á ella. Déjame como estoy. No creo que esto sea una rebelión.

El padre reflexionó un momento, mientras la abuela se enjugaba los pobres ojos, viendo á aquella niña cruel, pálida, resuelta é indomable. ¡Ah! ¡Indomable y cruel como la otra!

Pero el banquero dijo, con su voz incisiva de los días de tempestad:

—No apelo á tu sensibilidad ni á tu respeto. Sería inútil, y no se trata aquí de cuestiones de sentimiento. He venido para proponerte un matrimonio que agrada á tus abuelos y á mí, mejores jueces que tú, puedes creerlo, para asegurar tu dicha. ¿Rehusas?

—Sí, padre mío. Me causa gran pena el resistirte...

—No te molestes en dorar tu negativa. ¿Es formal?

—Sí.

—No insisto, pues. No tengo derecho á imponerte un matrimonio que te desagrade.

—Pues bien, no hablemos más de él... Me comprometo á no abrir más la boca...

—No; me tomas por un imbécil y haces mal. Sé muy bien que continuarías, bajo la vigilancia poco hábil de tus abuelos, el noviaje que has contraído silenciosamente, y que irías contando los días que te faltan para ser mayor de edad. Pero el papel de Casandra no nos conviene ni á tus abuelos ni á mí. Veo que los aires de la Zarzalera no te sientan bien y voy á hacer que los cambies.

Graciana lo había previsto todo menos aquello, y echó mano de todas las armas en una lucha tan desesperada.

—¡Ah! ¡No, exclamó audazmente, no, no quiero volver á casa..! Tengo para ello mis razones que tú conoces y que no puedes menos de respetar. Ya sabes, por otra parte, á quién desagradarías llevándome, y tú no has vacilado nunca para prescindir de mis penas con tal de dar gusto á tu mujer...

Los abuelos miraban á otra parte y estaban ya á punto de estremecerse al recordar cuál era la causa primera de todo aquello.

Delestang, pues, conoció que era preciso violentar el desenlace.

—Está bien, dijo; no te obligaré á volver á casa puesto que tanto te disgusta.

—No me disgusta, dijo la joven con voz sorda, pero soy allí desgraciada.



Marieta, ¿me quieres?

—No digo que no; pero hay un sitio en el que las muchachas de tu edad no se consideran desgraciadas y en el que están á veces hasta su mayor edad. Allí es donde vas á hacerme el favor de volver.

—¡Al convento!

—Al Sagrado Corazón de la Ferrandiere, sí.

—¡Quieres que me encierre!..

—Allí, al menos, estaré seguro de que no te comprometes con amoríos, que deben ser ya objeto de todas las hablillas de Saint-Romain.

—Te lo ruego, papá; nada podría serme más desagradable ni más odioso...

—Te he dicho mi voluntad. A casa ó á la Ferrandiere; elige.

—¿Y si te prometiese, si consintiese en no volver á ver á...

—¿Me prometerías olvidarle?

—¡Eso, nunca!, respondió Graciana con firmeza. Ni en el convento ni aquí.

—Pues yo prefiero el convento, y estoy seguro de que tus abuelos aprueban la decisión á que me obliga tu rebeldía.

Graciana dirigió á los viejos una mirada de angustia.

Pero ellos respondieron, Girardot con un gemido y su mujer con un suspiro, que era una aprobación.

La joven no podía contar con su piedad, y, sin embargo, si ellos hubiesen querido habrían podido evitar aquella resolución humillante y ridícula.

Los ancianos hubieran podido decir: «No se envía ya al convento á una muchacha de veinte años, y nos quedamos con ella. Al hacerle su casa insoportable ha renunciado usted á los derechos de padre. Además, no hay ya derecho para encerrar á una persona á quien dentro de un año habrá que rendir cuentas. Ningún tribunal la obligaría á someterse á semejantes caprichos.»

Pero no; no dijeron nada de esto, y con su silencio afirmaron que no querían protegerla ni darle siquiera un asilo.

Cuando Delestang dijo:

—Vas á empezar tus preparativos, hija mía. Hay un tren esta tarde.

El abuelo se contentó con responder:

—¿Trata usted de llevársela hoy? Ya no habrá tiempo; tendrían ustedes que estar dispuestos dentro de una hora.

El banquero reflexionó y dijo:

—Es verdad; pero yo tengo que marcharme esta tarde, pues me esperan unos clientes mañana temprano. Además, conviene que vaya á prevenir á la superiora del convento. No puedo llegar de improviso y decir: «Aquí traigo á esta hija indisciplinada para preservarla contra ella misma.» Aunque no sea más que por amor propio hay que guardar las formas.

Y añadió, dirigiéndose á la abuela:

—Mañana por la tarde haré una visita á la superiora y pasado mañana podrá Graciana instalarse en el convento. Si he de decir la verdad, celebraré no verme obligado á contar esta ridícula historia á una persona á la que mi hija se ha empeñado en ser extraña. Pido á usted, pues, como un servicio que acompañe usted misma al convento á esta muchacha en cuanto acabe sus preparativos. Durante estos dos días no quiero que mi hija vuelva á ver á ese hombre.

—No le verá, respondió la anciana; se lo garantizo á usted. Tendré que hacer con ella el papel de carcelera, puesto que me obliga, lo que es duro á mi edad tratándose de mi nieta...

—No, abuela, dijo Graciana haciendo un gran esfuerzo para no romper á llorar. Prefiero prometerte que..., hasta mi partida..., no saldré de aquí.

Y se escapó á encerrarse en su cuarto.

Allí podría, al menos, llorar á sus anchas; llorar sobre todo de cólera impotente.

Pues en cuanto á desanimarla y reducirla, no la conocía quien quisiera intentarlo.

. . . .

En el comedor, donde el Baco dorado señalaba melancólicamente la hora con su tirso, Delestang decía encogiéndose de hombros:

—En un año pasan muchas cosas y puede pasar también el olvido por esta cabeza de chorlito.

***

Hacía un gran rato que Marieta andaba rondando por allí.

Había oído desde la cocina voces descompuestas, y la buena mujer, tan ciega y enteramente adicta á su ama, comprendió que se trataba del momento de la crisis.

Después había visto pasar á Graciana como un huracán y subir corriendo la escalera que, á la moda del país, conduce desde la cocina al piso de arriba.

La criada la siguió sin hacer ruido y se puso á escuchar con la oreja pegada á la puerta.

Pronto oyó un sollozo que la pobre niña no pudo contener.

La buena mujer abrió entonces la puerta.

—¡Soy yo, señorita Graciana!.. ¡Tan crueles han sido con usted!

—¡Marieta!, dijo la joven enjugándose febrilmente las lágrimas; Marieta, ¿me quieres?

—¡Ah, señorita, no quiero á nadie más que á usted!

—Empiezan mis grandes penas.

—¿Su papá de usted?..

—No ha tenido piedad de mí.

—¡Oh!.. Él..., exclamó la criada con acento de rencor.

—Me ha dado á elegir entre volver á casa ó meterme en el convento.

—¡Quiere que se meta usted monja!

Graciana no pudo menos de sonreir.

—No, hasta que cumpla veintiún años. Y yo no quiero volver á casa.

—No me extraña... Para encontrarse con la otra... ¡Pero al convento!.. Está loco ese señor... Una mujer como usted es ya... Pero su abuelo de usted lo impedirá.

—Es él quien me va á llevar pasado mañana. Si no hubiera sido por mis preparativos, papá quería llevarme esta misma noche.

—¡Oh! ¡Mi pobre señorita!

—No tenemos tiempo para lamentarnos, Marieta. La abuela puede venir de un momento á otro y hay que avisar á Pedro.

—¿Pero dónde podrá usted verle?

—No podré. He prometido no salir de casa hasta mi partida y quiero cumplirles la promesa.

—Entonces, para verle...

—Esa es mi pena más grande, Marieta; que no le veré. Esto es lo que tienes que ir á decirle. Pero debes añadir que le amo y que dentro de diez meses seré la misma... Que cuento con él como él debe contar conmigo... Y le dices después estas palabras: «Á pesar de todo.»

—Sí, señorita, «á pesar de todo.»

—Cuéntale además que no he podido escribirle porque puedo ser sorprendida á cada minuto, pero que esta tarde le escribiré largamente, se lo contaré todo y le diré...

Se oyeron voces.

—¡Vete, vete corriendo! Si te sorprenden aquí todo está perdido.

. . . .

¡Qué tarde aquella!

Delestang se marchó sin que su hija le viese más, y á los pocos momentos se presentó por fin la abuela.

—Ven á cenar, Graciana.

La joven la siguió sin decir palabra y se sentó á la mesa en su sitio acostumbrado, entre los dos ancianos.

Ambos la miraban de reojo, como avergonzados al verla tan rebelde, «tan descastada,» pensaba Girardot recordando sus nogales; «tan insensible,—se decía la anciana—ante la amargura de su abuela.»

La muchacha, rígida, silenciosa, violenta, parecía seguir con la vista una imagen que la absorbía y que levantaba entre ella y los pobres viejos un muro de hielo.

La cena se acabó muy pronto, sin que ni unos ni otros hubieran comido nada, y Graciana se levantó en seguida de la mesa.

—¿Adónde vas?, preguntó la abuela.

—A mi cuarto.

—¿A empezar tus preparativos?

—Sí, abuela.

—¿Quieres que te ayuden?

—No, gracias.

Y se dirigió á la puerta diciendo con los dientes apretados:

—Buenas noches.

—¿No vuelves á bajar?

—No.

—Buenas noches, entonces, pobre hija mía.

Graciana encontró en la escalera á Marieta que estaba al acecho.

—¿Le has visto?

—Sí. Me ha recomendado mucho que repita á usted las mismas palabras que yo acababa de decirle: «Á pesar de todo.»

Graciana sonrió débilmente. Aquella era su primera alegría desde que tan desgraciada la habían hecho.

—Mañana le llevarás una carta.

Y como ya sabía lo que le interesaba y todo lo demás le era indiferente, se metió en su cuarto y cerró la puerta con llave.

¡Por fin estaba sola y dueña de sí misma! Nadie iría ya á molestarla.

En el primer momento se quedó indecisa.

Así, pues, había que empezar aquella tarea del viaje, tan alegre cuando es para partir con el que se ama hacia los países de sol y de azul, y tan odiosa cuando es el primer paso para hundirse en el aislamiento y la gran opresión, cuando sólo se tiene la perspectiva de una casa fría y hostil, de una cárcel en la que sería tan imposible penetrar á los que quisieran ir á ella, como á ella el poder escaparse.

Abandonándose á sus tristezas, se dejó caer en un antiguo y solemne sillón, que le hacía mucha gracia en otro tiempo y en el que por las mañanas, en una perezosa languidez, veía tantas cosas queridas—todas lo son en los países en que se es feliz;—la era de trillar el trigo, el pozo al que iban á beber los bueyes, rozando apenas con el hocico el agua de la pila...

Pero ahora era de noche, una noche húmeda que envolvía en sus sombras las frondosidades que rodeaban á la casa y que cubría la montaña con una bruma azulada.

Y con la mirada perdida en las formas vagas de la obscuridad, Graciana pensaba:

«¡Diez meses!.. ¡Dios mío! ¡Qué largos son diez meses sin verse nunca!..»

La joven sufrió un brusco estremecimiento.

«¡Ah! ¡Y sin tener tampoco noticias!..

¿Cómo tenerlas? Sabido era que en el convento, más que en parte alguna, se interceptan las cartas y se leen con microscopio...

Marieta no le servía allí de nada. Era aquello la separación absoluta de los cuerpos y de las almas. Pedro podía estar enfermo..., herido..., morirse..., y ella no sabría nada, ni sospecharía siquiera el peligro. ¡Estaría indiferente durante su agonía!

¡No! ¡No era posible!

Su padre abusaba y se excedía en su derecho.

¡Su derecho! ¿No le había perdido al darle una madrastra y haciendo que su hija saliese de su casa por una serie de injusticias y de faltas de energía que eran otras tantas abdicaciones?

Cuando se quiere ser un padre obedecido, hay que permanecer en el papel de padre. De otro modo, no es extraño que los hijos se subleven...

¡Sublevarse! Esta palabra hizo nacer en su mente un pensamiento, un recuerdo; el de la joven que había ocupado antes que ella el mismo cuarto, que se había desesperado sin duda como ella en aquella antigua butaca y que, más resuelta que ella, se había sublevado realmente, y más aún, libertado...

¡Aquella Camila! Todavía estaba en la Zarzalera cuando Graciana llegó á la edad en que ya se recuerdan las cosas. Su tía era cariñosísima con ella y siempre le preguntaba, entre besos y caricias: «¿Me quieres, Graciana? Tienes que quererme mucho...»

De pronto había desaparecido y no se la vió más. ¡Ah! Aquella no había vacilado...

La abuela no hablaba nunca de esas cosas, pero Graciana conocía la historia. Los niños tienen el arte de disimular su atención cuando escuchan las cosas que se dicen. Y más tarde, Marieta había hablado.

También á Camila le habían rehusado lo que ella suplicaba, y sin embargo, su elección no era tampoco vulgar, puesto que amaba á un gran artista que se lo había hecho ser también á ella.

Pero no era regular su situación. ¿Por qué? Marieta no sabía más que ella y Graciana no había podido preguntar á nadie el porqué de tal irregularidad.

Lo que sí había oído decir mil veces á su padre era que Camila Girot gozaba del respeto de todo el mundo como mujer ilustre.

Hasta había oído añadir: «A cierto grado de talento y de celebridad se conquista el derecho á la independencia en el modo de vivir, y Camila Girot lo ha conquistado gloriosamente.»

Pero Graciana no aspiraba ni á esa celebridad ni á esa independencia.

¡Dios mío! ¡Cuánto menos complicado era su hermoso y querido programa de dicha!

Llegar á ser la compañera amada, exclusivamente amada, del hombre á quien había reconocido como dueño. Nada más podía desear. Esa sería la realización de sus sueños.

¡Ah! ¡Qué lejos estaba aún de realizarlos!

Y en la confusa mezcla de aquellos recuerdos, de aquellos deseos y de aquellas tristezas; en la movible visión en que se sucedían aquella Camila, de la que ella era el vivo retrato, y aquel Pedro, hacia el que volaba su corazón; en la atmósfera de aquel cuarto en el que la sublevada de otro tiempo había proyectado y combinado la fuga, y ante el espanto de aquellos diez meses de prisión en el convento, cuyas sombrías salas se le representaban como negros calabozos, una idea surgió en la mente de Graciana como resultado de aquel tumulto:

«¿Por qué no he de hacer yo lo mismo que ella?»

Y á ese pensamiento siguió este otro:

«Todos se unen en contra mía y se combinan para enloquecerme. ¿Por qué no he de ir á pedir socorro á aquella á quien también ellos impulsaron á las resoluciones desesperadas?»

Graciana empezó á madurar esta idea, á estudiarla y á complacerse en ella.

«Estoy segura de que Camila Girot no me rechazaría y me daría asilo. La encontraría en su casa de París, y allí, bajo su protección, esperaría el momento en que mi padre no tendrá ya derecho para impedirme que sea dichosa... Además, allí podré, al menos, hablar algunas veces con Pedro..., y escribirle cuando quiera. Mi tía verá en seguida que he escogido bien y no cerrará la puerta al que debe ser mi marido. No podrá menos de recordar lo desgraciada que ella fué. Y una vez allí, ¿quién sospechará mi retiro? ¿Quién podrá hacerme salir de él? El día en que sea libre y salga de allí por mi voluntad, podré decir muy alto: «Aquí he estado durante diez meses... La que me ha protegido responde de mí.» Y Pedro, que tiene todavía dos meses de licencia, iría á pasarlos en París y encontraría después medio de ir de vez en cuando; esto aparte de que todos los días nos reuniría una carta que lo diría todo, que lo recordaría todo...»

Graciana se levantó de pronto y fué á hojear febrilmente una guía de ferrocarriles que tenía en su escritorio.

Un tren para París... Sí, tomando el que pasa á las cinco de la mañana, se llega á Valence un cuarto de hora antes del rápido, que llega á París á las seis de la tarde...

Las cinco de la mañana. Habría que salir de la Zarzalera á las cuatro y á esa hora los abuelos no están levantados. Poco importaban los labradores y las criadas... Ya sabría ella salir sin ser vista.

¿Qué equipaje necesitaba? Era verano. En el saco de mano, sus alhajas y su dinero, y un abrigo al brazo. Al verla pasar, todo el mundo creería que iba á dar un paseo como tantas otras mañanas.

Tenía dinero. Allí no gastaba casi nada de sus mensualidades y el abuelo le daba además algún luis que otro cuando había hecho algún negocio ó cobrado algún arriendo. ¡Pobre abuelo! No sospechaba él para qué iba á servir su dinero...

¡Ah! No debían haberla abandonado... No debían haber aceptado aquella decisión humillante y abominable...

Sin embargo, Graciana dió un suspiro en el que se exhalaba mucho remordimiento.

—¡Qué desgraciados van á ser!

Pero frunciendo sus negras cejas pensó en seguida: «Ellos no han temido hacerme desdichada. Además voy á escribirles.»

Y muy trémula, cogió un pliego de papel.

«Querida abuela: Voy á causarte una pena, lo sé y lo lamento en el alma, pero te juro que tenéis tanta culpa como yo. Al menos el pesar que os doy no durará toda la vida, como el dolor á que queríais condenarme. No puedo resolverme á ir al convento, en el que creo que me moriría de desesperación, y voy á pasar estos diez meses donde no quiero que se me persiga ni que se me moleste, por lo que no puedo daros mi dirección.

»Pero estad seguros de que estaré al abrigo de toda sospecha y de toda censura y de que seré digna del cariño que me devolverás cuando vuelva á pedirte perdón para mí y para el hombre á quien amo y que no tiene nada que ver con mi partida, pues la ignora todavía. Di á papá que si tomo esta resolución extrema es por su culpa; pero repítele que su hija no olvidará nunca lo que se debe á sí misma y lo que debe á su familia. Si desobedece una orden que encuentra injusta y rigurosa, no olvidará nunca lo que una joven no debe olvidar.»

Volvió á leer la carta, añadió una frase de despedida y la cerró resueltamente. En seguida escribió esta otra:

«Pedro: No quiero, no puedo estar tanto tiempo separada de usted, porque me mataría la pena. Me voy á París, donde mi tía Camila Girot me dará asilo y usted será la única persona en el mundo que lo sepa.

»Llegaré esta tarde á las seis. Vaya usted pronto, querido amigo, á reunirse conmigo, y durante los dos meses que le quedan de libertad podremos vernos á menudo sin que nadie piense en censurarnos ni en calumniarnos. Allí haremos nuestros queridos proyectos, que no serán castillos en el aire, sino felicidades de realización segura y próxima.

»Ameme usted, querido amigo, á pesar de todo, como le ama la que es suya para siempre.»

Cerró las dos cartas y buscó con inquietud si había en su escritorio sellos de correos.

Sí; podría hacer lo que había pensado. Entonces miró la hora.

. . . .

Había pasado el tiempo y pronto iba á amanecer.

Graciana sintió un estremecimiento... de duda, de temor, de irresolución. Pero ésta no duró. La joven se levantó con un gesto nervioso de desafío y dijo:

—¡Vamos!

En seguida empezó sus preparativos, que hubieran espantado á la pobre abuela, que dormía muy cerca.

Metió en el saco una porción de cosas indispensables. Se puso un vestido de viaje muy elegante y muy sencillo.

Y cuando, un poco antes de las cuatro, empezaron

á despertarse en la casa de labor los primeros ruidos de la mañana, cogió el paraguas y el saco, disimulado debajo del abrigo de verano puesto en el brazo, abrió la puerta suavemente y bajó de puntillas la escalera.

En la cocina no había nadie. Marieta no debía de estar levantada y Francisca había ya salido, dejándose abierta la puerta que daba al corral de los plátanos.

Graciana llegó al patio y dirigió una mirada rápida y ansiosa á la casa que dormitaba todavía, mientras la granja estaba ya llena de los rumores del alba.

En el bosque, el sol derramaba sobre las encinas sus rayos de oro... Y hete aquí que el perro se adelanta muy alegre al encuentro de Graciana.

—Adiós..., adiós, mi pobre perro, dijo la joven muy bajito. ¡Anda á tu cama! ¡Pronto!..

El buen animal obedeció dócilmente. Graciana entonces llegó á la puerta del jardín que salía directamente al campo...

Nadie la había visto, y la joven se encontró en el camino que conocía tan bien y metida en lo desconocido de su loca aventura.

Tres cuartos de hora después, llegaba á la estación de Saint-Romain.

El jefe no se había levantado todavía y sólo estaba allí Bernardo, el factor, para vender los billetes.

—Una primera para Valence.

—Temprano sale usted, señorita Graciana.

—Lo hago para volver más pronto.

—Bien pensado.

Como en la noche de su llegada, Graciana estaba sola en la estación. Durante el trabajo de los campos no viajan los campesinos.

El tren iba á llegar.

Graciana echó sus dos cartas en el buzón movible, donde las llevarían á la estación siguiente para traerlas después á Saint-Romain. De este modo la fugitiva tendría tiempo para alejarse antes de que nadie pensase en perseguirla.

En Valence tomaría el billete para París en la confusión de una ciudad desconocida, y su pista se perdería por completo.

La hora se aproximaba. El mástil rojo de la señal se bajó por fin; se vió obscurecerse el rosado horizonte con una nubecilla de humo gris; oyóse el silbido de la locomotora, y á los pocos segundos paró el tren.

Bernardo abrió á Graciana un coche vacío.

—Buen viaje, señorita Graciana, dijo cerrando la portezuela.

—¡Gracias!

Muy pálida, se sentó en un rincón.

¡Está hecho!, murmuró.

Y sintió que su corazón se oprimía como si fuera á sucederle una desgracia.

***

En su hotel del *boulevard* Pereire, estaba aquella tarde Camila Girot vistiéndose para ir á comer.

Caía la tarde. Hacia el Oeste y á través del verdor, ya incoloro, de los árboles, aparecía el cielo surcado por los rayos rojos que iban también á apagarse.

El gran estudio de la planta baja estaba ya iluminado.

La claridad de las potentes lámparas, cuyas pantallas apenas rosáceas tamizaban la luz sin disfrazarla, penetraba en aquella confusión de telas, de molduras, de tapices; en toda aquella mezcla, en la que los esbeltos mármoles ponían notas blancas y ambarinas y en la que todo estaba dispuesto para el goce de la vista y para la armonía de las disonancias. Todo en aquella tarde daba realce en el estudio al lienzo, ya terminado, que un visitante amigo íntimo ciertamente, puesto que le dejaban allí solo, fumando un cigarro—estaba examinando con los ojos entornados y la cabeza echada hacia un lado, como para ver mejor en su conjunto aquella obra viviente y encantadora.

Era un hombre de treinta y cinco años..., acaso más, pues hay caras que se deciden con dificultad á pasar de los cuarenta, si completan, sobre todo, una silueta fina y elegante que ha conservado la agilidad de la juventud viril.

Estaba de frac y corbata blanca y tenía una flor en el ojal.

Por la ancha puerta que separaba el estudio del comedor del hotel se veía la mesa cuadrada, cubierta con un tapete de grandes ramajes, lo que indicaba que Camila Girot no comía aquella tarde en casa y que el visitante la esperaba para acompañarla adonde, acaso, la tenía invitada.

El cuadro, puesto todavía en el caballete, representaba un paisaje de abril, lleno de cerezos de hojas nacientes y una pareja de jóvenes llenos de belleza que se perdían entre aquella nieve de flores.

El visitante contemplaba el cuadro con sonrisa de placer.

—Es delicioso, murmuraba; esta mujer sería capaz de inventar la gracia y la primavera.

Y como para felicitar á la artista, se volvió hacia un gran retrato que reemplazaba sobre la chimenea al espejo tradicional y que, firmado por un pintor ilustre, representaba á la dueña de la casa vestida de blanco, en un decorado de claridad, en el que brillaban sus ojos negros, extrañamente parecidos á los de Graciana.

En este momento una doncella levantó la cortina que ocultaba á medias la puerta del comedor y dijo:

—Sr. Serán, dice la señora que en seguida estará dispuesta.

—Que no se apresure; no es hora todavía.

—Y para que el señor no se impaciente, le envía la revista de que han hablado hace un instante.

—¡Ah, sí! Gracias.

«La crítica de mi comedia, murmuró. Me tiene sin cuidado.»

Pero no, no le tenía tan sin cuidado, porque cogió prontamente la revista á la doncella y repitió:

-Felicia, dígale usted que no tiene que darse prisa.

Se instaló en un diván atestado de almohadones, cuyas sedas exóticas formaban la mezcla más pintoresca, y se puso á leer ávidamente el artículo en que se hablaba de su obra.

El visitante era Máximo Serán, el autor dramático cuya última comedia, representada en el Vaudeville, acababa de clasificarle definitivamente entre los primeros del grupo de jóvenes que han acaparado el éxito en el teatro.

Máximo era feliz en aquel momento en que todo sonreía á su naciente gloria. Nada le faltaba, ni la celebridad ni las envidias.

Enamorado hacía mucho tiempo de aquella Camila Girot tan caprichosa, tan mujer, cuando quería olvidar que era una gran artista, Serán tenía el gozo, el orgullo de pensar que pronto aquella noche acaso—su relación con Camila llegaría á ser algo más y algo mejor que la amistad.

Camila había aceptado ir á comer con él al restaurant, debajo de los árboles, y pasar después una ó dos horas en un concierto de verano que estaba entonces muy en boga.

«Y después... ya veremos,» pensaba el poeta.

Con rapidez que se puede llamar profesional, acabó de leer el artículo, en el que se repetían una vez más los elogios de su comedia *Agua dormida*, dejó la revista en los almohadones del diván y se puso á pensar en todas aquellas cosas que iban á convertirse acaso para él en una exquisita aventura.

Extraña mujer, aquella Camila Girot, con su mezcla de alegría, algunas veces pueril, de tristeza sin causa aparente, de confiada indiferencia, de altanera reserva, de atrevida originalidad, y sobre todo, de voluntad imperiosa, que le hacía ser la más seductora, la más falaz y la más apetecible criatura que jamás había encontrado en su camino.

Se murmuraban de ella muchas historias. ¿Sería verdad todo lo que se decía? La maledicencia se convierte tan fácilmente en calumnia... Camila era envidiada y no podía escapar de la regla general. Se le hacía pagar su gloria.

Y después de todo, ¿qué decían los más encarnizados perseguidores de su vida íntima?

Que había concebido una gran pasión por el que la inició en el arte, pasión seguida, á los tres años de idilio, de un profundo y amargo desengaño, cuando todo París creía que iba á casarse.

El hombre á quien amaba hasta el punto de despreciar todas las leyes del mundo y de afrontar por él el escándalo de una unión irregular, no era digno de aquel sacrificio.

La había engañado y Camila había tenido la prueba de su traición.

Entonces ocurrió en su vida un drama más sospechado que conocido.

Se decía que había querido matarse. Pero aquel período, al que nunca hacía ni permitía que se hiciera la menor alusión, fué también el de su trabajo solitario y obstinado y, de repente, el de sus triunfos.

Camila se había revelado de golpe como una gran artista, y el éxito inesperado y colosal que de la noche á la mañana la hacía rica y célebre, le hizo tomar una actitud enteramente nueva.

Parecía que había formado otro concepto de la vida y que era ya indiferente á las pequeñeces que hacen perder la visión de los anchos espacios del arte y de la belleza. Pero aquella indiferencia sonriente no la hacía abandonarse á ciertas fantasías que se exhiben como debilidades. No; lo que se contaba de Camila eran simpatías atrevidamente confesadas, pero á las que nadie hubiera podido dar categóricamente el nombre de amor ni de amistad. Era un desdén de qué dirán que no llegaba al olvido de lo que una mujer, aunque sea excepcional, se debe á sí misma.

(Continuará)

Se instaló en un diván atestado de almohadones

Máquinas de calcular, por Mauricio de Ocagne

I.—Todos conocemos á individuos que, cuidadosos de economizar su cerebro, cuando han de hacer una suma cuentan con los dedos; este procedimiento, por muy primitivo que sea, no merece ser desdeñado, y uno de los más sabios aritméticos de nuestros días, Eduardo Lucas, lo encomiaba y se dedicaba por distintos modos á desarrollarlo. Esta operación es la que por nosotros hacen las máquinas de sumar. La circunstancia á que éstas deben su origen merece ser recordada. En la primera mitad del siglo XVII hubo en la Alta Normandía un superintendente que se lamentaba á menudo delante de su hijo de la fatiga y del fastidio que le causaba la comprobación de sus cuentas. El muchacho, por una intuición genial, pensó que bien pudiera confiarse á un mecanismo el cuidado de hacer esta comprobación, y en 1642, cuando aún no había cumplido los diez y nueve años, regaló al canciller Pedro Seguier el primer ejemplar de su máquina. Uno de estos modelos primitivos (fig. 1) salido del taller de un modesto cerrajero, puede verse en el Conservatorio de Artes y Oficios, de París, y lleva la firma del joven inventor: Blas Pascal.

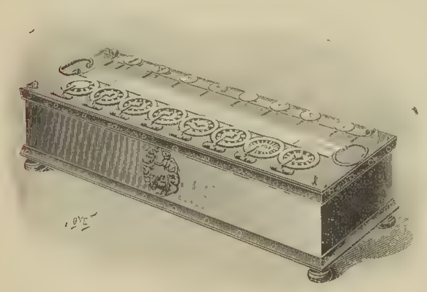


Fig. 1. – Máquina de Pascal

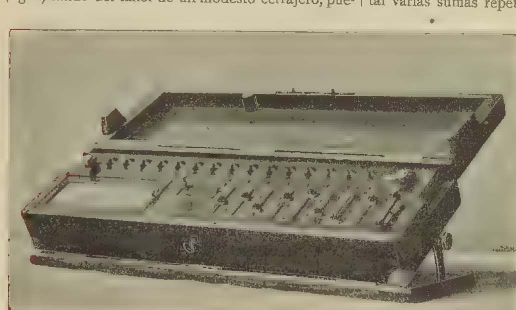


Fig. 2. – Aritmómetro de Thomas

La máquina de Pascal tiene la forma de un cofrecillo, cuya parte superior tiene varios orificios en donde aparecen las cifras del resultado. A lo largo de esta línea de orificios hay dispuestas algunas ruedas por medio de las cuales se inscriben las cifras de los diversos números que han de entrar en el total. Un mecanismo especial permite á la máquina efectuar también las substracciones.

La concepción primitiva de Pascal fué modificada sucesivamente por varios inventores, en especial por Sir Samuel Morland (1673), el veneciano Poleni (1709), Lepine (1725), Leupold (1727), Hillerin de Boistissandeau (1730) y Gersten (1735).

Perrault (1700) y Pereire (1750) propusieron sumadores de un tipo diferente, el primero con regletas que se deslizan unas sobre otras, y el segundo con ruedas enfiladas en un mismo eje.

En 1841, el Dr. Roth mejoraba muy sensiblemente las máquinas derivadas del tipo primitivo de Pascal, cuya descendencia llega hasta nuestros días.

II. Inscribir los números cifra por cifra por medio de fracciones convenientes de vueltas de rueda, no es trabajo muy largo, pero aún es más expeditivo no tener que hacer más que oprimir una tecla para cada cifra. En este caso la máquina funciona como un piano cuyas octavas estuvieran dispuestas en columnas unas al lado de otras, en vez de estar unas á continuación de otras. La idea de esta colocación aparecía ya en una máquina que figuró en la Exposición de Londres de 1851, pero no ha revestido forma verdaderamente práctica hasta las máquinas americanas modernas de Felt y Tarrant ó de Burroughs (fig. 3), las cuales, á medida de la inscripción, imprimen los números y dan igualmente impreso el total al pie de la columna.

Teniendo en cuenta las necesidades de la contabilidad comercial, el principio de los sumadores de teclas se ha combinado con aparatos de comprobación sumamente ingeniosos para constituir esas cajas registradoras que comienzan á verse en algunas tiendas de nuestras capitales después de haber invadido los Estados Unidos, en donde las fabrica la casa de los hermanos Patterson de Dayton (Ohío). Desde 1883 á 1903 la cifra de venta anual de estas máquinas ha subido desde 50 ejemplares á 60.000, y la del personal empleado en su fabricación, de dos obreros á 4.000. Curiosidad notable: en aquella inmensa fábrica, famosa en América por su organización obrera y en donde el principio de la división del trabajo se aplica en su mayor rigor, al lado de los talleres de las diversas especialidades hay un verdadero *taller de inventores*, compuesto de seis inventores jefes, ayudados cada uno por diez auxiliares, y que no tienen más misión que perfeccionar incesantemente los modelos ya existentes en su máquina, y si á mano viene, crear otros nuevos. Esta organización industrial del trabajo del inventor, ¡cuán distante se halla del joven geómetra-filósofo que, con ayuda de un simple cerrajero, creaba el primer tipo de la máquina de sumar!

III.—Para hacer una multiplicación pueden bastar varias sumas repetidas: si en un sumador como los que acabamos de describir se repite un número cinco veces á partir de la columna de las unidades y dos veces á partir de la columna de las decenas, se obtiene como total el producto del número por 25. Asimismo la división puede reducirse á repetidas restas. Para que este procedimiento resultara práctico, era preciso conseguir que fueran muy rápidas estas repeticiones de sumas ó restas; era menester que, una vez inscrito un número en la máquina, no hubiera que hacer otra cosa, para que el número se adicionara al total ó se restara de él, que dar simplemente vuelta á un manubrio. Esta idea surgió también en uno de los cerebros más grandes del siglo XVII, en el de Leibnitz.

Este ilustre inventor del cálculo diferencial concibió en 1671 el proyecto de su máquina, que no realizó hasta 1794; pero la habilidad de los constructores á quienes se dirigió no respondió á lo ingenioso de su concepción, y en vano gastó tiempo y dinero (dícese que un centenar de miles de francos), y su máquina, que aún se conserva en la Biblioteca Real de Hannóver y que es muy notable por sus detalles mecánicos, no ha podido funcionar nunca de una manera satisfactoria y no ha pasado de la categoría de curiosidad científica.

La idea primitiva de Leibnitz fué sucesivamente perfeccionada por otros inventores que conservaron el órgano esencial de su máquina, ó sea el tambor de nueve dientes de desigual longitud, y entre los cuales podemos citar al wurtembergués Hahn (1774), á lord Mahon, conde de Stanhope (1775), al capitán de ingenieros de Hesse J. H. Muller (1784) y al relojero polaco A. Stern (1814).

Pero al financiero alsaciano Thomas, de Colmar, corresponde la gloria de haber realizado la primera máquina de multiplicar y dividir, rápida, fuerte y de funcionamiento seguro. En 1820 creó Thomas su *Aritmómetro*, cuyo tipo, desde entonces, no ha cesado de perfeccionarse bajo la dirección del constructor Payen: muy generalizado en todos los grandes establecimientos financieros, cuenta este aparato una existencia de más de tres cuartos de siglo, durante la cual han podido comprobarse sus grandes ventajas prácticas.

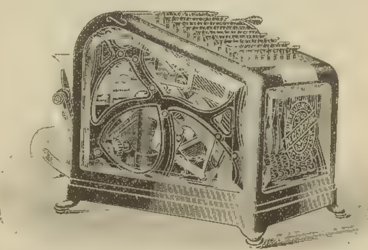


Fig. 3. – Máquina de Burroughs

El aritmómetro Thomas (fig. 2) se compone esencialmente de una platina fija en la que se inscriben el multiplicando ó el divisor, por medio de botones que corren á lo largo de ranuras, y de una platina movible en la que, por medio del manubrio, se inscriben el producto ó el dividendo y el multiplicador ó el cociente. Para multiplicar, por ejemplo, por 25 el número inscrito en la platina fija, se hace avanzar una muesca á la platina movible y se dan dos vueltas de manubrio, y el producto queda entonces inscrito en los agujeros *ad hoc*. Esta operación exige menos tiempo que el que se necesita para escribirla. Para que la máquina reste ó divida, basta hacer retroceder una pequeña palanca dispuesta á este efecto, sin que haya de variarse la dirección en que gira el manubrio. Partiendo de la idea fundamental de Thomas, un inventor llamado Maurel, secundado por el maquinista Jayet, construyó una máquina que puede verse en el Conservatorio de Artes y Oficios de París y cuya rapidez es realmente prodigiosa: basta en esta máquina inscribir el multiplicando (por medio de lengüetas que se estiran más ó menos) y el multiplicador (por medio de agujas móviles que se mueven en unas esferas graduadas) para que en los orificios correspondientes aparezcan completamente formados los números. Este resultado es teóricamente notabilísimo, pero no se consigue sino merced á un mecanismo sumamente delicado y que por desgracia, como ha demostrado la experiencia, no puede resistir un funcionamiento prolongado.

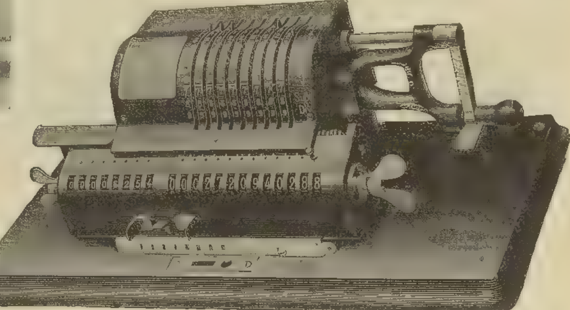


Fig. 4. – Dactilo (máquina Ohdner)

Desde hace algunos años, una nueva máquina comparte con el aritmómetro Thomas el favor del público: inventada por un ruso llamado Odhner, se

basa en el empleo de ruedas con variable número de dientes, idea que vemos ya utilizada en 1709 en la máquina de Poleni, antes citada, y que se puso en práctica en 1841 en la máquina circular del doctor Roth, que también se conserva en el Museo de Artes y Oficios. Esta máquina Odhner, cuyo funcionamiento es análogo al del aritmómetro Thomas, ha sido extraordinariamente perfeccionada en sus detalles mecánicos por el constructor francés Chateau, que ha creado el tipo de la misma conocida actualmente con el nombre de *Dactilo* (fig. 4).

Otras máquinas, que se separan más ó menos de los tipos precedentes, han sido propuestas por Durschanek (1883), Edmonson (1885), Büttner (1888), Esser (1892), Kütner (1894). En las de Grant (1871), Dietzschold (1877), Tchebinef (1882) y Selling (1886), hay mecanismos más especiales.

El ilustre matemático ruso Tchebichef hizo construir un solo ejemplar de su máquina, que regaló al Conservatorio de Artes y Oficios: cuando se quiere hacer una multiplicación con esta máquina, se inscriben el multiplicando y el multiplicador por medio de botones *ad hoc*, se da vuelta al manubrio hasta que la máquina no quiere moverse más, y entonces todos los botones del multiplicador han vuelto á cero y el producto se lee en los orificios dispuestos al efecto.

IV.—Todas las anteriores máquinas multiplican ó dividen por repetición de la suma ó resta. Si nosotros, con la pluma en la mano, no procedemos de igual manera, es porque hemos aprendido la tabla de Pitágoras. ¿Era posible que esta tabla fuese aplicada por una máquina? La respuesta afirmativa á esta pregunta nos la dió en la Exposición Universal de 1889 un joven francés de diez y ocho años, la misma edad de Pascal cuando inventó su máquina. También este precoz inventor emprendió sus investigaciones para ahorrar á su padre fatigosos cálculos que habían de aplicarse á la fundición de campanas, en la que para obtener un determinado sonido fundamental acompañado de las armónicas que se desean, es menester que el trazado de la campana se fije con un rigor absolutamente matemático. La solución mecánica, en extremo ingeniosa, dada al problema por aquel joven, habría bastado para dar celebridad á su nombre, hoy bien conocido de todo el público por los notables inventos por él realizados en el terreno del automovilismo: León Bollée.

La idea fundamental de la máquina Bollée (fig. 5), no sólo es notabilísima, sino que además está realizada de modo que satisface todas las exigencias de la práctica. En ella, el multiplicando se inscribe como en los precedentes aritmómetros, por medio de botones movibles en unas ranuras; en cuanto al multiplicador, se marcan sucesivamente las cifras por medio de un manipulador que se mueve sobre una esfera análoga á la de un aparato telegráfico, bastando entonces una sola vuelta de manubrio para cada una de las cifras. La idea teórica de M. Bollée ha sido realizada después de un modo distinto en la máquina de M. Steiger, denominada la *millonaria* (1892) y en la segunda del profesor Selling (1894), que funciona por medio de la electricidad.

V. —Las anteriores máquinas pueden efectuar las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética y aun extraer raíces cuadradas ó cúbicas. Ahora bien: cuando se trata de calcular tablas (por ejemplo, intereses ó anualidades), se procede por un método especial denominado de las diferencias, que exige sumas en cierto modo sobrepuestas. Construir máquinas capaces de efectuar automáticamente estas operaciones tenía en realidad gran importancia práctica. La idea había sido emitida en 1786 por J. H. Müller antes citado y reproducida en 1812 por C. Babbage que, protegido por el gobierno inglés en 1823, dió á conocer en 1833 la primera máquina de esta clase que funcionó regularmente. Dos suecos, Scheutz padre é hijo, aguijoneados por su ejemplo, construyeron una máquina análoga, pero con nuevos mecanismos y que funcionaba con mayor extensión. Sus esfuerzos, estimulados por el rey de Suecia, se vieron coronados por el éxito más completo. Esta curiosa máquina, que figuró en la Exposición Universal de 1855 y que, gracias á la liberalidad de un rico norteamericano, es hoy propiedad del Observatorio Dudley, de Albany, no se limita á calcular, sino que además estereotipa, es decir, imprime en hueco todos los resultados en una lámina de plomo, gracias á lo cual ha podido ser utilizada para calcular y componer tablas de logaritmos y de anualidades.

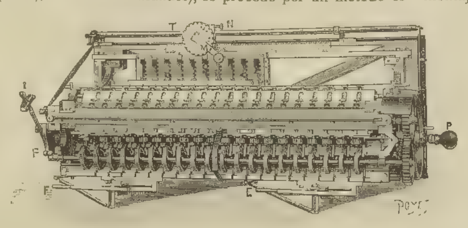


Fig. 5. – Máquina Bollée

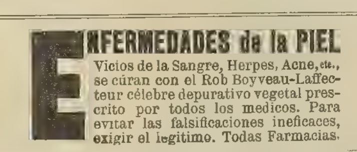
En 1863, otro sueco, Wiberg, construyó una máquina capaz de prestar los mismos servicios que la de Scheutz, aunque de dimensiones mucho más pequeñas y con un mecanismo mucho más sencillo. También ha servido para calcular tablas matemáticas y financieras.

VI.—Aun siendo estas máquinas tan prodigiosas, no constituyen el límite de nuestra admiración. Así Babbage, á quien ya hemos citado, ideó una máquina capaz de efectuar cualquiera serie de operaciones aritméticas sobre cualesquiera números, y de dar los resultados impresos, con la indicación, por medio de signos algebraicos, de la serie de operaciones efectuadas. Gracias á la liberalidad de la reina Victoria, pudo hacer construir las piezas necesarias de su máquina, que se contaban por millares; pero la muerte le sorprendió cuando apenas había comenzado el montaje, y hoy estas piezas están en una vitrina del Museo South Kensington de Londres esperando algún mecánico de sagacidad poco común que, teniendo á la vista la descripción dejada por el autor y publicada por su hijo, general del ejército inglés, realice definitivamente el pensamiento de Babbage.

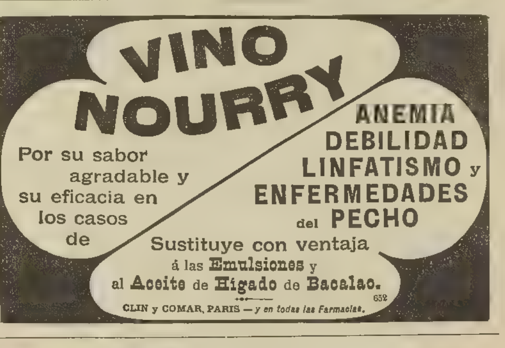
VII.—Las máquinas que hasta ahora hemos estudiado efectúan las operaciones aritméticas fundamentales aisladamente, ó ciertas combinaciones de las mismas; pero en las aplicaciones matemáticas hay otras operaciones, como por ejemplo la resolución de las ecuaciones. ¿Se conseguirá que las máquinas realicen este nuevo progreso? A esta pregunta contestó afirmativamente en 1894 un sabio ingeniero español, don L. Torres. En efecto, este señor, inventando órganos mecánicos nuevos é ingeniosísimos mandó construir una máquina que presentó á la Academia de Ciencias de París en 29 de julio de 1895 y que resuelve ecuaciones. Es más: en una memoria aprobada en 2 de abril de 1900 por la misma Academia y por orden de ésta impresa, demostró que no hay ninguna relación entre números, por muy complicada que sea, que no pueda resolverse mecánicamente.

Delante de una conclusión de tal naturaleza, guardémonos de incurrir en generalizaciones demasiado prematuras, que suelen ser fuente de inducciones mal fundadas.

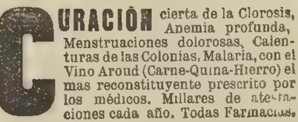
Si hay máquinas que, por lo menos teóricamente, pueden realizar el trabajo de cualquier calculista, no es posible que substituyan á un matemático. Pueden ciertamente resolver en números una fórmula cualquiera, pero nunca servirán para crear fórmulas nuevas. En el pensamiento humano, aun aplicado á un objeto que se trata por números, hay algo que no puede reducirse al mecanismo puro. Y no creemos aventurado afirmar que esta afirmación nuestra no habría sido desaprobada por los dos gloriosos iniciadores de la rama especial de la mecánica aplicada sobre la que acabamos de echar una ojeada rápida: Pascal y Leibnitz.



PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.







ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Sobre el arroz, cuadro de Julio Vila-Prades. (Exposición Nacional de Bellas Artes de Madrid. 1904.)

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
F^cia PLANCHE
en **Marsella** (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.



Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie B^d St-Denis, 16

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faub^g St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 17 de octubre de 1904 — Núm. 1.190



LA NINFA DE LA SELVA, grupo escultórico para una fuente monumental, modelado por R. Holbe

(Exposición de Bellas Artes de Dresde. 1904.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Han llegado á absorber el interés que antes se consagraba exclusivamente á las ideas y á los principios, las cuestiones del orden práctico, los sencillos fenómenos de la economía. Ya preocupan á todo el mundo el descanso dominical, la subida de los alcoholes, el que el café tenga ó no tenga gotas; y la supresión de ese chorrito mezclado á la dudosa infusión negruzca que en los cafés se sirve en innobles recipientes de basto metal, causa, según noticias, profunda decepción en los parroquianos.

Diríase que las gotas tenían algo de simbólico. En medio de una bebida deslabazada, sin aroma y sin fuerza, semejante á la existencia de los consumidores, las gotas destilaban algo de magia, algo de hechizo, sabor pronunciado y estimulante. Las gotas eran la fantasía—perjudicial, convenido, como es siempre perjudicial el alcohol,—pero atractiva, especie de sirena, que hace olvidar y convida á viajar por los espacios. Las gotas activaban las digestiones de los numerosos dispépticos que van á luchar con lentitudes y pirosis en medio de la humareda que es la atmósfera de los cafés, ese gran soñadero infructífero de nuestra raza; las gotas prestaban apariencia de lujo á un vulgarísimo pasatiempo y á una bebida plebeya; las gotas daban la ilusión de un obsequio, de una generosidad del cafetero hacia el público. Se les ha restado un goce á las nueve décimas partes de los españoles. He observado con curiosidad ese goce que mi repulsión al alcohol me hacía difícil de comprender. Siempre debemos envidiar los goces que se encuentran en medio de la calle, y deplorar que no nos basten, ni nos sonrían. ¡Las gotas sonreían, desde el negro seno de la taza, con tan insinuante sonrisa, á tantos mortales!

El duque de Denia ha sobrevivido poco á su mujer.

Era, sin embargo, más joven que ella, lo menos seis ó siete años, y llevaba vida sana, de cazador y deportista.

No le había castigado tan duramente la edad como á la duquesa Angela, á quien había arrebatado, con ultrajes, el precioso don de la hermosura. Para las mujeres que nunca han sido regiamente bellas, como esta ricahembra, el tiempo es más misericordioso. Pero la imagen que el espejo reflejaba en los últimos períodos de la existencia de la duquesa se diferenciaba tanto de la imagen de aquella mujer que Castelar presentó á Víctor Hugo en París diciéndole «*Voilá la beauté espagnole,*» que mirarse debía constituir para ella un suplicio.

«Así era,» me dijo un día el duque, enseñándome un retrato de los años, no precisamente juveniles, sino de la espléndida madurez: la color morena, los ojos semíticos, negros, aterciopelados, el gran sombrero de gallardas plumas sombreando la cabellera intensamente obscura, que en largos tirabuzones flotaba por los airosos hombros. Había, en la afirmación, melancolía y orgullo juntamente. La melancolía de lo irrevocablemente pasado, el orgullo de lo grande y de lo indiscutible. Y era vano, era estéril contestar alguna de esas mentiras sociales que se prodigan en los salones cuando reaparece en ellos un instante, luchando con el estrago de la edad, la que fué un tiempo encanto y gala de una corte y de una sociedad. Era vano: callar valía más, tributando á lo pasado, á lo que no podía remediarse, el homenaje del silencio.

El asunto Casa Riera es de los que atraen al novelista y al aficionado á observar las profundidades de eso que llaman «corazón humano» y que no es sino el conjunto de las funciones espirituales, el alma. ¿Qué hay bajo lo que los periódicos califican de *chantage*? Y dado que no exista, como parece que no existe, tal usurpación de estado civil; dado que el marqués de Casa Riera sea el verdadero y auténtico marqués de Casa Riera—yo no tengo el gusto de conocer á este señor, ¿qué envuelve la leyenda del misterioso palacio de la calle de Alcalá?

Porque así como la clave de cierto horrendo crimen cometido en Lugo y del cual hablé aquí, está en los sótanos de la casa del criminal, aquellos sótanos en que «se mete á una persona y no vuelve á ver la luz del sol,» así el origen de la novela, ficción ó calumnia—yo no sé calificar esto porque no he logrado sacar en limpio gran cosa de los deficientes relatos de los periódicos—forjada contra el actual marqués, está, á mi ver, en ese palacio de duendes y espectros, cerrado á piedra y lodo, desde ha medio siglo, y desafiando y pinchando, con su secreto, con lo enigmático de sus ventanas y puertas inmóviles, á los noveleros transeuntes.

Un palacio de tal esplendor, situado como ese en el centro del Madrid animado y bullicioso, y deshabitado siempre, cual si pesase sobre él alguna maldición fatídica, algún voto hecho en momentos terribles y transmitido hereditariamente (pues el marqués de Casa Riera que abandonó la soberbia residencia no es el mismo marqués de Casa Riera á quien hoy niegan su estado civil y que va á defenderlo ante los tribunales de justicia), tiene que suscitar infinitos comentarios. Si no hubo drama, siempre lo inventará el emocionalismo del público.

El día 15 de este mes, la Iglesia celebra la fiesta de Santa Teresa de Jesús, y el día 1.°, la voz autorizada del Sr. Brieva Salvatierra ha hecho el panegírico de Isabel la Católica... y un poco, al paso, de la Inquisición.

Estas dos mujeres, á decir verdad, encarnan y representan lo más alto de nuestra historia y lo más bello de nuestra psicología nacional.

Yo creo muy factible discutir á la reina, empezando por su elevación al trono, que se hizo sobre base de usurpación, en lo cual no desmintió la princesa de Castilla su estirpe de Trastamara; pero si cabe apreciar diversamente los fastos de Isabel I, no cabe negar la belleza y nobleza de su carácter. Son compatibles los mayores errores políticos con la grandeza de ánimo, con la elevación del espíritu, con la virtud, hasta con la santidad. Inglaterra—por ejemplo—ha tenido la fortuna de encontrar otra Isabel, que no es comparable, en el terreno moral, á la castellana, pero que sin género de duda tuvo mayor acierto é imprimió á su reinado dirección, para el porvenir, más segura. Confunden y hacen vacilar esas figuras que nos ganan la voluntad, que nos cautivan, y que no resistirían acaso un examen imparcial, no de su modo de ser íntimo, sino de sus actos.

Para este examen se requeriría escribir varios volúmenes. Y quizás no condujese á nada, como no fuese al desinteresado placer de analizar detenidamente una época histórica. El mal es secular, y sobre los yerros que nos legó Isabel de Castilla se han petrificado nuevos yerros y se han hacinado fatalidades. Dejémosla y hablemos de Teresa de Jesús; que esa, habiendo tenido por reino su propio corazón transverberado, no da lugar á crítica mezquina, sino á admiración sin mancha ni mezcla.

La esencia más penetrante del alma española después de la Edad Media se concentra en una flor de éxtasis: Santa Teresa de Jesús. Ver á Avila, nos da explicación y comentario (todavía en nuestros tiempos) de la vocación de su hija más ilustre. En Avila, la idea de la vida se hace severa, clara, apasionada, y como alhelíes sobre las rudas piedras de la ciudad fortaleza, brotan los sueños del cielo, las aspiraciones á algo mejor que lo terrenal. Allí la tierra es pedregosa, seca, arcillosa, sembrada de cantos redondos como testas de moros descabezados; pero en el cielo, alto, sereno, profundamente azul, que asoma por entre las cresterías de los graves monasterios y los alminares de las recias murallas, ¡qué cálices de luz se abren por la noche! ¡Qué glorioso refulge de día el sol castellano, incendiando las eras y los melancólicos barbechos!

Avila no sería tan silenciosa como hoy en los días de la Santa: no tenía la nota de soledad que al presente reviste; pero ya en ella—á pesar de la animación de sus mercados y del señorío que se gallardeaba en sus casas nobles solariegas—se vivía como en un relicario, con vida que olía á incienso y á azucenas claustrales. Alrededor de la ciudad, la naturaleza castellana predispone á la contemplación. La Sierra de Gredos es aún más propia que de pastores, de eremitas. En su cúspide hay un lago de hielo profundísimo; allí ni se atreven á subir los cabreros. Para una imaginación infantil, tal vez impregnada de consejas y cuentos maravillosos, allí está lo desconocido, lo sobrenatural, la unión de la tierra con el cielo; y detrás de los picachos y las heladas lagunas está, ¿quién sabe?, aquella tierra de moros hacia la cual, de niña, quería dirigirse Teresa para buscar el martirio.

Sin embargo, un aspecto peculiarísimo de Santa Teresa no guarda relación con la comarca donde nació; es rasgo individual suyo, y la enlaza con la humanidad, dando calor y dulzura femenil á su santidad. Es el agrado, la amabilidad riente de su manera de ser santa. «Nadie—dice su biógrafo Yepes—la conversaba que no se aficionase y perdiese por ella, y niña y doncella y seglar y monja, reformada y antes que se reformase, fué con cuantos la veían como la piedra imán con el hierro, porque el aseo y buen parecer de su persona, y discreción de su habla, y la suavidad templada con honestidad de su condición, la hermoseaban de manera que el profano y el santo, el discreto y el reformado, los de más y de menos edad, sin salir ella en nada de lo que debía á sí misma, quedaban como presos cautivos de su trato.» En este panegírico está Santa Teresa independiente, superior á la ceñuda y contemplativa Avila; está rodeada de su aureola de fundadora, pues para fundar hay que salir de la contemplación, vivir afablemente entre los hombres. A solas, Santa Teresa bebía largamente el agua viva de la contemplación; entre gente, pocos han practicado mejor la amena virtud de la eutrapelia, ni en nadie se pueden buscar más sabrosos ejemplos de gracia... dentro de la gracia. De hecho Santa Teresa era festiva en su condición, amiga de ingeniosos discreteos, aficionada á la poesía conceptuosa, y hasta sabemos que ejerció con buen humor y donaire la menuda crítica literaria, escribiendo lo que entonces se llamaba *un vejamen*, y en el cual anunciaba á D. Francisco de Salcedo: «Si no se desdice, le denunciaré á la Inquisición; porque después de venir todo su papel diciendo «este es dicho de San Pablo y del Espíritu Santo,» dice al fin de él que ha firmado necedades.»

Cuando empezó á fundar la santa, la auxiliaban Fray Antonio de Heredia, de arrogante estatura, y el chiquitín San Juan de la Cruz. «Ya tengo fraile y medio,» solía repetir. Este chanceo de Santa Teresa tiene, más que carácter español, dejo franciscano. Es la alegría del puntapié al mundo, la risa gentil del desasimiento, por el cual la Santa declaraba de sí propia que no era «pobre de espíritu,» sino «loca de espíritu,» y encarecía la «honraza» que trae consigo la verdadera pobreza. Una novicia se presentó con joyas y dineros para el tesoro del convento, y exclamó la santa: «Hija, no me traiga más cosas, que la echaré de casa juntamente con ellas.»

«Tres cosas—confesaba la santa—se han dicho de mí. La primera, que cuando moza tuve buen parecer. La segunda, que era discreta. Y ahora, que soy santa. Las dos primeras las creí, y ya me he acusado de esta vanidad. ¡No estoy tan engreída que pueda dar crédito á la tercera!» Era este su espíritu, el humorismo, el regocijo interior, semejante al de los compañeros más sencillos de San Francisco; y conociendo su modo de ser, las monjas procedían ante ella como criaturas, como locuelas de espíritu igualmente. Una vuelve de la cocina con un cesto de vajilla que acaba de fregar, y se pone á bailar, alborozada, delante de la Madre. Y Teresa, complacida, exclama: «¡Ay Maribobales, ella riendo se ha de ir al cielo!»

Y no era sólo alegre; era intrépida, serenamente superior; como dama bien nacida, á las insolencias del villanaje. Iba con San Juan de la Cruz por los caminos, y á las insinuaciones groseras, que ruborizaban al santo, decía desdeñosa: «¿No se corre la dama, y se corre el galán?»

Así es que la idea que de Santa Teresa nos formamos es dulce, franca, desenfadada, y para decirlo con una sola palabra, llena de simpatía. En aquella época de monarcas agobiados, sombríos, de teólogos sutiles, de doctores é inquisidores, hay, sobre la faz pétrea de Castilla, una sonrisa, como en los cuadros más místicos del Greco hay un bello doncel, una cabeza viva y encantadora. Cosa verdaderamente singular y admirable esta bienaventurada, favorecida con beatitudes extáticas desde la tierra, envuelta en arrobos y transportes como las Concepciones de Murillo en sus esplendorosos rompimientos de gloria, visitada por Cristo, arrebatada por el Serafín de fuego, con las entrañas pasadas de dardo amoroso, á quien dijo Dios: «Si no hubiese criado el cielo, le criara para ti sola...,» y que sin embargo continúa siendo la amable, ingeniosa, graciosa monja, tan mujer, que no tenía reparo en quejarse de que la habían retratado fea.

Y en su estilo de escritora, la misma deliciosa mezcla de lo sacro y lo familiar, lo donoso y lo extático, lo sencillo y lo divino...

Emilia Pardo Bazán.

BARCELONA.—FIESTAS DE LA MERCED



CABALGATA DE LA MÚSICA, ORGANIZADA POR EL «NIU GUERRER.» CARROZA DE LA MÚSICA MITOLÓGICA. APOLO Y LAS MUSAS. (Fotografía de A. Merletti.)

El Coso blanco y la Cabalgata de la Música, junto con las partidas de ajedrez vivientes de que nos ocupamos en el número anterior, han sido las notas más salientes de las pasadas fiestas.

El Coso blanco se celebró en los jardines del Parque, á los que acudió público numerosísimo, y en él tomaron parte 17 coches adornados que desfilaron por los paseos de los tilos y de los olmos, elegantemente decorados bajo la dirección del artista señor Chía y del arquitecto D. Julio Fosas. El jurado otorgó los siguientes premios: gran premio, á una Góndola del Círculo Mercantil; premio de honor, á una Cacatúa de la sociedad Buena Sombra; premio de originalidad, á una Guitarra original de los hermanos Sres. Ventura; premio del Excmo. Sr. Capitán General, á una Mariposa de doña Teresa Subirá; primeros premios, á un Pensamiento de doña Mercedes Llorba, á una Góndola de los Sres. Molist, á un Foyer de doña Magdalena Panicelo y á un Capricho de doña Emilia Nebot.

A pesar del escaso número de carruajes adornados, la fiesta resultó muy animada, y los coches que se disputaron los premios produjeron excelente efecto por el buen gusto que había presidido en su decoración.

La Cabalgata de la Música que, organizada por la sociedad «Niu Guerrer,» recorrió por la noche las principales vías y paseos, estaba formada en el orden siguiente:

Batidores de gran gala de la guardia municipal montada.

Rey de armas á caballo con el pendón y el escudo de España y guardia de honor.

Rey de armas á caballo con el pendón y el escudo de Cataluña y guardia de honor, escolta, pajes, palafreneros y heraldos de la ciudad.

Alguacil con el pendón de Barcelona, pregonero y escolta.

Trompeteros de la sociedad «Niu Guerrer» á caballo, pajes y bomberos con hachas. Guión de la sociedad con heraldos, pendones, banderas, medallones y trofeos.

Grupo primero.—Guión del grupo mitológico; pajes y heraldos con trofeos, hachas y pendones.

Carro alegórico de la Música mitológica: el dios Apolo con las Musas y el dios Pan; ninfas con cítaras, liras, arpas, etc., etc.

Pajes con hachas, trofeos, bengalas y bandas de música.

Grupo segundo.—Música española. Guión del grupo, jinetes, pajes con banderas españolas, cintas, escudos, medallones, trofeos, hachas y guardias montados.

Carro alegórico de la Música española, en el que estaban simbolizadas las principales óperas y zarzuelas, adornado con toda clase de instrumentos músicos genuinamente del país.

Pajes, bomberos, jinetes, etc.

Grupo tercero.—Música francesa. Guión, pajes y bomberos con trofeos, medallones con nombres, emblemas y atributos musicales.

Carro alegórico de la Música francesa, ostentando en sitio preferente el busto de Gounod y con la reproducción de una escena de la ópera *Faust*.

Pajes, guardias y una banda de música.

Grupo cuarto.—Música alemana. Guión á caballo con la bandera alemana, pajes, heraldos y personajes de *La Walkyria* á pie y montados.

Carro alegórico de la Música alemana: en primer término, Wotán y Brunhilda; en el fondo, las ondinas del Rhin, de la tetralogía *El anillo del Niebelungo*.

Pajes, guardias, jinetes, bomberos con hachas, etcétera.

Grupo quinto.—Música italiana. Guión y heraldos montados, personajes de *Aida* con trofeos y estandartes y trompeteros montados.

Carro alegórico de la Música italiana, con medallones en los que se veían los bustos en bajo relieve de Rosini, Bellini y Verdi; decoración y personajes de la ópera *Aida*.

Guardias, pajes, heraldos, jinetes, bomberos, etc.

Grupo sexto.—Música catalana. Guión y heraldos montados, pajes y jinetes con trofeos y emblemas. Grupos de coristas de las sociedades euterpenses con sus diferentes estandartes.

Carro alegórico de la Música catalana, escoltado por voluntarios catalanes de la guerra de Africa. En el centro, el busto de Clavé, rodeado de diferentes personajes que representaban las principales producciones del popular compositor, tales como *Las flors de maig*, *Las galas del Cinca*, *La Maquinista* y *Los Nets dels Almogávers*; en el fondo, una matrona que simbolizaba la composición *Gloria á España* y varias figuras que personificaban otras obras del mismo autor.

Pajes, heraldos, bomberos, etc.

Grupo séptimo. Personajes vestidos con trajes de diferentes naciones; pajes y heraldos con trofeos y estandartes de la música en general; jinetes con banderas y cintas; pajes y heraldos de la sociedad «Niu Guerrer» con trofeos y abanicos de plumas; banda municipal; bomberos con hachas y bengalas y el gran carro alegórico final que representaba la coronación de la Música por el dios Apolo.

Cerraban la comitiva varios pajes, jinetes, heraldos, guardias, bomberos con trofeos y banderas de todas las naciones en ella representadas.

La cabalgata produjo excelente efecto por la originalidad y el buen gusto con que estaban adornados los carros, todos ellos iluminados profusamente. Lástima que algunos incidentes ocurridos en algunos de éstos y que obligaron á apagar las luces de acetileno que llevaban, deslucieran el espectáculo y privaran á la mayor parte del inmenso público que presenció su paso de hacerse cargo de las bellezas de conjunto y de detalle de la cabalgata.

Otros festejos se han celebrado con motivo de las Fiestas de la Merced, mereciendo especial mención la fiesta deportiva, la fiesta marítima y el festival de las Arenas de Barcelona.

En la fiesta deportiva, organizada por el «Sportman Club,» hubo carreras á pie, sueltas de palomas mensajeras, foot-ball nacional, carreras de cintas á caballo, carreras de coches al trote y carreras de bicicletas, tandems y motocicletas.

La fiesta marítima se compuso de regatas de embarcaciones de varias clases, cucañas, concursos de natación, etc.

El festival de las Arenas corrió á cargo de los coros de Clavé, que ejecutaron las más notables obras del popular compositor.

Aunque de género distinto, es digna también de ser citada la ceremonia de la colocación de la primera piedra para las dos alas que se han de construir en el Museo de Artes Decorativas, destinadas á secciones de Pintura y Escultura modernas: á ella asistieron el Ayuntamiento y representantes de varias corporaciones. Antes de esta ceremonia se procedió á la inauguración de la sala del Palacio de Bellas Artes destinada á las obras del celebrado pintor Baldomero Galofre, y á la de las secciones de Numismática y Metalistería del antes citado museo.

Completaron el programa de las fiestas el festival infantil y el concurso de automóviles adornados que se celebraron en el Parque, multitud de espectáculos organizados en los diferentes mercados de esta ciudad, disparo de castillos de fuegos artificiales, etc.

En cuanto al adorno de las calles, únicamente las Ramblas y la calle de Fernando ostentaron iluminaciones: las primeras resultaban muy pobres; en cambio, la segunda producía un efecto magnífico. También se adornó la plaza de Cataluña.—S.



Carroza de la música española

Personajes de varias óperas y zarzuelas españolas. Instrumentos genuinamente españoles



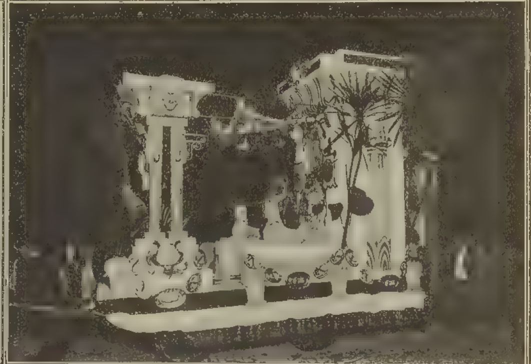
Carroza de la música francesa

Busto de Gounod y reproducción de una escena de la ópera «Fausto»



Carroza de la música alemana

Grupo en primer término de Wotán y Brunhilda y en el fondo las ondinas del Rhin, de «El anillo del Niebelungo,» de Wagner



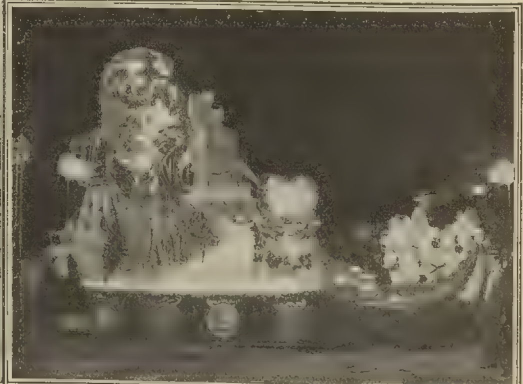
Carroza de la música italiana

Medallones con los bustos de Rossini, Bellini y Verdi. Decoración y personajes de la ópera «Aída,» de Verdi



Carroza de la música catalana

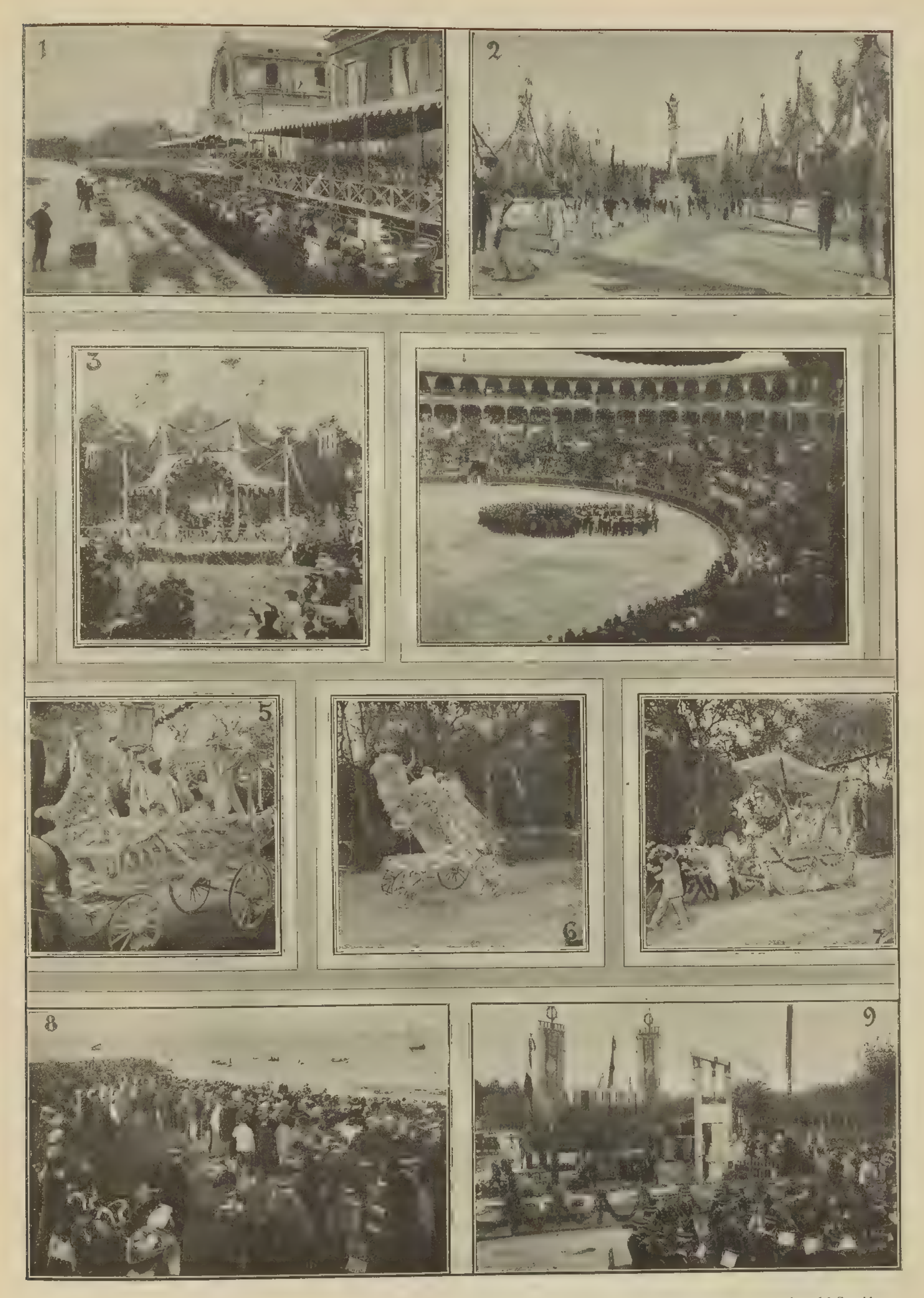
En el centro el busto de Clavé. Varios personajes que simbolizan las principales producciones de este compositor



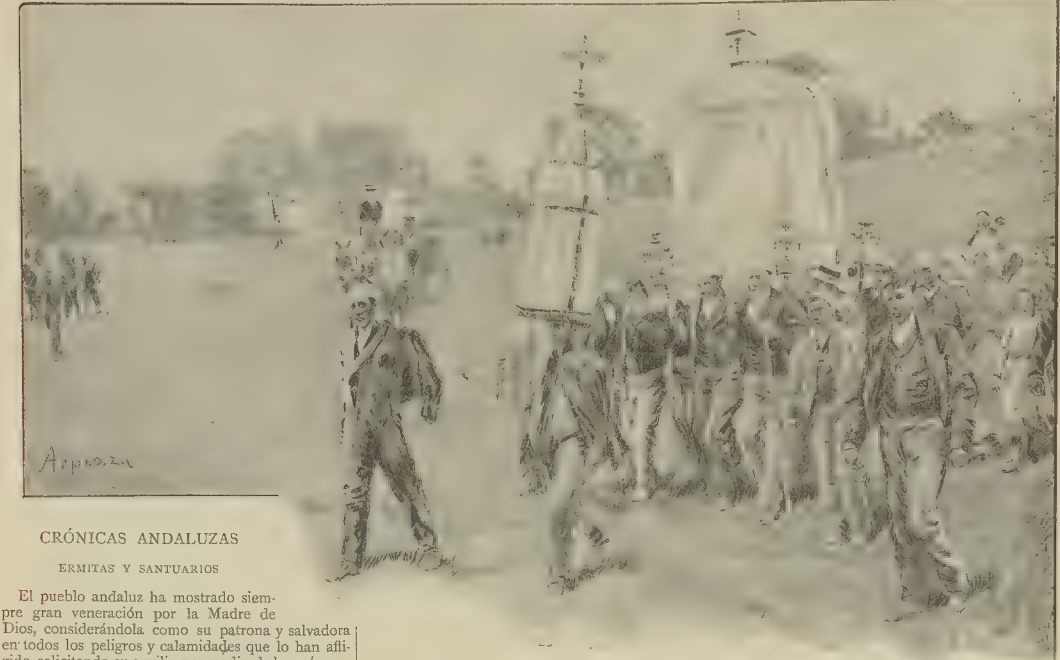
Gran carroza alegórica

El dios Apolo coronando á la Música. Atributos é instrumentos musicales. Medallones con los retratos de los más ilustres compositores

BARCELONA.—FIESTAS DE LA MERCED. CABALGATA DE LA MÚSICA. (Fotografías de A. Merletti)



BARCELONA. - FIESTAS DE LA MERCED. - 1. Fiesta deportiva en el Parque. - 2. La plaza de Cataluña. - 3. Pabellón del Ayuntamiento en la fiesta del Coso blanco. - 4. Gran festival popular en las Arenas de Barcelona. Los coros de Clavé. - 5. Góndola que obtuvo el gran premio en el Coso blanco. - 6. Cacatúa que obtuvo el premio de honor en el Coso blanco. - 7. Carroza del Ayuntamiento en el Coso blanco (fuera de concurso). - 8. Regatas en el Puerto. - 9. Colocación de la primera piedra de los cuerpos de edificios destinados á Museo de Pintura y Escultura modernas. (Fotografías de A. Merletti, y de la fotografía «Hispania.»)



... poniéndose en marcha la comitiva entre los cánticos del pueblo

CRÓNICAS ANDALUZAS

ERMITAS Y SANTUARIOS

El pueblo andaluz ha mostrado siempre gran veneración por la Madre de Dios, considerándola como su patrona y salvadora en todos los peligros y calamidades que lo han afligido, solicitando su auxilio por medio de las más sentidas y fervorosas demostraciones de religioso afecto. Esta tradición, que puede asegurarse arranca desde los días inmediatos á la reconquista de su suelo por Fernando III, permanece aún viva y se manifiesta por las numerosas romerías, que ó bien se celebran anualmente, ó tienen lugar en las ocasiones tristes de epidemia, sequías, etc., realizándolas entonces para implorar la protección divina, á la cual se confían y de la cual sólo esperan la deseada salvación.

Raro es el pueblo de alguna significación, por tanto, que no se enorgullece de poseer una ermita ó santuario, en el cual rinde culto á la Virgen María bajo diversas advocaciones, algunas de las cuales, como la de Nuestra Señora de Valme, hállase íntimamente relacionada con la historia del cerco de esta ciudad por el Monarca Santo. Recorriendo, pues, las provincias de Sevilla, Córdoba y Huelva, hallaremos santuarios muy celebrados, algunos de los cuales, como el de la Virgen de Guía en el pueblecito de Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla, ofrece en su traza el aspecto de un *marabuto* ó *morabito* que sirvió de albergue antes de la reconquista á algún santón musulmán.

De igual modo que nuestras más antiguas iglesias parroquiales ofrecen caracteres indudables de haber sido en su origen mezquitas, que fueron aprovechadas por los cristianos para templos, también á los referidos morabitos tocó igual suerte; y una vez purificados de su primer destino, convirtiéronlos nuestros progenitores en lugares sagrados, dedicándolos al culto del santo de su especial devoción.

El fervor religioso, no satisfecho á veces con las pequeñas proporciones que en un principio tuvieron aquellos santuarios, hubo de reedificarlos con verdadera suntuosidad, como acontece con el celebrado de la Virgen de Consolación de Utrera, el cual es un verdadero templo, capaz de contener los miles de romeros que desde Sevilla y desde todos los pueblos acuden en demanda de protección á la milagrosa imagen en él venerada.

Enojosa sería la relación de las ermitas y santuarios que existen tan sólo en esta provincia; por lo tanto vamos á concretarnos en estos renglones á dar una idea siquiera del famoso y celebrado de la Virgen de Setefilla, por ser uno de los más antiguos y concurridos.

Hállase situado á dos leguas de la villa de Lora del Río, una de las más ricas por su producción agrícola, especialmente la olivarera, residencia de familias muy principales y acaudaladas, y su situación topográfica es en extremo pintoresca, pues apenas se sale del pueblo penétrase en la sierra, cuyo aspecto varía por momentos, ofreciendo, ora las perspectivas más risueñas y pintorescas, ora las más abruptas y salvajes. Valles tapizados de verde hierba, que esmaltan innumerables florecillas; altos montes, entre cuyas palmas, romeros y tomillos pastan y triscan ovejas, cabras y pintados corderos; cañadas en que crecen á su sabor las silvestres parras y las zarzamoras; arroyuelos que se deslizan en el limpísimo lecho de menudas arenas; gigantescas adelfas y laureles; seculares encinas y chaparros; campos sembrados de trigo, entre los que se columpian las amapolas..., he aquí, lector, una parte del camino de la ermita; de otra, peñascales y breñas entre los que sólo crecen las jaras y las silvestres palmas; más allá, la honda cañada en cuyo fondo deslízase el arroyo Guadalvacar, y atravesado éste, subiendo retorcida senda, llegaremos á la Cruz del Humilladero, desde donde se goza la vista con la contemplación de un admirable panorama. Infinidad de pueblecitos con sus blanquísimos caseríos vense situados á una y á otra banda del Guadalquivir, que corre por entre un inmenso tapiz de verdura, festoneado por los cañaverales, las adelfas de color de rosa y los flexibles tarajes y mimbres. De un lado álzanse las empinadas crestas de los montes, coronadas algunas por los informes masas de las que fueron durante la Edad Media atalayas ó torres, en cuyas cimas encendíanse las hogueras que anunciaban la presencia en los campos castellanos de las algaradas de nuestros enemigos; y montes y cañadas y campiñas, cuanto la vista abarca en un horizonte dilatado, por todas partes se admiran las galas de la Naturaleza en todo su esplendor. Siguiendo el camino abierto entre el Santuario de Setefilla y su castillo, mitad árabe, mitad cristiano, notaremos los restos que aún quedan de antiguas poblaciones, las caprichosas figuras con que las estalactitas y estalagmitas han decorado las grutas que se encuentran en este lugar; la amenidad y belleza de los mil pintorescos parajes que de nuevo se nos ofrecen, animados por las cristalinas aguas que ora en forma de arroyuelos ó de cascadas se precipitan saltando de peña en peña; y sin dejar de asomarnos al misterioso *Charco del Infierno*, que según los campesinos está en comunicación con el mismo antro de Satanás, volviendo por nuestros pasos penetraremos en el Santuario, cuya fábrica arquitectónica ofrece alguna curiosidad para el arqueólogo por los vestigios que aún conserva del estilo mudéjar del siglo XV, especialmente en su portadita de ladrillo.



Santuario de la Virgen de la Cuesta

En cuanto á la efigie de Nuestra Señora de Setefilla, atribúyele la piedad el origen que á casi todos los divinos simulacros de la Virgen con antiguas advocaciones. También fué obra visigoda, y escondida por los cristianos fugitivos de nuestros invasores, andando el tiempo, una vez efectuada la reconquista, aparecióse ó fué hallada en la cavidad de una peña ó de un árbol por algún sencillo labriego.

Con ligeras variantes, pero coincidiendo todas las narraciones en el fondo, podría deducirse de aquéllas que poseemos en España una singular riqueza desconocida hasta en el mismo Oriente de imágenes visigóticas, con lo cual si la piedad se satisface no se contenta la crítica católica severa y razonada.

El número de exvotos acumulados por la devoción en el camarín de la Virgen es sorprendente, y entre ellos algunos de tal candor é ingenuidad, que merecerían ser conservados.

En los tristes días en que el pueblo de Lora ha experimentado las calamidades de falta ó exceso de lluvias ó de epidemias, siempre la Sagrada Imagen ha sido conducida al pueblo, y colocada en su Iglesia parroquial, se le han celebrado suntuosas funciones por el Ayuntamiento y gremios, por los hacendados y por las viudas y doncellas. Pero vengamos ahora á dar cuenta de la forma en que se verifican dichas traslaciones, que son peculiares del pueblo de Lora.

La iniciativa para verificar la ceremonia religiosa es siempre del pueblo mismo, el cual, cuando teme ver perdidas sus cosechas ó cuando el contagio diezma la población, acude presuroso á disponerla, y mientras unos tañen la campana de la ermita de Santa Ana, que da la señal, fórmanse grupos que disparan sin cesar sus escopetas, y unidos buscan al más anciano del lugar, danle asiento en un sillón y dirígense con él á las Casas Capitulares, donde aquél solicita de las autoridades y en nombre del pueblo la realización de los deseos de todos. Si aquéllas consideran que no ha llegado el momento oportuno, procuran apaciguar los ánimos disponiendo rogativas, pero si están conformes ordenan que se anuncie la romería con el toque de las campanas de la iglesia mayor, fijando el día y hora de la traslación. Llegado éste, todos, hombres y mujeres, mozos y viejos, niños y mancebos, marchan al santuario, y al mover á la Virgen, colocada en sus andas de plata, los vítores y aclamaciones atruenan el espacio y sus ecos repercuten en las bóvedas, poniéndose en marcha la comitiva entre los cánticos del pueblo por el escabroso camino abierto en las peñas.

El templete que cobija á Nuestra Señora la oculta por los cortinajes de seda que la rodean, no sólo para que no sufra detrimento la sagrada efigie, sino para dar lugar á muy sentida ceremonia.

La distancia que media entre la ermita y el pueblo es próximamente de dos leguas, y no hay noticia de que, ya al principio, ya al medio del camino, no hayan obtenido los romeros el favor del cielo viendo descender el agua tan codiciada, y es tal la confianza de todos, que al dirigirse al santuario van provistos los hombres de sus capas y las mujeres con sus mantos para defenderse de la lluvia. Cuando ésta comienza á caer, es indescriptible el cuadro que se ofrece: las explosiones del entusiasmo más férvido, las lágrimas de reconocimiento que brotan de todos los ojos, el incesante disparo de las escopetas y cohetes, los cánticos religiosos, los sonidos de las músicas, y en una palabra, los transportes de alegría de la multitud, retrátanse en todos los semblantes, arrancados del corazón. Otro espectáculo semejante es el que tiene lugar una vez llegada la romería al sitio, ya cercano al pueblo, que llaman el Albadalejo, pues en él la sagrada efigie, que, como hemos dicho, ha llegado hasta aquel paraje cubierta por las cortinas de seda que rodean el templete, muéstrase á la multitud. En el momento en que se descorren los velos y aparece la imagen, prodúcese una conmoción general. Todos se apiñan en torno de las andas, todos dan al aire estentóreos vivas, agitan sus sombreros en el aire, prodúcense los disparos de escopetas y cohetes, y las muestras de agradecimiento por el favor recibido tradúcense en mil diversas formas que la pluma no acierta á describir.

Así, triunfalmente, es recibida en Lora la Virgen de Setefilla por las autoridades y llevada al templo, donde el pueblo continúa mostrándole los afectos de su entusiasta devoción hasta el día en que es devuelta á su santuario.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Con fecha 2 de los corrientes el general Kuropatkine dirigió á sus tropas una orden del día que por su excepcional importancia y por la influencia que ha de tener en el curso ulterior de la guerra merece ser reproducida en sus párrafos principales.

Después de afirmar que Rusia fué atacada hace siete meses por sorpresa y á traición por los japoneses y de encomiar el heroísmo con que se han batido los rusos, expone las dificultades con que han tenido que luchar y el tiempo que han necesitado para el transporte de las tropas y del material necesario para la campaña, hasta conseguir que el ejército estuviera en condiciones numéricas de poder realizar la tarea ardua, pero peligrosa, á que está destinado. «Y precisamente por esto—dice,—á pesar de haber rechazado muchas veces los ataques de los japoneses contra nuestras posiciones de Ta-Chi-Kiao. Lan-Dian-Sian y Liao-Yang, no he creído, después de estos éxitos, procedente el avance y ordené la retirada.» Explica luego las dificilísimas condiciones en que las tropas han tenido que retirarse y el heroísmo y la disciplina con que han efectuado todos estos movimientos, y añade: «Dispuse la retirada con el corazón henchido de pena, pero con la firme convicción de que era necesaria para asegurar nuestra victoria completa y decisiva cuando llegase el momento oportuno.

»El tsar ha destinado á la lucha contra el Japón importantes fuerzas militares, suficientes para asegurar la victoria; y todas las dificultades que existían para trasladar estas fuerzas á una distancia de 10.000 verstas han sido vencidas con abnegación y talento por rusos de todas las profesiones, de todas las categorías, de todas las clases, enviados con ellas al teatro de la guerra.

»La dificultad que existía era la necesidad, que jamás se había presentado, de trasladar centenares de miles de hombres, decenas de miles de caballos y millones de libras de material por la vía férrea, durante siete meses, de Rusia europea y Siberia á la Mandchuria. Si no bastan los regimientos enviados, se enviarán otros, porque la voluntad inflexible del tsar es derrotar al adversario, y nosotros ejecutaremos inflexiblemente esta voluntad.

»Hasta aquí, el enemigo, en sus operaciones, se ha apoyado en gruesos contingentes de tropas, nos rodeaba desplegando sus ejércitos y elegía á su voluntad la ocasión más favorable para atacarnos; pero ha sonado ya la hora por la que tanto suspiraba el ejército, ha llegado el momento de que tomemos la ofensiva y de que impongamos nuestra voluntad á los japoneses. Porque la fuerza del ejército de la Mandchuria es ya bastante grande para que empren damos el ataque.

»Debéis, no obstante, convenceros, y no olvidarlo, de que para triunfar de adversarios fuertes y valientes, no basta el número, sino que es preciso además que todos, desde el simple soldado hasta los jefes de mayor categoría, han de estar animados de la firme resolución de lograr la victoria, que exigirá aún muchos sacrificios.

»Penetraos bien de la importancia de esta victoria para Rusia; pensad sobre todo en cuán indispensable es vencer para libertar á nuestros hermanos encerrados en Puerto Arthur, que desde hace siete meses conservan heroicamente la plaza confiada á su defensa.

«Nuestro ejército, con la fuerza que le da su unión con el tsar y con Rusia entera, ha realizado en todas nuestras guerras acciones heroicas para la patria, logrando en todos los pueblos merecido renombre. Pensad siempre que el tsar os ha confiado la defensa de la dignidad de Rusia; tened presente que á vosotros corresponde la defensa del honor y el renombre de todo el ejército ruso. El augusto soberano de nuestra patria, y con él Rusia entera, piden que realicemos esta tarea sin vacilar y con decisión firme de cumplir nuestro deber hasta el fin, sin economizar nuestras vidas. ¡Dios sea con todos nosotros!»



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El acorazado *Askold* reparando sus averías en el puerto de Shanghai (de fotografía)

La guerra ha entrado, pues, en una nueva fase, y los últimos telegramas publicados en el momento en que escribimos esta crónica dan cuenta de haber iniciado ya el ejército ruso su movimiento de avance, obligando al enemigo á replegarse hacia el Sur, y de estarse librando una encarnizada batalla al Norte de la estación de Yantai, última de las posiciones ocupadas por los japoneses, sin que hasta ahora se tengan detalles de esta acción, que seguramente será de grandísima importancia.

Esta nos parece ocasión oportuna para echar una ojeada retrospectiva que sea como un resumen de los principales sucesos hasta el presente desarrollados en la Mandchuria.

Rusia, que nunca había creído en la guerra, hallábase, al comenzar ésta, tan desprevenida, que sólo tenía en el Extremo Oriente 60.000 hombres que apenas bastaban para guarnecer las plazas fuertes y guardar las vías de comunicación; y aunque contaba en Siberia y en Europa con elementos sobrados con que formar gran número de unidades, para llevar todos estos refuerzos á la Mandchuria únicamente disponía de una vía férrea, bastante defectuosa y cortada en dos secciones por el lago Baikal. De modo que, á la larga, tenía la seguridad de vencer, pero á condición de que se le diera tiempo para ir enviando aquellos refuerzos y sobre todo de que no fuesen éstos comprometidos, á medida que llegaban, en una lucha desigual.

Así lo comprendió desde el primer momento Kuropatkine, y sin vacilar adoptó el único plan que podía salvar á Rusia, plan del que no se ha apartado ni un solo instante, á pesar de las recriminaciones y de la prensa de su país: su única preocupación ha sido retardar el avance de su adversario, causándole el mayor daño posible y sin comprometerse. Con razón ha dicho un ilustre crítico militar francés que cuando, pasado algún tiempo, se estudie esta campaña imparcialmente y al abrigo de todo prejuicio, se reconocerá que la maniobra del generalísimo ruso ha sido una de las más admirables de cuantas registran los anales militares de todos los pueblos.

Los japoneses, dueños del mar y por decirlo así al lado del teatro de la guerra, enviaron desde luego al continente todo su ejército, de suerte que á mediados de junio disponían en la Mandchuria de 200.000 hombres y 650 cañones, aparte del cuerpo encargado del sitio de Puerto Arthur.

Por aquel entonces, los rusos no tenían allí, como tropas de campaña, más que 90.000 hombres y 280 cañones, y con elementos tan inferiores á los de su adversario hubo de operar Kuropatkine en un país accidentado y sin caminos, y con un calor horrible.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Un vivaque japonés. (De fotografía.)



GUERRA RUSO JAPONESA. – Cadáveres de soldados rusos cubiertos de follaje. (De fotografía.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cuidados prodigados por los japoneses á los heridos. (De fotografía.)



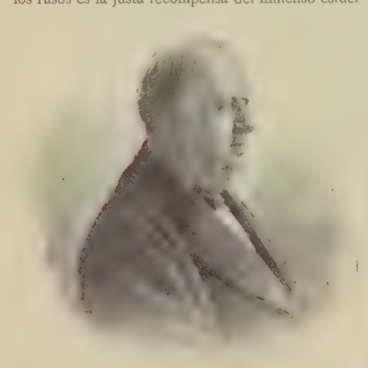
GUERRA RUSO-JAPONESA.—Cañones de madera empleados por los japoneses para engañar al enemigo. (De fotografía.)

Y sin embargo, el ejército ruso no perdió ni un momento su entusiasmo ni su vigor, y defendiendo palmo á palmo el terreno, fué replegándose hacia el Norte, señalando cada etapa una reñida batalla, y realizando aquellas retiradas admirables de Vafangú, Kaiping, Ta-Chi-Kiao, Hai-Cheng, An-Chan-Chuang y Liao-Yang.

En el entretanto, iban llegando poco á poco á la Mandchuria los refuerzos: todo lo que antes de la ruptura de hostilidades había sido imprevisión y descuido, fué después actividad enorme, de tal manera que por el ferrocarril transiberiano, por donde en febrero sólo podían circular tres trenes diarios en cada dirección, pasan actualmente trece.

Kuropatkine veía, pues, aumentar su ejército; á fines de agosto, sus fuerzas eran casi iguales á las de los japoneses; hoy son superiores. Gracias á su tenacidad ha conseguido el objeto que desde un principio persiguiera: al fin podrá dejar la actitud espec tante á que hasta ahora se había visto condenado y podrá tomar la ofensiva; y aun cuando tendrá que luchar mucho todavía para ver realizada su ambición suprema, es evidente que los rusos han salido de su situación crítica y pueden ahora mirar el porvenir con mayor confianza.

Este cambio de la situación general favorable á los rusos es la justa recompensa del inmenso esfuer-



SIR GUILLERMO HARCOURT,
eminente estadista inglés fallecido en 1.º de los corrientes
en el castillo de Nuncham, cerca de Oxford

zo realizado por Kuropatkine y sobre todo de las dos grandes cualidades que le adornan: la paciencia y la tenacidad.

Las últimas noticias oficiales de Puerto Arthur es un despacho oficial del general Stoessel fechado en 30 de septiembre, en el que sólo dice que después de los combates del 19 al 23, los japoneses avanzan gradualmente, que continúa el bombardeo contra los fuertes y el interior de la plaza, y que la guarnición, cuyo ánimo no decae ni un momento, hace frecuentes salidas.

Las noticias procedentes de Che-Fu afirman que en los días 4 y 5 los japoneses repitieron sus ataques por el lado Este, ocupando algunas posiciones, que recobraron los rusos en los días 5 y 6; y que el día 9 atacaron por el lado Noroeste, cerca del fuerte Itshan, siendo también rechazados. De Tokío comunican que el cañonero acorazado japonés *Hei-Yen*, de 2.000 toneladas, se fué á pique el 18 de septiembre último en aguas de Puerto Arthur, por haber chocado con una mina flotante, habiéndose salvado únicamente cuatro de los 300 hombres que componían su tripulación.

Varios telegramas recibidos por algunos periódicos dan á entender que los rusos tienen numerosos destacamentos de todas las armas en el Norte de Corea y que los japoneses han transportado allí algunas unidades tomadas del ejército territorial para oponerse á las incursiones de los cosacos.

En el Japón se han introducido, desde la ruptura de hostilidades, grandes economías en los servicios públicos á fin de poder hacer frente á los cuantiosos gastos de la guerra; mas ni estas economías ni el aumento de los impuestos deben ser ya bastantes, cuando el gobierno, por boca del conde Okuma, ha declarado que el año que viene será preciso contratar un empréstito de 500 millones de yens, ó sean 1.280 millones de francos.

La escuadra rusa del Báltico, compuesta de 42 buques de guerra, salió el día 11 de Reval con dirección á Libau. — R.

NUESTROS GRABADOS

Sir Guillermo Harcourt.—El eminente político inglés que acaba de fallecer á la edad de setenta y siete años, ejerció al principio de su carrera la abogacía en Londres con gran lucimiento y se dió á conocer como publicista notable con sus cartas publicadas en el *Times*, con el seudónimo «Historicus,» que fueron leídas y admiradas en toda Europa. En 1868 entró en la vida política, siendo elegido diputado liberal por el distrito de Oxford y conquistando muy pronto gran influencia en la Cámara de los Comunes, en donde fué uno de los más firmes apoyos de la política de Gladstone. Cinco años después nombróle éste par y *Solicitor* general, y desde entonces fué el más formidable enemigo de los *tories*. Ministro del Interior en 1880, ocupó el puesto cinco años; expertísimo en materias financieras fué ministro de Hacienda en 1885, y luego desde 1892 á 1895, decretando importantes reformas fiscales, publicando la ley de 1894 sobre los derechos de sucesión, y que hoy constituye uno de los más saneados recursos de la Hacienda inglesa, y formulando en aquel mismo año un presupuesto que puede ser considerado como modelo en su género. Fué uno de los más ardientes defensores de la autonomía irlandesa, y su liberalismo no admitía discusión, designándole todo el mundo como heredero del gran Gladstone. Gravemente resentido cuando lord Rosebery le usurpó el primer puesto dentro de su partido, no por esto abandonó su cartera, sino que pasó á representar al Gobierno en la Cámara de los Comunes. Era orador de palabra fácil y clara, de cortés franqueza y muy temido de sus adversarios, y nadie pudo aventajarle como hábil polemista.

Augusto Bartholdi.—El célebre autor del *León de Belfort* y de *La libertad iluminando al mundo*, que ha muerto hace pocos días en París, había nacido en Colmar, en 2 de agosto de 1834. Su vocación por las bellas artes fué contrariada por su familia, y en su consecuencia, á falta de escuela preparatoria más de su agrado, comenzó su educación artística al lado de un arquitecto, continuóla en el taller del pintor Ary Scheffer, y por último, libre de una coerción que su fuerza de voluntad pudo al fin vencer, dedicóse á la escultura bajo la dirección de Soitoux, y antes de cumplidos sus veinticinco años había ya alcanzado algunos triunfos que eran feliz presagio de su fecunda carrera. La lista de obras de Bartholdi es considerable; pero entre ellas sobresalen el enorme *León* tallado en la roca en el flanco de la ciudadela de Belfort, y la estatua de la *Libertad* que Francia regaló á los Estados Unidos en recuerdo de la proclamación de su independencia, figura colosal que domina la rada de Nueva-York. Dignos son también de mención una fuente monumental de Lyón y sus planos del Palacio de Longchamp, de Marsella, en los cuales demostró, aparte de sus cualidades de escultor, su dominio de la composición arquitectónica; el grupo *Suiza socorriendo los dolores de Estrasburgo*, existente en Basilea; su estatua ecuestre *Vercingetorix*, que se encuentra en Clermont-Ferrand, y los monumentos al *Sargento Hoff* y á los *Aeronautas del sitio de París*, cuyos modelos presentó en el último Salón. Bartholdi, que era comendador de la Legión de Honor y que había obtenido la medalla de honor en el Salón de 1895, deja monumentos cuya duración está asegurada por la importancia de los acontecimientos históricos que conmemoran, por la elevación de las ideas y de los sentimientos patrióticos que simbolizan y por el carácter noble y de grandiosa sencillez que en ellos supo imprimir el artista.

La ninfa de la selva, grupo escultórico de Rodolfo Holbe.—Este bellísimo grupo, en el que son de admirar la figura de la ninfa, perfectamente modelada, la armonía de líneas del conjunto de la obra y la solidez de la composición, fué objeto de los mayores elogios cuando se expuso en la última Exposición Internacional de Bellas Artes celebrada en Dresde, y está destinada á coronar una fuente monumental de la ciudad de Detmold, capital del principado alemán de Lippe. Su autor nació en 1848 en Lemgo, población de aquel principado, y después de haber estudiado en las academias de Leipzig y de Dresde, fué en esta última capital discípulo y luego colaborador del profesor Juan Schilling. Entre sus principales obras merecen citarse el grupo *La ninfa y las ardillas*, cuatro grandes estatuas del palacio de exposiciones de Dresde, un grupo para el Albertinum de la misma ciudad y dos monumentos erigidos en Detmold.

Montopoli (Sabina), dibujo del malogrado pintor Ramón Tusquets.— Fué Ramón Tusquets uno de los pintores que formaron parte de aquel grupo de artistas que tanta gloria alcanzaron y que persiguieron el nobilísimo propósito de conquistar el olvidado concepto del arte patrio. Establecido en Roma, ha sido uno de los últimos representantes de aquella pléyade de artistas meritísimos, revelando el simpático recuerdo que se le tributa en esta ciudad su indiscutible valía como pintor y sus estimables cualidades como amigo afectuoso y cumplido caballero. Las obras pregonan su mérito y las colecciones particulares y algunos edificios públicos poseen varias de sus producciones, que han de apreciarse como gallardas manifestaciones artísticas y muchas de ellas como expresión del amor que profesaba á nuestra patria. El dibujo que damos á conocer á nuestros lectores es uno de los trabajos que ejecutó el artista. Pocos meses antes de que le aquejase la mortal dolencia que le arrebató de entre nosotros, tuvo la bondad de ofrecérnoslo, como muestra de su buena amistad. Hoy al reproducirlo nos complacemos en tributarle un cariñoso recuerdo y este público testimonio de la consideración que le guardamos.

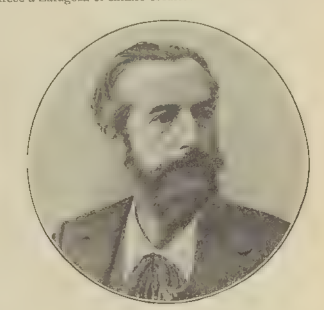
Bellas Artes. — BARCELONA. – Con la terminación de la estación veraniega vuelve á iniciarse el movimiento productor y los artistas comienzan á dar muestra de su actividad, exhibiendo las producciones ejecutadas durante el período estival.

En el *Salón Parés* hállanse expuestas varias obras de un joven artista catalán José Nogué, que hace algunos años reside en la coronada villa. A juzgar por las producciones á que nos referimos, preciso es asignarle un lisonjero calificativo, puesto que revelan todas y cada una de ellas condiciones recomendables, interpretados los temas con la sinceridad propia de quien persigue el noble propósito de recoger las enseñanzas que ofrece el estudio del natural, sin recurrir á efectismos y rebuscamientos Los retratos ejecutados al pastel y algunos efectos de luz son dignos de aplauso, por más que á pesar de sus buenas condiciones revelan la impaciencia propia de quien se halla en los albores de su carrera artística.

No se halla á igual altura el aficionado R. Durán, pues sus paisajes acuáticos son en cierto modo uniformes, subordinados á las mismas tonalidades, pues todos ellos sirven para dar á conocer un temperamento que el estudio puede perfeccionar, trocando al novel pintor en hábil paisajista.

En el Salón Robira llama la atención un hermoso lienzo de Manuel Cusi representando con habilidad y acierto una bellísima dama, en cuyo rostro y traje se combinan los efectos de la luz artificial, produciendo esos admirables cambiantes de tonalidad que tan bien interpreta nuestro amigo.

Llama justamente la atención del público, en el local destinado á exposiciones que en la calle de Fernando tienen establecido los Sres. Masriera y Campins, la magistral obra que ofrece á Zaragoza el eximio escultor Mariano Benlliure. Trátase del busto de la célebre heroína Agustina Zaragoza, modelado con esa facilidad, distinción y energía que de modo tan notable ejecuta el distinguido artista, al que sirve de pedestal un cañón decorado con inscripciones alusivas y elementos que recuerdan las distinciones de que fué objeto la heroína. Es un obsequio digno de la ciudad á que se dedica y del artista que la ofrece.



AUGUSTO BARTHOLDI,
célebre escultor francés recientemente fallecido

En el mismo local figura también el busto, asimismo en bronce, del *Abuelo*, obra del inteligente y laureado escultor señor Montserrat, que el Ayuntamiento de Barcelona ofrece como premio de los Juegos Florales de Zaragoza. Aunque es una obra conocida, no por eso hemos de omitir felicitar á su autor, que cuando la produjo manifestóse como un escultor de valía, digno siempre de consideración y de aplauso, ya que á una y otro tiene derecho por sus merecimientos y laboriosidad.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.

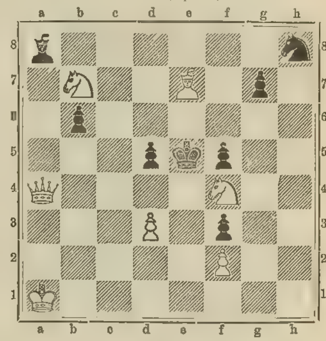
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

ENVÍO N.º 13. – LEMA: «De loin.»

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

ENVÍO N.º 14. – LEMA: «Mieux vaut être seul que mal accompagné.» – BLANCAS: Rh8, Dc7, Ce4 y h4, Pb3, c2, g2 y h3 (8 piezas). NEGRAS: Re6, Ca5 (2 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 12. — LEMA: «Zdrava marija.»

1. De1 – a5, Rd5 – d6; 2. Da5 – d8 jaq., etc.
Rd5 – d4; 2. Da5 – d2 jaq., etc.
Rd5 – e5; 2. Da5 – c7 jaq., etc.
Aa1 – d4; 2. Da5 – d8 jaq., etc.
b7 – b6; 2. Rb5 × b6 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. Rb5 – b6 jaq. ó Da5 – d8 jaq., etc.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY

ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Se le conocían muchos amigos, pero, aun sin poderlo afirmar, se le atribuían pocos amantes.

Si llegaba á sus oídos alguna alusión ó alguna maldad, se encogía de hombros y, cuando estaba de buen humor, se reía; pero si se encontraba mal dispuesta, fruncía las cejas sobre sus ojos negros. Nunca se dignaba protestar ni defenderse.

Aquel ser enigmático y seductor tenía todos los atractivos de una mujer emancipada y rodeada al mismo tiempo de púdicos velos, y Máximo Serán podía muy bien preguntarse cómo acabaría aquella aventura, pues no había podido descifrar qué sentimientos había para él en aquel corazón tan complicado.

¿Sabía siquiera la edad de Camila?

Según sus cálculos debía de haber pasado de los treinta años, pero no lo parecía, pues era Camila de esas privilegiadas á quienes la edad parece no llevar más que nuevos abriles.

Desde que la conocía, y hacía ya mucho tiempo, la estaba viendo en el radiante apogeo de su belleza, así como en plena florescencia de un talento tan delicado y tan exquisito, que su encanto sutil hubiera bastado para revelar una mente y una visión femeninas.

En el gran estudio, en el que las lámparas electricas derramaban una luz de aurora, Máximo Serán olvidaba perezosamente que la hora empezaba á ser tardía, cuando en el silencio de la vasta pieza se oyó el sonido de un timbre.

Habían llamado á la puerta del hotel, pero Máximo no prestó atención á ese detalle, que sólo sirvió para despertarle del sopor perezoso en que estaba sumido.

Levantó la vista hacia un reloj de Boulle en el que un viejo de larga barba mostraba su guadaña de bronce, y pensó:

—Me parece que, después de todo, tarda un poco en vestirse. En fin, si se embellece y es para mí, no puedo quejarme.

Iba á sacar un nuevo cigarro de su petaca de plata, cuando apareció Camila Girot de gran gala, pero sin nada en la cabeza más que la diadema de sus cabellos negros y sin el abrigo de baile en que Máximo esperaba verla envuelta.

—¡Ah, querida amiga!.. Viene usted á enseñarme el traje á mí solo y el primero... Es divino...

Pero Camila se aproximó á él vivamente sin darle tiempo para acabar la frase.

¿Qué tiene usted?, dijo el escritor; parece usted emocionada.

—Lo estoy, en efecto..., sí, estoy un poco turbada. Una cosa inesperada..., imposible..., ¡oh, sí! imposible de prever... En fin, amigo mio, le juro á usted que no es un pretexto... Estoy obligada á renunciar al placer que me prometía esta noche al lado de usted...

—¡Oh!

—Acaba de llegar en este momento alguien..., y no puedo absolutamente...

—¿Quién?

—Tranquilícese usted; es una mujer.

—¿Una mujer? Que venga con nosotros.

—¡Ah! No, por cierto.

Y añadió dándole la mano:

—Sea usted amable, Serán, sea usted muy amable...

—Sí y «váyase usted,» contestó Máximo sin poder disimular un gesto de despecho.

—Y, al marcharse sin mal humor, esté usted convencido de que experimento una verdadera contrariedad..., acaso un poco de pena..., al despedirle.

—¿Me lo tendrá usted en cuenta?

—No es imposible... Veremos.

Serán tenía mucho talento —era su oficio— y puso á mal tiempo buena cara.

Sabia y dulcemente, besó la manita que se le ofrecía y dijo:

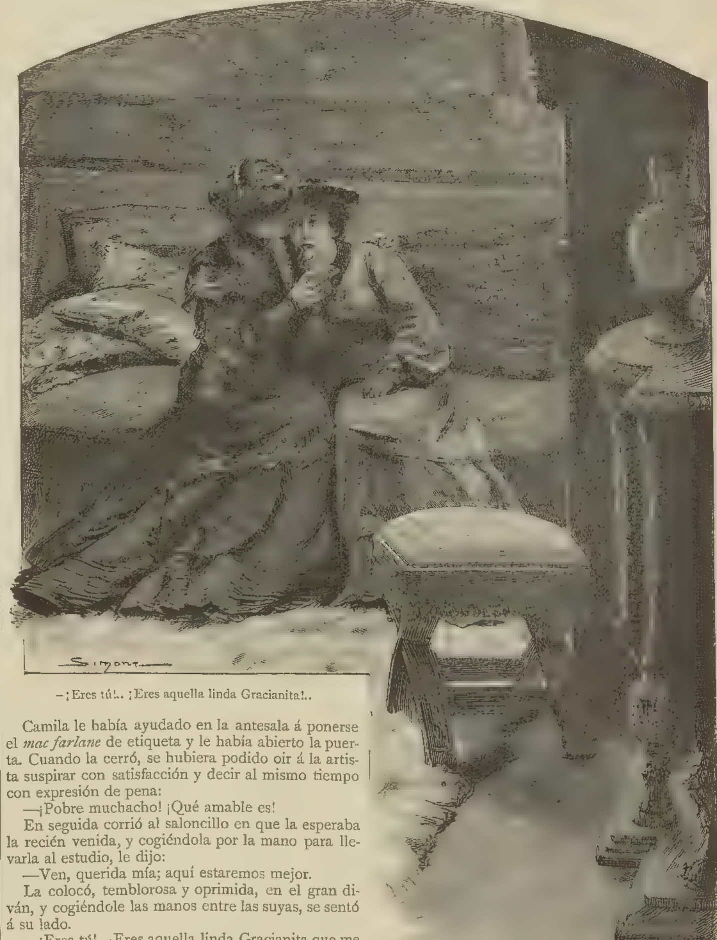
—¿Hasta mañana, entonces?

—Hasta mañana, sí. Es usted un ángel.

—Y voy, por consecuencia, á desplegar las alas. Adiós.

. . . .

Máximo Serán se había marchado.



—¡Eres tú!.. ¡Eres aquella linda Gracianita!..

Camila le había ayudado en la antesala á ponerse el *mac farlane* de etiqueta y le había abierto la puerta. Cuando la cerró, se hubiera podido oir á la artista suspirar con satisfacción y decir al mismo tiempo con expresión de pena:

—¡Pobre muchacho! ¡Qué amable es!

En seguida corrió al saloncillo en que la esperaba la recién venida, y cogiéndola por la mano para llevarla al estudio, le dijo:

—Ven, querida mía; aquí estaremos mejor.

La colocó, temblorosa y oprimida, en el gran diván, y cogiéndole las manos entre las suyas, se sentó á su lado.

—¡Eres tú!.. ¡Eres aquella linda Gracianita que me besaba de tan buena gana!.. ¡Ah! Bésame otra vez..., fuerte, muy fuerte...

Y añadió dulce y tristemente:

—¡Un beso como aquellos!.. ¡Un beso que viene de allá!.. ¡Cuánto tiempo hacía!..

Pero su curiosidad y su inquietud empezaban á despertarse.

—¿Estás, pues, en París?

—Acabo de llegar, tía mía. No sabía tus señas y el cochero que me ha traído de la estación me ha llevado á un despacho y me ha dicho que las encontraría en el *Todo París*. Y, en efecto, las he hallado en seguida.

—Pero... ¿con quién has venido á París?

—Sola, respondió Graciana palideciendo.

Camila la miró hasta el fondo de sus ojos negros y vió en ellos una gran angustia.

—¿Y de dónde vienes?

—De la Zarzalera.

—Y allí... saben...

—No.

—Desgraciada... Es, entonces, un pronto..., una locura...

—¡Ah, tía!, exclamó Graciana sollozando y echándose en los brazos de aquella mujer en la que había puesto todas sus esperanzas. ¡Ah, tía, era muy desgraciada!..

—¡Ah! ¡Dios mío!.. Pero, vamos á ver, tienes que decirme... Vienes para...

—Para pedirte socorro, tía... Para pedirte también un asilo...

—¡A mí!.. ¿Y si hubiera estado ausente?..

—Sabía que estabas en París.

—Cuéntamelo todo, hija mía; cuéntamelo pronto, pronto...

Y Graciana le contó su aventura.

. . . .

Mientras Graciana hablaba, temblando al principio y animándose después á aquel contacto amigo hasta recobrar toda su confianza, Camila la estaba mirando.

—¡Dios mío! ¡Cómo se le parecía aquella niña de veinte años, un poco más baja, acaso, y más delgada, que tenía todas sus facciones, todos sus impulsos de otro tiempo y toda su fiebre aventurera!

¡Y cómo aumentaba esa semejanza á medida que se descubría aquel corazón herido!

—Sí, así se había ella indignado y sublevado; así había abandonado locamente, una noche, la casa paterna; así se había comprometido irremisiblemente en un género de vida que por poco la conduce al abismo, á la muerte libertadora y voluntaria...

Pero, gracias á la Providencia, Graciana no había entrado como ella en lo desconocido...

Dios había querido inspirarle la idea de ir á buscarla... La desgracia era, acaso, reparable todavía.

Cuando ya lo supo todo, abrazó á Graciana más tierna y maternalmente.

—¿Y... tu amigo?

—Pedro...

—¿Va á venir también, naturalmente?..

—Supongo que se habrá puesto en camino en cuanto haya sabido...

—¿No lo sabía entonces?

—No; no he tenido tiempo de advertírselo. Ha sido anoche, al ver que me trataban como á una niña á quien se encierra para castigarla, cuando...

—Sí, murmuró Camila, el rigor, que es causa de las peores locuras, cuando con un poco de ternura se hubiera salvado todo...

—He escrito dos cartas: una á la abuela, diciéndo.

le que me iba, que no me volverían á ver hasta que nadie tuviera derecho á oprimirme..., y que iba á ocultarme en un refugio donde prometía ser siempre honrada y no olvidar jamás...

Graciana se calló muy turbada... ¿Qué iba á decir á la que no se había cuidado de hacer igual promesa?..

Pero Camila preguntó como si nada hubiera oído:

—¿Y... á tu amigo?

—A él le he dicho dónde pensaba refugiarme... Tiene todavía dos meses de licencia, y cuando se vuelva al regimiento no estaremos, al menos, enteramente separados, como en el convento, donde hubiera carecido de noticias suyas, donde no hubiera podido decirme, siquiera una vez, que me amaba.

—Eso era lo más cruel de todo, ¿verdad, hija mía?

—¡Oh, sí!

—De modo que si hubieras tenido tiempo para avisarle, hubierais venido juntos...

—No, no. Estoy segura de que él no hubiera querido. ¡Dios mío! ¡Comprometerme con ese escándalo! Bien se ve que no le conoces.

—¡Mejor es que sea así!, dijo Camila suspirando.

Y añadió pensativa:

—¿Entonces pensaste en mí?

—Sí, tía, en seguida.

—¿Por qué?

—Porque tú también has sufrido y sabes lo que es una angustia como la mía... Porque tu voluntad ha sido más fuerte que los que pretendían encadenarte... Porque, á pesar de todo, te has creado una existencia gloriosa y admirada... Porque he recordado que eras buena conmigo y me pedías que te quisiera mucho... Porque es preciso que me quieras á mí un poco, ahora que no tengo más esperanza que tú para llegar á ser dichosa...

Camila exclamó en un impulso de sinceridad:

—Entonces, hija mía, no hagas lo que yo he hecho...

Y añadió, con una voz que hizo estremecerse á la joven:

—Yo no he sido dichosa, Graciana, y daría mi celebridad, mi independencia, mi fortuna, todo, por recobrar mi sitio en el antiguo comedor de la Zarzalera, al que Camila Girot no puede volver...

Y siguió diciendo, después de estrecharla más aún contra su pecho:

—¡Ah, mi querida niña, si supieras cuánto he llorado, cuánto me he desesperado! Un día—sí, es preciso que tú lo sepas—un día estaba ya tan cansada, tan falta de aliento, que tomé un veneno... Pero había querido demasiado matarme. La dosis fué exagerada y mi pobre cuerpo enfermo la rechazó... Hubo tiempo para que me cuidaran y me salvaran y no me atreví ya á volver á las andadas. Entonces me puse á trabajar como una loca... que quiere olvidar su locura, y el trabajo fué lo que me salvó..., pero mi pobre corazón quedó ya seco y marchito... También yo había aventurado mi porvenir y mi vida por el amor de un hombre... ¡Ah! ¡El miserable! Como tú, esperaba la hora de poder unirme á él á pesar de los míos... Me había hecho huir con él jurándome que sería su esposa; pero me engañó. Desde aquel momento estaba yo perdida... Antes que seguir con él, hubiera preferido mendigar por las calles... Antes de aceptar la mano desleal que aún me ofrecía, hubiera preferido cortarme las dos mías... Tenía mis alhajas de soltera y un poco de dinero del que me dejó personalmente mi abuela al morir..., menos de dos mil francos... Y con eso viví tres años. Decirte cómo sería imposible, porque no lo comprenderías. He iluminado estampas, he copiado música, he escrito sobres á un franco el millar..., y todo por la noche, pues de día pintaba para llegar á ser alguien, aunque no fuera más que para abofetear con mi desprecio al que me había hecho traición... Ya ves ahora que no debes engañarte con el lujo que me rodea ni dejarte deslumbrar por estas apariencias... Todo esto ha llegado tarde, cuando el mal estaba hecho, cuando en el fondo de mi alma se había albergado el gusano que debía secar el fruto... Trato de olvidar todo lo que puedo, y sólo el trabajo me da un poco de estimación propia... Pero cuando pienso en la Zarzalera, en mi padre..., en mi madre...

Sus ojos se llenaron de lágrimas rebeldes.

—¡Mi pobre madre!.. ¡Cuando pienso que nunca le daré un beso!..

—¿Por qué no?, preguntó Graciana, que también lloraba.

—Yo misma me arrojé de allí y estoy bien arrojada de mi casa.

—¡Ah! ¡Qué feliz vas á ser entonces cuando sepas!.. ¡Arrojada! ¡Pero si tu ausencia y tu silencio son la desolación de su vejez!.. ¡Arrojada! Si me quieren tanto es porque me parezco á ti...

—Eso lo dices tú...

—Ellos son los que se figuran que nunca les perdonarás su rigor.

—¡Yo!

Con un movimiento brusco, como si hubiera pasado por su mente una idea repentina, miró la hora en el reloj de Boulle.

—Es tarde, murmuró... No llegaría esta noche...

Y después de estas palabras enigmáticas, dijo como si volviese á la realidad:

—Pero qué cabeza la mía... Acabas de llegar y no has comido...

—No tengo gana, tía.

—¡Bah! A tu edad...

Tocó un botón eléctrico y se presentó la misma doncella de un momento antes.

—Felicia, un refrigerio, en seguida, en el comedor. Y haga usted preparar el cuarto al lado del mío. Esta señorita duerme aquí esta noche.

—Después, me hace usted una maleta..., como para ir al campo...

—¡Pero, tía!.. balbuceó Graciana espantada.

—Déjame, hija mía, déjame dar mis órdenes.

—¿Estará la señora de viaje mucho tiempo?

—No lo sé... puede que unas semanas.

—Pero, tía...

—Déjame hacer. Mañana muy temprano, Felicia, habrá que llevar al telégrafo un telegrama.

—Está bien.

—Y nosotros nos iremos también muy temprano. Se lo diré á usted exactamente en cuanto consulte la guía... Pero, ante todo, la comida... Mi pobre sobrina se está cayendo de necesidad. Pronto, Felicia.

La doncella desapareció.

—¿Quieres explicarme al menos, tía... Ese viaje..., ese telegrama...

—No te alarmes, querida mía, trabajo para ti. No quiero que sufras como yo he sufrido. Quiero que si tu amigo es digno de ti, me dé las gracias de todo corazón por haberte salvado..., por haberos salvado á los dos.

—Pero...

—Quiero devolverte la alegría y tener yo también una que ya no esperaba.

—¡Ah, tía!.. ¡Me abandonas, me rechazas... Estoy perdida.

—Estás salvada, loca. Confía en mí; Camila Girot ha vencido otras dificultades..., otras imposibilidades.

La artista se levantó y dijo, dominando á Graciana con toda su altura y con el brillo de aquel lujo audaz y fantástico que era un asombro para la pobre provinciana:

—Te juro, hija mía, que si tienes confianza en mí, te casaré con tu Pedro... á condición de que merezca el amor que le has dado, acaso un poco de prisa. Lo veré muy pronto, y si ese joven Boissier, del que creo tener un vago recuerdo, es digno de mi sobrina... Confía en mí, querida, confía en mí.

Había tanto poder en su acento, en su mirada y en el magnetismo que se exhalaba de su belleza, que Graciana exclamó fascinada:

—¡Sí, tía, ciegamente!

***

Cuando, en la Zarzalera, Marieta abrió despacito la puerta de Graciana, extrañando no oir ruido en su cuarto, dió un grito ahogado...

El cuarto estaba vacío.

La cama estaba sin deshacer. Graciana no se había acostado.

La pieza además estaba en desorden, como si se hubiesen registrado los armarios y todos los muebles.

Marieta bajó los escalones de cuatro en cuatro.

—Francisca, preguntó muy alarmada á la cocinera, ¿ha visto usted á la señorita?

—No, pero Cleto me acaba de decir que la ha visto.

—¿Dónde? ¿Cuándo?

—Al salir el sol. Iba de paseo y creo que tomó la dirección de Saint-Romain.

De paseo... Bien mirado, era posible. Con los disgustos de ayer, la pobre tendría fiebre, y después de una noche en claro, habrá ido á tomar el aire fresco de la mañana... Sí, eso debe de ser...

Y cuando la señora Girardot salió de su cuarto, así fué como Marieta le explicó lo que ella llamaba «el paseo de la señorita.»

La abuela no se alarmó más que Marieta. ¿Cómo iba á suponer otra cosa? Pero otro sentimiento le oprimió el corazón.

—¡Me había prometido no salir y ha faltado á su promesa!.. No la creía capaz de tal cosa.

Y en seguida surgió en su mente una sospecha que era casi una convicción:

—¡Ha ido á ver al tal Pedro Boissier!.. ¡Ah! Detestable niña... Maldito mozo... ¿Qué necesidad tenía de volver de Madagascar?

Y muy indignada por la falta de lealtad de su nieta, se puso á esperarla, al principio con bastante paciencia.

Pero el tiempo pasaba y Graciana no volvía.

El abuelo, puesto al corriente de lo que pasaba, montó en cólera. ¡Ah! No, no esperaría ni un momento más para cortar de raíz tales escapatorias.

—Esta tarde me la llevo al convento... Ya estoy harto...

Y á medida que el Baco, con su tirso dorado á fuego, indicaba una hora más avanzada y más alarmante, los viejos sentíanse invadidos por un vago terror. Presentían una desgracia pronta á estallar sin saber cómo ni dónde.

De repente la abuela tuvo una idea y corrió al cuarto de Graciana á registrarlo todo.

En primer lugar, esa chica había escrito, pues se veía el papel esparcido en la mesa.

Después... ¡Ah, Dios mío, el traje que se ponía á diario estaba allí!.. En cambio faltaba el nuevo. Se había vestido con esmero... ¿Para qué?

No parecía su saco... Y la abuela se puso á registrar los cajones del escritorio.

¡Las alhajas!.. ¡El dinero!.. ¡No había nada! ¡Misericordia! ¡Se había marchado, la desgraciada!..

Había que echar á correr; preguntar al jefe de estación... Pero no se podía enviar un criado, pues habría que explicarle... y preguntaría torpemente. Era producir un escándalo.

—Anda, Luis, dijo á Girardot, que había olvidado su cólera, hasta tal punto le oprimía la angustia; anda, vete tú mismo é infórmate con habilidad, sin que el jefe sospeche...

—Sí..., voy..., voy...

El buen señor iba á salir cuando vieron llegar al cartero con una carta en la mano.

—Para usted, señora Girardot.

La abuela conoció en seguida la letra del sobre.

—Luis, dijo poniéndose muy pálida, no te vayas.

Y añadió en cuanto se marchó el cartero:

—Es ella la que nos escribe...

—Y la carta llega por el correo... ¡Ah! La desgraciada... Lee, lee pronto.

Y como los incidentes cómicos están siempre al lado de lo trágico, ninguno de los dos ancianos encontraba sus gafas. Por fin la abuela, toda temblorosa, pudo enterarse de aquella abominable carta.

Los dos se quedaron como heridos por el rayo.

—¡Se ha escapado!.. ¡Como Camila!..

Y Girardot añadía, espantado por su responsabilidad:

—¡Y su padre que nos la había confiado!

—¡Su padre!, exclamó la anciana encogiéndose de hombros. ¡Bastante me importa á mí su padre! Ella, nuestra nieta, es la que... ¿Dónde encontrarla? ¿Dónde se habrá escondido?

—La carta, observó Girardot, viene de Saint-Marcellin... Desde que la echó al correo ha tenido tiempo para ir muy lejos...

—¡Ah! Hay alguien, sin embargo, que sabe dónde está.

¡Ese Boissier! ¡Ese hombre maldito!.. ¿Pero no comprendes que se han ido juntos?

¡Desgraciada!.. Pero ella nos dice... Mira su carta.

—Ha escrito lo que ha querido... Pero están juntos, es seguro. ¡Oh! Las cosas no quedarán así. Hay leyes... La chica es menor...

—Dentro de pocos meses no lo será.

—Se trata de hoy y no de mañana. No se roba impunemente una joven menor de edad. Me voy al juzgado... y los gendarmes...

—No hagas eso.

—¿Pues qué harías tú?

—Lo primero es avisar á Delestang.

—Puede..., sí... ¡Pero ese Boissier! Bien se ve que es hijo de su padre, y nadie me impedirá... ¡Robarme mi nieta! Yo le haré arrojar del ejército y le meteré en la cárcel, con su cruz y todo.

—Anda primero á cerciorarte... Sí, hay que ir á la estación para saber cómo se ha marchado, con quién, hacia qué punto... Habrá que decirle todo esto á Delestang.

—Tienes razón. Voy...

Y flaqueándole las piernas, pues el golpe había sido rudo, Girardot salió y la anciana se metió en su cuarto para llorar á sus anchas á la pobre niña... que había hecho lo que la otra.

No; esas chicas son implacables cuando el vértigo, cuando el demonio las extravía. No tienen en cuenta ni el cariño ni el respeto de sus pobres abuelos, ni las lágrimas que hacen verter, ni la religión, ni la vergüenza..., nada..., nada...

. . . .

La señora Girardot levantó la cabeza al oir unos pasos precipitados. Era Marieta.

—Señora, señora...

—¿Qué sucede aún, Dios mío?

—Alguien que quiere hablar con usted en particular.

—¿Quién es?

—El hijo de Boissier...

—¡El!.. ¡Está aquí!..

—Le he hecho entrar en el comedor... Yo no sabía... Y he venido á preguntar á usted si quería...

—¡Si quiero!..

Y se precipitó, seguida por Marieta, á la pieza que la sombra de los plátanos hacía un poco obscura en pleno día.

En un tono que tomó de repente la altura de gravedad que las horas decisivas dan á las personas más sencillas, la abuela dijo:

—Déjenos usted, Marieta. Cierre la puerta y que no entre nadie.

Pedro se encontraba, solo con la abuela de Graciana, en aquel comedor en que siempre había creído no entrar jamás.

Estaba allí..., en casa de los enemigos de su padre, que entonces más que nunca, sólo debían tener rabia y resentimiento contra el hijo de Antonio Boissier...

Pero Pedro no pensaba en tales cosas.

Tan febril, tan alterado como los Girardot al recibir la carta de Graciana, sólo le ocurrió este pensamiento:

—¡Se compromete..., se pierde... por mí!..

Pedro no conocía muy bien la historia de Camila Girot.

Una artista..., una mujer de vida excéntrica é irregular y forzosamente rodeada de una gente... ¡Allí era donde Graciana iba á refugiarse! ¡Allí quería pasar diez meses!

Iba á volver, no sólo comprometida, sino herida por el contagio.

Además, no, él no podía ser cómplice de tal locura, de tal imprudencia. ¡Valía mil veces más hacer traición al secreto de Graciana!.. Sí, aunque ella no se lo perdonase... La amaba demasiado para no velar con más celo por aquel precioso tesoro...

Y sin reflexionar más, sin pensar cómo sería acogido, se echó á correr á la Zarzalera.

—¡Mi hija!, exclamó la anciana en un grito de desolación, de cólera y de amenaza.

—¡Ah, señora! Sólo vengo para dar á usted el medio de recobrarla...

—¿Dónde está?

—En casa de su hija de usted, de Camila Girot.

Y mientras la abuela, llena de sorpresa y de espanto, balbuceaba: «¡En casa de Camila!,» Pedro añadió muy conmovido:

—Acabo de saberlo... por una carta.

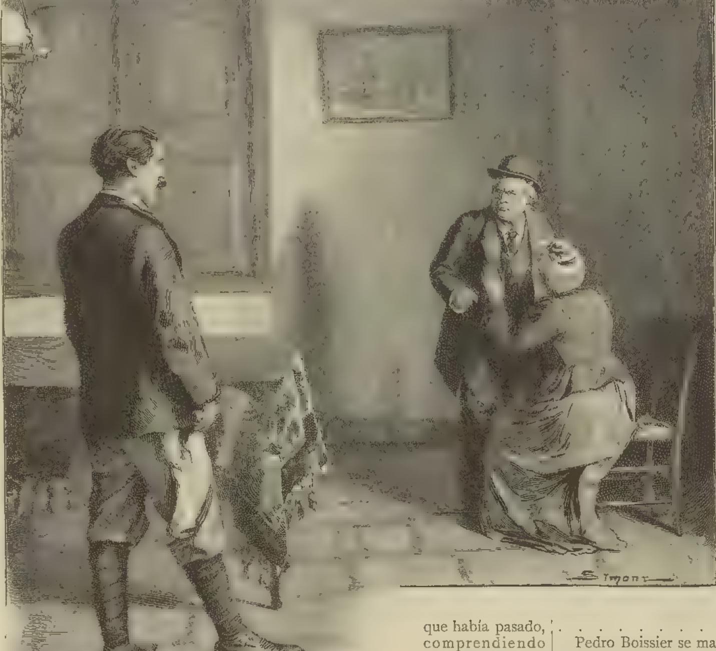
—¡Ah! Le ha dicho á usted su refugio... Usted lo sabía todo... La cosa estaba proyectada desde que perseguía usted á esa niña para hacerle faltar á todos sus deberes... Iban ustedes á reunirse allí...

—¡Qué injusta le hace á usted ser la pena!, dijo Pedro con dulzura. ¿Estaría yo aquí si esa acusación fuese fundada? Puede usted creer que he necesitado un gran valor, ó más bien, un gran deseo de salvar á Graciana, para haber venido á esta casa, donde sabía cómo sería recibido... Esperaba, sin embargo, que se rendirían ustedes á la evidencia de mi lealtad y de mi buena fe.

Tenía el joven tanta razón, que la abuela se avergonzó de su violencia y de su injusticia.

—He hecho mal, sí... Pero usted debe comprender...

—¡Oh, señora!, juzgo su angustia de usted por la mía... Graciana no me había dicho una palabra de ese detestable proyecto. ¿Lo tenía siquiera cuando ayer la vi? Estoy seguro de que no. Y aun después... ¿Por qué no decirlo? Ayer, después de la discusión violenta que hubo aquí, Graciana me hizo saber lo que había pasado, comprendiendo que yo no podía vivir de ansiedad... Hasta aquel momento podíamos todavía esperar... Nos amábamos, y cuando nuestra juventud, nuestra vecindad y nuestra igualdad de fortuna hubieran podido hacernos tan dichosos, sólo se elevaban como obstáculo entre nosotros las querellas de otros tiempos. Existen padres que se hubieran conmovido por la sinceridad de nuestro amor, y yo conservaba un resto de esperanza al pensar: «¿Si ganará Graciana nuestra causa?» Pero no, me avisó que durante diez meses no nos veríamos más..., que iba á entrar en el convento..., que no me desanimase...



—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Caballero!..

—¡Oh! No, yo perdí el valor. Me causaba una gran pena esa separación, pero—usted no puede comprender esto, señora,—pero la amo tanto, que...

—¡Caballero!..

—Sí, la amo tanto y tengo tanto orgullo al saber que es deliciosamente pura y que me pertenece aquel corazón virginal, que me había resignado á esa nueva prueba y no pensaba más que en inspirarle á ella valor y paciencia... Cuando hace un momento... ¡Ah! ¡La imprudente! ¡La ignorante!.. Porque es ignorante, señora; no sabe, no sospecha... Cree darme una gran prueba de amor y no puede comprender que estoy desesperado.

Y Pedro se había acercado á la anciana para suplicarla y convencerla...

—Hay que perdonarla, señora; hay que volar á su socorro... Yo hubiera ya corrido, pero no puedo, porque el remedio sería peor que el mal... Usted, señora, usted sola puede salvarla... Se lo suplico, vaya á buscarla, vaya sin tardanza y traígasela á su padre... Diga usted á su nieta que cualquier cosa vale más que esta locura que ella no comprende y que la espantará cuando usted se la haga ver... Pero apresúrese usted para llegar á tiempo y para que nadie sepa, ni sospeche siquiera, fuera de usted y yo...

La señora Girardot, enloquecida, repitió:

—¡Usted y yo!.. Habrá que prevenir á su padre.

—¡Oh, no, que no sospeche siquiera... ¿Cuándo debía salir Graciana para el convento?

—No lo sé á punto fijo... Cuando terminase sus preparativos... Pasado mañana..., dentro de tres días. Su padre nos había dado completa latitud...

—¿Debía él venir á buscarla?

—No; iba á llevarla su abuelo.

—Ya ve usted que la suerte nos favorece. Hoy es ya tarde para el tren de la una, pero saliendo mañana en el mismo tren, llegará usted pasado mañana temprano á París y tendrá todo el día para convencerla de su imprudencia. Dígale usted que yo la suplico... Esto no le compromete á usted á nada ni le impedirá cerrarme su corazón... Si la trae usted pasado mañana, nadie sospechará...

En este momento entró de repente Girardot que volvía de la estación, y deslumbrado por la claridad exterior al entrar en el comedor obscuro, no vió al principio más que á su mujer.

—Ha tomado el billete para Valence, dijo.

—Ya lo ven ustedes, nadie podrá sospechar. Ha ido muchas veces sola ó con su criada...

Girardot le miró con estupor y con cólera.

—¿Qué viene á hacer aquí este hombre?

—¡Ah! Luis, exclamó la abuela tapándole la boca; viene á traernos la salvación... Cállate.

. . . .

Pedro Boissier se marchó. Después de cumplir lo que consideraba un deber de honor que salvaba á Graciana, no tenía nada que hacer en aquella casa.

Y cuando la abuela no pudo menos de decirle:

—Damos á usted las gracias con toda nuestra gratitud, Sr. Boissier...

Pedro no hizo más que inclinarse profundamente y salió de casa de Girardot.

—¡Es un buen muchacho, después de todo!, dijo la anciana.

Pero el abuelo, sin dar su opinión, respondió en seguida:

—¿De modo... que te vas, mi pobre Enriqueta?

—Es preciso.

—¿Y si yo fuera contigo?

—No, amigo mío; no sería igual. Los hombres no sabéis, no podéis decir lo que una mujer...

—Sí, somos torpes, lo sé... ¿Y vas á ir á casa de... la otra? ¿Vas á verla?..

—¡Ah! No hubiera yo querido que fuese así, por casualidad, sin que ella lo piense ni lo desee...

—¿Cómo la vas á hablar?

—¿Qué sé yo? Eso no se puede preparar de antemano. Le diré que quiero ver á mi nieta y ya veremos lo que me responde.

—¿Pero sabes dónde vive? Porque yo lo sé...

—Yo también, Luis, yo también...

Al hacerse esta confesión, ambos se ruborizaron. El abuelo siguió diciendo:

—En fin, ese joven tiene razón. Debes tomar ese tren y así llegarás por la mañana. De noche hubieras tenido que buscar un hotel, pues no sabemos cómo se presentarán las cosas en el *boulevard* Pereire, y sería una complicación, en una ciudad como París..., á la que no has ido hace tanto tiempo...

—Sí, desde que ella vive allí.

—Echa la cuenta; la última vez que estuvimos fué por la Exposición de 1878...

—¡Hace más de veinte años!

—Si lo necesitas, ya lo sabes; nuestro hotel está todavía en la *cité Bergère*...

—No te apures, Luis, que yo me arreglaré.

—Entonces, mañana á la una... ¿Vas á hacer tú también tus preparativos?

(Continuará)

Medallas de Rodolfo Mayer

El origen de la palabra medalla, en el sentido que hoy le damos, data del siglo xv, en que comenzaron á fabricarse como objeto muy distinto de las monedas para perpetuar el recuerdo de algún suceso importante. Los antiguos sólo conocieron las monedas propiamente dichas, y si se ha dado el nombre de medallas á algunas monedas griegas de oro y plata, ha sido á causa de sus dimensiones excepcionales.



Goethe, por Rodolfo Mayer

En cambio entre las monedas imperiales romanas se hallan piezas de oro que por su tamaño extraordinario se denominan medallones y que nunca fueron monedas, aunque estaban fabricadas por el mismo procedimiento que éstas, pero que respondían á otros fines.

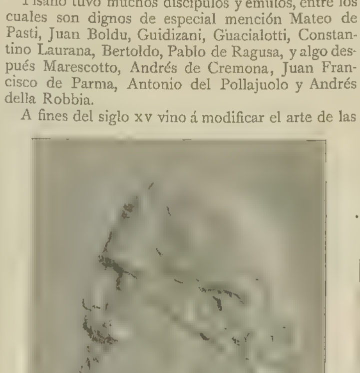
En la Edad media no hubo medallas, sino monedas que no ofrecen interés alguno desde el punto de vista artístico, y hay que llegar al Renacimiento, especialmente á Italia, para encontrar la tradición del arte monetario antiguo. La primera tentativa data del siglo xiii y fué una imitación de los *aureos* de los antiguos emperadores romanos que mandó hacer Federico II á grabadores anónimos de Amalfi. Como es natural, el perfeccionamiento del arte aplicado á la moneda fué lo que trajo consigo la invención de la verdadera medalla, habiendo comenzado esta renovación en Toscana, en el siglo xv.

La medalla propiamente dicha, escribe Lenormant, creada en condiciones tan especiales, fué completamente desconocida de los griegos; los medallistas romanos no acertaron á diferenciarlas de las monedas corrientes, y no supieron, por lo tanto, hacer de la fabricación de medallas un arte especial. Por el contrario, entre los modernos, continuando la tradición de la Italia del siglo xv, la medalla es una cosa aparte que, desde el punto de vista estético, puede considerarse como la expresión más alta del arte numismático. Es de notar, sin embargo, que aunque las monedas alcanzaron cierto perfeccionamiento artístico en el siglo xv por efecto de la importancia que las medallas vinieron á dar al grabado en relieve, á partir del siglo xvi el arte numismático entró en la decadencia.

A un pintor, Vittorio Pisano, se debió el renacimiento del arte monetario en Italia, pudiendo citarse entre sus mejores medallas las del emperador Juan Paleólogo, Alfonso de Aragón, del papa Martín V, Francisco de Gonzaga, Leonello de Este, Segismundo Pandolfo Malatesta, Iñigo de Abalos, Nicolo Piccinino, Filipo María Visconti, Cándido Decembrio, Francisco Sforza, Cecilia de Mantua é Isotta de Rímini.

Pisano tuvo muchos discípulos y émulos, entre los cuales son dignos de especial mención Mateo de Pasti, Juan Boldu, Guidizani, Guacialotti, Constantino Laurana, Bertoldo, Pablo de Ragusa, y algo después Marescotto, Andrés de Cremona, Juan Francisco de Parma, Antonio del Pollajuolo y Andrés della Robbia.

A fines del siglo xv vino á modificar el arte de las medallas un célebre artista milanés, Ambrosio Foppa, á quien se dió el nombre de *Caradosso:* á él se deben las medallas de los últimos Sforza de Milán, de los papas Alejandro VI y Julio II y la de Bramante, primer arquitecto de San Pedro de Roma.



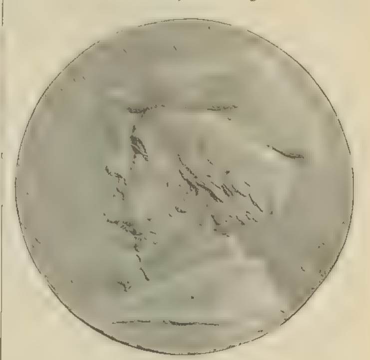
Stotz, por Rodolfo Mayer

En el siglo xvi florecieron multitud de medallistas de Roma, Milán, Parma, Venecia, Florencia y Siena, sobresaliendo entre ellos Juan María Pomedello, León Leoni, Jacobo Trezzo, Aníbal Fontana, Alejandro Vittorio, Pedro Pablo Olivieri y sobre todo el gran Benvenuto Cellini. A partir de la segunda mitad de este siglo, las medallas comenzaron á fabricarse por el mismo procedimiento que las monedas, es decir, acuñándolas con troqueles grabados en acero, con lo cual y gracias al empleo de máquinas pudieron producirse piezas de un módulo mayor y de más relieve que anteriormente y multiplicarse indefinidamente los ejemplares.

Esto fué causa de que se operase una evolución en el arte del medallista, pues el grabado de medallas y el de monedas vinieron á ser una misma cosa. Antes, las medallas fundidas habían sido, por el contrario, independientes de la práctica del monedero, pues los medallistas fueron pintores ó escultores que jamás se preocuparon de las condiciones en que trabaja el grabador de troqueles destinados á la acuñación.

Francia sigue en importancia á Italia en el arte del medallista, y ella fué la que creó la medalla conmemorativa. La primera medalla francesa fundida, con efigie, en el sistema de las italianas, es una en que aparecen los retratos de Carlos VIII y Ana de Bretaña y que fué fabricada en Lyón en 1494. Multiplicáronse las medallas durante el reinado de Luis XII, figurando en primera línea los medallistas lioneses; las modelaban escultores como Nicolás Le Clerc y Juan de Saint-Priest, y las fundían orfebreros. Entre los medallistas franceses debe ser incluído un italiano, llamado Jacobo Primavera, cuyo estilo corresponde al de la escuela de Milán y cuyas medallas ejercieron beneficiosa influencia en los artistas franceses de aquel tiempo: suyas son las medallas de la reina Catalina de Médicis, del duque de Alençón, de Carlos de Lorena, de Isabel de Inglaterra, de César Bellegarde y del duque de Bethune.

Las medallas francesas de la segunda mitad del siglo xvi, unas fundidas y otras acuñadas, son casi siempre anónimas, atribuyéndose algunas de las más notables, como las de Enrique II, Catalina de Médicis, Carlos IX, Enrique III é Isabel de Austria, á Germán Pilón. El arte de las medallas tuvo un renacimiento en tiempo de Enrique IV, gracias á la influencia de Guillermo Dupré, el más grande de los medallistas franceses que siguió las tradiciones italianas de los buenos tiempos: de él son las medallas de Enrique IV, María de Médicis y de los principales personajes de su época.



Wagner, por Rodolfo Mayer

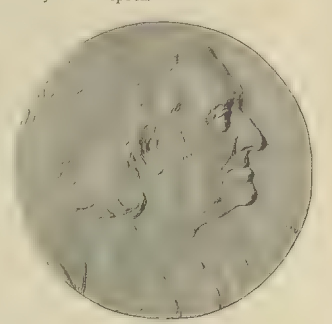
Después de Dupré, el mejor medallista francés del siglo xvii fué Warin, á quien se deben, entre otras muchas, las medallas con los bustos de Luis XIII y Luis XIV niño. A su muerte, inicióse la decadencia de esta especialidad del grabado, que se acentuó durante la Regencia. La República señala un pequeño paréntesis en la fabricación de medallas, cuyo taller restableció Napoleón poniéndole al cargo de su lista civil: la serie de medallas conmemorativas de las empresas napoleónicas hace honor á ese taller.

En Alemania, las medallas representan una de las manifestaciones más importantes de las artes de aquel país en el siglo xvi, si bien el estudio de las

Schopenhauer, por Rodolfo Mayer



Medalla, por Rodolfo Mayer



Listz, por Rodolfo Mayer

mismas se hace difícil por ser en su mayoría anónimas. Allí, como en Francia, nacieron por imitación de Italia en tiempo del emperador Maximiliano y por iniciativa de Pedro Fischer. Entre los medallistas del Renacimiento alemán citaremos á Enrique Reitz de Leipzig, Federico Hagenauer y Juan Schwartz de Augsburgo, y Masslitzer, Wenzel y Jammitzel de Nuremberg. Pasado el siglo XVII, la época de florecimiento de Alemania que terminó con la guerra de los Treinta Años, el arte del medallista entró en un período de decadencia.

Esta es en resumen la historia del grabado de las medallas; fuera de Italia, Francia y Alemania, los demás países europeos no la tienen, pues las medallas que en ellos se conocen son debidas á artistas extranjeros.

En la actualidad, este género artístico ha cobrado nueva vida, volviendo á florecer espléndidamente en muchas naciones, particularmente en Francia, Alemania, Inglaterra y Bélgica.

Un hecho, sin embargo, observamos muy digno de tenerse en cuenta, y es que las modernas medallas, al lado de las cuales podemos colocar las planchitas en relieve que responden al mismo objeto que ellas, son más notables por su valor artístico que por su significación histórica, pues si bien se fabrican muchas para conmemorar sucesos importantes y reproducir efigies de personajes ilustres, los artistas han ensanchado el campo de las aplicaciones de esta rama de la escultura, produciendo por este procedimiento obras en las cuales el elemento histórico aparece como cosa secundaria y aun falta en absoluto.

Entre los artistas que en nuestros días lo cultivan con mayor éxito, merece citarse en primer término el profesor de la Escuela de Bellas Artes de Karlsruhe Rodolfo Mayer, cuyos son los hermosos ejemplares que en esta página y en la anterior reproducimos. Hizo sus estudios sobre metalistería en la Escuela de Industrias Artísticas de Viena, y obtuvo sus primeros triunfos en la exposición celebrada en aquella capital en 1873, siendo llamado, como resultado de ello, á Stuttgart para ponerse al frente de la cátedra de medallas de la Escuela de Industrias Artísticas. Doce años después, pasó á encargarse de la misma cátedra en la Escuela de Industrias Artísticas de Karlsruhe, que todavía desempeña.

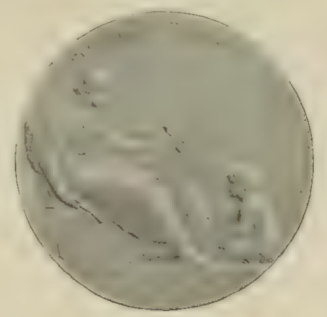
Nada diremos respecto de las medallas y planchas suyas que publicamos, porque basta contemplarlas para comprender que son obras maestras en su género.—N.



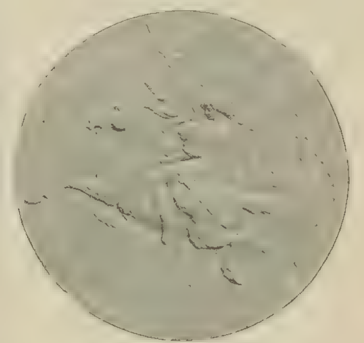
MEDALLA, por Rodolfo Mayer



PLAQUITA, por Rodolfo Mayer



MEDALLA, por Rodolfo Mayer



MEDALLA, por Rodolfo Mayer

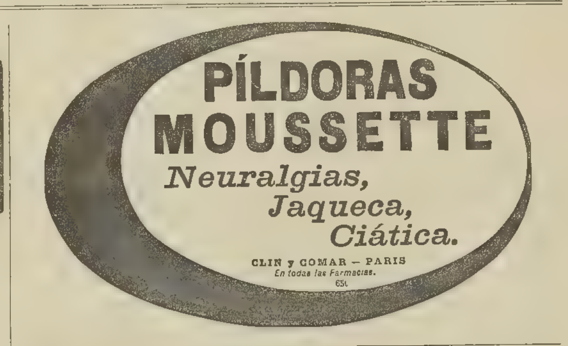
Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACION ARTISTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse a D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubᵍ St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.





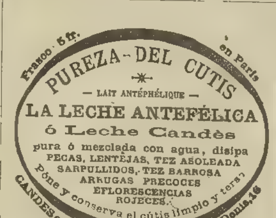
Montopoli (Sabina), dibujo del malogrado pintor Ramón Tusquets

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LECHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos,* la *Clorosis,* la *Anemia,* el *Apocamiento,* las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos,* los *Esputos* de *sangre,* los *Catarros,* la *Disentería,* etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.



Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(DOS SIGLOS DE ÉXITO)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito,** y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas,** para la barba, y en 1/2 **cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el ***PILIVORE.*** **DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris**

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 24 de octubre de 1904 — Núm. 1.191



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El general Rennenkampf y sus cosacos (dibujo de Jorge Scott)

Las condiciones topográficas de la Mandchuria y la táctica seguida por los japoneses no han permitido á los cosacos dar en la presente guerra las brillantes cargas que tanta fama les han conquistado en todos los tiempos; en cambio, les obliga á efectuar trabajos de reconocimientos penosísimos por un territorio sumamente escabroso, trabajos que realizan dando pruebas de un valor y resistencia admirables, escalando montañas que parecen inaccesibles y descendiendo por pendientes en las que parece imposible puedan aguantarse los caballos.

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que es el tercero y último de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

SUMARIO

Texto.—*Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. – *El poema del año. Octubre*, por Alfonso Pérez Nieva. – *Nuevo procedimiento para extraer los tesoros del fondo del mar.* – *La trainera*, por Luis de Terán. – *Crónica de la guerra ruso-japonesa.* – *Nuestros grabados.* – *Miscelánea.* – *Problema de ajedrez.* – *La Zarzalera*, novela ilustrada (continuación). – *Museo del Ermitage.* – *Un salto peligroso.* – Libros.

Grabados.—*Guerra ruso-japonesa. El general Rennenkampf y sus cosacos*, dibujo de Jorge Scott. – *Prisioneros rusos que hicieron los japoneses en la primera batalla de Liao-Yang.* – *El crucero ruso «Gromoboi» en el puerto de Vladivostok.* – *Los cosacos del general Rennenkampf castigando á un kunghús.* – *Regreso del general Kuropatkine á Mukden.* – *El general japonés Fuji pescando en el río Taitseho.* – *El poema del año. Octubre*, dibujo de Giacomelli. – *Agustina Zaragoza, monumento dedicado á la célebre heroína*, obra de Mariano Benlliure. – *El invento del caballero Pino.* – Dibujo de Pedrero que ilustra el artículo *La trianera.* – *S. A. R. la princesa de Asturias.* – *Dr. Manuel Quintana.* – *Dr. José Figueroa Alcosta.* – *El Museo del Ermitage.* – *Un salto peligroso.* – *Reus. Inauguración del pantano de Riudecanyas.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Política internacional centroamericana: la conferencia y las declaraciones de Corinto. — *Costa Rica:* la producción de plátanos: la frontera con Panamá. – *Nicaragua:* la instrucción pública: profesores españoles: captura, condena é indulto de pescadores ingleses. – *El Salvador:* el servicio militar obligatorio: la Exposición nacional salvadoreña: la deuda Burrell. – *Bolivia:* el ferrocarril del Madeira-Mamoré. – *Uruguay:* atentado contra el presidente: la guerra civil: muerte de Saravia y sumisión de algunos de sus partidarios.

Los actuales gobernantes de Centro-América han de merecer, seguramente, el aplauso de la Historia por los esfuerzos que hacen para impedir conflictos y estrechar relaciones entre unos y otros Estados.

A mediados de agosto los Sres. Escalón, Bonilla y Zelaya, presidentes de El Salvador, Honduras y Nicaragua, y el Sr. Soto Hall, delegado del presidente de Guatemala, se congregaron en el puerto de Corinto (Nicaragua) con el fin patriótico de afianzar la paz en sus respectivos países y hacer más eficaces los pactos celebrados.

Después de la conferencia, en la que se discutieron problemas políticos de actualidad centroamericana, y habiéndose tomado en cuenta todos los factores que contribuyen de modo favorable ó adverso al desarrollo de esas nacionalidades, se convino en hacer á los pueblos de la América Central las siguientes declaraciones, que subscribieron, con fecha 20 del citado mes, los tres presidentes y el delegado de Guatemala:

I. El mantenimiento de la paz es el primordial objetivo de los cuatro gobiernos que han concurrido á la Conferencia, no sólo porque la paz constituye una necesidad de los pueblos que representan, sino también porque se impone como un deber que han de cumplir las nacionalidades hispano-americanas. Por eso tienen el propósito firme de vencer en la América Central todo obstáculo que pudiera alterar la paz, y aunarán sus esfuerzos para frustrar los intentos de aquellos que pretendan infundir desconfianzas y recelos entre unos y otros, impulsados por espíritu de ambición, de odio ó de desorden.

II. El cumplimiento estricto de los pactos internacionales que ligan á los gobiernos será la norma á que sujetarán sus actos los que subscriben estas declaraciones, de manera que todo empeño en contrario será vano y estéril, pues preciso es reconocer que la generalidad de los trabajos de los enemigos de cada administración no propenden á ningún fin laudable, sino que son la obra de intereses egoístas, de personales enemistades ó de aberraciones de un criterio extraviado.

III. No vacilan, pues, los firmantes en hacer presente que cualquier obra disociadora, empeño subversivo ó sugestión que propenda á romper su leal amistad, no encontrará apoyo en ellos, porque la sinceridad y firmeza de sus relaciones, como representantes de los pueblos á quienes sirven, está y estará afianzada con este compromiso solemne que á la faz de la América Central contraen; compromiso que sintetiza los esfuerzos que han hecho como hombres públicos, en ocasiones diversas.

IV. Esperan que los buenos ciudadanos les darán, en el sentido que indicado queda, su cooperación patriótica, inspirándose en ideales de paz y fraternidad y contribuyendo á este acuerdo de poner término á la discordia que atizan los enemigos del público reposo y de la política liberal y progresista que informa los actos de los actuales gobernantes de El Salvador, Honduras, Nicaragua y Guatemala.

Nótase en esta conferencia y consiguientes declaraciones la falta del presidente ó representante de Costa Rica, república que tampoco subscribió el tratado de paz centroamericana de noviembre de 1903.

No conocemos el motivo de tal retraimiento. Como á las demás repúblicas de la América Central interesa mucho á Costa Rica consolidar las buenas relaciones con todas, y es de suponer que no tarde en adherirse á los pactos y compromisos convenidos por las otras.

Entre tanto, el gobierno costarricense, presidido por Esquivel, procura fomentar la riqueza del país, en la que figura como factor de gran importancia la producción de café y plátanos, que de día en día, sobre todo la de los segundos, toma mayor desarrollo. El valor de los plátanos cosechados en 1903 ascendió á 2.312.578 pesos oro; 980.000 pesos más que en 1899.

La cuestión de límites con Panamá, á que se aludió en la *Revista* de agosto, parece que entra ya en juego. Toma la iniciativa el mismo gobierno de Costa Rica, á quien se atribuye el propósito de gestionar nueva demarcación. No le satisfizo la sentencia arbitral del presidente de la República francesa, é intenta negociar con la República de Panamá para ganar territorio en la costa del Atlántico á trueque de ceder en la del Pacífico. Panamá, sin duda alguna, consultará el caso con sus valedores los yanquis, y se resolverá lo que á éstos convenga.

El general Zelaya, presidente de Nicaragua, en el mensaje dirigido el 1.° de agosto á la Asamblea Nacional mostrábase muy satisfecho del estado de relaciones con las demás repúblicas de Centro-América y de la situación interior del país. Su gobierno atiende con preferencia al fomento de la instrucción pública. El régimen de instrucción laica, gratuita y obligatoria está ya vigente y da resultados satisfactorios en toda la República. Aspirando á que la enseñanza de segundo grado tenga acertada dirección, el gobierno nicaragüense ha pedido al de España dos profesores idóneos, «porque reconoce el positivo interés de integrar los claustros docentes con el personal que, por más de un concepto, es el llamado á dirigir la marcha escolar hispano-americana.» Uno de los profesores propuestos por el gobierno español dirigirá el Instituto de la capital de Nicaragua.

Arregladas están ya las dificultades que surgieron con Inglaterra con motivo del apresamiento de tripulaciones de barcos ingleses. En marzo último, el inspector de la comarca de Gracias-á-Dios había capturado cinco goletas con sus respectivos tripulantes, por haberlas encontrado pescando en las aguas territoriales de los bancos Mosquitos, pertenecientes á Nicaragua, sin haber obtenido la autorización necesaria, ni pagado los impuestos que las leyes nicaragüenses establecen. La autoridad de hacienda de la comarca, basada en la confesión clara y terminante de los detenidos y en las declaraciones tomadas á testigos imparciales, dictó sentencia condenando á aquéllos á las penas de arresto, multa y decomiso. Hubo reclamación ó «solicitud amistosa» del ministro residente de S. M. B., y el gobierno de Nicaragua, haciendo constar que los pescadores habían sido juzgados con perfecto derecho con arreglo á las leyes del país, aceptó la excusa de que se creían exentos de responsabilidad por desconocer dichas leyes y resolvió indultarlos de las penas impuestas.

La pequeña República de El Salvador continua distinguiéndose por su buen gobierno. A pesar de las obligadas economías impuestas como consecuencia de la famosa deuda Burrell, atiende con gran celo á la enseñanza y establece la Escuela de Comercio y Hacienda anexa al Instituto Nacional Central. Las tareas legislativas son más útiles y fecundas que en otras repúblicas americanas; ya es ley el Código de Comercio presentado por la respectiva comisión y está decretada y publicada la ley orgánica del ejército de la República, que establece el servicio obligatorio para todos los salvadoreños de diez y ocho á cincuenta años de edad. Entre los que la ley exceptúa figuran los estudiantes matriculados y los funcionarios y empleados públicos, durante el tiempo que lo fueren.

El día 1.° de agosto, declarado de fiesta nacional, se inauguró solemnemente la primera Exposición salvadoreña. Al acto concurrieron el jefe del Estado, los ministros y todas las autoridades civiles y militares. Fuerzas de infantería, vestidas de gran gala, formaban valla en la calle que conduce á los campos de la Exposición. Revistió la ceremonia un carácter imponente y al mismo tiempo conmovedor, porque esa fiesta del trabajo venía á representar la suma de energías y el grado de adelanto del pueblo salvadoreño, que ha visto realizarse la primera Exposición Nacional sin violencias ni gravámenes económicos, disponiendo de sus propios recursos, sin vanos alardes de ostentación, y contentándose con que sus fuentes de vida corran libres por apropiado y seguro cauce. Así lo consignaba, con legítima satisfacción, el *Diario Oficial* de la República. Dos buenas piezas oratorias fueron los discursos pronunciados en el acto de la inauguración por el ministro de Fomento doctor José Rosa Pacas y por el director general del certamen Dr. David J. Guzmán.

Ha empezado á pagarse la deuda antes citada; el representante legal del «Union National Bank,» de Oakland, recibió ya el primer plazo, 56.503'29 pesos oro. En el *Diario Oficial* se insertó el recibo otorgado por aquél, para conocimiento según se decía— del público y satisfacción del supremo gobierno, en asunto tan enojoso como complicado que, si es verdad que hirió en lo más vivo el sentimiento nacional, en cambio ha venido á poner de manifiesto que la actual administración salvadoreña sabe atender á sus compromisos y salvar el crédito y la honra de la nación. «Es doloroso—añadía el *Diario* —hacer confesiones que lastiman y deprimen la dignidad del país; pero en las actuales circunstancias no queda más recurso que aceptar los hechos consumados, antes de vernos envueltos en mayores y más serias complicaciones.»

Bolivia ha perdido el país del Acre; pero ha ganado, entre otras compensaciones, 10 millones de pesos oro que ya le entregaron los Estados Unidos del Brasil. Con muy buen acuerdo, el gobierno boliviano ha decidido invertir dicha cantidad en construir ferrocarriles para facilitar la exportación de sus ricos productos. Uno de esos ferrocarriles irá desde La Paz á Tupiza en la frontera argentina. Otro, á cuya construcción se comprometió también el Brasil, es el del Madeira-Mamoré, una de las vías férreas más importantes para la América del Sur. Favorece á Bolivia y al Brasil. Raudales y cataratas hacen imposible la navegación del Madeira entre Santo Antonio y Guajará-mirim; mediante el ferrocarril, Bolivia podrá dar fácil salida á sus productos por el Madeira y el Amazonas hasta el Atlántico. La misma vía tomarán los productos del estado brasileño de Matto Grosso, y aumentará considerablemente la actividad comercial en el Norte del Brasil, sobre todo en la plaza de Pará.

Los gastos de construcción del ferrocarril Madeira-Mamoré se calculan en poco más de 50 millones de francos, y hay quien asegura que la explotación dejará un 18 por 100 de beneficio. Los yanquis, que van siempre adonde ven negocio, se han apresurado á ofrecer capitales é ingenieros al Brasil y á Bolivia.

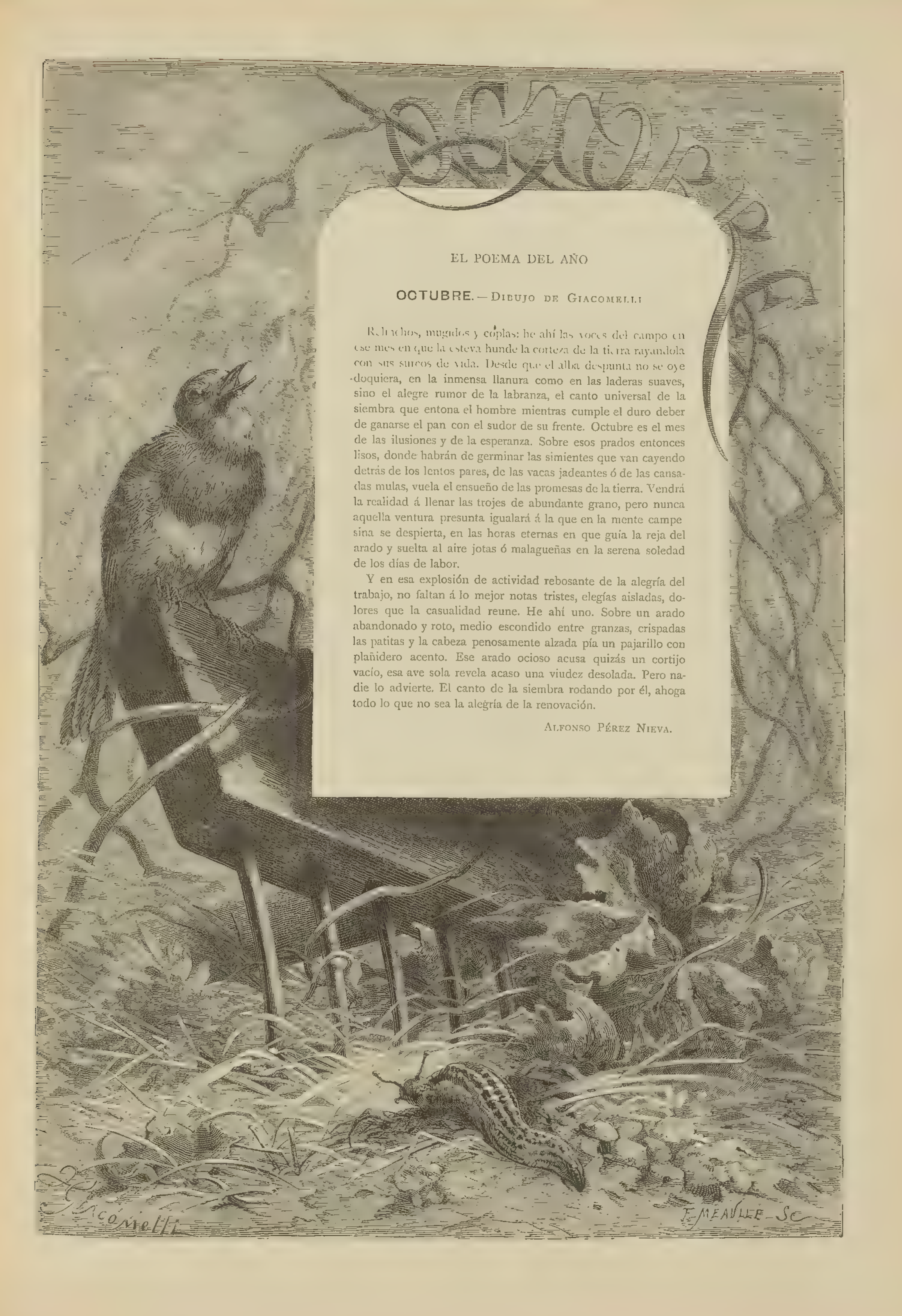
Los hechos culminantes de la República Oriental del Uruguay durante los dos últimos meses han sido el atentado contra el presidente y la muerte de Saravia, el caudillo de los blancos.

El 7 de agosto, cuando el Sr. Batlle pasaba en coche por una de las calles de Montevideo, estalló una mina construída bajo el piso de aquélla. Afortunadamente, no hubo desgracias personales. Unos atribuyeron el atentado á los blancos; otros, á los anarquistas. Casi todos los detenidos, más ó menos convictos, tienen apellido italiano; Di Trapani, Di Ruggia, Calderone, etc.

Continuaba la guerra civil, y se imprimió gran actividad á la acción militar y política contra los revolucionarios. Comisiones militares echaban mano de cuanta gente útil encontraban, de día ó de noche, en calles, paseos, cafés y teatros. Muchos nacionalistas eran conducidos á la isla Flores en calidad de confinados.

La muerte de Saravia, á consecuencia de heridas que recibió el 1.° de septiembre en un combate, favoreció á la causa del gobierno; otro de los jefes de los blancos, Basilio Muñoz, aceptó armisticio y se avino á que los suyos entregasen las armas á condición de que se les devolvieran los bienes confiscados y se les garantizase libertad electoral. Los nacionalistas refugiados en la Argentina protestaron contra la sumisión, y últimamente se hacían grandes esfuerzos por significadas personalidades de uno y otro bando para conseguir cuanto antes la definitiva pacificación del país.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



EL POEMA DEL AÑO

OCTUBRE. — Dibujo de Giacomelli

Relinchos, mugidos y coplas: he ahí las voces del campo en ese mes en que la esteva hunde la corteza de la tierra rayándola con sus surcos de vida. Desde que el alba despunta no se oye doquiera, en la inmensa llanura como en las laderas suaves, sino el alegre rumor de la labranza, el canto universal de la siembra que entona el hombre mientras cumple el duro deber de ganarse el pan con el sudor de su frente. Octubre es el mes de las ilusiones y de la esperanza. Sobre esos prados entonces lisos, donde habrán de germinar las simientes que van cayendo detrás de los lentos pares, de las vacas jadeantes ó de las cansadas mulas, vuela el ensueño de las promesas de la tierra. Vendrá la realidad á llenar las trojes de abundante grano, pero nunca aquella ventura presunta igualará á la que en la mente campesina se despierta, en las horas eternas en que guía la reja del arado y suelta al aire jotas ó malagueñas en la serena soledad de los días de labor.

Y en esa explosión de actividad rebosante de la alegría del trabajo, no faltan á lo mejor notas tristes, elegías aisladas, dolores que la casualidad reune. He ahí uno. Sobre un arado abandonado y roto, medio escondido entre granzas, crispadas las patitas y la cabeza penosamente alzada pía un pajarillo con plañidero acento. Ese arado ocioso acusa quizás un cortijo vacío, esa ave sola revela acaso una viudez desolada. Pero nadie lo advierte. El canto de la siembra rodando por él, ahoga todo lo que no sea la alegría de la renovación.

Alfonso Pérez Nieva.

NUEVO PROCEDIMIENTO

PARA EXTRAER LOS TESOROS DEL FONDO DEL MAR

José Pino nació en Chiampo Arziguano, en Italia, hace treinta y cuatro años, y desde su infancia soñó con explorar las profundidades del mar y recobrar los tesoros que en su fondo yacen perdidos. Enardecido con la lectura de las obras de Julio Verne, á la edad de diez y ocho años principió á hacer experimentos para conseguir la realización de su sueño. Antes de los veinticinco, perfeccionó un nuevo modelo de submarino, que pertenece en la actualidad á una poderosa compañía italiana de navegación. Apenas tenía treinta, cuando consiguió poner en práctica sus proyectos con entera perfección, merced á sus dos grandes inventos, el hidroscopio y el elevador. El primero no es otra cosa que un telescopio para ver dentro del agua y el segundo un sencillo mecanismo para levantar del fondo a la superficie del mar, cualquiera que sea la profundidad ó el peso, todos los objetos que en él se encuentren, desde los más grandes acorazados que se hundieron en la bahía de Puerto Arthur, hasta la más pequeña perla del Mar Rojo.

Lo primero que llama la atención en el hidroscopio es la plataforma, que constituye su parte superior y en la que caben 20 personas. Es de acero y la sostiene una gran faja de corcho. Desde su centro desciende un tubo de acero, más ó menos largo y muy grueso, en el que puede penetrar un hombre perfectamente, merced á unos escalones en su interior que facilitan el descenso. El tubo lo forman otros varios más pequeños que pueden acortarse ó alargarse, como en los telescopios ordinarios, según la mayor ó menor profundidad de la capa de agua que se quiera explorar. Al extremo de los tubos va unida una gran cámara obscura, tan grande como una pequeña habitación, donde están colocadas las lentes, que son en número de 12, dispuestas en todas direcciones. Han sido construídas por Saint Goubin, en París, y cada una ha costado unas 120 libras esterlinas, en total unas 2.000 libras, con todos sus accesorios. Como han sido las primeras que se han construído, su coste ha sido grande; las que en lo sucesivo se construyan no costarán seguramente más de una tercera parte de esa cantidad. Los hidroscopios pequeños cuestan muy poco más que un telescopio común de igual tamaño. Teniendo en cuenta que con ellos se pueden ver los objetos en el agua casi con tanta claridad como los que están al aire libre, no puede menos de confesarse que resultan baratos.

Tratándose del hidroscopio grande se puede, por el ocular, mirar directamente las profundidades del mar, ó se proyectan las imágenes de todos los objetos al alcance del radio visual en un espejo ó pantalla, de modo que varias personas puedan verlos á la vez. Cuando el vaporcito donde está montado el hidroscopio se pone en movimiento, dice el caballero Pino que no encuentra palabras con que expresar el encanto que ofrece el moviente panorama del fondo del mar al irse reproduciendo en el espejo ó pantalla.

El, sin embargo, considera que su elevador es mucho más importante aún que el hidroscopio; es una cosa enteramente nueva y que ha de causar una revolución en el modo de sacar á la superficie los buques sumergidos, que hasta ahora ha sido muy imperfecto. De los buques que en el mundo se van á pique cada año, unos mil quinientos entre chicos y grandes, ¿cuántos se vuelven á sacar del agua? A lo más de diez á veinte. Todos los sistemas conocidos son defectuosos, pesados, costosos é inútiles si hay mucha profundidad. Pero el principio en que está fundado el elevador es tan científico y tan perfecto, que, en apariencia, no se puede fijar límites á su potencia ascensional.

Ese principio es muy sencillo. Se trata sólo de amarrar á los objetos sumergidos grandes sacos flexibles asegurados á unos armazones especiales y que por medio de una bomba se llenan de aire; se van colocando sacos é hinchándolos hasta que el aire venza la resistencia del agua y del objeto, el cual, llegado ese caso, sube á la superficie.

Agustina Zaragoza, monumento dedicado á la célebre heroína, obra de Mariano Benlliure y ofrecida por el eminente escultor á la ciudad de Zaragoza. Fundición en bronce por los señores Masriera y Campins.

Los elevadores que ahora se usan en el *San Clemente*, precioso yate de la propiedad del caballero Pino, que se halla anclado en la bahía de Vigo para explorarla en busca de los tesoros que traían los galeones que en ella se fueron á pique á principios del siglo XVIII, se componen de 10 sacos de aire comprimido, y cada uno de ellos puede levantar de 25 á 30 toneladas. Los sacos tienen dos cubiertas, una interior de caucho y otra exterior de lona. En el extremo del elevador va un imán de gran fuerza para ayudar á subir los objetos de metal. Los elevadores henchidos no se sumergen por muy mala que esté la mar.

Como accesorio de ese mecanismo, el caballero Pino ha ideado un aparato especial para coger los objetos pequeños, como perlas, por ejemplo. Su modelo ha sido la mano del hombre, y la manera con que hace cerrar y abrir los dedos de su instrumento para agarrar cualquier cosa es casi tan perfecta como la que emplean los músculos y el cerebro humano.

Varios experimentos se han llevado á cabo últimamente para probar el elevador. Se han sacado algunos de los 1.500 cañones antiguos que, según cálculos, existen en el fondo de la bahía de Vigo. Con el hidroscopio se vió un montón formado por cinco cañones, unidos unos á otros por la acumulación de arena, piedras, madera y balas de cañón, y cuyo peso se calculó en 16 toneladas. La cuarta parte de un elevador fué sumergida y amarrada á aquella masa, se introdujo con la bomba el aire comprimido en los sacos y subieron los cañones con la velocidad de un gigantesco tapón de corcho.

En otra ocasión el hidroscopio reveló el lugar donde yacían cuatro grandes calderas de un vapor inglés que se perdió, hace dieciséis años, á algunas millas de Vigo. Una de ellas, que pesa 70 toneladas, fué extraída con la misma facilidad que si hubiera sido una pluma.

Anclas, cañones, balas y maderas se han extraído ya. Algunas de las anclas son de un trabajo muy acabado y merecen conservarse. Se ven con frecuencia, en el fondo del mar, mezcladas pacíficamente en grandes pilas, balas de cañón inglesas y españolas. La madera labrada que se ha sacado vale su peso de oro y por ella se han ofrecido al caballero Pino cuantiosas sumas.

Pero el caballero Pino no se ocupa de semejantes bagatelas; lo único que ambiciona y en lo que tiene fija la vista, es en los 28 millones de libras esterlinas que se cree yacen, desde hace tantos años, bajo las aguas de la bahía de Vigo.

Si logra extraerlos, piensa marchar después al Japón á fin de contratar la recuperación de los buques hundidos en el mar durante la actual guerra ruso-japonesa, cuyo valor estima por lo menos en 20 millones de libras esterlinas, y cuyos dueños se darán por muy contentos de volver á tenerlos sanos y salvos, después de ponerles unos cuantos remiendos, por un 20 por 100 de su primitivo coste, que es lo que piensa pedir el caballero Pino.

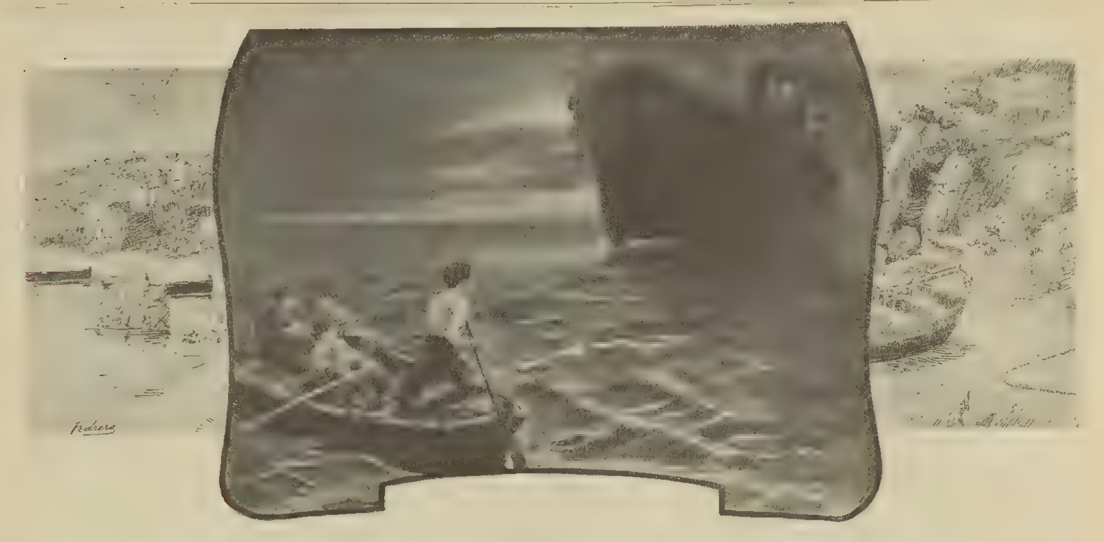
¿Logrará éste salir adelante con sus grandiosos propósitos? Muchos han sido los inventores que en todos los tiempos se han preocupado de los tesoros que hay sepultados en el fondo del mar y muchas también las sociedades que se han organizado para explotar sus inventos, sin que hasta ahora el resultado haya correspondido á los sacrificios realizados. Preciso es confesar, sin embargo, que la invención del caballero Pino significa un gran progreso sobre todas las anteriores y reune los elementos necesarios para que pueda creerse resuelto el interesante problema.—M. W.

Nuevo procedimiento para extraer los tesoros del fondo del mar.—El invento del caballero Pino

Dibujos de A. Hugh Fisher, hechos sobre fotografías de «The World's Work»



1. Telescopio acuático, que consiste en una plataforma de acero sostenida por una faja de corcho y en un gran tubo de acero bastante ancho para que un hombre pueda penetrar en él, á cual efecto tiene escalones en su interior, y terminado en una gran cámara obscura que contiene doce grandes lentes, construídos de un modo especial por Saint Goubin, de París.
2. Cañones antiguos sacados del fondo de la bahía de Vigo por medio del aparato inventado por el caballero Pino.
3. Elevador del caballero Pino con el que cree éste efectuar una revolución en el modo de poner á flote los barcos sumergidos. Se compone de sacos grandes y flexibles, colocados en una armazón especial, que se amarran al objeto sumergido y se van llenando de aire comprimido por medio de una bomba hasta que el aire venza la resistencia del agua y del objeto, el cual entonces sube á la superficie.
4. Ar.nazón del elevador.
5. Modo de llenar los sacos de aire comprimido.



LA TRAINERA

No era fácil encontrar en toda la costa guipuzcoana ni una *neska* más guapetona que Mari Antoñi, ni un *motill* más arrogante que Pello Joshepe; y eso que no escasean lucidos ejemplares de las unas y de los otros desde Deva hasta Fuenterrabía.

Por desgracia, si las deidades del Cantábrico se mostraron pródigas con la gentil pareja al distribuir por aquellos parajes los dones de la belleza, le regatearon cruelmente los frutos de la felicidad.

Y de esto daba fe Pello Joshepe al afirmar invariablemente, siempre que la ocasión se presentaba:

—Más desgrasiado ya soy yo que esos de Samora; y Mari Antoñi también ya pena pues.

El que Pello Joshepe pusiera como término comparativo de su infelicidad á los habitantes de Zamora no dejaba de tener su explicación, si no muy lógica, atendible por lo menos. Hacía años que pasaron por aquel pueblo—si pueblo puede llamarse al amontonamiento de unas cuantas casuchas agarradas como lapas á las rocas del acantilado—dos buhoneros zamoranos que ni ellos mismos sabían cómo llegaron, ni mucho menos para qué, á semejantes lugares. Sin embargo, no perdieron por completo la excursión, porque el cura del poblado se dijo: «Cuando pasan rábanos, comprarlos...,» y compró á los buhoneros hasta dos docenas de botones para la sotana, que de ellos bien necesitaba, y por una reflexión análoga á la del cura, tres ó cuatro mozas se proveyeron de ciertos objetos de fantasía, como peinecillos de concha, alfileres de perlas, y así por el estilo, todo á *perro grande* la pieza. Por cierto que el dispendio de las coquetonas resultó completamente infructuoso, porque ninguna se atrevió á lucir las compras hechas. Pero, en fin, esto es lo de menos.

La causa de que Pello Joshepe tuviese á los zamoranos por los más desgraciados de los hombres, era que los dos dignos representantes de la ciudad del Duero le habían asegurado que jamás habían visto el mar hasta aquel entonces, que no les había *chocado* mayormente, y que lo probable era que no lo volviesen á ver, sin ningún sentimiento por parte de ellos.

—¿Creer ya te puedes usté cosa parecida que ellos disen y así?, preguntó Pello todo asombrado al señor cura, como á la mayor autoridad del pueblo.

—Dios está en todas partes, Pello..., pero es raro, sí, respondió el bueno del cura, que no olía á salitre menos que sus feligreses.

Y no es del caso averiguar si quiso decir que era raro que los zamoranos menospreciasen el Océano, ó que la presencia de Dios se extendiese también á los lugares de tierra adentro.

De todos modos, Pello cobijó en su alma para siempre una profunda compasión hacia los de *Samora*.

Aunque á decir verdad, más digno de compasión era él que nadie.

Estaba enamorado de Mari Antoñi, tan enamorado como pueda estarlo de su dama cualquier espiritual galán, ó tal vez más todavía, porque en el corazón de Pello el amor no iba acompañado por ninguno de esos sentimientos que le bastardean cuando germina en naturalezas cultas y refinadas. Ha dicho alguien, no recuerdo quién, que las exquisiteces de un espíritu cultivado, adicionadas á las necesidades de la vida civilizada, hacen al hombre moderno invulnerable á las rudas flechas de Cupido.

Tal vez sea exagerada la afirmación, pero de todos es sabido lo que escasean en los tiempos que corren los idilios desinteresados.

Pello quería á Mari Antoñi, y deseaba hacerla suya, porque le gustaba, porque era una moza excelente y hermosa; y Mari Antoñi correspondía á Pello por análogos sentimientos.

Y para ambos la cuestión era muy sencilla: casarse y vivir. Así opinaban también sus convecinos, con el cura á la cabeza.

Pero no en vano ha penetrado la civilización hasta en los más ocultos lugares, y allí el representante de aquélla era el padre de Mari Antoñi, el cual, aunque puede asegurarse bajo juramento que jamás había oído hablar de Daudet, tenía la intuición de que «la vida no es una novela.» Claro que no era esta su frase precisamente, pero interpretaba la idea cuando repetía á quien quisiera oirle:

—Mari Antoñi casar no se ha de haser con Pello hasta que traiñera suya tenga éste. Y así en balde es hablarme pues.

Esto lo decía unas veces en vascuence y otras en castellano, como el de la muestra.

—Que aprender hise romanse, añadía, cuando de mariñero, y de cabo también, me andé en barcos ó coraseros de guerra, que así llamar ya disen.

Y probablemente la graduación á que había llegado en la real armada, y su buena posición después como dueño de dos traineras y cuatro botes, amén de concejal casi perpetuo del Ayuntamiento, era en lo que se fijaba el excelente sujeto para negar la mano de su hija á un simple tripulante asalariado como Pello Joshepe.

¡Ser dueño de una trainera! ¡Ahí era poco lo que se exigía al infortunado pretendiente! Y con lo caras que se iban poniendo todas las cosas, hasta en los nidos de los acantilados. Solamente un milagro podía sacar de apuros á aquellos infelices enamorados... Y el milagro se hizo.

Sí, es preciso confesar que los milagros menudean más de lo que se piensa.

Pello Joshepe se encontró de repente, como llovido del cielo, con el dinero necesario para adquirir una trainera, tan buena ó mejor que las del padre de Mari Antoñi. En realidad, podía hallarse la explicación del suceso milagroso en ciertas visitas que hizo el señor cura durante una rápida é ineludible excursión que realizó á la capital de la provincia; pero de todos modos punto menos que milagroso es también el encontrar una persona tan abnegada que mendigue para otra, y personas tan generosas que echen mano al bolsillo á la primera invitación.

No hay para qué describir el gozo de Mari Antoñi y de Pablo Joshepe: también estaba contento el futuro suegro, una vez que se realizaban las condiciones que impusiera para la boda.

Ni hay para qué decir tampoco que Pello Joshepe se apresuró á mandar construir una trainera «bonita, bonita, y *puena, puena*» en un puerto cercano, cuyos modestos astilleros no conocían rival para esa clase de embarcaciones.

Y llegó el día en que la trainera de Pello Joshepe, gallarda y flamante, ostentando en la proa, á babor y á estribor, el nombre de «Mari Antoñi» en doradas letras, se meció en la dársena al pie del acantilado.

Fué un acto solemne el de la bendición de la lancha. La prometida de Pello fué la primera que saltó á bordo, y la embarcación se inclinó graciosamente sobre una de sus bandas, como para saludar á su futura ama. El señor cura rezó é hisopó lo de ritual, se lanzaron unos cuantos cohetes, y el pito y el tamboril amenizaron la ceremonia.

Al día siguiente Pello Joshepe decidió inaugurar su nueva vida de patrón, é invitó á algunos amigos á que salieran con él á dar una vuelta por la mar para probar las condiciones marineras de la «Mari Antoñi.» No se trataba de las habituales y rudas faenas de la pesca, sino de un verdadero recreo. Elocuente testimonio de esto era la vista de unas cuantas botellas bajo los bancos de la trainera, mal encubiertas por las redes destinadas á la holganza en aquella pernada.

La tarde estaba espléndida. El Cantábrico reposaba perezosamente.

Cuando los tripulantes de la «Mari Antoñi» decidieron regresar al puerto hacía ya algún tiempo que el sol se había despedido de aquellos lugares. La noche se presentaba tan hermosa y tan apacible como lo fué el día.

Pello Joshepe, de pie en la popa, con el remo al puño, demostraba el mayor contento; sus compañeros bogaban sin apresuramientos, atentos más bien á no desafinar demasiado en el zorcico que habían entonado; las botellas habían desaparecido...

—¡Boga, boga! ¡Aprietaís firme! ¡No veís pues, exclamó de repente Pello, dirigiendo hacia babor recelosas miradas.

Y efectivamente había que tener cuidado. Un vapor, cuyas luces se veían demasiado cerca, avanzaba á toda marcha hacia la trainera.

—¡Boga, boga!..

Y las exclamaciones de Pello se confundieron esta vez con un desgarrador silbido de la sirena del buque, que estaba ya á medio cable de distancia. Pero los tripulantes de la «Mari Antoñi» continuaban cantando, y los remos pendían de los estrobos...

Ocurrió la catástrofe. El vapor no pudo contener su marcha sino cuando todo estaba terminado. Lanzáronse al agua todos los botes, y se procedió sin pérdida de tiempo á recoger á los náufragos que sobrenadaban penosamente.

—¡Allí hay otro!, gritaban desde un bote; y se dirigieron hacia él.

Era Pello Joshepe que nadaba con energía, el cual en aquel momento vió un objeto que flotaba. Se acercó á él. Era un tablón astillado de la trainera, sobre el que se leía, con sus letras doradas el nombre de «Mari Antoñi.»

El bote salvador estaba cerca, pero Pello Joshepe dejó de nadar, sus manos se juntaron y se elevaron hacia las estrellas, y desapareció entre las aguas...

Luis de Terán.

(Dibujo de Pedrero.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – EL GENERAL JAPONÉS FUJI, JEFE DEL ESTADO MAYOR DEL GENERAL KUROKI, PESCANDO EN EL RÍO TAITSEHO
(De fotografía. Reproducción autorizada.)

Los japoneses, aficionados á la pesca, no se olvidan de su distracción favorita ni aun en medio de los horrores y de las preocupaciones de la guerra, y entre batalla y batalla truecan el sable de combate por la caña de pescar, y cuando no pueden perseguir á los rusos se dedican á coger peces en los ríos que tanto abundan en la Mandchuria. La cámara fotográfica ha sorprendido en uno de estos momentos de ocio nada menos que al general Fuji, y nadie diría al contemplar esta fotografía que, acaso momentos después, el que en ella aparece como inofensivo pescador se batía heroicamente ó combinaba uno de los movimientos del ejército japonés que son tan justamente admirados.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Conforme había anunciado en su famosa orden del día 2 de los corrientes, el general Kuropatkine, abandonando el sistema hasta ahora seguido de mantenerse en la defensiva, ha emprendido un movimiento de ataque contra los japoneses. ¿Tendrá que arrepentirse de ello? En el momento en que escribimos esta crónica no es posible contestar á esta pregunta, porque todavía no ha terminado la batalla cuyas operaciones preliminares comenzaron hace trece días. La acción empeñada en Liao-Yang, en el mismo punto en que se trabó el último combate que obligó á los rusos á retirarse hacia Mukden, comenzó siendo desfavorable á éstos, hasta el punto de que no faltó quien diera por destruído casi totalmente el ejército de Kuropatkine. Y no hay que decir si llovieron censuras sobre este general, acusándole unos de fanfarrón y reprochándole otros el no haber sabido aprovecharse de su superioridad numérica, puesto que disponiendo de más fuerzas que su enemigo, en todos los lugares en donde se desarrolló la lucha aparecieron los rusos inferiores en número á los japoneses. Pero luego los vencidos de los primeros días se han convertido en vencedores, y aun cuando, como decimos, la batalla no ha terminado, por lo menos habrá conseguido Kuropatkine que lo que al primer momento se consideró desastre, quede reducida á una operación más ó menos desgraciada, pero sin influencia alguna decisiva para el curso ulterior de la guerra.

Imposible es en un trabajo como el presente hacer una descripción, no ya detallada, pero ni siquiera resumida de una batalla que se ha desarrollado en un frente de más de 50 kilómetros, que dura desde hace tantos días, que tantas alternativas ha tenido, y en la cual se han trabado combates terribles para ocupar posiciones cuyos nombres no se encuentran ni en los mejores mapas. Por esta razón habremos de limitarnos á trazar las líneas generales y las principales fases de esta acción, la más memorable de cuantas ha habido en la guerra ruso-japonesa.

El día 5 comenzó el ejército ruso el movimiento de avance cuyo objetivo era Liao-Yan y el 7 encontró las primeras avanzadas japonesas, rechazándolas hacia el Sur. Pronto, sin embargo, opusieron los japoneses mayor resistencia, y el día 9 ya se libró un reñido combate, atacando los rusos el ala izquierda japonesa al Norte de Yen-Tai.

El 10 los japoneses llevaron algunos refuerzos á la línea de sus avanzadas, y después de un violento cañoneo que duró todo el día y toda la noche, los japoneses no sólo conservaron sus posiciones, sino que tomaron la ofensiva, obligando á los rusos á replegarse al otro lado del río Si-Li. El 11 volvieron los rusos á pasar este río y reanudaron el combate cerca de Yen-Tai.

El 12 se generalizó la lucha: numerosas fuerzas japonesas abandonaron los campamentos de Tai-Tse-Ho y se dirigieron hacia el Norte, trabándose reñido combate que tras varias alternativas terminó con ventaja para los japoneses.

El 13 los japoneses emprendieron una vigorosa ofensiva en toda la línea, y como los rusos, para apoyar á sus destacamentos avanzados, hicieron intervenir en la acción sus columnas principales, la batalla entró en una nueva fase, la de la lucha entre los gruesos de ambos ejércitos. El mariscal Oyama, que habiéndose mantenido hasta entonces en la defensiva, había podido reunir todos sus medios de acción, lanzó contra su adversario fuerzas muy importantes, que algunos corresponsales hacen ascender á 140.000 hombres, y que atacaron con irresistible ímpetu por Ben-Si-Ku á la derecha, por las alturas situadas al Norte de las minas de Yen-Tai en el centro y por las inmediaciones de estas minas á la izquierda. Entonces libróse un terrible combate en todo el frente, en particular al Oeste, por la parte de Si-Li-Po y de Ta-Tan-San-Pu, y los rusos, á pesar de sus heroicos esfuerzos, hubieron de retirarse abandonando dos baterías. Al propio tiempo, el ala derecha rusa, ante el peligro de verse envuelta por una columna japonesa, se retiró á Sin-Tchuang, y el ala izquierda, que había conseguido rechazar todos los ataques del ejército de Kuroki, vióse en la necesidad de retirarse, para no quedar separada del resto del ejército, que al terminar la jornada se había replegado sobre el Cha-Ho.

En la noche del 13 al 14 los japoneses atacaron el ala derecha rusa, y aunque fueron varias veces rechazados, al fin consiguieron romper el centro de la misma. La llegada de grandes refuerzos rusos dió lugar á una serie de sangrientos combates junto á la aldea de Cha-Ho-Pu, que fué perdida dos veces por los rusos, pero que al fin quedó en su poder. La situación de los rusos en aquel día fué por un momento sumamente crítica, pues el general Okú consiguió pasar el Cha Ho por Ling-Si-Pu, á un kilómetro al Oeste de la vía férrea, é intentó cortar el camino de Mukden. Los japoneses se apoderaron de 30 cañones. El centro y el ala izquierda rusos hubieron de replegarse, ante los vigorosos ataques de los ejércitos de Nodzú y Kuroki respectivamente.

El día 15 fué de relativa calma en el Este y en el centro, pero en el Oeste no cesó el cañoneo. Kuropatkine, que dirigía personalmente las operaciones, puso todo su empeño en restablecer cuanto antes la libertad de sus comunicaciones, amenazadas por las tropas japonesas que el día antes habían atravesado el Cha-Ho; á este efecto ordenó el ataque de Ling-Si-Pu, trabándose allí un encarnizado combate, durante el cual ciertas posiciones fueron hasta diez veces perdidas y recobradas por los combatientes. Los rusos no consiguieron apoderarse de Ling-Si-Po, pero pudieron situar fuerzas importantes cerca de aquel punto y contener el avance de los japoneses. Entonces el mariscal Oyama resolvió mantenerse en la defensiva por aquel lado y llevar la mayor parte de sus fuerzas contra el centro enemigo.

En la noche del 15 al 16, los japoneses atacaron el centro ruso y lograron pasar el Cha-Ho y desalojar á los rusos de una altura denominada Arbol aislado; pero en la madrugada los rusos reanudaron la ofensiva, recuperaron aquella colina y persiguieron á los japoneses hasta una distancia de más de dos kilómetros, apoderándose de 11 cañones y de una ametralladora. Las tropas rusas pasaron nuevamente el Cha-Ho, rechazando por completo al enemigo.

Hasta aquí llegan las noticias oficiales cuando escribimos esta crónica: las particulares, posteriores á aquéllas, dan cuenta de nuevas victorias de los rusos.

No hay que decir que las pérdidas por ambas partes habrán sido inmensas durante esta serie de combates, pero todavía no se conoce el número exacto de las mismas; las que hasta ahora han comunicado las agencias y los corresponsales no merecen entero crédito, porque pecan de exageradas ya en un sentido ya en otro, según que el que las comunica simpatice con Rusia ó con el Japón. Los centros oficiales rusos no han publicado todavía ningún dato sobre el particular; lo propio puede decirse de los japoneses, los cuales si bien dicen que los rusos han tenido pérdidas enormes, guardan absoluto silencio sobre las que ha tenido el ejército japonés. Es de suponer, sin embargo, que también habrán sido enormes las de éste, pues sabido es el valor con que combaten los soldados nipones; y en esta segunda batalla de Liao-Yang, aparte de los destrozos que en uno y otro bando haya podido causar la artillería, han sido en gran número los ataques á la bayoneta y los combates cuerpo á cuerpo. Cuando ocurre, como en esta acción ha sucedido, que ciertas posiciones son conquistadas y perdidas sucesivamente hasta diez veces, forzosamente han de haber quedado poco menos que aniquiladas las fuerzas de ambos combatientes.

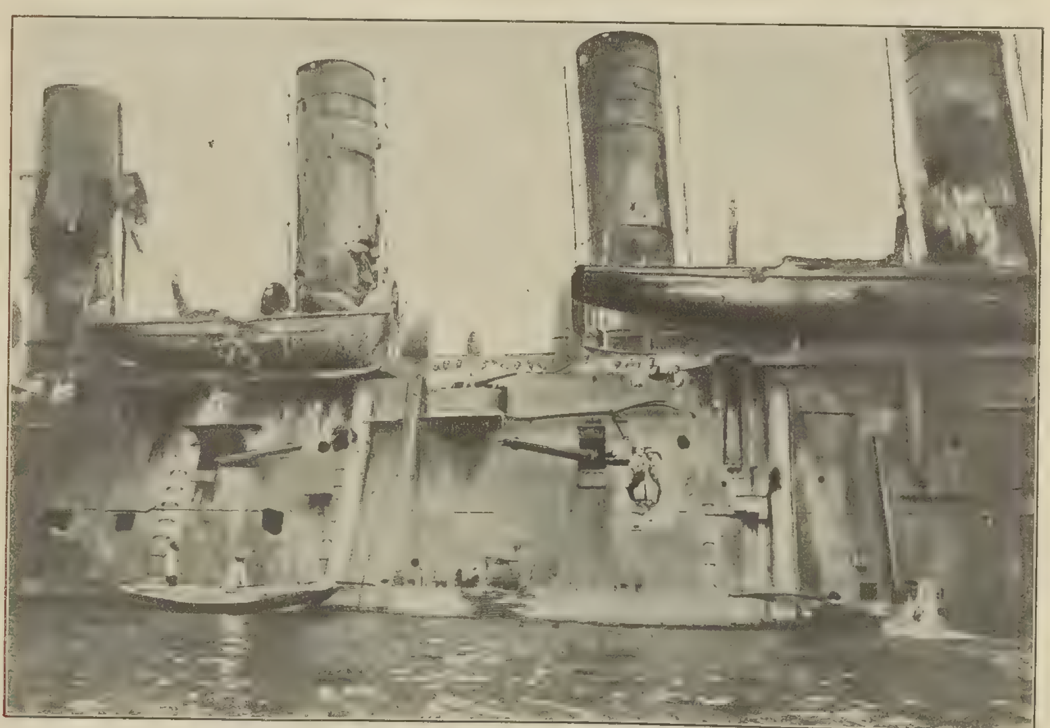
La impresión que las primeras noticias de la batalla produjeron en San Petersburgo fué naturalmente tristísima; pero la opinión pública ha reaccionado desde que se supo allí que lo que en un principio fué derrota puede convertirse en victoria.

En cuanto al ejército ruso de operaciones, que tan admirablemente se ha batido durante tantos días sin descansar y casi sin comer, los últimos éxitos le han llenado de entusiasmo y ansía proseguir su movimiento ofensivo.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – PRISIONEROS RUSOS QUE HICIERON LOS JAPONESES EN LA PRIMERA BATALLA DE LIAO-YANG (24 DE AGOSTO)
(De fotografía. Reproducción autorizada.)

En la presente guerra, el número de prisioneros resulta desproporcionado al de los muertos y heridos, y esto se debe en parte al encarnizamiento con que se lucha y al fanatismo con que los soldados de ambos bandos prefieren morir á caer vivos en poder del enemigo. Algunos, sin embargo, se hacen, y la fotografía que reproducimos representa los primeros prisioneros rusos que llegaron al campo japonés después de la primera batalla de Liao-Yang.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – EL CRUCERO RUSO «GROMOBOI» EN EL PUERTO DE VLADIVOSTOK (De fotografía. Reproducción autorizada.)

Este crucero, como es sabido, forma parte de la división de Vladivostok que tantos sinsabores causó á los japoneses: en el combate del 14 de agosto librado frente á la isla Tsu-Shima, los barcos del almirante Kamimura le causaron tan grandes averías, que sólo gracias á la rapidez de su marcha pudo escapar á la persecución de aquéllos, considerándose como un milagro su arribo al puerto de Vladivostok. Milagro realmente parece cuando se ve por esta fotografía el deplorable estado en que lo dejaron los proyectiles japoneses.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LOS COSACOS DEL GENERAL RENNENKAMPF CASTIGANDO Á UN KUNGHÚS (De fotografía. Reproducción autorizada.)

Los kunghuses, esos bandidos chinos de la Mandchuria, prestan grandes servicios á los japoneses como espías y hostilizando á las avanzadas rusas. De aquí la severidad con que los rusos los castigan cuando logran coger á algunos de ellos: la fotografía que reproducimos da perfecta idea de los procedimientos que contra los mismos se emplean, y aunque no dejan de ser un poco brutales, téngase en cuenta que se trata de una clase de criminales que están fuera de toda ley.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – REGRESO DEL GENERAL KUROPATKINE Á MUKDEN DESPUÉS DE LA PRIMERA BATALLA DE LIAO-YANG
(De fotografía. Reproducción autorizada.)

El general Kuropatkine, firme en sus propósitos de mantenerse á la defensiva, causando el mayor daño posible á los japoneses y dando con ello tiempo á que le llegaran los refuerzos que de Rusia constantemente le envían, después de la primera batalla de Liao-Yang efectuó una de las más brillantes retiradas que en la historia se registran, y si al regresar á Mukden no ceñían su frente los laureles de la victoria, podía vanagloriarse de haber conquistado la admiración hasta de sus propios adversarios.

Las noticias de Puerto Arthur no señalan ninguna novedad importante con posterioridad á nuestra última crónica. Un ingeniero civil ruso, M. Michaelof, que ha podido escapar de la plaza, ha dado algunas noticias curiosas acerca de la esposa del general Stoessel, que fué alcanzada por un casco de granada el día 3 de agosto, mientras prestaba sus servicios á los heridos. De momento, se creyó que había muerto y esta noticia causó gran consternación entre los sitiados, porque la señora Stoessel, cuya conducta es verdaderamente sublime, es considerada como una especie de talismán que asegura la salvación de la plaza, de tal manera que apenas estuvo convaleciente fué preciso hacerle visitar todos los fuertes para tranquilizar á las tropas, que se arrodillaban á su paso y besaban el borde de su falda.

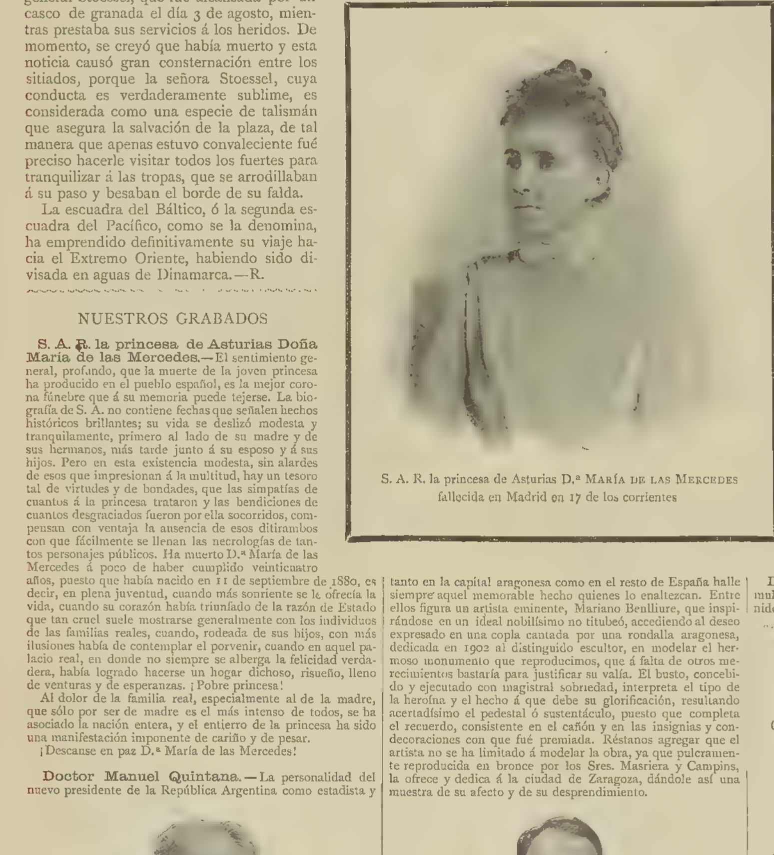
La escuadra del Báltico, ó la segunda escuadra del Pacífico, como se la denomina, ha emprendido definitivamente su viaje hacia el Extremo Oriente, habiendo sido divisada en aguas de Dinamarca.—R.

NUESTROS GRABADOS

S. A. R. la princesa de Asturias Doña María de las Mercedes.—El sentimiento general, profundo, que la muerte de la joven princesa ha producido en el pueblo español, es la mejor corona fúnebre que á su memoria puede tejerse. La biografía de S. A. no contiene fechas que señalen hechos históricos brillantes; su vida se deslizó modesta y tranquilamente, primero al lado de su madre y de sus hermanos, más tarde junto á su esposo y á sus hijos. Pero en esta existencia modesta, sin alardes de esos que impresionan á la multitud, hay un tesoro tal de virtudes y de bondades, que las simpatías de cuantos á la princesa trataron y las bendiciones de cuantos desgraciados fueron por ella socorridos, compensan con ventaja la ausencia de esos ditirambos con que fácilmente se llenan las necrologías de tantos personajes públicos. Ha muerto D.ª María de las Mercedes á poco de haber cumplido veinticuatro años, puesto que había nacido en 11 de septiembre de 1880, es decir, en plena juventud, cuando más sonriente se le ofrecía la vida, cuando su corazón había triunfado de la razón de Estado que tan cruel suele mostrarse generalmente con los individuos de las familias reales, cuando, rodeada de sus hijos, con más ilusiones había de contemplar el porvenir, cuando en aquel palacio real, en donde no siempre se alberga la felicidad verdadera, había logrado hacerse un hogar dichoso, risueño, lleno de venturas y de esperanzas. ¡Pobre princesa!

Al dolor de la familia real, especialmente al de la madre, que sólo por ser de madre es el más intenso de todos, se ha asociado la nación entera, y el entierro de la princesa ha sido una manifestación imponente de cariño y de pesar.

¡Descanse en paz D.ª María de las Mercedes!

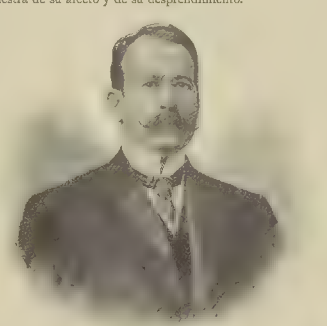


S. A. R. la princesa de Asturias D.ª María de las Mercedes fallecida en Madrid en 17 de los corrientes

Doctor Manuel Quintana.—La personalidad del nuevo presidente de la República Argentina como estadista y parlamentario es bien conocida en la nación cuyos destinos está llamado á regir. No es un improvisado; es un político de antigua y honrosa historia, un repúblico avezado á la lucha y conocedor de la palestra en donde se ventilan los grandes problemas de su patria. Su experiencia en el mundo político y en la vida del Estado hace confiar á los argentinos en que su gobierno ha de ser altamente beneficioso para su país. La elección del doctor Quintana fué muy disputada; pero pasados los momentos de lucha, la opinión se ha calmado, los enemigos del electo presidente cesaron en su campaña de oposición, y el vencedor se ha abstenido con muy buen acuerdo de formular programas y promesas. «El espectáculo, como dice una notable revista argentina, es consolador, pues permite apreciar el estado del alma nacional que, lejos de toda convulsión retrógrada, de toda violencia, sin caer en la inercia ni en la debilidad, mira hacia las costumbres luminosas, donde los elementos del orden señalan estos tres fines: paz, progreso y ennoblecimiento.»



Dr. Manuel Quintana, presidente electo de la República Argentina



Dr. José Figueroa Alcorta, vicepresidente electo de la República Argentina

Agustina Zaragoza, monumento dedicado á la célebre heroína, obra de Mariano Benlliure.—El acto realizado por Agustina Zaragoza el 1.º de julio de 1808, exponiendo con varonil arrojo su vida, al disparar un cañón cuyos sirvientes habían sucumbido por la metralla francesa, sintetiza y recuerda la heroicidad del pueblo zaragozano, que luchó denodadamente por la independencia patria. De ahí que tanto en la capital aragonesa como en el resto de España halle siempre aquel memorable hecho quienes lo enaltezcan. Entre ellos figura un artista eminente, Mariano Benlliure, que inspirándose en un ideal nobilísimo no titubeó, accediendo al deseo expresado en una copla cantada por una rondalla aragonesa, dedicada en 1902 al distinguido escultor, en modelar el hermoso monumento que reproducimos, que á falta de otros merecimientos bastaría para justificar su valía. El busto, concebido y ejecutado con magistral sobriedad, interpreta el tipo de la heroína y el hecho á que debe su glorificación, resultando acertadísimo el pedestal ó sustentáculo, puesto que completa el recuerdo, consistente en el cañón y en las insignias y condecoraciones con que fué premiada. Réstanos agregar que el artista no se ha limitado á modelar la obra, ya que pulcramente reproducida en bronce por los Sres. Masriera y Campins, la ofrece y dedica á la ciudad de Zaragoza, dándole así una muestra de su afecto y de su desprendimiento.

Doctor José Figueroa Alcorta.—La elección del Sr. Figueroa Alcorta para la vicepresidencia de la República Argentina fué recibida por la opinión pública con grandes muestras de aprobación. El nuevo vicepresidente, que ha sido senador en el Congreso Nacional y gobernador de la provincia de Córdoba, es un hombre estudioso y dotado de grandes condiciones de voluntad, ilustración é independencia.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* Llaman la atención esta semana en el vasto salón de exposiciones tres importantes lienzos decorativos, obra del conocido artista Joaquín Diéguez, destinados á embellecer la suntuosa morada de uno de los banqueros barceloneses. Constituyen la bella y acertada alegoría del pan, el agua y el vino, desarrollados los temas por medio de infantiles faunos, sirviéndoles de fondo hermosos paisajes. El Sr. Diéguez ha ejecutado las obras con plausible sobriedad, sin recurrir á efectismos, logrando manifestarse como hábil é inteligente cultivador de la pintura decorativa.

Figuran también en el mencionado salón tres paisajes del Sr. Soler de las Casas, dignos de su buen nombre; otros varios, frescos y jugosos, del Sr. Cabot y Negrevernis, y otro lienzo debido al Sr. Marqués, que en nada desmerece de los que con tanto aplauso han brotado de su brillante paleta.

Los Sres. Masriera y Campins exhiben en su establecimiento de la calle de Fernando una notable reproducción en bronce, de pequeño tamaño, de la famosa estatua de *Moisés*, de Miguel Angel, que honra á sus talleres de fundición.

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *La deserteuse*, comedia en cuatro actos de Brieux y Juan Signaux; en L'Oeuvre *Le jaloux*, comedia en tres actos de Antonio Bibesco; *Les droits du cœur*, comedia en un acto de Juan Jullien, y *La prophetie*, drama lírico en un acto de Franz Toussaint; en Cluny *Le truc du bresilien*, vaudeville en cuatro actos de Nancey y Armont; en el teatro Antoine *La main du singe*, cuento dramático inglés en dos cuadros, original de Parker y Jacobs y adaptado al francés por Roberto Nunes; *Discipline*, comedia alemana en dos actos, original de Conring, adaptada al francés por Juan Chorel, y *Asile de nuit*, comedia en un acto de Max Maurey; en los Bufos Parisienses *L'embarquement pour Cythere*, comedia en cuatro actos en verso de Emilio Veyrin; en la Opera Bufa *La Pit'chonette*, ópera heroi-cómica en tres actos de Máximo Boucherón y Andrés Ibels, música de M. G. Michiels: en el Chatelet *Monsieur Polichinelle*, comedia de gran espectáculo en cuatro actos, un prólogo y veintidós cuadros, de Luis Decory y Víctor Darlay, música de Enrique José y Mario Baggers; y en el teatro Moliere *L'irreparable*, comedia en un acto de Pedro Lointel y Luciano Perrin, y *Leur Gourme*, comedia en tres actos de Mauricio Landay.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito; en Romea *L'endemá de bodes*, comedia en tres actos de J. Pous y Pagés; y en el Principal, donde actúa la compañía que dirige D. Ceferino Palencia y de la que forman parte D.ª María Alvarez Tubau y el señor García Ortega, *El no sé qué*, comedia en tres actos arreglada del francés.

Necrología.—Han fallecido:

Antonio Chiattone, notable escultor suizo.

D. Teodoro Guerrero, notable literato español, autor de multitud de novelas, cuentos y obras dramáticas que han obtenido gran éxito.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris.

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

Envío n.º 15. – Lema: «Dino.»

NEGRAS (10 piezas)

	a	b	c	d	e	f	g	h	
8			♜				♝		8
7			♟		♘			♟	7
6	♘		♕		♟				6
5	♜				♚				5
4				♖	♟				4
3		♙						♖	3
2						♞			2
1					♝	♔			1
	a	b	c	d	e	f	g	h	

BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 13. – «De loin.»

1. Ra1–b2, Ch8–g6; 2. Cf4×g6 jaq., etc.
   b6–b5; 2. Da4–a7, etc.
   g7–g5; 2. Da4–d4 jaq., etc.
   d5–d4; 2. Da4—c4 ó d7, etc.
   Aa8×b7; 2. Rb2–c3, etc.

Envío n.º 14. – «Mieux, vaut être seul que mal accompagné.»

1. Ch4—g6, Re6–f5; 2. Dc7–d7 jaq., etc.
   Re6–d5; 2. Dc7–d6 jaq., etc.
   Ca5–c6 ó ×b3; 2. Dc7×c6 jaq., etc.
   Ca5–b7 ó c4; 2. Dc7–c8 jaq., etc.

Tiene otra solución y es: 1. Dc7–d6 jaq., Re6–f7; 2. Dd6–d7 jaq., Rf7–f8; 3. Ch4–g6 mate.

(Se continuará)

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

—Los míos pronto están hechos... Pero oye, Luis, es un hombre honrado el hijo de Boissier.

—¿Y quién te dice lo contrario?

. . . .

Febril é incapaz de estarse quieta, la señora de Girardot empezó á dar vueltas por su cuarto para preparar el viaje.

No le preocupaba la idea de ir á reconquistar á aquella loquela poco dócil, pues Pedro le había comunicado un poco de su confianza, sino el pensamiento de la otra..., de la que no había visto quince años, de la que, más que Graciana, era carne de su carne..., de aquella á quien tanto había querido y quería aún, á juzgar por los latidos de su corazón...

¿Cómo la encontraría? Cómo sería acogida? ¿Qué actitud convendría adoptar con aquella hija implacable que nunca había querido humillarse ni dar señales de vida?

Acababa de decir al abuelo que esto la preocupaba poco y que ya vería cuando llegase el momento...

Pero no era verdad; le había dicho aquella mentira para que no participase de su inquietud.

Y la pobre madre pasó una noche de insomnio y de agitación.

Girardot le decía desde su cama:

—Duerme, mujer; mañana por la noche te vas á fatigar mucho...

—Y tú que hablas, ¿por qué no duermes?

Como el anciano no encontró nada que responder, se volvió refunfuñando:

—¡Dichosas muchachas éstas! Con sus amorcillos ridículos no hacen más que atormentar á los pobres viejos.

La abuela respondió dando un suspiro:

—¡Ridículos!.. No siempre has pensado así...

Pero nosotros, al menos, no hemos dado disgustos á nadie.

—Porque teníamos buenos padres, que nos querían mucho...

—¿Y no hemos querido nosotros á esas locas?

—Sí, pero no bastante para ellas..., y demasiado para nosotros...

—¡Adiós! Si vas ahora tú también á hablar como Graciana...

Y volviéndose del otro lado, murmuró:

—Duerme, duerme...

Así se pasó la noche.

Y por la mañana empezaron los apuros de aquel viaje improvisado.

—¡Pobre mujer!, decía Girardot, nunca ha dejado la Zarzalera sin prepararse con un mes de anticipación, y ahora en un día... Es abominable.

La anciana, mientras tanto, se agitaba alrededor de su maleta, en la que metía y sacaba mil objetos tan pronto considerados indispensables como inútiles.

En esto llegó corriendo Marieta, que también estaba aturdida desde el día anterior, y gritó:

—¡Un telegrama! ¡Bernardo trae un telegrama!

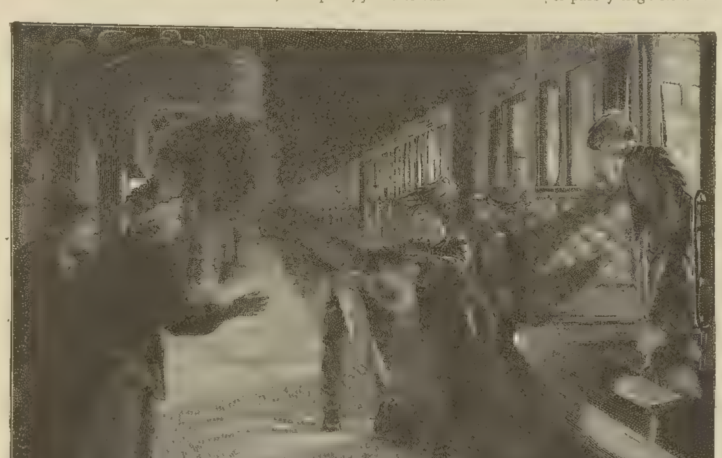
Girardot, que estaba vigilando el arreglo de la maleta y dando su opinión, cogió el papel azul tan lleno siempre de misterio, y lo abrió.

—¿De quién es?.. preguntó llena de ansiedad la abuela...

—¿De quién?.. ¡Ah, mujer, ya no te vas!

Y para desembarazarse de Bernardo, se registró los bolsillos y dijo, dándole una moneda de plata y empujándole hacia la cocina:

—Tome usted, Bernardo, y vaya á beber un trago de vino... No, Enriqueta, ya no te vas.



A cierta distancia se abrió una portezuela y los ancianos corrieron

—¿Es de Graciana?

—Es... Oye, oye...

Y ajustándose las gafas, empañadas por la humedad de sus ojos, leyó:

«No estéis intranquilos. Os llevo á Graciana...

—¡Oh!..

«Voy con ella para que, en vuestra alegría de abrirle los brazos, se los abráis también á vuestra Camila...»

—¡Oh!.. ¡Hija mía!..

«Que llora de ternura al pensar que esta noche, en la Zarzalera, os volverá á ver y os dará un abrazo. Salimos á las siete de la mañana y llegaremos á Saint-Romain á las nueve de la noche.»

—¡Hoy!

¡Esta noche!..

—¡Camila! ¡Graciana! Dios ha tenido piedad de nosotros... Camila..., hija mía... Pero abrázame, tú...

Y los dos viejos se dieron un largo y venturoso abrazo.

. . . .

* * *

La hora iba avanzando en la esfera.

Hacía mucho tiempo que el sol se había ocultado detrás de las encinas del bosque, tiñéndolas de púrpura, y el crepúsculo había ya borrado poco á poco aquella apoteosis. Las encinas empezaban á platearse con los suaves resplandores de la noche, y Girardot y su esposa estaban discutiendo apasionadamente.

—Vamos, ¿vienes?, decía la anciana.

—Pero, Enriqueta, ¿crees que debemos?..

—¿Quieres dejarlas llegar solas!.. Estás loco.

—Pero, mujer, el papel de los padres...

—Me importa poco el papel de los padres... Quiero abrazar á mi hija... Quédate tú si quieres.

—¿Para dejarte correr por los caminos, á estas horas?..

—He dicho á Cleto que venga con la carretilla para traer el equipaje. De modo que si no quieres molestarte...

—¡Cleto!.. ¡Cleto!.. ¡Bah! Yo también iré...

Y los dos se pusieron en marcha.

La noche había cerrado llenando los caminos con sus sombras, y Cleto había encendido la linterna de que se había provisto prudentemente. Apresuraron el paso y llegaron á la estación, alumbrada con las luces reglamentarias.

—Buenas noches, señores, dijo el jefe; ¿vienen ustedes á esperarlas?..

—¡Ah! Sí, usted sabe... Naturalmente; el telegrama venía de aquí... No queríamos que nuestra nieta fuese á París. Usted no ignora que estábamos un poco... fríos con nuestra hija. Pero Graciana se empeñó y ha hecho la reconciliación... En fin, más vale que acaben así las cosas.

Al atravesar la vía para ir al andén de llegada, que está al otro lado, el buen señor dijo muy bajito á su mujer:

—Le he dicho eso para que no fuera á sospechar...

—Lo he comprendido. No sospecha nada.

Y se quedaron esperando.

Aquella estación de Saint-Romain no debe de aumentar mucho los beneficios de la compañía del París, Lyón, Mediterráneo, pues casi nunca se ve á nadie en ella.

Los abuelos estaban, pues, solos en el andén cuando el tren hendió por fin las sombras con el fulgor de sus enormes ojos de monstruo rugiente:

Y, casi en seguida, se detuvo escupiendo bocanadas de humo.

A cierta distancia se abrió una portezuela y los ancianos corrieron. Bajaron, en efecto, dos mujeres.

Y sin palabras, sin explicaciones, madre é hija se confundieron en un abrazo interminable, loco.

—¡Mamá!.. ¡Mi pobre mamá!, exclamaba Camila llorando.

—¿Y yo?.., sollozaba el viejo.

El abrazo se repitió para él mientras la abuela decía:

—Y tú, Graciana, ¿no quieres hacer lo mismo?

—¡Ah! Me perdonas también, abuela...

Y se arrojó á su vez en aquellos brazos que se abrían llenos de ternura.

He aquí cómo las dos sublevadas volvieron aquella noche á la casa llena de cariño, llena de alegría llena de perdón.

. . . .

Después de las exclamaciones de asombro y de admiración de aquellos padres llenos de orgullo por la criatura de gracia, de seducción y de gloria que acababa de aparecérseles y que era su hija, se encontraron todos en el comedor, donde el Baco, rejuvenecido, parecía bajar su tirso, como un asta de bandera, en señal de bienvenida.

Habían cenado de prisa y corriendo, con gran humillación de Francisca, cuyos platos á la delfinesa no había siquiera probado Camila.

Pero la recién llegada no tenía hambre ni sed más que de intimidad y de ternura. Se desembarazó la mesa. Marieta la cubrió con un vetusto tapete de flores sobre fondo rojo que se usaba hacía medio siglo, y la familia se puso á hablar de cosas serias.

Durante su largo viaje, Graciana y Camila habían tenido tiempo de contarse muchos detalles y de ponerse de acuerdo sobre muchos puntos.

Y, además, desde que llegaron, la abuela no había podido menos de hablar y decir lo que había pasado

en la Zarzalera y cómo habían sabido primero dónde estaba y adónde iba Graciana.

—¿Ese joven ha hecho eso?, exclamó Camila. Ha estado muy bien.

Y al ver que Graciana guardaba un silencio de duda, añadió en tono convencido:

—Ha probado que te ama verdaderamente.

—¡Ah!, respondió Graciana muy bajo, temo que no me ame tanto ya...

Pero Camila respondió en el mismo tono:

—¿Quieres callarte? Si no te adorase, no habría tenido tanto cuidado por tu preciosa personilla...

Y añadió levantando la voz y sonriendo:

—Os traigo una joven enteramente sumisa y arrepentida; una joven que se irá mañana tranquilamente al convento, con su abuelo.

Graciana exhaló un triste suspiro.

—¡Pobre hija mía!, murmuró la anciana.

—Es obediente y no quiere que su padre pueda acusarla del menor extravío ni de la más pequeña incorrección. Por supuesto, su aventurilla quedará entre nosotros como un penoso sueño de cuarenta y ocho horas, ya olvidado.

—Lo que no olvidaré jamas, tía querida, es tu bondad, tu cuidado por mí, tu...

—Chss..., dijo también muy bajito Camila, esos son secretos nuestros y debemos guardarlos... Confía en mí y no estarás mucho tiempo en el convento... Y recordemos todos que mi llegada no ha sido más que una coincidencia..., una feliz coincidencia.

. . . .

Al día siguiente, en efecto, después de una mañana muy tranquila y risueña, todo ocurrió como había anunciado Camila.

Graciana no intentó siquiera salir de casa, y la sublevada de la víspera se ocupó en sus preparativos de viaje con una resignación tan angelical, que era casi sospechosa.

Cuando salieron todos para acompañarla al tren lo más pacíficamente del mundo, no encontraron en el camino enamorado alguno que pasara por allí como por azar. Parecía, no que los combatientes habían renunciado á la lucha, sino que obraban de concierto para una tregua leal.

La misma Marieta dijo á su ama, sin llorar y sin mal humor:

—Adiós, señorita Graciana... Tenga usted paciencia... Diez meses pronto se pasan...

Aunque la buena mujer tenía, acaso, al decir estas palabras, una expresión extraña..., la misma que Graciana al escucharlas. Ello fué que, sin estorbo ni incidente alguno, llegaron á la estación, que Graciana y el abuelo tomaron tranquilamente el tren, y que, un momento después, la madre y la hija emprendían solas el camino de la Zarzalera.

Era la primera vez que podían hablarse francamente, y Camila dijo:

—No es posible, sin embargo, mamá, que tú odies á ese muchacho...

—¡Yo! Después de lo que ha hecho... No pido más que quererle.

—Entonces...

—Pero no se trata de mí...

—¿Papá? ¡Bah! También podremos ablandarle...

—¿Y de qué nos serviría? Siempre quedará Antonio Boissier... Y á ese, vete á ablandarle...

—¿Está tan terrible como antes?

—Mucho más, desde que no es alcalde...

—...A causa de papá...

—Y desde que sabe que no lo será más... Ni ahora ni nunca.

—¿Va á haber ahora elecciones?

—Sí, dentro de un mes. Pero es un asunto que no admite duda. Estando nuestros amigos de acuerdo con los del castillo, los jacobinos de Boissier no pueden subir. Se acabó la tiranía de ese hombre.

—Sí, una dinastía que no ocupará más el trono, dijo Camila riendo. ¿Pero qué idea tuvo papá de preparar el camino al señor de la Rochere? ¿Tanto le interesaba ese barón?

—No tanto él como sus nogales...

—¡Ah, sí! Las cuarenta y ocho teas de la discordia...

—Pero desengáñate, Camila. Es un gran bien para el pueblo que el señor de la Rochere esté en la alcaldía. Y después, son unos vecinos tan amables..., no puedes formarte una idea... Son unos buenos amigos nuestros... La baronesa, tan sencilla, tan buena, á pesar de la superioridad de su clase...

Camila miró á su madre, un poco asombrada. La superioridad de clase de la baronesa le parecía menos imponente que á la buena anciana... Y no comprendía aquel entusiasmo ni aquella amistad casi íntima, cuando recordaba que en otro tiempo apenas se saludaban como vecinos.

La joven preguntó, continuando sus averiguaciones:

—¿Y su hijo? Graciana me ha dicho que es un calavera, aunque buen muchacho...

—Encantador, Camila, completamente encantador... Es una gran desgracia que á esa chica se le haya metido en la cabeza.. Estaba todo tan bien... El castillo y la Zarzalera hubieran hecho una admirable finca... Porque—se apresuró á añadir—tú hubieras tenido tu parte en valores... Habíamos creído que lo preferirías así..., y como no esperábamos ya que nunca...

—¿Que nunca vendría? ¡Ah, mamá, si me hubiese atrevido!..

—¿Y por qué no te atrevías?

Camila bajó la cabeza.

—¡Hago una vida tan diferente de la vuestra! ¿Sabía yo si aceptaríais á vuestro lado esta irregular, esta rebelde á las reglas que siempre habéis respetado?

—¡Bah!

Y la buena señora, repitiendo los argumentos de su yerno, siguió diciendo:

—Tú eres una grande artista, que tiene derecho á vivir como le acomode y que está por encima de las mezquindades..., de los prejuicios...

¡La anciana decía los «perjuicios!»

Y Camila, que no podía menos de sonreir, respondió:

—¡Ah, mamá!, añade muy de prisa: «Y que no es verdaderamente dichosa más que desde ayer noche...» No, no hay que salirse de la regla, de las mezquindades y de los prejuicios... Por eso debemos casar á esos muchachos regularmente, con gran ceremonia y con gran gusto de las dos familias, como siempre se ha hecho en Saint-Romain.

—Yo no quiero otra cosa...

—¿Y el Sr. Delestang?

—El barón le había conquistado... ¡Es tan amable ese señor!.. Y Daniel le gustaba... Además, Graciana baronesa... Y el muchacho hijo único..., y luego, el castillo y la Zarzalera formando una sola finca...

—Pero, mamá, también Boissier es hijo único.

—No digo que no.

—La Umbría se juntaría con la Zarzalera lo mismo que el castillo, para hacer una finca igualmente hermosa...

—Más, acaso... ¡Pero Antonio!..

—¡Antonio! ¡Antonio!.. ¿Es un diablo ese hombre?

—Es peor; es una roca. Sí, tiene una roca en vez de corazón...

—Pues bien, hay que tratar de que se ablande esa roca.

—¡Nadie logrará tal cosa, Camila!

—¡Bah! Si yo me lo propongo...

—¡Tú!

—Yo misma, dijo Camila con una animación que dió nuevo brillo á su belleza. Tú no sabes de lo que es capaz esta Camila Girot que debe asombrarte que sea tu hija, ¿verdad, mamá? Tú no sabes la obstinación que hay en esta cabeza.

La buena anciana respondió, juntando las manos como ademán de admiración sin límites:

—Entonces, Camila, habrás hecho un gran milagro... No creo que lo consigas, pero estoy convencida de que si alguien puede lograrlo, eres tú.

. . . .

***

Al día siguiente se puso Camila en campaña.

Con su gran sombrero de paja, con su traje, que le daba el aspecto de una reina haciendo una escapatoria, y con su sombrilla encarnada que imprimía reflejos rosados en su cutis de ámbar y hacía parecer más negros sus admirables ojos, la artista salió de casa con ánimos belicosos.

Al principio no fué muy lejos.

Antes de salir de su cuarto—su antiguo cuarto, testigo de la desesperación de Graciana—Camila llamó á Marieta.

—Lo sé todo, le dijo. Mi sobrina no tiene secretos para mí.

La criada, desconfiada por principio, respondió balbuceando:

—No..., no comprendo... qué quiere decir la señorita...

—Comprenda usted sencillamente esto, Marieta: que tengo tanto deseo como usted de ver á Graciana feliz como ella quiere serlo. La esquela que llevó usted ayer al Sr. Boissier fué escrita delante de mí... Y ahora, vaya usted á rogarle que dentro de un momento dirija su paseo hacia el encinar, donde yo desearía trabar conocimiento con él.

—¡Oh! Entonces..., si es así...

Y mientras Marieta, un poco curiosa, pero muy animada, echaba á correr hacia la Umbría, plaza en la cual debía de tener inteligencias misteriosas, Camila, con el aspecto de una paseante madrugadora, reanudaba sus conocimientos con todas las piedras, con todos los musgos de los caminos de su infancia, con todas las hierbecillas que parecían las mismas de otro tiempo y que le daban la bienvenida con su aliento perfumado.

Cuando llegó al claro del a gran encina, ya estaba allí Pedro.

¡Tenía tanta prisa por saber noticias! ¡Era tan poco lo que Graciana le había dicho en aquella esquela de pocas líneas, en la que, sobre todo, había visto resplandecer la frase que para ellos decía y prometía tanto: «A pesar de todo!»

Al ver á Camila, Pedro dió un grito. Había creído que era Graciana...

Pero no; la que se acercaba corriendo era más alta y miraba con ojos más encantadores, espléndidos, sí, pero menos deliciosamente ignorantes... Además, Pedro no conocía en Graciana aquel aire de reina festejada y adulada, y celebraba no conocerlo en la que sólo debía ser reina para él...

El oficial saludó, muy turbado, á aquella mensajera esplendente.

Pero ella le dió la mano diciéndole:

—Soy su aliada de ustedes.

—¡Ah! Señora, mucho lo necesitamos.

—Y ya he empezado mi plan estratégico desembarazándome de Graciana...

—¡Oh!..

—Ha sido para ella una gran pena el marcharse sin despedirse de usted... y sospecho que para usted ha sido una decepción...

Pedro guardó al principio un silencio muy elocuente, pero dijo en seguida:

—Yo, poco importo, señora; se trata de ella, sólo de ella...

—Pues bien: como ella se lo ha escrito á usted, anoche se marchó al convento la pobre muchacha. Ya la tenemos bajo llave, amigo mío, y en un sitio que no tiene nada de delicioso, puedo asegurárselo á usted. En fin, es por usted por quien va á aburrirse allí, y creo que sólo este pensamiento la consuela un poco.

—¡Graciana querida!

—Sí, merece que la ame usted mucho; pero, por el momento, está bien donde está. Aquí me hubiera estorbado en mis operaciones. Porque supondrá usted, mi teniente, que no pienso dejarla por allá mucho tiempo..., así como me opongo formalmente á ese matrimonio equívoco con intervención judicial y celebrado en un rincón... No, quiero que su boda de ustedes sea de muchas campanillas, que todo el mundo firme en ella, que todo el mundo baile...

—¡Pero eso es irrealizable!

—Porque no tiene usted fe, señor teniente. Yo sí la tengo. Me han dicho que su padre de usted es una roca y me he propuesto transportar esa montaña á la alcaldía y á la iglesia.

Pedro hizo un gesto de completa desanimación.

—Y como Graciana tiene gestos parecidos á ese, me ha convenido mucho separarme de ella, pues esa incrédula hubiera sido capaz de paralizar mis movimientos... Que es de lo que le creo á usted también capaz, amigo mío.

Pedro no comprendió al pronto qué quería decir.

—Quiero decir, continuó Camila respondiendo al pensamiento que había adivinado; quiero decir que usted también me estorba.

—¡Yo!..

—O más bien, no puede usted servirme de nada por ahora. Sería usted, pues, muy amable haciendo lo que Graciana.

—¿Marcharme al colegio?, preguntó Pedro sonriendo á pesar suyo.

—Marcharse, sencillamente. No por mucho tiempo, pues he prometido á Graciana que su destierro durará poco y tengo la costumbre de cumplir lo que prometo. Pero por ahora, prefiero que esté usted á cierta distancia de aquí... y de su padre..., no muy lejos, sin embargo, por si le necesito á usted para algún asalto heroico. ¿Tiene usted todavía dos meses de licencia?

—Sí, señora.

—Váyase entonces á unos baños... A Aix, que está á dos pasos. Usted es muy capaz de demostrar á su médico que le es indispensable una temporada de baños, y así su padre de usted no podrá considerar ese viaje como un acto de hostilidad... Porque... están ustedes un poco violentos en la Umbría, ¿verdad?

—Terriblemente, señora.

—Razón de más para marcharse. ¿Cuándo se va usted?

—Ya ve usted que yo también pongo mi suerte en sus manos... Me iré... en cuanto sea verosímilmente posible. Pasado mañana..., dentro de tres días...

Y añadió vacilando:

—¿Me permite usted darle mi dirección en Aix?
—¿Para tener noticias mías ó de otra persona?
—Sería tan feliz..., estaría tan agradecido...
—Bueno, envíeme usted sus señas.
Y siguió diciendo al darle la mano:
—¡Qué simpáticos son ustedes dos! Sería una mala acción no unir esta linda pareja. Y la uniremos, señor teniente. Ahora, márchese usted pronto...

* * *

Los del castillo estaban lejos de tomar la aventura tan filosóficamente como Daniel, cuando éste dijo á sus padres, que trataban ya en términos despreciativos á los Girardot y á su hija:
—Pues yo creo que esa morenilla tiene razón, teniendo en cuenta que el teniente no vale menos que yo. Si yo no fuera tu hijo, tú serías el primero, papá, en decir que vale más que yo. Además es más rico y ha llegado el primero. Hemos hecho una salida en falso; otra vez procuraremos darnos más prisa.
Aquella placidez no hizo más que exasperar al barón.
—Sí, dijo, pero jamás encontraremos una ocasión parecida. Y ahora vas á volver, no sé por cuánto tiempo, á tu absurda vida de soltero y á gastarme mi dinero como si le tuviéramos de sobra. ¡Es estúpido! Un asunto tan bien concebido y que empezaba tan bien... Y tú te ríes como si no perdiéramos todo lo que esa muchacha llevará á su marido...
—Hubieras tenido que dotarme y te hubiera costado mucho más que mi pensión de soltero.
—Pero ese dinero no se hubiera malgastado en cosas... que no se pueden decir delante de tu madre.
—En fin, puesto que ella no quiere...
—Me haces reir sin gana... Una muñeca de veinte años... ¿Puede eso tener voluntad?
—Creo que nos lo ha probado bien...
—¡Bah! Un capricho..., un noviajo..., una novela de colegiala, como el que todas tienen con el primo que era el marido de sus sueños y con el que luego se felicitan de no haberse casado... Pero tú, á la primera complicación, á la primera dificultad, empiezas por hacer dimisión...
—Hubiera querido verte en mi lugar.
—En tu lugar hubiera yo resistido y aceptado la lucha.
—¡Pero, Gastón!, exclamó la baronesa.
—La lucha cortés, se entiende, y no me hubiera retirado delante de ese intrigantuelo. ¡Tú!.. ¡Un La Rochere!.. ¡Ah! En mis tiempos teníamos más nervio que todo eso... Hoy tenéis horchata en las venas... ¡Un La Rochere que no trata siquiera de vencer á un Boissier!.. ¡Me das lástima!
Y se marchaba furioso cuando dijo la baronesa:
—Amigo mío, acaso no se ha dicho todavía la última palabra... Habría que pedir consejo al señor cura...
Pero el barón respondió dando un portazo:
—¡La última palabra! No será nuestro mamarracho de hijo quien la dirá... Puedes estar segura.

. . . .

Sin embargo, cuando, dos horas después, el barón vió llegar al castillo al Sr. Delestang y tuvo con él una larga conversación, sintió renacer en su pecho sentimientos que no se parecían tanto á un completo desaliento.
Antes de marcharse á Lyón, el banquero fué á hacerle una visita de despedida y de excusas, y lo que le dijo no dejó de darle esperanzas, pues en cuanto se marchó el padre de Graciana, el barón corrió á buscar á la baronesa.
La buena señora estaba ya en conciliábulo con el padre Gaindrón, el cual la escuchaba con cara patibularia.
El barón entró de pronto diciendo:
—¡No se ha perdido todo!
—¡Ah! ¡Dios le oiga á usted!, exclamó el cura.
—En primer lugar, el matrimonio de la chiquilla y del hijo de Boissier no se efectuará, puesto que no acomoda ni á Delestang, ni á los Girardot, ni á Antonio Boissier.
—Pero la señora baronesa me dice que los dos van á ser pronto mayores de edad...
—Él, es posible. Pero ella no lo será hasta dentro de diez meses. Añada usted cuatro para los trámites judiciales, y hacen catorce. Y catorce meses son muy largos cuando no es posible verse ni escribirse...
—¿Y qué remedio hay? La mujer—perdón, señora baronesa, lo dice la Escritura,—la mujer es un abismo de astucia y de disimulo...
—¿El remedio? Delestang lo ha encontrado en seguida. Va á enviar á su hija al convento en que se ha educado y á tenerla allí hasta que sea mayor de edad.

—¿Y qué adelanta Daniel con eso?, preguntó la baronesa.
—Espera, mujer. El hijo de Boissier tendrá que marcharse de aquí dentro de dos meses, pues expira su licencia... Y una vez que él esté lejos, no será imposible que la muchacha, un poco cansada de los sesenta primeros días de régimen celular...
—¡Oh! Señor barón, nada se parece menos á una cárcel que el maternal asilo...
—Bueno, digamos «régimen monástico,» si usted quiere. Lo importante es que ese régimen haga entrar en ganas á la muchacha de arreglarse con su padre.
—Sí, empiezo á comprender, dijo el cura.
Pues yo, todavía no, confesó la baronesa.
—Me explicaré mejor para ti, querida amiga. Si la chica prometiese entonces no tener correspondencia alguna con ese muchacho, y Delestang cree que su hija cumpliría su palabra...
—*Abyssus*..., murmuró el cura.
Además, ya vigilaríamos, qué diablo... Delestang permitiría á la tal Graciana volver á Saint-Romain, y el joven Boissier no estaría ya aquí, pero estaría Daniel. Ojos que no ven, corazón que no siente, y mi hijo es bastante amable para hacer olvidar al que ya no se encontraría á cada paso por los caminos...
—Sí..., D. Daniel, con un poco de habilidad y perseverancia...
—¡La tendrá!.. ¡Es preciso que la tenga! El negocio lo merece.
—Y usted, entonces, señora baronesa, tendrá que exagerar aún su amabilidad con esa excelente señora Girardot.
—¡Por supuesto!, exclamó el barón! Como yo con el bueno de Girardot. Después de todo, lo que ocurre no es por culpa de esa pobre gente... Bastante pesarosos y humillados están... Mañana mismo iré á verlos... con Daniel.
—No es esa mi opinión, dijo el cura con la seguridad del perro que acaba de encontrar una pista. Esperen ustedes á que se haya marchado la muchacha, que debe de encontrarse en un estado de irritación que no excuso, pero que presumo. Si ve que no abandonan el campo, su cólera recaerá en ustedes y conviene evitarlo. Es mejor que no sospeche todavía...
Y añadió con entonación dulzarrona:
—Dejen ustedes que produzca sus efectos el aire del convento...

. . . .

He aquí por qué el barón, que no sospechaba el drama cuyo desenlace había producido la vuelta de Camila, reapareció un día en la Zarzalera.
La Rochere estuvo más amable y más sonriente que nunca, y cuando el abuelo de Graciana se excusó embarazosamente, respondió con una cordialidad un tanto desmentida por sus miradas penetrantes:
—No hablemos de eso..., por ahora. Cuando los muchachos tienen caprichos, hay que dejarlos pasar y esperar mejor tiempo. Si su nieta de usted vuelve á la Zarzalera—y su padre me ha dicho que no tardará,—veremos lo que pasa. Pero hoy no se trata de eso, querido vecino. Vengo á hablar con usted de negocios. Ya sabe usted que Boissier se está moviendo mucho para las elecciones...
—¡Ah! ¡El miserable!, exclamó Girardot. ¡Con qué gusto le vamos á tumbar otra vez! Conque se mueve..., pues bien, también nosotros vamos á movernos, señor barón. Y desde luego puedo..., pero muy en secreto.
Hable usted... Si hay que callar, me callaré.
—Puedo dar á usted una buena noticia. Esta vez contamos con los barqueros de la Espinosa.
—Pero ¿está usted seguro? Esos no han estado nunca con nosotros...
He visto á Borel y esta vez estará. Ya sabe usted que él dispone de los demás.
—Pues hay veinticinco votos en ese rincón.
—Veintisiete, señor barón, y todos para nuestra lista.
—¿Cómo ha hecho usted para traerse á esos socialistas? Todos eran partidarios acérrimos de Boissier...
—Confieso que no he hecho nada. Es á Graciana á quien se lo debemos. ¿Eh? El jacobino de la Umbría no esperaba esto...
—¡Cómo! ¿Esa encantadora joven?..
—Sí, á fe mía. La madre de Borel, en ausencia de éste, había caído enferma, y parece que carecía de todo. Graciana la cuidó, la socorrió y le impidió morirse de hambre, de tal modo que, cuando el otro vino, no sabía cómo darnos las gracias. Parece que no había sabido nada... y estaba como loco... Nunca hubiera creído que ese borracho quisiera tanto á su madre... El hombre lloraba y me decía: «¿Qué podré yo hacer por ustedes?..» Yo cogí la ocasión al vuelo y le respondí: «Ayudarnos en las elecciones.» El me respondió: «Es cosa hecha; pueden ustedes contar con los del río.»
Entonces, Boissier pierde de esta hecha la cuarta parte de sus anarquistas...
—Y será vencido vergonzosamente... Pero no se lo diga usted á nadie..., ni aun al cura.
—Ya lo creo... ¡Diablo! Si huelen la cosa, puede aguarse nuestra fiesta.
Y así continuó la conversación entre aquellos aliados que hubieran jurado que defendían sus principios, cuando el uno no hacía más que satisfacer sus rencores y el otro que conservar su alcaldía. Según el sistema del romano que prefería ser el primero en su aldea á ser el segundo en la República, el barón experimentaba una viva satisfacción ciñéndose el fajín, aunque tricolor, de que había despojado al jacobino Boissier.
El consejo de guerra de aquellos dos estratégicos se prolongó largo rato, y en el momento de separarse dijo el barón:
—A propósito, hay novedades en su casa de usted... Camila Girot..., porque quiero llamarla yo también por su nombre de artista...
—Sí, nos hemos reconciliado; y está aquí. No le oculto á usted que somos muy dichosos...
—Lo creo... Su hija de usted es una celebridad..., una gloria...
—Y siempre nuestra Camila, se lo aseguro á usted. El éxito no la ha cambiado.
—Yo la recuerdo un poco..., cuando era jovencilla...
—Tampoco ha cambiado físicamente... Yo la encuentro aún más guapa...
—Lo era ya mucho.
—¡Si usted la viese ahora!
—Espero que tendré el gusto de serle presentado...
—En seguida, si usted quiere.
—¿Está aquí?
—En el jardín. Ha querido hacer un croquis de la Zarzalera... Cuatro pinceladas y ya estaba nuestra casa en el lienzo, bañada de sol...
—¡Ah! ¡El talento!.. Pero no quisiera ser indiscreto...
—¡Usted! Nada de eso...
De este modo reanudaron su conocimiento el barón y Camila.
Camila procuró agradar y el barón recurrió para aquella exquisita parisiense y célebre artista á sus más bellas maneras de noble no muy contagiado por la provincia.
La Rochere maravilló al bueno de Girardot con sus gracias, sus madrigales y su flexibilidad de espinazo, y supo decir algunos cumplimientos bastante oportunos, pues las echaba de inteligente en pintura, sobre el croquis que Camila continuó haciendo mientras hablaba con el visitante.
Al cabo de un momento eran los mejores amigos del mundo, hablaban de verse con frecuencia, y el barón decía el placer, el honor, que tendría la baronesa entrando en relaciones con una ilustre artista que era la gloria de Saint-Romain.
Cuando se marchó estaba entusiasmado.
—¡Estas parisienses!, exclamaba. ¡Estas artistas!..
Y añadía para sus adentros:
—Una nueva aliada... Porque es preciso que lo sea.
Cuando llegó al castillo, exuberante de entusiasmo, le dijo la baronesa:
—¿Pero qué te pasa, Gastón? Estás rojo y con los ojos brillantes.
—Es verdad, papá, dijo á su vez Daniel, tienes un aspecto triunfante...
—¡Ah! Es que acabo de hacer una conquista; la de la más seductora y admirable persona que nunca he conocido. He trabajado para ti, gran perezoso... Nunca me lo agradecerás bastante.
Y muy animado aún por su proeza, les contó que había logrado agradar á Camila.
Ahora, dijo, os toca á vosotros secundarme y demostrar que no soy yo solo el amable.
—Sí, pero todo eso no servirá de nada...
—¡Cállate, desgraciado! Tenemos mejor juego que nunca en esta partida.
—No quiero contrariarte, pero...
—Pero me harás el favor de estar delicioso con esa adorable mujer... ¿Entiendes?
Tan bien lo entendió Daniel, que ardía ya en deseos de conocer á aquella octava maravilla y saber si el barón había tenido buen gusto al inflamarse como un fósforo. La ocasión no tardó en ofrecerse.
Al día siguiente se presentaron en el castillo los Girardot con Camila.
Era el deber de ésta el ir la primera á presentar sus respetos á la señora de la Rochere y lo cumplía con mucho placer...

(Continuará)



El Museo del Ermitage de San Petersburgo

MUSEO DEL ERMITAGE

Este museo, construído por orden de Catalina II por los arquitectos Lamotte, Velten y Guarenghi, está en comunicación con el palacio de invierno de los tsares, del que le separa una estrecha calle, por tres galerías cubiertas ó pasajes situados á la altura del primer piso. Como monumento, el edificio tiene poco interés; en cambio, la colección de cuadros que contiene es la más notable de Rusia y una de las más importantes del mundo, siendo digna de citarse al lado de los del Louvre de París, de los Uffizzi de Florencia, del Belvedere de Viena, de la Pinacoteca de Munich, de la Galería Nacional de Londres, de la Galería de Dresde y del Real de Madrid. Cuéntanse en él más de 2.000 cuadros, muchos de ellos obras maestras de primer orden. Compuesto en su origen este museo, que es de propiedad particular de los tsares, de los cuadros que la citada emperatriz había reunido para adornar sus habitaciones particulares, no ha dejado de ir aumentando de año en año merced á las adquisiciones realizadas por los sucesores de aquella soberana.

La escuela francesa está admirablemente representada en este museo, en donde, aparte de una multitud de obras de artistas de segundo orden, en especial del siglo XVIII, época en que Catalina se esforzaba para introducir en Rusia las modas, los gustos y el espíritu de Francia, encontramos notabilísimos cuadros de los más grandes maestros franceses. De Poussin, por ejemplo, hay *Esther delante de Asuero*, una *Sacra Familia*, una *Visitación*, un *Descendimiento de la Cruz*, *Amorcillos jugando* y otros; de Claudio Lorrain, *Jacob y Raquel*, *Tobías y el Angel*, *Suplicio de Marsyas*, *Apolo y la sibila de Cumas*, etc.; de Guaspre, varios excelentes paisajes; Valentin, Bourdon, Stella, Mignard, Lesueur, Le Brun, Bourgignon, Salvator y Rigaud tienen allí varios notables lienzos; Vanloo, un *Juno y el Amor* y *Venus Urania;* Watteau, algunas de sus deliciosas escenas campestres y una *Sacra Familia*, asunto que raras veces trataba el pintor de las fiestas galantes; Boucher, una *Huída á Egipto;* José Vernet, diez y siete cuadros, algunos de ellos bellísimos; y Greuze una de sus más famosas obras maestras, el *Paralítico servido por sus hijos*.

Más importante aún que la representación de la escuela francesa es la de las escuelas flamenca y holandesa. Entre las obras de los maestros primitivos hay dos interesantes cuadros, *El Juicio Final* y la *Crucifixión*, atribuídos á Pedro Cristus ó Christophsen; la *Curación del ciego*, de Lucas de Leyde; una *Virgen con el Niño Jesús*, de Quintín Matsys, y otros lienzos de Coxcie, Heemskerk, Franz Flovis, Mabuse, etc. Rubens y Van Dyck tienen en el Ermitage muchos lienzos admirables: del primero citaremos la *Expulsión de Agar*, prodigio de clarobscuro, el *Descendimiento de la Cruz*, la *Cena en casa del Fariseo*, composición de grandes dimensiones con catorce figuras de tamaño natural, *Sileno ebrio*, la *Partida de Adonis*, un hermoso retrato de Elena Fourment, esposa del artista, y varios magníficos paisajes. De los cuarenta cuadros atribuídos á Van Dyck, los más notables son: una *Sacra Familia* en un paisaje, de brillante colorido; un *San Sebastián socorrido por los ángeles;* la *Muerte de Adonis* y una serie de magníficos retratos.

Snyders, Honthorst, Jordaens, Rombouts, Brenghel, Cornelio Poelenbing y Craesbeke están representados por varias de sus mejores obras. Teniers el joven tiene allí la célebre *Fiesta de los arqueros y de los ballesteros de Amberes*, un *Cuerpo de guardia*, dos *Kermesses*, un *Puerto de mar*, un *Paisaje*, etc.

En ningún otro museo se nos presenta Rembrandt con mayor vigor, con más potencia y más brillantez que en el Ermitage. Sus cuadros, en número de cuarenta y tres, representan los más variados asuntos, siendo los mejores de ellos un *Descendimiento de la Cruz*, notable por el carácter dramático de la composición y por la energía del clarobscuro; *Sacra Familia*, que es un prodigio de ejecución y cuyo efecto luminoso es realmente mágico; la *Parábola de los trabajadores de la viña*, el *Sacrificio de Abraham*, la *Vuelta del Hijo pródigo*, la *Educación de la Virgen*, la *Negación de San Pedro*, una *Danae*, una *Marina* y varios retratos.

De los discípulos de Rembrandt, están representados en este museo Fernando Bol, G. Flinck y Gerardo Dov, que tiene allí quince cuadros, los más de ellos de primer orden.

Pocos museos poseen obras de Terburg, Berghem, Van der Neer, Pablo Potter, Van der Heyden y Wouwerman tan hermosas como las que encontramos en el Ermitage.

Completan la representación de las escuelas flamenca y holandesa multitud de lienzos de Juan Steen, Adrián van Ostade, Isac van Ostade, Brauwer, Ruysdael, Metzu, G. Netscher Franz Miriers, Guillermo Mieris, Alberto Cuyp, Karel du Jardin, P. de Hoogh, Van der Werff, Wynants, Moucheron, Van Goyen, Pablo Brill, Pynacker, Juan Both, Juan Hackaert, Guillermo de Hensch, Juan Bautista Weenix, Adrián van de Velde, Salomón Ruysdael, Abraham Hondius, Hondekoeter, Van Huysum y otros maestros importantes.

Los cuadros italianos forman por lo menos la cuarta parte del total de los que constituyen el museo; y sin embargo, esta escuela aparece en el Ermitage más débilmente representada que las demás. Entre las diversas obras atribuídas á Leonardo de Vinci, la única que parece auténtica es una *Santa Catalina*. De Miguel Angel hay un *Rapto de Ganimedes*, pero muchos críticos opinan que sólo es suyo el dibujo. Hay además cuatro *Sacras Familias* atribuídas á Andrea del Sarto; una *Bethsabé* del Bronzino; las figuras de *San Juan* y *San Andrés* y una *Madona* de Fra Bartolomeo; una *Sacra Familia*, conocida con el nombre de *La Virgen de Alba*, otras dos *Sacras Familias*, una *Judith* y varios otros cuadros menos importantes atribuídos á Rafael; una *Batalla*, la *Creación de Eva* y dos *Sacras Familias*, de Julio Romain; una *Madona*, de Perino del Vaga; diez y seis cuadros atribuídos á Tiziano, de los que los más notables son: una *Danae* y una *Venus;* algunos hermosos retratos de Tintoreto, de París Bordone y de Sebastián del Piombo; una *Sacra Familia*, un *Descendimiento de la Cruz*, el *Descanso en Egipto*, la *Ascensión* y *Pentecostés*, de Pablo Veronese; y otros varios de Luis y Aníbal Carrache, Guido, Albano, Dominiquino, Guerchin, Baroche, Salvator Rosa, Cortone, Maratte, Francia, Giorgione, Bellini, Carlos Dolci, Cigoli, Palma el viejo, Bassan, Canaletto, Luca Giordano, etc.

De la escuela española hay en el Ermitage más de cien cuadros. Murillo tiene una *Natividad*, una *Concepción*, el *Martirio de San Pedro Dominicano*, una *Adoración de los pastores*, dos figuras y una *Huída á Egipto;* Velázquez, los retratos de Inocencio X y del Conde duque de Olivares, un *Aldeano riendo*, y una *Vista de Zaragoza* y otra *de la Carraca;* Zurbarán, una *Madona;* Alonso Cano, una *Madona* y un *Niño Jesús;* Ribera, dos *Filósofos*, una *Santa Lucía*, un

San Francisco de Paula, un *San Jerónimo en el desierto* y un *San Sebastián;* Juan de Juanes, un *Santo Domingo* y una *Santa Ana;* el Greco, un retrato de Alonso Ercilla; Morales, una *Mater Dolorosa;* Ribalta, una *Crucifixión*, una *Magdalena en el sepulcro* y una *Santa Catalina;* Navarrete un *San Juan en la cárcel;* Coello, su propio retrato y una *Magdalena*, y Luis Tristán, un retrato de Lope de Vega. Hay además varias obras de Mateo Cerezo, Juan Carreño de Miranda, Vicente Carducho, Juan de las Roelas, Pablo de Céspedes, Blas de Prado, etc.

De la escuela alemana sólo merecen citarse un tríptico atribuído á Alberto Durero; varios retratos de Holbein y de Lucas Cranach; algunas excelentes composiciones de Rottenhamer y de Lietrich; un *Filósofo*, de Denner; el *Juicio de Paris*, un *San Juan Bautista* y *Perseo libertando á Andrómeda*, de Rafael Mengs; y algunos episodios del viaje sentimental de Sterne por Angélica Kauffmann.

La escuela rusa no está mejor representada que la alemana en el Ermitage; entre los principales cuadros de la misma mencionaremos un episodio del *Sitio de Kiew*, de Andrés Ivanoff; un *Noli me tangere*, de Alejandro Ivanoff; una *Bacante*, de Feodoro Bruni; un *Jardinero*, de Orestes Kiprainski; una *Vista del Coliseo*, de Silvestre Schedrine; las *Cascadas de Tívoli*, de F. Matveieff; varias *Vistas de Judea*, de Máximo Vorobieff, y una *Granja*, de Alejo Venetzianoff.—S.

***

UN SALTO PELIGROSO

Cuando se vió por vez primera el espectáculo conocido con el nombre de *the looping the loop*, parecía que el llamado arte acrobático había llegado al colmo de los ejercicios peligrosos. Y sin embargo, hoy en día resulta casi un pasatiempo sencillo, comparado con lo que desde entonces hemos ido viendo en los circos ecuestres, musich-hall, cafés y demás sitios en donde se cultiva este género, alternándolo con canciones picarescas, extravagancias de payasos, ventrílocuos, hombres serpientes, etc., etc.

Hace pocas semanas reproducíamos el auto-bólido, que es realmente un ejercicio peligrosísimo y emocionante; no lo es menos el que el adjunto grabado reproduce y que ha llamado la atención en el Olympia de París. Ejecútalo Raúl Mombat y consiste, como la fotografía lo indica claramente, en lanzarse el acróbata montado en un trole por un plano inclinado que desciende del techo del teatro y al llegar cerca de las butacas forma una curva de repente interrumpida. Al llegar á este punto, el trole se para en seco, y el artista, despedido con violencia, cruza el aire, impulsado por la fuerza adquirida, y se coge á un trapecio situado á gran altura.—X.



UN SALTO PELIGROSO

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

HIGIENE DE LOS ALIMENTOS Y BEBIDAS, por el *Dr. D. J. Madrid Moreno.* – Con este título han publicado los editores Sres. Sucesores de Manuel Soler un nuevo Manual, que viene á aumentar la ya copiosa serie de los que constituyen su enciclopédica colección. El tema estudiado por el docto catedrático de la Universidad Central es asaz interesante y sugestivo, pues conocido es y lamentado por todos el vasto campo de las sofisticaciones á que se entregan por desgracia algunos expendedores, en perjuicio de la salud pública. El trabajo realizado por el Sr. Madrid Moreno es de indiscutible utilidad, puesto que facilita medios sencillos y al alcance de todos para apreciar las adulteraciones. Buen servicio han prestado el autor y los editores con la publicación del referido Manual, que se vende en todas las librerías al precio de 1'50 pesetas cada ejemplar.

L'ESTAT NO ES LA PATRIA. – Se ha fundado en esta ciudad (Condal, 1, 2.°) una «Biblioteca Autonomista» cuyo objeto es desarrollar la doctrina autonomista por medio de folletos sencillos, económicos y populares, de los cuales se ha publicado ya el primero, *L' Estat no es la patria* (El Estado no es la patria), que se vende á 10 céntimos.

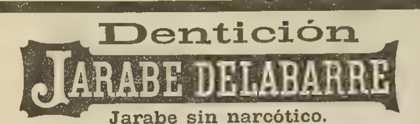
LA ILUSTRACIÓN MANCHEGA. – Esta revista, que se publica mensualmente en Alcázar de San Juan, ha dedicado uno de sus últimos números á demostrar con datos y documentos abundantes que aquella ciudad fué la cuna de Miguel Cervantes Saavedra. Contiene trabajos muy notables y algunos grabados de gran interés.

VOLCANES EXTINGUIDOS DE LA PROVINCIA DE OLOT, por *José Gelabert.* – Obra verdaderamente digna de encomio es la realizada por el ilustrado sacerdote Dr. Gelabert, puesto que compréndese, sin esfuerzo, al examinarla, los vastos conocimientos que se precisan para llevarla á cabo, así como la enorme labor que representa. En ella constan inventariados y estudiados los famosos volcanes de la comarca olotense y los terrenos de la provincia de Gerona, constituyendo el conjunto un trabajo de indiscutible importancia. Ilustran el libro numerosos grabados y ha sido pulcramente impreso en la tipografía de Octavio Viador, de San Feliu de Guíxols. Véndese cada ejemplar al precio de tres pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, revista mensual ilustrada; *Hojas Selectas*, revista mensual ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *El Trabajo Nacional*, revista quincenal ilustrada; *Boletín de la Cámara de Comercio*, revista mensual; *Vida*, publicación quincenal; *La Medicina Científica*, revista mensual (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, revista mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, revista mensual; *Gaceta Agrícola-Pecuaria*, revista mensual; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid), *La Medicina Valenciana*, revista mensual (Valencia); *Gaceta Médica de Granada*, publicación quincenal; *Chile ilustrado* (Santiago); *Kosmos*, revista quincenal ilustrada (Buenos Aires); *El Lucero*, revista semanal ilustrada (Lima, Perú); *Guayaquil Artístico*, revista quincenal; *Telégrafos y Teléfonos*, publicación mensual (El Salvador); *Boletín Militar de Colombia*, publicación semanal; *La Razón*, diario (Trujillo, Perú); *El Trabajo*, semanario (Popayán, Colombia); *El Tribuno*, semanario (Belgrano, R. Argentina).

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

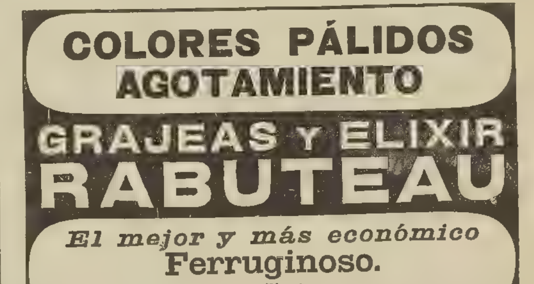


Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.





Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.



PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

REUS.—INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS DEL PANTANO DE RIUDECANYAS. (De fotografías de «Hispania.»)



Ceremonia de la colocación de la primera piedra del pantano



La multitud saludando al arzobispo de Tarragona

Con gran solemnidad se ha realizado en la ciudad de Reus la ceremonia de inauguración de las obras del pantano de Riudecanyas que tantos beneficios ha de reportar á aquella rica comarca. Asistieron á ella el ministro de Obras Públicas Sr. Allende Salazar, el arzobispo de Tarragona, los obispos de Lérida, Tortosa y Solsona, el capitán general de Cataluña, el gobernador militar de Tarragona y otras autoridades y personalidades distinguidas de Reus, Tarragona y Barcelona.

El acto inaugural se efectuó en la mañana del día 10 de los corrientes: al llegar el ministro, los prelados y las autoridades á Riudecanyas fueron recibidos por los alcaldes, autoridades y somatén de la comarca, dirigiéndose en seguida la comitiva al sitio en donde se ha de construir el pantano, cuyos alrededores estaban llenos de gente, ofreciendo un espectáculo sumamente pintoresco.

El arzobispo de Tarragona bendijo la primera piedra, en la que estaban esculpidos los escudos de España, Cataluña, Reus y Riudecanyas, y después las autoridades y los representantes y delegados de las corporaciones firmaron el acta, redactada en castellano y en catalán y extendida en un artístico pergamino.

Terminado el acto con algunos vivas al Rey, á España y á Cataluña, que dió el ministro y que fueron contestados con entusiasmo por la multitud, los asistentes al mismo regresaron á Reus, en donde se celebraron varios festejos en honor del representante del gobierno.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Las Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Franco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie. Bd St-Denis, 16

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE
en Marsella (Francia).
En todas las farmacias bien surtidas.

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA CLOROSIS
VINO
AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO
El más poderoso Regenerador.

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 31 de octubre de 1904 — Núm. 1.192

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ZARAGOZA. – MONUMENTO A LOS MÁRTIRES, obra de Agustín Querol,
fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el cuarto tomo de la presente serie, que es el tercero y último de la obra de Fernando Nicolay HISTORIA DE LAS CREENCIAS, SUPERSTICIONES, USOS Y COSTUMBRES (según el plan del Decálogo).

Esta obra de excepcional importancia puede calificarse de maestra; á ella ha dedicado su autor más de treinta años de estudios profundos, consultando más de 15.000 volúmenes, folletos, revistas y documentos procedentes de todos los puntos del globo, habiendo visto recompensado su trabajo, no sólo con el éxito inmenso que su libro ha tenido en Francia, sino además con los premios que al mismo han concedido la Academia Francesa y la Academia de Ciencias Morales y Políticas de París.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Un trágico suceso acaecido estos días, del cual se habla aún, el duelo á muerte de Sevilla, ha planteado infinitos problemas, ha señalado con dedo teñido en sangre la contradicción sobre que estribamos, que constituye el fondo mismo de nuestra organización moral y social.

La contradicción, natural y hasta necesaria entre individuos, como base social es mal gravísimo. La sociedad tiene que proceder de acuerdo consigo misma, y cuando lleva en su seno antinomias tan hondas, tan irreductibles, es que hay en ella algo que puede calificarse de absurdo.

Lo que salta á la vista en el suceso de Sevilla, es que los honores y deberes de todos y cada uno de cuantos en él intervinieron, no pueden conciliarse, y sólo de mirar se riñen. Yo no hago referencia á nada anterior al desafío; en esto no sólo no tengo para qué entrar, sino que sería indelicado, amén de ocioso. Parto del punto y hora en que los dos adversarios se encontraron frente á frente; mejor dicho, del momento en que, dentro de un teatro, uno de ellos sufrió la injuria origen del lance. Desde ese mismo instante—declaran los militares—tuvo el estricto deber de batirse, y de batirse á muerte. Desde ese mismo instante, protestan los políticos, las autoridades tuvieron el estricto deber de impedir que ese militar, obligado á batirse, se batiese en efecto; á su vez los padrinos, al recibir instrucciones tan graves que los primeros resignaron sus poderes, estaban en el estricto deber de arreglar suavemente, sin detrimento de la honra de sus apadrinados, la cuestión. Por un lado, el honor, exigiendo reparaciones tremendas; por otro, la humanidad, ordenando que esas reparaciones no se obtuviesen. El mundo burgués, al ver la sangre, reclamando responsabilidades á todos, y si no la hubiese visto, echaría sobre los adversarios el peso de la burlona sospecha de una farsa, hablando (lo hemos oído en mil ocasiones) de pistolas cargadas con pólvora sola, de comedia ridícula.

Por su parte, el reverendo arzobispo de Sevilla tiene y cumple un deber diametralmente opuesto á los del militar y del *gentleman;* y lejos de estimar que el honor

«que es patrimonio del alma,»

como dijo el insigne dramaturgo, ha quedado satisfecho, colmada su ambiciosa medida, con la suprema y terrible satisfacción de la muerte, cree que sólo hay aquí un pecado gravísimo, un alma perdida, un cristiano que no puede recibir sepultura en tierra sagrada. Los cánones no son ambiguos, y si la obligación de los dos adversarios era ponerse á morir ó matar, la del arzobispo, no menos triste y penosa, que habrá contristado su ánimo, porque se trataba de un católico, probablemente de un amigo, era proceder como procedió... Lo que la sociedad impone en nombre del honor, la Iglesia lo reprueba y lo castiga con severa penalidad. ¿Qué lleva en sus entrañas un estado social donde la fe condena lo que la caballerosidad exige, aunque, inconsecuente como siempre ante un cuadro de desventura y dolor, proteste ahora de lo que ayer impuso como condición del reconocimiento del derecho á alternar con las personas decentes, bien calificadas?

Falta otra contradicción más, sobre la que hace antagónicos el honor del militar y del caballero y el deber del prelado, la opinión de las gentes y la misión de las autoridades. Ahí están los tribunales de justicia, la justicia identificada con la sociedad, y á quien la ley ordena perseguir al matador, á los padrinos, y aplicarles penas que están escritas, pero son letra muerta, y presumo que han de seguir siéndolo, mientras la sociedad no concilie las extrañas anomalías, motivo de eternas discusiones. Y en esta contradicción hay mucha amargura para el espíritu de una familia dolorosamente probada, para el de una dama infeliz, envuelta en los crespones de su dolor; y los que vemos desde afuera tan singulares conflictos, no podemos menos de repetir con Guyau: «Hay en germen infinitas transformaciones en los fundamentos de nuestra ética.»

* * *

La noticia de la muerte de la princesa de Asturias ha caído como piedra enorme, resonante, sorprendiendo á todos, porque nadie se habitúa á la idea de la desaparición súbita de una persona en lo florido de los años, en lo culminante de la sociedad, al pie del trono y casi dueña de él; nadie admite que pueda sufrir la ley común quien tan por cima está de la común condición humana. Cuando fenece alguien que ocupa elevadísimo puesto, se duplica el asombro que siempre causa el no ser, la especie de incredulidad que tan esperado é inevitable fenómeno causa en los mortales.

Con corta diferencia de tiempo, el viejo y ciego rey de Sajonia y la joven princesa de Asturias han pagado su tributo, han bajado á la región de sombra. Pero el rey cayó como el maduro fruto, la princesa fué cortada como la rama fresca y tierna aún, que apenas trocó la gracia de la primavera por la lozanía del verano. El cendal de vaga tristeza que desde la muerte de Alfonso XII envuelve al Palacio Real de Madrid, y que no lograron rasgar bodas ni triunfales viajes, se ha espesado y convertido en densa gasa de luto, y la abuela, Isabel II, por quien parece que no se han extinguido aún los rezos funerarios bajo las graves bóvedas del Escorial, apenas se ha anticipado á la nieta, prometida á largo vivir, á la patriarcal felicidad de la dilatada sucesión, de la descendencia en quien reviven el descuido y la alegría de los primeros años, retoños por los cuales el árbol ya robusto enraiza más y más...

La princesa había nacido para la vida de familia, para el *home.* Había cierta divergencia entre su modo de ser y su destino, ó por mejor decir, lo que sería su destino en el caso, no probable, de que llegase á ocupar el trono. Su felicidad se cifraba en la tranquila ventura del hogar, y si hubiese tenido que ceñir corona, procuraría, de seguro, refugiarse en lo íntimo del hogar á todo momento. Parecía adusta la princesa, y era solamente, en realidad, tímida, sencilla, modesta, concentrada.

Estos caracteres son para el trato constante, para dentro de las cuatro paredes, donde se reconocen las cualidades serias, el relieve psicológico; pero la multitud, que no ha de ver de cerca á tan altas señoras, las juzga por la sonrisa, por la mirada, por la expresión comunicativa. De la manifestación externa pende la popularidad. Y la princesa de Asturias, que empezaba á tener aureola de respeto y consideración, no era popular todavía. Quizás hubiese llegado á serlo, andando el tiempo, porque las opiniones del público se reforman, el criterio varía, y no hay cosa más adventicia que la popularidad, en estos países eminentemente impresionables, que rara vez juzgan por reflexión, y en los cuales predomina el móvil sentimental. Hoy, ante la tragedia, esa mujer de veinticuatro años arrebatada en pocas horas, en el momento de cumplir la más sublime y necesaria de las funciones naturales, despidiéndose de sus hijos, de su madre, de sus hermanos, de su esposo, en pleno conocimiento, en plena convicción de que va á dejar cuanto ama, la popularidad ha brotado, y nadie tiene sino palabras de conmiseración y simpatía, acentos de dolor, consideraciones sobre lo tan sabido como olvidado: lo instable de todo, lo irónico de todo...

Ese nombre de María de las Mercedes parece llevar consigo fatalidad. Mercedes fué la primera esposa del rey Alfonso XII, la interesante hija de los duques de Montpensier, tan prematuramente consagrada á la tumba, y en memoria de ella fué Mercedes la princesa que acaba de sucumbir. Análoga impresión causó el fallecimiento de la reina Mercedes á la que hoy causa el de la princesa. Al pronto, un estupor; luego, una piedad inmensa. Y ante la efusión de piedad, se borraron todas las prevenciones que existían contra la hija del príncipe francés, á quien las luchas y pasiones políticas, el duelo con el infante D. Enrique de Borbón, que cayó bajo el plomo de la pistola del duque de Montpensier, habían hecho más que impopular. Nadie vió entonces en doña Mercedes sino lo que realmente había; la criatura de inocencia y de amor, la flor impíamente segada. Un discurso de Ayala equivalió para la joven reina á lo que fué para Enriqueta Ana de Inglaterra, duquesa de Orleáns, la célebre, inolvidable oración fúnebre de Bossuet: «¡Madama se muere, Madama ha muerto! Madama ha pasado de la mañana á la tarde, como la hierba del prado. Florecía al amanecer, ya sabéis con cuánto hechizo: al anochecer la vimos marchita... ¡Cuán rápido! En nueve horas cumplióse la obra de muerte...»

Así decía el elocuente entre los elocuentes, el gran autor del Discurso sobre la Historia Universal. La historia le había enseñado á mirar con ojos de filósofo, sereno, pero postrado ante los decretos de la justicia inmanente, las catástrofes, los dramas aterradores, y hasta á encontrar en ellos secreta armonía, algo que es ley y que escapa á la mirada del vulgo; pero ante la desgracia de Saint-Cloud, de tan siniestros colores revestida por leyendas cuyo fundamento niegan hoy los hombres de ciencia, Bossuet perdió su sangre fría, y prorrumpió en apóstrofes de dolor que se han hecho inmortales, que acuden á la memoria cada vez que se trunca impensadamente un brillante destino, dejando un rastro de melancolía en los más indiferentes corazones.

* * *

Empieza—ya era hora—á preocuparse la opinión de la frecuencia y barbarie de los delitos que se cometen en mi pueblo, por los que ya reciben la clasificación usual de «salvajes de las afueras.»

La más reciente de sus hazañas ha sido dejar seco á un mozo, no sé si de un navajazo ó de un tiro.

No ha muchos días, el presidente de la Audiencia me manifestaba su extrañeza, su inquietud. «No se registran en Andalucía, á pesar de la nota de quimeristas y templados que tienen nuestros jaques, este género de delitos, sino muy rara vez. No sabemos ni á qué atribuirlos aquí, ni cómo atajarlos. Ha llegado á constituir para nosotros una verdadera preocupación, porque no se infiere qué medidas tomar para cambiar este estado de cosas.»

Lo peregrino de tales actos de incivilización, es que mucha gente culpa de ellos á un filántropo, el marqués de Amboage.

¿Y cómo puede ser responsable un filántropo de las atrocidades de gañanes más ó menos alborotados por el tinto y la caña?

Es el caso que el marqués de Amboage creyó hacer un gran favor á los mozos de esta comarca instituyendo una fundación espléndidamente dotada para redimirlos del «servicio del rey.» Salvados de coger el chopo merced á la generosidad del marqués, los mozos no reciben ni ese aprendizaje que se da en el cuartel y que es, por lo menos, disciplina, obediencia, algo de responsabilidad, una doma, en suma. «Las escuelas rurales—decíame el magistrado—se encuentran en un estado verdaderamente lastimoso, y apenas dan nociones rudimentarias, pronto echadas en olvido.» Desde los doce años, el campesino se encuentra abandonado á sus instintos, generalmente brutales, sin nada que los neutralice, sin freno que los contenga, y atraviesa ese primer hervor de la pubertad que juristas y antropólogos señalan como la edad criminal por excelencia, libre de lo único que completaba su deficiente educación: el servicio. Esta es la obra del seguramente bien intencionado y caritativo marqués de Amboage, á cuya memoria, en vez de tributo de bendiciones, se consagran censuras y reniegos, exagerando quizás la influencia de su fundación en este desate de salvajismo que azota las cercanías de una ciudad tan pacífica y tan culta como la Coruña.

Civilizar enseñando, por medios evolutivos sociales, es sin duda lo mejor, pero es remedio á largo plazo, letra girada lo menos á veinte años fecha, y no es para sufrida veinte años la feroz acometividad de los mozos de los alrededores. Es preciso reprimir con mano fuerte, castigar como piden de consuno la ejemplaridad y la prudencia. La impunidad de ciertos delitos trae aparejado que se hagan crónicos y que se acompañen de un desbordamiento de criminalidad. Usar armas sin licencia; disparar tiros al aire; bailar á obscuras en la carretera, estorbando el paso á los coches y á los transeuntes pacíficos, no es nada, no tiene pena efectiva..., y de ahí nace el asesinato.

EMILIA PARDO BAZÁN.

La ventana, por M. Nogueras Oller

CUENTO INSPIRADO EN EL CUADRO «LOCA DE CELOS,» POR JOSÉ GARCÍA RAMOS

Voy á hablaros de Manuel Henares y de María Wolmar de Henares, hermosa norlandesa de excelente corazón.

Vivían en la ardiente Andalucía, en la deliciosa ciudad de Málaga, y era su casa de mucho *confort*, que para eso y otras cosas les complacía la fortuna.

Los dos se amaban con delirio, y era eso, sin duda, lo único que amenazaba acabar con la dulce armonía que palpitaba en sus almas.

Claro que para ello y ante todo precisaba la semilla; pero yo os digo de todas veras que tierra abonada no tarda en dar fruto, ya que únicamente para este objeto existe el demonio de la perversidad.

Y ese demonio que en genio y figura humana era conocido en la sociedad malagueña por Juan Laiglesia, se coló muy pronto en la sonriente casa de Henares.

Laiglesia era el amigo, el íntimo, la uña de la carne de Manuel. Conocía toda su vida, sus secretos, halagaba sus gustos, se adhería á todas sus ideas, y como es natural, no había fiesta en la casa en que faltara Juan.

La vida de Manuel Henares no ofrece nada de extraordinario ni de común. Pertenecía á la más pobre de las familias de Málaga, y como fuera que á los catorce años le salió un protector medianamente rico, de gran capacidad comercial y archimillonario en nobles sentimientos, abandonóse á la suerte y marchó con él á Noruega.

D. Martín se le portó admirablemente. Educóle con esmero, le hizo hábil en el negocio, y al morirse, después de haber explotado durante diez años una industria con envidiable éxito, le nombró heredero universal de todos sus bienes.

Durante su larga estancia en Noruega, hicieron mella en su alma cuatro grandes sensaciones; al año, el nacimiento de una hermanita suya; á los diez, la muerte de su protector; y á los quince, su casamiento con María Wolmar.

Falta la cuarta sensación, quizá demasiado terrible, por haber estallado en su alma en la época más hermosa de su vida. Henares soñaba en los brazos de su amada y despertóle la fatal noticia de que su hermana Dolores había muerto. ¡Morirse á los quince años!

Manuel Henares, dotado de un corazón sumamente sensible, no pudo olvidar á su hermanita -á la que sólo conocía por un mal retrato —ni en los brazos de su esposa.

Algo se desgarró en su pecho, y desde entonces sintióse fuertemente atraído por su patria. ¡Pobre Dolores!.. ¡Málaga debía de estar triste con la muerte de aquella niña tan dulce y pasional, tan típicamente hermosa!.. ¡Málaga debía de estar de luto!..

Cristansand le pareció un destierro, y en su tristeza de emigrado surgieron todos los recuerdos de su infancia; el amor al hogar cobró proporciones, y aquel hombre educado á la inglesa y crecido entre las nieblas frías recobró todo su ardiente carácter primitivo.

¡Málaga!.. Málaga le llamaba en sus ensueños, durante el día, siempre, para restablecerle bajo su sol como si fuera un enfermo.

Así fué como regresó á su país. Era poderosamente rico, y su llegada resultó un acontecimiento.

Juan Laiglesia, atraído muy pronto por los soñadores, por los siempre puros ojos de María Wolmar, quiso representar á la amistad en la casa de Henares.

Adoraba los ojos de las vírgenes, que se abrían al amor llenos de ingenua ansiedad curiosa; y enloquecía por los claros y serenos ojos de las casadas: ojos que cantasen en ardoroso arrobamiento el poema de los abrazos fecundos, sin intrigas y en idilio perpetuo... En fin, se embriagaba en su luz, absorbía todos sus encantos y procuraba encender en ellos el deseo bestial, para empañarlos con todos los horrores dramáticos del amor ilícito, que desarrolla sus escenas entre sensaciones de miedo y delicias de besos inquietos y furiosos.



Loca de celos, cuadro de José García Ramos
(Exposición nacional de Bellas Artes de Madrid. 1904.)

Tal era el demonio que conquistó la sincera amistad de Henares, Laiglesia, un pilluelo de su tiempo, condiscípulo suyo y general en jefe de todas las hazañas que se llevaban á cabo en los barrios bajos.

Había engordado, sin afear, por eso, la esbeltez de su talle, que pretendía elegancia y rebosaba presunción.

Era á la sazón el apoderado de una gran bodega de vinos; cobraba fuerte y no escatimaba gusto á su persona. Sabía hablar como verdadero orador de almacén, vendía su amistad á puñados, y era de esperar que acostumbrado al tanto por ciento, contase con la comisión respectiva. Sin embargo, sabía fingir admirablemente. No se apresuraba, porque María Wolmar era infranqueable, amaba mucho á su marido y para triunfar necesitaba toda su sagacidad, la que desplegaba sordamente, con aquella voraz astucia tan característica en las fieras, cuando ocultas en la sombra acosan una presa difícil.

Tardó muy poco en obtener los primeros resultados. Henares andaba mohino, se volvía misterioso y las más de las veces salía de casa sin dar explicaciones. Su mujer era demasiado severa en cosas de amor; tenía el extraño orgullo del que cumple con su deber; y como la ofendía su conducta, lloraba en secreto y callaba. Empero cuando supo que Manuel Henares frecuentaba casas de perdición de los barrios bajos, la invadió un desespero tan profundo, que dió el primer paso en falso.

¡Dudaba de él! ¡Ah, por de pronto la absoluta confianza que brotaba de aquella gran armonía conyugal estaba rota!

Laiglesia se frotaba las manos. María era celosa, y en su dolor insensato descubría al enemigo la parte flaca de su corazón, que dejaba de ser fortaleza.

María Wolmar y Juan Laiglesia hablaban bajo la sombra de los naranjos en flor.

Laiglesia salía en defensa del amigo; esto, seguramente, era de buen ver á los ojos de la esposa, y de paso le servía para sondear de más cerca las intimidades de aquella incauta. María se confesaba á él con toda el alma en los labios, sin regatear explicaciones, sin mixtificar sus celos y temores, convencida de que trataba con un hombre de bien. Por fin Laiglesia puso el dedo en la llaga y dijo dando mucho relieve:

—Yo apostaría que Manuel es un modelo de maridos fieles... Creo firmemente que anda preocupado por algo que ya nos revelará á su tiempo... No obstante, mucho me extraña su conducta..., y... ya que usted me honra con su confidencia tan sumamente delicada, me permitirá sin duda que le pregunte cómo se explica usted que haya abandonado la Noruega...

—La abandonó... Él dijo que por la muerte de Dolores... y yo me figuro que por la nostalgia de su país... Tal vez andaría más acertada presumiendo que se aburría...

—¡Por aburrimiento nunca, amándola á usted tanto!.. Me decido á pensar que por lo primero... Manuel... Yo conozco mucho á su marido de usted, señora. Manuel es fogoso; honra á su tierra... Está en la fuerza de su vida... Las nieblas, la severa monotonía de las ciudades del Norte, cuadraban muy poco á un corazón que ardía... Eso es todo. Málaga le llamó. Y Málaga..., en fin, señora, he de confesarle que no creo mucho en los enlaces internacionales... ¡La tierra llama siempre!..

— Así usted viene á reforzar...

—Yo no digo nada, señora. Me contento en suponer que Henares es el mejor marido del mundo; esto es, muy caritativo, honrado y consecuente hasta cierto punto. Él me lo dice todo, me ama, y francamente, no voy á convertirme en policía...

A lo que vemos, la hermosa casa de Henares, la poética finca, que se miraba al mar plácidamente, con sus naranjos y manzanales, mientras reía al sol por su exterior, paredes adentro se ponía obscura y triste como en día de tempestad.

Wolmar se enfrascaba en pésimas suposiciones, devoraba en silencio sus acerbas penas, y completamente alejada de su familia, en un país del todo extraño á sus gustos y costumbres, se hallaba sola y sepultada en un drama horrible.

Así es que se entregaba á Laiglesia con toda inconsciencia y sin otra intención que la de desahogar su dolor. A Manuel nada le decía; estaba amable con él lo mismo que siempre. Quería apurar la copa hasta el último sorbo, hasta que se rompiera el cristal, y entonces..., entonces, cuando la culpabilidad del esposo no diese lugar á duda, todo habría concluído para siempre. ¿Por qué reanudar un lazo que se había roto?

Para ella, la felicidad conyugal era como una cosa sumamente frágil, que debía conservarse toda la vida intacta...

Así es que temiendo verla de un momento á otro hecha añicos por el suelo, sufría en quietud para no apresurar el más horrible de los desencantos.

Laiglesia era un pillo redomado; sabía lo que se hacía y la condenó á una eterna semana de desesperación. Al octavo día fué á verla, y no hay actor que le aventajara en su papel de hombre trastornado.

—¡Lo que he sufrido por usted!.. ¡Ah, María, María! No hay lugar á duda; es cierto. ¡Inexorablemente cierto! El recuerdo de usted, completamente sola en país extranjero y aborrecida por ese infame, ha llenado de insomnio mis noches... Y estaba escrito que había de ser yo quien le diera á apurar la copa del dolor..., ¡yo!.. Eso es horrible... Pero... no va á ser usted sola quien la apure...¡Seremos los dos, ya que sufrimos un mismo desengaño... Usted, María, una mujer tan buena y tan sensible, verse ofendida, abandonada, á cambio de una impúdica de la peor especie... ¡Y yo lo he visto, yo, con estos mis propios ojos!..

Aquí descansó; secóse la frente, miró los claros, los siempre hermosos ojos de María Wolmar, y jugando el todo por el todo, abordó de frente:

—Creo que usted me tiene en buen concepto... Tengo la inmensa satisfacción de figurármelo... Estoy convencido de que usted no duda de la veneración que le profeso, como supongo que usted, María, no va á creerse que mi corazón se quede insensible al tremendo ultraje que se le infiere á usted... ¿Me entiende usted, María?.. Abra usted su alma á la vida; su hermosa alma creada para amar y ser amada, y comprenderá perfectamente lo que sucede en mi corazón... He dudado, he sufrido lo indecible; porque al fin y al cabo para el vulgo Manuel no deja de ser mi amigo y usted la esposa de mi amigo... Pero para nosotros no... Usted está completamente libre y sola, ya que la hoguera de amor hase apagado... Y los ojos de usted brillan aún con todo el fulgor de la juventud... Su boca pide besos... Su corazón es demasiado hermoso para trocarse en cámara mortuoria...



Monumento funerario del profesor Max Koner, obra de Fritz Klimsch

En esto María Wolmar se puso grave y hundió una mirada glacial y penetrante en los ojos de serpiente de Laiglesia, que se inflamaban por grados. Y sin decir palabra le acompañó á la puerta.

Al cabo de dos días María recibió una carta escrita con extrema nerviosidad; las letras se estrujaban, montando unas sobre otras en un laconismo mortal.

«Considero del todo incomprensible la crítica y violenta situación de usted. ¿Duda acaso de lo que es un hecho horrible é incontestable? Poco le costará convencerse de que todo cuanto le dije es la pura verdad. Pásese usted por la calle *tal*, número *tantos*, á las cuatro tarde, y mire usted por la ventana (izquierda) del piso bajo, ó sea la que está más próxima al ángulo de la calle. Tengo el pasaje tomado para su país de usted; la aguardo en la catedral. Capilla de la Virgen.»

María Wolmar no se murió porque la mantenía el dolor de las grandes desesperaciones. Todo el día estuvo hablando sola... ¡Ah, no..., ella no iría á la ventana!.. Prefería matarse. Y la idea del suicidio la invadió, tenaz, inexorable, absoluta... Aguardaría la puesta del sol...

Pero la ventana, aquella maldita ventana, la llamaba de un modo irresistible.

Sí, sí, iría; ya que debía morir, al menos apurarlo todo...; aquello le daría fuerzas. Volvería á su casa y se mataría.

A las tres y media, tarde, vistióse y atravesó toda la ciudad automáticamente, como si fuera una sonámbula.

¡La ventana!.. ¡Era allá, en el barrio crapuloso, en una de las inmundas calles! Muy cerca del recodo, con sus barrotes despintados y la persiana echada, como para proteger la última etapa del misterio...

María Wolmar se acercó á ella, con su velo negro, sudorosa la frente, los ojos desmesuradamente abiertos, la nariz dilatada, los labios hinchados... En dos horas había perdido toda su juventud, toda su belleza, su razón y hasta su vida misma.

Pegó la cabeza á los hierros de la reja, aguzó el oído y sepultó sus ojos al interior.

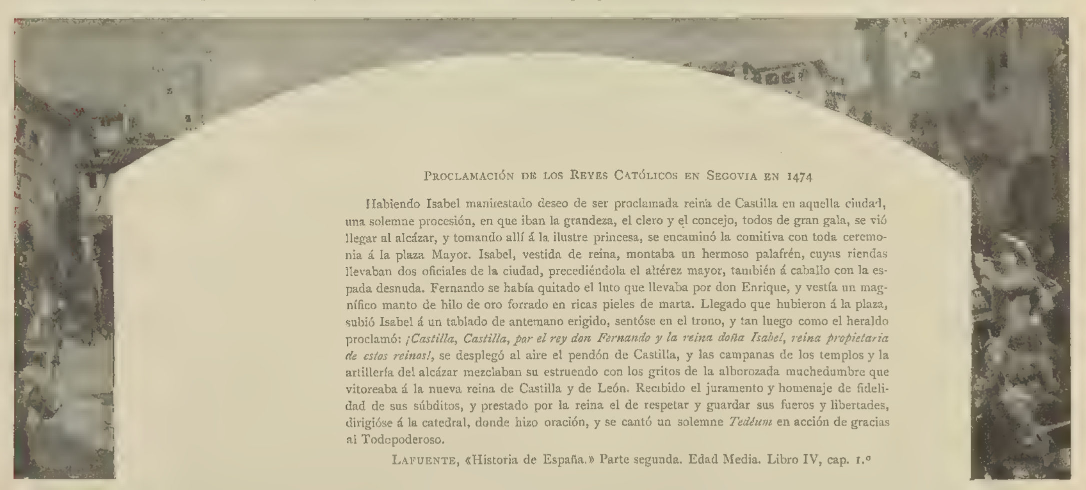
¡Él!.. ¡Era él! ¡Infame! Tenía en sus manos convulsas las de una mujer muy joven, casi una niña, de hermosura infinitamente dulce y triste á la vez. Henares le decía:

—Te amo tanto por lo mucho que te han aborrecido ellos y por lo que de ti me he olvidado...

—Y no obstante, respondióle la joven, es lo mejor que podrías hacer... Es lo que merezco, ¡el olvido!.. Al fin y al cabo soy una mujer cualquiera.

—¡Oh, no!.. Yo no puedo abandonarte... No quiero que vivas así; te amo y quiero reirme de lo que dirán. Vas á vivir conmigo.

María Wolmar no podía más; le silbaban las orejas, sus sienes estallaban, flaqueáronle las piernas y tuvo que agarrarse... El ruido de un beso resonó en su alma como un martillazo. Quiso marcharse y no pudo; una fuerza extraña la contenía.



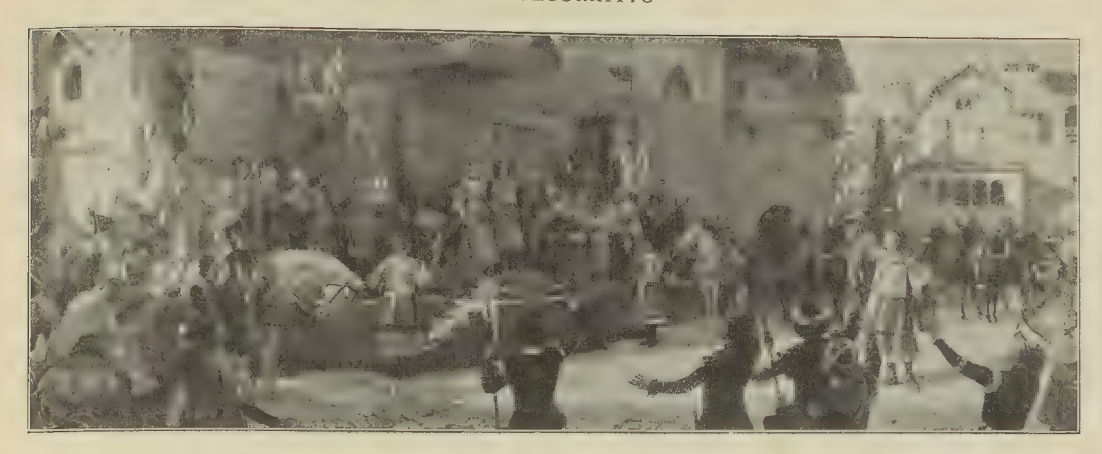
PROCLAMACIÓN DE LOS REYES CATÓLICOS EN SEGOVIA EN 1474

Habiendo Isabel manifestado deseo de ser proclamada reina de Castilla en aquella ciudad, una solemne procesión, en que iban la grandeza, el clero y el concejo, todos de gran gala, se vió llegar al alcázar, y tomando allí á la ilustre princesa, se encaminó la comitiva con toda ceremonia á la plaza Mayor. Isabel, vestida de reina, montaba un hermoso palafrén, cuyas riendas llevaban dos oficiales de la ciudad, precediéndola el alférez mayor, también á caballo con la espada desnuda. Fernando se había quitado el luto que llevaba por don Enrique, y vestía un magnífico manto de hilo de oro forrado en ricas pieles de marta. Llegado que hubieron á la plaza, subió Isabel á un tablado de antemano erigido, sentóse en el trono, y tan luego como el heraldo proclamó: *¡Castilla, Castilla, por el rey don Fernando y la reina doña Isabel, reina propietaria de estos reinos!*, se desplegó al aire el pendón de Castilla, y las campanas de los templos y la artillería del alcázar mezclaban su estruendo con los gritos de la alborozada muchedumbre que vitoreaba á la nueva reina de Castilla y de León. Recibido el juramento y homenaje de fidelidad de sus súbditos, y prestado por la reina el de respetar y guardar sus fueros y libertades, dirigióse á la catedral, donde hizo oración, y se cantó un solemne *Tedéum* en acción de gracias al Todopoderoso.

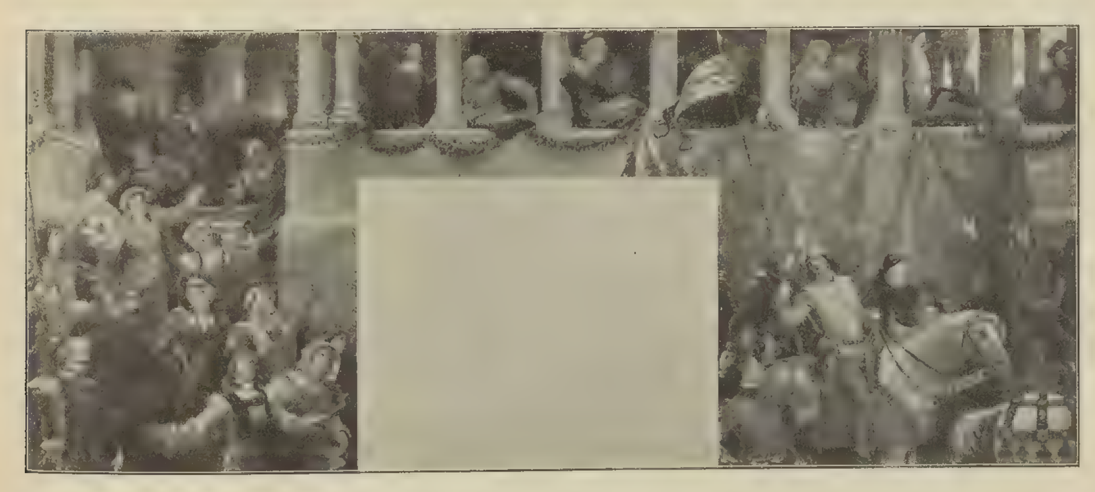
LAFUENTE, «Historia de España.» Parte segunda. Edad Media. Libro IV, cap. 1.º

PROCLAMACIÓN DE LOS REYES CATÓLICOS EN SEGOVIA EN 1474. PAÑO SEGUNDO DEL SALÓN, PINTADO POR J. GARNELO, PARA EL PALACIO DE S. A. LA INFANTA D.ª ISABEL EN MADRID

ARTE DECORATIVO







PROCLAMACIÓN DE LOS REYES CATOLICOS EN SEGOVIA EN 1474. PAÑOS PRIMERO, TERCERO Y CUARTO DEL SALÓN, PINTADOS POR J. GARNELO, PARA EL PALACIO DE S. A. LA INFANTA D.ª ISABEL EN MADRID

Henares continuaba cada vez más dulce y con mayor firmeza:

—Vas á venir, ¿oyes?.. Te lo ruego... Te lo mando si es preciso.



BARCELONA. – Inauguración por el Excmo. Sr. Ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas de la Exposición de Minería y Trabajos Hidráulicos de Cataluña é Islas Baleares, organizada por el Fomento del Trabajo Nacional. (Fotografía de A. Merletti.)

—Pero ¿y María?

—María te aceptará con alegría. ¡Si la conocieras! ¡Pobre!.. Has sido muy cruel con ella. Sufre en silencio... Yo que la amo tanto y que leo en sus ojos mejor que en ningún libro, harto sé lo que sufre. A veces me imagino que soy su verdugo, y créeme, Dolores, no voy á ser yo quien alargue esta insostenible situación... Más de cien veces iba á enterarla de todo y me he mordido la lengua pensando en ti .. Es inútil callar. ¿Para qué?.. Yo no quiero conservarte en el criminal abandono en que te ha hundido la maldición de nuestro padre... ¿Vergüenza?.. ¿Y de qué debes avergonzarte?.. Caíste, pero caíste por amor, miserablemente engañada... Fuiste madre, y aquí, en tu limpia y diminuta casita, cuidas de mi sobrino, abusando de tu salud, trabajando noche y día para vivir honradamente... ¿Y crees tú que voy á abandonarte?.. Vendré con María y entre los dos te llevaremos á cuestas...

María Wolmar estuvo á punto de gritar ó de llamar á la puerta. Toda la alegría que había perdido durante sus celos atroces é insensatos, acudía en tropel; nacía en su corazón á borbotones como una fuente, y se esparcía por todo su cuerpo como si la quisiera limpiar de la vergüenza que sufría por haber dudado de su esposo...

Nogueras Oller.

BARCELONA

Exposición de minería y trabajos hidráulicos de Cataluña é islas Baleares

Con asistencia del Excmo. Sr. Ministro de Agricultura, Industria, Comercio y Obras Públicas señor Allende Salazar, efectuóse en la tarde del último lunes la inauguración de la Exposición de Minería y Trabajos hidráulicos de Cataluña é islas Baleares, organizada por el Fomento del Trabajo Nacional de esta ciudad.

Hállase instalada esta exposición en la nave central del que fué Palacio de Industrias en la universal de 1888 y que después se utilizó para Museo de Reproducciones, y en ella figuran muestras de minerales, máquinas, cementos, porcelanas, asfaltos, piedras y muelas de esmeril, piedras litográficas, aisladores y objetos de loza, cal hidráulica, construcciones de hierro y madera, retortas y ladrillos refractarios, yesos, objetos de fundición artística, barras cilíndricas de presión, generadores inexplosibles, artículos de fumistería, conductores eléctricos, portland, mármoles, máquinas y herramientas de presión, láminas perforadas de todos tamaños, tuberías, engranajes cortados á máquina, cristalería, forjas mecánicas, aceros, materiales completos de conducciones de agua y gas, barras estiradas, cabos, tornillos, cables de acero, instalaciones de cemento armado, depósitos y postes metálicos, vagonetas, mosaicos y piedras artificiales, vidrios rayados, envases de hojalata, etc.

El acto oficial de la inauguración se realizó en una de las naves que se alzan al lado de la citada nave central; en el estrado sentáronse el ministro, el capitán general, el gobernador civil, el presidente de la Diputación Provincial, el alcalde, el presidente del Fomento, el presidente de la comisión organizadora y representantes de otras varias corporaciones. Pronunciaron elocuentes discursos los Sres. Ferrer-Vidal, presidente del Fomento, Thos y Codina, presidente de la comisión organizadora, y el ministro.

Alabanzas merece por su nueva iniciativa el Fomento del Trabajo Nacional que, atento siempre á todos sus fines sociales, no perdona medio de estimular á los productores de nuestra patria, ora defendiendo sus intereses ante los poderes públicos cuando considera que sobre ellos pende alguna amenaza que pone su existencia ó su prosperidad en peligro, ora señalándoles los caminos que han de seguir para aumentar el desenvolvimiento de sus industrias, ó presentando, como en el caso actual, al público examen los adelantos y perfeccionamientos que su actividad y su inteligencia han introducido en la producción general española.—S.

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

En nuestra última crónica dejábamos interrumpido el relato de la segunda batalla de Liao-Yang en la jornada del día 16. En la mañana del 17 los rusos se apoderaron de la estación de Cha-Ho-Pu, de la aldea de Si-Ling-Tse y de una parte de la de Ling Si-Pu, pues el resto de ella quedó y continúa aún en poder de los japoneses, que se han hecho fuertes en un templo budista.

En la noche del 17 al 18 ejecutaron los japoneses un movimiento ofensivo en la izquierda y en el centro é intentaron sobre todo recuperar la colina del Arbol Aislado, pero fueron rechazados en todos sus ataques. El resto del día transcurrió en relativa calma, á consecuencia de una gran tempestad que estalló á la madrugada, haciendo casi imposible todo movimiento de tropas.

El 19 la situación quedaba completamente modificada de un modo ventajoso para Kuropatkine, pues éste había logrado contener el movimiento de avance del general Okú y los rusos eran nuevamente dueños de la orilla Sur del Cha-Ho, habiendo además mejorado notablemente su estado moral á consecuencia de las últimas victorias alcanzadas. En aquel día no hubo sino pequeñas escaramuzas.

Durante el día 20 nada de particular ocurrió, y en la noche del 20 al 21 los japoneses se retiraron de la aldea de Cha-Ho-Pu, dejando abandonados gran cantidad de víveres, armas y municiones, lo cual hace suponer que la retirada fué precipitada.

Desde entonces y hasta el 25, fecha á que alcanzan las noticias oficiales cuando escribimos esta crónica, no ha habido ningún encuentro serio y únicamente á intervalos se han cañoneado ambos ejércitos.

Todavía no se sabe oficialmente el número de bajas que han tenido los rusos en esta batalla, una de las más sangrientas que registra la historia. Según



GUERRA RUSO-JAPONESA. – EL GENERAL KUROPATKINE CONDECORANDO Á UN SOLDADO EN LIAO-YANG. (De fotografía. Reproducción autorizada.)

informe remitido por el mariscal Oyama á Tokío, dichas pérdidas se elevan á 60.000 hombres fuera de combate; por otros conductos se afirma que el general Kuropatkine perdió casi la cuarta parte de sus fuerzas, y teniendo en cuenta las que tomaron parte en la acción, resulta confirmado el dato del generalísimo japonés. Por lo que toca á las de los japoneses, el propio mariscal ha dicho que ascienden á 15.879; pero esta cifra es á todas luces inexacta, pudiendo afirmarse que, dada la duración de la batalla y dado el encarnizamiento y el valor temerario con que los japoneses lucharon, sus bajas han debido ser infinitamente mayores de lo que oficialmente confiesan. Hay un dato para creerlo así: en la primera batalla de Liao-Yang, perdieron, según propia confesión, 20.000 hombres; la segunda ha sido mucho más larga y sangrienta y en ella hubieron de realizar esfuerzos muy superiores á los de la anterior; siendo esto así, ¿es creíble que sus pérdidas fuesen menores?

Y sin embargo de tan horribles resultados, la batalla ha quedado indecisa; esta es la primera vez que los rusos no se han retirado y se mantienen firmes en sus posiciones. También permanecen en las suyas los japoneses, encontrándose ambos ejércitos separados por una distancia de un tiro de fusil, en un frente de 40 kilómetros, reponiéndose de las bajas sufridas, reorganizando sus unidades y municionándose; y aunque tal situación es en extremo anómala, por ahora ninguno de los dos adversarios puede tomar la ofensiva, porque uno y otro empeñaron todas sus fuerzas disponibles en aquella serie de reñidos combates. El mismo Kuropatkine, que con muy buen acuerdo había dejado algunas divisiones de reserva, hubo de echar mano de ellas para rechazar el violento contraataque del enemigo. Los japoneses comprenden la imposibilidad en que ahora se encuentran de rechazar á los rusos hacia el Norte, pero al propio tiempo no quieren retirarse porque saben la malísima impresión que este movimiento retrógrado produciría en Tokío. En espera de refuerzos que Oyama tiene pedidos á su gobierno y que éste difícilmente podrá enviarle, á lo menos con la premura que se necesitan, confían sin duda en la próxima toma de Puerto Arthur, que les permitirá disponer de los elementos indispensables para reanudar la ofensiva. Y este es otro indicio para creer que las bajas por ellos sufridas en estos últimos días han debido ser muy superiores á las indicadas por el cuartel general, pues si los rusos hubiesen perdido 60.000 hombres y los japoneses sólo 16.000, la superioridad numérica de los ejércitos del mariscal Oyama sería lo bastante considerable para poder proseguir su movimiento de avance. Por su parte, el general Kuropatkine recibe cada día nuevos refuerzos, con los cuales reconstituye su ejército sobre el mismo pie que tenía antes de la batalla, y es de suponer que antes de poco proseguirá la ofensiva iniciada después de la célebre orden del día 2 de octubre.

A todo esto, comienzan á sentirse en el teatro de la guerra los rigores del invierno, que harán doblemente penosa y difícil la campaña, sobre todo para los japoneses, menos acostumbrados que los rusos á las bajas temperaturas.

Las noticias de Puerto Arthur recibidas por conducto de Che-Fu dicen que los japoneses siguen concentrando sus principales ataques contra los fuertes situados entre el mar y la vía férrea; que su artillería es de día en día más numerosa, alcanzando actualmente la cifra de 400 piezas; que el ejército sitiador está en contacto con la línea de defensa en todo el perímetro, salvo en el Sudoeste, en donde los rusos conservan la formidable posición del promontorio de Liao-Ti-Chan y construyen nuevas fortificaciones; que el bombardeo prosigue sin interrupción, y que sitiadores y sitiados sufren mucho á consecuencia del frío, especialmente los segundos, que andan muy escasos de ropas de invierno. Finalmente algunos japoneses aseguran que la plaza será tomada el día 3 de noviembre, fiesta del Mikado; respecto de esta profecía, téngase en cuenta que para julio estaba anunciada la rendición de Puerto Arthur; desde entonces han transcurrido varios meses y Puerto Arthur resiste todavía.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – NICOLÁS ZOUEFF, el niño héroe de Puerto Arthur

Y ya que de Puerto Arthur hablamos, diremos algo del niño Nicolás Zoueff, cuyo retrato publicamos en esta página. Cuenta catorce años, era hijo adoptivo del teniente de navío Zoueff, que pereció en la catástrofe del *Petropawlosk*, y ha realizado actos de heroísmo extraordinarios que le han valido tres cruces de San Jorge. Ha atravesado varias veces las líneas japonesas entre Puerto Arthur y Liao-Yang á fin de llevar noticias de la plaza sitiada al general Kuropatkine. Hecho en una ocasión prisionero, logró escapar en un caballo de los japoneses, y perseguido por éstos, recibió un balazo que le rompió un hombro, á pesar de lo cual continuó su carrera y pudo llegar á Puerto Arthur. Otra vez penetró en el campo enemigo, destornilló una culata de cañón, del que se llevó una pieza, y proporcionó á los sitiados datos precisos acerca de la disposición del campamento.

Con motivo de los últimos combates, el general Kuropatkine ha dirigido al tsar un informe muy encomiástico para los destacamentos sanitarios enviados por los círculos provinciales á la Mandchuria. Todos los corresponsales hacen, por otra parte, grandes elogios del personal y del funcionamiento de los servicios sanitarios, cuyos celo, abnegación é inteligencia se han puesto especialmente de manifiesto en ocasión de transportar á Mukden 26.000 heridos procedentes de la segunda batalla de Liao-Yang.

Rusia sigue adoptando las debidas disposiciones para sostener una guerra larga y tenaz: en efecto, el gobierno ha dictado en 21 de octubre un ukase llamando al ejército activo á los reservistas de 120 círculos pertenecientes á los distritos militares de Varsovia, Vilna, Kiev, Moscou y Odessa. Este llamamiento se hace con objeto de tener constantemente completos los efectivos de los regimientos ya movilizados.

Por decreto imperial de 23 de octubre, el general Kuropatkine ha sido nombrado comandante supremo de los ejércitos de tierra del Extremo Oriente, y el almirante Alexeieff ha sido confirmado en su cargo de virrey. Con estos nombramientos quedan desvanecidos los rumores que se habían propalado acerca de la desgracia en que se suponía que habían caído ambos caudillos.

Terminaremos esta crónica dando cuenta de un lamentable accidente á que ha dado lugar el paso de la segunda escuadra del Pacífico por delante de las costas de Inglaterra. En la noche del 21 al 22 una flotilla de pesca del puerto de Hull, compuesta de 160 embarcaciones de vapor, que se encontraba en



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Revista militar que en honor de los valerosos defensores de Puerto Arthur pasa el general Stoessel durante un combate

(Dibujo de Fortunino Matania. Reproducción autorizada.)

Cuanto se diga en loor de los defensores de Puerto Arthur es poco para lo que aquellos héroes merecen. La defensa de aquella plaza constituye una página sublime, no sólo de la actual guerra, sino también de los anales militares de todo el mundo: no se trata de un puñado de hombres que luchan simplemente por la gloria, que se dejan matar para que la posteridad perpetúe sus nombres, sino de soldados que sacrifican sus vidas por salvar las de sus hermanos, que saben que cada día que prolongan su resistencia es una probabilidad más de que obtengan la victoria los que en el corazón de la Mandchuria luchan á las órdenes de Kuropatkine. El grabado que reproducimos es un homenaje del general Stoessel, el alma de la defensa de Puerto Arthur, á sus valerosas y sufridas tropas que desfilan delante de él como pudieran desfilar en una parada, mientras caen á su lado los proyectiles lanzados por los japoneses y los cañones de los fuertes y de las murallas hacen terrible fuego sobre los sitiadores.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Los japoneses persiguiendo á la retaguardia rusa, que se retira sobre Liao-Yang. (Dibujo de Fortunino Matania. Reproducción autorizada.)

Después de diez días de terribles combates, el ejército ruso hubo de evacuar la ciudad de Liao Yang retirándose hacia Mukden. Las fuerzas de retaguardia del general Kuropatkine protegieron la retirada del grueso del ejército, batiéndose valerosamente contra los japoneses que de cerca les perseguían, y gracias á ellas, pudo la retirada efectuarse en condiciones tales, que por ella ha merecido el generalísimo ruso las más entusiastas alabanzas de los principales críticos militares. La persecución de los japoneses no se extendió á muy larga distancia: quebrantados por tantos días de encarnizada lucha, necesitados de reorganizar sus unidades, después del extraordinario número de bajas sufridas, quedáronse en Liao-Yang, ciudad que los rusos incendiaron antes de evacuarla y después de haber sacado de ella la mayor parte de los víveres y municiones que allí tenían almacenados.

alta mar, fué cañoneada por dicha escuadra, yéndose á pique á consecuencia de ello el vapor *Crane* y algún otro barco, y resultando además varios pescadores muertos y heridos. Hasta ahora sólo se conoce la versión que del hecho dan los periódicos ingleses y de ella resulta que los disparos se hicieron sin previo aviso. Inútil es decir la excitación que esto ha producido en Inglaterra, ya sin esta circunstancia hostil á Rusia: la prensa, el parlamento, la opinión pública, piden la adopción de enérgicas medidas; la diplomacia funciona activamente y el gobierno ha enviado órdenes especiales á las escuadras de Gibraltar y del Mediterráneo. El gobierno ruso, por su parte, muéstrase dispuesto á dar toda suerte de satisfacciones y á indemnizar á las víctimas si resulta que el suceso aconteció realmente tal como dice la información inglesa, reservándose, sin embargo, á obrar hasta que haya recibido el parte oficial del almirante Rodjestvensky; y el tsar ha enviado un telegrama al rey Eduardo expresándole su profundo sentimiento por lo ocurrido y sus simpatías por las familias de las víctimas.

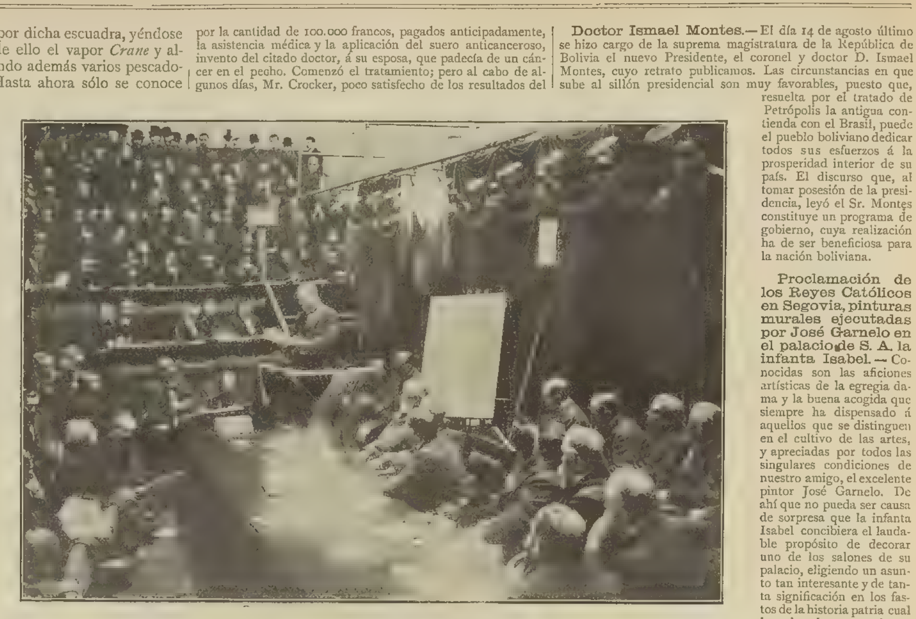
Es tan extraño lo que ha sucedido; sería tan incomprensible la conducta del almirante ruso si resultara cierta la versión inglesa, que nos parece lo más prudente reservar todo juicio sobre el particular hasta tanto que sepamos, por boca del jefe de la escuadra, los motivos que le indujeron á proceder de aquel modo. Tal vez entonces se vea que no ha sido tan imprudente y precipitada como á primera vista parece la conducta de los marinos rusos que, por desgracia suya, tienen experiencia bastante triste del modo como empezaron y siguen haciendo la guerra sus adversarios.—R.

NUESTROS GRABADOS

Zaragoza. — Monumento á los mártires, obra de Agustín Querol.—Acaba de inaugurarse en la capital aragonesa el hermoso monumento dedicado á honrar la memoria de los mártires de la independencia, de aquellos que sucumbieron en la defensa de su querida ciudad, combatiendo á los inicuos invasores de la patria. Zaragoza ha unido un nuevo timbre á los que ya posee, puesto que al dignificar á sus héroes se ennoblece. Su glorificación es un debido tributo que ha rendido respetuosa y en forma cumplida, levantando un monumento digno del buen nombre de la hidalga ciudad y del eminente escultor que lo ha concebido y ejecutado. Agustín Querol, que tantas muestras ha dado ya de sus estimables aptitudes para la escultura de carácter monumental, ha sabido armonizar por medio de tres alegóricas representaciones el concepto y la significación del monumento. Destácase en él la ya histórica cruz de Santa Engracia, símbolo que significó para los héroes los ideales de la fe y de la patria, y la majestuosa estatua de la gloria levantando el cuerpo de uno de los combatientes, de uno de aquellos mártires á quienes Zaragoza dedica un recuerdo y lo transmite, embellecido por el arte, al respeto y á la consideración de la posteridad.

Monumento funerario del profesor Max Koner, obra de Fritz Klimsch.—Tiene este sepulcro toda la severidad arquitectónica que requieren las obras de esta clase, embellecida por las dos hermosas estatuas que cortando la frialdad de las líneas simétricas prestan calor y vida al monumento. Estas dos admirables figuras, que personifican el arte á que se dedicó Max Koner llorando la desaparición del renombrado maestro y la admiración que aun después de muerto contempla vivo al pintor en su legado artístico, están trazadas con una sobriedad, un sentimiento y una corrección que revelan el talento y la mano de un escultor profundo en concebir y habilísimo en ejecutar. Fritz Klimsch nació en Francfort del Mein en 1870 y estudió en la Escuela de Escultura de Berlín, en donde reside actualmente, habiéndose conquistado un nombre y una posición envidiables y merecidos.

París.—Congreso Nacional de Cirugía.—Se ha celebrado recientemente en París el XVII Congreso Nacional de Cirugía, en el que entre otros temas se ha discutido el de los «derechos, deberes y responsabilidad del cirujano.» Este tema, ya de suyo interesante, ha resultado serlo más aún dado el pleito que un archimillonario yanqui sostiene actualmente contra el famoso operador Doyen. Hace algunos meses, Mr. Crocker, que así se llama el norteamericano, concertó con Doyen por la cantidad de 100.000 francos, pagados anticipadamente, la asistencia médica y la aplicación del suero anticanceroso, invento del citado doctor, á su esposa, que padecía de un cáncer en el pecho. Comenzó el tratamiento; pero al cabo de algunos días, Mr. Crocker, poco satisfecho de los resultados del mismo, pidió á Doyen que lo suspendiera y se llevó á los Estados Unidos á su esposa, la cual murió allí dos meses después. Ahora el viudo ha puesto pleito al cirujano reclamándole la devolución de los 100 000 francos. Este asunto ocupa vivamente la atención de los parisienses y sobre todo del mundo médico francés, para el cual, como se comprenderá, tiene interés grandísimo el fallo del tribunal. El Congreso ha honrado á la cirugía española invitando al eminente médico-cirujano catalán Dr. Fargas á que lo presida.



PARÍS. – CONGRESO NACIONAL DE CIRUGÍA. El Dr. DOYEN leyendo su trabajo sobre el suero anticanceroso por él preparado (De fotografía. Reproducción autorizada.)



CORONEL DR. ISMAEL MONTES, nuevo Presidente de la República de Bolivia

Doctor Ismael Montes.—El día 14 de agosto último se hizo cargo de la suprema magistratura de la República de Bolivia el nuevo Presidente, el coronel y doctor D. Ismael Montes, cuyo retrato publicamos. Las circunstancias en que sube al sillón presidencial son muy favorables, puesto que, resuelta por el tratado de Petrópolis la antigua contienda con el Brasil, puede el pueblo boliviano dedicar todos sus esfuerzos á la prosperidad interior de su país. El discurso que, al tomar posesión de la presidencia, leyó el Sr. Montes constituye un programa de gobierno, cuya realización ha de ser beneficiosa para la nación boliviana.

Proclamación de los Reyes Católicos en Segovia, pinturas murales ejecutadas por José Garnelo en el palacio de S. A. la infanta Isabel. — Conocidas son las aficiones artísticas de la egregia dama y la buena acogida que siempre ha dispensado á aquellos que se distinguen en el cultivo de las artes, y apreciadas por todos las singulares condiciones de nuestro amigo, el excelente pintor José Garnelo. De ahí que no pueda ser causa de sorpresa que la infanta Isabel concibiera el laudable propósito de decorar uno de los salones de su palacio, eligiendo un asunto tan interesante y de tanta significación en los fastos de la historia patria cual lo es la solemne proclamación de los Reyes Católicos en Segovia y designando á Garnelo para interpretarlo. Si éste ha correspondido á la distinción de que ué objeto, demuéstranlo las reproducciones de las pinturas á que nos referimos, que decoran los paramentos del salón, estudio concienzudo de una época que el autor ha interpretado con verdadero acierto y exactitud, ya que así los edificios que sirven de fondo principalísimo de las escenas, como los trajes, armas, arreos, etcétera, son trasunto fidelísimo de aquel glorioso período.

Perseguidos por los lobos, cuadro de Adolfo Schreyer.—Aunque algo dijimos de este pintor alemán en el número 1.172 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, con motivo de la publicación de su bellísimo lienzo *Desbocados*, completaremos hoy lo que entonces expusimos con algunos datos interesantes de su biografía. Nació en 1828, y aunque estudió en las academias de Munich y Dusseldorf, más que la sujeción de las aulas atrájole la libertad de la naturaleza y la vida de aventuras. Agregado al estado mayor austriaco, estuvo en la guerra de Crimea, viajó luego por el Africa y establecióse en 1861 en París, de donde hubo de salir en 1870, al estallar la guerra franco-prusiana, con no poco sentimiento, pues había hecho de Francia su segunda patria y en aquella capital había alcanzado grandes triunfos, obteniendo medallas de oro en los Salones de 1864, 1865 y 1867. En aquella época, sus pinturas eran tan solicitadas como las de Meissonier por los coleccionistas franceses, ingleses y sobre todo americanos. De regreso en su patria, siguió cultivando su género favorito, la pintura de caballos, y sus cuadros, que casi siempre representan escenas de la vida de los cosacos y de los árabes, figuraron en los más aristocráticos salones. Adolfo Schreyer falleció en 1899.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *¡Ay que ve la dona!*, pieza en un acto de don José M.ª Pous y, en el Eldorado *El pobre Vallbuena*, humorada lírica en un acto y tres cuadros de los Sres. Arniches y García Alvarez, música de los Sres. Valverde (hijo) y Torregrossa.

La «Associació Wagneriana» ha comenzado el curso de 1904-1905. En la sesión inaugural se leyó un estudio necrológico de D. Joaquín Pena, del que fué tan distinguido wagneriano don José de Letamendi; se cantó el primer acto de la ópera de Wagner *La Walkiria*, ejecutado al piano por el Sr. Doménech Español y por la Srta. D.ª Francisca Marcé y los Sres. D. Antonio Colomé y D. Manuel Boadella. Para el presente curso tiene preparados la Asociación los trabajos siguientes: audición completa de *Siegfried*, en catalán, ejecutada al piano y cantada por distinguidos artistas; una serie de sesiones á cargo del Sr. Pena dedicadas al estudio de *Los maestros cantores de Nuremberg*, cuya traducción al catalán están terminando los Sres. Pena y Viura con la colaboración del Sr. Doménech Español; varias conferencias sobre temas relacionados con el objeto de la Asociación, de las que se encargarán los Sres. Pena, Par, Doménech, Maragall, Chávarri, Gual, Viura y otros; audiciones de varias reducciones para tríos de piano y cuerda de diferentes fragmentos de óperas de Wagner; sesiones de música di camera de las que formarán parte las dedicadas á las Sonatas de Beethoven para piano y violín y piano y violoncello, siendo ejecutadas las primeras por los Sres. de Greef y Crickboom; audiciones de los tríos de Beethoven para cuerda, interpretados por los Sres. Munné, Dini y Estera; audiciones de obras de Bach, Mendelssohn, Schumann, Schubert, Grieg, etc.; un estudio de alguna obra moderna, que probablemente será *L'Etranger*, de Vincent d'Indy, y otro estudio del poema y música de *El crepúsculo de los dioses*.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29, Bd des Italiens.

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Los cumplimientos volvieron á empezar, y Camila, con la originalidad, con la sobriedad de un elegante atavío, estuvo aún más encantadora que en el día anterior. Con una maestría desconocida en Saint Romain, consiguió resolver este arduo problema: Gustar á la baronesa, entusiasmar al barón y tratar á Daniel con una gracia sonriente que, sin alarmar á sus padres, tuviese toda la coquetería de una halagüeña atención.

El joven resultó más entusiasmado que su padre.

Daniel observó muy bien que la artista le miraba con gusto y no parecía aburrirse á su lado; y se dió cuenta instintivamente de que no le convenía confesar á sus padres la impresión que aquella mujer había producido en su vanidad hábilmente excitada.

—Es divina, pensaba. Graciana y ella se parecen como dos gotas de agua, pero qué diferencia... Y esta es Camila Girot, una de las reinas de París... Y más guapa... y tan joven... ¡Qué mujer!

Porque Daniel era de los que á la primera sonrisa sienten el flechazo que les hace olvidar todos los anteriores.

Y era evidente que había gustado á Camila Girot.. ¡Son tan caprichosas y fantásticas esas almas de artista!

Daniel se lo explicaba bien.

Sin hablar de su buen humor y de su buen aspecto, aquel aire de noble rural un poco descuidado, tan diferente del de los parisienses, le daba una originalidad muy beneficiosa... Era evidente.



Y desde aquel momento no se vió más que á Daniel en torno de Camila

Y desde aquel momento no se vió más que á Daniel en torno de Camila, la cual, por su parte, parecía encantada al verle llegar cuando estaba pintando y le decía, dejando la paleta:

—¡Ah! ¿Ya está usted aquí? Vamos á darnos un pequeño entreacto de charla. Cuénteme usted la crónica de Saint-Romain. Empecemos por los ecos del gran mundo...

Y empezaban las risotadas.

Pero, con aquellas risas, Camila perseguía su idea. Como era leal, había prescindido desde el primer momento de emplear un medio, fácil, sin embargo, de asegurarse el concurso de aquel loco, en el que adivinaba el mejor muchacho de la tierra.

Sabía muy bien que si hubiera querido dejarle suponer una probabilidad, por débil que fuera, de ser considerado de otro modo que como un amable vecino y un alegre camarada, le hubiera hecho andar de cabeza, prender fuego al castillo de sus padres y atreverse á todas las excentricidades y á todas las locuras.

Pero Camila no quería hacer nacer tal idea en aquella cabeza de enamorado de las once mil vírgenes.

A la primera frase en que vió asomar la oreja de una declaración amorosa, respondió amablemente:

—¡Oh, no; eso no, si quiere usted que sigamos siendo amigos!

—¿Pero qué ha podido desagradar á usted?

—Lo que acaba usted de decirme. No es así como se habla á una camarada que se porta francamente.

—Pero así se habla á una mujer que le ha inspirado á uno un sentimiento muy natural..., un sentimiento que...

—No lo defina usted; me disgustaría... y sería lástima.

—¿Qué hay que decir, entonces, cuando se quiere agradar á usted?

—Es que no quiero tampoco que usted me agrade. «Agradar» es una palabra que no tiene empleo en nuestra agradable amistad. Se agrada á una mujer á quien se hace el amor..., y no quiero que usted me lo haga.

—¿Tan desagradable le sería á usted?

—Ni siquiera me he planteado esa pregunta.

—Plantéesela usted...

—No, porque sería tiempo perdido. La plaza está ocupada.

—¡Qué suerte la mía! Siempre llego cuando otro acaba de precederme.

—No, amigo mío; ahora no es así.

Y se puso más seria para añadir:

—Debe usted suponer que, á no haber ocurrido algún accidente muy reciente, no estoy sola en la vida. Una mujer como yo tiene siempre... Pero va usted á hacerme decir tonterías. Le repito que el sitio está ocupado. Además soy más vieja que usted y le conozco ya bastante para saber que es usted mejor de lo que cree ser y que pronto se convencerá de que la amistad de una mujer tiene algo de muy bueno y de muy dulce...

Y Camila le ofreció la mano con una sonrisa más triste que el comienzo de aquella conversación.

Daniel vió que aquella mujer deseaba esa amistad y temió no poder emprender el camino que ella le mostraba tan amablemente.

—¿Acepta usted?, preguntó Camila, dirigiéndole una mirada franca y dominadora.

—Aceptada, respondió Daniel apoderándose de la mano que se le ofrecía.

—¿Somos, pues, amigos?

—Y nada más que amigos; está dicho.

—Pues bien, Daniel, cuando se es amigo, se prueba la amistad.

—No pido otra cosa. Mande usted y obedeceré.

—Es usted un ángel... Casemos á esos muchachos... Es mi más vivo deseo.

—¿Qué muchachos?

Daniel no sabía de qué le hablaban. La otra aventura, la de ayer, pertenecía ya á la historia antigua... y olvidada.

—¿Quiénes han de ser? Esos pobres enamorados que tanto padecen para ganar su pleito.

—¿Graciana y Pedro Boissier? No me opongo y hasta me alegraré en el alma... Ya lo saben ellos, puesto que se lo he dicho. Mis padres tienen otras ideas y se hacen ilusiones, que yo no discuto, naturalmente... Creen que dentro de dos meses estará Graciana más dispuesta que ahora... Esto les gusta y yo los dejo, pues no hacen daño á nadie.

Y añadió moviendo la cabeza:

—En su casa de usted es donde no quieren permitir...

Camila sonrió con malicia.

—No es en mi casa, dijo, donde está la verdadera dificultad.

—Sí, está en Antonio Boissier, y ese es más duro de pelar...

—¿Le conoce usted?

—Un poco de vista y mucho de reputación. Es un oso por la amabilidad y un mulo por la obstinación. No es fácil de domesticar un cuadrúpedo de tales señas.

—Entonces no cree usted que un paso mío ..

—¿Cerca de él? ¿Usted? Sería lo mismo que solicitar algo de un poste. ¡Bastante le importa á él la amistad de Camila Girot!

—No tengo ninguna gana de ofrecérsela... A ver, venga usted en mi ayuda... Ese hombre debe de tener una fibra sensible...

—No lo creo.

—Toda criatura humana, aun la más erizada, la más acorazada, tiene un punto débil por el que es accesible..., una manía, una pasión..., un deseo secreto...

—Creo, palabra de honor, que no se le ha visto conmoverse más que una vez; cuando tuvo que entregar á mi padre el bastón de alcalde.

Los ojos de Camila brillaron. Daniel llegaba por sí mismo adonde ella se había propuesto llevarle suavemente.

—Hace doce años de eso, siguió diciendo el joven, y todavía no ha digerido aquella amarga píldora.

—¿Y es su padre de usted el que desde entonces?..

—Sí, gracias al apoyo del de usted. Y esto es lo que Boissier no puede tragar... El hombre había probado las grandezas del poder, y es muy sabroso echarlas de tiranuelo, aunque no sea más que en Saint-Romain...

—De modo que hace doce años...

—Ha sido elegido tres veces el Ayuntamiento y otras tantas ha sido derrotada la lista de Boissier, como lo será dentro de un mes.

—¿Va á haber elecciones?

—Sí, es la renovación de todos los Ayuntamientos de Francia. ¿No saben ustedes esas cosas en París?

—Eso no importa á las mujeres.

—Ya ve usted, sin embargo, que ahora le interesa...

—No gran cosa... ¿Qué puede interesarme si ha de suceder como siempre?

—Mejor aún... Revelo un secreto que mi padre no ha confiado más que á mi madre, y ésta á mí... Un grupo importante, que hasta ahora era fiel á Boissier, se pasa a mi padre.

—¿De veras? ¿Y por qué?

—Es muy chistoso... Porque Graciana ha corrompido al jefe.

—¡Graciana se metía en política!

—No; ejercía la caridad, que es también un medio y no malo. Parece que Graciana ha hecho mucho bien á un tal Borel, que tiene mucha influencia con los barqueros del Isere.., todos socialistas..., los anarquistas de Saint Romain; unos buenos muchachos, después de todo, con los que estoy muy bien, pero que votaban como un solo hombre contra mi padre... Ahora votarán en su favor.

—Y será la cuarta vez que el Sr. de la Rochere tenga la alcaldía...

—Creo que sí.. Y según dicen, será muy beneficioso para el pueblo. Parece que es el único medio de que tengamos una administración...

—¿Y eso no le hace á uster reir?

—¿Por qué?

—Porque hablan de eso como si se tratase de la presidencia de la República.

—Sí, no puede usted tener una idea de la importancia que dan á la tal alcaldía... Mi padre mismo la quiere como á las niñas de sus ojos...

—Debe de haber momentos, sin embargo, en que será molesta...

—Lo es siempre. De la mañana á la noche es el criado de sus administrados. En el castillo es una procesión interminable del guarda rural, del secretario del Ayuntamiento, de los gendarmes, ¿qué sé yo? Todos los días tiene dificultades con el subprefecto, un advenedizo del género garduña, y con el prefecto, que es otro advenedizo de más talla. Y el cura se queja del maestro, y el maestro denuncia al cura, y papá, que trata de poner orden, es el que recibe los arañazos...

—¿Hasta ese punto?

—De la mañana á la noche. Además, mi padre no está bien mirado en la prefectura. Es noble, tiene fortuna, va á misa, es amigo del padre Gaindrón y vota por el senador reaccionario, lo que es más de lo necesario para que el gobierno busque un pretexto cualquiera para destituirle. No puede usted figurarse lo espinoso que resulta el tal cargo.

—Cuando se tienen opiniones contrarias...

—Eso es lo más chusco. Como lleva doce años siendo alcalde, sus amigos le acusan de pactar con los gobernantes. Cuando se pertenece á un partido, hay que guardar la actitud correspondiente. Pues bien, mi padre no quiere ver eso, y hace mal.

—¿No se lo dice usted?

—Sí, pero me envía á paseo y se va á casar á las muchachas del pueblo. Se encuentra bien en su alcaldía, leyendo el código á esas jóvenes.

—Entonces..., entonces... ¿Y si les hiciéramos á todos un servicio sin que lo sospecharan?..

—¿Qué servicio?

—Voy á contarle á usted cómo...

. . . .

Camila y Daniel tuvieron una conversación muy larga y muy secreta, después de la cual se separaron con estas misteriosas palabras:

—¿Está convenido?

—Haré todo lo que usted quiera.

—¿No sabrá nadie nada?

—¡Silencio y misterio! Lo prometo. Pero voy á pasar á la categoría de hijo desnaturalizado.

—¡Bah! Un servicio no es una traición.

—Sí, ese es un punto de vista... Desgraciadamente, no creo que sea en el que se coloque mi padre.

—¡Pero habrá por usted tanto agradecimiento!..

—De los otros... Lo que es en el castillo... Pero, en fin, henos aquí aliados y cómplices... Vamos á hacer chanchullos electorales, apreciable Camila Girot.

. . . .

En efecto, las tres semanas siguientes fueron empleadas por Camila y Daniel en misteriosos trabajos y en extrañas peregrinaciones.

Con el pretexto, por cierto muy plausible, de visitar de nuevo aquel país en el que había jugado de niña y que tan lleno estaba de sus recuerdos de joven, la hija de Girardot emprendía interminables paseos por caminos y veredas y se detenía á echar un párrafo en todas las casas aisladas que constituían el término de Saint-Romain y en las que le llamaban, como en otro tiempo, señorita Camila.

Se sabía—porque todo se sabe—que en París había llegado a ser una especie de gran personaje, y sobre todo un personaje que ganaba «más dinero que pesaba» haciendo pinturas que representaban dos ó tres árboles con una pastora ó un gañán en medio, vestidos como todos los días.

Y aunque la cosa fuera increíble, había que creerlo, pues tenía dinero á manos llenas y se lo daba á todos los chicuelos y á todas las antiguas amigas, ya casadas, que tenían algún apuro.

Por otra parte, Camila hacía siempre sola sus expediciones diarias.

Pero mientras ella trabajaba por un lado, su cómplice secreto lo hacía por otro.

Nunca se había metido tanto Daniel en las cosas de la política. Ahora tenía conversaciones con los labradores y con los obreros ordinarios del castillo que les asombraban mucho; pero que les hacían decir cuando él no estaba delante:

—La verdad es que este D. Daniel tiene ideas que no parecen ser del hijo de su padre... Está por el progreso y por la libertad.. No le gustan los curas...

A lo que respondían los escépticos:

—Ve el camino que llevan las cosas y se pone al sol que más calienta... Es listo.

Durante este tiempo nadie se ocupaba de Graciana en la Zarzalera ni de Pedro en la Umbría.

La una estaba en el convento, el otro en los baños y ninguno de los dos daba señales de vida.

La señora Girardot recibía de vez en cuando de su nieta una carta amable y cariñosa, pero insignificante y en la que había cierto acento de risueño tapujo y de vaga conspiración.

La abuela decía á Camila.

—La pequeña me ha escrito.

—Y á mí también.

—¿Y qué te dice?

—Que está buena, que se aburre y que tiene paciencia. La carta es breve.

—A mí me envía cuatro carillas y ni siquiera me dice eso. Es raro, no conozco ya su modo de escribir.

—Ya lo recobrará cuando no respire el aire del convento y acabe de penar, la pobre muchacha.

—¿De modo que sigues esperando?..

—Más que nunca.

—¿Pero qué tratas de hacer? Dímelo...

—No, mamá; es un secreto, y si fuéramos dos en saberlo, perdería la virtud del misterio. Deja hacer á tu hija.

Y Camila se marchaba; con frecuencia á llevar á la estación alguna carta que salía para la Ferrandiere ó para Aix-les-Bains.

Aquel día la artista se fué hacia el río y llegó á la Espinosa, donde la madre de Borel no estaba ya sola en su cabaña, pues hacía quince días que su hijo se había instalado con ella.

Camila había entrado varias veces en casa de la vieja, pero nunca había encontrado «al Felipe,» que era á quien ella quería ver.

Pero esta vez tuvo más suerte.

«El Felipe,» sentado en el umbral de la puerta, estaba poniendo mango á una podadera, y ocupado en su trabajo, no oyó acercarse á la joven.

—Buenos días, Felipe, le dijo Camila con su voz alegre y musical.

—Muy buenos, señora..., señorita..., respondió él muy cortado y sin saber cómo llamarla.

—Sí, sí, siempre soy la misma Camila. ¿No se acuerda usted de las veces que iba á cortarme juncos en el río para hacer canastillas?

—Cierto que sí, señorita Camila. Hace ya tiempo de eso, pero no lo he olvidado.

—Tampoco yo. Entonces éramos unos chicos. Después hemos crecido

—Solamente, dijo Felipe medio en broma, medio enfadado, usted ha encontrado medio de ganar un dineral..., como si no tuviera ya bastante, y yo no he trabajado más que para seguir sin un céntimo. Bien dicen que «dinero llama dinero.»

—Lo que no es justo, dijo Camila gravemente. Sería necesario que el trabajo fuese el medio de que todo el mundo viviese y asegurase su vejez.

Felipe la miró con asombro y expresión de desconfianza.

—Todo eso, dijo, son mentiras que se cuentan á los pobres diablos para que tengan paciencia. No. Mientras haya ricos, habrá pobres..., y los pobres tendrán siempre vacíos el vientre y los bolsillos. ¿Qué quiere usted que le diga? Mejor quiero personas como el Sr. Girardot ó el barón de la Rochere, que algunas veces son buenas para los pobres, que el tal Boissier, que se llama socialista y trata á sus obreros como si fueran bueyes... No es Antonio Boissier el que hubiera dado pan á mi madre para impedir que muriese de hambre cuando yo no estaba en casa... Mientras que su sobrina de usted...

—Pero, exclamó vivamente Camila, no fué ella sola la que socorrió á su madre de usted...

—¡Ah! Sí, los veinte francos del hijo de Boissier. Diga usted, señorita Camila, si la joven no hubiera estado allí, ¿está usted segura de que el teniente hubiera dado el luis?

Y el joven dirigió á su visitante una mirada de singular malicia, que quería decir: «¿Cree usted que no tenemos ojos en la cara?»

En vez de responder á esta pregunta, Camila se sentó sin cumplimientos al lado del barquero, en el escalón de la puerta.

—Bueno, dijo, no hablemos del hijo de Boissier; hablemos de Graciana. ¿Le está usted agradecido por lo que ha hecho por su madre?

—¿Yo? Puede mandarme lo que quiera, aunque sea un crimen, y como hay Dios que lo hago en seguida.

—¿Sentiría usted, entonces, causarle alguna pena?

—¡Antes me cortaría la mano con esta podadera!..

Camila le miró con fijeza y vió que aquel hombre soportaba su mirada.

—Pues bien, Felipe, está usted á punto de ser causa de una gran desgracia para ella.

—¡Ah! Si yo supiera tal cosa...

—Oígame usted: acaba usted de decirme que no tiene interés ninguno en las elecciones...

El joven se echó á reir.

—¿Es eso lo que le preocupa á usted? No tenga cuidado. He hablado ya con el Sr. Girardot y me ha dicho que la señorita Graciana se alegraría... Además, bastante se ha burlado de nosotros el tal Boissier. Ahora nos toca á nosotros. Ya ve usted que las cosas están á su gusto.

—Lo que veo es todo lo contrario.

—¡Cómo! ¿Qué quiere usted entonces?

—Escuche usted, Felipe; voy á hablarle, no como mi padre, sino como lo haría la misma Graciana si estuviera aquí.

—¿Qué es lo que ella diría?

—Que su deseo es que el Sr. Boissier vuelva á ser alcalde.

El joven se quedó suspenso, reflexionó un momento y dijo por fin, guiñando un ojo:

—¡Vamos! Ya comprendo... Le convendría con motivo de D. Pedro..

Los dos cambiaron una mirada muy elocuente, como quienes se entienden por completo.

—Es inútil explicar á usted por qué, dijo Camila riendo.

—No, no hay necesidad, respondió Felipe en el mismo tono.

—Entonces, continúo. Los negocios de Graciana no van viento en popa.

—Me lo figuro. Los dos viejos andarían á tiros antes que ir juntos á la boda.

—Pero como Boissier tiene mucha gana de ser alcalde...

—¡Anda! No piensa en otra cosa.

—Y lo haría todo por serlo...

—Sí, usted quiere ofrecerle la alcaldía con esa condición; toma y daca.

—Quisiera, sobre todo, que cuando Boissier venga á cerciorarse de que le he dicho la verdad, encuentre un Felipe Borel que no le diga sí ni no, y le haga comprender que su voto y el de sus amigos depende solamente de una persona que no está todavía decidida.

—¿Y esa persona es usted, señorita Camila?

—Yo misma.

Felipe se echó á reir de buena gana.

—¡Oh! Las mujeres... Serían capaces de engañar



– Buenos días, Felipe, le dijo Camila

—¡Ah! ¡Diablo!, había exclamado riendo el barón, lo que no dejó de asombrar al cura, ¿qué es lo que hace esa gente?

—Quisiera saberlo de seguro, pero la tempestad está en el aire, según las palabras que oigo de vez en cuando, pues debe usted suponer que se callan delante de mí. Se habla de democracia, de clericalismo, de reacción, y eso significa que nos tiran de las piernas. Tome usted sus precauciones...

—¿Pero dónde dicen todo eso?

—En la tahona, en la plaza, en todas partes. Andan en el ajo los hombres de Boissier, por supuesto, y otros además, como el chico de Gourjú y el de Rousset.

-Me asombra usted, señor cura. ¡Unos muchachos con quienes caza Daniel toda la temporada!

—Ya lo sé... ¿Habrá habido entre ellos alguna dificultad... alguna disputa?..

—¡Ah! El majadero... Capaz será de haber cometido alguna torpeza...

El barón llamó á su hijo, pero éste dijo con perfecta expresión de sorpresa:

—¿Gourjú? ¿Rousset? Estoy con ellos tan bien como siempre. ¿Quieres que vaya á pedirles que me expliquen?..

Guárdate de hacerlo... Sería una tontuna...

El barón se llevó aparte al cura y le dijo:

—Pongámonos en lo peor y supongamos que nos quitan diez..., quince votos lo más... Tengo veintisiete que me votarán el domingo y que hasta ahora votaban por Boissier.

—¡Bah! ¿De veras?

—Sí, ya le contaré á usted esto, pues hasta el domingo he prometido la discreción. Pero por de pronto, señor cura, cuente usted con que Boissier ha perdido veintisiete votos de los más fieles.

—¿Está usted seguro?

—Por completo.

—Tenía necesidad de ese consuelo, porque empezaba á temblar.

Y el barón despidió al cura, que se fué, no más confiado—pues las palabras se las lleva el aire,—sino un poco más perplejo.

¿Qué veintisiete votos eran aquellos, que harían llegar á cincuenta y cuatro la mayoría del barón?.. ¡Un resultado enorme! Con tal de que fuese real... ¿Lo sería?

Y como no hay que fiarse de nada ni de nadie, el cura, que temía caer de nuevo bajo la férula de Boissier, se fué, no á influir con sus feligreses—pues ni por un imperio hubiera querido dejarse atrapar en flagrante delito de política militante,—sino á dar buenos consejos á sus feligresas... Pero no obtuvo los resultados que esperaba de aquella jornada.

Le dejaban decir... Le prometían, por urbanidad, hacer lo que pudieran... Pero lo decían sin convicción y con evidentes reservas...

Una de sus ovejas llegó á decirle:

—No se tome usted tanto trabajo, señor cura. Si el barón no sale esta vez, no todos llorarán en su casa...

al diablo... ¿Sabe usted que está bien imaginada su combinación?

—Si nos salimos con la nuestra, Felipe, habremos hecho feliz á Graciana. Le deberá á usted su dicha y excusado es decir que no lo olvidará. Esto no es política ni palabras en el aire. Yo prometo á usted en nombre de mi sobrina...

–No, no prometa usted nada. Tengo confianza y prefiero que sepa que lo he hecho por prestarle un servicio y no por otra cosa. Puede usted enviarme á Boissier, señorita Camila, y cuando salga de aquí no tendrá ganas de bromas. La víspera de las elecciones no tiene usted más que hacerme una seña y caerán veintisiete votos de un lado ó de otro. Pero, añadió confidencialmente, mis veintisiete votos no son todavía los que Boissier necesita para derrotar al barón... La última vez, la lista de Boissier tuvo una baja de treinta y dos votos, y todos votamos por él...

—De modo que habrá de buscar unos diez y seis votos...

—Por lo menos.

—¡Bah! Diez y seis votos pronto se encuentran. Yo creí que harían falta más.

«El Felipe» la miró con admiración.

—¡Ah! ¡Las mujeres! Pensar que viene usted á pasar un mes ó dos y va usted á hacer en ese tiempo lo que Boissier no ha logrado en doce años... Es muy gracioso...

. . . .

Había empezado la semana de las elecciones. El domingo próximo iba á ser el gran día, pero ocurrían en Saint-Romain fenómenos muy raros.

Acaso nunca se había visto tal excitación. En todas partes los electores celebraban conferencias y conciliábulos y se veían llegar grandes acontecimientos.

El padre Gaindrón, que no tenía más que noticias muy vagas dadas por algunas devotas no muy bien informadas, había corrido al castillo.

—¡Cuidado, señor barón! Los jacobinos de Boissier se mueven mucho...

Y por más que había hecho el cura, no había podido obtener la explicación de esas enigmáticas palabras, lo que le mortificaba atrozmente.

Además, había encontrado en dos ó tres casas á Daniel predicando como un apóstol, y el hijo del barón había parecido molesto al verle y había cambiado de conversación.

De modo que el cura había llegado á preguntarse:

—Pero..., pero..., ¿con qué cartas juega este imbécil?..

¡Bah! No; la sospecha no tenía pies ni cabeza...

—No había de tirar á su padre por la espalda, gruñía. ¡Estoy loco!

Y se marchaba pensativo é impaciente al ver aumentarse aquel misterio, cuando vió algo más fuerte que todo lo demás y que le dejó clavado en su sitio. Vió á Camila Girot tomar el camino de la Umbría..., pararse delante de la puerta de Boissier y entrar en aquella casa. ¡Aquello era el colmo! Y pensando si soñaba ó no, el cura fué á encerrarse en la suya para poner en orden sus ideas y reflexionar sobre aquellos extraños sucesos.

. . . .

En efecto, Camila iba á jugar el todo por el todo.

Aunque sabía bien que Boissier no era accesible á las seducciones femeninas, la artista, por si acaso, se había adornado para él y se había puesto un traje un poco más vistoso que el que llevaba de ordinario y que sentaba maravillosamente á su belleza. Si Boissier era capaz de mirar con gusto una cara bonita, era ciertamente con aquella decoración como convenía presentársela.

Con su aire, pues, de reina de paseo, Camila entró en el vasto patio, cuyo portalón, que daba al camino, estaba abierto todo el día.

El primero que se presentó fué un enorme perro ladrando y enseñando unos dientes de alarmante blancura.

—¡Quieto, chiquito!, dijo Camila riendo; no eres tú el que debe devorarme, sino tu amo.

Y mientras ella seguía avanzando, el perro, asombrado, se puso á olerla y á mover la cola de un modo bastante conciliador.

Aquel perfume de ámbar y aquella linda voz le habían, sin duda, parecido agradables; y cuando Camila le pasó su manita enguantada por la cabeza, comprendió que iban á ser los dos buenos amigos.

—Y bien, dijo acariciándole, tú no quieres más que volverte hospitalario, pobre animal... ¡Si fuera tan fácil entenderse con tu dueño como contigo!..

La artista se dirigió á una moza de labor que estaba ocupada en un rincón del patio y que la miraba con estupor, murmurando:

—¡Esta es buena!.. ¡La hija de Girardot!

Camila se acercó á ella.

— Quisiera hablar con el Sr. Boissier.

—Usted..., al Sr. Boissier... ¿Al padre?

—Al padre, sí... Si está en casa.

—En casa está.

—¿Dónde?

—Allá, hacia los gusanos de seda...

—Es verdad; ahora están en la tercera muda... Conozco eso. Pero como no sé ir adónde están los gusanos, ¿quiere usted decir al Sr. Boissier que Camila Girardot desea hablarle de negocios?

La muchacha vaciló...

—Pero, entonces..., como voy á tardar unos momentos en encontrarle..., tendrá usted que entrar ahí..., en la sala, y sentarse...

—No pido otra cosa; enséñeme usted el camino.

Y sonriente y á sus anchas, como en su hotel del *boulevard* Pereire, Camila entró en aquel comedor, más grande y más desnudo que el de la Zarzalera, y cogió una silla.

—Aquí estaré bien. Diga usted al Sr. Boissier que si tiene que acabar alguna cosa, no tengo prisa ninguna.

La criada echó á correr muy aturdida.

—Señor..., señor..., una señora que quiere hablar con usted.

—¿Qué señora?, gruñó Antonio.

—La hija del Sr. Girardot.

—¿Qué dices?

—Sí, la hija, la pintora, la que gana tanto dinero y ha venido hace tres semanas...

—¡Viene á mi casa!

—Está en el comedor.

—¡La has hecho entrar!

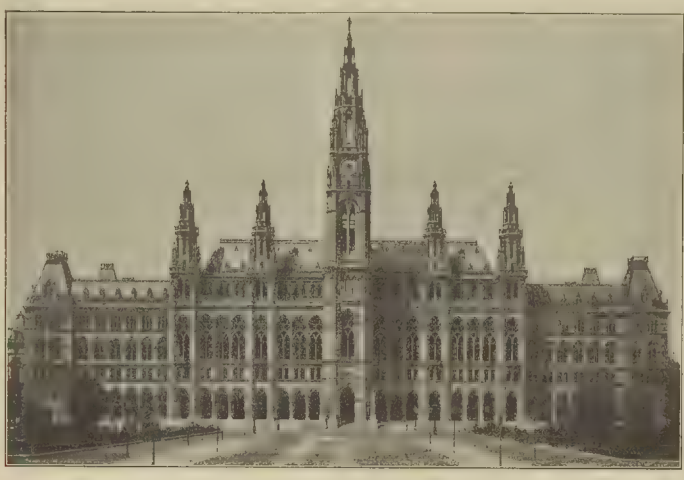
—No querría usted que la hiciera esperar en pie y en el patio...

—Me parece, dijo Boissier frunciendo el entrecejo, que no va á tardar en pasar por el patio y por el portal... ¿Qué me quiere esa muñeca?

(Continuará)

Museo Municipal de Viena.—Antiguo Arsenal de la Guerra

Este es uno de los Museos más notables de Europa, aunque sea un Museo especial únicamente de las artes de la guerra. Está situado en las mismas Casas Consistoriales, magnífico palacio gótico florido pre-



MUSEO MUNICIPAL DE VIENA

cedido de jardines. No obstante su estilo puro, es de construcción reciente.

Empezaron á construirle en 1873 y termináronle en 1883. Su arquitecto fué Schmit, y costó á la ciudad 15 millones de florines, ó sea 7 millones de duros. Tiene una rica decoración de estatuas de vieneses célebres y una torre de 100 metros de altura.

Este magnífico edificio, que se levanta en una gran plaza, forma un cuadrilátero de 154 metros de largo por 124 de ancho, consta de cinco pisos y contiene en su interior un patio principal de 79 metros de largo por 35 de ancho y otros cinco patios menores. En la fachada principal, que mira á la Ringstrasse, hay á lo largo del gran salón central del primer piso una doble *loggia* abierta.

El cuerpo central del edificio se levanta sobre una amplia escalinata de 14 escalones, en forma de terraza, por la que se llega á un pórtico que da acceso

Armadura de un soldado mercenario, hecha en Nuremberg á principios del siglo XVI
(Museo de Artillería del Arsenal de Viena)

á un espacioso vestíbulo abovedado y á las dos escaleras monumentales.

En el primer piso se encuentran el gran salón de fiestas, con otros varios salones anejos, las habitaciones del burgomaestre, el salón de ceremonias, el de los magistrados y el salón de sesiones del Consejo municipal, que corresponde al centro de la fachada principal y tiene una superficie de 345 metros cuadrados.

El Museo de la Guerra está situado en el segundo piso, y se sube á él por la magnífica escalera n.° 2.

No cabe dentro de las dimensiones de un artículo como el presente hacer de este Museo una descripción que permita siquiera formarse concepto de las preciosidades artísticas y de inapreciable valor histórico que encierra, porque la enumeración simplemente de las piezas más notables llenaría varias páginas de esta revista. Por esto nos limitaremos á indicar sintéticamente los grupos de objetos que cada sala contiene, haciendo únicamente mención especial de aquellos que realmente tienen excepcional importancia, y prescindiendo en absoluto de consideraciones críticas.

En el vestíbulo vense los escudos de los funerales del emperador Federico IV. Las célebres armaduras milanesas llamadas Maximilianas por haberlas usado dicho emperador, y cuyos ornamentos son merlos figurados. Una rica serie de armaduras góticas de los caballeros alemanes del siglo XV, de esas que se llaman de San Jorge. Escudos y tarjas para parar lanzas y picas de madera y cuero con pinturas heráldicas.

Sala I.—Puñales, dagas, braquemards y arcabuces de gancho, especialmente del siglo XV, de los de trinchera y cuerda.

Sala II.—Armas de asta; armaduras y medias armaduras de peones, algunas grabadas, como las hermosísimas que llevan los números 592 y 593, del siglo XVI. Picos, mazas y hachas. En las vitrinas admíranse las armas de tiro y sus accesorios, tales como ballestas con sus tornos ó sus armatostes, flechas y viretones, *carreaux*, bodoques, arcabuces de mecha, de rueda y de piedra, entre los que se hacen admirar, lo mismo que en Cluny, dos que son de revólver, con seis tiros, y fueron construídos en el siglo XVI. En los intersticios, en la pared, vense partes de armadura, rodelas y el célebre pendón de los vieneses durante los dos sitios de la ciudad por los turcos.

Sala III.—Armaduras pavonadas, grises, azules y negras. Armaduras de los caballeros de Viena durante los sitios de los turcos. Armaduras de landsquenetes, armaduras dichas *de cangrejo* ó *de langosta*, húngaras y numerosos trofeos del segundo sitio de Viena por los turcos (1683). Están éstos entre los bustos de Carlos de Lorena y de Starhemberg. Sigue la pretendida cabeza del gran visir Khara-Mustaphá y el cordón de seda con el cual se dice que se estranguló en Belgrado en 1683 después de haber sido derrotado por los vieneses. Vese colgado el pendón hecho girones que Carlos de Lorena tomó en la batalla de Hamzabeg en 1684 á los turcos. Siguen otros estandartes musulmanes, y colas de caballo con la media luna. Mosquetes, arcos, flechas, escudos, linternas, tambores, todo esto tomado á los turcos. En las paredes vese una gran colección de armas de fuego ordinarias, de mecha y de rueda, trabucos y una bandera del gremio de Panaderos. Del techo cuelga el hermoso pendón del conde Herberstein, de Malta.

Sala IV.—Armas turcas de las compañías del príncipe Eugenio y de Landou. Armas francesas de 1805 á 1809. Armas y banderas de las milicias vienesas. Grandes arcabuces de gancho. Y en las vitrinas, espadas, dagas y sables, entre los que se notan los magníficos *hunjars* húngaros incrustados de pedrería en el puño y en la vaina.

Sala V y corredor.—Bastón ferrado de Hofer, el gran patriota tirolés. Armas de la milicia nacional vie-



Armadura del emperador Maximiliano I. (Museo de Artillería del Arsenal de Viena.)

nesa en 1848. Banderas de la guardia cívica y seis cañones que les regaló el emperador en 1809. Uniformes de esta guardia en la batalla de Leipzig y cuando entraron con los aliados en París. Bustos de Wrbna y de Saurau.

Sala VI. Siguen las armas de las diversas milicias. Viene la bandera de los *Académicos* en 1848, cuerpo formado por estudiantes. Siguen las armas y trajes de los voluntarios tiroleses de 1848 á 1859, y acaba la colección con los modelos de las armas de las milicias de 1859 á 1866.

Forman la dirección de este Museo una junta mitad civil y mitad militar, cuyo presidente es un individuo del Municipio.

Tiene de dotación 70.000 florines para conservación y administración, y 100.000 para adquisición de objetos.

Su catálogo forma un grueso volumen de 20.000 números, contando por números armaduras enteras y hasta las armaduras montadas con la del caballo y arneses.

POMPEYO GENER.

D. VICENTE RODRÍGUEZ SABRÉF

Toda la biografía del Sr. D. Vicente Rodríguez Fabrés, recientemente fallecido en Salamanca, se condensa en el acto con que ha terminado una existencia modesta, retirada, en el legado cuantioso que para fines benéficos ha hecho á aquella capital.

Su padre, que empezó su carrera siendo humilde dependiente de comercio, logró con su trabajo y con su inteligencia labrarse una fortuna de unos tres millones de pesetas; esta fortuna aumentóla el hijo en proporciones tan considerables, que á la muerte de éste se elevaba, según se dice, á cerca de cuatro millones de duros.

Pues bien, todo este caudal lo ha legado el Sr. Rodríguez Fabrés á la ciudad de Salamanca para la fundación de dos asilos benéficos, uno para niños y otro para ancianos: en el primero, recibirán educación y asistencia esmerada los niños huérfanos, naturales de Salamanca y de su provincia, desde los cinco á los doce años; en el segundo hallarán amparo los trabajadores impedidos mayores de sesenta años.

Además, ha dispuesto en su testamento que en su hermosa posesión de la Vega se establezca una granja agrícola en donde recibirán enseñanza teórico-práctica los jóvenes que lo soliciten.

Con estas tres instituciones se atiende á tres grandes fines filantrópicos: se ampara á la niñez desvalida inculcándole las enseñanzas que han de ser la base firmísima de su existencia; se enseña al adulto proporcionándole los medios de crearse un porvenir, y se acoge á la vejez desamparada, substrayéndola á los horrores de la miseria y del abandono y endulzando los últimos días de una vida consagrada al trabajo.

A pesar de poseer tan inmensa fortuna, el Sr. Rodríguez Fabrés vivía más que modestamente, tanto que sus conciudadanos le tachaban de avaro.

Pero si avaro fué mientras vivió, su largueza póstuma compensa con creces su pasada avaricia. Pudo disfrutar como pocos de los placeres, y prefirió vivir alejado de las tentadoras seducciones y pompas mundanas; pudo, como tantos otros ricos, dilapidar su fortuna sin beneficio para nadie, y quiso mejor guardarla y aumentarla de día en día para mayor provecho de los desvalidos; pudo verse rodeado de todas las vanas consideraciones sociales, de los halagos de las gentes que se afanan por rendirse ante el poderoso y no escatiman alabanzas ni honores á quien les hace partícipes de su bienestar, y despreció honores, alabanzas, halagos y consideraciones, que en la tierra se quedan, para asegurar á su memoria las bendiciones que suben directamente al cielo.

El Sr. Rodríguez Fabrés ha muerto á la edad de sesenta y un años. ¡Descanse en paz!



D. VICENTE RODRÍGUEZ FABRÉS, recientemente fallecido en Salamanca y que ha legado á dicha ciudad su inmensa fortuna, que se calcula ser de 20 millones de pesetas, para fundar dos asilos, uno para niños y otro para ancianos, y una magnífica finca rústica para que en ella se instale una granja agrícola. (De fotografía remitida por nuestros corresponsales Viuda de Calón é Hijo.)

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCION

BLANES. ENSAIG D'ESTUDI CRÍTICH, ECONÓMICH, POLÍTICH Y SOCIAL, por *José Alemany y Borrás*. – El autor de esta monografía expone el actual estado de decadencia de Blanes después de explicar á grandes rasgos su floreciente situación en pasados tiempos; analiza las causas del mismo y señala los remedios para que aquella importante población recobre su perdida prosperidad. Es un estudio acabado y lleno de juiciosas consideraciones, muchas de las cuales pueden aplicarse á la generalidad de las poblaciones españolas. De esta monografía, impresa en Mataró en la imprenta Horta, sólo se han tirado 100 ejemplares.

OBRAS COMPLETAS DE JACINTO BENAVENTE. – Se ha publicado el tomo sexto de esta notable colección que con tanto éxito edita en Madrid D. Antonio López Gómez-Salas. Contiene *Amor de amar*, comedia en dos actos y en prosa; *Libertad*, traducción del drama en tres actos de Santiago Rusiñol, y *El tren de los maridos*, comedia en tres actos y en prosa. Como se trata de un autor tan ventajosamente conocido del público y de obras que han sido con entusiasmo aplaudidas dondequiera que se han representado, es innecesario hacer el elogio de aquél y de éstas; nos limitaremos, pues, á decir que la edición está hecha con gran esmero y que el tomo, de cerca de 300 páginas, se vende á 3'50 pesetas.

MANCHAS DE COLOR, por *Edmundo de Amicis*. – Este tomo, que forma parte de la popular «Colección Diamante,» editada por D. Antonio López, contiene seis artículos del celebrado escritor italiano; son *Escribiendo un libro*, *Juan Bottero*, *Simpatía*, *Año Nuevo*, *La canalla*, *El tenor Tamagno*, y en todos ellos abundan las bellezas de concepción y de estilo y sobre todo el sentimiento, que constituyen la característica del autor de *Cuore*. La traducción, correctamente hecha, es del Sr. Flórez Llamas. Véndese el tomo á dos reales.

SOCIOLOGÍA CONTEMPORÁNEA, por *D. Adolfo Posada*. – El distinguido catedrático de la Universidad de Oviedo Sr. Posada ha aportado un nuevo Manual que enriquece el extenso catálogo de los que forman la colección ya publicada por los Sucesores de Manuel Soler. Contiene el nuevo libro un resumen crítico que puede estimarse completísimo del estado actual de los problemas capitales de la nueva ciencia social, así como una minuciosa exposición del movimiento sociológico contemporáneo. Véndese en todas las librerías al precio de 1'50 pesetas cada ejemplar.

LECCIONES DE COSAS, por *G. Colomb*. – Elogios merece el libro cuyo título encabeza estas líneas, tal es su importancia y reconocida utilidad. El autor ha perseguido el nobilísimo propósito de instruir sin fatigar la inteligencia de los niños, presentándoles definiciones simples y prácticas, cuya comprensión facilita el grabado, clasificadas de manera que constituyen importantes agrupaciones. El nuevo libro, artísticamente editado por la casa de Gustavo Gili, contiene más de 600 grabados relacionados con el texto, sirviéndole de complemento una original y bellísima encuadernación. Véndese al precio de una peseta cada ejemplar.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.



Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubᵍ St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.


30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.


OB BOYVEAU-LAFFECTEUR
célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



Perseguidos por los lobos, cuadro de Adolfo Schreyer



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, según sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 18





ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 7 de noviembre de 1904 — Núm. 1.193



El pintor D. José Villegas en su estudio terminando un techo para los Estados Unidos

(Véase el artículo de la página 732)

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

En el momento presente funcionan en Madrid cuatro compañías de las que hasta poco ha se llamaban de verso, aunque muchas de las obras por ellas representadas estuviesen escritas en prosa. Estas cuatro compañías son las de la Comedia, Princesa, Novedades y Español.

El primero en inaugurar la temporada ha sido el teatro de la Comedia. El gran atractivo ofrecido por la empresa lo constituye Enrique Borrás.

Hablemos del actor catalán.

Cuando allá por junio vino á Madrid en compañía de muy discretos actores de Cataluña, Borrás se captó desde las primeras representaciones la simpatía y la admiración del público madrileño. Su energía en la expresión de los afectos vehementes, su ternura y delicadeza para manifestar las depresiones del ánimo, las inflexiones de su voz, el gesto, el ademán, la actitud, todo hizo creer que con Borrás iba á poseer la escena española un actor capaz de competir con los más ilustres de los teatros extranjeros.

Esta fué también la creencia de la empresa de la Comedia, que en vista del éxito alcanzado por el artista catalán, hizo los imposibles por traerlo, y lo consiguió, al teatro de la calle del Príncipe.

Entonces surgió una duda. *Traducido* al castellano, ¿triunfaría Borrás como declamando en catalán? Tal fué la pregunta que se hacía el público, tan numeroso como escogido, congregado en el teatro de la Comedia la noche de la inauguración.

La obra elegida por Borrás fué *Tierra baja*. A pesar de su natural temor, el notable artista tuvo momentos admirables que entusiasmaron á la concurrencia y que hicieron olvidar la ficción escénica. Aplaudióle el público varias veces; pero donde el entusiasmo llegó á su grado más alto fué en la escena final del acto segundo. Aquellos ojos inyectados, aquellas facciones alteradas por las más expresivas contracciones de la máscara trágica, aquellos músculos crispados, aquellos gritos roncos y como estrangulados al brotar del pecho jadeante, eran, en efecto, la explosión tempestuosa de la ira salvaje.

Después de *Tierra baja* vino *El abuelo*, y justo es decirlo, allí bajó algo el crédito artístico de Borrás. En general no acertó á expresar cumplidamente los estados de alma del personaje creado por Galdós. Es más: á mi entender, falseó el carácter del conde de Albrit. El autor ha querido presentarnos, sin duda, en el anciano aristócrata, un hombre de poderosa energía física y moral: es un hombre centenario que desafía la furia del huracán y del rayo. Si sus antiguos servidores se le insolentan, él, que conserva en sus venas la sangre orgullosa de sus antepasados, se siente con bríos bastantes para despedazarlos con sus propias manos. Senén, otro criado desleal, no le obedece, y el abuelo le insulta y poco menos que le acogota. Es un león viejo que todavía tiene garras poderosas. A haber vivido en otras edades, habría sido de aquellos guerreros que cuando no tenían ya fuerzas para cabalgar al frente de su mesnada, se hacían llevar en litera ó silla de manos al puesto más peligroso del combate para luchar allí con bravura y morir heroicamente.

El mismo nombre de León de Albrit, que todos le prodigan y que él se está dando continuamente á sí mismo, prueban que es como digo el carácter del abuelo. Borrás lo ha entendido de otro modo, y en mi concepto, equivocadamente: del viejo conde hace un característico; el león, más que respeto, inspira lástima; sus garras son inofensivas; no ruge, maya.

Por esta razón, el último acto de *El abuelo*, el mejor del drama, fué recibido con cierta frialdad. Lo que hay de patético en este acto es el acabamiento de la energía de Albrit, sostenida hasta entonces por el culto fanático del honor. Cuando los resplandores de la verdad le hieren, el viejo torreón se desmorona, el roble se abate, el león depone su fiereza. Como en los actos anteriores hemos visto á Borrás no enérgico y soberbio, sino tembloroso y llorón, no nos impresiona su abatimiento del final.

En resumen, el trabajo del actor catalán en *El abuelo* fué en mi sentir mucho menos acabado que en *Tierra baja*.

En *Las personas decentes*, que es otra de las comedias en que ha trabajado Borrás, el poco relieve del personaje por él representado impide hacer apreciaciones de carácter crítico. Su labor pasó poco menos que inadvertida. A ello contribuyó mucho la reaparición en escena de Rosario Pino, en quien puede decirse que se fijó exclusivamente la atención del público. La bella y excelente actriz acaba de salir de una grave y larga enfermedad. Hasta llegó á temerse que no volvería á pisar las tablas de la escena. Por fortuna, tan tristes augurios no se han cumplido, y el público madrileño ha vuelto á tener la satisfacción de aplaudir y admirar á la gentil Rosario, que ahora lo mismo que antes merece ser considerada como una de las pocas actrices españolas capaces de competir con las más celebradas del extranjero.

***

A la Princesa, además del deseo de aplaudir á Emilio Thuillier, ausente de Madrid durante largo tiempo, ha llevado numerosa concurrencia la presentación en aquel teatro de los artistas mexicanos señora Fábregas y Sr. Cardona.

La Sra. Fábregas es una mujer guapísima, de gentil talle y exuberantes formas; su voz adquiere inflexiones muy agradables y sugestivas al expresar los afectos de amor. Viste con exquisita elegancia. Si en México abundan las mujeres como la Sra. Fábregas, bien puede decirse con el poeta:

«¡Bello país debe ser
el de América, papá!»

Como actriz merece menos elogios que como mujer.

Tampoco rompe esquinas el Sr. Cardona. Ambos esposos se presentaron en la Princesa con *El loco Dios*. El público les aplaudió, rindiendo culto á la cortesía más que á la justicia.

***

La impaciencia es mala consejera, y el Sr. Allens-Perkins es muy impaciente. Ocupaba un puesto en la compañía del Español y se pasó con armas y bagajes al género chico. Harto ahora, y no es extraño, de las mojigangas del teatro por horas, ha cogido y se ha hecho primer actor y director de una compañía de género grande.

El primer papel con que ha salido á escena en esta nueva fase de su vida artística, ha sido nada menos que el de Luis Onceno, el famoso drama de Delavigue que lleva por título el nombre de aquel monarca. El Sr. Allens-Perkins hizo lo que pudo; pero, á decir verdad, el complicado personaje llevado al teatro por aquel dramaturgo francés era superior á las fuerzas del novel artista. *Festina lente*, decía, según cuentan, el emperador Augusto, y es precepto que no deben olvidar los principiantes.

***

La inauguración del Español es la mayor solemnidad teatral de cuantas se celebran en el año. Muchos días antes de la apertura está ya vendido todo el teatro, y la noche de la función vese reunido en la sala de lo que fué corral de la Pacheca cuanto de más ilustre y brillante contiene la sociedad madrileña. En esta como en las anteriores inauguraciones, en el teatro Español se reunió «todo Madrid.»

Las obras que componían el programa eran *El socorro de los mantos* y *El nido*. Atribúyese la primera de estas comedias á un poeta de tercer orden del siglo XVII llamado D. Francisco de Leyva, y pertenece al género de las llamadas de capa y espada.

Fué el autor de *El socorro de los mantos* un imitador de Calderón de la Barca, con sus escarceos de amor y celos, sus escondites, sus tapadas, sus escenas á obscuras, sus equivocaciones y su final, no sólo en boda, sino en bodas. El mayor mérito de esta comedia estriba, sin duda, en el carácter de don Fernando, parecido al del protagonista de *No hay burlas con el amor*, y en la corrección, limpieza y soltura del lenguaje. La acción es pobre y los lances no muy variados. Al público del Español le interesó poco, y no es extraño. Estas comedias de costumbres sólo pueden interesar á los que sepan trasladarse mentalmente al siglo XVII. Para los demás espectadores, la comedia atribuída á Leyva por fuerza había de resultar pálida é insípida. La sociedad que allí se retrata ó ridiculiza, los sentimientos de los personajes, su manera de entender el honor, todo es, por regla general, exótico para el gran público de nuestros días.

En los de Leyva y demás escritores del siglo de oro, aquel «Senado» que llenaba aposentos, patio y cazuela, aspiraba, como los espectadores actuales de nuestras comedias de costumbres, á verse retratado en la escena. Cuando la imagen era fiel, aplaudía satisfecho. Veíanse allí retratados el lindo y el viejo, la mujer moza, la viuda alegre y la soltera demasiado suelta, y reproducidos en la escena sus enredos y trapisondas; y hombres y mujeres, de boca de los cómicos, oían los mismos conceptos, discreteos y donaires con que ellas y ellos hacían, en la vida real, alarde de su ingenio y sus malicias.

La sociedad de aquel tiempo se veía, vuelvo á decirlo, como en un espejo en las comedias de capa y espada. Hoy estas comedias han perdido por lo menos tres cuartas partes de su belleza: reflejan algo muerto, algo que sólo tiene vida en la Historia. Las obras de carácter y los dramas tienen más larga duración; las comedias de costumbres pasan tan pronto como las costumbres que ellas retrataron. Ya lo dijo Renán: «Una obra no tiene más valor que en su marco, y el marco de una obra es su época. Si las del siglo XVII aparecieran en nuestros días, apenas merecerían ser notadas. La verdadera admiración es histórica.»

***

El género chico no ha estado ocioso durante el último mes. Sin hablar del teatro de Lara, cuya incomparable compañía, después de una brillante campaña en América, ha vuelto á reanudar con mucho gusto del público, en el teatro de la Corredera, sus artísticos trabajos, he de hacer mención aquí de dos estrenos verificados el uno en el teatro de la Zarzuela y el otro en el de Apolo.

El primero es el de una zarzuela titulada *La tragedia de Pierrot*, muy superior á las obrillas que suelen representarse en los teatros por horas, y que fué tratada por el público con injustificada severidad. Titúlase la otra *La puñalada*, que tampoco obtuvo, y con razón, un éxito muy lisonjero, y que es un extracto poco feliz de un melodrama titulado *El sueño de un malvado*, que cincuenta años ha hacía las delicias de los vendedores de torrados y castañas. Chapí ha puesto música á las dos obras.

Se me olvidaba decir que Loreto Prado sigue poniendo su gran talento al servicio de melodramillas pingajosos. El último estrenado en el teatro Cómico se titula *La borracha*. El título basta para dar idea del género de literatura á que pertenece la obra en que actualmente se hace aplaudir la primera de nuestras actrices cómicas.

ZEDA.

PENSAMIENTOS

El poeta fué en un principio un inspirador; hoy no es más que un eco.

L. ACKERMANN.

Como sistemas, tanto vale el optimismo como el pesimismo: ambos hacen gravitar el mundo entero alrededor del hombre para servirle ó para perseguirle

– La necesidad del bienestar es una de las causas comunes del progreso material y de la decadencia moral.

G. M. VALTOUR.

Nuestros periodistas, como las moscas, son más importunos que perniciosos.

LEOPOLDO II.

La tumba cierra un cielo para abrir otro.

SULLY-PRUD'HOMME.

Morimos á pedazos: lo mejor de nuestra vida se va antes de que nos vayamos nosotros.

GENERAL CHANGARNIER.

A menudo el sepulturero encierra, sin saberlo, dos corazones en un mismo ataúd.

LAMARTINE

No pensar nunca en la muerte es una locura; pero es también una locura pensar siempre en ella.

EL P. PERREYVE.

Es encantador creer ó aparentar que se cree en las leyendas: el mundo, grande ó pequeño, no es dichoso más que por las mentiras.

ENRIQUE FOUQUIER.

ARTISTAS EN LA INTIMIDAD



El pintor D. José Villegas en su estudio del Museo del Prado con uno de sus hijos



El pintor D. José Villegas arreglando su famoso lienzo «La muerte del torero»

LOS GRANDES ARTISTAS EN LA INTIMIDAD

[illegible]

Grata tarea la del escritor que tiene que escribir unas páginas sobre asunto simpático, que se refieran á cantar los triunfos al mismo tiempo de un gran artista y del hombre bueno y educado.

Entonces la pluma del cronista se deslizará suave, con rapidez vertiginosa, por las tersas cuartillas, sin el menor tropiezo, como fácil transmisora de un volcán de ideas, que allá, en el cerebro del escritor, se agolpan sin repelerse, llenas de luz, todas bien distintas y cariñosamente acogidas. ¿Comprendéis esta sensación?

Pues esta sensación es la que experimento yo al escribir el presente artículo.

Villegas es afable, sencillo, simpático, cariñoso, bueno, modesto, instruído y es, en fin, un gran artista.

Es también, entre la generación que termina, un pintor que ha cultivado las escuelas modernas más vigorosas, que, reflejando mayor cantidad de espíritu, hacen sentir á las almas delicadas altísimas sensaciones: de pena, de alegría, las más de compasión, nunca de asombro, porque un cuadro, en ningún momento, debe asombrar, si en el verdadero sentido se toma la palabra. El asombro por la ejecución estética desvirtúa el sentimiento psicológico. Admira con los ojos únicamente y no sentirás con toda tu alma; medita, reconcentra tu atención, por el contrario, y tu espíritu se embargará fácilmente de dolor, ó se regocijará, pocas veces, de contento...

¿Os recordaré *La muerte del torero*? No.

La muerte del torero es una creación maravillosa, pero su estilo está pasado de moda; es como pintura un soberbio cuadro antiguo, de hace cien años. Y puesto á elegir entre esta producción y unos admirables apuntes del Decálogo, que yo he visto en el estudio del maestro, yo escogería, sin que me remordiera por ello la conciencia, estos pequeños y modestos lienzos, medio abandonados allí en la amplia sala de trabajo.

¿Y sus cuadros de luz? Ningún otro pintor de nuestros días le supera á Villegas en estos maravillosos trabajos, donde todo es bello, risueño, envidiable, cariñoso.

Yo recuerdo, á este propósito, una colección de cuadros, de mediano tamaño, que representan unos paisajes de la Granja, en su vida veraniega, lujosa, enervadora, placentera; vida potente y feliz, jugosa como los árboles y las plantas que allí mismo también viven sobrados de abono, de agua, de sol, de cuidado, y como sus dueños y visitantes, significan una parte de la florida burguesía del mundo.

Y para los burgueses nada más son estos cuadros.

Nosotros, los que miramos la vida bajo otro aspecto —el único verdad por desgracia— y somos los desheredados de la fortuna, vemos pasar estos agradables lienzos por nuestros ojos muy tristes y sin entusiasmo alguno.

Pero el artista tiene que vivir bien, tiene que triunfar en la vida, ganar mucho dinero, azucarar su existencia, satisfacer sus caprichos; vengarse, en fin, de lo pasado; y decirse, por ejemplo: ¿podría Mr. C. M. Schwal entregarse á todos los placeres de la gula en el gran comedor que en su inmenso palacio de Nueva York ha mandado decorar á nuestro Villegas, si al levantar su vista al techo encontraran sus ojos la escena triste, allí copiada en la pintura, de nuestra pobre é insignificante vida?

No; no le deis á este poderoso, príncipe del *trust*, rey del dólar, penas; mostradle alegrías: el azur de un cielo infinito, sin manchas al fondo, las figuras risueñas, muy bellas, y el color riquísimo; todo en calma, todo feliz, todo embriagador. .

Dije al principio que Villegas es un hombre bueno, afable, instruído. Y lo es efectivamente.

Yo le he visitado varias veces en sus tres casas: en el Museo Nacional, de donde es director; en su estudio de la calle de San Marcos, enfrente del teatro Moderno; y por último, he conocido también su elegante piso del Paseo de Recoletos.

Villegas trabaja afanosamente, sin descanso, en cada uno de los lugares que cito primero, y en su casa, allí cerca de su inteligentísima y bella compañera, rodeado de exquisitas comodidades de burgués, transcurren sus horas felices.

¿Para qué describiros punto por punto las habitaciones de su tranquilo hogar, ni sus adornos, ni la riqueza de la biblioteca, ni tampoco la amabilidad de sus dueños? Villegas es un gran señor, también á la moderna. Y fijaos en este dato, porque ello dice mucho: hijo de padres modestos el ilustre pintor sevillano, por su propio y gran mérito subió á las más elevadas alturas de la gloria. Viajó, obtuvo grandes medallas y honores en cuantas exposiciones llevó sus pinturas, y por su ilustre nombre fué amigo de jefes de Estado, de emperadores, de reyes, de intelectuales de primer orden.



La Historia, detalle del monumento dedicado á Bolognesi en Lima, obra del distinguido escultor Agustín Querol

Más tarde estuvo en Roma algunos años como director de la Escuela española. Sus contertulios fueron: Crispi, Zardinelli, Verdi. Después regresó á España, y ahí le tenéis: nada en él ha cambiado, es nuestro agradable maestro, el bonachón andaluz, gracioso, sencillo, el cariñoso amigo de blusa sevillana y terrible fumador de *brigadieles* ó cigarrillos de diez céntimos docena.

¡Y cuán felices deben ser estos artistas —de los que hay pocos— al observar en los que les tratan el cariño, la admiración, la confianza, toda una gran simpatía por su persona! Para ellos no hay nunca molestias, ni amigos pesados, ni libertades extremas. Todo en su punto, si alguno se sacrifica es él. Que un puñado de jóvenes fundan un periódico ilustrado, él ofrece una portada, un dibujo, á toda la comisión ó al primero que lo visita. Es Villegas otro D. Joaquín Costa que, para la nueva generación idealista, deseosa de triunfos, en poco ó nada aprecia su trabajo y es pródigo en darlo á manos llenas.

He aquí por qué á este maestro, en justa compensación de sus bondades y modestias, le amamos todos. —Manuel Carretero.

EL VIAJE DE LA VIDA

¿Queréis que os diga, amigos, lo que es la vida? Escuchad.

Un viajero emprendió contento y despreocupado una caminata. Salió por la mañana de su hogar lleno de esplendores, donde la dicha cantaba un cántico que era una sonrisa y una promesa y una bendición. Llevando en su oído como una caricia el eco de aquella canción venturosa, el caminante emprendió la marcha.

Hizo una jornada breve por un ancho sendero, y recibió mil besos, sin que pudiera saber quién se los daba. Era la naturaleza-madre, que así afirmaba y sellaba sobre él su maternidad. El aire claro, la tierra regocijada, el espacio sereno, le sonreían. En su espíritu abríanse fragantes las ilusiones. Al contrario de Hámlet, veía en los contornos de las nubes dibujarse formas que reproducían los esplendores de su hogar, la sonrisa, la promesa, la bendición.

Y sonrió, prometió, bendijo.

Llegó á una encrucijada, y le vino al encuentro un mancebo hermosísimo, de rostro sonrosado, de traza gentil.

—Soy el Amor, le dijo. Llévame contigo.

Siguieron andando juntos. A poco andar, el Amor se deslizó por un atajo, y el viajero volvió á quedar solo.

Sintió por primera vez fatiga y desaliento. La atmósfera comenzaba á tornarse obscura, la tierra á entristecerse, el espacio á llenarse de agitación y de melancolía. Dió unos cuantos pasos más y paró en otra encrucijada. Una figura contristada y lívida, viajero como él, eterno viajero, le tendió la mano.

—Soy el Desengaño, le dijo. Te acompañaré.

Y en compañía anduvieron largo trecho, largo trecho, tan unidos, que una misma y sola persona semejaban.

El viajero ya no sonreía, ni prometía, ni bendecía. Lloró, renegó, maldijo, pensando en su hogar lejano, cuyos esplendores habían dejado de reproducir las nubes cobrizas y amenazadoras.

Y llegaron, ó por mejor decir llegó á una nueva encrucijada donde una cruz levantaba sus brazos. Sombra habían venido á ser la lumbre espléndida de la mañana, y la sonrisa y la promesa y la bendición. En la sombra acurrucados, se plañían amargamente muchos seres que llamaban hermano al viajero.

Adelantóse una figura trágica, atormentada y doliente.

¿Ves esa cruz?, le dijo. Tuya es, y mía, y de todos. Abrázala y sígueme. Te acompañaré hasta el final del viaje. Yo soy el Dolor.

Siguieron reunidos el viajero, el Desengaño y el Dolor, pero en unión tan íntima que en apariencia no eran sino uno.

Y llegaron, ó por mejor decir llegó á la última encrucijada, caída la noche. Noche espantosa. ¿Dónde estaban los esplendores del hogar lejano? ¿Dónde el florecimiento primaveral del espíritu? De la canción venturosa cuyo eco guardó su oído hasta la tarde, no le quedaba al viajero ninguna memoria. La oyó cantar á otros viandantes que pasaban y que en medio de la noche saludaban á la mañana; mas parecióle sin sentido.

—¿Será, pensó acongojado, que para ellos es mañana lo que es noche para mí?

Dió unos pasos más, y una horrenda figura, fantástica, sobrenatural, enemiga, cortóle el avance. En ella, lo que fué cabeza era cráneo despojado y mondo; lo que fué cara, calavera; los que fueron ojos, cuencas vacías; lo que fué boca, horroroso agujero.

Miróle con los que fueron ojos, hablóle con lo que fué boca y le dijo sencillamente:

—La Muerte soy.

Hubo de pronto en la noche luz. Vió el viajero las nubes y otra vez le dibujaron formas que le recordaban los esplendores de su remoto hogar. Renació en su oído el eco de la canción venturosa. Y volvieron la sonrisa, la promesa, la bendición.

Entonces nuevamente sonrió, prometió, bendijo.

—Llévame contigo, exclamó.

. . . .

Se acabaron el cuento, el viaje y la vida.

Francisco González Díaz.



LA BATALLA DE WATERLOO, cuadro de Enrique M. Félix Philippoteaux que se conserva en el Museo Victoria y Alberto de Londres



BARCELONA. – Inauguración del monumento construído por el Ayuntamiento en el cementerio de Las Corts y dedicado á los repatriados de Ultramar. El Excmo. Sr. Alcalde pronunciando un discurso. (De fotografía de A. Merletti.)

Monumento construído por el Ayuntamiento de Barcelona y dedicado á los repatriados de Ultramar, inaugurado el 31 de octubre último.

Bien puede envanecerse la Corporación Municipal de esta ciudad por haber completado el nobilísimo propósito de dar honrosa y definitiva sepultura á aquellos infelices que sucumbieron á consecuencia de las graves dolencias adquiridas en las crueles guerras coloniales. Bien puede vanagloriarse Barcelona por haber sido la primera de las ciudades peninsulares que honrosamente, sin escasear medios, ha dado este público testimonio del cariño y del respeto que le han merecido aquellos desgraciados soldados que perdieron su vida en defensa de la integridad de la patria. Nuestro Ayuntamiento ha sido fiel intérprete de ese espíritu de grandeza y de elevación de miras que caracteriza el carácter catalán. Consecuente con los propósitos concebidos en 1897, después de dar provisional y gratuita sepultura á los que fallecieron á poco de desembarcar en esta para ellos hospitalaria ciudad, ha construído en el cementerio de la barriada de Las Corts un severo y suntuoso mausoleo, en cuyas espaciosas y ventiladas cámaras se hallan colocados dignamente, en forma individual, setecientos veintidós cadáveres, de suerte que en todo tiempo es posible determinar la identidad de cada uno de los que reposan en cada columbario, cerrado por la correspondiente lápida de mármol blanco de Italia, debidamente numerada.

Hermoso y conmovedor espectáculo ofreció en la mañana del día 31 del pasado octubre la mencionada necrópolis de Las Corts. Con el objeto de honrar la memoria de los que fueron, congregáronse todas las autoridades, entidades y corporaciones, comisiones de los institutos asociados y un grupo compuesto por los sobrevivientes de aquel ejército que tantos sacrificios realizó, así como el clero parroquial. Después de haberse rezado las preces por la comunidad, y de haber visitado las criptas, el Excmo. Sr. alcalde D. Gabriel Lluch hizo presente el interés que al Municipio de Barcelona le habían merecido los repatriados, entendiendo que al levantar el mausoleo había cumplido un deseo sentido por todos los barceloneses, agradeciendo el Excmo. Sr. Capitán General las manifestaciones de la primera autoridad municipal y á Barcelona entera este homenaje rendido á los repatriados, que el ejército ha de agradecer y que España entera ha de aplaudir.



BARCELONA. – Inauguración del monumento construído por el Ayuntamiento en el cementerio de Las Corts y dedicado á los repatriados de Ultramar. Las autoridades saliendo de la cripta. (De fotografía de A. Merletti.)

Por nuestra parte creemos que la inauguración y clausura del mausoleo significa y representa un acto de sin igual trascendencia, creemos que Barcelona ha adquirido un nuevo timbre, y que al glorificar y honrar á los humildes héroes cuyas cenizas ha reunido, se dignifica y ennoblece.

Descansen en paz los soldados de la patria que en su defensa sucumbieron, y honra y prez para Barcelona, para su Ayuntamiento y para la Comisión de Cementerios encargada directamente de convertir en realidad el proyecto de mausoleo, obra del arquitecto D. Pedro Falqués.

A. García Llansó.

CRÓNICA DE LA GUERRA

RUSO-JAPONESA

Los temores de un conflicto armado entre Inglaterra y Rusia á consecuencia del incidente de Hull parece que se han desvanecido, gracias á las buenas disposiciones de ambos gobiernos y á la intervención de la diplomacia, que esta vez ha trabajado con tanto acierto como fortuna.

Aunque no se conoce la versión oficial rusa de aquel lamentable suceso, es de suponer que las explicaciones enviadas por el almirante Rodjestvensky al tsar y transmitidas por el embajador ruso al gobierno de Londres, han dejado por lo menos una impresión de duda en el ánimo de este último. La versión oficiosa pretende que entre la flotilla de barcos pescadores de Hull había dos torpederos japoneses que intentaron, confundidos con aquéllos, acercarse á la escuadra rusa, la cual, habiéndose percatado del peligro que corría, hizo fuego contra las dos embarcaciones enemigas y echó á pique á una de ellas.

Imposible es por ahora saber hasta qué punto sea



GUERRA RUSO-JAPONESA. - ARTILLEROS RUSOS OBSERVANDO DESDE UNA EMINENCIA LA LLANURA DE LIAO-YANG. (De fotografía.)

exacta esta versión; pero séalo ó no, bien puede afirmarse que algo muy anormal hubo de observar la segunda escuadra del Pacífico para proceder como procedió; pues la responsabilidad del acto que realizaba era demasiado grande y las consecuencias que del mismo podían derivarse demasiado graves, para que sin una razón muy poderosa hiciera fuego contra una flota de barcos que se dedicaban tranquilamente á la pesca. Téngase también en cuenta que el Japón tiene admirablemente organizado en todas partes el servicio de espionaje, y que lógicamente pensando, es de presumir que ha de apelar á todos los recursos de mejor ó peor ley para dificultar la marcha de la escuadra rusa, si es que no intenta destruirla antes de que pueda llegar á su destino.

Digamos algo de la fórmula que ha servido para llegar á una inteligencia entre los gabinetes de Londres y San Petersburgo. La nota de reclamación inglesa contenía tres condiciones: primera, satisfacciones de parte de Rusia; segunda, indemnización á las víctimas; tercera, castigo de los culpables. Rusia aceptó desde luego las dos primeras; pero en cuanto á la tercera, manifestó que le era imposible acceder á ella, en presencia de las explicaciones del almirante Rodjestvensky, pues tal aquiescencia, sin una ulterior información, equivaldría á reconocer á un gobierno extranjero el derecho de intervención en los asuntos interiores de Rusia.

Reducida la cuestión á estos límites no era difícil llegar á una inteligencia; y en efecto, ésta se ha conseguido, merced en buena parte á la mediación del embajador francés en Londres M. Cambón, el cual propuso que, puesto que los gobiernos ruso é inglés sólo disentían, en el fondo, en una cuestión de hecho, se sometiese esta cuestión á una comisión investigadora internacional, á tenor de lo que se consignó en los artículos 9 y 10 del convenio de La Haya. El artículo 9 dice: «En los litigios de carácter internacional que no afecten al honor ni á los intereses vitales y que provengan de una divergencia de opiniones sobre los puntos de hecho, las potencias signatarias recomiendan que las partes que no hayan podido llegar á una inteligencia por medio de la diplomacia, constituyan, en cuanto lo permitan las circunstancias, una comisión investigadora internacional para facilitar la solución de aquel litigio, aclarando los hechos mediante una investigación imparcial y concienzuda.» El artículo 10 dispone que estas comisiones investigadoras se constituirán por un convenio especial que estipulará de una manera concreta los hechos de que habrá de ocuparse la comisión y reglamentará el procedimiento. Esta investigación se llevará á cabo contradictoriamente. Esta comisión, pues, se ha de ocupar exclusivamente de restablecer la verdad, sin entrar en consideraciones de derecho; de los hechos que ella dé por demostrados, cada una de las partes deduce las consecuencias.



El vicealmirante FOLKERSHAM, jefe de una de las divisiones de la segunda escuadra rusa del Pacífico que actualmente se dirige al Extremo Oriente.



El vicealmirante ENQUIST, jefe de una de las divisiones de la segunda escuadra rusa del Pacífico que actualmente se dirige al Extremo Oriente.

Y como el gobierno ruso ha ofrecido castigar á los culpables, si es que de la investigación internacional resulta que los ha habido, puede darse casi por terminado el conflicto. En efecto, el gobierno inglés ha comunicado á los periódicos una nota diciendo que las negociaciones relativas á la designación de una comisión internacional de información sobre los incidentes del mar del Norte prosiguen normalmente entre Rusia y la Gran Bretaña.

Esto no obstante, Inglaterra no cesa en sus aprestos navales y sus escuadras se mueven de continuo como si quisieran vigilar los movimientos de la rusa, la cual, después de una corta permanencia en Vigo, ha proseguido su viaje.

En la Mandchuria no ha ocurrido ningún suceso de importancia, habiéndose reducido las operaciones á frecuentes escaramuzas sin consecuencias y á grandes movimientos de tropas por ambas partes con objeto de rectificar las posiciones y adoptar las definitivas para la gran batalla que se considera inminente. Sin embargo, ninguno de los dos adversarios parece decidido por ahora á romper nuevamente las hostilidades, pues ambos comprenden que á menos de disponer de una gran superioridad numérica, el primero que reanude la ofensiva tendrá que vencer grandes dificultades. Desde hace quince días, los dos ejércitos cubren de trincheras sus respectivas posiciones, de manera que el frente de cada uno de ellos es poco menos que inexpugnable y no podrá ser roto sino á fuerza de inmensos sacrificios. Así pues, sólo por un movimiento de flanco podrá uno de los dos generalísimos obligar á su adversario á batirse en retirada; pero este movimiento de flanco resulta muy peligroso, porque siendo el ferrocarril de Mukden á Puerto Arthur el único medio de comunicación posible para los dos beligerantes, cualquier destacamento importante que de él se alejara, lucharía con grandes dificultades para aprovisionarse de víveres y sobre todo de municiones.

Algunos corresponsales de periódicos rusos y alemanes han telegrafiado que el mariscal Oyama ha recibido una división y media de refuerzo sacada de las tropas sitiadoras de Puerto Arthur. Si esta noticia es cierta, como parece, el general Kuropatkine tendrá enfrente fuerzas más considerables de lo que se suponía; pero en cambio los rusos habrán conseguido obligar á los japoneses á distraer 20.000 hombres del ejército sitiador de aquella plaza, lo que no deja de ser un resultado importante.

De Tokío se han recibido noticias oficiales acerca de las últimas operaciones dirigidas contra Puerto Arthur, operaciones que han revestido verdadera importancia. El 24 de octubre los japoneses abrieron un violento cañoneo contra los fuertes Ehrlung y Song-shu, situados en el sector Norte y cerca de la vía férrea, causando graves daños en sus fortificaciones y destruyendo algunas trincheras cubiertas. El bombardeo de dichos fuertes prosiguió durante el 25, y suspendido el 26, se reanudó el 27, extendiéndose además á los fuertes Wangtai, Antseshan é Itseshan, que constituyen el frente Noroeste de la plaza, y al fuerte Kekwan, situado en la punta Nordeste de la línea de defensa principal. Según noticias particulares de Che-Fu, los rusos evacuaron el fuerte



GUERRA RUSO-JAPONESA. - La estación de Liao-Yang ocupada por los japoneses en 4 de septiembre. - Los reservistas europeos de la división Orloff antes de empezar la batalla de Liao-Yang. - Un cañón ruso en las orillas del Tai-Tse-Ho (batalla de Liao-Yang.)

(De fotografías de Sadakichi y Little.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El general Orloff inspeccionando su división poco antes de la batalla de Liao-Yang. – Heridos rusos después de la batalla de Liao-Yang. – Soldados rusos en un campo de gaolian, cerca de Liao-Yang.

(De fotografías de Little.)

Ehrlung, que los japoneses hubieran podido ocupar, si bien no lo han hecho comprendiendo que no les habría sido posible mantenerse en él mientras los rusos fuesen dueños de los fuertes de Kekwan y Songshu, que lo dominan. A desalojarlos de éstos tienden ahora los esfuerzos de los sitiadores.

Como se ve, los sitiadores han realizado en estos últimos días grandes progresos y todo indica que se acerca el momento en que será atacada dicha línea principal de defensa.

Las referidas noticias oficiales demuestran que los japoneses han emprendido al fin un sitio en regla, dejándose del sistema de asaltos, que tan enormes pérdidas les ha ocasionado sin conducir á ningún resultado práctico. Envalentonados con los primeros éxitos, creyeron en un principio que podrían apoderarse de Puerto Arthur con un ataque brusco; pero la resistencia tenaz que encontraron en su movimiento de avance de los meses de junio y julio les demostró la necesidad de modificar sus primitivos proyectos, y desde la segunda quincena de agosto, cambiaron el objeto de sus operaciones, convirtiéndolas en verdaderas operaciones de sitio. Cuando una plaza está fortificada como lo está Puerto Arthur, el ejército sitiador ha de ir ganando posición por posición y ejecutando continuas obras de aproche que exigen mucho tiempo y mucho trabajo. Este procedimiento, largo, pero seguro, es el que al fin han adoptado los japoneses y gracias á él han podido llegar hasta la línea principal de defensa.

El estado mayor general ruso ha publicado la nota de las bajas sufridas por el ejército del general Kuropatkine durante los combates del 9 al 18 de octubre: el número de muertos, heridos y prisioneros asciende á 800 oficiales y 45.000 soldados.—R.



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. – D. APARICIO SARAVIA, generalísimo de las fuerzas nacionalistas (partido «blanco»). Fué herido en la batalla que sus tropas sostuvieron contra el ejército del gobierno en Masoller el día 1.º de septiembre último. Murió el día 10 del mismo mes. (De fotografía remitida por D. Justo Solsona.)

NUESTROS GRABADOS

La Historia, detalle del monumento dedicado á Bolognesi en Lima, obra del distinguido escultor Agustín Querol.—Nos complacemos en dar á conocer á nuestros lectores uno de los más interesantes detalles del magnífico monumento erigido en la capital del Perú al general Bolognesi, obra del distinguido escultor Agustín Querol, quien ha interpretado de modo magistral el concepto que informa dicho monumento, destinado á conmemorar un hecho glorioso y á ensalzar la memoria del heroico caudillo. La alegórica estatua de la Historia escribiendo el hecho de armas está profundamente sentida, constituyendo una de las más inspiradas producciones de nuestro ilustre compatriota.

La batalla de Waterloo, cuadro de Enrique M. Félix Philippoteaux.—Nació este famoso pintor en París, en 1815, y fué primero discípulo y luego colaborador de León Cogniet. A los diez y ocho años, en 1833, expuso en el Salón la *Roca de hielo*, episodio de las guerras de América, y en 1835 la *Retirada de Moscou*, que llamó la atención de los inteligentes, así por su composición como por su color. Desde aquel momento, Philippoteaux pintó sin descanso, conquistándose en breve envidiable fama. En 1837 obtuvo una segunda medalla, en 1840 una primera y en 1846 la cruz de la Legión de Honor. Aunque se dedicó preferentemente á la pintura de asuntos militares también pintó cuadros de género, ilustró varios libros y colaboró en algunos periódicos. Entre sus principales lienzos de su primera época, merecen citarse *La toma de Ipres, El sitio de Amberes en 1792, El combate de Stockach, Bayardo en el puente del Garigliano* y *Luis XV visitando el campo de batalla de Fontenoy*, que es una de sus mejores obras y que figura en el museo del Luxemburgo. A partir de entonces recibió muchos encargos del gobierno, y en unión de León Cogniet trabajó en la *Batalla del monte Thabor* para las galerías de Versailles. Después expuso, entre otros, *Defensa de Mazagrán, Ataque de Medeah, Combate del Ued-Jer, Batalla de Rívoli, Mujeres de Argel, El coronel Gourgoud salvando la vida á Napoleón, El último banquete de los Girondinos, Carga de los cazadores de Africa en Balaklava, Combate de Montebello, Defensa de Puebla, Regreso de la romería de Sainte-Anne-la-Palude, Llegada de las cenizas de Napoleón I á Courbevoie, Escena del bombardeo de París*, etc., etc. Entre sus obras más notables merece citarse también el famoso *Panorama del sitio de París*. Philippoteaux murió en París en 8 de noviembre de 1884. El cuadro suyo que en este número reproducimos da perfecta idea de la maestría con que supo aquel artista desarrollar los asuntos militares, pudiendo afirmarse que nadie como él ha sabido agrupar y distribuir las masas, presentar con caracteres tan vivos los horrores de una batalla y dar á sus figuras tanta vida y tanto movimiento que, contemplando sus obras, parece que aquellos escuadrones, aquellos batallones y aquellas baterías se agitan, corren, disparan, acuchillan, vomitan metralla, produciendo en nosotros la ilusión de la realidad.

D. Aparicio Saravia.—Tiempo hace que la guerra civil ensangrienta la República Oriental del Uruguay; en efecto, cerca de un año vienen luchando con las armas en la mano los *blancos*, es decir, el partido de oposición, contra los *colorados*, que ocupan el gobierno. Acaudillaba las fuerzas de los primeros D. Aparicio Saravia, de quien dijo á raíz de su muerte el importante diario bonaerense *La Prensa* que «era un caudillo, así en la paz como en la guerra; pero no un caudillejo, gaucho, vulgar, como han pretendido presentarle sus detractores; caudillo por su tacto político, por su criterio reflexivo y previsor, por su abnegación y desinterés, por su valor y talento militar, por su temperamento conciliador y por estar siempre dispuesto á la bondad y á la protección.» Que este juicio del periódico argentino no es exagerado, lo demuestra el hecho de que en análogos términos se expresara la misma prensa uruguaya afecta al gobierno, especialmente *El Día*, órgano del actual presidente de aquella República, el cual habló de Saravia como de un enemigo lleno de lealtad y nobleza y dotado de grandes cualidades personales. En la sangrienta batalla del Masoller, librada en 1.º de septiembre último, dirigió personalmente una furiosa carga de caballería, al ver comprometido el resultado de la acción, llegando á luchar cuerpo á cuerpo con sus adversarios y recibiendo en lo más reñido de la pelea un balazo en el vientre, á consecuencia del cual falleció ocho días después. Contaba D. Aparicio Saravia cuarenta y nueve años y era hombre de vida muy sobria, de costumbres sencillísimas, desinteresado y entusiasta de la causa que defendía y á la que consagró su fortuna y su existencia, y gozaba de grandísimo prestigio entre sus partidarios, que le adoraban y le obedecían ciegamente.

MISCELÁNEA

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Sarah Bernhardt *Par le fer et par le feu*, drama en cinco actos y once cuadros, tomado de la novela del mismo título de Enrique Sienkiewicz, por Mauricio Bernhardt; en el Palais Royal *Le Maroquin*, comedia en tres actos de Berr de Turique; en Nouveautés *La gueule du loup*, comedia en tres actos de Mauricio Hannequin y Pablo Bilhaud; y en Varietés *M. de la Palisse*, opereta en tres actos de Roberto Flers y Gastón de Caillavet, música de Claudio Terasse.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro Romea *El coro dels ben plantats*, sainete en un acto de D. Ramón Ramón y Vidales.

– El eminente pianista Sr. Malats ha dado en el teatro de Novedades un notabilísimo concierto histórico: la primera parte (clásica), se componía de obras de Bach, Mozart y Beethoven; la segunda (romántica), de obras de Schumann, Chopin, Schubert y Weber; y la tercera (moderna), de obras de Frank, D'Indy, Debussy, Granados, Mendelssohn y Chabrier. En todas ellas hizo el Sr. Malats verdaderos prodigios, consiguiendo una serie de entusiastas ovaciones.

– Notable ha sido también el concierto que en el Salón de la Reina Regente del Palacio de Bellas Artes ha dado la Asociación Musical de Barcelona: entre las piezas que más llamaron la atención citaremos los conciertos de Bach y de Mozart para dos pianos y orquesta y el de Haendel, en cuya ejecución obtuvieron grandes aplausos los pianistas Sres. Pellicer y Socías y la orquesta dirigida por el Sr. maestro Lamothe de Grignon.

– En el Círculo Musical Bohemio se ha celebrado un concierto de música di camera por jóvenes artistas socios del mismo, habiendo merecido aplausos cuantas piezas se ejecutaron, especialmente una sonata de Beethoven para flauta, violín y viola, y un cuarteto de Mozart para instrumentos de cuerda.

– El día 12 inaugurará su temporada el gran teatro del Liceo con la ópera *Siegfried*, de Wagner. En la lista de la compañía figuran como primeras partes los maestros concertadores y directores de orquesta Sres. Balling, Goula Fité, Barone, Raehler, Brunetto y Ribera; el maestro de coros Sr. Marín; las primas donas sopranos absolutas Sras. Bianchini Cappelli, Carelli, Darclée y Labia; las primas donas sopranos líricas Sras. Brambilla, y Orbellini; las primas donas sopranos ligeras Sras. Cassandro y Minotti; las primas donas mezzo sopranos y contraltos Sras. Ferraris y Lucaceska; los primeros tenores Abela, Barrera, Bassi, Borgatti, Dani, Innocenti, Marconi y Rayer; los primeros barítonos absolutos Sres. Baldassari, Bellatti, Cigada, Pessina, Sammarco y Seveilhac; y los primeros bajos absolutos Sres. Didur, Ercolani y Torres de Luna. La orquesta se compone de 85 profesores; el coro, de 80 coristas de ambos sexos; la banda, de 30 profesores; y el cuerpo de baile, de 32 bailarinas. Las óperas de repertorio serán: *Siegfried, Otello, La Traviata, La Dannazione di Faust, Il Trovatore, Rigoletto, Mefistófele, Manón, Lucrecia Borgia, La Tosca, I pescatori di perle, Hensel y Gretel, La Boheme, Don Giovanni, Lohengrin, Gli Ugonotti, La Favorita, La Gioconda*, etc. Además como óperas nuevas se anuncian: *I maestri cantori di Norinberga*, de Wagner; *Le vispe comari di Windsor*, de Nicoloj; y *Thais*, de Massenet.

– Con el nombre de «Sala Mercé» se ha inaugurado un interesante espectáculo en el que se exhiben películas cinematográficas, algunas de ellas habladas, que producen gran efecto. Además se exhiben las llamadas visiones musicales de Montserrat, consistentes en una fantasía pictórica muy bien combinada con diferentes tonos de luz, acompañada de una bellísima música de Grant, escrita sobre una inspirada poesía del Sr. Folch y Torres. El arreglo del local, rica y artísticamente dispuesto y decorado, ha sido dirigido por el notable arquitecto señor Gaudí; la dirección del espectáculo está á cargo del celebrado pintor Sr. Graner.

Necrología.—Han fallecido:

D. Guillermo Rancés, notable periodista español, que actualmente desempeñaba el cargo de subsecretario del Ministerio de Instrucción Pública.

D. Rafael Torres Campos, insigne geógrafo español, secretario general de la Sociedad Geográfica, miembro de la Real Academia de la Historia, oficial de Academia y de Instrucción Pública de Francia, autor de muchas y muy importantes obras.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, B^d Italiens. Paris

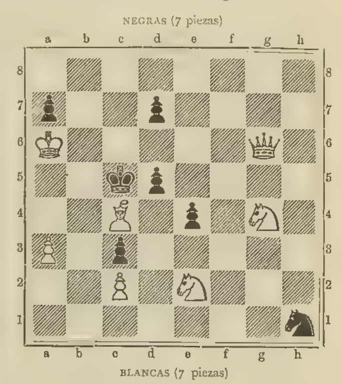
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas (*continuación*)

ENVÍO N.º 16. – LEMA: «Regina vincit.»

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

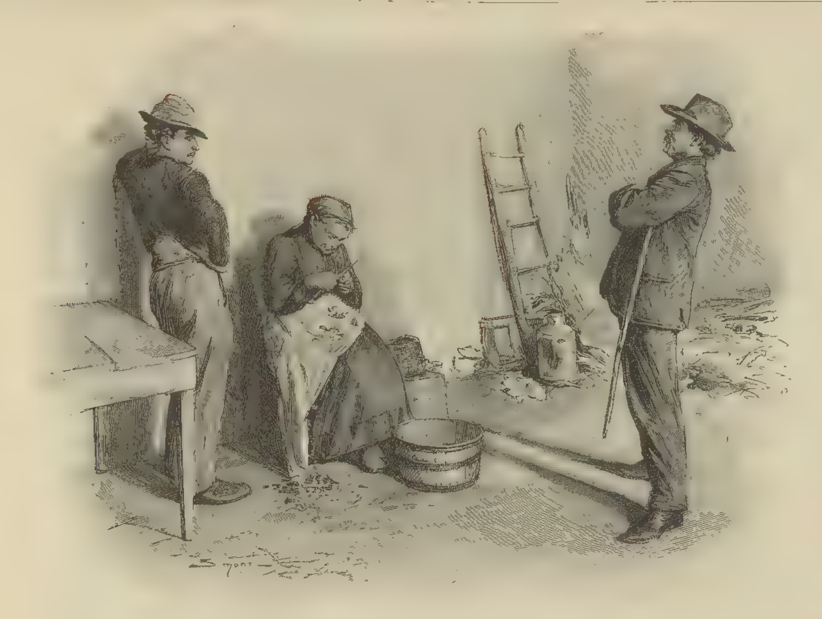
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 15. – «Dino.»

1. Th3 - f3, e4×f3; 2. Dc6×f3, etc.
Re5×d4; 2. Dc6-d5 jaq., etc.
Ta5-d5; 2. Td4×d5 jaq., etc.
Otra jug.; 2. Dc6×e4 jaq., etc.

(*Se continuará*)



—¿Por qué, con mil millones de diablos?

LA ZARZALERA

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY

ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONTINUACIÓN)

Y muy indignado por la audacia de aquella Girardot, aunque lleno de curioridad por saber qué le quería, dejó sus gusanos y se presentó en el comedor.

—Francisca me dice que quiere usted hablarme, señora. ¿Qué puedo hacer en su servicio?

Al hablar, Boissier miraba á Camila con sus ojillos grises hundidos bajo sus cejas enmarañadas, y todo el encanto de aquella exquisita criatura, que le saludaba con su más amable sonrisa, no pareció hacerle otro efecto que el de aumentar su desconfianza y su mal humor.

Camila, por su parte, comprendió que las cosas no iban á pasar tranquilamente con aquel vejete feroz, y dijo, cambiando de táctica:

—Vengo á saber, Sr. Boissier, si tiene usted gana de ser alcalde de Saint-Romain.

El viejo, que lo esperaba todo menos aquello, se quedó un momento confuso.

Pero las confusiones de Antonio Boissier no duraban mucho.

—Y yo, respondió, quisiera saber qué puede importar á usted que tenga ese deseo ó que no le tenga.

—Voy á explicárselo á usted; es porque pienso hacer las cosas en consecuencia, según que usted lo tenga ó no.

Boissier tuvo en la boca una insolencia..., pero la curiosidad le contuvo.

—¡Que piensa usted hacer las cosas!.. ¿Qué quiere decir eso?

—Quiere decir, aunque le parezca á usted absurdo, que si yo quiero tendrá usted el domingo cincuenta votos de mayoría.

—Se engaña usted, dijo el viejo mirándola frente á frente, no tendré más que cuarenta y nueve. Está usted bien enterada, pero yo lo estoy mejor. Sólo que esos votos no dependen de usted. Los tengo seguros, y por consecuencia, si no viene usted á decirme otra cosa..., como tengo que hacer...

Y al mismo tiempo señaló á la puerta con un ademán significativo.

—Sí, tengo que decir á usted otra cosa, respondió Camila tranquilamente, y es que si yo levanto el dedo, sus cuarenta y nueve votos de mayoría se van á convertir... Espere usted que eche la cuenta...

Y se puso á contar:

—Borel dispone de veintisiete votos. Si se pasa al barón se los añade al quitárselos á usted. Veintisiete y veintisiete, son cincuenta y cuatro, y se queda usted en minoría, mi pobre amigo, de cinco votos según usted; de cuatro por mi cuenta.

La seguridad de aquella parisiense que hablaba con la sonrisa en los labios, hizo sentir á Boissier un escalofrío de alarma.

Pero dijo encogiéndose de hombros:

—¿Los del río? ¡Bah! Hace doce años que están conmigo y el domingo harán lo que siempre.

—El domingo lo veremos. Pero hace ocho días estaban contra usted como un solo hombre. Me extraña que no lo haya usted oído decir.

Boissier, en efecto, lo había oído, pero no lo había creído, como seguía no creyéndolo.

Cuál fué, pues, su asombro cuando oyó que aquella mujer añadía:

—Comprendo que desee usted cerciorarse del hecho antes de preocuparse por él. No quiero, pues, abusar de su tiempo, que es precioso, ni obligarle á decirme que mi visita dura demasiado. Mañana volveré á la misma hora, Sr. Boissier, y como ya estará usted informado, ya verá cómo acabamos por entendernos. Hasta mañana, y no olvide usted que será alcalde si yo levanto el dedo. Si no, no.

Le saludó con sus aires de reina y se marchó, dejándole con la boca abierta, sin haber dicho una palabra ni hecho un movimiento.

Cuando Camila desapareció por el portalón, Antonio exclamó por fin:

—¡Es una loca..., ó cree que el loco soy yo!

Pero se quedó, con todo, dominado por una turbación llena de incertidumbre.

Sí, había llegado á sus oídos lo que acababan de decirle. Pues no hay para qué decir que se ocupaba en sus elecciones, sobre todo desde que, con gran asombro suyo, se ponían las cosas de su parte. Sin saber por qué, mucha gente se estaba pasando á su lista y algunos de los que pertenecían en cuerpo y alma al barón...

¡Hasta los hijos de Gourju y de Bousset!.. ¡Quién lo hubiéra creído?

Boissier, entonces, había aglomerado las promesas de costumbre en tales casos y dejado caer en las manos que convenía las monedas de dos ó de cinco francos que afirman los entusiasmos y determinan los cambios de opinión.

De este modo había llegado á convencerse de que podía derrotar al barón por cuarenta y nueve votos, pero contaba como base con los del río, que eran los socialistas, los revolucionarios, á quienes Borel cantaba la *Internacional* cuando estaban á medios pelos. Era inútil ocuparse de esta gente, que era suya.

Y de pronto venían á decirle...

¡Oh! Había que poner en claro aquellos manejos de mujeres...

Y en lugar de volver á sus gusanos, cuya tercera muda le preocupaba entonces poco, Boissier tomó su bastón de contera puntiaguda y se fué derecho á la Espinosa.

La puerta de los Borel estaba abierta y Boissier asomó la cabeza. La vieja estaba sola.

—Buenos días, abuela. ¿Cómo va por aquí?

—Vamos poco á poco, Sr. Boissier..., haciéndome vieja, como nuestra choza... Debe usted encontrarla cambiada, pues hace cuatro años que no viene por aquí...

Era verdad; Antonio no había puesto allí los pies desde las últimas elecciones. Pero, sin responder á aquella alusión maliciosa, preguntó:

—¿Dónde está su hijo de usted?

—Por ahí anda... ¡Felipe! ¡Felipe!.. ¡El Sr. Boissier pregunta por ti!

El barquero se presentó casi en seguida.

—Servidor, Sr. Boissier. Si viene usted para proponerme algún trabajo, no podremos entendernos, pues me voy con mi barca dentro de unos días...

—No, no es eso... Pasaba por ahí... Y he querido hablar con usted... para el domingo...

El barquero no dijo nada.

—Porque..., en fin..., cuento, como siempre, con usted y con sus compañeros...

—¿Para qué?

—¡Diantre!.. Para elecciones... Parece que no sabe usted que son el domingo...

—Es verdad que sí, Sr. Boissier.

—Y bien, aquella gente, ¿sigue estando con usted?

—Claro que sí.

—¿Ha convenido usted con ellos?..

—Todavía no.

—¿No los ve usted, entonces?

—Sí, todos los días.

Y añadió mirando al suelo:

—Pero como yo no sé todavía lo que haré, tampoco ellos.

—¿No sabe usted por quién va á votar?

—No.

Boissier creyó que había llegado la hora de las grandes resoluciones. Había que arrojar lastre al mar si se quería salvar el cargamento.

—Sí, vamos, Borel..., ya veo... Está usted apurado en este momento..., dificultades de dinero, puede ser...

—Claro está que un pobre diablo como yo tiene siempre apuros que usted, Sr. Boissier, no conocerá nunca...

—Pues bien, estamos en el mundo para ayudarnos los unos á los otros... Esta es la solidaridad democrática. Si con un billete de cincuenta...

El barquero no pestañeó.

—Pongamos de ciento... Si los necesita usted, se los presto sin interés y sin recibo... Ya me los devolverá cuando pueda...

A Felipe le dieron ganas de responder:

«¡Cien francos! No te arruinas, viejo avaro. Creí que me ofrecerías más que eso y hasta me hubieras puesto en un apuro..., porque, en fin, más vale un toma que dos te daré... Pero cien francos... No, lo que es por ese precio, no suelto á la señorita Camila... Con ella tendré diez veces más.»

Y respondió sin conmoverse:

—¿Y si me preguntan dónde he robado esos cien francos? Porque se sabe que ahora no tengo un céntimo... Tendré que decir que usted me los ha dado dos días antes de las elecciones... No, gracias, no quiero tener que ver con los gendarmes...

—¡Bah! Esas son tonterías, dijo Boissier apretando los dientes. Los Girardot le han pagado á usted mejor que yo...

—No diga usted eso, Sr. Boissier...

Ahora mismo me voy á decírselo á los del río... Y en cuanto ellos sepan...

—¿Que quería usted pagarnos nuestros votos con cien francos? ¡Lo que se van á reir!.. No nos vendemos, Sr. Boissier; votamos según nuestra idea.

—¿Pero qué idea es esa?

—Quisiera decírla, pero no puedo.

—¿Por qué, con mil millones de diablos?

—Porque necesito antes entenderme con una persona.

—Dígame usted, al menos, quién es.

—¿Para qué? Ya verá usted el domingo. Es posible que vote por usted... ó por otro... ó que no vote. Ya he dicho que estoy esperando...

—Sí, dijo Antonio sin poder contenerse, que esa mujer levante el dedo...

—Ya veremos, respondió Felipe sin conmoverse.

Y añadió como para calmar á Boissier:

—Pasado mañana es domingo; no hay mucho que esperar. Mientras tanto, tomará usted un vaso de vino, Sr. Boissier. Cada cual conserva su libertad, pero no por eso somos enemigos. Madre, trae una botella...

Gracias, no tengo sed.

Y se marchó furioso y espantado.

¿Se le iba á escapar el bastón cuando ya le tenía en la mano? La parisiense había contado bien; sin los votos de aquel canalla de Borel no podía tener mayoría.

Aunque los otros no le faltaran en el último momento, aunque no dejara de obtener ni un solo voto de los que parecían venir á él, estaba derrotado... por cinco votos.

¿Pero qué quería aquella Girardot?.. ¿Qué trato iba á proponerle si era verdad que tenía á Borel, las elecciones y todo?

¡Había que ver una cosa así para creerla!.. ¡Una mujer iba á arreglar las cosas á su capricho y á imponerle mañana su voluntad!

Porque Boissier no dudaba ya si mañana le abriría ó no la puerta de su casa. Estaba preso en las redes de su amor propio y del loco deseo de la alcaldía, que parecía escapársele otra vez.

Enviaba con treinta mil diablos á aquella mujer, pero la esperaba. Y su miedo era ya que cambiase de idea y no viniese.

Boissier pasó una terrible noche de insomnio, durante la cual hizo toda clase de suposiciones menos la de que todo aquello tuviese la menor relación con el matrimonio de Pedro, que estaba en los baños, y de aquella muchacha, que había vuelto á casa de su padre, de la que nunca debió salir. Debía tratarse de alguna emboscada de aquel viejo cuco de Girardot; del paso por un puente, que él les había prohibido, ó de alguna cosa así... Pero en resumidas cuentas, Antonio se agitaba en la obscuridad y tenía que esperar al día siguiente. ¡Qué larga se le hizo la noche, oyendo al reloj dar los cuartos de hora después del crujido que los anunciaba!

Por fin rayó el alba, que le encontró con los ojos abiertos.

Saltó de la cama, y con humor más feroz que de costumbre, se puso á atropellar á mozos y criadas.

Las hojas de morera estaban muy húmedas ó demasiado secas... La cámara de los gusanos no tenía bastante aire... Querían hacer reventar á todos los gusanos... Toda aquella gente se proponía arruinarle...

En los establos se desperdiciaba el forraje y se echaba á perder el estiércol. También allí le robaban el dinero del bolsillo.

De este modo recorrió la granja, sembrando el terror por todas partes; distracción que, en suma, le hizo llegar á la hora en que «la chica de Girardot» había quedado en venir.

Boissier se acercó á la ventana del comedor y se puso á mirar con ansia al portal á través de los visillos.

Pero apenas tuvo que esperar.

Camila llegó casi en seguida, sonriente y llena de aplomo como el día anterior. La joven hizo una caricia al perro, que la conoció inmediatamente, y preguntó á la misma criada:

—¿El Sr. Boissier?

Antonio no tuvo paciencia para esperar y respondió él mismo abriendo la puerta:

—Sí, aquí estoy.

Camila le dirigió una amable sonrisa, entró, cerró la puerta del comedor y le dijo:

Veo que duda usted si debe ofrecerme una silla... Sí, la aceptaré, porque hoy la entrevista será más larga que ayer.

Con un gruñido de oso, Boissier sacó de su sitio una de las sillas alineadas alrededor de la mesa ovalada.

—Gracias, dijo Camila sentándose. Y ahora ruego á usted que se siente á mi lado.

Cuando él se sentó, Camila siguió diciendo:

—Sé que ha visto usted á Borel. Me lo ha dicho. Ahora debe usted creer un poco más en la virtud de mi dedo.

Boissier, sin responder, la miró fijamente, con las cejas fruncidas y un estremecimiento de los maxilares, cerca de la oreja, que indicaba su impaciencia nerviosa.

Camila comprendió que estaban en el momento psicológico y que podía ir adelante.

—Pues bien, Sr. Boissier, hace usted mal en mirarme como enemiga. No vengo á abusar de la situación causándole el menor perjuicio, ni á divertirme en irritarle, lo que sería tonto é indigno de mí. Sé que desea usted mucho ser alcalde de Saint-Romain y comprendo esa ambición. Es una magistratura de confianza que el voto del pueblo confiere al más digno. No conozco otra más honrosa y que creo que en esta época tal prueba de simpatía debe ir á un hombre de extracción popular, como somos todos, mejor que á un representante del régimen de que Francia se ha librado.

En aquellos ojos, duramente fijos en ella, se pintó un gran asombro.

Aquella mujer hablaba seriamente y decía cosas muy sensatas con una voz dulce y musical que empezaba á influir sobre él á pesar suyo.

—Ya ve usted, continuó Camila, que no soy una adversaria. Por lo demás, la administración de Saint-Romain me interesa poco. Yo no seré nunca aquí más que una forastera, ó cuando más, una amiga de la que será un día dueña de la Zarzalera.

El asombro de Boissier subió de punto.

Sí, yo vivo en París, donde me he creado una posición que pasa por magnífica. La verdad es que gano mucho dinero con mi arte, que sólo allí puedo ejercer, y que allí tengo mis costumbres, mis amigos y mi clientela. Así, pues, me he arreglado con mis padres para que su propiedad vaya entera, después de su muerte, á mi sobrina, á la que quiero mucho y á quien usted conoce...

¿Fué un gruñido lo que dejó oir Boissier? ¿Fué una respuesta? Camila no hubiera podido decirlo. Así es que añadió osadamente:

—La que ha tenido el honor de ser cortejada por su hijo de usted.

Antonio aguzó el oído. ¿Adónde quería ir á parar? Y más para saber que para protestar, respondió:

—Mi hijo no tiene nada que ver con el asunto de que hablamos.

—Se engaña usted, Sr. Boissier. Yo no pienso en este momento más que en él y en mi sobrina. Esos muchachos se aman, son dignos el uno del otro...

—¡Jamás!

—Déjeme usted acabar...

—Diga usted lo que quiera. Pero yo respondo: jamás, jamás...

Y al ver que Camila, sea por premeditación, sea casualmente, tenía las manos apoyadas en la sombrilla roja y hacía un movimiento con el dedo, el viejo repitió en un tono que á la joven le pareció ya menos convencido:

—Jamás...

—Su hijo de usted, respondió Camila pacíficamente, es un hombre de gran valía y un guapo muchacho. Debe usted de estar orgulloso de él. Pero mi sobrina es encantadora y hará feliz á aquel á quien dé su cariño. Además es rica y lo será más algún día. La Zarzalera unida con la Umbría será una admirable finca, y posee además el dote de su madre y la esperanza de heredar á su padre, que no tiene hijos de la segunda mujer. Todo parece dispuesto para asegurar la dicha de esos jóvenes, que se aman profundamente y que estarían ya casados sin las antiguas diferencias que separan á sus padres.

Boissier hizo un gesto de amenaza que quería decir: «Sí, estamos muy separados y no tenemos trazas de aproximarnos.»

—Pues bien, ¿no cree usted que tales disentimientos han durado ya bastante? Convengamos, Sr. Boissier, en que ha sido usted duro para su vecino.

—He usado de mi derecho. Él me había hecho perder el pleito.

—Sí, ha usado usted de su derecho... duramente... y él se ha vengado... con igual dureza.

—Eso es lo que yo no perdono.

—Yo traigo con qué curar la herida hecha á su amor propio, y le devuelvo á usted esa alcaldía que, puede usted creerlo, me ha costado gran trabajo conquistar... He tenido que ganar, que robar, cincuenta votos que eran del barón, y lo he hecho por medios... que le contaré á usted, acaso, algún día...

—¡Ha sido usted!, exclamó Antonio, lleno de involuntaria admiración hacia aquella mujer que había hecho en un mes más que él en doce años.

—Yo sola, sí. Gourju, Bousset..., todos los otros, cuya actitud ha debido sorprender á usted... Confíéselo.

—¡Usted!..

—Yo. Y ahora que le he traído á usted toda esa gente, creo que encontrará excusable que me haya guardado la última carta, la que decide la partida...

Y añadió con su más bella sonrisa:

—Borel y los suyos eran mi reserva, mi guardia de corps, y he hecho bien en reservármela, puesto que voy á tener que hacerla entrar en fuego... Vamos á ver; ¿hacia qué lado debo levantar el dedo?

Y Camila decía esto con una voz tan linda y había en ella tal brillo y tal belleza, que el viejo se quedó deslumbrado.

Además, mientras la dejaba hablar de todo aquello, de Pedro, de la otra, de la fortuna que debían tener, cosas todas en las que él no iría perdiendo, tenía sin embargo delante de la vista la alcaldía que Camila agitaba como un cebo y que, esta vez, no tenía más que coger con la mano.

Boissier alargó los labios, con una mueca de desconfianza y respondió por fin:

—Usted dice todo eso... Pero ¿es Girardot quien la envía? ¿Es él quien da el primer paso? Porque eso de ir yo el primero... ¡Oh! Preferiría...

—Él le hará á usted la petición, Sr. Boissier.

—Y bien, entonces..., ya veremos.

¡Ah, no!, exclamó Camila riendo. Yo también soy desconfiada. Mi padre hará la petición, pero á condición de que usted la acepte.

—Ya lo sabrá, si acepto.

—Pero yo quiero saberlo ahora mismo.

Y añadió, envolviéndole en todo su encanto y en toda su persuasión:

—Hoy le tengo á usted por casualidad, pero pasado mañana se me habrá usted escapado después de lograr lo que desea. Ya será usted alcalde, señor Boissier.

Las narices del viejo se dilataron de orgullo, mientras Camila continuaba:

—Tengo, pues, que aprovechar mis ventajas de hoy. Le compro á usted la dicha de esos muchachos al precio que sabe... Vamos á ver; ¿levanto el dedo para devolverle á Borel y su gente?

—¡Buenos canallas están esos pajarracos!, murmuró el viejo, descargando en aquella gente su mal humor y su vergüenza de ceder.

Y después de gruñir, toser, suspirar y echar pestes contra Borel y aquella gentuza del río, acabó por decir:

—¿Vendrá Girardot á hacer la petición?

—Sí.

—Una petición política, amable, como un hombre que viene á buenas...

—Seguramente.

—¿Se hará el matrimonio aquí, en la alcaldía de Saint-Romain?

—Usted lo celebrará, señor alcalde.

—¡Oh! Todavía no...

Y acordándose de que era un campesino astuto é interesado, que saca todas cuantas ventajas le es posible sacar, añadió:

—¿Se garantizará por contrato la Zarzalera á la novia?

—Por mis padres y por mí.

—Entonces..., entonces...

Dejó caer el puño cerrado en la mesa y dijo:

—Con una condición.

—Diga usted.

—Que mi hijo haga dimisión de oficial y se venga aquí. Si no, no hay nada de lo dicho.

—¿Les dejará usted vivir en la Zarzalera, donde podrán instalarse de un modo agradable é independiente?

—En la Zarzalera ó en la Umbría, me es igual, con tal de que aprenda su oficio de labrador.

—Entonces todo está arreglado. Hará dimisión; me comprometo en su nombre.

Camila manifestó tanto calor al hacer esta promesa, que el viejo no pudo menos de decir:

—¿Tanto le asustaba á usted que su sobrina viviese como nuera conmigo? No creo que la hubiera asesinado...

—¡Bah!, dijo ella amablemente; tampoco usted tiene en ello mucho empeño. Usted tiene sus costumbres y forzosamente hubiera tenido que alterarlas.

—¿Por qué? Los padres no deben molestarse por los hijos.

—¿Lo ve usted? Usted hubiera querido que todo se hiciera á su modo y los jóvenes tienen otras ideas. Déjelos usted á dos pasos, pero en su casa, y así se evitarán disgustos y rozamientos.

Boissier no insistió y dijo, volviendo al presente:

—Pero si el domingo ocurre un contratiempo, no hay nada de lo dicho, aunque vengan ustedes todos a ponerse de rodillas...

—Es muy sencillo; hagamos un compromiso escrito, para seguridad de los dos.

—No hay contrato posible en negocios como este...

—Va usted á ver que sí. ¿Tiene usted recado de escribir?

—Ahí encontrará usted todo, en el escritorio.

Camila se sentó, reflexionó un momento y escribió con su letra de grandes trazos:

«Querido hijo: He reflexionado y respondo favorablemente á la petición que me has hecho. El Sr. Girardot, vuelto á un modo de proceder que me ha conmovido, acaba de facilitar mi elección para la alcaldía de Saint-Romain. La lista en cuya cabeza figuro ha triunfado. Te anuncio esta buena noticia, y en prueba de satisfacción y reconciliación te ruego que vengas inmediatamente, pues el Sr. Girardot desea que te cases con su nieta y yo estoy conforme.»

Camila leyó la carta en alta voz.

—Escriba usted esta carta y yo haré que su hijo de usted la reciba el domingo por la noche. ¿Qué arriesga usted? Si no es usted elegido, la carta no tiene razón de ser y no sirve para nada.

—Pero... la dimisión...

—Añadiremos una frase.

Camila escribió:

«Consiento en tu boda, pero á condición de que dimitas y vengas á Saint-Romain, donde podrás, si quieres, vivir en casa de los abuelos de tu mujer. Es preciso que te ocupes en la explotación de la Umbría y de la Zarzalera, que debe ser un día de tu mujer, según hemos convenido el Sr. Girardot y yo.»

Boissier había leído con su larga vista de présbite por encima de Camila, y dijo en cuanto ésta acabó:

—Así está bien..., puedo escribir esa carta.

—Entonces, á ello, amigo mío.

—El que me hubiera dicho ayer todo esto, me hubiera hecho reir... Es usted una mujer extraordinaria.

El viejo se sentó, cogió las gafas y escribió lo que Camila le dictaba.

—Ahora la fecha y la firma, dijo la joven cuando terminó.

Boissier pareció vacilar aún. Aquel era el paso definitivo.

—Hágalo usted amablemente, dijo Camila, para que el agradecimiento sea mayor.

—¡El agradecimiento! ¿Usted cree en eso?

Y su intrincada rúbrica apareció al pie del documento.

—¡Gracias, señor alcalde!, exclamó Camila radiante, cogiendo con presteza el papel.

—¡Todavía no!, repitió Boissier.

—Sí. El dedo se ha levantado ahora en favor de usted y Borel le dará sus veintisiete votos, lo que hará una mayoría de cincuenta.

—De cuarenta y nueve.

Le apuesto á usted á que son cincuenta...

Sería robar á usted. Los tengo contados y recontados y podría nombrárselos á usted. Son cuarenta y nueve; ni uno más.

Apuesto de todos modos. ¿Qué apostamos?

—Lo que usted quiera. Tiene usted perdido lo que sea.



Camila leyó la carta en alta voz

—Pues bien: si hay cincuenta, en vez de esperar aquí á mi padre, ¿saldrá usted á su encuentro hasta el límite de las dos propiedades?

Boissier tuvo como un relámpago de buen humor.

—Lo dicho, dicho, exclamó. Pero si no hay más que cuarenta y nueve, vendrá él aquí con su mujer... y con usted.

—Vengan esos cinco, señor alcalde...

De este modo se cambió el primer apretón de manos entre el padre de los Montescos y la más seductora y más audaz de las hijas de Capuleto.

* * *

Pero aquello no era más que la primera victoria. A pesar de lo cual, Camila se fué á su casa loca de contento. Allí la cosa era más fácil.

En la Zarzalera, el Sr. Girardot gritó también altamente: «¡Jamás!.. ¡Jamás!..» Cuando todo el mundo abandonaba al pobre barón, él le sería fiel hasta el fin...

Pero la abuela se había pasado ya al enemigo y Girardot no se sentía apoyado por ella. Además, con él se arregló Camila de otro modo.

Le envolvió en sus brazos y le habló con un lenguaje que hubiera dejado frío á Boissier, pero arrancó lágrimas de los ojos de aquel buen hombre.

Además le dijo con una solicitud un poco temeraria:

—¿Quién te pide que hagas nada contra tu amigo? Tú votarás por el barón, por supuesto, pero no puedes estorbar nuestras maquinaciones aunque no te metas en ellas. Tu conciencia se queda tranquila... Y después de las elecciones vendrá la entrevista de los dos soberanos en la frontera de sus reinos... Os encontraréis como por casualidad, todos seremos felices y tendrás el gusto de conservar siempre á tu lado á Graciana y á su marido...

—Que es tan buen muchacho, añadió la abuela sollozando.

El bueno de Girardot acabó por llorar también, todos se abrazaron y el Baco, en su fanal, inclinó el tirso con una expresión astuta y regocijada...

Girardot no encontró más que esto que responder.

—Pero estamos haciendo proyectos... y decidiendo las cosas... ¿Y Delestang?

—Yo me encargo de eso, papá. Tengo por mío todo el día de mañana.

—¡Qué expedición irá á emprender todavía!

Y añadió en un impulso de sincera admiración.

—Enriqueta... ¡Cuando pienso que una hija nuestra se ha convertido en gran elector de Saint-Romain!..

—Pues voy, sencillamente, á tomar el primer tren para Lyón.

—¿Cuando volverás?

—Mañana por la tarde. Iréis á esperarme á la estación. Y ahora tengo que escribir. ¡Ah! Dios mío, sí, tengo que escribir...

Y se echó á correr á su cuarto.

. . . .

Como Camila tenía toda la tarde libre, se fué á hacer una visita á la baronesa de la Rochere.

La gente del castillo estaba también en ebullición, y Camila cayó en pleno consejo de guerra.

En el salón estaba el cura, entregado con el barón á frenéticos recuentos.

—¿Y éste?, preguntaba la Rochere á cada nombre dudoso.

—¡Hum!.., respondía prudentemente el cura.

—En fin, ¿qué cree usted?

—He visto á su mujer y no me ha dicho nada... Pero tenía una expresión... Puedo engañarme, sin embargo..., me engaño, sin duda...

Y Daniel, que se presentó atraído por su deliciosa amiga, intervino:

—Sí, señor cura, se engaña usted. La cosa irá muy bien... Y puesto que bastan los veintisiete votos de...

—¡Daniel! He prometido callar...

—Me callo... Pero si tienes esos veintisiete votos, estás seguro del resultado. Yo no sé más que lo que tú me has dicho... Si tus noticias son buenas...

—Son seguras.

—Entonces, señor barón, el triunfo es cierto, afirmó el cura.

—¡Ea! Esperemos los acontecimientos sin aburrir á esta señora con nuestras elecciones, que tan poco le interesan.

El cura se despidió y se habló de otra cosa con aquella encantadora mujer cuya conversación era siempre agradable é ingeniosa. Cuando se levantó para marcharse, le dijo Daniel medio en broma:

—¿Me permite usted que la acompañe, preciosa Camila Girot?

—Con mucho gusto.

—Vayan, vayan ustedes... ¡Oh! ¡La juventud!, exclamó el barón dando un suspiro por la suya, perdida hacía mucho tiempo.

Y al verlos alejarse dijo á la baronesa:

—Ya ves, querida, cómo insensiblemente todo se arregla á medida de nuestro deseo. Esos dos se entienden ya como tía y sobrino.

. . . .

Cuando, ya en los paseos del parque, estuvieron lejos de todo oído indiscreto, Daniel preguntó:

—¿Y bien?..

—Está hecho. He vencido.

—¿Ha visto usted á ese cocodrilo?

—Y le he domado.

—¡Ah! ¿A quién no domaría usted? Cuénteme..., cuénteme...

Cuando Camila acabó su relato, Daniel movió melancólicamente la cabeza.

—¡Pobre papá!, dijo. ¿Creerá usted que siento ahora remordimientos?

—¡Bah! Ya sabe usted que le hemos prestado un buen servicio...

—Sí, como cuando se extrae una muela... que está muy agarrada... ¿Verdad?

(Continuará)



PARÍS. - Museo del palacio de Cluny

EL MUSEO DE CLUNY

Este museo de antigüedades francesas está instalado en París y comprende las ruinas de las llamadas Termas de Juliano y el antiguo palacio de Cluny. Fué construído este palacio á mediados del siglo XIV por Pedro de Chaslus, abad de Cluny, en el sitio que ocupaba una parte del palacio de las Termas, y completamente reedificado por Jacobo de Amboise, hermano del ministro de Luis XII, en las postrimerías del siglo XV.

En 1790 fué el palacio de Cluny declarado propiedad nacional y vendido, pasando á ser de propiedad particular. En 1836 pertenecía á M. Dusommerard, consejero del Tribunal de Cuentas, quien había instalado en él una preciosa colección de objetos de la Edad media y del Renacimiento. A su muerte, acaecida en 1842, la ciudad de París compró el inmueble y el museo, y al año siguiente los cedió al Estado, junto con las ruinas romanas de las Termas de Juliano.

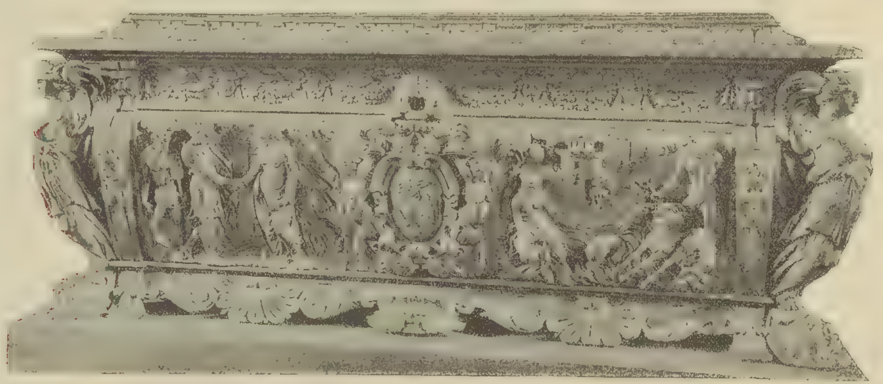
El palacio de Cluny pertenece por su estilo á la época de transición y participa del arte ojival y del estilo del Renacimiento, y es uno de los monumentos más completos en su género, siendo especialmente notable la capilla, que, aunque de pequeñas dimensiones, es de una elegancia y de una delicadeza de ejecución que hacen de ella una obra maestra.

El museo se abrió en 16 de marzo de 1844; en 1866 se le añadió una nueva sala, y posteriormente otras, adiciones que había hecho indispensable la importancia adquirida por las colecciones.

Los numerosos objetos que el museo comprende han sido clasificados, según las diferentes ramas del arte y de la industria á que corresponden, en diez grupos: escultura, pintura, pintura sobre vidrio, esmaltes, loza y cristalería; orfebrería, joyería y relojería; armas ofensivas y defensivas, utensilios de caza y armas orientales; cerrajería y objetos de hierro cincelado, grabado y repujado; tapices, colgaduras, ornamentos de iglesia y bordados; y materias preciosas, mosaicos, utensilios de mesa, etc.

No siendo posible en un artículo dar una idea de tantos tesoros como en el Museo de Cluny se guardan, nos concretaremos á indicar algunos de los objetos más notables.

En la sección de escultura merecen ser mencionados en primer término los cuatro altares galo-romanos que en tiempo de Tiberio construyeron en honor de Júpiter los marineros de París y que fueron descubiertos en 1711 en unas excavaciones practicadas debajo del coro de Nuestra Señora. De la misma época son un relieve, el toro de San Marcos, varios fragmentos arquitectónicos y cuatro sepulcros. Del período de la Edad media y del Renacimiento hay en el museo: doce capiteles del siglo XI procedentes de la nave de la iglesia de San Germán de los Prados; quince estatuas mutiladas de los siglos XII, XIV y XV, de Nuestra Señora de París; un bajo relieve del siglo XIII de la capilla de San Germer, mutilado en 1794; el pórtico del claustro de los benedictinos de Argenteuil, demolido en 1855; la puerta principal del colegio de Bayeux, fundado en 1388; la puerta principal de la iglesia de San Benito con bellísimos altos relieves del siglo XIII; una columna con capitel delicadamente esculpido del siglo XIII, que perteneció á la iglesia colegiata de Cluny; ocho estelas hebraicas descubiertas en 1849 en París; tres grandes chimeneas del siglo XVI; una estatua de la Virgen y el Niño, del siglo XIV, de piedra pintada y dorada, que figuró en el convento de los victorinos de París, y la elegante puerta de entrada de la casa llamada «de la reina Blanca,» construída en París en tiempo de Enrique II. Entre los mármoles antiguos citaremos un bajo relieve que recuerda el friso ateniense del templo de la Victoria Aptera; otro que representa la muerte de una joven y una estatua del emperador Juliano de tamaño natural y muy bien conservada. Del siglo XV posee el museo cuatro hermosas esculturas que formaron parte del mausoleo del duque Felipe en la Cartuja de Dijón; del XVI, un grupo en mármol de Juan Cousin, desgraciadamente mutilada; una *Ariadna abandonada*, encontrada en el Loire y que representa á Diana de Poitiers; un bajo relieve de la escuela de Juan Goujón; un medallón en mármol atribuído á Germán Pilón; una estatuita en mármol, *La Virgen y el Niño*, procedente de las tumbas de los duques de Borgoña en Dijón, y un grupo en mármol, *Las tres Parcas*, que se atribuye á Germán Pilón. Entre las esculturas de alabastro sobresalen



Arcón de novia en madera tallada, escuela veneciana del siglo XVI. - Museo de Cluny. (De fotografía.)

un grupo, *La Virgen en su gloria*, del siglo XIV, y seis bajos relieves de la época del rey Juan. Los objetos de madera esculpida del período comprendido entre fines del siglo XIII y el XVII, son numerosos, mereciendo citarse especialmente 60 figuritas ejecutadas durante el reinado de Luis XIII y que representan los reyes de Francia, desde Clodoveo.

Los marfiles más notables son: un bajo relieve antiguo que en 1860 fué encontrado en el fondo de un pozo de Montier-en-Der; una figura del siglo III de admirable ejecución; dos cajas del siglo VI exteriormente adornadas con composiciones copiadas de los sarcófagos de los primeros siglos del cristianismo; una caja del siglo XIII con espejo, procedente del tesoro de Saint-Denis; un grupo del siglo XVI atribuído á Juan de Bolonia, y un medallón con el retrato de Enrique IV.

En la sección de muebles de madera esculpida se admiran dos púlpitos magistrales que pertenecieron á Luis XII; un banco de obra cubierto de esculturas grotescas; un hermoso tríptico, trabajo alemán del siglo XV atribuído á Martín Schongauer; un relicario pintado y dorado, obra de Lucas Lois; una magnífica cama del tiempo de Francisco I; una mesa de despacho del mariscal de Crequy; una cama con dosel del marqués de Effiat, con cortinajes de terciopelo cincelado de Génova y sederías bordadas en relieve; la habitación llamada del Cardenal, con una gran cama con dosel, del tiempo de Luis XIV; otra cama, con cortinajes de damasco verde y galones de oro; algunas butacas guarnecidas de terciopelo cincelado de Génova y con bordados de seda, y un biombo de seda y terciopelo bordado.

Las principales pinturas de este museo son: dos de Pompeya perfectamente ejecutadas y pintadas que representan un sacrificio y una ofrenda á Venus; fragmentos de un pintura mural del siglo XII que adornaba el refectorio de los benedictinos de Charlieu, y un *Cristo en su gloria*, también del siglo XII; una pintura sobre madera con fondo de oro de Gentile da Fabriano, del siglo XV; una preciosa miniatura sobre seda de Cosme de Ferrara; un cuadro pintado sobre madera por el rey Renato de Provenza; una pintura que representa la coronación de Luis XII en Reims en 1498; una pintura sobre madera de escuela flamenca; una pintura mística que representa á *Cristo en la cruz;* otra sobre madera atribuída á Lucas de Cranach; un cuadro de Primatizio, *Venus y el Amor*, que representa á Diana de Poitiers, todas del siglo XVI, y siete cuadros al óleo del XVII. Entre los manuscritos y libros de oro, merecen especial mención: un libro de horas de principios del siglo XVI que perteneció á Enrique III; un libro iluminado por Luisa de Saboya, y otros varios, impresos sobre pergamino en 1512, que contienen hermosos grabados.

En la sección de pinturas sobre vidrio se encuentran cuatro vidrieras del siglo XVI que representan la



Banco de obra - Museo de Cluny. (De fotografía.)

leyenda de San Leto; una colección de cuatro de la escuela francesa, del siglo XV; una de forma circular, también de escuela francesa; otra de Bernardo de Palissy, de 1544, procedente del castillo de Ecouen; varias de origen suizo, del siglo XVII; dos alemanas, de 1678 y 1684, y otra ejecutada en 1826 según dibujos de Fragonard, que se conserva en el museo por ser el primer ensayo de pintura sobre vidrio que se hizo en la fábrica de Sevres.

Hay en el museo de Cluny cerca de 300 esmaltes, entre los cuales citaremos dos magníficos cofres del Martirio de *Santa Fausta*, de cobre grabado, dorado, repujado y esmaltado, trabajo bizantino ejecutado en Limoges en el siglo XIII; tres magníficos báculos episcopales, de fines del XII; una preciosa caja del siglo XIV, decorada con asuntos tomados de la vida de Jesucristo; una serie de grandes planchas con esmaltes de Limoges ejecutadas por Pedro Courtoys en 1559; varias admirables copas de Pedro Remond; un cuadro de Penicand y un magnífico retrato de Leonor de Austria esposa de Francisco I, firmado por Bernardo Limousin en 1536.

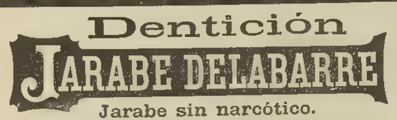
Figuran en la sección de lozas ocho italianas de Luca della Robbia; varias de los Abruzos, de Faenze, de Urbino, de Nápoles; un plato redondo pintado en azul según dibujo de Mantegna; algunas notabilísimas hispano-árabes, entre ellas una gran fuente de reflejos metálicos con dibujos azules, rojos y blancos; unas cuarenta piezas de Bernardo de Palissy ó de su escuela; una gallina de la escuela francesa del siglo XVII; varias lozas alemanas, gres de Flandes, tierras esmaltadas y vidriados de Venecia, de Alemania, de Murcia y de Flandes.

Es imposible citar todos los objetos notables de orfebrería; entre los más salientes mencionaremos: un cinturón galo de oro macizo de una sola pieza, sin soldadura; un tesoro galo que comprende nueve piezas de oro macizo, á saber: siete brazaletes (uno de ellos de 185 gramos de peso y dos sortijas; el célebre tesoro de Guarrazar, compuesto de nueve coronas de oro macizo con zafiros orientales, la mayor de las cuales es la del rey godo Recesvinto (649 á 672); la *Rosa de Oro* de Basilea, regalada por el papa Clemente V al príncipe obispo de aquella ciudad, y que es un magnífico monumento de orfebrería de principios del siglo XIV; dos hermosas arquillas, una francesa de principios del siglo XV, de plata repujada, cincelada, fundida y dorada, y otra del célebre Hans Greiff, de Nuremberga (1472); y una nave de orfebrería repujada que lleva á Carlos V y á su corte, gran pieza mecánica del siglo XVI, de 70 centímetros de largo por 1'05 metros de alto.

En la sección de armaduras y hierros cincelados hay armaduras completas notabilísimas, los estribos con las iniciales y la divisa de Francisco I, una pieza de cañón de cobre del tiempo de Luis XIV, un trofeo de armas, una artística cerradura de hierro procedente del castillo de Anet (siglo XVI); una verja de hierro forjado y articulado, obra italiana del siglo XV y varios magníficos morillos de hierro forjado.

La colección de tapices es maravillosa, sobresaliendo en ella: los diez ejecutados en Francia en tiempo de Luis XII que representan la *historia de David y Betsabea;* uno pequeño, verdadera obra maestra, bordado en seda, oro y plata, que representa la *adoración del becerro de oro*, ejecutado según dibujos de Rafael (siglo XVI): los cuatro magníficos tapices de Beauvais, *Trabajos y Placeres del campo*, de Teniers; uno de Brujas, el birrete de Carlos V de finísima tela de lino, bordado y con las armas imperiales en relieve, y un mosaico de David Ghirlandajo.—X.

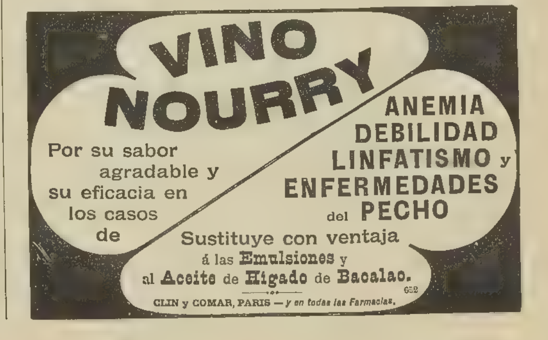
Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona



REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO – ASMA – OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.



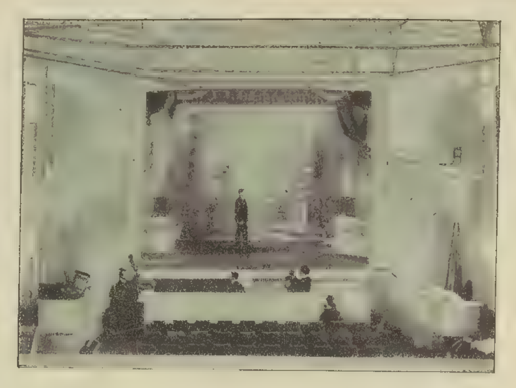
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.



PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



Vista exterior del Templo Moderno de Diversión



Vista interior del Templo Moderno de Diversión

UN TEATRO FLOTANTE EN LOS ESTADOS UNIDOS

La idea de los teatros flotantes no es nueva, pues tiempo hace que varios de ellos recorren algunos ríos de Europa y de América proporcionando á las poblaciones ribereñas el placer de contemplar espectáculos que sin este procedimiento ignorarían por completo muchas de ellas, alejadas como están de los grandes centros y careciendo de medios para proporcionarse directa y exclusivamente tales distracciones.

Pero hasta hace poco, estos teatros flotantes no tenían gran importancia, pues por sus dimensiones relativamente reducidas su esfera de acción resultaba muy limitada.

A remediar este inconveniente ha venido el Templo Moderno de Diversión que desde hace algún tiempo funciona en los Estados Unidos y que puede contener hasta 1.000 espectadores, distribuídos en palcos, butacas y cazuela.

Este teatro, por sus especiales condiciones único en el mundo, recorre los ríos Ohio, Illinois y Mississipí durante los meses de verano, haciendo un trayecto total de 2.500 millas.

El buque en donde está instalado contiene además numerosos dormitorios para los actores, departamentos de cubierta y todos los anejos de un barco y de un teatro.

El Templo Moderno de Diversión salió últimamente de Pittsburgo y visitó las ciudades de las minas carboníferas y las fábricas de acero que se levantan en las orillas del río Monongahela; después regresó al punto de partida y sucesivamente recorrió los ríos Ohío, Illinois y Mississipí.

Lleva este teatro flotante una instalación eléctrica completa, y de noche no sólo está interiormente iluminado de un modo brillante, sino que en el exterior hay varios potentes focos eléctricos que alumbran perfectamente un gran espacio alrededor del buque.

AGUA LECHELLE HEMOSTATICA Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable. Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO. Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Reumáticos y Gotosos! Tratad de curaros con la Legítima PISTOIA PLANCHE (Dos Siglos de Éxito). No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa. CURA la GOTA el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Hígado y de los Riñones. Fcia PLANCHE en Marsella (Francia). En todas las Farmacias bien surtidas.

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LES PLAQUES ET PAPIERS JOUGLA SIEMPRE SON INMEJORABLES

AVISO Á LAS SEÑORAS



EL APIOL DE LOS DRES JORET Y HOMOLLE CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fia G. SÉGUIN — PARIS 165, Rue St-Honoré, 165 y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

PUREZA DEL CUTIS — LAIT ANTÉPHÉLIQUE — LA LECHE ANTEFÉLICA ó Leche Candès pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES. Pone y conserva el cútis limpio y terso. Frasco 5 fr. en Paris. CANDÈS et Cie, Bd St-Denis, 16

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 14 de noviembre de 1904 — Núm. 1.194



MOMENTOS DE ANGUSTIA, acuarela de Juan Bartels

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Dusseldorf)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días, en un rincón de una provincia española, se ha reproducido la escena que los historiadores cuentan entre las más horribles que señalaron el período de la revolución francesa y patentizaron la anarquía por ella determinada. Creo que hasta novelas se han escrito sobre las fazañas de la banda de los *chauffeurs*, malhechores que iban de castillo en castillo y de alquería en alquería, sorprendían á los dueños, les amarraban, les acercaban á la lumbre, y tostándoles lentamente las carnes, les obligaban á confesar dónde ocultaban el dinero. Si no lo ocultaban en ninguna parte, acababan de asarlos, y después de comer y beber á su talante, saqueando la vivienda, se retiraban, dejando la casa devastada y á su dueño entre las ansias de cruel agonía...

Los *chauffeurs* de Lugo parecen alumnos aprovechados de los franceses: su procedimiento es idéntico; lo único distinto, la época en que consuman sus atentados. Un infeliz, en el caserío de una herrería, ha sido asado concienzudamente, con toda calma y reposo. Le aplicaron haces de paja encendidos á diferentes partes del cuerpo, escogiendo las más sensibles al dolor; y cuando se desvanecía, otro retueste le devolvía la sensibilidad y la conciencia de la tortura. Como no existía en la casa la suma relativamente crecida que los bandidos buscaban, y sólo se afanaban algunas pesetas, el suplicio no se interrumpió, hasta que, cansados los supliciarios, bajaron á la bodega, á emborracharse y á gastarle chanzas al sobrino del torturado, un muchacho que estaría cual es de suponer de puro miedo, y tenía que servirles comida y vino. Al ser socorrida la víctima, se vió que la mayor parte de sus quemaduras eran mortales. Tenía el cuerpo achicharrado. Sin embargo, no había muerto. No murió hasta días después.

Apostemos algo á que si son descubiertos los tostadores (que acaso no lo sean, porque iban enmascarados y por otras mil razones que suelen concurrir á que rara vez se les eche el guante á los criminales), si son descubiertos, digo, y presos, y no se evaden de la cárcel, y llega el día de juzgarles, el abogado defensor, tomando por las hojas una vez más ese rábano de la antropología (que ya debe de estar deshojado, según lo manejan, soban y aporrean nuestros impresionistas), defiende á los dulces tostadores diciendo varias ó todas estas cosas: (a) que son unos enfermos; (b) que tienen la oreja de forma de plato y por ende son irresponsables; (c) que no supieron lo que se hicieron, y en su ignorancia, al aplicar los haces de paja encendidos, creyeron practicar un método curativo preconizado por un sabio doctor alemán; (d) que son hijos de padres que tenían la costumbre de embriagarse, y por lo tanto sería inhumano exigir que ellos no tuesten á la gente; (e) que están locos, lo cual se demuestra por el hecho de vestirse de máscara mucho antes del tiempo de Carnaval; (f) que obraron compelidos por irresistible fuerza, sin libertad para otra cosa, puesto que necesitaban un dinero que el tostado estaba en la estricta obligación de tener, y que el suplicio puede atribuirse no tanto á crueldad de los calentadores, cuanto á tacañería del calentado, quien procedió del modo más censurable y provocó la indignación de sus visitantes nocturnos, al no ofrecerles sino cochinas 250 pesetas, suma enteramente irrisoria, en vez de las dos ó tres mil que se habían prometido como recompensa á sus fatigas. Y si se cree que exagero, recuérdese el famoso *canesú*, memorable en los anales del criminalismo.

Sigamos apostando á que no sólo hay abogados que empleen tales recursos, sino que hacen impresión profunda en el Jurado, el cual á lo sumo, y sólo por enseñarles á los calentadores que no es prudente jugar con fuego, les impondrá una penalidad leve, esperando confiadamente que al cumplirla ya habrán renunciado al *sport* de tostar personas, «vicio feo—del que debes huir, oh Timoteo.»

En cambio la nota de simpatía de algunos bandidos reaparece en el de Oviedo, Armando Suárez Argüelles, capturado estos días por la Guardia civil, y traído á Oviedo con una bala de mauser en un brazo. No porque este bandido pertenezca á la clase de los «generosos,» sino por la bella defensa que hicieron contra la Guardia, por salvarle, su madre y su hermana. Esas dos mujeres, luchando como leonas para que no fuese capturado el hermano y el hijo, son simpáticas, y quizás subleva leer al pie de la noticia de la captura y herida del foragido: «La madre y hermana de Armando se hallan incomunicadas en la cárcel de Lena.»

Legalmente, habrá sido necesario prender á esas mujeres; ante el sentimiento más natural, más inevitable, su conducta es cual debió ser, y si otra cosa hubiesen hecho, si hubiesen entregado á ese hombre, por más crímenes de que esté cargado, parecerían monstruos.

En el campo hay un goce peculiar de cada estación—y no sé por qué se cree que el invierno es un período de desolación y tedio,—sobre todo en estas comarcas de clima tan suave y benigno, que el invierno en ellas no es más que un otoño de seis meses.

Yo de mí sé decir que en esta época, cuando llega el punto de dar un adiós á los vetustos árboles, á los prados que la repentina lluvia aviva y refresca, á las flores desmelenadas de los crisantemos, que huelen á almendra amarga, á las primeras tempranizas camelias que desafían con su tersura á las heladas, á las violetas de olor insinuante como un recuerdo que no quiere irse de la memoria, á las lontananzas enrojecidas y doradas por la mano artística del otoño, siento como una aversión momentánea, pasajera, pero real, á la existencia urbana, y se me presentan revestidas de hermosura las sencillas, las fáciles distracciones que la aldea brinda. Todas están á medida del deseo: ninguna lleva contrapeso de afanes y desazones, de costosos preparativos, riesgos y luchas. Al alcance de la pobre gente, con mayor razón son accesibles á los que entre esa pobre gente son «como reyes;» pero reyes exentos de la palpitante incertidumbre, de la altísima posición y del difícil cargo.

Es preciso cultivar esta percepción del bien que encierra la vida campesina; es preciso sentir, saborear, estimar el gusto de lo normal y natural, tan bueno para el espíritu (sobre todo cuando no se prolonga años y años y degenera en rutina). Y es preciso saber concentrar la impresión estética en lo trivial, en las diversiones de chiquillos campesinos: por ejemplo, una hoguera encendida, al caer de una tarde de niebla húmeda, en la linde de un soto, donde se arremolina la hoja seca y las hortensias abren su copo azul.

El aire está saturado de lluvia, sin que haya llegado á llover; el día ha sido frío y claro, hasta que se alzó ese *nevoeiro*, que como gasa sutil os rodea y envuelve. Entre sus cendales han comenzado á difumarse los troncos, el ramaje casi desnudo, salpicado todavía de gotas verdes, las colinas y las manchas de frondosidad; y el paisaje, así borrado á medias, toma aspecto de extenso mar, con islas, cabos, costas, anegadas en una plata mate y fluida. El graznido dulcemente ronco de los cuervos no suena ya; pero no tardará en dejar oir su queja, en lo más alto de la alta torre, la lechuza. Os sentís como perdidos entre la inmensidad vaga del nublado; en los huesos se os ha metido el relente, la acuosidad del aire. Y entonces es cuando juntáis, para la fogata alegre y consoladora, virutas, ramas secas, hojas, erizos de castaña, y encendéis. Como en una escena de *La Walkiria*, ese admirable trozo de música que se llama *El fuego encantado*, por diversas partes la llama, roja y corta, empieza á sacar sus mil lengüecillas de dragón. El humo vierte en el aire sus vellones blancos y espesos, y en la calma de la atmósfera, donde no corre ni un soplo de viento, se tiende, forma rebaño de fantásticas ovejas que se aprietan y empujan para huir torpemente, hacinadas. La llama, clara, fuerte, rápida, se alza victoriosa del humo, despidiéndolo hacia lo alto. Y se esparce alrededor una suave sensación de abrigo, de sequedad: los huesos se desentumecen, la niebla se absorbe; la lumbre ríe, estallan en ella las castañas contenidas en los erizos colmados, las hojas crujen, las ramas se consumen trazando, dentro de la hoguera misma, garabatos más rojos. Se diría que nos hemos refugiado en una estancia bien cerrada, bien abrigada con tapices y cortinas: tal es de grata la temperatura, de enjuto el ambiente que nos rodea. El humo nos quita por un instante la respiración. Luego sube, se desparrama. ¡Más combustible á la lumbrarada, más ramillas, nueva provisión de hoja! Un paisaje no menos efectista que el manchado por la niebla se ve ahora, á la claridad anaranjada del fuego: los árboles del soto negrean, la hierba se enciende, el horizonte es luz, y cuando la llama flamea irguiéndose, se ven las Torres, silueta grave, y sobre sus anchas almenas se destacan sus gárgolas monstruosas...

Hasta los días consagrados á la conmemoración de los Difuntos son menos lúgubres en la aldea.

En el pueblo, la visita á los cementerios va adquiriendo repulsivo carácter de fiesta popular. En el cementerio ó á sus puertas (según dicen, á mí me sería muy desagradable ir á cerciorarme por mis ojos) se merienda, se come, se ríe, se bebe, se cometen mil profanaciones. Poco importa que los ricos envíen allí servidores que atiendan á las velas del alumbrado y á las coronas y recuerdos fúnebres: no pueden impedir que esa burda jubilación convierta lo solemne en grotesco. Cualquier día es más digno, más meditable, el cuadro de un cementerio, que el día consagrado á las almas del otro mundo. Si ellas pudiesen elegir, elegirían su perpetua soledad, mejor que tales visitas y tales homenajes.

En el campo, no ha degenerado todavía el culto de los muertos en juerga, ni se conoce la macabra confitería que nos surte de «huesos de santo.» ¿Conocéis ese dulce? Es una de las muchas demostraciones de que el hombre sabe aprovecharlo todo, enmascararlo todo. Tiene ese dulce la forma, hasta el color, de una canilla de difunto. Una canilla de almendra y azúcar, en que la medula es de yema de huevo. Y ese dulce se ofrece por los galanes á las damas, que lo comen riendo, celebrando su sabor.

Jamás he podido comprender que se elijan ciertas formas para manjares y golosinas. He visto bombones de chocolate imitando cucarachas, ratones y escarabajos; he visto unos dulces hechos de pasta de fondán que presentaban la apariencia de un cabo de vela medio consumido, con pábilo y todo. ¿Es que los sentidos pueden padecer aberraciones? ¿Es que se cuenta con el histerismo y la perversión del paladar? Todo esto ocurre á la reflexión cuando vemos blancos dientes mordiendo en la reproducción de una tibia, el día de los Fieles Difuntos, mientras la campana plañe y plañe...

Verdad —todo debe decirse —que también en la aldea hay su correspondiente gaudeamus y su pequeño y humilde hartazgo el día de Santos, mientras plañe y plañe la campana.

Olvidándose—¡dónde hay mayor bienhechor que el olvido!—de que allá, bajo las malvas y ortigas del pobre Camposanto reposan «sus mayores» y han de reposar ellos, los aldeanos, en tal ocasión, catan el mosto nuevo, asan las castañas ó las cuecen en la negruzca olla de barro, perfumándolas con hinojo y olorosa *néveda*, y arropándolas con un trapo enrollado en la boca del puchero, á fin de que el vapor de la cocción se quede todo allí, ablandando y enterneciendo la castaña.

La castaña... Es hoy, en mi tierra, un placer y una melancolía. El castaño, nuestro castaño secular, característico, desaparece. Un mal que la ciencia no sabe curar, una invasión de gusanos vivaces, insidiosos, contagiosos, acaba con esta esencia forestal magnífica, de madera incorruptible é incombustible, de follaje fresco y rumoroso, de flor que parece un fleco de terciopelo verde, de fruto que, si se supiese preparar y conservar, mantendría á los campesinos una tercera parte del año y resolvería el problema terrible de la escasez del trigo, el maíz y el centeno...

El labrador no cuenta sino con los cereales y algunas hortalizas para sostenerse. Lo pide todo á la tierra laborable, y nada al bosque. Sin embargo, la castaña encierra gran riqueza de propiedades alimenticias: es sana, es sabrosa, y ninguna fatiga cuesta su recolección. Pudiera constituir una defensa contra el hambre. Pudiera, cuando menos, alimentar al cerdo. En esta comarca de la orilla del mar no se piensa en tal cosa, y hasta se alimentan los cerdos con sardina, que comunica á su carne insufrible sabor.

Y la castaña no es sino tema de fiesta al principio del invierno, regodeo de mujeres y chiquillos, base de tertulias en que se contaban (temo que ya han dejado de contarse) mentiras y cuentos de miedo, y por supuesto, chismografías de lugar, el eterno rencor ó la eterna queja, la monótona fila de insignificantes preocupaciones y de menudas ansias, que tejen la tela gruesa, descolorida, áspera al tacto, del vivir rural.

EMILIA PARDO BAZÁN.



El tren corría velozmente, devorando con glotonería las distancias, dejando atrás valles y colinas y precipitándose con triste lamento en las tinieblas de los túneles.

La máquina, como un monstruo encadenado, agitábase convulsivamente, arrastrando, entre fatigosos resoplidos, el largo convoy y escupiendo al espacio columnas de humo, que iba deshaciéndose en madejas, hasta confundirse con los girones de niebla que se desprendían de las montañas.

Era la hora en que la naturaleza empieza á despertar y sacudirse de su nocturno letargo. Las más altas cimas principiaban á dorarse con los primeros rayos del astro del día que ya apuntaba en el Oriente, en tanto que el fondo de los valles y los cóncavos y repliegues de aquellos abruptos montes permanecían sumidos en misteriosa penumbra.

El tren avanzaba redoblando incesantemente su velocidad, y los brillantes rieles, que como dos cintas de plata ceñían los campos prolongándose en lontananza, parecían correr y precipitarse debajo de la locomotora, sorbidos por el insaciable monstruo.

Fijo en su puesto, el maquinista, al mismo tiempo que inspeccionaba ansioso la vía á través de las enormes lentes ó consultaba el manómetro, pronunciaba frases entrecortadas é ininteligibles que la impaciencia arrancaba á sus labios.

—Vamos bien, Sr. Manuel, dijo el fogonero, arrojando una paletada de carbón en el hogar.

—Sí, contestó el maquinista. Creo que llegaremos á X á la hora reglamentaria.

***

En X tenía Manuel todos sus amores, todas sus esperanzas y todas sus alegrías; su mujer y su hija.

La niña, un precioso *bebé* de cuatro años, un angelito rubio y sonrosado, de enormes y parladores ojos azules, en los que brillaba aquella precoz inteligencia que desataba su lengua balbuciente para preguntarlo todo, para repetir cuanto oía, para corresponder con graciosísima y cariñosa charla, que era como el gorjeo de un pajarillo, á los mimos y caricias que se le prodigaban, lo tenía loco de contento, no sin que este contento se hallase á la continua turbado por punzantes é indefinibles temores, por amargos y misteriosos presentimientos...

Cada vez que Manuel pasaba por X dirigiendo su máquina, esperábalo su mujer en la estación, llevando en brazos á Pepita. Al principio, los chorros de vapor que se desprendían de los costados de la locomotora con ruidoso estrépito, los resoplidos con que el monstruo parecía descansar un momento de su larga caminata, las bocanadas de negro humo que arrojaba la chimenea, el estridente alarido del silbato, el choque de los herrajes y el rechinar de las plataformas al paso de las ruedas, causaban profundo espanto á la niña, que abrazada al cuello de su madre, ocultaba su cabecita en el seno de ésta; pero bien pronto se fué acostumbrando Pepita á aquel trajín y á aquel ruido, de tal modo, que lejos de asustarse, reía con sonoras carcajadas, aplaudiendo con sus manitas y haciendo esfuerzos por escapar de los maternales brazos que la retenían para volar hacia la máquina en busca de su padre.

Manuel tomaba á la niña, levantándola en alto; restregaba su barba ennegrecida contra el rostro alegre y sonrosado de la muñeca, embadurnándola con el carboncillo de que iba cubierto; la besaba con delirio, con indecible transporte, en la boca, en los ojos, en el cuello, una y otra y otra vez, haciéndola cosquillas, y ella, la muy tuna, con gesto monísimo, porque le picaban las barbas, reía, reía como una loca, agitando sus regordetas piernecillas y rodeando con sus bracitos el cuello de su padre.

Luego partía el tren; quedábase la niña entre compungida y alegre en brazos de la madre, enviando besos con la mano hasta que se perdía de vista el furgón de cola y... hasta otro día, en que repetíase la misma escena.

***

Al maquinista le devoraba la impaciencia.

Agitábase como fiera enjaulada en el estrecho recinto de la plataforma; miraba el reloj, inspeccionaba el manómetro, aumentaba la presión haciendo que el fogonero atascase de carbón el hornillo, y sin embargo, aunque en rápido é interminable desfile iban pasando apeaderos y estaciones, y los montes sucedían á las praderas, y los túneles á los puentes, y el bosque al río, y el paisaje se transformaba á cada momento, parecíale que el tren estaba inmóvil, empotrado en la tierra, siempre distante, siempre lejos de aquella estación de X, donde tres días antes había dejado su corazón y su pensamiento.

Sí; tres días antes, terminada una breve licencia, había salido de X para reanudar su servicio con el sobresalto, con la intranquilidad de haber encontrado á su niña, á su angelito rubio y sonrosado, al darla el beso de despedida, febril, calenturienta, sin risas en los labios, sin luz y sin alegría en aquellos hermosísimos ojos, presa de pesado y alarmante sopor...

Dos despachos de su mujer había recibido el maquinista después de su salida de X; dos despachos que habían llevado un tenue rayo de esperanza á su espíritu conturbado, sin calmar por esto su ansiedad.

«Niña mejor—decía el primero de los despachos.—Ligero asiento. No hay cuidado.»

«Niña bien—decía el segundo despacho.—Corre, juega. Te esperaremos en la estación.»

Manuel sacó de uno de los bolsillos de su traje de faena los dos papelitos azules del telégrafo, ya arrugados y ennegrecidos á fuerza de consultarlos, y volvió á leerlos otra vez, iluminando su rostro un destello de alegría á medida que, con complacencia, para mejor impregnarse de su contenido, los deletreaba.

—¿Cómo está la niña, Sr. Manuel?, preguntó el fogonero.

—Ya está buena. La veremos en la estación.

***

A medida que se acercaba la hora de la llegada del expreso, íbase animando la estación de X, acudiendo á ella los viajeros que se disponían á subir al tren para trasladarse á otros puntos, las familias y amigos que querían despedir á los que se iban ó esperar á los que llegaban, y la multitud de curiosos y desocupados que á diario la frecuentaban como punto de cita y paseo predilecto de la población.

Cruzaban con rechinante estrépito las carretillas por el andén, arrastrando los equipajes; circulaban de un punto á otro por entre los grupos los vendedores ambulantes de esas mil golosinas, chucherías y baratijas tan abundantes en las estaciones de ferrocarriles, pregonando con discordes gritos y con monótonas canturias sus mercancías; apiñábase la gente en la cantina, entraba y salía en el restaurant,

ó sitiaba el puesto de periódicos y libros, aprovisionándose de víveres ó de distracciones para el camino; Romeos y Julietas, Isabeles y Marsillas *flirteaban* á distancia, ó entablaban al oído dulces coloquios; cruzábanse de un lado á otro las despedidas y las recomendaciones. «Adiós, mamá...» «Mucho cuidado...» «No te asomes á la ventanilla...» «Que escribas en cuanto llegues...» «Buen viaje...» «¿Se le ocurre á usted algo?..» «Que te abrigues...» «No llores...» «¿Por qué no viene usted?..» «¿Y mi manta?..» «Cuidado con la cartera...,» formando en el espacio aquel conjunto de gritos y de conversaciones un rumor semejante al que se desprende de una colmena.

Muchos ojos estaban enrojecidos, muchas manos se buscaban, estrechándose, muchos labios se unían en estallidos de amarga pena, muchos brazos se enlazaban, muchos corazones latían comprimidos, como si quisieran saltar del pecho abriendo brecha...

Aquel ambiente estaba impregnado de vida. Risas y sollozos con que se teje la existencia.

De pronto cesaron como por encanto los ruidos y las conversaciones y todo el mundo se abalanzó á orillas del andén, cerca de la vía. Allá á lo lejos sonó una bocina. El suelo retembló con sordo rumor, como si lo conmoviese distante terremoto... Un silbido agudo, largo y desgarrador como un lamento... Un penacho de humo allá junto á la aguja... Una masa negra é informe que avanzaba resoplando y arrojando por sus costados chorros de vapor, como fluidas aletas de aquel enorme cetáceo, y luego la anillada cola del monstruo, avanzando y desarrollándose en la ancha vía con estrépito ensordecedor.

El tren, arrojando borbotones de espeso vaho, entró majestuosamente en la estación.

* * *

El movimiento, la agitación, el ruido, redoblaron en el andén.

Abríanse y se cerraban con estrépito las portezuelas de los coches; unos viajeros pugnaban por salir un momento «para estirar las piernas;» otros, cargados de sacos y maletines, iban de vagón en vagón buscando donde acomodarse; oíanse voces broncas y chillonas, notas graves y acentos femeniles, que disputaban, bromeaban, reían, se quejaban, formulando llamadas, protestas, requerimientos, despedidas, en inmenso guirigay. Los mozos de la estación bullían como un enjambre de abejas en torno del furgón de equipajes, cargando y descargando bultos; los vendedores de pastillas, caramelos, licores, baratijas y periódicos asediaban á los viajeros... Los Tenorios y Mejías de la población ponían estrecho aunque momentáneo cerco á las Ineses y Anas asomadas á las ventanillas...

Entre tanto, y aun antes de que se detuviera el convoy, Manuel, desde su plataforma, arrojó una hambrienta mirada á aquel poste de la farola inmediato á la vía junto al cual solían esperarlo su mujer y su hija...

¡No estaban!.. Su mirada escrutadora penetró como un puñal en el confuso tropel de aquella muchedumbre inquieta; buscó por todas partes con ansia infinita, angustiado por la incertidumbre, ahogado, atenaceado por el hervor de la sangre que le hinchaba el corazón y le golpeaba las sienes.

Sonó repetidamente una campana... «Señores viajeros, al tren...,» gritó una voz bronca y destemplada... Golpearon con estrépito al cerrarse las portezuelas de los coches...

Manuel instintivamente abrió una válvula... Hizo jugar la palanca... La máquina se estremeció lanzando un agudo alarido y principió á avanzar pausadamente...

En aquel momento, los ojos del maquinista se agrandaron como si quisieran salirse de las órbitas... Juana, su mujer, cruzaba el andén, llegando hasta el poste de la farola. Iba pálida, descompuesta, con una indecible expresión de angustia en la inconsciente vaguedad de su mirada, en el círculo amoratado de sus ojos, en el rictus doloroso de su boca...

¡Iba sola!.. Manuel lanzó un grito y su cuerpo cayó pesadamente en la plataforma.

El expreso se perdió á lo lejos coronado por un penacho de humo.

A. Sánchez Ramón.

(Dibujo de Camps.)

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

TERCERA EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA, ORGANIZADA POR D. JOSÉ PINELO

Dos años habían pasado, desde la anterior exposición organizada por el artista Sr. Pinelo —de la que



Después del combate, escultura de Esteban Linding

nos ocupamos á su debido tiempo, —cuando nos sorprendió el anuncio de la inauguración de la presente, en el Salón Castillo.

A ella acudimos con el vehemente deseo de gozar de la belleza del arte pictórico, y nos encontramos que superaba á la anterior, en la calidad y cantidad.

El número de obras se eleva á 242, producto del talento de 66 artistas españoles, y afirmamos, con toda franqueza, que el conjunto resulta magnífico.

La exposición tiene como las dos anteriores todo el aspecto de un concurso eminentemente regional, pues los pintores andaluces están en mayoría; y su nota peculiarísima domina por completo, dando al conjunto un aspecto de armonía, de alegre combinación de colores que atrae agradable y plácidamente á la generalidad del público. Figuran estos artistas, en número de 35, con 136 obras, más de la mitad de los expositores y de los cuadros; y de ello no nos lamentamos, al contrario, alabamos el empuje y la empresa de tales pintores y aplaudimos sus esfuerzos buscando nuevos y valiosos mercados á sus obras de arte. Y aun excitamos á los de las demás regiones á que imiten su ejemplo.

Aparte disquisiciones y dejando para mejor ocasión nuestras ideas á este respecto, escribamos *calamo currente* algunos conceptos del armónico conjunto de arte español que actualmente está contemplando el inteligente público bonaerense.

Empecemos por el organizador Sr. Pinelo, quien ha presentado doce telas y tiene ya nueve vendidas y sólo van quince días de inaugurada la exposición.

La factura de Pinelo en el paisaje, es atrayente en alto grado porque hay amor y pone el alma pintando aquello visto toda la vida, que guarda sus recuerdos, sus horas de alegría y de tristeza, haciéndolo con entusiasmo, con fe de convencido, y triunfa. También tiene expuesto la *Charca del algarrobo,* premiado con tercera medalla en la Exposición Nacional de Madrid.

Sorolla tiene cuatro dibujos sobre tela, llamando poderosamente la atención *Los esclavos* é *Hilando.* Este último, apenas expuesto, fué adornado con el letrerito «vendido.»

Pradilla tiene una preciosa tela de regulares dimensiones, *Vendimiario en las paludes pontinas,* que, como todo lo del maestro aragonés, se distingue por el vigor del dibujo y la exacta entonación del colorido.

Agrasot figura con cuatro preciosas telas, y en todas está bien representada la personalidad del insigne artista, sobre todo en *Un vendedor ambulante* y *El encuentro,* ambos admirablemente sentidos.

Alperiz mandó seis tablas, de las que tres ya llevan la señal de tener nuevo dueño. La que más se distingue, y por cierto con justicia, es la que lleva por título *Los recogedores.*

Benedito sólo figura con una tela, *Marina,* que representa la playa de Valencia, de muy excelente impresión.

Devanando la madeja es un hermoso lienzo del Sr. Beut, discípulo de D. Joaquín Agrasot, que figuró con el «cartelito» consabido desde la apertura de la exposición.

Flores de mi tierra y *El rosal amarillo,* dos preciosos cuadros debidos al mágico pincel del gran maestro D. Gonzalo Bilbao, ostentan también el deseado «cartel;» pero no así el tercero de sus cuadros presentados, *La mantilla negra,* trabajo muy admirado y muy discutido.

Viniegra tiene dos cuadros de regulares dimensiones, *Academia de baile* y *La toma de velo,* muy sentido y muy ornamental.

Villegas envió tres telas: tres poéticas figuras femeninas dignas del maestro. *Descansando* ha sido «adquirida.»

Y «adquirido» ha sido también un único paisaje de D. Casimiro Sainz, lleno de luz y de vida.

Ruiz Luna ha presentado una decena de asuntos varios, resaltando los paisajes y marinas al pastel.

Nuestro paisano Sr. Llaverías presenta catorce acuarelas, todas del puerto y alrededores de Barcelona, de las cuales, con ser hermosísimas y bien ejecutadas, sólo una lleva la nota de «vendido.»

Nuestro otro paisano Sr. Brugada tiene ocho óleos muy aceptables, algunos notabilísimos como *Murmuración* y *Desdenes,* este último «vendido,» amén de unos paisajes preciosos, justos de color, luz y ambiente.

A Andrés Cánovas también le fué «adquirido» á poco de estar expuesto un paisaje, el solo cuadro enviado.

Cuatro acuarelas y tres telas tiene Gárate, sobresaliendo *Idilio, El primer melón* y *Salida de toros á fines del siglo* XVIII, que han merecido muchos elogios. También los han merecido sus acuarelas.

García Ramos (Juan) fué el primero en vender sus dos cuadros enviados, *El quinquillero* y *Un fabricante de jaulas,* que han sido los más elogiados por aficionados é inteligentes.

García Rodríguez tiene dos telas, dos tablas y dos *gouache,* entre los que sobresale *El Viático en una calle de Granada.* Cuanto se encomie es poco al merecimiento real y efectivo del pequeño cuadro.

Para terminar agregaremos que, en la exposición, además de los mentados, figuran Manuel Alcázar y Alvarez Sotomayor, con un cuadro cada uno; Almar, con dos; Arizmendi, con tres; Beruete, con uno, *Barrio de Covachuelo;* Barreira y Bertodano, con tres cada uno; Campuzano, Cañaveral y Castro, con dos. Escalera, también con dos, de los cuales se ha vendido *Esperando al novio,* de mucho ambiente y sentimiento; Ferrant, con cuatro; García Ramos (José), también con cuatro, estando adquirido *Cigarrera sevillana,* de valiente factura; Godoy, con la hermosa tela *Dos buenas amigas,* vendida á poco de expuesta y muy ensalzada por la crítica porteña; Garnelo, con cuatro, entre ellos un boceto del cuadro ya conocido aquí, *La gruta de Lourdes,* y *Cuentan de un sabio,* etc., muy expresivo y que gráficamente explica el concepto de la inmortal décima; Gil, González, Gomar é Ibaseta, con dos cada uno; Hernández (Daniel), peruano, con *Un capitalista,* tabla que es un primor; Hernández Nájera, con tres; Hidalgo, con uno; Jiménez Martín, con diez y siete tablitas preciosas, tres vendidas; del difunto D. José Jiménez Aran-

da hay catorce obras, entre dibujos, *gouache* y óleo, dos vendidos; de su hermano Manuel, un abanico al óleo sobre cabritilla que resulta trabajo superior, vendido; de Luis Jiménez, siete cuadros, *La hija del jardinero* vendido; de López Cabrera, cuatro; de Martínez Cubells, dos, vendido *Vendedoras de avellanas;* didos y mejor pagados; de Muñoz Degrain, cinco notabilísimos cuadros de regulares dimensiones, sobresaliendo *Lavadero en Andalucía, Ofelia* y *Alhambra;* Muñoz Lucena está representado por tres, vendido *En misa;* Parladé, por dos; Peña, por siete, tres delicadas cabezas al pastel vendidas; Ramírez, *men* y *Pepita;* y Villalobos, por otros dos tipos de mujeres andaluzas.

El malogrado escultor, el gran artista Susillo, está también representado por dos preciosos relieves: una *Alegoría de la batalla de Trafalgar* y *El martirio de Santa Eulalia.*



REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – Exposición de Pintura Española organizada por D. José Pinelo en el Salón Castillo. – ¡Cómo viene!, cuadro de Tomás Muñoz Lucena. – Los esclavos, cuadro de Joaquín Sorolla. – Esperando, cuadro de José Villegas. – Jugando al escondite, cuadro de José Jiménez Aranda. – La mantilla negra, cuadro de Gonzalo Bilbao. – Un patio sevillano, cuadro de José García Ramos.

de Enrique Martínez Cubells y Ruiz, vendidos los dos expuestos, la *Huerta del Pilar* y *Pescadoras en espera,* dos telas de mérito superior dignas de detenida é inteligente crítica; de Mellado, dos; del simpático maestro Moreno Carbonero, una sola tela, *Una romería en Sevilla,* que fué de los primeros ven- por seis; La Rosa, por dos; Ramos, por veintidós tablitas, cinco vendidas; Rico, y Sáenz, por dos cada uno; Emilio Sala, por cinco telas hermosísimas, sobresaliendo *Las muchachas y el jardinero* y *Los viudos consolados;* Senet, y Simonet, por uno cada uno; nuestro paisano Utrillo, por dos tipos preciosos, *Car-*

Resumiendo: el éxito ha sido franco con ribetes de magnífico, pecuniariamente hablando, durante la primera quincena de exposición, siendo de suponer que así se sostendrá hasta el final.

Buenos Aires, 1904. Justo Solsona.

TRASLACIÓN DE LOS RESTOS
DEL EX PRESIDENTE KRUGER DESDE ROTTERDAM
AL AFRICA DEL SUR

En el mes de julio último falleció en Clarens (Suiza) el ex presidente de la República Sud africana Pablo Kruger, el héroe de la epopeya transvaalense, el venerable anciano cuyo nombre irá eternamente unido al de aquel pueblo humilde que por defender su independencia no vaciló en medir sus fuerzas con un coloso como Inglaterra. La causa de la justicia quedó vencida en aquella lucha titánica; la soberbia Albión despojó á los boers de aquellos territorios que habían conquistado con su sangre y fertilizado con su perseverancia y con el sudor de su incesante trabajo. Pero la gloria de aquellos que lucharon en defensa de sus hogares y de sus instituciones será sin duda más duradera que el poder de sus vencedores, ya que las naciones que se engrandecen con la conquista mueren más ó menos tarde, dejando en pos una estela de odios y maldiciones, al paso que el recuerdo de los vencidos por la soberbia y el despotismo perdura eternamente y eternamente es admirado. Pablo Kruger fué la encarnación de aquel pueblo: mientras pudo, le gobernó sabiamente en la paz y le guió valerosamente en la guerra; y cuando sus fuerzas le abandonaron, cuando se debilitaron sus energías físicas, vino á Europa para ver si lograba mover la opinión en pro de los suyos que allá en el Africa del Sur seguían combatiendo, y conseguir de las grandes potencias que impidieran el vencimiento y la destrucción del pueblo boer. Su empeño fué vano; los poderosos no quisieron ayudar al débil por miedo de atraerse la animadversión del fuerte, y se consumó la tremenda injusticia.

Kruger se quedó en Europa como desterrado y en este destierro ha muerto; pero su cuerpo ha sido devuelto al país en donde tuvo puestos sus más grandes afectos. Desde Rotterdam, un vapor fletado con los productos de una suscripción particular ha conducido sus restos mortales al Africa del Sur. Allí encontrarán eterno descanso; allí encontrarán también la veneración de lo que de su pueblo queda; y hasta allí llegarán el respeto y la admiración de las venideras generaciones.—X.



Final de una epopeya. – Embarque en el puerto de Rotterdam, en 31 de octubre último, de los restos mortales del ex presidente de la República Sud-africana Pablo Kruger, que han de ser conducidos al Africa del Sur. (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA
RUSO JAPONESA

Rusia é Inglaterra han firmado ya el convenio relativo á la constitución de la comisión internacional que ha de emitir informe sobre el incidente de Hull. Este convenio está redactado en los términos siguientes:

1.° La comisión se compondrá de cinco individuos, un oficial inglés, otro ruso, otro norteamericano y otro francés. Estos cuatro comisionados elegirán un quinto. Si no pueden ponerse de acuerdo, la elección de este quinto comisionado se confiará al rey de un país que se determinará ulteriormente.

2.° La comisión abrirá una información sobre todas las circunstancias del desastre y determinará las responsabilidades.

3.° La comisión tendrá plenos poderes para resolver todas las cuestiones de procedimiento.

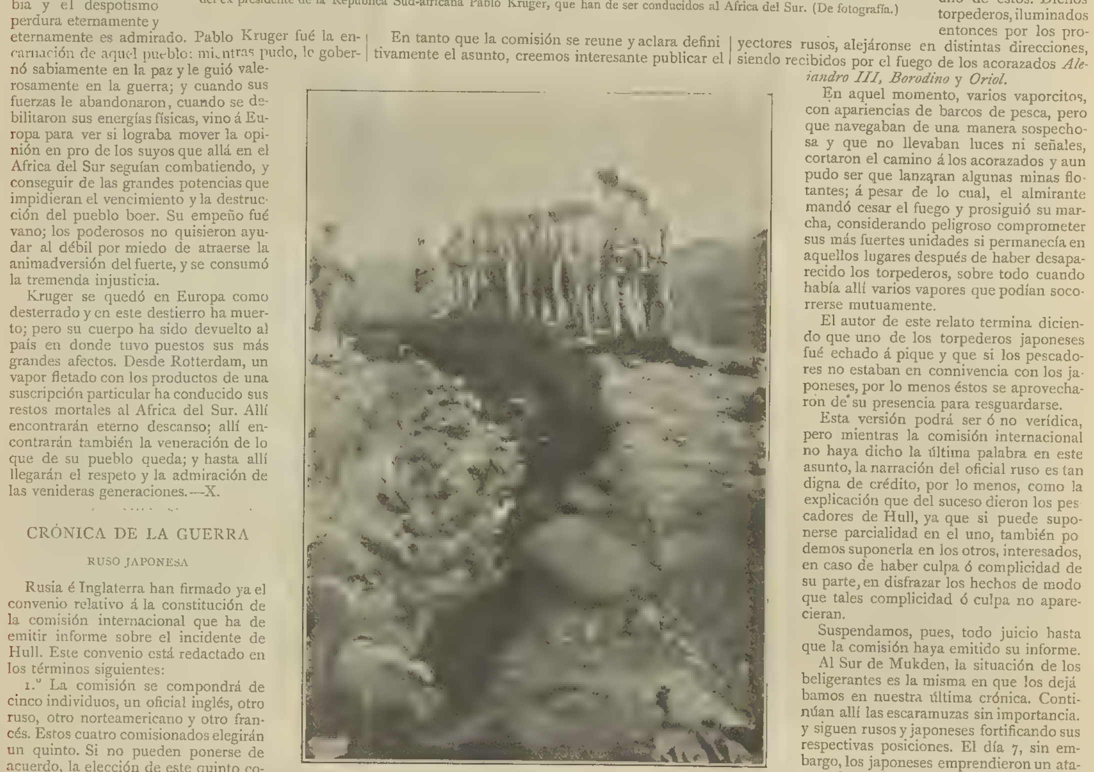
4.° Las partes se obligan á proporcionar á la comisión todos los datos necesarios, todas las facilidades...

5.° La comisión se reunirá en París lo más pronto posible después de firmado el convenio.

6.° El informe de la comisión será comunicado oficialmente á los respectivos gobiernos.

En tanto que la comisión se reune y aclara definitivamente el asunto, creemos interesante publicar el relato que uno de los oficiales rusos de la segunda escuadra del Pacífico ha enviado desde Vigo al diario *Novoie Vremia*, de San Petersburgo. Al entrar en el mar del Norte, la escuadra se dividió en tres grupos, yendo á la vanguardia los torpederos y á retaguardia los acorazados *Suvarof, Alejandro III, Borodino* y *Oriol*. A las ocho de la noche del 31 de octubre, un despacho recibido en el *Suvarof* por la telegrafía sin hilos comunicaba que el transporte *Kamtchatka* se había quedado atrás de su división, la segunda, y poco después una serie de despachos pedían datos acerca de la posición de esta división. Estos despachos llevaban la firma del *Kamtchatka;* pero habiendo parecido sospechosos, contestóse á ellos preguntando el nombre del padre de un oficial del citado buque, pregunta que quedó sin respuesta.

De pronto, á media noche, divisáronse delante de los acorazados algunos barcos que navegaban á toda velocidad y se vieron al mismo tiempo algunos cohetes verdes, señal de buques en peligro de naufragio; y casi inmediatamente después la escuadra aparecía iluminada por los rayos de un proyector eléctrico, procedentes probablemente de un vapor que acompañaba á los torpederos japoneses ó tal vez de uno de éstos. Dichos torpederos, iluminados entonces por los proyectores rusos, alejáronse en distintas direcciones, siendo recibidos por el fuego de los acorazados *Alejandro III, Borodino* y *Oriol*.



Guerra ruso-japonesa. – Una trinchera llena de cadáveres de soldados rusos y japoneses después de la batalla de Liao-Yang. (De fotografía.)

En aquel momento, varios vaporcitos, con apariencias de barcos de pesca, pero que navegaban de una manera sospechosa y que no llevaban luces ni señales, cortaron el camino á los acorazados y aun pudo ser que lanzaran algunas minas flotantes; á pesar de lo cual, el almirante mandó cesar el fuego y prosiguió su marcha, considerando peligroso comprometer sus más fuertes unidades si permanecía en aquellos lugares después de haber desaparecido los torpederos, sobre todo cuando había allí varios vapores que podían socorrerse mutuamente.

El autor de este relato termina diciendo que uno de los torpederos japoneses fué echado á pique y que si los pescadores no estaban en connivencia con los japoneses, por lo menos éstos se aprovecharon de su presencia para resguardarse.

Esta versión podrá ser ó no verídica, pero mientras la comisión internacional no haya dicho la última palabra en este asunto, la narración del oficial ruso es tan digna de crédito, por lo menos, como la explicación que del suceso dieron los pescadores de Hull, ya que si puede suponerse parcialidad en el uno, también podemos suponerla en los otros, interesados, en caso de haber culpa ó complicidad de su parte, en disfrazar los hechos de modo que tales complicidad ó culpa no aparecieran.

Suspendamos, pues, todo juicio hasta que la comisión haya emitido su informe.

Al Sur de Mukden, la situación de los beligerantes es la misma en que los dejábamos en nuestra última crónica. Continúan allí las escaramuzas sin importancia. y siguen rusos y japoneses fortificando sus respectivas posiciones. El día 7, sin embargo, los japoneses emprendieron un ataque algo más serio, consiguiendo desalojar á las avanzadas enemigas de algunas localidades; pero habiendo recibido refuerzos los rusos, recuperaron las aldeas que habían perdido. Todo indica, pues, que la batalla que hace poco se consideraba inminente se aplazara

por algunos días ó por algunas semanas, hasta tanto que Kuropatkine haya recibido todos los elementos combatientes del nuevo cuerpo de ejército que desde Rusia le envían, ó hasta que, rendido Puerto Arthur, pueda Oyama disponer de las fuerzas sitiadoras de aquella plaza.

Ha transcurrido otra de las fechas indicadas para la toma de Puerto Arthur, la de 3 de noviembre, cumpleaños del Mikado, y Puerto Arthur sigue resistiendo con la misma tenacidad y con igual heroísmo que desde hace tantos meses causan la admiración del mundo entero. Después de los ataques realizados hasta fines de octubre, pudieron los japoneses avanzar hasta muy corta distancia de los fuertes de Songshu, Ehrlung y Kekwan; pero los asaltos que intentaron contra los dos primeros fracasaron por completo, y aun cuando, según despachos oficiales de Tokio, dicen que ambos fuertes han quedado destruídos y su artillería reducida á silencio, alguna capacidad de resistencia deben tener todavía cuando los sitiadores no han podido apoderarse de ellos á pesar de sus terribles asaltos de los primeros días de este mes. Es más, los japoneses, según afirma el corresponsal de un importante diario londinense, á duras penas pueden sostenerse en las posiciones conquistadas, porque están expuestas al fuego cruzado de las fortificaciones que aún conservan los rusos.

Las pérdidas de los japoneses, en estas últimas operaciones, han debido ser inmensas, mayores, si cabe, que en las anteriores, puesto que mayor debió ser su empeño en conmemorar con la tan deseada toma de la plaza el aniversario del natalicio de su emperador, fiesta nacional en el Japón. Los corresponsales ingleses, á quienes no puede tacharse de parcialidad en favor de los rusos, dicen unánimemente que las fuerzas sitiadoras han sufrido un nuevo fracaso, y uno de ellos, el del *Daily Telegraph,* añade que el furioso ataque contra las fortificaciones de Puerto Arthur no ha tenido más resultado que ocasionar considerables pérdidas á los japoneses.

Aun cuando hace días que no se han recibido noticias oficiales del general Stoessel, dícese que aún tiene medios para resistir mucho tiempo, pues detrás de los antes citados fuertes permanentes han construído los sitiados una serie de fortificaciones que les permitirían hacer frente á los asaltantes aun después de haber éstos abierto brecha en la línea principal.

Además, todos los corresponsales están contestes en que el bloqueo del almirante Togo dista mucho de ser efectivo, de modo que la plaza recibe continuamente víveres en abundancia y hasta municiones, que conducen varios buques atraídos por el cebo de las grandes ganancias que con este tráfico realizan.

De todos modos, la situación de la plaza se va haciendo más difícil de día en día; el bombardeo incesante de los japoneses ha destruído ó incendiado gran número de edificios, y los proyectiles que llegan hasta el puerto han echado á pique varios buques mercantes y ocasionado graves averías á los de guerra.

El coronel francés Marchand, el «héroe de Fashoda,» en un artículo recientemente publicado en *Le Fígaro* de París dedica los siguientes párrafos á la defensa de Puerto Arthur:

«En la cima de las colinas coronadas de fuertes que rodean la rada, enciéndense los proyectores. Los soldados inclinados sobre los parapetos interrogan el horizonte iluminado por los rayos de luz blanca por donde tal vez aparezca el pabellón de San Andrés ondeando sobre los mástiles de los buques de la escuadra de socorro que ha de llegar de Europa. Y la ansiedad aumenta al par de la viril resolución del sacrificio aceptado. ¡La vida por el tsar!

»Lo que defienden el general Stoessel y sus heroicos regimientos no son sus existencias, ni sus murallas, ni la ciudad de humeantes ruinas, sino los últimos buques inmóviles en el fondo de la rada, los acorazados y cruceros con los cuales volverá Skrydlof á hacerse á la mar si llegan los del Báltico. Los buques son también lo que los japoneses sitian y cañonean día y noche por encima de las derruídas fortificaciones.

»Al pie de las murallas de Puerto Arthur, están á un lado la suerte de Rusia y al otro la del Japón y su potencia marítima, encadenadas por la soberbia defensa. ¿Cuántas semanas, cuántos días, cuántas horas se prolongará esta situación?

»¡Dios proteja á Rusia!

»Si los buques de Rodjestoensky llegan al mar de la China antes de que perezca Stoessel, el pabellón moscovita recobrará el dominio oceánico y el ejército japonés del continente quedará prisionero sin necesidad de una batalla.» — R.



La esposa del general Stoessel, cuya heroica conducta en Puerto Arthur al lado de su esposo excita universal admiración.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Carruajes de mano chinos en Mukden. – Tren sanitario ruso descarrilado. (De fotografías.)





GUERRA RUSO-JAPONESA. – Cocina de campaña en una estación del ferrocarril transiberiano. – Soldados rusos trabajando en las fortificaciones (De fotografías.)





GUERRA RUSO JAPONESA. – El agregado militar alemán mayor Tettan (×), en el ejército ruso del Este. – La condesa Bobrinskaja (×), principal organizadora de la Cruz Roja, en medio de un grupo de médicos y de sanitarios. (De fotografías.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Gastadores japoneses destruyendo los obstáculos con que los rusos defendían sus posiciones en Liao-Yang. (Dibujo de H. M. Paget, sobre un croquis del natural.)

La primera línea de defensa rusa en Liao Yang era una serie de bajas colinas. La posición tenía un frente atrincherado y se hallaba protegida por una valla de alambre espinoso, detrás de la cual había una zanja con el fondo lleno de puntas agudas. En la madrugada del 31 de agosto el 41.º regimiento japonés se apoderó de esta posición después de haber perdido 75 de los 100 gastadores que les abrieron paso destruyendo á hachazos las alambradas.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—La infantería del general ruso Kondratovitch recuperando durante la batalla de Liao-Yang los cañones que le había tomado el ejército del general japonés Kuroki

(Dibujo de F. de Haenen sobre un croquis del natural de Lionel James.)

Donde más sangrienta fué la batalla de Liao Yang fué seguramente en el ala izquierda rusa, que hubo de luchar contra el ejército de Kuroki. Los rusos utilizaron la comarca montañosa de Sy kwan tan, como eje desde el cual pudieran lanzar fuerzas superiores contra Kuroki; pero antes de que pudiera concentrar tropas suficientes para este supremo esfuerzo, se apoderaron de aquella posición rusa. El día 2 de septiembre los rusos se arrojaron denodadamente sobre la posición perdida y lograron recuperarla junto con los cañones que les habían tomado los japoneses, luchando para ello heroicamente.

NUESTROS GRABADOS

La elección presidencial en los Estados Unidos.— El día 8 de este mes ha sido la jornada decisiva de la elección presidencial de los Estados Unidos; y aun cuando las operaciones electorales no terminarán hasta el día 4 de mayo de 1905, pues el mecanismo de la elección es complicadísimo, puede afirmarse con toda seguridad que el candidato que ha triunfado en esta votación de compromisarios, en la que toman parte todos los electores de la República, será definitivamente elegido presidente, porque el mandato de aquéllos es imperativo. La victoria en esta votación previa ha sido para los candidatos republicanos Mr. Roosewel, para la presidencia, y Mr. Fairbanks para la vicepresidencia, contra los cuales luchaban los demócratas Mr. Parker y Mr. Davis. La batalla preparatoria ó sea la campaña de propaganda tiene en los Estados Unidos una importancia extraordinaria, luchando ambos partidos á fuerza de conferencias, de folletos y sobre todo de millones. Parece mentira lo que cuesta una elección presidencial: la de 1896 costó 75 millones de francos; la de 1900, 125 millones; calcúlese por esta progresión lo que habrán importado los gastos de la actual. La mayor parte de estas cantidades son para los millares de oradores reclutados por los comités nacionales y regionales, que reciben 550 francos semanales cada uno por su elocuencia y 40 francos diarios para sus gastos. Este solo capítulo de la oratoria consumió en 1900, durante los tres últimos meses anteriores á la elección, la friolera de 55 millones. Las elecciones del día 8 han sido reñidísimas, especialmente en Nueva York, en donde la afluencia de electores á los colegios ha sido enorme: según parece, los agentes de la célebre asociación Tammany que apoyaba á Mr. Parker disponían de 1.750.000 francos para comprar á los electores dudosos y á los falsos electores; pero éstos últimos fueron muy vigilados por la policía, que había recibido 14.000 órdenes de arresto firmadas en blanco para poder poner inmediatamente á buen recaudo á esos productos de la generación política espontánea.



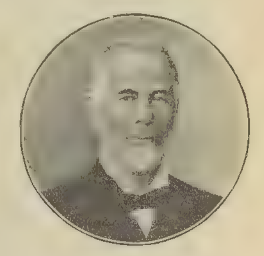
Mr. Roosewelt, candidato republicano á la presidencia



Mr. Fairbanks, candidato republicano á la vicepresidencia



Mr. Parker, candidato demócrata á la presidencia



Mr. Davis, candidato demócrata á la vicepresidencia

La elección presidencial en los Estados Unidos de la América del Norte

Momentos de angustia, acuarela de Juan Bartels.—Este notable pintor alemán ha logrado lo que es tan difícil de conseguir en un arte tan extendido como el pictórico, crearse una personalidad, un estilo, un modo de ser propios. Nuestros lectores habrán podido convencerse de ello al ver las obras suyas que sucesivamente hemos ido reproduciendo y que no se confunden ni pueden confundirse con ninguna otra. Bartels no es sólo el pintor de los tipos, de las costumbres y de los espectáculos marítimos; no sólo ha llegado á la posesión completa de la psicología de las poblaciones que junto al mar y del mar viven, sino que además ha sabido encontrar las formas y los colores más apropiados á estos asuntos, que se traducen en trazos y pinceladas geniales y personalísimos. El cuadro suyo que hoy publicamos es una nueva confirmación de su extraordinario talento y de sus excepcionales aptitudes técnicas: el cielo agrisado, el mar que comienza á encresparse, el viento que sopla con fuerza, indican á las claras la proximidad de la tormenta; pero más que todos estos signos atmosféricos nos hace presagiar que la tempestad se avecina la angustiada expresión de esas infelices mujeres que en la playa esperan la llegada de las barcas pescadoras. Aunque todo es hermoso en esta acuarela, llévase principalmente nuestra admiración ese interesante grupo de la madre con el pequeñuelo en brazos y la otra niña medrosamente agarrada á sus faldas: el dolorido semblante de esa infeliz, el contraste que su ansiedad y su temor forman con la tranquila faz del inocente dormido, es una de esas notas que bastan para hacer famoso á un artista.

Después del combate, escultura de Esteban Sinding.— Pocos artistas gozan fuera de su patria de tanta y tan merecida fama como el escultor noruego Esteban Sinding. Aunque destinado por su padre á la carrera de Derecho, que cursó en Cristianía, no pudo resistir á sus aficiones artísticas, y en 1870, cuando contaba veinticuatro años, decidió consagrarse exclusivamente á la escultura y en Berlín primero, en París después y finalmente en Roma estudió y se perfeccionó en el arte que había de conducirle al templo de la gloria. Actualmente, y desde hace veintiún años, reside en Copenhague, que ha llegado á ser para él una segunda patria. Sus obras revelan la influencia de su larga estancia en la ciudad eterna; pero los profundos estudios que allí hizo del arte clásico sólo le sirvieron para desenvolver y acentuar su personalidad artística, que ha sabido por modo admirable adaptar las provechosas enseñanzas allí aprendidas á las tendencias individualistas de la escultura moderna. *Después del combate* es buena prueba de ello; por su asunto tiene este grupo semejanza con otros muchos de la antigüedad; sin embargo, lleva impreso un sello nacional, y á poco que se le contemple se advierte que no hay en él la suave poesía del poema griego ó latino, sino la poesía ruda de una leyenda del Norte.

Monumento á César Franck, obra de Alfredo Lenoir.— Francia acaba de pagar una deuda que desde hace tiempo tenía contraída con el ilustre compositor, cuyo talento no supo apreciar en vida y cuya muerte, acaecida hace trece años, pasó casi inadvertida, sin que á su entierro concurrieran esas representaciones oficiales que tanto se prodigan, no pocas veces para rendir homenaje á pobres medianías, cuando no á verdaderas inutilidades. César Franck, que vivió de lo que le producía su plaza de organista y sus lecciones de piano; que no tuvo la satisfacción de verse aclamado ó siquiera comprendido por una multitud, ha triunfado después de muerto, y hoy no sólo sus obras son oídas con entusiasmo y admiración, sino que su nombre es reconocido universalmente como el del iniciador de una nueva escuela musical francesa. La musa de César Franck era serena, inmaculada, divina, inspiradora de dulces ensueños y de misticismos suaves; como ella, ha querido Lenoir que fuese la imagen del compositor por él modelada en mármol. El monumento que se ha inaugurado recientemente en París, responde admirablemente al modo de ser del músico y al carácter de sus obras.



Monumento a César Franck,
recientemente inaugurado en París, obra de Alfredo Lenoir

Apuntes de París.—El Sena, cuadro de Andrés Larraga.— Los dos cuadros que reproducimos, obra del pintor Sr. Larraga, han de estimarse como discretos estudios y recuerdo de su corta permanencia en la capital de la vecina república, en donde halló medio de darse á conocer ventajosamente. Los dos pequeños lienzos que damos á conocer á nuestros lectores, sepáranse del sello peculiar que imprime á sus paisajes cierta melancólica y poética entonación, cual si en ellos se reflejaran el cielo, los prados y montañas de la región cantábrica. Han de considerarse como dos bonitos apuntes que reproducen con fidelidad el aspecto de la moderna Lutecia, envuelta en los vapores acuosos del río y sin el atractivo de nuestro sol meridional.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. – *Salón Parés.* – Van renovándose las exhibiciones, demostrándose con ello el creciente número de aficionados y de artistas, prueba evidente de cultura y de la influencia innegable de las bellas artes. El pintor señor Palmerola atrajo por medio de sus obras la atención de los visitantes del Salón Parés. Varios paisajes y numerosos retratos al lápiz constituyen la exposición organizada por el artista á que nos referimos. Sin que sea nuestro ánimo oponer reparo á las producciones pictóricas, no nos recatamos en dar preferencia á los dibujos, puesto que en ellos podían notarse cualidades muy recomendables.

Resultado provechoso de sus excursiones artísticas son los veintiún lienzos expuestos por el Sr. A. Ros y Güell. Impresiones ó estudios los titula su autor, y en realidad merecen este calificativo, con la circunstancia de referirse á comarcas ó lugares de la región catalana y singularmente á aquellos en que la naturaleza más encantos ofrece y más contrastes presenta, que el artista ha logrado reproducir con inteligencia y plausible discreción. De suerte que el Sr. Ros y Güell ha logrado un doble objetivo, cual es el dedicar al arte y á su país el tributo que merecen y que su entusiasmo y cariño le aconsejan.

El Sr. Baixas, ventajosamente conocido, ha expuesto también algunos paisajes, dignos de su buen nombre y de quien como él ha tomado parte en varios palenques artísticos. Bien observados y mejor interpretados merecen un aplauso que le tributamos, pues á él tiene derecho por su continuada labor y su sinceridad.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se ha estrenado con excelente éxito en el teatro Romea el hermoso drama en un acto de Ignacio Iglesias *Joventut*, en cuya ejecución obtuvieron grandes y merecidos aplausos la Sra. Jarque, que rayó á gran altura, la Sra. Morera y los Sres. Rojas, Barbosa, Vinyas y Daroqui.

– El eminente violoncelista Sr. Casals, en unión del notable pianista Sr. Bauer, ha dado dos conciertos en el teatro de Novedades: tocó en el primero el Sr. Casals la *Suite en do menor* de Bach, el *Chant du soir* de Schumann, el *Cygne* de Saints-Saens; el Sr. Bauer la *Fantasía* de Schumann, el *Scherzo* de Mendelssohn, y el *Estudio en re bemol* y *Legende de Saint Francis marchant sur les flots* de Liszt; y los dos juntos la *Sonata en fa mayor* de Brahms, *Waldesruhe* de Dvorak y la *Tarantela* de Klenzel. En el segundo tocaron: el Sr. Casals una *Sonata* de Haydn, la *Danza húngara* de Brahms y el *Allegro* de Saints-Saens; el Sr. Bauer la *Sonata* 110 de Beethoven, la *Fantasía en fa menor* de Chopin, la *Sonata* de Scarlatti, y la *Cabalgada de las Walkirias;* y los dos juntos la segunda *Sonata* de César Franck. Cuanto se diga del éxito de ambos conciertos es poco; los dos artistas fueron aplaudidos con gran entusiasmo, especialmente el Sr. Casals, que arrebató al público con su dicción maravillosa, con la intensidad de su sentimiento y con su prodigiosa ejecución.

– La Asociación Musical de Barcelona ha dado dos conciertos en el Salón llamado de la Reina Regente. El primero fué dedicado á *música di camera* de Schumann, habiéndose ejecutado el *Cuarteto en mi bemol* para piano é instrumentos de cuerda, el *Cuarteto en la* para instrumentos de cuerda (primera audición en Barcelona), y el *Quinteto en mi bemol* para piano é instrumentos de arco, habiendo sido muy aplaudidos los Sres. Pellicer, Sánchez, Segura, Gálvez y Dini, que ejecutaron admirablemente todas las piezas del programa. En el segundo se ejecutaron el *Concierto en re mayor* de Handel, para orquesta; el *Concierto en mi bemol* de Mozart, para dos pianos y orquesta; la *Cantata n.º* 78 de Bach, para orquesta y coros, y el aria de Beethoven *¡Ah perfido!* que cantó muy bien la Srta. Correa: todas las piezas, admirablemente dirigidas por el maestro señor Lamothe de Grignon, merecieron entusiastas aplausos.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Bd ITALIENS, PARIS.



La boda de Graciana y Pedro se celebró con todas las pompas, profusiones y ceremonias anticuadas y encantadoras

LA ZARZALERA

Novela original de Pablo Bertnay—Ilustraciones de Simont

(conclusión)

—Después del ajenjo vendrá la miel. Le caso á usted, está convenido, con una muchacha que entusiasmará al barón más aún que Graciana. Y usted, amigo Daniel... Cuando usted la vea... ¡Es un ángel!

Sí, sí, ya lo sé; todas las muchachas casaderas que se presentan á un soltero disponible son siempre ángeles.

—Pero yo soy más escrupulosa; y como debo á usted una compensación, se la daré completa.

—¿Cómo es esa joven?

—Rubia, no muy alta, rosa y blanca. Cabello rizado, que envuelve su cabeza en una aureola de oro. Rica y muy aficionada á vivir en el campo. Sí, en París hay esos fenómenos... ¡Y linda!..

—¿Mucho? ¿Mucho?..

—La va usted á amar demasiado.

—Nunca será bastante. Y á usted la adoro.

—De ese modo, no me opongo. Pero, sabe usted, quiero el sacrificio completo.

—¿No he hecho todavía bastante traición á mi padre y señor?

—No; necesito más. Necesito su voto personal de usted...

—¿Para qué? Antonio es ya vencedor.

—Lo necesito.

—Pero dígame usted al menos por qué.

—Se lo diré el domingo, cuando haya usted consumado el sacrificio.

—¿Cómo lo sabrá usted?

—Todo se sabe, amigo mío. Quiero su promesa de usted.

—¡Ah! ¡Bonito oficio estoy haciendo!.. ¡Vaya un hijo!.. Pero es usted tan hermosa... Pues bien, de acuerdo; lo juro...

—Y ahora soy yo la que le adoro á usted... Hasta pasado mañana...

—¿No nos vemos mañana?

—No; me voy á Lyón.

—¿Para qué, gran Dios?

—¿No lo ha comprendido usted?.. A buscar á Graciana y á traerla en triunfo.

. . . .

***

¡Traer á Graciana! ¡Oh! Sí; Camila no pensaba más que en eso.

Hacía un mes que la pobre muchacha estaba encerrada en el convento, muriéndose de impaciencia y de aburrimiento, aunque sumisa y fiel á la promesa hecha á Camila de ser una pensionista ejemplar y edificante.

Para animarla y darle valor, Camila le escribía con frecuencia. ¿Pero qué podía decir en aquellas cartas destinadas á ser leídas palabra por palabra por una monja antes de dárselas á Graciana?

Lo más que podía hacer era darle, entre líneas, la feliz seguridad de que todo iba bien en la Zarzalera, donde todos serían dichosos viéndola volver lo más pronto posible.

Graciana, por su parte, no podía responder más que trivialidades semejantes y por la misma razón.

Si al menos hubiera podido distraerse contando á su tía la crónica del convento... Pero aquellas habilllas estaban también prohibidas y su «mal espíritu» no hubiera encontrado gracia en la madre superiora. Tenía, pues, que limitarse á echar de menos la Zarzalera... y no mucho.

Por eso tenía Camila tanta prisa por llegar y traérsela á la casa de la que había salido tan de mala gana.

Como el barón poco tiempo antes, Camila se fué en derechura á la oficina del banquero.

—Venga esa mano, señor cuñado, le dijo cuando asombrado y solícito salió á su encuentro.

—¡Ah! Señora, con gran placer... ¡Qué honor! ¡Cuánto deseaba el feliz encuentro que me permitiera recordar á usted que hemos sido amigos! Entonces era usted una jovencita...

—Espero que continuará nuestra amistad... Y puesto que estamos en familia, hablemos de nuestros asuntos. ¿Quiere usted?

Le contó la aventura, excepto el primer episodio, y acabó diciendo:

—El barón se va á poner furioso, pero le reservo una buena compensación. Voy á casar á su hijo con una linda joven que conozco y con la cual será tan feliz como él puede serlo... Una preciosa muchacha casi tan encantadora como Graciana, y lo es mucho mi sobrina, por lo que felicito á usted.

—La ha visto usted muy poco, sin embargo.

—Pero me ha bastado, respondió Camila sin turbarse lo más mínimo. Ya sabe usted que las mujeres nos leemos unas á otras en el fondo del corazón. El suyo es delicioso y encuentro natural que ella y ese leal muchacho se hayan amado. Pedro es mil veces superior á Daniel de la Rochere, muy amable, pero un poco ligero y que en un mes se ha enamorado, que yo sepa, de tres mujeres, á una de las cuales no ha visto nunca.

—¡Tanto como eso!

—Sí; primero Graciana, después yo...

—En cuanto á eso, debe usted de ser la única que lo extrañe.

—Gracias, cuñado, por ese soberbio cumplimiento.

—No lo es, se lo juro. ¿Y la tercera?

—La joven que le he prometido para consolarle...

—¿De haberla perdido á usted?

—Puede ser. Pues bien: Pedro Boissier es otro hombre y amará á Graciana con la tenacidad y la valentía que ha empleado en quererla hacer suya. ¡Bien la ha necesitado, el pobre muchacho, para emprender contra su padre la lucha que Graciana ha

sostenido contra todos ustedes!.. No hablo de su fortuna, igual por lo menos á la de Graciana, á la que yo cederé por contrato todos mis derechos á la Zarzalera...

—¡Ah! Señora..., tal presente...

Será mi regalo de boda.

—¿Qué he de responder yo á tales argumentos? Hágase como usted desea..., si Graciana consiente, añadió riéndose.

—¿Quiere usted que vayamos á preguntárselo?

—¿Cree usted mi presencia necesaria? Estoy un poco frío con mi señora hija y no quisiera volverla á ver haciendo funciones de carcelero, aunque sea para abrirle las puertas de su cárcel. Vaya usted á buscarla. Voy á darle dos letras para la superiora.

—¿Es la misma que en mis tiempos?

—No; es otra.

—Me alegro, porque me hubiera conocido y fuí muy mala discípula... ¡Y después!..

¡Bah! Es usted una gloria y eso lo arregla todo.

Mientras hablaba, escribió unas líneas.

—Aquí tiene usted la orden de libertad. ¿Se va usted esta tarde con ella?

—Si usted nos lo permite.

Pero me la traerá usted... á pedir perdón á su padre desarmado...

—¿Aquí ó en su casa de usted?

—Ella preferirá aquí. Esperaré á ustedes.

—Es usted delicioso. ¿Cómo probarle mi agradecimiento?..

—Permitiéndome ir algunas veces á saludar á usted en París.

Ese no es un favor, sino un derecho.

—Será un inestimable privilegio.

Cambiados estos cumplimientos, Camila se echó á correr, tomó el primer coche de plaza que encontró y dijo al cochero:

—Al Sagrado Corazón de la Ferrandiere.

Media hora después llegaba á la verja del antiguo castillo convertido en convento, rodeado de altas tapias que hacen imposible toda invasión... y toda evasión.

Camila lo encontró todo como en otro tiempo. Después de la verja, la misma calle de castaños que atraviesa el patio de honor, y detrás los cuatro paseos que se extienden desde el extremo del recinto hasta la portería y los locutorios.

A Camila no le extrañó aquella impasible perennidad. Las cosas de la Iglesia son inmutables.

Y mientras se dirigía á los locutorios, su corazón latía al pensar en la dicha que iba á llevar á Graciana.

Pero no se da tan pronto el *exeat* de una pensionista. Las negociaciones exigieron conferencias y explicaciones minuciosísimas. Hubo que ir hasta la superiora. Pero la carta de Delestang era formal y precisa... y se envió por fin á buscar á Graciana.

. . . .

La joven se estaba aburriendo soberanamente y dando bostezos en la sala de estudio, con un libro delante de los ojos, pero del que estaba muy lejos su mente.

—Preguntan por usted en el locutorio, hija mía.

—¿Por mí?.. ¿Quién?

—Una parienta de usted.

—Mi tía entonces... ¡Mi tía Camila!..

—Sí, hija mía.

¡Oh!

Y echó á correr como un huracán, mientras la monja le gritaba inútilmente:

—¡Graciana!.. Los guantes...

Era verdad; había olvidado el ponérselos y aquello no era regular ni correcto. ¡Pero bastante le importaban en aquel momento la corrección y la regla!

¡Su tía Camila allí! Algo había ocurrido, seguramente; algo grave... y acaso venturoso.

Cuando llegó á aquel locutorio glacial, exclamó:

—¡Tía! ¡Querida tía!..

Se echó en sus brazos, y Camila le dijo en seguida para no retardar su dicha:

¿Sabes? Te vienes conmigo.

Y creyó que Graciana se iba á caer, tan pálida se puso...

—¡Ah! No, dijo la artista riéndose, no es este el momento de desmayarte, porque no podrías salir. Sí, te llevo conmigo.

Pero la joven feliz se había ya serenado.

—¿Papá ha consentido?..

—Tu padre es encantador.

—Entonces..., dime pronto..., mi pobre Pedro...

—Tu pobre Pedro no es tampoco digno de compasión. Ha recibido una carta... y á estas horas debe ser completamente feliz..., y acaso se ha puesto en camino.

—¿Para dónde?

—Para donde vamos á salir nosotras también, para la Zarzalera, Graciana.

—¡Oh! Tía..., tía querida...

Y se echó á llorar como una loca mientras una voz de delicia murmuraba á su oído:

—Hemos ganado la partida, hija mía.

Pero la curiosidad pudo más que la emoción y Graciana, aunque llorando, balbuceó:

—¿El abuelo quiere también?

—Mi padre es el mejor de los hombres.

—¿Y el de Pedro?

—Te está esperando para darte su bendición... Es esto un modo de hablar, pero, en fin, traduce bastante bien la realidad.

Y llorando, riendo y besando locamente á la mensajera de su dicha, Graciana exclamó:

—¡Vámonos!.. ¡Vámonos pronto!..

—Pero no en ese traje...

Graciana, en efecto, tenía puesto ese uniforme de colegiala con el que es tan difícil que parezcan guapas aun las que más lo son.

Pero, saltando de alegre impaciencia, la joven exclamó·

No te haré esperar mucho.

Después dijo á la monja, que había llegado al fin detrás de ella:

—Me marcho, hermana, me marcho ahora mismo... Mi padre ha escrito...

—Lo sé..., lo sé...

—Subo corriendo á vestirme.

Y un momento después—la operación no había sido larga—reapareció con su vestido de viaje, el mismo con que fué á París.

—¡Qué niña es!, dijo la monja viendo aquella exuberante felicidad.

Pero la buena hermana no reparaba el brillo de aquellos ojos, ni la florescencia de aquellos labios, ni el ardor apasionado de aquella voz... No era una niña, no; era una victoriosa, una enamorada..., una mujer.

Camila se la llevó y en la oficina del banquero hubo una profusión de largos, tiernos y sinceros abrazos. También Graciana lo perdonaba todo.

Y muy poco después se fueron á tomar el tren en la estación de Perrache.

¡Qué lindo y delicioso viaje!

Nunca había estado tan risueño ni tan verde aquel maravilloso Delfinado; nunca había sido tan vivo su perfume...

Cuando, al fin, al cerrar la noche, bajaron en el andén de Saint-Romain, vieron esperándolas un grupo que, en la obscuridad, sólo formaba una masa confusa...

Y al acercarse... ¡Dios mío! Al lado de los abuelos había otra persona, un hombre...

Y la joven, radiante de felicidad, se sintió atraída por dos brazos que la cogían efusivamente.

—¡Pedro!..

—¡Graciana!..

. . . .

En la plaza de Saint-Romain, pequeño espacio limitado por la iglesia, la casa consistorial y la taberna pomposamente titulada «Gran café,» había aquel domingo un ruido inusitado.

Desde por la mañana, los electores entraban uno por uno en el Ayuntamiento, donde estaba el barón apoyado en la urna y rodeado de los asesores.

Los ciudadanos presentaban al alcalde la cédula electoral abierta y la candidatura doblada de un modo capaz de burlar toda indiscreción. El alcalde introducía el papel en la hendedura de la urna, sin soltarle; y cuando los asesores habían comprobado el nombre y el número del elector, abría los dedos y la misteriosa candidatura pasaba al estado de unidad electoral.

El alcalde, entonces, cortaba una punta de la cédula y se la devolvía á su dueño con una benévola sonrisa si era amigo, y con un ceremonioso saludo si no lo era.

Y hasta las seis de la tarde, hora constitucional, aquella ceremonia cívica se repitió doscientas veces.

Al presentarse el Sr. Girardot, el saludo fué acompañado de un apretón de manos.

¡Buena suerte, señor alcalde!, dijo á media voz el buen anciano, suspirando á pesar suyo.

—Gracias, respondió el Sr. de la Rochere en tono más alegre.

Su alegría se explicaba, porque aquellos pedazos de papel doblados que iba introduciendo sucesivamente en el misterio de la urna fatídica, le parecían tener el mismo honrado aspecto de otras veces; y en los semblantes de todos los que ante él desfilaban veía la misma sonrisa bondadosa de las pasadas elecciones; y el barón se mostraba lleno de confianza.

Cuando apareció Felipe Borel con unos cuantos «socialistas» del río, dijo el alcalde, respondiendo al saludo del barquero:

—Buenos días, Borel.

—Para servir á usted, señor alcalde.

Y Felipe exhibió tranquilamente su cédula y su papeleta, mientras el barón pensaba:

—«Señor alcalde:» es delicado este muchacho. Ha tenido un modo discreto de decirme que viene á mí lealmente. Estas naturalezas agrestes tienen á veces algo bueno.

Estaba todavía con esta buena impresión cuando entró Antonio Boissier, saludó con solemne rigidez y se marchó sin decir palabra, después de haber votado. El barón le devolvió el saludo casi enternecido y no le faltó mucho para decir con toda su alma: «¡Honor al valor desgraciado!»

Daniel se presentó á última hora.

—Creí que no venías, le dijo el barón sonriendo.

—Puedes creer que hubiera preferido ir á otra parte cualquiera... Además no es mi voto el que hará inclinarse la balanza, ¿eh?

—¡Mal ciudadano!

Y sin dejar de sonreír, el barón introdujo en la urna la papeleta de su hijo.

A las seis de la tarde se precipitaron en la sala los electores que esperaban en la plaza y en la taberna. Había una gran curiosidad por saber... Corrían rumores... Se sentía algo en el aire... Además, en Saint-Romain no abundan los espectáculos, y aquello era interesante como el último acto de un drama.

Empezó el escrutinio y los nombres leídos se fueron agregando á la lista del barón ó á la de Boissier. Al principio, la casualidad favoreció á la primera y le dió una pequeña ventaja.

—Esto va á ser un triunfo, pensaba el barón.

Pero de pronto se pusieron encima los contrarios, después de un momento de empate. Y mientras el uno se paraba en los sesenta votos, el otro se ponía á subir: sesenta y uno, sesenta y dos, sesenta y tres...

El barón sintió un ligero escalofrío.

Pero no; ahora llegaba su vez y volvía á ganar terreno.

En el grupo reunido á la izquierda (los avanzados se ponen siempre á la izquierda) hubo entonces un murmullo de decepción, que pronto se convirtió en un suspiro de contento, pues Boissier volvía á tomar la delantera.

Mientras el barón llegaba penosamente á setenta votos, el otro subió rápidamente á ochenta, noventa, ciento...

Se produjo entonces un silencio de ansiedad. Un voto más y Boissier tenía mayoría.

El barón abrió la papeleta siguiente..., palideció..., tosió para afirmarse la voz, y con un heroísmo que equivalía muy bien al de sus abuelos en las batallas, leyó sin aparente emoción:

Antonio Boissier.

El público prorrumpió en un gran murmullo..., casi un griterío.

¡Silencio, señores!..

Y el barón continuó el escrutinio, seguro ya del triunfo de su adversario y viendo que su ventaja se hacía considerable.

La lista de Boissier tuvo una mayoría de cincuenta votos, lo que era para él un triunfo y una derrota para el barón.

Cuando todo terminó, y como última estación de su calvario, el barón firmó y certificó el acta, salió del local en medio de los saludos, ya no tan solícitos, de algunos concurrentes.

Se empezaba á adorar al nuevo ídolo. En la plaza, unos cuantos jóvenes unidos con los barqueros de la Espinosa, acababan de sacar á luz la bandera de los reclutas y se formaban en numerosas manifestación, gritando: «¡Viva la República! ¡Viva Boissier!»

El cura Gaindrón acompañó á la Rochere hasta el castillo.

—¿Hubiera usted creído esto, señor cura?, le dijo el barón señalando melancólicamente hacia el grupo que se ponía en marcha.

No, no lo hubiera creído... Aunque había oído murmurar... Pero... ¿Y los veintisiete votos, señor barón?

—Ahí los tiene usted, gritando más fuerte que nadie: «¡Viva Boissier!..» Cuando Girardot sepa esto...

—¿También él creía?..

Creía, como yo, en el agradecimiento de los hombres. ¡Cómo se aprende observando ciertos espectáculos!.. Sin embargo, no creí que las ideas subversivas hubiesen progresado tanto en cuatro años. ¿Dónde vamos á parar, amigo mío? ¿Dónde vamos á parar?

. . . .

Después de haber cumplido lo que él llamaba sin

sonreir su deber de ciudadano, Boissier se volvió á su casa, á la que había llegado su hijo á última hora del día anterior.

Boissier había preguntado desde la cama, al oir un ruido no acostumbrado:

—¿Quién está ahí?

—Soy yo, padre.

—Bueno, bueno... Vete á acostarte... Mañana tendremos tiempo de hablar...

Pero Antonio estuvo todo el día huyendo de esa conversación.

—Sí, decía, más tarde hablaremos... Esta tarde...

—Pues bien, dijo, si Girardot viene mañana, podremos hablar con él.

Pedro le dió un abrazo, pero él añadió apartándole, preocupado con su asunto:

—Gritan otra cosa...

—Sí..., dicen... «¡Cincuenta votos!»

—¡Ah!.. ¡La muy astuta!.. ¡Ha ganado!, exclamó Antonio medio despechado, medio risueño. Ese viejo jesuita no tendrá que venir hasta aquí. Por esta vez, no me doy ese gusto.

. . . .

que no hablaba más que de una rubia adorable á quien iba á ser presentado en cuanto la gran artista volviese á París...

Celebró el cura Gaindrón, que después de las elecciones no cesaba de declarar que la Iglesia se cierne muy por encima de las querellas políticas... y que nunca había visto un matrimonio tan soberbio.

El barón y la baronesa pretextaron un viaje urgente para evitar el ver á aquel jacobino, á aquel usurpador, ocupar el sillón de la alcaldía y la presidencia del banquete.

Porque Antonio había querido funcionar en per-



Los dos enemigos se dieron la mano

Y Pedro, que sabía lo que su padre esperaba y estaba también devorado por la impaciencia, sin atreverse á ir hacia la Zarzalera, tomó el partido de encerrarse en su cuarto, maldiciendo el lento transcurso de las horas.

Pero la tarde iba ya cayendo... Hacia mucho tiempo que habían dado las seis. El escrutinio debía de estar acabándose y ya se sabría...

¡Si fuese á ver!.. Pero no; Pedro no podía presentarse en la plaza, donde todo el mundo comprendería qué le llevaba. Además, su padre tendría antes que nadie las primeras noticias...

Y bajó al comedor, donde Antonio se estaba paseando, más feroz que nunca y también impaciente hasta el exceso.

Cuando se oyó de repente un rumor lejano que iba aumentando al acercarse.

—¡Se oyen gritos!, exclamó Pedro con voz alterada.

—¿Entiendes lo que dicen?

—Sí..., creo... Gritan «¡Viva la República!»

—Entonces debe de estar hecho...

—¡Padre! Gritan: «¡Viva Boissier!»

—Entonces ya está.

Y llamó:

—¡Catalina! Trae unas botellas y unos vasos. Habrá que dar un trago á esos mozos...

—Pero, dijo Pedro con voz suplicante, ya sabes lo que yo espero, padre..., lo sabes muy bien.

Antonio se encogió de hombros.

En efecto, Antonio Boissier y Luis Girardot se encontraron al día siguiente en la linde de sus dominios, como por casualidad.

Pero también por casualidad, con Boissier iba su hijo y con Girardot su hija y su nieta.

De modo que en el transporte de alegría triunfante que allí se produjo, jamás se supo cuál de los dos había dirigido el primero la palabra al otro, y como decía Antonio, cuál había cedido el primero.

¿Para qué averiguarlo? Los dos enemigos se dieron la mano, fríamente, es verdad; pero eso bastó para hacer surgir en torno de ellos un maravilloso paraíso de amor.

. . . .

Después, todo pasó como es debido en esos rincones de provincia en que se encuentran aún todas las tradiciones de sencillez, de cordialidad y de fausto hospitalario..., que sería una desgracia se perdieran.

La boda de Graciana y Pedro se celebró con todas las pompas, profusiones y ceremonias anticuadas y encantadoras que protestan todavía, en el país de los nogales, contra la abominable moda que todo lo nivela.

Las dos familias estuvieron completas, desde la joven y linda señora de Delestang, que ya no tendría celos de su hijastra, hasta los primos más lejanos y más extrañados de verse allí.

Se vió, como padrino, á Daniel de la Rochere, más asiduo que nunca con su amiga Camila Girot, pero

sona. Aquel era su desquite de doce años de ostracismo.

Cuando dió la pluma á Girardot diciéndole lleno de orgullo:

—Ahora, el abuelo de la contrayente.

El bueno del hombre contestó con urbanidad:

—No, usted primero, Sr. Boissier.

Antonio dijo solemnemente:

No. Yo firmaré después, como alcalde.

. . . .

En la Zarzalera, cuando cae la tarde, el sol se pone, entre ráfagas de oro, detrás de los plátanos, y los bueyes beben lentamente en el pilón de piedra, mientras á lo lejos se iluminan con los dorados rayos los bosques de encinas que parecen hundirse en la profunda hendedura del Isere.

En el comedor se está poniendo la mesa para cenar, y se espera mucha gente, pues se colocan los platos alrededor de la gran mesa ovalada. En el centro hay dos sillas altas, de brazos y meseta para unos diminutos pies, colocadas á los lados de la que Marieta llama «la silla de la señora.»

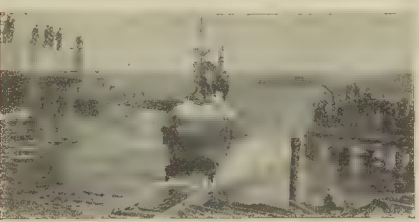
El Baco sigue inclinando su tirso con expresión sonriente, como si mandase á las horas transcurrir despacio, puesto que son de alegría.

No turbemos, pues, con nuestra indiscreta presencia la perfecta felicidad de aquella familia, y digámosle adiós.

Traducción de F. Sarmiento.

LAS MARAVILLAS DE LA GUERRA MODERNA

A un indio de Norte América lo desafió, una vez, un blanco. El indio, á quien correspondía elegir las armas, eligió un barril de pólvora, poniendo por con



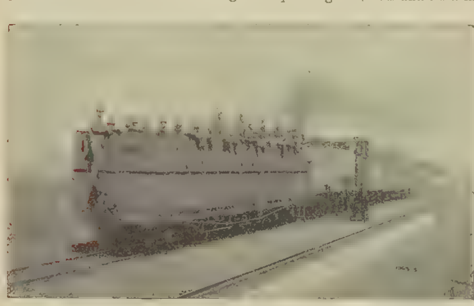
Botadura de un torpedero submarino. Estos buques han de desempeñar indudablemente un papel importantísimo en las futuras guerras. Francia es la nación que en la actualidad posee más submarinos.

dición que ambos se sentasen sobre él y luego le prenderían fuego. Una idea muy parecida tiene de la guerra moderna el economista ruso J. S. Bloch, cuyo famoso libro titulado *El porvenir de la guerra.*



La paz y la guerra. – Un niño de tres años junto á un proyectil que atraviesa una plancha de blindaje de 12 pulgadas de espesor.

¿Es en la actualidad imposible la guerra?, influyó mucho, sin duda alguna, para que se instituyese el Tribunal de Paz de La Haya. Creía que lo mortífero de las armas modernas y lo caro de todo el material guerrero, así como los inmensos gastos que exige el



Un tren blindado. Estos trenes blindados prestaron grandes servicios en la guerra anglo-boer. El que representa este grabado es el que se empleó en la defensa de Ladysmith.

sostenimiento de grandes ejércitos en las condiciones que ahora se estilan, hacían completamente imposible una guerra en grande escala y que en caso de que ésta estallara terminaría, como el duelo del indio, con la destrucción completa de ambos adversarios.

Pero nada puede haber más erróneo que suponer que una pérdida mayor de vidas sea la consecuencia natural del perfeccionamiento de las armas de guerra, porque lo cierto es todo lo contrario, como se verá más adelante.

El principal objeto de este artículo es tratar de las maravillas de la guerra moderna, maravillas debidas al esfuerzo combinado de hombres de genio de todos los países y encaminadas, al parecer, á la mutua destrucción.

Cuando comparamos el estado actual de la ciencia militar con el que tenía al comenzar el siglo XIX, tenemos que confesar que el progreso ha sido realmente asombroso. Nosotros, los del próximo pasado siglo, recibimos de nuestros padres el fusil de piedra de chispa; unos cañones consistentes en tubos de hierro fundido, cargados con un saquete de pólvora fina y negra, y una bala redonda, sólida y también de hierro fundido; y unos buques de madera que andaban perezosamente á la vela y eran víctimas de los caprichos del viento y de la mar.

Ahora tenemos el rifle de repetición, de retrocarga, la pólvora sin humo, el cañón de tiro rápido que arroja mil balas por minuto, y una artillería que se carga por la culata y capaz de despedir tal lluvia de bombas y metralla, que hace imposible que un enemigo pueda avanzar al descubierto sin ser herido.

Los inteligentes en asuntos navales del mundo entero se sorprendieron y quedaron confundidos cuando el pequeño buque de hierro de Griesson, el *Monitor,* combatió mano á mano con el ponderado *Merrimac,* que tenía sus costados protegidos por rieles de hierro.

La ingeniosidad americana, así de los del Norte como de los del Sur, acometió la resolución del problema de construir buques de guerra invulnerables, sin preocuparse para nada de las opiniones de los ingenieros navales de los demás países, ni de su indigesta sabiduría.

Hubo que abandonar todas las antiguas tradiciones, y desde entonces ha existido una rivalidad constante entre el constructor de buques y el de planchas, de una parte, y el fabricante de cañones, de pólvora y de proyectiles, de la otra. Todas las mejoras efectuadas en las planchas defensivas han provocado otras contrarias en los cañones, en los proyectiles ó en la fuerza impulsiva de la pólvora. Un constructor de blindajes anunció la invención de una plancha de acero que ningún cañón de los entonces existentes podría perforar, y en seguida se hicieron los proyectiles cónicos provistos de una punta aguda de fino temple, y se estrió el cañón para dar á la bala rotación y dirección segura, y se les cargó por la culata en vez de por la boca, lo que contribuyó mucho á la rapidez y facilidad de los disparos.

Presentóse luego otro inventor con un método para endurecer la superficie de las planchas por medio de un procedimiento que lleva su nombre: la plancha así preparada es tan dura, que no se la pueda rayar con una lima ni con un cincel frío.

Después se inventó la pólvora sin humo, que desarrolla mucha mayor energía que su negra predecesora y que arde con acelerada combustión. Con ella los proyectiles eran despedidos con tal velocidad, que la fuerza del choque no podían soportarla ni el proyectil ni la plancha, y hubo que hacer los cañones más largos y más fuertes en su parte anterior para que pudieran funcionar con éxito.

Pronto se llegó al límite de peso de las planchas de blindaje. Doce pulgadas de grueso llegó á ser el máximo de la armadura protectora de los mayores buques de guerra, pues no podrían flotar teniendo aquélla más espesor. Todavía se perfeccionó más el proyectil, que se hizo del mejor acero forjado y templado con el cuidado más exquisito. Luego vinieron las planchas de Krupp y otra vez la bala, al chocar con su superficie, se desviaba ó aplastaba.

Ultimamente se colocó una punta blanda, hecha de acero dulce, en el extremo del proyectil destinado á perforar el blindaje, y el artillero pudo burlarse á su gusto de las planchas más gruesas del sistema Krupp que pudiera llevar un acorazado.

Entre las maravillas de la guerra moderna nada hay más notable que las propiedades del nuevo explosivo la *maximita,* invención del autor de este artículo, que ha sido recientemente adoptada por el gobierno de los Estados Unidos para la carga explosiva de los proyectiles y que es un 50 por 100 más poderoso que la dinamita común.

No estalla por ignición, sino que arde silenciosamente, y puede derramarse sobre ella hierro fundido en ebullición sin producir explosión. Las bombas se llenan sencillamente echando en ellas maximita derretida, que se solidifica en masas densas y duras. Puede derretirse en una vasija común, en una hornilla, sin ningún peligro.

Cuando un proyectil de doce pulgadas, que pesa media tonelada, está cargado de maximita y se le dispara contra las más gruesas planchas de blindaje, el choque es igual al que se produciría dejando caer el proyectil de una altura de veinte millas, ó uno de una tonelada desde una altura de diez, ó igual á dejar caer cincuenta mil toneladas desde la de un pie.

Nada puede resistir un golpe semejante, y en la actualidad los proyectiles de doce pulgadas atraviesan las más gruesas planchas de blindaje que pueda llevar un acorazado.

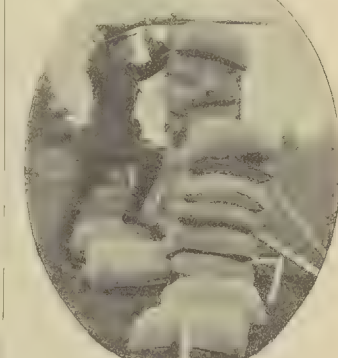
El mismo autor ha inventado también una espoleta, que está actualmente sufriendo las últimas pruebas, por orden del gobierno, que trata de adoptarla. La espoleta está hecha de tal modo, que no puede



El vagón automóvil de guerra de Simins. Es en realidad una fortaleza ambulante armada con cañones de tiro rápido y destinada á las operaciones de campaña.

estallar la maximita dentro del cañón aunque el proyectil se haga pedazos por el choque del disparo, en cual caso la maximita ardería en parte sin dañar al cañón.

En ninguna parte son tan indispensables hoy en día como en las ciencias navales y militares las aplicaciones de la electricidad. Los ejércitos exploran y efectúan sus reconocimientos guiados por el telégrafo. Sólo pueden seguir su avance á medida que se van colocando los alambres y estableciéndose las co-



El hiposcopio, sistema de espejos adaptados al fusil de modo que el soldado oculto detrás de una trinchera puede apuntar y hacer fuego con absoluta precisión sin servir de blanco á sus enemigos.

municaciones telegráficas. El globo aerostático, que permite registrar con gran ventaja desde las alturas, se pone en comunicación por medio de un alambre con el jefe que manda las fuerzas. La electricidad ha enseñado al artillero á apreciar la velocidad exacta de sus proyectiles y el alcance de sus cañones, y en los buques de guerra los focos eléctricos penetran

hasta grandes distancias á través de las tinieblas de la noche; desafiando las tempestades, como centinelas siempre vigilantes en los sitios peligrosos.

Cuando se hace muy necesaria una invención, se vencen con frecuencia dificultades que al principio parecían invencibles. Cuando en las marinas de guerra vinieron á ocupar el primer puesto los pesados acorazados, inmediatamente se sintió la necesidad de alguna especie de torpedos con que poder atacarles bajo el agua en la parte del casco no protegida por la faja blindada.

El moderno torpedo Witehead, generalmente conocido por torpedo automóvil, porque se mueve por sí mismo, puede tal vez ser considerado con justicia como el arma moderna más maravillosa. Este torpedo consiste en un fuerte cilindro de acero, algo parecido en su forma á un cigarro, de unas 18 pulgadas de diámetro y unos 18 pies de largo. Lleva en la extremidad delantera una carga de doscientas libras de un poderoso explosivo, provista de una espoleta de percusión, que al chocar con el costado de un buque de guerra, produce la explosión de dicha carga.

El cuerpo principal del cilindro está lleno de aire comprimido, que se le introduce por medio de potentes bombas, hasta que se obtiene una presión de cerca de mil quinientas libras por pulgada cuadrada.

Inmediatamente detrás de la cámara de aire está el mecanismo de marcha, al que pone en movimiento el aire comprimido y que á su vez mueve los propulsores que han de impeler al torpedo por en medio del agua. El timón está construído de manera que obligue al torpedo á marchar en línea recta.

Se emplea el giroscopio para hacer funcionar el mecanismo motor, y ese invento es uno de los más ingeniosos imaginados por la ciencia moderna. La más ligera desviación de la línea recta puede en el acto ser corregida y el torpedo atraviesa el agua con la velocidad de una flecha.

El autor de este artículo ha inventado un nuevo sistema de impulsar los torpedos automóviles con una substancia llamada motorita, que se parece algo á la pólvora sin humo y se emplea en vez del aire comprimido para suministrar la fuerza motriz.

La motorita se emplea como combustible, con el cual el agua se evapora y se produce vapor, que pone en movimiento la máquina del torpedo. En un espacio determinado de tiempo la motorita desarrolla doble cantidad de fuerza que el aire comprimido.

El autor ha inventado también un torpedero movido igualmente por la motorita en los casos en que se requiera extraordinaria velocidad. Este nuevo torpedero será movido por las máquinas ordinarias con fuerza originada en las calderas comunes, ó por máquinas de gasolina, exceptuando cuando vaya á trabar combate, y será construído para poder navegar por la superficie del agua como cualquier otro torpedero. Cuando vaya á entrar en acción, sin embargo, podrá ser sumergido con rapidez y sólo una pequeña parte de la cubierta se alzará sobre el agua, junto con los ventiladores, chimeneas y caseta del timonel.



El cañón más grande del mundo. Está destinado á la defensa de la bahía de Nueva York y dispara un proyectil de más de media tonelada, á una distancia de 21 millas. Dos niños, y no de los más pequeños, pueden sentarse cómodamente dentro del ánima. A la derecha se ve el tremendo mecanismo del cierre.

Toda la parte que sobresale sobre la superficie del agua no es vital ni imprescindible para el torpedero, y sólo está destinada á ayudar á la flotación; las balas de cañón pueden destrozar cualquier porción de ella sin causar daño al torpedero. Todas sus partes esenciales estarán muy dentro del agua, adonde no podrán llegar las balas enemigas.

Se piensa dotar á ese torpedero con varios torpedos automóviles y no habrá absolutamente medio de que un acorazado pueda defenderse de semejante enemigo. Cuando vaya impulsado por la motorita tendrá una velocidad mayor que la del más ligero crucero ó torpedero y ninguno podrá escapársele.

Pocas son las personas que tienen idea de lo que hoy en día han de afrontar los soldados que hayan de dar una carga al descubierto, lo que, afortunadamente, pocas veces han de ejecutar. La ametralladora, que en realidad no es más que un fusil automático montado sobre un trípode, que lleva fácilmente un solo soldado, puede disparar seiscientos tiros por minuto, es decir, diez por segundo. Ese cañón se llama automático, porque se carga y dispara por la fuerza de la reculada; los cartuchos están colocados en un cinto, que se mete en el cañón, el que por sí mismo se carga y dispara. El soldado únicamente tiene que tirar del gatillo y sostenerlo en esa posición, y el cañón seguirá haciendo fuego hasta que se concluyan los cartuchos. Pero no es eso todo.

Baterías de cañones de tiro rápido se establecen á vanguardia del frente de batalla y comienzan á arrojar proyectiles á las filas enemigas en cuanto asoman en el horizonte.

Cada soldado va ahora armado con un fusil de repetición, que se carga por la culata, que contiene siete cartuchos y que puede hacer fuego siete veces por segundo, y cuando se han disparado los siete cartuchos, otros siete pueden reemplazarlos en menos tiempo del que antes se tardaba en cargar uno solo. No hay ejército en el mundo que pueda avanzar al descubierto bajo un fuego tan mortífero.

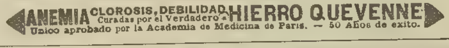
Las operaciones terrestres se efectúan ahora como si fueran las de un sitio, en las que representa un papel principal el fuego de la artillería de largo alcance. Las tropas, protegidas por su artillería, avanzan paso á paso, se despliegan en filas muy abiertas y se ocultan tras todos los objetos que encuentran para desde allí hacer fuego.

La última maravilla en el arte de la guerra es la aplicación de la telegrafía sin hilos, que permite á los buques comunicarse entre sí en alta mar y con la tierra á centenares de millas de distancia.

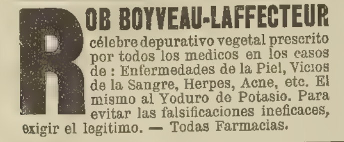
No terminaremos este artículo sin mencionar las formidables defensas de la bahía de Nueva York. Para penetrar en ésta una escuadra enemiga habría de sufrir primeramente el fuego terrible de las baterías de Sandy Hook, luego el de las baterías terrestres de ambas orillas del canal y por último el del inmenso cañón de Romer Shoals, sin contar el de los buques yanquis que allí pudiera haber anclados. Además estaría expuesta á las acometidas de los torpederos submarinos, á los choques con las minas y al fuego de los morteros de doce pulgadas que con precisión matemática hacen caer sus proyectiles sobre los buques, para lo cual la bahía está dividida imaginariamente en multitud de espacios, que son otros tantos blancos previamente ensayados de los diversos morteros; de modo que cuando un barco se encuentra en un espacio de éstos, basta disparar el mortero correspondiente para tener la seguridad de que la bala caerá sobre la cubierta de aquél.

HUDSON MAXIM.





Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



PÍLDORAS MOUSSETTE
Neuralgias, Jaqueca, Ciática.
CLIN y COMAR — PARIS
En todas las Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

Rondalles, por *Jacinto Verdaguer*. – Patriótica empresa ha sido la publicación por la tipografía del Avenç del interesantísimo volumen de cuentos que escribió el eximio vate. En ellos hállase condensado el modo de ser de nuestra región, retrátase el espíritu que informa las creencias y las aspiraciones del pueblo catalán, narrados en forma sencilla, verdaderamente popular, que retrata, al propio tiempo, la delicadeza de sentimientos que atesoraba en el virtuoso sacerdote é inspirado poeta, gloria de las letras patrias y modelo de virtudes evangélicas. Consta el volumen de 188 páginas, cuidadosamente impreso, y véndese al precio de 3 pesetas cada ejemplar.

Certamen literario. – El Ayuntamiento de Palma de Mallorca ha publicado, con plausible acuerdo, un interesante volumen en el que figuran las composiciones premiadas en el certamen literario organizado con motivo de las ferias y fiestas celebradas en aquella hermosa ciudad en 1903. Verdadero interés ofrece el volumen á que nos referimos, pues aparte del mérito de cada una de las composiciones que contiene, todas ellas son gallarda manifestación de ese movimiento que tanta gloria reporta á la catalana literatura. El libro ha sido pulcramente impreso en la tipografía de F. Soler Prats, Palma de Mallorca





Apuntes de París.—El Sena, cuadros de Andrés Larraga

Manual práctico de correspondencia francesa, por *J. B. Melzi*. – La sola enunciación de la obra basta para justificar su utilidad. Esto no obstante, hemos de consignar que el autor ha procurado reunir un conjunto de modelos cuya conveniencia han de reconocer todos cuantos consulten el libro, ya que los contiene de cartas familiares, de comercio, circulares, reclamaciones, pedidos, etc., bajo diversas formas y cual si las motivaran circunstancias tan varias cual las que se derivan de la realidad. Creemos que el editor de Madrid D. J. Orrier ha prestado un buen servicio con la publicación del libro á que nos referimos, que se vende en todas las librerías al precio de 1'50 pesetas cada ejemplar.

La infancia, por el *Dr. Adalberto Kupferschmid*. El conocido editor D. Juan Gili acaba de enriquecer la importante biblioteca que viene publicando con la concienzuda versión castellana directa del alemán que ha llevado á cabo nuestro querido compañero don Manuel M.ª Angelón. La justa reputación de que goza el autor de la obra á que nos referimos, director del sanatorio de Slag, constituye ya una justificación de la importancia del libro, que es una nueva comprobación racional y autorizada del sistema Kneipp para la curación de las enfermedades nerviosas de los niños. Véndese cada ejemplar, elegantemente encuadernado, al precio de 3'50 pesetas.

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – Depósito en todas Boticas y Droguerías.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

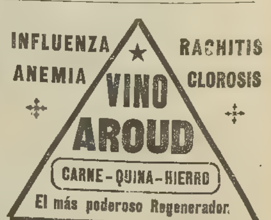
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.



Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.







PATE EPILATOIRE DUSSER
destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE, DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 21 de noviembre de 1904 — Núm. 1.195

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Exposición de Bellas Artes de Dresde. 1904.



LA RECOLECCIÓN, cuadro de Roberto Sterl



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Chile: situación política interior: la reforma del reglamento de la Cámara de diputados. – *Bolivia:* tratado con Chile: el ferrocarril de Arica á la Paz. – La provincia de Tacna chilenizada: protesta del *Perú:* reorganización del ejército peruano: el *modus vivendi* con el Brasil. – *Honduras:* elección de presidente: cuestión de límites con Nicaragua. – La «Liga latina de Francia y las Repúblicas latino-americanas» y la «Unión ibero-americana.» – La «Federación latina» en París.

En octubre último, otra crisis ministerial en Chile. La administración Riesco sigue, pues, distinguiéndose por la instabilidad de sus gobiernos, ha cambiado de ministerio cada tres meses, por término medio. Así no hay ni puede haber orden ni concierto en los servicios públicos.

El cuadro que traza de la situación del país uno de los principales periódicos de Chile, *El Mercurio*, no puede ser más desconsolador. No hay seguridad en campos ni ciudades y la anarquía económica impera. En los últimos años se han hecho y deshecho conversiones metálicas y se ha alterado el valor de la moneda; se derrochan las rentas fiscales; puede decirse que gobiernos y cámaras juegan con las leyes, y ha venido á crearse un estado de incertidumbre tal que, seguramente, ha de retraer á los capitales extranjeros de tomar parte en empresas de utilidad pública que son de todo punto indispensables para la prosperidad del país. Hay en éste riquezas naturales extraordinarias; pero ¿de qué sirven, si faltan caminos y buenos puertos? El clima es de los mejores de América, y sin embargo, por no poder atender con perseverancia y con los recursos necesarios á los servicios de higiene, allí se dan las más altas cifras de mortalidad, causada por endemias y epidemias que gobiernos atentos al bien de todos fácilmente hubieran podido combatir.

Y es lo más triste que esos conflictos entre partidos políticos que ocasionan los frecuentes cambios de ministerio é interrumpen los trabajos parlamentarios, no se deben á contradicción y lucha entre ideales ó principios de gobierno: todos están de acuerdo en lo fundamental del orden político. Lo grave, lo gravísimo entre aquellos representantes del país y aquellos administradores de la cosa pública, es la aprobación del acta de un diputado ó la provisión de un cargo público. El nombramiento de un director general, de un gobernador de provincia ó de un jefe de policía es allí cuestión de tal importancia, que basta para promover apasionados debates en las Cámaras, para romper coaliciones de partidos y para derribar un ministerio.

De nada ha servido, hasta ahora, la reforma del reglamento de la Cámara de diputados, á cuyo proyecto aludimos en una de las últimas *Revistas*. Reformóse dicho reglamento con propósito, entre otros, de facilitar y regularizar la labor parlamentaria, de modo que no faltaran ocasión ni tiempo á los señores representantes del país para estudiar y discutir los asuntos de interés general. Estos continúan relegados á segundo término, porque lo menudo, lo personal, lo insignificante para la nación, preocupa y apasiona mucho más.

Por cierto que la tal reforma del reglamento es una revelación de la extraordinaria facundia de los oradores chilenos. En las discusiones sobre la totalidad de un proyecto de ley, ningún diputado podrá hablar *más de cuatro horas* y una sola vez. En la discusión por artículos, ya se podrá hablar dos veces, pero *sólo dos horas* cada vez. ¿Cuántas horas seguidas solían hablar, antes de la reforma, esos señores diputados?

***

Bolivia y Chile han convenido definitivo tratado de paz. Los territorios del litoral del Pacífico ocupados por la segunda de dichas Repúblicas quedan ya bajo su soberanía. Bolivia recibirá unos cuantos millones de pesos, y Chile se compromete á construir el ferrocarril de Arica á la Paz. Esta y otras vías férreas proyectadas darán á Bolivia salida hacia el mar occidental de América. Si hubiese dificultades para el cumplimiento de lo ahora pactado, las resolverá, como árbitro, el emperador de Alemania.

Ocioso sería decir que hay muchos bolivianos que consideran este tratado como un acto de expoliación que realiza Chile con el consentimiento del actual gobierno de Bolivia.

Por ley chilena del 15 de septiembre se autorizó al presidente para invertir hasta la suma de 150.000 pesos en atender á los gastos que impongan los estudios del citado ferrocarril de Arica á La Paz, así como los de las obras necesarias para la irrigación de la provincia de Tacna y demás gastos que requiera el fomento de los intereses nacionales en la mencionada provincia.

Prosigue, pues, de cada día más marcada, la tendencia á *chilenizar* dicha provincia.

El Perú no parece dispuesto á tolerarlo. Su gobierno protestó ya contra el reciente decreto chileno que ha fijado los límites entre Pisagua y el departamento de Arica; creíase con derecho á intervenir en esa demarcación, porque aquel departamento está sólo provisionalmente bajo la soberanía de Chile, y no se conformó con la nueva demarcación, porque difiere de la que señalaban las leyes peruanas hasta el día en que se firmó el tratado por el cual la provincia de Tarapacá fué cedida á Chile y la de Tacna quedó ocupada por esta misma República. Chile replicó sosteniendo que toda discusión acerca de cuál debe ser el límite Norte de Tarapacá es inoficiosa, mientras continúe ocupando la provincia de Tacna.

Entre tanto, el Perú no cesa en su obra de regeneración y engrandecimiento, y cuida muy especialmente de aumentar sus fuerzas militares y de establecer vías de comunicación.

Buenos instructores, procedentes del ejército francés, adiestran á oficiales y soldados; se ha establecido una excelente escuela militar en Chorrillos y se han creado ó reorganizado los servicios de la administración y sanidad militares, de parque y de maestranza. El gobierno acordó gestionar un gran empréstito en el extranjero, destinado á la adquisición de elementos navales y á las fortificaciones del Callao.

Están en construcción ó en estudio importantes vías férreas, entre ellas una que desde el litoral, en las inmediaciones de Paita, recorra la República, de Oeste á Este, cruzando los Andes, y llegue hasta el río Ucayalí, es decir, hasta los grandes bosques y llanuras de la región amazónica.

La cuestión de fronteras con el Brasil quedó resuelta por acuerdo provisional ó *modus vivendi* para evitar conflictos en las zonas regadas por el Yuruá y Purús superiores. El 31 de diciembre próximo debe terminarse el estudio necesario para establecer la frontera entre las fuentes del Yavary y el paralelo de 11° Sur. Entre tanto, quedaron neutralizados los territorios de que se trata y que se detallan en el pacto, y se han nombrado comisiones y cuerpos mixtos fiscales y de policía.

***

La Asamblea Nacional constituyente de Honduras ha designado ya presidente de la República para el primer período constitucional. Por unanimidad fué elegido el general D. Manuel Bonilla. Así lo declaró el decreto de 8 de septiembre último, en el que se consigna que tal elección garantiza la existencia de las instituciones y contribuye á mantener la paz interior y exterior, condición indispensable para el progreso de los pueblos.

Se halla en vías de arreglo la cuestión de límites con Nicaragua. Aceptado el arbitraje que proponía esta República, se pudo evitar el conflicto que amenazaba. En Guatemala se ha reunido el tribunal arbitral.

Honduras funda su derecho en las reales cédulas de 23 de agosto de 1745, por las cuales se nombraron al brigadier D. Alonso Fernández de Heredia para gobernador de Nicaragua, y al coronel D. Juan de Vera para gobernador de la provincia de Honduras, asignándoles á ambos por límite de sus respectivas gobernaciones el cabo de Gracias-á-Dios. Alega también en su favor los mapas levantados por personas imparciales y competentes.

***

Las simpatías y aproximaciones entre hombres de la misma raza son el primer paso para llegar á la fraternidad de todos los pueblos. Ese primer paso lo dieron ya los hombres de raza inglesa; procuran también ponerse en condiciones de darlo los españoles y los hispano-americanos, y ahora los franceses se aprestan á seguir el ejemplo, en nombre de la raza latina—aunque, como es natural, muy en provecho propio—creando la «Liga latina de Francia y las Repúblicas latino-americanas.» Esas Américas del Centro y del Sur, donde hay tanta promesa de vida exuberante y grandiosa, esos veinte pueblos libres, jóvenes y robustos, bien valen la pena de que todas las gentes de su raza aspiren á vivir en contacto íntimo con ellos.

A este fin tiende la Liga: á estrechar las relaciones políticas, comerciales é industriales con las Repúblicas latinas de América; á defender los intereses y los derechos de todas; á establecer lazos de intimidad entre los intelectuales de unos y otros países; á favorecer todo cuanto sirva para aumentar la influencia de la raza latina en el mundo. La Liga estará en comunicación constante con los Parlamentos, Academias, Cámaras de Comercio, prensa y grandes agrupaciones de las Repúblicas latinas; procurará crear bibliotecas francesas en ellas y una gran biblioteca y un museo permanente industrial y comercial latino-americano en París. Promoverá también movimiento de opinión favorable á los tratados de arbitraje entre Francia y dichas Repúblicas.

La Liga latino francesa—que preside el ex ministro de Marina M. de Lanessan—no es, pues, otra cosa que nuestra «Unión ibero-americana» trasplantada en Francia y extendida á toda la raza latina. Los mismos propósitos, los mismos ideales y aspiraciones, idénticos medios y procedimientos. Unión hispana y Liga latino-francesa debían entenderse y proceder de acuerdo. Allí empiezan cuando nosotros llevamos ya muy adelantada la obra; nuestro concurso, nuestra ayuda, pueden servirles de mucho, y los trabajos que ellos hagan tienen que ser para nosotros acicate que estimule nuestras actividades.

Allí van de prisa. Una comisión especial está organizando el Museo de muestras de todos los productos naturales y manufacturados de la América Central y Meridional, y en el que, no sólo habrá biblioteca, sino también exposición permanente de pintura, escultura y objetos de arte latino-americanos.

Se ha acordado celebrar en París, en 1906, un Congreso parlamentario, es decir, de diputados y senadores de Francia y de las Repúblicas latinas, y abrir concurso para premiar los mejores compendios históricos de la América latina desde el fin de la época colonial hasta 1900. Se trata además de procurar que haya frecuente cambio de visitas entre estudiantes franceses y americanos. La idea también es nuestra, pues á eso tiende el proyecto de Universidad hispano-americana.

Ha de cooperar eficazmente en la labor de la Liga la Asociación llamada «Federación Latina,» cuyo objeto es crear en París un lugar de reunión donde los latinos de ambos mundos puedan anudar estrechos lazos de amistad; difundir por medio de folletos, libros, periódicos y conferencias los sentimientos de solidaridad latina internacional; impulsar á los pueblos latinos de Europa y América á agruparse en un esfuerzo común hacia un mismo ideal de paz, de progreso y de civilización; facilitar cordiales inteligencias entre todas las naciones para que llegue algún día á triunfar la justicia internacional; reaccionar por medio de activa propaganda contra las exageraciones del proteccionismo y en favor del libre cambio que, estableciendo más íntimas relaciones entre los Estados, contribuye eficazmente al mantenimiento de la paz; promover la unión aduanera interlatina, como primera etapa hacia la unión económica y política de Europa; crear en París un gran centro de información comercial en el que se centralicen todos los datos estadísticos y todas las publicaciones que puedan servir al común interés de los pueblos latinos.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

CARMEN, CUENTO DE R. NOGUERAS OLLER

INSPIRADO EN EL CUADRO «MURMURACIÓN» DE RICARDO BRUGADA. (EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES DE MADRID. 1904.)



Murmuración, cuadro de Ricardo Brugada. (Premiado con segunda medalla en la Exposición general de Bellas Artes de Madrid. 1904.)

Remedios se casaba dentro de unos días.

Echadas las amonestaciones, recorría la chica la vecindad haciendo el inventario de sus muebles y haberes, relamiéndose de gusto al observar la envidia que despertaba entre sus compañeras.

No había para menos. El novio era un guapo mozo que sabía ganarse el pan. Hijo de familia honrada, era honrado también, y tenía en mucho su destino de jefe de mercancías, con los mil y pico de reales de sueldo que le reportaba al año.

Remedios no era de su brazo; ella vivía en casa ajena y él en casa propia. Su padre había sido alcalde del pueblo repetidas veces y otros timbres existían en la familia; pero el caso era que los dos, vecinos desde que nacieron, habían jugado juntos durante su infancia, y al parecer, querían vivir juntos toda su vida.

La vida tiene cosas extraordinarias, hasta en sus aspectos más vulgares. Lucas y Remedios habían nacido para jugar y no para amarse. Así es que se casaban únicamente por casarse: ella, porque realmente hacía un buen partido; y él, para libertarse de un amor funesto que le costaba todas las ilusiones de su juventud.

Lucas amaba á Carmen pasionalmente. Y Carmen, á pesar de su belleza dulce é inocente, de sus risas castas, de sus modales puros, le había engañado. Así corría de boca en boca; había pruebas irrebatibles, vamos al decir.

Muy cerca de la fuente, de la vieja fuente del pueblo, había sido hallado, un año atrás, á un recién parido, envuelto en un mantón que todo el mundo reconoció de Carmen, como efectivamente lo era.

Carmen deliró entre la vida y la muerte más de una semana. No le valieron protestas ni lágrimas. Era demasiado buena, para no ser envidiada de todos. Pasó á ser, por lo tanto, el blanco de todas las injurias y murmuraciones, y tuvo que resignarse.

Lucas la abandonó, y era su carácter tan arrebatado, que pensó en matarla. La serena frente de Carmencita le contuvo; le salió Remedios al paso, y entregóse á sus mimos únicamente para olvidar.

Carmen no había perdido ni una sola línea de su belleza de virgen. Andaba por la calle con los ojos en alto, como si nada se dijese de ella.

—Es preciso que sepas que no voy á casarme con nadie que sea capaz de dudar de mí en lo que tengo como á más alta honra, le había dicho á Lucas. No ha nacido hombre que pueda agachar mi frente, ni mujer que me gane en honestidad ni pureza. Conque ya lo sabes, todo ha terminado.

Y Lucas, muerto de despecho, de dolor y de rabia, entregóse completamente vendado de ojos y atado de pies y manos á Remedios, que era una gazmoña capaz de conquistarse un príncipe, y concertóse la boda.

En cuanto á Carmen, muy triste, pero muy serena, lloró sobre las caricias de su tía, por ser la única persona que le quedaba en este mundo; única también que no dudaba de ella, y para consolarse, consagróse en alma y cuerpo á cuidar del niño que la desgracia le había deparado.

Así es que muy solícita no faltaba día á enterarse en los Expósitos por el estado del pequeñuelo, que no era satisfactorio. La lactancia no se efectuaba bien, y aquel muñeco de color de cera, ojos vivos azules y encías encarnadas, enflaquecía de un modo alarmante.

—Mamá, dijo Carmen á su tía, ¿vamos á dejar morir al angelito de Dios? ¡Es más hermoso!.. ¡Sonríe de una manera!..

—¡Vaya, sea la voluntad del Señor!.. Que por algo le apañó la Providencia con tu mantón, hija mía... Y llévate para mi casa el crío, que ya me preocupa como si fuese nacido de mis entrañas...

Dos días más tarde, Juanín estaba bajo un techo de amor y chupando de una nodriza que había que verla.

El vecindario se escandalizó. Las sátiras fueron más terribles; pero Carmen se anduvo por las calles más serena y radiante que nunca. El alma le reía glorificada en todo su cuerpo.

Así como Carmencita era carne de todas las ignominias, Remedios era el pasto de todas las adulaciones. Había corrillo en el pueblo en que se le rezaba un verdadero rosario. La más charlatana de las mozas cuidábase de ensalzar sus virtudes y cualidades, y las otras desataban á coro un *ora pro nobis* que venía á ser un *acuérdate de nosotras* para el día de bodas.

Y así ocurrió en efecto: todas ellas fueron invitadas á la fiesta.

Sin embargo, faltaba una semana aún.

La tarde es sonriente. El sol se alboroza en las flores de las ventanas, en las blancas paredes de las viviendas y en los rostros de las mujeres jóvenes.

Remedios está en el portal; brazos en jarra, echada la cabeza atrás y los ojos ladeados. Aguarda al novio, desafiando á la calle.

Pasan la Micaela y Delirios.

—¿Te vienes á la fuente?

Como es temprano aún, Remedios toma su cántaro y vanse las tres camino de aquélla riendo y alborotando.

—Habrá música y una de bailoteo, que no vamos á dejar dormir á la vieja...

La *vieja* no era otra que la tía de Carmen. Nadie la podía ver. Era una sin vergüenza; después de lo ocurrido debía echar á la calle á su sobrina. Esto siquiera habría estado decente..

Delirios y Micaela habían llenado ya sus cántaros cuando apareció Carmen, que atravesó la plaza, pasando muy cerca de ellas con su graciosa majestad, los ojos en alto, las faldas ligeramente recogidas, llena de flores la cabeza, abanicándose... Les asestó una mirada tan noble, que confundió á Remedios. Le tocaba á ésta llenar su jarro y aprovechóse de ello para guardar el rostro. Micaela contentóse con señalar á su *enemiga* y decir alguna de las suyas con cierto disimulo.

Desapareció Carmen por el callejón de la fuente, y las dos amigas se separaron muy pronto de Remedios, porque las dos tenían que hacer. Así es que la novia de Lucas marchóse sola; y para ahorrar camino, pasó por la calle de la Cucaracha, calle estrecha y solitaria con tres arcos obscuros y pestilentes que honraban su nombre.

En pasando el primer arco:

—¡Remedios!.. ¡Oye!..

Era una voz de hombre que llegaba á ella como un eco lejano. Tuvo miedo y apretó el paso.

En llegando al segundo arco, una mano la detuvo; era vigorosa y atenazó su brazo. Intentó gritar, pero ante ella estaban terriblemente abiertos los azules ojos de Jaime, y una mirada fiera, llameando en ellos, le ahogó la voz en la garganta.

Jaime, en la obscuridad del arco, parecía un espectro. Estaba amarillo y en su ropa de repatriado había todo el polvo de las carreteras.

—Soy yo. ¿No me conoces ya?

—Y bien, ¿qué quieres?..

—Pero... ¿está conforme eso?.. ¿Te parece poco lo que puedo pedirte á ti?.. Mira, en primer lugar..., pues nada, que al casarnos te consueles con mi mano izquierda. La otra se la llevó la patria. Y en segundo lugar que nos vayamos á tu casa, que todo te lo he de decir por el camino.

—¡A mi casa!.. ¿Y qué te importa mi casa?..

—¡Tate!.. ¿Te parece que estás en tus cabales, Remedios? ¡Deliro por estar en ella..., pues, para conocer á nuestro hijo! ¿Te parece poco?.. ¡Y para abrazar á tu madre!.. ¡Y para hablar de nuestra boda como hacíamos antes!.. Tengo hambre de pasar la velada en casa de mi novia, como era de costumbre y á los dos nos gustaba. Yo, que he luchado más con la gran pesadumbre de no tenerte que con las balas enemigas; yo, que me he mareado menos por las tempestades que por la angustia que me consumía; yo, que he huído del hospital de Cádiz sin terminar mi cura sólo por verte más pronto; yo, que he venido á pie, viviendo de limosna para no gastar ni un solo céntimo de mis ahorros, que consagro á ti y á nuestro hijo...

—¿Nuestro hijo?.. ¡Debes estar loco, Jaime!..

—¡Loco!.. ¡Yo loco! ¡No te chancees más, perra!.. Lo sé todo, ¿oyes? Mira, aquí está mi mano derecha, entera y fuerte, para hacer justicia... La llevaba vendada con este trapo negro, porque es muy triste lo que le toca hacer; á ella, que debía estrechar la tuya para siempre... Lo sé todo; todo, menos lo que has hecho de mi hijo, mío únicamente, porque tú nada tienes de madre. ¡Zorra! Cásate con el diablo si quieres, pero vas á decirme lo que has hecho de mi hijo. ¿Oyes?

—Suelta. Viene gente.

En efecto, pasaron dos mujeres, una tras otra. Luego, casi en el mismo instante, una luz agujereó la semiobscuridad del arco y una cabeza de vieja se pegó en la reja de una ventana que apareció en la luz. Pasados algunos momentos, todo el pueblo supo lo que ocurría. La cosa era verdaderamente sensacional.

—¿Y qué me importa la gente?.. ¡El hijo ó te aplasto!

Remedios lloraba de rabia y de miedo. Estaba pálida y un temblor de muerte la invadía por completo.

Anduvieron quince pasos más, martirizados atrozmente por el silencio de las grandes tempestades.

Y en cuanto la obscuridad del tercer arco les envolvió, Jaime agarróla ferozmente por el cuello.

—¡Mi hijo!..

Remedios dió de cabeza en la húmeda pared y entornando los ojos balbuceó apenas:

—¡Carmen..., Carmen lo debe saber!..

El suceso había tomado las proporciones de gran escándalo. Aparecieron algunas mujeres y Lucas irritadísimo. Parecía un loco.

—¿Qué ocurre?

La infame, en vez de hablar alto, bajó los ojos muda de verguenza.

En lo que toca á Jaime, levantó su diestra, que cayó como un mazo de plomo sobre el rostro de Remedios; y sin apresurarse, con aquella calma horrible de las grandes situaciones, paso sobre paso, dirigióse á la casa de Carmen.

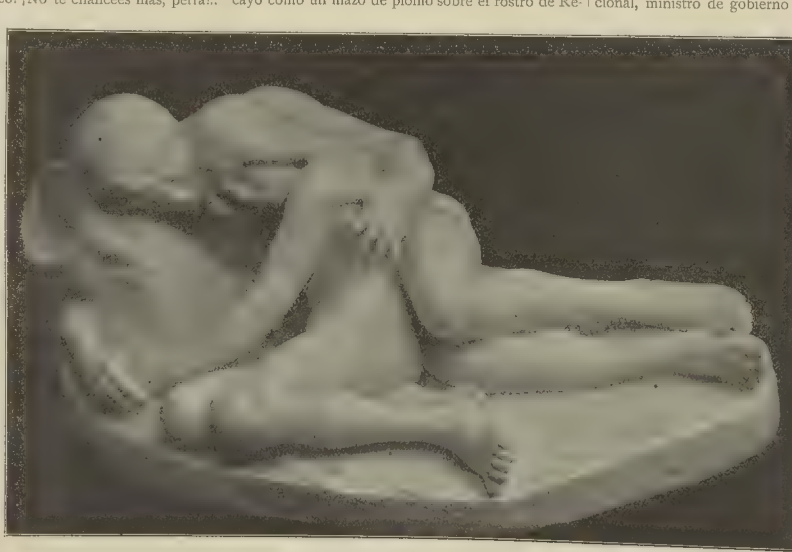
Lucas le seguía como una sombra.

La inocencia fué glorificada.

NOGUERAS OLLER.



Madre prisionera, escultura de Esteban Sinding



La noche, escultura de Esteban Sinding

REPÚBLICA ARGENTINA

EL NUEVO GOBIERNO

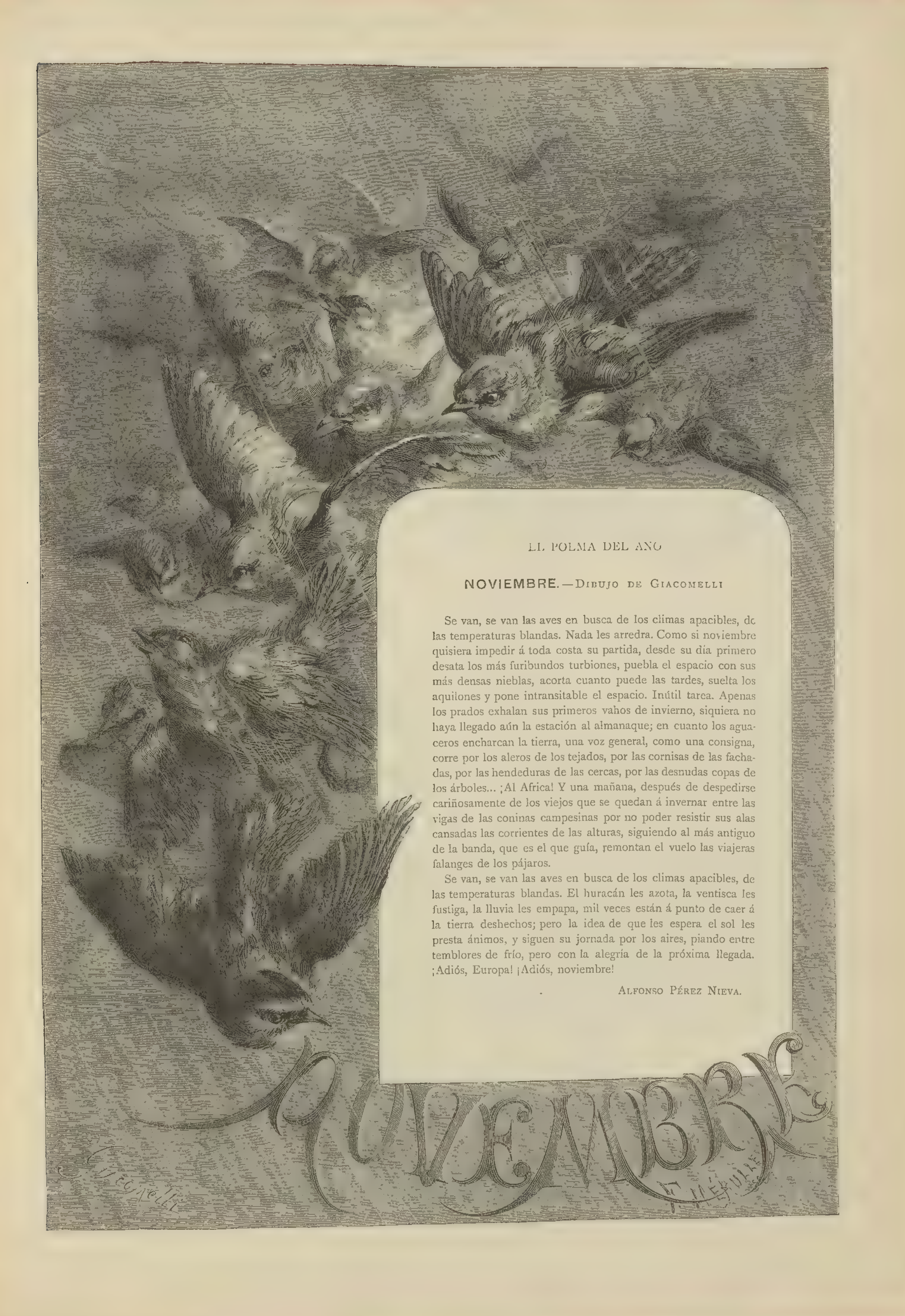
En el número 1.191 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se publicaron los retratos de los nuevos presidente y vicepresidente de la República Argentina, y hoy publicamos los de los individuos que constituyen el primer ministerio nombrado por el jefe del poder ejecutivo. A continuación damos algunos datos biográficos de cada uno de ellos.

Dr. D. Manuel Quintana.—Cuenta sesenta y nueve años de edad y hace treinta fué ya candidato á la presidencia. A los veintitrés se recibió de abogado y fué catedrático de Derecho Civil hasta los veinticinco, en que fué elegido diputado nacional. Ha sido senador, diputado varias veces, ministro en dos ocasiones y plenipotenciario en los Estados Unidos. Es abogado notabilísimo, orador elocuente y escritor correcto y elegante. Llega á la magistratura suprema sin grandes compromisos y sin pomposos programas; pero está dotado de firme voluntad y de energía, y aporta al ejercicio de su elevado cargo un profundo estudio y un criterio firme en los asuntos políticos, financieros y sociales. Su corrección personal, sus exquisitos modales y su cortesía en la polémica se citan con elogio.

Dr. D. José Figueroa Alcorta.—Es mucho más joven que el Dr. Quintana y posee grandes dotes políticas. Ha sido gobernador de Córdoba, de donde es hijo, diputado y senador, y su labor ha sido siempre concienzuda aunque silenciosa. Figura en el partido autonomista nacional.

Dr. D. Rafael Castillo (Ministro del Interior).—Es un caballero en toda la extensión de la palabra, distinguido, discreto y activo. Ha sido diputado nacional, ministro de gobierno en su provincia natal, Catamarca, y subsecretario durante varios años de los ministros del Interior y de Agricultura; de modo que tiene adquirida larga práctica y mucha experiencia en los asuntos de política interna. Cuenta en la actualidad cuarenta y un años.

Dr. D. Carlos Rodríguez Larreta (Ministro de Relaciones Exteriores y Culto).—Es persona de gran cultura intelectual; cursó brillantemente la carrera de abogado, ha desempeñado diferentes cátedras y se ha distinguido mucho en el periodismo. Es joven y llega por vez primera al gobierno sin antecedentes políticos, por más que figuró años atrás en el partido cívico radical; pero tiene talento y condiciones de sobra para desempeñar su cartera y para mantener y ampliar las buenas relaciones con todas las naciones del mundo, dando á la diplomacia argentina todo el esplendor que corresponde á la importancia comercial y política del país.



EL POEMA DEL AÑO

NOVIEMBRE.—Dibujo de Giacomelli

Se van, se van las aves en busca de los climas apacibles, de las temperaturas blandas. Nada les arredra. Como si noviembre quisiera impedir á toda costa su partida, desde su día primero desata los más furibundos turbiones, puebla el espacio con sus más densas nieblas, acorta cuanto puede las tardes, suelta los aquilones y pone intransitable el espacio. Inútil tarea. Apenas los prados exhalan sus primeros vahos de invierno, siquiera no haya llegado aún la estación al almanaque; en cuanto los aguaceros encharcan la tierra, una voz general, como una consigna, corre por los aleros de los tejados, por las cornisas de las fachadas, por las hendeduras de las cercas, por las desnudas copas de los árboles... ¡Al Africa! Y una mañana, después de despedirse cariñosamente de los viejos que se quedan á invernar entre las vigas de las coninas campesinas por no poder resistir sus alas cansadas las corrientes de las alturas, siguiendo al más antiguo de la banda, que es el que guía, remontan el vuelo las viajeras falanges de los pájaros.

Se van, se van las aves en busca de los climas apacibles, de las temperaturas blandas. El huracán les azota, la ventisca les fustiga, la lluvia les empapa, mil veces están á punto de caer á la tierra deshechos; pero la idea de que les espera el sol les presta ánimos, y siguen su jornada por los aires, piando entre temblores de frío, pero con la alegría de la próxima llegada. ¡Adiós, Europa! ¡Adiós, noviembre!

Alfonso Pérez Nieva.

REPÚBLICA ARGENTINA.—EL NUEVO GOBIERNO. SECRETARIOS DE ESTADO.

Fotografías de A. Witcomb, remitidas por D. Justo Solsona



Dr. D. Damián M. Torino, Ministro de Agricultura



Capitán de navío D. Juan A. Martín, Ministro de Marina



Dr. D. Adolfo Orma, Ministro de Obras Públicas



Dr. D. Rafael Castillo, Ministro del Interior



Dr. D. Joaquín V. González, Ministro de Justicia é Instrucción Pública



Dr. D. José A. Terry, Ministro de Hacienda



Dr. D. Carlos Rodríguez Larreta, Ministro de Relaciones Exteriores y Culto



General D. Enrique Godoy, Ministro de la Guerra



REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES.—«La Casa rosada,» residencia del poder ejecutivo. (De fotografía.)

Dr. D. Adolfo Orma (Ministro de Obras Públicas).—Ha ocupado la subsecretaría de Relaciones Exteriores y ha sido últimamente diputado nacional, habiéndose distinguido en la Cámara por su actividad y su elocuencia. También ha sido diputado y senador por Buenos Aires. Tiene cuarenta años y el país espera mucho de su clara inteligencia.

Dr. D. Damián Torino (Ministro de Agricultura). Es también personalidad nueva en el gobierno, habiéndose dado á conocer ventajosamente como diputado nacional por Salta, de donde es originario. Hace veinte años que se dedica á la política, habiendo figurado en el partido cívico radical. Sus iniciativas inspiran gran confianza.

Dr. D. Joaquín V. González (Ministro de Justicia é Instrucción Pública).—Es natural de la Rioja, cuenta hoy cuarenta y un años y es una de las primeras inteligencias literarias del país. Desempeñó con gran acierto la cartera del Interior, y sus dotes intelectuales y su energía son prenda de que con el mismo acierto desempeñará la que ahora le ha sido confiada.

Dr. D. José A. Terry (Ministro de Hacienda).—Ha desempeñado distintos ministerios y en todos ellos ha demostrado su competencia; ha prestado relevantes servicios en la diplomacia, especialmente siendo ministro plenipotenciario en Chile, pues gracias en gran parte á sus gestiones se borraron las asperezas existentes entre Chile y la Argentina y se llegó á la aproximación que tan excelentes resultados ha dado en ambos países. Su actividad es asombrosa y sus conocimientos financieros vastísimos.

El capitán de navío D. Juan A. Martín (Ministro de Marina).—Es un marino dotado de gran ilustración, de carácter franco, muy estudioso y uno de los oficiales de la armada argentina mejor preparados y que más han navegado; está siempre al corriente de los modernos adelantos de la ciencia naval y ha desempeñado, durante su brillante carrera, importantes cargos, así en su patria como en Europa.

El general D. Enrique Godoy (Ministro de la Guerra).—Es reputado como gran táctico y se le conceptúa bien preparado para continuar la organización del ejército. Va al ministerio por primera vez, pero precedido del prestigio de su buena administración en la provincia de San Juan, de donde es oriundo.—X.



GUERRA RUSO-JAPONESA. [illegible] (De fotografía.)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

Ningún suceso de importancia ha ocurrido durante la última semana al Sur de Mukden, es decir, en el lugar en donde están frente á frente los ejércitos de Kuropatkine y de Oyama. Los dos adversarios fortifican sus respectivas posiciones y se observan como si cada uno esperara un descuido del otro para caer sobre él y reanudar la batalla hace semanas interrumpida; pero hasta ahora no ha habido más que ligeras escaramuzas. La situación en que allí se encuentran rusos y japoneses no tiene ejemplo en la historia de las guerras: los soldados de uno y otro campo están apenas separados por unos centenares de metros, y cuentan los corresponsales que se burlan unos de otros y que cada disparo que no hace blanco es acogido con palabras de mofa por los contrarios.

A Mukden llegan todos los días gran número de oficiales para cubrir bajas; el ejército funda grandes esperanzas en la segunda escuadra del Pacífico; los caminos están en buen estado; y el servicio de alimentación funciona mucho mejor que antes. Con estas noticias podemos dar por terminada en la presente crónica la información relativa al teatro de las operaciones en aquella parte de la Mandchuria.

El estado mayor ruso ha publicado la lista definitiva de las pérdidas sufridas por el ejército de Kuropatkine en la batalla del Cha Ho, resultando de ella que aquéllas fueron de 188 oficiales y 4.086 soldados muertos; 768 oficiales y 23.855 soldados heridos, y 39 oficiales y 5.327 soldados desaparecidos, considerándose como tales, no solamente los prisioneros, sino también los cadáveres que no pudieron ser retirados. El total asciende, pues, á 34.263 bajas. Esta cifra, con ser muy elevada, dista mucho de la de 60.000 que daban los japoneses y aun de la de 45.800 que aparecía en la primera nota del estado mayor ruso.

Las fuerzas sitiadoras de Puerto Arthur no se han apoderado de ninguna fortificación importante, pues si bien se dijo que habían logrado hacerse dueños del fuerte de Itse-Chan, situado en el sector Oeste, la noticia no se ha confirmado, á pesar de los días transcurridos, como lo hubiera sido de ser exacta. Parece cierto que los japoneses, después de un violento combate librado el 12 de este mes, se apoderaron de algunas trincheras construídas delante de los fuertes Ehrlung y Songshu, al Norte de la plaza; pero estas son obras improvisadas, de escasa importancia. Resulta, pues, que los sitiadores no han podido tomar ningún fuerte permanente, habiendo fracasado cuantos ataques han intentado últimamente.

El almirante KAZNAKOFF, delegado de Rusia en la comisión internacional nombrada para abrir una información sobre el incidente de Hull. (De fotografía.)

Esto no obstante, desde las posiciones conquistadas bombardean cada día con más violencia la plaza y el puerto, habiendo destruído casi por completo la ciudad china, y en la ciudad vieja el Banco ruso-chino, la mayoría de los almacenes y gran número de edificios. La guarnición, sin embargo, continúa resistiéndose con más heroísmo si cabe cada día.

El día 12 de este mes se han cumplido seis meses del comienzo del sitio de Puerto Arthur. Por esta razón nos parece oportuno hacer un resumen de las operaciones allí realizadas durante este medio año. El 12 de mayo quedó definitivamente cortada la línea férrea, permaneciendo desde entonces la ciudad incomunicada por tierra con el resto del mundo. Seis días después, las columnas japonesas tuvieron el primer choque con las avanzadas de la guarnición, y el 27 se trabó el combate de Kin-Tcheú. Hasta fines de julio, la lucha se desarrolló muy lejos de la plaza, soportando todo el peso de la misma la división Fock, la cual desempeñó tan bizarramente su misión, consistente en retardar el avance de los japoneses, que apenas si éstos adelantaron un kilómetro diario por término medio. Después de una serie de combates, consiguieron los sitiadores acercarse á la plaza, obligando el 28 á la citada división á abandonar las Montañas Verdes y á retirarse primero á la colina del Lobo, situada á cinco kilómetros de los fuertes, y después á la línea de defensa exterior.

Dueños los japoneses de la colina del Lobo, pudieron instalar su artillería gruesa para bombardear las fortificaciones, y el 7 de agosto rompieron el fuego, algo prematuramente, puesto que no disponían de suficiente material, de modo que apenas causaron daño á la fortaleza. Al siguiente día, á pesar de tan deficiente preparación, quisieron intentar un asalto, pero las ocho columnas que á este objeto destinaron fueron rechazadas en todas partes con grandes pérdidas, pudiendo apoderarse de las obras avanzadas de Ta-Ku-Chan y Siao-Ku-Chan situadas al Este. Pocos días después renovaron el asalto, que duró desde el 19 al 25 de agosto; esta segunda tentativa no tuvo mejor éxito que la anterior.



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Los japoneses utilizando los ferrocarriles rusos. (Dibujo de F. Haenen.)

Las tropas del general Okú, que no han podido apoderarse de las locomotoras rusas, emplearon en un principio coolíes chinos para el arrastre de los vagones cargados de mercancías. Pronto, sin embargo, modificaron la anchura de las vías para adaptar á ellas las locomotoras japonesas



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El general Kondrachenko inspeccionando las minas de la montaña del Lobo (en Puerto Arthur

El general Kondrachenko es el que dirige las obras de defensa de Puerto Arthur. La presente fotografía lo representa dirigiendo la instalación de minas terrestres en las cuales se emplean torpedos, á los que se prende fuego eléctricamente y por medio de cuya explosión son aniquilados regimientos enteros de japoneses. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El general Kuroki con su familia en su casa de Tokío. (De fotografía.)

A la derecha del grabado están la esposa y la hija del general; al lado de éste, de pie los mayores y sentados en la butaca los dos pequeños, cuatro de sus hijos; el otro individuo que está de pie y con el brazo apoyado en el sillón es el primogénito de Kuroki, y junto á él está su esposa teniendo en brazos á su hijo, el único nieto del general.

Entonces los japoneses reconocieron sus errores y se decidieron á seguir los procedimientos regulares de sitio, y gracias á este nuevo método, más lento, pero más seguro, consiguieron desorganizar la línea de defensa exterior y aproximarse á los fuertes permanentes. En 19 de septiembre, creyendo que ya se habían acercado bastante á éstos, intentaron un nuevo asalto general que, como las anteriores, fué rechazado. En vista de ello, reanudaron el trabajo de zapa, y á fines de octubre, cuando su línea se apoyaba á la derecha en la bahía del Palomo (enfrente de las fortificaciones de Liao-Ti-Chan) y en el centro y á la izquierda estaba en contacto con los fuertes principales, se creyeron en condiciones de dar el asalto supremo. En efecto, en 30 de octubre atacaron con inaudita violencia los fuertes de Songshu, Ehrlung y Kekwan, situados al Nordeste de la plaza, habiendo sido rechazados una vez más con pérdidas enormes. Tan grandes han sido éstas, que el corresponsal de un importante diario londinense agregado al estado mayor de las fuerzas sitiadoras, ha telegrafiado que este asalto ha sido el más desastroso de cuantos hasta ahora ha realizado el ejército del general Nogi. Y cuenta que en los asaltos anteriores las bajas de los japoneses fueron muy considerables, según hemos ido viendo en estas crónicas.

De todo esto resulta que en la actualidad, después de medio año de sitio, los rusos son todavía dueños de los fuertes permanentes y que su situación, según todas las apariencias, dista mucho de ser desesperada. Nada hemos de decir del estado de ánimo de la guarnición, porque aunque mermada considerablemente y forzosamente extenuada por tantos meses de resistencia y de lucha incesante, está dando todos los días nuevas pruebas de su firmeza inquebrantable y de su heroísmo sublime. Pero ¿cuentan los valientes defensores de Puerto Arthur con víveres y sobre todo con municiones para seguir resistiendo mucho tiempo? Todas las noticias concuerdan en que el bloqueo de la escuadra del almirante Togo dista mucho de ser absoluto y en que con mucha frecuencia llegan al puerto sitiado vapores y otras embarcaciones cargadas de vituallas y hasta de municiones. Con estos elementos puede prolongarse aún mucho la defensa de la plaza y tal vez dar lugar á que llegue la escuadra de Rodjestvenski, que seguramente imprimirá nuevo sesgo á la lucha. De esto está perfectamente convencido el general Stoessel, el cual, como ya hemos dicho en otra ocasión, no es el héroe que combate por la gloria exclusivamente, sino el caudillo que sabe cuánto importa que su resistencia dure lo más posible á fin de inmovilizar un buen contingente de fuerzas del adversario y de dar tiempo á que los suyos reciban los refuerzos necesarios que pueden darles la victoria definitiva.

Mucho se ha hablado estos últimos días del intento de algunas potencias de poner fin con su intervención á la guerra; pero ninguna de las potencias beligerantes parece dispuesta á aceptar esta mediación amistosa, antes al contrario, quiere que la lucha prosiga hasta lograr el total vencimiento de la adversaria. Así lo demuestra, entre otras cosas, la decisión del tsar de enviar inmediatamente á la Mandchuria la segunda división de infantería de la guardia, compuesta de las mejores tropas con que cuenta el ejército moscovita.

La segunda escuadra del Pacífico se ha dividido en dos partes, una que se dirigirá al Extremo Oriente por el Océano Atlántico y otra por el canal de Suez.

Recientemente ha salido de Libau una flotilla que se ha de juntar con la referida segunda escuadra y que se compone de dos cruceros acorazados, el *Oley* y el *Izumrund,* de tres cruceros auxiliares, el *Don,* el *Dnieper* y el *Telek* y de ocho torpederos y contratorpederos.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Castigo de un chino sorprendido en flagrante delito de espionaje en Liao-Yang. (De fotografía.)

NUESTROS GRABADOS

La recolección, cuadro de Roberto Sterl.—Este cuadro es una nota de impresión tan sincera como vigorosa: no puede darse mayor realismo en el paisaje; contemplándolo, nos sentimos transportados en pleno verano, en un campo despejado, con un sol que abrasa, una atmósfera que quema, un aire irrespirable y una tierra que despide fuego. Y si del paisaje pasamos á las figuras, admiraremos en ellas esa misma expresión de la verdad: la pareja de segadores está arrancada del natural; no hay en ella la menor *pose;* son dos personas que alientan, que se mueven, la una empinando el cántaro con cuyo contenido refresca sus secas fauces, la otra agobiada bajo el peso de la recién segada gavilla. Y á pesar de este realismo, ¡cuánta distancia no media entre la obra del artista y la reproducción fotográfica! Podrá la placa impresionada reproducir los menores detalles de la escena, revelar minuciosidades que escaparon á los ojos del pintor; pero no conseguirá nunca darnos esa sensación de vida que el genio del artista imprime en sus lienzos, ni en las fotografías, por perfectas que sean, hallaremos ese ambiente, esa luminosidad, ese sello personal que tanto nos sorprende en el cuadro de Sterl.

El vuelo de Icaro.—La caída de Icaro, grabados al agua fuerte de Carlos Holroyd. — Carlos Holroyd es uno de los artistas de quienes con más razón puede decirse que jamás sacrifica sus convicciones estéticas al gusto del vulgo. Pocos como él permanecen tan fieles á los principios que constituyen su credo artístico y que son en parte hijos de su temperamento, y en parte de las impresiones que en su ánimo dejaron sus primeros estudios y sobre todo las obras de su primer maestro Nacido en Leeds (Inglaterra) en 1861, después de haber comenzado la carrera de ingeniero de minas, abandonó la ciencia para consagrarse al arte y entró en la Slade School, en donde recibió durante cuatro años las lecciones de Legross y obtuvo las más altas recompensas, completando luego sus estudios en Italia. Es tan notable pintor como grabador, y sus grabados al agua fuerte pueden considerarse como modelos en su género; díganlo si no los dos que reproducimos, en los cuales se admiran todas las bellezas que caracterizan á esta rama de las bellas artes

Madre prisionera.—La noche, esculturas de Esteban Sinding.— En el número último dijimos algo de las relevantes dotes que adornan á este celebrado escultor noruego. No hemos, pues, de repetir lo que allí expusimos y sí únicamente añadiremos que como pocos artistas ha sabido fundir la concepción y el tratamiento de la forma con una sensación que ahonda en lo más profundo de la vida psíquica. En sus obras se admiran la modelación de los cuerpos, la observación de la naturaleza, la armonía de las líneas, la actitud de las figuras; pero se admira aún más en ellas el alma que las anima y que sólo el genio puede infundir en la materia insensible. Véanse en prueba de ello las dos esculturas que en la página 764 reproducimos: en ambas nos cautiva la forma, sobria, correcta, vigorosa; pero la impresión que la parte plástica nos produce, con ser muy grande, resulta débil al lado de la que sentimos si nos fijamos en ese algo indefinible que emana de la concepción artística cuando ésta se sale de lo vulgar y corriente para entrar en la categoría de lo grande y excepcional. La expresión de ternura infinita de esa madre que amamanta á su hijo, olvidando en la contemplación del tierno infante los sufrimientos materiales que padece; el reposo de esos dos jóvenes que amorosamente abrazados se han rendido al sueño, son detalles que bastan y sobran para acreditar á un maestro.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Mater Dolorosa,* comedia en tres actos de D. Leopoldo Cano; y en Novedades *Las dos golfas,* melodrama en siete actos de P. Decourcelle y E. Tarbé.

En el Liceo ha comenzado brillantemente la temporada de invierno con la representación de la hermosa ópera de Wagner *Sigfrido,* admirablemente dirigida por el eminente maestro Kaheler y cantada por el tenor Borgatti, que ha hecho una verdadera creación del protagonista, y por la Sra. Bianchini Capelli, que ha interpretado con extraordinario acierto el papel de Brunhilda.

La «Associació Wagneriana» ha dado en dos sesiones la audición completa para piano y canto de la ópera de Wagner *Siegfried,* sirviéndose de la traducción catalana del libreto de que nos ocupamos en otro lugar de este número: así el Sr. Doménech Español, encargado de la dirección artística y de la parte de piano, como las señoritas Marcé y Puig y los Sres. Colomé, Boadella, Vilalta y Peypoch, que interpretaron los diferentes personajes de la obra, llenaron cumplidamente su cometido escuchando muchos y muy merecidos aplausos.

La propia *Associació* ha comenzado el estudio de la ópera de Wagner *Los maestros cantores de Nuremberg,* con la lectura de la traducción catalana del Sr. Pena, una conferencia del mismo sobre la ópera y un estudio temático de la parte musical, hecho por el propio Sr. Pena y el Sr. Doménech Español.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B^d Italiens, Paris.

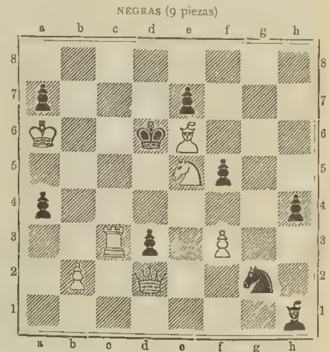
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

ENVÍO N.º 17. – LEMA: «Fiat justitia.»

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 16. – «Regina vincit.»

1. Ce2 – d4; 2. Rc5 × d4; 2. Dg6 – d6, etc.
Rc5 × c4; 2. Dg6 – d6, etc.
d7 – d6; 2. Cd4 – e6 jaq., etc.
d5 × c4; 2. Cd4 – f5 ó b5, etc.
Otra jug.ª; 2. Cd4 – b3 jaq., etc.

(Se continuará)

HILDA

NOVELA CORTA POR V. GAUDARD DE VINCI.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI



Remaba la joven con una gracia y una facilidad notables

I

El castillo de Charlottenberg está pintorescamente situado entre los lagos Vettern y Boren, en una altura llena de bosques por cuyo pie serpentea el río Motala. Esta corriente de agua, que reune los dos lagos y que no tiene, del uno al otro, más que tres ó cuatro kilómetros de longitud, recorre una de las comarcas más bellas de la Suecia. Sus aguas son claras y límpidas como el cristal de roca, y la corriente, que parece poco rápida, da la impresión de la seguridad y de la confianza. Esa seguridad, sin embargo, no es más que aparente, y si la navegación en barco de remos es posible en él, no podría hacerse impunemente más que por personas experimentadas y que conozcan á fondo los numerosos escollos, corrientes y remolinos de aquel peligroso río, cuyo encanto y cuya belleza son tales, que se experimenta, al pasear por sus orillas, un deseo casi irresistible de sondar con lancha sus recovecos y de acercarse á sus bordes pintorescos y frondosos. Al contemplarlas desde la orilla no se sospecha en modo alguno la rapidez y la fuerza de aquellas aguas transparentes, morada favorita del salmón, y asombra el ver los esfuerzos musculares que los remeros tienen que hacer para resistir la corriente.

Al salir de Vettern el río está obstruído por la acequia de un molino y por rápidas corrientes que hacen la navegación imposible en ese paraje; pero un poco más abajo se hace navegable, en las condiciones indicadas, y continúa siéndolo hasta el lago Boren, en el que desagua ensanchándose y disminuyendo su impetuosidad. Su unión con el lago está oculta por unos cañaverales, á través de los cuales se filtra el agua con un ligero rumor.

En la época en que ocurren estos sucesos, el río, que llega á su mayor anchura enfrente del castillo de Charlottenberg, tenía su leyenda, cuyo origen, como el de todas las leyendas, se perdía en la noche de los tiempos.

En el centro mismo de la corriente había un escollo de forma circular, al que era difícil, si no imposible, el acercarse, á causa de la violencia de las aguas.

Producíanse allí unos remolinos tan extraños y agitábase el agua con tan desordenados sobresaltos, que más parecían debidos á un fuego subterráneo que pusiera el agua en ebullición, que á la configuración especial de los arrecifes, que era la verdadera causa. Desde la escarpada orilla se podía ver muy bien que en el centro mismo de aquel hervidero había un pequeño espacio, de unos dos metros apenas, en el que el agua estaba tan tranquila que parecía un espejo puesto en el punto medio de una vasta caldera en ebullición.

Aquel sitio se llamaba la *Caldera,* y la tradición pretendía que en los tiempos en que los ríos tenían sus ninfas, el Motala poseía una, admirablemente bella, como es de rigor, pero caprichosa y pérfida como la corriente de agua por ella patrocinada. La ninfa había hecho su tocador del paraje que acabo de describir, seguro retiro al que nadie podía ir á sorprenderla. La hermosa ninfa había acabado por desaparecer, como desaparecen—¡ay!—todas las ninfas y todas las tradiciones, expulsada, probablemente, por el horrible silbido de las fábricas que se establecieron á poca distancia y llevaron el ruido y la agitación á una comarca hasta entonces poco conocida y poco poblada. Sin embargo, el antiguo tocador de la ninfa existía todavía como ella le había dejado. La pequeña superficie de agua tranquila era el espejo en que la ninfa se miraba en otro tiempo, y allí seguía como siempre, intacto y centelleante al sol.

Los viejos de la comarca recordaban perfectamente haber visto la graciosa aparición en el crepúsculo de las hermosas noches de verano, sentada en una roca en el centro de la Caldera, peinando su cabellera espléndida y mirándose en el agua como la Loreley de la balada alemana. Aseguraban también que la imagen de la hermosa ninfa se veía aún, viva y clara en aquel estanque, en cuyo fondo parecía haberse fijado con rasgos indelebles para reposar lejos de las miradas sacrílegas de los hombres, detrás de las hirvientes aguas y rodeada de rocas puntiagudas.

Decíase que el llegar al centro del escollo era empresa difícil y peligrosa, sin ser imposible. Había cierto sitio por donde se podía hacer penetrar una embarcación pequeña tripulada por una persona. Una vez realizado aquel paso peligroso, se llegaba con relativa facilidad á la piedra que la tradición llamaba el *Escabel de la ninfa* y al pie del cual se encontraba el espejo. Sin embargo, aun para el remero más seguro de sí mismo y que mejor conociese la configuración de las rompientes, el éxito era siempre problemático y podía ser fatal la menor vacilación ó la más ligera incertidumbre. Si el ligero esquife se desviaba una pulgada de la línea necesaria, una especie de ciclón subterráneo parecía apoderarse de él, le hacía girar sobre sí mismo durante un segundo, como una peonza, y después le hundía en el agua; y solamente ocho ó diez días después, las astillas de la embarcación y los restos despedazados de su tripulante aparecían flotando en la corriente ó detenidos en las cañas del Boren.

Como se puede creer sin trabajo, tal proeza no tentaba á nadie; pero la historia de la comarca citaba, sin embargo, los nombres de algunos audaces que la habían realizado, los unos con éxito y los más encontrando en ella la muerte. Sea como quiera, lo que se contaba sobre este asunto olía un poco á tradición, y ello era que, hacía muchos años, nadie había tratado de renovar una hazaña tan inútil como peligrosa.

El castillo y las tierras de Charlottenberg pertenecían entonces al barón de Hammarhielm, que le habitaba con su hija única, Hilda. El barón era viudo hacía muchos años y vivía en completo retiro. Tenía la reputación de hombre duro y de carácter violento, y por lo demás, se hablaba poco de él y no con gusto.

Tales eran las noticias generales que obtuve sobre esta región, cuyos sitios románticos y pintorescos conocía yo de oídas hacía mucho tiempo y que quería visitar y conocer á fondo durante el verano.

En la primera quincena de junio, pues, provisto de buena cantidad de lienzos y de colores, y acompañado de mi hijo Raúl, que acababa de volver de Dusseldorf, donde había pasado el invierno estudiando la pintura, desembarqué en el pequeño pueblo de Motala, situado en la desembocadura del río en el lago Wettern.

Habíame yo casado muy pronto, por uno de esos caprichos que sólo se tienen en la primera juventud, con una mujer cuya belleza solamente me había seducido, y no tardé en deplorar amargamente mi elección, y sobre todo la precipitación con que la había hecho. Pero, al cabo de un año, el nacimiento de mi hijo costó la vida á su madre, y al dejarme viudo, me devolvió la libertad. Aunque al nacer aquel hijo no tenía yo más que veintitrés años, había sido tan desgraciado en mi matrimonio que decidí no volverme á casar y permanecí fiel á esa resolución. Todas mis afecciones se concentraron en mi hijo único.

En la época de los sucesos que voy á contar era yo, pues, muy joven todavía, y como Raúl, á la sazón de veintiún años, estaba muy desarrollado para su edad, se nos hubiera tomado por hermanos ó camaradas más bien que por un padre y un hijo.

Como nos encontrábamos por primera vez en la comarca, convinimos en dedicar al menos los dos primeros días á recorrerla á pie, á fin de estudiarla bien antes de ponernos á trabajar.

Nuestro primer pensamiento, el día siguiente al de nuestra llegada, fué el ir á visitar la *Caldera,* cuyas particularidades conté á Raúl, tal como acabo de escribirlas.

La belleza del paraje y lo extraño del fenómeno nos llenaron de asombro. A nuestros pies, una superficie de agua cristalina que brillaba al sol como una plancha de plata y que parecía moverse en una sola pieza, tan pocos eran los remolinos de la corriente en aquel sitio. En medio de aquella superficie compacta, se levantaba una especie de gigantesca marmita de bordes desportillados, cuyos lados negros se distinguían apenas á través del hervidero de agua que la rodeaba.

En la misma línea y en la orilla opuesta, elevábase orgullosamente, en la altura, el castillo de Charlot-

tenborg, cuyas torrecillas blancas se destacaban sobre la espesa y obscura arboleda.

Raúl estaba poseído de admiración y no pensaba más que en la mejor manera de expresar en el lienzo aquella hermosa escena.

Bajamos en seguida la pendiente escarpada y llena de malezas para examinar el fenómeno más de cerca y para darnos cuenta del golpe de vista tomado desde el mismo nivel del río.

La vegetación en aquella vega es extraordinariamente fuerte para un país tan septentrional como la Suecia. Por todas partes crecen matas y árboles espesos y frondosos; y eran tan abundantes en las orillas del río, que las hacían casi inaccesibles en ciertos sitios.

Llegamos, sin embargo, al lado del agua en un abrir y cerrar de ojos, hablando y bromeando como lo hacen los jóvenes descuidados y que se creen solos en los bosques.

Nos quedamos, pues, muy asombrados cuando al llegar á los sauces que bañan sus pies en la corriente, nos encontramos de pronto, y tan cerca que hubiéramos podido tocarla, con una linda barquita tripulada por una joven á quien nuestra aparición repentina é intempestiva no pareció sorprender gran cosa, pues probablemente había sido advertida por nuestros pasos y por nuestro animado diálogo.

Evidentemente, la habíamos sorprendido en el momento en que se ocupaba en pintar ó en dibujar algún paisaje, pues estaba acabando de colocar en su lancha un caballete y otros objetos de pintura.

La saludamos, balbuceando algunas palabras de excusa, á las que no respondió más que con un ligero movimiento de cabeza, pero sin volverse hacia nosotros ni honrarnos siquiera con una mirada. Después de terminar sus preparativos sin apresurarse, cogió los remos, se sentó y nos hizo un ademán imperioso y altanero con los ojos y con la barbilla, imposible de interpretar de otro modo que como debía serlo, para indicarnos la cadena que retenía la embarcación atada á un sauce.

Obedeciendo á aquella orden muda, me apresuré á desatar la amarra, que arrojé sobre el barco, y empujé después suavemente la lancha para ponerla á flote. Una sonrisa casi imperceptible fué mi recompensa, y la bella barquera, cuya cara se encontraba forzosamente vuelta hacia nosotros, se alejó á fuerza de remos.

Remaba la joven con una gracia y una facilidad notables, y aquel movimiento cadencioso y acompasado hacía resaltar admirablemente su esbelto talle y las bellas proporciones de su busto. Ninguna timidez, ninguna prisa febril en sus movimientos indicaban en ella la colegiala neciamente hipócrita que huye sin saber por qué, como una Galatea torpe y postiza, de las miradas de un intruso. Por el contrario, la joven nos miraba de frente, con la expresión ligeramente extrañada y discretamente interrogadora de una mujer de sociedad, expresión á la que nuestro aire de asombro y un poco cortado añadía un dejo de ironía.

Estaba, evidentemente, acostumbrada á navegar en aquel río, porque se dirigió en línea recta hacia la Caldera, sin volver la cabeza ni permitir que la corriente desviase ni una línea su barquilla. Rodeó el escollo y se deslizó rápidamente hacia la orilla, donde la vimos atracar en un desembarcadero de tablas, dejar en él el barco y desaparecer por la cuesta frondosa que conducía al castillo. Todavía pudimos seguir con la vista los movimientos del vestido blanco que se ocultaba y aparecía entre los árboles.

Solamente entonces recobramos el uso de la palabra. Me volví hacia Raúl y vi qué parecía salir de un sueño.

—¡Encantadora aparición!, dije alegremente. Debe de ser una de las señoras del castillo; pero si yo fuera de carácter romántico, la convertiría de buena gana en la ninfa modernizada de este río y casi esperaría verla entrar en la Caldera. ¿Has visto qué ojos, Raúl? ¡Qué color tienen, exactamente del tinte verdoso de estas pérfidas ondas; y qué expresión tan singular!

Todo el resto del día me pareció Raúl más sombrío y preocupado de lo que yo hubiera querido verle. Exploramos aún toda la orilla izquierda hasta el lago Boren, lo que nos ocupó hasta la noche, y volvimos cansados, pero llenos de entusiasmo por los bellos estudios de paisaje que teníamos en la mente y que nos proponíamos poner en cartera para el invierno próximo.

Habíamos convenido en empezar las operaciones el día siguiente por un estudio de la Caldera tomado desde el punto en que la contemplamos la primera vez, y transportamos allí todo nuestro tren.

Después de un instante de trabajo, Raúl, que parecía preocupado, me dijo:

—¿No convendría que hiciésemos una visita al castillo, aunque no fuera más que para excusarnos con la joven á quien molestamos ayer? Estábamos en sus tierras y es por consecuencia en su casa donde nos metimos de rondón.

Aquel era el principio de lo que yo temía. Conocía la naturaleza impresionable y el carácter apasionado de Raúl, muy dado al culto de la belleza y á las aficiones románticas. Tenía yo la intuición de que si mi hijo volvía á ver á aquella mujer se enamoraría perdidamente de ella. Lo había leído en su mirada, y mi presentimiento era que no sólo ese amor le distraería de sus estudios durante todo el verano, sino que también le haría desgraciado si no lograba substraerse á él.

Raúl, le dije, cuando anoche subiste á acostarte, después de cenar, y yo me disponía á hacer lo mismo, el viejo propietario del hotel me propuso que fuese á fumar un cigarro con él en la terraza. Accedí y nos pusimos á hablar de cosas indiferentes hasta que, al contarle lo que habíamos hecho durante el día, recayó la conversación sobre el barón Hammarhielm y su hija, acerca de los cuales le pedí detalles.

—»Y bien, caballero, me dijo después de un instante de vacilación, sepa usted que la baronesa, muerta hace veinte años, tenía veinticinco menos que su marido y era una mujer notablemente hermosa y un poco orgullosa y altiva, como conviene á una castellana. Montaba admirablemente á caballo y le gustaban con pasión la naturaleza y los ejercicios al aire libre, en los cuales sobresalía. Inmediatamente después de su matrimonio, que se verificó en el extranjero, el barón y su mujer vinieron á fijarse en Charlottenberg, y durante los dos primeros años la joven baronesa pareció ser relativamente dichosa. ¿Conocía los antecedentes de su marido cuando se decidió á casarse con él? Todo parece indicar que los ignoraba por completo. Como se conocieron en el extranjero, fué fácil para él ocultar que era viudo y que su primera mujer había desaparecido de un modo tan extraño como misterioso.

»Aquella infortunada joven (hablo de la primera baronesa, de la que me acuerdo muy bien), dijo el viejo posadero pasándose la mano por la frente, era sonámbula, y muchas personas la vieron, como yo, paseándose en peinador blanco por la orilla del río en las noches de verano. Ahora bien: una vez se observó que había dejado su habitación durante la noche y que no había vuelto. Se la buscó por todas partes, en el bosque y en todo el curso del río, y se vió que también faltaba la pequeña barquilla en la que á la baronesa le gustaba costear los bordes de la corriente. Las investigaciones fueron entonces llevadas hasta el lago Boren, donde se encontró una parte de los restos de la embarcación. No cabía ya duda sobre la suerte de la infortunada mujer: se había embarcado en un acceso de sonambulismo y acercádose demasiado al escollo, donde le había sorprendido la muerte.

»El dolor del barón fué ruidoso, pero nadie le creyó sincero. Todo el mundo sabía que estaba sujeto á ataques periódicos de una locura hereditaria de las más peligrosas, pues sabía ocultarla con una astucia admirable á todos menos á su víctima. Nadie le había visto nunca maltratar á su mujer, ni proferir respecto de ella injurias ó amenazas; pero se sabía, sin embargo, que la hacía desgraciada con sus malos tratamientos y sus brutalidades.

»El río no arrojó nunca el cadáver. Los restos del barco—puedo hablar con conocimiento de causa, pues yo los recogí—no presentaban en modo alguno el aspecto de haber permanecido en las misteriosas profundidades del escollo. Además, hay un hecho cierto, y es que la Caldera no devuelve hasta el tercer ó cuarto día los objetos ó los cuerpos que caen en ella, mientras que éstos fueron encontrados en la misma mañana que siguió á la noche de la desaparición. El barón los hizo quemar inmediatamente con el pretexto de que le hacía daño el verlos. Tenga usted en cuenta, por otra parte, que los cadáveres son siempre encontrados, tarde ó temprano, en el río ó en el lago, y que el caso de la baronesa sería único en la historia del fenómeno natural de nuestra comarca.

»En aquella época se decía que el islote que forma la Caldera estaba en comunicación con el castillo por un subterráneo que pasaba por debajo del lecho del río y cuya boca estaba disimulada entre las hojarascas y malezas que llenan ahora los fosos. Ese subterráneo misterioso iba á parar á una especie de cueva medio inundada que estaba justamente debajo de la Caldera.

»Habiéndose mencionado ese hecho en el sumario, se dispusieron investigaciones en los alrededores del castillo y en el lecho del río para hacer constar el fundamento de tales rumores y con la débil esperanza de encontrar un indicio que permitiera á la justicia establecer de un modo cierto la causa de la desaparición de la baronesa.

»Ahora bien: la noche antes del día fijado para el examen de aquellos lugares, se produjo un hundimiento repentino en el fondo del río entre la Caldera y la orilla del lado del castillo.

»El único testigo que pudo dar alguna noticia sobre el acontecimiento fué un viejo campesino que vivía en una cabaña de la orilla opuesta y que declaró que á media noche le había despertado un ruido que parecía el de una explosión sorda. Fuera lo que quisiera, se notó muy bien, por la mañana, una depresión en el lecho del río.

»Las investigaciones hicieron descubrir, en efecto, la boca del subterráneo en el foso del castillo, y hasta se pudo penetrar en él y seguirle un poco de distancia; pero, de repente, se encontró el paso completamente obstruído por el hundimiento y fué imposible continuar. Se abandonaron entonces las averiguaciones y la desaparición de la baronesa fué registrada como muerte accidental. El barón se marchó al extranjero y no se le vió hasta diez años después, cuando trajo á su nueva esposa.

»Poco después de su llegada á Charlottenberg, la nueva baronesa manifestó el más vivo interés por el fenómeno natural que se encontraba en sus dominios, se enteró de todas las particularidades legendarias ó reales que se referían á él, averiguó el nombre de algunos audaces que, según el rumor público, habían penetrado en la Caldera y salido de ella, vivos ó muertos, y se hizo explicar la disposición exacta de las rocas y la maniobra necesaria para pasar por el buen sitio.

»Después, aprovechando un día la ausencia de su marido, la baronesa se embarcó en su pequeña barquilla, remó en línea recta hacia el escollo, penetró en él, amarró el barquichuelo al Escabel de la ninfa y se inclinó ávidamente hacia el espejo. Nadie la vió realizar aquel audaz capricho excepto el viejo campesino que la siguió con la vista desde su cabaña, de tal modo estupefacto por el miedo, que no pudo pronunciar ni una palabra para llamar á su mujer, que estaba ocupada en la cocina.

—»De repente, contó después aquel hombre, vi á la baronesa echarse hacia atrás con un gesto de indecible horror, y mirar en seguida otra vez al espejo, inclinándose todo lo posible, como para penetrar mejor el misterio. Al cabo de un momento volvió á embarcarse, salió del escollo con la misma felicidad con que había entrado, remó hasta la orilla, entró corriendo en su casa y se encerró en sus habitaciones. Los criados que la vieron pasar observaron que sus facciones parecían alteradas por el terror y que parecía presa de la más viva emoción. Cuando el barón volvió, nadie sabe exactamente lo que pasó entre ellos, pero desde entonces se le vió la misma mirada sombría y dura que tuvo durante los últimos meses de existencia de su primera mujer. Lo cierto es, según los criados, que hubo una violenta escena entre los dos esposos á consecuencia de aquel suceso, que la baronesa estuvo en cama durante seis semanas y que, de allí en adelante, la existencia de la pobre mujer se convirtió en un verdadero infierno.

»Unos meses después de su expedición á la Caldera, la baronesa dió á luz una hija, Hilda, la joven que han encontrado ustedes esta mañana, sin que el nacimiento de esa niña mejorase en modo alguno la conducta del barón para con la madre.

»Aquella horrible vida duró todavía algún tiempo, hasta que, en una hermosa noche de verano, la desgraciada baronesa emprendió una nueva expedición á la Caldera, que le fué fatal, si esta expresión puede emplearse tratándose de lo que libra de una vida como la suya. Su cuerpo fué encontrado, ocho días después, en las aguas del Boren, así como los restos del barquichuelo. ¿Fué un suicidio? ¿Fué un accidente? Nunca se pudo salir de las conjeturas sobre este asunto.

»Como se había observado á la muerte de su primera mujer, los ojos del barón perdieron entonces su expresión de dureza y de maldad. El viudo se volvió más taciturno y más retirado y ahora vive en una soledad casi completa.

»Su hija Hilda, que tenía unos dos años cuando murió su madre, fué educada por una institutriz inglesa, muerta hace años, y es el vivo retrato de la baronesa. Contra lo que era de esperar, su padre la idolatra y sus menores deseos son órdenes para él. Como su madre, es muy inteligente, muy instruída y muy diestra en todos los ejercicios corporales. No he oído hablar mucho de su carácter, pero dícese que en este punto se asemeja más bien á su padre, del que parece haber heredado los modales orgullosos y altaneros, templados, sin embargo, según se afirma, por la amabilidad encantadora de que estaba dotada su madre. No la he encontrado más que una

ó dos veces en estos últimos años, y rindiendo homenaje á su altiva y aristocrática belleza, debo decir que hay algo en su mirada que recuerda demasiado la del padre para que pueda gustarme gran cosa.»

II

Raúl, que había escuchado mi relato con la mayor atención, se levantó y retrocedió unos pasos como para contemplar mejor su lienzo, en el que apenas había indicado un boceto general.

—Todo eso es muy interesante, me respondió, pero no veo en qué puede impedirnos el cumplir un deber de buena educación con la señorita de Hammarhielm. Me parece que es obligatorio.

—Amigo mío, le respondí, puedes hacer lo que quieras en este asunto. Te he contado el relato de nuestro patrón para ponerte en guardia contra los peligros que te esperan si insistes en querer trabar amistad con una persona en cuya familia existe una especie de locura ó de monomanía que puede muy bien ser hereditaria. Sé que me vas á responder que tú no te enamoras tan fácilmente. Está bien; es posible que yo exagere la atracción que esa joven puede ejercer sobre ti, pero quiero recordarte que hemos venido aquí para trabajar y estudiar. Tienes el corazón tierno y un poco novelesco, Raúl, y eres un entusiasta y un artista. Desconfía de tus sentimientos y de tus impresiones. Como acabas de oir, en esa familia reina la locura hereditaria y lo que sé de su pasado no me da gana ninguna de conocerla más íntimamente. Créeme, no tratemos de cultivar el conocimiento que ayer hicimos por casualidad, y en lo que á mí toca, desde ahora te declaro que si insistes en tu intención, irás solo al castillo, pues no tengo ninguna gana de perder el tiempo en visitas. Además, como acabas de oir, esa joven es orgullosa y altanera y se cree, probablemente, de una capa social muy superior á la nuestra, por lo que le debe tener sin cuidado la amistad de dos pelagatos, á quienes ha conocido por casualidad.

Vi, sin embargo, que todo lo que podía decirle—y le hablé mucho tiempo—no le disuadiría de su proyecto.

Y en efecto, inmediatamente después de comer, se puso el traje de visita y se marchó al castillo, mientras yo me instalaba á la sombra de los sauces para hacer unos croquis.

Cuando volvió, después de haber permanecido ausente toda la tarde, estaba yo fumando en la puerta del hotel.

—¡Ah, papá!, me dijo en seguida. ¡Qué encantadora persona! Figúrate que es artista de corazón y de alma, como tú y como yo, y que tiene un verdadero talento para la pintura. Me ha llevado á su estudio, amueblado y decorado con el gusto de un Macquart y admirablemente instalado en una de las torrecillas del castillo. Me ha enseñado una porción de estudios, de croquis y de lienzos verdaderamente notables para una persona tan joven que no pinta por profesión. Su conversación es de las más interesantes, pues ha viajado y conoce los estudios de los más grandes pintores.

—Así pues, ¿te ha recibido bien?

—Con la graciosa amabilidad y las maneras aristocráticas de una castellana de la Edad Media. Lo primero que me ha dicho, riéndose, es que esperaba nuestra visita después de nuestra brusca irrupción de ayer en su santuario, y me ha preguntado por qué no habías ido conmigo. ¡Oh! No, no hay la menor sombra de locura en sus hermosos ojos que irradian la inteligencia, el ingenio y la vida; nada de incoherente ni de anormal en su palabra viva y elegante; nada de extraño ni de equívoco en sus pensamientos, llenos de originalidad...

Aquel entusiasmo me hizo sonreir. Le reconocía bien en él.

—¿Y qué has hecho toda la tarde?, le dije interrumpiéndole. ¿Has visto al barón?

—No... Hilda me dió inmediatamente á entender que la mala salud y la edad avanzada de su padre le impedían salir de su habitación y era ella, en suma, toda la parte visible de la familia Hammarhielm. Después de estar en su estudio dos horas que me parecieron dos minutos, hasta tal punto supo hacérmelas interesantes, me propuso dar una vuelta por el parque y después me llevó á la orilla del río, donde nos paseamos un momento hasta llegar al embarcadero en que está amarrado el lindo esquife que conoces. Entonces me invitó á dar un paseo por el río y al ver que yo me disponía á coger los remos, me dijo: «Si conociese usted como yo la perfidia de este bello río, en primer lugar no habría usted aceptado mi proposición, y después no me ofrecería así, á la ligera, tomar la dirección del barco. Sepa usted que si le dejase hacer, tendríamos nueve probabilidades entre diez de estar dentro de cinco minutos en el fondo del agua luchando con las angustias de la muerte...»

Si conociese usted como yo la perfidia de este río...

—¡Está bien!, exclamé interrumpiendo á Raúl para echar un poco de agua fría en su entusiasmo, cuyo desarrollo seguía yo con inquietud; esa niña romántica quiere desempeñar el papel de una ninfa de río. ¿Y has consentido que te sirviera de piloto una joven aturdida de veinte años y que te mostrase efectos de torso y de blancos brazos, mientras tú, sentado noblemente en la popa, cogías nenúfares ó le recitabas versos?

—No te burles, papá, dijo con alguna confusión; ¿qué querías que hiciera? Rehusando, después de lo que me había dicho, hubiera parecido que tenía miedo. Atravesamos, pues, el río y fuimos á desembarcar justamente en el sitio en que le había dicho que estabas tú pintando, pero acababas de marcharte, pues la hierba estaba todavía aplastada en el lugar que poco tiempo antes habías ocupado. La acompañé al castillo, me despedí de ella y me volví á pie por el puente.

En la mañana del día siguiente, estábamos ocupados en continuar nuestro estudio de la Caldera, y me encontraba yo tan absorto en mi trabajo que no pensaba en nada más, cuando vi que Raúl se levantaba, oí un ligero roce en las matas detrás de mí y apareció Hilda de Hammarhielm.

Como antes he dicho, había yo tenido que arrepentirme cruelmente de haberme dejado impresionar por la belleza física de la mujer, lo que me había hecho ser desconfiado respecto del bello sexo, y temía por mi hijo las seducciones de una linda cara, sabiendo muy bien adónde pueden conducir y lo que ocultan con gran frecuencia. Yo mismo las evitaba, pues me sentía demasiado joven para estar libre de esa influencia y mi cariño á Raúl me había inspirado la firme resolución de no ceder jamás á tales tentaciones.

En su consecuencia, había adoptado con las mujeres en general, y especialmente con las más guapas, una actitud finamente escéptica y ligeramente burlona, propia para alejarlas de mí. Era como una especie de coraza que me había puesto para impedir que alguna chispa llegase á las partes más inflamables de mi corazón y produjese la conflagración temida.

El ser que vibró en mí á la vista inesperada de aquella encantadora criatura que se presentaba con la sonrisa en los labios, no fué en modo alguno el hombre tal como vosotras, queridas lectoras, le conocéis y le amáis, y como le hubierais encontrado en Raúl, sino sencillamente el artista práctico y experimentado, cuya vista abraza los contornos, aprecia los matices y pesa los valores estéticos comparándolos con modelos bien definidos. Inmediatamente pensé en Van Beers. «He aquí, de pies á cabeza, una de esas deliciosas criaturas que participan á la vez de la mariposa y de la flor y hacen las delicias de su pincel,» pensé, sin observar al principio más que el buen gusto y la frescura del traje, enteramente moderno, la gracia y la esbeltez de los movimientos y la nota viva que daban, sobre el sombrío follaje, el vestido blanco y la sombrilla roja de Hilda.

Me levanté, Raúl me presentó y la joven me tendió una mano agradablemente cubierta con un guante claro.

—Como sabrá usted por su hijo, Sr. Lagnieres, dijo, si no puedo pretender el título de artista, me he ocupado de pintura lo bastante para justificar mi interés por el arte y para que comprenda usted que, al saber que estaba en nuestra tranquila vega el artista conocido á quien tanto he admirado en Estockholmo y en otras partes, haya deseado verle de cerca.

Yo me incliné. Tenía un rencor anticipado á aquella joven por las distracciones y las molestias que iba á causarnos en nuestras ocupaciones, por no hablar de los temores más serios que me inspiraba el entusiasmo de Raúl.

—Debo confesar, dije en tono semiserio, semiguasón, que no esperaba ser *intervievado* en las orillas floridas de este río, y creía firmemente, al venir aquí, que mi hijo y yo íbamos á poder recogernos en el reposo de los campos, y solos en esta hermosa naturaleza é inspirados por ella, hacer amplia provisión de estudios y de asuntos.

Pero esta salida poco galante, lo confieso, no alteró la serenidad de la mirada ni la encantadora sonrisa de Hilda.

(Continuará)



PARÍS.—LOS MUSEOS DEL LOUVRE.—RETRATO DE FRANCISCO I, INICIADOR DE ESTOS MUSEOS

EL MUSEO DEL LOUVRE

La Convención francesa, en sesión de 27 de julio de 1793, mandó fundar un *Museo Nacional*, designando al efecto para su instalación la gran galería del Louvre. Este es el origen propiamente hablando de dicho Museo.

El *Museo francés*, que luego tomó el nombre de *Museo central de Artes*, se inauguró el 8 de noviembre del año 1793 en este edificio histórico.

Pero podemos referir al reinado de Francisco I el origen de las colecciones reunidas hoy en el Louvre, pues en él tienen sus comienzos. Este príncipe, para inaugurar una colección á guisa de las de Florencia, mandó recoger y comprar á elevados precios por doquier, y particularmente en Italia, muchos objetos de arte y antigüedades, como son medallas, camafeos, vidrios, cristales, platería, joyería, pinturas, esculturas, etc. En la villa de Fontainebleau, y precisamente en el gabinete del mismo rey, fueron instalados y custodiados estos objetos de valor durante mucho tiempo.

Hasta el reinado de Luis XIII esta colección tomó poco incremento. Pero á la muerte de Mazarino, Colbert adquirió de nuevo, para Luis XIV, el espléndido gabinete formado por el cardenal ministro que lo había enriquecido con los despojos del de Carlos I de Inglaterra. El gabinete del rey fué por obra del mismo agrandado por una serie de estancias y aumentado con una infinidad de nuevas riquezas, pues ayudado por Lebrun no cesó de levantar continuos empréstitos en todos los demás países para la adquisición de cuadros de todas las escuelas y de todos géneros. A pesar de esto, muchas obras maestras estaban totalmente perdidas para el público y no se utilizaban más que para amueblar el palacio de Versailles, y ésto aún, cuando no se hallaban abandonadas y entregadas al polvo en las buhardillas. Bajo el reinado de Luis XV, Rigaud eligió lo mejor de todo lo que contenía la soberbia colección del príncipe de Carignano, cuya venta tuvo lugar en 1743. Siete años después, el rey consintió en que una parte de estos tesoros fuesen trasladados al Luxemburgo y expuestos á la admiración de los aficionados y artistas. Pero en 1785, habiendo Luis XVI cedido el Luxemburgo á su hermano el conde de Provenza, la colección de cuadros fué trasladada y reunida al depósito de la subintendencia de Versailles. La Asamblea Nacional, por último, dictó su decreto en 26 de mayo de 1791, en el que se mandaba que el Louvre recibiera el depósito de las obras maestras de las ciencias y las artes. La Convención, según queda dicho, debía realizarlo.

Los generales de la Revolución, y particularmente los del Imperio, impusieron tributos á toda Europa para acrecentar y enriquecer este Museo. Las obras maestras de Italia, de Flandes, de Holanda, de Alemania, de España, á semejanza de las de la antigua Grecia en la Roma de los Césares, formaron las inestimables colecciones del *Museo Napoleón*. Pero como eran éstas trofeos de victoria, ó sean obras venidas á París por el pillaje, los aliados las reivindicaron luego á la caída del Imperio, devolviéndolas á sus respectivas naciones.

Hasta la Revolución de 1848, el Museo del Louvre formó parte de la herencia de la lista civil. El rey Luis Felipe contribuyó en bien poco al desarrollo del Museo. Una colección numerosa de cuadros españoles habíase instalado allí; pero á raíz de los sucesos de febrero fueron devueltos á su dominio particular. Sólo después de la Revolución y en los años sucesivos el Museo recibió una organización digna á las obras maestras que en él habíanse acumulado.

El Louvre contiene en la actualidad varios Museos, de los que los principales son: el *Museo de pintura*, el *Museo de dibujos*, el *Museo de grabados*, el *Museo de escultura antigua*, el *Museo de escultura moderna*, el *Museo Asirio*, el *Museo Egipcio*, el *Museo Americano*, el *Museo Etrusco*, el *Museo Argelino* y el *Museo de la Marina*.

El *Museo de pintura* comprende, según datos que hemos sacado de los libros oficiales, 543 cuadros de las escuelas de Italia, 15 de la escuela española, 618 de las escuelas flamenca, holandesa y alemana, y 660 de la escuela francesa. El arte italiano tiene allí obras de Cimabue, Giotto, Fra Angélico, Ghirlandajo, Mantegna, Leonardo de Vinci, Perugino, Francia, Correggio, Rafael, Julio Romano, Andrea del Sarto, Giovanni y Gentile Bellini, Giorgione Ticiano, Tintoretto, Sebastiano del Piombo, Giacomo Palma, Bassan, Veronese, Caracciolo (Ludovico y Aníbal), Dominichino, Guido Albani, Guercino, Caravaggio, Salvator Rosa, Luca Giordano, Canaletti, etc. El español lo representan Morales, Ribera, Velázquez y Murillo. Flandes, Holanda y Alemania figuran con Michael Wohlgemuth, Holbein, Lucas Kranach, Baltasar Denner, Christián Seibold, Adam Elzheimer, Van Eyck, Memling, Quintín Melpi, Juan de Mabuse, Pedro y Franz Porbus, Otto Venius, Rubens, Gaspard de Crayer, Sneyders, Jordaens, Van Dyck, Gerard Honthorst, Van der Helst, Rembrandt, Van der Meulen, Franz Hals, Van der Werff, René y Juan Breughel, Poelenburg, Gerard Don, Terburg, David Teniers, Adam é Isaac Van Ostade, Karel, Juan Steen, Adrien Bruawer, Wouwermans, Metzu, Francisco y Guillermo Mieris, Gaspard Netseher, Hingelandt, Schalken, Paul Bril, Swanevelt, Winantz, Alberto Cnip, Juan Bolh, Ruysdael, Hobbema, Conrad Delsker, Huymans de Malines, Adrien y Guillaume Van der Velde, Van de Heyden, Baekhuysen, Neefs, Heenwich, Pierre de Hooch, Paul Potter, Fyt, Weenix, David de Heem, Van Huysum, etc. La pintura francesa cuenta á Martin Freminet, Mignon, Clouet, Vouet, Poussin, Lorrain, Valentin, Lesueur, Lebrun, Mignard, Rigaud, Claude Lefebre, Jacques Courtois, Sebastien Bourdon, Jouvenet, Watteau, Boucher, Carle Vanloo, Greuze, Joseph Vernet, Vien, David, Girodet, Pierre Guerin, Gerard, Gros, Prudhon, Géricault, Leopold Robert, Sigalon, etc.

El *Museo de dibujos* y pasteles ostenta una gran mayoría de obras maestras de los principales autores en esas artes, como son dibujos, estudios y apuntes. Algunos de estos autores no figuran en el Museo de pintura, como Miguel Angel. Los pasteles son en escaso número, pudiéndose citar á Latour, Vivien, Chardin y Rosalba Carriera.

El *Museo de grabados* contiene obras de Gerard Edelinck, de los tres Audrán, Etienne Baudet, Nicolás Tardieu, Gaspard Duchange, Rousselet, Picard le Romain, Auguste Desnoyers, etc.

El *Museo de escultura antigua* posee tres obras maestras, la *Venus de Milo*, la *Diana cazadora* y el *Gladiador en la pelea*; y además otras muchas muy preciosas y muy dignas de admiración, como el

Marsyas atado, la *Polymnia*, el *Niño y el ganso*, la *Venus de Arlés*, una *Melpomene colosal*, el *Fauno y el niño*, dos *Faunos danzantes*, dos *Hermafroditas*, un *Centauro llevando al Amor á cuestas*, un *Pollux*, un *Aquiles*, un *Germanius*, un *Mercurio*, varios *Apolos*, como el *Apolo del lagarto*, dos *Bacos*, dos *Minervas*, varios *Hércules*, *Musas*, *Cariátides*, etc.

En el *Museo de escultura moderna* se hallan obras de Miguel Angel, Benvenuto Cellini, de Juan de Boloña, de Juan Cousin, de Germain Pilon y de Juan Goujon, de Pedro Puget, de Coyzevox, de Guillermo Coustou, de Bouchardon, Pigalle, Falconet, Caffieri, Pajou, Houdon, Roland, Chaudet, Cortot, Bosio y Canova.

El *Museo Asirio*, que se hallaba aún en su primer período de formación cuando el célebre Lenormant le enriqueció y dió impulso, posee algunos monumentos muy preciosos de la antigua civilización de Babilonia y de Nínive, en los cuales figuran los dos toros colosales con cabeza de hombre, junto á dos gigantescas figuras laterales, creyéndose que sean la personificación de Nabuco y de Sennacherib.

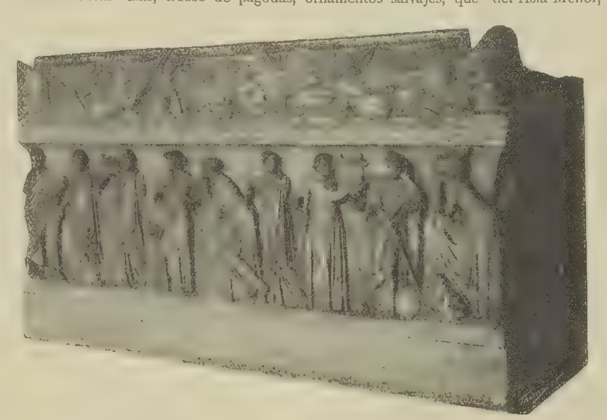
El *Museo Egipcio* se divide en dos partes: en una están las grandes y pesadas piezas de escultura pertenecientes al culto y á los monumentos públicos, como son estatuas, bustos, sarcófagos, esfinges, leones, etc.; en él hállanse custodiados en las vidrieras los pequeños objetos de uso doméstico, estatuitas, jarros, utensilios, amuletos, pelucas de cuerda, canopes, sandalias, instrumentos de música, armas, palas, vasijas, etc., etc.

El *Museo Americano* ostenta varios fetiches, adornos y algunos utensilios sacados de los templos de las divinidades mexicanas aztecas y de los palacios de los Incas del Perú.

Bajo el nombre de *Museo Etrusco* están incluídas algunas producciones del arte griego y del arte itálico. Cascos, humbos, cnemides, espadas, diademas, brazaletes, puntas de lanza, amuletos, estatuitas y hermosos jarros etruscos de diferentes épocas.

El *Museo Argelino* no posee en la actualidad más que un reducido número de antigüedades. Lo mejor que allí figura son artefactos de las kabilas, que no cuentan muchos años de existencia.

El *Museo de la Marina* consta de una colección de pequeños modelos que denotan los progresos hechos por la navegación, desde el tronco excavado de un árbol, hasta el bajel de tres puentes y el moderno vapor. Estos modelos, ejecutados con la mayor perfección, reproducen las construcciones navales hasta en su más nimio detalle. En el mismo museo hállanse los planos en relieve de los puertos de guerra franceses y una curiosa colección de armaduras indias, trozos de pagodas, ornamentos salvajes, que son los trofeos de las excursiones científicas de la marina francesa.



SARCÓFAGO GRIEGO DE MÁRMOL PENTÉLICO (Museo del Louvre)

Entre las varias salas organizadas con independencia de estos museos merecen citarse la de los Estados, la de los retratos de artistas célebres y la de las colecciones Sarzec y Dieulafoy. En la primera, dedicada á la escuela francesa del siglo XIX, hay hermosas obras de Delacroix, Ingres, Corot, Troyon, Rousseau, Regnault, Proudhon, etc.; en la segunda se ven varios retratos de artistas magistralmente pintados por Lebrun, Gerard, Poussin, Rembrandt, Van Dyck, Mignard, Champagne, David, Delacroix y Courbet; en la tercera se admiran, entre otros objetos, un inmenso y maravilloso capitel bicéfalo de mármol gris, una de las columnas del salón del trono de Artajerjes, los revestimientos de ladrillo esmaltado del célebre friso de los *Arqueros de Darío;* el friso de los leones, y en las vitrinas los fragmentos de otros frisos análogos y varios objetos preciosos, como bronces, lozas y cilindros persas y caldeos.

Figuran también en el Museo del Louvre varias colecciones particulares, como las Duchatel, Davillier, Thiers, His de la Salle, etc.

Hay además una importante colección de figuritas griegas de barro cocido descubiertas por los señores Pottier y Reinach en la necrópolis de Myrina (Asia Menor), tres salas dedicadas á las esculturas griegas del Asia Menor, á los bajos relieves de Magnesia, á los jarrones de Pérgamo, al gran jarrón de Amathonte y á varios monumentos del Latmos encontrados en Heraclea y en Mileto por Rayet y Thomás; otra con varios monumentos de la Edad media y del Renacimiento, y otra para las obras de los escultores franceses de la primera mitad del siglo XIX.

Hubo también hasta hace poco el *Museo de los soberanos*, formado por varios objetos que han pertenecido auténticamente cada uno de ellos á un soberano francés. Observábanse en el número de los objetos la capilla del orden del Espíritu Santo bajo el reinado de Enrique III y algunas panoplias con armas que se atribuyen á varios reyes, entre las que figuraron las espadas de Carlomagno, de Luis XIII, de Francisco I y otras que hoy día están en Cluny ó en los Inválidos. También figuraron allí el tricornio y el levitón gris de Napoleón I, su cama de campaña y su espada, que hoy están en el Museo de Artillería. Había además una instalación con otros objetos que pertenecieron á Napoleón I: sus guantes, su vajilla, su pequeño neceser de viaje, sus pistolas y sus gemelos.

La organización del Museo del Louvre es la siguiente. Tiene un director general y varios subdirectores ó conservadores para cuidar cada uno de su respectivo Museo. Bajo su responsabilidad estricta están organizados los empleados para la conservación y custodia de los objetos. También bajo su responsabilidad se adquieren los objetos que van ingresando, disponiendo cada Museo de un presupuesto especial. Los unos dependen de Bellas Artes, otros de Instrucción pública y otros de la Marina. La consignación, aunque es fija, se aumenta cuando se presenta alguna ocasión de realizar una adquisición valiosa.

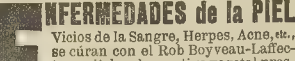
Tiene de presupuesto el Museo del Louvre tres millones de francos, destinándose cerca de la mitad para la adquisición y conservación de los objetos.

POMPEYO GENER.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona







PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. *Exigir la Firma WLINSI.*
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

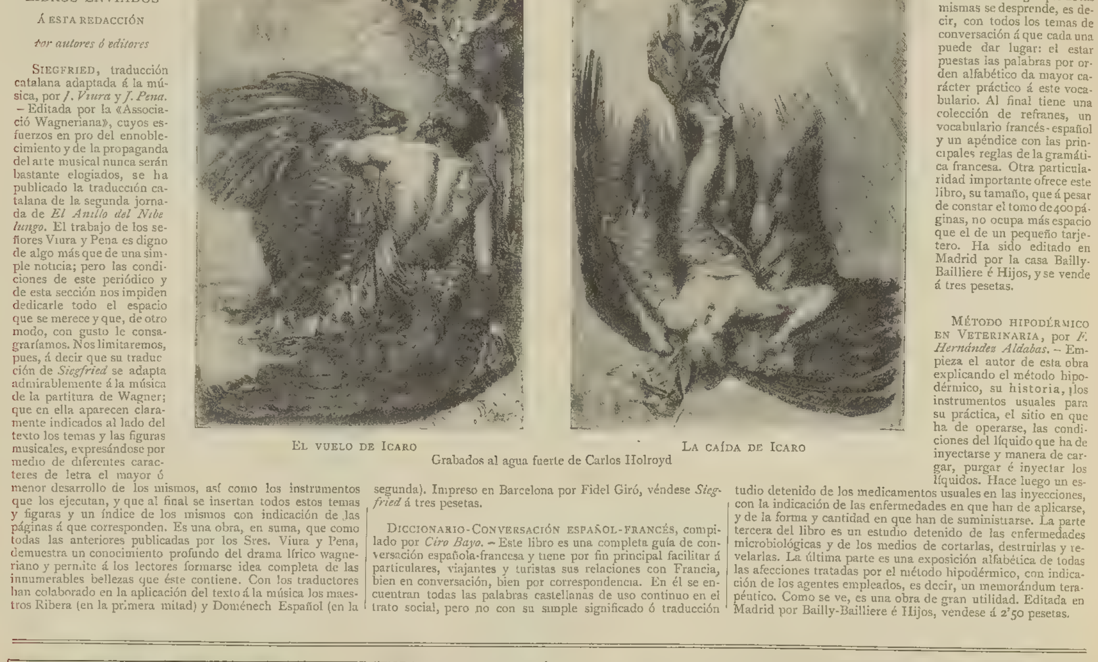


LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Siegfried, traducción catalana adaptada á la música, por *J. Viura* y *J. Pena*. – Editada por la «Associació Wagneriana», cuyos esfuerzos en pro del ennoblecimiento y de la propaganda del arte musical nunca serán bastante elogiados, se ha publicado la traducción catalana de la segunda jornada de *El Anillo del Nibelungo*. El trabajo de los señores Viura y Pena es digno de algo más que de una simple noticia; pero las condiciones de este periódico y de esta sección nos impiden dedicarle todo el espacio que se merece y que, de otro modo, con gusto le consagraríamos. Nos limitaremos, pues, á decir que su traducción de *Siegfried* se adapta admirablemente á la música de la partitura de Wagner; que en ella aparecen claramente indicados al lado del texto los temas y las figuras musicales, expresándose por medio de diferentes caracteres de letra el mayor ó menor desarrollo de los mismos, así como los instrumentos que los ejecutan, y que al final se insertan todos estos temas y figuras y un índice de los mismos con indicación de las páginas á que corresponden. Es una obra, en suma, que como todas las anteriores publicadas por los Sres. Viura y Pena, demuestra un conocimiento profundo del drama lírico wagneriano y permite á los lectores formarse idea completa de las innumerables bellezas que éste contiene. Con los traductores han colaborado en la aplicación del texto á la música los maestros Ribera (en la primera mitad) y Doménech Español (en la segunda). Impreso en Barcelona por Fidel Giró, véndese *Siegfried* á tres pesetas.



El vuelo de Icaro — La caída de Icaro

Grabados al agua fuerte de Carlos Holroyd

Diccionario-Conversación español-francés, compilado por *Ciro Bayo*. – Este libro es una completa guía de conversación española-francesa y tiene por fin principal facilitar á particulares, viajantes y turistas sus relaciones con Francia, bien en conversación, bien por correspondencia. En él se encuentran todas las palabras castellanas de uso continuo en el trato social, pero no con su simple significado ó traducción francesa, sino seguidas de toda la fraseología que de las mismas se desprende, es decir, con todos los temas de conversación á que cada una puede dar lugar: el estar puestas las palabras por orden alfabético da mayor carácter práctico á este vocabulario. Al final tiene una colección de refranes, un vocabulario francés-español y un apéndice con las principales reglas de la gramática francesa. Otra particularidad importante ofrece este libro, su tamaño, que á pesar de constar el tomo de 400 páginas, no ocupa más espacio que el de un pequeño tarjetero. Ha sido editado en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos, y se vende á tres pesetas.

Método hipodérmico en Veterinaria, por *F. Hernández Aldabas*. – Empieza el autor de esta obra explicando el método hipodérmico, su historia, los instrumentos usuales para su práctica, el sitio en que ha de operarse, las condiciones del líquido que ha de inyectarse y manera de cargar, purgar é inyectar los líquidos. Hace luego un estudio detenido de los medicamentos usuales en las inyecciones, con la indicación de las enfermedades en que han de aplicarse, y de la forma y cantidad en que han de suministrarse. La parte tercera del libro es un estudio detenido de las enfermedades microbiológicas y de los medios de cortarlas, destruirlas y revelarlas. La última parte es una exposición alfabética de todas las afecciones tratadas por el método hipodérmico, con indicación de los agentes empleados, es decir, un memorándum terapéutico. Como se ve, es una obra de gran utilidad. Editada en Madrid por Bailly-Bailliere é Hijos, véndese á 2'50 pesetas.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *Intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – Depósito en todas Boticas y Droguerías.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. – 50 Años de exito.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

Reumáticos y Gotosos!
Tratad de curaros con la Legítima
PISTOIA
PLANCHE
(Dos Siglos de Éxito)
No contiene ni Colchico, ni sustancia venenosa.
CURA la GOTA
el Reumatismo, el Artritismo, la Diabetes, las Enfermedades del Higado y de los Riñones.
Fcia PLANCHE en Marsella (Francia).
En todas las Farmacias bien surtidas.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

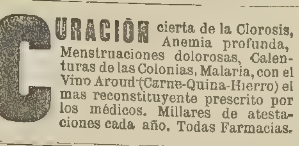
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 16



AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dres JORET y HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fa G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS



CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau. Paris

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 28 de noviembre de 1904 — Núm. 1.196



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Sacerdote ruso dando la absolución á los soldados antes de empezar la batalla de Liao-Yang.
(De fotografía del «Chicago Daily News.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA. - Vivaque ruso en las cercanías de Mukden. (De fotografía remitida por León Bouet, de París.)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Una de las felicidades que proporciona París es que reparte á sus moradores, ó por lo menos á las eminencias que de allí proceden, patentes de eterna, inmarcesible juventud. ¿Habéis notado cuánto duran allí los soles sobre el horizonte? ¿Habéis observado cómo las grandes actrices, las grandes héteras, los grandes artistas, en París, no envejecen?

Sara Berhnardt, á los setenta años (que no anda muy lejos de ellos), estará encarnando con unas piernas derechísimas y un llevar de cabeza amuchachado—el tipo juvenil del *Aiglón;* y Jane Hading viene á hacer las delicias del público madrileño en papeles que no serán de ingenua, pero tampoco de característica, á una edad que algún irrespetuoso calificaría de mayor que la de dos loros juntos, pero que yo sólo aprecio por el dato de haberla visto representar *Safo* en París, hace veinte años, en el esplendor de su belleza y ya en el apogeo de su carrera y de su fama.

Y añadiré que si París conserva cuidadosamente las glorias consagradas y admitidas, no suele, en cambio, otorgar certificaciones de gloria en edad juvenil, y menos á las actrices, que, al cabo, necesitan seguir una especie de escalafón para llegar, por pasos contados, á lo culminante de su difícil arte.

Nosotros, en cambio, no damos tiempo á que madure la fruta verde; la molemos á fuerza de alabanzas intempestivas y de odiosas comparaciones; pero es de ver con qué desdén impaciente sacudimos el árbol para desechar la fruta por pasada, y echarla al pudridero.

Mi buen amigo Eugenio Rodríguez de la Escalera, cuyo notorio seudónimo es *Montecristo,* acaba de sufrir un ataque de enfermedad de rico, por contagio: acaba de saltar del confortable cojín de un magnífico automóvil, á la poco mullida grava de la carretera.

Nueva y simpática víctima del deporte de moda, que conservará toda la vida, en sus huesos, el estremecimiento del choque y la señal del combate por la ultra y extra-civilización.

Es decir... No estoy enteramente segura de esto que digo. No estoy segura de que *Montecristo* quede escaldado y no vuelva, soldada ya su fractura y serenado su espíritu, al mundo de los *records* rápidos y de los neumáticos y las piernas rotas.

Hay miel en el peligro, hay cierta sensación cuya dulzura es innegable, aunque no sepamos justificarla, en la idea de llevar la vida vendida.

No cabe discutirlo: el *auto* será todo lo práctico y todo lo útil que ustedes quieran; pero la gente ha visto en él, más allá de la comodidad y de la utilidad, algo que es poesía, una poesía muy peligrosa, muy belicosa, la necesidad de descrismarse que se siente muy á menudo, y que es, según Flaubert, una de las sugestiones más insidiosas de la *Quimera.*

Y he aquí por qué no estoy cierta de que mi amigo y compañero de labor periodística *Montecristo,* á quien deseo prontísima curación, rehuya en lo sucesivo la tentación de la marcha vertiginosa cuesta abajo, de la velocidad de balada fantástica alemana y del acatamiento á los últimos preceptos de la que hace cuarenta años se llamaba «voluble diosa»

Los escritores, si tuviésemos un poco de amor propio profesional, debiéramos darnos á todos los diablos leyendo la noticia que recorto y que verán mis lectores. La encuentro en *La Epoca* y la transcribo tal cual la encuentro, con su comentario:

«La cuantiosa gratificación de más de 467.766 pesetas que el Ayuntamiento ha acordado conceder á los arquitectos municipales Sres. Salaberry y Octavio por el proyecto de la Gran Vía, ha causado—hay que reconocerlo—pésimo efecto en la opinión.

»Ni el Ayuntamiento está tan desahogado que pueda y deba hacer esos espléndidos donativos, ni se explica nadie que, retribuyendo á sus funcionarios y habiendo pagado él todos los gastos del proyecto, tenga la obligación de otorgarles retribución extraordinaria tan cuantiosa, ni, en último término, se trata de un proyecto tan original y extraordinario que justifica esa pródiga gratificación de cerca de dos millones de reales.»

Yo voy á comentarla desde otro punto de vista; el de la impresión que en un trabajador intelectual y artístico de la pluma causa esta gratificación otorgada á otros trabajadores entre artísticos y científicos, que seguramente, para ser remunerados con una suma que representa la seguridad y el bienestar de la vida entera, no habrán invertido más de un año de una labor cuyo mérito no voy á aquilatar, pero que otros arquitectos podrían desempeñar lo mismo; para un proyecto de Gran Vía, se debe suponer capacidad en todo arquitecto; ya por lo menos en dos se ha reconocido, y aun en tres, pues el proyecto se atribuye á un tal Sr. Velasco, para mí desconocido, al igual de los otros dos.

El literato, el artista, no suele juntar, aun ahorrando, después de una vida entera de fatigas y luchas, ni la mitad del millón de reales con que el Ayuntamiento de Madrid gratifica á sus arquitectos por un proyecto de ensanche y hausmanización.

Y el literato, el artista, para aspirar á algo, necesita distinguirse entre sus émulos; ser capaz de algo de que la mayoría de sus colegas es incapaz.

Por eso, lo repito, la noticia de los dos millones del Ayuntamiento de Madrid hace meditar en la vanidad de las cosas humanas... y artísticas.

La verdad es que en las épocas de transición (no sé si habrá habido alguna que no lo fuese) se ven asociaciones de ideas y de hechos, extrañísimas; cosas que, como suele decirse, se dan de bofetones al verse juntas.

¿Ustedes se hacen cargo de lo que es un *meeting?* Sajona la palabra, sajón el concepto, el *meeting* sólo alcanza su pleno desarrollo y eficacia en países donde hay ciudadanos penetrados de sus derechos y deseosos de hacerlos valer, de confirmarlos á cada relación de la vida civil. Los *meetings*, en Inglaterra, en los Estados Unidos, son naturales, son una institución orgánica; pero ¿concebís un *meeting* en Moscou contra el *knut,* un *meeting* en Siberia contra la deportación? Tan fuera de ambiente, tan inarmónico parecerá el *meeting* en Rusia, como parece en España para conseguir «los toros en domingo.»

Yo, bien lo sabe Dios, no soy partidaria de toros ningún día de la semana; pero si dudase del acierto de la ley que los prohibe en domingo, empezaría á creer en ese acierto al notar que la protesta en contra de la prohibición legal toma forma de *meeting.*

Si estuviésemos en los tiempos de la España taurina, ¡qué *meeting* ni qué calabazas! Asistiríamos á un hermoso y furioso *motín,* con todo el aparato que ha solido requerir el interesante argumento de esa clase de funciones por horas. Los razonamientos serían estacas y trabucos, los discursos interjecciones, el desfile el arrastre de algún personaje... y por lo menos la cosa tendría su color local, su fisonomía y su genuino sabor.—Esto del *meeting* para sacar á flote la tauromaquia me recuerda el romance de Franquelo, en que se burla el poeta, con tanto donaire, de la corrida de toros traducida al francés, del toreo con guantes y del violín que substituye á la murga. Traducir al inglés las aspiraciones de la afición y el bullir de la sangre torera, representa el colmo de la invasión de extranjería en eso que hemos llamado, por tantos años, típico, castizo, español hasta las cachas y demás adjetivos de castañuela y pandereta.

El interés por la guerra disminuye. Los que no somos ni japoneses ni rusos, vamos encontrando que se prolonga más de lo debido. Con doble razón encontrarán pesada la broma las naciones beligerantes.

Esa carnicería espantosa; esa ansiedad llegada al paroxismo; esa inquietud mortal; ese gasto de energía concentrada en un solo fin y distraída de la normalidad de la existencia; ese derroche, por sangría de las cuatro venas, de sangre y de dinero, han llegado á asustar y deprimir el ánimo, exaltado al mismo tiempo por espectáculo de innegable heroísmo. La defensa y el ataque de Port Arthur, al igual, nos prueban que hay cuestiones en que no cambia la historia, y que los héroes no pertenecen á la fábula.

¿Caerá la valiente plaza? ¿La tomarán sus archivalientes sitiadores?

Los estrategas de café y de corrillo debaten cuatro mil veces por semana este punto, sin llegar á esclarecerlo.

«Plaza sitiada, plaza tomada»... En guerra, como en amor, se desmiente á veces el axioma.

Si llega á caer Port Arthur, ¡cuanto diera por estar en Tokío el día en que la victoria se supiese!

Al través de la alegría delirante que había de producirse y desencadenarse en calles y plazas, hogares y corazones, ¿quién sabe si se transparentaría algo de esa misteriosa alma nipona, que tantas sorpresas está dándonos y que tantas nos reserva quizás?

Si hace dos ó tres años alguien hubiese indicado solamente la posibilidad de lo que hoy sucede, de la aparición de los japoneses vestidos, armados, disciplinados é instruídos á la última, teniéndoselas con una de las grandes, fuertes, aterradoras potencias militares europeas, nadie creería á ese augur.

Sin embargo, los hechos hablan.

¿No podrá sobrevenir algo más impensado, y revivir ahora, cuando estemos distraídos, el gran terror de la Edad Media europea á las hegemonías de la raza amarilla?

No estamos en tiempos de Gengis Kan, ni es de temer que una horda pique á sus caballos é invada, arrasando y talándolo todo, las tierras de Europa.

Hoy las naciones se imponen comerciando ó guerreando, pero guerreando con esa peregrina mezcla de sabiduría y valor, de humanidad y furia, de cálculo é instinto, que observamos en la táctica y en la estrategia de los japoneses.

Ha tenido excelente ocurrencia una señora ó señorita de las que solicitan postales con autógrafo; y como no todo ha de ser murmurar de los postalófilos, me apresuro á hacer público el discreto y generoso procedimiento de dicha señora ó señorita.

La inmensa mayoría de las que cultivan el género, no envían ni la tarjeta que se les ha de firmar. Algunas envían su propia carta insuficientemente franqueada, y tenemos que abonar aquí recargo. Enviar la tarjeta y el franqueo correspondiente es ya portarse muy bien. La señora Wallace hace más. Al pedirme un autógrafo, lo acompaña con un donativo de veinte pesetas para la Colonia Escolar de la Lagoa. Perfectamente discurrido, y yo quisiera que cundiese el ejemplo. Así colaboraríamos en obra buena y de caridad los que escribimos y los que nos dispensan el honor de solicitar nuestros pensamientos y nuestra firma. Ningún provecho material reporta al escritor el que por su firma se haga un donativo á los pobres, pero le causa—al menos á mí—una satisfacción íntima muy verdadera. Y además demuestra que algo vale esa firma, ese pensamiento, cuando hay quien lo adquiera imponiéndose un ligero sacrificio. Lo que se da de balde al primer desconocido que lo solicita, pierde toda importancia. No tendríamos, si se cotizasen á veinte pesetas los autógrafos postales, tanta demanda de ellos; pero los que los pidiesen los desearían realmente, los estimarían más, y no nos los demandarían, á veces demostrando perfecto desconocimiento de nuestra labor literaria y hasta de nuestro criterio estético, al remitirnos tarjetas tan feas y de tan detestable gusto, que no sé cómo hay cara para pedir que se las adornemos con versos ni prosas.

Para odisea, la de un arrendatario de consumos, en un ayuntamiento rural de mi tierra.

Amotinaránse contra él los vecinos, resueltos á escabecharle. Una señora caritativa le escondió en lugar nada pulcro—el cubil del cerdo.—Fué milagroso que no le descubriesen, pues rodearon la casa de la señora, y le plantan fuego, á no estorbarlo la Guardia civil. La multitud registraba los coches de línea, ojeaba los matorrales, á fin de dar caza al arrendatario, al «sacamantas,» según decían. Las mujeres, como en la novela de Zola *Germinal,* eran las más furibundas, las resueltas á que no escapase con pellejo. A las tres de la mañana, aprovechando un momento favorable, salió el perseguido de su escondrijo, en el estado de suciedad y hediondez que cualquiera puede figurarse. No hubo más recurso, para salvarle, que afeitarle y vestirle de señora. Y en tan gentil atavío, custodiado por unos parientes suyos, emprendió la caminata, que ha debido de ser recreativa, hasta la playa, donde una lancha le aguardaba ya.

Todo esto prueba que ese impuesto hace las delicias del público, que su popularidad va en aumento, que acabarán por levantarle una estatua al inventor, y que sin necesidad de convocar á ningún *meeting,* cuando á la gente se le atufan las narices y se le revuelve la bilis, protesta de un modo pintoresco, con la misma energía con que lo hiciera un carnicero inglés al borde del Támesis.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Cayó Pedro Antonio sin decir Jesús

LA MÍSTICA

Los antecedentes del primer crimen son estos: Frasquito Cruz, un gitanazo enorme, feo y duro de alma, se enamoró como las fieras deben enamorarse de la hija de su maestro el Sr. Juan Perojo, que tenía un taller de cerrajería en la calle del Betis, de Sevilla la famosa. El Sr. Juan Perojo era viudo y adoraba á su hija con delirio. Frasquito Cruz se enamoró de *la Mística*, apodada así por aquel rostro precioso de virgen dulce que tenía la muchacha y aquel aroma á pureza y santidad que parecía envolver toda su personita, delicada y atrayente. Figuraos la pareja que hubiesen hecho el mulo del gitanazo y la virgencita de Triana.

La Mística manteníale á distancia siempre, con un tesón admirable. Cuanto con más dureza le rechazaba, con más encono—un singular encono amoroso—quería él someterla. Pasó tiempo así. El gitanazo desesperábase. *La Mística* llegó á vivir en continua alarma, loca de miedo, sin atreverse á revelar á su padre el caso, por temor de que el vil arremetiera, en venganza, contra él.

Complicáronse las cosas gravemente. Ocurrió lo que vais á saber. Iba *la Mística* á su casa una noche, algo tarde, desde la casa de otra amiga del barrio. Pasaba por la calle de Pagés del Corro, junto al convento de las Mínimas, absorta precisamente en el pensamiento de aquel malvado, á quien no sabía ya cómo alejar de sí. No se veía un alma por aquel sitio. Allá lejos había un farol, pero con luz tan débil que apenas alumbraba un metro en torno. Un perrillo escarbaba en un montón de basura. De pronto, una sombra se destacó de la pared. *La Mística* sintió escalofríos horribles. Una mano dura habíase apoyado con pesadez en su hombro. Volvió la cara y conoció á quien la detuvo.

—¡Frasquito Cruz!, exclamó ahogadamente, queriendo huir.

—¡Cállate!, dijo el hombre.

La había cogido de una mano.

—¿Qué quieres?, rugió ella queriendo soltarse.

—Te lo dije... Estoy diciéndotelo á todas horas.

—Yo también te lo dije muchas veces. No te he querido, ni te quiero, ni te querré.

—¡Te haré pedazos!

—Y aunque me hagas pedazos, ¿tendrás por eso mi corazón? ¿Tendrás mi alma? Suelta.

Quiso soltarse otra vez. Forcejearon. Escuchábase la respiración agitada de los dos. Anduvieron así un poco... Ella no pudo seguir... Detuviéronse bajo el farol; la luz caía á plomo sobre aquellas dos figuras. Miráronse y aquellas dos miradas parecieron puñales que se hundían mutuamente, el uno al otro, en los ojos. El perro levantó el hociquillo del montón de basura, se volvió rápidamente hacia el grupo y quedó mirando en grave actitud lo que allí sucedía.

—¡Cobarde! ¡Cobarde!, repitió ella ahogadamente. Maltratas á una mujer porque no tiene quien la defienda.

—¡Ven conmigo!, exclamaba él.

Y crujía su dentadura como la de un perro de presa próximo á dar la dentellada.

—¡No, no, suéltame! Suéltame, ó grito, y sea lo que Dios quiera.

—¡Aunque grites!

Hubo una pausa. Contempláronse fieramente; ella, ceñuda, despreciativa, sin temblar, adivinándose en su rostro franco la vergüenza y la ira que estaba sufriendo. El, decidido, feroz, el sombrero hacia atrás, contraídas las cejas, llameantes los ojos, apretándose con los dientes, blanquísimos y menudos, el labio inferior hasta brotar la sangre, dilatada la nariz por no sé qué furores, revelando, en fin, su rostro cetrino, anguloso, de facciones desencajadas, una pasión inmensa, una locura que hacía estremecer.

La Mística intentó inútilmente desasirse de aquella mano nervuda que la aprisionaba.

—¡Ven conmigo!, repitió él quemándole el rostro con el aliento.

Ella gritó. El perrillo empezó á ladrar con furia... Abrieron un balcón próximo, se asomó una mujer y puso el grito en el cielo, llamando á la guardia. El perrillo ladró más. Frasquito Cruz rugía, estaba ciego. No pensó en nadie, ni en el peligro que podría correr, ni hubiera sabido explicar el propósito suyo. Abriéronse otros balcones, salieron otras mujeres y gritaron también, pero nadie acudía en favor de *la Mística*. Al perrillo únicamente tuvo por adalid hasta entonces; cesando de ladrar, se fué á Frasquito Cruz varias veces, colgándosele de las pantorrillas con mejor intención que éxito. Aumentaron los gritos. *La Mística* retorcíase, queriendo escapar. Frasquito Cruz rugía. Salió de pronto un hombre de un portal de la Cava. Corrió hacia el grupo formado por la mujer, la fiera y el perro, levantó la mano, dejóla caer como una maza sobre la cerviz del bruto, dió el bruto un resoplido y rodó por tierra.

La Mística respiró de gozo al verse libre. El perrillo se echó atrás de un salto para que el bruto no le aplastase en la caída; levantó después el hociquín húmedo hacia el valiente defensor, le miró muy grave y movió el rabo como queriendo decirle:

-Caballero, muchas gracias.

Esta es la que pudiéramos llamar primera parte, y la de menos interés, de la historia de *la Mística*. Tuvo la muchacha ocasión de dar las gracias, no solamente aquella noche, sino *otras muchas*, á quien la defendió de la furiosa arremetida de Frasquito Cruz. Ved qué casualidad: el defensor había sido un mocito de poco más edad que ella, un tal Pedro Antonio, guapo, alegre, honradísimo, de grandes simpatías en Triana. La gratitud se convirtió en otra cosa, *ya sabéis*. El correspondió á la muchacha. Se quisieron bien y mucho... Todo esto mientras Frasquito Cruz revolvíase como león, en su cama, enfermo del golpe que había recibido en la cerviz y el que sufrió al caer á tierra. Frasquito Cruz sólo tenía un pensamiento: restablecerse para averiguar quién había sido su agresor, buscarle y tomar desquite sabroso. Se puso bueno, se echó á la calle, y cuando supo que su agresor era *además* novio de *la Mística*, novio declarado, para casarse pronto, prontito, juró dentro de su alma infame la muerte de su rival. No hubiera podido seguir viviendo sin ver por tierra á Pedro Antonio con el corazón partido á puñaladas. Frasquito Cruz era un cobarde; pero la cólera de que estaba poseído suplía en su corazón al ánimo.

Hubiera sido curioso para un observador seguir las alteraciones de aquel terrible temperamento. Cada segundo que transcurría sin encontrar á Pedro Antonio era un suplicio enorme para él. Su condición falaz nunca pudo admitir la idea de encontrarse con Pedro Antonio frente á frente, sino asestarle el golpe á traición, donde primero lo encontrara; pero de tal modo iba en su locura, que lo hubiera hecho lo mismo frente á frente que á traición. El gitano presentía, sin estudios que se lo definiesen, que matar á aquel hombre era su única y mejor venganza. Su vil naturaleza apartábalo sin lucha del pensamiento de lograr la consideración de *la Mística* por las grandes pruebas y los grandes sacrificios, obligándola y enterneciéndola. Sólo una satisfacción podía quedar á un espíritu grosero como el suyo: la de herir en el alma para siempre á la mujer adoradísima, matando al hombre á quien ella amaba.

Las fieras tienen su instinto y también lo tenía Frasquito Cruz. Mientras buscó á Pedro Antonio, aquel instinto hacíale contenerse y ahogar en su corazón los gritos de rabia, las maldiciones que parecían querer escapársele, como mar sin dique, de su boca de condenado. No encontró á Pedro Antonio en el primer instante, y más que partirle el corazón á puñaladas deseó entonces, sin él saberlo, aislarse de todo el mundo y desahogar de algún modo aquella tremenda cólera que hacía apretar sus puños y ensangrentaba sus ojos y bañaba de asquerosa espuma sus labios. Hubo un instante en que olvidó por completo que buscaba á su rival para hundirle su cuchillo por la espalda ó de frente, según lo alcanzase, y mejor por la espalda, como le fuera posible. Escapó de repente como un toro bravo, subió por la calle del Betis y quedábase alguna vez parado, como si de pronto un poder superior le retuviera. Contemplaba con ojos sanguinolentos el agua del río, que seguía su curso apacible como burlándose de la tempestad de su corazón. Los celos y la lujuria parecían sacar de allí, del fondo del río, para ponerla delante de sus ojos rabiosos, la figura de Pedro Antonio muerto, con el corazón acribillado á golpes, y la figura de *la Mística* como él la soñaba en su feroz delirio, blanca, hermosísima. Su nariz se dilataba aspirando con avaricia el olor de la sangre de Pedro Antonio y el perfume de la mujer amada, emanaciones poderosas que parecían venir de todas partes para hinchar sus pulmones, envolviéndole, acariciándole, embriagándole. Luego, como si se hiciera cargo de la realidad desgarradora, veía á Pedro Antonio sano, fuerte, en todo el poder de su juventud; veía también á la mujer, desdeñosa, adusta, irritada, apartándose de él..., apartándose siempre. Sentía en todo su organismo como si se le hiciese pedazos el golpe que Pedro Antonio le asestó en la nuca. Sentía en lo profundo de sus entrañas negras de demonio el frío desgarrador de las frases de desprecio de *la Mística*, y se erizaban sus cabellos y retorcíase como un condenado.

Se tiró al suelo, mordió la tierra con poderoso bramido. Estaba entonces en el campo, allá, en las afueras, sobre el borde mismo del Guadalquivir. Tibia

luz alumbraba, y las estrellas empezaron á lucir, haciendo más dulce la tranquilidad de la campiña.

Hubo un segundo en que intentó arrojarse al río. Tan grande fué su locura, tan grande su desaliento. Se alzó como para correr al agua, pero sintió sobre el pecho, al levantarse, el contacto duro de su cuchillo. Esta impresión devolvióle un poco de lucidez y corrió de nuevo desesperadamente en busca de Pedro Antonio. ¿Dónde fué? ¿Qué hizo? ¿Cómo transcurrió para el furioso aquella horrible noche? Sólo puede decirse que anduvo sin descanso de calle en calle, de taberna en taberna, bebiendo siempre y aumentando con el vino aquella embriaguez tremenda que ya le producía la sangre de Pedro Antonio, no derramada aún, y la idea candente de *la Mística*, con todo su atractivo de frescura, gracia y castidad..., con todo el poema de su amor por Pedro Antonio, que la embellecía y la engrandecía.

Cuando pasó la noche, cuando las estrellas se ocultaban y despertó el día con toda su pompa de arrullos de pájaros y luz pura; cuando el sol imprimió su primera caricia, como una amorosa mano de cielo, sobre los tejadillos y las agujas de las torres de las iglesias y el Guadalquivir parecía entonar con su murmullo la oración más suave, Frasquito Cruz estaba otra vez allí, en el borde del río, torva la vista, henchido el corazón del virus que le era imposible escupir, pensando en la mujer que era su vida y que sería su muerte, en su imagen pura, radiosa, en sus labios palpitantes, fresquísimos, cuyo dibujo primoroso, con la poesía salvaje del deseo, su corazón esclavo parecíale contemplar en cualquier burbuja de las aguas serenas, en cualquier caprichosa nube que manchase el horizonte, en la brizna insignificante del suelo, hasta en las alas de aquellos pájaros que revoloteaban á su alrededor alguna vez, para lanzarse en la inmensidad y perderse... Y entonces con más rabia quería hundir su puñal en el corazón de Pedro Antonio y hacer crujir su cabeza bajo la ancha y formidable boca de su martillo.

Y allí permanecía, sin abstraerle nada de aquel cuadro hermosísimo de luz. Las cadenas de las embarcaciones, los cordelajes, los palos escuetos, se le figuraban líneas pavorosas de aquel destino que le impulsaba á matar...

Y mató. Las cosas, cuando han de suceder, suceden. Frasquito Cruz mató, pero mató por la espalda. Cayó Pedro Antonio sin decir Jesús. Era un valiente; pero con los traidores, la valentía, ¿de qué sirve? Huyó el asesino y nada sabíase de él, por mucho que trabajaron para capturarle. Cuando *la Mística* tuvo noticia del asesinato, no lloró, no gritó, no se desmayó. Su lindo rostro de virgen se puso muy pálido, eso nada más; pero una palidez que no perdió ya en el resto de su vida. Cuando murió su padre, algún tiempo después, dejándola sola en el mundo, Frasquito Cruz andaba todavía á salto de mata sin que la Guardia civil se le hubiese echado encima. Ella, sin hablar á nadie, sin consultar á nadie, hízose un trajecito de hombre, vistióselo tranquilamente y en una semana pudo lograr lo que no había logrado la justicia en tanto tiempo. ¿Cómo pudo lograrlo? No se sabe. Es lo cierto que lo encontró dormido en una cueva del término de Manis, allá por el cerro de hierro. Le despertó muy tranquila, le dijo quién era con más tranquilidad aún, y cuando Frasquito Cruz intentó desviarse, presintiendo sus intenciones, le dejó seco de un balazo en las sienes.

Volvió á Sevilla, se presentó al juez, la encarcelaron, la juzgaron, salió absuelta, se perdió de vista y un año después se supo una novedad que dejó atónitas á las gentes. Se había hecho monja.

M. Martínez Barrionuevo.

(Dibujo de Triadó.)

REPÚBLICA ARGENTINA.—BUENOS AIRES

SALÓN «WITCOMB»

EXPOSICIÓN DE PINTURA: ARTE CATALÁN

En el hermoso salón de la artística fotografía «Witcomb,» se acaba de inaugurar una exposición de pintura, de obras que pertenecen por completo á artistas catalanes. Es una exposición de superior importancia y en su género digna de admiración, de alabanza y de estudio.

Con intensa satisfacción nos enteramos de que la organización se debía al laureado marinista D. Eliseo Meifrén, siendo desde Barcelona remitida al inteligente y acaudalado industrial argentino D. Juan Canter; persona que al gusto artístico bien cimentado y bien definido, une gran entusiasmo, conocimiento y admiración por todo lo que á la catalana tierra se refiere.

Si acertado anduvo el Sr. Meifrén escogiendo representante de tanta valía, no lo fué menos en las obras. El género impresionista tiene todavía muchos detractores apasionadísimos, pero poco á poco se introduce en el gusto de este público; va ganando terreno, adquiere admiradores, surgen entendidos y los compradores aumentan, aunque en pequeña escala.



El Padre Urdaneta evangelizando á los indios de Filipinas, grupo del monumento inaugurado en Villafranca (Guipúzcoa) en 20 de septiembre último, modelado por Isidro Uribesalgo y fundido en los talleres de Masriera y Campins.

Hoy por hoy el mercado porteño es refractario á esa faz del arte moderno en pintura. Se vende, pero poco. Domina, y seguramente dominará por largos años, el gusto por el detalle, por la general verdad del color y del dibujo hasta en las minucias; y lo *académico*, más ó menos sentido é intenso, tendrá mucha mejor salida que cuanto tienda á la escuela impresionista.

Escribimos así, impulsados por la noble intención de ser verdaderamente útiles á nuestros paisanos. Al cruzar sus obras el Océano, deben llegar provistas de todas las cualidades para la posible y fácil venta, no siendo la menor conocer el mercado. El que nos ocupa continúa siendo muy afecto á los tipos hermosos bien definidos, á mucho sol, á mucha luz, á asuntos simpáticos, atrayentes, fáciles de entender, sencillos, sin grandes complicaciones de contrastes; con la añadidura de estar hecho á conciencia, con amor, con talento, con arte verdadero: para entendidos; no *para la exportación*. Y á lo escrito agregaremos que los precios han de guardar equivalencia con la importancia del trabajo y de la firma, según el mercado europeo de que forme parte el artista y la natural adición de gastos consiguientes; pero no por ser obras destinadas á América y en especial á Buenos Aires se las ha de gravar con precios exorbitantes que, no sólo dificultan la venta ó la anulan, sino que también son rémora al éxito artístico en general y á la conquista del mercado en particular.

Observaciones son estas hijas de nuestros veinte años de vida porteña, de nuestras aficiones y entusiasmos por el arte pictórico, de nuestro ferviente amor y constante deseo para que Cataluña triunfe soberanamente y ocupe en la República Argentina lugar preeminente por el talento de sus artistas sinceramente juzgados, bien comprendidos, y para que las obras sean adquiridas en el justo valor artístico y pecuniario.

La exposición está formada por 74 obras, presentadas con cierto lujo de buen tono que caracteriza el modo de ser de la casa Witcomb y la manera como entiende esta clase de públicas presentaciones, especie de certámen-venta del arte plástico, del arte del color, del arte de las emociones estéticas en que el sentimiento y cultura del alma toman principalísima parte.

Y 23 son los artistas presentados. La gran mayoría desconocidos en la metrópoli argentina; pero como los trabajos en general son superiores, ha resultado que el éxito ha sido franco y buena la venta á los tres días de estar expuestos al público.

Meifrén presenta algunas de sus obras—en número de trece entre paisajes, marinas y asuntos de estos pagos,—pintadas durante su último viaje por la República; modo sencillo de hacer justipreciar su talento llevando á la tela la belleza, ambiente y poesía de la *Playa de los pescadores, Punta de las piedras, La Perla*, de Mar del Plata, la aristocrática playa argentina sobre el Océano Atlántico. Además figuran otros óleos, carbones y pasteles, y entre los primeros sobresale *Desterrada*, una mujer solitaria á orillas del Paraná. Este cuadro por sí solo merecería un artículo por su espléndida belleza, por su colorido é indefinible melancolía. Vendidos tiene un carbón y un pastel, *Vadeando* y *Nubes rojas*.

Casas figura con diez y seis de sus geniales dibujos; tipos femeninos admirablemente apuntados con gran verdad en sus posiciones. Las señaladas con los títulos *Toilette, Coqueta, Esperando* y *Champagne* han sido adquiridas; pero sobresalen más á nuestro humilde entender *Lulú, Imperio* y *Soñadora*.

Mir tiene tres óleos, dos paisajes de Mallorca—uno vendido—y *Primera comunión*. Este último bastante admirado y muy discutido.

Galwey expone también tres preciosos óleos que le acreditan como paisista de primer orden. Dos están ya vendidos, *Puesta de sol* y *Tarde*.

El celebrado poeta, autor dramático y prosista eminente D. Santiago Rusiñol presenta cuatro telas: vendida la señalada como de mayor mérito, *Mercado de Valencia*. Y, en efecto, tiene verdad, armonía y sinceridad de expresión en medio de la sencillez con que está ejecutado. También han sido muy comentadas las otras tres, especialmente *Un jardín abandonado*. Los cuadros de Rusiñol resultan mucho más comprensibles cuando se han leído sus hermosas obras literarias. Su alma, su ser, su sentir, todo su sistema nervioso y pensante está distribuído entre ambas producciones, que se complementan una á otra. Es el gran poeta-pintor ó el excelente pintor poeta.

Solá fué el primer agraciado con el «vendido» puesto sobre su sentido cuadro al óleo *La vuelta del trabajo*.

Roig y Soler figura con tres óleos. Han sido adquiridos los dos de la *Playa de Sitjes*. El otro, que representa un fragmento del *Puerto de Barcelona*, se distingue por su dibujo y por la entonación de color.

Picasso, de los impresionistas más valientes, tiene cinco pasteles que han sido objeto de apasionadas críticas. A pesar de ello, ha vendido dos, *La Toilette* y *Últimos momentos*. En su género nos gustan mucho *Idilio* y *La maja* por la firmeza y seguridad del trazo.

Mas y Fondevila tiene cinco preciosos óleos, todos muy dignos de encomio, en particular *Monaguillo* y dos *Estudios* primorosos. Ha vendido dos cuadritos, los dos de *Venecia*, que son encantadores.

Otro de los cuadros que ostenta el letrerito ansiado es el de Parra, *Naturaleza muerta*. Aquella colgada perdiz se sale materialmente del marco.

Suñer figura con un *Paisaje de Mallorca* y otro óleo de verdadero mérito, *Procesión*, adquirido.

Además están representados: Galofre con dos preciosos dibujos; el famosísimo Mariano Fortuny, con una acuarela, apunte de una batalla y una caricatura muy preciosa al *gouache*; Codina, con un óleo, *La costura*; Cressi, con dos preciosos cuadros, *Naturaleza muerta*, pintados con mucho arte; Godoy, con un óleo, *Los novios*; Graner, con otro muy sentido, *Noticias de la huelga*; Miralles está representado por una *Cabeza*, al óleo; Nonell tiene un bonito dibujo que titula *Dolce farniente*; Paris, *Un noy*; Roca, dos grandes acuarelas, *Idilio* y *Mosquetero*; Xiró, un *Interior* al óleo; Urgell, un hermoso paisaje, *Atardecer*, y Triadó un precioso dibujo, *Las sirenas*.

Gran victoria será si el arte catalán con su poderío contribuye triunfante á la creciente cultura de la República Argentina.

Justo Solsona.

Buenos Aires, 1904.



REPUBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – SALÓN WITCOMB. – EXPOSICIÓN DE PINTURA: ARTE CATALÁN. – YUNTA DE BUEYES, dibujo de Baldomero Galofre. – MONAGUILLO, cuadro de A. Mas y Fondevila. – MONTMARTRE, cuadro de Ramón Casas. – MAJA, cuadro de Picasso. – NOTICIAS DE LA HUELGA, cuadro de Luis Graner. – PRIMERA COMUNIÓN, cuadro de Joaquín Mir. – PLAYA DE LOS PESCADORES, MAR DEL PLATA, cuadro de Eliseo Meifrén. – PLAYA DE SITJES, cuadro de J. Roig y Soler. – BATALLA, apunte por Mariano Fortuny. – MERCADO DE VALENCIA, cuadro de Santiago Rusiñol. (De fotografías remitidas por D. Justo Solsona.)

CONGRESO HISPANO-AMERICANO

DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS

Como preparación del que ha de celebrarse próximamente en Roma y por iniciativa de la congregación de esta ciudad, se ha celebrado un Congreso hispano-americano de las Congregaciones Marianas, cuya inauguración se realizó en el salón central del Palacio de Bellas Artes.

El amplio local había sido decorado bajo la dirección del arquitecto don Jerónimo Martorell y ofrecía un aspecto magnífico. En el descanso central de la escalera, bajo dosel de terciopelo rojo, destacábase la imagen de la Inmaculada, rodeada de luces y flores. Al pie del dosel habíase dispuesto el estrado destinado á la presidencia y autoridades, separado por algunas gradas de otro estrado reservado á los representantes de sociedades y corporaciones.

El resto del salón estaba adornado con guirnaldas y colgaduras, predominando en el decorado general los tonos azul y blanco.

La sesión inaugural resultó solemnísima: fué presidida por el Emmo. Cardenal Obispo de esta diócesis D. Salvador Casañas, y á ella asistieron representantes de algunas corporaciones oficiales y un número inmenso de congregistas.

Comenzó el acto con un sentidísimo discurso del Emmo. Sr. Cardenal, quien, después de haber saludado á la Congregación de Barcelona, iniciadora del congreso, y á las congregaciones hermanas que con tanto entusiasmo han acudido á su llamamiento, justificó la oportunidad de la celebración de aquél, porque la Iglesia ha de luchar con las mismas armas con que se la combate, la principal de las cuales es la propaganda, y terminó encareciendo la necesidad de luchar con fe y entusiasmo por el amor á María.

BARCELONA. – Congreso hispano-americano de las Congregaciones Marianas, celebrado en el Palacio de Bellas Artes
Aspecto del salón en donde se ha celebrado la sesión inaugural. (De fotografía de A. Merletti.)

Pronunciaron también elocuentes discursos los Sres. Pomés, presidente del comité ejecutivo; González, en nombre de la congregación de Sevilla, y Carreras, en el de la de Buenos Aires. Además se leyeron una hermosísima carta del prelado de Vich doctor Torras y Baiges y un notable discurso de don Bartolomé Feliu, de Zaragoza.

Dióse asimismo lectura de un breve pontificio en el que Su Santidad, después de expresar el gozo que le ha producido la reunión del Congreso y la importante misión que le está encomendada, añade: «No abrigamos la menor duda de que será grande la utilidad que reportaréis de semejante Congreso, y no sólo brilla para Nos una cierta esperanza del copioso fruto que se os ha de seguir de la importancia de vuestro propósito y consejo de lo adecuado de vuestra acción, sino también de aquella pura voluntad y fe con la cual, siguiendo el lema de Ignacio de Loyola, buscáis de día en día la mayor gloria de Dios.»

Este breve, que termina con la bendición apostólica para los congresistas, fué escuchado por éstos de pie y acogido con entusiastas aclamaciones.

El Congreso se divide en cuatro secciones: la general, la de organización y vida de las Congregaciones Marianas, la de estudio de la organización y vida de éstas desde el punto de vista intelectual y la de estudio del movimiento social.—X.



BARCELONA. – CONGRESO HISPANO-AMERICANO DE LAS CONGREGACIONES MARIANAS. ASPECTO DEL SALÓN DURANTE LA SESIÓN INAUGURAL
(De fotografía de A. Merletti, hecha con luz artificial.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Posiciones rusas durante el fuego de fusilería que siguió á la retirada de Liao-Yang
(De fotografía remitida por León Bouet, de París)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

La situación de los ejércitos de Kuropatkine y de Oyama, que desde hace tantas semanas ocupan las mismas posiciones en que quedaron después de la sangrienta batalla del Cha-Ho, no ha sufrido variación alguna. En muchos puntos, según testimonio del propio generalísimo ruso, las fuerzas de ambos bandos están separadas unas de otras por una distancia de 300 metros, y un despacho procedente de Mukden dice que los soldados rusos y japoneses, para proporcionarse el agua que necesitan, han establecido una especie de acuerdo tácito por virtud del cual bajan al río Cha-Ho sin armas y no se hostilizan en lo más mínimo.

En la noche del 18 al 19, sin embargo, intentaron los japoneses un ataque contra la colina Poutiloff. Los rusos, que desde hacía días esperaban una agresión, apenas vieron avanzar al enemigo se apercibieron al combate, que comenzó con un violento y certero cañoneo de la artillería japonesa, y resguardados por sus trincheras, esperaron á que aquél estuviera cerca; entonces, y habiendo tenido que cesar en su fuego la artillería de los japoneses para no dañar á su propia infantería, rompieron nutrido fuego, obligando á los asaltantes á retirarse desordenadamente, no sin dejar 80 muertos y llevándose 200 heridos. Las pérdidas de los rusos fueron insignificantes.

Las noches son allí sumamente frías, llegando ya el termómetro á marcar 10 grados bajo cero.

El 16 de este mes llegó á Che-Fu el contratorpedero ruso *Raztoropny*, que había salido de Puerto Arthur poco después de media noche á favor de una violenta nevasca; y aunque había sido descubierto por varios buques de la escuadra de Togo, pudo, gracias á su gran velocidad, escapar á la persecución de éstos y llegar sano y salvo al mencionado puerto. Apenas hubo entrado en éste, fué visitado por las autoridades chinas, á las cuales declaró el comandante que era portador de varios despachos del general Stoessel para el gobierno ruso, y prometió desarmar el barco; pero en cuanto estuvo terminada esta operación, hizo desembarcar á toda la tripulación y volar el buque, por el temor de que los japoneses se apoderaran de él, cometiendo una violación de neutralidad análoga á la de que fué víctima el *Retschitelny*. Los tripulantes del *Raztoropny* se refugiaron en el crucero chino *Hay-Yung*, dícese que para escapar á los japoneses, pues éstos habían formulado la pretensión de hacerlos prisioneros de guerra.

El corresponsal en Shanghai de un importante diario londinense afirma que al mismo tiempo que el *Raztoropny* salieron otros tres torpederos que llevaban duplicados de los despachos del general Stoessel y en dos de los cuales iban además algunos oficiales tan gravemente heridos, que se había creído más prudente exponerles á los peligros del mar que condenarlos á una muerta cierta en los hospitales de Puerto Arthur, llenos de enfermos. Según el propio corresponsal, uno de estos torpederos fué echado á pique por el *Kasuga*, después de media hora de combate, habiéndose salvado únicamente cuatro tripulantes; otro fué destrozado por un torpedo del *Matsushima*, perdiéndose totalmente barco y tripulación; y el tercero fué asimismo completamente destruído por dos cañoneros japoneses. Es de suponer, sin embargo, que esta noticia es falsa, porque, de ser cierta, ya hubiera venido oficialmente confirmada desde el Japón.

Volviendo al *Raztoropny*, se sabe que el comandante llevaba despachos importantes para el gobierno ruso, pero al público sólo se ha comunicado uno del general Stoessel que resume las operaciones realizadas contra Puerto Arthur desde el 7 al 15 de noviembre. Durante este período los japoneses efectuaron varios ataques, apoyados por un violento bombardeo. El asalto más encarnizado fué el del día 12, en que se trabó un sangriento combate á la bayoneta en las trincheras construídas delante de los fuertes permanentes. Después de varias horas de lucha, los asaltantes se retiraron con pérdidas enormes. Al día siguiente volvieron dos veces á la carga, á las cuatro de la tarde y á las nueve de la noche, haciendo los combatientes gran uso de la bayoneta y de las granadas de mano y viéndose nuevamente obligados los japoneses á retirarse. El general añade que el espíritu de las tropas es excelente, que todas rivalizan en valor, que el fracaso sufrido por los japoneses ha aumentado aún el ánimo de los sitiados y que el personal sanitario funciona con admirable celo y es merecedor de los más grandes elogios.

En uno de los números del *Novi Krai* (periódico que, á pesar del sitio, sigue publicándose en Puerto Arthur) llevados á Che-Fu por el *Raztoropny*, se da cuenta de haber sido destruído por los rusos, el día 11 de este mes, un contratorpedero japonés de cuatro chimeneas. Desde hacía algunos días, dice el citado periódico, varios buques japoneses se dedicaban á quitar minas flotantes de la bahía Tache; un guardia marina llamado Dimitrieff concibió el atrevido proyecto de lanzar un torpedo contra algunos de estos barcos á favor de la obscuridad, y embarcándose con doce hombres en una chalupa de vapor del *Retvisan*, provista de un tubo lanza-torpedos, salió del puerto entrada la noche. Tuvo la suerte de evitar los proyectores del enemigo y pudo acercarse, dando un gran rodeo, á los buques japoneses; y cuando estuvo á conveniente distancia, disparó un torpedo que alcanzó á uno de los contratorpederos, el cual se hundió inmediatamente, regresando la chalupa á toda máquina sin haber sido molestada.

Estas son las únicas noticias oficiales que de Puerto Arthur se han recibido.

Aparte de ellas, las que llegan procedentes de Che-Fu y de los corresponsales ingleses que van con el ejército sitiador, son, como de costumbre, contradictorias y sin ningún reparo pueden tacharse de exageradas. Según los japoneses, la plaza carece de los elementos más esenciales para prolongar su resistencia, y desde Tokio han llegado á telegrafiar á un diario de Londres que las municiones están completamente agotadas y que los rusos se ven en la necesidad de utilizar viejos proyectiles chinos «rellenos en parte de serrín.» Inútil nos parece insistir sobre la exageración de este despacho: si tal fuese la situación de Puerto Arthur, sería incomprensible que los japoneses, que de tantos medios disponen, no se hubiesen ya apoderado de una plaza que ellos mismos presentan como poco menos que sin medios para la más pequeña defensa. Otros despachos, en cambio, afirman que Puerto Arthur dispone todavía de víveres y municiones en gran abundancia, y á juzgar por los hechos, esta última versión parece más cerca de la verdad que la otra.

Efectivamente, á pesar del bloqueo de la escuadra japonesa, siguen entrando en Puerto Arthur juncos chinos y hasta vapores con provisiones; últimamente ha logrado penetrar en aquel puerto, según se afirma, un buque inglés cargado con 83.000 proyectiles.

Lo cierto es que después de tantos meses y de tantos sacrificios, los japoneses no se han apoderado de ningún fuerte permanente y sólo son dueños de una parte de las obras de campo avanzadas.

En concepto de algunos corresponsales, los sitiadores han cometido varios errores graves, siendo uno de los principales el haber basado todas sus operaciones en el estado en que se encontraban las fortificaciones en los comienzos de la guerra, siendo así que desde entonces los sitiados han introducido en ellas mejoras importantísimas.

Desde hace algún tiempo la escuadra del almirante Togo no toma parte en los ataques de la plaza, por haber recibido de su gobierno la orden de no comprometer sus buques, que no tardará en necesitar para luchar contra la del almirante Rodjestvensky.

Terminaremos esta información reproduciendo el telegrama dirigido por el general Stoessel al tsar, en 3 de los corrientes, con motivo del aniversario de su advenimiento al trono. Dice así:



GUERRA RUSO-JAPONESA. – El estado mayor general japonés del mariscal Oyama descansando durante una de las pausas de la batalla de Liao-Yang (De fotografía)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados japoneses recibiendo por teléfono órdenes y noticias durante la batalla de Liao-Yang. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Cremación de cadáveres de soldados japoneses muertos en la batalla de Liao-Yang. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Tropas del general Kuroki dirigiéndose á las minas de Yentai, durante la batalla de Liao-Yang. (De fotografía.)

«Hoy es un día grande y solemne para toda nuestra patria. Rogamos á Dios y felicitamos á nuestro tsar con un estruendoso hurra; y después de haber doblado la rodilla, rogamos á Dios que conceda la salud á Vuestra Majestad, á Sus Majestades las emperatrices y al gran duque tsarevitch.

»Nuestra alegría es tanto mayor cuanto que todos los asaltos y ataques, que han durado nueve días, han sido rechazados para este gran día del aniversario de vuestro advenimiento al trono, el mismo día en que nuestros enemigos japoneses celebran el aniversario del nacimiento de su Mikado, día en que habían de apoderarse (así lo juraron) de esta plaza: Dios está con nosotros.»

La segunda escuadra del Pacífico prosigue su viaje sin contratiempo. Una de sus divisiones ha llegado ya á Port-Said y se dispone á pasar el canal de Suez.

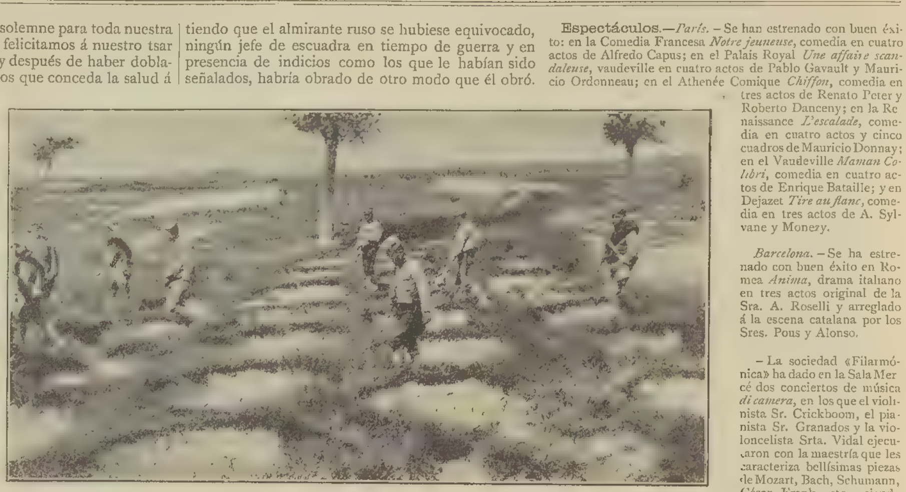
El general Orloff, de quien se había dicho que por su torpeza había sido causa de que se perdiera la primera batalla de Liao-Yang, y que en cuanto lo permitiera el estado de la herida recibida en aquella acción sería enviado á Europa, ha regresado de Kharbin y ha sido nuevamente incorporado al ejército de la Mandchuria, entrando á formar parte del estado mayor de Kuropatkine. Con esto quedan destruídos todos los rumores que habían circulado en contra del citado general. Además, el relato que éste ha enviado al *Novoie Vremia* del combate en que su división desempeñó el principal papel, demuestra que en modo alguno puede atribuírsele la derrota por los rusos sufrida.



Guerra ruso-japonesa. – Dibujo esquemático que representa la disposición y el interior de las trampas abiertas por los rusos delante de sus trincheras de Liao-Yang.

Entre la correspondencia que el *Raztoropny* llevó á Che-Fu hay una carta que el general Balashof, jefe de la Cruz Roja de Puerto Arthur, ha dirigido á un periodista americano en contestación á varias preguntas que éste le había hecho. En ella se queja enérgicamente de la infracción de las reglas del convenio de Ginebra por parte de los japoneses, quienes, según parece, han dirigido sistemáticamente el fuego de su artillería contra tres buques hospitales que habían sido anclados en un rincón de la rada completamente aislado y ostentaban señales distintivas que podían verse aun desde larga distancia. Los japoneses, añade el general Balashof, no pueden alegar ninguna excusa, por cuanto para dirigir el bombardeo se valen de globos cautivos y sus tiros están siempre determinados con gran precisión.

El gabinete inglés ha adoptado de algunos días á esta parte una actitud más conciliadora respecto de Rusia. A ello han contribuído sin duda poderosamente las manifestaciones hechas al rey Eduardo por el almirante Hedworth Lambton, el cual, en una audiencia particular, dijo al monarca que, aun admitiendo que el almirante ruso se hubiese equivocado, ningún jefe de escuadra en tiempo de guerra y en presencia de indicios como los que le habían sido señalados, habría obrado de otro modo que él obró.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados japoneses buscando á sus compañeros muertos ó heridos en las trampas dispuestas por los rusos delante de sus trincheras de Liao-Yang. (De fotografía.)

Entre las obras de defensa construídas por los rusos en las inmediaciones de Liao-Yang figuraban las trampas abiertas delante de sus trincheras. Estas trampas eran unos hoyos en forma de cono truncado, de 1'50 metros de diámetro en su boca por 60 ó 70 centímetros en su base y de una profundidad de poco más de dos metros, y estaban dispuestos al tresbolillo, en cuatro hileras concéntricas alrededor de los reductos y tan inmediatos unos de otros que era casi imposible atravesar la zona en donde estaban instalados sin caer en ellos. En el fondo había clavada una estaca puntiaguda para que los que cayeran en la trampa quedaran clavados.

El príncipe Luis de Battenberg, ayudante naval del rey y director del servicio de informes de la marina, opina de la misma manera.

Resulta, pues, que lo que hicieron los rusos en Hull y motivó tantas protestas contra ellos es lo que debe hacer toda escuadra previsora en las circunstancias en que se encontró la de Rodjestvensky.—R.

NUESTRO GRABADO

El padre Urdaneta evangelizando á los indios de Filipinas, obra de Isidro Uribesalgo.—En el mes de septiembre último inauguróse solemnemente en Villafranca de Guipúzcoa el hermoso monumento erigido para honrar la memoria del virtuoso Urdaneta, á quien cabe la gloria de haber sido el apóstol de los indios durante el primer período de la conquista del Nuevo Mundo. El escultor Isidro Uribesalgo ha sido el artista á quien ha cabido la suerte de habérsele confiado la ejecución del monumento, habiendo llevado á cabo la obra en forma cumplida, mereciendo justos plácemes por su feliz interpretación, que demuestra las aptitudes que posee. No menos aplauso merece la fundición artística de Masriera y Campins por haber convertido en bronce la obra de Uribesalgo con la cuidadosa atención y maestría que acostumbra.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Barcelona. – El día 13 del actual inauguró el pintor Alejandro Cabanyes, en el *Salón Parés*, la exposición de varias de sus producciones. Formábanla veinte producciones al óleo, constituídas por retratos, paisajes é impresiones. En todas ellas veíase la tendencia del artista, adivinábase el concepto artístico que las informaba, y aunque su tendencia debía aceptarse, resultaba en algunas un tanto acentuada la tendencia impresionista. Esto no obstante, injusto fuera negar cualidades y aptitudes en el autor, con mayor motivo cuando algún fragmento y aun la totalidad de determinadas producciones bastan para que puedan formarse honrosos y laudables juicios.

Nuestro querido amigo y colaborador artístico José Triadó ha exhibido una notabilísima colección de dibujos, que han servido para ilustrar la nueva producción del distinguido escritor catalán J. Pin y Soler titulada «Sonets d'un y altre.» Con decir que la obra del artista es digna de la del poeta, creemos expresar el buen concepto que nos merece, que no podía en manera alguna ser desfavorable, so pena de incurrir en error, si recordamos las aptitudes reconocidas de Triadó para cultivar el arte decorativo, que tanta gloria le ha reportado.

La Srta. Teixidor ha expuesto á su vez cinco cuadros de flores, pintadas á la acuarela con un vigor y frescura inimitables, circunstancias que constituyen la característica de tan simpática artista, que ha logrado singularizarse hasta el extremo de merecer un concepto lisonjero cada una de las exposiciones que organiza.

En el *Salón Robira* ha llamado justamente la atención un hermoso lienzo de Román Ribera representando un á modo de concierto, con todas las bellezas de tonalidad, la delicada gradación de coloraciones que tan admirablemente interpreta este artista, que siempre se manifiesta dueño del trazo y del color.

Por último, en el salón de exhibiciones de la fundición artística de los Sres. Masriera ha figurado un suntuoso y artístico piano, fabricado por la casa Estela y bellamente decorado por Víctor Masriera. El tema desarrollado por el artista ha sido el de la música inspirándose en la naturaleza, ofreciendo el doble interés de la composición y el procedimiento con que ha sido ejecutado, cual es el del pirograbado, cuyas dificultades ha sabido vencer con acierto plausible el joven artista, que no en balde forma parte de una familia cuyo nombre representa y significa un timbre en el mundo del arte.

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Notre jeunesse*, comedia en cuatro actos de Alfredo Capus; en el Palais Royal *Une affaire scandaleuse*, vaudeville en cuatro actos de Pablo Gavault y Mauricio Ordonneau; en el Athenée Comique *Chiffon*, comedia en tres actos de Renato Peter y Roberto Danceny; en la Renaissance *L'escalade*, comedia en cuatro actos y cinco cuadros de Mauricio Donnay; en el Vaudeville *Maman Colibri*, comedia en cuatro actos de Enrique Bataille; y en Dejazet *Tire au flanc*, comedia en tres actos de A. Sylvane y Mouezy.

Barcelona. – Se ha estrenado con buen éxito en Romea *Anima*, drama italiano en tres actos original de la Sra. A. Roselli y arreglado á la escena catalana por los Sres. Pous y Alonso.

– La sociedad «Filarmónica» ha dado en la Sala Mercé dos conciertos de música *di camera*, en los que el violinista Sr. Crickboom, el pianista Sr. Granados y la violoncelista Srta. Vidal ejecutaron con la maestría que les caracteriza bellísimas piezas de Mozart, Bach, Schumann, César Franck, etc., siendo aplaudidos con gran entusiasmo.

– La «Asociación Musical de Aficionados,» que con tanto acierto dirige el maestro Sr. Armengol, ha dado un concierto en cuyo programa figuraban la *Obertura en do*, de Mozart, el *Allegretto scherzando* de la octava sinfonía de Beethoven y un *Scherzo* de Martínez Imbert, las tres ejecutadas por la orquesta; *Les goutes de rosée*, de Godefroid, por la arpista Srta. Martí; una composición del maestro Comas cantada por la Sra. Munné, y varias piezas de Chopin, Mendelssohn y Gottschalk, que tocó en el piano el Sr. Vallhonesta. Cuantos tomaron parte en el concierto obtuvieron muchos aplausos.

– Notable ha sido también el concierto dado por la Unión Musical, en el que los Sres. López Naguil, López Casals, Ribas y Raventós ejecutaron el *Concierto en mi bemol*, de Mendelssohn; el Sr. Granados *Escenas románticas*, originales suyas, un *Vals* de Chopin y una sonata de Beethoven; y el mismo, en unión del Sr. Sánchez Deya, la *Sonata en fa* de Beethoven para violín y piano. Todas fueron admirablemente interpretadas.

BOUQUET FARNESE. VIOLET 29. Bd des Italiens.

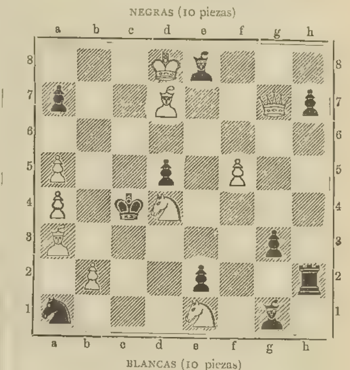
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

Envío n.º 18. - Lema: «Zobe.»

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Envío n.º 19. — Lema: «Hollandais.» – Blancas: R f 3, T d 1 y h 7, A g 1 y h 3, C b 3 y g 6, P a 2, a 4 y d 5 (10 piezas). Negras: R d 6, D f 7, A c 6, C b 7, P c 7 y f 4 (6 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 17. – «Fiat justitia.»

1. T c 3 – c 5, R d 6 × c 5;	2. D d 2 – b 4 jaq., etc.
f 5 f 4;	2. T c 5 – c 6 jaq., etc.
C g 2 – e 1 ó e 3;	2. D d 2 – e 3, etc.
C g 2 – f 4;	2. T c 5 – c 6 jaq., etc.
Otra jug.ª;	2. D d 2 – a 5, etc.

(Se continuará)



HILDA

NOVELA CORTA POR V. GAUDARD DE VINCI.

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI.

(CONTINUACIÓN)

Entre tanto, la joven acababa de sentarse en el Escabel de la ninfa

—Pues se engaña usted, caballero, me respondió alegremente; se me considera aquí como una especie de ninfa de este río, y como ustedes han venido á instalarse en mis dominios, quiero aprovecharme de las circunstancias y cortarles un poco las alas de su independencia. Hablando ahora en serio, ardo en deseos, mezclados con temores, de oir la opinión de un maestro sobre mis pobres ensayos, y espero que, al menos, reconocerá usted, sin retardos ni escapatorias, que debe una visita á la propietaria de los lugares que se propone usted entregar á la posteridad ilustrándolos con su pincel.

Cambiamos aún algunas trivialidades. La joven examinó con mucho interés nuestros lienzos, y después declaró que no quería molestarnos más, se despidió de nosotros y desapareció.

—He aquí una amabilísima persona que no peca, ciertamente, por la timidez, dije secamente dirigiéndome á Raúl. No me extraña que la tarde que pasaste con ella en el castillo te pareciera tan encantadora. Por mi parte, hubiera preferido que esta ninfa de río hubiera sido un poco más reservada. Henos aquí con una invitación á cuestas que se parece extrañamente á una orden. Parece que no se puede hollar la hierba de este valle sin ir á pedir permiso á la tal niña.

—Papá, eres un ingrato, me respondió Raúl con expresión sombría. Esta muchacha ha estado particularmente amable contigo, y hay muchos á quienes haría dichosos que tan amable persona les manifestase ese interés. Ni siquiera has notado que te mostraba tantas atenciones, que no ha tenido ni una mirada para mí.

Creo, realmente, que el pobre muchacho estaba celoso.

—Quiere, simplemente, aprovecharse de mí para aprender á pintar; pero si cree que voy á perder el tiempo en darle lecciones, se engaña, respondí en tono regañón. Veo que tendré que hacerle una visita, puesto que así nos pone el puñal al pecho; pero después..., si se figura que me echará la vista encima...

Al día siguiente fuimos los dos al castillo y me quedé admirado al observar en los lienzos de Hilda un verdadero talento, aunque pecasen en general de mal acabados y de defectos de dibujo, como los de todos los principiantes y aficionados.

En seguida bajamos á la orilla del río, pues tenía yo curiosidad de ver la Caldera de aquel lado. Desde allí se veía más cerca, se destacaba mejor sobre un horizonte más claro y había en su aspecto algo más grandioso y más característico. Formé inmediatamente el proyecto de hacer los estudios necesarios para mi cuadro principal en aquel paraje. El taburete de la ninfa se presentaba al descubierto, y si se hubiera podido colocar en él un modelo ó un maniquí, la leyenda se hubiera reproducido, por decirlo así, del natural.

Hilda, que estaba á mi lado, pareció adivinar mi pensamiento, pues me dijo de repente:

—Necesitaría usted la ninfa, allí, en su escabel, ¿verdad?..

—Eso facilitaría mucho las cosas, respondí. Sin embargo, no es indispensable. Añadiré la ninfa en mi estudio. Lo esencial ahora es reproducir bien ese espectáculo excepcional y el paisaje que le rodea. ¿Quiere usted permitirnos venir unas cuantas mañanas? Ya sabe usted que no se puede trabajar en el mismo sitio más de una hora seguida, á causa del cambio de efectos de luz.

—Ciertamente, caballero; vengan ustedes con la frecuencia que quieran. Me encantará el ver á usted trabajar, pues creo que me permitirá que le mire manejar el pincel y mezclar los colores, lo que será muy ventajoso para mí. ¿Vendrá tambien Raúl?.. Acaso él prefiera continuar su estudio al otro lado del río...

—Si usted me lo permite, dijo Raúl sonrojándose un poco, vendré con mi padre. Como estoy aquí para trabajar bajo su dirección, tenemos la costumbre de estar juntos.

—¿Cómo es, pregunté á Hilda para hacerle hablar un poco de la misteriosa Caldera, que se deja existir de este modo un escollo tan peligroso y que, según dicen, ha causado más de un accidente, cuando sería tan fácil hacerle desaparecer por medio de unos cartuchos de dinamita? No puedo creer que las autoridades le conserven tan sólo por amor á lo pintoresco y por respeto hacia una leyenda romántica.

—Haré observar á usted ante todo, me respondió, que las autoridades no tienen nada que ver con este asunto. Este escollo está en la propiedad de mi padre y nadie tiene derecho de quitarle, puesto que no es un obstáculo en una vía pública de navegación. Yo soy, sin embargo, de la opinión de usted y creo que la Caldera es una especie de perro rabioso encadenado en nuestra propiedad. No basta para la seguridad del público el saber que hay que evitarle, pues se puede tropezar con él por azar y pueden venir extranjeros que ignoren el peligro. Debía, pues, desaparecer. Con todo, un día en que propuse á mi padre que le hiciese saltar para dejar libre el río, se mostró singularmente opuesto á la idea, y yo pensé que mi padre tenía cierto cariño á ese fenómeno natural que la casualidad ha querido poner en su propiedad. Ya sabe usted que á su edad se desea conservar lo que se tiene y se siente un respeto innato por las tradiciones aunque se aproximen á la leyenda. Le vi muy agitado y no se calmó hasta que le prometí no hablarle más del asunto.

La joven dijo esto en un tono tranquilo y sensato y sin que nada indicase en ella la agitación de recuerdos penosos; de lo que deduje que ignoraba por completo las terribles sospechas que pesaban sobre su padre.

—Sabe usted, sin duda, que mi madre perdió la vida en esas pérfidas aguas, siguió diciendo con una inflexión de voz más grave y una fisonomía más seria, como toda persona bien educada debe hacerlo cuando evoca un recuerdo de duelo. Sin embargo, dijo, como apenas tenía yo dos años cuando ocurrió esa desgracia, no puedo decir que la vista de la Caldera me produce ningún recuerdo penoso. Al contrario, me he acostumbrado á mirarla como una especie de monumento funerario erigido á la memoria de mi madre, más que como el instrumento de su muerte.

—Y después de la imprudencia que costó la vida á la baronesa, pregunté, ¿nadie ha tenido la temeridad de penetrar en el escollo?

Hilda volvió la cabeza, sonriéndose imperceptiblemente.

—¡Qué interesante sería el conocer á fondo la historia de ese sitio!, siguió diciendo, sin que pareciese que había oído mi pregunta. Esa historia debe de estar íntimamente relacionada con la del castillo. ¡Cuántos dramas terribles pueden haberse desarrollado en él! En otro tiempo había un subterráneo que unía la Caldera con unos calabozos abiertos en los mismos cimientos del castillo. ¿Imagina usted algún siniestro Barba Azul de la Edad media haciendo desaparecer en ella sus mujeres, una tras otra, ó algún galán trovador arriesgando sus días por agradar á su bella y yendo á cantarle una trova de amor en el escabel de la ninfa? ¡Me entusiasman aquellas épocas heroicas! ¡Cuánto hubiera dado por vivir en ellas!

—Demos gracias á Dios por haber hecho que nazca usted en un siglo menos novelesco, dije para interrumpir aquellos párrafos necios y sentimentales que yo detesto y que me extrañaba oir de ella. No dudo que usted hubiera enviado docenas de trovadores á la muerte, ni que el lago Boren hubiera exhalado torrentes de armonía al recibir entre sus cañas las guzlas que le enviase la Caldera sin estropearlas demasiado.

—Señor burlón, dijo Hilda riendo de buena gana, es usted un oso y un escéptico, lo que no es perdonable más que á los artistas de su renombre y de su mérito, que muestran en sus obras un entusiasta idealismo, sin dejar por eso de protestar constantemente, por sus palabras duras y hasta cínicas, contra su temperamento aristocrático y contra las tendencias elevadas de su espíritu.

III

Volvimos, pues, al castillo al día siguiente y vimos á Hilda, que nos llevó por la tarde á coger cangrejos en el río. Y así siguieron las cosas durante semanas enteras.

No pudiendo decidir á Raúl á renunciar ni por un día á la sociedad de la joven, campé muchas veces por mis respetos, y creyendo haber encontrado un sitio solitario para trabajar, le dejé ir á buscar á Hilda sin acompañarle. Pero era raro que, al cabo de un momento, no los viese llegar á los dos á mi escondite.

Me daba cuenta perfectamente de que lo que había previsto y temido para mi pobre Raúl, era ya un hecho. Raúl estaba profundamente enamorado de la joven. Llegué hasta á decidirme á levantar el campo y á huir con mi hijo de las consecuencias de un amor que sólo podía conducir al más terrible desengaño para él.

La joven, sin embargo, había hecho tales progresos en mi estimación; se mostraba tan modesta, tan natural, tan franca y de tan buen carácter, que era imposible no quererla, aun haciendo abstracción, si era posible, de su belleza y de su gracia. Había yo, pues, llegado á preguntarme si no valdría más dejar que las cosas siguieran su curso natural, con la secreta esperanza de que Hilda acabase por corresponder á aquel amor; pues, con mi fatuidad paternal, me parecía á veces imposible que aquella muchacha no participase de los sentimientos de Raúl.

Por desgracia, el amor, que exige el concurso de dos seres, quiere que uno de los dos ame mientras el otro se deja amar, según dice un refrán de un realismo cruel. En el caso presente era indudable que Raúl conjugaba el verbo activo é Hilda el pasivo. Lo que me inquietaba un poco era ver que, fuese realidad ó afectación, la joven parecía ignorar enteramente los sentimientos que inspiraba.

Yo no me atrevía á animar á Raúl para que se declarase. En aquellos hermosos ojos de matiz indefinible había algo que yo no comprendía y que me alarmaba. Con todo, seguía esperando. Raúl, que se parecía á su madre, era un guapo muchacho, joven y de carácter excelente, aunque un poco blando. En fin, no había en la plaza ningún competidor. «Sería preciso, pensaba yo, que esta muchacha tuviera un corazón extrañamente duro y frío para no dejarse conquistar al fin.»

Hilda y nosotros trabajábamos ahora juntos casi todo el día, tan pronto en un sitio como en otro. Por las tardes conveníamos el punto en que debíamos encontrarnos al día siguiente temprano para consagrarnos á nuestros estudios. Si Raúl y yo llegábamos los primeros á la cita, no tardábamos en ver llegar á Hilda, seguida por un criado que llevaba su bagaje de artista en el campo. La joven hacía grandes progresos bajo mi dirección y se mostraba discípula aplicada, inteligente y llena de talento.

Después de muchas alternativas, el estudio de la Caldera debía ser terminado en el punto en que empezó, del lado del castillo, y así lo convinimos para el día siguiente.

Habíamos llegado, Raúl y yo, al sitio convenido, y estábamos instalando los caballetes, cuando vimos á Hilda que llegaba sola y con las manos vacías, lo que explicó diciendo que no se sentía con ánimos para trabajar y que prefería mirar lo que hacíamos nosotros.

Hilda se sentó un instante detrás de mí, en la hierba, y pareció absorberse en la contemplación de mi trabajo. De repente, indicando con la sombrilla el Escabel de la ninfa, al que estaba yo dando unas pinceladas complementarias, me dijo:

—¿No podría yo servir á usted de modelo para la ninfa que ha de aparecer en su roca?

—¡Excelente idea!, respondí. Usted haría una ninfa encantadora, acaso un poco moderna, pero muy interesante por el contraste con ese paisaje severo y extraño. ¿Pero tendrá usted paciencia para ello? Escogeremos una piedra ó una roca que se parezca lo más posible al asiento de la ninfa y en la que pueda usted instalarse cómodamente. La postura no tiene para qué ser molesta; una ninfa sentada con naturalidad y cierto abandono; eso es todo lo que exigiré. ¿Se siente usted con fuerza para imponer un poco de quietud á su vivacidad natural, amiga Hilda?

—Ciertamente, si usted lo desea, respondió.

Al cabo de unos minutos se levantó, y dejando á mi lado la sombrilla y el sombrero, se dirigió á su lanchita azul, se embarcó y se puso á remar con expresión descuidada é irresoluta.

La habíamos visto hacer lo mismo tantas veces y estábamos tan acostumbrados á verla atravesar el río rodeando el escollo, que ni Raúl ni yo tuvimos la menor sospecha de lo que pasaba en aquella linda cabecita, cuyos cabellos ondeantes agitaba una ligera brisa.

De repente, mi hijo, que la devoraba con los ojos, se levantó precipitadamente, se llevó las manos á las sienes en un ademán de espanto y exclamó con voz ronca:

—¡Papá!.. ¡Va á abordar al escollo!

Me levanté de un salto.

En lugar de rodear el escollo como de ordinario, Hilda acababa de poner la proa hacia la primera línea de las rompientes... La vimos dar dos ó tres vigorosos impulsos con los remos, que llevaron la embarcación al centro mismo de aquella línea, y después se levantó, cogió un remo con las dos manos y lo apoyó en una punta de la roca que se encontraba entonces detrás del barco.

La lancha se levantó por la proa, como un caballo que se encabrita, y desapareció un instante con la intrépida joven, detrás de una peña.

Un momento después, Hilda trepaba al Escabel de la ninfa, agitando el pañuelo.

Aunque al alcance de la voz, el ruido del agua no nos hubiera permitido entendernos; era, pues, inútil tratar de comunicarnos de palabra.

El tiempo transcurrido desde que la joven estaba á mi lado hasta el momento de verla aparecer en la roca maldita había sido tan corto, que me parecía estar soñando.

Aquella audaz corazonada me heló de terror. ¡Si al menos se hubiera encontrado entonces fuera de peligro!.. Pero tenía que volver, y la salida de la Caldera presentaba exactamente los mismos riesgos que la entrada. ¿Y qué podíamos hacer para socorrerla? No teníamos á mano ninguna embarcación... ¿Y de qué nos hubiera servido el tenerla?

Raúl estaba lívido y se paseaba por la orilla gesticulando como un loco.

Entre tanto, la joven acababa de sentarse en el Escabel de la ninfa, y comprendí, al verla inmóvil y en una actitud natural y graciosa, que había realizado aquella hazaña para servirme de modelo y que no dejaría aquel lugar maldito sin que le hiciese señas de haber terminado mi croquis.

Cogí, pues, la paleta y los pinceles y me puse á pintar para satisfacerla, angustiado al pensar que era acaso la última vez que la veía viva y al figurarme la desesperación de Raúl si la Caldera se tragaba su presa.

Trabajé febrilmente, á pesar de mi agitación, durante media hora, y conseguí hacer un estudio bastante parecido.

Había terminado y no me atrevía á hacer señal alguna; al pensar que se trataba acaso de la muerte de aquella encantadora joven, mi corazón se oprimía y los ojos se me llenaban de lágrimas. Me asombraba al ver qué lugar ocupaba en mi corazón y qué vacío dejaría en él su muerte.

Yo no sé si adivinó lo que pasaba en mí; pero, de repente, la vi levantarse y desaparecer detrás del Escabel. Durante un momento estuvo ocupada, sin duda, en desatar el barco para la peligrosa vuelta. Me pareció que mi corazón dejaba de latir.

La vimos pasar como un relámpago por el estrecho fatal y después por detrás de la roca... La proa de la barca se hundió en el agua, mientras la popa se levantaba como en un respingo de adiós á la Caldera... Un instante después se encontraba fuera de la zona peligrosa, y á poco desembarcaba, algo pálida todavía, pero con sonrisa de triunfo y con esa expresión particular de una niña que espera una reprimenda.

Raúl se lanzó á su encuentro y la ayudó á salir del barco.

—¡Oh! Hilda, ¿cómo se expone usted así?, le dijo estrechándole las manos y mirándola con ojos arrasados de lágrimas, en los que se pintaba la pasión con tal elocuencia, que era ya imposible que ella la ignorase.

—¡Bah!.. Cálmese usted, Raúl, respondió Hilda en un tono que me pareció un poco seco. Como este río será un día mi propiedad, es necesario que lo dome.

Mientras mi hijo amarraba la lancha en su sitio, Hilda se me acercó, y dirigiéndome esa mirada extraña que siempre me alarmaba, se inclinó hacia el

lienzo y murmuró, ó me pareció, al menos, que murmuraba:

—Y bien, ¿comprende usted ahora?

Yo había tenido tiempo de calmarme y de enjugar algo que me hacía cosquillas en los ojos. A mi angustia había sucedido un corto instante de enternecimiento y de alegría al verla fuera de peligro, pero ese momento de emoción se había trocado en un sentimiento de cólera y de indignación que duraba todavía.

—Hilda, le dije en un tono todo lo severo que pude, si tuviera el honor de conocer á su padre de usted, iría ahora mismo á decirle que su hija no se encuentra en estado de salir sin niñera, y que si ésta no está ya en casa y él quiere conservar su heredera es preciso que se procure una buena aya, una mujer de peso, con los cordones del delantal bastante fuertes para resistir las cabriolas de una niña indisciplinada é imprudente.

—O un buen marido, capaz de llenar las mismas condiciones que el aya, añadió la joven riendo y mirándome descaradamente á los ojos, aunque un poco ruborizada.

Aquella respuesta me chocó. Me pareció de pronto que la ocasión era excelente para decir algo en favor de Raúl. ¿Pero qué y cómo? Comprendía que si hubiera yo pertenecido al sexo que se complace en las intrigas de ese género, hubiera cogido diestramente la pelota en el aire para hacer comprender á Hilda cuánto la amaba Raúl y qué excelente marido sería para ella. Desgraciadamente, el tiempo urgía, y mi hijo me obligó, al presentarse, á dejar para mejor ocasión mis proyectos de intermediario matrimonial.

—¿Es la primera vez que realiza usted esta hazaña?, le preguntamos.

—No, respondió; lo he hecho ya dos veces, sin que lo sepa mi padre, por supuesto, pues no me perdonaría jamás tal imprudencia si llegase á saberla. Por lo demás, se ha exagerado mucho la dificultad de entrar en la Caldera. Se trata solamente de saber levantarse á tiempo, y en pie en la popa, impulsar la lancha hacia delante, pues el paso es muy estrecho para servirse de los remos horizontalmente. Así es como se franquea el punto crítico, según enseña la tradición, transmitida de unos á otros como un secreto. Hay que saber también que no existe más que un solo punto en la roca en que se pueda apoyar el remo sin que se escurra. Si no se da con él, se está perdido.

—No le he visto á usted mirar el pequeño estanque, le dije. La tradición dice, sin embargo, que se ve en él todavía la cara de la bella ninfa de otros tiempos. ¿No tiene nada de tentadora para usted esa vista? Pues no será porque tenga usted que temer la comparación.

—Ese es un cumplimiento que me resulta muy agradable por lo mismo que no estoy acostumbrada á que usted me los dirija, señor mentor, me respondió riendo. Buena falta le hacía á usted para que le perdonase su impertinencia de hace un momento.

—Bueno, pero no ha respondido usted á mi pregunta. ¿Cómo es que no ha tenido usted la idea de mirar al estanque de la ninfa?

—Porque sé muy bien lo que se ve en él, me respondió en tono seco y aun creo que estremeciéndose un poco, y no quiero volverlo á mirar. Pero observo, añadió volviéndose hacia el caballete, que los temores que tanto me halaga el haberle hecho á usted pasar, no le han impedido pintar una ninfa para la que me enorgullezco de haber servido de modelo. No quisiera parecer inmodesta, pero hasta me parece que es un retrato, y un retrato muy parecido.

IV

Al día siguiente me sentía poco dispuesto á la sociabilidad y dije á Raúl que fuese solo al castillo, lo que no pareció contrariarle en modo alguno.

Tenía yo necesidad de estar solo para poner un poco en orden mis ideas y para analizar ciertas sensaciones desconocidas que parecían ser consecuencia de la sacudida moral que el suceso del día anterior me había producido.

Sentía una secreta irritación contra mí mismo y más aún contra aquella muchacha, cuyo verdadero carácter me parecía más incomprensible que nunca. ¿Pertenecía, pues, á esa categoría de personas cuya nota característica consiste en hacer precisamente lo contrario de lo que se quiere de ellas, y que, á pesar de una aparente docilidad, ponen un empeño obstinado en probar que se burlan de las sanas exhortaciones y de los buenos consejos?

—Esta muchacha, me decía, que se encuentra casi sola en el mundo, sin amigos, sin parientes, sin consejeros, se da cuenta perfectamente del interés que me inspira y parece apreciar mis consejos y agradecer mi deseo de contribuir á su dicha. Ella misma debe sentir la necesidad de que alguien la ame y la dirija. Su soledad y su juventud debieran disponerla al amor. Sabe muy bien que nada me causaría más placer que verla corresponder á los sentimientos de Raúl y sabe al mismo tiempo que si le desdeña le hará desgraciado. Y sin embargo, lejos de dejarse llevar por la vía á que la impulsa la dicha de otro y la suya propia, parece aferrarse en resistir riendo á todo lo que puede empujarla por ese camino. Hasta parece que dominada por el instinto de seducción que existe en todas las mujeres y que las mueve á ejercer el poder de sus encantos precisamente en los hombres más refractarios, esta joven, cuyo carácter recto y orgulloso tanto me gustaba, quiere de repente ensayar conmigo el poder de su coquetería... Viendo que los sentimientos que me inspiraba eran los de un cariño paternal, y dominada por el deseo repentino y culpable de cambiar la naturaleza de esos sentimientos, ¿querría inaugurar una nueva y odiosa táctica y hacerme creer que era á mí á quien amaba? Debía conocerme ya bastante para saber que semejante tentativa sería inútil, aun en el caso de que mi cariño á Raúl no me la hiciese odiosa.

Así me hablaba la voz del cariño paternal, que yo calificaba de razón; voz que creía yo ser también la del deber y á la que me esforzaba por conceder toda mi atención. Pero al lado de aquélla oía otra mucho más incoherente, pero tan agradable y tan dulce que hacía brotar de mi corazón embriagadoras llamaradas de gozo.

Estábamos entonces en la primera quincena de julio. El verano llegaba á su plenitud y todas las plantas se desarrollaban en la completa madurez de la florescencia. Las flores brillaban con sus más hermosos colores y exhalaban sus más dulces fragancias; los insectos zumbaban y los pájaros gorjeaban en el espeso follaje con una unanimidad y un ardor que parecían demostrar que conocían la corta duración del verano sueco y que, aguijoneados por la naturaleza, querían suplir la brevedad con la intensidad de la vida.

Todos los seres que me rodeaban, vegetales, insectos ó pájaros, me parecían revestidos de galas de fiesta, y de los dorados trigos, de la espesa hierba y del follaje de profundidades misteriosas, creía oir salir una multitud de voces alegres que se armonizaban en coro para cantar el himno de amor de la naturaleza en júbilo.

—¿Y si verdaderamente es á ti á quien ama?, murmuraba la voz pérfida. ¿Te opondrás á tu propia dicha cuando viene á ofrecértese? Si te ama es que no le ama á él. ¿Por qué quieres empujarla á sus brazos cuando ella cree que su dicha está en los tuyos?

—Es demasiado joven para ti, seguía diciendo la otra voz, y no te amaría mucho tiempo si cedieses á ese capricho, hijo del espíritu de la contradicción. Es una niña mimada por la fortuna que quiere el fruto prohibido para cansarse de él en cuanto lo obtenga. No cedas, no te pongas en ridículo, tú, el hombre fuerte y escéptico. Recuerda tu experiencia matrimonial, vete de estos sitios, deja á Raúl solo con ella y las cosas se arreglarán, acaso, para el mayor bien de todos.

Pensando de este modo, caminaba yo al azar, sin cuidarme de los sitios ni de los puntos de vista. Había salido para pasearme, y no sintiéndome dispuesto á trabajar, no había sacado más que el bastón. Casi sin darme cuenta de ello, no tardé en dejar el camino y me aventuré por las praderas pantanosas plantadas de árboles y matorrales que están próximas á la orilla del río opuesta al castillo de Charlottenberg.

Al desembocar en la pradera, vi una modesta cabaña medio oculta por los árboles.

Era la casa habitada en otro tiempo por el viejo Svensson, muerto hacía muchos años, y al que había sucedido el arrendatario de la pesca del salmón en la parte del río que corría por la propiedad del barón.



... y le encontré en un cobertizo, fuera de la casa, ocupado en arreglar los instrumentos de pesca

Resolví en seguida hacer una visita al pescador y le encontré en un cobertizo, fuera de la casa, ocupado en arreglar sus instrumentos de pesca. Aquel hombre me recibió con las maneras corteses y hospitalarias que caracterizan á los suecos de todas las clases de la sociedad. Era hombre de unos cuarenta años, de expresión dulce y seria, y me dijo que me conocía por habernos visto muchas veces, á Raúl y á mí, pintando ó paseándonos con la señorita del castillo. Hablamos un momento del salmón y de la pesca y este asunto nos llevó naturalmente á hablar de la Caldera.

—¿Ha tratado usted de entrar en ella?, le pregunté.

—Una vez, me respondió. Estaba entonces trabajando para Svensson, y aunque muy joven todavía, conocía ya todas las dificultades de la navegación en este río y ardía en deseos de intentar la empresa de la Caldera y de ver lo que había de bueno en el famoso remanso de la ninfa. La cosa me salió perfectamente, pero nunca he vuelto ni volveré é intentarla.

—¿Qué vió usted en el estanque de la ninfa?

—Pues bien, caballero, me respondió después de un momento de vacilación, lo que vi me inspiró tal espanto, que por poco pierdo la sangre fría necesaria para salir del escollo. Supongo que está usted al corriente de lo que se cuenta del pasado del barón y que no es un misterio para nadie.

Le probé en pocas palabras que no era yo una excepción de la regla y el hombre continuó:

—Mi curiosidad era tan grande, que en cuanto entré en la Caldera me apresuré á amarrar mi barco y á subir á la peña que lleva el nombre de Escabel de la ninfa. Me incliné ávidamente hacia la superficie límpida y tranquila del pequeño remanso, esperando ver algún reflejo extraño ó algún juego de la naturaleza que produjese la ilusión de una cara de mujer... Pero retrocedí horrorizado. Lo que al principio me pareció una masa informe de estopa y ropas sucias y hechas añicos, se precisó muy pronto á mis ojos en el agua transparente é inmóvil. Era el cadáver, ó más bien, la parte superior del cadáver de una mujer.

(Continuará)

MUSEO DE ARTILLERÍA DE FRANCIA — PALACIO DE LOS INVÁLIDOS EN PARÍS



MUSEO DE ARTILLERÍA DE FRANCIA

(INVÁLIDOS)

En 1694 el mariscal de Humières, gran maestre de la artillería, obtuvo de Luis XIV el permiso para colocar en una de las salas de la Bastilla un depósito de modelos de las bocas de fuego que se usaban en aquella época y que servían para la instrucción de los jóvenes oficiales. Esta colección había tomado desde un principio un incremento muy notable, debido al buen acierto y pericia de los tenientes generales de Valliere (1755) y de Gribeauval (1788), siendo trasladada al ser arrasada casi por completo la Bastilla después de su toma. Habiendo el sistema de requisa, puesto en vigor por la Convención, reunido en París un gran número de armas y armaduras de todo género, el revisor Regnier tuvo la feliz idea de elegir las más interesantes y que no sirvieran para la defensa de la República. El ministro de la guerra Petiet, comprendiendo todo el partido que se podía sacar de esta nueva colección, dió orden de colocarla convenientemente en una sala del antiguo convento de Feuillants, trasladándola luego al convento de los dominicos jacobinos de Santo Tomás de Aquino (1796), poniéndola bajo la dirección del comité central de artillería.

Estos fueron los principios y la base del actual museo. Algunos modelos que se habían librado del saqueo de la Bastilla fueron agregados á las demás piezas por el revisor Regnier; asimismo y por diferente conducto el comité fué autorizado por el ministro para que investigase en las antiguas colecciones de las moradas regias y de príncipes y en los arsenales de provincia y llevara á París todo lo antiguo notable.

La ciudad de Sedán, que poseía la rica colección en otro tiempo formada por los duques de Bouillon y de Chantilly y en donde se hallaba la que ya había sido formada por los príncipes de Condé, las cedió ante las órdenes del gobierno, no sin oponer una enérgica resistencia. Una parte de las preciosas armaduras conservadas en Sedán fué vendida al extranjero.

Estrasburgo demostró la más viva oposición á enviar las armas interesantes que conservaba en su arsenal.

El museo se enriqueció durante el Imperio con varias piezas notables que fueron traídas de Alemania é Italia y varias de España, que nos fueron robadas por los imperiales.

Durante la Restauración se arreglaron las salas y se concedió una pensión anual de 5.000 francos por parte del gobierno á título de gastos de compras y entretenimiento.

Desde aquella época se hicieron adquisiciones muy importantes, pues en aquel entonces nadie daba valor á estos hierros. Entre ellas citaremos la de la colección del duque de Reggio y de algunas de las piezas más interesantes de la colección Soltykoff, que llenaron los huecos que había desde hacía mucho tiempo.

El museo también en parte fué enriquecido por donativos particulares. Tal como hoy existe ofrece un desenvolvimiento sucesivo de lo más notable que pueda haber entre todos los diferentes géneros de armas ofensivas y defensivas desde el hacha de sílice, en la Edad de piedra, hasta los últimos modelos más perfectos de los fusiles de infantería y de los cañones rayados.

Las series de armas en la Edad de piedra y del principio de la Edad de bronce, empezadas en 1844 por M. de Saulcy, se han enriquecido últimamente con varias especies interesantes, procedentes de descubrimientos hechos en diferentes puntos de Francia. Las armas antiguas (griegas, romanas, etruscas)



Armadura de capitán de lansquenetes que se conserva en el Museo de Artillería de Francia, instalado en el palacio de los Inválidos de París.

han sido en su mayor parte ofrecidas por Napoleón III; éstas ascienden á 115 piezas, casi todas muy raras. Algunas armas galo-romanas y merovingias (30 piezas), y las armas y armaduras góticas de diferentes formas halladas sobre los campos de batalla en los siglos XIII, XIV y XV, merecen la mayor atención de los arqueólogos.

La serie de armaduras pertenecientes á la Edad media (cerca de 400 piezas), empieza por varias armaduras completas de jinete y caballo, usadas en Francia bajo el reinado de Carlos VII, hacia mediados del siglo XV. Siguen luego armaduras alemanas rayadas de las que llaman *maximilianas;* una numerosa serie de armaduras italianas preciosísimas, cinceladas, grabadas y damasquinadas en oro ó plata, y las armaduras de los franceses en los siglos XVI y XVII.

Algunas, como la de Luis XIII y la de Francisco I, son las más notables de esta colección desde el punto de vista del arte. Las armaduras que ofrecen más interés histórico son las de Roberto II, conde de la Marck, hijo del *Sanglier des Ardennes,* fallecido en 1535; la del Gran Maestre de la artillería Jacobo Galliot Genouillac, quien mandaba la artillería francesa en la batalla de Pavía; la de Federico V *el Conquistador,* rey de Bohemia; la del condestable A. de Montmorency, fallecido en 1567 á consecuencia de las heridas que recibió en la batalla de Saint Denis; la de Enrique I de Montmorency, hijo del antecesor; la de Enrique de Guisa *el Chirlado;* la de Carlos de Lorena, apodado *Mayena el Gordo;* la del barón des Adrets; la de Pedro Bruner, capitán suizo que militó en las banderas de cinco reyes de Francia; las de Enrique II á Enrique IV; la del duque d'Epernon, que se hallaba en la carroza de Enrique IV el día del asesinato de este rey; la del conde de Soissons; la de Sully; la de Enrique de la Tour, duque de Bouillon, padre de Turena, y por fin la de Turena. Algunas de estas armaduras son notables por su enorme peso; la de Enrique de Montmorency pesa 18 kilos; la del capitán Bruner, 22; la de Enrique de Guisa *el Chirlado,* 42 (comprendido el casco, que por sí solo pesa 10 kilos). La armadura de *Mayena el Gordo* es también de un peso extraordinario. La armadura que se atribuye á Juana de Arco sólo data del siglo XVI.

La colección de piezas históricas del Museo de artillería era antes mucho menos importante, pues faltaban doce armaduras reales de belleza extraordinaria y que se tuvo la mala idea de trasladar al Museo de los soberanos. Hoy día la República las devolvió á los Inválidos y están en estas salas.

La serie de cascos comprende 190 piezas aproximadamente. Objetos y utensilios varios de defensa en la guerra y en la lid, gorgueras, almetes, borgoñonas, morriones, gorras de combate, sombreros de armas, yelmos, bacinetes, etc., en una palabra, todas las formas de cubrecabezas militares usados en la Edad media. La colección de escudos es muy hermosa: se compone de adargas inglesas y alemanas, de rodelas de mano y de puño españolas (catalanas muchas de ellas) é italianas, y de tarjas de lid, de rodelas grandes y bombadas, algunas con un pico central en forma de cuerno, de cuero cocido, de madera forrada de piel, de acero y de hierro ricamente adornado. Esto en cuanto á las armas defensivas, cuya serie está com

pletada por preciosas armaduras orientales, sarracenas, turcas, circasianas, mongólicas, japonesas, indias y chinas. Entre estas últimas figura el vestido de guerra del emperador del Celeste Imperio, tomado en el palacio de verano en 1806.

Las armas ofensivas forman una colección muy extensa. Todas las variedades de armas blancas están representadas: espadas del siglo XII, del siglo XIII y del siglo XIV; espadas italianas de empuñadura artísticamente cincelada de la época del Renacimiento; hermosas hojas de Toledo y de Solingen; espadas cortas y largas de hombres de armas; mandobles, espadas de corte, espadas gemelas de duelo, espadas bastardas, jinetas, montantes, brandos, *braquemards*, estoques, floretes y cuchillos de monte; dagas venecianas, suizas, sajonas y de vela españolas; puñales, sables; espadas de justicia; claymores escoceses; yataganes turcos, malayos, javaneses y albaneses; gumías de los cabilas; *khandjars* turcos; *koukri kora* del Nepal; dobles sables japoneses y otras armas orientales.

Viene luego la serie moderna, que acaba en los últimos modelos de sables y espadas adoptados por los distintos cuerpos de infantería y de caballería, la cual contiene algunas armas históricas, entre ellas el sable del general Desaix; la espada ofrecida por el Directorio al general Lefebvre después de la cuestión de Stockach; la espada ofrecida á Barras en ocasión de tomar el mando del ejército de París; el sable de honor regalado por el Directorio á Augerau después del paso del puente de Arcola; el sable ofrecido por la ciudad de Milán á Eugenio de Beauharnais; una espada de plata dorada que perteneció á Murat, etc. Otras piezas históricas igualmente interesantes son los bastones de mando de los mariscales de Francia.

Citemos además las mazas de armas y las armas de asta, porras, martillos, hachas de combate, alabardas, etc.; las armas de tiro y arrojadizas, magníficas ballestas de ruedas, montadas y llenas de ricas incrustaciones, etc. Sigue luego la larga fila de armas de fuego portátiles, que empieza en la culebrina de mano del siglo XV y acaba en el moderno fusil. La colección de piezas de artillería es asimismo muy completa, pues abraza un gran número de piezas de todos los países.



Armas antiguas encontradas en Azincourt y que actualmente se conservan en el Museo de Artillería de Francia, instalado en el palacio de los Inválidos de París

Una última serie comprende los modelos de varias máquinas empleadas en las manufacturas de armas, y de instrumentos para la recepción y verificación de las armas de fuego, así como los diferentes sistemas de cureñas, carros de municiones, cajas de parque, de cartucheras, de proyectiles, etc.

El 28 de julio del año 1830, el Museo de artillería fué saqueado por el pueblo, quien buscaba armas hasta en los almacenes de los teatros; pero hagamos justicia al buen sentido de la población parisiense, pues al siguiente día y en los sucesivos devolvió los objetos que había arrebatado. En 1848, algunos exaltados se presentaron también, pero fueron pacíficamente disuadidos y poco costó hacerles comprender que el Museo no es un arsenal, y que las armas que en él se conservan, la mayoría fuera de uso, no ofrecen más que un interés histórico y arqueológico.

Hoy día el gobierno de la República está dando un gran impulso á este Museo, sobre todo desde la Exposición Universal del 89. Hanse vestido una serie de figurines con los trajes militares desde los primitivos galos hasta nuestros días. Hase formado una instalación con los grabados, dibujos, acuarelas ó figurines antiguos de los uniformes y de todo lo relativo á la guerra, no sólo de los ejércitos franceses, sino también de sus aliados y de las huestes enemigas. Además se han mandado traer al Palacio de los Inválidos todas las banderas históricas que hoy se hallan dispersas.

El Museo de los Inválidos tiene un director general militar y subdirectores de sección también militares. Recibe del gobierno 800.000 francos para administración, conservación y adquisiciones. Todos los años está aumentando, gracias al celo de sus directores, que viajan cuatro meses al año por cuenta del Museo.

POMPEYO GENER.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.



ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de exito.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores





ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en **cajas**, para la barba, y en **1/2 cajas** para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE*. **DUSSER**, 1, rue J.-J.-Rousseau, París

LAS HERMANAS

JOSEFA Y ROSA BLAZEK

Actualmente están llamando la atención del público londinense estas dos hermanas unidas por la espalda por un ligamento que hace de sus dos cuerpos uno solo. El fenómeno no es nuevo, pues desde los famosos hermanos siameses, que tanto furor hicieron en Europa y en América en el primer tercio del siglo XIX, ha habido varios casos análogos, entre ellos el de las gemelas Radica y Daodica que tan desgraciado fin tuvieron no hace mucho tiempo; esto no obstante, cada nuevo ejemplar que se exhibe al público excita en alto grado, no sólo la curiosidad de éste, sino también el interés de los hombres de ciencia.

Tal sucede con las hermanas Josefa y Rosa Blazek, las cuales, á juzgar por la fotografía que adjunta reproducimos, disfrutan de salud excelente y de no menos excelente humor. Recientemente han puesto pleito á una compañía ferroviaria inglesa que quiso hacerles pagar dos billetes, siendo así que no forman más que una sola persona.



Las hermanas Josefa y Rosa Blazek, unidas por la espalda, que actualmente se exhiben en Londres con grande éxito. (De fotografía de «Photo-Nouvelles,» de París.)

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Ampelografía moderna ó Tratado acerca de la vid, por el *Dr. M. Rodríguez Navas*. – Inútil es encarecer la importancia del asunto que en esta obra se trata, teniendo en cuenta que el cultivo de la vid y la elaboración de vinos constituyen una de las principales fuentes de riqueza de España. Consta la obra, que forma la primera parte de una Enciclopedia de Viticultura y Vinicultura, de tres volúmenes dedicados respectivamente á la vid, á la viticultura y á la viña y vendimia: en el primero se describen las clases de vid, su fruto, sus enfermedades y los medios de aumentar su riqueza; el segundo da á conocer el cultivo intensivo de la vid, procedimientos de cultivo y medios preventivos de accidentes y enfermedades de las vides; el tercero estudian los terrenos, siembras, cultivos, labores, operaciones y métodos para hacer una buena vendimia, herramientas, máquinas, instrumentos, aparatos, etc. Todas estas interesantes materias son tratadas por el Dr. M. Rodríguez Navas, no sólo con gran competencia, sino con sencillez y claridad dignas del mejor elogio. La obra ha sido editada en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é Hijos, y cada uno de los volúmenes se vende á 1'50 pesetas en rústica y á dos encuadernado en tela.

El verdadero sistema del Universo, por *Enrique Sánchez Torres*. – Se ha publicado en forma de folleto la conferencia que en 16 de diciembre de 1902 dió en el Ateneo de Madrid el conocido publicista y hombre de ciencia Sr. Sánchez Torres. Es un trabajo profundamente meditado, en el cual demuestra su autor la falsedad del fundamento de la actual Astronomía y que la verdadera debe apoyarse en lo que consignan la Biblia ó la revelación cristiana, y afirma que los sistemas de Ptolomeo y Tycho Brahe explican mucho mejor los movimientos y las leyes del Universo y les dan un carácter espiritual más lógico que las teorías de Laplace, Keplero y Newton. El folleto ha sido impreso en Barcelona por Antonio Viladot.

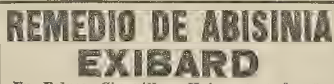
Estética y crítica musical, por el *P. Fray Eustoquio de Uriarte*. – El editor don Juan Gili acaba de publicar esta importante obra del erudito argentino, que ha de ser justamente apreciada por los inteligentes. Además de las consideraciones generales acerca de lo que debe ser la estética musical, contiene el libro la exposición razonada y crítica de los principales sistemas que han tratado de explicar la belleza del arte del sonido, así como la teoría estética de todos los géneros musicales. Precede á la obra una bien escrita y extensa biografía del autor, escrita por Fray Luis Villalba, de la misma Orden. Véndese cada ejemplar, bellamente encuadernado, al precio de 7 pesetas.

Monografía del Monastir de San Cugat del Vallés, por *M. Farreras Munner*. – El Círculo Artístico de Barcelona ha comenzado la serie de las publicaciones que proyecta con la muy interesante monografía del histórico cenobio, galanamente escrita en idioma catalán por el Sr. Farreras Munner, quien, á pesar de tratarse del estudio de un monumento conocido, ha sabido dar á su trabajo un carácter original y de personal observación. Encabeza la monografía un bien escrito prólogo del ya celebrado autor dramático Pompeyo Crehuet, é ilustran el folleto, que ha sido elegantemente editado, numerosos grabados.

Análisis de los alimentos, por *C. Margeot*. – El título del libro que acaba de publicar el editor de Madrid D. P. Orrier basta para demostrar su indiscutible utilidad, ya que está fuera de duda hasta dónde llega el afán de lucro, que constituye una amenaza constante para la salud pública. En el libro que mencionamos se determinan las adulteraciones y se dan á conocer medios fáciles para apreciarlas y combatirlas. El nuevo libro ha sido traducido y adicionado por el docto catedrático de la Universidad Central D. Joaquín Olmedilla y Puig.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.



En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
Marca de Fabrica Registrada.
PARIS, 102, Rue Richelieu. – Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. – PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 5 de diciembre de 1904 — Núm. 1.197

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

SALÓN PARÉS. - ARTE MODERNO



UN BIENAVENTURADO, cuadro de † José Jiménez Aranda

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Para la gente aristocrática de Madrid, el acontecimiento teatral de más importancia durante el mes último ha sido la visita que acaban de hacernos los famosos artistas parisienses Jane Hading y Le Bargy. La sala de la Princesa, en las cuatro noches de función extranjera, ofreció un aspecto deslumbrador. ¡Qué de damas linajudas luciendo el descotado busto! ¡Qué de niñas casaderas de las familias más empingorotadas de la corte! ¡Qué de duques, marqueses, condes, vizcondes y barones! Los que no tenemos ni un mal pergamino heráldico nos sentíamos un tanto cohibidos y *deplacés*.

Y lo extraño del caso es que toda esta concurrencia elegante y distinguida, la misma que en los miércoles de moda del Español charla que se las pela en plateas, palcos y butacas, sin cuidarse poco ni mucho de lo que pasa en el escenario, asiste á la representación de obras francesas con la boca abierta y con un recogimiento casi casi religioso.

Y no vaya á creerse que las obras representadas por los franceses tenían gran novedad. A excepción de la comedia de Donnay *Le retour de Jerusalem*, todas las demás, *Demi monde*, *La chatelaine* y *L' etrangere*, habían sido muchas veces representadas en español y algunas de una manera perfecta, en lo tocante á las protagonistas, por María Tubau.

La que de las cuatro comedias ofrecía mayor interés era *Le retour de Jerusalem*, objeto de acaloradas discusiones en la prensa francesa. Pero lo que en París tiene mayor atractivo para el público, es precisamente para Madrid lo más pesado y soporífero. Y la razón es clara. ¿Qué nos importa á nosotros el problema semita, ni cómo han de interesarnos los antagonismos existentes en Francia entre nacionalistas y deifrusistas? De todo esto, por boca de sus personajes, se ocupa latamente Donnay en su debatida comedia.

Lo que para nosotros hubiera podido tener algún atractivo era la fábula en que el autor ha vaciado su pensamiento, y esta fábula es por extremo vulgar y ya repetida hasta la saciedad por novelistas y dramaturgos. En *Le retour de Jerusalem*, Michel y Enriqueta, no obstante tener ideas opuestas sobre todas las grandes cuestiones que preocupan al espíritu humano, siéntense atraídos por el amor y únense, atropellando por todos los respetos; pero cuando aquél se debilita ó enfría, las reyertas estallan, la oposición entre ambas maneras de pensar (el pensar judío de ella y el pensar cristiano de él) se acentúa, y después de una violentísima escena, Michel y Enriqueta deciden separarse, y cada cual se va por su lado.

Esta incompatibilidad de caracteres y de ideas, que al fin y á la postre acaba por apagar la llama del amor, ha sido ya magistralmente presentada en la novela por Galdós *(La familia de León Roch)* y en el teatro por Hauptmann *(Almas solitarias)*. Sin duda Donnay tuvo á la vista la comedia alemana al escribir *Le retour de Jerusalem*.

Pero si las obras francesas recientemente representadas, las unas por demasiado conocidas y la otra por su exotismo, no han producido gran entusiasmo, en cambio, justo es decirlo, Jane Harding ha sido unánimemente ensalzada y calurosamente aplaudida. Llegó y triunfó. Su figura es arrogante, su rostro bello y expresivo, sus ojos elocuentes, su voz adopta con asombrosa flexibilidad las inflexiones propias de los más diversos sentimientos; sus actitudes ó *poses* todas son artísticas, y su naturalidad nos hace olvidar en algunos momentos la ficción escénica. Sin gritos, ni desplantes, ni violencias, ni *latiguillos*, ni mutis aparatosos, sabe expresar todos los estados de alma de los personajes por ella representados. En la Susana de *Demi-monde*, en la Teresa de *La chatelaine*, en la Enriqueta de *Le retour de Jerusalem* y en la duquesa de Geptmons de *L'etrangere*, hizo verdaderas maravillas de arte. Ciertamente, Juana Hading es una gran actriz

También Le Bargy, ya conocido en Madrid, ha obtenido, y con justicia, muchos y entusiastas aplausos. Por esta vez el público madrileño no se puede llamar á engaño. Él ha pagado bien caro el placer de admirar á los artistas franceses (las localidades costaban un sentido), pero no ha perdido su dinero.

***

Linares Astray no descansa. En lo que llevamos de temporada ha estrenado ya dos dramas, *La estirpe de Júpiter*, en el Español, y *La divina palabra*, en la Comedia.

Con este nombre de *La estirpe de Júpiter* ha querido Linares designar la clase alta, á los privilegiados, á los que en punto á placeres, buena vida y desenfado para hacer lo que les viene en gana, son ni más ni menos que los propios dioses del Olimpo. ¡Válgame Dios y cómo pone el autor á los descendientes de la pagana deidad! En el patio de Monipodio -he dicho otra vez—había más honradez que en la sociedad que pinta Linares. Creo sinceramente que se le ha ido la mano al fecundo escritor.

El pensamiento de *La estirpe de Júpiter* tiene cierta semejanza con *El fin de Sodoma*, de Sudermann. En el drama alemán se nos presenta á un artista absorbido y aniquilado por lo que pudiéramos llamar el *Demimonde* de Berlín. En el drama de Linares el pintor Lorenzo, lanzado por su celebridad en la sociedad elegante, está á punto de sucumbir como artista y como hombre. Por fortuna para Lorenzo, su reconciliación con Cloto, su modelo, el verdadero amor, le devuelve la inspiración, el deseo de vivir y el ansia de gloria.

La comedia tiene cuatro actos: en el primero asistimos al triunfo del pintor, nos enteramos de sus amores con Cloto y de los flirteos de la duquesa de Sabreda con el artista. En el segundo acto Lorenzo riñe con la modelo, y para festejar á la duquesa da una fiesta chulesca en el estudio, á la cual asiste lo más distinguido de Madrid. En el tercero, el pintor, en una escena sumamente cruda, rompe con la duquesa, y en el cuarto se reconcilia con Cloto.

La presentación de la obra fué verdaderamente notable. El estudio del pintor contenía cuanto puede apetecer el artista más refinado: cuadros de firmas ilustres, armas antiguas, estatuas, tapices, jarrones, todo ello primoroso y exquisito... Ciertamente, no es posible que se presente con más lujo y propiedad una obra escénica en ningún teatro de Europa.

Tampoco se presentó pobremente en la Comedia el drama, también de Linares, *La divina palabra*. Quizás por esto, ó sea por los gastos que ha tenido que hacer la empresa, la obra de Linares sigue, al escribir estas líneas, en el cartel. El autor, separándose esta vez del campo de la sátira social, se ha aventurado por los ásperos senderos ibsenianos. El protagonista de *La divina palabra* es un enfermo de la medula (Borrás). Este enfermo se enamora de una guapa muchacha (la Pino). Ella corresponde al amor del enfermo. Pero la madre de la chica y el médico, con muy buen acuerdo, se oponen á un matrimonio verdaderamente absurdo. Pero como los enamorados se obstinan en casarse, la madre y el doctor, con una claridad verdaderamente cruel, hacen entender al pobre atáxico que no tiene remedio su mal. El enfermo, desesperado, se suicida bebiendo un veneno que el doctor ha tenido la imprevisión de dejar al alcance de su mano.

El público oyó con paciencia los dos primeros actos. En el último, fatigado sin duda por el carácter patológico del drama y por las sentencias filosóficas que á cada dos por tres sueltan los personajes, no pudo contenerse y mostró su disgusto en forma bastante expresiva.

De suponer es que Linares se desquitará pronto.

***

El teatro que está de enhorabuena es el de Lara. Todas las noches se ve llena de bote en bote la célebre bombonera. Por ella está desfilando todo Madrid para aplaudir y admirar la lindísima comedia de los Quintero titulada *El amor que pasa*. Reúnense en ella gracia de la mejor ley, fino ingenio, ternura y poesía. El argumento es como sigue: en Arenales del Río, pueblo de Andalucía, reinan el tedio y la vulgaridad, que suelen ser los caracteres de la vida lugareña. Las muchachas del lugar están ansiosas de novio, porque es el caso que los señoritos del pueblo sólo piensan en empinar el codo y en hacer vida de casino.

La casualidad lleva á Arenales á un guapo mozo, elegante y distinguido. En cuanto le ven, las chicas más bonitas del pueblo se alborotan y despepitan por conquistarle. Dos, sobre todo, se prendan del forastero, que á su vez se deja querer, aunque dedicando sus principales finezas á Socorrito. El tiempo que el viajero debe permanecer en Arenales termina, y Alvaro, que es el nombre del joven, se dispone á partir. Él no ha engañado á nadie; su vida errante le arrastra, no volverá al pueblo, y de aquellos días alegres y de aquellos amores efímeros no quedará otra cosa que un recuerdo cada vez más débil... Imagen del vivir, en el cual todo va quedando atrás, todo se borra, todo se olvida...

Y Alvaro parte, y sus amigos y amigas de una semana se agrupan para ver al que se aleja, y le ven durante breve rato y le saludan por última vez agitando los pañuelos... Y así se desvanece *El amor que pasa*.

Si á esto se añade una ejecución perfecta, se comprenderá por qué es ahora Lara el teatro predilecto de la gente madrileña.

***

También, con éxito muy lisonjero, se ha estrenado recientemente en la Princesa el drama titulado *El catedrático*, original de José Francos Rodríguez. Tiene esta obra dos cualidades que siempre vencen en el teatro: interés y sentimiento. Desde la primera escena queda cautiva la atención del público.

Juzgue de ello el lector.

Un bedel de la Universidad central y su mujer, una portera, han hecho todo género de sacrificios para educar y dar carrera á su hijo. Éste, que si mal no recuerdo, se llama Pablo, ha respondido con creces á los esfuerzos de su padre. Ha terminado sus estudios con gran brillantez y acaba de hacer oposiciones á la cátedra de Derecho Penal. Los dos viejos están que no caben en sí de gozo; también lo está una vecina joven y guapa, enamorada de Pablo. El tribunal va á decidir en aquel momento, y todos menos los padres han ido á saber el fallo de los jueces.

En tanto el bedel y su mujer recuerdan sus afanes, que pronto van á alcanzar el anhelado premio. De las palabras de los ancianos se desprende que hay una sombra en su vida y un gran remordimiento en sus corazones. Pronto empieza á aclararse el misterio; suena un campanillazo y preséntase en escena un joven de mal aspecto y descuidado vestir. Por sus irónicas frases y por la timidez con que los viejos le contestan, se echa de ver que el recién venido tiene motivos para amedrentar á los viejos «Todo puede arreglarse—dice.—Yo puedo vengarme del mal que me habéis hecho. No lo haré si influís para que la mujer á quien quiere vuestro hijo se case conmigo.»

En esto llegan Pablo y sus amigos. El hijo de Galiano el bedel es catedrático. Todos se regocijan; pero aquel cuadro de felicidad queda nublado por las enigmáticas palabras del desconocido.

El interés sube de punto en el segundo acto. Pablo hace venir á su casa al hombre de las palabras misteriosas. Cuenta éste su historia, cómo quedó huérfano y confiado al bedel, y como éste, para dar carrera á su hijo, roba al otro su caudal, dejándole abandonado en medio del arroyo. Pablo cree que aquello es una vil calumnia; pero sus padres confirman con su confesión las palabras del huérfano. Robaron por él para crearle un porvenir, para que brillase y ocupase un alto puesto en la sociedad, el puesto que con su talento ha conquistado.

Pero tales razones no convencen á Pablo: él, que hasta entonces estaba orgulloso de su origen, ahora lo mira con vergüenza. En Pablo se refleja el delito de sus padres, y su vida es, á partir del instante de la revelación, un tormento continuado, tormento que se aguda con la persecución de que es objeto por parte del despojado. A todas partes le sigue éste; á la cátedra, á las academias; adondequiera que va Pablo, allí aparece el otro como su sombra.

Un día (acto tercero) el catedrático pronuncia en un *meeting* un discurso sobre las injusticias sociales. Allí está su perseguidor, interrumpiéndole con sus sarcasmos. El catedrático, ciego de furor, desciende de la tribuna, se lanza sobre su interruptor y lo estrangula, sin que las personas que los rodean puedan impedir aquel nuevo delito.

Así termina el drama, que á pesar de este final demasiado rápido é inferior á las demás partes de la obra, fué aplaudido con verdadero entusiasmo.

ZEDA.



Josemari relatando á sus convecinos cómo fué muerto en la acción de Igurrieta

La visión, por José de Laserna

(DIBUJO DE SARDÁ)

Se hablaba de la guerra.

El frío de diciembre helaba, como dijo el otro, hasta las conjeturas, y los habituales parroquianos de la taberna de Martinchu, en Achurri, se reanimaban trasegando sendos jarros de chacolí y refiriendo proezas de carlistas y liberales en el memorable sitio de Bilbao y diversas hazañas de nuestras últimas discordias civiles.

—Aquí tenéis á Josemari, dijo uno del corro, que estuvo en la famosa acción de Igurrieta con la partida del cura de Allauri. Buena paliza los dieron los *guiris* á los de tu pueblo, Josemari.

—Yo fuí muerto en la acción, exclamó Josemari con toda seriedad.

Una carcajada general acogió la salida.

—Digo que fuí muerto en los campos de Igurrieta y pasó como lo digo. Reirse.

—Nos reímos porque resucitaste, por lo visto, y eso nos alegra.

—Anda, suelta esa bola.

—Sí, sí, que lo cuente.

Josemari insistió cada vez con mayor gravedad:

—Resucité, no seáis lerdos, como no hubierais resucitado vosotros y estaríais muertos para toda la vida. Conque bola. Bueno. Ahí está Chomín el de Ripa, que con su paralís y todo se acordará muy bien.

—¿Vive, pues, Chomín?

—Vaya si te vive, pero como medio lelo le tienes, interrumpió el amo del establecimiento. Cuenta, pues.

—A eso voy, Martinchu, prosiguió el muerto de Igurrieta. Así está Chomín precisamente desde aquella noche de ánimas, que no se me olvidará nunca, en que nos encontramos con las tropas cuando menos lo pensábamos. Iban también en la columna los auxiliares de la contraguerrilla del manco de Burgos, á la que pertenecía Chomín. A los que temíamos principalmente era á los auxiliares, que no daban cuartel, y con pretexto de la guerra satisfacían sus resentimientos particulares y sus venganzas muchos de ellos. El arlote de Chomín se había querido casar en mi pueblo, y yo, sin mala intención, por la Virgen de Begoña lo juro, le quité la novia. Fué cosa de ella.

Josemari apuró su jarro, tomó alientos y en medio de sepulcral silencio reanudó su relato.

—Ya sabéis cómo las gastaba Chomín entonces. Era el terror de diez leguas á la redonda, blasfemaba de Dios y de todos los santos de la corte celestial, y por descosido, maldiciente y hereje se le hacía la cruz como al diablo en persona. Hasta dicen que fué *framason*. Cuando el cura de Allauri reclutó la gente, me preparaba á mí para entrar en el Seminario y no tuve más remedio que seguirle y me eché al campo. Yo no tenía vocación para la iglesia, pero no quería de pronto llevarles la contraria á mis padres, esperando ocasión de decir la verdad. Yendo al grano, nos sorprendieron en Igurrieta la noche de ánimas. Eran cuatro veces más que nosotros, y sin que pudiéramos disparar un tiro, nos acorralaron y nos hicieron un destrozo. Perseguido de cerca por los auxiliares, creí llegada mi última hora y me tiré de bruces medio hundiéndome en la nieve y haciéndome el muerto. Muerto en realidad estaba de susto. Dando caza á otros pasaron por encima de mí. «¡A ellos, á ellos, que no quede uno de esos perros!,» oí vociferar á Chomín, vomitando juramentos horribles. Quedó todo en silencio y el silencio me espantaba más. Confieso que tuve mucho miedo. A mí me repugnaba la guerra. ¿Por qué estaba yo allí? Qué sé yo. El cura lo sabría, que me había llevado. Sin respirar apenas, entumecido, yerto entre la nieve, con el frío de la muerte, permanecía inmóvil, rígido. Al cabo de algún tiempo, sentí el ruido de los camilleros que reconocían el campo y recogían los cadáveres. Heridos no había. Más de media partida quedó allí fusilada á quemarropa. A duras penas me arrastré al lado de un compañero que yacía con el fogonazo en la cara, chorreando sangre. Me embadurné como pude desfigurándome y me tendí boca arriba ahogando el aliento. Llegaron y me echaron al carro. Sobre mí fueron amontonando los cadáveres. Estas canas que cubren mi cabeza empezaron á salirme aquella noche de ánimas.

Hizo una pausa.

—Tráenos vino, Martinchu.

—Anda, sigue.

Bebieron y siguió Josemari:

—Terminada la requisa, soldados y auxiliares iban delante fumando y charlando alegremente á la luz de las hachas de viento que les alumbraba en la obscuridad del camino. Yo trataba de deslizarme suavemente, sin ruido, y no podía. El peso de los cuerpos muertos me aplastaba como una montaña, y á veces por un brusco vaivén temía que se vinieran conmigo al suelo. Por fin conseguí libertarme de la carga forcejeando y caí sobre la nieve descolgándome lentamente, sin que se notase. Pensé en huir. Pero ¿cómo? Nos habían copado y seguramente una línea de centinelas me cerraría el paso. Entonces reparé en una tea que sin duda se había desprendido del carro, y se me ocurrió una cosa que en aquellas circunstancias me pareció la única capaz de salvarme. Un recurso inocente, si queréis, pero no había otro, y yo, por el recuerdo confuso de cuentos y consejas de mi niñez, no muy lejana entonces todavía, creí de gran resultado. Con la cara ennegrecida y roja por la sangre y la pólvora con que me unté, la camisa por fuera y la tea encendida, ¿no podía pasar por un aparecido la noche de ánimas? Dicho y hecho. Avancé resuelto. «¡Alto! ¿Quién vive?» La voz de Chomín me heló la sangre. «Con este no me vale,» pensé aterrado. Irle á él con aparecidos, que era *framason* y se le daba un pito del infierno entero. No retrocedí, sin embargo. Impulsado por el mismo terror seguí hacia él, hacia Chomín, sin saber hacia donde iba, maquinalmente, agitando la tea que llameaba, goteando brasas de resina. Chomín se fijó en mí, cayóse el fusil de sus manos, abrió la boca un palmo al igual de los ojos, se puso lívido, quiso gritar haciendo esfuerzos y no pudo. «Una visión, un fantasma..., loco..., loco...,» murmuraba ronco, agitándose entre la nieve en una pataleta. Yo corría, corría, arrojé la tea, corría, corría á campo traviesa, como si acabara de resucitar, de salir de la tumba como una verdadera ánima en pena, y me retumbaban en la cabeza las palabras de Chomín pataleando entre la nieve: «La visión..., el fantasma...»

Joaquín Sorolla y la pintura española en la actualidad

La historia de la pintura moderna española aún no se ha escrito. La empresa es sin duda alguna á la vez trabajosa y atrayente, porque con dificultad nin-



EL BAÑO, cuadro de Joaquín Sorolla

guna otra nación ha sufrido, en estos últimos cien años, un cambio tan radical del arte, en todas sus manifestaciones.

Seis épocas distintas pueden señalarse en la pintura española. La primera, coetánea con las tristes luchas de una raza casi siempre en guerra, fué religiosa, y una vez arrojados los árabes al otro lado del estrecho, se tornó en el vigoroso y fecundo realismo, cuyo campeón más famoso fué Velázquez. La ceremoniosa dinastía de los Hapsburgos, muy especialmente castellana en sus costumbres y tradiciones, cedió su puesto á un extranjero, y España, aniquilada por muchos años de mal gobierno, aceptó sin resistencia el petulante clasicismo de Versalles. Durante cerca de un siglo se limitó á imitar las costumbres de sus vecinos; después, el realismo, que es el atributo dominante de su pintura, se mostró de nuevo con Goya, que en su tiempo fué, sin embargo, su único aunque insigne representante. Más tarde su influencia reaparece; pero cuando murió, sus compatriotas, envueltos en una guerra civil y en otros disturbios, estaban demasiado agitados para que pudieran consagrarse al arte. Tan pronto como las parcialidades se sosegaron, el noble aunque extraviado impulso, generado en parte por la Revolución francesa y en parte por la guerra de la Independencia española, produce la pintura histórica, representada por los Casado del Alisal, Rosales y Pradilla, que á su vez deja el puesto al realismo actual, que tiene su más alta representación en Joaquín Sorolla.

Hijo de padres humildes, nació en Valencia en 1862; quedóse huérfano siendo muy niño y le adoptó su tío José Piqueres, cerrajero, que sin duda alguna hubiera querido educarle para que le sucediera en su profesión; pero viendo que la única distracción de su sobrino consistía en garabatear muñecos en los libros de la escuela, cuerdamente le envió primero á las clases de dibujo de la de Artesanos y más tarde á las de la Academia de Bellas Artes de Valencia. En una exposición local, celebrada en 1883, el joven artista presentó una cabeza de estudio y dos desnudos, ensayos precoces que llamaron la atención.



COSIENDO LA VELA, cuadro de Joaquín Sorolla

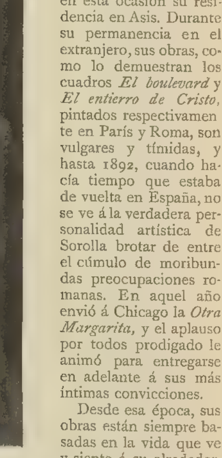
Un año después, envió á la Nacional de Madrid su primer cuadro notable, *El Dos de Mayo de* 1808, cuyo asunto es la resistencia opuesta por los españoles, mandados por Daoiz y Velarde, á las fuerzas francesas. Obedeciendo á las exigencias de aquel momento histórico del arte español, este cuadro sólo trata de reproducir un incidente muerto y desaparecido; desde este punto de vista, no es ni mejor ni peor que la mayoría de las pinturas de historia, de asuntos bélicos. Ningún cuadro de ese género conmueve á nadie, porque, como dijo elocuentemente Dickens, los efectos de los combates son tan transitorios como sus causas.



UN EXPERIMENTO, cuadro de Joaquín Sorolla

Así es que ese primer trabajo importante de Sorolla es moralmente falso. Además adolece de numerosas faltas técnicas, de esas que la aplicación y la experiencia acaban por hacer desaparecer. Las actitudes, dignas de los sentimientos ficticios que quieren representar, son violentas y forzadas, y el visible parecido que existe entre los rostros de los principales personajes indica á primera vista que ha servido para pintarlos un solo modelo. El colorido no es tan defectuoso.

A pesar de todo, era evidente que Sorolla poseía extraordinarias facultades, y la Diputación Provincial de su ciudad natal, sin perder momento, le señaló una pensión para que fuera á Roma. Allí estudió por poco tiempo, yendo luego á París; pero á los pocos meses volvió á Italia, fijando en esta ocasión su residencia en Asís. Durante su permanencia en el extranjero, sus obras, como lo demuestran los cuadros *El boulevard* y *El entierro de Cristo*, pintados respectivamente en París y Roma, son vulgares y tímidas, y hasta 1892, cuando hacía tiempo que estaba de vuelta en España, no se ve á la verdadera personalidad artística de Sorolla brotar de entre el cúmulo de moribundas preocupaciones romanas. En aquel año envió á Chicago la *Otra Margarita*, y el aplauso por todos prodigado le animó para entregarse en adelante á sus más íntimas convicciones.



Desde esa época, sus obras están siempre basadas en la vida que ve y siente á su alrededor, y con preferencia en la de las clases trabajadoras, como cosa más reciente, más espontánea, más en armonía con las exigencias de esta época de acti-



LA PLAYA DE VALENCIA, cuadro de Joaquín Sorolla

vidad, que únicamente vive del trabajo. Y desde entonces tiene Sorolla pocos rivales en la representación de la luz del sol y en el abundante calor del colorido; en ninguna parte ha hallado una fuente de inspiración más abundante ni más á su sabor que en la bulliciosa costa del Mediodía, que tanto conoce y ama; que entre los pescadores, sus mujeres y sus hijos, sus animales y sus botes. Y al mismo tiempo que sobresale en el paisaje y en el retrato, el tema de su mejor cuadro lo encontró en las playas de Valencia, de mil colores matizadas.

Debemos, sin embargo, hacer presente la influencia que en Sorolla han ejercido otros pintores, recordando que cuando se trata de una personalidad tan señalada como la suya, ha de dejarse á un lado toda idea de imitación, porque esta palabra, aplicada á la pintura, sólo admite un sentido, y ese es ruin. El que imita el arte ajeno repudia su propia personalidad. Mas al imitador que copia arrastrado por el entusiasmo y que produce una obra llena de grande y valiosa significación, debe aplicársele un calificativo más noble, y ningún otro término nos parece tan exacto y oportuno como el de «simpatizador.»



LA VENDIMIA, cuadro de Joaquín Sorolla

En este sentido, Sorolla ha copiado mucho. Un jefe tan eminente de la escuela realista como Bastien Lepage, forzosamente tenía que hacer en él profunda impresión, y en la mayor parte de sus obras se advierte también el espíritu de otros pintores; de Velázquez, Goya y Jiménez Aranda.

Aparte de eso, siempre toma á la naturaleza por modelo. Hasta para el defectuoso y, en cierto sentido, artificioso *Dos de Mayo,* improvisó su taller al aire libre en la plaza de toros de su ciudad natal. La *Otra Margarita* fué pintada en el Grao en el mismo vagón de tercera clase que en el cuadro se representa. «Un taller propiamente dicho, suele manifestar él mismo, es, después de todo, excepto para cierta clase de retratos, un artificio, una mentira; detesto tener que trabajar encerrado en él.» Durante el invierno, que siempre pasa en Madrid, sueña con volver á las playas de Javea ó de Valencia. Me ha referido, con una satisfacción casi infantil, el génesis, tan natural y tan al aire libre, de su famoso cuadro *Una herencia triste,* que le valió el gran premio y la Legión de Honor. «Un día—me dijo—estaba yo observando unos pescadores valencianos, cuando vi á gran distancia numerosos chiquillos desnudos dentro y fuera del mar, y cuidándoles, la airosa silueta de un solitario sacerdote. Eran los recogidos del Hospital de San Juan de Dios, los últimos desperdicios de la sociedad: ciegos, locos, tullidos y leprosos. No puedo decirle á usted cuánto me impresionó aquella vista; pero sin pérdida de tiempo obtuve de los directores del Hospital que se me permitiera ir á trabajar entre ellos, y allí mismo, á la orilla del mar, compuse y pinté mi cuadro.» Respecto á su técnica, lo vigoroso del trabajo de Sorolla pudiera hacer creer á los profanos que es el suyo un pincel atrevido é impetuoso. Sus pinceladas, sin embargo, aunque de una firmeza inconcebible, son más bien finas y frecuentes. Su paleta es muy sencilla; sólo se compone de una media docena de colores. Su percepción de la luz y de la sombra es de una finura maravillosa, y sin embargo, cosa bastante extraña, rara vez usa el blanco y el negro sin mezcla alguna. La luminosidad latente de la sombra exige, según Sorolla, el uso de un color que sea cálido y obscuro á la vez; la opacidad latente de la luz requiere otro cálido y á la vez luminoso. Esa teoría es sin duda la causa de su fuerza. Un día le dije que en su cuadro *Cosiendo la vela* yo no podía descubrir la menor huella de un blanco completamente puro, y que la vela, que parece deslumbrar la vista del espectador, es toda ella de un amarillo pronunciado. Volvióse hacia mí, preguntándome rápidamente: «¿Ha visto usted alguna vez, en la naturaleza, un blanco completamente puro?» Me aventuré á contestarle que la pared de una casa acabada de blanquear. «De ningún modo—exclamó:—en esa pared hay mil colores.»

Por supuesto, en ese punto, sus obras son mucho más convincentes que sus palabras. Es, sin embargo, un crítico juicioso y defiende sus doctrinas con tanto calor como persistencia. Otra de sus arraigadas creencias es en el valor de los objetos inanimados. Nunca he visto una pasión semejante por lo que podría llamarse la vitalidad de las cosas.

A pesar de su entusiasmo por lo más selecto del arte francés, con frecuencia se lamenta de las falsas ideas que respecto á España tanto abundan entre los compatriotas de Merimee y Teófilo Gautier. Es una lástima que toda copia fiel de la vida moderna en España, al cruzar los Pirineos, quede expuesta á ser calificada de falsa. La persona á quien este artículo está consagrado me ha dicho que hasta los mejores críticos parisienses, hablando de sus obras suelen terminar sus observaciones diciendo: «El Sr. Sorolla es un buen pintor, pero ¿por qué no pintará asuntos españoles?»

«¿Qué querrán—añade el artista,—que para darles gusto retrate á un caballero español con sombrero calañés y polainas con flecos, ó á una duquesa abrazando á un torero? Yo no hago más que asegurarles que pinto á mi país tal como es, á mis paisanos tales como son.»—LEONARDO WILLIAMS.



SEGOVIANOS, cuadro de Joaquín Sorolla

Cuarto centenario de la muerte de D.ª Isabel la Católica

Cuatro siglos se han cumplido el 26 de noviembre último del fallecimiento de la reina ilustre, cuya figura, junto con la de su no menos ilustre esposo, el rey D. Fernando, llena una de las más grandiosas épocas de nuestra historia.



Doña Isabel I la Católica

La conquista de Granada, el descubrimiento del Nuevo Mundo, son hechos que bastarían por sí solos á hacer famosos, no uno, sino varios reinados: con el primero, se coronaba la epopeya de la Reconquista, arrojando de su último baluarte á los infieles que siete siglos antes invadieron la península, y se completaba la idea de la unión nacional, que se compendiaba con el matrimonio de Isabel I de Castilla con Fernando I de Aragón; con el segundo, se ponía bajo la dominación española un continente inmenso, de una riqueza prodigiosa, que hubiera podido ser para España, la nación descubridora, inagotable fuente de prosperidades.

No son estos lugar ni ocasión á propósito para examinar la influencia que en nuestra historia y en nuestro modo de ser ejercieron tan trascendentales sucesos. Las faltas, los errores cometidos después, en modo alguno pueden empañar en lo más mínimo la gloria de aquellos reyes, que hicieron una nación grande y poderosa y legaron á sus sucesores un Estado fuerte y asentado sobre bases firmísimas que solamente era preciso conservar, evitando que los cimientos se destruyesen y que, como consecuencia, se desmoronase el edificio.

Dejemos estas consideraciones, y omitiendo también hacer mención de otros sucesos importantísimos de carácter militar y administrativo, que hicieron de aquel reinado el más brillante quizás de cuantos la historia de España registra, digamos algo de las solemnidades con que han conmemorado el cuarto centenario de la muerte de Isabel la Católica las ciudades de Granada y Medina del Campo, es decir, aquella en donde descansan los restos de la reina y aquella en donde falleció, en 26 de noviembre del año 1504.

En la Real capilla de la catedral granadina celebráronse suntuosos funerales, á los que asistieron el ministro de la Guerra, en representación del gobierno, el arzobispo, las autoridades y comisiones y representaciones de todas las entidades científicas y literarias y de los centros oficiales. Cantáronse la misa de *Requiem* del maestro Torres (siglo XVII), el *O vos omnes* de Morales y una *Sequentia* del actual maestro de la capilla Sr. Vila, y el canónigo del Sacro Monte Sr. Espinosa pronunció una sentida oración fúnebre, en la que desarrolló el siguiente tema: «Así como Dios había elegido á la más pura y santa de las mujeres en la inmaculada persona de la Santísima Virgen para realizar en el mundo la unidad religiosa por la redención de Jesucristo, haciendo de todos los fieles un solo rebaño con un solo pastor, así también escogió á la más excelsa y magnánima de las reinas para fundar la unidad religiosa, política y nacional de España.»

En el teatro de Isabel la Católica efectuóse por la noche la velada organizada con motivo del centenario, á la que asistió numerosa y distinguida concurrencia: representóse el drama de Rodríguez Rubí *Isabel la Católica*, que terminó con una reproducción plástica del famoso cuadro de Pradilla *La rendición de Granada;* las bandas de música del regimiento de Córdoba y de los obreros de la fábrica de pólvora tocaron escogidas piezas, y se leyeron inspiradas poesías de literatos granadinos.

Al día siguiente celebróse en el paraninfo universitario la sesión del certamen convocado por la Asociación de los Amigos de la Universidad, en la que se leyeron una poesía premiada de doña Sofía Melero, viuda de Nestares, un elogio de la Reina Católica por el catedrático D. Eloy Señán y un discurso sobre la extensión universitaria por el presidente de la Asociación señor Torres Campos, terminando el acto con breves discursos pronunciados por el rector de la Universidad y por el ministro de la Guerra.

En el hotel Wáshington Irving de la Alhambra tuvo lugar un suntuoso banquete, organizado por la Diputación y el Ayuntamiento de Granada en honor del ministro de la Guerra; asistieron al mismo 70 comensales, entre los que estaban representados el clero, la judicatura, la milicia, el magisterio, la política, las artes, las letras y la prensa, y en él pronunciaron elocuentes brindis el presidente de la Diputación Sr. Díaz Reyes, el alcalde de Granada Sr. Amor y Rico, el diputado provincial Sr. Fernández Mir, el capellán mayor de los Reyes Católicos Sr. Carulla, el canónigo del Sacro Monte Sr. Espinosa, el gobernador civil D. Juan Tejón, el corresponsal del periódico madrileño *La Correspondencia de España* y el ministro de la Guerra general Linares.

En Medina del Campo celebráronse el día 26 suntuosos funerales por el alma de Isabel la Católica, con asistencia de todas las autoridades, habiendo pronunciado la oración fúnebre el padre agustino Zacarías Martínez Núñez, director del Colegio de Alfonso XII del Escorial. Por la tarde efectuóse la procesión cívica desde el Ayuntamiento al castillo de la Mota, en donde se descubrió la lápida conmemorativa que ha dedicado á la Reina Católica la Sociedad Castellana de Excursiones de Valladolid.

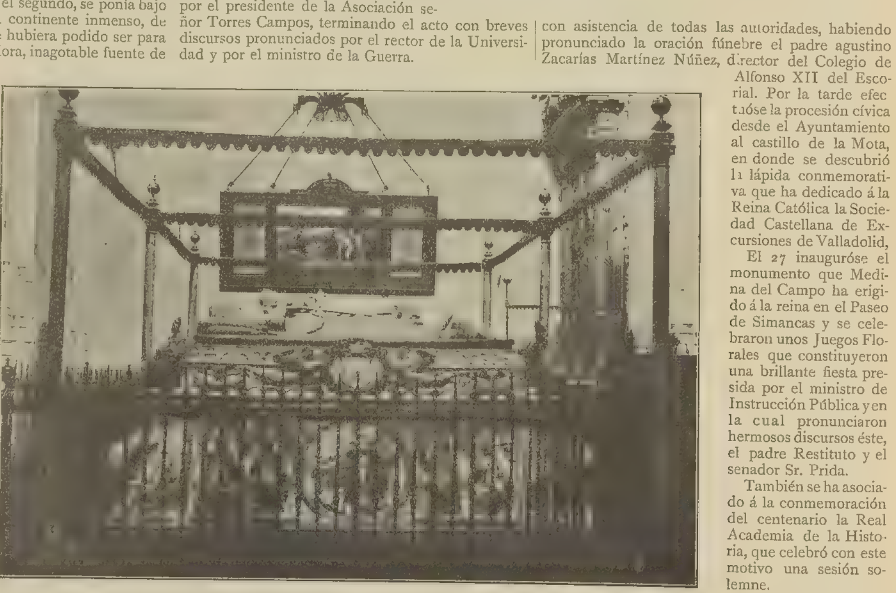


Espada que usó el rey Don Fernando en la conquista de Granada y corona y cetro que usaba D.ª Isabel la Católica. Se conservan en la sacristía de la capilla de los Reyes Católicos, de Granada. (De fotografía de Rosales Villa Real.)

El 27 inauguróse el monumento que Medina del Campo ha erigido á la reina en el Paseo de Simancas y se celebraron unos Juegos Florales que constituyeron una brillante fiesta presidida por el ministro de Instrucción Pública y en la cual pronunciaron hermosos discursos éste, el padre Restituto y el senador Sr. Prida.

También se ha asociado á la conmemoración del centenario la Real Academia de la Historia, que celebró con este motivo una sesión solemne.

Los grabados que en esta página y en la 808 publicamos y que representan la espada de Don Fernando y la corona y el cetro de D.ª Isabel la Católica, el mauseleo de los Reyes Católicos en la Capilla Real de Granada y la puerta de entrada de esta capilla, son reproducciones de fotografías que nos han sido remitidas por el señor Rosales Villa Real, á quien damos las gracias por la atención que ha tenido con esta revista.—X.



Mausoleo de los Reyes Católicos en la Capilla Real de Granada (de fotografía de Rosales Villa Real)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – TROPAS JAPONESAS DESCANSANDO DURANTE LA PERSECUCIÓN DE LAS FUERZAS RUSAS DESPUÉS DE LA BATALLA DE LIAO-YANG

(De fotografía)

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El ejército sitiador de Puerto Arthur ha concentrado sus operaciones contra los fuertes Ehrlung y Songshu, que han sido objeto, en estos últimos días, de violentos ataques y en cuyas contraescarpas se han abierto varias brechas por medio de minas. El día 21 atacaron los japoneses aquellas posiciones, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, y lo propio sucedió el día 26 y en los siguientes: acerca de estos últimos ataques todavía no se tienen noticias concretas, pues ni siquiera los centros de información de Che-Fu han enviado detalles acerca de ellos. No debe, sin embargo, haber sido muy halagüeño para los japoneses, por cuanto el parte oficial de Tokío, después de decir que se han ocupado las crestas de los glacis y de las contraescarpas, así como las obras adyacentes del fuerte de Songshu y del Este de Songshu, añade: «Pero no ha llegado todavía el momento de dar el asalto definitivo.» Relacionando este parte con otro anterior, también oficial, en que se decía que en la tarde del 26 comenzó un ataque general, pero sin haber podido los japoneses lograr el objeto que se proponían á causa de la encarnizada resistencia del enemigo, adquiriremos el convencimiento de que las fuerzas del general Nogi han debido pagar muy cara la experiencia que les ha hecho confesar que no es llegado aún el momento oportuno para el asalto definitivo.

De ello resulta además que no estaban en lo cierto los corresponsales de algunos periódicos ingleses cuando hace bastantes días expresaban opiniones muy pesimistas acerca del estado moral y material de los sitiados; pues no se concibe que una guarnición diezmada, descorazonada y escasa de víveres y de municiones, todavía pueda resistirse como se resiste la de Puerto Arthur y mantener á raya á un enemigo que dispone de abundancia de recursos de todas clases y que está cada día más empeñado en apoderarse de la plaza.

Se van sabiendo detalles de las pérdidas sufridas por el ejército sitiador: al *Times*, de Londres, le han telegrafiado últimamente desde Tokío (lo cual da carácter semioficial á la noticia) que sólo en el asalto del 19 al 24 de agosto tuvo 14.550 bajas. Y cuenta que más sangriento que éste fué el intentado en los primeros días de noviembre para solemnizar con la toma de Puerto Arthur el cumpleaños del Mikado.

Hablando de este sitio, el barón Kodama, jefe de estado mayor del ejército japonés, parece que ha hecho las siguientes manifestaciones: el ejército del general Nogi encontrará todavía grandes dificultades en las operaciones de sitio, porque el sistema defensivo de la plaza ha sido considerablemente reforzado y mejorado desde la guerra chino-japonesa, los fuertes permanentes han sido construídos por ingenieros muy hábiles y se han ejecutado detrás de ellos y en los intervalos entre unos y otros multitud de obras improvisadas; de lo cual resulta que la toma de uno de los grandes fuertes no traerá consigo la de toda la línea, sino que será preciso ir ocupando sucesivamente las distintas fortificaciones, dependiendo la fecha de la conquista de la plaza de la cantidad de municiones y de víveres de que disponga la defensa.

Los daños causados en la ciudad por los bombardeos de estos últimos días son, al parecer, considerables, habiéndose incendiado varios edificios próximos al arsenal y un depósito de carbón.

A medida que arrecia el ardor de los sitiadores por tierra, es menos efectivo el bloqueo por mar, porque la mayoría de los buques de Togo han sido enviados al Japón para ser reparados y ponerse en condiciones de hacer frente á la segunda escuadra rusa del Pacífico.

Un periódico francés ha recordado, con ocasión del sitio de Puerto Arthur, la duración de los principales sitios que registra la historia moderna, es decir, desde que la artillería representa un papel importante en esta clase de operaciones militares: el sitio de Pondichery (1778) duró 71 días; el de Valenciennes (1793), 42; el de Maguncia (1793), 105; el de Mantua (1796), 245; el de Génova (1800), 60; los de Zaragoza (1808), 74 el primero y 72 el segundo; el de Dantzig (1813), 334; el de Sebastopol (1854-55), 341; el de París (1870-71), 131; y el de Belfort (1871), 110. El de Puerto Arthur, que dura desde hace 205 días sin que se prevea todavía cuándo acabará, podrá ser considerado como uno de los más gloriosos por su duración y tal vez el más memorable, dadas las especiales condiciones en que se encuentran los sitiados y la trascendencia que la defensa de la plaza ha de tener sobre el curso ulterior de la guerra.

En el Cha-Ho continúa la misma inactividad, apenas interrumpida por dos ataques dirigidos por los japoneses, el 26 y el 28 de noviembre, contra la aldea de Tsin-Chen-Chen, situada á la extrema izquierda de la línea rusa, y á la que, según parece, atribuyen aquéllos gran importancia. El primero de estos combates fué insignificante; el segundo tuvo alguna más importancia, pues los japoneses abandonaron en su retirada 220 muertos y gran cantidad de fusiles, municiones y herramientas. En ninguno de ellos pudieron los agresores lograr el objeto que se proponían.

A Mukden llegan continuamente refuerzos para Kuropatkine, el cual dispone ya de todo el 8.° cuerpo de ejército recientemente desembarcado; además son en gran número los heridos curados que regresan de Kharbin para ocupar de nuevo sus puestos en las filas.

Suponen algunos corresponsales que las operaciones formales en aquella parte del teatro de la guerra quedarán en suspenso durante el invierno y no se reanudarán hasta la primavera próxima. Pero en concepto de muchos se equivocan los que tal opinan, y se fundan en que la calma presente obedece, no á las inclemencias de la estación, sino á la situación especial en que después de la batalla del Cha-Ho quedaron los ejércitos beligerantes. Aquella batalla nada decidió, y comenzar ahora la lucha en iguales condiciones sólo conduciría probablemente al mismo resultado, es decir, á una matanza inútil. Por esto los dos adversarios esperan, para emprender de nuevo la ofensiva, recibir mayores refuerzos: los rusos, los cuerpos de ejército que actualmente se movilizan en Europa; los japoneses, los 80.000 hombres que tienen ocupados en el sitio de Puerto Arthur.

Tiene verdadera importancia, como dato para juzgar el incidente de Hull, una carta de un ingeniero holandés, Arnoldo Kooy, que iba con la escuadra de Rodjestvensky como encargado de la «Sociedad de la telegrafía sin hilos» de Berlín, para instalar este servicio en los buques de aquélla. Esta carta la dirigió M. Kooy desde Tánger á su padre, y tiente tanto más valor cuanto que el mismo que la escribe encarga que no se le dé publicidad. A pesar de esto, ha sido publicada en un diario francés, de donde tomamos algunos de sus más interesantes párrafos.

«Poco después de haber la escuadra cargado carbón en Skagen, recibimos un despacho diciendo que los cuatro torpederos comprados por el Japón habían abandonado los fiordos daneses para causar, de un modo ú otro, daño á nuestra escuadra. En vista de esta noticia, recibí orden de dirigirme inmediatamente al *Kamtchatka,* y en su consecuencia dejé el *Swetlana,* en donde me encontraba, y partimos acompañados de dos cruceros encargados de protegernos...

»La segunda noche fué más clara; poco después de las ocho mandóse preparar los cañones, porque se veían venir hacia nosotros cuatro pequeños buques. Hicimos algunos disparos con pólvora sola para indicarles que cambiaran de dirección; pero en vez de obedecer, avanzaron directamente, en vista de lo cual abrimos un fuego seguido á fin de formar una línea de proyectiles á nuestro alrededor. A pesar de esto, aquellos buques siguieron avanzando y dos de



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LLEGADA Á MUKDEN, EN 12 DE SEPTIEMBRE, DEL TREN HOSPITAL ENVIADO POR LA EMPERATRIZ MADRE. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – LA RETIRADA DEL EJÉRCITO DE KUROPATKINE. – LOS REFUGIADOS CHINOS EN LA CIUDAD DE MUKDEN. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Ejecución de tres rebeldes coreanos fusilados por los japoneses en las inmediaciones de Seúl.
El piquete preparándose á hacer fuego. (De fotografía.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Ejecución de tres rebeldes coreanos fusilados por los japoneses en las inmediaciones de Seúl
Reconocimiento de los cadáveres después de la ejecución. (De fotografía.)

ellos atravesaron la línea de fuego. Dime tú si podían ser otra cosa que barcos enemigos. Creo que los periódicos no se han ocupado de este incidente, que nada de común tiene con el de los pescadores de Hull, puesto que nos encontrábamos en Blavanskook (Dinamarca) á 120 millas de la costa. Pude ver perfectamente aquellas dos embarcaciones que habían atravesado nuestra línea de fuego y que estaban iluminadas por nuestros proyectores: eran torpederos, y no rusos ciertamente. Cuando una de ellas se hubo acercado á cierta distancia, *vi con mis propios ojos* cómo lanzaba un torpedo, que no nos alcanzó, gracias á una hábil maniobra del comandante. Entonces nos pareció que nuestros proyectiles le habían alcanzado porque disminuyó su marcha y hubo de quedarse atrás. Apenas pasado este peligro (todo esto lo presencié porque estaba enviando los despachos al almirante para enterarle de lo que ocurría y recibiendo sus contestaciones), el segundo torpedero se acercó por el otro lado y lanzó también su torpedo (éste no pude verlo), pero nuestro fuego le obligó á retirarse.

»En cuanto á los otros dos torpederos, no volvimos á verlos y supongo que serían los que atacaron la escuadra de Rodjestvenski.»

Resulta de esta carta que unos torpederos japoneses agredieron á un buque ruso en aguas de Dinamarca. ¿Qué tiene, pues, de extraño, que sucediera lo propio cerca de las costas de Inglaterra? Cada día es más general el convencimiento de que el almirante ruso no hizo más que lo que debía repeliendo una agresión incalificable, y si de ello resultaron algunas víctimas, cúlpese, no á él, sino á los que por miedo ó por simpatía se hicieron cómplices de los agresores. Y mucho dice en favor de esta opinión el cambio que en la prensa y en el gobierno ingleses se ha verificado, sucediendo á la acometividad y á la violencia de lenguaje de los primeros días un comedimiento y una reserva prudentes.

Según noticias recibidas de Mukden, los japoneses siguen tratando con excesivo rigor á los chinos, castigándolos de una manera horrible por la más mínima sospecha de hostilidad. Parece que hace poco mataron á todos los habitantes dé una aldea á pretexto de que estaban en relaciones con los rusos, no escapando á la muerte las mujeres ni los niños. Las tropas japonesas han recibido orden de fusilar á todo chino de quien se sospeche que facilita á los rusos datos sobre las operaciones militares, y castigan con las penas de cárcel y de trabajos forzados á los indígenas que se niegan á recibir el papel moneda puesto actualmente en circulación por el gobierno del Mikado. R.

Colocación de la estatua de la Virgen en el pico el Diente del Gigante en la cumbre del Monte Blanco, á 3.014 metros sobre el nivel del mar

NUESTROS GRABADOS

Colocación de una estatua de la Virgen en el pico Diente del Gigante en la cumbre del Monte Blanco.—Hace poco se ha llevado á cabo felizmente la operación de colocar una estatua de la Virgen en uno de los más altos picos del Monte Blanco, en el llamado Diente del Gigante, que se eleva á 3.014 metros. Este solo dato basta para dar á comprender las dificultades que habrá sido preciso vencer para subir á tan grande altura la sagrada imagen, y para mayor prueba de ello véase una de las fotografías que adjuntas reproducimos. Pero la fe y el entusiasmo de los iniciadores de tan hermoso pensamiento han sabido allanar todos los obstáculos, y hoy, después de no pocos esfuerzos, álzase en aquella cumbre la imagen de la Madre del Redentor, representada por una bellísima escultura de mármol blanco, habiéndose celebrado al pie de la misma el santo sacrificio de la misa, que resultó un espectáculo en extremo solemne é imponente.

Un bienaventurado, cuadro de † José Jiménez Aranda.—Figuró el lienzo que reproducimos en la exposición organizada en el Salón Parés para honrar la memoria del insigne pintor, una de las más justificadas reputaciones artísticas contemporáneas. Los méritos y la provechosa é importante labor realizada por José Jiménez Aranda, son universalmente reconocidos y apreciados. Su personalidad tiene tal relieve que no puede ser discutida, y en todos tiempos y circunstancias se reconocerá la maestría del pintor, su genialidad y su portentosa labor. El cuadro que reproducimos forma parte de aquella notabilísima serie de producciones que tuvieron por objeto dar á conocer la época en que vivieron nuestros abuelos, que con tanto acierto había estudiado el que fué amigo queridísimo. En esta producción, como en sus compañeras, puede apreciarse la valía del artista, que aparece siempre sincero, correcto en los trazos y dueño de la paleta. Sirvan estos renglones de honroso testimonio del buen recuerdo que de él conservamos y de la respetuosa consideración que su memoria nos merece.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – El joven artista D. Joaquín Renart ha expuesto una colección de ex-libris, notables no sólo por la firmeza de la línea y por el gusto decorativo de la composición, sino también por el sentido alegórico que encierran y que se ajusta perfectamente á la personalidad artística, literaria ó profesional de las personas á quienes están destinados. El Sr. Renart, con esta exhibición, demuestra ser un artista dotado de talento y fantasía no comunes y un excelente dibujante.

En el propio Salón se han expuesto varios interesantes estudios de paisaje de D. Antonio Badrina, impregnados de sentimiento y ejecutados por un procedimiento de puntillado con ceras de colores que les prestan gran vigor y brillantez.

Capranu (Grecia.) – El célebre león de Queronea, monumento erigido en conmemoración de la batalla de este nombre librada por los atenienses contra Filipo de Macedonia, que hacía siglos yacía en ruinas, ha sido recientemente restaurado, gracias á las iniciativas de la Sociedad Arqueológica griega, por el escultor Kaludis, con tanto acierto que su trabajo se considera como una obra maestra de restauración.

Espectáculos.—*París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Armide et Gildis*, drama en cinco actos de Camilo Sainte-Croix; y en los Bouffes Parisiens *Le fin de l'amour*, fantasía en cuatro actos y en prosa, y *Don Pietro Carusso*, drama en un acto, ambas obras de Roberto Bracco.

Barcelona. – Se ha estrenado con regular éxito en el teatro Romea *Castell de fanch*, drama en tres actos de D. Ramón Bordas.

– En el Liceo, el famoso tenor Sr. Marconi ha cantado la ópera de Verdi *Rigoletto*, habiendo obtenido una gran ovación. También fué muy aplaudido en esta ópera el barítono señor Sammarco.

– La Asociación Musical ha dado el segundo concierto del ciclo Schummann, en el que se ejecutaron varias de las más notables canciones del gran compositor, que fueron muy bien cantadas por la Srta. Angeles Ll. Soler, y varios dúos que cantó con mucho acierto un coro de señoritas dirigido por el maestro Sr. Codol.



Los guías colocando en el Diente del Gigante la estatua de la Virgen
(De fotografías remitidas por Carlos Abeniakar, de Nápoles.)

Necrología.—Han allecido:

Mahometo Murad V, sultán que fué de Turquía desde 30 de mayo hasta 31 de agosto de 1876, fecha en que fué declarado incapacitado para gobernar, á consecuencia, según se dijo, de una enfermedad mental, sucediéndole su hermano menor, el actual sultán Abd-ul-Hamid.

Enrique Lewis, paisista inglés.

Dr. Max Bartels, célebre médico, antropólogo y etnólogo alemán, autor de la interesante obra «La medicina en los pueblos naturales.»

Lady Dilke, notable escritora inglesa, crítica artística, autora de una importante obra sobre el arte francés del siglo XVIII.

Pablo Grausier de Cassagnac, renombrado publicista y periodista francés.

Clotilde Gerard Juillerat, notable pintora francesa.

Hermán La Roche, crítico musical y compositor ruso, ex profesor de los conservatorios de Moscou y San Petersburgo.

Isabel Bishop, viajera y escritora inglesa, miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres, primera mujer á quien se ha concedido tal distinción, muy conocida por sus obras de viajes al Asia Oriental, Central y Anterior.

Dr. Adalberto Hanstein, literato, poeta y botánico alemán, profesor de la Academia Humboldt, de Berlín, y luego de la Escuela Superior técnica de Hannóver, autor de dramas, narraciones, novelas y de una obra histórico-literaria.

B. S. Lemstrom, físico finlandés, que estudió especialmente el magnetismo terrestre y la electricidad del aire, catedrático de la universidad de Helsingfors; tomó parte en la primera expedición polar de Nordenskjold y dirigió la que en 1882 organizó la Sociedad de Ciencias Finlandesa.

BOUQUET FARNESE VIOLET 29 Bd des Italiens.

HILDA

Novela corta por V. Gaudard de Vinci.—Ilustraciones de Marchetti

(conclusión)

Hizo una pequeña pausa el pescador, y después continuó:

—Lo que había tomado por estopa era su larga cabellera, que flotaba en desorden en la superficie del agua. Los pies y las piernas estaban hundidos en el fondo. La cara, ó lo que de ella restaba, parecía mirar al cielo. Aunque blanqueadas por el tiempo y por su larga permanencia en el agua, las carnes cubrían aún aquella calavera, cuyas órbitas, dos agujeros negros, parecía que imploraban compasión, mientras una horrible mueca descubría los dientes blancos y daba á la cara un gesto de risa de que me acordaré toda mi vida.

¡Y era á una vecindad semejante, á un espectáculo tan repulsivo y casi tan horroroso como el mismo rugiente abismo, á lo que aquella joven extraordinaria se había expuesto para servirme de modelo!..

—Es, evidentemente, el cadáver de la víctima del barón, dije. Pero ¿cómo explica usted que permanezca así?

—Se explica muy bien, caballero. Sabe usted que el barón, cuando supo que la justicia hacía averiguaciones para saber si había un subterráneo entre el arrecife y el castillo, hizo saltar con pólvora ese túnel, en el que ocultaba, sin duda, el cadáver de la desgraciada á la que había degollado en un momento de locura furiosa. La explosión debió producir algún cambio en la conformación de las rocas que forman la base de la Caldera, pues nunca se había hablado de cadáver en ese remanso, y además era éste tan profundo que nadie le había visto el fondo. El cadáver debió encontrarse cogido entre los pedazos de peña que produjo la explosión y mantenido en la forma que acabo de decir. Su conservación durante tantos años no es extraordinaria, considerando que esas rocas son de composición calcárea y que el agua, constantemente renovada por las filtraciones, es siempre de una gran frescura.

Dí las gracias al pescador por su interesante relato, y después de despedirme de él, continué mi paseo hasta el sitio en que el río se junta con el lago Boren.

Me parecía ya imposible que Hilda ignorase el terrible episodio que figuraba con caracteres sangrientos en la historia de su padre. La joven había visto aquel cadáver y no le causaba asombro. ¿Era sequedad de corazón ó fuerza de carácter?

No volví al hotel hasta por la tarde y encontré á Raúl solo en nuestro cuarto. El pobre muchacho empezaba á mostrar las señales exteriores de la pasión que le roía. Había adelgazado y perdido el gusto del trabajo y la alegría y la animación que hacían antes de él un encantador compañero.

Al verle sentado en un sillón, pálido, abatido y pensativo, con la cabeza apoyada en la mano y los ojos febriles y ojerosos fijos en el vacío, mi corazón se oprimió dolorosamente.

—Querido hijo mío, le dije cogiéndole la mano, creo que debemos pensar en marcharnos. Hemos tomado bastantes croquis y bocetos para trabajar en nuestro estudio, y podríamos volvernos á Estockolmo dentro de dos ó tres días. ¿Para qué estarnos aquí más tiempo? Veo que Hilda no te ha dado aliento alguno que te permita conservar la menor esperanza. El estar aquí no puede hacerte más que daño, mientras que en la capital tendrás sociedad, y esto, con tus ocupaciones habituales, te distraerá pronto de tu pena.

—Como quieras, papá, me respondió. Concédeme, sin embargo, tres días. Como tú mismo has visto, es evidente que los sentimientos de Hilda para conmigo no son más que los de la amistad, y pierdo más y más la esperanza de verlos cambiar... Algunas veces, con todo, creo que si supiera cuánto la amo, esto pudiera ocasionar una reacción en mi favor... Aparenta de tal modo ignorarlo, que algunas veces creo... En fin, no quiero marcharme sin haberlo intentado..., sin haber hablado con ella. Cueste lo que cueste, quiero hacerla salir de esa amabilidad fría y altanera, siempre la misma, que parece ser su regla de conducta para conmigo. Quiero que lo sepa todo y saber yo si conoce mi amor y finge ignorarlo.

V

Necesitaba todavía una sesión para terminar el estudio de la Caldera, y Raúl y yo decidimos dedicar á eso el día siguiente.

Por la mañana, pues, á la hora de costumbre, estábamos sentados en el mismo sitio desde el cual habíamos asistido á la hazaña de Hilda.

—Con muchísimo gusto, Hilda, respondió mi hijo, encantado.

Raúl reunió en seguida sus efectos, y los dos se



Yo estaba en la orilla, á pocos pasos de él, medio oculto por los sauces

Esta no tardó en presentarse. Así como Raúl había decidido violentar los acontecimientos y hablar de su amor á la joven, también había algo en Hilda que parecía indicar que había tomado una resolución y formado un proyecto, cuya naturaleza era difícil de adivinar.

La joven tenía un aspecto agitado y nervioso, poco habitual en ella. Su vista presentaba algo más profundo y hasta más grave, que su graciosa sonrisa no lograba disimular.

Estaba, sin embargo, amable como siempre y aun se manifestaba aquel día más amistosa y más afable que nunca con Raúl.

Cuando le dije que empezábamos á pensar en marcharnos, me pidió como un gran favor que le hiciese un pequeño estudio en tinta china del pórtico Norte del castillo, es decir, de la fachada opuesta al lado en que estábamos.

—Será un recuerdo de usted, dijo, que representará las agradables horas de trabajo que hemos pasado juntos.

Como el adorno y el dibujo de arquitectura eran justamente lo que Raúl había estudiado á fondo durante el invierno, le designé como más á propósito que yo para ese trabajo, y la joven, volviéndose á él, le preguntó si quería hacerle ese cuadrito.

fueron juntos hacia el sitio en que Hilda quería que se hiciese el estudio. Pero, un momento después, la joven volvió sola y se sentó á mi lado.

—¿Y Raúl?, pregunté; ¿ha empezado ya el boceto?

—Está en pleno trabajo, me respondió, y más embebido que nunca en su asunto.

—Es que está contento con el encargo, dije.

—¿Es por cariño á su hijo por lo que usted, señor Lagnieres, viudo á los veintitrés años, no se ha vuelto á casar?, me preguntó de repente. ¿Es posible que el amor paternal realice esos sacrificios?

—No sé lo que tal sacrificio puede tener de extraordinario para usted, respondí casi ofendido por el tono de su pregunta, pero no lo extrañaría si conociese su hermoso corazón, su...

—No dudo que tendrá todas las cualidades posibles, me dijo interrumpiéndome secamente. Sé que es un joven encantador en todos conceptos. He tenido tiempo de observarlo y creo conocer á Raúl mejor que usted mismo.

—Y bien, Hilda, en ese caso debe usted saber que la quiere vivamente, respondí para aprovechar la ocasión y saber si Raúl podía tener alguna probabilidad de ser admitido por la joven.

—Sé que me ama, respondió Hilda sencillamente; pero si tiene intención de pedir mi mano, podría us-

ted hacerle un servicio dándole á entender que mis sentimientos hacia él no son en modo alguno como él los querría y que no puede esperar nada de mí, añadió en tono duro y recalcando la última frase.

Me había impresionado tanto el día antes el estado de sombría desesperación de Raúl y el cambio físico que su fatal amor le había producido, que aquellas palabras me causaron un vivo dolor, pues eran el toque fúnebre de nuestras esperanzas.

—¿Y por qué no podría usted amarle, querida niña?, dije un poco aturdido acaso y movido por el sentimiento que nos hace defender palmo á palmo un terreno que sabemos perdido. Todo parece indicar que es el marido que convendría á usted, puesto que tiene todas las condiciones para agradarla.

—Sr. Lagnieres, el oficio de casamentero es indigno de usted, me dijo riendo. Cerrando los ojos, creeríase oir á una abuela que hace valer las dotes de su nieto, papel que no le sienta á usted nada bien. Para acabar de una vez, sepa que tengo mucha amistad y mucha estimación por Raúl, pero nada que se parezca siquiera al amor. Si no estuviera usted cegado por el amor paternal, continuó en tono de despecho, hubiera comprendido hace tiempo que Hilda de Hammarheilm no puede casarse con su hijo de usted, por ninguna consideración que fuese... Y ahora, para cambiar de asunto, permítame usted que le recuerde que mi pregunta se ha quedado sin respuesta. Voy á repetirla. ¿Cómo es que usted, que aboga tan bien por las personas casaderas, no ha contraído nuevos vínculos? ¿Es que, sintiéndose superior á las debilidades del mundo, ha hecho usted un pacto con la musa de las bellas artes para no serle infiel con ninguna mujer terrenal?.. Un día me contó usted que su amor paternal había sido una especie de preservativo contra el otro... ¡Buena es esa! Dondequiera que volvamos los ojos vemos ejemplos que demuestran que el uno y el otro se armonizan perfectamente.

Si yo hubiera estado menos preocupado al pensar en la desesperación que se iba á apoderar de mi hijo cuando le dijera las palabras decisivas de Hilda, me hubieran ciertamente chocado más la amargura y el entusiasmo con que la joven pronunció sus últimas frases irónicas.

Pero de todos modos, las burlas de Hilda me hicieron volver en mí y pensar que me encontraba á punto de parecer ridículo sin que la causa de Raúl ganase nada en ello.

—Tiene usted razón, Hilda, respondí. Hubiera debido conocer á usted bastante para saber que la ninfa de este río pérfido y de esas rocas insensibles y crueles, debía poseer en buena proporción los elementos de los objetos con quienes se identifica. ¡Tratar de evocar en usted ciertos sentimientos de los que no es capaz!.. Tanto valdría pedir á este río que cesase de correr ó á estas rocas que vertiesen lágrimas por las víctimas que han hecho. Con el permiso de usted, pues, y para no perder más tiempo, vuelvo á mi trabajo sin responder á unas preguntas que considero sencillamente como sarcasmos merecidos, que no exigen respuesta.

—¡Así me gusta, Sr. Lagnieres!, exclamó. Le vuelvo á encontrar á usted tal como es... ¡Cuánto prefiero esas respuestas como botes de lanza, á las futilidades sentimentales de los jóvenes á la moda! ¿Quiere usted que le cuente lo que la ninfa de este río, puesto que es así como usted me llama, soñó la noche última? Pues he soñado, continuó sin esperar respuesta, que amaba á un oso, á un gran oso, que no quería comprenderlo y que no respondía más que con arañazos y gruñidos á todas mis insinuaciones. Estaba mi oso extremadamente distraído, pero yo comprendía que si lograba separarle del objeto de su distracción, no permanecería mucho tiempo insensible á mis encantos y haría de él lo que quisiese. Resolví, pues, hacerle sufrir una operación dolorosa que me lo entregaría adicto y sumiso. Me lo llevé un día al escollo de la ninfa, en el cual, siendo yo el hada del río, estoy dotada de una fuerza extraordinaria, y cuando le tuve allí, luché con él, le vencí y le agujereé la nariz para ponerle en ella un anillo. El oso expresó su dolor con gritos y lamentos, pero su herida se cicatrizó poco á poco y dejó de dolerle. Entonces le pasé una cinta de color de rosa por el anillo y en adelante se mostró el más tierno, el más amante y el más sumiso de los osos.

Conmovido por el tono profético de aquellas palabras, que me produjeron, sin saber por qué, una impresión desagradable, me volví involuntariamente hacia la que hablaba. Hilda levantó la cabeza y nuestras miradas se encontraron. El color habitual de sus ojos se había trocado en un matiz grisáceo como ciertos reflejos del río, y parecían brillar con una llama extraña que podía indicar la pasión, pero también la locura.

Aquella expresión, sin embargo, no duró más que un instante y la joven volvió á tomar su fisonomía normal.

—¿Qué piensa usted de mi sueño?, me preguntó.

Preocupado por entero por lo que acababa de oir y por la pena que me producía, había escuchado distraídamente las últimas palabras de Hilda, con la idea vaga y confusa de que se trataba sólo de una coquetería.

—Nunca he dado la menor importancia á los sueños, respondí empaquetando mis bártulos, pues estaba muy agitado para pintar.

—Sr. Lagnieres, dijo la joven al cabo de un instante, ¿no le ha ocurrido á usted nunca en el curso de su viudez que usted y su hijo pudieran enamorarse de la misma mujer?

—Nunca he pensado en eso, respondí secamente.

—Pero si hubiese sucedido, insistió, ¿qué hubiera usted hecho?

Al pronunciar estas palabras bajó la cabeza y pareció muy ocupada en arrancar á su alrededor, una á una, las hierbecillas, con una precipitación febril.

—Si eso hubiera sucedido, respondí, no lo hubiera sabido nadie. Jamás hubiera yo sido un obstáculo para la dicha de mi hijo.

Hilda levantó la cabeza.

—¿Y si el objeto del amor de los dos hubiera amado al padre y no al hijo?

La voz que había yo oído el día antes durante mi paseo solitario; aquella voz á la que sólo pudo hacer callar el aspecto triste y sombrío de Raúl, se dejó oir de nuevo. Sentí que me ruborizaba y dirigí una mirada á Hilda. Sus mejillas habían palidecido y su respiración anhelosa me hubiera por sí sola dado á entender la importancia que atribuía á mi respuesta, si su mirada intensa y la expresión de su boca entreabierta no me lo hubiesen mostrado claramente.

La joven estaba apoyada en una mano, con la trenza de su cabello negro medio deshecha y cayéndole como una cascada por los hombros y por el pecho. En aquel cálido día de verano, estaba vestida con una bata blanca que dejaba al descubierto los brazos y el cuello, invadido por un intenso rubor, como si todo su ser protestase contra el atrevimiento de sus palabras. Todo su cuerpo temblaba por el esfuerzo que hacía para contener la agitación.

Un segundo de vacilación y estaba perdido.

Diciendo: «Hilda, amo á usted; sea usted mía,» la hacía feliz... ¿Y yo? ¡Oh! Yo sentía que el amor sería para mí muy dulce todavía. Allí estaba, pronto á penetrar, y no hubiera tardado en dominarme.

La sangre, que parecía haber abandonado mi cara, volvió á ella con fuerza. Me volví y respondí en tono tranquilo y resuelto á la última pregunta de Hilda:

—No hubiese correspondido á ese amor.

Hubo un instante de silencio, durante el cual no me atreví á mirarla. Sufría yo por ella pensando que debía sentir, aunque acaso en menor grado, lo mismo que pronto sentiría Raúl, y además los tormentos que su orgullo y su temperamento altivo y nervioso debían producirle al latigazo de la humillación y de la herida de amor propio.

Pero era demasiado dueña de sí misma y demasiado mujer de mundo para dejarse dominar en apariencia por la confusión. El penoso silencio que siguió á mis palabras no duró más que unos segundos, pero fué lo bastante para permitir que se repusiera; y con su expresión de alegría habitual y la sonrisa en los labios, me dijo irónicamente:

—¡Es usted verdaderamente sublime, Sr. Lagnieres!

—Puede usted decir que he dado ya el paso que separa á lo sublime de lo ridículo, pensé; pues á pesar de todo y aunque no hubiese permitido siquiera al amor paternal entrar en lucha con el otro, experimentaba en mí algo de ese sentimiento doloroso y desgarrador que produce el sacrificio.

Estaba decidido á llevarme á Raúl el día siguiente mismo. En aquellos sitios no le esperaba nada más que nuevos sufrimientos y había peligro para mí.

Sin embargo, por mucho que hice para dar á mis facciones su expresión habitual, sentí que mi vista se velaba y vi una lágrima que brillaba en sus ojos, pero una lágrima que permanecía en el fondo y á la que Hilda no permitió salir á las pupilas. Debió de adivinar mi pensamiento, porque me dijo:

—Adiós, Sr. Lagnieres, ó mejor dicho, hasta más ver, porque usted volverá.

VI

Me volví directamente al hotel y esperé con impaciencia á Raúl. Tenía yo el presentimiento de que hablaría con Hilda en aquella misma mañana, y pensaba que, después de todo, valía más que así fuese.

Mientras le esperaba me ocupé en arreglar nuestros efectos y hasta empecé á hacer los baúles.

Raúl llegó de repente á media tarde y entró en el cuarto con el paso precipitado de un hombre que vuelve á buscar un objeto olvidado. Al verme allí, pareció muy sorprendido; pues, en efecto, no era hora de que estuviésemos en casa ninguno de los dos.

—¡Tú aquí, papá!, dijo turbándose. Te creía en el Boren, acabando tu estudio de los cañaverales.

Le miré ávidamente. No tenía en modo alguno la expresión de un hombre que acaba de ser desahuciado por la mujer amada. Tampoco le encontraba aquel aire sombrío y desesperado con que volvía casi siempre del castillo. Parecía contento, por el contrario, aunque su agitación y su aspecto febril indicasen que había habido entre ellos alguna explicación.

—Y bien, Raúl, le dije redondamente, ¿has hablado á Hilda?

—La he hablado, me respondió, y lejos de desahuciarme definitivamente, como esperábamos, me ha pedido unos días de reflexión.

Era aquello tan distinto de lo que yo esperaba, que la sorpresa me dejó mudo por un momento.

Sin embargo, mirándole con más atención, vi en seguida que trataba de ocultarme algo. No podía hacerme ilusiones respecto de lo que podían ser los sentimientos de Hilda hacia él, y vi inmediatamente que había algo equívoco en aquella esperanza que le había dejado y que acaso este hecho tuviese alguna relación con la conversación tenida conmigo.

Cogí entonces á Raúl de una mano, le hice sentarse á mi lado y le conté todo lo que Hilda me había dicho. Se lo dije todo... menos que la joven amaba á otro y que este otro era yo.

Temía despertar sus celos y perder el cariño del hijo único por quien yo vivía y por el cual acababa de renunciar á todos los goces del amor.

¡Ay! ¡Cuánto me he arrepentido de tales temores! No ocultándole nada, revelándole toda la verdad, me hubiera, acaso, querido menos, pero se hubiera convencido de que aquella pérfida mujer no quería más que su perdición. Habría comprendido que no le consideraba más que como un obstáculo que había que suprimir ó como un instrumento de venganza.

Raúl me respondió que como su conversación había tenido lugar después que la mía, era posible que Hilda hubiese reflexionado en el intervalo y que el resultado de sus reflexiones le hubiera sido más favorable, por lo que no quería abandonar aún toda esperanza. Se daba cuenta perfectamente de que Hilda no le amaba y de que si al fin consentía en casarse con él sería por otro móvil que el del amor. Pero tenía tal seguridad de hacerse amar después, que estaba pronto á aceptar sus condiciones y á pasar por todo con tal de obtener su mano.

El pobre muchacho tenía tan poca costumbre de ocultarme nada, que le arranqué la verdad á pedazos. Me hizo, sin embargo, prometerle que no me opondría á su proyecto si me hacía saber la condición que la joven le había impuesto para concederle su mano, y yo se lo prometí, siempre que no se tratase de hacer nada reprensible ó que pusiese sus días en peligro.

A esto me respondió que amaba tanto á Hilda, que el mayor peligro que pudiera amenazar sus días era el de renunciar á ella; y los signos exteriores del mal que le devoraba venían en apoyo de sus palabras.

He aquí, pues, lo que le fuí sacando poco á poco.

Después de separarse de mí, Hilda fué á reunirse con él y se mostró tan afectuosa y tan amable, que Raúl se atrevió por fin á declararle su amor y á pedirle su mano.

Ella le respondió inmediatamente lo que ya me había dicho, es decir, que sentía por él mucha amistad y mucha estima, pero no amor. Sin embargo, como la joven no parecía considerar esa objeción como un obstáculo insuperable, Raúl estuvo más y más elocuente y persuasivo, mientras ella fingía dejarse conmover poco á poco. Hilda le habló en seguida de su madre y le contó lo que ya sabíamos, esto es, que la baronesa se había precipitado en el escollo fatal, probablemente para acabar con una existencia intolerable.

Añadió después, en forma de confidencia, que el aya inglesa había declarado al morir que una doncella de la baronesa había visto á ésta en la roca fatal unos momentos antes de su desaparición en el remolino, y le había visto distintamente hacer el ademán de una persona que arrojase un objeto al estanque conocido con el nombre de Espejo de la ninfa. Aquel objeto, según dijo el aya, debía de ser una cajita sellada ó un frasco dentro del cual hubiese un papel en el que la pobre mujer habría escrito sus últimas instrucciones á su hija y algunas revelaciones acerca de su marido, que en el último momento, por no se sabe qué escrúpulos, no quiso hacer públicas, razón por la cual se decidió á ocultar aquel documento en un sitio al que fuese difícil llegar.

—Para encontrar y retirar ese objeto, dijo Hilda al terminar, he afrontado dos veces los peligros de la Caldera, pero inútilmente. La cajita está, sin embargo, allí, muy visible, pero hay que tocar para llegar á ella un objeto tan repugnante, que nunca he tenido valor para meter el brazo en el agua. Ya conoce usted, Raúl, mi carácter novelesco, añadió la pérfida sonriendo, y no le asombrará que le diga que el hombre que quiera obtener mi mano aumentaría mucho sus probabilidades de éxito trayéndome esa caja.

El pobre muchacho se había mostrado decidido á realizar la intentona y la joven había fingido explicarle detalladamente la maniobra que había que hacer para llegar al centro del escollo con los menores riesgos posibles.

El efecto que me produjo aquel relato es más fácil de imaginar que de describir. El proyecto de la tal mujer se me apareció en toda su atrocidad y el sueño que me había contado me vino á la memoria con extraña claridad.

Inútil es decir que yo estaba enteramente decidido á impedir á Raúl la ejecución de su loca empresa, aunque tuviese que emplear la fuerza.

No había ningún tren para la capital hasta las ocho de la mañana. En el momento formé la resolución de marcharme con mi hijo en aquel tren, y la de velar toda la noche para no perder de vista á mi pobre insensato.

Pasamos la velada hablando y razonando. Le expuse, con toda la calma que pude, las pocas probabilidades de éxito que tenía, puesto que carecía de experiencia sobre lo que había que hacer para navegar por aquel río. Le hice ver que una mujer capaz de imponer pruebas semejantes y que así jugaba con la vida de un hombre que la amaba, no podía menos de ser una mujer sin corazón é indigna de ser amada; que aun suponiendo que él lograse traerle el objeto en cuestión, nada le autorizaba á creer que le concedería su mano.

Apelé en seguida á mi cariño por él y le recordé que era el único ser que representaba para mí la familia y la dicha en este mundo. ¿Cómo iba á atreverse á exponer así su vida, á riesgo de envenenar la que á mí me quedaba que pasar en la tierra?

Hablé mucho tiempo y con una emoción creciente que acabó por conmoverle.

Estaba yo amargamente arrepentido de haber dejado que las cosas fuesen tan lejos, y el sentimiento de la desgracia que podía herirme comunicaba á mis palabras tal calor y tal persuasión, que Raúl no pudo contener las lágrimas.

Entonces se arrojó en mis brazos y declaró por fin que renunciaba á su funesto proyecto por cariño á mí.

Eran más de las doce de la noche y le rogué que se acostase, dándole la seguridad de que yo no tardaría en hacer lo mismo

Me entretuve todavía un rato arreglando el equipaje y pronto el ruido regular de su respiración me indicó que Raúl se había dormido. Yo estaba muy cansado y me eché vestido en la cama, prometiéndome velar hasta el día el sueño de mi pobre hijo embrujado por una ninfa maléfica. No tenía sueño, ó al menos, así lo creía. Nervioso y excitado como estaba, me hubiera parecido imposible dormirme.

Y sin embargo, eso fué lo que ocurrió. Me dormí profundamente y tuve un sueño horroroso.

Estaba yo sentado en la roca de la ninfa é Hilda estaba á mi lado y me enlazaba el cuello con sus brazos. Alrededor del escollo y como guardándole, se veía un círculo hirviente de espantosos cadáveres. De repente y fuera de aquel círculo, vi aparecer á Raúl tripulando el barquito azul y haciendo violentos esfuerzos para pasar la zona fatal y llegar hasta mí. Quise tenderle las manos y dirigirle palabras de aliento; pero, en aquel momento, mi compañera me enlazó tan estrechamente que no pude hacer un solo movimiento. Vi al esquife hacer un supremo esfuerzo para salvar el obstáculo, pero el remolino se apoderó de él y se tragó á Raúl y al barco, mientras la ninfa cruel, que me tenía en su poder, murmuraba á mi oído: «La operación está hecha; tu corazón no estará ya distraído y serás ya mío para siempre.»

Me desperté sobresaltado. Eran las cuatro de la madrugada y el sol naciente iluminaba nuestro cuarto. Me incorporé sobre un codo y busqué con la vista á mi hijo dormido. ¡Su cama estaba vacía!

Un raudal de sangre me subió á la cabeza y me puso como una nube en los ojos, mientras que un indefinible espasmo de angustia me retorcía el corazón. Sin detenerme á coger el sombrero, me precipité fuera de la casa para correr en busca del desgraciado. Estaba en el escollo; no podía dudarlo ni un momento. Iba á penetrar en él para dar gusto á aquel demonio que quería arrancármele y enviarle á la muerte.

¡Ah! ¡Cuánto maldije á la pérfida sirena que le tenía bajo su peligroso encanto y le había embrujado como por un poder mágico hasta hacerle olvidar que al arriesgar su vida arriesgaba también la de su padre ó al menos su dicha!

Las calles del pueblo estaban todavía desiertas y sólo algunos campesinos que llegaban del campo, soñolientos é inertes en sus carros, levantaron la cabeza al verme pasar, así, sin sombrero y con aspecto de terror, como un loco escapado de su jaula.



Vi á Raúl erguirse á medias y extender los brazos hacia la orilla

Recorrí en pocos minutos la distancia que separaba la población de la propiedad de Charlottenberg y llegué, sin aliento y temblando, al sitio en que mi hijo y yo habíamos contemplado por primera vez la Caldera.

Allí estaba. Por un prodigio, acababa de llegar sano y salvo á la roca de la ninfa, y estaba amarrando el esquife azul de Hilda, antes de subir al Escabel. Unos segundos después estaba en esa peña y le vi inclinarse ávidamente sobre el remanso como si buscase alguna cosa.

Pero, de repente, le vi retroceder como transido de horror, y pasaron algunos minutos antes de que Raúl fuese bastante dueño de sí mismo para afrontar de nuevo la vista de lo que acababa de espantarle.

Pero el recuerdo, sin duda, de lo que había ido á hacer allí le devolvió las fuerzas, pues le vi de pronto quitarse la cazadora y remangarse hasta los hombros. Después sumergió los brazos en el agua helada, tocó y retocó aquel cuerpo en putrefacción y registró el fondo del estanque paseando las manos por las piedras pegajosas, por los viscosos girones, por las carnes flácidas y blancas de aquel cadáver cuyos cabellos debían de tocarle la cara, pues estaba tan inclinado que su mejilla rozaba casi las aguas.

Se levantó por fin, transido, mojado y desesperado, pues no había encontrado nada, y acaso comprendía entonces que todo lo que aquella mujer le había dicho no era más que una mentira. El desdichado se sentó un momento, aniquilado sin duda por sus esfuerzos y por su desengaño.

Yo estaba en la orilla, á pocos pasos de él, medio oculto por los sauces y sin atreverme á gritar ni á hacer un movimiento, temiendo que mi vista le quitase la serenidad necesaria para salir de aquel sitio maldito.

Cuando al fin, renunciando á sus inútiles investigaciones, le vi disponerse á montar en el barco para salir de la Caldera, caí de rodillas y dirigí á Dios una ferviente plegaria para que me devolviese mi hijo sano y salvo. Invoqué que creía haber sido un buen padre para aquel muchacho, que lo había sacrificado todo para hacerle dichoso, y que había hecho de él un hombre honrado. Me acusé de no haberme cuidado acaso bastante de sus sentimientos religiosos y juré hacerlo en adelante si no me le quitaba. En fin, oré como un hombre que ve la muerte de cerca y echa una mirada retrospectiva á su vida entera, comparando lo que ha hecho con lo que hubiera debido hacer. ¿No se trataba de mi hijo, de una parte de mí mismo?

Pero mi oración no fué escuchada... De repente, vi que el esquife giraba sobre sí mismo como una hoja seca arrebatada por el torbellino. Vi á Raúl erguirse á medias y extender los brazos hacia la orilla. Después, todo desapareció y yo caí de bruces en el suelo.

Cuando volví en mí, me encontraba en la cabaña del pescador. Aquel hombre había visto á mi hijo embarcarse en la lancha de Hilda, pero no le había chocado de ese hecho más que la hora matinal en que se verificaba. No se fijó hasta que le vió dirigirse al escollo y penetrar en él. Entonces era ya tarde para impedirlo.

Me había visto desmayado en la orilla y me había llevado en su lancha á la cabaña para prestarme los primeros socorros.

Volví en mí con un violento arrebato al cerebro que puso mi vida en peligro.

La Caldera arrojó el cuerpo de mi hijo á los cinco ó seis días, como hacía con todas sus víctimas. Sus restos desfigurados fueron recogidos por mis amigos, que supieron por telégrafo lo que acababa de pasar. Yo no supe estos últimos detalles hasta mucho tiempo después.

Han pasado más de veinticinco años desde que ocurrieron los sucesos que acabo de contar, y soy ahora un viejo que se aproxima al fin de su carrera por el mundo. Quiero, sin embargo, completar este relato con algunos detalles suplementarios que acaso interesen al benévolo lector que me ha seguido hasta aquí.

No tengo inconveniente alguno de amor propio en decir que los cinco primeros años que siguieron á la muerte de mi hijo, los pasé en una casa de locos.

Cuando salí curado y me puse de nuevo á pintar, observé que de mi brillante carrera de artista no me quedaba casi más que el recuerdo y un poco de reputación. El sentimiento de lo bello parecía haberme abandonado por completo. El sentimentalismo me parecía ridículo y me arrojé con ardor en la escuela realista, que entonces florecía. Durante muchos años me complací en pintar cadáveres y fuí á buscar mis modelos en el depósito y en las clínicas de medicina. Aquel género, sin embargo, acabó por cansarme y me dediqué al paisaje.

Entonces me acometió un violento deseo de volver á ver la vega del Motala y de escribir esta narración.

Pero el dolor, que yo creía, si no extinguido, bastante amortiguado por el tiempo y por la larga laguna de mi enfermedad mental para permitirme escribir estos hechos sin volverlo á sentir demasiado, se ha despertado punzante y tengo prisa por terminar.

Si el azar de los viajes lleva al lector al hermoso canal de Gœtha, que une ahora las dos ciudades principales de Suecia, Estockolmo y Gotemburgo, puede aprovechar una parada de dos horas que le impone en Motala el paso de las esclusas, para ir á echar una ojeada al teatro de los sucesos que acabo de contar. La vega risueña, el pérfido río y el castillo de Charlottenberg siguen allí. Sólo el escollo de la Caldera ha desaparecido. Después del fatal accidente que costó la vida á mi hijo, las autoridades ordenaron que el perro rabioso, como le llamada Hilda fuese al fin muerto. Unos cuantos cartuchos de dinamita hicieron desaparecer hasta el menor vestigio de la Caldera y del Espejo de la ninfa.

¿Y Hilda?.. ¿Y el viejo barón?

También desaparecieron.

La gente de la comarca asegura que al día siguiente mismo de la explosión de la mina, se vió salir del castillo la vieja silla de posta del barón, cargada de baúles y de efectos de viaje.

El carruaje estaba herméticamente cerrado y bajadas las persianas.

Los criados recibieron pronto aviso de que el castillo acababa de cambiar de propietario. El antiguo intendente que arregló las cuentas no pudo dar explicación alguna sobre el asunto, pues recibió él mismo la noticia por el banquero de la familia Hammarheilm, que vivía en París.

TRADUCCIÓN DE F. SARMIENTO.

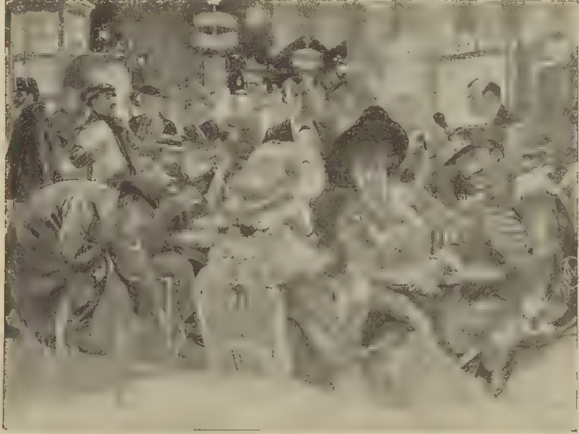
Industrias raras parisienses, por M. de Nevers.—Ilustraciones de Geoffrey Strahan

Entre todos los rasgos característicos de París, es tal vez el más notable el que aquella alegre ciudad nunca duerme por completo. Por muy avanzada que sea la hora, tiene siempre París buena parte de su

El *culotador* de pipas

población despierta y en movimiento. El objetivo de esas aves nocturnas varía mucho y recorre toda la escala, desde el placer al crimen. De los que buscan el primero no tenemos para qué ocuparnos aquí; de los últimos, baste decir que hay en aquella capital más de cien mil seres humanos sin medio ninguno de subsistencia y que sin embargo han de comer cada día; estos cien mil seres comen, pero van á ajustar la cuenta de gastos ante los tribunales.

Mas entre esos dos tristes extremos del noctambulismo existe una legión que el observador puede estudiar con provecho, si no con simpatía. Para ellos las horas de la noche, en lugar de ser malas consejeras, transcurren presenciando cuadros de trabajos industriosos, que son la última expresión de ese espíritu que, más que nada, ha hecho de Francia la nación que es: el espíritu de economía y de industria hasta en lo más insignificante. De estos industriales es de quienes vamos á ocuparnos.



Un «pata mojada» (colillero) recogiendo puntas de cigarro

El más popular de entre ellos es el *ramasseur de nuit* (recogedor nocturno). el más humilde de los miembros de la corporación de los traperos. Lo que los demás tiran y abandonan, él lo recoge, desde un pedazo de papel ó una cáscara de naranja, hasta un guante deteriorado. Todo tiene su valor. Las botas viejas, por ejemplo, por deterioradas que estén, siempre encuentran salida, como también las latas de conservas, á las que se les quita la soldadura de plomo, que se derrite, formando con ellas panes; la lata sirve para hacer juguetes de niños.

Un grado más arriba en la jerarquía indicada está el *coureur* (corredor), que es un guerrillero del gremio de los traperos, antítesis del *placier* (comisionista), que es un industrial legalmente autorizado y que tiene el monopolio de la basura de determinadas calles. Los *coureurs* son cerca de 20.000, gana cada uno más de 1'50 francos por día, lo que da un total de cerca de 30.000 francos.



El trapero

El *placier* trabaja de día, de modo que no tenemos por qué ocuparnos de él; diremos, sin embargo, que son cerca de 15.000, y que sus ganancias diarias representan 37.500 francos.

Resumiendo: hay cerca de 40.000 individuos de las últimas clases sociales que en cualquiera otra ciudad irían á engrosar las filas de los criminales, y que en París viven de los desperdicios y basura de aquella gran ciudad, ganando diariamente 75.000 francos.

De los más raros entre los raros industriales nocturnos son los llamados *reveilleurs* (despertadores) y *auges gardiens* (ángeles de la guarda). Los primeros viven despertando á los que, por razón de sus ocupaciones, tienen que levantarse mucho antes del amanecer, y se dedican á esta profesión así hombres como mujeres. Estas últimas son, sin embargo, las preferidas, por tener la voz más chillona, más paciencia y mejor genio, porque no es empresa fácil despertar de su pesado sueño á un vendedor de los mercados, ó á un individuo que el día antes ha matado muchos gusanillos en la taberna. Hubo un tiempo en que los despertadores ganaban hasta dos francos por día, con la módica retribución de 20 céntimos por cabeza ó de 30 por toda una familia de madrugadores. Hoy en día, debido á la competencia, el jornal ha bajado á 25 céntimos por semana por cada cliente. Apenas se comprende cómo pueda existir competencia para una ocupación que no sólo produce tan poco, sino que reune el máximum de molestias. El despertador comienza sus tareas á las dos de la madrugada durante todo el año, tiene que soportar de sus clientes malas palabras y á veces hasta golpes, y subir por lo bajo á 20 casas, de cuatro, cinco y hasta seis pisos. Sin embargo, hay quien prefiere ese oficio á pedir limosna; aún más, se nos ha asegurado que hay institutos que trabajan por mitad de precio y otros que viven despertando á los despertadores.

El «ángel de la guarda» es un personaje afecto á ciertas tabernas de ínfima clase, cuyo oficio es velar por la seguridad de los parroquianos que se emborrachan. Les acompaña á sus casas, los defiende si llega el



El «ángel de la guarda» en funciones

caso, muchas veces tiene que desnudarlos y acostarlos, y no les deja hasta que están completamente fuera del alcance de todo peligro. Compréndese fácilmente qué conjunto de buenas cualidades se necesitan para este oficio. El «ángel» ha de ser valiente, fuerte, honrado, persuasivo, paciente, y más que nada, no ha de beber. Pues á pesar de esa suma de virtudes, sólo gana de 1'80 á 2'50 francos por día. Por regla general el tabernero le da comida y á veces casa, y como gratificación mínima recibe medio franco del que ha sido objeto de su solicitud. Tiene además otras gangas, y hasta ha habido casos en que algún borracho de profesión, agradecido, le ha dejado un legado en su testamento. Suele invertir parte de sus economías en adquirir un carrito de mano para mayor comodidad de los parroquianos. El «ángel de la guarda» sólo trabaja en los barrios extremos y en las afueras de la ciudad; en las calles céntricas son *ángeles* de muy distinta especie los que se hacen cargo de los beodos.

Unas aves nocturnas muy importantes son los miembros del gremio de los *pattes mouillees* (patas mojadas), que se dedican al comercio del tabaco proveniente de las puntas de cigarros y cigarrillos que recogen por las calles, y se reunen en la plaza Maullert, junto á la estatua de Esteban Dolet, dos veces por semana, á las tres de la madrugada; en esos días se llama á la plaza dicha el mercado de los «patas mojadas.» Esta industria es verdaderamente remuneradora, por supuesto, siempre en modesta escala, y lo sería aún más si no fuera por el gobierno, que interviene en ella con su característica voracidad, y fundándose en que es suyo el monopolio del tabaco, ha impuesto una contribución sobre el que con tanto trabajo se recoge. Pero el «pata mojada» es tenáz y abunda en estratagemas para poder vivir y defraudar

á la autoridad, que en vez de madre es madrastra para él.

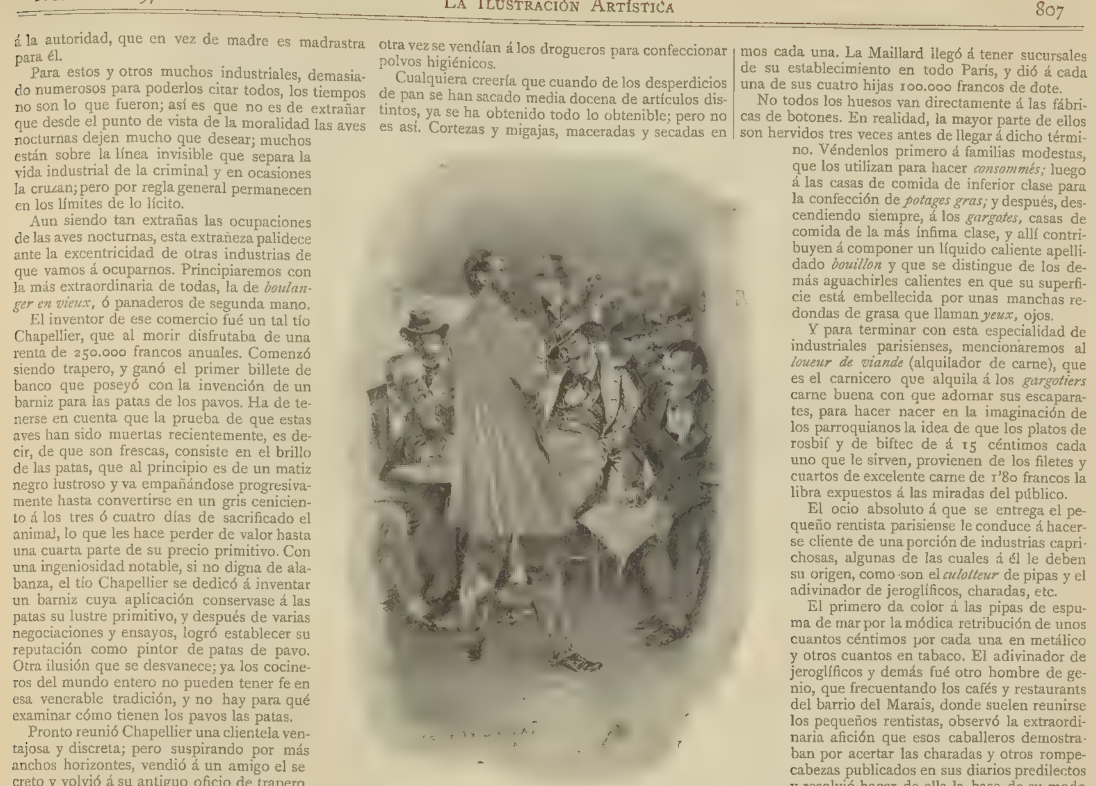
Para estos y otros muchos industriales, demasiado numerosos para poderlos citar todos, los tiempos no son lo que fueron; así es que no es de extrañar que desde el punto de vista de la moralidad las aves nocturnas dejen mucho que desear; muchos están sobre la línea invisible que separa la vida industrial de la criminal y en ocasiones la cruzan; pero por regla general permanecen en los límites de lo lícito.

Aun siendo tan extrañas las ocupaciones de las aves nocturnas, esta extrañeza palidece ante la excentricidad de otras industrias de que vamos á ocuparnos. Principiaremos con la más extraordinaria de todas, la de *boulanger en vieux*, ó panaderos de segunda mano.

El inventor de ese comercio fué un tal tío Chapellier, que al morir disfrutaba de una renta de 250.000 francos anuales. Comenzó siendo trapero, y ganó el primer billete de banco que poseyó con la invención de un barniz para las patas de los pavos. Ha de tenerse en cuenta que la prueba de que estas aves han sido muertas recientemente, es decir, de que son frescas, consiste en el brillo de las patas, que al principio es de un matiz negro lustroso y va empañándose progresivamente hasta convertirse en un gris ceniciento á los tres ó cuatro días de sacrificado el animal, lo que les hace perder de valor hasta una cuarta parte de su precio primitivo. Con una ingeniosidad notable, si no digna de alabanza, el tío Chapellier se dedicó á inventar un barniz cuya aplicación conservase á las patas su lustre primitivo, y después de varias negociaciones y ensayos, logró establecer su reputación como pintor de patas de pavo. Otra ilusión que se desvanece; ya los cocineros del mundo entero no pueden tener fe en esa venerable tradición, y no hay para qué examinar cómo tienen los pavos las patas.

Pronto reunió Chapellier una clientela ventajosa y discreta; pero suspirando por más anchos horizontes, vendió á un amigo el secreto y volvió á su antiguo oficio de trapero. Ocurriósele la buena idea de utilizar los mendrugos de pan que sobran en los restaurants y casas de comida. Recorrió dichos establecimientos, entró en tratos con dueños, administradores y sirvientes y logró monopolizar todos los pedazos de pan sobrantes en un radio de cuatro millas alrededor del mercado llamado de las Halles. En cuanto tuvo algún acopio, tomó un puesto en aquel famoso mercado y puso una muestra que decía: «Venta de mendrugos,» y los vendía un 50 por 100 más barato que los panecillos más baratos. Todos los criadores de gallinas y conejos se hicieron en poco tiempo sus parroquianos, y el negocio adquirió tales proporciones, que el tío Chapellier, convertido en un señor, tuvo que tomar dependientes, comprar carros y caballos, y por último, que establecer una fábrica de esos sabrosos *croûtons*, que en todos los restaurants de París de módico precio se sirven con la sopa y el café con leche. Y no paró aquí. Las migajas que se acumulaban durante el proceso de fabricación de los *croûtons*, eran trituradas de nuevo y convertidas en *chapelure* para salsas de pan, *gratins* y *panades*, y como durante tantas manipulaciones algunas se quemaban, éstas se recogían, se las carbonizaba por completo y molidas otra vez se vendían á los drogueros para confeccionar polvos higiénicos.

Cualquiera creería que cuando de los desperdicios de pan se han sacado media docena de artículos distintos, ya se ha obtenido todo lo obtenible; pero no es así. Cortezas y migajas, maceradas y secadas en



El adivinador de jeroglíficos, charadas, etc., etc.

un baño maría especial, vuelven á su estado primitivo de harina, también especial, que se emplea en la manufactura de unas tortitas de jengibre, que se venden en las ferias á 10 céntimos el medio kilo. El inventor de esa golosina, un tal M. Hebard, murió dejando muchos millones de francos y una magnífica biblioteca, cuyo principal adorno era una colección de todas las ediciones conocidas de las obras completas de Voltaire.

Después del pan de segunda mano, viene la comida de segunda mano también. Esta vez fué una mujer de genio, una tal Maillard, la que concibió la idea de sacar partido de los restos de comida que quedan en los platos de los restaurants. De estos restos, que compra á los marmitones, obtiene: 1.°, grasa y sebo; 2.°, cáscaras y mondaduras; 3.°, huesos; 4.°, pedazos de alimentos. Lo primero, después de varias manipulaciones, va á parar á manos de los que comercian con lámparas para iluminaciones; lo segundo á la de los que crían aves de corral; los huesos á las fábricas de botones, y los diversos trozos de alimentos se dividen en pequeñas porciones que vale cinco céntimos cada una. La Maillard llegó á tener sucursales de su establecimiento en todo París, y dió á cada una de sus cuatro hijas 100.000 francos de dote.

No todos los huesos van directamente á las fábricas de botones. En realidad, la mayor parte de ellos son hervidos tres veces antes de llegar á dicho término. Véndenlos primero á familias modestas, que los utilizan para hacer *consommés;* luego á las casas de comida de inferior clase para la confección de *potages gras;* y después, descendiendo siempre, á los *gargotes*, casas de comida de la más ínfima clase, y allí contribuyen á componer un líquido caliente apellidado *bouillon* y que se distingue de los demás aguachirles calientes en que su superficie está embellecida por unas manchas redondas de grasa que llaman *yeux*, ojos.

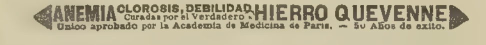
Y para terminar con esta especialidad de industriales parisienses, mencionaremos al *loueur de viande* (alquilador de carne), que es el carnicero que alquila á los *gargotiers* carne buena con que adornar sus escaparates, para hacer nacer en la imaginación de los parroquianos la idea de que los platos de rosbif y de biftec de á 15 céntimos cada uno que le sirven, provienen de los filetes y cuartos de excelente carne de 1'80 francos la libra expuestos á las miradas del público.

El ocio absoluto á que se entrega el pequeño rentista parisiense le conduce á hacerse cliente de una porción de industrias caprichosas, algunas de las cuales á él le deben su origen, como son el *culotteur* de pipas y el adivinador de jeroglíficos, charadas, etc.

El primero da color á las pipas de espuma de mar por la módica retribución de unos cuantos céntimos por cada una en metálico y otros cuantos en tabaco. El adivinador de jeroglíficos y demás fué otro hombre de genio, que frecuentando los cafés y restaurants del barrio del Marais, donde suelen reunirse los pequeños rentistas, observó la extraordinaria afición que esos caballeros demostraban por acertar las charadas y otros rompecabezas publicados en sus diarios predilectos y resolvió hacer de ella la base de su modo de vivir. Porque se suscitaban con frecuencia discusiones, disputas y hasta riñas entre ellos defendiendo distintas soluciones, que terminaban, por lo general, apelando en última instancia á la decisión del dueño del café, quien, teniendo otras muchas cosas á que atender, no les prestaba toda la atención necesaria, con detrimento de su prestigio y autoridad. En vista de esto, el cafetero aceptó de muy buen grado los servicios del parroquiano, que se ofrecía á representar constantemente el papel de Edipo. Hicieron su contrato, y desde entonces, los días en que se publican charadas, acertijos, etc., éste le lleva por la mañana la lista completa de todas las soluciones, á fin de que si por la noche apelan á él los parroquianos, no tenga más que hacer que consultar la mencionada lista; lo que le vale al adivinador un sueldo mensual de 600 francos.

Quedan aún otras muchas industrias parisienses por mencionar. Terminaremos diciendo que si alguna vez nos cuentan que en París fabrican tenedores y cuchillos con la nieve de las calles, no diremos que no lo creemos, porque lo improbable se hace posible cuando el fértil ingenio de un parisiense se empeña en conseguirlo, aguijoneado por el afán del lucro.







PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Sexto anuario de los Juegos Florales de Colonia. – A la bondad y afecto del eminente publicista y colaborador de esta Revista Dr. D. Juan Fastenrath, debemos el hermoso volumen destinado á perpetuar el recuerdo de los Juegos Florales de Colonia, celebrados por sexta vez y verdaderamente arraigados en la bella ciudad del Rhin, gracias al patriotismo de nuestro excelente amigo. Tan pulcramente editado como los anteriores, contiene una minuciosa y bien escrita reseña de tan agradable fiesta y las composiciones premiadas, así como las descripciones que de ella publicaron los periódicos de todos los países y los mensajes y felicitaciones que recibió el ilustre vate, fundador y mantenedor de tan brillante certamen, cuya celebración reviste los caracteres de un verdadero acontecimiento y tan simpática ha de ser para nosotros. Basta examinar el libro para formar juicio de la afectuosa acogida que en todas partes merece la gran obra de cultura realizada por Fastenrath, á quien tanto deben las letras alemanas y españolas, ya que en el provechoso cultivo de unas y otras ha logrado singularizarse nuestro amigo. Embellecen el libro varios grabados, entre ellos los retratos de la princesa Carolina de Sajonia, Reina de la Fiesta; el precioso grupo de las señoritas que formaron su Corte, así como el de los poetas premiados. Al dar cuenta de la publicación del Anuario, hemos de terminar aplaudiendo la obra del noble fundador y ofrecerle una vez más el homenaje del respeto y de la afectuosa consideración que le tributamos.



Granada. – Cuarto centenario de la muerte de D.ª Isabel la Católica. – Puerta de entrada de la Capilla Real en donde se han celebrado suntuosos funerales. (De fotografía de Villa-Real, de Granada. – Véase página 798)

Averías y accidentes en las máquinas eléctricas, por *Ernesto Schulz*. – Los editores Sres. Ribó y Marín acaban de publicar esta obra de indiscutible importancia, ya que en este período en que tan amplias son las aplicaciones de la electricidad, impónese la necesidad de conocer las averías y accidentes que puedan producirse en las máquinas y los medios prácticos para corregirlos y evitarlos. De ahí que creamos que el nuevo libro, cuya traducción del alemán ha llevado á cabo concienzudamente el ingeniero D. Enrique Campdevi, ha de prestar señalados servicios y ha de ser de gran utilidad. Forma un volumen de 116 páginas, ilustrado con 42 grabados, y se vende al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubᵍ St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

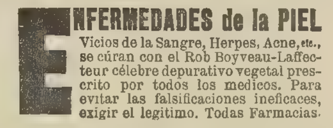
AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS Dᴿᴱˢ JORET Y HOMOLLE
CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
Fᶜⁱᵃ G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr. en París
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA, SARPULLIDOS, TEZ BARROSA, ARRUGAS PRECOCES, EFLORESCENCIAS, ROJECES.
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cⁱᵉ, Bᵈ St-Denis, 16

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.





PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris. *Exigir la Firma WLINSI.*
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

AGUA LÉCHELLE HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos de sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 12 de diciembre de 1904 — Núm. 1.198



Guerra ruso-japonesa.—El mariscal Oyama, generalísimo de las fuerzas japonesas de la Mandchuria en Liao-Yang

(De fotografía de «Colliers Weeckly»)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Pa mí que nieva..., debieron decirse los madrileños cuando, al despertar, sintieron, aun entre sábanas, la peculiarísima impresión de encogimiento aterido que la nevada produce; ese entumecimiento sordo que yo llamaría «la muerte blanca.»

En Madrid, á pesar de lo duro de su clima continental, nieva poco. Más frecuentes son los temporales de granizo. Transcurren largos años sin que vistan sudario las calles y la gente resbale en las aceras. No debemos extrañar que no se tenga aquí todo preparado, como si estuviésemos en Moscou ó en Cristianía.

La prensa y el vecindario se han indignado porque no había barrenderos, ni mangueros, ni braceros suficientes para limpiar con diligencia las vías públicas cubiertas por la nieve alta y compacta. Cada cual lamentó la interrupción de sus quehaceres ó de sus recreos diarios. Madrid se transformó, bajo la vara mágica del hada blanca, en uno de esos soñolientos y amodorrados pueblos de provincia, en los cuales cada uno se refugia en su casa y Dios en la de todos. Mudo, arropado en la sábana glacial que tendió sobre él la naturaleza, la ciudad adquirió aspecto triste, fué como persona bulliciosa que enferma y calla. Los tranvías, por donde circula el Madrid laborioso, se quedaron en sus cocherones; los simones y carruajes de lujo no engancharon; los obreros no salieron á su labor... Y la colmena madrileña se recogió al colmenar, y abejas y zánganos tiritaron igualmente, con las alas plegadas y mustias...

La nieve, creedme á mí, la nieve, cuando no es cristiana, tiernamente mística -cuando no despierta reminiscencias de portalitos de Belén y niños con aureola, temblando sobre unas pajas, —la nieve es socialista. Porque nunca como en días de nevada se aprecian, de alto relieve, las diferencias capitales que establece entre los hombres, hermanos según la ley de Dios, el hecho vulgar de tener ó no tener dinero.

Para el rico, sencillamente para el acomodado, la nevada, aunque deshaga planes y entorpezca asuntos, reviste, en estos países donde tan poco abunda, carácter ameno y original. Es un extra, un cambio de decoración, un «efecto» de paisaje, que sorprende la vista y da ocasión de deportes, porque se acude al Retiro á contemplar blancos los estanques, blancos los macizos, polarmente blancos los árboles, y á reir con los resbalones de algún inadvertido, que corre peligro de sentarse de lleno en la blancura...

«¡Qué bonito!» Es la primer exclamación de los que se asoman á una ventana resguardada por cortinas confortables en una sala donde arde una estufa constante y alegre, y ven tejados y chimeneas, balcones, aceras, arroyo, envueltos en espléndido candor. Del cielo descienden pausados, gentiles, inmaculados como vellón de cordero recental, los copos, que acolchan el aire y producen una sensación de suavidad y seguridad, un goce mayor añadido á los goces ya tan refinados de la existencia decorosa, con todas las necesidades previstas y cubiertas... Dentro, hace calorcito blando; la mesa está prevenida; los criados, dispuestos á servir la sana sopa; el asado, jugoso; el helado, hecho—para mayor gusto —con la nieve recogida en los balcones, nieve limpia, clara, apretada y deliciosa... Sobre el mantel, flores frescas, vivaces plantas, hablan de primavera en medio del nevarrón... El día se ha obscurecido, pero dentro del comedor arde la luz eléctrica, y todo ríe, todo halaga. No se podrá salir; no se podrá ir á escuchar la música de Lohengrin ó de Fausto, pero están al alcance de la mano los libros, el piano abierto, y en el dormitorio, el edredón tibio, de plumón ligero, promete las regalonas dulzuras del sueño en paz. Y, con una especie de resignación satisfecha, la que se adopta en el campo para conformarse á pasar encerrado un día de lluvia, el rico se dice: «Unos horas de recogimiento, de epicureísmo, de amarrar la barca al muelle del puerto, y dejarla que se columpie sosegadamente...»

Entre tanto, el pobre no se conforma con ver la nieve en el Retiro, ni con mirarla caer tras de los diminutos cristales de su buhardilla... Para el pobre —aunque parezca paradoja—hay una nevada propia, una nevada pobre también. La nieve de los pobres no es la que baja poéticamente en cardados copos, y se deposita con tal gracia en cornisamentos de edificios ó en ramas de coníferas, sino la que, negruzca y pisoteada, envuelta en fango y en residuos de la calle, se adhiere á las botas ó forma pellones de dudoso olor bajo las manos escultoras de la golfería. Esa es la nieve humilde, la nieve callejera, la nieve de los menesterosos, que sólo representa paro del trabajo, frío sin carbón, cocina sin puchero, y todo el séquito de privaciones y de apuros que la terrible entrada del invierno acarrea á los pobres. La nieve no les trae la sonrisa de lo inesperado y divertido, sino el ceño adusto de la necesidad más apremiante.

Y sin embargo, el pueblo ha tenido, como siempre, su provisión de filosofía, su gasto de buen humor, su espartana aceptación del contratiempo. Se ha reído de las caídas, se ha apedreado con bolas de de nieve, ha formado enormes pellas, se ha consagrado á rodarlas (deporte de Sísifo), y ha asistido, como á espectáculo curioso, á los esfuerzos de barrenderos y mangueros para despejar un poco las calles. Estas, en realidad, de día no se vieron tan solitarias; transitó por ellas, cuando la nieve apretaba más y más, bastante gente, bultos informes, multitud guarecida bajo enormes paraguas, calzada con botazas gruesas, con siluetas de capuchinos los hombres bajo sus recios impermeables, con siluetas de brujas las mujeres entre el rebujo de sus mantones y toquillas. Este gentío cruzaba el arroyo por vereditas abiertas en la densa alfombra de nieve, ó pisaba las losas de la acera con precaución, á brincos, por evitar los resbalones probables. Los perros, evidentemente indignados y arrecidos, seguían á sus amos de mala gana. Los borriquillos de los traperos alzaban y bajaban con miedo sus pobres patas rígidas, temblorosas. Y los caballos de los coches de punto —mientras circularon—avanzaban tan precavidamente como un danzarín novato que arriesga los primeros pasos de un minué.

De las esculturas de nieve se ha hablado mucho, y son la nota curiosa de estos días en que la meteorología se destaca entre las preocupaciones de la villa y corte.

Estas efímeras esculturas parecen revelar que la política interesa preferentemente á este pueblo, y que la caricatura de ministros y diputados, alternando con la de Don Tancredo, es el tema favorito, lo que danza en las imaginaciones: se satisface así, con nieve, la intención satírica, el desahogo político, y, como los conflictos y las luchas políticas, las estatuas de nieve viven un día no más...

La nevada ha paralizado los ferrocarriles, ha cortado las comunicaciones, ha extendido sus lienzos blancos por toda la Península. Y mientras suenan las largas horas de la noche, y retiñe la voz del reloj —que los tranvías no apagan porque no circulan, pienso en los trenes detenidos en alguna silenciosa y luenga estepa castellana entre la obscuridad, antes de que la luz del amanecer se haga lívida reflejándose en la nieve sepulcral, antes que el frío más cortante de la madrugada estremezca á los viajeros, antes de que la claridad descubra la fatiga de los rostros, la hinchazón de los párpados, la ansiedad de las fisonomías...

Un tren parado entre la nieve, es de las situaciones más melancólicas que se pueden concebir. No se sabe cuándo cesará la detención, ni cuándo se podrá tomar alimento, es la sensación completa de abandono y naufragio. Pero si en los países septentrionales los trenes se parasen cada vez que caen grandes nevadas, ¿qué sería de esos países? En Suecia, en Noruega, en Dinamarca, los trenes marchan aunque tapice el suelo una vara de nieve. ¿Cómo hacen? ¿Qué arte se dan? Y tengo una curiosidad vivísima de trasladarme á esas tierras, donde la nieve y el hielo duran medio año ó nueve meses y no se nota; donde el hombre lucha con el clima, con los elementos, y sale victorioso.

Aquí, trenes, telégrafo, teléfono, son las primeras víctimas de cuanto sucede de tejas arriba. El teléfono, sobre todo, viene á ser una cosa ilusoria, un eventual medio de comunicación, inseguro y cortado á cada instante.

Vive de milagro el teléfono, el cruce de sus hilos con los cables del tranvía ha llegado á constituir uno de los más serios peligros de la vida madrileña. Derrocados por el temporal, hilos y cables forman en el suelo una red de muerte, entrecruzada é inextricable. ¿Por qué no van los hilos de tranvías y teléfonos bajo tierra, como en otras ciudades? ¿Por qué se ha armado en el aire ese dédalo, esa maraña? Tal vez por precipitación; tal vez por ignorancia; tal vez por economía. A la larga, sin embargo, debe de salirles más caro á las empresas lo aéreo de la red. Porque aun cuando, con el télefono inutilizable, los bondadosos abonados seguimos pagando como unos santos los días que le place á la Compañía que tarde en componerse, la verdad es que las recomposturas no dejan de ser muchas, y cada temporal de nieve representa dispendios de miles de pesetas.

Buen chasco el de los que se hayan abonado á las audiciones, bastante caras, de ópera á domicilio. Es un género de placer por el cual yo de mí sé decir que no daría un *perro gordo*. Porque la voz, no cabe duda, la alteran y enturbian todos estos aparatos de acústica á distancia, y más cuando—como sucede en la ópera -la voz no es emitida en la misma boca del aparato. No me causan la impresión de las voces hermosas, poderosas, afinadas (impresión tal vez la más fuerte entre las estéticas) los fonógrafos, los gramófonos, los teléfonos. Pero cuando las audiciones de ópera tienen abonados, será que no todo el mundo siente como yo, y que muchos señores comodones, desde su butaca, al lado de la estufa, se refocilan en suponer que traen á su casa el Real.

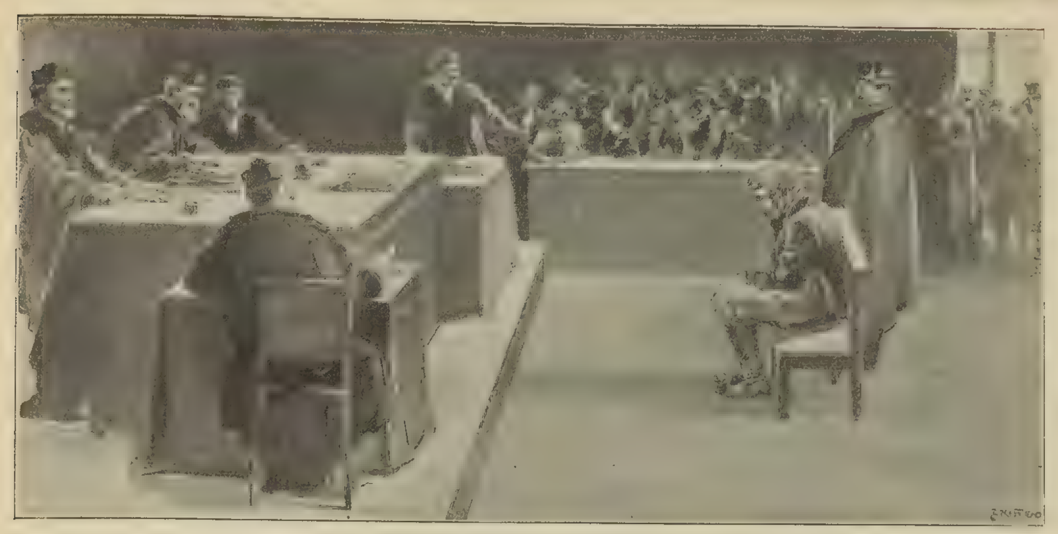
Quizás estos abonados filarmónicos obedezcan al que pudiéramos llamar espíritu familiar de Madrid en invierno, á la fuerza que gravita sobre las costumbres, las actividades, las determinaciones, las relaciones sociales... Este numen ó geniecillo es... el miedo al catarro, con su séquito temeroso de pulmonía y pleuresía.

Políticos y cantantes, damas y verduleras, el profesor que va á dar su clase al colegio y la modistilla que va á entregar obra..., á todos les veréis, en esta estación, hacer el mismo precavido movimiento de taparse la boca, cuando salen de un sitio caliente á la cortante atmósfera de la calle, y á todos les notaréis en la cara el mismo gesto de preocupación, la misma idea grave y obscura: «¿Si estaré respirando la muerte?» El catarro, el sencillo y tonto «enfriamiento» es ya una de las plagas de la vida madrileña. Sus víctimas son mártires, y, para mayor dolor, mártires ridículos. Sólo risa producen los síntomas de tal indisposición, los ojos lagrimosos, la nariz tumefacta, la garganta obsturída, la voz ronca, los huesos penetrados de frío sutil, la cabeza aturdida, el cuerpo estremecido... Y el paciente, por estética, más aún que por precaución, tiene que bloquearse en su casa, no presentarse ante los amigos, cuyo papel, naturalmente, es burlarse de estos padecimientos cómicos.

Hay clases sociales más acometidas de catarro; el catarro, para los hombres políticos de fuste, expuestos á recomendaciones, interviews y otras incumbencias, apareja una excusa tan cómoda y abonada como la jaqueca para las señoras. Un buen catarrito saca de mil compromisos. ¿Que les invitan á una reunión adonde no les reporta ninguna ventaja asistir? Catarro. ¿Que les piden una entrevista difícil? Romadizo. ¿Que no les conviene recibir á cierta gente ó asistir á determinada sesión? Coriza. Pero que llegue una de esas ocasiones en que no renuncian á asistir á determinada ceremonia, porque se interesa la vanidad, el orgullo, la conveniencia; que se trate, por ejemplo, de ir á jurar á Palacio el cargo de ministro..., y veréis cómo, sin pastillas ni jarabes, el romadizo, la coriza, la perrera, la gripe, la tos, todos los alifafes desaparecen ó al menos se alivian por ensalmo.

Yo creo que los catarros son uno de los resortes de la vida cortesana en invierno. Como el estado del tiempo, forman la base de la conversación. Pero creo también que revelan nuestra decadencia elocuentemente. Donde se reacciona contra los procesos catarrales, y no se vive embozado en la capa, al amor del brasero, y se hace funcionar activamente la piel por medio de la hidroterapia, el catarro no es plaga nacional.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Con inusitada elocuencia fué amontonando cargos sobre el infeliz reo

DON CANUTO

El juicio oral que iba á celebrarse había reunido en la amplia sala una concurrencia enorme en la que predominaba el elemento femenino aristocrático, que ocupaba los puestos de preferencia.

En el ánimo de los espectadores, así como en el de los jueces y señores del Jurado, existía la convicción de que sería absuelto el protagonista del drama judicial que iba á juzgarse: en la conciencia de todos, *D. Canuto* era víctima de la fatalidad é instrumento irresponsable del desconocido autor de la fechoría.

D. Canuto gozaba en Madrid de una popularidad extraordinaria: era un héroe ridículo callejero, incapaz de hacer daño á una mosca: continuaba la dinastía de los borrachines impenitentes que se hacen notar del vulgo por su extravagancia; la característica de D. Canuto, aparte la suya privativa, era la de discursear en el arroyo y proclamarse Cid, Napoleón ó César, según se le antojaba, y con frase tartajosa, ademanes risibles, afirmar que era el libertador de España: el vulgo reía á carcajadas y aplaudía gozoso al borrachín, que, después de *arreglar* la nación á su gusto, terminaba por pedir á las almas de buena voluntad invitasen al gran Napoleón á «tomar una copa.»

. . . .

He aquí los «hechos de autos.»

Una celebérrima beldad de la galantería presentó cierta noche en el Juzgado de guardia una denuncia por robo de alhajas, valoradas en unos cuantos miles de pesetas.

Personado el Juzgado en casa de la denunciante —un hotelito coquetón de la Castellana,—encontróse á D. Canuto encerrado en un gabinete, tumbado cuan largo era en la alfombra de terciopelo y durmiendo como duerme una de estas cubas humanas ahitas de alcohol.

Registrado, encontráronsele en los bolsillos unas cuantas alhajas de la propiedad de la denunciante.

Previa una fuerte dosis de amoníaco, declaró el famoso D. Canuto, no menos sorprendido que los que le interrogaban de verse en una casa para él absolutamente desconocida y acusado de haber perpetrado en ella un delito tan feo.

De rodillas y con lágrimas en los ojos juró que era inocente: no pudo explicar, por no explicárselo él mismo, su presencia en casa de la beldad: sólo dijo recordar que aquella tarde, ya obscurecido, se encontró á la puerta de una taberna con un señorito elegantemente trajeado, que le invitó á tomar una botella de lo fino... Bebió de firme hasta perder la memoria de dónde fué á parar con el señorito rumboso después de salir de la taberna: al señorito, al que llamaba su admirador, no le conocía.

El juez no tuvo recelo alguno de la veracidad de esta declaración; pero como todos los indicios acusaban al infeliz D. Canuto, fué éste conducido á la cárcel en nombre de la ley.

Tramitada la causa y después de once mortales meses de prisión—que la Astrea humana es lenta en su marcha,—comparecía D. Canuto en juicio para responder de un delito en el que no tuvo arte ni parte.

Todo el aparato solemne y frío con que se reviste la Themis para ajustar al fiel de la rectitud su terrible peso, era en la ocasión presente cuestión de fórmula: los jueces y jurados y el auditorio reunido pensaban en que el popular borrachín sería absuelto.

La presencia de D. Canuto en el banquillo fué acogida con gran regocijo por el público: hilaridad disculpable al ver á aquel hombrecito de corta estatura, gordiflón, con bigotes como púas, las narices acachiporradas, teñidas de la rojez característica de los beodos; vestido de la manera más estrafalaria y pintoresca del mundo: pantalón de pana que se perdía en amplísimas y charoladas botas de montar; frac azul lleno de corcusidos; chaleco de terciopelo amarillo hecho girones; camisa de color rojo sin planchar; bajo el brazo, un sombrero de tres picos, de respetable antigüedad, adornado con plumas de pavo real: en el frac, sujeta con alfileres, una cruz hecha de paño verde.

No animaba el rostro del pobre diablo la estúpida sonrisa de sus buenos tiempos: aparecía encogido, receloso, tristón: el aparato aquel le azoraba, y aunque su abogado, una notabilidad del foro, le había asegurado por centésima vez que saldría libre del enredo en que se hallaba metido, presumía D. Canuto alguna malandanza, que siempre miró él con espanto las cosas de la justicia.

. . . .

Todo marchaba á pedir de boca para D. Canuto: su declaración incoherente, dicha con grandes tartamudeos, pero con frase gráfica, arrancó grandes risotadas: el fiscal, joven aristócrata, enamorado de su profesión, disponíase á pronunciar una breve perorata sólo por cubrir las apariencias: el abogado defensor, que á pesar de su juventud gozaba de grandes prestigios en el foro, tenía la convicción de que su defendido no necesitaba de una oración elocuente y habilidosa para ser puesto en libertad: los señores del Jurado y los de la mesa encontrábanse en la mejor disposición de ánimo para confirmar suposiciones tan gratas.

Hallábase en el uso de la palabra el fiscal, cuando se produjo en la sala algo de movimiento al entrar y dirigirse hacia los bancos de preferencia una hermosa y elegante joven, seguida de un señor respetable. Los rezagados sentáronse en primera fila, el presidente ordenó: «¡Silencio!,» y el fiscal y la defensa miráronse con mirada propia de rivales: nadie paró mientes en aquel cruce de miradas, porque ninguno de los concurrentes pudo sospecharse que la presencia de aquella dama que acudía por mera curiosidad al juicio aquel, había encendido el amor en el representante de la ley y en el defensor del malaventurado D. Canuto: el fiscal había sido preterido en su amorosa pretensión por el famoso abogado.

La presencia de la dama hizo cambiar todo el plan que se proponía seguir en aquel juicio el despechado amador... Con inusitada elocuencia fué amontonando cargos sobre el infeliz reo, presentándole á sus juzgadores como un vicioso incorregible, como un parásito de la sociedad, capaz de bucear en el fango más repugnante del crimen para proporcionarse los medios de continuar su vida depravada y crapulosa. D. Canuto le oía temblando y mirándole como debe mirar el indefenso borrego al matarife que á él se acerca blandiendo un cuchillo tinto en sangre.

—¡Dios mío de mi alma!, pensaba todo consternado, ¿qué le habré yo hecho á ese señor para que diga de mí lo que dice?..

—¡Está visto!.. ¡Quiere lucirse para que se entere Adelita del partido que ha despreciado!.. ¡Anda, anda, al freir será el reir!, pensaba el abogado defensor.

A medida que los períodos de la acusación fiscal iban sucediéndose, era mayor la atención en los oyentes: los juzgadores del proceso no veían ya éste tan fácil de resolver como creían: el público, subyugado por la verbosidad del orador, no miraba ya con muestras de simpatía y conmiseración al reo: acaso aquel borrachín de hombre era un farsante, un canalla.

Terminó el acusador con un párrafo grandilocuente que arrancó un murmullo de entusiasmo en el auditorio: los ojos del fiscal estaban fijos en Adelita, la cual había seguido con curioso interés el discurso de su calabaceado pretendiente: el abogado defensor tampoco perdía de vista á la dama, y en sus ojos centelleaba la rabia de los celos y del despecho más grande.

—¡Ahora voy yo!, musitó nerviosamente.

Y habló la defensa como nunca había hablado en los múltiples juicios que labraron su pedestal de gloria: se excedió á sí mismo; fino é irónico, con intención aviesa, refutó todo lo dicho por su contrincante devolviéndole con frases que eran alfilerazos los que él había recibido antes; llamó la atención del Jurado hacia la inocencia de su defendido, que, por arte de la oratoria del fiscal, aparecía como un bandido repugnante y terrible.

Mordíase los labios el fiscal, más que por la réplica del adversario, por las miraditas amorosas que la dama prodigaba á aquél: al terminar la defensa su discurso, el aristocrático representante de la ley estaba lívido, nervioso y descompuesto.

Iracundo é implacable, en nombre de la sociedad volvió por los fueros de la justicia y pidió al Jurado condenase á aquel terrible D. Canuto, que era un parásito peligroso que si se había mostrado como ladrón entonces, recorrería toda la escala del crimen...

. . . .

D. Canuto fué condenado á catorce años de presidio.

No la justicia, la vanidad de los hombres dictó tan terrible fallo.

ALEJANDRO LARRUBIERA.

(Dibujo de Triadó.)

UN PLEITO RUIDOSO

(TRADICIÓN FILIPINA)

—Desengáñate, hermano Pedro; esto no puede quedar así, y si no protestamos en debida forma, si no volvemos por los fueros de nuestra dignidad ultrajada, ni hacemos valer la fuerza de nuestros derechos desconocidos, créelo, nos pisotearán, y lo que es más triste aún, harán muy bien en pisotearnos y en prescindir de nosotros.

—Cachaza, hermano Juan, cachaza; todo se andará contando siempre con la santa voluntad de Dios. Hermano, no hay que abandonarse á la cólera, que es mala pasión. No dudes que nuestro comisario el P. Fr. José de Santa Gertrudis es hombre de singulares energías y que sabe llevar los hábitos como sabría cantarle las verdades al mismísimo rey si Su Majestad se metiese en estos asuntos.

—¿Cachaza, tranquilidad? Malhaya la cachaza, que nos hace vivir sometidos á esos viejos, á esos aragoneses que sólo nos dejan los cargos más deslucidos de la Orden. ¡Ah! Si yo estuviera en el pellejo del padre comisario, de mejor modo andaría todo y de mejor manera se resolvería este enojoso asunto que nos trae á mal traer.

—Pues ya que eres tan desconfiado é impaciente, te diré, hermano Juan, que el mismo comisario me ha asegurado que en el próximo Capítulo se pondrá todo en claro, y que si no se nos desagravia, si no se nos da lo que en justicia pedimos, nos retiraremos y suceda lo que suceda y Dios sobre todos, pues por su santa causa luchamos y nuestro derecho defendemos.

Y poniendo con estas palabras punto final á la conversación, por acercarse ya la hora del refectorio, ambos frailes se internaron en los obscuros y solitarios claustros del convento de San Nicolás de Manila.

Canto á Lartaun, escultura de D. Quintín de la Torre

Revueltos andaban por aquellos días los ánimos de los Agustinos descalzos, que dando al traste con la obligada mansedumbre y con la evangélica humildad que su regla les imponía, mostrábanse un tanto codiciosos de las cosas de este mundo y sostenían no pocas y enconadas luchas para la provisión de los cargos á la sazón vacantes en la Orden.

La marimorena en que estaban empeñados los religiosos había trascendido á la población, y como era natural que sucediera en aquellos tiempos en que la vida de la colonia se deslizaba monótona y aburrida, habíanse formado en la noble ciudad de Segaspi dos nutridos bandos en armonía con las dos parcialidades que habían trastornado la seráfica tranquilidad de la Orden Agustiniana.

Lo más grave del caso era que esas banderías frailunas tenían su origen en mal disimulados odios regionalistas: aragoneses eran los religiosos que burla burlando de los principios de la justicia distributiva, retenían en propio provecho las más pingües cargas de la comunidad; castellanos eran los que pedían á voz en grito que se hiciera un reparto equitativo de prebendas, para que todos fuesen iguales en los beneficios, ya que iguales eran en las cargas; y de análoga manera se habían dividido los vecinos de Manila, como si unos y otros pretendieran romper la unidad de la patria en tan lejanas tierras, en donde tan sólo una común aspiración debía de enlazarlos.

Y las cosas no daban señales de pacífico arreglo, sino que, por el contrario, las intransigencias, que son naturales efectos de toda lucha civil, amenazaban con graves males, pues el P. Santo Gertrudis, que al frente de una lucida expedición de 57 agustinos castellanos había arribado hacía poco á las playas filipinas, no se recataba de decir que en el próximo Capítulo pondría sobre el tapete el enojoso asunto, amenazando con retirarse si las cosas no se resolvían á gusto y sabor de todos.

Celebróse el temido Capítulo, que vino á arrojar nuevas astillas á la potente hoguera que el cerrado criterio de los más y las mundanas codicias de los otros habían encendido. No consiguieron los castellanos en la Junta general los cargos que pretendían, y fuertes en su empeño, en otra particular distribuyeron entre ellos todos los beneficios y pretendieron ser admitidos en la Sala Capitular con el carácter que á sí mismos se habían atribuido. No realizaron tampoco este deseo; pero lejos de desmayar ni de entregarse á partido, cumplieron sus amenazas, abandonando el convento de San Nicolás de Manila, refugiándose en el de San Juan de Bagumbayang, donde se declararon en cantón independiente, celebrando nuevo Capítulo.

Y dióse entonces el peregrino caso de resultar dobles todos los cargos de la Orden, y excusado es decir que cada uno de los provinciales ejercía sus funciones y que el escándalo y el mal ejemplo llegaban á su colmo, y que la Orden, más que una comunidad de religiosos, parecía una olla de grillos mal avenidos ó un campo de Agramante. A tal punto hubo de alborotarse la ciudad con tan ruidoso cisma, que el conde de Lizárraga, que por aquel entonces gobernaba las islas á nombre del católico rey de España, tuvo que tomar cartas en el asunto, consiguiendo que ambos partidos aceptasen la fórmula conciliatoria de enviar procuradores á Madrid que sometieran el extraño pleito á la autoridad del vicario. Pero estaba de Dios que la cosa no terminara tan pacíficamente, pues nombrados procuradores los PP. José de la Soledad y Nicolás, el primero por los aragoneses y por los castellanos el segundo, éste murió en la travesía, y Fr. José, no teniendo competidor que contradijese sus argumentos, pudo obtener fácilmente que en la corte sentenciasen la causa á su favor, anulándose el Capítulo de Bagumbayang y quedando incursos todos sus miembros en la privación de voz activa y pasiva, ítem más en otras penas ordinarias.

Y hecha esta breve digresión histórica, adelante con los faroles.

—Mira, hermano, decía Pedro á su inseparable compañero; no parece sino que S. E. se ha propuesto hacernos el honor de un sitio en regla. Por allí vienen dos piezas de artillería; por este otro lado una compañía de mosqueteros, y no es aventurado suponer que aquella nubecilla de polvo que se divisa hacia la izquierda anuncia más gente armada. ¡Medrados estamos! Bien abusa S. E. de su poder y buen golpe de tropas envía para reducir á unos pobres frailes, que no tienen más armas que su derecho.

—El Sr. Torralba, hermano Pedro, quiere que pase á la historia su gobierno interino, y abandonando los temperamentos pacíficos del conde de Lizárraga, arremete contra este convento con la misma furia que si fuera á tomar una plaza fuerte. Pero él no sabe que sus bravatas ni nos hacen desmayar en nuestros bríos ni nos hacen abdicar de nuestro derecho. No, no abandonaremos este refugio como rebeldes sumisos que imploran perdón, porque ni rebeldes somos ni perdón necesitamos. Saldremos con la frente muy alta y cuando nos aseguren que entraremos en el goce de nuestros derechos, y si así no quieren, si pretenden castigarnos, moriremos todos entre los escombros humeantes del convento.

Y el P. Juan pronunciaba estas últimas palabras arrebatado de entusiasmo, mientras en sus negros ojos brillaba la altiva fiereza y el no domeñado orgullo de la raza castellana.

Pintoresco era el espectáculo que aquella mañana ofrecía el campo de Bagumbayang. Alzábase el convento, erguido, altanero, con sus fuertes muros ennegrecidos por la humedad; tremolaba al viento, en la torre, la insignia de la Orden.

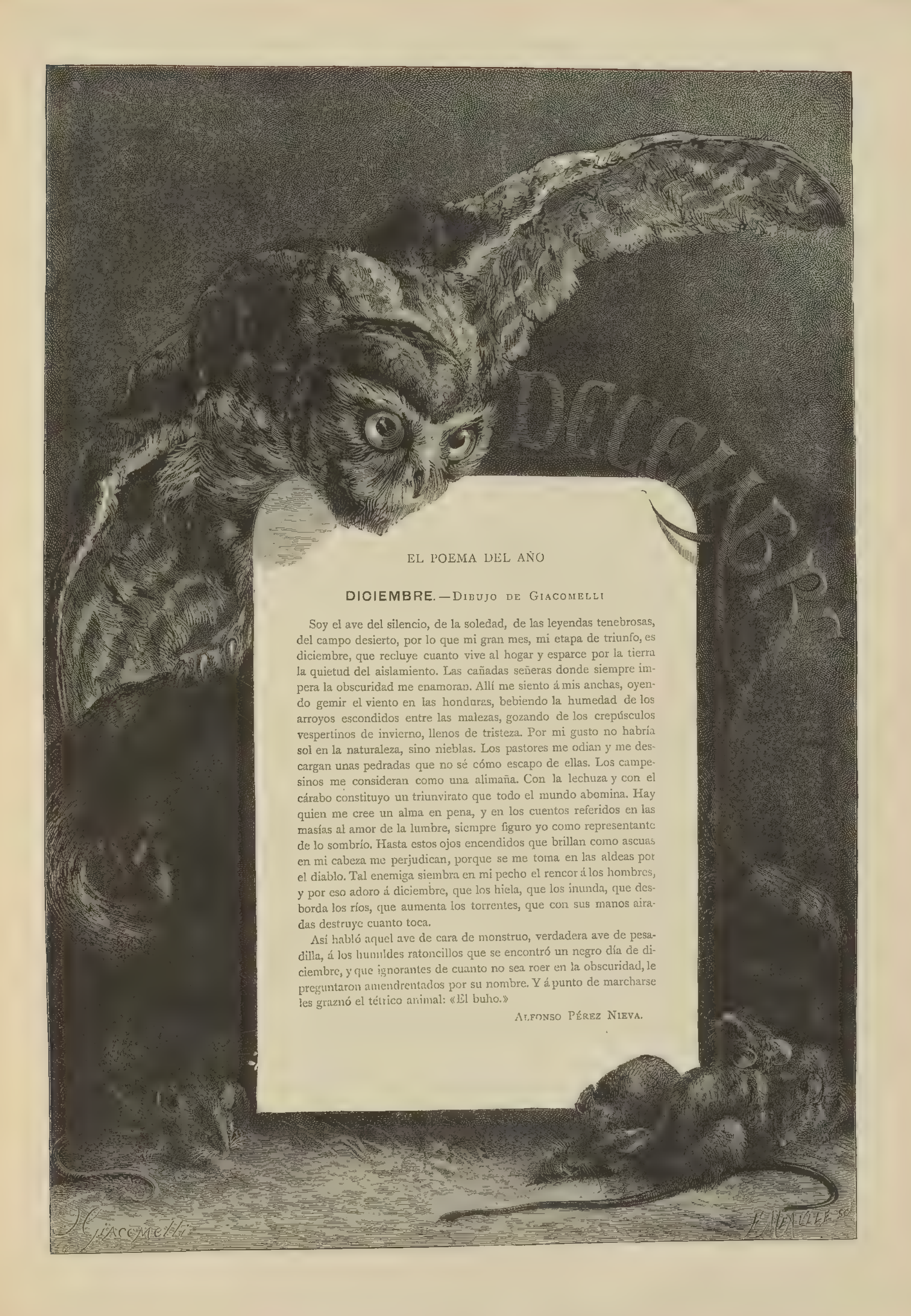
Con sus estrechas ventanas atrincheradas, con sus férreas puertas cerradas á cal y canto, el convento parecía, más que humilde refugio de religiosos, formidable fortaleza, y contribuían á aumentar la ilusión y á traer al magín el recuerdo de otras edades, aquellos numerosos grupos de soldados que hormigueaban alrededor del coloso, tomando posiciones y preparándose para el asalto si los emisarios de S. E. no conseguían reducir á los tozudos frailes.

Montó en cólera el Sr. Torralba cuando supo por boca de su propio delegado que los frailes estaban dispuestos á morir antes que á entregarse incondicionalmente al provincial de la Orden. Vió el gobernador menospreciada su autoridad, y en un arrebato de indignación, ordenó que los cañones del baluarte dispararan contra el convento, bien convencido de que á la primera descarga depondría su inconcebible orgullo aquel puñado de revoltosos. Pero también en esto se engañaba S. E., porque al disiparse el humo vióse que el convento seguía como antes, mudo, altanero, con la insignia de la Orden enarbolada en la torre, sin que ni un solo grito hubiese salido de entre sus recios muros, ni una sola de sus ventanas se hubiera entreabierto. Entonces el gobernador, espantado de su obra, mandó suspender el fuego y envió á los frailes nuevos emisarios.

Algunas horas habían transcurrido, cuando los curiosos que llenaban el campo de Bagumbayang pudieron presenciar un espectáculo extraño que dejaba por los suelos la autoridad de S. E. y que sirvió de sabrosa comidilla á toda la ciudad. Y fué que de repente giraron sobre sus enmohecidos goznes las macizas puertas del convento; que las tropas sitiadoras abrieron calle, y que por ella, precedidos de cruz alzada, formados en comunidad, con hachas encendidas en las manos y entonando con voz sonora cánticos religiosos, avanzaron lentamente los frailes, en cuyos ojos parecía brillar algo de la antigua fiereza castellana.

Todas las frentes se inclinaron ante aquellos hombres, que fuertes en su derecho, habían desafiado á los poderes de la tierra, y que al abandonar su refugio, más parecían soldados victoriosos que rebeldes sometidos.

José Toral.



EL POEMA DEL AÑO

DICIEMBRE.—DIBUJO DE GIACOMELLI

Soy el ave del silencio, de la soledad, de las leyendas tenebrosas, del campo desierto, por lo que mi gran mes, mi etapa de triunfo, es diciembre, que recluye cuanto vive al hogar y esparce por la tierra la quietud del aislamiento. Las cañadas señeras donde siempre impera la obscuridad me enamoran. Allí me siento á mis anchas, oyendo gemir el viento en las honduras, bebiendo la humedad de los arroyos escondidos entre las malezas, gozando de los crepúsculos vespertinos de invierno, llenos de tristeza. Por mi gusto no habría sol en la naturaleza, sino nieblas. Los pastores me odian y me descargan unas pedradas que no sé cómo escapo de ellas. Los campesinos me consideran como una alimaña. Con la lechuza y con el cárabo constituyo un triunvirato que todo el mundo abomina. Hay quien me cree un alma en pena, y en los cuentos referidos en las masías al amor de la lumbre, siempre figuro yo como representante de lo sombrío. Hasta estos ojos encendidos que brillan como ascuas en mi cabeza me perjudican, porque se me toma en las aldeas por el diablo. Tal enemiga siembra en mi pecho el rencor á los hombres, y por eso adoro á diciembre, que los hiela, que los inunda, que desborda los ríos, que aumenta los torrentes, que con sus manos airadas destruye cuanto toca.

Así habló aquel ave de cara de monstruo, verdadera ave de pesadilla, á los humildes ratoncillos que se encontró un negro día de diciembre, y que ignorantes de cuanto no sea roer en la obscuridad, le preguntaron amedrentados por su nombre. Y á punto de marcharse les graznó el tétrico animal: «El buho.»

ALFONSO PÉREZ NIEVA.



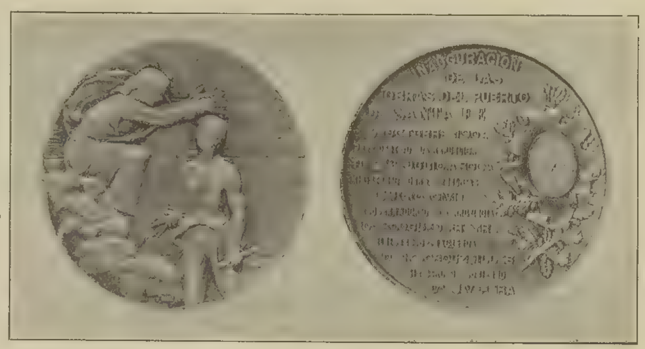
REPUBLICA ARGENTINA. – Inauguración de las obras del futuro puerto de Santa Fe. – Aspecto de la ceremonia en el acto de la colocación de la primera piedra. (De fotografía.)

REPUBLICA ARGENTINA

INAUGURACIÓN DE LAS OBRAS

del futuro puerto de Santa Fe

La ciudad de Santa Fe, que alcanza de día en día más prodigioso desarrollo, ha celebrado recientemente grandiosas fiestas con motivo de inaugurar las obras del futuro puerto. La ceremonia de la colocación de la primera piedra resultó grandiosa y á ella concurrieron los miembros del Poder ejecutivo, funcionarios públicos, representantes del Poder ejecutivo nacional, del ejército, de los gobiernos de provincias, colegios del Estado y numeroso público. Presidióla el gobernador de la provincia Dr. Rodolfo Freyre, quien pronunció un elocuente discurso alusivo al acto, y el prelado diocesano, monseñor Boneo, bendijo la piedra y la urna en que se encerraron el acta de inauguración, un ejemplar de los periódicos del día y varias medallas conmemorativas.



República Argentina. – Medalla conmemorativa de la inauguración de las obras del futuro puerto de Santa Fe Acuñada en la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires

Completaron las fiestas un suntuoso banquete organizado por el comercio y un baile de gala oficial que se celebró en los magníficos salones del Club del Orden.

Los adjuntos grabados representan el aspecto que ofrecía el lugar en donde se efectuó el acto inaugural y el anverso y reverso de la medalla conmemorativa acuñada en la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

De la misma fábrica proceden también las otras tres medallas que en esta página reproducimos y que han sido acuñadas para conmemorar las colocaciones de las piedras fundamentales del Arsenal del Campo de los Granaderos, del Cuartel de Inválidos y del Cuartel de Infantería.

Todas estas medallas son una nueva prueba de la excelencia de los trabajos que salen de los acreditados talleres de los Sres. Bellagamba y Rossi, á quienes felicitamos por el estado floreciente en que han sabido colocar su industria. – X.



REPÚBLICA ARGENTINA. – Medallas conmemorativas de la colocación de las piedras fundamentales del Arsenal del Campo de los Granaderos y de los cuarteles de Inválidos y de Infantería. Acuñadas en la Fábrica Nacional de Medallas de Bellagamba y Rossi, de Buenos Aires.

GUERRA RUSO-JAPONESA — LOS HÉROES DE PUERTO ARTHUR.

ALGUNOS DE LOS MÁS IMPORTANTES JEFES DEL ESTADO MAYOR DEL GENERAL STOESSEL. (Retratos reproducidos de fotografías.)



El mayor general Kondrachenko



El coronel de artillería Zarintshkovsky



El general Rashtelinsky



El mayor general Fock

CRÓNICA DE LA GUERRA RUSO-JAPONESA

El ejército sitiador de Puerto Arthur, en vista de la ineficacia de sus ataques contra los fuertes Songshu, Ehrlung y Kekvan, situados al Norte, resolvió llevar sus esfuerzos contra la parte Oeste, y al efecto el 27 de noviembre lanzóse sobre la colina llamada de los 203 metros. Comenzó el ataque una línea de tiradores, pequeña en un principio, pero que luego fué reforzada por numerosas reservas y apoyada por la artillería de campaña. Cuando las fuerzas japonesas estuvieron cerca de la colina Roja, inmediata á aquélla, dieron el asalto, pero fueron rechazados con grandes pérdidas, en vista de lo cual los asaltantes desistieron de sus ataques contra la colina Roja y los concentraron en la otra, la de 203 metros. El 29 lograron aislarla, pero el mismo día los rusos realizaron varios contraataques muy violentos y consiguieron desalojar al enemigo de todas sus posiciones, de algunas trincheras. De éstas salieron el 30 las columnas de asalto que, hábilmente apoyadas por un vigoroso fuego de artillería, pudieron aproximarse á las trincheras ocupadas por los rusos; pero también esta vez fueron rechazados, quedando los rusos dueños de la situación hasta las tres de la tarde, hora en que su resistencia comenzó á ceder. Entonces el general Nogi hizo avanzar nuevos refuerzos y repetir el asalto, y los rusos, ante la inminencia de verse envueltos, se retiraron, llevándose la mayor parte de su material. A la noche siguiente los sitiados intentaron recobrar la colina de 203 metros, pero fracasaron en su tentativa, quedando aquella posición definitivamente en poder de los japoneses.

Un telegrama de Tokío dice que el general Nogi ha declarado que todavía no había hecho el recuento de las bajas sufridas en esta operación, pero que exceden á las experimentadas en anteriores asaltos; ahora bien, teniendo en cuenta las enormes pérdidas que en otras operaciones análogas han tenido los japoneses, puede calcularse la magnitud de las de esta última.

¿Corresponde á estos sacrificios la importancia de la colina de los 203 metros? Difícil es dar una contestación concreta á ésta pregunta. Por una parte, esta colina no es más que una posición avanzada que no asegura, ni mucho menos la posesión de los fuertes permanentes de Antseshan é Itseshan, para apoderarse de los cuales tendrán todavía los japoneses que realizar grandes esfuerzos; además se halla á su vez dominada por las otras dos colinas de Liao-Ti-Chan (430 metros) y de las Codornices (250 metros), desde donde los rusos podrán fácilmente dificultar la instalación de las baterías de sitio japonesas. Pero, por otra parte, la posición de la mencionada colina tiene verdadera importancia, porque desde ella se domina perfectamente la rada de Puerto Arthur, lo cual ha de permitir á los sitiadores hacer más eficaz el bombardeo.

Según un parte oficial del comandante de la artillería de marina japonesa, el día 2 de este mes comenzaron los japoneses á cañonear los buques rusos anclados en Puerto Arthur, habiendo logrado echar á pique el *Poltava* y causar grandes averías al *Retvisan* y al *Pobieda*. Suponen algunos que estos destrozos han podido ser ocasionados por las baterías instaladas en la colina de los 203 metros; pero esto parece poco probable si se tiene en cuenta que los sitiadores se apoderaron de esta colina el día 30 de noviembre y que es muy difícil, si no imposible, que en 36 horas pudieran aquéllos subir á tal altura, en la que no hay caminos, piezas de artillería que pesan 4.000 y 6.000 kilogramos con sus correspondientes municiones. Lo más probable es que los japoneses no tengan aún en aquella posición más que un puesto de observación con algunas piezas de campaña, y que las averías ocasionadas en los barcos rusos lo hayan sido por las antiguas baterías de marina instaladas al Noroeste de la plaza.

Estas nuevas pérdidas de la escuadra de Puerto Arthur son realmente sensibles para los rusos; y la circunstancia de que antes de dejarse destruir de esta manera no intentara un esfuerzo desesperado para causar siquiera algún daño á la del almirante Togo, sólo puede explicarse por la necesidad en que se habrá visto el general Stoessel de desarmar los buques á fin de utilizar en tierra sus tripulaciones y su artillería.

Es, pues, indudable que la situación de aquella plaza empeora de día en día, y otra cosa no puede ser, dado que su guarnición no recibe refuerzo alguno, al paso que los sitiadores los reciben de continuo; pero de esto á creer, como aseguran algunas noticias de procedencia japonesa, que la toma de Puerto Arthur es cuestión de pocos días, media una inmensa distancia. Recuérdese, si no, que hace cinco meses que los japoneses vienen diciendo lo mismo, y sin embargo hasta ahora sólo han podido apoderarse de algunas posiciones de la línea exterior. Muchas veces lo hemos dicho: la mayor ó menor duración de la resistencia de los sitiados ha de depender más de los recursos de que dispongan que de los ataques de los sitiadores. Por ahora parece que los recursos no faltan: recientemente un capitán de un buque noruego que en agosto logró forzar el bloqueo, introduciendo en Puerto Arthur un importante cargamento y que se dispone á hacer lo propio antes de febrero, ha manifestado recientemente á varios periodistas de Amberes que cada mes entraban en la plaza diez buques por lo menos, cargados de víveres y municiones.

Al Sur de Mukden continúan los combates parciales en la extrema izquierda rusa, habiéndose visto obligados los japoneses á retirarse de algunas de sus posiciones. Pero ninguno de estos encuentros ha tenido importancia. Unicamente en la mañana del día 6 hubo en las inmediaciones de la colina Poutiloff y cerca del ferrocarril un cañoneo más violento que todos cuantos ha habido en la presente guerra; pero no ha tenido consecuencias.

Gracias á los últimos refuerzos, el efectivo total del ejército ruso en la Mandchuria se eleva actualmente á 350.000 hombres y 1.100 cañones; á fines de mes, tendrá el general Kuropatkine 40.000 hombres y 120 piezas de artillería más, procedentes de cinco brigadas de cazadores de las circunscripciones de Vilna, Varsovia, Kiev y Odesa. Inmediatamente después, comenzará á llegar á la Manchuria el 16.° cuerpo.

GUERRA RUSO-JAPONESA. – Curiosa fotografía en la que se ve una parte de una bahía japonesa y al mismo tiempo la explosión de dos granadas rusas en las colinas del fondo. (De fotografía del «Colliers Weeckly.»)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—El sitio de Puerto-Arthur. Un asalto desesperado de los japoneses para apoderarse de una obra avanzada. (Dibujo de F. de Haenen.)



GUERRA RUSO-JAPONESA.—Misa de campaña celebrada el día 6 de octubre en Mukden, poco antes de comenzar la gran batalla del Cha-Ho

En el centro, el general Kuropatkine arrodillado y detrás de él su estado mayor. Hacia la derecha, el diácono leyendo la proclama al ejército que todas las fuerzas escuchan de rodillas y con religioso recogimiento. (De fotografía de «Colliers Weeckly.»)

El día 30 de noviembre inauguró el Mikado la segunda legislatura de la dieta japonesa, y en el discurso que leyó á las Cámaras declaróse satisfecho del curso de las operaciones militares y pidió á los diputados que aprobaran los proyectos de ley especiales destinados á hacer frente á los gastos extraordinarios que impone la guerra.

El Ayuntamiento de San Petersburgo ha votado un crédito de 100.000 rublos á favor de los defensores de Puerto Arthur y de sus familias y ha solicitado autorización para hacer un llamamiento á toda la Rusia con objeto de recoger donativos análogos.

El Japón ha formulado enérgicas protestas contra los comerciantes ingleses que han vendido carbón á los rusos; á lo cual contestan algunos periódicos londinenses que también los japoneses han comprado combustible en Inglaterra, en donde además han adquirido paños, material de ferrocarriles, municiones, armas y hasta torpedos desmontados por un valor total de 100 millones de francos. De lo que resulta que los que más se quejan son los que más se han aprovechado del contrabando de guerra.—R.

NUESTROS GRABADOS

La Purísima Concepción, estatua de plata fundida en el taller Artístico Barcelonés de A. de Bruguera.—Justamente ha llamado la atención de los inteligentes la hermosa estatua de la Purísima Concepción, fundida en plata en el taller Artístico Barcelones del Sr. Bruguera, por las grandes dificultades que tal operación representa, dadas las dimensiones de 1'30 metros de altura y la clase del metal empleado, ya que el más pequeño descuido podía malograr la ejecución de tan importante obra. La imagen es fidelísima reproducción de la tan celebrada de Murillo, siendo la primera obra que se ha ejecutado en España de tales dimensiones y con tan precioso metal, del cual ha sido preciso emplear 130 kilogramos, habiéndose empleado el procedimiento llamado de cera perdida, sin que se haya utilizado mezcla alguna, ni recurrido á soldaduras ni á otros medios que los establecidos para esta clase de fundiciones. Réstanos agregar que esta obra, verdaderamente excepcional, se ha llevado á cabo con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la promulgación del dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen, habiéndola costeado el Ilmo. Sr. Obispo de Gerona, quien la ha ofrecido al ilustre cabildo de aquella catedral. Felicitamos muy de veras al Sr. Bruguera por su trabajo, así como al escultor modelista D. Luis Fábregas, puesto que al honrar á uno y otro pregona la estatua á que nos referimos el adelanto y progreso de esta importantísima industria en nuestra ciudad.

Canto á Lartaun, escultura de Quintín de la Torre.—Entre las tradiciones vascas coleccionadas por Araquistain, figura la siguiente:

«El rey de los cántabros adora una sombra y por esto corre todos los días al borde de los torrentes para conversar con su espíritu que flota entre las aguas.

»Lartaun amó á Usua y la muerte de la hermosa niña mató en el corazón del guerrero la luz de la esperanza.

»Ella le dijo: «¡Lucha, vive, y lucha por Cantabria y muere por ella! Entre tanto yo bajaré á consolar tu corazón doliente. Tú vendrás á sentarte bajo este roble que hará sombra á mi tumba, y mi espíritu descenderá á tu lado en las alas de las brisas que juegan en sus ramas sobre el vapor de esas aguas que se despeñan bramando y entre los misteriosos fantasmas de la noche.»

En esta tradición poética se ha inspirado el autor de la escultura que reproducimos. En la obra de Quintín de la Torre admiramos, aparte de las bellezas técnicas, la admirable armonía con que el artista ha sabido unir la idealidad del pensamiento con el realismo de la forma: las figuras son humanas, como humana es en el fondo la tradición de los amores de Lartaun y Usua; pero por encima de este humanismo flota un ambiente de poesía que envuelve á todas las figuras del grupo, pero muy especialmente á la de la «hermosa niña que después de muerta acude en alas de las brisas á consolar el corazón doliente de su amado.»

Quintín de la Torre, natural de Bilbao y pensionado por la Diputación de Vizcaya, reside en la capital de Francia y ha obtenido varios triunfos en su carrera artística: citaremos entre ellos los alcanzados en el Salón de París de 1903 con su obra *¿Por qué?* y en la última Exposición general de Bellas Artes é Industrias Artísticas celebrada en Madrid, en la que fué propuesto para una segunda medalla.

Carga agradable, cuadro de Andrés Solá y Vidal.—Al reproducir en las páginas de esta Revista el hermoso cuadro del que fué artista meritísimo y amigo querido, hemos de lamentar una vez más su pérdida, ya que dadas las repetidas muestras que nos ofreció de su valía lícito ha de sernos afirmar que podría llegar á singularizarse. En la obra que motiva estas líneas, como en la mayor parte de las que produjo, manifestóse como artista y como pintor apasionado de cuanto recordaba ó representaba nuestro país, procurando que en todos sus cuadros se destacara la nota sensible, inspirada en el sentimiento y en la realidad.



La Purísima Concepción,
estatua de plata fundida en el taller Artístico Barcelonés, de A. de Bruguera

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés.* – Continúan las exhibiciones de obras pictóricas en el hermoso local destinado á exposición, y á medida que la estación adelanta multiplícase el número de producciones y aumentan los expositores, algunos de ellos ya ventajosamente conocidos, como acontece con el joven artista Joaquín Renart, quien ha expuesto una serie muy interesante de *ex-libris*, que le han servido para darse á conocer como buen dibujante, así por lo que atañe á la firmeza del trazo, como por el buen gusto y acierto que revelan las composiciones decorativas que integran las obras expuestas. Otra circunstancia muy recomendable y digna de estimarse es la que ofrecen los *ex-libris* á que nos referimos, cual es la que pudiéramos denominar orientación del autor, el concepto en que se inspira. Renart ha buscado los elementos nutriéndose en las obras del gran arte, y de ahí que en todas se observe la robustez, la severidad que sólo pueden informar los grandes ideales artísticos.

También merece mencionarse un bonito retrato de una niña pintado por la Srta. Clot y varios paisajes del Sr. Badrina.

«La Asociación Artística y Literaria» ha organizado en el mismo Salón la quinta de sus anuales exposiciones, y si bien ésta no reviste igual importancia que alguna de las anteriores exhibiciones, no por eso es menos digna de encomio y de aplauso por los artistas que en ella han tomado parte. Ateniéndonos al orden establecido en el Catálogo, mencionaremos las obras debidas al pincel de Juan Brull, algunas de ellas buena pareja de aquellas infantiles cabecitas que tantos elogios le han reportado y otras de carácter simbolista, soñadoras como la imaginación del artista, retratándose en todas su temperamento, mezcla armónica de pintor y poeta. El Sr. Cortés expone un paisaje, en el que trata de simbolizar la *Poesía*, que acredita sus condiciones para el cultivo de este género de pintura, y el Sr. Feliu varios cuadros al óleo, recuerdo de sus excursiones, y algunos dibujos, que por sí solos bastarían, á falta de otros méritos, para justificar los elogios que se le tributan. Enrique Galwey, el celebrado paisajista, exhibe á su vez varios lienzos con jugosos paisajes de nuestra región, que tan bien sabe interpretar; Luis Graner, el intérprete de los efectos luminosos, aporta una composición que parece una sátira macábrica, ya que representa una escena de Carnaval, y como contraste ofrece Aurelio Tolosa un paisaje y cuadro de flores, á las que sólo falta el aroma. Sigue el maestro Urgell con sus acariciados temas, siempre exactos y siempre agradables, puesto que reproducen notas perfectamente observadas é interpretadas, cerrando la lista su hijo Ricardo, que aparece como feliz sucesor é inteligente discípulo, y el Sr. Villalonga, pintor ya, por desgracia, fallecido.

La fundición artística de Masriera expone en su salón de la calle de Fernando una preciosa estatua ecuestre de un árabe, en bronce, obra del laureado escultor sevillano Joaquín Bilbao, llamando la atención de los inteligentes en el Salón Robira un cuadro de Manuel Cusí representando una elegante dama en el antepalco de un teatro, que produce un notabilísimo efecto por los cambiantes que la luz artificial ofrece en la coloración.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito en el Eldorado *La borracha*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de José Jackson Veyan y José López Silva, música del maestro Chueca; y *Los zapatos de charol*, zarzuela en un acto y tres cuadros de José Jackson Veyan y Enrique Paradas, música del maestro Crespo. En el Liceo, la representación de *Lucrezia Borgia* ha valido sendas y entusiastas ovaciones á la Sra. Bianchini-Capelli y al Sr. Marconi.

– En el Palacio de Bellas Artes, la Federación de los coros de Clavé ha dado un concierto, en el que bajo la inteligente dirección del Sr. Rafart se cantaron varias composiciones de Clavé, el himno nacional transvaalense y *Patria*, del citado maestro Sr. Rafart, que valieron á los coros grandes y merecidos aplausos.

Necrología.—Han fallecido:

Gustavo Ratzenhofer, general, filósofo y sociólogo austriaco, á quien se denominaba «el Herberto Spencer de Austria;» autor de importantes obras militares, filosóficas y sociológicas.

Carlos Jauslin, pintor de historia suizo.

Carlos Lotz, pintor de género y retratista húngaro.

José Scheu, compositor austriaco.

BOUQUET FARNESE VIOLET 20 bd des Italiens.

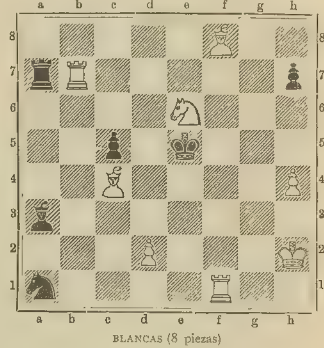
AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

Envío n.º 20. – Lema: «Qis ti Ulginalu.»

NEGRAS (6 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Envío n.º 21. – Lema: «Salt de cavall sempre mortal.» Blancas: Ra7, Td8, Ca6, Pb3, b7 y c3 (6 piezas). Negras: Rc6, Th7, Cf7, Pb4, e6 y g2 (6 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

SOLUCIONES

Envío n.º 18. – «Zobe.»

1. Dg7 e5,	Ag1×d4;	2. De5-e4, etc.
	Ae8×d7;	2. De5-d6, etc.
	Th2-h4 ó h6;	2. De5×e2 jaq., etc.
	Th2-f2;	2. Cd4-b3, etc.
	Ag1 e3;	2. De5×e3, etc.
	Ca1-c2;	2. De5-c7 jaq., etc.
	Otra jug.ª;	2. De5-d6 ó c7 jaq., etc.

Envío n.º 19.—«Hollandais.»

1. Cb3-d2,	Ac6×d5 jaq.;	2. Cd2-e4 jaq., etc.
	Rd6×d5;	2. Cd2-e4 jaq., etc.
	Otra jug.ª;	2. Cd2-e4 ó c4 mate.

(Se continuará.)

LA DICHA DE FLO

CUENTO ORIGINAL DE TONY D'ULMES.—ILUSTRACIONES DE ENRIQUE GOUSSÉ

No más fatuo que cualquier guapo mozo que se ha mirado en el espejo, ni más ambicioso que cualquier pobre pelafustán que desea la riqueza, ni más indelicado que cualquier *struggle for life*, ni más duro que un trozo de madera tierna, el poeta Pedro Sorel era, después de todo, un joven encantador.

Alto, de cuerpo á la vez delgado y fuerte, de gustos delicados, de aterciopelada tez, rostro delgado y cabellos castaños que caían sobre su frente en sedoso tupé, tenía una especie de encanto por decirlo así femenino. Sus ojos, de un azul claro y rasgados, tenían un brillo duro que sucesivamente cautivaba y repelía: voluntarios y crueles, se fijaban violentamente en los de los demás como desgarrándolos y su mirada producía una sensación de malestar.

Desde el punto de vista moral, Pedro había nacido sin defecto y sin cualidad distintivos y con una inteligencia mediana, pero maravillosamente flexible. Los seres de esta clase causan ilusión, y algunos los creen superiores: tienen, en vez de cerebro, una cámara obscura que registra las ideas ajenas y da de ellas una fotografía muy clara. Por haber frecuentado desde muy joven los medios literarios, habíase creado una personalidad artificial que con adoradora satisfacción veía evolucionar. Sus versos se parecían á los de Baudelaire y tenían también cierto aire de familia con los de Verlaine, y eran muy estimados en las pequeñas revistas blancas, rosas ó azules en donde los publicaba; pero los estimaban sin pagárselos.

Y Pedro Sorel era pobre. ¡Qué sufrimiento para un poeta que no hacía más que ir viviendo, como les pasa hoy á todos, y que codiciaba mucho más las riquezas de este mundo que los goces ideales del arte!

Tenía una cualidad que tiende á desaparecer, la voluntad; quería tener rentas para darse la vida regalona que era su sueño dorado. Pero ¿cómo llegar á ser rico? Mucho tiempo anduvo buscando una solución sin encontrarla, hasta que al fin una conversación con Jacobo Sonnier, poeta como él, decidió de su porvenir.

Los dos jóvenes estaban sentados en el dormitorio de Pedro, pobre habitación de un cuarto piso, desde cuya abierta ventana se veía una pared alta y negra. Después de un rato de silencio, dijo Jacobo:

—El mundo es un teatro en donde se agitan apariencias.

—Esto no es nuevo, observó Pedro.

—Pero es siempre verdad. Para representar bien su papel es preciso que cada cual se componga la cabeza conforme á lo que el papel requiere. Ese militar ha llegado á los más altos grados; se admiran su gran estatura, su desgarbo, sus bigotes; se le aclama, se le exalta; y en el fondo es un imbécil. ¿Qué tiene, pues? Que se ha compuesto bien la cabeza. Ese magistrado aterroriza hasta á los inocentes; todo el mundo tiembla ante su mirada impasible; todo el mundo se estremece ante el enigma de su sonrisa; y en el fondo es una nulidad. ¿Qué tiene, entonces? Que sabe componerse la cabeza.

—Esas son paradojas.

—Te engañas. Mírate en el espejo: tu cabeza es la de un hombre que hará conquistas; pues haz conquistas.

—¿Cómo?

—Eres guapo; exhíbete. Hablas bien; hazte oir.

—¿Cómo?

—Alquila un salón y organiza conferencias.

—No tendré auditorio.

—Siempre le hay para los espectáculos gratis.

—¿Y qué auditorio?

—Mujeres.

—¿Jóvenes?

—Esas que se ha convenido en llamar mujeres de treinta años..., porque tienen cuarenta.

—La edad en que aman la poesía.



Entró Pedro Sorel y un murmullo simpático acogió su presencia

—Y sobre todo á los poetas.

—¿Y de qué trataré?

—De cualquier cosa.

—No me escucharán.

Pero te mirarán.

—¿Y qué sacaré de esto?

—Conozco á un conferenciante que se casó con una viuda con tres millones; á otro que hizo lo mismo con una joven de quinientos mil; á un tercero que fué esposo de una divorciada...

—Pues bien, daré conferencias, dijo Pedro.

Y efectivamente, comunicó una serie de conferencias en la Potiniere con el título sugestivo de «*Five o'clock* poéticos,» no omitiendo carteles, recomendaciones á los periódicos, servicio de prensa, ni nada que pudiera contribuir al buen éxito de las mismas.

El día anunciado, el salón estaba lleno, sobre todo de mujeres, elegantes, en su mayoría pertenecientes á esa clase de parisienses, jóvenes por su aspecto y por su traje, á las que echamos veinte años si las vemos por la calle, de espaldas; treinta si las encontramos en una visita y con el velo puesto; y cuarenta cuando las contemplamos en su casa á contraluz. Todas muy restauradas, con la tez del mismo rosa Dorin, con los labios del mismo encarnado, con los cabellos del mismo rubio de oxígeno; todas muy peripuestas por arriba, es decir, por la parte del busto que sobresale del respaldo de una butaca de orquesta, con sombreros de grandes penachos y cuellos de plumas, y en cambio, con faldas muy sencillas y casi feas.

Entre aquellas damas que habían acudido por no tener cosa mejor en que pasar el tiempo y por *snobismo*, veíanse algunas obreras ansiosas de instruirse y unas cuantas solteronas que tratan de llenar con el arte y la poesía el vacío de su existencia.

Entró Pedro Sorel y un murmullo simpático acogió su presencia. Todas las miradas se fijaron en él y las oyentes que estaban en el fondo del salón lamentaron no haber llevado sus gemelos.

«Señoras, dijo Pedro comenzando su discurso; inauguro con cierto temor estos *five o'clock* poéticos. La poesía se siente algo encogida, algo fuera de su centro en nuestra prosaica sociedad moderna. Se la tolera lo puramente indispensable, y se la escucha como á una abuela que fastidia un poco. Sin embargo, y es para mí una alegría al reconocerlo, todavía la aman algunas almas encantadoras, flores de ideal que sólo en el ideal pueden abrirse. Vosotras, señoras, sois de esas almas...»

Y así prosiguió en ese tono amanerado y adulador que agrada á las mujeres.

Mientras hablaba, paseaba su mirada por su auditorio. En primera fila vió á dos señoras que parecían pendientes de sus labios: la de más edad no era guapa, pero sí extravagante, con una mata de pelo de un rojo brillante coronada por dos alas de gasa azul; la otra, tal vez su hija, era muy joven y muy linda é iba vestida con discreta elegancia.

Por una especie de atracción invencible, que conocen todos los conferenciantes, Pedro miró á aquellas dos mujeres como si sólo para ellas fuese la conferencia.

Terminada la conferencia, Pedro vióse rodeado de un zumbante enjambre de admiradoras... Dirigió una frase amable á cada una y salió.

Delante de la puerta había un cupé al que se disponían á subir dos señoras, en quienes el poeta reconoció á sus dos elegantes oyentes. La de más edad se le acercó y con infinita amabilidad le dijo:

—Permítame, mi querido poeta, que dé á usted las gracias; oir recitar buenos versos es siempre un placer.

Pedro saludó inclinándose profundamente, y su mirada, que hasta entonces había tenido puesta en el lujoso coche, se fijó, llena todavía de admiración, en su interlocutora.

Esta creyó que la admiración era por ella, y sacando de su tarjetero una tarjeta de vitela, se la entregó al poeta diciéndole:

—Recibo todos los martes de cinco á siete. Espero que no lo olvidará usted.

—Señora, es usted muy amable...

El lacayo subió al pescante y el coche partió rápidamente.

Pedro leyó la tarjeta, en la que estaba impreso este nombre: «Sra. de Max Somange.»

¡Cómo! ¿Aquella dama era la viuda del pintor Somange? Max Somange era una personalidad muy conocida, uno de esos muchos artistas de nuestra época que se preocupan menos del arte que del éxito, de ese éxito ruidoso, de pacotilla, que permite embolsarse una cantidad importante. Había sido el primero en lanzar al mercado la ridiculez mística y simbólica, habiendo ganado con ello lo necesario para construirse un hotel en la avenida de Villiers. Por lo demás, era un buen sujeto, alegre, servicial, siempre dispuesto á ayudar con sus consejos y con su bolsa á los colegas desgraciados, y siempre con la mesa puesta para los amigos en su hotel, que más bien hubiera debido llamarse hospedería.

La casa de Somange habría tenido un aspecto sobradamente bohemio de no haber estado en ella su esposa: mujer ilustrada, muy artista, algo intrigante, de una actividad nerviosa, Gilberta de Somange atrajo á sus tertulias á los literatos conocidos y desconocidos y con un cierto matiz de pedantismo puso á raya el desorden y el abandono de su salón.

Protegía á los jóvenes, pues gustaba de hacer salir de la obscuridad á los talentos nuevos, por lo cual un bromista la había apodado «Incubadora artificial para genios precoces.» Mas sea como fuere, es lo cierto que gozaba fama de mujer superior é influyente, y como tal veíase muy solicitada por todos los que deseaban encumbrarse.

El pintor Somange había muerto hacía tres años, dejando una fortuna cuantiosa á su viuda, que le lloró correctamente, y cuando las circunstancias lo permitieron abrió de nuevo sus salones con tanto ó más esplendor que antes.

Ya en su casa, Pedro pensaba todavía en aquella personalidad tan conocida del todo París artístico y literario, y palpando el bolsillo en donde había metido la preciosa tarjeta, exclamó:

—¡Qué suerte!

* * *

La luz de las lámparas de columna, velada por blancas pantallas, desparramábase por el salón rozando las pálidas sedas de los muebles, arrancando destellos del oro de los cotinajes japoneses y acariciando la desnudez de los mármoles y de los bronces. Las flores de Niza, que llenaban los jarrones, exhalaban ese perfume algo fuerte y embriagador que evoca el recuerdo de los países de sol. En una mesita colocada en un rincón, las lindas golosinas del *five o'clock* indicaban que la dueña de la casa esperaba visitas.

Perezosamente tendida en un sillón y un tanto enervada por el calor de la estancia, Gilberta se abandonaba á sus ensueños; no pensaba en nada concreto; por su mente sólo pasaban embriones de recuerdos ó de proyectos, hasta que surgió en ella una imagen más concreta. ¿Dónde había visto aquellos ojos azules de expresión dura? De pronto se acordó y su corazón latió con alguna violencia: el miércoles anterior, en la Potiniere, un joven poeta recitaba versos. ¿Cómo se llamaba? Pedro Sorel. Y sus labios repitieron con cierto placer aquel nombre. ¡Era guapo, en verdad, aquel joven! ¡Y cómo la había mirado! ¡Ah! ¡Bien conocía ella aquellas miradas que desean sin atreverse á pedir! Pero cada día escaseaban más para ella. La víspera de aquel miércoles memorable había encontrado en una reunión á uno de sus *jóvenes* de otro tiempo que de triunfo en triunfo había subido hasta el sillón académico. Lo recordaba tímido y débil, recitando con voz suave poesías como él adolescentes; y al volverle á ver con el cabello gris, grueso, con aires de papá, había tenido súbitamente la noción del tiempo transcurrido y había sentido como un estremecimiento avisador de la edad. ¿Iba á envejecer ella también? ¿Habrían cesado ya sus encantos? ¡Bah! ¡Temores vanos y pueriles, puesto que ayer!..

Acercóse al gran espejo que delante de ella se alzaba, y de pie, con los brazos caídos, se contempló seriamente. Su vestido negro, liso y muy ajustado, alargaba su cuerpo dándole una delgadez casi diáfana; y aquella inverosímil delgadez era la causa de su originalidad y de sus triunfos en aquel pequeño cenáculo decadente en donde todo lo que es sano y racional sólo provocaba desprecio. Durante mucho tiempo había servido de modelo á su marido, vestida con telas extraordinarias, y habíase visto expuesta en el Salón del Campo de Marte con títulos retumbantes, como *Voz de ultratumba, El último suspiro,* etcétera. Por esto, para conservar aquella esbeltez tenía consigo misma todos los rigores del jockey más celoso de su reputación: alimentación especial y en cantidad mínima, largos paseos á pie, hidroterapia en todas las estaciones del año; y gracias á este régimen había conservado la maravillosa flexibilidad que de niña la hacía muy apta para ejercicios clownescos. Algo clownesco era también aquel tinte de cabellos, de un rojo brillante, que muchos creían artificial. No era guapa; sus ojos eran pequeños y sin brillo que les prestara siquiera una seducción nacida del alma; su rostro estaba marchito y su osamenta defectuosa aparecía cubierta por una piel seca cuyos defectos acentuaban en vez de disminuirlos los innumerables retoques á que se veía sometida. Envejecía; no había que hacerse ilusiones, y se acercaba el instante en que sería preciso renunciar á la vida pasional.

Gilberta volvió á repetir á media voz: «¡Pedro!» Y luego miró á su alrededor, turbada al escuchar un ligero ruido.

—¿Todavía no ha venido nadie, tía?

Y diciendo esto entró en la sala una joven linda, esbelta, con toda la frescura de los diez y ocho años. Era un encanto de juventud, de gracia, de alegría; y sin embargo, algunos signos—esos rubores bruscos bajo la transparencia del cutis, ese no sé qué de profundo en la mirada, esa expresión seria de la boca y esos ademanes un tanto nerviosos—revelaban una mujer impresionable y apasionada.

Llevaba en la mano un abultado cuaderno de música.

—Tía, ¿puedo tocar?

—Ya lo creo. ¿Qué partitura es esa?

—*La Damnation du Faust.* Ardía en deseos de tenerla y el Sr. Somange me la ha regalado.

—Enrique te mima demasiado. Con el pretexto de que eres la sobrina de su cuñada, se atribuye derechos de tío.

—Bien quisiera yo llamarle tío, dijo Flo ingenuamente; pero creo que este nombre le desagrada.

—Mi cuñado, replicó la Sra. Somange sonriendo maliciosamente, no aparenta los años que tiene y no le gusta que le recuerden su edad. Y de esto no te acuerdas nunca, Flo.

Al pronunciar este diminutivo de Floriana, la voz de la Sra. Somange, por lo general un poco seca, tomaba una inflexión acariciadora.

No teniendo hijos, había recogido á esa hija de su hermana á quien una epidemia de cólera había dejado huérfana. Al principio, la instrucción de una niña en su existencia mundana no había sido más que una molestia; poco á propósito para las solicitudes de la educación maternal, habíala confiado á una institutriz y no se ocupaba para nada de ella. Pero desde que Flo llegó á la adolescencia, habíase despertado un afecto súbito en el caprichoso corazón de Gilberta, quien la hacía vestir por el modisto de moda, la llevaba consigo á todas partes, la mimaba y daba bailes en honor suyo.

¡Cuán seductora era Flo! El aire viciado que respiraba en aquel ambiente de elegante perversidad, no había hecho mella en la frescura de su alma; era una niña con ignoradas ternuras de mujer.

Habíase sentado al piano y tenía abierta la partitura; su movible rostro reflejaba en aquel momento mayor gravedad que de costumbre; algo ardiente y misterioso surgía por encima de su risueño abandono.

Tocó algunos compases; luego se acercó á la ventana, y apoyando la frente sobre el cristal, miró á la calle. Su alegría de momentos antes se había desvanecido; parecía distraída y nerviosa.

Durante un rato, nada se dijeron las dos mujeres. De pronto, la Sra. Somange, formulando en alta voz su preocupación íntima, murmuró:

—¿Vendrá?

Y Flo, como si su pensamiento hubiese seguido el mismo curso que el de su tía, respondió:

¿Y por qué no había de venir?

En aquel instante sonó el timbre, haciendo estremecer á las dos, que tenían los nervios en tensión á causa de una misma impaciencia. Gilberta, con rápido movimiento, se ahuecó el encrespado cabello; en cuanto á Flo, un ligero rubor coloreó sus mejillas.

Abrióse la puerta y entró en el salón un hombre, moviéndose con soltura como quien se encuentra en su propia casa.

—¡Calle! ¿Es usted, Enrique?, dijo la Sra. Somange con acento de contrariedad.

—Buenos días, Gil, ¿cómo está usted?

Y viendo á Flo junto á la ventana, acercóse á ella, y besándole la mano, le dijo:

—Perdone usted que no la haya saludado, Flo.

De mediana estatura, esbelto y nervioso, con el aspecto de un joven, aunque sus cabellos castaños pareciesen ligeramente empolvados en algunos sitios, Enrique Somange tenía una mirada penetrante que á veces se dulcificaba hasta convertirse en infinitamente tierna, la frente surcada por pequeñas líneas desiguales cuando su entrecejo se fruncía y la boca irónica. Pareciase vagamente al retrato de su hermano mayor, el pintor Somange, que estaba colgado en la pared enfrente de él.

Después de haber examinado durante un segundo á Gilberta y á Flo, dijo en tono burlón:

—Apuesto á que no era á mí á quien esperaban ustedes.

—¿Pues á quién?, preguntó Gilberta.

—A un joven.

—¿Cómo lo sabe usted?

—¡Caramba! Porque en casa de usted no se ve otra cosa.

—Detesta usted el arte, replicó Gilberta con cierta acritud.

—A los artistas, dijo rectificando á su cuñada.

Y añadió irónicamente:

—¿A qué sección pertenece ese joven? ¿Pintura, escultura ó literatura?

—Es un poeta á quien oímos el otro día, Pedro Sorel, contestó Gilberta con sequedad.

—¡Una futura gloria!

—¿Por qué se burla usted siempre?

—Porque desconfío de los jóvenes. París está lleno de esos intrigantuelos que tomando como pretexto la poesía, se introducen en los salones literarios para buscar un enlace fructuoso con una admiradora que se halle en el ocaso de la vida; con alguna neurótica ávida de sensaciones nuevas. ¡Les conozco, vaya si les conozco á esos jóvenes poetas!

—Pero los hay que tienen talento, replicó Gilberta picada.

—¡Oh! ¡Talento! ¡Vaya una poesía hermosa la suya! Simbólica, decadente, morbosa, sofisticada como el vino, como el café, como el chocolate...

—¡Droguero!, exclamó Gilberta, como si con esta palabra quisiera insultarle.

Enrique, sin inmutarse, prosiguió diciendo:

¡Me admira que esos trovadores llorones, esos poetas de galvanoplastia que para nada sirven encuentren todavía un sitio en el corazón de las mujeres!

Sonó de nuevo el timbre cortando la réplica de Gilberta.

No era Pedro Sorel, sino una de las buenas amigas de la Sra. Somange, una mujer bajita, pintarrajeada y muy compuesta, coqueta y murmuradora. Después de ella llegaron otras, todas con el cabello castaño alisado sobre las sienes, según la moda de aquella temporada, de palabra suelta y estridente risa. Eran mujeres que no pueden ser mujeres superiores y que no quieren ser simplemente mujeres; de esas seudo-independientes que dependen de sus mil caprichos; que van de una exposición á una conferencia, de un teatro á una tertulia; que se entregan al misticismo, al budismo, al satanismo, al ocultismo, á todas las pequeñas religiones cuyos sumos sacerdotes son amigos suyos; que se hacen ibsenianas, wagnerianas, prerrafaelistas según las circunstancias de momento; brújulas alocadas, engendros de la neurosis moderna, que ensayan todas las religiones y todas las artes sin conseguir ser creyentes ni sabias.

Llegaron también algunos hombres: un pintor, miembro del Instituto, con el pelo cortado á modo de cepillo, con cuello de camisa alto y rígido, parco en palabras y decorativo; unos cuantos artistas en agraz, con la corbata descuidadamente anudada, sueltos de movimientos y de lenguaje, y por último un grupo de jóvenes poetas, de rostro inmóvil y fúnebre.

Una de las señoras jóvenes, mujer rechoncha y alegre, inclinóse hacia su vecina y le dijo.

—¡Ah, querida! ¡Esos poetas! Me dan ganas de santiguarme; diríase que está pasando un entierro.

Toda aquella gente se puso á charlar y muy pronto hubo en el salón un ruido ensordecedor de voces, de carcajadas, que ahogó el que producían el choque de las cucharitas y el ligero roce de las tazas con los platillos.

Enrique, algo apartado de los contertulios, escuchaba sin tomar parte en las conversaciones.

Más intelectual y más refinado que su hermano, no tenía el optimismo fácil que proporcionan una buena digestión y un egoísmo satisfecho. No juzgaba favorablemente á la humanidad porque la había mirado desde demasiado cerca, y no encontraba clemente la vida porque había conocido sus sufrimientos. Cruelmente herido por una decepción amorosa, ocultaba aquel recuerdo con pudor de alma, pues no quería prostituir sus padecimientos íntimos divulgándolos; aquel dolor intenso no le había dejado amargura alguna y sí únicamente una dulce ironía, un escepticismo risueño y divertido. La gente le creía alegre y lo era, en efecto, pero de una alegría de filósofo amasada con muchas tristezas. Su fortuna modesta, bien que suficiente, le permitía una vida tranquila, de solterón; leía mucho, frecuentaba la sociedad, más como observador que como aficionado, y asistía á los conciertos, á las exposiciones y á todas las distracciones intelectuales.

Gilberta estimaba á Enrique por sus cualidades superficiales, por su ingenio cáustico y por su originalidad refractaria á toda influencia nueva, y le decía á menudo:

—Amigo mío, es usted anticuado y sin embargo no está pasado de moda. ¿Cómo se compagina esto?

Por ejemplo, los dos cuñados se disputaban sobre una cosa, y era sobre la opinión de Enrique acerca de los artistas, á quienes execraba por sus ridiculeces y por sus mezquindades, que había podido estudiar del natural en el salón de la señora Somange.

Por esta misma razón aquel día, al cabo de una hora de presenciar un espectáculo que tantas veces había contemplado, sintió un profundo fastidio y se dirigió hacia la puerta.

Disponíase á salir cuando vió á Flo, sentada en un rincón, con la cabeza apoyada en la mano, en aquella actitud graciosamente pensativa que con frecuencia adoptaba.

—Y bien, Flo, ¿qué me cuenta usted?

La joven alzó hasta él sus grandes ojos azules.

—¡Oh!, respondióle. No me atrevo á decir nada. ¡Son tan inteligentes todas esas señoras!

—¿Lo cree usted así?, replicó Enrique sonriendo con expresión escéptica.

Y viendo que Flo le miraba atónita, añadió emocionado:

—Pues créame á mí, no trate usted de parecerse

á ellas. Sea usted siempre lo que es, sencilla, leal, dulce.

Y cogiéndole la mano, se la besó y se fué.

La Sra. Somange no había observado esta escena. Distraída y aguzando el oído, á cada minuto se acercaba á la puerta, echaba una mirada, y contrariada volvía á reunirse con los grupos de sus contertulios.

Al fin, á cosa de las seis, entró Pedro Sorel. Gilberta salió á su encuentro y tendiéndole las manos le dijo:

—Buenas tardes, mi querido poeta, agradezco en el alma su visita.

Y graciosamente acaparadora, se lo llevó á un ángulo del salón.

Pedro se dejó llevar, mostrándose frío y digno en apariencia. Estaba íntimamente persuadido de que el hombre se impone á la inteligencia de la gente con un signo exterior característico, con una actitud invariable; y la actitud que había adoptado era la impasibilidad, que añadía á su tipo una cierta grandeza, y le hacía á la vez atrayente y temible como todo lo que no se deja escudriñar, y en una palabra le daba en vida el aspecto de una medalla. Aunque su mirada concupiscente se fijó en todas las elegancias de aquel salón; aunque interiormente sentía una satisfacción intensa descansando su cuerpo, helado por el frío de fuera, en el grato calorcillo de una butaca, y aunque su vanidad retozaba de alegría al ver comprobada la admiración sincera de aquella mujer rica y conocida, permanecía tan impasible como esos gigantescos Budas que con las manos apoyadas en el vientre duermen en los templos indios.

Gilberta, grave y con ademanes de hermana mayor, le interrogó sobre sus trabajos, sobre su estética, sobre sus ensueños, escuchándole con verdadero recogimiento. Pedro abandonó poco á poco su actitud estudiada, redondeó sus frases y se entretuvo en infinidad de detalles, entregado por completo al placer de hablar de sí mismo, nada más que de sí mismo.

Asombrábase la gente algunas veces del extraordinario imperio que Gilberta había sabido adquirir sobre tantos hombres superiores; pues bien, todo su secreto consistía en la facultad de crearse *ex abrupto* un alma nueva, un alma hermana del alma interlocutora, logrando esto sin cálculo, por una notable flexibilidad que la hacía igualmente apta para todas las artes.

No siendo bonita, había comprendido que su medio de admiración más seguro era su inteligencia, y á ella recurría desde luego, sabiendo después, con exquisito tacto, hacer que este trato puramente intelectual se transformara insensiblemente en otro menos platónico.

—Querido poeta, recíteme usted algo, dijo con ademán suplicante.

Pedro, sin hacerse rogar, colocóse delante de la chimenea y recitó *Llantos de alma*. Las mujeres aplaudieron; los hombres permanecieron fríos, y el grupo de poetas siguió discutiendo sus teorías en alta voz.

—¡Señor Sorel!

Volvióse el poeta y se encontró con Flo que le ofrecía una taza de te, con ademán tímidamente gracioso; tenía la cabeza inclinada y el rayo de luz que acariciaba sus cabellos los hacía brillar como hilos de oro.

Pedro, con la taza en la mano, la contemplaba con admiración. De pronto le preguntó:

—Señorita, ¿es usted artista como su señora tía?

Era la primera vez que le dirigía la palabra.

—¡Oh, no!, respondió la joven con voz temblona.

—¿Le gusta á usted la poesía?, siguió preguntándole Pedro.

—Me gusta la de usted, contestó Flo impulsivamente.

Y al levantar la joven la cabeza con aparente naturalidad, el poeta vió en sus mejillas pálidas dos manchas de color de rosa.

En aquel momento acercóse á ellos la Sra. Somange, cuya frente surcaba una arruga, y con voz irritada exclamó:

—¡Flo, Flo! Ofrece pastas á esos caballeros.

Mientras la muchacha se alejaba, Pedro dijo á Gilberta.

—Es encantadora su sobrina.

—Es usted muy amable, replicó Gilberta secamente volviéndole la espalda.



Toda aquella gente se puso á charlar

Aquella noche la Sra. Somange durmió muy mal, y al día siguiente se despertó muy tarde y vagamente descontenta. Recostóse en sus almohadones y buscó entre las brumas de sus recuerdos la causa de la contrariedad que experimentaba. . ¡Ah, sí, ya recordaba!.. La visita de Pedro Sorel... ¡Cómo! ¡Habíase ella dignado distinguir á aquel desconocido, abrirle de par en par las puertas de su salón, y él, por todo agradecimiento sólo se ocupaba de Flo! La amargura de su decepción le hizo comprender la verdadera naturaleza de sus sentimientos. Repentinamente habíase sentido atraída hacia Pedro por uno de esos caprichos súbitos que se apoderan de las mujeres de aquella edad y de aquel temperamento, y su naciente amor se irritaba ante la presencia de un obstáculo inesperado. En la Potiniere, había creído conquistarlo por entero; ¿á que obedecía, pues, ese cambio en la admiración que suponía haber inspirado al poeta?

Y malhumorada, descorazonada dirigióse á su taller.

Igualmente bien organizada para todas las artes, pero demasiado insconstante para dedicarse á uno solo, los cultivaba sucesivamente, á sacudidas, con una fiebre de laboriosidad que muy pronto se calmaba.

En una de sus fases pictóricas se había hecho instalar un taller, entre cuyas cuatro paredes se hallaba contenida toda la extravagancia desenfrenada de un cerebro femenino. Había allí embriones de templo griego, de baños romanos, de café turco, de tocador Luis XV, de cabaña lapona, de dormitorio merovingio: un mobiliario heterogéneo en una arquitectura delirante. Allí recibía Gilberta á sus amigas, tomaba el te, estudiaba sus papeles para las comedias de salón y para la vida real, rezaba místicamente, soñaba como pagana, fumaba, flirteaba y aun algunas veces pintaba.

Había comenzado hacía poco el retrato de Flo: en un caballete, la tela abocetada enseñaba á los que pudieran ignorarlo cómo se ejecuta una mala pintura. En el suelo, una paleta impresionista parecía lanzar un castillo de fuegos artificiales delante de una colección numerosa de pinceles, colocados verticalmente á modo de centinelas.

La Sra. Somange púsose á trabajar, y mientras pintaba examinaba á la joven, no con la admiración de los otros días, sino con mal reprimida malevolencia. En realidad de verdad, Flo era muy bonita, fresca, sonriente, con una cabeza elegante que se doblaba al peso de una gran mata de cabellos rubios, y una mirada dulce y limpida y como envuelta en una aureola de gracia.

Un movimiento de despecho crispó la frente de Gilberta: no, no tenía ella la abnegación que hasta las mujeres como ella son capaces de sentir por sus hijos; su maternidad incompleta desaparecía ante sus despertados celos. Por vez primera vió en su sobrina á la mujer más joven, más hermosa, de una seducción más segura, y se irritó.

Flo, al ver la inactividad de su tía, le preguntó:

—¿No pinta usted más? ¿Está usted cansada?

—Qué, ¿tienes muchas ganas de ver terminado tu retrato? Te lo regalaré cuando te cases.

Flo se ruborizó ligeramente.

La Sra. Somange, escudriñándola con su mirada, añadió:

—Tienes diez y ocho años y á tu edad todas las muchachas tienen ganas de casarse. ¿Las tienes tú también?

—¡Por Dios, tía! Sí, deseo casarme, pero no en seguida... ¡Oh, no! ¡Soy tan dichosa, tan dichosa con usted!

La Sra. Somange sintió en el fondo de su conciencia estremecerse algo como un remordimiento.

—¿De veras, hija mía, eres tan dichosa como dices?

—¡Oh, sí, tía!, repuso Flo levantándose y apoyando cariñosamente su cabeza sobre el hombro de Gilberta. ¡Es usted tan buena conmigo! ¿Dónde encontraré un esposo que me mime más?

La Sra. Somange se apartó suavemente, algo turbada por aquellas expansiones, en el instante en que se deslizaba en su alma un sentimiento de enemistad.

—Sin embargo, dijo clavando su mirada en el fondo de los ojos de su sobrina, si Pedro Sorel te amase, ¿te casarías con él?

Un vivo rubor tiñó el semblante de Flo que guardó silencio.

La Sra. Somange, en un acceso de celos, exclamó con voz dura:

—¡Le amas!

La joven había enlazado con sus brazos el cuello de Gilberta.

—¡Oh, querida tía! ¡Es tan encantador y sus versos son tan bonitos! Estoy segura de que también usted le amaría.

Ante la ingenuidad de esta observación, la señora Somange se sonrió silenciosa é irónicamente.

Agitada, con los nervios excitados y sin acertar á descifrar bien sus sensaciones complejas, dijo á Flo:

—Hoy no pinto más. Necesito reflexionar. Déjame, hija mía.

—¿No me besa usted?

Gilberta posó sus labios en la frente virginal, y en aquel beso sintió fundirse sus celos.

No era posible la duda; Flo amaba á Pedro. El poeta hechizador había conquistado sin ningún trabajo aquel corazoncito novelesco; era, pues, preciso que la Sra. Somange sacrificase su capricho para hacer la felicidad de aquella niña.

(Continuará)

La curación de la tuberculosis al aire libre, por un ex tísico

Hace cincuenta años, la idea de someter á los enfermos de tisis á todos los cambios de un clima duro teniéndolos al aire libre, se hubiera tenido por poco menos que una tentativa de asesinato. Sin embargo, los resultados obtenidos en los últimos años, durante los que se ha extendido y progresado la aplicación práctica de los principios de los sanatorios, demuestran lo razonable y valioso que es ese tratamiento.

Es cosa admitida por lo general, hasta en los sanatorios, que la medicina no conoce ningún tratamiento específico que oponer al azote que ha llegado á ser conocido con el nombre de *la muerte blanca*. Como cuestión de hecho, la tisis continúa siendo hoy tan rebelde y tenaz contra las medicinas comunes como hace cincuenta ó cien años.

¿Cuáles son los fines que los sanatorios se proponen? Los más importantes son que el paciente quede sometido directamente á la observación de un médico; que disfrute del máximum de aire puro, con el mínimum de molestias; que reciba una alimentación nutritiva, sujeta á los más estrictos preceptos de la ciencia, y por último, que se entregue á una serie de ejercicios perfectamente graduados, entre los que figure la ascensión de montañas cuando ya está muy adelantada la curación.



El sanatorio modelo para tuberculosos de Nodrach-on-Dee (Escocia)

Y será bueno hacer constar aquí que la práctica de ahitar á los enfermos de alimentos ha sido desechada, por lo general, en los mejores sanatorios ingleses. Tres grandes vasos de leche, uno á cada comida, y un cuarto de libra de manteca durante el día, es el máximum de alimentación extraordinaria que han de consumir, además de la ordinaria propia de una persona sana. Los domingos, por regla general, se deja al enfermo en libertad de comer más ó menos, según le parezca.

En el sanatorio en donde estuve en curación, el enfermo es recibido casi á la misma puerta de la calle por una matrona, la cual le confía á los cariñosos cuidados de la enfermera que ha de asistirle durante su permanencia en el establecimiento. Esta enfermera le enseña su dormitorio y le dice que á los pocos momentos vendrá el médico á visitarle y que para ello ha de meterse en cama, á fin de ser sometido al reconocimiento preliminar; al verificarse éste, el médico le manifiesta que tendrá que estar algún tiempo en cama, puesto que en este período se determina la clase de tratamiento que ha de observarse durante el curso de la enfermedad.

El tiempo que en ella ha de estar varía desde tres días á tres meses, ó más, según los síntomas físicos del pecho y la condición del cuerpo; el punto más importante es la temperatura, y hasta que ésta vuelva á ser la normal, ó muy aproximada á ella, no se permite por lo general ningún ejercicio ni fatiga.

El cuarto destinado al enfermo no es grande. Las ventanas, que se abren hacia adentro, ocupan las dos terceras partes de los muros y están dispuestas de tal modo que permitan entrar el máximum de sol y aire. Estas ventanas se abren á la llegada del paciente y no vuelven á cerrarse, excepto en el momento de vestirse ó desnudarse, hasta su marcha. A veces, en el invierno, en noches tempestuosas, penetran la nieve y el agua hasta la cama del enfermo sin ocasionarle ningún perjuicio; la única precaución que se toma es la de echar otra manta más sobre la colcha. Otras veces también, después de una noche de lluvia y viento, amanece el paciente rodeado de una inundación, sin poder moverse de la cama, hasta que, por la mañana, se presenta la criada con cubos y esponjas. Este tratamiento espartano no es, sin embargo, completamente indispensable, y las enfermeras, si se les dice, cierran á cualquier hora del día ó de la noche las persianas de que todas las ventanas están provistas.

Los catarros son desconocidos en los sanatorios, á no ser que los traigan del exterior. En ninguna habitación hay cortinajes y los rincones tienen una forma redondeada á fin de que en ellos no puedan alojarse los microbios.

El día después de la llegada, el médico principal reconoce minuciosamente el pecho, apuntando en una libreta el resultado de sus observaciones, lo que se repite una vez al mes ó con más frecuencia si fuera necesario. De este modo, comparando las varias apuntaciones hechas, puede el médico, con una ojeada, enterarse de los adelantos conseguidos. Luego le explica el uso de un receptáculo que hay sobre la mesa de noche destinado á recibir la expectoración, y le enseña á tomarse la temperatura, lo que se practica cuatro veces al día, anotándose en unas hojas especiales, en las que también se escribe el peso una vez por semana, el pulso, la respiración y todas las demás funciones diarias del cuerpo. Examinando esos datos es como se puede luego regular para cada caso la alimentación, descanso ó ejercicio necesarios. Después del reconocimiento de los pulmones viene otro tan minucioso de la sangre, para lo cual se le extrae sin dolor al enfermo una gota del lóbulo de la oreja, repitiéndose esta operación todos los meses á fin de hacer las oportunas comparaciones.

El médico patólogo está también encargado del examen microscópico de los esputos, que efectúa en su laboratorio; operación esta muy delicada, porque en su estado natural el microbio, por su transparencia y lo infinitamente pequeño de su tamaño, es invisible, aun mirándolo á través de un microscopio que aumenta hasta 800 diámetros. Para hacerse cargo de lo pequeño del microbio, basta mirar los grabados de la página siguiente, en que está comparado con el polvillo de las alas de una mosca.

La garganta, que con frecuencia se halla atacada de la tuberculosis, es luego examinada en una habitación especial. Una complicación de la garganta es siempre un factor pésimo en los casos de consunción, pues es muy difícil curarla si tiene algún tiempo de existencia.



Receptáculo para los esputos y termómetro



Un dormitorio: las ventanas permanecen siempre abiertas

Luego el dentista del establecimiento examina con cuidado la dentadura, pues una buena masticación

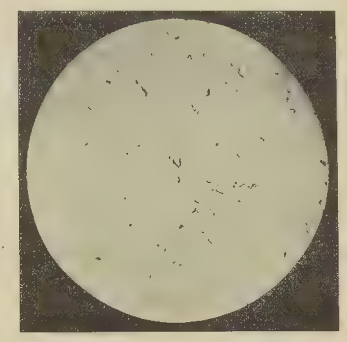


Polvo desprendido de las alas de una mariposa, aumentado 500 veces

es necesaria para una buena asimilación, y por último, se somete al paciente á los rayos Roentgen, lo que ayuda mucho al diagnóstico de la tisis.

Durante el tiempo que ha de permanecer en cama, la enfermera se ocupa de la alimentación. En caso de existir alguna complicación estomacal ó de otra clase, se observa un régimen muy complicado. Porque en esos casos se recurre al laboratorio químico para que el médico pueda determinar, no sólo la cantidad de alimento, sino también la parte proporcional en que han de entrar los diversos ingredientes que lo componen, para que resulte lo más provechoso posible al enfermo. Todas las raciones se pesan, y si el enfermo deja algo de ellas, se pesan los restos y se anota el resultado. De esta manera puede el médico enterarse, día por día, de la cantidad de alimentos que cada enfermo ha comido.

Conseguido el objeto que se propone la permanencia en cama, es decir, que la temperatura sea á poca diferencia la normal y que haya disminuído algo la fuerza del mal, si no hay ninguna complicación que lo impida se pasa á la segunda etapa del método curativo, á la del ejercicio. Se principia, como en todo, por poco, formando parte de un tratamiento determinado de antemano, en el que la temperatura entra como principal factor. El ejercicio, como es sabido, aumenta la temperatura; el descanso, en una persona sana, la baja á la normal; pero no sucede así con los tuberculosos. Por esta razón, después del primer paseo, que es sólo de unas 200 varas, por la galería, se les pone el termómetro. Se les hace acostar y al cabo de una hora de descanso se les vuelve á poner. Si después de ese descanso no ha bajado á la normal ó poco menos, es prueba de que el enfermo aún no está en buenas condiciones para el ejercicio y se le manda permanecer otra vez en cama. En el caso contrario, se continúa el ejercicio, que va aumentando cada día, hasta llegar á andar 35 millas en doce horas. A



El bacilo de la tuberculosis, aumentado 500 veces. Comparando este grabado con el anterior se ve la infinita pequeñez de este bacilo.

medida que el ejercicio aumenta, aumentan también proporcionalmente la salud y las fuerzas. Algunas veces sobreviene un retroceso, pero esto es lo excepcional.

En la actualidad puede asegurarse que si el enfermo resiste ese aumento gradual de ejercicio sin novedad unos cuantos meses, su cura completa y definitiva está asegurada. Mucho depende también del medio-ambiente. Los paisajes hermosos, el aire fresco de las montañas, impregnado, á ser posible, del olor de los pinos, y sobre todo la tranquilidad de espíritu, son auxiliares poderosísimos para conseguir la salud completa.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.

CURACIÓN cierta de la Clorosis, Anemia profunda, Menstruaciones dolorosas, Calenturas de las Colonias, Malaria, con el Vino Aroud (Carne-Quina-Hierro) el mas reconstituyente prescrito por los médicos. Millares de atestaciones cada año. Todas Farmacias

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris







EDICION ILUSTRADA
DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO-AMERICANO
MONTANER Y SIMÓN EDITORES

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de París. — 50 Años de éxito.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el *PILIVORE.* DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Almanach de La Esquella de la Torratxa. – Se ha publicado este popular almanaque, que contiene artículos, cuentos, poesías, epigramas, reproducciones de cuadros, dibujos originales, caricaturas, historietas, etc., firmados por reputados literatos y artistas. Forma un tomo de 198 páginas de amena lectura é ilustrado con mucho gusto, y se vende á una peseta.

Bagatelas, por *Vital Aza*. – He aquí un libro cuya lectura produce verdadero deleite. La gracia, la finalidad, la culta y delicada sátira y la fluidez son las cualidades características del celebrado escritor, que campean en esta colección de poesías que el editor Juan Gili publica por segunda vez, embellecidas con bonitas y adecuadas ilustraciones, debidas al lápiz del conocido pintor Baldomero Gili y Roig. Forma un volumen de 19 × 9 y se vende al precio de dos pesetas cada ejemplar.

¡Calabazas!, por *Don Hermógenes* y *El Maestro Ciruela*. – Colección de semblanzas de politiquillos, escribidores, criticastros, pintamonas, cacharreros, murguistas, histriones, maletas y otras notabilidades: así dice el título del libro, y ocioso nos parece añadir que entre los retratados figuran las personalidades que más brillan en España en literatura y bellas artes. Las semblanzas están hechas en verso y con el estilo jocoso y á veces cáustico que es propio de esta clase de composiciones. El libro, editado en Madrid, forma parte de la Biblioteca de Papel de Estraza y se vende á dos pesetas.

Eucaristiques, por *Jacinto Verdaguer*. – Como obra póstuma del eminente vate, gloria de las letras catalanas, ha publicado la tipografía de L' Avenç un hermoso volumen que contiene un acopio de notables composiciones, en las que se reflejan de modo admirable los sentimientos que anidaban en aquel virtuoso sacerdote y esclarecido poeta, que sólo alentaba por sus firmísimas creencias y por los ideales de su patria querida. Figura asimismo en el libro la versión en lengua francesa, cuidadosamente llevada á cabo por Agustín Vasal, así como un bien escrito prólogo de Pedro Palau y una carta de Monseñor Carselade, obispo de Perpiñán. Véndese en todas las librerías al precio de 5 pesetas cada ejemplar.



Carga agradable, cuadro de † Andrés Solá y Vidal

L' instrucció y l' educació baix el punt de vista social, por *Pau Salvat Espasa*. – Tal es el tema de la notable conferencia dada por el distinguido arquitecto y presidente de la Sociedad de las Artes del Libro, que en forma de folleto ha publicado su autor, acompañada de la traducción castellana. En pocas páginas se condensan puntos de vista importantísimos, encaminados á demostrar que la instrucción ha de emplearse como medio, ya que la educación es el fin que debe perseguirse. Verdaderamente importante es el trabajo á que nos referimos, pues aparte de los antecedentes que contiene, figuran atinadísimas consideraciones, que demuestran el elevado concepto en que se ha inspirado el autor y los nobles propósitos que persigue.

El consejero de las familias, por *Monseñor Sebastián Kneipp*. – El conocido editor Juan Gili acaba de publicar una nueva edición de esta obra interesantísima, que constituye un tratado completo y luminoso del arte de conservar la salud y de recuperarla por medio de los sencillos tratamientos preconizados por Monseñor Kneipp y á los que debe su universal renombre. El nuevo libro, que ha sido cuidadosamente traducido del alemán por el Dr. Collet y Gurgui, forma un volumen en 8.º mayor, encuadernado en tela inglesa, y se vende al precio de 3'50 pesetas cada ejemplar.

Mapa de la guerra ruso-japonesa. – La casa S. Fábrega Grau de esta ciudad ha hecho editar para sus favorecedores un detallado mapa de la guerra hecho en colores. En él se insertan varios anuncios de productos químico-farmacéuticos á cuya fabricación se dedica la referida casa, la cual enviará gratis dicho mapa á quien lo pida á su nombre, Consejo de Ciento, 345.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Forma, revista mensual ilustrada; *Mercurio*, revista mensual ilustrada; *Revista Gráfica*, trimestral ilustrada; *La Medicina Científica*, revista mensual; *El Trabajo Nacional*, revista quincenal (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual; *La mujer en casa*, revista mensual; *Revista Católica*, publicación mensual; *Revista de Sanidad Civil*, decenal; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, publicación mensual; *La Medicina Valenciana*, revista mensual; *El Lucero*, revista semanal (Lima, Perú); *La Razón*, diario (Trujillo, Perú); *El Huallaga*, semanario (Huanuco, Perú); *El Tribuno*, diario (Belgrano, R. Argentina); *El Trabajo*, semanario (Popayán, Colombia).

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra ASMA


Marca de Fabrica Registrada.
CATARRO, OPRESIÓN y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. – Todas Farmacias.

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsifieaciones ineficaces, exigir el legitimo. — Todas Farmacias.



HEMOSTATICA
Se receta contra los Flujos, la Clorosis, la Anemia, el Apocamiento, las Enfermedades del pecho y de los intestinos, los Esputos de sangre, los Catarros, la Disenteria, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. – Depósito en todas Boticas y Droguerias.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubᵍ St-Denis, Paris, y en todas las Farmacias del Globo.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXIII — Barcelona 19 de diciembre de 1904 — Núm. 1.199



EL ÁRBOL DE NAVIDAD

Al acebo de ramas verdeantes,
de que penden, cual bayas variopintas,
golosinas, juguetes, luces, cintas,
¡llegad, llegad, oh amantes!
Allí el Amor ofrece
á cada cual el premio que apetece:
al amador trompero,
muñecos de aserrín que á quien los toca
murmuran: «Tantas veo, tantas quiero;»
al que es apasionado, irreflexivo,
bombones de crocante que, en la boca
disueltos, son de acibarado dejo;
al fácil, en pequeño, un *tío vivo;*
de bruñido metal veraz espejo
al que de sí se precia ó se enamora;
al amador porfiado,
relojes que sin cuerda dan la hora;
un corazón tallado
en diamante durísimo al entero;
joyel de oro al sincero.
Y pues que Amor ofrece
á cada cual el premio que apetece,
al acebo de ramas verdeantes
¡llegad, llegad, oh amantes!

L. C. Viada y Lluch



ANAOR, PRIMER FILÓSOFO

Los más doctos ancianos habían dicho así:

«Hay nubes excelsas y nubes próximas.

»Las excelsas corren por encima de la luna; las próximas le son inferiores y ocultan su brillo.

»Las primeras son livianas y blanquecinas; el viento las zarandea y las arrastra fácilmente. Las últimas son espesas, de color más obscuro, y algunas de ellas suelen quedar por debajo de las cúspides de la sierra enredadas entre los picachos ó adormidas en las barrancas.»

En estas frases tradicionales de los ancianos, fundaron el proyecto grandioso los hombres que tenían sus viviendas en las oquedades de la montaña.

Colocando piedras sobre piedras en la cumbre, podríase subir á una altura suficiente, no ya para sobrepasar las más altas de las nubes próximas, sino para tocar en las excelsas, puesto que la distancia entre unas y otras no debía ser exageramente grande.

Y si esto era como suponían, no resultaba empresa loca la de apoderarse de aquel disco brillante que tantas noches atravesaba el cielo alumbrando las llanuras extendidas á ambos lados de la cadena montuosa.

Detenida la antorcha purísima, verían los moradores de las cavernas aclaradas sin intermitencias sus noches y podrían ejecutar muchas de las faenas campestres sin que les abrasara el alumbrador del día.

Los hombres de las dos vertientes habíanse acordado para trabajar de consuno y aprovechar todos los beneficios que esperaban obtener.

Desde el lomo de la sierra, el luminar nocturno combatiría las sombras de las dos planicies.

Y pusiéronse con ardor á amontonar grandes rocas que trabajosamente arrastraban centenares de brazos musculosos.

Anaor, un anciano encanecido en la meditación y en el estudio de las rarezas naturales, miraba con pena el enorme esfuerzo que realizaban sus hermanos. Temía la ineficacia de su tarea, pero no quiso desanimarles sin estar antes seguro de la verdad de sus presentimientos.

Retiróse con Ismail y Japhat, sus discípulos más amados, á una gruta, cuyo emplazamiento de él solo era conocido, y en ella permanecieron los tres durante muchos días, saliendo á veces, para hacer prolongados paseos en parajes desiertos, donde ejecutaban misteriosas manipulaciones, sin duda para comprobar ideas que, por medio de signos, transcribía de antemano Anaor en las paredes de su habitáculo.

Cuando hubo el viejo concluído sus estudios, mandó á Ismail y á Japhat que construyeran dos ánforas de igual cabida, horadadas en su base de manera que pudiese escapar en sutilísimo chorro el agua de que se iban á llenar.

En noche de clara luna salieron de la cueva, llevando cada discípulo una de las vasijas á más de un bastón luengo como de diez palmos, de que el filósofo les había provisto.

Así que llegaron á una espaciosa meseta, después de haber llenado los recipientes en el manantial que de entre unas peñas brotaba, colocaron uno de ellos sobre guijas, de modo que pudiese correr libremente el líquido cuando el desagüe del fondo se abriera.

Inmediato á la fuente veíase el suelo limpio y nivelado en una extensión como de treinta pies en redondo, dispuesto por Anaor y sus discípulos para establecer uno de los puntos de observación.

El sabio ordenó á Ismail que en el centro de este lugar allanado clavara á plomo uno de los bastones, hasta la señal que ambos, á igual distancia del cuento, tenían hecha.

Ejecutada esta disposición, dijo á Ismail el anciano:

—Tú has de permanecer aquí y Japhat vendrá conmigo conduciendo la otra vasija de agua. Antes de partir destaparemos á la vez los orificios de ambos receptáculos. Como la capacidad y salida en los dos son idénticas, el tiempo que empleen para quedar vacíos será el mismo, y así, el instante en que esto suceda, nos servirá de guía para ejecutar simultáneamente nuestras respectivas operaciones. La que tú has de cumplir se reduce á marcar en el suelo con toda precisión la sombra que en tal momento haga el vástago.

Abiertos que fueron los agujerillos de las ánforas, según la indicación hecha por Anaor, alejóse éste rápidamente, seguido de Japhat, que conducía á la espalda aquel primer artificio que para medir el tiempo se constituía en el mundo.

Mediaba ya el agua la clepsidra, á pesar de la lentitud con que el minúsculo taladro la dejaba salir, y aún no habían ganado el término de la meseta, tanta era su extensión.

Mudos y absortos atravesaban el descampado, perdidos en la majestuosa soledad de aquella noche de la salvaje primavera del mundo.

Sentíase el intenso hervor de la Naturaleza, joven y violenta, preñada de humanidades, saturada de ricos gérmenes que se estremecían en su entraña fecunda.

La brisa cantaba con agudas modulaciones en las aristas de las rocas, aún no suavizadas por las lluvias de centenares de siglos; los árboles, que habían estrenado el suelo, balanceaban sus copas á alturas inverosímiles ó se inclinaban sobre abismos vertiginosos, no cegados todavía por el aluvión, y el río bramaba atronador y espumajeante en la cañada, acomodándose en su cauce definitivo.

Y el rugir de la corriente acompañaba el rugir de las fieras, que se acariciaban ó se herían en el riñón de bosques sin límites.

Al fin Anaor y Japhat llegaron á un lugar dispuesto como el que antes habían visitado.

Apresuradamente, porque restaba poco líquido en el ánfora, clavaron en tierra el segundo bastón y cuando concluyeron de hacerlo, concluyó también de salir agua de la vasija.

Anaor, valiéndose de una delgada trenza de fibras vegetales que Japhat mantuvo sujeta por una punta al pie de la varilla, trazó en la tierra un arco cuyos extremos tocaban uno en la línea de sombra que aquél proyectaba y otro en una recta que partía también del pie del vástago y que fué marcada durante el día, señalando la dirección exacta del bastón junto al que permaneciera el primer discípulo.

Después midió con una cuerdecilla la abertura del ángulo que formaban las dos rectas, y emprendieron el regreso, llegando al lugar de partida cuando comenzaba á alborear.

Ismail seguía firme en su puesto aguardando la vuelta del filósofo y de su acompañante.

Cortando la línea que unía los dos puntos de observación, trazada allí también la víspera, veíase la raya con que Ismail había fijado la dirección de la sombra en el momento convenido.

El viejo, emocionado y tembloroso, examinó de un golpe de vista el ángulo compuesto por esta recta y la primera prolongada.

Parecióle que era igual su abertura á la del obtenido en el otro extremo de la meseta: de ser así, las sombras en ambos puntos tenían la misma posición, y de la inapreciable divergencia de los rayos lumínicos, deducíase que la distancia entre el foco de ellos y su pobre montaña podíase contar como infinita. Todo empeño por llegar á aquel foco era vano.

Por último, venciendo su agitación, midió el ángulo...

Anaor, que había puesto una rodilla en tierra para operar, inclinóse con desaliento, ocultando el rostro entre las manos rugosas y huesudas. Sus temores se habían confirmado.

Los discípulos contemplaban angustiosamente al querido maestro, sin atreverse á sacarle de su postración.

El cielo, en tanto, se teñía de tonos róseos á medida que se aclaraba por Levante. Habíase echado el viento, y ya no cantaba en las aristas de los peñascos; las fieras reposaban después de sus caricias y de sus combates, y su áspero bramar ya no atronaba el interior sonoroso de las selvas sin límites. Solamente era roto el silencio gigantesco de la Naturaleza por el rumor lejano del río que, mugiendo allá en la cañada, seguía acomodándose tumultuosamente en su cauce definitivo.

Al cabo de algún tiempo levantóse Anaor, y seguido por los dos jóvenes, se encaminó á la parte de la sierra en que se hallaba el núcleo de las habitaciones de sus hermanos.

Sentíase entristecido al volver á éstos por la decepción dolorosa que iba á proporcionarles demostrando la inutilidad de su tentativa, y sólo dulcificaba su pesadumbre pensando en los beneficios que les reportarían los descubrimientos incidentales resultados de sus estudios: la manera de medir el tiempo y las extrañas propiedades de algunas líneas.

Después de caminar largo rato por un desfiladero, desembocaron en la llanura que servía de estribación al monte de las cavernas.

El espectáculo que se presentó á la vista de los viajeros era tan inesperado, tan singular, que por un momento el asombro detuvo sus pies y paralizó sus lenguas.

Sobre la cúspide de la montaña alzábase una mole ingente, de forma simétrica y regular, que el sol en su orto, colocado tras ella, rodeaba de un nimbo triunfante. En el dorado esplendor del cielo destacábase la silueta formicular de una multitud de seres humanos que se agrupaban en torno de grandes bloques, conduciéndolos lentamente; que pendía en racimos de los flancos de la construcción; que pululaba y bullía á lo largo de la cresta rocosa de la sierra.

Llegados que fueron á la cima, Anaor y sus acompañantes contemplaron con más admiración aún la estructura de la obra que sus hermanos hacían.

La masa de piedra que desde lejos habían visto, era hueca, y en sus paredes interiores, trozos de roca salientes y escalonados permitían subir á todo lo alto de aquéllas hasta pisar en su grueso.

Para facilitar la ascensión de los peñascos y del lodo con que iban rellenando los intersticios, enormes troncos de árboles, cuyas puntas introducíanse en el muro, atravesaban horizontalmente el espacio central, entretejiéndose de modo que dejaran lugar al paso de los materiales.

Y habían ido fabricando en aquella forma, obligados por las dificultades mismas con que desde el comienzo hubieron de tropezar.

Y la inmensa labor habíase llevado á efecto en el espacio que Anaor permaneciera en su retiro.

El anciano comprendió la magnitud del paso que el hombre daba hacia el dominio de la Naturaleza.

Ya no le era preciso á aquél vivir apegado al monte minando en su seno á la manera de los topos; se esparciría por las inexploradas tierras hasta llegar al confín, adonde se veía que el cielo las cortaba. Podría establecerse en el sitio que le conviniera, puesto que siempre, imitando en pequeño aquella obra, era dueño de construirse una habitación que le librara de los rigores de la intemperie y de los ataques de las fieras.

Y aquel paso memorable quedaba señalado del modo más grandioso con el sorprendente edificio de la montaña.

Alcanzaba ya éste una altura aproximada á la que sumarían veinticinco hombres puestos uno sobre otro, y el entusiasmo de los constructores no decaía.

El docto viejo contemplaba afligido el sudor que la fatiga hacía brotar de sus carnes tostadas, pero guardó su secreto.

Durante mucho tiempo calló. Deseaba que la obra de sus contemporáneos recordara á las generaciones futuras la primera vez que los hombres unían todos sus esfuerzos para un fin común y que este hecho se había cumplido en fuerza de la magnitud de un pensamiento, y como quería también que el símbolo fuese hermoso, calló hasta que la torre, elevándose continuamente, dejó de ser ingrata á la vista por su pesadez y fué grácil.

Entonces avisó á los habitantes de las cavernas para que no prosiguieran en su estéril trabajo.

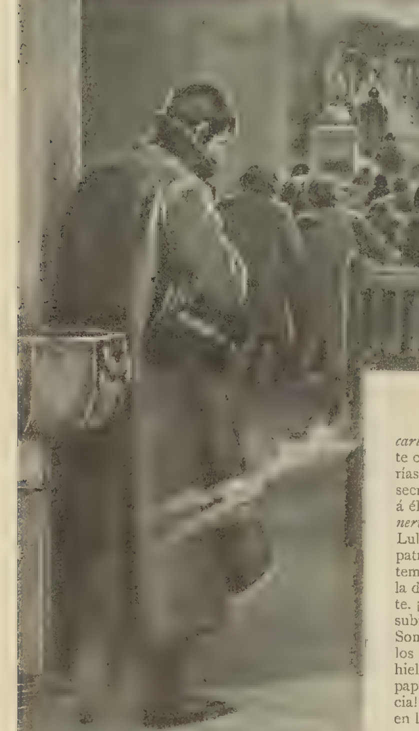
Y les consoló de su decepción descubriéndoles los frutos que, sin esperarlo, había producido el intento de su empresa.

Y les dijo además:

—Aspirad siempre á cosas grandes por inaccesibles ó desatinadas que os parezcan, y si no llegáis á realizar vuestros designios, conseguiréis otros resultados provechosos, que son como la recompensa del alto pensar.

Así aconsejaba Anaor á sus hermanos.

J. SÁNCHEZ GERONA.



El murmullo del cura, el ambiente de recogimiento, la hora solemne, pesan sobre su espíritu

LA MISA DEL GALLO

I

Un cuarto de «soltero,» de hombre de mundo que recibe alguna vez en su domicilio visitas «delicadas.» Habitación mitad despacho, mitad gabinete, con libros en los estantes bajitos, cubiertas de polvo las cantoneras, revelando no abrirse nunca los volúmenes, y copias en veso de desnudos clásicos sobre la última tabla superior. Una mesita japonesa para escribir, una «chaise longue,» sillones diversos. En uno de ellos, en traje de casa, Paco Fernández, «Aramis,» como se le llama en la sociedad dorada, en sus treinta años de edad, apuesto y bello, aunque con cierta fatigada belleza, muy bienquisto de la gente elegante por su travesura... y su mala lengua, y actualmente secretario particular de un duque y á la vez político, según unos autores, y de la duquesa su consorte, según otros. Lee con aire aburrido una carta de letra grande y garrapatosa. Dice así la carta, fechada en Calatayud:

«Te escribo poco, querido hijo, porque ni mis achaques ni mi vista me consienten más, pero quiero hacerlo yo porque te agradará ver mi letra. Recibimos el cajoncito con las figuras para el Nacimiento que mandas á tus sobrinos. La verdad es que como lo de Madrid, nada. Figúrate lo que se habrán alegrado. El mayor (ya no le conocerías, desde que no vienes por aquí ha crecido mucho y parece un hombre pequeño), el mayor te va á escribir en el nombre de sus hermanos y en el suyo dándote las gracias. Es monísimo. Calcúlate la gracia que hará el oirle decir con sus siete años: «Estamos en deuda con el tío.» Su padre anda ya arreglándoles el peñasco y yo pasaré con ellos la Nochebuena y las Pascuas para no encontrarme sola en mi viudez y en días de tantos recuerdos. Adiós, hijo mío; cuídate, no seas perezoso para contestarme, que te vendes algo caro sin duda por tus ocupaciones, y en esa vida tan expuesta á caer de la corte, no abandones nunca el camino recto, que es el único que te llevará á buen término. Tu madre, que te adora, —*Carmen.*»

PACO FERNÁNDEZ *(levantándose y guardando la carta en un «secretaire»)*.—¡Pobre madre! ¡Dios te conserve tu inocencia! Si tú vivieras aquí verías que ese camino recto no conduce á la subsecretaría y que no hay más remedio para llegar á él que echar por los atajos. *(Se pone á pasear nerviosamente por la estancia.)* ¡Estoy en ascuas! Lulú se ha cansado de mí, y aunque el duque patrocina mi candidatura para la dirección, me temo una derrota. Anoche se le iban los ojos á la duquesa en la ópera detrás de mi contrincante. ¡Y como ella se empeñe! Siempre que yo he subido es porque se ha empeñado en que suba. Somos ya varios los elevados hasta su carro y los atropellados después. ¡Terrible mujer, de hielo y de fuego á la vez, toda apetitos, qué gran papel hubiera hecho en la Roma de la decadencia! Nerón la habría divinizado, componiendo en loor suyo sus mejores estrofas.

II

Se va á celebrar la Nochebuena en casa del duque como cumple á su alta prosapia y á la tradición de sus suntuosas fiestas de Navidad. Todas las habitaciones están abiertas é iluminadas espléndidamente. En el comedor, atestado de plata antigua, un bosque de cristalería sobre la nevada del mantel. En la capilla, de un afectado gótico francés, un macizo de flores en el altar. En el gran salón de recibir, un colosal árbol de Noel cargado de juguetes y rodeado de niños. En el gabinete de confianza, una bombonera de seda malva, esperan la misa del gallo y la cena los íntimos, diez ó doce damas y otros tantos gentlemen, formando grupitos en el que se despelleja á todo el mundo con la lanceta de la sonrisa irónica y despiadada. El duque está de caza, y en un rincón, la duquesa, con su tipo ardiente de criolla y sus ojos descarados de cortesana, habla aparte con Paco Fernández, que procura contener, sin conseguirlo, su indignación.

PACO FERNÁNDEZ *(con acento iracundo)*.—Todo el mundo lo dice y además lo sé de buena tinta. Me quedo sin la dirección de Correos, y me quedo sin ella porque tú has patrocinado á mi contrincante, ese rubio azafranado de Bernar.

DUQUESA *(sonriendo con ironía)*.—No es de buen gusto atacar á los ausentes.

PACO FERNÁNDEZ.—¿Evades la respuesta? ¿Luego es cierto el rumor público de que tiene relaciones contigo? ¿Pero qué clase de mujer eres? No hace ocho días que me jurabas un amor eterno y hoy resulta que no sólo me arrebata ese hombre tu corazón, sino que echa por tierra todos mis proyectos. Necesito aclarar esto de un modo categórico, contestándome si ó no, sin ambages ni rodeos. ¿Es obra tuya su elección? ¿Es verdad que le amas? Porque si es cierto, yo estoy aquí demás.

La duquesa palidece y sus ojos fulguran. Y antes de contestar aparece en la puerta del gabinete un hombre joven aún, rubio, con monóculo y aire muy británico, que se adelanta saludando con buen gusto y con esa facilidad de la costumbre. Todos suspenden la conversación y le rodean. Voz general en el elemento masculino: «¿Qué hay, Bernar? ¿Es usted director general?»

BERNAR *(inclinándose ceremoniosamente)*.—Vengo de la Presidencia, donde el jefe del gobierno acaba de darme la credencial.

Coro de hurras y enhorabuenas. Un criado entra anunciando que el señor capellán de la casa está ya revestido para la misa del gallo, y la duquesa, que ha recibido con marcado interés al nuevo director, consagrándole sin reparo una mirada elocuente, se levanta con decisión de su confidente modernista.

DUQUESA. Bernar, el santo sacrificio nos llama. Su brazo. Señores, vamos á la capilla.

Y sin hacer caso de Paco Fernández, que permanece aterrado y pálido en un rincón, rompe la duquesa la marcha con el director novísimo, seguidos de todos los convidados, que afectan no reparar en la desairada situación del derrotado secretario particular.

III

Paco Fernández, con el ruso desabrochado y el sombrero de copa despeinadísimo, va calle arriba á grandes trancos, atravesando por entre los grupos de la plebe, que se cruzan con él atronando con sus panderetazos y sus voces. Es la media noche de la de Navidad, y pretextando una indisposición acaba de retirarse del hotel de la duquesa, sin ser notada su fuga sino de los criados de la puerta.

PACO FERNÁNDEZ *(monologando con el entrecortamiento de las grandes emociones)*.—¡Todo se acabó! Estoy perdido y además en ridículo. ¡Y cuando ya tocaba á la meta de mi ambición! Esa mujer es una hiena. A ella le debo el enlodamiento de mi vida. ¡Primero me enloquece y luego me deshace! *(Deteniéndose un instante y con voz amenazadora.)* Pero conmigo no se juega, señora duquesa, y como dicen los franceses, reirá bien el que ría el último. *(Prosigue su marcha. De pronto torna á pararse y se estremece. Ha oído una campanita. Está ante una humilde iglesia del suburbio. Sin darse cabal cuenta del impulso, penetra en el templo. La única y pequeña nave á obscuras. En el altar mayor, pálidos cirios, y á su débil resplandor, el sacerdote oficiando, disfuminado en la suave claridad. Dos docenas de personas, de bultos negros, asistiendo á la misa del gallo. Paco Fernández se arrima á la pared; está pervertido, pero no es malo. El murmullo del cura, el ambiente de recogimiento, la hora solemne, pesan sobre su espíritu, y de pronto surge en su mente una silueta purísima y dulce, la de su madre, y ve allá lejos un interior modesto, con un «peñasco» ante el que cantan villancicos unos niños, una joven que les corea llena de alegría, un hombre en la fuerza de la edad que les acompaña y una señora anciana y enlutada que asiste á la escena. Y sintiendo súbitamente grandes deseos de llorar, le invade la garganta un sollozo que sofoca; y á la vez que ante el ara surge el inefable blanco de la hostia, cae de rodillas balbuceando con suprema expresión:)*

¡Oh, madre, madre mía!

IV

En la estación de Atocha y ante la ventanilla de billetes, minutos antes de salir el primer tren de la mañana de Pascua.

PACO FERNÁNDEZ *(en traje de viaje y con voz trémula)*.—Un primera para Calatayud.

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Triadó.)

EL ESCULTOR ARGENTINO

ARTURO DRESCO

En el interesante grupo formado por los jóvenes artistas argentinos, grata esperanza para el desenvolvimiento artístico de aquel hermoso país, figura el ya distinguido escultor Arturo Dresco, que en un período relativamente breve ha logrado singularizarse y constituir una personalidad digna de estima y consideración. Cierto es que concurren en el escultor á que nos referimos circunstancias especialísimas y que posee condiciones y aptitudes distintivas propias para adquirir notoriedad. Artista de temperamento, perseverante y laborioso y amante del estudio, no ha titubeado un momento para proseguir con plausible resolución la senda que se propusiera recorrer. De ahí sus sorprendentes adelantos y los triunfos obtenidos, que patentizan, conforme indicamos, las excepcionales facultades que posee para el cultivo de la escultura. Joven, muy joven, casi un niño, abandonó su ciudad nativa, Buenos Aires, para trasladarse á Italia con el propósito de dedicarse al estudio del arte. Establecido en Florencia, recibió provechosa enseñanza del profesor Passaglia, llevando consigo al regresar á su país, como testimonio de sus aptitudes artísticas, varias de las obras que ejecutara, entre ellas la notable estatua de una *Bacante*, que hoy figura en el Museo de Bellas Artes de la capital de la República Argentina.

A partir de este período, difícil sería reseñar la labor producida por el escultor; bastará consignar, sin embargo, que pudo gustar la honrosa satisfacción de aportar otra obra para el Museo representando á *Diana*, obteniendo varias recompensas y distinciones, entre las que merecen citarse una pensión para perfeccionar sus estudios, cuyo resultado ha sido la medalla de oro alcanzada en la Exposición de San Luis recientemente verificada, como justa recompensa por las obras expuestas, cuya reproducción publicamos en la página siguiente.

Del examen y estudio de las obras á que nos referimos dedúcese la consecuencia de que Dresco es un escultor de aliento que se inspira en los modernos ideales artísticos y que, impuesto de la noble misión que ha de llenar el artista, concibe y modela ajustándose á los conceptos que informan el arte contemporáneo, procurando apartarse de los moldes tradicionales, siempre mal sentidos y peor interpretados.

Instalado definitivamente en Buenos Aires, prosigue su labor, siendo apreciado su mérito, según lo demuestra el hecho de habérsele confiado la ejecución de algunos monumentos públicos.

Réstanos felicitar á este inteligente artista, confiando que llegará por medio de sus obras á alcanzar días de gloria para el arte de aquel hermoso país, siempre simpático para los que usamos el mismo verbo.



Tristes recuerdos, fotografía de R. Duhrkoop
(Exposición Fotográfica del Centro de las Industrias de la Imprenta, de Leipzig.)

LA CALLE DE LAS PASIONES

CUADRO DE IGNACIO ZULOAGA

No hace mucho tiempo, publicamos un estudio sobre este pintor eminente. No es, pues, ocasión de reproducir los encomiásticos juicios que en él dedicaba á nuestro eximio compatriota un notable crítico inglés.

Además, ¿no resultan acaso un tanto ociosas estas alabanzas tratándose de quien como Zuloaga lleva su mejor elogio en su nombre, aclamado y admirado no sólo en su patria, sino también, y tal vez mucho más, en el extranjero?

Dondequiera que han sido expuestas sus obras, han merecido los más entusiastas aplausos y obtenido las más honrosas distinciones. La crítica de todos los países le ha proclamado unánimemente gloria indiscutible de la pintura española contemporánea, y no ha vacilado en resucitar los nombres de los más grandes maestros de la edad de oro de nuestro arte para poner al lado suyo el de Ignacio Zuloaga.

Sus creaciones se han impuesto; la verdad de sus concepciones ha causado asombro; la firmeza de su dibujo, el calor de su pincelada, han producido admiración sin límites.

No se necesitan, sin embargo, tantos testimonios para demostrar la excepcional valía del artista guipuzcoano; basta contemplar cualquiera de sus lienzos para comprender que quien de tal modo supo llevar á la tela aquellos fragmentos de la vida real, merece un puesto preeminente en la historia artística, no sólo de nuestra patria, sino del mundo entero.

Véase, por ejemplo, el cuadro *La calle de las Pasiones* que adjunto reproducimos y que con otros del mismo autor figuró en una sección especial de la última Exposición Internacional de Bellas Artes de Dresde, y dígase si cabe conseguir en pintura un efecto más maravilloso; si es posible que un artista logre ejercer mayor atracción sobre los ojos y sobre el alma del espectador.

Al honrar hoy nuestras páginas con esa nueva composición suya, le reiteramos el testimonio de nuestra admiración más entusiasta y más sincera.—X.



La calle de las Pasiones, cuadro de Ignacio Zuloaga. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Dusseldorf. 1904.)



Retrato del celebrado escultor argentino ARTURO DRESCO y esculturas originales suyas que han figurado en la Exposición Universal de San Luis (Estados Unidos), en donde ha obtenido medalla de oro

VISIONES DE NOCHEBUENA

EN CASA DE LOS RICOS

En París y en uno de los hoteles que se alzan en una de las avenidas que se extienden al lado de los Campos Elíseos, se celebra la Nochebuena de los niños ricos.

Flores de estufa, abiertas al dulce calor del lujo y del amor maternal, criaturas exquisitas cuyos deseos se ven colmados cuando casi no han tenido tiempo de nacer, los niños ricos tienen rostros rebosantes de frescura en medio de la palidez que la expectativa de una alegría cierta tiñe de un suave color de rosa.

Su árbol de Nochebuena está dispuesto en su cuarto de estudio; en tanto que llega el esperado momento, las criaturas permanecen en el tocador de su madre.

Son dos niñas; una tiene ocho años, otra seis. Sus cabellos son rubios y están atados con cintas de color azul pálido; tienen el mismo matiz de la cabellera de la mujer elegante que aquella noche, convertida en madre de familia burguesa, abrirá en persona la puerta y disfrutará con las exclamaciones de aquellas boquitas encarnadas, con el brillo de aquellos ojos azules, con el éxtasis de aquellas manecitas tendidas hacia el árbol de Nochebuena.

El niño ha ayudado en los preparativos de la fiesta á su madre, á la que se parece por su perfil y por su mirada, y que es el preferido por ella porque es el primogénito. Libre durante unos días de las clases de su colegio, ¡cuán dichoso se siente en aquel momento y con cuánta ternura contempla á aquella hada que le sonríe, vestida con un traje que la hace ser la más bella de las mujeres del mismo modo que es la más cariñosa! Comprende vagamente que aquel es un ser privilegiado, una especie de persona rara y preciosa, y á impulsos de un repentino sentimiento de afecto renovado, besa la perfumada mano que acaba de colgar con sus dedos un nuevo juguete de las ramas del árbol en donde arden bujías de varios colores.

Se abre la puerta y las dos hermanitas se precipitan en la estancia. La emoción que sienten es una emoción indecible que dentro de quince años reaparecerá en ellas con caracteres más perturbadores y más deliciosos todavía.

Dentro de quince años, las niñas habrán crecido; seguramente se habrán casado, y si son felices, si tienen hijos, su felicidad aumentará con la reminiscencia, apenas melancólica, de la dicha de hoy; pero si son desgraciadas, si sobre ellas pesa uno de esos dorados infortunios que la sociedad oculta bajo los falsos esplendores de sus fiestas, ¡cuán doloroso será ese recuerdo!

Dentro de quince años, el joven pensará en aquellas veladas de otros tiempos como en un baño agradable, fresco, suave, que diera un momento de reposo á su ardorosa existencia; y contemplará largo rato el retrato de una mujer que entonces, sembrada de canas la cabeza y el rostro ajado por la edad, le mirará también á menudo, con ojos eternamente jóvenes, en los cuales se adivinará ese pensamiento de todas las madres que envejecen: «¡Cuando era niño!»

En esta exclamación hay un poco de todo, la amargura de la juventud que desaparece y algo quizás de la añoranza de los rubios rizos de otro tiempo; pero más que nada, la tristeza de no poseer ya aquel corazón de niño, como lo poseía en la hora alegre en que éste besaba la mano que acababa de encender las bujías de color de rosa...

EN LONDRES

La escena pasa en Londres, y en una de esas casas que pegadas una á otra y todas parecidas se alzan á lo largo de aquellas calles que, como terminación llevan el nombre de un gran hombre con el aditamento de *road*, ó *lane*, ó *gate*, ó *place*. Fuera se desarrolla aquella existencia que trae á la mente el recuerdo de las pantomimas de los *Hanlonlees* por la prisa brusca del movimiento.

Sobre la ciudad se extiende un cielo amarillo y una implacable niebla negruzca flota en el aire. Los faroles están encendidos desde las tres de la tarde. Los coches de dos ruedas corren al trote largo de sus flacos caballos. De trecho en trecho húndese en el suelo una escalera que conduce al ferrocarril subterráneo que circula por debajo de la ciudad.

Innumerables carteles anuncian *Christmas presents* y en las tiendas que dentro de un momento van á cerrarse multitud de chucherías amontonadas atraen la atención de los transeuntes que, sin embargo, no se detienen; porque en Londres nadie se para en la calle y el paseante ocioso, ese indiferente y voluptuoso epicúreo del bulevar de París es tan desconocido como desconocidas son en el agua laboriosa del Támesis los reflejos rosas y verdes con que matizan la corriente del Sena esas encantadoras puestas de sol de los últimos días otoñales.

Dentro de las casas y detrás de las ventanas que se ajustan herméticamente, también se celebra la fiesta de los niños al mismo tiempo que la de las personas mayores. Los pasteles propios del día han sido confeccionados la víspera; las provisiones han sido compradas para dos días, porque este año precisamente la fiesta de Navidad cae en domingo; y toda la familia está reunida. Las telas de los trajes femeninos son de colores vivos y los vestidos tienen un corte extraño. Vense allí rostros encuadrados por blancas cabelleras, coronados por un gorro encarnado orlado de encajes.

Las *missesses* de ojos claros llevan trajes de color azul fuerte, y los *gentlemen*, vestidos de frac, tienen la cara enrojecida por el uso diario del *brandy and soda* y de toda clase de excitantes.

Pero los niños, ¡cuánta poesía adorable en sus miradas y en sus sonrisas! ¡Cómo sus frescas mejillas y sus francas carcajadas demuestran la salud de la raza y la robusta vida física del padre y de la madre!

Ninguna chuchería antigua transforma aquel interior en una especie de pequeño museo. Alfombra de aterciopelada moqueta cubre el pavimento; los muebles modernos hacen de aquel *home* una cosa contemporánea y en la que hasta los menores detalles están dispuestos con arreglo al dogma británico del *confort*.

Mañana habrá lectura de la Biblia y sermón.

Y dentro de veinte años, las niñas y los niños ya casados, ya jefes de familia, celebrarán *Christmas* en la misma fecha y con el mismo sentimiento de vigorosa intimidad; en tanto que fuera, en las calles, al igual que hoy, los *cabmen* guiarán atrevidamente sus caballos, desde lo alto de su pescante, posados en la trasera del coche, y la muchedumbre circulará presa de esa trepidación automática que aumenta la intimidad del hogar; y *¡Rule Britannia for ever!*, como dice la canción.

ENTRE LOS POBRES

¿Y los niños pobres?

¿Y los niños errantes y sobre todo entre los vagabundos, entre aquellos cuya espantosa legión encarna Víctor Hugo en su pálido y atrevido Gavroche?

Estos celebran su Nochebuena entre sí, lo mismo en París que en Londres.

Situados á las puertas de los teatros, abren las portezuelas de los coches, recogen las salidas que algunos arrojan al abandonar el coliseo antes de terminar la función, se interpelan unos á otros en un caló que huele á presidio, y son tan capaces de robar un pañuelo ó un reloj de un bolsillo como de compartir el producto de esta peligrosa industria con un compañero menos afortunado.

A eso de la media noche se reunen en algún sitio extraño, en algún solar abandonado ó en alguna buhardilla.

¿Dónde habitan? ¿Dónde duermen? ¿Sienten envidia de aquellos niños de su misma edad que cogen maravillosos frutos de las ramas de abeto frescas y verdes? No, sino que están alegres y se muestran osados; que aquella noche los transeuntes son generosos.

—¿Dónde has ido?, pregunta un granujilla de estos á su compañero.

—A la iglesia; pero no he recogido nada. ¿Y tú, dónde has estado?

—Yo, á la puerta de un baile y he recogido mucho.

Entre los días negros de diciembre que termina y de enero que pronto empezará, la Nochebuena se ilumina para los vagabundos con un sólido reflejo que les consuela del ayer y del mañana, si es que por ventura prevén el mañana y se acuerdan del ayer.

Porque la felicidad de los pobres consiste precisamente en que para ellos no existe más que el hoy.

¡Cuántos ricos inquietos quisieran poder decir otro tanto!

Pablo Bourget
de la Academia Francesa.

(De la «Revue Mame,» de París.)



La huída á Egipto, cuadro de José Cusachs, destinado al monasterio de Montserrat

LA HUÍDA Á EGIPTO

CUADRO DE JOSÉ CUSACHS

Este lienzo es una nueva prueba del talento de nuestro querido colaborador José Cusachs; pero es además una demostración elocuente de la variedad de sus aptitudes, ya que perteneciendo á un género tan distinto del que generalmente cultiva el artista, contiene no menores bellezas que los cuadros que le han dado tanta y tan merecida fama. El pintor de batallas, de tipos y costumbres militares, el autor de esa serie de composiciones vigorosas por sus asuntos y por la manera de tratarlos, ha encontrado en su paleta tonos dulcísimos para trasladar á la tela el poético episodio de la vida de la Virgen, y ha logrado con su *Huída á Egipto* un gran triunfo.

Este cuadro ha sido pintado por encargo de una acaudalada familia mexicana con destino al Monasterio de Montserrat.

Crónica de la guerra ruso-japonesa

Confirmando la noticia que dimos en nuestra última crónica, el gobierno japonés ha comunicado oficialmente nuevos detalles sobre la destrucción de la escuadra rusa anclada en la rada de Puerto Arthur. De esta comunicación resulta que el *Retvizán*, el *Poltava* y el *Peresviet* permanecen sumergidos, durante la marea alta, hasta el puente superior, por debajo de la torrecilla del timonel. El *Bayan*, el *Povieda* y el *Pallada* están completamente inclinados á babor ó á estribor, saliendo fuera del agua sus cascos por debajo de la línea de flotación. El *Gyliak* está encallado cerca de la costa. El *Sebastopol* cambió de fondeadero, anclando en la rada exterior.

Puede darse, pues por completamente destruída la primera escuadra del Pacífico, cuyo valor se calcula en 150 millones de francos.

Los japoneses han conseguido con ello lo que desde el principio de la guerra se propusieron, y de aquí el entusiasmo con que la noticia ha sido recibida en Tokío.

Sin negar toda la importancia que este hecho tiene para el Japón, tanto más cuanto que en Rusia se tenía la esperanza de que los buques de Puerto Arthur podrían en el momente oportuno reunirse á la escuadra de Rodjestvensky y colaborar á la acción de ésta, no creemos que la pérdida de la escuadra disminuya la capacidad de resistencia de aquella plaza, pues no debe perderse de vista que no son los buques los que han de defender los puertos de guerra, sino que las plazas marítimas son creadas para proteger á aquéllos. La caída de Puerto Arthur había de traer consigo necesariamente la pérdida de la escuadra; en cambio, la desaparición de ésta apenas si puede influir en las operaciones del sitio. Si la guarnición no está demasiado reducida, por la terrible lucha que hace tantos meses viene sosteniendo, y si dispone de víveres y municiones suficientes, Puerto Arthur podrá todavía resistir mucho tiempo, pues los japoneses, á pesar de sus evidentes avances, no han podido quebrantar todavía la línea principal de defensa; y téngase además en cuenta que detrás de ésta hay otras posiciones fortificadas, de las cuales habrán de apoderarse los japoneses antes de hacerse dueños de la plaza.

Dícese que el general Nogi se propone modificar su plan de operaciones y que, conseguido ya el principal objeto que se propuso al poner sitio á Puerto Arthur, abandonará el sistema de ataque que tantas pérdidas le ha causado, y se limitará á bloquear estrechamente la plaza á fin de rendirla por falta de víveres y municiones. Será ó no será verdad esta noticia que envían algunos corresponsales ingleses; pero lo que sí es cierto, es que en el Japón deben comenzar á encontrar muy dolorosas é inútiles las hecatombes de Puerto Arthur. Sobre este punto diremos que, según un corresponsal, en Tien-Tsin, en los asaltos últimos de octubre perdieron los japoneses 15.000 hombres, habiendo sido aún mayor el número de bajas que tuvieron en el ataque de la colina de los 203 metros. Y aunque estas noticias son seguramente exageradas, es indudable que el ejército del general Nogi ha debido experimentar pérdidas enormes.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Cambio de los centinelas japoneses en los fosos abiertos en el campamento (Dibujo de Fortunino Matania.)

También la escuadra del almirante Togo ha tenido una nueva baja, la del crucero *Sai-Yen*, que el día 30 de noviembre chocó con una mina, yéndose inmediatamente á pique y pereciendo ahogados el comandante Tadjima y 38 marineros y salvándose 15 oficiales y 175 marineros.

El corresponsal del *Times* ha enviado recientemente á este diario londinense interesantes detalles sobre el modo como se efectúa el aprovisionamiento en Puerto Arthur. Durante estos últimos meses, dice, han partido de Che-Fu, de Tien-Tsin y de otros puertos inmediatos centenares de juncos cargados de toda clase de vituallas. Estas pequeñas embarcaciones están sólidamente construídas y pueden resistir grandes temporales, y como son de escaso tonelaje y apenas salen sobre la superficie del agua, se deslizan sin ser vistos por entre las innumerables rocas y pueden atracar en cualquier sitio de la costa.

Sus tripulaciones se componen de 10 á 20 remeros intrépidos que conocen perfectamente el litoral y el régimen de vientos y corrientes y saben aprovecharse de las nieblas para escapar á la vigilancia de los cruceros japoneses. Su objetivo es ponerse lo más pronto posible bajo la protección de las baterías de la costa, y cuando logran esto, depositan sus mercancías en la primera anfractuosidad que encuentran.

Si durante la travesía son capturados por los buques del almirante Togo, declaran que llevaban sus provisiones al ejército japonés que ocupa Dalny, Pit seú y Kin-Theú y, según parece, raro es el caso en que no los dejan en libertad. Cierto que algunos juncos de estos han sido echados á pique al intentar forzar el bloqueo; pero los marinos chinos no se preocupan del peligro y en cambio se preocupan mucho de ganar dinero, y como saben que los rusos les pagarán por sus vituallas precios elevadísimos, afrontan todos los riesgos y repiten incesantemente sus expediciones.

En San Petersburgo reina gran inquietud por la situación en que la pérdida de la escuadra de Puerto Arthur coloca á la del almirante Rodjestvensky y no falta quien indica la conveniencia de que esta última se detenga en su marcha hasta que pueda recibir nuevos refuerzos. A este efecto se dice que está á punto de hacerse á la mar una escuadra de complemento que se compondrá del acorazado *Emperador Nicolás I*, de los acorazados guardacostas *Apraxin*, *Siniavin* y *Uschakoff*, de los cruceros acorazados *Almirante General* y *Uladimiro-Monomack*, de un crucero torpedero y de tres torpederos. Estos buques, que son de modelo antiguo, han sido, según, parece, reformados en estos últimos años y dotados de máquinas y armamentos enteramente nuevos. Además, según un telegrama de Nueva York, han sido enviados como mercancías en transatlánticos ordinarios, nueve torpederos desmontados que por encargo de Rusia se han construído en Nueva Jersey.

Al Sur de Mukden, las operaciones en grande escala siguen en suspenso. El invierno es muy riguroso, habiendo llegado el termómetro á marcar 20 grados bajo cero por la noche y 17, también bajo cero, durante el día. A pesar de tan bajas temperaturas, el estado sanitario del ejército ruso es excelente.

Por Kharbine pasan todos los días 18 trenes que conducen tropas víveres, municiones y ropas de invierno, y un gran número de soldados heridos que habían sido asistidos en los hospitales de aquella ciudad han podido abandonarlos y han ingresado nuevamente en las filas. -R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – En el cuartel general de Kuropatkine. – Cañones japoneses capturados por los rusos en la colina Pontiloff. (De fotografía.)

El día 17 de octubre, los rusos, después de un brillante ataque, consiguieron desalojar á los japoneses de la colina del Arbol aislado, situada cerca de la orilla izquierda del Cha-Ho, apoderándose de varias piezas de artillería. Aquella colina se denomina desde entonces Pontiloff, por ser este el nombre del jefe de las fuerzas rusas que con temerario arrojo se apoderaron de la misma.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Capilla de campaña instalada en un campamento ruso, cerca de Mukden. (De fotografía remitida por León Bouet, de París.)

Las penalidades y los incesantes trabajos de la guerra no han debilitado en lo más mínimo el sentimiento religioso que tan firmemente arraigado está en el pueblo ruso; jefes, oficiales y soldados hallan, en medio de los azares de la lucha, espacio para entregarse á sus devociones, y si antes de entrar en batalla piden la bendición del pop[illegible] les acompaña en el combate, en los momentos de tregua acuden á las capillas de campaña á invocar la protección de Dios para su patria y [illegible]



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Paso de un río por varias fuerzas rusas entre Liao-Yang y Mukden. (De fotografía remitida por León Bouet.)

Aparte del sitio de Puerto Arthur, la atención pública se halla fija principalmente en las operaciones que se preparan en el corazón de la Mandchuria, entre Mukden, que está en poder de los rusos, y Liao-Yang, ocupada por los japoneses. Tiene, pues, verdadero interés la fotografía que reproducimos porque está tomada precisamente en aquella región. En ella se ven multitud de *coolies* chinos, que, en materia de transportes, tan valiosos servicios prestan á ambos ejércitos beligerantes.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Entierro de dos oficiales rusos muertos en la toma de la colina Pontiloff. (De fotografía.)

Estas ceremonias, tristes y conmovedoras siempre, adquieren en la guerra un carácter de grandiosa solemnidad. Esas fosas abiertas en medio del campo, esos cadáveres de héroes envueltos en sendas mortajas, ese grupo de soldados que tributa el último homenaje á los que ayer les condujeron á la pelea, ese sacerdote rezando las preces funerarias, y ese paisaje árido, como si la naturaleza se despojase de sus galas para no profanar con sus alegrías los horrores de la lucha, producen en el alma una impresión hondísima.

NUESTROS GRABADOS

Tristes recuerdos, fotografía de R. Duhrkopp. – En distintas ocasiones hemos hecho observar los grandes progresos que de continuo realiza la fotografía, no sólo en su parte técnica, sino también desde el punto de vista artístico. A medida que el invento de Daguerre se ha ido perfeccionando y haciéndose asequible á todo el mundo, por decirlo así, se ha extendido prodigiosamente y ha despertado entre los aficionados una emulación laudable que se traduce en verdaderas maravillas. Hoy el fotógrafo no se contenta con lograr en sus placas la mayor pulcritud y la mayor abundancia de detalles, sino que busca para impresionarlas temas que antes parecían exclusivamente reservados á los pintores; y así resulta que todos los días admiramos fotografías que parecen verdaderos cuadros, tanto por su composición cuanto por el sentimiento que en ellas palpita. La que en la página 828 reproducimos, merece un lugar preeminente entre tales producciones; no nos sorprende en ella la habilidad con que el artista, que bien merece este nombre el autor de esta obra, ha sabido vencer las dificultades que ofrece el medio en que la escena fotografiada se desarrolla; lo que más admiramos en esta fotografía es, digámoslo así, el argumento, que tiene toda la intensidad dramática de una pintura debida al pincel de afamado maestro.

Monumento á Gavarni.—El notable crítico francés Sainte-Beuve ha trazado el siguiente retrato del famoso dibujante á cuya memoria se ha levantado el monumento que en esta página reproducimos y que se ha inaugurado hace pocos días en París: «Es la observación misma: todo cuanto ha pasado y desfilado ante nuestros ojos de treinta y cinco años á esta parte en materia de costumbres, de trajes, de formas galantes, de elegantes figuras, de placeres, de locuras y de arrepentimientos; todas las máscaras y todo lo que debajo de las máscaras se oculta, los carnavales y sus consecuencias, los teatros y sus escenarios, los amores y sus contrariedades, todas las malicias de los niños pequeños y grandes, los diabolismos femeninos ó parisienses, tales como las hemos visto y las añoramos, siempre renacientes, siempre nuevas y siempre semejantes, todo lo ha dicho, todo lo ha mostrado y de un modo tan ligero, tan picante, tan locuaz, que aun aquellos que no tienen oficio ni arte alguno, que sólo tienen la curiosidad del transeunte, con sólo haber mirado en los aparadores de una librería ó sobre el mármol de una mesa de café algunas de esas láminas que cada

Monumento á GAVARNI, recientemente inaugurado en París. Obra de Dionisio Puech (escultor) y de Enrique Guillaume arquitecto.

día daba al público, han llevado grabados en su mente los trazos del dibujo y han recordado siempre el ingenioso y mordaz epígrafe.»

El monumento á Gavarni se alza en la plaza de San Jorge y se debe á la iniciativa de la Sociedad de pintores y litógrafos. La composición del escultor Dionisio Puech y del arquitecto Enrique Guillaume es, además de bella considerada artísticamente, ingeniosa, y refleja bien el carácter y la especialidad del célebre caricaturista. Sobre un fuste de columna descansa el busto en mármol blanco del artista, en actitud pensativa y con el lápiz en la mano, cual si se dispusiera á dibujar el croquis de alguna escena de la vida parisiense: debajo del busto, en sencilla inscripción: «Gavarni. 1804-1866.» Alrededor de la columna y en el zócalo de la misma varias figuras en alto relieve y cuatro mascarones reproducen tipos por él retratados: la deliciosa modistilla, el artista bohemio, un mendigo, la portera tradicional con sus *papillotes* y su cofia de encajes, el pierrot, M. Prudhomme y Tomás Vireloque, el filósofo callejero, moderno Diógenes, de hirsuto cabello y cubierto de andrajos.



DR. JOSÉ PARDO, nuevo presidente del Perú

Dr. José Pardo, nuevo presidente del Perú.—La asamblea general del partido civil – dice la acreditada revista limeña *Actualidades* favoreció con sus sufragios la candidatura del Dr. José Pardo y la nación peruana le eligió Presidente. El 24 de septiembre del año en curso, aclamado por la multitud que envolvía al joven y simpático magistrado en una oleada de afecto delirante, entró en el palacio de Pizarro.

«Todo lo esperamos de él. En su fisonomía serena, en su tranquila palabra, se encierran los nuevos rumbos que nos conducirán á la frescura del oasis, pasada para siempre la aridez del desierto.

»Ha dicho: «tolerancia á las opiniones ajenas, mientras respeten los límites del orden y de la ley,» y no lamentaremos revoluciones impunes ó excesos de los que invisten autoridad; ha dicho: «restablecer el equilibrio fiscal,» y desaparecerán los presupuestos con *déficit*, los gastos superfluos, el derroche del dinero de los contribuyentes y la miseria é insolvencia del erario; ha dicho: «ferrocarriles,» y cruzarán nuestro territorio las paralelas de hierro, cuyo abrazo es el abrazo del progreso; ha dicho: «tener presente el Oriente,» y las opulentas regiones bañadas por la red fluvial del Amazonas derramarán sobre la república la abundancia simbolizada en nuestro escudo; ha dicho: «inmigración,» y se establecerá la corriente de hombres morales, trabajadores y robustos, que regarán con el sudor de su frente el surco de la prosperidad nacional; ha dicho: «no habrá instrucción pública mientras los maestros ganen menos que los jornaleros,» y tendremos escuelas normales y de primera enseñanza, almácigo modesto, pero seguro, de la grandeza de los pueblos: ha dicho: «preparar el país para cuando se realice la apertura del canal de Panamá,» y nuestros mares se estremecerán al contacto de numerosas naves, emisarias de la riqueza y del comercio, que batirán en su popa todas las banderas; ha dicho: «artillar los puertos, aumentar la armada, prestar constante atención al ejército,» y saldremos del estado de un pueblo inerme ante las agresiones extrañas; ha dicho: «recurrir al arbitraje,» y nuestros pleitos de fronteras con el Brasil, Bolivia y el Ecuador, serán resueltos en medio de la paz.»

La famosa escultura «El Pensador,» de Rodín. - Nada hemos de decir acerca de esta obra que produce más que admiración, asombro en cuantos la contemplan, porque la reproducción que de ella publicamos en el número 1.184 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA permitía formarse cabal concepto de tan maravillosa estatua. *El Pensador* ha sido colocado recientemente delante del Panteón de París, como puede verse en el grabado de la página 840, en el cual está también retratado el famoso artista en medio de un grupo de amigos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—PARÍS. – Se trata de fundar un museo de la Comedia Francesa, al estilo del Museo del Garrick-Club de Londres. Los tesoros artísticos que posee el famoso teatro son numerosísimos y de extraordinaria riqueza, pues desde su fundación los principales escritores y artistas del teatro han sido retratados por los más renombrados pintores y escultores de Francia. Estos cuadros y esculturas están actualmente diseminados por las distintas dependencias de la Comedia Francesa y, por consiguiente, resultan perdidos para el público, al paso que reunidos en un museo constituirán una colección interesantísima desde los puntos de vista histórico y artístico, que, el día que esté formada, se aumentará sin duda considerablemente con donativos particulares.

Espectáculos.—*Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El gran Trapella*, comedia en tres actos de D. Teodoro Baró, y en el Principal *Amor que pasa*, comedia en dos actos de los hermanos Sres. Álvarez Quintero.

– La Asociación Musical de Aficionados que con tanto acierto dirige el maestro Sr. Armengol, ha celebrado una interesante sesión musical en la que la orquesta ejecutó *La filadora*, de Goberna, un Scherzo, de Martínez Imbert, y algunas otras piezas; la Sta. Wall Rosell cantó algunas romanzas; los Sres. Coral y Barceló cantaron el primero el aria de *Rigoletto* y el segundo el aria de *I Pagliaci* y una romanza de Comas; y la señorita Martí tocó en el arpa una pieza de Godefroid. Todos fueron calurosa y justamente aplaudidos.

– La Sociedad Filarmónica ha dado un nuevo concierto en la Sala Mercé, en el que se ejecutaron un *Trío en re menor* de Arensky, un *Quinteto* de César Franck y una *Sonata* de Locatelli para violoncelo, en las que alcanzaron grandes aplausos los Sres. Crickboom y Perelló (violinistas), la Sta. Ruegger (violoncelista), el Sr. Fons (viola) y el Sr. Granados (piano).

Necrología.—Han fallecido:

Carlos Jauslín, pintor de historia suizo.

Carlos Lotz, pintor de género y retratista húngaro, entre cuyas notables obras pueden citarse las pinturas murales de la Academia de Ciencias, del Museo Nacional y del nuevo palacio del Parlamento de Budapest.

EXTRA-VIOLETTE Véritable Parfum de la Fleur. VIOLET, 29, Bd Italiens, Paris

AJEDREZ

CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS.

Composiciones recibidas *(continuación)*

ENVÍO N.º 22. – LEMA: «Noble es el juego de ajedrez.» – BLANCAS: R f2, D g5, T h5, A g1, P h2 (5 piezas). NEGRAS: R h1, A e4, P d6 (3 piezas). Las blancas juegan y dan mate en 3 jugadas.

ENVÍO N.º 23. – LEMA: «Homo homini lupus.»

NEGRAS (7 piezas)

BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIONES

ENVÍO N.º 20. – «Qis ti Ulginalu.»

1. C..–f4, R e5–f6 ó f5; 2. C f4–g6 jaq., etc.
R e5–e4; 2. C f4–d3, etc.
R e5–d4; 2. A f8–g7 jaq., etc.
Otra jug.ª; 2. C f4–d3 jaq., etc.

ENVÍO N.º 21. – «Salt de cavall sempre mortal.»

1. b7–b8 (C) jaq., R c6–b5; 2. C a6–c7 jaq., etc.

(Se continuará)

LA DICHA DE FLO

CUENTO ORIGINAL DE TONY D'ULMES.—ILUSTRACIONES DE ENRIQUE GOUSSÉ

(CONCLUSIÓN)

¡La felicidad! ¡Quién sabe! A su cerebro asustado por aquella palabra de sacrificio acudían como legión todos los argumentos de la lógica burguesa, todos los lugares comunes del egoismo: «No tiene un céntimo; y luego, los poetas son malos maridos, es cosa probada.» De momento, estas razones bastaron para convencerla; pero después agitóse en el fondo de su conciencia un remordimiento. Para demostrarse á sí misma que el único movil de su conducta era el interés que le inspiraba Flo, quiso oir el parecer de un extraño; mas con la inconsciente astucia femenina, escogió precisamente el árbitro que habia de aprobar su proceder. Esperó la visita de su cuñado, y cuando éste fué á verla se lo llevó á su saloncito.

Enrique la miraba con curiosidad.

—Me ha dicho usted muchas veces, díjole Gilberta, que es usted un sabio y voy á recurrir á su sabiduría.

—Hable usted.

-¿Me aconseja usted que case á Flo?

Y viendo que su cuñado permanecía silencioso y palidecia de pronto, echóse á reir con risa estridente y nerviosa.

—¡Ay, qué cara pone usted! Cualquiera diría que es usted el interesado.

—En verdad, Gilberta; tratándose de un asunto tan grave, no puedo...

Trataba de dar una respuesta evasiva, y se veía que la consulta de su cuñada le contrariaba.

Pero Gilberta insistió:

—Sí, sí..., es usted un consejero excelente.

Al fin Enrique se decidió á hablar.

—¿De modo que quiere usted casar á Flo? Sin embargo, los hombres no valen gran cosa.

Y mirando á su cuñada debió pensar sin duda: «Tampoco valen gran cosa las mujeres.»

De pronto dijo en tono resuelto:

—Sí, cásela usted; tiene usted razón, es necesario casarla.

Gilberta permaneció un momento silenciosa y algo turbada antes de aventurar la pregunta que iba á hacer.

—¿Me aconseja usted que la case... con un poeta, por ejemplo?

A lo que él, adivinando el nombre que detrás de esta pregunta se ocultaba, respondió.

—Guárdese usted de hacer tal.

Gilberta soltó una franca carcajada, como si se sintiera aliviada del peso de la pequeña aprensión que á pesar suyo la conturbaba.

—¿Y por qué?, replicó.

—Porque es demasiado poética.

—¡Ah! Usted siempre tan paradójico, mi buen Enrique. Pero no importa. Le doy las gracias de todo corazón.

Y tranquilizada ya su conciencia para lo sucesivo pensó: «Pedro Sorel encuentra á Flo encantadora; pero su inclinación no puede ser cosa seria. Ya veremos si logra resistirme.»

Durante todo el día estuvo sumamente alegre y por la noche besó cariñosamente á Flo, colmándola de caricias, como hubiera podido hacerlo una verdadera madre.

—¡Te quiero tanto, hija mía! Créelo, mi única preocupación es en este momento tu felicidad.

* * *

Flo estaba cogiendo flores en el jardín para adornar los jarrones del salón. Sus ojos, encantados, se paraban sucesivamente en los distintos sitios de aquel rincón florido, mientras sus pulmones aspiraban los suavísimos perfumes de las rosas y de los heliotropos que la sumían en una languidez y un bienestar indefinibles.

De pronto se estremeció: habían llamado á la verja, que se abrió rechinando, y por ella apareció la figura alta y esbelta de Pedro.



... su dura mirada la intimidó y una turbación grande se apoderó de ella

Brillaba aquel día un sol ardiente; á Flo parecióle que repentinamente quemaba como una hoguera y sintió como si sus rayos lamieran su falda y atravesando la tela quemaran su carne.

Con un ademán instintivo levantó la mano para proteger sus ojos deslumbrados, y queriendo disculpar su turbación exclamó:

—El sol...

Estaba la joven de pie delante de Pedro, con los párpados medio cerrados y revolviendo las rosas entre sus nerviosos dedos; su corazón latía con tanta fuerza que á simple vista se distinguian los agitados movimientos de su pecho.

—¿Está en casa su señora tía?, preguntó el poeta.

—No, pero me parece que no tardará en venir.

—La esperaré entonces; estamos aquí perfectamente.

Y ambos se sentaron en un banco.

Entre los que viven en un ambiente artístico, las jóvenes disfrutan de una libertad mucho mayor que la que gozan las educadas en la clase media; por esto Flo no podía ver nada incorrecto en aquella entrevista á solas con un joven. No era aquella la primera vez que tal cosa le sucedía, y sin embargo sentíase cohibida y se apartó para dejar entre ella y Pedro el mayor espacio posible.

Hubo un instante de silencio durante el cual Flo atrevióse á dirigir una mirada hacia el lado en donde estaba el poeta: el perfil de éste, tan puro, su tez aterciopelada y la gracia de su boca, eran los de un adolescente. Contemplándolo, se sintió atraída hacia él por una corriente de ternura, mas cuando Pedro volvió la cabeza, su dura mirada la intimidó y una turbación grande se apoderó de ella.

—¡Cuántas rosas tienen ustedes en este jardín!, dijo el poeta.

—¿Le gustan á usted las rosas?, preguntóle la joven.

—¡Las adoro! Las rosas se parecen á las mujeres: las blancas son vírgenes pálidas que no sentirán amor jamás; las de color de rosa son amantes tímidas que se sonrojan al recibir un beso, y las encarnadas son muchachas alegres y voluptuosas.

—¡Qué bonito es todo esto que dice usted!, murmuró Flo extasiada.

Halagado por aquel elogio, Pedro siguió hablando, y describió su propia alma que veía con ojos de poeta embellecida y transfigurada. La joven le escuchaba con avidez, y en sus mejillas asomaban y desaparecían tintes rosados.

Realmente Pedro había olvidado en aquellos instantes todos sus cálculos mezquinos: por frío que fuese, por hastiado que se encontrase, sentía una emoción deliciosa viendo aquella florescencia de juventud y de pureza en aquel florido jardín.

El sol iba hacia su ocaso; sus rayos oblicuos trazaban sobre la arena largos regueros de oro; su luz era la luz pálida de los hermosos crepúsculos, y Flo sentía la dulzura de aquella claridad suave que aumentaba la dulzura de los momentos pasados al lado de Pedro.

—Tengo que marcharme, dijo éste de pronto.

Flo quiso retenerlo.

—¿No quiere usted esperar á mi tía?

—No tengo tiempo. Volveré otro rato. Hasta la vista, Flo.

Pedro besó la mano de la joven y salió del jardín.

Flo, apoyada en la verja, le miró alejarse El jardín se ofrecía entonces á sus ojos de color de rosa; y envuelta en aquel tinte rosado, impalpable y tierno, parecióle vivir un minuto de ensueño, cuya infinita voluptuosidad saboreó con delicia. Sus pensamientos confusos, sus vagos deseos, sus infinitos sufrimientos, todo desapareció, y una felicidad extraordinaria la invadió por completo, dejándola como aturdida.

Cuando, poco después, volvió la Sra. Somange, encontró á Flo sentada todavía en el banco.

—¡Cómo, en el jardín!, exclamó sorprendida. Hija mía, vas á enfriarte.

La joven pareció despertar de un sueño; su tía, al observar la expresión de su rostro, nueva en ella, que le comunicaba un misterioso resplandor, preguntóle:

—¿Qué tienes?

—¡No lo sé!, respondió Flo ruborizándose.

Desde aquel día observóse en la joven un cambio extraño: así como hasta entonces había sido reposada, pensativa, no triste, pero sí indiferente á todo, ahora se mostraba alegre y activa, todo la interesaba y parecía tan contenta de la vida, que su alegría se comunicaba á cuantos se acercaban á ella. En su trato social, había sido siempre amable, pero de una amabilidad reservada, impersonal, por decirlo así; en cambio, ahora su voz tenía notas vibrantes y de sus más insignificantes ademanes desbordábase una ardiente ternura. Parecía como que en ella retoñaran el contento y la juventud. Vivió algunas semanas verdaderamente exquisitas; dichosa sin saber por qué y movida por una prudencia inconsciente, se complacía en su ignorancia.

* * *

Pedro bajó las gradas y salió de la estación de San Lázaro. Era la hora de la gran agitación matinal que produce la llegada de los trenes de las afueras. La escalera vomitaba una oleada no interrumpida de viajeros, casi todos empleados que iban á sus oficinas, y aquella muchedumbre que formaba como una mancha obscura se empujaba para tomar por asalto los ómnibus, que echaban á andar pesadamente, atravesando la compacta masa de los coches y de los peatones.

Pedro atravesó la plaza y entró en la calle del Havre.

—¡Rosas, las rosas más bonitas!, gritó á su lado una voz.

Y el poeta, al toparse con un carretoncito lleno de

aquellas flores, recordó las rosas que cogía Floriana aquella hermosa tarde en que él había comprendido aquel amor silencioso; y al recordarlas, sintióse contento. Lleno de curiosidad miraba esas fisonomías que cruzan sus miradas misteriosas, pasan y desaparecen; y su juventud se divertía con aquel ruido, con aquel movimiento, con aquella libertad. Caminaba como ligeramente embriagado, como conducido por aquel oleaje, y parecíale que podría andar indefinidamente.

París despertaba, reposado, en una frescura deliciosa; el sol, algo pálido todavía, iluminaba los objetos y el firmamento mostraba un tinte indeciso entre el azul y el lila.

Los viandantes, como si no tuviesen gran cosa que hacer, desplegaban sus diarios ó se entretenían comiendo un panecillo; por el contrario, los caballos de los simones trotaban con paso más rápido, y sus viejas patas, después del descanso de la noche, encontraban una apariencia de vigor. Todo parecía más alegre, más sincero; no se veían esos semblantes preocupados que se encuentran cuando termina el día; una ilusión flotaba en aquella mañana como en todo lo que empieza.

Pedro se sentía extraordinariamente dichoso. ¡Al fin, después de tantos años de mala estrella, la fortuna le sonreía! El destino, apiadándose de su miseria, ponía en su camino á una joven rica, así lo creía, que sólo deseaba casarse con él, de ello estaba seguro.

Con ojos expertos había observado los progresos de aquel joven amor que se adivinaba claramente en la timidez cada día mayor de Flo, en el fuego de su mirada, en aquel alargamiento de la cara que se observa en las personas dominadas por una idea fija, en la nerviosidad de sus ademanes, en el temblor de su mano cuando el poeta la estrechaba entre las suyas.

Y pensando en esto, Pedro se dijo para sus adentros: «¡Tienes mucha suerte!»

A este punto llegaba de su monólogo interior cuando un joven que venía en dirección contraria tropezó con él. Pedro reconoció en aquel transeunte á Santiago Lorier, un compañero á quien desde hacía mucho tiempo apenas veía.

Cogidos del brazo continuaron el camino juntos.

—¿Qué es de tu vida?, preguntó Lorier. No se te ve en ninguna parte.

Pedro se turbó un poco al escuchar tal pregunta.

— Mis ocupaciones..., respondió evasivamente.

Su compañero se echó á reir.

—¿Ocupaciones... amorosas?

—No, ocupaciones serias. Pienso casarme.

Lorier soltó el brazo de su amigo y parándose en seco exclamó estupefacto:

—¡Casarte! ¡Estás loco!

—Al contrario, estoy muy cuerdo.

—¿Deseas tener una familia?

—Deseo tener rentas.

—¡Ah, un matrimonio de conveniencia!

—Por supuesto.

—En este caso, te doy la enhorabuena. ¿Y quién es ella?

—Floriana Devés.

Lorier dejó escapar una exclamación de sorpresa.

—¿Cómo dices que se llama?

—Floriana Devés.

—¡Desgraciado! ¡No cometas esta tontería!

—¡Una tontería! ¿Y por qué?

—Porque esa muchacha no tiene un céntimo.

—¿Cómo lo sabes?

Lorier hizo una pausa como para mejor gozar del efecto que pensaba producir con sus palabras y luego dijo lentamente:

—Lo sé..., porque la he pedido en matrimonio.

—Te chanceas.

—Nada de esto. Frecuenté los salones de la señora Somange, en los que penetra todo el que quiere, y me dije: «Esa chica debe tener dinero.» Presenté mi candidatura, y ¡que si quieres!, la muchacha no tiene un cuarto. Su tía le pasará una pensión de tres mil francos, una miseria; toda su fortuna la quiere para sí.

—¿Y para qué la quiere?

—¡Toma! Para volver á casarse.

—¡Casarse otra vez! ¡Pero si ya no es joven!

—Razón de más para guardar su dinero. Quiere casarse con un joven.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he pedido su mano.

—¡También la suya!

—¡Caramba! Desde el momento en que la sobrina era un valor improductivo...

—¿Y te rechazó?

—Ya lo ves. No me encuentra bastante joven ni bastante guapo. En cambio, tú, que eres guapo y que eres joven, tienes más probabilidades de éxito. Aprovéchate de estas circunstancias. Y ahora me separo de ti. ¡Hasta la vista, y buena suerte!

Lorier se alejó y Pedro se quedó un momento inmóvil, aturdido todavía por el golpe que había recibido. ¡Adiós, ensueño de casarse con Flo, con aquella deliciosa Flo, por quien había sentido vivísima simpatía, casi amor! Porque casarse con ella no teniendo más que tres mil francos de pensión era imposible. Si él solo sufría ya bastante con su miserable existencia, ¿qué sería cuando fuesen dos? Cierto que Flo era guapa, cariñosa, apasionada, adorable; pero ¡bah!, ¿para qué sirve la razón? Era preciso no dejar escapar á la tía. La Sra. Somange, comparada con Flo, no tenía, en verdad, ningún atractivo; pero una gran fortuna bien puede hacer prescindir de las imperfecciones. ¿Le gustaba él? ¡Oh, de esto estaba más que seguro! Y una sonrisa de fatuidad asomó á sus labios al recordar las miradas de Gilberta.

Pedro, en materia de negocios, no era aficionado á perder el tiempo; así es que aquel mismo día fué á visitar á la Sra. Somange.

Precedido del criado subió la majestuosa escalera con baranda de hierro forjado, atravesó un vestíbulo amueblado como una sala del museo Cluny y penetró en el taller de Gilberta.

Allí estaba ésta muellemente tendida en un diván de forma imperio, envuelta en un peinador de pliegues flojos y fumando un cigarrillo.

—¡Cuánto le agradezco á usted la visita!, exclamó la Sra. Somange tendiéndole la mano. ¡Me aburre tanto estar sola!

Ofrecióle un cigarrillo, que Pedro fumó voluptuosamente, y luego llamando al criado le dijo:

—Traiga usted champagne, Kirsch, hielo en terrones, fresas, azúcar molido y naranjas.

Y respondiendo á una pregunta muda de Pedro, añadió:

—Voy á preparar una de esas bebidas..., ¡ya verá usted!

Al cabo de un momento reapareció el criado trayendo en una bandeja todos los ingredientes pedidos.

Entonces Gilberta púsose en movimiento, agitando, vertiendo, azucarando con silenciosa gravedad. No era graciosa; demasiado flaca, demasiado alta con aquel peinador que la hacía más alta todavía, semejábase á un ropaje flotante, sin cuerpo dentro. Sus ademanes, febrilmente movidos, tenían algo de los gestos del mono.

Perezosamente recostado en una blanda butaca, envuelto en las espirales de humo del cigarro más delicioso que en su vida había fumado, Pedro se sentía muy optimista, y miraba cómo las manos de Gilberta iban ligeramente de un lado á otro por encima de las copas. Aquellas manos eran huesudas, pero estaban llenas de sortijas, y el poeta no vió las manos y sí únicamente las joyas, y quedóse extasiado.

— Pruebe usted esto, díjole Gilberta presentándole una copa de aquella bebida que acababa de preparar.

Pedro vació la copa de un sorbo.

—¡Exquisito!, exclamó con entusiasmo.

Gilberta la llenó por segunda vez.

—¡Es usted Hebe!, dijo el poeta.

Y después de haber apurado la tercera copa, murmuró:

Es usted un ángel.

Pedro se puso á poetizar; Gilberta se mostró expansiva y tendiéndose nuevamente en el diván habló así:

—Tengo un alma muy compleja. Juzgándome superficialmente, creerá usted que soy una modernista, género americano; y sin embargo, en el fondo soy sentimental. Mi ensueño es el ensueño, ¡viejo, sí, muy viejo!, de todas las armas tiernas: un corazón y una cabaña. Tengo ya la cabaña...

—Que es un palacio, dijo Pedro rectificando el concepto.

-Un palacio, si usted quiere, pero más triste, por lo mismo que es palacio, porque no tengo el corazón.

—Será porque los rechaza usted, repuso Pedro fingiendo convencimiento de lo que decía; porque todos los corazones debieran pertenecerle.

—¿El de usted también?

Al decir esto parecía que hablaba en broma, pero su voz temblorosa revelaba su ansiedad.

—También el mío, contestó el poeta.

Gilberta quiso replicar, pero estaba realmente emocionada, tan emocionada, que tardó un instante en poder articular estas palabras:

—¿De modo que me ama usted?

Pedro miró las ricas telas, los muebles raros, las botellas de champagne, los cigarros exquisitos, y sin mirarla á ella respondió:

-Sí, la amo.

—¿Por toda la vida?

—Por toda la vida.

Después de un largo silencio preguntó Gilberta:

—¿Se casará usted conmigo?

Pedro, acordándose de *La novela de un joven pobre*, exclamó:

—¡Nunca!

El pálido rostro de Gilberta se encendió.

—¡Nunca! ¿Por qué?, preguntó á punto de desfallecer.

—Porque un hombre pobre no debe casarse con una mujer rica, contestó el poeta, recitando con entonación justa aquellas palabras.

La Sra. Somange acercóse á él, y cogiéndole las manos díjole con acento apasionado:

—Sí que puede..., cuando ese hombre ama á esa mujer y es por ella amado. ¡Pedro, no permita usted que sea yo quien pida su mano! ¡Hable usted!

—Gilberta, dijo entonces el poeta, ¿quiere usted ser mi esposa?

Gilberta se arrojó en sus brazos.

* * *

Flo vió sin inquietarse las atenciones que su tía dispensaba á Pedro Sorel; porque desde el momento en que la Sra. Somange había alentado, al parecer, el amor de la joven, nada tenía de extraño que acogiera con afabilidad á su futuro sobrino. Sus largas conversaciones con él, parecían á Flo previsión propia de una madre prudente que quiere conocer á aquel á quien destina su hija; y convencida de esto, y llena de ingenua confianza, respetó sus frecuentes entrevistas.

Una deliciosa angustia hizo latir su corazón cuando un día le dijo Gilberta grave y misteriosamente:

—Pedro Sorel vendrá esta tarde á las tres, y entonces podré darte una gran noticia.

Ni un momento dudó que Pedro iba á pedirla en matrimonio.

Desde las dos, Flo se puso en la ventana acechando la llegada del poeta.

Sentíase muy dichosa y algo sobreexcitada. Cada diez minutos pasaba por delante de la casa el tranvía que solía tomar Pedro..., ¿se detendría? No, el vehículo continuaba su camino de prisa, jadeante y haciendo sonar su trompeta. Reíase un poco la joven de estos detalles vulgares que en la vida se mezclan con los acontecimientos tristes ó deliciosos para atenuar la desesperación ó la embriaguez que los mismos producen. Pero en seguida su corazón volvía á latir con violencia. Otro tranvía... ¿Y si no viniese?.. Flo experimentaba una inmensa decepción; mas de pronto invadióla una alegría loca, é inclinándose aún más fuera de la ventana, parecía como que todo su ser quisiera lanzarse hacia él, hacia él que bajaba del tranvía, llegaba á la puerta de la casa y llamaba.

Con un movimiento instintivo, pueril y encantador, de mujer que quiere agradar al hombre á quien ama, miróse al espejo y vió reflejado en el cristal su semblante sonrosado, sus brillantes ojos, su imagen radiante de felicidad.

Llamaron á la puerta de la estancia en donde se encontraba Flo y ésta volvió la cabeza.

—La señora ruega á la señorita que pase al salón.

—Voy en seguida.

Y emocionada, alegre, sin esperar un minuto acudió al llamamiento de su tía.

El poeta estaba de pie, apoyado en la chimenea.

—Hija mía, dijo la Sra. Somange, tengo que anunciarte una gran noticia: me caso con Pedro.

Durante un segundo, tuvo Flo la sensación del silencio y de la obscuridad, sintiendo como una suspensión trágica de la vida; después, pasaron por su alma sentimientos de desesperación, de rebeldía, de furor. Tuvo ganas de sollozar, de gritar, de huir. Pero al fin respondió con su voz ordinaria:

—Me alegro mucho por usted, tía.

Aquel momento le pareció sobrehumano y punzante.

En el lindo salón, aquellas tres personas que cualquiera habría supuesto contentas y unidas hablaban alegremente.

Flo oyó como su propia voz pronunciaba frases triviales; y hablaba mucho, comprendiendo que el ruido mecánico de aquella voz la unía al mundo artificial y correcto, en el que no debe aparecer nada que sea profundo, nada que sea violento.

Todos hacían proyectos, trazaban para lo sucesivo la existencia de ella, aquella existencia que en el momento actual le parecía irremediablemente terminada.

Y la escena duró mucho tiempo; media hora, una hora, más; y Flo deseaba que se prolongara, insensible en su esfuerzo por aparentar que nada sentía,

pero adivinando un atroz dolor para después, y este después le daba miedo.

Pedro se levantó y despidióse, Flo le miró para llenar sus ojos con la imagen que había amado. El poeta sonreía mostrando sus dientes blanquísimos entre dos labios encarnados, y en su mirada no había la menor expresión de cariño, ni de piedad; sólo expresaba la alegría triunfante.

Cerróse la puerta y ya no le vió más; y pensó: «No es él quien desaparece de mi vida, sino una ilusión que tenia su imagen.»

Quiso retirarse á su cuarto, pero alguien la detuvo: era Gilberta, muy exaltada, con una insaciable necesidad de hablar de *él*.

Toda la noche estuvo hablando de Pedro y hasta las doce no pudo Flo retirarse. «¡Al fin voy á poder llorar!,» pensó.

Y se arrojó en la cama; pero, horriblemente fatigada de cuerpo y de espíritu, quedóse profundamente dormida.

A la mañana siguiente, Flo abrió los ojos con la impresión confusa de una gran desgracia ocurrida en su existencia. Se levantó y se quedó admirada de sentirse débil, aturdida, como si saliese de una enfermedad. Pero, animosa como era, dominó su voluntad y se dijo: «¡Es preciso no pensar más; es preciso ocuparme en algo, es necesario!»

Precisamente aquel día tenía que hacer varias diligencias, é inmediatamente después de almorzar, salió acompañada de la camarera.

Recorrió muchas calles, entró en muchas tiendas y escogió una porción de cosas. Sus sentidos percibían perfectamente el ir y venir de los transeuntes y el ruido incesante de los coches; pero en su alma seguía reinando el mismo gran silencio, el mismo vacío pesado. aquella suspensión de la vida que sintiera el día antes.

Sus ojos no distinguían fijamente los objetos; su pensamiento divagaba confuso y sus ademanes eran lentos. Caminaba entre la agitación de los demás completamente sola y como estupefacta.

Volvió á casa tan fatigada que no tuvo ánimos para subir la escalera y se dejó caer en una butaca del salón en ese estado de postración que sucede á las grandes sacudidas morales.

Abrióse la puerta y se oyó ruido de pasos. Alguien se acercó á ella y entonces se estremeció como si despertara sobresaltada, volvióse y vió á Enrique Somange.

—Buenos días, Flo; ¿está usted sola?, díjole éste. Y se detuvo sorprendido al contemplar su demudado semblante.

—¿Qué tiene usted?

—Nada, respondió la joven intentando sonreirse. Mas de pronto su valor la abandonó y rompió á llorar.

Enrique no la había visto nunca derramar lágrimas; al contrario, siempre la veía alegre; así es que, adivinando que aquel gran dolor debía obedecer á una causa grave, le preguntó con insistencia:

—¿Qué tiene usted? Dígame qué es lo que tiene.

—Mi tía..., balbució Floriana.

Enrique Somange adivinó la verdad; vió en aquel pesar el término de una deliciosa novela de amor, la amargura de una desilusión primera; pero, con gran delicadeza, aparentó no sospechar nada y dijo:

—Sí, ya comprendo, pobre Flo; su tía ya no será para usted sola, pero á pesar de todo seguirá amándola á usted.

Pero la joven le interrumpió con una confesión repentina.



Somange la estrechó apasionadamente entre sus brazos

—¡Pedro no me ama! ¡Y yo..., yo que había creído!..

Las lágrimas ahogaron su voz; mas en seguida prosiguió presa de gran excitación, sintiendo la necesidad de hablar, de proclamar en voz alta su dolor:

—Sí, había creído... Ya habría usted notado cuánta era mi alegría... Creía que me amaba, y á mis ojos era un ser superior, bueno, cariñoso... ¡Le había considerado como un ideal tan alto!.. ¡Cuán loca y estúpida soy!

—No, Flo, no, repuso Somange con dulzura. Usted ha volado hacia la juventud y hacia la belleza, adornándolas con todas las cualidades que usted posee. ¡Era lógico!.. Tal vez va usted á encontrar crueles mis palabras, pero hay en la vida decepciones necesarias. El sufrimiento ennoblece y hace más compasivo: el que no ha sufrido compadece á los demás con la inteligencia; para compadecerlos con el corazón es preciso haber sufrido también.

Floriana le miró y vió en sus ojos una infinita bondad. ¡Qué diferencia entre aquella y la dura mirada de Pedro Sorel!

—¡Ah!, exclamó la joven con una mezcla de resentimiento y de pesar. ¡Cuán engañada he vivido! Mire usted; un día estaba yo cogiendo flores en el jardín; vino *él*..., hablamos, y en aquel momento estaba bien convencida de que me amaba.

—Y la amaba á usted.

—¿Pues por qué se casa con mi tía?

—Porque ha reflexionado... La razón, el cálculo, el egoísmo... Pero tenga usted la seguridad de que ha tenido minutos de amor sincero. Hay en la vida minutos de amor, minutos de arrojo, minutos de abnegación, y á causa de estos minutos parecen las demás horas tan largas y tan tristes.

—¡Oh, sí! ¡Largas y tristes!, repitió Floriana.

Después de la crisis de desesperación, Flo volvía á ser la niña que siempre había sido, débil, sintiendo una necesidad inmensa de cariño y de protección.

—¿Qué haré ahora?, murmuró entre gemidos. No quiero quedarme al lado de mi tía, pero ¿adónde iré? ¡Aconséjeme usted! ¡Usted es bueno, Enrique; usted es la única persona que me quiere!

Por vez primera le había llamado por su nombre. Entonces Somange perdió la cabeza y sintió un deseo loco de cubrir de besos aquel lindo rostro desolado.

—Sólo un consejo debo dar á usted, dijo con voz temblorosa; y haría usted mal en seguirlo... A la edad de usted se tiene otro ideal de vida y otro porvenir que casarse con un hombre sin ilusiones y sin alegría... como yo.

Flo no hizo ni un ademán, ni de sus labios salió ninguna exclamación.

Ante aquella declaración que la cogía enteramente desprevenida, quedóse como petrificada. Siempre había sentido por Enrique un afecto profundo; pero jamás había pensado en ser su esposa.

Somange interpretó aquel silencio como una negativa.

—Esta petición no es nada seductora para usted, lo comprendo; porque equivale á decir demasiado pronto adiós á los ensueños. Si se casase usted conmigo, sin duda encontraría más tarde un ser joven y encantador y le amaría usted. El orden natural de las cosas así lo quiere. Vale más, por consiguiente, que desechemos tal idea.

Floriana vió entonces el rostro de Enrique profundamente alterado, con los ojos tristes y la boca amargamente contraída; vió toda la desesperación de los pasados días, borrada durante un momento por una nueva esperanza, reaparecer más completa, definitiva, y se sintió inundada de piedad, piedad de su corazón ardiente, de sus tiernos labios, de todo su ser; piedad sublime de la mujer, piedad apasionada que es casi amor, y sin decir una palabra, con un gesto impulsivo le tendió la mano.

Enrique palideció; después brilló en su rostro tanta alegría, que la joven se sintió hondamente emocionada.

Permanecieron silenciosos uno al lado de otro. Por la ventana penetraba en el salón toda la frescura de la tarde y el jardín se ostentaba de color de rosa como aquel día en que Flo había creído realmente que Pedro la amaba.

En aquel momento experimentaba una emoción distinta, algo más grave, pero también más profunda. El amor le pareció, no el capricho de un instante, sino un sentimiento vigoroso, duradero, formado con tesoros de bondad, de piedad y de abnegación.

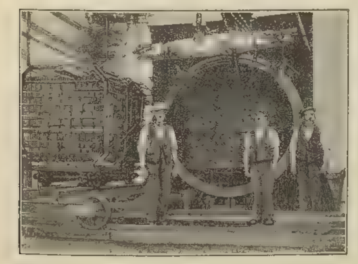
—Enrique, dijo al fin, me había equivocado, pero esta vez estoy segura de haber encontrado la verdadera dicha.

Somange la estrechó apasionadamente entre sus brazos.

PROCEDIMIENTO RÁPIDO

PARA SECAR LAS MADERAS

Muchos procedimientos se han inventado, con más ó menos éxito, para secar rápidamente las maderas, ya que si esta desecación se confía únicamente á la influencia del aire y del tiempo, se efectúa muy lentamente, y el capital enorme representado por las existencias sometidas al «seasoning,» según la pintoresca palabra inglesa, permanece inmovilizado durante meses y meses.



Aparato para secar la madera por la sacarina

Pues bien: actualmente se habla mucho en Inglaterra de un procedimiento Powell que, al parecer, permite en pocos días secar madera recién cortada, dándole aún mayor resistencia, aumentando la duración de su conservación y su homogeneidad y disminuyendo, por consiguiente, su porosidad. Este procedimiento se basa en el empleo de la sacarina. Las piezas de madera son colocadas en vagonetas de tal modo que la solución de sacarina en que se las sumergirá pueda llegar libremente á cada pieza, y cuando la vagoneta está convenientemente cargada es conducida hasta quedar debajo de un conductor aéreo que la levanta é introduce en el cilindro horizontal en donde se realiza la principal operación. Este cilindro tiene nueve metros de longitud por 1'97 de diámetro y está provisto en su parte inferior de rieles sobre los cuales la vagoneta se desliza. Una vez introducida en él la madera, se cierra herméticamente la puerta. Toda la pared interior del cilindro tiene unos tubos por los cuales puede hacerse circular el vapor para calentar la solución y que también sirven luego para enfriar esta solución por medio de la circulación de agua fría.

Se llena el cilindro con una solución acuosa de sacarina que se hace hervir, con lo cual se expulsa el aire contenido en los poros y se coagula la albúmina de la savia; después se enfría y se deja que la madera se impregne durante algún tiempo. Entonces se evacua la solución de sacarina por medio de bombas centrífugas, se abre el cilindro, se saca la vagoneta con su carga y se introduce todo en una cámara de desecación, adonde varios ventiladores llevan aire calentado por un horno especial: la temperatura ha de ser muy alta. Finalmente se deja enfriar la cámara y se saca la madera, que puede entonces ser perfectamente trabajada, según se afirma, aunque estuviera verde cuando se la sometió al tratamiento.—P. DE M.

En donde se oculta la muerte

Alimentos que constituyen un peligro para la existencia humana, por Lewis Perry

Fotografías de J. Godfrey Ancell

Para aquellos que comen únicamente para vivir y que dan oídos á los consejos de los amigos en la cuestión de alimentación, ha de ser asunto muy difícil de resolver la elección de alimentos que no perjudiquen su salud.

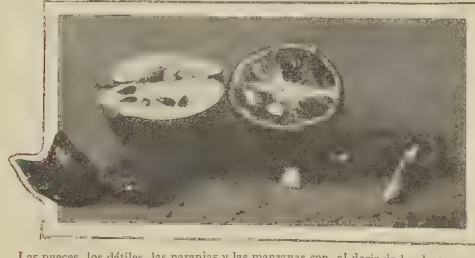


Al café hay que mirarlo con respeto porque es causa de enfermedades del corazón

Los progresos que ha hecho la temible enfermedad del cáncer, que cada año arrebata miles de víctimas, miles que también cada año aumentan, son un misterio que han tratado de descifrar, con poco éxito hasta ahora, inteligencias muy privilegiadas.

Hay una parte de la profesión médica dispuesta á condenar cierta clase de alimentos que, en su opinión, son responsables del aumento y propagación de tan terrible azote.

Por ejemplo, no hace mucho que la carne de cerdo, de cualquier modo que se la cocinara, era denunciada como causa probable del cáncer en el organismo humano. Las razones que, sin embargo, se daban no eran más convincentes que otras muchas que para otras enfermedades se han dado, y quedaban reducidas á decir que entre los que, por motivos religiosos ó de otra índole, se abstenían de comer carne de puerco, es el cáncer casi desconocido.



Las nueces, los dátiles, las naranjas y las manzanas son, al decir de los doctores, una amenaza constante para los que las comen

Dícese también que el uso excesivo de la sal por las personas de ambos sexos es una costumbre que los hombres de ciencia suponen tiene conexión con la propagación del cáncer. Se ha hecho la observación de que durante muchos años ha ido gradualmente aumentando su empleo en la cocina moderna y que raro es el plato que se ve exento de ella.

Otra cosa que se ha tenido por digna de tenerse en cuenta es que muchos enfermos de cáncer son en extremo aficionados á la sal; la mayor parte de ellos la emplean con exceso con la carne, patatas y huevos.

Por esa razón la ciencia tiene fija la vista en el salero.



Los pasteles, los dulces y la cerveza es muy probable que contengan arsénico

Por motivos análogos los tomates llamaron la atención de los sabios hará cosa de dos años.

¿Por qué?

Pues porque el cáncer se ha ido extendiendo de una manera alarmante en estos últimos diez ó doce años, y durante ese mismo tiempo se ha notado un gran aumento en la venta y consumo, en la Gran Bretaña, de los tomates, gracias al sistema cada vez más extendido de traerlos en neveras.

¿Habría una relación entre esos dos hechos? El que el pueblo comiera tomates crudos, ¿podría traer consigo tan terribles consecuencias? Así, pues, cogió la ciencia al tomate, lo volvió, por decirlo así, de dentro á fuera, lo analizó cuidadosamente y nada dijo en definitiva, pero sí lo bastante para que la gente comprendiera que, por regla general, cuantos menos tomates comiera mejor.

Muchos son los médicos que hace años han puesto fuera de la ley á la tetera y á la cafetera, manifestando que esos brebajes son la causa de las enfermedades del corazón.

Los charlatanes que anuncian extraños específicos para la cura de las afecciones del corazón, tienen buen cuidado en sus prospectos de hacer hincapié sobre esa opinión. Dicen que á nuestros abuelos les daba el corazón poco que hacer. ¿Por qué? Porque en aquellos felices tiempos no se bebía ni te ni café.

Si hemos de dar crédito á esos traficantes en noticias sensacionales, para tener un corazón sano y que lata con regularidad hemos de prescindir por las mañanas de la confortante taza de te ó café. Si así no lo hacemos, es casi seguro que nuestros corazones darán más saltos y rebotes en el pecho que una pelota en el frontón.

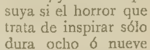
Hay hombres y mujeres tan valientes, que á pesar de los muchos casos que se cuentan de envenenamientos ocasionados por comer conservas en latas, continúan tan tranquilos, siempre que se les presenta ocasión, participando de carnes y pescados conservados en ellas.

No es únicamente dentro de la lata de pescado donde se esconde la muerte, esperando envenenar á alguna víctima demasiado confiada. Hace poco el pastel de cerdo ha cobrado fama de ser creador de gérmenes capaces de matar al más pintado.

También se ha advertido al público de lo expuesto que es tomar, en sus varias formas, chocolate barato. Esa al parecer inofensiva golosina puede ser causa, si es que ya no lo ha sido, de la muerte de centenares de personas.

Pero mientras el pescado en lata, los pasteles de carne de cerdo y el chocolate barato matan á centenares, asesinan á millones, según afirman los de la facultad, las exquisitas ostras, por cuyo medio se introduce en el organismo humano el mortífero microbio del tifus. Periódicamente se reproduce el espantajo de las ostras.

Muere una persona de fiebre tifoidea. Se averigua que poco antes de caer enferma comió unas ostras. Llega á oídos de un celoso periodista, y no es culpa suya si el horror que trata de inspirar sólo dura ocho ó nueve días; al cabo de ese tiempo vuelve la ostra á ocupar su puesto en las mejores mesas. Todos los horrores del tifus no harán que los epicúreos dejen de tomar su docena diariamente.



Pocas son las personas que cuando hace calor y se deleitan tomando un helado barato, se dan cuenta de cuán expuestos están á ser víctimas de los microbios. No hace mucho tiempo que enfermaron algunas personas de fiebres tifoideas, cuyo origen, según se ha averiguado, se debe á haber tomado helados de esos que se venden por unos céntimos. Y para un caso que publican los periódicos, hay infinitos de los que el público no tiene noticia. Dulces y pasteles baratos son fuentes inagotables de envenenamiento.

Mucho cuidado también con las legumbres de los restaurants, sobre todo con las coles, pues se dice que los microbios del tifús les tienen gran afición si ha pasado algún tiempo después de cocinadas.



Los pasteles de carne de cerdo y las carnes y pescados conservados en latas suelen con frecuencia producir envenenamientos.

¿Será tan sólo una coincidencia el que tantos ingleses hayan enfermado de apendicitis desde que su amado monarca padeció dicha enfermedad? De todos modos, parece que es ya tiempo de desterrar de las mesas de familia todas las frutas de pepitas y huesos, á fin de impedir que involuntariamente se traguen las pepitas de manzana, los huesos de ciruelas y tantos otros desperdicios que pueden ser causa de la dolorosa enfermedad á que tantos están propensos.



El chocolate puede ser peligroso: no toméis más que el producido por fabricantes honrados. – A las ostras se las acusa con frecuencia de contener el microbio del tifus; y sin embargo, el público se las come. – Los sorbetes compiten con las ostras en lo de contener el microbio del tifus; pero les pasa también lo que á las ostras, que la gente no les tiene miedo.

Los que no quieran envenenarse con arsénico, harán bien en abstenerse de beber cerveza, porque en algunas casas los fabricantes no son muy escrupulosos en la elección de los ingredientes que emplean.

UN AEROLITO DE 37.000 KILOGRAMOS

En el Museo de Historia Natural de Nueva York se ha instalado recientemente el aerolito que adjunto reproducimos y que trajo de su expedición al Polo Norte la misión Peary. Es un bloque formidable de 37.000 kilogramos de peso, de 3'35 metros de ancho por dos de alto, y puede considerarse, por consiguiente, como uno de los ejemplares más notables que se conocen.



Un aerolito de 37.000 kilogramos de peso

En efecto, los aerolitos de mayor tamaño hasta el presente descubiertos son: el de Bacubirito (México) que pesa 50.000 kilogramos; el de Anighito (Groenlandia), 50.000; el de Chupaderos (México), 15.700; el de San Gregorio (México), 11.500; y el de Bendego (Brasil), 5.300.

* * *

LA PREVISION DEL TIEMPO

Y LA TELEGRAFÍA SIN HILOS

Inglaterra determina sus previsiones meteorológicas para el uso de la población según los datos que le proporcionan las estaciones costaneras.

El mal tiempo llega principalmente por el Oeste; por consiguiente, importa tener en cuenta lo que pasa en la región occidental. De aquí que en general Europa esté al corriente del tiempo que hace en los Estados Unidos, de las depresiones que, naciendo en el Atlántico vienen á morir al viejo continente. Pero fácil es comprender que las observaciones hechas en las costas son á muy corto plazo, y como la traslación de las depresiones es generalmente rápida, el público no puede estar advertido con la debida anticipación, sucediendo casi siempre que la depresión llega al mismo tiempo que el aviso de la oficina meteorológica.

El gran interés de las previsiones meteorológicas estriba en que sean verdaderas previsiones, es decir, en que se anticipen todo lo posible al acontecimiento. Esto explica la proposición recientemente hecha en Inglaterra y que pronto será puesta en práctica de organizar un servicio de observaciones al que colaboren los marinos en alta mar. Gracias á la telegrafía sin hilos, los transatlánticos podrán sin gran trabajo, así que se encuentren á cierta distancia de tierra, enviar noticias relativas al tiempo que tienen en el mar, y de esto modo las estaciones costaneras estarán, por decirlo así, prolongadas, lo que permitirá tener las previsiones más pronto y facilitarlas al público con una anticipación que las hace mucho más útiles.

Sería muy conveniente que esta práctica se generalizase. Con la telegrafía sin hilos pueden enviarse mensajes á larga distancia, y no sería difícil, dado el gran número de buques que cruzan el Atlántico, recibir todos los días del centro de éste varios telegramas que prestarían los mayores servicios á la navegación y á la meteorología.—X.

NUEVO PROCEDIMIENTO

PARA LEVANTAR PLANCHAS DE ACERO

¿Quién no ha poseído alguna vez un imán? Ese pequeño trozo de acero, en forma de herradura, al que se adhieren como por magia las barbas de plumas y alfileres, ha sido siempre un juguete tenido en grande estima por los niños.



Nuevo procedimiento para levantar grandes planchas de acero

Se comprende fácilmente que es cosa muy distinta levantar, por ese procedimiento, grandes planchas de acero; sin embargo, á ese objeto se ha aplicado el imán actualmente.

Los imanes gigantescos que se emplean son de forma rectangular y presentan una superficie plana á las planchas que han de suspender. El imán está suspendido por cadenas. Cuando de él se quiere hacer uso, se le baja hasta que toca el acero que ha de levantar, que queda en el acto adherido á él. No hay necesidad de sujetarlo, como en el procedimiento antiguo. Esto solo representa una importante economía de tiempo y trabajo.

Además, y esto es todavía de mayor importancia, el imán puede levantar planchas de acero candentes, cosa que hasta ahora se había considerado poco menos que imposible. La potencia elevadora de esos admirables imanes es extraordinaria. Uno que pesa sólo trescientas libras, es capaz de sostener cuatro toneladas y media.

AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

ENFERMEDADES de la PIEL
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc., se cúran con el Rob Boyveau-Laffecteur célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos. Para evitar las falsificaciones ineficaces, exigir el legitimo. Todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar
SOBERANO contra
ASMA
CATARRO, OPRESIÓN
y todas Affecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.
30 AÑOS DE BUEN EXITO
MEDALLAS ORO y PLATA.
FUMIGATION
MARCA DE FABRICA REGISTRADA.
PARIS, 102, Rue Richelieu. — Todas Farmacias.

Franco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Póne y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 16



COLORES PÁLIDOS
AGOTAMIENTO
GRAJEAS Y ELIXIR
RABUTEAU
El mejor y más económico
Ferruginoso.
CLIN Y COMAR, PARIS. — *En todas las Farmacias.* 654

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

LES PLAQUES ET PAPIERS
JOUGLA
SIEMPRE SON INMEJORABLES

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Manual práctico del montador electricista, por *J. Laffargue*. – El inteligente editor Gustavo Gili ha publicado esta obra utilísima, cuidadosamente vertida de la original francesa por Moisés Naunti. Premiada por el gobierno de la vecina nación, considérase como la más completa de cuantas se han editado, constituyendo una guía para el montaje de toda clase de instalaciones eléctricas, y á no dudar representa un curso de electricidad industrial práctica. Forma un volumen de 970 páginas en 4.º, ilustrado con 690 grabados, pulcramente impreso y encuadernado en piel flexible, vendiéndose al precio de 12 pesetas cada ejemplar.

Espumes, por *Joseph E. Soler*. – Así se titula el libro que con notoria oportunidad acaba de publicar el inteligente editor Gustavo Gili. El fin que ha perseguido su autor es laudable y digno de aplauso. En forma tan agradable como concisa, expone en la colección de poesías catalanas que encierra el volumen los vicios y defectos que caracterizan la época en que vivimos, flagelándolos con verdadero espíritu ático, sin incurrir en el defecto de una tendencia exclusivista. Avaloran el libro varias caricaturas del dibujante Cayetano Cornet y véndese en todas las librerías al precio de una peseta.

Biografía de Emilio Ocon y Rivas, por *Antonio Díaz Bresca*. – Recientemente se ha publicado en Málaga, formando un elegante folleto, la biografía del que fué artista distinguido Emilio Ocon. Vivo está su recuerdo y en la memoria de muchos el de sus principales producciones, que justamente llamaron la atención de los inteligentes. El Sr. Díaz Bresca ha llenado cumplidamente y en forma galana la honrosa misión de dar á conocer al artista, y honrándole y enalteciéndole. Completan el trabajo á que nos referimos el catálogo de las obras que figuraron en la exposición organizada en el Círculo Mercantil de Málaga durante el mes de septiembre último.

Los dogmas del Credo, por *Monseñor Brugand, obispo de Laval*. – En este libro, que elegantemente impreso acaba de publicar el editor D. Juan Gili, vense armónicamente enlazadas la Ciencia y la Teología, la Filosofía y la Historia, el Arte y la Elocuencia. El estudio del Credo en las Catacumbas, que figura al comienzo de la obra, es un verdadero modelo de erudición y un dechado de ternura, mereciendo análogos elogios la exposición de los Dogmas Capitales del Símbolo de la fe. Bien merece recomendarse á las personas piadosas, demostrando su indiscutible valía el éxito que ha obtenido en la vecina nación. El libro que recomendamos ha sido traducido con notable inteligencia por el Dr. D. Emilio Villelga, forma un volumen de 456 páginas y véndese cada ejemplar encuadernado al precio de 6 pesetas.



La célebre estatua de Rodin *El Pensador*, que ha sido recientemente colocada delante del Panteón, en París. En primer término, el famoso escultor, autor de la estatua, con sus amigos (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

Cartas de mujeres, por *Jacinto Benavente*. – Los editores Sres. Toledano, López y C.ª acaban de publicar la quinta edición del justamente celebrado libro de tan castizo escritor. Quien conozca las obras de Benavente no ha de sorprenderle que en la á que nos referimos, como en las demás publicadas, demuestra su condición de excelente estilista, de castizo escritor y de concienzudo observador. De ahí, pues, que en la colección de cartas que constituyen el libro haya mucho que aprender y por lo tanto mucho que aplaudir. Véndese en todas las librerías al precio de 3'50 pesetas. La propia casa ha publicado una edición de *La perfecta casada*, de Fray Luis de León.

Un negocio escandaloso en tiempos de Fernando VII, por *Manuel de Saralegui y Medina*. – Penosa impresión produce la lectura del libro cuyo título encabeza estos renglones, no porque cause sorpresa, sino por la evidencia de la realidad. En él se relata un hecho reprobable y se acopian datos y antecedentes para afirmar los asertos que contiene. El Sr. Saralegui ha prestado un servicio que han de agradecerle cuantos se dediquen al estudio de un período tan afrentoso para nuestra patria. Véndese el libro al precio de 2'50 pesetas.

Intimidades de un médico, por *Antonio Franquesa y Sivilla*. – Acopio de impresiones atinadamente expuestas, con plausible sencillez, es lo que constituye el interesante libro á que nos referimos. En todos y cada uno de sus capítulos adivínase el temperamento, el modo de ser del autor, que ha tratado de exponer lo que pudiéramos denominar sus intimidades, puesto que no otra cosa es la revelación de las impresiones que en su camino han producido sucesos y hechos observados y sentidos en el transcurso de su carrera profesional. Completa el libro un bien escrito juicio crítico del Dr. Rodríguez Méndez, formando el todo un volumen de más de 200 páginas, pulcramente impreso en la tipografía de Pedro Vilá, de Mataró.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. – 50 Años de exito.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma WLINSI.
Depósito en todas las Boticas y Droguerias. — PARIS, 31, Rue de Seine.

VINO AROUD (Carne-Quina) el mas Reconstituyente prescrito por los medicos, con base de Vino generoso de Andalucia preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina es soberano en los casos de: Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Con valecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza. Todas Farmac.

Dentición


Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el *SELLO* del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubᵍ St-Denis, Paris, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el *PILIVORE*. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXIII — Barcelona 26 de diciembre de 1904 — Núm. 1.200

Con este número repartimos á los señores subscriptores á la **BIBLIOTECA UNIVERSAL** el quinto y último tomo correspondiente á la serie de 1904, que es el poema **MIREYA**, de Federico Mistral. Nada hemos de decir en elogio de esta obra, que es una de las más preciadas joyas de la poesía del siglo XIX y cuya fama universal ha sido consagrada recientemente con la otorgación á su autor, el inspirado felibre, del premio Noebel, compartido con nuestro gran dramaturgo D. José de Echegaray.



Guerra ruso-japonesa.—El general Nogi en su cuartel general delante de Puerto Arthur

(De fotografía.)

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cada nuevo libro que viene á mis manos y trata de feminismo, renueva el interés que esta cuestión ha despertado en mí en los años durante los cuales se pone todo en tela de juicio y tras de un examen más ó menos detenido se forman y enraizan las convicciones.

Hay convicciones de dos clases: las que nacen de cierta disposición íntima de nuestro espíritu hacia la verdad, y las que impone la vida con sus transacciones, sus desgastes del ideal al áspero roce de necesidades y circunstancias.

Las convicciones primeras hubiesen hecho de mí el más ardiente campeón activo del feminismo. Las segundas me imponen actitud de espectadora, no indiferente, lejos de eso, pero paciente y reflexiva, segura de que no por tirarles de las hojas á los arbustos crecen más pronto, y recelosa, á fuer de individualista, de cuanto la obra colectiva lleva en sí de impuro y turbio. Hablo, entiéndase bien, de la obra colectiva consciente, voluntaria, no de la inconsciente, que es casi siempre admirable y segura.

Pero cuando un espíritu culto, una mente adornada con múltiples conocimientos, plantea otra vez, desde el punto de vista propio, esta cuestión del feminismo, tan tratada, tan debatida, tan removida en los países que marchan de vanguardia, me agrada volver las hojas del libro, repasarlas, meditar un punto y reconocer, con una especie de curiosidad intuitiva, lo que he andado (en un sentido ó en otro, todo es andar), y lo que ha andado el mundo alrededor de mí, desde que puede mi razón hacerse cargo de su marcha. Y esto voy á practicar con el folleto que tengo á la vista, obra del escritor sudamericano Carlos Octavio Bunge, titulado *Educación de la mujer*.

Empezaré declarando que, realmente, sobre feminismo no existe lo que pudiéramos llamar controversia. Se escribe infinito; se ha juntado ya una biblioteca enorme de monografías y estudios sobre el feminismo, biblioteca á la cual las plumas femeniles no han dejado de aportar lucido contingente; pero sería difícil llenar un estante con trabajos razonados antifeministas, de crítica, de filosofía ó de sociología, serios y dignos de consideración. La biblioteca antifeminista se compondría de:

A.—Diatribas, invectivas y jocosidades, sembradas al azar en libros que no tratan directa ni á veces indirectamente la cuestión.

B.—Capítulos ó fragmentos de obras científicas en que se aprecia con carácter científico la capacidad de la mujer, según los datos fisiológicos y biológicos, interpretados no siempre rigurosamente.

C.—Sátiras en verso ó prosa, de las cuales es modelo el divertido libro de Barbey d' Aurevilly *Les bas bleus*.

D.—Trabajos que podemos llamar de conciliación, en los cuales, haciendo algunas concesiones al feminismo, se le fijan límites, que suelen medirse por la longitud del paraguas del autor, ó sea sus aprensiones y rutinas.

Una obra de metódica impugnación al feminismo no la recuerdo, si es que existe. Hablo de impugnación por el razonamiento, de impugnación con fundamento y aparato demostrativo. Acaso se haya escrito esta obra: digo solamente que no la conozco.

Es cierto que hombres de valía, pensadores de alto vuelo, parecen, á juzgar por pasajes sueltos de sus escritos, hostiles á las reivindicaciones feministas y convencidos de la inferioridad de la mujer. (No es lo mismo una cosa que la otra, pues muchas reivindicaciones feministas podrían sustentarse aunque se demostrase esa inferioridad, siempre relativa.) Pero esos pensadores y escritores—por ejemplo, Nietzsche y Schopenhauer—no trataron la cuestión de propósito, y hasta se contradijeron respecto á ella, como sería fácil demostrar con citas. Los que escriben resueltamente sobre feminismo, son favorables á él, y aunque restrinjan ó atenúen las reclamaciones feministas, nunca se muestran conformes con el estado presente, y solicitan modificarlo, extender el radio del derecho y de la vida femenina.

Carlos Octavio Bunge viene del campo pedagógico. Es en su patria un profesor, y es conocido en todas partes por sus trabajos sobre educación, contenidos en varios volúmenes, de los cuales alguno corre en francés, formando parte de esas bibliotecas que difunden la ilustración, al lado de las obras de los modernos filósofos franceses y alemanes. La obra á que aquí me refiero ha sido presentada á la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires para optar á la suplencia de la Cátedra de Ciencia de la Educación. En sus breves páginas debemos, pues, encontrar, y encontramos, resumidas y condensadas las ideas de un americano joven todavía, versado y embebido en las recientes teorías sociológicas y pedagógicas; y este testigo no desmiente mi anterior afirmación: es partidario y defensor del feminismo, de cierto feminismo, muy considerable y útil, aunque no sea radical.

Bunge empieza reconociendo que las esenciales modificaciones que hoy pueden notarse en el concepto de la educación femenina no son ni pueden ser fenómeno aislado y abstracto, sino un producto de la evolución histórica. Si cambia de lleno el sistema de educación de la mujer, si se percibe movimiento en este sentido, es que han cambiado las ideas acerca de su destino venidero. No es, pues, ya posible considerar que la mujer se eduque solamente para la familia, ni acaso preferentemente para la familia tal conclusión se deduce al pronto de la exposición histórica con que Bunge encabeza su opúsculo.

Sirve también á Bunge esta excursión histórica para comprobar que es muy escaso el progreso de la condición de la mujer y reducidas las conquistas positivas del feminismo en la actualidad. Y lo son efectivamente; decir otra cosa sería forjarse ilusiones. La situación de la mujer poco ha variado, poco ha evolucionado; la distancia entre lo pensado y filosofado y lo realizado y cumplido es, en este respecto, enorme, incalculable. En el orden especulativo está emancipada la mujer, nivelada, en lo más esencial, con el varón; en el orden práctico, su dependencia y sujeción persisten.

Curiosa verdad: aun en los espíritus más predispuestos á aceptar la transformación que llevarían consigo las conclusiones radicales del feminismo, ejerce acción decisiva la costumbre tradicional. No es feminista más que el cerebro de Europa. En cuanto al resto del organismo, persiste todo, lo emocional, lo sensual, lo material y mecánico, de cuanto hace relativa y adjetiva la vida de la mujer.

Las conquistas de hecho que la mujer va realizando, ó que, mejor dicho, se le realizan, las debe á la marea creciente del socialismo. La sociedad burguesa, entre sus muchos errores, que no hace falta ser socialista para reconocer, ha cometido este: dejar al socialismo que represente la emancipación económica de las mujeres. Y de un modo insensible, por sólo la fuerza de la lógica, la economía social cumplirá esta misión, igualará á las dos mitades de la humanidad.

Puesto á comparar, Bunge no cree en inferioridades, sino en diferencias, y diferencias determinadas por las leyes biológicas, entre los sexos. Estas diferencias, que no son físicas, tampoco las considera fatales, sino modificables. Y entre estas diferencias modificables, algunas, como la reconocida por Orchanski, que concede á la mujer el privilegio de retrotraer á la especie á la línea armónica de la normalidad, atenuando la transmisión de los estigmas y particularidades de la herencia, pudieran conceptuarse superioridades. La idea de inferioridad parécele á Bunge, y con razón, errónea, y propia para desquiciar la cuestión, llevándola á lo pueril.

Corresponde á la mujer el oficio de conservar, al varón el de evolucionar, oficios igualmente importantes, y la evolución, hace notar acertadamente Bunge, no siempre es progresiva, es muchas veces regresiva. No porque represente la evolución es superior el hombre.

Es prudente y acertado el punto de vista en que Bunge se coloca, y su estudio, tan corto, tiene jugo. Tiene razón cuando dice que no cabe en cabeza bien organizada la suposición de que los hombres hayan urdido conspiraciones para someter á la mujer á situación de inferioridad. Ha sido resultado natural de la evolución en determinado período, como el cambio de ese estado de cosas será resultado de la evolución en otro grado más alto, y vendrá á pesar de que las mujeres, en su inmensa mayoría, no se interesan por sí mismas, ó tal vez son obstáculo á su propio mejoramiento, adelanto y conveniencia.

Exacta es también la afirmación de que la psicología femenina está mal conocida y que sobre ella se han propalado, con ínfulas dogmáticas, peregrinos errores. No ha mucho creo haber escandalizado por sostener, en uno de esos momentos en que se habla desde adentro, que la mujer no es más sensible que el hombre, aunque lo parezca. Bunge combate asimismo la idea, cara á los poetas y á los literatos, de la complejidad del alma femenina. «La psicología de la mujer—dice Bunge—es más simple que la del varón.» Innegable, aunque circunstancias que el propio pensador reconoce hagan que la mujer pueda ser, y hasta necesite ser, maestra en las artes del disimulo, y que una mujer leal enteramente, sincera como debiera ser el hombre, se encuentre colocada en peor caso, indefensa, en condiciones de inferioridad para la lucha, como desarmado paladín.

El feminismo de Bunge, consecuente con su apreciación del carácter general de la psicología y biología de cada sexo, es un feminismo mitigado, con tendencia á tomar en cuenta principalmente en la educación (á pesar de indicaciones más amplias al principio) el dato del sexo. La educación moderna, dando extensas facultades á las mujeres «cuyas aptitudes las llamen á las profesiones, debe mantener en la masa femenina el tipo medio de la mujer mera esposa y madre, de la mujer hembra mamífera, de la mujer mujer.» Confieso que aquí me separo de las conclusiones de Bunge. La educación va siempre, y debe ir, contra las propensiones. La obra educativa no necesita robustecer tendencias ingénitas, basadas en leyes fisiológicas y biológicas: la maternidad es una de estas tendencias profundas, incontrastables, y la educación más viril no las suprimiría, como el seno cortado de la amazona no la impediría lactar con el otro seno. La educación no desarrolla ni comprime instintos tan fundamentales. La fiera, mientras es madre, lo es con más vehemencia que la hembra humana, porque la maternidad brota de un instinto que no puede aprenderse ni enseñarse.

Lo que conviene pedir á la educación es justamente lo que no nos ofrece íntegro y fuerte la naturaleza sola. La educación, en cierto sentido, se opone resueltamente á la naturaleza, por la cual seríamos mero instinto desatado—llámese ese instinto maternidad, adquisividad, reproducción ó destrucción.

Por combatir el instinto es por lo que en pedagogía no se ejerce acción á proporción del esfuerzo empleado. Si este problema de la pedagogía es tan difícil, si la educación es tan costosa, consiste en que, en cada niño que nace, el instinto reconquista lo modificado ó comprimido por la pedagogía en generaciones anteriores, y hay que volver a tejer la tela, rota por la vigorosa mano de la naturaleza, remontar la corriente impetuosa de la espontaneidad de ese nuevo ser, peinar pelo arriba toda su voluntad.

En mi concepto, pues, débese educar á la mujer no sólo virilmente, sino humanamente, educación más fuerte y completa todavía, «más allá del macho y de la hembra.» No preocuparse de su instinto natural de hembra y madre, que ya se desarrollará él solo perfectamente y con las poéticas sorpresas que le caracterizan. No encerrarla en la higiene y la costura, la economía doméstica y la pedagogía elemental, criándola para nodriza, ama de casa y primer maestra; enseñarle como se enseña al niño primero, al joven después, y cultivar facultades que tienden á la atrofia, no las ya hipertróficas.

Descartada esta diferencia, realmente fundamental, entre el criterio de Bunge, en pedagogía tan ilustrado, y el mío, sin autoridad alguna, las concesiones del joven pedagogo me parecen suficientes, para el tiempo en que vivimos, y en el cual, por aprisa que se camine, siempre ha de conservar peso muy grave la tradición. El acceso de la mujer á todas las profesiones (y supongo que á todas las plazas para las cuales esas profesiones dan aptitud, aunque Bunge se muestra restrictivo en lo que concierne á las cátedras), es ya mucha magnanimidad, y con ella habría para conformarnos provisionalmente. En lo que respecta á los salarios, he de dirigir una última observación á Bunge. Aquí, al menos, la diferencia del salario de la mujer y del hombre, en la labor del campo, doy fe de que es debida á preocupaciones y tradiciones. Aunque las braceras trabajen tanto ó más que los braceros, el hecho de ser «mulleres» basta para que no se pague igualmente su labor.

Y basta de feminismo, aunque difícilmente habrá tema que con más derecho, con más actualidad, con más generalidad, caiga dentro de la rúbrica de «la vida contemporánea.» Estos renglones demostrarán al ilustrado argentino que he leído despacio y que he pensado con él, aunque no en todo como él.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Iban al lagar cuesta arriba, por lo más intrincado

«LA CATÓLICA»

Isabel moríase al pensarlo. Tenía novio, iba á casarse. Amaba á su novio de todo corazón, para dar el alma por él, el alma y la vida... Pero *Pepa la larga* había conseguido al fin lo que se propuso... Lo que se propuso por envidia, por coraje, por mala hembra que era. Lo sabía bien Isabel; Paco, el novio, fué visto tres noches en el corral de *Pepa la larga*... Paco, el novio, hacía tres noches que no iba á casa de su novia. Lo sabía, lo presentía Isabel. Iba á costar disgustos aquello. La noche fué horrible. Sentía oprimírsele los pulmones, faltarle la vida. No se acostó. Se aproximó á una ventana del fondo de su alcobita, y quedó allí inmóvil, recibiendo en el rostro, como un largo beso, la brisa húmeda, que aspiraba ansiosa.

Al día siguiente era domingo. Habría fiesta en el corral de *la Mosca;* iría á la fiesta *Pepa la larga,* iría también Paco, lo sabía bien Isabel... Pero ¿y ella, Isabel, por qué no iba? ¡Ay, no! Isabel era una muchacha de diez y siete años sin experiencia ni mundo. ¿Qué haría Isabel contra aquella *larga* de Pepa, pues por algo en Triana famoso le habían puesto *Pepa la larga?* ¿Qué haría Isabel contra su rival? ¿Dónde iba ella, pobre mocita de Triana, por aquel cuerpo de reina de la real moza, ni por su gancho finisímo, ni por aquella cara de demonio atrayente, ni por aquellos ojos dulces, rasgados, de incitante mirar, ojos en fin de infierno? Por que de ti para mí, lector, conviene confesar ahora que *Pepa la larga* no era una mujer, era un abismo, de cuyo fondo, por contraste singular brotaba la luz, como brota sombríamente la llama del volcán de los abismos de la tierra.

«¡Si yo tuviera valor! -pensaba así Isabel, ardientemente.—¡Quién sabe! Paco no me desprecia á mi delante de nadie. Además, si ella es un demonio, ¿qué importa? ¿No soy yo una virgen? ¿No me dice Paco, cuando estamos juntos, solos, solitos, «mi virgencita buena?» Si ella es guapa, ¿qué importa? ¿No dice Paco, no dicen todos, que yo soy la reinecita dulce de Triana? «¡Si yo me atreviera!» Y su cuerpo nervioso y fino estremecíase con calenturas de leona,

Permanecía inmóvil; la luna empezó á salir, derramando su luz extrañamente por aquella extravagante accidentación de tejadillos inverosímiles, superpuestos, encontrados, en confusión fantástica, torcidos, cayendo por esta parte, levantándose por aquella, todos cubiertos de hierbecillas, entre las cuales se destacaban siempre los jaramagos altísimos, como brotando de una tierra con buen abono. Ella fijábase, como absorta, en el cielo. Pensaba siempre en Paco y en *Pepa la larga.* Quería defenderse... Quería ir... «¡Si yo me atreviera!» Como si aquellos puntitos grises de los jaramagos que blanqueaban á la luz de la luna fuesen imanes que iban trayendo á su memoria recuerdos de otros días, pensó en su niñez, pensó en la de Paco: vivían juntos en una misma casa, con sus padres; el taller de fragua del Sr. Antonio, padre de Isabel, estaba en el portal; las dos familias, las de Isabel y Paco, ocupaban las alturas. Era una casa grande. Jugaban juntos; hacían escapatorias al campo; volvían sin aliento, sucios, con los vestidos rotos: tenía ella once años, él trece. Él salía primero, aguardábala en la puerta, pegaba á los otros muchachos como la molestasen... Fué cuando Pepa empezó á vivir con ellos, en la misma casa, garrida, briosa, con sus veinte años, como veinte tormentos para el corazón de cada mocito que la contemplase. ¡Cómo se quedaba Isabel extática de admiración ante Pepa! «Cuando ella fuera grande, como Pepa, ¿sería también muy hermosa para tener también muchos novios á retortero?.. No muchos, no... Uno nada más: *Paquiro.* ¡Y suspiraba ya con sus once años!

Pasó aquello, pasó; Paquiro se fué con sus padres al monte, allá por Sierra Morena, á un lagar que tenían. No le vió en mucho tiempo. Era Paquiro para ella como un recuerdo vago, dulce, de la infancia. Fué creciendo Isabel, empezó á transformarse... No veía á Paquiro. Pasaron seis años. De pronto, una noche saltó el padre de Isabel con el notición de que marchaba al campo, allá, con los padres de Paquiro: iba á trabajar unos días en cosas del oficio... Le acompañaba ella, no la dejaba sola. La familia componíase de ellos dos. La madre murió hacía tiempo. Y allá marcharon.

Viéronse en la estación del ferrocarril. Allí estaba Paquiro. De la estación al lagar había dos leguas muy bien despachadas.

—¡Paco, Paco!, gritó el Sr. Antonio.

Isabel miró con desdén. «¡Qué sería de aquel Paco!» Paquiro, por su parte, buscaba curiosamente. Contempláronse. ¿Qué sintieron? Ella así como recuerdo del perfume de no sabía qué flor misteriosa. Él, nada; pero quedaron mirándose. Ella veía un mozuelo de diez y nueve años, de complexión fina, de cara enérgica, duro, altivo, con unos fieros ojos negros, una piel atezada y un rostro blanquísimo. El vió una muchacha de diez y siete años, que resplandecía como un centén de oro acabado de acuñar, con su boca primorosa, su ceño orgullosito y su blancura mate, que fué velándose poco á poco de un tono suavísimo de sangre y luz, entre rosa y oro, que se destacaba de sus cabellos y sus ojos negrísimos como los de Paco. ¿Y aquel era Paquiro? ¿Y aquella era Isabel? De pronto echáronse á reir. ¡Bah, sí, eran ellos!

—*Señó* Antonio, había dicho Paco, aquí tiene *usté* un mulo en el que va *usté* á ir como en un trono. Y tú, Isabelilla, ya ves lo que te he traído.

Y señaló una hermosa borrica con su jamuga correspondiente.

—¡Nada, para qué! Otro solio como para una reina.

Ayudó á subir al padre, cogió por la cintura á la mozuela para repantigarla allí, en su solio. Tuvo una inspiración entonces.

—Isabelilla, ¿quieres venir conmigo á la grupa? Anda, verás qué bien.

—Sí, sí, gritó ella palmoteando.

Pero ¿no tendría miedo? ¡Ca! Subió con él. No se tienen datos de la impresión que sufriera el apuesto mocito al sentir el contacto del cuerpo de la chiquilla, ni el de sus brazos, que le estrechaban para sujetarse.

—Cógete bien, decíale él gravemente.

Ella cogíase y reía... Reía, y allá transpusieron por una trocha, perdiéndose á poco en la tortuosidad de la sierra.

Isabel suspiró recordándolo todo. Los jaramagos de los tejadillos parecieron inclinarse cortésmente como para decirle: «Sí que tienes razón en suspirar, que en aquel laberinto de la sierra empezaron tus apuros.»

Iban al lagar cuesta arriba, por lo más intrincado. Eran las cuatro de la tarde y parecía ya de noche. En lo que menos pensaba Isabel era en ver una tempestad en el corazón de la sierra. Su pensamiento hallábase en otro sitio. ¿Por qué Paco la llamó Isabelilla? ¡Isabelilla! Como cuando eran chiquitines y corrían juntos por la *Cava* y por el campo y se metía él en las lagunas con ella á cuestas, remangados los calzones..., los dos con grandes risotadas. ¡Isabelilla! Bien grabado en el alma que lo tenía Isabel todo.

—¡Arree *usté, señó* Antonio, gritó Paco aquella tarde, que nos va á llover!

Isabel levantó los ojos al cielo sombrío, á las admirables montañas, á los picos enhiestos como inmensas estalacmitas clavadas en las nubes, y á las hondonadas y los barrancos en fin, formado todo por tenebrosas contracciones de la tierra y cubierto de vegetación salvaje. Isabel se hacía la ilusión de estar en una grandiosa tienda de campaña, que tenía por costados las pendientes empinadísimas de los montes y por toldo aquel cielo plomizo, enganchado bravamente en sus crestas agudas.

Iba el caballo con lentitud, y como absortos ella y Paquiro en tales maravillas. De pronto aquel cielo gris se desgarró en mil grietas ardientes, sinuosas, como se partiría la tierra en un sacudimiento poderoso y mortal para la destrucción completa del mundo. Isabel, sorprendida, dió un grito y se estrechó á Paco instintivamente, como su único refugio. Deteníase el caballo, aguzaba las orejas y levantaba el cuello, como para contemplar aquella red monstruosa de hilos encendidos que formaban las grietas sin fin del cielo hecho pedazos, como una inmensidad de colosos y cíclopes esgrimiendo con sin igual furia sus interminables espadas enrojecidas á cuyo choque saltaba el rayo.

—*¡Señó* Antonio!, gritó Paquiro con todas sus fuerzas.

El *señó* Antonio había quedado atrás. Respondió una voz lejana como un suspiro.

—¿Le pasará algo?, preguntó Isabel.

—No, viene con el mozo y se meterán en alguna parte, contestó Paco.

Isabel no le miraba. Empezó á llover.

—Mala tarde; te vas á mojar, añadió su amigo.

¡Ah, Dios, qué tono tan dulce tuvo para decir aquello! La envolvió Paco muy bien en su manta,



Joven bacante, cuadro de A. J. Chantron

como envuelve la madrecita en un pico de su mantón al hijillo amado. ¡Y ella que había hecho la desdeñosa!

Llovía con fuerza. Paquiro apretó los ijares. Escapó el caballo y recordaba muy bien la muchacha que no se oía el galopar entre aquel fantástico concertante del trueno que hacía trepidar los montes; de los brazos de agua descolgándose ó saltando por los altísimos pedruscos y las torrenteras; del golpe sordo de la lluvia al caer sobre el arbolado; del viento, en fin, que arrancaba tremendas notas, retorciéndose entre las encinas y los olivos y haciendo flotar las ramas de los sauces como verdes cabelleras de fantásticos genios que abortó la tempestad.

En un segundo de calma, cuando los cielos y la tierra parecían tranquilos, como en esos instantes de quietud pavorosa en que los combatientes, jadeando, se miran para empezar de nuevo, se oyó sonar una esquila. Vieron después un rebaño y muy próximo un chozón medio caído. Lanzó Paco hacia él su caballo cuando el agua empezaba á desencadenarse con más fuerza; y allí sentados, muy juntitos, en un pedrusco, mientras el caballo mordía los ramones secos de las paredes de la choza, siguieron presenciando recogidamente aquella lucha de los elementos, desencadenados entonces con más ira.

No pensaba ella en su padre. Estaba como absorta en un mundo sin igual y desconocido. Hasta entonces no sintió sobre sí verdaderamente el poder misterioso, la grandeza de aquella hora; hasta entonces, cuando los cielos y la tierra parecían chocar y las montañas se estremecían, como si todo en un punto sucumbiera; hasta entonces, en fin, que Paco le preguntó en voz baja al oído:

—¿Tienes miedo?

Y ella contestó con voz firme:

—No.

—¡Bien por los corazones bravos!

Y Paquiro le plantó un beso en la boca.

Ella hizo un movimiento brusco y Paco se echó á reir. Oyendo su risa, ella pensaba: «Sí, sí, ya soy una mujer; creí que no era Paco, pero es Paco.» Sintió frío, se relió en la manta, dobló un poco la cabeza hasta apoyarla en un hombro de Paquiro. ., y llegó hasta ella, impregnándola de vida, en medio de la gran amenaza de muerte de la tempestad, el perfume resinoso de las jaras, cuyos rosetones amarillos temblaban entre las hojas níveas salpicadas de sangre; y cegaron sus ojos á la vez en medio de aquella explosión de vida del mundo y del beso de Paquiro, con los festones de llamas de los cielos, enrojeciéndose y estallando en los picos formidables de la sierra como banderas de luz levantadas en holocausto de Dios . . . .

Su destino fué desde entonces Paco. Estuvo un mes en el lagar. Bajaban por la tarde á la fuente, ella gentil, limpia, risueña, con su rosa en el pelo; él alegre, airoso, con su ropa á la usanza del campo granadino. Bañábalos el sol con dulzura, y el cielo, los pájaros, hasta el agua al caer bulliciosa parecían regocijarse de la conversación trascendental de los dos mozuelos. Vivieron en un mismo hogar, durmieron bajo un techo mismo. Reían, jugaban, pero ¡cuán distinto de otras veces! A lo mejor, Isabel deteníase en sus juegos, abrasada de vergüenza, sin que supiese ella misma explicarse el motivo. Paco pasaba también los días sin hablarla no habiendo razón alguna para su reserva y seriedad. ¡Y tan felices!.. ¡Oh amor!

Cuando ella volvió á Sevilla, ¿no fué con la esperanza de ver pronto á Paco en Triana? Había oído hablar de la venta del lagar... De la vuelta de la familia á Sevilla... Y la vuelta fué pronto; antes, mucho antes de lo que Isabel esperaba. Se vieron otra vez, se hablaron; ella, modesta, feliz; él, guapo, rumboso, alegre. Iban á casarse... ¡Ay, entonces fué cuando Pepilla se puso por medio, quitándoselo, arrancándoselo con su desvergonzado gracejo y aparatosa hermosura, viciándole, perdiéndole, haciendo de él un hombre á quien sólo podría limpiar de toda aquella inmundicia un cariño como el suyo!.. ¡Todo aquello se lo había causado *Pepilla la larga!* Y estas reflexiones de Isabel concluyeron como siempre: «¡Si yo me atreviera! Mañana es la fiesta... Irán ellos. ¡Si yo me atreviera!»

Aquel mañana llegó al fin, é Isabel se atrevió. A la caída de la tarde subió á vestirse. Concluyó pronto... ¡Vaya un mérito el de la tal personita! Bajó la escalerilla del taller como una cascada de luz. ¡Virgen! El padre la miró como loco. Nunca había visto brillar el hierro caldeado como brillaba todo aquel



Joven esclavo llenando de vino un odre, escultura de Felipe Moratilla



¡PADRE NO VUELVE!, cuadro de Alejandro Milesi

mundo de luz que por la escalera deslizábase. *Bronquita*, el aprendiz, quedó mirándola también con aire contrito á gran distancia, como contempla el fiel en el altar al santo de su devoción.

—¿Dónde se va?, preguntó el padre, embobado.

—Al corral de *la Mosca*, dijo ella besándole.

—¿Y qué va á haber en el corral de *la Mosca*?

A lo que contestó la muchacha, brillándole los ojos por la calentura y en tono cuyo sarcasmo le fué imposible disimular:

—¡Fiesta!

Y allá fué, *Cava* arriba, con su vestido de percal, su mantón gris ceñido, su cabeza gentil al aire, su moño alto y delante del moño su flor correspondiente, como pedazo de cielo azul en una noche de tormenta.

. . . .

Refieren los anales trianeros que á las pocas semanas se casaron Isabel y Paquiro; y refieren igualmente que á Isabel la de *la Cava* se la conoció en adelante con un sobrenombre, con el sobrenombre de *la Católica*, que no se sabe quién le puso; pero hay que suponer que este apodo de Isabel... *la Católica*, célebre en el barrio, fué por lo que ya supondréis vosotros; por aquello de *la reconquista*.

M. Martínez Barrionuevo.

(Dibujo de Triadó.)



El tenor Amadeo Bassi, que canta la parte de Cavaradosi en la ópera *La Tosca*, de Puccini

LOS INTÉRPRETES DE «LA TOSCA»

EN EL LICEO DE BARCELONA

Muchos años hacía que en Barcelona no se había cantado una ópera tan magistralmente como *La Tosca*, que actualmente se representa en nuestro gran teatro del Liceo. Emma Carelli, Amadeo Bassi y Mario Sammarco, de tal modo se identifican con los personajes creados por Sardou y sienten de tal manera la música de Puccini, que es imposible alcanzar mayor grado de perfección, así en la ficción dramática como en la expresión de los conceptos musicales.

Emma Carelli, sin tener una de esas voces que causan la admiración de los públicos, sabe emplearla con tal arte que se impone en absoluto; es una artista consumada que á sus dotes de cantante une un completo dominio de la escena y un talento dramático que la eleva á la categoría de las mejores actrices. La escena del segundo acto con Scarpia, sobre todo, puede considerarse como verdadera maravilla de ejecución.

Amadeo Bassi, tenor de voz fresca, bien timbrada y extensa, conoce á fondo la obra y la canta y representa de una manera acabada; el aria del tercer acto no puede decirse mejor de como él la dice, y en toda la obra raya á gran altura.

Mario Sammarco es un artista en toda la extensión de la palabra, que ha hecho una verdadera creación del personaje Scarpia, creación en la cual el cantante rivaliza con el actor.

Si á estos elementos se agrega una batuta tan acertada como la del maestro Brunetto, se comprenderá el éxito grandioso que *La Tosca* ha tenido.—X.

AL OÍDO

El propio amanecer aquel era una burla. Tamaño alborear á medias, una aurora opaca, sin la mancha carmínea de la salida del sol, venía á contribuir á la derrota del espíritu.

Paco Barral, el artista, increpaba mentalmente á la vida, para él burlesca, más liviana y atroz que coqueta impúdica. Sí, befádole había la existencia. Aporreado en la producción, mayor fué siempre el gasto de energías que el ingreso de caudales. Pero nunca jamás como entonces; una situación ya insostenible, cruel, de una crudeza incomparable.

El mismo amor habíale resultado una ironía. Seis



Emma Carelli, que canta la parte de Floria Tosca en la ópera *La Tosca*, de Puccini

meses de casado, y la ya escasa suerte acabando de huir, abandonarle, hundirle hasta la material imposibilidad... Allí tenía sus obras, algunas de sus obras, acaso las en que cifrara sus esperanzas más legítimas, indudablemente no merecedoras de desprecio... Allí, en el taller (¡qué taller, cuartucho!), figuras y trazos de un mérito indisputable. Derrotado, pospuesto en una exposición reciente, dominóle el fastidio y le acongojó la dificultad. Podía acaso vencer momentáneamente la penuria sacrificando su orgullo, enajenando algunas de aquellas maravillas del pincel á bajo precio. ¡Oh! Ya lo había intentado, y la cicatería subió hasta aquel templo telarañoso para soltar una mezquina oferta y volverse altiva rechazada por la dignidad...

No, no era posible abdicar de la dignidad de artista. Antes la muerte. Ceder al egoísmo insultante, ¿no era sucumbir?.. ¿No era cosa peor que el sepulcro el entierro del nombre?.. Por otra parte, ¿apagaba el hambre para siempre un puñado de pesetas por unas joyas? ¿No sería la prostitución más villana aquel acatamiento á un negocio traperil?..

Allí, allí estaban los torsos, las academias, los retratos, las testas de estudio... Por un instante, en la alucinación propia del febrático, antojáronsele á Paco Barral sus propias obras otros tantos burladores de su suerte. Él los creara, y parecían también pagarle con la mofa y el menosprecio; se revolvían contra él para acusarle de impotencia, zaherirle hasta el límite humano del escarnio de los propios hijos.

Los hubiera destrozado á no ser presa de una idea feroz, absorbente, que le envolvía en una atmósfera de idiotez... Iba á eliminarse, no resistía al fracaso, no aguantaba la fatalidad, prefería el no ser... La noche pasárala en un flujo y reflujo de ideas delirantes, de pensamientos casi incoherentes. Sólo uno, tenaz, sobresalía por su persistencia hasta determinar la obsesión... ¡Ea, la vida era una carga, la gloria un mito, el arte una tiranía, la humanidad algo muy necio!..

Y aquel amanecer acababa de pesar en su espíritu, de hundirle en el tedio. Para él, ávido del color, aquella inmensa nota gris, insubstancial y monótona, era el último sarcasmo, la colosal bigardía de la misma Naturaleza. Hubiera preferido poder destrozarse el cráneo al primer rayo de sol...

¿Qué le unía á la existencia, á no ser una sarta de recuerdos?.. Un noviazgo con muchos arreboles, ilusiones gigantes; una boda en confianzas rica, fastuosa en soñación, en planes y alientos, más que fecunda. Y ¿para qué? Para una luna de miel amarga, para un súbito derrumbamiento de aquel quimérico castillo.

Bueno, todo eso iba á acabar, y pronto. Al disparo, un susto para aquella infeliz compañera de su vida, unos momentos de horror y unas lágrimas... ¿Le condenaría? A poco que ella se penetrase de la realidad, acabaría por bendecir su memoria. Claro que sí: ¿para qué condenar á aquella criatura á ir sujeta á una cadena inicua, enmanillada con él, por los linderos de la miseria?.. ¿No era, bien mirado, más noble proporcionarla la emancipación cortando esa cadena? Ella viviría..., se consolaría, hallaría al fin otro hombre menos iluso y soñador... Al convencerse de lo práctico del vivir, de que con empeños temerarios no se nutre el cuerpo y en cambio se atosiga el alma, guardaría de él un recuerdo piadoso semejante al reconocimiento. «Hizo bien, hizo bien – pensaría al



El barítono Mario Sammarco, que canta la parte de Scarpia en la ópera *La Tosca*, de Puccini

cabo: – los vencidos no tienen razón de ser, no deben estorbar, ni contagiar tampoco.»

La mano se dirigía maquinalmente hacia el cajón donde guardara el arma... Pero la mano no llegó al sitio, retrocedió instintivamente en presencia de la mujer que acudía ansiosa...

Paco Barral se estremeció de pies á cabeza y no acertó á reprimir un gesto de contrariedad. La esposa creyóle en fiebre de producción artística, noche pasada en claro en el cuchitril, ante el caballete..., otra intentona, otro esfuerzo de innovador incansable... Sí, ella así lo creyó, y así se lo decía con voz dulce é insinuante, con nostalgias de amor que el dolor no priva, con chispitas de sensualidad que la desdicha aumenta. Más se quieren las almas cuanto mayor sea la estrechez; más se atraen los cuerpos cuanto mayor sea el frío de aquéllas...

Inconsciente, sin sospecharlo, la ternura evitaba el delirio, el funesto propósito... Al oído de Paco Barral deslizáronse palabras quedas, como ecos vagos desconocidos, música redentora... Él pensó en la muerte, y aquella joven venía de pronto á hablarle de la vida, de una nueva vida que sentía agitarse en sus entrañas... El rubor apenas acentuado de la humilde esposa hizo colorear también el semblante del pintor. ¡Esa sí que era obra maestra, mancha que escapaba al pincel, cosa sin precio, arrobadora!..

La idea loca se esfumó de repente, la mano que iba á empuñar el revólver estrechó otra mano; la boca que se contrajo asqueada dió paso á un beso... Y un tardo rayo de sol iluminó de pronto un cuadro breve, sencillo, cuyo asunto Paco Barral no acertó jamás á reproducir en la tela. Y eso que, según hoy cuenta, lo ha intentado á porfía...

Sebastián Gomila.

Crónica de la guerra ruso-japonesa



Guerra ruso-japonesa. – Plano de Puerto Arthur y de sus alrededores en el que se pueden apreciar los sucesivos avances de los japoneses. Dibujo de A. Hugh Fisher.

El día 16 llegaron á Che-Fu siete rusos, entre ellos el comandante Mizzeneoff, que habían salido el día antes de Puerto Arthur en un barco de vela, en medio de una tempestad deshecha. El general Stoessel les había confiado extensos telegramas dirigidos al tsar relatando las operaciones realizadas en Puerto Arthur desde el 20 de noviembre hasta el día 6 del corriente. Como se trata de noticias oficiales de verdadero interés, creemos oportuno dar un extracto de estos despachos.

El 20, después de un violento bombardeo, los japoneses atacaron uno de los fuertes del frente Nordeste, logrando escalar el parapeto, pero un vigoroso contraataque los rechazó al foso, en donde fueron fusilados y ametrallados. Del 21 al 23 prosiguió el bombardeo y los sitiadores consiguieron ocupar el foso de dos fuertes del mismo sector y en la tarde del 23 emprendieron el asalto, siendo rechazados en todas partes. A media noche reanudaron el ataque, apoderándose de una parte de las trincheras, pero en la madrugada del 24 fueron desalojados de ellas por los sitiados, después de un reñido combate á la bayoneta. En la noche del 25 trabóse la lucha al Noroeste de la plaza en las alturas situadas frente á la bahía de la Paloma; el combate duró toda la noche, conservando los rusos todas sus posiciones. El 26 continuó la batalla en todo el frente, apoderándose los japoneses de varias trincheras; durante toda la noche se sostuvo una lucha encarnizada en los fuertes, que quedaron en poder de los defensores. El 27, «día solemne del aniversario de nuestra madre la tsarina, dice el general Stoessel, Dios nos otorgó una nueva victoria:» en efecto, los sitiadores fracasaron en todas sus tentativas. En este día los sitiadores bombardearon con gran vigor la colina de los 203 metros y luego realizaron algunos ataques sin resultado; el 28 continuó la lucha con mayor violencia para apoderarse de la expresada colina. El día 2 de diciembre parecía que los japoneses quedaban definitivamente rechazados, y el general Stoessel, al resumir las operaciones anteriores, terminaba diciendo que, según testimonio de los prisioneros y de los chinos, habían perdido en ellas los japoneses 20.000 hombres.

Sin embargo, el 4 los sitiadores bombardearon la mencionada colina, lanzando luego masas considerables al ataque: los rusos rechazaron tres asaltos; pero al anochecer los japoneses se apoderaron de aquella posición, situando en ella dos cañones. El 6 los sitiadores eran definitivamente dueños de la colina de los 203 metros, en la que instalaron inmediatamente un puesto de observación.

Hasta aquí llegan los telegramas del general Stoessel, quien termina su relato manifestando que los buques anclados en la rada sufren mucho á consecuencia del bombardeo y que el espíritu de las tropas es excelente.

Los fugitivos de Puerto Arthur que han sido portadores de estos telegramas han completado esta información oficial con algunos datos importantes. Según ellos, la guarnición de la plaza se compone en la actualidad de 20.000 hombres, cifra que no parece exagerada si se considera que en los comienzos del sitio el general Stoessel disponía de 30.000 soldados y que posteriormente se han agregado á este contingente las tripulaciones de la escuadra y un gran número de voluntarios de la población civil. Dicen además que la colina de los 203 metros resulta ser ahora un terreno por decirlo así neutral, pues si bien los rusos no han podido reconquistarla, tampoco pueden aprovecharse de ella los japoneses, quienes no han conseguido situar en ella ninguna batería. Esto último se explica perfectamente porque dicha colina está batida de frente y de flanco por los fuertes permanentes á distancias de dos á cinco kilómetros, y además se halla dominada por la ciudadela de Liao-Ti-Chan. La defensa y la toma de dicha colina, al decir del comandante Mizzeneoff, han dado lugar á una de las más terribles luchas sostenidas desde que comenzó el sitio.

En nuestra crónica anterior exponíamos la situación deplorable en que habían quedado los buques de la escuadra rusa á consecuencia de los últimos bombardeos. El *Sebastopol*, que hasta ahora se había librado de los proyectiles, ha sido alcanzado, según telegrafían de Tokío, por diez torpedos; los torpederos japoneses que lo atacaron sufrieron graves daños, habiéndose ido á pique uno de ellos y tenido otro importantes averías.

Como documentos curiosos, reproducimos las dos siguientes cartas que se han cruzado entre los generales Stoessel y Nogi:

«Tengo el honor de comunicaros que vuestra artillería bombardea nuestros hospitales, fácilmente reconocibles por las banderas de la Cruz Roja. Estas banderas pueden distinguirse desde las posiciones de vuestra artillería. Os pido que prohibáis este bombardeo. Hago esta petición impulsado por la alta estimación que me inspiran nuestros valientes héroes, quienes después de haber combatido gloriosamente contra vuestros soldados, yacen heridos en los hospitales de la Cruz Roja. Entre estos héroes hay algunos heridos japoneses. Aprovecho esta ocasión para expresaros la seguridad de mi profundo respeto.»

La respuesta del general Nogi está concebida en los siguientes términos:

«Tengo el honor de aseguraros que el ejército japonés, respetando la humanidad y los tratados, no ha dirigido nunca intencionadamente, desde los comienzos del sitio, proyectiles contra los edificios y los buques que ostentan la bandera de la Cruz Roja. La mayor parte de la plaza es invisible desde las posiciones de nuestra artillería, y como ya sabéis, los proyectiles no siempre dan en los blancos apuntados, tanto más cuanto que á causa de vuestra larga y valerosa resistencia aumenta de día en día la desviación de nuestros cañones. Con gran sentimiento, pues, no podemos asegurar que nuestros proyectiles den en los blancos apuntados. Aprovecho esta ocasión para expresar á Vuestra Excelencia la seguridad de mi más profundo respeto.»

A consecuencia de estas cartas y de una conferencia entre un delegado ruso y otro japonés, convínose en que los sitiados entregarían á los sitiadores un plano en donde estarían marcados los hospitales y que los japoneses harían todo lo posible para que sus proyectiles no los tocaran.

El día 18 los sitiadores tomaron por asalto, después de un sangriento combate, el fuerte Tunki-Uan-Shan, apoderándose de cinco cañones de campaña, de dos ametralladoras y de gran cantidad de municiones.

La situación de los beligerantes al Sur de Mukden no ha variado desde nuestra última crónica.—R.



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Llegada de cañones japoneses á Liao-Yang el 13 de octubre.
(De otografía de Collier's Weekly.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados japoneses tomando el te en Liao-Yang el 13 de octubre
(De fotografía de Collier's Weekly.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados japoneses asistiendo á un herido ruso durante la batalla del Cha-Ho.
(De fotografía de Collier's Weekly.)



GUERRA RUSO-JAPONESA. – Soldados japoneses conduciendo provisiones durante la batalla del Cha-Ho (17 de octubre).
(De fotografía de Collier's Weekly.)

NUESTROS GRABADOS

Joven bacante, cuadro de A. J. Chantron.—Aquel género pictórico que buscaba su inspiración en los asuntos de la mitología, no ha muerto del todo; aún hay artistas, y no de los menos renombrados, que se complacen en trasladar al lienzo sátiros y bacantes, dioses y ninfas, seres cuya genealogía se pierde en la noche de los tiempos. Pero ¡cuánta diferencia de ayer á hoy en el modo de tratar estos temas! La influencia del naturalismo gravita con pesadumbre irresistible hasta sobre aquello que más directamente procede de la fantasía pura, y los tipos y paisajes convencionales han cedido el puesto á tipos y paisajes tomados de la realidad, que sólo conservan de su primitivo carácter la significación simbólica, pero revestida de formas de todo punto modernas. Dígalo si no la *Joven bacante* del notable pintor francés Chantron: compárese este cuadro con otros de análoga índole de mediados del siglo pasado, por ejemplo, y se verá la gran diferencia que entre ellos media, quedando con ello corroboradas nuestras anteriores observaciones.

El maestro Ruggiero Leoncavallo.—Con gran éxito se ha estrenado hace poco en el teatro de la Opera de la



El compositor RUGGIERO LEONCAVALLO, autor de la ópera *Rolando en Berlín*, escrita por encargo del emperador de Alemania y representada con gran éxito en el teatro de la Ópera de Berlín en 13 del corriente.

capital de Alemania la nueva ópera de Leoncavallo *Rolando en Berlín*, que el celebrado autor de *I Pagliacci* ha escrito por encargo del emperador Guillermo. Enamorado éste de la novela de Wilibaldo Alexis de aquel título, quiso que sobre ella escribiera el compositor italiano una partitura. La labor del músico no fué fácil, pues ante todo hubo de hacerse traducir el libro alemán, y una vez conocido éste, fuéle preciso estudiar la época y los personajes, después de lo cual sometió el plan de la ópera al soberano, quien introdujo en él algunas modificaciones. Hecho esto y escrito el libreto conforme al plan aprobado, comenzó Leoncavallo á componer la música, no sin antes empaparse bien en la música alemana del siglo XVI, época en que la acción se desarrolla, á fin de dar á la obra el mayor carácter local posible. El estreno de *Rolando en Berlín*, efectuado el día 13 de este mes, ha sido una verdadera solemnidad teatral: la sala estaba como en día de gala y la concurrencia que la llenaba componíase de toda la aristocracia berlinesa y de los más notables músicos alemanes y extranjeros. El mismo emperador dabá la señal de los aplausos que aquel público escogido prodigó al autor de la ópera.

Joven esclavo llenando de vino un odre, escultura de Felipe Moratilla.—Aunque entrado en años, pues hace ya cincuenta y seis que fué pensionado por el Comisario de la Cruzada Sr. Santaella para perfeccionar sus estudios en Roma, en donde desde entonces reside, conserva este notable escultor español toda la frescura, toda la inspiración y toda la energía de su juventud. Buena prueba de ello es la escultura que nos ocupa y que figuró en la Exposición de Bellas Artes celebrada en la capital de Italia en 1903, y en la cual se admira ese sentimiento clásico de la forma y del movimiento que siempre ha presidido en las composiciones del notable artista.

¡Padre no viene!, cuadro de Alejandro Milesi.—En distintas ocasiones hemos publicado cuadros del famoso pintor veneciano Alejandro Milesi que tan magistralmente sabe presentar ante nuestros ojos escenas vívidas de la ciudad de las lagunas. El que hoy reproducimos, aunque pertenece al mismo género, tiene mucho más vigor de sentimiento; y en esas dos figuras perdidas en la solitaria playa; en esa joven de doloroso semblante que contempla melancólicamente la inmensidad del mar; en esa niña desconsolada más que por impulso propio por contagio del maternal desconsuelo; en ese mar suavemente rizado, pero momentos antes agitado en terribles convulsiones; en ese cielo gris, en todo el ambiente de este lienzo hay algo más que la exposición de tipos y de paisajes, palpita un drama, uno de esos dramas tan frecuentes entre las poblaciones pescadoras que hallan en el mar su sustento y tienen en el mar la causa perenne de sus zozobras y no pocas veces su tumba.

Marco Ruchet.—El nuevo presidente de la Confederación suiza elegido para el año 1905 forma parte del Consejo Federal desde 1899. Nació en Morges, población situada á orillas del lago de Ginebra, en 14 de septiembre de 1855; estudió Derecho en las universidades de Lausanne y de Heidelberg, y cuando hubo terminado su carrera entró de pasante en el despacho del famoso abogado de Lausanne Ruchonet, que ha sido plantel de notables jurisconsultos y políticos. Dedicado desde muy joven á la política, á la edad de veinticinco años fué elegido miembro del Gran Consejo cantonal, en 1887 entró en el Parlamento federal y en 1889 en el gobierno del cantón de Vaud, del que formó parte hasta su elección para el Consejo Federal. En todos los cargos que ha desempeñado ha sabido conquistarse el aprecio y el respeto de sus conciudadanos.

Sensitiva, escultura de Manuel Delgado.—La bonita y sentida cabecita que reproducimos en estas páginas está ya juzgada. El Jurado de la Exposición Nacional últimamente celebrada en Madrid otorgó á su autor merecida recompensa. De ahí que resulten doblemente justificados nuestros elogios, con mayor motivo cuando se refieren á un joven artista, á un aventajado discípulo de nuestro buen amigo el distinguido escultor Rafael Atché, quien puede envanecerse por los resultados que producen sus enseñanzas. Si el Sr. Delgado ha logrado en breve espacio de tiempo dar tan fehacientes pruebas de sus estimables aptitudes para el cultivo de la escultura, lícito ha de ser esperar que en lo porvenir ha de obtener señalados triunfos. Y cuenta que además de las estimables condiciones que posee contamos con el entusiasmo que domina su espíritu y su vocación artística.

El escultor José de Charnier y su estatua de Beethoven.—Actualmente ocupa la atención de los centros artísticos parisienses la estatua de Beethoven, modelada por el joven escultor Charnier y destinada á la plaza del Trocadero de París; y en realidad de verdad, obra es esta digna de ser admirada, porque revela una potencia de concepción y una amplitud y un vigor de ejecución de que sólo son capaces los grandes maestros.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA.—*Salón Parés.*—Nuevo y agradable aspecto ofrece el amplio salón destinado á exhibiciones. Siguiendo la tradicional costumbre, ha reunido el Sr. Parés un conjunto de producciones de carácter determinadamente artístico, que constituyen un atractivo para cuantos cultivan las bellas artes ó experimentan el laudable propósito de embellecer sus viviendas con producciones de carácter suntuario.

Difícil sería describir todas y cada una de las obras que en el salón figuran, ya que inteligentemente seleccionadas, todas se recomiendan, todas atraen y todas cautivan por su valía ó su belleza. En el testero principal destácanse cinco hermosos retratos de otras tantas damas que han facilitado seguramente la obra del pintor, quien ha logrado presentar cinco obras dignas de aplauso, de tónica variada, que revelan exquisito gusto y distinción. Su autor D. Pablo Béjar, huyendo de efectismos ha adoptado tonalidades simples y delicadas, logrando sin separarse de la nota que se impusiera un resultado digno de encomio. Los cinco lienzos encerrados en exquisitos y apropiados marcos ofrecen distintos aspectos, aun dentro de los límites obligados del género escogido. No debe, pues, sorprender que si merece aplauso del público y de los inteligentes el simpático grupo formado por la señora Girona y su infantil hija, atraigan los retratos de la señora de Arnús, de la señorita de Vigo, de doña Virginia Churruca y de la baronesa de Salillas.

Como digno complemento y entre las magníficas vitrinas para salón, bronces, bustos de mármol con aplicaciones de metal, jarrones de Sevres, bajos relieves, espejos de Venecia, columnas, mueblaje de fantasía, porcelanas de Sajonia, tapices, etcétera, merecen citarse las admirables reproducciones de cuadros de artistas de varios países, encerradas en marcos de ex-



SENSITIVA, escultura de Manuel Delgado

quisito gusto y verdadera novedad, que indudablemente sirven de complemento y avaloran la producción. En este caso hállanse, entre otros, el tríptico de A. Thomas; Dante y Beatriz, de Postigliones; Francesca de Rímini, del mismo autor; Oceanía, de Liebcher; la Primavera, de Schranim; el Socorro á los pobres, de Isolli; Esplendor pasado y Soledad, de nuestro paisano Enrique Serra, y otros y otros más que se hallan en igual caso.

En el *Salón Robira* llama la atención un cuadro de nota obligada, un *patio azul*, del pintor poeta y querido amigo Santiago Rusiñol, quien ha tenido la fortuna de singularizarse en el cultivo de las letras y las artes. La obra que mencionamos es digna de su buen nombre.

La fundición artística Masriera ha expuesto en su salón de la calle de Fernando una variadísima colección de objetos de



M. MARCO RUCHET, elegido Presidente de la Confederación Suiza para el año 1905

bronce verdaderamente artísticos, entre los que se destaca una preciosa estatua de la Inmaculada, ejecutada en alabastro con razonadas aplicaciones metálicas por el distinguido y laureado escultor D. Rafael Atché, obra sentida y modelada con gusto y maestría.

Espectáculos.—*Barcelona.*—Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *La condesa X*, comedia en dos actos de D. E. López Marín.

El «Orfeó Catalá» ha dado dos conciertos en el teatro de Novedades, en los que se estrenaron varias piezas de la señorita Freixas y de los Sres. Sancho Marraco, Mas y Serracant y Alfonso, premiadas en el primer concurso de la «Fiesta de la Música catalana.» También se cantó por primera vez una hermosísima composición del maestro Sr. Nicolau, escrita sobre la poesía de Verdaguer *Captant*, obra polifónica de alta inspiración y admirablemente trabajada, que valió á su autor una grande y merecida ovación. Todas estas piezas fueron ejecutadas con la maestría que es característica en la institución que con tanto acierto dirige el maestro Millet.

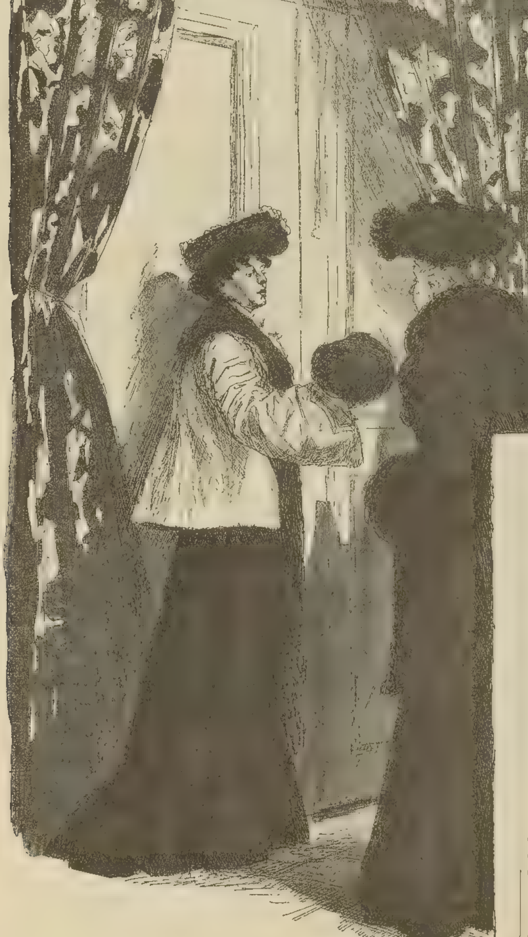
El propio «Orfeó Catalá» ha publicado el cartel del concurso de la citada «Fiesta de la Música catalana» para el próximo año de 1905: en él se ofrecen varios premios en metálico y objetos de arte.

—En la «Associació Wagneriana,» además de las sesiones ordinarias dedicadas al estudio de la ópera *Los Maestros Cantores de Nuremberg*, se han dado dos interesantes conciertos. En el primero, el joven pianista D. Fernando Vía tocó en el piano *Pastorale variée*, de Mozart; la *Sonata en do menor* (op. 27, n.º 2), de Beethoven; el *Preludio, fuga y variación*, de César Franck; *Preludio*, de Grieg; *Bourrée*, de Granados; *Romanza*, de Mendelssohn, y *Mazurca* (op. 33, n.º 4), y *Polonesa* (op. 61), de Chopin. En la ejecución de todas estas piezas demostró el Sr. Vía sus excepcionales dotes de pianista, interpretando admirablemente los distintos géneros á que pertenecen las citadas obras y logrando muchos y merecidos aplausos, que compartió con él el Sr. Mas y Serracant, quien le acompañó en el armonio la composición de Franck. En el segundo componían el programa cuatro tríos para piano, violín y violoncelo, transcripciones tres de ellos de varias escenas de *Parsifal* y el otro del preludio de *Los Maestros Cantores de Nuremberg*, originales los cuatro del Sr. Doménech Español: estas piezas, que permiten apreciar cumplidamente las bellezas de los fragmentos transcritos, gracias á la maestría que en su labor ha demostrado el Sr. Doménech, fueron interpretadas de una manera perfecta y acabada por éste y por los señores Munner y Dini.

—La «Asociación Musical de Barcelona» ha dado el tercer concierto del ciclo Schumann, dedicado exclusivamente á la música *di camera*, habiéndose ejecutado en él el *Cuarteto en fa menor*, op. 41, n.º 2, para instrumentos de cuerda; el *Trío*, op. 80, para piano, violín y violoncelo, y el *Cuarteto en la menor*, op. 41, n.º 1. Los Sres. Codol, López Naguil, López Casals, Ribas y Rabentós se acreditaron una vez más de verdaderos maestros y fueron entusiastamente aplaudidos.

—En el «Círculo Artístico Musical» los Sres. Franck Marschal y Emilio Bordas han dado un notable concierto, tocando el primero en el piano cuatro obras de Chopin, tres de Schumann y una de Granados, y en unión del segundo la *Sonata en fa mayor*, para violín y piano, de Beethoven, siendo ambos muy justamente aplaudidos.

FLEUR D'ALIZE Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, B.d ITALIENS, PARIS.



... mamá me había recomendado con insistencia que me mostrase enérgica...

EL CAJÓN DE LAS RELIQUIAS

NOVELA DE C. LEMONNIER.—ILUSTRACIONES DE VOGEL

«Mi querida Edmé:

»La que te escribe es otra mujer, una mujer libre ya de sus prevenciones y más prudente, más puesta en el punto de la verdad de la vida... Y esta mujer va á darte cuenta de un gran acontecimiento que ninguna de nosotras habría podido prever una hora antes del momento en que condujo nuevamente á puerto una existencia muy próxima á naufragar. ¡Dios mío! ¡Qué frases tan retumbantes! No suelo emplearlas y bien debes reirte leyéndolas, tú que tantas veces me has visto reir de otras por el estilo...

»Pues no te rías; acéptalas tales como te las mando, con su solemnidad algo torpe y con todo lo que llevan en sí del símbolo de nuestros destinos al fin estables. La cabeza loca de tu Adriana, dispuesta siempre á girar con el viento, ha girado ahora en la dirección de donde sopla el buen viento, el que empuja los molinos que muelen la harina y las barcas que regresan al puerto.

»Los dos habíamos acudido á la cita con la idea de que todo había terminado: la antigua asociación, la razón social que llevaba nuestros nombres de esposos, estaba disuelta..., cuando menos de hecho, é íbamos á proceder á la liquidación.

»Este era en toda su evidencia el hecho brutal y escueto... En cuanto á saber quién de los dos había faltado al otro, era el otro, naturalmente.

»Pedro me esperaba, según parece, desde hacía una hora, y así me lo dijo con cierta sequedad; yo le contesté como quien está bien resuelto á defender sus derechos de independencia. Por otra parte, mamá estaba en la habitación contigua; me había recomendado con insistencia que me mostrase enérgica, y estando ella tan cerca no había yo de vacilar.

»Por vez primera nos volvíamos á encontrar juntos en nuestro piso desde el día en que, de común acuerdo, decidimos que cada cual recobrara la libre disposición de su existencia. Él había ido á pasar dos meses en provincias, á casa de un anciano tío que de continuo nos amenazaba con su herencia sin acabar de resignarse á dejárnosla; yo había vuelto al lado de mamá. En los momentos en que la dicha nos abandona reaparece en nosotros, como reminiscencia de nuestra infancia, el gusto por los mimos, el placer de aquellos momentos en que la buena clueca, la gallina madre, adormecía nuestras primeras penas.

»Había yo mirado á hurtadillas á Pedro mientras se levantaba ceremoniosamente de su mesa de trabajo para recibirme... Había hecho encender fuego en la chimenea que ardía en la estancia invadida por la humedad de octubre, y cada vez que respirábamos se escapaba de nuestra boca una espiral de vapor. Aquello era verdaderamente lúgubre..., pero al fin y al cabo no estábamos allí para divertirnos: los últimos capítulos son generalmente tristes en las novelas que uno no escribe; y nosotros nos hallábamos en el capítulo final... Pedro ha tenido siempre el cutis un poco moreno, un poco *foie gras* de los trabajadores sedentarios... ¿Por qué sería que no me desagradara que sus mejillas se hubiesen obscurecido algo más?.. La pata de gallo también se había reticulado en forma de telaraña... Mi primer movimiento fué mirarme al espejo... No, decididamente yo no había cambiado.

—»Creo, me dijo, que fácilmente nos pondremos de acuerdo respecto de lo que ha motivado esta entrevista. El dormitorio, el tocador y el saloncito le pertenecen á usted: no tiene usted que recogerlos... ¿El comedor? Nos repartiremos los muebles, á no ser que prefiera usted venderlos en pública subasta... ¿No quiere usted?.. En cuanto á mi despacho, supongo que admitirá usted sin discusión que me corresponde; cuando me casé lo tenía ya casi tal como ahora está.

—»Sin embargo, el secreter..., le dije.

»Era un mueble del siglo XVIII amanerado y lindo, de marquetería, algo estropeado y cuyo abultado perfil hacía pensar en el vientre del Sr. Baili, tal como lo vemos en las estampas, puesto en la linde de un campo. «Servirá para guardar nuestras reliquias,» me había dicho Pedro el día que lo compró.

—»Tenía interés en conservarlo, pero puesto que usted lo desea, se lo cedo. Por lo demás...

»La llave estaba puesta en la delicada cerradura de cobre floreada. Pedro le dió vuelta y la tabla cayó.

—»Por lo demás, de lo que debemos ocuparnos es de lo que contiene.

»Hasta entonces había estado yo muy tranquila; debía parecer una señora consultando con su abogado. Creo además que la cara «barnizada» de Pedro, esa cara que es como un cristal mate puesto sobre su pensamiento, influía algo en la facilidad con que me mostraba indiferente.

»¿Lo estaba realmente en el fondo?

»A cada lado del secreter había tres cajoncitos.

»Pedro alargó la mano; pero en el momento de ir á tirar del primer cajón de la derecha, vaciló y sus dedos temblaron ligeramente...

»Mas luego, bruscamente, de un violento tirón abrió el cajoncito.

»No sé por qué razón me pareció que aquel ademán por su insólita violencia atentaba á la piedad del recuerdo..., que se extendía brutal y sacrílego hacia todos los viejos objetos que allí dormían, como encerrados en pequeños ataúdes, entre las flores secas, las cintas descoloridas, los retratos medio borrados que habían sido los latidos de nuestro corazón.

»A mi vez alargué la mano y la coloqué delante de la suya; y sobrecogida, quedéme con la boca abierta como si fuese á hablar, á pesar de lo cual nada dije ni nada habría podido decir.

»Al sentir que nuestras manos se habían tocado, nos asombramos. Precisamente la mano mía que había tropezado con la suya no tenía puesto el guante...

»¿Sabe nadie á qué secretos designios obedecen ciertos gestos que hacemos y que, sin embargo, tienen una significación ignorada por nosotros, pero no por la voluntad misteriosa que nos guía?

»No habría yo obrado de otro modo si hubiese tenido que acariciar un marfil, ó sedas delicadas ó las carnes tiernas de un niño... ¡Ah, Dios mío, sí de un niño!.. ¡Eso es!

»Por rápido que fuera el contacto, sentí que su piel se helaba y me acordé... Siempre, en los momentos de viva emoción, se producía en él el mismo fenómeno de quedársele la vida como congelada debajo de las papilas...

»La impresión que ambos experimentamos fué brusca y desagradable, como si nuestras manos no se hubiesen reconocido... Hay ya algo extraño en la interrupción del pequeño magnetismo habitual entre dos seres...

»Tal vez creyó que había habido de mi parte alguna premeditación; por lo menos frunció las cejas... Te aseguro que más rencor le guardaba yo por haberse encontrado allí, con su mano debajo de la mía.

»¡Ah! Entonces nuestras posiciones se despejaron francamente: él fué el enemigo cuyas astucias era preciso burlar; y yo misma debí aparecer ante sus ojos como la criatura solapada y temible que recurría á los sortilegios femeninos con un propósito indefinido todavía.

»Pedro tosió é introdujo sus dedos en el cajón.

—»Aquí están sus joyas, todas las que no se llevó usted... Observará usted que hay algunas sobre las cuales me correspondería algún derecho... Estas sortijas, este aderezo de perlas y estos dos brazaletes de cadena habían pertenecido á mi madre.



– Creo, me dijo, que fácilmente nos pondremos de acuerdo

»La vista de aquellos objetos trajo á mi memoria el día, la hora en que él me los entregó por vez primera... Fué dos semanas después de nuestra boda, en el modesto pisito del arrabal en donde había muerto su madre y adonde había ido yo á vivir con él. En aquel tiempo no éramos ricos; todas mis sortijas juntas no habrían podido adornar dos falanges de uno de mis dedos... Pedro me había dicho:

—»Mamá se había conservado guapa durante mucho tiempo, con esa belleza de una vida poco agiada, que resplandecía bajo el oro pálido de sus largos tirabuzones... Me será muy grato que lleves sus joyas, esas joyas que encantaron mis ojos de niño, porque así me parecerá que algo de ella revive en tu gracia sonriente.

»Ya conoces la voz de mi marido, esa voz de «diamante de vidriero» cuando argumenta, la voz del abogado que de pronto, en las horas de abandono, se sensibiliza, se estremece y vibra como el canto del grillo en el calor del verano.

»Durante algunos años, no tuve más joyas que las que había llevado la madre de Pedro...

»Después llegó un tiempo en que pudo comprarme otras, en que á cada aniversario me obsequiaba con un estuche...

»¿Por qué lloro al evocar esos recuerdos de un pasado que no desea otra cosa que volver á ser presente? Ríñeme por ser sentimental hasta este punto.

»Mamá me había dicho:

-»Sobre todo exige que te dé todas las joyas...

»Mamá es una mujer práctica ó que cree serlo, lo que no le impidió desprenderse de todo lo suyo por su marido..., el segundo.

»Las palabras de Pedro me ofendieron.

—»Pues bien, exclamé, quédese usted con esas joyas... ¡Para lo que me importan!

—»Al contrario, me respondió tranquilamente; precisamente iba á rogar á usted que las conservara en recuerdo..., en recuerdo de aquella que las llevó antes que usted.

»¿Lo creerás, mi buena Edmé? En aquel instante no pensé sino en la cara que pondría mamá cuando yo le contase la galantería de Pedro, porque, después de todo, era muy galante lo que acababa de hacer. Mamá, dicho sea acá para *inter nos*, nunca ha sentido gran entusiasmo por su yerno... Y yo me divertía con su asombro, y experimentaba cierta malicia al considerar que podría demostrarle cuán equivocada idea tenía formada de mi Pedro.

»Sin duda esta disposición de ánimo ligeramente irónica se reflejó en mi semblante; mi marido se engañó acerca de su verdadero significado y creyó que era expresión de un sentimiento de triunfo... Mordióse los labios y abrió con rabia el segundo cajón.

—»Son cartas... Hay muchas: siempre se escribe demasiado... Nos escribimos más de un año antes de casarnos. Será preciso quemarlas... ¿No es usted de mi opinión? Cada cual se llevará las suyas.

»No pude dominarme ante la idea de la destrucción de aquello que *entonces* había sido la expresión sincera de un sentimiento correspondido.

—»Quémelas usted mismo todas, le dije, si este es su deseo.

—»¡Bueno!, replicó fríamente.

»Y cogiendo un puñado de ellas, acercóse á la chimenea y se inclinó, en actitud de arrojarlas al fuego.

»Sólo horror me inspiró su ademán de verdugo..., de cazador de pájaros que recoge vivas en la red sus pequeñas presas antes de retorcerles el pescuezo.

»¿Cómo había podido yo amar á aquel hombre?

»¡Ah, nuestras pobres cartas! ¡El profundo estremecimiento de nosotros mismos que en ellas se encerraba! ¡Nuestros ensueños! ¡Nuestras esperanzas! ¡Tantas lágrimas dulces como habían mojado el papel y diluído la tinta!

»Cerré los ojos, al modo que nos ocultamos tras un biombo, para no presenciar la inmolación; luego, de pronto, los abrí y con ese placer de hacerme mal, que es la más cruel de las voluptuosidades, quise ver... ver... ver las llamas que aún podían salir de todas aquellas cenizas, polvo de la existencia dichosa.

»Incliné me y miré por encima de sus hombros; pero ya se incorporaba, y parecía tener conciencia de su mala acción.

—»El fuego no es bastante vivo, dijo; mejor será esperar... ¿Quiere usted que veamos los otros cajones?

»La madera se deslizó dejando volatilizar un ligero aroma; y entonces me repetí la misma frase que un momento antes se me había ocurrido, una de esas frases tristes y dulces con que embriagamos nuestra melancolía.

—»¡Los pequeños ataúdes!..

»Pedro, en tanto, revolvía el contenido del cajón... Más cartas todavía, pero sobre todo ramitos de flores secas, flores que habían sido vivas y frescas como nuestro amor, flores que yo había llevado cuando aún era soltera y que habían venido á morir con su aroma en aquel herbario de los recuerdos.

—»Es inútil, dije. Todo esto está muerto; no quiero ya saber nada de ello. Póngalo usted con el resto, con el montón..., el fuego lo consumirá todo.

»Era yo entonces quien tenía sed de destrucción...

»Sus ojos se clavaron en los míos como si quisieran dudar, como si tratara de encontrar en ellos una sombra de arrepentimiento... ¡Nada! Mamá habría quedado satisfecha.

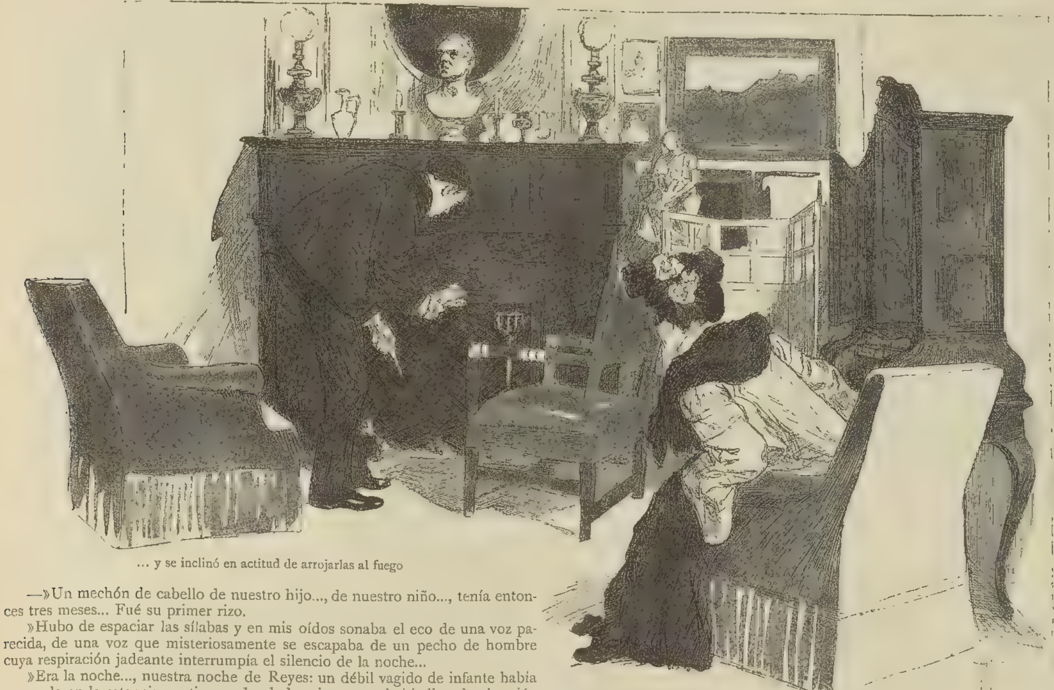
»Vació el cajón é hizo un paquete, también con aparente indiferencia.

»Sin embargo, había allí una pequeña cinta azul, una cinta que cierta noche, en el salón de mamá, adonde iba él todos los miércoles, se había desprendido de mis cabellos y que él había recogido y besado luego al regresar á su casa.

»Mas he aquí que de pronto abre uno de los cajones de la izquierda; quiere hablar y no encuentra palabras.

—»Esto es lo más triste, dije suspirando. Evíteme usted esa pena.

»Dijérase que Pedro no me había oído. Con voz que ya no es el diamante de vidriero, «con voz temblorosa y dulcísima,» exclama:



... y se inclinó en actitud de arrojarlas al fuego

—»Un mechón de cabello de nuestro hijo..., de nuestro niño..., tenía entonces tres meses... Fué su primer rizo.

»Hubo de espaciar las sílabas y en mis oídos sonaba el eco de una voz parecida, de una voz que misteriosamente se escapaba de un pecho de hombre cuya respiración jadeante interrumpía el silencio de la noche...

»Era la noche..., nuestra noche de Reyes: un débil vagido de infante había resonado en la estancia contigua, adonde la asistenta se había llevado al recién nacido. Luego había venido de puntillas el padre á decirme que teníamos un niño. ¡Un niño! ¡Mi deseo, el sueño dorado de mamá, que sólo había tenido niñas! La alegría se comunicó á todos; á pesar de que Pedro había dicho aquellas palabras en voz muy baja, toda la casa sabía la noticia...

»Hacía de esto siete años.

—»¡Y ahí está el otro!, dije á mi vez sacando un rizo descolorido por el tiempo y las lágrimas.

—»¡El segundo... y el último!, repuso Pedro.

Nuestras voces habían bajado de tono y se contestaban como en las sombras de una cripta.

»Y sin saber cómo, nos encontramos uno al lado de otro: nuestras vidas volvieron á unirse.

—»¡El último!, repetí.

»Y me vi transportada á otra noche, una noche después de la cual parecía que no había de amanecer nunca más.

»La cunita estaba allí; pálidos encajes circundaban una frente aun más pálida..., todo el frío de la muerte.

»Entonces Pedro había cortado él mismo el mechón, aquel mechón helado, aquel mechón de sus cabellos que habían sido de luz y de estío y que ya no eran sino de sol muerto...

»Después, las tijeras habían quedado junto al rizo...

»Y yo no podía pensar en otra cosa que en aquellos dos meses de angustias, de incesantes zozobras, durante las cuales había sido preciso disputar aquella frágil existencia á la enfermedad y á la muerte, que al fin había triunfado.

»¡Mi hijo! ¡Mi pequeño Jorge adorado! Había muerto en la noche de los niños, en la noche de Navidad...

»Tres años apenas estuvo á nuestro lado... Nuestra dicha, el amor, todo había muerto con él.

»Mi corazón se desgarró, y cogiendo el ricito rubio lo cubrí de besos.

—»Este, exclamé sollozando, no lo guardará usted, ni el otro tampoco..., me han costado demasiado caros.

»Fué aquella exclamación mía el grito feroz de las madres huérfanas de su hijo á quienes se quiere arrebatar lo que de éste les queda en los signos visibles de su paso por la tierra.

—»¡Ah!, murmuró Pedro. ¡Siempre será usted la misma criatura egoísta y mala! ¡Sea! Puesto que nada puede esperarse de su corazón, guárdeselos usted; se los cedo.

»De nuevo había desaparecido en él toda sensibilidad, volvía á su acostumbrada dureza. Yo le odiaba y jamás me había sentido más apartada de él.

»Reinó un silencio abrumador, pesado como la atmósfera húmeda y fría que se respira en las casas deshabitadas y con los postigos cerrados para siempre...

»Yo tenía en mis manos los dos pobres rizos; Pedro contemplaba un pequeño Buda de jade que nuestro niño, que no quería otro chupador, había utilizado.

»Un ruido de pasos, el aire producido por una persona que andaba en aquella estancia sombría, me sacaron de mi ensimismamiento. Era Pedro que iba y venía precipitadamente de un lado á otro.

—»¡Adriana!

»Me estremecí al oir mi nombre. ¡Hacía tanto tiempo que Pedro no me llamaba de este modo! Sentí la misma impresión que el día en que por vez primera lo escuché de sus labios temblorosos. Ahora hablaba en voz baja, con misterio, como si hubiera en la habitación alguien que hubiese entrado repentinamente y que no debiese oirnos.

—»Lo que estamos haciendo no está bien... Es como si nos diéramos de cuchilladas al través del cuerpo de nuestro hijo... Hay momentos en la vida, como este, en que dos personas que deberían arrojarse una en brazos de la otra, se hieren por el necio pudor que les impide seguir los impulsos de su corazón... ¿Quién nos dice que nuestro hijo no está aquí y que no se muere por segunda vez al presenciar nuestras discordias?

»Pedro no me miraba; se había vuelto para ocultarme su rostro; y sin embargo vi que hacía esfuerzos para dominarse y contener sus lágrimas... El silencio que nos rodeaba adquirió de pronto la armonía de aquellos silencios que, cuando éramos niñas, nos hacía decir que pasaba un ángel. Era un silencio suave como un roce de plumas, como si muy cerca de nosotros un pájaro hubiese desplegado sus alas. No sé lo que pasó por mí, pero me eché á llorar como no había llorado desde la noche en que perdí á mi niño. Sin embargo, estas lágrimas de ahora eran diferentes, tibias, casi voluptuosas; se deslizaban como una lluvia de mayo y lavaban en mí antiguas heridas.

»En el exceso de lágrimas hay una especie de ligero delirio. Yo no me daba cuenta de que me había arrojado en brazos de Pedro, de mi Pedro, ¡ahora sí que podía darle este nombre!, y que él me estrechaba contra su pecho, inclinado hacia mí y diciéndome:

—»Todo había concluído..., todo va á comenzar de nuevo. ¿No es esto un milagro? ¿Y á quién debemos atribuirlo sino á aquel que ha vuelto y que durante este minuto delicioso ha estado entre nosotros, cogiendo nuestras manos y uniéndolas con sus dedidos pálidos como pétalos de flores que sólo habían de brotar en nuestros corazones?

»Hace de todo esto seis días y me parece que nunca habíamos gozado de tanta felicidad. La felicidad, mi querida Edmé, tal vez es esto..., una cosa que no viene en seguida y que se acuerda de que ha sido merecido por un largo período de espera y de lágrimas.— Tu *Adriana*.»



... pero me eché á llorar como no había llorado desde la noche en que perdí á mi niño



VERSAILLES — Patio regio de la Capilla en donde está el Museo

EL MUSEO DE VERSAILLES

Hemos indicado en el artículo referente al Museo del Louvre las vicisitudes sufridas por el Museo de Versailles. El Louvre tuvo en su comienzo como primer fondo los cuadros que adornaban el gabinete del rey y las obras conservadas en Versailles en la subintendencia. El 16 pradial del año II de la República, los miembros de la Comisión temporal de artes, agregados al comité de Instrucción pública de la Convención nacional, unidos á los artistas del distrito de Versailles, se trasladaron á los gabinetes de cuadros del rey Luis XVI, á la subintendencia, calle *du Vieux-Versailles,* y habiéndose dirigido al ciudadano Durameau, guardián del gabinete, después de haberle anunciado la concesión de los poderes que les habían sido conferidos, procedieron á un reconocimiento general. Versailles desde un principio se defendió con mucho tesón en contra de una primera comisión que había ya intentado arrebatarle una parte de sus riquezas en provecho de París; el departamento de *Seine et Oise* había llegado hasta lograr de la Convención un decreto que suspendía la subintendencia. Varon en su relación preliminar aseveraba «que las riquezas de Versailles eran inmensas y de tal naturaleza, que debían de estar expuestas á la admiración pública y no debía quedar ignorado cuanto de notable encierra el Museo de Francia.» Varon reclamó estas riquezas.

No obstante, como Versailles contaba ya con estos objetos de arte, estableció una comisión conservadora, puso su Museo en orden, pues lo contrario hubiera equivalido á arrancar á este país arruinado el único recurso que le quedaba arrebatándole sus monumentos y arrasando sus jardines, como se había ya dispuesto. Versailles, que reunía el mayor número de producciones de la escuela francesa, reclamó continuamente una colección á cambio de los cuadros de la escuela italiana y de las estatuas antiguas que cedió al Louvre. Esta última demanda encierra el germen del Museo de la escuela moderna, que fué creado con posterioridad en el Luxemburgo. Respecto al palacio de Versailles, quedó abandonado en un mísero estado de ruinas hasta la subida al trono de Luis Felipe, el cual resolvió devolverle su antiguo esplendor. En 1831 fué cuando surgió de nuevo la idea de fundar en Versailles un refugio de inválidos militares, y obtuvo casi un triunfo. Preciso fué la firme voluntad del rey, ayudada por la opinión de algunos de sus ministros, para que se desechara este proyecto. Luis Felipe resolvió salvar para siempre el palacio de su bisabuelo, y por medio de un nuevo destino, ponerlo á cubierto de todas las sorpresas de las revoluciones.

El *Museo de Versailles* es debido á dicho soberano. El mismo fué quien discutió el plan de todas las salas y galerías, que contienen más de 4.000 cuadros y retratos. Las sumas invertidas por el rey excedieron de veintitrés millones, de los cuales se destinaron seis y medio á compras de obras nuevas.

La fundación de un nuevo museo dedicado á la gloria política y á las cívicas virtudes estaba indicada en aquella parte del palacio que se extiende paralelamente á la grande ala del Mediodía, á uno de los lados de la calle de la Subintendencia. La revolución de febrero puso obstáculos á la realización de esta idea, pero luego la misma República terminó la obra.

Los lienzos del Museo de Versailles, exhibidos en un palacio en cuyas alas llevan inscrita en su respectivo frontón la siguiente dedicatoria: *A toutes les gloires de la France,* están todos destinados á representar los hechos y escenas más importantes de la historia de Francia, y los retratos históricos de sus grandes hombres, en especial políticos y militares.

La dotación de este Museo es de 26.000 francos de administración y 70.000 de conservación, y para las adquisiciones no hay suma fija. Van á juicio del ministro.

Pompeyo Gener.



Museo de Versailles. Escalera de la Reina

LA ESTACIÓN CENTRAL

DE CALEFACCIÓN Y ALUMBRADO

DE DRESDE

Si sólo se tratase de una instalación de alumbrado eléctrico no nos ocuparíamos de ella (á menos de que tuviera proporciones gigantescas), porque estas instalaciones son hoy día cosa corriente y por ende no ofrecen más que un interés relativo. Pero se trata al mismo tiempo de una estación central que se encarga de calentar á distancia una serie de edificios en condiciones especialmente curiosas y que merecen ser señaladas, ya que se ha asociado la calefacción y el alumbrado para sacar un partido más económico de los generadores de vapor que tiene la estación.

Los que han montado ésta han pensado con razón que las calderas podían servir para algo más que para proporcionar simplemente el fluido motor á las máquinas de vapor: los edificios calentados por la estación central recurren á la misma principalmente por la mañana á fin de conseguir una buena temperatura en las distintas piezas de que se componen; y cuando esta temperatura se ha logrado, se recurre cada vez menos á los aparatos de calefacción, cuya producción llega á su mínimo por la noche.

Esto sentado, se comprende perfectamente la combinación: las varias calderas sirven primero casi únicamente para proporcionar calorías destinadas á la calefacción de los edificios unidos á

la estación central, y luego, á medida que el día avanza, se consagran á producir el vapor para los motores y para mover las generatrices eléctricas.

Basándose en este razonamiento perfectamente lógico, se ha fundado en Dresde la Estación Central de alumbrado y calefacción eléctricos, que está situada en la orilla izquierda del Elba, algo más abajo del puente Augustus, y que surte á la estación central de Policía, al Museo Alberto, á la Academia, á varios edificios y palacios, á una iglesia, á la manufactura de porcelana, al teatro de la Corte, al Museo de Pinturas, etc. Las instalaciones de calefacción son debidas á la casa Rietschel y Henneberg, de Dresde; en cuanto á las instalaciones eléctricas han sido hechas por la «Allgemeine Elektricitäts Geselschaff,» de Berlín.

Esta estación central presta servicios tanto más útiles cuanto que un gran número de edificios actualmente servidos por ella tenían antes instalaciones muy defectuosas, especialmente en punto á calefacción: el gran teatro, por ejemplo, poseía veinticuatro aparatos, entre chimeneas, estufas y caloríferos, lo cual no dejaba de constituir un grave riesgo de incendio.

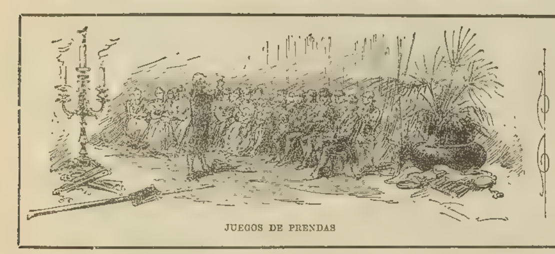
Haremos observar que como esta estación central había de construirse en uno de los hermosos barrios de la ciudad y en medio de construcciones que tienen carácter monumental, el edificio que para ella se ha erigido tiene este mismo carácter. Por esta razón y adoptando una idea bastante original y feliz en sus resultados, se disimuló la indispensable chimenea para la evacuación de los humos y de los gases, envolviéndola en una torre casi cuadrada, coronada por un pequeño campanario y en cuyas paredes hay practicadas varias escaleras.

Fig. 1. - Estación central de calefacción y alumbrado de Dresde. Vista exterior del edificio

Fig. 2. - Galería subterránea de la Estación central que contiene los conductos de vapor y los cables eléctricos

Sin insistir en las condiciones exteriores, de las que permite formarse perfectamente cargo el grabado número 1 de los dos adjuntos, diremos que en esta instalación ha sido objeto de grandes estudios la presión de vapor que debía adoptarse, habiéndose fijado la de 2'10 kilogramos por centímetro cuadrado, por considerarla como la mas conveniente para la calefacción. Esta presión parecerá algo pequeña, pero es preciso tener en cuenta que el calor no ha de ser transmitido á una gran superficie, puesto que los edificios más apartados no distan sino 1.100 ó 1.200 metros de la estación central. Por otra parte, se ha querido reservar la posibilidad de llevar la calefacción más lejos, si se creía conveniente, en cual caso la presión podría aumentar hasta 7'70 kilogramos. Para asegurar en todas circustancias el funcionamiento de la distribución del calórico, los conductos principales son dobles y están colocados en galerías subterráneas que el grabado número 2 reproduce. Estos conductos son para el invierno; mas como en verano se necesita cierta calefacción en el teatro, se ha establecido con este objeto una canalización secundaria.

La estación tiene tres calderas de vapor con una superficie de calefacción de 300 metros cuadrados cada una, y tres dinamos de corriente continua. Los conductores eléctricos instalados en los subterráneos están protegidos por una tela metálica y pueden ser inspeccionados con facilidad. La instalación funciona con resultados bajo todos conceptos satisfactorios.

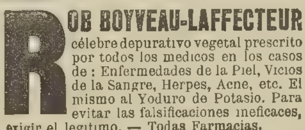

JUEGOS DE PRENDAS

AYER, HOY Y MAÑANA
ó
LA FE, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD
Cuadros sociales de 1800-1850 y 1899
POR
D. ANTONIO FLORES
Edición ilustrada
Tres tomos ricamente encuadernados, á 5 pesetas uno.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 256, Barcelona



AGUA LECHELLE
HEMOSTATICA
Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades* del *pecho* y de los *intestinos*, los *Esputos* de *sangre*, los *Catarros*, la *Disentería*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.



Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS
FUMOUZE-ALBESPEYRES, 78, Faubg St-Denis, París, Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

PAPEL WLINSI
Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.



El joven escultor José de Charnier y su última obra, la estatua colosal de Beethoven, destinada á la plaza del Trocadero de París

(De fotografía de Photo-Nouvelles.)



PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.







ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de exito.

PATE ÉPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y miliares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILIVORE. DUSSER, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

Imp. de Montaner y Simón

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXIII DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

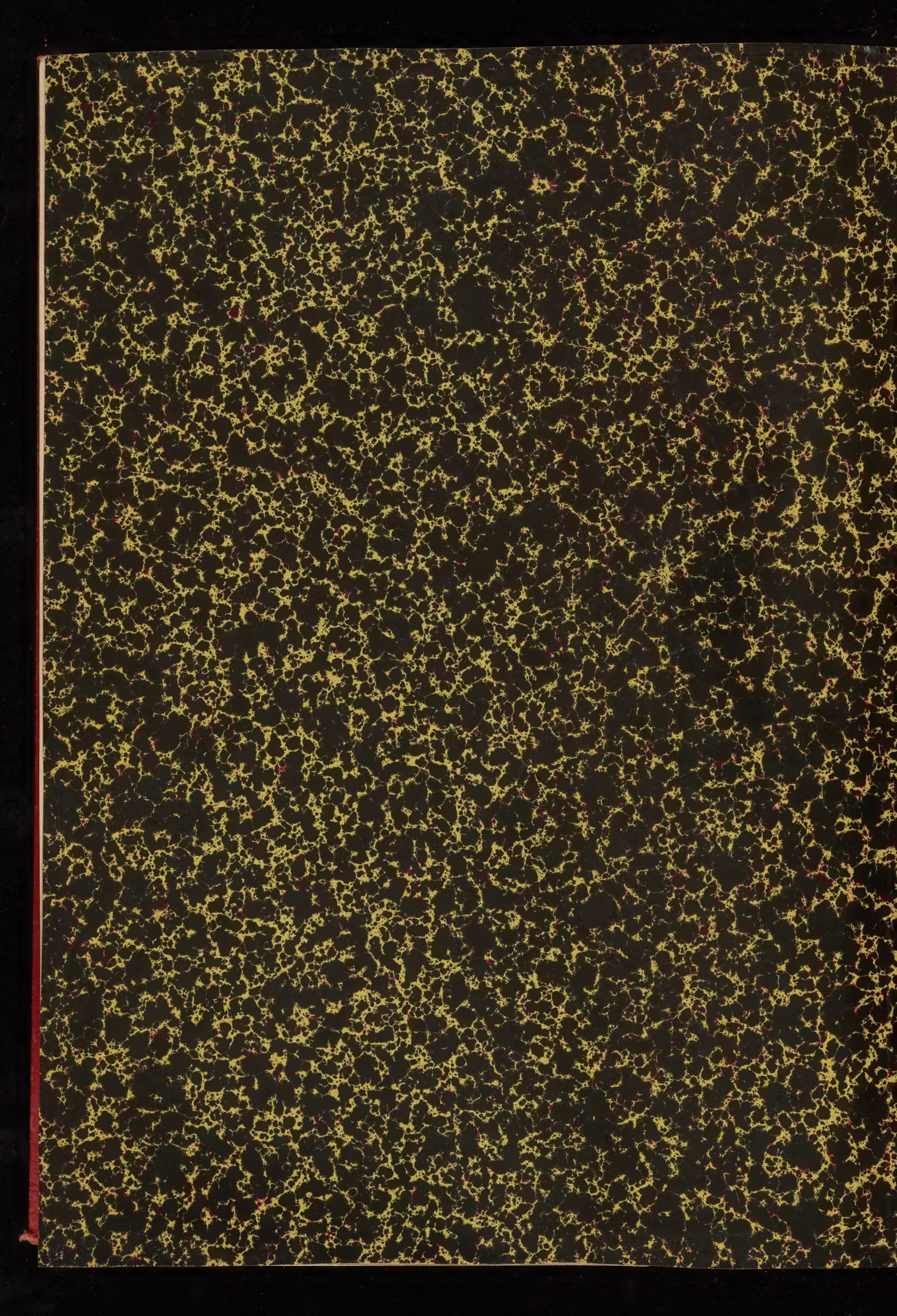
(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)




GETTY CENTER LIBRARY
3 3125 00620 5716

